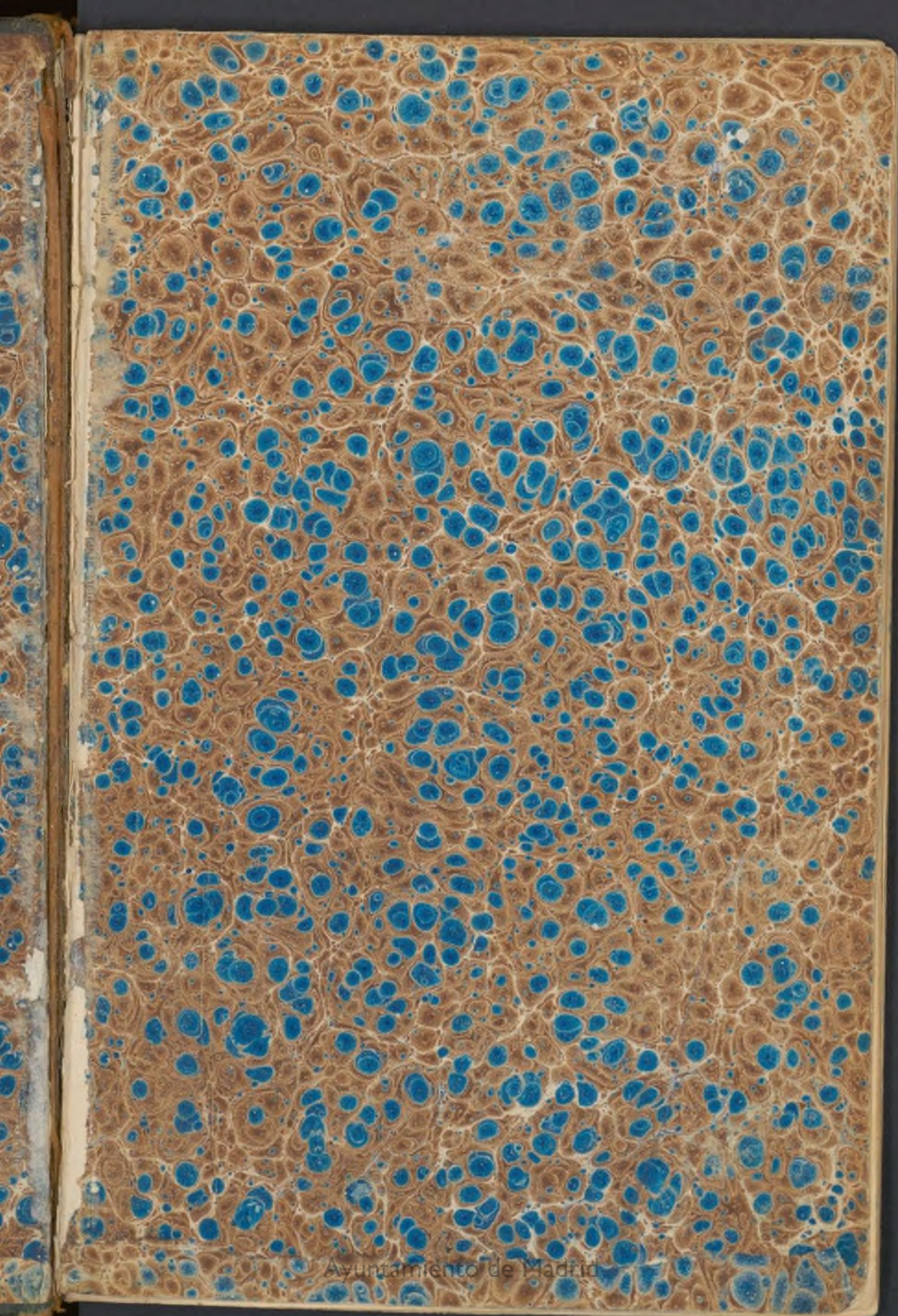


Ayuntamiento de Madrid

89. = 89.



Ayuntamiento de Madrid

89

REPOBLACIÓN DE

LA CIUDAD DE MADRID

y p 13

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LOS ESPAÑOLES

PINTADOS POR SI MISMOS

Por varios autores.

Adornada con cien gr







LOS ESPAÑOLES

PINTADOS

POR SÍ MISMOS.

Adornada con cien láminas.

PROLOGO.

Mr. Daguerre mismo no previó seguramente en toda su extensión las consecuencias de su prodigioso invento. Orgullosos con haber encerrado al Sol á trabajar en su cámara oscura, en lo que ménos pensó probablemente fue que en el discurso de algunos años se habrían hecho mas retratos que hasta aquel día desde lo que los sábios historiadores de todas las edades llaman *tiempos primitivos*, sin sospechar (dicho sea de paso) que puedan ser de otros *derivados*.

Suprimase por una parte esa época en que la sociedad mamaba todavía; suprimase la subsiguiente, en que solo se trata de saltar y correr; suprimase la que haya tardado en tener la idea de pintar y la vanidad de retratarse; suprimase, en fin, el tiempo que haya empleado en aprender el oficio, y se convencerá cualquiera de que desde Mr. Daguerre acá se han hecho mas retratos que *ab initio mundi*, como dicen tambien los teólogos.

Acabará de persuadirse si por otra parte piensa que este es el siglo de los grandes sucesos y de los hombres grandes, en que hay *especialidades* para todo, hasta *para pantalones*.

En otro tiempo solo se retrataban los reyes para presidir las sesiones de los concejos; y los enamorados por vivir pared por medio con el corazón de su dulce dueño. Pero ahora *todos se reproducen* (hablamos artísticamente): el rey y el pechero, el viejo pergamino y la nueva vitela; el general que *gana* victorias y el que es *ganado*, oficio que siempre gana; el diputado que habla y el diputado que calla, género de elocuencia no bien cultivado hasta nuestros días; el ministro que se sacrifica por el bien del país hasta que lo destituyen; el cantante y la bailarina que pisan oro y diademas mientras el compositor roe su pedazo de miseria en medio del público en quien *hace furor*;

TOMO I.

el escritor, el magistrado, el tendero; todos, en fin, se retratan porque no falte á la posteridad cuando quiera escribir la historia de nuestra edad, la *vera efigies* de esos gloriosos obreros de la moderna civilización.

Ese prurito pictórico, amigo lector, es quien hace que hoy se vean las exposiciones infestadas de retratos; quien coloca en la portada, aunque sea de una cartilla, el de su autor, con el facsimile al pié; quien ha creado el nuevo oficio de los retratistas al daguerrotipo, que imita á la política poblando esas calles de caras dobles; quien en fin, ha inspirado este libro de **LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS**.

Ningun otro pueblo ciertamente merecía tanto el ser pintado como el español, porque ningun otro es tan numeroso y variado en sus tipos, ni tan original. ¿Dónde hallaríais un torero? ¿donde un gitano como el español? ¿un contrabandista como el andaluz? ¿una manola como la madrileña? En ninguna parte; y si hubiésemos tardado algo mas en pintarnos, ni en España mismo, porque la sociedad entera se está rejuveneciendo y la moda francesa nos ha ido desnudando pieza por pieza para vestimos al instable capricho de ese pueblo, que así arroja un rey una mañana al canal de la Mancha como se quita una camisa y la echa á la ropa sucia.

Yo no digo que en esto haga bien ni mal el pueblo español y la sociedad entera. Si lo hace, sus razones tendrá para ello. Lo que digo es que vamos perdiendo todas las facciones de aquella fisonomía especial que nos distingue de los demas pueblos de la tierra, y que dentro de poco será preciso exclamar con el poeta:

« No busques en Roma á Roma ¡oh! caminante. »

La España tradicional, la España de nuestros abuelos, tendrán entonces que venir á buscarla nuestros nietos y los extranjeros en este libro, en que están **LOS ESPAÑOLES PINTADOS POR SÍ MISMOS**.

EL TORERO.

En España el torero es una planta indígena, un tipo esencialmente nacional. Y decimos nacional, no porque todos los españoles espongan el *bulto* ó sean *diestros*, sino porque es el país donde desde la mas remota antigüedad se conoce el *torero*, y donde únicamente germina y se desarrolla la raza de los *chulos* y *banderilleros*. Hay quien asegura que los romanos introdujeron los espectáculos de tauromáquia en España poco despues de la conquista; pero á lo mas podrán ser una derivacion de las fiestas de los hijos de Rómulo, en cuyos circos se admitian todas las fieras útiles para la lucha con los hombres condenados á pe-recer sobre la sangrienta arena del anfiteatro. No era ciertamente el gallardo toro la fiera destinada entón-ces para ejercer el oficio de verdugo que tan bien desempeñaban los leones, tigres, osos y panteras; y por esta razon, y por el silencio que guardan los histo-riadores contemporáneos, es de suponer que no fue-ron los romanos los primeros adalides del *torero*. Con mas fundamento puede creersele originario de los



El Torero.

árabes andaluces y de los galantes caballeros de la edad media, porque es sabido que estos y aquellos corrían *toros* y *cañas*, donde como en los torneos ostentaban su destreza y bravura delante de la belleza y de lo mas lucido de la corte. Y aquí si que los toreros de la edad presente pueden, si no lo han por enojo, envanecerse con su arte por lo remoto de su origen, y decir á los que por su susceptibilidad consideran esta profesion como deshonrosa, que por espacio de muchos siglos fue agercida por lo mas *entonaio* y *lucio* de la corte española.

Nada menos que el ilustre D. Rodriguez Diaz de Vivar, el famoso Cid Campeador está á la cabeza de

los toreros mas *crusos* y de mas empuje que se han co-nocido, por haber sido el primero que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia. Desde el si-glo xi empezó á generalizarse esta diversion, y á ha-cerse casi esclusiva en los grandes acontecimientos: en las plazas de las capitales donde estaba la corte: en los campamentos se alanceaban toros con el mayor entusiasmo por la gente de sangre azul, y hasta los monarcas descendieron muchas veces del trono para habérselas en la arena con los coronados *vichos* del Jarama y Guadalquivir. Grande fue la simpatia que tales espectáculos encontraron en el pueblo español, y muchos los vitores y aplausos que recogieron los ilustres toreros de todas las épocas, á pesar de que hasta á mediados del siglo xvii no se le pusieron al arte de torrear los andadores. Antes no se conocian la *vara de detener*, ni los *rehiletes*, ni el *estoque*, ni las vistosas suertes que despues se han inventado; y como para lidiar toros no se necesitaba mas que un buen caballo, una lanza con su *puya* de á tercia y valor hasta la tem-meridad; de aquí las repugnantes cuanto sangrientas escenas que se presentaban en el *cerco*, en el que eran muy frecuentes las *cogidas*, ó bien se atravesaba á lan-zazos por donde primero se podia al *pobre animalito*, ó se le desgarraba de alguna furibunda cuchillada. Podemos decir que hasta la época citada estuvo el arte en mantillas, y desde aquí en adelante le vemos crecer y desarrollarse portentosamente, substituyendo á la ignorancia y barbárie la inteligencia y el verda-dero valor. El *torero* de á pié principia á hacer nota-bles adelantos: se ordenan los *peones* en cuadrillas, se usa del *harpon*: se *rejonea* y *parchea*, despues se *meten pares*, y finalmente se mata cara á cara con el *estoque* y *muleta*, suerte inventada por el famoso to-rero Cerro Romero el *Rondeño*, que fue el primero que la ejecutó. Dejemos, pues, á los ilustrísimos to-reros de la antigüedad, que por mas que hayan sido los primeros, no pasan de ser unos picadores de mala ley, montados en caballos de batalla y lanza en ristre, dando con ventajitas y sin reglas mucho *castigo* á las reses, y vengamos ya á la época en que el torero es ya torero, que no es ilustrísimo sino del pueblo, y que no torea solamente por lucimiento y aficion, sino por interés y por oficio.

Como la tarea que se nos ha encomendado se redu-ce únicamente á tratar del *torero*, no molestaremos mas á nuestros lectores con la relacion histórica de los espectáculos de toros, y nos ocuparemos de un tipo tan especial, considerándolo primeramente bajo de un punto de vista general, y despues, y con separacion, bajo el de las principales especies en que suele divi-dirse.

La educacion artística del Torero en general prin-cipia en el campo entre las numerosas vacadas que se apacentan en todas las provincias de este privilegiado pais, y en los mataderos de todas las ciudades. Los primeros por su vida salvaje y campesina por el fre-cuente trato con los *vichos*, adquieren una constitu-cion robusta, bien trabada y gigantesca, se identifi-can con aquellos cuanto es dable á una criatura con un bruto, y se les ve luchar y acostumbrarse á *derri-bar* y á *tomar por delante* dando algunos *pujazos* en las *tientas* á los becerrillos. Los segundos, ó lo que es lo mismo, los alumnos de los mataderos, se ensayan con las vacas mas revoltosas, ya enlazándolas con la *guin-daleta* en los corrales, como lo hemos visto en algu-nos de aquellos en Andalucia, ya *trastendoles* cuan-do una vez enmaromadas *viojan* por el patio, ó ya pa-roduiando los *recortes* y *galleos* ántes de citar la res á la columna para recibir el *puntazo*. Los primeros por las razones que hemos espuesto, son mas á propósito para picadores: dirigen tal cual el caballo: tienen el *bulto* á prueba de *encontronazos*; y finalmente, mas *poér pa manejá el palo* que los segundos, que por la ligereza que adquieren y por las suertes que pueden

practicarse en un matadero, suelen ser más útiles para la clase de peones. Generalmente hablando, este es el bautismo tauromáquico que recibe el *diestro* antes de dejarse crecer la coleta ó trencilla para sujetar la airosa moña: estos los principios, únicamente de práctica, con que algunos se presentan en las plazas de segundo y aun de primer orden, de las que es muy frecuente verlos salir por el campo santo, cuando no están dotados de facultades naturales para comprender la teoría del arte sobre el terreno. Repetimos que hablamos en un sentido general, y que no incluimos entre esta gente á aquellos que han recibido una educación teórico-práctica mas completa en la única escuela de tauromáquia, fundada por el último Rey en la hermosa Sevilla, de la que han salido, aunque pocos, muy aventajados lidiadores, y que en fuerza de sus conocimientos han cambiado estos sangrientos espectáculos en funciones de divertido entretenimiento.

El Torero siempre es andaluz: es cualidad indispensable cuya sola posesion asegura al neófito un puesto delante de la fiera, y ser reputado desde luego como apto y conveniente para el oficio. Con ser andaluz se adelanta la mitad del camino; porque la santa costumbre ha vinculado este ejercicio entre los garbosos hijos del Bétis, y por eso los valencianos, manchegos, murcianos ó extremeños que se dedican al toreo, lo primero que hacen es olvidarse del país en que nacieron: adoptar, ademas del *uniforme de plaza*, el traje de calle mas comun en los andaluces: imponerse en la gerga técnica de los *compaes*: mezclarse en los calientes *bromazos* que corren de continuo y á la vuelta de un año de *trasteo*, ya hay hombre: aunque haya salido de las riberas del Miño, la metamorfosis es completa; ya pertenece á la buena raza, y puede decir *cuadrándose en regla*, con el *estache* sobre el *cliso erecho*, embocado en la *nube*, apoyando la siniestra *bae* en la *caera*, y sosteniendo con dos *languetes* de la diestra un *prajandé* de la *vuelta de abajo*:

— « ¡ AQUÍ HAY UN JEMBRO... TOA MI CASTA ES DE JEREZ! »

Los toreros fuera de la lidia parecen iguales, de una misma familia, enteramente gemelos. Una hora de vida es vida; y como cada *quisque* suele tener la suya de ocho en ocho dias muy cerca de la *jo,anca* procuran amenizarla con todos los gozes terrenos que les sugiere su acalorada y brillante fantasia. Rumbosos y decidores por naturaleza, alegres y festivos por la naturaleza del arte, derraman su dinero y su sal con todo el garbo y desprendimiento español; gastan, triunfan y se ahitan de tal modo, que cuando suene la hora en que un toro de *piernas* los *embraque sobre corto* y les arrime el *achazo* con dos cuartas de *madeba de tinteros*, pueden decirle á la oreja — « *Espachúvame, huses bien... que ya estoy arto.* »

Este es el Torero en general. Con este género de vida cruza el territorio desde el Guadquivir hasta el Arga: así recorre todas las plazas del reino; y aunque en el calor de las orgias todos son *echaos pa lante*, todos tienen inteligencia, y cuenta cada cual alguna *hombra*, lo que es en el *cercu espartao é las tablas* y con el *vicho en jurisdiccion*, entónces ya es otra cosa.... y aquí principia el Torero á dividirse en especies de mas ó ménos importancia, siendo únicamente las que nos darán ocupacion las que mas suelen estar en evidencia.

Así como todos los toros tienen cuatro pezuñas y cuatro orejas, como dice el vulgo, y sin embargo de esta aparente semejanza están debidamente clasificados por los inteligentes, así mismo los Toreros á pesar de que todos son hombres y gustan *chorrera y monterija* y *capote* y otras zarandajas, deben entrar á clasificacion, porque todo en los tiempos que corren se clasifica, aunque no se purifica. Como hay algunos Toreros que solo tienen *piés*, otros que carecen de ellos, pero que poseen bastante *cabeza*, mu-

chos que ni *piés* ni *cabeza* y pocos que reúnen á la vez *cabeza*, *corazon* y *piés*, es decir, inteligencia, valor y ligereza, forzoso será dividirlos en cuatro clases, especies ó secciones, para mayor claridad, y denominaremos á los de la primera, Toreros *bravucos*: á los de la segunda de *sentío*: á los de la tercera *abantos*, y por último á los de la cuarta de *buen trapio*. Y con toda, toreros del alma, paisanos nuestros, que al aplicarnos el nombre que vosotros le dais al *ganap*, no vayais á creer que es por consejo de alguna mala alusion, por aquello de las *cuatro orejas*. ¡ Ná de eso! no hay que *amoscarse*, camarás: nosotros no nos metemos en la parte física del *testud*, tan solo diremos, si decirse puede, que las prendas morales de los *vichos* están muy *arrimás* á las vuestras, con la mejor intencion y buen deseo entramos en este berengenal, del que vamos á ver si empezamos á salir con el ayuda de

EL TORERO BRAVUCO.

Este *diestro* suele ser bastante torpe; pero lo disimula todo lo posible: tiene una fortuna escandalosa que le hace quedar bien en todas ocasiones, y al dotarle la madre naturaleza de buena figura, donaire y arrogancia, le ha inspirado un si es no es de *asco* á la *diadema cornamental*, que el buen hombre se *pirra* cuando la ve *vijajar* hacia él. Desde chiquito y cuando por primera vez se presentó en el *corral*, encontró un *pairino* que le dió algunas lecciones de *trasteo*, le inició en los misterios del arte, y concluyó asegurándole que en los apuros grandes ó pequeños la parte mas importante del *bullo* eran los *atares*, y que sabiéndolos menear bien, no habia que tener *curdiao*. Y esta conclusion de las lecciones del *pairino* se ha quedado tan profundamente grabada en el corazon del ahijado, que cuando su buena estrella le depara el primer ajuste y se encuentra sobre la arena y antes que la puerta del *chiquero de salida* á un *boyante* de cinco años, está diciendo para sus adentros: — ¡ ay pirreles!... ¿ *pa* que os quiero? — y encomiendase con todas *vegas* á *MARIA ZANTISIMA* É LA *JANGUSTIAS*. — Exteriormente es un héroe: con la barrera por delante se *qué comé* á la fiera.... « ¡ *Andresiyo!*... *métele el trapo* y *yevátele* á los *medios* porque *ese choto ma tomao una tirria* que *me voy á vé e nel caso*.... » — y hace una *movision* de cuerpo como quien dice... « lo voy á *estropá*... y es una lástima. »

Si es *chulo* nunca mete el capote sino para *destroncar*, y aunque el pobre toro se quede *espatarrao* y maldiciendo la gracia, lo que es nuestro hombre sigue su *vijaje* hasta que se ve al abrigo de los *tableros* donde recibe con cierto aplomo y afectada indiferencia los aplausos de la multitud ignorante que cree que con *cuartear* al *vicho* ha ejecutado una gran cosa. — Cuando le toca *banderillar*, lo mas que logra meter es un *rehilete*, y ese de la manera mas fácil y segura, á *media quelta* y *saliendo por piés* con la velocidad de una saeta, fingiendo mucho *herrinche* porque el toro está *aplomao* y no *ze fué pa cá*. Si es *picador* siempre busca á la fiera por el terreno mas largo para dar tiempo á que algun compañero se le atraviese, con *achaque* del caballo, ó del estribo, ó de la cincha, entra y sale en la *cuadra*, da todas las largas posibles hasta que llega un *alguacil* y le dice de parte del presidente. — Sr. José, cite V. al toro. — « *Digasté á su señoría que esto no é jaser pasteles.* » Y la multitud que comprende la alusion da grandes *risotadas* y muestras de aprobacion al *chiste*, porque á los toros va mucha gente que le gusta ver en ridiculo á la autoridad, y sobre todo si hay *alguaciles* de por medio. El *alguacil* se guarda bien de ir con semejante embajada al presidente, y por último, el *diestro* va á cargar la suerte observando antes si está la barrera bien a mano, y echando una *mirá* á los peones que le rodean. — « *Cabayeros, ayá voy, quitámelo presto, porque si no va á yevá un castigo* que... ¡ *Juy!*... ¡ *berrendo!*... »

Y el berrendo se le *cuela* como de costumbre hasta la *espinillera* ó *mona*, queda el pobre caballo exánime en la arena y el gineté montado en el *jolico*, llamando al toro con el sombrero hasta que dice con la mayor frescura. ¡ *Que!*... *si lo han corrio ya otra vez...* y *l' ego, estos jacos son de cartulina*. Los contratistas de caballos tienen muy pocas simpatías con este *diestro*. Pues no decimos nada si por ventura es *espada* ó *media espada*, ó sobresaliente ó cosa que lo valga. Es todo cuanto hay que ver y oír, cuando situado delante del palco de la presidencia, echa el *brindis* con la montera en la mano, y apura toda su elocuencia, sin dejar por esto de mirar de cuando en cuando hácia atrás por si es cosa que se le antoja al toro venir á interrumpirle ó á privarle del uso de la palabra. Pero concluye el ofertorio, y tira la montera y la pisotea, y... ¡ bravo!... ¡ bien!... dicen en el décimo tendido, y el jembro sale con su estoque y su muleta echando espuma por la boca y con los ojos encendidos en busca de la víctima que aguarda con resignación el golpe mortal en un extremo de la plaza. ¿ *Aonde está el vicho?* *Ea, que toquen á arrastrá*. Y sin embargo de que el vicho está deseando de que lo arrastren, el matador le mira ántes y á lo largo, de frente y de soslayo como quien dice: « ya te conozco. » *Echamelo pa cá, Gueno, á la suerte...* pero al ir á *cnadrarse* se detiene otra vez y dice á la cuadrilla: *Mu escompuesta tiene la cabeza... si lo mesmo es dicarme que se cubre...* ¡ *Vaya!*... *échamelo pa ayá y no espartarse*. Carga, en fin, la suerte; y si repara que el palco de enfrente hay algun conde ó marques aficionado, con un expresivo guiño le da á entender estas palabras: *¡ Por la de osté, zeñorito!* y conducido por su buena fortuna se larga con los ojos cerrados á la cabeza del toro, el que cansado de la vida y de tanta iniquidad como han hecho con él, se mete por el estoque arriba y él mismo se corta la *herradura* para no servir por mas tiempo de juguete y diversion á tanto vago. Este torero es el que mueve mas ruido entre los compañeros; es el mas disputador, y siempre su feliz ingenio le proporciona buenas salidas cuando le dan á entender que tal ó cual cosa no la ejecutó con el lucimiento que debía. Raras veces deja de acompañar á los grandes y caballeros á las corridas particulares de novillos que suelen celebrar de cuando en cuando en algunas de sus quintas. Allí y desde la barrera alienta con su voz á los inexpertos toreros, les marca las suertes mas seguras, aplaude, vitorea y tira el *calachés* con el entusiasmo mas superlativo, y no cesa de gritar detras del parapeto... *Zeñor duque no hay eadiao, ca aquí estoy yo...* También suele este torero en algunas ocasiones llevar levita, sombrero de copa alta y pantalón con travillas, pero raras veces guantes. — Por lo demas es un hombre completo; procura hacer sus huesos todo lo viejos posible, siente de corazón cualquiera desgracia de sus compañeros, á nadie tiene envidia, y es, en fin, el reverso de la medalla de

EL TORERO DE SENTIO.

El torero de *sentio* es el fiscal mas severo que tiene el torero *bravucon*. Es un egoísta de marca, algo gordo y pesado: de suerte intelectual, buena cabeza, malos piés y entrañas *atravesás*. No puede llevar con paciencia la desmedida fortuna del *bravucon*, ni la agilidad con que salva sus torpezas, ni los aplausos del público cuando se dirigen á algun compañero, ni mucho ménos las chillas cuando se dirigen á él. Ya se ve, esto es muy natural, y por desgracia barto frecuente en lo miserable de la condicion humana. Procura *trastear* y *trastea* con bastante inteligencia; pero como su inteligencia carece de solidez porque les falta una de las bases mas esenciales, es decir, *los piés*; y como el toro no entiende de retóricas, y si es *revoltoso* en entendiendo el *balto* no lo deja, por eso la inteligencia muy á menudo da en la arena cada batacazo

que canta el gallo de la pasión, sin que le quede al pobre *diestro* el triste consuelo de haber escitado ninguna clase de interés en los espectadores. — ¡ Ya se ve!... repetimos, tampoco esto es extraño: el público está acostumbrado á ver fuera de la plaza rodar la *inteligencia* por ese suelo de Dios, y como esa escena es cotidiana ya carece de novedad, y hé aquí la razón porque en el *cercó* la presencia es muda é indiferente. Pero esto no es argumento para el Torero de *sentio*, y por eso está á matar con sus semejantes, los toros, los caballos y hasta con los que tocan los timbales, que ignoramos á que reino pertenecen; por eso su sangre no es ya sangre, que es acibar, alquitran, veneno, y por lo mismo es el primero siempre á *largar el trapo* cuando puede echar con disimulo el *vicho* sobre el que está descuidado, y el último que mete el capote para sacar la fiera cuando esta da alguna cogida. Este Torero se inutiliza pronto ó sucumbe ántes entre las marcadas astas de los toros *celosos* y amigos de *ceñirse*. Su genio es irascible, su lengua picante mordaz, está con frecuencia enfermo, las que mas suelen atormentarle son la *peritonitis*, y nosotros le aconsejamos de buena fe que en vez de torear se dedique á vender fósforos ó á hacer hilas para los pobres, oficios que si bien es verdad son poco scorridos, al ménos son descansados, nada expuestos, y especialmente el último muy meritorio á los ojos de la divinidad por el beneficio que proporciona á la humanidad doliente.

EL TORERO ABANTO.

Este *diestro* no es diestro: es el sota-torero, el repartidor de un periódico de literatura. La misma importancia artistica tiene aquel que este en la dirección, compilación y elaboración de los artículos de alta misión en una redacción. Pero es el torero feliz: es el que logra ver su cabello encanecido sin ningún contratiempo taumomáquico: es la crónica ambulante donde se encuentra la noticia de todos los acontecimientos de la plaza: es el que nunca pisa los *medios* sino cuando está el toro enganchado, y para cubrir con un espuerta de arena la sangre derramada por las víctimas: reparte *banderillas* por fuera con mucha precaución si la fiera está bastante léjos, y si está *encima*, lo hace con extraordinario arrojo por dentro de la barrera. A lo mas que suele ascender es á guardar el *toril*, y entónces tiene la honra de tomar de manos del alguacil la llave del chiquero, con la que cuanto ántes y con la mejor intención dispara á un *vicho* de piernas detras del apurado corchete que á todo escape se mama un sustazo y una chifla que no hay mas que pedir. Pero este Torero debe ser para nosotros lo que para el público los toros *abantos*. Salen, dan cuatro *viajes*, se *escupen de la suerte*, los cargan de *fuego* ó de *perros*, y en cinco minutos desaparecen de la escena. Quitemos también nosotros de en medio y cuanto ántes al Torero *abanto* sin echarle perros ni foguearlo y hasta sin darle el *cachete* del ridículo ó el de una sátira poco generosa, y ocupémonos de la cuarta y última clase, procurando abreviar todo lo posible para no cansar mas con esta bataola á nuestros amables y pacientísimos lectores.

EL TORERO DE BUEN TRAPIO.

Este es el bello ideal de todos los diestros: el *Miñuto* y *Jordan* de los peones y *banderilleros*; el *Hornigo* y *Charpa* de los picadores; y de los espadas, el *Miranda* de los buenos tiempos, y el *Montes* de siempre. — Y ya que hemos nombrado á *Montes*, porque es forzoso hacerlo tratándose de buenos lidiadores, á *Montes* con el mayor placer dedicaremos esta parte de nuestro pobre artículo, porque en el *Zeñon Paquiro* encontramos reunidas todas las buenas cualidades del *gran diestro* y todas las prendas que constituyen á el mas cumplido caballero. — Miradle siempre ejecutar

las suertes mas difíciles con limpieza, seguridad y lucimiento, *liarse* con la fiera, arrancarle la *divisa*, y retirarse paso á paso con el *viecho* á la espalda, que mas que toro bravo parece un manso cordero domesticado por él. Vedle sereno, con los *piés sentados* á la cabeza de la res, pasarla y repasarla con pulso y conocimiento ó bien de plegar su capote y mostrarse digno sucesor de *Costillares*, *Pepe (Hillo)*, *Cándido* y *Romero*. — Si quereis encontrar á Montes, buscadle en el peligro; notad esa avidez tan marcada en su noble semblante, ese afán por precaver y remediar todas las desgracias, ese instinto y oportunidad en la ejecucion. ¿A cuántos no ha librado de la muerte su capote? Y sin embargo, lo hemos visto muchas veces caminar solo á dar la muerte sin mas apoyo que su inteligencia, sin mas amparo que su destreza y serenidad. — Francisco Montes es el torero de *buen trapío*: es la gloria de Chiclana y de todo el mundo tauromáquico, aunque les pese oirlo á sus muchos detractores. — Pero; ¿cuándo no los tuvo el verdadero mérito? No obstante, el lidiador que en su arte de torear á pié y á caballo, superior y mas completo que el de *Novelli*, *Pepe Hillo* y otros, ha fijado reglas para asegurar la vida de sus compañeros y sucesores, y ha dejado consignados en el mismo los sentimientos francos y puros de un alma noble y desinteresada, merece seguramente un lugar muy distinguido en el aprecio y consideracion de todos los hombres. Y á propósito del arte de torear de Montes, no haria mal nuestro gobierno, ya que es algo *aficionado á los embroques sobre corto*, en hechar la *visual* á la parte tercera, capitulo único de dicho arte, que trata de la *reforma de los espectáculos de toros*, tanto porque es muy conveniente para la mejora de esta fiesta nacional, como porque sus productos se suelen aplicar en beneficio de establecimientos de beneficencia y pública utilidad.

Vamos á concluir con una triste reflexion. — El toro no sabe leer ni escribir; por consiguiente á lo mejor da al traste con todas las reglas, y con un mete y saca iguala las diferentes clases de toreros. ¡Libreos Dios, y muy especialmente al *Zeñon Paquiro*, de semejantes trabajos!

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

LA PATRONA DE HUESPEDES.

El origen de las casas de huéspedes (estilo coronista), se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando ménos, al padre Abraham los honores de la invencion.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos, todavia este uso venerando se resentia de la sencillez evangélica, y no estaba tan refinado como lo vemos hoy, los que aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años despues. Entónces todo su mecanismo se reducía á tener siempre abiertas las puertas de la choza paternal (si es que esta tenia puertas) al fatigado peregrino que, sin mas maleta ni silla de posta que el bordon y la calabaza, acertaba á atravesar á deshora por aquellos andurriales; hacerle un ladito en la estera que servía de blando sofá y de mullido lecho; ponerle delante un cepacho de bellotas, ó cosa tal, y su botijo de agua pura y serenada; y si lo queria comer, bueno, y si no, tan amigos como ántes. Luego de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped, para escuchar de su boca la narracion de las extranas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la habia, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo Vd. estar.

TOMO I.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y sino léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí están Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía, y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte, que no



La Patrona de huéspedes.

consta pagasen patente de hospedage público ni secreto) hicieronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones, (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales) y hágote viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y a *Aquí se alquilan salas y alcobas con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano, etc.* » viendo lo cual los manechos Enés y Telémaco, que eran hombres que lo entendían, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Calipso que no podía consolarse de la partida de otro Ulises; y que en el escoso de su dolor, (como hubieran traducido mas de cuatro literatos) *se encontraba desgraciada de ser inmortal*: quiero decir, de hallarse viva todavia, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debía haber médicos ni boticarios. Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroina, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguiremos nuestra *indirecta* imitacion ó sea *arreglo á la escena española*, diciendo que las ninfas que la servían no osaban decirle esta boca es mía. » — (Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y reluciente

como tarja de remolacha, y una náyade del Manzanares, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Virgen del Puerto á sumergir en las ondas sus flotantes tónicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada immaculados por cierto.

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitación todo á lo largo de su palacio que podría tener hasta unos quince piés en cuadro; y de vez en cuando solía pararse á contemplar el solitario y mal perjeñado lecho, que solía regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, lejos de moderar su dolor, la traía á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que D. Ponciano Pasacalle, nombrado administrador de correos de S. Esteban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecía á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amorosos de los zapirones de la vecindad; y todo se la volvía alargar la gaita por entre un canalón y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo lejos el camino real de Castilla, por donde D. Ponciano había desaparecido, conducido por arbores de alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luego, porque no había mas que subir; llaman tres golpeitos á la puerta; abre la gallega, y dos hombres, de los cuales el uno parecía á D. Ponciano como un huevo á otro, se presentan delante de la viuda. — Por supuesto que esta conoció á la legua que el tal no podía ser otro que el primo hermano de su ausente, que este le había anunciado como que debía venir un día de estos á Madrid para revalidarse de cirujano en el colegio de S. Carlos. — No pudo, sin embargo, conocer quién era el vege que le acompañaba, y es que el tal vege era un escribiente memorialista de detras de Correos, que cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda de la diligencia y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heroica capital.

Por supuesto que nuestra patrona (á quien ya relevaremos del incógnito, y llamaremos por el nombre de D.^a Tadea de Rivadeneyra) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del reciénvenido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personajes anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó como habían sabido su ignorada habitación y que ocasion les traía á sus altas y elevadas regiones. — Entónces el mancebo, (que tenía una voz de barítono acostumbrada á modularse al compás de la jota y de la guaracha) se quitó cortésmente su gorrilla de vinjero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado, dióselo á leer á D.^a Tadea, por donde esta vino en conocimiento de lo que ya su corazón la había predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle. Con lo cual, mas en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del colegial, le instó en su aposento, y marchó á dar una vuelta á la cocina para disponer unas tortillas con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habría de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron, hicieron creer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y excelente dueña D.^a Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium*; la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su

entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped. Este por su parte, que no era lerdo, bien echó luego de ver el efecto que sus ojos y compostura habían hecho en la huéspeda; y como ella no era todavía ningun vestigio que digamos, y mas para impuesta sin censo, y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el zollo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que sí tal; de suerte que á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó raseando otras en su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del *¡ay, ay, ay!* acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertarán á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se había tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal; sino que el bienaventurado mancebo podía hacerse la ilusión poética de que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas, el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la excitante morcilla extremeña, el delicado queso montañés. Todo se reducía por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual otro juramento en prosa hecho á la manera jesuítica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en el pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!) bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho pudieran tal vez ser mas calculados que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corría inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla mas y mas en estos temores una sospecha que, aunque nacida á oscuras, vino á iluminar su razon, y fue el caso que cierta noche, regresando del sermón de los Dolores, halló que el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano, y á oscuras, con la moza gallega; que, nueva Eucliaris podría tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero, y contribuir con su traicion á hacer mas interesante el argumento del drama. (La viuda había leído el Telémaco traducido por R... lo cual es lo mismo que decir que no le había leído de modo alguno.)

Desde aquel día, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada D.^a Tadea no tenía, como suele decirse, el alma en su almarío; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots, y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno, número 2, huyendo con la otra maula, ora creía ver á esta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacia experimentar. Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podía sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que aun confiaba recibir, todo se resolvía en protestas y manifiestos del mas sincero y cordial rendimiento, y aun habló de «coronar su amor» y demas frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia, siempre con la condicion de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prógimo.

D.^a Tadea, como mujer y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto mas, que el galan por su parte la instaba diariamente á que para apartar el pretexto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hizolo así con efecto; y desde entónces, mas acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fé, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo mas recóndito de sus redes

á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuración el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, ítem mas, de las fes de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquella rezaba fervientemente el responsorio de S. Antonio, *si buscas milagros, mira....* siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurreccion.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple esposicion de aquella peripecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; basta saber que hoy es, y todavia se encuentra en el hospital de Incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras, en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este mas que razonable ejemplo preambular se ha atravesado en nuestra pluma, con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los combates de las pasiones, y templar su corazon á prueba de huéspedes, ántes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon. El buzo no se sumerge en el fondo de los mares, sin la campana protectora; y el aeronauta no se lanza á las nubes, sin el paraecida que ha de sostenerle, y el osado ginete no comienza la carrera, hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazan. De este modo, la mujer que haya de abrir las puertas de su casa al forastero, ha de haber cerrado y apuntado de antemano las entradas de su corazon. El caso de Dido, el de Calipso, y el de D.^a Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos ¡oh vidas! que conviene meditar.

Por fortuna estos casos forman mas bien excepciones de la regla que quiere que la *huésped*, *patrona*, ó *ama de casa* (que de todos modos podremos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Parléxicos* mas corrientes) frise ya en las cincuenta navidades, edad la mas propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la mas idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero; quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; que el vestido de sarga ó de algodón oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal, que las tocas modestas encubran la rugosa garganta, que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.—Es tambien inmemorial costumbre en Madrid, (donde hablamos) que la tal Patrona sea viuda legitima y de legitimo consorcio de un empleado de Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pensión de doce reales por el Monte Pío, y que este la deba treinta ó mas mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca, con que acudir al servicio de los comensales; y que en fin, por su economía, su religiosidad y buenos modales, vea acrecer su reputacion, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán ménos de recomendar á todo viniente á la corte la casa y persona de D.^a Escolástica ó D.^a Celedonia.

Pero de nada habrian de servirle todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes que quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañía una, dos ó mas hijas ó sobrinas, de pocos años, alegre travestura, y

no desapacible parecer. Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente próspera y asegurada de incendios, v. g. un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que entonces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la constitucion de 12, ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central. Todo lo demas seria llevar fósforos dondehay combustibles, ó poner el gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano, ó de un abogado andaluz; de un jóven millonario de la Habana, ó de un novelesco viajador frances; de un militar brioso y arrogante, ó de un estudiantillo travieso y perspicaz? ¡Patronas las que tenéis hijas doncellas! libradas por su bien de tales peligros; negad la hospitalidad á la pérdida juventud advenediza, y no deis oídos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que intenta solo meter el pié; porque á lo mejor y cuando menos lo creyéredes veréislos alzarse con el santo y la limosna, y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra misera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huésped, tambien los hay que buscan la huésped y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos extranjeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones, dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, apenas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* y las suntuosas fondas, acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudiera desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro país, por desgracia, ofrece aun muy pocos de estos refugios, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y aun dejarse caer luego dentro de los muros de la noble capital. Al entrar en ella, y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores; ni acudirán á recoger su equipage infinidad de mozelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicrones* inteligentes. Todo lo contrario: la mas absoluta soledad, la mas completa indiferencia, esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital, ántes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por origen la escasez de viajeros, propiamente tales, que suelen visitarnos, la falta de estímulo para las grandes empresas industriales, la indefinible arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar. La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilizacion, el interés, que sabe levantar en ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó mas personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederla por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles, y hasta de su misero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia, se hallan hoy suscritas mas de dos mil casas en Madrid.—El dia en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederías las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales, brinde al transeunte, al celibato, al extranjero con los gozes y comodidades que le ofrecen los hoteles de Paris, Londres y

Bruselas, la civilización, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán mas visitadas y conocidas; el interés de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de este recurso de existencia, el forastero de este medio de incorporación á nuestra sociedad, y esta, en fin, verá desaparecer un tipo que sino es poético, por lo menos tiene un poco de original.

En la dilatada escala de las familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, sería imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos. — Los hay que ostentando aun los restos de una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio; pero el precio de ellos suele exceder por lo menos en un doble al que costaría igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reúnen á una mediana comodidad, los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las mas módicas fortunas, ofrecen al desdichado forastero aposento, cama, luz y alimento por la inverosímil cantidad de cuatro reales diarios. De estos establecimientos solo puede decirse que son una providencia artificial, un problema humanitario, resuelto por algun genio bienhechor.

Las familias vergonzantes y numerosas acostumbra recibir un huésped solo para conllevar el pago de la casa, limitándose ellas á habitar las piezas interiores. En tal caso el huésped no es huésped; es otra persona mas en la familia. Recibe sus confianzas; asiste con ella á la mesa comun; hace pié en el tresillo; acompaña á paseo, á misa y al teatro; ensena á escribir al niño de la casa; da lección de guitarra á la señorita; cuida de los tientos del balcón y de echar alpiste al canario, y prepara el rapé para la mamá. En casos tales, para buscar al huésped hay que pasar á las habitaciones interiores; para hacer visita á las amas, es de rigor que se las busque en la sala principal. — La mas extraña amalgama se establece entónces en el adorno de esta; las botas están sobre el piano; el S. Antonio de talla tiene en su cabeza el schakó del capitán; el ridiculo de la señorita suele servir de bolsa á los cigarros; el nacimiento del niño viene á interponerse en la cómoda con las pistolas y cartucheras; los Devocionarios con las Julias; los jabones y navajas con los pendientes y canesús. — Si el huésped cae malo, no hay género de atención ni de cuidado que no se le prodigue; se quita la campanilla de la puerta; se encierra al gato; se sahunan con esplego y juncia las habitaciones; se llama al médico de la familia, al barbero, al comadron; se le hace tomar por fuerza al enfermo un caldito de chorizo y morcilla cada cuarto de hora; se le ponen sinapismos hasta en las rodillas; se le buscan apetitos que alarguen la convalecencia dos meses mas. Por último, cuando se marcha de la casa aquello es una verdadera desolación; hay llantos, gemidos y patatases; y no ha llegado el huésped á las Rozas, cuando ya recibe epístolas que pudiera el tierno Ovidio enviar.

Este, por supuesto, es el bello ideal de la especie, el *desiderandum* de todo aventurero viajador. No se dan tan espontáneamente estas familias tiernas, íntimas y simpáticas; ni de tan buena estrella suelen ir acompañados los galanes viandantes, para saber conquistar tan grato homenaje agasajador.

Héstanos ahora, y después de haber pintado los diversos matices heroicos de que se reviste á veces nuestro tipo, trazar algun rasguño general que ponga de manifiesto, no el lado feo, sino por desgracia el comun de la especie en cuestion.

Generalmente las casas de huéspedes son tenidas por una matrona viuda ó jubilada, cuya historia anterior suele ser un secreto de su estado. Solo se sabe, por ejemplo, que es vizcaína, por su apellido *Arrevey-gorriurruizaeta*, y por sus admirables manos para aderezar el bacalao; que es andaluz, por su gracia parlada, lo aljofifado de los ladrillos, y el tufillo de azucar y menjú; que es castellana, por su frescura, su aseo y su franca sequedad. Por lo demas, si su difunto consorte murió en este ú el contrario bando, en la batalla de Mendigorría; si su padre era ó no era intendente de Tascala en tiempo de Hernán Cortés; si tiene ó no tiene un primo colector de bulas en Avila de los Caballeros; si su hija está ó no casada con un capitán de marina al servicio del Japon; esto es lo que ella sabe, lo que ella cuenta, ó lo que ella calla, lo que nadie cree, ó lo que á ninguno le importa. Baste decir que sus modales, aunque un si es no es ordinarios, revelan cierto roce de gentes; que sus facciones, aunque añejas, dejan adivinar cierta pasada perfección; que su familiaridad con los criados, como que da á sospechar no haber sido siempre extraña á su comunión; que su marcialidad con los huéspedes, descubre al mismo tiempo que la es desconocida la íntima comunicacion con mas elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de los parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la corte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de S. Fernando, y su gracioso delantao; y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no vé, que escucha y que no oye, que sisa, come, calla y no replica. — Las criadas ocupan la cocina y el comedor; el asturiano la antesala; los huéspedes la sala principal y los dormitorios interiores; el ama de la casa, ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó ríe á voces con el agudor; ya acude risueña á coger un boton ó á reparar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita lo introduce á la audiencia de la Sra., la cual en muy breves palabras se pone al corriente de su porte y le clasifica y tasa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la virgen ó en el de los tientos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincón. Si dice que comerá fuera, entónces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provisión; si permaneciere solo ocho dias, costarále al triste mas que si permaneciera un mes; y así otras reglas de proporción *ad usum* de las amas de huéspedes. Si es diputado, y ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero, pero tambien pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Mientras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretexto de buscar una llave ó dar cuerda al reloj; pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, pesarle, calcularle y anatomizarle mentalmente; y si tiene vigote y barbas, ó si gusta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto, y á surtir el aguamanil.

El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chimelas, guantes inmemoriales, cigarros inverosímiles, gacetas vírgenes, y mártires sombrereras de carton. Muda á vista del nuevo cofrade las sábanas de la cama, por

otras no tan amarillas; barre el cuarto á sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello « es un coche parado » (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí « no se siente una mosca » y vé correr á este tiempo tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuabras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedí: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragon: para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos: para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros días de noviembre, ó se almazzarronan los suelos en los últimos de mayo; para ellos, en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal. — Unicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de aquellas frutas, diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion; que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitacion, se sirve con ellos á *perfecta vicenda* para sus regulares necesidades; que aquel farol á ella tambien la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen, y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amen del estipendio diario, semanal ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos en *sólidum*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prendería, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos días la caridad pública en el lecho de un hospital.

EL CURIOSO PABLANTE.

LA CASTAÑERA.

Annol nobilísimo es el castaño, si consideramos que con su nombre y los derivados de su nombre se ha formado el patronímico de muchas familias, mas ó ménos ilustres; ¡ y á buen seguro que me desmientan los *Castañedas*, ni los *Castañizas*, ni los *Castañeiras*, ni los *Castaños*, ni los *Castañones*! Un *castañar* era el feudo que tenía en mas estimacion aquel *García de idem*, cuyo elevado carácter y esclarecidos hechos celebró en un drama inmortal *D. Francisco de Rojas y Zorrilla*; aquel que se evanecía con ser tenido por el *labrador mas honrado*, y aun que no humillaba su cerviz del *Rey abajo á ninguno* contento con la vida patriarcal y bucólica que llevaba, exclamó:

.....
Que aqueste es el castañar
Que en mas lo estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

Por último, el nombre de *Castaños* representa y simboliza una de las páginas mas bellas de nuestra moderna historia. *D. Francisco Javier Castaños* se llama el benemérito general español que primero humilló las hasta entonces nunca humilladas águilas francesas cuando en los campos de Bailen fueron vencidas y derrotadas por visonos soldados las agueridas huestes de *Dupont*; y es fama que á cada tiro y

á cada bayonetazo escarnecian los *nuestros* á los *quiris* con un ¡ *toma para castaños!* ¡ Batalla memorable que dió renombre europeo y elevó al primer grado de la milicia y á la grandeza de España, con el título de *duque de Bailen*, á quien ya nació emparentado con ella, y á quien—¡ *Vicisitudes humanas!*— ¡ puede hoy un ciudadano tributar justos elogios sin riesgo de que le acusen de quemar incienso en las aras del poder y de la fortuna!...

Fronroso, corpulento, prócer, de bella flor, regalado fruto y apacible sombra, es el *Castaño* uno de los árboles mas beneficiosos. Su compacta madera es utilísima para toda clase de carpintería, excelente su leña para el hogar; bien en rajas, bien reducida á carbon, y de los glóbulos espinosos que el árbol produce sale un alimento que codician los pavos y es la delicia de otro animal.... ménos grato de nombrar que de comer. A las *castañas* deben, en efecto, su gastronómica nombrada los ricos y suculentos jamones de *Caldelas y Aviles*; y tambien el animal implume y bipedo que llaman hombre las saborea con placer, crudas ó cocidas, asadas ó pilongas, acarameladas por Navidad, ó en potage por Cuaresma.

Otra prueba de la justa celebridad del producto susodicho es haber dado nombre á un color. A cada instante oímos decir pelo *castaño*; esto pasa de *castaño oscuro*. Hasta un autor, que fue *gracioso*..., al ménos en las listas de las compañías á que perteneció, fue mas conocido por el apodo de *Castañitas* que por su nombre bautismal. Hay vasijas, y no destinadas para el agua, que por excelencia se nombran *castañas*, y hasta el moño de las mujeres, rubias ó pelinegras, *castañas* ó *pias*, se ha distinguido y en algunas partes se distingue todavia con la misma denominacion. ¿ Que mas? *Castañuelas* son; esto es, diminutivo de *castañas*, los sonoros instrumentos de la *Crotalógia*; de ese arte sublime, cuyos luminosos principios se encierran en esta sabia y significativa máxima: *ó no tocar las castañuelas ó saberlas tocar*. Y á la pericia en tocar las *castañuelas*, diminutivo de *castañas*, tanto como á la ligereza de sus piés, á la flexibilidad de sus rodillas, á la morbidez de su talle y á la movilidad de su gesticulacion, debe sus triunfos pantomímicos la famosa *Fanny Essler*, esa Terpsicore de nuestros días, embeleso de ambos mundos. Por ella, por sus *castañuelas* tiene ya fama universal la *Cachucha* española, cuyos dengues voluptuosos y provocativos contoneos han vuelto locos de regocijo á los graves descendientes de *Washington* y han inflamado la sangre de los glaciales moscovitas.

Castaño..., *Castaña*.... No me precie de etimologista, pero tengo para mí que estos vocablos se derivan del vocablo *castidad*. Las mismas letras de que se componen lo estan diciendo: *casta*-ña... ¡ Y como poner en duda lo *casto* de esta *casta*, cuando la forma y las condiciones del fruto demuestran que Dios lo ha criado para ser emblema *comestible* del pudor y de la continencia? Nace la *castaña* cubierta de un púdicó zurrón erizado de punzantes espinas, como si e Autor del Universo quisiera con él defenderla de la humana voracidad. Antes que llegue á sazonzarse es la desesperacion de los golosos; fruta invermiza, no se esquilma hasta que el termómetro de *Reaumur* marca pocos grados sobre cero, estacion en que las pasiones no son por lo general muy activas y vehementes. Aun entónces no se desprende de la rama natal sino á fuerza de violentas embestidas y sendos palos; ántes de ser desarmada hiere con sus pinchos la mano atrevida que lo intenta; aun despues de mondada de su áspera corteza; aun despues de *exclaustrada*, digámoslo así, contra su voluntad, esta monja vegetal, esta vírgen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad, vestida de punta en *castaño*, con la doble y tenaz coraza que osepita; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavia resiste á la vergonzosa

desnudez que tanto teme y esquiva, todavía pugna por coherir é identificar á sus carnes immaculadas aquella ténue película, su postrer refugio, y como si dijéramos *su camisa*. ¡Cándida doncella! ¡Interesante criatura!

—Pero si queda demostrada la *castidad* de la *castañera*, no lo está tanto la *castidad* de la *Castañera*. Entiéndase esto sin menoscabo de la buena opinión de tan benemérita *clase*, á la cual no es lícito atribuir menos virtudes que á las honorabilísimas de piñoneras, naranjeras, buñoleras, rabaneras, etc., etc., etc. Dígolo porque, si bien hay *castañeras* del estado que se llama honesto, las hay también empadronadas con los venerables títulos de esposas y madres, y es cosa averiguada que para *asar* ó *cocer castañas* no es necesaria para maldita de Dios la cosa el requisito arriba mencionado.

Dejó á los eruditos y curiosos parlantes la meritoria, bien que improba tarea de escudriñar desde cuando empezó á ejercerse en Madrid la importante *profesión de Castañera*, y quien fue la primera que como tal mereció ser inscrita en los registros de la policía: basta á mí propósito hacer observar al pio lector que la práctica de semejante industria data evidentemente de tiempos muy remotos...; acaso del tiempo de *Mari-Castaña*, que, como todos sabemos, fue coetánea de *El rey que robó* y de *Perico el de los palotes*. Lo que consta por documentos auténticos es que la *clase* llegó al apogeo de su gloria en el último tercio del siglo próximo pasado, y que hasta principios del presente se mantuvo á la altura de la gran reputación que supo adquirir. Durante el período citado, mas de una heroína de fuele y tenazas mereció los honores de la escena. Díganlo las *Castañeras picadas*, y otros dramas del nunca bien ponderado *D. Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla*, que no por llevar el humilde título de *sainetes* y porque en ellos se peque gravemente contra los dogmas y fueros de eso que llaman *buen tono*, dejan de tener mas mérito intrínseco, y sobre todo mas originalidad y mas nacionalidad que otros de mayores dimensiones, escritos con altas miras filosóficas, terapéuticas y sociabilitarias.

Hoy día, preciso es confesarlo, no son nuestras *Castañeras* sombra de lo que fueron. Guardan, sí, muchos de sus rasgos característicos, pero aquella fiera varonil de que un tiempo blasonaron y aquella su procaz elocuencia, que era el embeleso de los barrios bajos y el terror de los altos, pertenece ya en gran parte á la historia; y para admirarla, si no en su origen, á lo menos en copias bastante fieles, es preciso asistir á las representaciones de los ya indicados *sainetes* del referido *D. Ramon de la Cruz, Cano y Olmedilla*.

Verdad es que si en este siglo que apellidan de *las luces* y yo llamaria de *los fósforos*, es muy difícil encontrar á la *mujer fuerte*, ni aun en el gremio de las *Castañeras*, no está ménos gastado, si del todo no ha desaparecido, el tipo singular del *Manolo*; la fisonomía y virtualidad de aquellos héroes de presidio y taberna que prorrumpían en estas enérgicas palabras:

Ú te he de echar las tripas por la boca,
Ú hemos de ver quien tiene la peseta;

ó decían, para pintarlos con una brochada mas análoga al artículo presente:

Los héroes como yo cuando pelean
No reparan en mesas ni en castañas.

Con efecto, desde que dejaron de existir zorongos y redcecilla; desde que ascendieron á pantalones los alzones de nuestros abuelos ha ido degenerando de día en día aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco ó

nada conserva de sus antiguos hábitos. Lo que llamamos *pueblo bajo* ha menguado en calidad y en cantidad, como ha decaído en riqueza y en prestigio la aristocracia. Las clases medias absorben visiblemente á las extremas; fenómeno que en parte se debe á los progresos de la civilización, en parte al influjo de las instituciones políticas, y cuyas ventajas é inconvenientes no me propongo dilucidar. Ello es que ya no se encuentran por un ojo de la cara aquellos chisperos cuya siniestra catadura debe de estar muy presente en la memoria de *Godoy*, ni aquellas manolas que santiguaban con una pesa de dos libras á los soldados de *Murat* que osaban requebrarlas. Es cierto que aun hace la *navaja* de las svayas y que hay todavía en cada plazuela varias *catedras*, no reconocidas por la Direccion de Estudios, donde se enseña *gratis* el arte ameno y persuasivo de esgrimirse á desvergüenzas; pero estas mismas desvergüenzas son ya algo mas cultas y menos peladas que *in illo tempore*, y son, para bien de la moral pública, menos frecuentes los *repelones* y las *azotainas* (hasta en la ropa, cuando no se viste el uniforme legal que iguala al rico con el pobre y al noble con el plebeyo, hay cierta arbitrariedad, cierta insubordinación que se asemeja mucho á la anarquía. Ya no hay traje nacional para nadie, como no se busque en alguna arrinconada é insignificante aldea. Vemos á mas de un señor titulado ataviarse con zamarra y sombrero calañés, como vemos á mas de un proletario menestral proveerse de levita en los portales de la calle Mayor, y tan *lechuguinas* se van haciendo las *Bastianas* y las *Alifonsas* que no pierdo la esperanza de ver á alguna de ellas con papalina. ¡Oh tempora! ¡Oh mores!

Volviendo á las *Castañeras*, observo entre ellas varias graduaciones, ó llámense gerarquías, que conviene deslindar para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que hay *Castañeras* á quienes humillaria el trato con otras menos calificadas.

En primer lugar, aunque todas tratan en *castañas*, unas las *cuecen* y otras las *asan*: en segundo lugar, unas *asan* las *castañas a sí*, y otras las *asan*.... *asado*: en tercer lugar, hay *Castañeras* de esquina, *Castañeras* de portal y *Castañeras* de taberna.

Las *Castañeras cocidas*...., quiero decir, las *Castañeras que cuecen*, son las últimas en categoría, y como el populacho de la comunidad; tanto por la vida nómada y aperrada que llevan, porque generalmente no tienen puesto fijo, cuanto por ser menos codiciada su mercancía y muy escaso el capital que emplean en ella. La misma olla, con honores de cántaro, en que cuecen las *castañas*, sirve de almacén para guardarlas y de mostrador para venderlas. El anís con que las sazonan vale poco, el carbon que para ello consumen no vale mucho, y el agua que gastan, si la toman del pilón de la mas cercana fuente, como es probable, no cuesta nada. Por lo mismo, suelen dedicarse á este subalterno tráfico muchachuelas de poco *pelo* y mal *pelaja*, ó viejas deterioradas, cuyo calor natural no basta á reemplazar el de las *castañas* cuando lo pierden por la influencia de la atmósfera, por mas que abracen y acaricien con materno amor el yerto receptáculo.

Las *Castañeras que asan*, ya son gente de otra estofa. Suele ser su comercio, aunque algunas lo ejercen de *ab initio*, decente jubilación de una *carrera* mas activa relacionada en cierto modo con la de *San Gerónimo*, particularmente en el espacio que media desde el que fue convento de padres de la *Victoria*, hasta el que lo ha sido de madres de *Pinto*.

Es de presumir que en este invierno crezca considerablemente el número de operarias de dicha procedencia, merced á las visitas domiciliarias y pesquisas callejeras verificadas poco ha por orden de la autoridad superior política; medida cuya constitu-

cionalidad podrá ser disputable, y cuyos efectos llegarían á ser funestos á las libertades públicas y al derecho de propiedad, si se repitiese y generalizase demasiado; pero á la cual debemos por de pronto la ventaja de tener mas espedito y menos peligroso el tránsito de la calle del *Príncipe*, la plazuela de *Santa Ana*, é islas adyacentes. Pero á los que no somos gefes políticos, ni celadores municipales, ni periodistas, no nos incumbe inquirir y rastrear vidas ajenas. Por otra parte, *agua pasada no muele molino*; la Magdalena mas pecadora puede ser con el tiempo modelo de austera santidad; y en resolucion, cualesquiera que hayan sido los precedentes de una *Castañera*, por lo que es debemos juzgarla, no por lo que haya sido.

Una *Castañera* de la especie que voy describiendo ha menester para serlo dignamente gastar algunos duros en proveer de los siguientes utensilios: una mesa con su cajon correspondiente, una vasija *sui generis*, un anafé ú hornilla portátil, un cañon de hoja de lata que de salida al humo sin molestia de la protagonista y de los transeuntes, un fuelle, unas tenazas para escarbar la lumbre (estas pueden suplirse con los dedos); un cuchillo para hacer en cada castaña la incision con que se facilita despues la separacion de la cáscara; una manta, ó parte de ella, para abrigar la ya tostada mercadería; una espuerta bien provista de carbon, un tarro lleno de sal, aunque algunas pueden suplirla con la mucla que Dios les ha dado; una silla para la *maestra*; á veces un cobertizo, que á ella y á su hacienda resguarde de la intemperie; y ademas de todo esto, y de algun otro aditamento que puede habersele olvidado, tiene que pagar á la Villa la licencia para vender, y acaso á algun casero despiadado ó á algun tabernero sin entrañas, el alquiler del reducido terreno en que pone su tinglado. Es, pues, evidente que, si quiera bajo este aspecto, son las *Castañeras* mujeres que *tienen que perder*. Consideremos tambien que su vida sedentaria y afanosa, la publicidad de sus funciones, lo *incombustible* que llegan á hacerse á fuerza de familiarizarse con el fuego, á lo mucho que perjudican á sus *gracias personales* y á los primores de su *toilette* los descautos del humo y las insolencias del carbon, son otras tantas garantías de ejemplar conducta propia, y otros tantos preservativos contra los estímulos de la agena concupiscencia.

Sin embargo, como nunca falta un roto para un descosido, y de gustos no hay nada escrito, y los hay que merecen palos, las *Castañeras* que no son casadas, y tal vez algunas que lo son, suelen tener un chulo que *liquide* en la taberna los productos de las castañas. Lo malo es que á medida que estos en general se aumentan, se disminuyen en particular, porque las tiendas y las ambulancias de este artículo de comercio, no comprendido en la tabla de aranceles, se multiplican prodigiosamente, y ya no solo hay *Castañeras*, sino *Castañeros* tambien. ¡Si; *Castañeros*! ¡Tanto es el egoismo del hombre, y de tal suerte ha venido á ménos la galantería española, que usurpamos al *bello seco* hasta el ejercicio de las tranquilas y delicadas labores análogas á su tierna complexion y blandas costumbres! ¡Que es ver á un tagarote holgazán manejando el fuelle afeminado en vez de la ruda piqueta!.... Pero, ¿quien sabe si alguno de esos desventurados pertenecerá á las *clases pasivas*?...!!!

Y los *castañeros* son sin duda los que, por pereza ó por economía, han sustituido la prosáica cacerola, ó sartén sin mango, al poético cantarillo agujereado del siglo de oro castañero—¡sacrilegos!—y los que han suprimido el elegante tubo que reprimía y daba conveniente direccion al humo, hoy tan licencioso é indisciplinado.—¡Vándalos!.... Pero no faltan respetables matronas que, fieles á las buenas tradiciones del

del arte, mantienen y alimentan con loable perseverancia el *juego sagrado*. Estas heroínas contumaces, que constituyen la *aristocracia* del oficio, tienen establecido por lo regular su *despacho* á las puertas de las tabernas. Bien saben ellas lo que se hacen, como veteranas que son. ¿Hay aliciente mas poderoso para el vino que las *castañas*? Con solo verlas en las ascuas se codicia el zumo de la vid, y aun por eso dijo, dos siglos ha, mi paisano *Villegas*:

Al son de las castañas
Que saltan en el fuego,
Hecha vino, muchacho,
Beba Leshia y juguemos.

Hay; en efecto, manjares que convidan mas que otros á beber, tales como la salchicha, el abadejo, la tarángana, la sardina.... pero si grato con ellos, con las *castañas* es indispensable el vino, so pena de morir estrangulado...., ó de beber *agua*; que para muchos hombres de este es el mayor de los suplicios. Aquella sustancia seca, farinácea, de difícil y laboriosa deglucion, pide vino con urgencia, y de ahí viene sin duda el dicho vulgar: *dijo la castaña al vino bien venido seas, amigo*.

Razones de amor propio, ademas del atractivo de la ganancia, aconsejan á las *Castañeras* el situarse en los peristilos de los templos de Baco, que si los devotos apetecen solamente las *castañas* cuando entran, tal vez cuando salen apetecen.... la *Castañera*.

Ni siempre vegeta pasiva y sedentaria al amor de la lumbre y al cuidado de su hacienda; que en las horas de menos despacho suele dejar á cargo de alguna comadre, ó de algun compadre, su portátil mostrador para visitar el de la taberna acreditando con frecuentes libaciones de *Yepes* ó de *Valdepeñas* no ser indiferente al fervoroso culto que allí se tributa al número de *Anacronte*. Ya se ve; sus miembros se entumescen de estar tantas horas encogidos; su gañote se seca de tanto gritar: ¡*gordales, seis al cuarto!* ¡*Que se arrematan!* ¡*Cuántas, que queman?* y es preciso poner alguna vez los huesos de punta y remojar la *palabra*. Por otra parte, si algun caclirulo la *camela* con medio chico en la derecha y pellicándose con la izquierda el labio inferior, ella, que no es mujer de negarse á casos de honra, ¿como ha de resistir á un brindis tan *macareno*? Tratándose de echar copas entre gente de *caliá*, una mujer de su *aque*l nunca se excusa de echar su *cuarto á espaldas*. Cuando se la convida con mal modo, ó se toma algun *endino* libertades previas y extrajudiciales, le confirma de lo lindo con las tenazas; pero sabe tambien, en ocasiones, ser agradecida y campehana, y si algun majo llevó su galantería mas allá de lo que su bolsillo permite y su crédito consiente, ¡*aparte usted!* le dice, ¡*desgalichao!* y plantando sobre el aparador un peso duro, exclama con gentil desenfado y mucha de la fanfarría: *ó semos ó no semos; donde yo estoy no paga naide*.

Amen de estos agradables episodios, la *Castañera de taberna* pasa una vida hasta cierto punto envidiable. Su tunducho es una especie de tertulia que frecuentan y amenizan con sus chistes y agudezas los criados de la vecindad, los *simones* desocupados, los comparsas de los teatros, y los mozos de cordel. Allí se deletrea y se comenta el *papel que ha salido nuevo* con noticia de las potencias extranjeras que los ciegos han recibido por *extraordinario*. Ella pescuda, y busemea, y analiza á las mil maravillas la *crónica escandalosa* de la manzana, y puede dar razon de lo que pasa en ella tanto quizá como el memorialista de enfrente ó el zapatero de la esquina, y desde luego mucho mas y mejor que el *alcalde del barrio*. Es mujer de pró, que egerce en su distrito cierta jurisdiccion moral; y manejando á su arbitrio las pasiones de *escalera abajo* y los afectos de *portal afuera*; así pro-

mueve una camorra como la apacigua, según el humor que viene; ó para expresarlo en términos más castizos, según *se lo pide el cuerpo*. Sarcástica y de-

decidora, el chisme es su comidilla y la sátira su regodeo; pero sabe soltar sus pullas con tanto disimulo como oportunidad, y hasta las palabras con que pre-



La Castañera.

gona su mercancía suelen ser otras tantas *indirectas del padre Cobos*. Así, por ejemplo, si con sus guiños y ventaneos, y ceceos y tapujos dan que decir las hijas de la escribana, apenas las ve salir de casa las mira con el rabillo del ojo, y canta en octava mayor: *Ahora salen las calientes!*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL BARBERO.

Como que es una cosa indispensable pasar los puntos de la pluma por el suavizador de Lanne, para colocarnos después á la esquina de una calle y observar con detención esas hileras de yelmos de Mambrino que diezman las casas de la capital, dando guardia de honor á las puertas de las barberías; nadie extrañará que en nuestras noticias barberiles demos la preferencia á la vacía.

La vacía no es una cosa así como suena, tratándose de un barbero, porque difícilmente se encontrará un instrumento más significativo ni tan característico acaso.

La vacía colgada al exterior de los establecimientos en una palomilla de hierro ó de madera (esta distinción indica los humos aristocráticos del maestro sangrador), suele ser de azofar ó de hojalata (esto también pertenece á la categoría del establecimiento) podrá servir de *tam tam* á las conteras de los paraguas en días de lluvia, de blanco á las pedradas de los mu-

chachos, de barómetro á los vecinos cuando los huracanes y aguileones andan robando sombreros, y poniendo de manifiesto las pantorrillas y.....; de piedra magnética á las bayonetas de los nacionales que van de patrulla; y últimamente, de aviso á los que quieran oír *el punto de la Habana* ó decreten la siega de su barba. Pero es más importante que todo eso la misión de las vacías cuando libres del aire, y los muchachos, se muestran obedientes á su centro de gravedad: cada vacía es un espejo ustorio de su respectivo barbero; el elegante que pasea tranquilo é inocente por la calle es el foco del instrumento; los anchos faldones de su frac; ó el ala enorme de su sombrero, se retratan con toda precisión en la vacía; el barbero no quita la vista de su daguerrotipo, y apenas conoce que la moda se ha enriquecido con algún nuevo descubrimiento, tira la navaja ó la guitarra, pues precisamente tendrá una cosa de las dos en la mano; descorre la cortinilla, y llama desahogado al sastre de enfrente que por miedo á las contribuciones tiene su taller en un portal. Llega por fin el profesor tigera, recibe las instrucciones del mancebo, y nosotros que aun no hemos concluido de examinar la parte exterior del establecimiento sabremos después lo que discurren los dos vecinos.

Las puertas de la barbería gozan de una libertad absoluta, para ser verdes, blancas, etc.; pero ordinariamente son azules con listas amarillas, y una gran estrella encarnada en el fondo del cuerpo inferior que es la parte leñosa de ellas. De medio cuerpo ar-

riba están compuestas de cristales ó vidrios; las mas veces de esta última materia, y cuando son de la primera, imitan tanto á los segundos que parecen una misma cosa.

A la parte interior de estas vidrieras, suele haber unos cartelitos de papel con lazos de colores que dicen:

Acu se uenden sangüuelas de superior calidad y se da, Razon de un Maestro de Guitarra por cifra; son estremenas.

Por el estilo de estos anuncios suele ser la muestra que, colocada entre las dos vacías, sirve de rodapié en el balcon del piso principal. Distingúense todas por su contenido, que regularmente no baja de 100 letras lo menos. Es cuanto pueda saberse ántes de diez minutos que vive allí:

D. Ciriaco LAGARTOS, PROFESOR.
APROBADO DE CIRUGIA. COMA
DRON Y SACAMUELAS, AGETTA Y CORTA
A REAL, Y MEDIO RIZA EL PELO.

Mucho ántes de ponerse el transeunte á tiro de navaja en las barberías, hiere sus oídos el rascar de la guitarra con que el mancebo entretiene la ausencia de los parroquianos, y consigue tener siempre desalquilado el piso principal de la casa, merced al poco gusto que se observa hácia las filarmonías ratoneras.

Pero ya se va haciendo tiempo de levantar el pica-orte de las puertas vidrieras, y á riesgo de interrumpir los acordes del guitarrista, asomar la cabeza por la trampilla y saludar al artista con las palabras del Angel: ¡ Ave Maria! — Adelante, adelante, replicará sin detencion el barbero. Volveremos á cerrar la puerta, y ya hemos penetrado en el despacho del dentista, en la sala de recibo del comadron, en la agencia de los guitarristas por cifra, en el depósito de sangüuelas, en el gabinete de consultas médico-quirúrgico-farmacéuticas, y últimamente estamos ya de puertas adentro en la tienda barbería.

En el fondo de este aposento se hacen indispensables dos puertas, la una con vidrieras, y la otra sin ellas, pero coronadas ambas de unos pabellones que precisamente han de ser blancos, ó cuando mas amarillos, pues son los únicos colores que admiten las colgaduras de estos establecimientos.

La primera conduce á una alcoba destinada para las consultas secretas, y los disparates á oscuras en perjuicio de la humanidad doliente. La otra que carece de colgaduras es pequeña; por ella sale y entra el barbero toda vez que le ocurre dirigirse á la cocina para calentar el agua, sacar lumbre á los parroquianos fumadores y..... algun dia que la mujer está lavando los navageros en el rio, es indudable que el marido espuma los pucheros y pica la ensalada.

Entre estas dos puertas hay un espejo colgado en la pared, cuyo tamaño varia desde seis pulgadas en cuadro hasta poco mas de medio pié, y aun á veces suelen llegar á una quinta parte de vara; lo suficiente para que el parroquiano sepa donde ha de aplicar el pañuelo, que restañe bien la sangre en los dibujos de la navaja.

Debajo de este imparcial retratista del Almaden, hay una mesa parda que todos creen ser de pino, menos el carpintero que la hizo con intencion de adular la caoba. Un majo y una maja de yeso, se ven sobre ella, y en medio de estas figuras, una gran jarra de cristal, llena de agua y peces de colores; al rededor un tintero y una salvadera de metal dorado, formando parte de un heterogéneo recado de escribir que termina con una caja de carton donde yacen en armonia las obleas y las lamparillas.

En los cuatro ángulos de la sala-tienda, hay cuatro magníficos pedestales de yeso, que sostienen otras tantas estatuas de la misma materia, á quienes llamó el escultor: *Europa, Asia, Africa y América.*

En la fachada opuesta á la del espejo, se ve una repisa de madera sostenida por unas cuerdas, y sobre ella una magnífica redoma de vidrio llena de agua y cubierta la boca por un trapo. Allí dentro se agita un centenar de sangüuelas, maldicientes tal vez, de la sangre que desperdicia su dueño cuando descañona algun prójimo.

Y para no desmentir en nada los anuncios de las puertas vidrieras, no hace falta debajo de esta repisa, un enorme clavo romano, cubierto por un gran lazo de cintas de colores que forman el moño de la guitarra, colgada allí para los usos consabidos.



El Barbero.

Dos listones del mismo color y materia que la mesa de pino, se hallan tendidos horizontalmente en la pared. Anchos de seis dedos y largos de una vara, sostienen, ayudados de diez y ocho presillas de cuero, docena y media de navajas, jubiladas las mas y en actual servicio las menos. Por grande que sea la riqueza y elegancia barberil del sangrador jamás exceden de este número los instrumentos cortantes de cada navajero; suele acontecer únicamente, que estos se multipliquen, pero eso sucede pocas veces, y así se sabe por regla general, que cada barbería tiene un navajero, y cada uno de estos, diez y ocho navajas.

Varias estampas iluminadas, con marcos pocas y sencillos muchas, adornan las paredes de estos gabinetes, perpetuando la vida, milagros y amores de *Atala* con *Chactas*, las aventuras de *Robinson*, y tal cual retrato de algun heroe frances, por ser este pais el que expende á menos precio sus notabilidades. Una docena de sillas de Victoria, con su correspondiente

sofá de á siete, jamás hace falta en estos lugares. Dos de ellas están en medio de la sala con un paño blanco cada una, destinado á cubrir los hombros del paciente á quien Dios castiga dándole pelos en la cara, y la gente, dicha de buen tono, haciéndoselos quitar.

Con una mano en la cadera, y la otra en el respaldo de una de estas dos sillas, recibe el barbero á los parroquianos, á quienes hace una reverente cortesía, pasando en seguida á recogerles el sombrero, ó á quitarles la capa en invierno. Y acto continuo los envuelve en el mencionado roquete blanco, haciéndoles tomar asiento en el banquillo del sacrificio.

El barbero de que nos ocupamos no es el dueño de la tienda, ni tiene nada que ver con las certificaciones mortuorias que su maestro anda firmando por las casas pobres del barrio; ni prueba tampoco los dulces, que recoge muy á menudo el comadron, gracias á que el mundo no tiene trazas de acabarse por ahora. El barbero, que se ha dirigido por el agua caliente á la cocina, es uno de los aspirantes á la dignidad y prerrogativas del maestro sangrador; que este tiene en su casa, y á quienes llama *mancebos* á boca llena.

Estatua regular, pelo castaño, casi incrustado en el carrillo, y formando sobre la sien izquierda un gracioso rizo, que parece participar de la sourisa que baña á todas horas los lábios del mancebo, joven de unos 20 á 22 años; casaquilla gris cenicienta, ó un dorman verde claro con felpa blanquecina, forma un bello contraste con el chaleco escocés, y la corbata pagiza. Un pantalón ancho de todas partes y muy ajustado de la rodilla, hace alarde de su hermoso color de grana, en cuanto lo permiten las campanas de hule negro, y las franjas de paño azul. Ultimamente una boina de paño negro con una franja de plata, termina el traje barberil, haciendo llegar hasta el hombro de su dueño una magnífica borla del mismo metal que el galon plateado.

La primera operacion del barbero, apenas tiene á su víctima con el peñador, es sacar del bolsillo de la chaqueta una petaca de cuero, picar un cigarro de los que lleva en ella, hacer con aquellos escombros, otro cigarrillo, forrado en un papel, y colocárselo tras de la oreja. En seguida coge una navaja, cualquiera de las que están en la pared, y pasándola una y otra vez sobre la correa que coloca en la izquierda, se dirige al parroquiano con la siguiente:

— ¡Ha visto Vd. que tiempo!... ya ya! ningún año se ha conocido cosa por el estilo! Pues de las provincias dicen lo mismo; á mi me escriben de casa que hace un temporal insufrible. Pues al tendero de enfrente... y los periódicos tambien dicen....

— Vaya, despache Vd., es lo único que suele constestar el paciente.

— Sí, Sr., al momento; ya tenemos corriente lo principal que es *dar chuleta* á la navaja. Ahora continua el barbero, aunque el parroquiano no conteste una sola palabra, le pongo á Vd. la *charretera* y manos á la obra.

Al concluir estas palabras, desaparece por la puerta de la cocina, volviendo á poco rato con una vacía blanca floreada de azul propia de la fabrica de Talavera, de la cual se desprende gran cantidad de agua en vapor; y así sin mas ni menos hace que la garganta del infeliz barbudo llene la media luna de la vacía. Entónces echa mano el barbero al bolsillo de su chaqueta y saca una bola de jabón jaspado, incrustada de diferentes materias extrañas, gracias á la blandura del jabón, y á las migas de pan y polvo de tabaco, que alternan con dicha bola en el bolsillo.

El agua de la vacía, ha perdido en todo este tiempo mas de 10 grados de temperatura, pero aun se conserva á 80 poco mas ó menos, y el desapiadado barbero, prueba la incombustibilidad de su mano derecha introduciéndola en este liquido, y jabonando despues la cara del parroquiano. En esta operacion

suele gastar el barbero menos de un cuarto de hora, y mas de trece minutos, porque este, á no dudarlo, es uno de los mejores pasos del oficio. En el regularmente se distrae el barbero, y pasa y repasa la bola de jabón por el rostro consabido hasta que consigue cubrirle de espuma desde los ojos abajo; y entónces retira la vacía, preparándose para lo mas penoso del sacrificio.

Acto continuo; enciende el cigarro que habia colado tras de la oreja, vuelve á pasar la navaja por la correa, y empieza la formidable, sangrienta y descomunal operacion. El infeliz sentenciado obedece en los giros, las voces ejecutivas del hombre-navaja, que con la menor amabilidad posible, se coloca la cabeza de su víctima debajo del brazo; asoma la suya por encima, y tajo á derecha, tajo á izquierda, humo de tabaco en todas direcciones, varias rociaduras de un liquido viscoso que á no salir de la boca del mancebo, cualquiera tendria por espuma de jabón; todo esto acompañado del enfadoso diálogo sobre el tiempo y la política, y los chismes de la vecindad aumenta la tortura del agraciado, á quien se le pregunta por añadidura: — ¿Está dura la navaja? ¿siente usted aspe-reza?...

— ¡Oh! ¡no tal! responde el paciente temiendo la venganza del barbero; y resuelto á perdonarle el sarcasmo de la pregunta, reprime las lágrimas que saltan de sus ojos, y repasa en silencio todo el martirologio, comparando su vida con la de S. Bartolomé y demas santos desollados.

Concluye por fin el barbero de raspar y manosear al parroquiano, y con la mayor impavidez le dice: — ¿Quiere usted que la descanen?

¡Huya todo el que no lleve la volubilidad al extremo de mudar de cutis, y no dé nunca una contestacion afirmativa en estos casos! Conténtese con lo sufrido, y concluya la operacion dejándose lavar la cara por fin de fiesta, estableciendo sobre todo una aduana entre el corbatín y la vacía, para que no se forme entre el pecho y su camisa, el sumidero del liquido jabonoso. Lleve con paciencia la caricia final del barbero que le pasará el peñador por la cara, diciendo: — Salud y mandar. Responda: — Gracias, amiguito, y póngale en la mano seis ú ocho cuartos. Con esto y desprenderse de toda educacion, para poder dejar al barbero empezando á referir cualquier historietta, dará vuelta á su casa, y allí se podrá aplicar tres ó cuatro telas de araña segun el número de deslices que hubiese cometido la navaja.

La misma funcion se repite con todos los parroquianos, con mas el guiño de ojos que suelen hacerse mutuamente los barberos cuando entra alguno de barba cerrada, y sobre todo *vidriosa*. En estos casos se necesita una orden expresa del maestro ó una reprimenda de la maestra, para que los mancebos cumplan su obligacion.

Por la mañana temprano, salen de cada barbería uno ó dos mancebos, á cumplir con los parroquianos que esperando en sus casas al barbero suelen perder mas tiempo del que gastarian en arrancarse uno á uno los pelos de la barba.

En cuanto al momento del sacrificio hacen lo mismo, ni mas ni menos que en las tiendas; lo único que suele ocurrir de nuevo en casa de los parroquianos, es la consulta de la amarillenta y desencajada doncella que cuenta en secreto al barbero su enfermedad. Este no es hombre aprensivo, y la ordena unos polvos cualquiera, que tras de cinco ó seis meses de hospital, hacen crónica la palidez, y la pobre muchacha acude con su palma al cementerio. Y hémos aquí en un punto de la fisiología que nos obliga á decir algo sobre la posicion social del barbero, y sus ocupaciones en el resto del dia.

La primera diligencia del barbero, apenas se habotado de la cama (á las seis de la mañana en invierno,

y á las cuatro en verano), es sacar las llaves de la tienda debajo de la almohada del maestro: abrir de par en par las puertas de la calle, regar la barbería y un trozo de cuatro varas en cuadro hasta el arroyo, harrerlo muy bien todo, limpiar los muebles, sacudir los peñadores, colgar las vacías en las palomillas que, aunque no han pasado la noche con las llaves, no se quedaron al raso por necesitarlas el maestro debajo de la cama; y últimamente, colocar las puertas vidrieras, meter la cabeza en un cubo de *Pau véritable* de pozo, hacerse el rizo consabido, ajustarse la corbata escocesa, y sobre todo, alzarse las mangas de la casaquilla, y puntear un poco la vihuela, que es un reclamo seguro para los parroquianos. A esas horas suelen estrenar la navaja los horteros, los jornaleros y tal cual sacristán de monjas. Mas tarde empiezan á rasurarse los que han vendido en las plazuelas á las cuatro de la mañana, y los nacionales que salen de guardia; los mas perezosos, en fin, suelen ser porteros de oficinas, varios holgazanes y demas gente de la que madruga á las diez y no se sabe afeitarse sola, ni recibir en su casa al barbero.

Después de las dos de la tarde apenas acude nadie á las barberías, y entónces coje el mancebo su capa parda, se emboza bien en ella, mete un libro en el cuarto debajo del brazo y dirige sus pasos hácia el colegio de médicos, á donde aumenta el número de mas de 2000 capas pardas y otras tantas boinas, propios de otros tantos mancebos de barbería que acuden allí á lo mismo que el nuestro: á ponerse en estado de ser cirujanos romancistas, aprendiendo á sangrar, á echar sanguijuelas, aplicar ventosas, y en suma á que el pueblo los llame *lanceros*, y estar autorizados para llevar siempre consigo la lanceta y demas chismes corrientes del oficio.

En esta época del día, es cuando el barbero se lanza á la política, y se pronuncia contra el catedrático porque comete la necedad de decirle que estudie si quiere saber cuanto ignora; y en estos casos tiembla el gobierno y vigilan las autoridades, porque los lanceros son un combustible seguro en las revoluciones.

Pero dejando en paz que el estudiante romancista, con cincuenta ó mas de su calaña, vaya encendiendo la guerra por las calles de la capital, cantando el *himno de Riego* en los tiempos del absolutismo, y la *pitita* en las épocas constitucionales; examinemos sus ocupaciones en la tarde del domingo, y demas fiestas solemnes. Dejémosle pasar en vela la noche del sábado, restituyendo el color perdido en ciertos trozos del frac; dando friegas espirituosas á las costuras del pantalón, y cerremos los ojos por un momento, interin elegante mancebo se afana por encorvar las alas del sombrero, y descose avergonzando las borlas que ha lucido toda una semana, sin que su invención haya tenido mas prosélitos que el diputado por su provincia, y tal cual cofrade del gremio barberil. Apartemos sobre todo la vista cuando se envuelva en el gabán azul, y no tendremos necesidad de averiguar porque se le vendió en cuarenta reales el criado del cuarto segundo, mandándole por única condición de venta, que no le usase sin teñir, y mucho menos sin mudarle los botones. Figurémonos ya que el mancebo está en la calle, y procuremos no perderle de vista, porque apenas haya llegado al Prado se confundirá con los primeros elegantes que paseen allí, y en este caso es imposible reconocerle. Los días de fiesta por la tarde, hace sombra el barbero á las mas esquisitas notabilidades de figurín. Las academias de baile y los teatros caseros le abren sus puertas por la noche; de esto resulta que nuestro mozo se enamora de la hermosa jóven que ocupa la silla inmediata; se vuelve loco de alegría al observar la franqueza con que aquella responde á su amor, la ofrece el brazo al salir, y casi está resuelto á decirle: «Señora marquesa, usted se ha engañado; soy... un mancebo de barbería;» pero

gracias á una llave que la elegante jóven saca del pecho para abrir la puerta de su boardilla, conoce el barbero que no es un obstáculo ser oficial de modista para vestirse de señora los domingos.

Reducido es, como se ha dicho ya, el número de atenciones pecuniarias que pesan sobre nuestro mancebo, pero siendo algo menores las cantidades que ingresan en sus bolsillos, nos vemos obligados á escurrirnos los medios de que se vale para la adquisición del chaleco blanco, que luce en Minerva y las Delicias, con mas los cuarenta reales de aquel gabán y otras frioleras, que no fundiéndose con los garbanzos en el puchero, gravitan sobre los débiles hombros del mancebito. El maestro le da por único salario la comida, y la maestra le lava gratis camisas y calzoncillos. Puchero y rompa limpia es todo lo que tienen por rasurar á destajo. Los abanicos y pañuelos que de vez en cuando regala á su novia, y las bocanadas de humo habano con que acompaña su amorosa declaración, son para nuestro propósito del mismo género que los chalecos y las corbatas. ¿De donde sale el dinero para todo? es lo que pretendemos averiguar, suponiendo que no le paga al maestro tres barbas cuando cobra siete, ó que no recoge el valor de cuatro después de haberlas entregado todas. El barbero en general es honrado, aunque pobre, y solo toma lo ageno contra la voluntad de su dueño, cuando saca tres muelas en vez de una, y este precisamente es uno de sus recursos pecuniarios. El maestro ignora ó aparenta ignorar los casos de medicina y cirugía que diariamente resuelven los mancebos porque él hizo otro tanto en sus mocedades, y porque ya de tiempo inmemorial ha sucedido lo mismo: entre morir de cornada de huey, y ponerse en manos de un barberillo no hay diferencia alguna: la muerte nos hace á todos iguales, y se lleva sus parroquianos como mejor le place. El único consuelo en esos casos es conformarse con la voluntad de Dios, y gracias, que á cada cual le llega su San Martín. Y como este santo se aparece siempre bajo distintas formas, según la gente á quien visita, el S. Martín de los enfermos pobres que tienen asco al hospital, es el mancebo de la barbería inmediata. Su habilidad en la guitarra le proporciona varios admiradores, que á poco mas se llaman sus amigos, y andando el tiempo enferman, porque la sociedad de Seguros generales no llega á prevenir las calenturas ni las tercianas. Esta última enfermedad es la que mejor conoce el barbero, gracias á los muchos desgraciados que imploran su auxilio cuando sienten el frio de la calentura.

Sea cualquiera la clase de enfermedad que padecen sus parroquianos, los medicamentos que aplica siempre son los mismos. Sangrias, ventosas y sanguijuelas; de este modo cobra por médico, cirujano y barbero á la vez. Lo primero que hace al entregarse de algun enfermo, no es la señal de la cruz, ni otra invocación por el estilo; se contenta con advertir á la familia del paciente que él no está autorizado para visitar enfermos aunque bien pudiera, pues sabe tanto como cualquier médico, á cuya modesta ignorancia añaden los interesados: — ¡Y algo mas! Con esto basta para coger la mano del enfermo. Lacer con ella lo mismo que hacen los médicos cuando toman el pulso y decir á renglón seguido:

— Esto no vale nada por ahora; haremos una sangría para ver si se presenta enfermedad conocida; y no se aflijan ustedes, añade dirigiéndose á la angustiada familia, tengo unas pastillas secretas que va... el *panaceum universalitatem*, que decimos en la facultad. Si hubiese caído usted en manos de algun médico moderno, dice dirigiéndose al paciente, ¡ya la lleva usted larga!

— Como que estan interesados en que duren los males, responde en voz débil el desgraciado. Desde que un compañero de usted, andaluz por cierto, curó á

mi compadre una pulmonía que trujo del hospital no tengo fe ninguna en los médicos.

—Pues ea, venga el brazo, replica el improvisado doctor; y diciendo y haciendo toma una cazuela que le presentan al efecto, saca una cinta del bolsillo, y aquí es donde hace la señal de la cruz sobre la vena que ha de rasgar ó sobre el tendon que ha de romper pero esto no indica miedo en el operario, ni mucho menos que el enfermo se halle poseído de los demonios; sino que así lo hacía el barbero de su pueblo, y «cuando él lo hacía, estudiado lo tendría.» Por lo demás el mancebo aprendió á sangrar en una hoja de berza, y se atreve á sacar la sangre de cualquiera á traves de una toalla, ó con los ojos vendados.

De estas empresas sale casi siempre mal, como se debe suponer, pero como se viene á la mano, lo que está de Dios, y nadie se muere hasta que sufre la última enfermedad; por mas esfuerzos, que de buena fe hace el barbero para quitar la vida al infeliz que la puso en sus manos, deja de conseguirlo algunas veces, y la naturaleza suele triunfar de la enfermedad, y de los disparates barberiles, que precisamente es la parte mas rebelde y el enemigo mas formidable de la humanidad. Y si estos casos no fuesen del número de las chiripas, algo mas lucido andaría el barbero; porque cuando se pone bueno el zapatero de la boardilla, lo primero que hace es cumplir con el facultativo, aunque para ello necesite destinar los jornales de toda una semana.

Ahora bien, ya parece que con la escrupulosa revista que hemos practicado en todos los pasos de la vida barberil, no debiéramos tener nada que añadir sobre el porvenir de estos señores, apenas han terminado sus años de colegio y establecido su oficina, para cumplir con su lanceta las disposiciones del médico cirujano, y visitar por sí y ante sí á las gentes pobres de su barrio, que no por el deseo de morir mas pronto, sino con ánimo de pagar menos el asesinato, le nombran médico de cabecera. Pero hay una cierta clase de barberos *apóstatas*, que á voz en grito reclaman un lugar en este artículo. Es muy difícil que entre los diversos parroquianos de barba que tiene el mancebo, no cuente algun marqués, senador, diputado á Cortes, ó tal vez un ministro; y en cualquiera de estos casos, especialmente en el último, ya puede decirse que el barbero ha tirado la navaja, y que llegará á ser, cuando menos, comisionado de amortización en su pueblo. El mancebo, charlatán de oficio y adulador de circunstancias, no amortigua nunca sus palabras en estas ocasiones, y empieza su carrera reemplazando al ayuda de cámara del ministro, ó sirviendo este oficio por primera vez en casa de S. E. porque no todos los secretarios del despacho usan esta clase de sirvientes. Pasa en seguida á ser secretario particular del magnate, se casa con la doncella mas querida de este señor, y marcha á su pueblo con una comisión del gobierno, y una doncella... del ministro á quien afeitaba. Esta brillante posición no la logran muchos barberos, pero se les presenta á casi todos, y la saben aprovechar algunos.

Hay mas divisiones que hacer aun entre esa clase de gente, que si no vive de lo que rapa como otros muchos, vive rapando que es una vida como otra cualquiera, y no de los peores por cierto. Existe un gremio de barberos *ambulantes*, que nos echaría en cara nuestro olvido, sino diésemos cuenta aquí de sus trabajos, en obscuro del rostro tiznado del carbonero, de la dificultosa patilla del mozo de esquina, y de la evacuación sanguínea que hace sufrir á los aguadores.

Con una chaqueta de pieles en invierno, y en mangas de camisa los veranos, se ajusta un cinturón de cuero con diferentes bolsas, en las que lleva un par de navajas y otros de tijeras, media docena de nueces chicas con grandes, un trozo de jabón y media vara

en cuadro de trapo blanco que fue, una vacía de hierro colada debajo del brazo, un *escalador* del mismo metal, con agua caliente, en la mano derecha, y un asiento de tijera en la izquierda. Así sale el barbero ambulante todas las mañanas, y se dirige á la fuente inmediata como teatro principal de sus operaciones. Extiende el asiento, acomoda con él al aguador, le introduce una nuez en la boca, chica ó grande segun el calibre del asturiano; á beneficio de este cuerpo extraño *in/la* los carrillos el paciente, le jabona el barbero la cara, y entre la navaja y el agua hirviendo, saltan las barbas que crecieron en una semana, y se renuevan las heridas que se cicatrizaron aquel mismo día tal vez. Esta operación se repite con todos los aguadores que teniendo barbas, pueden pagar tres cuartos al que se las quita, y seis cuando hace uso de la tijera para pelarle la cabeza, y cogérle tal cual vez las orejas con el mismo instrumento. Además de los citados carboneros y mozos de cordel, son tambien pasto del hombre escalador, los aldeanos transeúntes, que sufren los mismos tajos y las mismas cortaduras, á vista y presencia de todo el que pasea por las calles, y tropieza con estos sangrientos espectáculos. De este modo pasa el barbero ambulante todas las calles de la capital, afeitando gratis á uno de los carboneros para que este le suministre á igual precio el carbon necesario á mantener caliente el agua del escalador, y entra en un bodegon, cuando se siente acometido del hambre y puede disponer de dos reales, y dar de baja en el barreño de la mondonguera uno de los pucherillos que humean al efecto.

Nada hemos dicho sobre la procedencia de los barberos en cuanto á su naturaleza, ni de su instalacion en las barberías, porque ambas cosas son de poca importancia para nuestros lectores. Aconsejámosles únicamente que rehusen el trato íntimo con los dueños de tienda, porque todos los mancebos se reciben á prueba, y para averiguar su habilidad en la navaja, se estrenan manoseando al párroquiano mas amable y menos exigente. Tauromáquicamente hablando, se diría que la prueba barberil, era la suerte de perros en día de toros.

Sin embargo, y á pesar de que la elegancia y el aseo interior de las barberías, no cambia en nada las noticias que dejamos apuntadas sobre el barbero, no será demas que los nombres de Reigón, Munilla, y otros varios en cuyos elegantes gabinetes de tocador completo se afeita con delicadeza y esmero, nos sirvan para terminar aquí este artículo.

ANTONIO FLORES.

EL INDIANO.

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra: si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extranjero que mendigara de trono en trono algo de protección en cambio de un nuevo mundo, no habria en España á quien aplicar con exactitud la calificación de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes como podían surcar las olas con el auxilio de frágiles leños: Flavio Gioia, regalando á sus navegantes desde el bello recinto de Amali su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colon, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velázquez, Hernán-Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernacion del territorio de América, prepararon al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insígnis sucesos y de tan altos per-

sonajes como el estío al otoño, como la almeja á su concha, como el dolor á la vida.

No teman mis lectores que, prevalido de la voz Indiano, les retrate en bosquejo á un sucesor de Moztuma ó de Atabaliba, que haya bebido en su niñez las aguas del Marañon ó del Orinoco, ni recreado sus ojos infantiles en las cimas del Cuzco ó de los Andes, ni descansado de sus juegos á la sombra de las ceibas ó las palmas. Nada tiene que ver el protagonista de este cuadro con Lucas ni con Tascaltecas, ni sabe cosa alguna en sus primeros años de las Antillas, ni de las Californias. Quien aspire á conocer el país de donde es oriundo, recorra las aldeas de la antigua Cantabria, ó los concejos de Asturias, ó las parroquias de Galicia: tome á su antojo una partida de bautismo, y llámesse como quiera de nombre y apellido el sujeto á quien corresponda, se las ha de seguro con el padre, deudo ó amigo de un Indiano, ó con el mismo Indiano en persona. Pocos dias de residencia en cualquiera de esos pueblos le bastan para enterarse á fondo del instinto unánime y vocacion firme del cuajado enjambre de chicos que allí pululan: solo un fanático por la milicia, solo un hombre, cuyos marciales ensueños se balancean entre broqueles y arcabuces, columbrará en ellos inclinacion á las armas, solo quien delire por la agricultura contará con la robustez de aquellos brazos para el cultivo de las propias tierras. Mas como, por fortuna de la ciencia y por desgracia del individuo, sabe al dedillo todo español que la postracion es el invierno de las naciones, y como esta imagen fúnebre se le presentará mas viva al trasladarse al centro de esos muchachos gallegos, asturianos y montañeses, por cuya circunferencia gira nuestro relato, ha de compararles sin duda á esas bandadas de golondrinas que buscan en mas suaves climas amparo contra las nieves y las escarchas que verman los vergeles donde fabricáran sus nidos: como ellas emigrarán á centenares apenas consigan desplegar al viento sus alas, y mientras llega ese dia forman en conjunto un abundoso plantel de Indianos.

A duras penas matareis el tiempo en una aldea, si no pasais tres ó cuatro horas al dia en la esquina de una calle ó en el ángulo de una plaza. De este modo observareis de cerca á esos chicos, y os persuadireis de que cuanto les rodea sirve de jugoso pasto al único pensamiento que les anima y crece con ellos y con ellos se desarrolla. Si descubris algun muchacho que va por leña, no le perdais de vista: el camino que conduce al monte es mas llano y espacioso que todos los de la comarca, y ántes de aprender el Credo, sabía el leñadorcito ser obra de un paisano suyo, que ganó pingüe fortuna á favor de veinte años de permanencia en Lima. Si á la caída de una tarde de verano tropezais con un chicuelo que viene de apacentar cinco ó seis vaquillas y le preguntais donde se guarece de los ardores de la siesta, os ponderará cuán amena sombra le brindan las tapias de una fértil huerta contigua al prado, propiedad de un pariente suyo, si bien remoto, que regresó á su país cuando Méjico dejó de pertenecer á España. Acaso, sin apercibirnos de ello, se os cruce en angosta travesía algun rapaz para quien es árdua empresa sostener la vasija que lleva en la mano, pues si os viniera en voluntad adquirir pormenores sobre aquel encuentro, insignificante segun las apariencias, averiguariais como hace un viaje cotidiano á la taberna en busca de media azumbre que el autor de sus dias, natural de Reinosa, y vecino de Cartagena de Indias, tiene la humorada de costearle á su abuelo, un si es no es dado al mosto. Si sois observador profundo hasta comprenderéis como el muchacho, que por su desdicha pasa la niñez endeble y enfermo, disfruta como todos los de su edad de ese poderoso estímulo; de ese irresistible aliciente, bajo cuyo influjo merma de dia en

dia la poblacion española, porque desde el poyo ó tarima, testigo de sus dolencias, tiene fijos sus ojos de continuo en los terrados y chimeneas de un magnifico edificio, propio de un sugeto á quien los ancianos del país vieron marchar vestido de paño burdo y con almadreñas, para volver con tres millones de reales, amen de un condado.

Aun cuando no llevo escrita ni una sola línea que no sea indispen sable para el conocimiento, análisis y estudio del tipo, manantial de mis actuales inspiraciones, circunscribiré el asunto á mas estrechos limites para que sobresalgan como es debido las brillantes formas del Aquiles de mi Iliada, del Godofredo de mi Jerusalem, del héroe de mi epopeya. Asi como de una crisálida sale una mariposa, un montañés se convierte en Indiano; y afuer de prácticos naturalistas conviene paremos mientes en el incidente mas mínimo que concurra á tan importante metamorfosis.

Si eligiéramos por tipo á un gallego, le trasladáramos desde su hogar á la Coruña: si á un asturiano, forzoso era comenzar por llevarle á Vigo á toda costa; preferimos de buen grado á un montañésillo, y desde su aldea le trasladaremos via recta á Santander. Allí le acompaña su padre ó pariente mas cercano, siendo portador del producto de su última aranzada de tierra, vendida para satisfacer el flete del viajero y para la manutencion de ambos, mientras una velera fragata cierra su registro y sopla viento favorable: en Santander se necesita nordeste hasta para ir á misa. Llegado el instante fiero, el montañés pimpollo, que se columpia entre dos y tres lustros, responde con suspiros á los consejos de su padre, y con sollozos á las exhortaciones de la mujer, en cuya casa se hospedan, y para demostrar si serán impertinentes, baste decir que la compungida dueña llevó al cuello por dote una moneda de la proclamacion de Carlos III, solemnidad que coincidió con su nacimiento. Por último, en el muelle y con un pié en el bote, que ha de conducirlo á bordo de la fragata, recibe el hijo de manos del padre un escapulario de la Virgen de las Angustias, dos bendiciones, tres abrazos y cuatro pesetas sevillanas: sentidas palabras y dolorosas frases dan fin á tan patético cuadro. Triste y macilento regresa el padre de familia al seno de la suya: por honda que sea la del chico desaparece de su corazon ántes que el marreo de su cabeza: por copiosas y ardientes que broten sus lágrimas, caen, se hielan y confunden entre las primeras olas del golfo de Gascuña. Al doblar el cabo de Finisterre hace crisis la existencia del adalid cántabro: bullen en su mente asombrosas ideas: se ofrecen á sus ojos magníficas ilusiones: pueblan sus sueños nunca vistas imágenes: en perpétuo éxtasis con su porvenir sepulta su pasado en el Leteo: todo lo tiene delante, detras nada; la golondrina engalana ya los espacios con su flexible vuelo: toca ya la crisálida en el primer periodo de su transformacion: ya se nos presenta el montañés con sus ribetes de Indiano.

A las Indias, como al reino de los cielos, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Todos los que dirigen su rumbo á tan encantados países van á romper lanzas como paladines de un torneo en que es reina la fortuna, dama voluble en sus gracias para los galanes á quienes concede sus favores, consecuen te en sus crueldades para los infelices á quienes miró una vez con faz esquiva y desdeñosa. En tanto que vaga la fragata por esas azarosas y movibles sendas que trazan los vientos en los mares; en tanto que divisa las pintorescas playas de Cuba, descifremos, sin hacinar geroglíficos, emblemas ni conjuros, el inmutable sino de los rapaces que van á bordo de ella, escrito, ántes que saliera del astillero, en el voluminoso libro de los hados. Oigamos las palabras, estudiemos el carácter, observemos las acciones del montañésillo del escapulario, diametralmente opues-

tas á las de un primo suyo que come en su mismo plato y duerme en su misma cama, así deduciremos de un modo infalible cuál se halla entre el número de los *escogidos*, y cuál solo en el de los *llamados*.

Mi campeón es alegre y vivaracho; se desliza de noche por la borda del buque á la mesa de guarnición, donde elige á su estómago por confidente único de cierto hurto consumado en la despensa: solo para hacer alard: de su travesura trepa á todas horas por las jarcias hasta la cofa del trinquete, ó monta á caballo en el bauprés: entretiene con sus agudezas á los pasajeros de popa; traduce el Telémaco y las fábulas de Fedro: sabe de la historia que los moros vinieron á España después que los romanos, y que D. Castor de Andechaga enarboló en su pueblo la bandera del mal aconsejado príncipe: es el niño mimado de la tripulación, y como se empeñe en ello hasta tendrá agua dulce para lavarse las manos: lleva recomendaciones para comerciantes, propietarios, tenientes gobernadores y aun para el Intendente de la Habana: no sufre ancas de nadie: si le dan un bofetón devuelve cinco, sin reparar en que mejilla: posee un mediano equipaje: saltará en tierra con levita de cutí, sombrero de paja, chaleco de piqué, pantalón blanco, corbatín de gró, y borceguies. Su primo es el reverso de la medalla: siempre está serio y cabizbajo: come tan solo lo que le dan: sumiso á las mas leves insinuaciones del piloto no sale del recinto comprendido entre la proa y el palo mayor: busca un rinconcillo al sol ó á la sombra, según cumple á su deseo, y se pasa allí las horas muertas: si le veis con un libro en la mano apostad la vida á que es el Bertoldo ó los Doce Pares de Francia; sábese á bordo que entona el romance de la Rosaura, y que cantó en la misa del Gallo de su pueblo los villancicos, pero no hay fuerzas humanas que alcancen á vencer su obstinado propósito de tener oculta su habilidad: á las palabras que le dirigen responde con rústicas sentencias: nadie le hace caso por adusto; si el contramaestre le da un golpe se volverá con mansedumbre del otro lado para que acabe de saciar su furia: si sopla el viento de proa ó sobreviene una calma chicha, le tasan el agua hasta el extremo de dársele por el oído de un fusil; cuando desembarque lo verificará con el mismo traje que lleva á bordo, salvo que se mudará de camisa y estrenará un chaleco de percal pagizo y unos zapatos de becerro blanco con cintas verdes: lleva una carta de recomendación para un soldado del Fijo, y cuenta además con la benevolencia de un tiosuyo, de quien sabe por toda noticia que vivía sano y bueno en Guanabacoa dos años ántes.

Ea, amabilísimos lectores, ¿cual de estos dos seres se os figura que respirará algún día el ámbur de la opulencia arrullado con la música que formen sus onzas de oro al caer en las arcas de su erario, y engreído con el crédito de que goce su firma en todos los mercados? Aun no es tiempo de que lo sepais.

Hasta que el buque echa el ancla en la bahía de la primera ciudad de Cuba puede decirse que los dos primos han seguido un curso paralelo, como dos arroyos que brotan de un mismo manantial y riegan una misma llanura: desde aquel punto se separan para no encontrarse jamás: fuerza es que los sigamos en sus opuestas y en sus revueltas sinuosidades.

El montañésillo jovial y bullicioso es de los primeros que saltan en tierra, acaso trascurran dos ó tres semanas ántes que lo verifique el del chaleco pagizo: un mes ántes de su llegada ha fallecido su tío en la última miseria: el soldado en quien cifraba su postrer consuelo se halla destacado en lo interior de la Isla, tales son los funestos informes que adquiere el infeliz, hostigando con sus preguntas á cuantos llegan á bordo: no se le alcanza medio de conseguir su licencia de desembarque: se resigna á los rigores de su estrecha, y todo lo compone con no decir esta boca es

mia. Al fin el capitán de la fragata se conduce de tan triste abandono, y la vispera de tomar la vuelta de Europa le saca á tierra, y se lo encarga al dueño de una bodega, sita en la plaza de S. Francisco, con quien tiene suma franqueza. «Abi te dejo ese chico, le dice, atiéndele hasta que se coloque.» Y al hallarse con tan inesperada acogida, da el pobre rapaz la primera muestra de no ser indiferente á cuanto le rodea: un solidificado lagrimón resbala lento y despacio por aquel rostro de estuco. Su primo está ya en otro rango, es dependiente en una tienda de ropas de la calle de la Muralla: se grangea el afecto de su amo por lo mucho que promete su viveza y desenfadado: lee todas las mañanas el Diario y el Noticioso Lucero: se egercita en la ciencia de vender, no permitiendo salga de allí ningún marchante sin alfojar la mosca é irse



El Indiano.

muy contento; cada semana se le permite una noche de holgura, y el montañésillo va á la retreta: cada mes va al teatro un domingo por la tarde: cada año gana por de pronto cien duros: aprende la partida doble, se perfecciona en el francés y se impone en los primeros rudimentos de la lengua inglesa. Un muchacho de tan brillantes disposiciones debe subir como la espuma, ó no hay justicia en el universo: tiene fe en sí mismo y se envanece al ver cómo le solicitan, ya el primer socio de un almacén de loza, ya un baratillero de la plaza vieja, ofreciéndole triple salario del que disfruta. ¿Como resistir á tan ligeras tentaciones? También le sonsaca de su nueva colocación con el cebo de mejorar de suerte el ferretero cuya tienda está dos puertas mas arriba. Así anda el montañés de Heródes á Pilátos dos, tres, cuatro años, ganando siempre en provecho y categoría, hasta que

logra pertenecer al escritorio de una casa de comercio, para llevar los libros ó la correspondencia. Hé aquí la época de su apogeo: en pos vienen el reloj y la cadena del metal más fino de las minas del Perú, y el alfiler de brillantes, y la camisa de tela real, y el frac negro, y el abono al teatro, y las suscripciones á los bailes de *Sta. Cecilia* y la *Habanera*, y los primeros amores: se encuentra como el pez en el agua, y todos sus conatos se encaminan á equilibrar sus gastos con sus ingresos: su principal no tiene de él queja alguna y comerá el pan de su mesa hasta el día del juicio, si ambos viven y el montañés no se cansa de ello: ocupémonos de su primo y paisano.

Desde que el capitán del buque le deja en la bodega, hace propósito su dueño de formarlo para sí y de amoldarle á sus hábitos: en pocas palabras le traza cual ha de ser su método de vida; y en su consecuencia el muchacho abandona su catre una hora antes que salga el sol del cristalino alcázar de Anfitrión: en los primeros meses barre, friega y se ocupa en otros oficios de este jaez: luego que aprende, guisa cuanto comen el amo y sus otros dependientes: hasta los dos ó tres años no le dan sueldo ninguno: después tampoco se le dan, se le señalan: cuando el bodeguero realice sus intereses dejará treinta ó cuarenta mil duros de capital, y la cantidad que sumen los salarios del montañés con el agregado de su industria y trabajo se reputa por un capital equivalente: otro sócio deposita en metálico la misma cantidad, y ya entra el cantor de la Rosaura á disfrutar en las ganancias una tercera parte. Por lo general nunca se realiza esto sino después de haber pasado dos ó tres años bisieptos: en tan largo trascurso de días, solo ha gozado nuestro mancebo tres ratos de solaz, y son un almuerzo que dió su amo en el torreon de la Chorrera en celebridad de haber sacado el premio grande: cinco ó seis partidas de tute que jugó una noche con un compañero suyo mientras estaban en vela por hallarse enfermo el dependiente principal; y ciertos festivos coloquios que tuvo á burtadillas con una mulata. Además de los cotidianos afanes estubo á la muerte de resultas de la fiebre amarilla, y por milagro se libró de las garras del tétano de la Isla de Cuba.

Ya tenemos en posición á los dos primos: de ella han de desprenderse de un modo inmediato sus opuestos destinos: ambos sentirían cerrar el ojo sin pisar de nuevo los maravillosos paisajes donde corriera su infancia: quizá no esté lejos el día en que vean colmada esa idea de ventura que con tanto esmero acariciaban en su mente.

El montañés de la bodega avanza que es un portento: trabajillo le costó descubrir el filón de su mina, mas llegó la época de explotarla, y á fe que lo hace con buen éxito, y no se da mala maña: todo le sale á pedir de boca: no hay empresa que no prospere si en ella figura como socio, ni especulación que no le redite siquiera un diez por ciento: tiene en la uña el vocabulario mercantil: sus papeles se reducen á pagarés y letras de cambio: sus libros á los de cuenta y razón, de cargo y data. Al que le pregunta cuándo piensa volver á Europa, le contesta: «¿Quién sabe!» En tan lacónico periodo hay mas significación de la que pudiéramos darle comentándolo. Pero á fuerza de vagar sus asuntos viento en popa, se determina á soltar prenda. «Así que junte cincuenta mil duros, dice, voy á dar un abrazo á los abuelos.» Se hace el balance por Navidad, y como resulten á su favor cuarenta y nueve mil duros y pico, bregará otros dos meses á fin de completar la suma: entre los indianos se cuentan real por real los pesos duros, como entre los militares se cuentan los años de servicio día por día. Ocurre con frecuencia dilatar el plazo de la vuelta á Europa y duplicar el capital apetecido; porque también se asemeja el indiano

al cazador, que sin cimbel ni reclamo se sitúa á la márgen de un arroyo: le costará muchos sudores adquirir elementos tan indispensables para henchir sus jaulas de prisioneros, mas luego que los adquiriera caeran pájaros en sus redes como gotas de agua en los campos por la estación de las lluvias. Todos los afanes, las fatigas, todas las contrariedades que afligen al indiano, duran lo que tarda en poseer los primeros cien mil reales: vencido este inconveniente como la gracia de Dios se propagan las onzas de oro en sus baules, y se declara entre ellos crónica tan salutífera epidemia. Así que cunde lo bastante al colmo de su anhelo, solo aguarda para hacerse á la vela á que pase el equinoccio de marzo.

Con trasladarse á la Habana y con disfrutar mil y quinientos duros cada año no ha hecho el otro montañés sino ensanchar el círculo de sus necesidades, á medida que se ha dilatado el de sus recursos: medio que conduce á no alcanzar medro alguno: todo lo que no sea trazarse dos circunferencias concéntricas y reducir la que represente los gastos cuanto mas se dilate la de los productos, es andarse por las ramas. Su principal arma es un buque para la costa de Africa, y á instancias suyas arriesga en la expedición una de sus anualidades: hé aquí la primera y la última de sus especulaciones mercantiles: corre el mes de diciembre: si los vientos no le son constantemente contrarios en todo abril, dará el barco cima á su viaje. Si desembarca en las inmediaciones del Mariel ó del Batabanó trescientos ó cuatrocientos bozales, en lo cual nada habria de milagroso, realizará nuestro jóven su proyecto, refrigerará la sed de diez y siete años en las deliciosas aguas del Nervión. ¡Ah cuántos suicidios se han consumado por haberse destruido castillos fabricados en el aire! ¡Que de huéspedes no han admitido en su seno las casas de Orates y del Nuncio, porque una maléfica ráfaga de desengaños vino á dar al traste con las mas arraigadas ilusiones! ¡Preserve Dios al mercader visón de tamaños desventuras cuando llegue á sus oídos la fatal noticia que le trae un bergantín, señalado ya en las almeas del Morro, por los mismos días en que, según sus planes, debía hallarse dando tumbos en el goifo de las Yeguas! La corbeta expedicionaria cayó en las garras del Leopardo marino, y se declaró buena presa en el tribunal de Sierra Leona. Del mal el menos: el montañés ni se suicida, ni se vuelve loco: abúrrese algun tanto, y al fin decide á todo trance volver á la tierra: su principal le indemniza de la última perdida, y entre unas cosas y otras reúne dos mil duros escasos, y algunas alhajas de su uso.

Ya se ha operado la metamorfosis: ni la madre que los parió conocería á los antiguos montañeses aunque se encontrara con ellos de manos á boca: el dependiente de la casa de comercio viste con elegancia y se presenta en la calle con el porte de un usia: tambien el bodeguero gasta levita y corbata, y aunque no es afroso ni pulido se ha impregnado su figura en esa especie de barniz que destila la riqueza; maravillosa óptica por cuyo cristal parece mas sutil y delgado su cabello, menos tosco su cutis, y no tan paralela su persona desde hombros á tobillos; ambos pueden caer de sorpresa en la casa paternal solicitando hospedaje al anochecer de un día nebuloso, ó representando otra inocente farsa que pase á ser anécdota y folletín de un periódico. Aquel montañésillo alegre y bullicioso, que era el Benjamín de sus compañeros de viaje, desembarca en Santander á su regreso de América: trae unos pañuelos de batista para sus hermanas, un cajón de tabacos para su padre, una rueda de cajetillas para el maestro de escuela, y dos cajas de dulce de guayaba para el ama del cura de su pueblo: cumple con todos y todos le agasajan; no llora lástimas á que no ha de proporcionar alivio quien las escuche: y así están sus compatriotas en la creencia de que viene po-

derosísimo de las Indias: le hacen padrino de todas las bodas, y le llevan en palmas á todas las romerías. No le disgustan aquellas distinciones: si permaneciera allí le nombrarían de seguro alcalde ó comandante de la milicia, y no deja de alhagarle lo del uniforme: pero su bolsa vá quedándose sin sustancia, y por lo mismo que le aguija el orgullo, ántes sería mártir que confesor. Se halla en el caso de tomar una resolución decisiva, porque el asunto urge, y la que adopta como menos mala es dar otra vez con sus huesos en la isla de Cuba, despues de vivir tres meses entre los suyos. Vuelve de nuevo á su escritorio, y acaba por dar lecciones de gramática y geografía á los hijos de un excelencia.

Aquel otro montañés sério y cabizbajo, á quien todos detestaban por adusto, regresa al país por *Nev York*, *Liverpool*, y las capitales de Inglaterra y Francia: habla pestes de los extranjeros porque no comprenden el español, único idioma que posee, y porque para alternar con ellos en la mesa á bordo del *Greatwestern* tenía que ponerse de punta en blanco: celebra su regreso á Europa calzando guantes á sus manos por la primera vez: nada le preguntéis de la Gran-Bretaña, pues solo se detuvo en Londres el tiempo necesario para hacerse un traje completo y para ver que hora era: de París os informará mejor; ha asistido una noche á la Academia real de música, ha visto por fuera el cuartel de Inválidos, y compró en cierta estamperia una caricatura de Luis Felipe. Procura entrar en su aldea á la sordina: no es portador de ningun regalo: solo trae dinero: nadie sabe á cuánto asciende su fortuna: según su dictámen en tan graves materias lo que está por decir es la mejor palabra: se lamenta de los tiempos; propiedad de todos los que tienen, llorar para que no les pidan: señala á sus padres una buena mensualidad: edifica una casa de tres pisos mas suntuosa que todas cuantas construyeron sus predecesores en aquellos contornos. ¡Una casa de tres pisos! Pirámide elocuente que atestigüa su victoria, espléndido trofeo de su insigne campaña; gigantesca columna en cuyo pedestal se esculpirá su nombre con letras de oro puro; pirámide, trofeo y columna que servirán de cebo padre por hijo á cuantos montañeses nazcan y se sucedan en el curso de los años, mientras los años no corrompan sus cimientos y aplanen su techumbre.

Ni obsequios, ni agasajos le hacen olvidar al recién venido que no es solo en el mundo, y que donde él viva ha de vivir su metálico: y acto continuo se le vienen á la memoria las contribuciones extraordinarias y los préstamos forzosos: de aquí las cavilaciones y los insomnios y los cálculos ambiguos. Es español rancio, y si en su país no anduviera todo manga por hombro, como él dice, se estableciera en Santander ó en la Coruña, botaría buques á la mar, y le nombrarían diputado á Cortes ó senador del reino en las primeras elecciones. Tampoco le desagradaría vivir en España sin traer á ella sus capitales; mas como los refranes castellanos son la norma de su conducta, se le ocurre al punto aquel de «Hacienda tu amo te vea» y decide volver á la Habana, no sin dar ántes un vistazo por Madrid, donde permanece quince días: en ellos conoce á Isabel II, vé la historia natural, pasea una vez en el Prado, vá á los toros, asiste á la representación del *Pelo de la Dehesa*, y frecuenta los ministerios. Merced á estas visitas y á algunos centenares de peluconas, obtiene grado de capitán, ó título de marqués, ó la gran cruz de Isabel la Católica, ó las tres cosas juntas; todo estraña en su desprendimiento. ¡Cómo lo vá á lucir por semana santa en la plaza de armas, en las procesiones y en las iglesias! Esta vez se embarca en la ciudad de Alcides, y al cabo de un mes pisa de nuevo su tierra de promision. Lejos de experimentar quebranto alguno han crecido sus fondos: se casa

con una criolla rica de fortuna y de belleza: administra sus cafetales, beneficia un ingenio en la *cuelta de arriba*, y engrandece su comercio. En seis años le dá su linda pareja seis robustas criaturas: ellas crecerán y darán buena cuenta del fruto de tantos afanes y tan repetidos sinsabores luego que papá cierre el ojo. Mas no le hagais semejante observacion, porque os dejará frios contestándoos: «Por mucho que ellos disfruten con desparrarlo, no gozarán tanto como yo guardándolo en mis arcones.»

En España no hay pueblo alguno que no surta de habitantes á Querétaro y Caracas, á Montevideo y Arequipa. Como ya no se aparece la madre de Dios á los pastores, ni se tañen solas las campanas cuando entran los arzobispos en las aldeas, mucho es si de cada ciento vuelve uno á su país satisfecho de haber hallado lo que le indujo á atravesar el charco: basta ese número para que no se resfrie el entusiasmo de sus compatriotas, y para que á un dos por tres imiten su ejemplo. Contadísimos son los que se trasladan con sus fortunas al suelo natal; de como lo hacian ántes son testigos esos edificios que en todos los pueblos de alguna importancia se conocen con el distintivo de *casa del indiano*: á pocas leguas de la corte y en la lóbrega villa de Tembleque, descuella entre su humilde caserío una suntuosa morada con sus honores de palacio, en prueba de que todo el que trae de las Indias buena porcion de barras de oro dedica un espléndido recuerdo al rincón donde tuvo su cuna. Tan populares se hacen estos sucesos que para enteraros de sus mas triviales pormenores no necesitáis sino dirigiros á la mas concienzuda santurrona ó á la mas liviana posadera, al primer labrador de aquellos contornos, ó al último mozo de mulas: según la persona que elijais oireis la historia apetecida en son de jácara ó conseja, de tradicion ó de romance.

«De luengas tierras luengas mentiras», por eso algunos individuos, enriquecidos en América, vienen al país creyendo que España voga en un océano de venturas: salen de su error á los pocos minutos de pisar las fértiles playas de Andalucía ó la amena costa de Cataluña, y resueltos á no pasar segunda vez el golfo de las Damas, se establecen en Burdeos, donde si no se avienen del todo con el refinamiento de la sociedad francesa, figuran entre lo mas florido, merced á la preponderancia que ejercen sus caudales.

Costumbre es llamar *Indiano* á todo peninsular que regresa de América. Si se le llamais á alguno y se sonrie es porque, no lo dudeis, al oír como le nombrásteis *Indiano*, dice en sus adentros «sin calzones»; pero si su faz permanece inmóvil y su lengua muda, le regalais el oído y teneis delante al verdadero *Indiano*, esto es, al que sale pobre de su aldea y vuelve opulento.

Por último, agradecido al lector, cuya condescendencia le haya inclinado á seguirme hasta este punto, es mi voluntad que si no le agradare el epigrafe de mi artículo, aunque es tan propio como ámplio y significativo, le sustituya con otro mas sonoro y denomine al tipo que dejo bosquejado el *Montañés de las Indias*.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL ESCRIBIENTE MEMORIALISTA.

No es mi intencion, benévolo lector, trazar aquí un cuadro completo de la existencia del Escribiente Memorialista: se necesitarian mas páginas que tiene un Calepino, solo para trazar el cuadro exterior de la existencia aparente, el panorama material del pobre y desdeñado Memorialista; porque si hubiese de penetrar en el caos de esa vida agitada, si hubiese de reducir á palabras todo lo que encierra su alma de

dolores, de abatimiento, de proyectos y esperanzas, todo el papel de Burgos y Candelario, no bastaría á contener mis reflexiones; toda tu paciencia sería poca para sufrirme. Así, pues, pasaremos rápidamente por ambas faces, desterraremos el insoportable análisis, y como la abeja volaremos de una en otra flor salvo que no libamos miel ni cosa parecida, porque, caro lector, en la vida del Memorialista, apenas hay otra cosa que acibar y cicuta, amargura y dolor.

Vedle, escondido á medias, detras de su biombo, sudando tinta, derramando el genio á borbotones, poniendo continuamente en prensa una inteligencia no vulgar, y todo á tan módico precio, que apenas basta á satisfacer la menor de sus necesidades. Vedle otras veces cruzar las calles de la corte, ligero como una ardilla, activo como el mas activo corredor de la Bolsa. A veces parece una sombra, una pesadilla: por todas partes se le encuentra, siempre incansable, siempre impulsado como una máquina de vapor cuyo motor es el hambre. Verdadero judío errante, apenas el cansancio le detiene algunos momentos, cuando la voz de la necesidad, le grita: «¡Anda! ¡Anda!» y el Memorialista con un sacudimiento que puede llamarse galvánico, se despoja de su flaqueza mortal y vuelve á cobrar vigor para emprender su camino.

¿Y que necesidad tiene el escribiente, cuya vida parece que debía ser poltrona y sedentaria, de tanta actividad, de tan incansables incursiones, fuera del techo de su vivienda?

Esta es acaso la primera reflexion que se te ocurra, ¡ó inconsiderado lector! ¡ó lector de alma mármorea y berroqueña! ¿piensas tú que el Escribiente Memorialista, escribe las mas veces memoriales ni otra cosa ninguna?

¿Pensas tú que todos los que esta profesion ejercen, saben escribir? Si esto consideraras, conocerias todas las amarguras que el Memorialista sufre, todo el talento que emplea, y el inmenso tesoro de ingenio y de memoria que á veces malgasta, para vivir siempre pobre, para arrastrarse en la abyeccion de la servidumbre y acabar su peregrinacion en el hospital general ó el rincon estrecho de alguna portería. Por mi parte, te lo digo con verdad, creo que el ser mas desdichado de la tierra, el mas combatido por la fortuna entre todos los otros seres, es el Memorialista.

¿Y en que se ocupa el Memorialista? ¿por que se llama así? ¿En que se ocupa? ¿porque se llama así?— Se ocupa en todo, y se llama así, porque no hay una palabra que pueda significar una profesion tan universal y heterogénea. Podia llamarse *omnibus*, pero por una parte, el Memorialista no es pedante ni sabe latin, y por otra ya está profanada la palabra por asquerosas tartanas é inmundos carro-matos. Otros mil sustantivos podrás encontrar sin duda; pero aun cuando hallases al fin, que no lo creo, la calificacion exacta de este ente universal, reducida á un vocablo, el memorialista no adoptaria la innovacion, porque es enemigo de novedades, y el nombre que lleva, heredado de sus antecesores, es para él mas sagrado, mas noble y respetable, que para un hidalgo de provincia los signos heráldicos de su escudo de armas.

El Memorialista vende cosméticos que vuelven en blanco ó rojo el pelo negro, que quitan el cutis de las manchas y producen otros milagros tan sorprendentes ó mas que los dichos.

Proporciona criados de ambos sexos. (No seamos rigoristas: quiere decir de uno ú otro sexo.)

Dá razon de casas de huéspedes, donde por seis reales diarios satisfacen todas las exigencias.

Tiene amas de cria. (No para él: para el que las pida.)

Ajusta cuentas en toda clase de idiomas.

Enseña á hacer agua de colonia, betun, cerillas de fósforo y otras ciencias.

Tiene amos que colocar.

Hace toda clase de negocios: es corredor universal.

Por último, (y este es el Memorialista privilegiado, el aristócrata, el doctor *in utroque* de la profesion,) escribe cartas y memoriales, da el ser á los villancicos de noche buena, y á los estrechos para damas y galanes, y si no le confían el juicio del año para el calendario, cúltese á la oscuridad que le rodea, y que no deja descubrir al genio sumido en el rincon en que se oculta, pero del que mal su grado, ha de salir hoy á donde le vean el sol y el mundo.

Así verás, lector, que hago bien en clasificar el Memorialista en dos distintas órdenes.

1.º El Memorialista que sabe escribir.

2.º El Memorialista que no sabe escribir, ni leer.

El primero es desde luego hombre pachon y bien hallado, avaro, sedentario tal como tú le concibes: es por último, el memorialista vulgar, sin poesia, todo carne y positivismo. Y sin embargo, si en su cabeza, cupiese una idea de lo bello, si un solo rayo de ilusion cupiese en aquel cerebro macizo y apelmazado, ¿que felicidad envidiaría? ¿que existencia correría mas venturosa y risueña en la populosa corte, aun de escaleras abajo, que es donde se anida la felicidad si es que hay alguna?

Considerate tú, lector, en tu cómoda banqueta, mirando tras de tus vidrios y esperando á la fortuna; (es decir, al parroquiano,) figúrate que ves abrirse la portezuela de tu jaula, y que entra una sonrosada muchacha de ojos vivarachos, modestamente vestida con su limpio traje de percal, arrebujada en su negra mantilla, y sustentando en el siniestro brazo la cesta de la compra. Ya te parece que la ves acercarse á tí....

Delante, lector mio, y no arranques al Memorialista la poca ventura que goza. Tú no serias, además, tan reservado y prudente como él: tú no sabrias guardar en tu corazon todo el tesoro de preciosos secretos, de dulces palabras, de amantes propósitos, de frases apasionadas, que se escapan involuntariamente de aquellos dulces labios, con la sonora entonacion de las Maravillas y el Rastro. Tú te sonreirias malignamente, tú la echarias á hurtadillas a guna mirada poco casta, que revelaria al instinto de la muchacha que tú no ejercias de mucho tiempo la profesion de Memorialista de ese intérprete de sus amores en quien está acostumbrada á mirar un ente bruto, una máquina inanimada, que no ve sino para escribir, que no oye sino para transmitir sus palabras al papel, como si estas palabras corriesen á manera de un fluido electrico desde su oído hasta su pluma, sin dejar el menor rastro de sí. Verias entonces cómo retrocedia asombrada, como las palabras se perdian entre sus labios, como no articulaba mas que frases vagas é incoherentes, sin vida, sin calor.

Retrocede pues, y no turbes al Memorialista en su blando somnambulismo, y á la pobre muchacha en las ilusiones de su ausente amor.

Pasemos ahora al memorialista, que no sabe escribir, al memorialista activo, emprendedor. Este es el que mas trabaja y el que hace ménos fortuna, cosa que no te sorprenderá si consideras que en esta tierra de desalmados, lo mismo nos sucede á todos, desde el patán hasta el covachuelista, desde el zapatero de viejo hasta el ministro de Hacienda. Nuestro desdichado *escribiente*, necesita vegetar sin escribir; engañar consulteleza al que le encarga un memorial, una carta, un comunicado para un periódico, la copia tal vez de algun drama ó novela original. Discúlpase con algun que hacer importante, oye que le llaman, se mueve convulsivamente sobre su banco, como hombre á quien agujan urgentes negocios, se da en fin la importancia de un secretario del despacho, y atrapando ya en borrador, ya en la memoria la carta, memorial, etc., corre como un relámpago á subarreen-

dar el escrito: quédale por consiguiente tan módica ganancia, que es ventura para el asendereado corredor, que no se haya inventado moneda menor que la calderilla.

Le encargas algun criado, nodriza, cochero, mozo para cuidar caballos, etc. No habrá pasado media hora, y tu casa se verá inundada de todos los vagos que en Madrid hurtan pañuelos, de todas las pasiegas de los portales de Santa Cruz, de todo cuanto necesites, en fin. Y cuando consideres que el Memorialista ha corrido en este tiempo los 50 barrios intramuros de Madrid, te reirás, como yo lo hago, de todas esas peligrosas invenciones de los camiuos de hierro que tú no has visto ni verás en España. Bien puedes apostar por él contra el mejor caballo del lord Sidney, porque yo tengo para mí que el mas aéreo y ligero de cuantos posee el opulento aristócrata inglés, ha de tener huesos y pellejo como el de Gonela, y el Memorialista todo es momia y cartilagos. Tal le ha parado su pasmosa actividad, tal vive siempre famélico y vacío, que si obedece á las leyes de la gravedad, puede agradecerlo al supremo Autor que sujetó á la tierra con una cadena invisible, al aire como al Memorialista. Y solo así podia tener esa envidiable celebridad, con él es pesada la ardilla y perezoso el gavián. Si tuviera el olfato del perdiguero, grande seria su fortuna: pero, ¿quien posee juntas tantas perfecciones? ¿á quien no le falta algo para hacer completa su felicidad?

Pero si el Memorialista que no escribe, está flaco y digámoslo así, evaporado, goza en cambio de una salud á prueba, resiste al frío, al calor, al viento, al agua. Es preciso conceder que el ejercicio es un gran elemento de higiene; es fuerza confesar que la dieta es un gran preservativo, y que no en vano la recomiendan los *Brusistas*. ¡Ah! teneis la prueba, ¡incrédulos! el famélico y activo corredor, desafia á Codorniu y á Delgrás: nunca ha entrado en botica; jamás ha querido imponer leyes á la naturaleza. Ella que le ha curtido, escudándole así contra todos los sistemas conocidos de la medicina, ella tendrá cuidado de llamarle á su hora, sin ruido y sin violencia. Esta es una de las pocas venturas que el pobre Memorialista disfruta.

Y ya que hablamos de sus venturas, no las dejemos pasar por alto, pues que de sus desdichas hemos hablado. El Domingo, día de descanso para todos los que trabajan, (los que no trabajan, no descansan nunca) el Domingo como digo, es el día de sus mayores felicidades, porque está consagrado al reposo del alma, á las ilusiones risueñas, á la vanidad de que no esta exento el mas humilde de los mortales. La mañana está destinada á las obligaciones religiosas: ayuda misas ó acompaña al viático.

Por la tarde va á Chamberí, ó á la Virgen del Puerto, se pusan gravemente por entre la *canalla*, saluda á las criadas que le deben su colocacion, permite que le den tratamiento, y envuelto en su ancha levita y blandiendo su nudoso baston de encina, olvida por un momento su miseria pavoneándose con ridicua gravedad.

Pero el memorialista debe al fin envejecer, como envejece todo, como el mundo mismo, como la naturaleza misma. Considera su desesperacion, ¡oh lector mio! el ave encerrada en su estrecha jaula, ansiosa de aire y de espacio no sufre lo que el sufre, ligado por la edad; cogido en el lazo inflexible de la vejez. Entónces empieza el reposo de su cuerpo: su destino regular es la portería. ¡La portería! ¡lo que él considera como su degradacion y afrenta!

¡Pobre memorialista! ¡antes tan activo, libre como el aire, ligero como el águila; ahora encerrado en una angosta celda! ¡antes tan bullicioso y decididor! ¡ahora tan meditabundo y silencioso! ¡Adios, esperanzas proyectos, ilusiones! ya habeis muerto para el viejo me-

morialista, que ya no aguarda sino el momento de que le saquen de aquella tumba para encerrarle en otra aun mas estrecha.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL AMA DEL CURA.

Incedo per ignem.
Gaminio sobre ascuas.

HALLÁBAME asaz embebido en pintar esa singular mujer que nosotros los españoles llamamos figuradamente el ama del cura, calificacion que por si sola suple por un diluso comentario, cuando de improvisto fui sorprendido por una voz que me gritaba: «¡que te quemas! ¡que te quemas! No yo, sino ella» contesté con viveza sin haber reflexionado todo el valor de esta expresion, sin duda porque las delicadas facciones y las gracias del tipo que habia empezado á trazar escitaron en mi mente ideas demasiado terrenales. Luego, repuesto de la primera sorpresa, y viendo á mi lado un antiguo y apreciable amigo, que era el que me bablaba, retiré pausadamente el guardamano, solté la paleta y los pinceles, y acomodándome bien en la silla le dije:

«En verdad, amigo, que no dejas de tener razon, conozco que he tomado á mi cargo una empresa erizada de punzantes espinas, y rodeada de escollos, pudiendo decir que navego entre Scyla y Caribdis. Ese retrato que aun está en bosquejo, y al que me prometo dar toda la exactitud en las formas, con la mayor perfeccion de coloridos, es el de una española que se diferencia de todas las de su sexo por mas de una circunstancia curiosa é importante de su vida. Ha de representar á la compañera del director de la conciencia de los demas hombres, y no así como quiera compañera, sino compañera inseparable, depositaria de todos sus secretos que le consueta en sus alicciones y le alienta en sus trabajos pastorales. De aquí nace el papel que ella hace en la sociedad, y de aquí tambien procede que en todos tiempos ha ofrecido un problema de difícil resolucion, escitando la envidia de muchas mujeres por mas de un motivo.

«Si se atiende á que el ama del cura suele ser por lo regular jóven y bonita, ó por lo menos rolliza y no mal encarada; porque esos benditos señores con muy leves escepciones, han dado siempre en la terquedad de tomar amas que llegan á los veinte y nunca pasan de los treinta abriles, faltando á lo que se les preceptúa en repetidos cánones eclesiásticos, se descubre un *fomes peccati* que eternamente ha sido piedra de escándalo para la generalidad, digo la generalidad para que no te imagines hablo de lo que haman vulgo, porque mira las cosas solo por lo corteza, ni creas han pensado esclusivamente de esa matrona con mezquindad ó malicia los que se reunen á matar el tiempo en el café ó en la taberna. Papas y concejillos, reyes y legisladores, escritores de moral religiosa, y por complemento muchos poetas, todos, todos se han esforzado en censurar esta costumbre, haciendo contra ella un argumento poderoso del conjunto de estas autoridades:

»De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja
Para que su ajuar gobierne
¿Que se infiere?

Así se espresaba Iglesias y en verdad que siendo clérigo muy bien podia decir aquello de que *quien las sabe las teme*. Pero en honor de la justicia me decido á no dar á esta pregunta el valor de un raptó poético, de una inspiracion del dios del Pindo, teniéndola mas bien por una sugestion diabólico de su *ánima apocirada*, que le dió esa libertad en el decir, segun el mismo confiesa; libertad que degenera en ligereza, y le

hace faltar á la veracidad, con olvido de uno de los mejores preceptos de Horacio, pues, si hemos de mirar este asunto con imparcialidad, de que los curas y los clérigos tengan mujeres mozas á su lado, solo puede inferirse, que como es natural prefieren la edad lozana á aquella en que decaen las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y por consiguiente para darles en esto razon no precisa meterse en mayores honduras. Así es que se cuenta de un cura que en lugar de un ama de mas de cuarenta tenia dos de mas de veinte y un años cada una, y habiendo sido reconvenido por su superior sobre este particular, le contestó con agudeza: «señor ilustrísimo, en nada he faltado al concilio porque tengo la obra en dos tomos.»

«Pero no es ese el punto de la dificultad, sino que al paso que tanto se ha escrito sobre las amas de los clérigos, como puedes ver si te place en ese gran monton de libros que estan sobre la mesa y he registrado con detencion, hay tambien algunos exclusivamente dedicados á hacer su panegirico sin distincion de mozas ó solteras, no faltando quien las compare con la mujer fuerte del Evangelio, haciendo una larga enumeracion de los servicios que han prestado á la iglesia.

«En medio de este choque de opiniones, solo la filosofia y la propia esperiencia pueden servir de brújula para seguir un seguro derrotero, por lo que me veo precisado á separarme de todas esas autoridades, y tomar el rumbo natural por donde me guia la mas constante y larga observacion, sobre todo cuando ninguno de esos escritores ha tomado en consideracion las diferencias de tiempos, de circunstancias y opiniones que tanto influyen en los hábitos, usos y costumbres de los hombres.

«En paz sea dicho de los encomiadores de las amas de los curas, que tanto nos recuerdan los consejos de san Pablo y las costumbres de los primeros siglos de la cristiandad, lo mismo que de sus exagerados destructores; esa mujer no es lo que los unos sostienen ni lo que los otros discurren; es y será siempre una persona misteriosa é indefinible en su posicion social. No es viuda, casada ni soltera, aunque de todo tiene un poquito; es un ser semi-espiritualizado, que por prevision primero, despues por hábito, y siempre por el mas refinado egoismo, se convierte en un riguroso trasunto de las ideas, genio y carácter del hombre que lo es todo para ella, y cuyo corazon quiere conquistar, como prenda hipotecaria de su bienestar presente y futuro. Por eso se la vé en toda la escala clerical, desde el canónigo ó el opulento patrimonista hasta el cura de aldea ó el alquitivi, imitando minuciosamente al que se ha dignado tomarla bajo su proteccion, y le trasmite la influencia que disfruta: sigámosla observando en esta escala, que es método analítico y nos ha de suministrar algunos medios de conocerla.

«La primera dificultad que se me presentó cuando empecé á trazar esa figura, fue relativa al traje con que la adornára. Pasaron ya aquellos tiempos en que las amas de los clérigos españoles llamaban por su lujo la atencion del legislador, como lo demuestran varias leyes suntuarias insertas en nuestros códigos, y aunque en muchos pueblos de escaso y pobre vecindario suelen tener reservado en la iglesia, donde debiera desaparecer toda distincion, un lugar preferente, es lo cierto que ni llevan cojines, alfombras, ni cosa que lo valga, ni pueden gastar profusion en el vestir, pues como hoy el abad solo de lo que canta yanta, es decir, que viviendo el cura del pie de altar, consiste lo restante de su renta en esperanzas para cuando el pueblo se encuentre mas adinerado, ó el tesoro haya salido de sus apuros y como las rentas del patrimonista ó nuevo capellan han disminuido en proporcion del valor de los frutos de las fincas, es lo cierto que sus amas no pueden extenderse como quisieran, y tienen que moderar sus gastos, de lo que se lamentan sin

cesar, maldiciendo la revolucion y á los reformadores.

«¡Malditos de Dios esos judios francasones que han destruido la religion!» decia el ama de un canónigo que habia ido con este á visitar una compañera. «¿Como querrá vd. creer, doña Josefa, que mi casa está toda desarreglada y desprovista desde que empezaron estas revueltas? A don Tadeo parece que le han echado encima cien años, me figuro que se le ha de ir el juicio.

—Y con sobrada razon: «contestó doña Cándida; lo mismo sucede al mio, porque ¿quien puede mirar con paciencia el estado precario á que nos hallamos reducidos todos los que dependemos de la iglesia? Yo no he podido salir estas pascuas porque todos mis vestidos necesitan compostura; unos por tener la manga antigua y otros el talle muy alto ó muy bajo, y no me he atrevido á llamar la modista por no tener para pagarla.»

«Estas quejas son sin embargo algo exageradas, pues las amas de los clérigos, aun los de aldea, se distinguen todavia por la riqueza del traje. En las ciudades se las vé vestir con la mayor elegancia y gusto esquisito, aunque siempre sin entrar en la última moda por no confundirse con las profanas. En los pueblos de alguna extension gastan mejor apostura que la mujer del juez de primera instancia, si es que este puede mantener á una mujer, lo que ahora anda muy dudoso, ó la del alcalde constitucional, y esto ya sube de punto, por serlo regularmente el propietario mas rico de la poblacion, y disfrutar mayor consideracion que el pobre sacerdote de Themis. En los pueblos pequeños y en las aldeas presentan mas lisura, pero siempre el ama se diferencia de sus convecinas por el aseo, primor y finura de la tela de sus ropas, ofreciendo en todas las localidades por resultado la singularidad.

«Causas muy poderosas han influido ciertamente en esta ostentacion lujosa de las amas: unas traen su origen de las combinaciones de su propio interés, y otras es menester buscarlas en el modo de discurrir del clérigo. Piensa el ama, y piensa con fundamento, que el traje comun la confundiria con una simple criada, siendollano y humilde, que el desaliño no es decente en la del estado honesto; y que el luto de la viuda infunde tristeza. Por eso, tomando el consejo de San Agustín, procura adornarse como la casada, para llamar la atencion de aquel mortal de quien depende su ventura, pero siempre acomodando sus trages á su estado ambiguo y misterioso. El clérigo por su parte, prescindiendo de la natural inclinacion del hombre á ver engalanado el objeto de su aprecio, y de la satisfaccion que produce la presencia de la hermosura con sus legitimos adornos tiene tambien otros motivos muy graves para desearlo así. ¡Que se diria de él si los que viven á su lado no diesen á conocer por su aliño que sabe darles el lugar que á cada uno corresponde, teniendo metotizada y bien morigerada su familia, cuando es el que por obligacion ha de dar ejemplo á los demas! Así mira por el prisma de su disfrazado amor propio el lujo del ama como una cosa consiguiente indispensable, como una muestra de prudencia y prevision. ¡Triste humanidad, siempre débil y estraviada!

«En resumen, el ama del cura mientras no llega á una edad proveyta, en que pueda considerarse como jubilada, solo se diferencia de las demas mujeres por el traje, no en sus formas y prendido, sino por su mayor elegancia y riqueza. Cuando para ella ha pasado el tiempo de las ilusiones, cuando raya en los cincuenta años, entónces, entran los repulgos, los remilgos y los escrupulillos, que tambien se apoderan del buen sacerdote octogenario. Ya gasta por fin saya y manto, ó mantilla lisa, ó á lo mas con una blondita angosta, segun el uso de cada pueblo ó provincia; lleva su alfiler en el pañuelo del cuello, colocado alla

junto á la barba; sus zapatos son de cordoban ó becer-rillo, y en cuanto á las pocas canas que le han quedado, las recoge con un cordón negro lo mejor que Dios la da á entender. Nada de pendientes ó arracadas pues no lo permite la enjuta y mortificada oreja, y si en los dedos, que empiezan á padecer igual consunción, conserva algún anillo, es de cuatro metales para preservarse de un ataque epiléptico, ó el que le regaló su cura allá en cierta ocasión solemne, y ella piensa dejar en herencia á un sobrinito de aquel en prueba del maternal afecto que le conserva, por haberle criado, así como está en dejarle el remanente de sus ahorros después de descargada su conciencia, acerca de cuya arreglada disposición testamentaria ha hecho mas de una consulta al anciano casuista.

«Pero basta de trapos, moños y perifollos, que aunque tratándose de mujeres tienen siempre su importancia, no es este el punto de vista por donde conviene examinar á nuestra heroína y lo que ha dado pié á nuestra conversación.... Llegando aquí me interrumpió el amigo y dijo: «Ya se á donde vas á parar. El ama del cura de cualquier modo que se vista, hará siempre rancho aparte de todas las demas mujeres por sus maneras, sus hábitos y su modo de pensar.»

«Lo hará, amigo, y lo hace en efecto: esto es muy sencillo, y no necesita comprobarse con la autoridad de Séneca ni de ningún otro filósofo. Basta la luz natural para conocerlo. Este es uno de los muchos casos comprobantes de los sabidos refranes (con perdón del buen Sancho sea dicho): «no con quien naces sino con quien paces» «dime con quien andas decirte hé quien eres» «quien con lobos anda á ahullar se enseña.» ¿Como ha de pensar y obrar una mujer que continuamente pasa sus días bebiendo los hábitos de un hombre superior á ella en todos conceptos, ya se atiende á la mayor firmeza de su sexo, ya á la edad, ya á la educación ó instrucción, ya, en fin porque es su protector su amigo y su consejero? Ella tiene su dormitorio inmediato al del Padre por si se ofrece algo á media noche, hallarse pronta á prestarle todo el servicio que le ha prometido y es de su deber. Por la mañana suele levantarse primero para tener todas las cosas dispuestas y arreglada la casa en lo que se manifiesta muy solícita. En seguida, si este va á la iglesia, ó le acompaña ó entra á ella pocos minutos después, ó le precede para enterarse del sacramento de si hace falta alguna cosa en el recado de decir misa. De vuelta al hogar se desayunan juntos, y los días que el uno nada tiene urgente que le obligue á volver á la calle, toma parte en los quehaceres domésticos, ya cuidando los pájaros, y otros animalillos, ya regando las flores, ó cultivando las berzas del corral.

«En todas estas faenas ó entretenimientos le acompaña el ama con su acostumbrada complacencia, y llegada la hora del medio día comen juntos, duermen ambos la siesta, repitiéndose á la noche la misma escena, de suerte que el ama del cura puede decir como Xira en la tragedia de Voltaire: «á Orosman solamente oigo y veo; de su bondad recibo honras continuas que me esclavizan mas y mas.» viene pues el ama á reducirse á un eco del clérigo; piensa como él, siente lo que él, y obra como él, salvas las diferencias del sexo. Por eso nunca entra en franca sociedad con otras mujeres, á las que se cree superior hallando siempre en ellas motivos de censura. No se acompaña con las mocitas porque no saben hablar como buenas casquivanas, de otra cosa que de novios y las tiene por atolondradas é insustanciales, esto cuando no las califique de lividinosas ó desentrevueltas, que es lo mas frecuente. Si por casualidad concurre alguna vez donde hay casadas, y alguna se lamenta de la mala conducta ó del génio áspero del marido, y otra de lo mucho que los chiquillos le dan que hacer, al instante dice:

«¡Gracias á Dios que no tengo que pasar por todas esas penalidades! Si tuviese que sufrir, que contem-

plar á un hombre tan osco, tan ingrato, me moría á los cuatro días: por eso no me he casado, y cuenta que no me han faltado proporciones. He tenido la suerte de que el padre es una malva, un almivar, un bendito, un santo, y ademas un pozo de ciencia. ¡Que órden, que reposo, que paz reina en mi casa! No hay mas voluntad que la mia, que siempre es la de él, pues mis complacencias se cifran en obedecerle, así como él en darme gusto en todo. ¡Cuánto pierden los que pierden la tranquilidad del espíritu! Pues ¿y la educación de los hijos? ¡que cargos, que cargos en la presencia de Dios! ¡Cuántas gracias debo dar á este Señor que me ha librado de tan gran responsabilidad!»

«Si llama á la puerta de su casa una pobre viuda cargada de hijos, que viene acorrajada á implorar la caridad de su párroco, ó para que la socorra con alguna limosna que ha sabido se reparte á las de su estado por conducto del mismo, ó para que la consuele ó la alumbre algun arbitrio que la pueda sacar de su indigencia, el ama, informada de su cuita, vuelve á su acostumbrada cantinela. «Cuánto mejor no le habría estado á Vd. no casarse, pues no se vería sola, jóven todavía y cargada de hijos? Vea Vd. por que yo no me atrevido á abrazar un estado que trae en pos de sí tan fatales consecuencias.» Por últimos el ama del clérigo es enteramente opuesta á los casamientos, porque con este austero y místico lenguaje procura disimular su posición equívoca, y llenar el vacío que esta deja en su conversacion con las que por las diversas relaciones de sus respectivos estados solo hablan de lo que mas les punza, y en cuyos, detalles ni puede ni quiere tomar parte, naciendo de aquí y de la envidia que las casadas escitan en las solteras que se han quedado para vestir imágenes, como suele decirse, el general desvío que entre todas ellas se observa.

«No por esto se crea que el Ama del Cura se muestra siempre mezquina y poco compasiva. Nunca incurre en semejante torpeza, tan contraria á su propio interés: este se disfraza con el manto de la caridad, cuando es oportuno ó indispensable, si hemos de creer al sentencioso La Rochefoucault. ¿Que se diría del Cura y de su Ama si esta no diese limosna, si no socorriese al pobre y al necesitado? Ningun mendigo que llega á su puerta se retira con las manos vacías, especialmente á la hora de medio día, y en los pueblos pequeños, en que está su casa junto á la parroquia, á la hora de misa mayor. Suelen ser madriñas de bautismo ó confirmacion de los hijos de los pobres, distribuyen el hilado de su lino y lana entre las mas necesitadas, y se encargan de referir al cura los ayes del bracero enfermo que no puede trabajar. Son pues el decado de las vecinas, el modelo de la caridad cristiana. Tambien suelen tomar á su cargo el cuidado y aseo de algun altar, y cuando pasan de la edad florida dan á todos buenos consejos, cuentan mil ejemplos, milagros y casos prácticos de conciencia; traen siempre un púlpito en las manos, hablando de los apóstoles y el Evangelio, y repitiendo lo que les ha ido enseñando el cura en el largo discurso de su vida. Esto se entiende cuando el buen señor ha sido lo que debe ser un cura, pues tratándose del que olvida su ministerio pastoral, dice misa temprano el día que la dice, y se marcha de cacería con el hijo del secretario y el del regidor primero, que son dos buenos neños; del que pasa el día entero en el ayuntamiento, disputando con el alcalde y el síndico sobre todos los negocios que allí se ventilan y en que toma una parte activa; ó finalmente del que se asocia al eterno juego de la malilla ó del solo en casa del boticario, claro está que el ama nada bueno ha aprendido, y por lo mismo no puede hacer bien este papel. Con todo, como por lo regular la mujer suele ser mas astuta que el hombre, son pocos los casos en que se

encuentra fuera del círculo en que se ha colocado. Su casa está cerrada, y ella dentro, entregada á sus labores como Penélope.

«Empero estas mujeres no viven del todo aisladas: en las ciudades y pueblos numerosos forman tertulia varios clérigos, á la que concurren sus amas, haciendo tercio para jugar un mediator ó una malilla. En esta reunion se habla de todo, concluyéndose por dar un repaso general á la vecindad bajo el conocido tema del desarreglo de las costumbres, y la censura del libertinaje que en ellas se ha introducido. Uno de aquellos señores habla de lo mucho que ha padecido el culto con la reforma del clero, y el eco de este buen eclesiástico, es decir, su ama, cita la supresion de las hermandades y rosarios. Otro saca á volar la inquisicion y los frailes, que eran el mas firme sosten de la iglesia; otro se desata en una furibunda diatriba contra los liberales y el gobierno representativo, y alguno mas anciano cuenta sus dolencias, que el amano se descuida de lamentar, quejándose de la intemperie de la estacion.

«Luego se habla de música, y no falta aficionado que pondere la buena voz del nuevo sochantre, ó la habilidad del organista, como tampoco quien se queja de haberse introducido en los templos una música profana. En fin, se habla de todo lo acomodado á las ideas de los concurrentes, como el cultivo de las flores, la recoleccion de cosechas, de muebles primorosos, de la cria de animalillos, y por último forma la parte mas sustanciosa y recreativa de la conversacion el buen tabaco, los dulces y los casos ocurridos á los conocidos, que es donde esplayan las amas su reprimida locuacidad, separándose todos amigos y contentos, quedando cada clérigo convencido por su parte de que su ama es la mas discreta de toda la concurrencia, así como esta sale satisfecha de haber sabido lisonjear el amor propio del eclesiástico su protector.

He dicho que el ama no descuida ninguno de sus deberes domésticos, y que lejos de adormecerse en la molicie se levanta antes del dia y se ocupa en la direccion de la casa. En efecto, con dificultad se encuentra una que presente en lo interior mejor aspecto

que la del clérigo, y donde esten mas exactamente distribuidos el tiempo y los quehaceres. Los muebles de todos las habitaciones se hallan limpiísimos y colocados en su lugar respectivo, lo mismo que los útiles de cocina, y demas oficinas. El perrito y los gatos, animalillos predilectos de los comensales, tienen señalado el sitio donde han de dormir. La criada y el criado los ha escogido tan á propósito que de puro buenos pueden arder en un candil: la primera por callada, limpia y hacendosa, el segundo porque pasa por todo, siendo incapaz de decir fuera lo que pasa de puertas adentro, excelente cualidad tan rara como el ave fénix. Para ello siempre que tiene que tomar algun sirviente, ademas de adquirir ántes los mas minuciosos informes, le hace un largo y prolijo interrogatorio, y concluye con el siguiente catálogo de prevenciones.

«Bien, dice á la que ha de ser criada, en atencion á los buenos informes que me han dado de tí, y á que ni tienes novio, ni piensas tenerlo, es menester que

sepas que si te quedas en casa debes no olvidar que esta es un convento, y que has de ser muy humilde. Lo que yo te mande es como si lo mandara el Padre cura, pues aqui no hay mas voz que la mia, y su merced se entiende siempre conmigo, por que estoy enterada en todo y sé cómo se le ha de dar gusto. Nada de cuentecillos á las vecinas de lo que pasa en casa, y poco trato con todas, sin reñir con ninguna.» En cuanto al criado le previene que no ha de tener chichisveo con aquella, entendiéndose para todo solo con el amo y con ella, siendo bien hablado y asistente á la iglesia. Tal es el buen órden que el Ama del Cura observa y hace guardar á sus domésticos.

«Mas no es oro todo lo que reluce, ni en el mundo hay felicidad completa. Si el clérigo y su ama son de una misma edad, llegan juntos al fin de una vida pa-

cífica, que han pasado pensando esclusivamente en lo que podrán dejar al sobrinito, único objeto de su predileccion. No sucede otro tanto al ama jóven de clérigo anciano, porque esta, en medio de las comodidades y gustos que disfruta, no vive tranquila. Hay



El Ama del Cura.

un gusanillo que la roe interiormente, un pensamiento mortificante que la hace temer para lo futuro. La seguridad de su bienestar no solo depende de la vida de aquel sino de su última voluntad, y esta puede no serle favorable, aunque ya tiene hecho testamento en su favor. Hay unos malditos parientes pobres que se han empeñado en heredarle. De aquí su continuo afán para estorbar todo trato y comunicacion del uno con los otros, y aunque esto lo ha conseguido hasta aquí, mientras su bienhechor goza salud, teme el momento crítico de la proximidad al sepulcro, cuando el hombre vé las cosas de este mundo al revés que en todo el discurso de su vida. Así pasa el ama sus días entre esperanzas y sobresaltos, recelosa de perder el verdadero precio de tanto sacrificio.

«Llega por fin ese momento fatal tan temido y azaroso: cae gravemente enfermo el clérigo; acuden los parientes, desentendiéndose de anteriores justos motivos de resentimiento, para aprovechar esta ocasion crítica que encubre su sumision ó su baja, pero han llegado tarde, y la suerte está echada, porque para ellos ya su pariente no existe. El médico, estimulado disimuladamente por el ama, ha prevenido se acerquen solo al enfermo las personas que le asisten, y ninguno de ellos consigue penetrar en la misteriosa alcoba, de cuyas puertas no se separa el ama un instante. El clérigo atribuye á estremada ingratitud el desden ó olvido que muestran sus parientes; vé los extremos de sentimiento que hace el ama, y muere sin variar su disposicion testamentaria, concluyendo al cabo los temores de la agraciada. Luego que pasan los días del funeral, despide al criado, conservando solo la criada, reduce algo su gasto, se rodea de su familia, si la tiene, y se dedica esclusivamente á disfrutar los bienes heredados.»

Supongo, lector benévolo, no se habrá escapado á tu sagaz penetracion que eres el amigo á quien he dirigido la palabra desde un principio. Me parece haber satisfecho tu oportuna curiosidad, haber desvanecido tus dudas, y haberte presentado con la exactitud que me ha sido posible el retrato característico de una española, de cuya misteriosa vida tanto se ha escrito y hablado en todos tiempos, y que en el presente sufre como cada hijo de vecino los embates de la tormenta revolucionaria, que tan rápidamente va alterando nuestras antiguas costumbres, de las que apenas nos quedan reminiscencias.

JOSE MARIA TENORIO.

EL PRETENDIENTE.

TRATANDO de delinear los tipos mas generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podríamos dar en tan vasto campo, sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, el pretendiente nos presenta su atareada figura, el pretendiente nos ofrece su envejecido memorial. Desde el humilde taller del artesano, hasta los aureos escalones del trono, ni una sola clase, apenas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado mas ó menos de esta enfermedad endémica, de este tifus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el espresivo titulo de *la empleo-mania*; y aunque variados en los accidentes, siempre habremos de reconocer en todos ellos los caracteres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y desvelo por efectos consiguientes. El término del mal tambien varia segun los individuos ó segun las circunstancias; sos hay que se darian por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos ó un estanquillo de ta-

bacos; los hay que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo ó un uniforme ministerial; hasta los hemos visto, que en mas elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmovier al país á trueque de conquistar una corona. Todos son pretendientes; todos están atacados del tifus de la ambicion.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por mas análogos; y estos medios, este sistema, varian tambien frecuentemente segun los caracteres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion*, de cada mes. Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridiculos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad: *la antigüedad* en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca mas que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.



El Pretendiente.

Tanto mas difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste como el camaleon de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion mas constante, al mas atinado pincel, á la pluma mas bien cortada.

Válgannos para el desempeño mas ó menos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos veloci-

feros del siglo en que vivimos; hagamos en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas; aun así, procediendo con tan rápidos auxiliares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejante, ha de haber envejecido antes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito como acostumbra los modernos dramaturgos, en el cual alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atras, podremos observar cual era entonces el pretendiente cortesano y cuales las condiciones á que habia de sujetarse en aquella clásica sociedad. Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, si quiera no sea mas que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad mas juvenil; que tambien en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez ó doce navidades de progreso mas.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristan del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabia de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito el *¿Quousque tandem CATILINA?* á todas las Catalinas del pueblo, cuando el padre vicario ó el administrador del duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su proteccion y amparo; inoculábanle los mas recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la córte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil profundas meditaciones sobre su porvenir, y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestia ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de sus propios deseos, que al decir de sus patronos le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—No hay hombre sin hombre—repetiase á si mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á estenderse en cálculos sobre cual seria el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próspera fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponía su futuro ángel tutelar, lo rigido del servicio ajeno y lo critico de la edad propia influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo mas íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del hombre con hombre se ponía á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese si era posible... una mujer.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del vicario al padre guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalo del administrador; con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título expresivo de *gramática parda*; que los rigidos censores apellidaban *falsa mónica*, y que daba en fin al que

TOMO I.

sabia aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho*.

Un *mozo de provecho* era por entónces un diligente mancebo, que hacia buena letra y ayudaba á misa todos los dias; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradiás, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol: si servia al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, y ponía los alegatos y respuestas, iba á comprar á la plaza, y agenciaba aguinaldo, por pascuas, ferias, y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de su excelencia, estendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pasar el carbon, si era en fin ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mocito, para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre guardian; ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribania de cámara; ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E.; ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era muger; cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en esta á la mas bella mitad del género humano, entónces el avance en la carrera era por lo regular mas rápido; entónces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor. Verdad es que el tiempo rapazuelo solia aparecérselo bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de palacio ó viuda de un covachuelo; de una taimada doncella protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre guardian; ó de la mas contrahecha y anti-pática de las hijas del mercader. Pero.... ¿quién dijo miedo? la ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados; y nuestro pretendiente de entónces rendia el mas humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente dicho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios, con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara.... en las manos, y enviarle de alcalde mayor á Móstoles ó á Griñon.—Pero está variante del *pretendiente á varas* merece por sí solo un episodio, que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos mas característicos de la época en cuestion.

Figúrense pues, (si no lo han por enojo) un hombre grave, ventruado y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entónces la capacidad y las togas no se concedian sino á los que acertaban á casarse con la hija de una camarista) que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la córte, en solicitud de la consulta de la cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los consejos, ó las galerías bajas de palacio, espiondo el instante de que suene el coche del presidente de Castilla ó del ministro de gracia y justicia para colocarse al pié del estribo, con papel en mano, cabeza al aire, y encorvada espina dorsal. Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos antes ostentaba todo el aire de un *capitan de guerra*, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con

puño de oro y su tricornio horizontal, daban muestras visibles de hallarse pocos días antes colocado al frente de todo un partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta sbita metamorfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era en efecto una de las mas graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex*; calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro; (porque conviene saber que entonces los ministros y los presidentes lo eran de *veras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbucear la voz del mas aguerido presidente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzabase á comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una beneévola sonrisa ó un dudoso *veremos* del magistrado, deshaciase á cortesias que pudieran llamarse genuflexiones, quebraba el hilo de su discurso, paralizabause sus miembros y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una linea en la Guia de Forasteros, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Avila ó en Alcaraz.

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era D. Verecundo Corbeta y Luenga vista, cuya animada historia ocupó ya el clarin de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavia recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez ó impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el termino que desea no cuenta con mas favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad. Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar dia y noche, y á ver de lejos al ministro ó á su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á escuchar los pensamientos del poderoso, á calcular sus próximos deseos, á leer en sus ojos las mas remotas esperanzas; nadie en fin llegó á olfatear de mas lejos las proximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que cuenta adivinando la futura vuelta del aura primavera.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se extendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de alorador, desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral. Escribia 366 memoriales en cada año y 366 los que eran bisieitos; pero tenia la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y acontecia á veces entablar simultaneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canongia, á una direccion de rentas ó á una portería militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y abstraaban el semblante risueto, y sin embargo ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano era solo para darle un empujon. Pero él, impavido, no por eso cejaba en su propósito, antes bien reproduciendose fatuosamente, siempre se le veia de gele de fila de toda audientia, de fila marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda ante-

sala, y aun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un dia furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pie firme y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel dia precisamente era el dia 29 de setiembre de 1834, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados seria un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social. Ahora los honores y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con mas propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del dia y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion. ¡Papel sellado, cortesias y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!... papeles mojados, viejos, de figuron, resortes mohosos y gastados; habiendo impreatas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasias y oratoria de levaduras y masas dispuestas á fermentar.

Ademas ¿á quien pudiera satisfacer como antiguamente un miserable empileño de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espigar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tisis para el otro, ó calcular en fin sobre la futura boda con una hija recién nacida del jefe? Y todo ¿para que? para llegar á cabo de muchos años á colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales mas.

Ahora bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógados abuelos.—Ejemplo.

Aparecen en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem* y *ad mulierem*; que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la mas minima aprension; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas energicas contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande, su mision sobre la tierra ser ministro, los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavios, descuélgase en la corte, que para él no es mas que un teatro donde hace su primera salida. Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira el mismo la cortina, suena el sibato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el trafago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado primero en los puestos inferiores y armado de una tijera, (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias variadas* ó envuelto humildemente entre las flores del *folletín*. De allí á unos dias, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del periódico, abrazase á sus columnas, trepa por ellas, tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que aillaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y estasian de aquel *ex abrupto*; el público aplaude la demasia, los funcionarios atacados que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, mas tarde quieren atraersele con una mezquina gracia; pero él, lejos de humillarse y atender á sus bondades, les persigue, les acusa

incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreído con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador. Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces convicción: todos aquellos insultos no son odio ni enemistad: todas aquellas apóstrofes no son dañada intención. — ¿Pues que son entonces?.. — ¿No lo han adivinado los lectores?.. — Súplicas impresas; rebocado material.

A los pocos días de los mas furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose mas dúctil y suspicaz; calla luego de repente, y en la semana próxima viene encabezado el Boletín oficial de una provincia con esta alocución:

HABITANTES DE.....

El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirle el mando de esta provincia, etc.,

y firmado por el mismo Pretendiente en cuestión. — Pero alto ahí, pluma parlara, no hay que salirse del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra mas atrevida y versada en estas materias, el delinear uno de los mas risueños de la época, el tipo de *La autoridad*.

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aun estrecho el uniforme de covachuelo ó de gefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas ó comanditarias. Por cuanto á la sazón la dicha provincia suele hallarse ocupada en procurarse un padre que la defienda por tres años en el Congreso nacional de esta corte, como dicen los ciegos papeleos. ¿Que mejor ocasion! Hinchanse con el nombre del joven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos reales para venir á darse en espectáculo á los heróicos vecinos de Madrid: admiran y encomian su improvisado talento los mismos que ha poco tiempo le negaban hasta el sentido comun: disputánsese y le proclaman los propios parientes y amigos que antes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófale duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad... — Al día siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el negro banco; y en fuerza de su mágica influencia cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras y prueba que es necesario á todo buen patriota acudir ganoso á defender el orden y robustecer su poder. — No hay como los tentos parlamentarios para estos dramas á grande espectáculo; no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones á beneficio de un actor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la corte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien de la *legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir; que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion; que el pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad. Este camino es acaso mas lento, pero mas seguro: los aduladores del poder reciben por premio

un insignificante diploma ó una módica soldada: los que sirven al pueblo pueden aspirar á una corona cívica ó un sillón ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de órden superior en favor de una candidatura circular: ora se desuelgan desde su rincón con un comunicado vejigatorio contra la autoridad: ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio, ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial: ora en fin marchan al frente de los mas ardientes agitadores, reunen la fuerza armada y se pronuncian por la anarquía, ora se colocan al lado de la autoridad cuando esta manda algunos batallones, y se precian y glorían de sostener los buenos principios, el orden y la justicia.

Otros por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y mas prosáicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un lejano pariente, de un condiscípulo, de un amigo, ¡y quien en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande! No hay en la estension de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado, que no haya producido un ministro al menos, y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres, nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

Epílogo. — Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y esplicito *memorial*. La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el club ha sustituido á la cofradía, al estandarte la bandera, y á la imagen del santo la inveterada efigie de algun santón.

El Pretendiente, este tipo prodigiosamente móvil é impresionable á quien comparáramos en el principio de este artículo con el simpático camaleón, reviste como él todos las matices que le rodean, trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que antes bloqueaba, y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension*.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA CRIADA.

Dícnos el mortal que cansado de la vida bulliciosa y arrastrada, de los placeres fáciles y de la dependencia paternal, da entrada en su mente á graves reflexiones que fijan de una vez el firme propósito que ha hecho de mudar de estado y condicion. Este mortal precisamente piensa en casarse, y desde el instante en que lo piensa, establece por alto un balance general de sus fondos, con el objeto de arreglar la cuenta corriente de su casa. Ya se entiende que esta operacion tiene lugar en la imaginacion de un hombre prudente y económico, ó que se empeña en serio, luego que asciende á la clase de cabeza de familia: si se propone seguir como hasta allí, dado á la disipacion ó á los vicios, nada establece, ni cuenta corriente, ni balance, pues que solo se casa por variar, por probar de todo, como él dice, y á salga lo que saliere.

Esto no quiere decir que el pretendiente á marido, por mucho juicio que abrigue su mollera ó por grandes que sean sus deseos de convertirse en hombre de bien, no padezca extraordinarias equivocaciones en el arreglo de los cálculos que forma para la acertada

marcha y sabia distribución de las domésticas urgentes que comienzan á acosar su corazón y su bolsillo bastantes días ántes de aquel afortunado en que recibe la bendición nupcial. Padéceas en efecto, y la prueba está á la mano. Sabe por ejemplo que la casa le cuesta *dos mil novecientos reales anuales* á razon de ocho diarios; que la plaza, la tahona, el vinatero, el lonjista y el carnicero le consumen un duro largo; que tiene que aflojar entre carbonería y aguador dos ó tres duros mas mensuales: ítem otros dos ó tres de lavandera, con la añadidura del gasto de costurera y planchadora, y de *cuatro* reales al mozo de la compañía á que pertenece, si es miliciano nacional. Sabe también que ha de llevar de vez en cuando á su esposa al *Príncipe*, al *Circo* y á la *Cruz*, porque al fin no se casa ella para meterse cartuja, y que la ha de llevar de modo que no desmerezca en su porte de las



La Criada.

demás señoras que se dejan ver en público: si hay angelitos, es forzoso que el presupuesto vaya ascendiendo en progresión del número de los que van a somando las narices al mundo, empezando por la casa y acabando por el ama de cría, por la niñera y por el maestro de primeras letras. Agréguese á estas partidas las sueltas del sastre, del zapatero, de la modista, de la *fábrica de quantes* y otras por el estilo, y tendremos que un honrado marido cree inocentemente que sus desembolsos anuales ascienden, poco mas ó menos, á tanto ó cuanto.

Pero el honrado marido ha echado la cuenta sin la huésped; quiero decir, sin la Criada, sin esta perla de todas las provincias de España, sin este tipo hermoso, feo, sucio, reluciente como plata, fiel, vendido, siempre murmurador, siempre alegre, respou-don, cariñoso, atrevido y de rompe y rasga. El cabeza de familia comprende muy bien que tiene Criada en su casa, porque se vé obligado á destinar para ese renglon cincuenta ó sesenta reales; llega así mismo á su noticia que la tal se llama Manuela, Juana, Ignacia ó cosa semejante, y por conversaciones que casualmente ha presenciado, habidas entre su cara mitad y la vecina del otro cuarto, se ha convencido de que para que sus asuntos de puertas adentro y aun de puertas afuera continuen bajo un orden regular, es absolutamente indispensable mudar de Criada todos los meses.

A estas semi-noticias se reducen los resultados de las investigaciones del hombre casado: la muger casada ya es otra cosa con respecto á la Criada; la observa en sus manejos interiores de cocina; cuenta los minutos que tarda en los recados, y se informa minuciosamente de sus amistades y de sus amores de calle. Cuando la recibe, la sujeta á un exámen riguroso; la primera pregunta se reduce generalmente á averiguar las casas en que ha servido; despues entran el pueblo de su nacimiento, el nombre, la habilidad, las personas de categoría que la abonan, si es que no va recomendada por agencia ó por memoria-lista, y por último los honorarios que pide.

Para entender esto algo mejor voy á copiar un diálogo de los muchos de esta especie con que pudiera entretener al lector.

Lorenza es una muchacha alcarreña, novicia en las calles de Madrid, que sin embargo no ignora donde le aprieta el zapato: solo ha servido en casa de un empleado, habiendo dejado la colocacion porque andaba el pan debajo de llave y la soldada por las nubes. Cansada de contar sus cuitas á sus compañeras, y de bailar en *Chamberí* los domingos, se decide á presentarse en el cuarto de doña Engracia, mujer de un cesante, cuya Criada ha sido despedida por devaneos con un cabo de no sé que regimiento, y por chismosa.

Entre D.^o Engracia y Lorenza se entabla la conversacion de este modo, despues de los *buenos dias*, y el *cómo está usted* de ordenanza:

—Me han dicho que necesita Vd. Criada y venia...

—¿Tiene Vd. personas que la abonen? D.^o Engracia, al hacer esta pregunta, fija sus ojos inquisidores en la fisonomía de Lorenza; esta se mantiene en una actitud que indica no haber roto un plato en toda su vida. Despues de su respuesta afirmativa prosigue el exámen de conciencia:

—¿Que sabe Vd. hacer? —«Yo, Sra.... todo lo de una casa: sé barrer, comprar, hacer las camas, fregar, limpiar el polvo.... —¿Y guisar? —Guisar... también. Vamos... quiero decir... no sé hacer *primores* que digamos, pero así, lo ordinario... en fin, arrimar un puchero, y espumarlo, y preparar una tortilla ó freír un par de huevos, ú otra cosa por el estilo... ¡Oh! En cuanto á eso, si Sra. En cá el señor de loterías no habia mas que yo para la cocina y en jamás tuvo que regañarme la Sra. porque los garbanzos salian duros. ¡Pues no faltaba mas! —No, pues si nos convenimos, aquí no tendrá V. mucho trabajo: por la mañana... eso sí, me gusta que las criadas madruguen mucho; en este tiempo me parece que á las cinco es una hora regular. —Si Señora. —Y además, yo padezco mucho de debilidades y necesito tomar el chocolate temprano. Mire V.: en cuanto V. se levante, me enciende V. la lumbre; en seguida baja V. á buscar la leche y un panecillo; luego hace V. mi chocolate; despues el del amo; mientras yo me levanto barre V. la sala, el gabinete, el comedor y el recibimiento... ¡ah! y me tiene us-

ted mucho cuidado de limpiar bien los cristales; con-
fuido esto, viste V. á los niños, les dá el desayuno
y los lleva á la escuela; á la vuelta compra V. lo ne-
cesario en la plaza, dispone V. el almuerzo, que
ha de estar en la mesa á las once en punto, para que
el amo no refunfuñe, y entretanto se pueden hacer
las camas y lo demas de la casa. Para la comida ya lo
sabe V.; nosotros comemos á las cinco, despues que
traiga V. los niños de la escuela: ese es poco tra-
bajo, porque aquí no comemos principios; eso sí,
un cocido abundante y santas pascuas; lo que es
hambre no pasará V. en mi casa, y tampoco le fal-
tará lo suyo todos los meses.—Ya lo sé, Sra., que á
no ser así, tampoco hubiera venido, porque en al-
gunas partes.... en *cá e mi ama* me daban el pan
por alquitara y....—Lo demas, se escusa hablar; el
fregado y los recados que ocurran.—Eso ya se sa-
be.—Yo quiero mucha fidelidad en mi casa, porque
ya conoce V. que en una casa anda á veces todo ti-
rado, y es preciso que uno sepa á quien mete dentro,
por los continuos chascos y desengaños que se lle-
van.—En ese punto no hay entodavía quien pueda
decir en el mundo de mí la menor queja; pobre, si
Sra., pero mas honrada que pobre tambien: pregun-
té usted á la Pepa que está sirviendo hay en esa casa
de la esquina, y que es de mi mismo pueblo, y á la
ama en donde ha servido y á otras personas de cate-
goria que puedo presentar, y todas dirán mi buena
conducta y que no trato de engañarla á usted, y sino
usted misma lo verá.—Tambien hay que jabonar en
casa, y hay que ir al rio algunas veces.—Bien, Se-
ñora, por eso que no quede.—¿Y cuanto piensa
V. ganar?—Yo Sra.... en *en cá el Sr.* de loterías
me daban cuarenta reales; con que es decir que lo
mismo.—Es mucho, hija mia.—Pues por menos...
ya vé usted.—Ni por un ojo de la cara viene una Cri-
ada hoy día menos de cuarenta reales; parece que to-
das se han dado las manos.—Es que el trabajo....
los zapatos se rompen, y luego hay que salir mucho
á la calle y llevar y traer los niños.—Vaya, pues si
V. merecé los dos duros, no reñiremos.—Quiero
ademas los domingos por la tarde libres.—Eso si
que no puede ser, porque tiene V. que salir con
los niños.—Pues bien; quiere decir que los llevaré
conmigo.—Sí, pero á buenos sitios ¿eh?... ya sabe
V. que hay mucha corrupcion; y á mí no me gusta
que las criaturas.... por lo demas, yo no me meto en
nada: V. cumpla bien con su obligacion, y Cristo
con todos.—Pierda usted cuidado, Sra., que ya verá
usted que no soy ninguna loca.—Corriente; venga
V. desde mañana, y si V. se porta tendrá casa para
años.

Poco mas ó menos tal es la admision de la Criada
en todas las casas: unas vuelven al día siguiente para
disgustarse á los ocho y despedirse ó ser despedida
á los quince; otras no vuelven y se evitan el tra-
bajo de correr una casa mas; pocas son las que pare-
cen á primera vista; muchas parecen desde luego lo
que son.

La Criada perfecta ha de tener, cuando menos, dos
amantes; uno en su pueblo, y otro en el pueblo en
que sirve: con el primero se cartea, sirviéndole de
escribiente y lector el zapatero del portal, mediante
una retribucion de salchicha que ella sisa de la des-
pensa ó de la olla, y un traguete diario de vino cuan-
do lo compra en la taberna, déficit que le es fácil cu-
brir en la botella con el líquido de la tinaja. Con el
segundo arma palique en todas sus salidas de casa,
circunstancia que la espone sin cesar á reprimendas
y alborotos, á causa de la tardanza con que hace los
recados, ó porque durante su ausencia se ha ido el
puchero ó se ha quemado el pollo. Cuando he dicho
que estos dos amantes son necesarios á la Criada, no
he establecido que sean los únicos; puede tener tres
y hasta media docena, si encuentra seis hijos de

Adan que le plazcan, que si encontrará por poco tiem-
po que emplee en buscarlos. El inconveniente mayo-
r que para la Criada puede resultar de esta séstupla
intriga es que el día mas bonito del año la trate un^o
en la plazuela de *arrastráa*, otro en el Rastro de *per-
dia*, este en los toros de *toas caras*, aquel en el Retiro
de *pavera*, el quinto en el Manzanares de *chupo-
na*, y el sexto en la Fuente Castellana de.... lo pri-
mero que le ocurra, que nunca ocurre cosa buena al
amante de una Criada, celoso con motivo, y deses-
perado sin por qué. Pero inconvenientes son estos
que la Criada sortea con admirable destreza y habili-
dad, por poco que le ayuden la adquirida práctica y
la natural malicia de su oficio, profesion, arte, re-
curso, pasatiempo, ó sea lo que fuere aquello de re-
volver platos y sacar por las noches espuestas de ba-
sura. Al primero de sus amantes le dice que está
desesperada con la casa que le ha cabido en suerte, y
que á él solo le adora: aquí entra de cajón el quitar
el pellejo al ama, asegurando que mientras el Sr. se
despepita buscando empeños para el ministro, á fin
de que le vuelvan el destino que perdió por falsos
informes, ella (la susodicha ama) se entretiene en
escribir billetes amorosos que ella (la Criada) se
vé en el caso de llevar al oficial H... y al encargado
del negociado D. N.... sugetos sumamente amables,
que no se desdeñan de hacer á la conductora de la
correspondencia, si á pelo viene, cuatro fiestas y un
como medio regalo. Jura y protesta al segundo de
los referidos amantes que es mentira todo lo que ha
llegado á oler del primero, y que el caramillo de sus
pendencias se ha armado por envidias y malquerer
de Tomasa, que es, como si dijéramos, otra Criada
amiga de la nuestra y tan Criada como ella. Al ter-
cero le vuelve á jurar lo que mejor le parece, echan-
do siempre á vanguardia su honradez y su aquel, que
nadie delante de su cara es capaz de poner en duda,
so pena de un hofeton ó de un escándalo, perances
de que todos tenemos buen cuidado de huir en esta
tierra de lágrimas. La misma táctica observa la Cri-
ada con el cuarto, quinto y sexto de sus amantes.
Vaya Vd. á averiguar las protestas que les hace: el
resultado es que los deja á todos mas suaves que una
malva, ó descompadra con algunos de ellos, ó parte
peras con los seis. ¿Que le importa el resultado? En
el primer caso, ya que son novelas, sigue engañándo-
los con buenas palabras y malas obras; en el segun-
do, por lo mismo que han dado en la necesidad de
mantenerse en sus trece, lo reemplaza; ¿Y cuando
falta reemplazo de amantes á la Criada? Era preciso
que en España no hubiese quintas para el reemplazo
del ejército.

Mientras sucede toda esta barahunda de cortejos,
de quejas, de satisfacciones, de contentamientos y
de riñas, que es justamente el tiempo que debe
transcurrir sin apelacion para que la Criada vaya y
venga de la lonja con un cuarteron de fideos, ó una
panilla de aceite, sucede tambien que se chamusca
el guisado ó que llega la hora de comer y los cubier-
tos están por fregar: allí es Troya. El ama grita por
la tardanza; la Criada se escuda con la muetilla de
que en la tienda habia mucha gente y no la han des-
pachado á tiempo; vuelve á reproducir el ama aque-
llo de *no me replique V.*, y torna la Criada con lo
de *si V. no está contenta, la casa es de V. y la cal-
le es mia*; y el paciente esposo se pasea por la sala
esperando con evangélica resignacion el momento
desendo en que le avise su cara consorte que por fin
han cesado los inconvenientes que le impedían sen-
tarse á la mesa á la hora acostumbrada. Se sienta en
efecto de mal humor y de peor gana, y ó come poco,
ó no come, ó come muy mal, que es lo mas comun,
por aquello de

A Criada loca y ama entretenida,
Cruza comida.

Esto del amo paciente se entiende cuando no median relaciones particulares entre él y la Criada, porque en este caso varia tanto la escena que la segunda se convierte en ama con aprobacion del que manda, ó del que paga, que es una cosa misma, y el ama se encuentra, si van mal dadas, en disposicion de ponerse á servir, de divorciarse ó punto menos: ejemplos palpantes, como dicen los escritores políticos, hay en nuestra España de estas miserias, los cuales prueban irrecusablemente la moralidad de los nobles tiempos que alcanzamos.

El lector que no conozca á la Criada (¿habrá algun lector tan negado en España?) imaginará que este tesoro nacional es una mina de cobre, que solo acarrea gastos á los accionistas, ó un cuadro de Lucifer que no presenta lado hermoso por donde se le mire, por bella que sea la pintura. El tal lector, se lo aseguro, se engaña miserablemente. La Criada es en nuestra nacion un personage tan útil, tan patrióticamente interesante como un diputado á Cortes, ó cuando menos como un ministro.

¿De qué apuros no saca la Criada á unos amos pobres? Verdad es que en desquite se vuelve mas orgullosa, ménos sufrida para los regañones, un tanto perezosa y discolia, y pone mala cara el dia que su señora no se muestra comunicativa con ella. Esto consiste no precisamente en su condicion de Criada, sino en que ha ascendido desde Criada á amiga; ó al ménos á confidente de los trabajos de la familia. ¿Y por que no hemos de sufrir el orgullo, el quietismo y las malas respuestas de una Criada que nos proporciona recursos para comer quince dias, probándonos así su buena ley, cuando á todas horas tenemos que bajar la cabeza delante de personas, que en vez de premiar, cual deben, nuestras tareas ó servicios, nos insultan con su fausto ó nos obligan á ser testigos de su ridícula vanidad? ¿Cuándo besamos manos que quisiéramos ver cortadas? ¿Pero cuales son esos méritos que la Criada contrae ó puede certificar y que le dan un derecho incontestable á la gratitud de sus amos?

Allí es nada. Consideremos á la mencionada Lorenza, que á pesar de las impertinencias de doña Engracia, la esposa del cesante, y de las pesadas travesturas de los niños, se mantiene en casa; considerémosla á las siete y media de una horrorosa mañana del mes de enero, con la cesta debajo del brazo, abrigada con una mala saya de percal, en pelo ó con mantilla, arrastrando unas chancletas viejas, y recogiendo con una mano las puntas del agujereado pañuelo de muleton, ó levantando por detras los pingajos del zagalejo para guarecerlos del espeso fango de las calles: sigámosla los pasos hasta cualquiera de las plazas de Madrid; observemos lo que hace en el puesto de la verdulera y en la tabla del carnicero; sin duda compra.... No lo creais; no compran, á lo ménos al contado, todas las criadas que van á la plaza. Lorenza conoce á la tia Jesusa, conoce á Esteban, y saca de este la carne y de aquella el repollo, los nabos, el perejil y las cebollas, con promesa de pagarlo todo á la primera paga que reciba su amo el cesante: como esta garantia no hace hoy fe en España, figuráos la cara que pondrá Esteban á la primera proposicion, pero la cara de Lorenza la suaviza, y un bendita seas *maldecia*, que ella admite acordándose de la familia menesterosa, y una pasadita de mano por aquel soberano rostro, ó tal cual beso rezagado en el que el carnicero roba, completan el contrato, y por consiguiente ya tiene la casa carne fiada. En cuanto á la tia Jesusa es mas sorda que un deudor moderno, y por lo tanto permite á Lorenza sin desconfianza escoger lo mejor y mas maduro de las verduras; como Lorenza se sonrie y no le paga, entiende la tia Jesusa que ya le pagará al dia siguiente ó al otro; lenguaje, si bien mudo, expresivo, que entre verduleras y cria-

das equivale á la cuenta corriente del mas acreditado comerciante.

¿Y que! ¿No contaremos por nada el servicio que á costa de un beso y de una sonrisa hace á sus amos la Criada, proporcionándoles los víveres con que no cuentan? Pues ¿que diremos de los consuelos y recursos que inventa para mitigar las amarguras de su señora que se desespera porque no tienen sus hijos un pedazo de pan que llevar á la boca? — Vaya, no se alija vd. por eso, que no todos los dias son iguales, y tras de uno malo viene otro bueno; á mas de que Dios aprieta, pero no ahoga, y la mala suerte se ha de cansar. ¿Que le hemos de hacer?... ¡Ah! Mire V.: me ocurre ahora mismo.... Si V. tuviese algunas cosas que darne, unos pendientes ó algo de ropa blanca, se podrían llevar á empeño al *Monte de Piedad*.... justamente es mañana sábado.... — Hija, pero yo no estoy acostumbrada á eso; me da tanta vergüenza ir allí á que me miren las gentes. — Es que si V. quiere iré yo; á mí no me conocen, y no le dé á V. cuidado que nadie necesita saberlo. — Siendo así, estoy pronta.

En estos casos es la Criada un ángel doméstico, por mas demonio que en otros parezca; ya está contenta porque va á buscar dinero para seis dias; carga con el lio de ropas ó las alhajas escapadas como por milagro del furor del hambre *cesantil*; llega al *Monte*; disputa con el contraste tasador porque señala poco precio á lo que lleva; envuelve en un papel el dinero y la papeleta ó billete al portador que el establecimiento otorga á su propio nombre y no al de su ama, y vuelve volando á casa, tan alegre, como si hubiera sacado un terno á la loteria. Volando, si señores, porque en semejantes urgencias es cuando la Criada, por euamorada y pizzireta que la consideremos, tiene en la punta de la lengua para cualquiera de sus amantes el *luego hablaremos que voy de prisa*, palabras que sabe muy bien pueden ahorrar á sus amos una ó dos horas de crueles tormentos.

Entre las buenas cualidades que adornan á la Criada, debe contarse como una de las principales el ser buena cristiana, pues mas quiere sufrir un regaño por tener la cocina sucia, que detenerse á barrerla cuando oye tocar á misa: sabe por experiencia que el santificar las fiestas es una obligacion, y que por lo mismo no necesita permiso de nadie para cumplirla: lo único que hace es soltar la escoba, calzarse los zapatos y coger la mantilla para ponérsela en la escalera ó en el portal, diciendo al salir: *Señora, voy á misa, que están tocando*. A estas palabras se humilla toda autoridad doméstica, así como quedan postergados los mas indispensables quehaceres, las obligaciones profanas mas perentorias.

Por otra parte, y aun cuando sean sumamente capitales los defectos y nulidades de la Criada, no pesa sobre nuestros frágiles hombros como una carga insoportable, supuesto que con motivo ó sin él somos dueños de deshacernos de ella cuando nos acomoda: pero esto se entiende tocante á la criada que nosotros mismos recibimos y pagamos: mas claro, tocante á la Criada que no hemos conocido en casa de nuestros padres. La que nos ha visto nacer se convierte con el tiempo en una verdadera plaga; por lo mismo que nos ha manejado como muñecos cuando gateábamos por sillas y baules, ha llegado á adquirir sobre nuestra imaginacion una especie de predominio que nos humilla y encocora; su presencia en nuestro estudio si somos abogados, ó en nuestros aristocráticos salones, si por dicha nos hemos convertido en marqueses, es un anacronismo insoportable: si á esto se añade que nos tutea delante de nuestros ménos íntimos amigos, y que nos detiene en la calle para informarse de nuestra salud, aun cuando vea que nos apeamos de una elegante carretela en compañía de la dama mas encopetada de la corte, vendrá cualquiera en co-

nocimiento de las mortificaciones, del fastidio, del enojo que debe causarnos á todas horas la Criada vieja que nos narraba cuentos de duendes y anacridos en nuestra infancia, en pago de lo que la hacíamos rabiar.

La criada es una crónica de todos los chismes de la vecindad; tercera de los amores de la señorita, lleva y trae sus amorosos billetes, y siempre retozona, siempre cantando, pasa la vida de casa en casa, como el pájaro burlesco de árbol en árbol, hasta que la pesadumbre de los años la conduce á vender pabillos en un portal ó á meterse á ama de gobierno, si es que no llega á contraer matrimonio con algun oficial de ceragero que andando los días hereda el obrador de su amo. Ni aun así olvida la Criada sus habituales ocupaciones, pues se la ve madrugar, ir á la compra con su cesta y al Manzanares con su lio de ropa, por muy ama que sea de su casa.

JOSÉ MARIA DE ANDUEZA.

LA NODRIZA.

¡Y no siempre una madre cariñosa
te cabe en suerte, malhadado infante,
que en su seno te abrigue
y á tu labio anhelante
dulce néctar solicita prodigue!
No por tu cara linda
es justo que prescindas
del baile doña Flor, del coliseo,
del público paseo,
de visitar las tiendas de la plaza,
ó tal vez de la cita misteriosa,
do en adulterio torpe se solaza.

«¡Criar y mas criar! ¡Jesus, que empachol
¡Compadézcanme ustedes!
Una mujer de tono entre paredes
no ha de pasar su juventud amena.
¡Pues no faltaba mas! ¡Y este muchacho
que mama sin conciencia! Yo me seco,
¡Eh! que se desgañite enhorabuena,
ó que le den gazpacho.»

No he de morirte yo por un muñeco, o
Así razona, y razonando engulle
ya el cangilón de pingüe gelatina,
ya la perdiz sbrrosa ó la gallina,
ya la pintada trucha,
ya un plátano de espeso chocolate
con esponjado bollo, ó con tomate
luengua magra se embucha
del animal gresiento que abomina
el pueblo de Israel. El apetito
del enfiado angelito
con lacónico sorbo satisface,
y, mármol á su queja,
préndese la mantilla
y eternas horas huérfano le deja.

En tanto al jugo del materno pecho
de insípida papilla
el glutinoso pábulo reemplaza,
que ha de tragar el nene á su despecho,
aunque su llanto el alma despedaza.

¡Vieras allí la retirada pugna
de la fámula hedionda que la embute,
y del labio infantil que la repugna!
¡Vieras allí de su grosera boca,
que no es tan infernal la de una foca,
á la del puro y cándido retoño
trasegar la bazofia Maritornes!
Y si la arroja el desgraciado chilla,
¡erre que erre, y vuelta á la escudilla,
y á la carga otra vez! — Crudo tormento,
¡oh Tántalo! en castigo de tu crimen
te depara de Júpiter la ira

cuando á tu labio hambriento,
que por ella sin término suspira,
te defiende llegar la rubia poma
que de fácil arbusto se desgaja;
mas tal vez en crudeza le aventaja
la bárbara porfia
de forzar á que coma
contra su gusto al prójimo ó sin gana,
aunque le den olimpica ambrosía.

Otras madres, y abundan en la córte,
yo pudiera citar á una cohorte,
nacidas entre el oro y los placeres,
desde que nace el niño— ¡Qué mujeres!...—
como odioso embarazo
le arrojan sin piedad de su regazo.
Empero de otras madres... ¡me horripilo!...
mas feroces quizá compran el quilo;
que arrebatadas de codicia inmunda
y con el rostro enjuto,
el que dieron á luz mísero fruto,
ya de casta coyunda,
ya de torpe concúbilo, almacenan
en público hospital, y al fruto ageno
después alquilan el ingrato seno.

¡Sigo de vanidad y de miseria!
¡qué diría á las madres de la Iberia
una madre de Esparta ó de Corinto,
si de Madrid se alzara en el recinto
desde la yerba losa
do su ceniza secular reposa?

No cuñ vosotras en serviles manos
sus hijos entregaban;
y no valían ellos
menos que valen hoy los castellanos.
No sus pechos al párvulo negaban
por conservarlos turgidos y bellos.
¡Santa naturaleza!
embelesada en su materno arrullo,
les inspirabas tú mas noble orgullo;
de efímera belleza
abreviar no temían el imperio,
si el público respeto granjeaban
y á la virtud robustos y á la gloria
los Leonidas, los Héctores criaban.

No entonces cual enjambre
esquizaros con fallas se veían
infestar la metrópoli opulenta
que su sangre y su afronta
al que mejor pagaba revendían.

¡Qué es ver á la prolifera Cantabria,
desde Irun á la Puebla de Sanabria,
cual allá de sus mares
acarrea besugos y salmónes,
madres acarrear al Manzanares!

¡Qué es ver tan molettuda y tan rolliza
ostentar en landó por ese prado
áureo galon sobre la verde falda
la pasiega Nodriza,
que ocho arrosas ayer sobre su espalda
de cotton ambulaba y de terlices
en público mercado,
y á riesgo de romperle las narices
un robusto mamon de añadidura
en el cuévano inmenso postergado!

¡Que es ver sobre su seno exorbitante
sonreír á un infante
que otra mujer parió, y el dulce nombre
prodigarla de madre, y de la propia
algun beso tardío
con desden rechazar y con lustio!

¡Oh de las Amas pernicioso flujo,
trampas de la infeliz naturaleza,
cual si hartas ya no hiciera en esta córte
al crédulo marido
la pérdida consorte!

¡Oh mundo corrompido!
¡Oh del soberbio, estravagante lujo
desvarío fatal, plaga ominosa!...—
Pero hablemos en prosa
y dejemos el tono de Cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este artículo, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amamantan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. También puede haber algo de ficción poética, ó de hipóbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo mas perverso que otros; y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido *burras de leche* y *amas de cria*; y si es innegable que algunas de estas aciertan á ser algo mas *racionales* que aquellas por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo así, cualquiera daría la preferencia á las primeras; esto es, á las *amas cuadrúpedas*. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazón humano un sentimiento mas profundo, mas legítimo ni mas capaz de inspirar acciones heroicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el mas inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al nocivo influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán mas *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educación de sus hijos, aun estas mismas, ó no nacieron para amar, ó es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüírseme diciendo que la multitud, todos los días creciente, de amas de leche, que hormiguan en la capital, atestigua contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confían con harta dolor sus niños á zafias y descastadas pasiegas, no por punible desvío hacia ellos, ni por conformarse á las absurdas leyes del *buen tono* y de la *elegancia*, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoísmo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida, eso si, pero mas frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas del quebranto de su salud las que lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturón, por los excesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algun otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartas incomodidades lleva consigo el embarazo sin hacerlo mas penoso sujetándose á molestas privaciones, y que por estar en *cinta* una dama no se ha de incomunicar como unalechuzca, ni ha de consentir que su mórbido talle rebosa indisiplinado, y que los *orbes depositarios del jugo lácteo* (no cabe nombrarlos con mas pulcritud) por falta de sujecion se desordenen y *traspasiten*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas ó no tener pizca de consideración y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegacion hasta de los mas inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos no teniendo *viveres* mas que para uno, ó lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanición. Semejantes trabajos no suelen

afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mujeres de los sastres *sin ejercicio*, de los empleados escudentes, ó de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!!!

Infinidad de mujeres de esta muy heroica villa necesitan pues, por varios motivos, delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de Nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y gerarrafías.

El litoral de nuestro Océano cantábrico provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía, cuya casta mas aventajada se produce en el famoso valle de *Pas*, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos á todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que procedan del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero haya nacido las yerbas del Septentrion, ó las del Oeste de la Península, es forzoso que la Nodriz sea montañesa para aspirar á la honra de dar teta al mamón que nació en dorada cuna; y aun así no está segura de conseguirlo si el médico no certifica despues de un prolijo exámen, ¡diantre de médicos! que el *Ama* carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quince y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podría en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocracia de las pasiegas el tener facciones regulares, ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrilludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomunales, y se les permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas á la clase media y otras á la plebe de las Nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo: las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase) agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la *tela* y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y así como la leche de estas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta mas barata, así tambien aquellas; quiero decir las madres de alquiler, estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con mas equidad. Entretanto *hijan*, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chiquillo para dejarse chupar por el ageno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante envidia y osadía para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas y por un módico salario á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con sendas tazas de nauseabunda y salcochada papilla, la mayoria, sino la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales pasiegas y otras tales que no son pasiegas, y que, solo por no serlo, para obtener colocacion se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redaccion del *Diario de Avisos* con este ó otros anuncios semejantes:

NODRIZAS.—*Encarnacion Valmojado*, natural de la villa de *Alcobendas*, busca cria. Abonará su conducta *el limpia-botas* de la calle de la Paz.

Hay también Nodrizas clandestinas y vergonzosas como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo más de una vez que la flaqueza de la una sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la otra. Los cirujanos comadrones y los administradores del *Refugio*, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarían sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso *sigilo* á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y Nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡vaya!... sino de su credulidad é inesperiencia.

Una vez instalada la Nodrizas, (hablo de las que crían en casa ajena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes) una vez posesionada de su empleo, ejerce, no solo sobre su cría, sino sobre toda la familia y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado*. Empieza por ser *Ama de leche* únicamente, y acaba por ser *ama* en toda la extensión de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavía para equiparse; ó á fuer de veterana conserve en su país dentro de un apollado areón tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condición que se la vista de pies á cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje, que muchas quieren otro más fino y lujoso para los días de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro ó por hacer ostentación de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las *Amas* con insaciable avaricia y desvergonzada inconsideración; pero el lujo de unas pasiegas excita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer contiños y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultados den mala leche á los inocentes chicuelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *bendición*, ó porque con una prógima de *Pas* no haya entrado todavía la *maldición* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas á la *hidrofobia*. Ni basta muchas veces á domesticarlas la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa espaciación de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun así acostumbran á responder con un par de coces á las más inofensivas amonestaciones y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces..., regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Subido es que todos los días tienen las consabidas un pretexto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el alcañaque, y no hay en la casa aniversario, mas ó menos plausible, que no exploten en su provecho. ¿Llegan los días ó cumpleaños del Sr., de la Sra. y de cada uno de los señoritos? Regalo. ¿Ascende el año, ó le nombran senador, ó gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. Pero la mina inagotable para una ama de cría es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas afealdas. Que se rie: que dice: *ajó, ajó*; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que menea el sonagero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operación de la vacuna; que le confirma un obispo *in partibus infidelium*; todo son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre alquilona. ¿Y la dentición? A cada huesecillo que cuaja en las

encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva petición de la importuna montañesa; ó en otros términos, á cada *diente* que le nace al heredero es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras *heroínas* se presentan en las casas, que no tardarán en mirar como país conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de Erzas y nabos; pero lograda ya su admisión y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinúan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rústica estracción y su insolente obesidad; y llega día en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la corte para satisfacer su *coiraz* inapetencia. ¡Cuantos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota, caballo y rey*, gimen en silencio viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demás criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un día prometieron, los mandan con mas autoridad y urgencia que los amos; con chismes y pelóteras y calumnias les roban la confianza y afecto de que son tal vez mas dignos que su tirana; se desdennan de alterar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas á la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas á tan horrible calamidad! ¿Pues que diré si el *pobre ciudadano* es además *ciudadano pobre*? No hay ahorros y economías que basten á sufragar tantos dispendios. El *ama* es una lima sorda, una carcama perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no se redime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, así como todas las susodichas saben al dedillo la *gramática parda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulejo, ó se lo oyeran leer á algun oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya mas lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las nodrizas en general no obsta para que algunas en particular sean mujeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré mas: estoy intimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen á encariñarse con los chiquillos á quienes crían tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvagedad, y para no molestar mas á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticio*, confesaré tambien que aun las *amas* de mas áspera condición se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisonjero momento del destete, mansedumbre que tiene el doble objeto de prorogar cuanto puedan su *dictadura* y el ser á la despedida mas liberal y generosamente remuneradas.

Pero la nodrizas de raza y de *buen trapajo* no permanece mucho tiempo cesante. O despues de criar á un niño conserva todavia bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del alma licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar que en un rapto de filantropía contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individuo de esas en la situación *interesante* que la Providencia suele depurar á las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar *eccéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra y Cristo contodos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona;—y tambien alguna vieja

maligna que mas adelante ajuste con nimia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.



La Nodriz.

— «Pero, tía fulana, responde la tía mengana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente.....» —
«No hay tu tía, replica la otra tía. ¡ Son habas contadas! O al chico de Geroma le faltan cinco semanas para ser *sietemesino*, ó el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la *cajada*».

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

LA COQUETA.

Si hace cien años, allá en los tiempos en que se gastaban, entre otras zarandajas, espadín y polvos, se hubiese pronunciado la palabra que sirve de epigrafe á este artículo, hubiéranse mirado unos á otros los que la oyeran, demandándose su significacion. En el transcurso de un siglo, y quizás mucho ménos, se ha vulgarizado de tal modo, que apenas hay quien ignore la acepcion que en nuestro idioma tiene. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, altos y bajos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos conocen ese epíteto, y quizás es una de las primeras voces que el tierno infante aprende á murmurar. ¡ Tanto es lo que se repite, y tanto lo que abunda el ser á quien se le aplica!

¿ Deberemos inferir que el tipo sea moderno? No; así como Bossuet dijo: «Estudiad el hombre y estudiareis los vicios;» también podemos decir: «Buscad la mujer, y hallareis la coqueta.» En efecto, parece averiguado que nuestra madre Eva consintió en comer del fruto prohibido, porque Luzbel le aseguró que así agrada mas á Adán. Véase como de todos los males de la humanidad tiene la culpa la coquetería de las mujeres.

Dedúcese de aquí que el tipo es antdiluviano, aunque el nombre sea moderno é importado de la Francia, de ese país de donde nos vienen tantas cosas buenas y malas, como la libertad de imprenta, las modas, las costumbres parlamentarias, los dramas, las coaliciones, los sastrés y las telas. Mas todo cargo exige pruebas, y yo voy á aducir algunas no solo para demostrar la fecha del vicio, sino también sus funestos resultados.

Elena, la causa eficiente de la guerra de Troya, fué una coqueta, y algo mas, que se dejó robar por París: Dido, la reina de Cartago, con remilgo y monadas, hizo que Eneas olvidase sus deberes y faltase á sus juramentos; Calipso se consoló de la partida de Ulises con la llegada de Telemaco; Cleopatra solo se aplicó el áspid, cuando no tuvo quien la requiriese de amores; Isabel de Inglaterra dió muerte á María Stuard, porque le disputaba sus amantes; y la infeliz reina de Escocia pagó en el cadalso sus veleidades y coqueterías.

Aun pudiera alargar mucho este catálogo, si no fuera inútil, porque basta á mi propósito lo dicho, y porque en este punto, gracias á Dios, todos los hombres estamos acordos. Pero cúmpleme asentar que por el progreso de los siglos, y por el adelantamiento de las ideas, las Circes y sirenas de los remotos tiempos se llaman en nuestra época Emilias, Serafinas y hasta Gerónimas.

Falta ahora no mas que averiguar la generalidad de este achaque femenino, y si está vinculado en una ó determinadas clases de la sociedad, ó si es común á todas. Pretenden algunos que la franqueza es la virtud de los dioses; otros aseguran que es máscara de la impudencia, no faltando quien afirme que molina y avergonzada la tal señora, ha huido en nuestros días á los desiertos del Africa. Por tanto, yo no me atrevo á resolver la delicada tesis que he sentado arriba, y me escaparé por la tangente diciéndolo tan solo que si fuese académico ó siquiera autor del *Panlexico*, al llegar á la palabra *Coqueta*, saldría del paso añadiendo: Véase *Mujer*, y vice-versa.

Ya concibo la noble indignacion que al llegar aquí sentirá la hermosa mitad del género humano. Mas por Dios que se tranquilice y sosiegue, pues tienen excepciones todas las reglas, y sin duda habrá muchas en la presente. No importa que en el mismo momento que le doy tan cumplida satisfaccion dirija alguna lectora sus miradas á la calle, donde la aguarda anheloso el capitán de artillería, mientras en el canapé de enfrente escribe su primito en un precioso album tiernísimas endechas, cantando la constancia y el amor.

Sentado, pues, que la coqueta es la mujer, no nos admirará encontrarla en todas las clases de la sociedad. Lo son, pues, las damas elegantes y melancólicas; las matronas añejas y graves; las jóvenes alegres y pizpiretas; las solteras de 32, que pasan por austeras y devotas; la hija del comerciante y del tendero que venden terciopelo y garbanos; la doncella de labor que se pasea el domingo en el Prado; la criada para todo que baila los días de fiesta en la Virgen del Puerto, y hasta la desenvuelta y descocada manola que contesta con un sopapo al que se atreve á mayores. Consiste en que la coquetería no es como la tisis ó el asma, que se adquieren, sino como las enfermedades heredadas, que se nace con ellas.

Existe una diferencia, sin embargo, que en prueba de lealtad quiero notar aquí: en esta clasificación general hay tres secciones de todo punto diversas; las coquetas por instinto, las que lo son por estudio, y las que no lo son (vulgo feas). La cuestión se reduce pues á tres extremos: naturalidad, arte é impotencia. En el vasto círculo que abraza y comprende hay mujeres que aspiran santamente al matrimonio, y que para alcanzar ese fin ponen en planta todos los medios: algunas (pocas, muy pocas) que renuncian á la coquetería el mismo día que al celibato; otras por último, para quienes *el estado perfecto*, como le llaman los teólogos, no es sino un resorte mas con que ejercer, y en mas vasta escala, sus artes.

Resulta que este vicio es la esencia del corazón femenino; que es un gérmen que en todas las mujeres

se halla, y en unas se revela espontáneamente, y en otras se desarrolla á favor de constantes esfuerzos.— Sentadas estas bases, fuerza es entrar ya en materia: expuesta la teoría, justo es hacer las aplicaciones necesarias.

La coquetería es un instinto: desde muy temprana edad aparece ya y se formula; ved á la niña que juega con sus muñecas á los amantes; que sin saber por que, busca y prefiere la sociedad de los hombres; que se goza en adornar su frente con flores del jardín por donde alegre trisca; que se mira en la límpida corriente de los rios; que se envanece y ufana al oírse llamar hermosa; que siente el agudo dardo de la envidia si á otra en su presencia se le otorgan elogios, y que ya ambiciona y codicia galas y atavíos brillantes. Volved tambien los ojos á la sencilla é inesperta



La Coqueta.

aldeana, que escucha amores de los mozos de su pueblo; que se cantonea orgullosa al oír sus piropos; que acepta las músicas que le dan por la noche tres mancebos distintos, y que á todos responde, y con todos baila. ¿Quién puede haber revelado en esas almas infantiles y candidas las aficiones de otra edad y los refinamientos de la civilización? La naturaleza, la naturaleza solamente.

Pero esta propensión íntima de la mujer, ese gér-

men que nace con ella, muere en unas sin desarrollarse, y en otras se engrandece y cultiva, elevándose á la esfera de arte ó de ciencia, que de ambas cosas tiene mucho, aunque hasta ahora no se haya determinado de cual de las dos tiene mas.

La dama elegante y de alto rango es la coqueta por excelencia, porque posee mas medios de que disponer para servir á sus inclinaciones, y porque su vida entera se consagra á perfeccionar el sistema que sigue.

Así se la ve por días lánguida, vaporosa, sentimental, alegre, viva ó revoltosa; así combina el traje y los colores con la importancia del papel que va á representar, adoptando el negro cuando quiere dar á su semblante una expresion grave y triste; el rosa para aparecer fresca y lozana; el blanco cuando desea que se la juzgue candorosa é inocente, y en fin el azul cuando se finge celosa.

Y digo *se finge*, porque la coqueta no siente nada de lo que expresa; porque todas las variaciones de su carácter son producidas por la índole del carácter mismo; porque acostumbrada á jugar con los sentimientos del corazón, á remedarlos sucesivamente, se hace escéptica y positiva, y en nada cree, y en todo busca un goce material ó el logro de una esperanza cualquiera.

Hay coquetas que se sublevan á este título; que lo rechazan con indignacion, pretendiendo que solo lo merecen las que mantienen relaciones con mas de un hombre á la vez. En muchas puede ser virtud que no hagan esto; en otras es necesidad. Quiere decir que las que tal consiguen, á remedarlos sucesivamente, se hacen como modelos, y llevar la burla de doctoras en la facultad. Son mas hábiles sin duda, son mas diestras innegablemente las que maña se dan para tanto; pero no son ni mas ni menos coquetas que las demas, ni hay por qué ofenderse de que con ese honroso epíteto se las clasifique y decore.

La coqueta de buen tono, que es el tipo legítimo y verdadero, y el que me propongo describir, no tiene mas ocupacion, ni mas deberes que los de su coqueteria; no hay distincion entre solteras y casadas, entre niñas ó adultas: iguales son sus medios, iguales sus resortes, é idénticos por fin su sistema y su arte.

Emilia, Julia ó Isabel, que de cualquiera de estos modos se llama, se levanta tarde, muy tarde, cuando el sol está en la mitad de su carrera. En la estrecha y suntuosa alcoba todo revela ya quien es la que allí descansa; respirase una atmósfera embalsamada; arden ricos perfumes en dorados pebeteros; cubren el tálamo de la esposa ó el sencillo lecho de la doncella, ya el terciopelo y el raso, ya la muselina y el gró, de águdas saetas suspendidos, ó por lindas coronas rematados; difunde una lámpara de china un resplandor tibio y voluptuoso, y cobijada entre batistas y encaje, se contempla á la deidad de aquel templo, no sueltas las trenzas de su alisado cabello, sino recogidas en una elegante gorra de tul y blonda. Hasta en el sueño es estudiada la posicion de la hermosa: no está tendida prosáicamente sobre la pluma y la seda; no están descubiertos su albo seno, ni sus torneados hombros; solo se vé una blanquísima mano donde apoya la pura mejilla, ligeramente sonrosada; y así duerme casta y pudorosamente, con la sonrisa en los labios que nunca la abandona sino cuando es menester que la abandone, y soñando quizás nuevos triunfos y nuevas glorias.

Toda esta poesia de que se rodea, y de que no prescinde ni con su marido, todo ese arte maravilloso que emplea hasta en los menores detalles, y hasta en las situaciones mas solemnes de su vida, es lo que constituye su fuerza y lo que hace irresistibles sus encantos. El mismo esposo no penetra en el santuario cuando se le otorga tal merced, sino con emociion y con interes; porque nada destruye tanto las ilusiones, nada mata tan presto el cariño como cerciorarse de que el ángel que se ama es una mujer como todas; que bajo una capa de oro y seda está encubierto un pútrido cadáver; que el ídolo ante quien nos prosternamos es un autómatas de barro comun y grosero.

Por eso la verdadera coqueta ni un momento sale del círculo en que gira, y por hábito y por conveniencia es inexorable en este particular: aun cuando esté enferma, aunque solo vea al médico y á la

doncella, no faltará por eso á ninguna de las reglas que se ha impuesto; y recibirá al facultativo sonriendo en medio de sus dolores, y preferirá morir á que corten impiamente su cabello, ó á que maltraten sus brazos ó su espalda con cantáridas y sanguijuelas. Por que no hemos de llamar heroínas á las que así se sacrifican á sus voluntarios deberes, á las que en su afán de conquistar al hombre, prefieren la muerte á dejar de agradecerle?

El tocador de la coqueta es la parte mas importante de su vida: así se la ve largas horas casando los colores y los adornos del modo que mejor le parece, estudiando la expresion que cuadra mejor á su semblante aquel día, y que no variará despues de resuelta, ni un instante. Verdad es que en este punto, como en varios otros, no tiene opinion propia, y admite las telas, los lazos ó las flores que la proporcionaron mas incienso y mas conquistas. Si uno de sus amantes elogia su palidez, la coqueta usa exclusivamente el blanquete; si otro menos romántico se pronuncia por unos buenos colores, hace provision de carmin y de papelillos de rosa. Si el adolorado es melancólico y sentimental, no hay batistas bastantes para enjugar las lágrimas de su amada; si es un desenfadado militar, ni tipo adopta el tono y las maneras desenvueltas de su víctima: si le gusta á uno la soledad, ella pinta con poéticos colores los placeres del retiro, habla de deliciosas *oásis*, de quiescenas edificadas en el pico mas escabroso de una montaña suiza; ensalza la vida pastoril, y envidia á los pacíficos habitantes de la antigua Arcadia: si otro pondera los deleites de la vida social, también ella es de esta opinion. Y en tal variedad de gustos, y en tal contraste de aficiones, y en semejante laberinto de pareceres, pasa su vida contenta, satisfecho su amor propio, colmada su ambicion; sin pasiones violentas y sin dulces afectos, verdad es, pero sin dolores ni pesares tampoco.

Esta disposicion para plegarse á todo dócilmente, esta flexibilidad de carácter es mas admirable, cuando á un mismo tiempo tiene que variar de un extremo á otro. Supongamos, pues, que Adela tiene cuatro amantes; el uno es un mozalvete inesperto, uno de esos niños que acaban de salir del cascaron, como vulgarmente se dice, y que por tanto trae un corazón virgen, y una porcion de ilusiones idem; que el segundo es un capitán de caballeria, andaluz por mas señas, y de los que declaran á una mujer en estado de sitio, y la requiebran y obsequian marcialmente; que el tercero es un abogado rechoncho como su entendimiento, de peluquita rubia, de rostro cándido; en suma, uno de tantos como conocemos por el nombre de *predestinados*; que el último es por fin un *Otelo* pasado de moda, un catalán selvático y feroz; que se encela por un quitame allá esas pajas, que frunce el gesto por la menor cosa, y que jura vengarse á sangre y fuego si se le ultraja ó se le vende. En este contraste de caracteres, en este dédalo oscurísimo y enmarañado, la coqueta no se aturde ni desmaya: al inocente pipiolo le engaña de cualquier modo; al capitán le deslumbró con sus dengues y gachonadas; al mofletudo jurisperito llamándole su esposo; al terrible catalán desempeñando el papel de víctima, derramando á lo mejor un torrente de lágrimas, ó haciendo uso, en caso de necesidad, de los ataques de nervios. Así viven los cuatro en una paz octaviana, todos arrullados por lindas esperanzas, adormidos en dulces ensueños, mecidos en gratas ilusiones. La farsa dura hasta que uno de ellos avanza mas que los otros, y pide al papá ó al tío la mano de la inocente doncella, á la que se le da un ardite del dolor del jovenzuelo, y de sus amenazas de suicidio; de los sarcasmos del capitán, de las burlas del abogado (que es las mas veces el preferido) ó de la teatral desesperacion del *Otelo*. A veces suele calmarlos con seductoras promesas para el porvenir.

También puede alcanzar otro desenlace la comedia: un día el mas inesperto de los cuatro tiene la candidez de enseñar á cualquiera de los restantes un lazo de rubios cabellos: el otro se alarma por el color y por la forma de la prenda, y saca una igual del bolsillo, comunicando sus dudas al manco; pero este se irrita con semejante sospecha, llama calumniador al que toma el asunto con tanta frescura, y si aun así no le hace perder su sangre fría, hasta le apostrofa de cobarde. El resultado es el que puede colegirse: salen con los padrinos correspondientes, y por donde hace el demonio que sean estos los dos compañeros de la coalición amorosa, y que al enterrarse del motivo de la contienda, saquen otros dos lazos idénticos, finalizando la intriga, con no poco contento de todos, menos del que amaba de buena fe, que se mesa y arranca las barbas, si va las ha, y que canta doloridas trovas, si el destino le hizo nacer poeta: pero en fin, el lance no tiene mas consecuencias que escribir una epístola que firman los cuatro, y que va concebida en estos ó parecidos términos:

«Temiendo que si sigue Vd. tan pródiga en la repartición de cabellos, tenga que hacer pronto uso del tuétano de vaca ó de la grana de oso; ó que como la de Sanson, su fuerza consista en el pelo, y que quedando calva, pierda las proporciones á que aun puede aspirar; le devolvemos los preciosos recuerdos que de su amor guardábamos, para que los traspase á otros mas inocentes y menos ingratos.»

Tampoco es raro que media docena de amigos se encuentren con seis ediciones de un mismo billete, ó con seis copias de un mismo retrato. En este caso la alocución de despedida se formula del modo siguiente:

«Habiendo leído y discutido maduramente los que suscriben la adjunta circular, han resuelto negarle su voto, en atención al descrédito de la candidatura que propone. Lo que comunicamos á V. para su inteligencia y fines convenientes.»—Dios guarde á V. muchos años.—Madrid, etc.

No piensen mis lectores que la coqueta se corre ni desconcierta por esto: así como un propietario no teme ver siempre desalquilada la casa que un inquilino abandona, entonces lo mismo que aquel, Adela pone papeles: es decir, que destina una hora mas al tocador; que si canta dirige sus miradas, mientras entona una *romanza* amorosa, al que mas cerca tiene; que si baila el cotillon, saca tres veces seguidas á uno mismo; que si este ó aquel la contempla un instante, clava en él sus ojos toda la noche. Otras veces se resuelve á atacar el alcázar de la vanidad humana: al tieso y afectado *dandy*, que no piensa mas que en el frac de Utrilla, en el charol de Fortis ó en las corbatas de Bommel, le encomia cualquiera de sus trajes, y hé aquí la conquista hecha: si es un autor dramático silbado, habla contra las cábalas literarias, se enciende en ira con las intrigas de bastidores, y acaba por decir que no conoce drama mejor que el suyo, aunque no lo haya visto, ó desde el prólogo comenzase á bostezar y á dormirse. Si es un artista, le saca á relucir dos ó tres nombres que leyó en un periódico por la mañana, como Van-Dick y Correggio; hace el elogio del claro osonrode sus cuadros, aunque sean chillones y desentonados, y le predice un porvenir brillante. Si es por último un hombre juicioso y racional (porque ni estos están libres de la fascinación), comienza por hablar mal de las mujeres, truena contra las coquetas, hace el elogio de la que no gusta de sa-raos ni diversiones, y que limitada á sus faenas domésticas, cumple todos sus deberes dedicando su existencia á su esposo y á sus hijos. Con esto le basta para armarse en poco tiempo, y para no echar de menos el descalabro anterior.

La arena verdadera en que combate mi tipo, el campo donde hace gala de su talento, donde despliega

todos sus inmensos recursos, todas sus facultades físicas y morales, es un baile, es una reunion cualquiera. Allí prodiga sus mejores sonrisas: allí otorga sus codiciados favores: ya estrecha la mano de uno en el reposado rigodon; ya se abandona lánguida en los brazos de otro al lanzarse al rápido vals; ya se deja caer sobre una banqueta exánime y fatigada, mientras este la abanica: va irguiéndose de pronto como una rosa abatida por el ábrego, deja con la palabra en la boca al que la improvisaba una bien pensada declaración.

El carnaval es un gran recurso para la coqueta: sobre la careta natural que lleva siempre, se pone otra artificial: con el traje de valenciana da una cita en un salon de Villa-hermosa; y cuando el anzuelo ha prendido, pónese encima un dominó, y pasa cogida de otro junto al que la busca desalado. Esta operacion se repite diferentes veces, sin mas que cambiar tres ó cuatro disfraces de diferentes colores, y pasando la noche entera en tan inocente ocupacion.

El teatro es otro de los sitios donde tiene erigido su trono: situada en un palco bajo, echa los anteojos al *lion* de la décima fila de lunetas, dirige la vista al que ocupa la galería de enfrente, y de vez en cuando levanta los ojos hácia el infeliz á quien relega á la tertulia con cualquier especioso pretexto. Entónces es de verla orgullosa de tener en todas partes obedientes siervos; entónces es de verla gozarse con el imperio que ejerce; entónces, por último, es de verla repartir miradas y sonrisas á diestro y siniestro, hacer imperceptibles señas con la cabeza, ó mover ligeramente los dedos. Nada mas frecuente que escenas semejantes en los teatros: yo trocaria el nombre de estos por el de *oficinas telegráficas de coquetes*. Y forzoso es convenir en que las empresas de espectáculos públicos tienen mucho que agradecer á las coquetas, y que debieran erigirlas estatuas y aun altares, en muestra de justa gratitud.

Ofrece ademas el coliseo una porcion de ocasiones favorables para que mi tipo afiance y consolide su dominio: si el drama es triste, la coqueta halla coyuntura para demostrar su sensibilidad; y ¡ luego son tan hechiceros unos ojos empañados por las lágrimas! Si es alegre la pieza, al reirse descubre dos filas seductoras de preciosos dientes: si un chiste grosero ó impudente excita carecadas en el patio, se enciende ruboroso su semblante, revelando así su pureza: si hay una catástrofe horrible, se cubre la cara con el abanico.... para coquetear por entre las varillas con algun neófito ó inocente. Por último, si es ópera, se agita, se conmueve, y tiene que aspirar varias veces su frascuito de sales, para no desmayarse con la emocion que siente. Luego á la salida hay mil ocasiones favorables para trocar algunas palabras, para deslizar una cartita, para dejarse estrechar la mano, para regalar el ramillete que aspiraba, *reseco con su hábito y humedecido con sus lágrimas*. ¡ Y con que riquezas se paga ese *bouquet* que ha recibido todas las impresiones de la hermosa por quien suspiran seis ó siete? La moda ha dado un compañero al abanico: este divide sus funciones con el lindo manojito de flores, que á las veces hasta suele asemejarse á la banda con que la hermosura recompensaba en los torneos la destreza de vencedor.

Hay mujeres que son eternamente coquetas, y estas tienen sus cabellos cuando comienzan á blanquear, estiran su cutis con cosméticos y menjerges cuando principia á arrugarse, y reemplazan sus dientes con los que construyen Rotondo y Monasterio, cuando los primitivos desaparecen. Esas no son ni solteras, ni casadas, ni viudas, ni madres; no son mas que coquetas. Sacerdotisas de ese nuevo ídolo, á él lo sacrifican todo, las aficciones no mismo que los deberes: si son ricas, cuando no obtienen ya obsequios, los compran: si son pobres, se mueren ó se hacen devotas.

A esta última especie corresponden lastias ó las madres severas é implacables, que tienen en duro cantidero á sus hijas ó á sus sobrinas; las que declaman contra las costumbres de la época; las ásperas y regañonas, las de gesto avinagrado, y las que cubren su despoblada cabeza á favor del arte de Reigon y de Peléez.

Ellas, y por aquel adagio de *no hay peor cuña que la de la misma madera*, se muestran inexorables con la coquetería; ellas, sobre todo si son solteronas, predicán fervorosamente contra aquel vicio; ellas en fin, inflamadas en santo celo, dan á las jóvenes rectos y saludables avisos.... Pero sin querer é involuntariamente iba invadiendo un terreno que no me pertenece: de la coqueta iba pasando á la devota, tipo no menos abundante y no menos digno de estudiarse y describirse.

Así como las obras dramáticas terminaban en otros tiempos con su correspondiente moraleja, que resumía el pensamiento moral del autor al escribirlas, así también quiero dar fin á este artículo con una reflexión filosófica. En todos estos caracteres de la naturaleza, en todos estos tipos que se distinguen por sí solos, y á los que dá color, por decirlo así, la mano eterna del tiempo, hay un enlace y una conexión íntimos, hay una semejanza, una identidad asombrosas. De la niña nace la mujer; de la mujer sale la coqueta; de la coqueta se desprenden otra porción de estabones, que diferentes entre sí, guardan todos grande analogía con el primitivo, y nos lo hacen reconocer como los hijos de una nación, como las flores de una misma planta, como los dedos de una misma mano, iguales aunque desemejantes.

RAMON DE NAVARRETE.

EL EMPLEADO.

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy;
que ayer maravilla fui,
y hoy sombra mía no soy.

Con efecto: ¿á quién con mas razon que al empleado español puede aplicarse tan sabida y manoseada copla? ¿Dónde se encontrará un dechado mas perfecto de las mudanzas humanas? El zapatero hace ahora zapatos como antaño, y como antaño los cobra, excepto de los tramposos que son de todas las épocas. El propietario percibe los alquileres de sus fincas, aunque ande á pleito con inquilinos renitentes, plaga muy anterior á las reformas modernas. El cura, si ha perdido el diezmo, tiene esperanza en la caridad de los fieles, mientras el empleado ni aguarda caridad, ni conoce fieles en el mundo. En ninguna clase, en fin, ha impreso la revolucion tan profundamente su sello; él es la revolucion personificada.

Aprended, flores, de mí, puede en verdad decir el Empleado, porque el Empleado es ahora flor de efímera existencia, que nace por la mañana y por la tarde ha desaparecido, cuando antes no viene á troncharla inesperado huracan en su mayor lozanía. Antes ¡ay! no era flor, sino una cosa á manera de ostra, tenazmente agarrada á la roca de su destino, ostra que en un mar siempre bonancible, allí vivía, allí engordaba, sin mas movimiento que el de abrir sus conchas para recibir los rayos de su sol querido, es decir, las mesadas que en su periódico curso volvían con tanta regularidad como el astro del día en el suyo. ¡Aquel si que era el régimen perfecto y sabiamente combinado. Aquella si que se podía llamar constitución-verdad; y no ahora que solo predomina el régimen dietético, el cual, destruyendo la constitución física del empleado, no le enseña mas verdad que una: que su sueldo es una mentira! ¡Tiempos

felices de Carlos III y de su hijo! Vosotros fuisteis la edad dorada de los empleados. Ahora no nos hallamos siquiera en la edad de hierro: estamos en la de barro, fiel emblema de la fragilidad de los empleos.

El Empleado de antaño, seguro de su inmovilidad, vivía feliz, tendiéndose á la bartola: el de agora, es-puesto á mil vaivenes, no conoce lo que es paz ni contento. Aquel ostentaba en su rostro una serenidad inalterable: este es la vera-efigies del suño y de la zozobra. El primero era mas cachazudo; el segundo es mas activo. En el uno había mayor inteligencia de los negocios; el otro vence en travesura. Ambos á dos podrían correr parejas en cuanto á instruccion y conocimientos; pero al menos el antiguo sabia el camino de su oficina, en vez de que el moderno suele ignorarlo; bien que tampoco necesita saberle.

Resultan, pues, dos tipos distintos de Empleados en España: el antiguo, que es el primordial, el genuino; el moderno, que es el tipo reformado. Hablando con propiedad, solo el antiguo es un verdadero tipo porque el personaje á que se refiere es el único que tenia ocupaciones constantes, ideas fijas, costumbres inalterables, circunstancias necesarias para formar un tipo: el moderno es un camaleon que no se sabe por donde cogerle, tanto varía de formas y colores. El tipo antiguo va desapareciendo únicamente se encuentra alguno en la inmensa masa de cesantes; el moderno puebla toda España; y al paso que vamos, no habrá en breve un ciudadano que no pueda decir como aquel célebre artista *anch' lo sono pittore*. Sin embargo, á pesar de la abundancia de este, y de la escasez de aquel, necesitamos principiar por el Empleado de antaño, porque, como ya hemos dicho, es el verdadero tipo: el otro no es mas que una variedad debida á las circunstancias.

Aunque el ser Empleado no era en España antiguamente privilegio esclusivo de ninguna clase, una práctica constante hacia que por lo general el empleado naciese del empleado. Apenas el hijo de un oficinista habia salido de la escuela, cuando, teniendo á lo sumo doce años, se le colocaba de meritório al lado de su padre. Allí se saltaba en la letra, se perfeccionaba en las cuentas, y aprendía lentamente las prácticas burocráticas. Al cabo de seis ó mas años habia por fin una vacante, y entraba el neófito de escribiente de número con sus trescientos ducados de sueldo, habiendo aquel dia arroz y zallo muerto en la casa paterna, refresco en la botillería de Canosa, y palco segundo en el coliseo para ver la comedia de magia. Cate usted á nuestro muñeco hecho todo un hombre: ya estaba encarrilado; ya no tenia mas que dormirse sobre su cartapacio, dejarse llevar suavemente, y entregarse al dulce y pensado movimiento que año tras año le hacia recorrer todos los grados de la escala hasta llegar á escribiente primero: desde allí daba en otro empujon el suspirado salto á la categoría de oficial; y ya entonces, si antes no habia hecho una calaverada, teniendo treinta años, con diez y seis de buenos servicios, y en atencion á que pagaba el descuento para el Monte Pío, elegía esposa entre las hijas de los oficiales primeros, con lo cual ponía un nuevo clavo á la rueda de su fortuna, y tomaba puesto entre los padres graves de la comunidad. El horizonte de sus deseos no se estendia mas allá del círculo de su oficina; aspiraba únicamente, al puesto de oficial mayor; y cuando al cabo de años le alcanzaba, cubierto de canas, con la dignidad de secretario del rey, y tal vez la cruz de Carlos III, tenía-se por un personaje en la sociedad, viéndose acatado por todas partes, honrado en las tertulias, funciones públicas y actos del gobierno, y optando en cualquier ocasion á todas las preeminencias de su distinguida categoría.

Excusado es decir, que en estas transformaciones

había ido tomando el Empleado la fisonomía correspondiente á la situación que ocupaba. Al muchacho notaban que salía de la escuela para ir á copiar oficios al lado de su padre, se le arreglaba una casaca vieja de este, dejándose la bien larga para que fuese crecedera; su madre le peinaba cuidadosamente, recogiendo el pelo, en coleta, pero sin polvo todavía; y con su ancho sombrero de tres picos, sus calzones cortos, su chupa que no llegaba á los calzones, dejando ver algo de la camisa, sus calcetas arrugadas, y sus zapatos de cabra sin hebillas, iba hecho un hombreito, encantando á toda la oficina con su aire candoroso y su docilidad. Cuando entraba en la adolescencia, y á esto se añadía un sueldecillo de cuatro reales diarios, ya se vestía con ropa nueva, pero si no le arrastraban los faldones de la casaca, solían por el contrario hacerse cortos, y las mangas harto estrechas, porque la escasez de los fondos, menguados todavía con las sisas paternas, no permitía renovar con la necesaria frecuencia las prendas del vestuario. Pero una vez nombrado escribiente de número, y adquirida de este modo la investidura de verdadero empleado, ya era preciso presentarse con los requisitos de tal, y desde entonces, procurando imitar á los petimetres de la época, se colgaba el espadín, se clavaba sus hebillas, añadía chorrera á la camisa, vuelos á los puños y lucía su brillante botanadura de acero sobre el rico paño de Guadalajara. Este equipaje, sin embargo, no llegaba á su complemento, sino cuando era ya oficial, y andando mucho el tiempo, tomada posesión de los grados altos, se usaba la vicuña, el terciopelo, rizado el encaje en vuelos y chorrera, y la ancha bolsa en el petuquin muy empolvado. Así por el aspecto exterior de un oficinista, podía decirse desde luego sin mas información el puesto que ocupaba, y las madres calculaban si había llegado ya el punto en que era un novio conveniente para la niña.

Pero veamos á este tipo primordial de nuestros empleados en las dos situaciones de su monótona vida, en la oficina y en el interior doméstico.

El empleado antiguo era mas matinal que el moderno. A las nueve ya estaba andando para su oficina; llegaba, abría la papelería con calma, aquella papelería modelo donde estaba colocado todo en un orden admirable, ostentando los legajos su perfecta simetría, sin que ningún pliego se atreviese á interrumpir la recta alineación con sus hermanos, comprimidos todos en amarillentas carpetas mediante el encarnado baldague artísticamente enlazado, y á la vista el correspondiente rótulo en hermosa letra bastardilla. Sacados que eran los papeles, colocados cada cual en el lugar oportuno, cortadas las plumas y dispuesto el tinglado de forma que anunciase la presencia del dueño, echada una ojeada á la gaceta que por fortuna era corta y no diaria, principiábanse los trabajos por la indispensable tarea del cigarro. El cigarro en las oficinas sirve para dos cosas: para dejar de trabajar, y para armar conversación. Formábase, pues, el corro; y como entonces la política no preocupaba los ánimos, se hablaba de la última corrida, de la caída de Costillares, de la estocada de Pedro Romano, ó bien del admirable paso del puñal hecho por la Rita Luna en la Escuela del Negropono. No faltaba algún gastrónomo que daba noticia de donde se vendían los mejores jamones de Candelario, ó á qué punto habían llegado los mas frescos besugos; y en tan sabrosa conversación, daban las once, hora en que se tomaba el refrigerio que de la puntualidad con que entonces se servía ha conservado este nombre. Reconfortado el estómago, hallábase por fin un hombre en disposición de entregarse al trabajo, y de emprender la lectura de un expediente, formar su extracto, ó redactar algún informe, hecho todo con pausa, circunspección y esmero. En aquellas caras no se veía la agitación del que anhela despachar pronto, ni la contracción del pensador profundo, ni la animación del que en-

gendra en su cabeza un pensamiento grande; todo era serenidad, cachaza, imperturbabilidad, como quien trabaja por rutina, siguiendo el camino trillado, y sin dársele un pito de acabar hoy ó mañana. En esto daba la una; de repente las plumas todas se paraban donde las hallaba la campanada: echábase polvos; se recojía, oyéndose un ruido de papeleras á manera de fuego granado, y tomando cada cual capa y sombrero, con un «hasta mañana, caballeros», se despedía la gente. ¡Oh vida feliz aquella! ¡A la una cesaba el trabajo!... ¡Cuánto han variado los tiempos! ¡Qué dirían aquellos benditos y patriarcales oficinistas,



El Empleado.

tas, si alzasen ahora la cabeza, y vieses á sus sucesores salir á las cinco de la tarde? Y ¿qué, si hubiesen alcanzado la diabólica invención de volver á la oficina por las noches? Pero no os asustéis, venerables sombras de la antigua burocracia española, no es tan fiero el león como le pintan. Si ahora salimos á las cinco, también vamos á las dos ó no vamos, que es lo mas fijo; si ahora volvemos por las noches, el daño es para las pobres luces que arden sin duda para las ánimas. Hoy día hay largos y eternos periódicos, novelas de Jorge Sand, discusiones políticas: todo esto ocupa y hace pasar agradablemente las eternas horas, cuando no es uno tan concienzudo que sacrifica el teatro ó el liceo á la material presencia en la oficina.

A la una, pues, volvía el Empleado á su hogar: desaparecía el hombre público, y hasta las nueve del día siguiente, si no era domingo, fiesta ó guardar ó día feriado, es decir, la mitad del año, quedaba reducido á caballero particular, tan dueño de su persona como el ocioso mayorazgo. Comía con calma, echábase á dormir la siesta, salía á dar un paseo, volvía al anochecer á tomar su chocolate, ó le tomaba en casa ajena, iba á su tertulia y á las diez ya estaba recogido para entregarse al sueño después de una parca cena. Ese sueño no era turbado por visiones horribles de revolución y trastorno; la idea de su destitución no le atormentaba; hallábase aun por inventar la palabra *cesante*, torcedor continuo del empleado; y si acaso se trasladaba su imaginación al porvenir, era solo para contar los años ó enumerar los achaques de los que le precedían en la escala, estendiéndose todo su enojo á desear que los jubilasen.

Si el sueldo no era grande, pagábase al menos puntualmente, y había gajes, regalos y obvenciones; no hablamos de manos pueras, estas son de todos tiempos. La casa del empleado era por Navidad una colmena. ¿Que pretendiente no hacía su obsequio al oficial de la mesa? ¿Que agente no mandaba á los gefes un mozo cargado con frutas de la época? ¿Que intendente, que cabildo, que ayuntamiento dejaba de cumplir con los covachuelistas influyentes? ¿Oh, España era entonces un país de Jauja para los empleados! Ahora han desaparecido los regalos, aunque suelen subsistir en las cuentas de los agentes; y es en verdad calamitosa la poca generosidad de los que solicitan.

Aun había mas. Pocos empleados eran los que no acumulaban á su empleo una administración de fincas, otro destino en casa de algun grande, ó que por lo menos no aumentasen su escaso peculio con los productos de copias, arreglo de papeles ó liquidaciones de cuentas; y si á esta nueva ocupación querían añadir la respetabilidad, se hacían nombrar síndicos de alguna cofradía, cuyo pendon llevaban en la procesion del Corpus; ó bien pedían en las calles para el pecado mortal, entonando con voz sonora sus agudas saetillas.

¿Y que diremos del alto empleado, del oficial de covachuela? ¿Le pintaremos con su uniforme, yendo tarde á la secretaria, no para trabajar, sino para presentarse al ministro y despachar con él; no ensuciándose nunca los dedos con la tinta de su escribanía de plata, ni con el polvo de su papelera forrada de taflete; teniendo un escribiente que le hacia el trabajo; respondiéndole al humilde pretendiente con desdénosos monosílabos; citando á su casa al agente de Indias, que se insinuaba cual conviene; y corriendo en seguida á hacer su corte al idolo de la época de quien esperaba conseguir una plaza de camarista ó ser nombrado asistente de Sevilla? Pero el espacio nos falta para tanto, y tenemos que venir á los tiempos modernos, tiempos calamitosos, en que los españoles hubieran renunciado á la empleo-manía, sin los gratos antecedentes que ha dejado, y si no fuese una plaga incurable en esta patria favorecida del cielo.

No sé si el hambre habrá dejado todavía vivo á algun empleado del tiempo de Carlos IV. Si este fenómeno existe, él podrá decir las revoluciones que su clase ha padecido desde entonces, y como ha variado hasta el aspecto exterior del oficinista, que tampoco el oficinista está libre del imperio de la moda, aunque por motivos independientes de su voluntad, suele seguirla de lejos. Este venerable y escuálido resto de la antigua burocracia diría como se apartó del costado el espadán, reemplazado hoy con el sable de miliciano; como se abandonaron las casacas redondas para substituir las con el *rac* y la levita; como el calzón corto que resistió mas empu, se alargó en fin hasta caer en pantalón sobre

el tobillo; y como perecieron los peluquines, cayeron las coletas, y las calvas se cubrieron trayéndose hácia delante el pelo de atrás que ondeaba á veces á guisa de penacho, á pesar del artístico batido. Tal ha sido, en fin, la revolución, que hoy ya se ven empleados con trabillas, guantes amarillos, cabello largo y rizado.... y hasta con barbas: con barbas, si, que hubieran horrorizado á sus antecesores, y fueran suficientes á ocasionar su destitución en un tiempo en que esta ominosa palabra solo se encontraba por lujo en el Diccionario de la lengua castellana.

Pero, ¿que ha de suceder, si todo ha variado á tal punto, que una oficina, símbolo antes de la paz y suavidad de costumbres, ofrece ahora el aspecto de un cuartel lleno de uniformes, armas ó insignias militares? ¿Si en vez de las palabras *expediente*, *legajo*, *extracto*, *minuta*, *orden*, solo se oyen las de *batallón*, *compañía*, *fusil*, *guardia*, *formación* y *ejercicio*? ¿Si á la palabra *señor mayor* han substituido los subalternos las de *mi capitán*, *mi comandante*? ¿Nos hemos vuelto todos guerreros? Si; porque los destinos no se consiguen ahora por escala, ni á fuerza de años de servicios, como antiguamente; sino que se asaltan, se ganan en buena ó mala lid, y se quitan al que los tiene para colocarse uno en ellos. Este es un nuevo método que hemos inventado mucho mas expedito y cómodo, porque en estos tiempos de máquinas de vapor, queremos tambien carreras al vapor que en un periquete nos alcen á los cuernos de la luna.

Con efecto, ya no existe el meritorio, aquel tierno y cándido novicio que, con la leche en los labios, iba á aprender el oficio al lado de su padre. ¿Donde hay paciencia ahora para esperar seis ú ocho años hasta obtener una miserable plaza de escribiente? La táctica es otra. ¿Se halla V. sin oficio ni beneficio? ¿Aspira á una placita en rentas ó en un gobierno político? ¿No es V. en fin, mas que un pretendiente de escalera abajo? Pues se mete V. miliciano, alborota y chilla en su compañía; se hace nombrar sargento; la echa de patriota; arma alguna bullanga; se luce en un pronunciamiento; y mal ha de andar la cosa para que al fin no se *calce* (esta es voz nuevamente inventada para significar que se ha alcanzado un destino.) ¿Tiene V. mas ambición? ¿Apetece una intendencia, una gefatura política, una magistratura, un ministerio? ¿Oh! entonces, según la categoría del destino, adelanta V. mas en la milicia, se hace capitán ó comandante, se cuele en un ayuntamiento, se ingiere en una diputación provincial, se arroja á la tribuna parlamentaria, ó bien se constituye miembro de alguna junta revolucionaria, y ya no necesita mas: por poco que se mueva, que charle, que farolee, ó que, según convenga, haga la oposición ó apoye al ministerio, no hay falencia, á los dos meses, cate V. á Periquito hecho fraile; y el que no ha mucho era paseante en corte, manda á toda una provincia, dirige un vasto ramo de la administración, en una palabra, tiene cuarenta ó cincuenta mil reales de sueldo, que es el problema que había que resolver.

Pero; oh vanidad de las vanidades humanas! Apenas se ha llegado al suspirado término; apenas se ha satisfecho la ambición, ó se ha matado al hambre que mataba, cuando se entra en un mar tempestuoso, en un piélago de inquietudes, en fin, en una vida de perros. Y no porque abruma el trabajo: gracias á Dios, esto es lo que da menos cuidado, lo que menos ocupa; pero el monstruo de la *cesantía* se le pone á uno delante, con faz torva y desabrida, le sigue á todas partes, le acusa en los paseos, envenena las comidas, altera el sueño, y haría caer la pluma de las manos, si alguna vez la pluma se cogiese. Ved al Empleado sentado en su silla, delante de su papelera, no aquella papelera antigua, modelo de orden y simetría, sino revuelta, desarreglada, confusa, símbolo de la época y del alma de su dueño: ved, decimos, al

Empleado, inmóvil, aunque la procesion ande por dentro, pálido, mirar sombrío, meditabundo. Cualquiera dirá que piensa en los negocios que le estan encomendados, que se hilvana los sesos por desparcharlos con acierto; nada de eso; piensa en su destino, en el tiempo que le tiene, en el tiempo que le durará, en los medios de conservarle. Calcula, lee los papeles que tiene delante, que no son expedientes, sino periódicos: repasa los sucesos del día, procura adivinar los de mañana; desearia tener al lado una sibila (si es que sabe lo que es una sibila) que le descorriese el velo del porvenir; se afana por averiguar de que lado ha de soplar el viento. ¿Triunfará la oposicion? ¿Vencerá el Ministerio? ¿Habrá mudanza, crisis? ¿Conviene ser todavía fiel, ó es tiempo ya de virar de bordo y pasarse á los contrarios? Dispuestos estamos á una defeccion; pero ¿ha llegado la hora de la defeccion? ¡Terrible problema! ¿Quién le resolverá? Se levanta: va á charlar por lo bajo con otro camarada que se halla en la misma disposicion de ánimo.—«¿Qué hay?—Hombre, esto se pone de mala data.—¿Habrá mudanza?—Peor.—¿Pues qué?—Pronunciamento.—¿Qué dice Vd.?—Está reunido el consejo: la sesion de mañana será borrascosa.—¿Qué haremos?—Estemos á ver venir.—¿Válgame Dios! ¡Que situacion!—No, pues yo.... esto de quedarme apeado....—Déje Vd. conozco.... Sobre todo, ¿no es Vd. de *aquello*?—Si, pero hace tiempo que no he asistido.—¿Quién diablos deja eso? Esta noche es preciso que V. venga.—Sin falta, si, veremos de que se trata; allí se sabrá algo; se tomará un partido....—Cualquiera, con tal de tenernos firmes.—Yo por mí no me importa que me quiten de aquí... como me lleven á otra parte mejor.—Toma, entonces no tenemos caso.» Dicho esto, se amontonan los papeles, se arrojan barajados dentro de la taquilla, se cierra, se toma sombrero y baston, se lanza uno á la calle, se va á la Puerta del Sol, luego por la tarde al café, se charla, se patriotiza; llega la noche, se acude á aquella parte, los cofrades echan cuatro arengas, se alborota el cotarro, se toma una resolucion enérgica, y cada uno sale á ocupar el puesto que le ha sido señalado. Hay bullanga: se grita á favor del que vence, se brama contra el vencido, se aprovecha la ocasion, y si es posible se sabe un escaloncito.

¡Vida de tribulaciones y amarguras! Y ¡si á todo esto se comiese! Pero las pagas van atrasadas: nos deben ya treinta meses: el tesoro está exhausto: no se habla siquiera de una nueva contribucion; el ministro de Hacienda es un hombre sin entrañas. El ciudadano empleado va á su casa, y encuentra que aquel día no se ha encendido lumbre, y que el casero ha estado por la mañana á reclamar los alquileres de seis meses, y que el sastre apura para el pago de la única levita que tiene. ¡Pagar la levita cuando ya está raída, cuando los ojales se niegan al servicio, servicio necesario para ocultar el mal estado de la camisa! Y ¡para esto ha de haber andado en seis pronunciamentos! Y ¡esto se saca de haber mudado otras tantas veces de partido! ¡Mas le valiera el haberse quedado en la antigua oscuridad!

Pero ¿qué es esto? ¡Han pasado solo seis meses, y al mismo hombre, tan tronado antes, le veo ahora becho un milor, vestido con la mayor elegancia, habitando una casa magníficamente alhajada, teniendo opipara mes: é insultando en su bombé al que no ha mucho se paseaba con él, oyéndole el triste relato de sus miserias! ¿Cómo se ha verificado tan estraña mudanza? ¿Ha heredado? ¿Ha contraido el Estado algun empréstito y paga ya corriente? No señor: no se le ha muerto ningun pariente millonario: la nacion está cada día mas pobre y atrasada. Pues ¿qué milagro es este? Recóndito misterio que no nos incumbe profundizar: bástanos dejar consiguado, como única cosa que hace á nuestro propósito, que el empleado de

ogano está destinado, ó bien á pasar miserias y penalidades, ó bien á escandalizar con su repentina fortuna. Sobre todo, aconsejaremos, y no diremos por qué, á los que quieren ser empleados de provecho que dejen la córte y se vayan á una provincia. Lo que hay que ser es empleado de provincia, y si es posible en alguna aduana. No deslumbré el oropel de la córte que solo procura indigencia: en la provincia se halla lo positivo, y seis reales de sueldo en ella, dan mas de sí quo sesenta mil en el tribunal supremo de Justicia.

Diré mas; aun ese oropel que ántes existia, y que satisfacía la vanidad, ha desaparecido. Y si no, trasladado á una audiencia. Antes salía el oficial muy finchado, con uniforme bordado de oro, la mano derecha metida en el pecho, y el brazo izquierdo apoyado en la espalda. Su mirar erguido se dignaba apenas caer sobre el trémulo pretendiente que se acercaba con el sombrero en la mano, inclinándose hasta el suelo, y atreviéndose apenas á preguntar con voz desmayada acerca del estado de su expediente. Ahora ha variado de posicion: el oficial parece ser el pretendiente, y este el que dá la audiencia. Aquel, vestido con sencillez, toma una actitud humilde á fuerza de querer mostrarse amable: él es el que se encorva, mientras el otro se engrie: la sonrisa afectada del Empleado contrasta con el ceño adusto del solicitante: su voz meliflua apenas se oye apagada por el eco imperioso de la del peticionario que vestido de miliciano con enormes barbas, retorcido bigote y facha de patriota erudo, se olvida tal vez de quitarse el chacó y acaricia con áspera mano, en aire de amenaza, el puño de su sable.

Pero lo que hay que ver es una secretaria del despacho en día que se muda el ministro. ¿Que semblantes tan largos y macilentos! ¿Que miradas tan inquietas! ¿Que afán, que desasosiego! Las mesas están abandonadas; los expedientes amontonados sin despachar, en todas las piezas corros y conversaciones misteriosas. ¡Que ir y venir! ¿Que informarse! ¿Que hablar de las cualidades y de los antecedentes favorables ó contrarios del nuevo gefe! De repente viene un portero. «Señores, que se sirvan usías pasar á la subsecretaría.» Este es el momento de la presentacion; todos acuden calzibajos; se reunen, y con el subsecretario al frente, pasan al despacho de S. E. colocándose en círculo, y observando con inquietud el semblante del árbitro de sus destinos, con el fin de adivinar en sus ojos la suerte que les espera. Pero el taimado, con una sonrisita nacida, mas bien que de amabilidad, del contento de su reciente elevacion, los desorienta y los recibe afectuoso, maravillándose tal vez de la numerosa grey que tiene á sus órdenes, y habiendo ministro que en semejante ocasion ha exclamado con estúpida candidez: «¡Oh! ¡oh! ¡parece una comunidad!» Oye el balbuciente cumplido que le dirige el subsecretario en nombre de sus subordinados, y en seguida responde que se ha visto precisado á aceptar aquel puesto, que se sacrifica al bien público, y que solo la cooperacion, las luces de los que están presentes podrán sacarle airoso del árduo empeño, y ayudarle á llevar la pesada carga que han arrojado sobre sus débiles hombros. «Espero, dice (son palabras históricas), que con los brazos *unisonos* me ayudarán ustedes á tirar del carro.» En seguida le hacen todos una profunda cortesía, y la comunidad se larga silenciosa por la puerta, quedando el ministro ocupado en nombrar á otros para tirar del carro, y los oficiales haciendo comentarios sobre la entrevista, hasta que reciben la orden de irse con la música á otra parte.

¡Irse con la música á otra parte! ¡Caer en el inmenso panteon de los cesantes! Triste suerte; pero suerte infalible de todo empleado moderno. El empleado no es mas que un pasadizo que lleva desde la nada á la cesantía, es decir, á otra nada peor que la anterior,

por estar llena de recuerdos y de esperanzas burladas, burladas, digo, pero no perdidas porque el cesante siempre espera. Puesta la vista en el destino que ha dejado, aguarda una nueva revolución que le reintegre en su pristino esplendor, para perderle de nuevo, y recobrarle otra vez, y otras veinte en el espacio de pocos años. Como los arcaduces de una noria, los empleados actuales suben y bajan alternativamente, y se sumergen, y vuelven á aparecer, y están llenos unas veces, y otras vacíos, y nunca quietos, porque la rueda á que van atados los arrastra en su incesante movimiento; y como los mismos arcaduces, solo sirven todos para agotar el manantial por donde pasan, es decir, la nación, á la cual, ya en activo servicio, ya cesantes, arruinan y sirven poco. Agentes, mas bien que del gobierno, de la revolucion, ellos y los aspirantes á serlo son los que alimentan nuestras revueltas, y nos tienen en perpétua alarma. Antiguamente al menos, si trabajaban poco, hacian mucho mas y no eran tantos; y sobre todo, pacíficos y morigerados, servian con fidelidad y no armaban trastornos. Ahora... Pero basta, basta, ya es tiempo de acabar, que harto he dicho y harto he murmurado de mis carísimos compañeros; pues por sí lo ignora el benévolo lector, yo tambien he sido tres ó cuatro veces empleado y cesante, y soy esto último ahora, y mientras escribo este artículo, estoy pensando en cuando volveré á las ollas de Egipto, aguardando, como tantos, que haya una nueva revolucion, ó que suba al ministerio un amigo que bien me quiera. Por desgracia del país, lo primero es mas fácil que lo segundo.

ANTONIO GIL DE ZARATE.

EL CESANTE.

El *cesante* es una de las que en España se llaman *clases pasivas*, nombradas sin duda así porque *parecer* es su destino. Estas clases toman diferentes títulos como *jubilados*, *cesantes*, *retirados*, *excedentes*, *ilimitados*, *indefinidos*, *viudas*, *huérfanos*, etc. etc. etc., según su origen y derechos, y todos convienen en un carácter general que es el *tener señalada* una pensión sobre el erario público, con obligación de no hacer nada. Decimos *tener señalada* para ser exactos; pues si usáramos del verbo *cobrar*, daríamos una idea muy equivocada de este carácter especial y distintivo que tiene mucho mas de aparente que de sólido y verdadero. Aquí sobre todo viene de perilla áquel refran que dice: *del dicho al hecho hay mucho trecho*.

Podriase escribir una obra tan voluminosa como promete ser la Enciclopedia Española del presente siglo, con solo tratar de estas diferentes clases y sus especies, obra que, á falta de otra utilidad, tendria la de ser un archivo de todas las flaquezas, injusticias y arbitrariedades humanas. Pero tan inmenso trabajo no es para nuestras débiles fuerzas, reduciéndose nuestro encargo á dar una idea de lo que proplamente se llama *cesante*; es decir aquella variedad de las clases pasivas que procede de los empleados civiles, aptos todavia para el servicio activo, pero que en virtud de una reforma, de un capricho ministerial, de una recomendacion parlamentaria, de la indicacion de un club subterráneo, ó del decreto de una jaula revolucionaria, han quedado, como se suele decir vulgarmente, *en la calle*; espresion propia, puesto que muchos de estos individuos suelen de resultados no tener otro domicilio que la via pública.

Así como el hombre ha sido lanzado al mundo para *trabajar*, el cesante, por el contrario, es arrojado á la sociedad para que *no trabaje*. No es esto decir que se le impida el ejercitar sus fuerzas en las faenas que á bien tenga; nada de eso, le es muy licito ponerse á peon de albañil, á memorialista, á repartidor de periódicos: en una palabra, no por ser cesante está exen-

to de la maldicion que Dios echó sobre la humanidad cuando dijo á nuestro primer padre: *Ganarás tu sustento con el sudor de tu frente*. El cesante solo deja de trabajar en aquello que sabe y puede: fuera de esto, cualquiera ocupacion le es permitida, lo que vale tanto como no permitirle ninguna. El cesante es, pues, un ser entregado á una holganza forzada.

En esto conviene con las demas clases pasivas, pero se distingue de ellas en cuanto á la pensión asignada



El Cesante.

sobre el erario, pues hay cesantes que la tienen, y otros que carecen de ella. El que ha ocupado un empleo, aunque no sea mas que un solo dia, y al otro queda apeado, ese lleva ya la honrosa denominacion de *Cesante*, quedándole en recompensa dos papeletos firmados por dos distintas personas, y á veces por una misma: el uno que dice: «S. M. se ha servido nombrar á vd. para tal ó cual empleo»; y el otro con un «S. M. ha tenido á bien exonerar á vd.» Ambos papeletos se guardan cuidadosamente como oro en paño, sino por lo útiles que son, por los recuerdos que dejan.

Ahora bien; la distancia entre las fechas de uno y otro no es cosa indiferente, puesto que si esa distancia no llega á quince años, el empleado desposeido queda *cesante sin cesantia*; y si pasa, es *cesante con cesantia*. Para entender esto conviene advertir que la palabra *cesantia* tiene dos acepciones, primera el estado de cesante, que es la genuina; segunda, la pensión ó sueldo que según los años de servicio le queda señalada al cesante. Ambas cosas vienen á ser para los efectos materiales una misma, pero establecen una

diferencia grande en cuanto á los derechos. La *cesantía con cesantía* da derecho á ser inscrito en una nómina; para la *cesantía sin cesantía* no hay nómina; es decir que queda este cuidado menos, pues entónces el cesante no se desespera, esperando el santo advenimiento de una paga que tarde ó nunca llega.

Explicado ya lo que es cesante, resta saber de que causa procede, como se forma y que variedades ofrece.

La causa primordial de la cesantía está en aquella propiedad de la materia llamada *impenetrabilidad*, la cual, como todos saben, consiste en que dos cuerpos no pueden ocupar á un tiempo un mismo lugar en el espacio, de donde resulta que cuando un cuerpo extraño quiere colocarse en ese lugar, tiene que decir al que le ocupa aquello del consabido juego: *ese puesto le necesito yo*. Ahora bien, medite el benévolo lector sobre todos los pretestos que puede haber en el mundo para quitar á un hombre del lugar que ocupa, y otros tantos tendrá de producir un cesante. Sin embargo, aunque todos se tienen generalmente por buenos, existen dos principales que son los que mas se emplean.

1.º Extinción de una dependencia, supresión del destino, ó arpejo de la oficina para darle nueva planta. Este es un pretesto decoroso y contra el cual no puede haber reclamación alguna, puesto que lleva siempre por objeto aparente la economía, aunque en realidad resulte lo contrario. Si se extingue la dependencia, renace con otro nombre, y claro está que los empleados en la antigua no tienen derecho para entrar en la nueva; si es el destino el suprimido, á poco tiempo se reconoce su falta y se rehabilita, aunque no á la persona que le ocupaba; si hay nueva planta se dice á los pacientes que no caben en ella, y se dice con razón puesto que los huecos han sido ocupados por otros. Es verdad que en todos estos casos se le hace la gracia al cesante para optar á la cesantía, de no exigirse mas que doce años de servicios, en vez de los quince que debería acreditar si hubiera sido meramente exonerado; y también es preciso hacer justicia al ministro; nunca deja de poner en la órden que ase tendrán presentes los servicios del interesado para colocarle con arreglo á sus méritos y circunstancias; lo cual no deja de ser buena consuelo de tripas para el pobrete que se queda en albis, y sabe muy bien el valor que debe dar á semejante frase.

2.º Opiniones políticas. Este es el pretesto mas cómodo, el que hay siempre á la mano, y sobre todo el mas elástico, puesto que en el cabe toda clase de pretestos y de personas. Con efecto, ha sido el mas general en estos tiempos que alcanzamos. Desde el carlista mas fanático hasta el mas furibundo republicano, no hay color político que no sea materia dispuesta para formar un cesante; todos han pasado por el tamiz, yendo uno tras otro, y á veces todos juntos, á poblar el inmenso panteón destinado á la clase. Aquí sí que han metido el brazo hasta el codo ciertos ministros; y á fe que no les ha de pedir Dios cuenta de lo que han dejado de hacer en obra tan meritoria. Pero en honor de la verdad, se han quedado todos niños de tela en comparación de las juntas revolucionarias, que, con varios y pomposos títulos, han desgobernado á España en los muchos pronunciamientos que para bien de esta heroica y pronunciada nación hemos tenido desde que corren revoluciones. Es tal la mana que se dan las tales juntas en esto de quitar empleos, que parecen como nacidas para este solo objeto. Reunense unos cuantos patriotas para salvar á la nación, y el primer acto y el primer expediente que se les ocurre, por no decir el único, es el hacer un regular desmoché por todas las dependencias de que tienen noticia; cumplida esta faena, no sin provecho propio y de los suyos, tendiendo la vista por su obra, exclaman como Dios al acabar el mundo: «¡Bien hecho está!» y en seguida, como el

descansan y no hacen mas, y quedan coronados de gloria.

Cualquier pobrete á quien se le alcance poco en esto de cesantías, creará cándidamente que el verdadero motivo para dejar á un hombre apeado, ha de ser solo su ineptitud, su inmoraltad ó su mal comportamiento. En creerlo así demuestra su falta de castumen, y prueba que de achaque de empleos no entiende nada. ¿Que es un empleo? ¿Es por ventura una ocupacion, un servicio que se hace al estado? ¿un medio de ser útil á la patria y para lo cual se necesita aptitud, talento, aplicacion y probidad? Así era en otros tiempos; pero ahora, con las reformas, lo hemos arreglado de otro modo. Un empleo en la actualidad es pura y simplemente un medio de tener una rentita al año sin necesidad de trabajar ni molestarse, ni mas ni menos que como en otro tiempo le sucedía á un mayorazgo; y así como al mayorazgo no le obstaba para cobrar sus rentas y gastarlas el ser tonto, ignorante, ocioso y mala cabeza, sino que al contrario, estas cualidades parecían requisito indispensable de la clase, del propio modo le viene también de molde al empleado moderno. Y á la verdad para cobrar y gastar un sueldo no se necesita haber inventado la pólvora; por cuya razon, y conforme á esta teoria, la única verdadera, hemos declarado los modernos que la probidad, la aplicacion y el talento no hacen falta para ser empleado; que mas bien estorban, y por lo tanto, para dar ó quitar un destino es inútil contar con semejantes fruslerías, debiendo ser la única norma la conveniencia del individuo. Así queda muy simplificada la cuestion; y reducida al solo punto de si el que ocupa un empleo es ó no amigo, se le quitan al ministro ó junta destituidora muchos quebraderos de cabeza.

De aquí ha resultado que el cesante es un bicho que se ha multiplicado de un modo prodigioso en España, y va cubriendo toda su haz como las hormigas cubren un campo en el estío. Cesantes hay de todos colores, de todas edades, y hasta las amas de cría han quedado cesantes. Veanse las aldeas; allí cesantes; recorranse las ciudades populosas; allí cesantes; entrese en los cafes; allí cesantes; penetrese en los establecimientos fabriles, comerciales y literarios; allí cesantes; visítense los hospicios y hospitales; allí sobre todo cesantes: España no tiene españoles; todos son cesantes: España va á perder su nombre; y en vez del que ahora lleva, olvidándose hasta las antiguas denominaciones de Iberia, Beica, Castilla, Aragón, etc. etc.; no conservará mas que el de *Cesantía* ó patria de los cesantes. Con efecto, semejante casta no es conocida mas que en este país privilegiado: es peculiar de nuestro suelo; ninguna otra nación del mundo la posee, y para cita sola hay en el dia Pirineos. Por lo mismo y para que los extranjeros, si llegan á leer estos tipos, adquieran una idea exacta de tan rara y nueva especie, vamos á manifestar aquí sus caracteres y variedades.

El cesante es, por lo visto, un animal bípedo, bastante parecido al hombre, y que participa mucho de la naturaleza del camaleón: como este vive en gran parte del aire, y merced á su forma exterior, se pasea entre los humanos, con los cuales alterna, las mas veces á guisa de sombra ó espectro, que á tal suele reducirle el leve elemento de que se mantiene. Esta especie no fue incluida por Linnco en su clasificacion del reino animal, porque fundado su sistema únicamente en los caracteres exteriores, la confundió aquel celebre naturalista con el hombre; ó mas bien, porque viviendo en país donde no existía, no tuvo ocasion de observarla.

Dividese esta especie en variedades que se multiplican al infinito, pero cuyas principales son las siguientes: el *cesante acomodado*, el *inaustrioso*, el *literato*, el *económico*, el *menudante* y el *revolucionario*. El *Cesante acomodado* es aquel que teniendo al-

gunos bienes de fortuna, ya patrimoniales, ya adquiridos (aqui no se trata del como), no necesita para vivir mas ó menos decorosamente, ni del sueldo de su empleo, ni de su mal pagada cesantía. Este cesante conserva buen aspecto; sus carnes no han padecido disminucion notable, su vestido es aseado y su habitacion elegante: se da todavia los aires de hombre de alguna importancia, sobre todo si guarda el carácter de secretario de S. M. con su tratamiento al canto y su cruz de Carlos III ó de comendador. Concorre invariablemente de dos á tres de la tarde á la calle de la Montera, no ha dejado de ir á tomar su taza de café á los *Dos Amigos* ó á *Gaspar Amato*, y al anochechar, en el buen tiempo, se le ve sentado en las sillas del Prado formando corro con otros muchos de su especie. Por la noche tiene su tertulia en el *Casino* ó el *Ateneo*, es individuo del *Liceo*, y hace siempre un esfuerzo para describirse á las funciones extraordinarias de *Rubini* ó de cualquier otro artista extranjero. La funcion nueva que llama la atencion en el teatro le tiene lijo en la tercera ó cuarta representacion (cuando ya ha cesado el saqueo de los revendedores), y por supuesto en lunaeta, que no ha de rebajar todavia nada de su dignidad y decoro. En suma, á primera vista, es su porte el mismo que cuando ocupaba su poltrona, y no falta quien en el despecho ó el asombro de no verle abatido, dice para su capote: «bien te se conoce, bribon, lo que has robado.»

Sin embargo, para el observador atento y escrupuloso no es oro todo lo que reluce, y no dejan de advertirse en este cesante senales de decadencia. Al fin y al cabo, aunque se tenga algun caudal, veinte ó treinta mil reales de menos al año no son moco de pavo, y su falta obliga siempre á muchas economias aunque disimuladas. Si lo necesario no falta, han dejado de tenerse aquellas gollerías á que daba márgen la no escasa mesada, y que constituyendo la ostentacion de la persona, hacen la vida mas regalada y gustosa. El pastelerero de al lado no guarda ya para su vecino, como antes solia, la rica anguila del Ebro, ni el exquisito salmon, ni el pastel de *Perigord*, ni mucho menos el *dindon truffé* por el que antaño le llevaba sus diez ó doce duros. Las visitas al sastron mucho menos frecuentes y aun se ha reñido con él bajo pretexto de haber echado á perder la última levita. El aseo de la persona es siempre grande, y si cabe mayor que antes; pero la ropa no sigue ya la volubilidad de las modas, se hace antigua, las costuras blanquean y se mantiene lustrosa á fuerza de cepillo. Todas estas privaciones, si bien no atacan la existencia del individuo, si bien no obligan á buscar trabajosos recursos, sostienen y avivan la ira del cesante; y como pasa todo el dia en santa ociosidad, se distrae de ella hablando mal de los ministros; lee exclusivamente los periódicos de la oposicion, arrullándose con los insultos que se prodigan á sus contrarios, va á todas partes por noticias, las lleva, las trae y las inventa en caso necesario, en una palabra, el cesante incomodado no conspira, no obra directamente contra el gobierno, pero es el que mas trabaja con su continua charla en desacreditarle.

El *Cesante industrial* no tiene bienes de fortuna, pero posee un genio activo y emprendedor. En vez de amilanarse con la desgracia, saca fuerzas de flaqueza, busca ardentemente los medios de subsanar lo que ha perdido, y lo consigue á menudo con creces y ventaja suya. Su principal objeto es que no le vean decaer un punto de su esplendor antiguo, y antes bien procura aumentarle para dar en rostro á sus enemigos. Su misma actividad le ha hecho adquirir, siendo empleado, numerosas y útiles relaciones; su perspicacia le ha descubierto medios de fortuna que antes ignoraba y que beneficia ahora. Ya se convierte en agente de negocios, sirviéndole los conocimientos burocráticos que posee, los amigos que en las oficinas conserva, y los porteros que siempre le respetan y atien-

den en la expectativa de que pueda volver á su destino; ya consigue administrar los bienes de algun grande ó de un rico hacendado; ya un comerciante le coloca en su escritorio, poniéndole al frente de sus negocios; ya se introduce en la Bolsa, observa el alza y baja de los fondos, se hace amigo de los especuladores y agentes, arriesga algunas operaciones y con prudencia y maña saca al cabo del año su regular ganancia; ya encontrando apoyo en un capitalista amigo, se lanza en el ramo de suministros y anticipaciones al gobierno, ó emprende alguna especulacion productiva; ya en fin, trocando en oficio lo que hasta entónces fue diversion, saca producto de su habilidad al tresillo, al golfo, al villar, ó de su fortuna á la banca. Su porte es brillante, no hay en él senal alguna de decadencia como en el empleado acomodado; gasta, triunfa, se divierte y pasa con desdenosa altanería al lado del que le ha sustituido en el empleo. Come en el *Casino*, no falta al *Liceo*, asiste casi todas las noches al teatro, va siempre en coche propio ó ageno; habla mal del gobierno por costumbre y sucede al cabo de algun tiempo una de dos cosas: ó que da un batacazo y desaparece dejando colgados á sus acreedores, ó que hace realmente fortuna, logra vivir independiente, y se oivida del gobierno, de la política, y hasta de que hay empleos en el mundo.

El *Cesante literato*. Esta variedad es rara pero existe. Como no suele ser el talento poético, ni la vasta erudicion lo que entre nosotros conduce á los destinos, tampoco abundan los que desposeidos de ellos pueden fundar su nueva subsistencia en ocupaciones literarias. Sin embargo, muchos jóvenes al salir de la Universidad, han preferido el servicio del Estado al ejercicio de su profesion, y en las oficinas se encuentran infinitos abogados y no pocos médicos. Algunos vuelven á la primitiva carrera, tal vez con harto provecho y gloria suya, pero los mas faltos de práctica en ella, y habiendo tomado gusto á esto de manejar la pluma, tienen por mas socorrido el meterse á escritores públicos. Ya se ve, el escribir bien ó mal es cosa de que todos presumen entender un poco; y no se necesita en estos tiempos que corren ser un *Garcilaso* ó un *Cervantes* para llamarse literato. Por mal que vaya, no ha de faltarle alguna novela que traducir, ó algun rinconcito de periodico donde un hombre pueda echar á volar por el mundo sus pensamientos. Si escribir para la gloria es privilegio de pocos, hacerlo de pane lucrando está al alcance de muchos. La libertad de imprenta es una mina que con un poco de maña puede beneficiar el mas zote, pues no son tan escrupulosos los lectores ni libreros, y si el producto no es grande, al menos se vive y se va pasando hasta que abra Dios otro camino.

Lo malo que hay para el gobierno es que en esta clase de *Cesantes literatos* es donde encuentra sus mas acérrimos y temibles enemigos. La ira literaria fue siempre la mas rencorosa de todas. ¿Que será, pues, si á la sana natural de la especie se añade la venganza? Apodérase el cesante del arma que mas daña al gobierno, es decir, de un periódico; y aqui le quiero escopeta. Cada mañana lanza contra el poder un par de articulos capaces de poner en combustion el mismo reino de los cielos, y que levantando ampollas al malhadado ministro, no le dejan comer ni dormir pensando en su antagonista. Así pues, la mayor parte de los periodistas de oposicion son siempre empleados cesantes, jóvenes ardientes, que no solo combaten por el triunfo de sus ideas, sino tambien por reconquistar una posicion política con la fuerza que les dan su ilustracion e indisputables talentos. Ellos creen ser dueños del porvenir; escriben menos para alcanzar riquezas, que para arrebatrar el poder, la reputacion y la gloria; y tal vez entre ellos se ocultan futuros hombres de estado, en cuyas manos caerán algun dia los destinos de la patria.

El *Cesante económico* es generalmente algún antiguo empleado con veinticinco ó treinta años de buenos servicios. Acometido el infeliz de improvisar por el duro golpe que en su vejez le priva de subsistencia, acostumbrado á una vida pacífica y metódica, no siendo útil á otra cosa más que á lo que desde la infancia ha sido su ocupación constante, se encuentra como el pez fuera del agua y desmaya y perece. Sin embargo, tiene mujer, tiene una hija, necesita vivir para sostenerlas y se resigna con su suerte. Refúese el consejo de familia á fin de decretar las medidas extraordinarias que la situación exige. Apesar del escaso sueldo, tantos años de vida arreglada le han dejado algunos ahorros que puestos á ganancias aumentaban el anual peculio. ¿Se echará mano de este fondo destinado para dote de la niña? No es bella, y aunque bien criada y hacendosa, sin aquel aliciente se quedará tal vez sin novio. Vence el amor paternal y se resuelve no encantar el depósito. Sus réditos llegan á tres mil reales; si se cobra una tercera parte de la cesantía, resultarán otros tantos: con dos mil que copiando y haciendo ajustes de cuentas podrá ganar el papá, ascenderá todo á ocho mil reales, cantidad mezquina, pero con la cual ninguna familia se muere de hambre. Hecho este cómputo se deja el cuarto de la calle del Príncipe, dándose un salto á otra habitación modesta del barrio de Añigodos: se despiden los criados, la madre guisa, la niña cose, plancha y tiene aseada la casa, la comida se reduce al puchero, se renuncia al teatro, nada de refrescos en las botillerías, cuando mas los días que repican recio, se extiende el exceso á un chico de michi-michi; fuera galas supérfluas, pero se conservan cuidadosamente las antiguas, á fin de no hacer mal papel ni ahuyentar á los novios; y de este modo, mediante la más estricta economía, sin goces ningunos, pero sin grandes penalidades, se llega al cabo del año quedando pié con bola.

Este cesante en su porte exterior es aseado, su ropa es antigua pero limpia y bien cuidada, no va al Prado ni á las grandes reuniones, se le suele encontrar en Chamberí y en la fuente Castellana, con su cara mitad y la niña, ó con otros viejos venerables, y por la noche nunca falta á la partida de mediador ó de malilla. Es además enteramente inofensivo: todo su afán se reduce á recuperar su perdido empleo, y no murmura del gobierno, sea el que fuere, al menos de modo que se llegue á saber por temor de perder toda esperanza y de inutilizar los pasos que da y los empeños que busca.

El *Cesante mendicante* es una degeneración del anterior: bien sea por causa de su dilatada familia, bien por falta de economía, bien por vicio ó indolencia, el día que se vió sin destino se encontró sin un cuarto ni de donde le viniera. Es incapaz de ocuparse en nada, ni de buscar ningún medio decoroso de subsistencia: aun su cesantía, si llega á cobrar alguna parte, no le sirve de nada; porque el mismo día que cobra se lo gasta todo alegremente; en suma, se pasa la mano por la cara, se quita la poca vergüenza que le queda, y resuelve vivir sobre el país.

Desgraciadamente es esta una variedad muy numerosa, y la que se podría considerar como el tipo genuino y verdadero de la especie. Al aspecto exterior se la puede reconocer. Este aspecto es el de un ser flaco y estenuado; rostro macilento, estrado é intenso, ojos hundidos pero perspicaces y codiciosos. Suele llevar un gabán ó paletot de hechura antigua que en tiempos más felices se ostentaba sobre el rico frac de sedán y el precioso chaleco, y ahora sirve solo para mal encubrir la falta de uno y otro y el estado fatal de la camisa. En cuanto al dichoso gabán no le conocería el sastre que le engendró; perdida la memoria de su primitivo color, no admite ya siquiera las oficiosas caricias del cepillo, é indiscretos boquerones dan suelta á la entretela que á toda prisa se escapa. Los

anchos pantalones emancipados de las trabillas, no sujetan el zapato que quiere divorciarse del pié y renegar de su dueño por lo mal parado que le trae. El sombrero, que apenas tapa la enmarañada cabellera, parece haber recibido tormento en la santa inquisición por lo desvencijado que está, resguardándole del contacto ajeno lo empolvado y mugriento. Con este pelaje, sin embargo, pasea impávido el mendicante las calles y plazas de Madrid, penetra en los cafés, alterna en los corrillos y se da todavía la importancia de un funcionario público. Estacionase en la Puerta del Sol, junto al antiguo café de Lorencini, donde se abriga cuando lueve ó entra á leer la Gaceta que devora á falta de otro alimento, teniendo al lado un vaso de agua que la caridad del mozo no le niega. Si ve á lo lejos algún antiguo compañero, al punto corre tras de él, le sigue impertérrito contándole todas sus lástimas y no le deja hasta arrancarle su peseta. Otras veces emplea la noche en escribir esquelas de pedir; y al siguiente día las va llevando por las casas de todos sus conocidos, sacando raja de ellos, hasta que escamados dan orden á sus criados de no admitir ya semejantes papelititos; otras en fin, se presenta en casa de algún rico, se hace anunciar como el coronel tal ó el magistrado cual, y con una relación lastimosa consigue sacar un par de duros, que no es posible dar menos á un personaje de tal categoría. Por la noche guardaos, si no tenéis precisión, de atravesar el café de los Dos Amigos; pues sabiendo el taimado que tiene salida á dos calles principales y que muchos para ahorrar camino le convierten en pasadizo, está colocado de acecho en parage oportuno, y como la araña á la mosca pilla al pobrete que pasa, y sin ser mosca le hace que la suelte. En fin, es una plaga para la cual haría bien el gobierno en fundar un nuevo San Bernardino.

Pero todavía es más plaga el *Cesante Revolucionario*. Este es la peor ralea de cesantes que existe. Tiene mucha afinidad con la variedad anterior, y se diferencia poco en el pelaje, pero con peor catadura y manías más aviesas. Como él, saquea al prójimo, ya sea á domicilio, ya al paso; como él, obstruye la Puerta del Sol, habita Lorencini, y chilla en el Café Nuevo que es el asiento principal de esta especie de sabandijas. El cesante mendicante suele por lo menos ser viejo ó inspirar compasión: el revolucionario es por lo regular jóven, y como solo ha debido el ser empleado á algún pronunciamiento, no teniendo años de servicio, ha quedado sin cesantía, y funda su única esperanza en otro pronunciamiento. Casi siempre gusta largas melenas, ancha barba y retorcido vigofo: es muy común en él llevar debajo de un mal capote una levita rota de miliciano, y por supuesto, la echa de patriota puro. Perora en el café; insulta en la Puerta del Sol al que cree ser de opinión contraria; intriga y alborota en su compañía; aplaude y silba en las galerías del Congreso; amenaza á los diputados y los quiere matar á su salida; no hay sociedad secreta en que no entre, bullanga que no promueva, conspiración á que no sirva de instrumento; en suma, es una de esas alimañas que salidas de lo más corrompido de la sociedad, abortan las revoluciones para deshonra del pueblo, gangrena del estado, ruina de los hombres de bien y destrucción de todo buen gobierno.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL ALCALDE DE MONTERILLA.

CONFESIO yo pecador, que acabo de tomar la pluma para escribir de lo que dice el artículo, y al segundo renglon me encuentro en mayor aprieto que el que acaban de pasar los empleados electores; porque obligado por el título de la obra, y como español que soy,

(con perdon de la nacional independencia) á pintarme á mi mismo, y comprometido en el presente artículo á retratar un *Alcalde de Monterilla*, que ni fui ni soy, ni seré, como no me den un cetro para trocarlo por la vara de mi lugar, dudaba en qué términos daría principio á mi tarea, hasta que me he desembarazado del comienzo con el parrafillo que aquí acaba.

Allá en tiempo de antaño cuando el señorón de mas alcurnia se honraba con los títulos de regidor perpétuo y de alguacil mayor, cuando todo viviente en los dominios de España é Indias nombraba al monarca el *Rey nuestro señor*, y cuantos lo escuchaban decían, descubriéndose la cabeza: *Dios le guarde si comía y bebía, ó en gloria está*, si yacía en el panteón del Escorial; cuando la familia alcaidesca era tan numerosa que se conocían

Alcalde de Hijosdalgo,
Alcalde de Casa, Corte y Rastró,
Alcalde del Crimen,
Alcalde de Obras y Bosques,
Alcalde de Alzadas,
Alcalde de Sacas,
Alcalde entregador de la Mesta,
Alcalde Mayor,
Alcalde Ordinario,
Alcalde Pedáneo,
Alcalde de la Hermandad,
Alcalde de Cofradía,

y hasta Alcalde del Tresillo, entónces sin duda les vino en voluntad á los chuzones literatos ó á los rufianes palaciegos de aumentar el catálogo con la denominación de *Alcalde de Monterilla*.

Es preciso ser tan ciego como un ministro tonto para no advertir desde luego que este título era ilegal, inconstitucional y excepcional, porque ni le reconocían las leyes, estatutos y constituciones vigentes, ni se leía en el órden normal alfabético de los vocabularios, ni existía en otra parte que en la república ideal de las fantasías románticas, en las novelas y en los dramas. Solamente el uso, ese dictador de vocablos, ese rey absoluto de las lenguas ciudadanas, ese tirano que prescinde de las reglas parlamentarias ó parladorescas, es el que ha podido sostener la alcaldía enmonterada, no digo á la par de tantos alcaldes ilustres del antiguo régimen, sino hasta en el mas democrático de los ayuntamientos constitucionales.

¿Y que han querido expresar con alcalde de Monterilla? ¿Que significa esta frase? ¿Que es un alcalde de Monterilla? Puto de mi que voy á retratarle y así tropiezo con el original como con el ave Fénix ó la cuadratura del círculo. Pues no, sino irlo á buscar en el Diccionario completísimo de la academia, que á lo sumo nos encontraremos con un *alcalde de palo*, que los españoles estamos destinados siempre á ser regidos como los bañeros, ya por académicos que dan palo por montera, ya por hacendistas que dan gato por liebre, ya por gobernantes que dan bombazos por razon. Pero hété aqui á dos señoras mías, cuyos piés beso, que vienen á sacarme de la duda y á presentarme la *vera efigies* del alcalde de Monterilla.

Doña Etimología.—Alcalde de Monterilla es aquel que gasta montera, y si V. gusta montera pequeña.

Doña Aceptacion.—Alcalde de Monterilla designa un alcalde lego, liso, llano y abonado; un alcalde comun de pueblo ó aldea.

Vive Dios que las dos señoras catedráticas me dejan tan confuso como ántes, si ya no redoblan mis dudas sus encontrados pareceres como embrollan la inteligencia de las leyes las aclaraciones covachuelísticas. Porque, una de dos, ó el hábito hace este monje, es decir, ó alude la denominación á la prenda de vestuario y entónces es alcalde de Monterilla el que la gasta aunque sepa mas leyes que Gregorio Lopez, y ejerza su jurisdicción en la ciudad mas culta, ó

atañe á la rústica simplicidad del juez, á su torpeza ionata, y en este caso hay Alcaldes de Monterilla con birretes y bandas, aunque estén aposentados por arte del Diablo en el consistorio de la corte. Mas haciendo una coalicion de las opiniones antedichas, se encontrará la solucion del enigma, el voto de la mayoría parladora.

Entiéndese en esta España de conejos y gazapos por *Alcalde de Monterilla* un Alcalde zote, sin carrera literaria, que necesita asesor para actuar en negocios graves, que obra á tontas y á locas cuando le guía su instinto zopenco, ó que cede á las inspiraciones de un Mentor petulante y enredador; un Alcalde labriego mas ó menos burdo. Y como esta rudeza se ha creído propia de los Alcaldes campesinos de chupa y garrote, que ordinariamente usaban montera, se dió el apodo de *Alcalde de Monterilla* al que hace alcaicadas de patan, aunque tenga mas sombreros que las fábricas de Leza, y mas condecoraciones que un vía crucis. Y nota bien que no dijeron *Alcalde Montera*, diminutivando de *Monterilla*, modo despreciativo, usual en los cortesanos orgullosos, siempre que han de tratar de las cosas y de las personas, de los lugareños paganos, antes plebe, y ahora masa inerte de la sociedad.

Entre tanto que la gente de letras se ocupaba del distintivo capital de los Alcaldes, la moda caprichosa que todo lo lleva por delante, como el espíritu reformador del siglo, hizo en nuestras provincias un pronunciamiento general contra las monteras. Así debía de suceder á fe. Las cabezas constitucionales no era razon que continuasen cubriéndose con el aparato que cobijara las testas del servilismo. A la sombra del árbol de la libertad progresaron los *sombreros*, y las fanáticas monteras fueron á esconderse avergonzadas con los señoríos y los diezmos, con las vinculaciones y las santas hermandades. Coincidencia fué que oriundo el régimen constitucional de la Andalucía, vino también por Sierra Morena la inundacion de calañeses, gachos, chambergos y de chozo, que tan pronto como los sarracenos, se apoderaron de Castilla, sin dejar cabeza con montera.

Deducirás de aquí, lector benévolo, que hoy puede caer bajo el dictado de *Alcalde de Monterilla* todo mandarin municipal simple y atestuzado, orale cubra un paveró, un tres-candiles ó un copudo sombrero, ora vista al modelo del último figurin de París. Tan variados y multiformes son en nuestros dias los Alcaldes de Monterilla como los rateros de corte y los esbirros de policia. Si entre político y naturalista me propusiera hacer una clasificacion botánica lineana del reino alcaidesco monterillal, verian ustedes cuantos órdenes, géneros, especies y variedades. A pintarlos todos era cosa de alquilar conventos para formar galerías y museos. Iré describiendo algunos, y por ligeras que sean las pinceladas no será difícil al curioso observador el cotejarlos con ciertos originales de los que funcionan por estos mundos de Dios, si es que este mundo no está dejado de su mano, y entregado á mandones del otro.

La escena es en un lugar de trescientos vecinos, entre Alcarria y Mancha. El protagonista es un labrador de la mediana, de genio apacible y zonzo, y obeso á fuerza de comer mucho y pensar poco. Sus cinco compañeros de ayuntamiento son: un mayorazguillo simplete, que tiene un par de mulas flacas y bastantes tierras eriales; un cultivador rentero, viudo y con dos bijastras; otro labrador de primavera que gran parte del año se ocupa en la arriería; un tintorero codicioso, escogido para procurador del comun; y un sacristan maestro de escuela y fiel de fechos en una pieza, pendolista de mal gusto, practicon confuso, pero ducho en los enredos de cuentas, libretes y manejo de Propios. Acostumbrados los concejales á farse en el Alcalde, y no pudiendo este

fiarse de si mismo, preciso es un resorte privado que mueva la máquina municipal. El secretario es el alma de la corporacion, los pies y las manos de su presidente; como si dijéramos la camarilla que se oculta tras los ministros responsables. Bueno será conocer bien á este favorito, para comprender los actos de su dirigido.

D. Deogracias Langarica es un vecino, natural del pueblo, oriundo de Vizcaya, cuyo padre picapedrero se estableció aquí con el ama de un clérigo. Este cuidó de la educacion del hijo de su padre, que llegó á reunir los tres cargos, eclesiástico, literario y municipal, que le rinden al año doscientos ducados y muchos puercas. Soltero de por vida, á fuer de escar-

mentado no tiene mas familia que una criada anciana, tan gruñidora como sucia. La casa es un zaquizamí con cuatro taburetes de pino, y una mesa vieja de nogal, sobre la cual se halla todo el archivo de la Villa; que se conocerá por el índice: «un monton de papeles confusos, llenos de manchas del candil: otro brazo de pedazos de pergamino, medios pliegos rotos, salpicados de gotas de flor baja: y varios papeles, oficios, tiras y retazos dispersos, jaspeados de moscas y de chinches.» Unas veces en la estancia angustiosa, y otras en el corral al sol, se ocupa en escribir las cosas del ayuntamiento, interpolando los renglones para las planas de los chicos, y las cuentas de la fábrica, á mas de invertir algunos ratos en el libro de



El Alcalde de Monterilla.

caja del obligado de la carne, y en la lista de lo que fia el abacero. Este es el asesor, el oráculo, el todo de nuestro Alcalde de Monterilla: el que sabe hacer que su merced salga siempre alcanzando á los fondos de Villa y de Propios; el que entiende como se confeccionan dos subastas de los puestos públicos, una secreta y verdadera para cobrar, y otra aparente mas baja para las oficinas y menos repartir; el que liberta al juez de los sablazos que quiere darle un cabo de escuadra, porque no le suministran un bagage mayor por cada dos soldados, y el que en los sorteos de quintas acierta á combinar las cédulas de modo que

siempre saca números altos el hijo del cacique su protector.

¡Qué mucho que el buen Alcalde no acierte á respirar sin el soplo de tan afumado entonador! Si viene una orden de la capital ha de leerse la y explicársela á su modo el secretario: si pide justicia una mozoela, atropellada en el campo por un zagal incontinente, responde que tiene que consultarlo con su secretario: si el guarda del monte trae un dañador penado, lo envia al fiel para que lo absuelva ó condene: si han de correrse novillos en la fiesta del patron, es preciso saber que lo aprueba D. Deogracias: y si se

trata de cualquier negocio que exige ver papeles ó recordar costumbre, debe oírse *in voce* al secretario para que instruya el asunto con antecedentes. No hay día en que su merced no vaya un par de veces á casa del fiel de fechos, y en que no le envíe al alguacil mas de otras tantas: se guardaria de llamarle como de azotar á un Cristo; que la supremacía inteligente, sabe aquí como en otras partes, hacerse necesaria y respetable.

Figúrense mis leyentes que se hallan presenciando una sesion de nuestro cabildo, en que amen de los seis municipales hay cuatro repartidores nombrados por el mismo ayuntamiento, y son, un ganadero, un labrador ricote, otro mediano, y un bracero acomodado. La sala capitular en donde están reunidos, sobre ser estrecha de suyo, se halla ocupada por un arcon viejo de tres cerraduras, que servia en lo antiguo para guardar los caudales que ya no hay; por dos bancos de respaldo carcomidos y rotos; por una mesa travesera de aspa; por la marca para tallar los mozos; y principalmente por un montoncillo de tranquillón que llaman el Pósito. Abre la sesion D. Deogracias, sentado á la derecha del Alcalde; se cala las antiparras de muelle, y lee un presupuesto de contribuciones y gastos para el año entrante. Advierte á los oyentes que el ascender á trescientos ducados mas que en el año anterior consiste en que quedó un déficit por partidas incobrables, en las costas de causa criminal del que dió de navajadas al Monito, suplidas por la Villa á falta de bienes del reo; y en que el pliego de cargo aumenta mil quinientos reales para indemnización de daños causa los por las facciones. Y mientras el secretario se pone á extender la cabeza del acta con una pluma de pavo, mojada en tintero de vidrio del Recuenco, se entabla entre los repúblicos la siguiente discusion.

El procurador síndico dice que todos los años va subiendo el presupuesto como la espuma: que cuando se reparte se excluye á los pobres, viudas y vecinos inútiles, y no debe haber fallidos si se quiere cobrar: que el autor de las hifidas tiene un solar de casa, y no es justo que pague la Villa sus delitos: y que el recargo para indemnización es indebido, porque todos han experimentado daños en la guerra, y se trata de indemnizar á los embrollones agibilibus, que han supuesto lo que no hubo, y centuplicado lo que perdieron. Esfuerza un repartidor lo expuesto por el preopinante que hay en las gabelas será cosa de abandonar el pueblo: que antes se excusaban las derramas con la guerra, y ahora que no la hay (gracias al Dios de los cielos, y á los Dioses de la tierra, que de valde y de bóbilis bóbilis nos han dado la paz) se saca lo mismo y mas, no sabe para quien; porque, segun dicen los papeles católicos que lee el Sr. cura, todos están rabiando de hambre, y el dinero se desaparece entre los músicos y danzantes que andan por Madrid y por las oficinas de Mortizacion. Al llegar á este punto, D. Deogracias interpela al Alcalde para que haga guardar el órden, increpando duramente á los que sin saber critican á las autoridades, y amenazando á los que vierten doctrinas republicanas contrarias á la regencia del reino y á la religión de nuestros padres. Concluye con decir, que allí son llamados á hacer el reparto, y que todo lo que se hable fuera de esto es nulo y de ningun valor con arreglo á la ley de febrero. El Alcalde se conforma; el regidor decano es de la misma opinion, y los demas se encogen de hombros dándose por cachiporrados.

Sale el librete cobratorio del año anterior para que vean lo que cada vecino tiene de cuota, y regule si está alto ó bajo, si ha decaído ó medrado desde estónces. Generalmente se opina por la subida, porque á excepcion de los diez presentes todos parecen beneficiados, y sobre todo los forasteros. Echarle á ve-

mas, que le ha caído dos veces la lotería, dice un repartidor. Ese otro bien puede pagar ogaño, replica el síndico, que heredó un buche de su Sra. Por todos lados suenan las voces de — Fulano paga poco, que nunca le tocó quinto á su hijo. — Citano sacó mucho de su tierra de la vega, que primero tuvo un gran alcacer y luego un patatar. — Mengano no deja de comprar lo que sale, y cuando adquiere sobrado estará. — Zutano bien la chupa á la bija que tiene con el administrador del duque. — Perengano fue muy perseguidor cuando marras, y luego ha estado con los Palillos cogiendo lo que ha podido, que bien le luce; echarle de firme. No en mis días, repone el secretario, que por el convenio de Vergara se echaron pelitos á la mar, y á quien Dios se la dió, S. Pedro se la bendiga. Pues al Majo bien se le puede meter mano, objeta el regidor segundo, que cuando se dividió la dehesilla se puso á la par con los ricos; no haya una medida para tomar y otra distinta para el pago. Por este órden van siguiendo la tarea, y si al concluir salen algunos miles de mas, el Alcalde, con acuerdo de su D. Deogracias, alega que siempre conviene dejar algun sobrante para cosas extraordinarias é imprevistas, que son los fondos secretos de la diplomacia aldeana. Un tanto gruñen los de la junta; pero como es engorrosa la rebaja partida por partida, están, como los diputados á última hora de sesion, por irse á comer, y queda aprobado *ef statu quo*. La opinion de no hacer, y de rueda la bola, tiene mucho adelantado en este perro mundo.

Todos los alcaldes bozales no están dominados por el escribano; hay variedades en este tipo. Véase un Juan Lanas por el estilo, subyugado por su mujer, que es á lo paleta la Ana Bolena del pueblo. Y no se crea pidosamente, que la tal hembra le ha cautivado el corazon con sus gracias, cual aquella de quien se canta.

Un juez dijo á una moza
¿ Como se entiende
Que siendo yo justicia
Usted me prende?

La alcaldesa de nuestra historia es una harpia en condicion, y en figura un basilisco, una sátira. Varronil y dominante, ni admite superior, ni aguanta contradiccion: tiene los calzones en su casa, y el mero y misto imperio en la poblacion.

El día de año nuevo van, segun estilo, á darle la enhorabuena de alcaldía, y entre los tragos de vino y rosoli, y los escitantes canamones y torrados, gira la conversacion sobre el motivo de la visita. Los ministeriales, que adularon al Alcalde colocado, y ven lucir otro sol en el horizonte, se desatan en declamaciones contra el gobierno del año que fina, en el cual, á decir de los tornadizos, ni se ha guardado el campo, ni ha habido órden en el riego, ni igualdad en las cargas, ni justicia para el pobre; pero ya ha llegado el día, añaden mirando al ama, de que todo se enderece, con la buena eleccion que acabamos de hacer.

D.^o Eduvigis, pavoneándose con los requiebros generales y particulares, en estilo mordiente y aire rabanescico, jura y perjura que no se han de rcir de su nombre como de otros, y que en buenas manos está el pandero para que quede la vara mal puesta. El escribano aprovecha el momento para celebrar las buenas partes de la señora, refiriendo á los circunstantes lances de su teson de cuando fue Alcalde, por el estado noble, su primer esposo, que le hizo quemar el banco de la iglesia porque se había sentado en él un pechero. Mientras estos diálogos, el Alcalde bonachon está pasativo y cabizbajo, dando señales de que no sirve para el caso en que le mete su mujer.

Quedan al fin solos los dos cónyuges, y Md. Eduvigis comienza á dar á su Oves la primera leccion de lo que debe hacer, si ha de haber paz en la casa,

y no ha de andar la de Dios es Cristo: y entre los preceptos acalorados y fervientes de la Dómine, se halla el siguiente razonamiento:

« Mira, bruto, (no es errata la *b* minúscula, porque no es nombre de bautismo), un Alcalde es el rey de su pueblo, y le deben temblar como las hojas en el árbol. No seas tan bragazas como sueles. Al que no te dé el tratamiento, ó deje de descubrirse á tu presencia, ó te desobedezca de pensamiento, le has de dar una calabozada que lo deshuese. Los días de tribunal que te busque el que te necesite; y en los feriados has de ir á misa al banco de la señora justicia, con tu acompañamiento de dependientes; y no seas tan llano que dejes sentar á nadie cerca de tí, ni consientas que el cura dé agua bendita á otro primero que al soberano del lugar. Cuando vayas á las oficinas á llevar caudales, cuida de que no te desprecien los mequetrefes empleados, como suelen; que sobre ser tú empleado de la nación, contribuyes á pagarles el sueldo y á que sus mujeres gasten moños. El maestro de escuela ha de venir á dar lección á los chicos en casa, que no son los míos ménos que los del Indiano, y no quiero yo que vayan á oler á pobre mezclados con los hijos de los jornaleros. Por lo que á mí toca, el sacristan me ha de tener bien limpio el felpudo junto al presbiterio: en los novillos se me ha de aderezar el palco de órden: el escribano no ha de despachar cosa alguna sin mi consentimiento: y el alguacil ha de estar de ordenanza junto á mi cuarto para lo que yo le mande; pero cuidado con que tenga la montera en la mano y se esté de pié, que estos plebeyos sirvientes se toman licencias si no se les trata con imperio, y si las señoronas del lugar quieren darme en ojos con su lujo, páguenlo sus bienes en contribuciones y multas, que yo no me caso con nadie, y el que me la haga me la ha de pagar, aunque sea el lucero del alba. Cuidado conmigo... y no digo más.»

Regida la aldea conforme á los estatutos femeniles preinsertos, calcúlese cómo andará la justicia, el gobierno económico y el órden público. Los pautaguados de la alcaldesa cuentan con carta blanca para hacer lo que gusten; cazan sin licencia hasta en tiempo de veda; no van de bagajes ni con pliegos; usan pasaporte de gratis; sacan el trigo del alor; riegan cuando quieren; apenas pagan libros; se traen la leña del vedado; son cobradores, alcabaleros y expendedores de bulas; hacen de peritos y hombres buenos y pueden dejar sus bestias sin bozal para que pasten por los erreñales agenos, por mas que murmure el pópulo bárbaro. Por el contrario los que no están bien gustos con D.^a Eduvigis, ó por tener mujer mas jóven y bonita, ó porque no le hacen el zamelá, ó porque no convidaron los chicos al bautizo, ni pueden usar armas, ni reciben las cartas á tiempo, ni rondan por la noche, ni venden vino al por menor, ni son de la milicia nacional.

Poniendo en miniatura este boceto, resulta un alcalde andrógino, cuya parte hominal corresponde á las autoridades provinciales y á los protocolos en los encabezamientos y en las firmas, quedando la parte femenina en la region de los hechos que presencian los vecinos. El varon suena, la mujer obra: el marido escribe, la esposa dicta: el Alcalde lleva la vara, la alcaldesa tiene la autoridad: en suma, lo masculino es una abstracción, que reina y no gobierna, y doña Eduvigis egerce en nombre de este autómatá el gobierno supremo. De aquí debió sacarse la teoría constitucional de la inviolabilidad del monarca y la responsabilidad de los ministros. Semejante administración suele proporcionar al Alcalde enemistades, choques, cuentos y chismes, pero sus intereses materiales ganan comunmente: porque como v. le mas ochavo de mujer que real de hombre, queda equipada la casa, renovada la labor, repuestas las paneras,

y aumentado el terrazgo con alguna haza adquirida en las glorias del reinado.

Otro género bastante comun de Alcaldes de Monterilla es el que se funda en un carácter bronco, crudo y aferrado, cuya suprema ley es el capricho. Sea para lo bueno ó para lo malo, lo que aprende sostiene, y lo que se propone lleva adelante, sin que le retraigan de su empeño ni influencias, ni dificultades. Este puede reputarse el prototipo del Alcalde de Monterilla; el que mantiene la fama concejil; el que aun sirve para hacer el coco á los muchachos y á los gobernantes débiles; y el que ha dado lugar al proverbio de

Señor Alcalde, vinagre
¿ se vende en este lugar?

Uno de estos Alcaldes tremebundos hubo en un pueblo del partido de Alcalá, provincia de Madrid. Habia reunido bienes de fortuna con su actividad y natural despejo; que instruccion maldita la que tenia, pues la señal de la cruz era su firma y no conocia la Q. Tomó la manía de no dar cumplimiento á las cédulas y pragmáticas, y la lógica de Lesmes Cabezudo era esta. Léaselas el escribano; escuchaba atento la revista cancelleresca de *rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Sevilla, de Valencia, de Murcia, de Jerusalem, etc.*, y notando que no decia *rey de Daganzuelo*, mandaba cesar al escribano y que archivar la órden porque era visto que con ellos no hablaba.

Con la misma frescura que obraba en tiempo del extinguido Consejo Real, se resistió á obedecer órdenes de la Diputacion y del gefe político, siendo Alcalde por la Constitución de la Monarquía. Tres veces seguidas negó el cumplimiento al juez de primera instancia, que venia comisionado para presidir las elecciones municipales, en ocasion de hallarse el pueblo dividido en bandos. Decia, y decia como un angel, que él era el presidente nato, el exclusivo por la ley; y como se mantuvo tieso en sus trece, presidió, escribió, ganó la votada, á pesar de superioridades y de adversarios. Pedirle el gefe político partes diarios de las elecciones de diputados estando él en la mesa de su distrito, era lo mismo que pedir peras al olmo: contestaba á S. S. que la ley electoral no le marcaba otro deber que fijar al público el resultado, y que allí podia verlo si gustaba. Cuestar en su jurisdiccion nadie lo hacia impunemente: á dos pedigueños italianos, con bulas del obispo de Rimini, con pasaporte en regla, y garantidos con suscripciones de todos los prelados y magnates de España, me los sopló en la trena, les siguió causa, les sacó los cien mil y mas reales que llevaban de ofrendas, y tuvieron que largarse á contar en Roma lo que es un Alcalde de Monterilla en los dominios del Rey Católico. Y para decirlo de una vez, nuestro D. Lesmes fue el Sancho de la insula Daganzaria, el Abdon Terradas de la Campiña, el *non plus ultra* de los alcaldes tozudos é indomables.

Reverso de esta medalla es D. Caraciolo Benavides, Alcalde de un pueblo andaluz, que guarda su atestuzamiento para ser ministerial incansable, de todos los gabinetes presentes y futuros. Da por razon de esta conducta que los Alcaldes deben atender á las mejoras materiales de sus localidades, y que el gobierno amigo las concede y el enemigo las niega: que por haber ayuntamientos hostiles, han tomado tierra contra ellos los doctrinarios, y piensan en poner Alcaldes reales: y que el buen liberal debe ayudar al que manda, para que no le derriben los serviles y carlistas. Con estas bases previas, es un constitucional furibundo, del movimiento rápido, progresista legal, y tan exaltado, que al escribano su secretario le tiene hechas estas prevenciones terminantes: 1.^a Que jamás use en los escritos *real* de vellon, sino *nacional* de vellon; 2.^a Que no ponga ni por pienso *real* órden, sino *órden nacional*; y 3.^a Que en las escrituras públicas

en vez de empezar invocando la Santísima Trinidad, sustituya esta cláusula: « *En el nombre de las inspecciones de infantería y de milicias, y de la secretaría de S. A. que son tres cosas distintas regidas por un solo hombre v. rdad. ro, etc.* » Y al que no abunda en estos sentimientos, lo tiene por absolutista, moderado, afrancesado y mal patriota.

Con las pinceladas, rasguños y brochazos antecedentes, creo haber pintado Alcaldes de Monterilla de fisonomía bien marcada: concuiré dando por vía de epíteto algunas reglas para conocer las pertenencias de sus mercedes.

Si veis á una lugareña oronda de vanidad que grita á otra vecina: *¡tú pagarás la desvergüenza!* teneo por seguro que es la alcaldesa la que habla.

El jóven labriego á quien llaman de V. los ancianos de su misma clase, ó es Alcalde en la actualidad, ó lo ha sido en años precedentes.

Cuando entre los niños que juegan en la plaza oigais á uno que exclama olendiuo: *¡mira que se lo he de decir á mi padre!* aquel es hijo del Alcalde.

La zagala que á pesar de su desgraciada figura sale la primera á bailar, y recibe el primer mayo de los mozalvetes, cuéntala por hija de su merced.

Ves aquel gañan, que con imperio exige de otro labrador que le haga lado para pasar con la yunta sin detenerse: criado del Alcalde sin falta.

Aquel forastero viajante, que cerca del pueblo y á la vista del guarda entra con desenfado á coger uvas de las viñas, es huésped del Alcalde y lobo de su camada.

Si ves un cerdo andar suelto por do quiere, que en todos los portales entra sin recelo, y que tiene una gordura extraordinaria, cree á pies juntillos que es el cochino de S. Anton, ó el marrano del Alcalde.

Ultimamente, si leéis el último renglon de este artículo escrito con letras mayúsculas, contad por averiguado quien es el retratista del Alcalde de *Monte-rlúa*.

FERMIN CABALLERO.

EL AMA DE LLAVES.

D. Diego.—Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras; llenas de histórico, viejas, feas como demmos. — *BUENAS: Si de las niñas etc. I.*

Esta baraja de figuras que lleva el título de *Los españoles pintados por sí mismos*, no se publica solo para los españoles, sino para todos los que gusten de verla: maldita la pesadumbre que le dara al editor el saber que se la manosean el inglés y el chino, el francés y el moro, el portugués y el brasileno, siempre que para entretenerse con ella, se la compra á su legítimo propietario. Todo español sabe lo que significan las palabras *Ama de Llaves ó de Gobierno*; pero en manos de tal extranjero pueden caer nuestras páginas, que fijándose en el distintivo de *las llaves*, vaya á figurarse que la persona á quien se aplica es una portera; ó que descaminado por la voz sonora de *Ama*, piense que se trata de una mujer casera, de una consorte haceudosa por cuya mano corren todas las llaves, inclusa la del dinero, en fin, de una *Ama de casa*. No señor: por *Ama de Llaves* se entiende acá en nuestro país (que es como si dijéramos en toda tierra de garbanzos) lo que dice el Diccionario del idioma: « una criada encargada de las llaves y economía doméstica: » una criada á quien se ha la ropa, utensilios y provisiones. — « ¿ Con que es una *servienta*, y le dan ustedes el nombre de *Ama*, (exclamará aquí

alguno de nuestros melindrosos lectores de extranjs)? ¡qué contradicción! ¡ qué rareza! — Amiguito, ¿ qué quiere usted? ; Cosas de España!

Este dictado de imperio ó dominio cuadra perfectamente á la que por él se designa, porque hay Amas de Llaves que tienen á sus órdenes doncella, criado, cocinera, y aun quizá otra ama tambien, la de cria: estas aristócratas de la servidumbre, estas sultanas validas ya se vé que son señoras durante la época de su inseguro reinado. Otras hay, por ejemplo, que viven con un solteron ó viudo sin otro vicho viviente en su compañía: que guisan, que cosen, que friegan, que en nada se distinguen de una criada comun sino por su mayor edad, saber y gobierno, que inspiran mas confianza al que les da el salario: estas, claro es que no tienen á nadie bajo su inspeccion, y por consiguiente podria decirse que no les conviene el título de *amas*; con todo, les conviene en efecto, y lo son, porque mandan al amo. Regla general: la criada única de un celibato, de un ex-marido, de cualquier hombre que vive aislado, mondo y lirondo, sin hermanos ni tias, sin sobrino, cuñada ni suegra, (que son para el mundo sirviente los enemigos del alma y del cuerpo), no solo es el Ama de las Llaves, sino el ama de todo, en el mismo y aun en superior grado tal vez que una esposa.

Si este artículo hubiese de ser, no una copia lo mas fiel posible, sino una caricatura deforme, la tarea del escritor estaba reducida á desleír ó amplificar un poco las expresiones del célebre poeta dramático arriba puestas por epigrafe, las cuales son muy dignas de notar por haber salido de la pluma de un solteron, que por lo mismo hubo de vivir siempre entre amas, y debia conocerlas á fondo; pero como lo que aqui se pretende es retratar al Ama de Llaves, cual si ella hiciera el cuadro por sí misma, principiaremos por suavizar ó explicar aquellas expresiones presentándolas á la luz á que deben verse. Condicion general, aunque no sin excepciones, es en achaque de amas que han de ser solteras ó viudas; cláusula importantísima, aunque no sin dispensa, es que hayan de contar una edad razonable: ahora bien, la mujer que haya cruzado la linea equinoccial sin haber celebrado primeras ó segundas nupcias, ¿ qué ha de ser en general sino fea? Y siendo vieja y fea, ¿ qué ha de ser sino amiga de la comodidad, habladora y entremetida? Por consiguiente no hay que echar en rostro al Ama de Llaves lo que forma sus cualidades constitutivas: ¿ Quería el D. Diego de Moratin por Ama de Llaves á una buena moza, calladita y sana? No era mal gusto; pero niñas de esos requisitos difícil es que se libren de ser casadas ó cosa equivalente. Amas de Llaves se usan tambien jóvenes y bonitas; pero estas pertenecen á una especie bastarda: la raza pura, el tipo original, la verdadera Ama de Llaves debe ser jamona, grunona y feotona. Siendo pues en su mas genuina forma una muger de cuarenta á cincuenta, y hallándonos actualmente en el año 1843 de la era cristiana (4087 de la poblacion de España segun el calendario); esta hembra ha debido nacer á principios del siglo presente ó fines del próximo pasado: es decir de su educacion, carácter, lenguaje, atavio y hasta su busto, han de resentirse forzosamente del influjo de aquella época: es decir que una Ama de Llaves en el apogeo de su saber y experiencia es una sirviente del siglo xviii. Antes de tirar en el lienzo trazo ninguno de la figura que ha de bosquejarse, importa dar á conocer qué cosa eran en España las criadas antiguamente, y qué rasgos de estas conserva aun el Ama de Llaves en su singular y variada fisonomía. Sin esta explicacion, sin este conocimiento de las causas, podria creerse que tales y tales rasgos característicos eran individuales y caprichosos, cuando lejos de entrar en el número de las excepciones, son cabalmente distintivos forzosos y genéricos.

Hubo un tiempo en que la condicion de las criadas en España se diferenciaba poco de la servidumbre. Las costumbres galantes y caballerescas de la edad media nada tenían de suaves ni de benignas. Hasta el siglo xvii inclusive, el látigo era el que dirigía la enseñanza pública, el que afianzaba la obediencia filial el que mantenía el órden doméstico. Un maestro en teología azotaba en la universidad á un discípulo tonsurado, aunque contase ya cuatro lustros; un mayordomo de grande zurraba sin misericordia la piel de sus pajes de su señor, aunque tuviesen medianamente poblado el bozo; el padre hartaba de soplamocos al hijo por quitame allá esas pajas, y la mamá, cuando se le ponía en el moño, echaba mano al de la señorita y la arrastraba por el suelo, el abofetear, repelar, mesar ó dar una vuelta de cabellos, como solian decir, era entónces, pan de cada día. La tal propension al zarandeo, que se ha conservado hasta nuestros días, era naturalísima en unos tiempos en que hasta los reyes se disciplinaban: ¿Cómo habia de respetar la costilla ajena el que se mosqueaba la propia? Pues bien: en pais donde tan duro trato recibían los hijos ó hijas de los amos, ¿cuál deberian recibir las criadas? Oigámoslo de una mozuela desenfadada de los últimos años del siglo xv, platicando muy de propósito con la insigne madre *Celestina*. «¡Oh y qué duro nombre, y qué grave y sobervio es señora continuo en la boca! mayormente de estas señoras que agora se usan. Gástase con ellas lo mejor del tiempo, y con una saya rota pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen; y cuando ven cerca el tiempo de la *obligacion de casallas*, levántales un caramillo; pídenle celos del marido; ó que hurtó la taza, ó que perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y echáule la puerta afuera diciendo: allá irás, ladrona; no destruirás mi casa y honra. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos: *obliganse á dárles marido*; quitanles el vestido. Nunca oyen sus nombres propios en boca de ellas, sino: ¿qué hiciste, bellaca? ¿por que comiste esto, golosa? ¿Por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿Quién perdió el paño de manos, ladrona? Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes.» — «¡Y aguantaban eso las criadas de antaño!» saltará aquí echando fuego por los ojos alguna doncella de labor de estas elegantitas y pipiretas de ahora — «Salero, ¿no ha oido V. que los amos de entónces ponían en estado á las mozas de servir? ¿Por qué se dijo el refran de que *todo lo compone un buen dote*? ¿Qué no sufrirá una mujer por casarse?» — Las pobres Amas de Llaves que por ser cuerpecitos mayores ó malos cuerpos, no tuviesen esperanzas de salir de penas á favor de una boda, esas sí que debían sufrir el infierno en la vida.

Pero pasaron años y siglos y costumbres; dejaron los señores á las criadas que cuidasen por sí solas de establecerse con dote ó sin él; emancipóse la criada: y ¿qué sucedió? Que no teniendo ya freno que la sujetase, toda la soberbia indómita de la clase baja y sin educación, se desarrolló á sus anchas, y la sirvienta que ántes era sufrida, se hizo insufrible. Vayan para hacer contraste con el trozo anterior esos otros, copiados de los sainetes de D. Ramon de la Cruz; y no se imagine que por tomarse de obras de invencion no merecen crédito: el que extiende este artículo, que ha tratado Amas por espacio de muchos años, ha presenciado una porcion de escenas análogas, que hacen muy creíble lo que va á leerse y mas todavía. En el sainete de la *presumida burlada*, la cual es una sirvienta que por el matrimonio ascendió á señora, ella y la que la sirve se dicen las lindezas siguientes:

El AMA. Friega otra vez mal, ven ya alguna mota en los platos, y verás si te los tiro á la cabeza.

TOMO I.

LA CRIADA.

Despacio, señora de poco acá que un poco mejor fregados están que cuando usiría manejaba el estropajo.

Pero de fregoncillas de mala muerte no se debe hacer cuenta: escuchemos á una Ama de Llaves, persona que como constituida ya en cierta dignidad debe expresarse con mas miramiento y decoro. Escuche-



El Amo de Llaves.

mos en los hombres solos á la Señora Lucia, Ama de D. Pedro y D. Lucas, caballeros que tratan de hacer un obsequio á unas damas. Toman parte en el diálogo, además de los dichos, un barbero, un peluquero y el criado Juanillo

D. P. (á D. L.) Digo, ¿y has contado con nuestra mujer de gobierno?

D. LUCAS. Hará lo que se le mande.

D. PEDRO. Conforme la coja el viento.

¿De qué humor se ha levantado hoy, Juanillo?

JUANILLO. De perverso.

Yo me estoy sin almorzar por no decirselo; y eso que la tengo dadas pruebas de que soy buen compañero.

El BARBERO. Porque yo quise poner el escalfador al fuego mientras V. se vestía, agarró un tizon ardiendo,

- y si me descuido un poco,
me afeitó ella á mí primero.
- D. LUCAS. Sin embargo llámala.
(Juanillo va á llamarla, y Lucía se presenta hosca
y ceñuda.)
- LUCIA. ¿Qué quiere el concejo,
que necesita en persona
mi asistencia?
- JUANILLO (aparte.) ¡Aquí te quiero!
- EL BARBERO. Pocas criadas hay de estas
en las casas donde afeitó.
- JUANILLO. Pues yo en las mas que he servido
las encontré de este genio.
- D. LUCAS. Señora Doña Lucía,
es preciso echar el resto
de los primores de V.,
y que tenga con aseó
prevenida una salvilla,
los vasos y los cubiertos,
porque vendrán unas damas
quizás á favorecernos,
y es preciso quedar bien.
- LUCIA. Pues muy mal día escogieron
de venir esas señoras.
- D. PEDRO. ¿Y por qué?
- LUCIA. porque yo tengo
que salir precisamente
esta mañana.
- D. LUCAS. ¿podemos
saber á qué?
- LUCIA. A visitar
también á otro caballero,
que me tiene prevenido
chocolate con pan tierno.
- D. LUCAS. ¿Y quién te ha dado licencia
de que salgas?
- LUCIA. En no haciendo
cuenta de volver aquí,
para irme yo me lo tengo.
- D. LUCAS. Ni la tienes ni te irás,
y harás cuanto te mandemos.
- LUCIA. ¿Yo? ¿Qué gracioso es V.!
- ¿Y me lo dice V. sério?
- Si me he puesto yo á servir
en casa de hombres solteros
por no aguantar amas, ¡vean
cómo aguantaré cortejos
de mis amos, y servirles
para que vayan haciendo
burla de mí, y esta noche
se publiquen mis defectos
en la tertulia! ¡Un demonio
para ellas, y cuatrocientos
para ustedes!
- EL PELUQUERO. (que está peinando á D. Lucas).
Un petit Morecau de sebo,
madama.
- LUCIA. Por la otra oreja,
que por esta no lo entiendo.
Un poco de sebo pide.
- LUCIA. No le hay.
- D. LUCAS. Anda ves á verlo.
(El peluquero dirige aquí un cumplimento en francés
á Lucía, que se enfurece como si la hubiesen llamado
bruja.)
- LUCIA. ¡Esto nos faltaba ahora!
¿Qué apuesta V. que le peino?
- EL PELUQUERO. ¿qué dis busté?
- LUCIA. ¿No lo entiende?
- EL PELUQUERO. Non.
- LUCIA. Pues dígalo mas recio.
(Dale un manoton y vase.)
- Aquí se ve al Ama del siglo XVIII, provocativa, fe-
roz y ágil de manos, haciendo el papel de una seño-

rota del siglo XV: en esto habian venido á parar el sufrimiento, la mansedumbre y la esclavitud antigua. Pues de esta ferocidad y de aquella sumision participa hoy el carácter del Ama de Llaves; de la una por efecto de la pésima crianza que recibió, de la otra por efecto de los años y los reveses sufridos, como también por el conocimiento de su interés personal. Una mujer de edad cuando ha tropezado en una casa con un amo bueno conoce que su porvenir depende de su permanencia allí, de su perseverancia en tenerle contento; pero no siempre puede tanto consigo misma, que por no aventurar su suerte renuncie al gusto de soltar una insolencia ó hacer una trastada. Esta irritabilidad depende también de los incidentes que han traído al Ama de Llaves á serlo, y del país á que pertenece: las Amas naturales de Cataluña por fuerza han de ser mas desabridas que las gallegas y valencianas; las aragonesas mas tercas que las andaluzas, y estas mas picudas y perezosas que las vizcainas: las de los pueblos inmediatos á Madrid compiten en lo záfio y desvergonzado con lo peor de la península. Nadie sirve sino porque es pobre; pero de distinto modo influye la pobreza en una mujer que nació destinada á servir desde luego, que en la que nacida en mejor fortuna hubo de abrazar el servicio doméstico porque se quedó sin padres ó sin marido: aquella será mas grosera y alegre, y esta mas civilizada y quejumbrosa. Y como diversas y aun contrarias han de aparecer forzosamente en su modo de pensar, obrar, hablar y vestir el ama vieja y la jóven, la que sirve en un pueblo y la que habita en una capital, la que vive con un soltero sin hijos y la que ha dado vida á los hijos de un soltero; el expediente mejor para que se comprenda todo lo que por término medio cabe en este brevisimo vocablo de Ama, será referir sencillamente dos biografías de dos Amas, extremadas las dos en su linea, entre cuyas individualidades se encuentra la verdad genérica del tipo; advirtiéndole que en lo que vamos á referir todo es cierto menos los nombres de las heroínas, los cuales significan puramente para el lector «Fulana yo no sé como, Zutana ¿qué se yo cuantos?»

Cándida Rosa, Rosalia Robledales, hija del remendón titular de un triste villorrio, se crió chiquituela y endeble, morenuzca, gangosilla y zazona. Malas lenguas dicen que su padre, infatigable hablador cuando bebía un trago mas (y bebía á todas horas porque no podía menos), influyó no poco en el ganguero y ceceo de su hija: como charlaba sin cesar, le incomodaba sobre manera que le interrumpiesen; y un día en que nuestra Rosa Cándida le atajó su palabra honrada tres veces seguidas, el prudente padre para corregir á la niña del resabio de bachillera, le tiró una horma á la cara que la dejó para siempre con las narices apuntando al juanete izquierdo. Con este y otros avisos del tirapié igualmente misericordiosos, comprendió Cándida lo que le importaba no desplegar los labios, de lo que resultó que no aprendiese á pronunciar bien por falta de ejercicio. Con un padre tan amoroso, claro es que la criatura consideraría el salir á servir con la mayor felicidad: acomodáronla de niña en otro pueblo, y de niña pasó á criada. A fuerza de oír decir por unanimidad que era fea y simple, hubo casi de llegar á creerlo; á fuerza de observar que se le reian en sus bigotes (tenia este adorno también) casi siempre que hablaba, hubo de tomar la resolución de callar; á fuerza de notar que siempre que se presentaba á vistas producía su nariz un efecto nada favorable, trató de neutralizar la impresion de su fealdad con la limpieza y esmero del traje; y como para vestir bien era menester ganar buen salario, hizo se aplicada y laboriosa para merecerlo. Humilde Rosalia, callada, limpia y trabajadora, valia un Perú para criada, si Dios la hubiese dotado de un poco mas de capacidad; pero en apartándola del fogn

ó de la mesa de planchar, no habia mujer para nada. Llamaba á la puerta un sujeto á quien el amo deseaba hacer un recibimiento amistoso; y Cándida, ó le despedía ó le hacia esperar un cuarto de hora á la puerta: venia un acreedor ó un pegote, y se los encajaba hasta en la alcoba. Por esto hubo de perder buenos acomodados, cuando por su traza explicaderas no le era fácil hallarlos. Dió por fin con un ricacho sesenton que harto de amas honitas se prendió de la cara de Rosa la mas apropósito para espantar importunos, y ella le desquitó esta vez á la susodicha de todos los malos oficios que le habia hecho en otras ocasiones: el ser fea le habia impedido entrar como criada en algunas casas, y por fea ascendió en aquella al segundo grado de la escala servil femenina, es decir, á ser ama de Llaves. Entónces descubrió nuestra heroína una cualidad que aun no habia tenido proporcion de manifestar, y fué un amor á la economía que rayaba en miseria, dote que le valió la confianza del amo en términos de hacer á Cándida depositaria del numerario. Pasaba esto en tiempo de la guerra civil: un susto que dió una partida al pobre sesenton, le dejó medio lelo; Cándida aunque simple, conoció que debía poner el dinero á buen recaudo, y por sí propia lo escondió en paraje seguro sin decir nada al amo: fuertes tentaciones habia sentido siempre hácia la sisa; pero siempre la habia contenido la idea de que si aun siendo fiel le costaba trabajo acomodarse, teniendo malas mañas ¿quién la sufriría? Por el contrario, si se portaba honradamente con el viejo, natural era que este se acordase de ella al testar. Desde que se le ocurrió á nuestra simple tal pensamiento (que no era una simpleza á la verdad), empezó á mirar aquel dinero suyo en parte, y como no sabia la parte que habia de ser suya, claro es que debía custodiarlo todo con igual celo. Pronto dió de él una prueba heroica en grado sublime: vuelven los facciosos al pueblo, entran en casa del anciano y le sorprenden en la cocina al amor de la lumbre, y por contribucion extraordinaria le intiman que apronte hasta el último ochavo. El viejo se remite al Ama de Llaves; el ama afirma que no tiene en su poder un real; los huéspedes rejistran la casa y no dan con el nido; ¿cuál fué la cólera de aquellos cristianos guerreros! Colgada de las llaves estaba en el hogar una caldera de agua eociendo: dos de los contribucionarios cojen de los brazos á Cándida y la amenazan con sumergirse en la caldera si no declara; Cándida se mantiene firme; y por tres veces la zampan de manos aquellos sayones en el líquido, á 80 grados justos del termómetro de Reaumur. Suena generala; «los cristinos están ahí» es la voz que cunde, los verdugos de Cándida llaman á talones, y el pobre viejo, reciamente conmovido por tal escena, tiene que llamar al escribano, de camino que traen al barbero para la fidelísima Ama de Llaves. El viejo testa y se muere; Cándida se cura y hereda la mitad del tesoro salvado con su silencio: la otra mitad pasa al único pariente del testador, otro viejo de pocos años, que se casa con Cándida, la cual feliz y llena de comodidades, goza hoy el premio que ganó con sus manos. Esta mujer pasaba por simple, por tonta: á fé que en todo el trascurso de su vida de sirvienta pudo apostárselas á la mas hábil y honrada.

Múdase la decoracion. Armengola Chirivía ni fué pobre ni simple, ni era tan fea, ni llegó al puesto de Ama de Llaves por escala rigurosa: hija de un labrador, y dotada de anchos hombros y talle, piés atroces y boca desahogada, amen de ser un poco braca de un ojo y algo mas del otro, en época en que era desconocida la operacion nueva del estrabismo; todavia pudo agradar á un zurdo su paisano, á quien sedujo sin duda la imponente mole de la bizca, la cual por su parte hacia lo imposible por mirarle con buenos ojos. El padre, que queria casarla á derechas, la traspuso á un convento de monjas, donde aprendió á confeccionar

mantecados y rosquillas, hojuelas, tortas de chicharones y demas artículos *ejusdem farinae*: del monasterio se trasladó ella á los brazos del zurdo, y de ellos á la vicaria; y así los amantes pasaron á novios, y ascendieron á consortes, y descendieron luego á indiferentes, y pararon en enemigos mortales, porque el zurdo era un vago, jugador y pendenciero, que traía á la vizca desnuda y hambrienta; y del suegro no habia que esperar mas que su maldicion. Consolábase el zurdo con la esperanza de alcanzar en días al viejo; pero se dió tan mala maña con las suyas, que hubo de morir de mano airada en un garito, dejando viuda á Armengola, que lloró de veras cuando supo que ni aun por esas le perdonaba el padre su aciaga boda. «A servir», dijo entónces la valerosa viuda; y en pago de lo que habia sufrido en su matrimonio, le deparó el cielo una buena casa donde *debutó* (estrenarse se decia en tiempo del antiguo régimen) por Ama de Llaves; y en poco tiempo se impuso en todos los primores de la profesion. Acostumbrose á cuidar la dentadura terreo-metálica del ama, y á despertar con la aurora para abrir la puerta al trasnochador señorito: constante espía de las revoluciones de la moda, no se descuidaba en prevenir á la señora que á los dos meses de uso ya no se podia llevar decentemente el vestido A ó el pañuelo X ó la mantilla Z; todo lo cual refluía en creces y plenitud de su cofre ó su bolsillo. Llegó á ganar cuatro duros mensuales; pero era tan generosa la viuda del zurdo, que afirmaba serviria de balde á sus amos, y era capaz de hacerlo por las circunstancias siguientes. En aquella casa nadie tomaba chocolate sino el ama propiamente dicha (la cual tenia tan estragado el paladar como la dentadura) y nuestra D.^a Chirivía que estipuló en su ajuste la condicion de que habia de asistirsele con chocolate por mañana y tarde. Suprimíase ella voluntariamente las dos onzas de desayuno y merienda, porque realmente comia muy poco, (ya sabremos la causa); y como ella era la que compraba el dicho género, ahorrábase en ocho dias una libra, que á diez reales le redituaba dos duros cada treinta y dos dias, viniendo á juntar una mesada de seis pesos fuertes. Agregábase á esto veinte reales mas, porque de un onza de chocolate hacia dos jicaras para la poco delicada señora, expesando el liquido con harina tostada, y ya la mensualidad resultaba de siete duros. Item mas: aunque no corriese por su mano la compra del aceite, carbon, tocino y demas cochinerias, jabon, garbanzos y otros artículos por mayor, y siempre tenia ella un conocido de su tierra que recomendara al ama; garbancero ó choriceiro ó cosechero de vino; y por el corretaje de parroquia percibia del vendedor la bizca su tanto por ciento, que no podia estimarse en menos de otros dos pesos al mes; cero y van nueve. Mas: el producto de la venta licita anual de sendas arrobas de papel de periódicos, flanqueados de prospectos y anuncios; mas; las docenas de frascos vacíos de aguas de olor y dentríficos, los guantes y zapatos del ama que Armengola no podia usar porque los necesitaba de triple tamaño; la ceniza del fogen y braseros que le compraban en los tintes, la retribucion del señorito por la porteria matutina, y una limosna mensual tambien, que habia tenido la habilidad de sacar á la señora en favor de una religiosa exclaustrada, y la exclaustrada era ella misma; partidas todas que componian mas de un doblon al mes, de manera que nuestra industriosa viuda se embolsaba doce duros cada treinta dias, sin tener que gastar en vestirse. Gracias á los deshechos útiles que hacia desechar al ama, con seis pares de zapatos al año y un añadido para el pelo (que ponía gran empeño en que no se le conociese, y siempre se dejaba fuera el cordon del tronco); estaba la Buena de Armengola aviada de piés á cabeza.—¿Qué hacia esa mujer de tanto dinero? —La cuarta parte la empleaba en dulces y golosinas que le estropeaban el es-

tógamo y la traian siempre sin apetito, y el resto lo imponia á ganancias en las administraciones de Loterías. — ¿Ganó alguna vez? — Un terno de diez mil reales, que se puede decir fueron dos, porque al mismo tiempo heredó á su padre. Entónces dejó de servir; entónces la obsequió un agente de cierta empresa de minas, que no era zurdo; se apoderó de los cuartos de la viuda, mina única que él se habia propuesto explotar; desapareció el dia menos pensado, dejando á Armengola sin auxilio y enferma! y conducida al santo Hospital, expiró por gran favor en la sala de clínica, y su cadáver fué abandonado al cuchillo anatómico.

Casi á estos dos ejemplares puede reducirse el nacimiento, vida, pasión y muerte de la generalidad de las Amas: las que por instinto ó reflexion se portan con prudencia y rectitud, que son las menos, alcanzan una descansada vejez, las demás son infelicitimas. A muy pocas cabe la suerte de morir jubiladas gozando una pension, premio de haber servido bien largos años á un señor poderoso; muchas menos se jubilan por sí, porque el ahorrar es costumbre que no ha cundido nunca mucho en España, y el imponer en la caja de ahorros es cosa harto nueva todavía. Entre el porte, mañas, carácter y aspecto de Cándida y Armengola está el de todo el resto de las Amas de Llaves, participando mas ó menos ya de la torpeza y fidelidad mazorril de la una, ya de la destreza poco laudable de la otra. Ambas á dos carecieron del distintivo mas general del Ama, que es el mal genio; la una por ser una Ave zonza, que hasta para dar bufidos carecia de espíritu; la otra por que su mal humor no hubiera podido fundarse en el orgullo que inspira una buena conciencia: llamada por que tenia qué callar. Entre la sisona y la limpia de manos está la que ni es del todo fiel, ni del todo digna de desconfianza; entre los dos extremos del silencio por incapacidad y por la culpabilidad está la mediana impertinencia de la mediania capacidad y honradez; entre la lugareña y la ciudadana de provincia, una y otra bastante cerriles é ignorantes, se halla el Ama de Llaves hija de Madrid, de mas disposición que las otras, pero menos amante del trabajo; mas instruida, pero mas quisquillosa, mas murmuradora y antojadiza; entre los dos límites de la fealdad están las fealdades de menor cuantía, hasta ir desapareciendo del todo, y quedar en medio la flor de la hermosura. En efecto, hasta ahora solo hemos hablado de Amas feas: ¿y las bonitas? Las bonitas no tienen carácter general propio, porque son pocas, porque no son precisamente Amas de Llaves, y porque gozan de todas las esenciones concedidas á la belleza. El Ama de Llaves bonita está dispensada de ser hacendosa y madruguera, y aun de ser obediente, porque sea como sea, no le ha de faltar acomodo. El Ama bonita no tiene necesidad de apropiarse lo ajeno sin contar con la voluntad de su dueño, porque su asignacion por lo regular es crecida, y aunque no lo sea, le importa poco: sabe hacerse regalar y siempre le sale la cuenta. El Ama bonita suele gastar buen genio, pues como se la mimaba y regala, no hay motivo para que se le exalte la bilis. El Ama bonita, como está mas desocupada que las otras tiene mas proporcion para cultivar su entendimiento: lee periódicos, novelas y dramas, asiste al teatro, y se escandaliza de los equívocos y no puede sufrir á las damas de comedia que han olvidado su virtud. Su lenguaje es culto, su pronunciacion pura y clara; sus antecedentes juveniles no suelen ser muy claros ni puros. Todas han nacido en buenos pañales; todas han quedado huérfanas; y desde catorce años á veinte ó veinticinco, esto es, desde que perdieron á su madre hasta que hallaron su conveniencia... ¡lo que ha pasado por nosotras (dicen) solo Dios lo sabe! Las Amas bonitas son por lo comun solteras, pocas hay viudas, mas hay casadas, emancipadas del marido: caras son to-

das las Amas bonitas, pero esta última es la mas cara de todas, porque de continuo hay que echar una torta al consabido Cancerbero. El Ama bonita solo es para ricos, verdad es que ellas saben convertirlos en pobres: algunas suelen casarse con elamo *in articulo mortis*; otras se retiran á tiempo con sus ganancias que de ordinario les luce poco. Por fin las Amas bonitas llegan con el tiempo y los achaques á ser viejas y feas, y entónces sufren la ley comun: vejez miserable y muerte en el Hospital.

Ensayada la parte anecdótica y moral del género, y bosquejados los principales distintivos de las especies, veamos obrar al Ama de Llaves bajo el aspecto comun á todas: considerémosla desde el dia en que va á vistas hasta que se pierde de vista para sus señores. Las criadas se ponen para esta solemne ocasion el mejor vestido; el Ama se contenta con ir decente: el calzado eso sí, tiene que ser nuevo. Habito ó vestido negro, liso, de tafetan, con manga de jamon ó de fraile, y cuyo vuelo no ahueca el mirriñaque engañoso, pañuelo imitado á manta ó de crespon, mantilla de tafetan, guantes de seda ó los naturales, y un precioso abanico, regalo de alguna de sus amas, componen el ornato exterior de la pretendienta; si habita en la corte ó en alguna capital de provincia; en las demas poblaciones, jubon capilar, basquilla y mantilla redonda. El tocado con igual atraso respecto de la ley vigente; por delante una raya, y cogido el pelo á cada lado, formando un nudo ó rodaja mucho menor que la que usan ó usaban criadas y manolas, por detrás un rodete alto y su peineta: en provincia el pelo echado atrás y moño de aldabon. La prenda mas característica del vestido del Ama es la que no se ve: un par de faltriqueras tamañas como alforjas. La candidata pregunta por la señora cuando la hay, se anuncia, y si la encaminan á la sala, insta modestamente que la señora no deje sus ocupaciones, y que la reciba en cualquier parte; y todo es porque el Ama sabe ya en virtud de su práctica que mejor se conoce el estado rentístico de una casa por el comedor que por el gabinete. En esta sesion preparatoria, el Ama de Llaves se distingue notablemente de la criada; esta charla por los codos y murmura de sus amos anteriores; el Ama no habla mas que lo preciso, y los elogios, porque tiene mas conocimiento de mundo. Al contar el aprecio que hacian de ella en su última colocacion y lo que la queria la señorita mas jóven, el Ama no puede contener las lágrimas, y seca un pañuelo manchado en complicadissimos dobleces, que lleva de intento para dar casualmente una muestra de sus habilidades. Si el amo es soltero ó viudo sin hijos, el ajuste es cosa de un momento; si hay señora y es jóven, agraciada y elegante, tambien se contenta el Ama con un corto salario, porque damas de circunstancias tales nunca inspeccionan la cocina ni la despensa; si la señora es de las que llaman *caseras*, especie ya casi desconocida, si hay además muchachos de cinco años á catorce, el Ama de Llaves pide doble remuneracion, porque le consta que se le preparan mucha brega y continuas disputas. Hecho el tratado á satisfaccion de ambas partes, y traído el baul, á la nueva casa, el Ama se entrega de su negociado. El acto de pasar lista á la ropa, suele ser bastante pesado, porque el Ama no elegante, si lee, lee muy mal el manuscrito, tal vez no conoce los números, y hay que hacerle delante de cada artículo tantas rayitas como piezas comprende. Aquí suele caer en la tentacion de murmurar de su antecesora, si el estado de los efectos que recibe da lugar á ello; indica reformas y anuncia el programa de su gobierno, desde cuyo punto principia ya á funcionar. Es la primera que se levanta y la última que se acuesta, esfuerzo no muy penoso para quien por su edad suele ya tener poco sueño. Si está encargada de la compra, coje el talego ó manda coger el cesto al criado, á quien procura

tener contento, porque no hay cosa mejor que la buena armonía entre compañeros y compinches. Las Amas de Llaves místicas y rezadoras que son de la hermandad de Servitas y de otras cuatro ó cinco, porque una sola no basta á su ardiente devoción, nunca se acomodan sino en casas donde hayan de salir á comprar ellas solas; y no se crea que es con el objeto de monopolizar libremente el ramo de sisas y alcabalas (¿y la conciencia?) es para poder oír las misas que tienen de obligación por los estatutos de las hermandades. En ellas por cada individuo que muere hay que hacer ciertos sufragios: los hermanos son muchos, las muertes menudean, y ninguna devota se contenta con oír las dos ó tres misas que previenen las ordenanzas por cada difunto, sino que duplican á lo menos la cantidad, y de esto resulta que no hay día que no tengan que emplear hora y media en la iglesia. Por eso es axioma inconcuso en materia de economía doméstica, que toda Ama de Llaves que sea tan santurróna es muy cara de carbon en Madrid: mientras ella va á conversar con los santos, queda ardiendo en balde la lumbre que dejó encendida para encontrar á la vuelta, una hermosa brasa, á favor de la cual despache en un abrir de ojos los almuerzos. Al dar los buenos días ó el chocolate á los amos, nunca deja de darles también algún consejo higiénico en orden al mayor ó menor abrigo con que deben vestirse según el estado de la temperatura. Por la noche ó en algún rato desocupado se calza en la nariz los anteojos y se ocupa en deletrear el Diario para saber si ha llegado ya aquel arriero que trae las remolachas tan gordas, y á qué precio corren las medias negras para señora, de estambre. Este ameno y variado periódico, el libro de confesar, la lista de la ropa de que se hizo cargo y la tabla en que se apunta la que lleva la lavandera, son las únicas lecturas del Ama. Todo es celo y diligencia durante los primeros cuarenta días; pasada la cuarentena es de ley que ha de haber una cuestión mas ó menos suave, según el genio de los interlocutores: la tal disputa puede adelantarse ó atrasarse, pero nunca suprimirse, porque es una necesidad, un secreto del oficio: el Ama que la ha promovido adrede, conoce por ella el aguiante del amo ó ama, y calcula cuantos años ó meses podrá pasar en su compañía. La invención de esta táctica se atribuye á las Amas gallegas: las alcarreñas la han adornado de variaciones. Si la prueba ha salido á satisfacción del Ama, su celo que hasta entónces era un poco faccioso, se convierte en real y verdadero: vigila y estimula al criado, riñe con la lavandera y el carbonero, lleva la condescendencia hasta ir á paseo con los chicos por donde ellos quieran, y compra de su mismo peculio un par de libras de membrillos que distribuye en las diversas tablas del armario de la ropa para que huelva bien, y cuando se pasan, se los abandona generosamente á los muchachos. El Ama entónces se amolda al carácter del amo; pone buena cara á las visitas no femeninas que á él le son agradables, y despide á los que sabe que le importunan; se inquieta si viene tarde á casa; se asusta si no come con apetito; si cae enfermo, suspira, se angustia, entra una docena de veces por hora en el dormitorio á preguntar al paciente cómo se halla; con lo cual y con andar gritando todo el día á los chicos, al criado y á la vecindad que guarden silencio, consigue que no le haya nunca. Corre á la botica, y de allí al herbolario, y luego á la posada donde se venden las mejores sanguijuelas, finas y á prueba, y de camino dice en la lonja, y en la cacharrería, y en todas partes que el amo está muy malito y que ella va á caer mala de pesadumbre: todo por tener el gusto de oír alabar su celo y cuidado. Entónces es ver al Ama en todo su esplendor, en el centro de su elemento propio. — Que se necesita una sábana: — á oscuras, á tientas la encontrará al golpe en el guardarropa. — Que hace falta una bayeta amarilla.... — « ¡Jesus! lavadita la tengo

de la semana pasada: parecia que me daba á mí el corazón que pronto habia de necesitarse: ¡ si una no estuviera en todo!... » — Pídele el cirujano trapos para cataplasmas. — « ¡ Los quiere V. de lienzo fino, de coruña, de vivero? Mire V. ¡ que de lios hay en la escusabara! cada uno es de su clase. Estos están casi nuevecitos; pero no, que el lienzo es tupido y gordo y hace mucho peso sobre el vientre; no señor: trapo á medio usar es lo que corresponde. ¿ Verdad V? Aquí los hay que ni pintados, y sin un pelo de algo'on. » — « Pongan Vds. al señor un botijo de agua caliente á los pies. » — « Ven Vds. ? » prorrumpie el Ama dirigiéndose á los niños, que con la boca abierta rodean el lecho de su padre, « ven Vds. como hice yo bien en no dejarles jugar á la calva con el botijo del verano pasado? » — « Si se le habian roto los pitorros y el asa » contestan los chicos. — « Mejor para ahora, que así no le incomodarán á papá en los pies: voy á buscar tapones de los que conservo de las botellas de cerveza. » — El ama va y viene, se afana, trasnocha, y cuando el amo cura, ella con mas razon que la mula del coche

.....s'en attribue uniquement la gloire.

Autorizada por estos servicios va cobrando satisfacción y alas, y haciéndose áspera y regañona. Generalmente la petulancia de las Amas es relativa á su fidelidad, laboriosidad y limpieza: el amo que da con una de las que tienen, como ellas dicen, la casa hecha un cielo, tiene un infierno continuo con ella. Riña porque la servilleta está mal doblada, riña porque la puerta se cerró con sola una vuelta de llave: riña porque el panecillo de hoy vino muy tostado y el de ayer casi crudo; riña porque no se le hace caso; riña porque se consulta con ella; riña porque se la riñe; riña porque se la deja. En estado tan violento y hostil, tres ó cuatro peleonas en grande preparan la dimisión ó expulsión del Ama, aunque generalmente ellas son las que toman la iniciativa. El motivo de despedirse suele ser una grandísima friolera; pero como ya llueve sobre mojado, es el grano de arena que hace inclinar la balanza. Murió hace algunos años una ama, devota como ninguna y colérica como ella sola, mujer que rezaba matando un pollo y pelando un pavo, mujer que rezaba todas las horas que no empleaba en regañar, la cual vivamente irritada una vez con los hijos del amo, hizo venir á un hijo suyo, alguacil y voluntario realista nada menos entónces, para que amenazase á los muchachos que les pisaría las tripas si no guardaban respeto á su madre: no hay que preguntar cuál habria sido la opinión política del padre, cuando los chicos no se atrevieron á darle cuenta de la amenaza: Pues esta santa matrona que mandaba en jefe en casa del amo, la dejó porque la cumplieron un gusto. Tenia ella el encargo de la compra de provisiones, era su memoria infeliz, todas las noches al dar la cuenta se le olvidaba alguna partida, y por consiguiente le faltaba dinero. El amo que sabia que aunque soberbia y soez, era incapaz de engañarle, decia que le entregase el sobrante si lo habia, y se dejase de entrar en pormenores: empeñábase ella en que la cuenta se habia de ajustar cuarto por cuarto, y al ver que salía alcanzada, concluía todas las noches rogando al amo que la exonerase de aquel empleo. Harto una vez de oírlo, tuvo la debilidad de creerla, y mandó al criado que desempeñara desde el día siguiente las funciones de la perpétua dimisionaria: el mismo día por la tarde, la Sra. Hermenegilda Cambrones, con grandísimo placer de los referidos chicos, sacaba el padron para casa de su hijo el cochete, quejándose de que el amo va no hacia confianza de ella. Otra se despide alegando que el amo le dijo tres veces ya, ó sí, ó pues con retintín, y al tiempo de marcharse no deja escapar la ocasión de ingerir una docena de iguales monosílabos retintinados. Otra oye decir á la señora que en verano se debe gastar

menos combustible; y á poco rato el Ama y su baul han desaparecido, y se encuentran apagada en la cocina la lumbre y puesto el puchero al sol en una ventana. Amos y amas quedan recíprocamente contentos de haber salido de maullas; ellas con marcharse y ellos con que se marchen: el amo recibe otra; el Ama se acomoda con otro; y todo es patilla y cruzado y vuelta á empezar.

Tal es la vida del Ama de Llaves: su porte y conducta son el resultado de la educación que ha recibido, de la influencia del carácter nacional, del suyo propio, y demas circunstancias que han agitado su existencia. Como en España se educa mal; como no se quiere comprender que hay una educación para cada gerarquía social; como se desconoce que cada estado y condicion es una carrera con su enseñanza privativa, sin la cual es un puro acaso que el pobre sepa ser pobre, y el rico acierte á ser rico, pues una cosa y otra tienen que aprender mas que parece; el Ama de Llaves, ignorante de los limites de sus obligaciones y derechos, pocas veces es lo que debe ser; y tan pronto aparece la esclava temporal del siglo xv, como la majota procaz del siglo pasado. Esta especie salvaje va desapareciendo, al paso que nuestras turbulencias politicas van formando otra, compuesta de mujeres de modo y principios, á quienes la guerra y demas calamidades han reducido á la servidumbre. De estas, la que de buena fe se resigna á su estado, es la mejor de todas las Amas: instruida y pundonorosa, amante de su deber y capaz de respetar los agenos, se eleva á gran altura sobre la línea de sirviente y se convierte en amiga: esta no compra, ni vende, ni difama, ni golosea: viste como sus amas y es la compañera de las señoritas, que encuentran en ella juntamente doncella y aya. Ella y el ejemplar con que concluiremos son las que forman el Ama de Llaves tal como debiera ser, y como se ve raras veces. Hablamos de aquellas respetabilísimas mujeres, rara y noble herencia del siglo pasado, que como vástagos inertes en una familia entraron niñas en una casa, y firmes é inseparables de ella, han visto pasar tres generaciones sucesivas, tratadas de tú por el abuelo, el hijo y el nieto; pero queridas y respetadas de todos y cuya pérdida se llora como la de un pariente, la de una hermana. Una de estas crió á la madre del que escribe estas líneas; ella la acompañó á la casa de su esposo; en sus brazos nació yo; en sus brazos, dos años despues, murió la que me dió á luz; en su honesto regazo creció mi infancia; en la casa de mis abuelos acabó sus dias; y su cariño dulcísimo fue el que desenvolvió en mi corazón el gérmen de ternura que me transmitieron mis padres.

J. E. HARTZENBUSCH.

EL ESCRIBANO.

PÉSAME, lector amigo, no poder introducirte desde luego en la amistad y confianza del personaje que pretendes conocer. Supongo tu impaciencia por sondear las secretas sinuosidades, los tortuosos y prolongados subterráneos que á tu parecer va formando tu pluma en la agena heredad, cuando explota el preciso *flon* que le hace subir en breve espacio de la pobreza á la medianía, y de aquí á la opulencia aunque sin alterar su posición social. Paréceme tambien, que ya tienes observado como traza su plano en aquel enroscado é indefinible rasgo que llaman *signo*, y lo es en efecto de sus torcidas intenciones; como siempre coloca sobre él la cruz, para que los buenos cristianos á su vista encomienden á Dios á quien allí se encuen-

tra, avisando al propio tiempo que en aquel punto dejó de existir. Todo esto te trae inquieto y aumenta tu curiosidad, siendo lo peor que llegas acostumbrado á encajarte sin rodeos ni antecelas, en las tiendas del sastre; del barbero, del mercader, y de otros muchos que sin duda has recorrido, en donde habrás visto lo que pasa sin qui'arte el sombrero ni aun desliar el embozo; pero ya conoce tu buen juicio la enorme diferencia entre esa clase de gentes que han de vivir á *puerta abierta*, y un Escribano que no la puede tener sino muy cerrada. Aguarda pues la ocasion de examinarle que en retardarla te sirve la fortuna.

Pienso yo además llevarte por de pronto á visitar uno, establecido no ha mucho en la corte, porque sea mas fácil la entrada. Ni sus multiplicadas ocupaciones le impiden aun recibir salvo á los que tienen hecha informacion de pobreza, ni ha perdido todavia los modales sencillos del pueblo en que actuaba.

Allí reina la candidez de costumbres y por lo mismo el Escribano ha de ser honrado y fiel, mal que te pese lector; si no quiere atraerse la abominacion general; puesto que en los lugares son conocidos hasta los actos mas reservados de la vida. Es ni mas ni menos que un hombre público; y respetando su posición como ellos, ha de cuidar mas bien de cultivar las voluntades que los intereses de los particulares. Así le verá constante en su empeño de hacerles felices aun á costa de su propia felicidad, no exigir contribuciones, esto es, nunca exigir que le contribuyan ni aun con sus *legítimos* derechos, á los ricotes y bien acondicionados; ni jamás perdonarlo á los pobres. Verdad es, que como amigos los primeros, no pueden negarse á ciertos adelantos ó empréstitos que la austeridad de tales principios le obliga á reclamar en repetidos apuros, y de cuya amortizacion nunca se trata. En sus salidas tampoco exige dietas algunas sino es las puramente precisas *por via de alimentos*.

De suponer es que tan excesiva delicadeza le tiene siempre en un pié de economía poco comun; y solo en fuerza de su aplicacion y buen manejo en el oficio, puede al poco tiempo procurarse con que ir pasando, y hacerse con una yegüecita torda que va manteniéndose lucida y bien enjaezada; y así es que desde entónces todo queda para la condenacion de costas, donde presentados en globo los derechos de los *elaborantes* no se echa tanto de ver el exceso en su cuenta parcial. Agradecidos en cambio los aldeanos, envíanle de cuando en cuando regalos de diversas especies, que en hombre tan de provecho pueden suplir sin esfuerzo la manutencion de amo y jaca por la mitad del año. Con esto y con dar fé de que los bienes de cada vecino valen sus diez por ciento cuando llega el reparto catastral, que los Propios han invertido todos sus fondos y muchos mas en el mantenimiento de presos pobres, y que el hijo del alcalde no se halla en casa cuando le buscan, pasa por el hombre mas recto mas íntegro y mas cabal de cuantos han conocido hasta su tiempo. Ni puede ser de otra manera, porque es además un cristiano viejo *temeroso de Dios y de su conciencia*, con sus ribetes de devoto, que nunca se ha presentado sin capa en la misa mayor, ni ha dejado secar la pila de agua bendita á la cabecera de su cama.

Por otra parte como persona de mucho prestigio, no teme la murmuracion de aquellos que nada tienen que perder, y se quejan á veces de hallarse en aquel estado, merced á un embargo que se prolongó mas de lo justo, y en el cual por consiguiente el escribano con los demas funcionarios cobraron á razon de 60 rs. diarios (con arreglo á arancel) mucho mas de lo que correspondia. Y no por falta de licitadores, sino por guardar los bienes al abastecedor de carnes, quien manifestó desde el principio que le convenian.

Su estrecha amistad con el señor cura, cirujano y boticario (los tres poderes le garantizan tambien con-

tra el pulmon de un hacendado mal avenido con que el escribano haya de vender el grano que comienza á llamar de sus ahorros, á un tercio menos que el de su cosecha; y dice que está falta su medida porque nunca se la requisa el Almotacen. Mas no repara que en buena economía, los productos toman su precio del gasto que ocasionan al especulador: y el bobo del notario no hace mas que expender buenamente lo que le va sobrando en las recolecciones de los otros. El solo sabe que de esta suerte convierte á dinero hasta el último desperdicio en su verdadera piedra filosofal, y no se cuida del daño que causa á los propietarios en cuyo número no se le considera para el pago de adeudos á la Hacienda.

Con estos elementos cuenta para ensanchar la esfera de su poder; y por si pudiese ocurrir que alguno se descompusiera, no olvida de vez en cuando ostentar su valimiento, dejándoles sin percibir sus honorarios *devengados*, en aquellas causas cuyos fondos no alcanzan para todos. Así es como lleva siempre la voz y decide con su voto los interminables altercados que entre ellos se levantan diariamente, cuando se reunen por las tardes á tomar el chocolate y jugar al *solo*. Allí se dilucidan los mas interesantes puntos de moral, botánica, medicina y legislación; se solventan las cuestiones mas delicadas de política y aun de derecho internacional; y en fin no hay dificultad de ningun género, que pudiendo caber en el escaso círculo de sus conocimientos esquivé el ser controvertida y allanada en aquella Academia: pero entiéndase sin excepcion sujeta al fallo superior del Escribano, quien no siempre se conforma con las máximas de la Biblia, con los sistemas de Linneo, ni con los aforismos de Hipócrates.

Sin embargo debemos confesar que no es por extremo exigente: con tal de que el cura apriete bien la mano á sus feligreses sobre los *juicios temerarios*, que el cirujano le dé exacta noticia de los lances á que asiste por si conviene mejor el otorgamiento de dote, ó la demanda de esponsales, y que el tercero y demas se adopten á sus consejos en las declaraciones periciales, elecciones de ayuntamiento y votaciones de diputados, su ambicion queda satisfecha por esta parte. En cambio pueden contar sin recelo con su proteccion para dictarles pedimentos, redactar acuerdos y asesorar en los casos dudosos: para esforzar el cobro de sus créditos reservándose la tercera parte por *décima y costas*.

De esta manera su posición se va cimentando, y consigue en pocos años reunir un caudalejo mayor ó menor segun su habilidad en utilizar las ocasiones; pero siempre en buena moneda *usual y corriente*, y libre de toda *carga gravámen ó mala voz*. Entónces ya sus pretensiones mudan de rumbo: se queja de la escasez de negocios; los pocos que hay son criminales, de mucho trabajo y compromiso, pero de ningun producto; por tanto es preciso tratar de ascender, y si posible fuera pasar á la corte.

Esto exactamente sucedió con nuestro protagonista quien desde luego tropezó en el inconveniente de estar mandadas suprimir las vacantes que resultaron; mas votando diputado al primogénito de un rico ganadero, reciente doctor en derecho y acérrimo de la oposicion; pudo al cabo conseguir entrometerse en el *Ilustre Colegio como Notario del Reino y del número de esta muy heróica villa*. Despidióse de sus simpatías, y aunque á su parecer fue muy sentida su ausencia, nadie sin embargo suplicó que la dilatara.

Hoy ya le tenemos en Madrid donde los crecidos gastos de habilitacion, traslacion y establecimiento le han detenido por de pronto en un piso tercero de la izquierda y en una de sus calles de segundo orden. Pero el despacho á pesar de esto se halla montado al estilo de corte: la antigua gaveta y estampa de S. José con su marco de cinta azul y su media caña de cabos

dorados han desaparecido de la estancia. En su lugar se han colocado el retrato de Isabel II y un espejo de terciá en cuadro que ocupan los dos frentes. Una docena de sillas de Vitoria, la mesa y tres rinconeras por haberse suprimido la del ángulo menos notable, completan el adorno de la habitacion. Hay ademas un sillón ambulante ó sea presidencial, monumento y recuerdo perpetuo de los conventos extinguidos. Aquel está destinado á la estatua animada de la fé que los cristianos conocemos despues de emancipados de la dominacion romana: y hé aqui por donde viene á apoyarse la fé humana sobre la fé divina, ó al menos sobre sus asientos, con mucha mas propiedad que por los singulares motivos que han alegado los Escribanos escritores.

Sobre todo, obsérvase desde un principio que ni los documentos, ni las diligencias, ni aun la correspondencia particular fueron ya de *su puño y letra*, sino que tiene un practicante, aprendiz ó escribiente como corresponde á su categoria, que *corre* con los negocios, salva la revision y direccion propias del superior.

En aquel *sacro scrinio* se encierra el buen muchacho desde las siete de la mañana, para trabajar despues de haberlo hecho durante toda la noche anterior, hasta las nueve poco mas ó menos, hora en que sale el dueño preguntando:

—Ola, Smplicio ¿se ha trabajado mucho?

—Así, así, señor D. Judas. ¿Ha pasado V. bien la noche?

Esta cariñosa interrogacion suele pasar desapercibida por el Sr. D. Judas, quien responde secamente.

—Me alegre: y ahora ¿estás parado?

—Si señor, para preguntar á V. á cuantos estamos del mes.

—¿De qué se trata?

—Extendia una notificacion al reo: la providencia tiene ya fecha del quince; hace diez dias.

—Bueno. Estamos á.... diez y seis. No importa, en esta causa no hay embargo: otra cosa.

—Esta minuta del auto de ayer sobre el inquilinato de aquel de los embozos verdes.

—Es preciso rasgarla. Pon ahí; «no ha lugar» la fecha de ayer mismo.

—Pero, señor; si dice lo contrario.

—Calla y escribe; «no ha lugar.» Esto se llevará á la firma pasado mañana: si; en tres dias, añade á media voz, ya vacila la memoria. Luego prosigue; ese caballereite ha preferido el dictámen del abogado al mio: pues bien, proceda ó no; yo le haré conocer que nunca me equivoco, que soy infalible.

Y tomando los expedientes D. Judas y colocándose así en el lugar de la Providencia, alarga ó cercena la vida de los séres subordinados, mientras el jóven Smplicio que es muy aplicado y celoso de su obligacion, anota en su cuaderno por abreviaturas los autos desconocidos, y con extension sin omitir una letra las doctrinas de su maestro. Antes alguna vez añade sus comentarios sobre los compromisos que pueden producir, ó los diferentes casos que pueden abrazar. Piensa revalidarse dentro de un año, y es necesario ir bien preparado en los rudimentos.

—¿Firma V. este definitivo de posesion á favor de D. Donato Sintasa?

—A ver, á ver, ¿pues que ya se acabó este pleito?... y hojeándolo atrás y adelante, continua: me alegre, es un buen amigo que nunca olvida las navidades y da que hacer, verdad es, añade dirigiendo una mirada significativa; que como apoderado nada posee suyo; pero en fin me ha hablado algunas veces de una escribania de plata, y todo ello es de agradecer... Ola, has hecho muy bien en no cerrar con la fecha.... Dos puntos... Ahora, «y se reserva....»

—Pero sino dice mas el auto! Aquí está su...

—Silencio.

— Es que podría V. creer que un descuido....

— No, ya sé que jamás te descuidas; ese es el mal. «Se reserva... al Prieto... su derecho, para que le ejercite en la *vía, modo y forma* que viere conveniente.» Vé tú Simplicio como este asunto ya concluido, puede darte aun sendas travallas. Yo siempre me acuerdo del necesitado.

Claro es que esta filantrópica lección, merece un lugar escogido y aun llamada en las apuntes de atento discípulo, quien no puede menos de admirar allí y propalar por todas partes la sagacidad, ciencia y compasivo celo de su principal.

Y no se limita á esto solo: entre los infelices encarcelados es donde halla ancho campo para desplegar su protección. No hay uno siquiera que por su consejo deje de hacer repetidas instancias solicitando la libertad; ninguno á quien no comprendan los indultos: ninguno en fin que no ensaye justas reclamaciones contra su juez; ¡es tan triste el cautiverio!.... Sin embargo su rectitud se ofendería, si después de pintarles la agradable idea de conseguir su intento y antes de que se arrojen á practicar los medios para ello, no les advirtiese que toda actuación á *solicitud de parte, devenga derechos*, y ha de extenderse en papel de 40 maravedises.

— ¿Y lo demás, Simplicio, está corriente?

— Si señor, y arreglado para marchar cuando V. quiera.

— Pues vamos, que ya es hora.

Diciendo y haciendo el Sr. D. Judas, toma el sombrero y se envuelve en su capa nueva, bien á despecho del satélite que murmura interiormente porque no le ofrece otra que le queda allí ociosa y sin destino. A falta de ella sube y estira el cuello de su levita, abrochando los botones del pecho que todavía lo permiten; cálese el sombrero y los guantes de estambre y colocando debajo del brazo izquierdo dos resmas de papel escrito, parte á carrera en seguimiento de su principal, que ya va doblando la esquina.

Bajo este sistema de *correr con los negocios* dirigen se el Escribano y su educando hacia el tribunal en que sirven, donde se representa una escena muy diferente si bien calcada por el mismo modelo. Siempre la celeridad en las acciones, siempre la austeridad en el semblante y la circunspección en las palabras; pero allí es preciso disfrazar mucho más las ideas. Y no se crea que por respeto: el juez es para nuestro Escribano como la aguja eléctrica, que si atrae sobre sí los rayos liberta del destrozo á quienes al lado se cobijan: como el arma de fuego, objeto de terror para quien la mira y de confianza para quien la tiene: es la linterna sorda con que se oculta deslumbrando las miradas de una curiosidad atrevida: la túnica ensangrentada que envía, cual otra Deyanira, para envenenar y desesperar á su salvo á los ingratos que le olvidan y no *pagán* sus beneficios. Así lo sabe bien y atento, sin descanso á su interés propio, se pliega y se violenta en su presencia para mas fácil y seguramente manejarle.

En efecto, él jamás se ve en compromiso; ¿quejarse un infeliz procesado de que no le cumplan promesas aseguradas? el juez es el engañador, el fementido: ¿se lamenta otro al ver como se pierde sin fruto la voz del sufrimiento? el juez es el injusto y cruel: ¿agravia la sentencia notoriamente á quien condena? el juez es el ignorante, el imbécil y el obstinado. Mas el infeliz actuario tiene la fatalidad de que siempre la esperanza se desvanezca después de una benévola indicación despreciada; el favor huya después de una sugestión mal entendida, y castigue el agravio después de un método recorrido sin constancia. Véase como el maligno vulgo murmura sin razonar, y como la funesta combinación de circunstancias casuales, tuerce contra la honradez los tiros que provoca la malicia.

De poco sirve que en multiplicadas ocasiones haga conocer al ganancioso que el auto favorable es totalmente debido á la influencia escribanil; en vano que haga mérito del resultado feliz (acaso contra su intención); en vano tambien que se descargue de las culpas con el pretexto de la obediencia: el mundo es necio; no sabe estimar tales razones, y en su concepto aunque la opinion de los jueces vacile, la reputación del escribano nunca mejora. Este es un daño y de grave trascendencia, porque tal vez obstruye el paso á un sincero arrepentimiento: así lo reconoce D. Judas á cada paso exclamando con la mas buena fé «¿de qué sirve ser justo? las gentes siempre han de pensar mal»....

En cambio, y persuadido como manifiesta estarlo de la inutilidad de sus esfuerzos para bienquistarse con la opinion pública, los dirige á la privada del tribunal, y procura asegurar su apoyo. Pensando va en la entrevista durante su tránsito veloz, y ni apenas le dejan tiempo sus cavilaciones para responder á los corteses saludos que se le dirigen, «voy sumamente ocupado.» Y de cierto lo está, combinando la salida de las correcciones que se ha permitido hacer, si por acaso fueren advertidas.

Preciso es confesar que no se pierden sin fruto estos derechos, pues en el juzgado pasa por hombre asiduo y diligente, lleno de probidad, de inteligencia y atento en demasia. A tal grado se extiende el prestigio que á las veces es consultado su dictámen; pero su modestia jamás le permite indicarle sino *salvo el mejor parecer* de su señoría.

Por fin, él llega antes que ningun otro; y dejando en el recibimiento á su pupilo, entreabre cuidadosamente la mampara de la audiencia, y pregunta si puede pasar.

— Adelante: responde una voz oculta con tono magistral.

— A las órdenes de V. (porque á puerta cerrada se excusa el tratamiento). ¿Está V. ocupado?, ó quiere V. que despachemos?

— ¿Hay mucho?

A esta expresiva interrogación sale D. Judas con la velocidad de una saeta, como que es necesario aprovechar las coyunturas; toma de Simplicio el fajo de papeles, y vuelve á entrar diciendo:

— Nada mas que esto.

— Ea, pues, vamos. ¿Aguarda alguno?

— No sé; pero dos compañeros bajaban detras de mí. Por supuesto que no hay tal; mas la precipitación interesa.

Con este eficaz aunque breve exordio empieza don Judas á dar cuenta alargando los procesos con la mano derecha y escamoteándolos con la izquierda; pero con una rapidez tan excesiva, que en la mayor parte de las rúbricas se corre el final del rasgo por no dar tiempo á levantar la pluma. A cada providencia acompaña vuelta del revés su borrador; aunque poco se arriesgaría en que fuera naturalmente colocado; hay sin embargo alguna que por si acaso no le lleva. Precede además á su presentación, la explicación sucinta del contenido.

— A instancia de D.^a Concepción Bienvenida, sobre estupro: confirmando traslado á la contraria: D. Saldado Berruga y D. Primo Miraflores; denegando la solicitud del segundo.

— ¿Quién es este?

D. Judas frunce las cejas: es justamente el que no quería recordar hasta pasado mañana; sin embargo ha de responder.

— Ese petimetre que se niega á pagar los alquileres (ó su curador por él) so pretexto de haber obrado en la casa. Forma artículo de incontestación por ser hijo de militar.

— Me parece, si mal no recuerdo, que mandé otra cosa.

—No señor; hablamos de ello : pero al fin se resolvió no haber lugar. ¿Estuvo V. anoche en el teatro?

—Sí... A ver, el borron de este auto.

—Aquí le tiene... calla... pues no parece... se habrá traspapelado... pero estoy bien seguro. Supongo que sabrá V. el cambio que se trata de hacer en el ministerio.

—Sí, lo he visto en los papeles. Pero hombre, estoy mirando que este auto...

—Señor, V. no se acuerda sin duda de la explicacion que dije haberme hecho el mismo interesado. Esto no es precisamente lo que parece; y por tanto corresponde aquí. Ah; me olvidaba decir... ¿Sabe usted que en aquella causa de los palos la Audiencia exige al Juzgado la responsabilidad?

A estas palabras el color del juez se altera; suelta la pluma en el tintero, y levanta del papel la vista para fijarla en su interlocutor.

—¿Qué me dice V.?... ¿Está V. loco?... Vamos, esto es cruel, insoportable.

—No quisiera equivocarme; pero... voy si V. quiere en un instante por el proceso.

—Bien, D. Judas, y vuelva V. pronto.

La chispa eléctrica no dá un resultado mas veloz: D. Judas por medio de un rápido giro y una corbata, se halla ya fuera de la habitacion: mas contramarchando luego con el mismo afan, vuelve á entrar fingiendo no acordarse que lleva el sombrero en la cabeza.

—Digo, que si V. firmara eso, lo podia notificar de paso porque me coje en camino: tiene ya doce dias de retraso, y como el superior está tan exigente... esto es, si á V. le parece.

—Si, si, tiene V. razon.

Parte D. Judas con el escabroso expediente, y el juez se queda diciendo allá en su interior: «no ten-



El Escribano.

go uno mas puntual ni mas celoso.» Pero la ausencia es corta, segun conviene á su acreditada presteza, el semblante risueño contra costumbre, y el aire satisfecho: ya queda el auto notificado; y en cuanto al compromiso fué en efecto una equivocación, una lectura precipitada; y se limita todo á un simple mandato bajo la mas estrecha responsabilidad de quien lo haya de ejecutar. Como quiera, su cuidadosa atencion le vale agradecimiento, y aumenta su preponde-

rancia para en adelante. Desvanecida la zozobra, continua el despacho hasta concluir.

—¿Tenemos hoy algo? pregunta la autoridad.

—La declaracion de esos testigos que se llamaron antes de ayer.

—Si han venido, que entren.

Aun no ha acabado de sonar la orden, y ya D. Judas ha derribado la silla y vertido la salvadera por salir cuanto antes: pregunta, grita, reconviene á todo

el mundo, y por último llega de nuevo con un aldeano que tiembla de pies á cabeza. Al entrar no se olvida la advertencia de «suelte V. el palo y que no se pase el tratamiento.» Todo esto aumenta la turbacion del sencillo jornalero que va por la vez primera á declarar *ante un juez*. En efecto, así lo cree en lo íntimo de su conciencia; así debe de ser, y así parece que se verifica recibíendole aquel funcionario el juramento que le acaba de aterrar, y dirigiéndole en seguida varias preguntas: no recuerda muy bien á que concierne, porque no puede ser en el cúmulo de negocios que le rodean; pero sabe si que las tiene escritas en las apuntaciones que D. Judas le acaba de poner delante. Por su parte el rústico ni entiende lo que le dicen, ni es capaz por entónces de ordenar sus ideas para responder: una sola le domina «que no se pase el tratamiento» y á ella reduce su atención. Entre tanto D. Judas que ya profetizó al reo la deposicion de aquel testigo *citado*, va escribiendo en una mesa inferior el extracto de lo que dice, para traducirlo despues afuera, y extenderlo á lo que quiso *decir*.

En efecto, terminadas así las restantes indagaciones, sale nuestro Escribano á la pieza inmediata con los deponentes; y en ella con mas sosiego transcribe á los autos sus dichos. Mientras lo hace, y por no perder tiempo se encaja otro en el gabinete de Themis con su *lio* de expedientes y su manojito de enredos, y borra de la imaginacion judicial hasta el último recuerdo de cuanto acaba de oír.

—¿Con que V. ha dicho, pregunta D. Judas en la antesala, que á la hora en que se cometió el delito, estaba en la taberna?

—Yo, señor, no puedo afirmarlo, serian sobre las cuatro.

—No sale la cuenta, á ver, Simplicio, aguarda. Quiere decir que segun la estacion estaba la tarde al caer ¿no es esto?

—Aun quedaba buen rato de dia.

—Corriente; pero en aquella hora se empiezan á desuncir las yuntas el dia de labor.

—Segun y conforme, señor, yo sí porque trabajo muy largo de casa.

—Perfectamente: escribe, Simplicio, escribe: «á la hora en que se acostumbra desuncir.»

—Señor, yo solo; y eso porque estoy lejos.

—Eh, hombre, esas son circunstancias accidentales: *nullius in momentis*, que decimos en el foro.

—Si será, señor, eso que V. dice.

—Abrevia, Simplicio, que el buen amigo tendrá que hacer. Y llevaba pantalon azul ¿es verdad?

—No puedo decirlo; si, repito que no se detuvo mas que un momento.

—Dale bola con la ambigüedad... Pero ¿no era dia de fiesta?

—Sí, señor.

—¿No usa pantalon azul en tales dias?

—Sí, señor.

—Pues claro está que le llevaria.

—Sí, señor, sí, le llevaria.

—Escribe, Simplicio; «con pantalon azul á su parecer» ¿es así?

—Ya se ve que es lo regular.

—Concluye, Simplicio: «y en ella leida que le fué, se afirmó y ratificó, etc.»

—Se me figura que no ha puesto aquello de que entró descolorido y...

—Vaya, vaya, eso es *impertinente á la gestion*.

El pobre jornalero que oye lo de *impertinente*, se apresura á tomar su vara para marchar, pidiendo mil perdones; mas todavia es detenido por D. Judas que jamás omite requisito alguno, cuando cumple á su propósito.

—¿Sabe V. escribir?

—Pongo mi nombre muy mal, llevándome la mano.

—No importa, aguarde V. en aquel rincon.

Así van pasando sucesivamente los demás, que á su vez son detenidos para presentarse de nuevo al tribunal. Leidas allí las rectificadas declaraciones, se les pregunta con tono severo, si en ellas se afirman bajo la religion del juramento prestado: y cada cual dejando á un lado en su conciencia lo impertinente, contesta que sí, y lo autoriza tranquilo con su nombre y rúbrica. Firma tambien el juez, dá fé el escribano, y queda ya la declaracion con todo el carácter que se prometió la ley en el rigor de sus formalidades.

Hecho así, y precediendo una silenciosa reverencia, se retira D. Judas hasta el dia siguiente en que vuelva á repetir igual funcion. Retiranse tambien los tres llamados, conversando satisfechos del duro trance que vienen de apurar, como pudiera hacerlo el victorioso Horacio con sus capitanes, despues del famoso combate que decidió la suerte de Roma. Ellos tambien acaban de decidir la del encausado que instantivamente les citó, bajo la ciega confianza en su Dios tutelar. Por último han salido del aprieto; pero convienen todos en que el actuario es por extremo delicado en las indagaciones, y no deja circunstancia por escudriñar resuelven de comun acuerdo no acudir á otro, si necesario les fuese, y envidian no tenerle en su pueblo.

Al salir D. Judas descubren respetuosamente sus cabezas, y fijan en él sus sorprendidos ojos, contemplándole de hito en hito mientras pueden descubrirle. Aquel por su parte les contesta con un ligero movimiento de cabeza y con la diligencia acostumbrada, corre á dar una vuelta por la escribania.

¡La escribania!... nombre fatídico y misterioso que mucho mas complicado que el enigma de Thebas, nadie acertó debidamente á descifrar. En aquel *estanco* de negocios, en aquel laberinto de las solicitudes, en aquel telar de providencias, almacén de justicia y sumidero de derechos, en aquella caverna de las inspiraciones, plantel de curiales y brocal del averno mismo, en aquel recinto oscuro y estrecho con sus murallas de legajos y sus parapetos de pergamino, se encierra nuestro Escribano á dar audiencia por pocos minutos.

Esta audiencia nada tiene de análogo con la impo-nente severidad de las que celebran los tribunales superiores, nada de comun con el frio sosiego de las ministeriales; en ella todo es actividad, movimiento y vida. Todos entran ó trabajan con el sombrero calado, preguntan sin saludar y la abandonan del mismo modo: nadie se mira y todos se observan; nada se investiga y todo se sabe. Al entrar D. Judas, no se nota la mas leve alteracion. En el banco de la izquierda prosiguen tranquilamente su diálogo los abonados á aquel asiento, litigantes de profesion que nunca dejan de pedir la formacion de *ramo separado* en sus pleitos, ni desperdician coyuntura de *incoar* otros de nuevo. Posible es que pierdan los bienes, la tranquilidad y aun el juicio, pero jamás que abandonen *su derecho*: este es el pasto de sus almas, el norte de sus deseos y la pauta de sus acciones. Para ellos cuanto pasa fuera de allí es indiferente, despreciable; y si de noche se reúnen en el café, es sin mezcla de cuerpo extraño que interrumpa su perpétua conversacion de los propios litigios, y á falta suya de los agenos. Con semejante abstraccion de las cosas del mundo, fácil es comprender que jamás se sujetaron al imperio de la moda, y así cómodamente se distinguen por sus largas levitas de manga rizada, y sus mugrientos sombreros de cubilete, salva tal cual excepcion de calzon de charretera ó pantalon de travilla, segun los tiempos que alcanzó cada uno. En aquel banco se encuentra constantemente D. Donato el administrador.

A su frente los procuradores con sus plumas de

genso anotan la entrada y salida de los negocios y la constante merma de los bolsillos: la turba de querellosos ambulantes que salen y entran, haciendo tiempo á la llegada del principal, llenan el escaso ámbito de la pieza ó tienda, y forman el resto del cuadro. Al través de aquel tropel, y no sin trabajo, logra introducirse D. Judas hasta su trípode de baqueta, y en el instante se le agrupan en torno aquellas mal aconsejadas criaturas. Diríase que despachaba billetes de teatros en día de beneficio. Quien repite las preguntas sin obtener respuesta, quien regaña; este suspira, el otro, dándose mas importancia, le dice no sé que al oído, lo cierto de ello es que produce una sonrisa: D. Judas imperturbable en medio de la confusión y estruendo que ocasiona aquella continua agitación, puede no obstante lo que se llama despachar.

Pero las grandes tormentas se desvanecen en breve; y así calmado el primer furor y desahogada la escribanía de la muchedumbre, queda espacio para atender á los de casa.

A este tiempo afortunadamente, acierta á llegar un día D. Primo Miraflores recogiendo su elegante capa verde, porque no la ensucie el polvo del pavimento.

—Mi curador me encarga que pase á informarme del estado de aquel asuntito sobre la casa.

—Justamente esta mañana se despachó.

—¿Y qué hay?

—Salió negado como yo presumía.

El lindo jóven patea y jura, sin observar que sus botas de charol se cubren de una densa nube; reniega del momento en que se vió precisado á habérselas con tales gentes, y protesta en fin que vá en seguida á consultar á su letrado.

—Hará V. muy bien; replica reposadamente don Judas; pero estos abogados de ayer, no siempre aciertan en sus dictámenes; les falta lo principal que es la práctica.

D. Primo que esperaba por única respuesta un guante de desafío, y desconoce por completo este modo de lidiar, decae instantáneamente de su furibundo ardor, cambia el concepto que tenia formado de su interlocutor, y le pregunta con interés que debe hacer y á quien puede acudir. La opinion de D. Judas es que se conforme con el proveído por no paralizar un negocio que le es favorable; y en cuanto al consultor, su delicadeza le impide dar consejo: pero cuida de añadir.—Ya se vé, no quieren Vds. hacer caso de lo que uno dice...

Entretanto su ojo observador no pierde un punto los del sencillito Miraflores que está muy próximo á arrojarse en sus brazos el éxito de aquel asunto: pero un lance imprevisto lo impide por entónces, interrumpiendo el diálogo. D. Judas se ha quitado respetuosamente el sombrero para saludar á una desconocida que á lentos pasos se adelanta, oculto el rostro entre los pliegues de su primoroso velo. Lo natural en cualquier persona cuya espalda da á la puerta, es volverse á conocer la causa de tal movimiento; y lo natural en un muchacho despues de vista la misteriosa dama, acercarse afablemente para rastrear por lo menos los grados de su hermosura: mas no bien lo hizo así don Primo, cuando la belleza soltó un ¡ay! penetrante de sorpresa, y sujetando con ambas manos el velo y dando un paso atrás, vino á reclinarse en el banco mas próximo. Acudió D. Judas al socorro; y aun cuando en la escribanía no hay agua, ni vinagre, ni otro expecifico alguno para ocurrir á semejantes casos, hállanse por ventura bien cerca tiendas de comestible, confiterías y hasta un café donde su galantería pueda desplegarse. Pero nada de esto llega á ser necesario, porque la hermosa incógnita se levanta de nuevo por su pié, cortada desde un principio la afeccion nerviosa con la rápida desaparicion del jóven.

—Sosiéguese V., Señora, y tome asiento si gus-

ta, le dice D. Donato recogiendo al mismo tiempo el faldon de su levita.

—Tantas gracias, caballero: no puedo detenerme, y voy á hacer una pregunta al Escribano si tiene V. la bondad de decirme quien lo es.

—Servidor de V.: responde D. Judas. Ladama sin embargo no rompe el silencio ni hace otra cosa que mirar en derredor.

—¿Es secreta? vuelve á instar el notario; entónces puede V. pasar adelante.

Adelante en una escribanía, no indica que haya una pieza destinada á las personas ó casos de distincion; sino solo que puede retirarse á alguno de sus ángulos harto cercanos, donde en voz baja y á manera de confesion, se explican las cosas reservadas.

—Usted no me conoce ¿es verdad?

—Únicamente para servirla.

—Gracias. Pues mi nombre excusará una relacion que me abochornaría demasiado. Yo me llamo Concepcion Bienvista, soltera; hija de un americano.....

—Señora mia; tanto bueno por aquí... tome V. una silla (y esto decia acercando la suya) vendrá V. á saber el estado de su querella.... ¡y es contra este muchacho!.... vaya vaya.....

—Nada de eso; para saber su estado mi agente bastaría. Vengo á consultar con V. qué podríamos hacer para obligarle al casamiento; porque segun tengo entendido, todo lo que por justicia puede conseguir es un castigo sino quiere aceptarle ó una dote; pero esta no me es necesaria, y aquel no me satisface. Mi honor está en descubierto; y ahora... Los sollozos no la permiten continuar; y alzando un poco el velo aplica á sus ojos un finísimo pañuelo de batista para ocultar sus lágrimas.

—¿Pero V. tiene pruebas ciertas?

—Tengo un niño ya crecidito que es el vivo retrato de su padre. No, no podrá negarlo.

—Pues entónces ¿cómo se resiste? Las familias tal vez.....

—No por cierto; ambos somos libres: el tiene un curador como V. sabrá, y yo un padre viudo que nada me niega, y le ofrece en dote todos sus bienes.

—La diferencia de clases.....

—Tampoco: pretextos frívolos.... celos.... es muy inconsecuente.

—¿Celos!... ¿y de quién?

—De un capitán de caballería con quien tuve sencillas relaciones ántes de conocerle.

Una ráfaga de luz alumbra á D. Judas que pregunta con sorna.

—Diga V.: y el niño ¿tiene hermanos?

—Si señor; otros dos mayorcitos.

—Calla, calla: el negocio va presentando dificultad.

—No tal; si todo el mundo es testigo: él mismo diferentes veces ha confesado..... en fin; yo no soy para estas cosas; y crea V. que no me empeñaría en obligarle, sino fuera... pero ahora mismo señor; acabo de perder una excelente proporcion por la publicidad que tiene esto; y... vamos, las perderé todas..... es preciso.

—Bueno, bueno: dese V. una vueltecita mañana y pensaremos el modo de arreglarlo. Digo, y sino yo pasaré por casa; como V. guste.

—Como V. disponga; aquí están las señas de mi habitacion.

—Hasta mañana pues; eh, Simplicio, acompaña á esta señora.

D. Sandalio Berruga el casero y D. Arcadio Prieto, acuden tambien como otros muchos á asesorarse en la escribanía; y cada cual escucha una opinion; sino siempre conforme á la suya, porque D. Judas es imparcial, al ménos consoladora: bien que ocasione *doble trabajo* á la curia solamente por servirle. Y no se sospeche que D. Judas trata de prolongar los expedien-

tes por miras siniestras; algunas veces y cuando las circunstancias lo exigen, aconseja de todas veras una transacción amistosa. No ha mucho que lo hizo así con dos tenaces litigantes del banco izquierdo que se veían ya en el caso de hacer información de pobreza: y no sólo les indicó por su propio interés que transigiesen, sino se brindó además á formalizar la escritura, que ya no podía ser muy costosa, haciéndoles observar que una persona tan bien iniciada en los antecedentes como él, podría combinarlo todo de manera que no hubiese lugar á nuevos disturbios.

Por fin la mañana concluye, la escribanía se cierra, Simplicio recoge la llave de la calle, y marchan á comer. Así han transcurrido los días, los meses y los años desde tiempo inmemorial, sin alteración ni aun en el local del despacho, se van sucediendo las personas como en un vínculo.

Sería demasiado prolijo el presentarle en todas las posiciones diversas á que su destino le conduce: en las subastas extendiendo proposiciones aparentes que no tienen otro objeto sino el hacer destilar gota á gota los fondos que cuidadosamente guarda y en vano economiza el verdadero postor: en los jurados, trastornando el sentido de las oraciones, desvirtuando la energía y aun la verdad de los períodos que le mandan copiar, con su eterno *acto continuo*, la *precitada frase*, y el *susodicho* defensor, y demas fórmulas de estilo: á la cabecera de los moribundos agonizándoles sin descanso con el *pio legado* y las *mandas forzosas* que ha de dejar en su testamento, para catequizar despues al heredero por ley, *vendiéndole* la fineza de haberle procurado lo que no le pudo raer: en los embargos judiciales, haciendo *la traba* en el cazo y *gorro* de dormir, con la ordinaria protesta de *ampliarte y mejorarle* hasta la cantidad suficiente, luego que el avisado deudor haya extraído de su casa todo lo que merezca algun precio: y en fin en todas partes representando el primer papel, y dominando las voluntades de los demas con su incontrastable *doyle*; sin que á nadie le haya ocurrido nunca hacerle la natural observación de que á la primera vez que *la dió* se quedó para siempre sin ella.

Su mesa, sin ser opipara, pasa por una de las mejor servidas en la clase media á que pertenece. En efecto se dá buen trato en esta parte, y mas desdice sí acaso por su vestido y traza que por sus privaciones en la gula. Por la tarde acostumbra dar un paseito acompañado de Simplicio ó de algun otro amigo, pero siempre en paraje solitario y distante. El Prado para él carece de atractivos; y en verdad ¿que va á hacer en el Prado? Su traje no es á propósito para llamar la atención, ni la suya se fija mucho en los agenos: la elegante pesadez con que allí se pasea, no está en armonía con su carácter: la fatuidad que todo ello respira, no se aviene con la gravedad de su ministerio: solo un incentivo podría atraerle; el encanto de la hermosura: pero un Escribano enamorado seria la excepcion mas sorprendente que se pudiera idear. En esta materia como en todas, la fria razon preside á sus cálculos, y el hábito constante de apagar sus impresiones, acaba por extinguirlas. Nada hay pues en el Prado que convida á D. Judas, si no es que vaya alguna noche en el estio, á respirar la frescura de los árboles y tomar un esponjado con su cuartillo de agua bien medido en los puestos que le adornan.

Las primeras horas de la noche se consumen en algun café que no sen de *tono*, y el resto de ella en arreglar trabajo para el dia siguiente. En general la vida de corte le ofrece poca distracción, y le parece insípida en sus diversiones y repugnante en sus planes: á nada aspira satisfecho con su estado, y á nada se aficiona en la aridez de sus costumbres.

Hasta la devoción, como resorte infútil en la capital, se ha ido disminuyendo gradualmente; y ya la reduce

á oír misa los días de precepto cuando sus quehaceres se lo permiten. Pero en cambio no desecha el inscribir su nombre en cuantas sociedades filantrópicas se hallan establecidas. Este sistema le proporciona relaciones y prestigio, que han sido siempre los grandes objetos de su desvelo; y para alcanzarlos no desdén el figurar como modesto contribuyente á S. Bernardino de una peseta mensual.

La última vez que le vi fue en aquel asilo de beneficencia, recorriendo sus galerías y enterándose de su régimen interior. Me dijo que se habia casado con la hija de un americano viudo, compadecido de sus desgracias; porque él no se cuidaba de las preocupaciones del vulgo. Pedile las señas de su habitación, y me dió las del cuarto mismo en que vivía, pero con el agregado de casa propia. Ya mi natural curiosidad iba á sondear la explicación de tantas novedades, cuando un extrepitoso ruido de voces llamó nuestra atención hácia el patio de entrada; y dirigiéndonos á él acertamos á distinguir hasta cuatro dependientes del establecimiento que altercaban con calor. Era el uno jóven, de gallarda presencia, y sus modales desembarazados descubrian una esmerada educación: los otros tres de edad media, le sostenian la disputa.

— Repito, decia el jóven cuando á cierta distancia llegamos á oírle, que si vuelven ustedes á usar la palabra de infamia, les he de arrancar la lengua que la pronuncie.

Confieso que me interesó su gentileza, y acercándome á donde estaban quise indagar el origen de aquel acceso de cólera. Mas ¿cual fue mi sorpresa al reconocer entre ellos á D. Donato Sintasa? Híeme el desentendido por no aumentar su confusión; y el mas anciano me respondió.

— Yo lo diré brevemente. Hace poco que estamos en esta casa nos encontramos hoy por la primera vez. Yo me llamo Arcadio Prieto: nada tenia que ver con el señor; pero sobre un asunto de una novia, me buscó para fiador suyo proponiéndome ventajas en el negocio. Ventajas han sido, que yo he tenido que pagar una pingüe dote (por cierto que se la ha llevado el mismo que medió entre nosotros), y entre ella, y un pleito que sostuve con este otro de mi derecha; me han arruinado hasta ponerme en el punto que V. me ve.

— La tenacidad de V., repuso vivamente el aludido, me ha costado mi fortuna y acabará con mi vida; pero voto á tal que no lo he de pagar solo.

— Harlo mas motivo tengo yo, exclamó el tercero, que he perdido mi casa por reclamar sus alquileres.

— Yo los negaba con justicia, interrumpió el jóven, al ménos así me lo decia el Escribano.

No es posible describir el tropel de gritos, la multitud de imprecaciones que se levantaron al oír este nombre, asaltábase los unos á los otros, y pugnaban por sobrepujar en energía. Todo eran voces, confusión y desconcierto: el nombre de D. Judas andaba en sus bocas como la pelota en manos de jugadores; si mal parada le enviaba el uno, peor trecho le devolvian los demas; hasta que por fortuna llegó el director y restableció el órden tan deseado de mi pobre cabeza que ya no podia soportar el ruido, sacándome al propio tiempo de la embarazosa posición que me procuré yo mismo. Quise buscar á mi compañero, mas habia desaparecido, corrí á encontrarle y al fin le alcancé junto á la puerta de Madrid, cuando mohino y taciturno se dirigia hácia ella para ganar su casa por el camino mas breve, y dándole unos golpecitos en el hombro, le dije:

— Que tal, amigo mio, la trompa de la fama lleva el nombre de V. hasta los lugares mas recónditos y olvidados de la tierra.

— Que quiere V.; me dijo alargando el paso; ese es el modo de agradecer el bien que les dispenso. Yo no tengo culpa en sus cuitas: *el brazo de la justicia á*

todos les hace iguales. Y esto añadió frotándose por rara coincidencia un poco de yeso en la manga de su levita. Su accion y su respuesta trajeron, sin querer, á mis lábios aquella tan sabida y discreta redondilla.

El Señor Don Juan de Robres, etc.

BONIFACIO GOMEZ.

EL SACRISTAN.

Dice la fábula, que Proteo era un buen Sr., hijo natural y legítimo de D. Océano y de la Sra. Tetis, el cual tenia el privilegio, atributo ó cosa tal, de mudar de formas segun se le antojaba. Yo digo que el buen Proteo era un niño de teta en eso de cambiar de formas y mudar de oficios, respecto del Sacristan español. A la verdad, de Proteo no se sabe á punto fijo que se trasformase en otra cosa que en arroyo y en culebron, aunque autores muy graves afirman que tambien sabia hacer el oso, al paso que el Sacristan español se transforma todos los dias de mil modos, y se nos presenta, segun es la urgencia, bajo las formas de organista, maestro de niños, fiel de fechos, *almotacen* ó vendedor de pesos y medidas, muñidor de cofradías, estanquero, memorialista práctico y mayordomo del duque, en los pueblos de señorio. Hay ademas otras mil y mil circunstancias aun mas eventuales, que varian este tipo hasta lo infinito, viniendo de este modo el Sacristan á ser una especie de *omnibus*, como si dijéramos, el *hombre universal* de su pueblo.

Reuniendo, pues, del mejor modo posible tan diferentes atribuciones y tan inconexos oficios, podremos considerar al Sacristan bajo tres aspectos; á saber: sagrado, artístico-literario, y administrativo. Si á fuer de rancios peripatéticos quisiéramos dividir y subdividir, pudiéramos formar otras muchas fracciones, segun son las diferentes formas bajo las cuales se tergiversa y se nos escurre de las manos este moderno *proteo español*.

I.

La iglesia de Dios, decian los antiguos, va siempre por delante. No seré yo por cierto quien se aparte de esta antigua fórmula y por ende pláceme considerar al Sacristan bajo su aspecto sagrado y semi-elesiástico. Bien mirado este asunto, el Sacristan es el eslabon ó punto de contacto que une el estado eclesiástico al seglar, y lo sagrado con lo profano; así como el orangoutan es el intermedio del cuadrúpedo al *bipede desplumado*, vera-efigies de un español, como si dijéramos el gallo de Morón sin plumas y cacareando.

En otros tiempos el Sacristan era un compuesto de hombre y de sotana con mangas, y como tal un papel obligado en sainetes y tonadillas. No ha muchos años que á nuestro deseado monarca se le caía la baba al ver los sainetes *del santo y del soldado escorista*, y el público se repartía á pescozones los billetes de teatro, para tener por centésima vez el gusto de oír aquellas manoseadas coplas en boca de un sacristan.

De profundis clamavi son mis intentos
y de *requiem aeternam* mis pensamientos.

Pero no es enteramente cierto que el Sacristan gaste siempre sotana. En muchas partes se contenta con el sobrepelliz ó *roquete en pelo*, si es que la chaqueta lo tiene, pues por lo que hace á la sotana por sabido se calla, que siempre es calva. En tal caso el Sacristan sin sotana tiene una magnífica ocasion de lucir sus pantalones y hasta los puntos corridos de las medias, si es que la renta alcanza para comprar esta prenda de su equipo, ó no ha tenido la precaucion de darse tinta en los parages *iluminados*.

Tampoco el bonete es prenda de absoluta necesidad para el Sacristan, pero cuando se decide á llevarle es de una forma tan ambigua y con los picos tan aplastados que parece gorro griego ó casquete de ajusticiado. Lo mas comun es que no gaste bonete, y de este modo se ahorra la molestia de quitárselo en la iglesia á cada paso, para hacer á los santos los saludos de ordenanza. Bien es verdad, que en esta parte el respeto del Sacristan por las cosas de iglesia es proverbial. Acostumbrado á sacudir el polvo de los retablos, encaramarse sobre los altares para colocar las velas y *vestir imágenes*, (privilegio exclusivo de sacristanes y solteronas) llega á familiarizarse con los objetos del culto, hasta el punto de identificarse con ellos y hacer vida comun. Su chaqueta está forrada de tónicas de santos y mantos de virgen, algo mas suaves por cierto, que los carteles de teatro, con que forraba sus ropas el có-



El Sacristan.

mico Melchor Zapata. A veces tambien remienda sus camisas con lo que sobró del alba nueva, pero en cambio no tendrá inconveniente en un caso de apuro, de remendar un alba casi nueva con un pedazo de su camisa vieja y todo queda compensado. Esto proviene de una especie de contrato de los que llaman los juristas *inominados*, porque si bien los santos prestan al Sacristan sus tónicas (como prestó Apolo la suya de pedrería al emperador Calígula), en cambio el Sacristan presta á los santos servicios de policía y seguridad, y si es necesario les da animacion y vida, aun cuando para ello haya de reproducir los oráculos de Serápis, ó escenas de *Cabeza Encantada*.

Todo esto contribuye á estrechar mas y mas su familiaridad, de modo que al salir de la sacristia con el gorro calado hasta las orejas, las mangas del sobrepepliz echadas hácia atrás, como las alas de un genio, ó la cola de un cometa, y llevando en una mano el apagador y en la otra el hisopo y la caldereta, emblemas de su dignidad, ni dobla la rodilla al pasar frente al sagrario, ni inclina la cabeza ante el crucifijo mas devoto.

Otro de los puntos de vista mas curiosos que ofrece el Sacristan son su canto y sus gorgoritos; así como por el sistema económico, que usa con la lámpara se le llama *chupalámparas*, y por su comercio de cera *rascacirios*, así tambien por sus gorgoros el Sacristan es llamado por antonomasia *gori-gori*. A la verdad es cosa de alabar á Dios oírle como estropea la lengua de Horacio y del misal romano. Unas veces acuchilla la prosodia, y al entonar el introito, que dice *cógito videre*, dice con mucha gracia *cójito*, á riesgo de tener un lance pesado con algun cojo espadachin: otras veces junta las palabras y donde dice *lava, ríga*, entona todo junto la barriga, exandalizando á toda la iglesia y asustando á las recién casadas. Si fuéramos á referir todos los *quid-pro-quos* de este género y todas las heregias que por este mismo estilo se le escapan diariamente á un Sacristan sería cosa de no acabar.

Pero aun es mas original el modo que tiene de cantar el Gregoriano.

Id sino á misa mayor, principalmente en aquellos pueblos donde componen la gente de iglesia el cura y el Sacristan. Este no abandona la sacristia hasta que el señor cura se halla revestido, y entónces sale frótándose las manos rápidamente y repartiendo cabezadas y cortesías al alcalde y á la alcaldesa, al mayordomo de fábrica y á la *mayordomesa*. Si el cura es vivo de genio entona el *asperges* antes que el Sacristan se haya encaramado al coro, pero este sin detenerse responde desde la escalera el *dómine quisopo*, y si esta es interior, viene á causar sobre poco mas ó menos el efecto que un coro subterráneo en una ópera sería.

Sigue el Sacristan impávido en su canto, suceda lo que quiera, pues todo se reduce á ingerir por via de recitado y sin perder compas algunas advertencias redactadas en pequeñas cláusulas expresadas con una rapidez y volubilidad que le son peculiares. Si al monago, por ejemplo, se le cae una ascua del incensario, el Sacristan sin interrumpir el *Gloria in excelsis*, se lo advierte á voces desde el coro en esta forma:

- ¡ Recoge esa ascua, bárbaro !...
Lau... damus te.
- ¡ Maldito, que se quemá la alfombra !
Bene... dici... mus-te.
- ¡ Yo te aseguro que en bajando !...
Gracias agimus tibi.

Llega por fin el momento de la epístola, que pertenece al Sacristan, de rigor, cuando la misa no es de *tres en ringla*. Aquel momento es delicioso para el Sacristan: deja el órgano, se asoma á la barandilla del coro, y lanza una mirada excrutadora sobre todo el concurso, que tiene á sus piés. A veces la mirada excrutadora de que vamos hablando contiene revelaciones interesantes para el Sacristan, que por supuesto está al corriente de toda la chismografía de la parroquia: á veces tambien estas revelaciones no suelen ser muy satisfactorias. Al hojear, v. g., la epístola de una virgen y mártir, observa que el alguacil está haciendo muecas con mucha devoción á la vizca su vecina, la cual tiene empeñada al Sacristan la cuarto parte, nada mas, de una palabra de casamiento. Al mismo tiempo la presunta novia mira hácia el altar, pero el Sacristan que conoce muy bien las miradas de las bizcondesas, se penetra al punto de que no es al altar lo que realmente mira, sino mas bien la esquina del ban-

co de la justicia. Abrasado de celos ni aun encuentra la epístola, pero como sabe su principio entona con voz temblorosa y campanuda el consabido *mulierem fortem quis inveniet?* y sigue repitiendo lo mismo entre dientes y en tono epistólico. En esto el alguacil tose la bizca responde con un estornudo violento, el cura dice por lo bajo *Dominus vobiscum*, Dios os tenga de su mano, (traducción libre) y el Sacristan no pudiendo ya sufrir mas, cierra el libro de un golpetazo y concluye en el mismo tono con voz sepulcral, ¡ *ego mulierem fortem non invenio!*

Este canto del Sacristan nos conduce por la mano á juzgarle bajo su aspecto artistico, si es que ya no estamos en él, prescindiendo de otras cosas, que tocan y atañen al Sacristan, para considerar mejor las cosas que el Sacristan toca y atañe.

II.

De músicos, poetas, pintores y locos, dice el refran, que todos tenemos un poco: si esto es cierto todos tenemos algo de artistas. Para mí este refran es una verdad como un templo, aun prescindiendo del dictamen de los que llaman á los refranes *evangelios chicos*. ¿ Quién hay que no sepa echar una bomba, (no de las que aplastan) disfrazada en décima, ó redondilla al fin de un convite de boda ó cumpleaños? ¿ quién será el que no sepa pintar un soldado de carbon, en la pared de un cuerpo de guardia, ó las narices del profesor en el encerrado del aula? ¿ pues aquí de los pintores! De música no se habla: en cogiendo una guitarra, á poco que Dios asista, cada hijo de vecino es un trovador.

Pero por lo que hace al Sacristan es indudable que tiene los tres elementos de la locura (con perdon sea dicho) algo mas desarrollados que el resto de los profanos, es decir, que los no iniciados en los misterios artisticos. Por de contado es músico (de eso cabalmente estamos hablando) y no como quiera sino vocal é instrumental: digo mas, que la música es su fuerte. Tiene varios de compositor y maestro de capilla, arregla *ave-marias* y *gloria-patris* á duo y á coro para el rosario, dirige sus ensayos y preside á su ejecución. Para ello tiene á sus órdenes dos chicos de la escuela, á quienes gratifica con algunas cortaduras de hostia, y para los bajos engancha dos ó tres ecos. Designase con este nombre á los aficionados al canto llano, que en algunos pueblos acompañan al Sacristan en la salmodia, haciendo de capiscolos ó sochantres. Pero como por lo comun aquellos becerros no saben leer de corrido, ni menos en latin, se contentan con repetir la última sílaba; de modo que cuando el Sacristan al principio del Credo arroja con todo el vigor de su pulmon el *patrem omnipotentem*, ellos zumban por lo bajo *tente*. De este modo vienen á ser unos verdaderos *orechiantes*.

El Sacristan es ademas músico de viento, porque el órgano, ya ve V... y tambien de cuerda, porque las campanas se tocan con ella.

El modo de tocar el órgano es original en muchos de los sacristanes: algunos de ellos no parece sino que aprendieron por ciencia infusa, sin necesidad de maestro, segun es la melodia de su incomprendible contrapunto. En tales iglesias no debe haber ratones, pues huirán de tan extrepitosa armonia. Por lo que hace al órgano suele reducirse su mecanismo á un armatoste de pino sin pintar, con unos embudos á manera de trompetas (5 trompetas á manera de embudos) cuyos bajos semejan á los de la guitarra del P. Isla, suenan *piton*, *piton*, y los agudos *cuerni-cuerni gay*. El Sacristan suele echar al órgano la culpa y este en cambio parece que se venga del artista despidiendo unos gemidos acatarrados, que dan idea de lo que pudo ser el concierto de los gatos que enseñaba el italiano. Para evitar esto el Sacristan suelta con frecuen-

cia toda la lengüetería, que no solamente llena sino que repleta el ámbito de la iglesia, verificándose aquel latín macarrónico: *quod déficit in scientia supletur in trompeltis*.

Por desgracia el patriotismo ha metido las narices hasta en las sacristías, lo cual hace temer que el tipo sacristanesco vaya bastardeándose. En algunas partes el cura, que está diciendo misa en ayunas, por razones de disciplina y de alta economía, tiene al ofertorio el gusto de ser obsequiado por su Sacristan, con un *pot-purri* de patrióticas al órgano, y el *trágala* por añadidura. De modo que el pobre cura que apenas tiene, no digo para tragar, sino simplemente para comer, se ve precisado á escuchar aquel sonsonete, tan agradable para él, como los chirridos de una lima que adelgaza los dientes de la sierra.

Restáanos considerar al Sacristan como músico de cuerda. ¿Pues qué no hay sino tocar las campanas de cualquier modo, á guisa de somaten? Nada de eso: el Sacristan se muestra en esta parte rígido observador del método tradicional, que siendo monago aprendió de su predecesor. Con mas facilidad abdicará quizá el órgano, que las campanas en manos inexpertas. Una imprevision de esta clase puede comprometer la tranquilidad de un pueblo, haciendo correr para apagar el fuego en lugar de venir para acompañar el viático.

Aun cuando el Sacristan español no sea un *Quasimodo*, en eso de tocar las campanas; ni la gravedad del país le permita improvisar contradanzas ni rigodones en las altas regiones de la iglesia, (literalmente el campanario) como hacen los campaneros de Bélgica y otros países, siempre necesita tener alguna práctica para atemperarse á las circunstancias. Esta diferencia se echa de ver principalmente entre el funeral aristocrático y el entierro de *gori-gori*. En el primer caso, el muerto tiene el gusto (á pesar de lo serio que suele estar) de ser obsequiado con un clamor magestuoso y pausado, que entre una campanada y otra da tiempo para mojar la palabra: pero en el segundo apenas logra el difunto una especie de *tin-tán, tin-tán*, presuroso como un alegre y semejante al fuego de guerrilla de una mitad de cazadores. ¡Niaun los muertos logran igualdad ante el Sacristan!

En las grandes festividades permite subir á la torre á todos los chicos del barrio para que diviertan á la vecindad echando las campanas á vuelo. Este no tiene mas inconveniente sino que á veces los improvisados campaneros suelen remedar el final del *vuelo de Icaro*, yendo á parar ya que no al Archipiélago cuando menos al tejado de la casa de enfrente.

Pero el Sacristan no es solamente artista por lo que hace á la música, sino que lo es tambien por lo que tiene de pintor. El es quien pinta el rodapié de la iglesia con cal y carbon de sarmiento molido, y si algun niño Jesus está bajito de color le da en los carrillos un poco de minio ú bermellon. Retoca los bigotes á los judíos del monumento, restaura los cuadros de la iglesia poniéndoles por detras parchazos de papel con engrudo, y con figurín ó sin él, será capaz de vestir á las tres Marias de beatas y al Cirineo con zargüelles de papel.

III.

Con las bellas artes van intimamente enlazadas las bellas letras, de lo cual podríamos alegar muchas pruebas, sino bastara el susodicho refran, que pone á los poetas entre los músicos y pintores, y un poco antes de llegar á la casa de locos. Aun con todo algunos llamaron á la poesía *divina locura* y puede que sea cierto, segun que muchos poetas ven visiones.

En vista de esto no parecia regular que la divina Providencia dejase al Sacristan desprovisto de tan interesante ramo de conocimientos. Así es que el Sacristan por lo comun es poeta y no como quiera sino

improvisador. Obligado á intervenir en compañía del cura en casi todos los actos mas solemnes de la vida, haria seguramente en ellos un papel harto triste, si careciese de tan brillante requisito. En tales ocasiones, principalmente en comidas y refrescos (de lo tinto) con motivo de bodas y bateos, es cuando el Sacristan despliega de lleno su talento y se deja llevar de su astro poético. Háganle enhorabuena los convidados blanco de su buen humor y de sus pullas, díganle, si se quiere, que ha estado purgándose por espacio de siete dias para prepararse al banquete nupcial, él sigue impávido en su destroz hasta poner su plato como boquete de cueva de zorra. A un mismo tiempo encuentra palabras para responder á todos, y bocados para ocupar su dentadura, y de este modo las palabras tropiezan con los bocados y los bocados unos con otros. Si esta no es prueba de ser poeta venga Dios y véalo. Pero cual si este furor gastronómico no bastara para manifestar que arde en su pecho *el divino fuego de los vates*, él mismo se encarga de sacarnos de esta duda aceptando poéticamente los brindis que se le dirigen.

Bomba, bomba repite el numeroso concurso, y cuatro décimas vomita con pié forzado el bacanal furioso

Porque cada bomba le vale un *trinquis*, y el Sacristan á fuerza de improvisar, hace que estos se sucedan unos á otros con intervalo de cinco minutos.

La materia de gozos y villancicos es propia y peculiar del Sacristan y en ellos se ve campear la poesía en todo su vigor natural, sin reglas ni trabas como debió ser allá en tiempo del romántico Tersites. No, sino andaros con escrúpulos de monja y repulgos de empanada. Por la muestra se conoce el paño: salga pues, á lucirlo aquí el Sacristan de *Garganta-la olla* con los gozos del santo de su parroquia.

Glorioso S. Martin,
catecúmeno soberano,
todos las gracias te damos
por tan grandes beneficios.

Las aguas parece cesan
á tu amparo paternal.

Estríbillo. *Porque fuisteis concebida
sin pecado original.*

En los pueblos donde el Sacristan reúne á los demas cargos el de maestro de escuela (sigue el aspecto literario) su ocupacion es mucho mas complicada. Ya que tiene que asistir á la misa mayor, por no abandonar la escuela entretanto, se encamina á la iglesia con los chicos, que llevan delante una cruz con el Cristo de los doctrinos, y van entonando saetillas ó la prosa rimada del P. Ripalda. Luego que entran en la iglesia tiene buen cuidado de ponerlos en el sitio acostumbrado y á distancias regulares para que no se empujen y caigan unos sobre otros como soldados de plomo.

Pero esto mas bien que al Sacristan pertenece ya al maestro de primeras letras.

IV.

Los empleos del Sacristan referidos hasta el presente tienen alguna relacion entre sí, ¿pero qué tiene que ver nuestro Proteo con la administracion pública? ¿Cuál es el punto de contacto entre la sacristía y la oficina?

Y con todo es indudable que el Sacristan es en el día una de las personas influyentes en la administracion. En los pueblos pequeños donde carecen de escribano, el Sacristan es el representante de la fé pú-

blica y desempeña el cargo de fiel de fechos. Como tal autoriza los actos de justicia, es corresponsal obligado de las autoridades de la provincia, suscriptor involuntario del Boletín oficial, á expensas del pueblo, y refrendario de pasaportes. Bien que en este último comparte el destino con el mozo de paja y cebada del meson, á no ser que el viajero le ohrre la molestia al uno y al otro refrendándose el mismo.

Este empleo de fiel de fechos tiene sus ventajas y tambien sus perances, y es muy probable que preponderen estos últimos. Llega, por ejemplo, un cabo de escuadra destacado á un pueblo con cuatro soldados, para que convierta la torre de la iglesia en atalaya, ciudadela ó cosa que lo valga. Se le antoja al cabo, en virtud de sus imprescriptibles derechos, tener noticias exactas acerca de los latro-facciosos que recorren el país: en tal caso dirige una circular á los pueblos de las inmediaciones mandando que le den cada cuarto de hora parte de lo que ocurra, pues de lo contrario fusilará al alcalde y al escribano, por la *esparada*, y al cura por respeto á su dignidad se contentará con suspenderlo por el pezcuezo del badajo de la campana. En este caso el fiel de fechos tiene el honor, el placer y la satisfaccion de ser fusilado en lugar del escribano. Esto es perance, al menos por tal le tengo.

Otras veces al dar cuentas omite poner como documento justificativo el recibo de suscripcion al Boletín, y á vuelta de correo la Diputacion provincial, rigida observadora de la ley, le devuelve las cuentas con multa y apercibimiento. Tambien esto es perance.

Pero en cambio de este y otros muchos, que seria prolijo enumerar, tiene tambien la ventaja de poder ejercitar con mas frecuencia su mision de memorialista práctico. A la verdad, todos los cargos de maestro de escuela, fiel de fechos, administrador del duque, idem de la fábrica de la iglesia, estanco y estafeta, pueden muy bien ser desempeñados por personas que no sean el Sacristan, pero por lo que hace al empleo de memorialista, dificilmente se podrá desempeñar por otra persona mas á propósito que por el Sacristan mismo. Es el caso que el memorialista es una especie de confesor lego, y él mismo no deja de advertirlo así á los que vienen á valerse de su auxilio, si andan algo rehacios en declarar la culpa.— Mi pecho, les dice, es un pozo sin suelo, donde V. arroja su secreto, un cofre con siete candados (alusion al libro del *Apocalipsis*) de los cuales V. solo tiene la llave: haga V. cuenta que se está confesando.— Ahora bien, el Sacristan es, como digimos al principio, un medio entre lo sagrado y lo profano, entre sacerdote y lego, y por consiguiente el mas á propósito para este cargo semi-confesional.

Los que tienen bastante práctica en los asuntos de vicaría y poseen un tacto delicado en materia de memoriales, olfatean á la legua los que son de sacristan. Uno de sus distintivos peculiares ó señales características es el mezclar palabras de la misa, textos de escritura y latinajos, vengan ó no á pelo, como tambien el ser muy breves en el fondo del memorial y acumular en la súplica á fuerza de gerundios todas las razones que antes omitieran. La conjuncion *empero* al principio de los párrafos es muy usada de los sacristanes.

El memorial mas raro que haya salido de manos de Sacristan, es el redactado por el célebre de *Apatueca*, del cual dicen los libros viejos entre otras hudezas, que tocaba á las oraciones con tanta pausa que tenia á los fieles por espacio de un cuarto de hora *descape-ruzados*. Este tal presentó á un obispo cuando vino de visita al pueblo un memorial á nombre de dos viejas samaritanas que habian dado su carne al diablo, y guardaban para Dios el hueso: el cura anterior por mantenerlas en su buen propósito les habia señalado una pequeña pension, pero el sucesor se negó á con-

tinuar aquel dispendio. En vista de esto el Sacristan les redactó el memorial en estos términos.

Illmo. Sr.

El cura anterior era un *agnus Dei*,
pero este otro es un *qui tollis*,
y pues no valemos para *peccata mundi*
miserere nobis.

V.

Réstanos solamente considerar al Sacristan como particular ó padre de familia, aunque bajo este aspecto no es mas que un ciudadano como otro cualquiera. Pero como el carácter y la ocupacion rara vez dejan de influir hasta en las acciones mas indiferentes de la vida, de ahí es que el Sacristan en muchas de las escenas de su vida privada descubre su carácter, ó hablando en lenguaje figurado, enseña por debajo de la capa su raída sotana. Así es que en su conversacion con frecuencia interpola alguna frase del misal romano. Si la mujer es despilfarradora la reprende con las palabras de la colecta *conservar el dineri* (*conservare digneris*) y si los chichos asaltan los perales de su huertecillo les acusa de pecado mortal, porque dice el himno de visperas, *quiten peras raras veces* (*qui temperas rerum vices*).

Por una razon contraria en los actos religiosos le acusa el prurito de injerir sus cláusulas legas. Si reza, por ejemplo, el rosario en ocasion en que su hijo aun no ha regresado á casa desde que salió á dar el toque de ánimas y perdidos, se interrumpe á cada ave-maria para hacer alguna reflexion sobre esta ausencia.— ¡Paca!... bendita tu eres, ¿donde estará ese demonio de chico?... entre todas las mujeres, etc. Otras veces pregunta por la cena á tiempo que la mujer rezando el padre-nuestro dice con todas las veras de su corazon, perdónanos, Señor, nuestras deudas... Porque es de notar que el Sacristan padece bastante de achaque de deudas, lo cual ha dado lugar al refran, que dice:

Los bienes del Sacristan
cantando se vienen, y cantando se van.

Por lo comun todos los oficios y transformaciones de nuestro Proteo español, apenas le dan lo suficiente para sostener una familia mas numerosa, si cabe que la del rey Priamo.

Pero ya es tiempo que dejemos descansar al Sacristan, y formar los mas sinceros votos, porque tarde muchos y largos años en tener que hacer con nosotros, y obsequiarnos con su melodioso *gori-gori*, que Dios dilate y los médicos no aceleren.

¡Amen! que es palabra de Sacristan.

VICENTE DE LA PUENTE.

LA SANTURRONA.

Si alguno de esos escritores graves á medias y filósofos de los piés á la cabeza, estuviese encargado de bosquejar este tipo, empezaria diciendo: que la educacion era la madre de las costumbres y no se olvidaria de añadir que las inclinaciones eran nietas de aquella respetable señora. De distinto modo que este padre-santo moderno desempeñaria su comision, otro escritor, grave tambien, pero discipulo por desgracia añadidura del doctor Gall. De esos que arreglan los cráneos á rigorosa escala y pasan su vida buscando protuberancias en forma de instintos ó vice-versa, ni mas ni menos que si anduviesen calando melones y calabazas. Para esta clase de sábios Labateres, toda edu-

cación es inútil, apoyándose en aquello de que, la madera que nace para cuñas no admite pulimento. No faltarían tampoco escritorzuelos festivos que creyendo á las Santurronas antes jubilados por Terpsicore, las clasificasen segun las gracias de menos ó las deformidades de mas; subdividiéndolas en *feas*, *semifeas* y *asi-asi*. Pero nosotros que no somos graves ni festivos, ni filósofos, ni mucho menos frenólogos, guardamos silencio sobre este punto; porque el caso era empezar este artículo y ya... Los lectores que hayan llegado hasta aquí, letra por letra como Dios manda y en las escuelas se enseña, podrán decir, si dado que esto no sea exordio legítimo, no ocupa por lo menos el lugar de tal.

Resta únicamente, y así conviene á nuestra natural franqueza y buena fe, dar un silvido—señal para que como telon de embocadura de este artículo aparten las Santurronas el velo de sus rostros, y alzen los ojos para mirarnos frente á frente sin ningun género de hipocresía; cuanto mas claros mas amigos. Y aunque beata sin velo y sin miradas rastreras, no deja de ser un fenómeno mas que mediano, por hoy es preciso que así suceda; y para la necesidad no hay leyes, cuanto mas que nosotros somos muy ligeros en estas investigaciones, y antes que los lectores se aperciban del pungido semblante que se ocultaba tras de la mantilla, ya habremos pasado una revista escrupulosa á todos los actos semi-mongiles de la vida santurrónica. Tenemos la diabólica intencion de asistir á su examen de conciencia, y acompañarlas de iglesia en iglesia, para encenderlas la vela en las procesiones y apagarlas luego en las sacristias. Esto no quiere decir que las abandonemos en sus vigiliás y privaciones, estamos resueltos á todo, y aunque no creemos que coman gato por liebre, ni dudamos que sea escabeche lo que huele á perdices, y esta dentro de la empanada que come los viernes de cuaresma, bueno será que nuestra pluma ande en todo, introduciéndose en los alimentos como pincho del resguardo para preguntar despues si llevan algo que pague derechos. Y por si alguno (que nadie está libre de una mala voluntad ó un testigo falso como dicen los ciegos) creyese que tratábamos con estos preámbulos de dar treguas á nuestra tarea, á renglon seguido puede salir de su ansiedad.

La virtud, dicen unos, está en el medio; los vicios, añaden otros, en los extremos. Sea enhorabuena y victor por los primeros y los segundos, y si el lector conviene con nosotros en la impertinencia de estas líneas, concedido y táchense. Donde diga lo que no debió decir, léase lo que se pensó poner y fue: que es tan cierta la existencia de un Judas en todas las familias como la de una Santurrona en cada casa. Sea cualquiera la educacion que adopten para sus hijas los padres de familia, difícilmente evitan que unas se den á los devaneos y travesuras del amor, y otras á las novenas y procesiones. Hasta aquí todo va bien, y da gusto ver á la niña de 12 años obediente á cuanto dispone su madre, y leyendo ansiosa la vida de los santos y otros libros, interin su hermana, que apenas tiene once años, coqueta en las tertulias, responde á su madre, la tutea, aprende de memoria las novelas de Jorje Sand, y se distrae de este trabajo con el *Diablo mundo* de Espronceda. De las primeras de estas criaturas diria Gall que tenia muy desarrollado el órgano de la generacion, de la segunda diriamos nosotros, á ser gallos (plural legítimo) que no tiene órganos desarrollados ni por arrollar. Pero como esas averiguaciones no hacen al caso, y la coqueta de once años nada tiene que ver aquí, seguiremos de cerca á la virtuosa niña que quedó leyendo el *Año cristiano*.

A pesar de lo mucho que agradan á su madre las piadosas inclinaciones de la niña y su adersion á las galas y pasatiempos frívolos, la insta varias veces á que se componga y la acompañe á esta ó la otra diver-

sion; pero la muchacha va creciendo en edad, y no mengua nada en escrúpulos y ridiculeces, desobedeciendo tal cual vez las órdenes maternales. Cuando yo te haga así... es que vengas. — Cuando yo conteste así... es que no me da la gana. Poco menos se expresa la niña, aunque esta traduccion es un poco libre, dando lugar á que su padre se formalice, diciéndola con palabras dulces y cariñosas, que no se opone lo uno á lo otro, y que la prenda mas recomendable en una jóven bien educada es la obediencia y la humildad. Nada de esto es suficiente para que la niña desista de lo que una vez se propuso, y llega á tanto su obstinacion que compromete la autoridad paternal, hasta el punto de recurrir á las amenazas en via de hecho. Pero la muchacha, ó es de Aragon, ó es ingesta, y ya se pronuncia mas á las claras diciendo terminantemente que Dios la llama por el camino del claustro y que quiere ser monja. Y aunque allá en sus adentros sabe que el autor de sus dias no es gentil de nacimiento y que no se llama Diocleciano ni Maximiliano, teme, que así como ella se dedica á imitar vidas de santos, y hubo un D. Quijote que resucitó la andante caballería, le dé á su padre por seguir las huellas de aquellos emperadores, y casi cree que la persiguen por cristiana, cuando por el contrario, solo tratan de que lo sea con toda perfeccion, purgándola de varios escrúpulos y ridiculeces.

Consigue por fin tomar el hábito de religiosa, y en el año de noviciado se logra lo que no habian podido conseguir las amonestaciones paternales, y antes que llegue el dia destinado para la irrevocable confirmacion de los votos, que tanto ansiaba pronunciar, conoce que si Dios la llama hácia sí, no es precisamente por caminos cubiertos; y aun le parece que al aire libre hay mas motivos de alabar al Señor. Esto, sin embargo, no es lo que responde cuando la interpelan sobre su salida del convento, el mal estado de su salud fue lo único que la pudo traer de nuevo á su casa, sin la hermosa trenza de pelo que la cortaron cuando vistió el sayal. Tal vez por esto la llaman los muchachos *la pelona* y por lo otro seguramente es conocida del vulgo con el nombre de *monja rebelde*. Tiene derecho á todas las atenciones de jóven cesante, ó mujer jubilada, y todos la consideran como una viuda excelente ó una solterona de oficio. Sufré varias chanzas pesadas y picantes las mas veces, sobre si ahorcó ó dió garrote á la estameña; pero despues de algun tiempo nadie se acuerda de la ex-monja, á excepcion de nosotros, que previo su correspondiente examen, practicado de puertas adentro para no molestar á los lectores, la ponemos una basquiñita de merino negro, un pañuelito blanco sobre sus hombros y una mantillita de tafetan negro, con un velito de tul liso. Y no se crea que usamos á nuestro antojo los diminutivos, porque ni nosotros hemos de pagar la cuenta del mercader, ni se gasta mas tinta para decir grande que chico; pero aquí, lo primero es la verdad, y faltáramos á ella si no dijésemos que las Santurronas apenas cojen en sus vestidos, aunque caben muy bien en su pellejo porque no suelen estar muy gordas. Si á lo dicho se añade una correa pendiente de la cintura, y una bolsa oscura menor que un cofre y mayor que un saco de noche llamado con toda propiedad *ridículo*, podemos sellar el traje con un corazon de plata y siete espadas al rededor, (valor intrínseco, dos reales) que coseremos en la manga izquierda.

Innecesario seria decir, y tal vez se ofenderia el lector, si se le advirtiese que no todas las Santurronas tienen la misma procedencia. Militan muchas viudas bajo esos mismos escapularios, y no se deja de hallar alguna casada que abandone sus obligaciones viviendo mas tiempo en las iglesias que en su casa; pero vista una están vistas todas, y mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Sirvanos de tipo *la pelona* y ahora cabalmente que son las cinco de la

mañana y Reatunir señala 7 bajo cero, veámosla salir de su casa sola, y sin otra defensa que su ridículo, célebre por mas de una vez que se ha visto en letras de molde cuando decia el Diario que se llevase á la sacristía de Jesus un ridiculo verde bordado de abalorio, y con borlas de lo mismo, que contenia tres libros medianos y cinco pequeños, con dos rosarios, una corona, tres cruces, dos medallas y una oracion manuscrita para las tercianas con 500 dias de indulgencia.

En el umbral de la puerta se santigua tres veces y escupe cuatro, deja caer el velo sobre su rostro y emprende su cotidiana peregrinacion, susurrando varias oraciones y haciendo rodar un rosario de á quince entre los dedos de la mano derecha. Pasa por delante de varias iglesias, cerradas aun, sin cuidarse al parecer, de lo que hay á la puerta de todas ellas, y es un grupo de Santurronas contando por minutos la pereza del sacristan. Sigue marchando y gruñendo hasta parar en la iglesia mas distante de su casa, porque es cosa sabida que la devocion de estas gentes está en razon directa de las distancias, y nadie duda que si la feligresa de Maravillas tiene devocion á la virgen de Atocha, la que vive en S. Cayetano refiere sus cuitas á S. Antonio Abad. Reúnese allí con otras damas madrugadoras, á quienes saluda, y toma parte en la piadosísima tarea que aquellas cándidas aves de rapina desempeñan á la puerta del templo santo de Dios. Durmiendo se hallan á semejante deshora los dueños de cuantos nombres se pronuncian en esos círculos de sociedad matutina. Reuniones tenebrosas, porque á la hora en que se verifican están de relevo el astro del día y el de la noche, y ni alumbra la luna cuando entrega la guardia, ni el sol calienta hasta que la recibe; para los faroles del alumbrado suele amanecer á la una y se les concluye el aceite á las doce y media del día anterior, este combustible da guardia á medias con el público y las ensaladas de los celadores y farderos.

«Aquí yace una beata
» que no habló mal de ninguna;
» perdió la lengua en la cuna.»

Este epitafio del célebre poeta granadino Martínez de la Rosa no serviría para ninguna de estas caritativas mujeres que ya murmuran del sacristan, diciendo que no es la pereza la única causa de que se le peguen tanto las sábanas, ó hablan del mismo modo sobre la misa del día anterior, conviniendo todas en que el celebrante se comió una oracion y parte de otra, y asegurando algunas que habia rezado el evangelio de San Juan por el de S. Lucas. Pero lo mas notable es ver como se dan cuenta mútua de cuanto hicieron, hacen ó piensan hacer sus respectivas vecindades, ni mas ni menos que si se hallasen á los pies del confesor con plenos poderes para representar ajenas conciencias. Y como la mayor parte son tiples de dos octavas, do sobre agudo, cuando refieren chismes extraños, se les oye lo suficiente para referir á nuestros lectores lo que eblaría entre las pausas de los *pater-noster*.

—Pásmense Vds. amigos, dice una de ellas haciéndose escuchar con terror de las otras. ¡Que escándalo!... el Señor me lo reciba en descuento de mis culpas y pecados.... Anoche al acostarme, acaba de hacer exámen de conciencia y me habia puesto en Dios como nunca: se arma una ruina en el cuarto segundo donde vive el canónigo que ya.... Al principio no pude entender nada, pero luego conocí que el ama reñía con el criado sobre el precio de la ternera.

—¡Ternera en día de vigilia!... replicó la ex-monja, seria la cuenta del día anterior.

—Aunque así fuese, contestó la escandalizada dueña, era viernes, y el hablar de carne en esos días, puede inquietar la conciencia de los que escuchan,

como me ha sucedido á mí, que á pesar de haber escupido diez ó doce veces desde que me levanté, aun me parece que huelo á ternera.... Deseando estoy que baje el padre para contárselo todo y desahogarme.

—¡Pues que me dirán Vds., añade otra interlocutora, de la inmoralidad de mis vecinos que se retiran á las tres y las cuatros de la mañana y jamás los veo en la iglesia por mas que miro!... Mis palabras no le ofendan.... ¡Ave María Purísima!... pero yo los tengo por herejes.... ¡Cuando salen al balcon las jóvenes de enfrente las hacen unos guiños tan feos?... ¡Pues y ellas!... ¡Jesus!... perdonadlas Señor.... ¡tal para cual! Son dos hermanas, dicen, solteras con una mujer que llaman madre.... ¡pero qué madre!... á la plazuela va hecha un pingo y vuelve cargada como un burro, interin las señoritas descansan, sabe Dios cómo, del baioteo que tuvieron hasta mas de las dos. Solas van á misa los domingos, y para eso á la de tropa, ¿y á que van?... mejor seria que no fuesen....

—Y diga V. que tiene mejor vista que yo, interrumpe una vieja que habia callado hasta entónces, ¿quien se ha mudado al cuarto principal de la casa nueva?

—No lo he podido averiguar aun.... Siempre están corridas las persianas.... Solo sé que hay una niña de pecho porque el angelito llora algunas veces. Y por las mananas, añade con aire de reserva pero con voz atiplada y sonora.... sale uno muy embozado con anteojos verdes.... ¡El otro día se le cayó el embozo, y tiene unos bigotazos retorcidos que parece un Lucifer! Su alma en su manga y allí se las avengan, que no sirva esto de murmuracion, pero esa casa es misteriosa.

Eterna seria la conversacion de esas mujeres, triste fraccion de la preciosa mitad del género humano, si no se oyera de pronto un ruido como arrastrar de cadenas y crujir de grillos. Sonido metálico que los presidarios distinguen de otro cualquiera y que las Santurronas no confunden tampoco porque ese ruido es el mismo que oyeron al anoecer del día anterior, cuando el sacristan agitaba un manajo de llaves y ellas desocupaban la iglesia.

El sacristan es uno de los niños mimados que por egoismo tienen las Santurronas; pero él por su parte las trata muy mal y empieza diciendo interin abre las puertas del templo y ellas se agolpan para entrar:—Tenganse las brujas, que tiempo tienen y esto no es ningun aquelarre. Yo no sé que hacen las pulmonias, añade, que no dan una carga á estas momias.—Callan todas, y exparciéndose por la iglesia, atienden únicamente y toman por asalto los confesionarios, esperando en ellos, no á pie firme, ni rodilla en tierra, sino sentadas en el suelo y sobre los talones, la llegada del confesor á quien importunan con diferentes recados y varias toses coreadas. Hasta este momento y nadamas nos es permitida la observacion, pues aunque algo pudiéramos decir de lo que pasa entre la Santurrona y su padre director, el delito estaria en haber escuchado, y no estamos decididos á publicar nuestras culpas por tan poco. Y como esta gente suele descargar su conciencia empezando por los pecados ajenos y concluyendo con los extraños, sin ocurrirles nunca deslucirse de los propios, y entre los refranes que parecen sentencias hay uno que yo sabia cuando muchacho y dice: «que oye su mal el que escucha.» Y yo he sabido embrollar este parralo, pero no acierto á concluirle ni á seguirlo embrollando siquiera, porque no sé como hemos venido á estos chismes para decir que por fortuna de nuestra religion y honra de sus ministros, no todas las beatas hallan á primeras de requisa un confesor que se preste á dirigir á sus caprichos, sustentando sus ridiculeces. Sucede en alguno de estos casos que el confesor levanta la voz algo mas de lo regular, y *velis notis* le oimos decir.

—Mejor seria que fuese V. á cuidar de su esposo

y de sus hijos, y se dejara de venir á estos sitios con los mismos clisimes de ayer, profanando un día y otro la cátedra de la penitencia.... ¡ Creen Vds. que es posible ser buena esposa, yendo todo el día de iglesia en iglesia, y que será mejor madre de familia la que reze mayor número de rosarios al día!

Pero esto no produce los efectos que eran de esperar, porque la conversion de una beata es casi imposible, y por toda contestacion suelen santiguarse asustadas, diciendo que aquel padre tiene la manga muy ancha y mal genio por añadidura. ¡ Condicion humana creer que solo dice verdad el que nos engaña adulando!

En el tiempo que pasa desde que amanece hasta las once pueden celebrarse diez ó doce misas y otras tantas oyo la Santurrona todos los días, abandonando luego la iglesia de su devocion, el santo de su confianza y el altar favorito de su padre director para dirigirse á otro templo en que haya funcion, y en su defecto á las *Cuarenta Horas* que es un recurso permanente. Cuando el inmenso gentio que acude á esas grandes funciones no se advierte desde el cancel de la iglesia, es porque tiene su primera linea en descubierto junto al arroyo. Lo cierto es que la Santurrona encuentra defendida la entrada por una muralla inexpugnable para cualquiera que careciese de los romos que ella se forma con los codos, y son á las gentes, que tuvieron la desgracia de llegar temprano, lo que las agallas del pez á las partículas del agua donde pasea y vive. Apoyando el codo derecho en el estómago del distraido elegante que allí se encuentra las cosas antes que se pierdan, y cerrando herméticamente con la punta del izquierdo, un ojo derecho, propiedad legítima de una jóven que está de rodillas, logra avanzar un paso y otro y otro, siguiendo de este modo su remolque hasta llegar al punto que se propone poco distante del altar mayor. En esta travesía tropieza algunas veces y no besa la tierra cuando mal de su grado cae sobre los obstáculos de carne humana que se le presentan, porque su boca no da en el suelo y si en la peluca del compungido anciano que obedece al vaiven de la beata, derribando por su parte una mujer que cae del mismo modo sobre un hombre. Esto produce un levantamiento general que sabe aprovechar muy bien la Santurrona para seguir nadando sin darla un bledo que el predicador cambie el tema de su sermón, apostrofando á los libertinos que escandalizan en las iglesias. Y al día siguiente cuando venden los ciegos: «El desacato cometido en la iglesia de N....» se olvida de su caída hasta el punto de santiguarse y decir: — ¡ Que profanacion!

Estas escenas no serian tan frecuentes si marchase derecha por medio de la iglesia, pero tuerce siempre hácia la pila del agua bendita para bañar en ella el rosario, y contramarcha luego hácia la sacristía, trayendo en la mano un ruedo que la suele reservar el monaguillo. Y donde parece que apenas hay sitio para una persona, extiende su rodela de esparto crudo con algun detrimento de los rostros que estan *cir. um. circa*. Y si descubre alguna compañera que viene jadeando como ella por entre la multitud, la hace una seña invitatoria que equivale á decir: Aquí hay donde estar; respondiéndolo con afectada humildad, si las gentes á quienes oprime critican la oferta: — Tanto así que tuviésemos de gloria. Y aquí venia como de molde una «nota del autor» que dijese: «Buena estaria la gloria donde entrase esa gente á codazos.»

En las procesiones es mi amantísima Santurrona una de tantas mujeres como pululan entre las varas del palio ó las ruedas del coche que cierra la comitiva, y en estas solemnes ocasiones lleva un escapulario sobre los hombros de color diverso, segun es: *El Dios de S. Ginés, el de S. Pedro, ó el de Sta. María*. Por las tardes asiste á las novenas donde cantan los gozos y la letania, siendo esta la primera vez en mi vida que

me aqueja el sentimiento de no ser músico ó copiante al menos, porque si yo pudiese escribir á renglón seguido la parte de tiple-caricata que desempeña nuestra Santurrona cuando canta el estribillo en los gozos; era un rato de risa para los lectores que valia tres docenas y media de *semi-fusas*. De otro modo es imposible darles una idea de sus gorgoritos, falsetes y trasportaciones. Y aunque la mayor parte de los lectores tendrán una de estas mujeres por vecina, de nada servirá encargarles que escuchen cuando ensaya, porque solo paran en sus casas el tiempo necesario á reparar su estómago y el del gato, evitando que se muera de hambre el perro dogo. La calceta y la aguja son tareas profanas, como ellas dicen, que roban el tiempo á las divinas. Ya se vé, no se las puede prohibir que lean en latin, y es difícil evitar esas bastardas versiones que hacen del libro sublime de los evangelios.

De los aposentos de las Santurronas no puede decirse nada, porque varian segun el rango de cada una de ellas. Generalmente viven solas en un cuarto interior modestamente alhajado, las paredes estan cubiertas por una multitud de papeles impresos que en casa de un artista serian diplomas; y allí son patentes, cartas de hermandad y sumarios de indulgencias. Por ellos se sabe que la Santurrona es sierva de la Virgen, esclava de Jesus, hermana de S. Francisco, súbdita de S. José, congreganta de María, archicofrade de varias sacramentales y que pertenece en suma, á todas las cofradías de la capital. Sobre la mesa tiene una urna de cristal llena de reliquias y escapularios, y en la rinconera hay una bandeja donde se conserva medio bizcocho y un mendrugo de pan, que á través de los años son testigos de la primer jicara de chocolate que tomó el padre confesor en casa de su hija de confesion. No menos significativo es un pañuelo sucio, pendiente de un clavo con el cual afirma la Santurrona que se limpió el sudor, predicando las siete palabras, el único predicador á quien ella escucha con gusto y apellida *piquito de oro*.

Ea pues, (santurronicamente hablando) carisimos lectores; ahí tenéis la vida de nuestra Santurrona; ignoro si habeis hecho conmigo lo que las beatas con los *picos de cobre* cuyos sermones presencian durmiendo, y cuyo sueño llaman éxtasis de *profundis*. De cualquier manera que hayais leído este artículo, no pretendais que á la *vida* sigan los *milagros*, porque no creo que Dios se valga de ellas para manifestarnos su poder; lo que no niego es que dando el Señor acierto al médico de cabecera que cura los pechos á una vecina de la beata, esta pide en sus oraciones á Santa Agueda cuando aquella está convaleciente, y compra luego unos pechos de cera que con un lazo de color de rosa hace colgar en la capilla de la milagrosa imagen. Tambien pide á Dios buena cosecha en el año presente, y lleva á los monumentos unos vasos donde sembró trigo y algarroba, y en cuyos sitios creció lozanamente, porque la piedra que asoló los campos, no pudo penetrar en los tiestos de las alcobas y gabinetes. Y ahora que hemos llenado el hueco de los milagros, y este artículo ha seguido el mismo órden que las aletuyas del *hombre universal* ó las del *hombre malo*, razon será que á imitacion de aquellas, digamos algo de la hora en que les acomete el último gesto y mueven las mandíbulas por última vez.

Todas las hermandades y cofradías á que perteneció acuden con diferente número de sufragios y obla-ciones, segun el rango que ocupaba la difunta, las mandas del testamento y las simpatías de los testamentarios á quienes se les dijo: «Todo por mi alma.» Una palma y cera *blanca* (circunstancia precisa) indica que aquella ochentona á quien amortajan, con una soga de esparto al cuello en cumplimiento de su última voluntad, era soltera.

Y como aquí ponemos todo lo que se nos ocurre,

sin perjuicio de poner en otra parte lo que después nos vaya ocurriendo, y ahora nos ha venido á las mientes una cosa muy esencial, encargamos á los montes pios y sociedades de socorros mútuos, que á las pruebas sanitarias añadan una informacion de testigos



La Santurrona.

que acredite estar el aspirante libre de hijas santurronas, plaga mas temible que las incurables. Hoy dia es inmenso el número de beatas que cobran orfandad á los ochenta y tantos del pico; porque (eso es otra cosa) como precepto higiénico son muy buenas las costumbres santurronianas. Yo no sé si se vive bien ó mal con ellas, pero se vive mucho, y algo es algo.

ANTONIO FLORES.

EL CLÉRIGO DE MISA Y OLLA.

ERASE un labradorecillo de mediana fortuna (que mediana en los pueblos cortos es tener pan moreno que comer, seis gallinas que pongan huevos, y un pedazo de tierra donde coger algunas patatas y berzas), casado con una aldeana mística, buena hilandera y en extremo hacendosa. Vivian en una paz sepulcral solo interrumpida por los lloros de los cliquillos, que eran doce hembras y un varón. Este se dedicó de tierna edad al cultivo del campo en el cual despuntaba por sus fuerzas hercúleas, por su dureza en aplicarlas por su asiduidad de yunque, y porque nada le distraía sino el azadon ó la esteva. ¡Qué pesar sentian sus pa-

dres viéndole en la pubescencia sin medios para librarle de la quinta! Porque ni él daba muestras de inclinarse al matrimonio, ni podia ordenarse á título de insuficiencia; ni contaban recursos para ponerle un sustituto (caso de que entónces existiesen empresas y comercio de sangre humana); ni tenia hernia ni otro defecto corporal que le eximiera de ser soldado.

Mas la Providencia que hasta de los pájaros cuida, vino á proporcionar un consuelo á esta familia predestinada. Cayóle al chico una capellanía colativa por muerte de un clérigo su pariente, y cátae abierto un ancho campo de esperanzas risueñas á los ancianos padres y á las desvalidas hermanas. Ya se creían en el goce de prebendas y de diezmos; ya se repartian de memoria la copia y los derechos de estola, y ya se figuraban á su neófito todo un capellan de honor, un abad mitrado *vere nullius*, ó un obispo *in partibus infidelium*. El muchacho tenia encallecidas las manos y no menos entumecido el cerebro para estudiar lo mas preciso, pero no era cosa de abandonar el beneficio real, positivo y palpable, por cosas meramente ideales, abstractas y de pura imaginacion. ¡Bueno fuera que despreciaran la fortuna que se les metia en casa por miedo de la ignorancia! Si el ser tonto no arredra al que logra una toga, un ministerio, una mitra ó un capelo, ¿que mucho que el puleto se atreva con una capellanía? Pecho al agua dijo, y dijo como un ángel.

Empezó á aprender las primeras letras con el maestro del lugar, que al cabo de tres años le dió por suficiente en leer el catecismo, y en firmar sin muestra. Continó sus estudios con el padre cura, que le procuró instruir en deletrear el latin y le enseñó de memoria unas cuantas reglas de Nebrija. Ora que le pareciese bastante para ser capellan lo que le habia enseñado de gramática, ora que llegado el mozo á los veinte y cinco años no consentia demoras su ordenacion, pasó á darle algunas lecciones del Lárraga, novena vez ilustrado, y antes de que cumpliese los treinta años se aventuró á aconsejarle que solicitase la tonsura, los grados y las órdenes mayores. Contaba el párroco, su director, con que la rudeza ostensible del discípulo, y su hablar balbuciente, serian un motivo de compasion para las sinodales, y confiaba todavia mas en la bondad acreditada del prelado, que por no causar penas á las familias, ni privarlas del que miraban como sustentáculo de su vejez y orfandad, ordenaba sin escrúpulo á todo yente y veniente que llamaba á sus puertas. No dicen los anales si este suceso acaeció en el obispado de Santo Domingo de la Calzada, pues segun el proverbio,

En Calahorra
Al asno hacen de corona;

ó si tuvo lugar en el obispado de Solano, sucesor de S. Julian, que en esto de dar órdenes era tan franco como el diputado D. Francisco en dar cartas de recomendacion. Nuestro héroe logró aquellos tiempos anchurosos, que han traído á la iglesia estos otros de estrechez.

Hizose en efecto clérigo de corona y de menores, á beneficio de la indulgencia sin limites de los examinadores y del diocesano; empero quedó el pobre capellan tan fatigado y aturdido del sínodo, que por su voluntad (si es que la tenia propia) fuera *capigorrón* eterno, antes que presentarse otra vez á prueba tan terrible. Solo el aguijon del cura y los llantos de la madre y hermanas pudieron obligarle á que pretendiera ordenarse *in sacris*. Las misas en seco que tuvo que decir para adiestrarse en las rúbricas, los sobos que dió á la hoja del *Te igitur* y á las páginas del padre Paco que le concernian, y las angustias que pasó hasta contarse en el presbiterado solo él y Dios lo supieron, si no es que su torpeza y falta de memoria reservaron á Dios solo este conoci-

miento. Por fin, llegó, sufrió el exámen, le ordenarou de epistola, evangelio y misa, y recogió el título para ganar una peseta diaria con la intencion (que la tenia como un toro), y para invertir en su cóngrua sustentacion las rentas de la capellania, y demas bienes eclesiásticos que adquiriese. Albricias ilustrísimo señor! ¡Victoria por Mosen Zoilo, ó el licenciado Cermeno! ¡Sea enhorabuena, familia bienaventurada! ¡feliz tu que has logrado meter por las bardas de la iglesia á un hijo, que puede llegar á ser papa; pues de menos nos hizo Dios!

Aquí tienen Vds. lo que propiamente se llama en Castilla un *Clérigo de misa y olla*, porque es un presbítero sin carrera, un clérigo en bruto, un capellan que no sabe de la misa la media, un eclesiástico raro, un cura de los de su misa y su D.^a Luisa, un clérigo echado en casa, un *curalientos*, un *cantacredos*, un *saltatumbas*, un *clerizante*, en fin, por su vestimenta y modales, y un *alquitivi*, por servir mejor para alquilon de pasos que para preste de procesiones. Trasládando esta definicion á otras profesiones y materias para compararlas, resulta que el *Clérigo de misa y olla* es el maestrante de la milicia cristiana, pues viste el uniforme sin ir á la guerra; es el esbirro de la iglesia militante que cobra el sueldo por soplar y oír chismes es el editor responsable de lo que hacen canónigos y prelados; es el burro de la viña mística, que únicamente sirve para los oficios mas bajos y groseros; y es el májico de los bienes temporales, porque espiritualiza con su solo contraste los edificios, las tierras y los olivares.

Tenemos á nuestro clérigo misicantano, esto es, preparándose para hacer el primer sacrificio, que vulgarmente se llama *cantar misa*, y en términos técnicos decir la *misa nueva*. El día señalado para esta ceremonia aparatosa ondea sobre la picota del campanario una bandera encarnada, que suele ser un pañuelo de seda toledano, regalado al dicente por una monja compatriota. Y ademas de llamar la atencion por la vista se excitan las sensaciones del oido con repiques, gaitas y festejos; las de ambos sentidos juntos con voladoreés y carretillas; las del olfato con las yerbas y flores que adornan la iglesia; y para el gusto se preparan abundantes comidas por el estilo de las bodas de Camacho. Los curas de la contorna convierten la parroquia en una colegiata, por todas partes se encuentran gentes forasteras, y todo el pueblo anda revoloteando y de jolgorio.

Acabada la misa, en que D. Zoilo ha lucido su voz de sochantre, se celebra el solemnisimo besamanos. En una zafa de Alcora muy raueada sirve el padrino lego el lavatorio al celebrante, no se si para evitar que las chuponas beatas tomen alguna particula sagrada, ó para que acaben de limpiarse las escamas campesinas, y queden propiamente manos de cura. Por primera vez se lavan las palmas del capellan con agua de colonia; y como si se le quedaran yertas con tan desusada ablucion, tienen que suspenderlas los padrinos eclesiásticos, interin que el pueblo fiel toca con sus lábios donde tantas veces se limpiaron las narices del patán.

Llegado el cortejo á la casa clerical empieza la enhorabuena, cumplida, interesante, tierna. La madre rompe la marcha, abrazando cordialmente á su prenda, y embargada de alegría hace esta exclamacion ¡quién me lo habia á mí de decir que mi Zoilo meteria barba en caliz y seria padre de las almas! «A las hermanitas se les van las agnas sin sentirlo, y al oír que su mayorazgo se ha casado con la iglesia, arden en deseos de matrimoniar aunque fuera con el sacristan y por detrás del coro. Cual pariente se promete que á la sombra del nuevo capellan estudiará el sobrinito y le sucederá en el beneficio; otro celebra lo bien que le cae la casulla y el bonete y la gracia con que se maneja; y los mozállones, antiguos compañe-

ros de fatigas, recuerda lances del boleó y de la barra; y alguno que piensa que el campo espiritual se cultiva á fuerza de puños, asegura que no ha entrado operario mas tieso que Zoilo en la viña del Señor.

El nuevo estado produce mudanzas marcadas en el héroe de nuestra historia. La primera es en el traje porque desde el principio cuida de que olviden las gentes lo que fue y le presten el homenaje de lo que es. No se quita el alzacuello ni aun para dormir la siesta: el sombrero de canal le acompaña por todas partes aunque vaya de chaqueta: al color de la lana y á todo otro color sustituye el lúgubre negro, y en la casa suele revestirse de un raído talar que fue balandran de su difunto tio. Huye del trato con los profanos, ya por aparentar retraimiento del mundo y ocupaciones de su ministerio; ya por evitar que le recuerden bromas y simplezas pasadas; ya por quitar



El Clérigo de misa y olla.

la confianza á los que le tuteaban. Pasea solo por los parajes mas extraviados y camina con los ojos bajos, aunque al soslayo y á hurtadillas guste de enterarse de todo y especialmente de las perfecciones de las criaturas.

Lo comun es separarse de la familia y poner casa aparte; y á pesar del empeño de una y otro hermana por emanciparse á título de cuidarle, él prefiere para sirvienta á la hija del tamborilero, que es una muchacha rolliza, desmenuada y de disposicion para todo. En los antiguos Cánones se llamaba esta ayuda de parro-

quía, compañera y barragana del clérigo: hoy se titula *el ama* por decencia clerical, pero jamás se confundió ni en el trato, ni en el porte, ni en el nombre con la simple criada.

Otra variedad causada en D. Zoilo el cambio de estado. Antes embotaba sus potencias el ejercicio corporal: ahora si bien no ha ganado mucho en despejo, suelta algunas sentencias tradicionales contra libertinos y filósofos aunque ignora que casta de pájaros son; habla de duendes, brujas y de ánimas aparecidas y contradice todo lo que suena á invenciones y novedades. En una palabra se considera tan otro desde el día en que se abrió la corona y se vistió los hábitos que por inmunidad entiende que ningún juez del mundo tiene que ver con él, sino el obispo ó el papa; y al principio temporal le considera como un pobre penitente rendido á sus piés, que espera humildemente su absolución ó que le envíe por ella á Roma, si no ha comprado la bula de la santa cruzada.

Andando el tiempo va volviendo el capellan, sin sentirlo á su pristino ser, como la cabra que siempre tira al monte. Su única obligacion es decir los días de precepto misa de alba en la sementera y de once en los agostos; y aunque el resto del año nunca deja de celebrar, estando sano, ni tiene precision de madrugar, ni de estarse en ayunas hasta el medio día. En veinte minutos hace su deber y su negocio, y como dos horas le bastan para comer y diez para dormir, el resto del día en algo ha de ocuparlo. Ya le cansa la conversacion perpétua de su sirvienta; no le satisface su exclusiva privanza, y se aburre del retraimiento por los andurriales. Empieza á salir de la monotonía entrando en alguna casa de mas confianza: va por las tardes y noches á echar un truke con la gente de su estambre, y anuda relaciones que los humos clericales habian interrumpido. Recobra la anterior franqueza, tira el cuellecillo reservándolo para los oficios eclesiásticos; sale en mangas de camisa durante la canícula; se detiene á hablar con las mujeres que lo merecen, mirándola de hito en hito, y si le enfadan los muchachos, ó el ruido de los perros; ó las rondas á deshoras, echa sus tacos y votivas; como un hombre de carne y hueso. El genio bravo y los resabios de la educacion no le abandonarán hasta la fuesa; y guarte no le duren, como diz que dura el carácter sacerdotal; hasta en los infiernos.

Este es el período álgido de los gozes clericales, supuesto que á la compostura afectada y al aparato exterior ha sucedido la naturalidad grotesca y sin aprension. El ama procura por todos los medios que en su casa encuentre el señor lo que necesite, y que le parezca mejor que lo ageno; ni la madre Celestina seria mas diestra en aderezar tónicos, corroborantes, excitantes, dulcificantes y sustancias suculentas. Del agua no prueba mas *gota* que la que destila con la cucharilla en el cántz; pero todas las vinageras del vino le parecen chicas, y golosos todos los monaguillos que le ayudan. Para él está demas el sumidero, aunque le caiga en el sangüis un mosquito ó una abispa, que con los aleoólicos todo pasa por sus tragaderas espaciosas; y si en vez del pan ácimo le dieran un hornazo ó un ojalde de á libra se lo engulliría en un santí amen, sin que los fieles conociesen si consumia una hostia. En resúmen, como como un eleogábal, bebe de lo tinto á boca de jarro, duerme como un lirio; engorda como un tudesco; huelga placenteramente, y deja rodar la bola de este diablo mundo.

No se vaya á juzgar por lo referido que el clérigo de misa y olla es el hombre feliz por excelencia. Momentos llegan de zozobra en que tiene que poner en tortura sus embotadas potencias, y volver á arrastrar las bopalandas. Un año y no mas le duran las licencias de celebrar y confesar, y con esta frecuencia ha de solicitarlas de nuevo, previo el exámen correspondiente. Si de recien eleccionado habia tantos trabajos para el

sínodo ¿cuanto crecerán los apuros con el tiempo perdido en la molición y en el embrutecimiento? Si no ha vuelto á abrir un libro ni á tener conferencia ¿que mucho que haya olvidado lo poco que sabia? Del idioma latino no conserva otras palabras que las vulgarizadas entre los labriegos; el *basilis*, el *inringulis*, el *cum quibus*, un *quidam*, un *agbilibus*, la *vita bona*, la *pecunia*, de *facto* y de *populo bárbaro*. Baste saber que habiéndole rogado unos cazadores amigos que les dijera misa de madrugada, encareciéndole la ligereza con la frase de misa de palomas, pasó largo rato buscando por el misal este oficio, hasta que tropezando con la *Dominica impatmis*, que él leyó *in palomis*, les encajó la pasion entera del Redentor, dejando á los cazadores crucificados.

Las interminables abreviaturas del Añalejo eran para nuestro cura letras gordas, como lo son para algunos canónigos, mas oscuras que el siríaco y el rúnico. Tomando la cartilla por almanaque de Torres, ó por Piscato-Sarrabal, cuando veía que las lecciones del primer nocturno eran *Justus si morte*, decia que aquel era buen día para morir en gracia de Dios: cuando señalaba *Mulierem fortem*, retraía á los hombres de que se casasen, porque era día de mujer testaruda, y si en el rezo se prevenia el salmo *Confitemini*: abreviado *confit.*, aseguraba que era el día propio para comprar dulces en las zuclerías. El siete de marzo tuvo una peters escandalosa con el sacristan, obstinado en que le habia de poner el altar en medio de la nave, porque el añalejo decia *Missa In medio Ecclesiarum*: y la *Dominica in abis* se empeñó en celebrar sin casulla, tomando al pié de la letra lo de *en alba*.

En tan lastimoso estado de ignorancia era matarle inhumanamente hacerle comparecer á exámen. Así es que se valia de certificados de los facultativos para excusar el viaje, y comprometia todas las relaciones de los curas y caciques de la comarca para lograr *remisiva* cerca de un párroco conocido y asequible. Y si á pesar de los pesares no alcanzaba eximirse y comparecia en sínodo, aquello era un alubion de disparates, que anegaba en barbarismos á los examinadores hasta las melenas y cerquillos. Si le preguntaban por el *título colorado* de supuesta jurisdiccion, respondia con el *lege coloratum* de los rubricistas. Interrogado sobre si se podia decir misa con hostia de papel, contestaba con un *distingo*. Y escudriñándole acerca de la confesion *auricular*, decia cándidamente que en su tierra no se estilaba esta confesion, sino la de pascua florida. Los jueces ó lo tomaban á risa, ó tenían compasion, ó le dejaban por incorregible.

Toda la vida de D. Zoilo fué un tegido de chistes y de anécdotas capaces de enriquecer una floresta. La historia refiere lances curiosísimos, y muchos se han hecho proverbiales en España, corriendo de boca en boca, de generacion en generacion. Aquí le pintan diciendo misa, y al ver por una ventana contigua al altar que un chicuelo gateaba por un donguino de su huerto para robarle las peras, dice alzando la hostia (que esté era el momento de la observacion) ¡ahora sube el hí de puta! Allá le recuerdan rezando la novena de Dolores, y al llegar á la adoracion de las llagas, anuncia la del pié izquierdo en estos términos: «A la llaga de la *pata zurda*.» Acullá refieren que no queriendo recibir la primera y única carta que le llevó el balihero, este le objetó que para él venia dirigida, pues decia en el sobre *A D. Zoilo Cermeño, presbítero* pero obstinóse en la negativa protestando que Cermeño sí se llamaba, mas que el apellido *presbítero* no era de ninguno de su casta. Finalmente, nuestro capellan era de los que niegan todo lo que no entienden, porque le es mas fácil negar que comprender, y por eso á un criado que le hizo una diligencia de bastantes leguas en pocas horas, creyéndole brujo, le ajustó la cuenta y lo despidió diciendo, que no queria en su casa criado tan listo. Que no rezaba las horas canó-

nicas lo evidencie un curioso, pues viéndole el Brevariario empolvado se lo sustrajo, y en muchos meses no lo echó de menos. Lo que es misas sí, decia regularmente 365 en año no visiesto, porque á cambio de las cuatro que dejaba en semana santa, ensartaba los dos ternos de los Santos y de Navidad, y salian pié con bola. Esto por lo que toca á celebrar, que en tomar limosna era mas ámplio. ¡Sobre celemin y medio de garbanzos se hallaron á su muerte en un arcon, donde habia depositado uno por cada peseta que no aplicaba!

Hasta aquí la descripción acompañada y prosaica del tipo que me he propuesto delinear, pero quiero también echar un cuarto á espaldas, trazando algunos rasguños románticos y pinceladas goyescas, que sirvan como de epilogo, ó sea miniatura del cuadro.

El clérigo de misa y olla con relacion á los demas hombres, presenta anomalías misteriosas dignas de ocupar una imaginación ardiente y un genio filosófico su estudio puede ayudar á conocer ciertas notabilidades políticas y literarias. Nuestro ejemplar presenta estos caracteres:

1.^o *No es capacidad y el vulgo le mira como inteligente.*—Le creen un calendario vivo si anuncia temporales.—Le juzgan adivino, si predice acontecimientos.

2.^o *No es propietario, ni mayor contribuyente, y le rinden homenaje debido á la aristocrática de riqueza.*—Pídenle limosna, aunque él la necesite.—Sin sólida hipoteca alcanza su crédito á los bolsillos ajenos.—Todos los vecinos y allegados son sus sirvientes voluntarios.

3.^o *Es del estado general, clase pechera, y goza del fuero de hidalguía.*—En los padrones ocupa un lugar aparte como los nobles y capitulares.—Tiene tratamiento de don y de su merced.—Ni sufre alojamientos ni cargas concejiles.

4.^o *Nació aislado, no ganó un amigo, y por todas partes halla afiliados y protectores.*—El organista, el acólito, el niño de coro, el campanero, el salmista, el sepulturero, y hasta el pariente del vecino del sacristan; que se considera gente de iglesia, se creen obligados á defenderle á capa y espada.

5.^o *Es de naturaleza flaca y le veneran santamente.*—Le quitan el sombrero mejor que al alcalde.—Los muchachos le besan la mano al encontrarle.—Se le levantan las mujeres cuando pasa, y aquí me ocurre una

Nota. Esta diferencia del bello sexo, que ni con autoridades ni principales se tiene, que ni los caballeros ni los tíos admiten, en obsequio á la beldad; que en nacion alguna consiente la virilidad de la débil mujer, de la bella mitad, de la femenil flaqueza, de la diosa de las gracias, del ídolo del amor, de la compañera inseparable, del depósito de las confianzas, del objeto de las consideraciones humanas ¿será porque los clérigos gustan faldas y se visten por la cabeza como las hembras? ¿O será que no teniendo los eclesiásticos libertad de galanteo en público, ellos y las mujeres guardan la etiqueta para la calle, y la franqueza para dentro de casa.

Este es el tipo comun, el característico del Clérigo que se llama de misa y olla, porque no sabe mas que mal decir una misa y tragar, pero hay tambien excepciones y variedades.

El clérigo ramplon de que hemos hablado, se abre una corona frailuna como un plato, ostentando vano lo que no merece. Otro la toma por la inversa y se la deja como real de vellon para que no le conozcan la clerecía ni con microscópio.

En lugar de una capellania miserable logra otro majadero un pingüe patronato, y en vez de la vida mojigata y de padre quieto anda de feria en feria, de banca en garito, con perros, con caballos, en cacerías, fumando puros habanos, y cortejando viudas, casadas y doncellas.

Si aquel sigue el precepto de ser cauto, este se echa el alma atrás, abraza la vida airada, hace alarde de ir con su dama á las funciones y espectáculos, y riñe en público sobre celos y sobre otros asuntos casi matrimoniales.

Por último, tal hay que enreda todo el pueblo á fuerza de chismes é intrigas solapadas sin descubrir el cuerpo á estilo de policía secreta; y cual que desafortadamente se pone á la cabeza de un bando, promueve pleitos, maneja ayuntamientos, dirige elecciones y atrae sobre el vecindario las plagas de Faraon.

Réstanos observar una diferencia cronológica. Ejemplares como el del clérigo que dejamos pintado, han existido hasta hoy en número crecidísimo; en adelante ó no los habrá, ó serán mas raros: llegará á ser este tipo una entidad histórica. Como nacia y medraba en tiempos de absolutismo, la libertad, la ilustracion y la imprenta, le resisten, le matan. Entónces sabia mas el clero, ahora dan lecciones los legos. Entónces la iglesia adquiria muchos bienes; hoy los ha perdido. Entónces un fanático con un crucifijo conmovia las masas: ahora no las mueve contra su interés ni un terremoto. Entónces en fin, daba consideracion la ropa talar y encubria las miserias, y al presente se aprecia la diferencia que hay del saber y de la virtud á un Clérigo de misa y olla.

FERMIN CABALLERO.

EL CHARRAN.

Los que han disputado negando la necesidad del *Pantéxico* y saliendo á la defensa del *Diccionario* de la Academia, reconocerán su error al leer el epigrafe de este artículo: la palabra Charran, no se encuentra en ninguno de los diccionarios conocidos hasta el dia. Y sin embargo, esta palabra es castiza, esencialmente española, y por mucho que se profundice su etimología no se le encontrará ningun parentesco de afinidad con las lenguas extranjeras.

El Charran es un tipo, que sin pertenecer exclusivamente á nuestra sociedad moderna, por perderse su origen entre las sutiles arenas de las playas del Tirreno, no por eso deja de existir ignorado á la mayor parte de sus contemporáneos, y ni aun aquellos mismos que de él se sirven todos los dias pudieran explicarnos lo que es, ni cuáles son sus hábitos y porvenir, porque en su país natal, fuer de los estudios que tienen relacion con el comercio lo demas es considerado como supérfluo y de todo punto inútil para la existencia.

Así el Charran nace y muere ignorado: sus padecimientos y sus goces á nadie interesan ni á nadie satisfacen; su nombre no figura en la historia de las revoluciones políticas de los imperios, y la ciudad de Málaga que en estos últimos años de disensiones y trastornos, ha sido una de las que mas han fijado la atencion de los gobiernos; la ciudad de Málaga, cuna y sepulcro del Charran, ninguna mencion honrosa ó innoble, grata ó afrentosa hace del que grita siempre ¡viva! cualquiera que sea el vencedor.

Muchos confunden al Charran con los vendedores de pescado de todos los puertos de mar de Andalucía, y este es un error crasísimo. El Charran solo existe en las playas de Málaga, y cuando llega, si es que llega á vender pescado, pierde su nombre y se confunde con las clases vulgares, sin que ningun signo característico le distinga de sus compañeros. El Charran lo es desde que nace hasta los diez y ocho ó veinte años; pasada esta edad, el original ha desaparecido.

Necesariamente el Charran tendrá padres, pertenecerá á una familia, llevará un nombre además del del bautismo; pero todo esto es un problema que se resuelve en el órden físico y natural, pero no en el moral; el Charran se vé, no se conoce: su familia, su domicilio, sus apellidos y su genealogía ni él mismo los sabe. Pasa el día en los parajes públicos donde son útiles sus servicios, y la noche en el que le depara el acaso. Libre, en toda la extensión del término, no reconoce ley alguna, porque tampoco tiene necesidades: las inmensas privaciones que le rodean son para él desconocidas, y feliz como Diógenes, lo poco que llega á disfrutar, lo saborea con mayor delicia que un amante el primer beso de su querida, ó un ambicioso la posesión del poder supremo.

El Charran no usa traje: se viste á retazos y nunca se encontrará uno que lleve equipo completo. El que tiene camisa, carece de chaqueta: la cabeza y los piés rara vez van cubiertos, y los miserables andrajos con que encubre lo que ofendería á la moral pública, son debidos á la munificencia de sus parroquianos ó á la industria particular de sus ejercicios recreativos. Pero cualesquiera que sean las prendas de su vestuario, jamás las lleva nuevas, ni aun recomendadas: aquellas por venderlas en el momento de recibirlas ó recogerlas, y el Charran está dotado de suficiente dós de filosofía, para ocuparse del adorno de su persona, ó enagenar la mas mínima partícula de omnimoda libertad ó de sus reducidos intereses en cambio de algunas puntadas que no tienen valor á sus ojos. Tampoco lo tiene el agua, cuyo uso exterior repugna y apenas cree pueda ser útil en el interior, habiendo vino abundante y á un precio en armonía con sus facultades. A pesar de todas estas circunstancias, el Charran en nada se asemeja al pordiosero, y con todos sus andrajos, que participan del carácter de sus movimientos, sería fácil distinguirle en medio de una reunión de pobres, tan bien vestidos como él. Esta diferencia, que es natural al individuo no puede explicarse, sino por el constante estudio del tipo que nos ocupa, tan original en su esencia, como vario en su forma; que semejante á las tribus del pueblo de Dios, con todas las clases se mezcla y con ninguna se confunde; que sin pactos ni leyes escritas, vive sujeto colectivamente á unos usos nunca quebrantados, y que se perpetúan de generación en generación: que sin origen, sin oficio, sin porvenir, ocupa sin embargo un lugar reconocido en la sociedad, lugar que ni se le disputa ni se le envidia, á cuya posesión no puede aspirarse sin haber nacido en él, que se ignora cómo se ha creado, y cuyo término nadie puede preveer ni fijar.

La vida del Charran aparece á primera vista monótona y erizada de sinsabores. Con efecto, el Charran apenas amanece, sacude sus andrajos, como un perro de aguas sus lamas, y recogiendo sus únicos utensilios que consisten en media docena de *senachos* de esparto de diferentes dimensiones, y graduados para que unos vayan dentro de los otros, se coloca á la puerta de las carnicerías esperando la llegada de los parroquianos. Las carnicerías se llaman en Málaga, no solo las tablas en que se despacha la carne, sino todo el ámbito de la plaza donde está el mercado mas céntrico y al pormenor de la ciudad. Muchas personas tienen designado á un Charran favorito para la compra, y ellos fieles á sus amos de una hora, esperan á pié firme su llegada, y raro es el que abandona el puesto, llevado por el aliciente de la ocasión. La mayor parte de las cabezas de familia acostumbran comprar por la mañana temprano el *avío*, que así se llama la compra diaria, y como la generalidad no se sirve de hombres en el interior de sus casas, las mujeres de un pueblo madrugador, como buen comerciante, ocupadas en los quehaceres domésticos

no acompañan á sus amos. Estos hacen seña con la cabeza al grupo de Charranes fijo en la puerta de la carnicería, y en un momento se vé rodeado de servidores que se disputan el honor de su utilidad y... de los ocho cuartos.

El comprador designa al Charran que mas le place, y el afortunado muchacho, con un tacto que le es peculiar, sin contrariar, al parecer, la voluntad de su señor provisional, le dirige á los puestos de verdura, frutas y demas comestibles cuyos dueños le favorecen de cuando en cuando, con los restos que no pueden expender. Hecho el avío le conduce á la casa del comprador, llevando en el mayor *senacho* que sujeta á la cabeza, las verduras y berzas, y en los otros, colgados de los brazos, el pan, los huevos y demas comestibles mas delicados. El precio de este servicio suele ser de seis ú ocho cuartos, segun las distancias. Cuando el Charran ha adquirido confianza se va á la casa del comprador desde el mercado, sin que aquel le acompañe, y entrega intacto lo que se le confia: además le emplean en la casa en ir por aceite, carbon y otras menudencias, á la tienda de enfrente, y por todo el oro del mundo no sisaría valor de un maravedí, al contrario de nuestros compradores asturianos que constituyen un derecho de la sisa y que se forman con el tiempo un capital decente, á costa de nuestros estómagos y de nuestros bolsillos. Pero si el Charran no toca á lo que se le confia, en cambio no desprecia nada de lo que no se somete á su custodia, y mientras que, siguiendo á su amo, cuida con la vigilancia de una madre que no se caiga de los repletos *senachos* ninguna de las mercaderías que contienen, saca con la mayor sal del mundo el pañuelo del bolsillo de su señor, ó al atravesar una estancia, arregla en un abrir y cerrar de ojos, un efecto mal colocado. Estas ideas de moralidad peculiares del Charran no se hallan consignadas en ningún catecismo, y sin embargo, recorriendo la escala social en una línea mas elevada, la vemos puesta en práctica, sobre todo en política; lo que nos hace concebir que si el Charran recibiera, despues de sus naturales inspiraciones, la educación conveniente para ocupar empleos de república, llegaría á eclipsar la fama de muchos grandes hombres, á quienes se apellida así, porque han sabido prescindir de escrúpulos.

Las ocupaciones del Charran terminan á las nueve ó las diez de la mañana, segun la estacion, y desde esta hora hasta las cuatro de la tarde en que su presencia es necesaria en la pescadería como ya lo fué en el mercado, el tiempo es enteramente suyo para dedicarse al ocio ó á la industria. La esplanada del muelle es el teatro designado por el Charran para ejercitar sus talentos. Los efectos de embarque y desembarque hacinados á orillas del mar ofrecen demasiados alicientes para dejar de aventurar algo por su posesión. Ya es un bacalao el que sustrae de un fardo poco apretado; ya una sombrerada de arroz de la saca que se reventó al caer ó que se agujerea al pasar; ya es la abultada cebolla que se rodó á impulsos de un puntapié dado con el objeto de acercarla al monton, ya el melon, ya el botijo de aceitunas, ya el porron de pasas, en una palabra, cuantos objetos se importan y exportan de nuestro suelo divididos en piezas, pagan diezmo al Charran. Y cuánto no ha de ser el ingenio de este, su sangre fria, su destreza y su presencia de ánimo, para burlar al amo, al patron, al carabinero, al arrumbador, al curioso paseante y al infinito número de personas que le rodean y custodian el objeto ambicionado! Cuán exactos no deben ser sus cálculos, prontas sus retiradas, atrevidas sus respuestas y originales sus argumentos, para evitar ser cogido *in fraganti*, paliar su accion y librarse del castigo, interesados todos en aplicar á un miserable ratero, mientras que los monopolistas y usurpadores de inmensas fortunas, son á veces los que pronun-

cian la fatal sentencia! Y no se crea por estas ligeras reflexiones, que nos revelamos contra los usos establecidos: reconocemos que la sociedad no puede estar organizada de otra manera: todo cede á la ley física, y así como los grandes peces se engullen á los pequeños, el derecho del poderoso se hará sentir siempre sobre el mas débil. Empero, el mas débil suplente con la astucia lo que le falta para dominar y poseer, y la eterna lucha del talento contra la fuerza, establece la balanza y nivela los poderes sociales.

El Charran suele salir airoso, por lo comun, de sus empresas: las antiguas repúblicas de Grecia se honraban si hubieran poseído muchos individuos adornados con sus talentos escamoteadores, ciencia que si se reconocía necesaria en los remotos siglos, en los modernos es el primer elemento de un gobierno que aspire á su conservación. Luego que el Charran ha hecho su pacotilla se retira para deshacerse de ella, y con su producto y el de su trabajo de por la mañana, atenderá, creemos, al cotidiano alimento. Sin embargo, este es otro de los problemas aun no resueltos acerca del Charran: cómo come, dónde y qué. Generalmente almuerza en la casa donde lleva el avío, y suelen guardarle las sobras del día anterior, cuando las hay: mas las demas comidas, nadie se las ha visto hacer, y ni en los bodegones se ven Charranes, ni las hosterías los consintieran, ni menos las fondas y cafés, donde nunca entran. La opinión mas general es, que el Charran compra una rosca y unos cuantos manojos de pescado frito ú otro equivalente, y con ello satisface su apetito.

Por la tarde, como hemos indicado ya, se sitúa en la pescadería con un solo senacho, y lleva á las casas el pescado, cena indispensable á los habitantes de un puerto de mar, y cobra cuatro cuartos por el mandado. En seguida, se reúne en el paraje público donde acostumbra dormir con otros compañeros, y despues de calentarse al rededor de una hoguera en el invierno, formada con birutas de carpintero, se tiende á descansar sobre el duro pavimento, ó se acuesta sobre el escalon de un portal, sin temer que le inquiete la ronda ni la policía: porque el Charran disfruta del privilegio de no necesitar domicilio, y cuando un alcalde de barrio encuentra una *piara* de Charranes durmiendo al abrigo de los cuatro vientos, luego que reconoce la especie de ciudadanos que infringen los reglamentos urbanos de la poblacion, continúa su interrumpida marcha en busca de algun vecino á quien aburrir con preguntas capciosas y sacar de sus confusas respuestas pretexto para no perder en la noche mas que el sueño. Y véase aquí otra vez, esa compensacion que nos reconcilia con los usos sociales y las leyes de proteccion y equidad establecidas.

Por la pintura de un día se conocen todos los demas de la vida del Charran, salvo que en las festividades acostumbran frecuentar los paseos, vestibulos de las iglesias y entradas de los teatros para aligerar á los concurrentes del peso de los pañuelos, relojes y aun los sombreros, sirviéndose de ingeniosísimos expedientes, y para cuya enumeracion necesitaríamos muchos volúmenes. Pero en todo lo que hemos referido hasta ahora solo se notan muchos trabajos y pocos goces, y hemos reservado expresamente estos para lo último, porque los goces del Charran no se parecen á los de ningún otro sér.

Todos los vicios le son familiares, y de ninguno abusa hasta el extremo de ofrecer escándalo. Por casualidad se encontrará un Charran ebrio por las calles, si bien es frecuente hallarlos en un portal jugando á los mipes, con media baraja tan mugrienta y estropeada, que solo ellos conocen los puntos, los palos y las figuras. Las chapas, ó cara y cruz, es tambien otro de sus juegos favoritos, y en las correspondientes estaciones el trompo y la pelota. Para sus juegos eligen el lugar que mas les acomoda, sea pa-

sajero ó solitario, y como por lo regular terminan á puñadas luego que se los acaban los metales, los transeuntes tienen que apartar á palos á los combatientes para abrirse paso en las calles estrechas. Estas frecuentes luchas ocasionan rencores y ódios entre ellos, los cuales terminan en *pedreas*, ó combate á pedradas en el torrente de Guadalmedina, costumbre que merece ser descrita, y que ha comprometido muchas veces la dignidad de las autoridades.



El Charran.

Málaga se halla dividida en barrios, cuyos habitantes se profesan mútua antipatía, siendo distintas sus costumbres, sus oficios y hasta el modo de vestir: los tres barrios principales son los de la Victoria, el Perchel y la Trinidad, y en sus rádios se comprenden diferentes *distritos* con su particular nomenclatura. Los Charranes, que salen de todos los barrios, pero que se acogen á la proteccion de aquel de donde proceden, son las guerrillas avanzadas que con sus pullas y motes empiezan picando el amor propio de sus contrarios respectivos, y cuando el subrimiento llega á su colmo, numerosos grupos de combatientes provistos de hondas se dirigen al cauce del Guadalmedina, seco las dos terceras partes del año, y se enludan con peladillas del arroyo con grave detrimento de los transeuntes y de las casas inmediatas. A veces

llegan á tomar parte en estas contiendas trescientas ó cuatrocientas personas: resultan contusos, heridos y aun muertos. Las autoridades tienen que presentarse en el lugar del combate con alguna fuerza de caballería, única que impone á los *promunciadados*, habiendo acontecido con frecuencia unirse los dos partidos beligerantes para combatir y derrotar á los mantenedores del orden público. Estas escenas tienen lugar los domingos ó días festivos, que en nuestro religioso país cada cual santifica á su manera, y como en las ciudades de provincia solo en semejantes días pasea la generalidad de la población, y los apedreados y apedreados emprenden la retirada haciendo fuego, resulta que muchos pacíficos vecinos que salieron de sus casas libres de todo mal, vuelven á ella con la cabeza entrapajada, un ojo de menos ó la nariz hecha una plasta. Hay temporadas en que las pedreas se repiten periódicamente y con la debida solemnidad, cada ocho días tomando en ellas parte chicos y grandes, mozos y ancianos: los bandos prohibiéndolos y marcando terribles penas á los contraventores son inútiles, y las autoridades civiles y militares con el correspondiente auxilio, tienen cada ciento noventa y dos horas que tomar la iniciativa práctica en el negocio, hasta que pasa el furor de divertirse á pedradas.

Pero volvamos á nuestro Charran: entre los vicios que le adornan no podía faltarle el de fumador, pero original en todo ha reducido este vicio á la mitad, contentándose con el consumo del tabaco sin exponerse á comprarlo. Su frágil caudal no resistiría á semejante ataque, y así se procura cigarro del mismo modo que los traperos las primeras materias para elaborar papel. Cuantas puntas encuentra, otras tantas recoge, y luego que ha reunido la cantidad suficiente para formar un cigarrillo de papel, lo saborea solo, ó en comunidad, participando de su aromática fragancia cuantos han contribuido á su creación. Cuando son varios, el método para apurar un cigarro es el siguiente:

Se colocan en fila por orden de antigüedad, y echando suertes, el último á quien toca la china, coge el cigarro y lo enciende. Toma una bocanada de humo, y acercándose al primer compañero, junta con la de este su boca, y le echa el humo, practicando igual operación hasta el último: y esto se reproduce hasta que se consume el cigarro. Muchos que no acostumbran tragarse el humo, devuelven á otro compañero la bocanada que reciben, y una misma *chupada*, sirve á veces para deleitar las fauces de media docena de fumadores.

El Charran toma parte en todos los acontecimientos que producen bulla y algazara: forma la vanguardia en todos los regimientos que entran y salen de la ciudad: asisten á todos los bautismos; acompañan á todos los entierros; saben cuanto ocurre de notable en la población y sus alrededores: tiene en la memoria todos los aniversarios, es el que grita en todas las proclamaciones y el que victorea á los héroes y á los que no lo son. Cuéntase, que en la guerra de la Independencia, cuando los franceses se presentaron delante de Málaga, salió á combatirlos toda la población, armada en su mayor parte de entusiasmo y cuchillos de cocina, pero como de costumbre precedida de una cohorte de Charranes que gritaban «Viva Fernando VIII!...» Sucedió lo que no podía menos de suceder: la metralla de los gabachos decidió la cuestión, y los franceses entraron en Málaga, precedidos de la misma cohorte de Charranes, que gritaban: «Viva Napoleón!...» ¿Dónde estuvieron durante la desigual batalla? ¿Cómo se arreglaron con el vencedor? La historia de aquellos sucesos solo ha consignado el que acabamos de relatar.

Por último el Charran es una individualidad única en su género que solo pertenece á la ciudad de Mála-

ga: ningún matiz le liga con la clase en que entra después, cuando la edad le arroja fuera del gremio. Entónces, por violenta que la transición parezca, se confunde sin estrépito ni oposición: la palabra Charran, lejos de envaneecerle le ruboriza entónces, porque es una expresión denigrativa; repudia su origen, lamenta su juventud perdida en el ocio: si su fondo es bueno, toma un oficio, se casa, llega á ser padre de familia y ciudadano honrado; mas si el vicio endurecido y fomentado con la ociosidad pesa mas que la buena índole, se dedica á matón ó pillo de playa, tiene cuentas con la justicia y acaba sus días, ó viajando en África, ó á manos de un compañero, ó en el elevado puesto en que la sociedad satisface sus venganzas mutilándose á sí propia.

RAMON DE CASTAÑEYRA.

EL HORTERA.

SERÁ todo lo que V. quiera, señora, pero yo no puedo faltar á las órdenes de S. E., respondía con gravedad cierto portero del ministerio de Hacienda, á una enlutada matrona que pretendía hollar la consigna ministerial con estas palabras:

— Cuando sacaba de su tienda...: si señor, tienda ó lonja de azúcar y canela, haciendo la vista gorda interin el *Escelencia* de ayer, suplia con la mano sobre el platillo, las cuatro onzas que faltaban á los garbanzos para equilibrarse con la libra de hierro.... entónces mucha parola y.... Luego el Pavonazo en el chocolate, que mi difunto no murió de otra cosa.... ¡Vaya un ministro integro!

— ¡Señora! ¡Señora!

— Pues no hay mas, ¡clarito!... ¡Un Hortera en el ministerio!.... ¡No faltarán contratas por partida doble!

— ¡Oh mengua! murmuramos nosotros, apenas hubimos escuchado la jaculatoria de la parroquiana. ¡Ministro nada menos ese Hortera, cuando el nuestro aun no ha salido de las montañas que le vieran nacer! Y llenos de vergüenza con tan escandalosa inacción, abandonamos la antesala ministerial, y tomando la pluma con resolución, juramos no dejarla de la mano hasta que el protagonista de este artículo llegue á ser prestamista de su cofrade el Excmo. Sr., que gracias á su «conciencia de mercader» cobraba un veinte y cinco por ciento de ganancias extraordinarias cuando pesaba garbanzos.

Pero apenas hemos empezado nuestro viaje hácia las montañas de Santander, y ya nos sale al encuentro una recua de diez arrogantes mulos que conducen con toda resignación 19 fardos de Escocia y Llin, suficientes para formar nueve cargas y media, que haciendo tercio con un muchacho de 12 á 14 años de edad, es para nosotros lo que el diamante en bruto para el artista que lo ha de tallar y pulir. Este fardillo de carne humana, grueso y colorado, con el pelo sobre los ojos, y una boina de yesca de chocho, andará muy en breve rodeado por una docena de agentes de bolsa, que le harán hacer un millón de operaciones al contado, ó será Director del Banco y tratante en bienes nacionales, y tomará en arriendo el derecho de puertas, y la sal, y el papel sellado... y tal vez llegue día en que se saque á pública subasta el total de las rentas públicas, y ¿quién sino el poderoso comerciante ha de tomar la contrata de mantener á rancho la nación Española?... Lo cierto es que ya le han desliado del aparejo y tenemos al recién venido entre los brazos de su tío, propietario y longista de Ultramarinos en la calle de A.... El Horterita apenas sabe de-

volver los saludos del tío, de los primos y hermanos que hace poco tiempo llegaron á Madrid con el mismo pelo de la dehesa, bajo el cual encubre nuestro mancebito ciertas habilidades que aprendió en la aldea, entre ellas la circunstancia esencial de leer muy bien toda clase de manuscritos, y deletrear con bastante torpeza los impresos.

Y aquí por vía de nota, y para evitar un rato de *Panlexico* á los lectores de provincia, decimos que el *Hortera* de Madrid, es el *Cajero* de Sevilla, el *Factor* de Valencia... y en suma: este artículo habla con todos los dependientes de almacén, que á beneficio del mostrador, son figuras de medio cuerpo eternamente.

La primera operacion que sufre el Hortera es una especie de saturación sacaróidea, á fin de asegurar los sacos del azúcar, y demás géneros golosos de cualquier apetito desordenado de gula: consiste esta en dejarle comer, de chocolate por ejemplo, una, dos ó mas libras hasta que se resienta el estómago, y el recién llegado aborrezca los géneros coloniales y ultramarinos. ¡Oh! este es un antídoto excelente para los ratones domésticos, y está fundado en ciertas leyes de química-económica indestructibles. Pasan en seguida á enseñarle todas las aplicaciones que tiene la mecánica en las trastiendas, y allí es donde aprende á introducir la mano en un saco lleno de legumbres rancias y secas, para sacar el único puñado que haya de granos frescos y gordos. Entra despues la parte de geometría aplicada á los cubiletes, y en esta seccion le manifiestan las diferentes clases de cucuruchos que se conocen, su estructura y medios de construcción mas ó menos cónicos segun la cantidad que deban aparentar contener, y la que en realidad contengan. Apenas ha pasado el Hortera quince ó veinte dias haciendo cucuruchos de todos calibres y ya trata de egercitarle en la difícil tarea de la tecnología comercial, ó de puertas á dentro, y en la vulgar ó de mostrador. Consiste esta última en los diferentes nombres, sinónimos para los que estamos en el secreto, que emplean los consumidores al solicitar las mercancías; y la primera está reducida á que el expendedor sepa que los depósitos de azúcar designados con los títulos de 1.^a, 2.^a y 3.^a ó mas clases, son tres substancias distintas desde que se emanciparon del saco en que se hallaban todas juntas. Lo mismo sucede con el té de la China y el café de Moca (véase cascarrilla de cacao tostada); todos estos géneros viven democráticamente en las cuevas ó en la trastienda, y luego que pasan á la pieza de recibo cada cual toma la aristocrática elevación que le depara la casualidad. Si hubiera otros Esopos y Samaniegos, que se ocupasen de hacer hablar á estos objetos inanimados, no quedaria impune la desfachatez del Hortera cuando pregunta á los parroquianos si quieren el cacao de Caracas, de Guayaquil ó Soconusco, siendo así que el único que tiene designado con esos tres nombres, merced á la division que todos sabemos, no ha tomado carta de naturaleza en ninguno de esos lugares. Pero supongamos que ya se ha concluido el noviciado horteril, porque seria eterno referir todos los ágios y evoluciones que en ese tiempo se enseñan (la vara de medir solamente necesitaba un tomo en folio) y veámosle colocado detras del mostrador en el almacén de Ultramarinos.

Extraordinaria y vasta podrá ser la táctica comercial de puertas adentro segun indicamos en la parte de cubiletes y mecánica, pero nada es comparable con la diplomacia horteril, y pocas cosas hay tan sublimes como el aire de reserva que imprime á todos sus actos exteriores. La manera que tiene de presentarse al público, encastillado entre los sacos del arroz, parapetado con los fardos del bacalao, y presentando entre su persona y la de los parroquianos un enorme tablon, pintado de azul ó de amarillo, es una cosa

digna de notarse si se atiende á la masonería que observan todos los dependientes del almacén.

Apénas abre su tienda, por la mañana temprano, y ya la encuentra invadida por el Albañil, el Carpintero, el Zapatero, y toda clase de jornaleros que saliendo de sus casas para sus respectivos trabajos, acuden presurosos á echar la *sosiega* con una copa de aguardiente en casa de nuestro lonjista, que saluda á todos con el mayor agrado y les sirve con no menos esmero. Esta reunion de bebedores heterogénea ya, por los distintos oficios á que cada uno se dedica, no



El Hortera.

lo es menos por las diversas opiniones políticas que cada cual profesa, ó cree profesar. En los tiempos que el Albañil se dedicó al oficio, era indispensable llevar gorra de voluntario realista para encontrar trabajo, y como no se podia usar este distintivo sin pertenecer á la regimienta, entró en las filas todo el que no quiso morir de hambre. El Zapatero es algo mas jóven, y se ha encontrado con un gobierno constitucional, que tiene ciudadanos armados, pero que los llama M. N. y unos maestros de obra prima que exigen gorra de cuartel para hacer zapatos; ¿pues que remedio sino ser miliciano y llevar gorrita? El Carpintero es hombre de chispa: á la muerte de Fernando VII persiguió á su padre por carlista y le dieron trabajo en la

Casa Real; pero le han quitado el destino los santones y ahora dice que es republicano. Pues siendo tan imposible amalgamar los pareceres políticos de estas gentes, como evitar que discurren sobre la contestación que dió el gobierno al embajador inglés, y digan que es un majadero el general de división en haber atacado por la izquierda, etc., no es nada fácil tampoco que la noche anterior al aguardentoso desayuno faltasen retenes y patrullas ó cuando menos algun extraordinario ganando horas; cualquiera de estas cosas es suficiente para que se entable una acalorada discusión política, en la que suele tomar parte algun escarolero, ó tal cual lego esclaustrado ayudante de cocina en casa de algun marqués y senador por añadidura. Ultimamente disputan y todos desocupan sus respectivos copas andogabo el uno por la república, el otro por el gobierno representativo, quien por el absolutismo, á cuyo parecer se une gustoso el asturiano, y aun hasta el lego, pero este último quiere que se añada la inquisición sin telarañas. Llega ya el lance terrible de ser interpelado el Hortera, y en esta embarazosa y difícil posición es donde mas luce la diplomacia de mostrador: con todos sonríe, á todos trata de dar la razón, y jamás se conmueve aun cuando parezca que la discusión se decide por un partido ó por otro; su principal y casi único cuidado es el de no distraerse en el cobro de lo vendido.

Mas no consume el Hortera toda su charla y agrado con los jornaleros y mozos de compra: las criadas de servicio son recibidas con no menos agasajo y atención, mediando varios requiebros de una y otra parte con tal cual apretón de manos, cosa muy admitida entre los Horteras, y que no puede dar crédito á nadie que conozca las leyes penales de estos individuos mercantiles. No haya miedo que se enamore ninguno pesando azucar ó envolviendo té; serán muy vehementes en sus pasiones, pero en los actos del servicio las tienen paradas, ó cuando mucho á media cuerda. — Apunte V. que le quedo á deber los 12 reales del chocolate y los ocho cuartos del almídon, dice una mujer al abandonar la tienda. — Vaya V. con Dios, vecina, y no se burle, replica el Hortera á voz en grito, y repitiendo por lo bajo doce y uno trece. — Gracias, responde la deudora, ahora lo bajará el muchacho. Y apenas ha quedado solo el lonjista saca un gran libro azul y escribe: «Es en deber D.^a Fulana, la vecina, lo siguiente....»

Así ocupado en lances de esta naturaleza consume los días el lonjista, sin que ningún hecho notable le haga distinguir el lunes del martes ni este de todos los demas de la semana, hasta la mañana del domingo inclusive, porque la tarde.... ¡Oh! la tarde de los días festivos merece un párrafo exclusivo, y no seremos nosotros ciertamente los que nos opongamos á que el Hortera pase su visita de ordenanza á las fieras del Retiro y demas accesorios de tan saludable medida higiénica. Y como en esta caminata nos ha de acompañar tambien la *aristocracia hortelera*, no será del todo inútil dar un corte á la pluma que ya parece estar algo cansada, y echando á la espalda la mochila del café hacer unos cuantos giros comerciales con la vara de medir. Para esto no tendríamos necesidad de trasladarnos á este ó el otro punto de la capital porque la profecía de S. Vicente Ferrer se ha cumplido, y ya tiene Madrid mas tiendas que compradores; pero sin embargo, la escena pasa en la calle de Postas, ó sea-se *boulevard* de coronas y viveros. A la derecha se ven tantas tiendas á piso bajo, como balcones de entre-suelo; á la izquierda cada ventana tiene debajo de sí un almacén de lienzos; y en ambos lados y bajo toda clase de gobiernos, se despachan géneros del reino y extranjeros.

Trabajo cuesta penetrar la muralla de gente que á todas horas defiende estos almacenes, pero nosotros hemos resuelto llegar hasta el mostrador para tener

mano á mano un rato de parola con el Hortera, y lo conseguiremos fácilmente marchando detras de una jóven elegante y hermosa (con menos letras se dice fea, ¡pero está lleno el tintero!...) que desde el umbral de la tienda es saludada por el comerciante. Esta apreciable señorita habrá madrugado á las once de la mañana, si por casualidad no estuvo de *sarao* la noche anterior, (aquí no hay *soirée* que valga) y no teniendo amigas á quien visitar, ni esperanzas de que saliese el sol para bajar al Prado, abandonaría la casa paterna con estas palabras: — Mira, mamá, estoy fatal de los nervios; que me acompañe el muchacho y voy de tiendas. — Pero, hija mía, ¡si estás llena de ropa! — No tengas cuidado, mamá, lo hago por divertirme.... no he de comprar nada, pero los haré revolver un rato. Pasaré primeramente por casa de Ginés á ver lo que han recibido de nuevo, y luego voy á sublevar toda la calle de Postas. — Anda con Dios, responde la madre satisfecha con las económicas diversiones de su hija, sin reflexionar que los guantes estorban para conocer la calidad de los tegidos, que el Hortera tiene mucha franqueza con las parroquianas, y.... en fin, lo menos era que cogiese la blanca mano de la niña entre las suyas, si no las tuviera llenas de sabañones en invierno, y un tanto ásperas en verano.

Llega por fin nuestra jóven á descansar sus brazos sobre el mostrador, y todos los Horteras se acercan á recibir órdenes, apodándose uno del abanico, otro del pañuelo, quien examina los guantes, adulándola todos á porfía, hasta que una manola que está comprando terciopelo para una mantilla, dice al mocito que la despachaba: — Oiga usted, D. Cachucha, sabe usted que mi monea es tan rial como la de cualquier señorona; y que tengo dos onzas en el bolsillo, y algunas mas en casa para sacarlo á usted de probé! — ¡Alsa, Manola! — ¡Quiá!... ¡si me llamo Juana, so escocio!... ¡si no tiene usted mas gracia con las usías está abiao! Estas palabras dan á conocer al principal del almacén la gravedad que pudiera tomar aquel lance, y reflexionando que la manola paga mejor, ó por lo menos mas pronto que la señorita, acude á despacharle él mismo, dejando que uno cualquiera de los dependientes desplegue ante los ojos de la caprichosa niña cien piezas de tela de cien varas cada una.

— Este *chacóná* es muy claro, y tiene un hilo muy grueso.

— ¡Oh! no señorita; es de lo mas fino que se hace, y estos colores son eternos, aunque se laven con agua hirviendo. Hemos tenido un despacho horroroso; ayer se vendieron cien cortes, y tenemos pedidos treinta para Mad. Victorina, que escasamente....

— ¿Y me quedará yo sin nada?

— ¡Oh! no tal, ¡para V. siempre hay una pieza!... Pero ahora no, porque mamá no quiere; pagó ayer dos mil reales de tres sombreros á Madama Capot y está que trina.

— Mejor, replica el Hortera, entregando un lio al criado de la jóven.... Ya saben Vds. que todo cuanto yo tengo.... (quisiera venderlo sin regatear como esto, añade por lo bajo).

— ¡Y tienen Vds. una tela para vestidos de calle que llaman!... ¡llaman!...

— *Ilusion*. — No. — *Palmeriana*. — Tampoco. — *Poplin*, *Chatin*, *Clarín*, *Smirna*, *Fantasia*, *Damasquina*, *Rua-celin*....

— ¡Eh! basta.... Fantasia quiero. — Pues, si señora; vea V. que cosa tan preciosa.... parece imposible el adelanto que se observa en nuestras fábricas de Cataluña.... Tú que tal dijiste, ¡desventurado comerciante! Apenas oye la niña que se trata de géneros nacionales, vuelve la vista, y dice:

— ¡Quite V. allá, hombre! ¡á la legua se conocen los géneros catalanes! ¡qué cosa tan ordinaria! — Pues crea V.... — Mira, interrumpe el dueño del

almacen, todo asustado con la patriótica franqueza del compañero, sácale á esta señorita la fantasía inglesa. — ¡Pero, si!...

— Ahí la tienes debajo de la catalana; y guarda esa hasta que venga alguna lugareña con poco dinero....

— De valde es cara, interrumpe la caprichosa compradora.

— Ciertamente, contesta el principal, añadiendo *sotto voce*.

Ella lo ha de pagar, y será justo
Bautizarlo de inglés por darla gusto.

De este modo consiguen vender á doble precio las peores piezas de tela que por esta circunstancia suelen estar las últimas en los almacenes, y la ignorante jóven sale muy satisfecha de su fantasía inglesa.

Sin notar que en su exótica manía
Está la verdadera fantasía.

Y ahora que la fantástica niña se retira del almacén, apartamos nosotros la vista de los *Chaconés* y los sabañones, para preguntar al lonjista de Ultramarinos por aquel comerciante en bruto que tragimos de Santander, y dejamos en la lonja haciendo cucuruchos. Pero vétele, busca al sobrino de su tío. Apenas descubrió el vasto porvenir que la carrera mercantil le presentaba, se emancipó de la tutela, estableciéndose por sí en la misma calle, no sin haber estudiado antes un año de partida doble en el Consulado. Lo primero que se descubre á la puerta de su casa-lonja, junto á la muestra del algodón y las ballenas, es un farolito de cristal que indica la residencia de los padrones vecinales entre las cajas del café; pero el alcalde de barrio no está sin embargo al mostrador, porque como capitán de la fuerza ciudadana se halla de guardia en el Principal. En la tienda le esperan varios señores, entre ellos uno que pretende ser diputado á Córtes, y solicita la influencia horteril; otro que le va á ofrecer dos mil duros por una acción en el gran molino de chocolate, y fábrica de azúcar que el lonjista ha establecido en comandita con unos primos suyos; y el resto de personas está compuesto casi en su totalidad, por agentes de bolsa que acuden á ofrecerle sus trabajos noticiándole las operaciones del día. Todos estos negocios distraen al lonjista de su primitiva profesión, obligándole á cambiar el mostrador por un magnífico bufete, á poner carretela, traspasando los sacos del arroz por otros tantos lacayos; y si antes tenía á la puerta de su tienda un hombre que vendía buñuelos y le daba conversación á ratos, ahora tiene un aristócrata portero, que niega la entrada á todo el que no lleva dinero ó lo solicita á un cincuenta por ciento; y últimamente, se pone en pié cuando sale ó entra su señor, y le da usía mientras sube á la carretela.

Las anécdotas y cuentecillos andan por la calle. — Chica, se dicen las mujeres del barrio unas á otras, ¿sabes tú de quién es esa casa? — Toma, del mismo que tiene toa la manzana! — ¡Te acuerdas que oscuro andaba en el almacén! ¡parece imposible que dé tanto de sí el bacalao! — ¡El bacalao es lo de menos, chica! ¡donde está el busilis es en el chocolate! — ¡El chocolate!!!

Y como quiera que el nuevo capitalista, está ya fuera de nuestra tutela, y libre por sus aristocráticas pretensiones del nombre con que le hemos señalado hasta aquí, renunciarnos á ser en adelante sus cronistas, y concluimos dando un vistazo, con arreglo á lo ofrecido, por las diversiones horteriles en los días festivos.

Son las dos de la tarde en verano y se abren tres puertas de la calle de Postas para dar salida á otros tantos dependientes de almacén; (en estos días es un poco arriesgado decir Hortera). A este triunvirato mercantil se reúnen dos manecitos de la calle del

Cármen, igual número de la de Toledo, y cuatro ó cinco delegados de otros puntos. Las dos y cuarto son cuando la caravana horteril rompe su marcha atravesando las principales calles de Madrid para dar con las levitas-sotanas de sus individuos nada menos que en el real sitio del Retiro, adonde satisfacen su curiosidad, viendo las fieras, y desocupan sus bolsillos echando á los patos unos mendrugos de pan. La puerta de Alcalá los brinda en seguida á dejar la Corte, ofreciéndoles una hermosa pradera donde jugar á los bolos, y en esto ocupan la tarde hasta las cinco, á cuya hora vuelven á sus respectivos almacenes, no sin entrar primero en una botillería cualquiera, para apagar la sed con un cuartillo de leche amerengada, y el hambre con un puñado de bizcochos.

En los domingos y fiestas solemnes del invierno no juegan á los trucos, ni ven las fieras, pero suelen ir al teatro, porque aunque ellos no pidan para esos días precisamente la *Pata de Cabra*, ni los *Pelvos de la Madre Celestina*, el empresario sabe que no le honrarían con su presencia si diese otras funciones, y no se espone jamás á semejante disgusto; cuando mucho se atreve á sustituir esas comedias con la *Redoma encantada*, y el *Naufragio de la fragata Medusa*. Y aunque el sainete no sea *Paca la salada*, es con precisión *Merienda de Horterillas*.

Lo único innegable, pero cuya causa nadie ha podido explicar aun, es la facilidad que tiene toda clase de personas para reconocer á golpe de vista los Horteras. Séase que cuando la ropa no ajusta al cuerpo, indica poca legitimidad de pertenencia en el que la lleva, y que un muchacho de quince años con una levita-sortú que se hizo para un hombre de cincuenta, nunca será otra cosa sino una máquina que hace andar una levita; ó bien que los enormes picos de la camisa vayan retozando con el sombrero, y que este tenga tantas pulgadas mas de diámetro cuantas se necesitan para cubrir el cogote ó parte de la oreja. En fin, sea de ello lo que quiera, lo cierto es que en cuanto se ve alguno con todas ó parte de estas cualidades, involuntariamente se dice: ¡Ahí va un Hortera!!!

ANTONIO FLORES.

EL GUERRILLERO.

Como el racimo á la cepa, como el grano á la espiga, como el contra maestre á su buque, como los harapos al pordiosero, como el hambre al esclaustrado.... como todas estas cosas se pega el Guerrillero á España; entre nosotros nace y entre nosotros muere, sin que nadie haya podido hasta ahora traducir á otro idioma ni á otras costumbres extrañas ni la palabra ni el tipo que ella representa.

El que haya visto alguna vez á un moceton de pelo en pecho atravesar con la nieve á la cintura las mas ásperas quebradas de las Amézcuas, las escabrosidades del Maestrazgo, la cima del Monserrat ó las áridas montañas que producen el tan sabroso como poco célebre queso del Cebreiro; el que haya visto á ese moceton desafiar tranquilo la constancia de cien valientes perseguidores y el furor de seis inviernos, sin mas defensa que un fusil roñoso no limpiado en toda la campaña, y una canana vieja atestada de húmedos cartuchos, sin mas abrigo que el pantalón y la chaqueta, el gorro catalán ó la boina navarra, las alpargatas y para casos de apuros la parda y fementida anguarina; ese tendrá una idea aproximada del primitivo Guerrillero español; del soldado de fortuna; del hombre que al primer grito de guerra contra propios ó contra extraños sacude la pereza, estira los miem-

bros, lanza un voto y cuatro ternos al aire, y abunda el taller ó la labranza, dice un alegre á Dios á los padres, á la mujer, á los hijos y al miedo, y trepa á los montes y merodea por cuenta y riesgos propios, todo el tiempo que tarda en reunirse á un cuerpo irregular compuesto de otros independientes como él.

Pero no basta conocer el traje y las armas de nuestro aventurero de montaña, porque estas y aquel sufren notables variaciones, á medida que se prolonga la vida errante: para no equivocarlo con otros guerreros, que aprenden el ejercicio en línea antes que la táctica de guerrillas, es necesario estudiar sus costumbres que conservan sin alteración; y esto no es tan fácil como parece, porque al cabo ningún Guerrillero se presenta á todas horas en público, para que los diseñadores de tipos le tomen por modelo cuando se les antoje: por esto mismo se hace indispensable que sigamos á nuestro querido compatriota por las tortuosas veredas que conducen á sus guaridas, aunque nos exponamos á rodar hasta el fondo de un abismo; que le contemplemos haciendo cara al enemigo, parapetado detrás de alguna tapia, ó desapareciendo sin saber como de las manos y de la vista de sus contrarios; que nos riamos cuando enamora al patron de su alojamiento para que este no oiga el careo de sus moribundas gallinas, víctimas inocentes del hambre golosa de un atrevido compañero, y por último que nos admiremos de su ignorancia y de su paciencia.

El Guerrillero no es catalán, ni aragonés, ni vascongado, ni andaluz, ni gallego: el Guerrillero es español, y siempre que en España haya discordias intestinas ó guerras de potencia á potencia, habrá españoles en las montañas. Además, el Guerrillero es el hijo predilecto de nuestras provincias, porque todas le consideran como un rellejo de su propia gloria, por lo mismo que todas son guerrilleras.

Eranlo ya siglos atrás, y un hombre célebre, Viriato, que

Pasando de pastor á bandolero,
Y de aquí á capitán el más famoso,
Fue jefe á los romanos ominoso.

fue así, no solo el primer guerrillero, el primer héroe faccioso de la península ibérica, sino también el verdadero, el único original de todos los facciosos, de todos los guerrilleros audaces que, como él, han sabido despreciar la muerte, y adquirir gloria.

Pesada y fastidiosa es la erudición histórica para traída á cuento en artículos como el presente, pero á la historia tenemos que acudir muchas veces, con riesgo de pasar por eruditos á la violeta los que apetezamos escribir de cosas sabidas de todos y por ninguno examinadas. VIRIATO, faccioso contra Roma y de Roma vencedor, es el espejo de PELAYO, faccioso de las montañas de Asturias y restaurador de la monarquía goda, así como lo es de MINA, faccioso contra NAPOLEÓN, y de NAPOLEÓN triunfante en mil encuentros. Y MINA no había leído la historia en 1808: pero ¿qué importa? MINA y el EMPECINADO y LONGA y SANCHEZ, eran españoles como VIRIATO, y como él fueron herreros y pastores, y como él pelearon y vivieron. Corrieron los años, y en pos de 1808 llegó 1823, y renació el Guerrillero lusitano en JUANITO y en MERINO y en SANTOS LADRON; pero ya no era pastor VIRIATO, porque se presentaba en la tercera ó cuarta edición de su vida airada, y porque 1823 no podía convertirse en 148 antes de la venida de Jesucristo. Después hemos tenido nuestro 1836, en que VIRIATO ha vuelto á trepar por las montañas desapareciendo como un meteoro bajo los pseudónimos de ZUMACÁRREGUI y de CABRERA. ¿Quién sabe los años que andando el tiempo tendrán nuestros hijos? Esta es en reducidísimo compendio la tradición histórico-guerrillera de España; pero siempre aparece en ella puro el tipo,

no ha degenerado; el mismo ahora que en su origen, aunque sujeto á la influencia más ó menos pronunciada de los siglos; tan activo, tan emprendedor, tan resuelto antes del v, como en el primer tercio del xix.

Ningún hombre apocado sirve para Guerrillero: la vocación se revela desde los primeros años por un espíritu de independencia, por un prurito de contradicción y de descontento, que impelen al español neto á murmurar de todo el que manda: así que aquellas provincias que tienen fama de más atrojadas ó de menos sufridas, son las que mejores Guerrilleros producen: ellas son en todo caso las que dan la señal, arrojando las primeras consecuencias de un levantamiento; á su ejemplo se alzan las otras y envían sus arrojados hijos á los montes, que son siempre teatros de sangrientas hazañas y de venganzas inauditas.

El aspirante á Guerrillero, que teme ver cortadas sus alas antes de haber podido desplegarlas, desaparece de su casa y de su pueblo, sin más equipaje que el encapillado, á fin de no experimentar embarazos en su ligera marcha. Todos sus planes para lo futuro se reducen á no ignorar que hacía tal parte (unas dos leguas de su pueblo) ha aparecido, no se sabe si bajada de las nubes, una partida de voluntarios, defensores de... en esto no está muy seguro el aspirante, pero se hace prudentemente el cargo de que tendrá tiempo de sobra para conocer la bandera que ha elegido: el hecho es que hay voluntarios en el país y esto le basta.

Bebe un trago en la primera taberna, y como posee una dosis muy regular de astucia, primera condición que debe adornar al Guerrillero, se informa de si hay ladrones en el camino y en donde están pocas ó muchas. Si conoce que nada tiene que temer en la taberna, se declara en ella voluntario y pone el establecimiento en contribución, asegurando que no tardará en llegar el jefe con la partida. El tabernero empieza á meditar las consecuencias que indudablemente acarrearán para sus pellejos la irrupción de los voluntarios y ruega al aspirante con las lágrimas en los ojos, que beba cuanto quiera y que se marche pronto, á fin de evitar compromisos con las autoridades. Entónces dá principio el mozo á un reconocimiento formal de la taberna; pide aguardiente, pan y un cacho de queso para hacer boca; pasa la mano por la cara á la tabernera, la cual por el bien parecer le devuelve un bofetón, mientras el marido lo toma á risa, también por el bien parecer; en seguida escribe cuatro garabatos fechados desde el campo del honor, y manda que, so pena de la vida, sea entregada aquella carta á su madre, por convenir así al real servicio; repara luego que en un rincón se consume una arma vieja sin pié de gato, aunque la bayoneta está corriente; asegura que es un fusil famoso, y se lo apropia con intención de cambiarlo por otro á la primera coyuntura; pica un cigarro, echa la espuela con el último medio chico de aguardiente, vuelve á pasar la mano á la tabernera, que esta vez no se ofende de la gracia, alarga los cinco al esposo estupefacto, que pone una cara de arcángel al contemplar tan simultáneas operaciones, y toma, sin pagar por supuesto, la vereda del monte, entonando el *Mambrú se fué á la guerra*.

Al llegar al punto en que cree encontrar la partida de voluntarios dá de manos á boca con una rolliza aldeana, que compadecida de su error le informa de que en el pueblo hay tropa. — ¿Cuántos son? Esta es la primera pregunta del aspirante. — Mas de veinte contando con el comandante, responde la mozueta. — ¿Y los voluntarios? — Se han ido dispersos. — Ea, pues venga un abrazo por el aviso, señora.

Y quiera que no arroja el fusil á tierra, me la pesca por la cintura, y entre chillidos y juramentos, y truspieses y carcajadas, le espeta un par de besos tan sonoros y redobrados como un castañeteo de dedos en tiempo frío: ella se limpia los abrasados carrillos con

el delantal y huye hacia el pueblo á todo escape: nuestro voluntario se oculta entre las quebradas del monte y acecha el instante de la salida de la tropa. El oficial que la manda ha oído que anda algun moro por la costa y dispone una batida: el voluntario ni se mueve ni espira en su escondite; agachado, con la bayoneta armada observa cuanto pasa, y cuando ve que los soldados están á veinte pasos, se desliza monte abajo como una culebra, sube á otro repecho y da un silbido para escarnecer á sus adversarios: estos continúan el alcance, y él los lleva de monte en monte y de quebrada en quebrada, hasta que el comandante convencido de la inutilidad de sus esfuerzos reúne la tropa medio estropeada de subir y bajar cuestas y oprimida con el insoportable peso de la mochila y el correa.

El voluntario cada vez mas ligero y dispuesto á nuevas correrías vuelve por lo regular al mismo punto de partida, y entra en el pueblo abandonado una ó dos horas antes por el enemigo. Allí, sin encomendarse á Dios ni al diablo llama á la plaza al señor alcalde, y en medio de todos los muchachos que le rodean pide alojamiento, tres raciones de pan y carne y un cuartillo de vino. Sorbe este de un solo embite, manda á la patrona que le prepare un guisado, se lo tragala, guarda las sobras del pan en una funda de almohada de la misma patrona, que ha tenido la habilidad de convertir en morral interino, cuenta á quien quiere escucharle cuatro bolas acerca de sus campañas, y se marcha socorrido para dos dias. Como no hace aun veinte y cuatro horas que falta de su casa, prosigue su aventurera ruta con la camisa que de ella ha sacado: pero si tropieza con el ama ó con la sobrina de algun cura ó con el mismo cura, es de cajón que ha de mudarse todas aquellas prendas del vestuario compatibles con la carrera profana que ha emprendido. No comete un robo supuesto que permuta, dejando su camisa basta y sucia y sus raidos pantalones por los pantalones nuevos y por la camisa delicada y limpia del cura. Verdad es que por las gallinas, por los chorizos y por los jamones nada deja, pero en desquite agasaja al cura y al ama, y á la sobrina, con los sabrosos manjares que á la iglesia regalan las bellisimas devotas del contorno. En honor suyo es preciso confesar que nunca toma chocolate, ni es aficionado al dulce, porque estas golosinas enervan el valor del hombre y dan muy poca consistencia al estómago: fuerte trago y razonable pitanza de volátiles y cuadrúpedos componen la cocina del voluntario, cocina que está seguro de encontrar todos los dias á su disposición, por muchos obstáculos que se opongan á sus irregulares marchas y contramarchas.

El aspirante se matricula de Guerrillero desde el momento en que pide raciones á un alcalde, ó en que se ve perseguido por la tropa. Llegado cualquiera de estos casos, se deja crecer el bigote y las patillas, porque ya tiene á mengua el ocultar su profesion, y se convierte de la noche á la mañana en un soldado tan temible y tan agradecido que ni olvida un favor ni perdona una injuria. Pero no siempre puede permanecer aislado y se hace para él cuestion de vida ó muerte el formar una partida y constituirse su gefe ó el ingresar en otra ya formada. Como son menos en todos los estados del mundo las notabilidades que las individualidades, y como este no es un artículo excepcional, dejemos á un lado los genios de la profesion, ó sea el Guerrillero organizador, y concretémonos al Guerrillero en general, al soldado montañés de infantería que es el Guerrillero puro de España, sin tener en cuenta las combinaciones políticas y diplomáticas que de poco tiempo á esta parte intentan abrir una brecha en los rancios hábitos guerreros del tipo que nos ocupa.

Una partida de Guerrilleros, por numerosa que sea, nunca ataca en campo raso á tropas disciplinadas,

si su gefe sabe la obligacion: lo que hace es sorprenderlas cuando puede y aunque se encuentra precisamente organizada para la ofensiva, las ventajas de la táctica que observa, cansando al enemigo, son portentosas para su conservacion y aumento. Por eso el Guerrillero nunca tiene plazas que guarnecer, por eso resiste en un punto, no porque el punto le interese, sino porque en él causa mayores pérdidas que las que recibe; por eso lo abandona y vuelve á recobrarlo cuando le conviene; por eso, en una palabra, no puede ser jamás vencido aunque casi siempre anda disperso en sus reveses.

Una de las principales obligaciones del Guerrillero, tal vez la mas importante, es conocer á palmos el pais en que opera: pocas veces traspasa los limites de su provincia natal para combatir en otras. De aqui resulta que siempre es dueño de fijar á su capricho el campo de batalla: desde que el éxito se manifiesta contrario, grita el gefe: *muchachos, á dispersion; dentro de dos dias todos en tal parte.* Y las guerrillas desaparecen en cinco minutos y avanza el vencedor, y por mas que se empeña, no logra dar alcance á cuatro hombres reunidos: es decir, que ha peleado tres horas para apoderarse de una posicion, que tiene que abandonar sino quiere perecer de hambre. El Guerrillero entre tanto merodea por los pueblos y caseríos que casi siempre le protegen, se informa de cuanto hace el enemigo, penetra muchas veces en sus acantonamientos, y á los dos dias se incorpora infaliblemente á sus compañeros, para continuar aquella serie nunca interrumpida de encuentros, escaramuzas, sorpresas, retiradas, victorias, descalabros, dispersiones y emboscadas. Pierde una accion, pierde seis, veinte: nunca padece de aprehensiones, nunca se cree en mala situacion, porque está seguro de la bucólica y engaña el tiempo ocioso en pelar la pava con sus patronas, gente que se paga mucho de aventuras y de proezas: si ve la cosa demasiado apurada, se esconde en cualquiera parte, por ejemplo, en casa de sus mismos padres; porque sabe muy bien que es imposible que en ella le busquen y á fuerza de atrevimiento se burla de la mas exquisita vigilancia. Mejora el tiempo ó se hace menos activa la persecucion, y ya le tenemos otra vez en campaña sacando raciones, tiroteándose desde un ribazo, arrastrándose á guisa de reptil, para caer de improviso sobre un soldado que dos minutos antes le encaraba el arma, entonando canciones alusivas á la causa que defiende, asistiendo á las romerías con riesgo de quedar prisionero y aporreando alcaldes, y mojándose hasta los tuétanos.

Los aguaceros, la nieve, el hielo, las ventiscas de diciembre, las polvaredas, el abrasado sol de agosto... hé aqui los mas terribles adversarios del Guerrillero, adversarios que no consiguen domar su brio, ni enfriar su resolucion de vivir y morir defendiendo, malo ó bueno, el partido que ha abrazado. En el invierno camina, se bate, come, bebe, fuma, saquea, enmora y duerme empapado hasta los huesos: en el verano no se limpia el sudor para ninguna de estas operaciones. Cuando oye á media noche el toque de generala, salta del lecho y por muy cruda que sea la estacion, acaba de abotonarse los pantalones en la calle: se restrega los ojos, echa dos cuartos de aguardiente y ya está dispuesto para lo que quiera ordenar el señor comandante.

El Guerrillero jamás hace traicion á su bandera, es inaccesible á la seducción y aborrece los finos modales, nunca acepta gustoso por gefe suyo á un oficial del ejército, gana sus ascensos á balazos y cuando se acaba la guerra vuelve satisfecho á su taller ó á la labranza de sus tierras, si tal es la voluntad del gobierno, seguro de la gratitud y consideracion de sus compatriotas. Si le toca la desgracia de caer prisionero y ser fusilado, muere como ha vivido; es decir, que las últimas prendas que le abandonan en el mun-

do son el valor y la conformidad. Si al contrario llega á ser general, el estado se procura en la persona del Guerrillero una adquisición preciosa, porque su ruda franqueza, su talento, hijo de la experiencia y del



El Guerrillero.

infortunio, y la noble vanidad con que se complace en referir diariamente sus plebeyos principios, son una garantía segura contra la adulación cortesana, contra todas las emboscadas que los ambiciosos preparan sin cesar al hombre elevado, de quien en alguna manera dependen la administración de justicia, el decoro y el brillo de una nación.

JOSÉ MARIA DE ANDÚEZA.

EL AGUADOR.

Esto de beber agua es tan antiguo como la sed, y la sed es tan antigua como el hombre. Adán y Eva que diz que fueron nuestros primeros padres, es decir, nuestros padres, porque en esta materia no hay mas que ser ó no ser, lo mismo que en otras muchas cosas, debieron beber el agua de bruzes, esto es, absorbiéndola de las fuentes del paraíso como pudieran,

poniéndose boca abajo y mojándose las narices para remojar la boca. En verdad que yo hubiera dado cualquier cosa buena por ver al venerable Adán con la cabeza baja, lo demas empinado y las rodillas entre húmedas y arenosas, absorber agua de uno de aquellos arroyos, y cuando lo hacia no dársele un pito ni de su consorte ni de la creación. Cuando se bebe agua nadie se acuerda de nadie; es un acto espontáneo que puede llamarse de *Soberanía nacional*, de esos actos libres que prueban la esclavitud del hombre, pues todo sér que tiene necesidad de beber agua es esclavo de la sed. La libertad del hombre es la piedra filosofal, el Ave Fénix que nadie la encuentra; nos engañamos con ficciones y adelante con la música. Esto de engañarse es muy filosófico. La verdad, bien mirada, es en el mundo una atrocidad. Es mas todavía, es el espejo en que las miserias humanas se ven en toda su desnudez, y el hombre que así se ve tiene que sentir por necesidad no haberse muerto al nacer. Si los Aguadores fueran hombres que pensasen, no serian Aguadores. Sin embargo, ese oficio como todos los demas tiene sus contras y sus ventajas.

En suposición de que el agua se necesita para muchos usos de la vida, y sobre todo para beberla, era natural, lo mas natural del mundo, que hubiese hombres que pagasen el agua y el trabajo de traerla. Hé aquí el origen de los Aguadores. De que provincia fueron los primeros que cargaron con un cántaro ó cuba al hombro, no se sabe, y es uno de aquellos puntos que la historia deja en tinieblas. La historia es como la luna; tiene sus manchas, y manchas que nadie sabe lo que significan. Hasta cierto punto es una ventaja que la historia tenga sus paréntesis, porque como el mundo siempre ha sido malo, cuanto ménos se cuente de él, tanto mejor, y cuanto ménos de él se sepa mucho mejor. El agua en este mundo miserable, ruin y baladí, es artículo de primera necesidad, y como las fuentes no están por lo general á la puerta de la calle, hay que *trasegarla*, operación (se entiendo lo del traseigo) que los economistas creen que es una de las principales causas de la riqueza, en un mundo tan bien organizado que solo los tontos tienen dinero, y no solo tienen dinero sino que tienen razon, porque este mundo es de los tontos y no de los malos como decia S. Pablo. Con permiso de su santidad y sabiduría, no estamos enteramente conformes; la opinion es libre. S. Pablo tenia la suya y yo la mia. El era apóstol; yo no puedo serlo; pero eso de santo quien sabe si yo lo seré y si los dos discutiremos este negocio en el otro mundo. Y en verdad que seria cosa divertida vernos y oírnos á S. Pablo y á mí en el cielo discutir con la debida formalidad sobre los asuntos de la tierra. Nuestros lectores dirán ¿y que tiene que ver el cielo ni S. Pablo con un Aguador? pues tiene que ver, porque con la cuba al hombro y su chaqueta parda, un Aguador es un hijo de Dios y heredero de su gloria como cualquiera hijo de vecino, segun la doctrina del padre Ripalda.

La igualdad entre los hombres es la fábula mas consoladora que ha inventado la filosofia moderna, y el sueño mas delicioso de las constituciones que están en moda. Algo es algo; aunque no lo seamos, bueno es que nos lo figuremos. Al fin y al cabo esta vida se compone de *figuraciones*.

Nace en Asturias ó Galicia que tanto monta, un muchacho rollizo, carnudo y dormilon (la robustez da sueño) y este chico se cria como todos los del mundo, llorando mucho, mamando mas y privando del sueño á sus padres que es una de las gracias del matrimonio. ¡Oh! esto de casarse es la mayor de las felicidades. Es una locura mas de las que hacen los descendientes de Noé, condenados (y no sé la razon) á pasar este rio de la vida entre padecimientos y tribulaciones.

Pues señor, como íbamos diciendo, ese chico se

cria pobre y miserablemente, pero sano y guapote como una manzana. Cuando ya tiene doce años el ciudadano, cuida de una vaca, duerme á su lado sobre un lecho de paja de centeno y de yerba á medio secar. Llega á fuerza de leche de vacas y pan de maiz á ser hombrecillo, y entónces entra en cuentas consigo mismo y trata de ser algo en esta nada del mundo. Este es el momento en que la suerte decide de su miserable situación. La diosa del hambre le inspira y se resuelve á venir á Madrid en busca de una cuba, objeto de todos sus deseos y emporio de su felicidad. Pero

ocurre que el ciudadano independiente, pasados algunos años de su ambicion aguadoresca y sus deseos de ver la córte de España, en donde su abuelo trayendo y llevando cubas hizo el suficiente capital para ser alcalde, quiere serlo en su lugar, imponer multas á la gente decente y jugarla de plancheta, por aquello de si quieres ver á Periquillo, dale un mandillo, y presidir la misa en los dias de fiesta con su capa reverenda y su reverenda estupidez adornada con el sello de la justicia. ¡Pobre justicia! Desde la caja de Pandora y mucho ántes, segun mi opinion, anda esta



El Aguador.

desgraciada señora por esos andurriales como muger perdida y de quien no hacen caso sino los malos.

Verdad es que en estos felices tiempos que corremos, la justicia ha invadido las casas de los hombres honrados para cometer con ellos iniquidades, como le sucedió no hace mucho á este pobre descendiente de Adán que sin comerlo ni beberlo tuvo que tragar la píldora y *viva la libertad*.

Eso de ser alcalde gusta mucho á los tontos. El mandar es propiedad de esa gente favorecida de la fortuna, que siempre favorece á lo peor. Vuelvo á la carga; este mundo es de los tontos. Pero anudando el hilo aguadoresco, pintemos, con la verdad en la mano, lo que sucede y lo que es en sí ese ciudadano á quien la

Providencia destinó para llenar de agua las *herbicas* tinajas de la villa y córte de Madrid. No extrañen nuestros lectores el epíteto de *herbicas* aplicado á las tinajas, porque en Madrid son herbicas hasta los pucheros de Alcorcon, que se venden en la bajada de Sta. Cruz. Aqui todos somos héroes, desde los pucheros hasta las cazuelas que son una de las mejores invenciones del entendimiento humano (salvo el asador).

El ciudadano aspirante á Aguador ronda por las noches á las marusas de su lugar y aun de su concejo, y encuentra con alguna que le fija y será en adelante su amada esposa. Despues de los preliminares del matrimonio se casan en paz y en haz de la Santa Madre Iglesia. Ya tenemos á nuestro hombre hecho un ciu-

dadano completo, un benemérito de la patria, que un hombre casado bien merece ese título y aun algo más. Luego que están en su casa (vulgo choza) se encuentran los dos esposados con que no encuentran nada. La miseria, patrimonio exclusivo de ese ser que se llama hombre, porque en este globo sublunar ni las águilas, ni los elefantes, ni las hormigas padecen de semejante achaque, pone en discusión *parlamentaria* á los dos esposos, y el marido le dice á la marusa poco más ó menos lo siguiente: «mira, chica, los dos estamos mal. No tenemos dinero ni que comer. Así no podemos vivir, con que es preciso que tomemos alguna determinación. Yo estoy ya determinadu. Me voy á Madrid. Mi abuelo y mi padre hicieron lo propio, y encontraron conveniencia. Tú te puedes bandear por aquí de espigadera ó de otro oficio más sublime. Si tenemos sucesión puedes ponerte á ama de cría y entónces nos veríamos los dos en Madrid, sin que los amos lo supieran. Yo diría que era primo tuyo y cuando los señores salieran á pasear trataríamos de nuestros negocios. Me guardarías un poco de pucheru, y tan ricamente. Si esto no sucede, te aconsejo que trabajes, porque el trabajo, según decía en la cuarema pasada el padre Ciriaco, es una virtud y todos estamos condenados á esta virtud por el pecado de Adán. Luego que yo esté en Madrid y haya encontrado la conveniencia debida, te enviaré las sobras, y con ellas podrás remediarte hasta que Dios permita que yo al cabu de algunos años pueda ser alcalde del lugar, se entiende con mi dinero.»

Pasado este coloquio y después de las lagrimitas y suspiros de la esposa, el aspirante á Aguador, con un palo en la mano derecha, unas alforjas de cáñamo blanco en el hombro izquierdo con tres ó cuatro remiendos, y unos cuantos zurcidos por añadidura, calzoncillos limpios, camisa súa y zapatos de siete suelas forrados en hierro, toma las de villadiego y se encamina á la villa y corte sin otro pensamiento que el del agua de las fuentes de Madrid y las *sobras* que ha de mandar á la querida esposa, que toda mohina y acongojada llora y se lamenta sobre el hogar, mientras un gato hambriento, peludo y galgui-flaco huele con la avaricia del hambre el pote de nabos, berza y su cacho de manteca rancia que cuece á horbotones y como si en su murmullo ostentase el poder de su soberanía. Y cuidado, que no lo digo de broma. Yo no conozco nada más soberano que un puchero que está cociendo. Es el rey del fuego, del agua y de la tierra, teniendo al aire por ayuda de cámara.

Entre tanto, el ciudadano Aguador *in fieri*, con un pie tras otro, mejor dicho con una maza tras otra, sudoroso y pulverulento, sigue su jornada como un Cid, con la misma tranquilidad de ánimo que da audiencia un ministro de hacienda que no paga á nadie.

Entrada ya la noche y embozado con las alforjas de cáñamo, llega á una venta, en donde después de saludar al ventero con aquello de «buenas noches nos dé Dios» se sienta á la lumbre, echa las alforjas atrás, se abre de piernas y presentando las palmas de las manos á cuatro dedos de las llamas, dice en su interior «aquí hay un hombre.»

A puro tragar judías á medio cocer, polvo en crudo y agua de posada, que es la peor de todas las aguas, llega el pobre hombre á Madrid, en cuyas puertas lo primero que le piden es el pasaporte que por señas de cuatro reales de vellón le expidió el fiel de fechos de su lugar, con una cruz del Alcalde, por no saber firmar. Alcaldes de esta ilustración se encuentran á puntapiés por cualquier parte de la Monarquía española. Eso va en aprensiones, y yo tengo para mí que es más feliz el que menos sabe, porque de este picaro mundo no llega uno á saber nunca más que picardías. Después de aquello del pasaporte, el registro y todas esas garantías sociales de que felizmente disfrutamos los españoles, consigue atravesar una puerta de Madrid

el ciudadano Aguador, y andando de fuente en fuente llega por fin á dar con un primo que tomó el oficio dos años antes y á quien le sobra una cuba porque compró dos y no puede más que con una; lo mismo les sucede á los maridos de mala conducta.

Pero es el caso que no teniendo plaza se ve en la necesidad de comprarla, y aquí entra ella. El primo no tiene dinero, é tampoco, y para ponerle en calzas es menester descalzar á la mitad de un concejo de Asturias.

A fuer de paisano y del oficio logra por fin el derecho de henchir una cuba y llevarla en triunfo por las aceras dando cubazos á diestro y siniestro, y despertar por la mañana no solo á los criados de las casas sino á los amos, tocando la campanilla con el mismo imperio y magestad que pudiera hacerlo el dueño de la casa.

Una cosa notable hay en los aguadores, y es el ruido que forman con los zapatos. Hasta los gatos se asustan y no hay perro que no les ladre. Son sin embargo honrados y esto debe decirse en honor de tan miserable oficio, y que si Asturias y Galicia no existieran, no habría aguadores. Un puchero de reserva, para las sobras de lo que en las casas donde sirven quedan, es para ellos el ángel tutelar que les libra de las miserias y necesidades humanas. Para dormir en el invierno no necesitan mantas, porque duermen muchos juntos y se arropan los unos con los otros; en el verano duermen al raso y los cobijan los luceros. En una palabra, el Aguador de Madrid es una especialidad humana. Deja su tierra para ser alcalde en su tierra. A fuerza de sudores, remojaduras y mal comer, logra un capitalito que se emplea en dos vacas preñadas ó en la vara de la justicia.

ARENAMAR.

LA MUJER DEL MUNDO.

—Estas pues, son desta niña
Las partes y colidad,
Archivo de todo achaque
Y albergue de todo mal.
Las que privan en el mundo
Con el pecado mortal,
Si no perdéis coyuntura,
Las vuestras se perderán.
QUEVEDO.

Un poeta lloron principiaría este artículo con las siguientes palabras, ó otras equivalentes.

—Pobre mujer...! ¡Ay...! flor delicada...
marchita y mística y sin color y ajada...

Un furibundo ascético, severo y bilioso, tal vez anunciaría su discurso con este virulento desahogo:

Miseria y corrupción, ¡torpe hermosura:
fragilidad, fragilidad mundana....
todo se vende ya en la tierra impura;
ya no hay virtudes en la raza humana....

Pero yo que á estas horas no se lo que soy, porque nada tengo de sentimental ni de ascético, pláceme recorrer el velo de lo que mi editor quiere que sea el trato, con las palabras que todo fiel cristiano debe decir al principiar una obra buena.—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

Necesario es santiguarse y ponerse bien con Dios, al bosquejar el perfil... nada más que el perfil de la *Mujer del mundo*; como la víctima que marcha hacia la hoguera, como el que por primera vez se embarca como el que asciende á la silla escelentísima; porque realmente en los tiempos que corren, es un martirio moral, un sacrificio de reputación para el que ofrece

un cuadro pecaminoso ante la vista de las gentes, cuadro que á unos parecerá pequeño, á otros proporcionado, y á muchos monstruoso.

Y ¿qué dirán los pseudos moralistas, los meticulosos y rígidos censores de las costumbres de esta época? Dignos de ver serán los aspavientos, las horripilaciones y las siniestras miradas que arrojarán sobre este vergonzante artículo, cuando libre y en alas del repartidor de esta obra famosísima, se les entre por las puertas y vuele á sorprenderlos en medio de la virtuosa calma que aparentan disfrutar en el fondo del hogar doméstico.— ¡*La mujer del mundo*...! ¡qué horror! ¡que inmoralidad! ¡que aberración! ¡que anarquía!!!... Y ¿esto se escribe y circula entre multitud de seres inocentes que yacen en la mas feliz ignorancia?... ¿no basta que exista el vicio, sino que ha de llamar la atención sobre él, se ha de contaminar el casto oído de los vírgenes con la descripción de... ¡Uf!... ¡af!... ¿Que hacen esos fiscales de la imprenta? Y esa llamada benéfica institución del jurado, ¿por que no pone un dique á este torrente de papeluchos inmorales, aquí que no hay compromisos... aquí que no peca? Pero, está visto: la sociedad se disloca y bambolea; la constitución es una bella mentira; y el gobierno, el gobierno es el primer criminal, y las córtes, y Luis Felipe.... ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!!!...

Y vosotras purísimas doncellas, candidas, delicadísimas flores del jardín terreno, os rebelareis también contra la *libertad del pensamiento*....? ¿me condenareis sin mirar estos pobres, pero verdícosos renglones cuando en la tertulia sirvan de sabroso pasto al aguzado diente de algun canibal literario, aunque despues procureis leerlos á hurtadillas? tal vez, tal vez... porque

Si el alma un cristal tuviera
(como cierto Dios quería)
menos traiciones hubiera,
Pues cada cual temiera
que su infamia se supiera.

Esto lo dijo el doctor Juan Perez de Montalvan muy oportunamente en la comedia «Cumplir con su obligación» y aunque no os parezca muy oportunamente citado, habeis de saber tierñisimas palomas que la hipocresia desde los tiempos mas remotos tiene establecido su morada en todos los corazones con mas ó menos fuerza ejerce su poderio, y como al supremo autor no le plugo colocar en lugar conveniente el consabido cristal, acaso por ser materia quebradiza y muy espuesta, he aquí la razon porque alguna de vosotras delante de las gentes desdenará fijar sus bellos ojos en *la mujer del mundo*, aunque vaya luego á buscarla en el fondo de alguna papelera, burlando la vigilancia del timorato papá ó del tutor espantadizo. Pero anticipadamente os advierto que sin peligro podéis satisfacer esta curiosidad: vuestros castisimos oídos no deben ofenderse con las palabras de la triste cuanto amarga historia de la mujer profana.... porque en verdad, en verdad os digo que las que sean á toda prueba candorosas, puras e inmaculadas no me entenderán, y las que me entiendan.... será porque teórica ó prácticamente conocerán las vicisitudes del mundo pícaro, y para estas nada habrá aquí nuevo, nada que las escandalice y que no hayan escuchado alguna que otra vez. Esto supuesto, allá va la representante de un tipo *universal*.... y entiéndase que al valerme de esta frase no trato de aplicarla en toda su portentosa latitud; sino porque no saliendo al paso otra que determine y califique mas cumplidamente al tipo de los tipos, al gremio que reúne mayor número de aliados, al robusto tronco del que suelen ser vástagos una buena porcion de los tipos femeninos, la estampo aquí con la protesta de variarla tan luego como pueda sustituirse con otra que diga mas... pero que asuste menos.

La mujer del mundo, es, como si dijéramos, una obra que se publica *por entregas* y se reparte entre un número indefinido de suscritores; es la colmena abeja de la que no es todo miel lo que se saca, así como no es oro todo lo que reluce, y en fin la digna consorte de uno de los enemigos del alma. Nada hay en la inmensa extension de los orbes tan completamente aislado que pueda considerarse como único en su especie. Tan admirable, tan pasmosa es la combinacion de la gran máquina del universo que no hay pieza independiente de otra: no hay ente ni ser que carezca de otro ser, ó ente para atender á su fecundidad y multiplicacion, ni, mas claro y como vulgarmente se dice, no hay cual sin su cada cual, ni obeja sin su pareja. Y ¿á que viene aquí bellisimas lectoras, toda esta contemplacion filosófico-metafísica envuelta en una lluvia de refranes; ¡Oooh!... viene á preparar, á disponer vuestros ánimos para que sin violencia podáis recibir una gran nueva: viene á revelaros un secreto de alta importancia; secreto que en el trascurso de los tiempos ha estado escondido en el mas profundo misterio pero ahora que todo se analiza, inquiere y averigua, ahora que todo se sabe, porque, no hay duda, hemos llegado al *complemento del saber*, ya no hay arcanos que resistan á la humana investigacion, ya facilmente se despeja la incógnita: ya están resueltos todos los problemas.

—Pero ¿y el secreto?

—¿El secreto?... tenéis razon; basta de preámbulos y circunloquios; allá va: pasmaos, estremeceos, santiguaos.... el secreto que desde ahora será el secreto á voces, es que el mundo tiene su *cada cual*, que el mundo tiene su *pareja*, que el mundo está casado!!! Casado, sí, como cada hijo de vecino, y casado con el peligroso tipo que los presento: porque sino, ¿que quierá decir *la mujer del mundo*? Lo mismo que la mujer del secretario tal... del alcalde cual... y del boticario, que se yo. Y esa dilatada progenie de sirenas que los antiguos llamaban meretrices, y las modernas cortesanas, y algo mas y que son sino hijas del mundo, hijas de ese matrimonio rebozado, de ese terrífico consorcio celebrado indudablemente entre las tinieblas de los tiempos primitivos? Y no hay que sospechar por esto que tan singular enlace ha producido únicamente hembras porque ahí está el moderno continente, robusto y muy cumplido mancebo, cuyo nombre de pila es *nuevo mundo*, el cual se presentará á su tiempo, para recoger toda la herencia del mundo viejo, ó para presenciar las particiones segun la última ley de mayorazgos. Quede, pues, establecido que el mundo está casado: que es uno de tantos maridos traviosos y coquetones que á menudo vemos circular por esta Babilonia, maridos sabandijas que por do quiera se introducen, zumban, pican, levantan ampolla y desaparecen, y saquemos á relucir, pongamos en evidencia la buena ó mala catadura, la *vera efigies* de la que por antonomasia cualquiera podrá llamar *la mujer fuerte*.

Autores respetabilísimos, porque entre ellos los hay sagrados, me inclinan á creer que *la mujer del mundo* tiene casi tanta edad como su marido. A 5896 años hacen subir las siete edades de este los mas famosos cronologistas, desde la creacion hasta nuestros dias, y sin embargo, ¡oh portento maravilloso! hé aquí una mujer que cuenta sus años de existencia por millares sin que haya podido el tiempo destructor marcar una arruga en su semblante, ni deslucir la brillantez de su hermosura. Verdad es que en esta lucha abierta con el tiempo no suele quedar siempre bien parada; pero nuestro tipo tiene inmensos recursos, poderosos aliados y con reclamar la intervencion el artistico apoyo de Pelaez ó de Rotondo, del agua de Venus ó de los innumerables falanges de cosméticos, se queda como nueva y vuelve á salir á campaña erguida, fascinadora, para continuar su no interrumpido

pida carrera de triunfos. *La Mujer del Mundo*, generalmente lleva al tiempo encadenado á su carro victorioso como el enemigo mas rebelde y contumaz que la persigue; pero por mucho que este se afane por derrocar su imperio, jamás podrá estirparla de la tierra, porque la mujer del mundo es como el trigo que por cada grano que se siembra brotan ciento, es como el fabuloso Fenix, pero un fenix Proteo que al reproducirse como aquel toma todas las formas de este operándose en ella tres distintas pero capitales metamorfosis. Ya resuelta orgullosa deslumbradora conduce su carroza por las altas regiones y huella con su planta las matizadas alfombras de los palacios y aspira el perfumado ambiente de las flores y la lisonja: ya con modesto atavío, sin carroza y sin orgullo, se desliza brevemente por las calles entre las sombras del último crepúsculo... hora precisamente en que el honrado murciélago sale á caza de alguno que otro mosquito y demas insectos infelices, y ya por último, abandonada sin casa ni hogar, sin Rey ni Roque, sin pudor y sin zapatos, recorre alegremente las plazas antes y después de los crepúsculos, y tiene la humorada de ir á pernoctar de vez en cuando bajo el alero hospitalario de algun cuartel. Pero orgullosa, modesta y abandonada, siempre es igual, tanto vale una como otra, como las acepciones de una misma palabra; porque siempre es la Mujer del mundo, enredadora, coqueta, que muda á cada paso el traje y antifaz para sostener las ilusiones del veleidoso marido. Fuerza será considerarla tambien bajo estas tres distintas acepciones y sacarla á bailar ante la pública espectacion, ya como *primera bailarina absoluta*, ya como de *medio carácter*, y ya como *grotesca* aunque el fondo, en la esencia de las consideraciones coreográfico-mundanas todas tres sean bailarinas á *perfecta vicenda*.

No nos detendremos en profundizar las causas que obligaron á nuestra heroína en la pubescencia á aceptar uno de los primeros papeles de la brillante farsa que representa, porque seria el cuento de nunca acabar si nos lanzáramos en ese laberinto de novelas que tiene estudiadas y dispuestas para referirlas al que las quiera escuchar, en las que vulgarmente suelen figurar como protagonistas y origen de toda una vida de escándalos, un D. Juan Tenorio, ó un viejo opulento y libertino ó una madre desnaturalizada y especuladora. Generalmente, y diga nuestro tipo lo que quiera, el verdadero y principal motor que la arroja en los brazos del mundo no es otro que la falta de sólidos principios de buena moral y Religión, y la sobra de una ambicion desmedida por los goces terrenos, el lujo y las riquezas, sin que jamás recuerde el *¿qué dirán!* sino para olvidarlo con el *¿qué se me dá á mí?* Dotada de hermosura, buen talle, natural despejo y diestramente gobernada por alguna *Doña Rodriguez*, sibila de las sibilas, nada mas fácil que ver en las aras de la gentil deidad profusamente apiladas las ofrendas sirviéndoles de base la colosal fortuna del banquero, el simbólico baston de magnate, la espada del Conquistador, los cetros y las coronas. ¡Delicioso sueño al que la mujer del mundo se abandona confiada en sus efimeros encantos sin que puedan los hondos gemidos de la olvidada virtud, ni la estentórea carcajada de las gentes, desvanecer tan dulcísimo letargo!... porque la virtud no es otra cosa ante sus ojos que una fantasma ilusoria, un ente ideal y acomodaticio creado por los hombres que vale tanto como cualquiera otra invencion humana, y la befa de la sociedad un rumor leve que se pierde en el espacio sin eco ni potencia para trepar hasta el encumbrado sódio donde la adoracion de unos cuantos idólatras la colocaron. Ella vé á la sociedad bajo sus plantas: la vé como un hormiguero famélico que bulle en derredor de un grano de avena, y de vez en cuando se entretiene en arrojarse semillas que suelen bajar convertidas en togas,

gobiernos, canonicatos, diputaciones y en sillas episcopales. Cuando la Mujer del Mundo en sus floridos años tiende el vuelo y logra remontarse á tan elevada region, no hay imperio mas robusto ni dominacion tan cumplida como la suya. La debilidad del hombre la hace fuerte en sus venganzas, temible en sus intrigas, espléndida, derrochadora con los que la ofrecen incienso...., y de aqui suele llegar al complemento de la ambicion terrena apoderándose de los bienes temporales, siendo árbitra de los altos y supremos destinos de toda una monarquia. Pero tambien llega el tenebroso invierno de la vida, y solo con anunciarse las heladas brisas del otoño, el astro rutilante se apaga, el robusto imperio desaparece, el idolo se derrumba con estrépito del encumbrado pedestal. Entónces la Mujer del Mundo si fué algo *positiva* mientras duró su brillante apogeo, se retira á vejetar con su numeroso ejército de reserva, y para acallar escrúpulos funda un hospital ó capellanías, ó cosa que lo valga; pero si de su pasada gloria conserva únicamente recuerdos y nada mas que recuerdos.... se hace devota y hermana de la caridad y de la *camándula*, y abjura y se pasa, y renuncia generosamente á toda clase de pompas y entra en el redil de las innumerables ovejas descarriadas y arrependidas.

Preciso es confesar que nuestro tipo considerado en esta su mas lucida metamorfosis no es esencialmente español. Otras naciones, donde la cultura, la civilizacion, pero no la moral, han hecho mas progresos que en nuestra rezagada España, nos lo pueden disputar en gracia del mayor número de ejemplares que ofrecen sus respectivas historias; y por mi parte no hay inconveniente en cedérselo, todo entero porque en nada se amengua el honor del pabellon nacional, ni vale la pena de armar camorra por la posesion *in solidum* de un objeto de tan pobrismo importancia. Algunas puntas mas tiene de españolismo la que hemos anunciado como de *medio carácter*, aunque bueno será tener presente que la *Mujer del Mundo* no es un tipo local, sino un tipo patrimonio *in partibus* de todos los paises, dejando salva alguna que otra leve particularidad ó rasgo característico del suelo en que tiene establecido su laboratorio.

Veamos ahora á la Mujer del Mundo aparecer nuevamente sobre el retablo. Considera pio lector á mi cliente en esta su segunda metamorfosis asomada con cierto desdeñoso descuido á la reja de ese cuarto bajo, ó maliciosamente escondida detrás de la entreabierta persiana de aquel cuarto principal. Esa tos seca que de cuando en cuando llega á nuestros oidos no vaya á creer que es producida por alguna irritacion bronquial, no; es el canto de la sirena, es el redoble que ejecuta el tambor cuando el baston del ayudante le da á entender.... *llamada y tropa*. Ponte detras de mi para que no seas blanco de sus ávidas miradas, y exclama en un momento de filantropico arrebato: ¡Cuán digna de compasion es esa mujer en medio de la abominable senda del pecado! ¡Cuántas victimas sacrificadas por la imperiosa ley de la necesidad en las aras del hambre! Y con efecto, esa infeliz será tal vez una huérfana, bien educada, que perdió su único apoyo cuando le era mas necesario: tal vez desvalida en la peligrosa edad de las pasiones aspiró sin sospecharlo el ponzoñoso aliento de la seducccion, y al separarse imprudente sin cautela del hermoso camino de la virtud, de un desliz se arrojó en otro, como el peñasco desprendido de la cumbre de una roca que no cesa de rodar hasta el fondo del abismo. Sin embargo, esta desgraciada no suele prostituirse ni desmoralizarse hasta el punto de hacer gala públicamente del sambenito. Siempre hay un si es no es de modesta y pudoso recogimiento en su modo de vivir que, ya natural, ya con afectacion ó cuidadosamente estudiado, dá mayor realce, mas fuerza de claro oscuro á sus hechizos. Generalmen-

te pasa el tiempo en hacer y recibir visitas: da audiencia á todas horas y tambien las pide particulares si para mayor desgracia figura como pensionista en las primeras nóminas del monte-pío de oficinas. ¡Fatal y hasta inmoral pension que obliga á la infeliz á abrazar el celibato á trueque de no perderla! Verdad es que si las pagas andan un tanto cuanto atrasadas, no es siempre la *Mujer del Mundo* la que suele estar comprendida en esta calamidad, porque á veces cobra adelantado por los fondos secretos de tal ó cual secretaría. Una audiencia particular la consigue una mujer de ciertas circunstancias..... y no se que diablo de instinto es el de los encopetados porteros que jamas cierran el paso á esta clase de pretendientes. Abrese la mampara, descórrese el encantado velo que oculta á la deidad financiera de la vista de los profanos, y la tímida suplicante se adelanta y con ensayada humildad y candorosa turbacion pronuncia estas palabras.

— Sentiré molestar.... interrumpir....
 — ¿Eh?... ¿qué es eso?... (Aparte S. E. estirando las cejas poniendo una deliciosa cara de pascuas ó de voto de confianza) ¡linda vasalla!
 — Señor....
 — Tome V. asiento, señorita; aquí.... mas cerca.... deje V., yo mismo.... así, á mi lado.... perfectamente.
 — ¡Cuánta amabilidad!....
 — ¡Ooooh!.... usted es muy digna.... y bien, ¿á qué debo el placer de....
 — Soy Serafina Cortés y Miranda....
 — ¡Ah!.... ¿la recomendada por mi amigo el comendador de.... con efecto, es usted un serafín....
 — Y V. E. tan indulgente....
 — ¡Oh!.... no.... pero deje V. á un lado el tratamiento; ante el poder de la hermosura caducan todos los poderes.
 — Me tengo por muy feliz si logro parecer á V....



La Mujer del Mundo.

(S. E. con gesto asaz significativo le dá á entender que es así: ella despues de flecharlo con una dulcísima mirada continúa.)

— Su extremada galantería me hace olvidar el objeto que hasta aquí me ha conducido....

— Tiene V. razon, hija mia.... yo tambien me olvidaba.... con que V. solicita....

— El pago de las mensualidades atrasadas de la pension que disfruto... carezco de otro elemento para atender á mi subsistencia, y....

— ¿V. es huérfana, no es así?

— Sí señor.

— Y no tiene V. familia... ó parientes...

— Nada, estoy sola en la tierra.

—¿Y permanece V. en el estado honesto... eh?

—No señor.

—¿Cómo?

—Quiero decir que aun estoy soltera.

—No entiendo... ¡V. se contradice!...

—Pues ahí verá V.

—Yaaaa!!!!

(Momento de pausa en el que se oye la voz del portero mayor que dice desde afuera. — «No puede V. entrar; S. E. está muy ocupado.»)

—Muy bien, me quedo con las señas de la habitación de V., se pasará orden.... se la atenderá.... yo haré que se estienda inmediatamente..... porque ¿quién no ha de hacer justicia cuando piden con tanta gracia?

—Es que yo quiero gracia porque pido con justicia....

—Sí, sí; comprendo hermosa niña.... (y aquí S. E. le dá todas las seguridades posibles de buen éxito en la pretension y....) nada, nada señores Fiscales; no me deslizo, no quiero ser pacífico habitante de las *Peñas de San Pedro*; termine cada cual á su manera esta audiencia particular, pues por mi parte la concluyo en esa última —y— que como todos saben no es mas que una *conjuncion copulativa*.

Esta clase, seccion ó parte del tipo que describo, no está tan protegida por la veleidosa fortuna como la que mas arriba queda perfilada. Generalmente suele estacionarse en el *mezzo término* de la escala ascendente de la ambicion terrena: siempre hay para la infeliz un *mas allá* al que nunca llega; y si anticipadamente el brillo de sus ojos se oscurece, ó asoma alguna cana importuna y precoz, entónces se retira triste y paso á paso de la escena pública, y establece con los ahorros una casa de huéspedes ó una pension de señoritas donde la juventud del bello sexo recibe una esmerada educacion.

Me resta bosquejar á la Mujer del Mundo en su tercio y mas temible disfraz. Descarada, picante, tremenda acomete al mundo, á su carísimo cónyuge con una resolucion que pasma, y en una misma noche se la ve aparecer con mantilla de blonda, y de tira y sin una y sin otra, con vestido de seda, y de muselina y de percal segun las exigencias de la situacion; porque no faltan almas caritativas, que proporcionan trajes de *situacion*, trajes de *crisis*, alquilados por horas y por un moderado tanto por ciento sobre un capital próximo á realizarse. Esta pobre mujer suele ignorar completamente el nombre de los autores de su existencia, pero tanto mejor, menos cuidados, así puede como ella dice, divertirse sin estorbos. No hay fiesta nacional, romería, ni bailoteo donde no se presente, menos cuando la baja de fondos se lo impide; pero entónces se va á jugar al *alza* colocándose á deshora al lado de una esquina... y tal vez lo consigue cuando ve cruzar al mundo y le dice:—«*A Dios hermoso.*» Va á los toros á pié; pero vuelve en caleza bien acompañada y cantando alegremente el ay, ay, ay... ó la manola, y al pasar por delante de algun café manchego suele interrumpir su canto para remojarse la larinje con un medio chico de lo caro. Tambien á veces se busca la vida vendiendo flores en el Prado, y ¡naranjas y limones! ¡calentitas!..... ¿cuántas? — almendritas del Pardo y otras frioleras; pero cuando descende á este mecanismo dejenara de la índole de nuestro tipo, ya pertenece á una raza bastarda que no es de mi incumbencia analizar.

En cuanto á la mujer airada, su habitacion favorita (al menos por lo mucho que la ocupa) es la cárcel; su alcoba, el hospital; su salon de descanso, la casa nacional de la Galera.

Ahora bien, benditísimos lectores, este bosquejo se acabó: no estoy dispuesto á añadirle la mas leve pincelada, pero yo sé que dirán algunos que he usado

de tintas muy calientes, y otros dirán que son frías; estos, que he dicho demasiado; aquellos, que aun se pudiera decir mas.... y acaso todos tendrán razon. Y ¿qué hacer?—No ocuparse de asuntos resbaladizos.—Es verdad, así lo hubiera hecho yo á no haberme comprometido la amistad de una persona á quien nada puedo negar. Solamente me falta sincerarme con aquellos que de buena fé creen que todo lo que se escribe es porque se sabe *prácticamente* ó aconsejado *por la experiencia*. Este caso es una escepcion: si ahora se levantara un nuevo Heródes, yo seria tal vez el primer inocente que sacrificaría. Cuanto dejo dicho es fiel traslado de lo que un amigo me contó, amigo anciano ya; pero veterano, hombre de mundo y muy profundo conocedor sin segundo de la *Mujer del Mundo*.

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

LA LAVANDERA.

PERO, Sr. D. Ignacio de mi alma, ¿es posible que en todo ser humano haya V. de ver un *tipo* digno de ser perpetuado por los tipos de su imprenta? ¿Que quiere V. que diga yo ¡pobre de mí! de una pobre *Lavandera*? Si me pidiera V. la biografía de aquella *Felipa Católica*, la famosa *Lavandera de Nápoles*, que tanto dió que hacer y que decir en las márgenes del Sebeto, me veria yo menos embarazado para complacer á V.; pero V. dirá que no ha ofrecido al público tipos napolitanos, sino españoles, y que su obra no ha de componerse de individualidades, sino de clases y categorías. Tiene V. mucha razon; ¿pero donde estan los rasgos distintivos de una *Lavandera* española? La legía, la paleta, la tabla, el jabon ¿bastan, por ventura, á imprimir carácter en una mujer? Y dado que yo tropiece en lo característico de la especie, ¿ha meditado V. bien las consecuencias de las observaciones físicas y morales á que me provoca? Ya me ha enemistado V. con las *Castañeras* y las *Nodrizas*; ¡y tambien quiere echarme encima la tremenda animadversion de las *Lavanderas*, obligándome á *sacar sus trapitos é la colada!*... En fin, lo haré porque V. me lo ruega; pero sea de V. toda la responsabilidad. *Me lavo las manos*, como dijo Poncio Pilato, y entro en materia.

Hubo un tiempo en que la *honrada* profesion de Lavandera (y vaya por delante este encomiástico adgettivo para predisponer en favor nuestro á las que la egercen); hubo un tiempo en que la susodicha *profesion* fue desconocida: primero; porque, haciendo el gasto del humano vestuario las hojas de los árboles ó las pieles de los animales, nada habia que lavar, y despues porque cada hija de vecino se lavaba lo suyo.... Su ropa y la de su familia, quiero decir; ¡y ya empiezan las rectificaciones y salvedades! ¡Cuando le digo á V. que es peligroso y resbaladizo, si los hay, el asunto que ha propuesto! Si, Sr.; en aquellas edades, venturosamente incultas y dulcemente patriarcales, todas las mujeres, cualquiera que fuese su gerarquía, y lo mismo las hijas de *Laban* que las encumbradas princesas, ora se llamasen *Penélopes* ó *Nausicásas* (estas debieron de ser algo nauseabundas), hacian por sus propias manos todos sus menesteres. SS. AA., mas ó menos serenísimas, cargaban con el lio de la ropa pecadora, llevábalo al arroyo mas inmediato, y allí con amable laneza y sin sombra de vanidad ni de etiqueta lavaban, aclaraban y torcian; ó, lo que es lo mismo, *purificaban en primera, segunda y tercera instancia*, pálios y tocas, tónicas y peplos.

Pero andando los siglos se fue domesticando y puliendo la sociedad, los progresos de la industria y del comercio crearon cada día nuevas comodidades y placeres; estos progresos de la civilización engendraron necesidades, antiguamente ignoradas, que aguzaban el entendimiento del hombre para satisfacerlas con posteriores adelantos y refinamientos fabriles; mas como todas las inteligencias no se desarrollaban en la misma proporción, ni para todos soplaban igualmente bonancible y próspero el viento de la fortuna, resultó de todo esto un desnivel y desbarauate social que en vano pretenderían ya corregir los que sueñan con leyes agrarias y otras utopías tan lindas como impracticables. Hubo, pues, y sigue habiendo, y es probable que haya siempre nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y criados.... y por consiguiente, hubo, hay y habrá *Lavanderas*, y el número destas fue creciendo paulatinamente conforme se fue aumentando el ajuar doméstico y complicándose las vestiduras exteriores é interiores de ambos sexos, y á medida que las gentes se han ido convenciendo de que pueden mudarse impunemente de camisa y calzoncillos mas de una vez á la semana.

Ahora será bueno el hacer la debida clasificación entre las *Lavanderas públicas* y las *privadas*, distinguiendo asimismo entre estas últimas las que jaban sus propias *proañidades* y las que lavan *pecados ajenos*.

Respetemos á las que se sirven á sí mismas por no tener quien las sirva; respetemos tambien y comparezcamos á algunas que pueden tener motivos *reservados* para no aceptar semejantes servicios, y sigamos al río ó á la fuente á la moza de servicio, sea manchega ó valenciana, andaluza ó madrileña, sea, si V. quiere, asturiana, siempre que sea moza.

Confesemos, Sr. D. Ignacio Boix, que no es hombre de gusto el que prefiere los dengues, y los cosméticos, y el corsé, y el *polisson*, y los nervios de una damisela insustancial y epiléptica al donoso, aunque agreste desenfado con que una de esas sagalones se despoja sin melindre del pañuelo de muleton y hasta del corpiño de estameña ó de percal; si el tiempo lo permite, y se remanga hasta el hombro, y deja que flote á su albedrío sobre la morena espalda la no comprada trenza, y sentada sobre los talones, y medio de bruces sobre la tabla de jabonar, presentando al oriente su cara triguena, que el sol, el aire y la fatiga animan y enardecen, y al viento contrario el poderoso reverso, extraño á los *miriñaques* y peregrino á las hemorroides, se columpia, se cimbrea, se descoyunta, sin duelo de la ropa ni de sí misma, hasta que á fuerza de inmersiones, y paletazos, y jabonaduras y estregones restituye el lienzo su eclipsada limpieza y su pristina blancura. ¿Qué *Ratel* ni qué *Auriol* imitarían los variados ejercicios de aquella singular gimnástica? Y para que nada huelga en ella, la lengua suele trabajar tanto como las manos.

Verdad es que, como se juntan muchas mujeres en un mismo lavadero, no puede faltarles materia en que ejercitar la sin hueso, ¿Cuál de ellas no tiene su cacho de novio? Quién celebra la constancia amartelada del suyo; quién las coplas con que en la noche anterior regaló sus oídos el jaque de su particular devoción. Otra flora en secreto y *rabia de celos aparte* recordando la mala partida que le ha jugado su cachirulo plantándola por otra hija de Eva, pero no da su brazo á torcer, y si alguna maliciosa la interpela acerca de las lágrimas que vierte á su despecho, achaca al chisporroteo de los ojos del jabon el nublado de los suyos. Otra, cuyo galán, *héroe por fuerza*, sacó la suerte de soldado en la última quinta, se desespera hoy al contemplar que su pobreza no le ha permitido poner un *sobrestato*, salvo el firme propó-

sito de hacerle ella *sustituir* mañana, no en el rancho, en el cuartel y en el destacamento, sino en el corazón vivo y palpitante, de que le envía *copia auténtica* en las cartas que cada correo le escribe de *mano agena*. Mas afortunadas que las anteriores Ambrosia y Ceferina, tienen en su presencia á sus correspondientes cuyos, que el uno es fámulo desacomodado y el otro tambor de la Milicia nacional, al paso que los otros tormentos adorados trabajan á la *santimperie* en la obra del Maragato, no sin riesgo de hacer contra su voluntad el salto del trampolín desde un piso tercero, ó *cautivando la tierra*, sudan lo temporal y lo eterno.

Pero si las envidias de las unas y las pullas de las otras ponen término á las sabrosas pláticas amatorias ántes que concluya el tragin y el tegemanego del lavado, los mismos paños, menores ó mayores, que bautizan y desentecan, les dan sobrado tema para charlar mas de lo justo y preciso. Y, en efecto, si las sábanas y los camisones, y las chambras, y las papalinas y otras zarandajas supieran hablar ¿qué de cosas no dirían? ¿Qué de usurpadas reputaciones no naufragarian? ¿Cuántos ídolos no caerían derrumbados al pié de sus dorados altares, erigidos por la lisonja, la credulidad, el interés y la mentira? ¿Cuántos individuos, así del sexo hermoso, como del fuerte, que otros llaman feo, habiendo obtenido falsa patente de sanidad, habrían de ser relegados á *sucio lazareto*? Por fortuna, la ropa ex-blanca, culpable de pecados secretos, todavía no ha dado en la gracia de *espontanearse*, como en época no muy lejana lo hicieron algunos beneméritos ciudadanos, descubriendo con las suyas las adversidades y flaquezas de sus prógimos. ¡Llor á la circunspección de la holanda y la coruña! ¡Bendición al silencio de la musulina y el elefante! Su reserva nos ha escusado tal vez una revolución mucho mas espantosa y radical que las veinte ó treinta que van consumadas en el presente siglo, y las que aun serán precisas hasta labrar la completa ventura de esta nación privilegiada. Pero si callan los trapos, todas las *Lavanderas* domésticas y algunas de las públicas saben interpretar, como otras tantas Sibilas, el sentido de los revesados caracteres y misteriosos geroglíficos con que los susodichos trapos consignan la parte mas recóndita y curiosa, si bien no la mas inmaculada y pulcra de la crónica contemporánea. El agua se lleva pronto en su corriente, ó el fuego de la colada extingue esos testimonios *periódicos* ó sean *hojas volantes* de la miseria humana, y tambien se lleva el aire una parte de los discretos é incisivos comentarios á que dan ocasion entre la gárrula turba femenil que se familiariza con lo puerco; mas siempre conserva, y de ordinario exagera la tradicion lo mas precioso de la historia, y si muchas amas de casa reflexionasen un poco sobre el asunto, ántes que poner sus pingos, y con los pingos *su hoja de servicios* en manos de *Lavanderas*, se resignarian á imitar el laudable ejemplo de la modesta princesa *Nausicla*. No, empero, todas las *Lavanderas* son chismosas y parlanchinas: algunas se limitan á tal cual indirecta inofensiva y á alguna que otra socarrona reticencia; otras no dicen esta boca es mia, quizá porque las prendas de su uso personal tienen tambien mucho por qué callar; y por tanto, menudeando los paletazos y economizando los puños, no se atreven á destrozlar, amén de la ropa, la negra honrilla de sus amos.

Estas y otras amenas conversaciones, con cuyo aliciente se les hace mas tolerable la faena, suelen ademas sazonzarse con alegres y por lo regular expresivos y epigramáticos cantares, entonados unas veces en coro, otras á solo, otras á duo y por el son mas popular y corriente en sus paises respectivos, ya sea *ota* ó *fandango*, *caña* ó *manieira*, *habas-verdes* ó *playeras*, *seguidillas* ó *zorricos*.

A propósito de zorricos, el que haya viajado por nuestras provincias Vascongadas, sobre todo por la nunca bien ponderada de Guipúzcoa, no podrá menos de confesar que allí está la flor y la nata de las *Lavanderas*. Ellas aventajan en hermosura, generalmente hablando, á las del resto de la monarquía, sin serles inferiores en brio y desparpajo. Son mujeres que profesan su *arte* con verdadero entusiasmo, y no gastan melindres, ni se andan por las ramas, ni piden gollerías. Vigorosas como los robles, y los castaños que crecen en sus montañas, desafían denodadas al viento, venga de donde viniere, y arrostran los rayos del sol... en los quince ó veinte días que du-

rante el año osa amanecer por aquellos andurriallos el padre de la luz. Nada de acurrucarse tímidas ó pudorosas dentro de un cajón, como *Kelinigie* en el *Circo* ó como las *Lavanderas* de Madrid en el sediento Manzanares. Nada de estacionarse sobre los céspedes y entre los juncos de la cenagosa orilla. Antes quieren ostentar la libertad y el descuido del plateado pez que la cobardía y negligencia de la verdinegra y asquerosa rana. Diríase que son *impermeables* según se las apuestan al húmedo elemento. Justamente confiadas en las robustas *bases* de su edificio corporal... *piernas*, que dice el vulgo, no temen que las bañen las ondas lascivas, y con su pan se lo



La Lavandera.

coma el transeunte que, al ver tan incitativo espectáculo, tenga envidia de las lascivas ondas. La gula de una provinciana es no mojarse las sayas, y ella se ingenia para conseguirlo; lo demas, como decía el otro, *¡que lo parta un rayo!*... Es que, vamos, ¡aquello tiene que ver! Sobre que no cabe mas perfectibilidad en la parte mímica y arquitectónica de la industria! En otras provincias las *funciones* de las *Lavanderas* son prosaicas en extremo, pero allí... ¡allí hay *poesía*! No me atreveré á comparar á aquellas criaturas, (hablo de las jóvenes; ¿quién mira á una vieja?... ¡y desnuda!) no me atreveré, digo, á compararlas con Diana y su séquito en el baño, ni con

Anfitrite y su corte en sus diáfanos camarines; pero algunas de esas mujeres-peces, especialmente si son ciudadanas de *Azpeitia* y *Azoitia*, bien pudieran entrar en parangón con las *náyades* fabulosas. ¡Y vea V. lo que es el mundo Sr. D. Ignacio! En aquella tierra, por tantos conceptos excepcional, y salvas algunas aberraciones á que hayan dado lugar los desastres de la guerra civil, las mujeres se precian de muy morigeradas, y aun muchas hacen alarde de esquivas hasta rayar en salvages; y no se les ocurre que las piernas sirvan para otra cosa que para andar; y los nombres del país no hacen mas aprecio de dichos adminículos que de las nubes de antaño. Ya se

ve; nadie da valor á lo que se le escatima y regatea.

Ahi tiene V. Sr. editor, en la breve, y acaso un tanto cuanto hiperbólica descripción que antecede, un tipo de *Lavanderas* asaz pintoresca y apetecible. ¿Quiere V. otro que le sirva de contraste? ¿Quiere V. que le muestre la *Lavandera* en todo el bello ideal de la fealdad y en todo el apogeo de la inmudicia? Pues este tipo, con limitadas, pero honrosas excepciones, es la *Lavandera pública de Madrid*. Entienda V. que por *Lavandera pública* entiendo yo la que tiene este solo medio de vivir; y, en tal concepto, está á la disposición de todo el que la ocupa, encargándose de volver limpia la ropa que sus pocos ó muchos parroquianos le confían en otro estado menos grato á los ojos y á las narices.

Antes de reseñar las cualidades positivas de esta clase de *Lavanderas*, es necesario indicar sus dotes negativas. Este respetable gremio excluye principalmente en la que haya de pertenecer á él las circunstancias de aseo personal, juventud y belleza, con todos los adherentes y condimentos de la última; á saber, la gracia, el garbo y la presunción. Las hembras del pueblo que no carecen de tales requisitos se dedican en Madrid á otro género de manufacturas, ó egercen el comercio á la menuda, ya ambulantes, ya sedentarias; ora vendan naranjas y limones, *toito ágrico*, ora torraos y pasas, *muñuelos* y piñones, ora ramilletes, avellanas y *raaabános*; ó bien, por un efecto de su nunca desmentido patriotismo y de su ardiente caridad, recorren entre dos luces las calles principales de la corte ofreciendo *consuelos* á los tristes; ó ya, á fuer de filantrópicas y hospitalarias, practican en sus casas la obra misericordiosa de *dar posada al peregrino*. Otras se somenten á la condicion de criadas, dando no poco que hacer con sus mudanzas de domicilio á los amos, á los memorialistas y á los alcaldes de barrio. Otras, en fin, son reclutadas, mal de su grado, para los talleres de la casa de beneficencia, vulgo *hospicio*. Téngase, pues, por intrusa á toda *Lavandera de oficio* que cuente menos de cuarenta navidades, y á toda la que no se presente cada lunes pingajosa y desgreñada á recoger de casa en casa los repugnantes *mapa-mundis* acumulados durante una semana en oscuros retretes.

Sin embargo de su fealdad y vetustez, rara es la *Lavandera de parroquia* que no tenga un querido, cuando su mal sino le ha impedido proveerse de un esposo que este último artículo de consumo no se obtiene así como quiera; pero cuando se trata del primero, nunca falta un roto para un descosido. La guarnición de Madrid es numerosa, el estómago del soldado es la romana del diablo, y cuando faltan las sobras ¿con qué no apuchga un granadero? ¿Qué pierde él en dejarse querer por una *prójima*, de cuya cuenta corre el excusarle reprimendas y lapos en las revistas de policía, de cuyo plato de callos es *partícipe lego* en los ventorrillos de la *Virgen del Puerto*, cuya munificencia le facilita algunos realejos para fumar, beber, jugar y demas gastos religiosos, y á cuyas caricias puede impunemente responder con ultrages y ternos y cintarazos?

Pero estas ya son responsabilidades reprimibles, y no es lícito á un escritor por satírico que sea el entrometerse en la vida privada. Respetemos las debilidades de la mujer, aunque no pertenezca al bello sexo, y volviendo á la *Lavandera*, confesemos que la de *Mántua Carpentana* no es peor en punto á lavoteo que la de Sevilla ó Zaragoza. Sea que lo denegrido y demacrado y fiero de su rostro y el mar perjeño de su vestimenta haga resaltar mas la blancura de la ropa que le fue encomendada, ó que realmente se esmere en agrádar á los que la dan de comer, ello es, que no cumple del todo mal con su obligacion. Mas aunque alguna vez suceda lo contrario y por esta ú otras razones se la quiera despedir, no se logra fácilmente;

que una *Lavandera* veterana sabe tomar muy bien sus medidas para evitar, ó cuando menos diferir tan funesto contratiempo. Apénas habrá una que no cobre cuarenta ó cincuenta reales adelantados á cuenta de lo que vaya ensuciando la familia; ó, para decirlo con mas decoro, á cuenta de lo que ella vaya lavando; ántes que se amortice completamente un empréstito halla medio para empeñarse con otro, y cuando se le niega pretexto que la han robado un mantel, ó que la avenida se ha llevado una sábana; mientras la paga en lavaduras, forzosamente han de seguir admitiendo sus servicios; vuelta á las andadas algunas semanas despues, ó torna al empréstito ó lleva á una casa la hacienda de otra, y *vice-versa*, y así sucesivamente. Con semejantes estratagemas se convierten algunas en censos irredimibles de las personas que las emplean, y si ántes no las destituye de mano airada una pulmonía, llegan á ser inevitables confidentes de las interioridades de una familia en tres ó cuatro generaciones consecutivas. Por otra parte, no son muy raros los casos en que hace una *Lavandera*, con mas ó menos buena fé, lo que hacen en España cada diez ó doce años los ministros de hacienda; es á saber, *corte de cuentas*, ó por otro nombre, *bancarrota*. Piérdese la colada entera, lo cual siempre sucede cuando está mas llena; declárase entónces insolvente la operaria y... sabido es que al que nada tiene el rey le hace libre.

Tambien hay sus diferentes graduaciones ó categorías entre las protagonistas de que vamos hablando: unas son plebe, otras clase media, y otras en fin dentro de su esfera, tienen humos de aristocracia. Corresponden á la plebe, y es excusado decir que son las mas numerosas, aquellas que, por tener poca *clientela*, acarrear ellas mismas y sobre sí mismas los talegos de *peccata mea*, de cuyo *manda me* son responsables: comprenderemos en la clase media á las que ganan lo bastante para endosar la carga, á falta de acémila, á un mozo de cordel; y por último, no serán impropriadamente llamadas aristócratas de la profesion las que prosperan tanto en ella que necesitan para desempeñarla el auxilio de una acémila boricual, á falta de mozo de cordel. Estas *próceres* residen y trabajan en ambos Carabancheles y otros lugarcillos de la comarca, y se guardan muy bien de asistir á los lavaderos de la capital, que si lo hicieran, ¿pobres de ellas! Correrian mucho peligro de volver á sus hogares sin ropa, sin pollina, y probablemente sin moño y sin orejas. ¡Pues apénas es crecida y formidable la legion de *lavanderas* que puebla las orillas de Manzanares desde *Portici* hasta el embarcadero del Canal! Y si á la falange femenina agregamos la de sus parientes, amigos y paniaguados, y los figoneros y las buñoleras, y la soldadesca y la estudiantina ¿quién osaría provocar su terrible saña? Y esta saña terrible há estado á punto de dar un estrepitoso estallido que hubiera sido causa de una espantosa conflagracion en tus afueras y en tus adentros, ¡oh heroica villa del oso y el madroño!

El *apor*, ese omnipotente resorte de la moderna civilizacion, ese maravilloso agente universal de la novísima industria, defraudador manifiesto y declarado enemigo de las masas proletarias, amenazó no ha mucho de lastimosa y subitánea muerte á la industria inmemorial del lavado en detalle. Una sola máquina, manejada por pocos brazos, iba á dejar sin pan de Meco y sin vino de Arganda á infinidad de máquinas vivientes. Una empresa (las empresas son el bñ de la gente menuda) iba á monopolizar la *decencia pública*, y ni las costureras ni las planchadoras se hubieran salvado del inminente cataclismo; que los fabricantes de limpieza al vapor prometian ¡oh escándalo! restituir el vecindario matritense su sùcia y deteriorada ropa blanqueada en un *santiamén*, recosida por ensalmo, y aplanchada y saumada por ar-

te de birlibirloque. Por fortuna para la comunidad de *Lavanderas* matriculadas, ó los empresarios temieron que estas se declarasen en abierta y desesperada insurrección, como ya lo anunciaban significativos y alarmantes síntomas, ó los primeros ensayos del nuevo sistema no correspondieron á las esperanzas del público, y aun de la misma empresa, ó lo que parece mas verosímil, el espíritu de rutina ha prevalecido en este asunto, como casi siempre prevalece en la patria de Pelayo al de toda novedad mas ó menos ventajosa. Ello es que la tal empresa no da ya, segun tengo entendido, señales de vida, y que sus fundadores se abstienen por ahora de aventurarse á las temibles consecuencias de la impopularidad, sin que hasta hoy se haya turbado seriamente á las *ninfas* del Manzanares en la omnímoda posesión de sus fueros inmunidades y privilegios.

Y en paz sea dicho, y aunque me acusen de retrógrado, yo que en este artículo he juzgado acaso con excesivo rigor á las que viven de limpiar á costa del suyo el *sudor del prójimo*, felicito sinceramente á esas pobres mujeres cuando veo disipada la nube que estava próxima á tronar sobre ellas, seguro como estoy de que, si bien la mayor parte de las *Lavanderas* á precios fijos blasonan de patriótica adhesión á las actuales instituciones, ó cuando menos reconocen y acatan los *hechos consumados* en la presente *década feliz*, ni mas ni menos que acataron y reconocieron los de la *década ominosa*, no se consideran por eso obligadas á acoger sin exámen toda costa de *reformas*. Es decir, están por el *progreso* y le aceptan... pero á beneficio de inventario. Y ¿no es verdad, señor D. Ignacio Boix, muy señor y editor mio, que V. y yo conocemos á muchos fervorosos progresistas que piensan y proceden del mismo modo?

Digamos, ademas, en apoyo de las jabonadoras madrileñas, que estas merecen por su parte ciertas consideraciones como las que deben guardarse á toda *Lavandera* española. Las de la metrópoli son bastante equitativas en la remuneración que exigen por su improbo y afanoso trabajo, atendida la carestía del jabon y *demas comestibles*, como he leído en la muestra de una tienda, el calzado que rompen por la mucha distancia que hay entre las casas á que acuden, y desde cualquiera de ellas al río, y debiendo tener en cuenta los cuartos que pagan á los arrendatarios de los lavaderos y á los administradores de la colada pública.

Río digo, y si Manzanares me oyera pediría la palabra para *rectificar un hecho*. En la mayor parte del año se ve el infeliz poco menos *exhausto* que el erario público, y como si harto no le agotasen los ardores del estío, todavia le hacen desapiadadas sangrias para una cosa que llaman *baños* por antífrasis, quedando tan estancados y exangües los lavaderos que raya en prodigio la habilidad de las que en ellos consiguen desencanjar la ropa. ¡ Así queda aquello que da grima!

¡ Es mucho cuento el río de Madrid! Sobran puentes, sobran pingajos, sobran *Lavanderas*, sobran meriendas, sobran bodegones, sobran garrotazos... Solo falta allí una vagalela... ¡ el río! Y á pesar de eso, todo se lava en él tarde ó temprano, y bien ó mal, menos los *lavaderos* y las *Lavanderas*.

MANUEL BULTON DE LOS HERREROS.

EL CHORICERO.

CUENTA la historia, y no la profana que tiene el *imprescriptible* derecho de mentir lo que le acomode sino la sagrada, ni el miente ni puede engañarnos, que en el arca de Noé hubo y se conservaron para ser-

vicio de ese miserable ser llamado hombre, todos los animales, que no hay pocos en este mundo, y que están derraniados por la superficie de esto que llamamos globo y nadie sabe lo que es. Dejando aparte lo ideal que (échele V. un galgo) y viniendo al terreno de lo positivo, que es lo único que hay de cierto, hubo en el arca de Noé un animal útil para el género humano y que sin duda por su excelencia (es un excelentísimo señor) tiene mas nombres que ninguno de los cuadrúpedos conocidos.

Este animal útil, gruñon, suculento y grasoso se llama cochino, cerdo, gorrino, guarro marrano y puerco. Con esto se prueban dos cosas, la excelencia del animal, y la riqueza de la lengua castellana.

El tal ciudadano de oreja en ristre, cola enroscada y paso de senador, fué el primero en quien la especie humana analizó cuanto á la pizanza pudiera ser provechoso. No se conoce en toda esa inmensidad de brutos que andan por esas calles, uno de quien mas provecho se saque, ni cuya anatomía haya sido mejor hecha. El cadáver de un cochino es una *notabilidad* quirúrgica. Un antiguo poeta español, decia:

Y dijo un cortesano,
entre todas las aves el marrano.

escepto los pelos, que un proverbio castellano dice que se cogen á puñados, las pezuñas y alguna otra cosa menos limpia, todo lo demás del cerdo se aprovecha. Fué un regalo que Dios hizo á la humanidad hambrienta, que esto de tener hambre la humanidad es otra de las gracias de la creación. Estamos plagados de felicidades.

Pero volvamos, á los marranos, que es lo que importa. Desde que un cochino ve la *luz pública*, esto es, desde que nace, es ya un ciudadano recomendable á todo gastrónomo. Entónces no se llama cerdo ni compañía, sino *lechón*, y los asadores son buenos testigos, y que no me dejarán mentir, de que un cochinitillo, ó sea lechón, asado con su manteca correspondiente, es un bocado exquisito y alimenticio como ninguno. Las orejas sobre todo; no hay mas que pedir; esos órganos destinados á oír y admirar el ruido del trueno, el susurro del agua y el bramido del huracan, de dos bocados se los engulle un literato ó la mas apuesta dama. ¡ Desgracias de la cochinería! Cosas del mundo.

Les sucede á los marranos lo que á los hombres (todos nos vamos allá) y es que hasta que llegan á la edad madura, esto es, á ser ciudadanos independientes, no están en todo el lleno de la soberanía.

Para llegar á esta feliz situación, se ve un marrano en el caso de atravesar á nado el río de las necesidades de la vida que no tiene fondo. De pequeños comen poco y malo, y el porquero les mortifica á silbidos, maldiciones, pedradas y latigazos.

Sin embargo, á fuerza de frios y calores, y de comer bellotas, el lechón echa colmillos (no es decir que los arroje, sino que le crecen), y viene un día en que el ciudadano gorrino es persona formal y de diez á doce arrobas de peso.

Aquí entra el imperio del choricero. Ve al marrano, le mira con ojo avizor, calcula cuánta manteca podrá dar de sí, repara en el rabo y en las orejas, y meditando allá en su inteligencia grasosa y choriceca sobre el grave cuadrúpedo, dice para su angustriada: este amigo me da lo menos cuatro duros de utilidad, limpios de polvo y paja; y sin mas alegatos, ni pruebas judiciales, le sentencia á la pena de muerte, aunque el pobre animal tiene la fortuna de que no haya por aquellos andurriales ni juez, ni escribano que se la notifiquen.

Muere el cerdo (Dios le haya perdonado) y muere contra su voluntad, porque hasta el día de hoy en todos los anales de la cochinería, y en lo mas recóndito de la historia, no hay noticia de que ningun cerdo se haya suicidado. Son filósofos á prueba de cuchillo.

Si Vds.; lectores míos, han reparado bien en ello, habrán observado que un cochino que se halla ya en el caso de la metamorfosis, esto es, de que le convierten en cuerpo y alma en chorizos, morcillas, butifarras y compañía es un ciudadano respetable; no hay ninguno de ellos que como he dicho yo en otra parte, no sirva para presidente de un consejo de ministros.

Aquel paso mesurado, aquel mirar entre enojoso y soberbio, aquel ondular *ad libitum* del succulento rabo, todo indica gravedad y mesura, esa gravedad del que manda para morir en la opinion pública, como el mariano al filo de un cuchillo, cuando á cada uno le llega la suya.

Pero, ¡cosa rara! el inventor de los chorizos debió ser, (porque á punto fijo no se sabe) algun lego de los conventos que ya no existen, y si algunos quedan están convertidos en teatrillos de mala muerte, museos, institutos, salones de máscara, y todas esas zandajas de la moderna filosofía. Ahora sabemos mucho: andan los sábios tan abundantes y baratos como los fósforos. Es un género de consumo que ha venido á menos, como tantos otros. ¡Vicisitudes humanas!

He sentado (esta expresion es abogadesca y propia de un bachiller de Alcalá ó Salamanca en aquellos gloriosos tiempos en que Ulpiano era el rey de la sabiduría. ¡Todo sea por Dios!)

Pues como iba diciendo, he sentado que un lego debió ser el inventor de los chorizos, y para ello tengo mis competentes presunciones, ya que no esas pruebas legales en que sin probar nada, se depoja á un ciudadano de sus bienes y aun de su vida.

Los primeros que comieron cochino, debieron hacerlo en folio, es decir, en pedazos de á media libra. Andando despues los tiempos, la carne magra de cerdo debió entrar en las albondiguillas, y esto de albondiguillas nadie como los legos de los conventos las entendía.

De una albondiguilla á un chorizo la transicion es fácil y es natural, lo mas natural del mundo, que los frailes que solo pensaban en el coro y en el refectorio (vulgo comedor) inventasen los chorizos, y que los legos, cocineros de cámara de los conventos, hiciesen el embutido.

Despues de la invencion, los vecinos de Candelario, pueblo situado en la sierra de Avila que es la que desde Guadarrama levanta su frente erguida, y tendiéndose despues, como si estuviera cansada, como si tuviese calor baña sus piés en las agitadas aguas del Océano, se apoderaron de ella, esto es de la invencion, y se dedicaron á esa industria cochineria en la cual han hecho progresos dignos de que la trompa de la fama los publique por el universo mundo.

En esa sierra habia pocos marranos, porque naturalmente en las sierras hay poco de todo, excepto frio, nieves, buen esplego y perdices de cascabel. Este epíteto requiere su explicacion. En los paises frios y montañosos las perdices son mas sabrosas y robustas que en los cálidos, tienen mas fuerza para volar y cuando se levantan chocando las unas plumas de las alas con las otras forman un sonido parecido al de los cascabeles. Cada pais tiene sus especialidades. En materia de perdices las de la sierra.

Pues señor, y como ibamos diciendo, (estas frases castellanas no tienen precio) los vecinos de Candelario se apoderaron de la cochineria, y esa conquista no puede disputárselos por ningun pueblo de los veinte y cinco mil que dicen que forma la monarquía española. Yo he hecho una cruz á esta monarquía, como quien se la hace al diablo, y á pesar de haber dado la vuelta á este pícaro mundo, todavia no sé el número fijo de los pueblos en que canta el gallo, cacarean las gallinas, gruñen los cerdos y rebuznan los burros, que, con perdon sea dicho, son los animales mas graves, reverendos y útiles de la creacion. No comprendo

yo porqué un jamon de borrico, que tanto abunda, no habia de tener su parte como cualquiera hijo de cochino en el embutido de los chorizos. La leche de burras la toman precisamente las personas mas finas y cultas de la sociedad, es verdad que las burras no son borricos, pero son sus hembras y de una burra á un burro no hay mas que la diferencia del sexo. Todos son hijos de Dios y herederos de su gloria.

Pero vengamos al Choricero. Despues de muerto el cochino, hecho pedazos y mezclada su carne con la de una vaca que tal vez fue una bienaventurada, ó con la de un buey, que como Juan Lanás está harto de trabajar, se hace la operacion quimica del embutido con su sal, su pimiento de la Vera de Plasencia y todo lo que los chorizos llevan consigo.



El Choricero.

Luego que estan secos y en disposicion de venderse al respetable público, el choricero dispone sus mulos, por supuesto alimentados con un cuartillo mas de cebada por barba, porque no hay nada que haga tratar mejor á los hombres y á los mulos que un interés presunto; y provistas las alforjas y las cargas hechas se despide de su amada consorte y de los chicos que pululan por entre la manteca y los pelos de cochino, y montado en las ancas de un mulo cargado de chorizos y de los jamones y orejas correspondientes, desciende desde las sierras de Candelario á las anchurosas llanuras en que da con una carretera que se dirige á la heroica villa y corte de Madrid.

Los chorizos! en la primera noche de su peregrina-

nación, sin decir esta boca es mía, descansan con la tranquilidad del justo, arrimados al poste de un meson, de esos que se estilan en la patria de Pelayo, en donde todo se estila menos comodidad y abundancia, á no ser que sea de incomodidades y falta de todo humano sustento.

El héroe Choricero, que también puede serlo, porque á cualquiera se le llama así, con tal de que tenga la habilidad de hacérselo llamar, se sienta al rededor de la lumbre y extendiendo las manos hácia el fuego á manera de pantalla, trava conversacion con la mesonera sobre las contribuciones que están en moda, las que vendrán despues y la libertad de que gozamos los españoles.

Entre tanto comen los mulos sin dárselos un pito por los derechos imprescriptibles y despues de bien cenado se acuesta con la tranquilidad de un hombre que no espera de los otros mas que pesetas á cuenta de sus chorizos. Llega por fin á Madrid, y en las puertas le hacen soltar á cada chorizo una cuarta parte de su sustancia. Nuestro sistema de Hacienda es admirable. El que quiera algo que lo pague, y sino que tome soleta.

Llega á la posada, se entiendo dentro de Madrid, saca sus chorizos de las banastas, ponen en las alforjas los que caben y aquí tienen Vds. un ciudadano que de cuarto en cuarto va vendiendo la rica hacienda, y aconsejando á las madres de familia que acostumbren á sus hijos á comer chorizos porque es un alimento muy sano y sabroso.

Señora, suelen decir, si V. no me los quiere pagar ahora, (pero esto siempre lo dicen á quien saben que ha de pagarles) será despues y por eso no reñiremos.

Resultado final; que los chorizos de la sierra de Avila se convierten en plata madrileña, y cuando el choricero ha logrado un capitalito tira las alforjas y logra hacerse alcalde de su lugar.

ABENAMAR.

EL ESCRITOR PUBLICO.

Todos sabemos lo que significa en una nacion la palabra *vulgo*; y aunque en España se han convertido en *vulgares* muchos hombres renombrados, esto no se opone á que la palabra *vulgo* sea una palabra baja y mal sonante: por eso sin duda la han usado no poco los mandarines en ciertas y ciertas épocas; por eso, sin duda en otras no tan seguras para ellos, la palabra *vulgo* se ha convertido en la palabra *masa*; porque nadie ignora que con las épocas se cambian las palabras, y tal era buena y castiza en tiempo de CERVANTES, que hoy no la toleran los oídos menos delicados; así como los hombres que frisan ya en los sesenta no pueden tolerar las locuras de los jóvenes de diez y ocho, por mas que las de estos solo sean una reproduccion de las que ellos hicieron en sus floridos abries. La razon de este fenómeno está en la naturaleza de las cosas, es decir, en que todo se gasta y desaparece con el tiempo en nuestro pobre, antiguo y desvenajado mundo, lo mismo el elegante vestido de raso de la dama, que la saya de percal de la oficiala de sastre; lo mismo las rosas del rostro virginal de la púdica doncella, que el atolondramiento del atrevido calavera que la persigue; en una palabra, lo mismo los hombres que las cosas. De aquí, pues, la necesidad incesante de nombres nuevos, ya que cosas nuevas y nuevos hombres no se dan todos los dias; de aquí también el furor que á todos domina de correr en pós de esos nombres, de repetirlos por exóticos

é incomprensibles que sean, y de moler con ellos al género humano, tan solo por el prurito que nos aqueja de darnos *aire* de importancia. Y hé aquí también la palabra *aire* aplicada de un modo tan poco español como significativo.

Sea de esto lo que quiera, no puede negarse que de vez en cuando, allá entre los muchos nuevos nombres y las pocas cosas nuevas, suele aparecer alguna especie de individuos, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, para cuya descripción serian escasos los tomos que ocupan las obras de BUFFON añadidas por CUVIER, y cuya vida tiene mucha semejanza (perdónenme la comparacion) con la de aquel bandido que ponía especial cuidado en mantener siempre en perfecto equilibrio la balanza de su conciencia.

De uno de estos individuos, mitad cosa y mitad nombre, me he propuesto escribir hoy; y así dejando en el tintero á los nombres cosas *Autor dramático* y *Mujer literata*, que pertenecen á la misma familia, aunque á distinto género: digamos algo acerca de la cosa-nombre *Escritor público*.

El *Periodista* es una fruta que ha pretendido varias veces aclimatarse en España; ignoro hasta ahora si le ha sido fácil conseguirlo. Su procedencia para nosotros es inglesa, francesa y americana, aunque el sábio CONSTANTINO WOLF, si no miente JOUY, atribuye su origen al patriarca PHOCIO; echándosele, no obstante, encima, para asegurarnos que el Adán de los periodistas europeos fué incontestablemente MR. DE SALLO, consejero del parlamento de Paris, quien con el nombre de HENOUVILLE publicó el primer número del *Journal des Savans* el dia 5 de enero del año de gracia 1665. Ni se crea que con esto hemos salido de dudas acerca del primero que inventó tan ingenioso método de contribuciones directas y de ponerse en berlina, porque los bibliógrafos y bibliófilos han disputado larga é inutilmente, ya en favor del carmelita JACOB, á cuyos pobres huesos achacaban el crimen de la primera nomenclatura de libros que comenzó á salir en 1652, ya en honor del médico TEOFRASTO RENAUDOT, que si bien nada legó á la posteridad en el ramo de los hijos del hambre, imaginó al menos en 1631 el título de *Gaceta de Francia*, para una *hoja ó folleto* que habia pensado dar á luz, dedicado exclusivamente á la política de su tiempo. Y como sien esta cuestion se tratase de disputar la pertenencia de algun MANCO DE LEPANTO entre Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena; Esquivias, Alcázar de S. Juan, Consuegra y Alcalá de Henares, los husmeadores de fechas, en que han sido descubiertas las mayores plagas de la humanidad, se han lanzado mutuamente epigramas y tintoros á la cabeza, por el empeño de inmortalizar tal vez á costa de su inocencia, al primer pobre diablo que dió en la manía de divertir á tontos, de chuparles sus blancas con cuatro parrafillos insulsos ó desvergonzados, y de abrir el camino á la murmuracion impresa, á los vaivenes políticos, al establecimiento de la censura, del Jurado y de leyes restrictivas.

Poco nos importa á los que no aspiramos á dejar fama á costa de nombres ajenos, que el polvo de sus cenizas sacudido por sacrilegos anticuarios, haya subido hasta las nubes: en cuanto á mí, que tengo por costumbre reirme de toda pretension erudita y de borragear tipos españoles buenos ó malos, me basta saber que en España hay *Escritores*, y me euro muy poco ó nada de indagar quien fue su primer padre.

El *Periodista* español se compone de dos entes distintos: uno moral, aéreo inapreciable, abstracto, irresponsable; espíritu sin forma ni color, que pasa desconocido é invisible por delante de nuestros ojos: otro físico, material, sujeto á examen y calificación, concreto; hombre de carne y hueso, á quien todos vemos y designamos con el dedo. De las dos contradicciones resulta que el *Periodista-moral* concibe las

cosas de diferente modo que el *Periodista-físico*, á quien á pesar de esto se halla subordinado, á quien por lo mismo obedece siempre, y á quien deja el cuidado de sacar de apuros á la conciencia por medio de la moderna fraseología, ó arte de decir lo que no se siente. De modo que en buena lógica debemos deducir que el verdadero *Periodista* no tiene opinión propia, independiente y segura, porque es un *cata-viento* que se dirige al rumbo, hácia donde le impelen la fuerza de las circunstancias y los apuros de la situación. Y como en todo caso seamos fácil presentar un bosquejo de hechos que de intenciones, entremos desde luego en casa de *D. Rufino*, periodista de profesion y cola-

borador de un Diario que hace la oposicion al gobierno con el título de LA SALVAGUARDIA.

D. Rufino (os lo diré en tanto que se presenta en su modesto despacho) es hombre de veinte y siete á treinta años, cesante por supuesto, enemigo de los que mandan, aunque poco mas ó menos de sus mismas ideas, y sobre todo celoso defensor de las leyes vigentes, desde el instante en que fue apado de la secretaria del gobierno politico de.... Mañana, esto es, cuando caiga el ministerio, solicitará su reposicion del entrante, y segun este proceda con el, así le defenderá ó le hará la oposicion, aunque sea el mejor ministerio del mundo: pero no hay cuidado de que en



El Escritor público.

sus artículos aparezca el verdadero móvil de su conducta: en todos ellos irá por delante la muletilla de *la felicidad del país*. Pero aquí llega.

Buenos días, *D. Rufino*. — ¡Ola, amigo! ¿Que milagro? ¿V. por aquí? — Preciso: si en la redaccion no se le puede hablar á V. — Verdad es. ¡Está uno tan engolfado en esas cuestiones de interés general! Y luego hay que atender tambien á medidas particulares, y tampoco podemos dejar de la mano la guerra justa y franca que hacemos al poder; y despues es preciso continuar las polémicas pendientes con los Diarios ministeriales, y las que nos suscitan los de nuestro mismo partido, que no ven las cosas como las vemos nosotros: esto sin descuidarnos de estar al corriente

de la politica exterior, tan interesante y trascendental para nosotros, por las graves y complicadas cuestiones que se agitan en la diplomacia europea, y de la interior, que presenta síntomas alarmantes para el porvenir de la patria. — Ea: dejemos á un lado la patria y todo ese barullo de interés general, que no comprendo, de interés particular, que comprendo algo, de guerra al poder, de polémicas y de cuestiones, y dígame V. lisa y llanamente que hay de noticias. — De noticias... poco ó nada: los periódicos de las provincias vienen desnudos este correo, pero no hay duda en que se adelanta: el gobierno está en pugna con todos los partidos y tiene que caer sin remedio. — ¿Sí? Pues caiga bendito de Dios. ¡Ah! Entéreme V. de esa opa

racion financiera.... — Eso es muy largo, y tengo mis minutos contados: la prueba es que ahora mismo me ha ocurrido variar una palabra en el artículo de fondo de mañana, y voy volando á la redaccion. ¡ Oh! es un artículo fuertísimo, de esos que hacen eco en las masas del pueblo; en una palabra *contundente*. En él he puesto la *voz traidores* que al fin es denunciante, y voy á sustituirla con otra: *apóstatas*, por ejemplo, ó *inmorales*, ó *dilapidadores de los fondos públicos*.... una cosa por el estilo: ello es igual, y no chocea tanto. Con que... hasta otro día, ¿eh? Y déjese V. ver, hombre.... ¡ Que diablos! Aunque aliados en opuestos partidos, siempre somos lo que debemos ser; hombres honrados y esto basta. — Tiene V. razon, *D. Rufino*; tiene V. razon: basta otro día.

Al menos *D. Rufino* es un periodista laborioso, por mas que ignore la mayor parte de las materias sobre las cuales escribe. Pero ese otro que nunca falta á los teatros en la primera representacion de una pieza, ni á las *sarás* de tono, ni al café de *Sólito*, ni.... en una palabra, á nada ¿quien es? — ¡ Oh! Un redactor del *Vigía del Pueblo*, periódico tambien de la oposicion, periódico bilioso, *radical* concienzudo, para el cual todo es malo, salga de donde salga, con tal que salga del gobierno. Oigámosle.

No hay duda; el triunfo es nuestro: los desaciertos de los mandarines coronarán la grande obra del pueblo... Se necesita sangre, porque es preciso regenerar la España, esta infeliz España, llamada por la Providencia á tan altos destinos...

La improvisacion del radical es interrumpida por una carcajada. Vuelve el rostro, y se encuentra cara á cara con un colaborador del *Cetro*, periódico absolutista, y le alarga la mano. Esto es lógico, porque todos los periodistas de España anhelan la felicidad de la patria, aunque por opuestos rumbos: así nos lo aseguran ellos todos los días.

Pero cata que en medio del absolutista y el demócrata, se nos planta un tercer personaje, periodista tambien, sin opinion propia política ni literaria, articulista de encargo, cuyo único provecho son cuatrocientos reales mensuales que le valen sus artículos de teatros, insertos en la *Epoca*, periódico de todas las opiniones y de ninguna. Entre estos tres personajes y otros que figuran en la escena, que se me antoja fijar en el ya citado café de *Sólito*, se arma la zambra siguiente:

— ¡ Han leído Vds. mi artículo acerca de la comedia de anoche? — Sí: me gusta. — A mí no, y lo digo francamente: hay en él un poco de amistad, y los actores están tratados con sobrada blandura. — Hombre.... ¿ que quiere V.? Estoy persuadido que la comedia no es buena; es decir, tampoco es mala: tiene algunas escenas regulares, y nada mas; pero yo tengo amistades y relaciones entre bastidores, y si uno no los elogia... además la empresa me regala una luneta... y luego he presentado dos producciones *arregladas* á nuestra escena, y se me ha dado palabra de que se harán en este invierno.... — Ya...., — ¡ Que zurra les doy á los ministros! vamos; no hay mas que pedir: si son hombres de carne y hueso deben ahorcarse ó aborcerme.... ¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja!... Pero la incapacidad está en su punto.... No se atreven.... Para nada tienen resolusion. — Oiga V. (esto lo dice un viejo marrullero), hay que distinguir dos cosas: el gobierno es muy capaz de ahorcar á V., pero dudo que se atreva á ahorcar al Periodista. — ¡ Toma! eso ya lo sabia: como que yo soy dos hombres distintos. — Y un solo tanto verdadero, repone el viejo tomando un polvo.

— ¿ Saben Vds. la noticia? — ¿ De que se trata? preguntan todos. — Formacion de nuevo ministerio. — ¿ De veras? — He bebido la noticia en buenas fuentes, y puede publicarse con toda seguridad: yo respondo. — No me coge de susto. — Ni á mí. — Ni á mí. — Ni á

mí. — Mi artículo del lunes.... pues.... — Y el mio del martes.... digo.... — Y el mio del miércoles.... apónas... — Hemos conseguido la victoria. — De seguro. — ¿ Quien lo duda? — Caballeros, esto no quita que en otras cuestiones nos hagamos la guerra. — Por supuesto: la conciencia ante todo; lo principal es que hemos derribado al gabinete. — Una duda me ocurre, señores Periodistas: (aquí habla el viejo por segunda vez) ¿ que ministerio nos darán? — ¡ Va! Cualquiera.... — ¿ que nos importa eso? Le haremos la oposicion. — Preciso: nosotros nos oponemos á todo. — Con que.... yo voy á la redaccion á poner un parrafillo. — Y yo á escribir un artículo de tres columnas sobre la caida. — Y yo á discurrir algun insulto contra los que han bajado y algun otro contra los que suban. — Todos estamos en nuestro derecho.

Al día siguiente estampan todos los periódicos de la oposicion: « *Se asegura que anoche fue aceptada la dimision que de sus respectivas secretarías hicieron los señores....* (aquí los nombres). » Con la misma fecha sale la *GACETA* diciendo: « *Las voces que han corrido estos días acerca de un cambio ministerial, carecen de fundamento.* »

Este es el ridiculo de los Periodistas de la oposicion. Hagamos una corta visita á los que defienden al gobierno.

No hay remedio, exclama el director de la *LEGALIDAD*; V. entiende la materia, y es preciso que escriba un artículo prodigando elogios á manos llenas al decreto del ministro de Hacienda. — No tengo inconveniente, pero advierto á V. que nos van á llamar vendidos, aduladores, y que sé yo que mas. — Deje V. chillar, que mas padeció Cristo por nosotros: además, se está preparando un golpecito de Estado.... chist.... en secreto.... ya verán Vds. como el gobierno marcha. — De modo que eso ya es otra cosa; si el gobierno nos sostiene.... — ¿ Que es sostener? — Premiar, amigo mío, premiar. Detrás de ese artículo hay un empleo; lo sé de buena tinta, y le tengo á V. muy recomendado: no ignora V. que todos los días veo á S. E. — Basta, basta: haré un artículo que pueda arder en un candil: si lo critican y critican el decreto, me encargo de sostener la polémica, y nos veremos las caras. — Es decir que puedo descuidar... — Lo dicho, dicho: este negocio corre por mi cuenta.

El Diario ministerial elogia un decreto, cuya aplicacion no sabe ó no puede apreciar: la nacion entera se resiente de los perjuicios que el decreto ocasiona. Este es el ridiculo de los Periodistas del gobierno.

Hay Escritores que no son políticos, y que abrigan el orgullo de llamarse tales, porque escriben en periódicos; folletinistas de profesion, traductores de oficio, que revuelven colecciones enteras de la *Presse*, y de la *Revue de Paris* para divertir al público con cuentecillos extranjeros á razon de sesenta ú ochenta reales por cuadro. Poco, muy poco es lo que gana esta pobre gente por dos sencillísimas razones: la primera porque en España hay mas novelas mal traducidas que ahionados á leerlas; la segunda porque todos los muchachos que aprenden en la escuela por casualidad á leer y á escribir, se creen con derecho para aspirar al rango de literatos-periodistas. Esto último con especialidad ha abaratado el género de un modo asombroso, y ya no se pagan los folletines como se pagaban años atrás; al contrario; se encuentran hoy por todas las esquinas de Madrid folletinistas á méritos, que ofrecen *gratis* sus servicios á todos los periódicos nacidos y por nacer; por lo mismo no cuentan las empresas con la seccion literaria para su presupuesto particular de gastos.

Además de lo expuesto, el que con justo título se llame en España Escritor Público, ha de ser un hombre general; debe escribir de política, de modas, de administracion, de teatros, de economía, de música, de instruccion pública, de bailes: profundo pocas

veces, ligero y satírico las mas; cortés un día, mordaz el siguiente, prudente y reservado, provocador y altanero; frío, caliente; blanco y negro. Cuando pierde su sueldo en los periódicos de un color, se pasa á los contrarios, y con cuatro palabras sobre la *injusticia con que se han calificado sus honradas intenciones*, sale del apuro y deja bien puesto el honor del pabellon. Si se incomodan con él los actores de un teatro y los que á los actores sostienen, una de dos, ó *canta la palinodia*, medio infalible de quedar bien con ellos, ó en defecto cuenta con otro teatro, con otros actores y con otros que á los actores sostengan, y que á fuerza de porfiar le indemnizan de sus pérdidas. En una palabra, la conciencia del Periodista es una gran almoneda de donde se lleva los géneros el comprador que mas paga por ellos.

Con lo dicho en estas mal pergeñadas líneas, y con añadir que el Periodista es el primero en abrazar las últimas modas de París para su traje, el último quizás que puede disponer de un duro de cuantos entes figuran en la sociedad, y el mas generoso de todos en en el café ó en la fonda; con asegurar que conserva en el fondo de su corazon una esperanza impercedera, que nunca cobra al corriente sus mensualidades, porque siempre las cobra adelantadas, que vive para un día y no para la posteridad, como él se figura en sus momentos de entusiasmo, y que en todo caso está pronto á dar la vida y el alma por un amigo, creo que podemos formarnos una idea aproximada de lo que es entre nosotros un tipo, cuyos originales en su mayor parte trabajan para comer, que han heredado los vicios y virtudes de extranjeros originales, y que miran el cielo con la alegría de los desengañados, con el empeño de los valientes, ó con la indiferencia de los muertos.

JOSÉ MARIA DE ANDUEZA.

EL ESTUDIANTE.

NUESTROS antiguos escritores hicieron un gran uso de este tipo, que figuran en casi todas sus novelas de costumbres, las cuales por lo comun dan principio con estudiantiles aventuras. Así lo vemos en el Bachiller de Salamanca, en Gil Blas, Marcos de Obregon y la vida del Gran Tacaño. Tampoco se quedó atras Mateo Aleman en su Guzman de Alfarache, y hasta el mismo Cervantes sacó á relucir al bachiller Sanson Carrasco y al hijo de D. Diego de Miranda; y en su novela de la *Tia fingida* dió pruebas de estar bien al corriente de las costumbres estudiantinas y del carácter peculiar de los jóvenes cursantes de cada provincia. De modo que para los escritores de aquella época era tan preciso un estudiante en su novela, como la tarasca en la procesion del Corpus.

Con todo, á pesar de lo manoseado que ha sido este tipo, en todas ellas se presenta con admirable variedad. D. Querebun de la Ronda y Gil Blas, copia de aquel, representan al estudiante aventurero, Obregon al miserable sopista de Salamanca, el Gran Tacaño al fámulo picaro y travieso, Guzman de Alfarache al estudiante viejo y semijucioso de Alcalá. Porque es de notar que en aquella época Alcalá y Salamanca eran exclusivamente el teatro de las aventuras estudiantinas. Ahora uno de aquellos teatros se ha venido abajo y el otro tiene tan poca entrada, como compañía de la legua.

Siguiendo pues la antigua costumbre, no podemos dispensarnos de presentar al estudiante entre los dos tipos españoles. Por desgracia este ha perdido ya

mucho de su carácter original, y quizá dentro de pocos años el furor *galo-filo* que invade todas nuestras instituciones habrá concluido por despojarle de todo lo que tiene puramente español. Entónces para describirlo no habrá mas que tomar á buena cuenta un folleto frances y refundirlo al español, es decir, echarle una remonta de tacones y medias suelas y hágote nuevo. ¡Qué gusto será en tal caso ver la calle ancha de S. Bernardo convertida en *pais latino*, y á los estudiantes en buena paz y compañía con las manolas que son las mismísimas grisetas (¡quién lo duda!) hasta en el zagalejo y la mantilla!

Uno de los golpes que mas han contribuido á despojar al estudiante de su carácter peculiar, ha sido la abolicion de los manteos. Los buenos estudiantes lloraron por largo tiempo al verse precisados á orillar la ropa de S. Pedro con la que se hallaban familiarizados desde tiempo inmemorial. En vano algunos pocos aspirantes á lechuguinos, sacaron á lucir sus fraques y levitas, y otros siguiendo la moda del año 35 adornaron sus pantalones de pieles, sustituyeron el capote al manto, pusieron en sus zapatos espolines de cangrejo, y dejando crecer en sus caras patillas de chuleta, escobillones y guarda polvos, conquistaron el título de *estudiantes de caballería*. Pero la generalidad de la estudiantina empeñada en ridiculizar aquella órden, la desairó en cuanto pudo, continuando con el manto, y sustituyendo á los antiguos tricornos gorras de fielle, invencion que no le ocurriera al mismo Vulcano.

La reforma llevó de paso en algunas universidades las golillas de los bedeles, los trages arqueológicos y monumentales de los timbaleros y chirrimías, los mantos y becas de los colegiales; y hasta los mismos profesores, que se desgañitaban por entónces en las cátedras predicando igualdad, dieron al traste con el manto nivelador y prefirieron asomar las charrreteras de estambre amarillo por debajo de la muceta encarnada, haciendo una figura, que era cosa de alabar á Dios.

Pero á pesar de eso el furor estudiantil contra la órden, que los volvia ciudadanos por la fachada, ha continuado y sigue todavia tratando de adquirirse un traje peculiar y característico. A estos conatos es debida la invencion de los *hongos*, con que algunos de ellos trataron no ha mucho de adornar la cabeza vistiéndose de máscaras, sin respetar los tiempos que corrian. Pero la sociedad silbó á sus inventores, la mayor parte de la estudiantina se les rió en sus barbas y designó con el apodo de *monicongos* (monos con hongos) y hasta las autoridades tuvieron la bondad de chulearse con ellos, dando á los presidarios sombreros de aquella hechura, como sucedió en Zaragoza. Está visto que el manto y el tricorno serán siempre el emblema geroglífico de la estudiantina, como la celada es el distintivo de la nobleza sobre los escudos y blasones por mas que las antiguas armaduras hayan caido en desuso.

Otro de los golpes que ha sufrido el carácter estudiantil ha sido la traslacion de universidades de las poblaciones subalternas á las capitales. En las grandes ciudades el Estudiante muere. Las grandes distancias, el aislamiento y falta de roce entre los discípulos y la sujecion de familia, contribuyen á que no haya entre los Estudiantes aquel trato íntimo, aquella union que se necesita, para que resalte un carácter entre los otros que le rodean. A la verdad estas son ventajas para la educacion que en el día exigen las circunstancias de la sociedad, pero como en este mundo todo está compensado; á vueltas de estas ventajas vienen no pocos perances. En verdad que en las grandes poblaciones hay mas finura y trato de gentes, pero tambien la disipacion se reviste de mas brillantes colores; es verdad que en las grandes poblaciones se encuentran con mas facilidad estableci-

mientos científicos y buenos profesores; pero tambien abundan mas las insinuantes profesoras.

Sin que sea visto que tratemos de abordar la cuestion sobre establecimiento de universidades, no podemos menos de confesar que para conocer el carácter estudiantil es preciso estudiarlo en las poblaciones subalternas. En ellas el Estudiante es esclusivamente Estudiante: el teatro, el villar y las tertulias están enteramente á sus órdenes.

Por de pronto el teatro en poblaciones universitarias ofreció no poco que observar. Segun las antiguas leyes y usanzas los rectores de universidad gozaban una influencia inmensa en tales poblaciones. Compartían y disputaban sus prerogativas con las autoridades civiles, y á veces las condenaban á llevar zorra, como sucedió al corregidor de Salamanca, siendo maestrescuelas Alfonso de Madrigal, el célebre Tostado. Los Estudiantes defendían su fuero académico ó escolar con el mismo teson que los militares y eclesiásticos el suyo respectivo, y aun afectaban no quitarse bonetes ni sombreros á los corregidores. Uno de los sitios sobre que mas influencia ejercían los rectores era sobre el teatro. En unas partes tenían palco á guisa de autoridad, en otras impedían las representaciones en tiempo de curso, y cuando no alcanzaban á tanto rondaban por las casas de pupilage ó prendían á los estudiantes al regresar á ellas, y los arrestaban en la cárcel de la universidad.

Todo esto caducó ya desde fines del siglo pasado, y desde entónces los Estudiantes procuran desquitarse del hambre dramática que debieron padecer sus antecesores. En el día en los teatros frecuentados por Estudiantes no hay cosa segura desde la lucerna hasta el tornavoz. Si se deja el contrabajo junto á los atriles se espone su amo á que un Estudiante le quite de sebo todas las cuerdas y se limpia los dedos en la bayeta verde. Si es instrumento de aire se lo atascará con papeles ó con una bola de plomo, y le untará la embocadura con acibar, ó cosa peor. A veces en lo mas palético de una escena no falta un entretenido que se divierte en tirar perdigones al tornavoz, y á los músicos y actores garbanzos con cerbatana. Si se presenta en las tablas algun cómico que no sea del agrado estudiantil, se espone á verse bombardeado con patatas ó zanahorias, ó encontrar en las lunetas algun interlocutor sarcástico que interrumpa su monólogo con alguna ocurrencia picante, ó sostenga con él un diálogo harto animado á despecho de la autoridad y del autor.

Pero aun mas que en el teatro es en el villar donde el Estudiante despliega su carácter, porque aquel sitio es su terreno, su centro y su cuartel general. En billares estudiantiles no se juega mas que guerra: ¿quién se pone allí á jugar una partida y servir de blanco á la mosquetería de veinte ó treinta estudiantes? Allí no se conoce el taco de suela mas que de nombre: el dar jaboncillo es pedantería. El Estudiante necesita taco fuerte; de cada tacazo hace á las bolas correr la posta por la mesa, ó que saltando la baranda vayan á despertar al prójimo, que duerme pacíficamente en el rincón del billar. Así es que los chiripones, las bilias puercas, retruques y carambolas de sopetón se suceden con una rapidez increíble, y cuando nada de esto se logra, el Estudiante esclama con voz ahuecada y atusándose las barbas: — ¡Ba!..... si esta mesa es un artesón!

Y efectivamente es así. No hay cosa mas desventajada que un billar estudiantil. El paño parece estampa de matemáticas con tantos sietes y triángulos, las bolas picadas, la mesa desnivelada, los tacos hechos añicos, y hasta los quinqués sin un tubo sano.

En las pocas horas del día en que el villar no está concurrido, es decir, durante las clases, nunca falta un veterano de sexto ó séptimo de leyes, que con permiso del mozo ensaya algunas jugadas y se entretiene

en felsear las barandas y calcular sus protuberancias y vacíos, su resistencia y desnivel con una exactitud *plus quam matemática*.

¡Oh tu Estudiante de primero de jurisprudencia que acabas de salir del colegio y con los dineros que te dió tu padre para pagar á la patrona, y los que te dió tu madre, *de oculis*, para gastos de guerra, te diriges al billar, en vez de ir á la cátedra, guárdate de esa harpia con frac raído que está haciendo como que no sabe dar bola!

Apénas abriste la celosía, cuando de una mirada leyó tu corazón y adivinó tu bolsillo diciendo en su interior ¡*pobre pipiolo!*... No te fies aun cuando dé pifa en lugar de hacer una billa puerca, y aunque se deje ganar la primera y segunda partida. Te ganará las restantes sin darte bola y cuando tu hayas descubierto la superchería, te dará 26 para 30 y jugará por debajo de la pierna, con la izquierda, con tu baston y hasta con los dientes; ¡y tú infeliz irás sacando una peseta sobre otra por ver tales habilidades, y al último te hallarás con 24 reales menos y lo que suban las mesas!

Y vosotros profanos, tampoco os arrimeis por el billar estudiantil, porque vuestro sombrero corre peligro de transformarse en ornal, y al ir á recoger la capa nueva, os hallaréis una tornasolada de color de uña de mosca, tan raída como la conciencia del que se llevó la vuestra.

Las tertulias frecuentadas por Estudiantes tienen tambien su carácter peculiar y son como se deja suponer el teatro de la galantería estudiantil. Los amorios universitarios son por lo comun un sí es ó no es picarecos. No son de *cala cuerda* como los militares, ni tampoco sentimentales y soporíferos como los de un elegante, sino que participan de uno y otro. Tienen ademas mucho de romántico, tal como besuqueo por las rejas, escalamiento de balcones, conciertos y serenatas de guitarras y flautas, escondites en alacenas, palizas, desafíos, y todo lo que contiene el arte de mas dramático.

Por lo que hace á las tertulias, en ellas ó se juega ó se canta ó se desuella al prójimo. Bien mirado, ¿qué recursos no suministra á la imaginacion juvenil de un estudiante amartelado un juego de prendas? ¿cómo dejará él de perder media docena de ellas á trueque de que le manden *cont. ntar* á las señoras y tener ocasion de ir las cuchiheando al oído? A la verdad esto de los juegos de prendas es una mina á medio explotar, pero de la cual muchos Estudiantes han sacado algo en pura plata. Si es durante la conversacion, ¿cuántos recursos no suministra igualmente la mesa cubierta de bayetas verdes para el teje-maneje de piés y manos? Por su parte las damas universitarias no suelen ser gazmoñas, y las hay que colocadas entre dos Estudiantes, á uno dan con el pié y al otro la mano. A veces el de enfrente resentido de la deferencia que obtienen los *ad-lateres* trata de hacer el papel de tercero en discordia, y estirando el pié se prepara á saludar á uno de los favorecidos con un taconazo, vulgo *estocada de cuadra*; pero desgraciadamente yerra el golpe, mete el pié en el brasero, y al ir á sacarlo con violencia balancea la mesa, cae el quinqué, y queda la escena á buenas noches.

Si en la casa hay piano entónces el amo no gana para cuerdas, porque el estudiante no gusta de andantes ni moderatos: mas bien propende á los adreiros y estos estrepitosos. De cada teclazo salta una cuerda y desafina cuatro. Luego para concebir toca una marcha á toda orquesta, es decir, alzando la tapa del piano y con el apéndice de bombo y chinisco.

Pero el instrumento mas usual del Estudiante es la guitarra. Un Estudiante sin guitarra es una cometa sin cola, y rara será la universidad en que no haya cuando menos media docena que la toquen con pri-

mor y todos los restantes así, así. Aquellos conciertos de tertulia, improvisados sin programa ni convite tienen mucho de originales. Despues de varios preludios mas ó menos grotescos, principia la hija de la casa con la inevitable *Alala*, diciendo: *Triste Cartas!* etc. y en pos del hijo de *Ontalisi*, nieto de *Miscou*, salen á lucirlo el *Chinorri*, el *Trovador* y otras canciones, á las cuales por su fecha es probable que las obligue ya el ayuno. En los intermedios el Estudiante entona alguna cancioncilla picaresca á veces de su cosecha, acompañada de muecas y visages y con tales modulaciones que es cosa de despepitarse de risa.

Cuando la tertulia se compone exclusivamente de Estudiantes, no hay que preguntar lo que se hace: se estudia en el libro, que paga la bolla. El Estudiante en el juego es un jugador como otro cualquiera, pero en las bancas estudiantinas hay sus diferencias, que no es del caso omitir. En ellas á falta de dinero se apunta con capas y pantalones, y ante todas cosas con libros. Dice un autor comparando los caracteres de las naciones, que el frances lo último que vende es la camisa y el español la capa. Sobre eso hay mucho que decir, pero por lo que hace al Estudiante lo primero que vende es la capa. Todo se reduce á concurrir á la universidad con la ropa del mes de agosto, y aunque esté helando asegurar que hay blandura. En tales casos el Estudiante se echa sobre poco mas ó menos la cuenta del mendigo y dice (para su levita, á falta de capote) *todo mi cuerpo es cara*.

Por lo comun quien mas pierde en tales ocasiones son las patronas, y en el último resultado las madres; porque las madres tienen sobre sí la incumbencia de cubrir los deslices de sus hijos Estudiantes. Uno de estos que viene á vacaciones con *el diablo*, jamás confesará á su padre, que ha jugado, pero no tendrá inconveniente en decir á su madre de buenas á primeras que la patrona se ha quedado con la ropa á cuenta de las mesadas que jugó. Esto da lugar á escenas sumamente patéticas. La madre se sofoca, se irrita y reprende al jóven tahir con la mayor acrimonia. Este permanece taciturno y cabizbajo y escucha con religiosa modestia la maternal reprimenda, contando las baldosas que tiene el pavimento. Tose la rigida madre, y aprovechando el Estudiante aquel momento, le dice con acento acaramelado.

— ¡ Si viera V., mamá, que bien le cae ese lazo de la papalina!....

— ¡ Bribon! ¿ así atiendes á lo que te digo?

— No se enfade V. mamá, que se pone fea.

— Toma pillote... y se prepara á tirarle de las melenas; pero el Estudiante aparentando abrazarla sujeta sus brazos.

— ¡ Esto tambien!... yo se lo diré á tu padre.

— ¡ Vaya! no haga V. tal cosa, si todo ello es una bicoca: cuatrocientos ochenta reales con doce maravedises es lo que debo, pero deme V. quinientos que yo economizaré para cubrir los maravedises.

El mejor año que tiene el Estudiante para jugar es el del grado, por lo mismo que tiene mas que estudiar. Ademas aun cuando pierda tiene consuelo de que en los gastos del grado pondrá las cuentas del gran capitán. Estudiante hay que en un grado de bachiller á Claustro regular, que incluso el depósito sube á 500 reales puso partidas de música, cohetes, dulces, comida y refresco; 2342 rs. Por esta razon los padres de estudiantes, jamás suelen pedirles la cuenta antes bien les señalan una cantidad mensual. Si el Estudiante la pierde se retira á vivir á una *leonera* y vive de patatas ó de *pegote* de compañeros. Desde que falta la sopa de los conventos esta vida tiene muchos perances.

Tales son en globo las cualidades del Estudiante en general: hay ademas algunas peculiares de cada facultad, que conviene ver por separado, pues constituyen casi diferentes tipos.

TOMO I.

El filósofo es en la estudiantina lo que el recluta en la tropa, y el novicio en la religion. Es verdad que cuando vino del aula á la universidad ya sabia *hacer novillos*, poner mazas, andar á bolsazos con los libros y aun tenia una tintura de la táctica de guerrillas, que aprendió en las pedreas de las eras de su lugar, en alguna de las cuales tuvo el honor de ser *canonizado*. Pero al pasar á facultad mayor y luego que pisa los patios de la universidad, el Filósofo debe abjurar todos aquellos malos hábitos para adquirir otros mas escolares. Una cosa es silbar á todo vicho viviente que pasa por la calle al salir del aula, y otra cosa es silbar al mismo profesor dentro de la cátedra. A un Filósofo lo mas que se le permite es lo segundo... sin perjuicio del derecho que le asista para lo primero. Una cosa es poner mazas, echar carretillas, atar la mesa de un bollerero á las ruedas de un coche que va á echar á cor-



El Estudiante de la tona.

rer, ó meter un pedazo de yesca debajo de la albarda de un pollino en una plazuela llena de cacharros; otra cosa es llevar á cátedra ratones, soltar pájaros, hincar agujas en la silla del catedrático y sonar cascabeles y aun cencerros durante la explicacion. Un Filósofo no hace lo primero... sino cuando tiene ocasion, y con mas frecuencia lo segundo: en tal caso al profesor condenado á pasar el purgatorio en vida acosado anualmente por 50 ó 80 diablitos, no le queda mas recurso que esclamar lo que en igual ocasion de cencerro dijo el célebre Mureto á sus discípulos: *¡ no extrañaba yo que en esta manada de bestias yo hubiese á un cabestro.* »



La invención de los fósforos ha sido una calamidad para las cátedras de filosofía: desde entonces nada hay seguro en ellas, no digo las maderas, sino aun los bisogaes de los catedráticos. A veces tambien mientras ellos espican la teoría del vidrio convexo, sus discípulos ensayan en las levitas (las de los profesores) la práctica del espejo ustorio.

El Filósofo es por lo comun muy puntual en asistir á cátedra, mucho mas si vive sujeto á sus padres y sale poco de casa. Tiene un miedo cerval á las *quinze faltas*, pero se va curando esta debilidad segun va ganando cursos. Por desgracia esta asistencia es muchas veces material y se reduce á responder cuando el catedrático pasa lista, y contestar por algun ausente: pero si el catedrático tiene la humorada de preguntar la lección al asistente discípulo, allí son los apuros. Cuando llegan estos lances tan apurados el Filósofo tiene siempre á mano un dolor de muelas, ó jaqueca para escusarse, y á último recurso, si el catedrático aprieta mucho acuden las lágrimas en su auxilio. Pero este recurso es de muy mal tono, y tan solo echa mano de él algun Filósofo que hueela á faldas. El que se ha criado en colegio es mas aguerrido.

Por lo demas no dejaremos de observar, que las cátedras de filosofía han sido por lo comun las peor dotadas, lo cual alejaba de ellas á los buenos profesores, porque es imposible que por un pequeño estipendio se decidieran estos á lidiar con Filósofos.

EL TEÓLOGO.

Este género se vende algo caro en el dia, desde que la iglesia española va adquiriendo el lustre y esplendor que tuvo allá en los primitivos tiempos, cuando los clérigos eran de oro, los cálices de palo y los procónsules de hierro. En cambio el tipo teologal se ha dividido y subdividido creando entre otros un género nuevo, que podemos mirar, como *fruta del tiempo*. Tal es *Teólogo injerto*, otros llaman *apóstata y recalci-trante*. Con estos nombres se designa al Teólogo, que no hallándose con suficientes fuerzas para aceptar el lisonjero porvenir con que le brinda la iglesia española, vuelve pasos atras y se decide á estudiar jurisprudencia farmacia ó veterinaria.

Las vicisitudes que desde principios de este siglo han agitado sin cesar á nuestra patria han dado tal fomento á este tipo del *Teólogo injerto*, que por todas partes bulle y se le encuentra, ora en los escaños del Congreso, ora en las filas del ejército, unas veces en las entrañas de la tierra convertido en *Teólogo-minero* (que es lo que hay que ver) y con mas frecuencia junto al espacioso bufete despachando expedientes, *simpliciter*, y *secundum quid*. El año 8 el Teólogo se convirtió en guerrillero nada mas que por ensayar las virtudes evangélicas. El año 20 el Estudiante de teología, que aborció los hábitos se casó (esto es de rigor, el exteólogo mira con horror el celibato) y en seguida se dedicó á las ciencias naturales y sus aplicaciones inmediatas, es decir, que abrió tienda de *herbolario*, y tintorero químico quita-manchas. Los que picaron por la abogacia han llegado á ser en estas últimas hornadas de padres de la patria, inquilinos del santuario, hácia donde Cervantes saca el brazo manco. Y como en estos tiempos de gracia que corren, á lo que hay que aspirar es á ser diputados, y lo demas dejarlo venir, y para ser diputado es un excelente medio el ser *jurisconsulto teórico-práctico acreditado y con estudio abierto*, de ahí es que la mayor parte de los Teólogos á quienes el Sr. Becerra dió con la puerta de la iglesia en los hocicos, se injertaron á sí mismos en leyes y siga la broma.

Entre estos Teólogos injertos los hay de mas ó menos fortuna y que forman diferentes categorías. Los hay que hácia el año de 1836 conmutaron cursos de teología por leyes, pelo á pelo, y dejando los impedi-

mentos, se pusieron sobre la marcha á tirar impedimentos. Otros de voluntad ó por fuerza tomaron las armas aqueude ó allende el Ebro, y al fin de la guerra pasaron su olvidada teología por jurisprudencia flameante (que hubiera sido por medicina, pase) y lo que faltaba para completar se suplió á balazo por la lección y año de servicio por curso de carrera. Pero otros mas desgraciados no llegaron á tiempo de cazar tales gangas y vejetan en las universidades, y por su antigüedad en ellas vienen á ser una especie de *Estudiantes fosiles ó antediluvianos*. Un teólogo de esta última clase es un consumidor abonado de papel de 40 mrs. y debe ser *mutatis mutandis* (cuidado con equivocarse) lo que el capitán Chinchilla de Gil Blas. En sus incasantes memoriales recorre como aquel sus 20 años de carrera, y tiene el placer de ser tan atendido como el capitán al escribir la relacion semanal de sus campañas. ¡Oh si al menos estos *Chinchillas* pudieran pasar por tíos postizos de alguna *Sirena*, otro gallo les cantára.

Por lo que hace al Teólogo propiamente tal (*ut talis*, ó *simpliciter theologus* como diria él) baste decir por lo comun es modesto y laborioso.— En los tiempos en que andaba por las universidades la 1.ª 2.ª de Sto. Tomás, el Teólogo necesitaba una memoria de hierro para echarse diariamente al cuerpo dos articulos por mañana y uno por tarde. Ahora como la ilustracion ha cundido tanto á Dios gracias, el Teólogo no necesita estudiar tanto, y con un articulo de *Lugdunense* destrozado del latin al castellano está un Teólogo fuera del paso. ¡Progreso teológico!

Pero aquel trabajo impropio no quitaba que el Teólogo tuviese sus desahogos y sus puntas de Estudiante: mas en tales casos procuraba siempre evitar el escándalo encubriendo sus fechorias. Así es que cuando salia de tuna ó maquinaba alguna travesura estudiantil, procuraba pasar por jurista, para no dañar al buen nombre de su facultad; mucho mas si trataba de quemar incienso en las aras de Cupido.

Concluiremos observando, que el Teólogo es el antipoda del Legista, y unos y otros se acosaban frecuentemente con dicterios é insultos latinos, que no es del caso reproducir. En el dia todo esto ha cesado; por la sencilla razon de que ya no hay quien estudie teología.

EL CANONISTA.

El canonista era en las universidades una especie de anfibio sin carácter peculiar por lo que escusáramos el tratar de él. Dice Alvaro Gomez, en la vida de Cisneros, que con mucha dificultad les dió este cabida en su universidad de Alcalá, y viendo un dia que uno de los profesores de cánones salia temprano de cátedra, dijo el Cardenal á los que estaban á su lado «*lo que es por mí estais demas.*» Lo mismo casi dijo el Gobierno al suprimir esta carrera en 1.º de octubre de 1842.

EL LEGISTA.

El Legista principiaba su carrera estos años pasados por donde ahora la concluye, es decir, por el Derecho natural y de Gentes. Para ello le ponian al neófito en las manos un librote original de Mr. Felice, salvo lo que tenia de Borlamagni. No hay mal, dice el refran, que por bien no venga, y la desaplicacion de los Legistas en este año era un gran bien pues se ahorraban de aprender á ser embusteros por principios y otras lindezas por el estilo, y si lo aprendian eso tenían adelantado para el foro. En seguida se les enseñaba en cuatro papeletadas lo necesario para ser padres de la patria y fabricar leyes con cargo y data bajo los auspicios de Jeremías Bentham.

Cansado nuestro jóven alumno de oír cosas, que

para él eran jarabe de pisco y música celestial, se echaba en el surco y así se cuidaba él de asistir á cátedra como por los cerros de Ubeda, lo cual no es de rigor que sucediera en el primer año de leyes, y bien podía suceder en otro ó otros de la carrera. En esto llegaba á su noticia por conducto de un condiscípulo, que después de haber cumplido 30 faltas (dobles de las que abona el reglamento) el catedrático le había borrado de la lista. Un estudiante de pro no se apura por tan poca cosa: en último resultado todo se reduce á perder un curso. En tal caso indaga las señas de casa de profesor y se dirige allí pertrechado con una certificación del médico, de la que consta haber padecido calenturas intermitentes, y además de varias cartas de recomendación de algún alto funcionario, de doña Sirena de Albarracín, ó de su tía doña Amparo.

— Deo gracias.

— A Dios sean dadas.

— ¿Vive aquí don Triponiano In-digestum, catedrático de la Universidad.

— Servidor de V.

— El estudiante haciendo una profunda cortesía.— Venía con objeto de avisar á V. S. que estos últimos días no pude asistir á Cátedra por haber estado enfermo.— Y al decir esto entrega la certificación.

— ¿Ha estado V. algún día en cátedra?

— Si señor, cuando me lo permitían las tercianas.

— ¿Pues como no me ha conocido V. ántes?

— Es que soy algo corto de vista.

— ¡Lástima de joven! procure V. el curso que viene estudiar con buenas luces.

— Pero señor, ¿por qué he de perder curso habiendo estado enfermo! Vea V. S. esta carta de su señora tía doña Amparo, y estas otras para que V. S. se convenza de que no hay maula.

¿Qué hace un catedrático en tal apuro? ¿ha de echar á pique á un joven, en quien quizá fundan sus esperanzas las futuras diputaciones provinciales de su tierra? Nada de eso, más bien Antonino que Tiberio. Queda pues nuevamente incluido en lista bajo las condiciones de no entrar á exámen hasta el extraordinario de octubre, de no hacer mas faltas, y reparar lo atrasado, aperebido al mismo tiempo de que se le preguntará la lección con frecuencia. Eso no quita para que si falta algún día responda por él otro condiscípulo, y si le pregunta la lección la dice atisbando al libro del vecino (y eso que era corto de vista) ó con ayuda de Espíritu Santo; porque entre los estudiantes hay apuntadores que ni los del teatro.

Por lo demás el jurista es el verdadero tipo del estudiante y al que mas de lleno le corresponden las cualidades que apuntamos al principio. Cuando se usaban los manteos el Legista era conocido en el garbo con que los arrastraba y en el braceo que llevaba dentro de ellos. En la sotana se retrataba el alma del Legista á la manera que la corbata representa (según dice el manual del buen tonto) el interior de una persona. Los Legistas juiciosos la usaban completa á lo teólogo, los elegantes muy estrecha por delante de modo que dejara ver el chaleco y la botonadura del frac, y tan corta que apenas llegaba á las rodillas, y por fin los calaveras llevaban en vez de sotana una especie de mandil, aprovechando la parte posterior para echar mangas negras á un frac de color de pasa ó cuchillos á los pantalones ambiguos.

En el día la nueva generación jurista, que no alcanzó los manteos, procura revocar lo mejor posible la fachada exterior de sus individuos, y los hay, ¡oh tiempos! ¡oh costumbres! que gastan corsé y visten por figurin.

EL MEDICINANTE.

Hay dos clases de estudiantes de medicina: unos que cursan en las universidades y otros que estudian al mismo tiempo la cirugía en los colegios de Madrid,

Barcelona y Cádiz. Estos segundos forman un tipo aparte que comprende con ligeras escepciones toda la gente de curar incluso los romancistas, farmacéuticos y veterinarios que llevan el título de colegiales, de los cuales se dijo ya en gran parte (ubi supra del barbero).

— Los primeros tienen principalmente su asiento en Zaragoza y Valencia, y usaban en su tiempo de manteos y demás adminículos estudiantiles.

Siempre se ha ridiculizado en los médicos su prurito y comezon por usar sus términos facultivos á diestro y á siniestro, pero esto es aun mas notable en los aprendices de curar. Uno de estos, por ejemplo, que pide horchata avisa al mozo que traiga un vaso de lok, y en lugar de conserva pide á su patrona *lectuario* de guindas: la aplicación no puede ser mas exacta. Dios les libre á los amigos del aprendiz de curar de hincarse una espina ó cortarse con el cortaplumas si el dicho aprendiz ha estudiado ya el tratado de apósitos ó vendajes.— Venga un trapo de una cuarta en cuadro esclama al punto, y cogiendo unas tijeras improvisa una cruz de Malta la cual rodea al dedo del paciente, con no poca admiración de este al ver que se lo ata sin hilo ni cinta, dejándole el dedo en figura de maza de tambor mayor.— ¿Te admira eso? pues ahora verás lo mejor— y tirando de una punta lo desliza en un momento, pero arrancando un ¡hay! al paciente porque el trapo se había pegado ya á la herida.

El Estudiante de medicina propende siempre á los tratamientos fuertes. Para curar un constipado receta cuatro sangrias de á onza y una cantárida que cubra toda la espalda con objeto de llamar allá la destilación. Lo que hace con los cadáveres en el anfiteatro lo quiere imitar en los enfermos y ¡válgame Dios lo que pasa en los tales anfiteatros! No sé como hay quien tenga humor para morir en el hospital, aunque no sea mas que por no bajar al anfiteatro.

Por otra parte el estómago de nuestro *matasanos* es tambien á prueba de anfiteatro; así es que suele llevar los cigarros y aun la merienda en el mismo bolsillo en que sacó por la mañana los huesos de un difunto á medio mondar. Y sino, ¡pobre del aprendiz que sea melindroso! porque todo se reduce á convidarle á merendar y cuando esté bien cargado hacerle echar los bofes avisándole, ¡que ya es antropófago!

EL ESTUDIANTE DE LA TUNA.

Antes de concluir no podemos menos de rasguñar siquiera ya que no bosquejar al Estudiante de la tuna, tipo enteramente español, y que para sí solo merecía un artículo. Quizá los que vengan en pos de nosotros aprovecharán este tipo, cuando haya concluido de perderse, á la manera que en el día se saca partido de los juglares, que en sus tiempos fueron asaz mal vistos.

¿No oís á lo lejos el ruido de la pandereta? ¿no veis cual salta el que mas bien que tocarla, golpea su pergamino en sus rodillas, con sus narices, con la punta del pié ó con el codo? Ora la arroja en alto y la obliga á voltear en rápido giro sobre la punta de su dedo, ora golpea con instantáneo movimiento y sin perder compás las cabezas de los chicos que le miran con la boca abierta. Por de pronto es el que en llama la atención en todo el cerco de guitarras y acatarados flautines.

Pero volved la vista mas acá y vereis ese que prece de la cuadrilla con el desvenecado tricorrio, y el manteo terciado y la escuálida levita que dá paso á la camisa por los codos: ese es el *moscon*, ó el postulante como dicen otros: oid cual dirige estudiados y picarescos requiebros á las damas, que pueblan los balcones y á las viejas que asoman la geta por las ventanas. Recoje con desenfado la plata que le echan y volviéndose á los músicos les dice con precipitación:—

¡pronto, compañeros! á la señorita de lo verde (y Dios le dé mucho que dar), una cancion de las que valen á peseta. Y tú, señorita del alboroz que seguida de tu doncella vas á pasar por esa calle huye, huye, antes que te atise el *moscon* y se pegue á tu lado para hacerte reir con sus diabólicas ocurrencias aunque vayas muerta de vergüenza. No te servirá que abras tu ridículo y le alargues una moneda, porque á continuación te pedirá de limosna una mirada, hincará la rodilla en tierra, tenderá el manto para que pases por encima y besará ¡oh picardía! donde tu pusiste el diminuto pié.

Decian los antiguos que no había juglar sin trovador y tambien el Estudiante de la tuna reúne ambas cualidades, y se ejercita en improvisar sin perjuicio de su inmenso repuesto de canciones de circunstancias sembradas de alusivos latinajos. Su sociedad es como otra cualquiera y al entablarla estipulan y forman sus bases. Cuando el *moscon* es hábil, (que los hay de una prontitud mujeril) puede contar con la cuarta parte del producto y á este tenor los restantes segun sus cualidades. A veces para evitar fraudes (¡si entre bobos anda el juego!) no hay postulante fijs, sino que antes de salir á la calle se subasta la ganancia y el que mas puja hace de *moscon* y se guarda el producto.

Entre los Estudiantes de la tuna, los hay unos por necesidad y otros por vagancia: aquellos solo tuñan cuando no hay curso, para estos siempre son vacaciones. Antiguamente los Estudiantes ricos solian tener la humorada de correr una de estas caravanas, y el tuño actual aprovechando esta tradicion suele darse á conocer en los pueblos (por supuesto con mucha reserva) como hijo de un marques á quien su padre queria de buenas á primeras hacer regente de la audiencia, siendo así que él tiene vocacion de médico. A las viejas se les cae la baba y las mozas lloran de ternura al ver á todo un futuro marques tan estropeado y entre tanto nuestro *baron de Ulescas* saca la tripa de mal año.

Concluiremos, pues, confesando, que la vida estudiantina, si bien se mira, constituye una de las épocas mas felices de la vida, y si no fuera por atender al *modus vivendi*, era cosa de echarse á Estudiante de profesion. La edad juvenil, la compañía de Estudiantes vivarachos y de buen humor, la independencia y franqueza, que da el solo nombre de Estudiante contribuyen á prestar á este tipo un colorido, que á no verlo parecería ideal. Bajo este concepto no tiene duda que deben agradecer mucho al gobierno su buena suerte los *Estudiantes antediluvianos*, á cuya clase tiene el honor de pertenecer S. A. S. Q. S. M. B.

VICENTE DE LA FUENTE.

LA CANTINERA.

FACILMENTE se conoce que la palabra Cantinera se deriva de cantina, que es el puesto ó la tienda de comestibles que con este nombre existe en algunas poblaciones dentro de los cuarteles ó al lado de ellos, así como en los campamentos militares y presidios. La voz Cantinera no se diferencia de la de vivandera ó sea proveedora de viveres, pero es de un uso mas vulgar y generalizado que ella. Quien haya pasado por cuarteles, ó haya recorrido los campos de batalla, puede muy bien haber visto en los patios de los primeros y en un punto indiferente de los segundos, un puesto de comestibles y licores, y detrás del mostrador á una mujer de aspecto varonil, pocas veces hermosa, y con cierto aire de natural desenfado; ataviada con trages de colores vivos y con pañuelos afel-

pados de algodón y sedas, en que resaltan tambien entre otros colores relumbrones el amarillo, naranja y verde, formando flores, cuadros, ú otras combinaciones de dibujos simétricos y poco agradables. Esta mujer, aun siendo casada, se abroga por costumbre antigua el dictado y la parte activa de su profesion, oscureciendo á su marido aunque la ejerza tambien: así es que no decimos con tanta frecuencia el Cantinero ó vivandero como la Cantinera ó vivandera, sin embargo de estar designados en las leyes militares por el género masculino. Pero este no altera en lo mas mínimo el equilibrio social de la benemérita clase, y no impide el que el marido ejerza, sea ó no militar, esté ó no en campaña, su correspondiente autoridad, no pocas veces dura y tiránica, sobre su familia.

Los maridos de las Cantineras son por regla general tambores, soldados, músicos, cabos, sargentos, en actual servicio ó cumplidos, y chalanés; y se hacen ricos en pocos años si sus mujeres son de conducta y despejo, sin que por su parte hayan tenido mas incumbencias que la de ajustar algunas cuentas, de sumar y restar en lo perteneciente á los ramos de su comercio, y la de oír con paciencia gran copia de ternos y conjuros mezclados con invocaciones á los santos, en medio de las innumerables rencillas que indispensablemente ha de presenciar todos los días entre los soldados mas viciosos, truanes y pendencieros del cuerpo.

La Cantinera tiene, segun su estado de desahogo y prosperidad, una muchachuela ó criada que la ayuda á despachar en su cajón ó mostrador, y la sisa, si es de ley, y un criado que de granuja en sus principios vá aprendiendo á acarrear agua (que no es poco) y á servir á los parroquianos en sus juegos y merendonas, con el mayor aseo y agilidad; viniendo á parar algunas veces en tambor ó presidario, cuando su buena estrella no le conduce (lo cual no es comun) por el camino de la prosperidad hasta poner una cantina por su cuenta. Las utilidades de algunas Cantineras son exorbitantes, pues aunque tienen obligacion de dar un tanto á la plaza y otro al regimiento ó presidio con que comercian, fácilmente se deja conocer que los dos ó tres cuartos de que puede disponer cada uno de los miles de hombres acuartelados, forman una cantidad respetable que viene á emplearse casi por completo en los vinos, licores, sardinas, escabeches, bacalao, legumbres, quesos, frutas y otros comestibles, que la permitan reunir en su tienda, por una parte los recursos de su capital, y por otra los productos del país que ocupe, ó que se hallen en puntos poco distantes y de fácil comunicacion con él.

Si observamos atentamente á la Cantinera, hallaremos que hay dos personas que despiertan todas sus simpatias, y estas son el ayudante y el abanderado. No hay medio de seducción que no ponga en planta para ver de captarse su benevolencia y aun su amor si es la Cantinera jóven, hermosa y agraciada, y el pueblo en que reside no tan grande que pueda hacerla temer poderosas rivalidades. De manera que si el honor militar no inspira á aquellos recursos con que defender su integridad y su energia de los tiros ciertos de tan astuta y peligrosa enemiga, puede asegurarse que fumarán los mejores cigarros y beberán los mas exquisitos vinos, amen de adquirir grande y cariñosa intimidad con las tentadoras hijas de Venus, que por una extraña coincidencia vienen á encontrarse siempre dispuestas á la buena armonia é íntima amistad que la Cantinera les ofrece desinteresadamente en las poblaciones en que se encuentra. Pero estas finezas no se hacen á los oficialitos solo por su hermosura y buen talle; nada menos que eso: la Cantinera teme al ayudante y al abanderado, como pueden temer el monedero falso y el ladrón á la vara de la justicia; así es que clava sus ojos en los de aque-

llos, espiando si sus miradas escudriñadoras se dirigen, al pasar por su tienda, á su provision de comestibles; porque... ¡ay de ella si encontrasen fraude en su peso, medida ó calidad, y se les pudiese entre ceja y ceja aplicarle todo el rigor de la ordenanza! Ella sabe que las leyes militares son en ocasiones muy severas, aunque no se cumplen muchas veces en lo que hacen referencia á la profesion, y no lo acomodaria que á mas de perder sus géneros, fuese su marido seis años al presidio de Africa con su correspondiente grillete, quedándose sin bienes y aun sin vida, solo por haber vendido falto de peso ó maleados, algunos alimentos que el incauto soldado se traga como ruedas de molino, sin darse cuenta, hasta que se lo dicen, de si han sido alubias ó granos de veneno, por las que se ha chupado los dedos de gusto al verlas condimentadas con la sabrosísima salsa que tan bien sabe preparar la Cantinera.

Muchas veces hace los oficios de lavandera, de planchadora y aun de prestamista; y es de ver cómo por medio de este último recurso, mas lucrativo que los demas, y mas usual en las poblaciones que en campaña, aumenta considerablemente sus capitales, compensando con las usuras que exige á los unos los desfalcos que la hacen sufrir otros, á quienes no bastan los rigurosos castigos y temida autoridad del sargento á hacerles entrar en su deber y á estirpar la arteria y desvergüenza con que se acostumbran á tumbones y petardistas. Así es que despues del abanderado, los sargentos primeros ocupan el lugar preferente á los ojos de la Cantinera, y se hacen acreedores á sus miramientos y abasajos. En ciertas ocasiones la son muy necesarios porque pueden prevaleerse de la prepotencia que tienen las categorias militares entre si, é imponer penas prontas y arbitrarias que hagan entrar en su deber á la tropa, la cual tendrá que resignarse siempre que su culpabilidad pueda quedar probada de una manera tan palpable, que la haga digna de castigos mayores que los arbitrarios impuestos por los sargentos en estos casos escepcionales.

Las cantinas son, generalmente hablando, y sobre todo en tiempo de paz, núcleos de donde salen todas las maquinaciones torpes del soldado; en ella se murmura y maldice de los superiores desde cabo á general, sin escepcion alguna; ellas son el asilo de los rezagados que llegan á horas desusadas al cuartel, y el garito en que se juegan los cuartos y las prendas de vestuario, con barajas del tiempo del rey que rabió, y que han venido á vincularse en el establecimiento, tomando parte del olor, color y sabor de las oscuras paredes del sombrío edificio caverna, que con el nombre de cantina se conoce en algunas poblaciones.

Su perspicacia femenina, aunque tosca no puede ménos de ejercer grande influencia entre hombres sin ninguna cultura, y la constituye naturalmente en una especie de soberanía con su parodia de corte en que todos anhelan sus agasajos y distinciones. Pero suele haber soldados, andaluces principalmente, que consiguen inspirarla un cariño maternal ó bien una verdadera pasion amorosa segun sus edades, y entonces á Dios ahorros; ya no hay prosperidad ni porvenir que no quede expuesto á los caprichos del afortunado amante ó del hijo adoptivo, que, por regla general, y por efecto de las inconsecuencias humanas, la paga en desengaños y aun en desapiadadas palizas su generosa abnegacion y constancia.

La venganza subterránea y caprichosa, propia del sexo débil irritado, la hace sentir no pocas veces con su ojeriza á algunos de estos pillos, ó á otros que poco afortunados no tuvieron tal vez gracia para hacerse estimar, ó méritos que oponer á sus trampas y rapinas; de lo cual provienen odios y rencillas con todo su séquito de maquinaciones y asechanzas de baja escala, que suelen sancionarse con la autoridad del sargento, ó quedar terminadas con una solemne

paliza dada á la buena Cantinera, sin respeto á su sexo, y acompañada de su correspondiente amenaza para lo sucesivo; la cual la precisa á verter algunas lágrimas, á sellar sus lábios y á hacer cruz y raya, aprendiendo un nuevo desengaño para el porvenir.

Distinguiremos dos especies de Cantineras que son Cantinera de ejército y Cantinera de presidio; y nos detendremos principalmente sobre la primera, subdividiéndola en dos variedades, segun que habite en poblaciones en tiempo de paz ó siga á los ejércitos en campaña.

CANTINERA DEL EJÉRCITO EN TIEMPO DE PAZ.

Necesita una licencia del Teniente de rey de la plaza y del comandante de batallon, para poder ejercer su oficio sin verse expuesta á que ningún individuo la incomode ni exija estipendio ni cantidad alguna. Esta licencia se da por cierto precio que ingresa por mitad en la tenencia de rey de la plaza y en la caja del regimiento; y por ella queda facultada la Cantinera para vender todo género de comestibles, vinos y licores de licito comercio, dentro del cuartel ó en una casa contigua. Ahora bien, figurémonos que una criada de las señoras de la oficialidad tiene los necesarios ahorros, ó que un soldado ó tambor ó músico del batallon se casa con una moza despierta y emprendedora, ó que el tambor mayor ó un cabo cumplido lo hacen con una tendera de aceite y vinagre de la ciudad. He aquí, digo, que cada una de estas individuos ú otras infinitas en casos análogos, hacen su pretension, acreditan su conducta moral y buenas costumbres, y llega por fin una de ellas á ser admitida en la profesion de Cantinera. Conforme á su capital, empezará poniendo una mesita con aguardiente y licores, y seguirá tomando ascendiente hasta que, si la fortuna la sopla viento en popa, presente al público no solo varias clases de legumbres, carnes de cerdo, bacalao y vinos, sino otros artículos de mas precio como ostras, frutas y pescas delicadas, y aun algunos géneros ultramarinos.

Ya hemos insinuado lo indispensable que es el que la Cantinera sepa captarse la benevolencia del ayudante, abanderado y sargentos; sin este paso no hay prosperidad, no hay fuerza moral, no hay nada. Despues de esto suelen tener algunas la habilidad de atraer á sus miras á los barateros y camorristas del batallon, para conseguir por su medio la fuerza material y barbara que juzgan no las está demas, y ejercer un poder ilimitado sobre los hábitos é intereses de la tropa. La Cantinera, segun su índole particular, puede ser la zurcidora de todos los pelardos que se dan por los soldados viejos á los reclutas, ó simple espectadora de ellos. Tambien puede muy bien emplear los recursos estratégicos de su magia amorosa en dar cuenta de los bolsillos de los quintos que vengán bien repletos. Todas sus tramas, todas sus maquinaciones de amor, suelen llevar por norte al interes; y no es aventurado asegurar, hablando en general, que el cálculo instintivo preside siempre en sus acciones mas sencillas, aun en los momentos en que á primera vista puede parecer desinteresada y generosa. Así por ejemplo, si busca al ayudante y abanderado buena costurera y planchadora, si regala cigarrillos á los sargentos, si da del mejor vino y aun dinero contante á los barateros y veteranos, es porque todo se puede temer de ellos, es porque la autoridad de los unos, hija del prestigio de su empleo y el renombre de los otros, adquirido en camorras, pendencias y excesos de todos géneros, les da una superioridad reconocida en el cuerpo, é influencia por lo tanto, á los unos para disculpar sus amaños, y á los otros para encarrilar á los incautos por los senderos de su perdicion, cuales son los de acostumbrarles á gastar en su cantina los dos ó tres cuartos de plus

y cuanto dinero puedan haber licita ó ilícitamente adquirido.

En toda cantina, bien esté colocada dentro, bien á las inmediaciones del cuartel, suele haber una tienda reservada á los juegos de azar y especialmente al cané. Allí se fuma, se juega, se rabia y se riñe instantáneamente, y sin que por lo común muestre la Cantinera la menor sorpresa de los gritos y desórdenes á que por precision tiene que familiarizarse si quiere tener utilidades grandes y tan seguras. En la habitación mas desahogada de su casa, se suelen tener algunas veces bailes los domingos ó dias feriados, á que concurren los mas frecuentes y festivos parroquianos del regimiento, que en tales casos llevan á sus resacaas á tener un ratito de fiesta al son de las panderetas, sonajas, hierros y castañuelas. Pero á todas estas bromas no asiste la Cantinera con gusto á no estar enamorada (lo cual ocasiona grandes pérdidas á sus intereses) ó ser muy jóven; y cuando lo hace es por orden regular como mera espectadora, no en busca de distraccion sencilla sino de oro; no en busca de alegría y concurrencia para mezclarse y gozar entre ella, sino del crédito de su establecimiento y de la mayor variedad de los juegos y regocijos de los parroquianos, para que su asistencia sea mas continua y mayor el consumo de los objetos de su comercio.

Algunas Cantineras suelen ser usureras crueles, con infinidad de maquinaciones y amaños, que las proporcionan réditos muy crecidos de las cantidades que prestan á la tropa, y aun á parte de la oficialidad, en situaciones criticas, por conducto de sus ingeniosos y leales asistentes. Mas toda su torre de maquinaciones y de usuras, viene naturalmente abajo siempre que se enamora, lo cual sucede pocas veces en tiempo de paz; entónces ya no hay cigarrros, ni bebidas, ni dineros que basten á saciar las caprichosas francachelas del privilegiado amante; quien rescata de este modo el dinero que pagaron en petardos y usuras, los reclutas, como gente novel y poco experimentada.

La Cantinera toma al poco tiempo el acento provincial del cuerpo y alguna de sus cualidades morales, pero cuando se trata de trasladarse á otra poblacion se desprende de todas sus afecciones, y meditando únicamente sobre sus ganancias ó pérdidas, consulta con su marido, si le tiene, si les será mas conveniente seguir al regimiento ó quedarse, lo cual resuelven calculando los desembolsos del nuevo viaje y las utilidades seguras que ya consiguen en la poblacion con las que puedan hacer en otra, mas ó menos cara, mas ó menos populosa. Si se deciden por la estancia, vuelve la Cantinera á dar sus pasos con el comandante del cuerpo que llega, y forma su nuevo plan de estratagemas y sobornos, hasta que viene á conocer el terreno que pisa, y consigue entre los recién llegados crédito y estimacion, que les hacen dejar espontáneamente y con gusto toda la plata de sus bolsillos en la cantina.

En este género de vida sigue los trámites que las situaciones la van indicando, y amen de algunos perances personales y pecuniarios, nada extraños á su profesion, y que de modo alguno deben causar la sorpresa; si ha sido diestra y ha sabido aprovechar sus desengaños, y si la pasion del amor no ha venido á desbaratar sus invariables cálculos y sus sábias medidas económicas, dando con ella en una casa de enriedad, concluirá precisamente por ser rica. Despues, aunque deje su tienda, lo que no es probable, y se haga propietaria, tomará la costumbre lucrativa de dar dinero á réditos, no ya bajo palabra de honor ni por prendas insignificantes como en el ejército, sino sobre alhajas para poder aumentar impunemente sus usuras, y ver en sus últimos años el incremento rápido del oro de sus arcas que hace toda su dicha. Su

vida de prosperidad la compensa con ventaja las contrariedades que pueda sufrir, preservándola de la irritabilidad á que de otro modo podia estar expuesta por el trato frecuente y continuo de gente por lo comun averiada y escandalosa, cual son los soldados que se dan mucho á los vicios de la bebida y del juego. Si la Cantinera no es tan poco venturosa que, una quiebra, ó una intriga de cuartel, ó una camorra sangrienta en su cantina, la desbaraten sus empresas: se considera muy feliz y olvida buenamente los insultos, los anatemas, y aun los golpes que recibe, al contar el oro que suele ser en ella el verdadero bálsamo de Malás con que cura las heridas de su asendereado y encallecido corazon. Pero si los petardos se repiten, y los insultos son violentos, y las deudas no se pagan, y menudean los ultrajes; como no hay paliativo á la hiel que se la va aglomerando hora por hora, y dia por dia, como las pesetas de á cinco y los reales y la moneda de calderilla no vienen á distraer su vista, su oido, ni su pensamiento, de una idea fija que es la injusticia de la pobreza á que se va á ver reducida sino medra; llega el momento en que al requiebro del cabo Juan Gazorro, contesta una fresca, á la cual replica él con un terno y ella con un conjuro, y él de nuevo con una varada y ella con un cachete, y él con un puntapié que la hace bailar como perinola, y ella con una navajada de á terea que lo lleva á él al hospital, y á ella á la galera, á concluir de una manera trájica el resto de sus dias, contando sus hazañas, y sus contiendas, y sus preferencias, y las sales chocarreras de los cabos andaluces, que no puede borrar de su memoria, por mucho que se esfuerza á ello, así como no puede acostumbrarse á la nueva monótona vida, despues de haber pasado tantos meses ó años entre las sardinas y el bacalao y los pimientos, y las pesetas isabelinas nuevecitas y relucientes, que iba separando á un rincón de su armario para revisarlas y gozar en su aumento y halagüena perspectiva. Las cajas y las músicas del regimiento aun suenan en su oido, y las tardes de campo con las hermanas del sargento A y la mujer del brigada R, y los bailes de pandereta que hubo en su casa los domingos, vienen á atormentarla diariamente con los recuerdos de lo pasado, entre el remordimiento de su irritabilidad, que como todas las irritabilidades del mundo, sean justas ó injustas, vienen á convertirse en perjuicio del que las padece, y pierde al fin los estribos por no saberlas frenar con la resignacion ó la prudencia.

De forma que en el carácter de la Cantinera de tiempo de paz, se suelen ver reunidas una gran flexibilidad que la permite acomodarse con todos aquellos con quienes tiene que chocar de frente, y una gran dosis de paciencia para ver y disimular en ocasiones sin quejarse la desvergüenza y el robo de algunos soldados, á trueque de que acrediten su establecimiento para que esté siempre animado y concurrido de los incautos reclutas, que como el pez al anzuelo acuden á contaminarse de las malas mañas, y diplomacia de baja ley ó sea gramática parda, de los soldados viejos, la cual aprenden á costa de disgustos y de dinero. En toda riña suele ser indiferente por sistema la Cantinera, y sabe por tanto evadirse de dar su opinion, á no ser que los contendientes sean soldados nuevos, sin conciencia propia, y de tal sencillez de ánimo que no deba creerseles capaces de temeridad ni de rencores profundos, que pudieran á su vez volverse en contra de ella. Como simple espectadora, no hace mas en tales escenas que templar con gran cautela el calor de las disputas, evitando que en su cantina lleguen á darse de navajadas, y la compliquen en una causa poco agradable, y que no la ha de dar honra ni dinero. Desde detras de su mostrador, con un ojo en los capitales adquiridos y otro en los que espera, recuerda sus desengaños y aprende á

conducir su débil y combatido barquichuelo, al puerto seguro de la felicidad y desahogo en que puede prometerse acabar los últimos años de su vida, explotando los descuidos de los demás y aun sus enfermedades sin comprometerse nunca en ellas. Esta es toda su ciencia.

CANTINERA DEL EJÉRCITO EN CAMPAÑA.

Es un tipo enteramente distinto del precedente; la base de sus acciones, sus hábitos, sus sentimientos, se parecen tan poco, que difícilmente podremos hallar un punto de semejanza, entre uno y otro. Por un efecto sin duda de que la vida del campo dilata el ánimo y engrandece los afectos del corazón, al mismo tiempo que aumenta la robustez y agilidad del cuerpo, ó de que en medio de los grandes peligros de la vida se enaltece el espíritu de algunos seres dando ocasión al desarrollo de las pasiones nobles y grandes que no se abrigan con tanta facilidad en tiempos normales y en las poblaciones muy populosas, la Cantinera de campaña, á poco que haya seguido los ejércitos tiene de generosidad, de valor, de abnegación, en fin, franqueza y desprendimiento, lo que la otra suele tener de calculadora, de cobarde, de egoísta, de astuta y usurera. La Cantinera de ejército en campaña no hace mas que bienes, la de las poblaciones no suele ocasionar mas que males; y triste destino de la condicion humana! la Cantinera de campaña en pago de su grandeza, si grandeza podemos llamar sin exageracion; en medio de su grandeza decimos, suele quedar muerta en el campo sin consuelo alguno y de una manera desastrosa, ó acabar sus dias en un hospital, sin que las dulzuras de la gratitud vengan á mostrarla el reconocimiento de sus servicios, endulzando las últimas amarguras de su existencia; mientras que la otra despues de haber muchas veces contribuido á pervertir la moral del sencillo recluta, y de no haber perdonado ágio ni baja, para el aumento de sus utilidades, suele morir en cama propia, y rodeada de sus hijos ya crecidos, y en visperas de tener entrada en las profesiones mas honrosas y lucrativas del Estado.

La Cantinera de campaña empieza su carrera de diferentes modos. Suele dejar la poblacion en que estaba avecinada, y ya admitida en un cuartel en tiempo de paz, al salir su regimiento á campaña, y acompañarle despues en ella; puede reunirse al ejército desde las poblaciones inmediatas al teatro de la guerra, sin haber ejercido en tiempo de paz esta profesion; generalmente suele ser gallega ó catalana. Segun su capital serán los ramos de comercio que abarque: muchas empiezan llevando tan solo una cubita debajo del brazo y una cestita con vasos, y progresivamente van adquiriendo cigarros y variedad de vinos, flambres, legumbres, etc., que acarrear despues en un borriquito, y mas tarde en un mulo, y al cabo en dos si las ayuda la fortuna en sus empresas.

En el campamento componen su puesto con cajones y un toldo, único resguardo que las es posible usar contra la inclemencia del viento y de las lluvias; y allí despachan sus comestibles á la oficialidad y á la tropa, prestándoseles generosamente muchas veces, y aun desprendiéndose otras del dinero que ganan á costa de tantas penalidades y peligros, y que suele quedar sin retribucion alguna. Su trage suele ser el de su provincia, pero despues se reforma algun tanto; y visten con suma variedad, aunque siempre son dadas á los pañuelos de colores y ringorringos. En algunos ejércitos extranjeros tienen las Cantineras ó vivanderas su uniforme particular, lo que no sucede en los nuestros. Los vestidos mas usuales y generalizados entre las españolas, puede decirse que son: un sombrero de paja muy ancho, ó un pañuelo á la cabeza, un corpiño, una saya corta de mucho

vuelo, pantalones y bolin. Este trage suele estar bien á las que tienen aseo, hermosura y airoso talle; y con él ó con cualquier otro resisten muchas veces larga série de años á las penalidades de la intemperie y de una guerra desastrosa y no interrumpida.

La Cantinera de campaña es lavandera, planchadora, enfermera y amiga desinteresada de individuos de todas las gerarquias militares, desde el general al tambor; sin que deje de tener ademas sus afecciones particulares, y á veces vehementes, por uno ó mas individuos determinados del ejército. Al poco tiempo se van desarrollando en ella una porcion de sentimientos varoniles, hijos del trato y de la comunicacion frecuente con la oficialidad y con la tropa: así es que en las batallas socorre con tierna solicitud á los heridos, y es de ver como á veces, cometiendo graves errores, y sin otro guia que su generoso corazón, aplica á la boca de los soldados exánimes su jarrita de aguardiente, pensando reanimarles; ó se apresura otras á restañar sus heridas, ó á pedir ayuda á sus compañeros, ó á estrechar entre sus brazos un cadáver hierto, creyendo poderle comunicar su calor y darle alivio con remedios ya tardos y de todo punto inoportunos.

Muchas Cantineras acompañan con la mayor serenidad á las compañías de cazadores en sus descubiertas y guerrillas, sin abandonarlas nunca; aun en medio de los mayores peligros, y de oír silbar las balas que pudiera despedir á quema-ropa el ejército contrario; y á veces escita la compasion general el espectáculo que ofrecen sus tiernos peñuecos envueltos sobre los mulos, trepando riscos inaccesibles y bajando inmensos barrancos por medio del enemigo, sufriendo sus tiros certeros, sin prorumpir en lágrimas y quejas que fueran de todo punto inútiles en aquellos momentos de desolacion y humana carniceria.

En ocasiones de grande escasez de viveres y dinero, atraviesa el pais contrario á riesgo de su vida, para traer lo que la es posible, y muchas veces nada mas que algunas frutas y verduras que reparte generosamente á muy poco precio, cuando conoce que la falta de recursos impide á sus compradores el pagarla conforme á los riesgos y penalidades que ha sufrido para adquirirlos. De esta manera se grangea el cariño de los gefes de graduacion y aun de los generales que no pueden ser indiferentes á tan repetidas pruebas de generosidad, valor y constancia, tanto mas de admirar en un sexo débil y delicado por naturaleza y que tiene que quebrantar necesariamente antes de llegar á familiarizarse con tal vida todos los instintos y hábitos de la infancia. Hay muchas de un temple taf, que ningun corazón de hombre puede superarlas en rasgos de humanidad y desprendimiento, al mismo tiempo que en entereza y valentia; y si su atrevido desenfado y los vicios que no pueden menos de ir anejos á su género de vida nómada, no empañarán justamente á los ojos de las personas de una moral severa, las bellas cualidades del tipo que vamos describiendo, no tubearíamos en asegurar que es uno de los que mas rasgos bellos, sublimes, inimitables, ofrece á la contemplacion del observador y del filósofo, en esos momentos extremos, en que la humanidad, ciega de orgullo, se olvida de sí misma para encomendar, al derecho del mas fuerte la razon de sus rencillas ambiciosas é interminables. Tanta constancia, tanta generosidad, tanto sufrimiento, cuando no van seguidos de una rápida fortuna mercantil, no suelen tener otra recompensa que la de que el general en gefe pase un dia á su lado y la de una palmada en el hombro, diciéndola públicamente algunas palabras cariñosas y laudatorias, que la hacen prorumpir en lágrimas de gozo y respetuoso reconocimiento. Quien haya visto en un campamento una cantinera rodada, en momentos de escasez, de oficiales y soldados que acu-

den ávidos á comprar los escasos alimentos que suele encerrar aun en ocasiones de hallarse recientemente aprovisionada; y haya contemplado á la Cantinera repartiendo sus géneros con equidad y justicia, guardando el orden de rigurosa antelación sin reconocer en aquellos momentos de hambre general las gerarquías militares que con tanto rigor como necesidad se diferencia, acatan y obedecen en los ejércitos; si ha participado del peligro, de la escasez, del hambre, tal vez haya recogido un momento sus ideas y meditado en el extraño contraste que ofrece una muger, muchas veces sumamente hermosa y agraciada



La Cantinera.

que aunque endurecida y varonil, no ha podido desprenderse de la ternura y afabilidad de su sexo, en un acto tan benéfico, equitativo y muchas veces generoso y desinteresado, entre hombres belicosos y tostados á la intemperie y al humo de la pólvora, y encallecidos en los sufrimientos y privaciones de la guerra, que alzan sus brazos hácia ella, como pudieran hacerlo los ejércitos griegos al invocar á la diosa de la abundancia.

Sin embargo de esto, á su tránsito por las poblaciones, la Cantinera suele tener el peor alojamiento, no hay consideración para ella y muchas veces que no puede colocar á cubierto sus mulos ni darles pienso de cobada y paja como los demas, los saca al campo á lo que ella llama *estudiar*, y es paecer la miserable yerba que ha podido preservarse de las escarchas

y heladas del invierno, ó del sol abrasador del verano.

El marido de la Cantinera es un ser enteramente extraño á los quehaceres de su profesion, suele ocupar un puesto en su fila como soldado, músico ó tambor, y cuando es paisano sabe por punto general hurtar el cuerpo del peligro, encargándose de hacer provisiones de mantenimientos en los almacenes y plazas mas inmediatas al teatro de la guerra. Mal pensaría Quevedo que podrian venir á nuestro propósito estos versos de un romance suyo.

Mi marido aunque es chiquito
al mayor de otra muger,
le lleva del pelo arriba
dos dedos puestos en pié.
No dice esta boca es mía
sino al tiempo de comer;
sin saber de donde viene
todo le sabe muy bien.

No hay para que decir que en concluyendo la guerra se acaban los riesgos de nuestra heroína, y empieza para ella una nueva era de sucesos prósperos ó adversos, segun haya tenido la fortuna de hacer un caudal y mejorar de posicion, ó la desgracia de volver del ejército de operaciones monda y lironda como fué, y teniendo que resignarse á recorrer los puestos de guardia de los puntos á que llegue para buscar su sustento. A esto suele al cabo venir á acostumbrarse por hábito y por la natural simpatía que la puede muy bien inclinar á preferir el trato de la gente de guerra, á cualquiera otro partido ó modo de vivir que pudiera proporcionársela.

CANTINERA DE PRESIDIO.

La Cantinera de presidio reúne naturalmente y por punto general todas las peores cualidades de las demas Cantineras conocidas. Paga un tanto al jefe del presidio por establecer su cantina dentro de él, y es fácil imaginarse las escenas y los cuadros que se referirán en su presencia por hombres que suelen hacer gala del crimen, y conceder cierta especie de supremacia al que mayores y mas frios atentados haya cometido en sus tiempos de libertad.

Ella, por su parte, aprovecha todas las ocasiones que se le presentan de hacerse con géneros averiados, porque para tales hombres todo lo juzga bueno, y porque teniendo de su parte á los capataces no hay gran riesgo de que se descubra su fraude ni de sufrir por consiguiente los castigos que le están señalados.

Su riqueza es tanto ó mas segura que la Cantinera de ejército en tiempo de paz, porque no tiene que temer tantas rivalidades, intrigas ni competencias en una profesion que necesita de suyo un temple de alma, un si es no es rebajado y tibio, para resignarse bucnamente al trato continuo con hombres corrompidos y desalmados, que presentan en su mayor parte la imágen de una completa é incurable relajacion moral. La Cantinera puede ser muger de algun presidiario ó de algun soldado de la guarnicion, y en este caso es mas digna de respeto y consideracion que si fuese una simple aventurera interesada en sus ganancias y nada mas.

Andando el tiempo tal vez puedan vigilarse mas y arreglarse mejor los puestos de Cantineras que lo que se hace en el dia, preservando la moral del recluta de los malos ejemplos que allí se le ofrecen, y evitando en los presidios este medio libre y franco de comunicacion, entre otros muchos que tienen los hombres muy criminales, y cuya estraviada imaginacion se figura un mérito á su manera la consumacion de los mas horrorosos atentados.

Pero como la Cantinera no puede menos de ser ne-

cesaría, especialmente en los cuarteles, no creemos que deba ocurrirle el menor recelo acerca de la estabilidad de su profesión. Si así no fuese, desde luego la aconsejaríamos que desechase toda sombra de temor, imitando, si, para hacer méritos y para descanso de su alma en la otra vida, algunos rasgos de la Cautinera de campaña que la hagau perder parte del carácter duro y egoísta que generalmente la distingue.

JOSE DE GUZALBA.

EL CAZADOR.

LA caza, es desde luego un ejercicio activo, una distracción del ánimo, y á veces una ocasion terrible de peligrosas aventuras. El marques de Mantua en la comedia de D. Gerónimo de Cáncer, titulada: *La Muerte de Baldozinos*, dice, con motivo de andar á caza de grillos:

¡Oh caza, viva imagen de la guerra!
y muchos poetas y no poetas, han dicho lo mismo, antes y despues de Cáncer, de manera que lo que á muchos parecerá una atrevida hipérbole, se ha hecho un axioma irrecusable.

En efecto el Cazador de profesion, el Cazador montañés (quiero decir, el que caza en monte) se ve no pocas veces expuesto á romperse la nuca; á perder la vida entre los colmillos del jabali, ó entre las garras del oso, sin otros mil riesgos que el Cazador va á buscar por el placer de arrostrarlos.

Habrá tal vez quien en este valor temerario encuentre algun mérito: yo por mi parte, confieso que el perseguidor cruento del inofensivo ciervo y del honrado jabali, me ha merecido siempre la mayor aversión: me horroriza el nombre manchado con la sangre de sus semejantes. No hablo del cobarde Cazador de liebres y conejos; de chochas y perdices: este, asesino sin riesgo, este no merece que se le tome en cuenta.

El Cazador de mi eleccion, el que yo prefiero y sublimo sobre todos los Cazadores posibles, es el que sale los domingos al Canal, armado de todas piezas, con provisiones de boca y guerra para una semana. Por lo regular de algun mancebo de tienda, algun estudiante de Farmacia ó escribiente de alguna oficina. Suele llevar escopeta de dos cañones, gran percha, botín cordobés, todo el lujo; en fin, del Cazador perfecto. Antes de salir por la puerta de Atocha y de Toledo, toma las provisiones para su comida de campo, abundante, pero modesta, y reducida por lo regular á medio queso manchego y una cesta de huevos duros, porque hay que advertir que el ro cuenta para nada con lo que ha de cazar, y luego se verá como hace bien.

Por lo regular, este Cazador elige un buen día; sale de su casa tres horas despues que el sol abandona el regazo de Anfitrite, y paso á paso, sin fatigarse y haciendo fuego contra todo volátil que acierta á pasar á doscientas varas de él, llega por fin á la primera esclusa del Canal, término de su carrera. Aquí se sienta, come con envidiable apetito, bebe del primer vinagre que encuentra, y vuelve á emprender de nuevo su terrible y ruidosa marcha. Si quisiéramos oír y creer al Cazador del Canal, sus tiros son generalmente mortales: á cada disparo cae una víctima: siempre queda alguna pluma, alguna gota de sangre que acredite los crueles estragos del plomo y la exactitud matemática del Cazador.

Pero en honor á la humanidad, en obsequio á la exactitud, no le creamos: esa sangre no caerá sobre su cabeza: esas plumas son hijas de su voladora fantasía. Si alguna vez cae á sus pies herido y palpitante el inocente pajarillo no se haga ilusiones, no crea que ha sucumbido á otro golpe que al de su destino; no crea sino que la fatalidad ha escogido de su bolsa de perdigones un grano de mostacilla como instrumento de sus rigores.

Así es que nada hay mas inocente, nada mas inofensivo que el Cazador del Canal; pero tampoco le hay mas vano y presuntuoso. Lo que le distingue entre todas sus cualidades es la tenacidad: alcanza á ver en la copa de un árbol algun pajarillo que retoza y revolotea, sin figurarse en su bien fundada modestia



El Cazador.

que puede ser blanco envidiado de la codicia del hombre, pero nuestro Cazador que hacia fuego contra una mosca, encárase el mortifero instrumento, dirigele contra el ave descuidada, y quedase por espacio de dos ó tres minutos mas inmóvil que la mujer de Lot despues de haberse vuelto á mirar el incendio de Sodoma. Cuando se cree seguro de acertar, aprieta vigorosamente el gatillo, el cañon de la escopeta describe un cuarto de círculo, y el tiro sale ruidoso y fulminante. El corazon del Cazador late con violencia y apresuradamente: sus ojos desenfocados miran ávidamente caer una por una las hojas de las ramas desprendidas por el tiro, y en todas ellas cree ver bajar la víctima inmolada. En vano da una y otra vuelta al

rededor del tronco: inútilmente levanta sus ojos tristes para ver si ha quedado el pajarillo suspendido de alguna rama. No se convencerá al cabo, si dirigiendo mas allá sus miradas, no viese al ave incorregible columpiarse en las ramas de otro árbol, insultando con su intempestiva alegría la cólera que le hierve en el pecho. Adelántase paso á paso, búscale la espalda, apunta, dispara... Nuevas sensaciones, nuevas esperanzas, y por último nuevo desengaño. Así corriendo tras el blanco de su concono, atraviesa por sembrados y zarzales; destruye cuanto al paso encuentra, y no pára hasta que habiendo terminado el sol su carrera, se despide el inquieto pajarillo, y vuela presurosamente hácia su nido. Aquí empieza á sentir el Cazador su cansancio y abatimiento; aquí la tristeza se apodera de su corazon, al mismo tiempo que la noche avanza magestosamente cubriendo la tierra con su velo. La alondra cruza los aires chillando tristemente en busca de la perdida compañera: el fatidico vencejo vuela á acogerse al campanario de Atocha: todo lo demas calla con sombrío silencio, y el Cazador contristado se dirige rápidamente á la coronada villa, descorazonado y abatido. En cada árbol, en cada mata, cree ver escondido un hombre de colosal estatura, que le pide limosna con la boca de un trabuco, á semejanza del ladrón de Gil Blas. Carga la escopeta con bala, se extremece con el movimiento de su sombra, y si logra llegar al fin sano y salvo á las puertas de la corte, se cuenta por un momento el mas dichoso de los mortales.

Y á decir verdad los recelos del cazador son bien fundados: desgraciadamente muy fundados. Si llegara yo á ser algun día Gefe Político de Madrid, (figúrense Vds. si es fácil) toda mi policia no se habia de ocupar en otra cosa que en la seguridad de los cazadores domingueros. Desde luego puede creerse que protegía á tengamos inofensiva y pacífica que Madrid encierra.

Hemos dejado á nuestro héroe á las puertas de la villa, prostrado pero libre de todo perance. Dirigese en derecha á su casa, cena con voraz apetito, obsequia algun tremendo gatazo con el pobre botín de aquel día, y en seguida se tumba patriarcalmente en el mullido lecho donde duerme con el sueño de los justos.

Y ahora creerán Vds. sencillamente que porque el Cazador ha depuesto la escopeta en el rincón de su alcoba y ronca tranquilo entre sábanas, ha llegado la hora de abandonar mi penosa tarea. No, amados lectores, no: desgraciadamente para mí, no todos los que cazan gustan de hacerlo con la escopeta, arma algunas veces peligrosa. No todos gustan de hacer las cosas con ruido: cada Cazador tiene su genio y sus particulares inclinaciones. Los hay que prefieren el reposo, caracteres sedentarios y melancólicos, para quienes el ejercicio corporal tiene sus limites, y que tienen bastante amor á sus piernas para no trazarles su línea de conducta. Estos, apasionados tambien por la caza, suelen hacerla generalmente con redes y reclamos; no buscan al pájaro sino que lo esperan, y tendidos á la sombra en el verano y al sol en el invierno, pasan el dia embriagados en las delicias del *dolce far niente* que tanto adoran los italianos y tanto idolatramos los españoles.

Verdad es que el Cazador de red (llámase en lenguaje técnico, el Cazador de alforja), es un tanto cuanto traidor y sanguinario; que ha de tener el corazon endurecido como el diamante. Seguramente que si por eso lo he pospuesto al Cazador de escopeta: por eso me ocupare de él lo menos que me sea posible.

Este como hombre de mas dañinas intenciones, maquina con el alba: lleva sobre sus espaldas un descomunal jaulon, destinado á encerrar en él sus victimas. Una porcion de pequeñas jaulas, que encierran

otras tantas aves traidoras y que han de servir de reclamo embarazan su marcha. Una red, un ciento de palitroques y un celemin de trigo, natural golosina del incauto pájaro, completan los preparativos de la cacería.

Elegido el sitio tiende el cazador su red, la afianza cuidadosamente, ata media docena de gilgueros á otros tantos hilos, de modo que dejándolos revolotear á distancia de un palmo de la tierra, engañen mejor la confianza de las otras aves. Todo su trabajo está reducido á esto: cuando la tarde empieza á declinar, recoge apresuradamente los trebejos, y el sol no ha empezado á ocultarse tras de la ermita de los Angeles, cuando el cazador de red, hombre prudente y precavido, ha saludado ya sus lares.

Réstame el Cazador con liga, casta degenerada y con justa razon perseguida. Este lleva por lo regular un feo y soñoliento mochuelo, al que ata á la rama de un árbol: siéntase frente á frente de su triste compañero, y allí escondido aguarda á que los burlones pajarillos vengan á picotear al terrible enemigo nocturno. A veces el mochuelo hosteiza, y el Cazador hosteiza, y ambos se quedan dulcemente aletargados, sin cuidarse del ave inocente que revolotea cogida en la liga, y que á veces logra escapar á costa de la mitad desus plumas.

Este Cazador tiene por enemigo natural, aunque involuntario, al Cazador de escopeta, (no el de profesion). Si por desdicha alcanza este á ver al cuitado mochuelo, agitándose en la rama del árbol, triste de él; entónces y solo entónces es su punteria fija y mortal, por cuanto la dirige contra su bolsillo, regularmente pobre. Cuando llega este caso, los dos Cazadores se encuentran cara á cara, como dos enemigos terribles, como el tigre y el leon encerrados en una misma jaula. Afortunadamente estas reyertas acaban sin explosion: á las amenazas suceden las razones, al furor el convencimiento: el matador paga el daño causado, desata la victima, y colgándola de la percha entra con ella triunfante en Madrid.

He concluido por fin esta breve reseña, y ya ven Vds. que no me he extendido en reflexiones generales, que he preferido contar las cosas lisa y llanamente, así como yo las he visto cuando fui tambien Cazador, cuando espermenté todas las dulces y amargas sensaciones que con tanta sencillez os he narrado. Ahora me permitiréis que os dé un buen consejo: si alguna vez os tienta la adición á la caza, no salgais de los alrededores del pueblo, no dejéis remontar vuestras ambiciosas esperanzas mas allá del gorrión ó la alondra. Esta es la sola caza pacífica y sin riesgos: la única que conviene al ciudadano tranquilo y bienaventurado.

Mas allá de estos limites están los peligros, las terribles aventuras que rodean comunmente á la caza mayor. Mil ejemplos históricos podria presentarte en apoyo de esta verdad, empezando por Endimion y acabando por *Arco-Ajii-ro*. Nada honrados lectores míos; todo lo que sea pasar de la primera esclusa del Canal, es llevar la inclinacion hasta el vicio, agraviar á la humanidad, ya sobradamente vilipeñada, y gastar el sentimiento en vuestros corazones con el continuo espectáculo de escenas sangrientas y feroces.— Vale.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

EL ALGUACIL.

PROXO HAS DADO LA VUELTA FELIPE.

— Pues no crea V. mi amo que ya he entregado el escrito.

— El diablo sois los rústicos. Da mil vueltas un

cortesano para conseguir por todo resultado una audiencia reducida á pocas palabras de su parte y ninguna de la del ministro, y vosotros con vuestro ignorante arrojo, todo lo allanais en breve: tú especialmente que nunca has estado en la corte me dejas maravillado.

—Pues si señor, como soy del campo, allá me zampo. Toma, y sino dormios, que como dice el dicho: «el que está en la azeña muele, que no el que va y viene.»

—Pero vamos, ¿cómo te has compuesto?

—Como no hay sino hacer intencion; y así fue, que la primera que tuve fue colarme en la taberna á probar el vino de por acá; y cate su merced que conforme estaba bebiendo, salta el ama y dice: «por ahí va el ministro.» Tu que tal oiste; salgo yo y le hago una seña que si puede oír una palabra: él se llegó, y zás, le entregué mis papeles que para eso los llevaba.

—¿En la taberna?... hombre tú deliras. Pero, ¿no te dijeron que ministro era?

—Si señor; el ministro noventa y uno.

—Tá, tá, tá, dije yo al oír la simpleza de mi aldeano huesped; pues no te remontas á mala época... ese debe ser alguno de los innumerables ex-ministros que por ganar popularidad no habrá esquivado el oírte en lugar tan descortés. ¿Te ha hablado de elecciones?

—¿Que es perder tiempo en bagatelas? lo que ha hecho ha sido echar sendos tragos á mi salud, y porque salga bien mi asunto, riendo mucho de mis chistes y buen humor.

—Hombre, eso es ya demasiado: ó yo estoy loco, ó tú te has embriagado y no sabes dar razon de tu persona. Pero su nombre, sus señas, ¿no has averiguado algo?

—Yo no sé como le llaman ni creo que eso haga mucho al caso, porque le conoceré entre todo el mundo si se juntara. Sus señas si diré porque vea su merced que no estoy bebido. Iba que no hay mas que ver: gran plumage; guantes mas blancos que la nieve; sombrero de teja; media de seda y zapato; su alzacuello de blonda....

Confieso que no pude menos de soltar una extrepitosa carcajada que interrumpió su descripción, al oírle pintar el traje de un Alguacil. Entónces conocí el chasco que habia sufrido mi buen recomendado, y tambien que le habia comenzado la casualidad por un equivoco; concluyéndole la malicia en una entretenida burla. Pero me acordé de que el lance podia traerle graves consecuencias si perdía aquellos documentos, algunos interesantes; y esta idea entretuvo á mi imaginacion: porque estimo á Felipe en tanto grado como merecen sus excelentes cualidades. Cuando ya sosegado pude expresar mis pensamientos, le hice conocer todos los que habia recorrido; le patenté su engaño y le consolé al propio tiempo lo mejor que pude, diciéndole que pues sabia el número fácil cosa era encontrarle al día siguiente.

En efecto, apenas amaneció cuando poniendo en práctica nuestro plan nos dirigimos al ayuntamiento: mas fue lo malo que el número era fingido, y así habiéndonos acercado á preguntar supimos que no llegaban á tantos. Procuré indagar de mi compañero el paraje en donde estaba la mezquita de su devocion, pero tampoco dimos con ella. No nos queda otro recurso, le dije entónces, que correr las plazas, acudir á las fiestas, rondar las calles, perseguir á un Alguacil y á todos los Alguaciles; pues buena tarea hemos emprendido. A la mano de Dios, me contestó Felipe, y conversando para entretener la ociosidad del camino, nos dirigimos en busca de nuestro objeto.

—Por fortuna, le dije, el trabajo te parecerá divertido. Si no es que el nublado que amenaza descargar, y nos ponga como no deseamos.

—No hay cuidado por ahora. Però pregunto ¿donde iremos á buscar Alguaciles?

—Buena dificultad te ocurre cuando no hay cosa mas de sobra en todos lados. Los Alguaciles, amigo Felipe, están como Dios en todas partes y son tan conocidos como la ruda. Los verás en las plazuelas ocupados en ordenar y alinear los géneros sueltos; porque en la corte mas ó menos, todo se reduce á la perspectiva. Allí están con su levita de cuello verde y numerados de oro; sombrero de picos; borlas y botones dorados, y su sable de ceñir en tabali de charrol, que mas bien los tomarías tú por mayores de plaza ó tenientes de rey, que por dependientes de justicia gubernativa. Sin embargo, para los que vivimos aquí, hay una circunstancia que á la legua los descubre, y es la mala traza que se dan para llevar el uniforme. Se ha tomado empeño en dar á todo cierto barniz militar que no siempre sienta bien; y estos son unos de los militares improvisados que mas enseñan la oreja por debajo de la piel. Es ademas chistoso el ver á todo aquel aparato arrastrando un barril de escabeche, ó amontonando naranjas que les viene lo mismo que á Isabel la Católica el dormir al sereno, y á los reyes godos presidir los bailes de Oriente.

Los encontrarás en las calles y paseos, *recogiendo vicios*, persiguiendo á los menesterosos; cazando mozas, tomando la alifonía á los mozos, rastreando baratos, corriendo á chicos, espantando á viejas y oliendo á beodos; limpiando en fin á la sociedad de toda su escoria é inmundicia: porque has de saber que son como los barrenderos de las costumbres y farroleros de la moral.

Los tropezarás en los teatros mirando á los cómicos sin ver la comedia, colgados siempre de los ojos del alcalde que preside; gruñendo cuando aplauden y palmoteando cuando silban; calculando la llegada del momento en que la autoridad les envía de apremio para que el actor cumpla con su deber. Durmiendo en la representacion y despertando en los entreactos para ver si hay quien juega con el mondantes, y acudir luego diciéndole que apague el cigarro: mirando al telon cuando se levanta para advertir al descuido que se quite el sombrero; cuidando de conservar el orden en la cazuela...

—¿Cómo es eso de cazuela? interrumpió Felipe.

—Tienes razon, le dije sonriendo, que no tenia presente con quien hablaba. La cazuela es un local que hay en el teatro, aplastado, lóbrego y estrecho donde solo se permite entrar á las mujeres.

—Señas cabales del infierno. ¿Y los que van con ellas?

—Esos, amigo Felipe, se han de volver atras desde la puerta, y marchar á su asiento ó á donde les parezca hasta la conclusion; que así está dispuesto por razones de decoro.

—¿Santa María me valga! exclamó Felipe; ¿con que por fuerza desvian á los maridos de sus mujeres y á los padres de sus hijas como si en esto hubiera algun daño, y se las entregan allí solas á un Alguacil? pues si dice el refran que el hombre es fuego y la mujer estopa y llega el diablo y sopla ¿como ha de ir bueno arrimando á la estopa unos hombres que *prenden* por oficio? Ahora si digo que los Alguaciles están de sobra, y que tenia V. mucha razon en ello.

—No fue esa mi intencion, Felipe; y te advierto que no has de ser malicioso en interpretar mis frases.

Tambien los hallarás en el *Reposo*; nombre excesivamente mitológico para designar el paraje donde se administra justicia. En aquel lugar es donde están mas en su centro. Ellos son los encargados de acomodar á los que esperan, advertir á los que han de entrar en la audiencia y á los que han de seguir aguardando aunque hayan llegado primero: de asechar desde la puerta quien se desmanda: de obligar al

cumplimiento de las providencias; de autorizar la conduccion de los presos, pidiendo auxilio á la fuerza armada cuando no hay temor de fuga, ó bien confiándola á sus propias fuerzas segun convenga: de hacer las citaciones, exigir las multas y acarrear á los morosos; en fin, ellos son el eje en la carroza de la justicia, y el pylon de su romana. Pero allí cambian el traje, porque sin duda les parece que no ha de cuadrar muy bien el sombrero de tres picos entre los atributos de Astrea; y solo se distinguen por la importancia que dan á todas sus palabras y acciones. Escuchan con desden, y responden sin alzar del papel la vista. Emplazamiento verás que por la direccion de sus renglones se ha de leer de alto abajo como los caracteres chinos: solo en los números se ajustan al uso comun, porque los números han de ser entendidos por todos.

Pues no hay funcion de ceremonia en que no des con los Alguaciles ántes que otra cosa alguna, tanto que si se tratara de erigir una estatua á semejante deidad, podría simbolizarse muy cómodamente en un Alguacil de traje. Cuando sale el ayuntamiento en cuerpo, ellos le preceden de capa; montados siempre en sendos rocines con ilustres jacos de terciopelo carmesí, bordados de oro mate á fuer de súcio, que demuestran en su antigüedad su nobleza, y contrastan admirablemente con la taciturna oscuridad de los atavios del ginejo, y con la tosca expresion de sus facciones. Y gracias á aquellos arneses; pues mucho mas que la carne y aunque la piel de los enjutos bridones, contribuyen á disimular el atrevimiento de ciertos huesos que asoman contemplando lo que sobre sí llevan. Mucho me alegraría de que llegaras á verlos, cabizbajos y pensativos como quien medita cuales serán sus culpas, para haber de sufrir aquella carga de apremios sobre las costillas; y es cosa de risa ver como alguna vez les hacen salir al olvidado trote (que tanto pueden los agujones de la justicia) alargando el pescuezo mas que conviene, para llevar fuera de la ley toda la parte de cuerpo posible de salvar. Encima van en arrogante postura los caballeros del juneo; con su valona engomada y su herrero de flotante; peto entre chupa y jubon, calzones estrechos de hebillas en la charretera, media de seda, zapato de oreja, y el todo coronado por un sombrero que participa del antiguo chambergo y del clerical: de manera que su vestido de gala es una enciclopedia bastante completa de trajes, y una perfecta crónica de las modas desde el buen alcaide Hernando Alarcon hasta nuestros dias. Yo no se que manía reina sin oposicion de llevar delante en los actos mas solemnes ó que mas debieran serlo, aquella especie de grifos por adorno, y aquellos extraños batidores para abrir camino, modelos arquitectónicos de orden compuesto, y verdaderos anacronismos en las costumbres contemporáneas. Si es por dar prestigio á la ceremonia, en verdad que se ha errado la cuenta de medio á medio, porque mas excitan el ingenio que la admiracion; y cuanto mas graves se presentan, saltando sin poderlo remediar al movimiento de sus trotones, tanto mayor se observa cierto bullicioso regocijo en las fisonomias de los circunstantes. Si es para obligar al comedimiento tampoco se ha herido en la dificultad; porque mal influnden temor aquellos depojos de los vetustos haces, á donde parece que han acudido cada cual á recoger su varita; como al manojo de blandones los convidados repentinos de iglesia.

Pero entre todas las funciones, la de toros es la que mayor brillo y realce da á la clase, y mejor revela la importancia de su mision.

Apénas se ve colocada en torno del circo la numerosa concurrencia, y despejada la plaza por el retén, cuando el sonido marcial de clarines y timbales, anuncia la pomposa llegada de alguna persona principal que viene á dar sus órdenes para comenzar la

lid. Una descarga de silbidos, voces y palos que chocan en los tablones de la barrera, matizada de imprecaçiones y denuestos, responde sin detencion á la señal belicosa; y crece el estruendo, la gritería y confusion á medida que los instrumentos guerreros redoblan sus toques, saludando todos acordes la venida del anunciado. La turba de dependientes se pone en accion; las engalanadas mulas agitan sus campanillas y banderolas; el tumulto y algazara atruenan á los lidiadores que despliegan sus alegres capas, mudando pausadamente de sitio, y se cruzan y preparan; todo cambia de forma, todo aumenta el ruido que se extiende en oleadas por el espacio, con violenta y repetida vibracion: conmueven al esfuerzo las puertas que han de ser arco triunfal, rechinan sus quicios, ábrense por fin; y entónces montado en un brioso corcel ricamente aderezado con penachos y bordaduras, ondeando en majestuoso compas sus crines, batiendo el suelo y salpicando espuma, corta el viento á media rienda Santiago matando moros... es decir, un Alguacil.

Escaso es el ámbito que mira, pequeños los hombres, débil el clamoreo; su plumaje tremola en medio de los dicterios y aclamaciones que en todas partes resuenan, triunfante y vencedor. Su diestra empuña una llave por trofeo, adornada con un gracioso roseton que forman rizadas y vistosas cintas compitiendo en gallardía por la diversa brillantéz de sus colores. Un hombre del pueblo respetuosamente descubierto, se acerca á salteados pasos, y levanta su sombrero en actitud de recogerla. Avanza el Alguacil hasta la mitad del circo, y sin emplazarse la suelta con desden: tuerce instantáneamente su carrera, y avivando el galope le dirige á reparar el arco de entrada. El chulo tambien se apresura, y sin darle tiempo, suelta un robusto y gallardo toro que en desigual y precipitada marcha, sale rasgando la arena hasta el sitio mismo de la transmision; pero allí olfateando el rastro de un Alguacil, se para y medita cambiar de rumbo.

—Vamos despacio, interrumpió Felipe, porque á decir verdad, cuanto mas se explica su merced, menos le entiendo; y á fe mia que si todos hablan por aquí en esa gerigonza, van á dar conmigo en alguna casa de locos. Todo lo que yo saco en resumidas cuentas es que el Alguacil sale muy majo, y da una llave para abrir la puerta al toro.

—Así es cierto, y lo has comprendido perfectamente.

—Acabáramos de una vez: pues entónces bien podían ahorrarse tantas palabrotas y decir que hace el oficio del caracol sacando los cuernos á la plaza.

Hízome reir la ocurrencia del villano, y observar al propio tiempo que entretenidos en la conversacion llegábamos ya á la plazuela donde nos dirigiámos.

No bien nos internamos algun tanto en ella, cuando vimos un grupo de gentes que se amontonaban al derredor de un puesto ambulante de pescado. Luego nos acercamos tambien á ver que fuese; aunque en vano lo hubiera yo rehusado, pues el curioso Felipe para quien cada incidente era un suceso, ligeramente se entremetia por medio de la turba. Quejábase un hombre de que le daban la libra de sardinas muy cereñada y que la falta estaba en el peso; sobre esto era la disputa pero pocas razones se cruzaron, sin que apareciese abriéndose calle un Alguacil. «Ahí le tienes» dije á media voz á Felipe que se habia colocado en primer término; mas él no me comprendió. No lo extrañé por ser la tal casta de un género ambiguo y comun de tres, que así se amolda á la clase militar ó á la togada, como á la ordinaria de las personas segun el traje que viste. Aquel llevaba uniforme; y es sencillo que quien le confundió con el ministro por su traje de ceremonia, no sospechase

siquiera un punto de analogía entre el monumento histórico y el soldado moderno.

El histrión se acercó con desembarazo, y preguntó el motivo de aquel ruido; contósele el agraviado y denunció el peso como falso por tener dos onzas de menos uno de los platillos, merced á la plancha ó remiendo zurcido con gruesos clavos que se hallaba en su antiquísimo contrario, tapando una multitud de agujeros que del fondo hacían un cedazo. El pescadero buscaba disculpas diciendo que había procurado igualarle; pero Felipe con aquel desenfado tan natural en los paletos, cortó la conversacion y dijo: «dos onzas... dos duros las pesan justas; si los tiene V. á mano, ya está compuesto el asunto;» y volviéndose hácia donde yo estaba se salió de entre la concurrencia. Todos se le quedaron mirando: algunos reían de la agudeza, otros se la glosaban; entretanto el Alguacil atravesaba con sus miradas los ojos del vendedor, y el quereloso se marchó confuso. En qué pararía ello, no lo sé; porque dando yo alguna prisa á mi compañero nos marchamos con intencion de abandonar la plazuela.

Cerca estábamos de su fin; pero nos faltaba atravesar todavía el estrecho que en aquel piélagó forman las cordilleras de banastas cargadas de huevos, frutas y otros géneros diversos. El paso estaba cerrado por tres formidables verduleras, como si dijéramos las tres fauces del Cancervero que altercaban sobre que la una tenía su desmandada banasta cuatro dedos fuera de la línea; y para acreditarlo hubo aquello de «la mujer del ciego ¿para quién se afeita?» con los dichos de pascuas y otras lindezas de su tenor: mas ántes de deducir la consecuencia, víéronse atajadas por el mismo sutil corchete que en la anterior pendencia figuraba. Por donde ni cuando llegó no lo pudimos comprender; puesto que no le vimos pasar ni había otro camino que allí dirigiese sino el canal que ocupábamos. Lo cierto de ello es, que estaba delante de nosotros, sin duda por lo que tienen de duendes y nigromantes, de espirituales y volátiles los que á tal comunión pertenecen; y que sin necesidad de apelar al tacto como el apóstol, quedamos bien asegurados de ser el propio cuerpo, en su propio uniforme.

Pero su presencia no dió aquella vez tan saludables resultados; las mujeres lejos de aquietarse redoblaban sus gritos y alharacas, dirigiéndolos alternativamente al esbirro, y haciendo con él causa comun. Acharcábanle que daba la razon á una de ellas, porque era su compadre: que siempre la visitaba de traje completo para infundir miedo con la gola; que si llevaba el junco y por acaso estaba el marido, podía decirse con toda propiedad que había en el aposento toros y cañas. Otras le daban voces tomando parte en la contienda y diciéndole si quería igualar la banasta confiscando los géneros que sobresalían con aplicación á los *Propios*. Tal hubo, que le disparó con un huevo, y quebrándole sobre el número del cuello que le clasifica, hizo de él un sér anómalo en el orden natural de los alguaciles; sin previa degradacion. Felipe llamó mi atención para decirme: «mujeres y ministros, entre bobos anda el juego.»

Por último, tanto le acosaron y le aturdieron, que tuvo que apelar á la fuerza, gritando al propio tiempo «favor á la justicia:» algunos acudieron al socorro; mas viendo el engaño manifiesto por ser la ayuda á un alguacil, cosa tan fuera de lo que gritaba, se volvian tranquilamente celebrando la ocurrencia. Hasta que por fortuna asomaron dos militares; los cuales viendo que en la pendencia había mozas, llevados de su afición, y sin cuidar de quien los llamase, empezaron á repartir entre ellas reveses y puñadas que en breve apaciguaron la confusion. Lo que mas admirado dejó á mi protegido, fué la incomprendible facilidad con que todo aquel alboroto y baraunda, vino á parar en

la mas apacible concordia que se entraron á confirmar en la taberna. Bien hubiera querido seguirles, mas no lo permití yo; sino que aprovechando la coyuntura le hice doblar el promontorio. Cuando al paso miramos, los soldados y las harpías se requebraban mutuamente y el Alguacil ataba las cuatro puntas de su pañuelo para llevar con mas comodidad las prendas de aquel tratado.

Proseguíamos nuestro rumbo preguntando yo á Felipe si había reconocido al ministro, y asegurándome él que ni aun le había mirado con tal objeto, cuando nos hizo volver la cabeza el ruido de algunas personas que corrían en nuestra propia direccion. Apenas nos quedó tiempo de hacerlo, sin que un muchacho de hasta catorce años, descalzo y enseñando su curtida



El Alguacil.

piel entre los destrozados remiendos de su vestido, viniera á guarecerse entre las piernas de mi compañero apretándole con fuerza ambas rodillas para impedirle el movimiento. Pasmado y trabado quedó el aldeano sin accion para preguntar que era aquello, mientras se acercaba con fiera un matachin que le seguía, llevando empuñada y abierta una navaja de mas que medianas dimensiones. No sé si el miedo, la accion del truhán, ó mejor las dos causas á una, dieron con mi buen rústico de rodillas en tierra, y en aquella postura suplicante empezó á contestar á los insultos que el desalmado perseguidor le dirigía, suponiéndole cómplice en el robo de un conejo que á su presencia había tomado el raterillo.

Así estaban en vistoso aunque violento grupo, cuando por el lado opuesto salió doblando una esquina y dirigiéndose á todo correr hácia nosotros, el Alguacil de la taberna y del pescado, ó por lo menos su sombra. Confieso que me alarmó esta tercera aparición; pues aunque no creo en fantasmas, recordé aquello de Quevedo, «no soy hombre sino Alguacil,» teniéndolo por seguro: y eso de verme perseguido por entes de naturaleza distinta y enigmática, no podía menos de alterar mi serenidad.

—Alto todos á la justicia; dijo colocándose entre el agresor y el acometido. El trujamán cerró muy despacio su navaja, y la guardó en el bolsillo de su bombacho; pero dejando á la vista como acostumbran toda la contera, y parte de las cachas; despues de lo cual contestó pausadamente.

—Déjese de altos ni bajos, señor ministro; aquí lo que hay es que todos nos conocemos y cada uno busca lo suyo. Mi hacienda nada debe á nadie, con que así que me la vuelvan y desocupo el puesto.

—Tiene V. mucha razon, dijo el Alguacil, mirando mas á la navaja que al rostro de quien le hablaba: y ¿dónde está?

—Aquí este hombre de bien la lleva debajo de la capa; contestó el perdonavidas señalando con el dedo á Felipe.

En efecto el muchacho habia retirado la cabeza de entre sus piernas, con la prontitud que la esconden las tortugas al contacto de un cuerpo extraño, y permanecia oculto y casi aplastado detrás de su antemural.

—A ver, amigo; fuera la capa: mandó el Alguacil con tono arrogante. Y obedeciendo Felipe, ofreció al circulo de espectadores aquel grotesco dibujo que fué celebrado con una risa general. Pero hacerlo, asírle el esbirro del cuello de su chaqueta é intimarle el órden de prision, fué obra de un momento. El aturrido aldeano juraba á Dios y en su ánima que nada sabia de todo aquello; pero protestas inútiles, el Alguacil le impelia hácia el lado de la cárcel mientras el gayan arrastraba de una oreja al muchacho por el mismo camino.

Viendo yo el carácter que iban presentando las cosas, hube de vencer la repugnancia que me costaba el tomar la palabra delante de aquella escogida asamblea. Hicelo en efecto, y saliendo al paso les dije: «señores; la Constitución no permite que se viole así la seguridad individual: nadie puede ser encarcelado sin motivo suficiente, y aquí no aparece el cuerpo del delito.»

—¿Con que eso es decirme que miento? acudió el matou apoyando el pulgar derecho sobre el adorno que se miraba rebosar en su bolsillo: pues sepa su mercé, señor caballero, que basta media palabra mia para hacer verdadera á la misma mentira; y ya lo saben todos.

Este language tan antiparlamentario me desconcertó sobre manera: creí mas cauto retirar la proposicion que defenderla contra argumentostan groseros, y así dando otro giro á la idea respondí entre amostazado y corrido:

—Qué, hombre; yo no digo tal cosa: sino que pareciendo la pieza, mal se puede devolver, y será mejor pagarla.

—Eso ya tiene otro ver, y yo tambien me pongo en la razon: en dándome cuatro pesetas por ella, ya no pierdo.

El Alguacil le hacia señas de aprobacion; y conociendo yo que era inútil reclamar su auxilio, le di lo que pedía, y se retiró no sin gran contento por nuestra parte.

—En cuanto á V., dije al esbirro, quisiera tambien que se persuadiese de la sinceridad de este buen hombre; yo respondo de él.

—Y á V. me preguntó, ¿quién le conoce?

—Aquí llevo un documento que garantiza mi persona; respondi haciéndole un guiño. Sin duda me entendió pues mudando de tono dijo:

—Ademas, estos señores habrán visto si el muchacho se le abrazó contra su voluntad como él afirma.

—Es verdad: así ha pasado; contestaron algunos de ambos sexos. ¡Miserable condicion de las personas que se inclinan siempre hácia donde ven inclinado al poderoso! Retiráronse todos, y nosotros tambien á la taberna, á pesar de mi repugnancia. Allí le mostré cierto retrato (y no de mi familia) que acabó con sus escrúpulos; y Felipe se desquitó soberanamente de la agonía pasada. En este intermedio la calma dió lugar en mí á la reflexion, y por entretener el hastio pregunté qué se habia hecho del conejo, y por el muchacho protestaba haberle soldado en la carrera.

—Oyendo está la conversacion; respondió el Alguacil.

—Cómo ¿aquí se encuentra? acudió Felipe regocijado.

—Cuando yo salí por la esquina, repuso el ministril, ya quedaba en depósito.

—Somos felices, exclamó el rústico; porque ó yo no sé donde tengo mi mano derecha, ó habiéndole pagado ha de ser nuestro y nos vendrá para cenar como de molde.

—Eso nó, replicó el Alguacil con énfasis: las cosas desde que nosotros las ocupamos, se empiezan á considerar como bienes de *moustreros*, *vacantes ab insensatos*, y se aplican á ciertos objetos piadosos.

No me pareció mal el *quid pro quo*; y así sin entrar en mas debates, nos despedimos para continuar nuestra pesquisa, dejando al pobre muchacho que siguiera su suerte. Poco anduvimos sin que una recia lluvia nos obligase á guarecernos como otros muchos en un portal, donde permanecimos buen rato mirando la prisa con que la gente se retiraba dejando la calle desierta. Nuestros compañeros tambien fueron desfilando poco á poco, causados de aguardar, y ya no veíamos alma viviente. Felipe, dige yo entónces, esto no lleva camino de cesar y aquí no estamos bien; para no perder el tiempo podrias llegarte en dos saltos á esa tienda del frente, y preguntar si saben que viva por estos contornos algun Alguacil: indagaríamos con despacio quien fuese el que se llevó tus papeles, y entretanto podria ser que escapara. No le disgustó el pensamiento y embozándose bien en su capa atravesó el arroyo y se colocó delante de la puerta, empezando su acostumbrado preámbulo de *avemaría purísima*; *alabado sea Dios*. Mas apenas hubo concluido la piadosa salutación, cuando con la certera velocidad del hierro atraido por el magnetismo, salió de lo interior un corchete, y le agarró con firmeza de la solapa.

Amedrentado Felipe con el lance que acababa de sufrir, y engañado tambien por la identidad del uniforme, imaginó sin duda que era el mismo de la plazuela; y confuso de verle salir sin haberle visto entrar, comenzó á santiguarse ligeramente, y á suplicarle uniendo ambas manos que no le persiguiera.

—A S. Bernardino, gritaba el esbirro desaforado; venga V. á S. Bernardino.

El temeroso Felipe apenas tenia aliento para exclamar «pero señor que han de prender á un hombre honrado porque alabe á Dios!...»

—¿No sabe V. que está prohibido el pedir?

—¿Y qué pido yo, pecador, sino que Dios tenga misericordia de los Alguaciles, y no mire á los muchos conejos vacantes sino á su infinita bondad?

—Amigo mio, dijo resueltamente el Alguacil; nosotros olfateamos de lejos, y esas letanias sentarán muy bien en los claustros de la Santa casa, V. venia á pedir limosna, y yo tengo que cumplir mi obligacion.

Cuando ví que el asunto se formalizaba, pasé á

reunirme con ellos sin reparar en el agua que me había detenido; y entrándoles en la tienda hice segunda vez de mediador para libertar á mi protegido de las alguacilesas garras.

—¿Pues qué, me replicó el ministril, ignora V. la responsabilidad que tenemos, y que por cada uno que presentamos abonamos una peseta?

—Ahora doy en la dificultad, contesté yo; pero ¿cuánto mejor sería para V. recibirla aquí mismo, y no irse á poner como una sopa en tan largo paseo? yo prometo que él irá á presentarse de su buen grado; y cuando no si V. le vuelve á hallar pidiendo podrá llevarle por fuerza y será doble la propina.

No diré si el peso de mi racioncino ó mi buen aspecto persuadieron al Alguacil; pero sí que nos dejó marchar libremente satisfecho de haber llenado su

deber por aquella ocasion. Felipe caminaba con rapidez para alejarse de allí, y no se quería detener en parte alguna sin embargo de que yo se lo ordenaba porque la fuerza del turbion era irresistible. Por fin cuando estuvimos bien distantes, logré hacerle entrar de nuevo en un portal.

Limpiando estaba con mi pañuelo el sombrero y terciopelo de mi gaban, cuando un penetrante grito de mi compañero, me obligó á volver despavorido la cabeza. Un Alguacil le tenía asido de la esclavina de su capa y decia á grandes voces «presos son ustedes á nombre de la justicia». Es indudable: la costumbre de vencer los riesgos, inspira confianza en ellos; y así fue que sin turbarme le pregunté que nos queria. En esta casa, respondió, no hay mas que cuarto principal, (y así era verdad); ese cuarto principal es una



El Alguacil en traje de ceremonia.

casa de juego: luego ustedes vienen á una casa de juego. No negará V., le digo sonriendo, que ha cursado teología, con que siguiendo la gradacion diremos: todo el que viene á tales casas es preso por la justicia; luego nosotros.....

—El antecedente niego yo, interrumpió el Alguacil; que no todos los jugadores han de ser presos, sino los que se conducen en términos de merecerlo. Convenidos, le contesté, no hay daño en el jugar si cada uno sabe hacer su juego: por mi parte, añadí mostrándole el único duro que llevaba, no vengo con ese

fin; y la mejor prueba es que no traigo sobre mi mas que esta pieza. Entonces alargó la mano sin duda en señal de amistad; y yo le pagué con la misma moneda. Desde aquel punto fuimos creídos, y nos dejó en paz.

—No parece Felipe, digo cuando estuvimos solos, sino que hemos tropezado hoy con algun tuerto en ayunas.

—Con un Alguacil en ayunas debió de ser; pues tengo para mí que los Alguaciles son como los lobos, mas fieros y mas rapaces cuando están en ayunas.

—Hombre no es eso; estando en ayunas nosotros quise decir, que lo tenemos aquí por mal agüero.

—Sea como quiera, señor, convendría que nos fuéramos á casa; y por mi parte me retiro aunque vaya solo y preguntando.

—Los dos iremos, Felipe; que la hora de comer se acerca, y aun estamos con el chocolate; pero ya que nos hallamos á la inmediación de un juzgado, llegáremos á preguntar, pues me da pena volvernos tan sin fruto de nuestra pesquisa.

No era empresa tan fácil el hacer convenir á mi compañero en la idea de meterse nuevamente entre Alguaciles: protestaba que no accedería aunque le valiera conseguir el destino; me aconsejaba que fuera yo solo y pretendía aguardarme debajo de llave: mas por último logré persuadirle á que me siguiera. Subimos pues, y en medio de la confusión que reina á última hora, tratamos de cautivar la atención de un Alguacil para preguntarle cuál podría ser el que guardaba los papeles de Felipe. No era la cosa de poco empeño en aquel instante: este preguntaba á los curiales, aquel firmaba notificaciones en blanco, quien recibía órdenes y quien daba cuenta de su cometido. Un escribano gritaba desafortadamente, «aquí hay un mandamiento de prisión que se ha de ejecutar con el mayor sigilo y prontitud». Ya sabe V. que no estoy de turno respondió un Alguacil, y murmurando añadió encargos de mucho riesgo y ninguna utilidad. A este nos dirigimos por tenerle mas á mano; y yo empecé á informarle del objeto que allí nos guiaba, mientras el escribano conversando con un litigante decía á media voz «mañana mismo despacharemos el apremio, pero no se á quien tocará, pues el que creí de turno.... Colgado me dejé mi interlocutor con la palabra en la boca, como suele decirse, y acudiendo con presteza á los que hablaban, repuso; «el que está de semana soy yo; sino que la pasada serví por mi compañero, y justo es que se repartan los trabajos; por lo demas 24 rs. diarios no son de perder:» y volviendo en seguida á nosotros, me preguntó que le habia dicho. Hábelo de repetir, y cuando llegó á enterarse exclamó. ¡Qué picardía! pero si V. quiere no se reirá de la burla: en dando parte al juzgado, luego tiene un Alguacil de vista hasta que los suelte: y no diga V. quien se lo aconseja, porque entre compañeros.....

—Hombre de Dios, acudió Felipe, eso sería echar la sogá tras el caldero; si yo me contento con saber quien es para buscarle y....

—Yo le buscaré, yo le encontraré, pierda V. cuidado. Con que fué ayer ¿eh?... y dice V. que iba de ceremonia; ¿no es esto?... bien: no hay remedio añadido entre dientes; era día de toros.... precisamente es él.

—¡Ah torpe! dígame y entónces dándome una gran palmada en la frente; ¿pues cómo no he dado en que ayer habia corrida, y allá debia de ir según tu me le pintabas? Tiene razon Felipe, tiene razon; y vámonos ya que mañana con mas acierto le buscaremos.

—¿Qué es marcharse? replicó el corchete; mi responsabilidad quedaria en descubierto.... retencion dolosa y forzada.... es preciso dar parte.... voy en un momento.... al instante entra V. á declarar. Y diciendo y haciendo se dirigia precipitadamente al gabinete de la autoridad.

Tuvimos que perseguirle y afianzarle por la capa, para lograr que se detuviera, y por último á fuerza de ruegos y otros argumentos, se consiguió que no tomara tan vivo interes en nuestros males.

Luego que le pude quietar me fue preciso atender á Felipe que tembloroso y asustado me suplicaba que nos marcháramos de allí. La condescendencia era un deber; y por otra parte halagado yo con la idea de encontrar los papeles al día inmediato, empezaba á sentir el hambre mas que quisiera. Fuémonos pues sin

despedirnos, y tomamos á paso acelerado el camino de mi habitación.

No lejos estábamos de ella, cuando un Alguacil nos detuvo bruscamente; y encarándose á mi protegido, recorriendo de hito en hito su figura, prorrumpió al cabo de pocos momentos.

—Usted se llama Felipe Alcornoque; de apodo el tío Fanegas, ¿no es verdad?... si, si, recién llegado á esta corte.... que vive V. con este caballero hace tres dias sin haber dado parte al alcalde.... no tengo duda: V. ha venido á pretender una plaza de mozo de oficio por no hallar trabajo en su pueblo.... Vamos hombre, responda V. si es cierto.

Un poco inmutado quedé yo al oír semejante arenga; porque de hecho habia olvidado la formalidad de avisar al alcalde del barrio la llegada de Felipe; pero en cuanto á este, hubiera sido necia obstinacion querer que articulase una sola palabra. Estupefocado y sobrecogido no hacia sino abrir mas y mas los ojos retirando el semblante, á cada pregunta que le dirigia el ministril.

—Animo, buen amigo, prosiguió este observando nuestro silencio y dando á Felipe un espaldarazo mas que amistoso; recobre V. su serenidad que ningun daño le quiero.

Reaniméme un poco el espantado rústico, y pudo romper preguntando:

—Pero.... pero.... ¿cómo me ha conocido V.?

—¡Que pregunta!.... Amiguito los Alguaciles somos grandes fisonomistas, y aun tenemos puntos de gitanas en cuanto nosacamos de lo pasado, y de astrólogos porque leemos en lo futuro. Ea, déjese V. ahora de escudriñar los secretos del arte, y vengán albricias que le traigo buenas nuevas.

—¿Cómo es eso? acudí yo, ¿tal vez se han encontrado sus papeles?

—Baste lo dicho, y siganme Vds. á casa de otro compañero que allí se aclarará todo.

Hicimoslo como ordenaba, y despues que anduvimos largo rato por callejuelas y cruceros, vinimos á dar en una calle desusada casi á la extremidad de la poblacion, y nos introdujo en una casa de estas que tienen el patio delante de la escalera. Subimos á un corredor estrecho de vecindad, donde se hallaban en intermitente y prolongada reunion las inquilinas, cantando y conversando desde sus respectivas puertas. A nuestro paso, ninguna se levantó ni aun devolvió el saludo, pero todas se sonreian maliciosamente diciendo á media voz «ese es». Al remate del claustro ó solana, tocó nuestro guia en una puerta que por su traza en nada se diferenciaba de las otras; y abierta sin detencion, dimos vista al cuarto del Alguacil. Componíase de una pieza, una alcoba y una cocinilla, que se comunicaban por medio de dos huecos, sin mas vidriera ni mampara, que su escasa cortina de coton, guarnecida de lo mismo. Sin embargo, los adornos no guardaban analogia con el mezzquino exterior, y revelaban desde luego la filosofia de su dueño: no lo digo precisamente por el menaje, que á pocos y groseros muebles se reducian; sino por una preciosa coleccion de historia natural que llenaba el aposento, y descubria que los reinos animal y vegetal, dominaban particularmente su aficion. Aves de diversas familias, caza y pescados se ostentaban en informe conjunto por todas partes: veianse pendientes del techo los frutos de la vid; festoneaban las paredes enormes ristras de ajos, y cubrian el pavimento las producciones de la tierra: y todo ello colocado en descuidada simetria, como denotando el armonioso desórden con que la sábia Providencia lo regala.

El Alguacil nos saludó con aire afable, y dirigiéndose á Felipe, le preguntó.

—¿Recuerda V. heberme visto alguna vez?

—No por cierto, respondió el aldeano: ni quisiera haber visto Alguaciles en mi vida.

—Pues yo soy el ministro á quien V. entregó su solicitud.

Felipe se quitó respetuosamente el sombrero, y los tres nós echamos á reír.

—Nada hay que extrañar, les dije: el nombre por sí solo le causa veneracion; y ademas viene el pobre tan escarmentado de Vds !...

Nuevamente sonrieron al oirme; y entonces tomando la palabra nuestro conductor, repuso.

—¿Qué quiere V. que le diga? nos tienen por de mal agüero, pero consiste en que no nos tratan de cerca. Los Alguaciles son como las tronadas; buenos ó malos segun hallan dispuesto el terreno. Algunos les llaman polilla de la sociedad, siendo por el contrario los que la quitan de raíz, y aun el peligro de volver á criarla. Otros les hacen torpes y faltos de instruccion, cuando no hay en el mundo erudito ni pedante que sepa hacer tantas citas. Otros avanzan hasta poner en duda su salvacion, pero han trocado los frenos; ellos se han de salvar de la clase, que el Alguacil por *salvado* puede tenerse. El acompaña á los reos en su última hora; que de ahí se debió decir *la compañía del ahorcado*: nunca falta en las procesiones por aquello de que tras de la cruz viene el diablo; y siempre vá delante de las indulgencias, aunque por lo mismo nunca le alcanza la bula. Si es en el cumplimiento de su deber, ¿qué se les puede echar en cara? ¿están encargados de hacer guardar el orden? pues si no chocan con los laboradores, es porque *harto guardado* le tienen; ¿de evitar engaños? por eso encarelan á los buenos; porque sería el mayor engaño tropezar con un hombre de bien; ¿de perseguir á los criminales? claro es que si los prenden dejarán de perseguirlos; y sobre todo ¿por qué se les llama Alguaciles de *vista*? Pues para aliviar dolencias tienen mas virtud que todos los recursos de la medicina; y así vemos que el actor ó torero que no se mejora con ventosas; luego sana con aplicarle un par de Alguaciles. Si hablamos de los juicios de paz ¿cuánto no sirven allí? y sin embargo al pobre que por falta de acompañado les elige como *hombres buenos*, bien se le puede decir que *lleva perdido el juicio*. Ellos siempre abren paso á la justicia, y siempre la llevan á la espalda. Ahora les han quitado la peluca, porque á la ocasion la pintan calva: pero les han dejado la *chupa*, como signo muy propio y distintivo que les caracteriza; y el guante tambien es de ceremonia pues mal podría echarle si no le llevaran. Por último, ellos se semejan á los duendes, porque mudan de forma, mudando de traje: á los remordimientos, porque *escarban* en las conciencias: á Dios, porque *piden cuentas* el día del juicio: y al diablo, porque *tientan* á las mujeres. ¿Qué mal hay pues en los Alguaciles, sino el de no saber aprovecharlos?

Embelesado escuchaba yo las graciosas razones del Alguacil, en términos de olvidar casi nuestro principal objeto; pero Felipe llamó mi atencion preguntando que se habian hecho sus papeles.

—No lo sé, (dijo el interrogado) alargando uno al propio tiempo; pero aqui tiene V. su nombramiento.

—¿Qué escucho? exclamé.... ¿será posible? ¿y cómo ha sido esto?

—Muy sencillo. Yo los dejé en la taberna, sin mas intención que devolverlos á la primera coyuntura. Mas ayer era domingo; tocaba salir á una de las criadas del ministro, y aproveché la tarde yéndome á los toros con *su primo*, y entrando despues á tomar cerveza en aquel establecimiento. La dueña contó la aventura; ella preguntó el nombre del héroe, y salieron los papeles á relucir: dijo que era paisana de Felipe, y se encargó de presentarlos á su amo con recomendacion; sin duda le cayó en gracia la simplicidad de este rústico, á quien por otra parte no faltan méritos que alegar, lo cierto es que esta mañana fui

llamado por mi superior, y recibí esa orden con la de buscarle y dejarla en su poder.

No es posible describir el alborozo de Felipe, que tambien participábamos los demas: preguntó el nombre de su paisana, mas no lo pudo averiguar porque lo ignoraban. En fin calmada la primer impresion nos despedimos dándoles una propina; y el mas ladino le dijo al salir:

Vamos compadre, que sea enhorabuena; y aprenda V. por mis compañeros á cobrar ánimo para lo sucesivo, pues le acaban de enseñar que en todos los lances de la vida tiene lugar aquello de «mas vale llegar á tiempo que rondar un año.»

BONIFACIO GOMEZ.

LA GITANA.

Si quieres, lector benévolo, presenciar el nacimiento de esa mujer que se conoce con el nombre de Gitana, segun unos porque descende de Egipto, y segun otros porque se dió en llamar *Egipcios* ó *Gitanos* á todos los que no quisieron abandonar las tierras españolas cuando la espulsion de los moriscos; si desees conocer una de las ceremonias mas importantes que los Gitanos celebran en el curso de su vida aventurera y vagabunda, hazme el gusto de seguirme hácia los arcos de aquel puente, porque al pié de ellos hemos de topar con lo que buscamos.

¿No ves arremolinada en derredor de la bienhechora lumbre hasta una docena de personas contemplando con ávidos ojos la racion de carne que va cocindose lentamente dentro de una gran marmita de cobre? ¿No observas, ahora que te vas acercando, que esos hombres con su tez aceitunada, con sus abultados carrillos, con sus gruesos lábios, con sus negros, vivos y rasgados ojos, con sus largos cabellos, y sus blanquísimos dientes, revelan su origen extranjero, y que mas parecen hijos del África ó la Arabia que de Andalucía ó Cataluña? ¿No adviertes que sus gestos y su movilidad continua dan á su conversacion y á la vivacidad de su fisonomía cierta expresion penetrante y característica? ¿No reparas, amable lector, que el rostro de esas mujeres presenta un aspecto melancólico, y que sus actitudes lascivas, su color, la soltura de sus miembros, su movimiento y agilidad, recuerdan un clima abrasador, donde hombres y mujeres se entregan á ejercicios que desarrollan el vigor corporal, y dan fuerza á ciertas facultades morales? ¡Pobre raza! condenada por su infeliz destino á una vida errante, vaga un día y otro, porque así lo quiere la estrella de su nacimiento, y rechazada de la sociedad, busca un albergue debajo de los árboles, al pié de solitarios castillos ó en el fondo de una quebrada. ¡Pobre raza! sin patria y sin hogar, dispersa ha cerca de mil años, inquirió un asilo en el Mediodía de Europa, y la Europa la repelió de su seno, arrojando sobre su frente el sello del oprobio, y vertiendo en su corazón el veneno de la amargura. ¡Pobre raza! combatida por todas las causas que disuelven una nacion, las tiránicas y absurdas leyes promulgadas en su contra no han podido destruir su nacionalidad, y si no muere donde nace, nace y muere imitando las costumbres del Oriente, porque Dios y su destino no quieren que estreche los lazos sociales con los demas pueblos!...

Dirige ahora, carísimo lector, una mirada á esa docena de personas sentadas en torno de la lumbre, y conocerás que se hallan preocupadas con alguna cosa importante, pues hablan en voz baja y de vez en cuando vuelven sus ojos hácia un rincón del aduar,

do yace cubierta con unas mantas y tendida sobre un monton de paja una pobre moza, cuyos dolorosos ayes, arrebatados por el viento, van á herir tus oídos, conmoviendo tristemente tu alma. Mira como se agrupan al rededor del mezuquino lecho tres ó cuatro mujeres, y con que afán recibe una de ellas en sus brazos á una robusta niña, de rostro atezado como su madre, y como ella de marcada y característica fisonomía. ¡Oh! esta débil criatura es un pequeño anillo de esa larga cadena de Gitanos, cuyo primer eslabon no se sabe á ciencia fija donde ha sido forjado.

Si examinas con atencion á la desnuda Gitanilla, y tomas en cuenta la alegría de todos los que se hallan á su alrededor, no toparás con el padre, porque se parecen los unos á los otros como dos gotas de agua, y porque tanto el viejo como el mozo, lo mismo el casado que el soltero arrullan en sus brazos á la recién nacida, prodigándole palabras cariñosas en una jerga ininteligible. Sin embargo, no te será difícil dar con el padre de la pobre niña si reparas en un jóven de agraciado aunque moreno rostro, que *garla* sin ton ni son, celebrando los *fanales* del tierno *aguilucho*, su erguido *chapelit*, sus *gentes* ú orejas, sus *nares* y, en fin, todo su *chuche* ó semblante. Luego arroja sobre la cabeza de su hija un poco de *clarisa* cogida en el próximo *corriente*, y la entrega á una de las Gitanas, la cual *arrosándola* en unos trapos la coloca en un monton de *picosa*, poniéndose todos á *muquir* con el mayor apetito junto á la *lucerna*. Y como el agua es muy *crua*, y no ayuda á la digestion, pasa de mano en mano una *bujía* llena de buen *caramo*, alegrando mas y mas á los vagabundos Gitanos, y dando mayor animacion á sus elásticas facciones, doble movimiento á sus azogados miembros. Despues el padre de la niña reparte unas cuantas *plantosas* de *penascaró*, y mientras los *mas piaoers* se ocupan en *potar*, un mozo ojinegro toca la guitarra en rasgueado son, otro, tenido por gran *guillabaor*, entona unos cantares llenos de malicia, y las mujeres bailan en circulo, separándose ó confundiendo segun su capricho, si no es que siguen las reglas de ciertas danzas, cuyo modelo es preciso buscarlo en otras regiones. Pueblo singular que en medio de la miseria se entrega á la alegría, olvidando sus privaciones con las ruidosas castañuelas, y la guitarra que ha pasado por quinientas manos de generacion en generacion...

Y aqui es preciso, lector mio, que, pidiendo perdón á los clásicos dramaturgos, quebrantemos las unidades de lugar y de tiempo, para llevar á nuestro *aguilucho*, ya convertido en *chaborro*, á cualquier pueblo de España, á fin de conocer sus costumbres de adolescente. Sin embargo, como ni por necesidad ni por buen corazon estamos obligados, cual los gobernantes, á tender un velo sobre lo pasado, podemos alzar un pieo de la cortina, diciendo á los profanos algunas palabras acerca de la Gitanilla que vió la luz en su presencia, y ahora va á ofrecerse á sus ojos radiante de juventud y aun de belleza.

Como nuestras leyes han puesto á los Gitanos en guerra abierta con los pueblos por donde pasan; como en vez de morigerar sus costumbres han hecho lo contrario; como, para decirlo sin rodeos, como el envilecimiento y degradacion que sobre ellos pesa han llevado á sus corazones un gran desprecio hácia las instituciones sociales, no siéndoles permitido para vivir hacer lo que los demas hijos de Adán, se ha dedicado á engañar á sus semejantes, quitándoles todo lo que pueden, estafándoles de un modo simulado, y ejerciendo contra ellos, no el derecho del mas fuerte, sino las prerogativas de mayor astucia y doble disimulacion. Una de sus mayores industrias es el robo, no el robo á mano armada que expone al ladron á recibir un escopetazo á boca de jarro, sino

un robo tímido, furtivo, que si no revela arrojo indica sagacidad y cierto talento, que no dejaria de brillar mejor empleado.

Bautizada ó no nuestra Gitanita, segun el antojo de sus padres, es conocida entre los suyos con el nombre de la *petra*, y apenas empieza á articular algunas palabras de esa gerigonza tan expresiva le hacen repetir una y mil veces *choro*, *choras*, y si la muchacha es un tanto *aguileña*, es decir, si notan en su rostro cierta propension al hurto, entónces todos se convierten en sus maestros, y como las teorías reciben su sancion de la práctica, y la niña no es *estropeada* del entendimiento, excusado es decir que á la vuelta de seis años es una perfecta *birraora*, ejecutando á las mil maravillas las lecciones que ha recibido en esa escuela constante de socialia y artimaña. Ella, cuando la banda establece su vivac en las afueras de un pueblo, asalta las huertas y *arrobina* frutas y hortalizas; ella trepa por las paredes de una *corrinchó*; invade el gallinero, y si no puede atrapar al *capiscol*, echa mano á una *coba*, torciéndole el pescuezo para que no cacaree, y aun suele coger un par de *albaíres* ó sean huevos frescos. Otras veces penetra en la poblacion, corre por sus calles, y se llega á la puerta de una casa, diciendo con voz dolorida:

«Zeño, deme zu merzé una limoznita por Dioz, que eztoy *gandia* de jambre.»

—Perdona, muchacha: le responde con toscó acento un señorito de lugar que se ocupa en dar de comer á una perdiz.

—Zeño, replica la *chulama* entrando en el zaguan; po loz clavoz é Crizto, que ya jase doz diaz que no he probao el *jartón*. Azi el divel de loz cieloz le dé á zumerse cuanto deca... ande ozte, zeñorito, que lo pio con mucha necesiá... por eza cara tan germoza y eze cuerpo tan bien formaó.»

Y se va introduciendo mas y mas hasta que se llega al mancebo renovando sus *floraynas* y sus gataumbas. Si, apiadado este de la infeliz Gitanilla, se marcha á la despensa en busca de alguna cosa con que socorrerla, la *Petra* ase lo que está á mano y es trasportable, lo guarda entre la ropa, y cuando aquel vuelve la encuentra en el sitio donde la dejó tan serena como si nunca hubiese roto un plato. Asi recorre todas las casas llevando á su aduar, como producto de su *garrama*, una *paloma* ó *sábana*, dos *caronas* ó camisas, un lardo de *murceo* ó tocino, varios menudrugos, los cuartos recogidos de limosna y tres pesetas, que como buena *tomaora del din caló* del bolsillo del ama del cura al besarle la faldamenta en señal de gratitud.

Entretanto va corriendo el tiempo, y la *Petra*, libre en sus acciones y en sus gustos, azotada por la lluvia y combatida por los vientos, arrullada por las tormentas y adormecida por los huracanes, erce en medio de sus privaciones flexible y esbelta como el pino á cuyo pié reposa, se eria ágil y fuerte como el corzo de los montes, y si el sol de los campos dora mas y mas su atezado semblante, tambien da mas brillo á sus ojos de azabache, y desarrolla completamente entre todas sus formas, imprimiendo en sus labios un sello de voluptuosidad, y sobre su frente la marca de violentísimas pasiones. Cuando la *Petra* llega á tener quince años es hermosa, porque no hay mujer fea á semejante edad, y porque las Gitanas llevan en el pecho un volcan, cuyo calor se siente á muy razonable distancia. Entónces es fácil perder el juicio y volverse locos por ellas como el Quasimodo de Victor Hugo, ó abandonar las ciudades y seguir las al fondo de los bosques, como el ilustre mancebo de nuestro inmortal Cervantes. Nosotros, benigno lector, iremos tras de la *Petra* á donde quiera llevarnos, armándonos antes de indiferencia y de desden, y cubriendo nuestro pecho con el escudo de la mas helada frialdad. De otro modo nos abrasariamos en la viva

lumbre de sus ojos, y no nos sería dado bosquejar en calma el lindo retrato de nuestra Gitanilla.

Supersticiosa como todos los pueblos del Oriente, aficionada como ellos á la astronomía, esa raza de Gitanos que cual los árabes del desierto no duermen dos noches en un mismo sitio, como le conviene engañar á cualquier costa, hace que estudia las vicisitudes humanas y las constelaciones celestes; y cosa extraña! esas tribus errantes, esas familias nómadas y vagabundas, condenada como los judíos á una proscripción eterna, y que no pueden aliviar su propia suerte, creen conocer el destino de los demás hombres, dando asenso á sus mismos oráculos. Nada mas frecuente que oír á las Gitanas la *bucna aventura*, queriendo persuadir á los bobos ó blancos que conocen los arcanos de lo futuro en la misteriosa disposición de las rayas de una mano.

Bailando la *Petra* unas veces, pidiendo otras, ya cantando con libertad *desenfadaa* descompuestos y lascivos cantares, ya narrando sus propios infortunios ó los de su familia con lastimera voz y gesto dolorido, según las personas con quienes trata y los lugares donde se encuentra, recibe no pocas limosnas, adquiriendo dinero de los unos, zapatos de los otros, refajos de algunos, y pañuelos de no pocos. Pero lo que mas produce á la ingeniosa Gitana son sus nigrománticos ardidés, siendo muchas las cábalas de que se vale para hacer que algun inesperto mancebo de los que nunca faltan oiga su futuro destino, anunciando en campanudas frases y enigmático estilo. Cuando resuelto el jóven á escuchar su sentencia, tiende la mano á la pitonista, esta se apodera de ella con gravedad, clava los ojos un momento en las rayas que cruzan la palma, y en tono solemne y profético exclama de esta suerte, despues de haber consultado la *genitura* del mozo.

«Eztoty viendo en zu mersé un jóven muy esgrasiao po laz calaberaz dotroz y po laz zuyas propiaz... Ay! Zeñó, ¿por qué daz á laz criaturaz un *nacío* tan guayardo, zi laz ejaz á ozcuraz de zentío, y lez conzedez muy poca *chichi*?... ¡Pobre mozo! juya, juya zu mersé é laz mujerez hazta que loz anoz haigan mardurao zu juisio, y ze zienta bastante juerte pa zofri laz perreriaz de eza *já* que le trae reguella la zezera... Mañana alumbrará la luna, con purísimo rezplandó, y oblinará zu mersé loz espesios de eza dama que corre traz zu ribal como yegua zin freno... Luego que zu mersé güelba lo jombroz á zu *chutama* lusirá en toa zu claría la estreya é zu nasimiento, y el ruio de laz armaz le jará zaltar é la *blanda* y senirse á un lao el *abanico*, que ha de cortá maz de un *chapitel*... ¿No vé zumerse eza raya que ze ezliza jasía el deo pequeño?... eya rebela á no poer maz que zu mersé crusará loz marez y que si no le *dan mulé* en lejanoz paizes, pazará laz aguaz ezpuez cargao de pelraz que tirará á loz piéz de una jembra como un zol. Jui! zeñorito, ¡y qué ezdiehao va á zer zu mersé, y cuantoz afanez le prepara el Zeñó zi no sierra zu corason á loz flechazos del siego!... Zuz lígrimaz roarán po loz zueloz, y nengun endiao irá á esirle palabraz é ternura... Maz *zoniche* que no too ze pue jablá y naide zabe loz zecretoz del divel.»

Así termina la *Petra* su gerigonza, y el mancebo que apéas ha comprendido tres palabras, se aleja pensativo, porque desde el momento que el hombre se ocupa de porvenir se entristece á pesar suyo, aunque crea penetrar los futuros sucesos de su vida á través de azules ó rosadas nubes. Sin embargo, la curiosidad ejerce gran imperio sobre la juventud, y una mozueta se acerca temblando á la Gitana, rogándole le diga la *bucna aventura* en cambio de algunas monedas. La *Petra* la examina de piés á cabeza, y luego con acento melancólico entona un cantar débil y lánguido, arrebatando el corazon de cuantos la escuchan, porque si su música es pausada y armó-

nica, tambien es negra como los pesares de un desierto, triste como las revelaciones y consejos que la letra encierra.

¿Por qué tiembas, pobre niña,
Como arbuizo del desierto,
Que ze mueve zin consierto
Cuando el vendabal le *diña*?

Mas jasez bien en vorá,
Que en ezta mano *diquelo*,
Laz penaz que el negro sielo
Adizponiéudote ezta.

Trez pájaroz rebolando
Irán á tu ezcuró nio,
Y por encontrá zu abío
Mil cozaz irán cantando.

El águila *enquiyotría*
Con zu arrojo y zu pujanza,
Dirá que nenguno alcansa
Lo que ya yegó á alcansá.

El cuervo zuz negraz nlaz
Selebrará y zu primó,
Por atrapá la mejó
De toiticaz laz tuz galaz.

El ruizeñór amorozo,
Pa mitigá zuz pezarez,
Entonará mil cantarez
Con asento melodiozo.

Y tú, inosente *chibata*,
Lo abrigaráz en tu zeno,
Apurando eze veneno
Que enloqueso zi no mata.

Maz pronto jirará de tí
El embaidor pajarillo
Y tu corason zensillo
Ezcomensará á zofri.

Pobre niña! zeca el yoro
Y zereña loz *columbéz*,
Porque zoz laz pezaumbrez
De tu hermosura dezdoro.

Alsa altiva el *chapitel*;
Encampánate orgulloza,
Y no gimaz, probe moza,
Por un ingrato donsel.

Zi te jasez *redomía*,
Por eze hermozo palmito
Maz de un beyo zeñorito
La caena arraztrará.

Que lo jombrez corren siegoz
Traz una *chutama* beya,
Cuando loz espesía eya,
Y ze rie de zuz fuegoz.

Zi zabez vivir tendráz
Mil *ficarez* amaorez,
Toiticoz contributorez,
Y muy *godeña* zaráz.

Navega puez viento en popa,
Que ya *allonáz* ya zoltera,
En ezte mundo prozpera
La mujé que á muchoz copa-

Zi en tu barreera vé
Un rizeñor á dar viene,
Zuz esperansaz mantiene
Durante un mé y otro mé.

Maz zi le zientez elbaio
En la punta del anselo,
Arrojádo po lo zuelo
Y que zúfra el ezdichao.

No zerá niña el primero
Que ajenaz culpaz pagó...
Pague puez un ruizeñó
Jumilde por otro fiero.

Navega niña á toz vientos
Y zi *chimayca* alguno,
Deja al probeito impórtimo
Luchá con zuz penzamientoz.

Maz pecaorez que tú
Eze mezmó á la cayá...
Pero me nájo zalía,
El dível te dé zalía.

Si la Gitana escita cuando niña la compasión; si despues es admirada por su destreza en el arte de *bárlar*; si luego que alcanza sus tres lustrós arrebatá diciéndo la *buena aventura*, cantando ó usando de esos chistes que á borbotones se desprenden de sus lábios, nunca es tan bella y arrebatadora, jamas cautiva á las mujeres y entusiasma á los hombres como en el baile, ejercicio en que brilla sobremanera. Ajustado el talle con un *apretao* (*corsé*) negro ó de color de canela, que forma un extraño contraste con lo encarnado de la *campana*, la cual solo llega á la mitad de la pierna; calzados los *saltadores* con *estiboz* de muy corto empeine; *toldao* el pecho con un pañuelo de color; vistosamente recogidos sus *aires* ó cabellos, y adornada la cabeza con infinitos moños, se presenta la Gitana en Mairena, y á todos los majos que montados en briosos *almiñores* cubiertos de *griles* van llegando á la *bala* (*feria*) los convida á que vayan á su puesto, diciéndoles que posee un *palacio* allí cerca, y que en él pueden solazarse de lo lindo, porque tiene muy buenos *tálamos* y por lo que luego verán. Prendados los manceños andaluces del gracioso ntavío de la Gitana, arrebatados por el fuego que despiden sus *acaís*, y arrastrados por el *sarlioque* ó sandunga de la *chulama*, la siguen á su palacio, que es una choza formada con mantas sostenidas en unos palos, se sientan en los *tálamos*, que no son otra cosa que unas esteras, piden dos ó tres libras de buñuelos, y cuando han apurado sendos tragos de aniseta, y les hierve la cabeza, hacen á la Gitana que baile con otras tan *jarifas* y *emperegildas* como ella, y como ella tan ricas de *sardioque*.

Diestra la Petra en el arte de agradar, al son de la guitarra que suele tocar el capataz de la banda, dueño de aquel *tingtao*, mientras que dos ó tres de sus compañeros cantan una *baláa*, ella baila que se las pela con otros dos ó tres, causando gran impresion á los aturdidos majos la voz de las *quillabaoras*, el *salaren* de la guitarra, el ruido de las castañuelas, el gracejo de las Gitanas, sus maliciosos cantares, la picaresea expresion de sus miradas, y el brillo de sus adornos.

Y aquí, lector bueno, aunque antes no tuvimos á bien correr un velo sobre lo pasado, es necesario que arrojemos uno muy tupido, porque vestida la Petra con una *cubierta* que marca perfectamente su talle y sus graciosísimas formas, merced á sus libres movimientos, en cada gambeta descubre un pié sumamente pulido y una hermosísima pierna, porque se bambolea su *árbol* con muchísimo aquel, porque

sus ardientes miradas quieren decir cierta cosa, porque en Andalucía lucen las estrellas en una noche de abril con claridad algo líbrica, porque los naranjos que tanto abundan en aquellas campiñas esparcen un perfume que embriaga los sentidos, y porque el esplendor de aquel cielo escita ideas un tanto voluptuosas...

Si yo no fuera cristiano rancio, sin faltar á la verdad de los hechos, entregaría la Petra á un mozo de la banda, permitiéndole vivir con ella en franco concubinato; pero aunque esto es muy comun entre los Gitanos, los cuales suelen elegir su mujer á la luz del sol ó á la claridad de la luna, con consentimiento de sus mas próximos parientes, como los hay que celebran su matrimonio con todas las ceremonias prescritas por la iglesia, lo mejor será que apuntemos á la Petra en legítimo consorcio, al son de la guitarra y las castañuelas, entre las abundantes libaciones de los alegres Gitanos, y al ruido de sus cantares y sus vitores.

Cuando la Gitana se vé *attonda*, olvida sus bailes y canciones, y se entrega á la vida de madre y esposa, cuidando de su marido primero y de sus hijos despues, á quienes va enseñando cuanto sabe y aprende desde que dobla la cerviz bajo el yugo matrimonial hasta que es sorprendida por la *cierta*, y es fuerza hacer justicia á esa raza, á quien el vulgo, que jamás abandona sus preocupaciones, tiene por absolutamente desprovista de buenos sentimientos, creyéndola entregada á repugnantes vicios, sin otro capital que el de la ficcion y el engaño. La Gitana abraza en su corazon un tesoro de amor para con sus hijos y un rico caudal de ternura para con su compañero. Ninguna sabe llenar los deberes de madre y de esposa tan bien como una Gitana, ninguna cumple tan fielmente los juramentos prestados en el altar ó solo ante sus camaradas; ninguna comprende mejor las leyes de la naturaleza.

Y ese afecto que se nota en ellas hácia su marido ó amante, nunca se debilita aunque este relaje los vinculos del matrimonio, ó rompa los lazos del concubinato, lo cual sucede algunas veces, porque el manceño puede dejar la mujer vieja por otra jóven, de acuerdo con su esposa ó barragana. Si los ayuntados son de igual edad, bogan juntos por el mar de la vida, divirtiéndose en dias de calma, y prestándose mútuos auxilios cuando la tormenta arrecia y alguno de ellos se halla expuesto á naufragar. No es extraño que el marido de la Petra deje á uno *corbao* de una *mejía*, y que antes de *guijarse* le *acierre* la *gura* (justicia), soplándole en el *estribé*. La Gitana se araña al saberlo, y aunque el *enjejao* cante al son de los anillos:

En la reja de la *trena*
No tocupez en yorá,
Ya que no me quitaz penaz
No me laz venga jadá,

llora y gime desolada, pudiendo sus ardientes lágrimas, si cayeran sobre las *calzas* limarlas en un momento, dando *calla* al *angustiao*.

Pero muy pronto conoce la afligida Gitana que con lloros y gemidos no se alcanza la libertad, y entónces empieza para ella una vida activa y de movimiento que le produce mallisimos ratos en cambio de levisimos goces. Porque no contenta con regalar al *banquero* (alcalde) para que trate bien á su pobre marido, y á todos los *bellerifes* ó criados de la cárcel para que la dejen acercarse á la reja á *gárlar* con el preso, inoportuna al *brabo* (juez), visita mañana y tarde al *nuestramo*, (escriba) ruega á todas horas al *vengainjurias* (fiscal), y anda en un pié como la grulla, de la cárcel á la casa de estos, y de aquí á la cárcel, contando al *antojao* los progresos de su causa, el re-

sultado de sus gestiones y las esperanzas más ó menos fundadas que abriga de *florear* (engañar) al juez, á quien llama *gambalua* por su desmesurada altura y poca alma, de ganar con *nipos* al escribano, á quien califica de *dezoynadr del infierno*, y de aplacar con *bribia* ó buenas palabras el rigor de fiscal, á quien quisiera ver haciendo piruetas en la *ene de palo*.

Gracias al *poer* de Juan Dorao el escribano activa la causa; merced á *floraynas* y adulaciones, y acaso tambien al *gótico* (ilustre) nacimiento de Juan Platero el promotor pide una levisima pena, y en atencion á que la *Petra* tiene unos ojos que quemar, y muchísimo donaire, y no poca sal, y considerando que va puesta de *filili*, y es algo complaciente, el *bravo ó bari* condena al Gitano á solo cuatro años de presidio, el cual *burla* el sentenciado á los dos meses, rompiendo la *zerezeda* al ronco grito de *peñaz* y *longarez!!!*

La Gitana sigue al *burlaer* en su *afufon*; ambos ponen tierra por medio y como nadie mejor que los Gitanos conoce los caminos y encrucijadas, las trochas y veredas, el marido de la *Petra* se mete á con-



La Gitana.

trabandista, viéndose á esta desde entónces entrar con recato en las poblaciones, llevando debajo de la mantilla un *ovillo* de ropa que vende ó trueca á las mujeres, á quienes siempre *dupa*, valiéndose para ello de todas las *carlancas* y *chanzas* (sutilezas) que le sugiere su viva imaginacion. Tambien á la sombra de su comercio vende las prendas que otros se ocupan en *buscar*, por cuyo *corretage* *engiba* una parte de ganancia, llegando al cabo de poco tiempo á hacer un

TOMO I.

buen peculio que podria aumentarse en gran manera si no fuese á destruir sus planes la suerte de su marido, *espirrabao* de un tiro por los malditos carabineros.

Extremada en su dolor la Gitana, hace que el entierro de su esposo se celebre con la pompa que permite su bolsillo, y acompaña al cadáver hasta el *coto*, mesándose el cabello, vertiendo abundantísimas lágrimas, y arrojando furiosos alaridos. Cuando *plantan* al difunto, vuelve la Gitana al *fato* y como está segura de que en la banda encuentra los mismos auxilios y la misma proteccion que pudiera dispensarla su esposo, se entrega á la alegría en un improvisado festin, porque los Gitanos acaban la carrera de su vida con música y regocijo como la empezaron.— Viuda la *Petra* prosigue en su industria y su trapicheo, ocupándose en la *garda* ó cambio de ropa, en asar castañas en algunas ciudades de Andalucía durante dos meses del año; y en freir buñuelos en las ferias, ayudada por sus hijas y compañeras. Por lo demas en las casas donde *vende sus prendas* como en las esquinas en que pregona las *calentitas* en el real de la feria donde provoca á las *gentes* con sus gestos y palabras, siempre es decidora y chistosa, sin que los años la hagan variar de conducta, y mucho menos de sentimientos.

Y hé aqui, lector amigo, como la civilizacion no ha variado las costumbres de los Gitanos, y como pasan las revoluciones sobre su cabeza sin arrancarles ni un solo cabello. Merced á los muchos trastornos que los españoles hemos sufrido, trastornos que no han dejado títere con cabeza en nuestra ascendereada patria, nuestros tipos se hallan averiados, y se necesitan ojos de lince y un enorme catalejo para descubrir nuestras peregrinas costumbres populares entre las insulsas costumbres extranjeras, y nuestros antiguos caracteres entre los caracteres de hoy. Solo una raza, despreciada siempre por las otras razas y perseguida siempre por nuestras mismas leyes, ha conservado su primitiva originalidad, sin que el tiempo, que todo lo arrastra en su violenta carrera, haya podido despojarla de uno solo de sus hábitos, de una sola de sus costumbres. A ser yo filósofo, me daría de calabazadas para atinar con las causas de semejante extraño fenómeno, mas como no lo soy conyunto este pobre articulejo, asegurando que los Gitanos son impermeables sin que les bagan mella las revoluciones ni los descortee esa arrogante matrona llamada civilizacion.

SEBASTIAN HERRERO.

EL MENDIGO.

¡RARO *vice-versa* de las cosas humanas! El desecado y vocinglero Mendigo, que se burla de la sociedad, molestándola con su desaseo y sus clamores, es mirado con respeto, recibe agasajos y liberalidades, lo mismo en la cabaña que en el palacio, y ve pasar los dias de su vida sin tener que medir el tiempo, libre de temores y cuidados, pudiendo siempre decir á la vista de la riqueza y los festines del poderoso que de él se compeadece ó lo disculpa sino bebo en la taberna huélgome en ella, en tanto que el verdadero indigente que procura ocultar su triste estado, pasa por la amargura de verse despreciado sin hallar una mano bienhechora que le alargue un módico socorro. Pero ¿qué hay que admirar en esto? El hombre en todo es extremo. Va todavia mas allá en su injusticia. No se contenta con echar una mirada desdeñosa y despreciativa sobre el vergonzoso y pusilánime necesitado. Se complace tambien en degradarle, y siempre encuentra algo que censurar en su victima para

halagar su propia vanidad. El vergonzante es deforme aunque sea un Adonis en hermosura; tiene condición de tigre, aunque sea más manso que un cordero; sus agudezas se llaman insulseces aunque le hayan educado las gracias; su actividad recibe el nombre de atolondramiento, aunque sea más sesudo que Catón; y su prudencia es disimulo malicioso, aunque sea más virtuoso que Sócrates.... Pero veo, lector delicado, que el preambullo se te atraviesa y estás diciendo allá de botones adentro, ¿á qué conduce aquí este principio de sermón cuaresmal? Pues has de saber que tiene su *busilis*. El Mendigo español es una especie de alimaña que infunde miedo como lo comprueba aquello de cállate niño que viene el pobre, con que se nos asusta desde chiquitos. Ese miedo es la causa porque se le respeta pues nace de su independencia y de los recuerdos de su origen que ofrece la idea de la fuerza, y la fuerza es la reina del mundo, aunque haya quien sostenga lo contrario. Pero supuesto que no he principiado este artículo á tu gusto, á lo que exclusivamente debo atender sin meterme en otras honduras, veamos si te llena esta otra introducción.

Si la sociedad hubiese siempre auxiliado al verdadero desvalido, que por su posición tiene que recurrir á la comiseración pública, y hubiese perseguido al mismo tiempo esas tropas de vagabundos que tanto la afean é inficionan, habría llenado uno de sus principales deberes, sin incurrir en el desacierto de distribuir socorros que no alivian la verdadera desgracia, crean la mendicidad voluntaria, alimentan la pereza y dan pávulo á los vicios. Entónces no habría Mendigos ni cosa que lo valga; cada quisque pondría sus huesos en punta desde los primeros albores del día para dedicarse á un trabajo provechoso al individuo y al estado, siendo el pauperismo una calamidad de circunstancias pasajeras, con las que desaparecería siempre... ¡Hola! ¿aun vuelves á cabecear? Sobre que no hay como poderte contentar desde que asistes al Ateneo, al Instituto y al Liceo, y lees todos los días esa porción de periódicos literarios, henchidos de bellísimas producciones traducidas á las mil maravillas! Pues á fé mía que por esta vez estaba yo muy ufano con ese exordio de disertación filosófico-político-económico, y creía hacerlo con tanta perfección como uno de los mejores oradores del salón de Oriente. Apurado es el lance. Si no temiere lo tomes por disculpa que encuentra el amor propio á mi torpeza, me atreva á decir que toda la dificultad del acierto viene de la delicadeza del asunto que he tomado ó mi cargo, mas veamos si por este otro camino puedo salir adelante.

El español Mendigo de profesión que sin padecer enfermedad alguna y sin faltarle en que trabajar se cubre de harapos, oculta su salud y sus fuerzas y bajo el aspecto de males que diestramente sabe finjir de mil modos, aparenta debilidad, huye de todo arte ú oficio, y se entrega á explotar la caridad cristiana en nombre del Nazareno, pero cubierto con el manto de Diógenes, es el *caput mortuum* de la población, y una especie de fenómeno social muy extraordinario que en todos tiempos ha llamado la atención del observador. Su pensamiento dominante exclusivo, y la regla de su conducta se encuentra muy exacta y bellamente explicados en los siguientes versos de nuestro Espronceda.

Yo soy pobre y se lastiman
 Todos al verme plañir,
 Sin ver son mías sus riquezas todas,
 Que mina inagotable es el pedir.
 » Mío es el mundo, como el aire libre,
 » Otros trabajan porque coma yo;
 » Todos se ablandan si doliente pido
 » Una limosna por amor de Dios. »

En efecto, este moderno Bias, que con mayor razón que el sabio griego puede decir « todos mis bienes los llevo conmigo; » no aludiendo á la ciencia, sino al proverbio castellano *ese te hizo rico que te hizo el paco*, siempre excitará la curiosidad, ya sea que se le considere en su absoluta independencia, ya se le examine despues que perseguido por las autoridades viene á dar con su entera libertad en un hospicio, sujeto á la estrecha observancia de un nuevo reglamento que modifica sus costumbres, pero nunca tan profundamente que el uniforme que le disfraza no deje descubrir los restos de sus harapos, los vestigios de inveterados hábitos, y una porción de especialidades que han quedado como grabadas en todo su ser.

Empero lo primero que salta á la imaginación al ver ese ente incivilizado es lo difícil que es dar con la verdadera causa del pauperismo voluntario, planta tan indígena de nuestra península. Hay quien cree que se nutre y conserva mimada por la grande temperatura del clima, favorable á la mollicie y á la pereza. Otros la suponen importada cuando las largas peregrinaciones á los santos lugares. Otros regada con la abundante riqueza que circuló por nuestro suelo en seguida del descubrimiento del Nuevo Mundo. Otros en fin, sostienen que es el producto de una impremeditada compasión, y de ideas religiosas mal concebidas. Como quiera que sea, estas causas no se excluyen unas á otras, y muy bien pueden haber concurrido juntas con los vicios de la legislación á alimentar esta planta ponzoñosa.

Sin embargo, la mezcla que se descubre en nuestro Mendigo de profesión de cierta especie de rústico y aparente estoicismo, y de hipocresía religiosa con el cinismo más impúdico y degradante dá indicios de que estas semillas deben haber venido del Oriente. No es esto decir que nuestro Mendigo tenga la más remota idea de Epiteto, ni de Antistenes, sino que las doctrinas de estos filósofos han llegado hasta él degeneradas y corrompidas de una manera tradicional, y con la inexactitud ó confusión que descienden todas las teorías á las últimas clases del pueblo. Tampoco afirmaré esté muy instruido en los consejos del Evangelio, pues acerca de este particular solo sabe también de oídas, que Jesus y los Apóstoles fueron pobres, y dejaron muy recomendada la pobreza. Esto le basta, cuando la experiencia le ha hecho ver por otra parte que las necesidades del hombre son pocas y fáciles de socorrer, y que la mayor parte de los males morales nacen del temor y la esperanza. De este convencimiento práctico sacan la regla siguiente como si se la dictara el mismo Boecio.

Si repulsas la alegría,
 Y repeles el temor,
 Se ausentará la esperanza,
 Sin que sientas el dolor.

Colocado en esta situación el ánimo del Mendigo, empieza á desprenderse de todas las relaciones sociales, y hace los mayores esfuerzos para amoldarse á este grado de indiferentismo. Pero sus conatos no dan por resultado la estuición de perjudiciales afectos, porque esto solo es propio de almas grandes, no contaminadas por los vicios, sino cierta especie de entumecimiento moral, que no sabe discernir y que le conduce por la mano al olvido de toda decencia. Desde este momento ya ha entrado el Mendigo en el cinismo, en un cinismo práctico estravagante, tanto ó más que el que escandalizó á la culta Atenas.

Pero lo que más contribuye á afirmarle en sus propósitos, lo que le hace marchar firme y seguro por la ruta que ha escogido, es el abrigo que encuentra en parte de la misma sociedad de que tanto se mofa, y á la que presenta como títulos poderosos de su obli-

gacion, los mismos sentimientos humanitarios y motivos religiosos que la impulsan.

No sin dificultad, como ves amigo lector, he podido lograr, que medio vislumbres el origen del protagonista de nuestro drama, y darte á conocer las creencias, que son causa impulsiva de sus modales y costumbres. Ahora voy á sacarlo á la escena, ó diré mejor cual el cazador activo persigue con empeño los animales dañinos que destruyen la caza de los montes siguiéndolos por la pista, iré á buscar en todas sus guardias este animalito ó vulpeja, por cierto mas perjudicial y bellaca, siempre en relacion con ladrones y con la canalla en todas sus diferencias.

Por muchos albañales vierte la inmoralidad en medio del edificio social esta inmundicia de la mendiguería voluntaria que lo apesta ó inficiona todo.

Ese *coscon* que con su eterno movimiento de hombros y espaldas dá indicios de la inquietud que sufre su epidermis, y mal perjeñido con los restos del uniforme que llevó en las batallas de Bailen, Chiellana y los Arapiles, segun él cuenta, vaga siempre por la circunferencia de una gran ciudad, importunando á todo viajante que entra ó sale, es un Mendigo aleccionado, que sabe hacer muy bien su papel. Comisionista oculto de la compañía anglo-hispana, tan afecta á los aranceles como los gitanos al verdugo, y que tiene su escritorio en las playas de Gibraltar, sabe á punto fijo el día del alijo, (quien dice día dice también noche, porque no hay día sin noche segun se espresa esta gente), y al punto que este se verifica es portador de esta útil noticia el mercader de la plaza mayor. Por el buen servicio ha recibido unas cuantas monedas y una trenza del de Virginia del terne del caballo bayo con careires encarnados, que bebe reposadamente un vasito de lo puro á la puerta de la venta distante un cuarto de legua de la poblacion. El mercader por su parte no se muestra menos agradecido, y amen de algunas columnarias le larga una maniqueta del habano. Nuestro veterano de blanco vigote, que ha adoptado aquella vida porque le fastidiaba la disciplina del cuartel, á la que nunca tuvo mucha afición, mezcla las dos especies de hoja aromática, las pica y hace *pitillos*, que sobre barato y sin riesgo va paulatinamente despachando á los arrieros y zagales de coche, y á la demas gente que camina á pié por mayor comodidad. Es cosa de ver el aire marcial que aun conserva el viejo servidor de Marte. «Muchachos, dice á los supradichos pedestres que preceden al viajero, ¿queréis buenos cigarrillos? La mejor posada es la del Mellado que está á la vuelta de esa primera calle de la derecha, ¿quién es ese señorón? Los mozos hacen feria en su mercancia y siguen su camino adelante, mientras el militar muda de tono, se pone algo alicado, pero siempre con despejo marcial, y dirigiendo la palabra á los del coche, ó al que sentado muy á su placer en el fornido mulo, camina lentamente, porque el animalito viene algo mohino por el roce de las anchas posaderas de su carga, dice: «Compasivo señor ó señores, ved aquí un triste militar que tiene acribillado el cuerpo de balazos y estocadas, ha hecho morder la tierra á mas de cien *gabachos*, y por toda recompensa se vé hoy sin poder trabajar, espuesto á perecer de hambre si no le socorren las almas piadosas. Si vé que vienen tambien algunas señoras y niños, no omite aquello de «una limosna á este desgraciado militar para que Dios libre vuestros hijos de iguales trabajos;» con otras plegarias por este estilo. Si son personas que salen de la ciudad para empezar su viaje, entonces es otra la conducta que observa y muy distinto el lenguaje. ¿A dónde bueno muchacho? dice al criado regalándole un par de cigarrillos. Cuidado con el camino, que no hay muy buenas noticias. Si allá á la caída de la tarde antes de entrar en el monte se vé un pájaro de mala pluma,

escopeta en mano y plear largo. Oye, buen mozo, en pasando el arroyo muy cerca de la Casa Blanca: te encontrarás un guapeton, que tiene una larga elcatriz en el lado derecho de la cara, y precisamente ha de andar por allí, dile de parte del pobre inválido, que su compadre Curro le aguarda mañana á comer en casa de los suizos. Dirigiéndose luego á los señores, les desea buen viaje con mucha cortesania, asegurándoles queda rogando á Dios los libre de todo tropiezo.

Así pasa este perillan los últimos años de su vida, que principió haciendo algunas malas jugadas en su juventud, por las que para escapar de las manos de la justicia tuvo que sentar plaza. En el servicio se portó muy mal, sufrió varios recargos en castigo de sus deserciones, y al cabo de muchos años pasó á inválidos, donde podria conservarse tranquilo, si no prefiriese esas anchuras, siempre rodando de figon en figon y de taberna en taberna, hasta parar en el hospital donde termina su carrera.

Otro trucha de marca mayor, que tambien pertenece á la cofradia harapienta, en aquel semi-estátua, que clavado en el crucero de dos caminos es una imágen viva del dios Término, chico de cuerpo, regordete, cutis mas tostado que el de un africano, y con un gran parche que le cubre la mitad de la cara, se le descubre gran parte de sus carnes por entre los trapajos destinados á tapparlas. Este pobre algo taciturno reza mucho, pero bajo, y tiene siempre en la mano el mugriento y roto sombrero que presentó á todo viandante para recoger la limosna. Es él nada menos que el último huésped de una vieja venta, que en el año anterior entregó á las llemas una mano desconocida. En el incendio de esta Troya quedó aniquilada toda la hacienda del fugitivo ventero, y perdió el nido en que se abrigaba. Su venta era un punto estratégico para todos los saltadores de la comarca, y de ella partian los oportunos avisos y socorros. A falta de este apoyo el imperturbable ventero les sirve convertido en mendigo de vigia permanente, siempre provisto de noticias del movimiento de tropas y del paso de viajeros. Así sobrelleva su última calamidad, comiendo de lo que le alarga el tímido caminante ó le regalan los *chicos* hasta que les juega una mala pasada, y uno de ellos le quita de un trabuceazo las ganas de comer, ó la justicia instruida de sus nuevos milagros lo sepulta donde no vuelve á ver la cara del sol.

Tambien entre los Mendigos de esta calaña es preciso contar á la viejezucla, boca de sumidero, nariz corba y barba puntiaguada, ojos mas despejados de pestañas que la laza del alcalde de malas verbas que con unas muy remendadas naguas de frisa ó bayeta oscura, y otro cualquiera trapajo por mantilla, ya todos los días desde muy temprano á estorbar el paso en la puerta de la iglesia mas concurrida. Cualquiera que la vea sin otro antecedente con aquel ademan gazmoño y compungido, la creará verdaderamente en necesidad, y un dechado de humildad y devocion. Pues todo es una pura ficcion. Impúdica en su juventud trajo enredados en sus brazos mas mancebos que entre los suyos estrechó jamás la cortesana Taís. Sirvió despues de corredora del oficio; cayó al cabo en manos de la justicia, que la dió el premio merecido, y habiendo habitado mucho tiempo en la casa Pocopan, la llevaron al hospital donde escapó de las garras de la muerte por la singular casualidad de haber cambiado el enfermero las medicinas recetadas por el facultativo. Salió al fin de aquel último mal paso, provista ya de los profundos conocimientos prácticos que, que hoy le sirven para hacer tan bien su negocio. Se puede apostar cualquiera cosa á que tiene comidas entre los remiendos de su corpiño algunas monedillas de oro, ahorros no solo de la limosna abundante que recoge, sino de ciertas inteligencias. El día lo pasa como he dicho, y por la noche tiene se-

gura acogida en casa de alguno de sus antiguos conocimientos. En varias partes le guardan la comida, y por este medio despues del pequeño gasto ordinario de los dos cuartos de tabaco de polvo, y su traguillo del tinto, la moneda que llega á sus manos, no vuelve á salir de ellas sino en el caso de una reduccion indispensable.

Nuestra vieja no está ociosa á la puerta de la iglesia. Entabla conversacion con otra compañera, que la sirve para adquirir ciertas noticias interesantes. Allí sabe que la hija del comerciante rico que está para casarse con el hijo del oidor, ha estado conversando toda la noche anterior con un jóven capitán del provincial, y al punto parte con la ligereza que puede á instruir del caso al futuro, que premia generosamente un aviso tan oportuno. Lleva billetes del estudiantuelo á Clarita, la hija del abogado, y recoge la contestacion de mano de esta cuando pasa por junto al entrar en la iglesia con su madre. Da por este orden otros avisos á personas de ambos sexos, y se vé que no ha olvidado sus buenas mañas, aunque las ejerce con menos riesgo. En esta útil y honrosa tarea concluye sus dias al abrigo del pordiosero.

No son siempre las clases sujetas de la sociedad las que conducen á esta mendicidad voluntaria. También descienden á ella muchos individuos, que nacieron en una esfera superior, y se han criado en finos pañales, como suele decirse. Todo el que se crió al abrigo de la abundancia sin haber aprendido á ganar su subsistencia con el sudor de su frente, y por casos inesperados viene á la mendiguez, si está exento de vicios es un pobre vergonzante al cabo de sus dias, y si se ha entregado á la crápula, rozándose con otros mas amaestrados en la gaudalla, principia por petardista importuno, y termina pidiendo limosna pública y descaradamente. En una palabra, es un Mendigo en forma, aunque no muy instruido, ó poco observante de todas las prácticas de este, pues alguna vez deja traslucir su procedencia mostrándose orgulloso y altanero. En esta seccion pauperina, ó llámese cámara alta, toman asiento el mercader fallido que todo lo perdió en el juego, y nunca volvió á levantar cabeza, el artesano bebedor, la modista despillarrada y gastadora, el procurador que se entrega cuotidianamente á rendir culto al dios Baco y otros de este jaez.

Por último, el Mendigo por excelencia, el prototipo de todos los Mendigos, el decano de la hermandad, fiel observador, y guardian de sus ordenanzas, es el hijo de Mendigo ó educado por este desde pequeño; personaje de que tanto han hablado todos nuestros antiguos escritores de costumbres, y de cuya vida y sucesos leemos tan chistosas descripciones en *Guzman de Alfarache*, *Gil Blas*, *Quevedo* y sobre todo en las obras del inmortal Cervantes. Sujeto á una minuciosa ordenanza, que ahora llamaríamos reglamento, la observa religiosamente porque sabe por las lecciones que le ha dado su práctico é inteligente maestro en el arte, que en ella ó él están recogidas las máximas mas conducentes al buen desempeño de su profesion como que son el producto de una larga experiencia. Por eso sabe distinguir los casos y circunstancias. Su traje siempre es el mismo, aunque varíe algo el color, porque utilizan toda la ropa vieja que recogen, y la que les sobra la venden á los traperos y roperos de viejo. Cualquiera que sea el centro del vestido, que es de regla está sucio y roto, la capa ha de ser muy remendada y llena de girones, y el sombrero por el mismo estilo. En la mano lleva siempre un fornido baston ó garrote, que les sirve para defenderse de los perros, porque estos animales están en guerra abierta con los Mendigos. Tienen perfectamente distribuido el tiempo, y saben á punto fijo en que lugar y en que hora han de presentarse cada día, y el tono con que han de pedir la limosna, con distincion de

frases segun la condicion, sexo y edad de las personas, cuando conviene mostrarse serios y taciturnos, cuando han de esforzar el clamoreo, y cuando han de insistir en la peticion hasta llegar á ser algo importunos, pero nunca del todo molesto, con arreglo á la exacta observancia del precepto «pobre porfiado saca mendrugo.»

En resumen, este Mendigo es el filósofo que ha pasado su vida entera absolutamente libre de todas las obligaciones sociales, y cuya vida envidiarían muchos si la conociesen á fondo, tiene á veces su compañera con la que vive en un continuado contubernio. Si esta le da hijos, lejos de servirle de carga onerosa le facilitan nuevos medios de recoger mucha limosna, por la mayor compasion que excita, los educa segun sus máximas, y les deja en herencia sus prácticas y sus consejos que son bienes inagotables. Los que no tienen hijos suelen recoger algun huerfanillo que instruyen en los propios términos, reportando de este trabajo la misma utilidad.

Como una de sus máximas favoritas es que lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su amo, gasta cuanto recoge en sus gustos y placeres, sin pensar en lo pasado, ni en lo futuro, puesta la vista solo en lo presente. Nunca se mete en vidas ajenas, aunque se instruye con exactitud de todo lo que ocurre en la poblacion mientras reside en ella. Disfruta de todo lo bueno con mas sosiego que el poderoso, se le ve en todas las solemnidades públicas, en las iglesias y procesiones, en las puertas de los palacios y en los teatros y paseos. Recorre las calles y pide de casa en casa. Como va seguro por do quiera, y se halla instruido de los usos provinciales, es un verdadero trahumante, que baja de Castilla á Andalucía, ó viceversa, para aprovechar las buenas yerbas y los mejores temporales. Así es que tan pronto se le ve siendo frio espectador de un cambio político en la capital, como en la reducida aldea. Durante la estacion en que se recolectan los frutos. Por conclusion nuestro Mendigo, dice muy bien Espronceda, que es como el aire libre, y que existe feliz al abrigo de su cinismo práctico.

Ya tienes lector, amigo, retratado el verdadero Mendigo español, que premeditadamente se ha entregado al pordiosero. Parecia que recogido este lindo pájaro en el Hospicio experimentalia alguna metamorfosis; mas hasta el presente no ha sucedido así, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho estos últimos años, y de los nuevos establecimientos de beneficencia que se han abierto en algunas ciudades, no han correspondido los resultados á las esperanzas, mostrándose siempre recalitrante este Mendigo en sus inveterados hábitos, lo que tal vez pueda consistir en la imperfeccion de los reglamentos, pues como excepcion digna de imitarse estamos viendo y observando en esta corte todo lo contrario.

El *Asilo de Mendicidad de San Bernardino* creado en virtud de real orden de 3 de agosto de 1834, y que tan perfectamente ha sabido describir el autor de las Escenas Matritenses, con la soltura y gallardia de su estilo, es un modelo de perfeccion, que debe seguirse en todos los establecimientos de su clase, y por eso se ha conseguido realizar el pensamiento filantrópico que presidió á su creacion. El sábio y virtuoso patriota D. Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, último corregidor de Madrid, supo con su activo celo allanar todas las dificultades auxiliado por la junta de caridad, y por la cristiana compasion del vecindario, quedando los Mendigos dentro del asilo el 40 de setiembre del mismo año, momento feliz en que se vió esta capital libre de esta inmundicia que la afeaba.

«El establecimiento, dice el autor citado, admite todas las personas que se presentan voluntariamente y recoge todos los Mendigos á quienes se encuentran

pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellos que llevan siete años de residencia en Madrid y los niños de 6 á 8 de edad. Si no tuviesen estas circunstancias, se les considera como forasteros, y después de socorridos se les entrega su pasaporte para los pueblos de su naturaleza.



El Mendigo.

Contemplo que no conduce directamente á mi propósito entrar aquí en mas menudos detalles para comprobar el buen órden que reina en el establecimiento, y el bien combinado sistema de ejercicios, penas y recompensas, que como observamos diariamente está produciendo los mas ventajosos resultados. Lo cierto es que en la actualidad el pobre de San Bernardino es laborioso y bien morigerado, y se vé convertido en un sér útil á la sociedad, que le protege en cuanto se lo permiten sus fuerzas, y muchos de ellos solo recuerdan los años pasados en la mendicidad vagabunda, para dar gracias á Dios que les libró de los peligros que les rodeaba y bendecir á sus protectores.

JOSÉ MARIA TENORIO.

EL PRESIDARIO.

De estar en presidio á ser Presidiario hay casi tanta distancia como de hacer versos á ser poeta, ó de ponerse á escribir á ser escritor; y á fé que ahora conozco la fuerza del dicho, aunque vulgar, « toda comparación es odiosa » y casi me arrepiento de la ocurrencia por lo que puede afectarme. Quería decir solo

TOMO I.

que me parece muy conveniente por dicha razon, separar el primitivo del derivado, y bosquejar ligeramente aquel en su régimen interior, para hacerlo despues sin embarazo con el particular de este. Júzgase comunmente que el presidio es un lugar de correccion y castigo; pero es un juicio temerario como otros muchos, que ya no llaman la atencion en estos malladados tiempos. Que debiera serlo, con facilidad se entiende; y que está mandado cuanto cumple á este propósito (aunque sin asignar fondos) téngase por seguro. Mas como del dicho al hecho hay un gran trecho, y en especial cuando faltan esos conductores por donde la fuerza motriz ha de comunicar su impulso, no parecerá cosa extraña que despues de diez años de antigüedad, tengamos hoy á la órden sin destino ni aplicacion, ó entre el número de *cesantes*, que digamos, y gran parte lo son por el mismo idéntico motivo.

Los presidios en el dia se hallan planteados bajo el pié militar, aunque sin perder su carácter de civiles; y si la cosa es un poco difícil de comprender, reservamos su explicacion á los autores sobre la materia, pero creyendo con ellos haber aclarado mucho la cuestion si decimos que son militares en la *forma* y civiles en la *esencia*. Ello es que están presididos por un comandante á cuyas órdenes mandan tambien, el mayor, los capataces, cabos de vara, rancheros y cuartereros, con algunos otros fuera de escala; y que se distribuyen los individuos en escuadras y brigadas con su correspondiente vanguardia y retaguardia, ó sean clases y secciones de *jóvenes presidiarios* y *notados de infamia*: esto sin contar con las oficinas y dependencias que no tan directamente se rozan con los sentenciados.

Hay ademas otra escala privada entre aquellas dos clases de rematados tan cautamente divididas del resto, la cual recorren por sí mismos pudiéndose afirmar que entran en la primera como aspirantes ó meritorios, y van ascendiendo con mas ó menos lentitud segun la disposicion del agraciado. Baste lo dicho, y parece inútil advertir que en ambas se trata de merecer, y cada cual en la propia se esfuerza por cumplir su obligacion: veremos quienes con mas acierto. Por ahora, dejemos á unos y á otros aguardando la llegada de un nuevo alumno, y vamos á acompañarle desde su salida de la cárcel, que mucho lo agradecerá.

Desde luego y al partir á su destino, la sociedad cuida de arreglarle una patente en forma ó bien hoja de servicios con todos los requisitos apetecibles. En vano es ya que oculte su rostro encendido por la vergüenza, y en vano tambien que con hipócrita conducta mienta al meaos virtudes en donde aprendan los que le miran, porque allí va muy menudamente consignado cuanto se necesita para comprender su nombre, patria, familia, profesion y hazañas: es ademas condicion indispensable que el gefe del establecimiento á donde se dirige, haya de añadir su *visto bueno* ó perfectamente visto, que por consecuencia se celen y escriban sus acciones con los premios ó castigos que le ocasionan; por tanto, no queda otro medio sino despojarse de inútiles preocupaciones, y sostener con firmeza su blason.

Los parientes, los amigos ó las relaciones de cualquier género, concurren por otro lado á una tristísima y agorera despedida, en donde los sollozos se mezclan con las exortaciones, y los regalos con los consuelos: todas las impresiones del corazon abren paso á la ternura y se borran ó enmudecen á su presencia; no se ve al criminal sino al desgraciado; no se lamenta el delito sino el excesivo rigor de la pena: una separacion dolorosa y larga, una série interminable de padecimientos para el objeto querido, esta es la sola idea presente que absorbe y oculta á las demas. Todo ello conspira tambien á que el rematado vuelva

Sobre sí, á que se juzgue con blandura, á que se contemple ofendido y destierre de su espíritu toda inclinación modesta. Con tal preparación y su sombrero calañés sobre la oreja, su chaqueta de alamares, chaleco de terciopelo y bombacho pardo sembrados de filigranda botonadura, ancha faja de sarga carmesi, botín abierto y el pañuelo de seda atado en la rodilla, marcha el Presidiario tan airoso y gentil, que le codician las mujeres y los hombres le envidian cuando al pasar exclaman: «¡lástima de mozo.»

Durante su tránsito ningún incidente interrumpe el curso de sus reflexiones, porque la novedad de los compañeros y la inmediata vigilancia de los soldados apenas le permiten una ligera distracción. Calcula cuanto importa al hombre presentarse con arrogancia y adquirir superioridad en el círculo que le rodea, sea cualquiera su rango y categoría; y bien resuelto en su plan de entrada asea el traje y pule la persona como conviene á un Presidiario aristócrata, guardando no obstante el fruto de sus ahorros en lo mas recóndito de su vestido.

Llegado en fin al término de su viaje, inmediatamente se apodera de él la escala ó línea de empleados que representa á la sociedad, ó mas bien la sirve; en lo cual lleva sin disputa una conocida ventaja á su contraria; pues sabido es que en punto á lucha, quien da primero da dos veces; y en materia de educación las primeras impresiones son difíciles de borrar. Pero desde luego tambien se encuentra un tanto embarazado su jefe, en aquello de investigar la índole, oficio é inclinación del presentado, para aplicarle á un trabajo análogo y conforme á sus circunstancias: porque dado que el establecimiento, gracias á la Providencia, tenga algun taller ó cosa equivalente donde hacer efectiva la disposición legal, alcanza á saber que el mozo en cuanto á instrucción, posee medianamente el *caló*; respecto de oficio, no ha aprendido otro que hacer suertes de manos y escamotear las monedas del prójimo, pasándolas como por ensalmo del bolsillo ajeno al propio, para lo cual, como suele decirse, le da el naipe que es una maravilla: finalmente, su inclinación única y exclusiva en materia de ocupaciones, es jugar al *cané* ó á la *chapa*, y para esto tambien se pinta solo.

Con semejantes elementos, no sabe muy bien el director á cual de los oficios le destinará con mas fruto; y si ninguno existe en sus dominios, ahorra el devanarse los sesos para acertar en la elección. Solo sí, repara que en el breve rato que ha tenido al inocente en su presencia, le ha faltado un boton de brillantes que acostumbra traer en la pechera; por cuya marcada muestra de afición, no debiera vacilar en aplicarle á diamantista; pero cabalmente ese gremio no ha cundido todavia hasta el fondo de los presidios. Queda pues resuelto suspender por de pronto la determinación, dejándole continuar en el depósito hasta que vuelva del campo la brigada á que le asigna, y se haga de él entrega formal á quien corresponda.

Por último, como no hay plazo que no se cumpla, llega el momento de bajarle á la *cuadra* y ponerle en manos de otros directores mas hábiles ó mas afortunados. En aquel instante empiezan á desprenderse lentamente sus doradas ilusiones, á vista de un recinto negro y desmantelado donde tienen su asiento toda clase de hálitos impuros, dañinos insectos y asquerosos reptiles; donde la luz del día apenas llega desdenosa al húmedo pavimento, y se quiebra á la altura de las ventanas cruzadas y casi cubiertas de enormes barras, que pugnan por impedir la entrada á sus rayos mas compasivos; donde acuden, en fin, sollicitas todo género de mortificaciones, y destierran la suave impresión del consuelo y de la esperanza.

Los festivos habitadores de aquella mansion, contemplante de hito en hito con cierta sonrisa indefinible; mas á presencia de la autoridad, disimulan su

pensamiento. Queda instalado el nuevo huésped sin contemplación á unas ni otras composiciones de lugar, y el encargado se retira con aquella para traerle el uniforme de la casa. En este breve intervalo va á ensayar su primer lección el ilustre claustro.

Apénas se miran solos cuando la turba le cerca en derredor, espantando la maligna expresión de sus fisonomías mucho mas que pudieran sus insultos y amenazas, porque es la expresión del placer que están saboreando al atormentarle; y un formidable jayán á quien los demas respetan, sentándole pesadamente la mano sobre la nuca le dice con sardónica intención.

—Vamos, *changüi*, que por lo campechano le advino que nos va á pagar buena patente.

—Como que huele á rumbo y bien servio; añade otro aproximando atrevidamente la cara, y apartándole atras su sombrero.

—Y muy hombre, prosigue un tercero, pá no quedar mal en cualquier apuro.

—Los *gálleri* y la ocasión, no hay que dejarlos *pirar*: se oye decir en tanto que el círculo se estrecha en términos de sofocarle.

—Métele mano, *gaché*, grita una voz, que el *chirós* es de *Otebel*, y como le *diña* le *ustaba*.

Diciendo así el instigador, zambulle la suya hasta el fondo del bolsillo que hacía su lado se encuentra: la misma acción se practica en el contrario, y dada la primer embestida agólpanse los restantes, le desnudan en un abrir y cerrar de ojos, y le registran mas allá que buenamente se requiere hasta dar con el miserable tesoro, objeto de sus cuidados. Obtenido, se retiran los ojeadores al ángulo de la estancia, donde agrupados con alegre gesto y satisfecha inquietud, lo cuentan y repasan. El infeliz despojado durante la operación se alia lo mejor que puede, bien resuelto á no dejar traslucir siquiera un sintoma de aquel desorden: pero abatido y pálido, acierta apenas con lo mismo que afanosamente quiere. Obsérvale uno de los explotadores, y dirigiéndose al cacique le dice:

—Señor Remiega, unas estopas al *chaval* que se le *piretan* los *bucú* *najando*.

—No hay cuidado, mocito, acude entonces el caporal; tómi gente es de calía, y aquí se respeta á la persona: esto es una broma; los *jaté* se gastan á su salud, y usted será tambien de la compañía, que yo le convindo.

Con esta cariñosa arenga vuelve un poco del susto el amedrentado paciente, quien dando gracias y haciendo de la necesidad virtud, responde en afable tono:

—Nunca mejor empleado.

—Que viva el garbo, gritan los demas. Uno entre ellos añade:

—Y pá que sea el *quelar* completo, yo *poquínelo* el resto. Ea, caballeros, se vá á *avinar* una chaqueta muy *varil*, que *siñela* *luché*. ¿Quién la puja?

—Un *choraló* si quieres, y te *diñelo* mas que *amola*.

—¿Quién *chivela* *buter*?

—Uno y medio. —Un *quelatí* encima. —Veinte *calés* mas y al avio; proponen sucesivamente los licitadores, y no habiendo mejor postura, el vendedor la adjudica al último.

—Un *batune* de vuelta de grana, ¿quién le *camela*?

—Cinco *chinorri* y es mio: responde con áspera voz un mal-encarado, que ha permanecido silencioso hasta allí. —Mas me cuesta, señor compadre; pero por ser á usted.... andando. —Todavía no sabes lo que te cuesta; y sobre tó, cuenta errá no es cuenta; y si vade mas se pagará.

Así se precorran y venden una tras otras, todas las prendas del recién venido, que atónito y pasmado escuchaba lo que dicen sin acertar á qué alude; y finalizada la almoneda llegase cortesmente el rematante al

poseedor, y le declara su intencion con esta breve, pero expresiva fórmula.

— Caballero; ya usted ve que estoy en compromiso; conque, á cada uno lo suyo, y sino en el patio no hace polvo.

Todas las miradas juntas cargan entónces sobre su interlocutor, permaneciendo fijas en él y pendientes de su respuesta. El forastero recorre los semblantes, y crece su asombro al observarlos impassibles: para ellos el lance nada tiene de singular ni extraño; ántes bien la cosa se ha hecho conforme á costumbre y sana razon entre hombres de buena ley, y nadie queda ofendido. Mas sin embargo, parecele que el ma yoral tan compasivo ántes, no mirará indiferente su cuita; y aventurando en él su confianza le dice:

— No lo siento por mí, sino por las manos que me lo dieron.

— Si te falta herramienta, replica aquel por toda contestacion, aquí está la mia. — Es que.... — Y si no te cuadra, cualquiera te prestará la que escojas. — No la manejo bastante para.... — Pues entónces, corazón de alfenique, has perdido la justicia.

Esta bella leccion de moral le queda profundamente grabada en la memoria. Ya empieza á entrever que en su nuevo estado no sirve el andarse por las ramas, sino que es preciso elegir en la forzosa alternativa de echar á un lado temores y reparos cuando llegue la ocasion, ó sufrir de lo contrario humillaciones y vejámenes sin cuento. A pesar de toda la repugnancia que siente hácia los grandes crímenes, le impide arrojarse al primer extremo. Tal vez aquello es práctica arraigada; tal vez será distinto el rumbo de su conducta sucesiva, puesto que aun entónces han guardado cierta sombra de equidad constituyéndole en árbitro de su suerte: pero la duda solo es por extremo aflictiva.

El erugido de la puerta que se abre detiene el curso de estas reflexiones; el cabo se ofrece de nuevo á su vista trayendo el luto á su perdida libertad: un grillo pendiente de su gruesa cadena y sujeto al pié á fuerza de mazo, viene á sellar su desdicha. Ya no es lícito quebrantarle, ni queda otro medio que la resignacion á dormir sobre el duro tablado para amanecer un verdadero Presidiario en traje y en ideas: la metamorfosis es cruel.

Apénas asoma dudosa la luz del alba, siempre eclipsada y fúnebre en aquella mansion, cuando la señal de despertar le anuncia que ha cesado por entónces de perseguir al sueño. Levántase como le ordenan, para salir con la brigada al patio en donde le obligan á bañar el rostro con las limpias aguas de la fuente, y con su propio llanto que las enturbia.

Armado sin dilacion de una piqueta, sale del recinto á ensayar el quebrantado cuerpo en las labores que le preparan. ¡Cuan melancólica es la belleza de los campos, y cuán adusto el brillo del sol! Marchando va al compasado rumor de los hierros, y computando la duracion de su destino. ¿Qué hacer para soportar aquella enojosa vida?... sobreponerse á la fortuna; arrancar del oprimido pecho toda sensacion delicada; sustituir la estrepitosa algazara de la orgía á la অপাৰible conformidad del arrepentimiento, y á su tranquilo sueño el letargo de los licores: parodiar la arrebatada felicidad cualesquiera que sean los medios para alcanzarla: en fin, como los otros; este es su sino.

Embebido en tales pensamientos llega al cabo de su jornada: páranse los conductores y reparten el trabajo. Pero su trémulo brazo no rompe muchas veces la superficie de la tierra, sin que otro mas descansado y seguro, descargue rudamente seis palos en su agoviada cintura, que resuenan como otras tantas injurias en lo íntimo de su corazón. Allí está segunda vez el hombre social: el hombre que si bien elevado del seno de un presidio, á entrado ya á representar la vindicta pública, y encargarse de la correccion del de-

lincente. «Trabaja con mas brio, holgazan», es la suave amonestacion que acompaña al dolor de los golpes: sin embargo, la generalidad fuma en aquel momento, ó conversa entretenidamente con las desenvueltas mozas que acuden á llevar el desayuno á sus parejas: mas la generalidad está formada de sus antiguos compañeros.



El Presidiario.

Poco despues los alegres cantos de la multitud arreglados al sordo choque de la hazada, miden á espacios el transcurso de las horas, y dan lugar á la de reposo. El rancho se prepara: cada cual consume en breve la frugal racion que le corresponde; quien la ameniza con frecuentes libaciones si el estado de su haber le permite costearlas, y quien brinda al mas cercano á participar de su bota: todo es contento y animacion, siendo imposible distinguir la sombra de un castigo á través de las carenjadas y retozos de los castigados. Concluida la comida vuélvese á emprender el trabajo con sosiego hasta que el sol empieza á declinar: entónces se suspende, y cargado el Presidiario con su apero, arrastra la cadena hácia la bóveda por el mismo surco que trazó á su venida.

Allí vuelve á tomarle por su cuenta la gente del bronco: cuya clase bien meditado cuanto ha visto, le parece aun menos injusta, y mucho mas imponente y vigorosa que su antagonista.

Pasada la requisa de costumbre y abandonados á sí mismos los Presidiarios en el encierro, tratan de llevar á efecto la proyectada funcion. El Sr. Reniega saca de debajo del tablado un formidable pellejo henchido hasta mas no poder; un solemne frasco de aguar-

diente le acompaña, y varios asados y fritos en seco completan su comitiva. Como ni cuando se ha introducido todo aquello, nadie lo sabe; lo interesante y lo cierto es que se encuentra en el pabellón: y que sin cumplidos ni ceremonias toma cada uno la parte de terreno que necesita, para sentarse en derredor sobre los ladrillos, con las piernas tendidas ó encorvadas según mas le place.

Reunidos así en amistoso círculo, el zaque bien repleto, descubiertas las provisiones cuyo grato olor convoca al apetito, y adornado al centro de aquel espacio que suple á la mesa redonda, si no con un gracioso ramillete al menos con la baraja y la taba que mucho mas cautivan la afición, comienza un misterioso y animado festín, donde cada cual repasa con entera propiedad *entre cuero y carne* los asuntos reservados de la cofradía. Una rebanada de pan, y una navaja substituyen cómodamente á la mas opulenta servidumbre; el mosto á los platos de intermedio, y la buena disposición á todos los esmerados preparativos de un entonado banquete.

— Vaya otra ronda Paóorro; que esta vida trabajosa á tragos se ha de pasar.

— Allá va, señor Reniega, acude prontamente el invocado, tirando con la bota una visual á la bóveda del aposento; porque *sicobe* su paternida *sigó* de esta maldecia *estaripe*.

— No tardaré mucho con la ayuda de mi patron el Cristo de la Agonía y de la Garbosa, que su divina magestá conserve para bien de los probes presos. Corra la gracia é Dios.

— A que no se olvide su mercé del que pena; dice el segundo despues de reforzar el pulmon con el lastre de Baco.

— No hay que *tenelar* *duca* llegue yo á *sicobár*, y luego *birjindelen* *corretos*; que os puedo *chivar* mejor que el *poré* *quero*. Sobre tó el que sea *mamis* que se *pirel* *connigo*.

— A que no haya tropiezo, compae Reniega.

— Y si le hay se le *moja* ¿pa que tengo la *sueti* de buena *arate*?

— A la salud de ustedes; brinda el recién venido á su turno.

— *Chivato*, le dice el principal, aquí se mira y se calla, y se olvida lo que se vé: vaya el trago porque *hagas* tú méritos pa entrar en la *bermaná*.

Con estos interesantes coloquios se vá dando fin al rancho de convite; y terminado, sin alzar manteles como se adivina ni cubrirlos con el tapete, se cruza un cané entre el humo de los cigarros y los vapores del vino que á menudo presenta quien mas á mano le tiene, diciendo *acamará, lámpara sin unto mal alumbrá*. Nuestro héroe también despliega allí su habilidad armado con el dinero que generosamente le prestan sus allegados, porque en tales reuniones con la misma buena fé se dá y se quita, y á poco rato se alza con todo el caudal desparramado en aquel recinto, salva la parte cedida á un resuelto jaque que en ronco tono le dice; *«caballero, aquí cobro yo el barato.»*

No tardan en hacer su efecto el gas que despiden aquellas ambulantes bodegas, y el soporífero calor que aúdan los mizmas del tabaco; y como todo lo que es neblina ó boira ataca directamente al cerebro, los de aquella amable tertulia se sienten progresivamente turbados y desvanecidos. En tal caso ya, empiezan los habbucientes desatinos, las risas y desconcertados planes de pasatiempo. Cantares líbricos, descompuestas danzas donde no se echa de ver la falta de las hermosas ni el peso de las cadenas, lascivos remedos, posturas livianas, dichos repugnantes y torpezas sin medida, mézclanse allí en informe conjunto; y el ruido y el polvo concurren á hacer insoportable aquel desórden. Los licores encienden al desco, y la fatiga torna á llamar á los licores; la confusion se aumenta,

el apetito se aviva y toda aquella baraunda viene á parar en escenas mas dignas de lamentarse que de referirse.

Desmanes son estos, que al principio espantan al recién llegado, pero con su repetición insensiblemente le ofuscan, le entretienen, le aficionan y le dominan. Sin embargo, pasando dias y viniendo dias antes de llegar á tan miserable estremo, una chispa de nobleza que abriga en su alma, y otra buena dósis de temor al castigo, le deciden á dar con gran sigilo un paso que contempla muy meritorio; esto es, á descubrir cuanto sabe, vengando al propio tiempo la reciente injuria. Hé aquí nuevamente al condenado que se arroja en brazos de la sociedad. Esta, ó el director de su parte, le acoge con dulzura, agradece su revelación, y conociendo que la recompensa es el mayor estímulo en las acciones de la vida, se la prepara tal que venga al servicio prestado como anillo al dedo; porque medita hacerle cabo de vara, ó sea inmediato celador de costumbres.

Así arreglado, y tomadas las precauciones oportunas, bajase bonitamente una noche con su patrulla, y sorprende á los *ternes in fraganti*, baraja en mano bebiendo y picardeando á mas y mejor. Enviales al cepo sin ruego y con mordaza, depona el cabo por ocultador, y confiere su encargo á nuestro hombre.

Una semana entera transcurre sin novedad que de contar sea; los castigados en su arresto, y el delator en el pleno goce de sus derechos, aunque sin tener donde ejercitarlos. Al cabo de ella, vuelven las cosas á su estado normal, y los penitentes entran en la bóveda jurando vengar la mala accion; sin embargo falta saber quien haya sido el autor, y nuestro cabo se halla bien tranquilo sobre el secreto.

Parten los Presidarios á su trabajo y observan al nuevo nombrado; murmuran entre sí y dejan llegar la noche. No es facil descargar sus iras en la primera, porque el jefe de sala duerme separado y encerrado en una partija de ella, para husmear sin riesgo lo que en la misma sucede: pero en cambio se reúnen en nocturno conciliábulo para fallar de la suerte del reo.

Siéntanse con gravedad sobre sus piernas encima del tablado, formando imponente semicírculo que corona el principal: cada uno tira de su disforme navaja, pica de un puro y arrolla un corpulento cigarro apretando con el filo el borde del papel que ha de ser interior: el presidente echa yescas, enciende y reparte lumbre á los demás: brilla el fuego sacro en las bocas de los jueces; el humo del incienso se levanta en densa nube, y la consulta empieza.

— ¿Qué pena merece el *chota*? pregunta el principal contono severo.

— La de un traidor responde el mas inmediato.

— *Pintarle un jabeque* que se le rezume la *ochi*. — *Endiñarle una de curripenes* que diga soledá: proponen por su turno los siguientes.

— Señores, no hay que precipitarse; tóo lo icho tiene compromiso, y el que *se berrea* por primera vez, no merece tanto.

— Pues entónces, una *cherga*. — Una rueda al moscardón; se oye en la banda opuesta.

— Eso ya *sinéla* poco y de *chungá*, repone el Cacique con importancia; vaya otro *bámbano* y se pensará mejor.

Hácenle en efecto, y sigue el debate con la propia moderación y cordura; deliriendo siempre los opinantes al dictámen del que una vez supo hacerse lugar y erigirse en jefe. Por último, queda acordado como suficiente castigo, que sufra tres carreras de baquetas, media hora de suspension por los pies, y la pérdida del destino.

— ¿Y quién es el *chota* vuelve á interrogar el presidente, que no han de *poquinar* los que no *deviáran*?

— El *chibato*, responden en coro diferentes voces. — ¿Que pruebas teneis?

—No hay mas que ver *sino quererle baró sin contar* con la cuadrilla.

—Y á mas que no ha *chalo* con nosotros: en él la *bruja*. —Ni con nosotros, ni con nosotros; repiten algunos miembros de las diferentes secciones de penitencia.

—Es verdá; está convito; pronuncia entónces el presidente, y el fallo queda irrevocable.

Entran luego en la eleccion de dia y hora, puesto que no son muchas las ocasiones de ejecutarlo: y señalan el primer domingo despues de la misa, encomendándose en ella de todo corazón á su protectora la Concepcion purísima, á fin de que interceda porque baste el escarnimiento y no les frustre con una nueva delecacion su plan de fuga; mas proponiendo firmemente matarle, si de otro modo acaciere. Arreglado ya, abandónanse tranquilos en brazos del sueño, y dejan correr serenamente el resto de la semana.

La festividad llega; el sacrificio se atiende con mayor devocion que de costumbre, y concluido los rematados vuelven á su calabozo donde se preparan aguardando á la victima. Entra el agraciado bien ageno de la suerte que le espera, y en el acto se ve cercado por aquella turba infernal como el dia de su instalacion; mas ahora un silencio aterrador acompaña á sus acciones: sus ojos centellantes indican bien la ferocidad que les anima; la tirantex de sus facciones revela al desdichado la verdad de un cuadro tan espantoso; la rudeza de los ademanes, responde á la del sentimiento; ja convulsion de sus manos traslada la agitacion de los espiritus, y el castañeteo de sus dientes la rabia y furor que les impelen hácia su presa. Ligan dolorosamente sus miembros con las ocultas fajas, tiéndenle boca abajo en el frio suelo, y haciendo en su espalda violento apoyo, saltan del uno al otro lado con el peso de los grillos y cadenas que agudamente se clavan al empuje. En vano implora compasion; tres veces repite y apura el incansable tropel su meditada venganza, dejándolo exánime y moribundo sobre su rostro. «Alto yá, grita con fuerza una imperiosa voz, el hombre no puede mas, y el resto se le perdona.» Dóciles al mandato los atormentadores, deshacen las ligaduras, y le ayudan á ponerse en pié diciéndole: «otra vez será otra cosa.»

Este rasgo de generosidad en medio de aquella barbarie hasta cierto punto merecida, afectan en gran manera al mancebo, quien lloroso y arrepentido se propone guardarles mas consecuencia y promete cuanto le exigen. Lo primero es que deje el mando; pero mas entendidos que el director, convienen en que la dimision se haga de un modo aparentemente forzado: lo cual es sencillo denunciándose á aquel gefe un estudiado descuido de cualquier género. Pero el azar presenta coyuntura mas cercana y favorable que ellos pudieran discurrir. Y es el caso que á poco tiempo estando con los presidiarios en su cuartel, se le acerca un sugeto de buen esterior, y llamándole aparte, le dice á media voz algunas palabras.

—Reniega, grita el incauto; el *Erai* dice que el domingo pasado le *nicabaron* el reló en misa: y si lo quereis volver, lo *poquinela* por entero.

—Mucho que sí, le responde el nombrado acercándose y moderando el tono; que tambien se ha de tener su aquel con la gente de cortesía: ya sabes en casa de Chispas; enviale recado que diga *quien estuvo la semana pasá de iglesias*; y ese señor que vuelva por él mañana.

Se olvidó de calcular el bueno del ascendido, que tales asuntos no son para tratados con semejante publicidad; que uno de los capataces ó vigías de conducidas con arreglo á ordenanza, ha podido oír y oido en efecto la propuesta, que amestrado en la práctica se ha hecho cargo mas que conviniera de su contenido; y en fin, que yendo con el soplo al director de la casa, se encuentra degradado cuando menos lo piensa,

con la adiccion de un mes de cepo, y nota en su relacion de méritos.

Entónces vuelve de lleno á la masa de donde salió; entra á participar de su confianza y costumbres, y se forma el Presidiario en toda la estension de la palabra.

Empieza por adoptar su divisa, grabando con pólvora en el morcillo del brazo la imágen de la *Soledad* para escribir luego debajo el nombre de su querida: perfeccionarse con prontitud en el idioma y esgrima, ó sea manejo del arma, y no tarda en familiarizarse con sus desordenados entretenimientos é identificarse en un todo con sus ideas. Para él, es en breve cosa corriente encaramarse á la bóveda del calabozo escalando sus muros, ó descolgarse fácilmente por un cordel; y aun hecho trasgo, se introduce por los apretados hierros de una ventana, ó se arroja de su altura sin otro auxilio que un arma punzante clavada en la muralla, ó un peligroso salto. Conoce con perfeccion el arte de fingirse tullido hasta el punto de que por tal le declare el mismo Proto-medicato; de levantarse una forzada calentura y de abrirse una llaga cuando el caso lo requiere. Ninguna repugnancia siente en horadarse la piel, para convertir en saco de noche lo que es tonel de dia, encerrando allí su dinero y sus prendas mas preciosas: ó bien á las veces para ocultar la prohibida navaja en aquel raro estuche ya que no en algun otro parage de su cuerpo que la previsora naturaleza haya indicado como á propósito. Hombre de ingenio y de excelentes disposiciones físicas, cultivadas por el ejercicio y adiestradas por la necesidad, llega á aventajar á sus propios maestros en las habilidades que le enseñan, mereciendo repetidas veces en cada uno de los ramos, los honores de invencion. Cómodamente lima sus grillos con un cacho de teja ó loza, ó saca de ellos entrambos piés dejándolos intactos: funde llaves adoptadas con la mayor exactitud á cerraduras que no ve, sin mas elementos que el hueco entre dos ladrillos por molde, un pedazo de tocino para encender fuegos, y otros de su camisa por todo combustible. Agujerea las paredes y los suelos con la ayuda de sus uñas, ó cuando mucho de su navaja, y aunque no cuida gran cosa de aprender á escribir, hace grandes adelantos en el secreto de borrar letras para falsear un pasaporte ó licencia de salida.

Entónces ya se le declara digno miembro de la corporacion, y apto para figurar en un golpe de mano ó acaso para dirigirlo. Solo un requisito le falta, aunque accesorio indispensable al Presidiario de buena raza: y es la sombra de una beldad á quien tributar sus glorias y de quien recibir cariñosas atenciones. La adquisicion no es difícil, y la monotonía del encierro aguija el ansia de su logro. Verdad es que no conoce otras á donde encaminar sus flechazos y chicolos, sino las propias que diariamente acuden á ver ó cuidar á sus respectivos cuyos: pero como esto no sea hoy un grande obstáculo aun interviniendo legitimo matrimonio, decídese por fin á dirigir una carta explicando su atrevido pensamiento, que termina con esta sentida y amorosa posdata:

Tres veces cogí la pluma,
Tres veces cogí el tintero,
Tres veces se me cayó
El corazón en el suelo.

De tan suave manera *se calza* á poco tiempo con una descocada y mal agradecida Nereida, que sin piedad abandona á su primer *gachon*, (puesto que las circunstancias la impiden *hacer cara* á los dos mancomadamente) y acepta y paga sus tiernos suspiros.

Tal conducta á vista y ciencia del acusativo, que digamos en aquella oracion, tal desacato en sus barbas, como no puede menos de ser, trae sin remedio

á su espalda las consecuencias que buenamente se dejan presumir. El despreciado amante reta á mortal duelo, para lavar su afrenta, á su dichoso rival: este no puede menos de admitir el desafío, porque en otro caso dejaría de serlo; por consiguiente aprovechan el día para afilar sus armas, y aguardan á la hora oportuna.

No hay cosa tan horrible como el aire friamente socarrón y burlesco que dá esta gente á sus acciones y palabras en lances de tal naturaleza. Nada del fogoso ardimiento que les caracteriza entre las clases mas elevadas, ni de las acaloradas contestaciones que les preceden, ni del ruidoso aparato que hasta ellos media. Su rencor es sordo y oculto, su mirar desdeñoso y su acento recargado. Hablan tasadamente y con pausa, ahuecan la voz, se rascan ú apoyan la mano sobre la cadera en sosegada postura; y su valor toma un aspecto tan ladino como sus frases y personas.

—Compadrico ¿quién le mete á V. donde no le llaman?

—Yo á naide doy cuenta de mi gusto.

—Es que en esa hembra mando yo.

—Eso será si á mí me acomoda.

—Con que sí ¿eh?

—Y náa más.

—Pues lo veremos despues de requisa.

—Lo veremos.

Son las únicas razones que se cruzan entre dos *terranes* para arrimar á un lado la existencia, y libres de su peso, tomar como quien no dice nada el camino de la eternidad. Sin embargo, no esquivan su rey de armas que cotege las preparadas y asista al combate.

A la hora de requisa y verificada esta, sálense al patio con la misma parsimonia, y sin otra formalidad elige cada cual el terreno que estima conveniente. Tiran de sus navajas, y abiertas, empuñan las cachas, apoyando con firmeza la yema del pulgar contra la hoja. Esto, y el humedecer su punta de saliva, tomada del labio inferior con el índice izquierdo, influye notablemente en el éxito de la pelea.

Arreglados ya, el calañés por escudo, el arma tras de su copa, retirado el pié derecho, el cuerpo agachado cargando adelante, las miradas fijas en las miradas y la intencion en la intencion, aquellos campeones se miden, se observan y se hostilizan inmóviles en su puesto. Por fin el mas audaz acomete, la lucha se trava, eruge la arena bajo sus pies, la navaja brilla y centellea en la oscuridad, el atento afán se redobla; un salto provoca una huída, y una embestida otro salto de retirada; menudeanse los amagos, caen á rajás los sombreros; los alientos resuenan de fatiga, brota el sudor en sus frentes y la sangre en sus vestidos, crece el furor, olvidase la cautela, se estrechan, se obligan, se acosan; y al apartarse, un ¡ay! lastimero y la caída de un cuerpo en tierra, anuncian al desafiado su victoria, preparan al retador su muerte.

Era lo único que faltaba á nuestro héroe para terminar la carrera del crimen; ahora le queda solo recorrerla y ensanchar sus dimensiones, para lo cual tiene ya mucho adelantado, porque los ensayos felices, dan por fruto siempre inclinacion y arrojo.

La impunidad concurre á alentarle, pues de contado se sepulta en el silencio toda muerte de buena ley: en vano son las pesquisas y procedimientos del foro; nadie lo ha visto, nadie lo sabe, el matador queda libre del castigo, y el vencedor coronado de laureles.

Cumplido este deber, y limpio ya de polvo y paja, sus proyectos tienden exclusivamente á abandonar aquella mansion para él pequeña, y á ejercer con mas anchura y ventaja sus talentos adquiridos: Poniéndolo en ejecución, merced á sus adelantos y buen in-

genio, se nos vuelve al seno de la sociedad tan corregido, tan suave y tan otro, como hemos visto, y como esta se prometió sin duda al encerrarle. La fuga le proporciona algunos años de recargo en su destino; sus proezas, la formacion de nuevas causas y la imposicion de nuevas condenas que á una suma exceden con mucho al término regular de su vida; cuya poderosa razon le obliga á hacer bancarota, guardándola para sí, y dejando que en ausencia y rebeldía se sustancien las primeras, y se apliquen y apuren las segundas.

Sin embargo, no ha olvidado por completo la educacion moral que en su hospedaje le inculcaron. Recuerda que son tres los géneros de obligaciones en la criatura; y conserva respeto á Dios, que le es muy agradable ver espurgar del lujo su santo templo; respecto á sus semejantes, aquella sublime máxima, *quiere para ti cuanto sea para tu prójimo*; respecto á sí mismo, que debe aspirar á la mayor perfeccion apropiándose cuanto bueno observe en las demas. Finalmente, conoce bien en su humildad cristiana que nadie es responsable de que haya entrado por donde le metian, ó elegido entre lo que le presentaban; por eso el mal aventurado jamás se atreve á desplegar su boca alegando descargos en este punto y si alguna vez os detiene, (amables lectores) navaja en mano á la vuelta de una esquina, se contenta con decirlos en mudo lenguaje. «Aquí estoy yo porque he venido.»

BONIFACIO GOMEZ.

EL COCHERO.

Si estuviera en mi mano tener talento, lector amigo, no dudes que la historia del Cochero fuera digna de ocupar tu imaginación ó de entretener tu ocio; mas como no lo está, consuélate de no encontrar en ella lo que buscas, como yo me consuelo de no poder dedicarte lo que con tanta justicia pides. Sabe pues que así como las provincias de España varían generalmente en lenguaje, costumbres y caracteres, varían tambien en sus útiles producciones. Agiles horchateros de Valencia; inimitables héroes Aragon; admirables vagos Madrid; graciosos toreros Andalucía, é ingeniosos artistas Cataluña. Mas entre tan rara fertilidad ninguna puede disputar á la inmortal Asturias la gloria de producir nobles cocheros.

Si has viajado alguna vez por este bello pais, al ver, como supongo habrás visto, al distinguido hijo de Pelayo sentado á la fresca sombra de algun frondoso carballo apacentar sus vacas ó las agenas, ocupándose en hacer producir á su flauta melodiosos sonidos, que halagados por el viento van á perderse en las altas montañas que le circundan, desde luego habrás adivinado no ser aquel su verdadero destino, y que la benéfica Providencia le depararía en la córte un puesto mas alto, esto es, el del pescante, sobre el cual abandonando su paso tardío y confiando á sus propias manos y á los agenos piés la traslacion de su persona, concurriría á los sitios mas notables de la capital, en los cuales debia figurar públicamente.

Si tu imaginaste, no te has engañado, lector discreto, porque como para ser Cochero no se necesita estudiar, y basta solo conocer los números, reuniendo las bellas cualidades de ser algo callado, bastante sufrido y nada observador, héle agregado á una cochera acreditada, bajo la nueva direccion del *sota*, mozo fornido y de pelo en pecho, gran bebedor y fumador de á cuarto, quien le recibe estregándose las manos y disparando sendas y estrepitosas risotadas, envueltas en el negro y pestilente humo de su cigarro,

preguntándole cariñosamente por su mujer, sus vacas y sus hijos, entre la tumultuosa algazara de los demas Cocheros y lacayos que le abrazan y acarician, aplaudiendo sus razones, y prendándose de su torpeza, cual de envidiable cualidad perdida algun tanto entre las suyas por el distinto roce de la corte.

Pasado, pues, este dulce desahogo tributado con la mas pura verdad y sencillez á la amistad y paisanage; pasada igualmente la sorpresa que causa en el recien llegado el admirable lujo y apogeo en que encuentra á sus compañeros, dirígese á la cuadra para contemplar absorto aquellas mómias con crines consagradas al servicio público, que á él se le antojan soberbios palafreños, dignos no solo de un coche de alquiler, sino tambien de la carroza de un príncipe de Asturias. Los lacayos por su parte, no satisfechos aun de su obsequioso recibimiento, y tratando de iniciarle en el distinguido oficio, arte, y profesion ó lo que sea aquello á que vá á pertenecer, le muestran las guarniciones, la fusta, el sombrero de escarapela y la levita con boton dorado, raros y seductores objetos que le destumbran, y que cautivando su voluntad, le hacen olvidar repentinamente la dulce paz de su hogar y la soledad tranquila del pintoresco campo de la patria.

Por sério y grave que seas, oh lector, á quien no me es dado conocer, bien ocupan las horas de tu vida los públicos negocios del Estado, ó ya procures con afanoso celo descubrir las inagotables arcanos de alguna oscura ciencia, no habrás dejado de ser niño y por consiguiente alegre y revoltoso. Pues bien, ¿recuerdas aquel plácido tiempo, en que sonriendo á tu alrededor todas las bellezas de la vida, y en que libre tu mente de los continuos azares de una sociedad inconstante en su trato y relajada en sus costumbres, cifrabas tu felicidad en poseer un tambor ó un caballo de madera? ¿Recuerdas aquellos dulces momentos, en que entregado á una indecible alegría arrojabas por el balcon una usurpada baraja, recreándote en ver sus cartas esparcidas por el aire llegar al suelo titubeando, cayendo alguna que otra sobre el sombrero de tal ó cual transeunte, ó cuando á la luz de una bugia quemabas un papel interesante, contemplando despues con éxtasis las fugitivas y rozigas chispas que producidas por las llamas desaparecian entre sus cenizas? Pues... ¡oh debilidad asturiana! ¿qué valen estos goceos infantiles comparados con el del Cochero, cuando descubre por primera vez ese biombo portátil que llaman coche, adornado de muchas ventanillas con sus correspondientes bambalinas de sarga ó raso, forrado su interior de bayeta con matizadas bastas, y pintado exteriormente de vistoso ocre ó de purpúreo almagre? ¿Cuál de tus grandes regocijos será comparable con el de nuestro héroe, al contemplar aquel ansiado pescante, vestido de paño y decorado con distintos flecos, precioso y codiciado sillón ministerial, fantasma de sus dorados ensueños ó ilusiones? Ninguno seguramente. Tal es nuestra mezquina condicion que en nada hallamos solaz, sino en aquello que obtenemos á fuerza de codicia, aunque despues, como sucede siempre, lo lloremos con lágrimas amargas.

Pero dejando ociosas digresiones, volvamos al alumno de tan ruidosa y cómoda carrera, quien despues que sabe encender los faroles, abrir y cerrar la portezuela, y tomar con el sombrero en la mano la órden del malaconsejado y temerario aventurero que se decide, no á correr, sino á inmolarse en aquel maldecido quebrantabuesos, y luego que protegido de sus compañeros es examinado por el *Sota*, que cruzado de brazos vé con orgullo propagarse sucesivamente sus máximas y doctrinas, dignas en su concepto de un Cochero de gala, recibe de su gefe dos palmaditas sobre el hombro derecho en señal de aprobacion, con la feliz noticia de que el domingo

próximo saldrá con toda pompa á figurar en la trase-ra del mejor carrurge de su mando.

Con tan fausto motivo se abandona á una loca alegría, y entre las sinceras enhorasbuenas y general regocijo de sus amigos, marcha á la taberna en compañía de aquellos zurradores de esqueleto, quienes con el vaso lleno del sabroso liquido, destello adulterado del esquisito tinto de la Mancha, y único bálsamo capaz de mitigar las indecibles penas del Cochero, solemnizan rumbosamente el ascenso del jóven asturiano. (Como este pisa entónces el primer escalon de su fortuna, no hay que preguntar quien paga.)

Si alguna vez has esperado con impaciencia el apetecido instante de una cita, desde luego conocerás cuáles son los tormentos que sufre el Cochero, primer sinsabor de su halagüeña y próspera carrera, al contar los dias, las horas y los minutos que faltan hasta el momento señalado para su triunfo. Por desdicha suya, el tiempo corre veloz sin suspender su curso, y hé aqui que llega el sábado, vispera del anunciado dia, en que conducido por el *Sota* á un pequeño departamento, que pudiera llamarse mas bien armería del Cochero, por estar sus paredes engalanadas con guarniciones, mantas y bocados, sin que falten en ellas las sillas y las botas de los antiguos coches de pechera, le instruye su inmediato superior en los actos del servicio, recomendándole la cortesía y buena conducta que debe observar siempre con sus parroquianos, y concluye por manifestarle cuán necesaria es la limpieza al tratar con ellos: acto continuo saca seis cuartos del bolsillo de su chaleco con la mayor gravedad se los entrega al novicio y le envía á que le corten el pelo en la plaza del *Progreso* ó en el derribo de *San Felipe*.

Despues de este acontecimiento que considera como el mas importante de su vida, marcha entregado á serias reflexiones sobre lo que acaba de oír, basta que encuentra á uno de esos Figaros ambulantes, armado con su vacía de oja de lata y su trípode debajo del brazo; ajusta con él cuarto á cuarto su esquileo, y sentándose magestuosamente cara al sol y vista al público, deja en Madrid el pelo de la dehesa, entre la crítica de los transeuntes y la conversacion interminable del barbero. Restituido á su casa, esto es, á su cochera, acaba de matar el dia haciendo los preparativos para el siguiente, y limpiando la ropa que recibe del *Sota* con un como cepillo que así sirve para limpiarse ellos, como para limpiar ellos los caballos.

Decir que aquella noche duerme tranquilo el Cochero fuera disparate, pues no lo consigue en manera alguna, tanto por la novedad que nota en su cabeza, cuanto por el distinto y confuso tropel de ideas que asalta su imaginacion, aguijoneándole tenazmente el deseo de que amanezca pronto para vestir la librea, ó San Benito, y confundirse en su puesto, ó su suplicio, entre esa multitud de coches y Cocheros que atruenan nuestros oídos en todos los paseos y calles de la corte. Amanece por fin, y se lava lleno de contento en uno de los cubos destinados para dar agua á las bestias, y sonándose con todos los cinco, cálzase unas botas de cuatro suelas reforzadas con clavos y herraduras, y cambia su calzon pardo por un no solo usado sino trasparente y raído pantalon de color, con sus tirantos de orillo. Pero; ¡oh fatalidad! La prenda mas lujosa, la mas apreciada por los elegantes y por muchos que no lo son le hace retroceder: del corbatín hablo; tómale en sus manos y se horripila, al contemplar la hevilla y las ballenas asoman á sus ojos por la primera vez desde su infancia dos lágrimas ardientes, que surcándole las mejillas son recibidas por su lengua con singular cautela y disimulo. Bien quisiera el cuitado pedir indulto de semejante trato, pero conoce la imposibilidad de conseguirlo, atendido el adusto carácter de su gefe: se convence

de que es preciso, y aprovechando un momento de valor, somete a pescuezo al fiero corbatin, del mismo modo que el reo al fatal instrumento de su muerte.

Pero echemos un velo sobre tan triste escena, y acabemos de una vez la interesante *toilette* del Cochero, quien con gran resignacion y no poco embarazo se enfunda en un enorme frac, color café, con cuello de collera y faldon de ala de pájaro y calándose en el colodrillo un magullado sombrero, que no hay mas que pedir, se coloca confuso sobre la zaga de un derrengado bombé, tirado por un jamelgo perla ó pio, mal comido y bien estropeado, bajo de ancas, alto de pescuezo y tísico de estómago, cuyas orejas lacias y caidas revelan mudamente al observador sus innu-

merables años y servicios, no siendo el menos admirable de todos el de tenerse en pié. En tan gallardo tren, hé al Cochero asido con fiereza á los tirantes del magnífico mueble, que se deja caer sobre su cuerpo, viajar impávido con la frente erguida, merced al corbatin que le desuella, trémulo y medio desvanecido con el fatal movimiento de la infernal máquina, que le hace ver á Madrid girando á su alrededor, y oyendo los penetrantes gritos de los pilluelos que con graciosos gestos y ademanes le arrojan piedras y tronchos de verdura, llamándole á porfia, *Simon, estantigua y lame-platos*.

Tal es el noviciado del Cochero, hasta que llega por graduacion rigurosa á guiar un coche como un carro; noviciado en que absorve los meses y los años



El Cochero.

con lluvias y cerraduras, agostando su juventud y perdiendo sus locas ilusiones. Pero luego que sabe *guarnercer, regir y cuartear*, y conoce todas las calles, callejones, plazas y plazuelas de la corte, incluso sus arrabales y costanillas, sube por fin al pescante haciendo su salida del modo que voy á referirte.

Figúrate, no un mozo gordo, colorado y risueño, como parece exigirlo la clase á que pertenece ó el alto puesto que ocupa, sino un hombre angosto y largo

como alma de vizcaina, cuello de avestruz, semblante aceitonado, nariz de berengena madura, aspecto de senador, pelo canoso, patillas de chuleta, ojos taimados y gesto de autoridad, envuelto en un graciato y empolvado *rus* de once cuellos, sin ceñir ni ajuste, tornasolado ya por la intemperie, cubierto hasta las cejas con un chapin de suela acampanado, con los piés metidos en unas botas como maletas, y las manos como botas en unos guantes ó manoplas de estambre verde con su cenefa y fleco, sentado gra-

vemente en el pescante de un respetable coche de alquiler, caja color de chocolate, montada sobre sopandas y sobre unas enormes ruedas que parecen antipodas del resto del carruaje.... Figuratele arrastrado lentamente por dos caballos ó dos sombras, con desapacible ruido, llegar á fuerza de fusta y de tiempo á la puerta de una tahona de *Lavapiés* ó de una logería de *Puerta de Moros*, entre la admiración de todo el barrio que se sorprende, no acostumbrado á tales distinciones, sino en casos solemnes.

Efectivamente, una boda motiva esta novedad, y héteme al lacayo, mientras el cochero atisba de reojo el flete que se prepara, poner en el suelo un banquillo, que sirve de escalón á los novios, sus padres, la madrina, una hermana suya con un niño de pecho, la peinadora, un cuñado de la novia y sus dos hijos, quienes sin saber cómo se empaguetan en aquel tormento; usando de su derecho todos ellos mandan desganitándose al cochero correr á *Santa Bárbara* á buscar al padrino, y vuelven á casarse á *San Andrés* ó *San Lorenzo* con el mesurado paso de aquellos mártires de cuatro patas; que no parece sino que los animalitos conocen el error que van á cometer los causantes de su malandanza y tratan de retardarle. Verificado este, ordenan al paciente Cochero que ande por donde quiera (que en el andar está el busilis del escote) y ya tenemos á este viajando por Madrid en día festivo, tocando en todas las tabernas del camino, hasta que pára en la fonda de la *Europa*, donde ha de comer, no él, sino la colonia que conduce, la cual se apea bostezando con general contento y regocijo. Mientras come aquella gente, el Cochero ayuna y se entretiene en limpiar el sudor de los desfallecidos caballos, á los cuales habla y acaricia con el lenguaje propio de la amistad sincera que los une, y recorre las ruedas y los ejes del malhadado coche, que sufre cuando menos en cada movimiento un deterioro. A cosa de media hora sale la trulla con el bocado en la boca y obliga al Cochero á arrear á *Chamberí*, y él jara, maldice y mueve la cabeza á cada una de las descompuestas é infinitas carcajadas que salen del coche, y no pudiendo saciar su cólera en los autores de tanto zarandeo enarbola la fusta con poderosa diestra y hostiliza severo á aquellos dos retratos de la muerte, que porque todo sea en ellos extraordinario y aun milagroso, sacan un trote de arranque de tres minutos, con gran aprobacion y recreo de los consumidores, los cuales estrepitosamente aplauden y victorean.

Llegados á *Chamberí*, aun cuando el Cochero no deba apartarse de su coche, deslízase obligado por el hambre, que no se cura con músicas ni danzas, cabzibajo y confuso, arrojando á cada paso un suspiro y á cada suspiro una maldicion sobre el primer coche que ha habido en el mundo: entra en un figon ó taberna y compra un panecillo y dos sardinas que sepulta en el estómago con singular destreza y rapidez, amen del forzoso y debido acompañamiento de una copa y un cigarro, no sin inquietud y sobresalto, á causa de los chicos que le insultan llamándole *chistera* y *sin levita*, y aun de los grandes que le corren, tratándole de *papagayo* y *cirineo*; porque unos y otros le toman por blanco de su ocio y por feliz argumento de sus gracias.

Pero despues que oculta el sol sus vivos resplandores, vuelve á Madrid el Cochero, juguete privilegiado de la ingrata fortuna, animando con voz cariñosa á los caballos, quienes hincando las pezuñas, bajando la cabeza é hinchando las narices llegan por fin al teatro, en donde hallan su salvacion, y su reposo el Cochero, el cual se encuentra tan cansado de darles latigazos como ellos de andar y de sufrirlas. El noble astur suspira en tal instante; hiere su imaginacion el dulce recuerdo de la patria; limpia el sudor que inunda su frente; deja el sombrero y la

fusta sobre la caja del coche, y acomodándose lo mejor que puede y envolviéndose en su histórico y raído balandran que han gastado mil gordos y delgados, se entrega al tranquilo Morfeo, que le acoge benigno entre sus brazos. Mitigadas algun tanto sus penas por tan dulce sueño, interrumpido á intervalos por los muchachos, sus eternos perseguidores, que al salir de la academia asestan contra él toda su travesura, arrojando dentro del coche ó á las piernas de los famélicos caballos, ruidosas carretillas que los espantan y asustan al Cochero, no menos espantadizo que ellos, intenta, al concluir el cuarto acto, dar vuelta al coche con crugientes latigazos, y atornadores advertimientos, y vé salir al público del quinto sin haberlo podido conseguir, hasta que ayudado del lastimoso y aun lastimado lacayo, que ase por el morro á los entumidos cuadrípedos, logra dar la vuelta deseada y conducir á su casa, no sin trabajo, á los descoyuntados novios y comparsa.

Logrado que há ver el fin de tanto traqueteo, vuelve á la cochera, á cuya puerta aguardan impacientes los amos de aquel arrastrado rastro, que siempre que sale de casa esperan no ver mas. El ama, que como mujer es mas sensible, al divisar su hacienda tan mal parada, se enternece y se abraza á aquellos espiritados rocinantes, no desceos de sus finas caricias y requiebros, sino faltos de descanso y de cebada. El Cochero molido y barajado se baja compungido del pescante, sintiéndose asatendo de agujetas, yerto de calambres y roto del espinazo; sin poderse sentar ni sostenerse en pié, desunce, limpia y piensa, y trocando despues su malhadado oficio de Cochero simple por el de Cochero constructor, compone y reforma aquel carro ilustrado, maldiciendo su suerte, y enviando la de tal cual mozo de cordel, vecino suyo, ó la de algun aguador, al paso que renuncia en aquel momento á su corbata y librea por los cordeles del uno ó el cántaro del otro. Por la mañana sale en mangas de camisa con sus compañeros á echar el aguardiente, contándose unos á otros en su provincial dialecto las aventuras del precedente día, hasta que unce de nuevo sus galgos de herradura al desastrado coche, y vá, si puede, á la audiencia, á los ministerios, ó á alguna parroquia, en la cual se incorpora al fúnebre cortejo de un entierro, y héle entusiasmado con la música darse tono é importancia señoreándose en el pescante con aquella cara de suela que se presta tan bien á todas las situaciones, revesida de la estúpida gravedad propia de un alquilon, que mira con desprecio á los que andan á pié, y considerándose un temible coloso que los asusta y dispersa. Ocupada su imaginacion con tales pensamientos torna á la cochera, come su puchero y se encamina á la taberna; allí, como buen bebedor, circunstancia imprescindible del Cochero, echa copa sobre copa, y requiebro sobre requiebro á su paisana la guisandera, hasta que llegada la tarde vá á *Portici*, á la quinta del *Espíritu Santo*, ó á *Carabanchel*, de donde vuelve tarde, estropeado y de mal humor, para pasar la noche al raso, esto es, á la puerta de algun baile de máscaras, sufriendo mal de su grado los gruesos camelones que le inundan con torrentes de agua súcia, y recibiendo en su rostro las nieves y granizos que se desatan en esta temporada al trasportar en su *ómnibus* un obrador de modistas disfrazadas en vestales, pasiegas, beatas y mallorquinas, por las cuales gasta las horas de sueño en reir, fumar, silbar, maldecir, pasearse, cantar la *Manolita* y sentarse en el suelo, hasta que llega el día y con él las aguardenteras, objeto de sus insulsos chistes y necias bufonadas.

Estas son las ocupaciones del Cochero, que se suceden unas á otras, siendo víctima del comun regocijo y de las públicas funciones. El Cochero tra-

baja siempre; para él los días y las noches son iguales; es hombre curtido por los rigurosos ardores del estío y por las crudas heladas del invierno: como de carne y hueso, tiene sus debilidades y además... gusta su dinero en beber y en fumar. Cansado de vivir en la corte, se retira en la vejez á su país, en donde hace propósito de acabar sus días tranquilo; pero ha de cumplirse su destino. Un día se acuerda de que es Cochero; abandona su tranquilidad, su país y sus amigos; sube de nuevo al pescante, y fusta en ristre hécle otra vez surcando las calles perseguido de mayores inconvenientes. Su vista cansada, sus fuerzas perdidas y su convulsa mano no le permiten ya regir las riendas del coche. ¡Pobre Cochero! Una tarde va á los toros con ciertos calaveras, le obligan á correr, tropieza, vuelca, se abre la cabeza ó se revienta, é insultado públicamente por los autores de su desgracia, es conducido al hospital, donde se agotan todas sus desdichas muriendo con los dulces recuerdos de su país y los lamentables de su infortunio.

Tal es la historia del Cochero en general: sin embargo, algunos mas afortunados ó mas diestros logran pertenecer á las casas de duques y marqueses, y son esos Cocheros colorados y rollizos, que lujosamente vestidos gobiernan los bonitos y elegantes carruages que llaman tu atención en los paseos, dignísimos sucesores de los antiguos palanquines, sillas de mano y literas, de que los hombres, siempre inclinados á andar en pies ajenos, se han servido.

CIPRIANO ARIAS.

EL EJECUTOR.

At. encontrarse mis lectores con este epígrafe tan genérico, a vuestro á que lo primero que les ocurre es la duda de quien será el protagonista del artículo. Pues voy á sacarlos de ella, mas por caridad que por obligación, diciéndoles ante todo quienes son el *Ejecutor* de que yo trato, para venir á parar en quien sea este. ¿Os disgusta el método? Paciencia, y conformarse con las aprensiones del autor; que también sufriré yo la crítica de mis benévulos, y me espongo á que arrojen mi escrito por necio y empalagoso, los que no encuentran en leerle ni utilidad, ni deleite.

No es mi héroe el *fiel Ejecutor*, ó el regidor del respo; porque en lugar de ser individuo del ayuntamiento, es el mayor contrario de los ayuntamientos presentes y pasados, y de cada uno de sus individuos.

Tampoco es el *Ejecutor de la justicia*, ó el verdugo; pues en vez de hacer justicia, ejecuta á las justicias; en lugar de dar muerte á los reos, priva de los medios de vida á los juzgadores; y en vez de dar á cada uno lo que merece, quita á muchos lo debido y algo mas.

¿A que todavía no aciertan algunos de quien hablo? ¡Oh vosotros cortesanos, que para entender bien una palabra castellana teneis que apelar á la conciencia laxa de la Academia, de Taboada, ó de Peñalver, y os engolfais en diccionarios y Panléxicos, y disputais sobre sentidos y acepciones! si un año siquiera hubiérais sido conejales del mas despreciable villorrio, sabriais de coro lo que vale la voz *Ejecutor* en su sentido autonomástico, genuino, usual y corriente: y al oírlo pronunciar, no solo la comprenderíais, sino que sobresultado vuestro ánimo temeríais perder la fortuna, empezando á empaquetar los intereses, cual si amenazara ejército invasor, ó revolución espantosa! Mas supuesto que se hace preciso que yo describa al *Ejecutor* con pelos y señales, lo he de hacer en forma

magistral, con definición, clasificaciones, comparanzas, notas y todo cuanto conduzca á determinar este español tipo, sus cualidades esenciales, sus glorias, y sus penas. No vayan Vds. á decir que procedo sin orden ni concierto.

DEFINICION.

Ejecutor se llama la persona enviada por las autoridades de las provincias á los pueblos de su mando, para que por medio de escitantes poderosos y de apremios irresistibles, reduzcan á los ayuntamientos en monton, y á los capitulares en detalle, á que paguen lo que dicen que deben al erario. Esta palanca rentística alcanza mas allá de lo que pudo imaginarse Arquímedes; este crisol hominal ofrece resultados á que jamás llegaron los físicos, y químicos, pues que todo cuanto absorbe, sea la materia que fuere, lo convierte en moneda sonante y contante. Podemos figurarnos que el *Ejecutor* es el médico que la vigilancia ésquita de la autoridad superior manda á los pueblos, cuando los considera pletóricos y torpes en sus funciones, á fin de que los cure segun las reglas del arte. Pero este facultativo trae prescrito un recetario del que no le es dado separarse: y como la clase de gefes en España profesó de inmemorial el sistema antiflogístico, antes que los extranjeros Broussais y la Roy nos robasen la gloria de pasar por inventores, las medicinas predilectas... he dicho poco, las exclusivas, son sangrias, sanguiquelas, purgas, lavativas, cantáridas, vegigatorios, vomitivos y vomipurgantes.

Dícese *Ejecutor*, porque pone por obra lo que se le ordena con la obediencia pasiva de un suizo; porque precisa al pago á deudores remolones; y porque vá á los alcances de los segundos contribuyentes que retienen lo de los primeros, ó no fueron bastante crudos para estrujarlos. Una aclaracion es necesaria para no agravar la conciencia histórica. El nombre *Ejecutor*, por mas que el uso lo haya vulgarizado entre los paganos, no tiene la sancion legal y burocrática; y los interesados lo resisten como depresivo de su carácter. Ellos no se llaman Ejecutores, sino *comisionados* ó *jueces comisionados*. Así los apellidan tambien las oficinas en sus credenciales; pero los lugareños *Ejecutor* por arriba, *Ejecutor* por abajo, y *Ejecutor* siempre. Hacen bien los palurdos en tener este justo desahogo, pues ya que les sacan el quilo, harto poco es que se gocen en nombrar á sus contrarios del modo que mas les esneque.

Sucédele al *Ejecutor* lo que á todos los que ejercen cargos y oficios repugnantes, odiosos y mal vistos; que se avergüenzan de ser lo que son y de que se les llame por sus títulos. De aquí la sinonimia de *maestro de obra prima* por zapatero; *fabricante de harinas* por molinero; *cazador* de librea por lacayo; *tendero de vino* por tabernero; *oficial de la tabla* por cortador; *ministro de justicia* por alguacil; *voz pública* por pregonero; *Ejecutor de la justicia* por verdugo; *agente de proteccion y seguridad* por esbirro, y *comisionado* por *Ejecutor*. A tal punto llega la mania de desconfirmar los nombres bautismales, que el mesonero, por no llamarse tal, abusa de los que se albergan en su casa, robándoles hasta el nombre de *huésped*: que no cabe mayor propension á utilizarse de lo ageno. Iba á comprender al *artista* entre los sinónimos, y me duele asociarle á tan malas compañías; pero aguante el pujo el señor cómico, que en las tablas tan acostumbrado está á hacer de juglar como de rey, de sacerdote como de traidor.

Definamos de una vez zoológicamente al ser de la naturaleza que llamamos *Ejecutor*. *Es cuerpo*; porque choca á la vista cuando se presenta, y cuando hácia nosotros viene se siente. *Pertenece al reino animal*; pues medra por intus-suscepcion y goza de gran facultad locomotriz. *Es mamífero perfecto*; porque lo mismo chupa la cabra, que la burra, que la vaca, que

todo lo que dá leche. Ultimamente, *debe pertenecer al género humano*; por cuanto perfecciona y adelanta mas que las instituciones libres. Al opinar así desechamos las dudas de los autores que han sospechado ver en el *Ejecutor* analogías con el toro, el mono y el ganso, fundándose en estos tres caracteres: 1.º cuatro buches ó estómagos como los rumiante, cual lo persuade su voraz afición á engullirse cuanto encuentra: 2.º agilidad de pulgares como los cuadrumanos: y 3.º que abarca mas que si tuviera membranas entre los dedos como los anfibios.

PROCEDECENCIA.

El *Ejecutor* hombre nace y se cria en los pueblos, se aviecinada despues en las capitales, y vuelve contra la tierra que le sirvió de cuna, viejo, gruñon y avaro. Emplea en beneficio de los habitantes de las ciudades la lozania de su juventud y la entereza de su adolescencia; para los luguereños son las susedades de la infancia y los achaques de la decrepitud. Amamántanle los labriegos cuando es desvalido y huérfano; pero en llegando él á vivir por sí corresponde á los beneficios obligándolos á que le mantengan por fuerza, á que sostengan su holganza y sus vicios. Ni mas ni menos hace que los malos diputados de la nacion: los pueblos lo forman y los elevan á la corte, y allí se convierten en padrastros de la patria, con olvido ó preescindimiento de su origen.

El *Ejecutor* juez es un vicario ambulante de la autoridad estacionada, ó un destacamento movilizado del ejército financiero. Procede de varias causas ocasionales y eficientes; pero siempre toma como el agua el color y el sabor de las sustancias que toca. Pasan de ciento los motivos y pretestos que suelen tener los mandarines para enviar un apremio á los pueblos; porque esceden de este número las contribuciones, gabelas, tributos, impuestos, derramas, exacciones y arbitrios con que los españoles juegan á la hacienda; y porque no embargante lo decretado en las córtes de Alcalá de Henares, y contra lo mandado en la Instruccion de 1816, y en otras infinitas anteriores y subsiguientes, y á pesar de los clamores de celosos economistas, es costumbre que se mantengan los innumerables martirizantes de los que sufren y pagan, que eran cincuenta mil (los ejecutores) en tiempo de Jacinto Alcázar, y hoy han subido mas que las listas electorales. Los que tienen facultad de crear estos emisarios fatidicos son:

- 1.º Los intendentes de rentas de las provincias.
- 2.º Los fomentadores gefes políticos.
- 3.º Las protectoras diputaciones provinciales.

Ademas gozan del derecho de iniciativa para reclamar la aplicacion de tales ventosas.

- 1.º Los administradores de los partidos.
- 2.º Los comisionados de amortizacion.
- 3.º El arrendador del aguardiente.
- 4.º Los rectores de las casas de espósitos.
- 5.º Los jueces de primera instancia por los presos pobres.

Y siendo tantos los que producen y reproducen Ejecutores, solo tienen precision de aguantarlos los contribuyentes, y nadie mas.

La jurisdiccion privativa de hacienda es una monstruosidad hincua, reconocida hace siglos, y por siglos sostenida. Las córtes de 1348 dispusieron que el oficial que obiere parte en la renta non fuere juzgador de ella; pero váyales V. á los hacendistas con acuerdos de córtes y con presupuestos. En el contrato bilateral que ellos celebran con el ciudadano, se obligan á dar de palos, porque el otro dé las pesetas. En el litis que siguen con el dendor, ellos son juez y parte; la otra parte siempre es reo. El demandante ordena, juzga, falla, multa, exige y percibe; el demandado no tiene que hacer otra cosa si no pagar principal y costas. El *Ejecutor*, agente del poder

financiero, del gobierno económico político, de la soberania assolada, toma por sí cuanto estima necesario para hacer efectivos los sueldos de sus principales, y el que le atañe por ende, por mas que así no sueñe. Se dice que sin recursos no puede gobernarse; que sin gobierno no hay sociedad posible, y que todos deben dar medios al que manda para que mantenga al país en paz y justicia: y entre tanto pululan los ladrones si no les estingue el contribuyente, y para alcanzar la razon se necesita sobre tenerla de sobra, tener muchas medallas y saberlas gastar.

ANALOGIAS Y DIFERENCIAS.

En España hay muchos moscones de la especie del *Ejecutor*, pesados, estrujantes, incómodos y costosos, y hemos de señalar los rasgos que los distinguen y los que constituyen la semejanza.

Al *veredero* se parece en que ambos llevan mandamientos de pueblo en pueblo y ambos cuentan carros; pero difieren en que el *Ejecutor* es autoridad delegada, y el *veredero* un peanton ó propio horro, y en que aquel goza erogado salario y este se suele contentar con dos pesetas.

Semejense al *planton* en que uno y otro apremia á los presumidos deudores; mas el *Ejecutor* no siempre es militar, y mientras aquel pinza con la bayoneta este pincha con autos, notificaciones, trabas y requerimientos.

Del *centinela de vista* solo se diferencia en que obra como juez, y en que no está siempre encima del paciente, y casi la propia variedad presente (salvo el fuero de guerra) con el *alquilar de apremio*.

Tiene bastante analogia con el *juez de residencia*, porque viene á fiscalizar á las justicias, pidiéndoles cuenta de sus actos; pero el *Ejecutor* solo repara en actos económicos que versan sobre guarismos, solo quiere dinero, y mas que los alcaldes hayan azotado á un cristo.

La misma semejanza y diferencias pueden establecerse entre el *Ejecutor* y el *pesquisidor*, á mas de la consonancia: este indaga delitos ocultos; aquel reclama descubiertos: este busca reos aquel reales.

Finalmente, guarda analogia, por lo que afecta los intereses pecuniarios, con el *r partididor* que receta para que él cure y aplique; con el *recaudador*, *cobrador* y *cogedor* de Tributos, aunque estos piden solo lo corriente y sin creces, y el *Ejecutor* busca hasta los atrasos de Felipe V, con los ribetes de costumbre, que con frecuencia duplican y triplican la verdadera deuda.

Los aldeanos están muy duchos en apreciar á la simple vista estas varias castas de pájaros. Apenas ven acercarse un forastero, por el trago, por la calbaldadura, por el olor conocen si es *Ejecutor* ó cosa semejante. ¡Oh! los azotes hacen aprender demasiado.

CUALIDADES.

Para ser un *Ejecutor* de provecho se requieren como indispensables estos precedentes.

- 1.º Tener rostro sereno, color que no pierda, ni se altere por cosa de este mundo.
- 2.º Estar apurado de medios de fortuna, ó sea andar á tres menos cuartillo.
- 3.º Aborrecer el trabajo corporal, ya por ser hidalgo pelon, ya por haber vuelto duro de coyunturas del servicio militar, ya por haber perdido las riquezas heredadas en la holganza y el despilfarro, ya por defecto físico de mar quéz, cojera, giba ó constitucion endeble, ya en fin por natural aversion á cumplir la condena de nuestros primeros padres.
- 4.º Ser casado, y con mujer agraciada.
- 5.º Saber firmar se requiere por lo comun, aunque no es absolutamente preciso.

No hay ley, real órden, ni reglamento que estas

cualidades exija en los ejecutores; pero las ha sancionadas la experiencia, y forman un código consuetudinario, mas observado que la constitucion de 1837.

¿Qué valdria un *Ejecutor* sin pachorra y frescura suficiente, que á las primeras de cambio se avergonzara de los denuestos del apremiado, de las injurias de la familia que persigue, y de los insultos del pueblo en que mora? Su deber es hacerse el sordo, tener cara de baqueta, alma de caballo y corazon de pederal, rebuscar, embargar, vender y cobrar.

¿Qué persona acomodada y con medios propios se espondria á los azares y sinsabores de la vida que arrastra el *Ejecutor*? Preciso es que la necesidad apremiante le estimule á ser codicioso, á ver impasible los males ajenos, á pasar por toda trueque de ganar sin trabajo, á mostrarse cruel con los desgraciados, y hasta á gozarse en la destruccion que á él le fomenta.

¿Quién que tenga horror á la ociosidad, que estime ganar su vida honradamente, ha de acomodarse al oficio de paseante en aldea y de holgazan eterno? y el que goce de robustez corporal y tenga sanos sus miembros, ¿cómo no ha de preferir ocupaciones decorosas y pacificas al vilipendiado ejercicio de azote de los pueblos y verdugo de los deudores? Solo un lisiado, que dificilmente halla ocupacion que bien le cuadre, puede arriesgar la pérdida de lo que conserva sano, metiéndose en los enredos de un lugar.

Por último, ¿quién sin el apoyo de una compañera se iria por esos pueblos, abandonando su casa y sus agencias de la capital? y si esa necesaria mitad no tiene aquel para ganarse la benevolencia de los desalmados oficinistas, ¿qué valdrian los ruegos de un barbon celibatarío y pobre?

Véanse pues justificadas por la observacion y por el uso las condiciones mas precisas del que haya de ser *Ejecutor* en regla: los que no las tienen jamás pasarán de la categoria de zurupetos de Ejecutores de capa y espada, ó de ciento en boca.

VENTAJAS.

Maldita la que reportan los ejecutados ni la sociedad de este sistema vandálico de recaudacion; el ejecutante las tiene muy grandes. En primer lugar, como el oficio no es incompatible ni imprime carácter, el *Ejecutor* reúne otras varias profesiones; y aun siendo *Ejecutor* mero no está atenido á un solo despacho. Si logra tener mano ó piernas con los empleados saca á la vez dos ó tres mandamientos para pueblos contiguos; los presenta respectivamente; y cobra dietas en todos á un mismo tiempo, á pesar de las leyes sobre duplicidad de sueldos y de beneficios. Si la amalgama se hiciere distribuyendo á prorata el haber del *Ejecutor* entre los diferentes deudores, nada mas racional; pero como en nuestro pais todo va á la diablo, cobra dietas enteras en cada parte, y goza él solo lo que podia sustentar otras familias de la profesion.

De otra regalía se aprovecha cuando trae dias marcados para su comision, veinte por ejemplo. Toma el cumplimiento del alcalde, se presenta al deudor, se ajusta con él por diez ó quince salarios, segun la blandura ó dureza del paciente, y al segundo dia se marcha á su casa ó donde le conviene, con el bolso tan repleto como si hubiera pasado el tiempo, y estuviera donde le enviaron. Otras veces que no puede celebrar contrata alzada, hace las ausencias que quiere sin decir oste ni moste, vuelve y se vuelve á marchar, y la renta sigue como si tal cosa. Entretanto se ocupa en otros negocios de lucro, y cuando no se divierte recorriendo casas de parientes y compadres, echando el ojo á los negocios que penden en los pue-

blos, para pedir nuevos despachos, cuando los que obtiene concluyan.

En ocasiones hace contratos mas ventajosos para él, que lisongan al deudor por el momento. Dicele sin ambages: «Usted no me ha de pagar el descubierta en dos meses; durante este periodo adquiere contra sus bienes un crédito de sesenta ó setenta duros; deme V. un par de onzas, y me largo, cubriendo el expediente con la tercería de la mujer, y poniendo diligencia de que no se le conocen bienes al deudor.» Este método tan perjudicial para la hacienda pública no libra al que dió las dos onzas de posteriores apremios sobre si tiene ó no tiene, sobre si ha de pagar él ó los compañeros de concejo, ó sobre si ha de ir mas adelante la rebusca hasta los electores que nombraron el tal ayuntamiento. Pero al *Ejecutor* que en dos dias atrapó 640 reales de pico, le importa un bledo que á los capitulares, á sus nominadores y al vecindario entero se los lleve Satanás.

Olvidábase la principal ventaja; pues aunque no parezca tal en lo económico, es el fundamento de todas las utilidades materiales del *Ejecutor*. Cuando sale á sus correrías queda la costilla recomendada á persona de categoria, que la ayuda en sus necesidades, la protege en sus apuros, y le sirve de escudo y amparo. Seguro puede estar el marido de que nada le falta á su consorte, y de que cuando acabe la comision habrá aquella grangeado otra y otras, que incesantemente le ocupen fuera de casa. Y si es sobre agraciada lista... sorbe el seso á los empleados, tiene vara alta en tesorería y administracion, y hasta lleva la pluma al oficial del negociado.

QUIEBRAS DEL OFICIO.

¿Cuál no las tiene en esta pícara bola en que rodamos? En sus intereses, en su familia y en su persona sufre el *Ejecutor* quebrantos y embates.

Empiecen mis lectores por hacerse cargo de lo que les cuesta el asegurar que no le falte trabajo. Los empleados de la intendencia que se lo proporcionan, algo han de merecer por preferirle á tantos otros que con necesidad y recomendaciones solicitan. Pues una de dos, ó le cuesta al *Ejecutor* esta primacia el partir con el oficial los derechos, ó que vaya á la parte en el alzamiento de cargas matrimoniales. En el primer caso gana para que otro lo luzca; en el segundo luce su mujer mas que él gana; y si de un modo pierde intereses, de otro suele esponer honra y provecho. Que no divida la presa con el protector, ó que en ella haga la coqueta, y á Dios mi dinero; queda apeado, como si hubiera sucedido una crisis ministerial, ó elecciones generales de diputados.

Otra quiebra experimenta cuando por equivocacion del oficial de la mesa, ó por los embrollos de la contabilidad, ó por malicia reinada va encargado de pedir lo que ya se pagó: lo cual no es muy raro en nuestras oficinas de hacienda. Entónces si da con un alcalde de humos y de cholá, le niega el cumplimiento, y le envia con cajas destempladas y sin pagarle una blanca á que desande el camino que tan torcido trajo. Esto á mas de decirle mil pestes de los empleados, que no saben lo que tienen entre manos y que pasan las horas fumando y leyendo periódicos. ¡Friertera es lo que sirven estos trastrueques de los hacendistas para envalentonar á los contribuyentes agobiados! De cada uno de estos lances se hace platillo de conversacion con naturales y forasteros, y tal vez se pone un comunicado en el *Eco del Comercio* diciendo que los tales empleados son unos holgazanes ignorantes, ó unos bribones que andan á ver si se pierden con el tiempo las cartas de pago, para volver á cobrar y meterse en el bolsillo. El hecho es que de escarmientos semejantes cuidan tanto los ex-alcaldes los documentos de resguardo, que primero darán un ojo de la cara

que un recibo de contribuciones, y lo guardan hijos de padres, y nietos de abuelos, porque al cabo de dos generaciones suele reclamarse lo que se pagó en tiempo del rey Marica.

Pero la contra mayor de los Ejecutores está en lo que contra sus humanidades se conspira. No hablemos de que los lugareños los apodan y maldicen en sus barbas, los insultan y hacen el objeto de escarnio: el peligro de que pasen á las vias de hecho es tan inminente, que el Ejecutor no sale de la posada en anocheciendo, ni pasea por los parajes estraviados. ¡Aun andando con la mosca á la oreja y sobre aviso le suceden lances tan graves, que otro no sufriría por todo el oro que suma la deuda de España! Por vía de broma le envuelven un día entre la paja de las eras; otro le mantean, ó le zambullen en el pilon; ya le montan á pelo en un burro picado; ora le sacuden el polvo detras de una esquina ó le apedrean por encima de una barda.

Pues échese V. á pensar que la justicia es un tanto traviesa, ó los perseguidos desalmados, ó el objeto de la comision antipopular, y que se proponen deshacerse del Ejecutor con una diablura. Este punto merece un aparte, y que se refieran algunos casos originales acaecidos en pueblos, que no nos dejarán mentir.

El tío Juan Camándulas era un ejecutor báquico, que le gustaba codear hasta aplanarse. Los vecinos del lugar que molestaba, apénas le conocieron su flaqueza, le convidaron obsequiosos á una bodega, donde despues de haberle hecho un cuero y completamente averiado por la parte superior, cargaron una culebrina embólica y por la parte postrera le suministraron multitud de ayudas del mismo licor, hasta que pusieron en accion desordenada todas las vias ordinarias y reservadas. No murió de esta terrible prueba de capacidad; pero luego que pudo enderezarse y conocer su posicion, tomó las de Villadiego, sin acordarse de recoger el despacho ni de cobrar los salarios, y el pueblo quedó libre de Ejecutores por mucho tiempo.

Don Judas Azufaias, comisionado en un lugar de la Mancha, era pacato, medroso y crédulo, cualidades de perdicion para un hombre de su oficio. Los apremiados se prevalieron de estas debilidades. En el meson donde se hospedó entraron dos ó tres, fingiéndose forasteros que venian de viaje, y de acuerdo con el posadero usaron la siguiente estratagemá. Llegó al anochecer con campanilla plañidera uno que pedía limosna por el que iban á justiciar al dia siguiente. Uno de los supuestos caminantes dió algunos cuartos para alivio del alma del que habían de ahorcar, y preguntó al demandante, oyéndolo el Ejecutor, quien era el pobre por quien pedía y que delito le llevaba al cadalso; á lo que respondió, que el reo era un Ejecutor que con papeles falsos venia á perder al pueblo. Disimuló don Judas por el pronto, mas apénas vió ocasion favorable salió del lugar aquella noche y jamás supieron de su paradero.

De estos y como estos han sucedido tantos lances, que se necesitaría para referirlos una fábrica de papel continuo; y no queremos exponernos á que se tenga este artículo por arte de perseguir Ejecutores, y tengamos desgracias á cargo. Baste para concluir la reseña de desgracias las que toman origen de las circunstancias políticas.

Segun el viento que reina es harto comun mover al Ejecutor un caramillo que le envuelva en una causa criminal. Vaya una muestra de las fechas, y de los pretestos.

1811. Que habiendo en la faberna dijo elogios del rey José y de su hermano el emperador.

1815. Que habló contra los jesuitas y la inquisicion.

1821. Que dió noticias favorables de los feotas.

1824. Que alabó la Niña bonita, mofándose de S. M. y sus aliados.

1835. Que gritó viva Cárlos V.

1843. Que esparce las caricaturas de *Guindilla* y de la *Posdata* contra el primer magistrado de la nacion.

Por supuesto que el buen comisionado es ministerial de quien ministra y partidario de quien vence; y aunque no ha soñado en el disparate que le acumulan como lo meten en chirona, y sobran testigos que declaren haberle oido decir lo que no dijo, teme una mala vuelta y ansia salir del compromiso. Déjanle co-



El Ejecutor.

mo al descuido entornada la puerta de la cárcel, él se apresura á huir, y ellos le hacen puente de planta, seguros de que ni este ni otro de la profesion se atreve á volver mientras dure la fama del hecho.

¿Y todavia hay Ejecutores? Si, pupulan por todas partes como la mala yerba, porque el interés y la codicia en nada reparan. Hay Ejecutores, como hay comerciantes avaros que se arrojan al mar embravecido; como hay mineros que vivos se sepultan en las cavidades de la tierra; como hay areonantas que asalten el cielo; como hay ministros de todas las situaciones, por apedreadas y silbadas que sean. Y habrá Ejecutores mientras los pueblos deban: y deberán interin

que les pidan mas que pueden: y pedirán mucho mientras mucho se gaste: y gastaráse mas cada día que crezca la inmoralidad: y crecerá en tanto que el gobierno sea injusto: y lo será mientras el pueblo lo consienta: y lo aguantará interin los hombres pobres sean tan pobres hombres; es decir, por los siglos de los siglos.

FERMIN CABALLERO.

EL CALESERO.

Ni en versos hábil, ni en la prosa ducho
¿cómo dejar la gente satisfecha?
Juzgo que de la cruz hasta la fecha
verro sí de otros el consejo escuchado.
¿Echo á cara ó á cruz? — Arriba, ¡chucho!
¿Cruz? Bien está; me luzco de esta hecha:
de mis versos acudo á la cosecha
que como es fruto malo abunda mucho.
Yo bien conozco, y lo diré de paso,
que me hundieran con pullas maliciosas
si acá volvieran Lope y Garcilaso;
Mas oíllas que cuento varias cosas.
y lo que es de la forma no hagáis caso
que allá se van mis versos y mis prosas.

¡Uste! que es tarde y llueve, no mas prólogo
que no consiente farrago el opúsculo,
como esos grandes, eternos cánticos
que otros entonan con acento impúdico
ya celebrando en las doncellas cándidas,
la ardiente faz y los luceros fúlgidos,
ya revelando con pasión carnívora
la intensa llama de su amor sulfúrico.
Tampoco ha de quejarse el arte métrica
de preferencias, que si en rancio púlpito
lo mismo en poesía que en política
las predicán apóstoles estúpidos;
hostil yo siempre á las chochees clásicas,
aunque sepa que en esto soy el único,
daré á todo reglista sistemático,
tajo va y tajo viene sin escrúpulos.
¿Por qué solo de reyes y de príncipes
digna la octava ser? ¿Por qué su número
de versos y de acentos y de sílabas
no cuadran bien al Calesero rústico?
Todos somos iguales; fuera fórmulas!
quero de metros hacinar un cúmulo,
que viene bien en pasatiempos líricos
de compases variar como los músicos,
Desde el alexandrino, casi el máximo,
hasta el verso unisilabo mas súbito;
de la alta octava á la plebeya décima,
la seguidilla ruin... todos por último
sirven á quien se ríe de la cháchara
de severos censores energúmenos.
Y pues me va cansando el son monótono
mas propio que de jácaras de tómulos,
hasta ya de romance endecasílabo
otra decoracion, no mas esdrújulo:

De trocar la tonadilla
la facultad concededme
ya que melosa y sencilla
se presenta la quintilla
que está diciendo; comedme.

Tres metros se han ensayado
con este que empiezo junto

y ni siquiera en un punto
con la cuestion he tocado
conque... vamos al asunto.

Como sabeis, caballeros,
que sin principios no hay fines
debeis cual yo convenceros
que no hubiera Caleseros
sino hubiera calesines.

Y así mi pluma traviesa
(válgame Dios cuanto ripto)
sabe bien que la interesa
empezar por el principio
es decir, por la calesa.

Del carruage es escusado
encomiar la utilidad
y es prodigio bien mirado
cuanto en esto ha adelantado
la humana comodidad.

Entre la gran parentela
que conserva de los barros
y frios, si llueve ó hiela,
descuella la CARRETELA
que es la reina de los caeros.

Sigue en lujo pertinaz
á invencion tan peregrina
el coque, guerrero asaz,
que aunque el tiempo esté de paz
jamás sin armas camina.

Para la gente elegante
está el TARTAN bizarro
tan veloz como flamante,
que mas parece que carro
una luneta ambulante.

A estos sencillo y ameno
sigue el BONNE CORRETOU
que, consumiame un veneno
sino fué el tal invencion
de Hipócrates ó Galeno.

Como hay vagos infinitos;
para esta gente holgazana
hay OMNIBUS pintaditos
que hacen por Madrid pinitos
muriéndose de galvana.

Hay otro coche ramplon
que dá al que le montá esplin,
y por servir de alquilon
aunque sea de Fermin
siempre le llaman SIMON.

De transporte hay por mayor.
LA DILIGENCIA responda,
que es cuádruple conductor
con su *cupé*, su *interior*,
su *berlina* y su *rotonda*.

Dos mil TARTANAS se ven
invadir las carreteras
donde hay CALESERAS tambien
que supo lo que hizo bien
el que las llamó *galeras*.

Y si es mejor ir á pata
que no en la galera ingrata,
tampoco da muy buen rato
su marido el CARRO-MATO
es decir, *COITRO* que mata.

Esas gentes que á rabiar
están en viéndose quietas
habrán visto al viajar
una tras otra chállar
veinte, ciento y mil CARRETAS.

Y ese funesto chillido
que no es la voz de Rubini
vale mas, bien entendido,
que haber en Madrid olido
los carros de SABATINI.

Mas hablo á troches y moches
de carros y ya me pesa.

Lector, aunque lo reproches,
¡no mas carros! ¡fuera coches!
dónde campe mi CALESA.

Y lea versos ó prosa
para averiguar un hombre
con eficacia estudiosa
por qué la dieron el nombre
de caleasa y no otra cosa.

Yo las razones no doy
que es mi ciencia reducida
y bien estoy como estoy,
ni etimologista soy
ni pienso serio en mi vida.

Mas si mi cholla no yerra,
la razon que aquí se aguza,
es la razon que se encierra,
en llamar tierra á la tierra
y á la merluza, merluza.

La quintilla castellana
está visto, no se presta.
Creo mas propio el romance
para describir caleasas;
que es metro muy español
y tambien hay quien apuesta



«El Calesero.

que la Caleasa es la nata
de los carros de mi tierra.

Bien pudiera describirla
con todas las voces técnicas
de convexidad y sólidos
base... rádio... paralelas...

Pero es mas claro y mas breve
suponer que se asemeja
á una sarten con dos mangos
tumbada sobre dos ruedas.

Engalanada por dentro
con talco, borlas y seda
que está diciendo: manolos,
viva la sal madrileña.

Sobre un cajon el asiento
donde meten la merienda
que parece contrabando
por lo oculto que se encuentra.

Y hacerle contrabandista
no es calumnia, ó muchos pecan;
porque muchos aseguran
que el cajon contrabanda.

Enrollada inútilmente
tosca cortinilla ostenta
que aunque á su altar suben ángeles
nunca gustan de tinieblas.

Pintada por el respaldo
no ha de faltar sandunguera
puesta en jarras una dama
de las que la liga enseñan;

O un torero echando suertes,
ó un gaché con su vilueta
y una pareja bailando
las seguidillas boleras.

Si es caballo el que la tira
suele ser de aquellas piezas

que aunque se las coja en caza tienen espinas de pesca.

Matada está siendo mula y no extrañéis que aun se tenga porque hay diferencia y grande de estar matada á estar muerta.

Pero carne ó bacalao matadas ó no las bestias, cuando ellas quieren no ceden á postas y diligencias:

Que la voz del Calesero ¡huy! ¡zagala... coronela! torna sus patas de galgo y de avispa sus orejas.

Y aquí mismo la pintura del Calesero comienza cuyo parecido acaso de mucha verdad carezca.

¿Mas que ha de ser el bosquejo si para hacerle no prestan su inspiracion los Madrazos y sus pinceles Alenza?

El traje del Calesero no es tan rico que se pueda comparar al de los siervos que guían las carretelas:

Ni alcanza al de los cocheros ni al de los lacayos llega Y hasta al *Simon* muchas veces cede en rango y apariencias;

Mas si el de aquellos el signo de vil servidumbre lleva el del Calesero grita ¡que viva la independencia!

Calzado todo español pues sabe que en su fiuena zapato ruso ó inglés vale poco y mucho cuesta.

Buen pantalon de ancha trampa con botones á docenas á veces de plata todos, y otras de cobre ó de suela.

Faja limpia y bien ceñida chaleco de pana verda (1) por corbatin un pañuelo que le sirve de chorreras.

Suele echarse una zamarra entre otoño y primavera, y de primavera á otoño sencillamente chaqueta

U otra mejor de alamares que parece cuando nueva un poco mas que manola y algo menos que torera

El sombrero calañés ajustado á la cabeza, que aunque es ave de ala corta con poco viento se vuela.

Látigo pegado á un fresno, de larga y tejida cuerda que mas le duele al caballo que el peso de la calesa.

Y para acabar en fin, pondré en su boca entreabierto un mal puro con mas humos que doscientas chimeneas.

La Calesa y Calesero yo diré como se emplean pero esto es cosa de octavas; ahí tiene V. la primera.

No de inquirir lo ageno soy amigo pues atrevido preguntar pensaba

(1) Se dice verde, pero el acento se cayó en que habia do ser verde.

si para no dar creces al hombligo mi lector apreciable frecuentaba por la *Plaza Mayor*... pero ¿qué digo? de la *Constitucion*, no me acordaba y la *Plazuela de Descalzas Reales* miento, de las Descalzas Nacionales.

Estos y otros lugares concurridos al lector de Madrid no estoy ageno de que le deben ser bien conocidos; y en este caso suponer es bueno que le habrán abrumado los oidos una y mil veces al cruzar sereno así con cierta tentacion traviesa: «mi amo, ¿quiere usted un coche, una calesa?»

Y tú, lector «aprecio su bagaje» contestado le habrás, si bien recuerdas; y él ha instado y tú has vuelto con coraje un *no, repito*, á sus palabras lerdas: ya porque te hace daño el carruaje, ya porque quieres estirar las cuerdas, ó porque no hay un real que es poca cosa; pero es una razon muy poderosa.

Mas despues del que *nones* le responda supondremos que ha habido caballero que ha querido dar vuelta á la redonda por varios pueblos y volver ligero: ó ver el rio, ó visitar la ronda, y este le ha contestado al Calesero: seguramente que el andar me empacha ponga V. pronto la calesa en facta.

Ajusta, da un real mas para tabaco y el Calesero exclama ¡arriba plomo! quita la manta al enlutado jaco, le tienta el rabo, le sacude el lomo y monta y dice: aunque me valga un saco de oro, no doy la bestia que yo domo. ¿Qué puerta? verá V., nada la agobia. ¿Bilbao, Toledo, ó Alcalá ó Segovia?

El otro elije sin intriga y guerra que en esta parte concederle quiero derecho electoral, pues en mi tierra cualquiera es elector por el dinero. Y aun mas hondo misterio aqui se encierra: el elector mas mudo y majadero vale por cuatrocientos bien seguros, con tal que tenga cuatrocientos duros.

Pero esto no es del caso, lo del caso es emprimir al tonto en el ajuste, y el Calesero por salir del puso mete una bola que parece embuste. «Jamás nos queda para echar un vaso, dice: puede V. darme lo que guste: soy criado y el amo en lo que saca nunca me dice *toma*, y siempre *daca*».

Y ya vé V. lo que ganar podria si un hombre no tuviera su conciencia mas yo no tuerzo la conciencia mia. Y á juzgar por la cándida apariencia cualquiera por el tal responderia: pero sabe á bien poco su infidencia quien vá con él, aunque tenaz se alabe, y el amo, en mi opinion, tambien lo sabe.

Mas el que dice cuando entrega impio de carro y mulas el jornal ganado, que fué cargado y que volvió vacío, cuando vino tal vez doble cargado: quien dice: ahí van tres duros, amo mio, quedándose con dos que ha reservado despues del puro y de la atroz carpanta, el mandamiento sétimo quebranta.

Y es de observar al Calesero pillo con un cuidado que á maldad trasciende cada vez que se acerca un ventorrillo exclamar: ¡qué tabaco aqui se vende! ¡y qué vino, es un bálsamo! — Y sencillo

quien va con él si la indirecta entiende,
dice: pues pida V. y háganos daño
mas saquemos la tripa de mal año.

¡Y qué bien huele! que estarán calculo
haciendo de comer á sartenadas;
añade, y con talento y disimulo
torna hambrientas sus gentes desganadas.
El díz que se chulea y que es un chulo,
y que está con furor por las chuladas
mas dá demostraciones muy completas
de que está mucho mas por las chuletas.

En los caminos su elocuencia brilla
luciendo de geógrafo su ciencia.
Tiene pueblo por pueblo en la cartilla,
(y pinta á los que escuchan con paciencia)
todas las carreteras de Castilla
de Galicia, de Cádiz y Valencia;
y si los que oyen ignorantes son
habla hasta de Turquía y del Japon.

Sabe medir á palmos el terreno
bien que por esperiencia y por instinto
le hiciese Cristo, de impiedad ageno,
inclinado á lo blanco y á lo tinto;
Y como suele consumirlo bueno
en el que llaman parador de Pinto;
aunque camine por Zamora ó Toro
siempre se halla entre Pinto y Valdemoro.

Puertas recorre y rondas y paseos
si contrabando trae de tela ó gente;
cual coqueta que miente devaneos,
como ladrón que acecha al penitente,
y lo mismo que yo gusto rodeos
para decir á ustedes solamente:
harto estoy, vive Dios, como de un potro,
de este méetro fatal: vamos con otro.

Y la razon es sencilla.
Cambio porque viene á punto
para redondear mi asunto
la redonda *redondilla*.

Puede nuestro Calesero,
y esto es muy justo y cabal,
lo mismo que cada cual
ser casado ó ser soltero.

Su esposa aquí bien mirado
ni daño ni bien reporta,
por eso nada me importa
que esté soltero ó casado.

Siempre ha de tener por suerte
si no es mezzuino y tacaño
una moza ó mas al año
cuando hay peligro de muerte.

Conque, á su capricho queda
sin disturbios ni bolinas
gastar despues sus propinas
como quiera ó como pueda.

La inversion, vive Jesus,
que no la entiendo á no ser
en *purros*, *vino*, *mujer*
y echar cien manos al *mus*.

No es por eso un perdulario;
antes vá haciendo remesa
para comprarse calesa
y llamarse propietario.

Y remando día y noche
con extraño calesin
viene á encontrarse por fin
con propia calesa y coche.

Entónces nadie le niegue
la frase con que le llamo
ya es *propietario*, ya es amo,
ya tiene quien se la pegue.

Dejad que otro coma y baile
á su costa, y no haya ruido

él se hará cuenta que ha sido
cocinero antes que fraile.

No hagamos mas comentarios
de sus virtudes ó vicios
y refiramos propicios
sus días extraordinarios.

Por Santiago mata-moros
enganche usted la calesa
que hoy es lunes ó interesa
llevar la gente á los toros.

Raa... pulia... á la funcio
tente... pára... que te tundo
¿te quieres marchar del mundo?
¡lástima de torozon!

¡Huy! tente! cudiao me llamo;
la corrida empieza ahora
¿busca usted coche, señora?
¿quiere una calesa, mi amo?

—Si señor. —Vamos volando,
á ver si alguien nos iguala:
monte usted ¡arre zagala!
que está Montes esperando.

¡Oooh! pára!.. pa que se bage
su mercé con bercébú,
que Dios le dé á usted salú
voy á echar otro viage.

Y ántes de poco se vé
conducir á igual destino
por idéntico camino
á una *já* con su *gaché*.

Ya Montes con su capota
engaña á la astuta fiera
¡chica! suene la pandera
¡compadre! ¡venga esa bota!

Y mojando la garganta
entre el bullicio y estruendo
marchan para sí diciendo
como quien murmura y canta.

« ¡Charpa suelta el caballo
que es una furia:
Mira que te se ahoga,
dile que escupa.

¡Ay Charpa, Charpa!
te veo y no te veo
¡arre zagala!!!

¡Montes! salta al trascuerno,
y alza la pierna
no te enenje las puas
donde te duelan.

¡Ay!! banderillas!
banderillas y perros
¡arre pulia!!!!

¡Oooh! pára pa que se bage
la gente con becebu.
Ea, muchachos, salú
voy á echar otro viage.

Y dando de celo traza
pasa los lunes en esto
desde la plaza á su puesto,
desde su puesto á la plaza.

Hay un día bullidor
en que alza Madrid el grito
que es el día del bendito
San Isidro Labrador.

El señor almirado
el manolo, el fabricante,
literato, comerciante,
el artista, el empleado
¿Qué digo? Madrid entero
este día de alborozo
dá con entusiasmo y gozo

de comer al Calesero.

Echa al potro sueltas riendas
torciendo arroyos y esquinas,
por atrapar cien propinas
y probar de cien meriendas.

Está lozano y valiente
con tanta especie de grasas
y los torrados y pasas,
ponche, noyó y aguardiente.

Tanto llenando la piel
que aunque charle á troche y moche
no seré yo por la noche
quien quiera cuentos con él.

Si yo no comprendo mal
no estará mal recordada
la festiva temporada
que llaman de *carnaval*.

El cartel es el reclamo
que al hombre ocasion ofrece
de gritar cuando amanece
¿quiere una calesa, mi amo?

Y es de ver la niña guapa
saliéndose del festin
¡qué ojos echa al calesin
cuando el hocico se tapa!

Y al amante, que sin blanca
apostaba en el salón
á competir con Saffon
y Remisa y Salamanca,

Viéndola sonar los dientes
de frío y él sin dinero
¡qué ojos echa al Calesero
tan foscos y maldicientes!

Y el Calesero acertando
la causa que le devora
dice ¿vá á pié esa señora?
Mire usted que está nevando.

Y estos lances son precisos;
porque es la pura verdad,
que una vez por voluntad
y muchas por compromisos:

El Calesero de trueno
sin mirar al que dirán,
consigue ganarse el pan
y esto es muy santo y muy bueno.

Aquí de mas desatinos
quiere remediar el daño
pero esta sino me engaño
es mano de alejandrinos.

Mas ay! que alejandrinos los hago tan perversos!
que casi estoy tentado por responder que no.

¡Brindar mi pobre numen alejandrinos versos
por fuerza es mi enemigo quien me lo aconsejó.

Direis que os enamoran, que son muy peregrinos,
mas ya veis por la muestra que no los debo hacer
¡fuera con mil demonios versos alejandrinos!
veré si con tercetos os puedo complacer.

Está visto, no salgo del aprieto.

Yo que ajusto mi marcha á la del día
engolfarme en el clásico terceto!

¡Resucitar aquella algaravía

tan atroz, tan eterna, tan pesada!

¡ay que horror! ¡ay que espanto! ¡que heregía!

¿Mas qué me toca al fin de la jornada?

¡Pedir como en comedias, neciamente
con una décima una palmada?

No es final, que digamos, muy decente
pero por si los hados son adversos,

esa encaja, quien quiera que la cuente:
seguro de ella estoy, tiene diez versos.

Y si el público recela
que este parto es de luzbel
eche la culpa á Espinel
que inventó una vagatela.

Nada dice esta *espineta*
la mejor de mi baraja;
mas pienso que bien encaja
la insulsez de que os atraco,
porque es la décima un sacó
que solo consiente paja.

A mi me basta un romance
con el asonante en é
para decir: me despido;
que ustedes lo pasen bien.

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

EL MÉDICO.

Amicus Plato, magis amica veritas.

No llevarás á mal, amabilísimo Doctor mio, que se perfile en estas ocho páginas mortales, cantidad designada por el editor á cada uno de los tipos variados y caprichosos que se hallan esparcidos por esta tierra de beduinos con guitarra y puñal (como dicen allende de los Pirineos). Algo homeopática es la dosis; pero se empeñan algunos en que sea la medicina del día, y hasta los ministros se hallan contaminados y son discípulos del Aleman en materia de pagar los pobres cesantes, viudas y retirados.

Todos los españoles son iguales ante la ley, según cierto artículo del código que *poco* felizmente nos rige, y no debe el médico barrenar con sus pretensiones la ley fundamental del 37. Haz esfuerzos por reducir tus muchas originalidades, y si no te encuentras perfecto, perdona mi escaso talento, y disimula en pago de los muchos *imperfectos* de tu clase que tolera la sociedad.

El Médico representa la Medicina, y está el verbo latino *medicari*, que debe traducirse por *traer algún remedio*: necesidad que ha debido sentirse en todas épocas y lugares; porque según la doctrina cristiana, nuestros males vienen desde Adán y este señor es antiquísimo para los cristianos apostólico-romanos, Y aun creo yo que la dichosa manzana que nos ha privado del dulce placer de hacer piruetas en estado natural y de otras mil lindezas que contaban mil abuelos, ha producido tantos estragos á falta de un *Orfila*, que hubiese aplicado al bueno de Adán un *antídoto* contra el veneno que ella contenía.

Es pues evidente que la Medicina y el Médico son antiguos y necesarios, y que su importancia deriva de la mucha que siempre ha dado el hombre á su salud; el *mayor de los bienes*, como decían los egipcios según *Luciano*. Y esto ha quedado tan impreso en el corazón, que el bravo *Pirro*, rey de *Epiro*, solo pedía al cielo *salud*.

Los romanos se saludaban con el verbo *vale*, y terminaban sus cartas con la expresión de *bene valete*: los griegos *Xaire* que es lo mismo, y los que pintamos varios aficionados, con la palabra: *¿como está usted?* Etc., para las otras naciones.

En cuanto al ejercicio ó práctica de ella, ha recorrido toda la escala social, desde los santos y emperadores, hasta el mortal que os habla.

Así tenemos al Dios Separis, á San Eusebio, San Cosme y Damian, el emperador Wan-Chocho, el rey

Mitridates y el papa Pablo II, con otros mil que han tenido á la Medicina como don del cielo. *Nisi á Deo*, decía S. Agustín. Vaya ese pedazo de historia contra los que la creen plebeya y mal nacida, y cuenten á sus hijos lo que valió.

Ahora los tiempos son otros, y la profesion está en poder de la *mesocracia*; pues raro es el marqués que entra en esta grey.

Aquí está lo difícil del paso. Son tantas las *idiosincrasias* médicas de la capital, tan variadas sus formas, que ofrecen á cada paso originalidades que apuntar. En otro tiempo cuando los españoles éramos tales y sin mezcla *gabacha* ni *británica*, bastaba describir el traje, el modo de andar y saludar para conocer al Médico y su gravedad. Hoy día se confunde y mezcla con toda la sociedad, y hasta el baston que era el símbolo casi exclusivo de su autoridad se ha convertido en lijero junco ó bambú del Senegal. ¡Oh tiempos aquellos en que la fe y veneracion, el respeto y admiracion del vulgo consideraban á los medicamentos como *Deorum manus*, manos de Dios!

Los modernos necesitan un *diletantí* de ambos sexos que seduzca y cautive la atencion; que sea comadron y sangrador, hervorista y boticario, palabrero y qué se yo. Pocas personas hay que creen en los Médicos instruidos, de conciencia, y que han nutrido sus ideas en los libros y hospitales. En todos los grados de la escala social hallarás el hombre enfermo, *crédulo*, *inconstante* y *supersticioso*. Los medicamentos caseros son el fruto de esta enfermedad del género humano. Sino se cree en las curaciones milagrosas de los antiguos reyes de Francia é Inglaterra, en sortilegios y otras especiotas; si reimos de la influencia de *Saturno*, *Marte* y *Venus*, de las memorias de *Dangeau* cuando dice: «El Rey ha tomado medicina, la toma todo los meses el último día de luna, etc. Ellos á su vez reirian ahora de nuestro *magnetismo*, *sonambulismo*, *homeopatía* y otras neceidades del *sabio* siglo que nos rige. Despierta *Paracetos* y admira este siglo *homeopático*; en el que muchas personas creen que un diez-millonesino de grano de medicamento tiene una sorprendente virtud para curar. En una palabra; que un grano de quina disuelto en el agua del estanque del Retiro ó el lago de Ginebra, es una excelente bebida para curar las tercianas. Coje un frasquito de esa maravillosa agua, muévela de abajo arriba, y de derecha á izquierda unas doscientas veces, y puedes sin temor habitar en la vega de Aranjuez ó en la campiña de Roma, seguro de llevar contigo el antidoto de la fiebre.

Sin griego ni latin ni castellano,
Te hablarás convertido en Avicena,
Con los glóbulos de Hanneemann en la mano
La tisis curarás y la gangrena.

Y á fé mia que toda esta baranda y mas que vendrá es culpa de la sociedad por aquello de que «de Médico, Poeta y Loco todos tenemos un poco.» Y como decía Calimaco el príncipe de los poetas elegiacos de la antigüedad en su himno en honor de Apolo: «todos quieren tener el poder de retardar el instante de la muerte.» No extrañes pues, lector, sino conoces ahora al Médico en la calle ó en la alcoba, porque á mí me ha sucedido verlo convertido en *falda* administrando los polvos de la Madre Olivencia, y en exclaustrado facilitando los glóbulos microscópicos de la homeopatía. Pobre vulgo como te tratan y mastican á dos carrillos con tu inocencia! No retrocedo á los tiempos de calzon corto, zapato con hevilla, casaca y sombrero apuntado, porque las ceremonias eran casi las mismas que á últimos del siglo pasado.

En la época de mis abuelos, el Médico grave y honrado vestía levita, pantalon y zapato negro, chaleco y corbatín blanco, camisa con chorrera alguna vez, sombrero de copa, baston y guante de hilo de Esco-

cia, uno puesto y otro empuñado. Grave y circunspeto, bien mirado y limpio de barba y el cabello corto y mirando un poco al cielo. Se anunciaba en las casas como el rey, pero por medio de la criada ó criado; y la familia salía á recibirle como el Angel que llevaba la salud al desdichado que postrado en cama esperaba el consuelo de su inteligencia y cuidado. Observaba al enfermo con el brazo en la mano izquierda, le hablaba con serenidad y desembarazo, recetaba en *latin*, advertía en la casa el cumplimiento de lo mandado, hacia un ademán con la cabeza indicando á la familia el estado del paciente, colocaba la mano en ademán de recibir el *estipendio* de la visita, y se marchaba mas pensativo que habia entrado, despues de haber presenciado una escena melancólica en que solo se habia oido su voz y las respuestas que él habia demandado.

Entónces habia fé en el arte y en el que lo profesaba; el Médico ordenaba y el enfermo se resignaba aunque fuera *quina* ó *asa-fétida*. Solo así puede ejercerse esta ciencia con provecho de la humanidad y tranquilidad del profesor. Entónces si Rousseau pedía á la Medicina sin el Médico, los Médicos le respondian; que les diera el ciudadano de Ginebra la *enfermedad sin el enfermo*.

Mas hoy que la sociedad no tiene creencias de ninguna especie, que su filosofia es un *telégrafo* en movimiento, que sus deseos y caprichos están montados á lo *dandy*, supeditados á la voluntad del editor de la *Moda* ó el *Correo de las damas*, las formas y ademanes de los que se rozan con la sociedad varian como la sociedad misma. Solo en las villas se vé alguno que otro *Doctor* que conserve las tradiciones de los buenos tiempos de Valencia y Salamanca. ¡O tiempos virginales en que el *embrión* del Médico cubierto con el harapo llamado *manteo* el sombrero de tres picos, que habia servido á tres generaciones, atravesado alguna vez por la *cuchara* de palo, y el *puchero* de la sopa colgado del cordon y debajo del brazo, constituia el *frondoso retoño* que mas tarde representaria á los Lagunas y Servet, á los Piqueres y Morejones! ¡O bulliciosos veranos que presenciabais las cuadrillas de estudiantes recorriendo la España con la música y algarazca de aquellos benditos tiempos! Pasemos al año 43 del sapientísimo siglo diez y nueve.

Este siglo de indiferencia, difícil y variable en sus pensamientos, dicen quiere ver y saber; el exámen ha reemplazado la fé. Señor público que tenéis mas espíritu que *Feijoo*, no lo probais en este momento, porque nunca el charlatanismo en todo ha presentado mas atrevimiento y astucia para seducir y engañar la credulidad pública, y lo consigue á cada instante. Rara vez la llamada *razon* domina con su verídica voz vuestros pensamientos. Las vociferaciones y el clamoreo ahogan su aliento y dominan su misterio en la calle y en la plaza, en los salones y cuerpos científicos. Vivan las preocupaciones populares y *qui vult decipi decipiatur*.

El médico viste ahora como la sociedad con mas colorines que un pavo real, con todos los atavíos de un *fashionable*, y no se distingue de los que le acompañan, sino por llevar la palabra para responder á una consulta de *amistad*. Debe poner mas cuidado en saludar y dar el tratamiento (al que le tenga) que en el arte de recetar. Ser fino, elegante, y admirador del bello sexo; filósofo con las recelosas manías. No faltar á los bailes y sociedades con el *botiquín* bien provisto, porque allí hay muchos.... soponcios que curar. Ser soltero por sí.... alguna viuda quisiera tomar estado. Recetar agua de *tula*, *culantrillo* y *flor de naranja*, que es la mas urgente necesidad del día, y no pedir el pago de las visitas porque ya es *moda* no pagar.

El médico de palacio parece un *gefepolítico* por su uniforme, y no es poca la policia que necesitarán algunos santos.... lugares que allí se cobijan. Los

colegios visten casaca á lo gefe de seccion y han perdido hasta el modo de andar. ¡O sagrado templo de Hipócrates! adopta por Dios tu traje doctoral que compatible es con el régimen representativo. Y si no vuelve la vista á París y Montpellier verás la toga doctoral grave y circunspecta en todo acto de ceremonia escolástica.

Nace el Médico en Barcelona, Cádiz ó Madrid, y no habla de las universidades que tambien dán á luz Médicos ilustrados, porque el doctísimo Solano se ocupa (aunque el parto vá muy largo) en clasificarlos. Tiende su vista cuando sale de la fenicia Gades ó de las márgenes del Llobregat hácia el tranquilo Manzanares.

Allí está el puerto de grata esperanza y el último grado de la escala galénica; pero ¡cuántos escollos y malezas, cuántos naufragios antes de llegar á él! Al salir de la escuela de enseñanza se acomoda en una aldea donde le pagan sus honorarios, una parte en metálico y dos en trigo de superior calidad, si á la cosecha no toca el purgon.

Pasa la infancia del arte entregado á la mas profunda melancolía esperando el astro que debe guiarle á la corte; porque ya está cansado de la villa ó aldea, de la despótica voluntad del alcalde de monterilla, de las pandillas de Güelfos y Gibelinos aristócratas con el pelo de la debesa, del tresillo y el solo en casa del cura ó boticario, y de la constante murmuración pan de cada día en aquel bendito rincón. Algunos ahorros, su buena reputación entre los condiscipulos, ó una cura maravillosa al titulado marqués de aquella villa que pasa los veranos en ella, le traen al puerto que columbra desde sus primeros albores. Ya llegó á la capital. Habita un cuarto tercero con una familia honrada, y ocupa su tiempo en darse á conocer. Encuentra algunos condiscipulos, á quienes cuenta su deseo de establecerse en la corte. Estos le responden con melancólica voz.... Amigo mio, has errado el camino, aquí somos tantos como enfermos, los tiempos van malos, gastarás tus ahorros y volverás desengañado á tu rincón. Sin embargo, su determinación está resuelta, no hace caso de sermones, y ya le tenemos práctico de la capital. Adquiere relaciones y por ellas el conocimiento de la nueva tierra que pisa, las idiosincrasias médicas, el nombre y ciencia de varios de la que hay mucho que decir y mucho mas que callar. Da principio su clientela por cesantes, viudas, militares retirados y alguna muger.... de la vida airada. Camina siempre á pié, cualquiera que sea el estado de la atmósfera, gracias á nuestros económicos ministros. Pero la edad todo lo permite: la filantropía, está en la juventud que tiene pocas obligaciones que cubrir y muchos méritos que alegar. Siempre la conservará Dios para consuelo de las clases que están en el limbo por falta de fondos, y alivio de las piernas de nuestros maestros que pasaron su noviciado y dieron buenos consejos á los que hoy tenemos la torpeza de criticarlos y la satisfacción de respetarles. Porque bien puede ser lo uno hijo de lo otro como la endocarditis del reumatismo.

Habia vivido contando todos los días las visitas, que aunque muchas en número tenían al pobre bolsillo con la extrema-unción; pero su reputación ha crecido y divisa el momento de pasar al número dos.

Llega por fin á visitar un gentil hombre cesante, un literato de reputación, ó una vieja que ha pasado por todos los hijos de Atenea.

Estudia y se afana sin cesar, consulta cuanto sabe la medicina francesa y alemana, y entabla con feliz éxito su plan; pero como el gentil hombre es caprichoso, el literato incrédulo, y la vieja rebelde á mitad de camino pasan sus enfermos á manos del charlatan. Triste y meditabundo raciocina sobre el estado y caprichos de la sociedad, y dice: ¿cómo es posible que hombres ilustrados crean que se puede saber lo

que nunca se aprendió? pero está visto; la Medicina y el arte de gobernar á los hombres son una excepción. Todo el mundo se cree en este caso discípulo de Hipócrates y Aristóteles. Un relojero compone relojes y un zapatero hace zapatos; pero la máquina humana puede ser entregada al primero que llega con tal que tenga audacia y serenidad; y como dice el poeta... *verbosus adquisivit tamam strophis*.

Siempre el zapatero de la fábula de Fedro; se entrega la vida *cui nemo calcaneando commisit pedes*.

Recuerda para su consuelo y calma del agitado corazón la historia de los tiempos, y halla en Plutarco al famoso Pericles entregado á un preservativo rodeado al cuello para curarse de su mal; á Bacon que llamaba al nitró espíritu de la tierra, á Maquiavelo, Leibnitz, Alfieri envenenados por drogas ridiculas; y hasta Malebranche, el autor de la *Investigación de la verdad*, aconsejando á las mugeres preñadas frotarse la parte superior de las extremidades inferiores para que sus hijos no naciesen marcados con los caprichos que ellas pudieran tener. ¡Oh miseria humana! El gran filósofo estaba en esto á la altura de aquella comadre que afirmaba que si el cardenal Duperron era tan sábio se debía á que su madre estando embarazada tenia siempre capricho por una biblioteca.

Con este y otros sisabores análogos llega por fin al número que codiciaba, en el que sus consejos y visitas producen mas y valen tal vez menos. Su clientela se compone de propietarios, comerciantes, artistas de toda clase y empleados activos. Sus réditos le proporcionan el placer de alquilar un cabriolé de cuando en cuando á un modesto Simon en los días de mucha agitación. Ya tiene 36 años cumplidos, vive en cuarto segundo con campanilla á la calle para mayor comodidad de los vecinos de las doce de la noche en adelante; sa'e por la mañana despues de tomar chocolate, y vuelve á su casa á la hora de comer, y como no tiene todavía hora fija para consulta, se levanta de la mesa cinco veces antes de concluir. Su fama crece y se desarrolla, el entusiasmo y el fanatismo le ensalzan á la vez y hasta entónces su reputación fundada comienza á ser fabricada, como dice el padre Griffet. Se cuentan maravillas de su habilidad, y hay persona que le recomienda á un rico banquero que padece del higado diciéndole ser tan hábil, que ha descubierto el higado á una persona, le ha quitado un tumor, lo ha limpiado como quien limpia un gabinete, y el enfermo ha quedado en completa salud. Con pocos elogios como el actual poco tarda en pasar á primera graduación. Traslada su habitación á cuarto principal, y recibe consultas en un bonito gabinete, en cuya antesala se suelen encontrar alguna vez el marido y la muger, el amante y su querida, que por distinto camino el uno viene á consultar un dolor... de muelas, la otra una jaqueta, pesadilla ó vайдos que le dan á media noche, y cuando están dentro el Médico y ellos saben á qué vendrán. Cuantas escenas cómicas presencia aquella silenciosa habitación de cuyo fondo no salen jamás las palabras que se pronuncian, ni se reflejan el pudor y la honestidad. Pasa su visita en cabriolé, y la clientela se compone de Ministros, Duques, Condes, banqueros y contratistas. La corte, los políticos y los filósofos le necesitan, á todos dá consejos, tiene entrada franca á todas horas en sus casas y un cubierto en la mesa. Si encuentra algun melancólico político le cuenta lo de Voltaire que decía á tengo mucha confianza en el Esculapio-Tronchin que ve en los cuerpos como Dios en los corazones; vivir es el solo placer que me resta para mortificación de los que me pagan rentas vitalicias: cuando padezco indigestion, conspiro contra ella con el ruibarbo y la dieta.» Así vivió este hombre ilustre 84 años, y este consejo pueden tomar muchos sábios.

Nuestro Médico célebre como generalmente tarde

cuando lo hace en casa, asiste á la sesión que celebra la Academia, y juega al tresillo en casa de la marquesa de C. El teatro es rara vez el lugar donde se encuentra, al menos desde el principio de la función, y rara vez la ve concluir con tranquilidad.

Suele no estar exento de que molesten su sueño á las dos de la mañana y entónces son los apuros y malos ratos. Solo la filantropía, paciencia y amor á la humanidad pueden arrancar de la cama al mortal que trasportado en aquellos momentos al empireo se levanta y marcha con el silencio de la noche á visitar algunas veces un simple *calambre* que alborotó la vecindad.

Suele la crítica ensañarse con estos *nobles doctores* diciendo que pasan algunos por sábios y grandes Médicos, aunque no lo son; como hay ministros que nunca debieron serlo. Que todo lo componen á fuerza de tecnología ensartando con serenidad y desembarazo nombres y frases ininteligibles para el mismo *Fasio*. Que toman el pulso con el reloj por gala y ostentación, aunque sea en una úlcera del pié, y gastan con énfasis un cuarto de hora para recetar *emulsion de goma arábiga*. Llamam dolor de costado á lo que es un simple catarro. Mas el vulgo conoce á estos malos representantes de la sublime medicina, y si cambian el vil metal que la sociedad codicia, por la corona de



El Médico.

siempre viva que adorna la frente del anciano de Cos, con su pan se lo coman.

Algunos años de práctica en clientela tan ilustre, colocan al Médico en la dulce posición de retirarse poco á poco de los trabajos y miserias de la vida, acabando sus días entre el luto y dolor de la familia, solicitando un pase para visitar los muchos amigos á quienes dió pasaporte en época mas feliz.

El *charlatan*. Este solo merecia un artículo aparte por su originalidad. En esta idiosincrasia coloca, amado lector, los que lo son y muchos de los que no lo parecen; porque no hay monja, sacristan, viuda, hechicera y señora, que pertenezca á clase elevada de la sociedad, que no tenga unos polvos para opiladas; un colirio para todos los ojos malos, aunque tengan

cataratas; una yerba para las lombrices de catorce varas; parches para la jaqueca de *solteras, viudas y casadas*; anteojos para todos los cortos ó largos de vista, y mil menurjes de la mas alta y acrisolada reputación.

El *charlatan* de oficio no ha pisado los umbrales del tiempo de *Esculapio*. Ha sido escribano, carretero, pastor, militar ó criado de algun Médico, de quien ha copiado alguna receta que la hace servir para toda enfermedad *especifica* ó de antiguo y remoto origen. Porque es preciso tener presente que el *charlatan* solo se dirige á los enfermos *crónicos*, vulgo desahuciados, ó los que se curan con algun medicamento especial. Son farmacéuticos al mismo tiempo, porque toda la virtud del medicamento consiste en el secreto

de la composición, aunque sean píldoras de *miga de pan*. Se anuncia en el Diario todos los días del año con algún nombre de *facultad*, con pompa y aparato, con remedio sencillo opuesto al que da generalmente el Médico, aunque luego después sea arsénico ó sublimado corrosivo, ó el mismo que daba el profesor. Recibe consultas gratis, pero cobra por el frasco, la caja de píldoras ó polvos, lo que podría costar toda la enfermedad á duro por visita. De modo que aunque no vuelva el enfermo él ha sacado su pacotilla. Concierta por un tanto la curación; pero sin olvidarse de cobrar dos plazos de tres adelantados por sí la naturaleza del enfermo es rebelde. Llena las esquinas de anuncios y pone comunicados en los periódicos de enfermos curados que nunca han padecido, con firma de nombres que no existen. Debe ser perseguido por la autoridad y subdelegados de Medicina, quejarse del mal trato que recibe y viajar de cuando en cuando al extranjero aunque no haya pasado nunca de Fuencarral. Tiene en su casa jarabe *panquimagoho* de Crolius, mistura *anti-cistophlegmático hydrogenésico-ascitico*, píldoras de *phlogístico* de Kirwan, polvos *nephrolítico nephremphazico* de Plouquet, y unguento *pampiniforme paronychito* de Andernach: y con esta farmacia ambulante no hay temor que le falte de cuando en cuando algún *reputado sábio ó filósofo* partidario de Paracelso. Suelen acontecer escenas graciosas, y mas de una podrá servir para entretener al lector. Yo me acuerdo de cierta señora que padecía un tumor en el pecho, á la que dieron por remedio que se rapara la coronilla, y todos los días se frotara dos veces al día con *aguardiente coñac y sal*, remedio del Doctor Wallace. La pobre señora se quedó calva de tanta fricción.

Hace pocos días se anunció en el Diario un tal *Tanglei* que poseía un líquido para las quebraduras. Llegó á las once de la mañana en casa de un joven rico y elegante (que se apellidaba lo mismo que el charlatan) un infeliz que padecía una *quebradura*. Llamaron al señorito que estaba barnizando sus botas y ambos se sentaron en el sofá. El doliente explicó lo que creyó conveniente; y el señorito, creyendo ser una burla y no una equivocación de casa, le dió un *frasco de barniz* para que se frotara en la *ingle* como único remedio que poseía. Figúrese el lector la risa del señorito y la familia, cuando á los cuatro días vuelve el paciente diciendo: que estaba curado de la *quebradura*, pero que había quedado *charolado* el sitio sin poderlo despegar. Escenas como estas pasan todos los días en la capital de la monarquía.

Réstanos el *físico*, nombre que se da á los que forman parte del cuerpo de sauidad militar. De los cuales solo diremos.... «*respeto á las glorias militares.*»

«Recójalos Atocha cuando descansen en paz.»

Aquí concluimos nuestra tarea con aquellos versos de Iriarte.

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan:
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

LICENCIADO JOSÉ CALVO Y MARTÍN.

EL DOMINE.

¡Cox qué humor tan negro cojo la pluma! Está visto: antes de emprender el retrato necesito desahogar la bilis, y la comezon pendenciera que me abrasa. Estoy como pueblo que quiere pronunciarse, dispuesto á armar camorra con el prójimo, y cual aquel poeta que cantaba

Tengo las calabazas puestas al humo,
Y al primero que llegue se las emplumo.

Tocarales la china á los que encuentro mas á mano á mis colaboradores y al editor. Sí, señores míos: voy á disputar con Vds., á reñir en forma, acerca de lo que llevamos hecho y está anunciado de la obra; que á mí no me cuadra pintar las faltas y deformidades ajenas, y dejar las nuestras en el tintero por exceso de amor propio y sobra de injusticia, que son los pícaros vicios del linage humano, y de todos los linages.

Dos obligaciones se ha querido imponer, é imponernos el ciudadano editor, que ni cumple, ni cumplimos, ni es posible que cumplamos él, ni nosotros; y vive Dios que se lo he de contar á los suscritores y leyentes, pese á quien pese. Lo que yo vea contra razon y conciencia, lo he de decir sin mordirme la lengua, clarito como el *b a b a*, y sin aborrármelas con papa, rey ni Roque. (Entre paréntesis: este Roque que siempre está paralelo al rey, y contrabalanceándole, debió ser algún regente durante la menor edad del monarca.) Protesto, pues, contra las dos obligaciones antedichas, porque las ha tomado el jefe sin acuerdo de su consejo de escritores respetables; porque son opuestas á la ley fundamental de la sana lógica, y porque es una de tantas decepciones proclamar tales principios y obrar á la inversa. *Item* mas, pidió la responsabilidad de los funcionarios que han obedecido un mandato no firmado, cual exige el artículo 61 del pacto social. Salvas estas premisas de protesta-ción y demanda, continúa la disputa.

Háse ofrecido que la obra se dividiría en dos partes, comprendiendo el primer tomo los retratos de la capital de la monarquía, y el segundo los de las provincias. Mas ¿dónde está ni hallarse puede semejante línea divisoria? El *Torero* es mas peculiar de Sevilla y de Jerez, que de Madrid. Los *indianos* están desparramados por todas las provincias peninsulares, amen de los muchos que hay en Burdeos, Bayona y otras partes extrañas. La única afinidad que tiene el *Charran* con la corte es el haber en esta como en Málaga un barrio llamado Perchel, y el haberse pronunciado Málaga diferentes veces, y Madrid en setiembre. Solo en una cabeza redonda cabe que el *Ama del Cura* sea personaje madrileño, cuando los cardenales de Santiago, los canónigos de Toledo, los pavor-des de Valencia, y quince mil párrocos de todas las diócesis, nos ofrecen ejemplos á pedir de boca. Pues á nadie que no comulgue con ruedas de molino se le hará tragar que en las provincias no hay *Coquetas*, *Criadas*, *Santurronas*, *Sacristanes* y *Alcaldes de Monterilla*: como que los mismos retratistas han formado sus cuadros tomando rasgos de esta y de la otra comarca.

A clasificar lo que va publicado en las dos partes consabidas, no era floja la ensalada de párrafos y de períodos que había que hacer. Parecerían los artículos espurgados por el santo oficio; y á fé que pocos quedarían sin espurgo si la inquisición volviera, que ya verán Vds. como no vuelve. ¿Y qué prueba esto, sino que la tal division es un disparate?—Si á mis dignos colegas les pareciese dura la calificación, traducirela en blando, diciendo, que es prurito de clasificar lo que no tiene demarcacion propia; manía de dividir lo que no es conveniente separar para ningún fin bueno.—Para cumplir con la oferta de la partición fuera indispensable pintar coquetas cortesanas, aparte de las coquetas provinciales: retratar por separado al sacristan de Móstoles, y al del Buen Retiro: dedicar un artículo al empleado que pasea por la Rambla de Barcelona, y otro al que se distrae por la Fuente Castellana de Madrid: discernir en el primer tomo la criada del diputado que asiste á las sesiones, y en el segundo volumen la misma criada cuando vive con su amo en provincia durante el entre córtes; y pardiez que no faltan entres y salgas, aperturas y clausuras, suspensiones, prórogas y disoluciones.

Pero bien conocida es la causa de la aberracion que impugno, y nose me ha de podrir en el buche. Calculáronse cien retratos, como pudieron echarse cincuenta ó trescientos: se presupuso (en los presupuestos siempre se va á ojo de buen cubero) que harian dos tomos; y no creyéndolos bastante separados con que cada cual tuviese su cosido, su encuadernacion, su cubierta ó su pasta, ocurrió el capricho de distinguir el mismo contenido. como aquel que explicaba las tres personas de la unidad divina por la corteza, la carne y las pipas del melon. Mas así como no faltó quien digera al dogmatizante que entre los tres agregados nunca sacaria otra cosa que un melon completo, tampoco ha de faltar quien objete al editor, que por mas que divida tomos, la obra será única, sin otra verdadera diferencia que los números primero y segundo puestos al canto en el tejuelo de la cámara baja.

Ea, pues, compañeros de pluma y de carteles, imitemos de hoy en adelante, á los periódicos y á los partidos constitucionales. Ellos dicen, ya no hay mas que españoles y ayacuchos: digamos nosotros, ya no hay sino españoles pintados, sin diferencia de volumen. Y enmiéndense las cubiertas de las entregas, y sigamos dando brochazos, y cuestion acabada.

Otra oferta se ha hecho solemne y sustancial: que los tipos serian *exclusivamente españoles*. O esto quiere decir que los españoles son españoles, que es una necesidad, ó quiere decir otra cosa, y entónces lo mismo se cumple esta que aquella: ofertas de Mendizabal. ¡Presentar al *Barbero* indigena de España donde, no embargante la abolicion capuchina, hay mas barbones que entre los moscovitas! Ni mas ni menos que fingirnos dueños de las *patrones de h-éspedes*, siendo así que el oficio, las personas y aun el nombre han venido de Ultramarinos. Se dirá, porque todo se dice, que entre el *Pretendiente* de un empleo en Paris, y el que solicita en Madrid, hay tales y cuales diferencias, nacidas de las costumbres, carácter y estado social; pero esto no constituye un tipo exclusivo de nacion alguna. No hay dos hombres, ni dos cosas cualesquiera absolutamente iguales, y todos los individuos no son tipos. Convendré, porque ya se me ha pasado el esplin, en que el *Torero* y el *Charran* pueden considerarse españoles por naturaleza y vecindad; mas otros retratos que veo y leo, son, con perdon de Vds., cosmopolitas perfectos.

Basta ya de digresiones previas y de reñidores episódicos, que voy á tardar en emprender el dibujo mas que un congreso en constituirse y contestar al discurso de la corona. A bien que no es chico el pedazo de artículo que he ensartado para introducirme, y de chanza ó de broma, nunca viene mal un retazo á los que trabajamos con medida.

Ahora voy á presentar un retrato que es español á machamartillo, castellano neto, compatriota por los cuatro costados, paisano á prueba de bombas de Monjuich, y mas castizo que los potros de Ubeda, y las merinas segovianas. El *Dómine* nació, ha vivido y está para morir en España, y nada tiene que ver con los aliados. Es la independencia nacional en cuerpo y alma, tan agena de las cascacas encarnadas como de gallos y tricolores. Es, en fin, el españolismo por esencia, presencia y potencia, que jamás ha pisado otra tierra que la tierra de garbanzos. Una prueba es que todos los apellidos de su familia son castellanos rancios, sin mezcla de secta, como *Lucas Berrío*, *Cabra* y *Chuchumeco*: tan exclusivamente nuestros como el *maestro Quiñones*, el *licenciado Vidriera*, el *capitan Araña*, y el *rey Perico*. Pregunten Vds. á los literatos extranjeros por todos estos personajes de nuestra patria, y con tanta historia y geografía como revuelven, se quedarán al oírlos con las mandíbulas en ángulo de cuarenta y cinco grados: es decir, que ignoran lo que nuestros patanes manosean en sus diarios coloquios.

TOMO I.

Y no como quiera es el *Dómine* tipo meramente español; tiene ademas la circunstancia agravante de ser el original que mas ejemplares ha producido: el que ha dado los fundamentos de su gloria á la república literaria; el que ha llenado el mundo de horlas, birretes, cogullas y capirotos: y si no respóndaseme á estas preguntas. ¿Qué teólogo, qué juriconsulto, qué canonista, qué médico ha existido en nuestro pais, á quien no haya dado el *Dómine* las primeras lecciones de hablar y escribir correctamente? ¿qué tribunal, qué universidad, qué púlpito, qué coro, qué botica puede envanecerse de no haber pagado tributo al indispensable *Dómine*? Sin este agente universal de las carreras literarias, se hallaria vacía la mitad de los estantes de las bibliotecas; faltarían los principales glosarios de nuestros viejos códigos; habrían quedado desiertos los noviciados de los monasterios; y caerían nuestras conversaciones de los salpicados bilingües que las florecen ó las barbarizan. Dirélo de una vez y mas en grande: el *Dómine* es el Adán de cuantos saben dónde tienen su mano derecha, el Ataulfo de los príncipes de las letras, el Mentor de todos los que declinan y conjugan, y el primer móvil de la omni sapiencia.

Pero hay otra observacion, que sobre todas descuella. y hace ver, no solo que el *Dómine* es tipo peculiar de nuestra nacion, sino que los españoles todos han estado sometidos á su influjo. España entera ha sido gramática por naturaleza y gracia, y la universalidad de sus habitantes fue clasificada en dos grandes secciones: los que no sabian *gramática latina*, tenían *gramática parda*; ejemplo que no presentará nacion alguna, por aventajada que se crea en letras humanas. Un pueblo de gramáticos ni se conoció en los tiempos fabulosos, ni lo recuerdan los anales de la India, de Grecia ni de Roma.

Acaso no falte quien objete (la oposicion es tan dulce y comun como la venganza) que siendo tan español el *Dómine* ¿por qué fué á pedir nombre prestado á las orillas del Tiber? Mucho se pudiera alegar contra este escrúpulo, pero baste saber que la lengua castellana tiene en sí misma las voces de *preceptor* y *maestro de gramática* para designar este individuo, y que la de *Dómine* se ha familiarizado por la propension de los españoles á hablar latin desde que á él se ponen. Así es que aprenden el idioma en el idioma mismo, por un arte escrito en la lengua que van á estudiar, y al segundo dia de concurrir al aula un chico de diez años sabe ya llamar al *maestro Dómine*, y preguntar *¿Licet mihi per te?* Hay mas: un barbero sangrador antes de saludar el arte escribe corriente *Repice*; un notario romancista encabeza sus escrituras *In Dei nomine amen*; una monja, sin mas estudio que cojer un diurno, sabe cantar *Dixit Dominus Dominino orino*, corrigiendo lo profano del texto; un ministro de Hacienda, que ni el forro de los libros conoce, obra en hebreo y maya en latin el *mutandas mutandas*; y hasta las beatas y los chiquillos saben el *Gloria Patri*. ¿Se quiere mayor demostracion de que el *Dómine* y su arte son conaturales en España?

Todavía hay mas que alegar en abono de mi propósito. Donde los conocimientos son exóticos hay dificultad en apropiarlos y mantenerlos, y los hombres mas eminentes apenas logran su aclimatacion. En Castilla sobran para perpetuar el latin las personas mas baladies y lisiadas, las que no pueden servir para otros estudios. Tirso nos ha descrito el *Dómine* de Marta la Piadosa en estos sencillos términos.

... Un licenciado
en gramática, ordenado
de grados y de corona.

Y es que por lo comun se dedican á maestros de latinidad los que, yendo para clérigos ó letrados, cortan ó les atajan la carrera; ya ahorrando los hábitos y

20

casándose; ya de resultas de quedar señalados por la mano de Dios en pena de una diablura que los deja cojos, mancos ó irregulares; ya porque perdieron el tío que les daba estudios; ya porque les tocó soldados.

Dedúcese de aquí que el oficio de preceptor no se enseña ni se aprende; todos llegan á él sin pensarlo, sin saber cómo ni cuándo. El que empezó á estudiar creyéndose canónigo, ó corregidor, ó pulsista, se encuentra *Dómine* en la flor de su edad por arte de birli birloque, ó sea por el sino de los españoles á ser gramáticos y latinos. Puede decirse que el *Dómine* no existe en la naturaleza, ni en el órden regular, sino que aparece por una combinacion extraña, como el ganado mular; ó como los estambres de la rosa cultivada se convierten en pétalos; ó como el pedazo de barro que iba para olla y se trueca en jarro en manos del alfarero; ó cual trozo de madera, del que el escultor dice.

Si sale con barbas será San Anton
y si no la pura y limpia Concepcion.

Véase la causa por que yo no puedo entrar á describir el origen, patria y educacion del *Dómine*. Hay que tomarle y a formado y cual aparece, supuesto que hoy lo es, el que ayer no lo era, el que anteaer se creia cosa bien diferente.

Apenas se hallará pueblo mediano en nuestras provincias que no haya tenido cátedra de latinidad. En pocos faltó un eclesiástico de campanillas, un ricote venido de Ultramar, una solterona acomodada, ó un concejo concienzudo, que fundase esta obra pia. Porque es de saber que los *Dómines* no dependian del plan general de enseñanza, sino que en esta materia habia accion popular, que ejercitaba cualquiera, cuándo, dónde y como le acomodaba. Ya se ve, era una fragua indispensable para forjar tantos capigorrones y frailes como salian de los pueblos, y era ademas requisito para ser abogado, médico, boticario y cirujano latino, y hasta para ser monja de coro, sacristan, capiscol y salmista. Y obsérvese que de los pueblos donde habia mas facilidad de concurrir al estudio latiniparlante, se poblaban los conventos; y si no diganlo Toro, Badia y muchos lugares de la Mancha.

Si se me pregunta por la figura corporal de mi héroe daré el texto de Quevedo, retratando al *Dómine* de Segovia: «él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo, los ojos avicindados en el cogote, la nariz entre Roma y Francia, la habla ética, la barba grande, comedor de una comida eterna sin principio ni fin.» O me remitiré al *Dómine* de Villamandós del P. Isla, que «era un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista.» Lo de ser enjutos, zanquilargos, anquisechos, acartonados y cariacontecidos, con las demas señales de flaqueza y espiritualidad, procede sin duda de que apacientan mas el alma que el cuerpo; pues como viven entre muchachos hambrones y ansiosos, á la par que enredadores é inquietos, su existencia se reduce á comer galopeado, á dormir en taquigrafía, y en cavilar en progreso rápido, lo cual los constituye en la demarcacion de las clases pasivas.

Los que participan de este temperamento son, segun los fisiólogos, nervudos y rijosos, pero como el estado unas veces, los trabajos mentales otras, y la escasa fortuna siempre, suelen apartar al *Dómine* de la coyunda matrimonial, queda por lo comun del género neutro, y cuando mas espuesto á tentaciones y lances de honor. Suelen decir las señoras de talento, que los hombres estudiosos son malos para maridos y buenos para amantes; porque quieren de tarde en tar-

de, pero quieren bien. Tal vez seguia esta máxima aquella dama de quien dice la copla vulgar.

La béndita Dorotea
que por el balcon se esconde,
es el orinal en donde
el *Dómine* labia mea.

Por lo que toca á la vida y hechos del *Dómine*, expondré lo que me ocurra en resúmen, que es como si dijéramos, á paso de Luchana.

Cuando es casado, la esposa ha de ser marisabidilla, de las que el refran equipara á las mulas cozudas; y los chiquillos parlanchines y redichos. Los pupilos internos ayudan á los quelhaceres de la casa en razon inversa de sus contingentes y regalos. Con los menos contribuyentes se ahorra la *Dómina* de criada, de niñera y de mozo de mandados; que por dejar el aula y que les disimulen la holganza harán los escolares todos los recados del mundo, por ruines que sean. Rarisimo es que los *Dominiquillos* hereden el magisterio de su padre por mas que éste los ponga de mayoristas y pasantes: cansados de pelear con estudiantes aviesos y de reconocerles el trasparente, suelen apetecer otra profesion de menos ruido y mas provecho.

La mesa del preceptor siempre es alegre y esbelta: nadie padece allí indigestiones, ni se embota los sentidos. Un sopicaldo, y un cocido en que los garbanzos parecen islas flotantes, y un cuarteron de carne que hace de vasto continente, ni compromete á pedir el auxilio del doctor, ni ha menester lugar escusado. Allí se come para vivir, y no se vive para comer; y si no se obra el milagro de multiplicar los panes y los peces, se resuelve el problema matemático y fisico mas difícil, de distribuir la menor cantidad de materia posible en el mayor número de dosis posible.

Salvas honrosas escepciones, los *Dómines* son dados á sentenciados, tienen el gusto extragado y adolecen del carácter pedantesco. Los macarrónicos estravagantes y las sentencias que retumban y hacen eco, son para ellos de mas estima que los mejores trozos de Virgilio y de Ciceron. Muchos saben de memoria la carta de Pablo Merula, en que se cuentan las maravillas de España en un latin castellano: otros recitan el soneto del mismo género, que Rengifo pone en su arte poética; y pocos hay que ignoren el epigrama compuesto en el siglo pasado á la virgen del Pilar de Zaragoza que empieza:

*Sublimes admite pijs gratissima gentes,
Instaura celebres Sacra Maria choras.*

¿Y qué preceptor de nombrada estuviera ignorante de los mas comunes laberintos, acrósticos, equívocos y macarrónicos? Uno relata entusiasmado aquello de Iriarte

Quod salamanquinis idioma retumbat in aulis

Otro recuerda con gloria la pepinada de la guerra de la Independencia y principia

*Currite Matritum, Versilia currite pronte,
Et Pepo de parte mea facitote mamolam*

Y los mas tienen fruicion en celebrar hasta las nubes aquellos alisonantes de Nebrija

His atacem, panacem, cólacem, styracémque, facmeque.

Ambigo, currique furo, satago, quanso, hisco, fatisco.

Dije al principio que el *Dómine* estaba para morir, y se hace preciso explicar esta frase, no se vaya á creer que le mata su régimen dietético ó los malos ratos. Se muere, porque de hoy mas será inútil ó hará poca falta. Sin capellanes y sin capillas; con los libros elementales puestos en castellano; y con buenos códigos puestos en romance ¿de qué servirán los pre-

ceptores latinos? Sobrarán las escuelas de las universidades, institutos y seminarios. ¡Y esto lo ven con calma las gentes y no lo lloran los literatos! ¡oh ingratitude! Recrearos en vuestra obra, novadores; ya habeis acabado con el *Dómine*; pero cuenta que de hoy en adelante echareis muchas cosas de menos. Voy á indicaros algunos resultados de vuestra *dominante* revolucion.

En primer lugar, se irá desterrando del lenguaje esa porcion admirable de palabras que tanto lo enriquecen, y apenas habrá quien sepa estampar el *infrascripto*, quedándonos reducidos al abajo firmado.

Veremos si hay escribanos que den fé de la *non numerata pecunia*.

No se encontrarán políticos que hablen del *salus populi*, aunque con candil se busquen.



El Dómine.

Ni los cómicos saldrán al *proscenio*, ni los soldados al *extramuros*, ni el monaguillo al *Via-crucis*.

Los avaros desconocerán el *in utroque felix* de las medallas que ahora leen y releen.

¿Y habrá viejas fervorosas que recen, como quien lo entiende, *Turris eburnea* y *Virgo potens Nequaquam*. (Y busque V. entonces esta sonora respuesta, á que jamas llegarán el raquitico *no* ni el *mil veces no* de los modernos.)

Por último, cuando haya muerto el *Dómine*, estarán Dios sabe dónde los españoles que hoy se pintan solos, entre ellos su servidor q. b. s. m.

FERMIN CABALLERO.

TOMO I.

EL EXCLAUSTRADO.

BENIGNO lector: Si hasta ahora la mayor parte de los retratos que se te han presentado en esta galeria pudieron dar ocasion á que se ejercitase en ellos la festiva pluma de sus autores, y á que tú te solazases un rato con la maligna pintura, has llegado hoy á uno en el cual tienes que renunciar á tan halagüeña esperanza; y si no quieres, por el contrario, alligirte, vuelve la hoja y pasa al artículo siguiente; que no he de emplear las armas del ridículo cuando se trata de un ser, epítogo y cifra de las miserias humanas, y á quien la suerte, á pesar de su carácter venerable, ha condenado á sufrir todas las calamidades que puede lanzar sobre la frente de un hombre

21

la mano airada de las revoluciones. Aunque mi pluma tuviese la punzante causticidad del malogrado *Figaro*; aunque el *Curioso parlante* me prestase la suya alegre y juguetona, me guardaría muy bien de emplearla para escarnecer el hábito sagrado del sacerdote, ni las respetables canas que adornan á la vejez desgraciada; que si en algun tiempo me aconteció tambien el sacar á la escena, entregando á la execración pública, pasiones y crímenes de hombres que encerrára el claustro, cedi tal vez con harta facilidad al torrente que entonces nos arrastraba á todos; hallábase todavia mi ánimo preocupado con la idea de su antigua prepotencia, y sobre todo no había visto á esos infelices cubiertos de andrajos, muriéndose de hambre, ó implorando en las calles la caridad de los mismos por quien se veían arrojados de su antiguo y pacífico retiro. No esperes, pues, reir, oh lector, en este artículo, y antes bien te diría que te aprestases á llorar, si fuese yo capaz de dar en esta ocasion á mi estilo el verdadero color que el asunto requiere.

Y al empezar mi tarea, dígame en verdad que no sé lo que debo decirte, ni cómo hacer un bosquejo, aunque imperfecto, del tipo que me ha sido encomendado; tipo peculiarísimo, en el día, de nuestra nación; tipo en ella de reciente fecha, y tipo, en fin, que desaparecerá en breve no dejando detras rastro alguno. Esto es decir, que este tipo no es realmente tipo; que no nace de costumbres mas ó menos arraigadas en el pueblo; que no ha pedido él mismo formarse hábitos particulares, y *sui generis*, y que no se le debe considerar sino como un fenómeno casual y pasajero, como un estado transitorio desde otro estado que existió hasta la muerte; en fin, como la negación de todo estado, de toda posicion social, el juguete de la mas adversa fortuna.

En otro tiempo, á pesar de sus infinitas variedades, un fraile era entre nosotros un verdadero tipo; y sin descender á pormenores, se podían señalar ciertos caracteres generales de la especie, con que formar un cuadro verdadero y animado; pero un fraile que no es ya fraile, y que no ha pasado á ser otra cosa; un hombre acostumbrado largos años á un método de vida el mas regular y constante, entregado de repente á todas las vicisitudes de la mas angustiosa existencia; que vuelve á la sociedad despues de haberla abandonado, sin conocerla ahora, sin haberla conocido tal vez nunca; extraño enteramente á los hábitos de la vida comun; sin parientes, sin amigos; sin poder abrazar mas que una sola carrera, y esa humillada, pobre, perseguida; este ente, en suma, anómalo, indefinible ¿cómo le he de describir, cómo le he de hacer de él un retrato parecido? ¡Imposible! Y así, Sr. D. Ignacio Boix, al repartirme este tipo que no lo es, ó ha cometido V. un error, ó se ha dirigido á quien no puede servirle. Exclaustrados hay, y no legos, á quienes hubiera V. podido dar con mas acierto este encargo, y que le desempeñarían á pedir de boca: porque al fin nadie pinta mejor sus miserias que uno mismo; y así como dió V. con su hombre cuando me encargó escribir el *Cesante*, puesto que lo soy, así debiera haber ido á caza de algun *Exclaustrado*, que á la fé no anduviera V. mucho sin encontrarlo, siendo especie que no escasea. Mas ya que no tuvo V. tan buena ocurrencia, yo he sido mas feliz; pues pensando en el modo de complacerle, la suerte me ha deparado la ocasion de saber la historia de uno de estos desgraciados por boca del mismo interesado; y así es que me limitaré á contarle á V. lo que me sucedió una de estas noches pasadas.

Discurría yo por esas calles, sin objeto y cavilando como me suele suceder, cuando llegué á uno de esos derribos que tanto abundan en Madrid, y en los cuales un anejo y desierto solar ha reemplazado al suntuoso convento que antes en él se elevaba. La no-

che estaba serena y clara; la luna en su mayor creciente, ostentaba su plateado disco en la bóveda celeste, y hallábase como suspendida en medio del solar que iluminaba con sus rayos, á manera de una hermosa lámpara, proyectando, no obstante, sobre el suelo las sombras de las casas contiguas y de los montones de escombros que aquí y allí se veían. Paróme tan solemne espectáculo, y púsemé á contemplarlo. Mi imaginación enardecida pintábase lo que había sido aquel lugar, lo que podia ser algun día. Reconstruía en idea el derribado edificio, sus anchos muros, sus labradas puertas, el dilatado claustro, la suntuosa iglesia y los adornados altares. Veía lucir en estos las encendidas luces delante de la imagen venerada, y al austero religioso haciendo en ellos su oracion, ó recogido silencioso en su celda, ó entonando en el coro sus místicos cantares. Creía oír el sonido grave y prolongado del órgano uniendo sus acentos al monótono himno de los cenovitas, y los ritos religiosos desplegabán á mis ojos su pompa, infundiendo en mi ánimo el temor profundo de la divinidad. En seguida, como en mudable kaleidoscopio, se presentaba á mi fantasia otro cuadro muy distinto. Al antiguo y ennegrecido convento, reemplazó un moderno palacio brillante con todo el lujo que pueden reunir las artes nacionales y extranjeras. Lucían al través de los anchos cristales numerosas bugías, y sonaba el animado acento de música deliciosa, interrumpida con los alegres gritos de los convidados. ¡Qué contraste, me decía yo á mi mismo! Donde antes se alzaba la pacífica morada del solitario, oprime el suelo ahora la mansion bulliciosa del poderoso. El estrépito ha reemplazado al silencio; la orgía al ayuno; la licencia al recogimiento; las danzas á la oracion, y los báquicos cantares á los himnos religiosos: ya no se eleva á los cielos el humo santo del incienso; sino los vapores del vino, el perfume de los manjares condimentados con las mas aromáticas especias; no discurren por esos ámbitos toscos sayales, sino ricos trajes de oro, seda y pedrerías; no arden los corazones en el amor divino, sino que están abrasados con todas las pasiones mundanas; y acaso entre el festín y la algazara, se engendran planes de esterminio, crímenes y catástrofes. ¡Ah! quizá los refinamientos de las artes habrán ganado en esta trasformacion; pero ¿le ha sucedido lo mismo á la religion y moralidad de las sociedades?

Embargado mi espíritu con esta idea, no había echado de ver la figura pobre y estenuada de un infeliz, que sentado en una piedra, en medio del solar, lanzaba tristes ayes y alzaba las manos y los ojos al cielo. Sus lastimeros suspiros llamaron por fin mi atención; parecióme que lloraba, y de repente le ví que se postró arrodillado: cruzando ambas manos, apretándolas contra el pecho, y multiplicando sus sollozos, exclamó: «¡Dios mio, Dios mio, piedad, compasion de mí!» Acerqueme enterrecido, y hallé que era un anciano como de setenta años, cuyas canas, ancha calva y arrugado rostro le daban á la vez un aire desvalido y venerable. Su aspecto me movió á compasion, y acercándome á él le dije:

«Buen hombre, ¿qué tiene V.?—Ah, señor. contestó, una limosna por el amor de Dios á este pobre Exclaustrado.—¡Es V. Exclaustrado! exclamé.—Sí, señor.—¡Y anda V. pidiendo limosna!—Esta es la primera vez... Pero mi miseria ha llegado al extremo: la he sufrido hasta hoy... Hoy me faltó ya todo recurso. Vivía en una miserable boardilla, y su dueño me ha arrojado de ella porque no podía pagarle el alquiler... Soy viejo, no puedo trabajar, en ninguna parte encuentro asilo ni amparo... Há cerca de dos días que no pruebo bocado... Esta noche resolví implorar la caridad pública... Mas al llegar aquí me sentí desfallecer, y tuve que sentarme en una piedra. En este sitio estuvo algun día mi convento... Creí que

mi hora postrera había llegado, y rogué á Dios que la abreviase, contento con morir donde tantos años había vivido dichoso, donde siempre pensé exhalar el último suspiro.—Al decir esto, nuevo desmayo acometió al infeliz: tuve que sostenerle, y con dificultad le pude hacer entrar en una tienda inmediata, donde, merced á los auxilios que se le suministraron, volvió en sí, y cobró algunas fuerzas. Luego que estuvo ya en disposición de andar; «venga V. conmigo, le digo, esta noche la pasará en mi casa, y mañana veremos si hay algun medio de aliviar su suerte.—¡Ah! señor, contestó, ¡Dios le recompense á V. tanto beneficio! Y haciendo mil extremos de gratitud, me siguió. Hicéle servir una ligera cena y preparar una cama donde se acostó quedándose á poco profundamente dormido. Por la mañana, cuando me levanté, me maravilló el verle ya vestido.—No le admire á V. esto, me dijo; nosotros los frailes tenemos hecha la costumbre de madrugar mucho, y en rayando el alba ya no podemos aguantar la cama.» Halléle bastante repuesto, y entonces pude fijar la atención en el traje que llevaba. Nada en él indicaba el sacerdote. Una levita negra muy vieja y raída, pero que había cepillado cuidadosamente, le cubría el cuerpo flaco y estenuado: harto ancha para su escuálida figura, daba á conocer á la legua que no había sido aquel su primitivo dueño, y utilizados los pocos botones que le quedaban, estaba abrochada hasta arriba para tapar, juntamente con un pañuelo del propio color que mugriento y roto rodeaba el cuello, lo sucio de la camisa que por falta de compañera no se había mudado en mucho tiempo. Los zapatos ya se puede inferir el estado en que se hallarian, y el muy escaso servicio que harían al pié, el cual por otra parte, no conocía el uso de la media, pareciéndose solo en esto el actual equipage del ex-fraile á su antigua vestimenta. Nada diremos de los pantalones, ni del derrengado sombrero, pues en ambos se echaba, sobre todo, de ver la miseria del que los llevaba. No quise que el buen Exclaustrado permaneciera mas tiempo en tan inmundos trapos; y á pesar de lo que resistía, reemplazaron sus harapos otras ropas mías que, aunque viejas tambien, parecían, comparadas con las suyas, que acababan de salir de los talleres de Utrilla. Hecha esta mudanza, hice servir el almuerzo, concluido el cual, manifesté á mi huésped mi deseo de conocer su historia; y él, complaciéndome al punto, empezó de esta manera.

«Soy natural de un pequeño pueblo de Castilla la Vieja, y nací por el año de 1770; es decir á V. que paso ya de los setenta años. Mis padres eran unos pobres labradores, y tenían cinco hijos, de los cuales yo era el menor: de estos, el primogénito debía quedar con ellos para ayudarles á labrar su escasa hacienda; otro se metió soldado, otro pasó á Salamanca á seguir los estudios, mientras servía á uno de los catedráticos; el cuarto se embarcó para América á probar fortuna; y á mí me destinaron á entrar en un convento; pues ya sabe V. que antiguamente, como el hábito merecía tanta veneración y respeto en España, y á veces conducía á muy altos puestos y honores, pocas familias numerosas había en los pueblos que no procurasen tener un hijo fraile, porque siempre era esto para él una colocacion ventajosa, y para los demás parientes una honra ó un motivo de proteccion y de futuros medros. Llamáronme, pues, desde niño, en mi pueblo el *fraile*; vestíame de hábitos, y siendo mas grandecito, de negro, con lo cual iba familiarizándome con la idea de mi futuro estado. A los doce años, sabiendo ya leer y escribir de corrido, pasé á Sepúlveda, en uno de cuyos conventos tenía un tío tambien religioso; y al amparo de él, estudié latin con el Dómine de la ciudad. Había yo sacado tal cual ingenio, y no me faltaba aplicacion: así es que no defraudé las esperanzas que se formaban de mí,

hice bastantes progresos, y me hallé en disposicion de que al llegar la edad competente pudiese entrar de novicio en el mismo convento de mi tío; y cumplido el año, profesé con gozo general, así mio como de mis parientes. Vds. que no tienen idea de las costumbres de aquel tiempo, que están hechos á juzgar de las cosas por sus teorías modernas, y para quienes un fraile es por lo comun, si no un objeto de horror, por lo menos de desprecio, no pueden concebir ese júbilo que entonces se apoderaba de toda una familia cuando un individuo de ella tomaba el hábito religioso. Pero lo profundo y firme de la creencia, el aspecto de santidad que rodeaba al profeso, la paz temporal que su nuevo estado le aseguraba, los bienes espirituales que le prometía, todo presentaba esta felicidad como una de las mayores que se pueden apetecer, y engendraba ese gozo puro y ardiente que, teniendo algo de celestial, no se parece á ninguno de los que procuran los bienes de este mundo.

«Entré, pues, en la religion, y desde entonces solo pensé en cumplir exactamente con las obligaciones que aquella me imponía, en adquirir la instruccion necesaria para merecer los altos puestos de la órden, y en hacerme apreciar y querer de mis superiores. Logrélo, con efecto; y como por ser jóven entonces sentía mi alma los naturales impulsos de la ambicion, confieso á V. que mas de una vez soñé con que por fruto de mis afanes me vería algun dia honrado con una mitra, siendo el padre de una diócesis dilatada, sentado tal vez en la silla primada de España, cubierto de distinciones debidas á mi rey y al Pontífice, y viendo mi nombre celebrado en la patria y fuera de ella. ¡Vanias ilusiones, que pronto se desvanecieron, y que el tiempo y la revolucion han convertido al fin en espantosa miseria! No porque al pronto no sonriese la fortuna á mis ambiciosos proyectos. Cobré fama con mi saber y mis virtudes, virtudes que si no llegué á tener en el grado que el mundo las creía, procuré al menos adquirirlas: el púlpito y la cátedra me dieron nombre; este nombre corrió por las muchas casas de la órden; mis superiores me hicieron pasar sucesivamente á varias de ellas; fui elegido prelado en algunas; y últimamente, veía delante de mí el mas brillante porvenir, cuando la invasion francesa vino por primera vez á lanzarnos de nuestros conventos. Vivía entonces todavía mi hermano mayor; y hallé en su casa un refugio donde pasé toda la guerra, concluida la cual, y restablecidos los conventos, me tocó pasar á de Madrid, donde emprendí de nuevo mis ejercicios de predicacion, logrando siempre atraer numerosa concurrencia de fieles. Ya en aquella época, la edad había entibiado algun tanto mis deseos ambiciosos: en el tiempo de mi exclaustracion, haciendo votos al cielo por el triunfo de la patria, prometí, en el caso de que me restituyese á mi convento, renunciar á todo cargo dentro y fuera de la órden, limitándome á los ejercicios de simple religioso; y así lo cumplí, aunque el aprecio de mis hermanos y del monarca me brindó con los honores cuya idea tanto había halagado mi juventud. No tuve que arrepentirme de ello. La paz del alma, el contento interior, y la satisfaccion de mi mismo, fueron la recompensa de mi conducta. Los austéros deberes de la religion, llegaron á ser para mí, no solo una costumbre, sino tambien un placer; y el estudio y la oracion, me hacían feliz, llenando cumplidamente mis afanes. Tal era mi abnegacion, que apenas sentí el primer periodo revolucionario; y como ni mi órden ni mi convento fueron de los suprimidos en aquella época, continué en el mismo método de vida, y seguí, despues de la vuelta del rey, cada vez mas retraido del mundo, cada vez mas olvidado de todos. Ya la vejez había encanecido mis cabellos y menguado mis fuerzas: con mas de sesenta años, solo pensaba en prepararme á la muerte

en mi concepto no podía tardar, pero que Dios ha querido sin duda alegrar todavía para purificarme con no conocidos trabajos. Un día, hallándome en mi celda entregado á una mística lectura, oí de repente un rumor extraño: llegaron hasta mí feroces alaridos, golpes horribles, tiros de fusil, y gritería como de pueblo amotinado. Salí para informarme de lo que era, y ví á todos los religiosos correr despavoridos por los claústros: cuál procuraba buscar un secreto asilo donde esconderse; cuál acudía á los altares á abrazar las sagradas imágenes; cuál herido por mortífera bala, caía ensangrentado á mis pies. Perdí el sentido á tan horrendo espectáculo, y quedé exánime. En tal estado pasé muchas horas, al cabo de las cuales volví en mí, y me encontré en una cama. Supe enton-



El Exclaustrado.

ces, por los que me asistian, que una cuadrilla de hombres furiosos habia penetrado en el convento, profanando la casa de Dios y asesinando en nombre de la libertad á sus ministros; que yo habia sido encontrado entre un montón de cadáveres; mas que notando los que me llevaban que no estaba herido, y que respiraba, me habian colocado en aquel lecho. Recuperado de mi desmayo, y cohradas las fuerzas, salí favorecido por la noche y por uno de los que me asistian, que era miliciano, de aquella santa casa donde tantos años pasára una vida pacífica, y donde pensaba dejar en eterno reposo mis huesos. El miliciano me llevó á la suya, y le debí larga y benéfica hospitalidad; pero el fruto de nuestras discordias civiles le alcanzó tambien, habiéndose movlizado per-

dió la vida en una emboscada; y yo me ví abandonado, sin amparo alguno, ni mas recurso que la escasa pensión no pagada que nos señaló el gobierno. En vano he buscado algun arbitrio, todos me han faltado: mi edad y miseria me cierran todas las puertas; apenas algun día que otro consigo decir una misa, cuyo escaso producto se concluye al siguiente. He solicitado un curato, pero me han dicho que soy ya demasiado viejo; mi débil voz no me permite subir al púlpito; lo deteriorado de mi ropa me hace rechazar por todos aquellos en cuya casa me presento para servir de ayo de algun niño; pudiera regentar alguna escuela, pero jóvenes mas audaces é intrigantes se llevan siempre las que pretendo; tenia esperanzas de que un grande me admitiese de capellan, mas disminuidas sus rentas por la supresion del diezmo, ha tenido tambien que suprimir esta plaza: adonde quiera que vuelvo la vista, no encuentro mas que abandono; y por fin, mi miseria ha llegado al punto que V. ha visto ayer noche.

«Esto es en cuanto á los trabajos corporales y penalidades de la vida. ¡Pero cuánto mas es lo que sufren mi corazón y mi espíritu! ¡Ah! no sabe V. lo que es arrancar á un hombre anciano de la condicion en que ha pasado toda su vida, y con la cual ha identificado todo su ser, para pasar á otra que le es totalmente desconocida, que está en oposicion abierta con sus costumbres, sus ideas y sus esperanzas. Figúrese V. al desterrado que desde el cielo dulce y templado de Andalucía fuese trasladado á los climas helados del Norte; que acostumbrado á respirar el perfume de las flores, el aura suave que corre entre los bosques de granados, viese solo en torno de sí, sombríos pinos y apretadas nieves, sintiendo todo el rigor de las escarchas: ¡cuán dolorosa seria para él tan horrible mudanza! ¡cuán llena de penalidades correría su existencia! Pues no es menor la diferencia que hay para el misero Exclaustrado, desde el mundo pacífico y religioso del claústro al bullicio de este otro, mansion de crímenes, pasiones y miserias. Semejantes al emigrado, suspiramos siempre por volver á nuestra cara patria, á esa patria que nos habia adoptado, y en que estábamos como de paso para otra eterna y de inagotable bienaventuranza. Aquí todo es nuevo, extraño para nosotros; todo contraria nuestros gustos, nuestras inclinaciones. Echo de menos mi celda, aquella celda pobre, desnuda de adornos, sin mas muebles que una tosca mesa y dos sillas mal labradas, sin otra comodidad que una cama dura; pero mansion apacible que me habia acostumbrado á mirar como mi palacio; cuyo aseo era extremado; cuyas paredes ofrecian las imágenes de mi veneracion; y que si por dicha llegaba hasta ella el humo del incienso, ó en tosco barro brillaba la flor recogida en el huerto, me ofrecia una fragancia para mi de dulzor inefable. El rumor que continuamente asorda mis oídos, me hace mas sensible la pérdida de aquel nunca alterado silencio, en que mi alma se recogía para entregarse á las dulzuras del estudio ó á los éxtasis de la oracion ferviente. Las horas de la noche en que me solian llamar á los ejercicios piadosos, las paso ahora en dolorosa vigilia, durante la cual huye el sueño de mis ojos y solo encuentro lágrimas en ellos. Ya no voy á cuidar del altar preferido, ni de la imagen que era mis amores, ni enciendo ante ella la lámpara que ardia con una luz celestial. Si oigo una campana me entristezco; porque no es ya la que arreglaba las acciones de mi monótona, pero apacible vida. Hasta el grosero sayal, si bien me servía á veces de cilicio, era una gala lujosa comparada con los harapos sucios que suelen cubrir ahora mi cuerpo descarnado. El alimento me parecia entónces el maná que el cielo me enviaba para prolongar mi vida consagrada á su servicio, llegando á horas marcadas, sin que me acosase nunca la idea de su falta, y ac-

tualmente, atormentado sin cesar con el afán de buscarlo cuando menos puedo hacerlo, ó no le tengo, ó le debo á la caridad agena. Ultimamente, muertos todos mis hermanos, sin parientes, sin amigos, sin una persona que se interese en mi existencia, me veo solo en medio de este torbellino de gentes que se agita al rededor mio como una horrible pesadilla; y mas poblada estaba á mis ojos la soledad del claustro, donde veia seres que estaban identificados conmigo, que tenian mis ideas, mis costumbres, que entendian mi lenguaje y me hablaban conforme á mis creencias, que me asistian en mis enfermedades, estando seguro que rogarian por mi cuando pasase á mejor vida. ¡ Ah! yo me habia acostumbrado á ver en ellos á mis unicos parientes y amigos; ellos reemplazan en mi corazon á mis hermanos muertos: su sociedad me era grata; su conversacion me distraia y enseñaba; juntos dirigiamos nuestras paces al Eterno, juntos comiamos, juntos nos paseabamos: las misticas discusiones eran nuestro recreo, las festividades religiosas nuestros espectáculos, los ecos graves y magestuosos del órgano nuestros conciertos. Cuando el altar resplandecia con mil y mil luces, cuando le habiamos adornado con verdes hojas y numerosos ramos de las mas bellas flores, cuando el incienso llenaba el ámbito de la iglesia, y aquellos acentos resuaban con religiosos himnos, y nuestras voces se mezclaban á la suave armonía, y veiamos á todo un pueblo humillarse ante el Eterno, entónces éramos felices, y no nos acordáhamos de ese mundo que habiamos abandonado, y sus pompas y vanidades nos parecian despreziables. En el dia, separados, dispersos, perseguidos, muertos los unos, y estos son los mas dichosos, entregados los otros á la suerte mas adversa, solo nos queda el consuelo de que Dios tomará en cuenta nuestros padecimientos, y nos recompensará en la otra vida los males que por su amor padecemos en esta.»

Así habló el anciano, y dos abundantes venas corrieron por sus mejillas. Conoci entónces hasta qué punto debian llegar las penas de aquel desgraciado. Yo habia visto su miseria; pero no imaginaba siquiera los dolores de su alma, hasta que esta se hubo revelado á mis ojos. Consideré cuál seria mi estado si privado de repente de mi mujer, de mi hija, de todos los objetos de mis afecciones, de mi patria, y hasta de mis ocupaciones mas gratas, me viese arrojado á extraña tierra y en espantosa soledad, y midiendo por el mio la intensidad de su dolor, no pude menos de concederle una lágrima, maldiciendo la razon de estado que le redujera á él y los suyos á tan triste situacion, y culpando á los que no habian sabido ó querido hermanar los deberes de la humanidad con lo que esa razon y las circunstancias exigian. Templé no obstante mi dolor pensando que en una nacion religiosa como la nuestra, la caridad particular habria hecho lo que el gobierno descuidaba; que no á todos los infelices Exclaustrados les habia cabido una suerte tan lastimosa como el que tenia delante; que si bien muchos le acompañaban en su miseria, otros habian sido recogidos por parientes ó personas caritativas; que algunos mas jóvenes podian ejercer las varias ocupaciones que prescribe el sacerdocio, ó las que no son incompatibles con su sagrado ministerio; que no pocos pueblos les han admitido por sus párrocos; que la educacion de la niñez ha dado empleo á otros, y que todos, hasta los mas desgraciados, hallan consuelo y esperanzas en las creencias de una religion divina. Restábame solo buscar un medio de aliviar la suerte del que la Providencia habia traído á mi casa como para confiarle á mi solicitud; y ya que mi escasa fortuna no me permitia encargarme de su manutencion, tuve la dicha de hallar un colegio dirigido por un amigo mio, donde fue admitido para enseñar latinidad. Dedicado desde entónces á esta ocupacion penosa, mas para él agradable, ha sabido

grangearse el afecto de todos, y los niños, á quienes considera como sus hijos, le quieren y respetan. El director está muy contento con él, y confio ya en que el pobre Exclaustrado, cuyas necesidades son pocas, podrá concluir en dulce quietud y cómoda mediania los pocos dias que le restan.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL PATRON DE BARCO.

Ast como los animales terrestres se diferencian mucho de los peces en organizacion, instintos y figura, asi tambien la gente de la mar dista mucho en sus costumbres y caracteres de los que vivimos en estos socuchos desiguales é incómodos que se llaman pueblos y pudieran denominarse con mas propiedad cuevas ú hormigueros. La mar, ese movable y dilatado Océano llamado elemento hasta hace poco por una equivocacion de la ciencia, con sus olas azules y plateadas y sus blancas espumas, no puede menos de influir en los seres que surcan su superficie marcándolos con un sello peculiar y distinto, si hemos de dar crédito á lo mucho que en este siglo de progreso se escribe sobre influencias de las ciencias en las artes y en las costumbres, de la legislacion en el teatro, y de la moral en la física, en lo que suele ballarse alguna que otra verdad y sobra de fantasia.

Es preciso, pues, que á mi tambien se me conceda la influencia del mar en todo lo que toca, para que pueda escribir un articulo que se llame hoy filosófico, ya que se dá este nombre á todos los escritos en que se trata de influencias, por mas que ni Aristoteles, ni Platon conociesen este nombre prodigioso, emblema de la filosofia moderna. Suponiendo desde luego la influencia del mar ó del diablo, que tanto vale sea el uno como el otro, lo cierto es que el Patron debe ocupar un lugar muy distinguido entre los tipos españoles por ser original en sus usos, trato y carácter, como se verá en este bosquejo que ofrezco al público.

No es mi ánimo molestar á mis lectores dándoles á conocer el origen del tipo que intento describir; notorio es, que se pierde en la oscuridad de los tiempos mas remotos, pues por lo menos es tan antiguo como Noé, el primer Patron del mundo, á quien no pueden negarse los honores de la inteligencia en este ramo, cuando en tormenta tan deshecha como el diluvio supo conducir una nave de aquel tamaño.

La infancia de los que se dedican á la marinería es poco mas ó menos como la infancia de los demas hombres, con todas las miserias y ventajas de la edad, si se exceptúa la pobreza en que suelen aquellos criarse; pobreza nada agradable, pero que los hace ágiles y fuertes para el trabajo. Mas apenas llegan á la niñez, cuando en vez de entretenerse jugando en los barrios con los de su edad, acostumbran dedicarse á coger en las playas algunos mariscos para comerlos; aficion primera y natural que pasa luego á ser una especulacion mercantil como otra cualquiera, vendiéndolos por las calles, cuando creciendo en años y en necesidades el niño, se va ensanchando en rededor el horizonte de sus deseos.

Allí, en las solitarias orillas del mar, al rugido de las olas y de los vientos, es donde se engendra la verdadera aficion á las navegaciones: lenta y sosegada en su origen, como todos los sentimientos humanos, se convierte luego en una pasion irresistible que decide el porvenir de la vida. Reunido el niño en la playa con otros compañeros, descualto y casi desnudo entre las rocas halla en aquellas arenas todo su universo. Los mariscos entretienen su hambre, interin llega la hora de la frugal comida que en su casa le preparan; los guijaros del mar le sirven de armas, y muy en breve le enseñan sus compañeros á manejarlas con destreza; las piedras le dan asiento, y la

custodia de algun barquichuelo que deja el dueño en la orilla al muchacho, le dan el derecho á pedir un pedazo de pan, cuyo valor solo conoce el que ha sabido ganarlo en la soledad de las playas. En ellas es donde se desarrollan los miembros del niño con las continuas carreras y violentos ejercicios, y donde se adquiere aquel temple de alma que se necesita para luchar brazo á brazo contra las borrascas.

Los baños frecuentes que se dan sin previo dictámen facultativo, mal que pese á Hipócrates y Galeno, son otros tantos ensayos cuyo ejercicio asegura algun día su salvacion en medio de los mayores peligros, y el arte de nadar se aprende allí sin arte por solo los impulsos de la naturaleza. Estos niños que pasan en el agua una gran parte del día en las estaciones templadas, carecen ordinariamente de aquellos principios de educacion que reciben las clases mas pobres. Sus planas son las arenas donde trazan algunas líneas y muñecos con algun chinarro, y sus libros el espejo cristalino de las aguas que nada dice á sus jóvenes inteligencias; si bien habla mucho á sus corazones con la ferocidad de sus rugidos.

Así pasa la niñez de los marineros, si se exceptúan algunos que teniendo padres adelantados en la profesion, aprenden á leer y á escribir mal, y esta es la aristocracia de la clase marinera; que tambien existe ese poder en la baja clase, á semejanza del mar donde se encuentran largas ballenas y mezquinos camarones; sin que obste este ejemplo á los naturales é imprescriptibles derechos del hombre, tan defendidos por algunos encopetados publicistas. Feroces, desmoralizados por lo comun, dan una idea clara de lo poco que valen los instintos sin educacion, verdad que se aprende en todos nuestros puertos, y que como tal la publicaríamos, si el celebre romanticismo no lo prohibiese á boca llena.

Pero al fin, mientras que el genio sin ayuda de las reglas disparta que dá gusto oírlo, vá creciendo el marinero y ya empieza á navegar bien en el barco de su padre, si lo tiene y es Patron, ó en el de alguno que lo recibe, digámoslo así, como meritorio de aduana. Entonces comienza para él una nueva epoca: va zagalon, como vulgarmente le llaman, entra en el aprendizaje por medio de los cortos pero frecuentes viajes, y vá tomando alguna parte en las faenas á medida del aumento de sus fuerzas. El sube á echar rizos á la punta del palo cuando es necesario, saca el cubo á la gente que se marea, y se encarga de hacer algun mandado cuando se salta en tierra, lo que le vale unos cuantos cuartos para gastarlos en la taberna. Con una mala camisa, un pantaloncillo de paño burdo que apenas le baja de las rodillas, una descornual faja y gorro encarnado, desnudas las piernas y descalzo, sin mas abrigo en lo bajo que la influencia atmosférica, á guisa de perro de aguas, se va ensayando con un remo de muchas varas en la mano, y semejante á algunos de nuestros oficinistas, siempre registrando papeles que no saben leer, no hace cosa que de provecho sea á pesar de la gran cantidad de fuerza que pone en juego para producir el movimiento del barco.

De aquí en adelante, creciendo en años y en inteligencia, y añadiendo nuevos trabajos á los antiguos, se hace marinero, y ya se observa en su fisonomía y en su traje el aire particular que á esta clase distingue, hasta que la suerte próspera, sin mas razon que la casualidad ó el capricho, lo levanta de la miseria, como otros muchos que nada deben á la mar, y con un capitalito reunido decide comprar su barco.

No todos los que se dedican á esta profesion llegan á ser Patrones, como tampoco todos los empleados de rentas llegan á ser intendentes, ni todos los diputados ministros, ni todos los revolucionarios dictadores. Hay muchos marineros viejos que amarrados al remo, como lucéldo á la roca, pasan su vida siem-

pre en *boga*, puesto que no cesan de bogar, y su fin suele ser la miseria ó la entrada en alguna casa de misericordia, como existen empleados cesantes, diputados sin esperanzas de ser ministros, y tribunos que mueren en los cadalsos. Pero al fin el que llega á ser Patron ya puede contar con una suerte mas desencasada, si existe algun descanso en la miserable condicion humana.

La vida de estos hombres es muy variada segun los diversos rangos que no en la sociedad, sino en la mar ocupan, dedicándose unos á la pesca, otros á la conduccion de efectos y algunos á llevar pasajeros en cortas travesías. Estos últimos, como que tienen ocasion de tratar con personas tan diversas en sus continuos viajes, son los que ofrecen mas variedad en sus costumbres, especialmente en Andalucía, donde compite la gracia que allí llaman *zalero* con el calor y viveza de una fantasia siempre exaltada. Ninguna de las personas que jamás haya salido de Castilla ó de estas provincias del centro de España, acostumbrado á ver la gravedad y silencio con que se van acomodando nuestros pasajeros en las diligencias, pudiera formarse una idea del bullicio y algazara que acompaña á los viajes por mar del Puerto de Santa María á Cádiz en la corta travesía de dos leguas.

No bien llega al muelle cualquier pasajero, cuando se vé cercado como por encanto de una multitud de marineros que le dan prisa para que se embarque, empleando cada cuadrilla todos los medios que están á su alcance para llevarse consigo, mientras los Patrones están en segundo término, y solo salen á la escena cuando se presenta alguna familia numerosa ó gente de alta alcurnia, de la que espera un buen flete ó agasajo. Los medios, las industrias que allí se ponen en juego para llevarse al transeunte, son mas bien para vistas que para contadas, acomodándose fácilmente á la clase y capacidad de los viajeros. Si es una señora viuda, ó viene sola, se lleva casi como por fuerza con cierto aire de galantería, le dan la mano al bajar el muelle á satisfaccion de la interesada; si un señor marqués ó un buen capitalista, se le llama padrino aunque sea un renegado; si es algun exclaustro, se le trata con una gravedad que raya en devocion, mientras el Patron con voz sonora dice á los marineros fingiendo gran prisa «muchachos, vámonos que ze bá er biento; » á este grito se nota gran movimiento en los marineros que están dentro del barco, unos toman las palancas y otros recogen los remos, lo que dá un rayo de esperanza al paciente viajero que se lleva aguardando dos y mas horas embarcado esperando el momento de la marcha, que con tanto estrépito se anuncia y segun tarda nunca llega. En esto van los marineros embarcando á todo el que pueden, y apenas aparece alguno que tiene trazas de viajero, cuando grita desde la proa un muchacho ágil y de excelentes pulmones que hace medio día está con la palanca en la mano en ademan de botar el barco «á Cai mos bamos, á Cai: anden oazes zeñores que ze ba el barco y ze quedan entierra. »

A fuerza de las repetidas quejas de los pasajeros comienza el barco á moverse hacia adelante, mas á cada bulto que aparece en el muelle, vuelve aquel atrás para recogerlo entre el descontento y las voces de los que ya se creian en marcha, hasta que al fin se embarca el Patron y todo camina con mas ó menos rápido progreso segun sopla el viento, lo que tiene alguna conexion con nuestro desgraciado país, donde progresan mas ó menos las fracciones políticas segun soplan los vientos de los destinos.

Vestido el patron con un chaqueton de paño burdo, con su sombrero cañón y faja encarnada, y medias y zapatos, poco comunes en los marineros, marcha sentado en la popa con el timon en la mano dirigiendo la maniobra. Su aire es grave, su hablar sentencioso, tomando muy poca parte en las animas

das conversaciones de la reunion, como hombre de gran importancia, y dejándose caer de vez en cuando con alguna decision oportuna sobre el asunto de las generales discusiones. Continuamente preguntando sobre la duracion del viaje, la bondad ó malicia de la mar y algunos pronósticos del tiempo, que caen bajo el dominio de su inteligencia, contesta á todos con oportunidad, pero sin extender sus palabras mas allá de lo que exigen las preguntas, y usando siempre de las voces técnicas de su oficio, como el Médico á palos, que hablaba en griego para mayor inteligencia de sus oyentes.—Diga V., señor Patron, prorrumpe la exánime señora en tono compungido ¿estaremos á las ocho en Cádiz?—Segun el *marage*; si sopla el sudoeste llegaremos cuando Dios quiera, á no sé que entremos antes é lo rigulá de bolina.—Pero Patron, todavia falta una hora para las ocho. A esta pregunta nada contesta; pero su misterioso silencio despierta el interés de la interpelante: ¿Y á las ocho y media?—Con Dios: vamos, curro, toma un rizo y tú, Pepe, *caza er trinquete* que tenemos viento.

Despues de haberse hecho algunas preguntas que no han merecido respuesta del aristócrata Patron, echa un cigarro y comienza á tararear alguna cancion marina con mas calma que oído y buen gusto. Cuando se acaba el viaje que suele durar poco mas de una hora, sin contar los ratos que pasan en el barco antes de la marcha, el Patron se encarga de dar la mano á las personas mas notables para que salten en tierra, saludándolas con cortesía, é indagando como quien no quiere la cosa si piensan regresar pronto para conducir las á la vuelta. Toda la indolencia y apatía de los Patrones para la salida en busca de los nuevos pasajeros, se convierte en una celeridad increíble cuando algun caballero ó familia que trae prisa la fleta el barco. Entónces á la mas leve insinuacion del viajero se pone en movimiento la tripulacion; siendo tan grande la agitacion general de los marineros, cuanta diferencia hay entre una peseta que paga cualquiera á dos duros que cuesta el flete segun costumbre.

Los Patrones no son aficionados á las riñas; sin embargo, una vez metidos en danza, no ceden tan fácilmente: su lenguaje es áspero é incorrecto, pero siempre grave y aristocrático. Sus casas, que mas bien parecen embarcaciones segun los muchos cordages, garruchas, remos, palancas y demas útiles que del oficio allí se encuentran, son pobres y de mal aspecto, siendo muy contados los Patrones que llegan á hacerse ricos. Desprendidos en demasia y aficionados por lo comun á lo que llaman *trifulcas*, gastan con facilidad en las tabernas lo que les produce el pasaje; y allí suelen naufragar muchos marineros con mas frecuencia que en el agua; que tambien se naufraga en tierra y no pocas veces en la original Andalucía. A estos gastos deben agregarse los que se consagran al culto que se tributa á esas diosas en cuyos altares se quema oro en vez de incienso, y que son tan numerosas en aquellas tierras, si hemos de dar crédito á los dichos del vulgo.

Los Patrones mantienen generalmente una dilatada familia, pues como poseedores de un capital se entregan con frecuencia á las dulzuras conyugales. Sus hijos siguen casi todos la misma profesion, que no es una cosa cualquiera, adquiriendo tambien la honradez de su padre, quien por tener áspero trato y grotescas maneras no carece de cierto fondo de pundonor que le caracteriza, si se exceptúan los engaños é intrigas que trae consigo la carrera; ni son de extrañar semejantes modales que se avienen mucho con los movimientos y rugidos del mar, el que á pesar de tantos siglos como lleva observando las populosas ciudades que nacen, se civilizan y mueren en sus orillas, todavia permanece en su estado natural y salvaje, y seguramente no le faltará alguna razon para ello.

A imitacion del dilatado Océano, no varia el Patron

tan fácilmente sus usos; las mismas costumbres de ayer son las de hoy: para ellos no son los siglos herederos de los conocimientos de otros siglos; pues siempre permanecen en el mismo estado á pesar del tiempo y las costumbres. No se viste el Patron los dias festivos como el albañil, ni celebra los lúnes como los zapateros; siempre en movimiento, es raro el dia en que no viaja, por lo que la buena ropa queda reservada para una semana santa ó un *Corpus Christi*, en cuyas fiestas salen á volar todas las notabilidades que existen en los armarios. Entónces se pone el Patron un pañuelo punzó al cuello, pantalón ancho y zapatos de becerro blanco con una chaqueta y capa nuevas de paño azul, si es invierno, y que suele durar algunos soles como dura en el mundo todo lo que poco se usa. En esos dias se visitan mas de una vez las tabernas, pues un par de docenas de cañas de manzanilla son condiciones *sine qua non* de la celebridad de ciertos actos. Los dias mas notables perderian para los Patrones toda su solemnidad si no lo revelara el agradable calor del estómago promovido por el hirviente vino, y el no menos agradable retintín del choque de los vasos en los brindis de ordenanza. Por supuesto que en tales ocasiones no se come en casa; es forzoso disfrutar de los amigos, y partir con ellos la mesa en alguna tienda ó ventorrillo.

No es el Patron tacaño en sus correrías, antes bien, gasta cuanto tiene con sus compañeros, como toda la gente de mar, lo que es una cosa bien maravillosa cuando tanto trabajo cuesta gastar un ochavo á nuestra gente de tierra. Seguramente el mar debe ser muy desprendido, pues que tan buenas lecciones da á sus habitantes, y así lo justifican las nacaradas y prodigiosas conchas que lanzan sus olas en la ribera.

En medio de esas numerosas reuniones consagradas á la santificacion de las fiestas, segun las rancias costumbres de la gente marina, es donde reluce el carácter de los Patrones. Grave pero agradable, chistoso sin viveza, complaciente sin afectacion, y amigo sin lisonja, se entretiene con la conversacion de sus camaradas, como les llama, hasta el punto de olvidarse de sí propio, con una sonrisa tranquila en los labios, donde se reflejan todas las simpatías de su corazón. Al estruendo de los vasos y botellas giran mil animadas conversaciones entre los que se pronuncian los nombres de sus *jembras* con aquella emociion que sienten los hijos ardientes de la hermosa Andalucía.

No siempre son hombres solos los que se reunen; algunas veces lleva cada uno su *gachona*, y entónces las comidas son mas animadas y duraderas. Curioso es por demas oír las palabras de los marineros en una de sus solemnes reuniones. — Camaradís, exclama el que entre ellos hace cabeza, que por lo comun es el Patron mas antiguo, sacando un peso que hace sonar sobre el mostrador: Toavía tengo yó aquí seis maravejeje é plata pá está echando combiaja jasta que demojá la bela. — Oiga ozté, replica una moza tirándole de la patilla: la combiaa le toca á zeño Cayetano, y si no aquí ezlán una mones que aunque é luto jarán beñi laj cañaj. — ¡Biba é rumbo salero! exclaman los mozuolos entusiasmados. — Miuzté, prenda, que aoude ezlá er Patron Juan Perez naide fonda er horsiyo; montañej, la combiaa por mí cuenta. — Puej bengan laj cañaj. — Bengan de ni. — Poco á poco, dice un mozuolo deteniendo á los que ya se preparan á empuñar los vasos. Naide lo güela jasta que la Maria no noj diñe una rasion de música. — Bueno questá, contesta el condescendiente Patron; éa, muchachoj, bamojayá. Y al choque de los vasos y al estruendo de las palmadas entona Maria unas sentidas playeras, araucando con ellas mas aplausos en la taberna del tio Miñarro, que la Malibran en el teatro de la gran ópera italiana en Paris. El fin de todas estas jaranas es el sueño mas ó menos prolongado, segun la cantidad de licor que cada uno tiene en su estómago, lo que se

llama en términos técnicos dormir la *mona*, y no pocas veces pagan las mujeres propias, al llegar á sus casas los marineros, las culpas y desdenes de las extrañas. Mas hoy que la paz de los matrimonios, como antigualla que no está en uso, solo se encuentra en los libros de moral, y no hay cosa mas comun que la entrada de un marido borracho por su casa tirando los trastos á su mujer, no ofrece esto novedad para un artículo de costumbres.

Donde verdaderamente se comprende el carácter del Patron, donde se admira toda la extension de su genio, no es en las tiendas de vino, ni en un viaje de mar en calma; es preciso verlo y estudiarlo en la tempestad para saber apreciar todo su valor y entusias-

mo. Cuando el huracan furioso levanta un mar en cada ola, cuando cargado el cielo de nubes parece juntarse con la tierra, entónces el Patron, semejante á un ser fantástico, sobrenatural, aparece en toda la extension de su original carácter. De pié en la popa, y llevando el combatido timon en ambas manos, repasando las espumosas olas con los ojos desencajados, que parece sondear los abismos del Océano, expresando en su atezado rostro los sentimientos del alma, se aumenta su denuedo y osadía á medida que va creciendo el peligro, y sin desmayar un momento, mantiene con sus furibundos y desentonados gritos á toda la tripulacion horrorizada. Firme como una roca en medio de los continuos vaivenes de la embarca-



El Patron de barco.

cion, manda toda la maniobra con los ojos, los gestos y las voces; y cuando el miedo va sobrecogiendo todos los ánimos, impávido y sereno alza al cielo la frente mas severa y encolerizada que el mar que le rodea. A cada rugido de las olas responde con un grito espantoso; él habla á los aquilones, á los mares, á los cielos, y al inflamarse su frente con la luz del relámpago, al escuchar el estampido del trueno, el silbido del rayo que se precipita á sus piés entre las espumas, desafia lleno de cólera á todos los elementos. Las aguas le arrebatan el timon y la arboladura del barco; le estrellan contra los escollos; deshechos fragmentos vagan á merced de las ondas, y en medio de las voces y gemidos de los náufragos, habla, lucha brazo á brazo con la muerte, hasta que una montaña de agua le sepulta para siempre, ó mas afortunado llega á fuerza de trabajo á la desierta ribera.

En este último caso ofrece su carácter otro cuadro

tan digno de estudiarse como el anterior. Apenas toca la tierra, la besa con entusiasmo, y recostado sobre las arenas, con la mano en la mejilla, el rostro pálido y macilento, los ojos melancólicos y fijos en los últimos restos del bajel que sobrenada á lo lejos, demanda á las aguas su perdida fortuna, y una sonrisa amarga entreabre sus labios al ver desaparecer el lejano fragmento de su barco. «¡Adios!!!» exclama entónces, y un raudal de lágrimas recorren sus mejillas al pensar el triste porvenir que aguarda á su amante esposa y sus queridos hijos. En esta situacion es donde repasa en su memoria los trabajos y fatigas que le proporcionaron aquella aniquilada fortuna, los continuos peligros de las navegaciones, las privaciones de una existencia consagrada á tan penosa profesion, su edad que ya toca regularmente en el último tercio de la vida, la dificultad de volver á poseer un nuevo buque, y en lo mas profundo de aquel corazon

insensible á las mas r eicias tempestades se derrama toda la hiel de los dolores, y acusa al mar de b arbaro porque no le sepult  para siempre en los abismos.

Mas esta desesperacion pasa como pasan todas las violentas pasiones; como pasan los hombres unos tras otros sin dejar apenas señal de su existencia, y despues de haberse consolado en los brazos de su familia, vuelve   la mar   los pocos dias trabajando de marinero otra vez lleno de las mas lisonjeras esperanzas. El claro espejo de las aguas ya tranquilas le hace olvidar sus pasados tormentos, y el instinto irresistible que arrastra al desgraciado   las navegaciones, le mantiene siempre en su ejercicio sufriendo los duros contratiempos de la suerte.

Son pocos los Patronos de barco que llegan   acumular grandes riquezas, ya por el desprendimiento con que esta gente gasta lo que gana, ya por las pérdidas y averias que sufren en sus viajes. Su vejez es generalmente tranquila por la union que reina en la gente de mar, que les prohibe desatender   los suyos en sus frecuentes necesidades. Retirados entónces   sus casas y viviendo de sus ahorros, si los tienen,   de la caridad de sus compañeros, van pasando sus postreros dias en la oscuridad de una vida retirada.

Mas es tanto el influjo que ejercen en el hombre los hábitos adquiridos, que es muy raro el dia en que no vayan estos infelices   echar sus paseo al muelle, viéndose algunos que en medio de sus muchos años, y sostenidos sobre dos muletas, se entretienen en mirar los barcos que salen y responder   las consultas de los jóvenes en casos imprevistos y dudosos.

El respeto que les tributan los marineros los pone   cubierto de ser el juguete de los pilluelos de calle, siempre en contradiccion con la ancianidad doliente, y las alabanzas de los suyos les hacen merecedores del aprecio público.

Este es uno de los fines mas halag enos   que conduce la navegacion; algunos Patronos perecen en el mar, otros quedan inútiles   fuerza de trabajo, y muchos se ven obligados   recurrir   la caridad pública acabando su triste vida en los hospitales. Contados son los Patronos que abandonan su profesion; el mar es el verdadero elemento de estos hombres: solo una absoluta escasez de trabajos en la marina los puede obligar   que la abandonen, y es muy frecuente verlos volver   sus antiguas tareas apenas cesan las circunstancias que los separaron de ellas.

SEBASTIAN HERRERO.



El Elegante.

EL ELEGANTE.

 Vedle ah!  ese es! El mismo que años atrás, all  en vida de nuestros abuelos, se llamaba *señorito de ciento en boca, p rraca y paquete*; el que mas tarde,

y cuando nuestros padres enamoraban, trocó estos nombres por los de *petit-maitre* y *currutacos*; el mismo en fin, que aun nos acordamos de haber oido apellidar *lechuguino* en época no muy lejana por cierto.

Hoy esta nomenclatura de *El Elegante* ha progre-

sado admirablemente; hoy, merced á lo que el idioma de Mariana, de Leon y de Herrera se ha enriquecido, el antiguo *pirraça*, el moderno *lechuguino*, puede escoger entre una porcion de títulos, á cual mas pintoresco y castizo, como *Dandy*, *fashionable*, *leon*, ó por mejor decir, *lion*, si hemos de hablar técnicamente; pero así como diz que el hábito no hace al monje, tampoco el título importa un bledo para el tipo, que con el trascurso de los años ha cambiado de traje, mas ni un punto solo en sus inclinaciones, costumbres, ideas, *mission* y carácter.

Hay voces en nuestra lengua á las que no se les dá comunmente su acepcion propia y natural: *Elegante*, segun el diccionario de la Academia, quiere decir *hermoso*, *galan*, *bien hecho*, y soberanos chascos se llevará el que tomando esta explicacion al pié de la letra, busque todas esas cualidades en los seres que bullen en nuestra sociedad, y á los que se les aplica el adjetivo en cuestion.

El *fashionable*, el *leon*, puede ser alto ó bajo, feo ó bonito, espigado ó rechoncho, tuerto ó jorobado, moreno ó rubio, sin que por eso deje de pertenecer á la especie indicada: lo que importa es que se dedique día y noche á justificar el dictado con que se honra y evanece; lo que importa es que no falte á ninguno de esos preceptos de la elegancia, que al revés de las constituciones, sin hallarse escritos, son fielmente cumplidos y observados. Así, el que reúne á las ventajas físicas las materiales, eso es miel sobre hojuelas, y podemos calificarle de rey de la tribu, ó de presidente de república tan homogénea como compacta.

Yo tengo para mí que el Elegante descende por linea recta de aquel Narciso famoso que cuentan se pasaba las horas muertas contemplándose en la Lápida corriente de los rios, por no haberse descubierto todavía en Venecia ese objeto tan útil y querido de las hermosas, como oliado de cierto linaje de gentes que suelen verse en él de la manera que los pintó Iglesias en uno de sus festivos epigramas. Y tomando un poco atras, es decir, cojiendo el hilo desde antes de esta digresion, que sin saber cómo se me ha venido á la pluma, voy á apuntar algunas de las razones que me ocurren para justificar esta tal vez maliciosa é infundada sospecha, de la afinidad de mi tipo con el que tuvo el mal gusto de enamorarse de sí propio. Para esto forzoso es que me siga el lector á la vivienda del Elegante, á la calle, al Prado, á las sociedades, á todas partes.

Lo primero que hace el *hombre de buen tono* (que tambien por esta castiza metáfora se le conoce), en cuanto amanece para él, que no ha de ser antes de las doce del día, es pedir un espejo. En él observa si sus bigotes se han desrizado, si el cabello está lacio y descompuesto, si algun pelo de su barba se atreve á sobresalir mas que los otros. En seguida, y aunque en bata y pantuflas, se contempla delante de otra luna de cuerpo entero, que reproduzca el suyo en toda su esbeltez y donosura, si tal fortuna logra. En el gabinete, en la sala, hay espejos por do quier; en la chimenea, en el tocador, sobre las mesas, y hasta en los peñes con que se alisa sus bucles sedosos y perfumados. Despues de la prolija operacion de vestirse, en que suele emplear no mas que tres horas, sale erguido y rozagante, ausiando por reflejar su perfilada imagen: los cristales de las tiendas sirven maravillosamente para este fin, y el Elegante se mira con delicia ó con dolor al pasar, segun que le satisfaga ó no aquel rápido examen. Si entra en una guantería, en una peluquería, ó en un café, nuestro hombre se extasia en la admiracion de sí mismo; si se para delante de una hermosa en algun baile, es para que le sirva de disculpa á las miradas que dirige al tremol inmediato, y que muchas veces le presta una osadia inexplicable. Por último, no es extraño ni sorprendente encontrar *dandys* que llevan un diminuto espejo

pegado en la copa del sombrero por su parte interior, ái otros que se examinen en la sombra, si cosa mejor no encuentran á mano.

Justificado el extremo que me propuse, hora es ya de describir lógica y ordenadamente mi tipo en todas sus diferentes faces: tarea impropia por cierto y no uada propia de fuerzas tan débiles y escasas, aunque tanto se presta el asunto, que pienso, si no salir airoso, no quedar al menos de todo punto desairado.

El *Elegante* es el hermano legitimo de la *Coqueta*: bastará para probar este aserto con asentar que una de sus primeras cualidades, la que mas le lisonjea y le solaza, es la de *Coqueton*; mas cúpleme poner en evidencia los demas puntos de contacto que los dos entre sí tienen: ambos son esclavos de la moda, ambos la tributan el mas rendido culto; uno y otro tienen iguales deberes, idéntica vida y semejantes ocupaciones. Ella como él se consagran al placer en todas sus variadas formas; él como ella usan á las veces de los mismos medios, si bien no para lograr el mismo fin.

El verdadero *dandy* no es empleado, militar, contratista, banquero, ni abogado; no es mas que *dandy* pura y simplemente, y así debería constar en el padron del alcalde del barrio. Con frecuencia es un misterio la historia de su lujo y de su boato; y quizás alguna dama vetusta, de esas que aun se acuerdan del reinado del gran Carlos III, pudiera narrárnosla, si en voluntad le viniese. No es esto decir que no haya elegantes propietarios ni títulos; al contrario, si mucho abunda la especie que antes hemos indicado, no escasea tampoco la última, que es la legitima, la *pur sang*, como diría alguno de sus individuos en ese lenguaje convencional, ni francés ni castellano, y que es uno de los distintivos de mi tipo. Así, á cada palabra española une otra que aprendió en sus viajes, ó que leyó en algun libro, no siendo extraño que cometa algunas incorrecciones, tales como:

—Hoy hace un calor *desolant*.

—La Marquesa está bonita como una *pepinière*.

—El Conde de C... ha muerto de *migraine*.

Hay una obra longuísima, y rebosando filosofía, en que se intenta probar (y yo no sé si prueba) que el hombre verdaderamente feliz es el que desengañado del mundo y sus vanas pompas toma el portante y se va á sembrar patatas ó coles, en algun rincón lejano, donde tenga por sociedad las cabras y los ciervos, por música el canto alegre de los pájaros, por lecho la fresquísima yerba, por techo la bóveda celeste. Nárranse y se encarecen allí los goces y irrucciones del alma, y háblase de la quietud del espíritu, de la tranquilidad de la conciencia, y de otras muchas cosas que llamamos ya antiguallas en nuestro siglo. Yo creo que esa casta raza de filósofos de la especie de S. Gerónimo, va desapareciendo por dias, y que ahora el hombre verdaderamente feliz que existe en la tierra, es el conocido por *dandy*, *fashionable*, *leon* ó como nos plazca llamarle.

Por supuesto que uno de los preceptos de la elegancia es no tener penas, ó por mejor decir, ser insensible á ellas. Así Eduardo, Julio, ó Enrique (nombres indispensables) sabe con resignacion estoica la muerte de su padre ó de su hermano; y en cambio se desespera si Utrilla ó Borrel le sacaron ancho un frac ó estrecho un pantalón: así, lee sonriendo el billete perfumado en que Amalia ó Eloisa le retiran su amor despues de tres años de relaciones, y se aflige y rabia sí por ejemplo el estirado guante amarillo forma una imperceptible arruga. El Elegante hace, pues, profesion de escéptico y de positivo, áinda mais, de seductor y de irresistible. Si por casualidad alguna mujer no acoge benévola sus pretensiones, dice á todo el mundo con envidiable candor: «Es extraordinario! ¡Sin duda me han puesto mal con ella, ó no me ha mirado bien!»

La vida del *fashionable* es lo mas divertido que pue-

de darse; á las doce se desayuna; en seguida se viste y á las tres sale; si es invierno al Prado, si es estío á la calle de la Montera ó ir lo que se quiere, ó á tomar parte activa en tan sabrosa ocupación. Ésta es la hora también de las visitas, de esas deliciosas conferencias, en que el calor y el frío se discuten con una variedad y una elocuencia pasmosas. ¡El Prado!.. Hé ahí uno de los sitios donde más á sus anchas campea y brilla mi tipo: ya guiando un ligero tilbury ó una preciosa *briska*, hace admirar su soltura y su gracia; ya muellemente recostado dirige miradas fulminantes á las notabilidades femeninas, mientras su *jockey* conduce el carruaje, y le hace volcar con la mayor gracia del mundo: ya en fin cabalga al lado de una elegante carretela, enviando por la ventanilla dulcisimas frases de amor envueltas entre el polvo que levanta el coche, ó entre el humo que despiden sus cigarros.

Hay cosas que un elegante no se permite nunca, y una de ellas es pasear por otro lado que por el que se llama *París*. Fuera verdaderamente un acontecimiento y una degradación, que hasta los periódicos consignarian, que se olvidase de su decoro hasta el punto de *trashumar* de una manera tan escandalosa; luera, en fin, tan grave como si entrase en el teatro antes de la mitad del primer acto á lo menos, ó por casualidad comiese algun día á las cinco menos dos minutos. En esta escrupulosidad para cumplir las leyes de la elegancia, es en lo que consiste principalmente la reputación del *fashionable*.

El *leon* consagra algunos momentos antes de tomar el cotidiano alimento de la tarde, á descansar en los blandos divanes del casino, ó á hojear tal cual periódico, que suele ser el *Diario de Avisos*, para enterarse de las funciones que hacen por la noche en los teatros. Escusado es decir que es sóbrio en sus comidas; porque ¿no se confundiría con un guañán ó con un hortera el que tuviese buen apetito? En seguida se digna aparecer en el coliseo; pero no se olvide que cuando la comedia ó la ópera estén comenzadas. Esto tiene un doble fin; primero, el de ostentar esa indiferencia que tan bien cuadra al Elegante; segundo, que le flechen hasta dos docenas de anteojos las que ocupan los palcos. Feliz él si al pasar oye:—«¡Qué buen mozo es Fernando!—¡Con qué gusto se viste!—¡Qué bien se pone la corbata!—¡Es un hombre modelo!—¡Es un modelo de hombre!»

Estas exclamaciones suelen alternar con otras de diferente género.—¡Caramba! que me ha hecho V. ver las estrellas, dice el militar á quien un furioso pison-ton viene á sacar de su éxtasis.—¡Diantre de pisaverde! murmura un viejo á quien derriba el sombrero al pasar.—¡Qué peste á almizcle! esclama una señora nerviosa tapándose las narices con el pañuelo.—¡Ay! ¡mis gafas!., grita uno de esos médicos que las usan, sin duda para conocer mejor las enfermedades, al ver que se las lleva enganchadas entre los dientes de su cadena el Elegante.

Y entre tanto imponen silencio unos; se impacientan otros; ármase una especie de motín, y nuestro hombre impávido y triunfante arriba á su luneta habiendo conseguido su primordial objeto; el de llamar la atención, el de *hacer efecto* en la sala. Pero aunque instalado en su asiento, no por eso cesan las tribulaciones de sus vecinos. El *dandy* es *diletante* hasta la médula de sus huesos; generalmente no sabe una nota de música, pero delira por ella, y tararea con algunas inexactitudes, verdad es, todos los *spartitos* de Bellini y de Donizetti. Así, mientras la prima donna ejecuta la *Casta diva* de la *Norma*, ó la polaca de los *Puritinos*, el Elegante le hace el duo, con gran desplacer de los que se hallan inmediatos. Otras veces interrumpe á los artistas con estrepitosas exclamaciones, ya lanzando un ¡*bravo*! cuando todos callan, ya prorumpiendo en estas ó semejantes palabras:

— ¡Oh! ¡Giulia Grissi! ¡si tú estuvieras aquí!

— ¡Qué diferencia de Rubini!

— ¡Qué degollación tan espantosa!

— ¡Oh París! ¡*mon Paris chéri*!

Porque es de notar que París es el gran recurso del *fashionable*; el que no ha estado en aquel emporio de la elegancia, no ha hecho sus pruebas para ser admitido en la clase. Además, á ese le faltan los grandes recursos de desdenar todo lo que no sea frances; de enternecerse con los recuerdos de por allá, con la memoria del *Boulevard* y del coliseo italiano, de las Tullerías y del sastre Ragneau, únicas cosas que de la inmensa capital suele conocer el *dandy*.

Dos ocupaciones gravísimas acostumbra tener también este en el teatro: aparentar fastidio é indiferencia, ó dirigir visuales á diestro y á siniestro, ya enderezando sus miradas hácia un palco bajo, ya alzándolas no menos que hasta la tertulia. Antes lo dije: el Elegante es *coqueton* sobre todo. Y cómo se huelga y se solaza cuando, dándole una palmadita en el hombro, le dice algun amigo:

— ¡Seductor! ¡Bribonazo! ¡que cuentas por docenas tus amadas!

Para justificar tan envidiable reputación, desliza frases de serpiente por los oídos de las incautas é inocentes jóvenes, de esa raza que pronto será una tradición en la sociedad actual. El *leon* debe contar siquiera siete amantes. ¿Qué menos? una para cada día de la semana. Y por Dios que injustas son se quejan, pues él á todas las ama igualmente. Haciendo parte del número siete, ó fuera de él, que esto importa poco, ha de tener precisamente una *querida*, escogida entre la clase de las guanteras, modistas, etc., para enseñársela á sus amigos como un objeto mas de lujo, como un mueble precioso é indispensable. Con no menos frecuencia suele abandonarla también, y entónces siempre le queda á la muchacha el recurso de buscar otro mas constante, ó si la echa de sensible, sorberse una noche un pomo de veneno, ó dar un salto por la ventana. Aquí mi cualidad de verídico me obliga á decir en descargo de la conciencia del Elegante, que este último extremo pertenece á la categoría de los fenómenos.

Si el Elegante cuenta tres ó cuatro de esos linces escandalosos en que son victimas los maridos, para pavonearse en los salones con la aureola de Lovelace, ¡magullico! Si dos mujeres se le disputan y arman un alboroto públicamente por él ¡sublime! Si despues de esto abandona á las dos rivales ¡merece que se le erijan estatuas!

¡Qué es verle en las reuniones, ó en las *soirées* y en los *racouts*, como él dice siempre, volar cual ligera mariposa, de flor en flor, buscando la mas bella y la mas lozana, soltando aquí una palabra dulce, allá una reconvencción, mas lejos un elogio, allí una inactiva sangrienta ó un sarcasmo, que á veces sobra para descomponer unos amores de tres años! Por ejemplo, Julia tiene por amante á uno de esos hombres sin pretensiones, que llevan una levita hasta que se rompe y un sombrero hasta que se engrasa. Pues bien, el *fashionable* aprovecha un momento en que el candidato para marido se aleja, y dice á la hermosa con tono incisivo y punzante:

— ¿Quién es el sastre de Florencia? Decidle que me le envíe mañana, para hacerme un frac de pito de pito como el suyo.

El amor en las mujeres resiste á la ausencia (aunque esto sea casi fabuloso), sobrevive quizás á la muerte del objeto querido (a pesar de que raye en lo increíble), no se extingue sin duda con la miseria (en cuyo caso se llama heroicidad); pero muy raras veces es superior al ridículo. Así, Julia comienza á hallar grotesco á su amado desde aquel instante; se sonroja si alguno le mira, y acaba en fin por dejarle plantado, y por perder un casamiento ventajoso, quedándose probable-

mente soltera. ¡Y todo por la sátira de un elegante! ¡Véase si esta especie tiene poco influjo en la moderna civilización!

El *dandy* mide la importancia de las personas por el traje que llevan, y en su consecuencia les otorga ó no su amistad y su aprecio. Lo primero que hace con todo individuo que se le aproxima, es revisarle de los piés á la cabeza. ¡Desgraciado de él si su chaleco no es *á la dernière*, ó si lleva guante oscuro! ¡Infeliz si se permite presentarse sin botas de charol, ó con un *paletot* antiguo! Entónces el pobre hombre recibe un gesto de desden, se le saluda friamente, y se le vuelve la espalda. Por el contrario, si es un *dandy* perflorado y pulcro, desde el momento se le alarga la mano, se le jura *devouement* y cariño eternos, y se le concede intimidad y confianza. Solo una escepcion puede haber en esta regla general; que el uno tenga *celos* del otro porque le aventaje en esbeltez, en invención, ó en boato.

Mas llega un dia en que comienzan para el *dandy* los pesares y los disgustos; cuando el talle principia á encorvarse, cuando los dientes fluctúan entre las dos quijadas, cuando el cabello blanquea ó desaparece enteramente. Entónces las horas de tocador son un suplicio para él; entónces suspira amargamente al encajar en su boca los objetos que tan diestramente fabrican Rotundo y Monasterio, ó al usar ya el aceite de Boujican, ya los casquetes de Pelaez. Entónces es lector asiduo del *Diario* y del *Avisador* con el fin de ver dónde anuncian mejores cosméticos para desarrugar la tez ó poblar las calvas: entónces, por último, *fashionable* jubilado, nota al pasar las sonrisas burlouas de los jóvenes que no le admiten en su círculo: oye los sarcasmos de los viejos que tampoco le aceptan, y de quienes él no quiere ser aceptado, y sufre los desaires de las mujeres, que odian de corazon al individuo que cumple los cuarenta sin estar casado. Porque el verdadero Elegante ha de vivir y ha de morir soltero: algunos hay que se arrepierten, y suelen ser buenos esposos y excelentes padres; pero esto es la degeneracion, el envilecimiento de la especie.

Tanto como son alegres y placenteros los verdes años del *leon*, son tristes y amargos los postreros de su existencia. Ser indefinible, que ni es jóven ni viejo, que vive sin presente y sin porvenir, que se alimenta con el recuerdo de sus glorias, es como esos monumentos de la edad media, que hoy queremos remedar ó recomponer, depojándoles de su belleza pasada y de su belleza actual. Lo mismo, pues, es el hombre que aquellas maravillas de los remotos siglos; cuando los años le roban su frescura y su esplendor, nada tan magestuoso, tan imponente como una blanca cabeza y una arrugada frente; nada tan magnifico ni tan poético como las ruinas de un templo antiguo ó de un palacio suntuoso, cuyas piedras va arrancando una á una la mano invisible y poderosa del tiempo!...

El último período de la vida del Elegante se refunde casi enteramente en la de otro tipo que no es solo español, sino universal: el solteron. Pasan para él los dias uno tras otro sin goces y sin esperanzas; hállase aislado de todos y de todo: aquellas canas que cuidadosamente tiene, en vez de veneracion, inspiran desprecio. Entregado á manos mercenarias, no tiene quien se siente junto á su lecho y vele en sus noches de dolor; ni quien venga á derramar en su alma ese bálsamo dulcísimo del consuelo, que cierra las llagas del corazon, que fortifica las creencias, que aviva la fé, que hace renacer los sentimientos, que sostiene y prolonga la existencia. ¡Y luego el dia en que sus ojos se apagan para siempre, no hay nadie que le lllore, nadie que le ame, nadie que grabe un recuerdo de cariño ni deposite una flor sobre su tumba abandonada!

¡Y todo por no obedecer esas leyes inmutables de la naturaleza, que á cada época de la vida asignan sus deberes y sus obligaciones; que á la juventud perdonan el aturdimiento, la veleidad, la ligereza; que á la edad madura prescriben la sensatez y el juicio; que á la ancianidad imponen la dignidad y el decoro!

RAMON DE NAVARRETE.

EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA.

¿QUIEN podrá imaginar que el hombre acomodado, que vive en una ciudad de provincia, ó en un pueblo de alguna consideracion, y que se complace en alojar y obsequiar en su casa á los transeuntes que le van recomendados, ó con quienes tiene relacion, es un tipo de la sociedad española, y un tipo que apenas ha padecido la mas ligera alteracion en el trastorno general que no ha dejado títere con cabeza? Pues sí, pio lector; ese benévolo personaje que se ejercita en practicar la recomendable virtud de la hospitalidad, y á quien llamaremos el *Hospedador de Provincia* es una planta indigena de nuestro suelo, que se conserva inalterable, y que vamos á procurar describir con la ayuda de Dios.

Recomendable virtud hemos llamado á la hospitalidad, y recomendada la vemos en el catálogo de las obras de misericordia; siendo una de ellas dar posada al peregrino, y otra dar de comer al hambriento. Esto basta para que el que en ellas se ejercite cumpla con un deber de la humanidad y de la religion; y bajo este punto de vista no podemos menos de tributar los debidos elogios al Hospedador de Provincia. Pero ¡ay! que si á veces es un representante de la Providencia, es mas comunmente un cruel y atormentador verdugo del fatigado viajero, una calamidad del transeunte, un ente vitando para el caminante. Y lo que es yo pecador, que escribo estos renglones, quisiera cuando voy de viaje pasar antes la noche al raso ó

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo olvidó por escondido
ó lo perdonó por pobre,

que en la casa de un hacendado de lugar, de un caballero de provincia, ó de un antiguo empleado, que haya tenido bastante maña ó fortuna para perpetuarse en el rincón de una administracion de rentas ó de una contaduria subalterna.

Virtud cristiana y recomendada por el catecismo es la hospitalidad, pero virtud propia de los pueblos donde la civilizacion ha hecho escasos progresos. Así se vé que los países semi-salvajes son los mas hospitalarios del mundo; y se sabe que en la infancia de las sociedades, la hospitalidad era no solo una virtud eminente, sino un deber religioso, indeclinable, y de que nacian vínculos indisolubles, entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos.

La hospitalidad de los españoles en los remotos siglos está consignada en las historias, es proverbial; y que no han perdido calidad tan eminente, y que la ejercitan, con las modificaciones, empero, que exigen los tiempos en que vivimos, es notorio, pues, que los que la practican merecen con justa razon ser considerados cual tipos peculiares de nuestra sociedad, como verá el lector benévolo que tenga la paciencia de concluir este artículo. Artículo que nos apresuramos á escribir porque pronto la facilidad de las comunicaciones, la rapidez de ellas, lo que creen los medios de verficarlas, y el aumento y comodidad que van tomando las posadas, paradores y fondas en todos los caminos de España, disminuirán notablemente el nú-

mero de los *Hospedadores de Provincia*, ó burlarán su vigilancia ó inutilizarán su bien intencionada índole; ó modificarán su cristiana y filantrópica propension, hasta el punto de confundirlos con la multitud que vé ya con indiferencia, por la fuerza de la costumbre, atravesar una y otra rápida aunque pesada y colosal diligencia por las calles de su pueblo; ó hacer alto un convoy de cuarenta galeras en el parador de la plaza de su lugar.

El tipo, pues, de que nos ocupamos es conocidísimo de todos mis lectores que hayan viajado, ya hace cuarenta años, en coche de colleras ó en silla de posta con compañero á partir gastos; ya ahora en diligencia, en galera ó á caballo agregados al arriero. Porque ¿cuál de ellos en uno ú otro pueblo del tránsito, no habrá encontrado uno de estos tales, que andan en acecho de viajeros, y en espera de cami-

nantes para obsequiarlos? ¿cuál de ellos, no habrá sido portador de una de esas cartas de recomendación que como á nadie se niegan se le dan á todo el mundo? ¿Cuál de ellos, en fin, ó por su particular importancia, ó por sus relaciones en el país que haya atravesado, no habrá tenido un obsequiador? Si, el *Hospedador de Provincia* es conocido por todos los españoles, y por cuantos extranjeros han viajado en España.

Vá uno en diligencia á Sevilla, á despedir á un tío que se embarca para Filipinas, ó á Granada á comprar una accion de minas, ó á Valladolid, ó á Zaragoza á lo que le dá la gana, y tiene que hacer los forzosos altos y paradas para comer y reposar. Y hé aquí que apenas sale entumido de la góndola, y maldiciendo el calor ó el frio, el polvo ó el barro, y deseando llenar la panza de cualquier cosa, y tender la



El Hospedador de provincia.

raspa en cualquiera parte las tres ó cuatro horas que solo se conceden al preciso descanso, se presenta en la posada el *Hospedador* solícito, que al cruzar el coche conoció al viajero, ó que tuvo prévio aviso de su llegada, ó porque el viajero mismo cometió la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador, ó porque hizo la sandez de hacer uso de la carta de recomendación que le dieron para aquel pueblo.— Advertido, en fin, de un modo ó de otro, llega pues el *Hospedador*, hombre de mas de cuarenta años, padre de familia y persona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene

de tal parte y vá á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y este dá las señas que se le piden, y corre á avisar al viajero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al patio, el cuitado viajero, despeluznado, súcio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada si es jóven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se le afeita; con la melena aborascada, si es que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se le oculta y esconde cortísticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvo si es verano, y de lodo si es invierno, y siempre

mústio, lagañoso é impreztable. Y se halla frente á frente con el *Hospedador* vestido de toda etiqueta con el frac que le hicieron en Madrid diez años atras, cuando fué á la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de la tienda, y con un chaleco de piqué que le hizo Chassereau cuando vino el duque de Angulema, y un cordón de avalorio al cuello, y afiler de diamantes al pecho y guantes de nuditos; en fin, lo mas elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antitesis con el desaliño y negligente traje del viajero.

No se conocen, pero se abrazan, y en seguida el *Hospedador* agarra del brazo al viajero y le dice con imperioso tono: *venga Sr. D. fulano á honrrarme y á tomar posesion de su casa*. El viajero le da gracias cortesmente y le manifiesta que está rendido, que está impreztable, que no se detiene la diligencia mas que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases mas obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huésped el mas mínimo auxilio, se lo lleva tropicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor agitacion preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atras cuando fueron á la capital de la provincia á ver la procesion del Corpus, y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor gefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas y turgentes pecheros, llevando ademas las manos empedradas de sortijones de grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgalichado y sucio entre damas tan atildadas, por mas que le rezoza la risa en el cuerpo notando lo cleroclitico de su atavío; y haciendo cortesias, y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él deseara hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y.... pero en vano: el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que ni hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador, el señor cura y otros allegados; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viajero. Llena la sala de gente, el *Hospedador* y su esposa desaparecen para activar las disposiciones del obsequio. Y mientras retumba el abrir y cerrar de antiguas arca y alacenas, de donde se está sacando la vajilla, la plata tomada y la manijelería amarillenta, resueñan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y controversias, y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce á deshora el pescuezo; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. ¡Pero qué piano, ánimas benditas!... ¡qué piano! La fortuna es que mientras concierren sus cuerdas sin compás ni concierto una pieza de Rosini, que no la conociera la misma Colibrán, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discutiendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daría por haber ya engullido un par de

huevos frescos y por estar roncando sobre un colchon toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalvete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta las caleseras, y luego hace la vieja, con general aplauso, y luego, para que se vea que tambien canta cosas serias y de mas miga, entona tras de un canto y mesurado arpegio, la Atala, el Lindoro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica, ni en todo el pueblo, cuerdas de guitarra, aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sus glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid, y que representa maravillosamente imitando á Latorre, á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se escusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porque hace días que no repasa sus comedias, y con que no está allí su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circunstantes. Y ya el cómico titubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pié entre el general palmoteo. ¡Silencio! ¡silencio! gritan todos, los criados y criadas de la casa, y hasta los gañanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce: ¡verá V. qué portento!!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalado sale con una relacion del Zapatero y el Rey, estropando versos y desfigurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maíquez de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se descuelga con un trocito del Guzman, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por final algo de la Marceta. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está lista la cena, el obsequiador y su esposa, que ya han concluido el tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á enredar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entónces, porque habia un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, hosteza y responde con monosílabos, y pregunta de cuando en cuando.... ¿cenaremos pronto? y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermosear la villa y otras cosas del mismo interés para el viajero; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertirse al obsequiado mientras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no se qué fechoría allá en la cocina. Efectivamente, el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corra, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede mas el cuitado viajero; qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento antes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar si V. gusta,*

caballero. ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

— ¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay ración para ciento. ¡Qué botellas tan cuacas! de vidrio cuajado con guirnaldas de florecitas y letreros dorados que dicen *viva mi dueño, viva la amistad*. Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abulladas cebollas veinte perdices desparradas y aliabiertas, cuál boca abajo, cuál panza arriba, cuál acostadita de lado; dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente; allá perfuman el ambiente con su vaho veinte y cuatro chorizos fritos; acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de villar; ¡qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas están abumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frío por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Náuseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y mas cuando todos le hostigan á que *coma sin cortada porque no hay mas*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente finecita. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se aflige de lo poco que se sirve olvidando que

comer hasta matar el hambre es bueno,
y hasta matar el comedor es malo.

¿Mas quién encaja este axioma en la mollera de un Hospedador de provincia por mas que lo recomiende Quevedo?...

Los platos se suceden unos á otros como las olas al mar embravecido; al de las perdices, arrebatado por una robusta alleana alta de pechos y ademan brioso, le substituye otro con un pavo á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremagados de una viejezuela, otro con un jamon mas salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos la fruta de sarten, y el de las menestras mostillo, arrope, tortas, pasas, almendrucos, orejones, y fruta y calabazete, y leche, y cuajada, y natillas, y ¿qué sé yo? aquello es una inundacion de golosinas, un alubion de manjares, que parece vá á añadir una capa mas á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas y el poeta improvisa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos del Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su marido el Hospedador trinca demasiado y luego padece de irritaciones, y las señoritas fingien alarmarse porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es grosca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral gritando en el patio *al coche, al coche, hemos perdido mas de una hora, no puedo esperar mas*, viene á sacar al viajero de aquel pandemonium, donde á fuerza de obsequios lo tienen padeciendo penas tales, que en su colegio parecerian dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defiende su presa en los últimos atrincheramientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la góndola venidera proseguirá el viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tiente al mayoral de todos los modos imaginables, con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador, como el ángel de la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acene con el viajero de diligencia, ocurre con el de galera ó caballería, sin

mas diferencia que dilatarse algo mas el obsequio con una cama que compite con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruje y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los Hospedadores de provincia sus gerarquias, y si es intolerable y una desgracia para un particular, es para un magistrado, intendente ó gefe político una verdadera desdicha; para un capitán general, diputado influyente, ó senador parlante una calamidad; y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras del Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos, pues, al viajero de bien, esto es al que solo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible, que evite las asechanzas de los Hospedadores, de sus espías y de sus auxiliares; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que tapase un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomía, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antipara como en otro tiempo; y con tales apósitos debería disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido. Usando de estas prudentes precauciones, amen de las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendacion.

Pero si los Hospedadores de provincia son vitandos, para los viajeros de bien pueden ser una cucaña, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos, como medio de comer á costa ajena, de remediarse unos dias, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificacion de hambre crónica.

A unos y otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atencion sobre esta planta indigena de nuestro suelo; á aquellos para que procuren evitar su contacto, á estos para que lo soliciten á toda costa.

EL DUQUE DE RIVAS.

EL CARTERO.

¿QUEM fue en el mundo el primero,
Y de qué pueblo oriundo?
Pero yo pienso, y me fundo,
Que antes que hubiera un cartero
Ya hubo cartas por el mundo.

Por cierto es duda cruel,
Aunque por razones hartas
Que hoy me asaltan en tropel,
Creo que antes de las cartas
Debió inventarse el papel.

Y tambien tengo razones
Para publicar en suma,
Que antes que tinta, algodones
Y las letras y renglones,
Debió inventarse la pluma.

Mas volviendo á otra verdad,
¿Quién fue su autor verdadero?
La que inventó al mundo entero,
La horrible necesidad
Fue inventora del cartero.

Y si ofenden mis razones
De carteros al enjambre
Les daré satisfacciones,
Allá van; fuera alusiones;
La necesidad no es hambre.

Todas las artes ú oficios
Inovaciones ofrecen,
Cambian, ó desaparecen,
Mas los iguales servicios
De este arte, jamás perecen.
¡Arte digo! á los Carteros!...
¡Oh lector! no lo resistas!
Aunque hoy día las modistas,
Los sastres, los zapateros,
Todos se llaman artistas.
Sin ventajas verdaderas,
Sin ascensos que mitiguen
Sus ambiciones *carteras*,
Los que estas carreras siguen
No toman malas carreras.



El Cartero.

Siempre falto de saliva
En su continuo trabajo,
Apenas el suelo liba;
Que el correr, aun cuesta abajo,
Se le hace muy cuesta arriba.

El Cartero y jugador
Aunque tan distintos fueren
De tal manera se quieren
Que ahogados por el sudor
Los dos entre cartas mueren.

Y lo mismo que el cajista,
Aunque el saber no le asista,
Tú sus árcanos penetras,
Y dices, «no seré artista
Pero soy hombre de letras.»

Con las mejoras sociales
Tambien ellos van conformes,
Que por sus cambios legales
Visten sin ser generales
Generalmente uniformes.
Y no crean se manchilla
Aunque no tengan blasones
El oropel con que brilla,
Que las armas de Castilla
Las llevan en los faldones.

Gasta sombrero, y no importa
Que con limpieza se porta
Aunque va hecho un Juan danzante,
Que es su casaca mas corta
Que la paga de un cesante.

Copiaré sus distintivos;
De oro los galones son,
Encarnados son los vivos,
Y van ostentando altivos
En cada vuelta un galon.

¿Quién duda de tu poder
Cuando en tu empleo tirano
Tanto mal puedes hacer?
¡De tí, que sueles tener
Nuestra fortuna en tu mano!

¡Y qué corazon ansioso
Cuando te ve no se alegra,
Y mas si gime amoroso,
Y sabe que su reposo
Lo traes en tu caja negra!

De ella ¡qué males no lanzas!
Tal vez al verla sucumba
Quien rie en juegos y chanzas
¡Porque tu caja es la tumba
De millares de esperanzas!

Todos ansian el verte,
Y en tu caja, confundida
Va con la vida la muerte,
Y en ella junta la suerte,
Dos extremos ¡muerte y vida!

Si con el llanto las fiestas
En ella enlazadas vemos,
No es extraño que pensemos
Siendo cosas tan opuestas
Que se junten los extremos.

Ni extraño, si juntos van
Extremos tan desiguales,
Que siempre en el mundo están
Y entrelazados irán
Desdichas, bienes y males.

Y aunque los males tambien
De tu mano recibamos,
Al verte nos alegramos,
Y es natural, porque el bien
Es lo que siempre esperamos.

¿Quién en el mundo diria
Que llevas en una caja
El placer y la agonía?
¡A los unos la alegría
Y á los otros la mortaja!

¡Cuál en ella se retrata
Nuestro bien ó mal profundo!
¡Allí la fortuna ingrata
Al mundo, dá vida ó mata,
Con otro callado mundo!

Si, porque allí un mundo va,
Que allí hay dichas, ilusiones,
Y esperanzas, y pasiones;
Pero... es un mundo que está
Encajonado en reanclones.

Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.

Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.

En los cuernos de la luna
Yo ví maridos eternos,
Y á tu llegada importuna
¡Los ví hundirse! ¡su fortuna
Solo les dejó los cuernos!

¡A cuántos que en su dolor
Maldicen su suerte impía
No truecas en su favor
Las lágrimas del dolor
En lágrimas de alegría!

A un italiano al cantar
Le llevas algun pesar;
Y por tí maldice el arte,
Pues se tiene que largar
Con la música á otra parte.

¡La música! dije bien,
¡Que en su destino tirano
Es el único sosten,
Y adonde va un italiano
Va la música tambien!

Es una máquina, un grillo,
Que siempre cantando está;
Solo pensando en hoy vá
Si es artista de organillo,
Y mañana, Dios dirá.

¡Quizá el mañana ha llegado
Y su dicha no se labra,
Que para este desdichado
Dios es hombre muy llamado
Y no dirá una palabra!

Aunque no tengas, cartero,
Políticas opiniones,
Tú eres quien obra el primero
Tal vez en el mundo entero
Las grandes revoluciones.

Mas tambien sueles pecar
En faltas y no pequeñas,
¿Quién pudiera adivinar
El mal que puedes causar
Equivocando unas señas?

Don Alegato que adora
Las gracias de una beldad,
Cuando sueña en su señora
Sabe por casualidad
Que le fue á su amor traidora!

Y de este cambio ligero,
De esta peripezia atroz,
¿Quién fue el atroz mensajero?
Yo lo diré en alta voz,
¡Algun error del cartero!

La familia de un cesante
Que está de hambre medio muerta
Y ya gime agonizante
Tocando el último instante
De su sepulcro á la puerta,

Cuando oye un dulce ¡tilin!
¡Han llamado! ¡abran ligero!
¡Letra!... mas ¿quién lisonjero
Trae de sus ansias el fin?
¿Quién ha de ser? ¡et cartero!

Feliz vive un matrimonio;
Aunque son pocos felices,
Cuando ella en su dulce insomnio
¡Zas! sabe... por el demonio
Del marido los deslices.

Y ¿quién el demonio fué
Que dijo mal caballero
Todo, de á letra al pie?
Sin rebozo lo diré,
¿Quién ha de ser? ¡el cartero!

Mas tambien la causa son
De que con dulces abrazos
Se haga santa alguna union;
Pues unen amantes lazos
¡Es de cura su mision!

Y tambien por sus locuras
Desunen los matrimonios;
Luego hacen mas que los curas.
¡Tú eres fuente de diabluras
Cartero de los demonios!

De asuntos malos y buenos
No siendo tuyos, te hartas,
Eres curioso, ó al menos
¿Por qué, dime, tomas cartas
Siempre en asuntos ajenos?

Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Tú eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.

Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.

EDUARDO ASQUERINO.

EL ANTICUARIO.

«Señor; este animal no responde, ni da noticia de las cosas que estan por venir; de las pasadas sabe algo...»

(Palabras de maese Pedro hablando de su mono en la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Ben Engeli, historiadador arábigo.)

PRETERITO, presente y futuro son las tres grandes épocas en que los gramáticos dividen los tiempos; y yo que ni de crítico me preció, ni de destructor presumo, cuando encuentro bien las cosas ó cuando nada me vá ni me viene en ellas, respeto lo existente (con perdon sea dicho del Sr. Mendizabal nuestro contemporáneo). Disputáse el porvenir clases numerosas y respetables de la sociedad: los políticos y las gitanas andan al morro sobre quien acertará.... á decir mas y mayores desaciertos: apuéstanselas entre sí los pretendientes y los judíos, aguardando estos el Mesías que vino y pasó, y aquellos el destino que no pasará porque no vendrá. El presente nos pertenece á los españoles que gozamos del hoy, sin que nos conturbe el mañana, si bien ni aun entre nosotros falta quien lo tema, como los albañiles cuando no están en el hospital, los ladrones mientras andan por sendas y vericuetos, los toreros en víspera de corrida, y los regentes constitucionales durante las minorías. El preterito es un tiempo desconosolador; muéstranos como un arenal de infortunios de donde solo se levantan amargos recuerdos que emponzoñan la vida. Allí en lontananza cree el exclaustrado distinguir la sala *De profundis* de su convento, y un poco mas adentro la sustanciosa olla y la rica chanfaina: las viejas su hermosura y sus amantes: el cesante las mesadas que cobró y se acabaron.... ¡Ay del que tiene que volver la vista á lo que fue! Sin embargo, no hay que afligirse, pues así como un predicador que logró entenercer á las viejas de su auditorio en una

plática de Semana Santa dijo luego para consolarlas: «No lloren; no lloren, que lo que acabo de decir hace mucho tiempo que pasó, y puede que sea mentira:» también estoy yo en el caso de poder asegurar que no todos los que miran atrás lo hacen por el raro capricho de aumentar sus males presentes comparándolos con sus bienes pretéritos. Y aquí viene como de molde que saque yo mi tipo á la espectación pública.

El *Anticuuario* no pertenece á la época en que vive; y si admitieran parodia aquellas sublimes palabras *regnum meum non est de hoc mundo*, podría decir á su vez *vitam meam non est de hoc século*; y digo que podría espresarse así porque para ello era necesario que supiera latín, y esto sería empezar exigiéndole demasiado. Es, pues, el *Anticuuario* una partícula heterogénea del cuerpo á que está adherido, un ser extraño á la sociedad en que vegeta; es lo que en un vaso de agua una gota de aceite que conserva su forma y su color sin confundirse ni mezclarse con lo que la circunda; su espíritu vaga en las regiones de lo antiguo; emanan sus ilusiones de lo pasado; núbres de recuerdos; pulsa cual puede todos los trastes del diapason de los siglos; aseméjase á la ley *agultia* en que tiene los ojos en el cogote, al canchero en que camina hacia atrás; es, en fin, el verdadero retrógado de la época, y á estar en su mano, poco sería detener la marcha del mundo, hiciéralo retroceder á las edades que, hablando en términos eruditos ó de parte militar, se pierden en la noche de los tiempos ó en la escabrosidad del terreno. Como todos los *Anticuuarios* se parecen entre sí tanto como las bellotas de una misma encina, para dar á conocer á la clase basta retratar un individuo; y yo me propongo hacerlo así, procurando que la exactitud del parecido sea tanta como si el retrato estuviera sacado al daguerreotipo.

El prójimo con quien vamos á habérmolas nació al mismo tiempo que la revolución francesa, pues la naturaleza, sabía en todas sus creaciones, á levantar aquel terrible huracán, aquel recio torbellino que amagaba destruirlo todo y que hizo tiritar de miedo á cuanto existía, quiso descenderse al mundo un recolector de antiguallas, á fin de que si unos destruían las cosas el otro recogiera los pedazos. Figúratele á tu antojo, lector amigo, soltero, casado ó viudo. Si le supones soltero, será porque no encontró ninguna mujer que contase doscientos abriles; si casado, porque creyó topar una que frisaba en ellos, y si viudo, porque la mató á pesadumbres en cuanto descubrió que no los tenía. Pero ya se conserve célibe, que es lo mas general, ya pertenezca á la cofradía de San Marcos, ya al gremio de los que matan á su consorte y quedan con el suficiente seso para no contraer segundas nupcias, es condicion precisa que no tenga prole. Un niño en casa de un Anticuuario sería una aberración espantosa, un insoportable anacronismo. Por razones análogas, y que el lector penetrará sin duda, prodiga sus limosnas, cuando es caritativo, para el cuartel de inválidos ó para el hospital de incurables; pero echa un nudo mas á su bolsillo cuando le piden para el hospicio ó para la inclusa.

Asimismo te doy permiso para que te lo representes como mejor te cuadre, alto ó bajo, flaco ó obeso, según Dios ó la naturaleza lo hayan hecho; mas no transijo respecto á lo de bien conservado, porque el artículo de conservar las cosas de otro siglo lo entiende como nadie (otro diría: mejor que todos). Te consiento igualmente que, aunque no seas sastre, lo vistas como gustes, con tal que le cales sombrero en figura de sorbete y le pongas chaleco con honores de chupa, le cuelgues de los hombros levita con grado de gaban, de los tirantes pantalones de campana, y nada de trabillas, que ademas de ser

estas de invencion moderna para que él las use, aun dado caso que lo intentara habia de armarse estrepitoso escándalo entre las dos últimas prendas de vestuario sobre el derecho de llevarlas; y nuestro amigo no lo es de las guerras civiles ni de las discordias intestinas. Ya que le tienes vestido de pies á cabeza no te dejes guiar por las apariencias para tacharlo de falta de aseo, pues si alguna vez le encuentras cubierto de polvo como sobrestante de obras, consiste en que apenas tiene noticia de un derribo, allá se lanza entre los albañiles y los escombros, por ver si surge de entre estos alguna momia ó cosa que lo valga, y espónese muchas veces á perecer entre cascotes como los fiistotes contemporáneos de Sanson; y si adviertes su calzado sucio y gredoso como el de un agrimensor práctico, culpa será de lo mucho que frecuenta los vertederos de estramuros en busca de preciosidades, por aquello de que donde menos se piensa salta la liebre.

Así como el distintivo de un pirroniano es dudar de todo, el de mi tipo es creer á puño cerrado, no solo lo que le dicen, sino cuanto inventa ó delira, y si la fé ha de salvar alguno, bien puede asegurarse que no ha de ser él quien vaya á ver la pata coja y el rabo largo de maese satanás. Su genial es calmoso como un *Omnibus*, y su lengua suelta y vivaz como un calesín en día de toros; su memoria, aunque no tan feliz como la de Orígenes que sabía desde la cruz á la fecha el Antiguo y Nuevo Testamento, como un chico el yo pecador, ni como la de Xérxes que conocia nominalmente á los dos millones de soldados que componian su ejército (*relata refero*), todavía es suficiente para retener los nombres de todos los monarcas, capitanes, poetas y artistas que verificaron su tránsito por el mundo hasta hace dos siglos.

Aunque aficionado á la antigüedad y aunque vive fuera de nuestra época, no por eso se crea que es intolerante. Nada de eso; oye y escucha con paciencia todas las opiniones que están conformes con las suyas; y al decir opiniones todos comprenderán que no hablo de las políticas, porque claro es que un *Anticuuario* no puede tenerlas. Viviendo fuera de este siglo ¿qué le importa lo que en él sucede? Quédense en buenhora estos cuidados para los que se ocupan del hoy ó cuando mas del mañana. Los que así piensan, genios apocados que no aciertan á salir de un círculo estrecho y mezquino, cortos de vista que no pueden dirigir lejos sus miradas, aves torpes que no se atreven á levantar el vuelo para contemplar lo que hubo en edades remotas, no merecen otra cosa que compasion.

«La noble antigüedad solo es sublime.»

Y nuestro amigo lánzase en el intrincado laberinto de las cosas pasadas seguro, como él dice, de que no le faltará mientras viva,

ni papa que le escomulgue
ni rey que le mande aborcar.

Como las etimologías están tan enlazadas con la antigüedad, el *Anticuuario* ha de ser por precision aficionado á ellas; y el que aquí voy retratando ha consagrado ante todo sus afanes á buscar la de su nombre bautismal. Llámase Pandolfo; y despues de complicados cálculos y de sinuosos raciocinios, entre los que con frecuencia salia á relucir la caja de Pandora, solo por empezar con las mismas letras, no pudiendo avenirse con que brotara la raíz de su ascendencia de aquel calamitoso instrumento, acaba por deducir que *Pandolfo* es voz corrompida de *Pindolfo*, y que sus mayores fueron oriundos de una aldea, sita á la falda del *Pindo*, militando despues en las falanges de los *Gáelfos*. Por un método análogo procede en sus investigaciones, respecto á la fundación de las ciudades, á sus pobladores, al sitio en que

existían las que han desaparecido, y á los demas casos en que juega la etimología uno de los principales papeles. Partiendo de la base de que Roma tomó este nombre porque la fundó Rómulo, dice que Atila puso la primera piedra de Avila, que Numa dió el nombre por igual razon á Numancia, que Malaca fué descubierta y poblada por un malagueño, que Nabucodonosor desembarcó en el puerto de Navacerrada, que en las inmediaciones de Sahagun está el sitio donde se levantaba la gloriosa Sagunto; y con pasar un dia en Pozuelo de Aravaca se persuade de haber visitado el territorio que los pueblos Arevacos ocuparon, aunque la historia los colocó en los confines de la Celtiberia, no lejos de la moderna Soria.

Si por acaso se encuentra un *Anticuuario* afecto á viajes habrá surcado las rebeldes olas que separan á Palencia de Valladolid, y á Zaragoza de Tudela de Navarra. Cuando camina por tierra cabalga en poderosa pero vieja mula, y á cada tropezon del cuadrúpedo se apea por si topa algun escombros de insigne monumento. Tal vez recorriendo el espacio en que Guadiana serpentea oculto, alcanza á ver en la llanura una leve cima coronada por algun pedernal imperceptible para ojos menos escrutadores y penetrantes que los suyos, y desde luego dá por seguro que pertenece al minarete de una mezquita ó á la cúpula de una sinagoga que allí descollara en otro tiempo, y en el recinto de una ciudad con mil puertas que cegó el curso del rio al sepultarse por consecuencia de un terremoto.

Pero todo lo que sea examinar al *Anticuuario* fuera de su casa es andarse por las ramas, ó por mejor decir, es buscar el corazon en los talones. En su casa y solo en su casa es en donde ha de considerarse á mi tipo el que quiera conocerlo por entero. Dispoate, amigo lector, para entrar en ella; pero con la indispensable circunstancia de que has de permanecer serio como general que hace una declaracion de estado de sitio, grave como rector de doctrina, silencioso como devoto en las cuarenta horas, preparado á sofocar la risa dentro de tus lábios por grandes que sean los dislates que de los suyos salgan, y pronto á confesar que crees cuanto te dice, por mas que la razon y la historia se pronuncien en contra. Con estos preparativos puedes ya entrar en la mansion enciclopédica, en el arca de Noé de cosas inanimadas, en el valle de Josafat de objetos movibles, en la *vera efigies* de la mas completa anarquía, y en la casa, en fin, del *Anticuuario*, que no contento con franquearte generosamente la puerta llevará su condescendencia hasta el punto de servirtle él mismo de *Cicerone*, explicándote articulo por articulo cuanto ha podido recoger en sus repetidos y miauciosos paseos por el rastro y por las prenderías.

«Se jacta la armeria real, te dirá, por ejemplo, de poseer en la espada de Pizarro el primer oro estraido de las minas del Perú; vanagloriase la catedral de Toledo de tener en el viril de su custodia la primera porcion que de dicho metal vino de las Américas; pero aquí vé V. el primer oro que se sacó de las minas de Ofir, antigua casa solariega de la familia del célebre Orfila, segun la relacion que entre uno y otro nombre existe. En el monasterio del Escorial se conserva una hidria ó ánfora que sirvió en las bodas de Canaan, pues yo poseo en ese vaso un poco de agua convertida entonces en vino, y que á fuerza de siglos va volviendo á su primitivo estado; y el vaso es nada menos que el que sirvió para que suministráran al príncipe de Viena un veneno de órden de sus madrasas, que al fin murió de un cáncer, y por cierto que si diera yo con ese cáncer, lo habia de pagar á peso de plata, porque me gusta tener las cosas correlativas.»

Probablemente no darías en tres semanas con el mérito que el *Anticuuario* atribuye á un cuarto segó-

viano que te enseñará con mucho énfasis; pero oigámosle: «Este es uno de los óbolos que los antiguos ponian á los muertos debajo de la lengua para que pagasen la travesía del Leteo; y no fue poca mi fortuna en hallarlo una tarde cerca del campo-santo de la puerta de Toledo.» Si en la moneda descubres el año de su acuñacion, y crees coger en renuncio y confundir al *Anticuuario*, le equivocas, porque cuando tú le digas: «¿Ve V. aquí estos números que sin duda indican que este óbolo se hizo en 1648?» Te contestará él con todo el aplomo y toda la decision de un dómine. «Si señor, del año 1648; pero es de la creacion del mundo.» A esta asercion nada te quedará que contestar.

En seguida te mostrará una herradura que se le cayó al caballo de Santiago en la batalla de Clavijo al dar una cox al de Mahoma; con quien tuvo que habérselas cuerpo á cuerpo, porque tambien este quiso salir á la defensa de los suyos. Cerca de esta herradura estarán unos anteojos descomunales y redondos que dice haber servido al viejo Tobias. Y concluirá la relacion de esta sala enseñando un gran barreño donde tiene reunidas arenas de todos los rios del mundo desde el Jordan hasta el San Lorenzo, desde el Ródano hasta el Manzanares, desde el Tiber hasta el Nilo; mas si las tales arenas tuvieran el don de la palabra denunciarían en alta voz su procedencia y clamarian por volver á San Isidro del campo, de donde fueron traídas á la corte en un miserable esportillo.

Constitúyete luego en el salon á que dá el nombre de *Armeria*, y allí verás inlinidad de objetos tan raros como su dueño, ya esparcidos por la estancia, ya colocados en forma de trofeos; pero no des asenso á tus ojos sino á tus oidos, porque aquello que parece una albarda maragata es la que usó la celebrada berra de Balan; el sombrero de tres picos que se presenta en figura de quechemarin sirvió para cubrir la cabeza al rey que rabió; y un colete de charro salamanquino es una de las primeras lorigas que usaron los romanos; aquellos estribos que en tu concepto han podido pertenecer á un párroco de aldea son los que llevaba Escipion en el sitio de Troya; ese clarin de llaves que le vendió un músico de Luchana es la impertérrita trompa de la fama. Bien ageno estarás tú de creer que la escopeta de piston que yace arrimada á la pared, y el espadin de escribano su vecino, son la carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo; y todavía te sorprenderá mas reconocer en la divisa de un toro de Veraguas la banda de D. Palmerin de Inglaterra, y en la cabeza diseada de un carnero uno de los arietes á cuyo golpe cayeron los muros de la ciudad santa. Esa marmita de batallon que ves en medio del suelo es una de las famosas ollas de Egipto; lo que te parece una garrocha de baquero es el robusto lanzon de D. Quijote; ese guarda-brazo sembrado de cruces fue la cimera de Almanzor; aquella celosía de Alambres el arpa de David ó la lira de Orfeo; y finalmente, aquel pedazo de lona, que tú jurarías haber podido servir para traer de Galicia envuelto un fardo de biberon, es la gavia del buque en que los primeros argonautas fueron á la conquista del bellocoino de oro.

Falta todavía que examinar otra seccion que es acaso la que mas riqueza contiene de cuanto en casa del *Anticuuario* existe: esta es la condecorada con el pomposo titulo de *Museo de pinturas*. Allí encontrarás lienzos colosales suciamente embadurnados, y que á juicio de algunos valen hoy menos que cuando salieron de la tienda del mercader: el mas pequeño de ellos no baja de seis pies de altura por cuatro de ancho ó *vice-versa*, porque su poseedor no ha podido jamás llegar á convencerse de que ningun artista célebre haya empleado sus pinceles en cuadros de menor tamaño, ni aun para formar sus bocetos. En frente de la puerta de este salon se ve un disforme mamarrá-

cho, que pudiera pasar sin grande esfuerzo por obra de Orbaneja. «Vea V.; vea V., te dirá señalando al tremendo chafarrión. Ahí tiene V. un retrato de Felipe V., hecho por el Ticiano (cuidado con reirse, porque si la historia dice que el pintor murió un siglo antes que naciera el monarca, la historia se equivoca). Repare V. ese colorido de la escuela veneciana; ¡qué ropas esas! ¡qué actitud! ¡qué semejanza! Es un tesoro inapreciable.» Si dudas de la verdad de sus expresiones, ó si tu franqueza se resiste á confesar lo que no crees, eclará la culpa á la luz, cerrará el balcón, lo abrirá de nuevo gradualmente y en muchas veces, y despues de mil viajes de este al cuadro y del cuadro al balcón, cuando crea perfectamente proporcionada la claridad prorumpirá en mayores admiraciones y alabanzas. Pero acaso no baste esta nueva prueba para vencer tu incredulidad y obligarte á que reconozcas la obra del Matusalen de los pintores: entonces el *Anticuuario* te cojerá de la mano, y conduciéndote con aire entre misterioso y triunfante á la inmediación del cuadro, y mostrándote en él unas letras formadas con albayalde ó con betun de zapatero, y tan mal trazadas como la figura, te dirá con tono sarcástico: «Lea V. ese letrero sin duda increíble.» Allí se lee *Feliciano*, nombre sin duda de algun pintor de brocha gorda que se metió (no importa saber la época) á emborronar lienzos contra la voluntad de Dios y de las artes; pero el *Anticuuario* que todo lo convierte en sustancia arqueológica, dá la siguiente interpretación del susodicho vocablo: «eso quiere decir *F. fecit Liciano ó Ticiano* que no hemos de reparar en que la *t* tenga ó no travesaño.» A tan concluyente explicación nadie puede ya replicar lo mas mínimo.

Mostrarte há luego un país portentoso, en su boca, aunque á despecho de tus ojos, y solo porque acertada á encontrarse en él un rosal florecido, atribuye la obra á Salvador Rosa, que vive Dios era tan aficionado á flores y cosas amenas como Mahoma á los jamones de Avilés y al tinto de Valdepeñas.

Situándose luego nuestro hombre en el centro del salón, y asiendo una caña larga, que dice ser la que sirvió á San Pedro para pescar antes que dejara el oficio, te explicará uno por uno todos los cuadros que cubren las paredes de la sala. El retrato de un torero será Felipe II vestido de majo; Garcilaso de la Vega aparecerá bajo la forma de un fraile benito anciano y achacoso; Andrea Doria con uniforme de resguardo; un moro tuerto será el retrato de Tarif, y á no ser por el traje te lo presentaría como el hijo de Felipe de Macedonia; pero pondrá el colmo á sus anacronismos tremendos, á sus heregias artísticas, y á sus terribles calumnias diciendo que un cuadro, que tal vez quiere representar á Adán y Eva en el Paraíso, es el retrato de los reyes católicos pintados al natural por Mengs. Escusado es decir que todos los lienzos que allí existen están firmados por los maestros de todas las escuelas; verdad es que la mitad lo fueron el día antes que el *Anticuuario* los comprara, y la otra mitad al día siguiente de haberlos adquirido, que á no ser así mal podría comprenderse que á la vuelta de cada esquina encontrara mi hombre hoy un Dominiquino, mañana un Herrera el viejo, al otro un Correggio, y así sucesivamente las obras de los autores mas raros y de mas mérito. Pero debo añadir que si los pintores cuyos nombres aparecen en los cuadros pudieran levantar sus cabezas y mirar lo que les atribuyen, volveríanse precipitadamente á los sepulcros por no verse tan atrocemente injuriados y con tanta injusticia cubiertos de baldón.

Hasta aquí, amigo lector; el tipo general, el carácter distintivo de la clase; pero justo é indispensable es confesar que entre sus individuos suelen encontrarse algunos de juicio claro y de imaginación despierta; mas sin embargo de estas dos circunstancias

acontéceles lo que á D. Quijote, que se mostraba cuerdo y sesudo en todo género de materias, y solo perdía los estribos de la razón cuando se tocaban los puntos de la andante caballería. Así los *Anticuuarios* con juicio (perdónese me el violento enlace de estas palabras) discurren atinados en cuanto á nuestra edad concierne; pero en hablándose de cosas de los siglos que pasaron, bamboléanse en la silla del entendimiento, y asómase á su boca y á sus ojos la infausta monomanía que por donde quiera los persigue.

Como es posible que si hasta ahora no has tropezado real y verdaderamente en el mundo con un *Anticuuario* te hales con él algun día de manos á boca, quiero repetirte aquel consejo de que no le repliques ni pongas duda en nada de cuanto te diga, porque sobre ser esto causa de que te tenga por un ignoranton y te profese un odio eterno, lo será tambien de que comience á revolver papeles, y te presente testimonios inmensos de escribanos en justificación de sus asertos. Si se trata de unas tablas que dice haber servido de tálamo en la boda de Tetis y Peleo, y no das entero crédito á sus palabras, sacará un proceso de papel sellado en el que estará escrita la historia mitológica de aquella madera, dando fé y firmando el testimonio algun Pedro Fernandez, escribano de Zaldueño que tal vez fue el mismo que se las vendió.

Esta circunstancia te pone en el caso de poder hacer del bolsillo del *Anticuuario* un objeto provechoso de tus especulaciones. Lévale, por ejemplo, un pergamino que haya servido de forro á algun Flos Saneorum, y con que le presentes un certificado que tú mismo puedes hacer, seguro de que el comprador no ha de reparar en la forma ni en la letra, lo tomará por uno de los ejemplares del voto de Santiago, y despues que lo haya adquirido dirá magistralmente que los agujeros que el encuadernador hizo en el pergamino para sujetarlo al libro sirvieron para colgar los sellos de plomo que en otro tiempo atestiguaron su autenticidad.

Algunos *Anticuuarios* hay que se dedican á recoger autógrafos de personajes célebres, y estos son una mina rica y abundante, cuyo filon está siempre al alcance de quien aspira á explotarla. Si sabes de alguno que compre este género, puedes llevarle, sin riesgo de que ponga la menor duda, un escrito chino ó japonés por el libro de los Cantares, un papel con notas taquígráficas por el Alcoran que escribió el apóstol de los musulmanes, el libro de paja y cebada de un meson por las cuentas del Gran Capitan. Pero para que lo compre es indispensable que acompañe á estos autógrafos algun testimonio, alguna semi-prueba, que si para el vulgo, es decir, para los que no somos anticuarios, estos testimonios valen tanto como las bulas para los difuntos y las indulgencias para los protestantes, para un *Anticuuario* son aquellos documentos otros tantos artículos de fé, de cuya veracidad no es posible dudar.

Para que los lectores de este artículo no crean que no hay verdad en cuanto acabo de exponer retratando al *Anticuuario*, séame permitido citar aquí un hecho positivo que probará no estar recargados los colores. En 1616 (y nótese de paso que hasta el tipo de *Anticuuario* es muy antiguo) se vendió en Londres un diente del célebre Newton en la friolera de 700 libras esterlinas, ó lo que es lo mismo unos 62,000 rs., y á los pocos días se anunciaron en venta como otros 200 dientes del famoso físico que debió tener unas mandíbulas descomunales y una boca con mas andanadas que las de un tiburón; porque no hay que dudar de la certeza de que todos aquellos dientes le habian pertenecido, mediante á que cada uno de ellos llevaba su testimonio. Y lo mas extraño es que segun publica la fama todos aquellos dientes se vendieron, aunque no á tan subido precio como el primero.

Antes de concluir, y en agradecimiento, amigo

benévolo y cachazudo leyente, de haberme seguido hasta aquí, quiero darte un consejo que puede servirte de grande utilidad. Si tratas á algun Anticuario puedes llevarle sin temor ninguno á tus visitas y ga-



El Anticuario.

lanteos, porque como nunca falta al lado de una jóven una vieja que estorbe, tu compañero, en tanto que tú te entretengas con la niña, cuidará, por instinto y adición, de entretener á la anciana, que para él solo hay belleza donde hay antgüedad.

MANUEL DE ILARRAZA.

LA CELESTINA.

ELICIA. Ay hermana mía que mi madre Celestina parece; ay váleme la Virgen María, ay no sea alguna fantasma que nos quiere matar.

CELESTINA. Ay bobas y no hayais miedo que yo soy; Las mis hijas y los mis amores venidme á abrazar y dad gracias que acá tornar me dejó.

ARUSA. Ay tía Señora, espantadas nos tienes en ver cuanto dices sino que vienes mas vieja y mas cana....

CELESTINA. Sabed hijos míos que no vengo a descubrir los secretos de ella: sino a enmendar la vida de por acá, pero con las obras dar el ejemplo, con aviso de lo que allá pasa, pues la misericordia fue de volverme al siglo á hacer penitencia....

SEGUNDA COMEDIA DE CELESTINA, ESCENA IX.
TOMO I.

Allá cerca de los muros,
Casi en cabo de la villa,
Cosas han de maravilla
Una vieja con conjuros;
Porque tengamos seguros
Los placeres cada el día,
Llamase Mari García,
Hace encantamentos duros.

Una casa pobre tiene:
Vende huevos en cestillo;
No hay quien tenga amor en villa
Que luego á ella no viene;
Hagamos que nos ordene
Pues que sabe tantas fomas,
Para que de nuestras fomas
Que nunca nada se suene.

Está en misa y procesiones,
Nunca las pierde continuo;
Misa d'aila, yo imazio
Jamás pierda los sermones;
Son las mas sus devociones;
Visperas, Nonas, Completas;
Sabe cosas muy secretas
Para mudar corazones.

Trae estambre de unas casas
Dalo á otras á hilar
Y con achaque de entrar
Le preparando los mosas;
Finge que anda á venir pasas
A las dueñas y doncellas
Por tener parte con ellas
Con su rostro como brillas.

Coplas de las Comadres, por RODRIGO DE REINOSA.

Si Feliciano de Silva, para llevar á buen cabo los amores del caballero Filides y de la hermosa Polian-dria, supo resucitar y tornar al mundo, con mas caudal de astucias, con mayor raudal de razones dulces, y con número mas crecido de trazas y de ardidés, á la famosa Celestina, para asediar mas estrechamente la honestidad y el recogimiento, embebecer y enlabiar la crédula hermosura, y para enredar entre los lazos del amor liviano y desenvuelto, la inocencia y la virginidad, antemuradas y defendidas con el rigor de los padres y hermanos y la vigilancia de las dueñas y madres, no semejará por cierto extraño que al cabo los años mil vuelva á dar muestras de sus tocas y de su siniestra persona, la primera y mas famosa, comienzo, fin y epílogo de las andantes y tratantes en tercerías y tratos y enredos de amor. Y no diremos, pues, que Celestina ha resucitado, sino que Celestina nunca murió, y que de siglo en siglo, de edad en edad, de generacion en generacion, la vemos prolongar su endiablada vida, renovando sus trazas y dándoles otros y mejores aliños, al son y compas que las costumbres y usos se renuevan. Con efecto, si recordamos todas aquellas aventuras, y el continente y talante de aquellos personajes, que con su apacible estilo nos pone ante los ojos despues de tanto tiempo, la inmortál tragi-comedia de Calisto y Melibea, no podremos menos de conferir las unas y colejar las otras con los sucesos por donde uno ha pasado, y con muchas de las personas que en ellos intervinieron, sacando en claro una semejanza admirable, ya que no sea una identidad justa y como de molde. Y no es mas, sino que tal semejanza está inherente al propio ser y naturaleza de las cosas; porque si los fuegos nocivos del amor siempre han de mortificar y consumir el pecho de los mancebos, y mas de los que divierten la vida en recreaciones y entretenimientos de la vanidad ociosa; y en esta enfermedad, como de germen intenso y semilla poderosa, ha de querer contaminar é inficionar á la causa y principio de ella; no hay mas que para llegar á tan malvado y punible fin ha de valerse de los mismos medios por donde siempre se comunicó y llegó á inocular su fatal ponzoña; es decir, á emplear y hacer ministros de sus furoros y liviana intencion á las viejas interesadas, á los aviesos sirvientes, y á las criadas mas continuas y familiares de las principales damas y doncellas. Y de tan feas cataduras como llevan y parecen estos instrumentos de la liviandad y del desordenado amor, ninguna presenta bulto mas siniestro ni rasgos mas elocuentemente malvados como la vejez femenil, que apoyando su máquina cascada y su magra y repugnante persona en un bordon encorvado, para no caer en la fosa de la sepultura á cada paso, toma placer incalificable y reconjita y maldita voluptuosidad en dar al traste con la entereza de las vírgenes, y en descalabrar las honras y la fama de las doncellas. Solo en la especie humana es en donde se encuentra ese tipo de maldad y de reprobacion. Ni en las aves que pueblan los aires, ni en las alimañas que corren por el suelo, ni aun entre los reptiles que se arrastran entre el lodo y el cieno de las infectas y lagunas y esterros,

se hallará hembra alguna entre tantas y tan diversas especies, que tome á su cargo el amaestramiento y enseñanza que en la familia humana desempeña tan gustosa cuanto espontáneamente la Celestina. Y es la causa, que como la inteligencia de los animales tiene un límite y un vallado estrecho impuesto y levantado por la misma naturaleza, también ha de ser de reducido alcance y de términos conocidos los instintos de su perversidad; pero como la razón humana, al contrario, abarca esos ámbitos inmensos por donde vuela y campea según sus propias inspiraciones, si estas, por móviles que no son del caso explicar, llegan á contaminarse con los hábitos del mal, son también incommensurables y no sujetos á dimensión ni cálculo los grados de reprobación y maldad que llena y puede alcanzar. La mujer desventurada que en sus primeros años cumplió el oficio vil que solo puede ser vencido en vileza por el empleo diabólico que ha de ejercer después; que borrando en su ánimo todas las nociones de lo bello y de lo noble no obedece ya mas leyes que las impresiones mas groseras y feroces; que familiarizada en fin con todo el cinismo de la gente mas perdida y baladí, de los galeotes, de los rufianes y demas fruta de cueлга que se cria y amamanta en las galeras y cárceles, es de derecho y por juro de heredad, la llamada á desempeñar en su vejez el papel de *Celestina*, si antes la muerte no ha venido á sorprenderla, ó con los horrores de enfermedades espantosas, ó con la catástrofe del puñal ó del cordel, que son las arras y dote que de sus desastrosos y desventurados amantes suelen alcanzar y poseer. Mas para que la *Celestina* produzca la fascinación que en sus operaciones y oficios ha menester, para que ejerza ese imperio en la imaginación de los dolientes y rendidos de amor que á ella acuden, pidiendo antidoto y consuelo, y para que su autoridad por una parte, y sus suaves razones por otra, logren abrirse las puertas de las clausuras, disipar las sospechas de guardianes, porteros, madres y tias, y ablandar la condición dura y zahareña de las solitarias viudas, de las apartadas esposas y de las recogidas doncellas, se necesita que en el pueblo ó ciudad en donde haga teatro de sus artes y hazañas, nadie sepa de dónde vino; nadie pueda fijar fecha á su bautismo; todos duden si es santa ó si es hechicera; cuenten muchas historias fabulosas de ella; diga aquel que una noche la vió cabalgando en una escoba escudronada entre diez zánganos y cien brujas; refiera por el contrario otro, que en la ermita del monte la encontró orando en arrobamiento divino á cuatro palmas del suelo y sirviéndole de peldaño y escabel un celaje de gloria y ambrosia; y todos, al encontrarla, saludenla cortesmente si es de día, y prueben un sentimiento indefinible de curiosidad y de horror si de noche la encuentran vagando temerosamente por las calles solitarias, por los átrios de las iglesias y en las afueras del pueblo, al rayo de la luna por entre alamedas ó cementerios.

Establecida de tal manera la opinión y fama de nuestra heroína insigne, es estar ya la miel en su punto, y presto el telar para la labor y menester. El tener en el magin los nombres y condiciones de las damas y caballeros principales de la villa, el conocer cuáles sean sus hábitos y flaquezas, el saberles sus aficiones presentes y las inclinaciones de antaño, el no ignorar las historias y aventuras de sus peregrinaciones y moedades, son aditamentos, noticias y armas auxiliares que no deben faltar nunca de la memoria de Celestina para sacar fruto cumplido de sus trazas y poder llevar á buen cabo sus empresas. La compostura en el rostro y en los ademanes, la humildad en las tocas y sayas, y sobre todo un hablar dulce y compasado, ora amoroso y roncero, ora sentencioso y plagado de refranes y adagios, pusieran el sello de perfeccionar el tipo universal que retratamos, si

no se nos quedara en el tintero la parte mecánica y manual de que debe ser diestra operaria y consumada maestra. Hablamos de los aceites, de los untos, de las legías y de las yerbas que ha de saber confeccionar; de las poderosas artes, suertes y conjuros que ha de echar, y de la habilidad estupenda en que ha de ser sola, para retrotraer á virgen la que fue mártir diez veces. Con la baraja en la mano ha de averiguar la vida pasada de cualquiera, los azares y sucesos que le han de sobrevenir y los toques y encuentros en que al presente se halla, trabajando tales suertes la astuta vieja, bien por la manera del culebrón ó bien por el poder de la Cruz de Malta. Por el cedazo ha de encontrar y hacer hallazgo de toda prenda que se haya hecho perdidiza entre sus vecinas y comadres, y sendas nóminas y oraciones debe tener en la memoria para los alojamientos, madrejon, mal caduco y otros accidentes y dolencias. En su compañía no ha de ser ni hospedar mas que esta ó aquella sobrina que por mas estrechar el parentesco no han de comunicarse sino con el tierno cuanto mentido ramoquete de la *mi madre la mi hija*. En fin, la casa ha de ubicar un paraje apartado, colindante con los campos y ejidos, y no lejos de las torres y campanarios en donde se dejan sentir á deshoras de la noche el reñir de las espadas y los acentos tristes y siniestros del Buzo y del Cárabou.

Supongamos pues que á tal nido y con huésped tan endiablado dentro, cuanto nos imaginemos á Celestina, dirige sus pasos allá algun mancebo enamorado, de ánimo levantado, de riquezas muchas, de airosa persona y agraciado gesto, y para quien cada su capricho y fantasía es una ley irrevocable y deuda que trae aparejada, pronta é inmediata ejecución, sin haber alegatos ni fórmulas que la puedan evitar, entorpecer, ni aplazar aunque quieran hacerlos valer todos los abogados de la chancillería y los mas fervorosos predicadores de todas las órdenes mendicantes. Finjamos pues que llega á la boca del infierno, queremos decir, á la puerta de la caverna en donde reside y tiene asiento el hórrido serpenteon de quien hacemos estudio y anatomía. Suenan los golpes repetidos en la puerta y dice el mancebo: — Maldición á la vieja. Mucho le dura la audiencia con su amor y señor el que se viste de encarnado y negro, y muy embebecida debe estar con la infernal vision pues de otro modo la sacarán de su éxtasis los redoblados truenos, que no golpes, con que le bataneo la puerta. Mas apelemos á otro medio. Dejemos el guijarro y los golpes, y hagámosla oír y escuchar el sonido de los reales de á ocho y escudos que en esta bolsa se encubren y disfrazan, que si á su mágico estruendo no despierta y abre la trampa de esta cueva la malvada vieja, cierto es, y no dudar, que ya bajó á servir de áscua y tizon á la caldera de Pero-Botero, en donde con boca de sierpe morderá los dientes de las ruedas que atormenten, martiricen y dilaceren los miembros malditos de su cuerpo. Sonó el dinero y ya creo escuchar algo de fragor por dentro.

CELESTINA. Al punto voy, quien quiera que sea, allá voy, bajo al punto ¡qué sueño el mio! Vieja, pobre y sola, sueño de modorra. Entrad, entrad, señor gentil-hombre, que la noche es húmeda y las siete cabrillas ya parecieron, y corre un relente que asaz embaraza y entorpece los miembros. Y creí haber escuchado algo del argen que caía. Dejádmelo buscar, señor, ante el lindar de la puerta. Buenas almas sin duda que habrán querido socorrer á la pobre viuda.

MANCEBO. Cierra la puerta, maldita, que apacible está la noche para recibir el vaho de noviembre con sus nieves y ventisqueros, y mas, hombre que como á mí me has tenido hincado en el lodo de la rua como astil de almotacen, y ya sabes tú brujidiabla que el dinero no cae ni bulle por los tejados y ventanas como el granizo que nos azota, sino que se encuentra solo

en las ahuchas y escondrijos tuyos y de tus iguales, ó en los bolsillos de los caballeros. Hélas, hélas aquí esas gallardas piezas de plata y oro que son para tí, si tus servicios me son en ayuda y tan presto como mi voluntad requiere.

CELESTINA. Libre me Dios de alboroto de pueblo y de ira de señor, y Dios me guarde de lanza de moro izquierdo y de mano de hidalgo de buen talle, y cornudo y apaleado y hacerlo bailar, y como dijo el otro, si os acuden con la vaquilla llegad eis con la sognilla, y blancas manos, no ofenden, y de vos no se diga que sois como la zarza que da su fruto espinando, y antes cuéntese de vos que si abrió la boca, la bolsa no la cerró, y hablad señor, que aunque humilde y pecadorra, todavía tengo para mis bienhechores muchas romerías que dedicarles y grandes devociones orales y mentales para aplicacion suya y de sus pecados, pues....

MANCEBO. Calla, traidora, y no mientas ni finjas. Si tengo paciencia para sufrir ante mis ojos tu maldita catadura ¿no he de tener valor para sufrir en todo su desnudo la fealdad de tu alma? Aparte que no quiero ni pretendo por ahora cosa de mayor marca, pues ni pienso en robar esposa, ni otorgada á hidalgo alguno de las cercanías, ni menos el escalcar convento ni monasterio en busca de amores místicos. Quiero solo hablar inocentemente con Teodora, la hermosa hija de Jacinto el labrador, que pronto va á casar con Anton el estudiante.

CELESTINA. ¿Y qué queréis decir á esa paloma sin hiel? Arrullos sin duda que ella aprenderá para repetírselos á su prometido despues, celando empero el nombre del primer maestro. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Es muy picante en verdad el pensamiento de endonarle á un estudiante ladino, y con sus bártulos y baldos en la mollera, una esposa ya bien enseñada y amaestrada: esto me indujera á servir á otro cualquier garzon de ingenio vivo y de donaires, cuanto mas á caballero que tan de antiguo obligada me tiene con sus graciosas palabras y dádavias ricas. Y no tardaré en visitar á Teodora y en volverosla flexible como un guante de ámbar y azucarada como manjar de alcorza. ¡La otorgada de Anton! El sabiendo estudiante, el que con sus cálculos y astrolábios pretende defraudar la veracidad á mis pronósticos y buenaventuras, y que sus almanaques y horóscopos tengan mas autoridad que mis profecias y conjuros. Allá veremos si sus astrologías le advierten la flor que le preparo, y si el horóscopo que iba de levantar sin duda la noche de sus bodas le avisa del anzuelo que va á tragarse y de la obra que va á desbaratar, toda forjada y edificada por las artes, cuidado y traza de su amiga la Celestina. ¡Hi! ¡hi! ¡hi! Qué burla tan extremada, y mas cuando nos juntemos en corro á recordarla y reírla los tres personajes de la escena, la Teodora, este su enamorado, y yo la desventurada vieja, que de tales regocijos solo puedo haber noticias apartadas, y de ningun útil ni provecho para este cuerpo ya desierto y deshabitado para las glorias del amor.... Y la infernal meguera, dejando desvanecido entre sus imaginaciones licenciosas al descordado mancebo, se lanza como saeta envenenada á dar en el blanco de su perverso intento.

Y si estos ó muy semejantes son los intróitos de tales aventuras, y en la que ofrecemos por ejemplar, hemos visto los pensamientos que animan á Celestina, los móviles que la deciden y los resortes que la disparan, conviene verla cual milano que cierne el vuelo sobre su inofensiva presa, cual ronda ella tambien á presunta víctima, cual la fascina, cual la convence y conviene, y cual, primero con aliento suave, va prendiendo en el pecho de la doncella las primeras llamas del amor, hasta que viéndolas alzarse con ahínco y cresta encendidas, las atiza y aviva con sople desesperado y rabioso, hasta convertir en pavesas todos

los obstáculos que el recogimiento y la honestidad pudieran oponer á tanto furor, y la conduce paciente y embebecida á la última perdicion.

¿Y quién no ha de sentirse aguijado de curiosidad viva por oír á la embajadora de la maldad, cuando puesta en escena, se sabe abrir las puertas de los altos palacios, adormecer la vigilancia de los argos que custodian la honestidad, y acercándose á la hermosura depositaria de tanta virtud y excelencia, primero la hinche con vanagloria y soberbia encareciendo sus perfecciones, despues le despierta la compasion por los fingidos tormentos del galan enamorado, luego la escandece y concita maligna y diestramente su rivalidad y femeníl orgullo, hablándole de la aficion que otras doncellas sus amigas ó parientas abrigan por el embaidor temerario, cuya causa desordenada y licenciosa amadrina y procura; y al fin, cuando observa todas aquellas maquinaciones y trazas á punto, en dia cierto y á plazo dado, hace hundir en el oprobio y vilipendio todo aquel sagrado, hasta allí inviolable, de altivez, de nobleza, de belleza y de virginidad? Héla aquí á la infernal harpia en su obra de iniquidad, y empleando embelecios de mayor y mas subida traza, como que van encaminados á empresa en donde con el riesgo que se corre se pide habilidad grande, secreto mucho y ánimo muy sereno. Camina á hacer su presa en la honestidad de unas grandes señoras y dice:

CELESTINA. Allí se parecen y encuentran los palacios encumbrados en donde ha de conquistar ese vellocino que tanto valor tiene para este necio del garzon enamorado, pero gallardo y dadivoso á fé. Mas las puertas me las tienen tomadas aquellos dos sayones de criados, que acaso querrán oponerse á mi pacífica entrada.

UN PORTERO. Es aquella la mala mujer de quien tantas hechicerías y malas artes se cuentan.

OTRO PORTERO. ¡Cómo, mala mujer! Esa es la honra de la villa. Despues de visperas la encuentro todas las tardes encendiendo candelas en los cementerios.

OTRO PORTERO. Es que va á ejercitar sus horribles misterios rebuscando dientes por la boca de los últimamente ajusticiados y.... mas ya llega.

CELESTINA. Sé de lo que tratábais entre vosotros. Mas la caduca vejez cierto nunca alcanzó loores; y de mozos y de rufianes jamás le vino sino males; y en verdad que por eso os huyo tanto á vosotros y á vuestros iguales. Y si hoy toco por estos umbrales, fuérame la voluntad, el mandato de vuestra señora, que al darme algo de limosna el dia de la Epifanía, por mano de su bellísima hija en la capilla, me encargó con mucho encarecimiento ciertos recaudos, de que la traigo buena cuenta. Y tú, Sigeril (á un portero) no te andes á deshoras de la noche, dando músicas por la calle de S. Roman á la sobrina de Silveria, que los que mal te quieren arman celada contra tu vida. Y tú, Pobeda (dirigiéndose al otro) tén mas recaudo en las sisas que haces en la despensa y en las sangrias que cometes en la bodega, que ya el mayordomo tiene ojos fijos en tí, y sus ventores y sabuesos, gente de tu propia ralea y catadura, están ya á tu alcance, y mia fé, si muy pronto no te desenzarcan y saltan, con gran placer de Doroteo, que avizora tu plaza y racion, y ansía por ser tu sucesor y heredero...

LOS DOS PORTEROS. Entrad, madre, entrad.... Al diablo con la vieja, y qué punto por punto nos sabe la vida, y qué noticias tan cabales tiene para escribir nuestras crónicas. Y la Celestina, que va dentro de aquel alcázar de la virtud y la inocencia se considera, prueba el mismo gozo que la guardaña, cuando á duras penas y trazas se ve y mira poseyendo y dominando un vivar de cándidas palomas; y encontrando en la próxima estancia á la matrona noble, que como águila poderosa resguarda y custodia con

sus alas el fruto de sus amores de las asechanzas de la sierpe, se arroja á sus piés y la dice: Ah, señora, báculo de la vejez, apoyo en la orfandad, amparo de los desvalidos y antemural y defensa de las doncellas: ¿cómo atreverme á ofrecer ante tus ojos persona de achaques tantos como la mía, y vestiduras tan humildes como las que traigo, si tu benignidad de un lado y el traerte ocasion de emplear santamente los raudales de tu liberalidad cristiana no me dierran valor para salvar los umbrales de tu casa, y para llegar hasta donde puedan mis lábios besar la tierra que tus piés tocan? Hé aquí, señora (sacando un curioso canastillo de bajo sus faldas), hé aquí en matizadas madejas de rico estambre, el arco iris de todos los colores mas vivos, y el delgado viento hilado y puesto á punto de ser tejido en telas finísimas y transparentes. Obra es toda ella de dos recogidas y hermosas doncellas, que combaten la liviandad y la seducción con el fruto de su rara habilidad y la tarea de sus manos. Y conociendo yo el peligro en que su estrechez ahora las arriesga; y contemplando tambien la astucia y deshonestia codicia de sus enamorados, que como lobos hambrientos las rodean y acechan para traerlas al trance vil de la deshonra, he querido anteponer y atravesar mis buenos oficios para desviar tamaño mal, y recogiendo de entre su labor y tarea estas ricas muestras de su cuidadosa habilidad, os las traigo, para que adquiriéndolas, ampareis aquellas pobres hermosuras, y se logre con el fruto riquísimo de tanto esmero la sin par beldad de vuestra hermosísima hija.

Y en verdad que estas palabras y sentidas razones hallarán acogida y buen recibimiento del corazón mas desabrido, cuanto mas de una principal señora tan amorosa y compasiva. Y divertidos sus ojos y embebecida su atención con el dibujo y variedad de los colores, ó con el artificio y extrañeza de cualquiera presente que le ofreciera aquella mensajera de la deshonestidad, ó mas bien queriendo hacer partícipe de su maravilla y gusto á la hija de sus entrañas, que por otras estancias mas recónditas vagara distraída, ó recreándose entre las flores de los vergeles y jardines ¿quién duda que diligentemente la hiciera llamar, poniendo así inadvertidamente la simple aveci-lla á tiro del veneno de la maligna sierpe? Y ya las cosas en tal estado, cuán fácil no debe serle á ella, el comenzar su obra de perversidad, y producir el efecto que se propuso, fin, blanco y objeto adonde han ido enderezadas todas sus trazas y arterías. ¡Oh ángel en hermosura (diría), oh cielo estrellado en todas horas, oh sol siempre suave y sereno, oh beldad sobrehumana, oh mujer celestial ante quien son lodo y barro todas las bellezas del mundo, oh flor, en fin, á cuyo lado se mustian y marchitan cuantas otras flores y rosas se mecen y ufanan con su necia hermosura en los demas alcázares de la villa y por los otros ámbitos de esta espaciosa provincia! Y ni el ébano es mas negro que estas crenchas que bajan de tan gentil cabeza, y ni los ramos del lloroso sauce bajan con mas copia y riqueza que estos rizos, que casi quieren besar el suelo; sin reparar los necios que antes han pasado por tal garganta y por tal luciente espalda, de donde nunca debieran desenredarse amorosamente. Y dejadme, bellissima doncella, ya que la importunidad de estas criadas distraídas es ahora menos asidua, que me llegue mas de cerca á contemplar tanta belleza, que la hermosura sin ser vista y admirada, loada y apetecida, fuera lo propio que dejar siempre en noche oscura las perfecciones que Dios derramó por la naturaleza. Mas ¡oh qué talle delgadísimo, tomado con tal aire y gentileza, y que descendiendo con perfiles de agradable y voluptuoso incremento hasta llegar á su asiento gracioso y lleno de donaire conmueve al arrobamiento y á la adoración! ¡Y qué pié tan imposible por breve, y tan breve por su do-

nosa figura y planta, para sostener templo tan arrogante de hermosura; y sin embargo, lo sostienen con señorío tal, que no parece sino que cuando huellan el suelo son emperadores de la tierra. Y no quiero relatar con mi lengua lo que esos nexos de morbida encarnación me revelan de inefable belleza y de angelical estructura, hasta enlazar miembros tan perfectos con el sagrario divino y con el ser todo de tanta belleza; porque si su vision matare de placer á la mitad del mundo, la relacion de tantos misterios matare de envidia á la otra mitad.

Si tales ó semejantes razones no hayan de despertar ideas inusitadas en el pecho de mujer que se encuentra en la aurora de su vida y que percibe vagamente el placer de amar y ser amada y la satisfacción dulce de oirse celebrada y encarecida, son cosas que pueden dejarse á la consideracion de la menos entendida. Y de aquí á deslindar y tocar los primeros propósitos de amor y á presentar, como vision entre celajes, la imágen de algun noble caballero cuyo nombre sea bien familiar y conocido por su gentileza y gallardía, ya no hay mas que un paso, porque tales cosas se tocan como eslabones de cadena eléctrica y como esta, rápidamente comunican sus ideas é impresiones. Por lo mismo no haya miedo que defraude con su pereza la Celestina la buena ocasion que su diligencia supo procurarse.

Y no fue ciego, no, sino lince y muy lince (proseguiría la vieja) el garzon gentil que os alcanzó á mirar no ha mucho, una de estas mañanas cogiendo lirios y rosas en el jardín, pues hasta las mínimas y ápices mas remotos de tanta hermosura me las supo referir punto por punto el otro día que vino á encargarme algunas sus limosnas que él compasivamente distribuye todos los viernes, siendo yo el indigno instrumento que escoje para hacerlas llegar á los necesitados y cercados de pobreza. Y no sé como no le conozcais, pues es el caballero justamente que tanta gloria y prez ganó en el último torneo y que despues con tanta gala y bizarría riñió dos toros, con sus rejoncillos y espada, llevándose el aplauso de la fiesta, concitando la envidia de los caballeros y cautivando la voluntad de las damas. Pero de estas no hay ninguna que fijar pueda caballero tan cortesano, y que á prendas tan cumplidas añada tanta riqueza y tales mayorazgos, sino es que la celebrada Ramira, vuestra prima, y que locamente presume contender con vos la palma de la hermosura, logra alguna correspondencia y hace venturoso señuelo de su amor, del listón verde bordado con su mano que le dejó caer al caballero cuando desalojaba la plaza.... Desde este punto avanzado y ya en el interior recinto de la fortaleza, el éxito y final de la aventura, ya se deja adivinar y cualquier cronista podrá poner fin á la historia, sin que nosotros tomemos á nuestro cargo relacion tan lastimosa.

Pero allí en donde la Celestina demuestra su condicion verdadera y donde le bulle y salta el gozo infernal que le procura ver la triste condicion á que ha reducido sus víctimas, es cuando alguna de estas, recobrada de su sorpresa, burlada acaso en las esperanzas que había concebido de mirarse colmada de presas y de dádivas y desechada al contemplarse humillada sin poder salvar del naufragio en que ella misma ha puesto su honra y se presenta rabiosa, en cabellos, mesado el rostro, cárdeno con los golpes con que ella misma lo ha castigado, los ojos encendidos, el llanto convertido en globos de fuego, la vista traspuesta, y torciéndose las manos, se presenta, digo, á grito herido y con sollozos lastimeros delante de la infernal y regocijada vieja, que la recibe con extremos de amor y con palabras de miel que encubren, como ponzoña en flores, la ironía mas amarga así como el placer mas diabólico.

Por amor de mi vida, la dice, que no me flores de

tan amarga manera. Mal sientan las lágrimas en las bodas y bodas tan dulces y regocijadas cual las tuyas lo han sido, que aun todavía recuerdo ayer noche (pues tú me dejaste ver por el horado que para tales casos dejo en la puerta del teatro de tales bodas) todavía recuerdo, loquilla, que andabas colgada de la mano de tu enamorado para que volviese á halagar los alidares de tus cabellos, que por ser tan rizos y copiosos tienes gran vanidad y soberbia en ellos. Bien lo provocabas á nuevas obras, sin darte por vencida en tan agradable lucha, y tus ayes y lastimerias de muy diversa son eran, y por distinto tono se dejaban sentir que las presentes. Sin duda él, desvanecido con su triunfo, no te habrá cumplido la promesa de



La Celestina.

te volver á ver hoy; pero déjalo llegar, bobilla, que antes ha de tornar á ti, que no tú al estado que ayer tenias; que yo por mis artes sé y bien alcanzo, que pájara quincena es mejor reclamo que canto de sirena; y los gustos del agraz gustos son para apurar; y lo que bien supo cuando empezó, nunca luego ni presto se dejó: con que así, ovejuela mía, paloma sin hiel, toma huelgo y soláz aquí al par mío y al orete del fuego, y oyendo mis buenos preceptos y enseñanzas, atiende á tu enamorado, que no tardará en parecer; que gato cominero presto halla al mur en el agujero; y en tanto, asienta bien las crenchas de ese pelo, que por ser tan luengo casi te lo atropellas, mete órden en esas tocas, refresca el rostro con agua de

TOMO I.

la fuente, y toma un continente señorial y reposado para sobresaltar la atención y saltar la voluntad de aquel á quien aguardas, que cierto al verte con tal sosiego y tan lejos de las locuras y graciosidades picantes de la noche, muy mucho se le ha de regocijar la sangre en las venas, y muy mucho se le han de despertar mil gustosas imaginaciones; pues á pernil pernil, múdale la salsa y te sabrá á perdiz; y en tal extrañeza y en hacer la acometida por donde no hay gola ni coracina, es como se vence y sojuzga ese capricho voluble de los hombres. Aprende, aprende, la mi hija, que doctrina y ejemplos te lloveré sobre tu cabeza como si fuesen arena; y si de poco acá comenzaste á saber y deprender, bueno es que pronto tomes borlas, si no de Salamanca ó de Alcalá, al menos de las que en Sevilla, Valencia, Granada y Madrid ponen las Garduñas, las Floras, las Elisás y otras doctoras, mis hermanas y mis iguales.

La desconsolada moza, que entre tal oleaje de palabras y malas razones, y por en medio de tanta burla y crueldad no acierta ni á dar significado á las frases, ni á descubrir en dónde está el sarcasmo ó la verdad, la flecha envenenada de la burla ó el bálsamo consolador de la esperanza, incierta en lo que ha de decir, conociendo su humillación, pero dudando de hallar tanta infamia en mujer, se deja caer sobre el asiento mas inmediato, y prorumpiendo en frenético llanto, exclama: ¡He perdido mi honra, me han engañado vilmente!...

Innumerables fueran los cuadros que de sucesos tan trágicos y lastimosos pudieran sacarse á luz, para excarmiento de los unos y aviso saludable de los otros. Y no nos hemos detenido mas en ellos, casi por creerlos, si no de entera superfluidad, al menos de un lujo innecesario é inoportuno; porque felizmente, en los tiempos que alcanzamos, las costumbres han adelantado lo bastante para que la Celestina se considere como un peon que sobra y como pieza que no tiene aplicacion. Las negociaciones de amor suelen hacerse directamente y sin necesidad de mandato ó procuraduría. Denos Dios larga vida para ver hasta dónde en este ramo podemos llegar progresando.

EL SOLITARIO.

LA CASERA DE UN CORRAL.

Como esto de desollar al prójimo ha sido siempre una cosa tan gustosa, en todos tiempos ha habido juvenales que se ejerciten en hincar el diente en la honra ajena cebándose de preferencia en el sexo femenino. No diré yo que una templada censura de las malas costumbres, deje de ser útil hasta cierto punto como correctivo que mantiene el movimiento social hacia una creciente perfectibilidad. Mas lo que no puedo llevar en paciencia es que se dirijan principalmente los tiros contra ese bello sexo tan interesante y tan amable. Tengo por una especie de descortesía poco caballerosa, y aun me parece injusta la facilidad y complacencia con que se sueltan diatribas contra las mujeres, olvidando á tantas que han sido célebres, y pasándolas á todas por un rasero. Dicen estos satíricos de profesion que las hembras por su volubilidad natural han ofrecido desde la autojadiza Eva materia abundante para reputarlas mas débiles que la otra mitad del género humano, que en su larga barba lleva la señal característica de su estabilidad y firmeza. Añaden metiéndose á fisiólogos que se descubre en el sexo imberbe, algunas veces, cierta rareza de carácter, ciertas extravagancias, ciertas singularidades, que las asimila á las telas, que cambian de colores se-

gun por el lado que reciben la luz, ó segun la mezcla que tienen en el tejido, y por eso se ven en ellas á cada momento esos arranques, esos arrebatos, esas humoradas, esa continua movilidad, y esa palabrería indiscreta, por lo que andan siempre voltigeando sobre la superficie de todos los objetos, deslumbradas con el brillo de las cosas presentes, sin penetrar nunca en el fondo de su naturaleza; de modo que á no ser por su exquisita sensibilidad y otras amables gracias de que se hallan abundantemente provistas, no serian buenas para nada y sería preciso huir de su trato por inconsecuente ó insustancial.

No tanto, señores míos, les diré yo: cuidado que esa sentencia... *Variam et mutabilem semper* *fœmina* repetida desde la antigüedad, claudita por demasiado general y absoluta. Si han existido y existen mujeres en cuyos meollos nada entra sustancial, también las ha habido, las hay y las habrá que pueden dar á los hombres mas agudos de ingenio, y de carácter mas firme, lecciones en todas materias. Ellas sobresalen en las ciencias, las letras y las artes, y muestran toda la firmeza y solidez que se requiere para ejercer autoridad, como lo comprueba la historia, de la que me sería fácil sacar un millon de ejemplos. Mas no siendo mi objeto mostrar erudición, voy á presentar solamente un tipo ó modelo que actualmente existe en nuestra España, y vale por todos los demas que omito, pues no se limita á un solo individuo aislado, no es Doña Fulana la literata, ni Doña Mengana la pintora, ó la abadesa de las Huelgas. Este tipo lo componen las Caseras de los corrales de Sevilla, que ya ves, mi querido lector, pues tal debo suponerle, hallarás una clase entera, la cual nos da diariamente pruebas de lo que son las mujeres en el mando.

¿La Casera de un Corral? ¿qué clase de ente social es una Casera? ¿qué viene á ser un Corral? ¿Son estas Caseras de la familia de las Patronas de las casas de huéspedes? ¿Son directoras, regentas ó cosa tal de algun establecimiento público? Supongo, amigo lector, que tu natural curiosidad te estimulará á hacerme estas y otras preguntas semejantes, sobre todo si eres extranjero. Mas la dificultad está en la contestación, porque es preciso tengas entendido que el epígrafe de este artículo donde se encuentra ese titulillo, encierra la significación de una de las maneras de vivir que tienen nuestras andaluzas, la mas original, y la mas digna de observarse y estudiarse detenidamente, como que resuelve por completo la cuestion indicada en lo que antecede. Así que para que puedas formarte cabal idea de este negocio, debes leer con detención hasta la última línea de esta especie de apuntes ó noticias selectas de lo mas sustancial que importa saber acerca de las Caseras. Pero te prevengo que la materia es algo tediosa, y no se presta á la salática, ni puede llevar el saborete de ciertos escritos, donde el feliz autor encuentra recursos para excitar la hilaridad de sus lectores.

Confieso que para salir del paso y salvar dificultades podría limitarme á dar la definición completa ó incompleta de la Casera, diciendo que «es la matrona fuerte que en Sevilla está al frente de un grupo vecinal de los que llaman Corrales;» y despues de haber soldado esta definición en tono magistral á estilo de catedrático improvisado, daría una noticia muy superficial del mecanismo de las Casas Corrales, del teje maneje de los Corraleros y Corraleras ó animales bipedos que habitan aquellas madrugueras, y de la conducta que observa la Directora de la asociación. Empero esto sería vender gato por liebre, dejando apenas desflorado el asunto, y trazados solo los primeros lineamentos del retrato de la Casera, con lo que quedarías lector benévolo del todo en ayunas, y con tanta boca abierta, sin poderte formar una idea exacta de los fenómenos humanitarios que se ocultan en esos famosos y nunca bien ponderados Corrales, donde tanto tiene que es-

tudiar el político y el moralista, ni llegarías á comprender tampoco el superior genio gubernamental de las Caseras, y la constancia con que saben mantener la policía corralera en su mayor perfeccion, sin variar en un punto de su pristino instituto, guardando y haciendo guardar sus estatutos, y dándoles siempre ajustada aplicación á las circunstancias. Preciso será, pues, que yo siga otro camino para salir de mi empeño, en términos que quedes contento y plenamente enterado de lo que es una Casera.

Existen en la sociedad ciertas combinaciones que arrostran imperturbables los fuertes embates de los huracanes revolucionarios, así como la robusta palma del desierto se mantiene siempre firme resistiendo el furioso impetu de los desencadenados vientos, que asolan aquellas áridas llanuras, porque aquellas combinaciones están aseguradas por su propia naturaleza; como se encuentra asido en la tierra por la profundidad de sus raíces ese árbol gigante que los desafia. Las Casas Corrales pertenecen á este género de combinaciones: son una especie de antiguos falansterios que nosotros los españoles tuvimos la feliz ocurrencia de inventar hace muchos siglos. Estos falansterios podrán no ser como los recientemente proyectados por el célebre utopista Fourier; pero mucho será que no le hayan suministrado la primera idea, pues al cabo en los Corrales de Sevilla, así como en esta córte en la casa de Tócame-Roque, se ven reunidas bajo un mismo techo muchas personas y familias de todas las clases de la sociedad, que forman lo que se llama primera materia, estando estas reuniones sometidas á la vigilancia de la Casera. El origen de estos hormigueros se pierde en la oscuridad de los tiempos, no faltando quien asegure habia ya Corrales en la antigua capital de la Bética, bajo la dominación sarracena, y es indudable que si por fortuna hubiese habido quien se dedicara á escribir sus crónicas, contendrían un curioso repertorio de hechos notables, en que hallarían mucho que aprender nuestros modernos proyectistas, y algunos buenos desengaños.

Un corral es una casa espaciosa de muchas vecindades, y su distribución interior facilita toda comodidad para inspeccionar cuanto en ella pasa. Despues de la entrada ó zaguan, donde se ve un retabito con una cruz, ó un cuadro con la imagen de la Virgen del Carmen, y un farolillo colgado del techo, que sirve para alumbrar aquel recinto en las primeras horas de la noche, hay un gran patio, que por lo regular es cuadrilátero, con una fuente en medio de agua potable, y corredores altos y bajos por sus cuatro lados. Algunas de estas casas suelen tener otros patios interiores; mas en todas, las puertas de los cuartos ó habitaciones dan salida á los corredores. Por estas dos solas particularidades de la distribución del edificio, se descubre que un Corral es una especie de panorámica, que forzosamente ha de tener su director. Así es que el cuarto de la Casera, á la que exclusivamente está reservado este delicado cargo, se encuentra siempre en medio de uno de los testeros del piso bajo, y por lo comun en el que está al frente de la puerta de la calle.

Decía Fejoo que nuestros refranes dejaban de ser exactos por demasiado generales y solian contener un error vulgar. Esta calificación la encuentro con irrimada en unos casos, aunque en otros estoy por los refranes. Cuando se me dice, por ejemplo: «que el hábito no hace al monge,» así de una manera absoluta y demasiado general, tengo por errónea esta proposición, porque encuentro una notable tendencia en el hombre á identificarse con el vestido, y me cuesta dificultad reconocer á un amigo ó representarme en la mente su imagen, si no se me presenta con el mismo traje que solia llevar cuando le ví otras veces, así como en la tortuga solo vemos la concha y

nunca lo que está dentro. Que se nos ponga delante un magistrado, un general, un ministro, sin sus respectivas condecoraciones, vestidos simplemente el uno con los harapos de un pilla de playa, el otro con la zamarra del pastor; es seguro que entonces no veremos al general, ni al magistrado, sino al pilla ó al pastor, y por esta causa son tan apetecidas las decoraciones, porque el hombre lo forma el vestido. Luego el hábito hace el monge, y si no; cuántos monges se pasean ahora entre nosotros, y no podemos decir ese es un mouge, desde que largaron la concha? Aplicando esta doctrina, que no tiene falencia, á nuestra Corralera, mientras no vea yo el traje alto de las mañolas, la limpia media, el zapato bajo ó de escarpín muy recortado y sin cintas ó galgas, el pañuelo de percal color de punzó, y el pelo recogido detrás de la oreja, no me será fácil reconocer á la Casera. Esta es su forma exterior que tanto respeto infunde á sus subordinados, cuando vá acompañada con aquel aire de taco y un cierto aquel, propio de su complicada autoridad.

A la inversa, cuando se me dice que el adorno interior de una casa, la clase de muebles que hay en ella, y su colocacion, da á conocer qué clase de pájaro es el que allí se enjaula, confieso y reconozco que esto es muy cierto, como lo demuestra en nuestro caso el menaje del cuarto de la Casera. La puerta y la ventana de esta estancia se ven adornadas por la parte interior de unas cortinas de muselina blanca: las paredes cubiertas de muchos cuadrillos con estampas, moños y ramos de flores contrahechas, interpolándose alguna que otra cornucopia dorada, y con su luna ó espejo. (Una de estas está colocada mas baja porque sirve á la casera de tocador): varias sillas de asiento fino; una mesa y sobre ella un tintero, el libro de cuentas y otros trebejos. Hay otra mesita mas pequeña en que descansa una urna que tiene dentro un S. Antonio, una Virgen del Carmen ó una Cruz. Detras de la puerta del cuarto se encuentra un taller, con muchas tallas ó jarras, vidriadas de verde para el invierno, y de las que no tienen vidrio para el verano. Entre talla y talla hay un juguete de barro, ó un vasito con flores, y al pié del taller está la tinaja del agua. En la alcoba interior hay una ó dos arcas de pino, y una cama de banquillos y tablas con dos ó tres jergones de paja y un colchon de lana, lo que hace tenga mucha elevacion. Si la Casera tiene hijos, reserva para dormitorio de estos otro cuartito en el piso alto, lo que suele dar lugar á varias escenas cómicas.

Tal es el adorno y menaje del cuarto de nuestra Semíramis, que si bien dan indicios de su pobreza, no muestran menos su disposicion y aseo. No tiene muebles lujosos; mas los referidos y su colocacion están diciendo que es amiga del orden y arreglo en todas sus cosas.

Si la Casera es casada suele estarlo con un soldado cumplido, ya entrado en años, ó con algun zapatero remendon. En el primer caso hay mas quietud en el matrimonio, porque el cumplido trabaja fuera de casa, casi siempre de peon de albañil ó otra ocupacion semejante. Pero cuando pertenece á la hermandad de S. Crispin, tiene colocada su banquilla en el portal ó en el corredor cerca de la puerta del cuarto, quiere mezclarse en todo, y los lunes, dedicados á la holganza segun costumbre inmemorial, anda la paz por el coro, pues consigue apurar la paciencia de la consorte, que como acostumbrada al mando absoluto no se encuentra muy dispuesta á sufrir sus impertinencias.

Sentados estos preliminares indispensables, y dejando de referir, para no ser prolijo, otras varias circunstancias particulares relativas á la educacion de los hijos si los tienen; educacion que suelen recibir en el matadero, ó en las plazas de comestibles, donde

les sobran ocasiones de ejercer todas las mañanas la destreza de los jóvenes esparciatas, agilitándose en el gran arte que inventó Caco, y desenvolviendo su talento fullero; ya es tiempo de acercarnos á lo fundamental de este asunto.

En todo cuanto tiene relacion con la administracion de la Casa Corral, no hay que decir, como se supone en los demas matrimonios, que la mujer obedece y el marido manda, pues la ley sálica no ha podido entender su perniciosa influencia hasta la Casera, que



La Casera de un corral.

ha conservado sus fueros, libre de la insercion gálica. En el contrato celebrado con el propietario, ó dueño de la casa, hace ella el principal papel, como mujer de respeto y formalia. El marido inspira poca confianza. Unas veces toma la casa en arriendo con facultad amplia de subarrendar, otras viene á celebrar un contrato sin nombre, quedando encargada en todo lo relativo al subarriendo de los cuartos, conservacion del orden y cobranza de alquileres. En estos subarriendos y á la cobranza suele auxiliarla su marido, haciendo veces de intendente, y por la noche cuida tambien del alumbrado, siendo ademas el que cierra la puerta de la calle y la abre por la mañana. Lo que es el gobierno y direccion interior, lo reserva exclusivamente en sí la Casera, y en ello consume la mayor parte del tiempo, quedándole apenas alguno libre para sus quehaceres domésticos, y para ganar

algunos cuartejos ribeteando zapatos ó lavando y aplanando ropa de las sacristías de las iglesias.

De todos cuantos puestos de mando se conocen en la sociedad, ninguno mas delicado y difícil que el que ocupa esta andaluz. Los Corrales son el *refugium peccatorum* donde van á acogerse cuantos en las clases ínfimas de la sociedad no tienen hogar conocido. Si todos fueran jóvenes y solteros, podría ser una especie de nueva asociación fácil de arreglar. Pero es la desgracia que la vida de los que acuden á ennicársese en estas casas, ofrece antecedente materia para historias muy peregrinas. Ya es un sastre solterón que ha pasado de los cuarenta años, refiere haber servido con este oficio en el ejército, y haber hecho varios viajes de ultramar, con otras cosas peregrinas; ya en el cuarto inmediato se aposenta una remilgada de treinta abriles, que no descuida aun el tocador, se dice viuda de un capitán, y suele tener largos ratos de paroli con su convecino, amen de otros momentos que consume en recibir ciertas visitas nocturnas y misteriosas, que ella dice son parientes del difunto. En otro cuarto viven un peon de albañil con su mujer y una hija moza, que son lavanderas; mas allá una setentona, con otras tres hijas, todas aves sin nombre, que dejan juntas el ruido por la mañana temprano y vuelven cuando ya el sol raya en el ocaso, se meten en su cuarto, cierran la puerta y ¡buenas noches! El traje de estas incógnitas no ofrece particularidad que de contar sea; sin duda para no llamar la atención. Otros cuartos los ocupan personas de uno y otro sexo que viven solas y descubren por su traje y maneras ser pobres vergonzantes, ó que pertenecen á la gran cofradía de testigos falsos, que giran en torno de los juzgados, dispuestos á prestar servicios al primer escribano, procurador ó alguacil que los ocupe. Otra porción de estancias las ocupan las lavanderas con sus maridos peones de albañil, poceros, empedradores, vendedores de papeles, de melcocha, de aceitunas, altramuces, turrados y otras chucherías. Hay por temporadas habitados algunos cuartos por ciertas notabilidades de incógnito; pero estos vuelven á criar alas y remontan otra vez su vuelo á mayor altura social.

Conocido ya el pueblo que está bajo el régimen policiaco de nuestra heroína, vamos á ver cómo se las aviene para traer metidas en ajuste todas estas castas de gentes de un pensar tan vario como mezquino. Aquí es donde ella luce todo su talento y firmeza varonil. Tiene formado un pequeño código de leyes administrativas, donde muchas cosas tendrían probablemente que aprender algunos gefes políticos; y otro prontuario de leyes penales. Para hacer que obedezcan y cumplan puntualmente estas leyes, se reviste de cierta autoridad corraleresca, que no falta quien inite fuera de estas casas. La Casera no es záfia ni desvergonzada en su trato particular, mas en el de directora de su vecindad lo es en extremo, por aquello de que quien se hace miel las moscas se lo comen, y porque á cada uno le ha de hablar en su idioma, y las palabras blandas son buenas para las monjas.

El primer punto de policía consiste en que la puerta del Corral se cierre constantemente en el invierno á las diez de la noche, y en el verano entre once y doce. Este precepto nunca se infringe, y ninguno lo olvida impunemente, pues el que no ha entrado á estas horas se queda en el meson de la Estrella y suele muchas veces tener que pasar el resto de la noche en la casa de poco pan.

Luego que se cierran las puertas se apagan las luces y cada mochuelo se recoge á su olivo, procurando guardar el silencio posible.

Por la mañana se levanta temprano el Casero y abre la puerta á fin de que cada uno pueda salir á sus quehaceres.

Antes de acostarse avisa la Casera por el órden que tiene prelijado á las vecinas que les toca barrer al día siguiente la puerta de la calle, los corredores y el patio, y los sábados las escaleras. Esta distribución de trabajos dá márgen á varias disputas, que la Casera resuelve de plano y sin forma de juicio, haciendo desaloje el Corral la que desobedece ó se muestra demasiado renitente ó se levanta tarde.

Cada vecino tiene obligación de encender el farol del zaguan, y los de los patios la noche que le toca el turno.

También toma razon por las noches de las que necesitan las pilas para lavar al día siguiente, y las distribuye por su órden, haciendo igual distribución de los tendedores, y cuidando á la tarde de que lo dejen todo fregado y corriente para el día siguiente.

No permite que los hijos pequeños de las Corraleras tiren piedras dentro de casa, ni en la puerta de la calle, ni que desconchen ó tiznen las paredes, haciendo á sus padres responsables de las faltas y travesuras turbativas del órden que estos cometen, por lo que aquellos procuran darles dimisorias bien temprano, y salen á inundar las plazas de la ciudad, y á aprender el camino que conduce á los correccionales.

Cuando alguna vecina recibe en su cuarto de noche alguna persona sospechosa, espera que todos estén recogidos y de improviso se presenta en aquella habitación acompañada de su marido, los coge infraganti, y á la mañana siguiente tiene la inquilina que mudar de casa, y aun de barrio; tanta es la autoridad de la Casera!

En los casos, no muy raros, de riñas y refriegas entre los vecinos, aunque sean entre hombres con uso de armas, acude mas veloz que el rayo, y mientras su marido ú otro vecino pacífico va á llamar la justicia ella despliega todo su carácter varonil. No solo los reprende y contiene con la mayor severidad, sino los separa y desarma; muchas veces con grave detrimento de su persona, pues suele salir contusa, cuando no herida.

Para reprimir y prevenir estos y otros desórdenes semejantes aplica por sentencia definitiva y sin súplica las leyes penales de su prontuario que son muy sencillas. Primero la reprimenda en voz alta y descompasada para que la oigan todos los de puertas adentro y aun los de fuera. Esta especie de apercebimiento es un medio eficaz, porque ofende el amor propio del que la lleva, y deja resultados poco gratos. La Casera no se contenta con vituperar ni ponderar la culpa ó falta cometida, sino suele también regalar un apodo, que conservará el que ha decaído de su gracia, aunque se traslade á otra parte, con la particular circunstancia que estos apodos retratan con mas viveza que lo hizo Murillo con sus divinos pinceles, pues para poner apodos nadie como las Corraleras.

La segunda corrección se reduce, si es hembra la culpada á un recargo en los trabajos de barrido y limpieza, y si es varón á costear la luz del farol una noche mas de las de su turno, tomando de aquí ocasión para aliviar á los mas pobres y á las menos fuertes ó enfermizas, y aun para complacer á sus amigos.

A la tercera va la vengida, como suele decirse, pues á un reincidente tan protervo é incorregible no le queda recurso. Sin detención van sus trastos á la calle; es decir, que la ejecución acompaña siempre á la sentencia. Con esta inflexibilidad conserva la Casera su autoridad intacta, viéndola crecer de dia en dia, y llegando á veces á adquirir renombre entre los de su categoría. Es muy frecuente oír decir á la gente que se agazapa en esas localidades: en el Corral de la Parra, de los Panecitos ó el del Conde (este tiene tantos cuartos para vecinos como dias el año) *no se puee harrar respiraa. La Zeñora Tereza gasta cada dia poor genio y á naide deja resollaa; tiene siempre puezta una carita de jué que mete mieo.* Esto prueba que la tal

Teresa lo entiende y sabe bien cómo ha de manejarse para que se guarden sus ordenanzas. Es verdad que en estos últimos tiempos ha habido algunos vecinos, particularmente los que son guardias nacionales, que se han empeñado en querer introducir ciertas modificaciones en el mando de las Caseras. Mas estas se mantienen firmes. ¡Vaya, dicen con resolución, sería cosa de ver, que el nacionalito me viniese á calentaa el meollo con su constitucion ó sarandaja! Esas noveas son güenas paa los que viven solitos en sus casas. Allá se las compondrán ellos como puean; lo que es aquí naa mas se ha jacer que lo que yo mande y al que no le acomode que se plante en la calle. Esta es la palabra atronadora que aplaca todo espíritu de novedad é independencia. ¡Feliz Casera que tan puro é intacto sabes conservar tu poderío!

Si hasta aquí hemos visto á la Casera por el lado mas adusto y en el ejercicio de sus funciones gubernamentales mas peliagudas, en las que nos ha hecho conocer el inestimable precio de su carácter sostenido, bueno será examinarla tambien por otro aspecto mas agradable. Durante el día y las primeras horas de la noche tiene mucha indulgencia con todos, hace la vista larga y deja que cada uno respire á sus anchas. Las lavanderas del patio se las pelan cantando: los mozuolos hijos de los vecinos salen y entran con sus guitarrillas; en algun otro cuarto suele haber alguna visita misteriosa. Todo este ruido, esta baraunda y la chacota que es consiguiente lo tolera la Casera sin decir esta boca es mia, porque conoce que á la buena gente se le ha de dejar algun desahogo. Hay ademas dos dias en el año de gran juleo: el de la Cruz y el de S. Juan. En las noches de estos dias se cierra muy tarde la puerta del Corral, y la Casera permite que entren á bailar y cantar los mozuolos y mozuelas de otros Corrales que tienen conocidos en el suyo.

El día de la Cruz se forma en uno de los corredores del patio un altar adornado todo de flores y cintas y con relicarios y alhajas de plata y oro. Los gastos y adornos de este altar para la Cruz, se hacen á escote entre todas las vecinas.

La fiesta se forma siempre en el patio, reinando la mayor alegría. Las mozuelas y mozuolos cantan y bailan las rondeñas, las malagueñas, las manchegas, algunas veces la jota, y con mas frecuencia las *Corraleras*, que es música de su exclusiva invencion. Tambien bailan el fandango y no falta quien eche una copla de bolero. En estos dias gusta ver aquella juventud con sus graciosos adornos, tan alegre y tan chistosa. La reunion dura hasta bien tarde; pero á su debido tiempo la directora manda que termine y cada cual se retira, unos á sus cuartos, y los forasteros á la calle, cerrando el Casero las puertas principales.

No omitiré decir, porque es importantísimo, que la Casera tiene mucha caridad con los pobres y les agencia todos los alivios posibles, principalmente cuando están enfermos, lo que prueba que el genio zafío que se le atribuye, es una especie de compostura aparente, hija de la clase del mando que ejerce.

Por último entre todas las vecinas hay dos ó tres que son el ojo derecho de esta matrona; las agracia y prefiere siempre, anda todo el día de secretillos con ellas, y las admite de tertulia en su cuarto á todas horas, si está desocupada. Allí reunidas no dejan hueso sano á los demas inquilinos, y se saborean á su placer con la gustosa murmuración que las engorda y anima para el trabajo. No me extenderé en la narracion de estos animados diálogos porque seria preciso escribir tomos enteros y este articulillo se va haciendo demasiado largo. Téngase solo entendido que para quitar la honra con el salero del mundo no hay otras como las Corraleras.

La Casera no se da por vencida hasta que llega á ser muy vieja, que sustituye su autoridad en una de

sus hijas, si las tiene. Cuando no tiene hija ni nuera se reduce á la clase de simple Corralera, aunque la que la sucede en el mando suele tener con ella y su marido ciertas consideraciones; algunas mas que las que se tienen ahora con los empleados jubilados.

He terminado mi tarea. Ya ves lector que no he burlado tu expectativa, conoces lo que es un Corral de Sevilla, primitiva idea de los modernos fansterios; ves como en las raices del árbol social no penetran los embates políticos; descubres que la ley sálica nunca fue plauta española, porque entre nosotros han sabido siempre mandar las mujeres con mas tino y garbo que los hombres, y quedarás convencido de que España abunda en tipos originales.

JOSÉ MARÍA TENORIO.

EL CANONIGO.

Sobre áscuas diz que caminaba cierto amigo mio al describir el tipo del Ama de Cura; temblabanle las carnes de poner sus manos profanas en gente, que por cierto no es ningun erizo, y que si por concomitancia puede tener algo de sagrada, le falta mucho para ser *inviolable*; y ¡qué haré yo, pobre de mí, con quien goza del privilegio del cánon, y se escuda con la famosa excomunion de *si quis suadente diabolo*? Por fortuna alcanzamos unos tiempos en que sin el menor escrúpulo nos tragamos privilegios, cánones y excomuniones, que son el pan nuestro de cada día: afortunadamente me ha precedido el retratista del Clérigo de misa y olla, que sin dengues ni merengues, ha dado felice cima y remate á su empresa sin pararse en barras, ni andarse en chiquitas. Aleutado con su ejemplo, soy hombre al agua, y salga pez ó salga rana he de decir lo que se me ponga en la mollera, y á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga.

Al paso que los obispos y curas párrocos, dicen algunos, sirven de piedra angular y de columnas en la Iglesia de Dios, los arcedianos, Canonigos racioneros y capellanes de honor son muebles de puro lujo y ostentacion como esos cachibaches y chucherías que para ejercitar la paciencia de los criados yacen amontonados en las mesas de un gabinete. Esto es desconocer el antiguo y venerable origen de los prebendados, coadjutores del diocesano en sus apostólicos trabajos, y consejeros suyos permanentes: otra cosa fuera compararlos á uno de esos muñecos de china rechonchos, colorados, frescos, carrilludos, tersos y lucidos, de enorme y abultado vientre dentro del cual se aposentan dos razonables cuartillos de *l'eau veritable de colonia*.

Pero es menester distinguir tiempos, clases, órdenes, familias, géneros y variedades y concordar comparaciones. Busque V. hoy un Canonigo, no digo ya lúcio y obeso, ni aun de medianas carnes: busque V. uno que no sea *tantum pellis et ossa*, como el difunto caballo de Gofela, y no lo hallará por un ojo de la cara: entre V. por una de esas catedrales y colegiatas que á duras penas se sostienen en pié; huertos donde se criaban aquellas sanísimas prebendas, gordas como sandías valencianas; y se encontrará con que tan solo producen mústias y escualidas acelgas.

Ni todos los individuos de esta gran familia vegetal fueron tan orondos, succulentos, hinchados, sustanciosos y melifluos como vulgarmente creemos; el Canonigo es planta indígena de los monasterios: nacída bajo el sombrío techo de los claustros, y en la ingrata arena de los desiertos; escasa de jugo nutritivo, se crió flaca y macienta: poco á poco fué saliendo al aire libre: las brisas regaladas del Océano del mundo

le fueron dando mas animados colores; con el abono de las ofrendas de los fieles, diezmos, votos y donaciones de los reyes; con el botín de los moros, y herencias de los celibatarios adquirieron vigor y lozanía; y, por último, con el cuidado y cultivo de las amas de gobierno, llegaron á reventar de exuberancia. Muchas sin embargo, en medio de las brisas, abonos y cultivos, conservan aun su pristino ser y estado de amarillez y flaqueza; y porque son plantas que conforme van recibiendo la sávia ó jugo nutritivo de la tierra, así se rezuman y la vuelven á dar á los pobres que están á su alrededor. Ambas producen delicados frutos; el de la primera es abultado, fofó, pero algo insípido; el de la segunda raquítico pero sustancioso. La primera variedad se llama *Canónigo regalón*, y *buen Canónigo* la segunda. Otra existe tambien que participando algo de las dos, estas nada tienen de ella. Es planta selvática; y brota tan solo entre las breñas; se riega con sangre humana: se arma de púas como el espio, y se le caen así que se trasplanta á las iglesias. Esta variedad fué conocida en los siglos medios: vinieron luego tiempos mas tranquilos, y desapareció absolutamente, como si un vendabal de ilustración la hubiese barrido de sobre la haz de la tierra; pero en el año de 1808, tornó á germinar con grande asombro de los naturalistas, que tenían por cosa averiguada que semejantes plantas solo pueden vegetar entre las nieblas de la barbarie. Se llama el *Canónigo guerrillero*; y hoy en día está aclimatada casi exclusivamente en España. Todas tres tienen propiedades comunes. Mas ó menos fuerte, todas despiden buen olor, y son sus flores de lujo, como tulipanes en el norte.

Dejando á un lado otras divisiones y subdivisiones menos autorizadas, como si dijéramos de *pandilla*, y sobre todo, ese enfadoso estilo botánico-herbolario, que debe fastidiar á los lectores que recuerden el inimitable Figaro, pintaremos el *buen Canónigo*, como Dios nos ayude, y despues de dar cuatro brochazos al *guerrillero*, concluiremos en un santiamén con el *regalón*; sin que en este orden haya mas lógica de la que observa el que se come un plato de cerezas, que deja siempre para lo último las peores.

EL BUEN CANÓNIGO.

«En la suposición de tocar las castañuelas, dice un profundo y conocido autor, mas vale tocarlas bien que tocarlas mal.» Y si está es una verdad de Perogrullo aplicada á la ciencia *erolológica* con respecto á la canónica; es una cuestion muy cuestionable, como ha dicho alguien que yo me sé. La *buen vida* suele estar reñida con la *vida buena* y la mayoría de los prebendados se decide generalmente por la primera, dando al diablo la segunda. Existen sin embargo, y no en pequeño número en las catedrales, varones llenos de sabiduría y de virtud; lustre y ornamento de su iglesia. Cervantes, que no acertaba á pintar malos caracteres, nos dejó un retrato de este Canónigo en la primera parte del Quijote. Fino y cortesano en sus maneras; sabe unir la ciencia á la virtud, y la cultura al espíritu evangélico. Suele ser de familia honrada y de mediana fortuna; y ha ganado su prebenda, si es una de las cuatro de *oficio*, por rigorosa oposicion; y si es canongía lisa y llana, á fuerza de méritos, trabajos y virtudes en la cura de almas. Reina en su casa el orden y la abundancia; pero no la prodigalidad y el despilfarro; y se contenta con tener para si y dos sobrinos carnales de distinto sexo, á quienes educa con esmero, un ama sesentona que reparte con la sobrina el cuidado de la casa, y un estudiante que sirve indispensable paje al prebendado.

Es el único consuelo de su anciana madre, el paño de lágrimas de su familia, y padre de los pobres, para los cuales recibe su prebenda en administracion.

Su vida es una continua série de ocupaciones apostólicas, en que alternan el coro, el púlpito y el confesionario. Su semblante sin embargo rebosa dulzura, alegría y cordial satisfacción; su genio es divertido, franco y generoso; y sin aspirar nunca á lucirse en los salones, tampoco se desdena de pisar sus recamadas alfombras. Como siempre ha sido pobre (porque pobre es el que da todo cuanto tiene) y jamás sus lábios se han abierto á la queja y á la murmuracion, las revoluciones le han respetado siempre, y hoy en día solo se nota esta diferencia en su modo de vivir: diez años há mantenía á sus sobrinos y á su familia, ahora los sobrinos acomodados, gracias á su protector, holgada y honradamente le mantienen á él; y tranquilo, querido de todos, predicando siempre la caridad, como S. Juan en sus últimos dias, vive caduco, pero feliz, alegre, robusto y laborioso.

El escollo de los Canónigos buenos, pero tontos de capirote y de cortos alcances, son los escrúpulos: los escrupulosos salen de la esfera y categoría de los buenos, y entran en el gremio y claustro de los peores. A nadie pueden sufrir y no puede sufrirles nadie. Les llaman Santos sin duda porque padecían martirio: como leprosos y apestados viven separados del comercio de los hombres, y tan solo un ama hipócrita les entiende la monita, y al cabo de algun tiempo se alza con el *Santo* y la limosna.

Los cánones le prescriben como obligacion cantar en los oficios divinos, y á él le parece que no cumple con ella, si no suelta su voz de gaita gallega con toda la fuerza de sus pulmones, por mas que le adviertan que desentona, y que la gente de timpano delicado se marcha de la iglesia, y se queda sin misa por no oirlo. Lleva en cuenta los minutos ó segundos que una tos ó un estornudo le impiden cantar en el coro, para restituir la parte de su renta que corresponde á aquellos compases de silencio. Hay en algunas iglesias la costumbre de gozar á la semana una tarde de asueto á que se llama *barba*; pero nuestro héroe, perdona lector amigo si abuso de un nombre ya tan profanado, nuestro héroe, mas agudo que punta de colchon y con sus *puntas* de etimologista, ha llegado á discurrir que si se ha concedido esa tarde de descanso es para que los canónigos se rasuren ó hagan la *barba* con toda pausa, comodidad y sosiego; pero dá la casualidad de que si no le faltan pelos de tonto, no tiene pelo de barba, y jamás se le ha visto hacer uso de la licencia. Aunque vaya de viaje á Pekin ó á las Californias, nunca abandona el solideo, alzacuello, calzon corto y zapato de boton: la hebilla de plata le parece un abuso que no autorizan las sinodales.

EL CANÓNIGO GUERRILLERO.

Que se dan grados y se inventan nuevas cruces, amen del interminable calvario militar existente, para recompensar unos cuantos tajos y mandobles dados en el campo de batalla, ó tal cual paliza aplicada por via de patriótico desahogo en un pronunciamiento, es cosa sobre sabida y notoria, experimentada además; pero que se den canongías en cambio de algunas faznas fechas en tierra de cristianos, es cosa que no supieron los siete sábios de Grecia, y que no ignora el clérigo mas zote de la montaña.

En efecto, de algunos años á esta parte, se ha inventado el conquistar las iglesias del Señor, á trabucos, *viribus et armis*; se han refundido en uno los dos generos opuestos, religioso y militar, y un mismo ciudadano.

lleva ya la capa al coro, y el pendon á la frontera.

Esta casta de caballeros andantes á lo *eclesiástico* durará mientras á los sacristanes coroneles se les haga Canónigos por real orden, y los Canónigos no sean

tan modestos como Tomó Cecial, el narigudo escudero que juzgaba *satisfechos sus servicios con un Canónico*.

El Canónico guerrillero, en tiempos *normales* es un árbol trasplantado á un clima y terreno extraños; es una fiera encerrada en mezquina jaula. La agitación, la libertad y los peligros son su elemento; arcabucear, sacar raciones, echar bandos bajo *pena de la vida y cinco ducados de multa*, son sus placeres: el humo del incienso le atosiga, el de la pólvora le embriaga; el órgano le ensordece, el tiroteo le arrulla; el hábito talar es para él la túnica de Deyanira; la catedral un calabozo; el latín que no entiende le da náuseas; el trato fino de sus compañeros le afrenta, y por más que procura llevar una vida agreste y bebe y fuma siempre de lo puro, y siempre está cazando por el monte, su rostro tostado, pero encendido y barbudo, pierde poco á poco la color, se apaga el brillo de sus animados ojos, y muere de tedio y consunción á la vuelta de un par de años.

Pero há muchos que, por la misericordia de Dios, no se conoce tan largo período de *normalidad* en España, y entonces el Canónico guerrillero empuña su tizona y crucifijo, tira al diablo el bonete y se encarama por rocas y vericuetos, hasta que una bala pérdida abate tanta ufanía.

EL CANÓNIGO REGALÓN.

Pero figurémonos por un momento que la nación no tiene mas bienes propios, ni mas raíces que las de las muelas de los ciudadanos, á quienes cada contribucion arranca una de raíz; figurémonos que los ex-diezmos son diezmos mundos y lirondos, y que los paga el que quiere; que los ministros duran seis meses tan siquiera, y que los chiquillos no sueñan que son diputados, y que está prohibido leer casi todo lo que se escribe, y que no se lee mas que lo prohibido; pues bien, en aquellos tiempos nacían los canónigos de regalo. ¿Y para qué nacían? Para resolver nada menos que el árduo problema de la duración de la vida de un hombre que goza de todas las conveniencias y comodidades posibles. Por eso Dios les ha quitado la carcoma de la mujer y la polilla de los hijos, aunque el diablo les dé sobrinos: no tienen otro oficio que cantar, oficio alegre y divertido si los hay, y que, como dice Galeno, y si no lo dice Galeno lo dirá otro, ayuda á la digestión, circunstancia inapreciable para quien se *yanta* todo cuanto *canta*. Ha nacido además para desmentir á los enciclopedistas del siglo pasado que suponían inherente la zafiedad á los clérigos.

El Canónico regalón es buen mozo, robusto y colorado como un flamenco, anchas espaldas, pescuezo corto y doble cerviguillo. Cuando se viste una ropa talar, no le vereis alicaído, ó prosáicamente embozado, como clérigo de misa y olla; arrollados ambos extremos del rico manto de Sedán debajo del brazo izquierdo, descubre el anchuroso pecho guardado de la sotana de raso, sobre la que campea una cruz verde ó roja, mientras la mano derecha juega con cierta coquetería, con las borlas del fiador.

Este Canónico suele serlo desde muy temprana edad, y á veces desde los catorce años en que los cánones permiten disfrutar del beneficio eclesiástico. Un tío obispo suele hacer estos milagros: en este caso todos los hijos varones de la familia, nacen predestinados y con vocacion de Canónicos. La madre era una bendita á quien se le caía la baba de ver el hijo de sus entrañas, como un sol de Dios, con su sobrepelliz y bonetito; y se lo comía á besos, le hacía rosquillas de leche y huevos que el Benjamín guardaba para el coro, y allí se los iba engullendo lindamente, no sin ponerse el bonete delante de la boca para mayor disimulo. Le enviaron luego á la universidad y le com-

praron las *súmmulas* y la *súmma*, de las que *restó* algunas hojas para envolver los naipes, y en diez años de no interrumpido estudio, y de quebraderos de cabeza, aprendió á tocar una rondaña punteada y á jugar al sacamete, méritos mas que suficientes para que con una epístola recomendaticia del tío, le diesen una certificación de prueba de cursos y de buena conducta, y tras de ella las órdenes eclesiásticas.

Con todo, la imparcialidad histórica nos obliga á confesar que si bien nuestro *curilla*, que así le llamaban, nada aprendió en los susodichos diez años de *ciencia media*, ni de *predestinacion*; á lo menos consta que no ignoraba lo que *in illo tempore* valía el ser Canónico, ni el modo de invertir alegremente una pingüe renta; llegando por último á comprender clara y distintamente, que no necesitando de nadie en este mundo no tenia que pensar mas que en sí mismo. En efecto, así que tomó posesion de su prebenda á son de campanas, y sentándose en silla del coro y del cabildo propias y exclusivamente suyas, arregló el personal de su administracion, poco mas ó menos en los términos siguientes: para el gobierno interior de la casa, con inmediato mando en cocinas y dispensas, buscó un ama de llaves que frisaba en el medio siglo; para el manejo *financiero* un mayordomo de corto sueldo, hombre íntegro si los hay, como nada le faltaba, antes le debía sobrar para mantener á su mujer é hijos *legales* y otras mujeres é hijos *estralegales*; para coser y aplanchar y consejo *camarillesco* del gefe de la casa, una doncella de cinco lustros; para mortificación del tío, un sobrino calavera, y un page, compañero de glorias y fatigas del sobrino; un cocinero á las órdenes del ama, un criado á quien todos mandan, y un antiguo mozo de mulas que manda en todos.

Por lo expuesto debemos inferir que nuestro Canónico no es muy ducho, que digamos, en eso de *castigar* los presupuestos: bien que como en la *súmma* de Sto. Tomas nada se habla de derecho público constitucional, ni de economía política; ni en tiempos de Canónicos regalones habian venido al mundo nuestros padres de la patria, no es de extrañar la completa ignorancia de aquellos de una materia en que hoy tan adelantados estamos.

Una vez hecha esta difícil operacion, toma un polvo, enciende luego un puro, porque nuestro héroe tiene todos los vicios conocidos y por conocer, y se tiende en el sofá, mas tranquilo que un rey constitucional que tiene por oficio reinar sin gobernar, que es no tener oficio ninguno.

Pero los cánones, que son la pesadilla de los Canónicos, como las constituciones de los ministros responsables, les obligan á cantar, no á los ministros, que nunca cantan á lo menos *claro*, sino á los Canónicos que procuran cantar lo menos posible, para lo cual se componen de esta manera. Tres meses tienen de vacacion al año: una *barba* semanal suman cincuenta y dos barbas anuales; añádanse, chica con grande y echando por lo corto, sesenta indigestiones de una á otra navidad, que por leves que sean exigen dos dias de purga, y sacaremos en limpio que aunque la nave de la iglesia se vaya á pique, no debe naufragar en ella el prebendado.

Pero cate V. que un ciudadano llamado Ibon de Chartres, inventó contra estas faltas de coro, una cosa que se llama *distribuciones cotidianas, ó interpresentes*, y son ciertas reparticiones de frutos ó de dinero para los que en señalados dias asisten al coro, y no para los que faltan. Se conoce que el tal ciudadano, sin haber leído á Jeremías Bentham, estaba persuadido de que la utilidad y el interés son el móvil de las acciones humanas, y de que *all' idea di quel metallo*, nuestro Canónico habia de abandonar la mullida cama ó regalada y opipara mesa y con la mayor puntualidad y edificacion del mundo, arrastran-

do su inmensa capa de coro, entonaría con voz robusta el *Domine labia mea*.

Pocos minutos antes de volver á casa ya le barrunta el ama, que pone la chocolatera en el hornillo, la sopa en la mesa, ó la copa de Jerez orlada de tiernos bizcochos en la bandeja, porque el Canónigo regalón solo entra en casa para comer, y no sale sino para digerir. En el primer caso todo se pone en movimiento, sueltan los naipes mozo y criado para abrirle de par en par las puertas; suspenden las hostilidades el page y la doncella, y el uno se coloca en la antesala para quitar el manteo de los hombros del señor, y la otra en el gabinete para limpiarle el sudor y aliojarle las cintas del alzacuello, si es en verano, ó echarle encima un balandru de pieles en invierno. Un constipado de su señoría fuera un trastorno espantoso, un cataclisma, un pronunciamiento para la casa; por eso nuestro amigo, que debe ser de opinion de que

mas vale sudar que estornudar, lleva debajo del manto la sotana, y luego la chaqueta de paño con solapas, forrada en lana, y la almilla de bayeta, y la camisa de lienzo, y la de franela, y la piel de liebre sobre el pecho, y los calzones, y los calzoncillos, y la faja que rige, enfrena y gobierna el *abombado* vientre, y las calcetas canonicas por esencia que al gigante Goliat servirian de calcetines y á nuestro héroe llegan á medio muslo, y las medias de estambre ó seda, y los zapatos forrados de piel de conejo, y los chanclos para la humedad, y el gorro y ¡el infierno!... ¡Qué sudor! ¡Qué fatiga, Dios mio! Aquello no es hombre, es una saca de lana, es una prenderia portátil, un guardarropa ambulante.

Arrellanado en una silla de Moscovia, consulta con su intimo consejero las cuestiones mas árdnas, graves, difíciles y terribles que le ocurren en el largo trascurso de su vida.



El Canónigo.

— Qué te parece, Catalina; ¿tendré apetito? Asómate á la ventana... ¿está día de ir á coro? ¿Dormiré siesta? ¿Tendré ganas de beber tan pronto? ¿Me pondrán la mula?

Los canónigos, por mas que lleven vida de inmortales, están muy lejos de serlo, antes los esquisitos medios que ponen para dilatar su vida, suelen acelerar su muerte, que de ordinario les sorprende en forma de apoplejía al pié de su cañon, como al buen artillero, es decir, en la mesa. Por mucho que hayan derrochada en esta vida, la herencia que dejan

suele no ser floja, porque la *gallinita*, que así llaman á la prebenda, es la verdadera gallina de la fábula, y sus huevos dorados dan para sostener la constante partida de tresillo en la tertulia del intendente, los perros de caza y mulas y caballos de regalo, y toda la numerosa familia racional é irracional de que hemos hecho mención en párrafo aparte.

Cuando menos, los ricos y elegantes muebles, la maciza vajilla de plata, las huertas, quintas y tenencias que en las sagradas manos del Canónigo agricultor aumentan el presupuesto de gastos: en las manos

legas del marido de la doncella, de la mujer del sobriño, ó del hijo improvisado del ama, pueden acrecentar el de ingresos.

Estos tres personajes, amigos en la apariencia, se disputan la privanza del señor, como los diputados las ingratas sillas ministeriales, y solo se ponen de acuerdo en conspirar contra el amo. La doncella, al parecer, ó (para no dar lugar á equivocadas y malignas interpretaciones), al parecer, la doncella es la favorita, pero el ama no desconfía de la victoria. Posee recursos superiores á los mismos de su rival. Las municiones de boca, la despensa y la cocina con sus arsenales: las salsas y los buenos bocados, los excitantes y tónicos, son un género de ataque al que no resiste un estómago canongil. El ama, aunque no ha estudiado fisiología, sabe muy bien las relaciones que existen entre el estómago y la cabeza, y entre la cabeza y el corazón; y si la buena Emeteria se arremanga un día hasta los codos, y se prende atrás las faldas del guardapiés, y se planta un delantal como la nieve, y comienza á batir huevos, á menear sartenes, á atizar la lumbre, aquel día tirios y troyanos, todos tienen que enmudecer; *conticuere omnes*, que dice el profano, y solo el señor, saboreando un riquísimo pastel, ambos carrillos hinchados, risueños los ojos, exclama limpiándose los relucientes labios:

— Que venga aquí la buena Emeteria, quiero darle las gracias... sin ella soy hombre perdido.

¿Y qué hará el sobrino entre dos enemigos tan poderosos? El sobrino conoce su debilidad, y mañosamente se *coaliga* con la doncella para destruir al rival temido. Es buen mozo, calavera, despejado; dá en requebrar á la niña, que repetidísimas veces ha manifestado no ser de bronce ó peña, la promete casarse con ella si hace que su tío le instituya universal heredero, y sucede que al fin de la jornada, el sobrino toma de la doncella lo que tal vez ha respetado el tío; muere este, se calza el otro con la herencia, y la ex-doncella y el ama se van con la música de sus flantos y gemidos á otra parte.

¡Venturosos mil veces los dignidades, canónigos y racioneros, á quienes una apoplejía trasladaba del seno de la abundancia al sepulcro, sin haber gastado mas botica que algunos vomí-purgativos! ¡Dichosos de ellos si no han llegado á conocer estos ilustres tiempos, en que á fuerza de luces se hubieran quedado á oscuras! Ya no hay herencias, ni pajes, ni mozos de mulas, ni doncellas, merced á los que suprimieron el diezmo, porque no se pagaba, para sustituirlo con otra cosa que no se cobra; ¡merced al aumento de bienes nacionales que no disminuyen los males de la nación! Estamos, de consiguiente, en una época de transición canónica, en que luchan los malos hábitos, es decir, las buenas costumbres antiguas, con el hambre moderna; el recuerdo de los faisanes, pollas y salmones, con los comisionados de amortización; *il dolce far niente*, con no tener nada.

El Canónigo regalon, acostumbrado á morir en dos minutos, yace allí consumiéndose lentamente, en un rincón de su aldea, abasteciéndose de judías y patatas constitucionales la inmensa concavidad de su mal educado vientre, ó tal vez gime desterrado en las islas Canarias, por haber hablado mal del gobierno representativo: delito enorme de que ahora hacen gala los mismos que firmaron su destierro. Allí yace abandonado de todos... menos del ama; concha pegada á la roca, hiedra al olmo, perro fiel que sufre las privaciones de su dueño, y lame su sangre en el suplicio, y muere de tristeza sobre la losa de su tumba.

De todo su antiguo boato ya no quedan al Canónigo mas que sus muebles, que reducidos primero á maravedís, y de maravedís á berzas y legumbres, van

desapareciendo... en vapor. A su casa suele ir un exclaustro á tomar por recurso una jicara de chocolate con abundancia de pan tostado; mas por el pan, sábelo Dios, que por el chocolate: júntese á ellos un excedente del convenio de Vergara, un organista cesante, un antiguo corregidor y entre todos están suscritos al *Católico*, y para afrontar á peseta mensual por barba, tienen que pasar cuando menos un día al mes con el estómago de claro en claro, y la vista de turbio en turbio. Pero el día que atrapan la *Cotidiana* ó la *Gaceta de Francia*, se dan un atracón de notas y protocolos, de *memorandum* y *ultimatum*, de abdicaciones y casamientos, de entradas y salidas. El ama compungida, que observa con horror el hundimiento geológico del vientre canongil, consulta en cóncilave pleno un árduo caso de conciencia.

— Dios me lo perdone, dice, y su Divina Magestad no me lo tome en cuenta; pero desde que veo á usía de esa manera, estoy en pecado mortal...

— ¡Doña Emeteria! exclaman todos aterrados.

— Es imposible que deje de tener odio y mala voluntad á esos herejes... No permita Dios que me muera...

— Pues no tardará V. mucho...

— ¡En morirme! replica asustada el ama.

— No, mujer; no es eso; escuche V.... Y le encaja tres columnas de la *Gaceta de Ausburgo*.

Al ruido de la olla que se sobra á la lumbre, y mas consolada ya, pasa la buena Emeteria á dar una vuelta á las patatas, berzas y tocino que están en pacífica y no interrumpida posesión... de aquella misma olla ¡gran Dios! donde por tanto tiempo hirvieron juntos al rico jamon de Caldeas, la erasa y amarillenta gallina, el sabroso chorizo estremeño, y los suculentos garbanzos de Fuente Saucó. A tal espectáculo brota otra vez el inagotable manantial de lágrimas de la señora Emeteria, que exclama sollozando:

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!

¡Oh canónicas ollas, que me habeis traído á la memoria los sabrosos tiempos de mi mayor regodeo! Y por ahí siguiera el ama parodiando á D. Quijote y plagiando á Garcilaso, si al infrascrito, muy conocido mio y servidor de Vds., no le pareciese oportuno terminar su artículo, temeroso de haber abusado sobrado tiempo de la paciencia de sus lectores.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

EL AVISADOR.

No por menos conocidos y popularizados dejan de ser merecedores de figurar en el catálogo de los tipos españoles algunos cuya importancia y originalidad es tan indisputable como honrosa y meritoria la modestia que distingue á las personas en ellos comprendidas.

La fama pública, auxiliada con las listas que publican en *Sábado Santo* todos los periódicos de la Península, con los avisos particulares insertos en los pisos bajos de dichos periódicos, y con los anuncios de los carteles, hace al público sabedor de los diferentes empleos y diversas gerarquías que constituyen una compañía de actores; ya sean estos de ópera ó verso; ya de baile ó de gimnástica. Nadie ignora lo que es *primera dama*, ni que una actriz puede titularse *sobresaliente* en la nómina del teatro, aunque no *sobresalga* mucho, que digamos, en el ejercicio de sus funciones; ó, como otros dirían, en las funciones de su ejercicio. Pocos aficionados dejan de compren-

der la diferencia que hay entre *prima donna* y *altra prima*, y que no es lo mismo ser *prima donna assoluta* que serlo á *perfecta vicenda* con otra *prima donna* que, aunque es *otra*, no es *altra*, porque es inútil advertir que la llamada *altra prima* tiene obligación de suplir á aquella, y aquella no suple á esta. Ningun cristiano confunde ya á la *característica* con la *graciosa*, ni al *primer galan* con el *galan jóven*, por mas que para ser así clasificados no siempre se consulte su respectiva fé de bautismo; y por último, toda empresa cuida de hacernos constar los nombres y atribuciones de *coreógrafos* y *maquinistas*, *caracéres ancianos*, y *maestros al cémbalo*, y *partiquinos* y encargados de la *guardaropía*. Solo es un secreto para los *profanos* la existencia y ocupaciones de cierto fámulo, ó dependiente, ó funcionario, ó como Vds. quieran calificarle, sin el cual, no obstante, funcionaria muy mal, ó de todo punto sería inerte y escusada la ingeniosa y complicadísima máquina teatral; como que es su mas eficaz resorte; y no decimos su principal y mas paderoso agente, como en otras máquinas el vapor ó el agua, porque no se agravié el *dinero*, que es la fuerza motriz *sine quanon* de todas las empresas humanas. Este individuo, á quien vamos hoy á sacar de la injusta oscuridad y del ingrato olvido en que yace, se llama el *Avisador*.

¡Miren qué salida! dirá algun pio lector. ¡Miren qué *Maiquez* ó qué *Rita Luna* se habian dejado en el tintero los empresarios!... ¿Y qué quiere decir *Avisador*?—Yo se lo diré á V. con el diccionario de la lengua castellana. AVISADOR, s. m. *El que avisa*.—¡Pues! como si dijéramos el diario de *Boix*.—Eso viene á ser, poco mas ó menos. Un diario; pero no impasible, estacionario y mudo; sino activo, inteligente, infatigable de todo género de recados y anuncios con aplicacion al arte del teatro y demas que le son anexos y conexos.—¡Acabara V.! Ese *Avisador* viene á ser un corre-vé y dile semejante á los mozos ó criados de compañía en la Milicia Nacional.—Sí, señor; alguna analogía hay entre ese hombre y el mio; pero las tareas del mozo que V. dice, si bien requieren en quien haya de practicarlas alguna destreza, cierta dosis de paciencia, y no poca agilidad de pies, no tienen comparacion con las del *Avisador* de teatro, que son mucho mas variadas, árduas y espinosas, y cuyo buen desempeño exige dotes no comunes de cuerpo y de alma.

Hacer saber á ciento ó mas individuos cuándo les toca la guardia ó la patralla, el reten ó la revista, y si han de acudir de gala ó sin ella, y con pantalon de verano ó de invierno, y si ha de ser el martes ó el miércoles, no es cosa del otro jueves. Con dejar en cada casa la papeleta en que se marca el servicio que se exige del miliciano, así como la pena en que incurre si falta á él, y con decir, si alguno se considera agraviado, «yo no tengo que ver con eso; yo soy mandado; acuda V. al capitán ó al sargento primero,» sale del paso; si Pedro le da un solion, Juan le da una propina; váyase lo uno por lo otro, y á poco que haga valer la aptitud en que se halla de ser útil en un día de alarma al que menos piense necesitar sus servicios, *seguro* está de tener en la compañía amigos y valedores. Pero lidiar con la heterogénea multitud que depende de una empresa dramática, sabiendo que él está muy lejos de tener en su apoyo las leyes de una disciplina militar mas ó menos estricta; subir y bajar escaleras todo el día desde casa del *consueta* á la del *buffo caricato*, desde el taller de pintura al almacén de vestuario, desde el cuarto del *alumbrante* al aposento del conserje, del despacho de billetes á la contaduría, del médico al contratista de muebles, de *Monsieur quidam* á la *signorina quidam*, del Cuerpo de Coristas á la *Virgen de la novena*... ¡Santo Dios! ¡Siempre hecho un azacan, siempre oyendo escusas, murmuraciones, renie-

gos!... ¡Siempre en un pié como las grullas!... ¡*Avisador!* este oficio á los señores regidores de la comision de espectáculos ¡corriendo! ¡*Avisador!* vaya usted á casa del *Ingenio* y que le de á V. con mil santos la décima consabida para pedir al final una palmadita.—¡*Avisador!* que *saquen de papeles* este melodrama.—¡*Avisador!* que vengan mañana al ensayo la lujuria, la gula y demas *Virtudes* de acompañamiento.—¡*Avisador!* diga V. al de la imprenta que tire carteles de *Vísperas*. ¡*Avisador!* Al cabo de comparsas, que necesito para el domingo veinte y cuatro *salcajes*.—¡Oiga V.! Vea V. de paso al médico, y que visite de oficio á la primera bailarina, con toda escrupulosidad. Ya me tiene hasta aquí con sus crispaturas de nervios, y será preciso que rescinda la escritura ó sea menos intercedente. ¡*Avi-*



El Avisador.

dor! Que aparten un palco para quien dice esta esquelita. ¡Ah! Cite V. al *Comité* para leer mañana un drama en quinze cuadros, con prólogo y epilogo.—¡*Avisador!* Diga V. de mi parte á Fulanita que si no quiere arruinarme me haga el obsequio de no partir hasta despues de ferias.—¡*Avisador!* Haga V. poner un remiendo á cada cartel diciendo que, por indisposicion repentina... ¿de quién diremos?... del *segundo barba*, no puede hacerse hoy la funcion anunciada, y en su lugar se ejecutará *El enfermo de aprension* y el fin de fiesta ¡*Casualidades!*
Así va el infeliz con estas ó semejantes embajadas de Ceca en Meca y de Herodes á Pilatos, sin perjuicio

de los avisos ordinarios para el ensayo de cada mañana y la representación de cada noche. ¡Cuánta memoria no necesita para retener y no confundir tantos y tan diversos encargos! ¡Cuánta prudencia y circunspección para darlos y recibirlos! ¡Cuánta pildora tiene que dorar! ¡Cuántos chismecillos se ve forzado á oír... y olvidar! ¡Cuántos obstáculos allana! ¡Cuántos remedios improvisa! ¡Cuántas tempestades conjura!

El que sirve algunos años de *Avisador* podría brillar despues á poca costa en la carrera diplomática; y no es broma. Un *Avisador* que no fuese muy sufrido, muy dúctil, muy conciliador, sería inútil.— ¿Qué digo? Sería sumamente perjudicial.... Por su causa habría cada quince días en el mundo teatral una de esas crisis fatales, desesperadas, que frecuentemente representa el gobierno español al mundo político. Dificultades que el buen *Avisador* sabe vencer con solo *saber callar*, llegarían á hacerse insuperables, y si los teatros principales de España se mantienen abiertos casi todos los días, cuando no hay epidemias y pronunciamientos, ó cuando el calendario no señala los viernes de cuaresma, la Semana Santa y el jubileo de la *Porciúncula*, á la longanimidad, á la diligencia, á la diplomacia del *Avisador* se debe. Verdad es que en observar esta laudable conducta consiste su propio interés tanto como el de la empresa, de quien es el mas celoso y leal servidor. Por poca leña que él echase al fuego; con solo transmitir exactamente, palabra por palabra, lo que oye de una parte y otra, armaría cada día una zambra de mil demonios, y á la segunda ó tercera caería víctima de su indiscreta charria y de su impertinente veracidad. Actores, músicos y poetas son, generalmente hablando, asaz impresionables y quisquillosos. Acostumbrados, unos en la escena, otros en su gabinete, á desarrollar y á poner en pugna, tal vez con exageración, toda clase de pasiones, suelen ser muy vivas y vehementes las suyas. Prorumpen en quejas amargas cuando creen mortificado su amor propio; quejas que muchas veces olvida el corazón tan pronto como el labio las articula; ó bien, como gente de chispa, sueltan á lo mejor un epigrama incisivo, acaso con menos intención de zaherir y agraviar al prójimo que de oír celebrar la agudeza de su ingenio. Ahora bien: ¿qué sucedería si el *mensajero escénico* llevase y trajese como arcaduz de noria tales deuestos y tales rehilletes? Que, dejándole quizá por embustero, tarde ó temprano se reconciliarían los que él involuntaria, pero neciamente hubiera enemistado, y él lo pagaría porque es la parte flaca, sufriendo ásperas reprimendas y acabando por ser despedido con toda la pompa de la ignominia.

¡Y este sumiso y perdurable correo pedestre, por cuya mano pasa el estipendio del cochero que conduce á las actrices de su casa al teatro, y vice-versa en cada ensayo y en cada comedia, ópera ó baile, no solo no es admitido ni aun á la zaga del venturoso carruaje, sino que apenas gana para las botas que rompe y para un triste puchero comido mal y deprimido, y ningún día á la misma hora que el anterior! Y para él no hay aplausos, ni bravos, ni artículos de amigo, ni beneficios, ni licencias temporales; ni para él se construyen coronas de laurel en la calle del *Patriota Manzanares* (antes de la Montera) ni se crían palomas ó se componen sonetos acrósticos en las bohardillas.

Todos los dependientes de la empresa, artísticos, científicos ó mecánicos, tienen días de asueto y de descanso, menos el pobre *Avisador*. De planton en todos los ensayos, incluso el *piso de papels*, en cuya operación suple por lo regular á mas de un actor ausente, y perenne entre bastidores durante la representación, cuando no toma parte activa en ella, si hay falta de capataces ó corifeos inteligentes para

dirigir *las masas*, allí está á disposición de todo el mundo, y de cuantos viven del teatro es, seguramente, el primero que se levanta y el último que se acuesta.

Para dar vado á tantas comisiones, no basta que sea mas vigilante que Argos y que escada en ligereza y volubilidad á la liebre y la ardilla: necesita además poseer vastos conocimientos, y tal vez superiores á los que suelen exigirse en España á un jefe político y á un intendente. Precísado á auxiliar su memoria, por feliz que sea, con diferentes y continuos apuntes, no puede dispensarse de escribir, si no con muy elegante forma y muy correcta ortografía, al menos con claridad y prontitud. Pagador ó interventor nato de ciertos menudos gastos, no puede menos de tener algunas nociones de aritmética. Sin riesgo de cometer á cada instante un *quid pro quo* trascendental, no le es dado ignorar los fueros, privilegios y exenciones de cada clase y de cada individuo, ni sus obligaciones respectivas. Ha menester estar impuesto en todos los ribetes y tiquis miquis de la cortesanía para tratar con las notabilidades del teatro, especialmente con las que pertenecen al bello sexo, y no ser ageno á la gerga vulgar y semigermana con que se producen los comparsas y los *arrojes*. Como nada puede desmembrar de su mezquino sueldo para pagar intérpretes, y cuando hay ópera y baile tiene que entenderse cotidianamente con franceses é italianos, forzoso es que siquiera sepa chapurrear cierto número de frases en italiano y en frances. Siendo tantas y tan distintas las personas á quienes frecuentemente *avisa* de algo, debe saber al dedillo las calles de Madrid, cosa no muy fácil ahora que las Excmas. Municipalidades han dado en la flor de mudar sus nombres cada lunes y cada martes. Finalmente, se ve tambien obligado á ser una especie de celador de policía (dicho sea con perdon) para saber las *querencias* de cada quisque, y poder hallarle fuera de su casa cuando no le encuentra en ella para hacerle una notificación urgente. Porque en este punto es inexorable. El actor, el cantante, ó quien quiera que sea el sugeto á quien busca, podrá despues hacer lo que deba, ó lo que le dé la gana; pero no espere salvarse alegando ignorancia. Siquiera se oculte donde haya que echar hurones para sacarle; siquiera se refugie en el asilo de la culpa ó se acoja al de la penitencia, ¡allí el *Avisador*! Nada se esconde á sus ojos inquisidores y perspicaces. Sus avisos son tan inflexibles y seguros, aunque á veces tan infructuosos, como los de la conciencia. Aun mas: podrá acontecer que la persona á quien se dirige esté *in articulo mortis*... No importa: ha de oír el inevitable recado; ha de saber que «mañana á las siete de la noche se ejecutan *Las memorias del Diablo*» aunque con los mundanos acentos del *Avisador* se confundan las pias exhortaciones del padre de almas que recomienda á Dios la del enfermo. Mas todavia: no sé si injustamente desconfiado nuestro protagonista de su propia memoria, ó de la atención é inteligencia del *aviso*, le reitera el mensaje cuantas veces le echa la vista encima, sin perjuicio de dejárselo escrito, si es de importancia, en su casa, en el café de su devoción y en la porteria del teatro, queriendo antes ser acusado de molesto é importuno que exponerse á cometer la mas leve omisión.

El oficial que tibiamente se limita al cumplimiento de su obligación, *vale muy poco para mi real servicio*, dicen las ordenanzas militares, y esta máxima, cuyo espíritu puede hacerse extensivo á todo género de empleados, habla con particular elocuencia al corazón y á la mente de un *Avisador*. *Muy poco vale para mi particular servicio*, dirá con sobrada razon el director de una empresa, muy poco vale el *Avisador* que solamente sea órgano maquinal de mis mandatos y disposiciones. ¡Pobre de mi si es tan poco

avisado que no sabe adivinar lo que yo omito, recordar lo que yo olvido y corregir lo que yo yerro! Penetrado de esta verdad el *Avisador*, sin que nadie se la inculque, y solo por efecto de su buena índole que tan felices corazonadas suele inspirarle, ó de su larga experiencia de las cosas y casos teatrales, enmienda mas de una vez la plana á su amo, pero con tal moderacion y sagacidad que no le deja lugar á resentirse, ni aun quizás á apercibirse de ello. En los casos de remedion, sobre todo, es cuando la pericia y *erudicion* del *Avisador* suelen ser de mas utilidad al empresario. Improvisar la representacion de una comedia es negocio mas dificultoso y peliagudo de lo que á primera vista parece. El empresario, por sí solo, ú asociado de algunos actores, hojea y consulta en vano una y otra vez el registro de las funciones ejecutadas en lo que va corrido del año cómico.—Esta... no puede repetirse, porque ha pasado mucho tiempo desde que se estrenó y para no aventurar á los actores á fulminar una blasfemia en cada frase, seria necesario ensayarla siquiera un par de dias. Aquella... fué estrepitosamente silbada, y hay que renunciar á ella; la otra no está corriente, porque uno de los actores que trabaja en ella obtuvo licencia para los baños de *Panticosa* y los está tomando en el teatro de *Barcelona*; la de mas allá tiene mucho teatro, y no queda tiempo para traer y colocar tantos trastos; en tal y tal y tal tiene papel el mismo individuo cuya dolencia nos pone en el presente conflicto. ¿Qué haremos?... Esta seria buena á no haber variado las circunstancias políticas bajo cuya influencia se escribió. ¿A ver la que sigue?... Se suspendieron pocos dias há sus representaciones; reproducida hoy repentinamente no daría un cuarto, y dejándola dormir un par de meses en el archivo daría dos ó tres entradas decentes en tiempo oportuno.—Fulano ¿por qué no repite *V. El verdugo de sí mismo*?—Porque no quiero aplicarme el titulo. Mi papel es muy fuerte, me afecto mucho, mi salud es delicada y ademas, estoy sin *carnes* y con el manto de emperador me está haciendo el sastre una dalmática y unas trusas.

Aburrido con tantos inconvenientes y mortificado con tantas contradicciones, el empresario se desespera y, á solas ya con el *Avisador*, le manda anunciar que la funcion de la noche será *Sociedad de bancos y paseo de ratones*: esto es, ninguna. Pero conolido entonces el *Avisador* le da, con el debido respeto, consejos provechosos y le abre caminos desusados que le saquen del atoladero. Mudo, pero atento observador de los caracteres y genialidades de todos los actores de ambos sexos, y sabiendo por lo mismo de qué pié cojea cada uno, insinúa cautamente al director los resortes que conviene mover para triunfar de resistencias ó impedimentos que media hora antes parecian invencibles. El mismo pone rápidamente en ejecucion las ideas que ha sugerido, hablando y gestionando en nombre suyo, ó en el del empresario, segun conviene. Resignado á sufrir el castigo de culpas ajenas, carga, si es menester, con toda la *responsabilidad* de una *sí-acion* que él no ha creado, y ve con estóica conformidad que otros se atribuyen los méritos que él ha contruido. El ha hecho el milagro y otros santos reciben las gratulaciones y las ofrendas; pero, lo que él dice, *sálvese el teatro* y mas que yo sea su *víctima propiciatoria*.

Tal vez en uno de esos dias de *remedion* aprovecha nuestro héroe la feliz coyuntura de adelantar en su carrera á algun *racionista*, que otros llaman *parte de por medio*, oscurecido y postergado, ya por su excesiva cortedad de genio, ya por falta de proteccion, ó porque su mala estrella no le ha deparado una ocasion favorable en que mostrar al público que sirve para algo mas que para galanetes de entremés, ó

toros embolados. Con estos actores, que no por su ínfima categoria escénica dejan de ser acreedores á la consideracion pública, suele tener el que *avisa* trato mas frecuente y familiar; sea porque, como trabajan mas á menudo, se roza mas con ellos, ó porque juzgue su amistad menos incompatible que la de otros con el espíritu de humildad y subordinacion que constantemente le guia. Si habia oido decir á uno de ellos que en el año de tal y en la provincia H, siendo parte, y no de *por medio*, en cierta compañía ambulante, ó miembro de alguna sociedad dramática de aficionados, por ejemplo, la de la calle de *Noramala*, desempeñó con aplauso un papel principal; ó si sabe de otro que tiene mucha memoria, ó facilidad y frescura para recitar de improvisó y al *apunte* cuatro ó cinco pliegos de prosa ó verso, recuerda el *Avisador* cuando viene á cuento que la empresa tiene aquellos ignorados elementos de que disponer. El empresario, á falta de otros, los utiliza; y, si bien los buenos y amistosos oficios del *Avisador* pueden ser inocente causa de que, recibiendo el neólito una grita desaforada donde esperaba bravos y palmoteos, reniegue de la fatal ambicion que le aconsejó en mal hora salir de su tranquila oscuridad, tambien es cierto que muchos actores han debido á esos casos fortuitos y á la pródiga intercesion del *Avisador* benéfico la buena suerte de figurar con gloria en lo alto del escalafon teatral, cuando acaso se consideraban condenados para siempre á no salir, como suele decirse, de azotes y galeras.

De todo lo que llevo dicho es natural inferir que el ciudadano una vez investido con el interesante cargo de *Avisador*, ó á los pocos dias deja de servirlo, si muestra no ser apto para él, ó lo desempeña durante su vida. Del primer extremo creo que haya habido muy pocos ejemplares, porque regularmente cada *Avisador* tiene un *sota-ídem* ó adjunto, así para ayudarle en sus quehaceres, como para que se vaya instruyendo en el oficio, y este suplenste, ó llámese *meritorio*, es el que hereda la plaza cuando su *principal* pasa á *mejor vida*. La clase de *Avisadores* es acaso la única en España que no conoce la prolija nomenclatura y la plaga asoladora de *cesantes, excedentes, jubilados, espectadores á retiro, reformados, suprimidos, suspensos, agregados, depositados, adictos, capitalizados, disponibles, indefinidos, inválidos y dispersos*. El *Avisador* muere *avisando*, y hay teatro que en todo lo que va de siglo y parte del anterior solo ha tenido dos *Avisadores*, de los cuales el segundo, superviviente del primero, por supuesto, todavia puede ser el brazo derecho de muchos empresarios. Actores, maquinistas, sastres, alumbrales, asistencias, todos son dependientes mas ó menos amovibles y eventuales que ogaño pueden funcionar en Madrid y en el próximo año cómico pasar á Cádiz ó á Valencia; pero el *Avisador*, es artículo que se nombra en todos los inventarios, como la campana chinesca, ó como si fuese parte integrante del edificio. Su proverbial honradez y su *indispensabilidad* (permítaseme la expresion), le ponen á cubierto de ser arbitrariamente licenciado cuando la empresa cambia de manos, al paso que su apego á la casa en que ha envejecido y su habitual parsimonia le hacen inaccesible á toda especie de seducciones. El no puede desusirse de sus queridos bastidores, cuyas multiplicadas metamorfosis de cárcel al jardín, de calle larga á casa pobre, etc., ha presenciado, ni de sus amados cuadernos que contienen la estadística de la escea y las efemérides de la literatura dramática; páginas preciosas sobre cada cual podria hacer, siquiera, mas de un curioso comentario. El nuevo director, por su parte, perdería la brújula y fluctuaría en un mar de confusiones si se privase de tan poderoso auxiliar, que ademas de poseer importantísimos documentos, es el depósito vivo y semoviente

de infinitas tradiciones orales y leyes consuetudinarias.

Nadie, pues, mejor que un *Avisador* veterano pudiera escribir la historia secreta del *ejercicio*, amenizada con picantes anécdotas y filosóficas observaciones. Sus memorias serían mas completas, variadas y entretenidas que las de *Rios* y *Pellicer* entre nosotros, ó las de *Talma* y la *Clairon* entre los franceses. Nadie desconfía del *Avisador*. Así puede sin riesgo dársele á guardar oro molido como el mas leve y tentador secreto. No hay lince que vea ni tísico que oiga tanto como él; pero sabe ver sin mirar y oír sin atender. Jamás echa su cuarto á espaldas cuando se murmura de los ausentes, como no sea para defenderlos. Si en su presencia se encrespa una disputa, procura apaciguar á los contrincantes, y si no lo consigue, se retira. Reservado y prudente por obligación, por conveniencia y por carácter, no suele tomar la palabra sino *para rectificar algun hecho* ó corregir sin acrimonia alguna siniestra interpretación. Incapaz de traspasar los límites de su *posición social*, nunca abusará de la benevolencia de sus superiores, ni será cómplice de ninguna burla pesada; ni, aunque él sea la víctima, se creará autorizado á usar de represalias.

La sobriedad, en toda la acepción de esta palabra, es otra de las virtudes que adornan al *Avisador*. Su buen sentido le advierte los graves inconvenientes que pudieran seguirse de una conducta menos ejemplar que la suya. A bien que, por un lado su nunca interrumpida laboriosidad, y por otro su respetable pobreza, son bastantes á precaverle contra las tentaciones de la crápula y los estímulos de la concupiscencia.

Por último, el *Avisador* es un alhaja de inestimable valor en los teatros, y los que estén con ellos relacionados y conozcan sus interioridades no dirán que el presente retrato es infiel ó apasionado ni pondrán en duda el desinterés de mi paenirico.

Si el día de mañana tuviese yo á mi cargo la dirección de un teatro, cosa que ni espero ni ambiciono, antes que lindas actrices y tenores de *Cartello*, y barbas estentóreas, y autores acreditados, y hábiles perspectivas, y sastres *históricos*, y bailarinas voluptuosas, cuidaría de hacerme con un *Avisador* digno de este título, porque estoy seguro de que, despues de Dios, él sería mi providencia.

Y con esto concluyo, complaciéndome mucho de haber dado con un *tipo* cuyos rasgos característicos convidan al elogio, como otros á la caricatura.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL DEMANDA O SANTERO.

OFRECE este personaje, ente ó pajarraco extraordinario, que unos llaman Santero, otros Demanda, y no pocos Demandador ó Demandante, un tipo exclusivamente nacional, tan antiguo entre nosotros como nuestra devoción supersticiosa; tipo que ha sufrido en el fondo muy poca alteracion, á pesar de nuestra estupenda y para siempre memorable regeneracion social. He pensado pues que su retrato debe ocupar un lugar muy señalado entre los demas retratos de los Españoles contemporáneos, y llevado de esta idea me he decidido á bosquejarlo, ya que no con absoluta perfeccion al menos de modo que no sea desconocido, ni necesite una explicacion al pie como los cuadros del pintor Orbaneja, advirtiéndole á quien corresponda que en esto no hay jactancia, pues hartas ocasiones me han ido proporcionando en el discurso de mi vida,

que no es ya corta, oportunos colores, de que tengo asaz bien provista mi paleta. Sé muy bien que este engendro no me valdrá una comida de cincuenta platos de tortugas, ni una brillante plaza en el Instituto, porque no vivo en Londres ni en Paris, sino acá en el pueblo mantuano, donde se obsequia de otro modo á los ingenios. Siempre tendré, no obstante, la inexplicable satisfaccion de haber seguido el consejo de



El Demanda ó Santero.

Confucio: podrá decir *erexit monumentum*; he contribuido á evitar á las generaciones futuras el trabajo de andarse quemando las pestañas y devanando los sesos para adivinar las maneras, usos y costumbres de los españoles hácia la mitad del siglo XIX, así como el alemán Niheburn para vislumbrar algun tanto la enmarañada alcurnia de Numa Pompilio.

El Demanda ó Santero es hoy lo que era hace cincuenta años, con muy pequeñas variaciones. Ha mudado algo de vestido y de language, pero sus ideas, sus ocupaciones y sus manejos son siempre los mismos, fenómeno que para mí resuelve por sí solo una antiquísima y larga controversia, dejando burlados á los orgullosos modernos directores del linaje humano. Desde la mas remota antigüedad han disputado obstinadamente los filósofos sobre la perfectibilidad del hombre, sosteniendo unos que este llegará por una escala de perfeccion sucesiva hasta el sumo bien, mientras otros se aferran en que desde Adán acá siempre se le ha visto dentro del mismo círculo, combatido por su debilidad y por las pasiones que turban

su razon, haciéndole caer en los mas crasos errores. No será el hombre un animal sin plumas y con dos pies como un gallo, será, si se quiere, un pozo de cicuta; ¿pero qué especie de sabiduría es esta, que no le ayuda en esa perfectibilidad ascendente tan decantada? Sus costumbres y sus creencias suelen modificarse alguna vez, tomando nuevas formas; mas en el fondo son siempre las mismas, de lo que es un reciente y vivo ejemplo nuestro Demanda ó Santero.

Cosa es muy sabida que toda la España ha estado plagada hasta fines del último siglo de hermanucos y Santeros, que por lo regular vestían trage frailuno, con sus barbas postizas, su capuchon, y en la una mano el cálculo, llevando en la otra la demanda con la imagen de algun santo milagroso. Con semejante disfraz andaban por las calles y plazas embaucando á la multitud; siempre crédula y fanática; con él corrían de pueblo en pueblo aparentando penitencia y mortificación, contando mil patrañas y comiendo á dos carrillos á costa del prójimo, en términos que la vida feliz de estos morlacos llegó á ser envidiada de muchos. Tomaban de todo cuanto les daban los devotos y devotas, variando la coleccionacion segun las diferentes producciones y usos de cada provincia, segun las estaciones del año y la especie de patrocinio que prometían en nombre del celicola.

Mas como nada hay estable en este mundo, cuando menos lo esperaban vino una nube de soldados extranjeros á turbarles su dicha, porque en las mochilas de aquella tropa venia envuelto en unas casacas el espíritu de reforma que nos ha regalado la revolucion que tanto nos hace correr. Espantados entónces los fingidos santuchos, huyeron de sus ermitas, dejándolas desamparadas; mudaron de camisa como las cullebras, substituyendo al saco cada cual el trage comun de su respectiva provincia, y se refugiaron á la iglesia, que con su lenidad pasa por todo. Por eso se les vé ahora casi siempre en ella ó muy cerca, ejerciendo sus buenas mañas. En sus puertas piden para el tutelar, con lo que continúan manteniéndose casi en la misma abundancia, consumiendo el tiempo sobrante, como cada hijo de vecino, en sus diversiones y placeres.

Es un hecho constante y observacion general de todos tiempos, que los objetos vistos de lejos imponen, así como tratados de cerca y habitualmente llegan hasta á causar menosprecio. Por eso se ha dicho siempre que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. De aquí procede que los sacristanes toman tanta confianza con los santos, que llegan á manejar sus elígies con irreverencia, sucediendo lo mismo al Demanda, el cual se pone en estado de completa incredulidad en cuanto á los milagros de su poderdante, y si los pondera y refiere á cuantos topa, son de su propia invencion para esquilmar al público, estafándole bajo un nombre respetable y con un título piadoso.

El Demanda de S. Antonio Abad distribuye campanillas de metal, que sirven para preservar á todos los animales de distintas enfermedades. El postulante para S. Lázaro lleva un remedio eficaz en sus tabletas, haciendo con ellas ruido para ahuyentar los demonios. El que pide para S. Blas, á cuya proteccion se acogen los que padecen males de garganta, reparte cordones de seda que han estado al cuello de la imagen del santo, talisman que buscan con ansia las niñas del trato, como mas propensas á padecer en esa parte de su cuerpo. Ellos refieren á la vieja rica que vive sola, los muchos casos de otras á quienes el santo libró de ladrones porque eran sus devotas: al comerciante que tiene sus caudales expuestos á los riesgos del mar, le hablan de los muchos buques salvados de naufragios y de piratas, porque pertenecian á sujetos que eran de la afecion de su tutelar; al labrador rico le cuentan el caso del pegujalero cuyos

sembrados quedaron libres de todos los males temporales, y especialmente de una gran plaga de langosta que asoló los campos inmediatos, dejando intacto el del protegido de aquel otro santo, por lo que siempre vió henchidos sus graneros: al viajero le predicen que llegará sano y salvo de toda avería: al enfermo el mas pronto y completo restablecimiento: á la jovencilla fortuna en sus amores; y en fin, á cada uno lo que mas desea y por lo que se muestra inquieto, para lo cual procuran tomar noticias exactas anticipadamente. Estas promesas, apoyadas en ejemplos milagrosos, llevan siempre la condicion implicita de que los agraciados no sean escasos en la limosna que por este medio recogian antes á manos llenas. Hoy, si vale decir verdad, como no es tan grande el número de los crédulos, porque las ideas religiosas se han depurado del grosero fanatismo en que las envolvió la ignorancia, han disminuido las utilidades de estos expertos truchimanes.

Empero si se quiere saber lo que son en el día á pesar de esa tan decantada ilustracion, Santeros y Demandantes, es preciso fijar la atencion en las provincias del mediodía, y especialmente en las alegres poblaciones de Andalucía, bajo cuyo hermoso cielo ponen en juego esos camanduleros todos los ardides de una imaginacion risueña para estimular á un pueblo fácil á entusiasmarse. Andaluz y sevillano, voy pues á dar todas las noticias, y á referir las anécdotas que recogí en mi mocedad y he conservado en mis cartapacios, del *modus vivendi* de esta casta de gente en aquella antigua capital de la Bética, llamada por antonomasia pueblo Mariano, á causa de su devocion á la Virgen y á todos los santos de la corte celestial. Por aditamento daré tambien las mas recientes que me acaba de facilitar un amigo, de cuya veracidad no puedo dudar.

Una tarde de S. Juan, ya á punto de ponerse el sol, cuando se acercaba la hora en que las amables sevillanas reunidas en la Alameda vieja, paseo entónces predilecto, cuya descripcion tan bien ha sabido hacer el duque de Rivas, se entregaban al donose chichisveo que llaman pelar la pava, sin duda porque algunos salen completamente pelados de las amorosas contiendas, me dirigía á la velada deseoso de meter tambien mi cuarto á espadas, soltando algun requiebro á mis paisanas, porque si bien he sido algo afiloso desde jóven, bullia entónces en mis venas el fuego de los primeros años, fuego que no es bastante á apagar la mas rigurosa filosofia. Una voz enronquecida, que se hacia oír entre la confusa algazara de los vendedores, me hizo abandonar mi primitivo propósito, excitando mi curiosidad. Salia la voz del centro de un gran círculo de gente, parada ante el retablo de la Virgen de Europa que se halla á un lado del mismo paseo. Acerquéme á aquella reunion, y divisé en medio de ella una mesa con su cubierta de damasco carmesí, sobre la cual habia varios platos con flores y una bandeja llena de tortas y frutas confitadas, adornada de banderillas de papel de varios colores. Delante de la mesa aparecía un hombre enjuto de carnes, ya entrado en el otoño de la vida, y vestido con pantalou, chaleco y frac negros, prendas tan antiguas y raldas que las tuvo por los primeros modelos que de ellas hubo en el mundo. Sin corbata, y el cuello de la camisa doblado sobre los hombros, descubria un largo y negrisimo pescuezo, guardando consonancia su calzado con lo demas del trage. En la mano izquierda presentaba al público una toronja de dulce, clavada en un trinchante de hierro muy parecido al tridente de Neptuno, y con la derecha daba animacion á su original elocuencia para esforzar la puja de aquella toronja.

« ¡ En tres reales! gritaba ¡ en tres reales está ya la toronja de la Virgen! ¿no hay quien dé mas por el azuquita? Naya, señó on Juan Colchon, decia des-

pues enfrentándose con un viejo ropillento que llevaba un capote de durancillo muy remendado, y se había colocado en la primera fila de los espectadores; haga V. un esfuerzo en los días de su santo, que es limosna pa la Virgen, que da sientto por uno y después la gloria.... ¿No hay quien dé mas?... Ea, señó on Juan, con fé (y le tiraba del capote) pa nuestra madre y señora de Europa!... Cuatro reales en plata dan por la toronja : señó on Juan : aunque duerma V. en el suelo, que en estas noches de verano se desea el fresquito.»

Sobradamente amostazado y corrido tuvo que retirarse el viejo, y el astuto Demanda terminó aquella puja entregando la toronja al mejor postor. Tan grotesca escena hizome recordar los siguientes versos de Samaniego :

A un Santero le manda que se acerque,
Le pilla la demanda,
Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.

«La devoción, digo para mí, sirve aquí de móvil á la mas refinada truanería; bueno será observar mas de cerca á esta gente para descubrir los misterios de su vida.» Y este laudable anhelo ó curiosidad fructífera me hizo recorrer en muchos días consecutivos todas las iglesias, capillas y retablos que hay en aquella ciudad de cien campanarios, asistir á procesiones y novenas, preguntar, indagar y hacer apuntes y observaciones.

Muy singulares son por cierto las costumbres del Demanda sevillano, si bien sus maneras no son tan inurbanas como las del antiguo Santero. Con todo, aquí se cumple el refrán : «el hábito no hace al monje,» porque al fin el Demanda moderno es tan hipócrita como el santón antiguo, y heredero de todos sus vicios, con la sola diferencia de que su superchería está nivelada á la cultura del siglo. Es un verdadero parásito; una sanguiuela que se ocupa exclusivamente en chupar el jugo y la sangre de sus conciudadanos, es un fullero que ejerce el arte de robar con uñas sagradas, como decía el P. Vieira.

Entre estos demandantes los hay que fueron zapateros remendones; otros sastres de lo viejo; algunos cardadores de lana, y los demas que ejercieron oficios de igual laya. Como estos oficios por su ninguna importancia, y otras mil causas de todos bien conocidas, están pensionados con largas interrupciones, para librarse de la indigencia que es consiguiente, acostumbrados por otra parte á la holganza, cayeron en la tentación de abandonarios y acogerse á profesion mas lucrativa. Por eso hace muchos años que se dedicaron á explotar la rica mina de la falsa devoción, que les produce cuanto apetecen. Sentaron, pues, plaza en el regimiento de la tuna, y ni reminiscencia conservan del último jornal que ganaron trabajando en su respectivo artefacto.

A esta metamorfosis ó cambio de posicion social, siguióse por consecuencia forzosa una modificación completa de hábitos, costumbres y modo de pensar. Dejó el remendon de zapatos el cerote y el tirapié con que solía dar de vez en cuando á su consorte una grata prueba de su afecto; dejó el semisastre de apurar su ingenio para rejuvenecer la levita que estrenó un usía y había llegado por escala descendente á ser propiedad de un testigo alquilon; dejó el lanero de dar carda á los vellones; dejaron otros, en fin, sus asquerosas ó mezquinas tareas, y abandonando pensamientos mecánicos y apocados, adquirieron repentinamente las funciones de administradores de la contribucion que cada cual se dedicó á recaudar en nombre del bienaventurado que le pareció ser mas del gusto de la multitud, dando á estos fondos la inversion que les place, como si estuviesen autorizados con poder general de su patrono, y como si ese

poder contuviera la cláusula famosa de «libre y franca administracion.»

Ha desaparecido pues el menestral, y así como el proyectista hambriento cuando llega á ser ministro de hacienda pasa los días enteros, y aun las noches, en profundos cálculos económico-rentísticos, y pensando en los millones que puede recaudar no se acuerda de cuando era un pobrete escritorcillo que apenas tuvo para pagar al impresor los folletos que le elevaron á aquel puesto, del mismo modo el Demandante ha olvidado su origen, entregado á sus placeres, y haciendo continuamente nuevas combinaciones sobre la distribucion que dará á los pingües frutos de su piadosa farsa. Es indudable llegaría á figurarse ser una persona muy necesaria en la sociedad, si esta en su continua fluctuacion de ideas no le advirtiese á cada paso que tiene que impetrar de ella un nuevo voto de confianza, y esto es precisamente lo que han hecho los Demandas sevillanos despues de la tormenta revolucionaria.

En cada parroquia de las que hay en aquella ciudad existian varias hermandades con diferentes advocaciones, ya de santos, ya de la Virgen, sucediendo lo mismo en toda España. En estos últimos años tenia cada cofradía ó hermandad su Demandador, que aunque de ordinario vestía trage comun, solía cubrirse en los días de funcion, ó de la festividad del santo, con el talar de los clérigos, es decir, la sotana: ahora solo lleva frac negro. Si en las parroquias habia muchas hermandades, pedian para todas en virtud de un convenio con los hermanos mayores, obligándose á entregar una cantidad determinada, ó dar el aceite para las lámparas, la cera para el altar de su imágen, y la limosna ó estipendio del clérigo que dice en el mismo la misa todos los días festivos, quedando en beneficio del Demanda todo el sobrante de la cuestacion.

En vano las leyes han suprimido estas hermandades y prohibido estas cuestaciones: los Demandantes siguen y seguirán en su afanosa tarea para aumentar el *superavit* que les facilita su subsistencia, sus comodidades y sus placeres. Ellos agotan todo su ingenio en inventar nuevos estímulos á la devoción de los adeptos al Santo, con cuyo patrocinio brindan á manos llenas en uso de sus presuntos poderes, y si el fervor se entibia, ó disminuye el número de los crédulos, sin dejar nunca su lenguaje misterioso, ponen en juego otros alicientes, porque la devoción del vulgo anda siempre unida con la sensualidad.

Este es el verdadero origen de la socialina de las pujas de tortas, dulces y frutas que llamaron mi atención, pujas que son frecuentes en todas las puertas de las capillas y delante de los retablos; pujas, en fin, que dan un producto incalculable, porque mueven y estimulan la golosina de los muchachos, y de los idiotas que creen tambien contraer un mérito haciendo subir el precio de un conlíte, casi siempre enmohecido, á lo que podría costar el mas regalado plato.

Recientemente han puesto en práctica, para llenar el déficit que dejaba la disminucion de limosnas, el arbitrio de una suscripcion voluntaria, en que entra solo la clase mas infima de la sociedad: las lavanderas y sus maridos, los poceros, barrenderos de calles, peones de albañiles, oficiales de menestral, palanguines, alhameles, y otros de este jaez con sus mujeres y familias. Los fondos de esta suscripcion están destinados á lo que llaman *la distribucion de noche buena*. Cada devoto ó devota concurre todas las semanas con la pequeña suma que ha prometido, la cual nunca llega á ocho cuartos. Estas cantidades quedan depositadas todo el año en el Demandante, hasta que llega la pascua de navidad, dejándose traslucir que el depositario da movimiento á estos fondos, curándose poco ó nada de las rígidas leyes del

dépósito, y que en el tiempo intermedio le han producido los susodichos fondos un crecido interés; pero esto nada tiene de particular, porque ¿quién no hace hoy otro tanto?

Llegada la pascua, convoca el Demandante á todos los contribuyentes para hacer la distribución, verificándose la junta, por lo regular en la morada del mismo Demandante, un día ó dos antes de noche buena, y es tanta la concurrencia y la algazara que no solo se llena el local, sino que la gente no cabe en la calle. En una sala adornada con flores y colgajos, se coloca una mesa con avios de escribir y un gran libro abierto, que contiene el registro general de todos los contribuyentes, los cuales van entrando por el órden que los llama el Demandador á recibir su parte, ó *prebenca de noche buena*, que suele consistir en algunas legumbres para un potaje, una ración de bacalao, castañas, nueces, peros, batatas y turrón, mas ó menos abundante, segun es la distribución establecida. Se reparte ademas lo que llaman el *aguinaldillo*, que es un extraordinario ya de uvas frescas, ya de tortas, ya de ramos de naranjas, habiendo ocasiones en que algunos Demandantes han repartido á cada devoto un cuarto de gallina y aun de pavo. Todos los años es diferente el aguinaldo, dando márgen la novedad que esto proporciona á rivalidades ó emulacion entre los Demandas, produciendo escenas singulares entre los de la bandería.

«Paca, decia una lavandera á su comadre la mujer de un guifero; el hermano Antonio se ha portado este año; ¡qué noche güena tan abundante y lusia ha repartido! toito era superio... Pues ¿y el aguinaldo? eso ha sido lo mejó: ¡qué buen genio el del hermano Antonio! ¡es mucho lo que se afana pa que no se enfrie el culto del Patriarca San José Bendito! ¡Santo mio! ca ves estoy mas contenta de ser su devota, sobre too desde que el hermano Antonio pide pa él. ¿Cómo querrás creer, Paca, que ha tenido la güena ocurrencia de dar de aguinaldo un gran rasimo de uvas frescas de las e Málaga, que le habian costao un ojo de la cara?... Por cierto que ocurrió un lance singular, que hizo reir á toos los concurrentes. Luego que vió la tia Tomasa, la mujer de ese inválido que trae la pata de palo y la casaca colorá... ¿Sabes quién digo? el Morlaco... que el aguinaldo era de uvas, y las uvas tan ricas, saltaba e contenta. Tomó su provision y se marchava con too hácia el cuartel; pero el tio Morlaco y su hijiyo el manilargo, le salieron al paso, empenaos en que ayi mismo se habian de comé las uvas. La Tomasa no queria se ocase á una siquiera hasta enseñarlas á las vesinas, y por reservarlas tambien pa la noche güena. Resultó de esta contienda que el tio Morlaco dió sendos gorpes á su mujer, y esta gritaba desaforadamente. Pa acabá pronto, toa la prohibicion que llevaba en una esportilla y las uvas liás en el pico de la mantilla se esparsieron por la caye; el tunante del hijo se arrojó á las uvas, cogiendo la mayor parte del rasimo, que metió en su gorriya bieja de cuartel, dando á corré en términos que no se le vian los piés...»

Así se explicaba la Inesilla, á la que hace el amor Malasmañas, quien ahora se ocupa en vender pájaros despues que volvió de presidio. La Paca, que estaba suscrita por hermana de la Pastora en la parroquia de Sta. Marina, y se hallaba disgustada del último reparto hecho por el tio Crispin, su Demandante, aseguró iba á inscribirse para el año próximo por devota del Patriarca. Así es como la piedad muda facilmente de objeto, cuando entre estas gentes groseras está alimentada por los intereses mundanos. Este es el hombre por mas que digan los optimistas.

¿Se quiere ahora saber en qué consumen los Demandas el tiempo que les dejan sobrante el cuidado del Santo, las pujas y cuestiones? Nada mejor que en solazarse en la taberna. Allí, en aquella otra ermi-

ta se reunen para adorar á Baco, al cual profesan un amor verdadero. Beben siempre de lo puro y de lo añejo, y esto los trae mucha cuenta, porque el dios de las cepas les da fuerzas para sus correrías por la ciudad, y les ilumina para que se muestren elocuentes, decidores y fecundos en la inventiva. Congregados así una gran parte de los procuradores de los habitantes en las celestes moradas, ajustan sus cuentas, refieren ocurrencias peregrinas, murmuran á sus anchas de los devotos, se quejan de las novedades que crean obstáculos á sus manipulaciones, y proyectan nuevas trapacerías.

«¡Compadre! exclama un vejete de cuerpo pequeño pero mas redondo que una cuba, revolviendo sus bulliciosos ojos; ¡qué tiempos tan distintos de los que yo he conocido! ¿cómo querrá V. creer, compadre, que en todo el mes pasao no llegué á juntar tresientos reales con la demanda de nuestra Señora de Barbanera, y pa eso tube que romper tres pares de zapatos? Cuando yo me hice cargo de pedir pa esta imágen salia el Rosario todas las noches, y era rara la que no entraban mas de cuarenta en la demanda. Entónces si que se le daba culto á la Virgen! Despues del alabrado de sera y aseite, ropa limpia pa el altar y otros gastos, me quedaba siempre lo bastante pa cubrir todos mis gastos peculiares y un eseso pa cualquier caso de honra. Apenas puedo hoy costear la puchera, de modo que mi mujer se ha dedicado á lavandera, y á mi Periquiyo le traigo por esas calles de Dios vendiendo arropias.... Pero, tio Manuel ¿por qué nos tiene V. tan olvidados? á llenar los vasos que se nos secan las fauses; venga ahora de lo duro.

— Camaraás, dijo un zanquilargo mas enjuto que un bacalao; todo eso tiene su intringulis. ¿Va á que no faltan devotos que vayan á beber en el casco del glorioso san Roman?... Esta semana he recogido tantos milagros de sera que pesan mas de media arroba. ¿Quiere V. cambiarla por aceite?...

— «Cuidao que no son borras;» repuso un mólavete barbilampiño, de mirar modesto, voz templada y tranquilo ademan. Aunque nuevo en la farándula, era sobradamente combinador y despierto, y habia sabido dar en la tecla pidiendo para santa Lucia, abogada de los que padecen de la vista, por lo que recogia mucha limosna, pues son infinitos los que hoy tienen cataratas en los ojos.

Terminado el coloquio, despues de haber contado cada uno el estado de su negociacion, y formado todos nuevas combinaciones ó mejora de estrategia, apuraron el último vaso, despidiéronse del tio Manuel, y se retiraron muy contentos para entregarse á las dulzuras del sueño, que así cobija bajo sus alas al santo padre como al humilde Santero, midiendo con una misma vara al vicario de Jesucristo y al ayo de S. Joaquin ó S. Julian.

El vino y el sueño dan nuevos bríos al Demandante, y este tipo tan exclusivamente nacional, prosigue al otro dia en su teje maneje, sin que la revolucion política, que nos ha envuelto en su manto salpicado de lodo y sangre, consiga desterrar sus vicios, porque las revoluciones, y especialmente la nuestra, nada lo mejoran y mucho menos al hombre, que siempre es el mismo, por mas que con nuevos modales intente encubrir sus debilidades.

JOSÉ MARÍA TELNORIO.

EL PASTOR TRASHUMANTE.

NINGUNA reliquia mas venerable queda en nuestra España de la vida nómade que la trashumacion periódica de los rebaños merinos. Faccion es esta que no

se distingue en el semblante de ninguna nacion europea con tanto vigor como aquí, y por lo mismo el *Pastor trashumante* es uno de los destellos mas vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado á sufrir, le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fé y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye á la gente campesina, y al mismo tiempo de aquella fuerza de accion y movable energia que caracteriza á las tribus nómades. Hijo de las montañas de Leon, Segovia ó Soria, trasladado desde allí á los campos abundosos y feraces de Estremadura, donde la vida pastoril y agricola derrama el mas rico caudal de sus gracias, sin mas cuidados que los de su dócil rebaño, y al mismo tiempo robusto y vigoroso, apenas encuentra á quien parecerse, aun en la misma nacion española tan cercana á la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la mas estimada es la llamada *babiana* que toma su nombre del distrito de las montañas de Leon que apellidan *Babia*. Este pais, celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene mas riqueza que sus yerbas, y de consiguiente todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido á menos con la mejora de las lanas extranjeras, y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos babianos que permanecen en su pais ó buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años recuerdan la época en que á la salida de los rebaños trashumantes solo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componian parte de la cabaña, solian acompañarla con el nombre de *escoteros* para procurarse en las provincias del mediodia una subsistencia que á duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razon al pensar en dar una patria al *Pastor trashumante* hemos elegido las sierras de Leon, y de ellas harémos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiria la verdad histórica, porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, á despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes acostumbrados á esperarlo como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo el *Pastor trashumante* vive lejos de su pais y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto mas se desvia de su índole y carácter especial. Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles, y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida á apacentar sus ovejas por el día, encerrarlas por la noche dentro de la red que al rededor de ellas atan á unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuando en cuando su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie, dentro de otro chozo mas pequeño que se dispone para este servicio nocturno, y volver con el alba á las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está que en semejantes vigiliat por lo duras y penosas alteran todos los Pastores de condicion subalterna: los demas pasan las noches abrigados en su chozo al amor de la lumbre, cenando sus migas canas, y de cuando en cuando por extraordinario tal cual *frite ó caldereta*; rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto y durmiendo como unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros ó la luz del alba los despiertan.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de diciembre y enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la

paridera de las ovejas que tiene lugar por entónces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches mas bravas y tempestuosas del invierno, y el *Pastor* en medio de la ventisca y aguacero tiene que asistir á las paridas y atender á que todo vaya en órden. Acontece asimismo que las madres en años miserables desechan la cria porque apenas la pueden alimentar, y entónces el comadron solo á fuerza de maña y aun de fuerzas puede obligarles á aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente se *dobla*, es decir se deja un solo borrego para que lo crien dos ovejas, pero para que lo admita la que no es su verdadera madre, es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno en que el vendabal arranca á veces los chozos, y verá como semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el *Pastor* que conoce á sus reses por la cara como los demas conocemos á las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien á quién corresponde el recién nacido, y distingue á tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cria, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto por decontado no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones que en medio de la oscuridad forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, excelente para algun aquelarre.

Fácil es de conocer que á pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una direccion cuerda y atinada, y aquí es de advertir la distribucion de las cabañas, su gerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va á llegar la importante ocasion de ver á nuestros Pastores en su peregrinacion anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en jefe á cuyo cuidado están los arriendos de las yerbas, los salarios de los Pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demas atenciones generales. El es quien inmediatamente se entiende con el amo y recibe sus órdenes en derechura. Siguele el *sota mayoral*, cuyas atribuciones son tambien generales, aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los jefes de la cabaña, que como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparte luego en varios rebaños, cada uno compuesto de *rabadan* que es el jefe, *compañero* del rabadan que le reemplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal* que por sus años verdes, y á guisa de aprendizaje suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay ademas una especie de hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *roperia*, y no es sino la panadería donde se elabora el pan para Pastores y perros, y consiste en un *ropero mayor* ó jefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribucion del pan, y en otros mozos que dicen *roperos* á secas y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores explicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia á todos los lectores) y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procuraremos satisfacerlos. Obligacion del amo, ó para hablar con mas propiedad *principal*, es dar al mayoral la mula en que va caballero y de 200 á 300 ducados. El sota mayoral gana de 600 á 1,000 rs.; el rabadan de 260 á 300 rs., y el compañero ayudante y persona bajan en proporcion hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 rs. ni baja de 80.

Seguramente se admirarán los que lean esto por la primera vez de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso que obliga á sufrir la intemperie la mayor parte de las veces, y á dos viajes

en el año de mas de setenta leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, según el dicho vulgar, y lo que el amo no da lo saca el Pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque además del sustento que recibe, tiene el beneficio de la *escusa*. Escusa llaman al número de ovejas y aun de cabras que á cada Pastor se le permite tener agregadas á las de la cabaña sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento y que con sus crías y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta. Parte de la escusa suelen ser tambien los yeguas que gozan de los mismos fueros é inmunidades: por todo lo cual si nos tomamos el trabajo de agregar á la suma en dinero que recibe, la probable que estas adherencias dejen en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condición del Pastor trashumante todavía es tolerable, si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriado de los pastos de invierno concluye el 25 de abril, día que los Pastores ven amanecer con mas regocijo que la mayor festividad del año, porque como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, á la vuelta al país donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, donde con verdadera ánsia se les aguarda y con cordialísima efusión se les recibe. Si el pirata Lambro sentía á la vista de su isla y del humo de su hogar una emoción de que no sabia darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses cuyas piraterías se reducen á dejar escurrirse alguna res hácia el campo del prójimo, á cortar un poco mas de leña de la necesaria, y hacer de manera que sus ovejas la mayor parte de las veces conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo, y parán siempre hembras que es lo mas beneficioso; no es extraño, decimos, que se dé tal cual refregon de manos, avie su ato cantando, silbe y grite con mas garbo á sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua á recibir su haber y su *cundido*, pase en revista los reales de su bolsa de cuero, y con una gallardía digna de la airosa gente de su tierra se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañés encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaráz ó por Alconétar, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible y las barcas, sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serian fardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Estremadura la *Luria* y proporciona paso á los ganados. El tal paso, sin embargo, siempre es difícil, porque si una oveja llega á saltar al agua, por pronto que se acuda siempre la sigue una gran porción, y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res que el amo ó mayoral se figura en el fondo del río, aparece en el fondo de la caldereta; pero estas son pequeñas travesuras del oficio, y además es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la paridera, cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas* ó *cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son mas que otros tantos caminos destinados exclusivamente á este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de abril y mayo escenas muy animadas y movimiento continuo. Una nube de polvo y el son de los cerceros que desde muy lejos comienza á oírse, anuncian la llegada de las merinas, y á poco rato suele presentarse el rabadan de los *moruecos* ó *carneros* padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos que con el cebo del pan que de sus manos reciben, apenas se apartan de él; y en seguida desfila todo el rebaño con dos pastores á retaguardia acompañados de los perros. Pasan despues y siempre con el mismo órden los rebaños de ovejas, y por último las yeguas *fateras* ó *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios

de cocina, con sus potros que corretean á la orilla del camino, algun pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga, y alguna res que se ha desgraciado en la marcha colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia á otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas ó las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen, sirven á un tiempo para descansar y comer, y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él, además, suele pasarse una ración de vino, con lo cual se sobrellevan sus fatigas con algo mas de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquileo en Estremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operacion; en que si los pastores no toman mas parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar á esta tarea. Con semejantes estímulos y sobre todo con el poderoso de llegar pronto á sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las áridas llanuras de la Mancha; donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar á su mujer, novia, hija ó hermana, so pena de pasar por un ruin sugeto; y los no menos desabridos páramos de Campos. Aquí sufre otra sangría la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y cordones ó, como dicen las bañanias, *gordones*, para atacar los justillos es tan de ley al pasar por Ríoseco de Medina como la de las ligas en la Mancha. En Rueda además suele proveerse de una gran bota que, como mas adelante veremos, no deja de hacer importante papel. Lástima es por cierto que las ovejas se desmanden de cuando en cuando y los guardas del campo anden tan listos en advertirles su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que á no ser por esto, pocos malos ratos aguarían el contento de la peregrinacion.

Por fin, despues de cuarenta y cinco dias gastados en esquilas y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de Leon, y á muy poco hénos á nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Bahía es un país triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas, y las nieves y ventarones duran allí mucho tiempo; pero á la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verduguean por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alineacion casi simétrica de sus montecillos centenarios de roca caliza, y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano, le dan un aspecto suave y vago, semejante al que distingue algunos paisajes del norte. Estos atractivos son reales y verdaderos; pero aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaría, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral, que por su oficio está obligado á adelantarse, sale al encuentro de la cabaña para señalarle los puertos arrendados, y despues de repartido el ganado y fabricado el chozo (si ya no vuelven á los mismos pastos), cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de dias en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de comprender como difíciles de pintar: por eso y por ahorrar paciencia á nuestros lectores, nos contentaremos con decir que despues de los abrazos, apretones, preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale en seguida á hacer la visita de ordenanza al señor cura y la mujer á convidar á los parientes, deudos y amigos, á la *bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en Rueda, de esquisito vino rancio, y que en compañía de buenas magras, ricos chorizos y succulentas morcillas procedentes de Extremadura sirve para una cena opipara en que á fuerza de festejar la llegada del amo de casa y brindar por su bienvenida, suelen salir los convidados viendo mas estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia, que, pasados estos dias de júbilo y ensanche, vuelven á su vida ordinaria, como vuelven á su cauce los rios salidos de madre. Por lo que hace á los *mozos ó solteros*, esto, segun suele decirse, ya es harina de otro costal, porque sino tienen festines y banquetas, para eso están las romerías que por entónces menudean, y los galanteos y escapadas nocturnas, de resultas de las cuales la yegua del padre ó del rabadán no suele engordar por mucho que paza. Porque es de saber que no hay pastor que no se enamore, si no á la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una mujer con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, segun dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversion y de holganza es la del fresco verano de aquellas sierras, porque, como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño, y por otro lado cualquiera desavenencia que á propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen comun, y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero al cabo estos dias buenos se acaban pronto, porque como dice un poeta contemporáneo

Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan á moverse los pastores para volverse á sus invernaderos. La reunion del ganado y los preparativos de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con harto menos alegría de la que presencian en ocasión análoga los campos del Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer á los viajantes el obsequio del *queiso* (queso) para el camino, que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros, y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del pais, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las aluchas (agujas) que vimos comprar en Rioseco. Por rara que parezca esta ceremonia y por mal que se aveiga en la apariencia con ánimos realmente apesadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente dia ya está dispuesta la fiamblera del Pastor, que consiste en una gran provision de cecina y jamon, cosa en que tienen tanto puntillo las *bábianas* que muchas de ellas consienten en pasar no pocas privaciones en el invierno á trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece y los pastores se ponen en camino acompañados de sus mujeres que, por una de aquellas extrañas contradicciones del pobre corazon humano, van ahora á despedirlos hasta una legua de distancia, cuando para recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo; y lloran y se aligen sin medida ni proporcion con la alegría que á su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud se truecan entre muchos ahogos y suspiros; las mujeres se vuelven hechas unas *Magdalenas* y los hombres un poco mas durillos de condicion, aunque al cabo del mismo barro; despues de un poco de camino andado á las calladas, comienzan por fin á entablar cualquier conversacion y llegan últimamente á entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo este viaje es la mayor de las fatigas de la

vida trashumante, porque siempre sobrevienen lluvias y mal tiempo; á veces salen de madre los arroyos y el ganado espantado y temeroso llega á ser mas difícil de manejar. Así y todo alguna pequeña regalía disfrutan en Castilla con los amos de las tierras en que *echan la noche* con sus rebaños, y que por el beneficio que les reportan, suelen darles buena cena.

Una vez en Extremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse á sus ocupaciones un poco mas sosegados y á aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las yerbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados que cualquiera de ellos entretiene á una persona instruida, hablándole de la fisonomía de las reses, que á sus ojos no es menos distinta que la de las personas, como vimos en la puridera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cria y en la calidad de la lana, y de todo lo que



El Pastor trashumante.

atañe á su oficio. No menos notables son bajo su aspecto moral, tanto por la buena hermandad que entre sí guardan, cuanto por la subordinación y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que, salvo algun pecadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este por la suya suele desempeñar mas de una vez con ellos los oficios de padre, y las relaciones que entre ambos median están basadas en el respeto y benevolencia mútua. Finalmente, el Pastor trashumante, por su conformacion fisica, por su vestido,

por sus costumbres, por sus modales es un tipo de los mas antiguos que puede ofrecer la península, y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras edades del mundo.

Y sin embargo no es imposible que nuestros nietos vean extinguirse esta reliquia de las edades pasadas, porque si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivision indefinida que en el dia rige, á cada paso se diseminarán las cabañas, y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales que por un órden natural llegarán á desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué punto traigan utilidad á la causa del país semejantes doctrinas que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando en último resultado las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero de todas maneras nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrones), una figura que si á toda España pertenece, con mas derecho reclama por suya el país donde nacimos.

ENRIQUE GIL.

EL APRENDIZ DE LITERATO.

IGNORO, carísimos lectores, si tendré la suficiente habilidad para trazar fielmente el tipo cuyo título leñeis á la cabeza; porque para trazar un tipo se necesita, no solo habilidad, sino cierto descaro, un corazón franco, poco miedo y... no mucha conciencia, en mi concepto. Tener un verdadero conocimiento del carácter del tipo á quien se retrata con la pluma (instrumento muy semejante al pincel, pues como él, unas veces saca exacto el parecido y otras hay que poner abajo *retrato de fulano* para conocerlo, segun quien la maneja). Tener ese mismo conocimiento de sus costumbres, trajes, ocupaciones, etc. etc.

Ignoro tambien si me se tachará de fastidioso y exagerado; porque en estas dos faltas es muy fácil incurrir por dos razones: la una porque hay ciertos lectores demasiado exigentes, que todo les fastidia, que en todo encuentran aumento y exageracion (suelen ser estos regularmente, los mordidos por el implacable aguijón de los escritores) y la otra porque los escritores poseen con efecto, aunque no todos, estas relevantes cualidades. (Tal vez sea yo de este número.)

Ignoro, en fin, si acertaré á llenar vuestros deseos. Este es el punto mas difícil, por la sencilla razon que todas las personas no tienen el mismo gusto, ni el mismo modo de pensar; y en esto de llenar todos los deseos debe uno andar con mucho tiento, sobre todo cuando escribe artículos de costumbres y retrata fiel o infielmente caracteres, pues á los individuos á quienes toca alguna parte, suelen llegarles estas descripciones á lo mas vivo del corazón y del amor propio. Para escribir estos retratos se necesita un tacto... pero ¡qué diablos!... los que leen esto creerán que es el prólogo de un *arte de hacer tipos*, y seguramente que ni es esa mi intencion, ni me ha pasado por las mentes semejante idea. ¡Dios quiera que yo salga bien librado!... en fin, no sé si sabré hacer lo que en mi vida he hecho... y sin embargo, lectores míos, no abandono por esto la empresa.

A pesar de cuanto he hablado tengo para mí que algunos enemigos me acarreará este ligero articulo, y que muchos me aborrecerán sin conocerme, porque las tres cuartas partes de este pícaro mundo se compone de aduladores, y la restante de personas que gustan ser aduladas; que comen y engordan con la

adulacion; porque seguramente esta es tan dulce como el caramelo, y la verdad franca y pelada, tan amarga á veces como la hiel. Pero tampoco por esto me desvío de mis intentos. Por tanto escuchadme con atencion que voy á comenzar, si no hablando como un libro, á lo menos como hablan las *Entregas de los Españoles*.

En la época en que vivimos, época brillante (á pesar de ser la de las revoluciones), abunda, mas que ninguna otra, el *Aprendiz de literato*. Este se ha hecho tan comun que en todas partes se halla. En los paseos, en los cafés, en los teatros (cuando es aprendiz que puede gastar 42 rs. y 8 mrs. en una luneta, ó 6 con 8 idem en una galería). En fin, es tan general que las dos terceras partes de los jóvenes del dia cultivan este *sublime arte*.

A los doce años comienza el objeto de nuestro tipo (después de haber aprendido á leer medianamente, y cuando empieza á escribir en *falsilla*) á dar muestras de sus disposiciones. Se ocupa en leer las poesías de Zorrilla ó Espronceda, y en poner en la cubierta de la *Escuela moral* ó del *catecismo* del abad Fleuri los modernos y excelentes versos

Si este libro se perdiese,
Como suele suceder, etc.

alterándolos á su manera y acondicionándolos á su nombre y circunstancias como por ejemplo:

Es de Juan Antonio Fernandez
Que lo quiere para leer.

De esta y otras varias maneras va haciendo rápidos progresos, y es tanta la aficion que tiene á la poesia que suele quedarse sin comer en la escuela seis veces á la semana por haber preferido hacer un *ciento de cuartetas* á estudiar la leccion de gramática, innecesaria segun su sistema.

Si el padre del susodicho es un hombre medianamente racional, se desazona todos los dias al recibir las continuas quejas del maestro por su desaplicacion, y dirige al muchacho justas repreusiones; pero este no hace caso de ellas, y ni el castigo ni las amonestaciones son suficientes á hacerle desviar ni un ápice de la senda que con tanto entusiasmo ha elegido: lo único que suele responder á su padre cuando este le hace dulces reflexiones, es:

—Papá, yo he nacido para poeta y no sé por qué quiere V. contrariar mis inclinaciones. Inútil es, pues, que yo estudie, porque para ser poeta ó literato (que segun él es una misma cosa) no es necesario estudiar. El poeta nace y lo demas es cuento.

El padre suele responder á esto asentando la punta de su bota en las nalgas del precoz aprendiz, ó cuando menos dándole un fuerte pescozon. Pero cuando es un padre que (como hay muchos) tiene sus cinco sentidos en su hijo único, y no tiene todo lo de Salomon, se regocija y se le cae la baba al contemplar á su hijo hilando una *décima* ó un romance, y le cree mas sábio que el Tasso ó que el Petrarca: accede á las súplicas de su hijo, le quita del estudio de las matemáticas, en el cual ha hecho muy pocos progresos, y le zampa en una oficina cuando apenas ha cumplido quince años. ¡Entonces si que el muchacho se encuentra en su elemento! Con la pluma en la mano, un cigarrillo de papel en la boca (para darse tono) y embadurnando papel á troche y moche. Escribe sus versos en casa las horas que tiene libres, y aun en la oficina suele hacer alguno que otro en los ratos de descanso. Hasta esta época de su vida sus composiciones son dedicadas á su papá en sus dias, á su mamá idem, y todo lo demas á unas cuantas chicleas de su edad á quienes *hace el amor*. Pero ya van pasando dias y dias y su ambicion de gloria va aumentándose con la edad. Ya no se limita á componer décimas á su papá, ni cuartetas para las novias, ni otros varios versos que hacia anterior-

mente con el mismo objeto á todos los que lo solicitaban. Ahora las *orientales* y los sonetos sustituían á las décimas y las cuartetas, y ansiaba ya ver su nombre en letras de molde. Tiene por fin una ocasion de insertar una composicion suya en un periódico y entónces su satisfaccion no tiene límites. La víspera de su publicacion no duerme de impaciencia. Amanece por fin, y vuela á la imprenta para que le den un ejemplar, porque el repartidor lo lleva á su casa demasiado tarde. Corre con el periódico en la mano y conduciéndolo como en triunfo. Se para á cada momento y lo lee. Va repitiéndolo por la calle de memoria. Mira y remira cien veces su nombre para cerciorarse si está completo y si tiene cabaes todas sus letras, y por fin llega á su casa. Si sus *amados papás* están todavía en la

cama los despierta para enseñarlos su primera produccion impresa, y grita lleno de júbilo:

— Si, miralo bien, está en letras de molde... y mi nombre con todas sus letras... y todo el mundo lo leerá, etc., etc., etc.

Sus *amados papás* lo leen tambien y le toman la cara sonriéndose.

— Vas á ser un gran poeta, le dicen.

— Ya verán Vds. si me hago célebre. ¿Y sabes papá que ya tengo relaciones con Breton de los Herberos, y que ya he hablado un ratito con Ventura de la Vega?

— ¿Si? me alegro, hijo mio; esos *distinguidos literatos*, te pondrán en carrera.

Así se va pasando el tiempo y con él los años de



El Aprendiz de Literato.

nuestro *Aprendiz*. Cada día que pasa crece su entusiasmo poético y su ambición. Cambia de aspecto, de traje, de costumbres, de carácter y aun de figura. Su aspecto antes natural, risueño y nada chocante, ahora es un tanto feroz, triste y original: su traje antes sencillo pero bien ordenado, ahora se compone de un jaique puesto á la *negligé* sin abotonar; de un pantalon ancho puesto con mucho *descuido*, sin tirantes y sujeto á su cintura por un voluminoso cordón de seda que remata en dos colosales borlas; la corbata con un budo flojo y mal hecho, dejando tremolar sus pun-

tas como la bandera del *congreso de diputados*; y últimamente, unas largas y *descuidadas* melenas que ondean tambien á manera del *pabellon nacional*. Sus costumbres antes diabólicas y *amuchachadas*, ahora son austéras. Su carácter antes dulce y alegre como el ruiseñor en la primavera, ahora es áspero, desabrido y melancólico. Siempre con los ojos clavados en tierra, moviéndolos alguna vez para dirigirlos al cielo. Siempre con el dedo índice sobre la frente: siempre marchando con desigualdad y desconcierto. Por último, he dicho que hasta su figura era diferente,

porque antes era grueso, colorado y rollizo, y ahora es seco, pálido y lánguido como la flor marchita por el *impúdico rocío* de un perro atrevido é insolente. Todo es languidez y *desgalichamiento* (como dicen los gitanos). Su figura afectada para parecer interesante, suele sin embargo ser... muy tirana.

Ya se va acostumbrando mi Aprendiz á ver publicadas sus composiciones, porque como *todo se imprime* se imprimen tambien los versos de este interesante individuo. Si va por la calle contoneándose, pensativo y con los ojos bajos como ya hemos dicho, dándose toda la importancia susceptible de un poeta y si encuentra un amigo que le para para hablarle le responde con aire tónico.

— Chico, no puedo detenerme, pues hoy tengo que hacer mas que nunca. Adios.

— Pero escucha ¿ tanta prisa tienes?

— Mucha.

— ¿ A qué hora estás en casa?

— Es muy difícil encontrarme en ella. Figúrate que la mayor parte de los dias tengo que corretear todo Madrid: á la oficina, á la redaccion del S... á casa de García Gutierrez, á hacer una visita, ó bien á Hartenbusch, ó bien á Gil y Zárate que me aprecia en extremo... y luego esta noche voy á ver qué tal es la comedia de mi amigo Asquerino.

— Hombre ¿sabes que ese Asquerino es muchacho que lo entiende? Tiene gran disposicion.

— ¡Cá! nada de eso... todo es superficial. Con que adios.

— Ya nos veremos por ahí.

— Si, ves á buscarme á la oficina.

Aquí se separan los dos amigos: el uno creyendo que nuestro Aprendiz sabe mas que Martínez de la Rosa, y el otro por su parte creyéndolo tambien asimismo.

El Aprendiz de literato suele aborrecer por lo comun á sus colegas, los desprecia porque los cree *pigmeos* á su lado; así es que cuando lee alguna composicion ó ve alguna comedia de los demas dice como de Asquerino:

— ¡Qué cosa tan mala!... ¡cuántos defectos!... y todo este talento es *mera superficialidad*.

Ya dice que no hay poesía en las obras que él no hace; ya que no tienen buen castellano; y es de advertir que si se le manda coniar un verbo ó declinar una palabra, ó decir cuántas son las partes de la oracion, seguramente que se queda atollado como las ruedas de un carro cuando atraviesan un lodazal; y sin embargo de esto es indecible su amor propio.

Pero cuanto llevamos aquí referido no es nada en comparacion de lo que queda por referir. La penúltima época de su carrera poética es la mas digna de atencion. Como que por lo regular al Aprendiz de literato le da el fuerte por lo trágico y sublime, y muy pocas veces por lo jocoso. Cuando llega á esta época, el Aprendiz de literato ya no se tiene sino por muy maestro, y se lanza á una nueva empresa. ¿Pero qué empresa creen Vds., carísimos lectores, que acomete nuestro orgulloso *paladín poético*? Ya lo habrán Vds. adivinado sin duda alguna; pero lo diré sin embargo. Este genio intrépido, genio que todo lo allana sin reparar en pelillos; va á componer una tragedia. Pero no crean Vds. que su obra tiene un argumento sencillo y de fácil desenlace. No; elige el que le parece de mas espectáculo. Regularmente supone la accion en tiempo de los moros. Emprende una verdadera *tragedia de tramoya*. Cinco actos y dos ó tres docenas de interlocutores (sin contar moros, cristianos, guerreros, pueblo, cortesanos, esbirros, verdugos, etc., etc., etc.) Pero nuestro Aprendiz tiene tanta *vena*, tanta facilidad de componer que en seis dias concluye su tragedia, que para hacerla de moda la precede de un largo é interesante prólogo. Una vez concluida la coge con entusiasmo y la conduce al tea-

tro del Príncipe sin consultar con nadie; entrégasela al empresario del teatro, mediando regularmente, y sobre poco mas ó menos, entre ambos el diálogo siguiente:

— Beso á V. la mano.

— Para servir á V.

— Vengo á dar á V. esta tragedia por si le parece que podrá ponerse en escena.

— ¡ Hombre, una tragedia! Y tan jóven... mucho emprender es.

— ¿ Y qué quiere V.?... Hace uno todo lo posible por adelantar... por adquirir reputacion.

— Está bien (luego examinando la cubierta). ¡ Cinco actos y precedida de un prólogo! Esto debe ser eterno... y luego en verso y prosa...

— Mucho espectáculo sobre todo... pero ofrece mucho interés...

— Bien... en fin, allá veremos. Se leerá y... puede V. pasarse por aquí á principios del mes que viene.

— Está muy bien; beso á V. la mano.

— Beso á V. la suya.

Y aquí nuestro Aprendiz sale de la casa y se dirige á la suya muy satisfecho. Da cuenta á sus *padres* del paso que acaba de dar, y estos se muestran muy complacidos al pensar que su hijo puede hacerse célebre con sus obras literarias.

En cuanto al último no diré mas que su tragedia le desvela indeciblemente y que cada dia que pasa se le hace un siglo. Ya se le figura ver anunciada su obra en los carteles con el epíteto de *original de un jóven de corta edad*; ya que está en el teatro ocupando con su familia un palco principal, ya que se levanta el telon y que desde el principio el público empieza á dar muestras de aprobacion. Que se acaba el prólogo entre bravos y palmadas, y que corre presuroso entre bastidores á conversar con los actores, causando admiracion y envidia. Que á tal ó cual escena los espectadores aplauden con entusiasmo, é informados de quien es el autor todos dirigen hácia el palco sus satisfactorias miradas; y en fin, que concluye la tragedia entre aclamaciones, aplausos y voces de *¡ el autor!* y que saliendo á las tablas le arrojan coronas y ramilletes de flores, llegando el entusiasmo hasta el punto de desprenderse las señoras sus alhajas y joyas para arrojárselas á la escena. Estas y otras muchas ideas (que si se fuesen á citar no bastaria un volúmen en folio para ello) agitan constantemente la imaginacion del Aprendiz, que repite hasta en la cama algun trozo favorito, como el que sigue, de su admirable obra dramática.

Un tiro de caballos te presento
De lo mejor, señor, que se conoce.
Gran Soliman, admítelos contento
Que son de casta rápida y veloce.
Ellos te ayudarán al escarmiento
De tu enemigo bárbaro y feroce,
Al cual le traeras como *Ecce-Homo*
Sujeto y amarrado sobre el lomo.

En esta octava real, una de las mas hermosas de su colosal *tragedia*, se deja traslucir el castellano mas castizo y la gramática mas refinada; y su autor ansia oír la boca del actor con toda la energia de que es susceptible.

Llega por fin el dia que tiene fijado para escuchar su sentencia, y despues de acicalarse y componerse, parte velozmente á su *negocio*. Sube la escalera con el corazon palpitante y el alma en un hilo; llama, entra y saluda á su *juez* con afectacion.

— Amigo mio (le dice este meneando la cabeza) su obra de V. ha sido altamente desaprobada.

— ¡ Altamente desaprobada! dice el jóven con balbuciente voz, y pálido como la muerte. ¿ Y cómo?...

— Es muy inverosímil... ¡ y luego tiene un *lenguaje!*!....

— Pues el lenguaje está todo sembrado de flores rítmicas...

— Si, tendrá todo lo que V. quiera; pero el voto de los inteligentes...

— Oh! Yo lo respeto mucho. Pero es una obra de un género particular y tal vez... En fin, puesto que ese es su parecer no hay mas que conformarse.

— Ah, es claro; y que esto sucede muy frecuentemente aun á los mas experimentados literatos. Por lo tanto no hay que desanimarse. Ahí tiene V. su original.

— Pues señor, gracias por la molestia.

— No hay de qué; es nuestra obligacion.

— A la orden de V.

— Páselo V. bien, caballero.

Y el mismo que días atras llevaba en la mano con aire de triunfo la obra que él creía *sin igual*, sale de la casa mohino, cabizbajo y pensativo. Sin embargo, los movimientos que le agitan son movimientos de rabia, de furor y de despecho; porque no solo no conoce el poco mérito de su obra, sino que cree que los que se la han reprochado han obrado así por ignorancia y por envidia; últimamente nuestro aprendiz está intimamente persuadido que su tragedia vale mas aun que el *Pelayo* de Quintana. Así es que á los mismos á quienes antes habia dicho: —Tengo una tragedia dada al teatro; ya te dare billetes para que vayas á verla; ahora les dice: —Chicos, no me preguntéis nada sobre este asunto. *Ni hay en Madrid cómicos que la desempeñen, ni los literatos del día tienen el suficiente talento para darla la calificación que le corresponde.*

Esta es la opinion del *Aprendiz de literato* en semejantes casos. Jamas conoce sus yerros, jamas sus defectos, y cree, que lo que varios hombres sensatos le dicen relativo á que *sin el estudio nada se consigue*, es una solemne necedad, porque los poetas cuando vienen al mundo vienen ya estudiados y poseidos de lo que llaman *vena*, y en disposicion de componer un *poema épico*. El que nace con esta necia y ridícula vanidad, la conserva por desgracia hasta la muerte, y así abundan tanto los *Aprendices de literato*, y hay tantos que se dan ya por oficiales sin saber la gramática castellana, ni el significado de la vigésima parte de las palabras del diccionario de la lengua, porque componen cuatro versos de mala muerte que se imprimen porque todo se imprime.

En suma, el *Aprendiz de literato* es la plaga de España en la época en que vivimos, y que contribuye no poco á que se vea tan ajada y marchita la literatura española.

¿Y en qué acaba el *Aprendiz de literato*?... ¿Alguno de mis lectores se figura acaso que el tiempo le hace ducho? No; el tiempo lo que hace es darle á probar continuos desengaños, al cabo de los cuales se convence (no siempre) de que ni ha nacido para poeta, ni ha estudiado para literato. Si se convence de esto abandona el *arte sublim*: que tan fácil le pareció en otro tiempo, y oculta todo lo posible que hubo una época en que hizo versos contando las sílabas por los dedos ó medidos con la vara para este efecto; viviendo como puede; es decir, sin que cuando le falta se le pase ni remotamente por la imaginación el volver á ser literato ó poeta para ganar con que mantenerse. Esto hace el *Aprendiz arrepentido*.

Si por el contrario no se arrepiente ni se convence (á pesar de los mortales y repetidos golpes que ha sufrido) de su poca inteligencia, ó por mejor decir, de que no sabe una palabra de nada, viéndose ya sin recursos para vivir y maltratado de las musas, denigra á estas hasta el punto de dar á vender á dos cuartos sus dulces y celestiales inspiraciones, empleadas en *tiernisimos trocos nuevos para cantarlos con acompañamiento de vihuela*. Estos comunmente se dividen en primera y segunda parte ó sea *fríasimas quejas de*

un galán á su dama y la respuesta que le da ella; teniendo ademas su correspondiente *estribillo*, que puede cantarse *en coro* si se quiere. En cuanto á la armonía de los versos no hay nada que decir; y para que Vds., carísimos lectores, se convenzan de que seria poco todo elogio, ahí va para concluir, una parte, aunque pequeña, de los *trocos* que ha concluido hace unos días cierto *Aprendiz* para que se impriman y vendan á dos cuartos; pero como aun no han visto *la luz pública*, ni oido los penetrantes y estentóreos gritos de los *honrados ciegos madrileños*, se lo ofrezco de todo corazon á mis lectores como una verdadera novedad.

Hermosa del alma mia,
Dueño de mi corazon,
Junto á mí eres agua fria
Y yo encendido carbon.

Ven para que se apague
Tanta candela
Porque el río sonante
Poca agua lleva.

Un tronco de cuerpo tienes
Que deja por tí rendido;
Por tí de amores perdido
Cuando te vas y te vienes.

Tienes cada carrillo
Como una bomba
De aquellas que cayeron
En Barcelona.

Dicen que Medusa tiene
Serpientes y no cabellos;
Y á mí me roen el alma
De tus ojos los destellos.

Quitame la cadena
Que por tí arrastro
Para que á tí me llegue
Pegando un salto.

Estos magníficos y armoniosos fragmentos acabarán de dar á conocer á mis lectores todo lo que vale el *Aprendiz de literato*, y conocerán tambien que su fama no debe quedar oscurecida; todo lo contrario, debe pasar á la posteridad, para que los *Aprendices futuros* tomen ejemplo de los *presentes*, y las generaciones se trasmitan unas á otras la *vera sublime*, el *gusto poético* y las *divinas inspiraciones* para los *trocos*, por todos los siglos de los siglos.

Alguno habrá que al leer la firma de este insulto y mal pergeñado artículo, y conociéndome, dirá no sin algun fundamento, que yo tambien soy *Aprendiz de literato*; pero debo advertirle, despues de darle la *razon*, que hay dos clases de *aprendices*: la una es la que acabo de bosquejar, y la otra, á la cual pertenezco, me la callo, porque habria mucho que decir sobre el particular; y seria muy poca mi modestia si despues de haber fastidiado tanto á mis lectores con la poquísima gracia de mi artículo,

me expusiera de nuevo
á hacer un mal retrato
del segundo *Aprendiz de literato*.

LUIS LOMA Y CORRADI.

LA POLITICO-MANA.

La política es la gran enfermedad de nuestra época. Semejante á esas epidemias que se desprenden, y se desgajan de tiempo en tiempo de aquellas comarcas lejanas en que los antiguos colocaban la boca del infierno, y caen sobre un país y diezman una poblacion, y luego ceden de su intensidad y se convierten con el

tiempo en enfermedades comunes, la política que ha salido como las otras pestes de la boca de un infierno, de la boca del infierno revolucionario, empieza por un período de contagio y de destrozo y acaba por convertirse en una enfermedad endémica de todos los países en donde penetra. Pero la política es una epidemia de peor especie que todas las demás. El cólera, por ejemplo, acaba por no ser contagioso, y en estado de epidemia ó de enfermedad común, mata ó sana y punto concluido. La política no; la política cuando no mata, queda como enfermedad crónica. Peor también en esto que otras epidemias, la política ataca siempre las partes más nobles del cuerpo la cabeza y la lengua y aun pasados los períodos en que mata, como el período de la guillotina en Francia y el de los pronunciamientos en España, deja en un estado de debilidad perpétua las partes que ataca, trastornada la cabeza como una olla de grillos y suelta la lengua como un reloj sin cuerda. Esto se ve en la mayor parte de los que padecen esta enfermedad, y la estadística prueba que desde el advenimiento de la política se ha aumentado infinitamente el número de los maniacos y de los oradores. ¡Terrible y ridícula enfermedad es la política!

¡Y al fin; si fuese como otras epidemias morales que atacan solamente á los hombres! pero acomete también á las mujeres; no sucede con tanta generalidad; pero cuando sucede causa en ellas mayor estrago. La razón es muy clara. Las partes que ataca la política son más débiles en las mujeres que en el hombre, su cabeza no resiste tanto, su lengua es más movable; y una vez acometido su cerebro de la fiebre que produce la política, y una vez acometidos sus órganos orales del azogamiento en que los pone la política... ¡infeliz mujer! ya no hay remedio, ya no hay alivio para ella. La mujer, la pobre mujer, la mujer acometida de la fiebre de la política, se convierte en la viva imagen de los antiguos endemoniados; el furor de la política la posee, el vértigo de la política la agita, el delirio de la política la saca fuera de sí; su imaginación delirante finge trasgos y vestiglos políticos en todas partes; sus lábios espumosos profieren terribles anatemas y fatídicas profecías sobre la cabeza de los hombres políticos; su actitud es la actitud de la antigua Sibila cuando quemaba en su lámpara los libros de los oráculos romanos, no hay filtro no hay virtud, no hay exorcismo para desposeerla del demonio, que la ha hecho su presa. ¡Infeliz mujer! está endemoniada. Mientras viva, la política manará de sus lábios á borbotones; cuando se muera todavía se oirá murmurar discursos de política en su tumba, y si el Dante volviese al mundo, él nos diría el lugar preferente y los atroces tormentos que le aguardan á la mujer política en el infierno.

En pocas cosas son justos los hombres; pero si en alguna cosa lo son, es en su horror á la mujer Político-mana. ¿No basta que ellos entre sí no hablen ya de otra cosa, sino de política? ¿Es forzoso que cuando un hombre vaya á apagar en la sociedad de la mujer los ecos de la maldita orquesta política que está resonando perpétuamente en sus oídos, haya de oír repetidas por voces de triple las maldicidas canciones que todo el día ha estado oyendo cantadas por un coro de bajos? No sabemos si será aprensión; pero es tal la preocupación que abrigamos contra las Político-manas, que cuando estamos al lado de alguna de ellas, nos figuramos por reacción, la mujer ideal que pintan los poetas, y nos parece que las Político-manas no tienen siquiera fisonomía de mujer. Su frente no es aquella frente en que Byron veía transparentarse los pensamientos de amor, sino una frente preñada como la de un incubo y arrugada como la de un viejo; sus ojos no son de esos ojos en que otro poeta romántico veía oscilar la llama del amor como en una lámpara alimentada con esencias, sino unos ojos desecados

como los de un energúmeno y amarillentos como los de un biblioso; su boca no es una boca entreabierta con la sonrisa de la voluptuosidad, es una boca entreabierta sí, pero entreabierta como la de un orador impaciente por el turno de la palabra; sus facciones todas, son facciones rígidas y oncionadas á las caricaturas de la irritabilidad tribunicia, no hay duda en ello. La manía de la política atierra el rostro, especialmente en la mujer. Lavater hubiera confirmado su sistema con la observación de la mujer política. El cráneo no se lo hemos observado á ninguna de ellas, pero será desigual y protuberante como una caudera por pulir, y Gall y Spurzheim habrían pasado horas enteras con las manos en la cabeza de mujer política. Decididamente, la fisonomía de la mujer política, no ofrece los caracteres de la belleza femenina.

En verdad sea dicho también, la Político-mana no ha sido nunca muy hermosa. Antes por no serlo es por lo que ha caído en su tremendo pecado. Ya se sabe la teoría que reina en el mundo acerca de las mujeres feas; de ellas se dice que tienen talento porque se obstinan en tenerlo, y porque no teniendo hermosura ¿qué han de tener? Esto es verdad hasta cierto punto, y la experiencia de la Político-mana lo confirma. La Político-mana, hablando con generalidad, es una mujer originariamente fea cuyos órganos intelectuales se han desarrollado con la idea constantemente fija de su fealdad, que ha buscado con que suplir los atractivos que le faltan para brillar en el mundo, y se ha ballado con el atractivo postizo de la política; que ha dejado las novelas por los periódicos, el amor por la patria, los héroes de los torneos por los héroes de la plaza pública, y ha concluido por entregarse en cuerpo y en alma á cosa pública. No se culpe, empero, á esta pobre mujer que no es ella sola la que especula así con la política: ¿qué serían muchos hombres en el mundo si no se hubiesen metido á Político-manos? La mujer hermosa cae muy rara vez en la mono-manía de la política; bien es verdad que cuando cae es la más peligrosa de las mujeres, porque hace cometer muchas apostasías. Los emperadores romanos enviaban mujeres hermosas á descatequizar á los catecúmenos del cristianismo.

La historia de la mujer política empieza en España por los años de 1808 ó 1812; la independencia, la Constitución y las Político-manas son contemporáneas entre nosotros. La mujer de aquel tiempo es la mujer liberal ó patriota, el tipo más pronunciado de cuantos ha producido la político-manía femenina, y el tipo más encorante de mujer que se ha visto desde que el mundo es mundo. ¡*Fug te partes adversae!* exclamaban nuestros padres al sentir al demonio de los rayos y de los truenos. ¡Huye, mujer condenada! es preciso exclamar cuando se tropieza con la mujer liberal; huye y escóndete no te vean los ojos de los vivientes. ¿Todavía no te has muerto tú, cuando tu generación ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada? Que vivan y persistan en sus trece los hombres de la escuela doceañista, pase; á los hombres les es permitido anticuarse; ¡pero anticuarse las mujeres!... ¡Llamarse todavía liberal una mujer, cuando ya no hay liberales ni serviles por el mundo; cuando á las antiguas denominaciones de liberal y servil, se han sustituido las denominaciones modernas de absolutista, de constitucional y de parlamentario! ¡Llamarse liberal una mujer, aunque el epíteto haya estado en boga alguna vez, aunque estuviese en boga todavía! inconcebible parece liberal, liberalismo, liberalidad... sospechosas, sospechosísimas son estas etimologías. No hablemos empero de la liberalidad de las mujeres del liberalismo, y contentémonos con observar, primero, que el epíteto liberal aplicado á la mujer es mal sonante, y segundo que la moral del liberalismo es la moral elástica por excelencia. Llamaremos pues á la mujer liberal la mujer patriota, y cor-

reremos un velo sobre el cuadro de sus liberalidades.

Spirit fort en 1812 como empezaba á ser moda en aquella época la mujer patriota se dió á sí misma una educación completa, aprendió francés é hizo una vasta lectura. En materia de religion leyó el *Citador* y se hizo atea, si el ateísmo se concibe siquiera en la mujer. En moral leyó la *moral universal* de Holbach, sacando en consecuencia, con una lógica superior á la del filosofista, que la moral era lo que á cada cual le diese la gana, y el *libro de la educación* de Helvecio, cuya lectura le sugirió la idea de resucitar á Esparta en su familia. En literatura leyó..... ¿qué leyó en literatura? Leyó ya en un género muy en moda entonces la *Pucelle de Orleans* y otros libros tan famosos como este, ya en un género mas elevado, las tragedias de la muerte de César y Roma libre, de cuyas

traducciones aprendió largos trozos en la memoria. En política, en fin, leyó el contrato social y proclamó la soberanía del pueblo. Rousseau fué su ídolo; no leyó solamente el Contrato social; leyó la *Julia*, leyó las *Confesiones*, leyó el discurso sobre la desigualdad de las clases; leyó hasta los borradores de Rousseau, en cuya conmemoracion, sea dicho de paso, llamó á su hijo primogénito Juan Jacobo. Desde aquella época, desde la época de Juan Jacobo, no se ha publicado nada digno de pasar por los ojos de la mujer patriota, y desde entonces no ha leído ella sino lo puramente necesario en su posicion; es decir, la historia de la revolucion francesa, que es su poema, y todos cuantos periódicos se han dado á luz en España, que han sido sus libros de misa.

No bien concluida esta educación que la ponía en aptitud para regir un estado, la mujer patriota cayó



La Politico-mana.

envuelta en la proscripción de 1814. Si su padre estaba muy comprometido por el sistema, como se decía entonces, emigró con su padre y completó su educación liberal en el extranjero; si no, se quedó en España envidiando con toda su alma la suerte de la emigración, y guardó un ejemplar de la Constitución encuadrado en tafete. De todos modos, en España ó en el extranjero, la mujer patriota estuvo oyendo durante aquellos seis años una voz que le decía á todas horas.

Tu dors, Brutus, et Rome est dans les fers? La mu-

jer patriota ha estado siempre llamada á un gran destino patriótico, y aunque la historia guarda silencio, todavía es muy probable que representase algun papel en la conspiracion de la Isla.

Vino 1820, entonces volvió á relucir la Constitución en tafete, y aquella fué la grande época de la mujer patriota, ella abrazó y besó muchas veces á Riego en los bailes constitucionales que se daban en todas partes al héroe; ella se empavesó con los colores de la época, verde y encarnado, ella se puso al pecho el lema masónico como el de *primero morir que casar*.

se con un servil, y otros lemas inverosímiles en la preocupación de las costumbres del día; ella trató de introducir á su sexo en las sociedades secretas; ella peroró en las sociedades patrióticas, porque ya se supone que la mujer patriota es oradora; tuvo tertulia de ministros, diputados y gente del bronce; fué una madama Roland en toda la extensión de la palabra. ¿Qué calaveradas no hizo la mujer patriota en aquella larga calaverada revolucionaria de los tres años? Durante el sitio de Cádiz ella fué quien sopló el espíritu de independencia en los matones políticos que desafiaron á toda la Europa; y cuando se rindió el Trocadero, y cuando se hundió la patria, entónces la mujer patriota, á quien las simpatías políticas habían proporcionado un marido digno de ella, no tuvo ya mas remedio que emigrar. ¿Cómo el genio de España había de dejar de imponer en la frente de esta gran mujer el sello de la emigración, el sello de todas las grandes ilustraciones españolas del siglo? Si antes no había emigrado, en 1823 emigró; si antes había emigrado, volvió á emigrar en 1823. Las columnas de Hércules la oyeron interrumpir el silencio del mar con una canción patriótica, y cuando en Francia ó en Inglaterra le nació el primogénito de sus hijos, se la vió muchas veces entretenerle con una cosa encarnada. Aquella cosa encarnada era la Constitución en tafete, que la mujer patriota se había echado en el bolso al salir de Cádiz.

Durante la década ominosa, Fernando VII no tuvo mayor enemigo que la mujer patriota, y cuando en 1833 volvieron á España los emigrados, la patria les abrió los brazos y ella se arrojó en los brazos de la patria. Pero esta época corespone á la historia contemporánea y exige gran miramiento de parte del historiador. En ella, á pesar de las mudanzas de las cosas y de los hombres, la mujer patriota ha permanecido en el fondo la misma mismísima que en las épocas anteriores. Bien que ha habido una causa muy poderosa para semejante estacionamiento. A cierta edad no se desaprenden ciertas cosas, mucho menos las máximas de Rousseau. La mujer patriota nació el día de la toma de la Bastilla y sería injusticia exigir que reformase sus doctrinas de medio siglo. Lo que le ha sucedido es caer en el escepticismo político. En sus buenos tiempos habría creído desespartanizarse con saludar á un servil ó un afrancesado. En el día no; en el día hablará hasta de política con los afrancesados y con los serviles, en el día transige, en el día pastelea, en el día ¿qué mas? es acaso moderada, ó mejor dicho, conservadora por el destino de su marido. Por ahí la vereis, sola por esas calles, con su sombrero y su manto doceañista, que no parece sino que va hablando de política con las piedras, tristemente desengañada de los hombres. Acercos sin embargo, mentadle la política y vereis como el fuego sagrado no se ha extinguido en su corazón, como nunca ha sido mas digna de llevar una tribuna en cada dedo.

¿Quién no ha tenido el placer y el honor de tratar este prototipo de las Político-manas? Si habeis concurrido al congreso el día de alguna discusión tormentosa, allí la habeis visto en la presidencia de la tribuna reservada; si os habeis parado en la Puerta del Sol la víspera de algun acontecimiento, allí la habeis encontrado dando y tomando nuevas de la salud ó de la enfermedad de la patria. Una pregunta, una noticia, el mas leve incidente político os habrá puesto en relaciones con ella, y á poco que danzeis en la cuerda floja de algun partido, se os habrá abierto el antro de la Pitonisa. El desorden del genio, hé aquí lo que os dará en cara al entrar por la puerta; el periódico ó los periódicos de la mañana, hé aquí lo que hallareis sobre la primera mesa; los grabados del dos de mayo y los retratos de los héroes de la Isla, hé aquí los cuadros que adornan y consagran las paredes; un olor que trasciende á 1812 y á 1820, un sello, un aire par-

ticular que distingue á todas las cosas de aquella época, hé aquí lo que acabará de confirmaros en que estais en casa de la heroína del doceañismo. Esta gran mujer se os presenta arrebujada en un gran pañolón; ha estado leyendo los papeles y le ha faltado tiempo para el tocador; pero en cambio está al corriente de todas las novedades de la circunstancia, de todas los sucesos pasados, presentes y porvenir. La noticia que os dá es indudable, la sabe auténticamente; el comentario que hace es positivo; la noche anterior estuvo hablando con un alto personaje. No os permitais la mas ominosa observacion, no hagais el mas pequeño gesto de duda; antes, si quereis juzgarla respondelle á todo que sí y abrid ancho cauce al torrente removido de su elocuencia. ¡Oh! ¡qué magnífico discurso vais á oír! ¿De qué empezó hablando? ¿De la última sesión de las córtes? Pues va ha volado con su imaginación á la guerra de la independencia. Entónces conoció ella al personaje de que se trataba; luego le vió en Lóndres atando los hilos de la conspiracion de Mina; luego en París de espía de Calomarde; luego otra vez en España tomando destinos de los moderados, de los exaltados y aunque fuese de los musulmanes. Eso sí; la conversacion de la mujer liberal es una crónica inacabable; ella sabe todo lo que no está escrito, lo que nunca se escribirá; sabe toda chismografía política de treinta años á esta parte; sabe la vida y milagros de todos los hombres altos y bajos, grandes y pequeños que han figurado desde que figuran los hombres en España, y el que haya de escribir la historia de la revolucion necesita frecuentar el trato de la mujer liberal, mucho mas que revolver la coleccion de la Gaceta. ¿Y la parte que ella ha tenido en los sucesos de su época? Ella fué quien convenció á los gefes del ejército de Aranjuez de la necesidad de proclamar la Constitución, ella quien descubrió la conspiracion del 7 de julio, ella quien avisó al gobierno de los planes de los comuneros y á los comuneros de los planes del gobierno, ella quien escondió en su casa á todos los ministros, diputados, generales y periodistas que tuvieron que esconderse en aquella y otras épocas de escondite.

Oh, y si en graves circunstancias se hubiese hecho lo que ella decia, si al rey le hubiesen echado al mar desde la muralla de Cádiz, si hubiesen volado el palacio de Madrid al asomar los de Mina por el Pirineo... entónces habria sido otra la suerte de la patria, entónces se hubieran salvado la libertad y la independencia. ¡Independencia! ¡Libertad! Estas sonoras palabras así como otras palabras sonoras que han venido á parar en populacheras, conservan para ella la antigua significacion, el antiguo prestigio, la antigua resonancia. Al oirlas se eleva, al pronunciarlas se enardece. Moderada ó exaltada, retrógrada ó progresista segun su posicion, no importa, conserva siempre su estofa revolucionaria. Y ahora vereis el vuelo del águila. ¿Qué día aquel en que sean libres todos los pueblos de la tierra! ¿qué día aquel en que hasta la sombra de los tiranos desaparezen de la luz de los pueblos... ¡Napoleon!... ¿quién ha dicho que Napoleon era un grande hombre? ¿Cómo había de ser grande hombre quien cayó en la vulgaridad y en la ridiculez de ser un tirano? ¿cómo había de ser grande hombre quien dijo que la mujer mas grande del mundo seria la que tuviese mas hijos? Esta expresion bárbara, esta grosería etrusca, no se la perdona ella á Napoleon, porque Napoleon condenó con ella á todas las Político-manas del mundo. Así es que desde que leyó en un periódico un paralelo entre Washington y Napoleon, aprovecha todas las ocasiones de hacer el paralelo á su modo para dar á Washington la preferencia. ¡Washington!!! Washington es el hombre mas grande que han engendrado los siglos; de él no se sabe que dijese nunca nada contra la mujer patriota, y la mujer patriota habria sido Washington de muy buena gana.

Por estas y otras escabrosidades políticas é históricas, atañentes á sí misma, atañentes á España, atañentes al mundo entero, os llevará la mujer patriota en su inagotable oratoria, hasta que aprovechando un momento en que vaya á tomar respiración os despidáis dejándola en el uso de la palabra. No hayais miedo de que se pique con la descortesía; cuando os vuelva á encontrar os volverá á espetar otro discurso. En vano huireis de ella; es inevitable como la fatalidad, y no hay mas que un modo de espartarla, contradecirla. Pero ¿sabeis á lo que os esponéis? á que ejerza sobre vos el derecho femenino de hundiros á fuerza de improperios. Si sois jóvenes, os dirá que desprecia á la juventud sedentaria y cobarde que ahora se estila; si sois viejo, os llamará viejo, que siempre es una injuria, os llamará apóstata que en su boca son muchas injurias juntas; os llamará en fin tales cosas que si por casualidad entra á punto el marido, tendreis que pedirle una satisfacción por las injurias de la mujer, y entónces ¡pobre de vos! entónces os espeta un nuevo discurso contra los desafíos, materia que ella ha leído tambien en sus libros, y que aprendió de memoria para cuando le desafiase á su marido.

No podemos pasar en silencio otras dos particularidades de la mujer liberal ó patriota. Mas no se crea que vamos á escribir el capítulo de las eróticas; ya hemos dicho que nuestra jurisdicción es diferente. El que necesite noticias de esta especie para la biografía de la mujer patriota, que se las pida á las notabilidades patrióticas de su tiempo. Entre estas hay alguna ó algunas que, habiendo escuchado siempre sus oráculos como Troya los de CASANDRA, con una veneración supersticiosa han penetrado, al decir de las gentes, en todas las profundidades de su afecto; pero haya en esto lo que quiera, no por eso será menos verdad que todo es política, todo revolucion, todo patria en la mujer patriota.

Una de las particularidades de que hablábamos es el ódio de la mujer patriota á la diplomacia. La diplomacia es un arte nacido en la corrupción de las antiguas córtes de los reyes, el arte de todas las malas artes, el arte de vender y comprar los déspotas á los pueblos. ¿Es menester mas para que una mujer digna de marchar á la cabeza de los pueblos rechace de sí la diplomacia? No, no. La mujer de patriota, la espartana moderna, conserva puro en su corazón el culto de sus principios; ella opina siempre por la guerra, nunca por los tratados; ella retiraría de las córtes extranjeras á todos los embajadores, y deja para otra clase de mujeres los perfumes venenosos de la diplomacia. Así como Napoleon es odioso, Talleyrand es despreciable para ella; y decir que ha habido un diplomático hombre de bien en el mundo es para ella la última prueba de la corrupción ó de la estupidez política.

La otra particularidad de su carácter la asemeja á la raza de las *incompris*. La mujer liberal vive con el sentimiento de haber nacido mujer, sentimiento profundo de desprecio hácia los hombres, hécia este sexo esencialmente pastelero á quienes Dios cometió un error en confiar el destino de las revoluciones humanas. Si ella hubiera nacido hombre, hubiera sido hombre de gobierno, tribuno, general, dictador, conquistador de Portugal, todo lo hubiera sido. Los destinos de la revolución española, de esta revolución raquílica que ella ha visto pasar á sus ojos como una larga procesion de pigmeos, se hubieran engrandecido en sus manos, y ella se hubiera levantado á las nubes como el hombre de España, como el hombre del siglo. Pero nació mujer y no ha sido nada. Los hombres, esta envidiosa mitad del género humano, en vez de ceder á la superioridad de la mujer el gobierno del mundo, no le han dejado mas carrera que el estado antisocial del matrimonio. En vano la mujer superior ha luchado con la suerte; en vano ha aspirado á la

independencia del hombre, en vano ha afectado las desprecupaciones del hombre, en vano ha despreciado la sociedad de la mujer y ha vivido en la sociedad del hombre. Nada; *pas meme académicien*, ni siquiera diputado, la ley electoral no se ha acordado de ella. Esta idea está pesando incesantemente sobre la imaginación de la mujer liberal y arrancándole muy á menudo esta exclamación: si yo fuese hombre.... ¡Ah! Si fuese hombre, sería menester fusilarla.

¿Fusilarla? y ¿por qué? verdad que es excesiva nuestra manía contra las Politico-manas. Allá en los tiempos en que toda España tomaba chocolate á la oracion, cuando la Gaceta era una cuartilla de papel malamente impreso, cuando todo lo que se sabia de la Europa era el envio de nuestros buques á cumplir el pacto de familia con la Francia y á celar los galanteos de los ingleses á nuestras posesiones de Ultramar, cuando los empleos se heredaban de padres en hijos, cuando las pretensiones y las carreras, todo era permutario y consuetudinario en España, cuando una madre de familias no tenia para qué acordarse de mas gobierno que del de su casa, entónces era bien natural que las mujeres no hablasen de política; pero hoy que todo el mundo es ciudadano; ahora que el desayuno general es la lectura de un periódico; ahora que la imprenta y otros cien conductores de la electricidad política hacen sentir todos los días á todo el mundo, hasta el modo de mirar de todos los gobiernos; ahora que la revolucion ha hecho pasar á un español si y á otro no por los diferentes estados y categorías de capitán de la milicia, de representante del pueblo, de diputado provincial, de candidato para alguna cosa grande; ahora que el padre y el hijo, el marido y el hermano son hombres de partido y empleados cesantes y aspirantes á ministros; ¿cómo no se han de ocupar de política las mujeres? —Es mucha verdad. La política está en la atmósfera, y las mujeres tambien la respiran; la política es interés inmediato de todo el mundo, y las mujeres tambien tienen interés en ella. ¿En qué ha de pensar, de qué ha de hablar la mujer del ministro sino de la duracion del ministerio, la mujer del asenlista sino en la aprobacion del contrato, la mujer del candidato á córtes sino en el triunfo electoral, la mujer del miliciano nacional sino en las alarmas? Es mucha verdad, volvemos á decir; pero eso no es ser mujer política; de ocuparse de la política como mujer de su casa ó como mujer de su marido, ó como mujer de sociedad, á ocuparse de la política como hombre de gobierno por la política misma, hay gran diferencia; y digan lo que quieran la mujer patriota y las otras especies de Politico-manas nosotros insistimos en nuestra opinion, y confirmamos nuestra sentención; que se las fusile, que se las fusile.—Hombres al fin, exclamará alguna de ellas; tiranos, tiranos y factores de la tiranía. Fusilar por delitos políticos...—Cállese V., señora, cállese V.; no haga V. mas discursos en su vida.

Ademas de la mujer patriota existen otros tipos de mujer política; pero no igualan á este en singularidad ni en importancia. La índole de nuestra sociedad y de nuestra revolucion nos ha privado hasta ahora de un tipo tan caracterizado, tan aristocrático, tan tónico como la legitimista; y por lo que hace á la mujer intrigante, ya sabe todo el mundo sus hazañas en la policía secreta, y lo consumados que ha hecho á su marido y á sus hijos en el arte de medrar y de hacer carrera; un nuevo tipo se ha introducido recientemente en España, la mujer socialista, mujer filósofa mas bien que política, de alas de fuego que atraviesan de un vuelo la infinidad, de ojos de águila que sondean de una mirada el porvenir, mujer profunda, mujer sublime, mujer de genio, sacerdotisa y profetisa de la emancipación futura de su sexo. El cielo sabe si esta mujer es digna de una fisiología de un tomo; pero nosotros rehuimos todo lo contemporáneo y en-

comendamos á otro el trabajo de colgar ese retrato en esta galería.

GABRIEL GARCÍA Y TASSARA.

EL GRUMETE.

Es bello desde una torre ó azotea de una ciudad marítima ver una fragata á toda vela que se bosqueja en el extremo del horizonte como una dudosa bruma proyectada en el azul del cielo, y que á medida que se va acercando se va desprendiendo de la bóveda celeste y destruyendo del todo la contigüidad aparente que notaba el observador. Mucha práctica se requiere para distinguir la realidad entre las sucesivas ilusiones ópticas con que seducen las distancias. Cuando á un observador vulgar le parece el barco una bruma, el marinero consumado adivina que es un barco de cruz, conoce que es una fragata, y bien pronto os dirá si es de guerra ó mercante, si navega ó no en lastre, si es ó no velera, y echando sus cálculos acerca de la dirección y de la fuerza del viento, de las ventajitas y me-



El Grumete.

noscabos de las corrientes, elevacion de los palos y número de velas, por minutos os sacará la cuenta del tiempo que tardará en fondear. Conoce ademas si pertenece el buque á la carrera de América, y mientras vosotros los legos no habreis notado todavía ninguna

bandera de seña, él os habrá dicho el consignatario á que viene dirigido.

Aunque nada os va, ni os viene en el cargamento de la fragata, porque no sois comerciantes, ni cosa que se le parezca; aunque no teneis en ella ningun hermano, ningun amigo, ni un compañero siquiera, ni siquiera una pacotilla insignificante, deseais con ansia que hienda el tajamar las mansas aguas del suspirado puerto. No os acordais de que los que componen la tripulacion son hombres como vosotros, no pensais quizais en que el buque tenga tripulacion y con todo su suerte os interesa sobremanera, y teneis necesidad de un esfuerzo de racionio para haceros cargo de que aquel inmenso maderámen es una materia inanimada, que ni piensa, ni siente, ni goza en las bonanzas de un mar de placeres, ni padece en las borrascas de un golfo embravecido. Si veis alguna vez un barco barado en la arena que abandonado de la tripulacion permanece mordiendo el arrecife hasta que las olas le destrozan, y como una mesnada de tiburones se disputan y reparten sus mutilados despojos, experimentaréis una sensacion dolorosa, desgarradora, inexplicable; una lágrima se desprenderá de vuestros párpados, y apartareis vuestras miradas de aquella desahuciada victima que lucha impotente como un náufrago moribundo. Un barco excita nuestro entusiasmo, porque no acertamos á considerarle como una cosa insensible é inerte, y por esto sentimos todos una especie de satisfaccion cuando vemos entrar en el puerto la vela que hemos divisado desde lejos. Hasta el nombre que dan á las embarcaciones cuando las bautizan, al mismo tiempo que prueba el entusiasmo de los padrinos, contribuye á aumentar el nuestro. Las unas llevan como nosotros un nombre sacado del almanaque y se las llama *Antonio ó Diego, Santa María ó la Divina Pastora*. A los buques de guerra se les designa en general con el nombre de algun rey ó con otro que marque su procedencia ó indique alguna época política, como el vapor *Isabel II, el Manzanares, el Guadalete*, la fragata *Córtes*. Los corsarios, los piratas, los negreros y los contrabandistas expresan con el nombre de pila que dan á sus barcos sus atributos imponentes, llamándoles el *Trueno, el Rayo, el Invencible, el Incansable*. Los capitanes jóvenes y fogosos recuerdan con el nombre que dan á sus buques el de alguna querida ó el de alguna heroína de novela, como *Mercedes, Matilde, Eloisa, Elvira*, ó bien les vuelven famosos con el apellido de algun personaje ilustre, como *Rodrigo, Cervantes, Lord Byron, Washington*. Esto no sucedia en otro tiempo en que las creencias religiosas dominaban mas profundamente los espíritus, y el arte de navegar estaba mas atrasado. Entonces el valiente que desafiaba las tempestades en un frágil leño tenia mas confianza en Dios y en los santos que en el timon y en la brújula, y para propio resguardo canonizaba su buque. Todos á la sazón se llamaban *San Narciso, San Bartolomé, San Pedro ó los siete dolores de María Santísima*. Esto no conjuraba, sin embargo, los vientos de proa, ni impedía que lo mismo que ahora las embarcaciones permaneciesen estacionarias en las calmas chichas, ni se oponia ó que zozobrasen en una virada mal entendida, ó á que se averiase su quilla si daba contra un bajo. Pero dejémonos de preámbulos, y no perdamos de vista la fragata que hemos divisado en el extremo del horizonte, porque ó mucho me engaño, ó en ella he de encontrar el Grumete que es el tipo que me propongo describir.

En efecto, la fragata es de guerra y está ya en la boca del puerto. Es una fragata como un navio, y su entrada ha de ser una perspectiva agradable. Entre las maniobras de un buque de guerra y uno mercante hay una notable diferencia. En el primero todo se ejecuta con precision; las maniobras reconocen un punto de partida único y se hacen todas con pron-

titud, igualdad y compas. Entre los buques de guerra y mercantes se nota la misma diferencia que entre el ejército y la milicia nacional. No se oye en los primeros una sola voz, no se oye mas que el silbato del contra-maestre que dirige todas las operaciones y de vez en cuando el chasquido de un rebenque ó de un chicote que es el mas acreditado antidoto de la torpeza de los marineros. La causa de esta igualdad y prontitud en los movimientos no la busqueis mas que en el chicote ó en el rebenque, así como la causa de la maestría en el manejo del arma, con que mas de una vez debe de haberos sorprendido un regimiento, no se puede encontrar mas que en la vara de los cabos ó en el ceño de los oficiales.

¡Mirad! todas las velas se han cargado á la vez, todas á la vez se han aferrado. La fragata ha tomado entre andanas el puesto que la corresponde, cae el áncora, describiendo un círculo que se va ensanchando hasta perderse en los murrallones del muelle, y hasta que llega al fondo la acompaña el estrepitoso rumor de una cadena. Los cañones dan á la plaza sus saludos de ordenanza y contestan las fortalezas. El capitán y los oficiales, hambrientos de tierra, con todo el orgullo que caracteriza á la gente de mar, están ya de pies en los bancos del bote, absorbiendo las miradas de un sin número de espectadores. ¿No veis mientras tanto los flechastes cubiertos de marineros, no veis marineros en las vergas y marineros en la batallola? ¿Y no veis entre esa turba de intrépidos, que sería capaz de asaltar el cielo con solo tener un cabello de que asirse, uno mas ágil que todos, que se os presenta al trasluz del espeso humo que han levantado los cañonazos á la manera de los alados espíritus que nos pintan suspendidos en el aire y envueltos en una nube? Vedle en el tope del palo mayor donde parece que se ha puesto de remplazo de la grímpola ó del catavento. Aguardad que el humo se haya disipado para distinguir mejor esa armoniosa y complicada amazona de cuerdas que suben y bajan, y se ramifican y se cruzan en distintas direcciones, como las ramas y raíces de una inextricable bejuca de las Antillas ó como las venas y arterias del cuerpo de un animal. Aquel que visteis poco há izado en el tope del palo mayor es el Grumete; vedle tan pronto saltar de cuerda en cuerda, como un pájaro de rama en rama, tan pronto pasearse por la estrecha superficie del estai desde la popa al mesana, desde este palo al mayor, desde el mayoral triquetete, y luego montar á caballo del bauprés cabalgando sobre el abismo. Inquieto como un mono, como una ardilla, como un vicivilin, como un torbellino, da vueltas y revueltas por aquel laberinto de cuerdas, sin equivocarse jamas, sin asirse jamas de ninguna que esté arriada en banda. A cierta distancia parece una araña que se columpia y encarama y trepa por las delgadísimas hebras de su red. Y estos ejercicios gimnásticos con que, desde el tranquilo puerto en que la fragata permanece inmóvil y dormida, admira á los chiquillos, absorbe las miradas de los montañeses y hasta cautiva la atención de los que están acostumbrados á ver á Ratel, son practicados por el Grumete con igual limpieza y velocidad en el canal de Bahama, en el golfo de las Yeguas ó en el Cabo de Hornos, estando tal vez hambriento y abrasado de sed, cansado, enfermo, cayéndose de sueño, en medio de un temporal que hace beber el agua del mar hasta á las vergas de los juanetes, mojado, entorpecido por el chubasco, por la continua lluvia de que está empapado hasta los tuétanos, con toda la jarcia resbaladiza, de noche, sin mas luz que la escasísima de la bitácora, que arroja apenas delante un medio círculo que no llega de mucho al palo mayor, y el resplandor intermitente, de slumbrante y dudosa de los rayos y relámpagos que se pintan en las nubes como sangrientas heridas.

Pero hasta aquí en el Grumete, del modo que le

hemos presentado, no hemos visto un tipo español, sino un tipo genérico y universal, cuyos caracteres se avienen lo mismo al inglés, que al francés, que al ruso; y lo mismo al norte-americano que al nacido en el Ferrol ó en el puerto de Santa Maria. Para nacionalizar este tipo es preciso que examinemos el Grumete *in fieri*, el estudiante y no el doctor, la semilla y no la planta, la crisálida y no la mariposa. Veamos lo que era el Grumete antes de serlo, antes de sufrir la trasformacion, antes de ser conocido con otro nombre que el de *pillu de playa*.

En todas las ciudades marítimas pulula entre la pillería una pillería mas asquerosa, mas hedionda y repugnante que las demás, que es la crápula de las crápulas, el pus corrosivo de la llaga. Por la mañana y al anochecer tropezais en los mercados con una turba expedicionaria que se abre en guerrilla y obliga á las verduleras á poner un ojo en cada lechuga, en cada cebolla y en cada albaricóque. Esta turba no está compuesta mas que de chiquillos, terror de las vendedoras y revendedoras, flexibles todos como culebras, con unos dedos como pinzas y pies que parecen alas. Sus ojos son penetrantes como los de todas las aves de rapina con las cuales tienen infinitos puntos de contacto, y vuciven supérfluos los telescopios y los anteojos de larga vista. Conocen á un alguacil aunque se vista de cura, y le descubren hasta con el olfato. Esto no impide, sin embargo, que su codicia excesiva y demasiado atrevimiento de vez en cuando les haga dejar algunas plumas en las garras del gavilan de justicia, pero este perance es poco frecuente, y ademas es muy raro que su agilidad y perspicacia no les emancipe de las uñas del alguacil antes de llegar á las del alcaide. A menudo cuando el alguacil se apercebe de que no tiene en sus manos mas que un harapo, el héroe que se lo ha dejado está contrayendo nuevos méritos en el campo de sus glorias, al cual os aconsejo no acudais durante la refriega, sobre todo si estais resfriados, porque os esponeis despues de un estornudo á no tener mas que la manga ó los faldones de la casaca con que secar las humedades del bigote. Si creéis que los tales pajaritos solo tienen cariño á frutas y á verduras os engaíais de medio á medio; son herbívoros, carnívoros, omnívoros; cargan lo mismo con un bacalao de Escocia que con un solomo de ternera; os pescarian un pañuelo de batista ó de Indias aunque tuviérais cada bolsillo como un golfo, y os extraerian sin sentirlo un doblon de á cuatro aunque consiguiérais alzarlo en el agujero de una muela cariada ó detras de la membrana del tambor. Bien es verdad que tan maravillosa destreza no es exclusiva de los héroes de las poblaciones litorales; pues nada tienen que envidiarles mas de cuatro espadachines que, sin uniforme ni aguardar relevo, están perennemente de centinela en la Puerta del Sol.

«Rio revuelto ganancia de pescadores,» dice el adagio, y nuestra pillería ha tomado á su cargo dar una aplicacion práctica á este rancio refran que acaba de acreditarle. A menudo al rededor de una verdulera se agrupan asistentes y criadas, y entre unos y otros se cueñan cinco dedos mas sutiles que el aire de Guadarrama que, como si tuviesen ojos, constantemente se dejan caer sobre la fruta mas nutrida y mejor sazónada. ¡Desgraciada verdulera si aquellas animadas tenazas son cogidas en fragante! Mientras ella se empeña en hacerlas soltar la presa, mientras llama á los alguaciles en su auxilio, antes que estos acuden los camaradas del *ingenioso* muclacho, como la tropa á un toque de llamada. Un médico diria que se establece allí una *sinergia* de pillos. En efecto, todas las guerrillas se replegan, todas las fuerzas se agolpan en aquel punto para triunfar de la verdulera; hay un pronunciamiento en masa, y al fin y al cabo la coligacion sale victoriosa. La verdulera grita, chilla, se reboga, gaña, y ocupada solamente en el rapaz que ha ten-

do la desgracia de coger, no repara en los mil rapaces que se están repartiendo cuanto tiene, y le despachan toda la mercadería; cosa rara! con mas prontitud de lo que ella quisiera. Cuando llegan los alguaciles, los pronunciados se han disuelto ya, y han tomado tole, quedando solo en poder de la justicia el único que se hallaba bajo el de la verdulera, el cual si no consigue ganar el barlovento á sus conductores por medio de una rápida virada, fondea en la alcaaldía y es la víctima expiatoria de las propias y las ajenas fazañas, pero si logra evadirse, deja á los agentes de la municipalidad con un palmo de narices, y vuela al encuentro de sus bravos y gloriosos camaradas á quienes reclama la parte que le toca en el botín. Si se la niegan, hay un nuevo pronunciamiento, y él es el único que se pronuncia porque es el único que ha quedado *descalzado*, y es sabido que el que en un pronunciamiento no se calza, ó se calza de una manera que no satisface su ambición, queda siempre dispuesto á nuevos pronunciamientos.

Pero no son los mercados, donde hemos visto á nuestro protagonista confundido con otros héroes de la misma catadura, el lugar mas á propósito para tomarle las filiaciones. Veámosle en la plaza ó en el arsenal, cuando se halla el sol en su cenit, en aquellos momentos en que hasta nos compadeecemos de las piedras heridas por sus rayos de fuego; veámosle horas y horas tirando de las redes de los pescadores, sin mas recompensa que unas cuantas sardinias que las mallas han magullado; veámosle á la sombra de una lancha ó de un místico que están carenando, sentado en un cañon de hierro ó en una áncora de navio con una baraja en la mano, cuya fé de bautismo ó procedencia se pierde en los anales de la historia de los fulleros, y con unos cuantos cuartos que solo Dios sabe á qué legitimo poseedor los está guardando. Contemplémosle si es que sus continuas vueltas y revueltas no nos marean y consienten que fijemos en él nuestros rayos visuales, saltando de una á otra lancha, brincando entre las rocas del muelle y zambulléndose en el mar como un buzo, en busca de un aparejo que ha perdido un pacientísimo pescador de caña. Allí es, entre los cangrejos y los pulpos, donde se vuelve anfibio, donde sus manos y pies empiezan á curtirse y encallecerse, donde se hace insensible á los cierzos de enero, á los ardores de la canícula y á las humedades de todos los tiempos, y donde aprende las primeras nociones de esa gimnástica admirable con que nos ha sorprendido, recorriendo en un momento todas las cuerdas de la jarica.

Cuando una tempestad arroja en la playa los miserables despojos de alguna nave destrozada, y cuando el mar escupe con desprecio los deplorables restos que le regalau los turbiones y rios salidos de madre, vereis con qué avidez se clavan los ojos del pilluelo en todos los objetos que flotan sobre las olas, vereis como nadando les sale al encuentro y con qué sauge fria despoja de sus vestidos, si no se lo impiden los dependientes de sanidad, al cadáver del desventurado naufrago. Si Dios consultase sus filantrópicos deseos, diariamente habria un naufragio, y en verdad que motivos tienen para desealar igualmente las verduleras, porque solo dejan de vivir á su costa los pilluelos mientras pueden vivir á costa de las espantosas reliquias que les ofrecen las tempestades.

Tambien por muchas razones son los pescadores de caña enemigos del insigne personaje que me ocupa, al cual á menudo le da tambien la ocurrencia de ser pescador de caña. Mas para ser pescador de caña se necesita caña y el buen muchacho no tiene caña; pero cuando Dios dá para todos dá, y en esta ocasion, mi héroe es un sansimoniano perfecto, hay un pescador que tiene dos y sin su permiso el pilluelo se apodera de una. Ya tiene caña, pero además para pescar se necesita un aparejo, se necesita, cuando

menos un torzal ó bramante con un anzuelo, y un poco de plomo. El mismo que le proveyó de caña, ó otro, le proveyó sin saberlo de aparejo. Ya tiene caña y aparejo, pero además para pescar se necesita cebo. El mismo que le proveyó de caña ó el que le proveyó de aparejo, ó otro, le proveyó de cebo. Con que, ya se ha hecho sansimonianamente el reparto de bienes, ya tenemos á nuestro gallardo infanzon armado pescador. Se va á pescar á alguna distancia de sus proveedores, y pesca ó no pesca, de todos modos siempre ha pescado. Pero suongamos á todos los pescadores marrajos y escarmentados, y que sea de consiguiente su vigilancia superior á la perspicacia del pilluelo; y en este caso si alguno pesca no se va el pilluelo sin pesca. En lugar de pescar los instrumentos de pescar, pesca la pesca. Espia un momento en que el corcho absorba toda la atencion del pescador y cuando le observa en aquella especie de éxtasis que solo son capaces de comprender los pescadores de caña, con la sutileza y agilidad que le son características pesca en un instante la pesca que el pobre pescador le ha costado estar pescando todo el dia, y le deja desahogándose en los tristes soliloquios y horrendas imprecaciones que salen de su boca desde el momento en que echa de ver el incomprendible rescate de sus bien guardados prisioneros. Si no es pescador de oficio, sino de afición, no quiere irse á su casa *in abis*, porque teme las rechillas y burlas de su familia, y así es que primero pasa por la *pescadería* y le sucede alguna vez pescar con anzuelos de plata la misma pesca que habia antes pescado con anzuelos de acero. Y aunque esto no sea, tan preocupado se halla su espíritu, que no ve sargo, boga, ni mero que no le parezca alguno de los mismos que él habia tenido bien guardaditos en su cesta. Y tiene que comprarlos!

Hé aqui, pacientísimo lector, los preliminares del Grumete, el periodo de incubacion que sufre la larva antes de llegar á ser imagen. ¿Qué puedo decirte con respecto á su traje, prosopografía y demas caracteres que físicamente le distinguen? ¿Su género de vida no te ha revelado ya la desnudez de sus pies y de sus piernas, y las brechias de sus calzones, y los colgajos de su camisa tan fraccionada casi como el partido liberal? ¿Has visto en todo el tiempo que le estamos siguiendo la pista que se haya peinado una sola vez? ¿Le has visto una sola vez cortarse las uñas? Dejo pues á tu consideracion sus greñas y sus zarpas. Igualmente deseo que tu penetracion me releve de manifestarte cuál es el color de su cutis, expuesto á todas las intemperies, al viento, al calor, al frio, al relente de la noche, curtido, abrasado, quemado, y que se vuelve á curtir, á abrasar y á quemar todos los dias, todas las horas, hasta que el aire y la temperatura no pueden imprimir en él ninguna modificacion. Aquel color no tiene nombre; no pertenece á ninguno de los siete primitivos, ni á ninguna de las infinitas combinaciones de que estos son susceptibles. Los rayos del sol se han mezclado, se han identificado con todas las partes del pilluelo de playa; si su cuerpo se esprimiese, tal vez entre las tinieblas arrojaría luz.

En esta disposicion se encuentra cuando dá un adios á sus queridos camaradas y va á representar su papel en un teatro mas vasto donde le adquirieran mayor renombre sus talentos. El pollo ha adquirido ya dentro del huevo todo el desarrollo necesario; ahora es preciso que el huevo se rompa y que de él salga un Grumete ó cuando menos un presidiario. Mucho le gustan á mi héroe las hazanas del intrépido saltador de caminos, cuyo nombre circula de boca en boca, y se lee escrito en letras de molde en jícaras, romances y periódicos, y cuyas atrocidades y trágico fin son cantados por los ciegos, por los Homeros modernos, al son del violin y de la guitarra. Pero su corta edad no le da todavia las imponentes barbas con que ha de helar de espanto y de terror á los pasajeros; y por otra

parte la admiración que causan los grumetes cuando entran en el puerto le llena de una secreta envidia. Resuelve pues ser Grumete; pone en acción todos los medios que están á sus alcances para vencer los obstáculos que se oponen á sus deseos, y por fin se sale con la suya. Su agilidad y denuedo le recomiendan bien pronto porque el verdadero mérito se recomienda á sí mismo; por otra parte, su permanencia en la playa y su roce con pescadores y marineros le han instruído en los términos técnicos del arte, y esto es una gran ventaja. Ya es Grumete. El contramaestre le obliga á limpiarse y cortarse el pelo, y luego le dá un vestuario cuyas prendas consisten en una camisa de lienzo sumamente grosera con cuello azul, pantalones del mismo género que se sujetan á la cintura con una faja de algodón que es azul también, zapatos con muchas cintas, y una gorra de varios colores con un áncora ó con unas letras chillonas que publican el nombre del buque á que pertenece. Es inútil decir que necesita mas de dos días para acostumbrarse á este traje, sobre todo á los zapatos, de los cuales tarda mucho en hacer uso en sus ejercicios gimnásticos. Sin embargo, su uniforme le llena de orgullo, y excita la envidia de todos sus antiguos camaradas, entre los cuales se pasea por los andenes del puerto con ínfulas de maniísta superioridad. Antes de zarpar el buque, va á despedirse de los compañeros que tiene detenidos en la alcaidía ó en alguna casa de corrección, y con esto acaba de hacer desear á los pobres cautivos el aire libre de que se ven privados.

Aunque nuestro neófito está asaz acostumbrado á los movimientos de los buques, si arrecia el tiempo á los pocos días de hacerse á la vela, no deja de marearse mas ó menos. Pero el mareo se pasa pronto si no le tienen consideraciones. Al Grumete, aunque no pueda tenerse en pié, se le obliga con un rebenque á cumplir su obligación, y así es que en breve se vuelve indiferente á todos los balances por bruscos y por ingratos que sean. Aprende á sortearlos, y no le impiden en la mas desecha borrasca ejecutar con limpieza las difíciles y peligrosas habilidades de que solo él y un mono son capaces.

No se crea que al embarcarse haya dejado en tierra su mala índole y los perversos hábitos que contrajo desde que le destetaron. Conserva todavía una afición desmesurada á todo lo ageno; pero esta afición se quita bien pronto en un buque de guerra donde las lágrimas de arrepentimiento no enternecen á nadie, y donde las uñas tienen las nalgas por editores responsables. La infracción mas mínima del séptimo mandamiento se castiga con un cañon, que explicaré lo que es para que me entiendan los profanos. Se coloca al infractor de bruces en cualquiera de los cañones de labor ó estribor, y se le amarra ríamente de suerte que queda pegado al cañon como una lapa á la roca. Se le desatan los pantalones, y á discreción del comandante la tripulación le aplica los chicotazos suficientes para que por espacio de algunos días no pueda estar echado panza arriba. Se le suelta luego, y se le pone á disposición del cirujano ó del barbero del buque, quien le rehabilita en el uso de las asentaderas tan pronto como puede. Este remedio, que pertenece á la clase de los heroicos, está probado, y produce efecto tan maravilloso y radical que raras veces tiene lugar la recaída. Si en lo sucesivo se enamora el muchacho de los bienes del prójimo, las uñas se asesoran inmediatamente con las nalgas, tienen con estas un rato de conferencia, y mis lectores pueden adivinar facilmente cual es el dictámen de las pobrecitas. Un buque no es como un mercado, donde se evoluciona como se quiere, y la extensión del terreno favorece la retirada. Bien pronto conoce el Grumete esta notable diferencia entre la topografía del terreno que pisa y la del antiguo teatro de sus escursiones.

Al noble cargo de Grumete casi siempre van uni-

dos el de ayudante del cocinero y asistente del comandante y de los oficiales. Este último le grangea algun influjo y hasta cierta familiaridad con los señores de popa, quienes obligados á no ver mas que las fisonomias salvages de los marineros, miran con una especie de interés las facciones siempre mas dulces de un chiquillo. Con esto el Grumete, además de poder pasearse del alcázar al castillo, de la cámara del comandante á la de los guardias-marinos, de la bodega al sollado y de la batallola á los topes, no se ve tan expuesto á la cuaresimal abstinencia que aflige á los demas marineros; pues se puede alimentar con las sobras y relieves de la mesa de los oficiales. Su roce continuo con los que mandan le da una especie de jurisdicción sobre los que obedecen, á cuyos ojos se hace odioso con su empeño de parecer grato á los de aquellos. En efecto, para aparentar un extremado celo, el Grumete se vuelve chismoso, enredador y soplon, y se convierte en una especie de agente secreto de policía. Los marineros le aborrecen, pero le miran porque le temen. A pesar de esto y de todas sus precauciones, tienen en él un fiscal que presenta á cada paso una denuncia ó una acta de acusación que le vale á algun infeliz marinero unos cuantos chicotazos cuyos cardenales se borran mucho mas pronto de la piel que del corazón. Maquina la víctima proyectos de terrible venganza, aguarda una ocasión propicia en que poder ejercerla, y entonces ¡ay del Grumete! un día ú otro al lado de su delator tomará rizos ó aferrará un juanete, y cuando esta ocasion llegue, le empujará prevaleiéndose de su fuerza, y le servirá de escandallo para sondear la columna de aire que media entre la verga y la cubierta. Esta es una de las trájicas catástrofes con que termina el Grumete su gloriosa carrera.

Pero no faltan ademas otras muertes igualmente dignas de su vida. Alguno perece al llegar á la América en brazos del *tifus icterodes*; otro es víctima de una herida que se abrió con una astilla ó con el roce de un cable, y dejándola abandonada se le encontró, y le sobrevino el tétano ó el *pasmo*; otro distraído y precipitado se enhebra por la escotilla y se cuelga hasta el último pañol; otro, en fin, es regalado á un tiburón por un golpe de mar que barre la cubierta. Mas no todos mueren en el ejercicio de su noble profesión. No pocos apenas dejan de ser grumetes lamentando los extravíos de su vida pasada, se arman de un chinchorro y de una lancha, y convertidos en pescadores, viven pobres, pero independientes y honrados. Muchos, al contrario, echan de menos los atractivos y borrascas de sus primeros días, y de nuevo emprenden la carrera del crimen ó, por mejor decir, la empiezan en el punto donde la habian dejado, y se convierten en piratas, negreros ó contrabandistas, distinguiéndose como *hombres de proa* por su inteligencia en las maniobras, su intrepidez en las tormentas y su ferocidad en los abordajes.

Concluiré diciendo que tampoco faltan en algunos barcos mercantes chiquillos ágiles y traviosos que sirven á la mesa al capitán y á los pilotos, asisten á los pasajeros y cuidan á los mareados. Pero estos son mas bien parodias ó, cuando mas, variedades del tipo, que verdaderos grumetes. El Grumete genuino es característico de los buques de guerra, tiene señalado su puesto en los combates y mira con desprecio á los de los buques mercantes que usurpan su nombre. Desgraciadamente este tipo en España va desapareciendo al igual de su marina, con cuya suerte está tan intimamente enlazado, y de temer es que desaparezca de todo, si pronto los españoles no nos acordamos de que tenemos una patria, y de que en la actualidad las consideraciones de toda nacion son principalmente debidas al número de sus buques de guerra.

A. RIUOT Y FONTELÉR.

EL CONTRABANDISTA.

CARGA pesada se echa sobre sus hombros quien intenta pintar un tipo tan general, tan diverso, tan multiforme, pero al mismo tiempo tan profundamente original como aquel cuyo nombre va al frente de este artículo. Por de contado que la obra sería enteramente imposible si se hubiesen de representar las diferentes variedades del Contrabandista español, y hacer mención de todos los hábitos, mañas, arterias con que se sustenta y vive á costa de la hacienda pública y del comercio de buena fé. El contrabando se propaga tan maravillosamente en nuestro suelo, gracias á cierto abono que llaman *Arancel* de una virtud sin igual, que describir la marcha y los progresos de esta planta indígena, sería retratar la historia de toda nuestra administracion pública y privada, de todo cuanto se dice y hace el ramo de las rentas públicas. ¿Adónde iríamos á parar si hubiésemos de explicar uno por uno el *Contrabandista-ministro*, el *Contrabandista-embajador*, el *Contrabandista-indendente*, el *Contrabandista-escribano*, el *Contrabandista-oficial*

de rentas, el *Contrabandista-general* el *Contrabandista-carabinero* y los otros individuos de este nuevo género del reino vegetal que se le escapó á Linneo, y que merece sin embargo llamar la atencion de los hacendistas botánicos? Vamos, pues, á reducir la cuestion á fin de proporcionarla á nuestras débiles fuerzas, y concretémosnos especialmente á describir uno de los tipos principales del Contrabandista español, el del Contrabandista por excelencia, el del Contrabandista andaluz.

Carácter extraño y singular por cierto es el que le distingue. Valiente y cobarde á un tiempo, religioso é impío á la par, ya socorre al infeliz que encuentra desvalido y sin apoyo, ya roba sin escrúpulo cuanto puede si se le presenta una buena ocasion. Si su oficio, como todos saben, es defraudar la Hacienda pública, en cambio no hay quien pague con mayor puntualidad impuestos (que no sean derechos de aduanas). El Contrabandista es ademas buen padre, y afecta por lo comun ser buen marido al lado de su esposa; pero cuando corre los montes y vericuetos en sus expediciones, nunca escasea el dinero para jugar á los naipes ó gozar los placeres del bello sexo. Su con-



El Contrabandista.

dicion, en fin, es una mezcla de las cualidades mas opuestas y una amalgama de las mas encontradas costumbres.

El Contrabandista que aquí retratamos, es solo uno de los individuos del género, porque se conocen bajo el mismo nombre otros muchos consagrados al mis-

mo ejercicio, y cuya cooperacion es tambien indispensable. Entre aquellos, sin embargo, que hacen el contrabando ninguno se expone por lo regular mas, ni gana menos que aquel que trasporta los géneros ilícitos de los depósitos de fuera á los almacenes de dentro del reino, y este es el Contrabandista de que habla

mos. En desquite ninguno tiene una fisonomía tan característica, ni ofrece mayor materia al estudio. Vamos á referir las bases y vicisitudes de un contrabando que se introduce, y con esto quedarán perfectamente explicadas las especies del Contrabandista que nos importa apuntar. Empezaremos por el Contrabandista en comisión, por el Contrabandista por medio de su capital, por el Contrabandista en este ramo de industria es á los demas lo que el fabricante es al simple trabajador, lo que el capitalista holgazán es al no capitalista laborioso, y forma lo que pudiéramos llamar la aristocracia del contrabando; aristocracia que, si no se funda en títulos muy honrosos, vale á lo menos tanto como otras aristocracias que no pueden alegar los mejores. Figúrense nuestros lectores que se trata de emprender una operación del oficio, es decir, de hacer una remesa de excelentes percales, muselinas, pañolería, y magníficos cigarros; la primera operación de nuestro honrado defraudador de la Hacienda, es pasar al ayuntamiento por un pasaporte para que nadie le pueda poner impedimento en su viaje sin fundado motivo. Sabido es que estos documentos son siempre un embarazo para los pícaros, y una garantía para los hombres de bien, con lo que queda explicada la pérdida de nuestro hombre.

Claro está que se le ha de conceder sin réplica, sobre todo, cuando se sabe que no le faltará al alcalde el vestido para la señora alcaldesa, ni al secretario el mantón para su mujer; ni el pañolillo para la chica del maestro de escuela. Para abreviar trámites, el pasaporte no se da directamente para Gibraltar, centro de operaciones de los contrabandistas de toda la Andalucía, parte de estremes y manchegos, sino para uno de los pueblos limítrofes, como lo son San Roque, los Barrios ó Algeciras. Va vez allí nuestro héroe sabrá muy bien componérselas.

En esto de buenos servidores no hay gobierno en la tierra que pueda hablar mejor que el nuestro. Los del campo de Gibraltar son un modelo por todas razones. Otros que estuviesen menos ilustrados sobre sus verdaderos deberes, pondrían tal vez dificultades á que pasase á aquella plaza una persona que á ciencia cierta saben que es contrabandista; pero ellos conocen demasiado bien las ventajas del comercio para no desear que se haga el mayor posible, bajo cualquiera forma, y maldito el reparo que encontrarán en facilitar el pase necesario, mediante veinte y ocho, treinta y seis, á cuarenta reales vellón, según la distancia que medie del pueblo del Contrabandista á la línea del campo de Gibraltar; mas para el tesoro público reduciéndose cualquiera de estas cantidades á cuatro reales, y se le marca en la licencia como vecino de uno de los tres puntos indicados. Es muy justo que la Hacienda pague lo que va á ganar con la ocasión que proporciona. Gracias pues á los empleados del Campo, el Contrabandista pasa la banqueta con su papeleta en el bolsillo, recorre el campo neutral y llega á la línea inglesa y de esta se presenta en la casilla de los inspectores, donde nunca faltan agentes de todos los almacenes, dispuestos siempre á salir fiadores de cuantos llevan negocio de contrabando, le facilitan por fin la entrada en Gibraltar.

Quien desee ver la imagen exacta del enredo y del tumulto mercantiles, no tiene mas que dirigirse á aquella ciudad. Gibraltar es una pequeña Babel donde se hablan cien leguas diferentes para enzarzarse de cien maneras distintas. Ya se ve á un judío queriendo embaucar á un cristiano, encontrándose con que este es en sus tratos mas hebreo que Moisés. Ya se observa á un tendero charlatan haciendo esfuerzos inauditos por vender una pieza de percal averiado, y al comprador consentir en recibirla para poder despues llevarle media tienda á crédito; ora se oye á un ingles avinagrado maldecir de la España y de los españoles y no conoce, sin embargo, otra moneda mas

agradable á sus ojos que las peluconas y los duros columnarios; ora se advierte á un genovés asqueroso, y mugriento que viene á ofrecer cien quintales de tabaco labrado, y otro tanto en mazorcas, ó lechugas; aquí otro genovés, ingles ó turco, que tiene veinte pipas de Virginia, y mil corachines que á pesar de estar podridos los propone como frescos y de buena calidad. En medio de esta barahunda anda el Contrabandista entretenido varios dias en sus compras hasta que hace sus cargas, muchas veces entre los improprios de los judíos, mercachifles á que se contenta replicar con unas cuantas tremendas y baladronadas, como quien dijera *si te pillára en España....* esto divierte á los espectadores; y mi Contrabandista reserva para mejor ocasión sus valentías, pues en este sitio cuesta muy caro el hacer el menor uso de ellas.

Ya está corriente por último el avio, y solo faltan que comprar las frioleras de encargo para cumplir con los amigos que pudieran hacer mucho daño, y que no lo hacen. Aquí se presenta la segunda operación del contrabando; á esta interviene un nuevo personaje que se le conoce por el nombre de corredor, y que por la naturaleza de sus funciones tiene que ser al mismo tiempo un temeron, un perdonavidas y un hombre de confianza. Para llegar á esta dignidad es preciso haber hecho algunas hazañas en España, tres ó cuatro muertes, por ejemplo; no importa ni la manera ni el motivo por que se hicieron, lo esencial es que sean muchas, y esto le sirve de recomendación para entregarle doscientas ó trescientas cargas de géneros que garantiza poner en el parage que se le designe bajo su responsabilidad, pagándosele en premio un tanto mas ó menos sabido por cada carga, según el riesgo y el valor corriente de los seguros y fletes. Con esto ha concluido la misión de nuestro viajero en Gibraltar, y da la vuelta para su casa á esperar allí el resultado de sus negocios, de la cual sale tan luego como tiene aviso de nuestro nuevo personaje, es decir del corredor.

¿Tendremos necesidad de decir que hace este viaje con la misma felicidad que el primero y sin encontrar mas tropiezos que el camino? Salí por la puerta misma que entré; llega al pueblo de la línea para donde lleva el pasaporte; este prevenia que le presentara en todos los pueblos donde pernoctase, pero no habiéndolo hecho en ninguno de los quince dias que permaneció en Gibraltar, pudiera venirle de aquí algun embarazo, si alguna gratificacioncilla no lo allanase todo poniéndole al respaldo: «Ha permanecido y sale para....» Con el objeto de ahorrarse ademas dimes y diretes, tiene buen cuidado de sacar un par de pesetas en cada uno de los destacamentos de carabineros que encuentra al paso, y que no le piden el pasaporte porque saben de dónde viene. Por la propia razon no le registran las alforjas ni el aparejo del caballo, cortesía que no deja nunca de ser pagada con unos cuantos puros de superior calidad. De este modo acaba de recorrer toda la costa, hasta que llegado al pueblo de su vecindad aguarda tranquilamente el resultado de su negocio, bebiendo, fumando y jugando, pero haciendo por otra parte una vida sosegada y tranquila. ¿Qué es lo que podría temer en efecto? ¿La pérdida de sus cargas? Pero estas las tiene aseguradas hasta ponérselas en el cargadero, y si hasta su venta corren algun peligro, mayores son los riesgos que pesan sobre el fabricante ó sobre el armador. Que el uno pudiera conjurar una crisis comercial ó el otro un viaje perdido con la misma facilidad que el Contrabandista los quebrantos de su oficio, y veríamos si ambos no se considerarían completamente dichosos. Desgraciadamente para ellos, no todos los obstáculos se parecen á la vigilancia de un comandante de carabineros, que teniendo una inclinacion admirable para dormirse al ruido de

la plata, hace la posición del productor del género «contrabando» mas ventajosa que la de todos los productores de la tierra.

Mientras que el afortunado comisionista descansa de sus fatigas entreteniéndose en calcular sus ganancias, entra en juego la plebe de los contrabandistas, los obreros que concurren mas directamente á crear el producto, y que llevando sobre sí todo el peso del trabajo se lleva sin embargo la peor parte del beneficio, cuando las cárceles ó los presidios le dejan libre, ó alguna escarriada bala de pantomímica escaramuza los le saca de esta vida. Estos son, como hemos dicho, no contrabandistas mas interesantes. Cuando están de huelga ó en alguna expedición, pasan ordinariamente en la taberna (donde nunca faltan sifides de navaja en el pecho). Al apuntar alguna carta, bien á la banca, ó cané, dicen: «*la peesta va poesta já, que tereta los sacais mas oclayes que la majari dun-divel*» ay está: *trinquelo sume y apande los jayes en el foso; ay saré caracalané díñeme un chupendo y vamos á ever*. De esta inocente diversion se pasa despues á otras, no menos inocentes, teniendo ya los estómagos bien reforzados de sendos vasos de vino, dirigiéndose mutuamente expresiones ya picantes, ya chocarreras, las mas veces chistosas, en que el carácter andaluz abunda, como asimismo de pendenciero, jaquetencioso y charlatan; pero siempre vivo y alegre, lo cual le hace resaltar notablemente. A cada instante parece que se van á echar fuera las tripas, y en el momento todo se vuelve humo, hojarasca y palabrería. Esta existencia dura hasta tanto que se recibe aviso de estar el alijo pronto en la costa, en cuya época cada cual se pone en movimiento y se prepara á salir. Véase como pasan las cosas.

Dejemos al corredor de los contrabandistas encargado en Gibraltar de hacer llegar las cargas á su destino. Este hombre, despues de haber formado su cálculo bajo la base de diez cargas mas ó menos, busca uno de los buques destinados á este tráfico, y le fleta de su cuenta. Estos buques no faltan nunca en aquella plaza, pues hay muchos que no hacen otra clase de viajes. Antes, y á su oportuno tiempo, ha cuidado ya de mandar un pliego cerrado, ganando horas, al comandante de carabineros, del punto en que se ha de hacer el negocio, diciéndole el día y sitio del alijo, y con la contestación que gracias á lo estipulado del tanto por carga raras veces deja de ser favorable, es decir, que responde no encuentra inconveniente en dejar obrar en paz, con cuya noticia mi buen corredor empieza la operación de su embarque, y se preparan con anticipación los porteros, nombre que se da á los que con sus bestias conducen las cargas á la parada, así como los *cargueros*, que son los que conducen desde el rebalaje los tercios á hombros, hasta el cargadero.

El día del desembarque se observa un movimiento extraordinario en el pueblo interesado; en todo el día no se ven mas que grupos de hombres á caballo, que de diferentes puntos llegan, y que todos se dirigen á un lugar determinado donde se reúnen á las inmediatas órdenes del corredor ó de uno que hace cabeza entre ellos. Esta reunión se llama el *aguardo*. Luego que llega el momento critico, el comandante de carabineros pasa aviso al de los contrabandistas, y puestos ambos gefes de acuerdo, dan principio á sus respectivas maniobras. El primero empieza demostrando su fidelidad al gobierno á quien sirve, mandando su gente á punto opuesto al teatro de las operaciones, mientras que el segundo al frente de la suya, la guía al parage donde ha de arribar el buque. Es preciso advertir que hasta este momento nadie tiene conocimiento de él, fuera del capitán del barco y de los dos gefes terrestres. Por fin, se advierte en el mar una señal, y si es la convenida anticipadamente en Gibraltar, todo el mundo se pone á ocupar su puesto.

Entonces principian las lanchas á aproximarse á tierra, y á pedir la contraseña, y cuando han convenido, principia el alijo. Sanciónale muchas veces la presencia del capitán de carabineros que concurre acompañado del hombre de su confianza, con el objeto de contar las cargas ó inspeccionar de qué son, pues hay una distinción para el pago, de las que son de tabacos, á las que son de ropas: hecho en su totalidad el alijo, el barco se hace á la vela, y el comandante de carabineros se retira por el rebalaje, con el objeto de indagar si algun cabo ó sargento ha podido penetrarse del suceso, para si un día hay algunas resultas cargarle el muerto á aquel infeliz, en aquel negocio inocente. Entre tanto nadie fuma ni respira porque los destacamentos vecinos no se impongan de lo que se está haciendo. Para reducir la gente á silencio, no faltan nunca palos, y los gritos del corredor que recorriendo con su caballo la línea hace las funciones de un general en jefe. La maniobra de cargar produce una confusión extraordinaria. Aquí cae un caballo, allí se levanta un hombre; este abre una sara de tabaco y esconde lo que puede; aquel agarra un fardo de géneros y lo hace propio; en este sitio falta gente para cargar, en aquel sobra; y suele tambien haber quien se introduzca de fuera, y que al favor de la oscuridad desaparezca con alguna pacotilla, ó con algun fardo. En medio de este desórden viene el día, y los contrabandistas marchan á la parada, ó punto de entrega, donde se hallan ya los dueños del contrabando, y cada cual se hace entrega de su hacienda, distinguiéndose las cargas por números ó marcas que cada uno puso en Gibraltar para evitar equivocaciones. Entonces cesa la intervención del corredor que hasta aquí responde de cualquiera falta ocurrida en la baraunda del alijo, y en este concepto no ha abandonado los géneros un momento, volviéndose en seguida á pagar su seguro si es que no lo pagó en la playa, que suele suceder cuando el comandante de carabineros es novicio, ó desconfía del corredor; de una manera ó de otra cumple religiosamente con los servidores de la Hacienda pública, y regresa á su casa donde espera los avisos de otros parroquianos como los que acaba de servir, y marcha de nuevo para Gibraltar á emprender una nueva operación.

Tenemos ya entregados de los géneros á nuestros contrabandistas, que hacen su expedición marchando en caravana nocturna, y haciendo alto de día en las cortijadas, y muchas veces en los pueblos, *para que nadie los vea*. Las justicias del tránsito protegen con el mayor celo á los expedicionarios que pagan por ello la cantidad designada en Arancel; este dinero se reparte entre el alcalde, el comandante de armas, si lo hay, el estanco y demas comparsa. Bajo esta seguridad prosiguen su camino hasta llegar al vendedor donde termina la expedición.

Las mas veces llegan con toda felicidad y sin encontrar el mas leve tropiezo. Otras, y son las menos, tienen lo que ellos llaman un *encuentro*, que es cuando dan con alguna partida de carabineros ó tropa que no esté comprada. Suele en estos casos traharse el combate; pero si encuentran resistencia, lo que no es frecuente, cortan las sogas, tiran las cargas y salen de huida, quedando el suelo sembrado de escopetas, sombreros, mantas, alforjas y otros efectos. Su interés en estos casos es salvar, como ellos dicen, el bicho; pero no siempre tienen que venir á este extremo. Casi siempre hay composición, y sacrificando unos cuantos duros y algunos regalillos... continúan tranquilamente su marcha hasta los pueblos de la campiña donde hacen su venta; los mismos estanqueros les compran sus mercancías para expenderlas de su cuenta, contando con la tolerancia del comandante de carabineros, escribano de rentas, y subalternos de la ronda establecida en la población.

Suponiendo que nuestro Contrabandista haya evi-

tado todos los riesgos, y que, cogido *in fraganti*, no haya muerto en un tiroteo, ó tenido que purgar en una cárcel ó en un presidio el mismo delito que los empleados de Hacienda expian cobrando sueldo del Erario, se encuentra ya libre de zozobras por algunos días, y en esta feliz disposición de ánimo se resituye á su hogar contento y satisfecho, y bien provisto el bolsillo. No deja en este intermedio de consagrar algunos días á la vida solaz y festiva; siempre, siempre de buen humor, no hay pueblo en que no haga su pequeña estancia para visitar á su *ja ó* querida, mandando de vez en cuando al compadre por una poca de *bebía*, y quedándose entre tanto con la comadre.... «So endinote, le dice esta, tioste malas paltias, que » el viaje pasao no quisoste paeser poaqui. » «Quitoste » sol real salero, le responde, esas son cluecas que » mestaste diñando; ea, ya saboste que la camelo... » Con lo que se quedan los compadres en una paz octaviana, y cuando vuelve el marido se remoja y habla y pelitos á la mar... Se despide mi hombre y hasta otra vuelta. Lo mismo van haciendo por todas partes hasta llegar á su casa, donde guardan la formalidad de un cartujo delante de su mujer y de sus hijos, ante quienes no querrian aparecer mal padre ó mal esposo por todo el oro del mundo.

El Contrabandista hace por lo comun grandes provechos, y sin embargo de esto muere pobre y miserable, porque lo que gana ó lo gasta en comilonas y borracheras, ó lo pierde de una vez al juego, ó se queda, como suele decirse, entre músicos y danzantes. Fuera del Contrabandista en comision, de que hablamos al principio, todos los otros hacen en general una vida desastrada, que los placeres vienen solo á animar de vez en cuando. Frecuentemente parau en ladrones ó bandoleros para cuyo oficio el contrabando es una excelente preparacion. Y mientras tanto, los funcionarios civiles y militares, los comerciantes, los mercaderes, todos cuantos participan de los beneficios del Contrabandista, terminan tranquilamente su existencia sin que los presidios los amenacen y los azares de la profesion los alcancen casi nunca. Ninguno, pues, mas digno de compasion, ninguno cuya suerte deba inspirar tanto interes entre todos los que sin llevar el mismo nombre hacen el contrabando.

JUAN JUAREZ.

EL SENADOR.

HAY un artículo en la Constitucion política de la monarquía española que dice lo siguiente: «*El número de los Senadores será igual á las tres quintas partes de los Diputados.*»

Desde luego sabrá nuestro lector sin mas explicaciones sobre este punto, que el Senado se compone de 143 notabilidades, que las leyes y el pueblo designan con el nombre de *Senadores*. Pero lo que en verdad no habrá llegado á su noticia, y lo que es de grande interés, si no para la causa pública al menos para el conocimiento exacto de la sociedad del siglo presente, es la fisonomía particular de un español elevado por la voluntad del pueblo y eleccion de la corona, á dignidad tan esclarecida. Nosotros, pues, que nos hemos propuesto enterar á los hijos de Peñayo, de todas las categorías y de todas las gentes que bullen y se revuelven, se agitan y se levantan, se bambolean y se desplomán, no hemos querido dejar para mas adelante la pintura fiel del hijo del pueblo y del ahijado del trono que lleva el nombre de *Senador*; nombre, dicho sea con perdon de las Cortes constituyentes, exótico en esta tierra de próceres y de procuradores. ¡Un *Senador*! Hé aquí el objeto de

este artículo, cuyo tono, si no punzante y festivo, será al menos mesurado y decoroso, como conviene á nuestros principios de escritores comedidos, y al alto respeto que se merece una dignidad que despues del trono, del gobierno, de los ayuntamientos, del Congreso de Diputados, de la revolucion y del pueblo, ocupa el lugar mas distinguido en la escala de las categorías políticas. Así lo entendemos nosotros en la poquedad de nuestro talento y en la rigidez de nuestra conciencia. Nos explicaremos.

Inútil nos parece, por de pronto, referir minuciosamente el origen de una institucion, porque así nos cuadre llamarla, que tal vez se pierda en las primeras páginas de la historia de los pueblos. Bástenos saber que creció vigorosa y robusta en la conjuracion de *L. J. Bruto*; que en los tiempos de *Ciceron* y de *Trebatius Testa* daba maravilloso impulso á las legaciones republicanas; que reducía á la humilde condicion de esclavos, con la ley de su voluntad vencedora, á pueblos distantes y belicosos; que los emperadores romanos domaron despues el orgullo de los patricios que se pavoneaban con el manto senatorial, y que algunos de los Césares, de costumbres poco buenas y de instintos brutales y vergonzosos, se atrevió á decir de los padres de la patria, lo que en tan elegantes versos ha reproducido despues de la manera siguiente, el célebre poeta *Dumas*.

«Les Sénateurs

»Sachant de mon cheval le merveilleux merite,
»Sont venus l'autre jour lui faire une visite;
»Le president alors á ce noble animal
»A dit un long discours et qui n'etail pas mal;
»Mais atquel, á défaut d' avoir apris le nôtre;
»Nous n' avous pu, ma foi, répondre l'un ni l'autre.»

Andando el tiempo desapareció el senado romano de entre la lista de los gobiernos y las conquistas de la república se perdieron en la marcha civilizadora del imperio; y los festines y grandezas de los emperadores, y sus palacios de mármol y granito, y sus bañales y sus sacrificios acabaron por sepultarse en el mar de sangre inocente con que los mártires cristianos robustecian el dogma de la religion católica; dogma perfumado con las rosas de Jericó y las palmas de Jerusalem, y cuya verdad y grandeza sellaba con su muerte el Crucificado.

¡Así las generaciones futuras paguen su tributo de admiracion y respeto á la gran ciudad de los Césares, convertida hoy en religiosa basilica de los Papas! ¡Así imiten en este punto nuestra humilde conducta! ¡Salud conquistadora del mundo! Las reverentes oraciones de la Iglesia, la huella ensangrentada de tus invasores, y la severidad del claustro sucediendo á la pomposa magnificencia de tus gentílicas ceremonias, no podrán borrar de la historia de los pueblos tus hazanas, ni de la memoria de los hombres tu grandeza! ¡Salud, tribuna popular en que resonaba ardiente y robusta la voz de *Marco Bruto*! ¡Salud, pueblo de Sila y de Pompeyo, de Augusto y de Neron, de Virgilio y Quintiliano, teatro inmenso de crímenes y virtudes, de nobleza y de bastardías, de humillacion y de poderío! ¡Gloria al Senado! No confundas, lector querido, el Senado de Roma con el Senado español; este es naturalmente apático, y de condicion pacífica y bonachona.

Si desde aquí lanzamos una mirada sobre el resto de esa tierra sembrada de flores, de recuerdos de gloria y de poesia, «*Che l' superbo Apennin segna é di parte,*» tropezarán nuestros ojos con el leon de San Marcos y la orgullosa ciudad que tiene su asiento al pié del Adriático. No penetremos en los oscuros rincones de la historia de ese pueblo, ni leamos una sola página de las muchas que componen el libro de su Senado. ¡Tambien hubo en Venecia un Senado misterioso pero fuerte, injusto pero grande, que ostentó

taba en sus banderas el signo de la Cruz y que humilló mas de una vez sobre el indómito piélagos de los mares la selvática arrogancia de la media luna! ¡Salud, Senado de Venecia! ¡Nunca levantarán nuestras manos los ropajes ensangrentados de tus jueces, por mas que debajo de ellos se escondan las glorias de Damieta y los grillos de Ferrara y de Róvena!

Otro Senado tenemos nosotros que puede apostárselas con cualquiera de los anteriores; es verdad que no ha dado todavía señales de vida en ninguna ocasion y eso que estas no han faltado, pero él las dará, que todo no ha ser callar, aunque al buen callar llaman Sancho. El Senado español, que no es Sancho ni puede serlo, porque tiene mucho de discreto y poco de villano, ha de hacer con el tiempo una magnífica ostentación de sus fuerzas, y del maravilloso influjo de su prestigio. De este Senado, pues, lector querido, y de estos *Senadores* hemos de hablarte, sin temor de que nos desmientan, porque hartas pruebas tienen dadas de que no se atreven á decir: «Esta boca es mía.»

Has de saber primero, que para llegar á tan sublime dignidad se necesita, además de la elección del pueblo y nombramiento de la Corona, como antes indicamos, tener cuarenta años cumplidos, 30,000 rs. vn. de renta, y ser ciudadano español en el libre ejercicio de tan hermosa prerogativa. No te asustes, lector mío, por la última cualidad. Esto de ser ciudadano español es cosa fácil en el día. Algun resultado positivo debía proporcionar á las gentes el triunfo del partido parlamentario. No importa que se violen las leyes del decoro y de la dignidad nacional; nada significa que el Gobierno se tome facultades que las pragmáticas no le conceden: de una plumada hace un ciudadano español; y así como le viste á su antojo de diputado, puede encajarle, si mejor le cuadra, el ropaje de los *Senadores*. Tú habrás creído para tí, como creyeron otros en épocas menos ilustradas que las nuestras, ser bueno y ajustado á los sanos principios de gobierno que el elemento moderador de la máquina del Estado representase el saber, ó los servicios eminentes prestados á la causa pública, ó la limpieza del nacimiento y distinguida alcurnia de las razas, ó la aristocracia, en fin, mas envidiable por cierto que otras aristocracias, de las grandes posiciones financieras. Pero esto tenia graves inconvenientes. El primero, el insostenible de que viniera á ser el Senado una Cámara hereditaria, si al nacimiento se atendiera; y el segundo, si los otros extremos fuesen una ley votada en Cortes, que no pisarian jamás las alfombras del salon de doña María, muchos de los que hoy son el ornamento del Senado y la esperanza de la patria. Así que nuestros sábios legisladores dijeron, si no para su capote, que mas valiera, «formemos un Senado de elección popular, porque el pueblo, como sábio que es, debe entender de todo, y dejemos á la corona la libre elección entre los elegidos del pueblo.» De aquí nace la homogeneidad de los Diputados y de los *Senadores* en las opiniones que sustentan y en la marcha política que se proponen seguir. De aquí resulta muchas veces el gran ejemplo de moralidad que se da al pueblo cuando los *Senadores* aprueban unas actas y los diputados las desechan: cuando los primeros dicen: «el Gobierno es justo,» y los segundos «Estraidor.» Bien es que los últimos están acostumbrados á ganar en la contienda, porque apelan á la educación constitucional de los no electores y sublevan las provincias, pero lo hacen siempre en nombre de la Constitución y de las leyes que tienen por un crimen cualquier atentado contra el Gobierno establecido y esto basta. El derecho de insurrección es una prerogativa de los pueblos libres, y los pueblos pagan el beneficio de tan santo privilegio despedazando uno de los mas importantes artículos de la misma ley, que tan estimable derecho les concede.

ARTÍCULO 19. «Cada vez que se haga elección general de Diputados, por haber espirado el término de su encargo, ó por haber sido disuelto el Congreso, se renovará por orden de antigüedad la tercera parte de los *Senadores*; los cuales podrán ser reelegidos.» — El Senado ha sido renovado en su totalidad.

Ya ves, lector querido, que la cualidad de ciudadano español es fácil de lograr, que no es difícil ser elegido y nombrado *Senador*; que el Senado no representa el saber, ni el nacimiento, ni la riqueza; y que de todas las circunstancias que la ley reclama, la única que en pié queda es la de la edad, porque la de la renta, podemos asegurarte que cualquier amigo te proporcionará 30,000 rs. negativos, que hacen en el Senado el papel de positivos. ¡Algun *Senador* conocemos nosotros de este género! Quede, pues, asentado, que para ser *Senador* no se necesita mas circunstancia importante que la de tener «40 años de edad.»

¡Cuarenta años de edad! Esta garantía vale poco; los pueblos han conocido la verdad de esta proposición, y procurado enmendar el desacierto de sus legisladores, buscando en la experiencia, que siempre á los años acompaña, la salvación de tantos intereses en esta revolución creados, y en el triunfo de esta revolución comprometidos. Así que, puedes asistir á la asamblea de los *Senadores*, sin temor ninguno de que las virtudes emponzoñen tu sangre. Lanza una mirada escudriñadora por aquellos bancos inmóviles como sus dueños, y una onza te doy por cada uno de los ojos senatoriales que estén mirando al techo del augusto recinto. Miralos bien; los párpados superiores se desploman sobre el inferior; la encorvada cabeza descansa sobre el pecho, la mano temblona apenas tiene fuerza para llevar un polvo á la prolongada nariz, y la blanca y espaciada calva es un testimonio solemne de la profunda reflexion en que dormitan. Aunque asistas diariamente al Senado, nunca tendrás el gusto de ver reunidos á todos los *Senadores*. El *Senador* necesita baños en el verano, y estufas y chimeneas en el invierno. El *Senador* es de constitucion tan delicada como el vidrio; cualquier golpe le hace polvo, cualquier vientecillo le quiebra. ¡Achaques de la vejez! El *Senador* gasta por lo regular coche, porque las piernas le flaquean. La gota es enfermedad de ricos y de viejos. Un *Senador* sin gota es un revolucionario sin cabeza. Un *Senador* sin cabeza es moneda corriente. La gota y el coche son las mejores y mas bien templadas armas del *Senador*. Pero como no todos lo tienen, puedes sin recelo alguno asegurar á tus amigos, que el *Senador* debe tener por lo menos gota ya que no tenga coche.

Prosigamos, lector paciente, con calma y serenidad en el análisis de este tipo nuevo de la sociedad española, como nacido en el año de 1836. Nosotros creemos, y con algun fundamento, que el *Senador* no debe pensar, y así lo ha creído tambien el *Senador* y sigue al pié de la letra tan saludable creencia. El *Senador* no piensa. Demostracion al instante. Su historia nos proporcionará pruebas irrecusables. ¿Y de qué le serviría pensar? Nadie se cura de lo que dice; nada importa lo que hace. Parémonos un instante en la revolución española. Nace la Constitución de 1837, y por cierto que ya hemos enterrado su cadáver de seis años, y nace con ella el *Senador*. Fórmase un ministerio parlamentario: este ministerio cae, á pesar del Senado y del Congreso cuyas mayorías le sostienen, y el Senado y el Congreso callan. ¡Y callaron, porque no pensaban! Desmanes de gran tamaño hicieron notables los años de 39 y 40, y el Senado calló, y calló porque no sabia pensar. Llega la cuestion de regencia y el Senado medita un poco tan enmarañado asunto y lo equivoca. ¡Entonces sí que pensó! Puede exclamar con nuestro *Guzman* en una comedia moderna. «El no tuvo mas que un encuentro en su vida,

pero se portó.» Corren los tiempos, la revolucion crece y el Senado calla, porque no piensa. Arrójase indebidamente de las sillas ministeriales al gabinete Lopez, y el Senado piensa y habla, y le silban y le apedrean, y el país no le hace caso y responde con una magnífica revolucion á sus palabras. ¡Siempre Don Desiderio! Triunfa la revolucion y el Gobierno pone á los Senadores la cuenta en la mano y se van sin hablar, porque no piensan. Y hace bien el Senador en no pensar, porque nadie le entiende, y porque

él mismo no se entiende. De todo lo cual sacamos nosotros la consecuencia, lector querido, de que siendo el Senador *despues del trono, del congreso, de los diputados, de los ayuntamientos, de la revolucion, del gobierno y pueblo, la mas distinguida dignidad en la escala de las categorias políticas*, el Senador no debe pensar, porque nunca ha pensado á tiempo, ni ha hecho lo que mas convenia á los intereses públicos.

Tenemos averiguado, pues, las tres circunstancias



El Senador.

mas indispensables para ser Senador: «*tener cuarenta años, tener gota, y no pensar.*»

Sigamos adelante; analicemos la importancia personal del Senador. Ninguna. Repasemos una por una las circunstancias de su vida pública. La privada es un santuario para nosotros y un crimen penetrar en el interior de las familias.

Para mas claridad de explicacion, trasladaremos algunos párrafos de cierta misiva de uno de ellos, que ha venido á nuestro poder; dice así:

«Desengáñese V., amigo mio; los pueblos se equivocan cuando se figuran que hemos de hacer algo en beneficio suyo. Gracias que podamos hacerlo en provecho propio. Me duelen las piernas, y eso que voy en coche, de mis viajes al ministerio de Hacienda.

Fernando está cesante y seguirá por mucho tiempo en tan dulce ocupacion. Amigo mio, los diputados son una plaga; todo lo invaden; el ministro tiene miedo de los representantes de la provincia, y como yo pienso—; *Hola!*—que vale mas callar—«*Buen Senador*»—he determinado cerrar los ojos y coserme la boca, porque no daría pié con bola en este asunto—«; *Siempre lo mismo!*»—Voy á la secretaría y el ministro no me recibe, y delante de mí penetran en su despacho cuarenta diputados: le hablo en la sala de conferencias y nada adelante. ¿Cómo quiere usted que con estos antecedentes emprenda el trabajo que V. me indica?»

¿Qué te parece, lector amado? Ya conoces por un lado la fisonomía político-personal del Senador. Vuel-

ve los ojos á otro punto de mayor consideracion, y has de parar mientes en una consideracion que ha pasado desapercibida en estos tiempos de trastornos y de revueltas. Has de saber que hay otro artículo en la ex-constitucion de 1837, ó sea debajo de la piedra primera del futuro congreso, que da á la corona la facultad de nombrar los ministros á su antojo y capricho, siempre que estos sean españoles limpios de toda mancha fea, ya pertenezcan al senado, ya al congreso, ora habiten un magnífico palacio á la margen del Guadalquivir, ora vegeten pacíficos y morigerados en un honrado caserío orillas del Urumea. Sucedió á principios de este año la aparicion de un fenómeno raro: hablamos del ministerio Rodil. Casi todos sus individuos eran miembros del Senado y todo el mundo dijo que era un ministerio monstruo, en lo que todo el mundo tuvo razon, y que faltaba á las condiciones de un gobierno parlamentario. Ahora bien, lector querido, si quisieras echar un minuto á los perros, si no á difuntos, leerias el artículo 62 de aquella cosa tan bonita, y nos dirias francamente tu opinion acerca del *Senador* en esta privilegiada condicion de su vida. Un *Senador* no pertenece al parlamento desde el instante mismo en que un ministerio de *Senadores* no es parlamentario. ¡Cuando te hemos dicho que los *Senadores* no piensan, y que hacen muy bien en no pensar! ¡Cuando te hemos asegurado que el *Senador* no se entiende, y que el mejor ha de ser el que tenga gota y no piense! ¡Vive Dios que no nos paramos á hablar mas detenidamente sobre este asunto porque no nos tomen por periodistas, y porque hemos de seguir al pié de la letra lo que en cierta ocasion oímos á un honrado procurador á córtes, que recibió por mas señas una embeslida algo dura de un caballero del *Toison de oro*! Vaya, pues, de cuento.

Asistíamos nosotros con harta frecuencia al café de Levante y allí nos entreteníamos en jugar al ajedrez. Formaba parte de nuestra pequeña tertulia un honrado individuo del estamento de procuradores, que nos ponía, por lo regular, al corriente de lo que allí pasaba. Preguntámosle una tarde: «¿Qué tal la sesion.» — «Magnífica, nos respondió; el tal era progresista. *Martinez de la Rosa* me ha convencido.» — «Entonces, replicó uno de nosotros con tono burlon y malicioso, hoy habrá V. votado con la mayoría?» — «Amigo, eso no, respondió el procurador con una franqueza y naturalidad encantadoras, porque algo se ha de hacer por el partido.» — «Aplica el cuento, lector, y hallarás la razon de que nuestra pluma se haya detenido en el punto en que lo hizo.

Empero no haremos nosotros punto final en la materia de este artículo, porque algunas cosas faltan en él indispensables para conocer á fondo al protagonista, si puede llegar á ser protagonista un *Senador*. Abiertas las sesiones de ambos cuerpos colegisladores, el *Senador* es poco mas ó menos lo que nosotros te hemos dicho, lector amado. Un hombre que tiene cuarenta años cumplidos, un representante del pueblo que necesita la aprobacion del trono, un enfermo con gota en los piés y con gota serena en la cabeza, un D. Desiderio, en fin, de la política. El *Senador* pertenece al parlamento, y cuando es ministro no puede ser parlamentario, segun la opinion de mucha gente razonadora y entendida. El *Senador*, como no representa nada, en nada piensa, y como en nada piensa, nada hace, y como no piensa, cuando se mete en libros de caballería, lo equivoca con la fé mejor del mundo, y el pueblo le silba con singulares muestras de diversion y con toda la pompa de la algazara popular. Pues veamos al *Senador* despues de una de estas benevolencias constitucionales, cuando vuelve á su casa desalentado y mohino, cansado de no haber hecho nada y de haber pensado menos. No hablaremos aquí de demostraciones de afecto doméstico,

porque estas para nada sirven á nuestro propósito, como no sea para respetarlas con toda la franqueza de nuestro corazon.

Mirale ya instalado en su albergue solariego, los ojos clavados en la puerta de la sala, esperando con ansia la aparicion de algun incauto ciudadano que contribuyó con su voto á levantarle á tan suprema dignidad. Ya entra uno, otro, otro... ya son cuatro... ya son diez... la sala está completamente llena. El *Senador* entónces lanza una mirada de orgullosa afabilidad á los que le rodean y entalla desde luego la conversacion que gira, como es natural, sobre el estado del pais, sobre la marcha de los negocios, sobre los grandes trabajos administrativos del cuerpo á que ha tenido la honra de pertenecer. Por supuesto, lector querido, que de vez en cuando suelta la frase de que el ministro le consultaba en las cuestiones de alta política, en aquellas que por lo delicadas no descendian á la arena de la discusion pública. El *Senador* se entretiene entónces en referir alguna que otra idea confusamente leida en un periódico, y mas confusamente en su memoria conservada, y acaba siempre por indicar que por una casualidad y por intrigas de córte no ocupó la poltrona ministerial. A esta frase que revela una mina de oro y una esperanza dulcísima para los que la escuchan, todos le prodigan en voz baja sus alabanzas, y las noticias favorables á su mérito, de que estaba inundada la provincia. Y aquí pagaremos un tributo de gratitud á la *Postdata*, reproduciendo los siguientes versos:

«¡Oh turrón, turrón, turrón!
¡Qué grande es tu omnipotencia!»

Envanecido el *Senador* con las buenas palabras de aquellos honrados electores con renta, ó sin ella, porque para ser elector basta y sobra con el buen deseo y voluntad firme de un diputado provincial, sale á la calle en busca de felicitaciones y de aplausos, de vivas y de serenatas. A todos cuantos encuentra, á todos saluda, á todos da la mano con afectuosa importancia; á aquel habla de una pretension que le encomendó, á este de un buen negocio, al de mas allá de sus esfuerzos para simplificar el sistema de contribuciones; con uno se lamenta de la miseria escandalosa de las vírgenes del Señor, con otro anatematiza la importancia del clero en las cuestiones religiosas, con este, en fin, se pierde en los espacios imaginarios, señalando la realizacion de la felicidad española en la próxima declaracion de la mayoría de la Reina. ¡Dios cumpla los votos del buen *Senador*, y frustre y engañe nuestras opiniones, que tienden á averiguar los nombres de los que dentro de un año han de ser tutores de S. M.!

Llega la noche y el *Senador* se coloca, como un mono, en la ventana de su cuarto, esperando una manifestacion ruidosa y constitucional que le immortalice y le haga figurar entre los nombres ilustres que con el tiempo han de ennoblecir las páginas de nuestra desinteresada y patriótica revolucion. Miralo allí, lector querido, pequeño de cuerpo, hinchado de moftetes y de barriga, colorado como un pimiento, y discreto, activo como un cangrejo: sus ojos chispean, sus dedos tocan involuntariamente sobre la barandilla del balcon, ora el himno de Riego, ora la marcha triunfal de Pizarro, porque este es un *Senador* que anduvo toda su vida entre dos aguas. El gran alfiler de brillantes se distingue desde la calle al través de la sombra oscura de la noche. «¡Las doce! exclama; ya es tarde. Nadie aparece.» ¡Ni siquiera le han silbado! ¡Qué injusticia!

El *Senador* entónces... No queremos proseguir, lector carísimo: por lo dicho puedes conocer el personaje. Nació en el año 36, y no hay en España quien pueda explicar su *mision en este mundo*.

Ligeras son las indicaciones que te hemos hecho,

pero exactas. No hay sal ática en nuestra relacion, pero sí mucha verdad. *Un Senador sin gota, es un revolucionario sin cabeza: un Senador sin cabeza, es moneda corriente.*

J. M. DIAZ.

EL SEGADOR.

Los que hablan de la despoblacion de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados á la benéfica mano de la agricultura, seguramente no han visitado ni aun de paso el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, ó como las hojas de los árboles, segun el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rias deliciosas, y en las cumbres y valles de los frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaría cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos los hogares á cuyo alrededor se sientan con sus padres diez ó doce robustos renuevos á comer la *conca* de caldo ó leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase á esto que las poblaciones se tocan unas á otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrias que sufre el país, con solo media docena de años que la gente se estancase, no cabrían de pié, como suele decirse.

Afortunadamente Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algun tercio sobre sus anchos y fornidos lomos; de allí gran parte de los criados de almacén que se emplean en los comercios; de allí porción no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí finalmente una nube de tragineros y un enjambre de Segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan á coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado desde tiempo inmemorial el trabajo de despojar á Castilla de sus mieses y enviarlas á las faenas de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediabilmente la misma tarea, es esto causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigracion á aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo mas corto que el de la siega. Por abril y mayo sale el Segador de su casa y en agosto y setiembre da la vuelta, al paso que los demas gallegos que á otras ocupaciones se dedican, suelen salir por tiempo indeterminado y solo vuelven á su país con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez mas positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea á aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre país ageno y lo poco que á costa de su improbo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y á la vuelta compran algunos articulos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, segun dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen á cuestras de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos

torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurrón de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalon y chaleco de la misma tela que la camisa y unos zuecos ó zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va á la siega. Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, simbolo de su oficio, y mas que todo un aire desmazalado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad ó la malicia la que predomina, y unos miembros en que bajo cierta languidez aparente se esconden fuerza y vigor no pequeños. Con todo, Segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando á la parte con sus compañeros, de algun objeto de comercio como son: lienzos, jamones ó pescado seco, lo cual suele ir en una *haca galiciana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al caballero de la Triste Figura; y que á su vez es tambien articulo de especulación. Los gallegos que van á Extremadura suelen introducirse en Portugal y los que se encaminan á las dos Castillas echan en derchura por el Bierzo. De estos los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aun por lo comun, se ven obligados por sus compañeros á echar una piedra mas en el monton inmenso que tiene al de la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadon y desde el cual á un tiempo se distinguen las peladas y espaciaosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan á la espalda. Semejante uso, que sin duda viene de los peregrinos que en los siglos medios iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago por el camino frances, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay por qué nos detengamos á contar los incidentes de este, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes á los sitios donde tienen que meter su hoz en mies agena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traian desde su tierra, y luego con todo desembarazo y buen ánimo entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras donde no hay un árbol á cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los labios, es insoponible el calor en mitad del día; pero el Segador atento á dar pronto remate á su trabajo si ha ajustado por alto, y agujoneado por el amo si siega á jornal, hace poco caso de los rayos del sol, y mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, así como tambien en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas á la era.

Hay en el Escorial en la habitacion dicha de «las amas de cria» un tapiz cuyo cartón se atribuye á Goya, y que representa una francachela de Segadores gallegos que han dado ya fin á su trabajo. A la derecha uno de ellos que por la estólida alegría de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caidos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino en medio de la risa de todos. Hacia el medio una mujer de agraciado aspecto, está dando la papilla á un niño que mira con un gesto lloroso, difícil y regañón. A la izquierda un viejo duerme la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono. Este tapiz que como todos los de aquel eminente pintor descuelan por la chispa, verdad y excelente composicion, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los Segadores por conclusion de sus fatigas,

siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegría solo con dejar correr por su parte durante unos pocos minutos la espita de una cuba. Esta es condicion precisa, pues si le ha de costar el dinero, el Segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yerno.

Por fin tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio saca el Segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blancos, su cútis algo mas tostado, su bolsillo algo mas cargado y, como es de presumir, el ánimo algo mas cuidadoso con el amor de aquellos maravedises á tanta costa granjeados, y á los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie ó en equivalencia á su patria de adopcion.

Porque en efecto con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaucion le parece poca para conducirla á puerto de salvacion. Los hemos visto llegar á Castilla dos á dos y tres á tres como gente á quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatarles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor ademas para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, ó de los caballeros de Diana, segun los apellida Shakepeare; pero á la vuelta los aficionados á ver la cara del rey tienen ocasion de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el Segador muy aficionado tambien por su parte á la numismática. De aquí el juntar-



El Segador.

se cuadrillas numerosas que muy á menudo suelen elegir por capataz una persona de experiencia, muy ducha en la vida de los caminos; de aquí reducir siempre á oro ú plata por lo menos su corto caudal; de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla á los botones, ya entre el tamo de las esquinas del chaleco; y de aquí finalmente cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al mas hábil forjador de novelas.

Por fin atados los cabos todos con tanta prolijidad,

pónese en camino la cuadrilla, y entónces es cuando el drama, que se acerca á su desenlace, llega á cobrar mas interes. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadon, es decir, los llanos extendidos de Castilla. En ellos, con efecto, á favor de lo abierto del terreno pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados la desarmada y tímida cuadrilla y desbaliarla impunemente. Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue

á la mayor parte de las provincias de España, y por otro lado la humildad de los oficios que fuera de su país desempeñan y la condicion dependiente en que por lo general viven, no contribuyen á desatar este noble germen; pero la poca resolucion que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra extraña. Así pues, todo su afán es salvar los puertos y verse por lo menos en las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos, figúrese cualquiera si el Segador llevará alas en los pies. Las marchas son con efecto forzadas de todas veras, y llegan á hacer una diligencia increíble. Este pavor y ansiedad continua producen á veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un río han dejado ahogar á un compañero de miedo de llegar tarde á su socorro y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los días se observa que el que enferma por el camino queda abandonado á la caridad aiena. El único obsequio que le hacen sus camaradas, es recogerle el dinero para entregarlo á su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga ó seguir la pista al pobre Segador hasta llegar al parage mas conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan á semejantes lances, así como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre Segador para guardar sus mados raravidades de aquellos ojos de linco y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de comprender es cómo veinte ó treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda. No hace mucho tiempo que una de estas desdichadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desembantada y cada- vérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la fechoria. — Pero hombres, les dijo un vecino ¿de qué picaros nada mas os habeis dejado maltratar? — Ya veí señor, respondieron ellos, como veniamus solus, nus encogimus!! — Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energia moral de estas pobres gentes á quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Así es que este robo se tiene por de calidad mas vil y ruin que todos los demas, y de Chafaudin que era en su tiempo el Robin Hood ó Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.

Afortunadamente no siempre acontecen tales desventuras, y lo mas comun y ordinario es llegar nuestros Segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebadon. En cuanto pasan de la Bañeza las cuadrillas hasta allí unidas y compactas, comienzan á aflojarse y esparcirse, y los mas cansados á rezagarse, de manera que el camino viene á ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto á la cabecera de la fresca encañada de Molina, hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solian dejar los Segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devocion. En el día ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el Segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo por mas vecina de su país y posesionada de mas antiguo, suele ser la villa de Ponserrada el paradero de sus capitales. El mes de agosto es el mas animado del año por el sin fin de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real.

Los soportales de la plaza se llenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodón y se extienden bayetas de diferentes colores junto con buen resto de sombreros portugueses ó del reino, que son los artículos mas del gusto del Segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelos de color á la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega á la media grana y del algodón pasa á la seda; pero tan galan proceder raya en prodigalidad y encuentra por consiguiente pocos imitadores entre esta económica gente.

El general mas prudente y previsor no reconoce con mas escrupulosidad el campo en que va á dar la batalla que el Segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, despues de muchas idas y venidas, despues de mucho mirar y remirar el género y colejarlo en su imaginacion con el del comercio vecino, se resuelve á dar el asalto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad, que si buen dinero gana buena paciencia le cuesta, porque contar todas las tretas, ardidés y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo mas barata, seria cosa de nunca acabar. Por último, al cabo de infinitos daires y tomares se cierra el trato y entonces es ver salir del forro del sombrero algun escudito de oro de veinte reales, unas cuantas pesetas de á cinco envueltas en trapito que dejan un rincon de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo, y de las cuales, aunque bien empleadas, no dejan de despedirse con pesadumbre.

Despues de tan importante operacion temple el paso el Segador y hace con descanso el resto de su viaje; si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado á la espalda dentro de su saco blanco. El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van á perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, á la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo viene á dar por fruto abundante número de otros nuevos Segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía, se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán á mal privemos ó por mejor decir libremos á nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

ENRIQUE GIL.

LA MAJA.

GRANDES é infinitas vueltas han dado el mundo y las costumbres desde que el célebre Don Ramon de la Cruz fijó en sus inolvidables sainetes el tipo y las costumbres de las *Majas españolas*. Hubo, es verdad, un tiempo en que las mas encopetadas damas lucian sus buenas ó malas formas bajo los estirados pliegues de un vestido de alepin con pesados flecos y caireles de seda. Entonces las enputas de caderas no encontraban su remedio en los miriñiques y polisonés, y el traje provincial de las Andalucías, con sus ventajas y sus

defectos, se erigia en traje nacional y resistía victoriosamente los caprichos de las modas de París y Londres. Vestíamos á la española, comíamos á la española, dormíamos á la española, y si entonces nos faltaban *paletots y soires*, en cambio andábamos vestidos como palmitos, y cansados de gozar nos moríamos de puro viejos. ¡ Dichosos tiempos de *Paca la Salada*! ¿por qué no habeis de volver con vuestras comilonas y vuestros fandangos, vuestros sermones y vuestros tomeros?... Pero basta de prefacio y vamos á la materia.

Ahí donde ven Vds. á las Majas españolas con sus cortos y airosos *guardapiernas*, sus blancas medias, sus zapatillas de color y sus mantillas de tira; ahí donde Vds. las ven brotando alegría por todos sus poros é incitando al amor y al placer con todas sus miradas, no es oro, ciertamente, cuanto reluce. Nace y vive, una sin padres conocidos y sin otro recurso que la caridad pública hasta los doce ó catorce años; á esta edad, y no antes, excita la compasión de una vieja vecina, protectora nata de las muchachas lindas y menesterosas; mas tarde un respetable y virtuoso caballero se encarga de los adelantos de la huerfanilla, y no ha cumplido esta diez y ocho abriles cuando es el consuelo de sus protectores y el encanto de la corte toda.—Otra, menos desgraciada, conoce á su madre, lavandera ó vendedora de frutas verdes y secas en los arrabales de la capital; junto á las faldras de su madre aprende á pregonar rabanos, ó á lavar camisas y calzoncillos; por la mañana asiste al puesto ó lleva la ropa sucia al río; los días festivos devuelve la ropa limpia á casa de sus dueños: en este tráfico sigue, cerrando sus oídos á las insinuaciones amorosas del barbero del barrio y del tendero que la vende el jabon, hasta que un parroquiano de su madre la hace advertir que su cara es demasiado graciosa y su talle demasiado lindo para sufrir los rigores de la estación, ni para vestir sucios harapos: la niña cree á pies juntos cuanto la dice su consejero, y el cariño de su madre y la tranquilidad de su pacífico hogar valen para ella menos que los amigos y las galas de un amor y de una vida independiente. Otra Maja, en fin, ahijada ó sobrina de un rico preñero, viste y triunfa sin pena ni gusto, su posición, respecto de sus pobres vecinas, la hacen el coquito de las fiestas, y los continuos cambios y repetidos empuños de las señoras de alto bordo la proporcionan las mas ricas y modernas galas.

Pero ¿cómo comparar dignamente estos miserables engendros de la necesidad y del vicio con las opulentas y graciosas Majas del siglo pasado? La invasión francesa, en 1808, fué una verdadera invasión de nuestras costumbres. Los cortos guardapiés se alargaron ante las maliciosas y escrutadoras miradas de los oficiales franceses, y la estudiada cortesania y la falsa modestia de nuestros vecinos bastaron á desterrar de los hombros y los puños de nuestras hermosas, los flecos y los caireles de hilo de oro ó de flamante seda. Sucedieron á los bulliciosos paseos de campo las aristocráticas *giras*, y los *soirées* á los graciosos bailes de castañuela y guitarra. Otras costumbres dieron, necesariamente, otro giro al gusto español, y si algunos celosos *anti-reformistas*, de coleta y calzon corto, conservaron hasta la segunda invasión sus hábitos y costumbres, pronto los abandonaron ante las desdenosas y burlonas sonrisas de las *fashionables*. Nadie puede negar el influjo de las modas en las mujeres, ni el de las mujeres en las costumbres: hé aquí cómo se justifica sin trabajo el destierro del traje nacional, y por qué, en nuestro concepto, el tipo de la verdadera Maja pertenece á la historia.

Decididos, no obstante, á bosquejar la *Maja española*, bien ó mal parada, como la época nos la presenta, seguiremos sin mas digresiones, tan ingrata tarea.

A las diez de la noche en invierno y á las once en verano, empieza el día para la Maja: estas son las horas que consagra á su mayor trabajo si es pobre, estas las que dedica á sus mas gratas ilusiones si disfruta de comodidades. Ocupada su imaginacion por los placeres que ha disfrutado ó por los que espera disfrutar al siguiente día, ya pega las cintas á su zapato, ya lava sus únicas medias, ya pega un corchete á su vestido, ya aicala en fin todos sus trapos, y se duerme, con la sonrisa en los labios, tal vez al mismo tiempo que la buja de sebo, colocada sobre el cuello de una botella, deja á oscuras el aposento.

La Maja no es perezosa. Antes que el sol dore los tejados de su bohordilla se la observa, frente á un pedazo de vidrio, dando la última mano á su peinado. En vano la incansable moda se entretiene con los cabellos de nuestras damas; la Maja siempre consecuenta con las viejas tradiciones, profundamente convencida del peinado que hace mas favor á una nariz chata y á una cara relainida y hocicona, reduce su tocador á la antigua castañeta y á los grandes rizos cruzados de numerosas horquillas. El trabajo de la noche anterior, es en seguida objeto del mas escrupuloso exámen, y no pocas veces de la mas rigurosa correccion. No es la Maja mujer que se echa al mundo sin estar satisfecha de su modesto *to let*.

En los pueblos donde los vicios, elevados á necesidades, han creado las fábricas de tabacos, la Maja es regularmente cigarrera; donde no existen semejantes establecimientos, frie pescado ó asa castañas en la puerta de una taberna, ó no hace nada, lo que sucede con mas frecuencia. La comida de la Maja adolece de las infinitas vicisitudes de su nómada existencia; hoy come jamon en plata y damasco, y mañana limita su gula á los asquerosos potajes de un figon sobre una rodilla sucia y una mesa desvencijada. En verano la sangría ó la horchata de chufas, y en invierno el aguardiente ó el moscatel, son las bebidas ordinarias de las Majas. Una cochera ó un desvan, dos sillas, una mesa de pino, un pedazo de espejo y una arca apollinada bastan á cubrir sus necesidades de oficio. Pero largo camino nos queda que andar antes que volvamos á contemplar la Maja en su caramanchon y entre sus viejos trastos.

Si la Maja no ha nacido para el placer, bien puede decirse que su vida, mientras no envejece, es una no interrumpida cadena de dulces y amargos placeres. ¡ Amargos placeres! hé aquí una frase imposible de comprender para los necios, generalmente dichosos. Basta á un hombre soñar la felicidad para temer la desgracia; la gloria, las riquezas no se consiguen sino á fuerza de disgustos y trabajos; y ¿por qué hemos de suponer, que la gloria y los placeres de la Maja no han de producir tambien amargos frutos?..

Entre todos los placeres la Maja dispensa su predileccion á los paseos en rueda, á los bailes de candil y á las funciones de toros. Siempre que necesita carruaje elige una calesa, siempre prefiere al rigodon el bolero, y la gente de cuernos á toda la demas gente. Cuando arrellanada en su calesin y al lado de su majo recorre la calle de Alcalá de Madrid, ó el Arenal de Sevilla, ó los ventorrillos de Cádiz, ó la playa de Málaga, no cambiaria su suerte por la de una reina, ni su asiento por un trono. Dos billetes para el tendido, una calesa y cuatro cuartos de avelanas bastan á veces para vencer los mas duros corazones, siempre que sean corazones de Majas. El amante desdenado está seguro de ser bien recibido en un día de toros, y algunas pesetas de menos comprometen la pasión y los sacrificios de los mas idolatrados amantes. Oigámoslos si no un momento.

MAJA. Curro ¿ vamos á los toros?

MAJO. Solo el dinero nos farta.

MAJA. Ya estoy de probesa jarta.

MAJO. ¿Por qué, Pepa?...

MAJA. Malos moros me tajelen, si á tu sorna, aunque baje al mesmo inlierno no pongo espolin é cuerno....

MAJA. Mal hombre ¿no tabichorna, que nos queemos en casa, solo por farta é dinero, cuando el barrio toito entero esta tarde vá á la plaza?...

MAJO. Pepa, por cincuenta coros dárcegeles te soplco, que si pués, cayes el pico: píemé en cambio....

MAJA. Quiero toros.

MAJO. ¿Toros? te cansas en barde, con que basta de entredichos... ya irémos á ver los bichos otra función.

MAJA. No; esta tarde.

MAJO. ¿Cómo, si no tengo un chavo?

MAJA. Empeña el reló: ¿qué asperas?... ¿quién si camela é veras se para en barras?—

MAJO. Alabo tu memoria. ¿No chanelas, que mi probe reló anda, por tu culpa, en Peñaranda?...

MAJA. Pues aunque vendas las muelas, yo quiero toros.

MAJO. Pepiya, no me regüelvas las jiele, no meresen mis queeles pago tan malo!...

MAJA. Esa es griya. Si me amáras, endínote, y el dinero te faltará, lo robáras....

MAJO. Lo robára si no tuviera cogote, pero no me gusta chansa con el buchí....

MAJA. ¡Só cobarde!..

MAJO. De ver toros esta tarde pierde Pepa la esperanza.

MAJA. Poco tapura mi honra.

MAJO. Eso Pepa no es verdá.

MAJA. ¿Qué dirá la vesindá?...

MAJO. Que el no tené no es deshonra.

MAJA. Hoy que mata el Sombrebrero....

MAJO. Hoy que pica el Montañés....

MAJO. Mira Pepa lo que es,

hoy no tengo yo dinero.

MAJA. ¿Qué, no vamos?—

MAJO. No.

MAJA. ¡Arrastrao! Ya verá tu alma de nieve si encuentro yo quien me lleve?..

MAJO. ¡Pepa!

MAJA. Lo dicho, salao.

MAJO. Siempre ha é ser tuya la palma.

MAJA. Porque aquí triunfos son oros.

MAJO. Pepa, vamos á los toros.

MAJA. ¡Bendita sea tu alma!...

Ya pueden suponer nuestros lectores que una diversion tan combatida ha de ser completamente disfrutada. Desde el momento que pone los piés en la plaza empieza la función para la Maja. Los requiebros de los aficionados forman su primera y mas sabrosa comidilla; pero dicho sea de paso, para escarmiento de malas lenguas, que no todas las Majas prestan fácil oído á las adulaciones del prójimo masculino, ni todas suben precipitadamente las andamiadas para lucir las ligas, aunque tengan buenas piernas. La

sensibilidad de las Majas padece sobremanera durante la corrida. Nadie, como estas mujeres, manifiesta el influjo y las consecuencias de la simpatía. Acostumbradas, desde los primeros años, á dar rienda suelta á sus naturales emociones, nadie como ellas se interesa por la vida de los banderilleros y picadores, sobre todo cuando lidian bien ó son buenos mozos. Si el público aplaude, aplauden con toda su alma, y si silba, reniegan del público. Una vara en los rubios ó una estocada en la cruz, son para la Maja bazañas superiores á las del Cid Campeador, y en su entusiasmo tauromáquico diera por la divisa de un toro, un abrazo y otras menudencias mas. Digna es de observar la fisonomía de la Maja en el instante crítico de una suerte arriesgada. Sus ojos fuera de la órbita, sus mejillas inyectadas de sangre, sus lábios comprimidos, la violenta agitación de su pecho, todo revela el interés, el entusiasmo con que aguarda el final de la suerte para coronarle con un grito de triunfo ó de espanto. La función termina, y todavía aguarda la Maja el *toro de gracia* cuando la noche llega y abandona por fuerza la plaza. Entonces sale á pié y entra en la botillería.

La botillería es la segunda y precisa estacion de un día de toros. Allí con el vaso en la mano y la sonrisa en los lábios, se discuten los lanceos de la corrida, dando la razon á quien la tiene y á cada uno su merecido. Donde está una muclacha de gracia y nervio, está la alegría de la casa, la venta del vino y la ganancia del tendero. Hemos observado que las Majas, *siempre* desganadas para beber, *nunca* hacen desaire á las copas ni á las botellas: son muy corteses las Majas.

De la botillería al baile, y esta es la última estacion. A ejemplo de las mujeres de gran tono, la Maja no se presenta en el baile sino despues de principiado. Su presencia causa una verdadera revolucion. Los hombres la alaban, las mujeres la tildan, y hasta el *toacar* de vihuela suspende unas seguidillas punteadas para recrear su vista en todo lo bueno que Dios cria para perdicion de los hombres. El amo de la casa ofrece á la Maja el mejor sitio entre los mejores mozos, y el baile sigue en medio de requiebros y murmuraciones. Tambien como las dengosas niñas de nuestros aristocráticos salones, las Majas alegan mil frivolos pretextos antes de ponerse en baile; pero luego que sueltan la mantilla, y se plantan en jarras, y suenan las castañuelas, allí pueden acudir todos los físicos del mundo á observar el movimiento continuo. No son los bailes de candil donde ejercen menos saludable influjo un talle gracioso y dos ojos de azabache. La Maja anima á los tímidos, templa á los valientes, alegra á los tristes, saca de casillas á los perezosos, y reparte por su mano la mistela y los buñuelos de ordenanza. Suele suceder que el baile se convierte en camorra y la sala de la función en campo de batalla; pero no hay miedo que llegue la sangre al rio si anda por medio una Maja. Su voz basta para envainar las *teas* y ahogar entre el vino los resentimientos.

La Maja concurre pocas veces al teatro, y esto en dias de fiesta y cuando la empresa ha condecorado su cartel con gruesas letras y espantosos figurones. No se dá tanta prisa para estas funciones como para los toros, mas siempre acude de las primeras y muda quince veces de sitio y pisa á treinta personas ó incomoda á todo bicho viviente con sus preguntas y risotadas. Todos los actores la parecen buenos cuando gritan, y si en la comedia hay tiros y ladrones es una excelente comedia.

Tambien asiste la Maja á los oficios divinos por lo que tienen de bulla y de concurrencia. Cualquiera al verla con los ojos arrasados en lágrimas supondrá que la hacen mella los cantos sagrados ó los gritos del padre predicador. Nada hay de eso. La Maja llora, y llora seguramente porque está en la iglesia y porque escucha la palabra divina; pero tal vez en el mismo

instante que el orador ensalza el pan de la Eucaristia, se acuerda que no tiene pan para la cena y piensa en sus profanos medios de buscarlo.

Las corridas á caballo, los almuerzos en los cortijos, las cenas en los melonares, las ferias y las veladas proporcionan á las Majas nuevas y dulces distracciones, pero mas allá de todos los placeres existe para la Maja una necesidad imprescindible, una pasión sin fruto ni límites, árbitra única de su felicidad ó su desgracia; esta pasión es el amor, aquella necesidad es la de ser amada. Justo es, sin embargo, no confundir el amor de la Maja, caprichoso y hasta cierto punto desinteresado, con las pasiones venales de la

mujer de mundo, Una y otra forman del amor su presente y su porvenir, pero la Maja obedece solo á su corazón, mientras la *mujer de mundo* oye solo á su cabeza; los favores de una Maja pueden recompensarse, pero comprarse nunca; en el modo está la diferencia.

Sucede, alguna que otra vez, que la Maja se enamora y por último se casa. ¡Horrible profanación!... ¡Escandaloso robo que el último sacramento hace á las obras de misericordia!—Una Maja casada es una aberración en la naturaleza: es la luz oscura, el fuego frío y la vida muerta. Si la Maja pronuncia un sí ante el cura y el sochantre, no por esto se casa. Sus



La Maja.

gustos como sus costumbres no varían jamás. Mientras duran el pan y los trapos de la boda, el matrimonio es un cielo, pero pronto las necesidades que empujan, lo mudan en purgatorio, y la miseria que sigue, acaba por convertirlo en infierno. Por cada Maja casada hay divorciadas cincuenta, y si encuentran mis lectores un hombre triste y cubierto de andrajos, ese es el marido de una alegre y lujosa Maja.

Poco ofrece, últimamente, que narrar la viudez de la Maja. Después de haber agotado todos los placeres y todos los pesares, después de disputar palmo á palmo el campo de sus primeras glorias, comienza para la Maja una vida, si menos brillante, acaso mas útil. Como en sus juveniles años asiste á todas las diver-

siones; pero al verse sin prestigio ni adoradores, murmura de las fiestas sin brillo, de los hombres sin gusto y de las mujeres sin gracia. Ya no tiene quien la lleve á los toros á pié ni en calesa. Trabaja para vivir ó vive de su antiguo trabajo. Los desengaños siguen rápidamente á los años; y al terminar su carrera, si no ha aprovechado los buenos tiempos ó recogido, á su vez, alguna muchacha abandonada, cosa es frecuente ver depositados todos los encantos de una *Maja española* sobre la sucia cama de un hospital.

MANUEL M. DE SANTA ANA.

EL BANDOLERO.

Quid non mortalia pectora cogis
auri sacra fames?

VINO.

¡MENGUADO YO, y cuán infeliz debe ser la estrella mía que así me fuerza á andar siempre con las manos en la masa entre escribanos y alguaciles, presidiarios y Bandoleros, toda gente de muchos puntos de contacto en razon *del oficio!* Y es lo peor, que así estoy en ocasion próxima de caer en sus garras y que den conmigo donde acostumbran, como de que las personas concienzudas y timoratas, mientras huelgan en su lecho entre un jicaron de chocolate y las noticias que mi temerario empeño les regala, me apliquen santa-

mente lo de «dime con quien andas y te diré quien eres;» ó á lo menos y por bien de paz que «quien con lobos anda á aullar se enseña.» Pero á fé que puesto en la demanda no la he de abandonar por poco; y pues ha de ser, no hay sino manos á la obra y digan lo que dijeren, que yo confío en tí solo, lector, que no has de pensar con ellos en esa parte.

Quisiera yo deslindar ahora la debatida cuestion de si hay ó no hay sinónimos en nuestra lengua; y si las voces Bandolero, foragido, facineroso, tienen idéntica significacion en castellano, ó manifiestan órdenes y grados en cierta gerarquía social. No me atrevo á decidir; pero cuando la autoridad de la Academia me enseña que por foragido he de entender al *que huye de la justicia*, tentado estoy á creer que todos los hombres son sinónimos.

En fin; apartemos escrúpulos, que yo puedo apli-



El Bandolero

car la que mas me cuadre, y cada uno pensar como su buen juicio le dicte.

El Bandolero, tengo para mí que ha de ser una derivacion de los antiguos Vándalos, segun lo indica el nombre y principio que profesa. Decian aquellos que era mengua del hombre andarse todo el año de Dios tras de un arado, para que viniese luego la tormenta y en un santiamen diera al traste con sus fatigas y sudores; siendo mucho mas honroso y mas cómodo y seguro, ganar el sustento á cuchilladas. Para mis barbas si no decian muy bien los señores Vándalos; y

con ser gente de suyo poco ilustrada y pensadora vino á dar en el punto que despues y á vuelta de tantos siglos, ha sancionado este de civilizacion y cultura: porque al fin, aquel sistema de vivir á cuenta del prójimo, encaja como de molde á toda la caterva conocida de *Bandoleros* y *Bandoleras*, ó sea de *Bandoleros con sus Bandoleras*.

Digo, pues, que dejando á un lado etimologías y relaciones, no es cosa hoy de tan poco mas ó menos el entrarse en la profesion, como lo era *in illo tempore*; porque entónces el ejercicio formaba á la persona, y

ahora esta forma al ejercicio : para lo cual es indispensable que nazca dotada de muchas prendas y facultades que no legó Adán á todos sus hijos.

Por fortuna en nuestra época de adelantos, la instrucción puede suplir en parte á la disposicion; y las bellas letras, que todo lo van invadiendo hasta los esquinazos de la capital, son lo que se dice aplicables á todos los estados y condiciones. Veamos si no á un andrajoso muchacho de curtida piel y travieso semblante, que ha gritado media mañana por las calles de esta muy heroica villa, destinar el resto de ella á los disformes carteles de la Puerta del Sol, contemplándolos de hito en hito, mientras otro rapaz le tira disimuladamente del pañuelo y lo saca sin ser notado: colocarse despues en su lugar para hacer del paciente mientras aquel repite el ensayo, y adiestrarse en tan buena escuela (que en su género puede pasar como de párvulos) á escamotear el del mas estirado pisaverde, y dígaseme si la clase baja no saca partido de la literatura.

Pero por vida mia que hemos tropezado sin pensar con el tipo en su verdadero origen; y pues tan buena coyuntura se presenta no hay que desampararle, pues si mayor vuelo toma no tendremos tan aína por donde volverlo á coger. Nos abstenernos de dividir en diferentes secciones esta benemérita clase, porque cada una de ellas constituye un nuevo ramo, distinto, separado, independiente de los demas; tan independiente acaso como la direccion de negocios forenses de la abogacia; pero si diremos en obsequio de la claridad que estas secciones se enlazan y eslabonan, sirviéndose como de grados y antecedentes, y el Bando de Dolerero pasa por ellas al modo que las mariposas cruzan por los diversos estados de crisálida y larva antes de salir á volar por el mundo.

Mientras permanece nuestro aspirante en el estado que llevamos dicho y podemos llamar de incubacion, conserva su propio nombre de *ratero*; y no porque hace ratas como pudiera creerse, ni tampoco por despreciable y ruin en su oficio, puesto que muy seriamente fija la atencion de la autoridad, y tiene un lugar destinado en los parages públicos y solemnes; sino mas bien á lo que yo entiendo porque hace ratos, dando treguas á personas mas respetables para consumir sus fechorias. Y otra razon le encuentro al dictado no menos principal y heráldica; entendiendo lo del blason en su primitiva sencillez, y solo por analogia del geroglífico con el suceso, tal como se gastaba por los tiempos de Osiris: que siendo uno de sus primeros cargos el apuntado, preciso es distraer la atencion de los alguaciles dejándose perseguir de ellos; y los tales perseguidores, desde el bueno de Quevedo, si ya no quieren pasar por ángeles de las tinieblas, preciso es que se dejen clasificar en la familia de los gatos.

Durante este período de su existencia el nuevo espartano se ocupa en vender arena ó los fijos de la loteria, como medio seguro de estar en perpétuo roce y contacto con todas las cocinas, entradas y tabiques de la corte: ó bien se arrima á los cuerpos de guardia á ejercitar el *floreo*, ó se descuelga á boca de *sorna* por los arrabales de la ciudad ajobando matute, ó sirve de traínel entre las señoras de casa llana y los caballeros de fortuna, donde va creciendo en ánimo, destreza y agilidad, andando á la que salta.

Un par de vueltas por la *trena* le acaban de formar. La gimnástica que allí aprende desarrolla sus fuerzas físicas, y las zumbas y cantaletas despejan el entendimiento. Sale el mancebo del garlito para volver á sus antiguas trazas, mas reflexivo en las empresas, mas astuto en las disposiciones; bien como el que ha corrido mundo y consultado á la experiencia. Lo primero que hace es procurarse su respeto entre aquellas mismas que fueron sus señoras; los ahorros de la *gallina* ó los productos de la *raspa* le colocan á su pro-

prio nivel, y son circunstancias que nunca saben desdenar tan delicadas personas. Hé aquí el medio por donde se relaciona con los hidalgos que á la casa concurren, y es admitido á *garbear* en la compañía de la *hampa*.

Ya tenemos al hombre en el segundo estado, y como si dijéramos en estudios mayores para hacer carrera. Sus ocupaciones apenas se diferencian de las que tiene acostumbradas; solo si en lo elevado de sus miras, que recogidas antes á la altura regular de un bolsillo, se extienden ahora hasta la de un cuarto principal y dende arriba. Por otra parte es seguro que colocado en tal círculo las proporciones se le multiplican y repiten, como es consiguiente á las ventajas de la asociacion: y mas se adelanta en un año de práctica viva que en diez de cálculos y ejemplos. Son ademas variadas y entretenidas y de mayor ingeniosidad en la combinacion; cuándo se le encomiendan los *guzpataros* de una pared maestra, cuándo la paliza de encargo ó las puñaladas en comision; ya en buscar arbitrios para seducir á la criada que haga paso ó entregue las *aellas*, y ya mover alarmas por las calles de la ciudad. Pero en cambio se *piea el turco adunia*, se *embucia*, se viste y se *garlea* que es un portento, y tenemos á un mozo hecho un alfaqui en cuatro dias.

Pero sintiéndose con fuerza y elementos para ascender, presto le lleva su aficion á abandonar el pueblo, y caer entre dos luces á *pulir* por sus contornos; progresando con mas ó menos lentitud hasta que de una vez se propone alojar fuera para siempre. Aquí el rumbo de sus ideas cambia, su conducta se altera, nada resta del primer hombre que en un arrojado vuelo se lanza á una region de todo punto diversa y aun contraria.

Empieza por dejar que se ostente la espesa patilla corrida de sien á sien por debajo de la barba; al paso que oculta su cabello entre los radiantes colores de un pañuelo de seda, cuyas puntas colgando sobre la espalda, ban de dar mayor realce al recogido calañés y al airoso jubon de hombrillos. El ajustado calzon revela el vigor de sus pronunciadas formas, y el botín de caídas añade arrogancia á su figura. Cubre la amarilla faja un vistoso cintó, sosteniendo el peso de un cuchillo y dos pistolas sobre el de las balas que encierra; un puñal oculto, y un lujoso trabuco de cañón de metal, terciado sobre el siniestro brazo ó colgado del arzon trasero completan su atavío. En tal disposicion oprime los lomos de un caballo de alzada, mas corredor que maestro, de mas brío que presencia: envuelto le lleva entre los flecos y madroños del costoso albardon que besan sobre los bordes de la herradura; y al redoblado paso de andadura que hábilmente le saca, cruza por intrincados matorrales y desusadas veredas á buscar la cuadrilla de Bando de Dolereros: ¿quién le pedirá el pasaporte?

Apenas descubre sus avanzadas, cuando la voz de *alto* agrupa en torao del que la dió á toda la banda.

—¿Quién va allá? pregunta el centinela con voz erizada y ronca.

—Quedo tó el mundo, señores, que naide de nuevo llega á la honrá compañía.

—Alto ahí; grita segunda vez el vigilante, mientras el recién venido se acerca á sosegado paso: vengan el santo y seña.

—¿El santo?... San Blas que es abogado de las gargantas: la contraseña la traigo en el cañón de mi trabuco; quien la quiera registrar que se aparte conmigo. Al mayor busco, y á él solo le daré mis motivos.

—Ruido tienen las campanas y toito se lo lleva el viento; dice el vigía amartillando su arma: el movimiento es seguido de todos con rapidez.

—Menos trae un hombre y de mas provecho; replica el forastero imitando la accion.

—Paso, caballeros; interrumpe el capitán colo-

cándose entre ambos; y otra vez mas cortesía, que bien se le conoce por los modos que es persona é susoposicion.

— Digo que su mercé se pone en lo justo, señor almirante, acude el detenido; y hagáseme rancho franco que yo hablaré como quien soy á lo que se me pregunta.

— Con mil amores, compadre; pero sin aparejos.

— No haré tal, que estos son mis fiadores; pero yo empeño mi palabra que si no se les chapa no muerden.

— Si eso hay, adelante; y enhorabuena, que estamos cortando la cólera.

Con tales preliminares se ingiere nuestro héroe entre la turba, y doblando una colina que tienen á su espalda, observa tendidos por tierra los preparativos de un almuerzo. Desmontados de sus alfanas y colocado un *posta* junto al camino que á distancia queda, se entregan el nuevo bandido y sus compañeros á los goces de la gula; por mantel la fresca yerba ó la agostada paja, el cielo por toldo, y los árboles por únicos testigos de sus placeres, siempre mezclados de sobresulto y zozobra. Así empieza el recien llegado á disfrutar la anchura, libertad y alegría de la vida que abraza.

La conversacion recae muy luego sobre su desigüno; en cortas palabras manifiesta sus méritos y precedentes: la licencia de presidio le sirve de certificado en forma, y su aire resuelto de poderosa recomendacion: queda sin embargo á prueba su bravura. Abrázanse mutuamente satisfechos, dánse palabra de fidelidad, y este abrazo es harto mas sincero y fecundo que los abrazos mas célebres, y esta palabra mas obligatoria y mejor guardada que un tratado internacional. Y ello ha de consistir, ó soy un porro, en que allí no hay leyes de responsabilidad; y en que á la primera interpelacion, queda un hombre fuera de estado de escuchar la segunda, y aun hacer rectificaciones sobre aquella, porque *los órganos* de la comunidad cuando alzan el tono en aquella asamblea, le tienen algo mas sostenido que los órganos de *Móstoles*; hoy *órganos de la Nacion*.

De esta suerte contentos y preparados, beben, rien, descansan ó retozan, sobre los despojos del queso, del salchichon y otras viandas secas, que no permite otra cosa su profesion ambulante. Pero así llegarán á embriagarse, como á decir su verdadero nombre que tratan de olvidar á toda prisá substituyéndole con un apodo: y si diera alguno en ese extremo (no diré vicio porque no han inventariado todavia las virtudes) bien pronto quedaria ó corregido por completo, ó agregado en el inmenso catálogo de los *ex* que infestan al mundo, haciendo la oposicion á la nueva ortografía que se empeña en desterrar las *ex* cuando mas falta nos hacen.

Levantados los restos del banquete y en poder de quien corresponde por riguroso turno, sigue el hacer tiempo fumando, á que pasten ó coman un pienso las caballerías, mientras se llega la ocasion de emplearle mejor. Mas un amanerado silbido del vigilante, impone repentino silencio á los foragidos. Saltan precipitadamente sobre sus caballos, preparan las armas y marchan en orden hasta una distancia prudente de su reclamo. El moderno alumno va en el centro por precaucion, y todas las miradas le observan; pero su rostro es animado, su mirar inquieto, su expresion audaz.

— Mi capitán, adelante; exclama al ver la detencion: y dos bocas de fuego se apoyan en el acto sobre su espalda.

— Despacio, señores; grita el gefe apagando la voz: despues dirigiéndose á él añade, aquí se calla y se obedece. « Pero yo diré lo que hay, compañero, porque me va llenando la pinta. Lo que se va no se teme, si vienen muchos, cargan; si vienen pocos,

vuelven grupa y escurren el bulto: con que dejarlos venir. »

No tarda en oirse la señal de llegada, y dos de los extremos parten á carrera y ocupan cerrando el camino: resuena la voz de alto, y entónces los restantes se lanzan sobre él, rodean á su presa, y poniendo al pecho de los viajeros sus trabucos les intiman la rendicion. Ninguna resistencia se les opone; el aturdimiento que produce la inesperada embestida les favorece; y así tendidos en tierra y boca abajo los acometidos, liados los brazos sobre la espalda y puesto el nuevo profeso de observacion á su lado, desbailijan prontamente el equipaje, recogen la parte mas preciosa, y amenzando á los despojados con la muerte si durante media hora gritan ó intentan moverse, parten á gran galope hácia la soledad.

Estas escenas son cotidianas; tal vez repetidas en breve espacio; acaso tambien una misma se prolonga con la llegada de otros nuevos personajes, viéndose á la par sembradas ó en hilera una multitud de personas que sufren la misma suerte.

El nuevo Bandido perdió desde el primer momento la ruindad y villanía de corazón que marcaba en su anterior época todas sus acciones. Retirado de los hombres, no ve mas enemigo que el que tiene delante, y confiado en la superioridad de sus fuerzas le despoja con grandeza ó le combate con lealtad. Rara vez acontece que maltrate á los rendidos, porque no los teme, porque nada quiere con sus personas, porque su delacion no le espanta, resuelto como lo está á defender su gruta y su botín á costa de la vida. El arrojó substituyó en él á la perfidia siempre hija del miedo, y la serenidad á la astucia: sus sentimientos libres de aquella vergonzosa traba recobran el natural vigor, y una súplica no siempre es perdida con el Bandidero.

Una de las cosas en que se muestra mas delicado y generoso, es en la observancia del noveno mandamiento: no deseáras la mujer de otro. Se guardará él de infringirle como de dormir en poblado y ¿quién cargaria con semejante responsabilidad? antes por el contrario quisiera y es su propósito sanar al prójimo de agonía y evitarle toda zozobra sobre el asunto. Especialmente si la costilla apóstata ó exclaustrada, que digamos, tiene mas atractivos de los que buenamente se requieren para dejar de *ocupar la cabeza* al descostillado, entonces es preciso, de absoluta precision ofrecerte garantías y tranquilizarle en debida forma: ¿ cómo hacerlo? En España para conciliar extremos no hay como echar mano á las doctrinas del foro; y nadie tiene mejor proporcion que el Bandidero por su roce é intimidad con él, y por ser cosa tan conforme á su ejercicio lo de echar mano á cuanto se le presenta. Hé aquí por dónde sabe que la posesion forzada de una cosa extingue todo derecho á ella: por consiguiente la ocupacion violenta y deliberada, aunque sea breve, equivale á una renuncia explicita y solemne de todo ulterior deseo conforme al Decálogo. Esta es la norma de su conducta relativa á la *fruta del cercano ageno*; y aunque tambien haya oido no sé qué de que el poseedor hace suyas las producciones de lo poseido, como él solo trata, segun dicho es, de una cesion en beneficio de tercero, las abandona sin repugnancia al provecho del prójimo.

Fuera de esto, llega su generosidad hasta socorrer á los mismos que acomete con la parte del despojo que necesitan para llegar al término de su viaje, donde se procuren que volver á quitar. La rigidez de sus principios se extiende á querer evitar toda culpa en los actos de su profesion; escuchadle despues de un asesinato, y os dirá: « bien sabe Dios que no fué mi intencion mas que asustarle. » Si solo ha arrebatado la hacienda, fácilmente se salva diciendo « se lo pedí de buena gracia y me lo alargó de corrido. » Lo que esto prueba es que consideramos como la felicidad de

la tierra, el hacer propia una parte del gran caudal que por ella circula; mayor ó menor segun la ambición de cada uno: y encontrado el medio, le tenemos sin escepcion por legítimo. Por lo menos el del Bandolero, lleva ventaja á los demás conocidos en lo franco.

Como soberano absoluto del parage en que se encuentra, él tiene impuesta contribucion á todos los carruages públicos que transitan por su territorio: y cuando á pesar de ella necesita dinero, no se embaraza para decir al postillon «en la venta é la sabandija me dejarás diez onzas.» Pero en cambio el resto va seguro: no se atentará al coche ni á los transeuntes por cuanto hay; el Bandolero es el simbolo de la confianza; su palabra empenada por ningun caso deja de cumplirse, y tan fijo es de su boca un «y si no te abraso,» como un «vaya V. sin pena.»

No se limita á esto solo; lleva su punto hasta proteger de cualquier extraña tentativa á sus pecheros, evitarles un insulto, defenderles en él y vengarlos por su propio brazo. El salvo-conducto del Bandolero reducido á un simple nudo en la punta de un pañuelo ú otra seña equivalente, tiene, con mucho, mayor valor que los de la autoridad con todos sus registros, rúbricas y sellos: porque aquel es respetado siempre de los bandidos, y gran parte de veces por las autoridades de cortos vecindarios; al paso que los últimos no evitan un atropello ni de unos ni de otros, ni por ventura del mismo que lo expidió sin saber lo que se expedía.

El agradecimiento es otra de las cualidades que mas le caracterizan. Bien al contrario del hombre de sociedad que así como llega al poder desdena á los mismos que le elevaron, el Bandolero, semejante al dogo de presa, guarda la fiera selvática para el extraño, y la constante fidelidad para el amigo de quien se ayudó. Un servicio remoto, un auxilio prestado, imprimen en su pecho un reconocimiento indeleble, cuyos rasgos se manifiestan siempre que el caso lo exige. No necesita para ello de recuerdos ni entrevistas; él es quien indaga primero, quien recuerda agradecido, quien defiende seguro al que una vez le sirvió.

Mirase un asombrado caminante tendido en tierra, tapada la boca con su propio pañuelo, trabadas las manos y agarrotados los pies: un mosquito amenaza su existencia reposando sobre su sien, los puñales que le sirven de asiento en el pecho del bandido acaban de turbar su vista: la congoja se apodera de su frente, la sombra de la eternidad empieza á cubrir su rostro. De repente el apostado cambia de actitud, retira su arma, y suavizando en cuanto puede el acento, le pregunta: ¿No reconoce su mercé esta cara? y es que una sombra de sospecha ha herido su imaginación; en tal caso la indiferencia es imposible: su conciencia le obliga á disiparla ó confirmarla porque la gratitud es un instinto, y en él obra el sentimiento, no la egoista reflexion. El requerido puede apenas balbucear un no temeroso; cree tal vez que la pregunta es siniestra y que un testigo cierto no puede sobrevivir á su confesion. El Bandolero no se satisface con poco, y así torna á preguntar.

—¿No ha pasado su mercé en toa su vida por los presidios de la Gomera?

—¿Quién oculta la verdad ante un juez tan tremendo? ¿pero cuál es el pascmo del acometido? aquella voz en toda su terrible aspereza se levanta para decir: «Caballeros, no hay que pasar adelante, que el señor es cosa mía.» Aquella voz tan poderosa allí como la de Josté en la pendiente de Bethoron, interrumpe la comun actividad: su efecto mágico es tan seguro cuando procede del gefe, como del último subalterno de la cuadrilla; las miradas de los restantes se fijan acordes en el que la dió. Su ademán es sosoñado; pasea tranquilo una ojeada por las frentes de

sus compañeros, y añade con resolucion. «Señores, lo dicho dicho, y de mi palabra yo respondo.» Asurto terminado: esta clase de proteccion jamás se desatiende: el acosado se ve instantáneamente libre de sus ataduras y dueño de su ajuar; solo la parte tomada hasta allí queda propia de los agresores (á los derechos adquiridos nadie atentaria impunemente); y esto con exclusion del bizarro mediador que ha renunciado por el mismo hecho á toda participacion en la ganancia.

Despues de sus correrías el Bandolero se retira á su gruta, donde en amable paz y compañía huelga, goza, y reparte el entrojado con maravillosa legalidad. El botin se divide por de pronto en tres porciones iguales que luego se deshacen en fragmentos: la primera con aplicacion al superior, de cuyo cargo son las atenciones de la cofradía; la segunda para el resto de la congregacion; y la tercera para... defenderse por pobres en los aprietos de Justicia.

Las mujeres para nada cuentan en aquella sociedad, no precisamente conyugal, pero al menos *copulativa*: sus funciones allí se reducen únicamente á proveer al hombre de aquello mas necesario en la vida. Y en efecto ¿cómo la pasaria aislado, y la costumbre adquirida de aprovechar las comodidades sociales, sin esta precisa mitad de su existencia? Porque es cierto; hay menesteres domésticos á que el hombre se pliega, pero que se acomodan naturalmente á la mujer; y me parece muy conforme que allá cuando las aves se venian á la mano, Adan cazase á Eva, y Eva se las pelara porque volviese á cazar.

Y no es en verdad el aseo y cuidado de las habitaciones, ni el aderezo de los manjares, ni la atencion de la familia lo que consume su tiempo: la caverna no tiene gabinetes, aunque si secretos; los enseres se limitan á algun dornajo, capacho ó seron que se utiliza al derecho y al revés segun lo pide el caso, como articulo de constitucion, y no exige grandes afanes; los manjares, aunque regalados y esquisitos, nada tienen que agradecer al hogar; y en cuanto á la familia, el Bandolero jamás conoce á sus hijos: nunca se ven crecer en derredor del árbol sus retoños; nunca empiezan á adiestrarse al abrigo del halcon sus polluelos. Las formidables hijas del bosque, únicas compañeras de sus placeres y desgracias, no ostentan en su guarida la fecundidad aterradora de los tigres ó la envidiosa emulacion de las cortesanas: sin duda el género de vida las hace exentas de este natural tributo, y en aquellas hordas errantes, no cabe la bendicion del Señor (para algunos anatema) «creced y multiplicaos» habiéndose de sustituir precisamente con la proverbial sentencia de nuestros mayores: «Dios los cria y ellos se juntan.»

Pero en cambio sus desvelos por el aumento y prosperidad de la congregacion no conocen límites; ella es la segura atalaya que defiende sus tesoros; es en la ciudad reclamo y cebo, con su atezada hermosura y gentil donaire, á los incautos que los multiplican; es el conducto certero por donde se comunican los caidos en la trampa con sus hermanos de la sierra; el mediador irresistible para con sus cazadores, y el templado broquel contra sus enemigos. Tan bien se la entiende la eliminacion de un rizo si la provoca una maldiciente, ó el sofleo de una tanda al compás de su zapato, como el delinear de un mapa á buril, ó el taracear de un mosaico á chinarrazos sobre el rostro do un atrevido; si ya no mide con la tiente la profundidad de sus corazones. Es al mismo tiempo el buque de exportacion para los productos de la industria, la letra de cambio para la recaudacion de sus valores, y el almojarife de los fondos y riquezas.

Alguna vez acompaña á la banda en sus incursiones y trabajará la par de los esforzados, como espía, ojeador y reten. Pero donde mas brilla su utilidad es en aquellos trances que presentan dudoso el resultado,

ó tienen consecuencias mas ó menos funestas. Una escaramuza con la gente de guerra que les persigue, ó una conquista verdadera de la que se proponen apandar, son los campos de gloria en que la Bandolera recoge sus laureles. Impávida y pronta como un deseo irritado, á todas partes acude saltando veloz entre los abrojos, trepando cerros y salvando precipicios: ora se esconde junto al perseguidor como la astuta serpiente, y atisba, y con venenosa intencion hace ruido que le distraiga; ora fácilmente se desliza entre la espesura, y recorriendo su línea da saludables y rápidos consejos á los emboscados: «Gazapo, salta de ahí, que vienen los gozques por el crucero; Gitanillo, dáles pulé que debajo los tienes;» y perdiéndose como el eco de los alaridos atraviesa nuevamente hácia los sitiadores, sin temer á los cruzados fuegos ni conmoverse á los ayes del que sucumbe.

Durante el calor de la refriega, la aguerrida Amazona, por nada se divierte del propósito que la ocupa; y no es raro que á su presteza, actividad y espíritu, se llegue á deber el resultado de la accion. Pero concluida, su celoso afan toma distinto rumbo; y si todos los confederados no se reúnen á la señal de socorro, torna infatigable á registrar los puntos hasta dar con el que falta. Acaso le encuentra reclinado á la sombra de un arbusto, el trabuco por cabecera, exhalando sordos lamentos al dolor de sus heridas: entonces el ángel del consuelo se acerca llamándole por su propio nombre, y solo su aparicion reanima el moribundo y mitiga sus padecimientos. La compasiva mujer le incorpora, le venda, llama en su auxilio y le acompaña á su guarida, donde con fraternal ternura le asiste, cura y atiende sin descanso hasta que la salud ó la muerte concurren á completar su obra.

Esto no obstante, cuando el tedio ó el capricho, ó cualquier otra razon de mas ó menos peso exige la separacion de estos séres armonizados, la verifican sin estruendo, llevándose mutuamente por grata memoria algun chirlo en los semblantes, ó por lo menos un consistorio cabal en sus personas: esto sin perjuicio de la acostumbrada *sarta de cornerinas* que se anticipan por vía de galanteo, con su correspondiente broche *de lengua de vibora y baltiente*, y la cifra de sus amores en arañazos. Por lo demas siempre se hace de comun acuerdo y conformidad de las partes, sin que para ello hayan de acudir al juicio de Mario, ni se conserven ojeriza ó rencor en lo futuro.

Hemos sentado que el Bandolero se aparta de la sociedad, mas no por eso se ha de entender que reniega de ella. Frecuentemente se le ve en su seno disfrutando sus delicias; y los pueblos mezquinos, de que tanto abunda nuestro fértil suelo, son los arrabales, que digamos, de su solitaria jurisdiccion. En ellos ejerce un imperio de diferente especie, pero no de menor valia que en los caminos y despoblados. Su presencia en la taberna, punto marcado de reunion, cautiva las voluntades; todos le miman y regalan; es lo que se llama una persona influyente, y en mas de cuatro apuros nos dariamos con un canto en los pechos por pescar su voto, henchido así de los votos mas principales. Él, segun dice, á naide quiere mal; á tó el mundo respeta (salva la bolsa); dentro del caserío jamás se propasa; quien le busca, le encuentra lo mismo pá un fregao que pá un barrio; ¿qué mas se puede pedir á cualquier cristiano?

Y en efecto, el Bandolero siempre llega de paz á los umbrales; bien que armado con los hélicos pertrechos, porque no se necesita mucha retórica para aprender que hombre prevenido vale por dos: converso en buena amistad con los vecinos y autoridades, participa de sus fiestas y regocijos, y generalmente guarda ley á sus relaciones. Agrégase á sus cariñosos modales el desprendimiento y garbo que luce en todas partes; acostumbrado á la abundancia nada escasea en sus visitas que pueda aumentar su prestigio: des-

pilfarra y malgasta con sus *intimidades*, como pudiera un ministro de Hacienda, lo que pertenece á otros: el pánico terror que infunden los ruidosos escarmientos con el que se desmanda, acaban de consolidar su poder; y de este modo se hace inexpugnable en su montana, sostenido por los poderes circunvecinos.

Llega una requisitoria mandándole prender; y el mismo dia que se fija en público tiene la debida noticia de lo que pasa. Al siguiente con toda la solemnidad de caso, se presenta el Bandolero al frente de su cuadrilla, en los contornos del lugar: asústase la gente, cierran las puertas, abren las ventanas, escóndense las viejas, aprovechan la confusion las mozas, y olvidando provisionalmente al novio que *ara con sus bueyes*, salen á recibir y festejar á sus galanes. No hizo mas famosa entrada el capitan Gonzalo Fernandez, que la que hace el Bandolero en esta ocasion; ni mas obedientes cayeron los muros de Jericó al sonido de la trompeta, que cae á su voz la soberbia requisitoria mutilada por las cuatro extremidades. Allí quedan aferradas con sus cuatro obleas en las puertas del templo, para escarnio y terror de moradores y transeuntes, como quedarían los miembros del conquistador clavados en vigas por el camino si le llegasen á echar la zarpa. Hecho así, el caudillo abandona la poblacion llevando engastada en su puñal á la prisionera, sin que nadie tome á su cargo el vengar la injuria; vuelve á su retiro seguido de su gente, y desmontando la clava en el primer tronco que se le presenta, á guisa de murciélago. Alzase confuso estruendo de gritos, risotadas y sarcasmos, siguen las burlas, los insultantes dicterios sin traba ni reparo alguno; se celebran mutuamente sus ocurrencias, se brinda por sus intenciones, y tomándola al fin por blanco, la fusilan por la espalda ejercitando su destreza para emplearla si posible fuera en los autores. De esta manera respeta el Bandolero las disposiciones de la sociedad, dejando á cubierto á los amigos.

Gánase una batalla, y se recoge el botin: en seguida, como es de suponer, se levanta un ruidoso proceso para averiguar lo que todo el mundo sabe; y en él son llamados á declarar los pueblos mas cercanos al hecho: pero nuestros pueblos ni oyen, ni ven, ni entienden sino su propia utilidad y conveniencia; por consiguiente lo mas que resulta es, que los ladrones se llevaron el dinero y los robados se quedaron sin él. El mismo Bandolero acaso se presenta como testigo, y observa, y tatea, y registra, formando con lo que ve su composicion de lugar: si la cosa ha de parar en condenarle en rebeldía, se vuelve á su manada y aguarda tranquilo el momento de asesinar á la sentencia: pero el débil que dió márgen á ella con su inocente dicho, paga hartó cara la inocentada, sin que lo estorben sus buenos servicios anteriores. Así nadie trata de malquistarse con él, mucho menos cuando nada espera por galardón de su arrojo; y en resúmen cada cual prefiere las visitas del Bandolero á las del escribano.

De tal suerte, este hijo emancipado se llama de la familia cuando bien le cuadra, y aprovecha sus ventajas y placeres; considerándose espurio y borde en cuanto á lo demas. No hay feria ni funcion á que no asista, ni moza á quien no asiede, ni diversion que desperdicie. Comunmente le acompañan hasta llegar los cofrades y su galana pareja, ostentando con el lujo de sus vestidos la gentileza de su persona; mas luego se desvian todos, y apenas se dan por conocidos, tomando parte en ese frívolo aparato que llaman trato de gentes, aunque por diverso fin. Cada uno se dedica solo á sus faenas; ¿quién va á la feria simplemente por gozar? pero siempre dispuesto á socorrer á los restantes en caso de necesidad. En tales lances, abandona las armas de grueso calibre para presentarse en público; aunque un par de cachorrillos y una tercera de muelle, poco peso hacen en la faltriguera.

Su rumbo y boato son allí mas extremados que en parte alguna; y el juego es en nuestros dias la señal mas evidente del rango y la importancia del individuo. El Bandolero pues, que á nadie cede y á muchos aventaja en pomposa ostentacion y en medios de sostenerla, juega por de contado, y juega fuerte: pero gana sin interrupcion, ó por lo menos no pierde nunca; porque avizorando en dónde para el dinero, y disponiendo una cacería para el primer dia de campo, recobra su desembolso con mas aumento que un contratista del Estado.

En los ratos de ocupacion se dedica á chalanear vendiendo lo ajeno, y haciendo propio lo que no compra. Apenas hay mercado en que no varíe de palafren, y esto por calculado sistema, pues entiendo que a por el rostro se distingue á la persona, y por el *almífor* y el vestio se la barrunta. » Cuando ve alguna cosa que *lo merece*, se arrima haciendo la desecha, y empieza á tratar con frialdad el ajuste.

—¿Tiene cosquillas?

—No señor, es un cordero.

—¿Duro é boca?

—Con una hebra de seda le maneja un niño.

—¿Y qué tal escapa el animalito?

—Como caballo de apuesta; y saltador, no se diga.

—Compadre; tiene pena é la vida el que hable mal de su género.

—No hay mas que á la prueba; y si miento yo, le doy de balde.

El Bandolero con la gracia del mundo, se pone de un brinco á horcajadas sobre el lomo; aprieta con fervor ambas espuelas, y el caballo arrancando de un largo salto parte á carrera tendida y asombra á los circustantes. El dueño le contempla embelesado, y recostando sobre su vara una cadera, calcula el aumento de precio que tan lucido ensayo le promete: mas temiendo luego que puede reventarse, empieza á gritar con todo su pulmon, eh! hola! vuelta! vuelta!

—La del humo, contesta á media voz el ginete; y picándole de nuevo desaparece con la velocidad de un relámpago.

El método no puede ser mas sencillo; pero no obstante prefiere por lo comun aguardarle en su terreno, y reserva sus hazañas y proezas para el campo raso.

En esta vida activa y laboriosa, alegre y matizada de sobresaltos, pasa el Bandolero sus dias, excepto aquellos en que caído en el lazo, divierte su ocio con experimentos teórico-prácticos para lo futuro, y proyectos de mejoras sobre el arte. Como todo hombre de posicion, adquiere orgullo, se hace exclusivo, y no puede tolerar émulo ni rival de sus glorias. Apenas sabe que cerca ó lejos de su permanencia despunta otro capaz de fijar la atencion aterrando, le busca y persigue con afan, tan solo por el gusto de probarse las fuerzas y rujarse el corazon á puñaladas. A veces se atraen desde los parajes mas remotos, y emprenden largas peregrinaciones sin mas intento ni motivo de queja: y es tan arraigada y severa la costumbre, que gana mucho en opinion el que acude al territorio ajeno; y perdería toda la suya quien sabiendo que un beduino ha conseguido por apodo *mil hombres*, no acudiera solícito á departirlos con su navaja.

De este modo llega á cobrar fama y extender su nombradía por todo el ámbito de su país; haciéndose objeto de conversaciones y artículos. Entónces ya se le puede pronosticar, segun los tiempos que corren y sin necesidad de acudir á los astros, que su destino le lleva como un rehilete á figurar sobre las tablas: si es afortunado, en las del coliseo; si no, en las de algun armatoste á las afueras de la capital.

BONIFACIO GOMEZ.

EL COLEGIAL.

PARA que haya Colegiales preciso es que haya colegios (¿quién lo duda!) y para que haya colegios es necesario que haya Colegiales. Esto parece indudable, por la regla de los correlativos, y seguramente lo calificaríamos de tal, si en esta tierra de garbanzos, donde tres y dos no son cinco, pudiera haber cosa cierta. Así es que en España hay colegios sin Colegiales (traslado á los colegios electorales) y tambien Colegiales *in partibus*, aun prescindiendo de los abogados, escribanos y zapateros, cuyas asociaciones se titulan colegios en algunos pueblos, y que así son Colegiales como por los cerros de Ubeda.

Siguiendo, pues, las fórmulas parlamentarias, antes de *abordar* la cuestion debo hacer la *salvedad* (*lenguajé castizo*), de que no es mi ánimo meterme en nada con los dichos Colegiales, que *no son Colegiales*, sino solamente con los que viven reunidos en comunidad; bajo cuyo nombre se comprenden no solamente los individuos de los colegios mayores y menores, sino tambien de los seminarios conciliares y de la Escuela Pia, pues á los alumnos de todos ellos se da indistintamente el titulo de Colegiales.

Bien quisiera yo saber cuántos y cuáles eran los colegios que habia en España en tiempo de Gerion y del rey Brigo, pero nada dice el Beroso acerca de ellos; y no es cosa de añadirle un capítulo. Queda, pues, como Colegial mas antiguo de España su patron Santiago, individuo que fue del colegio Apostólico, pues aun cuando no era de origen español, por sus servicios patrióticos obtuvo hace ya tiempo carta de naturaleza.

Hubo posteriormente un señor arzobispo de Toledo, llamado el Sr. D. Gil de Albornoz, y no pareciendo sin duda esta tierra la mas á propósito para Colegiales, labró allá en Bolonia un colegio mayor, que ha producido muchos y célebres bolonios, y no valga por insulto. Pero otros mudaron de parecer y se pusieron á construir colegios en España, entre ellos don Diego de Amaya Maldonado, el de S. Bartolomé de Salamanca; el cardenal Mendoza, el de Sta. Cruz de Valladolid; Fr. Mortero el de S. Gregorio, y el célebre Fonseca el de su nombre en Santiago, y del Obispo en Salamanca. En seguida Cisneros conoció que la tierra de Alcalá era buena para Colegiales, y en virtud de ello fundó el colegio mayor de S. Idefonso, y otro para gramáticos y el de filósofos con 70 plazas, en memoria de los 70 discípulos (fortuna fue que no se acordara de Sta. Ursula y las 11,000 vírgenes) y luego el de la madre de Dios para teólogos, y luego el de S. Pedro y S. Pablo, y luego.... échense Vds. á contar hasta ocho ó diez colegios.

Vinieron en seguida los obispos del concilio de Trento, y se echaron á fundar colegios y seminarios á porfía, y otros que no habian asistido al concilio, no por eso quisieron ser menos. Duró esto por mucho tiempo, hasta que se hizo mas de moda el fundar capellanías, porque es de advertir que en esto de fundaciones influye mucho la moda.

Vino por fin la generacion actual con su ilustracion y su jamancia, y de un papirotazo echó abajo conventos, capellanías, mayorazgos y colegios, y hasta los seminarios han quedado en el aire, como el alma de Garibay. En cambio llegó la moda de los liceos, y no hubo pueblo, de Madrid á Belchite inclusive, que no tuviera el suyo: cuando ya se iban agostando ha entrado por fin la moda de los Institutos, que.... déjelos V. estar.

Para considerar, pues, al Colegial bajo sus diferentes fases, vamos á seguir sus pasos en la Escuela Pia, el Seminario y el colegio; hasta que esta crisálida literaria se transforme en oidor ó canónigo, segun el camino por donde Dios le llame.

PRIMERO.

Ab initio et ante secula ...

No quiero decir que el Colegio haya existido desde el principio del mundo, si no que voy á considerarle desde su origen y nacimiento. Bien es cierto que aquel bonachón de Horacio dijo: que no se tomaran las cosas desde sus principios remotos, ni el sitio de Troya desde el huevo de Meleagro; pero aquel poeta era un clásico de los de tres al cuarto, y como dijo Fr. Blas: *«nosotros llevamos la contraria con el Ilustrísimo Barradas»*.

Digo, pues, que á fuerza de varias y profundas investigaciones se han convencido los que han tratado la materia, de que el Colegio nace como los demás hombres, opinión que confirmaría quizá con mi propia experiencia, si me acordara algo de la época á que me refiero. Con todo, en las poblaciones donde habia colegios mayores, acostumbraban las mujeres marcharse á parir en algun pueblo distante de aquel establecimiento, cuando menos una legua. Esto lo hacian para eludir la ley ó estatuto que prohibia entrar Colegiales mayores en casi todos ellos, á los naturales del mismo pueblo ó sus inmediaciones.

Erase, pues, un muchacho nacido á mas de una legua del Colegio mayor, y por tanto predestinado por su madre para Colegial. Con todo, no hubiera entrado tan pronto en esta profesion, si las continuas travessuras no hubieran decidido á su familia á confiarlo á los Escolapios, como quien lleva al picadero un potro cerril. En efecto, el chico *prometia mucho*; pues á la edad de siete años era ya conocido por sus hazañas, en todas las callejuelas y encrucijadas del pueblo, y hasta los perros al verle á cierta distancia huían con el rabo entre piernas y haciendo el cojo. En vano el maestro descargaba sobre sus posaderas sendas zurras á *telon corrido*, y sus padres le encerraban en el cuarto oscuro y le amenazaban continuamente con el hospicio, pues nada servia para que dejara de hacer novillos y tomarse mas asuetos que los concedidos por el maestro; siendo ademas aficionado á las pedreas, de las cuales salia con frecuencia si no herido al menos contuso. Tales fueron los motivos que obligaron á sus padres á sacarlo cuanto antes de la casa por quitarse de ruidos, que no los hacia pequeños.

A pesar de todo hubo por parte de la madre una despedida sentimental y patética, en comparacion de la cual fue la de Fontainebleau, tortas y pan pintado. No así de parte del chico, que se consoló bien pronto, y pasó aquel mal rato á fuerza de dulces. Una vez dentro del seminario, el bullicio y la algazara de los otros muchachos que salian de las clases alborotando y triscando desterraron bien pronto su melancolía, y una hora despues jugaba al toro con los otros chicuelos, como si toda su vida se hubiera criado con ellos. Por otra parte la dulzura de aquellos buenos religiosos, que se convierten á veces en niños para alternar con ellos, y las caricias que como á nuevo le prodigaban, hicieron que se olvidase bien pronto de las dulzuras de la casa paterna.

De este modo principió á sentir los gozes y privaciones de la vida colegial, que para un niño criado entre el mimo y el regalo tiene mas de las segundas. Levantarse temprano, hacer las cuatro comidas á golpe de campana y casi siempre de una misma clase de alimentos, pasar largas horas sobre el libro y en el mas profundo silencio, y en seguida cinco en la clase, constituyen una vida enteramente contraria á la que habia tenido hasta entonces en su casa.

Llegó por fin un día de salida, y despues de cantar el oficio de parvo á coros y en comunidad, oír misa y vestirse el uniforme, ó traje del Seminario, pudo marchar á su casa en compañía del criado que apenas

podía seguirle. Aquí fueron los abrazos de la mamá, de los abuelos, tíos, parientes y amigos, que acudían á ver al chicuelo, como si viniera de Tetuan. Aquel día hubo arroz y gallo muerto, pero se aceleró la comida para asistir á la comedia de la tarde en un palco segundo, donde se encajonó toda la familia, y el primero el Colegialito; el cual se apoderó al punto de la silla mas alta y del lugar que le pareció mejor.

Pero segun se acercaba la hora fatal de regresar al colegio, se disminuía gradualmente su alegría y vivacidad, de modo que al llegar el momento tenido, le atacaron casi repentinamente dolores de vientre y de cabeza. El padre, que era hombre formalote y chapado á la antigua, desestimó las quejas del muchacho y las plegarias de la mamá, y con rostro impasible dió el orden para marchar. En virtud de ella, el enfermo fue remolcado hácia el colegio por aquel mismo criado, que por la mañana apenas podía seguir sus pasos.



El Colegial.

Al día siguiente se quedó en cama, y el director le echó de menos durante la misa, por lo que acudió al punto á su alcoba para tomarle el pulso. Como práctico en los achaques de sus alumnos, recetó sobre la marcha lavativas y dieta, remedios los mas eficaces contra la pereza y la indigestion que suelen atacar á los Colegialitos al día siguiente de la salida. El suceso demostró cuán acertadas habian sido las medicinas, pues aquella misma tarde se levantó el enfermo con unos ácidos espantosos y á trueque de no que-

darse sin cenar protestó, que ya no tenía nada, lo cual creyó de buena fé el bueno del maestro.

Pasaron dias y meses, y los meses llegaron á formar dos años, en los cuales nuestro muchacho se fue perfeccionando en la gramática latina y demas elementos que constituyen la educacion escolapia, si no brillante y variada, al menos sólida y concienzuda. Pero al paso que iba desarrollándose el muchacho, crecia tambien con él cierta inclinacion á la holganza, á la cual diz que somos muy propensos los españoles. Asi es que durante la vefa en vez de estudiar la leccion, se entretenia en pintar monos en las hojas de los libros, viniendo estos á ser por este medio una especie de ediciones pintorescas, con el texto adornado de dibujos: y á fé que si quisiéramos llevar adelante la comparacion, entre los monos que pintaba el Colegialito y las aladuras que decoran algunas publicaciones.... pero mas vale callar.

Por otra parte era camorrista, y andaba siempre al morro con los otros compañeros, los cuales en despiques le abrian sendas trincheras en la cabeza, ó cuando menos burujones como puños. Crecian los castigos en proporcion de su petulancia, y la palmeta amenazaba de continuo á su mano: en despiques, los dias de salida referia á su mamá los castigos de que era (según él decía) inocente victima, pintaba con los mas negros colores la crueldad de sus maestros, y aseguraba formalmente bajo su palabra, que pasaban de cincuenta los heridos de palmeta que habia de continuo en la enfermería. Pero se guardaba muy bien de referir sus diabólicas travesuras y lo mucho que en otras ocasiones lo halagaban, porque es de notar que los mayores enemigos de los Escolapios son sus discípulos mas mimados. Lloraba la madre á lágrima viva al oír tan trágicas relaciones, pero el padre, mejor informado de las tretas del chicuelo, se desentendia de sus cuitas.

Llegó por fin el dia del cumpleaños de la mamá, y el muchacho se presentó á cumplimentarla con una hoja de papel marquilla bien orleada, que contenia una décima de circunstancias compuesta y escrita por el Colegial, no sin ayuda de sus maestros. Admirada la mamá de tan gran adelanto decretó en el acto que se colocara la décima en el testero del salon, con su correspondiente marco dorado. Aquel dia estuvo feliz el muchacho, tradujo un trozo de Cornelio Nepote con tal seguridad y maestría, que dejó admirado á un capellan tío suyo, que tenia las letras como las del Misal, pocas y gordas. En seguida sintiéndose inspirado á la vista de unas nueces, principió á recitar subido sobre una silla la fábula de la mona:

subió la mona á un nogal,
y encontrando una nuez verde, etc.

pero al decir «arrojóla el animal....» tiró tal castañazo á una hermana suya, que sus lamentos le obligaron á suspender el recitado, con no poca risa del auditorio.

Aquel dia la madre repitió los ataques, y apoyada por el capellan decidió á su marido á que sacara al chico del colegio, contra el dictámen de sus maestros. Tambien se acordó enviarle á principiar la filosofia en un seminario conciliar, para que conservase mejor la inocencia.... si aun era tiempo.

SEGUNDO.

Cadit in Seylam, etc.
Por huir de la sartén cayó en las aspas.

Al que no quiera caldo taza y media: así dice un piadoso refran castellano, y asimismo le sucedió á nuestro Colegialillo, que huyendo de los Escolapios vino á dar en un seminario conciliar. Practicadas las debidas diligencias entró en aquel establecimiento el

mismo dia de Todos Santos para principiar primero en filosofia. Presentóse al rector, que era un canónigo de los de *in illo tempore* y á presencia suya se vistió el manto de paño oscuro y una beca de color mas claro: advirtiéndole que se veian los pantalones por bajo del manto, mandó al nuevo alumno, que en lo sucesivo se abstuviera de usar aquella prenda profana, ó cuando menos subírsela hasta la rodilla, aunque sería mejor usar calzones, lo cual reputaba mas meritorio en la presencia de Dios.

En seguida, tomando un polvo y sentado *pro tribunali* (el tribunal era un sillón de Moscovia con clavos como platos) le dirigió sobre poco mas ó menos la siguiente plática. «Vas á entrar, hijo mio, en esta *santa casa*, donde tu talento será cultivado y tus costumbres reformadas con la ayuda del Señor. El traje sencillo y humilde, que acabas de vestir, te recordará que debes ser modesto en presencia de tus superiores y sufrido con tus compañeros; cuidando mas bien de ajustar tu conducta, que no escudriñar las ajenas: no obstante, si observares en ellos algun vicio ó desórden, tendrás cuidado de avisarlo á los superiores, porque como dice la Escritura, *facientes et consentientes....*»

—Y á todo esto, hijo mio ¿á cuántos estás de latin?—Bastante bien: ya traduzco aquello que principia *Barbara pyramidum*.

—¡Profanidades!.... yo no sé qué gusto tienen esos padres Escolapios de enseñar á los chicos esas heregias, sabiendo que á San Gerónimo le dieron los ángeles una zurra por leer á Ciceron. ¡Como si no tuvieramos ahí los santos nuevos y los himnos!.... Al decir esto, abrió su breviario, y el muchacho tradujo á satisfaccion la antifona que principia: ¡*Oh doctor optime!*

Concluida la recepcion pasó el nuevo seminarista á instalarse en su cuarto, que tendría escasamente doce pies de largo por ocho de ancho: tres sillas, una cama de tablas, una mesita y un cofre formaban su menaje; un crucifijo y la oracion de San Francisco de Asis contra las malas tentaciones completaban su adorno: todo ello á expensas del nuevo. Despues de arreglados sus chimes y libros salió este al claústro donde ya le esperaban los otros seminaristas.

Yo quisiera conocer algun anticuario que me sacara de la ignorancia en que estoy acerca de quién fué el que inventó las vejaciones que sufren los nuevos en casi todos los establecimientos, y lo que usaban los egipcios y los babilonios sobre este particular. Lo que sí puedo asegurar es, que en nuestra patria se acostumbra desde tiempo inmemorial recibir sus compañeros á los nuevos obsequiándolos con algunas barbaridades á estilo de Sacedon. Ahí está la historia del Gran Tacaño, que no me dejará mentir: véase en ella el recibimiento que hicieron los estudiantes de Alcalá al hijo del barbero de Segovia.

Respecto de nuestro héroe se contentaron los seminaristas con quitarle el bonete, que corrió de mano en mano, ora tropezando en las maderas de los techos, ora lamiendo el polvo de los ladrillos, hasta que volvió á manos de su dueño, victima de una vejez prematura. En seguida colocaron al nuevo sobre una escalera de mano, y en esta forma le condujeron procesionalmente por los claústros, como al sacristan en el sainete del santo, cantando con voces asochantadas:

Alegremonos, alegremonos,
porque justo es que nos alegremonos.

Subaba el pobre novato la gota gorda, y en su turbacion no advirtió que le conducian á tropezar con un farol suspendido del techo por una cuerda. Temeroso de romperlo trató de dar un salto, al mismo tiempo que los conductores conociendo la intencion saltaban.

los extremos de la escalera, la cual vino al suelo con grande estrépito. En tal conflicto se agarró á la cuerda del farol y quedó por un momento en el aire haciendo piruetas; pero la cuerda harto endeble para tanto peso se quebró al punto, y el burlado jóven vino al suelo aplastando el farol, y recogiendo en su manto el contenido de la lámpara. Entonces se le acercó un seminarista bizco, y ayudándole á levantar le dijo, parodiando aquellas palabras del Apocalipsis: *dignus est agnus*: «digno es ya este pobre español de alternar con la gente del bronce: su manto y su bonete principian desde hoy á caminar hácia la venerable antigüedad.»

En aquel momento se oyó un grito agudo que decía: ¡¡ el pasante!! La presencia del pasante causó en aquella reunion una escena muda parecida á la del casero en la casa de *Tócame Roque*: cada uno se guarece en su madriguera. Solamente el inexperto nuevo quedó á pocos pasos del sitio de la catástrofe, y hubo de sufrir sus reconvenções á vista de los sucios despojos de la refriega. En vano trató de sincerarse nuestro *delincuente honrado*, y para salir del apuro tuvo la debilidad de acusar al bizco, pues probó este á poco rato con el testimonio de una pramción de colegiales, que cuando se oyó el ruido estaba tomando el sol en la azotea.

Una *avalancha trae otra avalancha* (palabras del Han de Islandia) y una broma trae otra en pos de sí. El pobre novato que tuvo la debilidad de acusar al bizco hubo de purgar bien pronto su pecado, á la manera que Sancho por no pagar en la venta. A cada vuelo que daba sobre la manta le preguntaba el bizco si volvería á cantar, hasta que molido y mohino juró el pobre mancebo por las puntas de su bonete ser en lo sucesivo antes mártir que confesor.

Durante el primer año nuestro seminarista como lógico y como nuevo hubo de sufrir un noviciado harto triste. No solamente sufría las calaveradas de los antiguos, que solían divertirse á su costa, sino que ademas cargaba con todas las culpas, segun aquello, de que siempre rompe la cuerda por lo mas flojo. El servía de atalaya mientras los otros jugaban en algun claústro retirado, hacia de testigo falso en obsequio de los antiguos, y les contribuía con parte de su racion, cuando ayunaban por alguna calaverada. Si era preciso interpellar al mayordomo, para que sustituyera otro almuerzo á la cotidiana chanfaina, ó exigiera la responsabilidad al inmundico pinche, que hacia servir en obsequio de sus narices el mismo mandil en que cortaba las sopas, en tal caso el nuevo era uno de los destinados á llevar la embajada. Por resultado de ella al ocupar su puesto en el refectorio solia hallar vacío el sitio donde había de estar el postre, y cuando en seguida alargaba la mano para tomar el plato apartaba el fámulo la tabla donde los traen: esta pequeña accion, y la risita con que la acompaña el fámulo, indican al pobre seminarista que por aquel día se queda sin comer.

Jamás vió un preso con tanto placer acercarse el fin de su condena como el seminarista llegar el día de San Juan. Así es que desde el primero de mayo contaba por días y por horas las que le faltaban para salir. Llegó por fin el anhelado instante, y salió nuestro jóven tan aturdido y precipitado, que ni aun se despidió del rector, ni de sus compañeros. Al llegar á la posada donde le esperaban la mula y el criado dió á este tanta prisa, que aquella misma noche durmió á seis leguas del seminario.

Pero al acercarse el formidable día de San Lúcas, vuelven á renovarse las llagas que un verano feliz apenas habia logrado cicatrizar. A pesar de eso el segundo año de seminario es ya mas tolerable que el anterior. Al regresar allá se encuentra el Colegial en tierra de amigos, y para entonces han acordado ya otros nuevos en los cuales piensa ensayar las leccio-

nes prácticas que recibió en el curso pasado. Con todo, su desarrollo está reservado para el tercero.

Efectivamente, en este año es cuando concluye de formarse el carácter del seminarista, mientras el catedrático trata de enseñarle filosofia moral. Ya no es entonces aquel jóven pavoroso y tímido, que se quitaba el bonete al aproximarse el pasante, y temblaba como un azogado mientras el rector le dirigia la palabra. Al paso que se ha desarrollado su físico, han tomado incremento su petulancia y sus pasiones. Lejos de temer al pasante ni á los catedráticos los insulta y les responde con altivez, los castigos solo sirven para aumentar su procacidad: si le quitan la racion está seguro de que comerá mejor, porque cada compañero le guardará una parte de la suya, y si llega el caso de meterlo en el cepo, pasa un día feliz fumando y tumbado á la bartola. Nada hay seguro en el seminario ni aun dentro del cuarto del rector; pero sus tiros mas frecuentes son contra la despensa. Unas veces quebranta su cerradura, otras ensaya el modo de abrir con una llave de madera construida á fuerza de industria y de paciencia, y al último recurso mete por el agujero de la puerta al gato mimado del rector y al verle pasar por encima de las uvas tira del bramante con que le tiene sujeto, y arrastra hácia la puerta al quejumbroso animal, que de paso trae dos ristas de uvas entre sus crispadas uñas.

Si el rector tiene corral de gallinas (como suele suceder) el seminarista trata de pescárselas sirviéndole de caña una escoba, de sedal un bramante, de anzuelo un alfiler encorvado, y de cebo un pedacito de pan. ¡Oh vosotros pescadores de agua dulce, que despues de un día de paciencia, lograis pescar una suela de zapato y unas tercianas! ¿Tendreis todavia valor para negar la posibilidad de pescar en seco? (prescindiendo de las oficinas).

Viérais al través de aquella alta reja los malignos semblantes de aquellos improvisados pescadores, al contemplar la ascension de la gallina, que se sube por el aire aleteando y cacareando en falso. A falta de estos despojos, cuyo grato sabor es difícil comparar á otros manjares, el seminarista de pelo en pecho soborna al portero (que viene á ser el carabinero de aquella costa) ó se vale de los estudiantes externos para meter sus contrabandos, por cuyos medios rara vez carece de vino, frutas y sobre todo de tabaco, porque el seminarista que no fuma, es una especie de salamandra cuyas alas no se han chamuscado en el fuego.

Cuando el seminarista ha logrado introducir un buen contrabando convida á sus camaradas, y una hora despues de tocar á silencio, ya que el rector y los catedráticos han atrancado sus puertas y duermen profundo sueño, se reunen los amigachos y tienen su orgia. A veces al salir de ella el calavera se divierte en sorprender algun nuevo y echarle entre las sábanas los restos del festín. Y ya que nombramos al calavera, es de notar, que en aquella pequeña sociedad tambien hay gente *crúa*. Pero allí sus fechorias se reducen á zurrar á los que son inferiores en fuerzas, hacer por la noche la fantasma arrastrando por los claústros algun palo, ó entrar en el cuarto de algun nuevo, para arruinar vilmente su inocencia. A veces sorprendido por el pasante, ó algun catedrático en estas escursiones nocturnas paga su delito con algunos días á media dieta, otras logra burlar su persecucion ocultándose en algun rincón del oscuro claústro.

Una de las anécdotas mas vulgares en las crónicas seminariales (que se conservan por tradicion, por no haber sido aun redactadas) refiere, que habiendo sorprendido cierto rector á un calavera que andaba haciendo ruidos por el claústro, y no pudiendo reconocerle por la oscuridad sacó unas tijeras y le cortó un rizo de pelo, ó *chorizo*, que llevaba en la cabeza, y del cual le tenia sujeto. A la mañana siguiente al

entrar en el oratorio los seminaristas para oír misa se colocó á la puerta, y quedó no poco admirado al ver entrar sin el correspondiente rizo al mas beato y mo-rigerado de todos los teólogos. Iba ya á echarle en cara su hipocresía cuando observó otros varios, que entraban igualmente trasquilados. Efectivamente, el pilluelo se habia entretenido en cortar el pelo á varios Colegiales, sorprendiéndolos mientras dormían.

Luego que un calavera se ha remontado á tal altura, solamente le falta idear un medio para evadirse alguna noche del colegio, ora saltando ventanas, ora trepando á los tejados. Si logra volver felizmente de su expedición, puede hacer cuenta de que ha conquistado el vellocino, y ya no hay mas que buscar un toison y colgárselo.

Pero todas las cosas tienen un término en este mundo, y á la manera que la enfermedad, pasada la crisis principia á declinar, así tambien el seminarista, pasado el tercer año (la crisis) suele entrar en juicio, y á fuer de teólogo y antiguo se hace respetar de los filósofos y de los nuevos. Y ¿quién sabe? quizá aquel muchacho que tanto hizo rabiar al rector y demas superiores, llega á ser un seminarista formalote, con honores de pasante, catedrático y *gimnasiarca* (ó heresiarca como decia la tia Catuja, madre de Fr. Gerundio de Campazas), lo cual tampoco impide que á veces el diablo tire de la manta y descubra las anti-guas mañas.

Por lo que hace á nuestro jóven (á quien dejamos olvidado desde su regreso al seminario) no esperó á verse condecorado con tantos honores, y concluida la filosofia manifestó que no queria seguir en el seminario, sino estudiar leyes ó cánones en la universidad. Al oír esta decision un P. Lector, que era el orá-culo de la familia, echó la capilla sobre su cabeza, metió las manos en las mangas, y exclamó con aire compungido: ¡ está visto! este muchacho principió sus estudios *por las declinaciones de los nombres*, y acabará *por las inclinaciones de los hombres*.

TERCERO.

Imberbis juvenis, tandem custode remoto.
El desbarbado jóven entra en un colegio
donde no hay pasantes, ni centinelas de vista.

No llevaron muy á bien sus padres que tratara el ex-seminarista de echar á volar por el inmenso espacio de las universidades; y entre el extremo de suspender su carrera, ó dejarle á sus anchuras, idearon un justo medio cual fué introducirle en un colegio. Se trató el asunto con un patrono, el cual se encargó de presentar al jóven para una beca, gratis, aunque autores hay que afirman otra cosa.

El colegio al cual se le destinaba era uno de los muchos que se fundaron durante los siglos XVI y XVII, los cuales se subdividían en mayores ó menores, segun que los rectores eran anuales ó perpétuos y los Colegiales graduados ó estudiantes. La influencia de los primeros llegó á ser bastante pesada á mediados del siglo pasado: el lujo y la ostentacion, con todas sus consecuencias, habian reemplazado á la sencillez y gravedad primitivas; y el espíritu de fraternidad habia degenerado en pandillaje. Sucedió entonces lo que por una ley general sobrevendrá á todas las instituciones que pretendan ejercer una influencia desmedida en la sociedad. Los postergados principiaron á murmurar contra aquellos establecimientos, hicieron ostensibles sus abusos, y concluyeron por desacreditarlos. Tratóse entonces de reformas; pero las que se hicieron en algunos de ellos (y especialmente en el de San Ildefonso de Alcalá, como mas inmediato á la accion del gobierno) fueron como las que se usan en el día, que consisten, no en mejorar la institucion, sino en echarla abajo. Por otra parte sus riquezas

eran muy considerables, para que no atrajeran sediciosas miradas.

Por lo que hace á los menores, su número era excesivo en muchas universidades, especialmente en Alcalá y Salamanca, y la pobreza de algunos tal, que apenas sustentaban dos ó tres Colegiales. Por esta razon el ministro Roda refundió muchos de ellos, ó los agregó á otros mas observantes y mejor dotados. Pero las reducciones consecutivas de censos y juros, los trastornos políticos y rentísticos, que desde aquella época ha sufrido nuestra patria, los han ido destruyendo casi en su totalidad, ó aniquilando sus rentas, hasta el punto de poder apenas sostener un número insignificante de Colegiales.

En uno de estos moribundos colegios fue donde le tocó entrar al ex-seminarista, para hacer de tercero en discordia, á tiempo que se componia la comunidad de dos individuos, uno que hacia de rector y otro de secretario. Y á pesar de eso ¡oh desgracia parlamentaria! no fué posible que se le admitiera por unanimidad, porque el secretario (la oposicion) no convenia en ideas con el rector (el gobierno) y siendo este favorable al pretendiente, el secretario protestó la admision.

—Aseguro á V. S., señor rector, que ese jóven no entrará Colegial.

—Póngase el caso á votacion.

—Yo voto en contra.

—Pues yo en pró.

—Hay empate.

—En tal caso mi voto dirime.

—Protesto, y ya el secretario cogia el tintero de bronce (que era de los de á diez y seis reforzado) y el rector empuñaba la salvadera en actitud de rechazar la protesta, cuando quiso Dios que entrara en la sala de juntas un Colegial antiguo, y logró ponerlos en paz apoyando al rector y calmando al secretario. Quedó, pues, nuestro jóven admitido por colegial, previa la informacion de limpieza de sangre, para cuya revision fué comisionado el secretario, y despues de hacer los juramentos de estilo, el rector le dió posesion pasándole la beca del hombro izquierdo al derecho.

Tambien aqui hubo de sufrir el nuevo Colegial algunas vejaciones, y no fué la menor endosarse unos larguissimos manteos de cola, á lo cual se llamaba *arrastrar bayetas*. Este espectáculo proporcionaba siempre á los chicos de la ciudad la agradable diversion de pisarle al nuevo la cola, con grave riesgo de sus narices, por lo que en algunos colegios fué preciso determinar que fuera un paje á retaguardia sosteniendo la cola. En esta forma visitó por orden del rector varios casas, sin hablar palabra, ni reirse, pues ambas cosas se le prohibieron. Figúrese el piadoso lector qué papel haria el pobre *arrastra-bayetas* entrando en una casa sin hablar palabra, y permaneciendo alli media hora sin desplegar los lábios, y salir por fin de allí con la gravedad que un asno de la cuadra, sin decir adios, lo cual se llama despedirse á la francesa.

Una vez instalado en el colegio, bien pronto se acostumbró á esta nueva vida, algo mejor por cierto que la del seminario, atendida la benignidad de las constituciones, y las interpretaciones aun mas benignas que sufrían. Es cierto que aquellas prescribían que al anochecer, en rezando la Salve, se cerráran las puertas, pero esto se entendia de las principales, no de otra escusada, para la que cada Colegial tenia un picaporte. Es cierto que las constituciones mandaban que pidieran al rector permiso para salir, pero tambien es cierto que este nunca lo negaba, y por tanto le ahorran la molestia de darlo saliéndose sin él. Tambien prohibian tener refrescos: pero nada decian de comilonas; que tuvieran espada y rodela, pero no privaba la escopeta; que entrasen mujeres, pero esto

hablaba con las malas, no con las honestas, parientas y conocidas.

Todo esto duraba mientras en el colegio habia union y paz; pero si estas llegaban á faltar, y los Colegiales se dividian en parcialidades, entonces el colegio mudaba de faz, y se ponian en práctica hasta las mas pequeñas menudencias y ceremonias. El rector se veia precisado á dejar de asistir á la tertulia, so pena de hallar á su regreso atrancadas las puertas y dormir fuera del colegio; bajaba á comer al refectorio, y se sujetaba á todos los actos de comunidad. En cambio los Colegiales tenian que salir de dos en dos, oír misa diariamente, acudir por la noche al rosario y la salve, los sábados á las conferencias ó conclusiones y los domingos primeros de mes á comulgar en el oratorio. Desaparecian las armas y los galgos, se cerraba la puerta excusada del colegio, y en la cocina no se admitia ni se guisaba mas racion, que la cantidad designada por los estatutos. La menor infraccion se castigaba con alzamiento del cuaderno, que equivale á suspension de alimentos, y privacion de voz activa y pasiva, por cuyo medio podia el rector cercenar á la oposicion algunos votos, en caso de tener que celebrar junta ó capilla.

Por fortuna, esto era muy raro, y las pequeñas rivalidades que llegaban á estallar (principalmente cuando se habia de admitir algun nuevo), mediando entre jóvenes bien educados, rara vez turbaban hasta tal punto la armonia y fraternidad, tan necesarias en estos establecimientos. Por el contrario, apenas se hallará un Colegial que no refiera en tono de élogio ó idilio las dulzuras de la vida colegial. En efecto, aun prescindiendo de la jovialidad estudiantil y de la franqueza amistosa que reinaba en tales establecimientos, los estudiosos hallaban allí las ventajas de poseer una buena, cuando menos mediana biblioteca de su respectiva facultad, el poder consultar y repasar con los antiguos que habian concluido ya su carrera, y finalmente, los ejercicios y conferencias que se practicaban á puerta cerrada dentro del colegio.

Todo esto contribuia á que el Colegial mirase á su colegio con el cariño y entusiasmo que el militar á su bandera, y que al presentarse en público, lo hiciese con el mayor decoro y gravedad, aun cuando dentro del colegio fuese un botarate. Aquel mismo joven que no dejaba titere con cabeza en el colegio, que al menor descuido merodeaba en los cuartos de sus compañeros como en pais conquistado, y por la noche salia de música con los estudiantes sus amigos, apedreando vidrieras y faroles, y aun al corregidor y su ronda; al salir de día por la ciudad, se revestia sin violencia de un aire grave y magestuoso. Al verle pasar los forasteros con aquel aire de provisor y su traje de colores, se quitaban presurosos el sombrero y admiraban con la boca abierta á aquel joven, á quien calificaban por lo menos de aprendiz de obispo.

Con todo, no siempre el Colegial usaba el mismo porte. El nuevo solia llevar el bonete hacia la region occipital (en castellano, el cogote), el manto caido, las manos en la vuelta de la beca, y el pantalon recogido hasta la rodilla, á riesgo de que sus medias negras le hicieran pasar por caballero de punto. El antiguo, por el contrario, y mas en gruñándose de licenciado, inclinaba el bonete chato hacia la oreja derecha, llevaba su manto terciado bajo el brazo, guantes blancos y el pantalon caido y con trabillas charoladas. Pero su vanidad principal estaba en llevar el manto tan raído y deslustrado (en señal de antigüedad) que apenas se conociera si el color primitivo fue verde, azul ó encarnado: porque es de notar, que aun cuando los colegios solian pasar un tanto anual para vestuario, era muy raro el Colegial que usaba mas de un manto, mientras durase su colegiatura. Al verlo con aquella fachada tan preñada, los nuevos se es-

candalizaban, suspiraban al pasar junto á él los padres graves, y á veces ¡oh tiempos! ¡oh costumbres! suspiraba tambien alguna liviana comadre.

Bajo este punto de vista, se hizo muy notable nuestro anónimo Colegial, cumpliendo al pie de la letra el vaticinio del padre lector. Así es que á poco tiempo de haber salido del colegio, y habiendo obtenido buena colocacion en una Audiencia, determinó asociarse á una joven á la cual hubiera hecho anteriormente Colegiala, si las constituciones del colegio no lo hubieran prohibido de un modo terminante.

Mas no por eso deja de mirarse como Colegial, y considerarse hermano de los que le han reemplazado: cuando se encuentra con alguno de ellos se informa minuciosamente no solo del estado del colegio, sino que tambien de los muebles y enseres, y en seguida pasa á referirle por menor todas las calaveradas y reyertas que hubo en su tiempo, las botellas que escamotearon al rector, la travesura con que enganaron á unos frailes en un día de Inocentes, y la reyerta que hubo con un rector intruso, nombrado por el Consejo, al cual echaron de la sala rectoral á bonetazos, haciéndole abdicar en seguida espontáneamente. En cuanto á proteccion no hay nada que decir: nuestro magistrado refiere con mucha gracia la contestacion de aquel catedrático moribundo, que preguntándole si le remordia algo la conciencia en materia de grados y honores académicos, respondió con un candor angelical, *no padre, pues yo siempre estuve por mi colegio.*

Hemos procurado bosquejar al Colegial, como era en aquellos aciagos tiempos en que no habia ni libertad ni motines, ni turron ni patriotismo. Y decimos *era*, porque este tipo está ya agonizando, y á la vuelta de pocos años el presente artículo podrá servirle de sermón de honras. En unos puntos la falta de rentas los ha reducido á inanicion, en otros las juntas, las diputaciones provinciales ó el gobierno les han dado el *golpe de gracia*; ora para cargar con el santo y la limosna, ó bien para improvisar con sus despojos raquíticos institutos, ó mezquinos establecimientos de beneficencia.

Quizá á la vuelta de pocos años vendrá algun publicista á revelarnos en tono magistral la noticia de que el sistema colegiado es útil para la educacion de la juventud, doctrina que en el día es una blasfemia literaria. Entonces se calificará de ostrogodos y jamanicos á los *reformadores*, que no supieron utilizar los establecimientos colegiales, que aun subsistian en España, durante el primer tercio de este siglo, y.... ¿quién sabe?; quizá vuelva la moda de fundar colegios! porque como dice nuestro refran, *al cabo de los años mil, van las aguas por donde solian ir.*

VICENTE DE LA FUENTE.

EL PATRIOTA.

Si á Napoleon no se le hubiese antojado en uno de sus vértigos guerreros hacer el regalo del trono de España á su querido hermano José, es muy verosímil que no se conociese en ella el Patriota, planta exótica, desconocida hasta la invasion francesa y que desde entonces acá ha pasado por mil vicisitudes ya prósperas ya adversas. Con efecto, la cuarta edición del Diccionario de la Academia publicada en 1803 dice: «Patriota, lo mismo que compatriota, el que es de la misma patria.» prueba evidente de que en lo antiguo no tenia aquella palabra la acepcion que en el día, y de que nuestros abuelos no conocieron por su dicha esta casta de gente tal como hoy existe. Posteriormente durante la gloriosa lucha que esta

nacion magnánima sostuvo con tanto denuedo contra las huestes francesas, fue cuando varió de significado la palabra Patriota, aplicándose á los que por sus heroicos sacrificios de todas clases en favor de la independencia merecieron una calificación honrosa que los designase á los ojos de sus conciudadanos como hombres que habían merecido bien de la patria en razon á los importantes servicios que habían prestado. Pero esta calificación era muy rara, la merecían poquísimas personas, y no había nadie tan osado que de su propia autoridad se atreviese á darse el título de Patriota libre de todo gasto con tanta facilidad como se dan ahora las cruces de Carlos III.

En nuestros dias ya es otra cosa, los hombres han desechado la modestia por inconducente, y los Patriotas de motu proprio son tan comunes entre los españoles como los ministros, los generales, los cesantes ó los dones. Decimos de motu proprio porque en cuanto á verdaderos patriotas se perdió la casta casi enteramente, siendo tan contados los que se logran ver entre nosotros, que no parece sino que sean oradores, frailes ó pueblos que no se hayan pronunciado.

El Patriota, tal como hoy lo consideramos, ha tenido sus épocas como los trajes, y como estos ha mudado de nombre segun aquellas, aunque su uso haya sido siempre uno mismo. Así como el frac moderno y la casaca antigua se diferencian en el nombre y no en el objeto para que sirven; el Patriota de 1820 y el de 1843, aunque con diferentes denominaciones, han servido siempre maravillosamente para desorganizar el país, apoderarse de los empleos, engañar á los tontos, quebrantar el sétimo mandamiento y conducirnos por término de sus desbarros al mas intolerable despotismo. Es verdad que á sus mercedes (perdónenme el tratamiento) les importa poquísimos este fin de fiesta, pues una de tres, ó se van unos á país extranjero con el riñon bien cubierto hasta que una amnistia ó una nueva revolucion les deje espedido de nuevo el teatro de sus hazañas, ú otros mejor avenidos bailan al son que les tocan, reconocen su error y se postran ante el dominador, como los persas de 1814, los regatos de 1823 y los recién ayacuchos; finalmente los terceros, que aunque constituyen la fuerza de la clase son unos meros instrumentos para la elevacion de los otros, unos patriotas *patatas*, digámoslo así, se quedan tranquilos en su casa, si es que la tienen, sin otra variacion que mudar el collar al perro, y gritar que muera lo mismo que pocos dias antes vitoreaban con entusiasmo. A esta numerosísima especie pertenecen los tragalistas de 1820, los que apedrearon al infortunado Riego en su marcha al cadalso, los que apaleaban en aquel tiempo á cuantos llevaban cachuchas, melenas ó cintas verdes, los que gritaban muera la nacion y vivan las cadenas, los que mas tarde en nuestros dias se pronunciaron contra los jaiques y sombreros blancos, y los que últimamente, sin decir agua va ni cosa que lo valga, alojaron últimamente la friolera de 15 ó 20 trabucazos á la berlina del general Narvaez. Habrán variado en el nombre y aun si se quiere en las formas, pero la esencia es una misma. Comunerios, realistas ó patriotas, de cualquier modo que se llamen, no dejan de ser por eso los mismos perros con distintos collares. Y ya que se trata de diversos nombres que ha recibido la especie desde que existe, diremos como de paso lo que acerca de su exactitud nos ocurra. El de Patriota es el menos adecuado para calificarle, como habrán inferido nuestros lectores de lo que va dicho, y no sabemos en qué se habrá fundado nuestro tipo para apropiárselo, á no ser en que de viento y agua bendita cada uno toma lo que quiere. El de realista tampoco le cuadra, porque este significa en su verdadero sentido el súbdito de un gobierno monárquico puro mas ó menos suave

pero firme y estable, y no puede haber estabilidad ni firmeza en ningun gobierno que consienta los entes de que nos ocupamos. Resta, pues, la denominacion de comunero, la cual es sin duda la que viene de molde á esta tercera clase, primero: porque comunero significa el que tiene parte con otro en alguna hacienda ó bienes raices; y nuestros patriotas, si bien es verdad que no tienen parte con nadie por carecer de otros bienes y raices que sus bigotes, quisieran tenerla en todos y con todo el mundo; y segundo: porque segun ellos mismos decian eran quinientos mil los que estaban resueltos en 1820 á defender heroicamente nuestra libertad contra el poder de la Europa entera; mas al entrar el ejército francés desaparecieron los bravos, y segun afirman algunos autores se metieron en un... de donde es fama que pasados los instantes de mayor peligro

Salieron torciendo el gesto
mirándose á todos lados
y exclamando amostazados
¡Ay valor, cuál nos has puesto!

No queremos decir ni remotamente con esto que los patriotas de ogaño hicieran lo mismo que los actores del malhadado drama, cuyo fatal desenlace acallamos de referir: nada de eso; aquí no hacemos mas que el papel de meros historiadores sin pretensiones de adivinos, y por lo tanto no nos es dado presagiar lo que sucederia en casos dados. Creemos sin embargo, que aquellos no cederian el campo como los otros; ni se dejarían arrebatar su exclusiva libertad tan fácilmente, atendiendo á la energia y bravura que han desplegado en los infinitos motines que se repiten diariamente para bien y prosperidad de nuestra amotinada patria. ¡Bonitos son nuestros patriotas para que nadie les pase la mano por el lomo! Por quitame allá las pajas y en menos que se dice cerrojo, como el ejército esté de su parte y sepan que no hay quien los hostilice, arman ellos un glorioso pronunciamiento que no hay mas que ver. Pero es requisito preciso, indispensable, *sine qua non*, para que sea nacional y glorioso que la tropa lo apoye, que se cuente con ella, valiéndonos de la expresion técnico-patriótica: si no es así, si por un fenómeno poco comun en los tiempos calamitosos que alcanzamos se empeña en permanecer fiel á sus deberes, entonces la cosa varia de aspecto: los patriotas de valía no dan la cara, contentándose con escaramuzar en terreno menos expuesto y tientan fortuna por medio de sus fieles jamánicos, dispuestos siempre á lanzarse á la arena revolucionaria como hombres que nada tienen que perder y si mucho que ganar por aquello de: á rio revuelto, etc. En el supuesto de que el glorioso salga mal, nada importa: el que pudo pescó y nuestros héroes se meten en su casa bajo la garantía de una capitulacion honrosa, que nunca deja de concederles un gobierno débil, y hasta otra si Dios quiere, que si querrá, porque en materia de perseverancia no hay quien igualarse pueda al patriota.

En vista pues de cuanto llevamos expuesto acerca de las pequeñas diferencias que se notan entre el Patriota de antaño y el de ogaño, no nos atrevemos á decir si pertenecen á dos razas distintas ó si forman una misma y única especie: nos inclinamos sin embargo mas al segundo aserto, y creemos que son una misma cosa con la sola modificacion que el progreso, la civilizacion y las luces han impreso en el carácter del primero para trasformarlo en el segundo tal como hoy se nos presenta. Con efecto, mientras que el Patriota antiguo se contentaba con canter el trágala, ó algun responso, ó con parodiar un entierro completo frente á la casa de la autoridad ó individuo que le era antipático, el moderno mata, arrastra y despedaza á todo el que se opone á sus cu-

prichos, lo que no deja de ser un pequeño adelanto producido por las luces de nuestro siglo, porque es indudable que muerto el perro se acabó la rabia. El Patriota de ogaño ha deslindado además con un tino admirable sus atribuciones y poderes que andaban en lo antiguo mezclados confusamente con los de otras clases de la sociedad sin límite fijo y constante de donde se originaban estas limitaciones perjudiciales á los derechos de aquel y de estas, como por ejemplo que el Patriota cantase responsos entremetiéndose en las atribuciones clericales y que los curas se atreviesen á correr usurpando de este modo los derechos de los buenos patriotas. Este era seguramente un absurdo que la civilizaci6n moderna no podía tolerar sin imprimir un borron eterno en las

mas bellas páginas de nuestra historia: por cuya razon el Patriota ha resuelto que los curas queden autorizados para cantar cuanto quieran; reservándose empero para sí la administraci6n y usufructo de sus bienes que les corresponde en virtud de la ley mas poderosa y enérgica del mundo.

Tales son las principales variantes que se advierten entre los patriotas pasados y presentes, las cuales son como ya hemos dicho mas que diversidad en el género, efecto del espíritu del siglo que aunque insensiblemente al parecer comunica su influjo á todo vicho viviente: no es pues de extrañar que nuestro tipo se resienta de esta influencia, y que siendo este el siglo de lo positivo y de la asociaci6n, esté aquel por lo material y se asocie con otros de su cla-



El Patriota.

se para llevar á cabo la grande obra de la regeneraci6n de la especie humana.

Quede pues asentado que consideramos á todos los patriotas como pertenecientes á una misma familia, de no sabemos qué reino de la naturaleza, y dejando ya de ocuparnos de los antiguos trataremos solo del de nuestros dias en lo que resta de este artículo.

El Patriota es un ser material y palpable muy semejante al hombre, del que solo puede distinguirlo un observador muy experto por la fiereza. Tiene en el principio de su carrera mucha analogía con el caracol, porque comunmente, como este, lleva á cuestas

cuanto posee. Parécese tambien al gusano de seda que al nacer se arrastra penosamente; pero convertido despues en mariposa vuela que es una maravilla: tiene mucha semejanza con el pino, á cuya sombra no medra ninguna otra planta, y finalmente goza de las propiedades del hierro, pues es duro, tenaz, maleable y ductil. Pruébese que es duro porque no lleva trazas de arrepentirse del mal que sus teorías y revoluciones han causado al país; tenaz por que nada aprende de la experiencia propia y ajena que demuestra claramente lo irrealizable de sus ideas. Maleabilidades la facilidad que tienen los metales de extenderse y acomodarse á las formas que

quiere dárselos, el Patriota se presta á todas y así se saca de él un togado, un gefe político, un general, ó un ministro, como un escribiente, portero ó editor responsable; finalmente, ductilidad es la propiedad de estenderse en alambres delgados pasando por agujeros muy pequeños, y es evidente que en tratándose de alcanzar un empleo se cueca el Patriota por el ojo de una aguja.

Resulta, pues, de todo lo dicho que no es fácil designar con certeza á cuál de los tres reinos pertenece nuestro tipo, supuesto que se parece al hombre en la figura y á la ballena en las agallas; al hierro en varias cualidades y al pino en su mala sombra.

No tenemos noticia de que Buffon, ni otro algun naturalista hayan observado y definido á este ser impermeable y anómalo con la detención y exactitud convenientes, y como no tenemos pretensiones de sábios, dejamos á nuestros lectores de su cuenta y riesgo la libre facultad de colocarlos en el reino y lugar que sea mas de su agrado: respecto á nosotros los colocariamos aunque fuese en el reino de los cielos y en el lugar de los bienaventurados á trueque de vernos libres de sus travesurillas.

Esta especie se divide en infinito número de variedades que no podríamos analizar individualmente en lo que da de sí un artículo, por lo que nos concretaremos á tratar de las tres principales en las que resalta mas la belleza de nuestro tipo, á saber: el Patriota aristócrata, el de la clase media y el Patriota plebeyo ó jamancio propiamente dicho del verbo jamar, que en jitano ó caló, quiere decir comer mucho y con ansia.

El Patriota aristócrata es el resultado de la industria aplicada á una primera materia, que suele ser un médico, un oficial subalterno ó mas comunmente un abogado de provincia. Esta última clase es la mas á propósito para la confeccion de nuestro modelo, que diremos cómo se elabora, y los diferentes estados por que pasa hasta llegar á la perfeccion. Dispuesta de antemano nuestra primera materia con el difícil conocimiento de nuestros inmensos códigos, que si no indica talento supone á lo menos una memoria poderosa y ejercitada, empieza á tomar interiormente un color político con la lectura de las obras de Filangieri, Bentham y otras que no conozco; por este tinte ó barniz no se manifiesta todavía á los ojos de los no inteligentes, ni nuestro mismo artefacto puede prever la perfeccion á que llegará algun dia. En este estado y con gran copia de ideas adquiridas, aunque ninguna propia, empieza nuestro Patriota su camino emulsiéndola magistralmente en las reuniones de sus estupefactos amigos, que escuchan admirados aquello de que el clero y los ejércitos permanentes son la polilla de las naciones, con otras muchas frases vacías, tanto mas aplaudidas cuanto menos entendidas son del estólido auditorio, y aun quizá del mismo que las pronuncia. Prodióle no obstante esto un tributo unánime de admiracion y respeto; corre su fama de boca en boca, se hace popular, concluye por elevarlo al encumbrado puesto de alcalde, regidor ó comandante de la M. N. y cádate ya á Perico hecho fraile.

Ya está en carrera nuestro héroe y no es difícil presagiar que subirá tan alto como la luna. Efectivamente, en tal estado y pertrechado ademas de las sutilezas y sofisterias forenses, con su poquita costumbre de hablar en público y la buena fé proverbial de nuestros curiales, empieza nuestro Patriota á echar de sí tal copia de alocuciones, profesiones de fé política, proclamas, etc., etc., etc., que no parece sino que sea un furioso puerco-espín lanzando púas en todas direcciones. Con esto y con tomar parte activa en alguna asonadita de éxito seguro, sin descubrir demasiado el bulto por si van mal dadas, y con algunas intriguias electorales conducidas con esa sagacidad raposil de que tantas pruebas da continuamente nuestro

dechado, consigue por fin la honra de representar á sus comitentes en la legislatura próxima, y con este melon se llenó el serou. Trasládase desde luego á la córte donde se asocia y pone de acuerdo con otros de su calaña, y empieza una nueva época de su vida, mas fecunda en grandes acontecimientos que lo han de elevar á secretario del despacho, ministro del tribunal supremo, ó cuando menos á jefe político ó togado de alguna audiencia, segun su capacidad ó fortuna, que de todo hay en la vina del Señor.

El Patriota aristócrata recién llegado de su provincia, y el que lleva algun tiempo de residencia en la córte, si bien tienen puntos de contacto ó semejanza, tienen tambien diferencias esenciales que apuntaremos ligeramente para inteligencia de nuestros lectores. Parécense, por ejemplo, como un huevo á otro huevo en sus discursos ó peroratas: las mismas ideas, el mismo tema, el eterno prurito de manifestar un valor cívico y aun guerrero incontrastable, que á fuerza de preconizado se convierte en ridículo, y que dará lugar con el tiempo á que los andaluces pierdan su fama de baladrones y ponderativos.

Se diferencian en que el Patriota recién llegado es comunmente jovial, franco, campechano y accesible á sus amigos por muchos dias, pero despues es cosa de ver cómo se va desprendiendo de su rústica corteza, procurando elegancianse y queriendo tomar las maneras cortesanias, y el tonor de los grandes señores hasta hacerse la ilusion de que es un soberbio diplomático, sin tener en cuenta que aunque la mona se vista de seda, lo demas que es consiguiente. Entonces pierde la alegría provincial, se hincha, da antenas cumplidas al que necesita verle, se convierte por decirlo de una vez en un señor (por mal nombre), con mas ínfulas y orgullo que pudieran tener en sus tiempos Guzman el Bueno ó Gonzalo de Córdoba. Cuando los vemos contonearse con ademán forzado aparentando la esmerada finura que no se adquiere sino en la niñez y que ellos han aprendido demasiado tarde, nos da ganas de gritar como á los muchachos que en el carnaval ponen rabos á las personas descuidadas; *lárvalo que no es tuyo*. El Patriota aristócrata se distingue de las demas clases de su misma familia, en que no gasta barbas en ningun caso, ni aun bigote generalmente á pesar de la abundancia de esta mercancía: tiene una predileccion marcada hácia el frac negro, hasta el extremo de que algunos no lo sueltan jamás y parece que duermen en bandeja; gasta sombrero de penúltima moda, rara vez lleva los guantes en su sitio, y últimamente se distingue en su semblante risueño y cariacontecido que indica un ente satisfecho de sí mismo, y del onnívoro poder que ejerce sobre las otras dos clases de que nos ocuparemos en seguida, las cuales están sujetas á una disciplina mas rígida que la que observaban las extinguidas órdenes mendicantes.

El Patriota de clase media puede tener mil orígenes distintos, pero por lo comun es el producto de un empleado subalterno de administracion, de un escribiente de gobiernos políticos, amortizacion ó diputaciones provinciales, de un sargento del ejército, de un señorito revoltoso de lugar, de un jugador tronado, de un cesante nulo, de un abogado de mala muerte ó de un tuno libertino. Imposible nos es detenernos á explicar cómo se forma el Patriota de cada una de estas individualidades, por no permitirlo la extension de este artículo. Baste decir que los pulmones de cada cual desempeñan un trabajo importantísimo en la confeccion de esta obra y que son de consiguiente una parte esencial de la clase.

Los trámites que sigue su elaboracion son parecidos, aunque en menor escala, á los de la variedad anterior, diferenciándose solo en que mientras los unos llegan á ministros quedan los otros de administradores de rentas, secretarios de intendencias, ó

cuando mejor va la suerte de jefes políticos ó oidores. Pero para que se verifique esto último, es necesario haber sido diputado provincial y ganado algunas elecciones á favor de sus protectores, ó representante del país en alguna legislatura, cargo que no está reservado exclusivamente al Patriota aristócrata, sino que muchas veces cabe en suerte al de la clase media en virtud de una de esas intriguillas electorales á que apenas se presta la ley que rige en la materia.

La elocuencia del Patriota de clase media se diferencia bastante de la de la especie anterior: comunemente está reducida á decir que si quieren meterle miedo no lo conseguirán, que derramará hasta la última gota de sangre por las libertades patrias, que allí está él para defender los derechos del pueblo soberano, que se trata de imponerle militarmente, que los militares son unos verdugos, y que sus contrarios meditan una reaccion espantosa. Esta oratoria tiene bastante de comun con el fandango de Cádiz, pues como á este puede aplicársele aquello de patilla y cruzado y volver á empezar, y tambien es muy semejante al cuento de la buena pipa que nunca se acaba.

Así como varia la elocuencia varia tambien el aspecto exterior de esta especie, cuyos individuos usan siempre bigote y han usurpado á los capuchinos el derecho de dejarse crecer la barba: son muy inclinados á los chalecos amarillos y gabanes blancos, suelen llevar guante verde, sus sombreros pueden compararse segun sus dimensiones á los bombos de las músicas militares.

Su oficio es mas arriesgado que el de los aristócratas, pues si han de conseguir el objeto de sus desvelos necesitan azuzar á las masas con su poderosa palabra y esforzados ademanes en los gloriosos y nacionales pronunciamientos, á fin de que triunfen los sanos principios y se salve la patria mudando á todos los empleados, que son unas sanguiuuelas voraces.

Finalmente el Patriota plebeyo es un ente mecánico destinado por la suerte á ser el mero ejecutor de los planes que concibe y dirige el aristócrata segun sus fines, el cual comunica sus órdenes por el conducto del de la clase media, seguro de que han de ser ejecutadas fielmente y tal vez con exceso de celo. Esta especie carece de facundia, su elocuencia la constituyen pocas pero enérgicas palabras, y como anda en dos pies por la misericordia divina y habla por un milagro palpable, se insinúa de una manera bastante indicativa, valiéndose en todos casos de los argumentos convincentes de los secuaces del Corán. Dios con su infinito poder nos libre de caer en manos de estos seres privilegiados en su raciocinio y persuasiva contundente.

El traje del Patriota plebeyo se reduce á una levita gris ó chaqueta con caireles, gorra de cuartel ó sombrero calanés, faja y navaja ó sable de los que usa la infantería del ejército. Lleva bigote largo y bronco unido á la patilla de boca de jacha, y conviene únicamente con las clases anteriores en ser baladron y crúo, y en el vehemente deseo de salir de la esfera donde lo colocó la suerte, consiguiendo encontrar la verdadera piedra filosofal de nuestros dias, vivir sin trabajar: hé aquí su fin, hé aquí el objeto de sus inocentes desahuisados. Suele suceder sin embargo, que despues de haber destrozado sus pulmones alborotando las plazas en beneficio ajeno, despues de correr los peligros propios de quien se dedica á estas inocentadas, empenándose en hacernos libres y felices á palos y sablazos, despues de haber salvado la patria por unos dias, se queda en el estado que estaba antes, sin haber sacado otro fruto de sus lazañas que el trago de vino y la pesetilla que ha recibido durante la bullanga. Esta pobre patria, que segun se ve está destinada á correr mas peligros que Penélope durante la ausencia de Ulises, vuelve á esta en riesgo al poco tiempo, y nuestro Patriota acude nuevamente á su defensa,

se exalta, se agita, suda y se afana creyendo que tan repetidas salvaciones han de conducirle al fin al ítem de la dificultad: todo en vano, jamás alcanza nada y á nadie puede aplicársele con mas propiedad aquel retazo de un cuento que dice: «Si te hallares en la presencia de Dios, hijo, que no te hallarás porque al paso que vas te condenas: etc.»

El Patriota plebeyo se forma de cualquier cosa y espontáneamente; es decir que no pasa por los diferentes grados de elaboracion que los otros, porque tanto en su origen como en su apogeo es siempre una primera materia en bruto con gran cantidad de *carpanta* que lo convierte en jamancio, animal mas perjudicial y dañino que todas las plagas de Egipto, pues estas fueron pasajeras y por una sola vez, y el otro es una calamidad permanente y funesta que tendrá término sabe Dios cuándo, por la sola razon de que no hay nada eterno. ¡Ojalá que la suerte nos depare un hombre que con el genio de Cervantes se dedicase á escribir el *Patriota andante*, y acabara de una vez con estos entes tan ridiculos como los caballeros de aquel y mucho mas nocivos á la sociedad que los tolera!

IGNACIO DE CASTILLA.

LA DONCELLA... DE LABOR.

Aquí yacé una doncella,
—y han borrado, de labor....
Siempre es bueno hacer favor.
M. de la R.

LLAMADO han al siglo XIX, siglo de progreso y de luces. ¡Notoria injusticia!... Llamáranlo siglo de egoismo y de hipocresía, de farsas y de mentiras, y en cada suceso, en cada hombre podrian presentar una prueba de semejantes titulos. ¿Por qué si no el escándalo con que esta sociedad corrompida escucha las palabras mas inofensivas é inocentes?... ¿Por qué ese empeño de cubrir los mas asquerosos objetos con los nombres mas agradables?... Cuando la sociedad se queja en masa de la anarquía moral que amenaza destruirla; cuando el cálculo triunfa constantemente de la virtud; cuando el amor y las demas pasiones nobles del corazon se compran y venden, las mas veces, á precio de oro, entonces precisa y ridiculamente los hombres del progreso y de las luces, se ruborizan de una frase mal sonante en el teatro ó en la sociedad, y por un refinamiento de hipocresía, llaman *Doncellas* á todas las mujeres, que colocan junto á las esposas ó junto á sus hijas, como si el hábito formase al monge... como si en todos los estados de la vida no pudiera encontrarse la virtud, aunque sea en mujeres!... No seremos nosotros, sin embargo, los que, á fuer de rigoristas, despojemos á las Doncellas de un nombre que tanto debe evanecerlas. Acostumbrados á dejar el mundo como lo encontramos, nosotros expondremos nuestras ideas sin mas reflexiones ni comentarios; trabajo supérfluo al trazar el tipo de la Doncella... de labor, instructivo por sí mismo, y altamente filosófico.

Mujeres nacen al parecer destinadas para Doncellas. Desde los primeros años su única ocupacion, su primer intento es peinar á sus hermanos, hacer gorras y vestidos para sus muñecas, colocar cada cosa en su sitio y servir de fiel tercera en los amores de sus tías ó de sus hermanas. Aunque la mujer, predestinada para Doncella, nazca en asquerosos burdeles ó viva en miserables bohordillas; aunque su madre, lavandera ó planchadora de oficio, gane apenas para sostener su numerosa familia; aunque el hambre y los pesares disminuyan su salud y sus gastos, la futura Doncella se distingue entre mil mujeres por la

limpieza de su rostro, por el aseó de sus ropas, por la amabilidad en fin de sus palabras. Para ascender al elevado cargo de Doncella basta, á veces, la recomendacion del aguador ó de la lavandera; pero en otras ocasiones, son indispensables los informes de familias ricas y numerosas.

A primera vista no distingue, no penetra el vulgo toda la importancia, ni todo el trabajo que pesa sobre las Doncellas, verdaderas columnas del edificio doméstico. Tampoco comprenden los profanos todas las minuciosas y hasta ridiculas cualidades que forman una Doncella. El nombre que lleva desde la pila es regularmente su primer sacrificio. Hay doncellas *Cernardas*, *Sinforosas* ó *Quintilianas*; pero estos nombres son de mal tono, de imposible pronunciaci3n para muchas señoras: fuera su nombre. Si tienen parientes pobres deben renunciar á sus visitas; el espectáculo de la miseria ofende á los poderosos: fuera sus parientes. Las horas de comer, de dormir, de pasear, los placeres como las costumbres son infinitos en la clase de la sociedad á que la Doncella pertenece por adopcion: fuera sus costumbres. ¿Puede exigirse mayor abnegacion?... No, seguramente. ¿Y son menores los servicios de la Doncella en el uso de sus particulares funciones? Observémosla por breves instantes.

La verdadera Doncella no sirve sola. La mujer que pasa alternativamente del fog3n al estrado, de la alcoba á la cocina, puede ser virgen, pero nunca Doncella... de labor. ¡No faltan señoras con mas presuncion que dinero, respetabilisimas señoras que condecoran á la única y haraposa sirvienta con el título de Doncella!... ¡Horrible profanacion!... Poned en manos de esas asquerosas servidoras un prendido de encajes ó la media caña del peluquero... mandadles que den curso á un perfumado billete de vitela con bordes dorados... y ent3nces vereis su nulidad, y ent3nces conoceris la inmensa distancia que separa á una fregona de una Doncella... de labor. Lo repetimos: la verdadera Doncella no sirve sola. Una cocinera y un criado, al menos, forman con la Doncella el temible triunvirato, cuya tiranía debe y tiene que sufrir toda casa medianamente acomodada.

En los ignorantes y picaros tiempos de nuestros abuelos, cuando cada uno trabajaba para vivir honradamente; cuando el robar era pecado y no habia empleados de amortizacion; cuando los menestrales, contentos y satisfechos con su posicion, no abandonaban su oficio por un empleo; cuando los curiales tenian la misma conciencia que ahora, y está todo dicho; en aquellos tiempos de necesidad y des3rden solo necesitaban Doncellas... de labor, los comerciantes, los propietarios y los mayorazgos; pero en el feliz é ilustrado siglo que alcanzamos, ni los empleados, ni los escribanos, ni los menestrales ricos, pueden pasar sin Doncellas, veamos por qué. La Doncella del empleado sube cuando se cobran las pagas, y reniega del gobierno que no paga el contado, y busca empeno para la capa del amo, ó los dijes de la señora, en circunstancias azarosas y criticas; la del escribano conoce el nombre de todos los curiales y clientes, y retiene con admirable memoria las citaciones y despacha con sorprendente instinto á los litigantes pobres; y la del menestral rico enseña á sus amas los usos y las modas de las mujeres de tono. Pero no terminan aquí su importancia y sus servicios. En los apuros domésticos el voto de las Doncellas suele ser oportuno y decisivo. Tambien parten con sus señoras los trabajos del matrimonio: si el amo riñe disculpan á sus amas; si los niños lloran, duermen á los niños. En las ausencias y enfermedades de su dueños, la Doncella tiene su mayor orgullo, su único placer, en mantener por sí sola el edificio doméstico. Siempre amable, siempre tolerante la Doncella, escucha sin ruborizarse las chanzas mas picantes y coloradas,

pero convencida de su honrosa posicion prescinde de bromas con el mozo de casa, y solo entrega su corazon al barbero del amo, á falta del señorito jóven y travieso.

Cuando el espíritu innovador y revolucionario arrancaba de las manos del clero sus cuantiosas y productivas propiedades, no presentia seguramente que iba á descargar un golpe terrible y exterminador sobre las Doncellas (a) sobrinas, de los curas y can3nigos. — La doncella del cura duerme precisamente en la habitacion mas apartada de su dueño: regla de moral, cuya gloria pertenece, mas que á los curas á las conciencidas amas de gobierno. En la inalterable quietud de la casa de un eclesiástico, la Doncella concluye su tarea de la mañana (reducida á limpiar el polvo de los santos del oratorio) bastante pronto para asistir á la misa mayor de la catedral ó de la parroquia; mientras el *Padre* duerme la siesta, entre once y una de la tarde, cose ó plancha las sobrepellices y corporales, ó borda un mantel para la iglesia y el santo de su mayor devocion; antes de comenzar reza las oraciones del dia, para tener, segun dice el ama del cura, algo adelantado; despues del refectorio sigue la siesta de la Doncella tan larga como el paseo del *Padre*, y apenas ha oscurecido enciende dos velas á Sta. Gertrudis ú otro santo cualquiera de la córte celestial, y hace misa ó zarce calcetas, mientras reza en coro el rosario y de rodillas las letanias. La Doncella del cura se casa pocas veces; su escala regular es la mayordomia de llaves en casa de un prebendado, y si el demonio la tienta, y si piensa en amores, da regularmente su preferencia al sacristan lego de un oratorio acreditado, ó al portero de unas monjas. ¡Siempre con la iglesia!...

Hay casas, medianamente acomodadas, que solo mantienen dos servidores del sexo femenino; una cocinera fregona y una Doncella... de labor. En semejantes casas, muchas en número, las funciones de la Doncella son tan variadas como infinitas. Ella es la única que entra en la alcoba de sus amos antes y despues que salen de la cama; ella la que lava, viste y acicala á la familia menuda; ella la que quita el polvo á la china y á los espejos; ella la que hace las camas y arregla los dormitorios; ella la que repasa la ropa sucia y lleva cuenta de la limpia, y plancha, si es preciso, una camisa urgente; ella la que peina á la señora, y escoge, y coloca, y guarda las flores sobbrantes del tocador; ella la que ayuda á vestir á las señoritas, y las trae billetes color de rosa, y cobra el porte á las respuestas, y se entera de la alcurnia y riquezas de los galanes, y protege únicamente á los dadivosos; ella la que entretiene á la señora con la chismografía del barrio; ella la que murmura con el criado de las faltas de los amos, si el criado es jóven y buen mozo; y ella la que exagera á sus amos las faltas del criado, cuando es viejo, feo ó descontentadizo; ella en fin, á falta de visitas, acompaña á su señora en las interminables noches de invierno y en las pesadas siestas del estío.

Con el mismo número de sirvientes otra familia mas reducida, un matrimonio ó una viuda rica, por ejemplo, ennoblece mas y mas á su Doncella. Hija de un empleado cesante ó *difunto*, sobrina de un reverendo ex-prior, emigrado por carlista en Francia, ahijada tal vez de un virtuoso caballero, que visitó á su madre tantos años como tiene la muchacha y que murió sin testar, esta Doncella entra á servir por recomendacion, y despues que sus parientes quedan satisfechos de la bondad y religiosidad de los amos. Si como suele acontecer el matrimonio no tiene hermana ni madre que alborote sin arreglar la casa, la Doncella es quien tiene cuidado que no falte fuego en la chimenea del escritorio, ni en la pieza de tocador: á su celo, á su actividad, á su gusto se debe siempre la blancura de las cortinas, el brillo de los espejos y

fanales, y el aseo de las alfombras: en los asuntos matrimoniales, su voto, anunciado ya con confianza y hasta con orgullo, inclina, casi siempre, la balanza hácia la opinion de la señora, y ¡pobre del aguador, de la cocinera ó de la modista, que excite la cólera de la Doncella!... mas tarde ó mas temprano encontrarán su castigo. La adulacion es para estas Doncellas, y para las que mas adelante bosquejaremos, el primer elemento de su existencia social. — Conforme la señora, especialmente si es viuda, se acerca al equinoccio, como ha dicho con su natural gracia un poeta contemporáneo, empieza un trabajo de nueva especie para sus Doncellas; esto se entiende si el mentir puede ser alguna vez trabajo para las mujeres.

— ¿Qué tal me sienta este prendido punzó?

— Perfectamente.

— Sin embargo, como soy morena... A ver este azul... ¿qué te parezco?

— Encantadora.

— Será así... pero no quisiera engañarme... Esta blonda me cae mucho mejor.

— ¿Quién lo duda?...

— Pues bien: llevaré la blonda. ¿Trajo la modista el vestido de terciopelo granate?

— No, señora.

— ¿Entonces qué vestido llevo?... sobre que no tengo un vestido... El de gró está anticuado, el de moaré deslucido, el de muselina charro y comun en demasía... no hay cocinera que no lo lleve...

— ¿Por qué no se pone V. aquel de seda, con listas color de romero?

— Lo he sacado tantas veces...

— Pero ninguno le sienta á V. mejor.

— ¿De veras?

— Pregúntelo V. al señorito D. Fernando que dice no haber visto otro traje de mas gusto.

— ¿Eso ha dicho?

— Y algo mas...

— ¿Cómo?

— Cuando habla de V. no sabe cómo acabar. Alaba el talle... la suavidad de las manos... el color del rostro... Nunca se cansa de elogiar á V.

— Don Fernando es un atrevido... semejantes observaciones ofenden mi decoro... Las mujeres, hija mia, debemos de tener á cierta distancia á todos esos mozalvetes holgazanes cuyo único entretenimiento es seducir á las mujeres hermosas para deshonrarlas despues... Ea, acaba con el peinado y tráeme un vestido cualquiera...

— ¿El de moaré?

— No, el listado.

— Y si D. Fernando llega á creer...

— Yo me encargo de desengañarle... pero tráeme el traje color de romero... ¡No faltaba mas, que los hombres contrariasen con sus gustos hasta nuestro adorno!...

— Dichoso D. Fernando, murmura por lo bajo la Doncella, y concluye esta escena, una de las mas frecuentes en el tocador.

Otras casas hay mas ricas, mas consideradas, mas bulliciosas que las anteriores, donde el cargo de Doncella es tambien mas importante, mas desocupado, mas productivo. — En las casas de los titulos y en los palacios de los grandes, las Doncellas desempeñan funciones codiciadas por clases de superior gerarquía, y sus trajes, sus modales, y aun sus palabras, no desdican jamás de la posición original y dramática en que se ven, no pocas voces, colocadas.

— La señora condesa está recogida, dice la Doncella á su amo, que tuerce el gesto desconfiado, y por pública honestidad, se retira sin hablar palabra.

— Hoy no está visible la señora marquesa: contesta la Doncella al menestral importuno que trae la cuenta de un año por la centésima vez.

— ¡Cuánto padece la señora duquesa por V.!...

añade la Doncella, en tono de lastimosa convicción, al dar un billete ó al recibir una propina.

En el oficio de Doncella, como en todos los oficios de la sociedad, el producto está siempre en razon contraria del trabajo. Donde solo hay una Doncella que lleva sobre sus hombros el peso de toda una monarquía doméstica, el trabajo suele ser mucho y la soldada no excede de treinta á cuarenta reales cada mes. — No tiene la Doncella mayor paga con el escribano, el empleado, matrimonio rico, ni la viuda; pero ya logra mejor trato, y lo que no aumenta en metálico, lo ahorra en vestidos. — La Doncella del cura ó del canónigo no tiene sueldo fijo; sin embargo, viste con mas aseo que las anteriores. — Si nos-



La Doncella... de labor.

otros hubiésemos de escoger colocacion para una Doncella, sin duda daríamos la preferencia á las viudas ricas y sin hijos. Con estas señoras no gozaría grandes sueldos, pero si, en cambio, todas las comodidades de la vida. Si las viudas viajan, si pasean en carruaje, si concurren á los espectáculos públicos, nunca van solas: las Doncellas de las viudas son sus verdaderas sombras; sepan desaparecer á tiempo y cuenten desde luego con toda la proteccion y todos los derechos de sus señoras. — Finalmente, las funciones de las Doncellas aristocráticas (permítasenos la expresion) son, tan reducidas como grandes son sus emolumentos.

La Doncella aristocrática duerme regularmente á

poca distancia, si bien en habitación independiente de su señora. Como la nobleza se acuesta tarde, la Doncella no se levanta hasta las diez. Antes de todo revisa su persona, porque sería grave desacato aparecer de trapillo á la señora: tampoco debe presentarse con lujo, las señoras saben por qué: «decente y aseada» es la órden y la obligación. Despues que la Doncella cumple con este primer precepto de su decálogo, pasa al tocador de la señora; aquí, sin hacer ruido, limpia los diamantes, guarda las flores y el traje de la noche anterior, y prepara el vestido que la señora ha designado para la mañana; aguarda todavía hasta las once y suena la campanilla.

—El chocolate: —pide la señora á la Doncella.

—El chocolate: —pide la Doncella al lacayo.

—El chocolate: —pide el lacayo al cocinero, y pocos momentos despues la señora ha tomado el chocolate. —La señora sale de la alcoba liada en su bata de cachemir ú holan, con chinelas de terciopelo cortado color de fuego, y la Doncella empieza su tocador.

—¡Qué desmejorada estoy!—dice la dama mirándose con desden al espejo.

—Nunca me ha parecido V. S. tan hermosa.

—¡Ja! ja! ja!... Lo mismo me decia anoche el marqués de* y el vizconde de**... sobre todo el vizconde. ¡Qué cansado estubo anoche!...

—Sí, señora: es muy cansado.

—¿Quién manda á V. meterse en semejantes calificaciones? El vizconde es mi amigo y debe V. respetarle.

La Doncella enmudece hasta que la señora gusta hablar de nuevo.

—Que me haces daño... vamos, hoy estás inaguantable. Echame el pelo tras de la oreja. Así me agrada... No sé cómo hay mujeres que se sacrificuen desde por la mañana á las exigencias de la moda... Una elegante sencillez basta para agradar, y aun para atraer, cuando no se está, como yo, fuera de combate.

La señora dice las últimas frases con cierta sonrisita que parece aumentar sus propias palabras.

—¿Vistes anoche á la marquesa de R?...

—Sí señora.

—¿Qué te pareció su traje de baile?...

—Así, así.

—Pues yo no he visto cosa mas detestable.

—Seguramente.

—Y la linda duquesa de T?...

—Como siempre.

—¿Es decir, tonta, orgullosa y mas que todo fea?...

—¿Quién lo duda?—V. S. fué la reina del baile.

—¡Qué aprensiones tienes!...—Tráeme la bata color de lila;... ¡Jesus!... ¡y qué ajada está!... ¡Zelmira tiene la culpa... es tan juguetona!... despues el vizconde se divierte en sofocarla... ¡pobrecita, hija mia!... (La hija regularmente es una perra.) Vamos, guarda esa bata y que no vuelva á verla yo mas.

La señora acaba de vestirse y la Doncella no cesa de moverse. Ya estira la bata de su ama, ya la presenta una flor del tiempo para la cabeza, ya se acerca y se retira una y otra vez como gozándose en su obra. Cuando la dama se encierra en su gabinete ó pasa, por precision, á la sala, la Doncella esconde los cosméticos, tapa las esencias y limpia y fumiga el tocador. Desde este momento hasta la hora de comer las funciones de la Doncella se reducen á revisar el vestido que la señora ha destinado para el teatro ó el baile de la noche inmediata. Mientras la señora come con el señor, la Doncella habla y murmura con sus compañeras. A la hora del teatro ó de la *soirée* es cuando brilla el talento de una Doncella.

—Nunca sabes hacerme otro peinado.

—Ninguno hace á V. S. mas gracia. (Concedido.)

—El corsé me oprime demasiado... así está muy flojo...

—¿Qué importa? Tiene V. S. una cintura tan pequeña! (Concedido.)

—Saca otro traje: el color de este no me sienta.

—A V. S. sientan bien todos los colores. (Concedido.)

—¡Reniego de Dubost! ¡qué guantes tan anchos!

—Para la mano de V. S. no pueden encontrarse estrechos! (Concedido.)

—Voy descontenta de mí misma.

—¡Pues nunca vi á V. S. tan encantadora!—También la señora concede tácitamente la última observación de su Doncella, y al dar la última ojeada al espejo no puede menos de decir: «¡qué guapa muchacha!... ¡ya procuraré sus adelantos!...»

La Doncella... de labor es mortal y vive expuesta, por tanto, á quebrantar cualquiera de los diez mandamientos, segun al demonio le es servido tentarla. Comunmente la Doncella es curiosa, entremetida y embustera; pero á semejanza del camaleon muda de defectos como de color en los vestidos. Con los menestrales es puerca; con los empleados murmuradora, con los curas gazmoña, condescendiente con las viudas y aduladora hasta el servilismo con las señoras de alto rango. ¡Pero cuántas y cuántas virtudes no encontramos entre esos mismos defectos!... ¡Curiosa llaman á la Doncella!... y ¿pueden calcularse los óptimos frutos de su curiosidad? Si la Doncella no conociese á punto fijo el momento en que las señoras reciben mal á sus maridos y no se alteraría mas de cuatro veces la paz doméstica, conservada solo por el despejo con que la Doncella dice á su dueño, la señora está indispueta, está recogida?... ¿Ha de hombrear en lujo la Doncella con sus amos, cuando son ricos menestrales?... No: por eso es puerca. ¿Ha de ver con paciencia las trampas del gobierno cuando sus amos son empleados?... No: por eso es maldiciente. ¿Ha de escandalizar con palabras ú obras á sus dueños cuando son eclesiásticos?... No: por eso es embustera y gazmoña. ¿Ha de insultar la vanidad ni ajar el amor propio de una señora, cuando sirve á damas de alto rango?... No: por eso es aduladora y servil. Vean nuestros lectores como todos los defectos de las Doncellas son una emanación precisa de su embarazosa posición y de sus acreditadas virtudes. —El amor, como las demas pasiones, tiene cabida en el corazón de las Doncellas... de labor, pero todas sus afecciones, modificadas por los desengaños, vienen á reducirse á dos como los preceptos del decálogo: la Doncella ama el dinero sobre todas las cosas, y al ayuda de cámara como á sí misma. La clase media dá á sus Doncellas, ya provecctas, un lugar en su humbre y un asiento en su mesa: las Doncellas aristocráticas, que envejecen en el servicio, pueden contar con el empleo de ayas ó amas de gobierno.

MANUEL M. DE SANTA ANA.

EL BARATERO.

A mí me gustan los hombres *críos*; pero de lejos; y aun cuando me despejito, como suele decirse, por ser espectador de una riña á *navajaso*, la verdad, si no hay un balcon ó un andamio donde pueda colocarme, haz cuenta, lector de mi alma, que dejo mi puesto vacío para el primer prójimo curioso que acierte á pasar y quiera relevarme. No, si no andarse cerca de dos *mosos ternes* que se están *divinando mojas* ó meterse á separarlos, y sacará algun *javeque* el caritativo mediador... sin poderlo remediar por supuesto. Y si es-

to es lo probable con dos mosos güenos de la tierra de Maria Santísima ¿qué no habrá que esperar de la flor y nata de los valientes, de ese hombre con el alma negra, con mil rajás en la piel, con el brazo derecho cansado de mandar bravos á los cementerios, del Baratero en fin? Confieso que si me pongo á reflexionar seriamente y pienso en que estoy cara á cara con el Baratero, siento tal dósís de *canguelo* discurrir por mi individuo, que estoy por asomarme al balcon y dar voces á la guardia pidiendo socorro. Y hé aquí que la guardia me hace recordar que hay tropa, y esta que hay cuarteles, y estos que hay cantinas, donde por mucho que me pese será fuerza buscar al *respectable* tipo que tú; ¡oh lector! y yo, traemos entre manos y entre ojos. Seis, ocho, quince soldados, y entre ellos aquel, miradle, con un mechón largo de pelo sobre la frente recogido en un rizo tras de la oreja izquierda, la gorra de cuartel sobre el ojo siniestro, un pico del pañuelo fuera del bolsillo del pantalón y el de la navaja asomándose por entre los botones de la casaca: su cuerpo descansando sobre una sola pierna, una mano en el cigarro y la otra en la cintura, y la mirada mas insolente y desvergonzada de la mas descarada criatura. De muy pocos amigos es la fisonomía de este hombre *poeroso*: moreno bronceado, con hondas pintas de viruelas, cejas pobladas y dos chirlos repartidos entre la sien y el carrillo, forman un conjunto de prójimo tan feroz y de un feo tan subido que hace saltar las lágrimas.

El servicio que corresponde al *Baratero soldado* en su regimiento, es sumamente dulce, porque está relevado por el sargento 1.º de su compañía del penoso ejercicio de cuartel y de las formaciones; solo asiste á las revistas ó á alguna guardia cuando va el sargento primero cuya proteccion se aplica porque son paisanos, ambos del Perchel de Málaga, y porque entre los dos no hay cuentas nunca. El *Baratero* cede su prest al sargento, le hace tambien algunos regalos y le anticipa algunas pesetas, quedando siempre en paz porque el paisano es hombre de rumbo; además acompaña de noche al sargento en todas sus expediciones, hace cara á cualquier riña, y con esta mútua proteccion obtiene el sargento fama de muy valiente, aunque dice para sí el *Baratero* que *es una mala gajina*.

El *Baratero* suele ser cabo lego, es decir, que no sabe leer ni escribir, y en este caso se llama el cabo Martinez, el cual llegó reclutado al regimiento por una *esgrasia*; porque se le espuntó la navaja en un *güeso* de un amigo y tuvo q'acogese á las armas *juyendo é los acólitos é la severa*. De guarnicion con su regimiento en Sevilla jugaba sus ahorros con los chindos del matadero, y harto ya de perder dinero dijo un dia que se lo ganaban malamente, se trabó una disputa, medió *el alfilé é dos mueyes*, *mojó á dos*, huyeron los demas, y hecho dueño del campo recogió el dinero de todos y se marchó al cuartel. Á cubierto ya de las persecuciones de la justicia ordinaria, partió el dinero con el sargento, este ayudó á cubrir el expediente respecto de las reclamaciones, y desde este dia el sargento Gutierrez fué el padrino y el protector del cabo Martinez, á quien tambien estiman los oficiales porque en los dias de accion lo ven siempre delante de las guerrillas, y los que tienen un ánimo valeroso hallan fácilmente simpatías.

Echada ya la suerte de su primera jugada y con la proteccion del sargento Gutierrez, el *Baratero* recorre las compañías de su batallón, se hace lugar en los corros donde juegan los soldados, toma cartas como fullero, arma camorras cuando pierde, y si sale vencedor en otra pendencia le cobran miedo, y desde entonces se hace abonar un tanto por baraja, y por derecho señorial del terreno. En los círculos donde no le conocen exige este derecho clavando su navaja al lado de los naipes del que tira el cané: tiene tres ó

cuatro lanceos todos los dias: vive de sus rentas: fuma puros: viste de paisano, y si cumple su tiempo sin que le maten ó le condenen á presidio vaga por el mundo el resto de sus dias acometiendo toda clase de empresas arriesgadas y nunca se le ocurre acometer la mejor de todas; la de ser hombre de bien.

Y ahora, si á bien tuvieras, lector carísimo, seguirme hasta la no menos superlativa en belleza Málaga peregrina, á fé que te lo agradeciera, porque seguramente tropezariamos con otra edicion del cabo Martinez, y yo tengo por muy cierto que los duelos con pan son menos, es decir, que en lanceos de peligro cuanta mas gente mejor, y si nos ha de suceder algu-



El Baratero.

na desgracia, mas vale que se reparta entre todos, porque aun cuando suele decirse que mal de muchos consuelo de tontos, el adagio es el que yo tengo por tontería rematada. El alma generosa que ve padecer á cuantos le rodean, olvida una gran parte de sus penas propias por compadecerse de las ajenas, y además, el amor propio no padece cuando las calamidades no son exclusivamente nuestro lote, y esto no solo es algo, sino aun algos en punto á la seguridad individual. Esto supuesto, sígueme, daremos un paseo por la puerta del mar y observarás alguno que otro grupo de muchachos descamisados, á quienes conocemos con el nombre de *gramujas*, sentados en el suelo, disputándose con una mugrienta baraja hasta dos reales en cuartos subdivididos en monedas de menor entidad. Están en la academia; así principia su educacion, y alguno de entre ellos mas valiente que los

otros, ó mas palabrero, ó peor intencionado, ya oculta bajo los sucios harapos que forman su atavío una navajilla con la que amenaza á los demas si no le pasan sus fullerias, porque el *Baratero* suele empezar casi siempre por tramoso. El que ha de revestirse con este carácter concócese ademas, en que media en todas las disputas, transige las diferencias, se hace respetar, presenta una baraja señalada para que tallen con ella, y es, por último, el mas atrevido y el mas diestro en apropiarse la hacienda ajena contra la voluntad de su dueño. Por la tarde se entretiene en *centralizar* en su poder los pañuelos de los viandantes para venderlos y jugar su valor, y por la noche y por la madrugada recorre los puntos del mercado *chorando*, como él dice, *lo que ce puee, y poniendo las cozas é su sitio*.

Cuando una guerrilla de estas se despliega desde la calle Nueva hasta la Alameda no hay pañuelo seguro en los bolsillos, y por mas prevencion y cuidado que se tenga, usan de tales manas y sutileza, que pierde cualquiera transeunte la comunicacion con sus narices. Estoy oyéndote dudar, lector benévolo: te veo fruncir los lábios, manifestando con tu sonrisa un «que se acercasen á mí,» y para convencerte de que no hay prevision suficiente para ello, quiero contarte un lance ocurrido allí, no ha mucho tiempo, de un arriero á quien le robaron una onza, teniéndola metida en la boca porque no se la quitasen.

— Un domingo, en el momento de tocar á misa de doce, apuraba un arriero á un compañero suyo que se encontró en la puerta del mar, para que lo acompañase á la iglesia, á lo que el desconfiado palurdo se negaba, dándole por pretexto que no queria meterse en bullas porque traía una onza de oro en la faja. El otro le hizo ver que no era razonable excusa para perder la misa: volvió á iustarle, y para que se tranquilizara completamente: *métele*, le dijo, *la onza en la boca, que de hay no te la sacarán*. Así lo hizo el mal aconsejado mancebo, y satisfecho de la ocurrencia encamináronse los dos á la iglesia. Un grupo de *granujas* oyó la conversacion; observaron la operacion del cambio de bolsillo, y destacáronse tres como de unos diez y ocho á veinte abriles, y siguieron á los arrieros hasta la iglesia. Se despojaron de zapatos y sombreros, tomaron entre dos un pañuelo por los cuatro picos, echaron dentro algunas monedas de cobre y plata, y como si fueran dos marineros que iban pidiendo por cumplir un voto para decir una misa á la virgen del Cármen, se introdujeron en la iglesia colocándose al lado del arriero que estaba con su onza en un carrillo observando al traves á cuantos estaban en su alrededor. Los dos fingidos marineros no quitaban la vista del arriero, conservando al mismo tiempo la actitud mas hipócritamente devota. Llegado el *ite misa est*, y al inclinarse como los demas fieles para recibir la bendicion, soltaron uno de los picos de trapo y derramáronse las monedas por el suelo. *Naide ce mueba, cabayeros, to este dinero es de la virgen zantízima; ¡cuidiao con la onsa! ¡á onde está la onsa?* Miraron todos al suelo, teniendo buen cuidado de no bajarse los finjidos devotos de la virgen, y volvió á repetir el otro: *la onsa pa mizaz pa la virgen no pae-se ¿quién ha tomao la onsa? Este pícaro la cojió y ce la metió en la boca*, dijo uno de los oyentes que era el otro compinche, señalando al arriero. Este, echóse mano al momento, y al vérsela sacar de la boca todo el auditorio se indignó contra el improvisado ladrón: arrebatáronse los supuestos marineros ayudados por muchos circunstantes, y mientras el infeliz arriero juraba y perjuraba que era suya, ya estaba la onza muy lejos de la iglesia en poder de sus nuevos dueños, quienes se escabulleron de entre la muchedumbre con la rapidez que se desliza un pez en el agua.

Todos estos ardides no tienen otro objeto que sos-

tener el vicio del juego, en el que poco á poco va formándose *otra clase de Baratero* que asienta sus reales en la *pescadería* y en el *muelle nuevo*, riñe en la playa tras de las barcas, y ya hecho hombre se halla en completa posesion de los goces de su destino, juega y gasta en las tabernas, mantiene una querida, y obtiene las rentas de su profesion.

Cuando esta clase de Baratero llega á ser conocido y temido, se establece en la casa de su querida que vive en el *mundo nuevo*; tiene por aprendices algunos barbilampiños que le sirven de espías al par que de echadizos para sus riñas premeditadas; y en tal estado ya el Baratero es un *temeron*, vive de su propio crédito y hasta los alguaciles lo respetan.

Cuando el Baratero necesita mas dinero del que le traen sus aprendices de los corrillos de juego establecidos en su demarcacion, porque suele acontecer que cada barrio tiene su Baratero, sale de mal talante de casa de su *chai*, y dispuesto á entrar en lid, se derriba el sombrero sobre los ojos, se echa la chaqueta por delante del pecho, se acomoda por debajo de la camisa en el brazo izquierdo un manguito tegido de cañas, en el pecho un cuchillo, y una navaja en la faja, sujeta con una cadeneta prendida de un boton de los pantalones; gasta poquisimas palabras y va determinado á *armarla* en una parte fija. Diríjese como una hiena por el lienzo de la muralla, llega al Guadalmedina, discurre solitario por el hondo cauce del seco rio, y aparece de improviso tras de unas tapias donde se esconde una cuadrilla de charranes, soldados, granujas y marineros, toda gente perdida, desalmada, deshonrrible y sin camisa:

— *Guarde Dios á los cabayeros y jente güena.*

— *Y á zumesé tamien, zeño Curro*, contestan algunos, fijas en el nuevo interlocutor las miradas de todos. No se interrumpe por esto el juego, sino que afectan indiferencia, pero no por esto dejan de recelar de las buenas intenciones del *zeño Curro*. Este empieza generalmente por hacer un par de puestas, previa informacion de los fondos existentes, y apenas las ha perdido, coge la baraja y la rompe presentando otra en seguida, acompañada del cuchillo que clava sobre la manta en que juegan. Si no hay quien le chiste, el dinero es suyo; mas si hay en la reunion algun Baratero de aquel barrio que estaba ya cobrando el piso á aquellas criaturas, recoge el cuchillo y lo tira diciendo: *aquí no nos azustan arfileres*.

— *Compae Juan, échece osté ajuera.*

Y entrambos se dirigen á la playa seguidos á distancia de algunos prosélitos aficionados. Despues de escogido el terreno á propósito, se lian al brazo izquierdo las chaquetas, cogen el sombrero en la misma mano, con la derecha el cuchillo, y empieza el uno:

— *Ea, vamos á ver los mosos güenos.*

— *¡Tire osté! Y empiezan á girar al rededor, manteniendo sobre poco mas ó menos este diálogo.*

— *Vente á mí, Curriyo, sin canguelo, no tarretires.*

— *Párece osté, zeño Juan, quez osté un periquiyo saltaor.*

— *Anda aquí chavalejo.*

— *Ea, Dios mio, encomiéndezte osté á Dios.*

— *¿Te jeri?*

— *No ha zio ná.*

— *Poz voy á rematarte: Isioriyo, ayégate po el zantolio.*

— *Me gie osté ya zeño Juan; ¡juy!...*

— *Juya osté por Dios, que ya eztoy ensima, y le voy á abrí un boquete mas grande que el ojo é un puente.*

— *¡Ay Maria Zantízima! zuzetáme, muchachoz, que me voy á quear con él, y zerá una láztima eze moso....*

Y aquí intervinieron por una y otra parte los ami-

gos, y en este caso el dinero del barato se gasta en la taberna y la reputación de los *Barateros* se aumenta en sus respectivos barrios.

No suelen terminar del mismo modo las cuestiones entre el *Baratero* y un desconocido cualquiera que se oponga á la exacción del dinero, sino que entónces sucumbe este quedando mal herido, porque el *Baratero* tiene una inmensa ventaja en el arte de tirar al cuchillo y á la navaja, armas que maneja con mucha superioridad sobre un sable ó un florete en manos de un buen diestro.

También acontece, aunque rara vez, que por antigua enemistad ó por negocios en que median mujeres, dos *Barateros* se desafían, y ambos valientes se meten (como ya ha sucedido) en el zaguan de una casa, cierran la puerta de la calle, y en aquel reducido espacio se dan tantas puñaladas sin poder defenderse, que mueren entrambos. Esta catástrofe horrosa se ha visto reproducida en Málaga y en Sevilla en distintas ocasiones; pero no son muy comunes semejantes atrocidades, porque el *Baratero*, despues de habérsele seguido diferentes causas por heridas y asesinatos, suele parar en presidio, de donde sale para la horca si ejerce allí su oficio.

El *Baratero de la cárcel* se desvia del carácter de los anteriores, y su posición es tan triste y desgraciada que si bien no excita el llanto, porque no hay quien lllore por las penas ajenas desde que murió el Corregidor de Almagro, que diz falleció de pesadumbre por haberle sacado el sastre unos calzones cortos de tiro á un compañero suyo, al menos debía excitar la pública commiseración. Tal vez estarás aguardando á que yo me formalice habiendo llegado á la descripción del tipo en el *maximum* de sus cualidades características, pero ahí está la dificultad; porque yo soy mas alegre que unas sonajas, mas á propósito para una boda ó un bautizo que para un entierro. Verdad es que considerado el asunto con toda deformidad, con poco que se reflexione, con poco que se fije la imaginación en el hombre criminal que cumpliendo su condena no hace mas que reproducir y multiplicar sus crímenes, tendríamos que deducir tristísimas consecuencias, porque á poco que investigásemos, hallaríamos culpable á la sociedad misma, que sin haber admitido en su seno ciertas clases de hombres, les hace pagar con la vida los desvíos de sus leyes. En efecto ¿qué garantías ofrece la sociedad el hombre salvaje á quien sin embargo priva de sus libertades? Si la ley del fuerte contra el débil se hace prevalecer, esta misma tiene en su abono el *Baratero*; y segun hemos visto, el *Baratero* que se forma del *granuja*, el *Baratero charrán*, este hombre en su esencia, no debe á la sociedad mas que el borron que cubre de infamia su nacimiento. Salió de la casa de expósitos quizá para socorro de una nodriza; por hogar tuvo el campo, por alimento el que se proporcionaba con su propia industria, y por porvenir la miseria presente de su vida. No ha reclamado en su favor las leyes ni las protecciones sociales, y guiado por su propio instinto ha crecido con la miseria, lo ha robustecido la desaudez, y dotado de un corazón valiente, usa de la ley natural para conservar su vida. La sociedad lo creyó perjudicial, y no autorizando sus duelos verificados en buena lid, lo condena á presidio, y este ser inculpo, que no reconoce otras leyes que su propia fuerza, en la cárcel misma, con los grillos en los pies y la cadena en la cintura, sigue ejerciendo la baratería. Expulsado de la comunión social, como miembro corrompido, ella le coarta sus facultades sin darle en cambio ventaja alguna, y cuando lo ahorcan por un nuevo crimen, no hace otra cosa que valerse de la ley natural....

Pero olvidábaseme, lector amigo, que habías tenido la condescendencia de seguirme, y si no lo llevas á mal, entraremos en la cárcel y nos asomaremos

al patio, mediando por supuesto entre nosotros y los presos una gruesísima reja, especie de garantía constitucional, que es el límite ó barrera que separa á los criminales del mundo civilizado, del mundo moral, del mundo religioso.

Desde allí veremos al *zeño Curro* no entorpecido con las calceas de Vizcaya ni agoviado con las cadenas, sino risueño, alegre, diciendo chanzonetas, haciéndose obedecer y obrando el barato á los demas presos. Le verás osado dirigirse al que acaba de entrar, que parece afligido por su desgracia saltándose de sus ojos gruesas lágrimas arrancadas por el horror y el sentimiento de su posición: á ese, pues, llega el *Baratero*, le pide el dinero que traiga para *guardárselo á zumerse de eza gente perdía*, y si el infeliz no lo tiene y está decentemente vestido, el *Baratero* propone á los demas la venta de aquella ropa, ajustándola prenda por prenda.

Para hacerse respetar el *Baratero* de los otros presos, conserva siempre alguna herramienta, algun arma peligrosa burlando la vigilancia de los carceleros que hacen la requisita, y si no, forman una cuchilla de hoja de lata que esconden pegándosela con cerote á la planta del pie, ó inventando cualquier otro expediente no menos ingenioso. Los accidentes de su oficio son ahora lo mismo que antes, y si el *Baratero* se encuentra con otro en la cárcel, no aviniéndose á partir las utilidades, riñen, y la muerte de uno de los dos es inevitable. La sociedad se encarga de vengar al culpable que queda vivo, porque entrambos lo son igualmente, y porque ha tenido la desgracia de sobrevivir á su compañero, lo ahorca, y aun cuando no lo quiso reconocer como miembro para que optase á sus beneficios lo condena á muerte, por propias culpas de su mala organización, de su falta de armonía y buen acuerdo.

Podriase añadir á este tipo el del marinero y el del contrabandista, pero deben considerarse estas clases como hijuelas del tipo principal, y sus descripciones ademas no presentarían variedad alguna. Y aun cuando el *Baratero* no es hijo esencialmente de Andalucía, puesto que en otras provincias se encuentra también, no por esto se diferencia en sus hábitos, y seguramente el *Baratero andaluz* si no es el tipo en su origen por lo menos es el mas generalmente conocido.

Y en verdad, que siento el fin desastroso de este mozo *cruo* por mas que haya estado con sobresalto y recelo hasta la trágica escena en que forzosamente debía venir á parar por sus desaciertos y violencias. Dios le perdone sus culpas como yo le perdono el susto que me ha dado, aunque mucho desconfío que así suceda en bien de su alma, indómita y feroz hasta en sus últimos momentos. Así por lo menos me lo ha demostrado á mi uno que vi ajusticiar, el cual, habiendo pedido con mucho empeño hablar al público, lo que le fue concedido, se dirigió á los espectadores, que en silencio le escuchaban curiosos, y dijo: «Hermanos, la advertencia que tengo que hacer en este mi último trance es, que cuando vayais á comer un huevo pasado por agua, no le descascarilleis antes de partir el pan, porque se encuentra un hombre muy embarazado con el huevo en la mano sin saberse qué hacer.» Lo cual, segun lo interpretó un compañero suyo, quiere decir que nadie se meta á *Baratero* sin contar antes con los escribanos.

ANTONIO AUSET.

EL POETA.

CÓPOME en suerte, carísimo lector, escribir el artículo del Poeta, tipo y personaje harto fácil de confundir con muy diferentes personajes y tipos, que figuran en el teatro de nuestra sociedad actual, y de

entre los cuales procuraré sacártele cuanto necesario sea para que aparezca á tus ojos representando su verdadero papel.—Agradáme tanto mas esta tarea, cuanto me proporcionas mas favorable coyuntura para rendir un justo y sincero homenaje á los que con honra ganaron en nuestra España semejante renombre.—Famosa ocasion era esta para hacer alarde de moderna erudicion en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos; y á ser esta mi voluntad remontariame á buscar el origen de los Poetas en los tiempos fabulosos, ó ante-diluvianos, ó subiendo aun á mayor altura íria, tal vez, á parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándolos por los primeros músicos y Poetas del orbe conocido y por conocer.—Mas pláceme seguir distinto rumbo y voy á entrar en materia con la franqueza de un castellano viejo, ya que en tal lugar de la tierra me tocó nacer. Así, pues, voy á delinear el tipo del Poeta tal cual existe hoy entre nosotros, sin mas introducciones ni preámbulos; y sin meterme en lo que han sido, ni debían ser los Poetas, me ceñiré á lo que son, es decir, á lo que al presente debemos entender en este país por un Poeta.

Sin embargo, como no habrá quien se atreva á negarme que todos los hombres somos hijos de nuestra madre, tampoco habrá quien me niegue que nuestra generacion de Poetas es hija de la generacion de Poetas del inmediato siglo anterior: por lo cual me veo en la necesidad de decir dos palabras sobre estos últimos para entendernos mas fácilmente cuando tratemos de los primeros. Todas las épocas tienen sus especiales creencias, teorías, aficiones y costumbres, á las que pagan necesariamente tributo los hombres especiales que en ellas nacen. El siglo pasado fue esclavo del demonio de la filosofía, y el presente del de la poesía: en aquel para ser hombre de pró era preciso filosofar, y en este para valer es forzoso poetizar. No sé en qué consiste que la ciencia y el oro rara vez caminan juntos, pero ello es una verdad de la que todo el mundo está convencido: los filósofos, pues, de la pasada centuria, tuvieron tan poco dinero como los Poetas de la presente. Existe, sin embargo, una notable diferencia entre aquellos y estos. Aquellos tenían prurito por patentizar su pobreza y no se avergonzaban de mendigar los desperdicios de los ricos, al paso que estos arrostran la suya con fiereza y aparentan mas de lo que poseen. Y este es uno de los mil caprichos con que nacemos, porque en el siglo pasado *corrian* de mano en mano las buenas onzas y doblones de Carlos III y en este ni aun siquiera *andan* esas malditas monedas de cinco francos, en que los señores franceses nos convierten nuestros pesos mejicanos. Los Poetas que vieron la luz antes del mil ochocientos, enviaban á la musa á dar dias, á pedir aguinaldos, á solicitar empleos, pensiones, ó favores como hoy día los repartidores de nuestros periódicos, los cajistas de nuestras imprentas, y los serenos de nuestro barrio para pedirnos la propina de año nuevo. Complaciábase en exagerar su mala situacion, celebrándolo sin vergüenza alguna, y aun elevando á virtud aquella misma miseria en que acaso no vivían, y ridiculizábanse en fin á sí propios sin piedad, como los mendigos que laceran sus miembros para excitar mejor la compasion del prójimo poniéndole ante los ojos su repugnante deformidad. Entónces la poesía era un adorno secundario en un legista, en un curial, ó en un clérigo, que destinaba sus ratos de ocio á hacer cuatro composicioncillas amoratorias, muy apreciabiles sin duda para la mujer que las inspiraba, pero muy insípidas para el lector juicioso, que no hallaba en ellas mas que copias de copias, de cuantos versos amatorios se habian escrito desde Anacreonte hasta aquellos dias (téngase entendido, y lo advierto con tiempo, que no hablo aquí de D. Nicolas Moratin, Cienfuegos, ni de otros varios

en quienes brillaron dotes reales de Poetas, por mas que cediesen al mal gusto del tiempo en que vivieron): ahora es una carrera como cualquiera otra que conduce á una posicion social decorosa, y aun á destinos honoríficos del estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez. Entónces se decia por lo bajo; yo soy un miserable Poeta; hoy se dice con orgullo, la poesía me ha hecho independiente. Entónces un poeta excitaba la compasion, ó era buscado en las sociedades de la clase media para gozar con sus dichos agudos (vulgo bufonadas) y hoy excita la admiracion y el aplauso, y es recibido sin dificultad en las mejores sociedades donde no le resisten la mas esmerada educacion, ni el mas extremado decoro. Entónces podia aspirar á una plaza de escribiente en las oficinas de un grande, en la mayordomía de alguna colejiata, ó en casa de un escribano, si tenia buen carácter de letra, y ahora un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito introduce á un Poeta en la secretaria de Estado ó de Gobernacion, en la Biblioteca Real, ó en una legacion al extranjero, donde al paso que goza el premio de su trabajo y talento lo perfecciona y enriquece con nuevos y necesarios conocimientos. Entónces se creia que el abandono y desaliño de la persona era una señal evidente del talento, y que para ser sábio, filósofo ó Poeta inspirado, era preciso ser sucio, grosero, distraido y cínico; hoy por el contrario la juventud que se dedica á la poesía, viste con elegancia, frecuenta la sociedad, y no avergüenza á sus á sus amigos, á sus protectores ó sus apasionados con manchas y desgarrones. Entónces los Poetas se mordian con encarnizada furia, desacreditando con palabras y escritos las obras ajenas en los términos mas injuriosos y descomedidos, sin ocultar su envidia, su pesar ó su enemistad: ahora las producciones afortunadas de un Poeta son aplaudidas por los demas, juzgadas con recta severidad, y criticadas con noble indulgencia. Entónces un Poeta que llegaba á cierta buena situacion esquivaba las ocasiones de proteger y favorecer á otros Poetas, porque los miraba como sus enemigos naturales; y ahora un Poeta en la fortuna presenta ventajosamente á los demas en todas partes, y se llama amigo suyo; lo cual si no es adelanto del talento es adelanto de la educacion y hombría de bien.

De aquí nació la justa ojeriza que nuestros padres tomaron á la poesía y á los Poetas, en quienes no veian sino miseria, envidia y relajada conducta: de aquí los disgustos que los hijos hemos dado á nuestros padres con este malhadado afán de poetizar, en favor del cual tenían tan pocos buenos ejemplos que traer á la memoria. Verdad es que la mayor parte de estos malos ejemplos son debidos no á los verdaderos Poetas, sino á la turba de aficionados á la poesía, que no los imitan en las vijilias, los estudios y los trabajos, sino en las extragadas costumbres que el vulgo les atribuye continuamente; porque hablando en plata, amigo lector, tengo para mí, que los aficionados son la polilla del arte á que se aficionan; sea esto dicho de paso y con perdon de los aficionados, que se las tienen de críticos y profesores, sin mas conocimientos que su aficion. Con estos antecedentes vamos á entrar de lleno en el artículo del Poeta del siglo xix, separándole de otros tipos ó caracteres que pueden en algun punto semejarle.

No hablo de aquel muchacho de diez y seis años que viene á Madrid fugado de la casa paterna á sentar plaza de Poeta porque ha oido decir que Byron y W. Scott lo hicieron así, y alcanzaron grande reputacion. A este despues de vagar algunos meses sin dinero ni domicilio, haciendo y diciendo necesidades de muchacho le caza un dia algun individuo de su desconsolada familia y le vuelve á llevar á su provincia, donde al cabo se convence de la mala suerte que acompaña al talento, y especialmente al de la poesía;

se hace abogado, ó médico, ó boticario, y conservando su afecto á las bellas letras concluye por ser un mal boticario, ó médico, ó abogado, y mas decididamente un detestable aficionado á la poesía. Este entra, pues, en el tipo del aficionado y no en el del Poeta.

No hablo tampoco de aquel otro mancebito de barbería que en vez de aprender á conocer los simples, pasa el tiempo escribiendo coplas á las criadas de sus vecinos; y dejándose crecer su indomable pelo de la dehesa, su áspero bigote y desigual perilla, pone en comedia la vida y aventuras del sacristan de su lugar, y se lanza á presentarla á las empresas de teatros y á los autores perdonándoles la vida si se la ponen en escena.—A este le ofende su amor propio el verse desairado por aquellos á quienes se dirige, y vuelve á su tienda á cantar sus coplas en la vilueta, á afeitarse á sus parroquianos y á mudar el agua á las sanguijuelas; teniendo para sí, que los empresarios y los Poetas están envidiosos de su saber, y de las buenas partes de sus obras. Guarda, pues, su comedia cuidadosamente en su baul, y vuelve á su pueblo diciendo que es Poeta; y créenle los palurdos bajo su palabra, y le convidan á las bodas de los pueblos del contorno para echar bombas á los postres, á la salud de los novios y los padrinos. Este tampoco entra en el tipo del Poeta sino en el del cirujano romancista.

No hablo tampoco de aquel imberbe muchacho que se presenta en las redacciones de los periódicos de literatura, que no pagan, á escribir lo que necesitan los redactores ó el dueño del periódico. Este anuncia con la mejor buena fé que escribirá de todo; y artículos de artes, de crítica, poesías sobre todo: que escribirá los artículos de teatros si las empresas le mandan gratis su correspondiente luneta; que traducirá novelitas del francés al gascon, y aun las hará originales á pedir de boca.—Si consigue su objeto inunda el periódico de sus peregrinos artículos, que nadie lee; se da con sus amigos, en los cafés y en los sitios públicos la importancia y el nombre de Poeta; se hace sensible con las damiselas de equivoco carácter y las lee sus versos en tono lastimero, recordándolas la buena amistad que le une con las notabilidades literarias de la capital. — «Hoy como con Rubí, *chez Mr. Prosper*, exclama inoportunamente. ¡Oh! ¡Rubí es un buen muchacho! tenemos corridas algunas trifulcas juntos, vaciadas algunas botellas de Champagne.—Algunos días nos acompañan otros Poetas, literatos y periodistas de buen humor.—Doncel y Valladares, los redactores del Laberinto, varios articulistas de los Españoles pintados por sí mismos. — ¡oh! gente toda de buen humor, bebedores y calaveras si los hay.— ¡Qué vida, amigas mías, qué vida! eso es gloria y lo demas patarata.—Y así explicándose toma su sombrero y parte á la plazuela de Santa Ana á pasarse por la fonda de Próspero: pero no á comer con tal compañía, sino á mirar por los alambrados que dan á la calle, si hay en las salas de comer alguno de los citados, á quienes mira y escucha desde fuera para poder mañana contar con quién comió ayer. Este llega al fin á creerse él mismo grande amigo de todos los Poetas: cuenta sus vidas como las oye de bocas tan fidedignas como la suya, embelleciéndolas siempre con alguna circunstancia que las marque mejor; y cualquiera que le oiga concluirá por creer que los Poetas son una raza de hombres perjudiciales en todos sentidos; que pasan sus días y sus noches en largos festines, en ridículas disputas y desafíos, y continuos y escandalosos espectáculos. A estos imbéciles deben la mayor parte de los poetas una crónica escandalosa de que jamás han sido los héroes, y de ellos hay que oye contar su propia historia sin conocer siquiera el lugar en que nació ni los lauces y escenas en que su nombre figura.—Estos tampoco son individuos que pertenecen al tipo del Poeta, sino al del tonto.

Tampoco hablo de aquel otro mancebo que hace diez años que se ha plantado en los veinte y cinco, que ha hecho una ó dos escursiones hasta París, donde ha adquirido un modo de hablar, de vestir, de andar y de vivir en fin, si no muy acomodado á las costumbres del país en que nació y vive, muy á propósito para hacerse *remarquable*. De allí ha importado consigo una ciencia universal infusa y el título que mas de moda le pareció, el de Poeta. Conoce á Alejandro Dumas, se cartea con Chateaubriand, ha comido mil veces con V. Hugo, ha enseñado á su esposa (de V. Hugo) varias canciones andaluzas (que ni ella, ni él, ni V. Hugo, han entendido jamas); ha tomado el té en varias ocasiones con la elegante Mme. de Devant (Jorje Sand); ha dado algunos útiles consejos á Federico Soulié, sobre sus *Memorias del Diablo*, y se ha visto suplicado por los empresarios del teatro frances para que se estableciera en el mismo París, con el objeto de que les ayudase á dirigir su teatro. Escribe en todos los periódicos por amistad con sus directores, por darles reputacion firmando sus columnas. Todas las hermosas de Madrid le confían su *álbum*, el cual se encarga de llenar por la estrecha amistad que le une á todas las notabilidades. Da exactas noticias de cuanto pasa en la capital y provincias de España con respecto á las artes, y conoce todas las *joyas* que encierran los liceos y teatros caseros de la nacion; es decir, todas las muchachas bonitas que desgarran tan lindamente las comedias, que solo debieran *ejecutarse* en los teatros, á quienes perjudican estas hermosas, mágicas é inspiradas actrices que siendo muy poco para elevarse á *ARTISTAS*, se consideran mucho para descender á *CÓMICAS*. — (Y sea dicho de paso, ahora que estamos en ello; todavía no hemos visto salir de estas sociedades artísticas ningun actor que se haya ganado para el arte.) De estos teatros caseros es el panegirista este mancebo de quien voy hablando; y él es el que hace aparecer en los periódicos los artículos laudatorios de sus sacrílegas representaciones, cuyos artículos vienen generalmente á parar en unas detestables coplas á los ojos de la fulanita, al cabello de la menganita, y á la deliciosa sonrisa de la titanita, que serán á mi ver los mejores dotes de actriz que poseerán, cuando por ellos solo se les encomia. Este no entra tampoco en el tipo del Poeta, sino en los tres juntos del *aficionado*, del *artista* y del *mentecato*. Réstame ahora, lector pacientísimo, decirte lo que es un Poeta, segregado de estos otros entes de quienes te he hablado y con los cuales no es justo que le confundas.

El Poeta, pues, es un individuo de nuestra raza humana, que ve la luz en el lugar que el Sumo Hacedor le destina para nacer, en la aldea ó en la corte, en la tierra ó en el mar, y en medio de una familia noble ó plebeya; opulenta ó miserable, como todos los demas hombres. Recibe la educacion que le dan, y vive sujeto á todas las vicisitudes de la fortuna, ni mas ni menos que el resto de sus hermanos; pero dotado de corazon fogoso, y brillante imaginacion, empieza á ver y juzgar las cosas con alguna diferencia de lo que las ve y juzga el comun de las gentes. Sus padres ó tutores le dedican á la carrera que mejor les parece, poniéndole bajo la direccion de los mejores profesores, pero él adelanta poco en los estudios graves y echa mano de otros libros que no son de su facultad. Poco á poco su lectura despierta en su imaginacion ideas nuevas cuyo germen habia siempre sospechado y poco á poco se decide á extender sobre el papel sus informes pensamientos, reduciendo á palabras sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones de muchacho. La historia, la retórica, la geografia.... todo lo que aprendió en el colegio, ó á solas con los libros y escritos que le cayeron en las manos, viene entonces en su ayuda. Pronto concibe que sus ideas pueden expresarse propia y elegantemente; que la

riqueza y armonía de su lengua patria le está brindando con una fácil versificación, cuyo desempeño no le embaraza mucho, porque su propio instinto hace brotar de su pluma sus conceptos en versos de todas medidas, que él va reconociendo conforme los va viendo escritos delante de sus ojos. Desde aquí su afición á la poesía, desarrollada completamente, le hace imponerse modelos que imitar, estudios que cultivar, y obras que emprender. Aquí tienen principio sus dudas y desconfianzas: algunos versos ó discursos suyos han sido celebrados ya por amigos, ya por extraños, pero siempre como pasatiempos de chico; y esto, que no satisface su corazón, le obliga á avanzar con ansia y fé por el camino que él mismo se ha trazado. Lee cuantas obras literarias encuentra, asiste á cuantas sociedades artísticas conoce, escucha á cuantos cree con reputación de literatos y Poetas, y ensaya á sus solas la manera de poner en práctica las teorías que ha aprendido de ellos, ó la imitación de las obras que han sometido al fallo del público y que han sido de este bien recibidas. Desde este momento solo le falta ya un cuarto de hora de buena suerte; y si le busca con asidua tenacidad le encontrará seguramente. Un amigo que le presenta en un liceo, una señora que le recomienda á un empresario de teatros, etc., etc., le ponen en estado de mostrar al mundo modestamente una obra de su ingenio. La sociedad le escucha con gusto, ó tal vez le aplaude con entusiasmo; el empresario se paga de la obra y se la hace leer en una reunión *ad hoc*, y hé aquí su momento feliz. Su producción agrada á estos comités, se determina su representación (ó su impresión según el género de la obra); por medio de ella establece su conocimiento con las personas cuyos nombres está acostumbrado á venerar, y el muchacho pasa á ser hombre, y el estudiante á Poeta. En este día empieza para él una nueva era.

El teatro es en este siglo el objeto de la ambición del Poeta, porque una obra dramática reporta mas gloria y mas utilidad que otra alguna, y el jóven ha echado ya sus cuentas para el porvenir. Este es el Poeta; el que cuenta con hacer de la poesía su profesion y su ocupación de toda la vida. Ansioso de reputación y del aplauso en su país, canta sus glorias en inspirados poemas, ensalza sus héroes en históricas producciones dramáticas, y celebra ó critica en satíricas comedias las virtudes y ventajas, ó los vicios y manías de las costumbres de su sociedad y de su siglo. El público recompensa sus fatigas con sus aplausos, y su país le agradece lo que hace por su gloria, en nombre de los héroes que celebra y las hazañas que canta, colocando su nombre entre los nombres que darán honor á su centuria.

Por lo demas el Poeta no se distingue en nada del resto de los hombres. Sus costumbres están en armonía con sus afecciones, sus caprichos, ó sus convicciones como las de todos los demas. Tal vez (lo que sucede á menudo) sus escritos están en oposición con su carácter; y un hombre grave, metódico, severo y de buenas costumbres, se complace en pintarnos las escenas mas bulliciosas, mas cómicas ó mas desordenadas; al paso que otro alegre, feliz é inconsecuente, nos retrata al vivo grandes cuadros trágicos, y profundas y misteriosas pasiones, en que la virtud y el heroísmo juegan los principales papeles. Como todas las personas que ejercen una profesion, se disgusta de las que continuamente le cuestionan sobre la suya y le hacen hablar de ella en lugares y horas incompetentes.

No usa de sus facultades poéticas sino en las ocasiones y asuntos que lo requieren: y jamas emplea sus conceptos en adular al poder, en celebrar la injusticia, ni en favorecer sórdidas ambiciones. Recibe modestamente las recompensas ó distinciones con que las academias, las autoridades ó los gobiernos pre-

mian sus talentos, y parte su gloria como su bolsillo con los que valen tanto como él, sin mirar jamas si les da la parte mas considerable. Alegre ó melancólico, juicioso ó calavera, bueno ó malo en una palabra, el Poeta es siempre Poeta, por mas que sea su vida sedentaria ó activa, su educación esmerada ó abandonada, sus gustos y costumbres ejemplares ó reprehensibles, y borrascosa ó monótona la historia de sus pasados dias. Esta historia corre generalmente entre el vulgo desfigurada por los mentecatos que creen que por conocer á los hombres célebres se colocan á su altura: como si el comer con un gran general, vivir con un gran orador, tratar con un gran músico, pudiera infundir valor en sus mezquinos espíritus, dar elocuencia á sus lenguas infamadoras, ó hacer producir á su estéril talento una brillante sinfonia, ó un solemne miserere. Pero este es riesgo que corren todos los hombres que se distinguen en algo, y que le toca al Poeta, no por Poeta, sino por hombre distinguido.



El Poeta.

Este artículo se alargaría demasiado si nos detuviésemos mas en él; haré, no obstante, una última observación, y es, que casi todos los Poetas alcanzan fama de calaveras y disipados, y la mayor parte de ellos con razon; pues como sus trabajos son mas de inspiración que de convicción, frecuentemente les ocurre pasar largos dias en la inacción y en la holganza, en cuyos dias no siempre son santas sus ocupaciones, arrastrados por su carácter voluble y sus

exagerados pensamientos, aunque esto no pasa de una vaga teoría desmentida por muchos ejemplos.

Y aquí concluye mi artículo del Poeta; oh lector benévolo! el cual, ya que no satifaga mi conciencia, puede acaso darte una idea ligera de los Poetas; si es que no te han hecho dormir sus períodos desalinados. En cuanto á los nombres de les que hoy viven en este trabado suelo de España, tú los podrás deletrear si has tenido la bondad de leerme con atención. Quiero, sin embargo de esto, que sepas que los autores de *Guzman el Bueno*, *Detrás de la Cruz el Diablo*, *Los Amantes de Teruel*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*,

No ganamos para sustos, *el Diablo Mundo* (poema), *Simon Bocanegra* y otros largos de enumerar, serán siempre tenidos como verdaderos Poetas, sea cualquiera su vida, su reputacion y su fortuna; y por mas que sus envidiosos y detractores les disputen los derechos á semejante título, sus nombres pasarán con sus obras á la posteridad, y no les faltarán tarde ó temprano, ni una corona de laurel para su sepultura despues de su muerte, ni un admirador durante su vida mientras pueda latir el corazon de

J. ZORRILLA.



El Ventero.

EL VENTERO.

VENTA. La casa establecida en los caminos y despoblados, para hospedaje de los pasajeros.—El sitio desamparado y expuesto á las injurias del tiempo, como lo suelen estar las ventas.
VENTERO. El que tiene á su cuidado y cargo la venta, y el hospedaje de los pasajeros.—(*Diccionario de la Academia.*)

La venta y el Ventero son tal vez la cosa y la persona, que no han sufrido la mas mínima alteracion, la modificacion mas imperceptible desde el tiempo de Cervantes hasta nuestros días. Pues las *ventas* de ahora son tales cuales las describió su pluma inmortal, aunque hayan servido alguna vez de casa fuerte, ya en la guerra de la independencia, ya en la guerra civil, ya en los benditos pronunciamientos. Y los

Venteros que hoy viven, aunque hayan sido alcaldes constitucionales, y sean milicianos y electores y elegibles, son idénticos á los que alojaron al célebre don Quijote de la Mancha.

Y lo mas raro es que se parecen como se parecian dos gotas de agua en los desiertos de Siria y de la Arabia, tienen á su cuidado los caravanserais; esto es, las ventas donde se alojan las caravanas, en aquellos remotos países; si es que son exactas las descripciones de Chateaubriand, Las Casas, Belconi y Lamartine.

Lugar era este en que uno de esos prolijos investigadores del origen de todas las cosas podia lucir su erudicion y la argucia de su ingenio, manifestándonos que las ventas de ahora son los *Caravanserais* de tiempo de moros; y acaso el nombre de *Caranchel*

le ofreciera un argumento inexpugnable. Pero quéde-se esto para los que siguen la inclinación y buen ejemplo del estudiante, que acompañó á don Quijote á la cueva de Montesinos, y que se ocupaba en escribir la continuación de Virgilio Polidoro; y ocupémosnos nosotros del Ventero, pues es tipo de tal valía que el curso de dos siglos no lo ha variado en lo mas mínimo.

Antes de describir el contenido, describiremos el continente, antes del actor la escena, como parece natural, y como lo verifican los naturalistas que hablando v. g. de la nuez, nos pintan primero el erizo, luego la cáscara, y en último lugar la parte clara y comible. Hablemos pues de la venta antes que del Ventero.

La definición que de la palabra venta da el Diccionario de la Lengua, y que sirve de epigrafe á nuestro artículo no deja que desear: y sería insistir en explicarla, hacer agravio al consejo de mis lectores. Porque ¿cuál de ellos no habrá pasado una mala noche, y comido detestablemente en alguna venta, cuando haya hecho un viajecillo de media docena de leguas? La venta, pues, es conocida de todos los españoles, y de todos los extranjeros que hayan viajado en España. Pero es preciso no confundir la venta con el *parador*, que es un progreso, ni con el *ventorrillo*, que es un retroceso; pues por lo comun, el ventorrillo sube á venta si le sopla la fortuna, y la venta pasa á ventorrillo cuando esta ciega, caprichosa y antojadiza le niega sus favores. Y en cuanto al *parador* advertiremos, que aunque pudiera ser venta en su primitivo origen, hay muchos que nacieron *paradores* hechos y derechos. Y que su casa no es de veredas y encrucijadas, sino de caminos reales y carreteros; como si dijéramos la alta aristocracia de la especie.

Conservan el nombre de ventas muchas que lo fueron y ya no lo son porque se han convertido en otra cosa, sobre todo en los grandes caminos. Así se llaman venta de la Portuguesa, venta de Sta. Cecilia, de casa de Posta, que fueron venta cuando no habia carreteros establecidos en los parajes en que se fundaron. Y cuando el sitio en que hubo una se ha convertido en pequeña poblacion arrimándosele otras, se designa con el nombre en plural: v. g. *ventas* de la Pajanosá, *ventas* del Puerto Lapiche, etc., etc., etc. La venta, pues, verdadera, genuina, *propiement dite*, es la que está aislada, lejos de toda poblacion, y principalmente en caminos de travesía.

Suelen ser ya grandes y espaciosas, ya pequeñas y redondas; pero siempre de aspecto siniestro, colocadas por lo general en hondas cañadas, revueltas y bosques; en sitios en fin sospechosos, y de modo que sorprendan, como quien dice, al viajero poco experto que con ella tropieza. Las mas comunes se componen de zaguán-cocina, despensa, un cuartucho para el Ventero y su familia, si es que la tiene, un corralillo, una mala cuadra y un pajar. Y hasta los nombres apelativos con que suele designarseles indican á veces todo lo que son: como por ejemplo, *la venta del Puñal*, *la del Judío*, *la del Moro*, *la de la Mala Mujer*, *la de los Ladrones*, y otros tales de que no me acuerdo ni importa para nuestro propósito.

Pasemos pues al Ventero y cumplamos con el título de este artículo.

El Ventero, aunque habitador del campo, no ha pasado generalmente sus primeros años en el campo, ni ha sido gahán, ú hortelano, ni ayudado de un modo ó de otro al cultivo de la tierra. Por lo regular fue en su juventud soldado ó contrabandista, esto es, hombre de armas; y si no nació con temperamento belicoso y bajo la influencia del planeta Marte, fue sin duda en sus años mozo, calesero, arriero, ó corredor de bestias, que el vulgo suele llamar *chalan*. No quita esto el que el Ventero haya podido ejercer antes alguna otra profesion. El que escribe estas líneas encontró años atras en lo mas recóndito de Sierramorena un

Ventero, que habia sido piloto, y que hablaba en términos marineros y náuticos, que soaban extravagantisimos en aquel paraje tan lejano del mar. Y topó con otro en los montes de Leon, que habia sido ermitaño. Pero estas son escepciones. Y al cabo sea cual sea la anterior profesion del Ventero, en llegando á Ventero ya toma una fisonomía particular.

Mas de cuarenta años de edad. Traje segun el del país en que está la venta, pero un poco exagerado, y siempre con algun foliló ó ribete del de otra provincia. Aspecto grave, pocas palabras, ojos observadores, aire desconfiado, ó de superioridad, segun son los huéspedes que llegan á su casa: son condiciones que debería tener presentes un pintor que quisiese hacer el retrato de un Ventero.

Su vida que parece debia ser monótona y sedentaria es por lo contrario, variada y activa; en los ratos de ocio se ocupa en aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos del fermentido aguardiente, en picar carne de alguna muerta caballería, ó en adobar una albarda. Cuando tiene huéspedes no sosiega, del fogón á la cuadra, de esta al pajar, de allí al mostrador, luego al corralillo por leña, luego á la despensa por aceite, anda hecho un azacán. Si tiene huéspedes parece que de noche no duerme, los vigila, si está solo tiene el oído alerta al menor ruido, muchos dias los pasa en el monte, otros en la ciudad vecina. Conoce á todos los arrieros que transitan aquella tierra y sabe sus gustos y sus condiciones, y á dé van y de dó vienen, y bebe con ellos y come tambien con ellos, y á unos les habla mucho á otros poco, pero á todos les pregunta algo al oído, conoce tambien á todos los labradores y propietarios de la redonda. Y como si fueran suyas todas las reses que pastan en aquellos contornos, y todas las caballerías de la provincia.

Si á media noche se oye un tiro, sabe si es de uno que está á espera de conejos, ó de jabalíes, ó si es otra cosa. Se oye el estallar de una honda á deshora, y dice el nombre del vaquero que la estalla y el de la res á quien se dirige la piedra. Adivina por el tin tin de las esquilas, ó por el tomb tomb de las zumbas, de quiénes son las récuas que pasan por otra encrucijada vecina; pero á quien conoce por instinto particular propio del oficio de Ventero, es á los contrabandistas y los individuos del resguardo. A veces entra en la venta á hora inusitada con las manos ensangrentadas, porque viene de una alquería inmediata de ayudar sí abrir un cerdo ó á degollar una ternera; y si estando sentado al fuego oye un silbido ó echa tarancas secas para que se levante llamarada y salgan chispas por la chimenea, ó abre un ventanuco por donde se vea la lumbré ó la luz del candil, ó sale con su escopeta á rondar la venta, ó se queda sério y alerta ó atranca la puerta súbitamente, ó va á avisar á la cuadra ó al pajar á algun arriero, ó acaso á algun huésped que se esconde en el desvan, y que no gusta de gente y de conversacion.

En una de tantas trifuleas en que los hombres de bien han tenido en esta última época que tomar las de villadiego para no ser víctima de la turba desaharrapada, que en nombre de la patria y de la libertad, y capitaneada ó instigada por unos cuantos voceadores, instrumento de tres ó cuatro solapados é hipócritas ambiciosos, esgrimia fanática el puñal contra el verdadero patriotismo y acrisolada virtud; un amigo mio tuvo que escapar disfrazado á media noche de una de las primeras capitales de España, para dirigirse á una frontera, poniendo su suerte en manos y bajo la direccion de un contrabandista.

Este tal iba, pues, por sendas y vericuetos con su diestro conductor para evitar algun mal encuentro, y al terminar una encapotada tarde de otoño, y despues de atravesar espesos matorrales y quebradas lomas, llegó á una venta, que en medio de un despa-

blado y en la encrucijada de dos malos caminos, uno de ruedas y otro de herradura, sobre una hondonada había. Soplaban recio el viento agitando la maleza y las copas de algunas encinas que de trecho en trecho se erguían en el raso que la venta ocupaba, el cielo parecía de plomo atravesado de siniestras ráfagas de color de leche, últimos esfuerzos de un sol moribundo: por una cañada ó rambla se descubría á un lado y á lo lejos en el remoto horizonte, una gran población cuyas gigantes torres se dibujaban distintamente sobre una lista roja que marcaba el ocaso. La hora, el sitio, y lo destemplado de la atmósfera, y el aspecto de la venta hicieron una impresión indefinible en el ánimo ya harto combatido del viajero, que involuntariamente tiró de las riendas al caballo y lo paró. ¿Vamos á pasar ahí la noche? preguntó con un acento particular al contrabandista. Y este le contestó, advirtiéndole el tono de la pregunta. Difícil era pasarla en mejor paraje ¿quién ha de dar aquí con nosotros? Y el viajero sin replicarle clavó los ojos en la gran población que ya se descubría apenas en el borrado horizonte, lanzó un suspiro, y avanzó hacia la venta. Un enorme perro mastín salió al encuentro ladrando y meneando la cola, y una vieja de fisonomía estúpida y de traje súcio y miserable, y un hombre de cincuenta años, alto, recio, con una cara cetrina á cuya tez oscura y áspera daban realce dos enormes patillas grises, y un pañuelo de colores brillantes rebujado á la cabeza, asomaron á la puerta de la venta. Llegó á ella nuestro prófugo al tiempo en que empezaban á caer gruesas gotas, cerrando casi la noche. Y aquellas dos figuras de mal agüero, que se dibujaban y sobresalían por oscuro sobre el fondo rojizo del interior de la venta, iluminada con la llama del hogar, y que aun de frente recibían la última incierta claridad del crepúsculo, le inspiraron profundo terror. Pero viéndole que el contrabandista se había quedado un tanto atrás como oteando desde una alturilla toda la comarca, preguntó resuelto ¿hay posada? — Miráronse el Ventero y la Ventera, que eran los personajes que estaban á la puerta, y aquel con tono desabrido, pero no muy resuelto, contestó: Lo que es esta noche no la hay... porque... continuó la vieja... Porque es imposible... no hay nada en la venta... Y... en esto llega el contrabandista, dijo dos ó tres palabras que no entendió su compañero de viaje, porque no eran castellanas. Y como por encanto hubo al instante posada, y el Ventero vino á tener el estribo al encubierto huésped, y la Ventera ayudó al contrabandista á descolgar las escopetas, y á recoger manta y alforjas y tomando un candil llevó á los huéspedes á la caballeriza donde ambos acomodaron sus cabalgaduras, para las que trajo inmediatamente recado el Ventero.

Volvieron al zaguán-cocina, que estaba lleno de humo, los cuatro actores de esta escena. La Ventera echó retamas secas en el hogar, cuya llamarada lo iluminó todo, y se vieron al oiro extremo del zaguán-cocina reunidas en un rincón seis ú ocho escopetas, lo que llamó la atención del contrabandista. Mi amigo se sentó en un poyo junto á la lumbre, y el Ventero salió á la puerta y llamó al perro que aun ladraba fuera.

La noche empezó oscurísima, la lluvia arreciaba, el viento aumentaba su fuerza, y el humo de la cocina era intolerable. El contrabandista preguntó á la vieja: ¿qué se podrá aviar para la cena? Nada hay en la casa, respondió aquella, sino vino y aguardiente, pan y pimientos. — No hay huevos. — Tampoco. — ¿Bacalao, arroz?... — No hay nada. Medrados estamos, dijo el encubierto, y tengo un hambre como nunca...

Volvió en esto el Ventero con el perro, dejando atrancada la puerta. Y le dijo el contrabandista, dando otra ojada á las escopetas, y mirándolo con aire

socarrón. ¿Y la chica?... que salga, no la escondas, que es lo único bueno que hay en tu casa. Y saltó la Ventera y dijo: no está aquí: se fué esta mañana con la burra á la villa, vino por ella el Rojo... Y continuó el Ventero, el criado del señor administrador. — ¿Y el Chupen? preguntó el contrabandista. — Se fué esta tarde al huerto, y allí dormirá. — Con que estais solos. — Solos estamos, dijeron á un tiempo el Ventero y la Ventera, pero el contrabandista volvió los ojos, con una expresión tan ladina hacia el montón de escopetas, que la vieja se fué al corral por leña, y el Ventero después de un momento de turbación muy marcada le dió una palmada en el hombro al contrabandista y le dijo.... ¡qué pollo!.... y tomando un frasco cuadrado de un vasar, y un vasillo de vidrio, llenó este de aguardiente y se lo presentó á su interlocutor diciéndole: vaya por la gente dura.

Ageno de cuanto pasaba en derredor de sí estaba mi amigo, cansado, hambriento, y embebido en dolorosos recuerdos, y en poco lisonjeras esperanzas, humeaba maquinalmente un cigarro y halagaba el carnudo cuello del enorme mastín con quien estaba en perfecta amistad y armonía.

Bebió el contrabandista, bebió el Ventero, y empezó entre ambos un diálogo muy animado, en una especie de gerga ó algarabía, en que los nombres y los verbos eran de otro idioma muy extraño, pero los artículos, conjunciones y partículas, enteramente de nuestra lengua. Nada entendió el viajero encubierto, ni se curó de ello. Y concluida la conversacion de los otros, que no fue larga, el contrabandista dió la mano muy apretada al Ventero, y volviéndose á mi amigo con gran impaciencia le dijo. — Vamos, vamos á cenar cualquier cosa, y á dormir, que mañana tenemos una jornada mayor que la de hoy, que no ha sido floja. Ya he dispuesto que en un cuartito arriba se le ponga á V. una cama, que con el colchon del tío Trabuco, que es nuestro hostalero, y con las jalmas de mi jaca, y con la manta y ese capote podría servir para un intendente... pero pronto, pronto. Y viendo entrar á la Ventera con un haz de leña. — Vamos, tía Veneno, ponga V. la sarten y fría unos ajos, que yo le daré pan, y chorizos para que nos haga unas sopas.... no es verdad nostramo. — Sí, me conformo con cualquier cosa, dispóngalo V. á su gusto. — Vivan los hombres duros, cuidado que no lo es poco su mercé. Dijo el contrabandista y corrió á sacar de sus alforjas el repuesto.

La tía Veneno puso una sarten enorme al fuego, mi amigo le preguntó para qué tan grande, y respondió la bruja: mientras mas gracia de Dios, mejor. El contrabandista la miró con malignidad, dijo otra palabra en su gerga al Ventero que estaba desmenuzando el pan y cortando los chorizos con una navaja de á vara, y tomando sus escopetas, les quitó el cebo, acomodó la piedra, las volvió á cebar, y las puso á su lado en un rincón, diciéndole al Ventero con una sonrisa de inteligencia: ya estamos listos.

En un santiamén se hizo la cena, y en un santiamén se engulló por mi amigo, su conductor, el tío Trabuco y la tía Veneno; echando sin embargo sopas para una comunidad. El vino de la venta que era una verdadera zupia, y el aguardiente de pita de la misma, que era una verdadera ponzoña, se expendieron en abundancia; y sin dejar á mi amigo mas tiempo, que el de encender su cigarro, y el de tirar un zoquele al mastín, con quien había simpatizado, le dijeron los otros tres en corro: ea, á dormir, á descansar y Dios dé á su mercé buena noche. Y mientras la Veneno subía á rastra al sobrado un colchon miserable, y el contrabandista la alumbraba con el candil llevándose tambien las jalmas y mantas de su caballería; el Ventero picando un cigarro, y balbuciendo un poco, porque el aguardiente le trababa la lengua, y queriendo dar á su fisonomía de suela una expresión

de bondad y de sencillez, que le daban un aire muy grotesco, dijo á mi amigo: Aquí su mercé con toa confianza. No estará como merece, pero yo y mi pobreza estamos pa lo que guste mandá, á dormir, á dormir, ni tenga su mercé cuidio. En esto volvió el contrabandista, diciendo: al avío, al avío, tiene su mercé una cama como la de un obispo, á dormir, á dormir.

Subió mi amigo una escalerilla como el cañon de una chimenea, y entró en un estrecho camaranchon tan rodeado de grietas y mechinales, que corría en él el mismo viento que en mitad del campo; siendo tantas las goteras, que de la mas segura techumbre caian, que se hubiera debido entrar allí con paraguas; sin ventanas, sin puertas ni vidrieras, daba franco paso á una corriente de aire con que hubiera podido moler un molino de viento. Notado lo cual por el contrabandista, tapó, ayudado del tío Trabuco, aquel inoportuno respiradero con una antigua y jubilada albarda que en el desvan yacía.

Acurrucóse mi amigo lo mejor que pudo en aquel fermentido y apocado lecho, y dándole las buenas noches con cargo de que se durmiese pronto, el Ventero, la bruja y el sagaz conductor, se retiraron con el candil, cerrando por fuera con cerrojo la puerta, esto es, dejando encerrado al huésped. Notó este, y aun quiso oponerse con buenas razones, y cortó el contrabandista diciéndole: que por dentro no había pestillo, y que si se dejaba la puerta sin sujecion estaria golpeando toda la noche. Además que él vendría á despertarlo á la hora de la partida. Con lo que quedó mi amigo convencido. Por los resquicios entró la luz del candil dibujando en las toscas paredes rayas irregulares que fueron disipándose hácia el techo, sonaron las pisadas por los escalones abajo, y todo quedó á oscuras y en silencio.

El viajero disfrazado llevaba ya seis dias de penosa marcha y había andado aquel día catorce leguas en un caballo troton, por recuetos y vericuetos; circunstancias que bastan para que se crea que pronto quedó dormido. Y aunque en el breve tránsito de la vigilia al sueño, y estando ya, como se dice vulgarmente, traspuesto, oyó abrir una puerta y luego otra que le pareció la del campo, y ruido de gente, y de herraduras y de relinchos, sin dársele de ello un ardite, se abandonó en los brazos de Morfeo.

Cuatro horas largas de sueño llevaría, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido se incorporó pronto en el lecho, y como notára que el reparo puesto al ventaneo había venido al suelo (cosa que advirtió porque la luna había salido, y aunque velada de opacas nubes difundía alguna claridad) se levantó resuelto á volver á tapar aquel boquete. Al acercarse á él, creyó ver á lo lejos cuatro ó seis fognazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones, fijó los ojos á aquel lado pero nada vió, ni oyó mas que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido curioso en su atalaya, si el frio, y el no haber vuelto á oír rumor alguno, no le obligaran á volver á tapar el ventaneo, y á regresar tiritando á su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su extraña posicion.

No volvió en todo el resto de la noche á hacer sueño de provecho, aunque despues de cavilar un rato recobró el cansancio su imperio y lo dejó traspuesto, en cuyo estado, y sin saber si era sueño ó realidad, oyó nuevo tropel de caballos, voces roncadas y confusas, ladridos, quejidos y carejadas, y como los golpes de un azadon que abrian algun hoyo en el corral, pero todo tan vago, tan inconexo, tan confuso, que en el casi sueño en que se mantuvo hasta el amanecer no le dejó formar ninguna idea distinta y clara.

Ya empezaba el crepúsculo de la mañana, cuando el contrabandista entró á despertarlo y á decirle que

era la hora de ponerse en marcha, preguntándole qué tal había pasado la noche. — Muy mal, contestóle mi amigo, amen de las pulgas que me han devorado, y de las ratas que se han paseado á su sabor sobre mí, del viento y de las goteras. el ruido ha sido infernal.... ¿Qué diablos ha habido esta noche en esta venta?... ¿han llegado mas pasajeros? ¿se ha dado en ella una batalla? ¿qué demonios ha ocurrido?... Repliqué el contrabandista ¿pues qué ha oído V.?... y repuso el otro, no es cosa de cuidado, tiros, carreras, ladridos, voces, lamentos.... ¿qué se yo? A lo que el contrabandista con afectada serenidad dijo: vaya, V. bebió anoche un traguito mas; nada ha habido, ni nadie ha entrado en la venta, sin duda V. ha soñado esas cosas. — ¿Cómo sueño? saltó el viajero. No señor, estaba muy despierto cuando empezó la algarada. he visto y oído los tiros, he conocido la voz del Ventero... y aun la de V.... — Pues si es así (le interrumpió el contrabandista) crea, porque le conviene, que ha soñado.... Y no se dé por entendido, y diga aquí abajo, y en todo el mundo, que se ha pasado la noche de un tiron, durmiendo á pierna tendida como un bienaventurado. — Pero hombre, es terrible, dijo mi amigo... y atájole su conductor mas bajo. — Os importa la vida... no conocéis lo que son ventas y venteros.... y continuó en voz alta, vamos, vamos, basta de sueño: ¿caramba, y qué pesadez!... al avío, al avío, que ya es tarde.

Bajaron ambos del camaranchon y se dirigieron á la caballería, donde tenían ya sus cabalgaduras listas. Pero notó mi amigo que había otros dos caballos atados á la pesebrera, fatigados, mústios y enlodados. Sacaron los suyos al zaguan-cocina nuestros viajeros, y el disfrazado advirtió temblando que en el suelo había sangre, reciente y que en vano se había querido hacer desaparecer á fuerza de agua. El monton de escopetas no estaba en el rincón, la bruja encendía el hogar. El tío Trabuco andaba como desatentado. Pagóle el contrabandista, y cambiaron varias palabras fuertemente acentuadas en aquella jerga con que se comunicaban. Cabalgaron al fin los huéspedes, y al alargar el Ventero un vaso de aguardiente á mi amigo, advirtió este en la velluda y tosca mano manchas de sangre, y manchas de sangre en la camisa...

Partieron de la venta los viajeros al momento en que el sol asomaba por el Oriente, anduvieron como media legua sin decirse una sola palabra. Cuando al atravesar una estrechura se encontraron con un reguero de sangre que iba á perderse en un espeso matorral. Llamóle la atención á mi amigo, y quiso seguir el rastro: pero su compañero le detuvo apresurado. — Señor! ¿Qué ha sido esto? ¿Yo me horrorizo! exclamó aquel, y este le dijo: ¿cachaza! ¿cachaza! estas son cosas de mundo, y no me pregunte su merced nada, porque mi oficio es callar.... ¿Pero hombre, callar una cosa así? dijo mi amigo. — Sí señor, contestóle su conductor: del mismo modo que no diré, aunque me hagan pedazos, ni el nombre de V. ni las desgracias que le obligan á andar por estos vericuetos, porque se ha fiado V. de mí, y esto basta; tampoco diré á nadie, aunque me hagan pedazos, lo que ha pasado esta noche en la venta, porque se ha fiado de mí el Ventero y esto basta; por lo tanto no me pregunte mas su merced que será en balde.

Tres dias mas duró el viaje, al cabo de ellos llegaron á la frontera, en ella se despidió el prófugo ya en salvo de su fiel conductor, y al ir á gratificarle con unas monedas de oro, las rechazó el contrabandista y le dijo: — No quiero mas recompensa de lo que he hecho por su merced, sino que me jure y me dé su palabra de caballero de que jamas nombrará la venta de marras, ni contará lo que en ella soñó. Prometiéndole mi amigo, se separaron, y volviendo ambos al perderse de vista para despedirse, el contrabandista

con una expresión singular, puso el índice de la mano derecha en los lábios, y gritó á su compañero de viaje: *Sonsoniche.*

EL DUQUE DE RIVAS.

EL JUGADOR.

Ahora, yo podré poco ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

(*Sancho Panza*, en el capítulo 49 de la segunda parte del *Quijote*.)

De serpents mon coeur est devoré.

(*El Jugador*, comedia de Regnard.)

ENTRE los caracteres determinados que constituyen la fisonomía de las naciones, hay algunos que son en el fondo comunes á todas ellas. Pero cualquier extravío de la humanidad, cualquiera tendencia general de ella se reviste en cada pueblo de aquella forma particular que le dan sus hábitos, sus tradiciones y su manera peculiar de existir.

El juego, esa agitadora afición á las sensaciones del temor y de la esperanza, esa funesta inclinación á las vicisitudes del azar, es sin duda uno de los resortes mas poderosos con que la Providencia quiso remover el corazón humano en el desasosiego de la vida. Homero, Tácito y casi todos los grandes monumentos históricos que han transmitido á nuestros dias las costumbres de la antigüedad mas remota, dan testimonio de aquella tendencia fatal.

Mas como quiera que las pasiones del hombre reciben siempre en el modo de manifestarse la influencia de las épocas por donde pasan, de ahí es que las formas del juego han debido variar hasta lo infinito de su borrascosa carrera. ¿En qué se parece el rudo y sencillo juego de *la morra*, ya conocido en tiempo de los antiguos romanos, al *monte* ó á la *bonillotte*, juegos de moderna invención y abundantes en combinaciones y lances? El sello de los tiempos y de las costumbres se manifiesta con suma claridad en las diferentes clases de juego que prevalecen en el día en España. Desde *la bolsa* hasta *el cané* ó *las chapas*, polos de la escala gerárquica del juego, todas las variedades de esta pasión que entre nosotros se conocen, llevan en sí ó el carácter rápido y agitado de la actual sociedad española, ó el carácter rudo ó insubordinado de las clases ínfimas del pueblo.

En una sola cosa no varía ni puede variar el juego por ser inherente no á su forma sino á su esencia: en los efectos perniciosos que produce, esto es en las desgracias que acarrea, y en la desmoralización que engendra. Hará la friolera de unos seis siglos que el Rey D. Alonso el Sábio creyó conveniente mandar formar el *Ordenamiento de las tafurerías* (casas de juego), y en él se manifiesta claramente que el desenfreno de costumbres de los jugadores de profesión no era menor en aquel siglo que lo es en el nuestro. Después andando el tiempo, si no creció la fuerza desmoralizadora del juego, creció al menos el refinamiento de sus formas y la variedad de sus especies. El licenciado Francisco Luque Fajardo, escritor sevillano, en su *Fiel Desengaño contra la ociosidad y los juegos* explica una suma inconcebible de frases, palabras, manas, estafas y prácticas ruines, que forman un cuadro espantoso y no poco complicado de la inmoralidad que en punto á juego reinaba en el siglo XVII, á pesar de las pragmáticas prohibitivas.

Y ahora que de pragmáticas hablamos, no queremos omitir, como prueba de que ese apetito desenfrenado de la variedad, que no es una de las peores

plagas de los tiempos modernos, ha alcanzado hasta el juego de azar, que por cierto no lleva pocos lances en sí mismo, que una ley de la Novísima Recopilación hace mérito y expresa prohibición de los juegos mencionados en la siguiente curiosa y respetable lista:

La banca ó faraon.

La banca fallida.

La baceta.

La carteta.

El sacanete.

El parar.

El cacho.

La flor.

El quince y treinta y una envidada.

El birbis, oca ó auca.

Los dados, tablas y azares.

El bolillo.

El trompico, palo ó instrumento de hueso, maderas ó metal, ó de otra manera alguna que tengan encuentros, azares ó reparos.

Taba.

Cubilettes.

Dedales.

Correvuela.

Descarga la burra.

Y otros de la misma especie, añade la ley, como temerosa y con razon de no poder seguir en su vuelo invasor á la imaginación creadora de los adoradores de la ciega casualidad, ó á los sacerdotes del fraude, divinidad menos ciega y aventurera.

No es ciertamente la armonía prosódica de los nombres lo que mas se recomienda en la lista anterior, y si á ella se agregan las antiguas voces y frases de *tablajería*, *leonera*, *mandracho*, *coymeros*, *gotera en payla*, *modorros*, *doncayres*, *sages*, *vicandores*, *templones*, etc., y los modernos de *pipirol*, *gancho*, *momio*, *hacer lá oreja*, *levantar muerto*, *pito*, *rentoy*, *ruleta*, *tute*, *truquiflor*, *cané* y *comparsa*, tendremos una nomenclatura salvaje, una repugnante germanía, un idioma satánico que nos obligará á repetir lo que hablando de los estragos del juego dice el Padre Guzman en su *Tratado de los bienes del honesto trabajo*.

«Cierto, ella y sus nombres parecen invención propia del demonio y salida del infierno.»

El primero de todos los Jugadores, el *Jugador soberano*, como acaso le hubiera llamado el Dante si en su dichosa edad hubiese podido siquiera concebirse este monstruoso y peregrino adelanto de nuestra civilización, es sin disputa el *Jugador de bolsa*. Esta planta venenosa, aunque como toda mala yerba pronto arraigada en nuestro suelo, crece en él raquítica y macilenta, sin dar sombra ni abrigo, pero sin perder nada de la ponzoña de sus frutos. Los españoles de los antiguos tiempos, los españoles que descubrieron mundos, y conquistaban pueblos y avasallaban mares, contentábanse para sus tratos con modestas *tonjas* donde se vendían ó trocaban honradamente y en inmensas cantidades las producciones y artefactos de todos los puntos del globo. Los españoles de ahora, gigantes solo para el mal, ni descubren mundos, ni conquistan pueblos, ni avasallan mares; pero tienen en cambio *bolsa de comercio* donde en vez de comerciar se juega, donde no son objeto de las operaciones oro ó mercancías sino *papel*.

Los Jugadores de bolsa aunque blandamente mecidos todos por la halagadora cuanto fantástica esperanza de levantar en un día, en una hora, el ostentoso edificio de un caudal millonario, son en su mayor parte hombres sin responsabilidad ni dinero, que se lanzan osados al fluctuante mar de *la alza* y de *la baja*, ni mas ni menos como antes se lanzaba un aventurero desvalido en las inmensidades del Océano para probar fortuna, es decir, para aplacar su sed de ri-

quezas, para realizar sus dorados ensueños, que como los de los especuladores de bolsa en ensueños solían quedarse.

Los Jugadores de bolsa se parecen á los Jugadores comunes en el afán reoer que les devora, en esa agitacion febril que gasta su sensibilidad y les da una indiferencia glacial para las demas impresiones de la vida, y sobre todo en la inclinacion irresistible que sienten á dar ayuda á la fortuna con artificios y falaces manejos. Entrad por un momento en la bolsa de Madrid, en ese templo de la fortuna y del ardid. ¡Con cuánta dificultad se respira en aquel angustioso recinto! El aturdimiento ó la desconfianza están pintados en el semblante de los Jugadores noveles. Los mas expertos y familiarizados sonrían manifestando indiferencia; pero un observador perspicaz podría columbrar fácilmente en una ligera contraccion de la frente, en una inquietud vaga y mal escondida, y en cierta expresion sardónica indefinible que se mezcla á aquella sonrisa, que ella es solo una engañosa máscara destinada á ocultar la turbacion del alma. Escuchad las palabras que dice al oido á un agente *marron* que se le acerca, sorprended la seña de inteligencia que dirige á otro individuo que parece confundido entre la muchedumbre, interpretad el designio que oculta en las noticias que refiere con aparente indiferencia, y no os quedará duda de que aquel hombre de exterior tan sereno y desinteresado está empleando en favor de sus codiciosas miras todos los resortes de la astucia y de la mentira. Si le interesa la baja de los fondos públicos, siempre tiene medios de almar á los tenedores; ya esparce rumores de una crisis ministerial, ya presenta cartas de amigos fidedignos en que se refieren menudos pormenores de algun motin ó pronunciamiento; ya se lamenta con rostro aligido de algun revés militar. Si por el contrario funda sus esperanzas en la alza de los fondos, inventa cuanto puede animar la confianza y robustecer el crédito del Estado.

Las ventas y compras de papel simuladas, el arrojado de algunos especuladores pobres pero desesperados que no poseen las cantidades que venden ni el valor de las que compran, y el cúmulo de estratagemas que componen la táctica del juego de bolsa, hacen que en este, como en todos los juegos del mundo, la pérdida y la ganancia no estén sujetas sino á medias, á los caprichos del azar. Entre los Jugadores de los llamados sin duda por irrisión, *fondos públicos*, sucede, generalmente hablando, lo que entre los peces del mar, que los mas poderosos devoran á los mas pequeños.

En fin, el juego de bolsa, con muy limitadas escepciones, nace de la avaricia, crece y se alimenta con el charlatanismo y la astucia, y termina por lo comun en ruina, cuando no en fuga ó en suicidio.

Pasemos ya al Jugador comun, al Jugador de pasion que es en su especie el tipo matriz del cual no son mas que variedades los otros. Este no sale de una clase única de la sociedad, ni requiere cualidades particulares de carácter ó de temperamento. La educacion viciosa, el desenfreno de la vida y á veces la casualidad misma, deciden é impulsan por lo general la propension del juego; siendo tal la diferencia de móviles que la producen, que las casas públicas de juego presentan un cuadro singular por la variedad é incoherencia de tipos y de organizaciones que en ellas se reúnen. «Pregúntame á veces, dice el Doctor Gall en uno de sus escritos, cuál es el órgano de la pasion del juego. Lo he buscado en jugadores de profesion muy apasionados, y nada he podido encontrar que sea constante y fijo.»

En unos la pasion del juego es el deseo desenfrenado de los gozes que produce el dinero, la esperanza de una vida alegre y sensual, al paso que en otros menos vulgares es una lucha frenética contra la fata-

lidad ó la seduccion irresistible que ejerce en ciertas almas audeces la aficion natural á las vicisitudes desconocidas é incalculables de la fortuna. El Guido, Benjamin-Constant y otros hombres célebres en artes y letras, se han entregado sin freno á esta devoradora pasion. Pero en todo marca el juego, ora exterior ora interiormente, el sello profundo de agitacion que le distingue. En el semblante lleva escrita el Jugador su desdicha, y segun la observacion delicada de un antiguo escritor español: «como es desdicha busca» da no causa lástima sino enojo.» Algunos momentos hay en que la fisonomia del Jugador se dilata: sus ojos hundidos en las órbitas pierden su habitual é indiferente melancolía: sus lívidos lábios se coloran algun tanto; y todo su continente resplandece con un desusado barniz de contento y afabilidad. Esos momentos son los falsos halagos de la fortuna que cual engañosa sirena engrie y atrae las victimas que intenta sacrificar. No tarda en volver á ser juguete y mártir de su pasion: el embate continuo de sus emociones desconcierta la armonía necesaria para la salud; su humor se exacerba y entristece; su pensamiento se circunscribe al estrecho límite de una sola idea, de un único deseo, y los afectos blandos y los sentimientos nobles van desapareciendo uno á uno de su corazon para dejar lugar al egoismo, al despecho, al hastío, á la desesperacion. Su desgracia se extiende á las personas que le rodean. Si es esposo y padre, el desarreglo de su vida destruye la paz y la moralidad doméstica. Las palabras de su mujer le irritan, y aun las inocentes caricias de sus hijos le amargan: que rara vez está el corazon tan depravado que no abrigue ni remordimiento ni escrupulo. Si alguna mujer cautiva sus sentidos, esta impresion no llega nunca al corazon: su amor subordinado á la imperiosa dominacion del juego no alcanza jamas á ser una llama ardiente y purificadora, sino cuando mas una distraccion. Crece ó mengua á par que crece ó mengua su fortuna, y como dice Hecator en *El Jugador* de Regnard, su bolsillo es:

*Un thermometre sur, tantot bas, tantot haut,
qui marque de son co. ur ou le froid ou le chaud.*

La pasion del juego coloca al hombre en una pendiente insuperable que le va lanzando de un abismo en otro. El Jugador en el mero hecho de serlo, no puede dejar de ser envuelto en una cadena de extravios que son consecuencias necesarias de la situacion en que se coloca. Por ejemplo, no hay mas que un solo paso del Jugador al deudor. En efecto, cuando un hombre ha jugado y perdido el dinero, el reloj, el carruaje que le aguarda á la puerta, la cosecha de un año y aun el crédito, que de todo hay ejemplares ¿qué extraño es que arrastrado por la fuerza tentadora de su pasion, se dirija á casa de algun honrado usurero que en vista de su apuro le preste generosamente alguna suma al treinta por ciento de interes mensual? ¿Quién repara en la magnitud de la usura cuando ve que le dan en el acto oro en cambio de un simple *pagaré*?

Y en verdad, si alguna vez puede ser disculpable la usura, lo es sin duda cuando se presta á un Jugador, esto es, á un hombre que no presenta mas hipoteca que la casualidad. Accion meritoria es por cierto la de un hombre que entrega su oro á gentes que no respetan mas deudas que las formadas en el juego mismo, y que creen de mal agüero invertir el dinero que ganan en satisfacer las que fuera de él han contraído. *El Jugador* de Regnard, tipo lleno de verdad porque su autor era Jugador y se copiaba en su obra á si mismo, exclama lleno de fé y de conviccion:

Rien ne porte malheur comme payer ses dettes;
y menester es confesar que este axioma que adoptan

de buen grado á menudo hasta las personas que no juegan, no es el mas adecuado para inspirar confianza á los acreedores.

Dejemos ya al *Jugador de pasion*, ser desgraciado, cuyos dineros al revés que los del sacristan :

llorando se vienen y llorando se van,

y pasemos á otro ser, si mas abyecto, menos aventurero é intranquilo. Este es el que llamaremos *Jugador de oficio*, el cual mal avenido con los vaivenes de la fortuna, se sienta en el eje de su rueda, y desde allí inmóvil y ageno de sobresalto, ve á los demas subir

á las nubes y bajar al abismo, cifrando todo su artificio en aferrarse bien para no ser arrebatado por el impulso de aquella fatal rotacion.

Como el *Jugador de oficio* es casi siempre una degeneracion del *de pasion*, de ahí es que tiene por lo comun todos los defectos naturales de este, sin contar los suyos propios, cuyo número no es escaso. Sus medios de triunfo son la actividad, la prevision y la habilidad práctica. Atisba con sagacidad admirable las ocasiones de ejercitar su industria, y no hay ferias, baños, ni otra ninguna reunion de gente ociosa donde no vaya á devorar sus victimas; siendo de advertir



El Jugador.

que en aquellos parajes suele presentarse con un mes ó dos de anticipacion un desconocido que es ó pasa por ser fabricante de naipes, y que vendiéndolos á un precio moderado, surte, ó por mejor decir, infesta para largo tiempo á los desdichados consumidores de tan funesta mercancia.

Hemos dicho que la habilidad es uno de los medios de éxito que emplea el *Jugador de oficio*. Los lectores cándoros y felices que no se hallan iniciados en los misterios del arte, y que no respetan ni han oido acaso mencionar en su vida la autoridad del Padre Toranzo, tendrán dificultad en concebir que quepa la habilidad donde todo parece obra del azar. Sin embargo, es una verdad, y no consoladora por cierto,

sino la mas amarga y costosa de todas las verdades. La habilidad de que hablamos ha sido siempre el arma ofensiva y defensiva de los *Jugadores de oficio*; por eso sin duda se llamaban antiguamente *tahures*, y por eso hay hoy día quien sostiene que deben designarse con el único y significativo nombre de *tramposos*. Un mal coplero ha dicho :

*Ya el Jugador de España
su esperanza no fia
en el incierto azar, sino en la maña.*

No sabemos hasta qué punto tendría el tal coplero sus razones para asegurar que los *Jugadores* de estos tiempos son mas *mañosos* que los antiguos. Lo cierto

es que como en todas materias se adelanta y se alambica, las trampas del juego son ahora mas dificiles de ejecutar, pero tambien incomparablemente mas dificiles de conocer. Los medios groseros y arriesgados de *marcar* las cartas y de trabarlas con *pegote*, y los mas dificiles y menos groseros de recortar los naipes para barajar de *tiron*, *dar el salto* y otros del mismo jaez, están casi abandonados en el día y solo tienen uso entre Jugadores de infima esfera. En lasaltas regiones del juego todo el arte de la trampa consiste en manejar las cartas con una destreza casi fabulosa para poder verificar los *amarres* con limpieza y expedicion. Esta destreza es para los Jugadores de oficio objeto de un estudio tan detenido y constante, que se han visto algunos en la calle y en el paseo llevar la baraja debajo de la capa, y ejercitarse con ella automáticamente y sin intermision para dar á las manos todo el tacto y agilidad posible. Esto unido á la sagacidad de los *ganchos*, á la estrategia y disimulo de los demas confidentes del *banquero*, y al estudio que este hace de la inclinacion de los *puntos* á tal cual carta, decide generalmente el triunfo en favor de la banca, no obstante las probabilidades naturales de pérdida que esta lleva cuando se juega de buena fé. Pero la buena fé debe ser sin duda moneda sin curso entre Jugadores, cuando han establecido el siguiente axioma, que debiera servir de aviso á los incautos:

*De enero á enero,
el dinero es del banquero.*

La condicion social del Jugador es poco mas ó menos tan desventurada como su condicion moral. Ya apure hasta las heces la hiel del escarmiento en una miserable bohardilla, ya habite por un capricho efimero de la fortuna aristocráticos salones, siempre es á los ojos de la sociedad un ser extraviado, ó segun la expresion vulgar pero significativa, un hombre *dejado de la mano de Dios*.

El autor de este bosquejo no puede menos de recordar aquí una impresion suya que tiene de fecha algunos años, pero que viene muy al caso. Hallábase recién llegado á esta coronada villa de Madrid, y se paseaba en el Prado con un amigo suyo antiguo habitador de la corte, el cual como iniciado en esa estadística de cosas y personas que solo el tiempo puede enseñar en las grandes poblaciones, satisfacía cumplida y frecuentemente á las repetidas preguntas que son consiguientes á la curiosidad de un forastero.

—¿Quién es aquel caballero? pregunté al ver pasar con la rapidez de un relámpago un elegante tilburí que guiaba con arrogante ademán un jóven muy bien vestido. ¿Es algun banquero? ¿Es el hijo de un grande?

—Nada de eso, respondió el amigo con tono desdenoso: es un Jugador.

Poco despues llamó mi atencion un hombre sentado en un banco de piedra de uno de los extremos del paseo. Su exterior era pobre, pero habia en sus miradas y en su fisonomia no se qué expresion de descontento y altiva aspereza que contrastaba singularmente con la humildad de su traje. Parecia que solo el acaso le habia llevado allí, y conocíase que su alma gastada ó concentrada en un sentimiento profundo, era insensible á las impresiones externas.

—¿Quién es ese hombre, pregunté con interes, que parece abrumado por el mas amargo infortunio?

—Un Jugador, me volvió á responder mi amigo con tono de desprecio.

—¿Un Jugador! exclamé sorprendido. Triste es sin duda su condicion entre los hombres: ni alcanza consideracion cuando prospera, ni inspira lástima cuando la desesperacion le abate. Y retiréme tristemente del Prado pensando cuán insondable arcano es el corazon del hombre, que insiste y persevera en aquellos hábitos que labran su desgracia, y que no le ofrecen paz, ni compensacion de ningún género.

Hay en la gran familia de los Jugadores una especie mas inocente que las demas, que no se arraiga con tenacidad como las otras, y que se agosta y muere al mas leve impulso. Esta especie constituye el tipo que podrá llamarse *Jugador accidental*. Este Jugador no lleva en su temperamento ni en su corazon el instinto del vicio. La ocasion sola es causa de su falta. Generalmente la escasez aumenta su fragilidad, y por esta razon el Jugador accidental suele encontrarse en un oficial subalterno, en una viuda, en un cesante. Ascended al oficial ó mudadle de guarnicion, casad á la viuda y reponed al cesante, y veréis como se olvidan de un ejercicio que era únicamente para ello, un asidero en su mala fortuna. La variedad de fisonomias que puede presentar este carácter eventual, y las circunstancias que de ordinario le acompañan se deben estudiar mejor que en ninguna otra parte en estas tertulias características de la clase ambigua que se llaman *medio pelo*, designadas familiarmente con el expresivo titulo de *tertulias de trueno*. Allí el banquero está autorizado á hacer trampas porque *paga el tapete*: allí se confunden todas las clases y suelen verse juntos un marques, un estudiante de medicina, un cadete, un ayuda de cámara: allí algunas viejas con el pulso vivo y febril, los ojos fijos y el tono impertinente, pierden los ahorros miserables de una viudedad mal pagada, y despues se entretienen en *levantar muertos* ó pedir un par de pesetas para *armarse*, mientras que sus hijas, ocupadas en otro juego no menos trascendental, conversan con sus galanes en la habitacion inmediata, casi siempre mal alumbrada, ó bañan un rigodon al son raedor del violín de un ciego, ó al no menos duro y vibrante de un salterio cascado que llaman piano.

Las variedades del Jugador que ya hemos apuntado bastarán á dar una idea de las que omitimos, pues no hay duda de que todos se asemejan en la esencia, ya jueguen en casas de *alto tono*, ya en *garitos*, ya en las tabernas y sitios inmundos de que habla *Rinconete* á *Manipodio* en la inmortal novela de Cervantes. Pero no queramos dejar de expresar, para consuelo de los lectores, que así como hay adoradores natos del azar, hay tambien quienes le aborrezcan con fervorosa conviccion, y no por escarmiento sino por instinto. El que esto escribe pertenece á este número, y lleva su fé tan adelante que ódia hasta el *juego* de lotería, á pesar de ser el mas inocente de todos, porque tal se llama, y porque al cabo bien mirado no es otra cosa mas que una explotacion disfrazada de la credulidad popular; una venta pública del humo de la esperanza.

Antes de concluir queremos advertir que hay en el mundo muchos caracteres, que aunque con distinto nombre pertenecen á nuestro tipo. Algunos capitalistas, diplomáticos, proyectistas y hombres politicos ¿son por ventura otra cosa mas que jugadores con fortuna?

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

LA COMADRE.

*Casto favo. Lucina....
VIG. ELOGA. 4.º*

¡Oh tú Lucina, abogada de los
partos! pon tuerto en sus manos,
y en las mias.

CADA día progresa mas la moda; pero limitando sus adelantos al estrechísimo círculo de los vestidos y de alguna que otra costumbre; y á pesar de eso nada avanza en otros ramos, ni logra tampoco ahuyentar varias antiguallas, que si lo consiguiera, habíamos de calificar á la moda de humanitaria. Tal es v. g. la

antigualla de comer, cosa que han intentado muchos suprimir, aunque hasta de ahora con mal éxito; pues de casi todos se refiere que desistieron de la empresa, ó murieron antes de llegar al exámen. Otra antigualla, y la peor de todas, es tambien el morirse, mania que han tenido los hombres hasta el presente, y en la cual probablemente los remedaremos nosotros, á pesar de toda nuestra ilustracion.

Pero lo que mas admira es cómo las mujeres, que tanto discurren para encontrar cosas nuevas, continúan con la antigualla de parir, ni mas ni menos que lo hicieron sus abuelas, á pesar de ser esta una costumbre tan de mal tono, que hasta del nombre hacen melindre, en especial las solteronas. Estoy tentado por decir que me causa extrañeza el que no hayan logrado endosar á los hombres tal incumbencia, siendo tan sagaces para cargar al sexo-feo casi todas las penalidades de la vida. Y no hay que venirse con imposibles, porque, prescindiendo de que en el día desde la invencion del vapor y los fósforos, no hay cosa insuperable, hay razones para demostrar la posibilidad del parto humano. El año 38, sin ir mas lejos, vendieron los ciegos de Madrid á voz en grito un papel, que habia salido, en que se daba cuenta y razon del parto de un sargento de la Reina Gobernadora. Además, en una vida de San Vicente Ferrer, escrita por un padre grave, y llena de noticias muy curiosas (por el estilo de la muestra) se dice, que el santo parió á medias por una devota suya, sufriendo parte de los dolores. Por fin, si queremos remontarnos á tiempos mas remotos tropezaremos tambien con el caballero Júpiter (dios cesante) divirtiéndose en parir á la diosa Minerva por la cabeza, lo cual, segun los mitólogos era tan solo un ensayo, para introducir un método puramente nuevo. Hasta el lenguaje mismo conspira para probar la posibilidad del parto humano: asi v. g. al ver un hombre apurado, se dice, que le *han puesto á parir* y en la conversacion vulgar se avisa á cada paso que tal profesor *concibe muy bien*, que un poeta va *á dar á luz*.... un soneto, ó cosa semejante. Esta frase equivale á parir, porque es de notar, que la generacion actual, que se escandaliza mas de las palabras que de las obras ha desechado esta palabra como de mal tono y ha tenido á bien sustituirla con aquella.

Las Comadres, que han estudiado la historia de su profesion y se hallan á la altura de la *filosofía* de su ciencia, tratan de remontar su origen al principio del mundo refiriendo el castigo de Dios á los primeros padres, por aquello de la manzana; segun refiere el Génesis de Moises. Pero nosotros, sustituyendo á este libro el infalible del Contrato social de Juan Santiago, que habla de aquellos tiempos poco menos que como testigo de vista, no podemos menos de reconocer otro origen, haciéndola, con arreglo á la teoria anterior, objeto de una convencion particular entre hombres y mujeres, al tiempo de redactar las tablas de los derechos y obligaciones. En virtud de este contrato quedó á cargo de los hombres el *pronunciarse* y sufrir á las mujeres, cargando estas con la obligacion del parto, para restablecer el equilibrio entre ambos sexos, sin perjuicio de poner á parir á los hombres cuando á ellas se les antoja pronunciarse. Tal es nuestra teoria obstetri-social, cuya calificacion dejamos á juicio de nuestros lectores, contando por supuesto con su aprobacion.

Las Comadres, siguiendo el antiguo texto sagrado, hablan de las parteras israelitas, á quienes mandó Faraon (un rey de Egipto á quien habrán visto Vds. en la ópera de Moises con dos plumas de avestruz en la corona) que matasen á todos los hijos de los israelitas segun fueran naciendo; mandato que cumplieron aquellas mujeres, como acostumbran, haciendo lo contrario y dejando al buenazo del rey gitano con una cuarta de narices. El texto no dice si aquellas

Comadres eran matronas examinadas, ó simplemente aficionadas, punto que será preciso dejar en manos de algun anticuario, hasta su completa averiguacion.

La primera Comadre examinada y en el uso de su oficio, que nos refieren las historias, es una tal Agnodice Ateniese, la cual, sabiendo que las leyes de su pais prohibian á las mujeres estudiar medicina, sintió vivos deseos de infringirla (¡cosa muy natural!) y disfrazándose de hombre asistió á la escuela de un célebre médico, llamado *Hierofilo*, dedicándose principalmente á la obstetricia, hecho lo cual es muy probable, que obtuviera su patente del protomedicato y alquilara bombé, aunque esto no lo dicen las historias. Bien pronto principió á extenderse con rapidez la fama del imberbe mediquillo, especialmente entre las damas, algunas de las cuales tenian conocimiento del secreto. Los médicos admirados al ver la mucha parroquia que habia hecho su lampiño practicante en tan poco tiempo, formaron un complot para echarlo á pique, acusándolo ante el Areópago de ilícitos tratos con las señoras de Atenas. Apurado el ambiguo médico, tuvo que descubrir el secreto de su sexo; pero entonces sus contrarios hicieron presente al tribunal la infraccion de la ley. Dicese que lo hubiera pasado mal la pobre Agnodice si noticiosas sus parroquianas del suceso, no hubieran intervenido á su favor, y obtenido su perdon, aunque esto último no era necesario advertirlo, pues en todas épocas la espada de la justicia se ha enredado en las faldas.

Pero todas las Comadres de quienes hasta el presente hemos hablado eran extranjeras y nosotros tenemos que dar una ojeada sobre las españolas. Bien es verdad que en la época á que nos referimos nuestras historias nada nos dicen sobre la materia, pues de lo contrario habiamos de tener el gusto de avisar á nuestros lectores, cómo se llamaba la Comadre de la mujer de Tubal, y las leyes que regian sobre el particular en tiempo de los sapientísimos reyes Gerion y Brigo. Entre los celtiberos parece que no debian gozar de muchas consideraciones las Comadres, segun podemos inferir de la costumbre que tenian aquellos ciudadanos de meterse en la cama luego que parian sus mujeres y recibir las visitas por el feliz alumbramiento de la parte contraria, lo cual en lenguaje vulgar se llama descalabrar y ponerse la venda. Bien que si los viajeros romanos eran tan veridicos como los que ahora se estilan, no dejaremos de quedar medrados con sus relaciones.

Pero principieron á venir á España unos en pos de otros, los fenicios y cartagineses, luego los romanos y los godos, y por fin los sarracenos, que segun la cancion vulgar, *nos molieron á palos*: por supuesto venian todos ellos decididos á dar la felicidad á España, cosa santa y buena, y que así cuidaran ellos de cumplir como si fueran economistas del siglo xix. Aquellos pobrecitos tenian tan ocupado el tiempo en aprender el manejo del arma, que ni aun se acordaban de que habia Comadres en el mundo. Pero así que los españoles pudieron respirar un poco y hacer entrar en razon á los que los molieron á palos, cuando al punto principieron á dar algunas leyes para arreglar la casa que habia dejado á D. Rodrigo tan desbaratada, y entre ellas algunas relativas á las Comadres, como no podria menos de suceder.

En efecto, en las Partidas se habla en varios parajes al tratar de partos y embarazos de «mujeres sabidoras, que sean usadas de ayudar á la mujer cuando acacee:» por cierto que si yo reprodujera aquí textualmente algunas de las frases que usa aquella ley, seria suficiente para que principiara á figurar melindres algun licenciado vidriera.

Pasados algunos siglos vino el rey Fernando VI, y á falta de otro entretenimiento, dió una ley relativa á las parteras en 1750 que dice así: «el tribunal del Protomedicato me ha hecho presente que de algun

tiempo á esta parte, acontecian en esta córte y en las ciudades y principales poblaciones de las Castillas muchos malos sucesos en los partos, *provenidos* (este participio merecia estar clavado en el mostrador de la Academia) de la impericia de las mujeres llamadas parteras, y de algunos hombres que para ganar su vida habian tomado el oficio de partear. Por aquella ley quedaron las Comadres sujetas al Protomedicato.

No contento con esto Carlos IV, quiso concluir de arreglarlas y lo hizo á las mil maravillas: no hay mas que ver la Novísima un poco antes de llegar á los albéitares y herradores. Allí se dispone que las Comadres ó matronas, hayan de haber estudiado tres años en colegio, ó con matrona examinada; que sepan administrar el bautismo y en qué casos, y que traigan certificacion de limpieza de sangre. Esto último sobre todo que no se olvide, no, si no dejar que ejerzan por ahí la profesion algunas judías y herejotas, que á un volver de cabeza le tuerzan el pescuezo al *rocín nacido* como diz que hacian *in illo tempore* los médicos judíos que mataban uno de cada diez cristianos que asistian, lo cual no era á la verdad mucho matar para lo que se estila ahora entre buenos cristianos.

Por aquí podrán venir en conocimiento nuestros lectores de lo mucho que vale un oficio, que tanta consideracion merece á las leyes: todo esto va muy bien; pero como segun nuestro refran puesta la ley está puesta la trampa, de ahí es que por lo comun la ley está de mas. A la manera, pues, que hay todavía curanderos ambulantes, y ensalmadores y no pocos cirujanos, sin título ni estudio alguno, así tambien siguen aun no pocas parteras, sin mas título que la experiencia y la rutina, mezcladas con las mas ridiculas preocupaciones.

Por el contrario, la Matrona es una verdadera profesora que reune por lo comun al conocimiento de la teoría, la experiencia en su misma persona, pues por las leyes se manda que solo puedan serlo las viudas ó casadas. A la verdad creemos en caso necesario puedan las solteras manejar el *forceps*, lo mismo que las casadas; pero por razones de honestidad y decoro se permitió solamente á éstas ejercer la profesion. Ademas debieron tener presente los legisladores que las solteras solo podian llegar á ser matronas (como si dijéramos *madrazas*) por una ficcion de derecho. El P. Feijoo en una de sus cartas eruditas trató sobre esta materia, bajo el título de uso mas honesto del arte obstetricia, abogando por las Comadres, con exclusion de los Comadrones, á no ser en casos sumamente áridos. En apoyo de su parecer, trajo varios textimonios de mujeres que habian profesado exclusivamente la obstetricia y con el mayor acierto, ejecutando afortunadamente la operacion cesárea y otras no menos dificiles. Nada, pues, añadiremos sobre las matronas y mucho menos sobre la profesion.

En cambio echaremos una rápida ojeada sobre la Comadre que ejerce su profesion sin título ni práctica, sino en clase de alicionada ó mas bien inficionada, y que á pesar de eso suele abrogarse el respetable título de matrona que indica una mujer grave y fornída; siendo así que por lo comun es una viejezuela acartonada, de cuya lengua nos libre Dios, ya que estamos exentos de sus servicios y ayuda.

Figúrate, pues, carísimo lector, que la parte contraria (vulgo la parienta) de tu vecino, por sí acaso no la tienes, se halla en *días de gracia*. Aquí deseara yo hallarme con suficiente caudal de erudicion para poder manifestar á mis lectores el origen de donde vino llamar *días de gracia* á los mas desgraciados que tienen las mujeres, á no ser por aquella regla que dice: al que no tiene pelo, pelon; al que no tiene rabo, rabon.

Los lamentos y quejidos de la paciente, indican que se aproxima el trance fatal que reclama por momentos la intervencion de la Comadre. En las ciudades populosas nunca falta un cirujano acreditado, especialmente para los partos, ó cuando menos algun barbero teórico-práctico que tenga un rótulo encima de la puerta con estas ó semejantes letras: *D. Simon Retascon, cirujano comadron*. (El don en la muestra es de todo rigor.) No así en los pueblos pequeños y aun en ciudades subalternas, allí la Comadre campa por su respeto y se considera á sus anchuras dueña del campo.

A veces el futuro ciudadano se hace esperar largo tiempo, con no poco sentimiento de su madre, entonces la partera viene á constituir una parte de la familia durante aquellos dias, porque seria muy espuesto el que faltara un momento del lado de la paciente. Pero como es preciso *matar el tiempo* lo mejor que se pueda, la Comadre suelta su lengua y á pretexto de distraer á la parturiente desenvuelve minuciosamente toda la crónica escandalosa del lugar, antigua y moderna, y gracias que no lleve apéndice ni comentarios. De este modo la Comadre usurpa sus atribuciones á la Divinidad misma, trayendo á juicio todas las generaciones presentes y pasadas. Esto ha dado márgen á que se tome á la Comadre por tipo de locuacidad, formando terna con las cotorras y los sacamuelas hasta el punto de que se diga de un hombre parlero *habla mas que una Comadre*! ¡Oh, bien hayan los sábios varones que al arreglar las carreras curativas, no quisieron obligar á las profesoras de obstetricia á recibir el grado de *Bachilleras*!

Y con todo, lo menos malo que hay en esto es que la Comadre hable de chisimografia al lado de la paciente los ratos en que esta se halla en disposicion de oírlo. Pobre de ella si á la Comadre se le ocurre, para sujetarle una alta idea de su reputacion y mucha práctica, referirla por menor los riesgos á que va á verse expuesta, lo difícil del éxito, especialmente en las primeras, y las diferentes ocasiones en que mudando de atribuciones ha tenido que prestar á sus pacientes el último servicio.... amortajarlas. Y toda esta relacion, que hace dar diente con diente á la infeliz que la oye, va salpicada ademas con punzantes anécdotas sobre la inmoralidad de los comadrones, y su poca destreza, citando nombres y casos de haber sacado los hofes en vez del feto tirándolos debajo de la cama. A continuacion de estas caritativas conversaciones viene como de molde una oracion pronunciada por la partera y repetida por la paciente á devocion de San Ramon, abogado de las parturientas, á quien llamaron *Nonato* por haber sido extraido del vientre de su madre mediante la operacion cesárea, como si por falta de parto dejara de haber nacimiento.

Estos coloquios y otros por el estilo, que obligan á la parturienta á temblar por su existencia, son los mas á propósito para adelantar el parto. Principian los ayes y los alharidos, los hombres son expulsados de la alcoba y hasta del gabinete si lo hay, y hasta el marido es sacado por los amigos fuera de la habitacion con los ojos arrasados en lágrimas, no sin echar antes una tierna mirada sobre su abandonada Ariadna. Encuéndese á la estampa de San Ramon la vela que ardió en el monumento, la cual tiene virtud especial contra truenos y granizos: las mujeres rezan y los hombres fuman y hablan en voz baja en la cocina, ó en la sala. Solamente se oyen los gritos de la paciente y las exclamaciones de la gangosa Comadre como el pitó del contramaestre entre los silbidos de la tempestad. Todo estaba ya preparado de antemano, hacia muchos dias, y á pesar de eso nada se encuentra, lo cual da márgen á continuas reclamaciones. Que traigan una luz *encendida*, una jicara con aceite, una botella para soplar, las fajas, las vendas, la toalla.... por lo visto los preparativos se reducian á la envoltura del niño,

atada con muchas cintas, en cuya costura y la de la falda para el bateo, ha empleado la madre los nueve meses del embarazo.

Salgámonos también nosotros, carísimos lectores, hasta con la imaginación de aquel aposento, y ni aun nos aproximemos á él, hasta tanto que habiendo cesado los lamentos y los apuros, nos sea permitido asomar la cabeza por la puerta entreabierta y preguntar á la partera en voz baja ¿qué es? Entonces ella suspendiendo por un momento la envoltura del recién nacido, vuelve la vista y exclama en tono magistral; *¡macho!* ¡Infeliz niño! apenas ves la luz y ya tu sexo es un apodo en boca de una Comadre.

Sus funciones no se limitan solamente á la asistencia durante el parto, sino que se prorrogan por algunos días mas, durante los cuales envuelve al niño, le acalla, preside las comidas de la enferma y dirige sin apelación su régimen higiénico: á vueltas de esto sobre por su parte pocillos de chocolate, destroza los pollos que sirvieron para el caldo de la enferma, y á cada bocado se queja de inapetencia.

Otra de las cosas en que la partera luce sus facultades y atribuciones, suele ser en lo concerniente al bautismo, y en todo lo que á él toca y atañe. En partos peligrosos, ó bien si la criatura ofrece pocas esperanzas de vida, la partera se apresura á conferir el sacramento del bautismo, echando el *agua de socorro*, y profiriendo las palabras sacramentales acompañadas con una prolíja invocación de todos los santos de la corte celestial, que en aquel momento se le vienen á las mientes. Porque la Comadre, eso sí, es mujer piadosa, y muy apurado ha de ser el caso, para que se escape de sus manos ninguna criatura por el camino del limbo. Y si acaso á quien socorrió sale del apuro y llega á ser *hombre de pró*, y personaje de *campañillas*, jamás oye su nombre la partera sin advertir al punto á sus oyentes, que aquel sugeto tiene con ella parentesco... es decir, cognación espiritual, de resultados de haberle ella bautizado *ob eminen peligrum mortis* (*ob emminens periculum mortis*), palabras que aprendió de oírlas al cura.

Pero si la criatura sale rolliza y sanota, y la partera no tiene motivo para intrusarse en las atribuciones del cura, no por eso deja de tomar una parte mas ó menos activa en la administración del bautismo solemne, formando parte de la comisión encargada de *cristianar* al niño y dirigiendo las operaciones antecedentes y concomitantes.

Concluida la peliaguda operación de elegir nombre para el recién nacido, pasando y recorriendo el alfabeto según el sexo: v. g. Adela, Batilde, Celia, ó bien Alfredo, Arturo, Conrado (la B es de mal tono en principio de nombre) y señalados padrino y madrina rompe la marcha aquella comitiva compuesta de todos los chiquillos de la casa vestidos de gala sin uniforme, los tíos, parientes, amigos y bienhechores de la familia de ambos sexos formando diferentes grupos y secciones sin confundirse. Al frente de la comitiva marcha la madrina ó la nodriza llevando en sus brazos al *morito* (en algunas provincias todos son moros hasta que se les bautiza) vestido con una gran falda blanca adornada de talcos y encajes y ceñida con una anchísima cinta, que quizá prestó á su abuelo igual servicio. Al lado de la conductora marcha la Comadre para inspeccionar las operaciones, como práctica en la materia. Una turba de chicos recién escapados de la escuela asedia la comitiva y la aturde con sus gritos, pidiendo el bateo y repitiendo á coro: *¡á la ribata que ha parida la gata!*

Con este alboroto, siquier solemne, llega el acompañamiento á la puerta de la iglesia, donde el cura le recibe, revestido de capa ó de sobrepelliz, según que pertenece á la aristocracia, ó al estado llano; el sacristan echa una ojeada sobre la vela y

el bizocho, que la Comadre como práctica advirtió que se llevarán, y en seguida principia la ceremonia con toda solemnidad. Hay en ella una palabra que disuena siempre á la Comadre, á pesar de las muchas veces que la oye, y á juicio suyo debiera deterrarse del Ritual. Cuando el sacerdote pregunta al niño si quiere ser bautizado, el sacristan avisa por lo bajo al padrino que diga *volo*. Eso de llamar bolo al hijo de sus entrañas (porque al fin es *madre en compañía* que eso quiere decir Comadre) no es cosa que pueda llevarla en paciencia una partera, mucho mas si es la criatura hembra por la mala concordancia. Comadres hay que al oír en este caso decir *volo*, replican; *vola, vola que es hembra!* En seguida pasa á quitar al niño el gorrito de flores y encajes para que sienta el contacto del agua, tibia por supuesto, con arreglo á lo dispuesto en el último Concilio español de 1837.

Concluido el bateo no suelen cesar por eso las atribuciones de la Comadre, las cuales suelen prolongarse aun algunos días según lo exige la salud de la enferma. Una vez restablecida esta, la Comadre vuelve á lo que podremos llamar su vida privada:



La Comadre.

entonces empuña su rueca ó empuña ropas, según sea el oficio que ejerza para ayudar á sostener su profesión, hasta que una nueva parturiente reclama su cooperación, y la pone en aptitud de vivir sobre el país.

Hasta el presente no hemos hablado de la Comadre mas que en su calidad de profesora de obstetricia, pero la palabra es mucho mas lata, pues se llama también Comadre á la madrina que tiene un niño con

la pila bautismal, y ademas se designa con este nombre á las amigas particulares, que tienen intimas relaciones. La duracion y resultados de tales amistades femeninas, luego que la discordia ó la envidia echan su manzana en medio del corro, han dado lugar á una porcion de adagios y refranes de que se halla surtido nuestro idioma.

Si á pesar de nuestra imparcialidad, y de la deprecacion que hicimos al principio, pidiendo á Dios nos librara de su lengua, como lo estamos de sus manos, se complaciesen unas y otras en murmurar de este pobre artículo, les repetiremos uno de aquellos que dice, *mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.*

DR. PEDRO RECIO.

EL MAYORAL DE DILIGENCIAS.

Animalia ibant, et quotidie revertebantur majora.
(La Sagrada Escritura.)

No emprendiera yo, sino alentado por las sagradas palabras del texto, la temeraria empresa de trazar esta gigantesca fisiología, que solo imaginarla me confunde, por las prolijas investigaciones á que da abierto campo en el reino animal, y por tantas analogías y multiplicadas relaciones como descubre y muestra entre el citado reino y la gente que voy á describir. La gente que anda al camino forma un mundo aparte, independiente; sociedad exclusiva, constituida por la especie carretera, en que el carretero, generalmente hablando, es el hombre, las Maritornes el bello sexo y el Mayoral de diligencias en particular, la aristocracia.

Disuádeme de mi propósito lo difícil de su cumplimiento, y mas que todo la convicción de mi insuficiencia, así como el considerar tambien que no es tan peculiar y propio de España el héroe de mi pluma que lo original de su carácter, salve y ayude lo desatinado de mi torpeza. Si bien echo de ver por otra parte que el hombre fosco y cejijunto que voy á pintar es de seguro lo mas original de Europa en punto á la perdida condicion agreste y nómada del hombre, reducida ya solo al carretero español.

El carretero es el centro, el nudo donde se juntan y enlazan la naturaleza bruta y la naturaleza orgánica, descartándose de esta la racional: el carretero con todas sus incultas cualidades es la unidad salvaje y anti-social, como Cristo fue la unidad humanitaria y cosmopolita.

La gente que anda el camino, dedica ahora á satisfacer en conjunto todas las necesidades de la locomoción que en el estado natural se cumplian individualmente, ha recogido en sí aquellas influencias montañesas y de aislamiento que los hombres declinaron al congregarse en las ciudades. De aquí el carretero nómada, agreste, aislado, anti-social.

El carretero no vive en el mundo; habitante de los campos, amigo y cohermano de sus mulas, vedlo por esos caminos con toda la indolencia y perezosa abstracción del hijo del desierto. Su mundo es un mundo original, exclusivo, absoluto, sin punto de comparación, y trae su principio del mismo origen de las sociedades, siendo tan excepcional, tan único que nació indudablemente con las bellas cualidades que hoy le distinguen, con la misma insociabilidad que le es característica; porque está en su summa esencia; por cuanto el mundo carretero es el contrabalance de la sociabilidad de los hombres, porque el carretero es la unidad de las reminiscencias salvajes.

Todo lo cual es probado é incontestable, por lo que la sagrada historia cuenta de las peregrinaciones

y trashumaciones de los antiguos patriarcas, que las verificaban con su familia siempre á pie, ó á lo mas en camellos y burros, por no tener que bregar con carreteros. Débese advertir que de entónces data el que todos los de aquellas tierras viniesen y se acimasen en estas, estando bien patente su origen hebraico en que nunca jamas oyen misa ni se curan de semejante ceremonia. Por todas las cuales razones, Santiago al venir á España prefirió hacer el viaje á caballo, como todo el mundo sabe, y cuya circunstancia para vergüenza y descrédito de carreteros, ha sido perpetuada en innumerables pinturas y numerosísimos templos. Véase si una especie de hombres tan antigua y con tan constantes cualidades que se ha mantenido siempre en el mismo ser y estado; véase si dejará de ser un tipo cuando se la considere en su mas alto grado de su índole y condicion.

Verdaderamente en España es donde el carretero tiene mas quilates de tal, en España donde es el compadre de los venteros, el marido de las maritornes, el hijo de esas veredas y carreteras, tipos de todos los caminos malos, las cuales son su morada, su retrete, el teatro de sus glorias adquiridas con las mulas, el continuo espectáculo á sus ojos, causa de sus pesares si tienen muchos barros, causa de su fruicion si están enjutos, sin baches, ni quebradas, ni barrancos. Que así son los caminos de España, como lo demuestran los vuelcos de toda clase de carruajes, hasta los que al mismo carro del Estado les sobrevienen, á pesar de sus conductores responsables y de su Mayoral que lleva y que no lleva las riendas del gobierno.

Sentadas estas ideas preliminares que son el juicio y exposición sintética de las condiciones que constituyen al carretero, tipo en sus mas altas relaciones con la naturaleza bruta; pasaremos á considerarlo analíticamente en todas sus clasificaciones y variedades.

Sabido se está que el *Mayoral de Diligencias* no es un ente aislado en el mundo carretero, un ser que exista por sí solo, por su propia virtud; sino que es una rama, una hojuela de aqueese mismo mundo. Ya que principiamos, pues, por el tronco, iremos metódicamente subiendo por los diversos brazos del árbol hasta esa altiva y encumbrada rama.

El mundo carretero que anda al camino se compone de dos grandes clases, que son *zagales* y *mayorales*; los primeros se subdividen en zagales de galera, delanteros y postillones; los segundos en carreros, mayorales de galera y mayorales de diligencias.

¡Cuán poderoso es el imperio de la costumbre y hábito entre los hombres y cómo y por cuántos siglos se perpetúa aun cuando no sea razonable aparentemente siquiera, ó con visos de escusa por lo menos! ¿No vemos, por ejemplo, dominar indebidamente esa preferencia de uso que á la mano derecha se le asigna tan fuera de razon y de motivo? Diríase que el hombre va tambien envuelto en el curso de esa fuerza que lleva, impele, modifica y da formas á la materia inerte, esa fuerza que en el reino mineral constituye la figura y la cristalización; en las plantas la vegetación; en los irracionales el instinto y en los hombres la moral y las costumbres. ¿Cómo, pues, se extrañará nadie de que el zagal de galera, rapaz de diez á doce hasta veinte años, sea un embrutecido muchacho, presumido de adusto y desabrido, poco hablado, vanaglorioso de hacerse entender de las bestias y platicador con ellas por afición y orgullo? Así nace y se va aleccionando el zagal de galera, conforme en la escuela que por esos caminos y con tales maestros va cursando, los cuales prefieren en su enseñanza el método inconsciente de la imitación, ayudado del penetrativo sistema de los puntillones, cual gente poco dada á gastar saliva en balde. Como el zagal entra en la profesión obteniendo desde luego cierta posición y preeminencia á saber: la que ejerce sobre las mulas,



personajes entre ellos de mucha consideracion y valia, de aquí que tenga pretensiones y estímulo de asimilarse á los Mayorales. No hay en él, aun cuando la infancia sombree sus facciones tostadas y ennegrecidas, ni aquellas dulces apariencias, ni aquel blando perfil y graciosa ligereza que hace tan interesante la niñez. El zagal, cuando en la galera van viajeros, se degradaría en servirlos y ser complaciente con ellos; él no reconoce en el mundo mas gente que al Mayoral y al ganado, y solo suele rozarse con el mozo de cuadra en el acto de ensebar los ejes de la galera.

De mas noble categoría que el zagal es el delantero de las diligencias, cuya mision tiene tanto de respetable como de temible. El está encargado de guiar el tiro de bestias, caballero en la primera de la izquier-

da, con el orgullo consiguiente á quien marcha á caballo, corriendo, y con la responsabilidad del mundo en pequeño que tras de sí arrastra; motor principal de aquella máquina ambulante, estrella polar de la ciudad rodada: él es el salvador de aquellos ejércitos cristianos en el mar de peligros por que caminan; él lucha con el espíritu de las tinieblas para sacar de noche adelante el carruaje, y es ademas el digno causante del mayor número de los vuelcos. Lo cual no obsta para que le cueste al viajero cien repetidas propinas, á causa de lo á menudo que se relevan unos á otros; que en esto, y en las continuas mudanzas de ministerios, se parecen las diligencias á los gobiernos representativos.

El postillon es un Mayoral que obtenia en otro



El Mayoral de diligencias.

tiempo nombramiento superior y gozaba de algunos fueros y preeminencias que ya ha perdido, quedándose en su lugar con dos amos; el maestro de postas y el administrador de correos, aquel que puede recibirlo y despedirlo, y este solamente despedirlo. Por lo demas es tan insouciant como cualquier otro carretero.

Estos que vamos á considerar ahora son los trágicos en carros de dos ruedas y deben llamarse carreteros, como en Andalucía. En esta denominacion se incluyen los tartaneros, que andan el camino si viene

á mano, como frecuentemente sucede en las provincias de Valencia y Murcia, donde hay bastante trasiego de gentes, y tanta falta de caminos y tan malos, como en cualquier parte de España. En Valencia privan mucho las tartanas, y aun hay quien achaque la supuesta ligereza de sus naturales, á que el trepidante movimiento y traqueteo de aquella especie de bauls con dos ruedas les vuelven agua los sesos.

El carrero rara vez transporta personas; generalmente es propietario de un carro; y en ninguna provincia de España es mas indigena que en la Mancha;

aunque las demas, en su mayor número, son tambien dadas á la carretería, el carrero es fruta de la Mancha, en cuyas llanuras áridas y monótonas brotan del suelo como por encanto. Los viajes del carrero manchego no son precisamente periódicos, y de aquí el que alguna temporada viva entre los hombres; además, su método de vida está algun tanto amenizado por el carácter comercial de sus escursiones, pues trabaja por su cuenta, y suele cargar vino para retornar con aceite. A mas tiene algo de filarmónico, y acostumbra usar unos carros de violin, cuya música es tan aguda, metálica y timbrante y con tantas escalas cromáticas que da placer de oirla.

El carrero, sin embargo, es inferior en muchos quilates al Mayoral de galeras, verdadero centro y nudo del mundo rodado de los caminos, de esa sociedad en que los zagales son la juventud, los carreros el pueblo, y los Mayorales de diligencias la gente del gran tono.

El Mayoral de galera vive en los despoblados, el campo es su patria, su mundo; en los caminos están todas sus afecciones, sus recuerdos y sus esperanzas; él no dice «yo iría á tal ciudad» sino «yo iría á tal carrera.» Se levanta un día de entre las caballerías de la cuadra, su cuerpo atarazado de las pulgas, sereno empero é impasible, echa el último pienso, bebe una ración de aguardiente, engancha y parte: mirad esa galera que va solitariamente cruzando los campos; llena de fardos de bote en bote, la carga cubre sus ruedas y por detras y por los lados sobre el mismo toldo se levanta; parece un promontorio andando.

¡Oh admirables designios de la Providencia! ¡oh locura de los sábios que andan tras el descubrimiento de los arcanos de la naturaleza cuando los tienen resueltos á la mano, como el arriero que iba buscando el burro que llevaba debajo! El problema, el gran problema del movimiento continuo que tanto ha ocupado á los hombres de la ciencia, está resuelto hace mucho tiempo en España. ¿Quereis ver el movimiento continuo? mirad una galera en viaje, vedla andando eternamente, eternamente, siempre andando, sin llegar nunca: ¿os parece que la arrastran las mulas? es un error; se mueve solo por la rotacion de la tierra; como que haciendo un viaje en galera imaginó Copérnico el movimiento del orbe terráqueo.

El Mayoral de galera está siempre en viaje, siempre andando, y esta soledad, este aislamiento en que vive, infunde en su alma una independencia, una altivez, un estóico orgullo y desprecio hácia el mundo, que le hacen inaccesible, bárbaro, grosero, adusto, grave y callado. El mundo ¿qué le importa á él? para él no hay mas mundo que los caminos, las ventas, la galera, el zagal que es su córte y los fardos que hacen su carga; la sociedad para él no se compone mas que de fardos que llevar y traer: las cosas son fardos; los hombres fardos, las mujeres feas ó hermosas, fardos, y todo lo que conduce fardos, cajones y baulés. Aquel hombre es de piedra, aquella galera es el pozo de la muerte: hasta el imperio de la hermosura acaba allí; para un Mayoral, una mujer y un saco de noche son una misma cosa. ¡Pobres mujeres las que vais en una galera! la diligencia al pasar por vuestro lado os da envidia, y cuando alguna vez se os ocurre bajar para dar algun alivio al asendereado cuerpo, la grosería y poca complacencia del Mayoral os asusta, se irrita lo mismo cuando os quejais de la lentitud y mal movimiento, y en fin ¡cuán desagradable morada deberá ser tal carruaje para las mujeres, cuando á las casas de correccion destinadas á este sexo, se les puso el mismo nombre que á las galeras!

Ahora bien, queridos lectores, de este Mayoral ha nacido el *de Diligencias*, aristocracia de la clase. Suponeos que el Mayoral de galera con toda su adusta gravedad, con toda su condicion solemnemente in-

culta, con toda la presuncion é imperturbabilidad de su ánimo; suponeos que ha ascendido por las vicisitudes del tiempo á *Mayoral de Diligencias*; que oiga él aquel multiplicado rápido campanileo del tiro de caballos, y que corra, que corra y pase triunfador en su carrera, salvando valles, montes y campiñas, dejando atras los pueblos, las ciudades, violento como escapada saeta, en competencia con la carrera del sol, en lucha á brazo partido con la temerosa noche, fiozando así el plácido susurrar de la sonora alborada en nuestros ásperos y frondosos campos, como deslizándose impávido entre las pavorosas fantasmas del lóbrego crepúsculo de nuestros valles; figuraso, repito, levántalo el Mayoral de galera á esta vida de tanta independencia para el alma, y ya podeis considerar cuántos quilates no habrá ganado de aspereza y de cerrilidad.

El *Mayoral de Diligencias* es el ser mas libre, mas indómito, mas altanero é insolente de la creacion; y llega á tanto su desprecio por la raza humana, que nunca lleva personas en su coche, lleva asientos; y la hermosa niña que va en la berlina, linda como unas perlas y mas graciosa y mas interesante que un manojito de pensamientos, no es para el Mayoral una persona, es un asiento.

¿Quereis conocer á ese hombre de tan férreo corazón, á ese ente tan superior al hombre como á las bestias, á los vientos, á los despoblados, al mundo, al sol y á las tempestades; á ese hombre que entre la tenebrosa lóbreguez del nublado aparece cruzando los montes rápido y sereno, triunfador en la delantera del coche como Júpiter en su carroza, ó bien cuando el sol abrasa y abruma los campos aparece á lo lejos en la llanura entre nubes de polvo, como conquistador poderoso? Pues si lo quereis conocer, lectores, vedlo allí en la calle de Alcalá al redor de su coche próximo á salir, podeis preguntarle lo que se os ocurra si quereis hacer algun viaje.

—Oiga V., Mayoral ¿hace V. el favor de oír una palabra?

El Mayoral no contesta, lo esperarémos un rato: vuelve á pasar.....

—Mayoral ¿tiene V. la bondad de oír una palabra?

—¿Qué hay?

—Hombre, yo quisiera irme con esta diligencia, y es el caso que no hay asiento ¿podria ir con V. en la delantera?

—No señor.

—Pero oiga V., hombre, no me deje V. con la palabra en la boca ¿podria ir en la boca? ¿cuánto vale?

—Como un asiento de coche.

—Pero, hombre, eso es una heregía.

—Pues vaya V. á que le excomulgue el papa. Y el Mayoral acaba de volver la espalda y se va, y escuchado es llamarle. Sin embargo, lector, ya habrás tenido tiempo para enterarte de su facha: es un hombre robusto, trigueño de tez, patillado, cara tosca y austera, un sombrero manchego caído para adelante, un pañoso y coloreado marselles madrileño, y un calzon de pellejo. ¿No has visto cuán atractiva fosquedad le distingue? prendas son de su índole esa áspera gravedad, rígida semblanza, constante desapego y retraida condicion que en su aspecto campean? ¿No viste en aquella cara el alma incrédula, altanera y maldiciente que ese hombre tiene? ¿por quién se dijo *alma de caballo*, sino por el *Mayoral de Diligencias*?

Ese hombre, tal como le hemos visto, es el mayor déspota de España, aunque nadie se ha pronunciado contra él. Ese hombre es un tirano en despoblado, es un Caligula, porque se cree el amparo, el dueño y disponedor de toda aquella gente que detras lleva, de toda aquella gente que tiene miedo á ladrones, que

se asusta con la idea de un volquetazo, que no sabe bajar si no abren la portezuela, y que quizás contempla admirada el gran espectáculo que á sus ojos desarrolla la naturaleza en el camino. ¡Pequeñeces del corazón humano, que infunden en el del *Mayoral* cierto infirmulado desprecio hácia el hombre!

En una ocasion, viajando por la carrera de Andalucía, dijo un compañero al salir del interior, quejándose de la dureza de los almohadones: «¡que indecentes son los asientos de estas diligencias!»

—Mas indecentes serán los señores quizá.... contestó el *Mayoral* con una frescura que asombraba; y en seguida, viendo al caballero que se abalanzaba á darle la debida réplica, echó dos pasos atras, sacó el abanico de á tercia, y hubiera pasado allí la de Dios es Cristo, á no mediar varias personas que creyeron prudente apaiguar al agraviado, que era un coronel polaco. Capitan general podia haber sido, que lo mismo se le hubiese importado al *Mayoral*, porque este no se cura de los hombres, ni se mete á averiguar lo que los hombres valen: él no sabe mas sino lo que vale su coche, al que quizás tiene en mas que al orbe terrestre. En Francia los conductores de Diligencia comen á la mesa con los viajeros; si á un *Mayoral* español se le propusiese lo mismo, lo rechazaría.

El *Mayoral*, si no va vacío algun departamento del coche, apenas amanece se sube arriba con los escoltas, se envuelve en algunas mantas y duerme casi toda la mañana, y algunas veces le suele relevar en la delantera algun escopetero. Pocas veces el *Mayoral* dirige su voz á las mulas, y cuando lo hace es con toda aquella superioridad y algarabía que le infunden la persuasión del mando, y el frenético vértigo de la veloz carrera en que marcha: no toma las ramaleras sino en ocusiones y trances difíciles, y cuando vocea al tiro, ó castiga al par de lanza, lo hace de una manera atroz, y en la conversacion que trae con el zagal ó postillón suele alternativamente dirigirle la palabra al gauado.

¿Cuándo cambia tu amo ese macho Bandolero? Maldita sea su alma del Bandoleroooo! Y á la *Zagala* déjala, déjala que voy á ella, y á la otra, toas, toas, si me bajo, hay si me bajo, que no me bajaré! ¿Y qué se ha hecho del caballito que traías en cortas? ¿Qué lástima de animal! ¡Güena sangre tenia!... ¡Coronela! Y la *Morata* y la *Gaona*, si voy á ellas con un *sabre*, con un *sabre corbo!* Oooooo! Echate á la izquierda. Minuto ¿Maldito seas, no ves los vaches? ¡Comisarial hay si me bajo, en llegando á ella, le voy hacer con el pellejo una papalina. Anda, anda, que algo quedará güeno, güeno, déjalas.

Hay en este lenguaje de los *Mayorales* y carreteros para con las mulas, ciertos sonidos inarticulados, vagos y confusos que dificilmente el oído mas fino puede distinguirlos, y que es imposible expresarlos con la pluma; ciertas aspiraciones y vocales, y consonantes que no pertenecen á ninguna lengua del mundo, y cuya pronunciaci6n á la mas expedita le es muy difícil imitar. De todas maneras las caballerías comprenden admirablemente este lenguaje, y á la sola voz las guia el *Mayoral*, como si ellas y él hubiesen ido juntos á la escuela.

Que el *Mayoral* es un eslabon medio entre la naturaleza racional, lo prueba mas que la comunidad de lenguaje ciertas grandes relaciones en sus hábitos, y por eso su indole y su naturaleza tiene tantas relaciones con el reino animal. Por eso es tan duro, fosco, é intratable, porque aquel corazón no contrae afecciones ningunas ni de familia, ni de sociedad. Véase pues las razones por qué la Sagrada Escritura dijo acerca de los *Mayorales de Diligencias*: *Animalia ibant et quæ tibi revertentur majora*: animales iban muy animales, y mas animales volvían, porque sin duda en aquellos tiempos no harían los *Mayorales* mas que ir y volver como hacen hoy dia. No sabemos si serían

ent6nces tan exigentes de propinas: lo cierto es que en estos tiempos el que viaja da gratificaciones porque le tratan mal. Item: en estos tiempos, tambien el que viaja paga porque le rompan la cabeza, pues suele acontecer que por impericia ó descuido del *Mayoral* da un vuelco la diligencia, y por esta razon se cree este mas autorizado que nunca para *propinar* al viajero, pues se apresura á incluirse en el número de los desgraciados, siendo tanto mas acreedor á la pecuniaria comiseracion del viajero, porque la empresa le tiene impuesta una multa de doce duros por cada vuelco, y ademas los gastos de las procedencias judiciales que ocurriesen. En cambio de estas queiebras tiene la manutencion de balde en todas las fondas de las carreras; pero por eso no da él propina á nadie. Al contrario, en España cuando uno viaja, aunque nadie le sirve, todos se creen con derecho terminante á apoderarse de su dinero.

Huyendo de un *Mayoral* que le pedia la propina hizo Jonas el viaje á Ninive en el vientre de una ballena; un *Mayoral* fue la causa de la ruina del imperio Persa, un *Mayoral*, que llevó el carro en que Darío entró en la batalla á caer prisionero entre las tropas de Alejandro, no se sabe si por impericia ó por mala intencion, que esto no lo cuentan las historias; pero lo que sí contarán, si nuestras diligencias siguen dando tantos vuelcos con tantas desgracias como en lo que va de año, será: que la nacion española se ha exterminado acabando sus individuos á manos de los *Mayorales de Diligencias*.

A. AUSET.

EL DIPLOMATICO.

Hoy mismo hace cincuenta años cumplía yo veinte de edad y dos meses de carrera. Soy en esta mas antiguo que Perez de Castro, mas que Labrador, mas que el mismo Abascal, soy en suma, el decano de la diplomacia española.

Mi padre era hijo segundo de un grande de España; habian nacido en Andalucía y sido educado en Londres. Casóse mas tarde, en la alta Silesia, con una hermosa hija del príncipe de Hohenlobe Ingelfingen, y murió en Roma donde era embajador de España, y nació yo.

Cuando era niño entendia yo, con toda facilidad, varios idiomas, y no hablaba bien ninguno. Mi madre gustaba solo de su alemán, mi padre de su andaluz, las gentes que se reunían en nuestro palacio del frances, y mis criados del italiano. Estos son los idiomas que, á fuerza de trabajo, pude aprender á hablar medianamente, y sabia con regular perfeccion á la edad de veinte años. Si añado á esto el gusto con que montaba á caballo, el afan con que destrozaba un clave, y mi verdadera afici6n á la pintura, habré dado cabal idea de mi ciencia por aquellos tiempos.

Era el año de 1794, época tristemente célebre en nuestros fastos por la desgracia de nuestras armas que mandaba en Francia el marques de las Amarillas y mas tarde el conde de la Union, dignos ambos de mejor suerte.

Mi padre, que era bastante amigo del conde de Aranda, habia conseguido para mi una plaza de agregado en la primera secretaría de Estado. Quiso mi mala estrella que, al mismo tiempo que yo, llegase á Madrid la noticia de que el general Perignon, aprovechando la derrota del ejército español de Cataluña, habia caido sobre el Ampurdan, entrado en Figueras y sitiado á Rosas. Súpose en la misma noche que otro ejército frances se habia apoderado de san Sebastian y Fuenterrabia. Tales noticias tenían á Madrid

en completa alarma, y en especial los gefes del gobierno estaban en una agitacion difícil de expresar.

Aunque inoportuno el momento, me fui á presentar al conde de Aranda para que éste me llevase á ver al de Alcudia. Quiso la casualidad que, en el cuarto del primero, hallase á entrambos muy ocupados de los asuntos del dia. Como intentase yo retirarme, por no turbar aquella conferencia, Alcudia, al saber mi nombre, me llamó con grande afan, preguntándome cuál era la opinion de mi padre respecto á la guerra con Francia. Aunque poco ducho todavía en materias diplomáticas, sabia ya bastante para no comprometerme. Conocí desde luego que los dos ministros no estaban de acuerdo, y que aquel era el motivo de su desvío. Cuando me preparaba á contestar en términos evasivos, el conde de Aranda no pudo contener un movimiento de soberbia, tan natural en su carácter violento, é interrumpiendo, exclamó: «solo falta que achaque V. simpatías hácia la revolucion francesa al padre del señor.»

Estas pocas palabras me pusieron todo en claro, y por medio de la rapidez de raciocinio que da la mas ligera práctica diplomática, conocí cuál era la opinion de cada uno de aquellos señores, y cuál su posicion, deduciendo de aquí que era prudente tomar el partido de Alcudia, pues lo contrario era perderme yo, sin salvar al ofendido Aranda. «Mi padre, contesté entónces, cree que los tiempos del general Ricardos han de volver en breve, y que una nacion tan bien gobernada como España, no puede, sin desdoro, ceder á una bandada de descamisados, presidida por Robespierre.»

Ya suponía yo que me valdría esto una increpacion furiosa de Aranda; pero la esperé de pie firme. El conde, no obstante, resistiendo á su primer movimiento, se levantó, vino á mí, puso la mano sobre mi hombro, y me dijo: «bien empiezas, serás un gran diplomático, pero no un grande hombre.»

Desde aquel momento fui yo el agregado de mas confianza que tuvo Godoy en la secretaría. Yo, que reunía á misagacidad y prevision una forma de letra de las mas bonitas, era el encargado de copiar las notas mas reservadas. Don Diego de Noronha, que era embajador de Portugal, St. Helens, que lo era de Inglaterra; en suma, todos los extranjeros que se hallaban en Madrid, me tenían por favorito del ministro, y como á tal me consideraban. De mi letra fueron las instrucciones que se enviaron á D. Domingo de Iriarte, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de España cerca del rey y de la república de Polonia, que fue quien firmó el tratado de paz de Basilea; las incursiones de Monecy habian hecho variar de opinion al célebre Godoy y á mi tambien, lo cual hizo que nos decidiésemos por la paz, valiéndonos, á él el título de príncipe de la Paz, y á mí la cruz de Carlos III, que se daba entónces con mas economía que ahora. Yo fui tambien el encargado de escribir la ratificacion que S. M. firmó de este tratado en S. Ildefonso, donde estaba la córte, en agosto de 1795, y yo quien tuve noticia, uno de los primeros, de los tres artículos separados y secretos anejos á aquel tratado. ¡Válgame el cielo, y cuánto dinero hubiera yo ganado, si existiera entónces, como ahora, la admirable institucion de la bolsa, y el crédito y los títulos del tanto por ciento, y agentes y contratistas!

Mi primera leccion diplomática fue, pues, un conocimiento exacto del corazón humano: ceder á tiempo y dejar que la razon produzca la conviccion. El conde de Aranda cayó en desgracia por decir la verdad, yo subí á favor por respetar ideas que no hubiera podido destruir, y Godoy vino al fin y cabo á modificar su pensamiento, hasta el punto de seguir los consejos de Aranda. Yo que escribí casi todas las cartas que el ministro dirigía á Iriarte, el Diplomático de mas confianza que tenía, sé cuánto cieno habia en el corazón

de Godoy; pero sé que no me ahogué en él, por mi mucha destreza y maña.

Los tratados que se firmaron por aquellos tiempos, entre España y los Estados-Unidos en 1795, siendo ministro en Madrid Tomás Pickney, y presidente Jorje Washington; entre España y la república francesa, en 1796 siendo embajador de esta última el general Perignon; entre España y la república báltava en 1797, siendo ministro en Madrid Juan Valkenaer, tuve yo la parte de la confianza y de la ejecucion material, lo cual me sirvió para tratar con mas intimidad á los Diplomáticos extranjeros en España, adquiriendo así una riqueza tan esencial en la diplomacia.

Al año siguiente de 98, viendo Godoy la impopularidad de que estaba cubierto su nombre, confió el ministerio de Estado á D. Luis de Urquijo, embajador nombrado en el Haya, aunque en realidad seguía siendo el príncipe único soberano de España. Yo iba todas las noches á casa del valido, y sin trazas de indiscreto, contaba para conservar su confianza lo que por la secretaría pasaba. Don Luis que tal sabia y que deseaba tener las menos trabas posibles, im ginó un medio para deshacerse de mí.

Me llamó una noche y despues de mil elogios, á cual mas forzado, me dijo que el rey deseaba utilizar mis conocimientos confiándome una comision importante. Confióme el título de secretario de ministerio, mandó que se me pagase segun costumbre, una anualidad de 18,000 rs. de regalo para gasto de viaje, y me dió sus instrucciones. Estas se reducian á pasar á Amsterdam, y buscar papel y lacre conveniente para el rey, teniendo cuidado de hacer remesas frecuentes y en los términos que se me dirían.

Yo que harto sabia con cuánta seriedad se toma todo en el ministerio de Estado, me dispuse á desempeñar este encargo con el mismo afan y celo que si se tratase de hacer levantar el bloqueo de la escuadra inglesa en Brest, que era la cuestion del dia. Salí de España, cerrando en mi tránsito á Bayona los oídos á los lamentos que ocasionaba la contribucion de 300.000,000 que acababa de imponer el gobierno.

Traté de llegar en breve sobre todo á Paris; era embajador de España en Francia don José Mazarredo, distinguido marino y muy mal diplomático. Odiábale de todo su corazón el primer cónsul, pues su energía rayaba en dureza. Esta circunstancia fue causa de que me detuviese yo muy poco en Paris, no queriendo asociarme á la antipatia de que era objeto nuestra embajada.

Llevaba una carta para Luciano Bonaparte que me recibió con afecto. Tuve buen cuidado de decir que estaba acordada la destitucion de Mazarredo, pero que era indispensable en Madrid un embajador de saber y prudencia. Sin intentarlo acerté: Mazarredo fue separado, y Luciano nombrado embajador de Francia en España.

Amsterdam me gustó mucho, sus innumerables canales, sus admirables bajeles, la limpieza de sus casas, la honradez de sus habitantes, todo simpaticaba con mis gustos. La sociedad no era, en verdad, acomodada á mis deseos, pero como mi encargo me daba lugar y mis instrucciones permiso para pasar á Alemania, siempre que el servicio del rey no me lo estorbaba, me consolé al punto, sin temer una vida tediosa. Durante el invierno el Rhin me llevaba á Prusia y al Ducado de Baden. Tan pronto asistía á los bailes del duque, y luego elector, y luego rey de Wurtemberg, como á los del príncipe de Sayn-Wittgenstein, ó á los del conde Puckler-Limpourg. Un dia comía en Maguncia y al siguiente en Carlsruhe; ni el príncipe de Reus, cuyos estados en el dia tienen seis millas en cuadro, es mas feliz que yo.

Durante el verano iba á cazar con azores en los bosques del Loo y no faltaba á los baños de Spa y

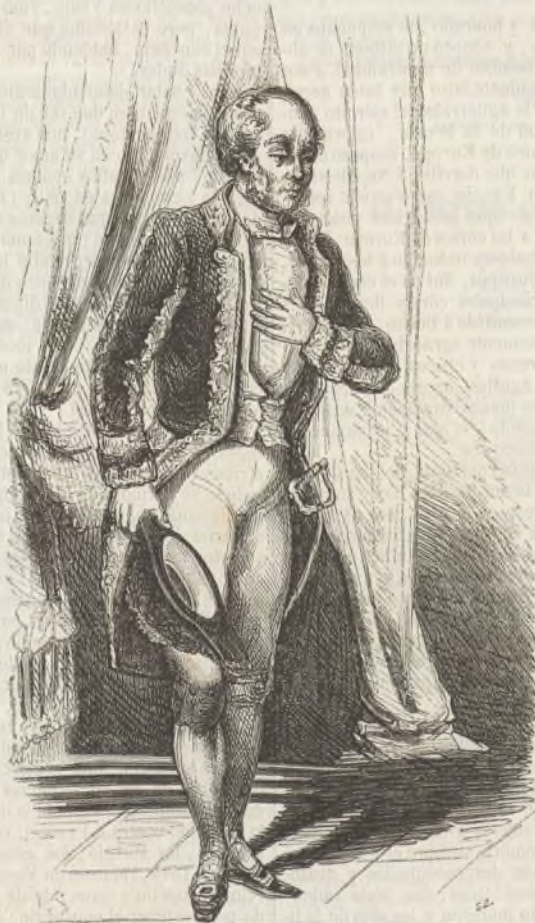
á los de la poética Baden, que llamaban los romanos *Civitas Aurelia Aquensis*.

Para todo daba el lacre y papel que tenia encargo de comprar para el rey mi señor. El tesoro pagaba exactamente los 18,000, mas siete mil para mesa, y sobre poco mas ó menos lo que yo pedía para viajes, que nunca era menos de lo preciso.

No me duró mucho esta libertad, porque como pasase con sobrada frecuencia por Berlin, nuestro ministro allí, el señor O Farril, que acababa de relevar al señor Muzquiz, me cobró suma afición, y me pidió para secretario de su legacion. Llegué, pues, á Prusia y me encontré en el camino al señor Curtoys, que de la secretaria de Berlin pasaba á la embajada de Paris. El me dió los informes detallados

que mi rápida permanencia en aquella córte no me habia permitido adquirir, y logré por este medio llegar bastante amaestrado é instruido de las intrigas del general Bournonville y el gabinete frances.

Apenas llegué, tuve el fastidio consiguiente á la carrera, esto es, hacer trescientas y mas visitas á personas todas estrañas, cuyos solos nombres era un trabajo conservar en la memoria. La confusion que nace de tener todos los de una familia el titulo del padre, que generalmente es de conde ó baron, es un inconveniente hasta para los naturales; así, pues, cuando se habla del conde de Recheteren por ejemplo, no es fácil adivinar de quién se trata, sin una larga explicacion, pues yo conozco diez y siete que se llaman así.



El Diplomático.

Fui presentado naturalmente al punto á S. M. Federico Guillermo III, que hace dos ó tres años pasó á mejor vida. El padre de este soberano que fue algun tanto contenido en sus escesos, por la diplomacia europea, dejó en la córte real de Prusia establecido un desvio extraño hácia los diplomáticos. Sus sucesores los toleran, pero no los aman, si bien es seguro que no hay soberano en Europa que en el fondo del alma no desee la destruccion de esta raza

de centinelas que ellos llaman pedagogos, porque son los únicos que se atreven á decirles la verdad. Sin los diplomáticos podria suceder muy bien que un rey absoluto muriese despues de un reinado de cuarenta años, sin escuchar mas que adulaciones, pero los representantes de otros pueblos, guardando todos los miramientos debidos, se atreven, fiados en su inmunidad, á expresar sus sentimientos no siempre conformes á las córtes donde residen.

El padre de Federico Guillermo III, é hijo del gran Federico, habia dejado á su muerte acaecida en 1797, comprometida la política de la Prusia. Este soberano sin contar sus grandes excesos y vicios, habia sido notable durante su vida. El habia sido el instigador de la guerra entre Turquía y Rusia, ofreciendo sostener á la primera; y no cumpliendo su palabra; como no la cumplió tampoco á los Polacos que armó tambien contra Rusia. Mas tarde formó una coaliccion, para restablecer en Francia el poder caido; y despues de una escaramuza, hizo alianza con los republicanos. Por último, hizo un tratado con Inglaterra, comprometiéndose por una suma equivalente á cien millones de reales que debia recibir cada año, á sostener un ejército de 62,000 hombres en la coaliccion contra Francia. Tampoco cumplió con este compromiso, antes bien hizo él solo la paz con el gabinete frances.

Su hijo, mas cuerdo y honrado, se empeñaba en reparar tantos dislates, y adoptó un sistema de observacion á que dió el nombre de neutralidad. Poco á poco, uniéndose al gabinete ruso que tanta necesidad tenia de él, por lo aguerrido del ejército prusiano, y por la posicion de la Prusia, intermedia entre el Norte y el centro de Europa, empezó á formar esa vasta coaliccion que derribó á Napoleon en los campos de Waterloo. España entró en ella secretamente, mucho antes de que se hiciese público.

Como el avisarlo así á las córtes de Europa directamente desde España hubiera inducido á sospechas, atendida la sagacidad europea, fui yo el comisionado para pasar á las principales córtes llevando los pliegos que se habian remitido á Berlin. Este servicio, que era para mí altamente agradable, me valió varios regalos de soberanos y cruces de casi todos los países de Europa, águilas, azores, leones, elefantes y otras divisas no menos carnívoras con que adorno, de vez en cuando, el ojal y la parte izquierda de mi diplomático frac.

Lo que yo gasté en esta comision, lo que figuré, lo que gocé, no tiene cuenta. Bailaba bien; incansable en la mazourka, ligero en el wals, era el deleite de las doncellas; jugaba como un abad cistercense al whist; era el ídolo de los ancianos; cantaba como un canario, y murmuraba como una vieja, era el encanto de las señoras de respeto; bebía como un tudesco, jugaba como un español, fumaba como un flamenco, montaba como un ingles, cazaba como un escoces, ponderaba como un andalúz, me batía como un cosaco ¿qué mas para ser siempre el primero entre la juventud de todas partes?

La diversidad de mis uniformes era infinita y curiosa; yo era maestrante, caballero de Malta, secretario de legacion, secretario del rey, gentilhombre y no sé cuántas cosas mas que me daban derecho á ponerme traje distinto. Lo cual no deja de ser importante en las córtes extranjeras y entre diplomáticos.

A la gente profana asombra siempre el notar como hombres, en general, tan despreocupados y distinguidos como son los diplomáticos, dan tanta importancia á bagatelas que no merecen á los ojos de la filosofia consideracion ninguna. Dar valor á una cinta, á un bordado, á una concesion no menos frívola, por lo que ella es, sería en verdad, sandio; pero, puede asegurarse que siempre indican algo estas distinciones, y por lo comun la cosa que en mas se tiene: el favor. ¿Cómo no mirar con respeto á quien merece tanto afecto á un ministro ó soberano, que lo distingue de sus demas colegas, y dándole señales de aprecio, una cruz que fuera un juguete si no viniera de su mano?

Puede decirse lo mismo de la estricta observancia de las etiquetas de córtes: sucede á menudo que dos embajadores se están pasando notas durante un mes, para aclarar quién de los secretarios debe pasar an-

tes. Para el vulgo es cuestion esta harto pueril; pero, quien considere que los reglamentos de etiqueta oscurecen totalmente al individuo no dejándolo inutilizado para el despacho de los negocios, conocerá la importancia de estas fórmulas. En Lóndres ha sucedido que el embajador de Rusia y el de España tuvieron una disputa acalorada acerca de la preeminencia del paso; el ruso alegaba que su soberano era emperador, y el español que la familia de su soberano era mas antigua sobre el trono. Acaloróse mucho esta controversia en la cual se mezcló toda Europa. Durante ella, naturalmente no se vieron ambos diplomáticos, guardaron uno contra otro siempre enemistad, y sus relaciones políticas llevaron, en detrimento de sus naciones respectivas, el sello de su desacuerdo.

Felizmente el protocolo que, relativamente á etiqueta diplomática, firmaron los plenipotenciarios de las ocho potencias en Viena, vino á cortar muchas disputas, pero es lástima que abrace tan pocos casos aquel convenio, habiendo por lo tanto, dejado en pie muchas dudas.

Para contar detalladamente mi vida diplomática desde la época en que salí de Berlin hasta el día, no bastara todo un tomo; mis aventuras de Rusia cuando me favoreció con su amor una princesa de la real familia; mis desafios con un potentado húngaro, á caballo y con lanza en ristre; mis disputas con el rey de Dinamarca porque suponía éste que yo pervertía á su hijo primogénito; mis amores en Inglaterra cuando Lord Red me sorprendió huyendo con su hija y buscando refugio en el banco del herrador de Gretna Green; mis negociaciones diplomáticas, hablando ora altanera, ora sumisamente; mis aventuras de tantas clases, unas serias, otras jocosas, prósperas unas, otras desgraciadas, todo esto es un conjunto que escribiré tal vez algun dia, pero, que no me siento con ánimo de relatar ahora.

Tal vez es causa de ello que los diplomáticos españoles de estos tiempos no me entenderian, y no se atribuya esta creencia á la presuncion de la vejez, que todo lo ve hermoso en los tiempos atras. Las ideas de un diplomático, no envejecen jamas, porque cada dia, al variar de moda, adopta las nuevas ideas; así que yo estoy tan al corriente de los pensamientos del día, como el joven mas novel. Pero es fuerza convenir, que las turbulencias de los tiempos han roto el nivel y equilibrio de las naciones europeas, y que en este juego impio de la Providencia, España, que mucho ha ganado en prosperidad interior, no ha crecido lo bastante en fuerza exterior para competir con las que se llaman, con sobrada razon, las grandes potencias. El heroísmo de los españoles en la guerra contra Napoleon nos abrió las puertas del congreso de Viena; nuestra submission ante el ejército de Angulema nos cerró las de las conferencias de Lóndres. El año de 1800 empezó el siglo de la diplomacia; esta formó la coaliccion contra la Francia: reunió los ejércitos, los proveyó, los dirigió; los generales ejecutaron tan solo. En 1814, reformó en Viena toda la Europa, creó reinos, suprimió otros; desde entonces está luchando por sostener el equilibrio; dió la Grecia á un bávaro, la Bélgica á un Coburgo; viendo que las alianzas no bastan, imaginó seguir el espíritu comercial del siglo, porque la diplomacia renueva sus ideas y jamas se opone al torrente con la fuerza, sino con la destreza. En el día, explotando las ideas del egoísmo individual, afianza la paz con esas célebres líneas de aduanas que tienen que invadir la Europa, y que bubieron dado realidad á la monarquía universal, si Napoleon las hubiera imaginado.

España, por una desventura de nuestro sino, está en la actualidad excluida del concierto europeo. Aunque mucho valemos, y lo conoce cada cual, la lucha con el pretendiente ha debilitado los lazos que nos unian á varias córtes de Europa; por manera, que in-

terin no anudemos el hilo de nuestras relaciones diplomáticas, tendremos que vivir, ya que no aislados, al menos, lo que es peor, conociendo de la diplomacia todo lo malo y nada de lo bueno. Débiles para influir en Francia ó Inglaterra, no lo seríamos si pudiésemos unirnos cuando nos conviniera al Austria, á la Prusia ó á la Rusia; amenazado, nos daríamos á respetar. Solos no bastamos, y la union nos es vedada. Ensanchando el círculo de nuestras alianzas, conseguiríamos el fin de nuestros deseos: la independencia de que hemos menester. No seríamos entonces insultados como ahora, en que un soberano, en un discurso oficial, nos ha comparado á la Grecia, que es en el día, como dice un poeta, no un sol, sino un carbon que humea.

De esta posicion escepcional de España nace el decaimiento de su diplomacia. Los jóvenes que se dedican á esta carrera no tienen campo bastante para dar alimento á su imaginacion y piensan que las fórmulas componen el fondo de esta ciencia. Privados del trato familiar de los diplomáticos de varias potencias, escasamente conocen á esos hombres del norte, esclavos y tentones á quien debe su fuerza y regeneracion Europa; ó á los que han nacido en la patria de Maquiavelo, el diplomático mas eminente y mas honrado del mundo, á pesar de la fama que quieren darle los que conocen de él solo el nombre.

A este mal se agregan otros muchos cual es ese espíritu de economía y mezquindad que trae consigo la ignorancia. Nuestra inferioridad política, somos nosotros los primeros en confesarla á la Europa entera, enviando al extranjero diplomáticos, con carácter que les da escasa representacion, y con sueldos que no les permite ocupar el rango mismo que se les señala.

La conservacion de encargados de negocios permanentes es una señal de que renunciarnos á un lugar distinguido. Estos agentes se hallan acreditados cerca de los ministros, no de los soberanos, así es que estos que en casi todas las cortes absolutistas tratan por sí mismos de negocios, no los consideran en nada, y ni siquiera los convidan á su mesa, cuando distinguen con este honor á los representantes que tienen el carácter de ministros.

No consiste la diplomacia, por cierto, en vivir en una casa bien puesta, en tener coches y caballos, en dar comidas y bailes, en vestir bien, en bailar y gustar del recreo; pero todos estos son medios para conseguir mayores fines. El trato intimo con personas de alta categoria no se consigue sino de este modo y en casi toda Europa la categoria social determina la política.

Como en España, antes la indigesta antigua etiqueta de la corte, y hace diez años la guerra y la minoria de la reina, han mezclado tal confusion en los usos, y alejado el poder del trono por el favoritismo ó la tribuna, hay escaso conocimiento de lo que pasa fuera; por eso los diplomáticos reciben con tanto afan y gratitud la noticia de que no se dará entrada en su carrera á gente nueva que no haya empezado desde joven á iniciarse en los misterios de esta ciencia. Porque á despecho de los ignorantes, ciencia es la que ha hecho tan célebres á Metternich, Nesselrode, Hardenberg, Pitt, Talleyrand y Ofalia.

Mi carrera fue brillante interin España no empezó á decaer. En 1814 fui nombrado ministro en Copenhague, en donde hallé á mi antiguo compañero don Alfonso de Aguirre, conde de Yoldi, siendo ya gentil-hombre del rey, y súbdito dinamarqués. Este diplomático gozaba de gran favor en la corte de Copenhague siendo en ella ministro de España, cuando empezaron los disturbios de la península el año de 1808. Indeciso y no sabiendo qué partido tomar, porque de lejos nada se muestra con igual claridad, se atrevió á pedir consejos al rey. S. M. tomó por su cuenta diri-

gir la conducta del español, y de tal modo lo hizo, que fue causa de que el pobre Yoldi perdiese su empleo. El rey, obrando de un modo que le honra, le dió un destino en su casa que le indemnizase de la pérdida del primero.

Desde entonces he recorrido como ministro varias córtes de Europa, siempre fiel á mi patria y á su gobierno, sin mezclarme en cuestiones interiores, como debe hacer en todas ocasiones un buen diplomático. Fuera de España no he sido nunca mas que español, respetando hasta los dislates, que no han sido pocos, de mis compatriotas.

Por último, sintiendo flaquear mis fuerzas, y necesitando del calor que da el sol natal, he regresado no ha mucho á España, donde disfruto de una parte muy pequeña de mi sueldo, y donde me ocupo en abogar por mis compañeros ausentes, á quienes hasta el día se ha tenido muy descuidados en punto á pagas y á consideracion. Que el cielo mejore su suerte y la de España.

Un Diplomático antiguo dictó estos apuntes.

á su amigo y discípulo

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

EL GAITERO GALLEGO.

Por los acabados en eira
Como Ojeira, Beira y Neira
Galicia es señalada,
Pero es mas celebrada
Por la gaita chilona y la muñeira.
VILLEGAS.

VENGA UN ABRAZO, paisano, y vámonos por el mundo á probar fortuna. El viaje es corto, y al fin y al cabo no es para todos el pasearse por España como gente de rompe y rasga, acompañado de EL ESCRITOR PÚBLICO ó de LA COQUETA. Con que.... abur y aguantar-se.

Han de saber Vds., carísimos lectores, que el tipo de mi devocion no es celta, ni romano, ni godo, ni ostrogodo y menos castellano viejo, sino antidiluviano, y tan antidiluviano que se acompaña á todas horas de la gaita que ha sido la *señorita mimada* de Tunal, hombre que se las disputaba al mas pintado en eso de instintos artísticos. ¡El Gaitero!... completa fisonomía de los tiempos patriarcales, para el cual se baja Dios á sembrar en toda tierra, y opaco personaje que recibe la luz de los variados cambiantes del amor y de la religion. Hoy no verá la luz el *tocador catalan del sach dels gomechs* que con su gorro colorado, calzon de terciopelo, media azul y alpargatas, toca las mas veces el fandango y *mambra* que redobla el *timbalet*, acompañando al cochino de san Antonio, y á los cepillos de venerables cofradías; no vendrá á contarme *alguna gracia* el atufado aragonés con su *instrumento dispuesto*, ó el Gaitero zamorano á recordar los buenos *pasos de la tierra entre brincos y meneos*, ni merecerá tampoco un recuerdo de mi mano el Gaitero *bable con la Magdalena* en los lábios, ó el Gaitero ciego que en Nuestra Señora del Puerto entusiasma á los *enemigos del Meo* con su mal tocada *muyñeira*. Despidiéndome del venerable *Gaitero de Corpus* de Santiago que acompaña á los gigantes y es señalado por el *gaitesco* traje, amen de su prolija valona y blanco *chapeo*,

viejo ya por el cimientio
por la cima juvenil,

(HARTZENBUSH)

mezcla incomprendible de las pantuflas coloradas del tiempo de Pero-Ansurez y de las tupidas medias de

hilo, de la época de *Mari-Castaña*, vendré á encontrarme con el Gaitero Gallego en sus formas primitivas, tipo marcado, genuino, independiente, hombre de buen humor, algo presumidillo, es cierto, pero galante como el primero. Su traje favorito es una lalcal montera de *pluma* y *relucario*, buena chaqueta, flojo y campanudo pantalón, un chaleco de grana que le viene siempre de perlas y negro botín; y participando á la vez de las formas grotescas de la antigüedad, y de los contornos imperfectos de unas costumbres á prueba de revolución. El es el símbolo de la alegría y de la devoción, el *hijo mimado* de las fiestas y de las procesiones, el compañero inseparable de la iglesia ó de la taberna, y el resorte principal de variadas sensaciones en las que se confunden lo místico y lo profano.

El Gaitero Gallego es el testigo ocular de lo maravilloso, el rival más temible de la oportunidad satírica del sacristán de la aldea, el chistosísimo *trovador* de amorosas aventuras, el mayor enemigo del silencio, el más recio *mantenedor* en las curiosas *tensiones* político-morales de la cocina del Sr. *Abad*, el Pindaro picaresco de la comarca, y por no parecerme al *Gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque acabe*, lo diré de una vez: y el Oconell filarmónico de ocho leguas á la redonda. Si una *moza* se muere de amores por algún oculto galán, y de repente le acomete ó *ramo cativo*, terrible enfermedad que hace bailar al diablo en el pecho, y echar espumarajos por la boca, el Gaitero interviene con sus padres para que le permitan visitar todos los santuarios, ir al anochecer á la salve de la parroquia, y recoger en Santiago el *ramo de S. Pedro mártir*; y los padres de la chica no hacen mas que seguir eficazmente sus consejos, y dejar que su hija se cure de mal tan peligroso. Y hablando en plata, el *ramo cativo* es ni mas ni menos que unos deseos de casorio que tiene la novia, que Dios nos libre, el *diablo* el oportuno galán que le anda á los alcances, y el Gaitero la más embaucadora *Celestina* que proporciona á los dos, largas y sabrosas pláticas de amores. Si alguna cabeza cavilosa para llenar el cepillo de las ánimas con dos misas á S. Antonio, explica aterrada el paso de la *compaña de brujas* por la aldea, el Gaitero es testigo, así, señores, yo las ví, dice sin empacho: y por cierto que gritaban como endemoniadas á rezar su *padre nuestro*, y el Gaitero apoya esta idea, porque hábil fisonomista reconoce el espanto que produce en los oyentes tal visita; que este espanto llenará el cepillo, que el cepillo *dará para misas*, y que en las misas contarán con él, por aquello de *no hay función sin gaita*. Si un avisado galán, envidioso de la fortuna de su rival, manifiesta en secreto, á cuatro ó cinco repartidores de noticias, que hace días no pasa por la casa de *Catuxa*, porque está á su puerta todas las noches *la estadeña*; allí está el Gaitero que ya lo sabía antes que nadie, y por lo que hace terribles cargos al *mal visto de Dios* que requiere de amores á una *meñina* tan inocente. Si se trata de conocimientos astronómicos, el Gaitero es la novísima edición de EL LUNARIO PERPETUO, plagada de erratas; si se ventilan puntos históricos, el Gaitero es la paráfrasis de LOS DOCE PARES DE FRANCIA con enmiendas de los ROMANCES, y como novelista sabe de mil modos el cuento de *rómpele cachiporra*, y antiguas tradiciones de *moros* que aun viven bajo los ríos, ó en el centro de los montes. El mueve todos los corazones, anima todas las edades, inspira todas las pasiones, y su familia se compone de los ciegos de la *zanfona*, de los mozos de los *piñanos*, de los estudiantes de la *tuna*, de los niños de las *conchas*, de las ciegas de la *pandereta* y de los músicos de la *murga* que toman por asalto una misa de Patron, ó un baile patriótico. Sin embargo, sea dicho en su honor, ejerce sobre todos una soberanía envidiable, y aun

el mismo tamborilero, el *hijo mimado* de sus entrañas, el apuntador de sus toques, el pregonero de sus destrezas, chico, regordete, risueño y tragon como el mejor pintado, no se atreve á usurparle la mas pequeña parte de su precioso vellocino.

El Gaitero Gallego como hombre de *estado* reasume en su abonada persona las aficiones del contorno: sus palabras forman el *comité* de reputaciones de la comarca, y con él se consultan siempre las medidas administrativas ó judiciales que quiere promover la inteligente municipalidad del distrito. Interpreta con cordura las órdenes del BOLETIN OFICIAL; profundo político, barrunta muy mal de las últimas noticias de EL CASTELLANO, y como nunca se engaña, á lo menos lo dice él, producen sus vaticinios una terrible alarma entre aquellos pacíficos ciudadanos. Su fuerte en política es la *guerra de los franceses*, y el *punto San Payo y Morillo: de los franceses* atras no sabe sino que existió el arzobispo Turpin, que Ronces Valles era una ciudad populosa, y que

De Abderraman la astucia infernal,
Cual caudillo protervo invasor,
A Ramiro vencer no ha podido
Que Santiago salió en su favor;

fragmento de los romances que cantan los ciegos en la Puerta Santa de la Metrópoli compostelana; y de los franceses acá, solo sabe que *se acaba la religion, que sacaron los diezmos y que sobran contribuciones*.

El Gaitero por lo regular no tiene edad: cuantos mas años, menos pesares. Siempre es joven alegre, bullanguero, hablador sempiterno, y chistoso por demas, para él no hay peligro de ladrones, ni temor de duendes, pues no lleva un ochavo consigo, y está bien visto de los santos: nunca teme una sorpresa y toda hora es buena, y como acompaña á sus palabras de un tono decidido y se arriesga á los compromisos de mayor bulto, todos le tienen por el mas cabal y el mas apuesto de los presentes: él es el *coco* de todos los cuentos, el consejero de todos los enamorados, el confidente de todas las intrigas, y el pacificador de todas las voluntades extraviadas. Como músico, su *tocata* favorita es la *muyñeira*, baile provincial que tiene gran papel en las *misas del Gallo* y en el abrazo pantomímico con infulas de literario que sucede á una disertación pública; la *muyñeira* que entusiasma á todos, porque es la historia coreográfica del amor. Toca tambien el *fandango, aires sérios* sobre motivos de la *jota aragonesa*, pero extraño á toda innovacion no está en su cuerda cuando abandona el baile provincial de su tierra. Con todo, la revolucion que llega á las aldeas en pliegos del BOLETIN DE PROVINCIA ó del CASTELLANO, ha impulsado á que el Gaitero toque de vez en cuando el himno de Riego, el que entusiasma á los *Cadistas*, que pronto se aparecerán entre su amo el INDIANO ó su compañero EL AGUADOR, si el Sr. Boix lo tiene por conveniente, á los *licenciados* que han combatido por nuestra libertad é independencia, y á los *ex-maestros de baile*, que por un error de gobierno y de administracion, ganaron el pan miserablemente en la corte, con desdoro de la mas rica y floreciente de las provincias españolas. El Gaitero gallego ha comenzado por lo regular su *carrera* por ser tamborilero, y si toca por *aficion*, ó es sastre ó ha sido licenciado. Mirándole bajo un punto verdaderamente dramático, su vida está entregada á la fábula, al drama; y es la *máquina*, hablando en términos facultativos, del vasto conjunto de diversiones y afectos del contorno. Como hombre de casa y *cira*, no es de lo mejor; porque avezado al barullo de las romerías, goza en la variedad, se entretiene maravillosamente en sacar el mayor jugo de sus confidencias amorosas, y es el mas rígido tornero que se queda con la mitad de lo que pasa para consuelo de algun desahuciado galán ó marido celoso. Cuando llega á

su casa, las mas veces es ya día, y por este lado es el paisano *comm'il faut* de la comarca: se acuesta cuando todos se levantan. Pero no tarda en venir algún amigo que es convidado al momento á *mojar la palabra*, y entre cigarro y vaso, y vaso y cigarro, cuenta con satisfaccion de soldado y homérica sonrisa los triunfos y amorios á que él ha dado pábulo con su gracia acostumbrada. Despues de este amigo, viene el de mas allá, tras este, otro, hasta que se reunen ocho, contando con el tamborilero, que perezoso y soñoliento viene á dar los buenos dias á su *maestro*. Hay una excepcion de graves consecuencias en este asunto, y es que si el tamborilero se llama por casualidad hijo del Gaitero, lo que evita este á todo trance, porque no podría ser mudo para su madre, y esto no le convenia; lo primero que encarga es el silencio, porque *en boca cerrada no entra mosca*, y entónces no hay caso, porque ambos á dos duermen al paño, y está el tamborilero como *fruta de casa*: en lo que no hay metáfora, carísimos lectores. Estos ocho amigos, como llevo dicho, y va de cuento, son otras tantas lenguas dispuestas á celebrar siempre las gracias del Gaitero, y como no hay peores risas que las de á sueldo: lo cierto es que si *ó músico* hace alarde de su predomnio artístico en campo raso, como cronista merece el *plúditte* de aquellos celebradores de oficio. Estos triunfos son indisputables, el orador sabe tocar el corazon de los oyentes, estos se destornillan de risa como unos bobalicones, y entre risas y aplausos que no parece el Gaitero sino un ministerio de dos dias, y los amigos otras tantas provincias entusiasmadas, llega el sol á la mitad de su carrera y se deshace tan amable auditorio. El sacristan tiene que barrer la iglesia y limpiar el coro, el mayordomo se prepara á disponer los bagajes, el estanquero va á ensillar su rucio para buscar *cigarrillos á la principal*, el maestro de escuela se despide para reparar la *leccion de proceso*, el sobrino del señor *Abad* se levanta para estudiar el *Quo:sque tandem* porque su *señor tio* es amigo de estirar las orejas cuando no se le sabe la traduccion, el *sisero* no olvida su revista semanal, el *simplicista* tiene que rezar, y el tamborilero con amargo dolor de su corazon forma intencion de separarse de su *maestro*. El Gaitero saluda con afectuosas palabras y largos apretones de manos, y cita á todos cambiando de lugar y dia. Solo el tamborilero vacila... ¿pero á qué callarlo? el Gaitero le debe el *salario* de ayer y no se atreve á pedirlo. Bien: que tenga paciencia, para eso comió y bebió mas que un descosido, y tiene en los bolsillos por docenas las *rosquillas benditas* que bien llevan el dinero.

Tarde, mal y á rastro, como dijo el otro, persona de muchos conocimientos, pues anda en boca de todos, se levanta mi héroe, y mohino y poco contemplativo con su esposa, no repara en dar á conocer la indiferencia y el hastio que se apoderan de su corazon al verse solo en su casa. ¡Raro y portentoso instinto el del genio, que no cabe bajo cuatro mal aseguradas vigas, ni halla solaz sobre una mesa mas provista que nueva! El Gaitero es, las mas veces, gruñon y fastidioso, de tejas abajo; y á cada paso riñe con su *cara mitad* porque esta le reprende el abandono con que mira sus reducidas haciendas, hiriendo mortalmente las inclinaciones artísticas de cabeza tan privilegiada. Solo en honor de la verdad debe decirse que si el marugato antes de descansar y de almorzar, busca acomodo para su familia de viaje, quise decir á sus machos, y el soldado en campaña trata de limpiar las armas antes de prepararse el *gaspacho*, mi buen hombre lo primero que hace es *limpiarse la gaita*, no crean Vds. que se hace *gárgaras*: infla y recoge su hidrópico vientre, renueva de cera algun *punto* que él destierra de la escala musical, y la pone en disposicion de *correr la gaita* por nueve horas de noche, ó de que *ande la gaita por el lugar* en una dificulto-

sisima, complicadísima y embrolladísima *fiesta do Patron*. Entre estas operaciones de un tacto inteligente, y el comer para lo que no necesita mas que los dedos, ó cuando mas, un tenedor de boj, se pasan dos ó tres horas de la tarde, acercándose el momento de no faltar á la cita que ha dado á su compadre en el átrio de la iglesia. De manera que si se ve cruzar un hombre por oculta *corredoiro* con su palo en la mano, y grueso cigarro en la boca, ese es el Gaitero que va á rezar el *Ave Maria* con el *perito* y el maestro de escuela, ó si se reconocen tres bultos en el crucero mayor que descubiertos apoyan los sombreros sobre las dos manos que reposan en los altos bastones, entre ellos debe estar el Gaitero á la derecha del señor *Abad*, y del otro lado del *sacristan*. Es de noche, muy noche, y todos tres se disponen á *pasar* las mas pesadas horas de la existencia en casa de algun *simplicista*, á la luz de un desbordillado velon, y jugando á la malilla con efimero interes. Aquí por lo regular se reunen los siete amigos de la mañana, sin contar algun monacillo del sacristan, el perito agrimensor, la ama del señor *Abad*, y un par de gatitos, que nunca faltan en estas agradables noches de invierno. Aquí es el Gaitero juglar de esta respetable tertulia, aunque un poco mas comedido y procurando siempre la aprobacion del señor *Abad*, que le dispensa una franqueza sin limites, y una entrañable cordialidad. En todas las cuestiones de alguna consideracion se coloca en el terreno menos peligroso, y deshace el mas confuso nudo gordiano, hijo de su imprevisión ó poca memoria; con alguna gracia, por la que mueren de risa tirtos y troyanos. Las horas se pasan de esta suerte alegremente, y no son pocas las noches que se queda á cenar mi personaje, porque le gusta la gente de buen humor, y porque sabe muy bien que es el mejor correo para que todos los de la aldea sepan de polo á polo la franqueza y liberalidad del pastor de sus almas. Acébase la cena, se dan gracias, parte en castellano y parte en latin, al que todo lo puede, relírase el señor *Abad*, y el Gaitero da las *buenas noches* á todos: *hecha una gracia á la moza que le alumbraba hasta el corral*, se emboza en su mala capa, y fumando una *viodita*, pronto dan á entender los perros de la aldea que un hombre pasa á deshora por aquellos lugares. Otros dias se pregunta por el Gaitero en casa del cura, y entónces está ocupado en asuntos del *oficio*; ó asiste de toda gela á una *boda*, ó está convidado á un *magosto*, ó se dirige á una *fiada ó espigada*, ó está de *músico* en alguna *fiesta do Patron*. En todas estas partes tiene el Gaitero nuevas y brillantes situaciones, en todas ellas se da á conocer por originales y sorprendentes rasgos, y de estos cien contornos dibujados en ocasiones heterogéneas se forma la completa caricatura de este tipo antidiluviano. Desempeñando con religioso cuidado la pesada carga que me he impuesto, colocaré á mis carísimos lectores, si es que no lo llevan á mal, en estos cuadros caricatos de las aldeas de mi pais, aunque retratados con débiles pinceladas; y los llevaré á una florida fiesta del Patron que es donde el Gaitero ejerce mejor su omnipotencia artística, y en la que se conoce á simple vista la union que forma el pueblo español de las impresiones religiosas con las pasiones del corazon. Con esto volveremos á dejar el Gaitero oculto entre los troncos de aquellos encantadores bosques por donde se deslizan torcidos y bulldidores arroyos, y al pié de nuestras heremíticas capillas grandes en ovaciones y pequeñas en recuerdos: digo esto, porque no le gusta gran cosa al Gaitero el llamar la atencion de los que *no visten su ropa*, y veo ya que se va amostazando de que le tengan por tanto tiempo en boca de todos.

EL GAITERO EN UNA BODA.

Lo que es una boda, creo que Vds. lo sabrán muy bien aunque no hayan corrido sus lanzas y sortija, pero hay una cosa que cada maestrillo tiene su librillo, y cada casa su santo, que es como si dijera que en cada pueblo hay sus costumbres. En las bodas de Galicia el Gaitero es lo mismo que el representante del cuerpo diplomático en un convite régio. Por lo regular deja la gaita *olvidada* en alguna casa conocida, ó en el arcon del tabernero, antes de llegar á casa de los desposados; y hace esto, para que caso de que le molesten á que *alegre la gente*, tenga á la mano su querida compañera. El Gaitero acompaña á los novios á la iglesia, aunque no sea el padrino del casorio, estrena camisa limpia sin contar que no es sábado, y antes de volver con la comitiva á casa, no saldrá de la iglesia sin decir: «quiera Dios que hagais... marido ó mujer, » ó... «un par de angelitos» ó otra gracia por el estilo, vamos, una gracia que hace reír, porque para estas gracias se pinta solo. Llegan á casa, y un opiparo banquete espera á los que acompañaron á los desposados, acomodándose todos en sus sillas de palo, y quedando á la derecha del suegro mi personage y á la izquierda algun pasante del *Kempis* ó del *Curcio*, que nunca falta con sus latinajos á estas fiestas, así como no hay funcion sin tarasca, y boda sin tornaboda. Aquí guarda el Gaitero una gravedad solemne, no es pesado en sus gracias, ni prolijo en sus grotescos cumplimientos, y para arrancarle una palabra es necesario que la novia, la tiernecita novia le ofrezca un vaso, que se ventile alguna cuestion *in foro externo* de los Santos Evangelios, ó que se trate de calificaciones artísticas con respecto á los Gaiteros de otras aldeas. A las continuas insinuaciones de los circunstantes contesta que *no está para templar gaitas*, y se hace de rogar para que le concedan la mayor libertad en sus picarescas expresiones. En efecto, tanto tarda en *estar de gaita*, como pesado es despues en sus cuentos *colorados*, sin embargo *no se aparta de la cuestion* y sus ofrecimientos, sus miradas, sus palabras van dirigidas á la ceremonia á que acaba de dar brillo y lucimiento con su persona. La cena se acabó, y nada falta para que el Gaitero anime *la gente*, sino que los novios digan: «*baila, baila*, y que se baje al corral. » Ahora mi protagonista hace guiños á un mozo, y no sé qué cosas le dice al oido, lo cierto es que á los pocos minutos el Gaitero tiene *por segunda mano* su despertador coreográfico. Aquí de las risas y de los aplausos: el Gaitero goza en esta sorpresa, en esta repentina aparicion, y hace ver que de esto y mucho mas son dignos los novios. ¡Vaya una flor!

Baile de allá y baile de aquí, toda la noche parece el corral casa de locos, y acercándose la hora de retirarse los novios, el Gaitero recoge su instrumento gozoso de contribuir poderosamente al prólogo de esta noche deliciosa. «Que baile la novia con el *músico*, » dicen los mozos repicando con las castañuelas, y el Gaitero conociendo el satírico sentido de estas palabras, sonriéndose maliciosamente, y diciéndole algunos galanteos, *sotto voce* á la novia, contesta: «cuidado, que no soy el Gaitero de *Ontoria*.» Esta noche es el Gaitero ó malicioso, ó callado: las mas veces se entrega completamente á la buena ventura de los desposados, y parece que es indiferente; cualidad agena de hombre tan alegre y decididor. Ciérrase el baile, unos se despiden para encontrarse á los pocos pasos, y otros se encuentran para despedirse, y el Gaitero es el último que sale, felicitando á los novios con sardónica sonrisa por la buena noche que les espera. No se marcha *sin tomar la espuela*, insulto que no perdonaría; que es lo mismo que despedirse del regalado vino; y de allí á poco rato vuelve á hinchar *ó fol*, y es el gefe de los *mozos* y de las *mozas*

que *cuadrándole en camino* se deshacen en *cantigas* y *turuzos* hasta que es muy tarde; y que se despide de todos con estos versos de aquella cancion tan sabida:

Vámonos de aquí que é hora
A vida dos namorados
Toda se vai en parola.

El tamborilero que tan poco caso hago de él, le sigue con el *pandeiro* á las espaldas, como mochila de soldado.

EL GAITERO EN EL MAGOSTO.

Si alguna vez en la vida es el Gaitero afectuoso y galán, nunca lo es mas que en esta comida de fonda hecha á escote en una casa particular. El es el primero que ofrece las castañas con sonrisa cortesana, el que bebe por el mismo lado que la mas *garrida* doncella, el que pasa de allá para aquí probando de todos los platos, y el que hace que rueden las tazas de vino con profusion. Guarda todas las consideraciones de esta bacanal campestre, inaugurada en la fiesta de *Todos los Santos*, y se deshace en acarameladas expresiones que hacen tiritar de celos á los *mozos* que allí viven de sus sobras. Por último, á él se debe el comenzar á tirarse unos á otros las cáscaras de las castañas, diversion que tiene su preliminar de coqueteos y distinciones, y que acaba siempre por alguna camorra que se destruirá á palos. El Gaitero nada esquivo, recibe con placer mas tiros que ninguno, y á la voz de los *mozos*, que ven con envidia lo bien empleado que está el trasto, y que piden baile, acompañando la del instrumental de sus zapatos, las *mozas* responden: *al avellon, al avellon*; y triunfa el bello sexo con generales aplausos. Este es un juego diabólico y desesperado que haria temblar de miedo al mismo Judas: es un columpio perseguido por un tercero en discordia, y en el cual están los dos, próximos á sufrir de gracia la peligrosa operacion del trépano. El Gaitero está en este juego de particular: viste de córte, y enamorar es su empleo. Colócanse dos con la elasticidad que les permiten sus piernas, dan pausadas oscilaciones para sacarle la *monteira* al que está en el centro, sin que sufran las voluminosas entregas de sus dedos en la cabeza, y todo el juego se reduce á que el representante del abejorro regale una senda bofetada al descuidado. Esto alegra, entusiasmo, arrebatá á la multitud y entre tanto ¿qué hace el gaitero? Papel de galán duende. Enamorar á una doncella con cien piruetas y mil guiños: el baile es un magnífico telon para los enamorados, en el baile tal vez goza mas el que no baila, contradiccion que vale por dos para mi cuerpo tan poco dado á *Thersicore*. Los *mozos* no pueden sufrir que tal vejete se lleve la atencion de las jóvenes que amenizan el baile, y pronto se deja percibir un murmullo que en nada se parece al del juego. Este es el preludio de una conjuración, el prólogo de una paliza, y cuando es hora de partir, algunos se adelantan para esperar al Gaitero. Este conoce lo mal que le han sentado sus galanteos á los casquivanos *cortejos del magosto*, y llevando consigo la llave del baile, tuerce de rumbo, varia de ruta y marcha sin peligro hasta su casa. Es cierto que con esto llega muy tarde á regularles á sus hijos algunas *castañas* que les lleva, pero no importa: de esta suerte nadie le sorprende, y parece que hasta los perros no le descubren. ¡Fenómeno sorprendente! porque viajar por *corredoiras* en alta noche es una plaga, un galimatías, una confusion, una Babel, un eterno ladrilleo de agudas voces en las orejas del mal aventurado pasajero.

EL GAITERO EN LA FIADA Ó ESPIGADA.

Veamos al Gaitero en este fabril divertimento: ahora llega envuelto en su capa, fumando un cigarro con envidiable serenidad, y acariciando al perro de casa con monosílabos que carecen de *escala* en todo el diapason. «Santas y buenas noches» dice haciendo una cortesía, y luego se persigna asombrado de ver tanta doncella empleada en faenas de la estación. Disimulado, quiere hacerse el encontradizo: perfectamente. Una trabajadora se levanta á ponerle el *tallo* para sentarse, y héteme aquí que ahora pululan los gestos y los ademanes: sonrisa general, sonrisa del Gaitero, palabras al oído, golpes de codo, pisotones de intención y toses del momento. El Gaitero como buen actor conoce el efecto que hizo su presencia, y un gesto que hace á la *moza* que le puso el asiento vale tanto como decirle: ¿Será envidia ó caridad? Pero hay una cosa que tras el Gaitero, vienen uno, dos, tres, cuatro y hasta siete manebos y echen Vds. nones, y todos se rien y se ponen á la sombra como muchachos de escuela en tarde de repaso. Nadie puede dudar que el Gaitero ha sido el nudo de este cordon, el precursor de esta milicia amatoria, el gefe de estos piratas de tierra. En esta comedia el Gaitero hace de barba: pausado, sereno, sardónico, severo, y envolviendo en sus palabras dulces recuerdos ó amargas memorias para las *mozas*. Músico hábil sabe *las armonías* que hay entre *ellos y ellas*, y despues que ha levantado un cisco que da miedo, se calla el hombre y se acerca al ama de casa que no le gustan gran cosa estas bromas. Ahora empiezan entre *ellas y ellos* cuentos de aquí, despedidas de allá, reconciliaciones de mas acá, entre las que se desliza *pianissimo* una declaración de amor, ó una celosa amenaza. De vez en cuando es llamado el Gaitero como testigo, y él á todo vuelve la cabeza diciendo si á secas como si jugara al escondite, y estuviera él, de pena, repitiendo «voy.» Llega el caso de que el Gaitero conoce que el ama de casa se amosa con tal barullo, y confundiendo entre todos aconseja que dejen de charlar. Redóblase el bullicio, el ama de casa rabia que se las pela, y el Gaitero, faltando al *voto de confianza* que le diera aquella, convierte en un magnifico *soirée* lo que no pasaba de una *penitencia-ria*. El Gaitero sigue en su obra, esparce la idea luminosa de apostar un *trajo* al que tire su sombrero de una *espigada*, y todos se ponen manos á la obra. Nadie ignora su intencion, las doncellas se miran de soslayo, y retozan con aquel pudor previsor que tanto prestigio sabe dar á la mitad mas hermosa del género humano, y solo el ama de casa está en ayunas de esta diabólica invencion.

La cosa es hecha, la espiga vuela como paloma herida en las alas, y.... ¡*paaf!!!*... viene á caer sobre el mismo y mismísimo candil que esparcía sus lánguidos reflejos sobre esta reunion. Ya no hay remedio: aquí hay gresca; el ama de casa protocoliza aqueste insulto, el Gaitero se siacera, los mozos rien á grito pelado, las mozas se agrupan haciendo mil aspavientos, el ama de casa busca á tientas la puerta gritando desahoradamente: y... en el fondo del cuarto, por donde no se esperaba seguramente, aparece una ridícula maritones con otro candil encendido que no parece sino la *Sonámbula* saliendo del molino. Al verse solo el Gaitero todas las palabras le parecen pequeñas para echar la culpa á los *mozos* que se marcharon, y queda en su lugar favorito, haciendo *la rosca del gallo* á una *garrida* casada que tiene su marido en *Cáiz*. Desprecia las voces y silbidos que dan los *mozos* desde fuera para que les acompañe á *ruar* por *molinos y fiadas*, y espera que se acabe *la vela* para seguir al querido objeto de sus ansias. Así lo ejecuta, y acompañándola hasta su casa, hacen repetidas paradas, se responden galantes palabras, y dicen sin rebozo *cántigas* de esta hilaza:

Cantan os galos á ó dia.....
O relo dos namorados:
Guapos que andades de noite
Non vos collan descuidados.

El Gaitero duerme esta noche *fuera de casa*, diciendo en ella al otra dia que tuvo que hacer un largo viaje para ajustarse en la *fiesta do Patron* y que ha dormido en *el sobrado de un compadre*: que el Gaitero en todas partes tiene compadres.

EL GAITERO EN UNA FIESTA DEL PATRÓN.

No molestaré á mis carísimos lectores con la descripción de la noche anterior á esta fiesta: allí está el Gaitero tocando hasta las once en casa del mayordomo, y solo confesaré en honor de la verdad que al percibirse en la parroquia el *touporrotou* del tamborilero, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas, chicos y gordos sueñan en el dia de mañana. Al sonido de la gaita, la alegría y la animacion no tienen término: un par de cohetes que retozaron en el aire al anochechar, y el repique general de campanas, alarmaron los corazones, las mozas limpiaron sus *cofias* (tocas), han sacudido los *manteles* (zagales abiertos de paño) y estiraron los *denques* (esclavinitas de grana), pero al sonido de la gaita, repite, los ancianos se sonrinen, los jóvenes se alegran, las doncellas se ensayan en la *muyñeira*, los *mozos* en repicar las castañuelas, los cojos se hallan mejorados, y hasta los sordos oyen por aprension, comprobando este pensamiento de las *Soledades* de GÓXGORA.

La gaita al baile solicita el gusto

Al romper el dia ya el Gaitero *baja á la parroquia* tocando la tierna y campesina *alborada* que repiquea con primor, y despierta el *rezagado* dormillon que aun piensa *que no cantó el gallo*. Todos salen á su encuentro, todos ofrecen á sus plantas los incienso de las salutaciones y de las alabanzas, y son las diez de la mañana cuando vuelve á casa del mayordomo. Aquí solo tiene tiempo para descansar, limpiarse del polvo ó del lodo, segun la estacion, y *tomar un bocado* con taquígráficas maneras.

Entre tanto el átrio de la iglesia parroquial se llena de hombres y mujeres, aquellos de blancas *cirotas* y nuevos sombreros, y estas con lustrosos zapatos y ricas *cofias*, donde campea la *cinta* que simboliza la situacion de la *moza* que la lleva. Conversaciones indiferentes se ventilan entre tanto, y de vez en cuando algun suspirillo ó mirada *amante* se abre calle por los varios grupos que se arremolinan en el pórtico. La hora se va acercando: pasa el *señor Abad*, á quien todos se descubren, siguiente los capellanes, vienen despues los cantores, vese cruzar al ama del cura con algun sobrinito, vestida de *veinte y cinco alfileres*, corre el sacristan con el misal de gala al brazo, repican las campanas, y solo falta que llegue el Gaitero con la comitiva del mayordomo. De esta manera todos los ánimos están suspensos del sonido de la gaita, y apenas se percibe perdido en el eco, las mismas sensaciones de la mañana nacen en los corazones: alegría, entusiasmo, voces acordes, empellones, golpes de palo, todo está permitido en el entusiasmo lírico de estos festejadores. No hay duda, el Gaitero precede á los parientes del mayordomo con aire descuidado y filosófico, y este mensaje religioso-filarmónico merece la confianza de todos. Ahora el Gaitero no habla á ninguna persona, es altivo y orgulloso si los hay; se abre lugar por cualquier lado, entrecier-ra los ojos, ahueca por demas los carrillos para hacer alarde de su fuerza pulmonar, y aprobar estos versos de SALAZAR:

¡Oh! música sonora de Galicia
A donde los Gaiteros

Los cueros tocan hechos unos cueros.

Y marcha sin pérdida de momento hacia la puerta de la iglesia, saluda al pasar el mayordomo, hace de pronto callar á la gaita, y echando *dos chupadas* del cigarro de algun compadre, se limpia el semblante, del sudor, hace la señal de la cruz, y sin decir oste ni moste sube al coro, que es el campo de batalla de sus operaciones lírico-dramáticas. El coro está lleno de *aficionados*, porque es el menor antecedente para una conquista amorosa al saber entonar el *introito* ó acompañar el *credo*: el Gaitero dirige á todos una sonrisa, que participa á la vez del agrado y de la ironía, la sonrisa del que se cree superior á todos. Pronto se da principio á la misa, y el Gaitero se lleva la atención de todos: ora canta en cuerda de *tenor*, ora cepilla su voz con una *tessitura* empalagosa, unas veces acompaña con la gaita por tono de *fa* á un recitado en *re*, otras sigue en altísima escala el *tutti* de los coristas del coro, y es allí á la vez soprano y bajo, Gai-



El Gaitero Gallego.

tero y flautista. Llega á *Sanctus* y coge la gaita, va á *alzarse* y prepara la flauta haciendo la *obertura* con un *andante* de *muyñeira*, ó unas variaciones sacadas de la célebre *marcha imperial*, viene el *Agnus Dei* y vuelve la gaita, *se consume*, y vuelve la flauta que sigue el canto medio tono mas subida por lo menos, y entre gaita y flauta, y flauta y gaita, mi buen Gaitero lleva á un terreno peligroso su *misa do Padron* compuesta en *variedad* de instrumentos ó de tonos. Acá-

base la misa y se prepara á salir la procesion, cuando el Gaitero baja la escalera del coro despues del *señor Abad*, y sigue á la puerta principal donde le aguardan *mozos* y *mozas*, retozando en seco que es un contento. El Gaitero sigue en su austeridad inusitada, y solo se le escapan de vez en cuando algunas tiernas miradas no vacías de sentido para muchas. Entre un campaneo inasfructible y un chisporroteo de fuegos, sale la esperada procesion, y el Gaitero que sabe su puesto se coloca despues de los pendones de las *cofraderías*, y delante del estandarte de la Virgen, toca aplaudidos caprichios, y marcha con estudiada afectación, parándose de vez en cuando porque se adelanta mucho arrobado en sus brillantes inspiraciones. En el *villancico* del crucero mayor siempre se *estrena* con alguna novedad filarmónica; es aquel su *beneficio*, y por lo regular punto mas ó punto menos, ejecuta una improvisada *cavatina* del fandango ú otra cosa por el estilo. Pero déjeme yo de tantos pormenores, corriendo un velo por estas pocas horas de impaciencia, y por el arte del diablo coloquémosle sentado con su tamborilero bajo una corpulenta robleta, y formando rueda con un numeroso peloton de hombres y mujeres.

Como dijo el P. Sarmiento, es pedir peras al olmo el que no haya baile en la fiesta del Patron de cualquiera aldea cuando *todo es fiesta en la fiesta*. Y como no puede haber baile sin Gaitero, claro está que este es la persona llamada por la Providencia para animar á la gente. El Gaitero en la *baila* es terco, pesado, antojadizo, malicioso. perdió la seriedad de la mañana, y vuelve á dar pruebas de sus chistosas ocurrencias. Recogiendo de todas partes flores y miradas, *reimprime* algunas escenas de la *boda* ó del *magosto*, pero en una edicion furtiva y clandestina; mide el gran efecto de sus intrigas amorosas, y llama para su lado á algunos de los *primeros espadas* de la aldea. El Gaitero es aquí el autócrata de todas las voluntades, y no habrá miedo que siga en la mejor *figura* de la *muyñeira*, si cualquiera prójimo le brinda con un vaso, ó un cigarro de amigo. Malicioso y pertinaz, toma por asalto los medios que le conducen á llevar parte en la fiesta, ya acelera el compas cuando dos *queridos* bailan solos, para que perdiendo el baile, digan todos que están ciegos como ellos solos, ya muda de *tocata* para frustrar los proyectos de aquel otro que pide en alto que rija la danza, y en todas las ocasiones dirige como se le antoja tan concurrida *baila*. Con una mirada, da el Gaitero un consejo saludable á la desconsolada *moza*, reprende á la casada que se olvida del que está en *Cais*, indica al tamborilero que están flojas las correas del *pandeiro*, y alegra al celoso *mozo* que no quiere bailar. De esta suerte alimenta aquella sempiterna chismografía que reparte en las tabernas, que enmienda en la tertulia del *señor Abad*, y que comenta en el átrio de la iglesia en las noches de *lunar*.

El Gaitero es el foco de tanto entusiasmo, y el reverbero de grupos tan variados: en él se apiña lo bello, lo interesante, y recibe tal apoteosis de estos benditos de Dios, que lo envidiaría el mismo Homero, si no fuera ciego, como nos lo cantan viejos pergaminos. Viene la noche, y el Gaitero deshace este *coso* campestre, lleva la *baila* á casa del mayordomo, descansa por un rato, poniendo de lo mas flaca á la *gaita*, á ese cachazudo instrumento que con la antigua *ci-tola*

non ama caquil hallaco

Mas aman la taberna é sotar en bellaco.

(ARCIPRESTE DE HITA.)

Y entrega su boca al dulcísimo brebaje que encierra la mas cercana *pipa*. Ahora se vuelven por todas partes las caravanas que llegaron á la tarde, se dispersan los pelotones de género epiceno, y entre las conver-

saciones que se mueven con mas calor, no deja de figurar en primera linea la del mérito del Gaitero, combatido por alguno que ha sido despreciado de su *querida*, gracias á los manejos de él: ó por otro personaje á quien dió de palos á la salida del molino, ó al pasar por la puente del lugar.

El Gaitero llega á casa del mayordomo con mas ganas de dormir que de otra cosa, y pronto se le cumplen los deseos, pues todos padece de esta enfermedad, y se despiden con el ángel hasta el otro día. Esta es la única en que el Gaitero es enemigo de toda *cuestion incidental* que haga prolongar la *sesion* del baile casero: marcha con su madre de Dios y veinte reales del pico hácia su casa, y llegar á ella y echarse en cama es todo uno... Al otro día... pero ya es tiempo de que deje en paz al Gaitero que anda de ceca en meca sin tregua ni descanso. ¡Quiera el cielo que se entregue en brazos de Morfeo, adormecido con los pámpanos saludables del *Rivero* ó del *Ulla*!

La vida del Gaitero es un coche parado; no hay romería, no hay diversion en Galicia que no compareta con él sus placeres y dolores. Solo una vez en la vida asiste como todos á una oracion religiosa... ¡fe-

nómeno singular!... solo una vez se le ve en la iglesia envuelto en su capote y con la frente arrugada.... Mala señal.... Esto me huele á entierro, y tengo una aprension que Dios me libre.... mas.... ¡alto! El Gaitero sufre entónces una transmigracion pitagórica, es el hombre campana de Victor Hugo, y dicen las gentes acongojadas con el dolor que inspiran los *finados* y el recuerdo que despierta la aparicion del *músico*: «hoy tenemos *campanas* por *gaita*, y *clérigos* por *bailadores*,» comparacion tan espantosa que me hace soltar mi mal cortada péñola.

ANTONIO DE NEIRA.

EL SERENO.

Este grotesco mosáico que llaman mundo, abunda de toda casta de pájaros y como nuestra *libre* nacion, que en efecto *libre* se halla de muchas cosas, está plagada de cuantos seres pueden contribuir á su bienandanza y progreso; pero que no contribuyen; cualquier católico dado á beneficiar, *esplotar* se dice hoy, tan



El Sereno.

preciosa mina, retratando los tipos que pulolan por esos andurriales, se encontraría ante un *maremagnum* de ellos, titubeando en la eleccion como un empleado entre dos pronunciamientos. Yo, por fortuna, estoy ya fuera del paso, pues hace dias que, en uso de mis derechos, me decidí á pintar con palabras, que no es menguada tarea, uno de los entes humanos, cuya vi-

da se diferencia en mucho de la de sus prójimos. Ya habrán conocido mis lectores, y si no lo conocerán muy pronto, que el hombre que les voy á poner delante es... el Sereno.

Me figuro que sería música celestial el hacer una digresion erudita para dar noticia del origen de los *serenos*: pues por mucho que investigara, solo saca-

ria en limpio lo que ya se sabe sobre el particular, cosa que sucede muy á menudo, y volverme los sesos caldo; desgracia que rara vez acontece aunque se dice muchas.

Como Adán nuestro padre, que antojadizo debió ser y además hombre de tomo y lomo para dejar tanta prole, tuvo la humorada de no querer cumplir un decretillo de mala suerte, y se quedó por sus calaveradas á la luna de Valencia, sus descendientes por imitarle dieron en el mismo prurito, en cuya gracia no ceden los españoles al africano mas pintado, y de ahí estos percances de la humanidad, estas *faltas*, ali-cuando *sobras*, que hacen indispensable que unos ve-len para guardar á los otros mientras duermen; todo lo cual unido á nuestras necesidades, *libre albedrío*, y otras zarandajas dió lugar á la institución del *Sereno* ó hombre de la hora (Wachman) ó guarda nocturno (*garde de nuit*). Enjareto aquí estas calificaciones en columna cerrada, por lo que pueden contribuir al conocimiento del ciudadano que voy á bosquejar, y no por jugarla de sabio, que maldito punto calzo de este material. Mi héroe se distingue de los otros *animales* de su especie (noten Vds. el contraste de la transición) en lo que la lechuza de los demas pájaros; tiene la garganta camaderada como la calle angosta de Pe-ligros, el pulmón mas duro que pecho de prestamista y entero y verdadero está á prueba de los cuatro ele-mentos: en fin, un hombre murciélagos, cuya vida constituye un tejido de aventuras, novedades y mis-terios, con sus atractivos y repulsivos como todas las cosas de tejas abajo y aun de tejas arriba, en donde tampoco faltan azares.

El empleo de *Sereno*, como otros muchos, pasa ge-neralmente de padres á hijos, y aunque el siglo XIX me-tió también su hoz entre la gente que ejerce sus fun-ciones lícitas en la oscuridad, no destruyó por completo las venerandas costumbres que con tanta razon con-servan los encapuchados cantores de chuzo en ristre y linterna en mano. Así pues, si se quiere ver al *sereno* *proyecto*, hay que buscarlo al lado del curtido au-tor de sus dias, pasando un noviciado que si no escede-deal de los monjes benedictinos leaventaja en variedad y duracion lo que no es decible. Amaestrado el cate-cúmeno con las lecciones de la experiencia y del ejem-ple, acostumbrado ya á velar, lo que no consigue casi nunca sin la ayuda de algunas persuasivas insinuacio-nes, con las vueltas del capote paterno ó el asta del chuzo, diestro en volver en sí á su *modelo* cuando se halla adormecido, al pasar el que cuida de que sus subalternos no peguen los ojos durante la noche; comi-enzia el jóven aspirante por limpiar los reverberos de las calles que su padre vigila para ponerles en dis-posicion de arder con la economía de costumbre, y para encenderlos puntualmente para que los cristia-nos no se desnariguen á encontronos en la lobreguez. Cuando el *Sereno* en embrión ya tiene dadas pruebas de inteligencia y de acierto, que no siempre van jun-tos estos entes abstractos, principia á mostrarse la confianza paternal en él depositada, y despues el rela-cionarle con los cólegas de su padre y de valerle este de toda la influencia que tiene con su inmediato gefe, sale el experimentado pretendiente á hacer las veces del maestro, á quien tarde ó temprano, por mal de en-trambos, habrá de reemplazar.

Todas las pruebas dichas necesita el verdadero *Se-reno* en ciertas para *debutar*, y si por lo que antes he dicho acerca de esta innotabilidad de nuestra época no sucede lo mismo algunas veces, culpa será de este siglo fosfórico que hasta destruye los tipos sustituyen-do á todas las cualidades que dan diferente carácter á muchos individuos de la humanidad, con una que so-lo deja ver al hombre, nada mas que el hombre; esta cualidad que en muchos se presenta ya como el único móvil de cuanto hacen, es el interes que obliga á pe-netrar en lo íntimo del corazón, y á considerar á la

humanidad igual egoista y débil, porque como dijo un bardo español pocos años há:

es el interes tan ciego,
tan desaforado y loco,
que la amenaza y el ruego,
hasta el vivir y el sosiego
á su desenfreno es poco.

Dos carpetazos á estas consideraciones capaces de conducirme sin propósito al abuso mas perdulario de la razon, del filosolismo, y torno á la tarea de antes, mas grata y entretenida de seguro para mí y para los que leen lo que escribo.

A cierta hora de la noche, mas tarde ó mas tempra-no, segun la estacion y el pueblo, se reunen los *serenos* ya cerca del ayuntamiento, ya de la casa del que la preside, si este es amigo de comodidades, ó en otro sitio convenido, para recibir órdenes, y allí de-parten acerca de las novedades, de la noche anterior si en ella tuvo lugar algun suceso notable. Es de ver el apretado grupo que forma aquella celada turba, y son de oír los chistosos comentarios con que algunos amenazan el diálogo, y las simultáneas emiendas con que *episodizan* (este verbo y el *debutar* valen un congo) la narracion hecha por los testigos de la ocur-rencia y los que quieren aparecer como tales. Sin ningun acontecimiento ruidoso al debate de toda la asamblea, se divide esta en secciones (locucion parla-mentaria) y en vez del golpe de vista que ofrece el bul-licioso grupo de capuces, lanzas y faroles, se descu-bre otra perspectiva mucho mas variada y digna de atencion. De un lado y de otro aparece la encubierta falange como en guerrilla. Aquí cuatro compañeros, que hacen el servicio en barrios contiguos, se ponen de acuerdo para auxiliarse en caso de peligro: allí está otro peloton mas numeroso comunicándose instruccio-nes relativas al cuarto bajo en donde con mas ven-taja se puede tomar un *tente pie*. Muy cerca hay otros cuantos de la sombría legion, platicando sobre las ocupaciones mas compatibles con su empleo; detras de estos, mas camaradas paseando sin direccion fija, y dando vueltas en su disparatado testuz á proyectos tan variados como las sombras fugaces, pavorosas y disformes que dibujan en torno de los embozados bul-tos, las linternas pendientes de los altos chuzos, arri-mados á la cercana pared. Estas reuniones son mas animadas y dignas de estudio cuando algun individuo (miembro, dicen los traductores) de la comparsa está afectado de cerotipia (vulgo, medrana) lo que rara vez sucede, y tiene la debilidad de que se le conozca el pie de que cojea, entonces lo toman por pito sus compañeros, acabando ó por aburrirle y hacer que deje el gremio ó por curarle de su dolencia, en cuyo caso, queda hecho el verdugo mas temible de la primer victima propiciatoria que caiga por banda. En estos dares y tomares mezclados con aquellos dimes y diretes, llega el momento de recibir las órdenes oportunas, y sobre la marcha se separan los grupos á guisa de mochuelos, y se dirige cada *quisque* á su destino, y moviendo en la oscuridad los largos chu-zos de que penden tristes linternas presentan desde lejos la perspectiva de algunas góndolas, iluminadas y medio ocultas entre la bruma del piélagos.

Seria un absurdo el que un *Sereno* careciese de *serenidad*, y por esto y por el cuadro anterior se pue-de venir en conocimiento de que ningun gallina (aquí *gallina* varia de género) sirve para el caso. Lle-ga el *Sereno* á su barrio tan inalterable como su nom-bre, y sin importársele un ardite de que hormigueen ladrones y caigan peregrinos de hierro, da una vuel-ta por las calles, confiadas á su vigilancia; su ferre-ruelo es á *prueba* de bomba, sus borceguies á *prueba* de charcos, su chambergo á *prueba* de lluvia, y todo él en cuerpo y alma á *prueba* de fatigas y trabajos; de manera que nadie se atreve á *probar* esta enciclo-

pedía de pruebas, sin riesgo de que le prueben y no por buena parte.

En las primeras horas de centinela suele estar el Sereno parapetado en un guardacanton, al que arrima su báculo, y cerca del que da cortos paseos en invierno y se apoya en verano, mientras fuma ó forma su plan de campaña para el resto de la noche. Dadas las doce, hora en que apenas pasa gente por las calles, principia el solitario cantor á recorrerlas á sus anchas, contando los minutos por los pasos, hasta el momento de emprender sus operaciones, con las que se le pasa la noche en un santiamén, á no ser novicio el paciente: en este caso no tiene mas solaz que alguna ligera conversacion con el compañero, con quien topa por casualidad al doblar una esquina, ó á no impedirlo, alguna de Dios es Cristo, á la que atiende, aunque tenga que dejar plantado al lucero del alba.

Como es obligacion del eterno insomne de luengo capote y encerado sombrero cantar las horas nocturnas, y no siempre puede hacer esto sin mojar la palabra, cuida mucho de recibir los obsequios que le ofrecen los amos de tabernas, los de hosterías y algunas dueñas de otros establecimientos. Por eso despues de echar varios trinquis y de meterse entre pecho y espalda algunas bicocas, se muestra dispuesto á hacer la vista gorda, en favor de sus amigos; porque como él dice, y entonces dice bien, á tiene corazon blando y todos necesitan vivir como Dios les dé á entender; pues los tiempos están malos y.... (al pronunciar estas palabras sopla una ventisca de doce millones de demonios) enciende un cigarro y sin hacer caso del aire y el aguacero, se echa á la calle, para andar las estaciones en otras ermitas; generalmente asegura al despedirse que sale á velar por la seguridad individual, y en efecto dice una verdad, mayor que el pico de Tenerife, pues se cuida en todo y por todo segun su leal saber y entender. Las visitas del Sereno son mas breves todavia que las del médico, porque tiene que cumplir con muchos conocidos y desconocidos, y no es hombre de quedar mal con nadie: él tiene su cartilla, y cuenta entre sus máximas predilectas la de que necesita del mundo entero para poder salvar con ventura este valle de lágrimas: por lo mismo es muy frecuente que á las doce y media de la noche se halle tomando un refrigerio en alguna salchicheria, y que al cuarto de hora esté al cancel de un porton, para servir de caballero á alguna cristiana suelta, despues de pasar por dos ó tres casas de confianza, en las que se cuela al oír jaleo, mas por evitar bulla y disgusto que por echar los piscosarios, con que restablece la buena armonía entre la gente de broma.

El Sereno es hombre aprovechado, y aunque lego en materias de derecho, está muy al corriente en el de acrecer, y de pescar á todo prójimo perjudicial á los demas: como es natural él se pone á la cabeza de estos demas, atendiendo al principio de su cartilla de que con la caridad bien ordenada comienza por sí mismo. Este protagonista, verdadero antitesis de la humanidad durmiente, convenido hasta la médula de los huesos de que sus honorarios no recompensan cual mereca su trabajo, procura, para conservar el decoro de la clase, sacar el jugo á los servicios que presta en tantos conceptos á personas de tantos conceptos y no deja pasar una rata que no contribuya de un modo ó de otro á la prosperidad de los emolumentos, cuyo minimun se fija en su imaginacion, sin poner nunca limites al máximum. A las claras se deduce de los precedentes sentados (estilo de escolásticos, gente asaz aficionada á los asientos) que el Sereno es hombre de relaciones, y no relaciones así como se quiera, sino de aquellas cuya numerosa variedad volveria tarumba al mejor corcheta y al esbirro policiaco de mas antigüedad: trata tambien con estos dos últimos nenes, pero solo por via de compromiso, á

fin de que no le vayan á la mano en el ejercicio de sus facultades.

Cuando el nocturno chantre canta la una de la noche, entra de lleno en sus funciones, rompiendo la marcha por colocarse cerca de las casas de juego, que olfatea como perdiguero la caza, y su admirable tacto le hace el enconradizo con los gananciosos, á quienes entretiene hasta hacer soltar la mosca: verificada esta operacion acompaña alguna señora de manejo (así llama él á la mujer del milagro) que por mas señas tiene mucha mano en los ministerios: ó en su defecto algun forastero; y aunque ambos le digan, dejaron en la banca el último maravedí, se da traza de sacarlos algunos, sin que los pacientes echen de ver que su generosidad los deja por embusteros. A bien que nadie se para en tales pequeñeces, cuando se engolfa en despejar la incógnita de alguna combinacion de helados ó judías que contra todas las probabilidades, salvo el parecer del banquero, les salió fallida. Al volver el solícito acompañante, de dar tan finas demostraciones de su amabilidad, suele encontrarse con los descuidados que se quedan de patitas en la calle, por haberse distraído en alguna parte, y porque su fámula, que está trabajadísima de los quehaceres que pesan sobre ella en casa de tantos huéspedes, se recoge con tiempo para no perder de trabajar con Dios si se descuida de noche: como aquellos hombres no saben dónde dar con su cuerpo, se valen del Sereno que les proporciona cómodo albergue, matando así de un tiro dos pájaros, es decir, sacando raja del hospedador y de los hospedados: esta partida doble, que toda la noche interrumpe al Sereno en sus mas difíciles cálculos, no le embaraza para resolver todos los problemas; porque la tal partida pertenece á la multiplicacion que le es tan familiar como á un ministro de hacienda. Los caballeros del milagro, que nuestra galomania llama industriales, comunmente están de acuerdo con los Serenos, en cuyo amor y compañía cumplen con el instituto de la órden: esta les da su investidura sin necesidad de espaldarazos; pero no les admite en su seno si no van por el campo del derroche, que mas tarde ó mas temprano los conduce á la extrema necesidad, único resquicio por donde se cuela en la venerable hermandad este ingenioso tipo del siglo xix. El hombre-buho conoce el camino de pacotilla, no ya á palmas, como la gente del milagro, sino á pulgadas, como los individuos de la pillocracia, de modo que saca meollo hasta de los que viven de sacarle: los entiende muy bien y sabe que son arrogantes por egoismo.

El Sereno que al formar el presupuesto de sus gastos tiene en la punta de la uña todas las obvenciones que él llama su *pie de altar*, y yo altar de sus pies é islas adyacentes, no podria igualar el cargo con la data si solo contase para ello con los ingresos enunciados: cuando ya los tiene en caja (*giro comercial*), á fuerza de paseos y extrategias, aun le falta, como suele decirse, el rabo por desollar. Los contrabandistas son generalmente los que hacen al Sereno el caldo gordo: le necesitan para mas de un día y procuran, por egoismo tambien, como los de la bandada anterior, tenerle mas contento que á una novia: él por su parte hace lo mismo, la utilidad es reciproca, y la cosa dura á pedir de boca. Por último, para que nadie se escape sin pagar la patente al ciudadano en vela, cobra un impuesto *ad libitum*, á los dependientes de las casas, á los inquilinos y á los dueños de ellas, porque unos le necesitan de guia, otros de capa y muchos de fiscal, y él se presta á fiscal, capa y guia de todos.

Por pascuas es cuando el Sereno ve el cielo abierto; mas claro, coyuntura de hacer la suya: al efecto se esmera en auudar relaciones, notándose entonces que su trato es mas agradable, su voz mas clara,

y que se muestra mas servicial con todo el mundo. Llegan los dias de coger aguinaldos, y mi hombre, ademas de acudir á ello con sus compañeros, cuida de ganarles por la mano, visitando anticipadamente á los benéficos vecinos, y dando tales pruebas de su táctica piscatoria, que al contemplarla se quedarian viendo visiones los recaudadores de impuestos y los franciscanos mas prácticos en la cuesta.

Todas las cualidades características que de tan interesante tipo he presentado hasta aqui, pueden reducirse, como si dijéramos, á vida y dulzura ó *tortas y pan pintado*, pero es de advertir que solo ellas pueden conservarle en su espinosa aunque envidiada posición social. No hay que extrañarlo, si los mómios faltan al Sereno, si la fortuna se causa de favorecerle, le saca de su encapuchada clase, para confundirle en otra que se lo sorbe como la mar á los barquichuelos.

Cuando las gentes de mal vivir hacen alguna fechoría y no se les encuentra la pista, el Sereno, en cuyo barrio tiene lugar el desaguisado, puede contar que le toca la china ó mas bien el chinazo, ó hablando en plata, que se intriga para quitarle el turron (frase periodística) de la boca, porque es de saber que la empleomania ha hecho tales progresos en esta bendita tierra, que para una esquina en que hay diez mozos de cordel propietarios, se encuentran 20 sustitutos, cuarenta interinos, 80 auxiliares, 160 suplentes, y 300 y tantos galafres que aspiran á serlo. De aqui se deduce, que á tal razon jamas faltan moros en la costa, y que el cristiano á quien combaten tiene que correr el temporal si no quiere irse á pique en el instante. Llegado tan apurado caso, no hay por lo regular mas salida que la de los pavos, esto es, la de largarse con la música á otra parte, para que otro artista principie su carrera.

Se dedica á ser alquilador de caballos, ú á otra ocupación productiva: este trabajo continuo deteriora su salud, pero él no lo nota casi nunca, hasta que una pulmonía le convierte en tipo del otro mundo, adonde no pienso seguirle por ahora.

JOSÉ MARÍA DE ALBUERNE.

LA ACTRIZ.

NADA hay que se parezca menos á un hombre que un actor, ni mas á una mujer que una actriz.

Este ser débil que ha nacido para regalo y castigo del género humano, aprende en su niñez dos cosas: á luchar y á mentir. La lucha es su arma en el recinto doméstico; la mentira la protege en público. Con su padre, con su marido, con su hijo, lucha; con su amante, con su amiga, con su favorecedora, miente. Estas dos palabras reasumen la vida toda de la mujer, desde la cuna á la tumba. El vulgo, empero, sin variar la idea, cambia el nombre: llama á la lucha firmeza, á la ficcion, poesía.

No falta, pues, á cualquier mujer, para ser excelente actriz, mas que belleza y educacion, pues que la naturaleza á todas regala con las demas dotes de que han menester.

Bajo este hermoso cielo de España, cuyo vivísimo azul no empañan nubes plomizas, al calor de los rayos del sol, que dora benéfico las espigas de nuestros campos, y las cúpulas de nuestros templos, al sople bienhechor del aura mecida entre los nardos del vergel, y ondeante sobre la cascada del cerro, es tan fresca, tan inspiradora, tan poética la hermosura, que cualquiera diria que es esta la tierra privilegiada de las actrices.

No hará seis meses todavía que trajo á Madrid el deseo de lucro á uno de esos célebres empresarios

franceses de la legua, que cuentan la extension de su carrera por el número de veces que han quebrado. El tal andaba siempre á salto de mata; pues gustaba mas de contar las estrellas del cielo, que las vigas de la cárcel, durmiendo una noche en Provenza y la siguiente en Flandes, por temor de dormir en un mismo sitio mas de dos seguidas y á cuenta del Estado; que es usanza desconocida entre nosotros, como lo es el crédito, ese amoroso y paternal cuidado que tienen los poderes públicos de pagar el hospedaje á los deudores morosos y tibios. Al tal héle visto yo burlarse del gobierno holandés, que es blando como la manteca del Brock, ó como el queso fresco de Alkamaar, ó como el corazon de las hermosas de la Frisia; héle visto en Amsterdam, siendo objeto de la saña de una compañía de famélicos y engañados cantantes italianos, que sacó de ahogos la admirable habilidad y maestria de una de nuestras mas interesantes paisanas; y héle visto, en suma, dar con su oficio de empresario al diablo, liar los bártulos, cruzar el Rhin, el Moerdyk, el Escalda, el Senna con dos enes, el Sena con una sola, el Garona, el Adour, el Bidasoa, el Ebro, y por último, llegar á las orillas del rico en puentes, Manzanares. Este hombre era un hábil general: á negociador quebrado, España es un Eldorado. Hemos venido á punto tal, que no sé ya si los Estados-Unidos nos aventajan: la ciencia del enredo, de la traposonda y del engaño está en Madrid, cual en parte ninguna, organizada. Aqui, donde nadie confia en nadie, parece que no hay obligacion de tener miramientos de honor y delicadeza; son batallas continuas en que el vencedor recoje sin escrúpulo los despojos.

Así, pues, nuestro empresario escogió buen terreno para sus nuevas hazañas: Madrid debía ser para él lo que Waterloo fue para Wellington, lo que para Pedro el Grande Pultava, lo que el tapete verde para Massoni. Imaginó que Madrid acogeria con entusiasmo, como si en Madrid fuese conocido el entusiasmo, la noticia de la llegada de una excelente compañía de comediantes y comediantas francesas; y de aqui deducia, que llegará y tener quien construyera un teatro para su uso, quien le diese dinero, que era el alma del negocio, y le diese las gracias, lo cual importaba menos, seria asunto de llegar y hablar. Se aplicaba á sí mismo el célebre *veni, vidi, vici*, del Romano. ¡Cuidado! Creia que en España se pagan las ideas, y que el idioma de Corneille es popular en España, donde nadie gasta ni tiempo ni dinero en aprender el suyo propio.

Pero, dejemos á un lado la historia del buen frances: sáquelo su ingenio del empeño en que se ha metido, y si gana, con su pan se lo coma, y si se ahoga, que lo entierren ó que no lo entierren, que es lo mismo para mí y otros muchos; hablé de este señor tan solo para referir una ocurrencia suya.

El mismo dia en que llegó á Madrid fué al Prado, paseo en que nunca falta polvo, coches contemporáneos de Quevedo ó Villamediana, y hermosas. El iba, como es de presumir, por este último renglon, pues entraba en su cálculo estudiar de qué modo recibirian á sus farsantas parisieusas los aficionados madrileños. Buen método para llegar á tan supino conocimiento era notar el rostro, el cuerpo y el alma de las bellas que por el Prado paseaban, pues estas le darian aproximada idea de las que, escogidas entre ellas, debian ser las delicias de los concurrentes al teatro.

Era una tarde de estío; el sol despedia el primer resplandor de su crepúsculo; nubes de jalde y escarlata velaban la tumba del astro del dia; las fuentes vertian pausadamente sus cristales; las flores esparcian sus perfumes, los pájaros despertaban del letargo del dia. Innumerable muchedumbre de seres cruzaba los anchos salones del Prado; unos por ver,

otros por ser vistos. Perteneían, sin duda, á este último número infinitas hermosas de todos gustos y estaturas, cubierto el abundante cabello y el turgente cuello con una gasa blanca, tan blanca y trasparente como debieran ser su alma y pensamientos. Al verlas tan frescas y lozanas con ojos tan provocadores, con garbo tan oriental, con lábios tan rosados, con manos tan bien torneadas y sonrisa tan atrevida, desconsolado el buen frances, hubiera querido sumir á los pies de la Cibeles su destemplada cabeza; si la afición á ver á nuestras lindas paisanas no embargase sus sentidos. El fue, sin embargo, el primer extranjero que las vió, por primera vez, sin intimo gozo, sin propósitos de felicidad.

Si estas son las mujeres no escogidas de Madrid, exclamaba, es decir, las que vienen, porque quieren venir, sin patentes de hermosura; qué serán aquellas que un inteligente empresario haya escogido en

la clase mas numerosa y mas bella, por mas moral, de la sociedad, esas actrices, que son en todas partes el tipo de la belleza, del buen gusto en el adorno, de la pureza en la voz, en el acento, dechado, en suma, de todas las perfecciones?

Una hora mas tarde hallábase el iluso viajero incómodamente sentado en una luneta del único teatro de Madrid en que se representaba aquella noche. No era, por fortuna suya, el del Circo, ese panteon de toda ilusion, parodia de un teatro, oscuro, irregular, apestos de humo de cigarro y de aceite, negruzco y de mal tono, en que reúne la maestría, nueva en Madrid, de una bailarina, lo mas culto y selecto de la sociedad de la corte. Era otro teatro si no bueno, al menos mas decente y tolerable que este; escasamente alumbrado tambien, pero al fin con formas regulares y sencillas.

Alzóse el telon, y aplicando la vista, con el auxilio



La Actriz.

de su buena voluntad y de unos hermosos anteojos, pudo el frances divisar algo de lo que en la escena pasaba. Representábase una mala é incorrecta traduccion de uno de esos dramas modernos cuya gloria parecia á la de los fuegos fatuos, fue brillante, pero breve. No le pareció del todo malo el aparato escénico, si bien se notaba que era mayor el respeto al gusto que á la exactitud, achaque comun de gente que no confia en la instruccion del público, y teme la mordacidad de su critica.

Pasadas las primeras escenas que nada de extraño

ofrecieron, notó llegar nuestro observador el suspirado momento de su estudio. Temblaba como la hoja en el árbol á medida que se acercaba instante tan fatal y que, segun suponía, con fundamento al parecer, seria para él un tormento y desengaño. Armóse de resignacion y limpió los cristales de sus gemelos para mejor ver.

Era protagonista de aquel drama, en la concepcion del poeta, una jóven tan ideal como la Ophelia de Shakspeare, tan severa como la Lucrecia de Ponsard, tan poética como la Margarita de Goethe. Del feliz y

acertado desempeño de este papel dependía el éxito de la obra, porque todas las fuerzas del autor se habían reconcentrado en su genio para dibujar con delicadeza y esmero esta suave lisonjía. Involuntariamente tendió la vista el empresario á los palcos que formaban el semicírculo del teatro, y en ellos vió á innumerables hermosas, muellemente reclinadas para mejor ver ó ser vistas, en sus cojines de terciopelo encarnado, de las que, la menos lúida, podría realizar los sueños del poeta. Si no fuera desusado el citar por escrito los nombres que todo el mundo repite de palabra, no desperdiciaría esta ocasión de nombrar á las joyas de nuestros bailes, de nuestras tertulias.

La actriz que había echado sobre sus hombros el grave peso de eclipsar á tantas bellas, y de corresponder al retrato sublime de un poeta exaltado representando á una joven ideal pura y poética, era una moza de chapa, como dice Sancho, hecha y derecha con pelo en pecho, y que pudiera sacar la barba del lodo á cualquier caballero audante ó por andar que la tuviere por señora. Al primer aspecto parecía su cuerpo formar un cuadro perfecto; pero bien examinada aparecía la extensión de la cabeza mas alta que ancha. Su color era agitanado con ribetes encarnados, nariz torcida á un lado como tapia vieja, los dientes tan largos y tan limpios ¡cosa estraña! que unos los tenían por de hierro, y otros los juzgaban alquimia. Moza rolliza, en suma, que así podía rastrillar lino como trillar en las eras, como representar dramas. Toda obesidad aleja el idealismo, toda negrura de rostro la pureza, y toda irregularidad la poesía.

Habló, y este es el caso de decir, como Quevedo, que

puso suspension y espanto,
mas que lo dulce del canto
la novedad del intento.

En efecto, su voz podríase comparar con la de la señora Aldonza Lorenzo, quien se puso un día encima del campanario de su aldea, á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre.

Por último, la protagonista susodicha no era de las que podían pasar por los bancos de Flandes.

El curioso extranjero, despues de volver en sí del aturdimiento que semejante vista le causó, dirigió algunas preguntas á su vecino, para saber el nombre y demas particularidades de la actriz. Esta última parte no era, por cierto, menos sorprendente que la primera. La actriz, cuya fealdad y prosaismo admiraba, era nada menos que una mujer casada, muy honrada y juiciosa que vivía sin escándalo ni amantes, con el corto salario que ganaba, manteniendo á sus hijos, á su madre, y á sus hermanos. Para que se entienda el motivo de esta extrañeza, fuerza es que sepa el lector, si no lo sabía antes, que, en el extranjero, son las actrices lo opuesto de lo que en España por lo general. Aquí son las comediantas feas, ordinarias y honradas, del otro lado de los Pirineos son exactamente lo contrario.

Ahora bien. ¿En qué consiste que en esta tierra de hermosas, en que el instinto de la finura cunde hasta la clase mas ínfima, son tan poco poéticos estos intérpretes de Calderon y Lope?

No hay necesidad de meditar mucho en ello para hallar una razon que convence, de la necesidad de esta triste condicion.

En España, hasta el día, ha sido la raza de actores y actrices una verdadera casta separada de la sociedad por las preocupaciones, y condenada á vivir en el seno del abatimiento y abyeccion. No salían al teatro, como en todas partes, esos jóvenes de ambos sexos,

que, despues de haber nutrido su infancia con una educacion clásica, desgracias de familia ó aficion y entusiasmo llevan al proscenio, sino hijos nacidos de padres que son igualmente cómicos, nietos de abuelos que lo han sido tambien; y de bisabuelos que eran hijos de otros comediantes olvidados. Así es que el tronco de este árbol sin riego, pertenece tal vez al siglo de Lope de Rueda, en que era tan contrario á la decencia representar comedias.

La tradicion que se ha conservado en estas familias, y que forma su único patrimonio, lejos, pues, de favorecer al arte, le perjudica de un modo visible. Salva alguna feliz escepcion, para aprender es necesario ver; y para ver es necesario vivir en la sociedad culta. La mina destinada al teatro ve solo á su familia, y á las de sus compañeros de casta, de las cuales ni un solo individuo ha pisado jamas escaleras alfombradas, ni llevado á sus labios el néctar del Tokay; ni el templo ni la tradicion le enseñan esos modales de buen gusto, que forman la base de una educacion escogida, elemento de todo porvenir artistico. Así es que esas infelices criaturas que nada han visto, que nada han podido aprender, siempre que se ven obligadas á representar un personaje de sociedad elevada, tienen que acudir á la adivinacion, que no siempre es la mejor consejera. Así es que esos cortesanos de la escena, esas princesas de las tablas, causan risa á quien ha pisado con frecuencia los alcázares reales. Es en ellos insolencia lo que soltura en los que tienen uso de tratar á personas reales, humillacion afectada y torpe lo que acatamiento elegante en quien sabe los fueros que debe á la estirpe soberana.

Ya que la experiencia enseñe rara vez, en ninguna parte del mundo, á las que se destinan al teatro, estos elementos de educacion por el abatimiento en que suelen hallarse sus familias, siempre les queda la tradicion y un medio eficaz de adquirir tan precioso conocimiento. El trato con personas que lo saben todo, que todo lo han visto, del cual no las aleja ni la posicion de sus familias, ni su finura, es una nueva educacion, si no tan provechosa no menos útil que la directa. En España sabido es que, apartando alguna honrosa escepcion, nadie trata con actrices, que llama el vulgo comediantas, ni estas por lo general han tenido jamas medios de tomar ese baño de buen gusto que rejuvenece las razas. Por eso no es el arte cómico, falo de renovacion y escuela, un arte sino una rutina.

Que hay escepciones; quién lo duda? De una voy á hablar con aquel respeto y miramientos que el sexo femenino se merece, unas veces por ser bello y todas por ser débil.

En uno de los últimos años de Aranjuez, es decir, en que Aranjuez todavia brillante y rico con sus cuidados árboles, fuentes y cascadas, daba hospedaje, sombra y solaz á la real familia española, su séquito y el séquito de su femenino séquito, tuve yo la fortuna de abrigar bastantes ilusiones en la frente y deseos en el corazon para cambiar mi modesta habitacion de Madrid por otra mas modesta en el real sitio. Las mañanas en los jardines del Príncipe, al medio dia en los de la Isla, las primeras horas de la tarde en la hama-ca, y las últimas en la calle de la Reina: hé aquí mis ocupaciones de todo el día hasta que el crepúsculo cesaba de esparcir claridad. Pero al entrar la noche con su lúgubre manto, fuerza era buscar donde pasar algunas horas siquiera para guarecerse del tedio, interin llegaba la hora de los sueños solo interrumpidos por las realidades de la fresca y deleitosa mañana.

Tomando parte del tropel de gente ociosa dirigíame yo al teatro, en donde una compañía de actores de S. M., ejecutaba comedias mejor ó peor escogidas. La compañía de S. M. era una reunion de cómicos toda vía en estado de crisálidas, que esperaban por medio de

la protección de algun gentil-hombre ó exento de guardias, llegar á tener la fortuna de pisar algun dia los teatros del Principe ó de la Cruz, término de su mas atrevido anhelo. Llamaba nuestra atención particularmente una linda actriz de unos quince mayos, pues era hermosa como el mes de mayo en que la veíamos, erguida como una palma cargada de racimos de dátiles, delicada como una rosa, y candorosa como una paloma. Sus ojos, aunque negros y españoles, eran modestos y tímidos; sus labios, aunque desmayadamente rosados, eran castos, y su voz argentina y suave. No diré que su cintura era como un mimbre, ni haré las demas comparaciones de costumbre, lo cual parecia á algunos una leccion de historia natural; baste decir que era hermosa como un ángel.

Muchos éramos los codiciosos de su cariño, y muchos los que intentamos conseguirlo. El primer paso que dimos fue aplaudirla mas de lo que su mérito y su clase requerian. La pobre niña desempeñaba los papeles mas modestos y desairados, y mientras cargada de años, de arrugas y de andrajos teñidos y lavados, salia la dama á decir algunos lindos versos, llenos de candor é ingenuidad y debidos á Moreto ó Rojas, nuestra linda protegida representaba el papel de una dueña encubridora ó de una rival desairada. Pero ni aun en estos papeles dejaba de estar bella, cuadrando á su lindo rostro y mas liado talle todo traje y todo prendido.

De los aplausos pasamos á las coronas de flores, no arrojadas al teatro para que barriesen el polvo del escenario, sino enviadas á su casa por medio de un fiel emisario, sin mas instrucciones que un recado de atención.

A la siguiente noche la candorosa niña nos miró con timidez é intencion, como dándonos las gracias, y alentados nosotros con tan buena acogida, hicimos versos en alabanza suya, y nos atrevimos á pensar que no seria indecoroso el llevarlos nosotros mismos al vestuario. Candorosos éramos los que así obrábamos, ó mejor dicho, bien queríamos rivalizar con la sencillez de aquella modesta criatura.

Unidos á unos guardias de Corps que eran, menos las letras, los estudiantes de la época, por su desembarazo y felices ocurrencias, cruzamos los sucios tramados que sirven de depósito á los bastidores de la funcion, tropezamos con mugrientos mozos de oficio, despaviladores, comparsas y barrenderos, recibimos empujones de cuatro tarascas con mas cal en la cara que una pared andaluza, y llegamos, por último, al cuarto de nuestra encantadora protegida. Éramos varios; y todos, menos los introductores, gente allí nueva é ignorante de los usos escénicos.

Al entrar en el cuarto de la joven, íbamos modesta y decentemente á quitarnos el sombrero, con el fin de hacer una cortesía reverente. Nuestros amigos se rieron de tanta sencillez, y entraron como si fuera en el cuartel, en un cuarto que tendria poco mas de cinco pies en cuadro, en el cual naturalmente no cabiamos todos.

Las paredes estaban desigualmente ennegrecidas por el humo del cigarro y el de una vela de sebo, rara vez despavilada, y entonces con los dedos. El pavimento era de ladrillos que bailaban segun el compas de entrantes y salientes. Cuatro sillas sin respaldo ó con tres pies, contenian los cuerpos de igual número de mujeres que parecian harpias, ó de harpias que parecian mujeres, con narices remangadas que huian de la boca, y labios abrumados con el peso de enormes y descomunales narices. De estos cuatro entes, era uno la madre de la hermosa Actriz, quien, despues de recibir cortesmente nuestro saludo, siguió arreglándose el cabello y traje ante su espejo de media vara, roto en tres partes y desazogado en cuatro, el cual estaba sostenido en una mesa llena de botes

de manteca con titulo de pomada, de aceite rancio y otros menjurjes harto olorosos.

Los guardias hablaron con desenfado á aquellas mujeres, tutearon á Paquita, y nos presentaron con desembarazo. Hicimos un cumplido acerca de la habilidad de la Actriz que su torpe madre no entendió; dirigimos una mirada á la chica que esta entendió muy bien, y nos separamos muy contentos.

Desde el siguiente dia, suprimí yo las horas de hammaca, y me dediqué á pasarlas en casa de la bella Paquita, ó, mejor dicho, de su señora mamá. La casa se reducía á una salita bastante grande, aunque menos que súaia, con una mesa, dos sillas, un banco, tres baules y un jarro de agua por adorno; unas cortinas de zaraza encarnada con cazadores amarillos servian de puerta á la única alcoba de la casa, en donde dormian madre é hija.

La mamá apenas veia tres personas reunidas en su casa, proponia una partidita de cuartos. Sacaba una baraja mugrienta y que habia servido todo un mes, y con una destreza sin igual, poniendo cincuenta ó sesenta cuartos de banca, echaba albur, gallo, entrés y elijan. Si ganaba, guardaba el dinero; si perdía, pedía prestado al que ganaba, por manera que ella no perdía jamas. Un vasito de mistela y unos cuantos cigarros, uno y otros regalados, por supuesto, eran su amor y compañía constante.

Yo que estaba avergozado de hallarme en tugurio semejante, me daba prisa á perder algunos reales para invertir el tiempo de mi visita y aprovechar la distraccion de la respetable mamá, en coloquios, no amorosos por cierto, sino artísticos, con la hermosa Paquita.

Este ángel tenia todos los instintos de lo bello, pero le faltaban dos cosas esenciales: educacion y escuela. No veia mas que viejas viciosas, jóvenes amarillentas de envidia y hombres groseros, porque es innegable que todo hombre se amolda mas ó menos á la sociedad en que se halla, perdiéndose así la excepcion en la generalidad.

El sentimiento, que es don espontáneo del cielo, ha menester, como todos los instintos humanos, desarrollo y cultura. Las raices de lo bueno y de lo malo están en el corazon; aquellas que cuida el jardinero, brotan; las que descuida, se marchitan.

Paquita era capaz de todo lo bueno, y Paquita pasando su vida casi despercebida; morirá en el olvido y sin gloria. El humo de cigarros en que siempre estaba envuelta, y su escasa inteligencia de la química escénica, abrieron grietas en su cutis y afearon su tez; la costumbre de oír conversaciones impuras y palabras rudas, sin ajar su corazon, ajó su gusto; el trato que casi siempre tuvo con las únicas personas á quienes no repugnaba aquella sociedad de tugurio y taberna, ahogó sus buenos instintos; y el ejemplo de su madre, acabó de estragar su alma, llena de pureza y virginidad.

Su madre, en los primeros años de su juventud habia sido Actriz, aunque de escaso mérito, no de escasa hermosura. Había recibido los obsequios de cierto conde engañador, que, segun ella decia, fue su marido, y segun otros, su amante.

Paquita era, pues, hija de un titulo de Castilla, hombre de educacion escogida y de nacimiento ilustre. En los primeros años de la niña cuidó de ella su padre, proponiéndose elevarla á su clase, cuando el buen parecer social se lo permitiese. Era este el buen ángel de Paquita, así como su madre era su ángel malo.

Tendria apenas doce años la que debia ser, como su familia materna, mera Actriz, cuando murió el conde, á consecuencia de un pecado de gula, dejando incompleta la educacion de su hija y no asegurado su porvenir. De esta primera educacion nacian los instintos de Paquita; pero, á medida que fué adelantando

se encuentran enemigos, como en la mejor fruta se encuentran mas gusanos, y á pesar de eso no deja de codiciarse y buscar el hueso con afan prolijo, como semilla que bien cultivada puede dar ótimos frutos. Allí donde los cómicos se dieron mas, y primero á conocer, en las orillas del Nilo, ya los egipcios ejercitaban el arte con maldad: allí representaban sus misterios y se valian de él para sacar partido de la credulidad, ¿ fue suficiente esto para que se le mirara con desprecio? Responda Grecia, responda la república famosa de los Nicostratos y los Andrónicos, cuya inmensa reputacion voló en alas de la fama por el mundo conocido; hablen despues los Latinos, y contesten con posterioridad los Roscios y los Esopos, gloria de la declamacion romana. Respondan tan insignes maestros de la nobleza del arte, y digan de su recompensa y cuenten de su gloria, y cómo los grandes hombres y hasta los emperadores mismos tenían á gala y por orgullo el brindar proteccion á cuantos sobresalendo, eran como el espejo en que la sociedad se miraba. ¡ Hoy dia cuántas y cuán diversas consideraciones se ofrecen!

Tan alto como se remontaba el arte en aquellos tiempos, tan grande era la caída que se le preparaba: la multitud lo miraba desde abajo con ansia y entre la confusa gritería de los que ven ascender un globo y desean su caída antes que se pierda de vista. Al lado del mérito, en contraposicion de tan inestimables joyas del arte, se pusieron en juego todos los vicios imaginables; y aparecieron en la escena de una parte los *histriones*; de otra los *mimos*, *pantomimos*, *timélicos* y posteriormente los *juglares*. Entonces tuvieron principio las acciones torpes, las indecentes y asquerosas representaciones, ya en las tablas, como á las puertas de las mas inmundas mancebias, y el teatro se convirtió en escuela de inmoralidad y de escándalo ¡ con cuánta verdad podia decirse en dias tan aciagos para el arte, que *el pulor era tenido por melindre y por gazonería la virtud!* en aquella época si que se pagaba dinero por ver representar escándalos, aunque hoy dia haya producciones que sean puro escándalo tambien, y desde entonces pesan sobre el arte tan tristes recuerdos; porque hay leyes escritas, leyes que no se cumplen, es cierto, leyes que la razon y los adelantos del siglo han derogado, pero lo escrito se borra con dificultad y aunque sea tradicionalmente todos saben: que á las mujeres, no se las permitia gastar adorno ni objetos de lujo ¡ grave castigo! que anulaba el dicho, de que *no hoy dama fea en las tablas*; que á los hombres se les declaró *incapaces*; ¡ incapaces, siendo tales cómicos! y luego dirán que no hay leyes supérfluas; *incapaces*, digo, para recibir orden sacro; que en ningun asunto se daba valor á sus declaraciones, y claro está que se les hacia mentirosos de oficio. De modo, que si se ejecutaba una muerte donde no hubiera mas que cómicos que la presenciarian, era lo mismo que si se hiciera entre ciegos; y si alguno les robaba, aunque el robar á un cómico ni entonces ni ahora sea muy probable, bastábale al ladrón negarlo para que quedara impune. Sabido es tambien, que los privaron de la comunion como á públicos pecadores, y que amen de esta friolera los declararon *infames*.

De todas estas leyes, tan solo queda el recuerdo, pero este recuerdo es tanto mas vivo, cuanto mayor es la imperfeccion del arte, ¿ cómo le han de hacer bueno, aquellos y aquellas que por no saber ni aun leer tienen que aprenderse los papeles como los ciegos las copias, á fuerza de leerse los? ¿ cómo han de penetrar en los arcanos del arte, aquellos para quienes se mantiene en griego? ¿ ni qué cosa puede tampoco dar muestras de su bondad, cuando se compra por un real ó cuatro cuartos y hasta por trapo y hierro viejo? Es la fortuna que estas gentes, que forman un tipo separado, cual es el del *comediante ó cómico de la lo-*

gua, si hoy dia valen algo es por lo que escasean; no es tanto á pesar de esto, que no haya muestra de semejante paño hasta en los mismos teatros de la corte. Así es, que el verdadero tipo, el que me he propuesto bosquejar, es el que caminando sin ver lo que atrás se deja, desea llegar al punto que han legado muy pocos, para que nadie se acuerde de su nombre: esté es el *Cómico*: y ya es tiempo, lector mio, de que empecemos á pintarle.

El *Cómico* es como una semilla abundante, pero no fecunda: una planta que nace entre malas yerbas, la cual rara vez crece sin que sucumba ante la fuerza de tanta maleza, pero que si llega á triunfar de esta, crece, se desarrolla, y de su tronco brota una flor cuya hermosura y lozania no cede en nada á las demas flores. Como despues verá el curioso lector, de estas flores escasamente se podrá formar un ramillete.

Generalmente el *Cómico* suele emprender este arte, ó porque viendo cercano el término de medios para una subsistencia decorosa; se le hace duro y pesado el aplicarse á otro en que haya que aprender mas de lo que sabe, esto es, leer medianamente; ó porque teniéndolos para seguir una carrera, conserva cierta inclinacion á la vida cómica, vulgarmente reputada como de diversion y de ocio. Cualquiera de estas que sea la causa, procura á todo trance meter la cabeza en un teatro casero, lo cual equivale á perderla. Sabido es que en estos teatros no se permite mas que aplausos, y á favor de ellos cree nuestro jóven, si no es anciano, que á mas de cuatro he conocido yo con afición á los sesenta, que progresa en el arte con asombrosa rapidez. Dado el primer paso en esta senda, y dado de este modo, es casi indispensable recorrerla toda; siendo tan raro el que de corre lo andado ó se para en la mitad de su camino, como lo es el que se detenga ó vuelva atras el que una vez empezó á bajar una escarpada cima, siquiera á su planta se deje ver un precipicio. Aquí se ve que el teatro casero es la cuna, digámoslo así, donde se mece nuestro tipo, cuna de la que sale echando á correr por esos trigos de Dios, cuando apenas nacido, puede tenerse en pie.

Regularmente inaugura su carrera en un teatro de provincia, para el cual suele contratarle el empresario, despues de haberle visto representar en algun teatro casero de la corte. En busca ya del interés el que antes solo codiciaba aplausos, sin consultar con su familia, cierra su trato á ciegas, y sin mas garantía que algun pequeño adelanto, espera con ánimo resuelto las alzas y las bajas de su sueldo, á proporcion que suba ó baje el número de billetes que se suspendan.

Entre su familia fue tenido siempre por un calaveron deshecho, y como á tal le decian lo que los padres dicen á sus hijos: « que no saben mas que comer y gastar. » Por lo que, cerrado que está el trato, se va á su casa con aire de satisfaccion, que forma raro contraste con el de disgusto que en ella reina, y en lá mesa, hora en que á todos los encuentra reunidos; procura buscar coyuntura, aunque sea á costa de decir que se queda con hambre para que le digan la cantinela de costumbre.

En el instante que lo ha conseguido, responde con aire de triunfo. — No necesito de Vds.. Me voy de *Cómico*. — El padre le contesta á secas: — vete bendito de Dios. — Y la madre con tono indiferente añade: — si, vete, vete; con eso vivirás á tus anchas y harás divinamente la vida de vago, aunque te mueras de hambre. Los hermanitos comienzan á hacer pucherros, y la madre, aunque lo disimula y se vuelve á un lado para dar con la cuchara al pobre gato, que no entiende la conversacion, y decirle, *zapé*, que me estás aruñando, deja escapar las lágrimas de sus ojos. Entonces nuestro *Cómico* se goza en decir: — ya ven Vds., aquí no hacia mas que comer y gastar, y ya puedo vivir por mi cuenta. El padre sigue comiendo y ca-

llando; la madre, con el llanto mas pronunciado, empieza á desmenuzar la vida del hijo, y todo lo que dice son premisas de semejante consecuencia. Pero ya no hay remedio. El padre, que se ha estado contentiendo por no tirarle un plato á la cabeza, conociéndolo así, le saca, con él á paseo, y aunque está disgustado se conforma al fin, porque el muchacho tiene afición y gusto para *Cómico*. Se entera por lo tanto de todo: se ve con el contratista, y procura asegurar en lo posible la contrata del hijo.

El día en que ha de ponerse en camino para la provincia, es cuando tiene un sentimiento verdadero porque se penetra de que se lo ha causado, y grande, á su familia: es cuando se encuentra algo arrepentido de su paso: en una palabra, sufre un mal rato. El padre que ya se encuentra conforme, procura consolar á la madre y persuadirla de que por eso no se deshonrará la familia, que el arte es tan noble como el primero, y que si el muchacho llega á sobresalir, será tan estimado como el primer artista.

Luego que ha entrado en la diligencia con sus demás compañeros, la cosa va mudando de aspecto, pues aunque en su interior conserva la pena, procura con el exterior dar á entender á sus compañeros, no es grano de anís lo que llevan consigo, y poco á poco todo va siendo broma y reemplazando á las ideas tristes de su imaginación, el pensar en el día su salida. Llega á la capital donde no conoce á nadie: pero mientras, porque entre los caballeritos de provincia que se honran desde el primer día con su amistad, es raro que no resulte con el tiempo ser alguno de ellos primo suyo ó pariente. Estos por supuesto le buscan á él, pero no es lerdo nuestro *Cómico*; sabe lo que le conviene y procura entablar amistad con los redactores de los periódicos, si es que hay periódicos, y si es que estos tienen redactores, porque hay algunos que se redactan solos como la vetusta Gaceta. El *Cómico*, buscando esta amistad, tiene muchos puntos de contacto con los ministros; como á ellos le llena la prensa de temor, y hasta puede asegurarse que no es el mas fuerte defensor de su libertad; como ellos, es en todo lo que atañe á farsa y embuste; como ellos siendo representantes, lo es él tambien; es decir, como ellos mira al plato y á las tajadas; como á ellos le silban á él; como ellos se rie de los silbidos, y en una palabra: sin mas que cambiar de puestos, unos y otros llenarían igualmente su papel.

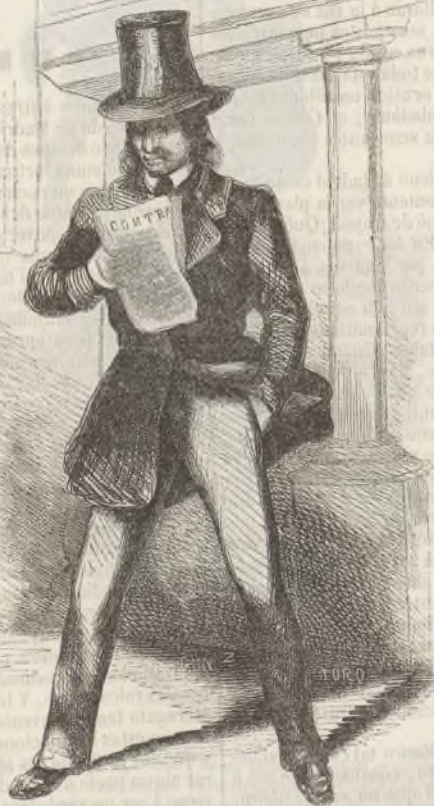
Después que han pasado unos días, durante los cuales nuestro héroe no se ha dormido; preparado que tiene el terreno, haciéndose lugar entre los calaverillas y periodistas; echándose por el suelo, demanda indulgencia para el día de su salida, que en la lengua que usamos por aquí equivale á demandar aplausos; se anuncia la función por medio de pomposos carteles. La empresa manifiesta que se llenarán sus deseos si el público queda satisfecho de la elección: reparte unos cuantos billetes, gratis á los conocidos, sacrificio que hace en aras de la novedad que al público presenta, y corren de cuenta de la misma, con aplicación á gastos imprevistos, las coronas de laurel, los versos y demas que se tiene preparado, por si el éxito requiere que se haga uso de ello. Llega la hora de la función, el protagonista afecta entre bastidores una serenidad que no tiene; cada vez que mira por el agujero del telon cómo se llena el teatro y la algazara que reina entre los concurrentes, se apodera de él un sudor frio: si alguna vez en su vida pudo arrepentirse de haber seguido tal carrera, es en aquel momento, solo el ¿qué dirán? el honorcillo solo, le obliga á permanecer en su puesto, y á no abandonar el campo donde tiene, tal vez, que hacer frente á muchos enemigos, enemigos que se llevarían lo mejor de la batalla porque pelean con armas desiguales: ¿de qué buena gana cambiaria de situacion con cualquiera, con el mas miserable de los espectadores! de tan buena

gana, como cambiaria un reo su puesto por el que ocupa el juez que le escucha para dar su fallo despues: hay la notable diferencia de que el espectador mas humilde ha comprado por un real el derecho de ser juez, de fallar y de ejecutar á un mismo tiempo. Hácese cuenta sin embargo nuestro *Cómico* de que no queda otro remedio que pasar por todo; y sacando fuerzas de flaqueza, luego que empieza la sinfonia, trata de hacer creer al que le mira que se pondría á bailar de buena gana. Levántase el telon: un silencio sepulcral reina en los espectadores: nótese á pesar de esto cierta impaciencia por ver delante de sí, al que dentro de poco ha de ser su victima ó su idolo: sale por fin á las tablas con la turbacion que es de suponer, se le oyen con calma y sin muestras de ningun género las primeras escenas que las dice á ciegas y como por máquina: se distrae al ver tanta cabeza fija en su persona, no atiende á lo que le dice el apuntador: se esfuerza este y se deja oír mas de lo de costumbre: la mala suerte hace que un amigo imprudente quiera animarle entónces con un aplauso, los chicheos le corresponden, y un silbido se oye aquí, y un atrevido mas allá corresponde con otro, doble fuerte; entónces la risa es ya general: cual chispa eléctrica cunde la silba entre el público todo, y los gritos de «fuera, fuera» se suceden con rapidéz. Nuestro *Cómico* ya no sabe lo que se dice, se come las palabras, se atraganta, tiende la vista como el que implora clemencia, de vez en cuando mira con ojo airado al apuntador, como quien dice al público: «aquí está la causa» da sus pataditas en el tablado, significando así su desgracia, y espera con impaciencia á que pase lo recio de la tormenta para continuar navegando por aquel inmenso piélago de desgracias, en que la envidia y la ignorancia son para él las olas encontradas.

Terminada la corrida, y cuando ya nuestro *Cómico* ha recibido el bautismo de la silba, aprovecha la primera coyuntura, que será luego que caiga el telon, en que los companeros se quejen de la intolerancia del público, y dando cumplido desahogo á su fatigado pecho, les dice: «ya lo han visto Vds.... al papel no le ha faltado nada; sino que nadie está exento de cometer unas cuantas equivocaciones y.... ¡cuidado, que ni de eso he tenido yo la culpa!.... ¡y es que ese apuntador!.... ¡ese apuntador!.... es un ¡asesino! ¡si señores! y cuenta con que le voy á decir clarito. «V. no sabe leer.» Figúrense que cuando al público, sin que sepa yo por qué, le dió gana de silbar, lo cual no pasa de ser una majadería.... yo.... francamente, con el ruido no oía bien al apuntador, y ya desesperado, aunque sin mirarle, porque hasta en eso hice mal, el público debió haber sabido que él era quien tenia la culpa; pues como decia, ya desesperado, le grité ¡mas fuerte, mas fuerte! y como la maldita casualidad hizo que silbaran en este momento, el público convirtió en sustancia la alusion, creyendo que era á él á quien me dirigia, y entónces fue cuando me tiraron el turbante y la corona de esparto gritando ¡fuera, fuera ese tuno! Ahora díganme Vds.... ¿esto es racional? Como es de suponer, todos los que le escuchan le dan la razon: y cada cual le anima á su manera, no faltando quien le diga, que fuera de aquel paso desgraciado, ha estado muy feliz en todo lo demas. Después de esto y cuando se cree tranquilo, se presenta un alguacil con la orden de S. S. para que pague una multa por aquello de «mas fuerte, mas fuerte» y en vano se disculpa con decir que era al apuntador á quien se dirigia, en vano desea saber el motivo y la razon que tiene S. S. para obrar de tal manera: este le contesta enfurecido, que pedir razones á un alcalde es un delito, y no tiene mas remedio que pagar. El pobre *Cómico* sale tan mal parado en este caso, que bien puede irse á mudar aires, á fin de restablecer su indisposicion artistica.

Pero no todas han de ser silbas; hagamos pasar á nuestro héroe por los aplausos, que habiendo algo de esto, aunque haya silbidos, ya hará él por hacer pasar como ignorantes á los que le silban: cuando tal sucede, lo primero que hace antes de salir de casa es mandar por los periódicos, aunque luego diga que ni los lee, ni hace caso de lo que dicen, que es muy de *Cómico*; se entera bien de cuanto en ellos haga referencia á la funcion: se va al ensayo un poquito tarde, lo suficiente para que todos estén reunidos, y por supuesto siempre con el firme propósito de hacerse á todo de nuevas. Luego que entra en el escenario se dirige á él preguntándole: —qué tal ¿se ha descansado?— No habia de qué, contesta con aire indiferente, estas cosas no me cansan y he dormido bien. —Pues eso se deseaba saber.—¿Ha leído V. los periódicos? le pregunta uno.— Hombre, no..... qué..... ¿dicen algo de la funcion?—Vaya si dicen, el tal, ha-

ce de V. vivos elegtos.—Pues mire V. no conozco á los redactores, mas que de haber tomado con ellos café. Por cierto que ¡vaya unos muchachos! ¡qué conversacion la suya! ya... ya les dije yo tambien que era una lástima no ocuparan los escaños del congreso. Pero hombre, los que no son cosa, son los del otro periódico (por supuesto que lo que él siente es no haberles podido conocer antes de su salida).— ¡Vaya, que cualquiera diria.... le contesta otro, que V. los habia leído!—Pues qué... dirán... ¡ya me figuraba yo antes de venir aquí que habrian de tomar una venganza tan ruin! porque... han de saber Vds. que uno de los redactores en cierta ocasion... por mas vale callar, porque estas cosas se ventilan de otra manera. En llegando á este punto la conversacion que era solo cómica, pasa á ser política, y se deja oír lo de: «si no hay estímulos...»—No señor, dice otro, es que el gobierno tiene la culpa de esto ¡el gobierno



El Cómico.

si, porque no es previsor ¿pues qué, no estamos viendo el desenfreno de la prensa, y sobre todo, señores, añade el de mas allá, que no es cosa de que le zarzadeen á uno á cada paso, porque el que mas y el que menos tiene su honor bien puesto.—Eso es verdad, contesta el director de escena; pero con estas

y con las otras se ha llevado el diablo el ensayo, y el día que dice algo del teatro un periódico, sucede lo mismo por variar: no quiero que me traigan Vds. aquí semejantes conversaciones. Pero él es quien conoce primero, que esto no es posible. En los ensayos es donde nuestro hombre maneja la intriga, por

que le repartan un papel, y hace cundir el chisme, y adula á la primera dama, y quita la pelusa al director, y aplaude sus disposiciones, y hasta tratamiento le daría.

El *Cómico* es de suyo naturalmente bromista, y una de sus bellas cualidades es la de ser rumbon; aunque yo sé de uno que para tomar un vaso de leche, mandaba á su mujer que le esperara á la puerta del café. Donde él se encuentre, como tenga dinero, que será el día que recibe su paga, no hay pariente pobre, ¡allí todo se derrite! Si va á comprar alguna cosa, nunca dice que es mala, antes al contrario.— Qué buen género tiene V.... sobre todo... me gusta el precio... ¡es casi de balde! A continuación de semejante entrada encarga que le hagan la pieza que va buscando de lo mejor, y sin reparar en el precio. Estos encargos suele hacerlos antes que entre la cuaresma, época en que puede aplicarse á su bolsillo el dicho que vulgarmente se aplica á otras gentes de diversa *carrera*, sí, pero que algunos creen que no trabajan en esta época del año, como á los cómicos les sucede.

Por este tiempo es cuando nuestro tipo se acredita de hombre de ingenio y puede extenderse certificado de tal, si logra evadirse de las persecuciones del sastre, zapatero y patrona. Lo probable es que lo logre; en cuyo caso estas tres personas distintas con un solo motivo verdadero, lloran á la vez su ausencia y piden á Dios que guie á semejantes parroquianos por otro camino que el de sus casas. ¡Y luego querían aplausos! De seguro que toda esta cáfila de acreedores se cobra á la primera ocasión en silbidos lo que otros dejarán á deber. No obstante, el *Cómico* tiene de bueno el no acordarse de semejantes bagatelitas, y lo perdona todo.

Llegada la cuaresma se viene á Madrid como todos sus compañeros, y es un contento ver la plazuela de Santa Ana en estos días. ¡Qué de trajes! ¡Qué de semblantes! ¡Qué de figuras! En las caras se conoce lo que son. Allí por la mañana, por la tarde, á todas horas está el mercado permanente donde se encuentra todo género de caracteres; allí, en aquel congreso, es donde se reúnen todos los representantes de Europa: reyes, arzobispos, generales, Guzman el Bueno, San Isidro Labrador, Caliche, Manrique el Trovador, Gaspar el Ganadero, el hijo de la Tempestad, San Francisco de Paula, y otros mil personajes históricos y fantásticos, malos con buenos, chicos con grandes, galanes y racionistas, barbados y graciosos; y allí, no clandestinamente, sino á vista de todos, ajustan por el interés que han de *representar*; ya sea por un año ya sea por mas, y hasia prevenido va el caso en que haya *disolucion*. Allí el curioso, al oír hablar de cuarteron y medio cuarteron, cree ser género que se vende al peso: mas allá, oyendo disputar si el caudal de fulano es chico ó grande, mantiene la ilusión de que se encuentra entre gente de dinero, hasta que llega á comprender que el caudal consiste en saber muchos papeles de memoria. ¡Todo es allí original, todo curioso! A las mujeres las representan en este lugar sus maridos, y por su mediación las ajustan el partido.

Este es, amado lector, el *Cómico* tal como le comprendo; si le miras como fruto, considera que vas á un melonar en que es raro el que no sale calabaza; yo por ahora no veo en él mas que una gota de aceite, que vale algo, sí, pero que no puede lucir sola y que hay que cuidar de que no manche.

Antes de concluir habré de pagar al mérito una deuda muy sagrada; al mérito, porque en España hay actores y actrices; pocos son, en verdad, muy pocos, acaso no lleguen á una docena los primeros y á media las segundas, pero bastantes á demostrar que el arte existe entre nosotros, si quiera para hacerle bueno tengan que luchar con tantos y tan encontra-

dos elementos: ¡qué alicientes tiene aquí la carrera del actor! que ya es preciso darle este nombre; cómo se quiere que se lancen á ella los jóvenes idólatras de la escena, cuando ven tan oscuro el porvenir? ¿cómo se quiere que adelanten los que hoy día se encuentran en el teatro con muy buenas dotes y felices disposiciones, si ven, de qué manera se paga el estudio infatigable del actor y el mérito sublime de la actriz? En España se quejan de que no hay actores, y no miran los que tal dicen, la falta de alicientes; no recuerdan que aquí no se ha empleado otro estímulo que las coronas de laurel ¡hondo premio por cierto! sobre todo para cuando el actor llegue á la edad propecta, para cuando tenga que morir en un rincón, donde ni en estofado pueda aprovechar el laurel de sus coronas por no tener que comer. Quiera la Providencia conservarnos lo que tenemos y librarnos de toda indisposición; porque es preciso confesar á fuer de francos, que cuando vemos en los carteles «la función anunciada para hoy no se puede ejecutar por indisposición de una de las principales partes,» nos alarmamos al pronto, si bien parándonos un poco conocemos que la indisposición está en otra parte; en el público que no acude al despacho de billetes.

JUAN PEREZ CALVO.

EL MARAGATO.

¿Hay alguien entre nuestros curiosos lectores que haya viajado de Madrid á Galicia ó de Galicia á Madrid, antes ó después de haberse puesto las diligencias, y tenga ademas fortuna bastante moderada para no atreverse con un coche de colleras?... Nada tiene la pregunta de deseo de averiguar vidas ajenas, antes es una prudente advertencia que ahorrará al tal la lectura, probablemente no muy amena, de este artículo. Porque en verdad, si la letra con sangre entra, según el benigno axioma de los antiguos maestros de primeras letras y latinidad, de presumir es que tan de memoria se haya aprendido el Maragato que ni se le olvide á dos tirones, ni encuentre cosa nueva en los borrones de estas líneas.

El Maragato representa el movimiento y comunicación del rincón mas occidental de la monarquía con la capital, desde una época difícil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias á la Providencia por la creación de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarían desunidos, no bastando á ligarlos las galerías que andan este largo camino. Decimoslo porque de las dos veces que se han establecido diligencias desde Madrid á la Coruña, ninguna ha podido continuar, ni continuará probablemente mientras el numeroso pueblo gallego no precinda del apego á los hábitos de sus mayores, y sobre todo á los maravillosos y reales de plata que de todas las tradiciones y costumbres heredadas es la que más hondas raíces tiene. Y hé aquí por qué decimos que el Maragato tan bien avenido por la equidad de sus partes con estas inclinaciones altamente conservadoras, y que por lo fijo de sus idas y venidas pudiera comprar algun poeta á la péndola del reloj de los tiempos, viene á ser un verdadero regalo de la Providencia.

Los Maragatos todos á su llegada á Madrid paran los mesones de la calle de Segovia, que sin género alguno de lisonja, pueden calificarse de los mas sucios, incómodos y fatales, no ya de la corte sino aun del resto de la Península. ¿Por qué así? A vuelta de algunos cicateros y avaros como el mismo Arpagon, hay otros que no adolecen de tan ruines manías; de maera que á no mediar la corriente irresistible de la costumbre, no sabríamos cómo explicar un suceso que en los pocos días que nuestros hombres residen en la capi-

tal les obliga á pasarlo, peor que el mas miserable jornalero.

Como quiera, y sin pararnos en estos que en la vida habitual del Maragato pueden con razon llamarse pelillos, vamos al caso en que una persona se ve obligada á ir á Galicia. Si el tal es hombre de aquellos que sienten en el bolsillo la especie de peso que tanto contribuye á aligerar el espíritu, y quiere comprar alguna mayor comodidad relativa en su viaje, no tiene mas que enviar un recado á los susodichos mesones de la calle de Segovia, seguro de que no tardará en presentársele alguno de los Carros, Crespos, Francos, Alonso, Rotas, etc., en que se divide y clasifica toda la Maragateria. No menos seguro puede estar de que le ceberá el cebadero ó mulo en que monta, aderezado como Dios manda; es decir, con freno, estribos y albarda estrecha, cubierta con su manta de es-

tambre azul rayada de blanco, y que por amor suyo ó de sus monedas (que al cabo lo mismo viene á ser impuesta la estrecha relacion del sugeto y sus haberes) alargará las jornadas, alargará el paso, alargará el descanso, y alargará por fin las comidas. Este linage de viajeros puede llamarse bien molido, porque de esta prueba nadie se libra, pero no mal andante, y así solo á medias merece nuestra compasion.

Mas ¡ay del cuitado que con la bolsa floja, el equipaje tasado, y sin tio cañónigo en Santiago, ó pariente comerciante en la Coruña, tiene que llegar sin embargo, á cualquiera de estos puntos! Para este no hay ni cebadero, ni albarda estrecha, ni estribos, ni freno, y mucho menos largueza en las marchas, comidas y descansos. El dia de la salida se baja á buena hora por la calle de Segovia; allí acomodan su avio, se sube sobre una viga de las que sirven de asiento en el



El Maragato.

portal; desde allá sobre un mulo de los de la recta que por todo paso sabe el de la madre; acomódase en una albarda que mas tiene de mesa de billar que de otra cosa; pónenle en la mano un ronzal capaz de desollar la de una mona, y sin mas mullido que una manta no muy honrada, y esparrancado como el mismo coloso de Rodas, emprende su caminata de cien leguas, volviendo sin duda los ojos á Madrid, tal vez para decirle, si es algun pretendiente desengañado, *¡ahí te quedas, mundo amargo!*

Sabido es que el Maragato por nada del mundo sale de su paso, así se desate el cielo en las lluvias, nieves y vendabales del invierno, como desuelle el ra-

bioso calor de julio y agosto la cara y manos de los transeuntes. A ratos á pie, á ratos sentado entre algun tercio, durmiendo unas veces, cantando otras, atendiendo las menos á la distraccion y entretenimiento del viajero, y empuñando no pocas la bota, atraviesa á paso de tortuga las extensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeidas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un pais habitado y ameno, y por añadidura arrecidas en invierno y abrasadas en verano.

Á vueltas de semejantes delicias, á vueltas de los tropezones y resábios de la mal regida bestia, y del moliendo sumo del desdichado viajero, sucede llegar á

posadas donde sopas y huevos es el único regalo con que puede acallar su hambre, ó cuando mas algun pollo ó gallina que, á semejanza del cisne, canta para morir; con la diferencia que el uno se duerme en las aguas de un lago, y la otra va á parar casi revoloteando á la cazuela para mas ejercitar las mandíbulas del viandante.

Por fin, despues de mucho andar y mas penar, llega el desdichado á las frescas orillas del Orbigo, panorama verde y frondoso que cierra con sus prados y espesas arboledas los yermos campos de Castilla. Ya muy cerca, á cuatro ó cinco leguas cuando mas, está la casa del Maragato, donde el pobre caminante sueña la gran ciudad de Jauja en que se atan los perros con longaniza, y se figura que va á representar el papel de Sancho en las bodas de Camacho el Rico. ¡Desgraciado de él, y cómo se ha de acordar de las ollas de Egipto que deja por Castilla! Porque es de saber que en la Maragateria por punto general la abundancia trae á la zaga la suciedad y el desaliño, y le sirve de tremendo contrapeso.

Aunque el viajero haya cruzado á paso de recua toda Castilla, siu embargo, al divisar el Maragato el campanario de su pueblo, se adelanta con su fardo viviente, pues es costumbre aguardar en casa la llegada de sus mulos compañeros de sus fatigas, si no de sus glorias. Nunca faltan chiquillos en el egido del lugar ya propios, ya ajenos, que salgan á recibir al Maragato y aun le escolten hasta sus umbrales, adonde suele llegar en medio de semejante cortejo, repartiendo saludos á derecha é izquierda para responder con su gravedad ordinaria á los de los vecinos y vecinas que se asoman á sus puertas á darle la bienvenida. Apéase al cabo en su casa donde su mujer sale á recibirle con mas respeto que efusion, dándole el extraño tratamiento de vos, recogiendo en seguida las alforjas, capa y escopeta, y saludando apenas al viajero, que al ver aquella mujer vestida de tan extraña manera y con tan raras palabras y modales, duda si por ensalmo se ve en otra tierra distinta de España. Su admiracion, sin embargo, sube de punto si por dicha ocurre en casa de su conductor alguna boda, ceremonia á que por fuerza tendria que pararse y asistir aunque llevase el perdon de su mismo padre y estuviese para cumplir el plazo de su sentencia, porque pensar que el Maragato ha de salir de su paso por nada, ni por nadie, es pensar en lo excusado. Son tan nuevas y peregrinas las circunstancias de semejantes bodas, que nos resolvemos á insertar uno de los rasgos mas notables, persuadidos de que su simple narracion ayudará á conocer á nuestro héroe harto mejor que todas nuestras descripciones.

Todos los Maragatos sin excepcion se casan en su tierra, así es que la raza, fisica y moralmente hablando, se ha conservado pura; pero no solo se casan en su pais, sino tambien ajustándose punto por punto á la voluntad de sus padres y concierto de la familia, que generalmente no toman por base sino la igualdad de los capitales. Circunstancia es esta que en otra sociedad mas adelantada y culta, seria manantial de infinitas desventuras, pero en Maragateria nadie se queja, porque los jóvenes aceptan este destino como el suyo natural.

Así, pues, cuando llega la época en que los futuros consuegros determinan casar á los mozos, el padre del novio y este se encaminan á casa de la novia delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tomen parte en la conversacion. Como tales asuntos son cosa de antemano acordada entre las familias, redúcese este paso á una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede á la compra de los respectivos presentes, cuya lista ofrecemos aquí por su extrañeza y novedad.

El novio regala á la novia el manto de paño negro

para ir á misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas, y solo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo* ó justillo atacado por delante con un cordón de seda que llaman *agolletas*; *vincos* ó arracadas para las orejas, *fajero* ó faja de estambre y *mangas*, una especie de ellas sueltas y sujetas únicamente á la muñeca. La madrina asimismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza.—Los regalos de la novia á su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* ó sayo de idem con cordón de seda; *chalecho* de grana con bordados tambien de seda á la portezuela; *bragas* ó calzones anchos, calzones negros (*botines*) *cintas* (*ligas*) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo comun y calzoncillos con cordón de seda.

Llega por fin la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas sin concurrir á la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro dia no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo á almorzar á los convidados de la boda. Acabado el almuerzo tocan á misa, y entónces el padrino, el padre de la novia y demas convidados del sexo feo, se dirigen á casa del novio precedidos de la gaita y de los amigos solteros de este, llamados en esta ocasion *mozos de caldo*, que van haciendo salvas con sus escopetas. Luego que entran en casa, el novio se arrodilla y recibiendo la bendicion de su padre, recogido y silencioso en medio del concurso, y al lado del padrino, se encamina á la habitacion de su futura. Las solteras amigas de esta, están ya cantándole á la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y cuando llega el momento de salir para la iglesia, la jóven deshecha en llanto recibe á su vez la bendicion paterna. Emprende entónces el novio el camino como unos sesenta pasos delante de su prometida, y esta camina de todo punto cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los esposos un anillo á sus respectivos dedos, y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo orden que trajo, con la diferencia que el novio y comitiva se quedan á la puerta corriendo el *bollo del padrino*, especie de justa, en que el que mas corre á pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demas entre los concurrentes en menudísimas porciones. Diríjense en seguida los corredores á la casa de la boda y encuentran á la desposada sentada á la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el pais, y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro. El marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas estas, entra todo el mundo á comer, dejando á la puerta la anterior solemnidad y compostura, tomando la alegría que tan bien cuadra á la ocasion. Despues de la comida *se ofrece*, es decir; saca el padrino un platillo de plata, pone en él por ofrenda una cantidad de dinero, y va dando vuelta á la mesa sin que nadie lo desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia que la acompaña y sirve todo aquel dia, pide para los utensilios de su amiga, como ruca, huso, etc., y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Alzause entónces, no los manteles porque la mesa sigue puesta todo el dia, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar á recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados,

y si buenamente no se las dan tienen derecho para tomarlas. Para que los novios lleguen á encerrarse en la cámara nupcial, nunca faltan trabajos; pero aun despues tienen que sufrir un obsequio cuya oportunidad les toca calificar á ellos, y es, que á eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van á servirles un par de gallinas de las que han recogido, para dejarlos reposar en seguida hasta la madrugada.

Amanece el día de la tornaboda y los esposos, despues de almorzar juntos, se encaminan á la iglesia con los mismos trámites que el día anterior, oyen su misa y vuelven á casa festejados por una comparsa de *Zamarrones*, especie de mogiganga que nunca falta en semejantes casos y que les aguarda á la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre el bollo de la boda que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se habla, se cena y se acaba la boda.—Cuando el novio es forastero, se lleva su consorte á su lugar desde la iglesia el día de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata, mular por supuesto. Por pocos ribetes de filósofo que tenga el viajero, cae entonces en la cuenta de lo que es el Maragato, y encuentra la explicación de todas las extrañezas que ha observado, diciendo para su capote: «esta gente son una reliquia de otros tiempos, que se conserva sin lesión notable, á pesar de los embates del tiempo y de la civilización, y un aparte en esta tierra de las excepciones y anomalías.» Y dice verdad en todo y por todo.

Por lo demas, para fortuna suya, lo duro del viaje está vencido, tanto por haber temido ya tiempo de acostumbrarse á las delicias de la albarda, cuanto porque el país que va á cruzar es variado y ameno, y la distancia corta. Por fin llega á Santiago ó á la Coruña, y allí se despide de su guia y de sus bestias; pero si por casualidad es preceptor de latinidad recién examinado y conserva aun algun rencor por los percances del viaje, es probable que no deje de decir entre dientes:

Immanis pecoris curtos immanior ipse.

Como quiera, el Maragato que no entiende latin y ademas se encuentra con sus ochavos, así se le da de semejantes alusiones como de las nubes de antaño. No por eso dejará de volver á hacer la péndola entre Madrid y Galicia hasta que las enfermedades le roben sus fuerzas, ó la vejez le ate en su casa con sus ligaduras de hielo.

Esta que acabamos de describir es la casta real ó aristocrática por lo menos de Marageria que tiene numerosa recua y abundante peculio. Otros hay que mas pobres y humildes recorren menores distancias, y otros por fin que comercian en artículos de consumo inmediato como escabeche y jamones, á los cuales pertenece la excelente y característica estampa que acompaña. Aquellos suelen ser los que conducen á Valladolid ó Santiago los estudiantes del Vierzo y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del Maragato sacan á los mulos de su reposado movimiento, y van á prevenir posada á su dueño en la universidad con un día de anticipación. Así y todo son carga muy benéfica, y si buenos disgustos traen al Maragato, buenos reales le dejan también.

Por lo demas cualquiera que sea la ocupación y riqueza de nuestro Maragato, el lector puede estar seguro de que siempre le encontrará vestido del mismo modo y animado de los mismos sentimientos. Tipos hay en esta colección que de todo punto desaparecerán dentro de algunos años, pero muchos, muchísimos se pasarán afortunadamente antes que el presente se borre. Y decimos afortunadamente porque aunque la rusticidad y apartamiento casi absoluto de la cultura

social le afean no poco, en cambio conserva todavía una honradez á toda prueba, y ejemplar pureza de costumbres. Al cabo ¿dónde encontrar la perfección sin tacha en los hijos del barro y de la culpa? Por eso es divina la fé que quedó escrita con sangre en el leno de la cruz, y encerró todo un sistema de filosofía en una sola palabra; «Caridad.»

ENRIQUE GIL.

LA VIUDA DEL MILITAR.

Los periódicos españoles del menguado siglo en que vivimos, no son otra cosa que un doloroso y noble martirologio. Todas las creencias han engrasado con el nombre de sus víctimas, este triste registro de nuestras desventuras: la independencia nacional, el poder monárquico y la libertad han hallado en este suelo clásico de las convicciones, defensores celosos que han luchado como fanáticos y muerto como mártires. Cualquiera que sea la causa de esta profundísima división en que, para tormento mútuo, unos y otros, hermanos y amigos, hemos vivido y vivimos, cuando la serenidad del triunfo ó la dulzura de la paz nos permite volver los ojos atrás y en torno nuestro, no podemos menos de simpatizar, ya que no con adversa creencia, al menos si con el ardor de esa entusiasta fé que de tantos vencidos ha hecho tantos héroes.

No de los héroes voy á hablar, para esos la trómpa épica, si hay quien algún día, acallado el rumor público, ó rico con su robusto aliento, se imagina que el mundo ha de escucharle. En estos tiempos los versos son como el trino del jilguero sobre el bramido de los mares: dulzura perdida.

Es condición humana que el héroe no nazca tal, sino que, arrojado sobre la faz de la tierra, como el misero Job, llora al nacer, regálase mas tarde al seno materno, crece brincando por la pradera, escalando tapias de huertas frutales, trepando á los árboles, sumiéndose en los rios, y esquivando horas á la faena y al estudio. Mas tarde, cuando apunta el bózo en su rostro, deja la escuela por el aula, ó el sable de madera por el de templado acero, el hogar paterno por el cuartel, las peleas de plaza por las refriegas del campo de batalla. En seguida sopla el viento de la fortuna é impúlsale su ardor juvenil, crece su entusiasmo, fórmase su educación, nájtrase su alma de ejemplos nobles, ofrécese para ello risueña ocasión, ayúdale el cielo, es un héroe.

Antes y despues del hecho sublime, es hombre y nada mas que hombre: solo en el instante de la inspiración divina es superior á sus semejantes.

¡Bendiga el cielo estos instantes, y muchos de ellos conceda á esos brillantes jóvenes que forman nuestro ejército, sobre todo cuando se trate de asentar sobre bases sólidas la independencia española! Cuando todos unos, formen nuestros pechos una impenetrable muralla que cerque nuestra patria, en que solo demos entrada á la amistad, y de que rechacemos la condición y la desleal alianza!

Mientras tanto, sigan esos jóvenes nutriéndose de buena doctrina, severos acaten las leyes rígidas de la obediencia, y entreguen su corazón á la belleza, mientras crece su otra desposada: la gloria. Entrégados á sus sentimientos, solo terribles en el campo de batalla, abran el corazón á la placentera fortuna de ver sobre su frente, como luceros del alma, dos ojos ligeramente empañados en tiernas lágrimas, que vierten esa luz misteriosa é indefinible del amor. Si la gloria está en el vencimiento que obedece á la voluntad, la felicidad descansa en la abnegación que

postra el querer ante la magestad sin trono. El hombre resiste á la fuerza, cede á la dulce y amorosa debilidad; de los trozos del acero vencido, forma un cetro que regala y obedece.

Si hay un sistema de vida que ejerza un influjo poderoso en los afectos humanos, alguno que predisponga á los sentimientos que interrumpen la monotonía de la existencia, de seguro nada que exalte mas la imaginación hay, ni nadie desarrolla con mas empeño los instintos amorosos, que la carrera militar. La constante ocupación de ideas morales, el sueño jamás interrumpido de la gloria, que es el misterioso objeto de otro amor no menos sublime, la ociosidad poética de los quehaceres materiales, todo nutre en el áurea esa inclinación interesante á nuestra naturaleza que nos impele sin treguas hácia lo maravilloso. Y el amor no es otra cosa que el engañador espejo, la fantástica realización de una aspiración indefinida.

El militar, por lo tanto, cruza en sus muchas horas de recreo las calles de nuestras grandes poblaciones; su porte decidido, su traje caprichoso, sus mostachos marciales, y en suma su aspecto varonil place al bello sexo, porque una extraña ley de la naturaleza quiere que jamás el amor anude dos cuerpos iguales, dos semejanzas físicas, sino dos pensamientos morales, no idénticos, sino armónicos.—El que es objeto de esta atención simpática, ve con la fe, que es la vista del alma, perfecciones indeterminadas en aquel débil ser que implora, en una mirada, su afectuoso pensamiento, porque rara es la vez que no nace de la frágil compañía del hombre el primer suspiro y el primer deseo. Eva tentó á Adán, y aunque este hecho no fuese una verdad, sería una verídica parábola.

El desenfado militar y el hábito de vencer los mas duros obstáculos son causa de que interprete la hermosa, como extremo y vehemencia de afecto, lo que es tan solo el cumplimiento de una necesidad imperiosa. El militar empieza gustado de una hermosa, la solicita con empeño, en gracia de sus costumbres, y suele terminar aficionándose á ella de un modo extremo, cediendo al imperio de una voluntad no tomada. Esta reunión de circunstancias, el mucho tiempo que consagra el militar á su amada, y el arrojo natural en quien ha emprendido una carrera de aventuras y riesgos, son causa de que se cimente brevemente en bases, aunque deleznales, singulares, la unión de estas dos voluntades.

Otras veces, y no son estas pocas, el hijo de Marte, según el estilo antiguo, para interrumpir el fastidio de su ociosidad, para alimentar su afición á los contratiempos, ó en fin para vencer el tedio de la monotonía, se entrega al pasatiempo de los galanteos, y sin saber de qué modo, ó sabiéndolo tal vez, concluye en serio compromiso lo que no debió ser sino recreo de algunos instantes. Es lo cierto que, por poco, por escaso que sea el amor ó la certeza del objeto amado, si la voluntad y el firme propósito la ayudan, la mano santa del himeneo pone fin á una extraña serie de cartas, citas, ausencias y goces. El militar no tiene residencia fija, y esto aumenta la tristeza poética de su condición; la ausencia embellece, el papel regado con lágrimas es elocuente, una hoja de rosa mensajera de mil besos, habla al corazón ya enternecido, y las memorias de un ligero favor nutren un afecto naciente. Llega, mas tanto, por fortuna la propicia ocasión de regresar al lugar que fue teatro de tan codiciado triunfo, y el júbilo de un regreso feliz, el cariño que no ha podido disminuir el prosaísmo del diario trato, labran poco á poco una situación de la cual ¡oh dolor! no hay mas salida que una.

¿Qué hacer, en efecto, cuando vencedor en el campo de batalla, objeto de la atención pública, favorecido con los elogios de la prensa, cubierto el pecho

de cruces, y el cuerpo de ligeras heridas, ve un hidalgo militar á su lado una interesante jóven que le ayuda á sobrellevar sus angustias, y se goza en sus alegrías? ¿Una jóven que, posponiendo á tan puro cariño el de un prosaico hacendado y soñoliento, ó sórdido agiotista, ni se cura de bienes que llaman de fortuna, ni teme arrostrar las fatigas de continuos viajes, ni las escaseces de privaciones continuas, ni los riesgos y dolores de la prematura viudez? Aun cuando el hombre, en general, escéptico y maldiciente, dude de la existencia del amor en la mujer, el militar, considerando su peculiar posición, no puede menos de dar crédito á tan noble sentimiento. Porque ni su riqueza aırae, ni su descanso seduce, ni la posición que da su nombre embriaga; por el contrario, fuera toda rémora, si el idealismo de la fantasía, y la intensidad del sentimiento no imperasen de tan absoluto modo en la naturaleza femenina.

En fin, el amor, como los mas sublimes afectos de la vida, no tiene mas fin que uno prosaico y vulgar. El invierno llega tras de la primavera, la noche tras el día, la muerte tras la vida, y el santo matrimonio tras el amor. Dios que lo ha dispuesto así, sabrá por qué las miserables criaturas no alcanzamos la causa de esa incomprendible ley que á todo principio da placer, y dolor á todo fin.

Ha pasado el tiempo en que era necesidad de la caprichosa moda maldecir del lazo conyugal, en que era vulgar y prosaico rendir la cerviz á esa posición final, término de las locuras juveniles. En el día, por el contrario, ya que no mas morales, mas hipócritas tal vez, es fuerza de las exigencias públicas afectar una rigidez y virtud que raya en la severidad del castigo. Así balumbándose el hombre entre dos polos de error, gira constantemente sobre un eje de fanatismo. No hay medio entre el si y el no á los ojos de esa pública opinión, reina tiránica que castiga á sus adversarios y no premia á sus amigos.

En punto á matrimonio creo yo, como de otras muchas cosas, que su bondad es relativa. Santo estado para el rico en demasia, y el pobre con extremo; por lo que ayuda al uno á brillar y al otro á padecer; para el acomodado plebeo, modesto en las necesidades del corazón como en las del bolsillo; para el hombre político que debe á la sagacidad de su mujer el secreto ajeno, la reconciliación y la neutralidad; para el ambicioso que sube en alas de una caricia femenina; en suma, para quien busca el modesto goce ó la inmortal fortuna,—pero dogal para quien metiéndose en sueños poéticos, há menester de libertad para girar por los espacios, de tiempo para engolfarse en las meditaciones, y de entusiasmo para volar á la muerte.

El militar pertenece esencialmente á esta última categoría, y al casarse se suicida ó inmola una víctima á un mero capricho. Puede casi asegurarse que, cuando el militar se casa, pierde el estado la ciega abnegación de un entusiasta servidor, el vergel de las gracias femeninas una flor y planta, la sociedad el vástago de un árbol que ha de dar un día fruto de dolor. La misma nobleza y el honor acendrado que inspira siempre el ejercicio de las armas, echa en el corazón del militar casado las raíces de un afecto de familia, tan prosaico y pacífico que amortigua ese fuego sagrado, sin el cual ni hay acciones heroicas, ni esclarecidos capitanes; y la pobre flor arrancada del tallo materno, no para adornar régios salones, sino para cruzar el orbe entre cielo y sangre; no en busca de un fin glorioso, sino objeto de un recreo secundario, pierde su delicioso aroma. De estos dos elementos, principio de vida, si enlace mas natural los uniese, no nace por lo comun sino una familia que es vástago de otra y otras, ella y sus ramificaciones gérmenes de dolor y miseria.

Los bienes materiales escasean por lo general

para el militar, que ocupado de los timbres de su acero, cuida escasamente de los bienes terrenales. La riqueza no es un elemento de felicidad, pero el bienestar es una condicion indispensable de tranquilidad, base de todo porvenir, y los hijos concebidos en la miseria nacen raquíticos de cuerpo y alma.

Vivia hace ahora mas de veinte años, en un castillo feudal de los pocos que hay todavía en pie en nuestra hermosa patria, una jóven entonces de quince aabres, tan hermosa y pura, que los ángeles si asoman la cabeza por entre el celaje de púrpura la acatáran y amáran. Acostumbrada á vivir desde su mas tierna infancia en el recogimiento y retiro, era

su única distraccion cuidar de la venerable ancianidad de su padre, y escuchar como premio la historia de las proezas que habian inmortalizado su apellido. Don Carlos Osorio era en efecto uno de los mas merecidamente célebres de los tiempos pasados, que recordaba haber pisado como vencedor el suelo de Francia, y haber roto el lazo de la esclavitud en Dinamarca, siendo amigo y compañero del justamente memorable marques de la Romana. Después de haber pagado á su patria el tributo de su sangre, con la poca que en sus venas le quedaba se habia retirado al castillo de Allariz, patrimonio heredado de sus mayores, en donde cuidaba de su

MINISTERIO
DE LA CURRA



La Viuda del Militar.

huérfana hija, y desde cuyo punto seguia las hazanas de su único hijo varon, heredero de su nombre, y esperaba él de su nombradía.

Catalina, que tal era el nombre de la pura é inocente solitaria, estaba metida en esos principios severos de honor y delicadeza que van de dia en dia perdiéndose, á medida que las pasiones bastardas de la codicia y egoismo echan raíces en nuestro suelo clásico de la exagerada credulidad. El aislamiento en que vivia le daba mas espacio y calma para meditar con mas ahinco y amor la historia de su valeroso padre, que célebre entre sus contemporáneos, habia contribuido á cimentar el mas santo de los principios; la independéncia nacional. Su hermano, que á la sazón tambien estaba afiliado bajo las banderas nacio-

nales, alimentaba este fuego del honor en el corazon de la jóven doncella, la cual no concebía dicha mayor que la de estar enlazada por todos los vínculos de la sangre y de los lazos sociales, á una familia de ilustres guerreros. De aquí una terrible predisposicion para recibir en su alma agradables emociones que mas tarde la perdieron.

Los tiempos eran turbulentos, las guerras diezaban la juventud, é ilustraban á aquella parte que no habia sucumbido en el combate. Acrecentaba esta circunstancia el interes que inspiraba á Catalina la ilustre clase que su padre habia honrado y honrando estaba su hermano. Compañero de este, y muy distinguido, era entonces D. Antonio de Povar, capitán en uno de los regimientos mas conocidos de la época.

Durante una licencia que el hermano de Catalina consiguió para pasar las pascuas en su casa, á ella le acompañó su inseparable amigo el jóven Povar. Era este de marcial apostura, de continente severo, gallardo porte, y mirada serena aunque penetrante. Su lenguaje era el de un hombre á quien no arredra la guerra ni pesa la paz, que espera en la fortuna, y no duerme en esta esperanza. Cortés con las hermosas, digno con los hombres, ni arrogante, ni humilde, nipreciado de sí mismo, ni en demasía modesto.

Durante su corta permanencia en el castillo, Catalina reparó en tan estimables y extrañas prendas, entregando insensiblemente su corazón á la dulce esperanza de ser objeto del afecto de militar tan distinguido. Sus coloquios con él eran afectuosos y sencillos, y lo que sus lábios no se atrevían á decir, sus tiernos ojos lo expresaban sobrado. El jóven oficial, aunque dando entrada en su alma á tan dulce sentimiento, volvió á sus filas despues de manifestar sobrado cuán duradero seria en su corazón el recuerdo de su mansion en el gótico castillo.

Trajo mas tarde la fama á los oídos de Catalina nuevas proezas de Povar, proezas que tenían á sus ojos el doble mérito de ser inspiradas por su amor, y ser juzgadas como hechos heroicos por el veterano Osorio, tan esquivo en alabanzas. Acrecentó esta fama y las apasionadas cartas del jóven vencedor el afecto y ternura de Catalina, quien un año mas tarde volvió á ser el objeto de su amor, entregándose con mas abnegación y entusiasmo á su pasión.

No tardó mucho en que, siendo de ello consentidores su padre y hermano, diese Catalina la mano de esposa á D. Antonio Povar, el cual, aunque sin bienes de fortuna, jóven y valiente, abrigaba la risueña esperanza de adornar un día la cintura con una faja de general, ilustrando así su nombre y el de su descendencia. Dispuso la suerte injusta otra cosa: despues de rodar algunos breves años Catalina por los yermos de Castilla, por las fragosidades de Aragon y por las ardientes playas de Andalucía, sufriendo las penalidades todas de una vida continua de campamento, perdió á su marido muerto heroicamente en una sangrienta refriega, quedando, por lo tanto, viuda con una niña de pocos meses. Como coincidencia desventurada, la vejez habia abrumado á su padre y la guerra á su hermano, pasando el mayorazgo, que era única fortuna de su casa, á una línea lateral, por ser condiciones precisas del fundador que las hembras fuesen excluidas de esta herencia.

La infeliz Catalina, criada en el regalo y la paz, se vió así, jóven y despedazado ya el corazón, entregada á la miseria y expuesta, con su huérfana hija, á sofocar en la pobreza y abandono las lástimas de un dolor mas agudo. Es una creencia que abrigó muchos años hace: nada hay de mas próspero para el desventurado por afecciones morales que el dolor y ocupacion continua de las ocurrencias. Se ha dicho, con una verdad de observaciones que maravilla, que

un cuidado ha muerto á muchos,
y muchos no han muerto á nadie.

¡Infeliz de aquel á quien el ocio del bienestar le permite entregarse, sin tregua ni descanso, á la agonía incesante del agudo dolor!...

Catalina en su afliccion no halló otro camino que tomar, que venirse á Madrid, con el fin de solicitar la limosna que el gobierno da á las infelices viudas de los valientes, con esa poquedad y tibieza que atestigua la dureza de las corporaciones. Los antiguos amigos de su marido la sirvieron algun tanto durante los primeros tiempos, interin no vino el desuso á interrumpir el hilo de sus relaciones. Encerrada día y noche en la lobreguez de un cuarto humilde, se entregaba sin descanso al cuidado y á la

educacion de su hija, como quien cifraba ya en esto solo su porvenir y felicidad.

Así pasó muchos años, sin quejas ni lamentos, viendo á muy pocas personas, y tranquila, ya que no feliz, en su retiro. Aunque escusa su pension de viuda é insuficiente para las comodidades de la vida, en esta tierra clásica de la abundancia y de la frugalidad, se necesita tampoco para vivir que la misera Catalina no echaba de menos sus antiguas comodidades. Pero los tiempos empeoraron: el desórden en la administracion y hacienda, los gastos de una guerra fratricida y la penuria del tesoro, refluieron en daño y perjuicio de las que, como Catalina, vivían con el escaso sustento que les daba el estado. De mal en mal, fue haciéndose tan insegura la época de las pagas, que apenas con ellas se podia contar para cubrir las tristes necesidades de la existencia material.

Entonces empezaron para la interesante viuda de Povar las lástimas y duelos: entónces las lágrimas marchitaron su rostro enjuto ya por la vigilia y el ayuno, y entónces la pobre madre empezó á sentir el dolor de amor con extremo, á otro por débil, cuyo valimiento no alcanzaba á reparar tal desdicha. La desgracia une á los seres, y Catalina adquirió entónces, por la necesidad de su posicion, relaciones con otras infinitas viudas, que en igual caso se hallaban y gemían menos. Quiso saber en qué consistia que algunas tan desvalidas como ella no mostraban el mismo terror á la pobreza, ni se asustaban al aspecto del hambre, del frio y de la desazudez. Supo entónces con dolor, que existen en la sociedad plagas de que ni idea hasta entónces habia tenido, y vió con dolor que á veces da el cielo hermosura á las mujeres como en triste castigo y plaga del género humano; supo que el ingenio que escita la miseria, es tan agudo que penetra en lo mas secreto y recóndito de los inventos, que solo la virtud muere de hambre, y que querer es vivir.

Una de sus conocidas le ofreció iniciarla en sus secretos; ni era jóven, ni hermosa, y por lo tanto no temió sus asechanzas. Nada, en efecto, tenia que temer su pudor pues aquella otra viuda, pura, en el sentido del recogimiento femenino, nunca habia recibido con impureza los halagos de hombre ninguno, ni se aventuraba á las orillas del pelágo de corrupcion; pero, habia abandonado su suerte á manos del acaso, y ninguna de las conveniencias de esta posicion le era extraña. El día, para ella, se partía en dos importantes divisiones; la una era consagrada á los constantes quehaceres del cobro de su mezquina paga, la otra con consumir en esas inmundas cloacas en que tantos incautos dejan cada día su fortuna y su felicidad. Las casas de juego son, en Madrid, el albergue de muchos que, sin mas patrimonio que la vigilancia y la frialdad de su cálculo, abusan del alboramiento é inexperiencia de los noveles adeptos y se aprovechan de sus arranques de atolondramiento. A estos seres sin alma, que protege la prudencia de sus adversarios, seguia con asiduo afán la amiga de Catalina, arrastrando á esta en tan torcida via. La desdichada viuda luchó infinito, pero al fin sucumbió, no á abandonarse á un tráfico ilícito, á una ventaja conocida; pero á aventurar sus escasos recursos á una carta; en suma, á ser la menos diestra de las *cucas*. Este es nombre significativo que los jugadores dan á ese enjambre de marimachos que frecuentan las casas de juego, que llevan siempre escaso dinero, que apenas juegan, y que, por un secreto que nadie ha podido ó querido adivinar, no pierden jamas.

La hija de la desgraciada Catalina tiene ahora diez años: es hermosa como lo fue la madre, antes que los dolores enlaqueciesen su rostro; tiene la educacion que trasmite la sangre, y la que su madre pudo darle en las horas de su retiro; abriga el instinto de todo lo bello, el amor de todo lo puro. Sin embargo, pasa

su vida acompañando á su madre en las casas de juego; lejos sí, del fatal tapete verde, pero en el corro de compañeras suyas de desventura, y ¡ojalá pudieran decirse de pureza!.... En los instantes de desesperación, llenos los lábios de imprecaciones, mostrando cuanto de mezquino tiene la naturaleza, se acercan á ellas jóvenes corrompidos, agostados en su tallo, y con chanzas indecorosas tratan de ahogar la rabia de la esperanza burlada. Otras, el júbilo de la ganancia inspira á aquellos mozalvetes dichos que, por ser agudos, no son menos duros á los oídos puros; y por último, de vez en cuando, algún jóven seducido por la exaltación de las pasiones, no por el vicio, se acerca con aire mastimido á consolarse de sus pérdidas, dulce y sentidamente, al rebaño de tímidas palomas. ¡Quiera el cielo, protector de la inocencia, que algunos de estos en cuyo corazón no ha podido echar raíces el vicio, se incline á la modesta huérfana de Povar, y al contemplar tantas virtudes, contribuya á su felicidad y á la de la desventurada Catalina.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

LA MONJA.

Los institutos de doncellas consagradas al culto divino, han sido conocidos de todos los pueblos antiguos y modernos. Los egipcios, los persas y los griegos, tuvieron estos colegios con diferentes nombres; y entre los romanos (cuyas costumbres nos son mas conocidas), es bien sabido que las vestales disfrutaban de las mas altas consideraciones. Al arribar los españoles al Nuevo-Mundo, hallaron con sorpresa tales institutos en aquellos remotos paises; y lo que es mas extraño todavía, con el fin de conservar un fuego sagrado y pereante que formaba una parte de los objetos de su culto, á imitación de los romanos, y de otros pueblos de Grecia y Asia. Tales eran las llamadas *Pallas*, en el imperio de los Incas, que cuidaban del templo del Sol: no meaos notables eran en el imperio mejicano las doncellas sagradas, de las cuales nos han trasmitido algunas curiosas descripciones varios historiadores de los que escribieron aquellas célebres conquistas.

Aun cuando sea poca la analogía que haya entre aquellos institutos y los de nuestras Monjas, y no sea de absoluta necesidad el recordar aquellos cuando se hace mención de estos otros, siempre es muy digna de observarse y ser tenida en cuenta, la idea de la existencia en tan diferentes pueblos y en casi todas épocas, de reuniones de doncellas consagradas al culto divino. Pero al arribo del cristianismo, tomó esta idea mas alto vuelo, y purificada de las ridiculas preocupaciones de la idolatría, pudo dirigirse á un fin mas perfecto. «Había (dice Fleury al hablar de las costumbres de los primeros cristianos), multitud de doncellas que consagraban á Dios su virginidad, ya por consejo de sus padres, ya por movimiento propio. Llevaban la vida ascética y no se estimaba la virginidad que no estaba acompañada y fortalecida con una grande mortificación, con el silencio, retiro, pobreza, trabajo, vigiliias y continuas oraciones.... En aquellos primeros tiempos vivían la mayor parte de las vírgenes consagradas á Dios en casa de sus padres, dos ó tres juntas, saliendo solamente para ir á la iglesia en que tenían su lugar separado de las demas mujeres.» En seguida describe igualmente la vida de las viudas, que tambien se dedicaban al servicio de Dios, y de las llamadas *Diaconisas*.

Poco á poco estas reuniones fueron regularizándose,

especialmente bajo la dirección de algunos varones piadosos: en el Occidente se debió esto con especialidad á la regla de San Benito, la cual, segun varios autores, ya era conocida en España durante el siglo vi. Los monasterios eran entonces por lo comun de los llamados *dúplex* ó *dobles*, porque se componian de dos recintos destinados unos para hombres y otros para mujeres, bajo la dirección de un mismo abad. Todos ellos padecieron mucho y fueron suprimidos en gran parte durante la destemplada persecución de Witiza, y concluyeron de ser aniquilados en la invasión sarracena. Pero así que los españoles principiaron á avanzar en su reconquista, trataron de restaurar algunos de ellos, movidos, no solamente de un espíritu de devoción, sino tambien por una razon de economía. En efecto, aun cuando sea igual el número de nacimientos de hombres y mujeres, es indudable que las causas de mortalidad son mayores entre los hombres. Mucho mas debian serlo entonces cuando la nacion luchaba entre las convulsiones de una guerra sangrienta y devastadora, disputando el terreno palmo á palmo y regando con su sangre cada terron que conquistara. Por otra parte los combates al arma blanca hacian todavía mayores las matanzas, y en los momentos de tregua, volviendo los cristianos contra sí sus propias armas, deslindaban sus querellas particulares por las vias de hecho, con tanta saña y furor como desplegaron contra los árabes. Todo esto contribuía á que el número de mujeres fuese extraordinariamente mayor que el de los hombres, y que para consuelo de las que no pudiesen, ni quisieran aspirar al matrimonio, se establecieran aquellos asilos de la piedad, y á la vez del infortunio.

Presidían á veces, por lo comun, en aquellas fundaciones, la religiosidad y la munificencia de los principes, y á veces las hijas de los mismos reyes daban el ejemplo, encerrándose en el claustro con las señoras mas notables y las doncellas mas brillantes de la corte. Tales son entre otras muchas fundaciones por este estilo que se pudieran citar, la de San Juan de las Abadesas en Cataluña, y las de Oña y las Huelgas en Castilla. Tambien el espíritu caballeresco de aquella época se revelaba en las fundaciones de los monasterios, y al paso que se instituian las órdenes militares, se fundaban casas para mujeres con el titulo de Comendadoras. Allí se retiraban á veces las esposas é hijas de los caballeros mientras marchaban estos á la guerra, ó bien permanecian en ellas para llorar su prematura viudez si tenían la desgracia de perderlos en las sangrientas lides. En aquellas casas de Comendadoras la clausura no solia ser tan estrecha, salian con ciertas precauciones fuera del recinto del monasterio, y gozaban de algunas comodidades que hicieron mas llevadera su situación comparada con su pasada opulencia. Su regla era por lo comun la de San Bernardo.

Recordamos con motivo del instituto, la fundación del monasterio de las Bernardas de Avila, en cuya iglesia (segun Gil Gonzalez Dávila, tomo II, del Teatro Eclesiástico de España, pág. 238), hay un mármol con los siguientes versos que copiamos, por ser tan curiosos como poco conocidos, y contener varias particularidades muy notables acerca de los monasterios en aquella época.

Don Sancho obispo de Avila señor honrado
dió muy buen ejemplo como fué buen prelado,
fizo este monasterio de San Benito llamado
y dióle muy grandes algos por do es sustentado.

Puso hi muchos duenos y dioles su Abadesa
e dioles libros e vestimentas e iglesia muy cumplida
e de muchas joyas la fizo enriquecida.

Puso hi capellanes que cada dia cantasen
e las horas bien rezasen, e por todos rogasen
dioles rentas con que bien pasasen.

E porque el monasterio fuese bien gobernado dio la visitacion al Obispo su prelado, e non de otro regulado.

Andaba la era cuando fue acabado 1388 por mejor ser remembrado, e dio gracias á Dios el Obispo mucho honrado.

Infiérese de aquí, que en la época en que se compuso aquella leyenda, era mas favorable la opinion á los monasterios sujetos á la jurisdiccion ordinaria, que no á los que obedecian á los prelados de sus órdenes respectivas. En efecto, al propagar sus institutos los fundadores de las órdenes religiosas, en especial las mendicantes, hicieron extensivas sus reglas á las mujeres, decayendo por lo comun la direccion de estar á cargo de los prelados de su órden. Solian nacer de aquí disputas entre los ordinarios y los regu-

lares sobre competencias de jurisdiccion, con mengua de la severidad y disciplina monástica.

Otra clase de Monjas era tambien conocida en España, hasta fines del siglo xvi, con el nombre de *Emparedadas*. Designábase con él á unas doncellas ó viudas, que se retiraban á vivir en alguna habitacion de cualquier iglesia, cuidando de su aseo y limpieza y sin salir de su recinto, de donde les vino el nombre de *Emparedadas*. Su instituto, segun las noticias que de ellas restan, parece aproximarse mas bien al de las antiguas Diaconisas, que no al de las Monjas posteriores.

Diferentes eran las causas que conducian á estas á renunciar al mundo para retirarse por toda su vida y vivir muriendo en aquellos piadosos asilos consagrados á la piedad. Una educacion religiosa y entusiasta conducia por lo comun á ellas, tiernas donce-



La Monja.

llas, que desconfiaban de un mundo que no conocian, pero que se les pintaba con colores tan negros como exactos. Terribles desengaños, esperanzas burladas, ilusiones desvanecidas, pérdidas de fortuna y otras mil causas dolorosas, solian tambien conducir á ellos algunas mujeres, que cual incautas mariposas habian visto chamuscadas sus alas, al revolotear en derredor de una luz, que las deslumbrara con su brillo, y las aturdiera con suave y engañoso color. No pocas veces la viudez desamparada buscaba un rincón donde gemir, y el arrepentimiento un albergue donde llorar pasados extravíos.

Solemnes eran tambien las ceremonias y el rito

con que la Iglesia católica habia revestido aquella separacion. Vestida de ropas elegantes, como la que camina al desposorio, se acercaba la pretendiente á la puerta del monasterio con una luz en la mano, rodeada de sus amigas y de sus tristes padres. Allí la comunidad la recibia entonando cánticos sagrados y despojándola de su brillante ropaje, le vestia un tosco sayal, ó bien una blanca túnica, símbolo de su pureza. Sus blondos cabellos, objeto de su orgullo y de su ornato, caian sobre una bandeja al impulso de una tijera; y despues de aquella dolorosa operacion, la abadesa cubria su cabeza con un velo blanco y sencillo.

Un año despues, las puertas del monasterio se abrian por segunda vez á la novicia, y se cerraban en pos de ella, lanzándola del monasterio: veíase entonces de repente en medio de sus padres y de sus amigas, ante un concurso numeroso presidido por varias autoridades eclesiásticas y civiles, para que la emision de su voto fuese sincera, y pudiera recibir toda la proteccion necesaria en caso de una negativa. El obispo en persona, ó su vicario, le dirigian la palabra, pintándole con vivos colores las privaciones á que se exponia si tomaba la resolucion de continuar en su santo propósito, la pureza de alma y cuerpo que exigian los desposorios místicos que iba á contraer, la austeridad que exigian los votos que iba á emitir, y finalmente, la desesperacion que se apoderaria de su alma si imprudentemente se empeñaba en aquel camino, del cual no le era dado retroceder. Al oír su resolucion afirmativa insistia hasta tres veces, exhortándola á retirarse y desistir de su propósito: entonces todavia era tiempo; y momento despues ya no habia lugar á retroceder. Las puertas del monasterio se volvian á cerrar nuevamente en pos de ella con un sonido pavoroso, semejante al de la losa sepulcral, que retumba sobre el ataúd, y las paredes del claustro parecian al repetir aquel eco lúgubre, decir á sus oídos: *para siempre*. La muerte misma no era suficiente para arrancarla de aquel recinto, dentro del cual recibian sepultura sus despojos mortales, separados aun entonces del resto del mundo. Una puerta no muy espaciosa, objeto á la vez de utilidad y de único recreo, era todo su mundo; las altas paredes que la hacian impenetrable á las miradas curiosas en todo su horizonte.

Su vida, aunque monótona, participaba de los sencillos placeres de la inocencia y de aquella tranquilidad interior que se aproxima á la bienaventuranza, y que es la única dicha del hombre sobre la tierra. Las olas de la amargura penetraban rara vez en aquellos retirados asilos; la iglesia velaba con esmero por la suerte de sus hijas predilectas; sus pequeños defectos eran escrupulosamente vigilados y corregidos; y cuando la discordia y las pasiones venian á turbar la paz habitual de sus silenciosas bóvedas, la voz del sacerdote se dejaba oír allí robusta y dominando los rumores de aquella pequeña tempestad.

Tal fue por muchos años el estado de las Monjas: favorecidas de los príncipes, mantenidas por la grandeza, respetadas y aun veneradas por el pueblo, sucedianse tranquilamente unas á otras de generacion en generacion, cual se suceden los árboles en los incultos bosques, crecediendo los retoños sobre los despojos que les dieran ser. Vióse entonces á muchas de ellas descollar en diferentes ramos y conquistarse un lugar harto honroso en la historia de la Iglesia y hasta de la literatura, para prez y gloria de su sexo. Bastará citar entre ellas el nombre de Santa Teresa, no menos célebre por su espíritu religioso, que por sus escritos, sus acciones y su célebre empresa de la Reforma.

Pero pasaron aquellos tiempos, y ya á fines del siglo xvii, dejóse oír por varias partes un rumor sordo contra los institutos religiosos. Creció este durante el siglo xviii, yendo en aumento progresivamente, y ¡cosa extrana! se las ridiculizó aun mas ágríamente que á los frailes, sin consideracion á su sexo y á la imposibilidad en que se hallaban de volver por sí. La sátira y el ridiculo se apoderaron de todas sus acciones y palabras. ¿Quién no ha oido un cúmulo de anécdotas vulgares sobre su culti-latini-parla, y los graciosos quid-pro-quos en el rezo del oficio divino? ¿Y quién ignora aquel manoseado refran con que se pondera la importunidad de sus regalos, y que suele aplicarse á ciertos presentes de mal agüero? Pero donde se dirigieron principalmente los tiros y las invectivas, fue contra la educacion que daban á sus edu-

candas, y que ha pasado hasta nuestros días con el apodo de gazmoñería monjil. No se quedó corto en cuanto á esto Inarco Celenio, en su célebre comedia del *St de las Niñas*, y con todo sus invectivas en el día parecen imperceptibles, á vista de otros escritos posteriores sobre las Monjas.

En efecto, llegó el año 34, y todos los escritores prosistas y poetas, tuvieron comozon por escribir acerca de ellas y sacarlas á lucir en todas sus composiciones. Descolgarónse los novelistas con la *Monja sangrienta* y la *Abadesa*; la *Monja Alferes* que pocos años antes habia salido á lucir el talte, pudo ya desde entonces campar por su respeto, como lo habia hecho en vida. Los folletinistas, que vienen á ser las guerrillas del gran ejército literario, llenaron los cuartos bajos de todos los periódicos político-sociales, con novelas traducidas ó refundidas en que intervenia alguna comunidad de Monjas, ó cuando menos la superiora de algun convento. Al mismo tiempo las puertas de las estamperias estaban llenas de láminas monjiles, en cada muestra habia una Eloisa junto á una Julieta, una Monja orando una Eloisa, en otra estampa, una novicia dando á besar la mano á un jóven por entre las rejas del locutorio, mientras que una vieja con anteojos lo acechaba desde la puerta.

Pero los que han explotado de lleno el tipo desde entonces hasta ahora, han sido los autores dramáticos. ¡Virgen del Tremedal, y qué avenida! Del año 34 acá, no ha habido apenas comedia en que no hayan salido Monjas, y á poco que siga el turbion, las actrices van á encarecer los hábitos. Un drama sin Monjas es poco menos que una ópera sin timbales, y es cosa de ver, cómo aquella parte del público que oye misa casi todos los días de fiesta, se extasia con un trozo de maitines cantados al arpa, porque es de rigor en los maitines teatrales el acompañamiento de arpa.

Pero lo mas notable es la exactitud con que están representadas en tales dramas las escenas de la vida monacal. Allí los hombres entran y salen por la puerta ó por las bardas con una franqueza que encanta, y se meten de rondon en el cuarto de la Monja que buscan. Esta se halla vestida con su túnica blanca y escapulario azul, que es traje de rigor, y suele estar en aquel momento postrada ante un crucifijo, con su correspondiente lamparita, diciendo cosas tiernas y patéticas, como v. g., que el crucifijo le recuerda la memoria de su novio, y que la pasion de Cristo fue tortas y pan pintado para lo que ha tenido ella que pasar. Porque es de notar que la muchacha no estaba por toca, sino por *casaca*, pues se hallaba perdidamente enamorada de un mocito de mala cabeza, pero buen corazon, mas su padre, que es un vejete testarudo si los hay, se empeña en casarla con un caballerote de mala entraña y siniestra catadura, al cual no puede ver ella ni aun pintado, mas que se lo pesen de oro. Pero á lo que está mas apurada, entra el galán y la convence de que lo mejor es irse con la música á otra parte, y *velis notis* se la lleva por la puerta del jardin ó por algun subterráneo, y cuando no, todo se reduce á tirarse de la torre abajo, que para casos tales paga la empresa un tramoyista.

Por lo que hace á los caracteres, todos, lo mismo en dramas que en novelas y folletines, son cortados por una tijera. Es de rigor que la superiora sea algo boba, pero que quiera mucho á la educanda, novicia ó lo que fuere, la tornera será chismosa é intrigante, la vice-superiora envidiosa é hipócrita. Habrá tambien una novicia íntima amiga y confidente de la cuitada doncella, y si es preciso hacer reír un poco se meterá por medio al demandadero, que es papel muy socorrido.

Tal es el modo de pintar á las Monjas comunmente, y por él así conoceremos el tipo, como las costumbres de España por las traducciones y refundiciones, que

á cada paso nos echan á las barbas las empresas de teatros.

Con estas ideas que bullian entonces en muchas cabezas, sobre la tortura en que vivian las Monjas, lo arrepentidas que estaban de su vocacion llamándose á engaño, las arterias y amenazas con que á muchas se las habia reducido á tal estado, esperábase que en el punto en que se abrieran las puertas de los conventos se llenáran de Monjas las calles y los paseos. Recordábase á este propósito la escena que pintó Montengon en su Eusebio, de una jóven á quien sus padres habian convencido á latigazos para que se metiera Monja, con objeto de acrecentar el patrimonio de sus hermanos; citábase algunos casos análogos, y los periódicos trascribieron al mismo tiempo algunas cartas de varias Monjas, pidiendo al gobierno su exlastracion y pintando con horribles colores la persecucion de que eran víctimas. Ya los enamorados de oficio se preparaban á la conquista de las *pálidas bellezas*, como entonces se decia, y los coleccionistas de cartas amorosas preparaban en sus neceseres un espacio destinado para *seccion de Monjas*. Aun recordamos haber visto por entonces varios billetes de este género en poder de un oficial, que solia enseñarlos á cuantos gustáramos verlos, respondiendo él de su autenticidad: bien es verdad que el pobre era mas devoto del quinto, que del sexto y octavo.

Pero llegó la hora, las puertas de los monasterios se abrieron de par en par, y el gobierno obsequió á las prófugas con la halagüeña perspectiva de un estancillo; mas ellas estuvieron quietas en sus conventos y las que salieron se han calculado en la proporcion de una por doscientas. Al ver tan inesperada resistencia se las sitió por hambre, y el bloqueo fue por algun tiempo *ainda mais* riguroso que o d'Almeyda: se las privó de sus bienes, y aun sus ahorros y sus mismos dotes no se libraron de las rapantes uñas de la Amortizacion. No faltaron tampoco agentes subalternos, que en vez de suavizar las medidas del gobierno, las exasperaron en cuanto estuvo desu parte, sembraron la cizaña dentro de la clausura, se complacieron en expulsar las Monjas de los sagrados recintos donde pensaban acabar sus dias, y los demolicion inefectuosamente, para arrancarles hasta la esperanza de volver á ellos: finalmente, para quitarles hasta el consuelo de comunicarse sus penas las dispersaron, trasladándolas á monasterios de diferentes órdenes. Su virtud se trató de gazmoñeria, sus padecimientos se atribuyeron al despecho, su constancia se calificó de fanatismo, cual si no mereciera calificacion mas honrosa el dejarse morir de hambre, ó arrastrar una vida semejante á una lenta agonía, por no faltar á sus votos y solemnes compromisos, por no desertar de sus banderas.

Desde entonces su existencia ha estado á cargo de la piedad pública, y de la generosidad nunca desmentida de los españoles. El bello sexo hubo de encargarse en todas las principales poblaciones, de velar por la existencia de las Vírgenes del Señor y la humanidad respondió á sus voces. ¿Y quién pudiera leer sin conmoverse aquellas desgarradoras palabras con que se anunciaban al público sus padecimientos y las tristes pinturas de la extrema necesidad á que se ballaban reducidas? Unas veces se anuncian por boca de un prelado, que ve morir sus hijas de inanicion sin tener un pedazo de pan que alargarles, ni una medicina con que calmar sus dolores. Otras veces por la solicitud de una alma compasiva que grita á la puerta del templo « ¡ un bocado de pan para las pobres religiosas! » Por lo general han sido mayores los padecimientos de los monasterios situados en pequeñas poblaciones; en algunos se han visto precisados á comer los desperdicios de los manjares mas groseros, en otros habiendo vendido hasta los últimos muebles se hallan reducidas á no tener dónde sentarse y dor-

mir sobre el suelo, cubriendo con los últimos harapos de los miserables hábitos sus miembros transidos por el hambre y por el frío.

Cuántas veces á media noche al salir de las tempestuosas orgías, ó bien acosados por el insomnio, habreis oido el melancólico sonido de un campana, cuyo eco se pierde en el espacio turbando ligeramente el reposo en que vace la naturaleza. Aquel pequeño ruido llama á las Vírgenes del Señor, que dejando sus pobres lechos se reunen para dirigir plegarias al Altísimo, y con acento pausado y misterioso le piden perdon de sus pequeñas culpas y de los delitos del pueblo, implorando al mismo tiempo sus bendiciones sobre los que las persiguen. Una pequeña lámpara, sustentada con el aceite de que se privan en su alimento, pende en medio del santuario, y su trémula luz ilumina apenas las altas ojivas del templo y las sombras de las recónditas capillas. Entre tanto en la casa vecina se oye el concierto de una estrepitosa orquesta, los balcones abiertos para renovar el ambiente despiden un raudal de luz, mil antorchas iluminan los vastos salones donde reinan el bullicio y algarazara. Allí mezclados en voluptuosas danzas, jóvenes elegantes y apuestas bellezas, se agitan en caprichosos giros, mientras que sus sentidos todos se hallan bajo la influencia de un aturdimiento indefinible que embota la sensacion y hasta los goces mismos.

Aquella es la casa del banquero opulento, del aristócrata nuevo que compró por una cantidad insignificante los bienes de las vírgenes del Señor, arrebatándoles sus dotes y su mantenimiento. En aquel convento gasta en un festin las rentas con que durante un año se mantuviera toda la comunidad; y con todo, al oír los melancólicos tañidos de la camoana, que resuenan cual misteriosas aldabadas en la puerta de su corazon, sus lábios se han plegado con ironía, y los jóvenes y las bellas dejando por un momento sus placeres y amorosos coloquios, han calificado á las Monjas de necias y fanáticas, su austeridad de locura, sus virtudes de hipocresía. ¡ Así juzga el mundo!

Quizá parecerá demasiado sério este artículo á muchos de nuestros lectores que esperarían probablemente oír picantes anécdotas de locutorio, chistosos quid pro quos en el rezo del oficio divino, golpes de candor y de chocante sencillez, las travessuras de las novicias, las industrias de los demanderos, golpes magistrales de los capellanes, los apuros de los padres confesores, comentarios sobre los dulces, las natillas y los escapularios y otras mil cosas á este tenor, que de sabidas se callan. Sensible nos será el haber defraudado tales y tantas esperanzas; pero en verdad que estamos muy lejos de arrepentirnos; en efecto prescindiendo de lo manoseado que está ese género de anécdotas monjiles, parece lo mas adecuado al describir un tipo, hacerlo segun las impresiones del momento. ¿Y quién sería capaz en el día de tratar festivamente y con ligereza á toda una clase tan respetable á un tiempo bajo su aspecto religioso, como digna de lástima por su aciaga suerte? ¿De tigre tuviera el pecho quien á vista de sus actuales padecimientos diera cabida en él á otro sentimiento que al de la compasion!

Por otra parte el entredicho que pesa sobre estos institutos, prohibiéndoles el dar velos y admitir profesiones, los condena á morir de inanicion: por esta causa al hablar de varios de sus actos y en especial de la emision de sus votos y el ingreso en religion, los hemos consignado en preférito, como pertenecientes á la historia. Un solo instituto ha logrado levantar de sí el entredicho, y es el de las hermanas de la Caridad. Los hospitales, hospicios y otros establecimientos de beneficencia reclamaban esta medida, y los pueblos mismos la exigian del gobierno. Una vez levantada la prohibicion, multitud de jóvenes piadosas han corrido á llenar las vacantes: los pueblos, se han

apresurado á llamarlas movidos de razones poderosas de aseo y economía, y hasta nuestras antiguas colonias americanas han pedido algunas de ellas, facilitando los recursos necesarios para el objeto.

En algunos pueblos extranjeros se han puesto ya bajo su direccion casi todos los establecimientos de beneficencia, los colegios de ciegos y sordo-mudos, y lo que es mas extraño hasta las casas de correccion, teniendo en estas á su cargo las personas necesarias para ejecutar las disposiciones penales repugnantes á su piedad y á su sexo. Los ensayos que se han hecho no han podido ser mas satisfactorios, y hacen desear que se intentasen en nuestra patria, cuyos establecimientos de beneficencia se resienten por lo comun de un desaseo repugnante, y de las dilapidaciones mas monstruosas autorizadas y sancionadas por la costumbre.

Jamas las órdenes del gobierno ni las predicaciones filantrópicas de los humanitarios, ni la vigilancia y el rigor mas esquisitos lograrán introducir en los establecimientos públicos la abnegacion, la limpieza y la puntualidad que reinan en los departamentos confiados á las hermanas de la Caridad, y mucho menos su esmero por aliviar no solamente los padecimientos físicos, sino hasta los morales de los infelices confiados á sus desvelos.

¡Hay cosas que apenas y con gran dificultad consiguen el oro, y que son harto sencillas y asequibles para la fé y la piedad cristiana!

VICENTE DE LA FUENTE.

EL SEISE DE LA CATEDRAL

DE SEVILLA.

Tu buena fortuna no te ha conducido nunca, lector benévolo, á la hermosa ciudad llamada por Mariana «noble y rica entre las primeras de Europa;» por Calderon «gala de las ciudades;» por Montalvan «sal de Andalucía;» por Cervantes

«Roma triunfante en ánimo y riqueza;»

y de la cual dijo el docto Aldrete que «por muy largo que uno fuera en su elogio, siempre se quedaria corto.» ¿No has visto nunca á la cuna de Murillo, á la patria de Rioja y Arguijo, á la madre de Velazquez y de Herrera? ¿No has visto á la ciudad cuyos pies besa blandamente el Guadalquivir con sus limpias y serenas ondas, á la que encierra en sus muros el preciosísimo alcázar de los antiguos reyes moros, la magnífica Catedral, la suntuosa Lonja y la eminente Giralda? ¿No conoces á la opulenta, á la célebre sobre toda alabanza, insigne á maravilla, famosa á todo ruedo, gloriosa entre las mas gloriosas ciudades, á la poética, á la encantadora Sevilla?

Si por ventura has gozado de tantos y tantos placeres como brinda tan nunca bien ponderada ciudad, habrás oido hablar alguna vez del tipo, cuya monografía me propongo escribir, contando con que tú te propondrás leerla, pio lector: reciprocidad sobradamente justa. Entonces nada tiene de extraño que recuerdes las gurulladas que en las tardes de la octava de la Concepcion ó del Corpus invaden las gradas de la catedral, y entran por sus anchurosas puertas con el deseo de oír la música y de ver bailar á los Seises. Habrás penetrado, supuesto aquello, en la gótica basílica, prodigio del arte, templo digno del Dios á quien está dedicado, cuando la luz del crepúsculo de la tarde colora apenas los pintados vidrios

de sus altas ojivas y rosetones, y cuando empiezan á lucir con todo su esplendor los gruesos cirios colocados en sus anchas columnas, los cuales alumbran las espaciosas naves y el terso pavimento enlosado con riquísimos jaspes. Habrás respirado aquel ambiente empapado en el suavísimo olor del aromático incienso cuyas nubes velan el suntuoso altar de plata y ondulan en las elevadas bóvedas, y por último habrás visto bailar á los Seises.

A la verdad, la escena que voy á describir es de las mas bellas que ofrece el espléndido culto que siempre se ha tributado en la catedral de Sevilla al Dios verdadero, y una de las mas interesantes que presenta el catolicismo en sus festividades.

Los Seises, como indica su propio nombre, son seis; mas en las danzas bailan diez: para este caso se visten de Seises los colegiales ó mozos del coro de mas baja estatura. El autor de un manuscrito, que posee un amigo nuestro, titulado: «Ceremonial de la Santa Iglesia de Sevilla desde 1677 á 1681,» describiendo la fiesta del Corpus, dice: «vestido, pues, su Ilmo., vienen los Seises y le bailan, habiendo antes bailado al Santísimo Sacramento delante de la custodia, luego á los tribunales, primero á la inquisicion y despues á la ciudad. Es de advertir que estos niños son diez, vestidos con baqueros y calzones de tela carmesi, y gorras y otros aderezos que paran en poder del veedor; y son los Seises que hay, y los que faltan suplen collegiales los mas pequeños.» Relacion que indica la antigüedad de aquella costumbre.

Colócanse, pues, los diez Seises ó niños cantorricos, como en otro tiempo se llamaban, ante el altar mayor en dos filas de á cinco una en frente de la otra á los dos lados del retablo, de modo que no vuelvan las espaldas al Santísimo Sacramento, que brilla en un trono de plata, terciopelo y diamantes, y dan principio al baile, tañendo las castañuelas de marfil, y cantando, si es la octava de Concepcion, los siguientes villancicos, que aunque carecen de mérito literario, son los que hace mucho tiempo sirven para estas festividades.

Salve, ¡oh Virgen! mas pura y mas bella
Que la aurora y que el astro del dia;
Hija, Madre y esposa ¡oh Maria!
Y la puerta de Dios oriental.

ESTRIBILLO.

A la Madre de Dios escogida.
Compañeros cantad,
Y de España Patrona real,
Compañeros cantad, concebida
Sin pecado original.

COPLAS.

Norte fijo en el mar proceloso,
Nos libertas del duro naufragio,
Arca santa, que fuistes presagio
De salud y de vida al mortal.
Porque á ti ni el silbido espantoso
Del soberbio aquilon se resiste,
Ni del cócico impuro acreciste
Ni un momento el inundo raudal.

En Carnaval y en la octava del Corpus cantan estos otros:

Candor de la luz eterna
Que para no deslumbrarme
Ocultas tus resplandores
Y me mandas acercarme;
Mira que estoy en tinieblas,
Y que soy tan miserable
Que hácia tí no puedo irme,
Si tú hácia tí no me atraes.

ESTRIBILLO.

Sol de justicia,
Que entre celajes
Te has escondido
Para incendiarme,
Haz que á mi pecho
Tu amor inflame.

COPLAS.

Aunque estoy ciego y desnudo
No debo desalentarme,
Porque en este Sacramento
Tengo con que remediarme.
Dime, luz inaccesible,
Fuego de ardor inefable,
¿Cómo te recibe el hombre
Y tan torpe y frío yace?

La danza es muy vistosa y sencilla. Se reduce á simples calados, cadenas y vueltas formando líneas undulantes: el paso es el de wals.

Un espectáculo tan primoroso, y hasta cierto punto raro, atrae multitud de personas así de la ciudad como forasteras. Cuando los Seises bailan, las naves principales de la catedral están llenas de todo en todo de sujetos de diversos sexos, edades y condiciones, desde el niño de pecho hasta la proveccta santurrona y el octogenario inválido; desde el almibarado pisa-verde hasta la desenvuelta cigarrera con las enaguas frisando en la pantorrilla, el delantal de coco, la mantilla de tira al desgaire pendiente de los hombros y el pelámen recogido en una ancha castaña sobre el cogote. Todos acuden á ver bailar á los Seises; y si un curioso asomase su cabeza por una de las puertas de la sacristía, que está detras del retablo mayor, veria por entre los dorados hierros de la gallarda reja del presbiterio un inmenso conjunto de niños en brazos de sus madres ó nodrizas embebecidos con la danza, una multitud de páparos con tanta boca abierta é infinitos mozos y viejos que van á la iglesia, unos por devoción, otros por pasatiempo, tal porque va con su dulce prenda, tal para pasar revista á las muchachas que asisten y saludarlas con los requiebros de costumbre. Y mientras los Seises, acompañados de la capilla de música, pueblan el viento con sus delgadas y acordes voces, y baten las ebúrneas castañuelas, formando círculos, cuadrados y triángulos con los penachos de sus sombrerillos, las garridas sevillanas de negros y rasgados ojos, de sonrosada y breve boca, de rostro ligeramente moreno, de gracioso talle, de tornátiles pies, ocultos hoy ¡mal pecado! en los pliegues de los andalarios, que han sustituido á la airosa y corta saya propia de las andaluzas; las sevillanas, repito, quinta esencia de la gracia, nata de la sal, y flor de lo bueno, burlan la vigilancia de sus dueñas y hacen disimulados guiños y señas de toda clase al afilado galan que como embutido en una de las gruesas columnas, mirando al soslayo, no pierde ni el menor movimiento de su Filis, ni el mas mínimo volver de cara de la sesentona que la acompaña. Hay tambien madres que haciéndose alcanzazas, fijan atentamente su vista en la danza de los Seises, mientras que un barbilucio jóven introduce boniticamente en la mano de la niña un billete amoroso, y cuando esta operacion se ha concluido, la buena de la mamá vuelve la cara, da con el abanico en el hombro á la muchacha, y le dice, señalando al altar mayor:—¡Qué bonito!—¡Qué bonito! repite la donecilla. En seguida la madre, sin apartar la vista del religioso baile y en voz baja, le pregunta:—¿Te ha dado algun papel?—Si, aquí está. Y ambas desean que la fiesta se acabe, para reirse con el vergonzante novio, examinar su alcurnia desde su mas alto origen, y su hacienda hasta el último ochavo.

De estos lances no faltan en la catedral en ocasio-

nes semejantes, en que los Seises son la envidia de los muchachos, la admiracion de los papanatas, el pretexto de los amantes, el entretenimiento de los hombres curiosos y el alma de la fiesta.

Cuando los Seises acaban de bailar, sueltan sus torrentes de armonia los dos excelentes dobles órganos, tocados por tan diestras manos como las de Gomez ó San Clemente, y empiezan á retumbar en las bóvedas los sonos de las veinte y cinco campanas colocadas en la gigantesca torre; en seguida se oculta al Santísimo Sacramento, y el gentío abandona complacido la catedral, derramándose por todas las calles contiguas. Tal es el espectáculo conocido con el nombre de *baile de Seises* en el que estos lucen sus sencillas habilidades y sus primorosos trajes. La escena es de suyo interesante, agradable y digna de ser presenciada. Tal vez nuestra desabrida pluma no habrá acertado á presentarla á la imaginacion del lector en toda su poetica viveza. Pasemos á dar algunas noticias acerca del origen y de la vida de los Seises.

Fácil cosa seria probar que las danzas han sido parte del culto así en la ley natural, como en la antigua y en la de gracia; y para llevar á cabo esta empresa nos habian de servir los testimonios de graves y sesudos varones, en sumo grado respetables y en todo extremo eruditos, si bien un tanto apelmazados en su estilo, y un mucho prolijos y copiosos. Si tal cosa nos hubiera pasado por las mientes, figurarian en este articulo numerosas citas de la Sagrada Escritura. Maria, hermana de Aaron, y la hija de Lepte ¿no hicieron lo que hoy hacen los Seises? ¿Qué fue en suma David sino un Seise de elevado linaje vestido á la usanza de aquellos remotos tiempos? ¿No dijo el mismo Dios en el Levítico, al prescribir las ceremonias que debian usar los hebreos en la fiesta de los tabernáculos: «tomad ramos de verdes palmas y de otros árboles, y con ellas *saltad* dentro del santuario en señal de agradecimiento.»

San Basilio, D. Martin de Alaya, obispo de Guadix. San Paulino, Aurelio, Prudencio y otros, elogian la práctica religiosa de las danzas y atribuyen su origen al mismo Dios. El doctor Matias Laguner, el licenciado Lara, Covarrubias, Bobadilla, Caro, Roman, Zúñiga y Santo Tomas de Villanueva, refieren y alaban la costumbre de danzar ante el Santísimo Sacramento, practicada en las iglesias de Sevilla, Toledo, Yepes y Valencia; si no temiéramos, en fin, menguar la paciencia de los lectores, aun podriamos añadir algunos nombres á la cáfila de escritores citados, los cuales tratan de este punto.

Green algunos que la danza de los Seises es un resto de las antiguas famosas *representaciones* y de las vistosas *danzas* de varias clases que acompañaban á la procesion del Corpus en ciertas ciudades principales de España. Parécenos esta opinion fundada, y no vacilamos en adherirnos á ella. Lo cierto es que el autor de estos reagrinos, por llenar mas cumplidamente su encargo, ha registrado antiquísimos é importantes documentos, y consumido su paciencia leyendo grotescos caracteres, que mas parecen signos de música que de escritura, á fin de ver si lograba desentrañar á punto fijo el origen de los *niños cantóricos* ó Seises. Todo ha sido en vano.

Lo único que hemos podido averiguar respecto á este asunto, es, que por una bula de la Santidad de Engenio IV, dada en Florencia en 24 de setiembre de 1439, se destinó la racion núm. 20, media para el maestro de capilla y media para los Seises: así está asentado en el *libro de entradas* existente en la contaduría mayor de la catedral. Consta igualmente en los protocolos del archivo de la misma iglesia, que Julio III, por una bula fecha en Roma á primero de junio de 1554, prestó su consentimiento á la creacion del magisterio de capilla.

Es fama que cierto señor arzobispo de Sevilla quiso

suprimir las danzas de los Seises, por creerlas poco conformes al decoro y reverencia debidos al augusto Sacramento. Con este motivo, según se cree, el cabildo fletó un barco y envió á Roma los Seises con el maestro de capilla, para probar al romano Pontífice, delante del cual ejecutaron sus bailes, que los trajes y danzas podían avenirse con la solemne gravedad del culto religioso. Quizá este viaje se verificaría cuando se instituyeron los Seises, ó tal vez por los años de 1690, siendo arzobispo de Sevilla D. Jaime de Palafox y Cardona, celebrísimo por haber entablado en contra del cabildo mas de cien pleitos relativos al ejercicio

de la jurisdicción y á materias litúrgicas. Aquel prelado tuvo notable empeño en extinguir las danzas que en lo antiguo costeaba el ayuntamiento de Sevilla; para que acompañasen á la procesion del Corpus. Nada tiene de particular que sus escrúpulos se extendiesen á los bailes de los Seises, toda vez que en la consulta que el cabildo hizo al maestro de ceremonias en la citada época, estaban aquellos comprendidos. Como quiera que sea, no ha habido ocasion de acreditar con documentos fidedignos un rumor, que corre en boca de muchas personas ilustradas.

En el sentir de otros, la disputa fue solo acerca de



El Seise de la Catedral de Sevilla.

si los Seises habian ó no de bailar con el sombrero puesto delante del Santísimo Sacramento, y añaden, que el cabildo impetró con feliz éxito un privilegio de Roma, para que los niños cantorcos bailasen de aquella manera. No falta quien dice que la gracia fue reducida al tiempo que durasen los trajes que vestían los Seises al tiempo de la concesion citada, añadiendo que por este motivo no pueden renovarse del todo las vestimentas. Pero ninguno de los apuntados rumores merece crédito, ni ha podido ser comprobado plenamente. Demos algunas noticias acerca de la vida de los Seises.

Perteneecen estos por lo regular á la clase media. Hijos de honrados plateros ú otros artifices, de escribanos ó procuradores, de comerciantes fallidos ó de viudas de militares, son los que se dedican al canto y pretenden la plaza de Seise, despues de haber lucido su voz en alguno de los numerosos rosarios que

en otros tiempos mas que hoy, paseaban de noche las calles del devoto pueblo de Sevilla. A los ocho ó nueve años, pues en llegando á los diez no podían ser admitidos en clase de Seises, buscan sus padres personas conocidas del maestro de capilla, cuando hay vacante por supuesto, á fin de que en el exámen de la voz no sea rígido, y caso de haber otros aspirantes, sea el recomendado propuesto en primer lugar al cabildo. Verificase esto así, merced á la diligencia y empeños de los amigos; el maestro propone los que cree mas á propósito y el primero á aquel por quien ha tenido mas fuertes compromisos; el cabildo los oye cantar y eligen los canónigos á los recomendados por sus amigos, amas de llaves, sobrinas ú otras parientas, supuesto que en punto á música y voces no deja de ser el cabildo juez incompetente.

Alonso Morgado en su *Historia de Sevilla* (1587) dice, hablando de la música de la catedral: á los Sei-

ses son los muchachos de mejores voces que pueden hallarse.» En tiempo de este autor tal vez la censura del maestro de capilla sería mas inflexible, y mas inteligente en música, y con medios por consecuencia para ser mas justo el cabildo; si ya no es que el método de elegir los Seises ha tenido variaciones.

Viven estos en el colegio llamado de San Miguel, bajo la dirección del maestro de capilla y del rector, y usan de varios trajes. El de casa se compone de media negra, calzon corto de paño del mismo color, chaqueta negra de lo mismo y manto encarnado. A la iglesia asisten diariamente con sobrepelliz y manto ú opa encarnada, costumbre que ya existia en 1532, segun se collige de las siguientes palabras copiadas del libro de Estatutos de la Santa Iglesia de Sevilla, cuando habla de los colegiales ó mozos del coro: «traerán opas moradas é no sean coloradas, porque haya diferencia de los otros Seyses.»

Cuando salen los Seises de paseo, ó van á visitar á sus parientes, visten el manto encarnado, hoy de paño, *in illo tempore* de rica grana, bonete del mismo género y color, beca azul, media negra y zapato de cordoban con orejillas y botones de metal.

Pero el traje mas galan y lucido es el que les sirve para danzar en las octavas del Corpus y de Concepcion y en Carnestolendas, y con el que está representado el figurin que acompaña este articulo. Compónese de un sombrerillo forrado de raso blanco, el cual tiene al frente una roseta del mismo género, plegado, de donde parte el plumero de una tercia de alto, celeste y blanco: la copa está rodeada de una cinta de los mismos colores. El año de 1837, siendo mayordomo de fábrica el Sr. D. Manuel Lopez Cepero, tuvo alguna variación la hechura de los sombrerillos, que en aquella época se hicieron nuevos. La copa tomó la forma cilindrica, por la parte superior ligeramente ovalada; el ala es ancha, á la chamberga, y recogida por el lado izquierdo de donde parten unas cuantas graciosas plumas blancas y celestes que caen en el lado opuesto. Ciñen el cuerpo con el baquero, el cual viene á ser un roponcillo que llega desde el cuello hasta la pantorrilla, abrochado por delante con botones de oro y adornado con pasamanos del mismo metal. El baquero es de tela de seda celeste y blanca, y se sujeta por el talle con un cinturón del mismo género prendido con una hebilla de acero, y tiran de él hasta que sube, formando buches, mas arriba de las rodillas: lo cual hace el traje mas airoso y agradable á la vista. De los hombros bajan hasta medio muslo dos tiras de igual tela como de tres pulgadas de ancho. Los Seises les llaman las aletas, y hacen de ellas látigos y disciplinas con que se sacuden mutuamente el polvo, al descuido del rector ó maestro de capilla: así están las aletas como el lector puede figurarse, y son las partes del traje que primero se rompen. Sobre el baquero cae una banda de la dicha tela como de seis dedos de ancho, la cual descansa en el hombro izquierdo y da vuelta á la espalda. Es de advertir que la banda muda de hombro, segun el sitio que el Seise ocupa en la danza, á fin de que esté del lado del altar la roseta que la adorna. La golilla y los puños són de encajes. Sigue el calzoncillo corto de la propia tela con una roseta semejante en cada uno de los lados de la parte inferior hácia afuera y en medio un botoncillo de oro. El calzado se compone de ricas medias de seda con viso celeste, y de zapatillas de finísima gaceta blanca con un lindo moño formado por lazos de cintas blancas y celestes.

En lo antiguo tal vez el calzado era de otra especie, atendiendo á que por un acto capitular del siglo xvi se manda comprar á los Seises varias piezas de su traje y *borceguines*. Las zapatillas son seguramente mas cómodas y á propósito para las danzas.

El traje que hemos descrito es el que sirve para la octava de Concepcion; el que visten los Seises en Car-

nestolendas y en la octava de Corpus se diferencia algun tanto de aquel en los colores, tales como el plumero que en las últimas fiestas es todo blanco, del mismo modo que la cinta que rodea la copa del sombrerillo; el baquero es encarnado, la banda de gró blanco, los lazos de las zapatillas son blancos y encarnados, y el viso de las medias del color último.

En tres épocas del año danzan los Seises, á saber; en las octavas de Concepcion y Corpus, y en Carnaval. El dia del Corpus van en la procesion junto á la custodia, y danzan ante la audiencia en una especie de palenque que se prepara al intento. Si el rey viene á Sevilla se le obsequia con un baile de este género, como en varias ocasiones se ha verificado. Así en un libro que tiene por título: *Annales eclesiásticos y seculares de la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla, que comprenden la Olimpiada ó lustro de la corte en ella*, y en que se describen las fiestas que hizo aquella ciudad cuando estuvo en ella el Sr. D. Felipe V en 1729, dice el autor, hablando de una visita que hizo S. M. á la iglesia catedral para examinar á solas sus preciosas riquezas: «entraron en el coro por una de las dos pequeñas puertas colaterales á este altar (el de Nuestra Señora de Belen), y repararon en los niños Seises, vestidos de golilla, y baqueros á lo antiguo, y diciendo á SS. MM. que en aquella moda hacian diversos bailes, quisieron verlos, y se sentaron en uno de los bancos que sirven á los capellanes del coro, no queriendo admitir las sillas que luego se les pusieron, sino con la familiaridad de padres cariñosos: estuvieron viendo las mudanzas que hacian, y oyendo su acordada música con especialísima complacencia.»

El traje de los Seises ha sufrido muy pocas alteraciones, si se atiende á las citas que hemos hecho, y á que en una historia manuscrita del santo rey D. Fernando, custodiada en el archivo de la catedral, enumerando el autor las liberalidades de su cabildo, dice, hablando de los dependientes que costea: «los Seises que con manto carmesí y beca azul sirven á la música.»

Don Fernando de la Torre Farfan en su obra intitulada: *Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al culto nuevamente concedido al Sr. Rey D. Fernando III de Castilla y de Leon, año de 1674*, se expresa así: «Formóse tambien otra danza con los niños Seises desta Santa Iglesia al modo de las coreas antiguas ejercitadas de las festividades de las ninfas, y aclamadas con los aplausos de los poetas. Para este dia se vistieron de tela rica de plata sobre color encarnado, con cabos blancos de la misma tela, gorras y bandas del propio fondo confundidas en penachos blancos y encarnados; gala con que sirvieron en sus ordinarios ministerios en el coro y en el altar desde las primeras visperas, y aqui iban tejendo aquellos antiguos coros, danzando y cantándole al santo real triunfador suaves cantilenas.»

Levántase el Seise á las siete de la mañana, y estudia ó debe estudiar música hasta las siete y media, esperando con vivas ansias que suene la campana que lo llama á almorzar; oye por fin el deseado toque, y arrojando á un lado los libros y papeles, sale de su cuarto saltando, desesperzándose, y haciendo zapateatas; dura el refectorio hasta las ocho, á esta hora se alían, y poco despues asisten al coro de la catedral, colocándose tres á cada lado del facistol por orden de antigüedad. Dos están de semana para cantar los versos, y uno por turno diario canta la calenda. Cuando asiste la capilla de música tienen el cargo de repartir los papeles.

Los Seises son en la iglesia la viva imagen del movimiento continuo. Ya juegan con las cadenas que sirven para sujetar los libros de coro, ya con los escudetes de las sobrepellizes de los veinteneros, ya plegan las mangas de las suyas, ora hacen la cascabelleta, ora se pelifican y se empujan, ocultándose de-

tras del facistol para huir de la vista de los canónigos, quienes á vista de sus travесuras les echan ásperas reprimendas; ya en fin salen del coro corriendo unos detras de otros, y dando vueltas agarrados de una mano á las columnas que sustentan la especie de atrio que da entrada á aquel lugar. Salen por último del coro con la misma compostura con que á él han asistido, y van al colegio á estudiar música hasta el medio día, hora en que vuelven á sonar los deliciosos golpes de la campana que los llama al refectorio. Después de comer tienen dos horas para dormir siesta; reposo que, á decir verdad, se habrá verificado pocas veces. Esta es la hora en que los Seises juegan á los naipes, y fuman, y ponen en prensa su diabólico magín para buscar medio de escaparse de noche, ó de robarse mutuamente el tabaco y el dulce, y en mas de una ocasion ha sido el fruto de estas meditaciones el encontrar el rector estiércol en el tarro que encerraba sabrosas y regaladas tortas, ó gruesos y magros chorizos.

Y no haya miedo de que el Rector los sorprenda en estas ocupaciones, por mas que ande chiticallando y calce zapatos de paño, porque ya el Seise ha previsto el riesgo de ser descubierto, y ha metido la mano en el cajon del incienso á un descuido del sacristan y sacado una cantidad de resina en polvo, suficiente á denunciar los pasos del rector, regada mañosamente por el suelo del claustro. Pero ¡ay de los poco diestros si sus tretas se averiguan! porque pagan su torpeza ó su desgracia con sufrir una ronfla de palmetas, ó una docena de azotes, ó cuatro horas de cepo, ú otros tantos dias de abstinencia á pan y agua; castigos terribles los dos últimos para quienes no pueden vivir sin el movimiento y la comida, y son de suyo revoltosos y glotonos.

Por la tarde asisten al coro, después estudian, á las oraciones rezan el rosario, al poco tiempo cenan, y en seguida se acuestan para descanso del rector y de ellos propios, y tambien para restaurar sus fuerzas con el sueño y proseguir su interminable serie de diabluras al otro día.

Cuando hay vacaciones salen á paseo con el rector ó van á sus casas, en donde soltando el manto y el bonete, ejercitan todos los juegos propios de la estacion, que en esto se parecen á las frutas los tales juegos. Si es en primavera trepan á los tejados y remontan las pandorgas; si en otoño, el baile de los trompos les sirve de entretenimiento; ya en fin, y esto es oportuno en cualquier tiempo, baten las tarreñas, ó cabalgan en escobones á guisa de brujas, substituyendo los morriónes, cartucheros, y demas arcos militares de papel, al bonete y al manto.

Y por este estilo continúa la vida del Seise, como la de cualquiera otro muchacho que está en alguna colegio, hasta que muda la voz. En este caso da parte al cabildo, y solicita y obtiene de él una ayuda de costa, ó cierta pensión que en otros tiempos existia para los que habian servido cuatro años en clase de Seise. Si solo habian sido tres los años de servicio, por este solo hecho ganaba una beca de colegial; tipo cuya monografía ha sido ya objeto de un artículo de esta obra.

El Seise que hemos descrito con desaliñada pluma es el de antaño, digámoslo así. Hoy está completamente relajada su disciplina; para ellos ha venido tambien la exhaustracion; perciben solo tres reales diarios; la enseñanza está descuidada; ni saben latín, ni música, ni tienen maestro que los enseñe á danzar, y si cualquiera sigue á un Seise luego que acaba de bailar, lo verá despojarse de aquellas graciosas galas, vestigios de su antigua gloria, vestir una remendada capotilla, encasquetarse una descuadrada gorra, y entrar después en su casa, que es un taller de carpintería ó una tienda de zapatero.

En el destino ulterior del Seise, como en todas las

cosas de este pícaro mundo, tiene mucha influencia su buena ó mala fortuna: frase con que gran parte del género humano explica la Providencia divina, que todo lo dirige y gobierna. Si es desgraciado, sigue su vida de aprendiz de sastré, de escribiente de algun procurador, ó cuando mas de sacristan de la catedral. Pero si navega con viento en popa, alcanza mas altos puestos y existencia mas descansada y regalada: así no faltan abogados de alto copete, canónigos de numerosas campanillas, cuando estas hacian ruido en el mundo, y estridados jefes políticos, los cuales en sus niñeces han calado el sombrero; ceñido el baquero y repiqueteado las castañuelas ante el altar mayor de la catedral de Sevilla.

JUAN JOSÉ BUENO.

EL RATERO.

Dicen que está escrito,
Y no sin razon,
Ser la privacion
Causa de appetito.
CERVANTES.

Así lo dice Cervantes, carísimo lector, y así es preciso creerlo; no porque él lo diga, sino porque es la verdad: verdad tan lata que todo lo comprende y que mas que á cosa alguna viene como de molde el tipo que paso á bosquejarte.

Llama *Ratero* el Diccionario de nuestra lengua al *ladron que hurta cosas de poco valor, ó de las faltriqueras*, como si fuera hombre tan de conciencia que, al asir con sus dedos cosa de mucho valor la soltara arrepentido, ó como si las faltriqueras fueran única y exclusivamente del dominio de su ilimitada destreza. Aunque no es una cuestion académica la que voy á tratar, diré, con permiso de la Academia, que comprendo al *Ratero* en una mas lata acepcion, de la cual, poco á poco se irá penetrando el lector en el curso de este articulo.

Paso á ocuparme del que tal vez se habrá ocupado de tí, por mas que tú no hayas reparado en él; del que te habrá consagrado alguno que otro recuerdo; del que en alguna ocasion, ya que no de alivio á tus pesares, te habrá servido para aliviar el peso ó los pesos de tu bolsillo; del que vive por tí y para tí; del hombre, en fin, cuya fuerza motriz es la astucia y una constante y perpetua voluntad; que de cuanto ve se enamora, cuyo corazon sensible mira como cautivo cuanto otro tiene y procura ponerlo en libertad, y que ven la luz, y que respire el aire, á riesgo de no ver luz en mucho tiempo y respirar el aire de un inmundo calabozo. El principal instrumento de que nuestro héroe se vale, la herramienta con que este artista elabora sus trabajos, son las manos, esas joyas inestimables, íman precioso que por un impulso natural atrae cuanto mira; cuanto mira! sí, porque las manos del *Ratero* tienen ojos: mejor dicho, porque las manos del *Ratero* son una demostracion viva, palmaria, de que todos los sentidos pueden reducirse al tacto; con las manos ve, con las manos olfatea, con las manos gusta, con las manos oye, porque con las manos toca y toca sin sentir. De todo esto se deduce que, para ser *Ratero* hay que empezar por no demostrar sentidos.

El *Ratero* nace desde que tiene uso de razon; da muestras de su precoz talento en el mismo hogar doméstico, y en él empieza desempeñando el papel de *raton*, al menor descuido en que se deja abierta la despensa. Esta ratería, sin embargo, la cura la edad, y entre familias decentes raro es el niño que cultiva el *arte* fuera de su casa. No sucede otro tanto

con alguna de las familias pobres, en las cuales se deja ver el *Ratero* en mantillas, educado por una madre desnaturalizada, que no contenta con la desgracia de que participan aquellos tiernos pedazos de sus entrañas, con ser pobre, se avergüenza de pedir una limosna. Mirala, lector, cómo celebra que aquel niño inocente la lleve unos cuantos carbones rapiñados de una sera. Mirala cómo emplea en aquella alma cándida las malas artes, y cómo la afición de tomar lo ajeno (que por algún puntapié que le dan ya conoce que lo que toma es contra la voluntad de su dueño) se extiende y propaga en la inocente criatura. Ahora bien; elige entre esa multitud de niños, que por coger carbon reciben el apodo de *espigadores de trigo negro*, el que mejor te parezca, recorre las plazuelas por la mañana y en ellas le encontrarás haciendo felices ensayos en los diversos puestos de carnes y pescados, frutas y demas; obsérvale bien, y ya le veras al lado de una tabla de carnicero, en ademán de estar escuchando sin malicia, una conversacion, al paso que trata de ocupar las manos con algun trozo de morcillo que la madre le ha indicado, ó en su defecto con lo que esté mas cerca; ya recostado sobre una banasta de fruta hurtando con maña, como hijo del primero que se aproxima á comprar, ya bailando al rededor de una viejecita, de la cual pasará por nieto para muchos, con el objeto de *achantarla* á la mejor ocasion una parte de su *recado*. Pero llega un día en que le cogen *con las manos en la masa* y en que tratan de averiguar para quién es aquello que roba. No creas lector que la madre, que por lo regular se encuentra en la plaza, venga en defensa de su hijo, ni temas tampoco que este la ponga en un compromiso: sabe que el pez por la boca es muerto, que en boca cerrada no entran moscas, que al buen callar llaman Sancho, y á todo calla como si fuera un mudo, sin que la amenaza ni el castigo basten á sacarle una palabra del cuerpo. ¿Pero qué se hace con un niño? Lo regular es que reciba unos cuantos golpes, que lejos de infundirle arrepentimiento le sirven de leccion, quiero decir, le hacen poner mas cuidado en sus raterías, que procura ensayar el mismo día para satisfacer la vindicta de su conciencia.

Los años pasan y el niño se propone hacer mejor uso de sus manos. Mirale, retratada en su semblante la inocencia y la mansedumbre. Síguele los pasos, y á poco rato le encontraras ejecutando un papel altamente cómico y erizado de dificultades. Ve como observa los movimientos de aquel caballero que le precede, cómo al mismo tiempo extiende su vista á todas partes para domiar la situacion, cómo haciéndose el distraido le mete una mano en el bolsillo, cómo sus delicados dedos se apoderan de cuanto en él se deposita; obsérvale bien y no sabras dónde lo esconde; estudia su fisonomía angelical á la par que dolorida, y contempla la imperturbable serenidad con que se vuelve al caballero para pedirle una limosna, cuando este presente que le han sacado algo del bolsillo. Pero no te aturda eso todavía, examínale mas, fijate en él cuando echándole la culpa de la ratería, exclama con el mayor desenfado; ¡yo, caballero!... ¿yo? y pide que le registren, y grita y mueve escándalo, y con un lamento profundo se vuelve diciendo á cuantos le rodean: ¿yo ladron? y todo esto arrasados los ojos de lágrimas, y á manera que el actor se atrae las simpatías del público, excita el *Ratero* la compasion de cuantos allí se encuentran logrando que digan de él: ¡pobre muchacho! Triste espectáculo es el que en tal caso se presenta; triste espectáculo es el de ver á un caballero humillado y desmentido por un ser miserable y abyecto, que ha logrado ponerle en ridiculo y hacerle retirar con subidos colores en el rostro, oyendo decir de sí «tal vez se vendria sin pañuelo...» Entre tanto el *Ratero* continúa desempeñando á lo vivo su papel, y ahogado por el llanto sale

de entre la multitud, no sin alguna limosna debida á la caridad del que ha sacado la cara por el.

No le abandones todavía, síguele la pista, que al volver unas cuantas calles notarás que ya encuentra compañía: no te cures de que sea persona decente por su porte, repara en ella, y á poco rato de seguro conoceras ser la misma que con tanto interes, poco antes habia salido á su defensa: esa persona es una de tantas que cansadas de cursar el arte, han encontrado medio de sacar un buen partido sin la menor exposicion: á sus manos va á parar cuanto el *Ratero* encuentra; y por uno, dos, ó medio, se hace dueño de lo que vale veinte ó treinta: en cambio tiene que dar instrucciones á su discípulo, quien con una simple seña conoce adónde se ha de dirigir para practicar una *buen obra*: el *Ratero* camina á su objeto con toda la confianza que presta semejante auxilio, que no consiste solo en tener un defensor en caso necesario, sino en prepararle y ponerle el toro para la muerte, ya por medio de apretones, porque gente es esta que en las apreturas comete los despojos, ya dando una pisada oportuna al infeliz que se lamenta de su pie, sin saber que el *alivio* le viene entonces por las faltriqueras. No te espanta, lector, no poder observar dónde se mete el *Ratero* lo que tan diestramente saca; si quieres verlo, colócate detras de su padrino, mírale sacar la izquierda por debajo de la capa, y cómo de esta manera ambos ponen sus manos en comunicacion pasando el cuerpo del delito de un criminal á otro mayor. Así se ve que aunque la persona robada vuelva la vista en el acto, no consigue nada: podrá sí, dirigirse al que le parece el ladrón, pero no conseguirá otra cosa que mover escándalo: en tal caso el padrino es cuando mas trabaja; él es el primero que se pone de parte del caballero y pide que se le registre, y se ofrece á registrarle y lo registra. ¡Ah, tunante! ¿cómo ha de parecer el pañuelo si ya lo ha puesto á buen recaudo el mismo que trata de encontrarlo? Luego que todos se persuaden de que nada tiene y nada se le puede encontrar, se pone de parte del *Ratero* y echándose de imparcial, se coloca en tan buena posicion, y emplea tan perfectamente sus palabras, que hasta la misma persona robada duda si llevaba pañuelo ó es que lo ha dejado en casa. Y esto no sucede así una vez, sino cada día, cada instante; así es, que solo cuando una persona va sobre aviso, porque ha visto que le sigue pájaro de mal agüero, á quien tal vez ha puesto el cebo, es decir la punta de un hermoso pañuelo fuera del bolsillo, es cuando el *Ratero* suele, si antes no le hace seña el ayuda que tiene muy buenas narices para olerlo, caer en la red que se le tiende. Pero aun caso de pillarlo con el cuerpo del delito... ¡no! porque eso raya en lo imposible, sino con la mano en el bolsillo, es en su ayuda el buen padrino. En caso tal poniéndose de lado del caballero le *ayuda* á dar con él de pescozones, de modo que parezca muy fuerte y no lo sienta, y si ve que la cosa va mala y está próximo á caer el muchacho en *malas manos*, hace que caiga en las suyas que son las mejores: se reviste de la autoridad de policía, ó quizá no tiene necesidad de revestirse; y cogiendo al *Ratero*, como le ha visto la gente que ha sido el primero á maltratarle, creen todos de seguro que le lleva á la cárcel, y hace un servicio al público, el que no es mas que un salvo-conducto de ladrones. El *Ratero* en estos casos se da por altamente satisfecho, y recibe como muy buenos los golpes que le dan, seguro de que el daño que le causan le ha de evitar otro mayor.

Al fin y al cabo llega un dia en que no le alcanza la bula, aunque tambien hay bulas para *Rateros*; un dia en que no es autoridad falsa con aquella que tropieza, y en el que con sus vanos cuantos recursos de salvacion ofrece el arte, como á un descuido no ponga pies en polvorosa á riesgo de quedar ensartado en la

carrera; ese día terrible, ese día de prueba es el primero en que la sociedad le procura una escuela, porque la escuela de ladrones, y cárcel, amigo lector, son en España una misma cosa. A ella es conducido y en ella verifica su entrada, con tanta mayor gloria, cuanto arriesgada fue la empresa que quiso cometer y le salió fallida: allí le rodea cuanto de escogido tiene el arte: los maestros se disputan á porfía aquel discípulo: entabla relaciones con todos ellos; cada cual le examina de su cosa, y si conocen disposición en el muchacho, obliganle á ensayarse en el primer desgraciado que entra en aquella sentina de maldad á confundirse con los criminales, y cursa allí la sutileza, y aprende á tirar á la navaja, y juega con sus compañeros, y roba lo que le ganan, y quiere cobrar el barato, hasta que voluntarioso de gloria y ardiendo en deseo de reducir á la práctica las subli-

mes teorías que aquella casa, centro de civilizacion, encierra, se resuelve á salir de la cárcel. Y cuán fácil sea esto no hay mas que preguntárselo á un escribano, en la seguridad de que él sabe cómo se consigue.

Fuera ya de la cárcel; cobrada la perdida libertad, casi, casi, le asalta el deseo y pensamiento de hacerse hombre de bien: reflexiona en un momento tranquilo, que el arte tiene quiebras y se meteria á fosforero, ó á desempeñar un oficio menudo si tuviera alguno que le diese la mano, pero ¡quién da la mano á un Ratero sin que se esponga á quedarse sin ella! Por otra parte, de seguro, cuando viera pasar por la Puerta del Sol uno de aquellos pañuelos cuyas puntas ondulan á merced del céfiro ligero, que convidan, que van diciendo, *robarme*, echaria á rodar la caja y ex-calamando ¡ pues qué no hay mas que ganar el dinero



El Ratero.

por ochavos! furia á su destreza y extremada habilidad, el tener en un instante lo que no ganaba en un mes. Así pues, nuestro hombre que está por lo positivo, quiero decir, por tomar lo que otro tiene, se decide á continuar sus estudios *prácticos*, con provecho suyo y ajeno tambien, que al fin y al cabo al que le privan de una cosa que tiene para su uso, lo regular es que acuda á la tienda á comprar otra: y así como el vidriero rie cuando oye el chasquido de una vidriera, á la manera que el zapatero goza en los tropiezones que causan la pérdida de un tacon, del mismo modo el comerciante abre tanto ojo, los días de fiesta en que las calles de la capital á manera de rio

revuelto prestan sin riesgo la ganancia á los pescadores de pañuelos.

Decidido, como digo, á continuar sus estudios *prácticos*, se agrega á un compañero, que con serlo, dicho se está que no habrá de ser *rana*. Juntos los dos, lo primero que hacen en cuanto la luz del día los alumbrá, es leer el Diario: allí encuentran noticia exacta de cuantas funciones de iglesia se celebran, y á aquellas encaminan sus pasos que conocen han de llamar mas la devocion. Acude, lector, tú tambien y observa el héroe que ahora llama tu atencion; allí le encontraras donde esté la pila del agua bendita: repárale la cabeza baja en acto de contriccion y cómo

dirige la visual á los bolsillos de la señora, y si no tienes valor suficiente para ver profanado con escándalo el templo del Señor, échate afuera, colócate en el pórtico y repara como algunas beatas que entraron con el ridículo en una mano y el rosario en otra, salen con este íntegro y con aquel cortado por la mitad; colócate al lado de los pobres que á la puerta imploran la caridad, y no dudes oír á una que va á dar una limosna exclamar: ¡ay, que me han robado el bolsillo! á un caballero: ¡pues no me han cortado la cadena y me han robado el reloj! y á otro que le han quitado el pañuelo; y ¡hasta las calcetas le quitarían á uno sin sentir, si fueran prendas de gran valor!

Empleadas así las primeras horas de la mañana, el *Ratero* que no huelga un instante y reparte cómodamente sus trabajos, se dirige con sus compañeros, al medio día, á las afueras de la capital: allí la toma con los lugareños, y es su ganancia tal vez mas positiva que otra alguna con estos infelices. Regularmente á esa hora se tumban al sol para dar descanso al cuerpo de las fatigas de la mañana: como es de suponer, llevan ya en metálico los comestibles ó mercancías que de los pueblos inmediatos han traído á la corte para despachar, y el *Ratero* que sabe y conoce todo esto, se tumba á su lado y no solo le quita al infeliz el dinero, sino la manta ó ropa que tiene para su abrigo. Otras veces, si el forastero tiene carro y se duerme un rato en él, espera á la hora en que haya de marcharse y en ocasión de ir el pobre hombre delante, se cuela dentro sin ser visto ni oído y se apodera del metálico que dejó por no llevar gran peso. De allí se dirige al río; recorre los tenderos de ropa, y á pesar del excesivo cuidado de las lavanderas, á la menor vuelta de cabeza se quedan sin las mejores piezas que llevan. De este modo al *Ratero* no falta ni camisa buena, ni blanca, antes por el contrario le sobra y vende, ó celebra cambios por otros objetos que mas falta le hacen.

La tarde y la noche la aplica á pañuelos; y como ya no se encuentra en el estado de aprendizaje, como tiene cierta especie de independencia que no tenía antes; en una palabra, como trabaja por su cuenta, suele acontecer que aquellos que en sus tiernos años le servían de padrinos, luego que han perdido la breva de ganar el 200 por 100, le espían y siguen la pista; es decir, desempeñan su papel de polizontes de otra manera: luego que ven sacar un pañuelo se van al *Ratero*, y como han sido cocineros antes que frailes, le obligan á que se le dé so pena de llevarlo á la cárcel: verdad es que no ha sido el primer *Ratero* con quien esto han hecho, que desenoando vengarse, ha ido al caballero á quien robó el pañuelo y le ha dicho: «caballero, aquel hombre que va allí le ha robado á V. el pañuelo y lo lleva en el sombrero.» Puedes figurarte, lector, con esto, que el *Ratero* es hombre de chispa y que no necesita para venganza de un resentimiento valerse de sus *manos* como las mas veces suele hacerlo.

El enumerar aquí los infinitos robos y la sutileza con que los ejecuta, sería cosa muy prolija. Si te diré que el *Ratero* no pasa día por él sin que haga un adelanto, sin que lleve á cabo una nueva *jugada*: que cuando necesita estudiar hasta se hace coger preso para que le lleven á la *escuela*: que de ella sale casi siempre bien y como es de todos sabido. Pero el *Ratero* de ley, el *Ratero* que yo aquí te describo no creas que se arriesga á cometer robos de grande consideración ni busca grandes peligros, á no ser que unos y otros se le vengan á la mano, en cuyo caso no queda mal. Regularmente termina sus días ejercitándose en raterías de un género particular, y que forman el tercero y último período de su existencia.

Sabe, pues, lector, que existe en Madrid una sociedad anónima á la cual he bautizado yo con el nombre de *La pelusa*, nombre que como verás muy lue-

go, no va descaminado. Esta sociedad, bastante numerosa, ejercita su habilidad con cuantos forasteros llegan á la corte. Los individuos que la componen se dividen en secciones que asisten con frecuencia á la Parada de palacio, á la Historia Natural, al Museo, á la casa de fieras, al estanque de las campanillas, á las fuentes del Prado, y demas puntos en que hay objetos capaces de excitar la curiosidad del transeunte. Saben al dedillo las posadas donde paran gentes de dinero, y su táctica es la siguiente: Los tres ó cuatro que se destinan á cada uno de los puntos arriba indicados se reparten, y andan cada cual por su lado como si jamas se hubieran visto. En cuanto reparan que alguno se queda mirando con la boca abierta; ¡ya cayó un pez! exclaman; y en el instante cada cual se destaca por su lado á fin de asaltar la plaza. Llega el primero, que siempre será el mejor portado, y como todo el que ve una cosa por primera vez gusta de que se la espliquen, enreda conversacion sobre el objeto que á su vista se presenta. El *pelusa* se ofrece á ser su *Cicerone* en la capital, y el buen hombre al ver tanto favor, naturalmente dice para sí: ¡con qué buen sugeto he tropezado! Pasado un rato se presenta otro *pelusa* haciéndose el borracho y con voz aguardentosa les dice: ¿han visto Vds. por aquí un hombre con un perro, de estas y las otras señas? Contéstame que no, como así es la verdad. El *pelusa* entonces comienza á votar y dice que le habia ganado mucho dinero y que habia ido á su casa por mas, para seguir jugando. Consigue con esto picar la curiosidad de los otros dos, y sacando del bolsillo dos cáscaras de nuez y una pelusa de yesca, los manifiesta que el juego consiste en meter á la vista la pelusa debajo de una de ellas, y apostar luego á que no se acierta en cuál de las dos cáscaras está. El ladronazo del *Cicerone* empieza apostando, y claro es que logra ganar hasta conseguir del otro que se interese en la jugada, diciéndole al oído «que es un borracho á quien se le puede ganar el dinero.» ¿Quién se resiste á esto? el pobre hombre se mete en danza, y una vez metido, ó no son ellos hombres, ó le despluman completamente; pues toda la ratería consiste en hacer de las cáscaras y la pelusa un juego de cubiletes. Rara será la persona que habiendo venido á Madrid no haya tenido ocasión de encontrarse con estas partidas de la *pelusa* en los puntos indicados: si tú no los conoces, amado lector, tómate la molestia de recorrer esos puntos, y en ellos encontrarás el *Ratero* que te he querido describir y que termina sus días de esta manera, sin que la policía venga á turbar su sosiego. Y á propósito de policía, terminaré este artículo repitiendo el texto que le encabeza, *la privación es causa de apetito*: cuantos mas obstáculos se oponen á una cosa, sabido es que mas se trabaja por conseguirla. Si hubiera buena policía claro es que se disminuirían los *Rateros*, como habiendo muchos gatos se disminuyen los ratones. ¿Pero de aquí, qué resultaría? que se harían mayores progresos en el arte, y tendríamos menos *Rateros* aunque mucho mas finos. Solo de una manera creo posible exterminar la casta: es á saber: poniendo un gato para cada raton. Aun así el remedio sería peor que la enfermedad; y entre gatos y ratones, ó lo que es lo mismo, entre polizontes y *Rateros*, se verían las gentes roidas y arañadas completamente.

JUAN PEREZ CALVO.

LA POSADERA.

Las palabras Posadera y Posadora designan á la mujer que tiene casa de posadas, y hospeda en ella á los que solo pagan. Bien es verdad que el Diccionario de la Academia al dar esta definición no le plugo usar,

ni aun hacer mención, de la palabra Posadora, como solía hacer con otros términos provinciales, puesto que se usa en varias provincias del Norte, y á nuestro pobre juicio con mas acierto que la otra de Posadera, pues no solamente tiene en su favor la regla, sino tambien el poderse usar en el plural francamente y sin rodeos, lo cual no sucede con la palabra Posadera. Igual desgracia le ha cubido á la palabra *Posador*, usual en Aragon y en otras partes para indicar al que hospeda en su posada, y con todo, la Academia se ha contentado con hacerlo sinónimo de Aposentador. Pero esta no es razon bastante para que dejen de usarse, y en Dios y en mi ánima, que las tengo de usar siempre y cuando á las mientes me viniere las voces de Posador y Posadora, como sinónimas de Posadero y Posadera, hasta ponerlas en disposicion de gozar las prerogativas debidas á toda buena palabra, mucho mas cuando tienen carta de naturaleza y son españolas por sus cuatro costados, siquiera no sean castellanas, sobre lo cual hay mucho que hablar.

Dejando pues á un lado la cuestion de palabras, pasaremos á la de personas. Ya al hablar del ventero el célebre escritor de aquel tipo hizo notar, que las ventas se hallaban todavía bajo el mismo pie que en el siglo xvii: otro tanto podremos decir de las posadas, salvo algunas pocas, pero honrosas escepciones. En prueba de ello no hay mas que meterse en cualquier meson de lugar y aun de ciudad y compararlos con los que pintaron Cervantes, Quevedo, y casi todos nuestros clásicos de aquella época. Pero debe advertirse, que si el que dudare de la verdad de esta asercion fuere vecino de esta muy heroica villa y córte, no tiene por cierto necesidad alguna de salir hasta el puente de Viveros, ni aun á Canillejas, sino que á fé mia se dé por convencido con solo asomar la geta á las puertas de las posadas de Madrid. En efecto, las posadas de la córte están en posesion de ser tan malas como las peores de España, lo cual unido á otras varias costumbres, lenguaje, gusto en los gustos, en las habitaciones y modo de vestir del pueblo chisperil y manolo, ha dado lugar á que algunos mal intencionados hayan dicho que la córte de España es un *publachon manchego*. No me atrevo yo á decir tanto; pero si me ratifico en que para calcular la exactitud con que pintó Cervantes las posadas españolas y las ventas manchegas, no hay mas que meterse en la actualidad en una posada de Madrid.

Aquí era cosa de principiar á desenvolver la teoria de la hospitalidad y el origen de las posadas, trabajo en que entrara gustoso, si no le hubiera desempeñado ya á las mil maravillas el Curioso Parlante en su artículo del Ama de Huéspedes, *al que me refiero en caso de necesidad*, como dicen los quiales. Entre las Posaderas hay las mismas divisiones y clases que entre las posadas, lo cual las hace variar hasta lo infinito. Distingúense principalmente entre ellas, la ventera en despoblado, animal uraño, armado de garra, sucio y de fea catadura; la mesonera de lugar con infulas de ama cesante, y un si es no es zurcidora de agenas voluntades; y finalmente, la Posadera de ciudad, mujer bastante tratable y nunca desprovista de palabras.

El mejor medio para observar todas estas variedades, quien fuere aficionado á las observaciones prácticas, es el de meterse en una galera para salvar la distancia que hay desde la córte á los extremos de la Península ó vice-versa, aunque nada impide que haga el viaje en carromato, ó á caballo si es por camino de herradura, en cuyo caso pueden pronosticarsele al curioso viajero mayor número de averias, pero igualmente mayor número de pormenores y detalles. Figúrese, pues, el benévolo lector (el *volo* con v) á un hombre empaquetado en una galera entre otros compañeros de viaje y de fatigas y varios sacos de

lana, pegando con la cabeza en las sonoras cañas y sentado con las piernas cruzadas como los árabes y los alpagateros. Despues de doce horas mortales de traqueteo y de malandanza, cansado el viajero y medio aturdido, da vista por fin al hospitalario albergue donde ha de pasar aquella noche. El mozo de paja y cebada se adelanta, agarra el tiro delantero para entrarlo en el cubierto, entre tanto que la Posadera colocada en jaras á la puerta atisba con mirada de linco el número y pelaje de los viajeros, y calcula sobre poco mas ó menos el producto que la dejarán aquella noche. Los viajeros por su parte van saltando del carruaje tullidos, y haciendo pinitos avanzan por la cuadra adelante camino de la cocina. Allí los espera con aire grave la Posadera puesta de rodillas sobre el humilde fogon; responde apenas á los saludos que la dirigen, y si acaso les habla es tan solo para preguntarles con aparente distraccion y mientras da vuelta á una sarten; cuántos vienen Vds.?

Antes de pasar adelante será oportuno responder á una reflexion que podria hacer alguno de los lectores, á saber: por qué hablamos de la Posadera sin decir palabra del posador. Pero la contestacion es muy sencilla: el posador es un ente nulo en la posada, y sus funciones equivalen, cuando mas, á las de un mozo de paja y cebada. Su vida (á no que sea chalan ó desempeñe algun cargo municipal) es bastante holgazona, y tiene mas de buena vida que de vida buena. Por de dia, despues de haber ayudado á cargar á los arrieros, se tumba al sol sobre el banco inmediato, ó con los brazos cruzados espera la llegada de algun fatigado viajero que quiera posar bajo su hospitalario albergue, semejante en esto á los antiguos patriarcas, siquiera sus miras tengan mucho menos caridad y poesía. Al verle tumbado á la bartola, un frances que viene de tahonero á la córte, observador profundo, como todos los de su pais (cual si dijéramos una especie de *Theophile-Gautier*) exclama con ademán patético, dirigiendo la voz á otro compañero suyo. «*Voilà á que sont bons les Espagnols! á prendre le soleil.*» El posador por su parte, que no entiende aquel *fin-flán*, como él lo llama, es tira los brazos, y abriendo una cuarta de boca dice: «cuándo querrá Dios, que esos demonios de gabachos hablen como cristianos.» Con esto salen el uno y el otro á mochar por cornada.

Por la noche el posador ocupa un rincon de la cocina, inmediato al fogon, y desde allí escucha las discusiones de alta politica que truen entre sí los viajeros. Allí entre el humo del aceite que ofusca la vista y da carraspera á la garganta, es el ver cómo aquellos *Brutos* (es decir, admiradores del patriotismo de Bruto) dirigen la marcha de la situacion, deslindan las atribuciones de todos los poderes, censuran los abusos, proponen reformas, indican mejoras y se dan el aire y la importancia de economistas. En una cosa no conviene el posador con sus interlocutores, y es respecto de los caminos de hierro, los cuales considera como perjudiciales.... cuando menos para las posadas: sobre que está á matar con las diligencias y no puede verlas, sin echarles una maldicion. Entre tanto que el posador se entrega de este modo á los placeres del *dolce far niente*, la Posadera corre de una á otra parte, lo inspecciona todo, regaña con la criada, responde á los viajeros, prepara sus viandas, y no parece sino que se reproduce en todas partes. Si en medio de sus escursiones tropieza con el mayoral de la galera, que despues de echar de comer al ganado se dirige á la cocina, suele reproducirse aquella escena de:

Por desgracia ó por fortuna
Perico dió un beso á Juana,
Ella le volvió una cox
Por fortuna ó por desgracia;

y á todo esto los viajeros, si lo ven por casualidad,

rien, y dicen que Perico es muy malo, y la Posadera se aparta regañando entre dientes porque no la dejan hacer nada, y quejándose de aquella osadía en público; pero el carretero que es cruo si los hay, y hombre que habla siempre con sentencias y medias palabras, responde á eso con mucha flema, que la publicidad es el alma de los gobiernos representativos.

Por lo dicho hasta aquí se vendrá fácilmente en conocimiento de que para ser Posadera es indiferente cualquier estado, y que lo mismo es que sea casada ó soltera, pero con todo es preferible la viuda verde. En efecto, se ha observado que sus posadas suelen ser las mas favorecidas, y que algunos mayores acortan ó alargan sus jornadas á trueque de poder descansar en ellas.



La Posadera.

No entraremos aquí en pormenores y dibujos acerca de lo que suele pasar en las posadas, trabajo que se han tomado ya otros muchos; ni hablaremos de aquellas trasformaciones proverbiales del gato en liebre, el agua en vino, y las costillas de perro asadas cual si fueran de cordero. ¡ Y cómo pintar tampoco aquella cena venteril, verdadera imagen del *Phase ó tránsito* de los judíos, cuya idea nos ha recordado el susodicho cordero! Figúrate, piadoso lector, una mesilla baja colocada en medio de la cocina ó en alguna habitación inmediata, y sobre la mesa una tabla hecha de modo que en ella descausen á la vez la sarten y el mango.

Allí tirios y troyanos sin servilletas ni garrambainas, meten los cinco mandamientos, ó empapan en

la pringue mendrugos como puños. De cuando en cuando uno de los mas graves pone *mojón ó coto*, lo cual consiste en un pedazo de pan, y significa tregua ó armisticio entre los dientes y lo contenido en la sarten. Entonces la Posadera alarga el enorme y pintarrajado *porron* y los gastrónomos remojan la palabra, hasta tanto que el que puso el coto levanta el entredicho y se vuelve á la carga.

Entre los viajeros hay dos clases, que conviene distinguir y que tambien distingue la Posadera: los unos van ajustados con el mayoral ó arriero para el gasto; otros, ó por delicadeza ó por economía, lo hacen por su cuenta. La Posadera conoce unos y otros al primer golpe de vista. Aquellos se sientan indolentes sobre los negruzcos bancos de la cocina, ó si es de dia traban conversacion con el herrador que montado sobre su caballo de madera á la puerta de la posada, la alborota con su sonoro y monótono martilleo: los otros, por el contrario, necesitan desplegar toda su actividad para disponer su parca comida é inspeccionar su aderezo. Volved si no la vista hácia otro rincon de la cocina y vereis allí un pobrete escrupuloso que hace el gasto por su cuenta; despues de mil plegarias y reniegos la Posadera se decide á servirle la cena, y para ello coloca delante de él otra mesilla coja y baja, y en ella un plato de barro de Alcorcon en el cual se columpian un par de huevos *forrados* (ó como se dice comunmente pasados por agua), alimento el mas sano y limpio que puede pedir en ventas y posadas cualquier estómago escrupuloso. Con ellos vienen tambien unos cubiertos de hierro negruzco, feísimos á la vista, asquerosos al olfato y repugnantes al paladar, cosas que cada una de por sí, bastarian á provocar náuseas. Para complemento de todo; las sopas vienen mas coloradas que una casaca inglesa. Entonces el malandante viajero aventura algunas interpe-laciones y dice á la Posadera:

— Patrona, estas sopas no se pueden comer.

— ¿Qué tienen esas sopas, que pueden presentarse al ray en presona?

— ¿Pero no ve V. cómo están cargadas de pimenton?

— Pus qué ¿ha visto V. sopas sin pimenton? Como sale V. de Madril se conoce que viene... pues...

— En galera.

— Pus ya... por eso todos los madrigueños están tésicos, porque no comen mas que comistrajos y tlambres.

— Y sobre todo, no comen con cucharas como esta.

— ¡ Ya!... porque comen con cuchara de pan... cuando la tienen.

Cansado el pobre viajero de recibir pares de coces en mas número que tira una mula de varas, se resigna á pasar por todo y cierra los ojos al pan de munición y sin sal, á la ensalada con aceite rancio y al vino cristiano. Infeliz de él, si para recuperar las perdidas fuerzas se decide á tumbar su magullada persona sobre el duro, apocado y fermentido lecho, que dijo Cervantes, entre sábanas de cuero de adarga y cubierto de una enorme frazada, que semejante á la célebre capa de Apolo pesa y no abriga. Y para completar la fiesta recibe visitas de todos los insectos de la casa, que vienen á insinuarle el regocijo que les causa su llegada: entre tanto se arma en la cocina una música de guitarra y pandero; y la Posadera, que poco antes parecia tan uraña, trisca, alborota y canta que se las pela; y se oye la voz del mayoral que requiebra en catalan, y las carcajadas de la criada que responde en manchego; y á todo esto el viajero se da á Barrabas porque le han desvelado y no puede pegar los ojos. Si lo consigue al fin, es para levantarse mucho antes de amanecer molido y desvencijado aun mas que se acostó. Pero antes que él se ha levantado la solícita Posadera, la cual ojerosa y desgrefiada

está ya sobre el fogón batiendo con el molinillo un compuesto de bellotas, harina y azúcar, al cual plugo dar el nombre de chocolate.

Aquí entran los misterios dolorosos al tiempo de echar las cuentas. Mientras que el viajero que va ajustado con el mayoral para el gasto, se marcha paso á paso á coger puesto en la galera, el de las sopas de pimentón pide la cuenta á la Posadera, la cual, despues de hacer como que la ajusta, exige 16 reales. Si el viajero es hombre ducho y experimentado, afloja la mosca sin replicar palabra: ¡pobre del que pone algun reparo! En los anales hospitalarios de las posadas, apenas hay mención de rebaja alguna, antes bien hay ejemplos de subida y *plus-petición*. En tal caso, la Posadera recorre los dedos con mucha flemma, en esta forma:

— La cama 4 rs., los huevos una peseta...

— ¿Una peseta por un par de huevos?

— Cabal: ¿pues qué, cree V. que van de balde?..

y luego la sal, la leña, el aceite...

— ¡Si eran pasados por agua!...

— Pero el de la luz y la ensalada, el pan, agua, chocolate, y luego el servicio y el arriendo, que nos cuesta un ojo de la cara, y el ruido que ha hecho V., porque aquí todo se paga.

— ¡El ruido yo!... y no me han dejado Vds. dormir en toda la noche.

— Vaya, apuradamente, no se oía una mosca, que mi casa tiene reputación de buena conducta... ¡Ah! se me olvidaba que son 18 rs. con el chocolate.

— Pero si está ya contado.

— No lo crea V., y si no volver á contar: la cama una peseta: los huevos... y vuelve á repasar la cuenta por los dedos: entre tanto el mayoral entra gritando que va á echar á andar la galera, y la Posadera se desata en insultos, y el pobre hombre, aburrido y atortolado, afloja los 18 rs. y sale bufando y maldiciendo de la posada y de la Posadera. Al paso tropiezo con la criada que le pide para afileres por completar la fiesta: él la envía á rascarse contra una zarza, y ella se desahoga llamándole tacaño y hambon. Sube el pobre hombre á la galera, cuyos puestos halla ocupados, y tiene por tanto que retirarse al fondo entre cofres y canastos, y á sufrir el aire que entra por la zaga. Desde allí oye las carcajadas del mayoral, que lleva una larga conversacion con la Posadera, y casi llega á maliciar, que su objeto al dar tanta priesa, no era precisamente por marchar, sino mas bien por despedirse de su *noya*, con ainda mais lo de *por desgracia ó por fortuna* que arriba se dijo. Con esto nuestro hombre, despues de referir minuciosamente sus cuentas á los compañeros de privaciones y fatigas, hace en sus adentros un voto simple, mas ó menos explicito, de viajar siempre que pueda, en diligencia, para no tener que lidiar jamas con Posaderas ni venteras. Pero en las diligencias le esperan al hombre otros percances, y tampoco por eso logra sustraerse enteramente á la despótica influencia de la Posadera.

Supongamos, pues, que por mal de sus pecados, se ve un hombre precisado nuevamente á viajar, y para ello mete su individuo en una diligencia. Despues de siete horas de prensa (y mas si le toca por su desgracia ir entre un matrimonio de grueso calibre, ó lo que es lo mismo, de peso de unas 20 arrobas), llega por fin nuestro viajero al parador, sobre cuya puerta campea una tabla, en la que se lee, en letras amarillas, *fonda de diligencias*... Allí el viajero no tiene que molestarse en preguntar lo que hay para comer, ni tendrá que oír aquellas desesperadas palabras ventileras, «aquí hallará V. de todo... lo que V. *trai*...» Una larga mesa, adornada con abundante cristalería y vajilla, halaga el apetito del viajero con gratas esperanzas. Entre tanto que llega el momento de realizarlas, se entretiene en pasar la vista por los cuadros que decoran las paredes, con maldi-

tísimas estampas de las que nos regalan nuestros vecinos, metiéndonos por los ojos las aventuras de Guillermo Tell y la muerte de Ponniatowski, con sus rótulos al pie, traducidos del frances al salvaje (no al español), que confundidos vea yo á los que las hacen y traducen. Varias muchachas, por lo comun de fea catadura, preparan aceleradamente el servicio bajo los auspicios de la Posadera, hasta que esta avisa con la acostumbrada fórmula, «señores, á la mesa.»

Tampoco nos meteremos aquí en dibujos de comida de diligencia, ni mucho menos á reproducir las interminables quejas de los viajeros: porque es de notar que hay muchos (casi pudiéramos decir mejor muchas), que á pesar del trato mezquino que suelen tener en sus casas, acostumbran quejarse de todo cuando están fuera de ellas, para darse un poco de tono é importancia. Y con esto el otro pobre viajero, que al salir de su casa se resignó á todo lo que pudiera sobrevenirle, y que en aquel momento comiera clavos y pisto de tachuelas, tiene que abstenerse ó probar apenas de aquellos manjares, so pena de pasar por un guñan. Por lo comun nunca falta un viajero, en especial de los de bigote y perilla, que despues de haber ejercido las funciones de trinchar y hacer platos, se encargue de formular estas quejas en una interpelacion á la Posadera. Esta se presenta con aire marcial y gesto crudo, responde con brio á las interpelaciones é insultos que se le dirigen; presenta la tarifa, y la cosa se queda conforme estaba.

A no ser por este ó algun otro incidente semejante, la Posadera no suele darse á ver durante la comida, hasta que al concluir se presenta con bandeja en mano á exigir, á razon de tres pesetas por cabeza y una por los que no han comido, porque allí se paga hasta el no comer. ¡Oh vosotros, viajeros inespertos! guardaos bien de recibir los cambios que en aquella bandejilla suele llevar la Posadera, porque os exponéis á verlos clavar en los mostradores de estancos y almacenes; casi todas aquellas monedas son mas falsas que el alma de Judas, ó si no queremos ir tan lejos, que el alma de la Posadera.

Hasta de ahora hemos considerado á las Posaderas bajo su aspecto feo y repugnante, unas veces por lo poco limpio, y otras por lo poco económico. Mas no siempre es así, y parages hay en España cuyas posadas, tanto por el aseo como por su economía, pueden figurar al lado de las mejor montadas. Como tales suelen citarse comunmente las posadas y Posaderas de las Provincias Vascongadas, y aun tambien de gran parte de Navarra. Aun prescindiendo del personal (que no suele ser costal de adarcanes), hasta la amabilidad que reina en su semblante, contrasta notablemente con la uraña catadura de las Posaderas de lo interior de la Peninsula. El viajero, en vez de andar preparándose la cena, se sienta por lo comun á una mesa, si no expléndida, mas que decente, y por una cantidad nada excesiva, disfruta de una comida abundante y sazónada. Reina allí la alegría y la franqueza de una mesa redonda, sin las empalagosas monadas de la mesa de diligencias; las Posaderas y sus hijas no se desdennan de servir la comida, y si es necesario se prestan á trinchar y hacer platos con tanta amabilidad como destreza. Cuartos aseados, si no lujosos (pero tambien allí las inevitables estampas de Ponniatowski), mullidas y limpias camas esperan al fatigado viajero, y le brindan á descansar. La misma limpieza y amabilidad reinan en las de los pueblos pequeños, en las cuales la Posadera suele tambien prestar no pequeños servicios al contrabandista de los Pirineos, ora ocultando sus géneros y su persona, ó bien desorientando á los del resguardo con noticias falsas. Eso no quita para que su marido sea guarda ó caminero, ú otra cosa semejante, á la manera que el antiguo ventero solia ser individuo de la Santa Hermandad, á riesgo de que tanto al uno como al otro se les

pregunte lo que Felipe II á la hermandad vieja de Toledo; ¿ y quién me responderá de las personas de esta Santa Hermandad ?

En cuanto á la Posadera de Madrid, ya emitimos al principio nuestra opinion, considerándola como la representante y la *vera efigies* de sus paisanos de Puerto Lápiche y sus inmediaciones. Harta mengua es para la corte de España, que el forastero que viene á ella por primera vez y su habitacion determinada adonde parar, haya de sumergir su asendereado cuerpo en algun meson que pareciera mal junto á un camino de herradura, cuanto mas en las calles de la corte. Y si sale de él huyendo del ruido, las pulgas y la basura, haya de venir á parar en algun otro fonducho con pretensiones de *hotel*, donde por una celda capuchinal, y una comida compuesta de las sobras de la fonda, será saqueado á discrecion como si no existiera ya el séptimo mandamiento.

A vista de todo esto, del estado material de nuestros caminos y carreteras, y de los inevitables robos que experimenta el viajero con mas ó menos descaro, ora en los pueblos, ora en despoblado, no podemos menos de exhortar á las personas piadosas á continuar en la antigua práctica, de rezar despues del rosario un Padre Nuestro y un Ave Maria, por los navegantes y los que están de viaje. Por nuestra parte concluiremos este artículo con la cláusula final que se usa en los documentos oficiales, diciendo á nuestros lectores. Dios guarde á Vds. muchos años.... (suple de posadas y Posaderas). Madrid 24 de abril de 1844.

VICENTE DE LA FUENTE.

EL MINISTRO.

AMADO lector, cualquiera que seas, á cuyas manos vaya á dar este articulejo mal perjeñado, perdona á la flaqueza que uso de hablarte con la misma llaneza que los libros de cocina, y préstame atencion, porque he de referirte cosas estupidas. ¿ No has visto nunca un Ministro ? Por supuesto ya entenderas que no hablo del alguacil de algun juzgado, aunque tambien suelen llamarse ministros en los lugares, sino de los secretarios de Estado y del despacho de tal ó cual ramo. Bien sé, que si por dicha has venido alguna vez á esta Babilonia llamada corte, nada nuevo encontraras en lo que voy á contarte, respecto al aspecto exterior de estos seres, porque en Madrid se encuentra uno de ellos á la vuelta de cada esquina, y aunque el ojo mas experimentado no sabria distinguirlo de los demas hombres, no falta nunca un amigo pretendiente, de esos que llevan el alta y baja de todos los ministros habidos y por haber, que nos diga, acaso para darse importancia, « ¿ ve V. ese que acabo de saludar ? pues fue Ministro de Gobernacion » ó de cualquier otra cosa. Pero si bien es cierto que mediante estas indicaciones, habras tenido ocasion de examinar por defuera á los tales Ministros, es tambien mas que probable el que no estes impuesto en ciertas particularidades, que son las señales distintivas de la raza que yo me encargo de hacerte conocer.

Por de contado, que si nunca has salido de tu villorrio ó aldea, mal puedes haber visto un Ministro, pues estos señores son sedentarios por inclinacion, no acostumbran á viajar á menudo, y cuando alguna vez se ven en la necesidad de trasladar su humanidad de una parte á otra, lo hacen en diligencias ó sillas de posta que no se detienen en los lugares, y aun cuando se detengan alguna vez, los viajeros de tal categoria se dan poco al público, y gustan de encastillarse lo mismo en su artesonado despacho que en el miserable cuarto de una posada de aldea. Así

lo exige la importancia que debe darse á la clase, y aquí hay Ministro que no sabe cosa mayor, pero que en cuanto á importancia puede dar lecciones al mas finchado portuques ó al mas grave padre general de las extinguidas órdenes religiosas.

Sin duda cualquiera persona de mediano juicio, pero que no esté al corriente de la crónica ministerial, creerá que deben ser muy pocos los que hayan obtenido tan elevado puesto, que deberia ser siempre otorgado al talento probado, á los eminentes servicios y al mérito indisputable, cualidades que no son muy comunes en la época presente; pero los que de tal manera piensan, ignoran sin duda que este es el pais de las reputaciones usurpadas, y donde mas se equivoca la osadía con el talento. Nada es mas fácil aquí, que pasar por hombre de gran capacidad, á pocos esfuerzos que se empleen para conseguirlo. Con saber un par de idiomas, particularmente el frances, y aprender de memoria varios párrafos de las buenas obras que se publican en el extranjero, emitiéndolos despues magistralmente y como propios en cuantas ocasiones de lucir se presenten; cuidando de hablar siempre abuecando la voz, usando expresiones rebuscacas hasta en las conversaciones mas familiares, y dando á los discursos esa entonacion peculiar de nuestros aspirantes á grandes hombres, se logra muy en breve esa fama de talento que pasando de boca en boca crece y se abulta como un tercion de nieve desprendido de la cúspide de una montaña, desciendo aumentándose hasta el profundo valle que sirve de término á su caida. Cuando á favor de esta opinion de capacidad se eleva el *grande hombre* á la altura, donde es indispensable desplegar sus conocimientos, no se arredra tampoco con la certeza de su propia pequeñez. Sabe muy bien cuáles son los sistemas de administracion, de hacienda, etc., que siguen otras naciones; conoce por lo menos los libros donde se encuentran, se hace de ellos, traduce el retazo que mas le cuadra, lo acomoda en forma de decreto á nuestra usanza, y hé aquí una mejora que es preciso reconocer como tal, so pena de pasar por un estúpido preocupado, por mas que la nueva disposicion no esté en armonía con nuestros usos, ni con la civilizacion del pueblo. Suele suceder tambien, que una medida que seria muy conveniente formando parte de un sistema general, se adopta aisladamente, y de consiguiente se inutiliza y desacredita sin remediar el mal. Mas este no es obstáculo que detenga á nuestro hombre: es preciso hacer algo para conservar el concepto: un plan concertado y general es empresa demasiado árdua para sus fuerzas; con traducir le basta. Hace pues lo que sabe; pero como aquí nadie sabe nada, como ninguno inventa, y como hay poquitos que conozcan su propio pais que se desdenan de observar, prefiriendo estudiar las costumbres extranjeras, las traducciones son recibidas por la generalidad como muestras de un gran talento y de un estudio profundo.

Se ve pues, cuán fácil es adquirir la reputacion de hombre de Estado, con la cual se llega muy pronto al ministerio, á poco que ayude la fortuna.

De aquí proviene indudablemente, el que la especie de los ministros sea tan numerosa entre nosotros, que no sabemos con qué compararla, para que formen idea de su abundancia nuestros lectores de lugar. Solo las bandadas de gorriones que acuden en el verano á los trigos inmediatos á los pueblos, ó la plaga de langosta que aparece algunos años en los campos, es el término de comparacion que se nos ocurre como mas adecuado. ¡ Oh ! y nuestra fortuna consiste en que las cortes, convencidas de la necesidad de poner remedio á un grave mal, si no mandaron que cada vecino se presentase con un gran número determinado de cabezas de ministros como se practica en algunas partes con los gorriones dañinos, ni que los

hombres saliesen á exterminar la plaga como se hace con la langosta, porque este remedio sería en demasía heróico, resolvieron á lo menos que los ministros no tuviesen cesantía; de otro modo todavía sería mayor su semejanza con la de los citados pájaros é insectos, pues todas las rentas de la nacion no bastarian para ellos solos. Y luego ¿qué razon autorizaba las tales cesantías? Nuestros ministros por lo general, ó han hecho mucho daño al país, ó no han hecho mal ni bien, y estos á la verdad no son títulos recomendables y que merezcan grandes muestras de reconocimiento.

Por otra parte, en los tiempos que alcanzamos no han menester cesantías para pasar con holgura el resto de sus días los que una vez han sido ministros; la bolsa, los contratos y otros enjuagues les proporcionan una fortuna que basta para que vivan sin sobresalto, y aun á muchos de ellos para que gasten coche, y fabriquen casas que no hay mas que ver. Además suelen ser gajes del oficio algun titulo libre de lanzas y medias annatas, unas cuantas grandes cruces y el excelencia que queda adherido á la persona por los siglos de los siglos, ni mas ni menos que la hiedra al olmo. Item: si la caída no es efecto de una mudanza radical en el sistema político, se desmiente completamente el adagio de que el que mas alto sube, mas grande porrazo da; pues lo mas que bajan las excelencias ministeriales es un escaloncito en sus respectivas carreras, viniendo á caer como en un colchon de plumas despues de sus fechorías.

Sácase pues en consecuencia, que no hay nada mas fácil ni mas apeteçible al mismo tiempo que ser Ministro, aunque sea de Marina, en este país, y que el que no pone de su parte para llegar á tan alto puesto, es un simple ó tiene muy mala idea de sí mismo. ¿Quién es el hombre que no se cree capaz de administrar la nacion despues de haber examinado de cerca á nuestros hombres de Estado? Para tanta modestia es necesario estar enteramente destituido de amor propio ó tener una cabeza á propósito únicamente para apisonar empedrados.

Yo soy de opinion de que es indispensable desecharse la timidez, y aconsejo por lo tanto á mis compatriotas, y incluso los legos exclustrados, que no desmayen sino que opten todos á las plazas de Ministros. Tengo para mí que lo hemos de hacer mejor que cuantos han sido de muchos años á esta parte, y cuando así no sea, haremos lo mismo, y Cristo con todos. Verdad es que generalizada la ambicion de llegar á los primeros puestos del Estado, se encontrarán mas todavía nuestros odios políticos, pues si hoy andamos casi á pescozones por los de escalera abajo ¿qué será el día feliz en que todos los españoles le pongamos la puntería al ministerio? En cambio de este inconveniente nadie podrá negarnos la circunstancia de ser la nacion mas ilustrada del mundo, respecto á que en ella basta el quidam mas inverosímil puede ser ministro.

Si á pesar de cuanto llevo dicho en apoyo de mi dictámen y de la mejora que pretendo introducir en España, y cuidado que no es traducida sino de mi propia cosecha, si hubiese alguno tan menguado que no se sienta con fuerzas para formar parte de un gabinete, espero que desechará su inconducencia meticolosidad, luego que aprenda el oficio por lo que resta de este artículo.

Para que mis lecciones fructifiquen es preciso proceder con órden, método y claridad, aunque no sean dotes comunes en nuestros catedráticos ni en nuestros Ministros. Yo me he propuesto por esta sola vez, y sin ejemplar, ser una escepcion de la regla en todo, infringiendo las leyes de la naturaleza española, faltando al precepto de donde quiera que fueres haz lo que vieres, y olvidando que no ha habido mas que un Redentor en el mundo á quien dieron los hombres

de entonces bastante mal pago. Sin duda me arrastra el destino por senda tan escabrosa, ó acaso sea esta mi mision sobre la tierra sin que haya caido en ello, como el médico á palos.

De cualquier modo que sea, estoy resuelto á seguir mi camino por hoy, sin que haya fuerza humana capaz de hacerme retroceder, imitando en mi decision al ayuntamiento de Tarazona que habiendo salido en procesion con no sé qué motivo, entró por una calle cuyo extremo estaba tapiado, y como al llegar al obstáculo exclamase el que llevaba el guion, que iba delante segun práctica seguida en todas las procesiones: «por aquí no se puede pasar, es preciso volverse» contestó el presidente del referido ayuntamiento «nada, alante, alante, Tarazona no recula.»

Con este propósito, pues, que seguramente será mas firme que el que de no volver á valerse de motines para alcanzar el poder hicieron los progresistas, empiezo mi tarea clasificando los diferentes géneros de que se compone la raza ministerial.

Hemos dicho anteriormente que esta especie es numerosísima, y de consiguiente compuesta de mil variedades que aunque tengan entre sí bastante analogía, se diferencian no obstante en ciertas pequeneces que solo conocen los que se han dedicado á una observacion asidua; á riesgo de que sus excelencias repitan á imitacion de las lagartijas de la fábula: «valemus mucho por mas que digan.»

La primera division que desde luego se ocurre al clasificar la especie ministerial, es la de Ministros cesantes y Ministros en actual servicio. Despues una y otra de estas dos clases se subdividen en Ministros progresistas, republicanos, moderados; ni lo uno, ni lo otro, ni lo otro, absolutistas; Ministros nada, parlamentarios, elegantes, de mal tono, Ministros que dan al parlamento con la puerta en los hocicos, que ceden á influencias parlamentarias; los hay que temen á la prensa, que no temen ni la ira de Dios, oradores, que no saben hablar, y últimamente los ha habido tambien que moviéndolos darian bellotas, y que andan en dos pies porque no ha querido su estrella que una vez se caigan.

Ya ves, pues, ó carisimo lector (tan caro que en España es un milagro encontrar uno para un remedio), que no es posible entrar á detallar los rasgos característicos de cada una de estas variedades, y que por otra parte no es tampoco necesario semejante trabajo respecto á varias de ellas, que creemos bien especificadas por la simple definicion de alguna de sus cualidades, como por ejemplo, aquellos de quienes hemos dicho que una vez movidos soltarian bellotas ¿con qué han de tener semejanza sino con un alcorcho? Por lo mismo me ceñiré únicamente al análisis de las propiedades de la especie en general, é individualizaré despues las de las principales subdivisiones.

El Ministro es un ser tan parecido al hombre que se equivoca con él: anda del mismo modo, aunque sin merecerlo, como tambien de la misma manera, pero mejores cosas por lo comun, tiene el don de la palabra; en fin hay una completa semejanza entre uno y otro.

Cuando está cesante es un animal inofensivo y manso, al cual es posible acercarse sin riesgo y sin empacho; mas en el ejercicio de sus funciones es fiero, sus mordeduras causan un daño cruel, se encarnan, y algunas son incurables. Aseméjense en esto á las víboras y otros reptiles ponzoñosos que durante el invierno permanecen ocultos y ateridos de frio sin hacer mal á nadie, pero que luego que llega el verano, se ponen en evidencia, y sus picotazos son peligrosos en extremo. El verano de los Ministros es el tiempo que ocupan la dorada poltrona.

Cualquiera que haya tenido necesidad de acercar-

se alguna vez á un Ministro y entrado en su despacho con el objeto de hablarle sobre cualquier asunto, habrá notado sin duda que generalmente, interin escuchan la relacion del punto de que se trata, vuelven la espalda á la chimenea, si es invierno, y colocando las manos detras levantan los faldones del fraque y descubren el.... exponiéndolo á la benéfica y consoladora accion del calor; en lo que sus excelencias se parecen á los gatos, que por lo comun se sientan con la espalda vuelta á la lumbre. En esta postura, con las piernas un poco abiertas, el pecho sacado adelante y la cabeza erguida, que tambien los ministros aprenden su posicion particular como los reclutas, oyen, pero no escuchan, lo que se les dice; es decir, no prestan atencion á menos de que el interlocutor sea hombre con quien los unan lazos estrechos de parentesco esencialmente, ó por lo menos de partido, ú obligaciones de favores reciprocos, ó en fin que sea temible el pretendiente por su posicion social, sus riquezas y relaciones, circunstancias que adivinan los Ministros al primer golpe de vista, ó que tiene cuidado de indicar el recien llegado, empezando su relacion por las circunstancias de su persona si no es conocida de antemano. «Yo soy fulano, diputado provincial, etc., etc.» hé aquí el introito de los que pretenden que se les dispense alguna atencion. Si es algo en la provincia por donde el Ministro suele ser diputado, ó bien en aquellas otras temibles por su inclinacion á las revueltas, desde luego puede prometerse la mas cumplida deferencia; mas si pertenece á alguna de esas provincias sumisas, obedientes, que no se rebelan nunca, que pagan bien sus contribuciones, y cumplen sin murmurar las órdenes del gobierno, que no espere buenos resultados en sus pretensiones. Ninguna teoria hay tan grande como la modestia y humildad, sea individual ó colectiva, en un pais donde hace mucho tiempo se dijo que la justicia estaba de tejas arriba, y donde no se atiende nunca sino al que nos sirve ó al que se hace temer. El egoismo y el miedo son los únicos móviles que regulan los actos de nuestros gobiernos de algunos años á esta parte.

Ya antes dijimos, que la especie ministerial se parece tambien á los gorriones y á la langosta en lo numerosa, dañina y voraz: añadiremos ahora que se asemeja al toro en que embiste cerrando los ojos, y dejando cesantes por quitame allá esas pajas, por un capricho tal vez, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, á una porcion de empleados, ni mas ni menos que el toro pone fuera de combate á los inocentes caballos que le ponen delante. Tambien á los Ministros los pican y banderillean los diputados y senadores en sus palenques respectivos, y no falta quien se entretenga en echarles suertes y en burlarlos, y por último algunas veces les echan perros, como cuando se les cuelgan una caterva de contratistas que los acosa y persigue hasta sacarles sangre y rendirlos. Es pues muy grande la semejanza entre toros y Ministros: no hay mas que una pequeña diferencia, que consiste en que á los primeros los matan por fin de fiesta, y á los segundos los dejan en libertad y en aptitud de presentarse nuevamente en la liza: lo cual, si por una parte es un mal muy grave, no deja de ser un bien grande por otra, pues corrimos peligro de ver enteramente despoblada la nacion si fuese costumbre estoquear los Ministros y hubiera de seguirse la práctica con todos los que aspiran á serlo.

Por lo que llevamos dicho se ve, á cuántas cosas se parece un Ministro de esta tierra privilegiada; pero con lo que cada uno de ellos tiene una completa identidad es con un tal señor Casca-ciruelas, á quien no he tenido el honor de conocer, mas que debió ser un grandé hombre pues anda en boca de todos, y de quien se cuenta que hizo lo que pudo y no hizo nada. ¡Admirable original de nuestros Ministros!

Una vez expuestas con la brevedad que requiere un artículo de esta clase, las principales cualidades de la especie en general, nos detendremos muy poco en las de cada variedad particular.

Ministros progresistas son aquellos que cuando están debajo, que tambien al verdugo ahorcan, hablan mucho de soberania nacional, de libertad y de garantías constitucionales, pero que en el poder olvidan estas zarandajas y prenden como les acomoda, destierran cuando les viene á cuenta, hacen juzgar por tribunales incompetentes y fusilan las gentes con inhumanidad como en octubre de 1841; roban por decretos como sucedió cuando declararon bienes nacionales los de las monjas, estinguen contribuciones sin reemplazarlas con otras, y por último animan á sus masas queridas á dar de palos á todo ciudadano pacífico que tiene la desgracia de salir á la calle, cuando impera en todo su esplendor la soberania nacional, como en los últimos dias del gobierno del ex-Rejente. En una palabra, la anarquía es á ellos, lo que el agua al pez y el aire á las aves.

Los republicanos no han dado hasta el presente la cara ministerialmente, aunque los haya habido en algun gabinete, pero desde luego nos atrevemos á pronosticar que serian muy semejantes á los anteriores, solo que sus chanzas serian un poco mas pesadas.

Ministros moderados y Ministros nada, vienen á ser casi una misma cosa. Su amor á la legalidad, su constitucionalismo y su timidez, los han perdido siempre, dejándose arrebatar el mando en virtud de algun glorioso de esos en que están tan duchos los progresistas. Y lo peor del caso es, que despues que se entregan inermes en poder de sus enemigos en fuerza de su respeto á la Constitucion, los acusan todavía de serviles y retrógados, de modo que á nadie puede aplicarse con mas oportunidad aquello de *tras de cuernos penitencia*.

Tambien hay Ministros que no son moderados, republicanos ni progresistas; que lo han sido todo, que no son nada, que van á su negocio y nada mas. Dios les ayude.

Otra clase queda en la cual están comprendidos los que dan al parlamento con la puerta en los hocicos, los que no temen ni la ira de Dios, y que no ceden á influencias parlamentarias. Estos suelen ser productos de patriotas arrepentidos, de los que nos libre Dios con su infinita bondad, pues si bien en el cielo son muy apreciados los pecadores arrepentidos, en la tierra y políticamente hablando, son de muy mal efecto los arrepentimientos.

De cuanto hasta aquí he dicho, creo que inferirán mis lectores poco mas ó menos qué cosa viene á ser un Ministro generalmente hablando; mas para que formen una idea mas completa de la clase activa, quiero decir, de cualquiera de las subdivisiones en ejercicio, es preciso que se trasladen conmigo á la casa ministerio y se introduzcan conmigo en algunos de los despachos.

Allí mi discípulo aspirante á secretario de Estado, recibirá lecciones sobre el terreno, en el teatro futuro de sus hazañas, lecciones prácticas en una palabra, que son las mas provechosas.

¿A qué ramo piensa V. dedicarse con preferencia? ¿á la Hacienda por ejemplo? Pues vamos al departamento destinado á ese caos insondable. Ante todo es preciso no arredrarse con las dificultades. La primera con que desde luego nos encontramos son los porteros, gente altanera y descortes con los humildes y los tímidos, pero deferente con los osados. Para no ser detenido en la primera portería es indispensable entrar impávido, con la cerviz enhiesta, con el sombrero calado y sin ninguna clase de cumplimientos. Nuestra arrogancia nos facilita la entrada en la maasion de los porteros mayores, y hénos aquí ya en la segunda es-

tacion. El objeto es penetrar en el despacho y ver al Ministro, y esto no se consigue sin saber que está dentro y sin pasarle recado. Hay pues que preguntar al portero si está el pájaro en la jaula, y esto requiere su fórmula particular para que contesten bien. Sin duda mi discípulo se dirigirá al portero con esta respetuosa pregunta: ¿está S. E.? Hombre al agua, te perdiste, y ya lo conocerás en el avinagrado gesto con que te contestan: «si señor, pero está muy ocupado.» Han adivinado que no eres ni has sido nunca de la casa, y lo que es peor, que no tienes amistad con el Ministro cuando lo tratas con tal cumplimiento. La pregunta de ordenanza no es otra que ¿está el

jefe? ó simplemente ¿está? san fason. Si señor, te responderán: pues bien, dígame V. que estoy aquí.

Interin regresa el portero á darnos cuenta del resultado de su comision, nos entretenemos en observar las figuritas que hay pintadas en las paredes y techos del palacio que fue de Godoy, y que ha venido despues á parar en el destino que hoy tiene. Sin duda el artista encargado de adornar con sus dibujos aquel edificio, era mas profeta todavia que pintor, cuando tan previsoramente colocó las figuras que aun se observan y que tan alegóricas son al estado actual de nuestros negocios ministeriales.

En unas partes se ven guerreros flacos y en cueros



El Ministro.

armados de cascos, lanzas y escudos, vivo ejemplo de la situación á que suelen verse reducidos nuestros soldados, y de la constancia y valor que manifiestan no obstante.

Allí dos mancebos blancos, rubios y colorados á caballo sobre dos leones; ja fisonomía de aquellos indica que no nacieron bajo la influencia del esplendente sol de España: el leon es el simbolo de nuestro poder. Saque el que guste la consecuencia.

Al otro lado manojos de todas armas hacinados y revueltos: sin duda aluden á la afición favorita de la época.

En el zócalo de algunas habitaciones se ven cabe-

zas humanas rodeadas ó guarnecidas con alas de mariposa: á esto no puede darse otra significacion sino la de que nuestros Ministros tienen una cabeza muy ligera y disipada.

En fin, despues de habernos dedicado largo rato á estas observaciones, y á las que proporcionan las caras de tantos pretendientes de todas categorías como pueblan aquellas dichosas antesalas; despues de haber visto pasar y repasar en todas direcciones á unos seres que por la marcialidad con que caminan, por la solicitud y deferencia con que son atendidos de parte de los pretendientes, y mas que todo por un pedacito de hierro terminado por una parte en un



anilla y que tiene en la opuesta dos muescas en cruz, se conoce que son de la casa y que pueden dispensar su alta protección, mas útil á veces que la del mismo Ministro; nos toca nuestro turno y hémos ya en el despacho de S. E.

Cuando el hombre se siente de repente poseído de admiración, es una acción natural la de dirigir la vista al cielo como para darle gracias por sus obras: mas al entregarse á esta expansión general en el despacho del Ministro de Hacienda, lo primero que se presenta á nuestra vista en medio del techo es un angelote en ademán de volar con un mundo en los brazos, que seguramente debe ser el uno de los dos que pertenecieron en lo antiguo á la corona de España, y que voló para nosotros como volarán otras cosas de las que aun poseemos. El referido angelote tiene la cabeza cubierta con el globo que conduce á cuevas, y solo descubre la parte pos... como burlándose de nosotros: sin duda representa á nuestra carísima aliada la Inglaterra, en la actitud consiguiente á alguna de las morisquetas que nos ha jugado y que si Dios quiere, nos jugará en lo sucesivo.

Repuesto uno del estupor que no pueden menos de causarle semejantes alegorías y el talento profético de su autor, baja la vista y se encuentra frente á frente con el Ministro. ¿Qué hay? pregunta este. — Nuestro objeto es que V. se sirva providenciar sobre tal cosa. — ¿Trae V. solicitud? — Si señor, esta es. — Aquí no hay antecedentes acerca del particular; informen las oficinas.

Va la solicitud, se informa, se vuelve á informar, pasa por veinte manos, se escribe un protocolo, y cuando está concluido se lo traen á firmar á S. E., quien suele preguntar con la pluma en la mano, ¿media firma, ó firma entera? Pone la que le dicen y cuento acabado.

Con saber esto, hacerse el distraído de vez en cuando, aparentar ocupaciones frecuentes é importantísimas, aunque no produzcan ningún resultado, y despedir á las gentes antes de que ellas lo hagan con un adiós protector, se llena á las mil maravillas el papel de Ministro, interin no están abiertas las Cortes. Durante la legislatura es necesario además tener una paciencia á prueba de interpelaciones, ó lo que es lo mismo á prueba de bomba; ser muy osado y charlar como una cotorra. Esto último es lo mas difícil, aunque no sea indispensable hacerlo bien, y por otra parte no es una cualidad ministerial sino *qua non*, pues yo los he conocido que en vez de hablar... mejor es dejarlo.

IGNACIO DE CASTILLA.

LA COLEGIALA.

¿Qué es una colegiala? Hé aquí una pregunta que se me ha ofrecido desde luego al empezar este artículo, y me ha dejado tan suspenso, tan aturrido, tan anonadado como si bajo el mas severo castigo me hubieran propuesto la pronta resolución del problema de la cuadratura del círculo. Por muy sencilla que parezca á primera vista aquella pregunta encierra sin embargo una responsabilidad muy grande aunque no sea otra que la de pedir una definición, y esto no es poco para el que tiene la desgracia de creer que nada definen, por lo regular, las definiciones. Será aturdimiento, será insuficiencia, será tal vez desconfianza, será lo que se quiera llamar; pero confieso mi pecado, y juro ante la aterradora presencia de una maestra irritada, que al zumbiar en mis oídos esta interrogación: — ¿qué es una Colegiala? las fuerzas me han abandonado, la pluma se ha deslizado de mis manos, la cabeza ha caído en una de

ellas, y con los ojos clavados en el techo, la boca abierta, y la mayor inmovilidad en todo mi cuerpo, he quedado sumido en un profundo letargo, durante el cual he visto pasar diferentes objetos y personas que venian en tropel á darme una respuesta á aquella pregunta: respuestas todas inconexas, estafalarias, oscuras, en una palabra, nada satisfactorias.

El Diccionario de la Academia rompía la marcha con gorro de dormir, diciendo que no habia tenido por conveniente dar una definición exacta, y dejándome al son de buenas noches. Un honrado ciudadano, buen padre y buen esposo decia con la autoridad del Diccionario que *colegio es una casa destinada para la educacion y crianza de niñas*, y que por consiguiente la Colegiala seria una niña criada y educada en la casa destinada á este objeto: pero como el buen hombre llevaba en su frente el sello de la candidez, y tenia trazas de creer á pie juntillas todas las verdades teóricas que están sentadas en el catálogo de las mentiras prácticas, no me pareció oportuno darle la razón. Seguíale un jóven elegante con el pulgar de una mano metido en la sisa del chaleco, y ocupada la otra en jugarle con el lente mientras exclamaba lleno de admiración: — «Fruta esquisita guardada en un almacén llamado colegio, que como dice Byron, en *él se aprende...*» lo demas lo dijo en inglés y no quise prestarle mas atención, fijándola en una señora de edad dudosa pero bien parecida y mejor compuesta, que venia diciendo: — «Gracias á Dios que está melchica en el colegio!... ¡Bendita institución! Si hubiera seguido mas tiempo á mi lado era cosa de desesperarse... nadie hacia ya caso de mí... me importa poco que aprenda ó deje de aprender... con tal que esté allí cinco ó seis años.» — Y conforme iba hablando pasaba y repasaba su mano por los rizos con mucha coquetería, inclinaba á un lado la cabeza con no menor estudio, y dirigiéndome una mirada lánguida y penetrante que me hubiera hecho lanzar del sillón á no haberlo impedido el que venia detras, arrojándose alegremente en mis brazos. Era un hombre de figura esférica y ojos vivarachos; á cada apretón que me daba, decia con toda la efusión de su pecho: — «¡Amigo mio! ¡soy feliz! ¡muy feliz!!! ¡excesivamente feliz!!! Tengo una sanguijuela menos en mi casa: á fuerza de sudores y fatigas he podido conseguir para una de mis chicas una plaza pagada en un colegio... para las otras mi maña proveerá Dios mediante... por el pronto tengo una hija comida y bebida sin que me cueste un cuarto y lo demas es cuento.» Desapareció de mi vista repitiendo varias veces esta última frase al compás de sus dedos que iban imitando á las castañuelas, y me dejó frente á frente de una gravísima señora vestida de negro, que traía cubierto el rostro con la mantilla, al traves de la cual se oían estas palabras: — «Bendito sea el Señor que me ha dado lo suficiente para colocar á mi hija en aquella santa casa, donde no se verá expuesta á los peligros de este mundo engañoso. Aunque salga de allá tan ignorante como ha entrado importa poco: lo principal es que sea una buena cristiana... para comer no le ha de faltar mientras viva... no necesita saber leer ni escribir, ni menear la aguja para...»

Aquí estaba de mi vision cuando dí con las narices en la mesa, conociendo bien á mi pesar que me habia quedado dormido pensando en el artículo de la Colegiala. Me levanté azorado, victima todavía de la mas angustiada pesadilla, y con los brazos cruzados en el pecho empecé á dar paseos de un rincón á otro de mi cuarto, impulsado por una fuerza oculta como si fuera un sonámbulo; pero reflexionando sin embargo en lo que habia de escribir respecto á la Colegiala. Por fuerza, exclamé, me acosa algun diablillo al pensar en este asunto. ¿Cómo llevar á cabo mi empresa? ¿Cómo he de pintar detenidamente y en

todas sus fases un retrato del que me piden la mas perfecta semejanza? A la verdad no es muy fácil cuando no se tiene delante el original, cuando ni siquiera se ha observado un momento: ¿y cómo se ha de observar con la detención que se merece si está cerrada á cal y canto para todo individuo del sexo feo la casa donde se oculta este tipo del bello sexo? Si á fuer de concienzudo historiador me valgo de *personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento*, tal vez me contarán lo que quieran y guardarán silencio en lo que yo crea tal vez mas necesario. Si lo escribo al buen tun tun sin orden ni concierto, poniendo en el papel todo lo que se me ocurra, venga ó no venga al caso, como si escribiera un artículo de política, ó de crítica teatral, de lo que menos me tacharán será de haber pretendido salir cuanto antes del paso.

Nada de eso: es preciso que yo mismo lo vea, y para esto pondré todos los medios que estén á mi alcance, me valdré de todas las tretas que se me ocurran, y en último caso llevaré mi celo hasta el punto de sentar plaza de demandadero: ¡pero infeliz! nada conseguiria aunque así fuese. Impelido por el mas ardiente entusiasmo trabajaria sin descanso en hacer las mas minuciosas investigaciones, y bien pronto me descubrirían tomando mis puros y loables linceos por otros de muy diverso género, y lanzándome un *fuera profano* que me dejaria mas yerto que al buen rey de Tebas: á él le echaron de un cementerio, cosa bastante agradable, y á mí... seria humillante no hay duda ninguna. ¿Cómo pues he de valerme? ¿adónde hallaré remedio? ¿A quién invocar? ¿A quién pedir auxilio? — Venga á mí, exclamé finalmente tomando una postura teatral, y con la cavernosa voz de un nigromántico en el instante mas crítico de sus diabólicos conjuros; venga á mí alguna cabalgadura fantástica que me haga atravesar invisible por las rendijas de las puertas, y me dé á conocer la Colegiala estudiando, cosiendo ó enrojando en la clase, orando ó durmiendo en el coro, jugueteando en la huerta, y repasando en su imaginación en el dormitorio y con el silencio de la noche, en aquellos inexplicables momentos que preceden al sueño, todas las ideas que mas afectan á su alma. Venga la muleta del Diablo cojuelo, la capa de Mefistófeles, ó aunque sea el pálido caballo del Apocalipsi.

Apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, cuando un ruido extraño zumbó al rededor de mi cuarto; la luz que me alumbraba se fue debilitando por momentos, y apagándose finalmente apareció con espantoso estruendo un ente sobrenatural de cuya descripción tengo que privar á mis lectores, porque me hallaba enteramente á oscuras.

— Aquí tienes lo que buscas: dijo á poco tiempo de entrar con una voz que si nada tenia de humano, mucho menos tenia de divino.

— ¿Y quién eres?

— No te importa saberlo.

A esta respuesta tan inquisitorial nada pude añadir por un momento; pero si sospeché bien pronto que aquel individuo pertenecía á la policía secreta de los reinos infernales. Esto era cabalmente lo que yo buscaba. — Vas á darme á conocer la Colegiala: le dije con voz entera y en tono de mando.

— Así lo haré: pero te advierto de antemano que solo la veras de lejos y en el sitio donde me acomode presentártela.

— ¿Y dónde ha de ser?

— Donde veras muy pronto si me das la mano.

Se la alargué maquinalmente, y apretándola como con unas tenazas, sentí que de repente faltó el suelo á mis pies: quise forcejear para desasirme pero ya ni era tiempo, ni podia hacerlo, pues iba hundiéndose los aires con la velocidad del rayo, caballero

en un extraño objeto que, examinándolo al tacto, conocí que era nada menos que el entallado corsé de una dama. Hicimos alto á poco rato de haber empezado tan peregrino viaje, y mi conductor me dijo que nos halláramos sobre el colegio que me iba á proporcionar cinco tipos ó diferentes caracteres de la Colegiala. Paso en silencio el nombre y el sitio en que se halla colocado este edificio por las poderosas razones que dió Carloto de la muerte de su sobrino el marques de Mantua.

Por tres causas: porque quiero

Es una, y por esta y esta.

La oscuridad me rodeaba por todas partes y no se percibía el menor susurro; yo permanecía en el aire como el alma de Garibay esperando con ansia que llegara el momento de ver lo que deseaba: no tardó mucho, á la verdad, en irse aclarando por grados un ancho espacio, viendo al fin distintamente mis ojos una huerta alumbrada por la débil luz de un crepúsculo de la tarde: debía ser de primavera porque los árboles estaban verdes y floridos, las flores exhalaran esquisito aroma, y un vientecillo suave movia blandamente las hojas. El silencio se fue rompiendo con la misma gradación, percibiéndose una multitud de voces de distintos metales, que llegaron á herir á mis oídos con discordante clamoreo: al mismo tiempo que, aparecieron los cuerpos de donde salían, vestidos todos de la misma manera aunque con mas ó menos gracia. Eran por fin mis Colegiales; ya las tenia delante aunque lejos, é iba á observarlas no como deseaba, porque no era á mi ver muy á propósito para ello el momento ni el sitio que habia escogido mi misterioso conductor. Sin duda debió de adivinar mi pensamiento, pues antes de hacerle esta observación me dijo con tono doctoral: — He escogido este sitio y este momento porque en ninguna parte se presenta con menos rebozo el carácter de la Colegiala como en las horas de recreación.

— Pues, señor, bueno: tú lo sabras mejor que yo; pero me parece que si permanezco aquí en el aire como un vencejo, solo podré decir de la Colegiala lo que están viendo mis ojos, que ciertamente es bien poco. Diré que es una muchacha como hasta de quince años, unas veces bonita, otras fea, que salta, brinca, se está quieta ó se pasea, coge furtivamente la fruta verde de los árboles y la saborea como si fuera un manjar esquisito, y que es en fin una persona muy á propósito para poner por obra el precepto de la Escritura que dice: *crescite et multiplicamini*.

— Yo te he prometido dar las esplicaciones necesarias, y voy á hacerlo ahora á pesar de que me ha incomodado no poco tu replica, que es lo que llamas en el mundo, no sé por qué, una salida de pie de banco. Préstame atención. ¿Ves aquella muchacha juiciosa que está sentada al pié de un árbol, fijos sus ojos y todos sus sentidos en el libro que está leyendo, sin tomar la mas mínima parte en la zambra y algazara que se mueve á su alrededor?

— Por cierto que la candidez y tranquilidad de alma que revela en su fisonomía la belleza de sus facciones, el aseo, la gracia, y ese *aquel* encantador con que lleva el hábito y el peinado me incitan á suplicarte que me dejes bajar un rato á su lado aunque no sea mas que para darle las buenas tardes.

— Silencio, y escucha: esa que estas viendo y que tanto te interesa es el primer tipo con que debes encabezar tus observaciones: porque es la que verdaderamente cumple con el objeto á que ha sido destinada en esta casa: es en una palabra

LA APLICADA.

Esta, prosiguió el misterioso cicerone, es la hija del primero que has visto pasar en tu sueño, y del

que has dicho que llevaba en su frente el sello de la candidez, porque así se os antoja llamar ahora en el mundo lo que antes se llamaba hombría de bien. ¿Observas la dulce é inocente calma con que está leyendo ese libro? pues con la misma ha pasado los tres años que lleva de colegio, sin mas amargura que la que le proporciona alguno que otro día el sentimiento de no haber concluido sus tareas con el esmero que deseaba. Su corazón es tan puro como el cáliz de la azucena que lleva prendida al cabello, y todos sus impulsos se dirigen á que cuando sus queridos padres vienen á visitarla oigan decir á la superiora: — «Luisa es un ángel; es la maravilla del colegio: la que á todas escude en las labores; la que tiene una conducta mas irreprochable: la que mejor sabe hermanar los deberes de cristiana con las obligaciones y estudios que van formando de ella lo que se llama una mujer cabal.» Es imposible que tú puedas comprender ni figurarte el placer que experimenta al sentir en su frente el cariñoso beso con que premian sus padres tan halagüeñas noticias, y ni ella vuelve á experimentarlo con tanta efusión sino es cuando ha concluido alguna labor esmerada, y se halla satisfecha de su obra. ¡ Si la vieras entonces con qué noble é inocente orgullo recibe los elogios que la prodigan sus maestras; con qué atención acoge las correcciones que la dictan por alguna leve falta; con qué modesto desden escucha las insulsas críticas con que procuran hacerla desmerecer sus envidiosas compañeras! Y sin embargo, con estas siempre está afable y cariñosa, enseñándolas cuando no tienen la vanidad de creerse con mas talento, ayudándolas cuando les falta tiempo ó les sobra pereza para concluir una labor, intercediendo por las discolas, alabando á las estudiosas, de todas amiga, y amiga de corazón. ¡ Ah! ciertamente sus padres deben gloriarse de haberla dado el ser, así como sus maestras de haber encontrado tal discípula, sus compañeras tal amiga, y ella de tener un alma tan dispuesta á recibir las impresiones que nacen de todo lo bueno, como fuerte para rechazar las que pueden hacerla torcer del camino de la virtud.

— Por Dios, ó por Satanás, tu dueño, que me dejes bajar á conocer de cerca á esa encantadora Luisa; yo te juro que...

— ¡ Calla! ¿ No escuchas la estrepitosa algazara que se levanta en aquel lado?

— La mayor parte de las Colegiales están riendo á carcajadas al rededor de un árbol, mirando unas veces á su copa y otras á la superiora que está sentada algo lejos leyendo un devocionario con los ojos cerrados.

— No sospechan ellas que está dormida, y si lo ha descubierto la que ha motivado esa alegría y esas risotadas. ¿ No la ves?

— ¿ Donde? ¡ ay Dios mio! ¿ es la que está encaramada en el árbol columpiándose en una rama? ¡ Se va á matar! ¡ Y qué linda! ¡ Qué vivaracha! qué... déjame bajar á sostenerla y haré una obra de caridad.

— No hay cuidado: mientras ella se columpia divirtiéndose á las demas, yo te la daré á conocer, diciéndote de antemano, si no lo has adivinado, que es

LA TRAVIESA.

Ya te acordaras del joven elegante que definía á la Colegiala, diciendo que era una fruta exquisita guardada en un almacén llamado colegio: esta muchacha es su hermana. Al entrar en esta casa no parece sino que quisieron introducir el caballo de Troya, para que hubiera una guerra intestina perenne: pero guerra poco sangrienta á la verdad aunque fecunda en sutilezas y diabluras, que si hace perder la paciencia á las superiores, sirve en cambio de diver-

sion á las discípulas, y de satisfacción á la muchacha que continuamente está oyendo de ella, que es de la piel de Satanás. Tiene buen corazón, una imaginación viva, capaz de sacar buen fruto de las lecciones que recibe, y sin embargo no se cuida de esto, pensando solamente en mil travesuras que le proporcionan muy buenos castigos, de los que se ve libre por lo regular inventando y poniendo en planta otras nuevas. En las horas de labor es la que ameniza la monotonía y pesadez del trabajo con cuentos y chistes: cuando reina en la clase el mayor silencio empieza á estornudar, á toser, y si tiene la dicha de que no la mire la maestra, entona con agudos chillidos un ¡ qui-qui-ri-qui! quedando despues serena é imperturbable como si nada hubiera hecho. Aunque nunca aprende las lecciones siempre halla modo de aparentar que las sabe tan bien como la primera, y si este no se le ocurre nunca falta disciplina que la salva. Te divertirias infinito con la multitud de diabluras que hace al cabo del día, unas veces á costa de las superiores, otras de sus compañeras. ¡ Quién no se ha de reir al ver irritada á una maestra que la está reprendiendo, aumentar su cólera á medida que la muchacha responde, levantarse, dirigirse á ella y verla llevar tras sí la silla en que estaba sentada, porque Amalia de antemano le habia cosido á ella los hábitos! En el coro se arrodilla detras de alguna devota, y cuando la ve que está en lo mas fervoroso de su oracion se deja caer encima, fingiendo que se ha quedado dormida. Un día desapareció el rosario de la madre Tecla, y con el mayor asombro le vieron aparecer al medio día entre los garbanzos: no hace muchas noches que la misma señora estuvo á punto de romperse una costilla porque al irse á acostar dió con la cama en el suelo estrepitosamente, sabiéndose despues que la señorita Amalia le habia puesto en falso las tablas, no contenta con haberla hecho pasar ocho noches de agonía, durmiendo entre sal y recordaduras de cepillo: esto le valió un encierro de doce horas al cabo de las cuales salió como si hubiera hecho á pie y por caminos llenos de matorrates una larga peregrinación; tuvieron la poca precaucion de dejarla unas tjeras y se habia entretenido en hacer tiras el vestido, agujerear los zapatos, cortarse las cejas y la mayor parte del cabello, dejándose solamente un mechón en la coronilla como los chinos. Si te fuera á contar todos los recursos de su fecunda imaginación tendria asunto para tres dias, y el tiempo que tengo que pasar contigo es muy corto. Fija la vista en aquella parte retirada de la huerta y observa bien lo que ves.

— Veo una muchacha, que bien tendrá diez y seis años; su bello rostro está cubierto de palidez, y sus ojos negros y rasgados parece que no tienen movimiento; tan lijos están en el objeto que preocupa su imaginación. Me interesa sobremanera ese aire de tristeza que reina en su fisonomía, y buenas ganas se me pasan de bajar á preguntarla el pesar que la acuita, y á consolarla en su aflicción. No seas despota; y dejame...

— Nada conseguirias: lo que la tiene así es un secreto que á nadie declarara mientras se halle en el colegio, y sin embargo la martiriza á todas horas. Observa bien su semblante, y si eres conocedor no tardaras en comprender que esta es

LA ENAMORADA.

Esta pobre muchacha es víctima de la coquetería de su madre, que como lo has oido de su misma boca, solo la tiene aquí para que no la haga sombra. La infeliz ha entrado en el colegio con el corazón asietado por los ojos de un primo que frecuentaba su casa, y las heridas de aquellos tiros se van profundizando con la ausencia, y envejeciéndose con la soledad. ¿ Qué es el colegio para ella sino una estrecha prision en la

que no entra por ninguna parte el menor rayo de sol de su esperanza? Por eso la ves tan triste, tan abatida, siempre pálida y cadavérica, sin comunicarse con nadie, huyendo de todas para gozar con los recuerdos infantiles de lo pasado ó con las halagüeñas ilusiones de un porvenir dichoso, que algunas veces pasa como un relámpago por su imaginación, para sepultarla despues en la mas negra melancolía: y esto ayer lo mismo que hoy, y hoy lo mismo que mañana. Triste vida es la suya sin gozar jamas un rato de calma y de alegría, sufriendo en cambio el martirio que produce el silencio, el despecho y la separacion completa del bullicio del mundo; entre cuya algazara habia abierto los ojos, habia crecido, se habia desarrollado, y cuyos goces empezaba ya á saborear, gracias al cuidado de su madre. ¿Qué ha de hacer la pobre Elvira sino llorar, consumirse, y marchitar las gracias de su juventud como la flor que la faltan los benéficos rayos del sol? ¿Qué leccion se grabará tan profundamente en su memoria como la que recibió una noche en un baile, de los mismos lábios de su primo, con el fuego y entusiasmo que acompañó á la declaracion de este, y con el anhelo, la zozobra y la alegría que se apoderó de ella al escucharla? ¿Qué oraciones dirigirá al cielo en el coro con tanto fervor como los juramentos de amor y fidelidad eterna que la hizo su amante al despedirse, y todavía resuenan en sus oidos y despedazan su corazon? Nada mas quiero decirte de ella porque bien puedes figurártelo. Con mucha razon dijo un poeta frances del siglo pasado, que:

Désir de veuve est un feu qui dévore.
Désir de nonne est cent fois pis encore.

Deja á la enamorada sumida en su contemplacion, y observa á esa otra muchacha que está tendida en el suelo con el mayor abandono, ocupada en ver un reguero de hormigas que andan buscando el agujero que las ha tapado. Ninguna podrá fijar con tanta avidez su atencion en semejante objeto sino es

LA HOLGAZANA.

Observa su peinado descompuesto, su ropa mal truida y llena de manchas, y eso solo te dará idea de la desidia y pereza que la domina. Aunque ves que los dedos de la mano derecha están cubiertos de tinta, no creas que es amiga de escribir, al contrario; no hace mas que emborronar papel pitando unas figuras que quieren ser monigotes, y unos garrapatos gruesos que á todo se parecen menos á letras. En la clase de costura si no se queda dormida, da unas puntadas como de estero, y presenta una labor tan esmerada que la vale estar de rodillas una hora y otra hora, dándose por contenta con tal de no seguir el trabajo. Su principal ocupacion en el colegio, aquella en que pone todos sus cinco sentidos, es la de comer y dormir bien: lo demas le importa muy poco, lo mismo que á su padre que *ha podido conseguir una plaza pagada para una de sus chicas, y ya la tiene comida y bebida sin que le cueste un cuarto*. Esta es la diversion de sus compañeras, y el blanco de todos sus tiros: pero ella tiene una gran dosis de filosofia cinica para no inquietarse por nada, si no se la toca á la pitanza y no se la perturba el sueño, que mejor puede llamarse una continuada modorra. A ninguna pregunta que le hagas te responderá de otro modo que encogándose de hombros y bajando la cabeza, para decirte: — ¡Yo no sé! Verdad tan completa, tan explicita, tan clara que no se necesita oír de sus lábios para convencerse de que es una calabaza ambulante con el cabello desgreñado y los zapatos á la rastra. Vuelve de ella los ojos antes que encierre la mitad de las hormigas en un cucuruchito para divertirse despues, y sigue con la vista á aquella otra que

con el dedo en la boca y mirando al soslayo, va recatándose de sus compañeras y dirigiéndose con cautela adonde está la superiora. De esta ha querido hacer su madre una santa, y solo ha logrado sacar una hipócrita, á quien llaman las demas

LA ACUSONA.

Ahí la ves en el ejercicio de sus funciones rebotando de alegría porque va á contar á la superiora como la Amelia se ha subido á un árbol á coger fruta y á columpiarse en una rama. De esta huyen todas como yo del agua bendita, porque saben sus mañas, y ella anda siempre á la husma procurando coger alguna palabra vedada, algun descuido, alguna accion de las



La Colegiata.

que pueden llevar un castigo, para contarlo inmediatamente á la que pueda imponerlo. Aunque es muy corta de alcances y estudia poco, la salva esta cualidad, y la pone en el mejor lugar con las maestras y directoras. En la clase mira mas á sus compañeras que al libro y la labor, y siempre de reojo, furtivamente, con disimulo para gozarse en cogerlas en falta: es una araña que está atisbando á la mosca. Cuando alguna está castigada porque ella ha *dado el soplo*, se complace en verla sufrir, sonriéndose con los ojos bajos, oyendo despues con una paciencia aparente los reproches y dicitérios en que la echan en cara su malignidad. ¡Pero ay de ella si tiene la poca provision de quedarse entre las demas en algun momento que

se ausenta la superiora! ya puede contar por seguro el martirio, recibiendo de unas pelizcos, de otras pescozones, y la mas agraviada la pincha con un alfiler, la que no lo está menos la tira de las narices, y todo esto mientras entonan un coro á su alrededor: — ¡Acusona de Barrabas, en el infierno te hallaras! En el infierno se halla ciertamente hasta que vuelve á aparecer la superiora, y entonces de resignada y paciente se trueca en altiva é imperiosa, mirando á todas con los ojos como brasas, con la boca contraída por el despecho donde quiere asomar una sonrisa infernal que las dé á conocer lo mucho que les agradece la ofensa, porque la proporciona una completa venganza.

Pasemos á otra que nos dé mas halagüeñas ideas de su alma: pero bien mirado es inútil, porque con corta diferencia no haríamos mas que repasar las que ya hemos visto: por otra parte la campana del convento nos las saca de la huerta, y yo, como sabes muy bien, no puedo entrar en sagrado.

Volvió á rodearme en un momento la oscuridad, desapareciendo de repente la huerta, las Colegiales y todo cuanto estaba debajo de mí, y pasó un largo rato en silencio mi misterioso guía dejándome, sin embargo, sin subir ni bajar, perdido entre las nubes como un trueno.

— ¿Y qué voy á hacer aquí ahora? le pregunté asustado: es cosa de que por observar á la Colegiala voy á pasar la vida de los pájaros recorriendo las regiones aéreas montado en este corsé? por mi nombre que...

— Quiero que completes tus observaciones, viendo ahora cuál es el porvenir de esas cinco jóvenes que han fijado nuestra atención.

— Que me place: pero despacha pronto; porque esta cabalgadura tiene una maldita ballena que me está crucificando.

Antes de acabar de hablar me pone la mano delante de los ojos, y como al traves de un lente veo con la mayor claridad un lindo y bien adornado gabinete, en uno de cuyos rincones hay una cama donde duerme un niño, teniendo á su lado guardándole el sueño á una agraciada joven, vestida con elegancia y sin afectacion, que bien demuestra que es su madre por las miradas cariñosas que le dirige, por el cuidado con que le vela, por el aire de satisfacción y de alegría que refleja su semblante. Aquellas facciones no me son desconocidas, aunque se conoce que han variado algun tanto desde que las ví por primera vez.

— Esa es Luisa, la aplicada del colegio, me dijo el cicerone: ya hace dos años que salió de él y uno que vive en la mayor felicidad, abierto su corazón á todas las delicias que proporciona el amor de esposa y de madre.

— No vayas tan lijero ¡qué diablos! Ya han desaparecido Luisa, el niño y el gabinete, presentándose en cambio un salon de baile lleno de bellezas y fealdades que andan de aquí para allí haciendo que bailan. ¡Ni una cara conocida! ¡Ah, sí! me engañaba: allá hay una que tiene cinco ó seis jóvenes al retortero burlándose de todos, y todos segun parece muy prendados de ella.

— ¿Quién ha de ser sino la traviesa? Lo mismo hace aquí que en el colegio, enredar y sacar partido de todo. De ninguno hace caso en realidad aunque no los desanima, dando á unos promesas, á otros suspiros, á otros sonrisas, y á nadie su corazón, que mas vivo que una mariposa vuela y desaparece de entre las cadenas con que algun infeliz ha presumido esclavizarlo.

— Déjame bajar y bailaré un vals con ella... ¿pero qué es esto? ¿voló el baile, y las muchachas bonitas, y las viejas feas, y en dónde estoy? ¿Para qué me traes á este cuarto miserable donde apenas puedo ver lo que contiene con la poca luz que derrama ese ago-

nizante veloncillo? Allí está una joven pálida y descolorida.

*como rosa
que ha sido fuera de sazon cogida.*

Sus ojos se van cerrando mas por el cansancio y la fatiga que por un tranquilo y apacible sueño: en su mano tiene un papel que acaba de escribir y parece la continuacion de otros que hay sobre la mesa. Veamos lo que dice:... «Ya sabes como me escapé con Enrique del colegio y no necesito darte mas explicaciones, porque demasiado público se ha hecho este suceso. Lo que nunca habrás sospechado ni creído que llegara á suceder, es que exista un hombre tan perverso que despues de mil palabras y mil juramentos me haya abandonado completamente dejándome sumida en la miseria, separada de mi madre que no quiere perdonarme, y separada del mundo que me juzga mas culpable de lo que soy...» ¡Pues me gusta! cuando me iba interesando esa escena echas el telon y me dejas á oscuras de lo demas! ¿y para qué? Para traerme á otra habitacion donde están chillando, llorando y rabiando dos chicos, pintadas las caras de chocolate y con todas las señales de estar muy poco cuidados. Aquella obesa y corpulenta mujer que está mas tendida que sentada en el sofá ¿será su madre? Si tal: se parecen en la cara, en el cuerpo, y mas que todo en la desidia que desputa en ellos y rebosa en ella. No necesitas decirme que esta es la holgazana del colegio, porque bien la conozco por su interesante ocupacion: dejémosla dormir en paz y llévame á ver la acusona. Cuidado que no te he dicho que me traigas á la policia; nada tengo que hacer con ella á Dios gracias: ¡pero calla! al traves de la mantilla con que trae cubierta la cara esa señora distingo las facciones de la persona que deseaba ver: ¡sí, es ella! la hipócrita, la acusona del colegio que se ha convertido en agente de policia la secreta, vulgo espia. Pase V., señora, y Dios me libre de encontrarme con V. en ninguna parte.

Quitó el diablillo la mano que tenia delante de mis ojos, y á poco tiempo me encontré sin saber cómo en mi cuarto arrellanado en mi sillón; pero tan molido, tan aspado, tan falto de respiracion como un cómico de pocos pulmones que ha ejecutado un largo papel en una larga comedia, y al llegar al final apenas le quedan fuerzas para hacer al público una cortesía, y decirle en tono sumiso

Aquí acabó la comedia
perdonad sus muchas faltas.

CARLOS GARCIA DONCEL.

LA CIGARRERA.

¡Pues la chica tiene genio! ¡Como diga que no, es inexpugnable! Vaya, mujer, ven acá; aprovechemos la casualidad de habernos encontrado, para que el público sepa quién eres; mira que estamos comprometidos con el anuncio.

— ¡Toma! ¡miste que ley!.... ¿pa qué pusieron ese rótulo?... escriba osté.

— ¡Pero, hija mia, si yo no sé nada de lo que haceis en la fábrica!....

— Cigarros.

— Sí, ya lo sé; pero...

— Vaya, dejémonos de requilorios y agur; quédense las probes Cigarreras con su aquel y su frábica, y póngase osté á sacar romances de su cabeza, que lucio quedará con el oficio... En una guardiya al par de la mia, murió un señor hace poco de hambre purita.... También era casi como osté, muy estirao y tóo lo sa-

caba de su cabeza. Mas maldiciones le tié echáas mi curro el cajista porque le emborrónaba los papelotes que le traiba de la imprenta, que ya!.. Así está osté espiritao, le decia yo cuando me recrebaba.....

—Sí, todo eso está bien; pero yo quiero que mis lectores sepan la vida y milagros de la Cigarrera mas bonita y.....

—¿Sabe osté lo que es?... que sí ¡bonita! Como que me lo voy creyendo..... Vaya usted con esas an-

dróminas y esos papelones á los ciegos, que aquíno cucla. Güen papel haría yo entre tantas señoras como dice osté que hay en el libro.

—¿Y qué tiene eso de particular? ¿No eres tú tan honrada como *el Ama del cura*, y...

—¡Caye osté generoso!.. ¿Cómo el Ama é el cura?... y mas que todas las marquesas de meriñaque... Vaya un re... Dios!.. Probe sí; pero honráa como denguna.



La Cigarrera.

—¿Ves? ya sabe el lector que sois honradas; aunque me temo que hayan tomado la escepcion por la regla.

—Menos palique y largo... *don Levita*.

—Pues dime ¿qué, no quieres acompañarme á la fábrica y dejar que te retraten en el libro?

—¡Quiá! á remenos me lo tendría yo el andar con usias de casaca... *Leví, leví*, pero no le conoci.

Un señor de levosa
se me ha perdido;
le he puesto en el *Diario*
y no ha parecido.

Que güeno juera
que el señor *don Levita*
no pareciera!

Por intempestiva que le haya parecido al lector la introduccion de este artículo, no habrá dejado de conocer que el personaje con quien hablábamose era una *Cigarrera*, y que el lenguaje que usaba es el mas comun á esas gentes; sobre todo si están bautizadas en San Lorenzo ó en San Millan.

Los barrios del Ave Maria y de Lavapiés surten generalmente de operarias la fábrica de tabacos de Madrid, aunque algunas de ellas son feligresas de Maravillas y del Barquillo. Pero esas mujeres no están como llovidas en esos sitios; ni se encontraron al nacer en las calles del Tribulete y Humilladero; á esos sitios han ido á parar por sus pasos contados; y tienen procedencia legitima las mas veces; aunque no se exige semejante requisito para hacer cigarras.

Son tan característicos los rasgos particulares de mi tipo que le hacen formar clase aparte en la sociedad; de tal modo que cuando se oye decir: es una *Cigarrera*, nadie pregunta mas de malo ni de bueno.

Las operarias de la fábrica de tabacos de Madrid son en su mayor parte madrileñas; por mas que haya muchas entre ellas, hijas de otras provincias, especialmente valencianas. Pero estas son cuestiones de mayoría, y las *Cigarreras* que han venido al mundo por la capital de las Españas, forman una parte del tipo de la *Manola*, que merece un recuerdo de nuestra pluma; persuadidos de no podernos emplear nunca con mas españolismo que ahora. Retratar el donaire,

las gracias, la nobleza y la generosidad de una clase que ha llamado siempre la atención de los extranjeros, y que está próxima á desaparecer para siempre de nuestro suelo, es para nosotros una tarea muy grata. Nos horripila ver hoy día barridas las escaleras de la fábrica por la ropa talar de las operarias; pero nos refugiamos en ese establecimiento como única trincherera que para defender las costumbres españolas nos ha dejado el ridículo furor de los innovadores. Aun pisa la fábrica de tabacos el zapato de gabinete blanco y la media de seda calada; aun no se ha desterrado de esos sitios el corto guarda-piés ni la mantilla de franja.

Media docena de hombres, que pulsan cuatro guitarras y dos bandurrias están sentados á la puerta de una casa baja en la calle de la Palma Alta; acompañanles cantando seguidillas igual número de mujeres, y bailan en el corro cuatro parejas que repican con gracia la alegre castañuela; y cuando se acaba una tanda de seguidillas ó boleras echan una ronda de aguadiante; circulando, entre los músicos principalmente, un botijon de aquel espíritu de vino disfrazado en parte con la simiente de anís. La calle está llena de curiosos y se habla entre ellos con variedad del objeto de aquella fiesta, aunque todos saben y convienen en que es la torna-boda de la viuda de un albañil, que ha contraído esponsales con un cerrajero viudo tambien, y padre de una niña de doce años, que triste y llorosa en medio de aquella gente, no toma parte en la diversion y parece presentar mal de su madrastra.

El baile ha dado principio á las tres de la tarde, y á instancias del sereno y del alcalde de barrio termina á las diez y media de la noche. Un cuarto de patio con dos piezas que hacen de sala, alcobas y cocina, da asilo á los casados, y aquella noche, como las anteriores, pasa sin una palabra mala ni una obra buena y sin que la hija del cerrajero tenga motivo de queja de su madrastra; pero á los quince días se acaban los maravedises y empiezan las desazones. La viuda del albañil sabe poner un puchero, pero no sabe de ningún lonjista que dé los comestibles gratis, y se dirige al cerrajero para que la suministre fondos. Este que no tiene ganas de volver á la fragua la dice que los busque, y una palabra de una parte y otra de otra ocasionan una riña diaria, que termina por hacer las paces los esposos y castigar á la pobre niña, diciéndola que no sirve para nada, y que ya tiene edad para ganarse la comida y contribuir con alguna cosa á la casa.

La muchacha sufre el mal trato de su madrastra buscando medios de ganarse la vida, y hoy cuida el puesto de una frutera por cuatro cuartos; mañana vocea, llamando parroquianos á la puerta de una carnicería, ó acarrea botijos de agua para las vecinas y friega y barre en dos ó tres casas inmediatas á la suya; hasta que por fin logra entrar de niñera con una cria de la fábrica de cigarros. Esta ocupacion la obliga á ir dos veces al día á la casa grande de la calle de Embajadores; ve, por precision, muchachas de su edad que ganan diariamente 36 ó mas cuartos, y andando el tiempo resuelve hacerse Cigarrera; para lo cual pregunta por el superintendente de la fábrica, se entra en el despacho de su señoría, y con las lágrimas en los ojos y el arroyo en los lábios, le dice:

—Señor, yo vengo á ver á usía y usía me va á hacer un favor.

—Mira, yo no puedo hacer nada en eso, dice el superintendente, creyendo que es hija de alguna operaria despedida; tu madre se tiró el otro día de los pelos con la otra, y ninguna de las dos vuelve á poner los pies aquí.

—¡Pero señor!.... replica la muchacha, sorprendida con aquella interpelacion; ¿qué galimatias es ese

que ha movio usía en un memento?.. ¡Usía no me conoce!.. ¡Mire usía que no tengo madre!..

—Pues di ¿qué quieres?

—Entrar en la frábica *daprendiza*, si usía me lo permite.

—Eres muy chica aun, y el reglamento manda que no entre ninguna antes de los trece años.

—Mire usía que aunque parezco chiquetiya, pa la Virgen de la Paloma, cumplo catorce años; ahí está la señá Manuela *la Roma*, que usía la debe conocer, señor, que es *capataza* en el tayer de las *comuneras*.....

—Está bien, pero ahora no puede ser; vuelve otro día.

—Gracias, señor; en el manánjimo corazon *dusia* espero que no me fultará á la palabra.

Pero la muchacha no se fia, y siempre que el superintendente sale ó entra en su casa, se encuentra con la aspiranta á Cigarrera que le está esperando en el portal y le acosa especialmente cuando le ve con alguna señora; esperando que esta haga algo por el sexo. A esta circunstancia ó á la de necesitarse operarias en la fábrica, debe su admision en calidad de aprendiz la niña de los doce años; que destinada por el oficial mayor del establecimiento al taller del tabaco comun, logra tomar asiento en la mesa de la señora Manuela, que á fuerza de pellizcos y pescozones la va enseñando el oficio.

Empieza la hija del cerrajero á *despalillar* la hoja, y á los pocos días, la enseñan á *hacer el niño*, á *liarte* y á *despuntar* por fin el cigarro. La espuerta para el material, la silia, las tijeras, y el *tarugo*, especie de tablita para redondear los cigarros, todo corre de cuenta de las operarias, y la hija del cerrajero, que tomó *al fado* esos enseres, los va pagando poco á poco con el dinero que recibe los días de entrega por los mazos que ha hecho en la semana ó década. Y ahora mientras la chica va cobrando manejo en el oficio para llegar á ser una de las Cigarreras *mas largas*, entre las habidas y las por haber, haremos nosotros una visita á LA FÁBRICA DE TABACOS DE MADRID.

A las siete de la mañana se advierte gran afluencia de gente, la mayor parte mujeres, por las calles del Ave Maria, de Lavapiés y del Meson de Paredes. Los hombres que acompañan á alguna de las Cigarreras se van despidiendo poco á poco, y los numerosos grupos de ellas, que se dirigen hácia el portillo de Embajadores, se condensan frente á un edificio de construcion sencilla; destinado á la elaboracion de los tabacos; esperando allí la hora de que se abran las puertas al enjambre fementil.

Variados son los trajes de aquellas infelices madres de familia trabajadoras, ó de aquellas hijas laboriosas que acuden á la fábrica en busca de pan con que alimentar á sus padres ó esposos; el lujo no está en relacion directa del trabajo ni de la asiduidad; dependen únicamente de los vicios de los hombres con quienes viven, que acostumbrados en su mayor parte á que los mantengan sus mujeres ó sus hijas, se abandonan á la mas criminal pereza y cuanto mas trabajan las infelices operarias, tanto mas las exigen, tanto mas derrochan, y apenas las dejan con que defender sus carnes del rigor de las estaciones que desafian con valor, dirigiéndose al taller para verter su sudor, ganando el pan de toda una familia. El traje mas general consiste en un zagalejo corto que deje ver una pan-torrilla, graciosa las mas veces, calzada con media blanca y zapato idem; pañuelo de manta los inviernos, cubriendo parte de la cabeza, y uno pequeño de percal los veranos, hecho nudo al cuello, y caldo sobre la espalda á manera de capucha; delantal corto de percal ó de seda algunas veces y un pañuelo en la mano que contiene un poco de pan y algo de fruta cuando mucho. Otras suelen llevar una cestita de mimbres al brazo; pero esto no es lo mas comun.

El rumor producido necesariamente por tres mil ó mas mujeres (1) que hablan, ó disputan (que en eso no sé yo á cuántos andaríamos de sinonimia) cesa en el momento de entrar en la fábrica la última operaria. El silencio mas profundo reina luego en el interior del establecimiento; parece imposible que en 101,436 pies superficiales se encierren tantas mujeres, y que no se oiga otra cosa aun dentro de los mismo talleres, que el ruido monótono y continuo que hacen las tijeras, al desempeñar una de sus misiones sobre la tierra, ó al caer sobre las mesas de la labor; ruido elocuente y grande que haría exclamar al poeta menos reflexivo:

Dijo Dios: hombre, el pan que come rás,
con el sudor del rostro ganarás;
Cigarrera, añadió, tu vivirás,
con la tijera haciendo tris, tris, tras.

Los talleres, que ocupan los pisos principal y bajo, están divididos en secciones de á cien mujeres cada una, presididas por una *maestra*; especie de mujer de mas categoría que las operarias, que se pasea por la sala con los brazos cruzados. Antiguamente tenían las maestras su parte en el trabajo como las demas operarias; pero hoy día les está prohibido mezclarse en esa tarea, y su mision de inspectora, está remunerada con un sueldo de 8 rs. diarios; resolución que por ciertas habillitas que oimos hace pocos dias á la puerta de la fábrica, nos parece muy acertada. Cada ciento ó partido de operarias está dividido en *ranchos* de á seis mujeres, inclusa la *capataza*, que dirige la mesa, y es en un todo igual á sus subordinadas. Las capatazas son elegidas por las maestras de entre las mas juiciosas y aplicadas.

Los almacenes del tabaco están en los sótanos, y allí todos son hombres los que trabajan, salva una pequeña seccion de mujeres, llamadas *empapeladoras*, que se ocupan de empaquetar el tabaco picado, para la venta pública. La *empapeladora* es una especie mas moderna que la *mistera*, la *habanera* y la *comunera*; pero todas son Cigarreras y se llevan como ángeles unas con otras; comiendo juntas y yregañando juntas. Los talleres tienen sus fuentes de agua abundante y clara; pero el aseo y limpieza de los *partidos* está á cargo de las Cigarreras que escotan para pagar á las barrenderas. Cada partido tiene un armario donde la capataza de cada mesa guarda la labor de sus compañeras, hasta el dia de la entrega; y como cada una de ellas cobra despues los mazos que hace, usan para no confundir los trabajos, de una señal en el *atado*, que así llaman á la hoja de palma que sujeta los cigarros; y consiste la señal en hacer uno ó mas piquetes con la tijera. Las madres de familia que tienen niños de pecho se llaman *crias*, y salen al patio á las diez de la mañana á dar de mamar á sus hijos, despues de haber sido registradas por las maestras; operacion que sufren todas las Cigarreras al salir del trabajo por las tardes, y así no puede ser cierto aquel cantar que dice:

«Llevan las Cigarreras
en el rodete,
un cigarrito habano
para su Pepe.»

Casi todas las operarias comen en la fábrica, para lo cual se reúnen por ranchos, y pagan cuatro ó cinco cuartos diarios que las guisanderas suplen hasta el dia de la entrega; dia curioso y fecundo en acontecimientos de todo género.

La porcion del tabaco en hoja que toma la operaria para el trabajo diario, se llama *data*, y el dia destinada para recibirla, bajan todas con sus espuestas al

patio grande, y á su presencia se pesan las *datas*, que necesariamente han de dar cincuenta mazos de á veinte y cinco cigarros cada uno. Los mozos encargados de esa operacion tienen sus paniaguadas, á quienes dan el peso mas corrido ó justo por lo menos, que no es poco favor; pero esa parcialidad les acarrea muchas maldiciones de las agraviadas, y hay aquello de: — Reladronazo, endino... lástima é presidio... ¡Cuántos hombres habrá ayí con menos motivo que estos pivos!

Para entregar la labor, no esperan á concluir los trescientos *atados* que corresponde por *data* á cada mesa; sino que la entregan por cientos; para lo cual bajan igualmente al patio y van cobrando su parte, en calderilla y al peso las mas veces. Al terminar esta operacion no están solas las Cigarreras; la puerta de la calle está defendida por las guisanderas, las fiadoras y hasta por los caseros algunas veces; pero estos suelen volverse á su casa sin un cuarto ni esperanzas. El dinero que aquellas infelices reciben por premio de su laboriosidad, no hace mas que pasar de una mano á otra. Los réditos del vestido que lleva puesto y la envoltura del recién nacido, que sacó fiada de la tienda por mediacion de la prestamista, que cobra de ese modo un doble del valor de aquellas prendas, hacen que la operaria salga de la fábrica sin un cuarto y no muy bien parada algunas veces, á consecuencia del siguiente diálogo:

—¡Oyes, tú!... ven acá; ¿qué, no me das nada?

—Esta entrega no puedo.

—Pues yo bien pude darte el vestido cuando te hacia falta... Farfantonas, que quereis lucir mas de lo que podeis.

—Hágase osté cargo, señá Juana, que he cobrao muy poco esta *data*.

—¿Y qué tengo yo que ver con que tú seas una holgazana?... Sí no te anduvieras por ahí hecha un pendon con ese perdido...

—Miste, señá Juana, á mi dígame osté lo que quiera, pero en hablando de mi Alifonso, la rompo á usté el bautismo.

—¡Defiéndele; por lo bien que se porta contigo!... ¿Crearás tú que no sé yo lo que ha hecho con tu pañuelo de manta?... pues le ha empeñado en casa de la Rufina.

—Ha hecho muy rrebien... ¿se le importa á osté algo de eso?

—A mí no; pero págame, ó te arranco el pañuelo.

—¿Sabe osté lo que es?... que me va osté á arrancar el pañuelo!... ¡Me ha hecho gracia la embajá!...

A todo esto la Cigarrera se pone *enjarras*, se cruza el pañuelo debajo del brazo y con el pie derecho mas sacado que el izquierdo, hace temblar á su adversaria, que aunque mujer de *rompe y rasga*, está poseida del miedo inherente á todos los usureros, que se reconocen infractores de la ley en sus préstamos.

—Dejémonos de historias, y págame.

—No me dá la rial gana, y tómelo usté por donde quiera.

—Pues se lo diré al superintendente.

—¡Quiá! la retorceré á osté el gañote mas pronto que la vista.

—¿Tú á mi? dice la prendera, temiendo dar muestras de debilidad en presencia de la multitud.

—Yo á osté, y me sobra pa otra que venga.

—¡Eso lo dices por mí! interrumpe una tercera que ya por celos ó por otra causa, tiene ojeriza á la querida de Idefonso.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que te pego una guantáa, en menos que canta un gallo.

—¡Quiá!

—¿Lo quies ver?

—¡Quiá! Necesito yo doce como tú pa refrescarme la boca.

(1) El número de operarias, asciende hoy á 2742.

—Lo que tú tienes es mucha lengua, y muchísima de la fantasía... ¡Como si no supiéramos aquí de dónde sale ese lujo!

—¡De lo que tú me das, mujer! contesta la deudora de la prendera, poniendo la mano en el hombro de la entremetida.

—A mí no me toques tú, porque tarrastro del moño.

—Toma moño, dice la querida de Idefonso, sacudiendo una fuerte bofetada á su competidora; especie de suerte á que ellas llaman *hacer la coloráa*.

Esto era lo único que faltaba para que la entremetida pasase á vias de hecho, y agarrándose á los rizos de su adversaria la arrancase los cabellos, de una manera sangrienta y terrible. Despeluzna ver el encono con que se baten esas mujeres. La guardia interviene siempre para separarlas; pero esas quimeras suelen ocurrir á cierta distancia de la fábrica, y la presencia de algun esbirro que trata de ponerlas en paz, las reconcilia, volviéndose ambas contra el alguacil y diciendo:

—Chica, pégale una bofetón al *guindiyá*.

—Oyes; no le lames *guindiyá* que está prohibido.

—Pues que se quiten ese chorizo colorao de la *chistera* (1).

Si el negocio se formaliza, suelen ir de allí á la cárcel, de donde salen al día siguiente, despues de pagar una multa y sufrir una amonestacion del juez. De otro modo siguen por la calle de Embajadores, hácia sus respectivas casas, riéndose de cuantas personas encuentran al paso, sobre todo, si hay algun extranjero que tiene la desgracia de atravesar por aquellos sitios á semejantes horas, en cuyo caso las voces mas conocidas son:

—Señor... Señor... El de la levosa... Cuando páran los faldones, guárdenos usted la cria...

—Déjale, chica, que es *gringo*...

—No lo creas; es *franchute*... de los que no *mercan pan* y vienen aquí á sacar la tripa de mal año...

—Monsiu, monsiu; dónde ha dejao usted el salterio?...

Esas y otras bromas entretienen el camino de las cigarreras, y cuando ya se dividen por las callejuelas que desembocan en la calle de Embajadores, tienen otros lances no menos característicos; siendo uno de ellos el de dar azotes á alguna criada de servir; especie de mujer que casi siempre tiene entre cejas la manola, ó el de *cohumpiar* á algun señorito, de esos que quieren galantearlas. Lo primero es una cosa sobrado fácil y puede ocurrir del modo siguiente:

Va por la calle con el derecho de la acera, una criada de servicio que trae á su señorito de la escuela; la Cigarrera se planta en jarras sin dejarla pasar, y la inofensiva criada se retira diciendo:

—Vaya una gana de chocar.

—Sobre tóo... chocar...

—¡Qué tias mas descaradas!... dice la criada, siguiendo su camino.

—Oiga osté sobrina, venga osté acá, y la dejaré la cera; replica la Cigarrera, lanzándose sobre la criada y doblándola sobre la rodilla con una celeridad fabulosa. La victima se resiste; pero lleva media docena de azotes, y cuando se aparece el celador á saber la causa de aquel alboroto, contesta la Cigarrera:

—No ha sido naa, señor; sino que estaba el día nublao; pero ya *ha salio el sol* en Lavapies, por esta tarde.

Esta misma escena ú otra menos fuerte, enamora á tal cual jóven, que se llega á la Cigarrera y la dice:

—Bien, salero; ¿quieres que te acompañe?

—No señor, le contesta secamente.

—Entraremos en la botillería.

—No gasto.

—En la taberna.

—Menos.

—¡Estás muy seria, mujer!

Y osté muy franco *por parte de tarde*. ¿En qué bodegon hemos comio juntos?

—Vaya, no seas esquiva, y déjate querer.

—¡Conversacion!

—Quieres venir á la confitería.

—Me empacho.

—¡Pues qué quieres!

—Que se quite osté de delante, so espantajo, pendon, poca pringue...

Y si el *ustá*, como ellas dicen, no se retira, sigue ensartando motes, hasta que llega á su casa y se encuentra con su marido que viene del trabajo si es hombre de bien, ó de la taberna si anda á *picos partidos*; en cuyo caso Dios y las costillas de la Cigarrera saben lo que allí pasa.

Pero ya se ve; el lector estará asustado creyendo que las palabras Cigarrera y camorrista son sinónimas, y á fé que no hay semejante cosa; ahí está entre otras muchas la hija del cerrajero que se casó con la viuda del albañil al principio de este artículo, atestigüando lo contrario. Al año de estar en la fábrica, se enamoró de un oficial de zapatero, que se estableció al poco tiempo en un portal de la calle de la Montera, y hoy viven felices con una onza de oro ahorrada, por si se ofrece una enfermedad ó cosa por el estilo. Esto no obsta sin embargo, para que mi chica le pegue una *guantáa al sul um cordam*, y se muestre esquiva como Vds. han visto cuando algun curioso como yo, la pide informes sobre su vida y milagros y quiere retratarla.

Tiempo es ya que sepa el lector, que María, pues así se llama la Cigarrera que hablaba conmigo al principio de este artículo, y la hija del cerrajero, son una misma persona; de cuya graciosa figura podrán dar fé los que, ganosos de conocerla, se lleguen á informarse de mí.

María tiene hoy día de la fecha diez y ocho años y dos ojos negros que matan si están abiertos y privan cuando se cierran; sus cejas pobladas y negras se pierden suavemente en sus rosadas mejillas, que cubiertas por dos hermosas madejas de pelo mas negro que el ébano y mas brillante que el azabache recogidas por dos horquillas de alambre, sombream su rostro, dando interes á sus facciones; sus lábios de algo mas que carmin subido dejan ver por intervalos una doble banda de dientes, con cuya blancura no osaría competir la nieve, y el gracioso lunar que ostenta en medio de su barba, ha perdido á mas de cuatro, y ha ganado á *menos uno*, de cuantos se han querido quemar en las abrasadoras miradas de María; de cada una de sus orejas, sube cruzando la cabeza una línea blanca; que termina en la frente, partiendo en tres grupos desiguales y distintos su negra cabellera; la porcion mayor de pelo, sirve para una ancha trenza, que tejida en forma de canastillo cubre la parte posterior de la cabeza, y constituye lo que se llama *rodete*. Su traje, corto, como sabe el lector, está reducido á un zagalejo de mucho vuelo con tres ó cuatro jaretones; un pañuelo corto cruzado sobre el pecho, un delantal de seda negro, y una mantilla de tafetan negro guarnecida de terciopelo del mismo color, ó por mejor decir, de terciopelo con una tira en medio de tafetan; pero caída siempre á la espalda y cruzada por delante con una gracia que ni el pincel de Alenza podría copiar con exactitud. Su breve pie, calzado con delicado esmero por un zapato de tabinete negro y una media de seda blanca y calada es la admiracion de cuantos le ven; y aprisionado por unas cintas negras que llaman *galgas* anuncia una hermosa pan-torrilla, cuyo gracioso contorno, desaparece entre los bajos del vestido.

(1) Uno de los nombres con que esas gentes suelen determinar el sombrero de picos.

María que no tiene otro Dios que su Paco el Zurdo, ni piensa en mas que en darle gusto; que sería capaz de empuñar todo su tren, y aun de arrancar clavos con los dientes por darle una onza de oro en un día de toros, para que fuese el mas rumboso entre sus amigos, es la misma Cigarrera que no nos quiso dictar este artículo y que con toda la sencillez de su buen corazon, y todo el *aire de taca* de su genio independiente y franco, nos dejó ir solos á la fábrica de tabacos; pero ahora se ha apiadado de nosotros, y dignándose oír leer este artículo, cuyo V. B. está en las siguientes palabras, que acabo de oír de su misma boca:

—No está mal... pero... saca osté mucha burla de las Cigarreras, y si una se pusiera... Pues... vamos al decir... que si una quisiera hacer burla de ostedes, no acababa nunca... ¿Por qué no dice osté nada de aquel señor... Cómo lo llaman?... ¿Sagra... ó Sangre... ó qué se yo?...

—¿La Sagra? la pregunté sorprendido de que María tuviese conocimiento con tan respetable señor.

—Ese mesmo; Sagra.

—¿Y qué tienes tú que ver con D. Ramon de la Sagra?

—¿Quién? yo; náa. Sino que ese señor quiso poner una escuela de právilos en la frábica, y regañó con el superintendente pasáo, sobre á quien le habia ocurrido primero la idea... ¡Vaya una gente!

—¿Pero qué cosa mejor, que la de que enseñen gratis á vuestros hijos?

—¿Quién dice que no sea güeno? pero ponerse á disputar por el aquel de la ocurrencia y llenarse de papelotes y de cartas entrambos, que así nos lo dijo la maestra, ¡tié alma! Eso se parece á lo que me sucedió á mí con el abogado de mi marido, cuando lo del presidio.

—¿Pues qué, ha estado en presidio tu marido?

—No lo permitía Dios; pero voy al decir, que cuando lo llevaron preso por haber gritao, «viva la Constitución,» me pidió cuatro plegos de papel sellao para una súplica, el rreladron del abogao. Fortuna que yo... bendito sea Dios que no me muerdo la lengua por naide, le dije:—¡Ave María! ¿cuatro plegos de papel? ¿Va usía á hacer una cometa, señor?—¿Y sabe usté por tóo en junto pa que quería los cuatro plegos?... pa decir, que mi marido estaba borracho cuando dió los vivos...

Por ese estilo, siguió contándome varios lances, que yo referiré á mis lectores, si vuelvo á pillar otra ocasion de que me escuchen. Ahora ya no puedo hacer mas que indicarles la MORAL QUE RESULTA DE ESTE ARTICULO.—Que cuantos mas cigarros consuman los fumadores, tantas mas mujeres pueden ganarse el pan honradamente; y que si el fumador de tabaco (fumador noble) es eminentemente filantrópico, por este concepto, los que fuman salvia, anís ó yerba luisa, son criminales en alto grado, y queda probado que tienden á desmoralizar la sociedad.

Yo tengo acreditado no pertenecer á los segundos en repetidas ocasiones, y ahora mismo en accion de gracias, por haber terminado mi tarea, enciendo un cigarro, elaborado por la Snavedra, celebre Cigarrera de Madrid, á quien hemos conocido hace pocos dias; gracias á la amable condescendencia con que nos enseñó todas las dependencias de la fábrica de tabacos el oficial mayor de la misma, por encargo especial del superintendente, á quien debimos asimismo mucha atencion.

ANTONIO FLORES.

EL EMIGRADO.

LEJOS, muy lejos de mí la idea, no ya de escarnecer ó ridiculizar al infortunio, mas ni aun de procu-

rar siquiera remotamente disminuir el respeto y la simpatía que á todos debe inspirar la triste suerte de los proscritos. En todos tiempos la proscripción se ha considerado como el mas duro de los castigos, despues de la pena de muerte. Apartar á un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez primera se abrieron sus ojos á la luz del sol; desprenderle como un miembro podrido del gran cuerpo nacional, condenarle implicitamente al aislamiento y á la miseria, ¿no es por ventura un resto de la antigua barbarie? ¿No es este un acto impío y abominable á los ojos de Dios? Y cuando se considera que el motivo ó el pretexto de este tremendo castigo es, ya un simple error político, ya un exceso tal vez de amor patriótico, tentaciones dan de ver todavia en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera expiacion impuesta á la virtud y al genio por el egoismo y la mediocridad.

Circunscribiéndonos á nuestra España, es cierto que los hombres que mas la honran en virtud, en letras y en armas han comido, en alguna época de su vida, el pan amargo del destierro, esa triste y solemne sancion del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos. Esto basta para honrar, digámoslo así, el caracter de *Emigrado*; pero á la sombra de tantas ilustres víctimas del mezuquino encono de nuestras pasiones políticas como cuentan en España todos los partidos, ha llegado á formarse una turba parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesion, la emigracion en industria, y que son á la respetable clase de los verdaderos Emigrados, lo que es la moneda falsa á la de buena ley, una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente *Emigrado*, que son el *legítimo* y el *bastardo*, hay una multitud de matices que aunque someramente, iremos describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente incommensurable, cuales son el *Emigrado rico* y el *Emigrado pobre*: estas dos clases apenas tienen entre sí el menor punto de contacto. Las diferencias de instruccion, de talento, de carácter separan mucho á los hombres; pero las separaciones que establecen entre ellos, lo mismo en la emigracion que en el estado normal de la sociedad, son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¿qué digo? verdaderas líneas matemáticas en comparacion del insondable abismo que abre entre unos y otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, Emigrado ó no Emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido ¿con quién se ha de rozar mas que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablamos en general: á esta regla hay muchas escepciones, honrosas para los pobres que las forman, mas honrosas todavia para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aquí el valor de las palabras. Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias y forzosas. Las primeras, muy frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavia en los modernos mas de lo que generalmente se cree. Hay tambien emigraciones *temporales* y emigraciones *perpétuas*: estas pueden incluirse en la categoria de las forzosas, pues rarisima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el esceso de la poblacion respectivamente á los recursos del terreno: esta es la causa mas general de las emigraciones: de ellas nos ofrecen continuos ejemplos la Alsacia en Francia, la Inglaterra, la Alemania y alguna de nuestras provincias del Norte. Escusado es decir que no es de estas emigraciones de las que hablamos. *Emigrado*, en la acepcion en que tomamos aquí esta voz, que es en el día la mas comun, es el hombre que no

puede residir en su patria bajo la protección de la ley común, que es lo que generalmente se llama el Emigrado político, único en que por ahora vamos á ocuparnos. Obsérvese bien la expresión que hemos subrayado, bajo la protección de la ley común, porque ella es la que expresa cuál es el verdadero carácter que distingue al Emigrado en la gran familia social. La ley común no alcanza al Emigrado: este está sujeto á la ley escepcional. La ley que rige para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rige para el Emigrado, por el mero hecho de serlo, y esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demas ciudadanos. Explicemos esto por un ejemplo, pues es necesario penetrarse bien de la índole de esta proposición para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en la apariencia, que media entre lo que hemos llamado el Emigrado legítimo y el bastardo. Supongamos que entran en España y son cogidos por la justicia un hombre que ha cometido un delito ó un crimen cualquiera, y por el cual estaba fugitivo, y un Emigrado: el primero, por grande que sea el crimen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario con arreglo á la ley que rige para todos los españoles: el segundo lo será en virtud de una ley escepcional, dictada siempre por la pasión, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interés la condición del Emigrado, esta la causa por que en todos los países cultos donde no dominan las pasiones ó la injusticia que dictaron la ley de proscripción, se mira á los Emigrados con respeto, y se los acoge como á hermanos; esta es, en fin, la razón por que conviene tanto distinguir bien en la gran masa de los Emigrados la categoría de los que lo son por motivos políticos, de los que lo son por delitos comunes. A veces es muy difícil distinguirlos; en las emigraciones modernas, resultado casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ambas categorías suele desaparecer con frecuencia, y se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos casos son raros, porque muy raros son los delitos verdaderamente tales, que puede justificar cumplidamente la opinión política del delincuente. Es admirable sin embargo ver hasta qué grado se hacen ilusión en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de muy buena fé miraban como Emigrado político al asesino ó ladrón fugado que mató ó robó so color de exaltación en sus opiniones, como si los actos de robar y de matar dejarán de ser crímenes ordinarios y se convirtiesen en crímenes políticos por solo ejercerlos contra personas de distinta opinión. ¡Pues esta casta de emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

Fuera de esta emigración, ó mas bien proscripción que pudiéramos llamar legal, porque es el triste fruto de una ley, por lo general inicua, hay otra mas triste todavía y no menos común en estos tiempos, que es aquella que se origina de los enconos privados, en virtud de los cuales huye una porción del pueblo de los furios del populacho, siempre dispuesto á ponerse del lado del partido vencedor y á ensangrentar su victoria. Esto hace que sea todavía mas difícil de definir exactamente al Emigrado, y distinguir bien al verdadero del falso; pues en efecto hay muchos hombres á quienes no condena ley alguna escrita, y que sin embargo no pueden volver á su patria sin arriesgar su vida: justo es por consiguiente considerarlos como verdaderos Emigrados y tratarlos con el respeto á los tales debido, aunque por desgracia esta es la clase á cuya sombra pululan mas impostores ó falsos Emigrados. No todos pueden inventar una ley que los proscriba del suelo patrio; pero todos, con razón ó sin ella, pueden asegurar que son el blanco de las iras populares en tal ó cual población, y acógense por consiguiente al sagrado carácter de verdaderos emi-

grados. De aqui resulta que si el populacho no tomara, como acostumbra, parte en las disensiones políticas, haciéndose juez y verdugo de los que ni sabe ni le importa saber si son criminales ó inocentes, si tenían razón ó no en el punto que dió ocasion á la discordia, las emigraciones serian mucho menos frecuentes, menos numerosas, y por de contado menos duraderas. Verdad es que, despues de verificada la emigración, suele esta convertirse en destierro, porque el gobierno ó el partido que se apodera de él, niega la entrada ó cierra las puertas de su país al que le abandonó voluntariamente, y crea un delito especial, que á falta de otro título que justifique la pena, suele llamarse delito de emigración, como si esta por sí sola pudiese ser jamas un delito. Esta sola consideración que no tratamos ahora de amplificar, daría suficiente materia para un largo tratado de derecho público, y es una de las infinitas pruebas de lo atrasadas que están todavía las ciencias políticas y morales en la cultura Europa. La misma consideración basta para que desde luego resulten tambien patentes dos grandes categorías en la gran masa que forma una emigración, que son la de los proscritos y la de los simples Emigrados. Generalmente se confunden, y para los resultados vienen á ser ambas en efecto una misma cosa.

Los emigrados se dividen en otras dos clases: la de los que viven en libertad, y la de los que viven en depósitos.

Nada mas triste y monótono que la vida de los emigrados pobres en los depósitos donde los confina la policía del país en que van á refugiarse. Estos depósitos suelen ser por lo comun lugares de corta población, y por consiguiente de escasísimos recursos. Yo he recorrido de aficionado alguno de ellos, y jamas olvidaré la impresión de profundo desconsuelo que casi siempre me dejaba el aspecto de tanta miseria, de tanta incuria, y, siento decirlo, á veces, de tanta degradación. La razón de esto último es muy obvia: generalmente los emigrados que se resigian á quedarse en los depósitos (pues rara vez se les niega la traslación á otros puntos á los que la solicitan, renunciando al socorro que les pasa el gobierno del país) son aquellos á quienes ha dotado la suerte de inenos recursos naturales y adquiridos, y aquellos tambien para quienes mas atractivos ofrece la holgazanería. Los que poseen algun caudal ó alguna instrucción, y tienen buena voluntad de trabajar, pronto consiguen trasladarse á las ciudades donde, aunque bajo la severísima inspección de la policía, viven de su industria con bastante libertad. Los que se sienten con alguna travesura para sacar el caballo adelante, como suele decirse, viviendo de la trampa en este pícaro mundo, tambien hallan medio de proporcionarse un campo mas fecundo para ejercer sus habilidades que el que presenta la pobreza de los depósitos: lo que queda en estes es, por lo general, esa masa inerte de inteligencias lánguidas, de cuerpos indolentes y de bolsas vacías que constituye el gran fondo de toda emigración, sin que entre la multitud de gansos que suelen formar esta gran masa de individuos, falten tambien algunos milanos cuya misión sobre la tierra es despojar á los primeros de la poca pluma que les ha dejado su mala estrella. Por miserable que sea el lugar en que establece el gobierno (sea el frances, sea el ingles, pues de estos principalmente hablamos, como que á Francia ó á Inglaterra es adonde van siempre á parar las grandes masas de nuestras emigraciones) por miserable que sea, repetimos, el lugar donde establece el gobierno un depósito, al instante como por encanto se alza en él: 1.º un café con su mesa ó sus mesas de billar; 2.º un garito reservado y tenebroso con abundancia de barajas españolas. Como dice muy bien la Sagrada Escritura, no solo de pan vive el hombre: en todas partes se observa la verdad de esta sentencia y señaladamente en

los depósitos, donde faltará acaso el pan alguna vez, pero no hay cuidado de que falten las otras cosas de que también vive el hombre como son el *mingo*, el *as de oros*, la copa de *aniseta*, etc., etc., etc. En esos nidos de miseria que se llaman depósitos, el juego con todas sus punzantes emociones, reina cual déspota absoluto, lo mismo, mas aun que en las mas ricas poblaciones, porque es la distraccion casi única, y en estas hay otras muchas: el juego es la lepra que devora el escasísimo socorro que da el gobierno á los emigrados en depósito. Asi es que solo viéndolo puede uno formarse idea del grado de pobreza á que llegan en ellos algunos infelices. Yo he conocido en un depósito, que no quiero nombrar, siete emigrados que no tenían entre todos mas que un roto pantalon y tres cha-

quetas; cada uno de ellos se vestia alternativamente un dia á la semana, y pasaba los otros seis en la cama. Esto, que me sorprendió como es natural, era, me dijeron, cosa vulgarisima en los depósitos, siempre chupados, esprimidos hasta el último maravedí por tres ó cuatro sanguijuelas que luego que han hecho su agostillo en un depósito, se van á otro á acabar de llenarse, ó á vaciarse en Burdeos, Paris ó Londres, para volver en seguida á las mismas rapiñas en los mismos sitios.

En los depósitos, la vida del Emigrado *que se levanta de su cama*, es decir, del hombre acomodado, de aquel de quien todos dicen *que tiene posibles*, viene á ser la siguiente. De su casa donde una rústica patrona le ha servido el mas frugal de los desayunos presentes,



El Emigrado.

pasados y futuros, va al café á leer ó á oír leer el periódico ó periódicos que se reciben en el pueblo, porque lo que es esto tampoco puede faltar en ningún depósito, aunque jamas se haya visto hasta entónces en todo el distrito mas papel impreso que las boletas del recaudador de contribuciones. La hora de la llegada de los emigrados al café coincide siempre con la de la llegada de los periódicos, de suerte que varia en cada punto; por la lectura de las *nouvelles d'Espagne* de-

jaría el Emigrado español sus mas preciados placeres: lo mismo digo respectivamente de los emigrados de otras naciones, pues cuenta que lo que voy diciendo de nuestros paisanos es aplicable con levisimas modificaciones á los polacos, los portugueses y los italianos, únicos pueblos que, con el nuestro, gozan en el dia del alto honor de suministrar á Francia ó Inglaterra su contingente de emigrados políticos. En todos los hombres el amor de la patria aumenta cuando es-

tán ausentes de ella, pudiendo aplicarse á este amor la conocida cuanto ingeniosa seguidilla popular:

El amor que te tengo
parece sombra;
cuanto mas apartado
mas cuerpo toma.
La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

En el corro que forman los emigrados en el café se comentan y amplifican las noticias de España, cometiendo en este comentario y amplificación todas las figuras retóricas que reconoce Herrosilla y muchos mas. Allí se explica cómo y por qué donde el periódico, si es de opinion contraria á la de la emigración (lo que rara vez sucede porque esta cuida de hacerle trizas si comete tal pecado), donde el periódico, repito, dice *blanco* debe entenderse que aquello significa *negro*, ironía sutilísima, pero licita. Allí, cuando el periódico amigo dice que un lugar de cuarenta vecinos se ha pronunciado en favor del partido emigrado, se entiende y pasa en autoridad de cosa juzgada que *toda España* se ha levantado como un solo hombre para derrocar la tiranía existente: aplicacion feliz de la figura llamada *sinécdoque*, que consiste en tomar la parte por el todo, ó como decia Larra, en tomar una cosa por otra. Con estas inocentes ilusiones conforta el Emigrado su decaído espíritu y se aferra mas y mas en la opinion que le tiene proscripto. Estas ilusiones, aunque á veces hagan sonreír por lo erróneas, nunca, á mí á lo menos, nunca dejan de conmover á quien las oye manifestarse de buena fé, la esperanza, esa última áncora de nuestro corazón en las grandes tribulaciones de la vida, esa dulce y hermosa hermana de la fé, es un bien demasiado precioso para que le hagamos nunca objeto de bafa ó de desprecio. ¡Respetemos las ilusiones del proscripto! ¿Quién sabe si mañana tal vez esas ilusiones serán las nuestras? Como Damocles tenia siempre suspendida una espada sobre su cabeza, nosotros los españoles, de cualquier partido que seamos, tenemos siempre suspendida sobre las nuestras la perspectiva de una emigración.

Acabada la lectura del periódico, apurados los comentarios, asentado ya como verdad inconcusa que antes de un mes, y esto lo mismo un día que otro, cada Emigrado habrá vuelto á su casa (se entiende, los que tengan casa), todos con un grado mas, por de contado para los militares, con un empleo muy superior para los empleados, llenos todos de alegría con tan risueño porvenir, fórmanse unos en cuadros al alrededor del billar para que decidan las bolas del órden que ha de seguirse en los tacazos de una *guerra* ó de un *chapsau*; emprenden otros con el *dominó* entre dos, ó tres ó cuatro, robado ó no robado; estos, los que carecen de metálico y de crédito en la plaza, se sientan en los banquillos laterales para representar el desairado papel de mirones, y aquellos, los Rotschilds del depósito, se encaminan con grave y reposado continente, muy embozados en sus capas, á la casa donde está establecido el monte. ¿A qué describir el local? aunque es claro que lo que vamos refiriendo pasa fuera de España, para nuestro propósito es lo mismo que si pasara dentro, pues donde quiera que se juntan los españoles, allí está España, es decir, allí están los hábitos, gustos y carácter de España. El garito en cuestion es pues el mismo exactamente que puede verse en la calle de " en Madrid ó mas bien en cualquier pueblo de provincia donde hay guarauicion: el mismo tapetillo verde, los mismos naipes mugrientos, el mismo humazo pestilente, las mismas carnas morenas, enjutas y muy barbadas. A falta de fascinadoras onzas de oro y dobillas fran-

cesas sobre el tapete verde, aparecen y desaparecen en él con suma rapidez puñados de calderilla, tal cual franco, un Napoleón de cuando en cuando, y en fin... si señores, lo digo porque lo he visto, un par de calcetines llenos de puntos, un corbatín raído, un par de botas viejas, y aun tambien, ¡*proh pudor!* una espada que acaso brilló algun dia con gloria en las batallas. Lo que no se juega en un depósito de emigrados no se juega en ninguna parte, y sabido es que un verdadero jugador pondria su alma sobre la sota de copas contra medio duro. Lo que es su patrona, en caso de no ser escesivamente vieja, fea y dura de corazón, no hay jugador en depósito y sin dinero, que no la haya jugado y perdido mas de diez veces. El juego dura hasta la hora de comer, que tambien varia segun las provincias: lo comun en los depósitos es comer temprano, á la española, y todos juntos, á lo pobre. En este punto, el triste Emigrado pasa mil trabajos; acostumbrado al buen trato que nos damos en España donde es refran popular que el *estómago es lo primero*, las patatas inglesas, las judías fatales, el mezquino y ético *bouilli* de los franceses, miserable parodia de nuestro sustancioso puchero, son el constante objeto de las maldiciones del Emigrado español, siempre bamboleado entre el hambre y el cólico. Lo general en Francia y en Inglaterra, entre la clase acomodada, es comer á las seis de la tarde; pero la gente que vive del trabajo manual, lo mismo que los lugareños, comen á las doce ó la una, método mas racional que el que ya vamos copiando de los extranjeros en cuanto supone que no se hace del dia noche y *vice-versa*. Claro está que para comer á esa hora es preciso haberse levantado temprano y haber disfrutado por consiguiente de esa hermosa luz del sol que, segun todas las apariencias, hizo Dios para alumbrar nuestra vigilia mas bien que nuestro sueño. El Emigrado, pues, como hemos dicho, come en los depósitos á la hora del pueblo, es decir, al alrededor de la una. Luego, fiel á los recuerdos de su patria, duerme la siesta; luego, en virtud de la misma fidelidad, da su paseo corriente: á media tarde vuelve al juego y así pasa su vida lo mismo un dia que otro, que es lo que llamaria nuestro Mariana en su enérgico lenguaje una *holgazanería miserable*. Advertíase que hablo de lo que sucede en general. Esta pintura, harto fiel por desgracia, tiene muchas y muy honrosas escepciones. Oficiales y aun generales emigrados he conocido que emigraron poseyendo por único caudal de conocimientos la *Ordenanza militar* y el *Tratado de equitacion*, y á quienes son familiares en el dia los mas recientes adelantos hechos en el arte de la guerra. Con decir que algunos de estos dignos militares han estado *ó están* en depósitos, dicho se queda que el cuadro que poco antes he bosquejado pinta, sí, á la mayoría, pero no á la universalidad.

Una regla que no tiene escepcion, digámoslo con orgullo, es esta: entre todos los emigrados, tanto en Francia como en Inglaterra, los españoles se han distinguido por su resignacion en los trabajos, su obediencia á las leyes, y su profunda y sincera gratitud á sus bienhechores. Al paso que los emigrados de otros paises han solido desconocer su situacion hasta el punto de ser un objeto de continua inquietud para las autoridades y del descontento mal disimulado de los pueblos; los españoles, lo repito, han sido modelos de sumision y decoro, de suerte que aun prescindiendo de algunas otras ventajas de que mas adelante hablaremos, que han producido entre algunos males, de que tambien haremos mencion, las últimas emigraciones políticas, han traído para España la de dar á conocer el noble y pundonoroso carácter de sus hijos, bastante desconocido hasta la época actual: así es que los emigrados españoles son mirados en todas partes entre los demas

con particular predilección. Muchísimo tienen que agradecer, es verdad, sobre este punto, á la generosa conducta observada por el gobierno de Carlos IV y por los particulares españoles, señaladamente por el alto clero, con los refugiados franceses durante los furiosos de su revolución, porque ha provocado la constante correspondencia del gobierno y del pueblo frances con los nuestros, sin distincion de colores ni de opiniones, y sin considerar amigos ni enemigos. Este es el signo mas visible de una civilización adelantada, y el propio y verdadero carácter de la nacionalidad bien entendida; pues al paso que se ejerce una virtud internacional, se sacan sin sentir inmensas utilidades y se esparcen grandes riquezas que nada cuestan á los gobiernos ni á los pueblos.

Del sombrío cuadro que arriba hemos bosquejado pasemos á otro que viene á ser su antípoda. La escena es en Paris, son las doce de la mañana, una de las rigurosas de invierno. En una pieza deliciosamente amueblada del Hôtel de Castilla, delante de una chimenea de mármol blanco cubierta á terciopelo carmesí con rapacejos de seda, todo claveteado de tachuelas de oro, y brillante con una magnífica lumbre, están sentados cuatro hombres de diferentes edades y cataduras, pero todos vestidos con la última elegancia, al redor de un veladorcito de laca sobre el cual se ven todavía los restos de un delicadísimo almuerzo. Llévaseles un mozo, con todas las apariencias de un señor, y el mismo trae y pone sobre la mesa una bandeja en que vienen una tetera de metal ingles, lustrosa como la plata, café, chocolate y tazas adecuadas á cada uno de estos líquidos digestivos: un cajon de escelentes *vegueros* de la vuelta de abajo, verdadera *basura* habanera, llega en manos del mozo que lo baja de encima de un *secretaire*, estilo *rocaille*, y acaba de llenar el velador. Vase el mozo, elige y enciende cada uno de los convidados su cigarro despues de haber tomado té, café ó chocolate, y prosigue entre los cuatro en nuestra hermosa lengua castellana una interesante y profunda discusion sobre el mérito respectivo de las españolas y de las francesas. Estos cuatro personajes son ni mas ni menos que cuatro Emigrados; y sin embargo, encima de la chimenea se ven todavía con sus fajas el *Diario de los Debates*, la *Prensa*, el *Siglo*, y otros periódicos políticos franceses, igualmente que algunos de los nuestros, el *Heraldo*, la *Posdata*, etc.; solo están desplegados y sin duda leídos el *Diario de los Teatros*, un periódico de modas, y el mordaz *Charivari*. Esta indiferencia ó desden á la política es el rasgo que mas distingue al Emigrado rico del pobre, y la razon es sencilla. No es ciertamente porque sean unos mas ó menos patriotas que otros, sino porque para el rico la emigracion es un mal muy llevadero, cuyo término no siempre desea con gran vehemencia, al paso que para el pobre es una situación llena de amarguras; salir pronto de ella es su sueño de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos. Esta es una prueba mas de la falsedad que envuelve esa supuesta igualdad ante la ley que nos imaginamos haber conseguido y disfrutar como una gran conquista. El mismo castigo impuesto á dos hombres es para uno insignificante, para otro durísimo. Esa decaída igualdad es la mas monstruosa de las desigualdades, y por consiguiente de las injusticias. Sin manifestarlo con una impaciencia febril de leer las noticias de España, el Emigrado rico abriga no obstante en su corazón un vivo apego á las cosas de su patria; así vemos á los cuatro felices proscriptos que acababan de desayunarse, salir, acabada su conversacion (y substituida ya á la elegante bata del anfitrión una levita forrada de ricas pieles) y encaminarse por el *boulevard* á una *Puerta del Sol* imaginaria improvisada en la *Plaza Vendome*, donde encuentran á varios amigos paisanos con quienes forman bullicioso

corro. Es la hora á que pasan por aquella hermosa calle muchedumbre de coches y de ginetes que van al bosque de Bolonia, y de parejas pedestres que se encaminan al jardin de las Tullerías. No pasa buena moza á quien no se le eche disimuladamente algun requiebro, á la española; allí se fuma, de allí se baja al Prado (*vulgo*, las Tullerías,) allí se decide á qué restaurador se irá á comer, en qué teatro se empezará la noche, á cual *soirée* se irá despues... Porque, digámoslo ya en fin, y nos escusaremos llevar mas adelante este bosquejo: el Emigrado rico en todas partes es perfectamente recibido: en realidad no tiene de Emigrado mas que el nombre; su vida es en todo la misma que la del viajero rico de su mismo pais. Ya entra en una categoria aparte que merece tambien su descripción especial, porque se diferencia enteramente de la del Emigrado, cual es la del *Español fuera de España*. Por eso deben omitirse aquí muchas observaciones críticas que ocurren, y que seria injusto aplicar al Emigrado, no recayendo sobre cualidades esencialmente propias de esta clase. El principal carácter del Emigrado, en general, que es el anhelo por volver á su patria, falta en el Emigrado rico; fáltale tambien el aislamiento entre los suyos, la exclusion de todo trato con los representantes del gobierno de su pais, y aun con todas las personas de distinta comunión política, que tan altamente caracteriza al Emigrado; qué le queda, pues, de tal? Nada mas que el nombre: ningun rasgo propio esencial le distingue de cualquier otro Español no Emigrado y ausente de su patria, fuera del hecho material de no poder volver á ella. No debemos pues ocuparnos en él en este articulo mas que como lo hemos hecho, es decir, mas que por mera fórmula de recordacion. Por lo mismo me abstendré de pintar al falso Emigrado que hace de su usurpado titulo un recurso para estafar á sus paisanos: este Emigrado no es mas que una variedad del *Caballero de industria*, otro de los tipos que tambien merecen pintarse y en el que no renuncio á emplear mi tosco pincel; porque su tantos y tan curiosos los que me ha deparado la suerte adversa, que sin mas que apuntar unas cuantas figuras de las que mas impresadas se me han quedado, verá el lector cosas que le maravillarán.

Hasta aquí solo he hablado del Emigrado soltero, ó á lo menos que no lleva consigo su familia, si la tiene, que es como naturalmente debe ser, la clase mas numerosa; pero fuerza es decir algo tambien del Emigrado con mujer ó hijos. Este, si no es rico, en cuyo caso tenemos lo mismo que antes digo, una familia fuera de las duras condiciones características de la emigracion, es sin disputa el Emigrado mas digno de interes y lástima. Rara vez el Emigrado de esta especie se hija en un depósito; rara vez tambien deja de añadir al socorro del gobierno el producto de alguna honrada industria: aunque nunca haya sido apto para nada, aunque nunca haya hecho ni creído posible hacer otra cosa mas que cumplir bien ó mal las obligaciones de su destino, la necesidad que, como todos saben, tiene cura de hereje, le fuerza á trabajar: en esto se distingue esencialmente del Emigrado soltero, el cual, por lo comun, se abstiene prudentemente de toda ocupacion que pueda redundarle algun provecho. El trabajo á que mas generalmente se dedica el Emigrado con familia es á dar lecciones de español ó á traducir para los libreros que comercian con nuestras antiguas colonias de América: así están inundadas de traducciones increíbles; las hay tan sublimemente desatinadas que merecian estamparse con letras de oro para delicia de las personas de buen humor.

La casa del Emigrado con familia es el punto de reunion por las noches de todos los emigrados del pueblo ó cuando menos del barrio, si se halla en

Paris ó en una ciudad grande: allí se forma una verdadera *tertulia*, con su murmuración, sus amores, su poquito de mala música y aun de baile de cuando en cuando. A estas tertulias suele asistir algun indígena que aspira á llegar á poseer la *especialidad* española en la literatura de su país, estudiando la lengua, el *colorido local*, las costumbres de los Españoles; pero es preciso que tenga mucha magnanimidad para resignarse á oír con indiferencia las mil pestes que probablemente dirán de las cosas de Francia aquellos mismos que tan humana acogida están recibiendo en esta hospitalaria nacion. Solo una docilidad á toda prueba y una grandísima despreocupacion pueden granjear al extranjero el honor de ser visto sin desagrado como individuo, ó tal vez de ser positivamente excluido de la susodicha tertulia española y emigrada.

Otras variedades hay del tipo *Emigrado*; pero muy secundarias y que poco ó ningun carácter general presentan al observador, pues los que tienen les son comunes con el otro tipo arriba indicado del *Español fuera de España*, tipo que no renunciamos á bosquejar.

Terminaré este artículo con algunas consideraciones, de las que prometí al principio, sobre las ventajas é inconvenientes de las emigraciones (1).

Las emigraciones políticas ¿son un bien, ó un mal, para el país de donde salen y en que se repiten de tiempo en tiempo? Esta es la primera pregunta que se hace á sí mismo el hombre que piensa, sobre todo cuando ya no es Emigrado, porque claro está que, mientras dura su emigracion, la tiene de cierto por un mal, sobre todo si escasea de dinero. Mas lo que parece ofrecer poca duda es que, si en el mundo no hubiera habido emigraciones, la marcha de la civilizacion habria sido mucho mas lenta y probablemente menos segura; porque no hay Emigrado, por rudo y desaplicado que sea, que no haya hecho voluntariamente ó por fuerza una multitud de observaciones y comparaciones que, á su vuelta, aplica ó comunica con cierta vanidad á sus amigos y compatriotas. El uno observa el progreso ó atraso de las artes mecánicas; el otro las costumbres domésticas y familiares; este se pone á traducir mal ó bien los libros que cree pueden ser útiles ó por lo menos venderse en su patria; algunos estudian los métodos mas aventajados en tal ó cual ramo de industria ó de la agricultura; no pocos se dedican á enseñar su propia lengua y la estudian al mismo tiempo; otros siguen los cursos de enseñanza establecidos en los pueblos donde la suerte ó su situación particular les permite residir; varios aprenden un oficio á que tal vez tenían inclinacion cuando eran jóvenes, ó de que poseian ya algunas nociones elementales; quién hace valer las habilidades que aprendió por solo recreo y enseñándolas se perfecciona en ellas; quién adquiere aplicacion al trabajo, cuando antes era un haragan de por vida; los mas leen una multitud de libros ó periódicos que probablemente no hubieran hojeado jamas si hubiesen permanecido en su país; todos aprenden bien ó mal un idioma que ignoraban la mayor parte de ellos; no hay uno que no adquiriera por fuerza el hábito de la economia doméstica y el convencimiento de la inutilidad de muchas que él tenia por necesidades indispensables; y por último, ninguno deja de pensar en su país á cada cosa buena que ve en el que accidentalmente se encuentra, y que no desee llevar ó introducir para bien de su patria, siendo á nuestro entender las emigraciones uno de los mayores estímulos al verdadero patriotismo, como que en general todo

(1) Estas consideraciones están sacadas de un excelente artículo que escribí á ruego mio el tan justamente celebrado autor de las *Cartas de un pobreito holgazán* para una *Revista enciclopédica* que publicó hace dos años en Paris con mi amigo D. P. de la Escosura.

Emigrado ama mas á su patria, que cuando nunca habia salido de ella.

Verdad es que contra esta última reflexion acostumbran oponer algunos que con la emigracion suele, si no perderse, á lo menos debilitarse eso que han dado en llamar *nacionalidad*. Pero antes de decidir esta cuestion nos parece que convendría ponernos de acuerdo sobre lo que se entiende y debe entenderse por esta palabra, que la mayor parte confunden con el patriotismo. Si por nacionalidad se entiende esa manía de aborrecer á todas las naciones extranjeras como hicieron los judíos desde que se escaparon de Egipto y se reunieron por primera vez en cuerpo de nacion, obedeciendo al pie de la letra lo que les decia la ley de Moises, á saber: «Las naciones extranjeras que no adoran al verdadero Dios, no son nada para vós: vosotros debéis sujetarlas y exterminarlas,» semejante nacionalidad, ni la queremos, ni la descomos para España, ni para ningun otro pueblo del mundo. Si se entiende tambien por esta voz aquella bárbara y grandiosa resolucion que se atribuye á los romanos casi desde la cuna de su imperio, de dominar á todo el mundo conocido, sin perdonar para ello la violencia, ni la astucia, ni la traicion, abrogándose el derecho de matar ó hacer esclavos á los vencidos, y cumpliendo ferozmente el precepto de las doce tablas que dice: «*Adversus hostem* (hostis aqui quiere decir extranjero) *perpetua auctoritas esto;*» tampoco nos acomoda una nacionalidad que jamas ha producido ni tenido otro origen que la injusticia. Y por último, si por nacionalidad se entiende lo que hasta ahora han entendido y parece que siguen entendiendo los ingleses y los rusos, es decir, el derecho de valerse de la fuerza para usurpar y hacer suyo todo lo que puedan adquirir sin gran peligro, esa nacionalidad es detestable como el robo y la piratería. Así hemos visto á Inglaterra ejercerla constantemente sobre todo el globo, despojando á casi todas las naciones, muy particularmente á la nuestra, de las posesiones que habiamos adquirido legítimamente en ambos hemisferios; y así vemos á la Rusia absorber poco á poco lo que ya quedaba de la nacionalidad polaca, al paso que va minando la nacionalidad turca.

No es así como nosotros quisiéramos que se entendiese la nacionalidad española, sino como quiso que la entendiera el espíritu del cristianismo desde su aparicion sobre la tierra, es decir, procurando mirar como hermanos á todos los demas hombres, sin perjuicio de que cada nacion procure tener entre todos los individuos que la componen identidad de ideas y de intereses; así materiales como morales. Cuanto mayor unidad haya en estos tres caracteres esencialmente constitutivos, mas firme, mas compacta y vigorosa será la nacionalidad. Hay goutes tan estrechas en sus ideas ó tan mezquinas en sus juicios, que con solo ver que los emigrados, y particularmente aquellos contra quienes están mal prevenidos, vuelven á su patria con distinto traje del que en ella se acostumbra, ó prefiriendo esta ó la otra manera de comer ó de estar en visita, al momento pronuncian el anatema de que el tal ó la tal han perdido su nacionalidad, y gracias si no tropiezan caritativamente que se han desmoralizado del todo. Como si la nacionalidad y moralidad consistiesen en la forma de un sombrero ó en comer á las cinco, ó á la una de la tarde. Ese modo de calificar las nacionalidades solo probaria que desde que dejamos de usar las anguarinas y las calzas atacadas, hemos perdido el carácter de españoles.

No por eso negaremos que ha habido, hay y habrá muchos emigrados y aun simples viajeros, para quienes la estacion mas ó menos prolongada en estranos países no es otra cosa que una escuela de imitaciones pueriles ó ridículas; un pretexto para despre-

ciar ó hacer despreciable su propio país, y un modelo tal vez de vicio y corrupcion que acaso no hubiera tenido la desgracia de copiar, ni habiendo salido de su patria. Admitimos tambien y vemos con harta pena muchos fátuos que desde que un sastre los viste á la francesa ó á la inglesa ponen todo su conato en remediar, no los usos, sino hasta los movimientos, las frases mas ó menos estropeadas, y en general todos los defectos visibles con que les parece que llevan escrita en la frente la noticia de que han viajado por tal ó cual país: que no reparan en traducir malditamente las espresiones mas usuales, haciendo un potaje casi ininteligible de la lengua ajena y de la propia, en términos de no dejar la menor duda al hombre inteligente que los escucha de que no han aprendido la una y han procurado olvidar la otra. ¿Pero qué especie de gentes son las que se hacen notar por este defecto, y cuántos podrán contarse en cada emigracion? Desde luego nos atrevemos á asegurar que no hay uno por ciento en quien se eche de ver semejanza ridicula, al paso que podríamos citar muchísimos á quienes ha servido de mucho el conocimiento mas perfecto que han adquirido de un idioma extraño para limar y corregir el suyo, y sobre todo para estimarle mas y mas, en fuerza de la comparacion. Lo que nos parece un axioma, es que, para saber amar á su patria y para aprender á servirla, es menester haber salido de ella, pero con instruccion anticipada, sin que á esto deje de haber algunas honrosas escepciones....

¡Ojalá que tantas ventajas de las emigraciones no sufriesen una dura compensacion en la masa de numerario que necesariamente obligan á extraer estas peregrinaciones forzadas, á que con tanta frecuencia están dando lugar nuestras discordias políticas y los efimeros triunfos de los partidos!...

¿Pero se inferirá de lo dicho que, pues las emigraciones ocasionan tantas ventajas y solo producen en nuestro sentir un solo perjuicio, debean los gobiernos promoverlas ó cuando menos no economizarlas? No, de ninguna manera; pues á pesar de ser evidéntísimo cuanto acabamos de esponer, á nadie mas que á los mismos gobiernos interesa evitar las ocasiones de que se repitan semejantes desgracias. Lo primero, porque las emigraciones lejos de ser un signo de fuerza de la autoridad pública, denuncian por el contrario su propia debilidad, y tal vez tambien la de las leyes. Lo segundo, porque siempre presuponen una grande injusticia, como que nadie podrá persuadirse de que un número tan crecido de hombres que, á veces, llegan ó exceden de diez, de quince ó de veinte mil, puedan ser todos criminales. Lo tercero, porque como ya hemos repetido dos veces, son una señal infalible de que el gobierno está supeditado por la opinion, no del pueblo, que esto seria generalmente un bien, sino por el capricho, la ignorancia y las malas pasiones del populacho, ó lo que es lo mismo de la hez de la sociedad. Lo cuarto, porque se desacredita y pierde su consideracion con las potencias extranjeras, un gobierno cuyossúblitos tienen que huir por no encontrar proteccion ni en los tribunales ni en las leyes de la suya propia. Y por último, porque, repetimos, las emigraciones son un signo de debilidad, así como las amnistias son una señal de fuerza y de confianza en su derecho.

Pliegue á Dios que estas ligeras reflexiones sirvan á lo menos para excitar otras mas profundas en los que sepan hacerlas, y sobre todo, para poner término á la ferocidad de los partidos, ya que todos ellos han sido alternativamente victimas ó verdugos de las opiniones que les eran contrarias.

EUGENIO DE OCHOA.

EL ACCIONISTA DE MINAS.

El bípodo infeliz que vamos á describir con el nombre de *Accionista de Minas*, es un ente casi racional, y nuevo en España, que se produce por adiccion ó por sustraccion en la clase medianamente acomodada de nuestra sociedad. Antes de entrar en los pormenores de su formacion, cúmplenos sincerarnos á los ojos de la generalidad de los accionistas de minas por el alarmante estremo de la cuasi-racionalidad que en nuestra definicion hemos ingerido. Protestamos ante todo que no hacemos alusion en este artículo á ninguno de los que racionalmente explotan el interesante ramo de la industria minera, haciendo en él un empleo mas ó menos acertado, pero fundado de un capital grande ó pequeño, como puede hacerse en cualquier otro género de industria. Estos pertenecen á la numerosísima, útil, y heterogénea clase de especuladores en general, la cual no tiene tipo fijo y marcado, ni mas objeto real que la *ganancia*; al paso que el ser *sui generis* á que aludimos, constituye una clase nueva enteramente aparte, cuyo distintivo peculiar es el *gusto de perder*.



El Accionista de minas.

Así pues no es nuestro *Accionista de Minas* un cualquiera entre los muchos ciudadanos interesados en empresas mineras: nuestro *Accionista* no es ni el rico banquero que invierte una parte de sus pingües beneficios en la costosa compra de acciones en Linares, ó en el barranco Jaroso; ni el abogado rico de clientela que aventura una modesta porcion de su capital en las minas con una esperanza prudente y racional de una buena ganancia; ni el antes pobre, ora afortunado, que por uno de los raros caprichos de la suerte, al recorrer cuando era miserable la escabrosa senda de una tierra ingrata, topó con un

crídero de ese vil metal cuya vileza ennoblecía tanto al que llena con ella sus bolsillos. Nuestro Accionista de Minas no es ni banquero, ni abogado, ni magistrado, ni artista, ni hombre de ciencias; ó si algo de esto fue, ya no lo es. La minería y la metalurgia le han trastornado el seso, y todo lo ha olvidado por la furia de hacer agujeros en los montes de Toledo, ó en el campo de Cartagena: por el parricida anhelo de abrir pozos y socavones en el seno de la madre tierra, donde si no encuentra plata ú oro, va al menos enterrando bonitamente su dinero: — y hé aquí cómo se constituye por sustracción el *Accionista de Minas*.

Que si el ente primordial que ha de entrar en la composición de un *Accionista* legítimo, no era ninguna de las cosas arriba dichas, ni tenía profesion alguna, ni tenía ningún capital moral que perder antes que la *minomania* le acometiera; sino que era meramente un hombre que vivía de su renta, sin curarse mas de lo que oculta la áspera corteza de la tierra que de lo que encubre el azulado velo del cielo; entonces es cuando en rigor se dice que el *Accionista* se constituye por adición; puesto que, á diferencia del primero, que para serlo tuvo que perder su profesion y una gran parte de su sano juicio, no necesita el segundo mas que haber adquirido la epidemia reinante, y la precisa actividad para dejar su tranquilo hogar y echarse á correr por esos mundos en busca de pedruscos, sudando el quilo en el verano, y dando diente con diente en el invierno: — y hé aquí por fin probada nuestra definición del *Accionista* que le denomina ente *cuasi-racional*.

Pero entre el *Accionista* por adición y el *Accionista* por sustracción hay notables disparidades: conozco á muchos de uno y otro género, y sus tipos mas frecuentes suelen revelarse por señales exteriores inequívocas: así, por ejemplo, aunque entre los *accionistas* por sustracción los hay bien nutridos y de faz bermeja, redonda y expansiva, lo general es que sean enjutos y descoloridos; y *vice-versa* con respecto á los *accionistas* por adición; y la razon ocurre naturalmente, por cuanto los primeros viven trabajados no solo por la afección mental que padecen, mas tambien por el sentimiento que á ratos les invade de ver desmoronarse sin fruto un bienestar amasado á costa de sacrificios y privaciones; y los segundos faltos del necesario entendimiento y nacidos tontos, corren hácia su ruina con gran beatitud, y con inalterable tranquilidad de espíritu.

Si la calidad intelectual de las personas se reconociese solamente por la distancia de las cejas al vértice del cráneo, y por los planos ó carnosidad de la frente, es indudable que un *Accionista* por adición con el sombrero puesto podría pasar por un *Accionista* por sustracción; pero la sábia naturaleza no permite que por un miserable pedazo de fieltro se confundan estas dos importantísimas especies; y por lo tanto ha querido diferenciar aun con otras señales exteriores al menguado del maníaco; nosotros, sin embargo, no entraremos en tan prolifas menudencias, y dejaremos á nuestros lectores el placer de buscarlas en los tipos vivientes que ellos conozcan.

El *Accionista de Minas* campea y se agita en dos esferas distintas, cambiando alternativamente en el modo de vivir y de emplear su actividad incansable. La vida de campo y la vida de ciudad le tienen en una especie de movimiento perpétuo, y su único reposo es el sueño. Pero así como en el campo todas las investigaciones del *Accionista* son mezquinas, lentas y malhadadas; en la ciudad todas sus especulaciones teóricas son grandiosas, halagüeñas, y de facilísima realización. Todas sus ideas, altamente abstractas, giran sobre el pensamiento constante de un gran tesoro en masa que él y sus asociados *descubrirán* en las entrañas de la tierra, con el cual no so-

lo van á darse muy pronto una vida regalona, sino que van á hacer la felicidad de toda su parentela. Don Canuto R***, el *Accionista de Minas* mas impertinente que cubre el cielo de España, y que está interesado en diez y nueve empresas mineras consagradas con patriótico celo al empeño de hacer producir oro y plata á todos los montes de ambas Castillas, es la personificación mas acabada y exacta de la especie que vamos describiendo. Hasta el año de 1839 vivió dedicado con mediana suerte al comercio, y todo el mundo le tuvo por hombre asentado y sesudo: hasta entonces fue juicioso y mesurado en sus modestas empresas, jamas arriesgó dineros á la ventura, jamas encomendó al azar la mas insignificante de sus acciones. Su vivir retrataba la compasada parsimonia de su alma; ni gastaba una peseta si podía comer con tres reales, ni pagaba por nadie en el café, ni andaba jamas deprisa, ni abría jamas su corazón al temor, á la esperanza, ó al cariño, antes de pesar y analizar bien todos los motivos para amar, esperar ó temer. Pero desde la citada época de 1839, desde que empezaron á llenar la España las noticias de los felices descubrimientos hechos en Sierra Almagrera por D. Miguel Soler y el tío Perdigon, trocose de todo punto el sereno y reservado Don Canuto: volviése de repente hombre de acción y de movimiento, se apoderó de él el frenesí de los azares, el fanatismo de los descubrimientos, el vértigo de las empresas, el apetito brutal de la ganancia á poca costa, con hambre y sed inmoderada de plata y oro. Desde entonces perdió su juicio, su aplomo, su calma, su excesiva prevision: salió de quicio, se hizo aturrido, atropellado, hablador, crédulo, imprudente, temerario, correton...; y por remate de cuenta, tramposo!!!

Don Canuto ha visto con la mas imperturbable serenidad vaciarse el arca que contenía sus rancias peluconas: el que antes vertía lágrimas cuando por la inspección de sus botitos veía acercarse la época fatal de renovar una media velea, ha consumado hace poco el sacrificio de su haber con un estoicismo digno de los mejores tiempos de república romana. — Y mientras su semblante ledo revela las esperanzas que le inundan aquel pecho de júbilo, insensible ya á toda otra pasión que la de perforar cerros y lomas, le miran con espanto sus amigos próximo á meditar una torpe estafa para irse á Sierra Almagrera á ahondar los mil setecientos agujeros estériles que otros muchos Don Canutos abrieron en aquel *Eldorado* de los *Accionistas de minas* del centro.

Chocará á muchos de nuestros lectores que una sola manía pueda causar tan radical variación en un hombre. Yo sin embargo les protesto que este fue en cualquier tiempo el fenómeno que mas distinguió á todo mortal aficionado á minas; y ahí está el señor D. Antonio Ulloa que en sus *Noticias americanas* consigna el mismo portentoso hecho como la dolencia general de los mineros americanos que vió y trató. «El incentivo de la plata, dice en su entretenimiento 12, llega hasta el término de que claudiquen los hombres de mas peso, madurez y juicio, sin que haya desengaños ni razones que los persuadan una vez que se empeñan en ello.» Y la razon es clara: aunque la experiencia de los mas pudiera bastar á persuadir de que los minerales de oro y plata no existen en el crecido número que la generalidad cree, como los afortunados, que son los pocos, hacen sonar mucho sus hallazgos, al paso que los desgraciados callan por vergüenza sus pérdidas, se imaginan fácilmente los poco ilustrados haber metales preciosos en cada cerro, y que solo se necesita abrir la tierra para que se hagan patentes esos tesoros. Y como la esperanza es la mas fiel compañera del hombre, incluso el perro, conservándose siempre esta fresca y verde, y durando la lisonja de un porvenir feliz, no hay entretenimiento mas agradable que ir gastando

dinero en minas, ni asunto en que se inviertan los caudales con mas franqueza sin quedar el remordimiento de haberlos malogrado. Antes bien deduzco yo que esta ocupacion parece inventada para los mas codiciosos, agarrados y miserables; pues que teniendo un poco de fé en la minoria, el que estaba acostumbrado á guardar en huchas su dinero, puede imaginarse muy bien la sencilla fábula de que los pozos que ha abierto su sociedad con las cuotas mensuales que ha ido satisfaciendo, son otras tantas huchas de donde algun dia sacará centuplicado su caudal.

Embelesados los mineros con las señales de su *filon*, que es el nombre que dan á su pozo aunque no sea mas criadero que la cuesta de las Vistillas, encantados con la distancia que llevan trabajada, con las calidades de tierras que han ido encontrando, con la clase de terrones que *pintan*, con los visos de plata que creen reconocer de tiempo en tiempo, y con las historias que les refieren los agenciadores y manipulantes en el oficio, lo único que sienten cuando se les acaba el caudal es no tener á su disposicion otro tanto como el que han consumido para continuar en la empresa; y así aunque gastan mucho y no recogen nada, no se consideran perdidos contando por mas pingüe el que tienen en expectativa.

La historia de los primeros pasos que dió D. Canuto en la senda de su perdicion suele ser comun á la generalidad de los accionistas de minas: es la historia de su primera tentacion, de su primera debilidad, de su primera rebeldia contra la maldiccion de Dios de comer el pan con el sudor de su frente, pareciéndole mejor comerlo con el trabajo ajeno.

El diablo tentador de este *Accionista* fue uno de esos hombres pecaminosos llamados por los ingenieros *buscones*, y por la ley *catadores*, el cual sin haber descubierto jamas criadero ninguno, poseia la ciencia de hacer perfectamente su negocio explotando la credulidad ajena. El *buscon* de quien hablamos era consumado en las tretas usadas en las provincias donde abundan las empresas mineras: el expediente de que con mayor éxito se habia servido en aquellas era este: cuando una mina estaba en metales, ó con esperanzas de obtenerlos, plantaba un registro inmediato á ella que sirviese de base para suscitar pleito, buscando por pretexto una triquiñuela cualquiera, por injusta y descabellada que fuese: presentábase al dueño ó dueños de la mina, amenazándoles entablar un litigio para intimidarlos, y luego entraba echándola de generoso y proponiéndoles composicion. La parte contraria por evitar enredos de justicia solia ofrecerle una ó dos acciones en la mina, que él aceptaba, y de este modo se hallaba interesado en varias empresas productivas sin costarle un maravedí. En las garras de este espíritu maligno vino á caer el alma sencilla de D. Canuto. Huyendo el buscon de cierta tierra de Andalucía, donde una de sus arterias descubiertas le acababa de valer una buena paliza, trajo á Castilla, con el venenoso intento de trasplantar á ella su industria, la fama del tío Perdigon y de la riqueza minera de la costa; y en la diligencia que salia de esta ciudad, que no quiero nombrar, topó con él el Accionista *inferi*; y tan buena maña se dió el aventurero para interesarle en sus engaños, tales maravillas le contó, tanto le encareció sus conocimientos en mineria, y tan sencillo le pintó el modo de obtener metales preciosos en cualquiera tierra de España, que al fin del viaje era ya el buen D. Canuto todo oídos para cuanto parlaba el astuto manipulante, y no ansiaba otra cosa que trabar intimidad con él para aprender á encontrar criaderos en los campos.

En cuanto al trato, fácil le fue conseguirlo: el buscon habia calado muy bien á su interlocutor, y por las ingénuas confesiones que consiguió arrancarle en su necio entusiasmo, comprendió sin dificultad

lo que para sus adentros formuló en los siguientes términos, ú otros parecidos: «Este D. Canuto es una verdadera mina: su riqueza no está en filon, pero está en masa, que es todavia mejor: por el terreno blando de su credulidad le abrí un socavon con mi charlatanismo, y sin necesidad de desagüe, y sin otra máquina de estraccion que mis cinco dedos, en unas cuantas varadas traspaso á mis bolsillos toda su plata ya copelada, acuñada y corriente.»

El resultado correspondió de lleno á su propósito. «¡Vea V., amigo, le dijo al atravesar el puerto de Somosierra, todo esto es riqueza pura! pero acá en Castilla no entienden Vds. una jota de minería, ¡oh! ¡si tuviéramos por allá muchos cerros de esta especie! Pero ya se ve, aquí carecen Vds. de buenos ingenieros: no tienen Vds. capataces inteligentes... ¡Es un dolor!... A nosotros los geognostas no se nos ocultan los tesoros que esconde la avara tierra: nuestra ciencia está todavia poco generalizada, y son raros los que conocen á fondo las verdaderas leyes de la teoria eruptiva, en virtud de la cual la sábia naturaleza ha puesto al alcance del hombre la preciosa materia incandescente que elabora el globo en su centro. Todos estos terrenos quebrados esconden por lo general copiosos metales: y le diré á V. en la razon por qué es así. Los cataclismos que ha experimentado la corteza de nuestra esfera (y al oír la palabra *cataclismo* abrió D. Canuto tanto de ojo), y que han ocasionado en ella estas quiebras y roturas, han dimanado siempre de los sacudimientos internos que experimenta la materia en combustion, y... — «No entiendo eso muy bien, » dijo D. Canuto. «Me explicaré, repuso el buscon: el centro de la tierra está en trabajo continuo, y encierra un fuego sumamente activo que pone en disolucion aquella materia intima que despues por el enfriamiento se convierte en roca: y así como una grande irritacion febril de la sangre se le manifiesta á V. saliéndole un divieso en la nariz ó en... otra parte, del mismo modo la tierra hace aparecer sus escrescencias en la superficie, y los fuegos que del centro envia rompen en volcanes, ocasionan terremotos, ó producen otros fenómenos igualmente terribles. Ahora bien, como estos cataclismos ocasionan grandes quiebras y aberturas en el globo, partiendo como parten del centro, es indudable que todo terreno que presenta señales de semejantes convulsiones en su exterior, debe tener en su profundidad numerosas quebraduras. Y como los metales son, digámoslo así, las secreciones de la tierra, las cuales suben del centro á la periferia en virtud de la fuerza expansiva del calor, dichas quebraduras deben estar llenas de metales, constituyendo una infinidad de riquísimos filones que solo esperan la actividad industrial del hombre para colmar el suelo de tesoros; de hombres de su actividad y fibra de V.; de hombres en fin, que teniendo medios como mi señor D. Canuto, no teman arriesgar una friolera para abrir un agujero y sacar esos metales que casi casi se tocan con la mano.» De este modo, revolviedo en su pedantesco charlatanismo mentiras y verdades, iba el buscon abriendo su mina en el corazon del honrado comerciante. Y para acabar de seducirle, le embocó, envueltas en un indescifrable farrago de terminachos, una porcion de falsas reglas por las cuales decia él que se guiaba para reconocer las plantas y flores en que influye la plata aun cuando esta se halle á 200 varas de profundidad, y para distinguir las diferentes clases de vapores que emanan de las sustancias metálicas de la tierra al salir el sol.

Quando ya el Mefistófeles se hubo apoderado del ánimo del neófito, y le hizo alojar unas cuantas onzas de oro inscribiéndole en tres ó cuatro empresas mineras que acababa de fundar, le empezó á hacer saborear, para completar su ruina, el placer de las escursiones indagatorias. En unos pocos dias de inti-

midad se habían trocado todos los hábitos y costumbres de D. Canuto, de tal manera que nadie en la ciudad de su residencia le reconocía. Veíanle correr las calles acompañado siempre de un hombre de traje sospechoso, que era el referido buscon, abandonar todas sus antiguas relaciones comerciales, andar todo el día con los bolsillos llenos de muestras de minerales y con listas de asociaciones mineras, buscando en plazas y cafés nuevos suscritores para sus empresas, y encerrarse desde el anochecer hasta la alborada con sus consocios, para celebrar las importantes sesiones donde discutían con calor sobre las esperanzas y porvenir de sus calicatas. Mas cuando D. Canuto empezó á hacer escursiones por los alrededores de la ciudad, y empezaban á observar las gentes que madrugaba para hacer en compañía del buscon sus indagaciones mineras, y que se pasaba el día entero con un martillo y un azadon en la mano andando por los cerros y por los valles, escarbando donde quiera que encontraba una pinta reluciente, ya le fueron creyendo loco; entonces procuraron sus buenos amigos curarle y disuadirle, pero ya era tarde: el impetuoso accionista no veía en sus amonestaciones y consejos mas que envidia y celos por el brillante porvenir que se le presentaba. Riñó, pues, con todos; é hizo muy bien, porque entonces precisamente empezaba D. Canuto á saborear en las emociones fuertes la verdadera felicidad de la vida.

Todas las noches soñaba que descubria un nuevo criadero en filon, de plata ú oro purísimo; que era dueño de mas de cien cerros, cada uno de los cuales contenía mas riqueza que las minas de Siberia del príncipe Demidoff; que al nombre de Canuto le habia sustituido la popular admiración el de *nuevo Fúcar* ó de príncipe *Canutoff*; ¡y que el movimiento de su coche era tan delicioso!...

Cuando al cabo de un año de vida de minero urbano y rural, llegó á ser D. Canuto accionista en una docena de empresas, todas igualmente improductivas, pero todas con esperanzas, ya habia dado su fortuna un bajon considerable, sin que se advirtiese en él el mas leve descontento; su humor, por el contrario, habia perdido la nimia impresionabilidad de todo hombre excesivamente cuidadoso de sus intereses, y el pecho del accionista, henchido de una esperanza perenne é inestinguible, no daba cabida á las impresiones de la actualidad. Sin exhalar la menor queja contra la suerte, dejó el piso principal que habitaba para subir al segundo, mas acomodado á su decreciente fortuna; con una dulce sonrisa en los labios subió al año siguiente del segundo al tercero, por la razon misma; y con la misma beatitud en las lacciones y la misma esperanza en el corazon, acaba ahora de subir á respirar el aire puro de la guardilla, hasta tanto que plegue á Dios que se conviertan en manantiales de oro los diez y nueve ó veinte pozos que tiene abiertos en Castilla: para lo cual, desde hace cuatro años largos, falta todos los dias nada mas que un poquito. Con que de escalon en escalon, y de piso en piso, se va remontando el cuerpo de D. Canuto; así como de sueño en sueño, y de ilusion en ilusion, se remonta su espíritu á la esfera de los mas grandes potentados de Europa; hasta el dia, cercano tal vez, en que su casero (á quien dejará de pagar sin perder la serenidad de su semblante) le haga descender de repente hasta el arroyo con sus cuentas y sacos de minerales, poniéndole con la punta del pie un violento tropiezo debajo de la rabadilla.

Al alma ambiciosa del hombre, suelen contentar mas aun los preparativos en todas las empresas, que los mismos resultados ya obtenidos, por felices que sean. Sucédele así á D. Canuto. Mas de cuatro veces me ha confesado, con su natural candor, que si bien es cierto que el sueño de ser príncipe y de arrastrar coche le hace, mientras le revolotea por el cerebro,

el mas feliz de los mortales, todavia goza mas, y es su fruicion mas pura é intensa, cuando despues de su frugal comida, adormecido en las soñolientas horas de la siesta de verano, se trasporta su imaginacion al campo de una gran mina en toda regla (como lo será dentro de muy poco cualquiera de sus *filones*!..) y recorre los diferentes trabajos y faenas que alli se ejecutan. Entonces es cuando verdaderamente se le abre un dilatado campo para sus inocentes placeres y para el ejercicio de su alta inteligencia; ¡entonces es cuando realmente goza en dar ensanche y desarrollo á sus mas nobles instintos y virtudes!... Figúrase primeramente el *Accionista*, que habiendo ido á pasar unos cuantos dias á sus minas, llega al terreno de las labores en ocasion de dar un capataz la señal para la salida de los obreros. Hiere agradablemente el oido de D. Canuto, el chasquido de los látigos de los capataces de gavia; oye una voz gritar junto á la armadura del torno: ¡*Cadena!* y repetirse este grito bajo tierra por otras muchas voces, que son las de los cargadores que se hallan en el fondo del pozo, y prolongarse luego el mismo eco hasta las últimas profundidades de la mina; despues de lo cual siente el alegre rumor de sus doscientos ó trescientos operarios que se han puesto en marcha para salir á respirar el aire libre.

¡Qué órden, qué admirable concierto se presenta á los ojos del dichoso propietario! Sentado al pie de un arbolillo oreado por la brisa de la mañana, en la elevacion de una pequeña roca, contempla arrobado la extension de sus varias pertenencias, tiende la vista por el horizonte donde descuellan las cien chimeneas de las grandes fábricas de fundicion á las cuales dan abasto sus inagotables criaderos; recrea la mirada en la tranquila escena del descanso de sus trabajadores, ocupados en comer su *bazofia*; observa con satisfaccion la buena disposicion de las diversas máquinas de extraccion, acarreo, ventilacion, desagüe, etc., que mandó construir su sociedad segun los mejores modelos de Alemania. Llega luego la hora de volver al trabajo: todo es actividad, movimiento ordenado, subordinacion y disciplina. Cada cual corre á su puesto, capataces, picadores, torneros, amainadores, enganchadores, carpinteros, albañiles, gavias y guardas, todos están en su lugar desempeñando sus respectivas tareas. (La gente de gavia es muy numerosa en los sueños de D. Canuto, porque hay mucho mineral que arimar á los cargadores de los pozos!!) Los *correos* entran y salen, cantando y brincando, con sus alcuizas y torcidas para aviar los candiles de los trabajadores que se hallan dentro de la mina; llevan á la fragua la herramienta inutilizada, y bajan de los almacenes herramienta nueva. Los *mencheros* preparan mechas para la pega de los barrenos... Oyese de repente gritar ¡*barreno!*... ¡Sigue á poco rato una gran detonacion subterránea!... ¡Cielo santo! (Las imágenes mas espantosas se precipitan en el cerebro de D. Canuto!) ¡Cuatro barrenadores han sido gravemente heridos por los cascos de la roca!... En una de las últimas galerías se ha tropezado con un *soplado*, y ha salido de él un gas mortífero tan violento, que ha apagado las luces de los trabajadores, dejándolos á todos asfixiados y teudidos en el suelo!... ¡En otra galería de otra mina contigua, se ha inflamado el gas hidrógeno carbonado!... D. Canuto se ve súbitamente rodeado de victimas! ¡de padres de victimas! ¡de hijos de victimas!... Tuertos unos, los otros con un brazo roto, otros por fin, con una pierna colgando, se precipitan en torno del sensible Accionista exclamando: «¡D. Canuto! ¡D. Canuto!» Aquí sus heroicos instintos humanitarios salen de madre, y en el desbordamiento de su ternura se lanza como un rayo á socorrerlos á todos, y á prevenir nuevos males. Manda, prescribe, impera, decreta, toma disposiciones... todo lo remedia, consuela á todos... de

todo triunfa! Ya junta á los heridos en una tienda que sirve de enfermería provisoria; ya se abre á sus ojos como por ensalmo un pozo de ventilación para desinfectar la atmósfera de las galerías: ora recorre el campo con solicitud paternal para reunir los hijos de los trabajadores á los infelices autores de sus dias: ora se arroja dentro de las minas para ver si hay en ellas nuevas víctimas que socorrer, ó mas cadáveres todavía insepultos. ¡Es tan puro é inefable el placer de hacer bien!... Pronto se cambia la escena; todo ha vuelto á su estado normal. De las pasadas desgracias no queda mas que la memoria, lo que equivale á haberse aumentado la suma de los placeres del *Accionista*. Por todas partes oye resonar las bendiciones que centenares de familias piden á Dios para el poderoso benéfico que las sustenta... Ya está de vuelta en la ciudad, manda cantar un solemne *Te-Deum*. Está repantizado en su muelle butaca rodeado de papeles, donde les con letras muy gordas: PRODUCTO LIQUIDO PARA CADA ACCIÓN: ya piensa en nuevos actos de filantropía; en dotar doncellas, en pensionar á artifices; ya trata de fundar hospitales, casas de maternidad, escuelas... Uno de sus secretarios le presenta un plano levantado al intento, y el rico propietario va á indicar con el dedo un lindero... ¡judíos sueños! ¡judíos ilusiones!... ¡el pobre D. Canuto había metido su dedo en un ancho socavon que la polilla abrió en otro tiempo en su mugrienta mesilla de pino, y había tropezado con un copioso criadero de ciertos insectos de verano, en cuya fétida sangre lo sacó teñido! ¡Oh dura transición! ya no eran familias humanas las que sustentaba, sino familias numerosísimas de animaluchos *sumamente caseros*, que le atravesaban su ropa á modo de filones: ya en las odiosas cuentas de varadas de que estaba su guardilla llena, lejos de hacerse mención de producto alguno, solo se leían gordos renglones de ¡GASTOS ORDINARIOS Y EXTRAORDINARIOS! Cada vez que se repite uno de estos amargos desengaños, ruedan por las mejillas del Accionista de minas dos gruesas gotas de llanto mezclado con bilis.

Porque tambien el que se dedica á ser *Accionista* pasa sus ratos crueles, y bebe en el cáliz de la vida sus tragos de acibar. Sirva de ejemplo este que pasó D. Canuto, y que voy á contar á mis lectores para que se formen una idea de nuestro tipo, medianamente aproximada, bajo todos sus diversos aspectos.

Entre los muchos agujeros con los cuales han explotado algunos truhanes al pobre Accionista, hay uno en cuyas estériles profundidades ha enterrado la parte mayor de su desvanecido capital. El manipulante que le interesó en aquella pretendida mina, con la cual engañó tambien á otros varios, lo hizo de la manera siguiente: Compró unas cuantas cargas de mineral de otra mina rica, y las metió en uno de los pozos de la referida mina estéril; previno á los trabajadores lo que habian de hacer, y cierto dia condujo allí por vía de paseo, y como por casualidad, á D. Canuto. Así que este se presentó, empezaron los torneros á sacar mineral, y el marchante á hacer exclamaciones como admirado de ver tanta riqueza. Pregunta el mismo en seguida á los trabajadores quién era el dueño de aquella mina: ¡casualmente era conocido del buscon!... y el inocente neófito cayó en el garlito comprando todas las acciones, que ambos truhanes quisieron venderle. El mineral bueno se agotó al instante, como era natural; pero la sociedad, que pretendía explotar aquella mina, y en la cual D. Canuto llegó á absorber casi la totalidad de las acciones, opinó que era aquel un criadero en capas, y que por consiguiente abundando mas el pozo maestro, se reproducirian los terrenos metálicos. Llevaban ya abierto un gran pozo vertical con el cual habian atravesado mas de ocho capas paralelas, y todas ellas presentaban la misma esterilidad que la primera; pero solia periódicamente bajar á visitar la mina D. Canuto, y como por la lobretez del subterráneo y la escasa luz del candil brillaban de vez en cuando algunas gotas de humedad en las paredes de la escavación, siempre el Accionista salia convencido de que aquellos reflejos eran señal evidente de un mineral rico y puro. Entretenian su ilusión las falsas noticias que daba á la sociedad el capataz que dirigia la mina, el cual, al fin de cada varada, es decir, cuando se iban á ajustar cuentas, siempre tenia algo extraordinario que contar; unas veces decia: «¡el pozo ha dado en blandura!» otras, «¡la piedra sale tan dura, que rompe las herramientas!» y otras, por fin, «¡se desprende un olor á azufre que no se puede parar!» Y como ya he dicho, nunca faltaba mas que un *poquito* para que viese lograda su esperanza D. Canuto. Una vez que el entendido inspector general de minas D. Joaquín Ezquerro (1) acertó á pasar por la localidad donde está la referida mina, fue consultado por la empresa sobre las esperanzas que ofrecia aquel terreno, y habiéndole examinado, dijo el ingeniero francamente que juzgaba inútil la continuación de aquellos trabajos, por ser enteramente estéril.

Esta opinion, ingenuamente expresada, le valió de parte de los accionistas un general pronunciamento, que se vió precisado á conjurar trasladándose á otro punto: y el ofendido D. Canuto, que salió de sus casillas, no contento con haberse arrojado al pozo en un momento de celo colérico para sacar á vista del inspector, á quien llamaba bufando *incrédulo y ciego*, un pedazo de arenisca, llenándose de barro la cara y el chupetin, estubo malo una porcion de dias con un arrebato de sangre, y apenas convaleciente se pasó otros tres con sus noches escribiendo una virulenta invectiva contra la Direccion de minas, y contra el gobierno porque no hacen criaderos de plata ú oro en los cerros de las Castillas.

El, sin embargo, se salió con su empeño: el buscon que le habia proporcionado la alhaja, le llevó á casa de un ensayador frances de la ciudad, que habia venido á España huyendo de su tierra por monedero falso, el cual en un santiamén hizo el ensayo del mineral en uno de sus crisoles: y como en el crisol habia polvo de plata, resultó contener el pedrusco una parte de esquisita materia argéntifera, con lo que D. Canuto recobró su calma. Y hasta de biografía.

Hemos procurado reunir en un fantástico personaje los sintomas principales que, esparcidos entre la generalidad de los aficionados á minas, produce la manía reinante de las empresas y asociaciones mineras. Al comenzar indicamos que nos absteníamos de toda alusion que pudiese menoscabar injustamente el respeto debido á las bien dirigidas y utilísimas asociaciones mineras que, con tanto provecho propio como bien del país, benefician las minas de España siguiendo las instrucciones de la ciencia; y recordaremos ahora esta salvedad, así para que no nos dirija reclamaciones ninguna persona de seso cabal de las muchas que son accionistas de minas, como para poder completar el ridiculo retrato de los accionistas de la especie de nuestro D. Canuto, de los cuales tambien hay muchos, formados por adición ó sustracción, pero siempre faltos de seso y empeñados en hallar tesoros en cualesquiera especies de minerales.

El Accionista de Minas que hemos descrito, se distingue, pues, por tres cualidades: *razon enferma ó incompleta, ignorancia, y terquedad sin límites*. El que no reuna las tres, entra en categorías mas latas que no forman *tipo especial*, ó que por lo menos se abstiene de delinear

PEDRO DE MADRAZO.

(1) Autor del curioso libro titulado: DATOS Y OBSERVACIONES SOBRE LA INDUSTRIA MINERA, de donde hemos sacado noticias para el presente artículo.

EL CELADOR DE BARRIO.

En la villa y córte de Madrid, distrito de.... barrio de.... calle de.... casa número tantos, y en las altas horas de la noche, oíanse no há muchos meses grandes y confusos gritos, formando grande y discorde algazara; en los oscuros adentros de un callejoncito de portal, cuya puerta tachonada de gruesos clavos estaba entreabierta, como boca de vieja que no se sabe si ríe ó llora. — No era en efecto fácil distinguir si aquella intempestiva alharaca era cosa de riña ó de fiesta, porque entre la gente madrileña de estado llano lo mismo se grita para alegrarse que para denostarse y romperse la crisma; pero la escena de que á poco rato fue teatro el referido portalillo, asaz claramente demostró que no era sino de cabezas rotas de lo que se trataba.

El autor de este artículo tiene un poco de curioso y otro poco de terco; estas dos cualidades puestas en accion le proporcionan á veces, á vuelta de algunos sinsabores, el esquisito placer de sorprender importantes secretos y de hacer fecundos descubrimientos; púsolas en juego la referida noche, y aconsejándole ellas que escondiese su bulto detras de la puerta entornada, entróse por ella sin hacer ruido, y oyó, vió y atestigüó lo que ahora, caro lector, te va á contar, y que como un evangelio puedes creer, puesto que tu narrador no miente. Los desaforados gritos que en el fondo del callejon resonaban, salian de un cuarto bajo interior, dentro del cual, por los diferentes tonos de voz, y dado caso de no hallarse allí ningun espectador pasivo ó mudo, podría el oído contar como unas seis ó siete personas: tres hombres, cuatro mujeres; eran al principio agudísimos chillidos de laringe femenina, alternados con las disonancias de un coro de ambos sexos del mas desagradable efecto por lo anárquico del compas, lo bárbaro de los bajos, y lo estridulo y ágrío de los sopranos; llegó luego un momento de silencio; luego se abrió de repente la puerta del cuarto (sin aclararse por eso la densa oscuridad que, en consorcio con el mas fétido olor, reinaba como déspota y absoluta en todo el portal), y luego se volvió á cerrar quedando fuera, en el callejon, dos hombres que inmediatamente emprendieron una cerrada lluvia de cachetes y mojicones, entre resoplidos y bufidos dignos del mas noble de los brutos. Duró la lucha unos cinco minutos: las fuerzas parecian iguales, y solo el cansancio de aquellas dos glorias del pugilato hubiera podido ponerla término; pero volvió á abrirse el cuarto abortando una especie de energúmeno que, lanzándose lleno de ferocidad y desaha en medio de la pelea, puso al período en punto, descargando un espantoso garrotazo sobre un cuerpo duro que sonó á cráneo de hombre, y que dió al punto otro golpe sordo en las guijas del suelo. — Restablecióse el silencio: el del garrote y su aliado se encerraron con las cuatro mujeres, y el vencido quedó, según todas las señales, tendido en el callejon, con el alma en el dintel de la eternidad.

Estaba yo sumergido en una profunda y triste meditacion sobre aquel suceso, cuando me hallé de repente cercado de luz: bajaban por la escalera del cuarto principal dos criados enviados sin duda á informarse de lo que pasaba; y tan distraído estaba yo, tan pasmado y tan fuera de mí, que no me apercibí de su pausado y gravemente asturianil descenso hasta que, con la sonrisa tan característica de los nobles hijos de Pelayo, se acercaron á aferrarme llenos de satisfaccion gritando: «Cujido está, cujido está el pajar!» Trabajo me costó persuadirles de que no era yo el asesino de aquel pobre hombre, que tendido en un charco de su propia sangre acababan de ver por la primera vez y con horror mis ojos. — Para cerciorarse de mi inocencia, y de la verdad de la relacion que les hi-

ce del suceso, me obligaron á acompañar al uno en busca del funcionario mas cercano del ramo de proteccion y seguridad pública, al cual resolvieron inmediatamente dar parte, mientras el otro armado de una gruesa estaca permanecia de centinela en la puerta de la calle, cruzado de brazos, para impedir la evasion de los culpados. Despues de comunicar á su compañero en voz baja algunas prudentes instrucciones, movilizóse pesadamente el maruso á quien yo habia de acompañar, y dirigiendo él, y yo siguiéndole resignado, llegamos ambos á la esquina de la calle, y paramos á una puerta donde lucia un farolillo alumbrando un letrado en que se leia con letras gordas: CELADURIA DE PROTECCION Y SEGURIDAD, y con letras mas pequeñas cuarto tercero de la izquierda. Hizome seña el criado para que llamara; yo levanté la cabeza á mirar si en aquella casa habia algun otro piso encima del tercero, y cerciorado de que era el buen Celador el mas cercano á la morada del Padre Eterno, aferré resuelto el llamador, y empecé sin escrúpulo á dar golpes como buscando una distraccion en aquel suave instrumento. — Llegó á nuestros oidos entre los repetidos aldabazos la flaca vocecilla de una vieja, que bajó de la mas alta ventana: era la madre del Celador, y antes de una hora ya nos habia abierto la puerta de la calle. — El apreciable funcionario, novicio en su destino, lleno de celo por el buen desempeño de la pequeña fraccion de seguridad que le estaba encomendada, solia pasarse las noches en claro ganando concienzudamente con el sudor de su frente y las pitañas de sus ojos su sueldo de 4,000 rs. vn. con que plugo premiar sus esfuerzos á un ministro de la Gobernacion; porque como empleado del gobierno, y perteneciente al gremio semi-civil-militar (1) que con el nombre de cuerpo de administracion semi-civil-militar organizó el subsecretario de dicho señor ministro, ¿quién sabe, decia el buen Celador, si mostrando aplicacion y celo no llegarán á darme la fajita amarilla y encarnada de comisario, y el bastoncito de puño de oro, y un bonito uniforme (cuando aquellos señores tengan tiempo de determinarlo ¡así Dios los conserve eternamente en la Gobernacion de la Peninsula!), y el sueldo, aun mas bonito, de 14,000 rs.? Y proseguia inflamado de esperanza, lleno de fé en el porvenir, y aguijoneado por una noble y santa emulacion; «porque, es claro, los Celadores tenemos ya un carácter muy distinto del que tenia un pobrete «alcalde de barrio: nuestra autoridad, emancipada ya «de la misera condicion pedánea y popular, proviene «de real nombramiento; somos en rigor; empleados en «el ministerio de la Gobernacion de la Peninsula! formamos parte de un gran cuerpo donde puede uno ir «ascendiendo, v. g. á comisario, luego á oficial de un «gobierno político, luego á oficial de la secretaria, luego á diputado, y de la oposicion! luego á ministro, y luego...» fascinado por el cuadro de su dichoso porvenir ya no encuentra el Celador novicio ni en la silla de ministro término digno á sus ambiciones.

En una de estas dulces meditaciones se hallaba sin duda nuestro Celador cuando el asturiano y yo nos presentamos ante su delegada autoridad. Antes que acabáramos de referirle el caso que allí nos conducia, ya estaba él revestido con su frac azul de oficio, empuñando con gesto severo su baston de puño de marfil, y ensayando con un ridiculo encogimiento de labios el decoroso y reservado continente que habia de tomar en el próximo ejercicio de sus funciones; y para poder obrar con toda libertad y expedicion se fortificó con los 32 artículos de la real disposicion vigente de 30 de enero, que metió en un faldon. Fuimos á paso acelerado al lugar del crimen, y se constituyó el

(1) Semi-civil-militar: palabra compuesta y discentosa; pero no tan dificultosa como la fecha que puede presentar un oficialista civil panzudo y pitarroso con los lomos ceñidos por el ridículo cinturón de Marte.

señor Celador dentro del callejón, inmediato al cuerpo del delito; pero se trató de comenzar las diligencias, y ni él ni yo sabíamos qué nos correspondía hacer: los marusos por supuesto lo ignoraban completamente. Para salir de aquel atolladero no hubo más remedio que recurrir á la instrucción que tenía el Celador en su bolsillo: empezamos á recorrer los artículos que determinaban sus facultades, y leímos el 16 que decía: «Los Celadores desempeñarán en sus respectivos barrios las atribuciones que han tenido hasta ahora los alcaldes de los mismos.» La disposición era clara y terminante, pero como ni el uno ni el otro habíamos sido jamás alcaldes, estábamos tan en ayunas como al principio, nos quedamos mirando un rato en silencio como quien dice: «¿lo entiendes, Fabio?» y como no era preciso decir *no*, seguimos recorriendo los artículos. — El 21 decía: «Comprende también á los Celadores lo dispuesto en los artículos 6.º, 7.º, 8.º, 9.º y 10.º de esta real disposición.» Veamos pues lo que previenen esos artículos. — «Artículo 6.º: No podrán tampoco (los comisarios) penetrar ni permitir que ninguno de sus agentes subalternos penetre en las casas particulares sin la previa autorización del dueño, bajo la pena de inmediata destitución (y el Celador empezó á ponerse descolorido), sin perjuicio de las disposiciones ulteriores á que haya lugar con arreglo á las leyes (y el Celador empezó á sudar y á tiritar de escalofrío). En caso de necesidad por exigirlo así la averiguación de un hecho criminal ó la detención de algún delincuente (y el Celador lanzó un suspiro de desahogo), deberán proceder á ello en compañía del teniente alcalde ó regidor de la demarcación respectiva (y volvió el Celador á acongojarse y á sudar); y en caso de urgencia ó negativa de la autoridad municipal, deberán hacerlo en compañía de dos vecinos honrados que tengan su domicilio en el propio barrio.» Segun este artículo, era evidente la infracción de ley cometida por el pobre Celador; mas como las diligencias no habían empezado, aun fue tiempo de solicitar el auxilio de la autoridad municipal, y de pasar aviso al comisario segun el artículo 17 previene. El teniente de alcalde no había aun vuelto de su tertulia; el regidor estaba oyendo un final de ópera en el Circo: el comisario estaba en cama con sanguijuelas; quedaba pues el Celador en pleno derecho para entenderse con la autoridad superior política y comenzar entre tanto, asistido de dos vecinos honrados, las diligencias sumarias para la averiguación del hecho y aprehensión del reo. ¡Y vuelta á empezar las dificultades! — Veamos, veamos la instrucción, dijo resueltamente el Celador tomando el papel de mis manos, y con el tono de persona que manda y tiene la convicción íntima de su derecho. — «Artículo 27: Habrá en cada barrio cinco agentes de seguridad, etc., etc. Artículo 28: La obligación de estos agentes, que estarán bajo la autoridad inmediata del Celador... Basta, basta! A ver ¿dónde están mis cinco agentes de protección y seguridad? ¡Bolgazanes!... Quería el Celador que los cinco hubiesen acudido sin ser llamados. Encargose de esta operación uno de los dos asturianos: yo me encargué de tener el farolillo, en pie, al lado del cuerpo del delito, el cual con asombro nuestro empezó á dar señales de vida lanzando de su boca una prolongada tufarada de vino que amagó asfixiarnos, como el mortífero *soplado* de una mina. Volvió á poco rato el mozo con dos de esos agentes beneméritos á quienes está prohibido ahora llamar *guindillas*, que había encontrado haciendo oración mental tendidos en una acera, y velando por consiguiente *sobre la comodidad pública*: é inmediatamente empezó el Celador á fulminar sus órdenes. — ¡V. ! ¡eh! corriendo á avisar al cirujano de la casa de en frente, que venga á reconocer al herido y á dar su certificado. — V. al momento á hacer que abran la puerta de ese cuarto donde se

esconde el reo ¡voto á bríos! ¡pronto, pronto, pronto! Llame V.; y si no quieren abrir, aquí estoy yo para hacer respetar la ley. El agente llamó á la puerta señalada repetidas veces; nadie respondía. — Llamó el mismo Celador lleno de austeridad y compostura; y obtuvo peor resultado, porque una voz chillona respondió desde adentro: «¡No nos da la gana de abrir, váyase V. á la eme!» — Vi entonces próxima á desencadenarse la cólera del funcionario, y para evitarle un sofocón de noble celo le advertí que sin la asistencia de los dos vecinos honrados, que prevenía la instrucción, no era lícito entrar en ninguna habitación privada. Y con esto volvimos á encontrarlos por tercera ó cuarta vez paralizados. — Llegaba ya el cirujano de en frente acompañado de un practicante, fámulo y discípulo suyo; la víctima menudeaba ya sus tufaradas y ronquidos, y empezaba á revolcarse en su sangre recobrando el sentido; yo discutía conmigo mismo si sería ó no oportuno lanzar el farolillo á la cabeza de uno de los dos marusos y largarme á mi casa; el Celador permanecía en silencio entre perplejo, avergonzado y corrido; y ninguno desplegaba los labios. — Por fin, cuando los dos asturianos, que contemplaban nuestra inacción con estúpido asombro, tuvieron el tiempo suficiente para llegar á comprender el ítem de la dificultad, prorumpieron en un sonoro dúo de carcajadas, y llegándose uno de ellos al Celador, le dijo á media voz y empujándole por el codo: «Vaya, señor, no repare en pelillos, en esa casa bien púedese entrar sin premisa y sin vecinos honrados; yo le derribaré la puerta de una puñada. — ¿Pues quién vive ahí? preguntó el Celador cobrando ánimos: ¿no es una familia particular la que ocupa ese cuarto? — Quiá, señor, replicó el maruso, y volvió á soltar otra carcajada mal reprimida; y añadió por lo bajo: son unas *piculinas*! y nueva risa al final.

Y en efecto, el asturiano tenía razón, porque segun el artículo 7.º: «Lo prevenido en el artículo 6.º no se extiende á los *cafés*, *tiendas de despacho de vino y demás* (y al llegar aquí se le escapó una sonrisita maliciosa al Celador, que por una equivocación de lectura creyó haber concluido la frase, y prosiguió) *casas donde licita ó (y aquí entra su triunfo) i-li-ci-ta-mente se reuna el público.* ¡Bravo! ¡no necesitamos más! Y en virtud de dicho artículo 7.º llegarónse á la puerta en tropel para derribarla todos mis dignos acompañantes reunidos en el portal, precedidos de los dos animosos agentes de seguridad. Abrieron entonces su puerta las mujeres, y presentáronse tres pecadoras á recibir llorosas y resignadas á la irritada autoridad. — Viendo que no se presentaba el reo, entró gravemente el Celador en el aposento llevando empujado su bastón de puño blanco, como abanderado que entra en el cuartel; y al dirigirse á una de las piezas interiores, arrojóse á sus pies, desmelenada y hecha un torrente de lágrimas, una mujer, pidiéndole por Dios y por los santos que no perdiera al que llamaba *su infeliz amante*, que estaba allí escondido.

¡Oh miseria humana! Era el Celador hombre de corazón sensible; y tan hermosa criatura la suplicante, que no pudo menos de parar en ella la vista con interés. El exterior de aquella jóven, á pesar de la desfavorable tinta que sobre ella arrojaba el abyecto lugar donde fue sorprendida, no revelaba que fuese de condición comun á las otras tres que allí vivian; su mismo traje denunciaba otra calidad de persona, y descubria bien claramente no ser aquella su morada... ¡Profundo misterio cuya explicación no queremos indagar! Conténtense mis lectores con lo que puedan colegir de lo que sigo refiriendo.

Como se detuviese en su majestuosa marcha el Celador, sorprendido de la súplica de la mujer, y codicioso de examinar su física catadora; llegósse á él, saliendo cautelosamente de una alcoba, un jóven elegantemente vestido, que á su aventajada estatura

reunía un notable desarrollo muscular, y que sería probablemente el que una hora antes había sacudido en la oscuridad el garrotazo al hombre que yacía tendido en el callejón.— Los dos agentes de seguridad y los dos marusos quisieron precipitarse sobre él como cuatro alanos, pero el Celador les impuso moderación, y permanecieron quietos como estatuas á la señal del baston de puño blanco en la pequeña sala de la habitación.— La dolorida doncella, su amante, otro jóven de aspecto igualmente fino que á poco se presentó, y el inesperto Celador, se encerraron en un cuarto inmediato, y allí estuvieron platicando largo tiempo; despues de lo cual salieron los cuatro, muy discordes, al parecer, en sus pretensiones.—



El Celador de barrio.

La mujer, cubierta con un largo velo de blonda, tenía inclinada la cabeza, y reprimía en su pecho hondos suspiros que salían á veces ahogados, causando verdadero dolor el mirarla: el jóven de atlética complexion que se mostró primero disputaba acaloradamente con el Celador, haciéndole los mas desesperados argumentos para persuadirle que su oficio no le obligaba á dar una ruidosa campanada, difamando con el escándalo á una noble familia y á una distinguida doncella victima de la mas negra fortuna.— El impertérrito Celador, lastimado de la suerte de aquella interesante hembra, luchaba con dos encontrados sentimientos, la compasión y el deber: y con sentida

expresion que mostraba claramente estar apurando uno de los mas amargos tragos que tan sagradas y heroicas hacen las funciones del que guarda la tranquilidad pública, le alegaba que no tenía él la culpa de la mala suerte de los amantes, y que no podia por respetos humanos y consideraciones de familia faltar á su deber y á su conciencia: que se dispusiese pues á seguirle con la jóven fugada de la casa paterna, y que preparase sus descargos para cuando el señor gefe político le sometiese á la jurisdiccion de la autoridad á quien correspondiese la justificacion del hecho y la aplicacion de la pena.— Dirigió á la jóven una mirada de soslayo, y su pecho de Celador se sintió enternecido.... pero triunfó el sentimiento del deber, y enjugando rápidamente una lágrima furtiva que brotó de sus ojos: «¡Ea! exclamó con voz turbada y afectando severidad, síganme Vds.» Acercósele el otro jóven, que hasta entonces nada había hablado, y llamándole aparte trató de ponerle en la mano un bolsillo lleno de oro. ¡Temerario! La vacilante entereza del Celador se fortaleció entonces con toda la virtud y noble honradez que dicen se encuentra solo en algunos de nuestros funcionarios: herido su amor propio por aquella manifestacion de soborno que en un momento de energía y sencilla dialéctica calificó de indecente é indigna de un caballero: «¡Guárdese V. su dinero, exclamó irritado, y no insulte el honor de un pobre empleado que cifra solo en la pureza sus medros y recompensa!» Yo, aprovechando aquella expansion de cólera, y la curiosidad que embargó á los demas circunstantes, dejé el farol sobre una silla y me escurri bonitamente hácia la calle.

Presenció los actos del Celador novicio en el uso de sus mas árdnas funciones, haciendo con él el aprendizaje del arte de proteger y asegurar la tranquilidad pública; y determiné en seguida contar á Vds. aquel suceso para que duerman esta noche con tranquilidad mientras vela por ella el Celador de su barrio, que, aunque sea novicio en su cargo, será indudablemente uno de los empleados mas dignos de la confianza pública por su noble desinterés, integridad heroica y sentimiento intimo de su deber.

PEDRO DE MADRAZO.

EL AGENTE DE BOLSA.

En un discurso que me hicieron pronunciar para dar principio á unos exámenes de Economía política, recuerdo que entre otras cosas dije lo siguiente:— «No hay arte ni profesion alguna, cuyo aprendizaje no exija mucha aplicacion, mucho estudio, y sobre todo ejercicio.»

Me quedé yo tan satisfecho creyendo haber sentado una verdad como un templo, y con efecto, sacando por mí mismo la consecuencia no admitia mi doctrina la menor contradiccion. Pero en aquel entonces (de esto han pasado ya muchos años) no conocia yo la honrosa cuanto lucrativa profesion de *Agentes de Bolsa* que el progreso de la especulacion ha aclimatado y hecho indispensable en nuestro suelo.

Las dos terceras partes de mi axioma quedan destruidas. El Agente de Bolsa no necesita ni mucha aplicacion ni mucho estudio: *nace*, como el poeta, aunque medra mucho mas que el poeta.

La Bolsa, por una de esas contradicciones tan frecuentes de la especie humana, ha venido á ser una necesidad en Madrid, cuando no tenemos una peseta. Sin embargo, en ella llueve el maná para los israelitas, y en su cuadrilongo y desmantelado recinto, se sacrifican diariamente victimas humanas, al ídolo de la actualidad, EL INTERÉS.

Los sacerdotes sacrificadores de este moderno templo, son los Agentes.

Con esta rápida y sencillísima indicación basta para vencer al menos lerdo, que el Agente cobra el diezmo á los devotos, y que sean cuales fueren las facces de la especulación, sus oráculos son siempre retribuidos por el favorecido y el despreciado de la fortuna.

Hemos dicho que el Agente nace, y algunos dudarán de esta gran verdad: pues para vencer á los

escepticistas, nos trasladarémolos con ellos á la Bolsa. Observen bien todas esas fisonomías de hombres bulliciosos que van y vienen, que hablan en secreto con unos y con otros, y que dueños absolutos del estrado, consignan en una cuartilla de papel el precio de los fondos públicos. Pues bien ¿qué resulta de ese concienzudo exámen? Que no hay entre ellos el menor punto de semejanza.

El Agente sale de todas las aulas, de todas las profesiones, de todos los oficios. El uno fue militar; el



El Agente de Bolsa.

otro comerciante que quebró; aquel estudió para abogado; esotro negoció en pedrería; Juan fue hortera; Perico empleado cesante; Casimiro estuvo de maestro de escuela; Francisco nunca fue nada; ni si, uiera jugador!

Y sin embargo, todas esas partes tan heterogéneas, una vez decididas á abrazar la carrera de Agentes, quedan por el mero hecho aptas y suficientemente instruidas para su fiel y leal desempeño. Como sobre las testas coronadas, cae sobre ellos el don de la sahiduría, y la suprema inteligencia de los cambios y arbitrajes.

Por manera, lector amigo, que no puede consignarse cuál es la veta matriz y primitiva del Agente de Bolsa. Sale del caos, se confunde entre la muchedumbre, despunta á los umbrales del arenisco patio de un ex-convento, y resplandece luego al lado de la

aristocracia de sangre, á la que á veces humilla con el lujo de sus deslumbrantes equipajes.

Y ahora bien, pudiendo todos dedicarse á Agentes, queda demostrado que el oficio no necesita de mucho estudio ni aplicación: basta con saber los rudimentos, reducidos á multiplicar enteros y quebrados, á poseer muchos conocimientos sociales, y á disfrutar del apoyo de un *Bolsista* que proteja y adelante en la carrera. El hombre que, sobre todos los demas, posea este último don, hará fortuna.

Al establecerse el mercado de fondos públicos llamado Bolsa, se dispuso por el gobierno la existencia de diez y ocho Agentes de número, pudiendo estos aumentarse á medida que se fuesen multiplicando las operaciones bursátiles: considérese hasta qué grado habrán llegado estas, cuando en el día se ven expuestos en la tablilla los nombres de cuarenta y un

Agentes propietarios y el de un suplente. El crédito ha bajado en proporción que han subido los que lo manejan; y esta es otra contradicción que no se concibe ni se explica, y que solo se resuelve con la salida de aquel viejo patron gaditano, á quien preguntando por qué con el mismo viento entraban y salían á un tiempo faluchos en la bahía, encogiéndose de hombros contestaba: « ¡Pues ahí verá V. ! »

Mas esta observacion nada tiene de comun con el Agente. Una vez elegida por el individuo esta carrera, presenta á la Junta Sindical su certificado suscrito por un comerciante, de llevar seis años de práctica en los negocios mercantiles, el cual se adquiere con mas facilidad que los que libran los escribanos en idénticas circunstancias, y proverbial es la escrupulosidad de estos pajarracos. A la certificacion sigue el exámen que dura diez minutos, despues del exámen se depositan los cien mil reales de fianza, viene el nombramiento y la investidura de funcionario público, y nuestro Agente puede ya dar fé de los contratos que se celebren con su necesario ministerio.

¡Cien mil reales de fianza! exclamarán algunos; lé aquí el grave escollo en que se arrellarán los deseos de muchos aspirantes á la posesion del *estrado*: y nosotros contestaremos, que la fianza, por regla general, el Agente no la posee cuando se dedica al oficio. Busca y encuentra quien le facilite los cien mil reales en efectivo que previene la ley, ó su equivalencia en papel con interes, y mientras no hace suyo el depósito, paga al propietario el premio que se estipula: primer negocio que hace el Agente en su favor, y que sirve de entrada á los demas.

El Agente de Bolsa es el único que tiene derecho á intervenir en la compra y venta de efectos públicos, estándole prevenido por el artículo 74 de la ley: «que proponga los negocios con exactitud, precision y claridad, absteniéndose de hacer supuestos falsos, que puedan inducir á error á los contratantes.» Esto lo cumple á las mil maravillas: nada hay mas claro y preciso que un negocio de Bolsa al tiempo de contratarse: nada que ofrezca despues mas disturbios al tiempo de cumplirse. El hombre propone, y la suerte ó el ministerio dispone, y no es culpa del Agente que suba ó baje el precio del papel, durante el intervalo de las negociaciones á plazo.

Pero si en este punto son clarísimos-sútiles hasta dejárselo de sobra, veamos si con igual escrupulosidad cumplen con el precepto de la misma ley que manda: «que en caso alguno puedan hacer, directa ni indirectamente, bajo su mismo nombre ni en el ajeno, negociaciones algunas de cuenta propia, ni tomar interes con ellas.»

Sin que sea visto menoscabar la probidad ajena, porque si lo que prohíbe la ley, lo autoriza la costumbre, deja de ser crimen, rarísimo es el Agente que no se interesa á nombre de otro, en algunas de las operaciones en que interviene. Esto es natural: del mismo modo que sería injusto castigar á un perro, á quien su imprudente dueño encerrase en una provista despensa, poniendo su fidelidad á tan delicada prueba, sería terrible condenar á un hombre á continua abstinencia cuando tiene en sus manos los medios de hacerse rico, y la tentacion se repite á menudo. El suplicio de Tántalo sería preferible, porque si la sed natural se mitiga con agua, nada basta á satisfacer la sed de oro.

El tribunal del Agente es igual, si nos es permitido comparar lo profano con lo sagrado, al de la penitencia. En él se depositan los secretos de los contratantes: el Agente posee la clave de las fortunas de los bolsistas: conoce sus apuros y sus esperanzas: oye sus cálculos y probabilidades: la experiencia le enseña á distinguir á aquel que es mas certero en sus juicios, y todos estos datos reunidos á su propio cri-

terio, le inducen á caer en la tentacion. Como hemos ya indicado, el Agente debe tener un protector: á nombre de este se estipula y se cierran las negociaciones: nadie puede reconvenirle ni convencerle con que faltó á la ley: los requisitos que esta marca se llenan con las formalidades debidas; y una vez cumplidas las pólizas, el Agente entra en el goce y posesion tranquila de lo que le toca, lo cual, en honor de la clase y de la verdad sea dicho, pasa en seguida á distribuirse entre las masas.

Porque el Agente es fastuoso y desprendido por instinto y naturaleza. Lo primero de que se cuida es de hacer suya la fianza que le prestaron. Una vez satisfecha esta deuda pública, cuya solvencia evita la censura, el Agente compra un cabriolé que sostiene á la última moda. El cabriolé es indispensable al Agente que tiene negocios, porque le ahorra tiempo y le proporciona clientela. El carruaje es uno de los medios con que los hombres se distinguen de la multitud. Se ve mas al que va en coche que al que anda á pie. Se desea saber su nombre y sus circunstancias, y á medida que la figura se deja arrastrar por uno, dos ó cuatro caballos, crece el interes que inspira á primera vista, se hace popular á fuerza de ser aristócrata, y se pone en contacto y roce con todas las clases, mereciendo el sufragio y la contribucion universal.

El Agente que no usa cabriolé, no deja de tener caballo de regalo, y ha de ser una rara escepcion de la especie el que no se someta á este medio de figurar. Porque no nos cansaremos de repetirlo: la generalidad de los hombres gusta de ser servida por otros hombres que hagan viso: se experimenta cierto rubor si al preguntarnos por nuestro médico, no respondemos con una reputacion europea: si no citamos con cierta marcada indiferencia, el nombre del sastre mas afamado al alabarnos un frac ó un pantalón: si no repetimos, cómo por distraccion, la elevada categoria del *amigo* que nos consiguió tal ó cual gracia, y si no dejamos traslucir que no hay persona de algun renombre, que deje de contribuir á nuestro alivio, á nuestros goces, ó al aumento ó disminucion de nuestra fortuna.

Y ese mismo afan que tienen los servidos, se apodera en sentido inverso de los servidores: aquellos lo disfrutan por vanidad; estos lo hacen por interes; y el afamado médico, el sábio juriconsulto, el célebre artista, el humilde artesano, y el deslumbrador Agente de Bolsa, todos á porfia se disputan, por unos cuantos reales, el placer de ser citados por bocasmas ó menos aristocráticas. La única diferencia que suelen establecer entre unas y otras, es la de servir mejor y con mas ahinco, á aquellas cuyo timbre es mas argentino, al expresar su profundo reconocimiento.

El Agente de Bolsa, á quien la ley obliga á no poder rehusar el ejercicio de las atribuciones de su ministerio, sea cual fuese la persona que lo solicite, bajo penas y multas de consideracion, mas que otro alguno servidor del público, hace virtud de la necesidad, y para no tener que buscar, se procura los medios de ser buscado. Nada hay que deslumbrare tanto como el lujo: nada que se haga mas notable en menos tiempo. Y esta es otra de las causas que obligan á los Agentes á lanzarse en cuerpo y alma á las operaciones por su cuenta; porque reducidos á los simples corretajes, si bien pasarían una vida holgada asegurando un mediano porvenir, ni tendrían palco abonado en los teatros, ni relaciones intimas con artistas extranjeros, ni suntuosas casas, ni lujosos carruajes, ni llegarían á merecer la honra de ser llamados á cargos públicos y municipales que dan autorizacion á la persona. Por otra parte, y como prueba de la defensa que de este cargo le hemos hecho, el Agente está tambien expuesto en las operaciones por su cuenta á perder, como cada hijo de vecino, y á quebrar y arruinarse, y de estos casos hemos tocado algunos. Sin embargo,

las gentes concienzudas, esas que se ven obligadas á depositar su fortuna y su honra en uno de estos tabelliones de nueva especie, tuercen el gesto á esta observación, y la contradicen exclamando:—; Pero ellos juegan á carta vista!

Este es otro de los sinsabores del oficio; la malicia, que no duerme, ha tomado por su cuenta á los depositarios de la fé pública, desde el foro hasta el estado, y vaya V. á contener la malicia!...

Volviendo á nuestro tema, el lujo es el fanal del Agente-tipo de la raza; porque si bien tambien hay Agentes del género que podemos llamar con propiedad sedentario, este se confunde en la generalidad del vulgo; sus costumbres y necesidades no ofrecen materia á la critica, y vegetan como pobres diablos para morir tranquilos, así como han vivido sin estrépito. Pero el Agente á la moda, el que hace viso, el que presenta todas las facetas de las contradicciones y miserias humanas, no puede dispensarse de rendir un ciego culto á las necesidades sociales de la actualidad, ni dejar de figurar en esta galería de retratos contemporáneos.

Sigamos al Agente en el curso diario de su agitada peregrinación. Muy de mañana, sea cual se fuese la hora en que se acostó la noche precedente, necesita arrancarse de los brazos del sueño, para poner en órden los negocios de la vispera, verificar los asientos y regularizar sus libros, testimonios de fé, que no puede confiar á manos extrañas.

Si no tiene citas para dentro ó fuera de casa en aquel día, suele dedicar las primeras horas de la mañana en esos arreglos y en el de sus propios negocios, porque á la una en punto necesita presentarse en la Bolsa, teatro de sus manejos y sus triunfos.

Si tiene citas fuera, despues de tomar un ligero desayuno (chocolate regularmente) y de acicalarse con mayor ó menor cuidado, segun imagine volver ó no antes de Bolsa, manda poner el cabriolé y se dirige á la casa de las personas con quienes trabaja. Si llega á tiempo de ser recibido sin obstáculo, se introduce con marcial franqueza en el cuarto del patron á tomar órdenes: mas si por acaso tiene que hacer antesala, su oficio le obliga á resignarse y á sufrir una ó dos horas, hasta que ve abierta la puerta de su esperanza, esto es, la del gabinete del banquero. Entonces se presenta con menos sultura, escucha y propone con cierto encogimiento que contrasta notablemente con sus modales habituales y se despide con respetuosas reverencias.

¿Por qué este cambio de una á otra visita? se preguntará. En la primera, aquella que hizo sin esperar, la condicion no se reveló al hombre. Durante el tránsito, formando el Agente mil planes mas ó menos alegres, llega al lugar de la cita y es recibido sin dificultad: habla con desembarazo, porque nada le afecta moralmente; pero no sucede lo mismo en la segunda. Dos horas mortales de antesala, de tiempo perdido y de inaccion, producen una serie de reflexiones, que insensiblemente llevan al hombre material al hombre moral. ¿Qué condicion es la suya? Servir al capricho, á la codicia ajena, y mientras sus insolentes lacayos se burlan á la puerta del mal aventurado transeunte que tiene que abandonar la acera y echar por el arroyo para evitar los salpicones de los corceles que pafian de impaciencia, el dueño del magnífico equipaje pasa por la humillacion no menos triste, de aguardar entre otros criados á que su amo eventual se digne llamarle á su presencia. Y este amo no es ningun grande, ningun poderoso, ni por el nacimiento ni por la fortuna: á veces suele ser un aventurero trapalón, un caballero de industria, un ente despreciable que impone la ley al Agente público y le da sus órdenes, y le fija condiciones, y le somete á un exámen prolijo, y vitupera su conducta, y le reconviene y le despide con grosería.

De aquí nace ese cambio de conducta, que por fortuna es pasajera. El Agente, luego que termina el negocio para que fue llamado, y que tan mal rato le hace pasar, encuentra en la perspectiva de una ganancia segura la compensacion de sus penas. Cual otro Sancho, olvida los azotes por el dinero: vuelve á regentar su ligerísimo carruaje, y entre cálculos y esperanzas llega á la Bolsa donde su carácter de hombre público se revela con toda su imponente gravedad.

Aquí habemos de dejarle por un rato, mientras nos ocupamos del local, sin que pueda llamarse digresion tratar del elemento que da vida y sostiene al Agente, objeto principal de nuestro cuadro.

Al crearse la Bolsa, se eligió para este fin el reducido patio de una casa particular en la calle de Carretas; cerróse de cristales, hiciéronse dos chimeneas, adornáronse con estátuas de yeso los huecos de las paredes, y se fijaron sobre los ángulos varios rótulos expresivos de los nombres de diferentes plazas mercantiles de España y el extranjero. Rodeaba á este patio una galería cubierta, y bancos y banquetas colocadas á lo largo de las paredes servian de cómodo descanso á los concurrentes. Si el local era pequeño, no dejaba de ser decente, bonito y aun elegante: los bolsistas se hallaban á cubierto del sol, el frio y las lluvias.

Pero el dueño de la casa, ó disgustado del ruido, ó deseando ensanchar sus habitaciones, reclamó su patio, y hubo de accederse á su demanda, despues de costarle al pobre muy malos ratos y de resolverse á obrar con los bolsitas á semejanza de Jesucristo con los vendedores del templo de Jerusalem.

Andúvose con mil apuros para la elección de nuevo local, hasta que por último se destinó para Bolsa otro patio, en el que fue convento de San Martin, y hoy sirve para las oficinas del gobierno político y diputacion provincial.

En este segundo corral, no hay que buscar pinturas, ni estátuas, ni chimeneas, ni banquetas. Cuatro paredes lisas y llanas, el firmamento por montera en invierno, un toldo de lona en verano, y el piso cubierto de arena cuai calle en día de procesion, hé aquí la descripción exacta de lo que el maldiciente vulgo llama Sinagoga, pero que sin duda debe llamarse Bolsa, por expresarlo así un letrado que hay sobre la puerta de entrada. Cuando llueve, la gente se retira á un estrecho cláustro que rodea al patio, y allí se apiña como arenques en estiva. El aire y los Agentes circulan con igual dificultad; los negocios se estancan en el extremo en que nacen, y en día de agua los trabajos son poco productivos.

En el centro del costado izquierdo del patio, y en uno de los ángulos del cláustro se ha construido el estrado, ó sea lugar de las publicaciones. Forma el estrado una barandilla de hierro circular con un pasamano de madera. Los Agentes son los únicos que tienen derecho á invadir aquel sagrado altar del sacrificio, en cuyo centro se mira impasible al *anunciador*, cuya voz pausada, cascada y macilenta, publica las operaciones.

Durante el curso de los fondos públicos, que empieza á la una y concluye á las dos de la tarde, no se permite fumar, pero al sonar las campanadas de las dos, todo el que es aficionado al tabaco enciende su cigarro, y la Bolsa se convierte en una taberna holandesa. No atinamos con la causa de la privacion que se impone á los fumadores por espacio de una hora: sin duda se teme que el humo, ocultando las fisonomias, no permita leer en ellas la expresion de buena fé que debe reinar en los contratos mercantiles, sutileza oriental que mas de una vez ha ocultado las flaquezas del Divan de la Sublime Puerta. Tampoco se permite la entrada en la Bolsa con baston. Esto ya se comprende con mas facilidad: á estar permitido el

uso de los bastones, muchos bolsistas se abstendrían de personarse en el mercado.

En resumen, el edificio Bolsa de Madrid, no tiene ningún punto de semejanza con los demás de su especie que existen en Europa: nos hemos acostumbrado de tal modo á las malas traducciones, que nos sería insoportable el espectáculo de una buena imitación. Como nuestro objeto no sea hacer una disertación moral acerca de este establecimiento, ni tampoco nos encontramos completamente iniciados en los intrincados misterios de un *juego* en que lleva la peor parte el especulador sencillo y bonachón, nos apartamos de las intrigas y manejos bursátiles, y una vez conocido el templo, volvamos á los sacerdotes que le sirven.

El Agente entra en la bolsa como el pez en el agua: una mirada tan rápida como penetrante y certera, le impone de la calidad de la concurrencia, y sin pérdida de momento empieza á examinar las conciencias de los prójimos reunidos, explotando la situación en favor de sus comitentes sin olvidarse de sí propio.

Si el Agente despues de haber hablado en secreto con un vendedor ó comprador, pasa sin detenerse á trasladar á otro individuo la propuesta que acaban de hacerle, puede decirse que se ocupa exclusivamente de asuntos ajenos; pero si despues de oída la proposición se detiene, saca su libro de memorias y hace apuntes ó anotaciones, entonces, excitado por alguna esperanza de lucro, es que calcula abrazar aquel negocio; y una vez decidido el suyo ó el ajeno, pasa al estrado, sienta en cuartillas de papel, preparadas al efecto, las bases estipuladas, y el impasible anunciador las publica incontinenti en esta forma:

«Se han hecho, tantos miles de reales, en tal género de papel, á tantos dias fecha ó al contado, á tanto por ciento.»

Al oír el *«se han hecho»* por un instinto natural todas las cabezas se vuelven hácia el estrado, un silencio profundo reina en la Bolsa, y el murmullo de las conversaciones no continúa hasta que resuena el precio á que se acaba de hacer la operación.

Es fácil distinguir al Agente en la Bolsa, porque jamás está parado. Por pocos negocios que tenga, anda de un lado á otro, acercándose á los especuladores, proponiendo compras, oyendo precios, sonriendo á todos por descabelladas que sean las proposiciones, y manifestando cierto apresuramiento que dé á entender lo cargado que se halla de comisiones. ¡Triste condicion del hombre, estar siempre representando farsas para realizar los asuntos mas serios é importantes!

Como la boca del Agente hace *fé*, ha podido observarse, que alguna vez es este funcionario el regulador de los precios, con total independencia de los especuladores. Cuando un papel se halla en decadencia ó fuera de juego, no es extraño oír todos los dias á primera hora, una negociacion verificada en aquella especie á precio íntimo, el cual baja regularmente hasta la cifra que se desea. Los tenedores á quienes *falta resuello* se apresuran á vender al *único* tomador que suele presentarse, y á poco se va notando la subida de aquellos mismos fondos, que corre parejas con el aumento del capital del Agente de Bolsa. Estos se llaman gajes del oficio, compensacion de los malos ratos anejos á la carrera, estrategia peculiar del juego, que muchas veces sin embargo sucumbe ante la omnipotencia ministerial, la cual en estos últimos tiempos, sobre todo, se ha hecho sentir en la Bolsa con su notoria y paternal benevolencia hácia los caídos.

Terminadas las operaciones de Bolsa, el Agente pasa á la vida privada hasta la ora del paseo. En él despliega ese lujo de que hemos hablado: caballos, libreas, carruajes, diamantes, encajes en la camisa, todo es poco para personificar la moda con sus capri-

chosos dijes y atavíos: porque el Agente es mas fastuoso que elegante: no consulta tanto el buen gusto como la riqueza: hay en su persona cierta mezcla entre aristócrata y plebeyo, que trasciende á tiro de ballesta: puede decirse que es la personificación de la época actual, insustancialidad y positivismo.

Despues del paseo, donde se le ve devolver saludos á horteras y marqueses, el Agente se traslada al teatro de moda, donde está abonado solo ó en comandita. Indispensablemente ha de bajar durante el primer intermedio entre bastidores, y pasar el resto del último acto de la funcion, en el camarín de alguna artista. En el dia son las de baile las que mas tiran de la bolsa.

En estos tiempos en que, mas que en otra época alguna, el afán de figurar se ha hecho extensivo á todas las clases, y siendo esta una necesidad imperiosa para el Agente en boga, no es extraño verle funcionar en las asambleas municipales, triunfo que celebra con desmesurada ostentacion.

Su método de vida, sus relaciones, la costumbre de adoptar diferentes y variados modales y lenguajes, le dan aptitud para merecer de sus colegas los encargos mas delicados. El felicita á los personajes á quienes la fortuna eleva á la grandeza: preside en los festos cívicos: despide y recibe á las personas reales cuando se ausentan y regresan á la capital: no falta á ningún besamanos, funcion religiosa, procesion ó acto de ayuntamiento en que se requiera solemnidad y aparato.

En estos casos es cuando nuestro héroe, elevado á la quinta potencia de sus dorados sueños, pone á contribucion á todas las artes, para que su persona sea el objeto mas *remarcable* de la fiesta: broqueles en forma de botones de brillantes, sujetan á la pechera de su camisa de holanda, rica guirindola de encaje, sin que las puntas de una arrasada corbata, prendidas con alfiler tambien de brillantes, oculten tan rico aparador: pantalon colan, con trabillas, zapato de charol con ahuecados lazos, chaleco blanco con botones dorados; abultada cadena y dijes en el reloj, y frac de rico paño belga ó francés, tan bien ceñido al cuerpo, que parece parte integrante del individuo, forman el fastuoso adorno de nuestro Agente, á cuyo complemento nunca falta el estirado guante amarillo y un rizado de pelo, cuya simetría y solidez le dan derecho á figurar dignamente en los aparadores que fija el Sr. Reigón á la puerta de su tienda barbería. Si la ceremonia requiriese baston, este suele ser de concha con puño de oro cincelado, y su correspondiente topacio brasileño en el centro.

Es con efecto cosa vistosa un hombre así ataviado, embutido en su pantalon y su frac como en una funda que contrae sus naturales movimientos, respirando esencias y reluciendo á los rayos del sol y á la luz de las bujías cual araña del cristal abrillantado.... El Agente vale entonces tanto por sí como por lo que lleva encima, y algunos suelen estimar en mas el cabestro que el asno, parodiando á la dama del Comendador de Malta.

Quando el Agente-concejal preside en los espectáculos públicos, es un magistrado tan complaciente, como *amador*, que bien pueden prometerse los especuladores funcion doble ó triple. Apenas grita el patio ¡Otra! ya está doblado el cartel en señal de asentimiento.

El Agente por este medio se hace tambien popular y todo entra en la especulacion.

Por último, lector amigo, del mismo modo que nos es imposible fijar el punto de partida del Agente de Bolsa, tocamos igual dificultad para señalar su término. Pasada la primera fuga de los negocios, el Agente, entrado en años y en caudal, asiste á la Bolsa mas como especulador que como persona intermedia. Conserva su carácter oficial como recurso para soste-

ner lo adquirido: sustituye al ligero cabriolé el *escar-got* mucho mas cómodo y significativo: edifica una casa de nueva planta acomodada á sus nuevas necesidades, y á las de su familia, porque este es otro rasgo característico del Agente elegante, no acompaña á su mujer ni á sus hijos durante los primeros años de corretaje, y no separarse jamas de ellos, despues que intrusa en el ramo de los banqueros.

Ya desde esta época su existencia es patriarcal: vuelve á confundirse, no con el vulgo de donde salió, sino entre los ricos á cuya clase pertenece: es elector, elegible, jurado, jefe en la milicia cuando la hay, y otras muchas cosas que justifican el antiguo adagio español:

«Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco, te basta.»

Terminaremos estas líneas con una nota importante. En el oficio de Agentes hay tambien *intrusos*; pero estos sufren la pasion y muerte de la agencia mientras que los propietarios realizan la promesa de la hermosa y gloriosa resurreccion de la carne para los buenos. El Agente intruso, pária de la Bolsa, se distingue por la pobreza de su traje: los diamantes son para él el ave fénix; los guantes, incómodos zapatos para las manos; un abultado reloj de plata suspendido á un cordón de goma elástica, es todo el lujo á que pueden aspirar estos infelices, á quienes la ley persigue con el mayor rigor, porque buscan pan para sus familias. A veces el Agente intruso es un especulador de buena fé arruinado, que tiene que ocultarse á las pesquisas del hombre que fue el origen ó la causa de su infortunio; y mientras que con agitado afán se emplea en oscuras y mezquinas negociaciones calificadas de crimen por esa recta justicia que preside á los juicios humanos; mientras que busca para vivir, en un oficio que no da para vivir, su vista encuentra á cada paso con rostros que insultan su miseria, y con personas que pocos dias antes le tendian una mano amiga, y solicitaban sus órdenes con baja adulacion.

El mes pasado, preguntando á un Agente de la Bolsa: — ¿Quién es aquel caballero con quien acaba V. de hablar? respondia con una inclinacion; hija de la costumbre: — ¡Oh!... ¡ese es el señor don fulano, rico capitalista!...

Y hoy, al dirigirle igual pregunta, responde con desabrido desden:

— ¡Ese es un miserable intruso! —

RAMON DE CASTAÑEIRA.

LA PRENDERA.

Al describir el tipo cuyo nombre encabeza este artículo, se me ocurre, lector amable, aunque no seas tú la cortesía siempre sienta bien, se me ocurre digo, que el mundo en que vivimos, que la patria que habitamos, es la verdadera prendera, á la que alhajamos unos ¡buenas alhajas! otros, muebles inútiles los mas, fuimos lanzados por la Prendera nuestra madre comun la señora Eva: no otro motivo encuentro yo á primera vista, para que haya sido vinculado en la mujer tan importante oficio ¿qué somos en el mundo sino prendas? ¿qué hacemos sino empeñarnos los unos por los otros y contraer empeños y mas empeños, hasta el instante último en que ya la polilla nos pone fuera de combate? Hacinados como ropa vieja, nos encontramos en esta gran tienda, con mas ó menos salida, segun las prendas morales que nos asisten, influyendo no poco las físicas que nos adornan y consiguiéndolo todo en último resultado, la mejor de las prendas, el dinero. El hombre siendo prenda se em-

peña por satisfacer sus necesidades, sus gustos, sus caprichos las mas veces; la mujer siendo alhaja, se empeña tambien, por medir cumplidamente su vanidad y su orgullo; el santo lazo de estos dos seres no es mas que un empeño reciproco, tan empeño como el del eriado que sirve por la comida que le ofrece el amo, como el del soldado que cambia su sangre por unos cuantos miserables reales. Todo se empeña, todo se vende en esta grande prendera, y ¿cómo no habia de ser así cuando hasta la palabra es prenda; prenda que se empeña, prenda que se vende?

Ahora bien, considera lector, que así como no hay cosa que se parezca menos á la justicia, que la mujer, tampoco hay cosa que se parezca mas á la Prendera que la justicia: recorre todos los establecimientos penitenciarios, mansion de esta, y allí encontrarás hombres de todas clases grandes y chicos, ricos y pobres, bien ataviados los unos, en la desnudez y la miseria los otros, y allí, aunque en sitios preferentes los que tienen para pagarlos, que las cárceles en España son como las casas de huéspedes, todas son prendas y fianza de crímenes, á todos los ha colocado allí la justicia, y á todos en fin los va dando salida conveniente, siendo de notar, que no son las cárceles los puntos de donde menos se surte nuestra *heroína*. La justicia, salvo alguno que otro inocente, prende á todo el que es malo; la Prendera es raro lo que tiene bueno, salvo alguno que otro ignorante que no sepa lo que vendió; la justicia coloca en sitio privilegiado y da tal vez mejor salida al que tiene para pagarlo; la Prendera, pone en primer término las prendas de mas valor y las mima de continuo y las acaricia con el plumero y las da pronto despacho; aquella trata á baqueta al desgraciado que nada tiene, y en su mansion no encuentra el curioso mas que hambre, miseria y desnudez; esta blande con enerjia los ásperos orillos para la mayor parte de sus prendas, y el observador solo trapos y basura encuentra á cada instante: una y otra se mantienen con su trabajo; y así como para que haya confesores son necesarios penitentes, para que haya justicia se necesitan criminales, como son indispensables prendas para que subsistan Prenderas. No se crean por esto, comparables una y otra con el albañil, que por mantener el oficio, al tapar una gotera elabora media docena; la Prendera en todo caso podrá vender una prenda para comprar dos, pero la justicia no creo yo que condene á un criminal para absolver otros dos.

Ahora bien, todas esas prendas materiales que sirven al ser humano como de careta, todas estas prendas físicas que sirven para encubrir otras morales, y que á pesar de lo mucho que revelan, aseguran la paz del mundo con no saber hablar, en lo cual no nos hizo pequeño favor la Providencia, todas esas prendas digo, colocadas en un espacioso, aunque oscuro portal, constituyen una casa de prendas, un paraje destinado para su despacho, una prendera. Allí verás el dorado uniforme que alguna grandeza colgó de sus hombros, para ser grandeza, esperando que otra de nuevo cuño le descuelgue de su escarpia y le dé nueva forma, porque salvando las formas, hasta la vejez se salva. Mas allá encontrarás el traje de luces, que un dia en que no habia cera que luciese vendió la marquesa de C. Por un lado la toga que busca un juez y no le encuentra, porque hay mas jueces que togas; por otro la casaca de un miliciano que fue, y que no tiene inconveniente en pertenecer á un realista, ni en que el tal haya sido miliciano tambien. De una parte verás pendiente la espada de un general que llegó á serlo sin mancharla porque era muy curioso; de otra la rica blonda que la señora de Z. sacó fiada y la empeñó despues; sobre una silla el gorro molde de flan por lo chico, ó remedo de calesa por lo grande, y que de tanto ponerlo su señora lo mandó á vender; allí la capa que oculta con sus pliegues las averias que con-

tiene; mas allá las botas símiles de las del mariscal de Sajonia, que es fama criaban chinches por enero; bastones de cañas de Indias ó mejor dicho conteras con puño de caña; sombrillas que prestan sol, paraguas que dan agua; y sombreros, pantalones y chalecos tan andados que ya era tiempo de que lograran descansar. En una mesa yacen los escaparates y en ellos depositadas las alhajas; mirando con cuidadito se ve alguna perla, preciosa por lo sola que se encuentra; relojes que en vez de señalar la hora, esta les ha señalado su fin, pero relojes que sacándoles las tripas,

pueden prestar oficios de flambreira, ó de cazos poniéndoles un mango, ó bien de calderos con atarles una soga: tambien algun puño de baston que con pasmosa quietud mira pasar las modas por ver si le llega la suya; el mingo de algun juego de villar aguardando servicio en la orfandad de sus hermanas la pinta y la blanca; medallas que buscan donde colgarse y relicarios que solicitan cria; retratos con sus marquitos y marquitos que anhelan retratos; cajitas de rapé para los ancianos, colmillitos de jabalí para los niños, con otra porcion de chucherías y bagatelas



La Prendera

que en su lejano y primitivo origen debieron valer dinero. En esta gran tienda, depósito de objetos en buenos y malos usos, se reflejan, mejor dicho, se adivinan los usos y costumbres de nuestros antepasados; en conjunto forman un museo de antigüedades, por partes una variada colección de árboles genealógicos; cada prenda es una historia, y lo que en las mejor guardadas, hace remontar nuestra imaginación al origen de la economía, en las otras por el contrario obliganos á descender á las miserias humanas y dános en rostro con el padron de la polilla. Todo junto forma un hermoso cuadro y en él se presenta la lucha abierta en que están continuamente el instinto de conservación y el de despilfarro. Siendo de advertir que este cuadro se retoca de tiempo en tiempo; que no constituye una prendería solamente lo que á la vista se pre-

senta: hay piezas que esperan vez; otras que se las ve á la pública espectacion en tiempo oportuno, y otras que por ser de lana tienen sus dias privilegiados, que son aquellos en que corre fuerte huracan y salen en tropel á que las pase.

En lontananza de este gran cuadro se encuentra nuestra heroína, mujer que frisa en los cincuenta, pero ágil en extremo, de mirada audaz, aspecto grave, aunque voluble, magra de carnes, gruesa de vestidos y un sí es no es parecida su cabeza á las prendas que posee, es decir, falta de pelo. Desde el instante en que por la mañana barre el portal, y saca de una especie de despensa los trapos de cristianar, se sienta á hacer labor, no sin tener al lado su arma principal, la horquilla con que cuelga y descuelga las prendas queridas de su corazon, para las cuales es á manera de un

memorialista que la busca acomodo. Colocada en aquel centro manantial de recuerdos é ilusiones perdidas, de vez en cuando alza la cabeza, como si oyera las tristes lamentaciones de alguna pieza, y se levanta corriendo, y se dirige á la prenda, y la hace preguntas y se las contesta ella misma, y la muda de sitio y la examina despacio y compendia su historia y busca los lados por donde en un caso puede hacer su mas completa defensa.

No creas, lector, por lo que dejo dicho, que cuanto constituye una prenderia es propiedad de la Prendera, nada de eso: una gran parte, la mayor tal vez, de lo que allí se encuentra son géueros en comision, y todo el estudio, toda la habilidad de nuestra heroína, consiste en saber sacar partido de cuanto prójimo pisa los umbrales de su tienda. Regularmente, el que quiere dar salida á muebles ó ropas que solo en la prenderia pueden tener entrada, lo primero que hace es pasar y repasar, mirando de reojo para observar lo que no hay, y preguntar por ello. De esta manera fácilmente se comprende que logra entablar conversacion acerca de los objetos que quiere dar salida. La Prendera, que en cuanto ve á una persona la lee con una sola mirada, dice inmediatamente: —¿qué se le ofrecia á V.?... No... nada... no hay lo que yo busco (después de mirarlo todo).—Diga V., que puede que sí.—¡Milagro será!... yo queria...—Precisamente en este momento se lo acaban de llevar.—Vea V. ¡qué diablo!... ¿diga V. tendria inconveniente en tomarme unas ropas que tengo en mi casa?—¡Inconveniente! Ninguno. ¿A qué estamos? Si esas prendas son en buen uso... V. ya conoce que yo estoy aquí para ganarme un pedazo de pan.—Pues bueno, se las traeré á V. y verá si le acomodan.—Corriente. Nuestro hombre ó mujer, que para el caso es lo mismo, corre inmediatamente ó no tiene necesidad de correr, sino da la vuelta á la calle y toma las prendas con que otro le estaba esperando: llega á la prenderia y en esta ocasion luce nuestra buena mujer todo su ingenio.—Aquí están las prendas.—Veamos.—Una casaca... dos pares de pantalones... un chaleco.—Despacio, amiguito, despacio, que estas cosas han de verse con toda calma... En primer lugar, la casaca está herida de muerte debajo de los sobacos.—Sí, pero lo demas está en buen uso.—Sí... ya lo veo... está bien usado... estos pantalones necesitan cuchillos los dos pares, y el chalequito tiene navidades... Señor mio, yo no puedo en conciencia ofrecerle á V. ni un cuarto por todo ello.—Pero ¡nada! ¡nada!...—¡Absolutamente nada!—El caso es, que por no ir cargado, me desharía de ello por cualquier dinero.—Si V. quiere dejarlo ahí... es fácil que tenga salida. Quédate el hombre pensativo; y en la seguridad de que si va á otra parte le han de decir lo mismo, contesta: —Pues ya que no tiene V. inconveniente...—Yo ninguno; las prendas nada me comen.—Vea V. de sacar el mejor partido.—Sí haré. De este modo va formando la mayor parte de su establecimiento, que cuando notes que llama la atencion de los muchachos, no es por otra cosa sino porque sus padres ó madres los han mandado para que vean si la prenda está colgada: el día que la Prendera quiere ver ó entenderse con alguna persona asociada indirectamente á su comercio no tiene mas que no colgar la prenda. De seguro que no tardará mucho en presentarse para ver si se ha despatchado.

No solo se limita su tráfico á vender usado: un cartelito manuscrito que se encuentra á la puerta, dice que tambien se empeñan ropas, alhajas, créditos contra el Estado, etc., etc., y mas con este nuevo género de trapisonda, que con otra cosa, vive y se mantiene nuestra Prendera. Cuando la llevan una levita ó un frac á empeñar, si ella conoce que aquella prenda puede tener buena salida, lo primero que hace es tronar contra los usureros y procura convencerle de que

entre estos y la comision le va á costar el doscientos por ciento, todo con la sana intencion, de hacerle creer que mejor que todo seria que la vendiera. Si el hombre no se da por convencido, como cuando urge el dinero no se repara en nada, entrega su prenda con toda confianza á la Prendera á fin de que se la empeñe: le pregunta, cuánto es lo que quiere, y despues de un rato, si eran, por ejemplo, cinco duros los que la pedía, dice que solo han dado cuatro, de los cuales se cobra el interes del primer mes á razon de dos reales por duro y uno mas de comision y le entrega el resto. El hombre lo da todo por bien empleado, hasta el día en que intenta sacar del cautiverio la prenda que se empeñó en salir de casa. Semejante día, es lo probable que tarde algunos meses en llegar, y cuando él crea que ha tratado con una mujer de buenas prendas, al preguntar por su levita, se encuentra con que no le sabe dar razon de dónde para ¡demasiado que lo sabe! el hombre se desespera, y luego que la Prendera ha conocido el deseo que tiene de lo que es suyo, le pide señas y le da alguna esperanza; sobre todo le pregunta, en cuánto estaba empeñada. A poco rato se presenta, y con tono indiferente le dice: —Pues señor, no parece.—¡Cómo que no parece! replica furioso el interesado.—Yo le diré á V., es verdad que hay una levita de las señas que V. dice, pero está empeñada en ocho duros.—¡Cómo ocho duros, cuando no he tomado sino lo correspondiente á razon de cuatro!—Amiguito, carta canta, vea V. el asiento. Y efectivamente constan ocho duros, y ocho dió el usurero, porque ocho le pidió la Prendera comisionada, solo que esta se quedó con los cuatro, y vaya V. á justificarlo, cuando empieza por decir que no se acuerda de tal empeño.—¿Y qué hacemos en este caso? pregunta el buen hombre.—¡Qué hemos de hacer! que si V. quiere la levita tiene que pagar los ocho duros, con mas el interes de tres meses, de los cuatro que ha estado empeñada, que son doce pesetas. De suerte que setenta y ocho reales que tomó, deducidos intereses del primer mes y cuatro reales de comision, le cuestan doscientos ocho reales ó una levita nueva: el infeliz que se encuentra con algunos cuartos saca su levita escarmentando para lo sucesivo con tan severa leccion, y luego que la Prendera ha cogido los cuartos dice exclamando: ¡qué bien que le decia yo á V. ¡los usureros son la peor gente del mundo; y ¡gracias á Dios! que la levita ha parecido, que si no yo hubiera tenido que pagarla, porque era la responsable; y de veras; que me arruina! porque la levita es riquísima; ¡bien le costaría á V. su par de onzas!—No siento lo que me costó, sino lo que me cuesta, sale el hombre diciendo por la puerta y con la firme intencion de no volver á pisarla.

Escusado es, lector, que yo te diga que la Prendera alquila, siempre que se la presente ocasion de hacerlo, las ropas suyas y las ajenas, y no son por cierto los cómicos los que menos partido sacan de semejantes depósitos de antigüedades. De esta manera pone su capital y el que no es suyo en movimiento, y aunque cualquiera vaya á reclamar la prenda que allí ha dejado y no la ve puesta al público, le dice con la mayor serenidad: «vuelva V. mañana, que la están limpiando,» otras veces contesta «que está de viaje» y estar de viaje llama á las prendas que suele llevar una su dependienta por las calles, para ver si andando tienen mejor salida, y finalmente suelen decir que por malas las tiene recogidas, que vuelvan otro día, porque ella no deja la tienda sola.

Tambien tiene dias nuestra Prendera en que está de viaje y en que recoge las blondas y mejores alhajas que tiene en su depósito, para que por este medio pueda franquarse la entrada en alguna casa, donde mas que á vender, va á desempeñar comisiones delicadas y de inmensa dificultad. En estos dias no se abre la tienda, no tan solo porque falta en ella el gefe na-

tural, sino porque todo lo que algo vale se lo lleva consigo. A la hora que cree mas adecuada, se hace anunciar en la casa objeto de su comision, como persona que se quiere deshacer de una porcion de riquezas, por un pedazo de pan. Abre la puerta: la señora de la casa y su inocente niña, que no lo es tanto que no sepa á lo que mas que á otra cosa va aquella mujer allí: salen presurosas á ver lo que lleva de bueno, y despues de saludarlas con toda finura las dice: — Yo soy una señora, muy desgraciada... mi marido (Q. E. P. D.), era general con mando, y como las cosas están tan malas, mi casa ha venido á menos y me veo en la precision de irme deshaciendo poco á poco de todas mis alhajas: aqui tienen Vds. unos encajes riquísimos, no sé cuántas varas hay.... estas medias están sin hacer al agua, y este collar de perlas finísimas que son de mucho mérito, por ser un regalo que á mi marido le hizo en cierta ocasion la reina de Etruria. La mamá se entretiene con mirar aquellos objetos que excitan su aficion, y entre tanto la niña recibe de manos de la Prendera, el billete que la remite su amante con toda la confianza de que ha de llegar á sus manos. Procura despues pedir mucho á fin de no ajustarse, y de este modo entra una vez y otra en la casa, desempeñando los oficios de cartero y utilizándose no solo por este medio, sino vendiendo tambien al fin y al cabo alguna cosa.

En la casa donde tiene situado su establecimiento, es portera á la vez, y mantiene relaciones muy estrechas con toda la vecindad, hasta que llega un dia de prueba, un dia terrible, un dia en que se alarman las gentes, al ver huérfanas y mustias y en la mas triste soledad las paredes de aquel inmenso portal. Ese dia es aquel en que la Prendera se ha propuesto mudar de oficio; es aquel en que arramplando con lo suyo y con lo ajeno, desempeña lo mejorcito en el Monte de Piedad y con lo demas hace en el Rastro un baratillo y alquila una boardilla, donde en union con un par de muchachas rollizas, termina sus dias decorosamente.

JUAN PEREZ CALVO.

EL USURERO.

Como las necesidades de todos los pueblos organizados sean idénticas casi sin escepcion, y los *modos de vivir* de sus individuos no tan arbitrarios que se cimenten fuera del terreno de estas; pues ya en la opulencia y su desidia se ven precisados á pagar las obras de otros; ya en la pobreza que suspira medianía ó en la medianía que ambiciona grandeza, á desplegar solicitud para recibir medios en cambio de modos, es decir, provecho á vuelta de servicios; y como el espíritu de imitacion haya uniformado mas y mas tan indispensable vaiven entre las diferentes naciones de esta especie de sociedad, no será extraño que al trazar el modelo de los que ejercen cualquiera profesion, oficio ú ocupacion ordinaria de nuestro pais, bosquejemos de paso un ente recibido en el extranjero, y que acaso no le podamos prestar para evitarle ser un cabal retrato, mas que algun traje provincial, que á manera de enclavado trofeo resiste á la volubilidad de los tiempos en medio de esta cambiante traperia, ó tal cual dicho que orgulloso con su celebrada sal española, rehusa deslavazarse en ese baño de estilo que asimila los modos de decir; y aun estas dos pequeñas divisas no caben, por otra parte, en todas nuestras representaciones; así que los escritores que han pintado á sus compatriotas, no se han propuesto precisamente conseguir tipos de nacionalidad esclusiva, sino seguir á aquellos en diversos rumbos de la vida social.

Sentado esto, me determino á presentar el símil del Usurero, tal cual lo arrojan unos apuntes llegados á mis manos á bordo de un gaban ajeno, que en vez del mio me tocó al salir de un baile de Villahermosa (trueque que aun no ha podido deshacerse) y de cuyo contenido no escrupulizo hacer uso, porque á su vez el nuevo dueño de lo que fue mi abrigo habrá explotado de sus bolsillos curiosidades peregrinas para el fuego.

Si la pluma de este escritor se prestó á sus afanes en escudriñar la índole y manejos del logrero, aunque esta industria no nos sea peculiar, la pintura podrá tener de española el haber sido calcada sobre originales de nuestro suelo; porque quien la delineó no tuvo tiempo para ir á correr cortés, tónica circunstancia viajera que echa de menos en sus minutos. En cambio experimentó demasiado á los rabinos de Madrid, y despechado de sus pícaras jugadas procedió á las siguientes descripciones.

*I vent no slander, oure no grudge,
Nor of another's conscience judge;
At him or him I take no aim,
Yet dare agains all vice declaim.*

MOORE.

No calumnio ni insulto, ni juzgo de las conciencias ajenas; ni dirijo mis ataques á personas determinadas; pero no tengo reparo en levantar mi voz contra toda clase de vicios.

Dilatada se ha hecho en nuestras miserias la escala de la usura, caprichosos y desemejantes en sus formas los peldaños que la atraviesan, y á pesar de que con las desdichas han crecido las logrerías, no es fácil determinar si los logreros se aumentan en proporcion de los desdichados, ó los desdichados en proporcion de los logreros. Lo cierto es que ya no son contados ni señalados á dedillo estos últimos, porque como el oficio de prestar á logro causa tan poca fatiga, parece que media humanidad se ha propuesto evadir la sentencia del Todopoderoso de ganar el pan con el sudor de su rostro, y se ha dedicado á proporcionar refrescos á la otra media cuando traspasa demasiado, para que sude por ella y por sí.

Cuando hablo de media humanidad que se sofoca hasta el mas estéril jadeo y se evapora hasta la aniquilacion, no hago referencia precisamente á los proletarios; si estos se arrastran penosamente en su escasez, no se fatigan menos los ricos en sus goces; y cuando observo que hay otra media sociedad que se luera y descansa, por supuesto que no me refiero genéricamente á los que poseen; aludo tan solo á aquellos que adventicia, facticia ó ficticiamente son tan inmorales, es decir, que nacieron tan exentos de moralidad, perdieron tan absolutamente su moralidad, ó transigen tan por enteró con su moralidad, que especulan sobre las miserias y pasiones de sus semejantes: trato espresamente de los Usureros, de aquellos que tienen suficiente dureza de corazon para que ni el aspecto de la desgracia les comueva ni los ruegos les hablanden; de aquellos que respiran tanta malignidad que ceban al vicio hasta la trampa y reclaman á la pobreza hasta la red; que despliegan tal astucia, que colocados entre los dos extremos sorben los haberes del pudiente y chupan los sudores del infeliz, porque al grande que ha agotado sus fuerzas luchando con la elevada atmósfera en que vive, le prestan auxilio (que á manera de cuerda de reloj se acabará tambien) para que siga hasta derrumbarse de su eminencia, y al pequeño que surca desfallecido en la hononada, le van adelantando su misero alimento hasta que se estrella en el primer escollo.

No es fácil averiguar de cuál de estas dos clases saca mas provecho el Usurero; porque si á la primera

merma anticpos mas considerables, á la segunda, como mas dilatada, cerceña mayor número de socorros. Merma y cerceña, sí, porque presta el valor de una linea con su mitad y el de una copa ó un trebejo con lo mismo, deduciendo un exagerado deterioro.

Tarea difícil es la de investigar de dónde ha salido esta *profesion*, quiénes fueron sus fundadores, á qué circunstancias es debido su origen y propagacion, casi imposible es fijar historia y abolengos á la mas simulada traza del entendimiento del hombre; sin embargo, he recorrido la historia antigua en busca de datos, y voy á ver si me doy maña para resolver con arreglo á ellos, y en parte al menos, algunas de estas importantes cuestiones.

Al que inventó la moneda se le acusó desapiadadamente de haber privado de paz á la sociedad; y entre los denuestos que se le dirigieron hubo el siguiente exasperado dilema: O has hecho conocer la moneda para comprar con ella los gozes, ó la inventaste solo para hacerla desear por su brillo, y que todos nos despreciásemos de lo que poseemos para apropiárnosla y guardarla: en el primer caso, el que ve una propiedad tan relevante en las piezas de metal, no podrá menos de cobrarles cariño y despues de cambiarlas por sus caprichos, no quedará muy gozoso cuando se le acostumbra á lograrlo todo con su influjo, porque la ambicion es interminable y tú la has desarrollado; en el segundo caso, has inventado una cosa inútil, porque la moneda es insípida para alimento, seca para apagar la sed, dura para lecho, fria para abrigo, pesada para adorno, é infecunda para cultivo: es una engañifa que no satisface mas que á los sentidos de la ilusion, al oido y á la vista: ningún fruto sacamos de ella mas que desearla y enemistarnos por su posesion, porque siempre se halla distribuida desigualmente para mantener la envidia; y si los elementos no la devoran, nosotros estamos siempre en acecho para apoderarnos de la del veneno. Despachado el autor del invento, vagaba de poblacion en poblacion, hasta que ciertos hombres que especulan ya en las primeras materias, prestando sencillo para cobrar doble, conocieron la utilidad que la moneda les proporcionaria en sus tratos, y nada les fue mas fácil que hacerla adoptar con el tiempo hasta de los mismos que mas lo repugnaban al principio. Esto sucedia en los primeros siglos del mundo, pues consta que la moneda fue ya conocida en tiempo del patriarca Abraham, el cual pagó en *sielos* varias tierras que compró á algunos reyes sus vecinos; y de aquí puede deducirse la antigüedad de la profesion usuraria, puesto que habia ya Usureros antes de la invencion de la moneda. Despues de estos padres de la usura, los hebreos cuando estuvieron esclavos en Egipto, y luego cuando vinjaban por el desierto en busca de la tierra prometida, tuvieron necesidad de someterse á varias ordenanzas acerca del préstamo á interes. Así el primer legislador del mundo se vió ya obligado á ocuparse como de una cosa importantísima, de poner límites á la usura, que iba haciendo rápidos progresos en el pueblo escogido por Dios, y que no sabemos hasta dónde hubiera llegado si Moises no hubiese juzgado oportuno ponerla cortapisas. Los fenicios, que puramente eran comerciantes, que anduvieron siempre á caza de minas y solo querian dinero, podian vanagloriarse de contar entre sus compatriotas á los mas famosos Usureros del universo: los griegos y los cartagineses no les iban en zaga; despues los romanos tuvieron tambien sus padres de la usura, así como tenian sus padres de la patria: y en los tiempos modernos los judios y genoveses han dejado fama de grandes Usureros.

Los de hoy dia proceden de estas dos últimas escuelas, y de sus circunstancias parece desprenderse el siguiente retrato:

Como son avaros al mismo tiempo, por lo comun hay pocos jóvenes entre ellos, porque la avaricia es dote casi exclusiva de la ancianidad; es una pasion fria, digámoslo así, que no quiere reinar sino despues de haber desalojado á todas las vehementes, es una disposicion de refinado egoismo que detesta los impulsos generosos del alma. Como suspicaces y calculistas, sus ojos son inquietos y escudriñadores, y á fuerza de muda cavilacion y ansiosa vigilia, su boca es por lo regular sumida; su barba saliente y puntiaguda; sus mejillas enjutas y pálidas; su nariz prominente y afilada; sus cejas parece que quieren cumplir sus deseos de encubrir la mirada y se han poblado á fuerza de ceño con el pelo que pierde su cráneo; son un tipo perfecto del avaro; la misma avaricia personificada, la codicia hecha carne, la sordidez en forma humana.

El Usurero, naturalmente desconfiado y receloso, tiene siempre cuidado de exigir recibo del todo por la parte, mientras su victima toma la parte por el todo. Es tan especial esta precaucion de amalgamar en el pagaré el capital y los réditos, que entre las innumerables formas y matices de Usureros nuestros conciudadanos y las variadas cláusulas de tratos en sus operaciones, apenas hay una que exprese el *recargo del préstamo por el entretenimiento*. De este modo de obrar saca varias ventajas el logrero: en primer lugar, parece que ha prestado sin interes; en segundo, aunque este escede al permitido por la ley, no se le puede probar que abusa; en tercero, no necesita devanarse mucho los sesos para atar cabos, que la travesura de algunos de sus agraciados no puede desanudar, y solo tiene que atender al cumplimiento de los plazos.

El haberse reducido á un contexto tan sencillo las obligaciones de facilitacion á logro, es sin duda el motivo de que hayan tomado parte en este ejercicio personas de mucha avaricia y holgazaneria, pero de pocos alcances; porque como una de las familias que explotan estos sedentarios chupones es la de los tramposos, prole sutil y de trazas, avezada en evasivas, seria muy expuesta la multiplicidad de bases contra quien lleva ya estudiadas fórmulas capciosas y de doble sentido. Por eso ha llegado á sembrarse en el hebreico bancale de la fructificacion monetaria hasta el mezuquino salario de la cocinera; por eso se atreve á dar tantos de delantera el mas sonoliento abacero al mas saltimbanqui petardista; por eso, forrado en grasa y asomando á una elástica encarnada su poco artera lacha, se ha resuelto el tocinero astur á invadir la arena en que retarian los fenicios á todo campeon necesitado.

Pero contraigámonos al Usurero propiamente dicho, ó que no conoce otro medio de subsistir que este amaño; á aquel que una vez reunido un capitalito no lo emplea en nada, sino que á manera de los muchachos que en tiempo de nevada forman su primera pella y la hacen rodar sobre el suelo para que vaya robando la masa que le cubre, así ellos sueltan su peculio á girar sobre todo lo que es ó vale dinero á fin de engrosarlo con su aligacion; pero si la turba pueril, deslumbrada con la candidez del esponjoso munto, suele no sospechar un arroyo que este encubre, deja hundir en él su bola y la gastadora corriente la deslie, no haya miedo que el Usurero caiga en un garlito casual ó preparado; porque estratégico caudillo de un cartucho de medallas, ó táctico capitán de tulegos, siempre es avaro, y al acariciar á sus adalides para enviarlos á la conquista, lo primero que les asegura es la retirada: de lo que nunca se fia es de las apariencias, y siempre presta sobre prenda pretoria. Siguiendo las máximas de ciertos monjes inuctuosos, avienta al entrar en su carrera todas las relaciones de parentesco ó de cualquier género de intimidad que pudieran precisarle á consideraciones

de confianza al plantear sus tratos: revistiéndose del mas glacial estoicismo, ni los halagos apartan su persecucion si falta el cumplimiento de aquellos, ni los ultrajes del despecto le hacen mella. Parece que no le queda mas que un ramo de sensibilidad, el de la adquisicion: ha dejado brillar sus armas en una campaña, y sus armas han de volver á su pabellon, y han de volver con el calculado botin. Sin embargo, parece asomar alguna muestra de piedad al mústio ceño del luchador genoves, cuando el territorio le grita invadido «treguas, por Dios, descanso: nos quereis exterminar por la cosecha presente, y si nos dáis vagar economizaremos la mitad de ella y podremos dároslo con toda la venidera.» Entonces suele acceder, pero nunca sin tomar nuevas posiciones de afianzamiento.

Son infinitas las categorías, especies y variedades de Usureros; pero podemos reducirlos á cuatro principales, á saber: aristocracia, clase media, plebe, é infima plebe.

El Usurero aristócrata suele tener excelencia ó señoría; arrastra coche suyo ó alquilado, segun el menor ó mayor grado de avaricia: elige por teatro de sus operaciones las ruinas zozobrantas de su patria; por víctimas, á clases enteras de la sociedad; por fruto, el producto de las fatigas del soldado, de los sudores del labrador, de las vijilias del artesano, de las penurias del arriero, de los riesgos del navegante: son como plantas parásitas, que absorben el jugo del pais sin dejarle utilidad ninguna, y que desde un oscuro rincón se les ha visto elevarse á una altura que asombra, no con gran lujo (el Usurero no hace gastos inútiles) sino con los caudales que se les ven manejar: las desastrosas tormentas civiles son su elemento y con sus ráfagas sulfúricas y sus turbiones infectos, se les ve como á los sapos á las primeras gotas de una tempestad de verano, avivarse del polvo como por encanto, pareciendo que los llueve el desórden y que el estrago hinche sus rugosas pieles.

Despues de estos vienen los Usureros de la clase media y de medianos capitales, que prestan sobre propiedades saneadas. En todo son medianos estos vichos, menos en los intereses que estipulan y en las tendencias de usurpacion que les asisten. Esta clase es la mas numerosa, aunque no todos los que la componen son conocidos de los profanos. Los hay que semejan á aquellos reyes de que nos hablan las historias antiguas, solo se dejan ver de sus ministros. Estos ministros son, si queremos dar alguna propiedad á una comparacion mas elevada, como los satélites de un planeta opaco que ni quiere brillar, ni estar donde hay luz: si no hemos de pasar de tejas arriba, son la red que tiende esta araña misántropa para no abandonar su rincón hasta que ha prendido mosca en ella; y si hemos de mantenernos sobre el suelo, son practicantes de la profesion, Usureros de menos cuantia, corredores del oficio, corchetes de la ocasion, corre-ve-y-diles de la trampa, *sub-enrelatarios* del dolo, avenidas del ardid, anzuelos del logro: finos sabuesos que traen la pieza á la mano y cobran en huesos, piltrafas y desperdicios.

La tercera clase es la que puede titularse plebe: estos especulan en viudas, cesantes, retirados, frailes, empleados activos de corto sueldo, poetas, estudiantes, jugadores y mayorazguillos, ganado menudo que trasquilan al pormenor, si bien en las arcas del logrero entra por mayor el producto del tanto por tanto en alivios sencillos, y el tanto por tanto en los que pasan de aqui.

Los chinos son tenidos comunmente por los hombres mas fáciles de engañar, y hasta el dia no se han distinguido los mas difíciles; pero yo no tengo la menor duda de que son los Usureros, y entre estos los mas duros de pelar, como suele decirse, los de la

tercera clase. Tan acostumbrados están á tratar con gente de poco pelo, que ocultan cuidadosamente el suyo, hasta el punto de no tener de dónde asirles el enredo mejor dispuesto, ni la intriga mejor combinada: se fingen ranas en materia de pelos. Esta especie de Usureros calvos suele ser conocida en las oficinas del Estado, donde generalmente se introducen en concepto de apoderados de pensionistas, jubilados, etc., y de paso preguntan si tal ó tal sugeto goza este ó el otro destino, si tiene sus pagas desempeñadas, qué atraso le aqueja, con otras noticias que le hagan conocer si el pájaro que tiene entre las unas puede ser dueño de todas las plumas que visten su cuerpo, y calcular por las probabilidades de cobro el interes que ha de llevar, el cual varia desde un 80 á un 500 por 100. Las lluvias de incessantes cesantías, las ventolinias de traslaciones y el sol ardiente de los arreglos y plantillas, han propagado esta semilla usuraria de un modo prodigioso; y si el desnivel de las cosas en tiempos de borrasca ha hecho trasmigrar fortunillas de poco quicio, todas estas se puede decir que han venido á fomentar el germen del Usurero de que hablamos.

Para dar una idea de las maniobras de estos nenos, extraeré el diálogo habido entre uno de ellos y un malaventurado paisano mio jóven poeta de esperanzas, que se vió al borde de la *desesperacion*. Algunos amigos que le vieron apuradillo le dijeron que habia un vetusto y enchochecido *guardatarjas*, tan ruin y pobre diablo, que teniendo un peculio considerable, solo aspiraba á no desmembrarlo, y su codicia no se extendia mas allá de un módico censo por el préstamo para sufragar á su mezquina subsistencia, y que en viéndole podria formar idea de lo poco que para esto necesitaba, porque en el sitio y extension que ocupaba su zaquizami podria conocer lo poco que enriquecia al casero; en la hechura de su ropa, que no habia recibido palabra de sastrer en este siglo, y en su apabillada macritud que se mantenía con migajillas. Aconsejéronle al mismo tiempo que no le dejase traslucir su completa carencia, porque decian: «es un vejete tan gallina, y le afectan tanto las angustias del prójimo, que no le queda un soplo de ánimo para socorrerlas: en fin, lleva entendido que su caridad es muy espantadiza, y preséntate antes como protector que como pretendiente.» Propúsosele así, vistió las mejores galas que se le proporcionaron, y trepó al nido del buho, que no se le abrió, á pesar de su importante apariencia, sino despues de algunas precauciones. Pasó adelante, y reparó la figura de su introductor: todo era indifinible y solapado en él: si se queria averiguar su estatura, era necesario calcular una porcion de curvas que le embebian; si se procuraba inquirir la magnitud de su frente, los escasos mechones que le quedaban en el cogote estaban crecidos y afianzados con un peinecillo para cubrirla; si se trataba de investigar su color, era preciso descargarlo de un paño aceitunado de que su vegetacion á la sombra lo habia cubierto, como las plantas ahiladas de los subterráneos: parecia un recóndito alquimista, pavonado al humo de sus hornillos y crisoles. Mi amigo, al menos, dotado de una imaginacion comparadora se lo figuró así, y no alimentó gran confianza. El se adelantó á preguntarle con tripi-gangosa voz:

—¿En qué puedo servir á V., caballero?

—Mi amigo D. N. me ha informado de que se halla V. en disposicion de sacarme de un compromiso de dinero.

El avaro, que le tuvo por hombre de suposicion, queria sin embargo aclarar el punto, y le contestó:

—Yo soy un pobre cuya honradez, bendito sea Dios, merece tal confianza á algunos sugetos acomodados, que me encargan disponer de la colocacion de sus fondos.

—Para el caso es igual: V. se vería con ellos....

—Eso sí señor.... Lo decía yo porque ya conocí V. que debo corresponder por mi parte á un favor, que me está sosteniendo con la economía que V. ve, con todo el escrúpulo que exige de un hombre de bien el agradecimiento.

—Seguramente, es muy justo.

—¿Eh? me alegro que piense V. de ese modo, dijo el supuesto agente con una risita y un acento que parecía sagino silabeo, y no le obligaba abrir mucho la boca.

—¿Y cuándo podré saber la determinación de Vds.? preguntó el jóven que reparaba en la mirada de su adversario una actividad muy diferente de su acento.

—El caso es que á Vds. nunca les hacen falta pequeñas cantidades.

Entonces sintió mi amigo haber de desmentir su porte aristocrático con la grosera reclamación de un par de onzas; pero como era hombre de genio florido, adornó su pequeñez con el siguiente follaje:

—¿Qué! no señor; y aun yo nunca hubiera creído verme en la necesidad de buscar dinero; pero confiado en letras que me remiten de casa, he hecho gastos sin consideración: las esperaba á la vista, y me encuentro con que son á plazo; así no necesito mas que para pasar hasta su cumplimiento.

El Usurero echó á un lado esta hojarasca, y siguió averiguando suavemente.

—¡Ah! ¿Es corto el empréstito que V. necesita?

—Sí, corto.

—¿Dos ó tres mil reales?

No se sintió el interpelado con fuerzas para responder de lo que llamaba poco el vejete, y algo desconcertado con estas pesquisas en hipótesis, contestó:

—¿Qué! ni aun eso: si las letras vencen dentro de cuatro días.... un par de onzas.

—Ya.... sí.... bueno.

—Pues.... para no estar sin algo.

—Esos préstamos de pocos días se hacen al premio de peseta por duro; de modo que si las letras están ya aceptadas, pueden comprometerse al reintegro del préstamo.

—¿Canario con el estantigua agonizante! dijo entre sí el sitiado sitiador.

—¿No le parece á V.?

—No quiero tocar á las letras, porque sería dejarlo conocer á mi familia.

—Es verdad: no había yo pensado en lo que es la edad de V.; además de que el reloj y la cadena serán suficiente garantía....

—Tampoco necesito empeñarlos: tengo unos papeles que valen tanto como esto, por lo menos.

—¿Títulos al portador?

—No: unos escritos de mi propiedad que....

—Pero se necesitará el consentimiento del papá para hipotecar la propiedad que representen esos papeles.

—Si la propiedad está en ellos.

—Bien: serán escrituras de fincas, y es lo que digo.

—No son marmotretos: son opúsculos y composiciones poéticas.

Aquí cambió notablemente el exterior del logrero, aunque en su aire complicado nada se podía descifrar sino el prescindimiento de la hipocresía, porque aquella larva apagada é inactiva había soltado su hombre luego que no necesitó aprisionarlo en disfraces. Hallóse á pique de rabiar al ver frustradas sus esperanzas: estuvo á punto de morder al considerar que aquello podría ser una chuscada para atormentar su ambición; y no pudo reprimir una carcajada bastante varonil al pensar que podía haber en caletre humano que él trocara sus onzas por poesías. El clien-

te, á quien no había dejado concluir con esta metamorfosis, se apresuró á decirle:

—¿Señor mío! estos escritos valen dinero.

—Yo me alegraré que V. los venda, dijo el anticuario de moneda corriente casi enderezándose.

—Es que ya están admitidos por un librero, y puede contarse con su cobro conforme se vayan publicando.

—Caballerito, yo no puedo imponer en conciencia el dinero de mis poderdantes mas que sobre objetos tangibles: acaso otro que lo maneje en propiedad aprovechará esa nueva riqueza que V. posee: y diciendo esto se puso á enseñarle el oscuro camino de la puerta.

—¿Con que no quiere V. enterarse?...

Si no es sobre las prendas que he dicho á V., nada.

El pretendiente salió sin responder; y él, después de asegurar su puerta, entró con las manos cruzadas atrás, y hechó una ojeada temerosa hácia el rincón donde sin duda tenía el repuesto, como si se estremeciera del riesgo que había corrido de ponerlo en peligrosas relaciones con el humo del Parnaso.

Llegamos por fin á la última clase de Usureros, á los de la infima plebe, al inmundo cenagal donde hormigean los logreros, revueltos con la prostitución, el latrocinio, la embriaguez y todas las pasiones indignas.

Podrán discurrir los moralistas que si bien toda usura es un robo, no todo robo es usura, y que por tanto pueden apartarse entre sí estos dos hechos; pero en el género de logrería que voy describiendo, el robo camina generalmente tan unido como la usura, que con dificultad se les distingue. Así el encubridor de ladrones y la guardadora de agenos gustos: el mantenedor del juego, el tabur y el baratero, el estafador, el chalan y el mohatero, roban y usuran á la vez sin que se sepa si en sus acciones latro-urarias entra mas daño de hurto que de logro. Roba el tabernero que da el vino al fiado, cobrando después por mayor cantidad que la que prestó: roba, y en este robo hay algo de usura: usurea el tenderillo que fia el aceite y las velas, percibiendo luego valor de libras por valor de cuarterones: usurea, y en esta usura hay algo de robo. Roba y usurea á un tiempo el prendero que presta sobre objetos que sabe ó presume con fundamento ser robados: roba y usurea el demandadero de las cárceles y presidios que además de apropiarse gran parte del dinero que le entregan para compras, abusa todavía de los miserables presos, engañándoles en el precio. El robo, pues, y la usura, si descendemos á sus ínfimos grados, son hermanos carnales, hijos ambos de la corrupción y del desenfreno. Con el tiempo estos dos hermanos, que al principio caminan unidos, se apartan para conducir á sus prosélitos á sus distintos fines: el uno los lleva al patibulo, la otra á las riquezas y comodidades, si el logrero sabe aprovecharse de las que agenció.

Hemos visto al Usurero en sus situaciones mas ostensibles, puede añadirse que entre cada una de estas hay innumerables formas, complicadas con otros comercios, que ó son puntos de transición por donde sube ó se repliega cada una de las clases puramente usureras segun sus lances de fortuna; ó apostaderos perennes desde donde aguarda el esquilador á la necesidad, envuelto en ajenas trazas, ó familias extrañas á la usura; pero que no rehusan darle hospedaje, y acaban por convertirse á ella. Así vemos al sastre, cuyo oficio lo mas que daba de sí á fuerza de sesgos, piezas y contrapelo era un retazo mayor ó menor, que hizo comprar de mas al parroquiano, darle ahora en anticipo tela y hechura, para valerse en una y otra de sus estrecheces, y aumentar en él todo un sobreprecio por intereses de la cantidad suplida.

Este ejemplo puede bastar para considerar la usura mixta en cualquier otro ejercicio no usurario de suyo: y diré en general que en el plantel de la sociedad apenas hay una especie que no produzca algunos de esos vástagos espúreos que la corrompen mas que la carcoma; que naciendo ya en guerra con sus semejantes, no aceptan mas trato con ellos que el del interes; y colocados en competencia con los de su ejercicio, tampoco forman gremio con ellos. Puede



El Usurero.

que sea debido á esta diseminacion verdaderamente judáica, el no conocerse á este, no sé si diga oficio, facultad ó profesion, ningun patrono como tienen todas las demas; ó si consistirá en que el logrero es tambien iconoclasta, ó en que ningun santo ha querido aceptar su culto.

Hasta aquí el contenido de las minutas sueltas, que he ordenado acaso del modo menos conveniente. Yo no me atreveré á ponerlas el mas ligero apéndice; celebraré que su dueño no tenga que reclamar contra mí, y que si al lector no le satisface este diseño, despeje esa incógnita (que ahora debe ser incógnito porque gastaba gaban) para dirigirle su censura.

JUAN DE CAPUA.

LOS BUHONEROS.

..... Este diestro Buhonero, observando sagaz las circunstancias, sin mostrar que os deslumbraba lisonjero, vuestra eleccion dirige á sus ganancias.

WALTER SCOTT EN EL PIRATA.

Muy lejos está, á decir verdad, de tener la suerte del Buhonero de las islas Orcadas, á quien se refiere el epígrafe, el tipo que me ha venido en ganas escribir. Las aventuras y fechorías del buen viejo Bryce Snailsfoot, que tan mal rato dió á la económica hermana de Triptolemo Yelowley comiéndole su ganso ahumado, han sido hábilmente narradas por el novelista escocés. Las travesuras de los Buhoneros andaluces, dignas de la pluma del autor de Rinconete y Cortadillo, van á ser bosquejadas por la mía, de la que seguramente saldrán muy mal parados; pero sírvame de excusa el deseo de no condenar al olvido los dramáticos lances de su vida aventurera y errante. Yo les diré para su consuelo, aquello de nuestro célebre poeta Quintana:

En mí supla al talento el buen deseo, etc.

Aunque por lo regular los Buhoneros salen de todas las provincias de España, no es de todos ellos en general de los que voy á ocuparme. El Buhonero legítimo es, como los toreros, natural de Andalucía. Los demas valen muy poca cosa, les falta la chispa y gracia picaresca que caracteriza y distingue á los hijos de la tierra de Dios.

No es fácil, al hacer la descripción del Buhonero dejar pasar en silencio la vida de su digna é inseparable compañera. Por eso, al encabezar este tipo, he usado la voz «Buhoneros» en plural. En efecto, un Buhonero sin su Buhonera adjunta, es una de aquellas cosas, que no se ven jamas. Haria un papel muy desairado entre los demas Buhoneros, el que no tuviese su amiga que le ayudase y compartiese con él los placeres y sinsabores que le acarrea su extraordinario modo de vivir. En una palabra: la union de estos dos seres es tan íntima, como la de la sombra al cuerpo de que es proyectada; á no ser que admitamos la escepcion del famoso marques de Villena, de quien oí muchas veces decir á mi abuela, que habiendo tenido que ajustar ciertas cuentas con el diablo, su íntimo amigo, y resultando un cargo bastante crecido contra él, se evadió, gracias á su ciencia mágica, del compromiso, dejando su sombra como partida de data; y desde aquel apurado lance siempre anduvo sin ella el buen caballero.

Mas entremos en materia, y dejemos reposar en su tumba los huesos del tan nombrado D. Enrique el Hechicero; que si una vez pudo haber librado bien, no siempre le sucedió lo mismo, segun aquella manoseada copla, que tambien se la aprendí á mi abuela, y cuyo sentido apoyado por tan fuerte autoridad, es para mí tan cierto y verdadero como aquello de la sombra, y dice así:

Como al marques de Villena
te vendrá á suceder,
se picó en una redoma
y no le valió el saber.

Es decir, que D. Enrique á pesar de toda su nigromancia, las pagó todas juntas. No nació él en los tiempos que alcanzamos, que por poco jugador de manos que fuera, no tuviera un fin tan desastrado, y hubiera, como otros muchos que yo conozco, adquirido una reputacion elevada, y aun gloria inmortal y eterna.

Pero ¡válgame Dios! ¿A qué estas digresiones? ¿Es fuerza que para referir las aventuras de los Buhoneros y sus dignas compañeras, haya sido del caso

traer á colacion nada menos que al poderoso conde de Cangas y de Tineo? ¡ Ah! Perdona, tú, que desde las costas de Málaga y Granada y las vertientes de la serranía de Ronda, invades el resto todo de España, sin mas auxilio que una canastilla en el izquierdo brazo y en la mano derecha la media vara de medir, pendiente de una cuarta de hiladillo azul; tú que eres la alegría de los pueblos, la burla y solaz de nuestras ferias; tú, cuya vida está llena de episodios dignos de péñola mejor tajada que la mia; tú, en fin, que poseses toda la sal de las mas saladas de los cuatro reinos, perdona, repito, á tu humilde historiador, estas distracciones. ¿Qué suponen en comparacion tuya todos los marqueses y condes del mundo? Ninguno llega al polvo de tus pobres chinelas.

Segun el Diccionario de la lengua castellana, el Buhonero no es otra cosa que el que lleva de venta cosas de buhoneria; entendiéndose para esta la tienda portátil que lleva su dueño sobre los hombros y que se compone de chucherías y baratijas de poca monta, como botones, agujas, cintas, peines, alfileres, etc. Hasta aquí el Diccionario; mas el personaje que vamos á describir, ejerce y desempeña otras honradas profesiones. Clasifiquémosle, pues, segun su modo de vivir, y tendremos una idea del papel que hace en la sociedad.

Yo distingo dos clases de Buhoneros; esto es, Buhonero de alicates y taladro, y Buhonero de tijera y vara de medir. El primero es de mas humilde categoría que el segundo, aunque este no es en realidad otra cosa que una consecuencia de aquel.

El Buhonero de alicates, sale con su compañera ó solo (pues la compañera es cosa de fácil adquisicion á los pocos dias) de alguno de los pueblos ó aldeas del antiguo reino de Granada. Una alforja, por lo regular de cuero, colgada al hombro, dentro de la cual, y asomando por la parte superior, se ve el taladro ó berbiqui con su mango en forma de aspa, y unos alicates pendientes de un ojal del chaleco por medio de una cadena de alambre, producto de su industria, tales son los útiles, que con media libra de la misma materia, constituyen todo su capital. Su equipaje lo forman un mal calzon de paño burdo, que llega hasta cubrir la mitad de su pierna siempre desnuda, y que lleva el nombre de calzonas ó bombachos, un chaleco corto de tela de algodón, sobre el cual, y cubriendo la cintura, se aplica una faja de estambre fuertemente ceñida, una raída chaquetilla, de primavera, un sombrero de mala muerte chambergó y de copa en forma de cono truncado, y unas alpargatas con cintas de hiladillo, que suben cruzándose las piernas arriba. Tales son, pues, las prendas de su vestuario, que no sé por qué fatalidad, nunca las he visto nuevas en esta gente, sino sócias, rotas y hechas un harapo.

Por su parte la Buhonera, que voluntariamente ha unido su suerte á la de nuestro héroe, se provee de una canastilla de forma redondeada y poco fondo, en el que campean algunas piezas de hiladillo de diversos colores, una caja de lata, que encierra varios papeles de agujas de diferentes tamaños, alguno que otro papel de alfileres, tambien algunos macillos de horquillas ó agujetas para el pelo, y colgando, por la parte exterior de una asa de la cesta, varios hilillos de cuentas de vidrio, iguales en un todo á aquellas, que puestas en el rolizo cuello de Maritornes, se le figuraron finisimas perlas de Oriente al enamorado Manchego, cuando por su mala suerte velaba en el camaranchon de la venta la noche, que para él fue tan aciaga.

Provista, pues, de estos articulos de comercio, la tierna pareja se une á otras muchas de la misma laya, que salen juntas á correr fortuna, y forman un rancho.

Cualquiera que haya leído las descripciones que ha-

cen los viajeros, de los aduares ó campamentos ambulantes de los árabes del desierto, y vea un rancho de Buhoneros, hallará entre aquellos y estos una semejanza extraordinaria. Parece que los Buhoneros con su vida nómada y errante, sus campamentos en despoblado y donde la noche les coge, y sobre todo con los atrevidos rasgos de una fisonomia verdaderamente árabe, son el testimonio eterno de la larga permanencia de aquel pueblo entre nosotros. Figúrese el lector un grupo numeroso de hombres, mujeres y niños de todas edades á medio vestir ó solamente cubiertos de ropas tan sócias, rotas y miserables, que á tiro de ballesta indican la extremada pobreza de sus dueños, acampados unos y otros bajo unas pobres y reducidas barracas; mas allá, y en medio de los aparejos de sus cabalgaduras, campean unas cuantas angarillas, en que habitan pacíficamente al-



El Buhonero.

gunas gallinas y asoma su cabeza un tierno infante, al que su corta edad no le permite moverse de aquella cuna de nueva especie. A un lado se ven sus borricos tan flacos y extenuados, que da compasion mirarlos, al otro unos cuantos gosquecillos ladradores y ruidosos, tan fultos de carne como sobrados de apetito, y considere todo esto mezclado y revuelto en una confusion indefinible. Tal es el aspecto que presenta un rancho de Buhoneros. Este modo de vivir, estas costumbres semi-salvajes, parecen demostrar que aun corre por sus venas la sangre de los descendientes de Ismael.

Luego que una caravana de Buhoneros llega á las

inmediaciones de un pueblo, su primera diligencia es buscar acomodo para sí y sus cabalgaduras. En primavera y verano les es fácil encontrar un prado ó rastrojo en que fijar su campamento. Hacen entonces alto, desaparejan sus rucios, clavan en el suelo unas largas estacas, con mantas, zaleas y otras zarandajas, forman sus barracas ó tiendas de campaña, que les ponen á cubierto de los ardores del sol. Despues, y en tanto que las mas viejas de las mujeres se disponen á preparar la comida, los chicuelos salen como una plaga de langosta, los unos á recorrer las calles del pueblo en demanda de algunas limosnas, y los otros á buscar combustible que van reuniendo al pie de las encargadas en la comida, que sentadas sobre los aparejos de sus caballerías, y teniendo por delante una gran cazuela de barro apoyada sobre tres piedras en forma de trébedes, activan el fuego y mordan algunas patatas.

El Buhonero en tanto requiere sus alforjas, pone en orden los diversos juegos de gatos ó lañas de alambre, que dentro encierra; afila su berbiquí con un pedazo de lima groseramente embutido en un mango de madera; reconoce el estado de sus alicates y cargando con todos estos trebejos, hételo ya hecho un gobernador caminando hácia el pueblo fabricando corchetes y cadenillas de alambre. Mas este caballero gobernador no depende del gobierno ni su mision viene de tan alto; no es gobernador eclesiástico, ni militar, ni político. En una palabra, es solo gobernador que gobierna los desgobiernos (1) de nuestras criadas de servicio. Al entrar en el pueblo anuncia su llegada gritando con todas sus fuerzas: ¿Hay alguna tinaja, lebrillo ó cazuela quebrada que componer? ¿Ratoneras de alambre vendo! Si su mala estrella le conduce al sitio donde solazarse suelen los muchachos de la villa, ya le cayó que hacer y Dios le dé paciencia. Al divisarlo suspenden sus juegos, vánsele aproximando y ya inmediatos á él, grita uno con todas sus fuerzas: ¡Guardia! ¡Que viene el señor gobernador! Al punto y como por encanto la turba se forma en fila, y el mas travieso de todos empieza á batir marcha, imitando con la boca el sonido del parche y llevando al mismo tiempo el compas con los puños cerrados. Si el pobre diablo no se arma de sufrimiento y no haciéndose el cargo que aquellos honores le son tributados á causa de su profesion, no tolera con resignacion tan amarga ironia, si se amostaza y hace siquiera la mas insignificante demostracion de acometer, bien seguro puede estar de sufrir todas las consecuencias de un falso testimonio. ¡Al borracho! gritan unos; ¡á la laguna con él! repiten todos; y entonces si no quiere verse en un serio compromiso, no tiene otro recurso ni otra via de salvacion que ponerse en huida con todos los bríos que sus pies le permitan. Las inocentes criaturitas rompen en seguida tras el malhadado Buhonero, arrojándole peladillas como el puño, con la santa intencion de hacerle padecer el martirio de San Esteban, alzando una gritería infernal. Alborótanse con esto los perros del lugar, ladran, acosan al infeliz que huye, y este se da por bien librado si llega á su campamento sin que alguna lágrima de San Pedro le haya visitado las espaldas; ó sin que alguno de los canes haya alcanzado con sus dientes sus desnudas pantorrillas. Mas no siempre el caballero gobernador sale tan mal de sus expediciones; hay dias, y son muchos, en que recorre todo un pueblo sin que le suceda malandanza alguna, gobierna ó gatea cuantos platos, fuentes y lebrillos hay rotos; espende á doce y quince cuartos algunas ratoneras, da salida á algunas docenas de corchetes, hace nuevo empleo de alambre y vuelve á

su rancho dispuesto á emprender al dia siguiente la misma tarea.

La Buhonera á su vez no ha estado ociosa, sino que poniendo en orden en su canastillo los artículos todos de su reducido comercio, marcha impávida en busca de la buena suerte, que siempre le es propicia en todas sus especulaciones mercantiles. Unas enaguas de bayeta verde ó amarilla, tan cortas, que apenas alcanzan á cubrir la mitad de su pierna siempre desnuda y nunca limpia; unas zapatillas tan traídas como llevadas y con el talon caído por el uso; un pañuelo de yerbas á la cabeza; y al cuello un manton de los que llaman de pelo de seda, que no es sino de algodón, procedente de Gibraltar, tales son las piezas que con una camisa sucia y llena de remiendos forman todo su equipo. La Buhonera va recorriendo las calles y las plazas preguntando: ¿Hay pellicas de conejo ó de liebre que vender? ¡Veinte alfileres doy por un cuarto! Entonces principia su especulacion, cambia con las mozas de servicio sus alfileres y agujetas por pellicas de liebre y conejo, aquí vende algunas varas de hiladillos, allí cuatro ó seis cuartos de agujas de coser, mas allá alfileres, en la otra parte hilillos de mostacilla, y siempre, alegre y de buen humor va cortando la tierra con aquel aire de contento que da á las personas la satisfaccion de sí propias, y despreciando con el mayor desden los chicoleos y galanterías que le dirigen unos y otros. Hay ocasiones en que vuelve á su rancho con unos réditos tan crecidos que esceden en mucho al valor efectivo del capital. El Buhonero lo observa y nada estraña, antes parece satisfecho del buen éxito de la expedicion de aquel dia. Esto supuesto no me es permitido á mí, mero historiador, meterme en averiguar la causa de tan escesivas ganancias.

Los réditos de los dos capitales, tan hábilmente manejados, son suficientes á mantener la pareja, amen de algun tierno retoño, fruto casi siempre del amor y rara vez del himeneo. Y cuenta que no es esto una paradoja, el himeneo entre los Buhoneros se deja para tiempos mas felices; para cuando despues de haber corrido medio mundo, han adquirido á fuerza de trabajo ó mas bien de industria, un modesto capital, que los coloca en el rango de Buhoneros de tijera. Entonces celebran sus desposorios, siendo muy comun en estos casos el que asistan á la ceremonia dos ó tres muchachos, que por un orden natural debian haber venido al mundo mucho despues de verificada esta.

Ha llegado la noche. El campamento ha recibido en su seno á todos los individuos que lo componen. El Buhonero se ocupa en recoger de los rastrojos cuanta paja puede, á fin de proporcionarse un lecho algo cómodo en que reposen sus fatigados miembros. Mas como durante el dia ha tenido ocasion de observar hácia qué punto están situadas las huertas del lugar, medita un golpe de mano y quiere, antes de entregarse al sueño, ponerlo en ejecucion. Reune á su derredor á los mas jóvenes y osados de sus compañeros, comunicales su plan que halla la mas favorable acogida, y se emprende al momento la marcha. Distribyese la tropa en dos ó tres grupos y con una estrategia digna de un mariscal del imperio, interin unos llaman la atencion del hortelano y sus perros dando á la huerta un ataque falso, los demas penetran en ella por otro lado y cargan sus morrales, tupiéndolos de cuantas frutas y legumbres pueden haber á las manos. Provistos de estas municiones de boca, por tan legitimis medios adquiridas, vuelven á sus ranchos celebrando su destreza y buena suerte.

El invierno que ejerce igualmente sus rigores sobre todo vicho viviente, es fatal al Buhonero. Paralizanso casi las expediciones, viéndose obligados á hacer largas estancias en donde quiera que les pilla las continuadas lluvias de la estacion. En los pueblos donde no hay posadas de pobres, que regularmente están á car-

(1) Si D. Quijote viviera y pudiera leer esta locucion le pareceria de perlas, como aquella de la razon de la sin razon que á mi razon se hace, etc...

go de un Buhonero retirado y en donde por ocho maravédises por persona se pasa la noche á cubierto de las inclemencias del cielo, tienen que proporcionar albergue en un pajar ó establo de bueyes abandonado y en estado ruinoso. Allí, colocados al rededor de una fogata compuesta de estiércol y paja podrida que despiden una humareda tal, que les hace correr lágrimas como ciruelas, y que bastaría á asfixiar á cualquiera que no fuese Buhonero; allí, pues, confundidos hombres y mujeres con las bestias, los perros y demas alimañas vocean, juran, se desesperan con la lumbre que se apaga á cada momento y en medio de tan infernal algarabía aquello no parece habitación de seres racionales, aquello es un verdadero Pandemonium.

Mas la vuelta del buen tiempo ha restituido al Buhonero toda su actividad. Al aproximarse la celebración de una feria, pónense los adueros en movimiento y se trasladan al pueblo donde se ha de verificar. Acampan todos en el rodeo y se preparan á los grandes lances que van á ocurrir. El Buhonero abandona entonces sus alforjas y alicates y armado de una mesilla, una baraja y dos ó tres peones del juego de damas, va buscando por el rodeo los grupos mas numerosos; lánzase en medio de ellos, planta su mesa, hace dos ó tres suertes de azar con tanta probabilidad de ganancia para los espectadores, en particular en el juego llamado de la yesca, muy conocido de algunos, que lo tendrán tan presente en la memoria como en el bolsillo, que persuadidos de que van á hacer una gran jugada, plantan su dinero, y lo ven desaparecer como el humo. Pero llega un momento en que su charla no produce efecto alguno, ya no hay por allí incautos que se dejen seducir, se presenta entonces un desconocido, pone un duro y lo gana, pone otro y lo gana tambien, y de este modo sigue ganando cuanto juega, en términos que muchos en vista de la mala suerte del Buhonero, se deciden á hacer algunas puestas y les sucede lo contrario precisamente que al otro, pues pierden cuanto ponen. Pero ¿quién es el afortunado desconocido que siempre ganaba? ese es lo que entre estas buenas gentes se llama «gancho»; es otro Buhonero que tiene el cargo de estimular á los circunstantes con sus imprevistas ganancias, que despues devuelve religiosamente á su compañero.

Hay ademas otra escena mas grandiosa, mas interesante y arriesgada; pero en la que la utilidad está en razon del peligro que en su ejecucion se corre. Para ello es necesaria la ayuda y cooperacion de los jitanos, con los que de antemano tienen hecha alianza. La operacion, pues, está reducida á dar un espanto; esto es, hacer de modo que cuantas caballerías hay en el rodeo salgan asombradas y tire cada una por la manga del diablo. El modo y forma como esto se ejecuta no nos es dado á los profanos, el saberlo. Alanocheer los Buhoneros y jitanos toman sus mantas sobre el hombro; sálense fuera del rodeo y divididos en grupos ocupan cuantas avenidas, veredas, sendas y caminos á él conducen y esperan con calma el resultado del espanto, que otros compañeros suyos quedan encargados de ejecutar. Verifícase este y salen las bestias en mil direcciones; hay carreras, caídas, gritos y una confusion espantosa. Las jitanas y Buhoneras aprovechan la ocasion y hacen su pacotilla en pañuelos, sombreros, mantas y en todo cuanto puede arrebatarse en medio de aquel caos. Sus dignos compañeros en tanto recogen cuantas caballerías van á caer en sus manos, montan en ellas y en una noche son llevadas á muchas leguas de distancia de donde se cometió el robo, las venden ó cambian por otras y acuden en seguida al punto de reunion convenido antes del suceso.

Durante la feria, y mientras los hombres se ocupan en tan comprometidas operaciones, las mujeres po-

nen en movimiento todos los resortes de su astucia y travesura. Por do quiera se las ve pregonando los géneros de su escaso comercio; su pequeño capital es vendido y vuelto á emplear en un solo dia multitud de veces, produciendo unos réditos que harian honor al israelita mas avaro. Entre la multitud inmensa que ocupa el rodeo, la Buhonera, va, viene, bulle, se agita y siempre en un movimiento continuo ve crecer su peculio de un modo asombroso; y cuando viene la noche á cubrir con su manto protector las flaquezas humanas, invade las cantinas y los puestos de buñolitos calientes, se relaciona con los consumidores de lo tinto y espande un género que si no es de ilícito comercio, por lo menos no tengo noticia de que su nombre figure en ninguno de los aranceles vigentes, ni tampoco de que se halle sujeto al pago del subsidio industrial.

Cuando la ejecucion de todas estas fechorías ha tenido un éxito feliz; cuando no han sido interrumpidas por la intervencion inexorable de la justicia (lo cual sucede con harta frecuencia), el aumento de capital, con tantos quebrantos adquirido, pone á nuestra gente en estado de elevar á una esfera algo superior sus especulaciones y sus tratos comerciales. El Buhonero, sin abandonar aun sus alforjas, su berbiquí y alicates, tapadera eterna de todas sus bellaquerías, dá mayor extension á los artículos de su venta. Hace sus viajes á Sevilla y otras capitales donde vende en las fábricas de sombreros su acopio de pieles, y el que antes solo empleaba su dinero en alambre comun, hoy lo hace en el que llaman de plata, que merced á su diestro alicante se convierte en primorosos corchetes de átres reales la caja. En lugar de ratoneras de alambre, cuelga ya de sus hombros neguilleros de lo mismo y jaulas de perdiz. Su vestido, así como el de su adjunta han adquirido mejoras de consideracion; la canastilla de esta última es de mayores dimensiones ó ha cedido su lugar á un cajon de madera muy decente y que se cierra por medio de una tapadera de lo mismo con un curioso candado. Este va relleno de géneros de mayor cuantía, como cuchillos, navajas, tijeras, botones y espejos; fajas, ligas, medias y tirantes; es, pues, una tienda reducida todavía, pero surtida de muchos y variados artículos. En fin, hasta el pollino flaco y miserable, que aunque de infimo valor fue adquirido con gran trabajo, es reemplazado por otro jóven y vigoroso. Un ano mas de fatigas y expediciones, y se mirará convertido en Buhonero de tijera.

Muy poco hay que decir de nuestros héroes cuando han llegado á ocupar tan ventajosa posicion. Y necesariamente debe suceder así, porque cuando los hombres han podido adquirir un cómodo bienestar y tienen en parte asegurada su subsistencia, son menos sus afanes y disminuyen tambien los esfuerzos que para llegar á este estado han empleado anteriormente. Por esta razon su vida no ofrece ya lances de la naturaleza de los que llevamos referidos, ni está sujeta á los azares y aventuras del que vive en la escasez y miseria. Ya no necesita mi hombre vivir en cuadrilla ni acampar en despoblado: se ha casado con su compañera, y uno y otro han entrado gustosos en el estado normal y pacífico de los demas individuos de la sociedad en general; y sin embargo de que aun pueden considerarse como mercaderes ambulantes, toman vecindad en un pueblo cualquiera, y orgullosos con el nombre de comerciantes pagan, si no con gusto al menos con resignacion, la contribucion mercantil, la de provinciales, la del culto y clero y tantas y tantas como por la gracia de Dios y la Constitucion pagamos los españoles todos. Las alforjas y alicates han desaparecido. En su lugar se ven, la vara de medir y las tijeras; y en vez de llevar su tienda sobre el hombro, la carga sobre un buen caballo que ha comprado á este fin, y en el cual hace

sus expediciones á los pueblos inmediatos al de su residencia, interin la esposa queda al frente del establecimiento. En las ferias huye de los rodeos, teatro de sus antiguas glorias, y planta su venta en medio de la plaza ó en la calle mas concurrida, bajo una decente tienda de campaña hecha de los fardos de anejo en que envuelve los géneros. Sin embargo, como al Buhonero no se le olvidan tan fácilmente las malas costumbres de la vida pasada, le gusta mucho hacer de vez en cuando algunas escursiones al reino de Portugal ó á Gibraltar, si le cae mas á mano, en busca de géneros de ilícito comercio, que gracias á su industria los vende entre los permitidos sacándolos una crecida utilidad. La vida peligrosa y comprometida del contrabandista le es sumamente agradable, y aun se cree que adopta este sistema como método higiénico; pues dice él, y dice bien, que el estado pacífico y sedentario de comerciante destruiria muy pronto la salud del que ha llevado siempre una vida agitada y de movimiento.

Tal es, pues, con muy pocas escepciones, el término de la carrera de un Buhonero. La moralidad de sus costumbres parece que está en razon del aumento de su fortuna; y no es extraño ver convertido en ciudadano honrado, pacífico y útil á la sociedad al que fue siempre su enemigo. Su nombre figura en las listas electorales, y estoy viendo el día en que aparece alguna candidatura en la que se lea: «Don N. Gazul y Alhamar, Buhonero y propietario;» que cosas como estas se ven hoy día en la patria del Cid. Por último, á su muerte lega á sus hijos un patrimonio regular, que los pone á cubierto de la indigencia, y que les ahorra el trabajo de llevar tan mala vida como la del que les dió el ser.

Hay no obstante, como llevo dicho, algunas escepciones de esta regla general. Algunos Buhoneros, por desgracias inesperadas y que no están al alcance de humana prevision, están condenados á ser toda su vida gobernadores: cuando la vejez con sus achaques viene á interrumpir el curso de sus expediciones, fijan su residencia en un pueblo cualquiera, del que se constituyen gobernadores natos, alquilan en los extremos del mismo una casucha miserable en donde establecen una posada de pobres. Allí reciben á sus antiguos compañeros, que en las largas noches de invierno los distraen contándoles sus aventuras, que parece los rejuvenecen; y el Buhonero en cambio, como hombre experimentado, les da muy buenos consejos. Es el parroquiano mas constante de las tabernas del pueblo; en las resolanas jamas se le hecha de menos con su baraja grasienta jugando al cané y á la treinta y una con otros de su calaña. A su muerte es enterrado de caridad, no hallándose en todo el burdel que habitó un pedazo de tela en que envolver su cuerpo; ni habiendo otros acreedores á sus bienes, si los tuviera, que el casero y la tabernera.

José Muñoz.

LA MARISABIDILLA.

PUES, señor, si al fin ha de ser, manos á la obra y pecho al agua. La cosa no es tan inocente como al principio me parecia; al cabo hay que hablar mal del bello sexo, es decir, de una parte de él, buscar el lado por donde flaquean algunos de sus individuos, y sacarlo á plaza, para que ellos mismos se rian y avergüencen de su ridiculidad. Si mal no me acuerdo, esta es la empresa que me han encomendado; y aunque el asunto es ameno, y lleva en sí cierta dosis de moralidad, y admite los preceptos de Aristóteles y

Horacio, no me prometo yo los mejores resultados; en primer lugar por mi condicion esencialmente inofensiva, y en segundo por ser muy poco dado á este género travieso en que pudieran lucirse péñolas mejor cortadas. Con todo, no seré yo el primero que da en bufon por querer parecer chistoso; y luego que bueno es probar de todo; y ademas que, donde menos se piensa salta la liebre, y últimamente, nadie diga de esta agua no beberé.

Pues, señor, como iba diciendo, y si no lo iba diciendo, lo digo ahora, hay cosas que no están escritas; y como toda verdad enunciada así absolutamente tiene visos de temeraria y puede hallar quien la contradiga, daré á esa proposicion un sentido mas concreto, y quedo seguro de que nadie me desmintiera. Y si no ¿á que es verdad que en los *Españoles pintados por sí mismos* no se ha hablado hasta ahora esclusivamente de la *Marisabidilla*, siendo un tipo tan corriente, tan universal, tan vario y entretenido? Esto es tan cierto, que de lo contrario no hubiera yo podido tomarlo por asunto del presente articulo, porque en los *Españoles* no se admiten reproducciones, ni traducciones, ni refundiciones. ¡Loado sea Dios! y ¡ojalá que en otras partes se hiciera ó se hubiese hecho lo mismo, que no nos veriamos ahora tan extraviados de nuestra casa! De que entre los escritores que componen hasta lo presente el largo catálogo de los Españoles, ninguno haya adoptado el susodicho tipo, cualquiera podrá convencerse sin gran trabajo: debo, pues, mostrarles mi reconocimiento porque me han dejado meter el cucuzo en esta obra, y de consiguiente ganar, si honra no, por lo menos algun provecho.

El preámbulo, que no ha de llamarse exordio, es de los de *ab ovo*, lo conozco; pero con algo hemos de llenar el papel, y de algun modo entretener el largo camino que tenemos que andar; y á la verdad que bien hubiera podido el señor editor acortar algo sus limites, que bastan y aun sobran para dejar rendido al mas brioso; aunque si bien se considera, el campo es fértil y da de sí para todo cuanto se quiera. Ea, pues: ánimo, lectores, que si de esta *salgo* bien, ya no hay cosa que me acobarde.

Lo primero que se me ocurre al tratar de la *Marisabidilla* es empezar por el principio, quiero decir, por la etimologia de su nombre, procediendo sintéticamente, como diria con mucha oportunidad cualquiera de nuestros antiguos lógicos. Por fortuna el caso no es complicado, ni hay que darse de calabazadas para saber que de *María* y de *sabia*, ha resultado el nombre compuesto, y ademas diminutivo, á que toda esta gerigonza se refiere; pero lo que si es muy singular que para componer cualquier calificación aplicable al sexo frágil, se haya de echar mano precisamente del nombre de *María*, lo cual parece peor cuando se quiere expresar una idea ridicula ó poco análoga á la natural dulzura que aquella voz lleva consigo. Decimos *Maritornes* y *Mariblanca*, *Marirabadilla* y *Marizápatos*, *Marimacho* y *Marimanta*, y nadie ha pensado en inventar aun palabras tan puras y eufónicas (adjetivo de nuevo cuño) como *Maridulce* ó *Marilinda*, *Marisol* ó *Maristela*. La cuestion pudiera enredarse mucho si tratásemos de profundizarla, porque hallaríamos combinada la susodicha expresion con otras muchas que pasan, no sé por qué razon, como primitivas. *Marido*, por ejemplo: ¿quién no conoce su latina alcurnia? ¿Quién no ve la serie de contracciones que desliguran su verdadero origen en *Marío datus*, *Maridatus*, *Maritus*, que es como ha llegado hasta nuestros días? ¿Luego marido quiere decir *dado á María*, esto es, á una *María* determinada? Si, señor, exactamente: ahí está probado hasta la evidencia. *Si non é vero, é ben trovato* dirá alguno.—Pues con el *ben trovato* me basta, amigo mio, que otros ni con esto aciertan, y

andan por esos mundos pavoneándose que es un contento.

Subido el nombre de la cosa, debemos pasar á definirla; y así la *Marisabidilla* es una mujer, que guiada meramente por sus observaciones, ó formalmente entregada á las tareas del estudio, ha adquirido una instrucción mas ó menos estensa, y se cree con derecho á mezclarse en todas las cuestiones, y á ser oráculo, juez y árbitro en todas ellas. Los antiguos conocieron tambien individualidades de esta especie: Safo, amante de Faon, y Cleopatra, perdida de Antonio, deberian citarse, á vivir hoy dia, por modelos perfectísimos del tipo que nos ocupa; por otra parte las Circes, las Musas y las Sibilas prueban el respeto y admiracion con que se miraba á las mujeres cultas; y sin embargo ninguna de ellas tendria las pretensiones que las *sabidillas* de nuestros tiempos, pues si alguna osaba, *verbi gratia*, entremeterse en asuntos de Estado, y penetrar por el laberinto de la política, era convertida en ninfa con el nombre de Egeria, por ejemplo, y se propagaba la voz de que era el númen inspirador de un rey, tal como el apacible Numa. Esto quiere decir que antiguamente tenían vedado las mujeres el camino de la política, y que si alguna, por exceso de audacia, venia á caer en él, era considerada como un ser fantástico, medio pez y medio lípedo, como solian serlo las ninfas, habitadoras de las aguas y de las selvas.

En efecto, la *Marisabidilla* de nuestra edad es ente muy superior á la idea que de él puede formarse. Participa de las dos naturalezas, corpórea y espiritual, de la una por sus encantos físicos, que necesariamente ha de tener algunos, aunque sean pretéritos, y de la otra por la brillante luz que ilumina su entendimiento. Con todo, no se parece á los restantes individuos de su especie sino en la forma, que para el caso es nada; en su método de vida, en sus aficciones, ademanes y coloquios, difiere tanto de todos ellos, que parece llovida de las nubes, segun la trasfiguracion que representa. Sus facultades á mas de esto han recibido del Criador un desarrollo verdaderamente prodigioso; si habla, su conversacion es interminable, pues nada puede compararse á la ductibilidad que adquieren sus palabras con la especial estructura de su lengua; si escribe, no se semeja su expansion á la incesante y fecunda lluvia de otoño, para valernos de un simil digno de su delicado ingenio?

Hasta aqui vamos considerando el tipo en general y deduciendo su carácter de las propiedades tambien genéricas que en él se advierten; otras muchas omitimos en gracia de la brevedad, y atendiendo á que no es este nuestro verdadero objeto. Dios, que imprimió signos tan varios en todas sus criaturas, no podia menos de establecer diferencias muy marcadas en la raza *Marisabidilla*; el talento humano ha encontrado en ella un género precioso, independiente bajo cierto aspecto del *animal bipes et implume* que se creia Platon; dividiendo este género en especies, resulta un nuevo viviente que ni alcanzó los tiempos de Demócrito y Plinio, ni analizó Buffon, ni describió Cuvier, ni halló jamas nuestro famoso Hernandez en sus investigaciones ultramarinas. Yo no me precio de naturalista, y sin embargo pudiera designar lo menos veinte y cuatro especies enteramente diversas; mas como quiera que tan difusa clasificacion pareciera á muchos sobrado sutil y complicada, me contentaré con aglomerarlas y distribuir las todas en dos grandes grupos, al modo que tomando por distintivo el color, se efectuaría con la raza humana. Queda, pues, dividido nuestro tipo en otros dos subalternos; primero el de la *Marisabidilla vulgar*; segundo el de la *Marisabidilla culta*.

La *vulgar* nació casi entre la hez del pueblo, de

donde su desenfadado natural, sus tendencias democráticas, su espíritu escuderial y enérgico. Engendróna un sacristan ó un maestro de escuela, que en muchas partes vienen á ser lo mismo, un alguacil ó muñidor de cofradia, que no se distinguen tampoco en otras; y como gente toda esta aguda y decidora, si bien honrada y cabal, que esto nadie se atreverá á negarlo, de cualquiera de ellos que recibiera el ser nuestra heroína, debia ser un lince en la penetracion, un loro en la expedicion del habla, un momo en el grajejo, y en el espíritu de observacion un Argos. Creció como crecen todas; pero á los pocos años dió ya visibles muestras de su natural despejo; sus padres que observaron tan bellas disposiciones, se propusieron hacer los posibles sacrificios para que la



La Marisabidilla.

muchacha saliese tan aventajada como prometia; enviáronla á la maestra; pero no descubrió la mayor aficion á las labores propias de su sexo. Esto comenzó á alligirlos, mas habiéndola metido en la cartilla y espoléandola en el caton, quedaron asombrados de sus progresos: desde entonces la dedicaron á la lectura, porque la escritura la entraba menos: el *Amigo de los niños*; las *Lecciones escogidas*; los *Ejemplos morales*; el *Fleuri*; todo lo devoró con avidéz extraordinaria. Deshojó el *Flos Sanctorum* á fuerza de bojearlo tanto; se engolfó en las sublimes máximas del *Bertoldo*; en la historia de los *Doce Pares*; en las *Tertulias de la Aldea*, y otra ininidad de obras; y quedó en breve tiempo hecha una enciclopedia ambulante de vidas de santos, de aventuras de caballeria, de sucesos

raros, de remedios y secretos mas raros todavía; en una palabra, creyeron sus padres que Dios destinaba aquel portento para la Iglesia.

Lo que era el exterior de su figura la recomendaba poquísimo para el mundo: tenia el cuerpo bajo y rechoncho; la cabeza pequeña tambien, pero sin gracia; las facciones menudas y toscas; el cutis áspero y escamoso; el talle era tan ancho, que al pronto parecia el horizonte de aquella esfera: en fin, la naturaleza no le habia concedido mas perfecciones que las intrínsecas. Por otra parte se cuidaba muy poco del aseo de su persona; y bien fuese presagio de su futura suerte, ó congénito desvío, odiaba el trato con los hombres, y solo apetecia la sociedad de sus iguales y de su sexo. Divertíala muy poco los juegos de la mocedad, y cuando se juntaba con muchachas de su tiempo, se revestia de autoridad, las mandaba sentarse á su alrededor, y tomando la palabra, referia mil cuentos, historias y especies que tenia almacenadas en su cabeza.

Así vivió hasta la edad nubil. Dicho se está que aspiraba á la palma de las vírgenes, que á ser otra, hubiera podido costarle la del martirio, porque á los veinte años quedó huérfana la desdichada; su padre habia muerto de una picadura venenosa yendo á buscar camisas de culebra; su madre espiró del sentimiento, que no era caso para menos. Recogióla un hermano mayor que habia sido soldado, y á la sazón fiel de fechos del ayuntamiento de su pueblo, y aquí comienza el segundo período de la vida de nuestra doncella.

Con cierta táctica de lenguaje, que por acá llamamos lálbia, y su contiua presencia en todas partes, iba haciéndose la indispensable en la vecindad, el fuelle de todas las cocinas y el gato de todas las ratoneras. Apenas amanecía Dios tomaba el trote hacia la iglesia, oia la misa de alba, y solia entrar frecuentemente en la sacristía, una vez para advertir al monacillo de que se corria una vela, otra para recordar al sacristan que en la próxima semana habia dos dias de vigilia y era el cumpleaños del ama del señor cura. El afan por saberlo todo la llevaba despues á la plaza, donde averiguaba lo que cada cual comia, los sucesos de la víspera, los planes para el dia siguiente; y de todo daba cuenta, primero en su casa, y despues en todas las de la circunferencia: era una gaceta viva con su parte oficial, sus noticias extranjeras, sus articulos de fondo á veces; periódico gratuito, puntual, inalterable en sus doctrinas, libre de todo temor y restriccion: así es que contaba con infinito número de suscritores.

Llamó Dios á su hermano á mejor vida, cansado sin duda de sus fechorías, y hallándose la pobre huérfana en edad muy buena todavía, tuvo la suerte de entrar á servir á un señor mayor, mayorazgo de aquel pueblo, que habia estudiado latin en sus mocedades con un beneficiado del mismo, y que estaba tan pagado de sus bueas como de su ciencia, no obstante que ni en uno ni en otro concepto tuviese mucho que agradecer á la fortuna. A la sombra de tan respetable autoridad, subió infinitamente de punto el crédito de la doncella; de él aprendió cosas ignoradas hasta entonces; supo como habia habido un pagano llamado *Ciceron*, hombre de gran talento; otro nombrado *Ovidio*, tan dado á las muchachas, que por buena providencia tuvieron que desterrarle. Oyó decir al amo que el gato en latin se decia *felis* y el perro *canis*, y desde aquel dia llamaba *Cádiz* á este y al gato *Fétix*. Era cosa de oír las conversaciones que tenia con el buen señor.—¿Sabe V. lo que pienso? le decia, que en tiempos de aquel *Ovillo* de que V. me ha hablado habia mucha delicadeza entre las gentes. ¿Desterrar á un hombre por su afición á las mujeres? ¿Pues ahí es nada! ¿Y eso hacian los paganos? Pues si ahora que hay tanta cristiandad fueran á hacer lo

mismo, se quedaba el pueblo sin mas hombres que V., que es la misma moderacion y la estampa de la virtud.—Esto prueba que si la hermana del fiel de fechos no sabia gramática latina, por lo menos en la parda era un Nebrija. Otras veces iba diciendo por el lugar que el señor cura habia pronunciado una plática digna de *Ciceron*; que en su casa se disfrutaba de una paz *otoviana*; que el frio iba apretando tanto que el *angelus Domini* no se podia ya andar por la calle; que á fulano le habian administrado el *oleo*; con otras cosas de este jaez que dejaban atónitos á los jóvenes, pasmados á los viejos, llenas de envidia á las mujeres, y á todos colgados de la lengua que tan admirables sentencias proferia.

El tiempo que todo lo precipita, precipitó á nuestra matrona en los cuarenta abriles, hasta cuya época, propiamente hablando, no le conviene el titulo de *Marisabidilla*, porque entonces es cuando llega al apogeo, digámoslo así, al *non plus ultra* de su erudicion; los avisos de la experiencia, los ejemplos y desengaños del mundo han madurado su juicio completamente, y dado mayor profundidad y extension á sus conocimientos. Hasta ahora ha sido una observadora superficial, un ingenio frívolo, una planta poco menos que inútil en el vasto jardín de la naturaleza; en adelante el árbol dará ya fruto, el ingenio se hará prosélito, la observacion triunfará de las preocupaciones escritas, que son las mas ridiculas y nocivas. Comprende entonces todo el mérito de su destino; enjuga las lágrimas que le habia arrancado la contemplacion de su estéril integridad, y experimenta en todo su ser un cambio tan visible como repentino.

Una feliz coincidencia contribuyó dobiemente á esta extraña metamorfosis. Perdió á su buen amo; y cuando iba á verse nuevamente aislada y en la mas congojosa incertidumbre, la favoreció la Providencia disponiendo de los dias del ama del señor cura, cuya elocuencia habia ella comparado mas de una vez á la del orador romano. El párroco quiso pagar sus panegíricos poniéndola al frente de su casa, y de su peculio. Item mas: obtuvo á poco tiempo una rectoría en la corte, y resolvió llevar consigo á la novel ama, previo por supuesto su beneplácito. Un sueño le parecia á ella su instalacion en Madrid, mas lo vió realizado al punto como si hubiese sido sueño de avaro. Héla, pues, en otra escena mas espaciosas y bella, y digna de sus afanes. Embocóse en la corte con familiaridad de indigena, nada la sorprendió de un espectáculo que jamas habia visto; todo lo encontró como se lo habia figurado, como si ella lo hubiese dispuesto de aquel modo; los grados que median entre un pueblo de provincia y una corte, quedaron fácilmente reducidos en la escala de su inteligencia.

Al cabo de algunos años el ama del señor rector contrajo infinidad de relaciones con toda clase de gentes. Hizose la favorita de cien tertulias, el alma de las conversaciones, la madrina mas universal de bodas y bateos; pero lo mas singular era que ninguno de estos compromisos le acarreaa desembolso alguno, antes sacaba de todos ellos agasajos y memorias, porque novios y paridas, maridos y suegros habian recibido de ella consejos y ofrecimientos, confianzas y favores, y todos se apresuraban á cederle, no los gastos, sino los honores y presidencia de cualquier fiesta. Preciso es confesar que en esto influa mucho su colosal fortuna; mas tambien tenia que agradecerse á su talento, y á la maña con que sabia encaminar su brújula al norte de cualquier designio.

La edad no ha podido entorpecer la sutileza de tan raro instinto, sino comunicar á su figura un aire particular que la da á conocer al primer golpe de vista. El cuerpo antes cilíndrico y fornido, se prolonga ahora descarnado y largo; el rostro seco y con

mil arrugas, visto de perfil es una media luna perfecta. Los ojos conservan sin embargo su antigua animación; la voz su sonoridad, aunque mas gangosa y atiplada; sus movimientos son descompasados y frecuentes; cuando anda parece deslizarse: finalmente, va vestida siempre de negro con jubon y basquiña, y al que le habla de modas contesta que como se han inventado para distinguirse, ella con ir de esta suerte se diferencia de todo el mundo. Otras veces añade que los monumentos antiguos tienen en todo tiempo mas valor que los recientes.

No es posible andar por Madrid dos horas sin encontrarla siquiera otras tantas veces. Los cuidados de la casa la ocupan poco, porque nos hemos olvidado de decir que ha perdido á su amo y bienecor, el cual dejándola heredera de cuanto poseia, ha asegurado su bienestar futuro, y ella no tiene que cuidarse mas que de la conservacion de su salud. Una parte de la mañana la consagra á Dios; el resto y la tarde toda á recorrer las casas de sus conocidos, quedándose á comer por lo comun donde la coge la hora, como ella dice; al anochecer vuelve á su casa, y un rato en el cuarto bajo, otro en el principal ó en el segundo, y así sucesivamente, la noche se le va en un soplo. En todas partes presta algun auxilio, en todas alguna advertencia saludable. Da remedio en todos los achaques, solucion á cualquier duda y fin á cualquier conflicto. Tiene medicamentos peregrinos para toda clase de males: libra á los niños de las molestias de la denticion untándoles las encías con sangre de gorriones; cura la quebradura aun á los adultos, degollando un lagarto sobre la parte dolorida; con el huevo de una gallina negra corrige el vicio del estravismo; su mano goza de una virtud especial para dar fricciones; bástale una cruz de retama macho para ahuyentar la erisipela; en suma no hay doctor que pueda competir con ella, ni sistema anatómico llevado á mayor perfeccion que el suyo, ni fisiología mas natural, ni terapéutica mas infalible.

Pues ¿qué diremos de los secretos químicos que posee, de sus maravillosos conocimientos astronómicos, de su erudicion histórica y política, de su admirable criterio, de la interpretacion que da á las máximas morales y religiosas, y de los comentarios, versiones y análisis que hace de los pasajes mas oscuros de los santos padres? Sus estupendas doctrinas deben escucharse con el mayor silencio, por temor de no exasperar la biliosa susceptibilidad de su carácter; tomaria las objeciones como desprecios, las preguntas como burlas, y como el mayor insulto la observacion mas sencilla que se intentase hacerle. Sin embargo, no por esto se crea que descubre en su semblante ni en sus palabras el menor indicio de esta propension; siempre lleva en los labios la risa y la afabilidad; su conversacion siempre es chistosa, franca, amena, como de una persona de mundo que vive penetrada de su experiencia, talento y superioridad. Solo un defecto se advierte en ella que oscurece este número de perfecciones: cree en hechizos y transformaciones, en brujas, duendes y demas espiritus malignos; mas esto será quizá efecto de una revelacion intuitiva, ó lo que es mas cierto, del conocimiento, de la conciencia, como ahora se dice, de sí propia; porque seguramente ¿quién al verla podrá dudar de la existencia de tales trasgos?

He aquí la *Marisabidilla vulgar*, á cuyo retrato hubiéramos querido trasladar la energía, expresion y gracia que el original conserva: si con el siguiente no somos mas felices, lluevan sobre nosotros censuras y reprobaciones, que bien merecidas las tenemos; pero no, no serán tan inhumanos nuestros lectores; vamos á tomar otro pincel mas delicado, y quizá logremos representar una figura en todos conceptos interesante.

No necesitamos para ello pedir luces al alba, ni pálidos destellos á la luna, ni tintas á las flores, ni á la primavera la copia de sus encantos: nuestra *culta Marisabidilla* los posee todos, y crea otros nuevos y desconocidos con la magia de su poder irresistible, dado que habita en un mundo fantástico, pero tan bello, que no hay Eliseos, ni Paraiso, ni Eden que se le parezca. En él reune y perpetúa los atributos y tesoros de todas las estaciones: entre los hielos del invierno contempla á mayo con toda su *pompa vegetativa*; los rayos del sol de estio, pierden para ella su fuerza entre los húmedos vapores de las lluvias del otoño; cubre sus virginales atractivos ora con las pieles del septentrion, ora con las sedas y gasas del mediodia; remóntase unas veces en alas de la tormenta, y otras goza sobre un mullido césped los halagos del céfiro lascivo; tan pronto escucha aterrada el estrépito de un torrente, como sigue complacida el curso de un arroyuelo. Brama el Averno á sus pies, y si por acaso alza los ojos, ve abiertas de par en par las *diamantinas* puertas de los cielos. Allá se lanzaria llevada de su inspiracion y meciéndose en los aires como una sílfide, si no hubiese una selva que la codicia por su *Driada*, una fuente que la quiere por su *Náyade*, y un celeberrimo mar que la llama su *Nereida*.

— ¡Bravo! ¡bravo! — exclamarán algunos; — eso á lo menos se escucha con agrado. — Pues vean Vds. la variedad de gustos; ya estaba yo arrepentido de pintar á mi *culta* por este lado; mas por Cristo que lo he de dejar así, que si esto agrada, bueno ha de ser por fuerza, digan otros lo que quisieren. Vayan unas pinceladitas por otro estilo, y rueda la bola, que lo que sobra es campo.

Señores, la *Marisabidilla culta* no puede en modo alguno confundirse con la *Marisabidilla vulgar*. Esta lo debe todo á la naturaleza, nada al arte; en aquella, mitad es arte y mitad naturaleza. La *vulgar* comienza á ser cuando deja de existir la *culta*: esta recibe en su juventud una organizacion completa, un perfecto desarrollo; aquella en semejante edad es todavia un embrión informe, grosero é improductivo: en la una es muerte lo que en la otra es vida: el destino ofrece á la primera sepulcro cuando á la segunda cuna. La misma ley preside á sus gerarquias, la misma retro-pulsion se efectúa en sus relaciones: mientras la una se ahoga en el fango de la degradacion, respira la otra el aura del bienestar; la suerte avara con la una se muestra espléndida con la otra; son respectivamente el ruiseñor y el pelicano de su especie; el eficiente insecto que deja de existir cuando es inútil, y la crisálida que en su trasformacion renace á una nueva vida. Si hallais al paso á la una, diréis «esta es la hija de la experiencia;» si observais atentamente á la otra conoceréis que es el aborto del genio; y por esto la una perece en flor, y la otra prolonga su existencia decrepita y carcomida. Tenemos, pues, un problema que analizar, un problema que resolver; su solucion envuelve una verdad amarga, pero consistente; terrible, pero evidente: la muerte en la juventud, la vida en la ancianidad....

Y esto ¿qué tal? ¿no es brillante? A poco que uno se distraiga, se pierde en el confuso laberinto de tan intrincada filosofia; con todo, no faltará quien diga que ese es el idioma de la razon y el lenguaje del sentimiento. ¡*Tripas de Barrabás y ombligo del papa!* como dice un sabio que yo conozco: si eso es hablar con razon ¿cómo hablarán los que no la tengan?

Ello es que traducido al español vulgar el largo párrafo que antecede, resulta la vulgaridad de decir en cuatro palabras que así como la *Marisabidilla* de que hemos tratado no adquiere esta calificacion hasta los cuarenta y pico, la *culta* á los veinte abríles puede ser ya un asombro de erudicion y genio. La razon es muy sencilla: iniciada desde muy temprano por

sus padres en estudios poco comunes á su sexo, adquirió la viveza de comprensión y el amor á las ocupaciones literarias que han formado la primera necesidad de su existencia. Dada incesantemente á la lectura de autores antiguos y modernos, ha sentido en su interior el germen de las mas sublimes concepciones, ha obedecido á la voz del genio que le señalaba el asiento de la inmortalidad, y aspira á ser digna rival de los hombres mas eminentes que brillan en una y otra nacion, así en los pasados, como en el presente siglo. Tendráse esta empresa por demasiado árdua para el espíritu de una mujer, á quien las consideraciones sociales por una parte, y por otra su propia debilidad oponen estorbos multiplicados; mas ella lo ve de diverso modo; sienta por base la emancipacion del bello sexo, y erige un sistema que algunos proscriben como ridiculo é irrealizable, y que á su modo de ver daria complemento á la perfeccion de la especie humana. Absorta en estas reflexiones, ve desplegarse ante sus ojos un cuadro inmenso y magnifico; aquí la ciencia con sus eternos principios y sus benéficas aplicaciones; allí el vasto campo de la literatura, donde crecen para no marchitarse nunca los laureles de las artes. Ansiosa por distinguirse en uno ú otro concepto, en el de científica ó literata, investiga cuál de entrambas denominaciones se acomoda mejor á sus conocimientos, inclinaciones y carácter; y despues de un maduro exámen, despues de apreciar en toda su extension las ventajas é inconvenientes que se le ofrecen, forma la heróica resolucion de hacerse *literata*, pulsar la lira de los poetas, y oscurecer la gloria que han conseguido recientemente en su patria talentos privilegiados.

Todo da indicios en ella de la superioridad de su destino; el talle esbelto y agraciado; el andar desembarazado y grave, el rostro de finísima tez, melancólico, pero apacible; las facciones ni por extremo hermosas, ni tan faltas de perfeccion que desdigan del conjunto de su belleza. La armonía de su voz parece sobrenatural; la influencia y esmero de sus palabras muestra bien claramente el afan empleado en cultivar su espíritu. Su elegancia en el vestir no siempre obedece al capricho tiránico de la moda, sino que por lo comun se anticipa á ella, ostentando ya en la forma, ya en el adorno y accesorios de sus trajes cierta novedad, que prueba cuando menos su delicado gusto. Finalmente no es posible verla, contemplarla, sin experimentar la turbacion que inspiran generalmente los atractivos de la hermosura; es de aquellas mujeres cuyo aspecto acalora la fantasia, conmueve el corazon, suscita deseos que pocos aciertan á reprimir, y trae involuntariamente á la memoria estos afectuosos versos, imitacion feliz de otros no menos afortunados:

¡ Dichoso aquel que junto á ti suspira,
que el dulce néctar de tu risa bebe,
que á demandarte compasion se atreve
y blandamente palpar te mira!

La antítesis de que nos hemos valido para expresar la diversidad que se advierte entre una y otra *Marisabidilla* puede tambien hacerse extensiva á su método de vida y ocupaciones, pues al paso que en la *vulgar* es toda actividad y humso y correteo, la *culta* vive en el mayor reposo; y se cuida muy poco de los demas, y permanece la mayor parte del tiempo encerrada en su retiro. Escusado es añadir que trae la vida mas atendida que puede darse; mas no por esto se crea que está incesantemente tirando de la hebra, ó hilando el copo, ó creciendo y menguando en la calceta; semejantes ocupaciones son indignas de su clase y mas indignas aun de su educacion y de sus hábitos. Tiene ciertas horas destinadas á la lectura, que por lo comun son las de la mañana, en que perturbada la imaginacion con los vapores del sueño, no acertaria á

encontrar un plan, un concepto, una imágen correspondiente á la sublimidad de cierta composicion que la trae confusa y enajenada.

Su biblioteca no es muy numerosa; pero sí selecta. En ella figuran en primer término, bellamente encuadernadas, las novelas de *Jorge Sand*, á quien la participacion de sexo le hace mirar, y no es extraño, con cierta especie de idolatria. Siguen despues *Eugenio Sue*, *Balzac*, *Paul de Kock*, *Walter Scott*, *Alejandro Dumas*, las obras de *Victor Hugo*, las de *Lamartine*, algunas de *Chateaubriand*, las de *Lord Byron* traducidas al frances, y otras varias de autores de por allá, unos modernos y otros contemporáneos; nada de *Corneille* ni de *Racine*, ni de *Molière*, ni de *la Harpe*, y mucho menos de *Boileau*, *Delille* y demas poetas líricos á quienes solo ha dado fama, segun dice ella, la época en que vivieron. El insulso *Fenelon* acabó cuando niña con su paciencia *Masillon*, *Marmontel*, *Bourdaloue*, *Saint-Pierre*, *Barthelemy*, *Pascal la Bruyere*, y todos los demas prosistas llamados clásicos en otro tiempo, de poco sirven hoy dia, porque ni sienten lo que escriben, ni saben escribir para la generacion presente. De *Rousseau*, solo conserva la *Julia*, y de *Voltaire* las composiciones dramáticas: al lado de las piezas de *Scribe* tiene los tremebundos dramas de *Bouchardy*, los de *Casimiro Delavigne*, el *Fausto* de *Goethe*, y el *Don Carlos* de *Schiller*, en frances con otras producciones sueltas que están dando alli testimonio de su buen criterio. En punto á nuestras obras es algo mas tolerante; pues no solo ha conseguido reunir cuantas han dado á luz en la postrera década nuestros poetas líricos y dramáticos, sino que guarda con estimacion el *Quijote* y las novelas de *Cervantes*, una preciosa coleccion del teatro antiguo, y la de poesías selectas publicada por *Quintana*. La delicadeza de su gusto no le permite transigir con la mayor parte de los escritores antiguos en quienes no reconoce títulos suficientes para los aplausos que se les prodigan. De *Quevedo*, por ejemplo, dice que brillaría mucho mas si no fuese tan vulgar y desaliñado, y no hubiese dado en el necio empeño de escribir casi siempre chocarrerías; los historiadores españoles carecen de genio y filosofia; los publicistas son pedantes, y los escritores sagrados hipócritas y misioneros, exceptuando únicamente á *Santa Teresa*, sin duda, aquí para entre nosotros, por lo que tenia de comun con Eva.

Con semejantes recursos fácil es comprender á qué género de trabajos se dedica principalmente. No pretende, segun queda ya insinuado, como la *marquesa de Chatelet*, comentar á *Leibnitz* y *Newton*, ú ocuparse en escribir instituciones físicas; ni como *madama de Stael* examinar profundamente el estado de cultura de la Alemania; ni aspira como nuestra célebre compatriota *Maria Isidora Guzman y la Cerda*, hija de los condes de Oñate, á la borla de doctora en filosofia ni al honor de académica de la Historia, ni como *Ana le Fevre* se propone traducir é ilustrar á *Floro*, *Terencio* y *Homero*; su ambicion halla caminos mas espeditos, y sus ilusiones se concentran en el brillante foco de la poesia, pero apartándose de los escollos que ofrece la escuela antigua, desechando sus rancias formas, y adoptando las modernas, como mas varias y armoniosas, é intérpretes mas veraces de la filosofia y el pensamiento. No se busque pues en el índice de cantos con que bajo el significativo nombre de *Impresiones de la Aurora* va á llamar la atencion del público, ninguna oda pindárica, ni elegías, ni sátiras intermitentes, que así las llama ella aludiendo á los tercetos en que solian escribirse, ni epístolas ó composiciones didácticas sobre materia alguna, y mucho menos fragmentos épicos, escenas trágicas, églogas, epigramas y las demas especies de moldes á que acomodaban los antiguos la libre inspiracion del genio. ¿Qué titulo pues da á sus produc-

ciones? Ninguno; pues al lector le importa un bledo que tal ó cual produccion se denomine como quiera; bástale, y le sobra, saber el argumento de que va á tratarse en ella; y si esto se hace con toda la novedad posible, hablándole siempre al alma, dando á la dición cierto sabor mágico é inusitado; y variándole á menudo los metros para que no llegue á sentir fastidio, la composicion de seguro será excelente, y la poetisa alcanzará una fama universal y eterna. Hé aquí el principio de una de sus poesías que lleva por título, epigrafe, cabeza ó como se llame, estas palabras: ¡Pobre Sofía! y siguen despues estas quintillas:

I.

¡Pobre Sofía, que ves
arraigada tu ilusion
junto á ese mudo cipres,
del que tus brazos y pies
sustento y defensa son!

II.

Llora, infeliz, sin consuelo,
pues que así lo quiere el cielo;
llora tu acerbo quebranto,
y te acompaña en tu llanto,
y tomo parte en tu duelo.

III.

Cuando gozosa reias
conmigo en edad temprana,
tormento tal no sentias,
ni discrepancia temias
entre el ayer y el mañana.

IV.

¡Oh! ¡maldicion es el mundo!
¡Nuestra existencia maldita!
¡La muerte nos precipita
en el abismo profundo
que solo la nada habita!

En esta postrera quintilla ha apurado nuestra poetisa toda la energía de su corazon y todos los resortes armónicos de su oido. Veámosla remontarse con estro mas sublime, y admiremos la maestría con que describe una mañana tormentosa:

I.

El cielo es un caos de tétricas nubes;
la tierra se cubre de negro crespon.....
¿Será que de nuevo rebeldes querúbes
su cetro disputen al Dios de Sion?

Ya el rayo se fragua; relámpago ardiente
desciende hasta el suelo con presto fulgor.
El trueno retumba..... ¡Piedad, Dios elemento!
¿Mis voces no escuchas? ¡Clemencia, Señor!

II.

Ya las aves
que perecen
no me ofrecen
su cantar.

¡Solo el trueno
parecido
al bramido
de la mar!

Ni del mundo
blanca aurora
la faz dora
con su luz.

Sobre el monte
triste ostenta
la tormenta
su capuz.

De sus galas
despojado
queda el prado.
— ¡Vedme aquí!
Todo es luto
y amargura.
¡No hay ventura
para mí!

Despues de este sentido lamento consagra unas diez y seis octavas al restablecimiento de la calma y á las reconvencciones que dirige al Ser Supremo, que es cosa de erizarse los cabellos por la valentía de su lenguaje en que seguramente sobrepuja al ánimo mas varonil. Luego trasladada en redondillas los cánticos que entonan en el cielo los serafines; pide perdón á Dios en una cuarteta de versos pareados, y se despide de la creacion en un asombroso soneto, sin cola por supuesto, que esto de los sonetos caudatos fue una misérrima invencion de la pobre Italia; ademas de que bien mirado, toda su composicion es cola.

Por las muestras que anteceden podrá colegir el lector cuánto no debe esperarse de quien con tanta destreza sabe pulsar la cítara de Safo. No es de las *hembrilatinas* á quienes dedicó Quevedo su *Culta Latiniparla*, puesto que no usa de palabras *murcielagas* ni *razonamientos lechuzas*, como aquello de *sonar catarro luciente* por despabilar, *supinidades* por ignorancias, etc.; su lenguaje lleva el sello de la discrecion; no hay mas que decir sino que lo hace frances cuanto le es posible, y sabido es que nada malo puede venir de aquel predilecto clima. Por esto y para mostrar su esquisita erudicion, suele decir á veces cuando habla de buena hora, *soy toda de V. tirar la cortina, vivir en Sardanápalo*, endormecerse, hacer vergüenza, y otras cosas que si escritas pudieran parecer afectadas, en la conversacion suponen un grande ingenio y son otros tantos destellos de la antorcha que la ilumina.

Con todo, á pesar de sus aventajadas dotes y de la gloria que le prometen cuantos tienen la dicha de tratarla, no se sacia ya su ambicion con tan frívolos aplausos; necesita otra esfera mas elevada y anchurosa para desplegar el vuelo. Los recientes lauros merecidos en la escena española por una de sus mas invencibles émulas con quien (de paso sea dicho) quisieran poder compararse muchos hombres, han turbado su sosiego, y dádole á entender cuánto dista todavía del verdadero punto adonde sus miras hubieran debido encaminarse desde luego; aspira al noble coturno; y bullen ya en su mente ininidad de asuntos de la revolucion francesa, todos á cual mas dramáticos, espantosos y sangrientos todos. Dejémosla disponer su accion y desarrollarla con el tino que sabrá hacerlo, y aventuraremos algunas conjeturas respecto á su futura suerte; para terminar deseando le sea próspera y duradera.

Con una organizacion tan delicada como la suya, en que el predominio nervioso ejerce los efectos mas destructores, ya exponiéndola á vértigos y convulsiones, ya á paroxismos poco menos que mortales (y es de advertir que solo estos accesos ocasionan la interrupcion de sus tareas); con saber no mas que padece muy á menudo de síncope é hipocondrias, debe suponerse dotada, y realmente es así, de una sensibilidad eléctrica. Por regla general, no hay mujer cuando habla de sí, que no se compare á la sensitiva; de aquí proviene indudablemente que todas, casi sin escepcion, viven enamoradas, cuál de un sugeto real y palpable, cuál de un Adónis presunto que se ha creado en su fantasia. Unicamente la *Marisabidilla vulgar* no está sujeta como hemos visto á semejantes debilidades; en la *culta* sucede lo contrario, si bien se inclina al segundo estremo, es decir, *al idealismo*: aquel cerebro henchido de imágenes grandiosas y

acostumbrado á embellecer todos los objetos de la naturaleza, halla en el hombre un ser muy imperfecto para hacerle dueño de su albedrío. Tiene adoradores sin cuento, es verdad, y á todos admite, y á ninguno desaira, prerogativa del mérito, que es de suyo indulgente y bondadoso; mas no otorga preferencias, ni prodiga jamas favores, ni cede á la seduccion, ni se ablanda á la porfia. ¡Ay de aquel que la elija por su númen y quemé una vez incienso en el ara de sus rigores! Si algo tiene que espiar en esta vida, á purgatorio bien cruel le ha condenado su triste suerte, porque ni tendrá fuerzas para proseguir su empresa, ni alientos para retroceder, ni paciencia para tolerar su angustia. En vano apelará á los ruegos, y mas en vano á las amenazas; el desvío será infructuoso é inútiles las promesas y las mercedes: en una palabra su castigo será el de Tántalo en los infiernos.

Los años producen al cabo una mudanza notable en la vida y carácter de nuestra heroína. La perpetua tension, por decirlo así, en que están sus facultades intelectuales comienza á fatigarla, y acaba por último con su constancia. Vuelve entonces sus ojos al mundo, se para á reflexionar delante de un espejo, y observa el estrago que con la edad, y con las vigiliias principalmente, han experimentado sus facciones. Por primera vez se le ocurre la idea terrible de su aislamiento y desamparo, y aunque con repugnancia, tartamudea el nombre de esposa, que poco á poco va dejando en sus oidos cadencia mas agradable. Seis meses despues pronuncia un solemne juramento que para siempre la liga á un hombre; y no pensamos indagar hasta qué punto se le hace este vinculo llevadero, y hasta qué grado irreflexiva su promesa, porque entonces se ha emancipado ya de nuestra jurisdiccion dejando de ser *Marisabidilla*, y renunciando á todo lo que en otro tiempo formaba sus esperanzas y delicias. Los cuidados de madre la han hecho en efecto desistir de sus pretensiones de literata y poetisa; y si alguno encuentra poca exactitud en este último rasgo, y presume por aquello de *quien malas mañas há* que el fin de nuestra *culta* es mas amargo, sepa que no tratamos de corregir á petulantes incorregibles, ni creemos que convendría tan trágico desenlace á un espectáculo enteramente cómico y risible, como el que sin chispa de habilidad nos hemos atrevido á presentarle.

CAYETANO ROSELL.

LA SEÑORA MAYOR.

Así como son cinco los dedos de la mano, y cinco los sentidos del cuerpo, y son cinco los principales colores de la luz, y cinco los pétalos de la flor en general, y cinco los mandamientos en las leyes de caballería del vulgo (capítulo *bofetón*), y cinco las partes del mundo, cinco son tambien las edades de la mas bella flor de la creacion á quien el Eterno puso el nombre de *mujer*. Son estas cinco edades, la de *niña*, la de *jóven*, la de *jamona*, la de *Señora Mayor* y la de *anciana*: todas igualmente dignas de la consideracion y respeto del hombre, aunque el nombre con que se designa á una de ellas, la de *jamona*, no parezca inspirado por el mas delicado sentimiento de belleza. — ¡Respeto, pues, á la niña que conservando puro el precioso aroma de la virginidad y de la inocencia, pasa por entre las rosas ajadas y marchitas de este infestado valle de la vida como un naciente boton, cerrado para los mortíferos soplos de las pasiones, con el oído lleno aun de célicas armonías, con la vista fija aun en las vaporosas visiones de allá arriba! ¡Res-

peto á la jóven, casada ó doncella, fiel y afectuosa compañera de nuestra peregrinacion, embellecedora de nuestra existencia, ser que encierra bajo la mas delicada, blanda y hermosa forma, el alma mas fuerte y enérgica para el sufrimiento, cuyo inesplicable y generoso corazon es un precioso vaso que ademas de la propia pena deposita en sí con placer toda la pena del hombre, y donde nunca la hiel de la amargura rebosa para marchitar las dichas ajenas! ¡Respeto á la *jamona*, fresca ó templada, gorda ú obesa, que en esa especie de edad imperfecta, que sin pertenecer á la hermosa juventud frisa con la edad agrídulce de la Señora Mayor, sufre con resignacion, si soltera la soledad enojosa, y si casada la compañía aun mas enojosa del ingrato que desprecia amor! ¡Respeto á la *Señora Mayor*, que empolla el huevo de la felicidad en la ceniza de las ya extinguidas pasiones, y que sin curarse del mundo y sus vanidades, guiada por la filosofia práctica de su experiencia de las cosas humanas, posee la ciencia inestimable de andar por el mundo sin lastimarse con sus espinas, y de conciliar el propio interes y bienestar con el interes y bienestar general, intereses que están siempre en pugna en todas las demas edades de la vida! ¡Respeto pues á la *Señora Mayor*! ¡Respeto, oh lectores, á la estóica portera de la antesala de la vejez!

¿Quereis ahora saber cómo es esta antesala? Voy á describirlos las variadas, y á veces risueñas escenas, donde la Señora Mayor aparece y campea. — ¿Quereis conocer el carácter, cualidades, usos, costumbres é inclinaciones de la mujer que ocupa el dintel divisorio entre el caliente y dorado mediodia de la vida, y las frias sombras de la tumba? Pues yo os conduciré donde podais observar su modo de vivir, en diversas condiciones de la sociedad; dejaos guiar y venid conmigo.

Atravesamos las ruidosas calles del centro de Madrid, dejamos á la espalda las bulliciosas moradas de los banqueros, comerciantes, bolsistas empresarios, libreros, etc., etc., y nos dirigimos hácia uno de los barrios extraviados, pero tranquilos, donde en las horas medias del dia apenas se percibe mas ruido que el de unos cuantos coches, ó de alguno que otro carro que pasa lentamente cargado de escombros ó de materiales para alguna obra, y al caer la noche no se oye otra voz que la del robusto maruso espendedor de *apio y escarola*, cuyo canto *spianato* hace á veces durar la última nota tenida desde una á otra esquina. — Hay allí una pequeña é irregular plazuela, malisimamente empedrada, con sus altos y bajos, y sus gastadas aceras donde se dan frecuentes resbalones, y sus arroyitos muy torcidos por donde se precipita furiosamente el agua cuando cae algun chaparrón de verano: y en dicha plazuela se eleva una casa grande, de sencilla y sólida construccion, pero de prosaico y cuartelesco aspecto, á cuya puerta suele haber constantemente un coche parado, y en cuyo portal suele constantemente estar durmiendo un hombre con chaleco encarnado y chaqueta gris. NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO, dice la mugrienta fachada de la portería al uso antiguo: los que al uso moderno entran sin preguntar por nadie nunca consiguen subir hasta el cuarto principal, porque el irritado cancerbero saliendo de su casilla empieza á dar voces: «¡eh, eh! ¡caballero! ¡caballero!» y preguntándoles «¿dónde va Vd.?» siempre les da por respuesta: «no está en casa» para devolverles el desprecio recibido. — A los que preguntan suele contestar *está ó no está*, segun su antojo, unas veces medio gruñendo, otras medio roncando, otras sonriendo con amabilidad, pero siempre tumbado y con los ojos á medio abrir, con toda la dignidad tradicional del oficio. En rigor desempeña muy mal su cometido, pero dura en la casa desde tiempo inmemorial, y

durará hasta el fallecimiento de la persona á quien actualmente hace que sirve; la cual está acostumbrada á despedir cien veces á un criado sin poderle echar nunca.

Tú y yo, lector apreciable, no necesitamos permiso de nadie para penetrar hasta lo mas recóndito de esa casa. Burlamos invisibles la vigilancia del portero dormilon, subimos sin ruido la escalera, no nos dignamos siquiera llamar á la puerta del cuarto principal, pasamos por ella aunque cerrada, nos deslizamos rozando las narices del lacayo y portero de estrado que yacen medio tumbados en los bancos verdes del recibimiento, cruzamos antesalas pintadas de azul, de amarillo con franjas, de encarnado con pabellones, atravesamos un espacioso *estrado* (vulgo *sala*), lujosamente amueblado en tiempo de Carlos IV, con su grande y pesada araña de cristal, sus sofás y sillones de raso anaranjado, jarrones chinoscos en los cuatro ángulos, consolas y veladores de caoba con adornos dorados, amplias cortinas de damasco, alfombra elaborada en la real fábrica de tapices de Madrid, espejos con marco á la griega, y en las paredes, revestidas de tafetan lila y rosado, varios retratos de ministros, almirantes y togados, con sus correspondientes alas de pichon, ejecutados con aquel estilo candoroso y bonachon que distingue á nuestros pintores de la pasada centuria, y cuyos caracteres infalibles son la plasta amarillenta y lisa de los claros, y el tono chocolate de las sombras; y llegamos por fin *inapercibidos*, al tranquilo y cómodo gabinete de la marquesa viuda de V*** legítima dueña y habitadora de la referida casa, noble *Señora Mayor*, respetable y digna como casi todas las señoras de su edad pertenecientes á la aristocracia española. Este gabinete ha sido el mudo y fiel testigo de mil interesantes escenas, cómicas y ridículas las unas, dramáticas y aun eminentemente trágicas las otras, algunas puramente pintorescas, varias de ellas de suma importancia política... ahora por lo general puramente religiosas ó domésticas. Cuando el difunto marques de V*** era mozo y habitaba la casa paterna, antes de su enlace con la actual *Señora Mayor* que era entonces una de las lindas criaturas de la corte, todos sus trapicheos amorosos tenían por teatro dicho gabinete; construido por su padre, hombre de severísimas costumbres, bajo la inmediata vigilancia de un preceptor clérigo, que era al mismo tiempo el capellan de la familia; el campo de batalla de sus devaneos juveniles habia de ser forzosamente cualquiera pieza de la casa; y como aquel gabinete era la mas favorable de todas por su contigüidad al oratorio, en cuya sacristia habia una escalera secreta que guiaba á una estrecha callejuela á espaldas del edificio, casi todas las citas clandestinas que por medio de su ayuda de cámara ó la planchadora llegaba á concertar el jóven marques, se verificaban, segun la calidad de la persona citada, ó bien en la susodicha escalerilla, ó bien en la sacristia del oratorio, ó ya por fin dentro del mismo gabinete, que en las horas de siesta hacian completamente independiente y seguro la lejanía del apartamento paterno, y el sueño profundo del inexorable capellan que tenia su cuarto allí cercano.—Era de unos veinte años de edad el jóven primogénito, cuando la caritativa prevision del arquitecto que construyó el edificio le proporcionó el enamorarse locamente, desde un ventanillo de la despensa, de la preciosa criatura arriba mencionada, hija única de un noble matrimonio que, sin ser inmensamente poderoso, habitaba con holgura y comodidades el cuarto principal de la casa vecina. Fernanda, tal es el nombre de la actual marquesa viuda, aunque educada con grande esmero y recogimiento, y de carácter naturalmente tímido en todos los acontecimientos comunes de la vida, sabia en algunas ocasiones escepcionales armarse de valor

y resolucion cuando animaba su alma algun efecto verdaderamente poderoso. Largo tiempo pasaron el presunto marques y la hermosa Fernanda comunicándose por el ventanillo, haciendo *telégrafos*, como hoy vulgarmente decimos, y cambiándose palabras pronunciadas á media voz, miradas y besos fervientes encomendados al viento, entre las prosáicas y rancias emanaciones de la cecina y los pernils: hasta que por fin, á propuesta del cautivo mozo, tomó ella la heróica resolucion de que vamos á dar cuenta. Por las indicaciones hechas, ya habrá colegido el lector la forma del misterioso gabinete cuya historia narramos: hay en él cuatro puertas, una es la del espacioso estrado que dejamos descrito: en frente de esta hay otra grande que es la del oratorio, y suele estar siempre abierta por las repetidas visitas que á este piadoso lugar hace al cabo del dia la Señora Mayor de la casa. Las otras dos puertas son: la del cuarto del jóven marques, y la del aposento del clérigo preceptor. Este buen señor acostumbraba á guardar bajo su almohada la llave de la escalerilla de la sacristia, que reconocia al jóven marques por su habitual detentador: y como aquella costumbre, por el mero hecho de serlo, habia perdido la índole maliciosa y suspicaz que la introdujo, ya nunca se curaba el capellan, al recogerse para dormir su siesta, de verificar si existia ó no bajo su cabezal aquel precioso instrumento de los amores del alumno.—El dia, pues, de nuestra historia, tenia el mozo en su bolsillo la codiciada llave, y á la hora de la siesta no le fue preciso poner á prueba el sueño de su maestro, á quien juzgaba en su aposento profundamente dormido.—Desde el comedor fuése alegremente á su cuarto, permaneció en él un rato con los brazos cruzados hasta que le pareció estar ya recogida toda la gente de la casa, y en seguida se largó á la despensa desde cuyo ventanillo arrojó á Fernanda la llave. Volvió al gabinete, y pocos minutos despues estaba en sus brazos la hermosa doncella... Era dia de gran festividad, y al anocheecer se celebraba reserva en el oratorio.—La plática de los dos jóvenes fue de tanto interés que, sin saber cómo, se vieron de repente sorprendidos por las sombras: y cuando quiso Fernanda volverse á su casa, se hallaron al capellan arrodillado en medio del oratorio, por lo cual no pudo salir, y no le quedó á la pobre doncella mas arbitrio que esconderse en el cuarto de su amante. Era que la marquesa madre habia hecho dejar la siesta al capellan para confesarse de unos escrúpulos que se le ocurrieron durante el dia, y despues de retirarse la penitente se habia quedado el cura á echar su siesta dentro del confesonario, lo que verificó en paz y tranquilidad mientras los dos enamorados estaban entretenidos en su coloquio.—Siendo la hora ya avanzada, se disponia el capellan á pasar á la sacristia para celebrar la reserva, cuando Fernanda tuvo que retroceder al cuarto del jóven; por fortuna llegaba á este tiempo al oratorio, presuroso y afanado, vestido con su sotana y sobrepelliz, y llevando en la mano una alcuza para atizar la lámpara, el muchacho que servia de monaguillo, y llegándose á él por detras el intrépido marques, asióle por un brazo, le tapó con una mano la boca, y haciéndole seña de que no chistara le despojó en un santi-amen de sus hábitos, y despues de mandarle que se volviera por donde habia venido entróse en su cuarto con los despojos del estupefacto monaguillo.—De allí á poco volvió á salir conduciendo de la mano á un hermoso jovencito revestido con la misma sotana y sobrepelliz, cuyos ademanes de timidez y vergüenza apenas bastaban á ocultar las sombras del crepúsculo.—Dijole el marques algunas palabras al oído al entrar en el oratorio, con lo que tomando la alcuza se dirigió resueltamente á la sacristia. Entre tanto el marques le dijo al capellan al oído: «Teneis hoy un acólito nuevo;

procurad vestiros como podais, porque como poco ducho en el oficio ha de servirlos mal.

Celebróse la reserva, á que asistieron con devoción todos los criados de la casa, si bien no dejó de chocar algun tanto el encogimiento y torpeza del coadjutor; pero todo se le podía disimular por la gracia y lindeza de su semblante, y por el aspecto femeníl que le daba su luciente cabellera negra caída por igual en torno del cuello, como era costumbre entre las mas elegantes jóvenes de la época; y si bien la marquesa madre no habia siquiera reparado en él por la devota y constante inclinacion de su cabeza en la casa del Señor, no faltaba entre su servidumbre quien deseára que el monaguillo perteneciese en realidad al sexo que para sus adentros sospechaba, aunque fuese á costa de la profanacion que todos sin saberlo veian consumar. Y así se cumplió en efecto: el monaguillo propietario al verse tan bruscamente desposeido de su empleo acudió llorando y moqueando al viejo marques, y le refirió el hecho. El marques fingió no saber la cosa, y como realmente no sabia que el supuesto monaguillo fuese una doncella, fuése á la sacristia al concluir la reserva, y no hallando ya en ella al usurpador, volvió lleno de cólera en busca de su hijo, mandando al mismo tiempo á dos criados que descubriesen el escondrijo del intruso monaguillo. Estaba el irritado marques en el gabinete reprendiendo al mozo delante de la marquesa y afeando su proceder, cuando los dos criados entraron conduciendo á su presencia á la pobre Fernanda, á quien habian encontrado bajando de puntillas la escalera secreta de la sacristia, y que ahora sollozando y colorada como una grana les suplicaba en vano que la dejasen en libertad. Al verla el jóven en aquel estado arrojóse á los pies de su padre, movimiento que imitó en seguida la doncella, y mientras el viejo marques permanecia de pie confuso sin saber la causa de tantos extremos, oia con asombro que su hijo, á quien reputaba loco rematado, imploraba su paternal perdon y le pedia á voces la mano del monaguillo, diciendo: «¡Concedédmela, que sin ella no puedo vivir!» La marquesa, igualmente admirada, juzgaba tambien que el manco habia perdido el seso y no acertaba á articular una palabra sola de estupefaccion: Fernanda cubierta con su sotana de bayeta y su sobrepelliz, con la cabeza junto al suelo, habiera podido muy bien pasar por un adulto del género masculino; de manera que si el digno primogénito no hubiera tenido á bien dar algunas explicaciones, no habia razon para que cesase en mucho tiempo la confusion de sus padres. No causó aquella revelacion pequeño escándalo: hubo consternacion general en la familia, la marquesa madre ofreció muchas novenas al Santísimo, por la profanacion acontecida, el padre capellan hizo una larga plática sobre el pecado del escándalo, é insistió en la necesidad de una expiacion temporal, proponiendo despues al viejo marques la penitencia que debian en su opinion hacer los dos jóvenes, la cual para la desgraciada Fernanda era nada menos que retirarse voluntariamente á un monasterio. El se encargaba de hacer sabedores de aquel grave caso á los padres de la doncella y de arrancarles con su natural persuasiva el espontáneo consentimiento. Fernanda estaba aterrada y no sabia mostrar oposicion alguna. Afortunadamente la marquesa era una de esas *Señoras Mayores* que por su carácter racional, benigno y compasivo, no solo se hacen respetar de las familias que tienen la dicha de verlas á su cabeza sino que ademas parecen durar en el mundo para ser la providencia visible de los jóvenes, y para terminar felizmente con su eficaz y santa mediacion las contiendas domésticas siempre religiosas y de maligna naturaleza. — Veamos lo que hizo aquella prudente Señora.

Mientras el capellan escandalizado se retiraba á su aposento, haciéndose cruces al ver á su discípulo

sacar de su cuarto, anonadado y contrito, unas ropas de mujer, que era el verdadero traje de Fernanda; la marquesa madre, compadecida del abatimiento de la jóven, que cubriéndose el rostro con ambas manos sollozaba amargamente en un lado del mismo sofá donde ella estaba sentada, acercándose á ella cariñosamente empezó á consolarla, y por último, poniéndola sus vestidos, la prometió acompañarla á casa de sus padres, á quienes ella misma daría tales excusas por su ausencia, que no habria lugar á la menor reconvenccion. Antes de acompañar á Fernanda, exigió de su esposo el marques la aprobacion y el consentimiento de todo cuanto ella hiciera para conducir á buen término tan delicado asunto, é hizo prometer al capellan que no se valdria de su autoridad para contrastar en lo mas mínimo sus proyectos: el ascendiente que sobre ambos ejercia por su talento y virtudes, hizo que así el marques como el preceptor manifestáran poca repugnancia en retirarse su intervencion de aquel negocio, con lo cual quedó la *Señora Mayor* como único árbitro por parte de la familia. — A pesar del tacto y habilidad que la marquesa desplegó en su entrevista con los padres de Fernanda, la severidad con que estos recibieron á su hija, y las terribles miradas que el padre dirigió á la doncella, daban perfectamente á conocer que las piadosas invenciones alegadas por la respetable Señora Mayor como disculpa de la pasada fuga, no habian sido suficientes para destruir los cargos que á Fernanda amenazaban. Repitióse la marquesa varias veces que ella misma habia ido en su busca, que se habia tomado aquella libertad por no salir sola, y que ella misma habia exigido de Fernanda que no interrumpiese la siesta en que ellos estaban cuando fué por ella. Pero ¿cómo habia de ser posible justificar su conducta? El padre de Fernanda afectó un convencimiento que no tenia, y así que se retiró la marquesa, variando de tono y de semblante, asió del brazo violentamente á su hija, prorumpiendo en espantosas amenazas, se encerró con ella en su despacho donde la sujetó al mas minucioso y severo interrogatorio. Mientras esto pasaba con Fernanda, previendo la marquesa la tormenta que amagaba, solicitó de su esposo un largo coloquio, y retirada con él en el gabinete le expuso la necesidad de casar á su hijo con la doncella. — Aquella proposicion, hecha por otra persona, hubiera sido recibida con una explosion de cólera por parte del marques; pero hecha y sostenida por la marquesa, por la respetable dama cuya alta dignidad no habia rebajado jamas un punto el mas leve olvido, la mas insignificante falta, fue origen de una larga meditacion, y de discusiones, precipitadas y acaloradas en un principio, pero despues razonadas y calmadas, que dieron por resultado la conformidad del marques y la victoria completa, aunque sin triunfo ni cacareo, de la virtuosa Señora Mayor. Cuando esta acabó de exponer las razones que le dictaba esa rara penetracion que es, por decirlo así, el sexto sentido del cuerpo y la cuarta potencia del alma para la mujer; cuando cesó de hacer las consideraciones que su conocimiento del mundo le sujería, el viejo marques, reconciliado ya con la idea de llamar hija suya á una simple *señorita* de la corte, nacida de un mero *don* y de una *doña*, se disponia á ir en busca de su hijo para interrogarle sobre la pasada escena; pero al levantarse de su sillón, entró atropelladamente en el oratorio, viniendo por la escalerilla de la sacristia que habia quedado abierta, dando grandes voces, con los ojos encendidos, y con una espada en la mano, el padre de Fernanda, y precipitándose furioso dentro del gabinete fué á parar al frente del marques, que sorprendido de aquel inesperado ataque solo tuvo accion para sujetarle por ambos brazos. Pero el irritado padre se resistió amenazándole, y sacudiéndose de él con violencia gritó que queria lavar con sangre la

afrenta que en su honor le acababa de hacer su familia; el marques entonces tomó su baston, y se preparaba á descargar un furioso golpe sobre el agresor, cuando interponiéndose la marquesa los rechazó á ambos con dignidad y energia. — «Retiraos, dijo á su esposo, y vos, caballero, escuchadme si no quereis que por delirante é insensato os mande atar por mis criados.»

Quedaron solos en el gabinete el ofendido padre y la marquesa: el lenguaje que esta emplearía para amansar la furia de aquel hombre impetuoso solo es capaz de reproducirlo un ser de su mismo sexo, colocado en sus mismas circunstancias. Dificilmente se encontrarán en los discursos de los mas célebres oradores antiguos y modernos, rasgos de dialéctica

mas sublimes que los que en diversas ocasiones han salido de los lábios de algunas damas españolas: apenas podrán citarse artes y recursos retóricos que iguallen en poder á las naturales artes que en algunos momentos sabe emplear la mujer. Pero la mas admirable de este ser, es la luz de verdad con que aparece iluminado en las mas solemnes circunstancias de la vida sea cual fuere su siglo; pues mientras hemos visto á los hombres obedecer ciegamente á las mas absurdas preocupaciones, ha habido mujeres que guiadas solo por los nobles instintos de su corazon, en una edad en que ya la imperiosa voz de la pasion ha enmudecido, han procedido en sus acciones como esclarecidas por la mas pura y avanzada filosofia. Mas de una hora duró la dolorosa escena en



La Señora Mayer.

que por persuasion de la marquesa devoró dentro del pecho su resentimiento el desgraciado padre de Fernanda: al cabo de este tiempo ¡cuán trocados se mostraron los afectos en ambos interlocutores! A los convulsos movimientos del irritado caballero habia sucedido una especie de prostracion penosa: su rostro, antes encendido, estaba cubierto de una mortal palidez, y de sus ojos, que antes parecian arrojar llamas, corrían dos gruesas lágrimas. La marquesa, si bien conservaba la misma dignidad que al principio, pronunciaba las palabras de consuelo que á aquel di-

rigía con honda amargura, y parecia decir solo con el tono de su voz: «¡cuán mas destrozada que vos tengo yo el alma.» Finalmente, convinieron ambos en que el enlace de los dos jóvenes era el mejor medio de reparar la ofensa.

Pocos dias despues se celebró, con toda la pompa y suntuosidad del caso, la boda de Fernanda con el primogénito.

Fernanda, la actual marquesa viuda de V*** recuerda ahora con complacencia mezclada de grave melancolia aquel antiguo suceso que decidió de su

suerte futura, y aunque la relacion de él le sugiere las mas juiciosas reflexiones sobre la ligereza y atolondramiento de la primera juventud, nunca deja de dar gracias al cielo por la buena fortuna que le depa- ró, destinándola á un hombre que era, segun ella, el modelo de los esposos. Repasa ahora con dulzura todas las memorias de aquella noble dama que fue mas su segunda madre que su suegra; en cuyo elevado y dignísimo carácter hallaban, la familia ejemplos; los estraños, prendas que admirar; los afligidos, consuelo; los enemistados, una mediacion honrosa; los desmedidos, un saludable freno; y amparo todos los menesterosos. La actual Señora Mayor ha sabido seguir las huellas de la antigua, y no brilla por cierto con menores virtudes que aquella. Es compasiva con los amigos desgraciados, porque lo fueron con ella en su juventud: su carácter es conciliador y generoso, porque tiene muy presente el inestimable valor de estas prendas desde que por mediacion de una Señora Mayor se vió libre, con dos familias enteras, de una catástrofe espantosa...

El misterioso gabinete, cuya historia acabamos de narrar, es ahora el pacífico teatro de otros enredos y combinaciones de muy diversa índole de los referidos. Los inocentes embrollos que en él se trampan suelen dirigirse ahora al piadoso objeto de la beneficencia: la actual Señora Mayor sabe sacar partido de aquella escena de una manera verdaderamente admirable. Del mismo modo que pone en juego las cuatro puertas de su gabinete para preparar sorpresas y poner algunas veces en compromiso á los mas altos funcionarios públicos, haciendo como por ensalmo aparecer á su presencia á los pretendientes necesitados, así maneja con las artes de su natural elocuencia los ánimos de los personajes influyentes que la visitan, cuando se trata de dar cerca del gobierno un golpe de diplomacia en beneficio de alguna clase desatendida por el Estado, como los ex-claustrados, las pobres religiosas de Madrid, etc.—Su celo por el bien no tiene límites, y su posicion es la mas ventajosa para realizar los planes filantrópicos que discurre. La Señora Mayor se halla por su edad al abrigo de las hablillas de la gente ociosa; á ella le es lícito visitar á los ministros, ir sola donde quiera, tener largos coloquios con los jóvenes, servirse de estos á su antojo (aunque ellos se presten de mala gana y forzados por la galantería que á la mujer en toda edad es debida), y por último valerse con toda libertad de las armas del ingenio sin tener que guardar miramientos en sus luchas oratorias. La marquesa viuda de V*** se distingue principalmente por su carácter dulce y su genial franqueza: su trato es siempre igual, su humor siempre agradable con toda clase de personas. A su casa suelen acudir diariamente un respetable capellan de monjas, antiguo jesuita, cuya instructiva conversacion es uno de los principales recreos de la marquesa viuda: la vetusta baronesa de D*** que se pasa con ella las horas enteras hablando de novenas, cuarenta horas, predicadores y etiqueta palaciega: su sobrina la condesa de R*** que es informanta de la *Sociedad de socorros de religiosas*, y que suele darle cuenta de los progresos de la asociacion, de los donativos hechos á la Jun'ta, de los auxilios recientemente distribuidos, de las labores que se disponen para la próxima rifa, de las inocentes intriguillas que se preparan para la nueva eleccion de oficios de presidenta, secretarias, procuradoras, etc., y del producto de las últimas cuestionaciones, concluyendo siempre con un párrafo animado sobre los progresos de la caridad pública y de la reaccion religiosa en que se trasluce el entusiasmo de la poca edad: y ademas algunas otras gentes, como el médico, una doncella antigua de la casa que cobró ley á la señora, un marino veterano que se marea en las sociedades numerosas, un *dómine* protegido de la marquesa, que la

recita de vez en cuando exámetros latinos que ella sufre con heróica paciencia, etc., etc. Entre estas visitas diarias, la misa, un poco de lectura, algun solitario paseo en coche cerrado, alguna visita ministerial ó conventual, y el tresillo obligado, en el cual la acompañan el marino, la baronesa vetusta, y una cuarta persona amovible pero de edad madura, pasa insensiblemente un día y otro día nuestra Señora Mayor, siempre respetada y querida, siempre tranquila, siempre incólume y libre de los amargos contingentes que pueden á uno arrastrarle á figurar como principal actor en las deshechas borrascas del mundo.

La Señora Mayor en la clase media de nuestra sociedad ofrece en sus usos, costumbres é inclinaciones, varias particularidades que no son comunes á la Señora Mayor aristocrática; pero todos son muy fáciles de notar, por cuanto su vida suele ser mas escéntrica y exterior. Esta, por ejemplo, aunque dotada de un carácter apacible y bondadoso como aquella, es por lo general mas amante de su independencia y de su comodidad. Estos dos sentimientos se hallan desarrollados en ella hasta la exaltacion, y son los que determinan las principales diferencias entre las dos clases de *Señora Mayor*. La aristócrata es comunmente recogida y devota: la de la clase media es despreocupada y amante de la sociedad: la primera pasa el día entero en su casa, la segunda no falta en ninguna concurrencia pública, y si es en la estacion de los calores, ella es la primera asistente á los paseos matutinos del Prado, el Jardín Botánico y el Retiro. Posee en grado sublime el arte de argüir, y se complace en chafar desapiadadamente á todo mozalvete petulante: inclínase por lo general á la bella literatura, y compone para su recreo comedias y novelitas de costumbres, que se leen con aplauso en las reuniones nocturnas de su casa. Es caritativa sin sacrificarse, por lo cual no suele admitir cargos en ninguna sociedad filantrópica, y se contenta con el honor de ser simple vocal.—La tranquilidad de ánimo que disfruta, el buen régimen higiénico que observa, su amor propio satisfecho, y su amor á la macerina de chocolate cuotidianamente logrado, dan á su físico el desarrollo y crecimiento que notarás, oh lector amigo, en el retrato grabado que á mi artículo acompaña. Contémp- plala de vuelta de una de sus matinales escursiones.

PEDRO DE MADRAZO.

EL COVACHUELISTA.

EN una época, como dicen, de transicion; cuando se realiza en nuestra sociedad un cambio, no solo de instituciones políticas, sino, lo que es consiguiente, de ciertas costumbres y hasta de ciertos caracteres mas ó menos enlazados con aquellas, es preciso, para que sea completo el cuadro que me propongo bosquejar, para que el retrato sea exactamente parecido, que tenga dos partes ó dos términos, ó que se refiera á dos épocas, aunque próximas, bien diversas, representándonos dos figuras, aunque algo semejantes en el fondo, bastante diferentes en los accidentes y accesorios. Esto es general en cuanto se refiere á nuestras costumbres políticas, no ya por la razon que acabamos de apuntar, sino tambien por el influjo poderoso de la moda, de esta tirana, que estiende su dominio á las opiniones, á las costumbres, á los caracteres y á todo. Por eso no hay ya nadie que no conozca que nuestros usos y costumbres políticas, que nuestros caracteres en esta misma esfera varian y degeneran de un modo pasmoso. ¿En qué se parece un togado de nuestros dias, magistrado de veinte y cinco años, á uno de aquellos graves pelucones que compo-

nian nuestras chancillerías y el Consejo de Castilla? ¿Dónde se encuentran ya aquellos contadores capaces de poner reparos á cuentas ajustadas por el mismísimo demonio? ¿Dónde aquellos archiveros, que después de haber tenido la singular vocación de pasar cuarenta años entre el polvo y la monotonía de su oficina, impávidos desde su silla daban razón circunstanciada hasta del apunte mas insignificante de aquella inmensidad de papeles?

Muchos caracteres han variado hasta tal punto, que han perdido el sello de originalidad que los distinguía, sin haber adquirido otro nuevo; porque el tiempo no ha permitido todavía que lo reciban de las ideas y hábitos especiales de cada profesión ó clase: han ido á perderse en el vasto mar de los costumbres generales de donde aparecerán un día con su traje particular y propio. Otros, aunque bien pocos, conservan algo de lo antiguo combinado con algo de lo moderno, formando una mezcla, que aunque en sí sea singular y extraña, no por eso deja de ofrecer al observador las señales marcadas de su primitivo origen, que por una parte el tiempo ha borrado ú oscurecido algun tanto, y que por otra están cubiertas con el barniz que le han dado las opiniones y otras circunstancias de la época revuelta que hemos alcanzado.

En este número entra nuestro *Covachuelista*, y por eso para darlo á conocer tendremos que describir, aunque ligeramente, lo que ha sido y lo que es; ó como hoy se escribe, su pasado y su presente: aquel fue su siglo de oro, en que todo era vida y dulzura; este es siglo de hierro, en que á todas horas amenaza, aunque no se sepa cuándo ni por dónde ha de venir, una cesantía sin sueldo, y en que solo se recibe una gran lección moral, que consiste en conocer las vicisitudes de la fortuna y la vanidad de las cosas humanas. Estas dos épocas corresponden á las dos partes de que constará nuestro retrato; en cada una de ellas se representará el mismo sugeto bajo diversa forma, quedando siempre unos mismos el fondo y la sustancia, y las cualidades esenciales que lo constituyen.

Es tan marcada la diferencia que dos épocas que se tocan han producido en un mismo carácter, que hasta el nombre ha variado; ya no se llama *Covachuelista*; ó *covachuelo* (esta última voz era demasiado vulgar y aun baja, y se usaba como invectiva de las manolitas), sino oficial de secretaría ó del ministerio. Si algun crítico me censurase de no dar á mi artículo un título oficial y bastante genérico para abrazar ambas partes, le diré, que debo darlos á conocer bajo el mismo nombre con que el público los conocía, y con el cual los distinguía de cualquier otro oficial de cualquier secretaría; que con este nombre adquirieron celebridad y eran la envidia de todos los pretendientes y empleados; y que la denominación de *Covachuelista*, aunque parezca que ya no es de esta época, expresa y expresará siempre á un oficial de secretaría por excelencia, en su época de mayor boga y popularidad.

¿Quién podrá alzar una punta del velo que oculta los orígenes de las cosas en la mas remota antigüedad? Valiéndonos, á falta de datos auténticos, de conjeturas, diremos que deben ser contemporáneos de los expedientes, es decir, de la invención del papel y de la tinta. En buen hora que los príncipes y los gefes de las repúblicas pudiesen comunicar órdenes por medio de caracteres trazados en tabletas con un punzon; en buen hora que los fueros y privilegios, así como los códigos y libros antiguos, que aun se conservan en rollos de pergamino, supongan, respecto de los primeros, que en las córtes de los reyes, y cerca de sus secretarios, habría personas que escribiesen con corrección y estuero aquellos documentos diplomáticos; pero ni lo primero, ni mucho menos lo segundo acreditan otra cosa, sino que los encargados de aquellos trabajos debían ser con muy corta diferencia unos

meros pendolistas. Las funciones del *Covachuelista* son muy diversas, y es preciso confesar que revelan un gran adelanto administrativo. Sin papel y tinta no podemos concebir un expediente instructivo, un expediente general, y lo que á eso es consiguiente, los extractos y las minutas, que son las obras mas delicadas del *Covachuelo*, después de las notas, que es donde suelen, y donde dan á conocer toda su sinóresis. Sin el papel los trabajos de cancellería habrían de ser muy limitados, y los negocios no darían lugar á los trámites y curso que hoy siguen, y en que están comprendidas las tareas de un oficial de secretaría, que consisten en la instruccion de expedientes en que se supone, por una ficción de derecho, que debe recaer la resolución superior del rey.

Si hemos de dar crédito á tradiciones antiguas, el cargo de que tratamos no era una elevada categoría, cuando nuestra córte andaba ambulante; pues entonces parece, segun voz vulgar, que nuestros *Covachuelistas* seguían á la córte á todas partes, y que al rededor del palacio, donde el rey residía, se colocaban en unos cajones de madera, á manera de los que usan hoy los memorialistas prácticos: de estos cajones ó *covachas* se cree que tomaron los que los ocupaban la denominación con que encabezamos este artículo. En estos cajones ó *covachas* habian razon á los interesados de las solicitudes que habian presentado al rey, ó de los negocios que estaban pendientes; pues todavía no se conocian por aquel tiempo ni las audiencias ni el parte. Cada cual en su breve recinto, sin tener á los lados compañeros con quien hablar ó intrigar, se ocupaba desde bien temprano, después de haber tajado su pluma, en escribir de su puño y letra las cartas-órdenes y demas que les hubiesen encomendado los diversos secretarios de Estado.

Pero dejando á un lado las investigaciones históricas, que no son el objeto principal de nuestro escrito, vengamos á trazar el retrato de nuestro héroe ideal en los tiempos de su mayor apogeo, en el feliz reinado del Sr. D. Carlos IV.

¡Feliz el pretendiente, dichoso el litigante que al entrar por las puertas de esta coronada villa venía bien provisto de una buena carta de recomendación para algun oficial de la covachuela! La sombra de su protección no se limitaba á Madrid, sino que se extendía á las provincias del reino; y en estas el que tenía un tío *Covachuelista*, ó se habia andado á la escuela con alguno de ellos, merecía consideración y aun respeto; nadie se atrevía á tener ninguna contienda con él, porque se decía que *tenía brazos en Madrid*, y en cualquier negocio empeñado le era muy fácil que viniese á la cancellería ó á la intendencia una real orden á *raja tabla*, ú obtener *por alto* cualquiera gracia de la córte. Sus amigos podían contar ya seguramente con un favorecedor constante, que cada vez podría serles de mas valimiento: su familia entera tenía un apoyo poderoso y un instrumento de su fortuna. Si sus hermanos habian seguido la carrera de las leyes, mas tarde ó mas temprano obtenían togas, aunque fuese, si no podía ser en la Península, en Caracas ó en el Perú: si no habian seguido carrera ninguna, se les daba la mejor administración de Salinas ó un buen destino en Tabacos. Porque en primer lugar los secretarios del despacho en aquellos tiempos solían deferir el dictámen ó nota de la mesa, cuando se trataba de hacer alguna provision, y no estaban influidos por algun favorito ó criado de palacio. En segundo lugar, que generalmente merecían atenciones y deferencia de los mismos ministros, que no debía esperarse que los desairasen al hablarles en favor de una persona de su familia: y en tercer lugar, que las jornadas á los sitios reales, donde residía la córte la mayor parte del año, estrechaban forzosamente las relaciones entre el ministro y los *Covachuelistas*, tratándose con mucha frecuencia é inmediatez, asistiendo juntos á las me-

sas de Estado, y llegando por estos medios, además de su capacidad y expedición, á adquirir aquellos un verdadero favor con su jefe y demas prohombres y favoritos de la corte.

Ya se deja conocer que estas plazas habian de ser envidiables. Lo eran en efecto, y mucho: por eso estaban reservadas para personas de gran favor, ya en la casa grande, ya con los ministros, como hijo, sobrino, ó persona de su mayor obligacion y cariño. Con ellas fueron agraciados no pocos novios de camaristas, que las preferian, por no salir de Madrid, á una intendencia, ó que no siendo abogados, carecian de este requisito indispensable para vestir la toga. El favorito de entonces tambien premió con algunas de ellas el celo de varias damas de la servidumbre de su ilustre esposa, dándolas como en dote á los que á aquellas habian de dar la mano. Ningun mal habia en esto, y antes bien se hacia un matrimonio feliz. Entre muchos ejemplos se nos ocurre en este instante el del bueno de Calomarde, que segun fama muy extendida y autorizada, entró en la secretaría de Gracia y Justicia en calidad de novio y esposo futuro de la hija del médico del Príncipe de la Paz. Pero en obsequio de la justicia debemos decir que tanto por la proteccion de este personaje, hoy anciano venerable por las vicisitudes de su fortuna, cuanto por el favor de los ministros, obtuvieron estas plazas no pocas personas de distinguido mérito y de alta reputacion literaria. Muchas pudiéramos citar de justo renombre y fama, si no temiéramos alejarnos demasiado de nuestro principal propósito.

Las secretarías del despacho se hallaban situadas entonces en el Palacio Real; y tanto esta circunstancia, que no es pequeña, cuanto las muestras de atencion y respeto que recibian los Covachuelistas á su entrada y salida, daban á aquellas sombrías y lujosas habitaciones un aspecto imponente, que las hacia mirar como un recinto sagrado, adonde no le era dado penetrar al vulgo profano, y sí solo á un número muy corto de altos personajes, que contribuian á hacer mas envidiable aquel privilegio. Esta era una de las pocas preferencias que disfrutaban los secretarios honorarios del rey.

La entrada y salida en la secretaría, así como las audiencias y el despacho con el ministro, eran los actos mas lisonjeros para el amor propio de un Covachuelo, y en que mas ocasiones se le ofrecian de desplegar sus recursos naturales y su coquetería cortesana. Entraba de prisa, pero sin descomponerse y con dignidad. Como los porteros, que se hallaban siempre en traje de ceremonia, corrían á abrir la mampara, las personas que ocupaban impacientes los bancos de la portería ó primera antesala, se levantaban tambien por un movimiento simpático, en que tenian parte el respeto y la cortesía. Si le salia al paso algun pretendiente, contestaba de prisa y sin poderse detener, y lo hacia casi por monosílabos: «bien, bien; está en curso: lo pondré al despacho; se hará lo que se pueda:» á esto se reducian sus razones; y el pretendiente se volvía tan tranquilo y descansado á su posada, con la confianza de que no habia perdido el viaje. Entre tanto la esposa de un comandante de inválidos se lamentaba desconsolada, porque despues de un poste de dos horas, y no conociendo por su fisonomía al oficial que tenia el expediente de su marido, formado por no sé qué trabacuentas con los fondos de la caja, se habia entrado, sin poder ya hablarle hasta la salida. Como entonces no se conocian los gabanes ni paletós, y era un dolor que se malograra un Covachuelista, hijo de un consejero de Castilla y sobrino de un obispo, tenian todos buen cuidado de no desembozarse al entrar ni quitarse el sombrero de tres picos, puesto de facha. Pero debemos confesar que esto no era mas que buen tono, pues cuando llegaba á hablarle alguna dama ó caballero, se desem-

bozaba inmediatamente, y tenia el sombrero en la mano mientras le hablaba. Cortesía y buenas palabras no le faltaban: para esto á lo menos servia una carta de recomendacion.

De lo dicho podemos inferir, que en vista de las consideraciones y respetos que rodeaban al Covachuelista, en vista de la carrera brillante que se le abria, debe disculparse hasta cierto punto el engruimiento é hinchazon de muchos, el quiotismo de algunos, y el aire de superioridad de proteccion de no pocos. El oficial que entraba en la secretaría de la Guerra solia desdeñar las insignias militares por el uniforme de secretaría; y para dar á conocer que no era subalterno ni aun de un capitán general de ejército, no lo saludaba diciéndole: «¡mi general!» con muestras de respeto: sino «señor general» con buena dosis de llaneza y apretándole la mano como á un antiguo compañero. En ausencia era mayor la franqueza; y los mas altos personajes eran designados por solo el apellido, diciendo á algun pretendiente: «¿quiere V. una carta para Morla? Dé V. un recado mio á Urrutia:» á los grandes y títulos los nombraban por el título; Oreylli, Montemar, etc.

El interior de las secretarías estaba preparado con todo género de comodidades y aun adornado con lujo: mesas, papeleras y púlpitos de caoba, escribanías de plata; tirador de campanilla para atronar los oidos de un campanillazo; estufas y cuanto pudiera exigir el regalo y decoro de las personas; pero habia buen cuidado de que cada cual no tuviese mas que el taburete forrado de damasco que ocupaba; y de esta manera se recibia á todo el mundo en pie, y nadie por elevada que fuese su categoría usaba de la franqueza de tomar un asiento. Pero nunca era mayor la fruicion del Covachuelo, que cuando en presencia de sus amigos y de los pretendientes que le hacian la corte, decia con tono satisfecho: «Hoy he dado orden al intendente de los cuatro reinos de Andalucía..... Por el correo de mañana echo una peluca al capitán general del Principado.....»

Un antiguo consejero de Castilla, sugeto de mucha despreocupacion, me decia: «á los treinta y tres años, y despues de haber sido catedrático de leyes en la universidad de Valencia, vine á Madrid, y entré en el cuerpo de Guardias de Corps, en donde esperaba con el apoyo de amigos poderosos tener salida para un destino que asegurase mi carrera y mi fortuna. No tan pronto como yo quisiera obtuve una plaza de oficial de la secretaría de Gracia y Justicia; y dejando la vida de guardia, las molestias del cuartel, las fatigas del servicio, y la subordinacion de un soldado de caballería, hágase V. cargo la impresion que me causaria verme de la noche á la mañana hecho Covachuelista. Confieso á V. amigo, que la primera noche no pude dormir, y que las primeras veces que me oí tratar de *usia*, me causaba un placer que no puedo explicar, y que hasta embarzaba mis movimientos.» Con diferencia de mas ó de menos, estos son los primeros momentos y las primeras impresiones que agitaban al Covachuelista que acababa de ser agraciado. Tan dulces ilusiones eran interrumpidas por la necesidad urgente de ir al momento á dar las gracias al ministro y á sus favorecedores. El ministro, despues de recibirlo con bondad, y de darle buenos consejos respecto del celo y aplicacion con que debia corresponder á la merced que acababa de recibir de S. M., le añadía: «preséntese V. mañana en secretaría. Vea V. al señor mayor para que al momento preste juramento, y se encargue de su mesa, en la que nada se despacha desde que faltó el que la servia hace cinco meses.... ¡Ah! y es menester que apenas le borden á V. un peti vaya á besar la mano á S. M.» Tan lisonjeros, tan gratos, de tanta ilusion eran los primeros dias del agraciado Covachuelo. Así continuaban, y cada vez mas placenteros, y con mas satisfacciones, si no venia un soplo



de desgracia, ó al fin, por término de una afortunada carrera, la segura é inevitable *caída*. Esta era muchas veces en colchon de plumas.

Ya con motivo de los dias ó cumpleaños de los reyes, ya con ocasion de algun otro acontecimiento fausto, se formaba en cada secretaría un expediente general de gracias, en el cual se repartían á cada uno de aquellos media docena de cruces de Carlos III, tres ó cuatro nombramientos de secretarios del rey con ejercicio de decretos, una ó dos encomiendas para los mas favoritos, y algun beneficio simple, ó alguna charretera, ó alguna pensión sobre una mitra para el hijo del que ya habia obtenido otras gracias y se veia cargado de familia. De esta manera se iban sucesivamente cargando de honores y condecoraciones, que no eran vanas y estériles. La pensión de Carlos III se pagaba puntualmente, las de secretario del rey solian percibirse de las cajas de la Habana, sin el menor quebranto por razon de cambio; los beneficios simples se cobraban por tercios religiosamente y lo mismo las encomiendas, consistiendo estas rentas en veinte, treinta, ó cuarenta mil reales anuales, las que menos valian. Las pensiones sobre mitras eran pagadas á gusto del interesado; pues el ilustrísimo señor obispo tenia mucho interes en tener obligado á un *Covachuelista* de Gracia y Justicia.

De esta manera subian como una espuma, ganando honra y provecho á un mismo tiempo. El trabajo no era capaz de abrumar á nadie, y se tomaba con desprecio. Lo que no se hacia hoy, ni mañana tampoco; esta era la máxima de un *Covachuelista*. Cuando convenia, ó el expediente era voluminoso y complicado, habia el excelente recurso de darle *carpetazo*; que era condenarlo á muerte; y esto debia dar alguna especie de fama, porque un poeta de nuestros dias cantaba:

Repitase veloz de gente en gente.
el nombre del celoso oficinista
que sabe eternizar un expediente.

Tenia cada cual su escribiente, además de los de la secretaría, que en verdad entonces no eran muchos; y este escribiente, que pagaba de su bolsillo y con la esperanza de merecer su proteccion, le ayudaba en hacer cuanto tenia que hacer; aunque en obsequio de la imparcialidad habremos de decir, que extendian en limpio de su puño y letra muchas de las reales órdenes que firmaba el ministro; y que esto era costumbre general en la secretaría de Estado, donde no habia escribientes, y todo lo escribian los oficiales. A pesar del descanso que gozaban, era costumbre admitida ponderar mucho el trabajo, y en prueba de ello se les veia sacar de la secretaría y llevar á su casa su criado grandes legajos de expedientes, para que el escribiente los extractase. Madrugando para trabajar, y no habiendo interrumpido su tarea sino para tomar una jicara de chocolate, como se decia y repetia, era natural que á eso de las once sintiesen necesidad de tomar algun alimento. La secretaría daba un vaso de vino y un poco de pan, pero á los que adoptaban mejor una taza de caldo succulento y odorífero, se les llevaba de las cocinas de Palacio, ó bien alguna otra friolerilla de peso y sustancia.

Con tanta tarea y ocupaciones no tenian tiempo para cumplir con nadie, ni hacer una visita, como no fuese á personas de altos é importantes puestos, ó de favor y valimiento en Palacio. Como estaban dentro de la casa, eran muy puntuales á los besamanos y dias de corte, lo mismo á la de los reyes, que á la del Principe de la Paz y al cuarto del Principe de Asturias, en lo cual era preciso mucho tiempo, porque era fácil verse en un compromiso, y era ese entonces uno de los negocios mas delicados para un cortesano novel. Aunque la asistencia á la secretaría era muy puntual, y ordinariamente cada cual sentado en su

silla guardaba silencio, ocupándose en sus negocios, esto no quitaba para que á la entrada ó salida, ó mientras se tomaban las once, se reuniesen en corrillo y hablasen, porque al cabo no habian de estar como cartujos, de clismografía palaciega y de intriguillas cortesanias, en que la ambicion no ocupaba todo el tiempo; que algo quedaba para escenas galantes y aventuras amorosas, materia que ocupaba en aquel tiempo feliz á la sociedad madrileña mas que la política. La conversacion despues de un besamanos ó de la corte solia recaer sobre lo concurrida y brillante que habia estado, habiendo la singular curiosidad de contar el número de personas que asistian, que se comparaba con otros dias, años y reinados, para ob-



El Covachuelista.

tener resultados importantes. «Me ha parecido el rey, decia uno, de mejor semblante que nunca... ¿Sabes V. quién era aquel con quien se paró la reina?... Es preciso confesar que no se presentan en palacio brazos mejor torneados, ni ojos mas hermosos que los de S. M.!» Otro decia: «Pero han visto Vds. qué de largo pasó el rey por delante de Escoiquiz, y aun me parece que lo saludó con mas seriedad que otros dias... Poca gente me parece que ha habido en el cuarto del Principe de Asturias... ¡Qué buen mozo está!... Ya sabrán Vds. que anteayer estubo á visitar

el Hospicio, sorprendiendo al administrador y empleados, y enterándose menudamente de la distribución y orden del establecimiento. Las atinadas observaciones que hacía, y el conocimiento que demostraba en las preguntas que dirigía relativamente á la administración de la casa, admiraban á todos los concurrentes. Mas hubiera dicho, si en aquel momento no entrase en la secretaría, y se dirigiese hácia el corro un oficial nuevo, criatura del Príncipe de la Paz, y con quien todavía no habían adquirido los demas mucha confianza é intimidad.

Como puede conocerse fácilmente, el oficio de Covachuelista no era tampoco muy difícil. Los extractos y reextractos se iban haciendo cada vez mejor con el auxilio de la práctica, y examinando los de otros compañeros ú antecesores. El mérito de los segundos consistía en que fuesen una quinta esencia del negocio ú pretension, ó bien esta reducida á su mas simple expresion, como que los *reextractos* eran lo que al rey leía el ministro en el despacho; y no era justo entretener muchos minutos á S. M., ni que los jabañes del Pardo esperasen largo tiempo al augusto cazador. Las minutas eran cosa mas difícil, porque al fin en esto no habia unas reglas tan seguras y precisas, que llevasen á uno, como suele decirse, de la mano; ni la imitación podia llegar hasta el punto de que no fuese necesario mas que meramente copiar. Pero á pesar de esto, no faltaban para el caso algunos modelos ó si se quiere fórmulas, hijas del uso, y aconsejadas por una buena experiencia, que facilitaban en extremo la operacion y daban al hombre mucho alivio y expedicion. Hay obras en que el principio es el todo; y teniendo esto, está todo hecho. Así sucedia con los decretos y reales órdenes. El principio estaba en el tintero; no habia mas que principiar escribiendo desde la orilla misma del papel: «Enterado el rey nuestro señor del expediente instruido con motivo de... y en vista del informe de... se ha servido resolver, etc.» ó mas breve. «Es voluntad de S. M. que inmediatamente que reciba V. S. esta...» (haga ó torne, ó lo que sea). Para los decretos estaban en uso comun los gerundios ó participios, pasados ó de pretérito: «Deseando por cuantos medios están al alcance de mi paternal solicitud proporcionar todo género de alivios á los pueblos que la Divina Providencia ha puesto á mi cuidado... en vista de lo informado por el Consejo Real en el pleno celebrado en tal dia con audiencia de mis fiscales, y de lo expuesto unánimemente por la junta de ministros, he venido en mandar lo siguiente: Artículo 1.º, etc.»

Estas fórmulas sin embargo no eran cosa despreciable, ni que merece tratarse con desden por los que ni esto saben, y que ignoran la razon de ellas y su conveniencia. ¿No tienen sus formas propias de locucion un discurso académico, una memoria, una arenga dirigida á un príncipe, ó una epístola familiar? pues ¿por qué no la han de tener los documentos oficiales y de cancillería? La claridad, la sencillez, la precision son caracteres especiales de este género de escritos; y si á esto se agrega que la analogia, la semejanza ó identidad de los actos, debe producir naturalmente analogia, semejanza ó identidad en su verdadera y propia expresion, vendremos á parar á lo que constituye las *fórmulas*. El lenguaje oficial, que en otro tiempo sabian usar muy bien nuestros antiguos oficinistas y diplomáticos, lo han solido ignorar los literatos; y uno de los mas eminentes que hoy viven, nos ha confesado candorosamente que lo desconocia hasta que lo aprendió manejando expedientes antiguos, y escribiendo á las órdenes de un hábil ministro, de cuya boca oyó sobre esto observaciones que le parecieron justas y muy estimables.

Volviendo á nuestro *Covachuelo*, de que por un momento nos hemos distraído, diremos que lo mas singular en él era que á pocos dias de ocupar su silla

aprendia, así como quien no dice nada, lo que parece imposible penetrar á nuestra flaca inteligencia, el destino futuro que la suerte le tenia preparado. ¿Cuál era este? En esto habia alguna variedad; si el Covachuelista era de Estado, esperaba tranquilo, como salida, una plaza de ministro plenipotenciario ó encargado de negocios, ó bien si no queria salir de Madrid, la secretaría del Consejo de Estado, ó la de la orden de Carlos III, ó la contaduría de la misma; si era de Gracia y Justicia, le estaba aguardando la secretaría del Consejo de las Ordenes Militares, la de la Cámara de Castilla ó de la corona de Aragon, ó cualquiera otra cosa que le daba la gana de pedir: si era de Hacienda, le estaban reservadas la intendencia de Barcelona, es decir de todo el principado de Cataluña, ó la Intendencia-Asistencia de Sevilla, ó una plaza de capa y espada en el Consejo de Hacienda: si era de Guerra, contaba como cosa propia la secretaría del Consejo, ó una plaza de ministro en aquel tribunal, ó la intendencia militar de Aragon; y por último, los de Marina iban á descansar á la secretaría del Almirantazgo, plazas de este consejo, ó intendencias del ramo. Por manera que del Covachuelista no podia decirse, como de todos los hombres, que sabia donde habia nacido, pero no donde habia de morir. El Covachuelista hasta esto sabia.

Si una desgracia, imposible de prever, y que salia del orden natural de las cosas, ó bien alguna diablura ó fechoría (porque al fin todos los hombres somos frágiles y el enemigo es sutil) interrumpia esta serie continua de gozes y de esperanzas satisfechas, entonces se interponia paz y caridad; esto es, los compañeros y amigos, que por espíritu de cuerpo, y por honor de este, conseguian templar la cólera ministerial, y hacer que se le diese al caído una de las salidas que hemos apuntado, ó bien alguna cosa mejor y mas descansada lejos de esta Babilonia de la corte. Porque en aquellos tiempos, en que hay mucho que celebrar respecto de costumbres privadas y públicas, era verdadero y eficaz el espíritu de cuerpo, y este, y la amistad, que tampoco era un vano cumplimiento, extendian su tierna solicitud mas allá del sepulcro, para no dejar desamparada á la viuda, ni desvalidos á los huérfanos de un compañero de secretaría.

Como hemos dicho que estas plazas eran honra y provecho, y demostrado lo primero, solo nos falta hacer ver lo segundo, á fin de que resulte que para el Covachuelo honra y provecho cabia en un costal. En esta parte seremos breves, tanto por evitar escándalos cuanto porque no se crea que convertimos un retrato fiel en una caricatura. Como un Covachuelista no era un juez ni un magistrado, que debia dar á cada uno lo que era suyo, con arreglo á ley, y castigar ó absolver á los acusados, segun la misma regla, y conforme á lo que prescribe la justicia conmutativa; como era el conducto por donde se distribuian gracias, honores y mercedes, en que las reglas de la justicia distributiva no son tan precisas, tan exactas, tan fijas, ni tan reconocidas; y como por último su favor se limitaba en muchas ocasiones á presentar el asunto bajo su verdadero punto de vista, haciéndolo claro y perceptible á S. E. y activando su despacho y la comunicacion de las órdenes; parece que la conciencia mas escrupulosa, podia, sin tomar siquiera agua bendita, recibir cualquiera friolera que la amistad ó agradecimiento enviase. Y como aun despues que el agraciado iba á su insula no olvidaba las atenciones y el favor recibidos, y le acomodaba tener consecuente y siempre propicio al Covachuelo protector, no olvidaba enviar algun recuerdo en diversas épocas del año; y así la despensa de aquel, para cuyo uso necesitaban algunos un cuarto entero, contenia lo mas estimado y regalado

de cada provincia. Allí en una hilera de pipotes, se leían sucesivamente los nombres de moscatel, Jerez, Peralta, Málaga y malvasía; allí se veían en abundancia extraordinaria; los garbanzos de Fuentesauco, los jamones de Galicia, los chorizos y demas embutidos de Extremadura, el queso de Tronchon, y numerosos botes de toda clase de almibares; en fin, allí se encontraba de cuanto Dios crió, como tributos ofrecidos por todas las provincias del reino. Esto era lo general y ordinario: con la sola diferencia de que los que tenían negociado de Ultramar, recibían cocos frescos en abundancia; y en la misma botes bien acondicionados de piña, guayabo, tamarindos, etc., así como estimables galápagos de plata, cajones de esquisitos habanos, con chales de la India para la señora, y juguetes de la China para los niños.

Pero estas buenas prácticas, que ya casi han desaparecido, son sin embargo las que mas se han mantenido, y puede decirse que han durado hasta que el trasiego continuo de empleados y la inestabilidad permanente de todo, no han dejado que se forme empeño en asegurar el favor y cultivar la amistad de quien quizá no podrá nada el día de mañana. Esto ha ido aflojando las relaciones cortesanías con perjuicio de muchos, y ha escusado aquellos provechos autorizados. Mas ya que naturalmente hemos venido á tocar en los tiempos modernos, que son los del actual reinado y de nuestra revolucion, estamos en el caso, para terminar este mal trazado bosquejo, de indicar lijeramente aquellos perfiles y el matiz propio, que constituyen al moderno y flamante oficial de secretaría, ó con mas propiedad, *chef de bureau au departement de...*

Este tiene mucho de frances, aunque haya algunos casos de anglomanía. Esto es muy disculpable y bien natural. Como desde la última enfermedad del rey padre entraron sucesivamente sugetos de mucho mérito, que habian pasado largos años de emigracion en Francia ó Inglaterra, en cuyos países habian perfeccionado sus estudios, forzoso era que hubiesen contraído otros hábitos y otras costumbres, y que hubiesen modificado notablemente sus ideas. Como desde aquella época se inauguró una era de fomento y de mejoras, forzoso era tambien, que para todos los ramos de la administracion se buscasen, como auxiliares del gobierno, é instrumentos de sus sábias y benéficas resoluciones, aquellos sugetos que por sus estudios ó escritos habian adquirido una merecida reputacion; y como estos estudios, particularmente en administracion propiamente dicha, en economía pública, y en ciencias naturales, y en las varias aplicaciones de las exactas, los habian adquirido en libros franceses los mas, natural era que sus ideas siguiesen la misma tendencia que en el reino vecino, y que por consiguiente tambien los mas anhelasen trasplantar á nuestro suelo los gérmenes de prosperidad, que son el mas rico producto de la civilizacion extranjera. Abierta así la puerta á la instruccion y al talento, recayó el favor (cosa siempre indispensable en una corte) en oficiales que cultivaban ó profesaban los diversos conocimientos que exigia la realizacion de los pensamientos del Gobierno.

Sentado esto como preliminar, y dejando á un lado las numerosas escepciones que ha tenido por circunstancias de todos conocidas, solo observaremos, que reemplazados los meros oficinistas por facultativos y gente letrada, ha habido ocasiones en que, para que nada faltase, se ha llegado hasta el extremo de llamar tambien, botánicos, químicos, matasanos y farmacópolis, y sobre todo meros poetas. Si los primeros, despues de tomar un oficio contrario á su vocacion y á sus hábitos, han demostrado que se puede saber muy bien una ciencia, y al mismo tiempo ignorar las relaciones de esta con la sociedad y la administracion, como igualmente la organizacion de los

estudios públicos que la han de difundir y propagar; los poetas han probado mal, y lo que es mas triste para quien ama la gloria, han menoscabado mucho su reputacion y su crédito. Ya se ve, gente que (no todos ni los mas dignos) desdeña hasta las reglas de su arte, considerándolas como un yugo: gente que aplicando todos sus esfuerzos al desarrollo de la sensibilidad, se acostumbra á mirar los hechos y los acontecimientos bajo el aspecto, no de la verdad que revelan, sino de la belleza que descubren; y gente en fin que, vehemente y apasionada, no puede habituarse á los cálculos complicadísimos, y profundos que supone cualquier importante resolusion del gobierno, no era muy á propósito para servirle ni para ayudarle, sino á caer. Se les mandaba poner un manifiesto á la nacion, y levantaban una gazapera de quince mil demonios: si ponian una circular, no era comprendida, y á vuelta de correo venian un sin número de consultas: se les encargaba extender una nota para los gabinetes extranjeros, y era necesario que el jefe se tomase el trabajo de ir borrando las frases y retóricos conceptos, las expresiones inconvenientes, y los epítetos de mero lujo, con el fin de evitar una interpretacion siniestra, y de que se pidiese oficialmente una explicacion. No es lo menos atendible la nativa pereza y falta de asiduidad, y que como acostumbrados á esperar sagradas inspiraciones, y momentos favorables para el genio, no están siempre de humor de trabajar, que al cabo es cosa prosáica y de borricos.

Si el moderno oficial de secretaría comparado con el antiguo Covachuelo, parece género de extranjería, tiene sobre este la ventaja de no ser tan vano, pues antes bien se muestra mas humano y tratable: como por ser generalmente muy moderno en los negocios no ha contraído el hábito de pensar y retener en su memoria muchas cosas á un tiempo, parece en muchas ocasiones como distraído, y que ni comprende ni oye lo que se le dice. Su memoria es fatal por lo dicho antes, y no será muy fácil que la mejore, y tenga presente en su mesa lo que le han dicho en la sala de audiencias, porque tiene la debilidad de creer de buen tono su mala memoria, y sus olvidos perennes y sus distracciones, como cosa propia de grandes hombres de Estado. En esta parte no cabe ya curacion; pero si puede tenerla la agitacion continua que lo aqueja, y que no le permite reposo ni sosiego: ya lee el *Eco*, ya habla con este, ya se acerca á un corro de compañeros que hablan y discuten acerca de las noticias del día, y de la sesion anterior en el congreso, y del magnífico discurso de Galiano, y de aquella violenta é intempestiva interpelacion dirigida al gobierno; ya sale á la portería, porque le han pasado una tarjeta por contrasena; ya van á la secretaría, ya baja al archivo, ya sale á Guerra ó Estado, á saber de una instancia de su primo, que tiene recomendada; porque al fin es menester matar el tiempo hasta las cinco ó las seis, que sale precipitado, cansado y con la cabeza caliente. Vuela á su casa; y los que en ella le esperan, y los que por el camino le encuentran, se admiran de su mucho trabajo, y no extrañan de que no tengan tiempo ni para rascarse la cabeza.

Segun el negociado que tiene, el ministro lo llama mas ó menos veces. Si tiene el negociado de convenidos de Vergara, ó el de seguridad pública, ó el personal en Hacienda, ya tiene bastante para que no le dejen sentado cinco minutos, y para que le vuelvan loco. Cada vez que entra en el despacho de S. E. hay que perder una hora por lo menos, porque hablan de los proyectos de ley que se están preparando, de la votacion que se ha perdido en el senado, de los muchos y respetables compromisos que hay para un solo y mismo destino, del lenguaje furibundo de los diarios de la oposicion, y

de las calumnias que contienen tal y cual, que es forzoso desmentir inmediatamente por medio de los periódicos ministeriales.

Por cálculo y por ambición este oficial de secretaría, que se muestra afable con sus inferiores, consecuente con sus amigos, accesible con el público, que ni se ha hecho su gran uniforme, ni tiene una cruz, ni ha concurrido á un besamanos, está dominado por una pasión noble, la de obtener las palmas electorales en las próximas elecciones; y para conseguirlo ¡cuánto hace! ¡cuánto escribe! ¡cuánto discurre! ¡qué cartas pone tan finas y tan bien estudiadas para los caciques, ó, como ahora se dice, influyentes de su pueblo ó partido! ¡Qué esperanzas tan delicadamente fomentadas! «Muchas cosas, dice, al buen mozo; creo que pronto pensará V. en darle carrera, y si quiere ser artillero, puede V. contar con su amigo.» «Sería muy útil promover la carretera de ese pueblo al punto inmediato, y declarar á esa, capital de partido. Para ello sería conveniente activar el expediente tanto en las Córtes como en el Gobierno. Si yo mañana pudiese, tendría mucho gusto en trabajar en este asunto: Vds. pueden contar con que tendrán en mí un agente eficaz.» Cuando ya aparece su nombre en uno de los primeros lugares de una candidatura, se siente animado y satisfecho, y su alegría se aumenta y sus esperanzas se acrecientan, á medida que ve reproducida aquella candidatura en todos los periódicos ministeriales. El resultado del escrutinio general se aguarda con impaciencia, sin embargo de que en los correos anteriores se le escribe por sus amigos C por B cuanto ocurre en la votación y las probabilidades que va ofreciendo. Si la noticia de su elección es el ministro su jefe el primero que la sabe ¡con qué prisa lo llama á su despacho, y con qué íntima satisfacción, que rebosa hasta los ojos, le da con muda sonrisa la carta que acaba de recibir! Apenas se la devuelve y se han comunicado recíprocamente algunas felices nuevas, porque las infaustas no se hallan en aquellas regiones, le da el jefe la mano muy apretada en señal de enhorabuena y de confianza. No ha pasado un mes, cuando llega corriendo un portero hasta la mesa de nuestro oficial, y le dice: «S. E. que es la una, y que espera á V. S. para ir al congreso.» A los cinco minutos van desmenuzando las calles en un simón, repartiéndose sobre los votos de que consta fijamente la mayoría, y discutiendo acerca de los medios de producir algunas deserciones en el campo enemigo.

Este mismo oficial es casi invisible para el público mientras dura la sesión. Llega el día de audiencia y no da audiencia. En su casa no recibe á nadie ni aun á las personas recomendadas: en la secretaría entra por una puerta escusada: á los numerosos amigos que con él se interesan para que despache tal expediente, no puede absolutamente servirlos, porque no tiene tiempo para nada, ocupado con los trabajos de la comisión de gobierno interior, ó de plan de Hacienda; pero á todos contesta con muy buenas palabras, como hombre político y cortésano, dando á este la mano, pidiendo á aquel un cigarro, dando una bromita á fulano y una cita á Zutano; siempre y á todas horas elegante, marcial, introducido, de buen tono, todo frances, todo inglés. Si se trata de ópera ó de baile, se extasia al recordar á la Taglioni y á Tamburini: si lo veis muy de prisa á las seis de la tarde es porque tiene que ir á comer á casa del duque de Frias, ó del embajador frances: á la hora de concluirse la función del Liceo, se presenta un momento, para saludar á cuatro amigos, y que lo vean al lado de una bella elegantísima decirle... al oído... ¿qué?... nada de particular. Si entra á fumar un cigarro en el Ateneo, ó se pasea solo, como preocupado de graves meditaciones, ó da con señales de mucha importancia alguna noticia ya pública, ó afec-

ta una reserva mal llamada diplomática, porque los diplomáticos tienen que hacer forzosamente un cambio recíproco de confianzas y revelaciones. O escribe de muy mala letra, que dicen es de grandes hombres, ó á la inglesa, por ser la mas bella escritura. Si un antiguo amigo ó compañero de colegio se le acerca diciéndole: «hombre, ahora pudieras tú hacer algo por mí,» le contesta «¿qué te acomoda? echa la vista á una cosa buena, buena y veámosnos.» aunque este encuentro no tenga para el amigo otro resultado que el de hacerle dar algunos pasos inútiles, y fomentar en su cabeza por un par de semanas esperanzas que se disipan, con todo, como dió la grandísima casualidad de que oyeran otros amigos aquel breve diálogo, uno de estos se separó despues diciendo: «¡qué buen muchacho es fulano! ¡qué consecuente es con sus antiguos amigos! ¡qué excelentes sentimientos tiene!»

Como nuestro oficial de secretaría no tiene de vida mas que desde 1834, y es por consiguiente moderno, todavía no hemos observado bastante acerca de su suerte futura y de su fin. Sin embargo, podemos asegurar que en este decenio, por cierto bien azaroso, no ha envejecido nuestro oficial, ni aun generalmente ha muerto de otra muerte que de la civil. Este es un privilegio de que hasta ahora ha gozado. De algunos casos poco aislados, y que no forman todavía una condición propia y general, resulta que cuando termina su carrera por muerte natural, muere en soledad y desamparo, á no ser que corresponda á alguna cofradía política, que desee ostentarse y hacerse oír al rededor de su humilde tumba; á no ser que muriendo por alguna causa también política, se le ensalce hoy y se le aclame por héroe y mártir para mañana olvidarlo.

ANAYA.

EL BOTICARIO.

Ex diebus illis... En aquellos tiempos en que las tiendas donde se vendían los medicamentos, se llamaban *boticas*, y sus dueños por una consecuencia legítima *Boticarios*, no necesitaba explicaciones *paralelales* (y ya huele á *tisana* esa palabrita), el epígrafe de este artículo; pero hoy día que las mismas casas de fabricación y comercio medicinal, se llaman oficinas de farmacia ó *farmacias*, como dijo cierto traductor, y los directores de ellas se apellidan farmacéuticos, es indispensable manifestar la distinción que, *teóricamente* hablando, existe entre ambos «cocineros de Galeno.» (Así dice el vulgo que los llamaba el vulgo del siglo pasado.) Y empezamos nuestro trabajo con esta explicación por evitar interpretaciones de todo género, y porque, lleguemos tarde ó temprano á la botica, siempre hemos de hallar en ella á su dueño como fiel observador de la parte que tiene en el anatema, refran ó sentencia que dice: «Médico viejo, cirujano joven y Boticario cojo.»

— Cuando la química (esto va por lo serio) madre legítima de las ciencias naturales, y nodriza universal de todos los conocimientos humanos, estaba rompiendo á hablar y preludiva tal cual diente, ansiando ya tomar los andadores, estaban en pañales ó algo menos, todas las ciencias que algún día habían de ser sus esclavas, y una de ellas, entonces niña de teta y ahora poco mas, era la farmacia. En la actualidad habla ya de corrido la química, y aunque algo voluble en sus idiomas (*nomenclaturas*), se deja entender bastante bien, y si no se sabe todo lo que se debiera en este punto, es porque á esa señora le falta mucho

que aprender. Sin embargo, la química ha hecho por la farmacia todo lo necesario para que ese ramo de la oficina central, *ad pasaportes póstumos*, pierda el ingnominoso é inmerecido nombre de arte, y tome el de ciencia, convirtiéndolo sus rutinarios secuaces en ilustrados profesores.

Y como quiera que yo estoy asustado de escribir por primera vez en mi vida con tanta formalidad, temo echarlo á perder si continúo por ese camino de gravedad y compostura, en el que, científicamente hablando, creo haberlo hecho muy bien. Porque yo sé de memoria que no soy un sábio; pero todo en este mundo es relativo, y aunque la generalidad de mis lectores crea, con mucha razon por cierto, que no he dicho nada aun, mi apreciable amigo D. Nemesio de La-lana y sus dignos comprofesores, los señores Camps, Leon y Lletget, se estarán haciendo cruces de que sepa tanta farmacia aquel... (¡que vergüenza!) aquel holgazán que fue su discípulo años pasados. Todos y cualquiera de esos ilustrados catedráticos en particular, hubiesen jurado que yo no sabía ya lo que era farmacia. Pero no tanto, señores míos, y si no temiera dejar airosa la justicia de su fallo, diría que «farmacia, es la ciencia que tiene por objeto conocer y elegir las yerbas mas baratas, prepararlas con el agua de la fuente inmediata, sino tuviese pozo la botica, y convertirlas... en moneda corriente.» Si ya no fuese ciencia, pudiera decirse muy bien que era: «el arte de comerciar con la salud del prógimo.» Pero en ese caso resultaría que los enfermos erin tratantes en calenturas y pulmonías; cosa que ni en broma se puede admitir. Malo es tener tercianas, segun dicen los peritos; pero sería peor no encontrar quien hiciese píldoras de quinina. Por lo demas, ya se sabe que la riqueza del Boticario está en razon inversa de la salud pública; y que cuando acude por las noches á «sacar el cajon,» brilla de alegría si puede decir al criado:—Mañana salmon y ternera (*aparte*) á costa de los que comieron hoy rubarbo y genciana.

Y esto que á muchos les habrá parecido apearse por las orejas, ó empezar el artículo por donde debiera concluir, ha sido casual y ajeno en un todo de nuestra voluntad. Pero donde menos se piensa salta la liebre, y allí donde cree uno ver un corista de teatro que va muy embozado al anochecer de un día de junio para no resfriarse, se encuentra con el temiente cura de una parroquia que se dirige á la (ó á una de las, gracias á la multiplicacion del siglo) botica del barrio, para hacer la partida de tresillo al farmacéutico. Por eso yo, que maquinalemente he seguido á uno de esos capellanes, me quedaré oculto tras la redoma del *óxido hidrico* (agua comun); que aunque mi figura no es muy abultada, bueno es cobijarse tras el cacharro mas grande del establecimiento. Y puesto que tenemos agua en abundancia, no nos falta mucho para hacer una botica completa.

Las indicaciones que apuntamos al principio de estas líneas sobre la enorme distancia que separa al farmacéutico práctico del boticario teórico, nos han de servir de guía en este artículo, que aunque á primera vista parece estar algo adelantado, no da principio hasta la siguiente línea:

La botica, y bromas á un lado, es una cosa; la oficina de farmacia, y chanzas aparte, es otra. Antiguamente, y no sale la fecha del siglo actual, habia en Madrid un número determinado y reducido de boticas; al cambiarse estas en oficinas de farmacia, se han multiplicado por tres, como los faroles del alumbrado antiguo; pero con la diferencia de que estos se han dividido por ese número y por cada tres ha quedado uno, y de aquellas hay tres por cada una de las que habia *in illo*.

Unas puertas vidrieras de nogal oscuro, unas cor-

tinillas de color de rosa, si hemos de creer á los que las vieron antes de volverse blancas, un ventanillo cuadrado que permitia entrar una botella de cuartillo y medio, y no deje salir una redoma, y finalmente una gran muestra parda con clavos rojanos, donde se lee en letras encarnadas:

BOTICA

del DOCTOR

DON MATIAS HERNANDEZ DE SILVERIO Y LANUZA,

es todo la que se necesita para poder decir: Aquí nació, vivió y murió el abuelo del que dió el ser al hombre que por no ser menos que su padre, y no perder la formidable herencia de la botica, es hoy farmacéutico práctico, y no sufrirá que deje de serlo mañana el primogénito (siete-mesino, porque á su madre la removió antes de tiempo el olor de la jalapa), á pesar de la inexorable y temible fatalidad del siglo XIX que le ha hecho poeta. Pero no se crea que entretenidos con la portada de la botica, nos hemos de olvidar del dueño de ella. ¡qué disparate! Ahora mismo vamos á llegar al ventanillo y á pedir, no un simple cualquiera, porque en ese caso no conseguiríamos nuestro objeto, sino un medicamento de uso externo, añadiendo que es para tomarlo en ayunas; en cuyo caso verán Vds. como D. Matias, nos hace pasar adelante, nos obliga á tomar asiento, y nos refiere la historia de la farmacia, que suprimimos si á Vds. les parece, y las leyes penales del Boticario que callaremos igualmente. Este es un medio muy suave para que podamos asistir, un par de horas si quiera, al bufete de nuestro farmacópola.

Don Matias Hernandez de Silverio y Lanuza, tiene cincuenta años, y si no los tiene le falta poco: su levita es holgada y crecedera, pero verde botella; su pantalon de paño negro, cuando no es de lienzo blanco; eso va con las estaciones, y poco nos importa que él no se ponga de verano hasta el día del Corpus, ni de invierno hasta el 1.º de noviembre; no gasta botas ni usa chinelas; pero cada uno en su casa hace lo que quiere, y sus zapatillas de orillo negros, si no son ajustadas al pie, están en su lugar y punto concluido; media blanca, corbatin idem y chaleco de piqué amarillo; ni le hizo falta nunca, ni él dió lugar á que le hiciera, porque desde luego compró vara y media de tela para el chaleco, y tres libras de hilo para las calcetas. El único anacronismo de su traje, y de eso bien sabe Dios que no tiene él la culpa, es un gorro griego, encarnado, que le bordó con sedas de colores su hija la colegiala. No gasta patillas, aunque se sabe que le gustan, porque creeria ofender con ellas al público, faltando al decoro y á la gravedad de la profesion; sus ojos son azules, sin que el *nitrate de plata* se haya ocupado nunca en volvérselos negros; su barba puntiaguda, su nariz aguileña, y á despecho de los olores mas fuertes, y de los reactivos mas diabólicos, sus mejillas están coloradas y sanas como dos camuesas. Ese es D. Matias el boticario, y ese es su traje, sin las manchas históricas de *eclophonia pallidum* y del *oleum serpentorum terrestrem*, y sin el *sirup violarum*, que cristalizó en las solpas, y yo he tenido buen cuidado de velar á vuestros ojos.

Tal cual le habeis visto, estaba mi hombre cuando, ignorante por supuesto de que yo me hallaba oculto tras la redoma del agua comun, y con un manojo de llaves en la mano, subia á la boardilla en busca de unos sacos de mostaza en grano, que el mozo debia sin dilacion, por medio de una trituracion que pareciese pulverizacion, reducir á la menor expresion, para cuando hubiese ocasion de curar algun causon, á otra enfermedad que no acabase en on; ó algun enfermo de aprension, de esos que se

aplican por desesperacion un sinapismo en el talon.

Prepara el Boticario trabajo á su criado (*vide* mozo de botica) para todo el dia y se dirige al cuartel general de sus operaciones, al foco céntrico de sus tareas, al positivismo de sus tisanas, á la aristocracia de los mostradores, á la mesa, en fin, donde se estenden las cantáridas, se embottellan los cocimientos y se hacen las píldoras. Por costumbre y hasta casualmente si se quiere le sirven el chocolate sobre el cajon del dinero, y desde ese sitio vigila las operaciones de los practicantes, evita sus despilfarros, recogiendo los granos de goma y las hojas de sen que ruedan sobre la mesa, da conversacion á los parroquianos, juzga y discurre sobre la oportunidad del medicamento que prescribió el Hipócrates, y hace en suma lo que se verá á continuacion. Las drogas que se despachan por la mañana temprano, pertenecen generalmente á la seccion de perfumeria; y esto se sabe porque los que las compran añaden el uso que piensan hacer de ellas, sin cuyo requisito creen que les dan una cosa por otra. Las voces mas usuales á esas horas son:

—Boticario, dos cuartos de pomá pal pelo.... que huela á rosa y no sea V. miserable, endino.—Ave Maria; deme V. dos cuartos de cremol pa los dientes y écheme V. un polvito de quina.—Cuatro cuartos de asta de ciervo molido (en o) para limpiar el sable de mi marido.... Maldita Melicia que siempre me está haciendo gastar dinero (1).—Dos cuartos de goma agabira pasada por tamiz, que es para hacer bandolina.—A mi dos d'arbayarde blanco molido, para dibujar una d'mantilla de bronda negra....

Todo esto pasa mientras el practicante, *mozo-rubio* de pelo negro y luengo, con barba larga y negra, boina azul con borla de plata y blusa de percal morado, pasa el plumero á las redomas, sacude el botámen, da tierra blanca á los pesos de plata y limpia con particular esmero los *ojos del Boticario*. (Llámanse así dos secciones de forma ovalada que llenas de frascos pequeños y bautizadas técnicamente con el nombre de *cordialeras*, ocupan la parte principal de las boticas.) Y este paréntesis le hará conocer al lector lo impropio que es decir cuando se trata de una cosa justa y merecida: «le viene como pedrada en ojo de boticario;» pues en las tales cordialeras encierra el farmacéutico, los espíritus, los extractos y en suma lo mas selecto de su patrimonio; motivo mas que suficiente para que ponga en ella sus ojos.

Una vez limpia la botica, que suele ser á las dos horas de abrirse la puerta de la calle, van llegando los criados de servicio con las recetas que los médicos prescribieron en su visita matutina, y el boticario empieza sus preguntas de ordenanza en estos términos: —¿Cómo sigue tu amo, farruco? ¿qué tal ha pasado la noche la señorita? ¿le hizo operacion la tísana al cochero?... Esos asturianos necesitan dos libras de *sulfato de magnesia*... Y otras por el estilo; aparentando tristeza si los remedios prescritos son extremos, ó alegría, cosa que le cuesta gran trabajo, si indican una convalecencia próxima.

Los enfermos pobres del barrio, vergonzantes para irse al hospital y faltos de recursos para pagar las visitas del esculapio, tienen sus horas de consulta con el boticario, que sin ver al paciente las mas veces, ordena polvos de su cosecha y receta emulsiones de su farmacopea particular, ganando en ello un ciento por ciento. Pocos son los boticarios que se ocupan de un contrabando médico tan inmoral y tan infame; pero algunos se han enriquecido con ese comercio y no sé yo dónde se esconderia mi tipo si alguna vez saliesen de sus sepulcros los infelices á

(1) Esto se entiende, ó entendiáase, cuando habia Constitucion, porque en tiempos de absolutismo habia realistas; ahora no hay niangana de esas milicias ciudadanas... ergo... (Pase al Congreso de Diputados la consecuencia.)

quienes dió boleta para el cementerio, con una caja de polvos amarillos que así podrian estar compuestos de dos partes de harina de trigo y una de quina, como es verdad que costaron 12 rs., escasos si el infeliz paciente solo reunia 10 ó 10 1/2 despues de malvender sus andrajos. Hay casos en que el curandero de que hablamos suele darla de filantrópico, y cuando no puede ganar el ciento por uno suele despilfarrarse hasta el dos. Pero echemos dos libras de ácido sulfúrico sobre esas debilidades de mi tipo, y asistamos de nuevo á su oficina para que no se nos escape algun hecho importante de su variado aunque constante ejercicio.

Don Matías, era sobrino, y no lo es ya porque murió su tio, del boticario de su pueblo; aprendió latin, y lo olvidó á Dios gracias, con el dómime de Pioz; entró á manejar los botes á la edad de 10 años, pero ya llevaba dos y medio de recoger la flor de malva y amapola; á los tres de práctica ya habia aprendido el manejo de la espátula, se quedaba solo en la botica, cuando su tio iba de caza, y vino á Madrid con 16 años de edad, y 6 de oficio á servir una plaza de practicante en la botica del Hospital general. Hoy dia tiene (30 menos 10) 40 años de práctica, cree saber su obligacion como el doctor Hernandez de Gregorio, que es su ángel tutelar, y le conviene haber olvidado el latin, aunque él no está en el secreto, para poder traducir las recetas de ciertos médicos, que por no avergonzarse el dia de mañana de lo que recetaron ayer, lo ponen en un idioma que si se hablaba en la torre de Babel, ya se ha perdido la tradicion. Los practicantes de su botica son dos estudiantes del colegio de San Fernando y el mas atrasado, que está matriculado en segundo año, tiene certificaciones de latin, lógica, aritmética, álgebra, geometria, mineralogia, zoología, botánica y fisica experimental; el otro estudió, á mas de todo eso, química y materia farmacéutica; ambos aborrecen de muerte á los *practicones*, y sostienen una disputa continua con don Matías que no puede convenir en que todos esos estudios, especialmente la lógica, sirvan para hacer una anti-estérica ó clarificar un jarabe. A pie y descalzo iría mi hombre á Roma por no escuchar una teoria, ni oír hablar de las emetinas y opólitos que toda la vida se han llamado zumos é hipecacuanas. Estas cuestiones son curiosas de oír, y ya me alegraria yo saber de memoria alguna de ellas para que viera el lector los esfuerzos desesperados que en este ramo como en otros varios del saber humano hace la ignorancia para dar á la mano del hombre límites mas estrechos de los que un tiempo se creyera que le estaban señalados. Con saber don Matías que Andrómaco, médico primario del emperador Neron, fue el autor de la triaca magna, que esta medicina es buena para muchas enfermedades, que Felipe V le prohibió elaborarla en su casa y que la venden en el Colegio de Boticarios; ¿para qué necesita romperse la cabeza con las diferentes teorías del Kermes, cosas que, como él dice, solo á Dios le cumple saber? Pues si él, que no tiene mas libros que la Farmacopea hispana, la matritense, y algunas hojas del Dioscórides, solo acude en caso de duda al *memorandum* manuscrito que su tio, por imitar á su antecesor no se llevó consigo al otro mundo, ¿para qué ha de gastar dinero en esos libros franceses acabados en *oier* y *eau* que dicen que para ser farmacéutico es preciso tener química; siendo así que don Matías para ser Boticario solo trató de tener esposa? Ahora mismo, mientras hemos pasado revista á la biblioteca de nuestro tipo, le ha ocurrido un lance que ha dado lugar al siguiente diálogo, entre él y uno de los practicantes:

—Pero don Matías, advierta V. que mientras el embudo ajuste herméticamente á la tubulura, no podrá V....

—Tú sí que estás herpético y turulato; veinte

veces tengo hecho esto mismo, y al cabo y al fin chorrea.

— Es que, para que el líquido desaloje el aire contenido en el frasco...

— ¿Aire en el frasco, jumento?... y ¿por dónde quieres que haya entrado ese aire?

— ¿Y por dónde quiere V. que haya salido, si no se da vacío en la naturaleza?

— Mira, tráete una pajita, para ponerla entre el cuello del frasco y el embudo, que usi lo hacia mi difunto tío y déjate de metafísicas.

— Eso, si señor, porque así se pondrá en contacto con el aire atmosférico y...

— No me calientes mas la cabeza, y haz aquellas píldoras, antes que se endurezca la masa.

— Lo que debía V. tener aquí era un píldorero, y...

— Lo que yo debía tener aquí eran hombres con callo en los dedos de hacer píldoras, y así sabrían dividir las á ojo. Toda mi vida he tenido orgullo en que nadie me ganase á buen ojo y á redondear ocho y mas á la vez.

El practicante obedece y no calla, porque siendo el principal algo sordo y muy sabroso el gruñir, no quiere perder tan favorable coyuntura, y aprovecha asimismo la de hojear á sus solas el formulario manuscrito de que se sirve don Matías para sus operaciones farmacéuticas. El estilo familiar del tal memorandum es tan divertido que no podemos resistir á la tentación de copiar aquí una de sus hojas; y dice así:

«COCIMIENTO DULZURANTE. Cogerás unos palitos de zarzaparrilla, los abrirás con una navajita vieja, y los echarás en una pucia ó puchero de Alcorcon, despues tomarás un puñado de raeduras de cuerno de ciervo; pondrás agua hasta el gollete del cacharro, y lo harás hervir, hasta que merme cuatro dedos; entonces añadirás unos pedacitos de sándalo rojo, y una taza de azúcar; lo separarás del fuego, tapando el cacharro con un papel ordinario; lo dejarás enfriar en el patio, ó en un cubo de agua del pozo si corre prisa; lo cuelas y ya tienes hecho el cocimiento, que venderás á 6 rs. libra.»

Las casas de la grandeza, las cárceles, los establecimientos de beneficencia y los conventos de monjas, tienen un libro en blanco llamado *recetario*, donde el médico escribe las medicinas que ordena; y como de esas gangas suspiradas, de todos los farmacéuticos, tiene algunas don Matías, recibe en su casa á los lacayos y á los mandaderos de los conventos; siendo el recetario de estos últimos el mas curioso, por estar prescritos casi todos los medicamentos por la tornera. Los médicos de esas santas casas, apenas ordenan nada sin que Sor María de la Transfiguración de Nuestro Padre Jesus de Nazareno, coja la pluma y diga:

Señor Boticario. Envíeme usted agua de cerezas y piedra bezual que es para un susio de nuestra madre priora.—Item. Jarabe petoral, que es para uso interno, y que se repitan las píldoras de nuestro padre vicario.

Esos recetarios ocasionan varias disputas entre mi tipo y sus practicantes, que rara vez entienden lo que en ellos se pide, y tienen que estar haciendo preguntas diariamente, sobre la *conserva del padre Bermudez*, el *ungüento de la madre Tecla*, el *bálsamo del cura de Tembleque*, las *píldoras para antes de comer* y otros nombres antiguos, comprendidos al ciento por uno en las nomenclaturas modernas. Las recetas de los romancistas que creen escribir en latin, y que don Matías traduce libremente al farmacéutico, son problemas de difícil resolución para los jóvenes estudiantes. Hace pocos dias que si no llega el principal á tiempo, revuelven y alborotan Madrid buscando el cadáver de un suicidado, por haber llegado á la botica una receta que decia: *Cranii, Hermani, Suc.*

Así ó así pero siempre descifrando recetas; y oyendo decir, que «el tiempo cura al enfermo y no el unguento» y que «si la píldora güena juere no la doraran por juera;» durmiendo dos horas de siesta, en la *rebotica* ó trastienda, y dando un paseito por las calles del barrio, da lugar don Matías á que llegue la noche y con ella el momento de echar una partidita de tresillo ó de mediator, con los médicos que de día le hacen el caldo gordo, y á quienes paga el tanto por ciento de las recetas que mandan á su oficina. Ese tráfico vergonzoso é inmoral, que empezó por una deferencia de ciertos médicos, hácia tal ó cual Boticario, y que este recompensaba con un regalo en tiempo de pascuas, es hoy un comercio escandaloso, que dando por tierra con el decoro de la ciencia de curar, ocasiona perjuicios de consideración á la humanidad toda. Y á no ser por la torpeza de los criados de servicio ó porque sus amos tengan simpatías con un Boticario determinado, jamas se descubriría ese trato clandestino que existe entre algunos profesores de ambos ramos del arte. Si una de estas causas no hiciese que la receta que el médico escribió para su consabida botica, fuese á parar á otra cualquiera, ¿cómo se habia de saber que el cocimiento allí prescrito, no es mas que agua de cebada con espíritu de canela, y que tal cual allí se receta no existe en ninguna de las farmacopeas conocidas? Necesaria es esa circunstancia y la de oír á esos médicos disputar con esos Boticarios, sobre el número de recetas que mandaron el sábado y las del lunes, para ver cómo anda la moralidad por una de las regiones sociales donde debiera brillar mas pura. Al paso que van llegando dia en que el Boticario tenga ocasion de comprar á buen precio una partida de quinina, y el médico se encargue de darla salida, recetándola para todas las enfermedades que se le presenten.

Pero vertido ya el ácido sulfúrico sobre la otra mancha social de mi tipo, no me queda mas remedio que echar una cantárida de vara en cuadro, sobre la especie de que acabo de hablar, y atravesando la botica, la re-idem, el laboratorio, el patio, los alambiques, las pucias, los tamicos y los peroles, llegarme á la sala de su casa, y allí en la amable compañía de su familia, considerarle, no en cuanto Boticario, sino en cuanto hombre.

Desde que se suspendió la visita que por la junta superior de farmacia, se hacia todos los años en cada una de las boticas de Madrid, y por comision en las demas del reino, ha quedado el frac negro de don Matías menos recargado de servicio, y solo entra de guardia los dias de Navidad, el cumpleaños de la bocardia, el jueves santo, el dia que sale el *Dios grande* de su parroquia, y cuando se decide á sacar de pila á algun chico; cosa que ocurre siempre que la mujer de su droguero da á luz algun varon. Don Matías no es hombre que cree en la estabilidad de las cosas modernas, y aunque su mujer ha querido varias veces hacer colchas para la cama, del damasco amarillo con que se adornaba la botica el dia de la visita; él no lo ha consentido jamas, y conserva las colgaduras en un arcon, juntamente con la vajilla de plata en que servia un ligero ambigü á los visitantes.—Tras de estos tiempos vendrán otros, la dice, y mira tú lo que están haciendo con la Constitucion desde el año doce. En esto tiene mi hombre tanta razon, como en hacer que la cama del practicante esté inmediata al ventanillo, y la suya algo mas distante; aunque no tanto que le impida oír llamar de noche, sobre todo si el primero se hace el dormido, ó real y verdaderamente tiene el sueño pesado. Pero ya ha sucedido mas de una vez que el mancebo tuviese frio, y contestase desde la cama, *no tenemos*; cosa que exalta el orgullo y el *quid pro quo* de don Matías, hasta el extremo de preguntar desde su alcoba, y con los calzoncillos en la mano ¿qué piden? y volverse á acostar

cuando el practicante contesta, *sanguijuelas*. Nosotros pedimos á Dios que semejante estratagemas no se descubra jamas, porque en ese caso disfrazaría don Matías ante los tribunales el verdadero móvil de su queja, con los perjuicios que se siguen á la humanidad doliente de los engaños de su practicante, á quien mas de una noche de enero, le han hecho trabajar mas de una hora en un parche, aplicándosele luego á los ojos como broma de carnaval.

De esos chascarrillos y otros mas necios es blanco muchas veces el Boticario; pero en el número de los petardos se cuenta uno que prueba muy bien en qué proporción está la ganancia de ese ramo de la medicina: Llegó un muchacho á una oficina de farmacia, pidió dos cuartos de unguento blanco (me ha ocurrido antes que negro) y arrojando una moneda sobre el mostrador echó á correr por la calle: pícaro, bribón, dijo el practicante y quiso salir tras él; pero el principal le cogió del brazo y le dijo:—Serénate ¿qué hay?—Que me han dado un ochavo contestó el burlado mancebo.—Pues déjalo, que aun se gana la mitad.



El Boticario.

Ahora bien, señores, este tipo que acabo de bosquejar y que sería interminable si se escribiera con mas detencion, se va haciendo muy raro en Madrid, por la sencillísima razon de que siendo muy pocos los Boticarios de hoy dia, que no hayan seguido los estudios teóricos que exige tan difícil carrera, la mayo-

ría de los farmacéuticos actuales han colocado la ciencia en España, casi al nivel que ocupa en otros países mas adelantados que el nuestro; donde en vez del fanatismo con que hemos luchado hasta hace poco para cierta clase de estudios los españoles, la ilustracion abria ancho campo á las investigaciones de los naturalistas. Tanto el lujo exterior y el materialismo del despacho, como la riqueza y laboriosidad que se advierte en algunas boticas y laboratorios de esta córte, nos proporcionan diariamente productos desconocidos hace años en nuestro país y otros que hacian al farmacéutico práctico tributario del extranjero. Interesados están los que se dedican á tan honrosa profesion, de conservarla todo el decoro que exige el objeto de sus tareas, aislando y persiguiendo á ese cúmulo de charlatanes que vulgarizando lo que no entienden, todo lo prostituyen y á quienes de intento no hemos querido nombrar hasta la última línea de este artículo.

ANTONIO FLORES.

EL DIPUTADO A CORTES.

Meses arrasadas y aniversarios políticos, regencias constitucionales y denuncias, fusilamientos y programas, estados de sitio y juntas de armamento y defensa, felicitaciones á porrillo y mejoras materiales en ciernes; plagas son capaces de borrar del mapa al mas floreciente de los imperios; pildoras que ni una á una podrían tragarse á no venir doradas con el barniz del patriotismo, el lustre del desinterés, el brillo de la tolerancia, el esplendor de la libertad, el esmalte de la grandeza y la fulgidez de la ventura. Así alternan en perpétuo contraste para la gente española fantásticas ilusiones y funebres desengaños: orla hoy sus sienes con la aureola del triunfo quien ayer gemia entre el polvo de la derrota; acaso mañana sucumba de nuevo y proclamen las cien lenguas de la fama al que yace envuelto en el sudario del olvido. Así giramos con vertiginoso afán y crónica demencia en el eterno círculo de nuestras desventuras sin fé que nos sustente, ni esperanza que nos guíe, ni caridad que nos socorra, ni prudencia para prevenir el riesgo, ni justicia para administrar al adversario, ni fortaleza para dirimir antiguos rencores, ni templanza para contrarestar la soberbia que nos inspira la fortuna cuando con faz benévola nos acoge y á que abusemos de la victoria nos induce. Así desprovistos de virtudes, avarientos de contiendas, y seguros de que nuestro país renace siempre de sus propias cenizas, incendiamos un dia y otro nuestros hogares. combatimos á la luz de las rojizas llamas que devoran lo que poseemos hasta que lagos de sangre las apagan, y reprimimos nuestro encono mientras no se viste otra vez de frutos la campiña y de árboles la enramada.

Pues bien, hay quien sostiene que tan frenética saña, tan ínicua porfía, y tan imponderable desconcierto se reducen en suma á la solucion de un problema. Hubo un tiempo en que el Diputado á Cortes era planta *indígena* en España: yerta y marchita bajo el maléfico influjo del ciego austriaco, ni sombra quedara de ella en su vasto territorio: trátase de averiguar si aun le son favorables nuestros climas, ó si han variado de tal modo que haya necesidad de colocarla en la categoria de las plantas *exóticas*. De algunos años á esta parte brota entre nosotros sin periodo determinado, crece á la intemperie, y sin riego ni cultivo espira como planta *parásita*, ya arrancada de raíz por el impetuoso empuje del popular torbellino, ya agostada en su tallo por los espléndidos resplandores del sol del trono. Si algun dia llegara en

fin á aclimatarse, como en otros países, la observaríamos verde y pomposa y lozana en la estacion de las nieves, despojándose de sus galas apenas el rocío de mayo anima á las florestas con su vivificante jugo: entonces podria decirse con exactitud que el Diputado á Córtes es *planta de estufa*. Fuera inexacto asegurarlo en el día, pues desde que empezamos la publicacion de los *Españoles pintados por sí mismos*, han trascurrido dos inviernos, dos primaveras, dos veranos y un otoño, y esa planta ha pasado tres veces por lo menos de la cuna al sepulcro con tan efimera vida, que ni el botánico mas entendido hu-

ciera logrado hacer un rápido análisis de sus propiedades. Hé aqui por qué hemos retardado la presentacion del Diputado á Córtes en nuestra galeria: convencidos nosotros de que debe estudiarse en la época de las sesiones, si ha de evitarse el escollo de descubrir su imágen desproporcionada é imperfecta, como la de quien se mira á un espejo falto á trechos de azogue, pretendiamos dibujarla con el original á la vista, á fin de que se juzgase con acierto del parecido; mas como la escasa duracion de las legislaturas no permite espacio para el dibujo ni menos para el cotejo, renunciamos á nuestra idea primitiva. Renun-



El Diputado á Córtes.

ciamos si, mas con la esperanza de que nos disimule el lector indulgente alguna incorreccion involuntaria, alguna ligera sombra, ya que por no privarle del bosquejo, lo trazamos con toda premura y con mas trabajo del que nos ocasionaria una simple copia presentándoselo concluido en el periodo que media de una disolucion á una convocatoria. Cabalmente es la época en que vaga por la atmósfera el suave céfiro que engendra y acaricia al Diputado, y en que aun no se percibe, ó solo muge en lontananza el formidable huracan que le hiere y asesina. De este modo nos prevenimos contra todo evento.

Hace medio siglo reinaba entre nosotros un orden de cosas inmutable: ahora, segun el dicho de un célebre publicista, si uno se encarama sobre el guar-

dacanton de una calle ve pasar las revoluciones por cuartos de hora: con ellas varian continuamente de formas los tipos de la sociedad ó desaparecen del todo de la haz de la tierra. Transformados se hallan el *chico de la candela* en el *pobre de San Bernardino*; el *guardia de Corps* en *empleado civil*, *oficial de ejército*, ó *señorito de provincia*: si los que hemos venido al mundo despues de 1814 conservamos memoria del *jaqueton chispero*, es debido á la casualidad de haberse perpetuado el último de la clase no en los barrios de Lavapiés y las Maravillas, sino en regiones de mas altura: ya no existen para nosotros el *miliciano nacional*, *ciudadano pacífico* ó *impávido guerrero* segun lo despejado ó turbio del horizonte; ni el *monacal atlético*, *rojizo* y *bermejo*, *sátira* del

ayuno y documento auténtico del regalo: unos dias mas, y en vano buscaredis de San Anton á la Moreria ni el mas remoto vestigio de la saladísima manola. No queremos de ningun modo que pese sobre nuestra conciencia la falta que resultaria de no mencionar al Diputado á Córtes cuando su centésima resurreccion se aproxima: si su existencia ha de ser corta, si su porvenir es quimérico, si le condena su fatal destino á vivir solo en los anales de lo pasado, fuera impondable olvido desperdiciar el momento presente. Conviene advertir que, en nuestro dictámen, la muerte ó una vida llena de azares y contratiempos, son sinónimos en este caso: vivir de limosna es poco menos que morir de hambre.

Desgracia es que ni aun podemos hacer uso del daguerreotipo para dar feliz reñate á nuestra tarea: apelamos pues al último recurso, y nos decidimos á ejecutar el retrato de memoria.

Mucha semejanza se advierte entre las maniobras de los ejércitos y las operaciones de las asambleas: Diputados de la oposicion y Diputados ministeriales forman dos campos enemigos: defienden unos y atacan otros al banco del ministerio, almenado castillo, cuya posesion anhelan todos: en el salon de columnas se rompe el fuego de guerrillas; dentro del congreso hay cotidianos choques y escaramuzas, no son tan frecuentes las batallas campales: si el ministerio presenta un proyecto de ley, y la comision encargada de su exámen lo apoya, esta equivale al lienzo exterior de la fortaleza; si lo impugna, se transforma en la bateria avanzada que arroja contra el baluarte toda especie de proyectiles. Estas reflexiones nos inspiran la idea de presentar al Diputado bajo todas las fases de que es susceptible, buscando las correspondientes equivalencias en los diversos grados de la milicia: así, conoceremos al *Diputado recluta*, al *Diputado cabo de escuadra*, al *Diputado comandante*, y al *Diputado general en jefe*. Manos á la obra, y Dios nos la depare buena.

EL DIPUTADO RECLUTA.

Hasta en su origen se parecen el *quinto* y el *representante del pueblo*: llámese *cántaro* ó *urna*, es lo cierto que de una cavidad de madera emanan ambas investiduras: si el *quinto* no ha depositado cuota alguna en la *Sociedad del Iris* ó otra semejante palidece cuando, abierta una *bola*, oye en el sorteo su nombre de bautismo: por poco que haya frecuentado el *representante del pueblo* los *comités electorales*, rebosa de gozo cuando, desdobladas una y muchas *papeletas*, resulta en el *escrutinio* haber obtenido mayoría de votos. Ved á esos dos personajes abandonar su hogar doméstico cabibajos y meditabundos: aquel teme los sinsabores que le esperan antes de adiestrarse en el *manejo del arma*: este se ocupa en coordinar la *improvisacion* con que piensa anunciarse cuando se conteste al *discurso de la corona*. Sin embargo, raro es el *quinto* que al entrar en *caja* no posea algunos rudimentos de soldado, siquiera haya hecho el *ejercicio* con una escoba en las eras de su tío materno: cíteseme un Diputado que antes de tomar asiento entre los padres de la patria, sus colegas, no haya echado su cuarto á espadas como orador en algun ayuntamiento ó diputacion de provincia, entre los tertulianos del cura y el barbero, ó entre los concurrentes á la alquería de su aldea. Todo *quinto* recuerda mientras se dirige al *depósito* que muchos generales celebres, por soldados empezaran su carrera: ningun *representante del pueblo* ignora que de Diputado á ministro es corta la distancia, y, aunque haya prometido á su provincia no admitir empleos, se acostumbra á contemplar erizadas de espaldas las poltronas de terciopelo, y si le designan para sentarse en alguna de ellas, se forja la ilusion de que

no admite gracia, antes bien se persuade de que hace un sacrificio, y de que aquello no es empleo sino cargo, y con este trueque de palabras logra transigir ó capitular con su conciencia. Reclutas hay en los ejércitos, no procedentes de quintas, por haberse alistado voluntariamente: de todo el que sale Diputado por una provincia, donde nunca ha vivido, donde nadie le conoce, puede decirse con exactitud que *sienta plaza en el congreso*; y si todavía se nos manifestara que muchos, á quienes *cabe la suerte de soldados*, no *ingresan en el servicio*, contestaríamos que no existe gran diferencia entre un *sustituto* y un *suplente*. Casi todos los *quintos* atraviesan á *pié* la distancia desde su pueblo á la *caja*: casi todos los Diputados vienen á la *córte* en lo *interior* de una *góndola*: si alguno de aquellos se provee de un mal caballo, tambien alguno de estos toma asiento de berlina. De sesenta Diputados, no establecidos en Madrid, con sus familias, cincuenta y siete se acomodan en las fondas de *Europa* y de los *Leones de Oro*, ó en casas de huéspedes, cuyo estipendio diario no esceda de doce reales, y así consiguen reducir á dos onzas su presupuesto mensual de gastos, sin incluir en esta suma lo que les cuesta un frac negro, para los dias de ceremonia, mientras no vistan otra librea. Cercanos están los tiempos en que hemos visto consejeros de la corona de ambas Castillas, no muy versados en la lectura: difícilmente se hallará un Diputado visón que no haga alarde de sus nociones aritméticas. Vedle solícito y puntual á la hora de la cita como se espacia entre los desiertos bancos y acecha la entrada del presidente y de sus colegas, y suma uno, dos, tres, hasta cincuenta: entonces se aproxima paso á paso á la silla presidencial, murmura algunas palabras al oído del que la ocupa, y la sesion se abre dos minutos antes, merced á su exquisita y loable vigilancia. A ella se debe tambien el que no se desperdicie ni un solo instante en las discusiones, porque el Diputado *recluta* enumera escrupulosamente los que hacen uso de la palabra, y no bien resultan *tres en pró* y *tres en contra* pide que se pregunte *si está el punto suficientemente discutido*. Su maestría en este género de operaciones le vale ser designado por el presidente para contar los que se hallan en *pie* ó *sentados*, siempre que ocurre duda en *votaciones ordinarias*. Ocupase pues el Diputado novel en oficios menudos, mientras se impone en todos los arcanos del *reglamento*, ni mas ni menos que el recluta corre con el *rancho* y hace de *cuartelero* y va en busca de *utensilios* mientras se inicia en los preceptos de la *ordenanza*. Con ser un hombre espigado y robusto tiene andada la mitad del camino para figurar dignamente en una *compañía de preferencia*; así como un *Diputado primerizo*, segun arriba indicamos, merece justos encomios si aplica bien las fórmulas de la *economía doméstica* á la *economía parlamentaria*.

Aun cuando el Diputado *recluta* se propone no desplegar sus lábios hasta que se trate del *proyecto de contestacion al discurso de la corona*, que es como si dijéramos la *olla podrida de las discusiones*, tal vez ocurra que al hablarse de las actas de su provincia, ofrezcan dudas las operaciones de tal ó cual distrito; precisado entonces á usar de la palabra, tímido y balbuciente, como inexperto y desprevenido, tartamudea y trasuda, y se confunde hasta que al fin termina con esta frase histórica y de cuya autenticidad respondemos: «Nada me importa que se elimine ese distrito, pues en otros de mas electores fui nombrado por *unanimidad de todos los votos*.» Sin otro reves llega la hora apetecida y el instante en que le corresponde el turno: se halla mas sobre sí y se arroja al combate sereno y alegre, valiente y osado. Si las ideas del *Diputado novel* se acercan al *progreso rápido*, con maldecir la *tiranía del gobierno*, con despreciar el *hacha del verdugo* y atribuir nuestras desgracias al

gabinete de las Tullerías, y desear que de las cumbres del Pirineo se aice un muro de bronce, cuyas almenas lleguen á la órbita de la luna, con entonar himnos á la soberanía del pueblo, y llamar sanguijuelas del Estado á los empleados civiles, y lamentarse de la no presentación de cuentas y anteponer la palabra libertad á la palabra orden, y hablar antes de la milicia nacional que del ejército, y del pueblo antes que del trono, puede estar seguro de obtener seis aplausos, sin contar los bravos y efectos. Si pertenece al gran partido monárquico constitucional, ó conservador y parlamentario, debe calificar de bacanales todos los pronunciamientos que no hayan proporcionado la victoria á sus correligionarios políticos y sociales: si se encuentran en el poder no ha de causarle susto la dictadura militar: brindan el suficiente campo á la censura, lo del gobierno á caballo de marras, y blanco á su ojeriza, el gabinete de San James: su triunfo no puede ser ruidoso, mas si en sus giros oratorios se remonta á las nubes, si alcanza á esprimir sus ideas en confusas frases, y en periodos ininteligibles así para el que los dice, como para los que lo oye; méritos son esos que tarde ó temprano han de valerle ser incorporado á los miembros de la suprema inteligencia. Tampoco sería nuevo que, apenas concluido el discurso, se encaminara presuroso el Diputado á la redacción del Diario de las sesiones para corregirlo, como si existiera algun aparato con cuyo auxilio se estampáran las palabras que se pronuncian por la sola impresion del aliento, cual se graban las imágenes por la sola accion de la luz en el moderno daguerreotipo.

No es lo probable que el Diputado recluta suelte prenda á las primeras de cambio; por eso en punto á votaciones no le sujeta ningun vinculo con las diversas fracciones en que se divide el congreso, y pronuncia alternativamente el sí ó el no, en pró ó en contra del ministerio con voz entera, altisonante y rotunda. Mantenerse en esta posicion independiente es un propósito irrealizable, un error profundo de que abjura el mas pertinaz y testarudo antes de cumplirse una semana. Asi como entre dos jugadores desconocidos se decide uno instantáneamente en favor del que mas despierta sus simpatías, entre dos opiniones encontradas es natural que adopte la que le parece mejor expresada, y es sin duda la que vibra mas halagüeña á su oido. Ademas el Diputado visón conoce muy luego que si hace ostentacion de templanza y apela á medios conciliatorios, han de calificarle de pastelero; si facurre en la imperdonable falta de creer que al ministerio le asiste la razon en la cuestion que hoy se ventila, despues de no habérsela dado, como individuo de la oposicion en la que ayer se ventilara, se ha de ver motejado de apóstata y de tráfuga, porque en politica no es prudente mudar de consejo, y segun las prácticas parlamentarias, desde que se anuncia la discusion de un proyecto de ley, debe el Diputado formular mentalmente su voto y parapetarse contra toda especie de ratiocinios. Ni le cuesta gran trabajo habituarse á estos usos: agolada toda su energia á consecuencia del primer esfuerzo oratorio; persuadido de que España cuenta el número de sus horas por el de sus infortunios, y de que de Cristo acá todos los redentores han sido crucificados, permanece mudo por largo tiempo; se hace voto de reata y, modelo de subordinacion y disciplina, recibe las inspiraciones de sus gefes considerándolas como su único norte. Ocioso es decir que de veinte diputados reclutas, diez y nueve nunca pasan de soldados rasos; no obstante si sus provincias los reeligen, cual suele suceder siempre, ascienden en otra escala. Al principio consideran el cargo de Diputado como honorífico, y su desempeño como uno de los deberes que les impone su cualidad de ciudadanos: despues que se acostumbran á asistir todos los dias

al Congreso, no sabrían cómo ocuparse en su pueblo mientras duran las legislaturas, ni acertarian á matar las horas que se emplean en las sesiones, aun cuando fijaran su residencia en Madrid ó en sus contornos, y entonces empiezan á ser Diputados por necesidad y por recreo. Aun les queda otro ascenso y lo alcanzan, cuando se cercioran de que vale mucho toner por amigo al gabinete en su provecho y en el de sus allegados, y se trasforman súbito en Diputados de oficio.

EL DIPUTADO CABO DE ESCUADRA.

De una chispa brota un incendio, como á veces una leve nube produce formidable borrasca: del reparto de papeles, hecho por el autor de una compañía cómica, depende á menudo el buen éxito de un drama; influye de una manera notable en las bolsas de comercio y hasta en los salones de la diplomacia la diligencia de un correo-gabinete: por la hábil combinacion de números proporciona acaso un simple amanuense pingüe ganancia á su principal en varias empresas mercantiles: en la vasta redondez del mundo hace mas uno que habla, que ciento si permanecen silenciosos: con frecuencia el arrojo de un cabo de cazadores, peleando en una guerrilla, permite espacio al general en jefe, para disponer sus tropas en columna cerrada, y tomar á la bayoneta montañas de peña viva. Por razones análogas un Diputado de la última gerarquía parlamentaria, logra ejercer no escasa influencia en el Congreso en ciertos dias y en determinadas ocasiones. No existe identidad ni aun semejanza en las cualidades que pueden constituir un excelente Diputado con galanes. Como revele mediana disposicion para la intriga de orden secundario, para el manejo interior de dos ó tres decurias, y se dé maña para hacer que produzca efecto en una conversacion familiar tal ó cual especie vertida al acaso y sea un regular extractista, es digno de la confianza de sus gefes y prepara con su venia el giro de los debates; combina las votaciones, toma apuntes de cuantos expedientes quedan sobre la mesa, y señala á cada uno su puesto poco antes del choque, escaramuza ó batalla: fuera del Congreso podria encargarse de la gaceta ó crónica de la capital de un periódico moderado ó progresista, y desempeñaria con acierto el destino de relator de una audiencia. De uso, si no tan comun, mas provechoso, es la individualidad del que descuella entre todos por la robustez de sus pulmones, no bastando á cubrir su poderoso acento en bancos ni tribunas, aplausos ó murmullos: á esta circunstancia debe reunir la de un carácter naturalote y el prurito de decir verdades como abusos y de arrancar la máscara con que se disfraza la hipocresía y de llamar las cosas por sus verdaderos nombres. Representa fielmente por lo áspero de su tono, y lo tosco de sus modales, á la ingenuidad en caricatura: descarga tajos y reverses á ciegas, seguro de no dar golpes en vago; y así es que apenas obtiene la palabra todos le temen, amigos y adversarios; estos porque parte derecho al bulto, y aquellos porque su deseo de cantar claro puede serles nocivo, y una revelacion imprudente destruye los proyectos mejor combinados. No es frecuente que así suceda, pues los arranques oratorios de su voz atronadora, vienen de imprevisto como plaga de langosta ó turbion de verano, y vibra siempre terrible ya para anunciar una interpeccion furibunda, ó para formular una recriminacion fulminante, ó para denunciar un abuso escandaloso de este modo siembra la agitacion en la asamblea, y cunde por calles y plazas, y suele terminar la crisis que promueve con la caída del ministerio ó una declaracion de estado de sitio. Un Diputado de esta especie valdria para baritono todo un tesoro; mas en breve dejaria vacante, pues los berrinches que toma no son para hacer los huesos viejos. Cada discurso le cuesta

un par de sangrías, cada triunfo ministerial, en cuestiones que haya tomado parte, tres docenas de *sanguijuelas*, y muere siempre de algun *sofocho ó ataque cerebral* en edad temprana. Entre los Diputados *cabos de escuadra*, aquellos que sobresalen por su actividad y diligencia son los que desempeñan mas impropria tarea; idas y venidas á la comisión de *presupuestos* y á la de *cuentas* y al ministerio de la Gobernación de la Península y al de Hacienda, y á la gefatura política, y á la cárcel de Córte, y á la del Saladero y al Senado, siempre buscando la pista á las contratas que se hacen á *cencerros tapados*, siempre á caza de *documentos* para echar la *zancadilla* á los ministros, siempre en pos de infelices, encerrados en calabozos por causas políticas, para convertir sus *cuitas* en armas de oposición contra la arbitrariedad de los *mandarines*. Si se suscita de pronto en el congreso una cuestion ruidosa, y no se halla presente alguno de los paladines de su bando, se proporciona un coche, le busca y le encuentra: como el caso lo requiera sale otra vez del congreso, y las noticias que esparce circulan en breve por la Puerta del Sol de boca en boca, y al punto se pueblan las galerías de espectadores: si la votacion se aproxima y es dudoso el resultado por hallarse equilibradas las fuerzas, acude con la velocidad del rayo á casa de los achacosos y enfermos, y les infunde mas aliento con sus pomposas frases que los doctores con sus cocimientos y unturas. Y á imitación del cabo de escuadra que en horas de inminente riesgo conduce al aspillerado muro hasta los heridos; el Diputado, que por su presteza es digno de lucir sus *galones*, lleva al sitio del combate y presta apoyo á algunos de sus colegas que ni aun pueden sostenerse con muletas; así habreis visto en horas criticas dentro del salon del congreso, rostros cadavéricos y figuras exánimes, deseando á fuer de patriotas conservar la vida hasta emitir su *voto*; pues así como un herido de gravedad con mover la primera falange del dedo índice aplicado el gatillo de un fusil puede ocasionar la muerte de un caudillo que dirija el cerco de una plaza, un Diputado próximo á exhalar su postrimer suspiro, con un *sí* ó un *no* que articule su cárdeno y trémulo labio, puede anonadar á un ministerio; tal es la naturaleza de los gobiernos representativos. Por si os ocurre clasificar de otro modo á estas diversas especies de *Diputados cabos de escuadra*, llamad al primero *Diputado anzuelo*, al segundo *Diputado bomba* y al tercero *Diputado ardilla*; resultando siempre que son hilos indispensables para entretejer como es debido la flexible red parlamentaria.

EL DIPUTADO COMANDANTE.

Si no haber oido silbar una bala sientan algunos plaza en la milicia hasta de coroneles, nada tiene de extraño que otros ingresen en las filas de los representantes del pueblo en la categoría de *comandantes*, por ser justo que varones de largos estudios y de acreditadas luces capitaneen en la asamblea á los que allí toman asiento, á consecuencia de haber jugado uno de los principales papeles de la última bullanga ó de no haber economizado los áridos de sus graneros, ni los líquidos de sus bodegas para atraerse mas número de comitentes.

De los distintos sucesos de una campaña podeis formar idea solo con tres clases de documentos, *órdenes del día*, *arengas ó proclamas* y *partes oficiales*. Y aun la diversa índole de esta clase de escritos os da la clave para conocer la diferencia que existe entre los caudillos de un parlamento, quienes manioبران comunmente por separado, y solo en fuerza de evoluciones complicadas y de *cambios de frente* consiguen unirse para una terrible acometida. Suponiendo que el debate parta de una *proposicion ruidosa*, su lectura equivale al *toque de diana*, y el discurso con que la

apoya uno de sus autores á la *orden del día*. El Diputado *comandante* que lo pronuncia y da así la voz de *alarma* junta á la lógica del raciocinio la sutileza del ingenio; mezcla hábilmente el bálsamo del panegirico al veneno del sarcasmo, afecta sinceridad y franqueza mientras oculta sus miras á sus mas inmediatos parciales; se parece al manso arroyuelo que serpentea escondido entre flores, adivinándose el curso de sus ondas solo por el murmullo que producen al deslizarse sobre un lecho de verdura, y no torna á mostrarse sino convertido en espumoso torrente. En continuo tira y alloja, acariciando maliciosamente al ministerio por cuya destruccion trabaja, casi merece el título de Diputado *medias tintas*: si tiene corazon es un abismo insondable, su cabeza es un volcan, donde hierven las ideas como ardiente lava; de sus labios brotan dulces y melosas las frases mas dañinas y virulentas. Nadie podrá disputarle un cargo de esta especie á un hombre habituado al foro, desmenuzador analítico de períodos y oraciones, disertador enojoso hasta la médula de los huesos, y apto para ocupar dos ó tres sesiones con un discurso, si conviene ganar tiempo. Dada la señal de ataque es forzoso enardecer el corazon del soldado, fascinar su mente para que ame el peligro, despertar su orgullo para que lidie con denuedo. No alcanzan tales milagros la dialéctica ni el raciocinio, la profundidad de ideas, ni la severidad de doctrinas, sino la aglomeracion de imágenes vivas, poéticas y palpitantes; y para expresarlas con buen éxito solo se requiere ser artífice de vocablos sonoros y significativos hasta para el vulgo; de esos vocablos que inflaman las pasiones é irritan el entusiasmo, sujetando la razon á las fogosas inspiraciones del momento sin consentirla espacio para rebelarse contra el espeso torbellino de palabras que la acomete y atropella. Para esto se pinta solo el Diputado *cohele ó exaltacion parlamentaria*. Falta aun hacer el último esfuerzo: son las votaciones nominales en las asambleas lo que las cargas de caballeria en las lides, y vienen en pos de la *voz de mando*, del *toque á degüello* y del *impetuoso gable*: suple por estas tres cosas el Diputado que resume la cuestion punto por punto; amenizando su peroracion con agudos chistes y severas razones, porque su voz, á semejanza de un piano, vibra por todos los tonos segun la tecla que se pulse, y retumba bronca y horrenda como el rugido de los huracanes, ó suave y armoniosa como el susurro de la brisa entre los olmos del ameno valle. Suena por último lúgubre y funeraria como el tañido de la campana que dobla á muerto y á la vez bulliciosa y sarcástica como el rumor de la orgia, cuyos brindis y cantares alternan en la mansion de los hombres con la triste salmodia del oficio de difuntos; y es que el discurso del Diputado *clamoroso* toca á su término, y el compungido gabinete está de remate, y ni la uncion le alcanza en su agonía. Se da luego el *parte oficial* de la batalla desde las poltronas ministeriales por los que acaban de sentarse en ellas: lleva la voz el presidente del Consejo, suele referir lo ocurrido y anunciar lo que se propone que ocurra, ó, mas claro, narra un suceso y formula un programa, columpiándose entre realidades é ilusiones, como si colocado en el istmo de Panamá viera crecer las olas del mar Pacifico y del Atlántico para sumergirle en su seno; y no se nos acuse de haber traído á cuento esta comparacion como á remolque. Todo ministerio sirve en las córtes españolas de blanco á opuestos tiros disparados á quema-ropa sin recursos para libertarse de sucumbir entre dos fuegos, porque en vano resiste cual diamantina roca la furiosa arremetida de los parciales de sus antecesores, si no puede tapar la boca á todos los que contribuyeran en su encumbramiento, y unos y otros forman íntima alianza y estrecha liga contra el comun enemigo, arrojándose á la pelea en alas del resentimiento que les inspira haber sido des-

airados, ó del encono que nutren en sus pechos viéndose vencidos. Ni el Diputado *medias-lintas*, ni el Diputado *clamoreo* caen en el lazo de las *condiciones ó engaños mátuos*, poderosas palancas para destruir lo que existe, débiles cimientos para edificar lo que existir debe. Astuto y sagaz el uno como *legítimo representante de la elocuencia forense*: cauto y previsor el otro como perfecto *símbolo de la elocuencia parlamentaria*, dejan en la estacada al Diputado *coquete*, emblema de la *elocuencia tribunicia*, haciéndole víctima propiciatoria de sus encontradas ambiciones; porque blando de corazón no sabe ponerse en guardia contra amistosas porfías, y rociando con lágrimas la cartera de una secretaria del despacho, la admite solo con la idea de salvar la patria, sin que le aierren compromisos, ni le aturdan reveses, ni le anonadan escarmientos. De todos modos por mal que libre siempre le ha de quedar su grado de comandante y la remota esperanza de que cuando regrese á su provincia le saluden sus comitentes con flautas y violines, á no ser que se vuelvan las tornas y celebren su inesperado arribo coberteras y cencerros en monótona disonancia.

EL DIPUTADO GENERAL EN JEFE.

No admite duda: *reclutas, cabos de escuadra y comandantes* dan batallas y consiguen victorias sin acordarse de sus gefes: consiste en que henchidos de vanidad y de arrogancia ni prestan oído á la experiencia de los años, ni ceden la palma á la supremacía del genio: rompen los vínculos de la disciplina y revueltos é insubordinados, se agitan en el recinto del santuario de las leyes; y si les falta talento les sobra arrojo, y en el último extremo ventilan la cuestión *al aire libre*. Vegetan en tanto como *de cuartel* sus naturales directores y maestros deplorando desaciertos que con su legítima intervención habrían de evitarse. De poco vale colocar cañones en frente de un castillo para abrir brecha y facilitar el asalto cuando no se dirige bien la puntería y solo se consigue meter ruido gastando la pólvora en salvas: es inútil cavar una mina que haga saltar en pedazos los bastiones del muro, si de ello se apercebe el gefe sitiado y neutraliza el peligro que le amenaza. Por una razón análoga no se derriba á un gabinete con fogosos discursos, apóstrofes violentos y reticencias amenazadoras si la intención no va encubierta, y el golpe no sigue de cerca al amago. Apenas se advierte semejanza entre un ejército disperso y una cuestión estraviada: un hombre de autoridad y prestigio que arenga á la fugitiva tropa, rehabilita á veces su fuerza y arranca la victoria al enemigo: un Diputado que trae la cuestión á su terreno y dá realce á las razones en ella aducidas, reproduciéndolas en conjunto, gana una votación que podía contarse por perdida: otro Diputado que secunde los planes de este, hace casi imposible una derrota. Si halláreis alguno que sea lógico inflexible, original en sus argumentos, lacónico y contundente en la réplica, diestro y sesudo en el ataque, firme y tenaz en la resistencia, prudente y cauteloso en la retirada, no os pareis en si discurre mejor que habla ó habla mejor que pronuncia, y aclamadle general en jefe del parlamento. Colocad en la propia categoría á todo el que veáis en un momento dado acallar con su acento venas preveniciones existan de antiguo contra su persona y la ambigüedad de su conducta, y grangearse como por encanto veneración, respeto y alabanza, en vez de la indiferencia, el desprecio y la censura con que le abrumáran necias rivalidades de medianías. Ateniéndolos á estas condiciones poco me importa que os imaginéis esos personajes á medida de vuestro deseo: sean si os place uno jóven y otro anciano; peine aquel poblados rizo y este blancos cabellos donde no se lo impida su calva; distínganse al primero por su

desenfado!! por sus marrullerías al segundo, y ambos por su agudeza y por la facilidad de reducir á polvo solo con un epigrama á una reputación naciente. No juzguéis por las apariencias para no trocar los frenos: acaso si contemplais á un jóven de gallarda apostura y advertís algo de marcialidad en sus modales no os acostumbréis á creer que nunca ha ejercido la honrosa profesión de las armas, así como á la vista de un viejo de color sonrosado, salud robusta y exterior apacible no os formais la idea de un veterano. A depender de nosotros la existencia real y efectiva de estos dos generales en jefe ya veríais al uno impávido é impassible luchar contra todos los elementos conjurados en su ruina, y al otro menospreciar los murmullos de las galerías hallándose á su alcance el modo de convertirlos de repente en aplausos unánimes, prolongados y estrepitosos. Os alicionaríais de tal modo á estos entes ideales si fueran de carne y hueso que os parecería viuda toda asamblea en que no figurasen, é intacta toda cuestión en que no se oyeran sus discursos. Resueltos nos hallamos á no hacer mas revelaciones: enemigos de la intriga y del dolo, nadie nos va en zaga cuando la verdad exige nuestro culto; y aunque de buen grado nos engolfaríamos mas en este asunto, nos aconseja la razón que pongamos punto en boca, recordándonos el proverbio de que al buen callar le llaman Sancho, como al autor de estos mal urdidos renglones.

A. FERRELL DEL RIO.

EL PORTERO.

¡Dichosa *ciudad y siglos dichosos aquellos* en que cumpliendo el hombre con el fin que el cielo le ha señalado, no conocia ley que menguase su libertad, ni respeto que enfrenase su albedrío, ni pretensiones que le trajesen desasossegado, ni otros deberes para con los demas que los que la naturaleza ha prescrito á cada cual, mostrándole la razón por guía y por consejero la conciencia! No se habian inventado aun las palabras de *sociedad y civilización* para denotar el martirio de la tiranía y el hipócrita disfraz del vicio; no se encubría el fraude con la generosidad, la lisonja con la franqueza, la envidia con la alabanza: el poderoso no abusaba entonces de la credulidad del desdichado, ni le hacia servir á los caprichos de su orgullo; todos se creían iguales, y por esto eran todos venturosos.

Quizá del olvido de este principio provengan nuestras presentes calamidades; aunque si por las dichas de la especie humana se ha de conjeturar, la igualdad que reinaba entre sus individuos, bien se puede decir desde hoy que esta jamás ha existido: á no colocarla en la edad famosa de oro, que tan bien pintó don Quijote, inspirado por la contemplación de unas bellotas, y que tan mal he escrito yo, queriendo recordar su razonamiento. Con todo, el proyecto de degenerar el mundo y hacer venturoso al hombre no debe ser caso desesperado, cuando hay filósofos que en dos paletas nos devuelven todas las dulzuras perdidas en la manzana del Paraíso. En Francia, sin ir mas lejos, tenemos un nuevo apóstol que trata de redimirnos de la vergonzosa esclavitud en que nos hallamos; no es menester citar el nombre de Lammennais, porque sería entrar en personalidades; tampoco es del caso esponer los fundamentos de su doctrina; baste saber que el día en que se realice su pensamiento (y no debe estar lejano) será de juicio para la tierra. El magnate y el mendigo verán igualadas sus fortunas en la balanza de la justicia; quedarán proscribas para siempre las calificaciones de pobre y rico; todos nos

miraremos como hermanos, y los bienes acumulados ahora en las manos del avaricio, serán patrimonio común de cien familias y propiedad de otros tantos menesterosos.

¿Qué será entonces de esta civilización que tanto decantamos, de esta ilustración moderna á que seguramente no llegaron jamás ni el Egipto, ni Grecia, ni Roma en sus mejores tiempos? Diránme, y no se podrá negar, que en semejante estado el progreso de la civilización tocará ya á su apogeo; que no es dable mayor *perfectibilidad*; que desaparecerán para siempre la esclavitud y la servidumbre, los privilegios y la tiranía. Yo acepto desde luego el sistema y sus *consecuencias*; pero hablemos claro: ¿cómo nos vamos á componer entonces? ¿andarémos todos á pié, ó serémos todos gente de carruaje? En el primer caso, si el zapatero es igual á mí, ¿con qué derecho le mandaré que me haga calzado? ¿y quién será mi cochero, si el asturiano mas záfio ha de ser persona tan acomodada como yo mismo? Por otra parte ¿de qué servirán estas casas que diariamente y con tanta priesa edificamos? ¿Quién ha de ocupar la *aérea boardilla* y los pisos inferiores, si todos habrán nacido y tendrán para habitar en los principales? La respuesta que puede darse á estas objeciones, yo me la sé, y la callo, porque lo mejor es dejarse de desvarios, y hablar del asunto que me he propuesto con la gravedad que requiere el caso.

Un ser hay entre los racionales que prueba mas que ninguno lo civilizado que se encuentra la generación presente, no porque él haya hecho progresos intelectuales ó mejorado su condicion bajo ningun aspecto, sino porque lleva en sí un indicio de civilización, y por haberse multiplicado hasta el infinito. De él se pudieran decir estupidas cosas, tratándose de negar la importancia que le da la sociedad; sería fácil, por ejemplo, demostrar hasta la evidencia que es el representante de todo sistema negativo, porque está colocado en el mundo para ser el intérprete de innumerables prohibiciones; que es la personificación de la paradoja, porque se le cree útil para algo, y realmente lo es para nada, dado que su ocupacion es no hacer nada; en suma que su organizacion pudiera reducirse á un ojo para ver, y á un dedo para negar, ó cuando mas para indicar una direccion; todos los demas miembros y órganos de que se compone están en él de sobra, ó como si dijéramos, para ornato.

Este ser, señores míos, si ya no lo han Vds. adivinado, es el *Portero*. San Pedro dicen que lo es de las moradas celestiales, mas yo siempre lo he puesto en duda; al fiel servidor de Cristo, al pontifice mas insignie de nuestra Iglesia ¿había Dios de haber dado un cargo tan miserable? Los gentiles dejaron abierto el acceso de su Olimpo, y solo en el Averno pusieron esa especie de vigilante; mas lo reputaron tan vil oficio, que emplearon en él á un perro, como para significar que no era digno ni aun de los condenados. Verdad es que en el gremio porteril hay diferentes categorías, pero todas se dan la mano, diferenciándose únicamente en la exterioridad mas ó menos lucida con que la fortuna las ha marcado: este signo adoptaremos pues para conocerle bajo cualquiera máscara que se encubra ó metamorfosis que haya experimentado; y para proceder al mismo tiempo con orden y claridad en este exámen, comprenderé todas sus diferencias en dos especies distintas, tomadas, como queda dicho, de las ideas de rusticidad ó finura que sugieren á primera vista. Entra pues desde luego en lid

EL PORTERO DE ESCALERA ABAJO.

Especie de insecto ó golondrina, que anida en los zaguanes, al pie de las escaleras casi siempre, y por

lo común en un zaquizamí, donde ó no penetra la luz del día, ó solo logra colocarse por algun resquicio. Es hombre de larga historia. Pasó su juventud en la campaña del Rosellon y en la guerra de la Independencia, sirviendo al rey de soldado; tomó la licencia absoluta cuando le comenzaban á flaquear las piernas, y se retiró al pueblo de su naturaleza para devorar los tres reales escasos de pension diaria que sacó por recompensa de sus hazañas y servicios. Casóse con una paisana por quien habia penado en otros tiempos, de la que tuvo sucesion presta y numerosa; y viniendo la revolucion del 20, y empezando á escasear las pagas, y creciendo los chiquillos en años y en necesidades, echó sus cuentas consigo, y resolvió trasladarse á Madrid, remedio de todas las cuitas y mina de todas las ambiciones. La mujer con un cantarillo de agua y él con un puesto de piedras de chispa y yesca, fueron bandeándose como Dios les dió á entender, sin tomar parte en el entusiasmo de la época, aunque sí en la caída de la lápida, de la que recogieron algunos restos para dar con ellos testimonio de su *acrisolada lealtad* á los triunfadores. Estos sin embargo se mostraron insensibles á sus votos y solicitudes, y andando el tiempo, y no acrecentándose por medio alguno los recursos del desventurado, hubo de apechugar con una vacante de mozo de cofradía que le vino sin saber por dónde. Contrajo de resultas muchas y poderosas relaciones que al fin le facilitaron el logro de una portería, blanco de todas sus ilusiones, en la cual permanece ahora y permanecerá probablemente los dias de vida que le restan.

No siempre tiene el *Portero de escalera abajo* tan aventurero origen. El cargo que desempeña puede considerarse á veces como la jubilacion del sastre remendon, del mozo de café, del criado de servicio, del lacayo, y otras profesiones *ejusdem fúrfuris*. ¿En qué vienen á parar si no los cocheros y lacayos de alquiler cuando el peso de los años no les permite ya guardar el equilibrio sobre la trasera ó el pescante? ¿Qué de males no sobrevendrían á la sociedad si no tuviese en las porterías una especie de desagadero por donde descargarse de los humores de aquellas gentes? Y por otra parte ¿á quiénes encomendar mejor la inspeccion de entrantes y salientes que á los que han pasado las tres cuartas partes de su vida zurrando embustes, ó clavados en un asiento, ó fiscalizando hasta la menor accion de sus amos y protectores?

La vida que trae nuestro personaje es en un todo análoga á los principios que le han elevado á tan alta altura. Asoma el alba por los balcones del oriente, y dejando apresuradamente el lecho, empuña una escoba en la siniestra mano, y en la derecha una regadera; deja el portal lo menos limpio que puede; se desayuna y aseá á su modo, y sentándose en un sillón rehenchido de cerda, da principio á las verdaderas funciones de su ejercicio. Saluda familiarmente á las criadas y fámulos de la vecindad que salen para la compra, y recibe los periódicos que le van entregando los repartidores; porque si bien él no sabe lo que es leer, ó sabe lo bastante para poder decir que nada saca en sustancia de lo que lee, ha hecho de modo que los repartidores se ahorren el trabajo de subir la escalera, y obliga á uno de sus hijos, si los tiene, y si no al del carpintero inmediato, á que le entere de todo lo mas notable que contiene cada uno de aquellos: primera utilidad que, sin apercibirse de ello, le prestan los benéficos inquilinos.

Vuelven de la compra las muchachas, y todas hacen escala en la portería, cuál para advertir que á tal hora vendrá fulanita á dar un recado, y es menester que se la avise con precaucion; cuál para encargar casa por estar aburrída de la miseria de sus amos; cuál en fin para dejar guardadas ciertas prendas de una prima

suya, cuya procedencia ella solo sabe con alguna otra persona, y su dueño que las anda buscando en balde. En retribucion de estos favores y corretaje de sus agencias hacen participante al buen Portero de las menudencias que en las cestas traen; y ¿creerán Vds. que de aquel tributo saca cuanto há menester para la pitanza de cada día? Esta es otra utilidad que, sin saberlo tampoco, le dejan los inquilinos.

Si es casado, como lo son los mas, abdica en su mujer las funciones mas mecánicas y las relaciones con los sirvientes. Del farol de la escalera y de la luz que suelen pasarle, distrae una parte del aceite, la precisa no mas, para el consumo de su cocina; de los criados y nodrizas que acomoda, tanto en la casa como en otras de la circunferencia, percibe un tanto proporcional al salario por que se ajustan. Dotado de cierta perspicacia, y convencido de lo severo que por lo comun se muestra el excesivo celo, es complaciente con los domésticos é inexorable con los extraños. Vive eternamente pegado á la parte interior de la trampilla que sirve de antemural á su reducto, co-siendo ropa vieja, tejiendo zapatillas de orillo, ó labrando petacas de paja, que en todas estas manufacturas es un portento, y saca de ellas despues un jornal de algunos maravédises. Al menor ruido que percibe, á la menor sombra que distingue, levanta la cabeza, y si el que pasa es desconocido — ¿adónde va V. ? — le pregunta. — Al cuarto segundo — replica el otro, y sigue subiendo el primer tramo. — Oiga: ¿sabe V. leer? — Si señor. — Y ¿qué dice este letrado? — señalando al que tiene sobre la puerta. — Que es V. un mentecato, — contesta aquel cansado de su impertinencia, y sigue escalera arriba; mientras el Portero, que no tolera se huelen sus prerogativas, sale como un venablo, comienza á voces, y arma en la casa universal escándalo. Por esto yo preferiria que en vez de Portero, se generalizase la costumbre de tener un mastin atado, como en cierta parte que yo conozco, y en lugar del *nadie pase sin licencia del Portero*, se pusiese otro rótulo como el que allí se lee, que dice: *nadie pase, que muerde el perro*. El perro no llega á morder, sino que ladra; y nuestro hombre aulla y cocea, si uno se le pone á tiro.

¿Qué diremos de la influencia que ejerce no solamente en su vecindad, sino en las casas limítrofes y en el barrio todo? El es el vínculo de union entre corazones que la suerte divide y su destreza aproxima y traba; la estafeta de las doncellas y el espía de las casadas. ¿Quiere un antiguo amante ó un nuevo adorador de la señora intendenta hacer llegar sus suspiros hasta las rejas de su triste cárcel? Encamínese al Portero, que él hará de modo que se le abran. ¿Busca la señora del cuarto principal una habitacion reducida, pero decente, en que colocar á una viuda desdichada, por supuesto con el sigilo que requieren las verdaderas obras de caridad? El Portero se la proporcionará cual apetece, y aun si es menester la alquilará en su nombre. Las horas en que come y duerme cada cual, adónde va cuando sale de casa, y de dónde viene cuando entra en ella; los recursos con que cuenta para vivir; sus opiniones y esperanzas, en una palabra, su vida pasada, actual y venidera, todo lo sabe aquel hombre, como si fuese su ángel custodido, y no solo lo sabe él, sino todo el que se lo pregunta.

Esta inevitable publicidad suele ser efecto de aquellas confianzas; el Portero es á veces dueño de ellas á causa de ofrecer menos inconvenientes, lo uno por su humilde condicion y lo otro por su carácter generalmente inamovible, que parece á primera vista la garantía mas segura del secreto. Contribuyen además á la predileccion con que se le mira, los favores de otro género que presta espontáneamente. Llega el sastre, el zapatero, un acreedor cualquiera, pregun-

tando por don Fulano, y el taimado, que á la legua conoce lo que pretenden, les asegura que acaba de salir, ó que se halla enfermo, ó ausente; nunca deja de oponer algun obstáculo: y si ellos porfian ó le desmienten, se reviste de autoridad, hace mil protestas enérgicas, y logra conjurar la nube. Cuando baja el interesado, le da á entender lo que ha ocurrido, y recibe gracias una vez y otra por haber tenido la prevision de alejar al importuno; lo cual le sirve de coyuntura para hablar de si y de sus necesidades, que al punto ve socorridas, ya con ropa de deshecho, ya con cualquier agasajo que redobla su celo en lo sucesivo.

En estos y otros cuidados semejantes consume el día para emprender al siguiente igual tarea; mas como en el mundo no hay dicha cumplida ni alegría durable, suelen turbar tambien las de nuestro héroe repetidos sinsabores. El lacayo recomendado por él, que ha desaparecido con dos pares de cubiertos; la



El Portero.

cocinera amiga suya, que ha puesto las manos en el rostro de su ama; la doncella, su paisana, que ha contagiado con su humor herpético al señorito del marqués, tan sano y tan gallardo mozo; la señora baronesa que está gravemente constipada, porque habiendo venido algo tarde la noche antes, la tuvo esperando á la puerta, segun él cinco minutos, segun ella lo menos media hora; el falderito de la niña del vizconde, que escapándose un dia inadvertidamente, tomó el camino de la calle sin que él lo viese; el ruido que meten sus chiquillos; el humo que levanta en el portal para encender el brasero; lo sucia que está la acera delante de la casa; el haber dejado subir á

dar las páscuas á los serenos; mil y mil acaecimientos que al pronto parecen insignificantes, son otros tantos motivos de reconvencción para el infeliz Portero. ¡Qué de prudencia no necesita para llevarse bien con todos! ¡de docilidad para acomodarse á las exigencias de cada uno! ¡de constancia para no aburrirse de la monotonía de sus ocupaciones! ¡Qué espíritu tan conciliador por una parte, y por otra tan intolerante! ¡Qué sumisión para con los grandes y qué altivez para los pequeños! Confesemos que en medio de sus imperfecciones (y ¡qué hombre no las tiene!) es acreedor á un sinnúmero de alabanzas. Pongámonos en su caso, medio que dicen ser el mejor para juzgar á los hombres, ocupemos su puesto por un momento, y nos convenceremos de que es muy árduo, si no imposible, superarle en honradez, en vigilancia, en desinterés y celo, habilidad y cortesía.

Que de pues en el lugar que le corresponde la benemérita clase del *Portero de escalera abajo*, en la cual van implícitamente consignadas otras varias ramificaciones, como por ejemplo la del *Portero de casa de grande*, que es, por decirlo así, el aristócrata de la especie, y que aunque difiere del tipo genérico en muchos conceptos, por ser menos curioso é interesante, no le he dado la preferencia. Por una razón análoga, al tratar de la segunda especie que me he propuesto, esto es, del *Portero de oficina*, prescindo de los que en segunda, tercera y aun cuarta escala pueblan las antecámaras de los innumerables establecimientos, ya del gobierno, ya particulares, y me limito desde luego á presentar en escena al mas grave y distinguido de todos ellos.

EL PORTERO MAYOR.

Este es el hombre mas dichoso del universo, y para convencerse de esta verdad no hay mas que mirarle detenidamente. Anda despacio siempre, como si el escaso de su importancia gravitase sobre su cuerpo, y esto aunque sea delgado; pero por regla general es grueso. Nadie puede compararse á él en lo severo, pues jamas se rie, y si alguna vez lo hace, extremece el recinto donde se encuentra: siempre á los grandes fenómenos acompañan circunstancias extraordinarias. Consecuente en todo á este principio, habla pausado y recio; tose á compas; estornuda como un mortero; se sienta con majestad, echando atras la cabeza; se levanta poco á poco, y antes de dar el primer paso, se arregla la corbata y lanza un profundo resoplido. Es, propiamente hablando, el canónigo del mundo. Su traje participa tambien de este sistema; holgado, pero bien hecho, del dia, mas sin afectación.—¿De dónde ha salido, preguntará alguno, y qué papel representa tan magnífico caballero?—Voy á satisfacer su curiosidad.

Respecto á su procedencia están discordes las opiniones, pero todos convienen en que para él hubiera sido inútil cualquiera cuna, pues en unas pajas se halló al nacer, y en las mismas estaba aun cuando ya le apuntaba el bozo. Tomóle un señor á su servicio; supo agradarle; encaramóse aquel á la altura ministerial, y cálate, como suele decirse, á nuestro mozo con el padre alcalde. En efecto le colocó en una portería, que fue para él como trasladarse al Paraíso; fueron muriendo los que estaban delante, y ascendió por órden de rigorosa escala hasta la envidiada eminencia en que hoy le vemos; porque este ser privilegiado no solo ha conservado el empleo en medio de los mayores vaivenes políticos, presenciando la reproducción de un centenar de generaciones oficinescas, sino que ni aun la injusticia tiene que lamentar de haber sido postergado en ningun ascenso. Hé aquí el origen de esta curiosa notabilidad, que si no es idéntico en todos los que llevan su nombre, tampoco ofrece notable semejanza; sin embargo, debemos

hacer la escepcion honrosa de aquellos beneméritos militares que habiendo consagrado sus mejores años á la defensa de la patria, prefieren el sosiego de este oscuro cargo á la bulliciosa ambición de otros mayores.

El carácter que representa es muy fácil de comprender. Vive á las órdenes inmediatas del jefe de su departamento, sea ministro ó director, sirviéndole, como si dijéramos, de ordenanza. Atento siempre el oído al llamamiento de la campanilla, es su deber, así que suena la señal, presentarse respetuosamente ante su señoría ó su excelencia, escuchar con atención lo que manda, retirarse haciendo un saludo, y cumplir sus órdenes sin demora. Unas veces anuncia al oficial mayor, al subsecretario, al jefe de seccion, que S. E. le aguarda, y esto de ser el órgano, el parainfo de aquel á quien acatan todos, es honor que al mas modesto envaneceria; otras trasmite sus despachos á manos de los conductores, ó atiza su chimenea, ó repone los elementos de su escritorio, ó le sirve un vaso de agua, y en caso necesario, algun otro refrigerio. Ya se ve: estas mútuas relaciones, y mas si duran por mucho tiempo, llegan á establecer entre ambos cierta especie de confianza, que tarde ó temprano explota al fin nuestro personaje en favor del hermano, del pariente ó del amigo: y yo sé de ministro que no hacia caso de recomendacion alguna como no la recibiese por conducto de su portero, que era al propio tiempo su asesor é intérprete.

Pero no está exclusivamente destinada á estos quehaceres su existencia. Corren tambien á su cuidado todos los gastos, por decirlo así, domésticos, papel, plumas, tinta y demas adminículos cancellerescos, el surtido de leña, carbon y luces, el estado de la casa, la compostura de puertas, ventanas y mesas, y otros muchos que seria prolijo enumerar: es una especie de administrador de aquel palacio en que no se conoce lo que es miseria, ni órden, ni economía. Sin embargo, tampoco se crea que le es penoso este trabajo; todo lo contrario; de él saca lo que se llama *manos puercas* ó gajes del oficio, pues ademas de tener frecuentemente á su disposicion y en abundancia todo lo necesario para escribir, combustible para su cocina, alumbrado para su sala, y alfombra de esparto ó paja para su habitacion, vende las esteras viejas para los baños del rio, la ceniza de los braseros para la colada de las lavanderas, los cabos de vela y las cortinas viejas, y reúne al fin del año un respetable sobresuelo. Item mas: el carpintero, el vidriero, el cerrajero, el espartero, el almacenista de papel y todos cuantos perciben alguna utilidad del establecimiento se apresuran á mostrársele agradecidos, este por medio de un enorme jamon, aquel de un pavo que parece un buitres, el otro de un barril de esquisito Málaga, que tienen por largo tiempo abundantemente provista su despensa, y su estómago dulcemente entretenido. No sé hasta qué punto habrán caducado en el dia estas añejas costumbres; pero lo cierto es que no ha mucho superaban sus productos en ciertas dependencias á los que por via de asignacion se chupaban del erario público.

No es por lo tanto miserable vanagloria el aire de satisfaccion que ostenta el Portero mayor repantigado en su despacho. El tambien es jefe de su dependencia, y por cierto no muy risueño ni tolerante, bien que le es forzoso estar luchando continuamente con la desidia y torpeza de sus subordinados y compañeros. Vedle allí, cual otro piloto de la nave del Estado, rodeado de papeles, mojado la pluma con frecuencia; ajustándose á menudo los anteojos, de una convexidad poco menos que microscópica, y con un aire meditabundo que hace mas respetable y austera su fisonomía. No es necesario ser muy lince para comprender lo que en aquel momento le tiene tan enajenado: está ajustando una cuenta de ochenta y

siete varas de tafetan verde que dice haber comprado para cortinillas de los balcones á 15 3/4 rs. la vara; y como no es gran matemático ni muy fuerte en esto de fracciones, suda la gota, tamaño como una nuez, sin obtener resultado alguno: hasta que por fin recuerda que debe tener guardado un libro de contadores; le consulta, estudia la regla de multiplicar quebrados por enteros, y al cabo de dos horas agrega una partida mas á las 320 de que consta ya la cuenta de aquel mes. Otras veces incluye gastos que se le abonaron en la data del anterior, y tiene que eliminarlos; otras en fin advierte que la serie de sumas van formando una diagonal, de suerte que las decenas caen debajo de las centenas y estas de los millares, y ha armado un laberinto, que ni el de Creta que se le compare.

No dejan de ser fastidiosas estas ocupaciones, pero aun hay otra que suele acabar muy á menudo con la calma de nuestro cerebro. Hablo de las audiencias, así llamadas por licencia poética sin duda, puesto que ordinariamente las concede un sordo. Los infelices pretendientes que están aguardando una, dos semanas, y á veces mas tiempo, estos instantes de desahogo, acuden con tres horas de anticipación al vestibulo del oráculo, que quiero suponer en el ministerio. Cada pisada de gente que llega, le oprime al Portero en el corazon, no por exceso de sensibilidad, sino porque calcula que cada persona nueva le cuesta cinco ó ocho minutos de planton; sin embargo ¡qué remedio! S. E. previene de antemano si está ó no en ánimo de recibir: en el primer caso, llegada la hora de costumbre, que suele retardarse como unos ciento veinte minutos de la que está prescrita, abre el héroe de la presente historia el templo de la Esperanza, á cuyas puertas se agolpan en inquieta confusión aquellas almas que buscan cuerpo. Al lado de un elegante, pugna por ganar la delantera una viudita albarada, que lleva por intercesores los flechazos de sus ojos; detras un cesante ya de edad, consumido mas por el hambre que por la desesperación; un patriota verdinegro, porque con los esfuerzos que hace para ganar lugar toda la bilis se la ha exaltado; un jóven, imberbe aun, que ha escrito ya seis tratados de filosofía, y otra multitud de personas llenas de méritos, de miseria, de historias y de rencores. — ¡Orden, señores! — dice el Portero; y metiéndose entre aquel motin, lo apacigua al punto, dando á cada uno el puesto que le corresponde, ó el que en sus profundos designios sabe él que debe ocupar. Aquel drama dura algunos momentos, y se acaba antes que los personajes que quieren representar en él, porque es de advertir que siempre hay mas pretendientes que audiencia, ó menos audiencia que pretendientes. El grito de «S. E. no puede proseguir,» dado por el Portero, produce las peripecias mas tremendas que pudo inventar jamas trágico alguno: los unos se retiran vomitando demuestras, los otros, mas pusilánimes, quejándose de su acerba suerte.

Seria empeño tan enojoso como pesado seguir á nuestro héroe en todas las circunstancias de su vida; verle con cuánta tibieza y aun desden recibe á unos, con cuánto respeto recibe por el contrario á otros; cómo brinda protección en ciertos casos, y cómo exagera su inutilidad en otros muchos. Sobre todo es admirable su tino para colocarse á la altura de las circunstancias: hoy defiende al que mañana acusa; ahora es partidario de tales opiniones ó de tales hombres, y despues conoce su error y se declara por los contrarios. Esto consiste en que como tan próximo á la fuente, sabe cuándo corre el agua mansa, y cuándo turbia. Caba muchos secretos, oye algunas conferencias, es consumado fisonomista, y tiene un timpano tan delicado, que nadie oye primero que él el ruido de la tormenta. No habia previsto ciertamente la que por mi parte le amenazaba; con todo, á fuer

de imparcial y generoso, debo consagrarle un sincero elogio en este lugar, declarando que es fiel á los secretos que oye, leal mientras debe serlo, celoso de su deber mas que ninguno, y tan afecto á los intereses y objetos que se le confian, que nunca deja de considerarlos como cosa propia.

VICENTE LOPEZ.

EL ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA.

No han observado Vds., lectores míos amadísimos, los diferentes aspectos que suelen tomar todos los objetos cuando se los saca del elemento para que los destinó la naturaleza, y se los coloca en otro? Precisamente lo habrán observado, y si no, pongan en ello alguna atención, y lo observarán de cierto. Metan en agua una rama de un árbol, y les parecerá ó mas chica ó mas grande, ó tal vez quebrada, aunque no lo esté; saquen del agua un pez, y verán como á los pocos instantes desaparecen aquella nítida tersura de sus colores, aquel brillo metálico de sus escamas, aquella satiuada limpieza de su superficie. Hasta el infinito podríamos multiplicar los ejemplos, pero mas importará para el caso completar aquella primera observación, que ya suponemos hecha por el lector, con otra no menos profunda, y que viene á ser en efecto el complemento de aquella; y es, que aquellos susodichos cambios de aspecto, son unos *en bien*, otros *en mal*. A este género pertenece el antes citado del pez fuera del agua; ejemplo insigne del cambio en bien, es el del mineral sacado del centro de la tierra y despojado de la corteza que le rodea, al que vemos convertirse como por encanto, de vil pedrusco en preciosa barra de oro ó plata. Pues, señores, lo mismo mismísimo que con los brutos y los objetos inanimados, sucede con las personas, en esto como en otras muchas cosas.

Escusado es decir que no tomamos aqui la palabra *elemento* en su acepción rigorosa, sino en la figurada en que tanto se usa; y que hablando, como vamos á hablar, de hombres y mujeres, entendemos por su elemento, no la tierra en general, sino aquella porción de territorio en que á cada uno colocó la Providencia: admitida esta metáfora, nuestro elemento es España, y descendiendo así de mas á mas, el del castellano, es Castilla; el del madrileño, Madrid, etc., etc. A los cambios de esta especie de elemento, es aplicable todo lo dicho anteriormente; no es mas diferente la fruta puesta en el plato de la misma fruta pendiente del árbol, de lo que lo es un Español en Francia, de un Español en España. Esta diferencia es, por su naturaleza, de aquellas que no todos pueden haber observado, pero los que hayan tenido ocasion de observarla, probablemente tendrán gusto en verla aqui consignada en algunos de sus principales matices.

He dicho que no todos habrán tenido ocasion de observarla, pero la verdad es que entre los lectores de esta obra, á quienes supongo personas de alguna importancia, habrá muchísimos que la hayan observado, ya por haberse visto incluso en alguna de las grandes emigraciones que han afligido á nuestra pobre patria en lo que va de siglo, ya porque su afición al estudio los haya llevado á completar su educación en país extranjero, ya en fin por satisfacer la moda de viajar que tan general se ha hecho de veinte años á esta parte. Esto de viajar por recreo puede considerarse como usanza esencialmente moderna, á lo menos en España, si hemos de creer lo que nos cuentan nuestros padres, y mas aun nuestros abuelos. Todavía á principios de este siglo, un hombre que habia

pasado la raya de Francia y penetrado hasta las murallas de Bayona, era ya una especie de fenómeno; se le llamaba *cosmopolita* al que había llegado á Burdeos, se le consideraba como un intrépido viajero, un capitán Cook; llegar á París era cosa excesivamente inverosímil, temeridad en que rarísima vez se creía por mas señas que se diesen de las orillas del Sena, del *Louvre*, del *Palais Royal* y de las revistas del campo de Marte. Aquella incredulidad era muy natural; las dificultades, los peligros de la mas insignificante escursión eran tales, que se necesitaba en efecto un ánimo no vulgar para arrostrar unos y otros. El primer cuidado del que emprendía entonces un viaje era hacer testamento y reconciliarse con el Señor; luego había que proveerse, como para una navegación, de todas las cosas necesarias á la vida para los dias que durase el viaje, que calculados á razon de siete ú ocho leguas diarias, formaban al pie de medio mes para llegar de Madrid á Irun: distancia que hoy recorre el correo en cincuenta y seis horas, *perdiendo voluntariamente* y en virtud de esas anomalías que solo se ven entre nosotros, *de ocho á diez horas*, largas de talle. Y no era esto todo; tambien había que buscar y ajustar un coche de colleras, y contratar los correspondientes mayoral, zagal y escopeteros, todo por cuenta y á expensas del viajante. Figúrese el lector el coste enorme que suponen todas esas necesidades. Hasta aquí, lo que hemos llamado las dificultades de viajar en aquellos benditos tiempos de los señores Carlos III y Carlos IV tan decantados; pasemos ahora á los peligros del viaje. Sabido es que el saltador de caminos ha sido siempre una de las plantas que mas han prosperado en nuestro fecundo suelo; el encuentro con el saltador de caminos aislado ó en cuadrilla, era, no ya una probabilidad, sino una seguridad para el pobre viajero. Las dulzuras de esta perspectiva no necesitaban casi encarecerse; si el viajero hacia resistencia, solo se esponia; friolera! á recibir un balazo ó una cuchillada en la accion; si se resignaba á su suerte ¿quién le libertaba de una rapiña general de todos sus efectos, incluso el dinero? Ahora bien, para un hombre acomodado, como debemos suponer al viajero de aquellos tiempos, acostumbrado á los recursos de la vida social, hallarse con dinero ó sin él en un lugar de Castilla, distante de alguna gran poblacion, sujeto á lo que da de sí el país, equivalia á verse en inminente riesgo de morir de hambre ó de asco: en el dia ya no es así, pero cuenta que esto último no se entiende mas que de los pueblos de la carretera, pues en los demas continúa la misma inundicia, la misma falta de todo manjar no repugnante que en los tiempos del rey D. Rodrigo. Nunca se me olvidará la sorpresa que causó á los vecinos de un lugarejo estraviado del bajo Aragon, mi resistencia á apagar la sed que me devoraba con un jarro de agua que me presentaron todo lleno de moscas: mi repugnancia pasó por el mas exagerado de los dengues; al fin un alma caritativa y amiga de la limpieza, simpatizó con mi situacion y tuvo la cortesía de ir estrayendo una á una aquellas aves con las puntas de los dedos que parecian pegados uno á otro con pez ó brea. Estos eran algunos de los peligros que corría el viajero; luego hay que tomar en cuenta los que se originaban de la falta ó pésimo estado de los caminos reales; cuales eran los vuelcos, los atrancos y algunos otros...

¿Qué diferencia entre esto y lo que sucede en el dia! Así es que ahora, por el contrario de lo que pasaba hace un siglo, lo extraño, lo increíble es, en ciertas clases de la sociedad, un hombre que no ha salido de España: para que ahora empiece á llamar un poco la atención por sus viajes un madrileño, es preciso que haya residido en Arcángel, penetrado en el estrecho de Behring ó cuando menos doblado el cabo de Buena-Esperanza. Cuando menos, he dicho, porque es de observar, que los viajes al sud y al oc-

cidente, llaman mucho menos la atención y acreditan mucho menos á un hombre de *viajero* que los viajes al norte ó al oriente. Yo creo haber hallado la razon de esto: con los primeros estamos muy de antiguo familiarizados en España; ademas va unida á ellos cierta idea mercantil que les quita toda su poesia: el hombre que va á Filipinas ó á América, aunque sea todo un *touriste*, nos recuerda involuntariamente el hijo ó el sobrino del comerciante A ó B, de Santander, de Cádiz y de otros mil puertos, que emprendieron el mismo viaje en busca no de románticas ruinas ó pittorescas perspectivas, sino de cargamentos de cacao y azúcar y de productos de la industria china: el hombre que se encamina al norte ó al oriente, pasa desde luego ó por un caprichoso que va á sembrar alegremente sus caudales en las magnificas tiendas de *Regent-Street* y de la *Rue de la Paix*, ó por un artista que aspira á empaparse en las inspiraciones clásicas de la deliciosa Italia, ó en fin, por un piadoso peregrino sediento de beber la fé cristiana en las sagradas fuentes de donde se derramó el cristianismo sobre todo el mundo, y que exclama, con el tierno Lamartine, en la anhelosa angustia de su corazon:

Y no he seguido las divinas huellas
donde bajo el olivo lloró Cristo;
la impresion de sus lágrimas no he visto
que aun conserva su eterno resplandor.
En éxtasis sublime sumergido
no he llorado una noche en aquel huerto,
donde de sangre y de sudor cubierto
bebió el amargo cáliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
dónde impresa al partir quedó su planta;
y no he besado con fervor la santa
tumba donde su madre le lloró;
y no he doblado la rodilla en donde,
de su vida mortal rotos los lazos,
para ceñir al mundo abrió los brazos,
¡y para bendecirle se inclinó!

El *Español fuera de España*, forma, pues, ya un tipo aparte en nuestra sociedad moderna, tipo bastante comun para que salga de las condiciones de una mera escepcion y para que puedan y aun deban consignarse en esta obra los principales rasgos de su fisonomía. Eso es lo que voy á procurar hacer ahora, aprovechando la circunstancia feliz para el caso que me permite dibujar este tipo, copiándole del natural.

Muchísimas son las variedades de este tipo; cualquiera conocerá á primera vista, que así debe ser en efecto. Un sinnúmero de circunstancias le modifican en cada uno de los mil aspectos que presenta al observador. Uno de ellos, es decir, una de estas variedades, es el *emigrado*, tipo que ya hemos procurado bosquejar, y en el que por consiguiente no volveremos á ocuparnos, tanto mas, cuanto como ya manifestamos en aquel artículo, este es en rigor un tipo aparte, que ya tiene su fisonomía peculiar y sus rasgos característicos que le constituyen en ente *sui generis*, aunque, considerado en globo, entra completamente en el asunto de este nuevo artículo. Descartémos, pues, al emigrado; sin recurrir á esta no nos faltarán curiosas variedades del mismo tipo en que ocuparnos.

La primera que naturalmente se ofrece á la observacion, como la mas frecuente, es la del *Español fuera de España* con el tiempo contado para volver á ella, ó sea el madrileño, por ejemplo, que está pasando una temporada de tres meses en París, verbi gracia. Observémosle en todas las fases de su viaje, tomando la cosa *ab ovo*. Un mes antes de meterse en la diligencia ó en el correo, ya empieza nuestro madrileño á presentar los caracteres del tipo que nos propo-

nemos delinear: hasta entonces ha sido un hombre como otro cualquiera: desde entonces entra ya en condiciones distintas, propias, sintomáticas de la situación excepcional en que va á encontrarse, —condiciones que, por una natural reacción, se prolongan hasta otro mes despues de terminado el viaje y efectuado el regreso: — pasado dicho mes, vuelve igualmente nuestro hombre á confundirse con los demas de su esfera: ya le falta el barniz, digámoslo así, ó mas bien el reflejo, el crepúsculo — (ahora de la tarde, antes de la mañana) — de la situación por donde ha pasado. La pintura del *Español fuera de España*, empieza y acaba dentro de España; si no, no es completa, le falta el antecedente y el consiguiente, la causa y el efecto, el principio y el fin.

Un mes antes de emprender su viaje, el madrileño ha ido cacareando por todo Madrid que se va á París. ¡Insensato! el vano placer de excitar tal cual envidia, de darse tono, le hace arrostrar no el peligro, sino la certeza de recibir de cada persona á quien anuncia el noticia de su partida, uno, dos, diez, veinte, tal vez mas encargos, — y muy cómodos y fáciles de cumplir por cierto; — ya dos sombreros para dos hermanas, un vestido de baile para la señora de***, un traje negro completo, para D. Fulano, seis pares de botas, para D. Zutano, — todo esto sin dar las medidas, ó, lo que es peor, dando por medida un par de botas viejas, un frac raído y cosas así, con que tiene el viajero que llenar su baul; — y por de contado, sin pagar jamas de antemano, y rara vez con posterioridad, el importe de las susodichas impertinentísimas comisiones. Gracias cuando estas no son de objetos rigorosamente prohibidos, que obliguen al comisionado á discurrir mil tretas para pasarlos en la aduana, como suele ser, por ejemplo, meterlos entre la camisa y la carne, ó colocarlos de suerte que le hagan parecer muy panzon ó muy jorobado, cosas todas deliciosísimas: no lo es menos tener por culpa agena y mera complacencia propia, que andar en dimes y di-retes con el gobierno representado por los vistas, todo á expensas del bolsillo, que es, en suma, adonde asestán sus miras todos los gobiernos conocidos. Lo primero es pagar, y luego se entra en explicaciones, muy en hora buena. Saturado ya suficientemente de encargos, de los cuales hará los que pueda, llega para el viajero el momento de las despedidas, momento de abrazos, de repartimiento de tarjetas á los menos íntimos, con las consabidas iniciales S. D. P. P. (se despide para París), todo esto muchos dias antes de tener el pasaporte y el billete de la diligencia, — pero ya sin vivir como hasta entonces, es decir, sin ir á la oficina, si el viajante es empleado, sin comer á las horas acostumbradas: escusa ó motivo de esta inversión de hábitos son los preparativos del viaje. Si este es para París ó Londres, es de rigor que el viajero, en los últimos dias de su residencia en Madrid, vaya por esas calles y esas tertulias, muy desastrado y casi roto: esto dá pie para decir á todo vicho viviente: — No quiero hacermé ropa, porque como voy á París... allí me vestiré... aquí no hay sastres ni zapateros... Si tiene ropa decente, la vende ó la regala. Pues señor, acaban todos los preparativos; ya está sacado el pasaporte, enviado el equipaje á la diligencia, dado el último abrazo, y: — Adios Madrid, que te quedas sin gente, dice todo jubiloso nuestro viajero: ya va andando al son de los latigazos del mayoral y de las eternas excitaciones ¡Coronelaaaa! ¡Capitanaaaa! ¡Putiaaaa!.... camino de Somosierra. Si conocen Vds. este camino, nada tengo que decirles de él; si no le conocen, debo en conciencia darles la enhorabuena de no conocerle, pues territorio mas abominable no le ha creado el Supremo Hacedor en toda la superficie de este mundo subltunar. En ese miserable hacinamiento de chozas indecente que llaman Somosierra, hace noche el viajero con la diligencia... á las

cuatro de la tarde: come y se acuesta al instante por no ver aquel pueblo y aquellos pobladores de ambos sexos, que humillan profundamente su orgullo nacional. Al dia siguiente echa un rápido vistazo á la catedral de Búrgos; ya esto merece la pena de haber hecho un viaje; ya, si el viajero está en los trotes de la moda, puede empezar á tomar apuntes, á escribir su diario y sus impresiones. De Búrgos en adelante, el pais es generalmente hermoso y pintoresco; en la provincia de Alava, es como una digna antesala de la deliciosa Guipúzcoa, que verdaderamente le parece un paraíso terrenal al madrileño, acostumbrado á las increíbles cercanías de Madrid, y al árido terreno que ha atravesado durante los dos primeros dias de su viaje. Al cuarto pasa la raya de Francia: pocas horas despues se apea todo molido y empolvado — (supongamos que la escena es en verano) — en la Plaza de Armas de Bayona, á la puerta del *Hotel du Commerce*.

Ya tenemos á nuestro Español fuera de España; apelo á cualquier tratado de geografía, que no me dejará mentir, pues por lo demas, nadie sospecharia, hallándose en Bayona, que no está en España, — y prueba de ello es, que en nada se diferencia nuestro madrileño de cualquiera de las personas que allí le rodean. Si, dotado de un loable espíritu de prevision, se ha provisto del suficiente número de frases francesas para hacerse entender en Francia, puede considerar en Bayona su trabajo como enteramente inútil; á sus frases francesas le contestarán con frases castellanas, algo chapurradas, es verdad, pero no mucho mas que las que oyó en Vitoria ó en Astigarraga. Si pide de comer, le darán un buen puchero; si no lleva moneda francesa, que será muy raro yendo de España, no importa; la española es allí recibida con pálio, como que su valor intrínseco es muy superior al que nosotros discretamente le damos: basta el realillo de ventaja que reconocemos en el peso duro sobre el napoleon, le reconocerán los bondadosos bayoneses, aunque el peso duro no es en Francia moneda nacional, como lo es el napoleon en España.

En general el pueblo de Bayona le gusta mucho al Español á la ida: á la vuelta le parece muy mal. Lo mismo le viene á suceder en Burdeos: el que ve esta hermosa ciudad antes de haber visto á París, se queda estupefacto; solo la comparacion con París puede hacer que decaiga esta bellísima poblacion del alto concepto que de ella se forma siempre á primera vista. Poco mas de veinte y cuatro horas tarda la diligencia desde Bayona á Burdeos: la distancia material entre ambos pueblos, no es, pues, muy grande; en civilizacion, en cultura, en belleza, la distancia que los separa es grandísima. El terreno intermedio se compone en su mayor parte de lo que los franceses llaman *les landes*, que pudiéramos traducir los arenales; la aridez y miseria de este terreno es proverbial en Francia y en España: — Yo conozco ese terreno á palmos, y puedo decir que los susodichos *arenales* son un verdadero jardín un vergel delicioso, comparados con todo lo que se ve desde Búrgos hasta Madrid, y digan lo que quieran los que se dejan llevar de un patriotismo mal entendido.

El Español que lleva su tiempo tasado, como arriba dijimos, no se detiene en Burdeos arriba de tres ó cuatro dias cuando mas, con lo cual tiene el gusto de irse sin haber visto el pueblo; quince dias bien empleados son apenas bastante para conocerle medianamente. Entre tanto nuestro viajero continúa, como en los últimos dias de su residencia en Madrid, desastrado y casi roto; se ha propuesto no vestirse hasta que llegue á París; lleva en su cartera, al lado del pasaporte y de varias cartas de recomendacion, las señas (*l'adresse*), de un sastre de la *Rue Vivienne*! ¿Qué importa que en los pueblos del tránsito le tomen por un pelustan? Para eso á la vuelta le mira-

rán como un figurín ambulante. Este es uno de los mas graciosos errores con que se está en Madrid,— creer que las gentes se visten en París como expresa el figurín; — en algunos pueblos de provincia, sí, y aun se exagera si viene á cuento lo que prescribe el órgano oficial de la moda, aunque nunca tanto ni con mucho como en nuestra capital; ¡pero en París! No tendrían bastantes caricaturas Daumier y Gavarni, para ridiculizar á la parisiense que saliese á la calle como van por el Prado algunas de nuestras leonas, esclavas del último figurín, ó para el mal aconsejado dandy que se pusiese un frac por el estilo de los que aquí se nos figura que allá son muy bien portés. De estos desengaños recibirá no pocos nuestro viajero.

Ya ha atravesado este, á pie como todos sus compañeros de diligencia, el bellissimo puente de Cubzac, que se cimbra como un inmenso columpio bajo el mas leve peso; obra colosal y aérea, y al mismo tiempo tan sutil, que parece hecha por las hadas; tan grandiosa, que semeja un trabajo de gigantes. Ya ha pasado dos días y dos noches en el carruaje sin descansar mas que para almorzar y comer en abreviatura; ya le tenemos en Orleans, donde en un momento le traslada con la diligencia, y con otras diez ó doce, como á otras tantas leves plumas, una máquina sencillísima al camino de hierro, y en él recorre con una rapidez fantástica, en poco mas de tres horas, las treinta leguas que dista de París aquel último pueblo. Ya ha llegado por fin al anhelado término de sus deseos. ¡Ya está en París!

Las variedades del Español fuera de España, son innumerables, como que las constituyen las diferencias de carácter, de condicion y de crianza. Sin embargo, en este gran tipo multiforme, cualquiera distinguirá á primera vista tres entidades, como se dice ahora, muy marcadas, y á las cuales pueden referirse todas las otras variedades: aquellas son:

1.º El Español fuera de España que decididamente detesta, injuria y maldice todo lo que no es España. Para evitar circunlóquios, denominaremos á este Español el *patriota*, sin que sea ni aun remotamente nuestro ánimo aplicar la menor intencion satírica á este dictado hermoso, respetable, pero desacreditado lastimosamente por un necio abuso.

2.º El Español fuera de España que decididamente tambien detesta, injuria y maldice á España. ¿Qué nombre podremos discutir bastante enérgico y expresivo para designar á este majadero sin entrañas, porque de seguro no las tiene, y es un ente inepto el que no siente latir nada en su pecho al nombre de patria? En prueba de que no tomamos en su acepcion rigorosa estas denominaciones convencionales, llamaremos á este tipo el *cosmopolita*.

3.º El Español fuera de España, que sin incurrir en ninguno de estos extremos, ridiculo el uno, odioso el otro, conoce y juzga despiadadamente lo bueno y lo malo que hay en España, lo bueno y lo malo que hay en otras partes. Aquí ya no necesitamos recurrir al estilo figurado: á este tipo le designaremos con el nombre del *sensato*.

La manía característica del *patriota*, es que, en Francia, por ejemplo, *todo es mentira*, todo es diferente de lo que parece, y por consiguiente, que todo es malo, porque es de advertir que los franceses tienen el arte, que nosotros desconocemos, de dar á todo buena apariencia. Las mas sorprendentes y sólidas bellezas de París, no excitan en el *patriota* mas que una sonrisita de desden ó incredulidad. De este y de sus semejantes es de quienes dice la Escritura: «Y atenderán ojos y no verán, y tendrán orejas y no oirán, etc.» Hombre de estos he conocido yo que nunca pudo persuadirse de que las columnas del Palacio Real eran verdaderas columnas de piedra:—á pesar del testimonio de la vista y del tacto, persuadidísimo se volvió á España de que aquellas columnas eran de car-

ton ó de madera, ó de alguna otra invencion de esos trapalones de gatachos, como él decia. Otra de las ideas fijas del *patriota*, es que fuera de España todos roban.—«Mire uzté,» me decia un dia un andaluz, parándome en una de las calles mas concurridas de París: «¿ve uzté eze zeño que va tan arrellanao en zu coche? Puez eze roba. ¿Ve uzté eza zeñora que yeva detraz ezoz doz lacayoz? Puez eza tambien roba.» «Porque aquí, dezengáñeze uzté, aquí toiticoz roban.» Y por mas que le dije que aquel señor era cabalmente el respetabilísimo arzobispo de París, que aquella señora, á quien una feliz casualidad me habia hecho conocer recientemente en una ocasion muy honrosa para ella, era una verdadera perla de la mas alta aristocracia francesa, uno de esos ángeles á quienes desde las mas encumbradas esferas sociales, conduce diariamente la caridad á las mas humildes guardias de los indigentes para llevarles *ellas mismas*, con sus propias manos y sus propios lábios, pan y consuelos (junto al lecho de la esposa moribunda de un infeliz emigrado español, conocí á aquella señora), por mas que le dije, repito, esto que acabo de referir, añadiendo que son numerosos, muy numerosos en París, en todas las clases y en ambos sexos, esos ángeles consoladores de todas las miserias, no pude sacar á mi compatriota *patriota*, de su eterna cantinela:—«Dezengáñeze uzté; aquí toiticoz roban» ¿Qué se le responde á una preocupacion tan estúpida? A otros les da, no por despreciar ó desconocer la realidad de lo que ven, sino por no querer ver: esta nueva extravagancia es rara, pero no tanto como debe parecer á primera vista; y yo he hallado, entre otros, un jemplo insigne de ella. Una vez me fue recomendado un sugeto que no debia detenerse en París mas que dos dias, lo necesario para hacer ciertas compras, y que llegaba, no ya de Madrid ó de otra ciudad principal, sino de un pueblo muy secundario de una provincia. Le acompañé en todas sus correrías, y naturalmente, aunque era imposible enseñarle en tan poco tiempo la capital, para que á lo menos pudiese decir que habia visto algo, siempre que pasábamos por delante de alguna curiosidad, le llamaba la atencion para que reparase en ella. Pues ¿podrán Vds. creer que no conseguí recaudar de aquel alcornoque que levantase una vez siquiera la cabeza para mirar cosa alguna de las que yo procuraba enseñarle?—«Deje V. eso, hombre, me decia: «deje V. eso: vamos al grano.» Y con su gorra de gran visera encasquetada hasta las cejas, y parapetado contra toda *emocion* con su gran capa de paño recio como tabla, proseguia su marcha á paso redobladado, tirándose del brazo como si le incomodase que viese yo lo que á él no le daba la gana de ver.—Este es el *patriota* superlativo, lo sublime del género. De esta casta de *Españoles fuera de España*, salen los que de vuelta en su patria dicen muy ufanos estas y otras sándias fanfarronadas: «He estado ocho años en Londres, y tengo el gusto de haber vuelto sin saber una palabra de inglés;»—y se lo celebran ellos á sí mismos como si hubieran hecho una gran cosa. Escusado es añadir que lo mismo que en punto á lengua, han aprendido en todo lo demas; burros salieron de España y archiburros vuelven á ella. La especie es muy numerosa. Siesta clase de hombres supiese de versos y fuese capaz de comprender la poesia de su situacion, debería adoptar por divisa y tener siempre en los lábios este bellissimo pensamiento de D. Alberto Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
mas rio que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequenuelo jugaba!

Tan cierto es que no hay cosa que no pueda poetizar un claro ingenio, y que toda medalla tiene dos

caras, diametralmente opuestas, físicamente siempre, moralmente muchas veces, como en este caso. Por un lado vemos un tonto, por otro un filósofo.

No son tan opuestos á estos los caracteres distintivos del *cosmopolita*, como pudiera inferir un observador superficial: una profunda incapacidad de parte del sugeto, es la base esencial de estas dos entidades. El cosmopolita no admira lo bueno de los extranjeros porque es bueno, sino porque es de los extranjeros, y prueba de ello es que igualmente admira lo malo. Sin embargo, en no llegando á las exageraciones de este carácter, alguna vez se encuentran en el tipo cosmopolita individuos de talento, aunque ver-

daderos monómanos: en algunos la aversión á su país llega á ser una especie de enfermedad,—lo opuesto á la proverbial *murriña* de los gallegos. Los ha habido que se han ahorcado al llegar á Irun, entrando en España. Para estos, ya se sabe, hay frases consagradas que les repetirán á Vds. siempre que venga á cuento:—*Madrid es un corral de vacas.*—*En España no se puede vivir.*—*La Europa llega hasta los Pirineos.*—*En España tres y dos no son cinco:*—y otras barbaridades de este jaez. Lo peor, lo realmente imperdonable, es que suelen repetir las, por un efecto de la costumbre ó por echarla de despreocupados, delante de los extranjeros. Así consiguen dos cosas;



El Español fuera de España.

hacerse despreciables á los ojos de estos, y odiosos á los de sus paisanos. La Bolsa es el recurso de la mayor parte de estos cosmopolitas.

Este tipo suministra el fondo no despreciable (por su número, se entiende), de los Españoles, decidida y perdurablemente establecidos fuera de España. De estos, unos se naturalizan en el país que mas les agrada y no vuelven á cordarse del suyo mas que para renegar de él; otros, sin llegar á este extremo, emplean todos los ardidés imaginables para no volver á España: nuestras revueltas políticas, la funesta inestabilidad de todas nuestras instituciones, son la causa ó el pretexto de esa invencible aversión que manifi-

tan á vivir en su país. La verdad es que en ellos predomina un grosero egoísmo, y que no quieren pagar el tributo de amor y de servicios que todo ciudadano debe á su patria. Los hay que se quejan de la *inestabilidad* de nuestras cosas, y que todavía en este momento están cobrando á la sordina en tal ó cual capital extranjera, que pudiéramos nombrar, el sueldo que les señaló hace diez ó mas años un ministro amigo para ir á desempeñar una comision que jamas desempeñaron, y que maldita de Dios la falta hacia que se desempeñasen: estos viven solapadisimamente, como tristes *abusos* vergonzantes, no salen á las calles mas que al anochecer; siempre van con ademán

cauteloso; sombrío:—su idea fija es hacerse olvidar,—que nadie piense en que existen,—mas que el banquero pagador de las comisiones inútiles.

Del tipo *sensato*, es muy poco lo que hay que decir: su carácter distintivo es un constante anhelo de ver introducidas en España todas las cosas buenas que ve y francamente admira en los países extranjeros. Entre sus paisanos, lamenta con calor, alguna vez con exageración, el atraso y las miserias de España; entre franceses é ingleses, habla de su patria con decoro y con cierto respeto filial, sin consentir que nadie la insulte: su máxima favorita es este aforismo de Napoleón: *Il faut laver son linge sale en famille*. Literalmente: «La ropa puerca debe lavarse en casa.»—En su sentido figurado, no es fácil traducir en toda su patriótica energía esta expresión proverbial. Mis lectores deben conocer muy bien este tipo, pues los supongo pertenecientes á él, como cree serlo el que tiene el honor de suscribirse su muy atento y S. S. Q. B. S. M.

EUGENIO DE OCHOA.

EL CIEGO.

Como te ponderen ¡oh lector benévolo! un cuadro de Zurbarán ó de Murillo, has de ser poco aficionado á las artes para no dirigirte al Museo que posee tan rico tesoro. No es lo probable se ofrezca á tus ojos desde que pisas el umbral de los salones, ni has de mostrarte tan tibio que no lances una ojeada en torno tuyo, impelido por la variedad de figuras y de asuntos representados en otros lienzos, con doble motivo si tienen algun punto de contacto con el que aguja tu curiosidad, y así te lo advierte tu guía. Cabalmente nos encontramos en este caso tú y yo al comenzar mi artículo: pongo en las nubes al Ciego, ansias verle, te conduzco como por la mano á una vasta galeria en que se muestra al público, miras y no le ves; culpa de otros personajes que le circundan y guardan con él relación no pequeña. Forzoso es pasarles revista para desembarazarnos de ellos cuanto antes.

No todos los casos de ceguera se hallan al alcance del mas famoso oculista, por mucho que sobrepuje en ciencia al Albinus del Campanero de San Pablo. Mientras encienden luz en su casa ve suficiente la cándida jóven para marcar con una hebra de su rubio y sutil cabello la delicada batista del pañuelo del amante, y no ve su corrupcion de que son testigos lupanares y orgías. Ostenta su asombrosa puntería el buen marido que sale á caza y tumba de un balazo al mas volátil vencejo, y no descubre las liviandades de su esposa, sobre las que se hace lenguas todo el barrio. Desde el fondo de una alameda distingue el sencillo labrador á la hormiga, que toma provisiones de sus mieses; á la oruga, pegada al tronco de sus manzanos; á la mosca, solazándose con el dulcísimo fruto de sus colmenas, y se le oculta lo caro que le cuesta no pagar diezmos y cangear su título de súbdito leal por el de ciudadano libre. Sácase de aquí en limpio como nadie ve lo que mas le importa; y en tal sentido todo viviente tiene mas de ciego que de loco, aunque le pese al adagio. Te enredaría y me enredara en laberinto mas intrincado que el de Creta enumerando uno por uno á cuantos prójimos padecen de ese achaque.

Existe otra clase de Ciegos que lo son á sabiendas. Imposible es, lector amigo, que no tropieces cada dia con alguno de ellos; y si no recuerda al cesante, á quien acosan acreedores, cuando se topa por sus culpas con el mas implacable de todos y se escurre á la deshilada, motivando el repentino giro de su cabeza

con un respetuoso saludo dirigido al balcon de un cuarto piso, donde solo se ven tientos. Figúrate despues al padre de familias que va á la oficina y columbra á su primogénito jugando á la pelota en la plaza de Oriente: por no armar bulla no interrumpe tan licito recreo, antes bien se reserva sus paternales prerrogativas para ocasion en que no cuente el chico con molestos intercesores. No olvides al dependiente del resguardo, protector nato de las barcas contrabandistas y patrono especial de sus patronos, que permite frecuentes alijos en el mismo punto de la costa que se le confió para estorbarlos. Aun cuando sea de refilon observa á gentes de la propia calaña y formará cabal idea de lo que se llama en castellano *hacer la vista gorda*. Tampoco aquí encuentro tintas para mis pinceles, ni dibujo para mi pintura.

A mi propósito solo cumple bosquejar lo mejor que me sea dado á los que son Ciegos por faltarles la vista, y todavía me descarto de los que la pierden en fuerza de años como Homero y Milton, de los que la rinden en manos del verdugo como el Belisario y el conde de Saldaña, y de los que se la arrancan á sí propios como Edipo y Santa Lucia. Me concreto al que sale del vientre de su madre no á luz sino á las tinieblas del mundo, legándole aquella á su muerte, perpetua noche, y el inapreciable recurso de buscarse la vida á tientas. Y pues dimos ya de codo á cuantos estorbaban nuestras pesquisas, y te puse, lector, delante de mi tipo, abre ojos, cierra boca y aguza oído, mientras procuro salir airoso de mi tarea con ayuda de Dios y de tu genial indulgente.

Ofrécese en lontananza el ciego niño: aprendiz de música, nos obsequia con aguitarrados rasguños y violinescos chirridos: imita cual puede el canto del gilguero, el de la codorniz, los ayes del lloron recién nacido; y se ocupa en la expencion de géneros de escaso consumo; como programas ministeriales y profesiones de fé republicanas. Aparece en segundo término el ciego mozo, todavía poco ducho en su oficio y vacilante en su educacion práctica: sírvenos con todo para destacar la principal figura del cuadro. Es la del Ciego á quien cubren canas, por mas que no las peine; camastron de por vida, bachiller en embustes, licenciado en malicia y doctor en charla sin haber asistido á seminario, universidad ni colegio: chalan de noticias, mercader de jácaras y baratillero de fenómenos sin que se le incluya en las listas del subsidio, saludémosle con la afabilidad y cortesanía de que seamos capaces, por advertirse en él toda la perfeccion, toda la belleza, toda la bizarría del modelo.

Ignoro si mi héroe es ó no descuido, mas observo que sin vista representan á una de las virtudes teológicas: no averiguo si es vehemente en sus pasiones, si atropella imposibles, ni si da flechazo á hermosas y feas; bástame saber como carece del propio sentido que el hijo de Vénus: ni falta quien le conceptúe mas semejanza con la justicia, á quien pintan tambien venda en los ojos; y es á mi ver por lo de blandir su espada como palo de Ciego.

A la rapidex con que cunden las luces en nuestro fosfórico siglo debe de cierto la circunstancia de bandearse sin el mueble mas imprescindible, sin el atributo mas ajeo de sus predecesores: á mengua tendria el Ciego contemporáneo salir á la calle con el enjuto perro, ó el frivolo lazarillo: acaso cadaque el refran de que si un Ciego guía á otro Ciego ambos caen en el hoyo, pues ahora no cae ninguno aun siendo tres los que caminen uno en pos de otro. Por supuesto es rarísimo el Ciego que pide limosna de casa en casa, salvo los que han perdido su vista en la última fratricida guerra.

Depositán sus votos en las urnas electorales muchos de peor pelaje que mi tipo, y ya quisieran contar en el mes de diciembre con sus zapatos de la valentía, sus medias azules, sus pantalones negros con rodille-

ras pardas, su raiada chaqueta, su sombrero de hule y su capa guarnecida de barro, infinitos que han figurado en la penúltima ominosa década como oficiales de secretaría, coroneles de tropa y generales de convento.

Tales son las señas que se toman del Ciego apenas se le mira, aplicables en un todo á la Ciega con solo vestir su cuerpo de faldas, poner á su cabeza pañuelo de verbas, y sembrar su faz de diseminado bozo en vez de cerdosa barba, pues hasta su voz tiene algo de hombruno y mucho de varonil susurranques. Y ahora, lector, conviene variar de rumbo para engolfarnos con el Ciego en el ejercicio de sus funciones, en la práctica de sus costumbres, y en la diversidad de sus recreos. Adáptase por fortuna el método periodístico á nuestro asunto, y así podemos dividirlo, si no te enoja, en *seccion política, seccion religiosa, seccion literaria y miscelánea ó parte indiferente*, con lo que tú quedarás servido, yo pagado y ambos contentos.

SECCION POLITICA.

Aquí se nos presenta el Ciego tornasolado de matices: en materia de opiniones baila al son que le tocan, y hace como un santo á juicio de unos, y al de otros como can de mala especie que acaricia al vencedor y ladra al vencido. No percibe un real de tesorería; pero medra á la capa de los trastornos como pescador que á río revuelto ganancia logra. Muchas y repetidas veces ha cambiado de librea, ya ostentando en su sombrero la cinta blanca con lo de *viva el rey y la religion* como acérrimo defensor del altar y el trono, ya la cinta morada con lo de *Constitucion ó muerte* como buen hijo de Padilla: ora desgañitándose por esas calles del diablo con el *trágala y el himno de Riego*, ora deplorando en lúgubres armonías la *muerte de Elio ó jaleándose con el julepe*, para ensayar poco después las groseras notas del *maquirandel y el maquirandelo*, y hacerse en contrarias alternativas *moderado ó progresista, conservador ó ayacucho*, y crearse un ente moral ó fantasma con quien lucha lanzándole al rostro el apodo de *foeta ó de negro, de pastelero ó retrógrado, de servil ó cartino*. Y les apoda, tilda y usateca con el mismo fervoroso entusiasmo; y se amolda á las circunstancias como un diplomático de primera tijera, y con todos come y de todos saca astilla porque balaga las pasiones del momento, y mientras fermentan las pasiones su popularidad crece, y cuando se apaciguan diera un *ojo de la cara* porque en las provincias se alzaran y formaran juntas y dierran un grito cualquiera que fuese con tal de que produjera una mudanza ó hiciera oportuna la entonacion de nuevos himnos de victoria, de nuevas canciones burlescas que acibarasen el infortunio del vencido.

Aparte lunarcillos de tan poca monta, dado que para adquirir el renombre de camaleon político no se necesita ser Ciego, es mi tipo elemento necesario, rueda muy principal de la máquina gubernativa española. De nada le serviría á un invicto gefe seguir la pista al enemigo por espacio de tres semanas, alcanzarle al fin y dejar dos hombres fuera de combate, debiendo su salvacion los dos mil restantes á lo *escabroso de la noche* y á la *oscuridad del terreno*: poco se adelantaria con que el parte saliera del ministerio de la guerra pulido y lozano de palabrería y de la Imprenta Nacional flameante y limpio de toda errata, sino hubiera un Ciego pronto á darle la última mano con sus pomposos pregones que anuncian la *total esterminio de los rebeldes*. Para que la noticia cunda como su importancia lo exige, se transforma en telégrafo ambulante de Madrid, lluevan chuzos ó soplen huracanes, áseuse los pájaros ó hiélense las aguas. En los tiempos de antaño si ocurría vender á deshora papeles de tal calibre equivalian los gritos del Ciego al Voleo de las campanas, y toda la poblacion se ilumina

naba como por encanto; mas secos ya los vecinos de la coronada villa con tantas felices nuevas que en infaustas desventuras se tornan, han resuelto casi por unanimidad destinar su aceite á usos mas provechosos, y no iluminan ni por un ojo de la cara. Hubo épocas en que caminaba el Ciego á orillas del rio de la opinion pública para hacerse eco de su murmullo: así señalaba á los gobernantes el puente ó el vado de ese rio, y desde su centro contemplaban su recto y apacible curso: mas desde que ese rio se ha transformado en innumerables arrollos, que no han menester de vado ni puente, ha perdido el Ciego la brújula, se ha extraviado en su marcha antes regular é inalterable, y anda á tientas bajo dos conceptos entre sí bien distintos. Por desgracia hasta en esa clase, tan uniforme de muy antiguo en ideas y sentimientos, ha penetrado el desórden, la confusion y la anarquía: si ocurría un *cambio de frente*, diez años hace, todos los Ciegos lo ejecutaban á una: no habia tráfugas, rezagados ni desertores, y de consiguiente el sistema de discusion no podia establecerse ni desarrollarse entre individuos acordes en todo; mas el periodismo latente y fulminante ha alterado tan buenos usos, ha envuelto en doble caos á esas pobres gentes, excitando su codicia con el cebo de la ganancia, y haciéndoles sacudir el miedo é impulsándoles á la osadía con lo pingüe del salario. Ocupados los Ciegos, como despues veremos, en diversas faenas, solia suceder que llegase á Madrid un correo gabinete con pliegos para la secretaría de la Guerra; como por esalmo cundia entre aquellos la noticia, y paso á paso iban agrupándose en torno de la *Imprenta Real ó Nacional*, segun los tiempos, y allí aguardaban una, dos, tres ó mas horas hasta que se abria el despacho; se abalanzaban frenéticos á la reja y adquirian unas cuantas decenas de gacetas extraordinarias: desde allí se dividia la numerosa falange con rumbo á los cuatro vientos, y diseminados los Ciegos corrían como energúmenos, aturdiendo los oidos del pacífico ciudadano, y perdiendo de vender su género en fuerza de andar deprimida y de los gritos de sus colegas, que tampoco querian hacer alto hasta que se apoderaran de una calle, donde campeasen solos. Perspectiva por demas animada presentaba entonces la Puerta del Sol con todas sus avenidas: todo era ir y venir Ciegos y arrebatarles las noticias á puñados, y formarse grupos, donde se recogian con avidex las palabras del que leia, procurando todos esmerarse en interpretaciones y comentarios que hicieran subir de punto la importancia del parte oficial de la secretaría del despacho. Muchas veces habreis visto repetida esta escena sin que hayais advertido en los Ciegos la misma unidad de opiniones: por ejemplo mientras la mayoría de ellos ensalzaba, poco há, las victorias de Prim en San Andres de la Barca, en Mataró, en Gerona y al pie del castillo de Figueras, oiriais á algunos anunciar con tímidos y vergonzantes pregones la venta del *Moscardon* y de la *Tarántula*; así como mientras la guerra civil tocaba en su postrera agonía y la toma de Morella ensanchaba el círculo de sus operaciones mercantiles, veriais á algun Ciego, no asociado al regocijo de sus camaradas, que mustio y cabizbajo se escondia entre la muchedumbre, que suele poblar las esquinas de la calle de la Montera, para vender *huracanes* á cuatro cuartos, bajo las apariencias de *cortes de chaleco*; pues conviene decir de paso que nadie como el Ciego está versado en la táctica de no rebelarse contra las leyes, contentándose con eludir las hasta que se cumpla un mes desde el dia en que fueron promulgadas: entonces las infringe abiertamente porque entre nosotros no hay una sola que á ese tiempo no caiga en desuso; y consiste en que las autoridades se cansan de velar por su cumplimiento, y los súbditos son propensos á la desobediencia. De suerte que entre los españoles no tiene grande aplicacion aquello de *hecha*

la ley hecha la trampa, por tres razones: 1.^a, porque en España no hay leyes ó sí las hay cada una de las muchas fracciones en que se divide la monarquía tiene las suyas opuestas entre sí como los polos. 2.^a, porque una vez publicadas son como aristas que arrebatada el viento, como flores arrancadas de sus tientos para que se marchiten en el arroyo de una calle, como naves que vagan á la merced de las olas sin timón ni vela; y 3.^a, porque en España, la trampa se hace antes que la ley, y la ley es trampa.

Escusado es que yo te diga que nuestro héroe tiene en su archivo, cuantas gacetas extraordinarias, periódicos y hojas volantes no ha podido vender, y fuera manantial fecundo para un historiador á no encontrarse, por ejemplo, en sus investigaciones; con que Zumalacárregui había muerto tres veces, que á Cabrera le habían fusilado los suyos, y que á Carlos V lo había envenenado un fraile; que estas y otras especiotas ha publicado el pobrecillo, con tanta fé y entusiasmo, como si cobrando de repente la vista, las hubiera presenciado: ¡cuántas veces, al terminar su pregon, habrá oído decir de sí: ¡sonaba el Ciego que veía! Ni fuera este solo el obstáculo en que el historiador pudiera tropezar, que á guiarse por las carpetas que deben ordenar sus papeles, si puede haber orden en los papeles de un Ciego, se encontraría con una porción de novedades, de hechos ignorados y de sucesos á los que viene de molde al hablar de nuestro tipo aquello de *aquí está quien lo dice y allí está el que lo vio*, ¿quién no recuerda haberle oído pregonar el año de 36 la muerte de Fernando VII, cuando de lo que hablaba el papelito nuevo, era de las horas á la muerte del rey? ¿quién no le ha visto vender por dos cuartos la muerte de Riego y los suyos por el año 40 en que se exhumaban los restos del mártir de la libertad? Y es que el pobre Ciego, atento á la ganancia, después que un muchacho le ha leído el papel, lo glosa procurando conciliar las circunstancias con su propio interés. Se habla de la muerte de Fernando VII y esto en el año de 36; noticia que mas llamara la atención, no se podía vender. ¡Váyase V. á fiar de esta manera en el archivo del Ciego para escribir una historia! Verdad es que puede que no faltara historiador que dejara de sacar partido de semejantes patrañas, ni extranjero que pagase á buen precio tan estupendos papelotes como preciosos documentos para escribir nuestra historia, que historias he visto yo que así parece las escribieron sus autores. Pasemos ahora á la

SECCION RELIGIOSA.

Como la seta al pie de encima, encontrarás, lector amigo, al Ciego á la puerta de la iglesia, y tuviérasle por adorno del pórtico, si con voz lastimera, no hiriere tus oídos exclamando: — ¡A este pobrecico, que no ve! Y cuenta que aun en este caso, no pide limosna, lo que hace sí, es tener la mano abierta, y tomarla si se la dan, y sus palabras no son mas que un recuerdo á los fieles de la obligacion que tienen de *atumbrar* al que no ve. Él sabe al dedillo todas las fiestas solemnes, jubileos, cuarenta horas, y las iglesias en que tienen lugar; y digo al dedillo, porque nadie como el que carece de ojos, se fia de los dedos y ve con ellos lo que muchos de vista hermosa no alcanzan á distinguir. Monedas recibe nuestro héroe á la puerta de la iglesia y en el tacto sabe lo que son, cuando el que se las da, lo hace precisamente porque con ellas puede asegurar que no conoce al rey. Colocado á la puerta, el Ciego que parece no hacer nada, bebe sin cansarse en el hermoso manantial de la religion, aunque no sea muy conforme con los santos preceptos de esta, sacar una fuerte tos en el instante en que una mano benéfica se pone en contacto con la suya, á fin de que no se oiga el *para todos* que pronun-

cian los caritativos fieles cuando es mas de un ochavo lo que alojan. Allí reza y reza en latin, lo cual equivale á rezar en Ciego, echa respuestas, con tal que le respondiesen tambien, y en esto observa fielmente la conducta de los padres de la Iglesia, y deja el templo del Señor en ciertas temporadas, para convertirse en apóstol, y predicar por las calles y plazuelas, la fé de Jesucristo y los misterios de la religion.

A estos actos de doctrina cristiana acude el Ciego en compañía de otros que no ven, ó ven muy poco; que un par de ojos aunque estén nublados, bien pueden pasar por soles, cuando en la tierra de Ciegos al tuerto se cuenta rey; y no hay para qué decir, que quien así mira con ojos remedo de borrasca, es el que en tales casos hace oficios de cobrador. Lleva nuestro Ciego una guitarra, ó mejor dicho la guitarra le conduce á él, que ocupándole las dos manos y no pudiendo hacer uso de su palo, especie de péndula ondulatoria, las armoniosas cuerdas que pulsan sus delicados dedos son un aviso significativo y le salvan las dificultades que á su lento y sereno paso se le oponen. Y nada importa que en vez de guitarra lleve violín, que aquel que nada ve, la naturaleza nos dice que habrá de tocar bien. Mira lector, á nuestro hombre en la calle de Toledo á la puerta de San Isidro el Real, cercado de una porcion de curiosos que así tienen la boca abierta, como el Ciego la vista tapada, el palo colgado de un boton, el recado de las coplas al cuello, la capa sujeta al mismo, aunque echada atras, el instrumento en actitud de obrar, y boca y manos, y cabeza y pies, diciendo y haciendo sin pies ni cabeza, aunque con tanta gesticulacion y dificultosas caras, como quien quiere marcar, con el rostro, lo que los ojos no pueden, pero quisieran decir.

La muerte y pasion de nuestro Señor Jesucristo canta el Ciego en la cuaresma, y las siete palabras el jueves y viernes santo al compás de los bordones de su guitarra, si ya no se ocupa en enseñar á los fieles el modo de visitar el Santo Sagrario. Hace algunos años solian dos Ciegos explicar por medio de preguntas y respuestas el sacrificio de la misa, colocados uno en frente de otro, y ostentando en sus semblantes una gravedad muy parecida á la estupidez empezaban por decir la significacion de cada una de las vestiduras del sacerdote. — ¿Qué significa el cénigulo? preguntaba uno, y el otro respondia con melancólico acento. — Significa la soja con que ataron á Nuestro Señor Jesucristo. Con la boca abierta asistia mucho auditorio á aquella leccion de doctrina cristiana tenida al raso y al viento libre, hasta que uno de los preceptores postrándose de hinojos, decia: — ¿Qué significa cuando alzan? Imitando este ejemplo su camarada, respondia: — Significa cuando levantaron á Jesucristo en el santo madero sobre el monte Calvario. Y proseguian de este modo hasta el último evangelio, edificando con su afectada devocion á los doctores de las Maravillas y á las matronas del Rastro. Nos alegramos de que ya no se pongan títeres á lo divino, hablando del santo sacrificio de la misa dos ciegos en las calles y plazas públicas entre las sombras de la noche: es probable que si se aventuraran á restablecer semejante abuso, viniera á perturbarles alguna peladilla de arroyo disparada por uno de esos espíritus fuertes que, creyendo ver un acto de fervorosa devocion en tan ridicula farsa, quisiera hacer alarde de que, en su sentir, la reverencia al culto es la mayor de las preocupaciones.

Practica el Ciego la moral como íntimamente unida á la religion cristiana, sin apartarse de la senda que le trazan sus especulaciones mercantiles. — ¿No oís sus pregones? Atended: «En dos cuartos el papel que ha salido nuevo, donde se da cuenta y razon de la prision de unos criminales.» Dentro de pocos días venderá la *declaracion de un hombre preso en la cárcel de esta corte con relacion de las atrocidades y*

hechos voraces que ha cometido en el resto de su vida. — ¿Deseais saber el curso de este proceso? Tened un poco de paciencia: el día menos pensado os desperditará el Ciego vendiendo á gritos: « *La causa y sentencia del reo que está en capilla con su nombre y apellido y cómo se llama.* » Hasta aquí ha dado nuestro héroe inequívocas muestras de que odia el delito. Mientras los hermanos de la filantropía é insigne cofradía de la Paz y Caridad piden *para hacer bien y decir misas por el alma del reo que van á sacar á justiciar, á quien pueda por el amor de Dios*, prepara el Ciego un paquete de impresos: son la *salve que cantan los presos* cuando el que fue su amigo y camarada en la mansión de los criminales, va á precederles en el patíbulo afrentoso. Muchos ejemplares venderá de esa *salve*, caminando á algunos pasos de distancia en pos del infeliz reo, para llegar al sitio del cadalso apenas exhale el último suspiro. Su objeto es dar vuelta en torno del garrote y pedir que le *manden rezar la devota oración ó rogativa por nuestros hermanos reos difuntos*, la cual no es otra cosa que una relación, escrita en malísimos versos, de las penalidades y angustias que sufre el reo desde la *vista de la causa hasta que le ponen en capilla, donde, cuarenta y ocho horas dan, poco mas ó menos*, para que salve su alma, y desde que

ya lo sacan de la cárcel
lo llevan por la carrera
hasta llegar á la plaza
donde turbado se queda.

Con perdón del Ciego, nos parece que mas agradecería el difunto un responso á la oración del Santo Sudario que el relato de sus tormentos, el cual solo sirve para entretener á los vivos. De todos modos la fé es lo que salva, y si el Ciego cree que de esa manera hace bien por el alma de los que han sido, nadie puede tachar la pureza de sus intenciones; y si al cometerse un crimen dió muestras de que odia el delito, satisfecha ya la vindicta pública, hace ostentación de que *compadece el delincuente*; con lo cual cumple en todas sus partes esa sábia máxima que sirve de inscripción sobre las férreas puertas de las cárceles públicas.

SECCION LITERARIA.

Si el Ciego no es hombre *leído ni escrito*, nadie podrá negar que es hombre de letras y que una de sus principales misiones en este mundo en que nadie ve y todos caminan á tientas, es dar luces y quitar telarañas á muchos ojos, y que este privilegio lo tiene el Ciego es tan indudable como la verde mora posee el suyo de quitar la mancha de su sazonado fruto. Desde luego y aunque no sea mas que un pregonar: « *Libritos para escribir y notar cartas, memoriales y esquelas al uso moderno,* » que siempre es moderado desde que hay ciegos, difunde la ilustración, y gana la voluntad de tanto mocito, que al oír lo mucho que contiene un libro tan pequeño, lo compra, diciendo: « *Quién por tampoco dinero no se hace sábio.* » Los niños acuden presurosos á comprarle cartillas, catones y gramáticas, los mozos de cordel, la historia de los doce Pares de Francia, las coplas de Calainos, los siete infantes de Lara, Pedro Cadenas y Rosaura la de Trujillo, y de este modo notará, lector, que el Ciego consigue establecer en cada esquina de las calles de la capital, una cátedra de historia y poesía é infundir un amor á las bellas letras, que no hay momento del día en que no se encuentre un mozo que lea y muchos que con la boca abierta le escuchan. Por supuesto que todos estos libritos, historias y coplas, con otra porción de cosas raras y nunca vistas, las sabe el Ciego de memoria, con sus puntos y comas, prueba inequívoca de lo mucho que las ha oído leer y de lo mucho que gustan en nuestra tierra

las cosas de Ciego ¡y habrá aun quien nos calumnié diciendo que no somos aficionados á la lectura! También pregona su arte poética, y de que no debe tener tan mala venta y lograr famosos resultados en la ilustración, responda el inmenso número de poetas que cada día se dan al público, con una composición á un ahorcado; la *Calavera Fantástica* y el *Suicidio atroz*. Conoce á fondo las reglas de la poesía, y con la guitarra en la mano es fuerte en la improvisación. Pero como el que no ve las grandezas del orbe no puede elevar mucho su inspiración, cuando quiere *echar una copla* á la jóven que se encuentra en el balcon, toma puntos del lazarillo, de si es blanca, de si es rubia y si posible fuese de cómo se llama; y en conociendo algo de esto, por sabido se tiene la copla en que la llamará hermosa y buena moza, si quiera su cara sea una criba y su cuerpo el de un tonel. Esta facilidad de improvisar, no solo le vale dinero, sino que le granjea el aplauso y la admiración de todas las fregonas, que no viendo mas allá de sus narices, y nariz de fregona siempre es chata, no comprenden como un Ciego vea y sepa tanto.



El Ciego.

Todo lo dicho hasta aquí, vale muy poco comparado con la *gramática parda* de nuestro héroe, que aplica á su modo de vivir y de obrar, y que constituye la última sección.

MISCELANEA Ó PARTE INDIFERENTE.

Nacido entre tinieblas el desgraciado ser que nos ocupa, dotóle el Supremo Hacedor de entendimiento claro y de una fuerza de lógica irresistible en los dedos de las manos. Le privó de contemplar con la vista

todas las grandezas que le rodean, pero dióle en cambio un oído fino y delicado, que comprendiera todas las bellezas de la música, y un tacto esquisito, para conocer los objetos á su modo é ir á cada toque aclarando sus ideas y sacando deducciones. Es claro que desde su infancia la educación del *Ciego* tiene que ser enteramente diversa de la de los que no lo son, y que desde el momento en que usa una especie de *gramática parda* que le saque de los apuros en que encontrarse pueda, y le prevenga contra los engaños, que la humanidad que ve, quiera dirigirle. Con su palo en la mano, especie de timon, navega por el piclago inmenso en que se encuentra, sin dar el menor tropiezo, aunque los chicos ó los grandes quieran que tropiece; con sus manos atrae los objetos y los encamina directamente hácia ellos, como si la naturaleza las hubiera dotado de vista; si conoce por su oído, que escucha hasta las intenciones, que en la mesa tratan de pegarle un chasco, se aguanta y con la mayor mansedumbre, recorren sus dedos los bordes del plato en que ha de comer ó del vaso de la bebida; nótese sin embargo en su fisonomía cierta severidad, capaz de infundir respeto, ya que no miedo, al mas osado, y en sus gestos se leen las palabras de: *« Miserables, cómo abusais de la desgracia. »*

Es el *Ciego*, empleando para todo su gramática parda, el mejor buscavidas que pudieras idear. Cuando no hay guerra civil, ni política militante, y por consiguiente ni gacetas extraordinarias, ni hojas volantes, nuestro héroe saca del archivo un mazo de coplas, inventa sucesos horrorosos, hace que se aborquen media docena de personas ó se envenene una familia, degüellen dos amantes desgraciados, ó devore un lobo rabioso media poblacion; y cualquiera de estos hechos que por supuesto *acaba de ocurrir*, sale de madrugada pregonándolo por los barrios bajos y plazuelas de la capital: en tales casos llega su astucia hasta el punto de imaginarse, que ni á un hombre solo y *Ciego* le han de creer por lo que diga, ni habiendo tantos como él, habria de ser privilegio suyo la venta de noticia tan garrafal. Para que esto no suceda, se ponen de acuerdo tres ó cuatro de la hermandad, se reparten las coplas, marcan el itinerario que han de llevar, en la seguridad de no perderse, y como si fuera fresca la noticia la predicán desesperados y á escape, atrapando en red tan bien tendida algun incauto pececillo, que ansioso la devora y se encuentra con un suceso raro acaecido el año del hambre. Otras veces, hace su tráfico con mujeres, y puedes calcular qué genticita será, cuando por dos cuartos da 4,007, siendo de advertir que para llamar la atención recorre las calles, gritando los vicios y defectos que cada una tiene, sin que haya una virtud que las adorne.

Tiene bajo su dominio la venta de nuevos calendarios, y de viejos tambien, los motes nuevos para damas y galanes; los fósforos finos y el papel para fumar, de hilo por supuesto. Despacha carretillas de pega, garbanzos de pega, papel de cigarros de pega, cartas de chasco y se divierte en pegarla tambien, no sin prevenirlo al grito de *todo pega*, ya sisando la pólvora á las carretillas, que no dan mas que un trueno, ya vendiendo á dos cuartos cada garbanzo natural.

Con la guitarra ó el violín en la mano, da los dias á cierta parroquia que tiene, improvisando una coplita; y por navidades canta y vende los villancicos á la puerta de cada tienda ó puesto y desgarrá los oídos del tendero para precisarle á que cansándole otorgue el aguinaldo. Y finalmente, cuando otro recurso no le queda, contéplale, lector, hecho un Hércules, que lleva á *Madrid en la mano*, con sus calles y plazuelas, iglesias y conventos, hospicios y hospitales, y cuantos establecimientos públicos quiera recorrer en un momento el curioso viajero.

Este es nuestro *Ciego*, amables lectores, no le miréis con malos ojos, la guerra que le hagais, no será con armas del todo desiguales, que al fin y al cabo, entre uno que ve mal y otro que no ve, la lucha habrá de ser á tientas. Miradle, pues, con buenos ojos, siquiera hagamos nosotros el papel de ciegos y llevemos lo peor en la demanda.

ANTONIO FERRER DEL RIO. — JUAN PÉREZ CALVO.

EL RETIRADO.

ERA una tarde de febrero, en que la anticipada primavera de los campos de Estremadura Baja preludia en las márgenes del Guadiana el suave concierto de sus embalsamadas brisas. Declinaba el dia en las fronteras portuguesas, y comenzaba á percibirse el misterioso ruido de la alegre ciudad vecina, que abandonaba sus tareas cotidianas, mientras en la campiña parecían responderle en coro el metálico son de las esquilas y campanillos de mulas y bueyes que iban á soltar su acostumbrado yugo, y el monótono balido del ganado, que tornaba á sus rediles, junto con la robusta voz de los labradores, que saludaban al crepúsculo con sus rústicas melodías. — Yo depositaba en mi corazón este armonioso ruido, como otros tantos manantiales de mis futuros cantos, tal vez uniendo á los ecos de la tarde mis amantes suspiros, tal vez intercalando en ellos alguna meditación filosófica, albergando por este medio en mi hospitalaria lira las encontradas huestes de las milicias clásica y romántica. — Cosas todas, que probablemente importarían bien poco al lector, pero que yo necesito decirle, si quiere reunirse amistosamente conmigo en el sitio y á la hora de presenciar una escena, que en cierto modo vino á interrumpir mi poético arrobamiento: y no porque el objeto de aquella deje de ser bastante poético en sí mismo, sino porque precisamente entonces me dió á mi la tentación de mirarlo por su lado prosáico, presumiendo quizas había de llegar un dia, en que varias poderosas razones me obligáran á describirlo en prosa tan desaliñada y soporífera, como ya se habrá echado de ver.

Figuráos, lector, que lees, y editor que pagas; figuráos, repito, que se trata de un buen hombre seguramente, no tan mozo que pudiera llevar con el debido donaire una faja de general de los ejércitos españoles, si bien no precisamente tan viejo que pudiera ser un digno colaborador de los padres conscriptos del año 12; con un pie, como si dijéramos, en el término del octubre, y otro en el principio del noviembre de su vida. — El brillo de sus ojos era demasiado vivo para dudar que animaba su luz un cúmulo de recuerdos tan religiosa como ardentemente conservados en su memoria, á la par que la agitada ondulacion de su pecho revelaría conservarse aun lozano en su hueco el gérmen de fogosas pasiones, si no se supiera que el frío de las vigiliás pasadas y la ruda inclemencia del hambre presente le habían producido un asma tenaz, que era lo que ocasionaba aquel penoso esfuerzo en su respiracion acompañada de cierto murmullo sordo, semejante al del hervir de una caldera. — Al mirar su cabello espeso y entrecano, su frente á trechos rugosa, sus mejillas casi angulares, sus manos nerviosas y descarnadas, si bien en cambio guarnecidas por una sobrepel de vello cerdoso; al oír el bronco metal de su voz trémula y entrecortada unas veces, como la de ministro interpelado, segura y enérgica otras, como la de un sargento de granaderos; al contemplar, en fin, aquella incon-

gruencia de facciones y de modales, que tan pronto revelaban una virilidad prematuramente desgastada por fuertes sensaciones, como una vejez en lucha con la agonía de la virilidad, diríais que era el Judío Errante.

Pero apartad la vista por un momento de estos caracteres problemáticos: fijada en su cumplida talla ligeramente modificada por una escasa curvatura, que pone en completo divorcio con su descarnado espinazo el talle de un enorme casacon azul turquí en otros tiempos, de escaso cuello, en conversacion con el hombro, bocamanga de paño carmesí al parecer, como el del cuello, prolongada desde las yemas de los dedos hasta muy cerca del codo, de cintura perfectamente circular, con su ribetito carmesí tambien, y formando dos ángulos obtusos con el faldon largo y estrecho á manera de bacalao, por cuyas orillas se extiende el susodicho ribete, si bien con un ensanche progresivo desde la pélvis á las corvas ó mas abajo, que es su centro natural de gravedad. A este cuerpo así ataviado, añadid ahora unas piernas, donde predominan el sistema huesoso y zancudo, cubiertas, como palo de manga parroquial, con unos pantalones (*calzones* le llama siempre el interesado), de holgada pretina, cuyos puntos diametrales arrancan en mitad de la espina dorsal por detras, y en la punta del esternon por delante, y cuyas dos secciones perfectamente cilíndricas apoyan sus bases respectivas en otros dos botines, que en invierno son de paño negro con botones de hueso blanco, y vice-versa en verano, que suelen ser de lienzo blanco con botones de hueso negro.—Examinad luego esta individualidad por sus extremos, por su cenit y nadir, — hallareis en sus pies zapato de robusto becerro con un tacon igual á la profundidad geométrica de su triple suela, y rematado por su delantera en una mal llamada punta, que con razon pudiéramos llamar semicírculo.—Esto en cuanto á su extremo inferior: seguid ahora vuestro examen en escala ascendente, si quereis encontrar el signo verdaderamente característico de nuestro personaje. No os pareis en el aucha trampa de sus ya descritos pantalones: no os detengais en la trabajosa tarea de descifrar el roido letrero de los ya cobrizos botones de su casaca: mirad siquiera de paso la única charretera, no ya pendiente, sino amarrada en su hombro izquierdo, como la uña de un galápagos en la arena, y de color ya de calabaza ahumada: dejad en paz su inflexible corbatin de baqueta.... Id mas arriba, mas arriba.

Allí se ostenta, como en el tronco de Marte, una fórmula sagrada de mejores tiempos, un geroglífico, que vale toda una historia, un verdadero lábaro recien profanado en nuestros dias por un capricho de la moda, una escarapela, en fin, que así se parece á un tomate escachado, por seguir la frase vulgar, como á una moña de bolero, por seguir la frase mia. Esa escarapela, que miró con espanto mas de un enemigo, esa escarapela compañera amorosa y eterna amante de su dueño, que bajará con él al sepulcro, esa escarapela es el inapreciable ornato, es la diadema que brilla, no en la corona, pero sí en el mugriento y alimosquino sombrero apuntado (en el lenguaje de su dueño se llama de *tres vientos*), verdadero monumento arqueológico, y que, si ya la pintura no se hubiera apoderado de él para revelarlo á las futuras edades; podríamos determinar, comparándolo á una piragua empavesada.

Figuráos, pues, este armonioso conjunto de sustancia y accidentes, que son tal vez la sustancia misma, y hallareis la verdadera efigie de nuestro ambiguo personaje.—Si las señas dadas no os bastasen para conocerlo, tampoco me cogerá de susto—y prueba de ello el cuidado que he tenido de anunciaros ¿quién es? en el epigrafe del artículo presente, siguiendo en orden inverso el ejemplo de aquel pintor de bro-

cha gorda, que escribia por bajo de su mamarracho: «este es un gallo, señores...»

Volvamos á nuestro hombre y á nuestra escena.—Hallábase aquel en el lugar y á la hora, que ya hemos dicho, pacífica y muellemente sentado á la orilla misma del rio. De hablarlos poéticamente, diríais yo que buscaba tal vez en el espejo de las ondas la imágen amiga de sus bellos recuerdos juveniles; pero esto nunca pasaria de ser una congetura tanto mas inverosímil, cuanto que recae sobre un hombre, que pesca con caña, ocupacion á mi ver la mas prosáica del mundo, y ciertamente no la mas favorecida por el vulgar adágio.—Con caña pescaba, pues, nuestro



El Retirado.

hombre, sujetando entre sus rodillas el extremo inferior de aquella inocente máquina, mientras ocupaba sus manos en la, para él, complicada y entretenida obra de hacer su acostumbrado cigarro vespertino.

Sorprendiéronle mis curiosas investigaciones, cuando comenzaba á picar su trozo, gordo como un cable, de tabaco negro con el mellado filo de una navajita de hoja corva y cabos blancos, que hacia treinta años conservaba, como recuerdo, sabe Dios de qué y de quién: y apenas dió cima al laberinto de vueltas y revueltas con que agitaba el tabaco, el papel, la navaja, las manos y los ojos para confeccionar con la debida perfeccion lo que él llama *su tranca*, cuando le ví sacar de una bolsita de badana hecha á manera de alforjas, el minucioso aparato de piedra, yesca y eslabon, que necesitaba para poner en ejercicio su ambulante chimenea.

Parecióme aquel el momento crítico de entablar con él un diálogo, que yo deseaba, y para darle comienzo en algun modo, me ocurrió preguntarle ¿por qué

en vez de aquella lenta y embarazosa operacion de echar yescas, no usaba de la breve y sencillísima de encender un fósforo?—Miróme con vista escudriñadora y un sí es no es, mezclada de reconvenccion; pero reponiéndose inmediatamente, y adoptando aquel exterior medio áspero, medio jovial que le hace tan misterioso, me contestó con cierta risita desdenosa: «¡Hem! yo siempre he gastado esta táctica, amigo: moro viejo no aprende lenguas.»—Esta respuesta significativa y compendiosa, debió haberme hecho entender que toda réplica mía, por suave que fuera, habia de llevar envuelto algo, que ofendiese el amor propio de mi interlocutor; pero precisamente yo tenia toda esa petulancia de la adolescencia tan intolerante quizá con las viejas prácticas, como la vejez lo es con las nuevas, y á trueque de echarla de hombre que podia habérselas con el mas pintado en materia de reformas, hice todo lo posible por empuñar una polémica, para cuya decision escaso ya de razones que oponer á mis argumentos un tanto escolásticos, me dió mi contrincante las dos poderosas siguientes: 1.^a, que sus abuelos habian encendido sus cigarros con yescas, y que el fósforo era una invencion venida de extranjería; 2.^a, que aquellas yesquitas le habian servido en tiempos que allá van, para encender candela en muchos campamentos, y que con yescas, en fin, habia dado jurazo á muchas zorreras.

«¡Poder de Dios!—digo yo entonces para mi chaleco, siguiendo los humillos de filósofo que tenia—«hé aquí la generacion que nace en lucha con la que muere; la civilizacion presente en lucha con la pasada; las ideas en guerra con los recuerdos; la fuerza de las preocupaciones con la ley de las conveniencias.»—Allí está un hombre, que prefiere una yesca á un fósforo, porque entre otras cosas le ha servido tal vez la primera para sepultar entre las llamas algunos soldados franceses.—Decidle que hizo mal: decidle que fue cruel ó cobarde; y á ambas recriminaciones contestará satisfecho, primero, enseñándoos cien cicatrices ganadas en mil combates, y añadiéndoos despues: «En paz estábamos en nuestra casa, y sin meternos con nadie, cuando vinieron á tentar-nos la paciencia: nos atacaron como viles; y nosotros los rechazamos como pudimos—todos los medios de defensa eran legitimos contra tan injustos invasores...» ¡Oh! dice bien; vive Dios! el hombre de la casaca vieja y el sombrero mugriento.

Al menos, yo entonces nada pude contestarle: mirélo, no sé ahora si con respeto ó repugnancia; sé que no fue con odio.—Despedime de él, proponiéndome recoger noticias de su vida, que son las que te doy, lector amigo.—Aunque creas leer la historia de un individuo, tómate tú el trabajo de versificar cuando te plazca, algunos matices de su pintura: añádeles, si te parece, uno: quítales otro, y con poco que subordinas tus modificaciones á un pensamiento fijo, te hallarás en la historia de un individuo de una clase, y el bosquejo de una época entera.

Si en el año de 1801, hubiérais pasado por un pequeño lugar de Andalucía, quizá hubiérais visto jugando con aire bullicioso á la puerta de la humilde casa que habitaba el párroco de la aldea, un chicuelo como de diez á doce años, que pasaba sin oposicion por el único sobrino del buen cura, que lo habia recibido como exclusiva herencia de un bravo militar.—Crecia el pobre huérfano bajo la tutela paternal del bondadoso sacerdote y el yugo madrastril de la señora Teodora, que á fuer de ama de cura no podia en paciencia ver compartidas con el intruso muchacho las atenciones que antes ella monopolizaba, y los escasos bienes, de que no sin fundamento se habia juzgado siempre única y universal heredera.

En esta situacion, vió venir el pobrecito huérfano su pubertad entre las lecciones de latin, los sermones en idem de su tío, y los sopapos de la señora Teodo-

ra, que tan pronta estaba siempre á regañarle por la menor travesura, como á denunciarla á la autoridad de su señor, no sin una gratuita y considerable exageracion de su cantidad y calidad.—Verdaderamente el chicuelo no daba señas de haber nacido para podrirse entre las bayetas escolásticas ó en la celda de un convento; y harto claramente veia con dolor su buen tío, la razon con que podia aplicarse á las tendencias de su rebelde neófito aquello de

¿Estudiante de día
gulan de noche?...
Malas trazas te veo
de sacerdote.

No habia, efectivamente, mucha huida en el lugar, á quien no hiciese un guiño el picaruelo, ni vieja á quien no quebrase el cántaro cuando iba á la fuente, ni manco de sus años, á quien no sacudiese el polvo en los egidos y callejuelas.—Reprendiale su indulgente tío con esa mezcla de dulzura y severidad, que en vano buscaríamos en el clero de nuestros tiempos, si bien el maldito muchacho le hacia soltar la risa á lo mejor del sermón con las gracias que ocurrían á su natural despejo, acabando por desarmarlo enteramente por la precision con que daba sus lecciones del Nebrija, y la exactitud con que repetía de coro el catecismo entero de Ripalda.—Especialmente el día que le habia ayudado la misa sin equivocarse una coma, ya podia el sobrinito desafiar la ojeriza sin treguas de la señora Teodora, y sus chismes y sus refunfuños.

Tan pacífica, dulce é inocentemente corrían las horas en el hogar del virtuoso párroco, cuando un suceso tan inesperado allí, como en la España toda, vino á turbar aciagamente su quietud y su alegría.—Pálido, y temblando de coraje y espanto, entró un día el alcalde del pueblo, agitando convulsivamente sus desencajadas facciones; y sin aguardar pregunta alguna, refirió con el enérgico lenguaje del mas violento encono, la heroica hazaña de nuestros caros vecinos en la memorable jornada del *Dos de Mayo*.—Por la primera vez de su vida asomó la cólera en los turbados ojos del ministro de paz, y levantándose bruscamente despues de una breve pausa producida por el terror y la sorpresa, dijo con voz segura y profunda decision: «alcalde, es menester matarlos.»

—El alcalde hizo con su cabeza un signo inefable de afirmacion: la señora Teodora, hasta entonces callada, limpiándose una gruesa lágrima que cayó en su delantal, prorumpió con toda la extension de su gangoso acento en una interjeccion de anatema; y el ya adulto huérfano, que habia parecido extraño á aquella sublime escena, y no estaba sino absorto de ver tan inopinadamente exaltada la evangélica mansedumbre de su tío, pega un golpe repentino en la rodilla con su sombrero redondo, aprieta los puños en guisa de amenaza, y exclama con un énfasis indefinible de entusiasmo y de cólera: «tío, dice V. bien, es menester matarlos, hacerlos añicos...»

Cuarenta dias despues salian armados con fusil y canana por los egidos de este lugar, todos los mancos que en él habian tenido su cuna.—Distinguiase entre ellos por su ingénita marcialidad y su traje, que parecia pedir licencia á los sastres de la aldea para llegar á ser el de un señorito de capital de provincia, un jóven de agradable fisonomia, en cuyo brazo se apoyaba, dando visibles muestras de dolor, un anciano sacerdote, y en cuyos ojos claramente se veían señales de haber llorado.—Era el sobrino del cura, que respondiéndole á la voz de su patria, iba á coger laureles en los campos de Bailen... ¡Bailen! nombre tres veces santo, que pronunciaba desde su sío, como un canto de victoria, el eterno defensor de los buenos, y el padre comun de los oprimidos.... Pero

no estoy escribiendo una epopeya, sino la historia de un veterano.

Escusado me parece decir que el escolar recluta se batió con bizarría en aquella memorable jornada, porque en ella hubo todo, menos cobardes: — lejos de eso, mereció particulares atenciones de sus jefes inmediatos, que no solo le anunciaron desde luego rápidos adelantos en su comenzada carrera, sino que para justificar inmediatamente sus pronósticos, le dieron sobre el campo de batalla la *vara* de cabo segundo. — Y hé aquí dentro de breve tiempo al sobrino del cura trocando su modesta chaquetilla negra por la casaca de dos colores, su *chapeo de la tierra*, por la *gorra de chimenea*, y en vez del báculo pastoral que su tío le predestinaba, ostentando con toda la inocente vanidad del recluta su *chafarote* de granadero y su cigarro de *hombre crudo*; tan dispuesto á llevarse por delante los ojos de una morena, como las barbas de un *perro gabacho*. — Al cabo de un mes de servicio estaba ya tan enterado en las *mecánicas*, tan diestro en el manejo de su *chopo*, tan estimado por su exactitud, y tan celebrado por sus inofensivos chistes, que no habia cabo de su regimiento, que no quisiera *chárselo por su camarada*, ni camarra en que no terciase con éxito para *pomer en paz á la gente*, ni cantinera que no le guardara lo mejor de sus repuestos. — Siempre alegre, siempre animoso, en la fortuna próspera y en la adversa eran verdaderamente ejemplares su paciencia y su alegría. — Cuentan, sin embargo, que después de leer alguna que otra carta, que de ligos á brevas recibía de su hogar adoptivo, anublaba su frente alguna que otra sombra de tristeza; pero se le veía volver de pronto, y cerrando su carta con calma, decir con humos de escéptico: «¡Pobre Doloriflas! Dios te provea.» El pobre recluta habia amado, amaba quizás todavía; pero este amor estaba en suspenso, porque necesitaba de todo su corazón para oíar á los franceses....

Nos hemos detenido con complacencia en describir estos detalles, que tenemos (con perdon del lector), por característicos del hombre de las yescas y de la caña de pescar, porque esta pintura de entonces es bello bosquejo del triste cuadro de ahora, y queremos, apurando la hiel del segundo, y gozando en las imágenes del primero, ensayar un canto de gratitud en medio de nuestros días de miserias.

Si el biógrafo simple ó el simple biógrafo, pudiera impunemente invadir el terreno del historiador, y os contaría ahora todos los encuentros y batallas, retiradas y escaramuzas, marchas y contramarchas, en cuyo vario suceso fué ascendiendo nuestro héroe de cabo á sargento, y de sargento á oficial; pero hay una peripecia en el drama de su vida, mas importante que el drama mismo, y que puede contarse en dos palabras, diciéndoos, que de oficial pasó á marido de la linda lugareña su paisana, cuyas cartas frecuentes no le habian dejado olvidar una deuda de honor, que habia para con ella contraído antes de comenzar sus campañas, y que se apresuró á satisfacer cuando arrojados ya los enemigos de su patria del lado allá de los Pirineos, sintió su brazo inerte y su corazón sin odio. — Prematuro fruto de su amor habia sido una preciosa niña, que creciendo en belleza y en virtudes durante su ausencia, tenia ya bastante edad cuando la boda de sus padres, para ver claro el remiendo que se echaba al honor destrozado de su madre vindicada. — Ligado ya con tan dulces vínculos, mil veces estuvo á punto de pedir su retiro aquel soldado de la Independencia y de la monarquía, creyendo que para nada necesitaba ya su brazo la España constitucional; pero el recuerdo de sus recientes hábitos, el amor al servicio, que no le habia pagado mal sus nobles afanes, y la esperanza tal vez de su futuro medro, lo arrastraron de nuevo á aquellas filas, que Fernando el Deseado habia visto combatir por su li-

bertad desde las ventanas de Valencey, y que poco despues estuvo á pique de saludar con el nombre de *traidoras* porque habian jurado *aquella cosa*, que por lo visto no era muy del agrado de S. M.

Seis años pasó nuestro veterano en la sedentaria ocupacion de guarnecer las plazas que habian presenciado en otro tiempo su bizarría, sin otro pasto á la doble actividad de su cuerpo y su espíritu, mas que instruir reclutas por el día y contar batallas por la noche. — Esta inaccion tormentosa para él, junta con el temor de estancar su carrera en el estrecho círculo de un pobre alfez, lo decidió á solicitar bandera para embarcarse á América en busca de trancazos y de ascensos que constituyesen el futuro patrimonio de su hija, ya entonces huérfana de madre. — Pero desgraciadamente su ejército expedicionario dió en decir, que no se le antojaba surcar el *pérfido elemento*, y se decidió por meterse á restaurador de las *libertades patrias*. — El pobre alfez dió tambien en decir, á su vez, que aquello era una insurreccion, un negocio que no estaba arreglado á la ordenanza, y yo no sé cuántas cosas mas.... En fin; le dieron su licencia absoluta, y lo condenaron á morir de hambre en nombre de la libertad, y lo que es mas chistoso de la disciplina.

Cuando tornado á su lugar, se oyó llamar *ser-il* en los brazos mismos de su hija, apenas comprendió la significacion de una palabra, que no habia oído en Bailen, ni en Arapiles, ni en Zaragoza, ni en la Albuera, ni en ninguno de los hospitales donde habia pasado días de dolor y noches de insómnia. — Chocábale no menos que se llamase *pueblo* aquella coleccion de individualidades, que él habia designado siempre con el pacífico epíteto de *paisanos*, y de ningun modo alcanzaba á explicarse cómo podia pasar á su lado sin saludarlo siquiera el alcalde de su pueblo, ni mucho menos podia comprender por qué vestian uniforme y se juntaban á manera de soldados, aquellos buenos de sus vecinos, á quienes nadie habia tomado la filiacion, y que ni recibian prest, ni vestuario, ni comian rancho, ni oían leer las leyes penales, ni etc., etc., etc. Reíase el pobre hombre, como lo hubiera yo tambien hecho en su caso, de ver aquellos arranques de soldado y paradas de tonto, que sus compatriotas tenían en aquellas evoluciones, que, á manera de academias escolásticas dominicales, ensayaban los días de fiesta en las plazas y en los egidos, si bien no podia mirar tan pacientemente las patrióticas borracheras, con que á fuer de *liberales netos* *remojaban la primera guardia* que hacian para no *guardar maldita de Dios la cosa*, y que ordinariamente acababan por ir á cantar á la puerta del *pícaro servil* aquel melodioso y filintrópico trágala, hijo natural del *Zurriago*, y primo hermano de las arengas y los motines.

Natural era que el soldado de la Independencia desease con todo su corazón el término de aquella barabunda, que ni comer, ni dormir le dejaba con descanso; y lo que aun era para él mas tormentoso, ni contar el ingenuo relato de aquellos grandes hechos, que producian y eran á su vez producidos por el código de Alcalá Galiano y de Argüelles, pero cuya memoria debia estar sin duda muy gastada á la resparicion del código de Argüelles y de Alcalá Galiano. — Afortunadamente para el vizconde de Chateaubriand, y desgraciadamente para nuestros tribunales de café y nuestros periodistas de bohardilla, se encargó Fernando el Deseado de decir que todo habia sido broma, y que aquello de *marchemos por la senda* no se entendia con su real magestad; y volvió á nuestro Retirado aquella paz sabrosa, que en el oscuro hogar de su pobre casa debia ser ya el único reposo de sus fatigas y el único precio tambien de sus victorias. — Pero estaba decidido que la suerte habia de maltratarlo, y hé aquí que sus buenos paisa-

nos de la noche á la mañana se truecan de *voluntarios nacionales* en *voluntarios realistas*; y conforme les habia de dar la borrachera por no acordarse para nada del Retirado, les da por ir á su casa, cogerlo en andas y volandas y magullarle los huesos de puro entusiasmo en nombre de la religion y del trono.—Estas fatales simpatías lo designaron desde luego por capitán de una compañía de la nueva milicia farsante; y él, que no toleraba farsa en asunto de milicia, cometió la imprudencia de decir que *aquello era tan barullo como lo otro, y que redondamente* no le daba la gana de conducir á la victoria (es decir, á la taberna) á aquella guardia pretoriana del *amigo Tadeo*. No era menester mas para hacerse rey del epíteto de *negro*, y para que en lugar del *trágala* oyese zumbar á su alrededor constantemente aquella *pitita*, sublime parto del ingenio musical, cuyas notas cadenciosas pasaban ahora por las mismas gargantas y casi, casi con el mismo tono del susodicho *trágala*. Pero como el reinado de este no duró mas que tres años, no tuvo lugar para gastarse, y así lo mortificó hasta la segunda venida de nuestros caros aliados; y como esta venida era para el soldado de la Independencia una infamia como otra cualquiera, y una invasión, que tenia con la pasada un parentesco, lo menos de afinidad, estubo á punto de bendecir el *trágala* que le cantaban los *españoles*, y maldijo con todos los votos é interjecciones, que habia ya casi olvidado, la *pitita*, que se cantaba á la sombra y bajo la protección de los franceses, gefes por otra parte de la civilización europea, según su modestísimo lenguaje.—Pero los franceses se fueron, y los españoles, que no se fueron, creyeron que era mas oportuno ahorrar que cantar, y la *pitita* fué hundiéndose poco á poco en el insondable abismo del tiempo.—Los realistas descansaron en el seno tutelar del altar y del troso, dejando á los dos el piadoso encargo de *limpiar á la monarquía de pícaros revoltosos* y de jacobinos herejes.—Entonces nuestro Retirado libre ya de canciones, de soldados de papel, y de acriminaciones diversas pudo organizar el plan de su vida, que siguió constantemente, y que verdaderamente constituye en toda su subsistencia y accidentes el personaje de la caña y de las yescas.

Empezó por meter á su hija en un convento, fiel á la extraña vocación, que habia visto despertarse en ella, y contento tambien hasta cierto punto por librarse de los cuidados, que en un padre celoso y bien nacido produce la vigilancia de una hija linda y moza, huérfana de madre.—Como este acontecimiento le robaba todo el auditorio de aquellas relaciones que formaban su encanto, y cuyo asunto identificado con su vida conservaba íntegros sus hábitos militares, pensó en procurarse un círculo de curiosos, que le prestasen atención y avivasen sus recuerdos.—Ninguno se le ofreció tan halagüeño y verdaderamente simpático como la pequeña tertulia cotidiana de la única botica de su lugar, cuyo regente á la circunstancia doble de boticario, y de único, juntaba un humor alegrete, y un genio arriscadillo y picante—habia sido practicante de cirugía en la campaña de la Independencia, y ya conocerá el lector que semejante título era una gran recomendación para el pobre Alferez Retirado.—Proveyóse este para la asistencia de su estrecho cuarto y mesa escasa de una cantinera de aquellos mismos tiempos, la cual, *moza de rumbo* cuando Dios quería, habia llegado á ser vieja, prueba fatal é inevitable del femenil orgullo, que tiene para mí ahora la ventaja de abonar desde luego la castidad de nuestro héroe.—Pero como esta compañera de sus glorias y fatigas no extendía sus funciones mas allá

del umbral doméstico, quedó bajo el dominio del Retirado la compra de sus frugales alimentos, que, ceñido en brazo, y embocado en su capa heredada por derecho de abolengo, iba á rebusar todas las mañanas en el mercado, no sin haber oído antes su misa de alba, evidente prueba en nuestro juicio de que por él no habia entrado un solo resquicio de luz de ninguna de esas luces que los hijos de los españoles de 1808 comenzamos á difundir en 1820.—Una visita á su hija la monja, su comida á las doce en punto, un paseo solitario por los olivares de su pueblo, su rosario vespertino, y su tertulia nocturna hasta la nueve ó diez de la noche en que se retiraba á descansar... hé aquí el cuadro completo de la vida del Retirado, tal como era, tal como se complacía él de que fuese, cuando lo conocimos por vez primera pescando y echando sus yescas.—Vida uniforme, metódica y tranquila, que solo turba mensualmente el aciago día en que yendo á la capital de su provincia á recoger alguna paga, tropieza con un escribiente que le da en los hocicos con la puerta de su oficina, ó topa luciendo galones y acaso fajas de general á alguno de sus antiguos camaradas, que mas feliz ó menos honrado que el triste alferez, ha comprendido cuánto vale emanciparse á tiempo de una disciplina asaz rutinaria y monótona, ó esgrimir la vencedora espada en uno de estos arranques de heroísmo y ensayos de grandeza que nos han traído las respectivas muertes y resurrecciones del Código de Argüelles y Alcalá Galiano, conocidos con el nombre de *pronunciamientos*.

APÉNDICE Á ESTA NOVELA HISTÓRICA.

Pasaba yo un día del año de 1840 junto á una casa de humilde apariencia, sita en un barrio oscuro del primer pueblo que al lector venga en mientes.—Al llegar á la puerta, ví bajar difícilmente por una estrecha escalera dos hombres, que parecían dependientes del hospital de Caridad, conduciendo un mugriento y desentablado ataud, el cual nadie creeria ciertamente que llevaba en su hueco el cadáver de un hombre y los restos de un cristiano.—Mientras veía yo alejarse tan triste espectáculo sin mas accesorios ni otro cortejo, que los que llevo dichos, oí lamentarse con el mas profundo acento de desesperación dentro de la casa mortuoria á dos mujeres.—Por un movimiento involuntario de compasión mezclada con algo de filosófica curiosidad, subí yo á mi vez por la escalerilla que acababa de dar paso al féretro; y llegado que hubé á un cuartucho desmantelado y sombrío, hallé abrazadas á una vieja casi llena de harapos y á una jóven miserablemente vestida, que eran las que formaban el ténébreo concierto de gritos y exclamaciones que me habian llamado la atención.—Trabajo me costó hacer que llegase á fijar la suya en mi la jóven doliente para que recibiese el escaso don, que yo podia hacer á la mendicidad y al infortunio.—«¡Gracias, señor, me dijo la infeliz recibiendo sonrojada mis auxilios: al menos podré consagrar un piadoso sufragio al eterno reposo de un viejo desgraciado, que baja al sepulcro sin mas compañía que sus cicatrices ganadas en el campo del honor, y las lágrimas de una esposa de Jesucristo, que de la miseria de su clausura ha venido á compartir la miseria del lecho funeral, que una patria ingrata ha reservado á mi desgraciado padre!»—Consolé, como pude, á esta pobre huérfana que Dios eligió por suya, y á quien el progreso de nuestras luces habia robado el escaso sustento, que la mantenía en su retiro.—Salí de allí: salí llorando.

GAVINO TEJADO.

FIN.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

Pag.		Pag.
	PRÓLOGO.	
	EL TORERO : <i>por</i> D. Tomás Rodríguez Rubí.	
	LA PATRONA DE LA CASA DE HUÉSPEDES : <i>por</i> El Curioso Parlante.	
	LA CASTAÑERA : <i>por</i> D. Manuel Breton de los Herreros.	
	EL BARBERO : <i>por</i> D. Antonio Flores.	
	EL INDIANO : <i>por</i> D. Antonio Ferrer del Rio.	
	EL ESCRIBIENTE MEMORIALISTA : <i>por</i> D. Antonio García Gutierrez.	
	EL AMA DEL CURA : <i>por</i> D. José María Tenorio.	
	EL PRETENDIENTE : <i>por</i> El Curioso Parlante.	
	LA CRIADA : <i>por</i> D. José María de Andueza.	
	LA NODRIZA : <i>por</i> D. Manuel Breton de los Herreros.	
	LA COQUETA : <i>por</i> D. Ramon de Navarrete.	
	EL EMPLEADO : <i>por</i> D. Antonio Gil de Zárate.	
	EL CESANTE : <i>por el mismo</i> .	
	EL ALCALDE DE MONTERILLA : <i>por</i> D. Fermín Caballero.	
	EL AMA DE LLAVES : <i>por</i> D. J. E. Hartzembusch.	
	EL ESCRIBANO : <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	
	EL SACRISTAN : <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	
	LA SACTURONA : <i>por</i> D. Antonio Flores.	
	EL CLÉRIGO DE MISA Y OLLA : <i>por</i> D. Fermín Caballero.	
	EL CHABRAN : <i>por</i> D. Ramon de Castañeyra.	
	EL HORTERA : <i>por</i> D. Antonio Flores.	
	EL GUERRILLERO : <i>por</i> D. José María de Andueza.	
	EL AGUADOR : <i>por</i> Abenamar.	
	LA MUJER DEL MUNDO : <i>por</i> D. Tomás Rodríguez Rubí.	
	LA LAVANDERA : <i>por</i> D. Manuel Breton de los Herreros.	
	EL CHORICERO : <i>por</i> Abenamar.	
	EL ESCRITOR PÚBLICO : <i>por</i> D. José María de Andueza.	
	EL ESTUDIANTE : <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	
	LA CANTINERA : <i>por</i> D. José de Grijalba.	
	EL CAZADOR : <i>por</i> D. Antonio García Gutierrez.	
	EL ALGUACIL : <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	
	LA GITANA : <i>por</i> D. Sebastian Herrero.	
	EL MENDIGO : <i>por</i> D. José María Tenorio.	
	EL PRESIDARIO : <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	
	EL COCHERO : <i>por</i> D. Cipriano Arias.	
	EL EJECUTOR : <i>por</i> D. Fermín Caballero.	
	EL CALESERO : <i>por</i> D. Juan Martínez Villergas.	
	EL MÉDICO : <i>por el</i> Licenciado José Calvo y Martín.	
	EL DÓMINE : <i>por</i> D. Fermín Caballero.	
	EL EXCLAUSTRADO : <i>por</i> D. Antonio Gil de Zárate.	
	PL. PATRON DE BARCO : <i>por</i> D. Sebastian Herrero.	
	EL ELEGANTE : <i>por</i> D. Ramon de Navarrete.	
	EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA : <i>por el</i> duque de Rivas.	
	EL CARTERO : <i>por</i> D. Eduardo Asquerino.	
	EL ANTICUARIO : <i>por</i> D. Manuel de Ilarrazá.	
	LA CELESTINA : <i>por</i> El Solitario.	
	LA CASERA DE UN CORRAL : <i>por</i> D. José María Tenorio.	
	EL CANÓNIGO : <i>por</i> D. Francisco Navarro Villoslada.	
	EL AVISADOR : <i>por</i> D. Manuel Breton de los Herreros.	181
	EL DEMANDA Ó SANTERO : <i>por</i> D. José María Tenorio.	185
	EL PASTOR TRASHUMANTE : <i>por</i> D. Enrique Gil.	188
	EL APRENDIZ DE LITERATO : <i>por</i> D. Luis Loma y Corradi.	192
	LA POLITICO-MANA : <i>por</i> D. Gabriel García y Tassara.	195
	EL GRUNETE : <i>por</i> D. A. Ribot y Fonseré.	200
	EL CONTRABANDISTA : <i>por</i> D. Juan Juarez.	204
	EL SENADOR : <i>por</i> D. J. M. Diaz.	207
	EL SEGADOR : <i>por</i> D. Enrique Gil.	211
	LA MAJA : <i>por</i> D. Manuel M. de Santa Ana.	213
	EL BANDOLERO : <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	217
	EL COLEGIAL : <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	222
	EL PATRIOTA : <i>por</i> D. Ignacio de Castilla.	227
	LA DONCELLA DE LABOR : <i>por</i> D. Manuel M. de Santa Ana.	231
	EL BARATERO : <i>por</i> D. Antonio Auset.	234
	EL POETA : <i>por</i> D. José Zorrilla.	237
	EL VENTERO : <i>por el</i> duque de Rivas.	241
	EL JUGADOR : <i>por</i> D. Leopoldo Agustin de Cueto.	245
	LA COMADRE : <i>por el</i> Dr. Pedro Recio.	248
	EL MAYORAL DE DILIGENCIAS : <i>por</i> D. A. Auset.	252
	EL DIPLOMÁTICO : <i>por</i> D. Jacinto de Salas y Quiroga.	255
	EL GAITERO GALLEGO : <i>por</i> D. Antonio de Neira.	259
	EL SERENO : <i>por</i> D. José María de Albuerne.	265
	LA ACTRIZ : <i>por</i> D. Jacinto de Salas y Quiroga.	268
	EL CANÓNIGO : <i>por</i> D. Juan Perez Calvo.	272
	EL MARAGATO : <i>por</i> D. Enrique Gil.	276
	LA VIUDA DEL MILITAR : <i>por</i> D. Jacinto de Salas y Quiroga.	279
	LA MONJA : <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	283
	EL SEISE DE LA CATEDRAL DE SEVILLA : <i>por</i> D. Juan José Bueno.	287
	EL RATERO : <i>por</i> D. Juan Perez Calvo.	291
	LA POSADERA : <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	294
	EL MINISTRO : <i>por</i> D. Ignacio de Castilla.	298
	LA COLEGIALA : <i>por</i> D. Carlos García Doncel.	302
	LA CIGARRERA : <i>por</i> D. Antonio Flores.	306
	EL EMIGRADO : <i>por</i> D. Eugenio de Ochoa.	313
	EL ACCIONISTA DE MINAS : <i>por</i> D. Pedro de Madrazo.	317
	EL CELADOR DE BARRIO : <i>por el mismo</i> .	322
	EL AGENTE DE BOLSA : <i>por</i> D. Ramon de Castañeyra.	324
	LA PRENDERA : <i>por</i> D. Juan Perez Calvo.	329
	EL USURERO : <i>por</i> D. Juan de Cápua.	332
	LOS BUHONEROS : <i>por</i> D. José Muñoz.	336
	LA MARISABIDILLA : <i>por</i> D. Cayetano Rosell.	340
	LA SEÑORA MAYOR : <i>por</i> D. Pedro de Madrazo.	346
	EL COVACHUELISTA : <i>por</i> D. N. Anaya.	350
	EL BOTICARIO : <i>por</i> D. Antonio Flores.	356
	EL DIPUTADO Á CORTES : <i>por</i> D. Antonio Ferrer del Rio.	360
	EL PORTERO : <i>por</i> D. Vicente Lopez.	367
	EL ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA : <i>por</i> D. Eugenio de Ochoa.	373
	EL CIEGO : <i>por</i> D. Antonio Ferrer del Rio y D. Juan Perez Calvo.	374
	EL RETIRADO : <i>por</i> D. Gavino Tejado.	378

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ESCENAS MATRITENSES

POR

EL CURIOSO PARLANTE

(D. Ramon de Masoero Romanos)

QUINTA EDICION

ÚNICA COMPLETA, AUMENTADA Y CORREGIDA POR EL AUTOR

é ilustrada

con 50 grabados.



MADRID

IMPRESA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

Calle del Principe, Núm. 4

1851

Ayuntamiento de Madrid

COMISIÓN DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

ESCRIBANAS

MATRIEMES

EL CURSOSO BARRANTE

LIBRO DE TEXTO

DE LA ESCUELA DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

DE LA ESCUELA DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA



MADRID

IMPRESA Y LIBRERIA DE DON JUAN DE LOS RÍOS

CALLE DE...

1871

PROLOGO.

A un amigo íntimo nuestro, hijo de una señora que falleció, dejándole de muy corta edad, solemos oír á cada paso esta sentida exclamacion, propia de su filial cariño: «Yo no he conocido á mi madre; yo no tengo retrato suyo; dicen que no me parezco á ella: ¿cómo sería mi madre?»

Igual deseo de conocer á sus predecesores tienen todas las familias, pueblos y generaciones que han existido: el hombre de hoy quiere, necesita, ansía poseer el retrato del hombre de ayer; y si no lo encuentra hecho, se esfuerza á suplir la falta, pintándolo segun lo concibe. La posteridad que pretenda saber qué cosa era Madrid antes y despues que muriera Fernando VII, lo hallará sencilla y exactamente representado en las ESCENAS MATRITENSES DEL CURIOSO PARLANTE.

Pero este libro no se ha escrito solo para la posteridad. Por loable que sea componer una obra destinada á la diversion, y tal vez á la enseñanza de nuestros nietos, hartó mejor es que esa misma obra dé placer y provecho á los coetáneos del escritor, que le proporcionaron materia para formarla. Pintar, pues, las costumbres españolas de nuestra época, llevando el objeto de corregirlas, es el fin principal que se ha propuesto el autor de las *Escenas matritenses*, DON RAMON MESONERO ROMANOS.

No hay pueblo cuyas costumbres sean de tal manera ejemplares, que no ofrezcan sobradas ocasiones de reprension y ágría censura: censor de nuestros defectos, que no son pocos, pretendió ser el señor Mesonero. Arriesgada era la tarea en verdad, porque la generacion presente no se compone de niños respetuosos y dóciles á la voz del maestro. El siglo XIX es muy hombre: blasona de libre y de sabio; se niega á reconocer autoridad alguna; se irrita ó se mofa cuando se le hace frente con arrogancia, y su cólera ó su desprecio son para el escritor igualmente peligrosos y temibles. Hablando el señor Mesonero con la risa en los labios á sus quisquillosos compatriotas, disfrazándoles la leccion con apariencia de la chanza, pudo atraerse un auditorio cada vez mas crecido, cada vez mas contento con el amable filósofo que castigaba realmente, pero que fingia acariciar.

Aun no bastaba que sus lecciones fuesen festivas; era necesario, para no cansar, que fuesen muy breves, y que remedasen, por decirlo así, la frivolidad del auditorio. Pensó mas de una vez el señor Mesonero pintar nuestras costumbres en una novela: gran falla nos hace este libro, y no podemos menos de rogar á nuestro ilustre compatriota que no abandone un proyecto que, despues de las *Escenas matritenses*, nos proporcionaria otra obra de igual ó de superior mérito; hoy que tan popular es el nombre del *Curioso Parlante*, puede el señor Mesonero emprenderlo todo; pero catorce años há, en 1832, una novela original, por buena que fuese, no hubiera sido leída con el gusto, con el aprecio, con el entusiasmo que los artículos del *Curioso*. Aquellos preciosos bosquejos eran una novedad agradable, una mercancía nueva que no estorbaba ni se oponía al despacho de otra, y satisfacía una necesidad existente; la novela para la generalidad de los lectores no hubiera sido novedad como novela, porque bien llenos estábamos de novelas extranjeras entonces; y en cuanto á la novedad de ser española, esta circunstancia (triste es confesarlo) quizá le hubiera dañado para con el público, en vez de servirle de recomendacion. La causa es patente. ¿Qué novelas españolas

de algun crédito se habian escrito en España desde principios del siglo pasado hasta la aparición del *Ivanhoe*, disfrazado con el nombre de *El Caballero del Cisne*? El *Fr. Gerundio*, *El Eusebio*, ambas prohibidas, la segunda parte del *Pais de las Monas*, y no nos acordamos de mas: añádase si se quiere, porque la leyeron mucho en su tiempo, la *Serafina*. Todas las demas novelas impresas durante este tiempo en España, que suman centenares, fueron traducciones del ingles ó del frances, principalmente de este último idioma. Ahora bien, si en España por espacio de un siglo ó poco menos no se habia leído ni podia leerse mas novela que la traducida; por fuerza el gusto de los españoles, en punto á novela, tenia que ser extranjero; por fuerza una obra nacional, diferente de las extranjeras en miras, plan, caracteres, estilo y lenguaje, habia de parecernos extraña. Recordamos haber oído á un condiscipulo nuestro decir muy de veras que le cansaban las novelas de Cervantes, porque ademas de lo añejo del habla, estaban rebutidas de nombres y apellidos ordinarios ó extravagantes, como *Don Juan de Cárcamo* y *Don Antonio de Isunza*, al paso que en las novelas francesas todos los nombres eran tan bonitos como los de *Dorval* y *Carolina*. Para este amigo nuestro, que representaba el estado de la nacion entera con pocas escepciones, lo extravagante, lo raro, lo peregrino era lo de casa; lo bello, usual y admirable era lo de fuera: no podia menos; á lo uno estaban acostumbrados, y á lo otro no. Con tales inconvenientes hubiera tenido que luchar la novela del señor Mesonero, y con ellos habrán de luchar nuestros novelistas hasta que el mérito y número de sus obras haga perder el pleito á las advenedizas: los artículos publicados en el periódico semanal titulado *Cartas españolas*, no corrían peligro: ningun español ni extranjero nos tenia hechos á esas ligeras y graciosas obritas: el mismo Figaro fue imitador del *Curioso Parlante*. Las *Escenas Matritenses*, escritas desde 1832 á 1842, y participando, como era forzoso, de las circunstancias en que la nacion se hallaba, valen mas y sen mas que una novela, porque son la historia viva del progreso social de España, desde antes de la guerra última hasta despues de la paz.

Quien examine los artículos del primer año ó primera serie, publicados desde enero de 1832 hasta abril del año siguiente, verá con qué reserva se presentaba el autor delante de la censura para no escitar su suspicacia, para no incurrir en su tremenda ojeriza. Guiado, impelido por su espíritu observador á descubrir el vicio donde quiera que se refugie, no puede menos de indicarlo donde lo encuentra; pero sus reticencias prudentes hacen al lector comprender cuánto mas diría si el poder no le tuviera sujetos los labios. En los dos artículos titulados *La Empleo-manía* y *La Político-manía*, en que se echa menos la viveza y chiste de los que les preceden y siguen, el lector al momento conoce por qué el *Parlante* habla tan solo de los que pretenden y no de los que reparten empleos; de los que deliran tratando de política, y no de los políticos delirantes: aquella era la fruta vedada; tocar á ella era perder la gracia y esponerse á la muerte. Sin embargo, en el artículo de *Grandeza y Miseria*, al bosquejar con cuatro toques las oficinas de la casa de un poderoso, nadie podia desconocer que el travieso crítico dibujaba las del Estado. Sencillos, amenos, breves, limados y cautelosos los artículos de este primer tiempo, van ganando gradual-

mente intencion y soltura: en el que lleva por título 1802 y 1832 ha dado ya el autor un paso grande: en *las Tres Tertulias, la Capa vieja, el Dominó, el Día de fiesta y la Casa de Cer: antes*, la pluma del Curioso corre todavía mas fácil y ejercitada.

Aquella pluma necesitaba volar: los acontecimientos políticos de nuestro país le dieron licencia para remontarse á cualquier altura, para descender á cualesquiera profundidades. Con todo, el comedido censor moral no tomó sino los grados de libertad que necesitaba para continuar su obra y hacerla completa, rehusando entrar en el campo de la política, recinto muy estrecho para quien tenia por suyo el vasto dominio de las costumbres. Emprendida nuevamente en 1835 por el señor Mesonero la tarea comenzada tres años antes, vimos en los nuevos partos de su ingenio mayor firmeza de pulso, mas movimiento, mejor combinacion y mas desenfado en el desempeño: en los primeros ensayos lucia una especie de belleza varonil de un carácter enérgico, desarrollado en medio de la libertad y de los combates. Compárese por ejemplo el artículo de la primera serie, titulado: *La filarmonía*, con el de la segunda titulado: *Costumbres literarias*: compárese *La comedia casera* con *El romanticismo*; *Las ferias* con *El día de toros*; *San Isidro* con *El entierro de la sardina*; *El extranjero en su patria* con *El recién venido*, y *La calle de Toledo* con *La posada*: es otro el autor y otra la España que descubrimos entonces: uno y otro habian adelantado mucho; la reputacion del señor Mesonero Romano estaba hecha: su obra por entonces estaba concluida.

Porque una obra es, lo repetimos, la del señor Mesonero, y no una coleccion de obrillas sueltas escritas al acaso, hijas del capricho. Esta obra tiene su héroe, su protagonista, principal figura, ó personaje de interes principal, que es el *español virtuoso, noble y sabio de ahora*, igual casi al de todos tiempos; pero esta respetable figura, como la *Casina* de Plauto no sale de entre bastidores, para que el vulgo no la profane; y como la estatua de Bruto, luce mas porque se la echa menos. El señor Mesonero quiere mejorar las costumbres; por consiguiente saca solo á las tablas aquellos personajes cuyas costumbres necesitan enmienda, las cuales forman los numerosos episodios de este poema: aun en los poemas clásicos valen mas los episodios que la accion principal. «Corrigete de ese vicio,» dice el autor á cada uno de los personajes que censura, «y tú y el país ganareis mucho en ello: estos son los defectos de que adolece la sociedad española: lo que no está aquí es lo respetable y lo bueno.»

Estos personajes episódicos, pues, que son á su vez los principales en las escenas que les corresponden, están descritos con una habilidad superior á cualquier elogio: son la verdad misma. ¿Quién no conoce en Madrid algun empleado antiguo ó cesante, igual, punto por punto, al don Homo-bono Quiñones del señor Mesonero? ¿Quién no tropieza, una vez á lo menos al día, con don Policarpo Omnibus de los Santos? ¿En qué compañía de aficionados no ha ocurrido un desman parecido al que se refiere en el artículo de *La comedia casera*? La mano que traza estas líneas conserva una cicatriz, indeleble recuerdo de una catástrofe semejante. Aquella Jacinta, hija

de don Melquiades Revesino, aquella Paquita tan diestra en el manejo de la mantilla española, Paca la Zandunga, la tia Blasa, el tio Mondongo, el casero-procurador y todos los demas personajes de *El día de toros*, incluso el alcalde de barrio, ¿de cuál de nuestros lectores no son conocidos? Sobre todo ¡ah! ¿quién no se conoce en el artículo eminentemente filosófico de *Antes, ahora y despues*? Así fueron nuestros padres, así somos nosotros, así serán nuestros sucesores, como el escarmiento no nos enseñe para enseñarlos.

Útiles, amenas, breves, llenas de verdad, estas preciosas páginas, corrian sin embargo el peligro de cansar por la monotonía que pudiera producir la semejanza de los asuntos; pero el señor Mesonero ha sabido introducir en su obra una gran variedad, empleando todos los tonos desde el mas humilde al mas grave: hasta los acentos de la poesia han venido á dar efecto y realce á la fácil y discreta prosa del Parlante Curioso: por cierto que no merece perdon el que escribiendo romances como el del *Coche simon* y la *Beladad parisiense*, no cultiva mas el género. Sonríase maliciosamente el lector con *El paseo de Juana* ó *El alquiler de un cuarto*: riase á carcajadas con la *Junta de cofradía* ó *El recién venido*: el Curioso Parlante sabrá mesurarnos con el tono melancólico del artículo titulado *La Empleo-mania*, conmovernos con el de la *Casa de Cervantes* y *La noche de vela*, estremecernos tal vez con la terrible perspectiva de *El campo santo*. Aquello es saber escribir: saber sentir, saber pensar.

¿Diremos algo del estilo del señor Mesonero? ¿Para qué, si nuestros lectores van á juzgar de él, ó mas bien, á dejarse seducir por él desde la primera línea? Únicamente manifestaremos que ese estilo es propio y peculiar del autor: bien que con toda su obra sucede lo mismo. Don Juan de Zavaleta en el siglo xvii, Addison en el pasado, Jouy, Paul de Kock y otros en el presente, escribieron en este género y bien; pero escribieron otras cosas, ó cosas parecidas presentadas de otra manera: los buenos ingenios coinciden mil veces en ideas, bien que varian infinito en la forma de expresarlas, así como todos los hombres blancos y rubios se parecen en el color del cutis y el pelo, sin tener por eso las facciones iguales. La concision y el gracejo urbano, ese gracejo que agrada mas cuanto mas al descuido se vierte, caracterizan principalmente el modo de decir del Curioso Parlante; pero aun quizá es mas de elogiar en él su carácter inofensivo. Las Escenas Matritenses son una prueba irrecusable de que se puede escribir en el género festivo sin emplear groserías, diceríos ni suciedades, sin hacer agravio á las leyes ni á las personas, y sin pedir al idioma frances elegancias que en el nuestro no son de recibo. El señor Mesonero ha visto nuestra sociedad tal como es en el día, es decir, separándose mucho de lo que fue, conservando un poco de lo que ha sido, dudosa y vacilante acerca de lo que será en lo sucesivo: así la ha trazado en sus cuadros, pintando tipos generales, en que ninguna persona determinada se encuentra, porque el fin del autor no es mortificar, á ninguno, sino buscar el provecho comun de todos. *Aucun fel n'a jamais empoisonné ma plume*; ha podido decir como Crébillon el señor Mesonero: no envidiamos la gloria de los que no pudieren decir otro tanto.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



ESCENAS MATRITENSES.

PRIMERA ÉPOCA.

(1832 Á 1836.)

LAS COSTUMBRES DE MADRID. (*)

Dificile est proprie comunia dicere.
Horat.

«Este que llama el vulgo estilo llano, envuelve tantas fuerzas, que quien osa tal vez acometerle, suda en vano.»
Lupercio de Argensola.

GRAVE y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginación viva, de una sutil penetración; si no reúne á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudición amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El trascurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones é intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Así, que un francés actual, se parece muy poco á otro de la corte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporción.

Los españoles, aunque mas afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamorfosis, que se hace sentir tanto

mas en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros. Añádanse á estas causas las invasiones repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viajes exteriores, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesas, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo, la falta de una educación sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rígidos moralistas, ó los festivos críticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que, en medio de esta confusión de ideas, y al traves de tal estravagancia de usos, han quedado aun (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nación, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificación que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas extranjeros, han intentado describir moralmente la España; pero ó bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien desentendiéndose del trascurso del tiempo, la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes.... Y es así como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años á esta parte con los pomposos títulos de *La España, Madrid ó las costumbres españolas, El Español, Viaje á España, etc. etc.*, se ha presentado á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; á las mujeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando de no hacer nada; así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un saltador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapiés una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Alligidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras y los romances de

(*) Creyendo el autor de esta obra que acaso no carecerían de interes algunas notas aclaratorias de ciertos artículos, y relativas á la historia literaria y social de la época que comprenden, penso adiccionarlas en su respectivo lugar; pero habiendo resultado algun tanto largas dichas notas, las remite á la conclusión de la obra, donde las hallaran sus lectores. (Véase la 1.ª)

los ciegos, dándoles un aire á la Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y así en fin los mas sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridiculo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Pero ¿qué ha de suceder? Viene á España un extranjero (y principalmente uno de vuestros vecinos transpirenáticos) y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; quepase en una fonda extranjera, donde se reúne con otros compatriotas que se ocupan esclusivamente de la alza ó baja de los fondos en Paris ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus patrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el mas corto camino á casa de Mr. Monier á tomar un baño; luego á almorzar *chez Genieys*; despues al salon de *Petibon*, ó al obrador de *Rouget*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres — « ¡Peste de país! no hay nadie en las calles. » — Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. — « Vamos á los toros..... » — gritos, silbidos, espresiones obscenas..... — « ¡Oh!e vilain país! — Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota — « En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente. » — Sale de allí y baja al Prado al anocheecer; hay mucha gente, pero ya no se ve. — « Las jóvenes personas (anota) van al Prado tan tapadas como no se las ve. » — Sábese por la calle de la Reina, como en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: « Las pequeñas piezas en España son pitoyables. » — No le parece tanto otra pieza que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: « Las mujeres en España son estremadamente amables, » — dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. — Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablarle en frances, y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de *don Gomez con donna Matilda*, ó *donna Paquita con don Fernandez*. — Pasan así quince dias, y vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo « *Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur*; » — y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epigrafe el: « *Suivez moi, je vous ferai connoître Madrid.* » Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conocería Lesage ni el autor del *Manual*.

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta farsedad, y deseando ensayar un género que en otros paises han ennoblecido las elegantes plumas de Adisson, Jouy y otros, me propuse, aunque siguiendo de lejos aquellos modelos y adorando sus huellas, presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nacion, y mas particularmente de Madrid, que como córte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las de las

lejanas provincias. No dejo de conocer que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfeccion como en aquellos paises, sea que marche por un campo virgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea en fin, fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reido con la *Comedia casera*, la *Calle de Toledo* el *Retrato* y las *Visitas*, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interes de una narracion sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijon de la sátira, por el festivo lenguaje de la critica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la mediania, y las del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama iloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento *Los cómicos en Cuaresma*, *La empleo-manía*. *El dia 30 del mes*, *El Patio del correo*, *El pleito*, *La sala y la cocina*, *El teatro*, *La comida de campo*, *La vuelta de Paris*, y otros muchos ya borrajeados, ya *in pectore*, donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios y todos los ridiculos que forman en el dia nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridiculo, se venga al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las extravagantes caricaturas en que le han presentando sus antagonistas. ¡ojalá que guiado por una luz diáfana acierte á llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: « *Sic nunc sunt mores.* » — « ¡ Tales son nuestras actuales costumbres! »

(Abril de 1832.)

EL RETRATO.

« Quien no me creyera que tal sea de él, al menos me deben la tieta y papel. »

Bartolomé Torres Naharro.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenia una esposa jóven, liada, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las mas brillantes de la córte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacia á veces la partida de mediador á la madre de la señora, decidia sobre el peinado y vestido de esta, acompañaba al paseo al esposo, disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un holeró que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en

el sofá, tararearía un ária italiana, cojería el abanico de las señoras, haría gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y en fin, me daría tono á la usanza... pero entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquila, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguado el caso, supe que era día de doble funcion, por celebrarse en él la colocacion en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbron. No hay que decir que hubé de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme despues, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenia de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que ya llena la sala de gentes, pudo servirse el el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violin, y salieron á lucir las parejas, alternando toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas de *tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años despues volví á Madrid y pasé á la casa de mi antigua tertulia: pero ¡oh Dios! ¡*quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! el marido habia muerto hacia un año, y su jóven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reirse francamente del difunto, tambien el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el espediente, hubo que hacer algun *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensacion que en mí produjo la vista del retrato, que pendia aun sobre el sofá.— «¿Le mira V.?» (esclamó): «¡ay pobrecito mio!»— Y prorumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaucion de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego un don *No-sé-quien*, que se hallaba sentado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo:— «Está visto, doña Paquita, que hasta que usted no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante iranquilo;»—y esto lo acompañó con una entrada de moral que habia yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del censor*. Contestó la viuda, replicó el argumentante, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelacion se dispuso que la menguada efígie sería trasladada á otra sala no tan cotidiana; volví á la tarde, y la ví ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda habia leído á Regnard y tendria presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrian decir:

¿Mas de qué vale un retrato.
Cuando hay amor verdadero?
¡Ah! sólo un esposo vivo
Puede consolar del muerto (*).

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por mas señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco despues la señora, que se sintió embarazada, hubo de embarazarse tambien de tener en casa al niño que habia quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el seminario de nobles; y no hubo mas, sino que á dos por tres hicié-

ronle su hatillo y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino despues á llamar al jóven al campo del honor; corrió á alistarse en las banderas patrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fué entre ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor habian roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña, aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacian alegre compania dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorria las inmediatas; y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las casas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitacion, con el objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caia encima... «¿qué pondremos? ¿qué no pondremos?»—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar, ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!... un maldito gato que se habia quedado en las habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descalabro del secretario, que enfurecido tomó posesion, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asenderado y mal trecho yacia el pobre retrato, maldecido de los de su casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenian, cuándo en ponerle bigotes, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo habia muerto en la batalla de Talavera; la madre era tambien difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fue preciso jubilar. Esta tal tenia un hijo que habia asistido seis meses á la academia de San Fernando, y se tenia por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza, y no volví á saber mas de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid, el último. No encontré ya mis amigos, mis costumbres, mis placeres, pero en cambio encontré mas *elegancia*, mas *ciencia*, mas *buena fé*, mas *alegría*, mas *dinero* y mas *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así, que abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botilleria en que beber á la luz de un candil; algunos calesines en que ir á los toros; algunas buenas tiendas en la calle de Postas; algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo un teatro de la Cruz que no pasa día por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fue cuando llegaron las ferias. No las hallé, en verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demas calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Loke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aque-

(*) Mais qu'est ce qu'un portrait quand on aime bien fort ?
C'est un mari vivant qui console d'un mort.

lla inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Ribera ó Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario; no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subía por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de varios colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velon y dos lavativas que yacian inmediatas, cojo el cuadro, miro de cerca... «¡Oh Dios mio! exclamé: ¿y es aquí donde debia yo encontrar á mi amigo?» —

Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imágen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valia el cuadro. — «Lo que V. guste,» — contestó la vieja que me lo vendia; insistí á que le pusiera precio, y por último me lo dió en *dos pesetas*: informéme entonces de dónde habia habido aquel cuadro, y me contestó que hacia años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndole volver en breve á rescatarlo, pues segun decia, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, re-

formándole la nariz, y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personaje á quien se lo iba á regalar; pero que habiendo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenia escrúpulo en venderlo, tanto mas, cuanto que hacia seis años que salia á las ferias, y nadie se habia acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado á no ser porque le solia servir cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué al oír esto precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez á las ferias? ¿ó acaso alterado su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala? ¿Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que vi en este, me felicito mas y mas de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato, ¿para qué? para presidir á un baile, para escitar suspiros, para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinchas; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado despues, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por *dos pesetas*. (Nota 2.^a)

(Enero de 1852.)



La calle de Toledo.

LA CALLE DE TOLEDO.

«Como aquí de provincias tan distantes concurren, ó por gracia ó por justicia, diversas lenguas, trojes y semblantes:

«Necesidad, favor, celo, codicia, forman tumulto, confusion y prisa tal, que diras que el orbe se desquicia.»

B. de Argensola.

Pocos dias há tuve que salir á recibir á un pariente que viene á Madrid desde Mairena (reino de Sevilla), con el objeto de examinarse de escribano. Las diez eran de la mañana cuando me encaminé á la gran puente que presta paso y comunicacion al camino real de Andalucía, y ayudado de mi catalejo, tendi la vista por la dilatada superficie para ver si divisaba, no la

rápida diligencia, no el brioso alazan, sino la compasada galera en que debía venir el cuasi-escribano.

Poco rato se me hizo aguardar para dejarse ver de los Angeles acá (*rari nantes in gurgite vasto*), y mucho mas hube de esperar para que llegase adonde yo estaba. Verificólo al fin, vióme mi primo, saltó del incómodo camaranchon, y *pian pian* enderezamos hacia la gran villa, ya acertando el paso para que pudieran seguirnos las siete mulas que arrastraban la galera, ya procurando conservar la distancia conveniente para no ser interrumpidos en nuestra sabrosa plática por la monótona armonía de los cencerros y campanillas de las bestias, de los jaleos y rondeñas de los zagales.

—Y bien, primo mio, ¿qué te parece del aspecto de Madrid?

—Que ze pué desir dél lo que de Parmira, que es la *perla del desierto*; y oyez, y tuvieron rason zus fundadores en zituarle sobre alturas, porque zinó, con ezte rio, adonde vamo-ha-paral...

—Ya te entiendo; pero en cambio tienes aquí este, que si no es gran puente, por lo menos es un puente grande.

—Zinduda, y aun por ezo he leído yo en un libraco viejo unaz copillaz que disen...

Fuérame yo por la puente
Que lo es sin encantamiento,
En diciembre, de Madrid,
Y en verano, de Rioseco;
La que haciéndose ojos toda
Por ver su amante pigmeo,
Se queja dél porque ingrato
Le da con arena en ellos,
La que...

¿Acabarás con tu pintura? —Rason tienez; punto y coma y á otra coza, que ze hasé tarde y habremoz de detennoz en la puerta. —Y con efecto fue así, porque llegando á esta, y mientras se verificaba la operacion del registro, se pasó media hora, en la cual no estuvieron ociosos nuestros ojos ni nuestras lenguas.

Mi primo es un mozo, ni bien sabio, ni bien tonto, aunque una buena dosis de malicia tercia entre ombas cualidades, y haciéndole disimular la segunda, le presta ciertos ribetes de la primera; además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condicion harto esencial, y en Madrid mas que en otra parte. Hecha esta prevención acerca de su carácter, no se estrañará que yo desease conocer el efecto que le producian las rápidas escenas que pasaban á nuestra vista, para lo cual, y escitarle á hablar, anudé el interrumpido diálogo de esta manera.

—Vas á entrar en Madrid (le dige) por el cuartel mas populoso y animado; desde luego debes suponer que no será el mas elegante, sino aquel en que la corte se manifiesta como madre comun, en cuyo seno vienen á encontrarse los hijos, las producciones y los usos de las lejanas provincias; aquel en fin en que las pretensiones de cada suelo, los dialectos, los trajes y las inclinaciones respectivas presentan al observador un cuadro de la *España en miniatura*.

—Punto ez ezte, dijo mi primo, para obzervarle zentados; aprovechemos ezte poyto.

No bien lo habiamos dicho y hecho, cuando llegó una galera guiada por un valenciano tan ligero como su vestido. El iba, venia á todos lados, retozaba con los demas, blandia su vara, ceñia y descenia su faja, aguijaba las mulas, contestaba á las preguntas del resguardo, y pregonaba de paso las esteras que conducia en su carro. Deseoso yo de que le escuchara mi pariente, trabé conversacion con él, suponiendo curiosidad por conocer los proyectos que le traian á Madrid; y muy luego supimos por su misma boca que

pensaba vender sus esteras en un portal durante el invierno; emplear su producto en loza, que venderia por las calles en la primavera; fijarse mientras el verano en una rinconada para vender horchata; y trasladarse despues á una plazuela para regir durante el otoño un puesto de melones; tales eran los proyectos de este Proteo mercantil.

Poco despues llegaron unos cuantos, que por sus anguarinas, grandes sombreros y alforjas al hombro, calificamos pronto de estremeños; que conducian las picantes producciones que tan buen olor, color y sabor prestan á la cotidiana olla española. De estos supimos que eran todos parientes y de un mismo pueblo (Candelario), y no pudo menos de chocarnos la semejanza de las facciones de tres de ellos que parecian uno mismo aunque en distintas edades; eran padre, hijo y nieto, y traian á este por primera vez á la capital, por lo cual no cesaban de darle consejos sobre el modo de presentarse en las casas, encarecer las ventajas del género, y demas, concluyendo con una disertacion choricera capaz de escitar al mas inapetente.

Aun no se habia acabado, cuando nos hallamos envueltos por una invasion de jumentillos alegres y vivarachos que se entraron por la puerta con una franqueza sin igual: traian cada uno dos pellejos, y diciendo que sus conductores eran manchegos, no hay que añadir que los pellejos eran de vino. Los mozos echaron pie á tierra, y dejaron ver sus robustas formas, su aire marcial, espresivas facciones, color encendido, ojos penetrantes; traian todos tremendas patillas, su pañuelo en la cabeza y encima la graciosa monterilla; las varas á la espalda y atravesadas en el cinto. Empezaron luego á contar sus pellejos, mas por desgracia nunca iban de acuerdo con el guarda, pues si este decia veinte, ellos sacaban diez y nueve, y volviendo á contar solo resultaban diez y siete; por último, se fijaron en diez y ocho, pagaron su cuota y echaron á correr.

Otro carromato. —¿De dónde? —De Murcia y Cartagena. —¿Carga? —Naranjas y granadas. —Al menos es cosa de sustancia. —Ahora van Vds. á probar que la tienen.

—A un lao, zeñorez (esclamó mi primo levantándose), á un laito por amor de Dios, que viene aquí la gente. —Y decialo por una sarta de machos engalanados que entraban por la puerta con sendos ginetes encima.

—A la paz de Dios, caballeroz; saludó con voz aguardentosa un viejo que al parecer hacia de amo de los demas.

—Toque esos sinco, paizano —dijo mi primo sin poderse contener —¿de qué parte del paraizo?

—De Jaen, replicó con un ronquido el viejo.

—Buena tierra zi no estuviera tan serca de Caztiya.

—Maz serca ezta del sieilo.

—Como que tiene la cara de Dios.

—Y como que zi; pero dejando ezto ¿no me dirá zu mersé (dirigiéndose á mi) de dónde han traido ezta puelta? porque ó me enganan moiz vizualez, ó no eztaba ahoz atraz cuando yo eztuve en ezte lugar.

—Así es la verdad, le contesté; porque hace pocos años que se sustituyó este monumento á las mezquinas tapias que antes daban entrada por esta parte á la capital.

—Ahora (repuso el escribano) la entrada parese mesquica al lado de la puerta.

Aquí llegábamos en nuestra conversacion, cuando se nos dió por sanos y salvos, con lo que pudimos emprender la subida de la calle, alternando nuestras observaciones con las del viejo andaluz. Entre los primeros objetos que la fijaron, fueron la recua de manchegos que habiamos visto en la puerta, los cuales salian de una posada inmediata para repartir los cueros por las tabernas. Mi primo me hizo observar que

levaban veinte pellejos, y acordándonos de los diez y ocho pagados en la puerta, nos persuadimos de que habrían tratado de imitar el milagro de las bodas de Canaan.

Divertíamos así nuestro camino, contemplando la multitud de tiendas y comercios que prestan á aquella calle el aspecto de una eterna feria; tantas tonelerías, caldererías, zapaterías y cofrerías, tantos barberos, tantas posadas, y sobre todo tantas tabernas. Esta última circunstancia hizo observar á mi primo que la afición al vino debe ser común á todas las provincias. Yo solo le contesté que son ochocientos diez y seis las tabernas que hay en Madrid. Engolfados en nuestra conversación tropezábamos, cuando con un corro de mujeres cosiendo al sol, cuando con un par de mozos durmiendo á la sombra; muchachos que corren; asturianos que retozan; carreteros que descargan á las puertas de las posadas; filas de mulas ensartadas una en otra y cargadas de paja que impiden la travesía; aquí una disputa de castañeras; allá una prision de rateros; por este lado un relevo de guardia; por el otro un entierro solemne....

Favor á la justicia. — *Agur, camará.* — *Requiem eternam.* — *Puéya...* ¡el demonio del ustá! — *Caballero, una calesa.* — *Vaya usted con Dios, prenda.* — *Chas...* á un lado, la diligencia de Carabanchel. — *Acetuna bué...* — *Señores, por el amor de Dios.* — *Rid...* tomá... só... ó... ó... coronela. — *Perdone usted, caballero.* — *No hay de qué...*

Con estas y otras voces, la continua confusión y demas, mi primo se atolondró de modo que le perdí de vista y tardé largo rato en volverle á encontrar. Por fin pude hallarle, que estaba parado delante de la fuente nueva.

— ¿Qué haces ahí parado? le pregunté con algun ceño.

— Qué he de haser, hombre; estoy recordando todo el Bullón á ver zi zaco en limpio qué animalejo ez eze que está ahí ensima. — Majadero, ¿no conoces que es el leon?.... — Como no lo dice el letrero... — Vámos, vamos.

«*Parador de Cádiz.*» — «*Aquí se sacan muelas á gusto de los parroquianos.*» — «*Se gisa de comer por un tanto diario todos los dias.*» — «*Memoria-hista, se echan cuentas en todas lenguas.*» — «*Aquí se venden hábitos para difuntos completos.*» — «*Zapatos para hombres rusos hechos en Madrid.*» — «*Aquí se venden sombreros para niños de paja.*»

— ¿Qué demonios estás diciendo? — Leo las muestras, contestó mi primo, — Vaya, déjate de tonteras, y repara que pisas el recinto fatal en que los condenados al último suplicio.... — Pacito, primo, que tengo buen humor, y no está nada lindo ezo de que me enzeñes la horca antes que el lugar.

Tremendos cartelones. — Teatro del Principe. — *El castillo de Stomins-Coyz ó los siete Crímenes.* — Cruz. — *Los asesinos elegantes.* — Sarten. — *Horror y desesperacion,* drama melo-mimo-lóbrego. — Oyez, primo, y ze entretienen los señores madrileños con estaz lindesaz? — Qué quieres, ¡el gusto del siglo!... — Pue hemoz llegao á un ziglo divertito.

Soberbia perspectiva hase eza iglesia. — Como que es la principal de la córte y dedicada á su santo patrono. — Póngaze en primer lugar en mi libro para visitarla mañana.

Á este punto y hora llegábamos, cuando vimos á lo lejos una calesa con la cubierta echada atras y sentadas en ella dos manolas, con aquel aire natural que las caracteriza. Ni Tito ni Augusto al volver triunfantes á la capital del orbe pasaron mas orgullosos bajo los arcos que les eran dedicados, que nuestras dos heroínas por el de la Plaza Mayor. Guardapiés amarillos y encarnados, ricas mantillas de sarga y terciopelo sobre los hombros, pañuelos de color de rosa al pecho, cesto de trenzas en las cabezas, y co-

loreadas las mejillas por el vapor del vino; tal era el atavio con que venian echándose fuera de la calesa, y pelando unas naranjas con un desenfado singular. Aquí de la turbación de mi provincial; parado delante de la calesa no reparaba su peligro, hasta que una de las manolas:

— Oiga, señor vision (le dijo), déjenos el paso franco.

— ¿Adónde van las reinas?

— A perderle de vista.

— Si nesesitazen un hombre al eztribo....

— ¿Y son así los hombres en su tierra? Jesus, ¡qué miedo!

— Y qué, ¿no me han de dar un poco de naranja?

— Tome el rocín venido.

Y le dirigieron á las narices una cáscara de vara y media; con lo cual, y aguijando el caballo, desaparecieron en medio de la risa general. Yo hube de contener la mia por no irritar al pobre mozo, á quien no me pareció habia gustado el lance; pero me propuse echarle despues un buen sermón. Entre tanto seguimos nuestro camino sin hablar palabra hasta casa, recapitulando ambos lo que habíamos visto y oído; él para aprovecharse de ello, y yo para contar-lo aquí.

(Febrero de 1832).

LA COMEDIA CASERA.

«¿On sera ridicule et je n'oserai rire?»

Boileau.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo, mas próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que á él le ocupáran en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que *la mitad del mundo se rie siempre de la otra mitad.*

— ¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaría que iba V. á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?

Tal le decía yo á mi vecino, don Plácido Cascabillito, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

— Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó á alcanzar con los lábios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad queria volver á la jicara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino. — ¿Y se puede saber cuál es la escena? — Oígala V.

— Este jóven, á quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una afición que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que, siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este Carna-

val una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion, de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (riase V. un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

—Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jicaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguí.

—Ya V. conoce que hubiera sido descortesía responder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándole las gracias por su distincion, y admitiendo el sillón presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion, y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision de *buscar casa*, comision de *decoraciones*, comision de *candlejas*, comision de *copiar papeles*, comision de *trajes* y comision de *permiso para la representacion*. De esta quedé yo encargado, y presidente nato de las demas.

El contarle á V., amigo mio, las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas, sería nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto bastante decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y colocaron donde convino). Así que resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demas fueron ya de mas fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Oigalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). El *Otelo*, las *Minas de Polonia*, *Pelayo*, la *Pata de Cabra*, la *Cabeza de Bronce*, el *Viejo y la niña*, el *Rico-hombre de Alcalá*, el *Español y la Francesa*, el *Jugador de los treinta años*, el *Médico á palos*, el *Tasso*, el *Delincuente honrado*, *A Madrid me vuelvo*, *García del Castañar*, la *Misantropía*, *Sancho Ortiz de las Rozas* y el *Café*. Ya V. ve que en nuestra junta no preside exclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaban dos viejas, y ninguna de la comparsa, aun las de cincuenta y ocho años, se creian adecuadas para semejantes papeles; cuál llamaba á una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada, se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey, y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian á los segundos apenas sabian hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas), las barbas, las partes de por medio y las personas que *no hablan*, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, ví varias veces desconocida mi autoridad. Por último, despues de largo rato pudo restablecerse el orden, y á instan-

cias de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Rico-hombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demas del caso; y no tengo necesidad de decir á V. que en estos veinte y cinco dias se han renovado veinte y cinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripcion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fue, amigo mio, cuando saqué yo el escote de mi diversion. Porque habia V. de ver allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quién formaba coalicion con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quien reñia con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas con su mano entre las del primer galan; cuál tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, señores.—Mas alto.—Conde, que le está á V. manchando esa vela.—Doña Antonia, que la llama á V. el rey don Pedro.—Esos brazos, que se menea.—V. sale por aquí y se vuelve por allá.—Doña Leonor, don Enrique, doña María, aquí mucho fuego.—Eso no vale nada.

Por este estilo puede V. figurarse lo demas; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos temido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á V. un billete.—

Acepté gustoso el convite y llegada la noche, y habiéndome incorporado con don Plácido, nos metimos en un simon, que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañía, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol mas en el portal, nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podíamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia, y fuimos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los socios corrian aquí y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo, y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos; alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico, y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto, y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon, que se levantó en aquel instante.

—«¿No me escuchas?

—¡Qué molesta

y que cansada mujer!

—Siempre que te viene á ver
debe de subir por cuesta.»

Ya pueden figurarse los lectores que así empezaron á representar; pero tres minutos antes que los dijieran ya repetía yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Así fue repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante.

Quando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galán de una dama altísima, que me hacia temblar por las bambalinas cada vez que parecia en la escena; cuál entraba resbalándose de lado por los bastidores; cuál salía atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecían todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes, y las damas en el inevitable pañuelo de la mano.

En fin, así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de



El Teatro Casero.

una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacia de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacia de rey, así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo; y fue, que un oficial que sentaba detras de mí, dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

—Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

—Entonces siento infinito haber creido que su hija de V. lo echa á perder.

—Diga V. que el galán no la ayuda.

—¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha).

—Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde queama; todos se ayudan reciprocamente, y la comedia *la sacan* que no hay mas que ver.

Por fin volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros pies, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de don Tello á la presencia del rey, menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro, vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al Rico-hombre con una altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

«á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas,»

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; este, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapa-

reció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternación se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastámara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusión y desórden, y nadie se tenia por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoración. El tablado en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufría con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedían y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinación, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya*; y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

LAS VISITAS DE DIAS.

« On s'embrasse on s'efforce à force de tendre esse, et tout bas on medite de celui q'on caresse. »
Picard.

ENTRE las varias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el día de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entonces fue mas importante el calendario, así como resultaron mas clásicos que los demas algunos días del año. Cuando se aproximan v. gr., el 4.^o de enero, el 19 de marzo, el 24 de junio, el 16 de julio, el 8 de setiembre, el 8 de diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterías! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles! Amanece el día feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el mas lisonjero aspecto; triples órdenes de terneros,



Las Visitas de días.

salmones, perdicés y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposición del cuarto. ¡Qué día para los mayordomos! ni la bolsa de Londres ofrece mas animación, mas combinaciones que las que presenta á primera hora de tales días la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcainas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados,

y en menos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso. Empieza despues el movimiento rápido de barberos que aquel día tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luego los peluqueros de antaño y los de hogaño; los sastres de allende y de aquende, y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navios, estátuas y obeliscos...

Hay varios modos de dar los días; el mejor sin duda es el que va acompañado de alguno de aquellos

apéndices; pero aquí no se trata del mejor; solo si se quisiera trazar el mas elegante.

Las ocho, «el barbero;» las nueve, «el peluquero;» las diez, «el sastre....» el sastre no parece.... ¡maldito sastre!.... las once, ya está aquí;—á ver, probemos.... nada, no vale nada, llévesele V., maestro; las doce, —señor, la berlina de la calle del Baño...»—vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir de mañana antes de las dos de la tarde. — «¿Adónde, señor?—A la calle de Atocha, número.... casa de don Sinfiriano Calabaza.—El lacayo, repitiendo la órden al cochero, cerró de un golpe la portezuela, y echamos á andar.

A este punto y hora saqué mi cartera y empecé á recapitular.... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas.... no es nada.... En seguida me puse á contemplar las tarjetas hechas *exprofeso* para aquel día. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apenas hay medio de seguirla.... luego, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una órden militar, como hacen otros, no sabia cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pie cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luego quise poner las letras al revés, pero eché de ver que las volverian y quedarían al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias; todas sufrieron mi inspeccion, hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Pericles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramaje oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decian. Muy satisfecho de mi invencion, me felicitaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas, y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de don Sinfiriano, y al ir á entrar me hicieron saber que él se habia marchado huyendo los cumplidos, —«pero pase V. á la sala, que ahí están las señoras....»—Las señoras no estaban, y antes que se presentasen ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer el diario. Apareció en fin la mamá á medio peinar, y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido antes. Yo se las di igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa á eso de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando un ária coreada que habia de cantar la niña á la noche. Mi aparición en la sala turbó á la amable cantatriz, en términos que no hubo forma de hacerla seguir mientras yo estuviese allí; con que me marché. Segunda visita.

A la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y estemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras no recibían, siendo así que por las risas y el bullicio que yo oía en las piezas inmediatas no pude menos de conocer que habian recibido.

Gracias á Dios á la otra me hallé ya con la sociedad mas en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision....

—¿V. ha visto qué tiempo, señor don Fulano?

(saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá.)

«Ya, ya está bueno;»—y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones particulares, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza:—«¿Ha visto V. qué tiempo, mi señora doña Maria?»—dijo la mas vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó esta á su ordinaria frialdad, y ya habiendo pausas de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal, y luego otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacia mal tiempo*. Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que mas. Hervia la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, mientras su mamá, su abuela, su tía y hermanitas, ofuscaban con sus ricos trajes y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de estos, y habiendo sustituido toda la riqueza del órden corintio á la sencillez dórica, apenas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veia casi diariamente; reianse de mis escesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza agitando los abanicos, hasta que en fin ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías.... Allí la conversacion fue mas alegre, mas sustancial.... se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan *virtuosamente dilletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡qué de otras subieron á las nubes!... Por último, convinimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, jefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806 en que subió á su destino, y desde entonces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, solo les opone una desdeñosa compasion. Entré en la sala, y me le encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componiase la reunion de antiguos empleados, abogados y comerciantes, varias señoras respetables y algun otro joven; hijo de estos ó meritorio de la oficina, que se ocupaban mas que ligeramente de la posteridad del señor don José, y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harían subir *legalmente* una casilla mas arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y varia, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que oyendo las tres, se levantó don José para rogarme que me quedara á comer: neguéme absolutamente á ello, pero no pude escusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y hollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual me se hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas*, repetir á estas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacia desde el coche subir la tarjeta con la apostilla en persona. En otras me sentaba en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacia tres cortesías, me sentaba, me

levantaba, hacia seis inclinaciones y me tiraba. En algunas terciaba un momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos, tiempo y ópera. Deseando darla pábulo tomaba en unas la defensiva de lo mismo que habia atacado en la anterior, y á lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones ó á todos sobre lo mismo que habian dicho á mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores ¡qué de glosas sobre los trajes, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salia poco despues, y allí era ella... ¡qué complots!... ¡qué sátiras!... ¡qué mala fe!... ¡Cielos! ¿y es esta nuestra sociedad?...

Conociendo en fin por las miradas, las sonrisas y los secretitos al oido, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el mas atrevido y el mas hablador es el que luce á costa del hombre prudente y moderado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé á la última casa, adonde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse de todo. Ibame yo poniendo al corriente de los distintos caracteres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y... pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capitulo aparte.

(Marzo de 1852.)

LOS COMICOS EN CUARESMA.

«Y con todo esto, son necesarios en la republica, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

Cervantes. Lic. Vidriera.

«Amigo mio: hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de V. á estas cosas, le ruego que espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en esa donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y más para V. No me estiendo á mas, porque V. comprende mi idea, y solo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. Adios, amigo mio.»

«Tal, punto por coma, fue la epístola con que los dias pasados se me insinúó mi corresponsal de... poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me ví en la vida; porque si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado mas allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo. Pero en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano; hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de don Pascual Bailon Corredera, el hombre mas á propósito de este mundo para sacarme del empeño. Porque este don Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro; ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas; ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando un entierro; ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre en fin que yo necesitaba, y sin

perder momento corrí á avistarme con él: halléle componiendo su itinerario del dia (del que en gracia de la brevedad hago gracia á mis lectores); mas luego que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo, echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual, sin manifestarme adonde me conducia, me persuadió de que al momento encontraríamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.

«Porque ya sabe V., añadió, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo año cómico, bajan á Madrid los autores ó formadores de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos. Para formar una compañía, por lo regular el empresario, que suele ser un actor antiguo ó individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reúne las partes que le convienen, y sin mas adelanto que el preciso para castros del viaje y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el veinte y cinco por ciento ó mas del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquellas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido*; verbí gracia A. primer galan, entra con partido de cuarenta reales; B. con treinta; y C. con veinte: siendo la entrada doscientos veinte y cinco reales tocará al primero cien reales, al segundo setenta y cinco, y cincuenta al tercero, á razon de *dos partes y media*; pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apenas llegan á cobrar mas de *media parte ó un cuarteron* del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos de la legua, y aun los de las primeras capitales de provincia. Solo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dársele tambien á la escena; las demas son compañías de *pirrijaña*, como ellos dicen.

«¿Y hacen ellos esa distincion?»

«Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea V. al famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima esplicacion de las ocho maneras de comparsas y representantes, á saber: *Bululú, Ñaque, Ganjarilla, Combateo, Garnacha, Bojiganga, Farándula y Compañía*. Léale V, pues, que es rato divertido.

«Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.»

«Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas, pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y aun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis esplicaciones.

«Al decir esto hicimos alto en la embocadura de la calle ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona, que segun mi amigo es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan; subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones todas abiertas, todas disponibles y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una de donde oímos salir grandes voces, y creímos asistir á una penitencia de provecho; mas toda ella se reducia á un cigarro que habia faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores á fuer de *damas y galanes nobles* chillaban tanto y tan de recio,

y acciónaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza,

«dame el cigarro, ó las habrás con Roque.»

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena que podría figurar airoosamente en uno de los dramas modernos. Arrancada que fue á la lid aquella heroína, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo de *carton*, separadas las melenas nada airoosas que cubrían su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros que el coraje habia eclipsado:

—«¿Es V., mi querida Narcisca?» (esclamó don Pascual con un arrebatado verdaderamente dramático).

—¡Don Pascual! V... pues... ¡quién habia de pensar!...

—¡Ingrata! ¡y qué poco ha conservado V. la memoria de mi cariño!

—¡Ingrato! ¡y cuán mal ha pagado V. mi amor!

La esplicacion iba siendo vehementemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos al rededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marsellés de calesero y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío habia un carton que en letras gordas decia: «*Traje de Otelo y demas moros de Venecia y de otras partes.*»—Mas allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV, llevaban por distintivo: «*Traje de Carlos V sobre Tunez.*»—Una mantilla de tafetan con lantejuelas y un vestido de percal francés: «*Traje de Dido, y ambient de la viuda del Malabar, con un crespon negro.*»—Un tontillo, una escofleta y un jubon con faldillas: «*Traje de Semíramis, de la Esclava del Negro Ponto y demas comedias de Moratin.*»—Un pantalon de mahon figurando carne, una camisa de mujer y un cintio de cuero: «*Traje de Isidoro en el Orestes.*»—Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje hasta unos ocho ó diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de don Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisca por su marido:—No sé, contestó ella; ya sabes (y adviérta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que...—Pues luego, ¿esos trajes de moros y cristianos?...—Esos trajes son... son...—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto, ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata.

—Ahora mismo, contestó don Pascual: por de pronto ya tenemos dama.

—Fáltanos sin embargo el galan, á menos que usted...

—El galan, replicó Narcisca, le hallarán Vds. con todos los demas compañeros en la plazuela de Santa Ana: hablándole á V. con franqueza, añadió en voz baja á D. Pascual, él no es gran cosa, pero...—Lo demas de la esplicacion no lo pude oír. Levantóse de allí á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisca emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervia esta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrían, se agitaban, se reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad, resultaba un espectáculo singular: aqui un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa, cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compania bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos aga-

saban y perseguian; mas allá se disolvía estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrían á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo. Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las companias de la corte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encañecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya habian firmado. Por via de sainete se reian de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas exageradas contribuian á mantenerlos en su petulancia y disputas eternas, y en acabando estas, las hacian volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra árdua operacion; hiciéronlo así, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como galanes, barbas, graciosos, característicos y partes de por medio. No bien corrió la voz de que éramos formadores, nos empezaron á sitiár, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y mientras un galan de cincuenta y ocho años nos esplicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salia por entre sus despopladas encias, un barba mal encarado con voz cigarreña y aguarrentosa nos hablaba de su formalidad, y el gracioso, subido en un guardacanton, nos ensordecia á gritos para hacernos reír. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza que me llamó aparte.

—Pues señor (haciéndome tres cortesias), no he podido menos de compadecerme al considerar que le ha rodeado ha V. la escoria del arte, porque ha de saber V. que esos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domingo de Ramos y tendrán que reunirse en una compania de conformes, como decimos nosotros.—Y con esto se fué extendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos, aunque á decir verdad, sospeché por su esplicacion que él debia ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid con risas y señas me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor. Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de Narcisca, que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á este y le dejé con él, mientras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un particular que celebraban á la noche.—¿Y qué es un particular? repliqué yo.—Llámanse así, me contestó uno de los mas mesurados, las tertulas de examen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oír á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sugetos particulares.

«Solian, con efecto (dice Pellicer), los señores, los togados y la gente principal, llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos papeles y aun comedias, y cantasen, despues de haber representado en los corrales; y á esta diversion cá sera llamaban un particular.»

—Que me place, digo yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, dis-

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

«Pláceme los cuadros en narracion, porque en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo.»

Diderot.

Así lo ha dicho un autor frances: por supuesto que lo decia en frances, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no así muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero en fin, esto no es del caso: vamos á la sustancia de mi narracion.

Yo queria regalar á mis lectores con una narracion de la Romeria de San Isidro, y para ello me habia propuesto desde la vispera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto mas importante de la fiesta. Por lo menos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras, pero viniendo á mi asunto digo, que aquella noche me acosté mas temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exórdio de mi articulo.

«Romería (decia yo para darme cierta importancia de erudito), significa el viaje ó peregrinacion que se hace á algun santuario,» y si hemos de creer al Diccionario de la lengua, añadiremos que «se llamó así porque las principales se hacian á Roma.»— Luego vino á mi imaginacion la memoria de Jovellanos, quien considerando á las romerías como una de las fiestas mas antiguas de los españoles, añade: «La devocion sencilla los llevaba naturalmente á los santuarios vecinos en los dias de fiesta y solemnidad, y allí, satisfechos los estímulos de la piedad, daban el resto del dia al esparcimiento y al placer.» Esto, segun la ya dicha respetable autoridad, acaecia en el siglo xii, y mi imaginacion se dirigia á cavilar sobre la fidelidad de los pueblos á sus antiguas usanzas.

Largo rato anduvieron alternando en mi memoria, ya las famosas de Santiago de Galicia, ya las de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, y parecíame ver los peregrinos con su bordon y la esclavina cubierta de conchas acudir de luengas tierras á ganar el jubileo del año santo. Luego se me representaban las animadas fiestas de esta clase, que aun hoy se celebran en las Provincias Vascongadas, y de todo ello sacaba observaciones que podrán tener lugar cuando escribiera la historia de las romerías, que no dejaria de ser peregrina; mas por lo que es ahora no venian á cuento, pues que solo trataba de formar el cuadro de la de San Isidro en nuestra capital. En fin, tanto cavilé, tantos autores revolví en los estantes de mi cabeza, tal polvo alcé de citas y pergaminos, que al cabo de algunas horas me quedé dormido profundamente.

La imaginacion empero no se durmió: afectada con la idea de la próxima funcion, me trasladó á la opuesta orilla del Manzanares, al sitio mismo donde la emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, fundó la ermita del patron de Madrid, en agradecimiento de la salud recobrada por su hijo el principe don Felipe con el agua de la vecina fuente, que segun la tradicion abrió el santo labrador al golpe de su hija para apagar la sed de su amo Ivan de Vargas. Dominaba desde allí la pequeña colina sobre que está situada la ermita; y la desigualdad del terreno, los paseos que conducen á ella y las elevadas alturas que la rodean, encubrian á mi imaginacion la natural aridez de la campiña; añádase á esto la inmedicacion del rio, la vista de los puentes de Toledo y Segovia, y mas que todo la estensa capital que se ostentaba ante mis ojos por el lado mas agradable, ofreciéndome por términos el palacio Real, el cuartel de Guardias y el Seminario de nobles á la izquierda, el convento de Atocha, el observatorio y el hospital general á la de-

curriendo alegremente sobre lo que habiamos visto, hasta que llegada que fue la noche marchamos al convento.

Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos, que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio este con varias relaciones de la Moza de Cántaro, La Vida es sueño, y el Tetrarca de Jerusalem, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luego siguieron varias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de Otelo, entre la bella Narcisa y su compadre el galán de la plazuela. Difícil seria pintar la originalidad del modo de representar de este; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos: solo diré que era cosa de deslacerarse en lágrimas de risa; así como al contrario la dama por su naturalidad hacia nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oír los aplausos á esta, los ojos de don Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puerta de la alcoba, que ademas se apercebía un hombre embozado y en pie. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sugeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira), fué animándose hasta el punto en que dice esta:

.....«Todo me mata,
» todo va reuniéndose en mi daño...»
—«Y todo te confunde, desdichada.»

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto, pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquella,

«Mirame, ¿me conoces?... ¿me conoces?...»

la dice con toda la verdad y rabiosa espresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fue la única contestacion y cayó sin sentido, Los circunstantes nos deshacíamos á aplausos y bravos, y estos crecieron al oír al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras:

«El cielo soberano te castiga
» por un medio distinto. ¿Ves la carta?
» pues mira la *sortija*, aquí la tienes.»

Pero viendo que Edelmira nada respondia, que el galán primero, amostazado con el nuevo aparecido se disponia á recobrar su puesto, y que este no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que allí podría haber algo mas que fingimiento, y por mi parte adiviné de plano la causa viendo escurrirse bonitamente á don Pascual, diciéndome al despedirse: — «Es él...»

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminé yo upalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparasa, hasta que reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832.)

recha; al frente tenía la nueva puerta de Toledo, y desde ella y la de Segovia la inmensa muchedumbre precipitándose al camino formaba una no interrumpida cadena hasta el sitio en que yo estaba ó creía estar.

Mi fantasía corría libremente por el espacio que media entre el principio y el fin del paseo, y por todas partes era testigo de una animación, de un movimiento imposibles de describir; nuevas y nuevas gentes cubrían el camino; multitud de coches de colleras corrían precipitadamente entre los ligeros calesines que volvían vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjanzadas hacían replegarse á la multitud de pedestres, quienes para vengarse, los saludaban á su paso con sendos latigazos, ó los espantaban con el ruido de las campanas de barro. Los que volvían de la ermita, cargados de santos, de campanillas y frascos de aguardiente bautizado y confirmado, los ofrecían bruscamente á los que iban, y estos reían del estado de acoloramiento y exaltación de aquellos, siendo así que podrían decir muy bien: —Vean Vds. cómo estaré yo á la tarde. —Las danzas improvisadas de las manolas y los majos, las disputas y retoques de estos por quitarse los frasquetes, los puestos humeantes de buñuelos y el continuo paso de carruajes hacían cada momento mas interrumpida la carrera, y esta dificultad iba creciendo segun la mayor proximidad á la ermita.

Ya las incansables campanas de esta herían los oídos, entre la vocería de la muchedumbre que coronaba todas las alturas, y apiñándose en la parte baja hacía sentir su reflujo hasta el medio del paseo. Los puestos de santos, de bollos y campanillas iban sucediéndose rápidamente hasta llegar á cubrir ambos bordes del camino, y cedían despues el lugar á tiendas caprichosas y surtidas de bizcochos, dulces y golosinas, eterna comezon de muchachos lorones, tentación perenne de bolsillos apurados. Cada paso que se avanzaba en la subida, se adelantaba tambien en el progreso de las artes del paladar; á los puestos ambulantes de buñuelos habían sucedido las escitantes pasas, higos y garbanzos tostados; luego los roscones de pan duro y los frasquetes alternaban con las tortas y soldados de pasta flora; mas allá los dulces de ramillete y bizcochos empapelados ofrecían una interesante batería; y por último, las fondas entapizadas ostentaban sobre sus entradas los nombres mas caros á la gastronomía madrileña, y brindaban en su interior con las apetitosas salsas y succulentos sólidos.

¡Qué espectáculo manducante y animado! Cuáles sobre la verde alfombra formaban espeso círculo en derredor de una gran cazuela en que vertían sendos cantarillos de leche de las Navas sobre una gran cantidad de bollos y roscones; cuáles ostentando un noble jamon le partían y subdividían con todas las formalidades del derecho.

La conversación por todas partes era alegre y animada, y las escenas á cual mas variá é interesante. Por aquí unos traviesos muchachos atando una cuerda á una mesa llena de figuras de barro, tiraban de ella corriendo y rodaban estrepitosamente todos aquellos artefactos, no sin notable enojo de la vieja que los vendía; por allá un grupo de chulos al pasar por junto á un almuerzo dejaban caer en el cuenco de leche una campanilla; ya levantándose otros, volvían á caer impelidos de su propio peso, ó bien al concluir un almuerzo rompían un gran botijo tirándole á veinte pasos con blandos bollos, restos del banquete. Los chillidos, las risas, los dichos agudos se sucedían sin cesar, y mientras esto pasaba de un lado, del otro los paseantes se agitaban, debían agua del santo en la fuente milagrosa, intentaban penetrar en la ermita, y la turba saliente los obliga á volver á bajar las gradas penetrando al fin en el cementerio próximo, donde

reflexionaban sobre la fragilidad de las cosas humanas mientras concluían los restos del mazapan y bizcocho de galera. En la parte elevada de la ermita algunos cofrades asomaban á los balconillos ostentando en medio al santero vestido con un traje que remedaba al del santo labrador, y en lo alto de las colinas cerraban todo este cuadro varios grupos de muchachos que arrojaban cobetes al aire.

La parte mas escogida de la concurrencia refluje en las fondas, adonde aguardaban en pie y con sobrada disposición de almorzar, mientras los felices que llegaron antes no desocupaban las mesas. La impaciencia se pintaba en el rostro de las madres, el deseo en el de las niñas y la incertidumbre en los galanes acompañantes; entre tanto los dichos sentados saboreaban una perdiz ó un plato de crema, sin pasar cuidado por los que les estaban contando los bocados.

Desocúpase en fin una mesa... ¡qué precipitación para apoderarse de ella! Ocupanla una madre, tres hijas y un caballero andante, el cual, á fuer de galán, pone en manos de la mamá la lista fatal... Los ojos de esta brillan al verla... «Pichones,» «pollos,» «chuletas...» ¿qué escogerá?—Yo lo que Vds. quieran; pero me parece que ante todo debe venir un par de perdices; tú, Paquita, querrás un pollito, ¿no es verdad?—«Venga,» gritó el galán entusiasmado.—Y tú, Mariquita, ¿jamon en dulce?—Pues yo á mis pichones me atengo.—Vaya, probemos de todo.—«Venga de todo,» respondió el Gaiferos con una sonrisa si es no es afectada.

Con efecto, el mozo viene, la mesa se cubre, el trabajo mandibular comienza, y el infeliz prevé, aunque tarde, su perdición; mas entre tanto, Paquita le ofrece un alon de perdiz, y en aquel momento todas las nubes desaparecen. La vieja incansable vuelve á empuñar la lista.—«Ahorra los fritos y asados,» dice, y señala cinco ó seis artículos al espedito mozo. No para aquí, sino que en el furor de su canino diente, embiste á las aceitunas, saltando dos de ellas á la levita del amartelado; cae y rompe un par de vasos, y para hacer tiempo de que vuelva el mozo se come un salchichon de libra y media.

Tres veces se habían renovado de gente las otras mesas y aun duraba el almuerzo, no sin espanto del jóven caballero, que calculaba un resultado funesto; las muchachas, cuál mas, cuál menos, todas imitaban á la mamá, y cuando ya cansadas apenas podían abrir la boca, las decía aquella:—Vamos, niñas, no hay que hacer melindres;—y siempre con la lista en la mano traía al mozo en continua agitación. Por último, concluyó al fin de tres horas aquel violento sacrificio; pídesse la cuenta al mozo, y este, despues de mirar al techo y rascarse la frente, responde:—«Ciento cuarenta y dos reales.»—El Narciso á tal acento varia de color, y como acometido de una convulsión revuelve rápidamente las manos de uno á otro bolsillo, y reuniendo antecedentes llega á juntar hasta unos cuatro duros y seis reales: entonces llama al mozo aparte, y mientras hace con él un acomodo, la mamá y las niñas rien graciosamente de la aventura.

Arreglado aquel negocio salen de la fonda, llevando al lado á la Dulcinea con cierto aire triunfal; pero á pocos pasos, un cierto oficialito conocido de las señoras, que se perdió á la entrada de la fonda, vuelve á aparecer casualmente y ocupa el otro lado de doña Paquita, no sin enojo del caballero pagano. Mas no para aquí el contratiempo: á poco rato el escesivo almuerzo empieza á hacer su efecto en la mamá, y se siente indispuerta; el sintoma 14 del cólera se manifiesta estrepitosamente, y las niñas declaran al pobre galán que por una consecuencia desgraciada, su mamá no puede volver á pie...

No hay remedio, el hombre tiene que ajustar un coche de colleras y empaquetarse en él con toda la

familia; mas el aumento del recién venido que se coloca en el testero, entre Paquita y su madre, quedándole al caballero particular el sitio frontero á esta, para ser testigo de sus náuseas y horribles contorsiones. El cochero en tanto ocupa su lugar, y chas.... co-mandanta...

Al ruido del coche desperté precipitado, y mirando al reloj vi que eran ya las diez, con lo cual tuve que desistir de la idea de ir á la romería, quedándome el sentimiento de no poder contar á mis lectores lo que pasa en Madrid el día de San Isidro.

(Mayo de 1832.)

LA EMPLEO-MANIA.

...Hic vivimus ambitiosos
pauperate omnes.

Horat.

Pues como digo á V., el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso; pero tiene una debilidad, cual es el afán de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demas cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigué para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara; después aspiró al honor de síndico, y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasión en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones; luego fue alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su mujer y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo: ahora ya lo necesitaba, porque aquel cada día era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina, daría su mayorazgo, sus demas bienes, y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último, se ha dejado de rodeos, y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene, acusando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha proteccion, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él; haciendo antenasas y cortesías, consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á V. un ente original?—

—Eso sin duda (replicó don Fidel de la Vera-Cruz, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí hicimos alto como unos dos minutos; sacó don Fidel su caja, ofreciome un polvo, tiré yo el que tenia entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

—La manía del don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes, se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas del

empleo. Este falso raciocinio, esta terrible manía, es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que linche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.—

Volvimos á callar y paseamos un rato en silencio; pero animado con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera.

—« Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercadería de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio á una altura mas que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitacion, y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

» Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer. Este día, que él celebró como el de su triunfo, fue el primero de sus infortunios.

» Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y trasferirlos en un todo á un primo mio; volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Alicante, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veía llamado le hizo variar de plan. Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor; y nuestra casa fue muy pronto de las que estaban en el mapa de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendía á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leía en frances y escribía á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veía halagado con la idea de una brillante suerte futura.

» Llegué á tener diez y siete años, y mis padres, que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que queria seguir. Entonces eché mis cuentas.—¿Comercio?—Yo carecia de los conocimientos necesarios, y aunque veía prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes, y reducirme otra vez á Alicante.—¿Letras?—Yo no las entendia; por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universidad.—¿Milicia?—La verdad, no tenia grandes ánimos, y eso de esponerse uno á que una bala...—¿Iglesia?—¿Cómo, si me sentia inclinado á la propaganda?—¿Medicina?—¿Artes?—¿Para todo eso

hay tanto que estudiar!!!—Pues señor (le dije á mi padre), como V. no me coloque en alguna oficina, aunque sea de meritorio...—Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel día empezó á trabajar para ello.

»No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes, y así que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en un tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

»El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad: mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas, fijó su atencion en la hija única de mi gefe, y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haria obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á esta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veía un marido á quien ella habia elevado á su altura; cuya consideracion la hacia insufrible, dándole un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejándome por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habian educado á ella y á mí. Mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interes!

»Mi mujer era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacia pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un día que se me concedió un sobresueldo de 4,000 reales, y me hizo gastar 12,000 en trajes y funciones.

»Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera, no lo permitia lo que ella llamaba su ternura maternal, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones los conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma mania que su abuelo y su padre.

»Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco, así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

»Entre tanto los muchachos cada día crecian en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la córte, á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último, el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante; al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa comercio...

»Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia; de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo trasmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á V. que de los dos hijos que quedaron de mi primo, el uno sigue el comercio, y es en el día una de las primeras casas del reino; el otro, despues de haber recorrido toda Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos, y establecido varias fábricas de tejidos, en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño.»

Al llegar aquí tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *Empleo-manía*. (Nota 3.ª)

UN VIAJE AL SITIO.

«Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sottises du temps je compose mon fief.»

Boileau.

Muy agradable es el viajar, pero lo es aun mas el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras* de cierto autor, el que hizo otro *al rededor de su cuarto*, y aun el de un curioso por *Madrid*, me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné como alguno á viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise en fin moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fue el saber adónde iria. Parecióme por de pronto conveniente el dar vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene mas de oval que de esférica, y venir á dar á mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte á parte el imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; mas tarde quise ir á buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo, y estoy ya de vuelta. (Aquí el *Curioso parlante* saluda con agrado á toda la sociedad de curiosos oyentes, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte, y demas preparativos del viaje, antes bien dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de la partida.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso sonaba magestuosamente las cinco y cuarto de la mañana,

cuando yo atravesaba precipitado la puerta del Sol con direccion á la casa de postas, de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aun en sus semblantes la impresion de la atmohada, agradablemente interrumpida en algunos menos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte mas saliente de la nariz, ó algun trozo de barba menos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos departamentos; y los mozos concluian de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«probaban sus herraduras
en las guijas del zaguan.»

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los adioses, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral: —«¿Hay mas?»—suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la mas lisonjera; hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos: en frente tenia una jóven muy linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante: el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversacion se hizo mas animada, mas franca; y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fue la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad, y dando á sus palabras el giro mas afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas mas marcadas, eran continuo pábulo á su discurso, y los nombres mas estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguinea ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo menos condesa.

No así la otra dama, que ya faese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un exceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigia ciertas miradas escudriñadoras desde el alto copele al pie pulido, escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun renuncio; pero no la fue posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la volvia un diccionario de espresiones altisonantes, y una floresta entera de anécdotas autógrafas de todo lo mas notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Londres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos menos de convenir en que todo el mundo era suyo, y que teniamos delante una de las primeras notabilidades de la monarquia.

Nuestras atenciones redoblaban á medida que ella se encumbraba, y muy luego vino á ser la reina de la diligencia; negábalas solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacerla sentir mas su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante, y si al que dejábamos andado, que no pude menos de asomar yo tambien la cabeza; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues aunque

ligeramente, noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo, en tanto, metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos, y fumando un luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes á quienes pertenecian (todos por supuesto amigos suyos): y aun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Jetafe y Valdemoro, que podria muy bien alternar en esta relacion, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi izquierda, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin tomar aliento nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando menos de gefe de alguna de ellas. El señor del humo escuchaba con aire importante su relacion, acogia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofreciale su alta proteccion: seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacifico anciano que estaba al otro rincon, y empezó á dirigirle la palabra; pero este solo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como *atal vez, —ya se ve, —puede ser,* que desconcertaron al satisfecho jóven poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi esclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oia con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudieron menos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi espresion, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos ojos el oficio que hasta entonces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era menos espresivo ni menos fuerte que el primero, y.... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible. La casadita fue la primera que lo advirtió, ó por lo menos que dió á entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habíamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reconocer los demas personajes que ocupaban los distintos compartimentos del coche; yo di la mano á la hermosa para bajar, y me disponia á improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y á quien oí nombrar *la marquesa*, la llamé aparte y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella seria otra tal. La señorita casada no habia querido bajar hasta que se presentó á la portezuela un jóven buen mozo que la ofreció una mano, cubierta aun del antedado guante, y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una mujer diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar en frente del mio; y aunque la otra quiso replicar, no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entonces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *apartes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular.

Ocurriósele en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento... ¡oh sorpresa! una mano extraña la retiene... el primer movimiento fue manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocación, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, así como la interesada, que yacía en el otro ángulo del coche. Rápida comunicación que solo cabe en una mente femenil.

La campiña en tanto había variado mágicamente de aspecto; á las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habían sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio, y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira. El jóven marido escitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la había sido mas grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos menos con el anciano, que sufría con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí solo me ocupaba del objeto que delante tenía.

Tal era nuestra situación cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacursis, les hacíamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recién venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres. — «Señor don Preciso Neceser y su esposa.» — Servidores de V., dijo el marido. — «Señor don fulano de tal.» — Presente, contestó yo. — «Señor don...» — Aquí está, prorumpió el anciano. — ¿Cómo! ¿es posible? (esclamó reprimiéndose el jóven y llamándose aparte). ¡Desdichado de mí! ¿con quién me he ido yo á indisponer! ¡si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo!... — Vea V., le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia. — «Señora marquesa de... y su criada, continuó el de los pasaportes.» — Aquí, gritó la señora de la berlina; la criada está en el interior.

¡Rayo del cielo fue á mis oídos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreía, la esposa gozaba de la humillación de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y aun la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo diciéndome al oído. — Amigo, vea V. otro de los inconvenientes de la diligencia.

En tan difícil situación seguimos hasta la fonda de la Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió á su ama, despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacía á cortesías con el anciano, que respondía con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y mas allá el caballero del guante; con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues del medio día la reunión del buen tono es en la fuente de la Espina del jardín de la Isla; allí dirigi mis pasos, saboreando durante la travesía por el jardín el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio de quien decía Lupercio:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.»

Entrando en la plazuela de la fuente ví sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pie formando grupos, y dirigiendo sus miradas á las mas hermosas. La conversacion era poco animada, la escena nada varia, y solo crecía un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto: fijábanse en ellas todas las miradas: las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recién venidos que las acompañaban, les hacían preguntas de cómo habían dejado la capital, qué tal había salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de... y luego los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«¿Y bien, marqués, que vida llevais aquí? — Chico, nada, como ves: una vida muy circular. — Pero ¿y los jardines?... — Hermosos, pero yo no he pasado aun de aquí. — ¿El teatro? — Insosportable. — ¿Los toros? — ¡Bah!... — ¿Las tertulias? — Aquí no hay tertulias, ya te lo digo, esto es secarse. — Por lo menos las giras de campo... — Nada menos que eso; quince días há que en casa de... pensamos en hacer una partida de campo en borricos, pero todavía no nos hemos determinado á madrugar una mañana. — ¡Pues yo os creía mas dichosos! — ¡Ah! ¡los dichosos sois los que estais en Madrid!

Por supuesto debe creerse que en aquel recinto hallaría yo á todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude menos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detras de la marquesa; que al encontrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar á lo lejos el satélite de aquel planeta. — ¿Quién es ese sugeto? — le pregunté á un amigo que había hablado al marido. — Este es un don Nadié que en todas partes se cree indispensable porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos que él los toma por suyos. — ¿Cuántos hay como él, de quien nadie hablaría si no fuera por sus mujeres! — Entonces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos menos de reir juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardín, solo hallamos de trecho en trecho algun corro de señores mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo á lo lejos á sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo antes habían recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la calle de la Reina, que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetir las: — «¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana? — ¿Quién es ese que ha pasado? — ¿y por qué Fulana no va con?... — ¿Han tronado? — ¿y N... tiene plan con esa que acompaña?» — Y así de los demás. Nosotros por nuestra parte nos dábamos la posible importancia: hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigíamos la palabra; saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la gerarquía ó notabilidad de la persona saludada; y si podíamos pillar del brazo á un entorchado ó una llave dorada ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entonces!

Cansado en fin de esta pantomima, me retiré, y despues de la funcion del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfacción, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mío había visto luz, y de cuando en cuando oía el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el don Preciso tomaba el fresco: convencíme mas y mas de ello cuando de allí á un instante miré abrirse la puerta de mi habitación y

entrar al mismo; sin embargo, mi imaginación es rápida y no pude dejar notar que no traía botas.

— ¡ Ah buena maula ! exclamó alborozado al verme: ¿ con qué V. es el *Curioso Parlante* ?

— ¿ Quién ? ¿ yo ? ...

— Vamos, no hay que hacer la desecha, que lo sé de buen original, y además soy suscriptor á las *Cartas Españolas*; ¡ ay amigo ! y ¡ qué artículo tan bello me prometo ya sobre nuestro viaje, artículo cómico ¿ no es verdad ? (y la risa interrumpe sus exclamaciones). A que sale allí á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personaje incógnito, y V. también, no es así ? con sus amores con la dama habladora, que luego salimos con que era una criada. ¿ Y mi mujer ? ¿ qué dirá V. de mi mujer y de mí ? ¿ Soy yo también persona que hace ?

— No, amigo mio (interrumpí yo con cierta sonrisa); V. es la que *padeca*.

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento á llamar nuestra atención; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrimosla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y la señora, que sentada junto á la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fue el de la turbación; pero recobrando el mancebo su serenidad, espresó que solo una equivocacion de la puerta de su cuarto podría haber sido causa... Entonces ella se esplayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan excelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho, y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; pero por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo sin pensarlo tuve que terciar en la relacion de gentes que debían conocerse y apreciarse. La conversacion se animó, el Adónis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa del Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riñajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetía exactamente todos los días, comenzó á fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de regresar á Madrid. Subí de nuevo en la diligencia y... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque sería repetir lo ya dicho, como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.

(Junio de 1852.)

EL PRADO.

¡ Iras al Prado, Leonor,
En cuya grata espesura
Toda divina hermosura
Rinde tributo al amor.
¡ Cuántos mirándote allí
Aumentarán sus desvelos !
No quieran Leonor, los cielos
Que te los causen á ti. »

Comedia antigua.

« Hacia la parte oriental (de Madrid) luego en saliendo de las casas sobre una altura que se hace, hay un suntuosísimo monesterio de frailes Hierónimos con aposentamientos y cuartos para recibimientos y hospedera de reyes, con una hermosísima y muy grande huerta. Entre las casas y este monesterio hay á la mano izquierda en saliendo del pueblo una grande y hermosísima alameda; puestas los álamos en tres órdenes que hacen dos calles muy anchas y muy largas con cuatro ó seis fuentes hermosísimas y de

« lindísima agua, á trechos puestas por la una calle, y por la otra muchos rosales entretnejidos á los pies de los árboles por toda la carrera. Aquí en esta alameda hay un estanque de agua que ayuda mucho á la grande hermosura y recreacion de la alameda. A la otra mano derecha del mismo monesterio, saliendo de las casas, hay otra alameda tambien muy apacible con dos órdenes de árboles que hacen una calle muy larga hasta salir del camino que llaman de Atocha. Tiene esta alameda sus regueros de agua, y en gran parte se va arrimando por la una mano á unas huertas. Llamán á estas alamedas *el Prado de San Hierónimo*, donde de invierno al sol, y de verano á gozar de la frescura, es cosa muy de ver, y de mucha recreacion la multitud de gente que sale de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros, y de muchos señores y señoras principales en coches y carrozas. Aquí se goza con gran deleite y gusto de la frescura del viento todas las tardes y noches del estío, y de muchas buenas músicas, sin daños, perjuicios ni deshonestidades, por el buen cuidado y diligencia de los alcaldes de la córte. »

Hé aquí una pintura del Prado de Madrid hecha en el siglo xvi, y consignada en un librote *nuevo* de puro *viejo*, que, como varias personas, no tienen otra recomendacion que los muchos años que sobre sí cuenta. ¿ Qué diría el autor (*maestro Pedro de Medina*) si levantara la cabeza y fuérale permitido dar ahora un paseo desde la puerta de Recoletos hasta el convento de Atocha ? — Diría... ¿ qué habia de decir ! que el mundo se rejuvenece como cabeza de setentona con los especificos del doctor Oñez, y que lo que ayer era blanco, suele aparecer prieto al siguiente día.

Por lo demas, si tales alabanzas prodigaba al Prado, cuando lo desigual é inculco de su inmenso término, lo espeso de sus matorrales, la oscuridad de sus revueltas, el inmundo arroyo que corria por toda su estension, y demas circunstancias que le afecaban, hacia olvidar tal cual trozo mas bello que de trecho en trecho pudiera amenizarle, ¿ qué diría, vuelto á repetir, si le atravesase hoy en toda su estension de cerca de media legua, marchando siempre por una superficie plana y sólida, diestramente compartida en magnificas calles de árboles, cuyas ramas se entrelazan formando una bóveda encantadora ? ¿ qué al contemplar en toda su estension ocho primorosas fuentes, entre ellas la de la Alcahofa, Neptuno, Apolo y Cibeles, cuya excelente ejecucion honra la memoria de los artistas españoles ? ¿ qué del lindísimo Jardín Botánico, de la elegante perspectiva del Museo, del gracioso peristilo de la real Plateria, de las magnificas calles que desembocan en el paseo, y de tantos objetos, en fin, como constituyen su actual hermosura ?

Verdad es que en aquellos siglos de valor y de galantería, el amor embellecía, como en estos, los sitios mas ásperos y escabrosos, pues aunque el festivo Lope de Vega en un momento de mal humor se dejó decir:

« Los prados en que pasean
Son y serán celebrados ;
Bien haceis en hacer prados,
Pues hay bien para quien sean, »

el mismo, Tirso de Molina, Calderon, Moreto y demas poetas de su tiempo, se esmeraron en encomiarle á porfia con las descripciones mas interesantes y románticas. Así que, el Prado desde aquel tiempo ha seguido ocupando un lugar privilegiado en las comedias y novelas españolas.

¿ Quién no tiene en la memoria aquellas escenas interesantes, aquellas damas tapadas que á hurtadillas de sus padres y hermanos venían á este sitio al acecho de cuál ó cuál galán perdedizo, ó bien que se le encontraban allí sin buscarle ! ¿ quién no cree ver á

estos tan valientes, tan pundonorosos, tan comedidos con la dama, tan altaneros con el rival! ¡aquellas criadas, malignas y revoltosas, aquellos escuderos socarones, en fin, que el actor Cubas nos representa tan al vivo en el teatro! ¡Qué es el escuchar en estas ingeniosísimas comedias (únicas historias de las costumbres de su tiempo) aquellos levantados razonamientos, aquellas intrigas galantes, aquella metafísica amorosa, que no solo estaba en la mente de los autores, pues que el público la aplaudía y ensalzaba como pintura fiel de la sociedad y espejo de sus acciones! ¡Qué gratas memorias no deberían acompañar á este Prado que todos los poetas se apropiaban como suyo! Pero al mismo tiempo ¡qué de venganzas, qué de intrigas, qué de traiciones no cubrieron también su suelo! Con efecto, su fragosidad, las circunstancias políticas, y la inmediación á la corte del Retiro, llega-

ron á darle en los últimos reinados de la casa de Austria una celebridad casi funesta. (Nota 4.^a.)

Por fortuna, en el estado actual de nuestras costumbres, el Prado solo ha conservado la parte galante. Las damas, no ya encubiertas, sino ostentando todo el encanto de sus amables atractivos, vienen periódicamente todas las tardes á este delicioso sitio, seguras de hallar en él al galán ó galantes, objeto ú objetos de sus suspiros; la reunion de la parte mas visible del pueblo, y la franqueza que da la costumbre de verse en él, hacen á este paseo la primera tertulia de Madrid.

Figurémonos verle en una de las apacibles tardes del verano, cuando ya pasada la hora de la siesta, regado durante ella, y refrescado ademas con las exhalaciones de los árboles y las fuentes, empieza á ser el punto de reunion general. Sea en aquel momento en que la multitud, abandonando las calles estrechas del



Salon del Prado.

lado de San Fermin, y las de Atocha, las del Jardín Botánico y las del paseo de Recoletos, viene á refluir en el gran Salon, centro de todo el Prado. Situémonos para el efecto de la perspectiva en la entrada de dicho Salon por delante de la fuente de Neptuno; á la derecha tendremos la calle destinada á los coches que corre á lo largo de todo el paseo. Miráremosla henchida de carruajes de todas formas, de todos tiempos y de todos gustos, que desfilan en vuelta pausadamente, dejando en el medio espacio para los coches de la familia real, á cuyo paso todos paran y saludan con respeto.

Esta parte del paseo tiene un carácter de originalidad peculiar del pais y de la época, y que revela la confusa mezcla de nuestras costumbres antiguas con las imitadas de los paises extranjeros; v. gr.: Detras de un elegante tilbury, que Londres ó Bruselas produjo, y que rige su mismo dueño desde un elevado asiento, conduciendo pacíficamente al lacayo sentado una cuarta mas abajo, viene arrastrando con dificul-

tad un cajon semi-oval y verdi-negro, á quien el maestro Medina podria muy bien llamar carroza en el siglo xvi, y en el xix llamamos *simon*, verdadero anacronismo ambulante. Siguele en pos linda carretela abierta, charolada y refulgente, con sendas armaduras en los costados y letras doradas en el pescante; hermosas damas elegantemente ataviadas á la francesa con sombreros y plumas ocupan el centro; el cochero de gran librea, obliga con pena á los briosos caballos á seguir el paso del furgon que va delante, y dobles lacayos con bellos uniformes, bandas y plumeros, coronan aquella brillante máquina. Inmediato á ella sigue un coche cerrado, conducido por pacientes mulas que duermen al paso, permitiendo también gozar de las dulzuras de Morfeo al cochero, al lacayo y al señor mayor que va dentro: no lejos de él pasa el modesto cabriolé que la bondad marital de un médico dispensó aquella tarde á su esposa; ni falta tampoco almadrado y extraño coche de camino con grandes faroles, y ataviado á la calesera; ni berlina

redonda con soberbios caballos andaluces que comprometen la pública prosopopeya; por último, unos de grado y otros por fuerza, todos se sujetan al carril trazado desde la entrada del paseo por la fuente de Cibelas hasta la puerta de Atocha, y en el mismo, aunque por entre las filas de coches, lucen su gallardía los elegantes ginetes, quiénes solos, quiénes acompañados de damas que ostentan su bizarria dominando un fogoso alazon.

Inmediato á este paseo mirase una estrecha calle que formaria parte del salon principal, solo inter-

rumpido por la fila de bancos de piedra, si el buen tono no hubiera hecho en ella una division mas sensible. Como los carruajes van despacio, y los elegantes que no tienen coche tomarian muy á mal el ser confundidos con la multitud, eligieron este pequeño recinto como el punto mas á propósito para conservar cierta correspondencia con la sublime sociedad que se pasea sentada, y aun á despecho del olor ingrato de las mulas y caballos, y del polvo que ellos y los carruajes levantan, todo lo mas notable del paseo se *estraecta* aqui: no sin graves apreturas, encontro-



ves, distracciones y contorsiones. Cierran con los bancos este recinto multitud de sillas, ocupadas todas mediante el modesto rédito de ocho maravedís, que es al poco mas ó menos el valor del capital. La estension del paseo proporciona la ventaja de volverse á encontrar varias veces durante la tarde, con un periodo, ni tan corto que fatigue, ni tan largo que enoje ó haga olvidar.

¡Qué campo tan fecundo para el observador! Sentado en una silla, cruzados los pies sobre otra, los anteojos sobre la nariz y el baston bajo la barba, si se inclina al lado de las fuentes en la parte principal del salon, mira desfilar delante de él la inmensa multitud: por poca que sea su penetracion, muy luego descubre las intriguillas amorosas, sorprende las furtivas miradas de las niñas, las sonrisas de inteligencia de los mozos; marca los saludos espresivos; nota en los semblantes de las madres los diversos sintomas de la vanidad, del cariño maternal ó del

desprecio; tiembla al contemplar la imprudente seguridad del padre, que entretenido por el travieso niño, se distrae con él, mientras que su hermanita acaba de recibir un billete que un apuesto mancebo resbala en su mano; sorprende las espresiones de doble sentido y las que se dicen al paso mirando á otro lado; está en antecedentes respecto al juego de pañuelos y al lenguaje del abanico; y nada, en fin, se escapa á su vista penetrante y escudriñadora.

Si girando sobre su silla (con cuidado, por supuesto, para que no se destruya tan débil máquina con notable desman del caballero contemplativo) vuelve la vista al estrecho y elegante recinto, advierte la misma escena, aunque mas mimicamente representada. Mira á los elegantes rigoristas, afectando en su traje, en sus modales y en su habla las costumbres extranjeras: obsérvalos andar tortuosamente y sin direccion fija, ora arrimándose á los coches para ver pasar uno y recibir la grata sonrisa de alguna

hermosa dama, ora volviendo rápidamente cerca de los bancos para asistir al paso de otra con quien aparece cierta inteligencia; hablar alto, formar corro, acompañar entre sí un momento á estas, y dejarlas rápidamente para dar media vuelta en sentido inverso siguiendo á otras.

Todas estas y mas mudanzas habian hecho una tarde el caballero Don-Tal y el caballero Don-Cual, sujetos ambos cuya fama se estiende desde la Puerta del Sol hasta la Red de San Luis, desde el salon del Prado hasta el teatro del Príncipe: miran pasar un elegante landó, corren precipitadamente á situarse en paraje conveniente, mientras que una hermosa jóven baja acompañada de un caballero de edad; siguenla de cerca, y entablan en *frances* el diálogo siguiente:—

«*Ce mari, mon cher, est un homme bien original... toujours auprès de sa femme.*

—*Cela t'étonne?... Un chevalier du quinzième siècle.*

—*Epoux d'une élégante du dix neuvième.*

—*¿Que veux tu, mon cher? ces vieux maris dissent que le cœur ne vieillit pas.*

—*Oui... et leurs petites femmes... hein? (con sonrisa irónica).*

—*Chut, mon cher, notre homme peut nous entendre.*

—*Bah! Tu oublies que de son temps on n'apprenait en Espagne que notre pauvre langue! Car, j'conviens, nos yeux étaient des sottes gens!*

—*Cependant, malgré nos avantages modernes, Madame fait la creuelle... Elle ne te regarde pas, mon cher....*

—*Elle m'adore cependant, car elle rit toujours lor, qu'elle me voit.... oui, mon cherselle rit.*

—*Bravó, mon cher, bravó; c'est bon signe.—*

A este punto pasó un quidam del lado de la pareja marital, y habiéndola saludado le cogió el esposo del brazo y siguieron andando; viendo el recién venido que ambos consortes iban riendo, no pudo menos de preguntarles la causa, y el marido con suma cachaza le dijo en voz alta:

—Amigo, no puede V. figurarse lo que me voy divirtiendo con esos tontos de extranjeros que vienen detras.

—(*Diable*, dijo uno de los dos.—*Tais toi*, replicó el otro.)

—Porque han pasado y repasado mil veces por delante para ver á mi mujer; vuelven, se paran, y hacen, en fin, mas mudanzas que los danzantes que suelen ir delante de las procesiones.

—Pero, hable V. bajo, que lo van á comprender.

—¿Qué han de comprender! Si no saben el español; nada; impunemente puedo decir que son unos majaderos.

—(La esposa en este momento estrechó el brazo de su marido, como temiendo que ellos lo entendiesen.)

—No tengas miedo. ¿Te parece que esos tontos se habian de ocupar en aprender el español? Nada menos que eso. En su tiempo no se aprende tal lengua.

—Es que, replicó el amigo, pudieran ser españoles, y acaso me atreveria á apostarlo, pues en sus modales echo de ver mas caricatura que carácter frances.

—¿Cómo es posible que lo sean! ¿No ve V. que no entienden lo que digo?

—Cierto, que eso me hace dudar....

(Durante esta conversacion, ellos, haciendo los indiferentes, siguieron hablando de cosas generales, siempre en frances, sin darse por notificados del contenido diálogo.)

Cerca ya de anoecer subieron en su coche los consortes y salieron del Prado. Inmediatamente corrieron casi á escape por la Carrera de San Gerónimo

los dos elegantes ambíguos, siguiendo el coche; pero el cochero (á quien sin duda habian descuidado aquella tarde) no les tenia consideracion, pues sacudiendo los caballos, obligó á los de á pie á volar y sudar, hasta que convencidos de que con cuatro pies se va mas lejos, y que ellos por la bondad del cielo no podian contar mas que con dos cada uno, dieron media vuelta y regresaron al Prado, metiéndose por el medio del salon.

Todo lo observaba yo desde la fuente de Neptuno, y no siéndome indiferente averiguar el final de sus aventuras, seguilos con disimulo, y pude escuchar su conversacion. Por supuesto era en español corriente, y por los nombres que mutuamente se dieron, no pude menos de conocer que eran en un todo *originales*. Hablaron largo de su aventura, rieron estrepitosamente, y despues se lamentaron de que por haber paseado *del lado de allá* habian faltado á la cita con ciertas *chicas* que les habrian estado esperando *del lado de acá*.

—Ya ves, decia el uno, durante la fuerza de la tarde, ya conoces que seria muy *plebeyo* pasear á este lado.

—Es verdad, y aunque acaso nos hubiera traído mas cuenta...

—Sí, pero tú debes decirles que hasta el anoecer no nos esperen.

—Cierto que ya al anoecer es distinto, porque al cabo esta es una intriguilla de *tercer orden*, y como si dijéramos de *entre sol y sombra*.

En esto una viejecilla con dos muchachas, frescas y francas, apretaron el paso detras de ellos, y llegando bonitamente á su lado les insinuaron con mucha suavidad la punta de un alfiler en cada brazo.—Ah, Fulanita, Zutanita, ¡son Vds.!—Y desde este punto y hora una conversacion jovial y animada se entabló entre los cinco, mientras subian graciosamente interpolados por la calle de Alcalá. Pasaron (sin entrar) por el elegante café de Solís; dejaron á uno y otro lado los concurridos de la Aduana, los Dos Amigos, la Estrella, Buen gusto, etc., y dieron fondo en uno de los ángulos del sombrío y empujado patio del café de Europa, calle del Arenal, donde les dejaremos por ahora para descansar un rato.

(Junio de 1852.)

LAS CASAS POR DENTRO.

CARTA DE UN CURIOSO PROVINCIAL AL CURIOSO MADRILEÑO.

«SEÑOR Curioso, muy señor mío: desde que hallándome en esa capital empezó V. á publicar sus observaciones sobre las costumbres de Madrid, en el periódico titulado *Cartas españolas*, me incluí en el número de los suscritores á dicho periódico, lisonjeado por la idea de que aun despues de mi salida de esa refrescaria en mi imaginacion (con el auxilio de V.) aquellos cuadros que tantas veces habian herido mis sentidos. Otro servicio aun mas importante me ha hecho V., cual es el de haberme relevado de la insoportable precision de responder á tantas preguntas como al regresar de mis correrias me hacian siempre mi mujer, mis hijos y mis amigos; precision á la verdad mas dura que lo que parece, pues ya sabe V. que el hacer descripciones no es para todos, y mas si han de reunir las circunstancias de verdad, chiste é interes. Así es que ví el cielo abierto con la oferta de V., y desde entonces cuando alguno me importuna con sus dudas sobre tal ó cual objeto de la córte, siempre le remito al momento en que á V. se le ponga en las mientes hablar de él.

»Pero es el caso, señor *parlante*, que como quiera que es mas fácil preguntar que responder, casi siempre me encuentro atrasado de contestaciones con estas gentes, y Dios sabe lo que V. me hace penar hasta que llega la suya. Pero llega, y entonces es el pavonearme yo, reunir la asamblea, desplegar majestuosamente el papel, correr la vista en silencio por las primeras líneas, sonreirme un tanto cuanto, gozándome en la impaciencia de mis oyentes, y empezar en fin mi lectura con todo el énfasis de un poeta novel.

»Mas la exigencia de los demandantes rara vez se da por satisfecha con la ración que V. nos concede; quisieran ellos en pocos momentos ponerse al corriente de lo que sin duda habrá costado á V. muchos años de observación; y si bien esta ansiedad me parece injusta é irreflexiva, no dejo sin embargo alguna vez de convenir con ellos en ciertos extremos. Por ejemplo, no pudo menos de hacerme fuerza la reflexión de una de mis niñas, que decía dias pasados: —¿Por qué ese señor Curioso casi siempre nos habla de los objetos públicos como calles y paseos, y nada nos ha dicho aun del interior de las casas? ¿Pues qué, nada hay que decir de ellas en Madrid?—Calla, niña, la contesté yo, que *todo se andará si el palo no se rompe*, y trazas lleva el tal señor de no dejarlo tan pronto.—Mas si bien es cierto que la hice callar, no así calló mi imaginativa, que me inclinó á pensar que la chica podria tener razon, y que si en lo sucesivo habíamos de juzgar con acierto de los dramas que nos presente en sus cuadros familiares, era indispensable ante todas cosas hacernos tomar conocimiento exacto del lugar de la escena.

»Fue tanta la fuerza que me hizo esta consideración, que me determinó á escribirle á V., y para mas empeñarle en mi objeto, y sin que sea visto querer introducirme en su terreno, me ha parecido conveniente hacerle una ligera descripción de la casa en que yo viví en Madrid, por si en ella encuentra alguna ó algunas circunstancias que pueden aplicarse cómodamente á las demas.

»Pero antes de dar principio á mi bosquejo, será bien enterar á V. de que mi marcha á Madrid fue convidada por los veraces ofrecimientos de un antiguo amigo, sugeto de consideración en la córte, el cual exigió de mí la circunstancia de haber de habitar en su casa, con el objeto de no apartarnos un punto en mis correrías por el pueblo; la posición social de mi amigo, y sus mas que medianas facultades, me convencieron de que sus ofertas no le serian molestas, y acepté el convite.

»Dí fondo en una de las cinco grandes calles que desembocan en la famosa Puerta del Sol, y delante de un luenguisimo casaron. La multitud de sus balcones y ventanas, la elegancia de su pintura, aun reciente, y las demas circunstancias que constituían su adorno exterior, me afirmaron en la idea de que iba á habitar en un palacio y en el seno de las comodidades; pero puse el pie en el portal y desapareció la ilusion, echando de ver por mi desgracia que este era el primer petardo que se me ofrecia en Madrid.

»Por de pronto, el tal portal era medianamente estrecho, oscuro y prolongado, y la mitad de su espacio hallábase acotado por un remendon de zapatos, que á falta de portero ejercitaba no mal el oficio de despertador; la otra mitad se hallaba interrumpida por el *doble* y repugnante depósito indispensable en los portales de la córte; por manera que para ganar la escala era forzoso atravesar entre ambos escollos: es verdad que en logrando pillar esta, ya podía uno olvidarse de aquellos, para ocuparse esclusivamente en las revueltas, desniveles y tortuosidades de tan ingeniosa arquitectura; solo tenia una contra tan prolijo exámen, y era que si por casualidad se oían resonar en la parte mas alta las rotundas pisadas del

aguardador asturiano, no había mas remedio que volver á bajar, ó hacer que él volviese á subir, por la imposibilidad de hallar paso simultáneo. El adorno de tan magnífica escalinata era correspondiente, y consistia en una barandilla de hierro, enemiga natural de todo guante de color; unas ventanas que daban á un patio, cubiertas con vidrios verduscos y ennegrecidos por las moscas (á escepcion empero de algunos, mas claros que los de Venecia, por donde se trasmitia no solo la luz, sino el aire y el agua), y en lo alto de toda la fábrica un fragaluz, que propiamente se la tragaba, y aun tambien á una numerosa cohorte de vichos centípedos que habitaban aquellas regiones.

»Delante de la meseta principal, un vaso de vidrio enclavado cerca de una ventanilla, prestaba su escasa luz durante las primeras horas de la noche. Por último, en cada descanso habia dos ó tres ó mas puertas que indicaban otras tantas habitaciones separadas, y al lado de cada una colgaba un pedazo de cordel, un hilo de alambre, ó una cadena tosca de hierro para llamar. Esceptuábase, sin embargo, algunas puertas del piso tercero, donde sin necesidad de llamar, solian abrir al menor ruido de botas.

»Mi amigo, segun pude averiguar á duras penas, ocupaba una de las habitaciones principales. No puedo negar á V. que la primera vista de ella me causó mucha estrañeza, no acertando á encontrar la mas mínima analogia entre las circunstancias del sugeto y las de la habitación; pero poco á poco me fui convenciendo de que todo consiste en los nombres de las cosas mas que en las cosas mismas, y que tal podria yo tomar por estrecha y mezquina venta, que no fuese sino espléndido y cómodo castillo.

»Despues de una antesala, que por lo breve podria pasar por esdrújulo, se entraba en el gran *salon*, que consistia en un *cuadri* no mas *largo* que de unos veinte pies por quince de ancho. Compartian la pared de fachada dos balcones, dejando en el medio un espacio suficiente para un espejo, una mesa con un reloj y dos quinqués. La pintura de toda la sala era sencilla, de color de caña, interrumpida en las esquinas por fajas de otros colores: un sofá, una docena de sillas, cuatro chucherias en las rincóneras, seis vistas de la *Suiza* en sendos marcos de caoba, una modesta lámpara pendiente del techo, y un velador colocado debajo concluían el adorno del *salon* principal: el *gabinete* inmediato jugaba por el mismo estilo, si bien ostentaba dos muebles mas, á saber: el indispensable brasero y una jálá dorada cerca del balcon. La alcoba principal no tenia mas relieve que la cama lisa, llana y limpia de colgaduras y garambainas. Pasábase despues á unos *dormitorios* á guisa de camarotes de fragata, tan espaciosos que el durmiente podia muy bien formarse una perfecta idea de su última mansion. En seguida me ostentó mi amigo sus *galerias*, que eran dos corredores, cuyas inevitables paredes se iban desgastando en los codos de los transeúntos. Estas estaban adornadas con colecciones muy entretenidas de mapas de las provincias de Valaquia y Moldavia.

«Tambien tenemos aqui nuestro jardin» — (me dijo asomándome á un estrecho patio, donde campeaban hasta unos ocho tiestos; y cuya elevada altura, cruzada en todas direcciones de cuerdas llenas de ropas puestas á secar, le daban cierta semejanza al interior de un buque empavesado). Luego me llevó al *comedor*; verdad es que entonces estaba haciendo de *sala de baño*; despues me mostró su *estudio*, cuyas vistas agradables sobre un tejadillo le hacian muy á propósito para el caso.—¿Y el *tocador* de tu esposa? le dije yo.—Ya le hemos dejado adelante, en aquella pieza donde tengo mi *biblioteca*.—¿Tambien esa?—Tambien esa.—En efecto, luego pasamos por la biblioteca, y vi sobre una mesa dos legajos de Diarios

de Avisos, una Guia de forasteros, un Calendario, un tomo cuarto del Quijote, y una novela sentimental que el maestro de baile habia prestado á la señorita. —Por último, vimos la *cocina*, que era ancha como cañon de chimenea, y tan clara como las Soledades de Góngora: no tengo necesidad de advertir que se hallaba adicionada con el estrecho recinto que mas lejos de ella debia colocarse, porque ya se sabe que esta es circunstancia indispensable en las cocinas de Madrid. De allí se pasaba á una *despensa*, lo suficientemente húmeda para prestar cierto saborete á todos los bastimentos en ella apiñados; y por último, se bajaba á los *sótanos* y *bodegas*, cuya estension era tal que habia que mirarlos desde la escalera siempre que estaban surtidos de un carro de carbon ó dos arrobas de vino.

»Tal, amigo mio, era la habitacion principal de esta casa: juzgue V. ahora de las demas. Pues siendo cual era, tenia dos tiendas, y en ellas vivian un sombrerero y un ebanista; el zapatero del portal dormia en un chiribitil de la escalera; un diestro de esgrima en el entresuelo; un empleado y un comerciante en los principales; un maestro de escuela y un sastre en los segundos; una ama de huéspedes, una modista y una planchadora en los terceros: un músico de regimiento, un grabador, un traductor de comedias y dos viudas, ocupaban las buhardillas; y hasta en un desvanillo que caia sobre estas, habia encontrado su asiento un matemático, que llevaba publicadas varias observaciones sobre las principales alturas del globo.

»Por lo que á mí toca, bien pronto empecé á suspirar por las comodidades á que estaba acostumbrado; y así es que á los cuatro meses abandoné aquella mansion y volví á esta provincia; pero júrole á V. que no pude hacerlo sin notable deterioro de mis sentidos; pues gracias á la escasa luz que el patio empavesado nos suministraba, perdí algunos grados de vista; mi olfato llegó casi á neutralizarse con las continuas exhalaciones de los pozos, albañales, comunes y vertederos de la tal casa; por una consecuencia inmediata vino á resentirse el gusto, que siempre tuve delicado; el oido perdió su natural firmeza con la batata del zapatero, del ebanista, del esgrimidor, de los chicos de la escuela y del músico; y solo el tacto llegó á utilizarse hasta un punto tal, que atajaba en su camino en el punto y hora que queria á las antropófagas chinches que puseaban mi persona en aquellas fermentadas alcobas durante la hora de la siesta.

»Hé aquí, curiosísimo señor, la pintura fiel de mi habitacion en Madrid: ignoro si las demas (hablo tan solo de las de la clase media) se le parecen, y en este caso, no puedo menos de compadecer á Vds. porque pagan á precio de oro tantas inconveniencias, mientras aquí disfrutamos habitaciones cómodas y aun regaladas por lo que ahí cuesta una buhardilla. De todos modos espero que me conteste para desengañarme, y que reconozca desde ahora uno de sus apasionados en — *El provinciano*. »

Y el *Parlante*, poco deseoso de decidir tamaña cuestion, deja por hoy á sus lectores la propiedad de inclinarse al partido que bien quieran, y al *provinciano* la posesion de ejercitar su despiadada sátira contra las casas de Madrid. (Nota 5.^a)

(Julio de 1852.)

1802 y 1832.

Etas parentum, peior avis, tulit
nos nequiores, mox daturo
progeniem vitiosorem.

Hor od.

El termómetro de Reaumur señalaba puntualmente 30 grados sobre cero, y el reloj del Cármen acababa

de dar las cuatro de la tarde. Todo reposaba en torno de mí; dobles persianas y cristalería impedían la entrada en mi mansion al aire abrasador que destruyó las fuerzas y á la accion aun mas terrible del sol canicular; toda la casa presentaba el aspecto de una verdadera noche, y sus habitantes todos yacian entregados á las dulzuras del sueño; ningun ruido de carruaje ni de paseantes interrumpia el silencio de las calles, donde segun la expresion de cierto viajero, «solo se encontraba á tales horas algun frauces ó algun perro.» Los cafés, las tiendas, los establecimientos de todas clases, cerrados herméticamente; los portales llenos de mozos que dormian; todo, en fin, reposaba en armonía perfecta, procurando recobrar en brazos de Morfeo las fuerzas que el calor habia debilitado.

Brava ocasion para que un extranjero nos hiciese una bella disertacion pretendiendo demostrarnos los incalculables perjuicios que esta *segunda noche* nos proporeciona. ¡Con qué exactitud matemática nos ajustará la cuenta de las horas de trabajo que roba á nuestras manufacturas, haciendo subir escesivamente el precio de sus productos! Luego se empeñará en probarnos que inutilizamos la mayor parte del dia, suspendiendo todos los trabajos para comer precisamente á la hora en que mas calor hay y menos apetito; de aquí sacará la consecuencia de que sin esta costumbre la siesta no seria necesaria; despues pasará á demostrarnos lo perjudicial que es á nuestra salud el sueño despues de la comida, por la acumulacion del calor á la cabeza en el momento en que mas falta hace en el estómago para operar la digestion; en seguida nos amenazará con el entorpecimiento de nuestros sentidos, con las plétoras, accidentes y parálisis; y en fin, nos dirá tanto... tanto... —Nosotros sin embargo, bien sea por la accion del clima pueda mas que aquellos argumentos, bien porque una invencible costumbre nos arrastre á ello, marcharemos sin responderle una palabra á *dormir la siesta*. — ¿Cómo resistir á este impulso general, ni qué hacer donde todos duermen? Dormir como todos.

Mas como quiera que el señor Morfeo es un sugeto á quien no se puede pedir cuentas de sus acciones, que reparte su beñeno cuando le place, y sobre quien le place, y por lo visto se hallaba á aquella sazón á algunas leguas de mis sentidos, ello es lo cierto que yo velaba como novia en visperas, hasta que cansado de volver y revolver sobre mi desventajada persona, y de dar tormento á la alborada imaginacion, resolvió en fin abandonar el lecho, abrir un balcon y asomarme á él.

Entonces fue cuando hice las reflexioncillas arriba dichas; y estando haciéndolas, sentí en la cabeza un chinarrito bajado de la vecindad... alzo la vista y miro... No sé si acaso se acordarán Vds., señores lectores, de un mi vecino don Plácido, de quien creo haberles hablado ya. Pues este ni mas ni menos era el que en tal guisa y á tales horas interrumpia mi amotazado soliloquio, para contarme un desvelo como el mio y una resolucion idéntica. Y como el silencio de la siesta nos convidaba á cruzarnos de razones, subí á su habitacion para hacerlo cómodamente; y medio tendidos en dos sofás entablamos nuestra sabrosa plática.

Por de pronto discurrimos acerca de los sucesos del dia; pero como mi vecino es algo viejo, y á los viejos les sucede con la imaginacion lo que con la vista, esto es, que ven mejor los objetos distantes que los mas cercanos, muy luego encontró medio de enderezar ingeniosamente la conversacion hácia aquellos tiempos en que él brillaba en Madrid, y en que por sus buenos modales, su instruccion y sus conveniencias era tenido por el *hombre á la moda*.

—«Desengáñese V., me decia; el trascurso de treinta años y los extraordinarios acontecimientos que

en ellos han mediado, han sido bastantes para alterar nuestras costumbres en términos, que á uno que hubiera dejado nuestra capital en 1802 le sería imposible reconocerla en 1832. Es cierto que en la época actual la hallaría mas decorada y brillante, observaría mas actividad en nuestra industria, admiraría los progresos de las artes, vería con placer los muchos establecimientos destinados á difundir los conocimientos útiles, notaría los adelantos que el buen gusto ha introducido en las habitaciones, en los trajes, en los monumentos públicos, y quedaría al pronto seducido con esta erudición á la violeta, que hace á la juventud del día lucir y brillar aun delante de la experiencia y la senectud. Todo esto, no hay duda, ocurriría al forastero de treinta años, y por de pronto confesaría avergonzado los progresos de la actual generacion; pero en cambio de aquellas ventajas ¿no hallaría muy luego la ausencia de otras mas sólidas y duraderas? ¿No echaría de ver muy pronto la alteración que ha experimentado nuestro carácter? ¿Adónde encontraría ya aquella ingénua virtud, aquella probidad natural que eran el distintivo de nuestros mayores? ¿Dónde el sólido saber, que aunque patrimonio de pocos, ofrecía á la posteridad obras clásicas é inmortales? ¿Dónde aquella franqueza sencilla que daba á los placeres inocentes su verdadero colorido, y al trato general comunicaba la alegría y confianza? ¿Dónde, en fin, aquella cómoda repartición de fortunas, aquel bienestar general que ahuyentaba las ideas de ambición, y permitía á todos ostentar sus respectivas facultades, sin pretensiones ni cálculos? En lugar de esto ¿qué hallaría? Desdeñando de las virtudes pacíficas y sólidas; el vicio embellecido con todos los recursos del entendimiento; fortunas desiguales y rápidas; reputaciones usurpadas; confusión grosera de todas las clases; ficción en el trato exterior; cábala é intrigas interesadas en el interior; la amistad hecha una pura palabra; el amor un juego de ellas; la coquetería convertida en gracia; la pedantería en ciencia, y el charlatanismo en virtud. Esto, desengáñese V., esto y no mas vería el forastero en nuestros magníficos salones, nuestros refinados espectáculos, nuestros elegantes cafés, tiendas y paseos.

—Paréceme sin embargo (le contesté yo algo mohíno) que la prevención con que V. mira las cosas le hace verlo todo con colores demasiado fuertes, y en cambio podría yo oponerle cuadros en que resultase todo lo contrario de lo que V. afirma.

—«No hay regla, me replicó el vecino, por general que sea, que no tenga sus excepciones, y no podré negar que acaso serán numerosas las de esta; mas sin embargo, creo poder asegurar que lo general inclina mas bien al bosquejo que llevo trazado. Acaso me pretenderá V. negar las ventajosas circunstancias que yo concedo á nuestra sociedad antigua; pero para convencerle de ello con un ejemplo, le presentaré el espectáculo de una casa adonde yo concurría diariamente en 1802.

«El amo de ella, hombre como de cuarenta años, franco, amable y lleno de conocimientos, habia seguido su carrera de empleado hasta llegar á un destino que le proporcionaba un buen sueldo y consideración en la corte. Su esposa, digna de él por su amabilidad y juicio, dirigía el gobierno de la casa con aquella inteligencia é interes propias de quien reúne á una buena educación un constante deseo de hacer felices á su esposo y á sus hijos, y los dos que tenia, varon y hembra, eran el objeto continuo de sus cuidados maternales. El muchacho asistía á las escuelas, y fue puesto en un colegio á los diez años; la niña aprendía cerca de su mamá aquellas labores y conocimientos propios de una mujer que algun día ha de dirigir una casa y hacer la dicha ó la desdicha de un hombre. ¿Cuántas horas, contemplando la

ventura de ambos esposos, hube de convenir en la felicidad conyugal! En ellos no habia mas que un pensamiento, que era el de amarse y hacerse mas placentera la existencia; el sueldo del esposo, y el producto de algunas haciendas bastaban de tal modo á sus necesidades, que despues de sostener su casa con esplendor, todavía la económica compañera encontraba medio de hacer algunos ahorros en beneficio de sus hijos.

«La sociedad que frecuentaba tal casa era digna de ambos; amigos francos y leales, jóvenes bien educados, mujeres amables y virtuosas: yo solía asistir á su mesa ciertos dias al mes; era abundante, pero sin ostentación; franca sin grosería; despues solíamos irnos al teatro ó á paseo; volvíamos á casa, y á poco rato empezaba la tertulia. Por supuesto la primera operación era refrescar y tomar chocolate; luego entraba la partida modesta de mediator ó de dominó, en tanto que los jóvenes hacían juegos de prendas bajo la inspección de las madres. Todo era allí animación, alegría, franqueza; el amor no temía manifestarse; seguros todos de las buenas cualidades mútuas, no dudaban en entregarse á sus puras sensaciones, y yo asistí á mas de tres bodas que resultaron durante el tiempo de nuestra tertulia; la amistad no temía comprometerse, las opiniones se debatían riendo, las disputas concluían con un cigarro, y las pérdidas del juego nunca daban lugar á cambiar un doblon. Daban las once, y todos nos retirábamos satisfechos unos de otros, sin sospechar que hubiera en el mundo otra clase de placeres y deseando que pasasen las horas para volver á reunirnos. Tal, amigo mío, era el espectáculo que presentaba la casa de don Melchor del Vallecillo; búsqüeme V. ahora muchas por este estilo.»

—¿Cómo dice V. que se llamaba? repliqué yo precipitado. — Don Melchor del Vallecillo. ¿Pero que tiene V. que se ha inmutado? ¿Acaso le ha conocido ó... — No señor, no le he conocido; pero ciertamente no podía V. haber escogido otro ejemplo mas á propósito para apoyar su idea. Y va V. á verlo.

Yo frecuento en el día una de las casas mas elegantes de Madrid. Todas las circunstancias que deberian embellecer la existencia de un hombre se habian reunido en el amo de ella; salud, fortuna regular, un buen empleo, una mujer con quien se casó enamorado, dos hermosos niños, consideración en Madrid, todo se le ofrecía para hacer su dicha; pues este hombre por seguir el sistema de la moda ha hallado el medio de ser infeliz.

Llegado á una edad regular, habiéndose casado y obtenido por su buena suerte el mismo destino que ocupó su padre, empezaron á desenvolverse en él la ambición y la vanidad, y le sujetaron á su carro de tal modo, que dejó de gozar en el momento que debia empezar á verificarlo. Por de pronto, no pareciéndole bien el cuarto en que su padre habia vivido, se trasladó á una habitación magnífica, y menospreciando los antiguos muebles que formaban el adorno de aquel, allajó esta con todo el refinamiento de la moderna elegancia; su esposa, cuyo carácter débil es muy á propósito para seguir las impresiones que la quieran comunicar, se dejó seducir, como es natural, al aspecto del lujo y la magnificencia; seguidó grandemente las ideas de su esposo; ayudó á derramar su dinero, y creciendo en necesidades superfluas, llegó á poner su casa en un tren que compite con las primeras de la corte.

Con tan bellos elementos ¿quién resiste á la tentación de tener sociedad? Tuviéronla en efecto, y desde el principio vieron llenos sus salones de gentes de varias esferas; desocupados, seductores, damas de fortuna, maridos tolerantes, esposas ligeras, jugadores, músicos y danzantes. El marido, que como todo hombre de gran tono empezó por hacer un viaje

de dos meses á París, volvió á su casa tan lleno de aquellas *maneras*, que quiso iniciar en ellas á su esposa. Esta no tardó en aprenderlas y exagerarlas, y muy luego fue citada como el modelo de las damas á la moda. Entre tanto el gasto de la casa se ha hecho exorbitante, como puede V. creerlo; el sueldo del destino, los productos de las haciendas, y aun sus mismos capitales, todo desapareció como el humo; y nuestro hombre se ha visto precisado á recurrir á la intriga y á la baja con el objeto de prosperar mas en su carrera, y proporcionarse medios de bastar á su disipacion. Su casa desde entonces quedó abierta á ciertos personajes, protectores gratuitos, y á ciertas damas de corte á quienes adula y encomia, no sin notable burla del resto de la tertulia, que conoce sus miras. Uno de aquellos, hombre de mundo y de las peores ideas, le tiene seducido con su proteccion, y mientras tanto obsequia á su mujer; ella tal vez no le escucharía; pero el mismo marido... ¡qué infamia! la obliga á contemporizar y no ponerle mala cara. Entre tanto ése encierra en su sala de juego, aventura allí el resto de su fortuna, se aficiona á ciertos manejos indecentes, y aturrido con sus pérdidas y ganancias, y con el ruido del baile que suena en el salon, no advierte que han dado las dos de la mañana....

Pues esta casa que le acabo á V. de describir es la de don Melchor del Vallecillo, y este hombre el mismo don Melchor.

—¡Dios mio! exclamó mi interlocutor: ¿será posible? El hijo de mi buen amigo, el jóven criado en el seno de la virtud ¿habrá degenerado hasta ese estremo?

—¡Ay don Plácido! que no es sino demasiado cierto. —¿Lo ve V., lo ve V.? no le aseguraba yo antes que hoy dia... —¿Y qué sirvieron los buenos ejemplos, la excelente educacion? —¡Qué han de servir, me contestó don Plácido, contra la influencia de la moda y treinta años de diferencia!...

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando los gritos de los ligeros valencianos que pregonaban sus refrescos, y la animacion de las calles, nos hizo conocer que era pasada la hora de la siesta, y cogiéndonos afectuosamente las manos, nos separamos sin hablar mas.

(Agosto de 1852.)

LOS AIRES DEL LUGAR.

«¿Qué horror! A Madrid me vuelvo;
que allí hay mas comodidades
si los vicios no son menos.»

Breton.

—«No hay remedio, amigo don Tal: V. está malo, y es preciso desterrar ciertos humores que nosotros los físicos llamamos *humores ácrés, proclives, esponláneos y corruptentes*; y para ello nada encuentro tan acertado como el que vaya V. á *tomar aires* fuera de Madrid.

—Si V. me lo ordena...

—Sí, amigo, y con toda la autoridad de la ciencia; su imaginacion de V. demasiado ocupada de trabajos mentales, necesita distraccion y desahogo: al mismo tiempo le es á V. conveniente el respirar un aire libre y puro, no como este mefítico que nos rodea en la capital; en fin, la vida del campo volverá á V. sus fuerzas, y ensanchará su pecho, ofreciéndole placeres sencillos ó inocentes que no ha experimentado aun.

—Y ¿hacia dónde parece á V. que dirija el rumbo?

—Adonde V. quiera, con tal que sea un pueblo sano, y á bastante distancia de Madrid.

—No entiendo esa última circunstancia.

—Pues créame V., y sigala aunque sea sin entenderla.»

Mi doctor (que es algo brusco de modales) tomó á este punto su sombrero y me dejó sin mas preámbulos, cavilando sobre el nuevo proyecto que me indicaba. Inmediatamente corrí á rodarme de los ciento y tantos cuadernos que van publicados del Diccionario Geográfico Universal; ítem, del Atlas que le acompaña, con el objeto de escoger sitio adonde dirigirme en busca de la salud y de los placeres puros é inocentes. Todo se me volvía tomar y dejar mamotretos, consultar viajes pintorescos, contemplar estampas de paisajes y marinas, recitar églogas pastorales, y reunir, en fin, un copioso número de materiales para el nuevo género de vida que iba á seguir durante algun tiempo. Pero por mas que cavilaba nada decidida, hasta que resolví salir á la calle y consultarlo con el primero que la suerte me deparase.

La casualidad á veces sabe mas que un libro, y ella y mi buena suerte hizo que me dirigiese á casa de don Melquiades Revesino, cuya familia es para mí de la mayor franqueza. Por qué tanto la hallé cuidadosamente ocupada en discutir un proyecto semejante al que á mí me desvelaba; quiero decir, en salir á *tomar aires á un lugar*.

Motivaba esta improvisa determinacion (á lo que supe despues) cierto amorio de la niña de la casa con el jóven don Luisito del Parral, mozo brillante, no por su elevada cuna, no por la superioridad de sus talentos, no por la abundancia de sus riquezas; no, en fin, por su perfecta persona, sino por un cierto aire de estrañerismo aprendido en un viaje que hizo á Bayona; por un tono decisivo y abierto, hijo natural de la calle de la Montera, y por cierta elegancia en el vestir debida á la sabia tjera de *Rouget*: mozo, en fin, á la moda, muy versado en la chismografía corriente, y tan poco conocedor de los sucesos pasados, como nada cuidadoso de los futuros.

Pues este tal era el que inflamando el corazon de Jacinta (que tal era el nombre de mi heroína) alteraba la paz de aquella casa, y destruía la salud de la niña, cuya palidez y tristeza se aumentaban desde el dia en que al celoso don Melquiades se le ocurrió privar á aquel la entrada en su casa. Desde tal momento la niña era el objeto de los mas solícitos cuidados; se la mimaba cuidadosamente, ya ofreciéndola manjares delicados, ya tomándola maestros de canto y de dibujo, ya llevándola del Prado á la ópera, y de esta al baile; pero nada era suficiente á borrar la impresion que el mancebo habia hecho en su alma, y toda la facultad matritense, convocada al efecto, habia declarado solemnemente que la chica adolecía de una melancolia que acabaría con ella si por el pronto no se tomaba la determinacion de sacarla de Madrid. Tal era el apuro de esta familia, que no titubeó un momento en llevar á efecto tan sabia determinacion, y hé aquí que yo llegué cuando estaban discutiendo el punto de direccion.

Nada les podia servir mejor que mi llegada, pues viniendo, como venia, lleno de la misma idea, y cargado ademas de erudicion geográfica, estaba en el caso de contribuir grandemente á fijar la cuestion. Seducido con la idea que me propusieron de acompañarles en la partida, hablé larga y asombrosamente sobre los diferentes países conocidos; cité lugares célebres, atravesé montañas, salté ríos, y dejé á todos pasmados con lo mismo que acababa de leer (costumbre harto frecuente en ciertos sábios del dia); pero á todo se me contestaba con esta pregunta: —«¿Y cuántas leguas está eso de Madrid?» — y en pasando del espacio que ellos determinaban, ya no habia forma de reducirles. Por fin, despues de largos y

acalorados debates y comparaciones topográficas, históricas y críticas, determinamos de común acuerdo que el viaje sería... á *Carabanchel*; célebre lugar situado donde acaso mas de un geógrafo ignora, y en cuyas ventajosas circunstancias convino toda la sociedad.

Una sonrisa de Jacinta fue la señal de la aprobacion general, y desde aquel momento ya no se pensó mas que en los preparativos del viaje, que se fijó para de allí á ocho dias. Don Melquiades salió á contratar el carruaje, la mamá y la niña al almacén de *Carrillo* á comprar trajes y adornos de camino, á consultar de paso con *madama Adela* la forma de los sombreros, y á despedirse de todos sus conocidos; otro se ofreció á sacar el pasaporte, aunque luego nos ocurrió que hasta pasadas seis leguas de Madrid no teníamos necesidad de él; otro se encargó de preparar casa; un poeta de surtido que frecuentaba la tertulia corrió á componer una despedida *cantabile*, y yo me volví á empacar mis efectos, mi biblioteca de campo, mis mapas, mis anteojos y catalejos, y á comprar un libro en blanco para escribir las observaciones histórico-críticas del viaje.

En tan complicadas operaciones, llenos de las ideas y proyectos mas lisonjeros, y saboreando de antemano los placeres que íbamos á disfrutar, pasaron aquellos ocho dias, hasta que lució la suspirada aurora, y antes que el sol iluminase el horizonte ya nos hallábamos reunidos en casa de don Melquiades con todo el tren y aparato de marcha. Los abrazos, las lágrimas, los suspiros, se prolongaron largo rato; los respectivos utensilios, cofres, maletas, sacos de noche, colchones y demas, fueron colocados en el coche, y subiendo en él el papá, la mamá, la niña y yo, con dos criadas, empezamos nuestro camino escoltados de algunos buenos amigos de la casa, á quienes íbamos dejando, ya en la puerta, ya en el puente de Toledo, ya en la antigua ermita de San Dámaso, ya, en fin, á la vista de Carabanchel de abajo.

Entre tanto nosotros gozábamos del aspecto de la campiña, marchando entre dos filas de futuros árboles recién plantados, y animando á Jacinta (que nunca habia pasado del Canal) á regocijarse con la vista de aquellas tierras de pan llevar, ó de tal cual colina de arena que interrumpia la uniformidad del paisaje. Por fin, despues de varias preguntas de cuántas leguas habríamos andado ya, despues de informarnos de los nombres de los lugares cuyos campanarios alcanzábamos á ver á lo lejos, despues de disertar largamente sobre las incomodidades de los viajes, llegamos sin ocurrencia notable á Carabanchel sin necesidad de hacer noche en el camino, gracias á la agilidad de nuestras mulas.

Echamos pie á tierra en una calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*, y ocupamos la casa que se nos tenia preparada: componíase de una salita baja con dos rejas á la calle, una alcoba, y varias piezas y dormitorios interiores que daban á las eras; y si bien el adorno, compuesto de una mesa de pino, ocho sillas de Vitoria, dos cornucopias, y cuatro estampas de la prision del Maragato, no correspondia en nada al precio que se nos habia exigido, ni á la elegancia y porte de nuestras damas, al menos le encontramos muy en armonía con los modales y disposicion de los amos de la casa; de suerte que no tuvimos que quejarnos en este punto de la menor discordancia.

Por de pronto nos examinaron bien, rieron de nuestros sombreros y casquetes, franquearon su puerta á una caterva de muchachos en camisa que nos perseguían con el epíteto de *lechuginos de Madrid*, y permanecieron sentados, tranquilos espectadores del descargo de nuestros efectos, sin aproximarse á ayudarnos en nada. Pedimos agua para lavarnos, nos trajeron una cofaina sucia y ordinaria que pusieron sobre una silla, y para hacer que mu-

darán el agua á cada uno, tuvimos que sostener tantas cuestiones como individuos éramos; pedimos pan, no lo habia hasta de allí á una hora; quisimos vino; nos lo trajeron bastante malo; por último, tuvimos necesidad de descansar, y los colchones no nos lo permitieron; hubo, pues, que repartir económicamente los que traíamos, y aun así no fue posible dormir, porque una plaga de moscas, moscones y mosquitos, formaban á nuestros oídos un alegre terceto, interpolado de sendas embestidas sobre nuestros rostros; esto, unido á la algarabía que traían las gallinas en el corral, y al calor y la luz que entraban por las puertas y ventanas que no cerraban bien, nos hizo pasar un ratito agradable, parecido á los varios que despues tuvimos ocasion de disfrutar. Pero para qué me canso en ir siguiendo metódicamente el orden de los acontecimientos? Basta indicar con rapidez el método de vida á que por necesidad tuvimos que acomodarnos, y haciendo la pintura de un dia, puede servir de molde para los demas.

Nos levantábamos tarde, porque no nos acostábamos temprano, porque ningun objeto nos escitaba á madrugar, porque el dia se nos hacia mas largo é insoportable, porque los vichos voladores nos disputaban el sueño durante la noche, por otras mil y una razones que seria prolijo explicar. Durante el fementido almuerzo, mal condimentado y peor servido, escuchábamos las novedades del pueblo de boca del sobrino del patron, *Ferminillo*, mozo travieso y decididor, cuyas novedades se reducian á saber tal cual familia que habia llegado de Madrid; con todos los ribetes y circunstancias de lo que traian, lo que gastaban, lo que comian, etc.; luego solia amenizar la relacion con alguna que otra paliza dada durante la noche, tal ó cual multa ó encarcelamiento; y acostumbra concluir con acompañarse á la guitarra unas infames seguidillas de malignos conceptos y alusiones harto claras.

Cansados de *Ferminillo*, nos dirigíamos á alguno de los jardines y huertas particulares, donde (previa una esquila del dueño, un permiso del mayordomo, un empeño del portero, ó una recomendacion del estercolador) podíamos pasearnos en dos fanegas de sembradura debajo de un emparrado, hasta que solia venir el conde ó el marques propietario, y, ó teníamos que abandonar el campo, ó que desahucernos á cumplidos y cortesías. Salíamos de allí cuando el Dios de los tabardillos ejercia ya su poderosa influencia, y por las amenas calles de aquella brillante poblacion (interrumpidas por algunos grupos de muchachos que reian de buena fé al mirar el sombrero de Jacinta, ó al verme á mí llevando su sombrilla), nos dirigíamos á visitar á algunas de las familias compatriotas, á las cuales encontrábamos, ó bien entregadas á un profundo sueño, ó bien ocupadas en echar de comer á las gallinas; ya jugando al asalto, ya leyendo la Gaceta de Madrid; y todos en general quejándose de que el dia en Carabanchel tenia cuarenta y ocho horas. En fin, despues de proyectar algun paseo para la tarde, nos retirábamos á nuestra casa á despachar la parca comida, siempre compuesta de los mismos artículos de pollo y tortilla, al menos que algun *propio* enviado de Madrid no nos trajese algo nuevo; dormíamos luego cuatro horas de siesta, y salíamos al paseo de las eras, ó bien al otro Carabanchel, en union de alguna otra familia, formando luego en cualquiera casa nuestra tertulia de tresillo hasta las once ó las doce.

Tal era la vida agreste que llevábamos, y no hay que decir que cada dia nos parecia mas necia; la salud de Jacinta empeoraba; la mia no ganaba nada, y ni médico ni botica nos inspiraban confianza para consultarlos; el ejercicio que hacíamos en un pais árido é ingrato nos cansaba el cuerpo y nos entristecía el alma; todos los objetos que nos rodeaban ins-

piraban tedio y desazon: la mezquindéz de la habitación y los muebles, la grosería de sus dueños, las chanzas pesadas de Ferminillo, la etiqueta de las gentes que llegaban de Madrid, la monotonía de nuestras acciones, el aspecto mísero del lugar, la privación de toda clase de conveniencias, las intrigas y enemistades ridículas que Fermin nos contaba, todo era muy á propósito para acabarnos de fastidiar, y al cabo de quince días (de los cuales según mi cuenta pasamos durmiendo los diez y medio), se empezó á tratar de volver á Madrid. Un incidente imprevisto vino á precipitarlo.

Hacia dos ó tres noches que yo había visto por las ventanas que daban á las eras pasar un hombre á caballo con aspecto misterioso, y haciendo salir á Fermin á reconocerle, vi que se hablaban, y que se despidió de él el caballero; con lo cual, y con decirme Fermin que era un conocido de Madrid que estaba en el pueblo, cesaron mis sospechas, á pesar de que otras noches á la misma hora solía verle rondar la casa.

Ya nuestra partida estaba señalada para de allí á dos días, cuando reuniéndonos una mañana al desayuno, notamos que Jacinta no venía: llamamos á su criada, no respondió; pasamos á su cuarto, y vimos que habían desaparecido una y otra, ítem más, el Ferminillo, director de toda la intriga, y sobre la mesa encontramos un billete concebido en estos términos.

«Amados papá y mamá: El estado infeliz á que me ha reducido una pasión violenta, y el convencimiento que tengo de mi pronta muerte si me empeño en resistirla, me han obligado á dar un paso atrevido y ajeno de mis ideas; pero creo que el amor que Vds. me tienen les inclinará á perdonármelo. Yo huyo de la casa paterna, pero huyo bajo la protección de las leyes, y huyo con el esposo que mi suerte me ha destinado. Voy con Fermin y Manuela, y quedo depositada en Madrid en casa de D... su amigo de Vds., mientras espero allí la aprobación paternal. Perdon, papá y mamá: no me aborrezcan Vds., y compadézcanme por haberme visto precisada á este extremo. — Jacinta.»

No hay que decir el pasmo que en ambos consortes se manifestó con esta ocurrencia; sin embargo, en la mamá noté más serenidad, como si hubiese tenido algún antecedente. Yo me encargué de convencer al padre, y legado que hubimos á Madrid, viéndose invitado por la autoridad á prestar su aprobación, y fuertemente instado por todos sus amigos, cedió por fin á nuestras súplicas, y el matrimonio se celebró ayer con alegría y satisfacción, sin más nubes ni contratiempos.

La niña Jacinta parece satisfecha de haber salido á tomar los aires, y no dudo que curará de sus males: en cuanto á mí, si no bastasen los que tomé en Carabanchel, continuaré tomándolos en el Retiro, ó me alejaré sesenta leguas de Madrid, donde la sencilla ignorancia de la aldea no se halle mezclada con la malicia del pueblo bajo de la córte, y donde la campiña mas varia ofrezca mayor novedad y desahogo. Esto fue sin duda lo que me quiso decir mi médico.

(Agosto de 1852.)

EL PASEO DE JUANA.

«Debajo desas ropas y jubones
imagino serpientes enroscadas,
unas de grifos, garras de leones.»
Lupercio.

A electrizar muchos cuerpos
Y á cautivar muchas almas
Una noche de verano
Salió Juana de su casa:

Juana, la que en Avapiés
Goza por su noble fama
Los galanes por docenas,
Las palizas por semanas;

La que con su vista solo
Turba la paz de las casas,
La que las mujeres temen,
La que los maridos aman.

Un airoso zagalejo
Sus perfecciones señala,
Y á la media pierna llega,
Y de allí, traidor, no pasa.

¡Ah zagalejo paciente,
Qué de aventuras contarás
Si fueras enriquecido
Con el don de la palabra!

De sarga rica mantilla
Con terciopelo de á cuarta
Deja Juana por los hombros
Colgar casi descolgada,

Y en recoger las dos puntas
La mano diestra empleaba,
Con la izquierda juguetera
Un blanco pañuelo arrastra.

Apenas pisa la calle,
En marcha oblicua y taimada
Sigue á babor y estribor
Con un meneo que encanta;

Nada, nada la detiene
Al cruzar las calles, salta,
Y en gracia de la limpieza
Alza el vestido una cuarta;

Todos la dejan la acera
Todos vuelven á mirarla,
Y ella á todos los desdeña
Y sigue alegre su marcha.

Algunos más atrevidos
La dicen «Pase mi alma;»
Pero ella alza su cabeza,
Tuerce el lábio, escupe ó canta;

Y va dejando plantones
Por las calles donde pasa
Que hasta perderla de vista
Permanecen como estatuas.

¡Qué es ver al señor don Bruno,
El abogado de fama,
Quedarse petrificado
Sin saber lo que le pasa,

Andar dos pasos atrás
Mirando si le reparan,
Hasta que más reflexivo
Sigue su camino y marcha!

Y á don Cosme el mercader,
De la hambre fiel estampa,
¡No es una risa el mirarle
Que al ver á Juana se para,

Se envuelve en su capotillo,
Y se va tras la muchacha,
Y tropezando y cayendo
Hasta que llega á alcanzarla?

Dáa entonces con el codo,
Y entre toses y entre babas
La dice cuatro chochees
Con voz trémula y cascada;

Juana le mira y se asusta
Al ver su figura estraña,
Hasta que rompe en reir
Y le deja... ¡cuál quedaba!

Un cadete en este instante
Al lado de Juana pasa;
Mírala, vuelve, y la sigue;
Al cabo una cadetada.

Formando iba mil proyectos,
Y contemplando con ansia
La belleza de Juanilla,
Que ya cuenta por lograda.

Tienta primero el bolsillo
Para escuchar si sonaba,
Que esta clase de conquistas
No se hacen con otras balas.

Avanza luego atrevido,
Y sin mirar mas que á Juana,
Con palabras de grajea
Sus deseos la declara.

Juanilla, á quien el pudor
(Como es natural) ahogaba,
Sigue su paso; y camina
Sin responderle palabra;

Y el cadete, conociendo
Que *otorga todo el que calla*,
Marcha al lado, y tanto dice
Que al fin le responde Juana.

Arman, pues, conversacion,
Y yo no sé de qué hablaban,
Pero es cierto que el cadete
Iba que lástima daba.

Su paso era acelerado,
Mas la compañera maula,
Que conoce del mancebo
Las no disfrazadas ansias,

Quiere probar su paciencia,
Y á un vecino que pasaba
Haciendo el desentendido
Y evitando el saludarla,

Le para, y empieza á darle
Conversacion mas que larga
Sobre no sé qué diabluras
Que hicieron noches pasadas.

Rabiando estaba el cadete
Y pelándose las barbas
Al mirar todo este paso
Desde una esquina inmediata,

Hasta que compadecida
De su situación la Juana,
Se despide del vecino
Y hácia el cadete ya marcha.

Este, viéndola venir,
Olvida sus amenazas,
Vuelve á espresar su contento
Vuelve á la dicha turbada.

Llegan despues de un buen rato
De la tal niña á la casa,
Y en un oscuro portal
Entran en dulce compañía.

Una escalera de torre
No es mas peligrosa ni alta
Que la que el pobre cadete
Tuvo que subir tras Juana.

Él que se miró en lo oscuro
Corre en pos de la muchacha,
Y como iba tan turbado
Y la escalera era mala,

No subia un escalon
Sin que un susto le costara,
Porque en el que no caía
Por lo menos tropezaba.

Llegan al alto por fin,
Y á la puerta Juana llama:
Abrese, pues, y una vieja
Asquerosa y remendada

(De estas viejas que su oficio
Llevan pintado en la cara)
Es el objeto primero
Que adelante se les planta.

Un torcido candelero
Con media vela en la sala
Coloca, y muy cuidadosa
Dispone no falte nada;

Pone sillas, las cortinas
Desplega, espanta la gata,
Y hace, en fin, lo que hacer suele
Toda muger de su casta;

Vase despues, y los deja
En libertad... pero calla,
Que quiero tomar aliento
Para describir la sala.

Erase un cuarto pequeño,
Las paredes sombreadas,
Las bovedillas mugrientas,
Las arañas las poblaban.

Juana era caritativa,
Y así vivir las dejara,
Consiguiendo con sus telas
Tener la casa colgada.

Una mesita de pino,
Un San Antonio de talla,
Y á su lado en simetría
Dos tiestecitos de albaca;

Un espejo sin azogue,
Del *dos de Mayo* una estampa,
Y un pandero en una esquina
En frente de una guitarra;

Tres desvencijadas sillas
Concluian de la sala
El adorno, y en verdad
Que estaba bien adornada.

¿Pero... adónde está Juanilla?
¿Y el cadete? ¡Ah, buenas maulas!
Mas silencio que á la puerta
En este momento llaman,

¿Quién es? (pregunta la vieja) —
— « Abra usted, señora Claudia. » —
— « ¡ Ay Juanita! que es el Zurdo:
Por Dios que no sienta nada. » —

Abre la vieja, y un majo
De sombrero de calaña,
De chaquetilla redonda,
Y de garrote y navaja,

Entra y toma posesion
Pacífica de la sala;
Y en tanto que la Juanita
Sale á ver su buena alhaja,

El cadete de puntillas
Se va por la puerta falsa
Agarrado de la vieja
Bajando á oscuras la escala;

Y al encontrarse en la calle,
Su razon ya despejada
Le hace ver su desvario,
Y mil temores le asaltan.

Pero no solo en temores
Pararon, que poco tarda
En conocer los efectos
De pasearse con Juana;

Y entonces diz que el cuitado
A sus solas exclamaba:
¡ Oh, placer, cuán poco duras,
Y qué de penas arrastras!

(Agosto de 1832.)

NOTA. Este romance, aunque publicado por primera vez en 1832, fue escrito por el autor en 1824 cuando solo contaba veinte años de edad. Esta circunstancia puede servir de disculpa de su incorreccion, y mas aun de la libertad de la pintura.

EL DIA 30 DEL MES.

« Reveses de fortuna
Jamais á las miserias:
¿ por qué, si son reveses
de la conducta necia? »

Samaniego.

PARED por medio de mi casa vive don Homo-bono Quiñones; gefe de mesa de cierta oficina, y uno de los caracteres mas originales que he conocido. Fenelon aseguraba que *el hombre mas dichoso es aquel que cree serlo*; y si este dicho es exacto, como debemos sospecharlo, hay motivos para pensar que el don Homo-bono sea aquel mortal privilegiado. Y si no se me creyese sobre mi palabra, créase al menos la pintura que de él haré.

La satisfaccion y la alegría parecen haber escogido su mansion en aquel semblante que los años procuran en vano arrugar; ningun achaque destruye su físico; ninguna pena halla el camino de su corazon; ninguna sensacion violenta obra fuertemente sobre su alma. Los movimientos del dolor le son desconocidos; su estado habitual es el de la alegría; pero no una alegría ardiente y bulliciosa que haga trabajar á su imaginacion, sino un placer tranquilo y bonancible que le inclina á ver las cosas por el lado mas favorable. V. gr., su mujer es aliva, gastadora; y ejerce sobre el esposo un dominio mas que conyugal; ¿ pero qué importa? es alegre, graciosa, se da tono en la sociedad, hace hablar de si y de su casa, y esto le basta á su esposo; la niña es caprichosa, mal criada,

y sin ninguna de las inclinaciones que descubren un fondo de virtud; ¡ pero es tan bonita! ¡ tan juguetona! ¡ canta tan bien! ¡ baila con tal gracia! que su papá se pasma mirándola; el muchacho es un calaverilla contrahecho, frívolo, enredador y pedante; ¡ pero tiene unas ocurrencias tan graciosas! ¡ se burla con tal agudeza de sus maestros! es tan diestro para hacer sus travesuras, que nadie (y menos su padre) se atreve á reprenderle: los amigos de la casa son demasiado francos, se toman hartas libertades, frecuentan sobradamente la mesa, y ayudan á caer á aquel ruinoso edificio; pero si no fuera por ellos, ¿ quién habia de resistir la monotonía y el fastidio? Por último, los criados son habladores y rayan en insolentes, roban y malgastan lo que pueden, trabajan poco y mal, comen mucho y bien, y duermen mejor. ¿ Pero quién tiene valor para meterse con ellos en contestaciones de esta especie? « *Il faut que tout le monde vive,* » decia Luis XVIII: *es preciso que todos vivamos*, traduce don Homo-bono.

Solo hay doce dias en el año en que este buen señor (*bonus vir*) suele hacer alguna reflexioncilla de distinta naturaleza, y son los dias 30 de cada mes, época fatal en que vienen á reducirse á maravedis todos los placeres y contentos de las tres décadas anteriores. Pero aquella sombra que por un momento quiere oscurecer su imaginacion, desaparece al instante, cual ligera nubecilla en un cielo tranquilo y sereno. Sin embargo, en las cortas horas que dura la estraña lucha de sus inclinaciones con su razon, ofrece un espectáculo tan grotesco, que el difunto Goya tomara en él original para un nuevo *capricho*.

Llega por fin despues de veinte y nueve la suspirada aurora en que el cuerno de Amaltea va á deslompase y verter sobre mesas y bufetes su argentada preñez. Mi funcionario, por su calidad de gefe de mesa, debe dar buen ejemplo; el barbero, el peluquero, el chocolate y las demas ocupaciones matutinas, adelantan aquel dia media hora al sistema ordinario; y no bien han sonado las ocho y media de la mañana, sale de su casa, no sin grave agitacion de los artesanos y tenderos, que viéndole pasar gritan *« las nueve »*; espresion natural y espontánea que honra mas la puntualidad de este empleado que cuantos discursos pudiera yo escribir.

Llega á la oficina... ¡ qué exactitud en todo el mundo! ¡ qué soltura para el trabajo! ¡ qué valentia de pulsos para rubricar la nómina! ¡ qué combinacion para repartir metódicamente los cartuchos de municiones de boca! Uno de los de grueso calibre toca por supuesto á don Homo-bono, y su imaginacion se espacia considerando su longitud, que le promete una serie de goces no interrumpidos hasta el fin del mes siguiente. Mas ¡ oh imperfectibilidad de las cosas humanas! ¿ quién habia de decir que esta agradable ilusion habia de durar tan poco? Yo lo diré, y tambien la causa, y es que don Homo-bono *habia echado la cuenta sin la huésped*, y la huésped era su mujer.

De vuelta á su casa, una horita mas temprano que de costumbre (por el sabio sistema de las compensaciones), viene cargado dulcemente con aquel amable fruto de sus tareas públicas, y ya le mira convertido en sendos jamones, nutridas empanadas, robustos pavos é ingeniosos ramilletes, y tambien en palcos de toros y comedias, coches y tiros, merendonas y algarazas; tan armónicamente organizado está su cerebro. Mas ¡ oh desgracia! al doblar la esquina de su calle, sale un fermentido tendero, y con obligantes cortesias le pregunta por su salud; don Homo-bono cambia de color, y pasa á la otra mano el pañuelo de la mesada; pero del opuesto lado ábrese la puerta de la modista, y *Madama Cotillon* le hace tres cortesias á la francesa y le presenta un papel en español. (Aquí don Homo-bono guarda el pañuelo

en la solapa del frac, remedando en este juego el de Bartolo con la bota en *El Médico á palos*.) Recibe, pues, el papel con la misma seriedad que un ministro los memoriales; y entra bruscamente en el portal; pero un vinatero manchego, sentado en la escalera, se quita cortesmente la monterilla y sube detras de él; ganando por la mano al tendero y á la modista. Entra en su casa; cierto caballero muy elegante se le presenta y hace cincuenta cortesías; contéstale don Homo-bono con otras tantas, y preguntada su gracia, le dice ser *Mr. Battement*, maestro de baile de *Mademoiselle*; mas allá se inclina profundamente un viejo mal vestido, que se da á conocer por el maestro de gramática del señorito; y no lejos de él *il signor Gorgorini*, *professore di musica e allievo del Conservatorio di Milano*, hace presente que es el encargado de la garganta de la *Signorina*.

Don Homo-bono conoce, aunque tarde, lo efímero de sus ilusiones; pero resuelto á quedar con el honor correspondiente, entra solememente en su despacho, y colocado con magestad, *sede pro tribunale*, manda abrir con estrépito entrambas hojas de la puerta, y empieza la audiencia y pago. Concluida la operacion con los que van relatados, se dispone á poner á cubierto de la derrota las medallas existentes, cuando un fuerte campanillazo le hace conocer que aun hay enemigos que aplacar. Con efecto, era el casero, y todos saben la clase de gesto tan repugnante que esta gente tiene, especialmente en ciertos días; gesto inevitablemente mensual, trimestral, semestral ó anual, que recuerda las aporicones periódicas de los cometas de gran cola, previstas tristemente por los astrólogos agoreros.

Fue preciso sacrificar á aquel fantasma terrible una buena parte del remanente de los 30 días, y otra no corta porcion repartieron entre sí el sastre *géometra*, el zapatero *galan*, el fondista *son argent*, el almacenista de géneros *carillo*, el calesero *de antaño* y el peluquero *de hogaño*, que todos fueron llegando como llamados á son de campana comunal.

Pero la mas decisiva de las visitas faltaba aun, y era la de la amable compañera, la caritativa costillera de don Homo-bono, que venia á notificarle cómo de allí á dos dias era el cumpleaños de la niña, y que habia determinado tener unos cuantos convidados, y un poquito de funcion. Eu vano Quinones se afanó en manifestarla que se quedaba sin un cuarto, y con un mes delante de sí: su carácter no era tampoco para grandes reflexiones, ni ella las admitia; y así fue que á dos por tres quedó en manos de la última el resto de la mesada, y don Homo-bono libre de cuidados. Entre tanto aquella noche, para empezar la funcion, hubo música y baile, y el esposo fue el primero que en tales momentos se entregó al exceso de su felicidad.

Sin embargo, así pasó un mes, y otro, y otro; y vino un año, y se juntaron doce déficit que don Homo-bono no pudo pagar; y á los dos años ya serán veinte y cuatro, y así sucesivamente; y se tendrá que empeñar, y luego no podrá satisfacer, y luego vendrá la vejez, y luego se jubilará, y luego, luego... en la calle de Atocha, última casa á la derecha, acaso darán razon. (*Nota 6.^a*)

(Agosto de 1832.)

EL AMANTE CORTO DE VISTA.

«Ay cielos! añohe despierto, pierdo cuando estar ganando, soy lince y á o-coras odo, y en ña, apunto y no acierto.»
Terzo de Malina.

«¿Cómo! (esclamará con sorpresa algun crítico al leer el título de este discurso) ¿tampoco los vicios

físicos están fuera del alcance de los tiros del *Curioso*? ¿Ignora acaso este buen señor que no le es lícito particularizar circunstancias que quiten á sus cuadros las aplicaciones generales? ¿Y quién le ha dicho tampoco que sea razonable presentar el ridículo de un vicio físico, por lo menos sin que vaya acompañado de otro moral?»

—Paciencia, hermano, y entendámonos, que quizá no es difícil. Venga V. acá; cuando ciertos vicios físicos son tan comunes en un pueblo, que contribuyen á caracterizar su particular fisonomía, ¿será bien que el descriptor de costumbres los pase por alto sin sacar partido de las varias escenas que deben ofrecerle? Si hubiese un pueblo, por ejemplo, compuesto de cojos, ¿no sería curioso saber el orden de la marcha de sus ejércitos, sus juegos, sus bailes, sus ejercicios gimnásticos? ¿Pues por qué no se ha de pintar el amor *corto de vista* donde apenas hay amante que no lo sea? Por otro lado, ¿quién le ha dicho á V. que esta enfermedad de *moda* no presenta su aspecto moral? ¿Tan difícil sería probar su origen de la depravacion de costumbres, de los vicios de la educacion, ó de los excesos de la juventud? Con que ya ve V., señor crítico, que este asunto entra naturalmente en la jurisdiccion de mi benigna correa; con que ya V. conocerá que no hay inconveniente en hablar de él... ¿No? pues manos á la obra.

Los ejemplos me salen al paso, y no tengo mas que hacer que la eleccion de uno. Tóqueme por hoy la suerte á Mauricio R... y perdone si le hago servir para desarregar la frente de mis amables lectoras.—¿Y quién es el tal?—El tal, señoras mias, es un jóven de veinte y tres años, cuya figura espresiva y aire sentimental descubre á primera vista un corazón tierno y propenso al amor; no es por lo tanto extraño que encontrase gracia cerca de Vds. Así ha sucedido, pues, y algunas aventurillas en calles y paseos previnieron al jóven Mauricio de sus ventajosas circunstancias; mas por desgracia el pobre mancebo tiene un defecto capital, y es el ser corto de vista; muy corto de vista; lo cual le contraria en todos sus planes.

Alto, señoras, no hay que reírse, que mi héroe no lo toma á risa, ni sabe sacar partido como otros muchos de este mismo defecto, para ser mas atrevido y exigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su inevitable lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso, Mauricio es sensible, pero muy comedido; y mas bien quiere privarse de un placer que causar un disgusto á otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpétuos, como hacen otros sin necesidad y solo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazowrka*!!! y Mauricio á los veinte y tres años no podia determinarse á dejar de bailar la *Mazowrka*. Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero ademas de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Filis volvía rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de prever un minuto antes? Si creyendo sacar á bailar á la mas hermosa de la sala se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto ¿de qué le servia el lente un minuto despues? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazón; y una noche en el baile de la marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez no pudo menos de espontáneamente declarar en regla. La niña, en quien sin

duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle.

«Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux.»

Y hé aquí á mi buen mancebo en el momento mas feliz del amor, el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galop* no habian hecho mas que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos, tomaba exactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon, la iglesia donde acudia á oír misa, los paseos

y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá: en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inesperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de esta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió á prevenir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente día á la calle donde vivía su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa. Matilde le habia



El Amante corto de vista.

dicho que era número 12, y que hacia esquina á cierta calle; mas por cuánto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde que le vió venir (ojos femeniles, ¡qué no veis cuando estais enamorados!) tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el traje

de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de en frente, apenas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon. Este desde inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvía la espalda para ocuparse en el

otro objeto. Una hora y mas duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan in-móvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazón) á hacer un paréntesis á su amor, y hablar á la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde, alza la cabeza para hablarla; pero en el mismo momento tirale ella á la cara el pañuelo que tenia en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra, éntrase adentro y cierra estrepitosamente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo, y reconoció en él bordadas las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró despues la casa, y alcanzando á ver *Visita general, número 12* (*) ¿cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. A la tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá: colocado en su luneta, con el auxilio del *doble anteojó*, recorre con avidez el coliseo y nada ve que pudiera lisonjearle; sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace á señas y visajes, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su descenso, y en la parte mas oscura de la escalera acércase á la niña y la dice:

—«Señorita, perdone V. mi equivocacion; si sale V. luego al balcon la diré... entre tanto, toma V. el pañuelo.

—Caballero, ¿qué dice V.?—le contestó una voz extraña, á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidoamente las escaleras de nuestros teatros) vino á revelar que hablaba á otra persona, si bien muy parecida á su idolo.

—Señora....

—¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita.

—¿Qué es eso, niña?

—Nada, mamá; este caballero, que me dá un pañuelo de Matilde.

—¿Y por dónde tiene ese caballero un pañuelo de Matilde?

—Señora... yo.... dispense V.... el otro dia.... la otra noche, quiero decir.... en el baile de la marquesa de....

—Es verdad, mamá. el señor bailó con mi hermanita, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo.

—Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado....

—A la verdad que es extraño; en fin, caballero, ¡damos á V. las gracias.»

Un rayo caído á sus pies no hubiera turbado mas al pobre Mauricio, y lo que mas le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacia toda la esposicion del drama, y él no sabia qué suerte iba á correr el tal papel.

Tremulo é indeciso siguió á lo lejos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el mas oscuro abandono. En balde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la

sonora marcha de los súcios carros de la limpieza, era lo único que heria sus oídos, y aun sus narices; hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto ¿qué sucedia en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de mujer (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por mas señas con un alfiler. Hecha esta operacion se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa: pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de en frente, sin atreverse á mirar. Estando así, oye abrirse el balcon: ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra.... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazón tambien.

En vano fuera intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella série de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero en fin, era mancebo, y al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles; y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de sus amores. Mauricio con su franqueza natural contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y peripecias que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian proporcionado; pero al acabar esta relacion sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde entre otras personas observó sentados á un militar y á una jóven: arrimase un poco mas, saca su anteojó (¡insensato! ¿por qué no le sacaste desde el principio?) y conoce que la que tenia sentada junto á él oyendo su conversacion era nada menos que la hermosa Matilde.—«¡Ingrata!...»—Fue lo único que pudo articular; mientras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro.—«Yo no he escrito ese billete.» (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.)—¿Pues quién?...—«No sé.... llévelo V., á las doce estaré el balcon.»

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazón del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon: con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano; ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones! Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitación de Matilde, que le rogaba se fuese á acostar para evitar el relente.

—«Bien mio, dijo Mauricio con voz almirada, ¿es V.?

—Chica, Matilde (la dice el padre por lo bajo) ¿es contigo esto?

—Papá, conmigo no señor; yo no sé....

—No, pues estas cosas, tuyas son ó de tu hermanita.

—Para que vea V. (continúa el galan atarrelado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete.

—A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle....

(*) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió antes de la nueva numeracion de Madrid, que por su orden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.

Dicho y hecho; éatrase á la sala mirando á su hija con ojos amenazadores, abre el billete y lee... «Caballero; si la noche del baile de la marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á V. esperanzas locas...

—Cielos; ¡pero qué veo! esta es letra de mi mujer....

—¡Ay, papá mio!

—¡Infame! á los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas....

—Pero papá....

—Déjame que la despierte, y que alborote la casa.

Con efecto, así lo hizo, y en mas de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó medio á entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por mas tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama á la puerta: asómase el padre al balcon:—Caballero, tenga V. á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.—El padre coge dos pistolas y baja precipitado, abre la puerta:—«Escója V., le dice:—Seréne V.; contesta el jóven; yo soy un caballero, mi nombre es N., y mi casa bien conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de V., y no debo consentirlo sin esplicársela.»

Aquí hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitacion del celoso coronel.

Al siguiente dia la marquesa presentó á Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aquí siguió mas tranquila la historia de estos amores; y los que desean apurar las cosas hasta el fin, pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada, á pesar de que esta, mirada de cerca, á buena luz, y con anteojos, le pareció á aquel no tan bella, por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo; sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar estas sino una sencilla operacion, que era.... quitar-se los anteojos.

(Setiembre de 1825.)

LAS TIENDAS.

¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas mayores) lo que cuestan sus encajes sus cadenetas, randas y orandelas?
¿Quién las ciegas mudanzas de los trajes?

B. de Argensola.

ERAN las once en punto de la mañana, y yo no debia hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenia sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos á mi sabor. Encontrábame á la sazón en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba á mas no poder. Lánguido é indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa ya á una esquina ya á otra, y mientras nada hacia, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion y la variedad de nombres clásicos que denuncian á la posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si «para dormir no es menester luz,» para pensar tampoco se necesita estar en pie, y esto diciendo, enfilé por lo mas ancho la famosa calle Mayor, huyendo de los encontrados pasos de

diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos é importunos; y dejando á un lado las gradas de San Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, di fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos; quiero decir, que no habia mas gente en la tienda que ellos y yo, que entraba.

—Felices dias, señores.—Adios, señor don Tal, *le non ne fait pas a l'affaire*.—¿Cómo así tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin ó de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿qué es esto? vuelvo á decir: ¿qué soliloquio es este? ¿ha invadido el cólera morbo nuestra capital, ó ha dejado de venir el *Journal des Modes*? porque solo causas tan graves pudieran hacer á esas varas castellanas estar paradas á tales horas.—Es la verdad, me contestó el mas almirado, pero no hay que estrañar, pues en el Diario de hoy se hacen tales anuncios que habrán llamado la concurrencia hácia el Sur, hasta que desengañada por la milésima vez venga antes de una hora como de costumbre.

Y no habia acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta á una dama muy elegante seguida de su lacayo, y saludando con aire marcial á los jóvenes, que la contestaron con el nombre de marquesa, se sentó en un confidente, compisóse la mantilla mirándose al espejo que tenia en frente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil dijes y chucherías sacó algo arrugado el número 89 del *Petit Courier*. Entonces abrió un lenticito de oro, miró por encima de él, y leyó un rato; despues ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurin, volvió á leer, y pidió *gros-grains*.

—«No tenemos,» le contestó el mas próximo de los mancebos:—«¿Cómo que no?» interrumpió vivamente otro que desde el principio no habia quitado ojo del figurin. «¿No te acuerdas de aquella tela...» (Aquí bajó tanto la voz que no le pude oír).—«¡Ah! sí, es verdad,» le contestó el primero:—«Vé por ella.»

En efecto, entró en la trastienda, y del rincon de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento, sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador; la risita de los demas mancebos me dió á sospechar que si no era la prevenida en el número 89 de este año, podia muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener á mano una definicion académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas, preguntó el precio; los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó.... una tarjeta muy elegante con yo no sé cuántas armaduras y geroglíficos, que indicaba su título y señas de la habitacion, diciendo al mancebo principal que podria enviar por el importe el lunes; verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreirme de esta salida; y no bien se hubo marchado y mientras lo sentaban en el libro á continuacion de otros cinco ó seis partidas pendientes, di un poco de broma á los mancebos sobre el estreno que habian tenido; pero habiéndome explicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aun reíamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, estas en un interesante *negligé* y aquella en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda, y empezaron tal demanda de *rasos*, *gras de Nápoles*, *poplines*, *organdis*, *crespones*, *barés*, *moirés*, *patiacats*, *co-tepatis* y demas, que los cuatro mancebos eran potos

para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseñar muestras. Ellas entre sí armaron una algarabía singular: cuál se inclinaba á una tela, cuál á otra; esta se ponía un pañuelo al espejo y nos parecía muy bien, luego se le ponía la mamá y nos parecía muy mal; después disertaban sobre las cualidades; si aquel era mas fino que este, si este mas elegante que estotro,

«Si el tafetan de Florencia
»Abulta mas que el de España.»

Preguntaban de dónde eran aquellas telas; se les respondía que de *Lion*; y estaba yo viendo una punta no bien cortada que decía *Barcelona*; por fin apartaron no sé cuántas cosas y empezaron á pedir precios. Allí fue el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; después hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo á los mancebos que eran unos picarillos, que no hacían gracia á las parroquianas, con que los pobres iban ablandando un tanto cuanto; pero una severa mirada del mas mal encarado les impuso en su deber, y respondieron unánimes: — «No podemos;» — con lo cual se marcharon las damas y ellos se quedaron ocupados en volver á doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que á juzgar por su aire, sus modales y vestido, calificó desde luego de una gran persona; entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron á servirla, despejando el mostrador, no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quién era; dirigíme para el caso á uno de ellos, y no sin admiración supe que era la esposa de un empleado muy suhalterno á quien yo conozco; pero creció de todo punto mi asombro cuando habiéndome escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran al poco mas ó menos el sueldo de tres meses de su esposo), hecho lo cual, cargó de otras varias telas, que pagó tan generosamente y marchó dejándome en el mayor éxtasis; por fortuna una dama que había presenciado todo el paso me sacó de él diciéndome: — «Como luce la fulana las onzas que ganó antes de anoche en casa de... valiérala mas pagando al casero.»

Ya á la sazón ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que había venido á buscar un pedazo de percal como *la muestra*, y el mancebillo listo la hacia rabiar enseñándole piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada, si bien mejor recibida; por último concluyó con darla lo que pedía; ítem mas, con la galantería de no quererla cobrar el importe.

No bien se había acabado esta escena, empezó otra, en la cual tuve el honor de figurar, y fue la que produjo la entrada de cierta señora conocida mia, la cual me tomó por asesor de su gusto; yo, deseoso de darle la mejor idea del mio, nunca me inclinaba á lo peor; por otro lado era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda, así que, en fuerza de mis observaciones, le hice reunir una partidita mas que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuánto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué había yo de hacer! La ocasión no era para rechazada; volvíme á ella y la digo: — «Paquita no pase V. cuidado por ello, que está en tierra de amigos, y hallándose yo aquí...» — ¡Oh! no; ¡cómo tengo de permitir!... — Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace falta para arreglarlas un pequeño pico como ese. — En vano me replicó dulcemente; yo insistí con mas durezza, y dulcificando mas y mas nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó

los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos á domicilio.

La tienda entre tanto se iba llenando de gente, y eran tan rápidos los movimientos que no podía enterarme de ninguno; solo llamó mi atención una pareja jóven, tan exigua y acaramelada que no pude dudar que se hallaba todavía en el primer mes del matrimonio. Con efecto, era así, y un conocedor no podía menos de adivinarlo al ver las escesivas blondas, follajes y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galán. Por de pronto hizo sentar á la esposa con cierta solicitud que me dió á conocer sus esperanzas paternales; empezaron á pedir, y todo era poco para aquella exigencia de alfenique femenino, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ver ya hechos los trajes de aquellas brillantes telas, agotada la imaginación de las modistas en crear con ellas forma humana donde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

«Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.»

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirían mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso despedíme de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran mas que las once y media, me dirigí por el pronto á una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinqués; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demas asientos.

Queriendo emplear en algo el tiempo, pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron á aconsejarme el que debía tomar, alabarme su belleza, asegurarme que era igual al que llevaba el duque de... y en fin, á hacer los demas oficios propios del mercader; yo, que di poca importancia á sus expresiones, tomé el que me pareció, y aun estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que lo cogió en sus manos, empezó á blandirle y á probar su elasticidad con tal brio, que á los cinco minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fue á dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo; pero el dueño no lo permitió; después se levantaron todos y se pusieron á la puerta, y en entrando alguna señora, entraban detras, y haciendo los mismos elogios de todo lo que ponía en precio; con esto y con algunas palabras mas ó menos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante espresivo. En esto acertó á parar un coche delante de la tienda, y todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas, bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquella en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compas con la cabeza, pie y abanico, la niña en el extremo contrario hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien tenia todo el carácter de una verdadera conspiración. La mamá volvió rápidamente á buscar á la niña; pero ya esta había visto su movimiento en un espejo que tenia delante, y con la mayor sinceridad se puso á preguntar si estaba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del monasterio de Santa Amalverga.... ¡Oh inocencia digna de la edad media!... La mamá tuvo trabajo en persuadirla que era fingido, y el galán entre tanto probaba unos anteojos con disimulo,

no sin grave susto del amo de la casa que ya previa su próxima disolución.

Yo reía de veras de toda esta escena, y por tener un pretexto para dilatar mi permanencia, compré una lamparilla que servía de pedestal á Napoleon meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me dispuse á observar el desenlace: mas ¡oh fatalidad! estando en esto dieron las doce y tuve que echar á correr sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente ¿qué es lo que yo habia hecho en una hora? y no pudiendo menos de convenir con Moreto,

«Que de aquí para allí
Y de allí para aquí
De allá para acá
Y de acá para allá,
El tiempo se va.»

(Setiembre de 1832.)

EL BARBERO DE MADRID.

«Pronto á far ituso
la notte e il giorno,
sempre d' intorno
in giro stá.»

Aria de Figaro.

¿SABE V., señor público, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe V. que no todos los días están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme á una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío? A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligación de tenerles á tal ó tal hora determinada. Y no dígoles por el mio, pues este claro está que de suyo es apocado y exiguo, sino véolo en otros mayores y de marca imperial, de lo cual inliero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito, y repugna y rechaza los lazos que le sujetan.

Pero al fin y postre, y viniendo á mi asunto (puesto que maldita la gana tenga de ello), preciso será sentarme á escribir algo, si es que mañana he de responder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y.... Pero entiendo que antes de empezar á escribir, bueno será pensar sobre qué.... Así lo recomienda el célebre satírico frances:

«*avant donc que d'écrire apprenez á penser.*»

Mas no hay por qué detenerse en ello; sino imitar á tantos escritores del día que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los ju- mentos.

Repasemos mis memorias á ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nónes; pues señores, medrados quedamos.—(Aquí el *Curioso* da una fuerte palmada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo como el que piensa. La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis.)—Hola, maestro ¿es V.? me alegro, con eso hablará V. por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Figaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que aquel le retrató Beaumarchais, y á este le pinto yo; ¡no es nada la diferencia! Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla tambien; además de que ya lo han ofrecido, cantado y rezado y aun en danza, y nos lo sabemos de coro. Vaya otro barbero no tan sabio, no tan ingenioso, pero

mas del día; no vestido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo; no... pero en fin, maestro, cuéntenos V. su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

—Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo así que supe decir *amen*; de manera que con el señor cura, mis padres y yo componíamos todo el cabildo; en mi casa se tenía por cosa cierta que yo habia de llegar á ser fraile francisco, porque así lo habia soñado mi madre, y ya me hacían ir con el hábito y me enseñaban á rezar en latin; pero por mas que discurrían no podían sujetar mis travesuras. Ni en las vinajeras habia vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacia moverse, ni mas ni menos que si fuesen atacadas de perlesía. En suma; tanto me querían sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera á que me destinaban, que una mañana sin decir esta boca es mia, cogí el camino por lo mas ancho, y no paré hasta la carrera de San Francisco de esta heróica villa, en casa de un primo mio, y habiéndome dicho el nombre de la calle, di por realizado el ensueño de mi madre, y á mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirujía y llevaba dos años de asistencia al Colegio de San Carlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos; y era tan afecto á la anatomía, que se empeñó en diseccionar á su mujer. Así, que yo, luego que perdí el miedo á las terribles espressiones de *fisiología*, *higiene*, *terapéutica*, *sifilítico*, *obstetricia*, y otras así de que abundaban aquellos libretos que él traía entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesion; y por el pronto aprendí á afeitár, haciendo la esperiencia en un pobre de la esquiná á quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitár de *limosna*.

Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado además en el colegio, dejé á mi primo y me puse en otra barbería, donde habia una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo á practicar no sé qué esperiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algunos meses. En fin, salí como pude, y de la casa tambien, marchando á seguir en otra mis estudios, aunque por entonces me limité á la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años y de otros sucesos menores, me hallé con que sabia tanto como mi maestro, y que solo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un exámen y muy buenos maravedis, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me aflige en extremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal y cual enfermo *vergonzante* que suele caerme; y si no mirase al día de mañana, créame V. que la vida que llevó no es para deseár mudarla. Porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitár á algun otro aguador ó pañudero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio á asislar en clase de oyente, ó á ver mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que quitar de las manos de tal liada compradora, algunos cuartos que ofrecer á tal otra, ó alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los

estremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto en casa de una marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle ungientos y brehajes; en otra casa, el señor don Ceñon, que ha sido atacado del reuma, me obliga á ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Crispulo, el elegante, quiere que le corte los callos; y en la de una mas allá una niña me explica los síntomas de una enfermedad parecida á la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo.

Por todas partes ya se deja conocer que lueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir. Porque ella me entretiene con su sabrosa plática entretanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me auxilia vertiendo en la bacia, al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la estendida magra, ya la succulenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin entretiene mis envejecidas esperanzas, haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi exámen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo día.

Concluidas, por fin, mis operaciones matutinas, vuelvo á la tienda tan contento de mí, que no me trocaria por el mismo maestro: y con esto, y con asistir á alguna operacion quirúrgica, rasurar tal ó cual escotero, ó rasguear mi vihuela, se me pasa insensiblemente el día. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que cuidar, ó que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, ó entre responso y gemido, hago mis escapatorias á colgarme de la ventana de mi Dulcinea, á quien despierto con los tiernos acentos de mi voz. Hé aquí mi vida tal como pasa, y si V. conoce otra mejor, para mi santiguada, que yo no. —

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia á proseguir pensando en mi artículo, pero nada bueno me salia por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino esta y acordándome de la narracion de mi barbero, asaltóme la idea de que diciendo lo que él habló, tenia coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, si no de las mas limpias.

Hicelo en efecto así, y me fui á acostar muy satisfecho; mas no bien habia cerrado los ojos cuando un ruido extraño me despertó. Parecióme oír puntear una guitarra, y así era la verdad, que la punteaban del lado de la calle, mas diciendo como don Diego en el *Sí de las Niñas*: *Pobre gente, ¿quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música?* volvíme del otro lado con intencion de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca, con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

Aunque los males curo,
De las heridas,
Amor no me permite
Curar las mias.
Que sus saetas
Tienen mas poderio
Que mis recetas.

No me pareció del todo mal el concepto barberil, y por ver si continuaba ó yo me habia equivocado, dejéle echar el preludio de la segunda copla, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba á la ventana á pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el preludio, y la voz volvió á cantar:

Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,

Para oír los suspiros
De quien te adora.
Depon el miedo,
Que todo el mundo duerme
Menos tu Pedro.

—Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de V. no me lo permite (digo con voz gutural asomándome á la ventana). ¿Páresele á V. que aqui somos de piedra como el guardacanton de la esquina? ¿ó qué horas son estas para venir á alborotar el barbero? Por mi fé, señor Monaguillo Parlanchin, que así vuelva V. á tomar mi barba como ahora lueven lechugas, y que la Maritornes que está á mi espalda no le tornará á colar mas chorizos en la bacia. —

Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fui á acostar. Pero á la mañana siguiente se me presentó el compungido galán; luego la trasnochada dama, y jugándola ambos de personajes de comedia, se pusieron á mis pies pidiéndome licencia por matrimoniar. ¿Qué habia yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* ó *romántico*; alcélos con gravedad, y despues de un corto y mal dirigido sermón, les dispensé mi venia; ítem mas; me ofreci al padrínazgo y aun á completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.

(Setiembre de 1832.)

LAS FERIAS.

«Ferias me pide por mayo,
y para pediras Menga
cada dia es San Miguel
y todo el año son ferias»
Esquilache.

Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa á cambio de cortesías; quien paga su amor á precio de cuatro suspiros; dos *ergos* y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos: la desdicha suele á veces comprar el talento, y el talento cambiarse por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educacion, y la figura corre en ocasiones á mas subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, suele adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es *el dinero*; con ella se logran las comodidades, los halagos, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y hasta la hermosura física. —

—Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofia, y aun no sé si diga de tanta sutileza. ¿Hombre de Barrabás! ¿adónde va V. á parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algun manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aquí solo hablamos de lo que pasa en tiempo de *feria*: ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en mas rápida accion todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará á un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarnos unos á otros.

—Váya, déjese V. de ojos y panoramas, y supuestoque ha llegado á Madrid en la temporada de feria, sepa ante todas cosas que la de esta villa, que empieza el día de San Mateo, 21 de setiembre, fue concedida por privilegio del rey don Juan el II en 8 de abril

de 1447, y que esta feria, que llega hasta el día de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince días, se han reunido en una, que concluye en 4 de octubre, y hé aquí sin duda la razón de que aun hoy se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos.—Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudición histórica, aunque si va á decir verdad, no le encuentro mas oportuno que mi exordio filosófico.—Tiene V. razón, señor Provinciano, pero por algo habíamos de empezar á hablar.—

Aquí llamamos los dos y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que pasando por la calle de Atocha:—Venga V. acá (dige al Provinciano), que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era así, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto, dejaban ver, aunque en modesta prendería, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como á todo nos contestase la mujer que los vendía:—«Estó se da en tanto, y ha costado cuánto hace seis meses;»—entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina había obligado á su dueño á desprenderse de ellos, á lo cual nos satisfizo la prendera, diciéndonos que pertenecían á una cantatriz italiana que había concluido su contrata: estando en esto vimos llegar á una jóven acompañada de un caballero que los puso todos en precio; y al ver su resolución, sus modales, y mas que todo la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquella empezaba entonces su *contrata*, aunque de distinto género.

Mas allá, en otro gran depósito, observamos una colección de catres de todos los gustos desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba á la escuela, sin que en las distintas *exposiciones* que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuánto, y no en aquel momento, mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo á su pueblo para regalárselo á cierta sobrina casadera, y hé aquí que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aun de la séptima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes sérios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanación!... en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decía: «Al Escelentísimo Sr. Marques de la Ensenada, Ministro de S. M. Fernando VI...» ¡y yo la compré para llevarla á los bailes de Carnaval!...

Pero nada nos entretiene tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados que parecían la verdadera elígie del retablo de Maese Pedro despues de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr., uno que dejamos á la derecha en la calle de la Magdalena, consistía ni mas ni menos en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orín, seis alcarrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada á la pared, hasta unos seis ó siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja; y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó á colmar nuestro asombro un hombre que despues de haberlo considerado todo detenidamente lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas. No pude contenerme, y sin mas preámbulos me determiné á preguntarle para qué podría servirle todo aquello, á lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó:—«Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-Maria; desde entonces voy aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficien-

tes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Así que vi este puesto, consideré que la media tinaja podía servirme para el fogón, el espejo para la claraboya de la escudera, las puertas rotas para ventanas, la escopeta para el cañon de la chimenea, las alcarrazas para bajadas de aguas, los clavos para los adornos, menos uno que servirá de badajo á la campanilla, y la rodela agujereada para tronera de la cueva. Con que ya Vds. ven que todo puede servir en este mundo.»—

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino á distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atención de los inteligentes. Allí era el verlos considerar las pinturas largo rato y á todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (despues de haber leído la firma que estaba al pie), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demas retahíla de voces científicas. El hombre que los vendía no estaba tan al corriente como ellos; así que, para él era el mejor el que tenía mejor marco, con lo cual mis aficionados le fueron llevando los buenos por poco dinero, y dejándole una colección de brillantes mamarrachos. Parado estaba yo delante de un retrato muy parecido, de cierta señora bien conocida por su belleza, y no pude menos de escandalizarme de que viviendo todavía, y aun durante su buena época, se la hiciesen ya los honores de la feria. El mismo asombro causaba en todos los que la veían, hasta que habiéndolo verificado un jóven que acertó á pasar, manifestó con tales veras su descontento, que no pudimos menos de sospechar que fuese uno de sus adoradores; y tomando un aire de reto, preguntó: ¿quién vendía aquel cuadro? contestósele que el pintor, como propiedad suya, por no habérsele pagado despues de mandárselo hacer: á lo cual mi galán algo abochornado lo rescató sin reperar en el precio; y solo exclamó:

«¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!» con lo demas que se sigue; mientras nosotros quedamos riendo del epigrama del pintor.

Mas en ninguna parte bullía tanta multitud ni se reproducían mas escenas que alrededor de los puestos de libros, y no hay necesidad de decir que el Provinciano y yo, como aficionados, tardamos poco en engolfarnos en ellos. Y mientras cogíamos este, abríamos aquel, hojeábamos el otro, ó tirábamos el de mas allá, no podían menos de distraer nuestra atención algunos de los episodios que pasaban á nuestro lado; por ejemplo: llegó un pedanton de estos que hablan poco y gesticulan mucho; de estos que todo lo desprecian y que nada hacen; de estos, en fin, que se suponen superiores al mundo entero, porque el mundo entero no se ha querido tomar el trabajo de desmentirles; coló sus anteojos, apartó á todo el mundo, pidió un libro en griego y otro en alemán; pero mientras le contemplábamos con gran respeto, no pudimos menos de observar que estaba muy entretenido en mirar las láminas, sin hacer la menor seña de entender el texto. Otros estaban con la nariz en el suelo rebuscando en el monton de artes de Cocina, Formularios, Guías atrasadas, Bertoldos, Soledades y Secretos raros, que se daban á cuatro reales chico con grande; y todos alargaban la mano á un tomo del Diccionario de M... porque tenía un forro muy bonito, y luego en leyendo la portada soltábanle, ni mas ni menos que si se hubieran quemado los dedos; ¡Oh, y cuántas producciones clásicas de nuestros días, cuyos recientes anuncios ablandan aun las esquinas de la capital, yacían en aquel *osario* heridas de prematura y no sospechada muerte! Allí las novísimas Historias y Compendios abreviados; allí los Retratos y Discursos; allí las sensibles parejas Fulano y Zutana; los Amantes desgraciados, y los dichosos; los Castillos góticos; los Espectros y Fantasmas cu

galería; los Artes para todo que de nada sirven, los Tratados breves, las Memorias y Folletos, las Enciclopedias que pueden ir en carta, las traducciones, las imitaciones, las refundiciones, las visiones y las aberraciones. ¿Quién al mirar tal destrozo no habia de temblar por sí? Yo al menos hice mis *Mementos*, y por sí tambien me alcanzaba el castigo, exclamé con fervor: « ¡ *Domine, peccavi, miserere mei!* »

Apartámonos de aquel sitio, y llegamos á la plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de las ferias de Madrid, y hoy destinado á mas terribles escenas. Intentando atravesarla, fuimos detenidos por una mul-

titud de curiosos apiñados en rededor de una máquina óptica, dirigida por un ciego con un tamborcillo, que enseñaba por dos cuartos *tutti li mondi*. Y al pasar á su lado hirieron mis oídos estas voces, interrumpidas por el tamborcillo: — « *Tan tan...* Ahora van Vds. á ver la gran calle de Alcalá en tiempo de ferias. » —

Paréme un poco, y consultando con el amigo, convinimos en que si habíamos de atravesar todo Madrid para verla, era mas cómodo mirarla pintada por dos cuartos: pagámoslos, aplicamos la vista al cristalejo, y el ciego empezó á decir:



« Aquí verán Vds. qué grande y qué hermosa es esta calle de Alcalá, y la multitud de puestos y almacenes ambulantes que la adornan: *tan tan...* »

Van Vds. á ver la famosa feria de Madrid.... Avelanas y nueces, dominguillos y cortejos... *tan tan...*

Miren Vds. cuántos muebles, clicos y grandes, malos y buenos, nuevos y viejos; pues todos sirven, aunque no sea mas que de estorbo... *tan tan...*

¡ Cuántos muñecos parados y cuántos que andan, y qué tiernos y qué delicados!... *tan tan...*

¡ Cuántas muchachas, figuritas de barro, y cuántas de carne y hueso. ¡ Ay, y qué pintaditas y qué compuestitas!... *tan tan...*

¡ Cuántos platos y pucheros, y qué poco que comer, cuántos servicios, y qué pocos méritos; cuántos libros, y qué pocos que lean!... *tan tan...*

Miren Vds. qué apretones, y qué confusiones, y qué resbalones, y qué te... entones... *tan tan...*

Observen Vds. ahí á la derecha, conforme vamos, qué pareja tan acaramelada, seguida por un criado; pues ese que va detras no es el criado, que es el marido... *tan tan...*

Veán Vds. qué elegante va esa niña, y cuántas blondas y cuánto raso; pues su trabajo le ha costado el ganarlo, que á su padre no... *tan tan...*

Atención; miren Vds. esos lechuguinos que siguen esas niñas; ¡ ay, que se paran delante de las mesas á ver los muñecos! y ellos tambien se paran en frente: — « ¿ Qué queréis hijas mías? — Ay, mamá, lérienos V. un muñequito... » *tan tan...*

A esotro lado vean Vds. un militar buen mozo, que se estira los bigotes; y cómo le gustan los de ese pim-

pollo que va delante, y la llega al oído y la dice: Mi alma, ¿ quiere V. que la ferie? » y ella dice: « ¿ Y por qué no? » Y la compra avelanas y azofaifas, y aceros, y nueces, y... ¡ ay pobrecito, mira no te ferie ella á tí!... *tan tan...*

Veán Vds. esotro elegante que hace parar un coche, y les alarga á los niños que van dentro tantos juguetes... pues no es por ellos, que es por la mamá, que no hay como adorar al santo por la peana... *tan tan...* »

Vamos, señores, que se va haciendo tarde: ¿ he dicho algo? pues aun queda lo mejor; pero otro día será; esto se acabó, y la feria tambien; hagan Vds. cuenta que llegamos al día de San Francisco... *tan tan...* »

Y tapó el cristalejo y nos dejó á buenas noches.

(Octubre de 1852.)

GRANDEZA Y MISERIA.

« No son todas las leyes generales, que muchas excepciones hay en ellas, ni las cosas del mundo son iguales. »

(L. de Argensola.)

HALLÁNDOME en Zaragoza durante mi primera juventud contraje amistad íntima con el hijo del marques de... jóven amable, franco y bullicioso, como yo lo era tambien entonces, y como me pesa no serlo ahora: nuestras relaciones no eran de aquellas super-

ficiales que las circunstancias ó la casualidad suelen combinar, antes bien tenían el carácter de una verdadera amistad; así que, viviendo juntos, y no separándonos ni en aquellos ratos que dedicábamos al estudio (que eran los menos), ni en los que dábamos á la distracción y los placeres (que eran los mas), llegamos á ser citados en la ciudad como modelo de amistosa fidelidad.

Ricardo (que así se llamaba el hijo del marques) unia á una bella figura la elegancia en el vestir, la destreza en la esgrima y en la danza, y la bizarría para dominar un alazan, con lo cual era tenido por el primer caballero de la ciudad; pero al mismo tiempo (preciso es confesarlo) los estudios de Ricardo se habían limitado á esto solo; y los maestros de filosofía, de ciencias y de idiomas no tenían los motivos de alabanza que los de equitación y de baile. En vano procuraba yo hacerle sentir lo equivocado de su conducta, la obligación en que su elevada cuna le ponía de adquirir una instrucción poco común; hablábale de la necesidad de corresponder á su noble apellido; los graves cargos y responsabilidades que algún día pesarian sobre sus hombros; y le ponía delante la consideración de que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra. Todo esto lo escuchaba con la bondad natural de su carácter; pero la adulación llegaba muy pronto á destruir mi obra, y no faltaban lábios fementidos que le hacían creer que el estudio no era ocupación digna de un caballero, y sí solo de aquellos que le necesitan para elevarse; que supuesto que él era ya marques y poderoso, de nada mas necesitaba; que se dejase de cálculos y de vigiliias, y solo se ejercitase en aquellos juegos propios del valor ó de la destreza, que tan bien sientan en las personas bien nacidas; con lo cual, y la aprobacion de unos ojos negros, seducian al pobre marques en términos, que hube de dejar á que el tiempo obrase lo que yo no podía.

Desde entonces nuestra casa fue la mansion de la disipacion y de los placeres: los festines, las músicas, las partidas de caza se reproducian sin cesar; las damas mas bellas de Zaragoza se disputaban los favores del señorito; los jóvenes imitaban sus modales y vestido: las modas de París y de Londres, los coches de Bruselas, los caballos normandos, todo le era presentado por diestros corredores que hallaban el secreto de cuadruplicar su valor; y sin haber salido de Zaragoza, afectaba ya los usos de un *fashionable* de Londres; y hablaba mal de nuestras cosas, con lo cual, y fiándose de mercaderes extranjeros, muy pronto se vió asaltado de acreedores y chalanos.

La suerte me separó por entonces de mi amigo, y durante mi larga ausencia recibí algunas cartas suyas en que manifestaba sus ahogos y compromisos, que llegaron al extremo; pero la muerte de su padre vino á poner término á ellos, y el nuevo marques, al noticiármela al mismo tiempo que su casamiento con una señora de su misma clase, me manifestaba que había variado de vida, arreglado sus negocios, y establecido un plan conveniente para lo sucesivo. Poco despues me escribió su marcha á la corte, adonde le llamaban sus deseos hacia muchos años, y desde entonces nada volví á saber de él; hasta que habiendo venido yo á Madrid le visité como á un amigo antiguo; pero ya no encontré aquel Ricardo compañero de mis primeros años, sino al marques de... uno de los hombres mas visibles de la corte, y cuyo tren y magnificencia oia ponderar por todas partes. Recibíome con atención, pero sin cordialidad: me enseñó con una distracción afectada su palacio, sus elegantes adornos, su jardín, sus caballos y carrozas, y aun me presentó á la marquesa como un amigo de su niñez; pero en todos sus modales noté una reserva, una pretension, que me obligó á mantenerme á cierta distancia, sin que ni él ni yo parecíamos acordarnos de nuestra antigua familiaridad.

Sentilo ciertamente, aunque no tanto como si le hubiera necesitado; pero me propuse no volver á visitarle, y en este estado se corrieron algunos años, hasta que dias pasados atravesando la calle de Alcalá me oí llamar desde un coche y conocí al marques, mi antiguo camarada: no dejó de sorprenderme esta demostracion; pero aun mas me sorprendieron sus instancias para que al siguiente martes le acompañase á almorzar, por tener, segun dijo, que consultar conmigo cosas del mayor interes; y sin dejarme acción para producir mis excusas, me hizo darle palabra terminante.

Llegado el martes me encaminé á casa del marques, preparando de antemano mi amor propio contra todo evento. Entré en el portalon, y á fuer del precepto de *Nadie pase sin hablar al portero*, escrito en enormes caracteres sobre la pequeña casilla de este, me dirigí á él para darle mi nombre, pero fue en vano, porque el buen inválido prosiguió en su ocupacion, que era enseñar el ejercicio á un perro de aguas; bien es la verdad que con la mano me indicó gravemente la escalera. Pero el diablo y mi poca memoria hizo que entrase por la primera puerta que encontré, donde vi tres hombres al rededor de una mesa que jugaban á los naipes, y sin alzar los ojos á mí, ni informarse de á quién buscaba, tiraron de una cuerda desde su asiento, y abrieron una mampara que daba entrada á un salon cubierto de dobles filas de bufetes, todos ocupados por varios caballeros.

Disputaban á la sazón fuertemente sobre si eran ocho ó nueve mil duros, si se contaba desde tal ó tal mes, y otras condiciones, con lo cual no dudé que se trataba de algun arrendamiento de las posesiones del marques; pero el nombre de una artista italiana que pronunciaron me hizo caer en la cuenta de que su conversacion era cosa de interes público. No la interrumpieron por mí llegada, antes bien me hicieron partícipe de ella, hasta que habiéndose enterado de mi deseo de ver á S. E., y de la equivocacion que me había hecho entrar en las oficinas, uno de ellos tuvo la bondad de acompañarme para ir á buscar otra escalera, lo cual hicimos atravesando unas cuantas salas todas igualmente ocupadas por la anterior, y sobre cuyas puertas había varios rótulos, como *Secretaria*, *Contaduría*, *Archivo*, *Tesorería*, etc., etc.

Las ocupaciones de aquellos señores eran varias: cuál se adiestraba en hacer rúbricas y letras góticas; cuál leía la Gaceta con los codos sobre el bufete y meneando los lábios; quién tomaba el sol cerca de una ventana; quién dormía en un sillón con las manos metidas en los bolsillos del pantalon; y luego entraron los porteros y traian sendas botellas y vasos, acompañados de panecillos, con lo cual todos se apresuraron á tomar *las once* para cobrar nuevas fuerzas con que servir á S. E.

Compadecíme del marques, á quien una antigua preocupacion obligaba á mantener aquella cohorte, y subí á la habitacion principal. No había nadie en ella; atravesé la segunda sala en la misma soledad; pero á la tercera me encontré con un grupo de lacayos que me hicieron aguardar hasta que llegase el *portero de estrados*: pareció este al cabo de buen rato con toda la autoridad de un conserje, y dudando de pasar á tal hora recado á S. E.; díjele que era llamado; y entonces, sin dejar de mirarme de arriba abajo con una curiosidad desconfiada, envió á llamar á un ayuda de cámara, el cual me dirigió á otro, y este á otro que me hizo dar con el *secretario particular*, quien ya tenía antecedentes de mi visita.

Abrióse por fin la mampara que ocultaba á S. E., y entrando en el gabinete me encontré al marques que acababa de dejar el lecho y se había recostado en él sóla por precaucion para no fatigarse, mientras se entretenía en formar varias figuras con pedacitos de marfil pintados. No bien me vió, tiró todas las fichas y

corrió á abrazarme, en lo cual, y en su espression amable y sincera, volví á reconocer á mi amigo Ricardo; los criados dispusieron el almuerzo, y al concluir de él cogíome el marques del brazo, y descendimos al jardín, donde empezó la conversacion de esta manera.

— «Sin duda, amigo mio, que mi proceder te habrá parecido extraño, ya por la pasada indiferencia, ya por la cordialidad presente, y no dejo de confesar que en efecto lo es.

— Ni yo debo ocultarte que me ha sorprendido tu llamada mas que tu indiferencia, pues conozco muy bien que el aire de la grandeza no sienta bien con la franqueza de la amistad.

— Sin embargo, yo no debí olvidar la nuestra; mas por desgracia no es el remordimiento que debía inspirarme mi proceder contigo lo que me hace recurrir á tu amistad, es mas bien un sentimiento de egoismo.

— ¿Cómo?

— Sí, amigo mio, necesito de tí.

— ¿De mí? ¿y en qué puedo yo servir al poderoso marques de?....

— ¡Poderoso!... ¡ay!... no lo soy, pero aunque lo fuera, siempre me serian oportunos los consejos de un amigo verdadero: juzga tú cuánto mas necesarios me serán en la desgracia.

— Habla, mi querido marques; si mi amistad puede aliviarte en algo, desahógate con tu mejor amigo.

Un momento de silencio y un estrecho abrazo del marques interrumpieron por algunos instantes nuestro diálogo.

— Ya te acordarás (continuó) de que á poco tiempo de tu salida de Zaragoza heredé por muerte de mi padre los títulos y rentas de mi casa, con lo cual y mi casamiento traté de mudar enteramente la conducta que hasta allí habia seguido. Empecé, pues, por arreglar mis negocios, y yo mismo me asomé de los inmensos sacrificios que mi pasada disipacion me ocasionaba; pero dueño de una fortuna cuya renta anual se eleva á dos millones de reales, me costó poco trabajo el cubrir aquellos, y aun me lisonjé de comprar con ellos mi escarmiento. Mas mi vecida á Madrid, con objeto de entrar en palacio, llegó á reproducir mis ideas favoritas de ostentacion, y á lanzarme de nuevo en el gran mundo: mis rentas al principio bastaban á todo, y aun me parecia imposible que el capricho me hiciera inventar medios bastantes á consumirlas; pero ¡ay de mí! ¿cómo me engañé! ¿Querrás creerlo, mi buen amigo? Tú ves mi casa, mi tren y mis criados; oyes sin duda hablar de mis funciones y festines; considérame el mortal mas feliz de la tierra; crees que la abundancia reina en torno de mí: sí, amigo mio, reina, pero es para los que me rodean; el mas miserable de mis colonos es mas feliz y mas poderoso que yo.

— Creo haberlo adivinado.

— ¿Ves esa legion de criados que pueblan mi casa y mis dependencias? pues de nada me sirven, mientras que mis rentas les sirven á ellos para gozar una vida regulada. ¿Miras ese secretario que me manifiesta tanto interes y afeccion? Pues ese publica mis debilidades, desacredita mi conducta, y me impide con sus consejos caminar al arreglo de mi casa. ¿Ese mayor-domo tan fiel, tan desinteresado, que á una ligera insinuacion mia corre á buscarme fondos con que satisfacer mis invencibles caprichos? Pues ese me presta á un interes enorme los productos de mis mismas posesiones. ¿Esos administradores avaros que hacen que los tristes colonos maldigan mi nombre bajo el cual se ven acosados sin piedad? Pues esos son otros tantos señores con quienes yo mismo tengo que transigir para cobrar lo que quieren pagarme. ¿Esos ayudas de cámara que se inclinan á mi paso con el mas profundo respeto? Pues míralos un momento despues; veráslos vestidos con mi ropa, parodiando mis acciones, exagerando mis vicios, y haciéndome el juguete de sus ma-

las lenguas: por último, mis haciendas, mis rentas, mis casas, mis salones, mis graneros, mi cocina, mis cuadras, todo es presa de esas plantas parásitas que se alimentan de lo que es mio, sin que pueda yo evitarlo por no chocar con la costumbre y aun con las ideas que recibí en la educacion. —

— Pero al menos (le repliqué yo) tienes el consuelo de que tu casa sea citada como el modelo de la buena sociedad, y que todo el mundo te envidie y ensalce tu ostentacion.

— ¿Y qué me sirve este concepto equivocado? Esa turba de aduladores y de egoistas que me aplauden ¿me ofrece acaso un amigo sincero y desinteresado con quien desahogar mi corazon? Mi esposa misma y mis hijos alejados de mí por la etiqueta y el buen tono, ¿me brindan por ventura las caricias y la afeccion que encuentra en los suyos hasta el mas infeliz artesano? Mis enormes rentas, ¿me permiten disponer á cualquier hora de una cantidad, por mínima que sea? ¿No he vendido ya mis fincas libres, gravado enormemente las vinculadas, acudido á los usureros, que primero me prestaban sobre mi palabra, luego sobre mi firma, despues sobre alhajas y posesiones, y á falta de estas han llegado á no prestarme por nada? Los criados me piden sus sueldos, mi muger su dote, mis hijos su fortuna, y la memoria de mis abuelos el lustre de su nombre. ¡Qué hacer, mi querido amigo, en tal ahogo, ni cómo remediar tamaños males!

— Con la filosofia y la virtud, mi querido marques. Tú hubieras evitado tal abismo, si siguiendo mis consejos hubieras cultivado tu buen carácter en la educacion, y dado á tus inclinaciones el giro conveniente: el ocio, causa de todos tus desastres, te hubiera parecido insoportable, y para evitarle hubieras buscado mil recursos que tu fortuna te permitia: los viajes útiles, las empresas nobles, el deseo de verdadera gloria, que en otros paises, y en nuestra misma España, ostentan varios de tu ilustre clase, no desdeñándose de proteger la industria, cultivar las artes y las letras, ó brillar en el campo del honor. Pero quisiste mas bien formarte para la holganza, y te rodeaste de una córte de holgazanes; quisiste servirte de ellos, y ellos se han servido de tí; pensaste no necesitar de nadie, y no reflexionabas que un hombre inútil necesita de todo el mundo. Pero en fin, mi querido Ricardo, todavía estás á tiempo; por fortuna tu corazon ha sufrido sin dañarse tamaño combate; pero tu debilidad no te permite permanecer en el puesto para sufrir nuevas asechanzas. Huye, pues, de este centro de corrupcion y de placeres; huye, y en tu apacible quinta de las orillas del Ebro, lejos de la disipacion y del bullicio, encontrarás la paz del alma, que solo puede proporcionar una conciencia tranquila. Tus rentas, bien distribuidas, sirvan despues de satisfacer tus empeños, á proteger al genio y al trabajo; tu casa, purgada de bajos aduladores, sea el asilo de la franqueza y de la honradez; tus hijos, educados bajo otros principios que tú, aprendan de tu boca las desgracias que el ocio proporciona; tu esposa, compañera de tu prosperidad, ayúdete á remediar tu desgracia; y tus súbditos mirándote de cerca, lleguen á conocerte y amarte... Huye, mi querido Ricardo, muéstrate hombre una vez... —

Un nuevo abrazo, interrumpido con los sollozos del marques, puso fin á esta vehemente conversacion...

Quince dias despues he recibido una carta de mi amigo, fecha en su quinta cerca de Zaragoza, y su contenido me proporciona el placer de pensar que no han sido inútiles mis consejos.

(Octubre de 1852.)

EL CAMPO SANTO. (*)

«No se engañe nadie, no, pensando que ha de durar lo que espera, mas que duró lo que vivió, porque todo ha de pasar por tal manera.»

Jorje Manrique.

Muy pocos serán (hablo solo de aquellos seres dotados de sensibilidad y reflexion) los que no hayan experimentado la verdad del dicho de que *la tristeza tiene su voluptuosidad*. Con efecto; quién no conoce aquella dulce melancolía, aquella abnegacion de uno mismo que nos inclina en ocasiones á hacernos saborear nuestras mismas penas, midiendo grado por grado toda su estension, y como deteniendonos en cada uno para mejor contemplar su inmensidad? ¡Cuán extraño es en aquel momento el hombre á todo lo que le rodea! ¡cuál busca en su imaginacion la sola compañía que necesita! ¡y cuál, en fin, elevando al cielo su alma, encuentra en él el único consuelo á sus desventuras! Huyendo entonces el bullicio del mundo, quiere los campos, y su triste soledad le halaga mas que la agitacion y la alegría.

Tal era el estado de mi espíritu una mañana en que tristes pensamientos me habian obligado á dejar el lecho. Acompañado de mi sola imaginacion, me dirigí fuera de la villa, adonde mas libremente pudiese entregar al viento mis suspiros; una doble fila de árboles que seguí corto rato desde la puerta de los Pozos, me condujo al sitio en que se divide el camino en varias direcciones, y habiendo herido mi vista la modesta cúpula de la capilla que preside al recinto de la muerte, torcí maquinalmente el paso por la vereda que conduce á aquel. A medida que me alejaba del camino real iba dejando de oír el confuso ruido de los carros y caminantes que hasta allí habian interrumpido mis reflexiones, y un profundo silencio sucedía á aquella animacion. Sin embargo, un impulso irresistible me hacia continuar el camino, deteniéndome solo un instante para saludar á la cruz que ví delante de la puerta; pero esta se hallaba cerrada, y nadie parecia al rededor; fuertes eran mis deseos de llamar; mas ¿cómo osar llamar en la morada de los muertos?...

Desistía ya de mi proyecto, apoyado sobre la puerta, cuando una pequeña inclinacion de esta me dió á conocer que no estaba cerrada; continué entonces el impulso, y girando sobre sus goznes me dejó ver el *Campo Santo*.

Entré, no sin pavor, en aquella terrible morada: atravesé el primer patio, y me dirigí á la iglesia que veía en frente, mirando á todas partes por si descubria alguno de los encargados del cementerio; pero á nadie ví, y mientras hice mi breve oracion tuve lugar para cerciorarme de que nadie sino yo respiraba en aquel sitio. Volví á salir de la iglesia á uno de los seis grandes patios de que consta el cementerio, y siguiendo á lo largo de sus paredes, iba leyendo las lápidas é inscripciones colocadas sobre los nichos, al mismo tiempo que mis pies pisaban la arena que cubre las sepulturas de la multitud.

Esta consideracion, la soledad absoluta del lugar, y el ruido de mis suspiros, que repetía el eco en los otros patios, me llenaban de pavor, que subia de todo punto cuando leía entre los epitafios el nombre de alguno de mis amigos, ó de aquellas personas á quienes ví brillar en el mundo.

—¡Y qué! decía yo; ¿será posible que aquí, donde así parecer estoy solo, me encuentre rodeado de un

(*) El suceso á que se refiere este discurso es exacto; las personas y palabras tambien, segun todo me lo reproduce mi memoria aun despues de algunos años.

pueblo numeroso, de magnates distinguidos, de hombres virtuosos, de criminales y desgraciados, de las gracias de la juventud, de los encantos de la belleza y la gloria de saber? *«Aquí yace el excelentísimo señor duque de...»* ¿Será verdad?

«Al que de un pueblo ante sus pies rendido
Vi aclamado, en la casa de la muerte
Le hallo ya entre sus siervos confundido.»

¿Pero qué miro? ¿Tú tambien, bella Matilde, robada á la sociedad á los quince años, cuando formabas sus mayores esperanzas? ¿Y tú, desgraciado Anselmo, á quien el mundo pagó tan mal tus nobles trabajos y fatigas por su bienestar?... ¿Mas de qué sirven todos esos títulos y honores que ostenta esa lápida, para quien ya es un monton de tierra?... ¡Adulacion, adulacion por todas partes!... *«Aquí yace don... arrebatado por una enfermedad á los 87 años...»* ¡Lisonjeros! escuchad á Montaigne, y él os dirá que á cierta edad no se muere mas que de la muerte... Pero allí veo sobre una lápida un genio apagando una antorcha; sin duda uno de nuestros hombres grandes... ¡Insensato! un hombre oscuro; ¿ni cómo podia ser otra cosa? El cementerio es moderno, y en el día escasean mucho los hombres verdaderamente ilustres, ó no se entierran en su patria... Y si no; dónde se hallan Isla, Cienfuegos, Melendez, Moratin?... Si acaso nos queda alguno, busquémosle en el suelo, en las sepulturas de la multitud.

Pero entremos á otro patio, por ver si se encuentra alguien... nadie... la misma soledad, la misma monotonía; ni un solo árbol que sombreé los sepulcros, ni un solo epitafio que espese un concepto profundo; el nombre, la patria, la edad y el día de la muerte, y nada mas... y de este otro lado aun no está lleno... Multitud de nichos abiertos que parecen amenazar á la generacion actual... ¡Cielos! acaso yo... en este... pero ¿qué miro? ¿aquel bulto que diviso en el ángulo del patio no es un hombre que iguala la tierra con su azada?... Sí, corro á hablarle.

—Buenos dias, amigo.

—«Buenos dias,» me contestó el mozo como sorprendido de ver allí á un viviente. «¿Qué queria V.?» añadió con el aire de un hombre acostumbrado á no hacer tal pregunta.

—Nada, buen amigo; queria visitar el cementerio.

—Si no es mas que eso, véale V.; pero algo mas será.

—No, nada mas; ¿acaso tiene algo de particular esta visita?

—Y tanto como tiene. ¡Ay señor! nuestros difuntos no pueden quejarse de que el llanto de sus padres venga á turbar su reposo.

Esta espresion natural, salida de la boca de un sepulturero, me hizo reflexionar seriamente sobre esta indiferencia que tanto chocha en nuestras costumbres.

—¡Qué quiere V.! contesté al sepulturero, todavía no se ha desterrado la preocupacion general contra los cementerios.

—A la verdad que es sin razon, pues ya conoce V., caballero, cuánto mejor están aquí los cuerpos que en las iglesias; esta ventilacion, esta limpieza, este orden... recorra V. todos los patios, no encontrará ni una mala yerba, pues Francisco y yo tenemos cuidado de arrancarlas; no verá una lápida ni letrero que no esté muy cuidado; ni en fin, nada que pueda repugnar á la vista; mas por lo que hace á las gentes, esto no lo ven sino una vez al año, y es en el primer día de noviembre; pero entonces, como dice el señor cura, valia mas que no lo vieran, pues la mayor parte vienen mas por paseó que por devocion, y mas preparados á los banquetes y algazara de aquel día, que á implorar al cielo por el alma de los suyos.—

Admirado estaba yo del lenguaje del buen José, que así se llamaba el sepulturero; y así fue que le rogué me enseñase lo que hubiese de curioso en el cementerio; seguimos, pues, por todos los patios, haciendo alto de tiempo en tiempo para contemplar tal ó cual nicho mas notable; y después llegamos á un sitio donde habia varias zanjus abiertas, y en una de ellas...

—«¡Qué lástima! me dijo José: yo nunca reparo en los que vienen; hoy he sepultado seis, y apenas podré decir si eran mujeres ú hombres; pero esta pobrecita, ¡qué buena moza!...» y urgando con su azada me dejó ver una mujer como de veinte años, jóven, hermosa, y atravesado el pecho con un puñal por su bárbaro amante... Volví horrorizado la vista, y mientras tanto José repetía:

—«¡Ay Dios mio! ¡libreme Dios de un mal pensamiento!»

Esta exclamacion enérgica me hizo reparar en mis cadenas y reloj, y por primera vez temblé por mi al encontrarme en aquel sitio y soledad al borde de una zanja y un sepulturero al lado con el azadon sobre el hombro.

Sin embargo, la probidad de José estaba á prueba de tentaciones, y asegurado por ella me atreví á declarararle un deseo que me instaba fuertemente desde que entré en el cementerio: este deseo era el encontrar la sepultura de mi padre...

—¿Cómo se llamaba?

—Don...

—¿En qué año murió?

—En 1820.

—¿Ha pagado V. renuevo?

—No; ni nadie me lo ha pedido.—Pues entonces es de temer que haya sido sacado del nicho para pasar al depósito general.

—¿Cómo?—Si señor, porque no pagando el renuevo del precio del nicho cada cuatro años, se saca el cuerpo.

—¿Y por qué no se me ha informado de ello?

—Sin embargo, no se lleva con gran rigor, y acaso puede que... pero entremos en la capilla y veremos los registros.

En efecto, así lo hicimos, pasamos á la pieza de sacristía, sacó el libro de entradas del cementerio, abrió al año de 20 y leyó: «Día 3 de enero; don... número 261.»

Un temblor involuntario me sobrecogió en este momento; salimos precipitados con el libro en la mano, buscamos el número del nicho... ¡Oh Dios! ¡oh padre mio! Ya no estabas allí... otro cuerpo habia sustituido el tuyo; ¡y tu hijo, á quien tú legastes tus bienes y tu buen nombre, se veía privado por una ignorancia reprensible del consuelo de derramar sus lágrimas sobre tu tumba!... Entonces José, llevándome á otro patio bajo de cuyo suelo está el osario ó depósito general, puso el pie sobre la piedra que le cubre diciendo: «aquí está;» á cuya voz caí sobre mis rodillas como herido de un rayo.

Largo tiempo permaneci en este estado de abatimiento y de estupor, hasta que levantándose José y marchando delante de mí, seguíle con paso trémulo y entramos por una puertecilla á la escalera que conduce sobre el cubierto de la capilla; luego que habíamos llegado arriba hizo alto, y tendiendo su azada con aire satisfecho:—«Vea V. desde aquí, me dijo, todo el cementerio... ¡qué hermoso, qué aseado, y bien dispuesto!—y parecía complacerse en mirarle... Yo tendí la vista por los seis uniformes patios, y después sobre otro recinto adjunto, en medio del cual ví un elegante mausoleo que la piedad filial ha elevado al defensor de Madrid no lejos del sitio en que immortalizó su valor (*). Después, salvando las murallas,

(* El sepulcro del marqués de San Simon, erigido por su hija en un sitio cercado é independiente del cementerio. Napoleón condenó á muerte á aquel benemérito general por el tesoro

fijé los ojos en la populosa córte, cuyo lejano rumor y agitacion llegaba hasta mí... ¡Qué de pasiones encontradas, qué de intrigas, qué movimiento! y todo ¿para qué?... para venir á hundirse en este sitio...

Bajamos silenciosamente la escalera; atravesamos los patios; yo me despedí de José agradeciéndole y pidiéndole su bondad, y al estrechar en mi mano aquella que tal vez ha de cubrirme con la tierra,

«*Mihi frigidus horror*

«*membra quatit gelidusque coit formidine sanguis.*»

Abrimos la puerta á tiempo que el compañero Francisco, guiando á cuatro mozos que traian un ataúd, nos saludó con estrañeza, como admirado de que un mortal se atreviese á salir de allí. Preguntéle de quién era el cadáver que conducia, y me dijo que de un poderoso á quien yo conocí servido y obsequiado de toda la córte... ¡Infeliz! ¡y no habia un amigo que le acompañase á su última morada!...

Seguí lentamente la vereda que me conducia á las puertas de la villa, y al atravesar sus calles, al mirar la animacion del pueblo parecíame ver una tropa que habia hecho allí un ligero alto para ir á pasar la noche á la posada que yo por una combinacion estraña acababa de dejar. (Nota 7.ª)

(Noviembre de 1832.)

PRETENDER POR ALTO.

«*Il n'est guère moins nécessaire de voir ce qu'il faut éviter que de savoir ce qu'il faut faire.*»
Mme. Deshoulières.

«Tan útil es saber lo que debemos evitar como lo que debemos hacer.»

En un pueblo como Madrid, donde las propiedades adquieren un valor enorme reduciendo á un corto número la clase de propietarios; donde la consideracion de esta clase desaparece casi del todo ante el brillo seductor de los honores y del poder; pueblo que por su posicion no ofrece al comerciante empresas grandes; cuya industria tiene que ser limitada á cubrir las necesidades del mismo, por la escasez de primeras materias y el subido precio de los jornales; pueblo, en fin, donde el orgullo cortesano hace necesario el lujo, al paso que limita los medios de produccion, ¿cómo estrañar que una gran parte de sus habitantes se vea acometida de aquella enfermedad endémica conocida con el nombre de *empleomania*?

Sobre tales consideraciones giraba mi imaginacion una mañana que me hallaba sentado entre la inmensa multitud de postulantes en un rincon de cierta antesala, á donde me habia conducido, no la ambicion propia, sino la exigencia agena; esto es, aquella obligacion tácita que á juicio de los amigos de provincia contraemos los habitantes de Madrid de tener siempre nuestro tiempo y nuestras relaciones á disposicion suya; y era por entonces el que me lanzaba en el campo de los solicitantes cierto pariente de un pariente mio, que espontáneamente me habia encargado de una pretension suya fulminada desde las orillas del Segura.

No es por ahora mi ánimo el bosquejar un cuadro crítico-filosófico de aquella antesala, ni menos hacer reír á mis lectores á costa de las distintas caricaturas que conmigo la poblaban. No hablaré de la pretension y el entonamiento de los unos, del rendimiento y humildad de los otros; huiré de presentar grupos de entrantes y salientes, porteros y lacayos, damas y

que manifestó en la defensa de la puerta de Fuencarral en los primeros dias de diciembre de 1808, y su hija alcanzó del emperador la conmutacion de esta pena por la de encierro perpetuo en Francia.

caballeros; como igualmente de esplayar las reflexiones, si bien graves, si bien burlescas, que retozaban en mi cabeza; todo ello podrá tener lugar en otro discurso, si algun dia me vinieren deseos de hacerle; mas lo que es por hoy bastará para inteligencia de mi narración el manifestar que al cabo de catorce semanas de periódica asistencia á la susodicha antesala, despues de ponerme al corriente de las innumerables fisonomias demandantes de la capital, y despues, en fin, de hallarme medianamente versado en el lenguaje de oficio, pude conseguir en obsequio de mi protegido un decreto de N., esto es, «*Negado*»; con lo cual conocí que no era la voluntad de Dios el que yo le sirviera, y escribí al amigo que buscara otro conducto para sus pretensiones.

El trascurso de dos meses me habia hecho ya olvidar de ellas, persuadiéndome de que al interesado le hubiese sucedido lo mismo, y que un primer reves le habria curado de su enfermedad; pero hube de desengañarme del todo, cuando una mañana me le

encontré en mi habitación y me esplicó su designio de continuar *personalmente* sus pretensiones en la córte.

Este *personalmente*, repetido con cierto énfasis y mirándose á un espejo, me dió á conocer á primera vista la sobrada confianza que le merecia su persona, así como tambien la esplicacion de su plan me hubo de convencer de que desaprobaba el mio; en vano le dí á entender que yo no conocia otros caminos que los marcados por las leyes, pues los otros mas bien los creia derrumbaderos; él se rió de mi pobreza de espíritu, y me declaró solemnemente que su intencion era *pretender por alto*; tal fue su espresion.

Confieso á la verdad que se me pasaron ganas de entrar en contestaciones con él sobre el sentido de esta frase; pero no me dejó lugar, pues todo se le fue en hablarme de sus méritos, encarecer sus conocimientos y ponderar sus modales, en términos que quedé firmemente persuadido de que tenia que adquirir en Madrid méritos, conocimientos y modales. Por último, para prueba de su buena estrella, y de



El Campo Santo.

aquel no sé qué que segun él le acompañaban, me contó la notable adquisicion que habia hecho la tarde anterior, á saber, la amistad íntima contraida con un *don Solieito Ganzúa*, que por casualidad se habia hallado presente en la posada á la hora en que él llegó.

Este personaje, hasta ahora incógnito, prendado sin duda del buen tallo de mi pretendiente, y acaso tambien de su equipaje nada modesto, entró en conversacion con él, le habló largamente de sus relaciones en la córte, escuchó con atencion la benévola confesion del recién venido, y aconsejándole con el mayor desinterés la mas completa desconfianza de todo el que intentase seducirle, se dignó tomar los negocios del provinciano bajo su poderosa proteccion, sin mediar (por ahora) otro interes que el de la simpatia con que habian simpatizado. Esto unido á una prolíja esplicacion de los ardides de que podria ser

víctima en la córte (excepto el de los protectores aparcerados), dejó á mi buen hombre tan encaprichado en la idea de que algun espíritu benévolo se encargaba de su prosperidad, que no me pareció oportuno pensar en desengañarle por entonces. Aconsejéle sí que midiese los pasos, que desconfiase de todos, empezando por su misma persona, y que tuviese presente que la ciencia de la córte no se aprende sino en la córte misma, con lo cual no pondria reparo en matricularse como estudiante en ella. Todo lo escuchó con atencion, y aun prometió observarlo, pero lo hizo de una manera que consideré que solo el escarmiento podia curarle: así que, me limité á vigilar sus pasos (lo que pude hacer con mas comodidad por haberse venido á vivir conmigo), y afecté una completa indiferencia, dejándole tanta cuerda cuanta consideré que necesitaba para acercarse al precipicio sin pecer en él.

Don Solcico desde entonces se hizo gran amigo de la casa, entraba y salía en ella, cuándo con una lista de vacantes, cuándo con otra de mudanzas en pronóstico; ya con borradores de memorias, ya con esquelas recomendatorias; y luego para diferenciar le proporcionaba á mi pariente permisos para ver palacios y museos, y billetes de bailes y festines: cuyos obsequios y actividad le hacian á él hallarse mas complacido y á mí mas receloso.

Yo guardaba el dinero de mi amigo, y esto me tenia seguro de que sin mi noticia pudiesen engañarle, y aunque observé que sus gastos iban en aumento mas que regular, nada le dije, considerando que acaso su buen porte podria contribuir al logro de sus pretensiones, pues bien se me alcanzaba que en la corte el que pretende en coche tiene ya medio lograda su solicitud; y confirmábase en ello cuando le veia acompañado de personas de gran tono, ó ya sentado en un palco entre seda y plumas, ó tuteándose con un duque en una partida de *ecarté*. En fin, su seguridad y satisfaccion eran tales, que me hacian dudar á mí mismo.

Una mañana en que mi huésped no estaba en casa vino Ganzúa, y en su semblante y preguntas creí notar cierta agitacion, no disimulando lo que le contrariaba el no encontrar en casa al otro, y sí á mí: preguntóme si sabia por casualidad si mi amigo habia ido á casa de doña Melchora Tragacanto; dijele que no sabia, tanto mas cuanto que era la primera vez que el dicho nombre llegaba á mis oídos; con lo cual y una mirada escrutadora que le dirigí, no pude disimular su turbacion, ni reparar la indiscreta falta que habia cometido.

Aumentáronse mis sospechas con la llegada de un agente de cambios que venia á entregar el producto de una letra de dos mil pesos que mi pariente, sin noticia mia, habia girado contra su casa y aquel habia negociado. Recogí el dinero, y solo pensé ya en buscar el hilo de aquel nudo en que se intentaba al parecer envolver á mi amigo; pero no lo hubiera conseguido fácilmente si la suerte no me hubiera ayudado, y hé aquí el cómo.

Un coche que paró á la puerta á corto rato, me hizo sospechar si acaso la dama vendria en persona á visitarnos, pero solo se presentó un caballero bien portado á quien por la ventana de la escalera vi ponerse en el ojal de la casaca una cinta de honor; esta evolucion no me gustó gran cosa: pero ¿cuál fue mi sorpresa cuando saliendo á su encuentro reconocí en él á Perico, mi antiguo amanuense, cuyas repetidas travesturas me habian causado en otro tiempo bastantes disgustos!

No pude contenerme, habléle con la mayor estrañeza pidiéndole esplicaciones de aquella farsa, y aprovechando el anegamiento en que le habia constituido mi inesperada aparicion, le pregunté con resolucion quiénes eran doña Melchora Tragacanto y don Solcico Ganzúa, amenazándole con mis procedimientos si no me descubria la verdad, y ofreciéndole una buena recompensa en caso contrario.

Entonces sin poderse contener, y mientras me pedia perdon de sus enredos, me entregó una carta abierta dirigida á mi amigo, y concebida en estos términos.

«Amiguito mio: segun lo que acordamos anoche, y á fin de cumplir con quien conviene, le envío á nuestro don Judas con el pagaré que V. me dejó, para que se sirva entregarle la suma consabida, de que le dará recibo, y antes de la noche tendrá V. en su poder el resultado; rompan Vds. esta carta, y hasta la noche, que venga por acá á que le demos una enhorabuena. Su fiel amiga y desinteresada servidora. — Melchora Tragacanto.»

Acabada que fue la lectura de la carta, Perico me refirió per menor las circunstancias de la tal señora,

que eran singulares. Porque ella vivia con lujo, sosteniendo sus grandes necesidades, sin mas que aparentar una proteccion de que absolutamente carecia, para lo cual habia tomado muy bien sus medidas con los pobres pretendientes que llegaban á la corte. Entre otras tenia varios comensales distribuidos en las puertas, posadas y casas de huéspedes, los cuales introduciéndose con los recién venidos, les brindaban su proteccion, adquiriéndose su confianza; luego les presentaban en la casa, y allí se ostentaba rodeada de una comparsa, á la cual repartía los papeles que la convenian, para que el pobre forastero seducido cayese en el lazo y soltase prenda. — a Podria contarle á V. (continuó Perico) varios lances sucedidos en mi tiempo, pero solo me limitaré á decirle que su pariente es el objeto del dia, y que yo era el encargado de engañarle, y de terminar esta farsa cogiéndole una cantidad que él debia negociar hoy. Pero ya que la suerte lo dispone de otro modo, ordene V. lo que yo



Don Solcico Ganzúa.

debo hacer para complacerle y enmendar mi delito.»

Grande fue mi indignacion durante el discurso de Perico; pero despues de reflexionar bien, parecióme que no era tiempo de desahogarle, antes sí de sacar partido de la feliz combinacion que me hacia dueño del secreto de aquellos malvados; y así, dejando de tomarlo por el lado sério, combiné con el astuto Pedro una salida que pudiera castigar á la protectora y al protegido, y divertirnos al mismo tiempo.

No tardó en llegar mi buen huésped, al cual le dije que habiéndome entregado el agente los dos mil pesos de la letra que habia hecho negociar, y presentándoseme luego un caballero con aquella firma suya, se

los había entregado; al mismo tiempo puse en sus manos un pliego, que supuse que el mismo sugeto me había dejado. Abriólo con precipitación, y sus ojos brillaban de alegría, entonándose y mirándose con aire satisfecho; yo afectaba la mayor indiferencia, y luego que le vi cambiar de color y conmoverse al leer el pliego me escurri bonitamente al gabinete inmediato; pero no bien lo había hecho, cuando entró por la sala doña Melchora Tragacanto con el rostro encendido, y vertiendo contra mi amigo las mas horribles imprecaciones; seguianla don Solícito y Perico, el cual se vino á reunir conmigo al gabinete. El pintar los mútuos reproches, las invectivas que se dijeron y la burla que armaron, sin llegar á entenderse, fuera negocio largo de referir; y ¿por qué todo ello? (Travesuras que me sugirió Perico.) Que mi huésped había encontrado en el pliego que yo le entregué, escrito en letras enormes, el siguiente mote:

De un pretendiente novicio
Castigando la ambicion,
Le hago un notorio servicio,
Pues por corto sacrificio
Recibe buena leccion.

Y doña Melchora en el talego que yo la había remitido se encontró hasta unos cincuenta reales en monedas de á dos cuartos, nuevas y relucientes, como recién fabricadas que eran con el cuño de Segovia, y atravesada entre ellas la coplilla que aquí campá:

De una astuta cortesana
Pago la falaz intriga
Dándola una leccion sana:
Desnude á otra oveja amiga,
Que yo vuelvo con mi lana.

Después que Perico y yo nos cansamos de reir y ellos de gritar, salí de mi escondite, y dirigiéndome á ellos:—Señores míos, les digo, Vds. habrán de disimularme la burla que me he permitido hacerles, conociendo y apreciando como no podrán menos los motivos que á ello me han movido. V., mi señora doña Melchora, á quien hasta ahora no tuve la dicha de conocer, conserve la memoria de este suceso, tratando de buscar otros medios con que acudir á sus necesidades, sin abusar del infeliz forastero que viene á la corte, el cual, si en ella encontrara muchas como V., creeria haber entrado en una cueva de vicios y de horrores; mas por fortuna no es así, pues la vigilancia del gobierno sabe descubrir las estafas y castigarlas menos festivamente que yo lo hago, y á V. señor pretendiente por alto, ó mas bien por bajo medio, sirvale de escarmiento lo pasado; y si sus merecimientos y servicios son algunos, hágalos conocer por los medios que la razon y el honor aprueban, teniendo entendido que el verdadero mérito se coloca él mismo á la altura de los honores, sin elevarse á impulso de una bajeza. En cuanto á Vds., señores subalternos de tan páfida intriga...

Iba á continuar, pero al volver mi cabeza á uno y á otro lado, eché de ver que me había quedado sin oyentes, pues todos habían desaparecido confusos y avergozados. (Nota 8.ª)

(Noviembre de 1832.)

LA POLITICO MANIA.

«Tratan otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis dias
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranja y aguardiente;
y riase la gente.»

Góngora.

PERO señor, ¿todo ha de ser gravedad? ¿Todo ha de ser proclamas, y discursos, y notas, y discusio-

nes, y cálculos, y proyectos? ¿Y no habrá de sufrirse que yo, menguado de mí, que no conozco al filósofo Ginebrino mas que de oidas en un sermon, ni al presidente de Burdeos mas que de vista en la comedia de la *Llave falsa*, intente colocar mis pobres razonamientos aunque sea al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes? ¿O habrá de estar siempre sujeta á que mis discursos salten á cada paso de la prensa para ceder su lugar á cualquiera disertacion politica que impoliticamente venga á tomarme la delantera?

—Si señor, preciso será que V. lo sufra: no faltaba mas, sino que ahora que el aspecto guerrero de la Europa ofrece al discurso tantas combinaciones, ahora que los periódicos (crónicas mas ó menos parciales del tiempo presente), deben esforzarse para tenernos al tanto de lo que ocurre desde Cádiz al Japon, nos viniere V. con tres ó cuatro columnas de observaciones crítico-filosóficas sobre nuestros usos y costumbres; eso, amigo, desengáñese V., era muy bueno allá en los tiempos de antaño, cuando los epigramas de la Crónica ó los versos de Rabadan formaban acontecimientos importantes; pero ahora es otra cosa, y no hay ya lector, por festivo que sea, que quede satisfecho si no se desayuna cada mañana con media docena de protocolos de la conferencia de Londres. (Nota 9.ª)

—Sin embargo, señor don Zoilo, parecíame á mí que esto de la política no es, ó á lo menos no debia ser, para todas las cabezas, así bien como ciertos alimentos no son digeribles por todos los estómagos; y por otro lado estaba persuadido de que el *utile dulci* del poeta latino, y el *per troppo variare* del toscano, emblemas ambos tan manoseados de los autores, se dirian con algun motivo. Creia yo; qué no cree la ignorancia! que las altas cuestiones de la política eran tan difíciles de comprender como de tratar, y que solo una disposicion natural y un estudio profundo podian conducir tal vez al descubrimiento de sus arcanos.

—Pues, señor mio, debe V. convencerse de todo lo contrario, y si no, escuche V. las conversaciones de hombres y mujeres, de viejos y de niños, de grandes y pequeños: escuche sus reflexiones, sus discusiones, y sus conclusiones; y por resultado de ellas adquirirá el convencimiento de que la política es una ciencia natural que se da espontáneamente en nuestras cabezas sin mas preparativos ni sementeras; y que el gusto dominante del siglo, desarrollando en nosotros aquella natural facultad, hace de cada uno un improvisador de leyes capaz de disputar con el mismo Solon Ateniese.

—Así será bien que lo crea, pues que el inapelable dictámen de V. me lo afirma; sin embargo (y sin que sea visto contradecir en un punto su opinion), ¿me permitirá V. que le entretenga con un v. gr., que, ó yo soy un boló, ó viene aqui de molde? ¿Sí? Pues óigale V.

Yo tenia un tio llamado don Gaspar, el cual tio era natural de Navarra, y siéndolo, podrá V. venir en conocimiento de que era navarro; quiero decir un navarro verdadero; honrado y testarudo, generoso y determinado. Los estudios de este buen señor se habian limitado á las primeras letras y algo de contar, con lo cual, y su buena suerte, tuvo la fortuna de hacer prosperar su comercio, primeramente en su provincia, y después en la corte, donde fijó al fin su residencia. Casado en ella, y con una posteridad correspondiente, había llegado en paz á la cuarta decena de su vida, pronosticando seguir el resto del mismo modo; pero la revolucion de 1808 vino á alterar su tranquilidad mudando completamente su carácter.

Enemigo irreconciliable del invasor de España, y declarado desde luego acérrimo partidario de aquel «no importa» que por tantas veces ha hecho triun-

far á nuestra patria de sus enemigos, no hubo en él un instante de incertidumbre, tanto sobre la verdad de su opinion, como en el indispensable triunfo de ella. Guiado por sus patrióticas ideas convirtió su casa en un receptáculo general de todos los noticiosos de Madrid; los cuales, reunidos dia y noche, se complacian en tejer fábulas análogas á sus esperanzas, que á pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas á los ojos de los mismos que las habian formado. Y era lo mas gracioso de esta escena el oírlos glosar los papeles y boletines franceses, siempre por el lado favorable; v. gr., decian aquellos:—*«en la batalla de tal, perecieron quinientos franceses;—al instante no faltaba uno que replicaba «algunos mas serán;»*—Continuaba luego el boletín diciendo:—*«y cien mil de los españoles;»*—y todos prorumpian exclamando:—*«¡ya se vé; ellos, qué han de decir!»*—Asegurábase que tal plaza habia sido ocupada por los enemigos.—*«Imposible.»*—Hombre, que lo dicen las cartas.—*«Se equivocan las cartas.»*—Que lo dan de oficio los periódicos.—*«Mienten los periódicos.»*—Pero al fin las semanas y los meses pasaban, la noticia se confirmaba, y entonces mi tío solia decir con aire misterioso y satisfecho:—*«No tengan Vds. cuidado, eso es un ardid del Lord; tanto mejor, dejarlos que se internen.»*—Y estando en esto solia entrar algun otro, á quien dirigiéndole el saludo ordinario de—*«¿Qué hay de nuevo?»*—no dejaba nunca de responder:—*«Hombre, yo no sé; dicen que se van; dicen que vienen los nuestros;»*—con lo cual las esperanzas de toda la reunion se fortificaban, y mi tío con el mapa delante solia lucir entonces sus conocimientos geográficos y estratégicos, haciendo manobrar la caballería en la cumbre del Moncayo, ó acampar la artillería en medio del Guadalquivir.

Pero en fin, aquella época pasó, y mi tío vió realizadas sus esperanzas, si no por un efecto de sus planes y combinaciones, por resultado del heroísmo de la nacion entera. Parecia, pues, natural, que restituida la calma, y restablecida en Europa la paz general, tornaria mi don Gaspar á su tranquilidad primitiva, y haria prosperar su comercio con el mismo interes que en otros tiempos. Pues nada menos que eso; el demonio de la política (que debe ser un personaje principal entre los demas espíritus infernales), se habia agarrado tan bien de él, que ni aun la voluntad le dejó de escaparse de sus uñas, antes bien atormentándole con sus continuas inspiraciones, le hacia correr aquí y allí buscando alimento con que satisfacerlas. Desde aquel punto y hora no hubo lugar público ni secreto de la capital que no fuese testigo de sus eternas disputas, ni bóveda que no resonase con su agudo chillido provincial.

Levantábase al amanecer, y su primera operacion era rodearse de todos los periódicos nacionales y extranjeros que podia procurarse; los primeros los leía sin entenderlos, y los segundos los entendia sin saberlos leer; quiero decir, que como ignoraba otras lenguas que la suya, solo podia adivinar aquellas palabras que presentaban alguna analogía; con lo cual, y con los nombres propios de los generales y de las plazas, hacia él su composicion de lugar para formar luego su opinion; y soliale acontecer á veces tomar el nombre del comandante de un sitio por el de la ciudadela, ó hacer maniobrar á un rio creyéndole general de division.

Pero luego que bien penetrado de estos antecedentes se creia en estado de poder fijar todas las cuestiones, salia á la calle, y sin mas rodeos se dirigia á la Puerta del Sol, donde siempre tenia dos ó tres tiendas en que ya se le esperaba con gran ansiedad para oír de su boca los proyectos ulteriores del ruso, ó los secretos recónditos del ingles. Allí era el oírle dirisartar y argüir con sus contrincantes, haciendo trizas el mapa con mas garbo que un sastre opera en una pie-

za de tela; allí el verle saltar montañas, adjudicar rios, firmar tratados, pasar notas, expedir correos, reunir congresos, publicar manifiestos, y manejar, en fin, la política universal desde una tienda de sombrerero, teniendo por oyentes á un prestamista sobre alhajas, á un corista de la ópera, dos mozos de cuerda y tres aprendices de almacén.

Luego pasaba á los cafés, y allí rodeado de oficiales á medio sueldo, y de paisanos sin sueldo ninguno, ocupaba su conocido lugar, y su primera operacion era pedir la Gaceta para volverla á reparar; despues, tomando por base cualquiera de sus párrafos, empezaba la discusion; unos en pro y otros en contra, asegurando todos que los motivos en que fundaba su opinion los sabian de muy buena tinta, citando autoridades tales, que cualquiera hubiera creído que habian cenado la noche anterior con el rey de Francia ó con el emperador de Rusia; hasta que cansados de estragos y mortandades, se separaban en distintas direcciones, encaminándose unos al patio del correo á ver si era cierta la salida del estraordinario, otros al gabinete de lectura á cielo raso de la calle de la Paz, cuál á las tiendas de la calle de la Montera, cuál, en fin (y este era mi tío), á la escalera de Palacio, á ver subir y bajar los magnates; y augurar por las arrugas perpendiculares ó trasversales de sus semblantes lo que pasaba en lo interior del gabinete.

Verificadas todas aquellas correrías, se retiraba á comer á su casa, y ni la tierna solicitud de su esposa, ni las gracias amables de sus hijos, le conseguian sacar de aquella abnegacion, de aquella cavilosidad que constituian ya su estado favorito. Tal vez, sin embargo, entraba en su casa abatido y lánguido; su familia sobresaltada le preguntaba la causa de su tristeza; y no le dejaba hasta que habia declarado que la motivaba el rompimiento de la guerra entre la Rusia y la Persia. Otras veces volvia lleno de alegría, y averiguada la causa, sabiamos que era nada menos que la mudanza del ministerio dinamarqués.

Por la tarde salia rodeado de dos ó tres amigos de su mismo carácter, y paseaban por sitios estraviados y solitarios parándose á cada momento y disputando á voces sobre la navegacion del Escalda, ó sobre las fronteras de Hungría. De allí venian á nuestro pais, y hacian caer á su antojo todos los magnates, sustituyéndolos inmediatamente por otros; luego decian en confianza los proyectos de decretos de todo el año corriente; y toda esta máquina continuaba despues en el café, sazonzada con un bol de ponche, ó en la tertulia entre jugada y jugada del ajedrez.

No hay que decir que los negocios particulares de mi tío decayeron á medida que se habia ido ocupando de los negocios públicos; siendo tanto mas chocante, cuanto que á pesar de que su mujer, en vista de su debilidad, quiso sacar partido de ella escitándole á pretender algun empleo, él nunca vino en ello, porque decia que no queria sujetar su opinion ni depender de ninguna influencia. Mas por de pronto aquello que él llamaba independencia y franqueza le valió tres ó cuatro delaciones, en virtud de las cuales tuvo que saltar de un punto á otro sin que en ninguna parte dejase de perseguirle su inconcebible manía. Por último, agotadas sus fuerzas morales y físicas con tanto discurrir y tanto sufrimiento, adquirió una enfermedad cerebral que dió con él en el hospital de Toledo, adonde se entretuvo hasta su muerte en componer un periódico para uso de los demas locos, que si he de decir verdad, podia pasar por cuerdo al lado de algunos que alcanzamos á ver hoy.

Quedé, pues, por tutor de sus hijos menores, y haciendo el inventario de los bienes, encontré una larga relacion de acreedores, y un sistema completo de amortizacion de la deuda pública; dos ó tres papeles sobre la paz interior, y un pleito de divorcio con su mujer; tres ó cuatro libros de filosofía, y una



pistola, que, segun él repetia, era para cuando se hubiese cansado de vivir; un tratado general de educacion pública, y cuatro muchachos que no sabian leer; un...

—Basta, basta, interrumpió vivamente don Zoilo con el rostro encendido y la voz trémula; basta que V. me haya bosquejado las principales escenas de mi vida; no se complazca V. en presentarme las que sucederán despues de mi muerte.

—Yo, amigo, no intenté...

—Conozco la sana intencion de V., estoy convencido de que de ninguna manera fue la de retratarme; pero ¡ay amigo mio! me ha presentado V. un espejo y me he mirado en él: ¿quiere V. mas?

—Pues si ello es así, debo felicitarle por la conmocion que V. manifiesta, y que no dejará de producir su resultado.

—Sí, amigo, desde este momento veo que mis ideas toman otro giro, y si bien no renuncio al interes que todo ser bien organizado debe sentir por la felicidad de su pais y del mundo entero, trataré de apartarme de cuestiones ajenas á mi obligacion y á mi capacidad, procurando aplicar los buenos principios al gobierno de mi familia, y contribuyendo de este modo al orden y la felicidad pública.

—Entonces no pude contenerme, y abrazándole arrebetado exclamé: ¡Ay, amigo mio, si todos me entendieran como V.!

(Diciembre de 1852.)

EL AGUINALDO.

«*Omnia tempus habent, et habet sua tempora tempus.*»

TRADUCCION SUelta.

«Cada cosa en su tiempo, y los nabos en adviento.»

El erudito Mr. de Jouy consagró un capítulo de su preciosa obra de *El Ermitaño* á describir la costumbre de los *estrenos* (*etrennes*) ó regalos de año nuevo que tan en boga está en Francia y en otros paises, y razonando sobre ello con su profunda erudicion, pretende probar que aquel uso viene de Tacio, rey de los sabinos, á quien en un día de año nuevo se habia hecho el presente de algunos ramos consagrados á Strinuo, diosa de la fuerza, lo que parece que aquel señor hubo de tomar á buen agüero. Por qué tanto aquel año fue para él muy dichoso, y en justo agradecimiento autorizó la usanza de los dichos regalos en lo sucesivo llamándolos *strenae*, de lo cual positivamente viene la voz francesa *etrennes*, y la castellana *estrenos*; que han usado en igual sentido nuestros autores.

Pero esta voz ha perdido entre nosotros su uso casi del todo, sin duda porque la costumbre á que se referia ha caducado tambien, pues si bien es cierto que aun se conservan algunos regalos de principio de año, á consecuencia de la burlesca ceremonia, aun bastante generalizada en las tertulias, de sacar á la suerte en la víspera de año nuevo parejas de hombre y mujer, sin embargo, puede considerarse como desacreditada semejante costumbre (especialmente en Madrid, donde hablamos), si bien en su lugar tenemos otra ocasion de lucir nuestra generosidad pocos días antes, en las dádivas llamadas de *aguinaldo* con que solemos endulzar la memoria del nacimiento de nuestro Redentor.

Que sea uno mismo nuestro *aguinaldo* que les *etrennes* franceses, lo aseguro por mi un autor acreditado cuando dice:—*y por ser á cuatro días de mi llegada día de año nuevo, cobré mi aguinaldo de los señores de aquella corte.*—Mas si la costumbre es la misma, la palabra tiene distinto origen. Tal lo siente el famoso Covarrubias cuando la hace venir de la voz arábiga *quineldun*, que significa regular, ó de la

palabra griega *gininaldo*, que vale tanto como regalar en el día de natalicio. Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que con la voz *aguinaldo* (ó *aguilando*, como dicen en algunas provincias) designamos generalmente todos los presentes que se hacen desde la víspera de Navidad hasta la Epifanía, y que esta es costumbre bastante general para haberla de pasar por alto.

Ahora bien, ¿cómo se verifica esta costumbre? ¿Consiste acaso como en Francia (segun nos la describe el ya dicho Ermitaño) en un cambio mútuo de todo lo que la perfeccion de las fábricas, el genio de los artistas ó el buen gusto de los literatos ostentan á porfia en ocasion semejante? ¿Invéntanse para ello nuevas telas, alhajas y muebles primorosos, libros llenos de ingenio y agudeza? ¿Pónense en movimiento grandes capitales destinados á vivificar las artes y el comercio, ó á hacer florecer la literatura y las ciencias? ¿Amenizanse el todo con sales epigramáticas, composiciones sublimes ó cartas llenas de ternura y sensibilidad? Vamos á verlo.

En el año de 1824 tenia yo en mi casa un alojado frances, oficial de la guardia real, el cual por razon de cierta herencia habida de una tia suya casada en Alicante, permaneció en España mas tiempo que el ejército, lo bastante para poner en claro la testamentaria (cosa que no era tan fácil como parece), y con este motivo, y siendo ademas de un natural amable y amigo de la sociedad, hizo relacion con muchas personas de todas clases que le recibian en su casa con la mayor complacencia. Las aventuras particulares de este frances son cosa de que mas de una vez he querido hacer partícipes á mis lectores, y que servirian ahora de clave para entender mejor este discurso; pero como de esas cosas me faltan que decir y hallarán su colocacion cuando menos se piense. Mas contrayéndome por ahora al objeto del día, solo diré que acercándose el fin de aquel año, y deseando mi parisién corresponder con aquellas personas á quien debia obligaciones ó amistad, de un modo relativo á su clase y circunstancias, consulté conmigo sobre *les etrennes* que deberia regular; y como él desconfiaba de saber hacer por sí las compras, vino á proponerme sus intenciones, á saber.

En primer lugar á cierto personaje á quien él debia singular proteccion y benevolencia, le destinaba una primorosa coleccion de clásicos de la literatura francesa; á una señora cuya influencia le habia servido de notable recomendacion, le ofrecia un precioso artículo de pájaros disecados sobre flores y frutas trabajadas en cera; á su abogado defensor, dedicábale una caja de ébano que contenia los códigos franceses é ingleses; al agente de sus negocios, le brindaba un semanero con registro de *agenda* para todos los días del año; á la esposa del escribano, media docena de cuadros copias de Vernet, con sendos marcos de relumbron; y por último, á la causa de su tormento, un primoroso libro encuadernada en mosaico que contenia las poesias mas sentimentales de Lamartine.

No pude dejar de sonreirme al escuchar tales propuestas; mas sin replicarle una palabra parecí conformarme con su idea y me encargué de la compra.

Por supuesto pueden venir en conocimiento mis lectores de que en vez de dirigirme á fábricas y librerías, hice rumbo hácia los portales de la plaza y calle Mayor, tocando empero al paso en ciertas tiendas de ultramarinos adonde sabia poder encontrar lo necesario para mi objeto. Y verificados que fueron mis ajustes, torné á mi casa, donde ya me esperaba el oficial con seis ó siete cartas redactadas en el interin, cuales en prosa á la Chateaubriand, cuales en verso á la Victor-Hugo; y todas alusivas á los diferentes objetos que remitia. V. gr., empezaba la del personaje:—«La voz de la sabiduria busca los oidos del sábio;

permitid, señor, á los autores clásicos de nuestra literatura que vayan á acogerse bajo la superior inteligencia de V.»—Y en esto entraban ya por la sala tres mozos cargados con seis barriles de *Peralta*, *Pedro Jimenez*, *Manzanilla* y otros diferentes autores. Seguía la de la dama diciendo:

Símbolo de ternura y de amistad,
Ellos, señora, al dirigirse á tí,
De un corazón sensible á tu bondad,
La gratitud espesarán por mí.

Y á este tiempo ocuparon la sala media docena de pavos y otra media de capones cantando un *tutti* parecido al final de un primer acto.

Empezaba la del abogado diciendo: «La ley de todas las naciones...» y sin dejarle proseguir le presentó un precioso bolsillo que contenía una cincuenta de escudos. Proseguía la del agente: «Trescientos sesenta y cinco días bien empleados...» y á este tiempo hice sacar de las alforjas del conductor treinta docenas de chorizos; por este me hizo ver que me habia equivocado en la cuenta, pues faltaban cinco piezas para todo el año. Venía despues la carta de la mujer del escribano, y lo mismo fue ver que se hablaba en ella de cuadros, que al instante hice salir una coleccion de ellos capaz de guarnecer la mas ámplia despensa. Por último, al prorumpir con la carta de la querida en la mano:—«¿Qué podré yo dedicar á la virgen de mis primeros amores que reúna en mas alto punto la sensibilidad y el gusto mas delicado?»—«Una caja de mazapan de Toledo» exclamé yo con entusiasmo, poniéndola sobre la mesa.

Hasta aquí pudo llegar el sufrimiento de mi buen frances, el cual, saltando en medio de la sala, y con voz estentórea, apoyada por el bajo continuo de los pavos, exclamó.—¿Cómo? ¿qué es esto? ¿V. pretende ponerme en ridículo?—Nada menos que eso, amigo mio, le contesté yo con gran calma; antes bien trato de evitársele á V., ademas que yo creo haber cumplido con sus intenciones. V. me encargó una coleccion de autores clásicos, ¿y no lo son *Pedro Jimenez* y demas?—Unas aves disecadas; ¿pues qué les falta á esas para serlo?—Un código de leyes; yo le ofrezco un bolsillo lleno.—Un semanero; ¿y cuál mas á propósito que una cuegla de chorizos?—Una coleccion de cuadros; ¿y no lo son tambien los del tocino?—Una obra de ingenio; pues bien, segun mi dictámen pienso que lo es una caja de mazapan.

Pero dejando á un lado las chanzas, amigo mio, ¿parece á V. que estamos aquí en París? ¿ó piensa que en circunstancias semejantes nos pagamos por acá de libros y de monadas? No, si no eche V. un pedazo en el puchero, y verá qué caldo sale. Nada de eso, no señor; todas esas son ideas románticas que aquí no pegan, porque nosotros (á Dios gracias) estamos por el género clásico. Esas obras y artefactos son muy santos y muy buenos, si señor; pero no podrian sacar á un hombre del apuro del día, y así lo agradecerian los regalados como por los cerros de Ubeda. Y si no, véngase un par de horas por esas calles de Dios, y verá como todos piensan de este modo; recorra V. esas confiterías, y observarálas preñadas de obeliscos y templetos (pruebas felices de nuestra arquitectura); verá en las diversas piezas de dulces y mazapanes la imitacion de la naturaleza tan recomendada de los artistas; desengañese V.; estos y no otros cuadros necesitamos en nuestras galerías. ¡Estátuas! ¡pinturas! ¡producciones raras de los tres reinos! ¡bravo! Asíame V. á ese balcón y verálas cruzar en todos sentidos, pero solo del reino animal y algunas pocas del vegetal para la colacion de Nochebuena: en cuanto á piedras ¡fuego! cómaselas quien las quiera. Mire V., mire V. todos esos mozos qué cargados van; pues todo lo que llevan es producto de nuestras fábricas; vea V.; chocolate... longanizas...

TOMO I.

confitura... turrón... ¡y luego dirán que no hay industria! Pero acabemos de una vez; venga V. conmigo, y observe lo que sea digno de observar. Y no hubo mas, sino que agarrándole del brazo dí con él en medio de la plaza Mayor.

Pasmado se hallaba el bravo oficial al considerar toda aquella provision de víveres capaz de asegurar á la poblacion de Pekin, y bien que acostumbrado al redoble del parche ó al estampido del cañon, todavia se le hacia insoportable el espantoso clamoreo de los vendedores y vendedoras de dulces y frutas; el pestifero olor de los besugos *vivotos de hoy*: el zumbido de los instrumentos rústicos; zambombas y panderos, chicharras y tambores, rabeles y castañuelas; el monosilabo canto de los pavos y las escalas de las gallinas, que atados y confundidos en manojos cabeza abajo, pendian de los fuertes hombros de gallegos y asturianos; el rechinar de las carretas que entraban por el arco de Toledo henchidas de cajones, que en enormes rótulos denunciaban á la opinion pública los dichosos á quien iban dirigidos; la no interrumpida cadena de aldeanos y aldeanas, montados en sus pollinos, que se encaminaban á las casas de sus conocidos de la córte á pasar las pascuas á mesa y mantel, en justa retribucion de una cantarilla de arropo ó una cestita de bollos que traian de su lugar; el eterno gruñir de los muchachos, cuál porque un mal intencionado le habia picado el rabel, cuál porque un asesino le habia llevado de un embion entrambas piernas del pastor del arcabuz, ó de la charrita de Belen; y en fin, el animado canto de los ciegos que entonaban sus villancicos delante de las tiendas de beber.

—¿Cómo (esclamaba el extranjero), y es esta la nacion sóbria y taciturna?—Eslo sin duda, pero *dulce est disipere in loco*, y algun dia en el año habiamos de hacer traicion á nuestro inevitable puchero y nuestra eterna prosopopeya.—¿Mas cómo puede llegar á consumirse toda esta provision, que parece destinada á sostener un sitio de cuatro meses?—Yo le diré á V. Dedicándose todos á la gastronomia durante las vacaciones; reproduciéndose casi todos los dias los convites de familia; poniéndose unos á otros en contribucion de aguinaldo para sostenerlos; aumentándose notablemente la poblacion de Madrid con el refuerzo de los lugares circunvecinos, y dando rienda suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende V. que se aprecien los obsequios que V. preparaba? No, amigo mio, sea usted romano en Roma; espida desde este central depósito aves y turrónes; omite el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por V., y si son malos, todas las epistolas de Ciceron no bastarian á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

(Diciembre de 1832.)

LAS TRES TERTULIAS.

«Con estas cosas que digo
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.»
Lope de Vega.

Yo no sé si fue el temor de la niebla que cubria nuestro horizonte, ó de la mas espesa aun que la etiqueta y el fastidio entienden sobre nuestras sociedades cortesanias, lo que me determinó noches pasadas á subir á visitar á mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello

3**

no tenía que aguardar á que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo mas, sino que á cosa de las siete, y segun y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino.

No fuí, sin embargo, el primero, pues que ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fui recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recién venido, escarbando la lumbre, en tanto que los demas estrechaban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez ó doce personas, todas alegres, todas amables, y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza, y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo, y el falsamente llamado *buen tono*, suelen imponerle. Todas las palabras (excepto algunas justamente proscritas en cualquiera sociedad) son allí buenas para espesar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje esmaltan á cada paso la conversacion, prestándola un carácter nacional y sin el desdichado sabor de estranjerismo de que adolece en el gran mundo; en una sociedad de esta clase, los melindres desaparecen, las exageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se manifiestan sencillamente, y el amor, la amistad y la alegría se ostentan con franqueza sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentia *evaporosa*; ni á un caballero se le permitia *secarse*; ni para designar aquella reunion se le llamaba *soirée*, ni *círculo*, ni á la sala *salon*; ni nadie se avergonzaba de hablar español; ni de no conocer á Paris mas que en el mapa; ni de dejar su sombrero á la entrada, ni de tomar la mantilla á la salida; todo era franqueza y alegría; y como la coqueteria y la envidia no habian podido aun penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertia á los demas.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó á entrar *doña Dorotea Ventosa*, viuda jóven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores, que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se estiende desde el Salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega; y señora, en fin, muy de mi conocimiento, y cuya historia sabrá el lector algun dia.

Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse á cantar su aria despues del coro que la precede: toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla; y la recién llegada, previa la ceremonia de dejar su capa y su pellica, y de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó á recibir aquellos homenajes, dispensando á la media rueda de señoras sendos besos en las mejillas, y dedicando á los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de derecho la palabra, y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el Salon del Prado, la ópera italiana y dos ó tres casas de juego); y cuando ya creyó que habia escitado la admiracion y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenia que marchar á otras tertulias. Inmediatamente don Plácido hizo poner la mesa en el gabinete, y principiaron un tresillo á cuarto el tanto, no sin oposicion de *doña Dorotea*, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el germen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion, no se separó con ella,

antes bien manifestándose en voz baja, empezaron unos á censurar su afectacion y vanidad; otros á reír de sus flores y dijes; cuál á contar anécdotas picanteras de las sociedades á que ella dijo concurrir; cuál, en fin, á manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó á desagradarme, tanto mas, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de *doña Dorotea* de presentarme aquella noche en casa de la baronesa de... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció sin embargo muy luego, y la calma volvió á restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas, cuyo único interes consistia en decirse secretos al oído, tornó á renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar á cierto don Calisto (de menguada memoria) á que luciese un poco sus habilidades á la guitarra; y hé aqui á toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oídos para no perder un punto de aquella maravilla.

El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones y saltar primas, de las cuales por dicha fue á parar una á los ojos de la vieja, su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpeggios, y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pie los compases, improvisó un *walls del Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*) capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo, cuando despues de otro repique general de clavijas, y de dos ó tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermedias de *matraca*, y luego, pasando al estilo patético en las dos canciones de *«Horror me da el dia»* y *«La sombra de la noche»*, acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y pies.

Sin embargo, yo satisfecho de tan buen ratito, me escurri sin ser notado á mi cuarto para vestirme convenientemente, á fin de acompañar á *doña Dorotea*; hicelo así, y como luego me manifestase esta que era muy temprano para ir á casa de la baronesa, y que antes debiamos tocar en cierta tertulia donde no faltaria campo á mis observaciones, nos despedimos de aquella amable reunion, y tomando el coche de *doña Dorotea* nos dirigimos á la otra sociedad.

Era esta en casa de un personaje de alta importancia, á quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente jóven, del que hablaremos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, escésiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luego dado á conocer una tertulia de cálculo, así como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso el momento de quiénes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes.

El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres ó cuatro graves personajes, los cuales aguardaban á que él hablase para sentirse exactísimamente del mismo parecer, y aun comentar sus discursos citando á cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez este se levantaba á recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los mas viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa, é interrumpiendo por un momento su conversacion de *ordenanza* con los oficiales de la guardia, y estos ostentando un continente marcial. El buen anciano se detenía un momento en cada grupo, tomaba parte en las conversaciones, animaba á todos con su benevolencia,

y todos se lisonjaban de haber fijado exclusivamente su atención.

Algo mas allá, la señora de la casa presidía una mesa de *ecarté*, con gran aplauso del triple círculo de mirones, que encomiaban á cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas, en otro lado, recibían los homenajes de los brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendación para inclinar á papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducían en el círculo del señor ó de la señora, referían en público sus gracias, y los colocaban en posición de lucirlas.

Con tan delicada intención procedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica aria del *Mahometo*; luego haciéndole tocar una sinfonía de *Meyerbeer*; y despues promoviéndole sus conversaciones favoritas, para que luciese la espedición de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron á doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y esta aseguró al galán que mas habia ganado aquella noche que en tres años de antecelas y audiencias.

Serian las doce dadas, cuando, concluida la mision de doña Dorotea, determinó que pasaríamos á la otra tertulia, y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentación se verificó en debida forma; mi introducción y yo atravesamos el salon, y dirigiéndonos á la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo, interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevisimo introito quedé instalado solemnemente, y pude dirigirme adonde me pareció.

La elección no era dudosa: guiado por aquella inclinación natural hácia las hijas de Adán, propia y común á todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquellas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con auxilio de mi doble antejo, ponerme al corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luego me introduje (siempre con la misma precaución) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon; y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cu chicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero á corto rato de recogerlos eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo.

Por ejemplo: uno de los jóvenes del grupo general flechaba su antejo hácia donde le parecia bien, y apartándose luego de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfacción, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocanangas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso á un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de esta, la dirigía con aire distraído é indiferente cuatro palabras (no las mas puras por cierto, ni las mejor escogidas), y mientras aguardaba la respuesta, continuaba su operación de arreglarse el cabello ó la corbata, ó bien se hacia aire con el abanico de la niña. Persuadíame yo de que esta, ofendida de aquella grosera presunción, responderia con altivez á las altiveces del galán; pues nada menos que eso; la mayor amabilidad; el mayor gracejo; la mas encantadora sonrisa; y si aquel, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, solo se le interrumpia con un *qué malo es usted!*.... mas pronunciado con cierta indulgencia que no movia á lástima del hablador.

Pero ya este, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, ó bien se dirigía al otro es-

tremo de la sala, y colocándose al lado de otra joven la dirigía; qué falacia! las mismas expresiones que á la anterior; mas como en este mundo todo se halla compensado, mi indignación cesaba al escuchar que aquella estaba dando las mismas respuestas á otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidía en toda la tertulia, y solamente se exceptuaba de ella alguno que otro joven, ó mas tímido ó menos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero amor; pero estos eran por lo regular el objeto de los secretitos burlones ó de las risas improvisadas de las niñas; así bien como algunas de estas, menos determinadas, yacían en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio: mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo; y dirigiéndome á un caballero que tenia al lado, le hice partícipe de ellas; y hablé tanto, que apenas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fui preguntando los nombres de algunos y algunas de los que mas me habian llamado la atención; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era allí tan novicio como yo; mas estando en esto, un lacayo que vino á comunicarle una orden de la señora me dió á conocer que era nada menos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual con su natural locuacidad me dispó ciertas dudas que me habian saltado durante la noche; ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no era otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creía aun vendado, hacia ya tiempo que veía muy bien, y sabia por donde iba; ella dispó mis temores respecto á las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficción sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que el ardor de las pasiones y la animada expresión de la alegría eran propios de las almas comunes, y de ningún modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas solo eran necesarios una buena dosis de presunción y el correspondiente desenfado; que hoy día, para no parecer ridiculo, es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala á las señoras; negarse á bailar; permanecer sentadas afectando indiferencia; equivocar las contradanzas; llevar siempre una misma pareja; y otras muchas cosas, á las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono*.

—Pues si es ello así (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer á una diversion donde nadie se divierte; á un baile donde no se baila; á una sociedad donde apenas se habla; donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reúne á esta sociedad?

«Ahora lo verá V.» me dijo doña Dorotea tomándome de la mano, y llevándome á una salita inmediata. La dificultad que experimentamos para penetrar en ella, me hizo conocer que allí estaba la seccion central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta allí no eran sino las subalternas. Y en efecto, despues de un largo y sostenido ataque, llegué á penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas espresivas facciones reconocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota ó un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala á salir al paso de los caballeros en un *baile ruso*, capaz de hacer sudar á las orillas de Nueva, ó en una *galopada*, mas propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente

de ser ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campaban en la antesala, empezaron á alterar mi humor, y me obligaron á invitar á doña Dorotea á que diésemos la vuelta; hicimoslo así, y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella, porque la dije que de las tres tertulias de confianza, de respeto, y de gran tono que habíamos visitado, ninguna me había ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aquella finura verdadera, aquel encanto irresistible que solo se encuentra en la reunion de personas amables é instruidas, exentas á un mismo tiempo de una exagerada pretension, de un bajo interes, y de una nulidad insustancial.

(Enero de 1855.)

EL ESTRANJERO EN SU PATRIA.

«La cántara conserva largos dias el gusto y el olor del primer licor de que se llena, y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro caracter y afecciones.»
Melendez Valdes. — Disc. forenses.

PREPARÁBAME á sentarme á la mesa á la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oídos. Abrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirije á mi habitación á largos pasos, y en llegando á ella, y delante de mí:

—¿Es á Mr. de.... (me dijo) á quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?

—Fulano de Tal, para servir á V. (le contesté yo levantándome con atencion).

—C' est egal; vos sin duda no me reconocereis; ello es posible; eh bien, yo seré obligado á decirlo quien yo soy.

—A la verdad que no caigo...

—¡Ah mon cher! ello no es difícil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy á mi patria de otro tiempo.

—¡Cómo! ¿V. es español?

—Ouí desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinacion ni por carácter.

—Cierito que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje me habian persuadido...

—Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; ¡helas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia.

—Pues señor mio, dicho se está que si V. no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento...

—¡Oh mon Dieu! ¿est il posible? ¿ó haceis semblante de ello? ¡Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al jóven hombre que le fue redevable de tantas buenas amistades?

—Me hace V. dudar...

—¡Ah! no lo dudeis, señor: es monsieur de Reve-sint, que es mi padre.

—¿Cómo? ¿el hijo de don Melquiades Revesino?

—A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.

—¡Ah, querido amigo!

—¡Oh mon cher!

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de don Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje á Carabanchel (*); y como allí no lo dije, habré de decir ahora

(*) Véase el artículo de *Los aires del lugar*.

que el dicho don Melchor, además de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entonces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, á quien hacia nombrarse Mr. de Reve-sint la misma manía que al italiano Signor Giovanni Trotini, que viajando por Francia se hacia llamar Mr. Trotein, en Inglaterra Mister Trotan, en Rusia Trotonoff, en Polonia, Troinski, en España don Juan de Trotinos, y en Portugal o Señor Trouliñu.

Pero viniendo á mi Camilo, este jóven, despues de aprender la gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las continuas relaciones de los viajeros, llegó á persuadirse de lo conveniente que seria que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir, al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él mas esta persuacion que el sentimiento de separarse de su hijo, enviéle á Paris bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba á la sazón doce años, fue instalado desde luego en un colegio, donde aprendió ante todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del país, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero frances, y aun el mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en proporción de sus estudios; y los diversos premios adquiridos en los exámenes de historia, matemáticas, física, química, dibujo y demas, mientras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser á su hijo tan prolongada separacion de su país natal, y que pasando en el extranjero la edad mas decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres é inclinaciones que le harian parecer luego una planta exótica en su mismo suelo; además de que no faltaban en este los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar, cuando se hallara en estado de poder adoptar solo lo conveniente para mejorarla. Todo fue en vano, y el bueno de don Melquiades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de llegar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinte y cuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfaccion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elogios del recién-venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en tiendas y tertulias; sus trajes formaban el objeto de los continuos desvelos de los sastres afamados; la narracion animada de sus aventuras servia para reunir en torao de él un círculo de admiradores y aun de envidiosos; y las mas altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraria á los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme á su carácter y costumbres. Por ejemplo; la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia; pues él se desayunaba á medio dia, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana; su conversacion era siempre en frances; llamaba á sus padres de tú, y de vos á los criados; bañaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba á su hermana, y reñia con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin, ó tiraba el florete los ratos que

no cantaba en alta voz; y en fin, tenía toda la vivacidad propia de un francés y de un joven de veinte y cuatro. Por otro lado, se hablaba de comida. — «¡ Oh, las fondas de *Veri ó Rocher de Cancale!* — Iba al teatro. — «¡ Ah, qué teatros los de París! » — Se le convidaba á los toros. — «¡ Bárbaro espectáculo! » — Salía á la calle. — «¡ Peste de país! » — Volvía á su casa. — «¡ Oh *mon hotel garni!* » —

— Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó á hacerse de tal modo insoportable hasta en su misma casa, que todos los días daba lugar á cuestiones; y aun en la visita que al presente me hacía, me dió á entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba á su corazón. No pude dejar de extrañarlo, conociendo bien el carácter de don Melquiades y aunque por la misma conversacion del joven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto hícele presente con franqueza, que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, había retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comía que á aquella hora no había apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vió salir la fuente con todo lo interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y mal sano: á lo que por única respuesta le contesté que sin duda debía surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida, llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; á esto ya no pudo sufrir mas, y saludándome con el nombre de *español incorregible*, se separó de mí, menos contento que á su llegada.

A la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luego pude conocer que su satisfaccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declararme.

— ¿ Tiene V. presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con V. en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?

— Sí señor, y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que V. sostuvo.

— ¿ Pues qué diría V. si la esperiencia me inclinara, hoy á sostener lo contrario?

— Es imposible: las relevantes cualidades que adornan á su hijo de V., el aplauso que le rodea, y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causas bastantes para afirmar á V. en su primitiva opinion.

— ¿ Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y qué le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tédio invencible, una aversion inesplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerlo resistir mis proyectos para su felicidad?

— Quizas esos proyectos no estén bien meditados, y acaso en ellos no haya V. consultado el corazón de su hijo.

— ¿ Y qué mas puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino de la administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretexto de no conocer bien las leyes de nuestro país, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

— Ha dicho muy bien, y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarian del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

— Le he indicado despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el país en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

— En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento.

— Le he hablado despues del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion.

— Puede que no esté equivocado.

— Las carreras de la iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque en efecto no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada; y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

— Y tiene mucha razon.

— Ahora bien, pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á varias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas: la una carece á su vista de modales elegantes y de buena compañía, como él dice: la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la geografía y la historia: otra piensa muy en español: otra.... En suma, ¿ qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

— Ello es en fin, le interrumpí yo, que su hijo de V. ha renunciado á su patria, y que la educacion extranjera, dando otro giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro muy distinto del que V. imaginaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso mas fuerte que la primera; ¿ Y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de V.? Su hijo de V. es joven y ardiente; ¿ quién nos responde de que haya podido resistir al amor?...

— « V. ha encontrado lo justo (exclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años há que una señorita de París es el objeto de mi amor. » —

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que volviendo en sí don Melquiades intentó reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra: — No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que V. fue la causa principal; sufra V. amigo mio, que se lo diga V., separando á su hijo de su país en los años mas decisivos de su vida, ha dado lugar á que este joven apreciable, se vea, á pesar suyo, hecho un extranjero en la patria que le dió el ser; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos: no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y la de V. Llore V. ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama la suerte. —

Camilo al oír esto se arrojó á los pies de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en París; y este, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió en efecto nuestro joven á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha

establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre en tanto llora el error de haber él mismo arrojado de su país su nombre y su descendencia... ¡Cuántos así!

(Enero de 1855.)

LA CAPA VIEJA Y EL BAILE DE CANDIL.

... Del Rastro á Maravillas,
del alto de San Blas á las Bellocas,
no hay barrio, calle, casa ni zahurda
á su padron negado.

Jovellanos.—Sat.

—¡ BRAVO título! ¡ digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono. »

Tales ó semejantes exclamaciones zumban ya en mis oídos, proferidas por ciertos críticos de salón, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime... ¡ Pobres gentes! ¡ como si ellos lo fueran!

—Pero señores (les respondo yo): ¿ todo ha de ser primores y filigrana? ¿ Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿ Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿ no existen usos é inclinaciones diferentes? ¿ Pues cuánto mayor no será esta diferencia tratándose de toda una capital? No hay remedio, señores míos; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cupiere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡ taparse bien las narices, señores críticos!) ibame entreteniéndome agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chiritibitil, á quien llaman tienda, ya figuran airosos á campo raso tendidos sobre un trozo de estera en medio del ámbito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, ibame llenando de aquel supersticioso respeto con que mas de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del bajo imperio; y considerando por otro lado que todos ó gran parte de aquellos objetos podrían haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica, cual si fuera espada del Cid ó escudo de Carlo Magno.

Peró mi monólogo pasó á ser diálogo, cuando volviendo la cabeza me hallé detras de mí al amigo don Pascual Bailon Corredera, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los cómicos en Cuaresma*. Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando al pasar por una vieja prendería, paróse don Pascual como herido súbitamente, dándome lugar á un mediano susto; mas sin reparar en él, corre á la tienda, alcanza una capa vieja que pendía á la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz... «Ella es (exclamó con ademán doliente) la compañera de mi juventud, la encubridora de mis estravios, ella es;» y la abrazaba enternecido, y la regaba con sus lágrimas.

—Pero don Pascual, ¿ qué locura es esta?

—¡ Déjeme V., amigo mio, déjeme V. que pague

este tributo á un mudo acusador mio; déjeme V. recobrarle despues de largos años de separacion.»

—Y diciendo y haciendo pagó á la mujer que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicara el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera.

—«Creo á V. sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fui lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los mas comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permaneci en el círculo de la alta sociedad, tuve intrigas amorosas mas ó menos complicadas, casos de honor mas ó menos problemáticos, y de todos sali sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciéndome un ejemplo mas á aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático á los modales mas groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis gulas y mis tocados; olvidéme de teatros y salones; renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un *manolo* verdadero.

«Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañés, y embozado sobre todo en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapies y el Barquillo, con mas determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor, y mi determinacion para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabia que no habia funcion en que no se contara con don Pascualito; y hombres y mujeres me festejaban á cual mas, con lo cual tenia yo cierta superioridad parecida á la de un cacique en una tribu de araucanos. Contribuia en gran manera á ello mi capa azul, que aunque vieja, era aun superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva; y todo lo vencía, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, buardillas y burdeles, palomares y azoteas, y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

«Una tarde (de San Anton por cierto) salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de las vueltas, como es uso y costumbre en tal dia. Ignoro si V., como Curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias á la iglesia del santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devocion se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la esposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que guiados por inespertos ginetes, corren al trote por el arroyo ó lodazal, y van á gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panecillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mujeres y muchachos; y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chispeante, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

«Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estrellas habia de tomar por norte, cuando al atrave-

sar la boca-calle de San Marcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura á una manola, para cuyo



retrato necesaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo menos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

»Confieso á V. que la vista y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajéme un poco mas el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho, me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandia, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de varias aventuras anteriores. Esto fue hallarme como quien dice en tierra de amigos, y muy luego lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componian aquellas guerrillas, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permiti6, donde convino.

»La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvençiones, ya insultando á los paseantes, ya espantando los caballos, ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdía una ocasion de expresárselo, á lo cual ponía

ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, mientras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion.

»Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con mas apresuramiento á aquel baile de *candil*, que si fuera *Soirée* parisiense ó *Raout* inglés.

»Pasamos desde luego á la calle de San Anton, y en una de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron á recibirnos hasta dos docenas de personajes parecidos á los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y palos; pero en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mútuos, improvisamos unas *manchegas* que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales. Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras* y *fandango*, intermedios con los correspondientes refrescos trasegados del almacén de en frente; y á favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia, creia yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente: pero otra mas sorda dirigida por el amostazado galan, se formaba á mis espaldas, no sin grave peligro de ellas. Por último, para abreviar; el baile se fue acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacén de lo tinto, á tiempo que este empezaba ya á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, por lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo, disparado por el furioso Otelo al candilón de tres mechas, que pendia colgado de una viga del techo, hizo-le saltar en tierra, dejándonos á buenas noches. Aquí la consternacion se hizo general; las mujeres corrian á buscar la puerta, y encontrándola atrancada daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire; rodaban las sillas; estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro general.

«*Si licet exemplis in parvo grandibus uti
Hæc facies Trojæ cum caperetur, erat.*

»Pero el blanco de la refriega éramos por desgracia el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese, y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho tumbado en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérdida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huía alegremente con sus raptores. A mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba á mi lado bañado en sangre: «¡Cielos! ¡está muerto!» y yo sin mas pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza; y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.

»¡Qué noche, amigo mio! ¡qué noche de desencaños y de amargas reflexiones! Entonces maldige mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento, conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la Divina Providencia quiso darme solo un fuerte aviso, pues el hombre á quien creíamos muerto solo estaba herido, y declaró mi inocencia, con lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aún la impresion que en mí dejó aquel suceso, que

no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis estravios, que rescato hoy para eterna vergüenza mía.»

—Un traje grosero (repuse yo para aplicar la mora-

leja del cuento) suele inspirar ideas villanas. V., señor don Pascual, tiene hijos que no tardarán en ser mancebos: inspíreles V. la misma saludable aversión que V. ha cobrado; procure que su traje sea



El baile de candelil.

siempre correspondiente á su clase para que les haga apartarse de aquellos sitios en que temen comprometerla, y sobre todo, créame V., no les permita en ningún tiempo usar una *capa vieja*.

(Enero de 1855.)

LAS NIÑAS DEL DÍA.

«Las solteras no me prenden,
porque se andan ya tan sueltas
que ellas se mueren por todas;
¿quién se ha de morir por ellas?»
Comedia de D. F. de Leiva.
El Socorro de los mantos.

PASEÁTASE Diógenes con una luz en medio del día por la plaza de Atenas buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid, quizás habría buscado una mujer. ¿La hubiera encontrado? ¿O cansado de inútiles pesquisas tornárase mohino á su tiasja? ¡Atención, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube pobláis calles y salones de esta heroica capital, y sin ser Diógenes ni conocer el código de su filosofía tenéis la suficiente para no hablar una mujer en el Salon del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Dáos prisa á aprovecharos de mis argumentos; pues quizás otro día volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con tesón los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto oid, y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mis discursos me conduce hoy

al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprendible imágen; perdon os demando, si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el órden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razon: «Los hombres hacen las leyes; las mujeres forman las costumbres;» por cuya consecuencia, mal podria yo proseguir en la pintura de estas, sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero si alguna punta de amargo se desliza hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi anteojo escrutador acertase por desgracia á encontrar en vuestro cielo alguna tubercilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserved, con tocas y lutos, ó con paletina y schall; háganse á un lado, cigo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; y Vds. tambien, señoras esposas, Lucrecias ó Helenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á Vds. tocan hoy los puntos de mi sermon. Empero vosotras (no culpeis la llaneza del estilo), niñas en esperanza, fruta temprana de 1833, las que salvando vuestro tercer lustro, os meceis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aqui todas y miradme frente á frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Mas privilegiadas que vosotras, las que os precidieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y

Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos, como ciertos historiadores de ellas, no pueden menos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas heroicas hasta en sus mismos extravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradicción de orgullo y rendimiento, aquella mezcla de flaqueza y de virtud, aquel amoroso desden, aquella generosa venganza, aquel sistema de amor, sugerido por la unidad del sentimiento y por la mas natural filosofía para cultivar la admiración y el entusiasmo del afortunado galán, son cosas que infunden asombro, y ponen en fuego al alma mas helada é indiferente.— Pero (me diréis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus mas sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la...—Teneis razon, queridas mías, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo xvii merecian tambien mas amor, mas talento y menos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues, diversas causas, que seria prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mujeril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del dia, delante de padres y tutores celosos que podrian muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosias: el *Desiderio* y *Electo*, y las *Soledades de la vida*, eran las únicas lecturas que se les permitian; la estameña y muselina sus galas; la costura y el bordado su única ocupación: mas al traves de estos obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardias vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre á quien la autoridad paterna designaba para esposo, ya no era tiempo, pues el amor se habia adelantado, y «amor que entra por la ventana (dice Marmontel), es mas peligroso que el que entra por la puerta.»

El filósofo Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta á sacrificar su vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento mas refinado para burlar su vigilancia. Pero ya *doña Paquita* y *doña Clara* no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados mas bien como modelos de arte y como documentos históricos, que no como traslado de nuestras niñas actuales, que así se apartan de las aventureras damas de Calderon y de Tirso, como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aquí todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido), escuchadme aquí todas, que coa vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me digerais qué premio me señalais si llevo á adivinar el sistema de cada una. ¿Mudarlo? No hijas mías, no creais que es mi intento ser corrector vuestro... ¿Pues qué premio ha de ser?... Ea, daréme por contento con solo que me toleréis el que os conozca.

No extrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el lábio desdenoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distingue, revelan la elevada sociedad á que pertenece, y harianla traicion si pretendiese ocultarla.

Así es la verdad; *Amalia* es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento que en ella domina, se comunica tambien á los que la miran. Desde

sus primeros años fue el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta, de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros á quienes siempre miró como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad; y estos por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, solo la explicaron lo suficiente para alargar su enseñanza, y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas, cantar una cavatina en italiano ó bailar una mazourka en ruso; lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren. Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con menos altivez á sus suspiros; pero aun no es tiempo; fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde antes de nacer á un cuarto primo, cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata. Con tales antecedentes, preguntaréisme, ¿le hará feliz ó desgraciado? Lo ignoro, amigas; solo sé decir que le hará marqués...

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negareis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña *Florea*? Esa marcialidad y ese despejo que formaban mientras estuvo en el colegio la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron mas de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo. Mas ya se vé, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! sienta tan bien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la ví en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente á sus compañeras los menos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la ví salir de la enseñanza y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la ví seducir por la ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversacion. ¿Quién es el dueño de su corazon? (preguntó). Todos creian serio, y ella no creia que lo fuese ninguno: mas de un alumno de Marte gimió arrestando una quincena por renovar el *posto abandonato*; mas de un expediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; mas de un soneto hirió sus oídos, plañido por la musa de soporífero poeta; mas de una espada desnuda brilló ante sus ojos. Gozosa desde su balcon, recibía estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse: promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosas, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depona su volubilidad y mala fé; todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entonces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mujeres sonrieron á su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia el desdén ajeno vino á castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí, y el cual es tambien el menos meritorio de sus amantes.

¿Qué diferencia de la sensible *Heloise*! Un corazon hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar languido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante que parece decir al que la mira: «Amadme, y yo os amaré.» ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla

de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino ó la huérfana de Underlach. Se sienta al piano ó al arpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué espresion tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazón, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto, teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

« La cumplida en cualquier cosa
» Y acabada,
» Menos que todas me agrada,
» Porque segun mi pensar
» Tiene mucho que guardar
» La de todos deseada.»

Mas volved la vista á esotro lado; vereis venir cruciando sedas, y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda, á la hermosa *Serafina*: ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada menos que eso; tal como la veis, es hija del empleado don Homo-bono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mías, si no tenéis memoria, mirad el artículo de *El día 30 del mes* (*). *Serafina*, seducida con la idea de un casamiento brillante, exagera el adorno de su persona como para alejar á los que no estén en estado de sostener su esplendor: y en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad solo espera que la hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras como la condesa que pinta Regnard:

« Je ne donne mon coeur que par-devant notaire.»
que viene á significar en nuestro romance español:

Yo no doy mi corazón
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que *Serafina* es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias; pero en vano; y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un jóven rico y amable que la pretendía, y á quien ella no podía perdonar el no tener un mal uniforme ni el menor sueldo por el gobierno, cuando ¡oh desgracia! el jóven, calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiría la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritório de oficina, el cual ha logrado enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

¿Pero qué es esto? ¿todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, ó temeis que llegue vuestra vez? No, no queridas mías, nada temáis. Mudaré de conversacion por complaceros; hablabremos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des modes*. No me aborrezcais;

(*) Véase el artículo citado.

pediré prestado el resto á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido, son antiguallas, y solamente propios de aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandoneis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á óperas y dramas; os leeré á *Walter Scott* y *D'Arlincourt*; os prestaré la *Revista Española* para que leais mis artículos de costumbres, y riais á placer cuando no os toquen á vosotras; y en fin, os haré uno laudatorio, pintando una niña perfecta como yo la he soñado; y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1855).

EL DOMINO.

«Oyente, si tú me ayudas
con tu malicia y tu riva,
verdades diré en camisa
poco menos que desnudas.»

Quevedo.

SERIA en vano que yo pretendiera ocupar en los presentes días la atencion de mis lectores con otro objeto que no sea el Carnaval y sus amables disipaciones. Ninguno querría escucharme; y mi discurso, por muy moral y filosófico que fuera, apareceria desabrido, y mirariase desdeñado por aquella máxima del *non erat hic locus*. Por el contrario, si vestido y engalanado á la moda del día, acierto á ofrecerle como el figurin moral de la semana, no me será difícil cautivar la atencion de mis leyentes, en gracia de la oportunidad; y hé aqui la razon que me decide á presentarle en *domino*.

No se crea por ello que al tratar de máscaras sea mi intencion hablar de aquellas con que suelen cubrirse habitualmente los vicios y debilidades humanas para imitar el aspecto de la virtud, del patriotismo, de la amistad, del amor, de la modestia y del desinteres. Semejantes máscaras, por comunes y continuas, no llaman ya nuestra atencion, y entran en la linea de aquellas *conveniencias sociales* contra las cuales sería ocioso declamar. Yo por lo menos, huyendo de tan espinoso argumento, limito hoy mi narrativa á tratar de aquella diversion festiva, y en cierto modo filosófica, que igualando todas las edades, todas las clases y condiciones por medio de un pedazo de tela sobre el rostro, presta al Carnaval su verdadero carácter de originalidad y de alegria.

Si deseoso de ostentar erudicion (lo cual es harto fácil con una buena memoria y una regular voluntad) anduviere aquí á caza de autores para repetir lo que ellos hayan dicho relativo á esta diversion, haciéndola unos derivar de los romanos y otros de la *muscara* (bufonada) de los árabes cordobeses y granadinos, sería componer mi razonamiento de retazos, lo cual equivaldría á vestirle de arlequin, siendo así que ya he dicho el traje en que hoy le quiero. Con que no hay sino abandonar aquellos tiempos remotos, y dejarme caer en medio en medio de mi auditorio, quiero decir, en el Carnaval de 1833.

¡Oh quién fuera ahora Velez de Guevara ó Lesage para tener á mis órdenes un diablillo *Asmodeo*, aunque fuese cojo, que me ayudase á levantar los techos de las casas de Madrid para presentar su interior á los que aun se empeñan en caracterizarnos á su antojo! Verian si es, como ellos dicen, sombrío y taciturno un pueblo que á la hora en que escribo olvida alegremente sus cuidados, moviéndose á compas; dijéranme si es miserable este mismo pueblo que tan crecidas sumas gasta en magníficas funciones, ostentando en

todas ellas la riqueza y el buen gusto; verían, en fin, síson tan celosos nuestros maridos, tan altivas nuestras mujeres, tan intratables nuestros padres, tan rendidos nuestros amantes, tan espesas nuestras celosías, tan temibles nuestros puñales.

Semejantes reflexiones se agolpaban á mi imaginación, vivamente afectada por el interesante espectáculo que acababa de dejar en cierto café de esta capital. Era la hora en que suelen concurrir á este Lloyd danzomano todos los demandantes y cambiantes de billetes de las diversas sociedades de suscripción que se reparten en tales noches la concurrencia; y aunque al principio hube de estudiar aquel lenguaje mercantil, viendo ofrecer dos *Sartenes* por una *Corona*, un *Solis* por dos *Fontanas*, un *San Bernardino* por una *Santa Catalina*, una *Paz* por una *Alameda*, un *Leon* por dos *Jardines*, y otras á este tenor, no tardé en ponerme al corriente de aquel vocabulario, y aun pude graduar la importancia respectiva de tales documentos por el boletín de cotización que uno de los mozos me dijo al oído. Por último, animado con el ejemplo y favorecido por la buena suerte, acepté un billete (no diré para cuál baile, por solo dar á mi narración este aire de misterio), y marché á recorrer prenderías y almacenes en que alquilar un traje á propósito para envolver mi persona. Mas como no era mi intención figurar, sino desfigurarme, parecióme conveniente abandonar mantos y bordados, y eclipsarme en un sencillo dominó, cuyo agradable color y no afectada modestia, llamó mi atención entre un *Genghiskan*, y un *Saladino*, que alquilaron delante de mí un ropero de la calle Mayor y un barberito de Puerta Cerrada.

De vuelta á mi casa, queriendo aprovechar el calor de mi fantasía, me puse á escribir el principio de este discurso; mas disgustado de la pobreza de mi pensamiento concluí por envidiar á don Cleofas su Asmodeo, y tirando la pluma, cogí mi dominó con ánimo de pasarle y ceñirle en rededor de mi cuerpo. Cuando ¡oh sorpresa! al ir á poner el capuchon, hálleme en el fondo de él un papel; cójole, le desdoble, y veo escrito en él..... ¿qué creerán mis lectores que vería? pues era nada menos que la *Historia de este dominó contada por él mismo*.

Figúrense las almas piadosas cuál sería mi contento con este hallazgo; no hay cómo explicarlo; solo sí que, enajenado por él, suspendí mi vestido, calé mis anteojos, espabilé la luz, y lei de esta manera:

—«Amigo lector: cualquiera que tú seas, en cuyas manos me haya deparado la suerte para encubrir por horas contadas tu triste ó alegre figura, suspende, te ruego, la operación de tu disfraz, y tómate el trabajo de leer mi historia, si es que á trabajo tienes el saber aventuras de suyo peregrinas, que podrán servirte de gran provecho. Y pues cuento desde luego con tu benevolencia, escucha por ahora, y préstame atención.

«Yo nací en el Carnaval de 1822 en manos de una corista de la ópera, la cual con poco cariño maternal me arrojó entre otros trajes *espósitos*, entregando las primicias de mi inocencia al primero que llegase á alquilarme.

«Era la noche del 3 de febrero de aquel año, y habia baile de máscaras en ambos teatros, con lo cual no tardó en cargar conmigo un criado que, conduciéndome á una elegante casa, me puso en las manos de un señor de edad y grave aspecto, cuya clase y circunstancias me dieron mucho que pensar.

«Al observar su seriedad y su entonamiento, no pudo menos de asaltarme el temor de que iba á pasar una noche muy triste; pero me engañé completamente, pues envolviendo en mí su añeja persona, salió silenciosamente y se dirigió al teatro del Príncipe, donde ya á la sazón se habia empezado el baile; y asegurado por la libertad que yo y la careta le daba-

mos, verificó tan repentino descenso desde la mas alta prosopopeya á la mas cordial alegría, que no fue posible dejar de felicitarle por este mágico talisman, que al parecer se encerraba en mí, capaz de causar la felicidad momentánea de una persona á quien su clase ó sus deberes imponían tal vez una perpétua contracción de espíritu.

«Mas entre tanto que yo hacia estas y otras reflexiones, mi buen señor se agitaba corriendo tras una rapaza que acababa de arrojar una careta de ochenta, quedándose con la mas fresca y bien cortada de diez y nueve que imaginarse pueda; y si bien mi conductor y yo hubimos de notar que aquella estrella parecia ya completamente observada y reconocida por los jóvenes astrólogos, segun la seguridad y confianza con que la miraban, sin embargo, animado aquel con las benévolas respuestas de tan linda boca, endulzaba la suya lo mejor posible, procurando ocultar en sus conceptos el estilo escolar y argumentante, aunque mas de un *audi precor* vino á confirmarme en la idea que desde luego habia formado. La niña, sin embargo, poniendo en limpio aquel borrador, leía corrientemente en el pecho de mi escondido, y deseosa de complacerle prestándole atento oído, habiase retirado con él á uno de los estremos del teatro, donde sentados mano á mano entregábanse mutuamente al sabor de tan peregrina plática... cuando ¡oh suerte fatal!..... estando ambos en esta agradable situación huyendo los vaivenes de la multitud, los maderos que sostenían parte del tablado teatral, sobrecargados enormemente, crujen con estrépito, y abriendo un ancho boqueron húndese en él una buena parte de la concurrencia (*).

«¿Cómo pintar (continuaba el dominó) aquella escena viva é inesperada? Hágalo el filósofo espectador, que mas feliz que los demas se encontró del otro lado del teatro, sin dignarse interrumpir su contradanza al mirar nuestro *mal paso*; en cuanto á mí, comprendido en la fatal desgracia, solo tuve serenidad para agarrarme de un clavo, donde permanecí un instante debilitando el impetu de la caída de mi dueño, la cual sin embargo se verificó, sacando él por resultado una fuerte contusión, y yo un giron de vara y media. Pero la vergüenza de aquel, y el temor de ser reconocido, pudo mas que su dolor, y rebujándose en mí mas fuertemente que nunca, salió conducido por los mozos, sin osar destaparse hasta su casa, donde quedé prisionero en premio de mi servicio, como sucede de ordinario á los que tercián en las debilidades de los grandes señores.

«Doce meses justos yací escondido en un armario, en compañía de otros trajes y ropas, al cabo de los cuales cierta sobrina del señor, mi compañero de desgracia, me hubo de hallar, y compadecida de mi triste situación, me compuso y arregló á su lindo cuerpo, tal que dí por bien empleado mi anterior desman.

«Era por entonces el Carnaval de 1823, y todo Madrid estaba ocupado de las máscaras; el amo de la casa, aun con un resto de cojera, oía con horror las conversaciones, y hablaba á su sobrina de aquella función con una acrimonia que ella atribuía á la elevación de su alma, y yo á la caída de su cuerpo. La muchacha, que rayaba en los diez y seis, y era resueltilla y despierta como la que mas, oía con cuidado todas las asechanzas que segun el tío se tienden á la virtud en tales funciones, y rabiaba en deseos de experimentarlas, tanto mas, cuanto que no faltaba cierto alfez, primo suyo, que siempre la estaba convidando. Por último, ¿para qué cansar? las prohibiciones del tío, las invitaciones del sobrino, y mi vista mas que todo, fueron causas suficientes á despertar la curiosidad de esta niña, la cual, cediendo á las instan-

(*) Histórico.

cias de su amante, cogiome silenciosamente cierta noche, y se fue al teatro fiada en mi defensa; mas ¡ay! que... (Aquí el manuscrito estaba borrado, sin duda por las lágrimas del dominó, y luego proseguía) ¡Muchachas, las que teneis primos amantes, ó amantes aunque no sean primos, no os dejéis conducir por ellos á las máscaras y creed á un dominó experimentado!...

»Eran pasados cuatro años desde que saliendo de la casa de mis dueños por medio de una criada que se escapó conmigo, me hallaba arrinconado entre otros compañeros de desgracia en el desvan de un prendero de la calle del Prado, y ocupábame con ellos en la narración de nuestras aventuras respectivas, cuando un nuevo Carnaval (1827) vino á procurarnos salida, si bien con mas precauciones que si fuéramos tabaco de la vuelta de abajo, ó moneda española acuñada en Gibraltar. Y era la razon cierta ley no sé cuántas de la Novísima, que hace trescientos años prohibió segun parece las máscaras y disfraces (*). Mas como los hombres, siguiendo el ejemplo de nuestra primera madre, somos por desgracia tan inclinados á dar mas valor á las cosas prohibidas, de aquí nació la manía de enmascararse, en términos que á despecho de escribanos y corchetes inundábase calles y salones.

»Entre las infinitas aventuras que me proporcionó la circunstancia de servir por mi cómoda hechura para damas y galanes, llamaré tu atención sobre una que me aconteció cierta noche de aquel año, en la cual salí alquilado por un jóven que formaba parte de una comparsa mascaril. Figuraba en la misma cierta deidad á cuya mano aspiraba el mancebo, y lleno de amor y rendimiento al salir de la tertulia, incorporado con los demas para dirigirse á las casas del baile, ibase á precipitar á ofrecer su brazo á la niña, cuando la mamá (que ya empezaba á ejercer los rigores de suegra) le llamó para sostenerla, entre tanto que otro galán mas dichoso ocupó el lado de su amada.

»Rabiando iba mi pobre mozo con tan desdichada ocurrencia; lo cual conocía yo por sus contorsiones y movimientos mal reprimidos; y agobiado además por el medio siglo que pesaba sobre su diestro brazo, dejábase arrastrar lentamente, haciendo mas y mas sensible la distancia que la ligera pareja delantera les llevaba. Y ya iban á enfilar la calle Angosta de Peligro, cuando el linternon de una ronda, haciendo reflejar las lentejuelas del turbante de sultana que cubria las cejas de la mamá, vino á destruir nuestros planes. Fuimos, pues, descubiertos y detenidos con

(*). Es la ley 7. lib. 8 del título de los levantamientos y asonadas de gente armada, promulgada á petición de las Cortes de Valladolid en 1525. Su época y su título obren su interpretación. La autoridad pública era entonces insultada por gentes asociadas para malos fines, que usaban alguna vez de máscaras y disfraces para lograrlos mas de seguro. No se trató, pues, de prohibir los inocentes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados señalados por el magistrado público, y protegidos y velados por él, sino de que los enmascarados vagasen dia y noche por las calles y plazas, cosa que podia provocar á delito cubriendo sus autores. (Jovellanos, Memoria sobre las diversiones públicas.)

Después de la opinion de tan respetable magistrado, solo se podran traer por apoyo los hechos, los cuales demuestran que en los reinados posteriores al de los reyes católicos, en que se promulgó aquella ley, fueron permitidas y autorizadas las diversiones de mascarar, como lo acreditan las historias de aquellos tiempos, pudiéndose citar entre otras varias ocasiones las que se celebraron en Madrid en 1657 con motivo de haber sido elevado al imperio el rey de Bohemia y Hungría, óstado de Felipe IV. Además, léanse las comedias de Calderón, Moreto y otros, donde se habla siempre de las máscaras como cosa corriente.

Posteriormente en 26 de enero de 1716 dió S. M. Felipe V una ley (que es la segunda, título 15 del lib. 42 de la Nov. Recop.) prohibiendo las máscaras bajo severas penas, la cual reproduja y agravó en otra de 27 de febrero de 1745. Mas á pesar de todo fueron permitidas pocos años después, y puede verse sobre esto la Instrucción para la ocurrencia de los bailes de máscaras dados en el teatro del Principe en el Carnaval de 1767, que es un papel muy curioso por su minuciosidad. También han sido permitidas en otras ocasiones y reinados en la corte, y casi constantemente en Barcelona y otras ciudades principales del reino.

todas las parejas que venian detras, en tanto que los dichosos delanteros llegaban sin novedad á la sazón á la casa del baile.

»¡Oh lector, si no eres duro pedernal, contempla y compadece la situacion de mi galán interior, viéndose conducir á la presencia judicial en compañía de una sultana vieja, un Henrique IV y una Raquel, Julio César y la Valliere, Marco Antonio y Cleopatra, Elisa y Claudio, y otras parejas mas ó menos dichasas! Pero sobre todo, lo que te sacaba de juicio era el sospechar que su abandonada Ariadna podria consolarse de la pérdida de su Teseo con el Baco que delante tenia, y este pensamiento no le abandonó en el menguado recinto adonde tuvo que pasar la noche. En cuanto á mí y los demas trajes, como cuerpos del delito, corrimos unidos bajo una cuerda al proceso que se formó, y sacados en consecuencia á pública subasta, quedamos entregados al mejor postor, que lo fue por cierto otro prendero de la calle de Atocha.

»Varias y muy graves aventuras podria seguirte refiriendo de aquel tiempo en que fui contrabando; pero como todo debe tener sus limites, mi narracion tambien, y así solo me permitirás que te hable del lance que me ocurrió en la última salida verificada una de estas noches.

»Fue pues el caso que cierto marido jóven, previa la venia conyugal para ir á las máscaras, vino á alquilarme á poco de haberse llevado una dama á otro compañero mio que estaba á mi lado. Llegados al baile, divisé entre muchos á este compañero, y obligando ambos á nuestros dueños á llegar á hablarse (sin duda por la simpatía del traje) tuvimos ocasion de entablar tambien nuestra conversacion escuderial, y al comunicarnos las señas de la casa de donde habíamos salido, no pudimos menos de reirnos á duo. Entre tanto nuestros dueños habian comenzado una plática amorosa que nos tenia edificados, y ya la niña iba manifestando su corazon de algodón cardado, que no de agudo pedernal, cuando por un efecto de mi prevision, y deseo de servirla de despertador dejó caer mi capuchon y descubri la cabeza del marido (que tal era el que me llevaba), con lo cual la discretísima criatura pudo conducir su conversacion en términos, no tan solo de evitar un compromiso, sino tambien de quedar bien puesta para regañar despues al esposo, que se convenció mas que nunca del amor de su consorte!....»

Aquí acababa el manuscrito del dominó, sin que yo tenga necesidad de decir que durante su lectura la interrumpí varias veces con mi risa; y lleno de contento por poder figurar en adelante en tan curiosa crónica, me apresuré á cubrirme con él y á trasladarme al baile; pero aquí quiero hacer un punto y coma á mi narracion, para tomar un ligero descanso antes de ofrecer á mis lectores un cuadro fantástico de tal baile.

Figúrense, pues, allá en el interior de su mente, un gran salon capaz de quinientas personas, ocupado por mil, que con sus anchos disfraces y exagerado movimiento habian menester el espacio correspondiente á mil y quinientas: fórmense una temperatura á treinta y seis sobre cero, ocasionada por el inmenso número de luces y de concurrentes; añadan á esto para el sentido del olfato, la mucha confusion de buenas y malas exhalaciones naturales y artificiales; diviertan la vista con el deslumbrante reflejo de aderezos y bordados; gorras y turbantes, mantos y capacetes; amenicen el tímpano con el temple continuo de las voces disfrazadas, y con los rotundos compases de una galope infernal ejecutada por dos docenas de músicos, y obligada de pandereña y látigo; encomienden al tacto la violenta ondulacion que por un principio fisico obliga á la mitad de la concurrencia á marchar impulsada por la otra mitad; y satisfagan por último el gusto con una perdz petrificada y soli-

citada en pie por espacio de tres horas en la sala de descanso. Con todos estos antecedentes podrán formarse una idea en miniatura de los gozcos que un baile semejante proporciona á los sentidos. ¡Felices los que pillando una silla podrian entregar á ella sus fatigados miembros! Mas ¿cómo lograrla? Las desdichadas mamá y las parejas dichosas las habian tomado por asalto al principio de la noche para no desocuparlas hasta el amanecer.

Envuelto en mi amigo dominó, y apoyado en el quicio de una puerta de paso, hallábame contemplando aquel animado espectáculo con la comodidad que dejo pensar; mas si mis sentidos se daban por quejosos, menos satisfecho aun quedé del lado del espíritu, pues apuntando cuidadosamente en mi memoria todos los dichos, preguntas, respuestas, réplicas y argumentos que escuché, me convencian de una de dos cosas, ó que era falso el dicho de que «es menester tener muy poco talento para no tenerlo con la careta,» ó que yo tenia orejas de Midas.

Luego me ocupé en seguir las intrigas juveniles, sorprender combinaciones y armar peripecias, con lo cual mi dominó azul llegó á confundir tal pavura en aquel género volátil, que á mi llegada huian en grupos cual bandada de palomas á la vista del milano. Quién me tomaba por un marido celoso, quién por un amante desdenado; cuál me daba satisfacciones; cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponía desde luego en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que arrancándome por fuerza la careta se encontraron mas admiradas viendo que no me conocian, y yo sí á ellas.

¡Que no pueda yo presentar aquí de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento! mas no me es lícito por tres causas: la primera porque ofrecí á mis amables descubridoras que no las descubriría: la segunda porque de hacerlo corría peligro de estar hablando de máscaras hasta el miércoles de ceniza; y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras, por aquella sabia regla de que «la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica.»

(Febrero de 1855.)

LA COMPRA DE LA CASA.

«No todo lo que es brillante,
riqueza al avaro ofrece:
oro la alquimia parece,
vidrio hay que imita al diamante.»

Tirso de Molina.

NADA hay tan lisonjero para un honrado almacenista de esta villa, como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Mientras estos solo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos á enriquecer su almacén y dar mayor eusanche á sus negociaciones: lisonjeado por el éxito de estas, alquiló una espaciosa tienda, y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor género: los hombres son niños grandes, y pagan mas caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una continua lluvia de plata y cobre, cayendo armoniosamente en el cajón del mostrador, fue trasformada por él con el mayor sigilo en sendas onzas de Carlos III, escudos y doblones de nuestro monarca actual.

¡Qué plenitud de contento equivale al de aquel, cuando cerrada la tienda y despachada la familia á una merienda en el Canal, se entregaba los domingos á

sus anchuras al arqueo de su caja! ¿Qué invenciones tan peregrinas para ponerla á cubierto, no tan solo de la vista de los estraños, sino de las sospechas de los propios! Porque á nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los mas temibles para el caudal, y que las necesidades ó exigencia de su esposa y de sus hijos podrian crecer al compás de sus talegos. Así que, él mismo se los cosía y recortaba, colocándolos luego en los sitios mas escusados; y hubiera deseado que existiese moneda equivalente al valor de todos ellos para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo. Pero ya que esto no podia ser, las habia reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido mas grato á sus oídos que romance de Bellini cantado por la *Merie Lalande*.

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario, aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero así arrinconado nada le producía, y se hallaba ademas espuesto á un caso fortuito de incendio, robo ó cosa tal. Así que, despues de muchas noches de desvelo, vino á resolver que sería lo mas conveniente emplear su capital en una casita *asegurada de incendios* en el casco de esta villa, con lo cual se proporcionaria multitud de gozcos y privilegios, amen de un cinco ó seis por ciento liquido de su principal.

Vivamente afectado por tan feliz idea, se levantó una mañana, y su primera diligencia fue correr á suscribirse al *Diario de Avisos* con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas á pública subasta, ya en virtud de providencia, ya á voluntad de sus dueños. Embebido desde entonces en esta grata lectura, solia pasar los dos tercios de la mañana; luego se ponía su sombrero, y envuelto en su astrosa capa, dirigíase á la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de enfrente: despues subía la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretesto para reconocer lo que podia del interior: en seguida iba á la escribanía por donde se verificaba la subasta á ver el expediente, y desde allí pasaba á la contaduría de aposento á reconocer los planos de Madrid; con cuyas noticias, malas ó buenas, no dejaba de consultar á un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese mas que por cobrar su tanto por ciento de comision; pero al tratarse de tocar á sus monedas faltábale á nuestro hombre la resolucion, y dilataba el plazo para ocasionar mas oportuna.

Por último, llegó un día en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma Alta, vino á despertar sus ideas adquisidoras: la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia nacido, bastaría á decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano, y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer día le saludaron como á su casero, no hubieran añadido á sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendía en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor: si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, ó cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, ó compañías revendedoras, se hubieran apresurado á doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma Alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenia empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo tramitió á los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el día de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales

ante la presencia judicial, el boarado tendero, que creía hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre *mil reales mas*; y en los intermedios de los pregones hablaban entre sí ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba mas, y ya la mayor parte de aquellos se iban retirando fingiendo sentimiento por la derrota; solo quedaba uno mas obstinado que todos, el cual, fijo en sus mil reales mas, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento se determinó á cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo, pero que si tenia fuertes deseos de la casa, estaba resuelto á cedérsela aunque hubiera que dar algunos *guantes* á su principal, pues no podia ver padecer al prójimo: el buen hombre, que oyó que por un par de *guantes* tendria la casa, al momento iba á darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba *guantes*, y no hubo mas remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de este vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, etc., etc., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele á reconocer á los inquilinos como *único dueño de la finca, á quien debian acudir con el pago de sus alquileres*; y en seguida abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradictorio, con lo cual se le dió la posesion en forma.

Al siguiente día abrió su tribunal en la trastienda de su almacén para oír y juzgar las reclamaciones de los inquilinos, las cuales estaban reducidas á pedir rebajas en los precios y varias obras de comodidad: sin embargo, el tendero por un sistema de compensacion tuvo por mas prudente desestimar las obras, y solo proveer la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se habia formado al comprar la casa. En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violacion de su derecho: la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tomando la determinacion de dejar la casa, quedando á deber dos, tres ó mas meses de alquiler, con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran; y luego otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino á duplicar el importe de las deudas. Por otro lado, los vecinos esparcidos por aquellos barrios del Mouserrat y el Hospicio, desacreditaron la casa vieja y el casero nuevo, en términos que en vano este habia gastado ya cinco cuadermillos de papel para poner las señas del alquiler, y diez pesetas en anuncios de Diario, porque nadie parecia á pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venia á quedar puramente nominal.

Nada de esto sabia bien el nuevo propietario, tanto mas cuanto que el pago de la contribucion de frutos civiles, regalia de aposento, farol y sereno, censos, y demas cargas, eran invariables; ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado los actuales inquilinos (que eran los ratones), ademas de habitarla gratis, minaban los cimientos y destruian el edificio; así que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundicion, por las invitaciones de su esposa, y mas que todo, por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su

casa dándole el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancia, presupuesto de gastos, todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la direccion del consabido. Abajo el tejado, piso tercero, cuarto, buhardillas... Pero ¡qué desdicha! á los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detras: el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion.—Pues señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras:—¿qué se hará, qué no se hará?—y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo día el ancho boqueron en que fue la casa, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos á mi señor de obra en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando solo pensaba en reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió á la enajenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso: empeñado en su empresa, recurre á los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para edificar el segundo, bajo la garantía ó hipoteca del principal; por último una comunidad de monjas se le opone á la elevacion del tercero por sobreponerse á las paredes de su huerta. No le queda mas arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil pies de terreno que posee, y siguiendo la regla del sastre de las monteras, asigna á cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos *liliputienses*, si bien gastando en puertas y ventanas mas de un año de alquiler.

Pero concluida que fue la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó á disfrutar los placeres consiguientes á la calidad de dueño que tanto habia deseado.

Entonces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de los albañiles y vidrieros, carpinteros y soldadores; la entretenida historia de las demandas de despojo; las divertidas comparencias judiciales; los terminos por equidad; los mandamientos de amparo, y tantos otros incidente; como dan grata ocupacion á los caseros y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fue que la señora tendera y las niñas luego que se vieron con casa propia dijeron con resolucion: «No mas mostrador;» y fue tal su energía, que consiguieron determinar al amo de casa á trasladarse á vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraidos lejos de disminuirse fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, á vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fue adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacénista, cual precioso monumento estraido sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora á la sola impresion del aire.

(Marzo de 1835.)

LOS PALETOS EN MADRID.

«Juan Labrador, ¿qué os parecen los músicos? — Que son diestros; pero mejor me parecen de mi exido los gilgueros.»
Malos.

El aire de córte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que solo le perciben los que vienen de fuera.

Esta fría atención, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortes egoísta que llamamos *buen tono* y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedarán preudados de nuestra amabilidad y cortesía. ¿Y por qué esta diferencia? porque en la corte la fantasía del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estudiar y medir nuestras palabras y acciones; congójanos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas; y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de don Teodoro Sobrepuja. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habían ocasionado una enfermedad de pecho que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á la villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos Carlos y Luisita, jóven aquel de diez y ocho, y esta de catorce años de edad.

La amabilidad de don Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenía en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luego fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero mas particularmente de parte de la familia de Patricio Mirabajo, el mas rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de don Teodoro; y cuya amistad llegó al estremo, que no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevarsele á vivir á su casa propia á fin de atender con mas cuidado al restablecimiento de su salud. La mujer de Patricio, Aldonza Cantueso, mujer de un excelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciano, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia del lugar, de modo que, dilatándose esta mas de año y medio, recobró don Teodoro no tan solo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y solo se encuentra bajo los humildes techos de la aldea.

Los jóvenes por su parte, cuya tierna edad era la mas á propósito para recibir las primeras impresiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas; antes bien dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasión inocente que estos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Carlos con Feliciano, y de Luisita con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí á tres años, que deberían reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron don Teodoro y sus hijos á la capital.

Fácil es de concebir la firmeza que resolución semejante podría mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la corte no había hecho mas que adormecer las ideas de orgullo y de elevación; como tambien los vaivenes que durante tres años sufrirían los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de día en día; pesábales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temían ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apenas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distracción; y vieron con asombro á aquella y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propias de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasión no pudo menos de sor-

prender á don Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luego al primer movimiento de estrañeza, recordó aquel los inmensos favores que debía á sus huéspedes, y haciendo una violencia á su fisonomía y á su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Los parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aun largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido á la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entonces á hacer abstracción de trajes y modales y solo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse á las demostraciones de su contento; demostraciones que se prolongaron todo aquel día.

A la mañana siguiente fue preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron estos muy de mañana á destapar cofres y maletas y sacar de ellos los trajes de *dia del Corpus* para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos á quien toda la noche había traído desvelado la consideración de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdía de vista aquella operación: asustado con los tales preparativos, corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla:—¡Ay, Luisita mía, exclamaba, tristes de nosotros acompañando á los lugareños! ¡si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿Qué dirán tus amiguitas las de *Yerba-vana*, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta. bucles cortitos y peineta de á terciá. zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú por tu parte, ¿cómo has de sufrir la risa del alférez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana á la *bombé*?—

—Sin duda, Carlitos (exclamaba Luisita sollozando), sin duda que haremos con ellos un buen contraste, tú con tu levita de fantasía, y yo con mi *cachemir ternó*.

—Y papá, ¿qué papel va á hacer con sus dos venetas, acompañando á la señora Aldonza de vestido de estameña y moño de calabaza?

—¡Oh! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala.

—Y yo tambien, decia Carlitos; pero al llegar aquí, abren con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo mas disonante de aquel primoroso *tocador Psiché*.

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su estrañeza; pero no así los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Carlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á estos con sus preguntas y algazara, no menos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo mas remedio que hacerse una fuerte violencia, y acompañarlos á paseo.

Pongo en consideración de mis lectores la estrañante caricatura que ofrecerían las tres parejas, así como tambien dejo considerar el efecto que en los recién-venidos produciría la vista de tantos objetos estraños. Este á la verdad era singular é incomprendible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiración la fuente de la Puerta del Sol: vieron sin entusiasmo el Salon del Prado, y en las fuentes de Cibeles, Apolo y Neptuno, lo que mas les admiraba era la anchura del pylon. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso: las mujeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen, aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortesmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran todas personas

reales. A cada lugareño que pasaba iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producía risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusión del Prado era oblicua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á los caros de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y á cada objeto que les chocaba llamaban la atención de los demas señalándole con el dedo. Mas en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo manifestaron deseos de beber, y don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche, y luego chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciano con un queso helado, esta pidió al mozo un cuchillo para partirle.

Pasaron despues al teatro á ocupar un palco, tomado de antemano: allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un antejo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atención de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondían lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de *L'ultimo giorno di Pompei*, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenía agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto, cayeron también sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado, hasta que la erupcion del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándose la verdadera, corrieron á la puerta temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecía la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de algunas de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las curiosidades de Madrid, y preguntándoles despues ¿qué era lo que mas les habia gustado de ellas? me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la vajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armeria el espejo para curar la ictericia. En punto á paseos dieron la preferencia á la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra*; lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y aun confiados en que la permanencia en la corte obligaría á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; inútil intento; la sencillez de los naturales venia á descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos: la cabeza erguida, y los brazos caídos, dábanles el aspecto de un maniqui sin animacion: en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras: su lengua no sujeta, les hacia trauicion á cada momento.

Por último, un día en que todos manifestaban su mútuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto:—«No os conseis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mismos pecaos que trujisteis,

eso me da que igais aches como que igais erres, y Dios en mis adrentos, que lo demas son sotilezas; con que no hay sino dejallo y no andarme con aquí ta la puse, que lo mejor solo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles á los de Madril cacaso no entienden... ¡No sino urgenme un tantico, y verán como todos tenemos nuestro aquel!... Y dígolo porque vastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulitica, y dale con las cortisias, y torna con los filis, que así Dios me perdone como parecen saltarines de los cantano bajaron á mi pueblo. ¿Sus parece chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mi mocha-chos pa casarse necesitan deprender toas esas estilaciones de la córte? Pues náa menos queso: porque ellos mientras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y eriao á nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo, casi es nuestra última y pestri-mera voluntad. Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco; y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que allí aguardamos la rempuesta.»—

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada proclama, y luego que quedaron solos, empezaron á reflexionar sobre su suerte, vieron cuán ilusorios eran sus proyectos de enseñar á sus amantes el aire de córte, cuando ellos mismos se verian precisados á olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo: preguntáronse mútuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraído; y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alferz de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro por su parte, acalorado por las reconvencciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados por no verse precisados á salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponía en peligro de tener que dejarse de Olmedo.

(Marzo de 1852.)

LA FILARMONIA.

«La dulzura de la música es el único hechizo permitido que hay en el mundo.»
Feljó.

«La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.»
Cervantes.

El entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro, halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que solo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos, y el privilegiado *Rossini*, aun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atencion general presentando en la escena Veneciana en el Carnaval de 1813 su famoso *Tancredi*. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: «desde el Dux hasta el último gondolero repetian involuntariamente su armonia, y las orillas del Adriático resonaban á todas horas *«mi rivedrai, ti rivedrá.»* «Ni paró aquí (añadían los periódicos de aquella época) el triunfo del compositor boloñés: en menos de un año su magnífica produccion dió la vuelta á Europa; sus cantos se hicieron

populares, y admirados en todas partes, así se oían en la capilla Sixtina como en las revistas de Hyde-park, en los conciertos de Petersburgo como en los bailes de París.»

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, llenas de riqueza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo ofrecernos tan pronto una producción del compositor del día, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras *Moreno* y de otros artistas españoles para los teatros de Madrid, vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico, y aun de la ópera Rosiniana, siendo *La Italiana en Argel* la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816, con motivo del augusto enlace de nuestro soberano con la reina doña María Isabel. El entusiasmo inexplicable que aquella brillante producción causó en esta capital, fue un anuncio de los gratos momentos que el público matritense podía esperar del autor del *Barbero de Sevilla*; mas por entonces hubo de contentarse con algunas óperas de otros maestros, porque la escasez de la compañía lírica no permitía funciones de gran empeño. Esta misma razón sin duda fue la que motivó que la señora *Lorenza Correa*, que acababa de contribuir en los teatros extranjeros á la gloria de Rossini, no se determinase á dar en Madrid ninguna de sus óperas, contentándose con hacernos conocer el *Di tanti palpiti*, y *Una voce poco fá*, que colocó en las óperas tituladas *Los pretendientes*, y *No se compra amor con oro*.

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fue perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desenterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela, para dar lugar al sentimiento y vida de la nueva. La afición del público iba creciendo al par que sus conocimientos, y era menester complacerle si se quería dar calor á aquel movimiento. La empresa teatral de 1821 hubo de pensar sin duda de este modo, decidiéndose á volver á presentar á los madrileños el espectáculo de la ópera italiana, de que aun se conservaban reminiscencias, aunque remotas. Para ello contrató una compañía, compuesta de profesores distinguidos, tales como *Mari*, *Capitani*, *Vaccani*, etc., y á esta fue á quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas escogidas de Rossini y demas célebres compositores modernos, cuyas bellezas acabaron de fijar su natural predileccion por la música, y le fueron un manantial de placeres. Muchos años pasarán sin que olvide el delirio que la infancia *Tancredi* en la peregrina voz de la señora *Adelaida Sala*, ó *García de Paredes* en el *Barbero de Sevilla*.

Siguió así la ópera, mas ó menos boyante, hasta que en 1823 se ajustó la compañía de *Montresor*, desde cuya época no fue una afición la del público, sino un furor filarmónico. El mérito de los cantantes, la nueva pompa con que se adornó el espectáculo, lo escogido de las funciones que se presentaron, fueron cosas de trastornar todas las cabezas, y llegó á tal punto el entusiasmo, que no solamente se les imitaba en el canto, sino en gestos y modales; se vestía á la *Montresor*, se peinaba á la *Cortessi*, y las mujeres varoniles á la *Fábrica* causaron furor todo aquel año. Tan poderoso es el prestigio de la novedad, y tan dominantes los preceptos de la moda.

La exigencia del público, creciendo desproporcionadamente, no se contentaba ya con artistas medianos. Fue preciso presentarle los de primer orden, y las célebres *Corri*, *Césari*, *Albini*, *Lorenzani*, *Tossi*

y *Merici Lalande*, y los señores *Maggioroti*, *Piermarini*, *Galli*, *Inchindi*, *Passini* y *Trezzini*, con tantos otros como siempre ascendiendo hemos visto después, han necesitado toda la estension de sus talentos, y la perfecta ejecución de las obras mas clásicas de *Rosini*, *Pacini*, *Meyerbeer*, *Mercadante*, *Morlacchi*, *Carnicer*, *Donizetti* y *Bellini* para sostener la afición del público, y excitar su entusiasmo. Hasta el punto que al concluirse el año cómico de 1831 con la despedida de la señora Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos enconrados de *tossistas* y *lalandistas* consiguiesen sembrar una eterna discordia en nuestra sociedad madrileña.

Tan imposible era ya hacer subir de punto aquella exageración, que necesariamente tenia que empezar á declinar; y así es que en el año último puede decirse que ha entrado la ópera en el período de su decadencia, de que solo han podido retraerla algunos instantes los extraordinarios recursos artísticos de la señora *Merici Lalande*. En vano los entusiastas ó intolerantes exclaman que los artistas no son nuevos, y las óperas no bien escogidas: en vano buscan á su tibieza causas interiores; el mal está en su imaginación. Satisfecha esta con el continuado alimento musical, y pasado tambien el influjo de la moda, ha llegado á mirar con indiferencia lo mismo que en otro tiempo la entusiasmaba; y por otro lado, después de escuchar *Semiramide*, *Mosé*, *L'ultimo giorno di Pompei*, *il Crociato*, *il Pirata* y *la Straniera*, ¿qué otras composiciones podrían buscarse para excitar su admiración? Por esta sencilla razón sería de desear que la exigencia filarmónica hiciese un alto, para merecerse agradablemente, y sin un furor imposible de perpetuarse, en el almen campo que la ofrece la rica fantasía de los compositores y la extraordinaria habilidad de los cantantes del día.

Esta dilatada educacion musical, unida á la particular disposición de los órganos españoles para la ciencia de la armonía, han producido entre nosotros tan notables aficionados, que pueden hacerse oír con placer, aun después de los célebres profesores que hemos visto en el teatro. Reconocida generalmente la superioridad de la música italiana sobre la insulsa pesadez de los romances franceses que antes ocupáran nuestros salones de buen tono, vióse en ellos campear la verdadera escuela del canto, si bien modificada cada año á la manera del modelo que se ostentaba en las tablas; así que alternativamente hemos observado reproducidas con una admirable fidelidad la arrogante determinación de la *Albini*, la tranquila correccion de la *Lorenzani*, la espresion romántica de la *Tossi*, y hasta la voz ahogada de *Montresor*, las prolongadas *fiorture* de *Vaccani*, y la tal vez nasal entonación de *Galli*.

Ocasión era esta (si yo pretendiera tener vinculada la risa de mis lectores) para trazar un cuadro, si bien fantástico, si bien exacto, de nuestros filarmónicos de salon, poniendo de manifiesto las intriguillas que parecen anejas al ejercicio del arte, los desentonos de la *armonía*, las disputas de los *acordes*, las encontradas vociferaciones de los *unisonos* y las intenciones menguadas de algunos *virtuosos*.

¿Qué festivos matices no podrían suministrar á mi bosquejo las ronqueras improvisadas, las pérdidas de voz y las recuperaciones repentinas; los descuidos con cuidado en mas de un duo, con el piadoso fin de perder al compañero; las espresivas miradas y suspiros en otro; las gratas palabras de *cara immagine*, *mio dolce bene*; *tenero oggetto*; *bel idol mio*; *abbi pietà di mé*, tan dulcemente deslizadas de ciertos labios, como benévolamente acogidas por ciertos oídos; las imprecaciones á un padre tirano, prodigadas tal vez en su presencia con notable entusiasmo suyo; ó bien la letra de *l'inutil precauzione*, fuertemente aplaudida por un bondadoso marido, ó emi-

tida con inteligencia por una virgen de diez y seis.

En segundo término, y como formando el coro de mi festiva composición, osaría presentar á aquella cohorte parásita de aficionados *orechianti*, que sin haber saludado los principios del arte, elevan ó rebajan á su antojo las reputaciones filarmónicas, formándose en *comisión de aplausos*, y para los cuales las únicas bases del saber suelen ser la pujanza de la voz ó los atractivos de una hermosa figura. En este número colocaría á aquellos que se sientan entre los cantantes, y están siempre solícitos, ya á volver las hojas del papel, ya á despabilar las luces del piano; ó repartiendo programas por la sala, ó trasmitiendo mas ó menos desfiguradas las espresiones del maestro; los notificadores del *hoy no está en voz, no es de su cuerda, está cortada*, y otras muletillas con que suelen disimularse el haber cantado mal; los que tararean *sotto voce* la misma pieza que se canta; los que dan la señal de los *bravo, soberbio, admirable, encantadora*, y otras espresiones á este tenor; los que arrojan á las caras de nuestras actrices coronas de papel, ó rompen en su obsequio los asientos del teatro; que conducen del piano á la silla á la amable cantatriz, envaneciéndose con los elogios que al paso recogen para ella; y tantos otros *indispensables* como forman el claro oscuro de nuestras reuniones filarmónicas. Pero tales observaciones, dando un aire satírico á mi discurso, me harían aparecer dominado por el deseo de encontrar ridiculos, y no es esta mi intención, tratándose de un arte que ha llegado entre nosotros á una altura regular.

El estado, en fin, de la música en esta capital es lisonjero, y solo faltaba que así como se forman aficionados para el encanto de los salones, se formasen artistas que ocupando algun día los teatros, libren á nuestra nación del crecido tributo que pagamos á los extranjeros. Nuestra benéfica soberana ha provisto á este deseo, creando un Conservatorio de Música, en que reunidos los profesores mas distinguidos, y bajo un excelente método de enseñanza, se ofrece la lisonjera perspectiva de llenar en breves años aquel vacío, y que la nación que produjo los Garcías, Colbran, Correa y tantos otros, vuelva á presentar á Europa fenómenos de habilidad que acrediten mas y mas su esclarecido renombre en la historia de las artes.

(Marzo de 1855.)

POLICIA URBANA.

«Si por la laguna Retigia
juró el Tonante hasta aquí,
hoy jura por la marea
de las calles de Madrid.»

D. Juan de Iriarte.

Uno de aquellos dias felices en que el perfecto equilibrio de nuestros humores, ocasionado quizas por una buena digestion, suele inclinarnos á la satisfaccion y al contento haciéndonos mirar todos los objetos por el lado favorable, salí yo de mi casa sin destino fijo, y con la sola intención de ponerme en movimiento, dando al mismo tiempo ocupacion á mi tranquila mente con la variedad de cuadros animados que ofrecen las calles de Madrid. Y como aquel dia por fortuna todo me parecia bien, no es fácil formarse una idea de las sensaciones agradables que á cada paso experimentaba.

El cielo sereno y despejado, el sol brillante, el ambiente apacible, me trasladaban en imaginacion al clima delicioso de las orillas del Bétis; el bullicio y animacion de las calles divertía mi fantasia; todos los

hombres me parecían contentos, alegres y corteses; todas las mujeres bellas, amables y satisfechas; sobre todo, llamaban mi atención por su picante fisonomía los jóvenes desde veinte hasta veinte y cinco, y ajustando las fechas, hué de observar que todos ellos debían haber nacido desde 1808 al 43, lo cual me condujo á sacar la consecuencia de que la guerra de invasion en nada perjudicó á las fisonomías.

Llamó luego mi atención la multitud y belleza de las casas nuevas ó reformadas, si no con la mejor voluntad de los caseros, por lo menos con notable complacencia de los inquilinos; consideraba despues la garantía que á estas mismas casas presta la filantrópica sociedad de seguros, causa principal del embelecimiento de la poblacion: miré con complacencia los edificios públicos destinados á establecimientos útiles y de nueva creacion: recorrí los paseos que por todos lados adornan diariamente nuestra capital: ví sus plazas mas públicas despejadas de la insalubre suciedad que ocasionaba la venta de comestibles; observé mejoras en la limpieza, buena arquitectura en las fuentes y puertas modernas, gusto y elegancia en la innumerable multitud de tiendas y cafés; admirable provision de comestibles en los varios mercados; comodidad incalculable proporcionada por la multitud de mercaderes ambulantes que bujo distinto diapason entonan sus géneros por las calles; belleza y baratura en los objetos artísticos espuestos en los almacenes; prueba incontestable de que hay literatura en la multitud de carteles con letras de á medio pie que adornan las esquinas; decencia y lujo en los vestidos, coches y habitaciones, y mil proyectos útiles, en fin, para lo sucesivo, tales como el del alumbrado, conduccion de aguas, magnifico teatro, y otros semejantes, de los cuales espera esta capital su futuro engrandecimiento. Y animado por la contemplacion de tantas bellezas, no pude menos de rendir en el interior de mi pecho el mas sincero tributo de admiracion y gratitud á las autoridades matritenses, que tanto se desvelan por la prosperidad de este pueblo.

El entusiasmo que aquel paseo habia infundido en mí, fue suficiente á hacerme tomar la pluma, y llamando en mi auxilio la Musa de Chateaubriand tracé las siguientes líneas «¡Levanta la cabeza, villa de los dos mundos, levanta la cabeza, y sal del abatimiento que una mano estraña te redujo: desecha los tristes lutos hijos de una guerra desastrosa, para vestirtte de nuevas galas y primores: tú eres la joya de la España, tú eres palma del desierto, la fuente del arenal y la estrella de la noche: como el fénix renace de sus cenizas, así tú mas hermosa y brillante te presentas despues de tus escenas lastimosas; viuda desconsolada que se adorna con preciosas galas para obsequiar al nuevo esposo, tu conquistada belleza y los nuevos encantos que ostentas, forman la dicha de tu enamorado ausente que vuelve á sus lares, y se admira de encontrarte mas jóven y mas bella que á su partida: permite ¡oh Mantua! permite que mi débil voz entone tus loores; permite que enagenado con el suave ambiente de tu eterna primavera...»

Pero al llegar aquí el espantoso ruido de un aguacero y granizo improvisados súbitamente, no sin grave riesgo de mis cristales, vino á distraer mi atención, y aun á arrancarme de mi amable éxtasis. Viendo, pues, que por entonces no me era tan fácil volver á él, y conociendo por otro lado que mi estómago pedía á toda prisa el calor que habia subido al cerebro, me puse á cenar al ruido del chaparrón, que no hay cosa como cenar tranquilamente mientras silba por fuera la furia del Aquilon y el bramido del Noto.

Consecuencia inmediata de la cena fue el quedar rendido al sueño, del que no volví hasta bien entrada la mañana siguiente: el frio intenso que sentia me hizo mirar el termómetro, y ví que por una de aquella

buscas transiciones tan frecuentes en nuestra atmósfera, habíamos pasado en pocas horas desde doce grados sobre cero á tres por bajo, con lo cual no extrañé la fuerte tos que me molestaba, y que sin duda fue presagio de las malas aventuras que me esperaban todo el día. Mas halagado con el recuerdo del anterior, y á pesar del aguacero que había durado toda la noche y amenazaba volver á empezar, púsemé en la calle con la idea de continuar mi paseo á fin de concluir mi empezada jaculatoria.

Lo primero que desconcertó mi intención fue el inhumano lodazal de las calles, que no sabía cómo evitar, pues si buscaba las estrechas y remendadas losas, iba haciendo pasos vascos, impelido por la suavidad del lodo reposado sobre ellas; y si me salía al empedrado, siempre encontraba el medio de poner el pie en las frecuentes hondonadas y charcos. Leía los bandos fijos en las esquinas, y alababa las disposiciones que previenen á los vecinos barrer los frentes de sus casas; pero al mismo tiempo observaba la indolencia general en este punto, y no podía menos de irritarme al considerar este descuido en cosa de interes comun, cuya ejecución debía ser voluntaria; y estando en estas consideraciones vi desfilar delante de mí una multitud de mendigos, los cuales venían de recoger el segundo desayuno de un convento ó de una fondita, y á ninguno le ocurriese ofrecer su servicio á los vecinos para dar cumplimiento al barrido de las calles.

El cielo en tanto se iba cubriendo de nuevo, y no tardó en romper en otro turbion que á todos nos hizo aligerar el paso; pero en vano; á la lluvia por igual y goteada sucedieron muy pronto los asombrosos surtidores de los canalones de los tejados, los cuales describiendo una curva perfecta cruzaban sus aguas en las calles estrechas, y en vano el misero transeunte intentaba evitar su golpe, pues al menor descuido veíase aplastado y oía resonar sobre su sombrero la cascada de Aranjuez. Muy luego, arroyos, mas rios que el Manzanares, se formaron en las calles, y si bien algunos puentes improvisados ofrecían su socorro, mediante una corta y aun voluntaria retribucion, eran de suyo tan débiles y vacilantes, que habia una probabilidad mas que mediana de caer en el arroyo, lo cual no dejaba de divertirse sobremanera á los grupos de mozos de cordel repartidos por las esquinas, que cargarían con media casa si alguno se lo mandase, y formaban escrupulo de alargar su mano ni ofrecer el menor auxilio á los pasajeros.

Yo buscaba el número 4 de la calle de... para tomar puerto en casa de un amigo; y no bien le hube hallado, cuando sin reparar apenas en lo inhumano del portal, infestado por los vapores que exhalaban los dos depósitos que hasta la presente parecen indispensables en la mayor parte de los portales de esta córte, y sin mirar tampoco lo empinado, estrecho y oscuro de la escalera, subí á tientas y llamé en el cuarto que me figuré ser el del amigo; pero se me dijo que no era allí, y que tal vez seria otro número 4 que habia enfrente. Atravesé corriendo la calle, subí á la otra casa (cuyo número por cierto estaba cubierto con una enorme muestra que decia: *Halmacen de ace-yte-vinagre, belas de sevoy demas comestibles*), pero tampoco era allí, y solo pude sacar en limpio que aun habia otros dos números 4 en la calle. Mohino y enojado contra la numeracion de las casas por manzanas, que tanta molestia me ocasionaba, continué la calle abajo y me entré por el primer portal que encontré con aquel número: seguí largo rato su estrecha lobreguez, y ni él se acababa ni yo encontraba la escalera; en esto siento pasos precipitados detras de mí; redoblo yo los mios, acábase el callejon y me encuentro en otra calle distinta, con lo que vine en conocimiento de que aquello era un pasadizo, formado, como la mayor parte de los de Ma-

drid, por la union de dos portales accesorios, aunque sin adornos de cristales y primorosas tiendas como los *passages* de Paris.

Desesperado con mis azares y con la lluvia que aun proseguia, no sé qué hubiera dado por hallar un coche que me volviese á mi casa; mas para encontrarle hubiera necesitado ir á la calle de Alcalá ó á la de Toledo, y alquilarlo lo menos por medio día, mediante la cómoda retribucion de cuarenta reales, lo cual era peor que aguardar á que pasase la lluvia. Tuve, en fin, que tomar esta última determinacion; mas por fortuna no tardó en despejarse el día, y por una extravagancia del temporal muy conforme con las anteriores, ostentar el sol su brillo natural.

Volvió la animacion de las calles; pero no volvió mi alegría, pues mis desdichas no desaparecieron con las nubes; distraído con las cavilaciones á que ellas me conducian, iba á torcer una esquina, cuando me miré rodeado de una docena de ligeros jumentillos que, recién aliviados de la carga de los costales de yeso, y animados por la flexible vara del mancebo que los presidia montado en el último término del mas provento, no me dió lugar á defenderme en regla, sino grotescamente con manos y pies, recordando de paso al mozo con palabras harto duras la benéfica órden que les previene conducir su ganado sujeto á fila; pero aun estaba yo dirigiendo mi filípica, cuando blandiendo la vara sobre los lomos de los pollinos, formó una densísima nube de yeso y desapareció con ellos, dejándome entregado al coraje y á una violenta tos, que muy pronto conjuró contra mí á todos los perros que han sobrevivido á la persecucion judicial del verano pasado.

Salvéme lo mejor que pude de aquellos peligros; pero fue para tropezar en otro, enredándome en una cuerda atada á un palo que habia delante de una obra, y por pronto que quise salir sufrí gran parte de la lluvia de cascote arrojada desde el tejado; apartéme de allí, y fuí á dar cerca de una docena de picapedreros que estaban labrando las piedras para una obra, los cuales acertaron á asestarme un guijarro á un ojo, en términos que hube de permanecer tuerto por todo el día.

Tantos y tan graves contratiempos irritaron mi bilis en términos que todo me incomodaba: los gritos de los vendedores, agudos y disonantes; el descoco de las naranjas; las ropas nada limpias puestas á secar en balcones y ventanas; los tocadores al sol en calles no muy retiradas; el humo de las hachas que acompañaron al Santísimo Viático, impreso á propósito en las paredes del portal: las rejas salientes que amenazan los hombros de los adultos y las cabezas de los chiquillos; las riñas de los aguadores en las fuentes por tomar vez para llenar; las carretadas de bueyes cargadas de carbon; las interminables filas de mulas conductoras de paja; los inevitables serones de los panaderos ecuestres; los muchachos que venden candelas y suelen arrimarla al que no la solicita; los que salen en tropel de las aulas, ó convierten la calle en público anfiteatro imitando la corrida de toros; los fogosos caballos de la brillante carretela que se dirige al Prado; la eterna pesadez de los simones; la silenciosa embestida de los bombes *facultativos*, y la vacilante direccion de los calefines. Todas estas y otras cosas que se me fueron ofreciendo á la vista en calles y paseos durante todo el día acabaron de completar mi disgusto.

Llegada la noche, tomé puerto en el teatro, en el cual no tuve otro contratiempo sino unas cuantas gotas de aceite que perpendicularmente me cayeron de la araña; y al volver á mi casa á la luz de los faroles (que solo sirven para hacer visibles las tinieblas), iba buscando las calles mas acompañadas por hallarse ya cerradas todas las tiendas.

Mi desgracia iba como siempre delante de mí:

cuándo me hacía tropezar con una muralla provisional de cascotes apilados, procedentes de una obra, y colocados á tres cuartas de la pared, entre la cual de-



jaban un estrecho callejon apenas suficiente para el paso de una persona; cuándo me lanzaba de pies en un monton de cal recién apagada; ora me enredaba en una fila de basuras colocadas en medio del arroyo



con ocho horas de anticipacion al acto de recogerlas; ora me ponía delante ciertos avechuchos nocturnos, cuyo mal aspecto y repugnante desvergüenza ofenden

al pudor y la moral pública; por aquí me salía al paso una vacilante tertulia arrojada de una taberna; por allá oía aproximarse el ruidoso tren encargado de aquella parte mas sucia de la limpieza; huyendo de su olorífica influencia en el acto solemne de sonar las once, me acogía á la otra acera, á tiempo cabalmente de recibir el rocío con que una amable deidad alimentaba los tiestos de su balcon; por último, un sereno que venía detras, entonó á este tiempo su agudísima y prolongada cancion, en términos que por miedo de que volviese á repetirla, le invité á acompañarme á mi casa, y fue lo único que hice bien en todo el día, pues al aparecer su farolillo á la entrada de cierta callejuela que teníamos que atravesar, vimos echar á correr dos hombres que sin duda no eran amigos de las luces.



Libre ya, en fin, de los pasados sustos, y procurando hacerme superior á las encontradas impresiones, reflexioné las inmensas mejoras que el aspecto de nuestra capital ha tenido en pocos años: reconocí que ellas son la causa de la exigencia actual sobre los inconvenientes que aun observamos, y cuyo remedio en un pueblo grande no es obra de un instante, y me dormí contento con la lisonjera perspectiva que el celo de las autoridades nos presenta, trabajando en hacerlos desaparecer de día en día. (Nota 10.)

(Marzo de 1855.)

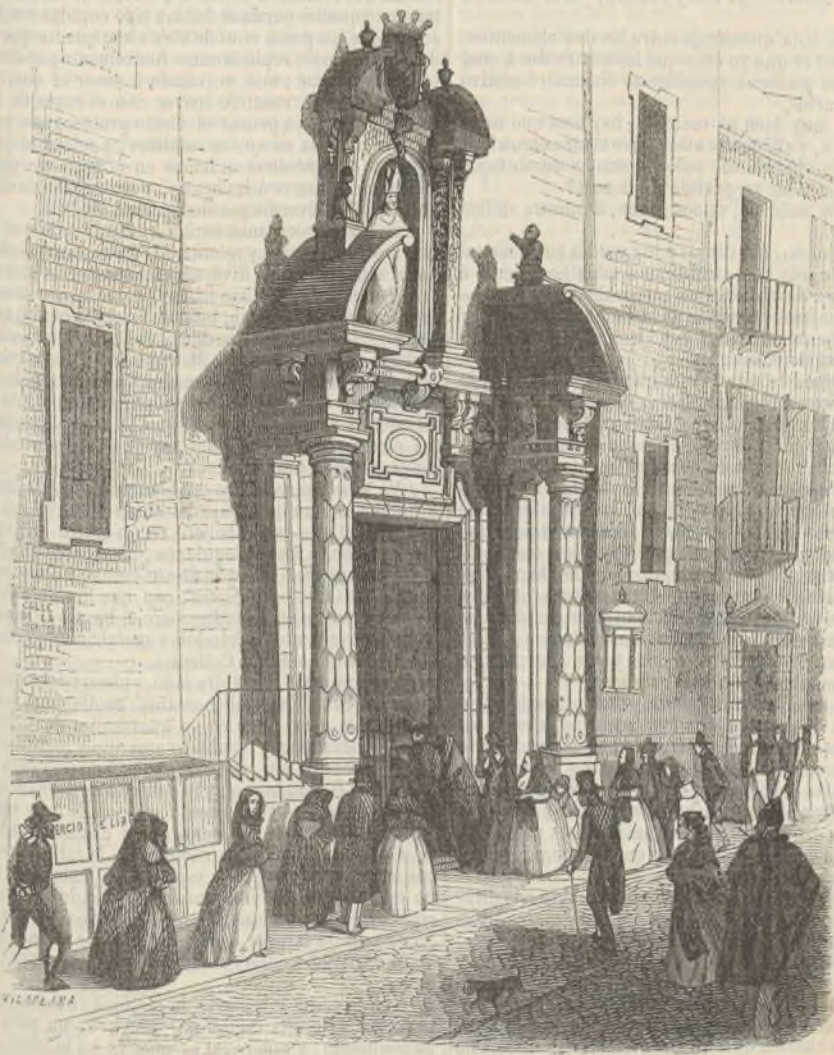
EL DIA DE FIESTA.

— Sin que pase la tarde
decir no puedes:
¡qué día tan hermoso!
muchos como este...

- ¿Muchacho?
— Señor.
— ¿Son campanas?
— Sí señor.
— Temprano la han tomado; ¡si apenas es de día!
— Es verdad; pero como hoy es una fiesta solemne,
ya V. ve...

— Y qué, ¿es á fiesta ese tañido?
 — Mire V., de todo hay: esas que se sienten á lo lejos son las de San Ginés, donde se celebra el santo del día, y por eso tocan á vuelo, y las de mas cerca son las de Santa Cruz, y tocan á muerto, sin duda por aquel droguero gordo de la calle de Postas, cuyo entierro se verifica hoy.
 — Cierra, cierra bien los balcones, que voy á escribir.
 — ¿A escribir, señor? no verá V.
 — Tanto mejor, con eso no sabré lo que me escribo, y entraré en la moda del día.

Ahora, pues, leamos despacio mis notas, y escojamos materia conveniente.... pero han llamado.
 — Muchacho.
 — Señor.
 — Mira quién llama.
 — Es el vecino de arriba que va á caza, y viene por V.
 — ¿A cazarme á mí?
 — Quiero decir, á que V. le acompañe.
 — Buenos dias, señor *Postas*.
 — Buenos dias, vecino; ¿qué tal, he cumplido la palabra?



Iglesia de San Luis.

— Si; pero, hombre, salir así, tan de mañana...
 — Pues mire V., por mucha prisa que nos demos, ya llevaremos por delante cien escopetas que habrán estado esperando á que abrieran las puertas.
 — ¿Con que es decir que habré de vestirme?
 — De cualquier modo; mireme V. á mí, ¿qué sencillo! zapato blanco, botines de estezado, pantalón

gris, chaqueta corta, sombrero de calaña, mi moral, mi frasco, y... nada mas; lo que importa es ir ligero para poder andar mucho.
 — ¡Ah! ¿con que en eso consiste la diversion? Pero... ¿calle! ¿otro convidado mas?
 — No señor; es el vecino de la tienda, el señor *Liga*, que viene armado con su caña y demas arcos

de pesca para ver si me cogía la delantera en llevarse á V.; pero amigo, por esta vez chasco se lleva.

— Ya escucha V., señor Liga, mi compromiso; el señor Postas es mas madrugador que V.

— No consiste en eso, señor vecino, sino en mi maldita caña, que he tenido que prepararla con todo cuidado por si acaso pica alguna pieza grande.

— Una ballena tal vez, ¿no es verdad, señor Liga?

— Vaya, señor vecino, no hay que venirse con pullas, que á las veces donde menos se piensa salta la liebre.

— Eso de liebre (replicó vivamente el señor Postas) me toca á mí, y salte ella una vez, que así se me escape á mi como por los cerros de Ubeda.

— Pues señores, ya estoy vestido, y á la orden de ustedes.

— Ahora falta que escoja entre los dos elementos.

— El caso es que yo creo que los cuatro son á cual mejor, y si pudieran reunirse no encuentro motivo para separarlos.

— Dice muy bien el vecino; ¿hay mas que marchar juntos, y allí donde atravesare el aire algun bulto lucir V. su habilidad, señor Postas, y donde topáremos agua sacar yo partido de la mia?

— Vamos, señores, vamos, pues, á nuestra anfibia expedicion.

Esto diciendo, nos dimos á luz por las pacíficas calles, donde solo encontráramos á tales horas cual ó cual lechero ó buñolera que preparaban con sus espeditos manjares el camino de la tienda de la esquina que acababa de abrirse, y cuyo amo enjuagaba ya las copas del aguardiente.

La campana de una iglesia inmediata nos recordó que la primera obligacion era la de oír misa: entramos, en el templo; su inmensidad y silencio inspiraban recogimiento y devocion; el sonido de la campanilla, los trémulos pasos de algun anciano, la tos de algun otro escondido en las capillas, los fuertes golpes de pecho de un mozo arrodillado, ó el silbado rezo de una anciana sentada en el suelo, eran los únicos objetos que alteraban tal vez aquella sublime tranquilidad; y penetrado por ella, no pude menos de comparar tal espectáculo con el que algunas horas despues ofreceria el mismo templo benchido de gentes de todos sexos y condiciones, mezclados sin distincion, y mas ocupados en ostentar sus gracias y sus adornos que en la contemplacion del acto religioso.

Cuando salimos de la iglesia ya las plazuelas iban llenándose de géneros y de compradores, siendo los encargados de las fondas los primeros que acudieron á hacer enormes provisiones, prueba no pequeña de la solemnidad del dia; y en tanto que mis acompañantes empleaban algunos maravedises en pan y en frutas, compré yo disimuladamente unas perdices y unos peces, dando encargo á un mozo que nos siguiera con ellos á lo lejos.

Saliendo despues por la puerta de Toledo nos dirigimos al Canal, con el objeto de realizar nuestra alternativa diversion; el señor Liga en cuanto vió el agua, tomó su posicion académica, enarbolando su caña, y el señor Postas echó á correr por los vericuetos con la escopeta al hombro; yo tomé asiento al lado del primero con el objeto de ser testigo de sus triunfos; pero en los tres cuartos de hora que permanecí con él, solo obtuve por resultado una rana, un zapato y un pez, que me produjeron tres movimientos convulsivos de risa. Queriendo disimularla en lo posible, me alejé del vecino, fui á encontrar al lejano mozo, y le envié cerca del pescador, con encargo de pregonar sus peces, entre tanto que me dirigia á buscar á Postas, cuyos repetidos tiros me daban la esperanza de una abundante caza.

La victoria, sin embargo, no correspondia á aquella salva, pues todo se redujo á un gorrion que, tasado por peritos podria valer hasta ocho maravedises, á

trueque de cinco reales muy cumplidos de municiones que iban ya consumidos. El héroe, sin embargo, no se desanimó, y viéndome venir redobló sus esfuerzos, sosteniendo con guardas y pastores tantas disputas como descargas hacia; pero observando yo lo inútil de su eficacia, resolví acudir al consabido expediente de llamar al de las perdices para que diese una vuelta al rededor del cazador.

Situéme despues en un puesto distante, y segun la señal convenida llamé con la bocina á mis dos corsarios; no tardaron en llegar cantando victoria, ostentando con aire triunfal sus presas, y contándose el pormenor de su captura; yo les felicité como debia; pero al preparar el almuerzo con ellas, no pude resistir á la tentacion de hacer presente al señor Postas que aquellas perdices habian sido cogidas con lazo, y aquellos peces eran de otra clase que los que se dan en el Canal; replicáronme fuertemente; aparenté convencerme; mas volviendo á sonar el cuerno, se presentó mi montero mayor con el resto de las provisiones. Dejo pensar el efecto grotesco que produciria su vista en ambos adalides, y solo diré que, deseosos de recobrar su honor en el segundo ojeo, corrieron de nuevo á las armas, y me dejaron en disposicion de volverme pacíficamente á Madrid.

Las nueve poco mas serian, cuando atravesé de uno á otro extremo, y mientras lo hacia con todo despacio saboreando las diversas escenas que se presentaban á mi vista, sentime llamar por un amigo que me seguia de cerca, el cual, tomando la palabra:—¿Qué es eso, señor Curioso (me dijo), va V. recogiendo materiales para sus Escenas Matritenses? Pues algunos podria yo darle á V., que tambien yo hago mis observaciones, y aun me precio de inteligente en el arte de Lavater. Y si no, ¿quiere V. que le diga el estado y las circunstancias de todos los que van pasando á nuestra vista? pues óigalo V.

¿Vé V. aquel caballero tan bien portado que corre diligente con un lio debajo del brazo cubierto con su pañuelo? Pues ese caballero es un sastre que va á llevar la ropa á los parroquianos; diez y seis de ellos están esperándole sin salir de sus casas, y él no lleva recado mas que para cuatro, con que los otros doce irán á reconvenirle al taller: pero él ha provisto ya á este inconveniente, cerrándole y marchándose á pasar el dia al soto de Migas Calientes.

Ahora repare V. á estotro lado, y observe esa pareja que cruza delante de nosotros: media hora hace que salió la jóven (que en su guardapiés de primavera, delantal negro, pañuelo amarillo y mantilla de la calle de la Magdalena, y al despedirse del ama que la encargó que volviera pronto, respondió muy satisfecha:—«Descuide V., señora, en cuanto oiga misa.»— Pero al volver la esquina de la calle tropezó con aquel mancebo que la esperaba, y aunque en todo este tiempo que van juntos han pasado por diferentes iglesias, en ninguna han dado muestra de entrar; y no es lo peor eso, sino que por el rato que va trascurrido tendrá ya la muchacha que volver á su casa.

—¿Y á V. qué le importa, le repliqué yo á este punto, esa intriguilla escuderil? Eleve V. un poco su pensamiento, y repare, si es que ya no lo hizo, en esa mamá noble que acaba de salir de su casa, llevando delantero un pimpollo de muchacha; observe aquel cuidadoso descuido de su traje matutino, y cómo no ha temido su belleza á la peligrosa esperiencia de la papalina rizada y pegadita á la cara: vea V. cómo ese pañuelito corto y recogido al cuello nos deja contemplar su talle delicado, y la botita de color su pie de cinco puntos; mire V. con qué gracia nos hace conocer que va á misa, ostentando en las manos su devocionario lindamente encuadernado á la *Gaufré* por Alegría ó por Ginesta; pero sobre todo, ¿á que no

adivina V. por qué vuelve la cabeza tan repetidas veces hacia nosotros? Pues no se esponje y envanezca, que no repican por él, y si no torne V. su vista hacia ese jóven militar con capote de barragan azul forrado de encarnado, que viene detras de nosotros acortando sus pasos, y como midiéndolos á un compas conocido, rizándose los bigotes, y oblicuando sus miradas á la acera izquierda por donde va la niña.

— ¿Y cómo ha sorprendido V. su pensamiento?

— Muy fácilmente: observando que él salió de un portal de en frente al mismo tiempo que ella de su casa, espíandole despues sus miradas de inteligencia y... pero ¿á qué cansar? Sígalas V. si quiere, y por míla cuenta si no les viere oír una misma misa; mas no, déjeles V., y repare en ese jóven que se adelanta hacia nosotros con su traje deslumbrante, como que conserva aun todo el brillo de la fábrica; contemple V. su atusado sombrero, todavía caliente de la plancha, su elevado corbatin, su lazo tan enigmático, sus botones de piedras de color, los sellos de similor purísimo; pues es un honrado ropero de la calle de Toledo que va derechamente á hacer su visita matutina y en gran tren, á su futura la hija de madama Bobiné, modista de Orleans; pero antes reflexiona que será bien comprar unos guantes amarillos para mayor autorizacion de su blanca mano, y con efecto, entra en aquella mal cerrada guantería; mas ¡ay! que ese que ha entrado detras de él es un alguacil; mucho me temo que al guantero le ha de costar diez ducados de multa el vender guantes el día de fiesta: verdad es que el día de trabajo nadie se los compra.

— No pierda V., por Dios (me dijo á este tiempo mi amigo), el espectáculo de ese coche simon, nuevo caballo troyano, en cuyo seno han encontrado cabida hasta once cabezas entre chicas y grandes, formando un grupo piramidal en forma de caricatura, á cuyo pie podría escribirse: *Una Boda del Barquillo*. La novia es una tabernera de la calle de San Anton, y el novio un alojero de la de San Marcos; el padrino, que es un tocinerico de la Costanilla, ha tomado el coche para todo el día, con el objeto de pasear la boda por las calles y saludar á todo el mundo; pero como las mulas son algo flacas y la carga demasiado gruesa, y como por otro lado han tomado la precaucion de emborrachar al cochero, de aquí viene esa marcha oblicua y desigual que V. observa, y que concluirá por dar con la boda en el suelo, no sin grave contento de curiosos y muchachos que acompañen con sus silbidos los lamentos de los contusos.

Con estos y otros espectáculos eran las once cuando llegué á mi casa, y al pasar por delante de la tienda del señor Liga, observé á un mancebo muy agraciado que estaba á la puerta haciendo sonreír á la esposa de aquel, con lo cual no pude menos de exclamar: ¡Cosas de mundo! ¡su marido acaso no habrá sacado aun un pez, y á ella sin buscarlos se le vienen á la mano.

Subí diciendo esto á mi cuarto, cuando senti abrir la puerta de mi vecino el señor don Magnífico Pabon, cuyo criado, cuadrándose en la escalera, preguntó: — «¿Es el petuquero de su señoría?» — No, amigo, le contesté; pero segun el tufo de esencias que me ha dado al pasar, juraré que le dejó á la puerta de la tienda componiendo una receta de mil flores; y así era la verdad, pues á este tiempo subía ya el mancebo, preparando los peines al son del romance frances de *Le Trouvadour*.

Encerrado por fin en mi cuarto, me proponia aprovechar el resto de la mañana en disponer mi articulo; mas no bien lo empezaba á hacer, cuando entró por la puerta el señor don Magnífico en persona, radiante como un reverbero, que iba á la córte con su uniforme nuevo; propúsome acompañarle para hacer despues juntos varias visitas; acepté el ofrecimiento, y hénos aquí caminando á palacio por entre una mul-

titud de carruajes de todas edades y condiciones, y de otra aun mas numerosa de pedestres en canillas, cuya vista fija en los pies se hallaba ocupada en defender las nacaradas medias de la inmundia profanacion del lodo.

Llegados á palacio, subió mi compañero, y yo marché á esperarle en casa de un amigo, donde no tardé en llegar, con lo cual empezamos nuestras visitas de buen tono; pero tuvimos la suerte de despacharlas pronto, porque las señoras habian salido, cuál á la misa de la tropa, cuál á la de las dos en el Buen Suceso, cuál á la revista en el Prado, y cuál, en fin, á otras visitas, y esto me convenció de la ventaja de hacerlas en día de fiesta. A todo esto eran ya las tres, y por indicacion de don Magnífico, y aunque no teníamos necesidad de ello, atravesamos á lo largo la calle de la Montera, en cuya acera izquierda se hallaba reunida á aquella hora entre sol y sombra, la flor y la nata de la andante caballería, y al pasar por aquellos grupos no pudo prescindir mi vecino de bajar el cristal y sacar por el ventanillo la manga de su uniforme, con lo cual quedó satisfecho de haber fijado la conversacion general por cinco minutos.

La tarde de un día de fiesta necesaria por sí una prolija descripcion en que podría lucir el pintor el efecto de los contrastes. Pintaría de un lado á una buena parte de la multitud, piadosa y recogida, poblando las iglesias para asistir al jubileo ó al sermón, en tanto que otra gran parte del pueblo corre bulliciosa á los circoos á presenciar las gracias de un novillo ó las desgracias de un volatin; opondría la variedad y alegría de los retirados paseos, como la pradera del Canal, la Florida, la Virgen del Puerto, la Fuente Castellana y otros así, en que las meriendas improvisadas, las danzas provinciales y los juegos bulliciosos ofrecen una animacion exagerada, y aun peligrosa algunas veces, á la prosopopeya uniforme de los paseos de buen tono, como el Prado y el Retiro; las ruidosas disputas de las tabernas, y las acaloradas discusiones de los cafés: la complacencia extraordinaria de los espectadores de la escena muda del descuartizado, ejecutada por el primer fantasma górico español, ó de los azares de don Simplicio Bobadilla, y la fria indiferencia de la sociedad altisonante escuchando pocas horas despues el Cid de Corneille ó el Pirata de Bellini. Esto me hizo repetir la observacion que alguno ha hecho antes que yo, á saber: «que las fiestas son variedad en el aburrimiento del rico, consuelo y verdadero placer del pobre.»

Tarareando aun el rondó final de la ópera, regresé á mi casa para descansar de una vez; pero me hallé con un nuevo suceso que vino á distraer mi atencion, y fue que al entrar en mi cuarto me hallé tendido al señor Postas llorando su desventura.

— ¿Qué hay señor Postas, qué llanto es ese?

— Pobre de mí, señor vecino, pobre de mí, que he ido por lana y vuelvo trasquilado; quiero decir, que salí de mi casa á cazar sin haberlo conseguido, mientras que otro ha cazado en mi casa todo lo que habia en ella.

— ¿Qué desgracia!

— Verdad es que no habia nada, pero menos he hallado yo fuera, como no sea este fogonazo que me ha abrasado media cara.

— Vaya, consuéllese V., podrá ser que... pero ¿qué voces son estas que se sienten arriba, ¿que me mata! ¿vecinos! ¿qué es esto?

— Nada, señor vecino, no se asuste V., será el tío Curro Cariñena, el oficial de zapatero que vive en la buhardilla de la esquina, que vendrá con el refuerzo acostumbrado en tales dias, y tratará de disculparse con su mujer dándole de palos.

— ¡Infeliz! vamos á socorrerla.

Hicimoslo en efecto, no sin grave trabajo; y dejando al señor Postas en su habitacion, torné yo á la

mía para acostarme, como lo hice, procurando des- echar penas y enojos; pero el ruido del baile que aque- lla noche daba don Magnífico, pared por medio de mi alcoba, no me dejaba sosogar un momento, hacién- dome renegar de mi vecindad, y del día de la fiesta, cuando de repente siento una agitación universal en toda la casa, y entre carreras y gemidos llegan á mí las voces de «fuego, fuego.» Salto precipitado de mi lecho, corro al peligro, y encuentro que era el fogon del señor Liga, que habiéndole abandonado sin pre- caucion por todo el día, el marido ausente en la pesca, y la mujer en los novillos, salía ahora con la ocurrencia de que se estaba quemando desde las seis de la tarde. La consternacion entonces se hizo gene- ral; toda la vecindad acudió á apagar el incendio, y aunque felizmente lo conseguimos muy pronto, tar- damos aun el resto de la noche en recoger las reliquias de muchos efectos que algunos amigos officiosos, para librarles de todo peligro, habian arrojado violenta- mente por el balcon.

(Abril de 1833.)

LA CASA A LA ANTIGUA.

« Ne genez pas, je vous en donne avis
tant vos enfans, ó vous, peres et meres,
tant vos moitiés, vous epous et maris,
c'est ou l'amour fait le mieux ses affaires, »

La Fontaine.

Muy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana; pero al prepararme á ello hallé sobre mi bufete una carta que me hizo va- riar de idea. Firmábala don Perpetuo Antañon, sujeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propu- se ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavi- lando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escri- bia llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano inten- taría yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sen- cillo que la da el pincel del propio interesado, y en su consecuencia nada podrian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bos- quejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros, sin otro trabajo que el de traslar- dar literalmente dicha carta, y héla aquí punto por coma.

« Señor Curioso; V. es el mismísimo Diabolo Cojuelo, y aun mas, pues sin el ingenioso expediente de alzar los tejados de Madrid ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofas, nos pone V. de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observa- cion se escapa á la mayor parte de los testigos. Esta pintura, desdeñada por el historiador, y exagerada en pro ú en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nues- tros placeres y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con V. en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma histo- ria, por la sencilla razon de que hay mas Juanes ó Mengas que Titos y Dioclecianos, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutar- co, parecerian ridiculos en un mercader de la calle de Postas.

» Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de ilumina- rla de modo que todos la veamos, no puede menos de asaltarme la idea de que V. tenga á sus órdenes algun espíritu foletto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, pudre, amante, galan, cortejo ú pretendiente. Esta conside- racion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrin, al co- municarle la noticia de mi desman, la tuerza y desli- gure tal vez en menos pro de mi buena fama; y por si así sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela á V., á fin de que despues haga el uso que crea conveniente.

» Para mayor inteligencia de mi discurso empezaré por decir á V. que aqui donde no me ve, soy un anti- guo comerciante; que habiendo debido á la divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto, no de quiebras fraudulentas ni especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fé nunca desmentidas, resolví habré cinco años, reti- rarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo.

» No le negaré á V. que la causa principal de mi reti- ro fue sin duda la continuada reflexion sobre los vi- cios que la miseria parece haber puesto á la moda; observé la mala fé de los diestros estafadores; vi la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interes de los bajos aduladores; y conocí, en fin, la delicada posicion de un hombre de bien en medio de las ase- chanzas que le rodean; y sea esta conviccion, ó mi natural deseo del descanso, ello fue que desde enton- ces me cerré herméticamente en mi casa, con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia experimentada.

» Confesaré á V. que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado, y toda su esterilidad, están anunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos: convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion; que no reina en él la economía presente; que las pinturas son antiguas, los techos envidados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pequeños y verdinegros, las baldosas cortadas y desiguales; pero en cambio es casa propia, tengo en ella salones inmensos, corre- dores interminables, escaleras interiores, habitacio- nes independientes, buhardillas, y sótanos para guardar un almacén. Por otro lado, la prodigiosa multitud de muebles que poseo, no solamente encuentran cabida en este inmenso caseron, sino que juegan muy bien por su fecha y por su forma con lo material del edificio; y si no, dígame V., ¿ en cuál de los del día podria yo colocar las costosas arañas de doce brazos que llenan ellas solas una sala, los cuadros de tres ó cuatro varas, las mesas macizas de nogal, los sillones de baqueta de Moscovia, las camas imperiales, los bufetes de cuatro registros, las alacenas y las cómodas de doce cajones? ¿ Ni qué bien irian en una casita de muñecas las floreadas cornucopias, las estampas del Hijo pródigo, los ricos escaparates del Na- cimiento, los siales encarnados, los bancos de res- paldo, las colgaduras de damasco, los tapices de Ciro, los tiestos de tinaja, los relojes de flautas cla- vados en la pared, las rinconeras de dos pies, los mapas de media caña, los biombos chinescos, los velones de cuatro pabilos, ó de bomba de cristal, los armarios enrejados, las figuras de talla, y tantos en- seros á este tenor como forman el adorno de mi habita- cion? Y por último, ¿ qué figura habia de hacer yo mismo, vestido á la 1805, con mis zapatos en punta, hebilla de plata, media negra, calzon corto, chaleco

cumplido, corbata blanca sin lazo, baston de tres al-
tos, empolvado tupé y sombrero en facha?

» Sin querer, señor Curioso, le he hecho á V. la descripción de mi habitacion y de mi persona; ¿quiere V. saber mi método de vida? — pues dígame V. — Yo me levanto al salir el sol, y mi primera diligencia es acudir á oír misa á la parroquia, donde todos los concurrentes nos conocemos ya de vista cotidiana: satisfecho este primer deber, me suelo dirigir á cualquiera de las plazuelas de San Ildefonso ó de Santo Domingo; allí, al mismo tiempo que tengo un rato agradable con la animacion y bullicio del mercado, ajusto de paso algunas provisiones, y sé mejor que sus amos lo que cuestan las que llevan los criados de mi vecindad. De vuelta á mi casa, me entretengo agradablemente con mi jicaron de dos onzas de chocolate, eclipsado entre cuatro baluartes de tostadas y bollos, cuya sustancia restauradora me presta fuerzas para la lectura del Diario (único papel á que conservo aficion, por ser á mi entender el que mas ideas contiene), y como vea en él el anuncio de alguna almoneda ó pública subasta, no dejo de anotarla en mi registro para darme una vuelta por ellas, último resto que conservo de mi inclinacion mercantil. Cuido despues de mis tientos y mis canarios, y salgo á las diez á visitar algun amigo de mi humor y de mi edad, con el cual me entretengo en ensalzar lo pasado á costa de lo presente; entro luego en una librería, donde suelo escuchar cosas que no están escritas en ningun libro; recorro despues plazas y prenderías buscando preciosidades parecidas á las que yo conservo en mi casa, lo cual suele darme cierto aspecto de anticuario; examino despues el estado de las obras públicas, calculando su duracion, en cuyo cálculo suelo equivocarme en algunos años; y por último, vengo á parar en mi antiguo almacén, recordando en él los vaivenes de mi juventud, cual el viejo marinero sentado en la playa contempla como en sueños sus pasados sustos y alegrías.

» Allí permanezco hasta que suena la una del reloj del Buen Suceso, á cuya hora vuelvo á mi casa, en la que percibo ya el olor de mis compras de la mañana; mas como no hay cosa que se envidie mas que un sentido á otro, no tardeo en confiar al gusto los placeres del olfato, y sentado entre mis dos femeninas compañeras, empiezo la comida, que entre trabajo y descanso suele prolongarse hasta las tres.

» Alzados los manteles, me retiro á dormir una horita de siesta, y despues salgo á paseo con algun amigo (que por lo regular suele ser un religioso), dirigiéndonos despacio al camino de Chamberí ó á las ventas de Alcorcon. Sentámonos donde nos parece, al sol ó á la sombra; parámonos de vez en cuando á tomar un polvo, y departiendo nuestros sentimientos en sabrosa é inocente plática, aguardamos á que el sol empiece á esconderse, para volver á la capital, y dirigiéndonos, ya juntos, ya separados, á restaurar nuestras fuerzas con la segunda toma de chocolate, precedida por un vaso de limon ó de agraz. Reuno despues la familia, rezamos nuestro rosario, y acabado este, suelo retirarme á mi despacho á leer un par de horas; ó bien acontece bajar el vecino don Segundo con su esposa, que forman con la mía y conmigo dos parejas homogéneas, para jugar una manita de mediator ó malilla hasta las nueve, hora en que indispensablemente he de cenar, á fin de poder oír entre sábanas la campana de las diez.

» Tal es mi método de vida, que solo se interrumpe dos dias en el año, cuales son el del santo de mi esposa y el mio: en ellos, ademas del convite á los vecinos á mesa y refresco, es de ordenanza el tomar un palco para ver la funcion del coliseo, sea cual fuere, y sin cuidarnos de si pertenece á la familia clásica ó á la romántica, aunque siento mucho cuando toca en el género fastidioso.

» Pero es el caso, señor Curioso de mi alma (y aqui

entra la parte mas sensible de mi narracion), que así como no siempre llueve á gusto de todos, tampoco esta serenidad complacia á mi hija, desde que dió asomos de querer cumplir los quince, y desde aquel instante cesó la tranquilidad de mi existencia: hecho un Argos vigilante de sus pasos, con el fin de que no llegase á conocer las seducciones del mundo, me oponia á todo aquello que consideraba propio á despertar sus pasiones; evité cuidadosamente que ninguna persona humana mas que mis vecinos visitase nuestra casa; cerré puertas y balcones; prohibí amiguitas y parientas; desterré lecturas, músicas y baile; y en los ratos que me ostentaba mas amable, de vuelta á casa, despues de un paseo con ella á la fuente del Pajarito, ó á Nuestra Señora del Puerto, en vez de mi ordinaria cancion contra las costumbres del dia, la daba á leer algunos de los artículos de V. en las Cartas Españolas ó la Revista, tales como *Las visitas de dias*, *El Prado*, *Las tertulias*, *Las niñas del dia*, etc., con lo cual creia haberla convencido sobre los inconvenientes del gran mundo para la juventud; pero si estos y los demas medios de mi defensa surtieron el efecto que me propuse, va V. á juzgarlo por sí mismo.

» Ya he dicho á V. que mi casa era inaccesible á los pretendientes que la belleza y buena dote de mi hija podrian suscitar; sin embargo, el amor y el interes fueron bastante móvil para hacer que algunos (y por cierto no despreciables) me hicieran proposiciones por medio de mis amigos: pero mi contestacion se reducía siempre á decir que mi hija era muy niña y no perdía tiempo (y á la verdad que esto último era demasiado cierto); con lo cual todos quedaban despedidos, y yo satisfecho de mi precaucion. El cielo, sin embargo, me reservaba el castigo de mi confianza, y aun no sé si diga de mi mania.

» Yo tenia por mis pecados un pleito pendiente, de cuyo estado venia á darme parte alguna vez mi procurador *don Simon Papirolario*, el cual solia traer consigo, para llevar los autos, á su escribiente *Frasquito*, mozo despierto y hablador: este, con toda intencion, encontraba siempre el medio de empeñarme en disputas con su principal, mientras iba él á la cocina ó á la pieza de labor á beber agua ó á encender el cigarro, y... ¿lo creerá V., señor observador?... Pues tal ha sido el disfraz que tomé el amor para rendir el corazon de mi hija; con este trastornó su cabeza, inspirándola una pasion frenética; y este, en fin, es el que á consecuencia de una larga serie de disgustos, de males y contiendas, tengo que consentir como yerno mio, despues de haber despreciado tan ventajosos partidos. ¡Un escribiente de procurador!...

» Ahora dígame V. si debí esperar tan desgraciado suceso de mi sistema de vida, ó si cree mas bien que haya sido un resultado forzoso de él, en cuyo caso debo desengañar á los que le sigan, aconsejándoles que se engolfen en el gran mundo, y que escarmienten en cabeza del inconsolable — *Perpetuo Antañón*.

Hasta aquí la carta del afligido corresponsal, y no habrá un solo lector que no haya observado en este buen señor á uno de aquellos espíritus exagerados que tienen la desgracia de no ver mas que los extremos de las cosas. Huyendo de las seducciones del gran mundo, vino á caer en el ridículo opuesto, convirtiendo su casa en un castillo; cerró las puertas al amor, y se le entró por la ventana. ¡Lástima grande que no hubiera tenido un amigo sincero que á tiempo le hubiera aconsejado lo conveniente!

» Vile V. en buen hora (le hubiera dicho) sobre la conservacion de las buenas costumbres en su familia; pero no las revista de una austeridad insoportable: huya tal vez de las tertulias y sociedades en donde la seducccion se halla sistematizada; mas no cierre su casa á un pequeño número de personas escojidas y dignas de frecuentarla; dirija, en vez de torcer, las inclinaciones de su hija, y no dude que estas serán racionales

cuando cese de mirar en el techo paterno una prision, y en el primer miserable atrevido que se la presente, su libertador y paladin.»

(Abril de 1835.)

LA CASA DE CERVANTES.

« Los sitios habitados en otro tiempo, por los hombres ilustres, escitan grandes y generosos recuerdos. y no sin razon se ha comparado la fama que les sigue a aquellas preciosas esencias que llenan el espacio y se evaporan facilmente. »

Jouy.

El antiguo Madrid no existe ya. Si por ventura lució con el nombre *Mantua* en tiempo de los griegos, ninguna vestigio, ningún testimonio sólido nos queda para probar tan remota antigüedad. ¿ Pretendemos buscar el *Maiorium* ó la *Ursaria* de los romanos? ¿ Dónde están, pues, los templos, los circos, los caminos, los acueductos con que aquellos enriquecieron su recinto? Ni una sola piedra nos demuestra su existencia en aquella época. Los godos, que arrancaron á los romanos el imperio de España, gobernándola por siglos hasta la invasion de los sarracenos, ¿ qué monumentos de su poder dejaron á esta villa? ningunos: ni las historias de aquellos reinados la nombran aun.

¿ Qué pruebas tenemos de la prosperidad del *Magerit* de los mahometanos? Un estrecho recinto contenido desde el sitio donde estuvo el Alcázar, al de Puerta de Moros, y en él muchas calles revueltas y costaneras; uno ó dos templos de mezquitas proporcionadas, y los nombres de algunos sitios; tales son los únicos restos de la villa avanzada de Toledo, de la conquista de Alfonso el VI.

El soberbio Alcázar de Madrid, que resistió á las tropas del emperador de Marruecos, y posteriormente jugó un papel de importancia en las civiles guerras de don Pedro y don Enrique, doña Isabel y doña Juana; las poderosas murallas, las torres y puertas que aun se conservaban en el reinado del emperador, todo fue desapareciendo con el tiempo; pudiéndose hoy apenas encontrar algun otro edificio cuya fecha sea anterior al establecimiento de la corte en Madrid por el señor don Felipe II. Empero aquella real determinacion, atrayendo á esta villa el poder y la riqueza de dos mundos, hizo nacer como por encanto una poblacion cuya estension y suntuosidad oscureció casi del todo las glorias de la antigua; y hé aquí la razon por qué los recuerdos matritenses apenas penetran mas allá de aquella época.

La imaginacion se sorprende con el brillante espectáculo de la corte del poderoso Felipe II y de sus dos sucesores. Capital de la monarquia mas estendida del orbe, llave de la política europea, teatro de los mas importantes acontecimientos, centro de los hombres mas distinguidos, Madrid se identifica entonces con los recuerdos mas gloriosos, y su historia es ya desde aquella época la historia de la monarquia. Eternos por lo tanto deberian ser los monumentos de la tal grandeza; mas por desgracia el trascurso de los tiempos, los desastres de las guerras, y el capricho y comodidad de los moradores de esta villa, han ido destruyendo continuamente aquellos históricos documentos, en términos que solo algun otro edificio público nos queda para idea de la corte de los siglos XVI y XVII.

Verdad es que la munificencia de los augustos soberanos de la casa de Borbon, dirigida por el buen gusto de la época presente, han hecho olvidar la falta de aquellas antigüedades con magnificas obras que prestan á la villa su actual suntuosidad. El palacio

de Felipe IV pereció; pero en su lugar se eleva uno de los mas elegantes de Europa. El sitio del Buen-Retiro, obra del poderoso conde-duque, apenas conserva vestigios de su primera faz, si bien ostenta en el día nuevos primores. Los templos fundados durante los reinados de la casa de Austria, destruidos por la mayor parte en la invasion francesa, aparecen hoy despojados de su carácter de antigüedad, y revestidos del gusto moderno. Los paseos, teatro de las galantes aventuras de aquella época, presentan hoy un aspecto y una importancia diferentes; el ingenioso Calderon desconoceria el florido *Parque de Palacio* en el inculdo término que hoy conocemos con aquel nombre, al paso que sentiria admiracion al contemplar el magnífico paseo que ha sustituido al desigual y escabroso *Prado de San Hierónimo*. Los palacios de los magnates, los edificios públicos, las magnificas puertas, y el aspecto, en fin, de novedad y elegancia que adornan á la corte de Carlos III y Fernando VII, la harian desconocida á los mismos que en otro tiempo la pintáran; al inmortal Cervantes, al sublime Calderon, al fecundo Lope, al festivo Quevedo, y á tantos otros como en aquellos siglos formaron las delicias de Madrid, cautivando la admiracion de Europa.

Mas si nuestra exigencia y nuestro lujo pueden tal vez hallarse satisfechos con la moderna belleza de los objetos que nos rodean, no así lo quedarian nuestro entendimiento y nuestra memoria, si pretendieran saborear la magia de los recuerdos, despojados ora de los restos de la antigüedad; en vano intentaríamos respirar el aura de la gloria en los sitios habitados por los hombres ilustres; en vano pretendiéramos identificarnos con ellos, uniendo su memoria á los objetos materiales que les rodearon en vida; la simple vista de aquellos monumentos nos sacaria al instante de nuestro error, ofreciéndonos solamente la mano del moderno artista, donde buscábamos la sombra del antiguo genio.

No era un mero capricho el que habia determinado en mí estas reflexiones, sino la escena que acababa de presenciar, y en la que yo habia sido uno de los interlocutores. Parado una de estas últimas mañanas en la calle del Leon viendo derribar la casa número 20 de la manzana 228, que hace esquina y vuelve á la de Francos, habia largo rato que permanecia abismado en aquellas ó semejantes consideraciones, cuando llamó mi atencion viniendo á sacarme de mi éxtasis el caballero Roberto Welfor, jóven ingles de ilustre nacimiento, y uno de los poquisimos extranjeros que visitan nuestra España con solo el objeto de verla.

— ¿ Qué hace V. ahí, me dijo, tan absorto y entretenido?

— Veo derribar una casa.

— Por cierto que es un filosófico espectáculo.

— Acaso mas de lo que V. cree.

— Conforme: si la casa es de V., desde luego le doy la razon.

— No, no es mia, ni un sentimiento material y mezquino es lo que me ocupa en este momento; mas sublime es la idea que me hacen nacer esas ruinas, y V. sin duda participará de mi sensacion cuando le diga que en esa casa que desaparece ante nuestra vista vivió y murió pobremente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (*).

— ¡ La casa de Cervantes!... (un golpe eléctrico no hubiera hecho impresion tan repentina en el senti-

(* Léanse en prueba de esta asercion las noticias prolifas de los señores Rios, Pellicer, Mayans, Navarrete y otros; solamente no fijan el cuarto que ocupó, aunque hay razones para creer que fuera el entresuelo, y acaso podrian añadir á ellas fundamentando los siguientes versos con que concluye el viaje al Parnaso.

« Fuime con esto, y lleno de despecho
busqué mi antigua y lóbrega posada
y arrojeme molido sobre el lecho,
que cansa, cuando es larga, una jornada.»

blante del inglés como la que le produjo el solo nombre del autor inmortal). ¿Es posible esclamar con resolución, ¿y quién se atreve á profanar la morada del escritor alegre, del regocijo de las musas?

—El interés, mister, el interés será el que justamente incline á su dueño á sacar mas partido de su propiedad, sin cuidarse de glorias que nada le producen.

—¿Y por qué no le producen? ¿Por qué los magnates, los cuerpos literarios, los particulares amantes de su país, no se apresuraron á adquirir á toda costa el único resto de tan célebre autor, para evitar cuidadosamente su aniquilamiento? — (Y esto diciendo, sacó su album, y empezó á dibujar la fachada de la casa, acción sencilla, pero expresiva, que hizo correr mis lágrimas.)

—Los ilustrados historiadores y anotadores de Cervantes (deciale yo mientras continuaba su dibujo) han everiguado con efecto, á no poderlo dudar, que habitando esta casa arrebató la muerte al hombre célebre cuya sangre derramada en los combates, cuyo ánimo esforzado en las prisiones, y el sublime mérito en fin de sus obras en la paz y en el retiro, no pudieron despertar la atención de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos pobre y necesitado, y muriendo oscura y miserablemente el día 23 de abril de 1616.

—¿Cómo, exclamó vivamente el inglés, en el mismo día que nuestro Shakespeare! Pero el poeta británico tiene el soberbio mausoleo de Westminster, al lado de nuestros monarcas, mientras que el español... ¡qué contraste!

—Su cuerpo fue depositado por disposición suya en el convento de las monjas trinitarias: pero el injusto desden que le persiguió durante su vida, privó á sus cenizas del homenaje merecido, llegándose á ignorar el lugar de su sepultura, culpa imperdonable en sus ingratos contemporáneos.

Los mas eruditos españoles que vinieron despues, ocupados cuidadosamente en recojer los mas pequeños datos de la vida del autor del Quixote; los sábios de todas las naciones, formando una sola voz para encomiar aquella obra inmortal; las prensas y buriles, continuamente ocupados en reproducir sus bellezas con todo el lujo artístico, no eran aun completo desagravio á la ultrajada memoria de Cervantes; estaba, pues, reservada esta gloria á nuestro monarca actual, consagrando á aquel un monumento mas noble y desconocido entre nosotros; si, amigo mio, á la voz del soberano, y bajo la dirección de un ilustrado magnate, cuyo nombre se enlaza naturalmente con los estímulos dados á las letras y á las artes, ya el cincel del español Solá reproduce las facciones del *manco de Lepanto*, para que colocada su estatua en una de las plazas públicas de esta capital sirva de eterno tributo consagrado á la memoria del escritor que forma el orgullo de la nación y las delicias del genero humano (*).

—Cuando el gobierno da el ejemplo (replicó el inglés), el público no debía mostrarse indiferente; y una suscripción voluntaria debería no solo haber libertado esta casa de su ruina, sino haberla consagrado esclativamente á la mansion de un cuerpo literario ú otro objeto adecuado á la memoria del ilustre escritor.

—¿Qué quiere V.? Esos testimonios prodigados al genio en otros países, no escitan entre nosotros emulación ni entusiasmo. Vea V. desde aquí, sin ir mas lejos, aquella casa baja, señalada con el número 44 en la calle de Francos; pues esa fue propiedad del famoso LOPE DE VEGA, el cual colocó sobre su puerta esta filosófica inscripcion, que tampoco existe hoy: «*Parva propria magna, magna aliena parva.*» En

ella vivió y murió; y aunque por una escepcion estraña entre nosotros reunió durante su vida á una decente medianía la gloria que sus numerosas obras le produjeron (*) y mereció á su muerte el duelo general de todo un pueblo que acompañó sus restos hasta la bóveda de San Sebastian, muy luego fue olvidado en ella; y á pesar de los propósitos del duque de Sesa, su testamentario, de levantarle un mausoleo correspondiente, es lo cierto que no llegó á verificarse, y que sus cenizas fueron confundidas con las de la multitud.

Vuelva V. la vista á esa calle que tenemos á la derecha (que es la llamada del Niño) en ella y su número 4 vivió el ingeniosísimo *Quevedo*, aunque de resultados de las graves persecuciones que sufrió, murió pobremente en la Torre de Juan Abad, siendo enterado en Villanueva de los Infantes, á pesar de haber ordenado que su cuerpo se trajese á Santo Domingo de Madrid.

El mas privilegiado en este punto de nuestros antiguos escritores es *Calderon*, quien habiendo legado sus bienes á la piadosa congregacion de Presbiteros naturales de esta córte, de que fue hermano mayor, mereció de esta un sencillo cenotafio en el sitio de su sepultura á los pies de la iglesia de San Salvador, que aun existe con el retrato del poeta, pintado por su amigo don Juan de Alfaro (**).

Este es el único monumento que recuerdo existente hoy en Madrid elevado á las cenizas de un particular sábio, al paso que observará V. muchos prodigados á nombres solo conocidos por sus títulos y riquezas. *Mariana, Solís, Saavedra, Moreto, Tirso, Juan de Herrera, Velazquez* y otros tantos, cuyos sublimes genios formaron otro tiempo el encanto de la córte y de la nación entera, yacen ignorados sin que nadie se duela de ellos: los modernos *Jovellanos, Isla, Melendez, Moratin, Cienfuegos, Maiquez* y otros muchos, victimas de su desgraciada suerte, fueron por lo general cubiertos con estraña tierra; y si bien la benevolencia del monarca ha levantado monumentos duraderos á la memoria de varios de ellos

(*) Los que exageran las riquezas de Lope de Vega pueden leer los siguientes trozos de su testamento, que original he visto casualmente, y cuya copia conservo. Este testamento está otorgado en 26 de agosto de 1635, víspera de su muerte, ante don Francisco Morales, escribano del número de esta villa, y entre otras cosas dice lo siguiente:

—Declaro que antes de ser sacerdote y religioso fui casado, según orden de la Santa Madre Iglesia, con doña Juana de Guardo, hija de Antonio de Guardo y doña Maria de Collantes, su mujer, difuntos, vecinos que fueron de esta villa, y la dicha mi mujer trajo por dote suyo á mi poder 22,582 rs. de plata doble, de yo la hice de arras 500 ducados, de que otorgue escritura ante Juan de Pina, y de ellos soy deudor á doña Feliciano Félix del Carpio, mi hija única, y de la dicha mi mujer, á quien mando se paguen y restituyan de lo mejor de mi hacienda con las ganancias que le tocaren.

—Declaro que la dicha doña Feliciano, mi hija, está casada con Luis Usategui, vecino de esta villa, y al tiempo que se trató el dicho casamiento le ofrecí 5,000 ducados de dote, comprendiéndose en ellos lo que á dicha mi hija le toca de su abuelo materno... y respecto de haber estado yo alcanzado no he pagado ni satisficte por cuenta de la dicha dote maravedís ni otra cosa alguna, aunque he cobrado de la herencia del dicho suero algunas cantidades.... mando se les paguen los dichos 5,000 ducados.

—Declaro que el rey nuestro señor (Dios le guarde), usando de su benignidad y largueza, ha muchos años que en remuneracion del mucho afecto y voluntad con que le he servido, me ofreció dar un oficio para la persona que casase con la dicha mi hija, conforme á la cantidad de dicha persona; y porque con esta esperanza tuvo efecto el dicho matrimonio, y el dicho Luis Usategui, mi yerno, es hombre principal y noble, y está muy alcanzado, suplico á S. M. con toda humildad y al Excmo. señor Conde-duque, en atención de lo referido, honre al dicho mi yerno haciéndole merced, como lo fin de su grandeza.

Este testamento concluye nombrando por heredera universal á doña Feliciano, su hija única, y á la sagrada religion de San Juan, por lo que la perteneciere, según los estatutos, y por testamentarios nombró al Excmo. Sr. Duque de Sesa, don Luis Fernandez de Corcoba, y á su yerno Luis de Usategui.

(**) A consecuencia del derribo de la iglesia de San Salvador en 1841 fueron trasladados los restos de Calderon al cementerio de San Nicolas, fuera de la puerta de Atocha.

(*) Esta estatua está ya colocada en la plaza de las Cortes.

en la edición magnífica de sus obras, la indiferencia del público es la misma, y en prueba de ello me contentaré con citar á V. un hecho solo.

Aun no hace tres años que la real Junta de damas de honor y mérito de la piadosa casa Inclusa de esta corte determinó rifar la casa y huerta de Moratin en la villa de Pastrana, de que aquel había hecho generosa cesion á dicho establecimiento. Dejo á V. considerar el resultado de una rifa abierta en Lóndres á la casa de Shakespeare, ó en Paris á la de Moliere; pues bien, en Madrid fueron tan pocos los billetes despachados á la de Moratin, que volvió á quedar por el mismo establecimiento; bien es verdad, que ni en los anuncios ni billetes se espesó haber pertenecido al Terencio español; pero esto mismo prueba la persuacion en que se estuvo de que semejante título no añadiría mayor estímulo á los jugadores.

A este punto llegábamos de nuestra plática, cuando un gran trozo de pared viniendo al suelo, y envolviéndonos en una nube de polvo, nos obligó á retirarnos de aquel sitio, si bien lentamente, y volviendo á cada paso los ojos á la casa de Cervantes. (Nota 11.)

LA VUELTA DE PARIS.

I.

No hace tantos años que un honrado vecino de Madrid, tranquilo y satisfecho bajo el puro cielo que vió al nacer, dejaba correr sus dias sin tomarse gran pena por lo que pudiera existir mas allá del puente de Toledo ó de la venta del Espíritu Santo. Fingia ignorar pacíficamente que hubiese otras montañas que las del Guadarrama, y estas creíalas azules, contemplándolas diariamente desde la plaza de Palacio ó desde el campo del Moro. Alguna rara vez, es cierto, llegaba á hacer escepcion á tan monótona existencia, concurriendo á la funcion patronal de Vallecas ó á los novillos de Pinto; pero este suceso formaba época en su vida, y al volver á su casa en la desvenecijada y bulliciosa calesa, creíase otro nuevo Anacharsis, tendía el paño, y comenzaba la relacion pintoresca de su viaje; decia entre otras cosas que el cerro de los Angeles mirado de cerca tiene diez leguas de altura, ó se estendia en pintar las costumbres sociales de Villaverde ó de Jetafe; semejante en esto á un viajero frances (ligero como todos los franceses), y ponderativo como todos los viajeros), que estampaba en su diario: «*Sábado 24, pasamos á cinco leguas N. de las Canarias, cuyos habitantes me han parecido en extremo amables y hospitalarios.*»

Si por un exceso raro de curiosidad, ó porque su empleo le uniese á la corte, llegaba nuestro convecino á hacer alguna expedicion á los sitios reales, ¿quién le podia sufrir entonces? Cristóbal Colon y el capitán Cook eran chiquillos de escuela en comparacion de nuestro viajero. Por último, si el recobro de su salud, la posesion de alguna herencia ú otro negocio de no menos importancia le obligaban á apartarse cuarenta ó cincuenta leguas de la capital, era cosa de meditarlo tres años antes, arreglar su conciencia y negocios temporales, y dejar bien condimentado su testamento.

Todo esto sucedia en la época de que vamos tratando; pero ahora es otra cosa. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.* Las revoluciones, las invasiones, las emigraciones, que hace veinte y siete años forman el entretenido drama romántico de nuestra historia, han ocasionado un trasiego, un va-y-ven tan no interrumpido, que, bendito Dios, nada falta á nuestra generacion actual para parecer sombras chinescas ó rápidas ilusiones fantasmagóricas.— Señores, atencion..... mirenes Vds. bien..... ¿los ven

Vds.?. pues ya no los ven. Hoy en el Prado, mañana en el *Boulevard*, pasado en *Hydepark*; amanecen en Madrid, comen en Paris y van á hacer noche en Lóndres.

Para los madrileños, en especial, la visita á Paris es tan necesaria como para los musulmanes la peregrinacion á la Meca, ó para los ingleses el *viaje grande*. No parece sino que sin ir allá no puede ningun hombre ser hombre de importancia; y al oír las apasionadas relaciones de los que vienen, es cosa de rechinar los dientes los que no llegan á ir. Este aliciente, el deseo de comprar el derecho de hacerse oír y envidiar por los demas, y la consideracion que de ello resulta, es lo que impele aquel movimiento general, y para satisfacerle busca cada cual de por sí los medios que están á su alcance.

Hay quien destina á los espectáculos y fondas de Paris las rentas heredadas de sus abuelos, los señorios gallegos y los cortijos de Andalucía; otros van á buscar la instruccion en los colegios franceses; cuáles dedican al comercio con aquella nacion sus capitales; cuáles se atraen una persecucion cualquiera para tener una ocasion de emigrar; unos buscan una comision que les indemnice de los gastos del viaje; otros se dan por satisfechos con venir cargados de dramas venenosos, farsas, follas, entremeses y demas ensalada italiana que traia en sus alforjas el estudianton gallego de Moratin; hay quien regresa con su maleta llena de proyectos capaces de hacer en veinte y cuatro horas la felicidad de la patria; y los hay que vuelven contentos con haber aprendido la última combinacion del lazo de la corbata. Usos y costumbres, maneras y lenguaje, leyes y literatura, muebles y trajes, corbata y almohadillas, todo nos viene de Paris. Solo la moneda se nos va.

A vista, pues, de aquel general movimiento, de aquel impulso involuntario, ¿quién ha de permanecer quietista? ¿quién ha de resistir al deseo de adquirir á costa de algun sacrificio el derecho de fastidiar á los demas? No será por lo menos aquel que, como yo, á la calidad de *Curioso* reúne la circunstancia de *Parlante*. Hé aquí una razon bastante para determinarme; y ya que mi insignificancia política no me obligaba á ninguna emigracion, y puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen tampoco á los países extranjeros, quise visitarlos solo por gusto ó comodidad, á espensas propias y campando solo por mi respeto, bastándome por resultado la única satisfaccion de poder atajar de vez en cuando las relaciones de mas de cuatro exagerados con esta sencilla expresion: «*lo he visto tambien.*»

Ocasion era esta para abusar tal vez de la paciencia de mis lectores haciendo una pomposa descripcion de viaje, amenizada con episodios mas ó menos animados. Hablaria de las diferencias en leyes y costumbres; prohibiria las relaciones de viajeros poco escrupulosos, describiendo con igual ligereza que ellos, el movimiento y la vida de Lóndres y Paris, su comercio é industria, espectáculos y diversiones, el puerto de Liverpool, las fábricas de Manchester y Birmingham; describiria los caminos de hierro y las máquinas de vapor; presentaria datos del comercio de Burdeos, de Lyon y de Marsella; enumeraria la escuadra francesa en Tolon y la inglesa en Porstmouth, y me daria, en fin, importancia suma, sin mas trabajo que el de trasladar algunos de los innumerables itinerarios, guias y cartas de ruta que compráa al paso, prestándoles cierto sabor de originalidad con tal ó cual anecdotilla personal, ya robada, ya autógrafa, que me hiciera aparecer cual otro *Sterne* sentimental á los ojos de mis lectores. De este modo, pues, fácil me hubiera sido llenar tres ó cuatro tomos que pudieran alternar airosamente entre los innumerables de los viajeros extranjeros, y dar de sus países una idea tan extravagante por lo menos, como la que ha-

cén formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances.

Los españoles, sin embargo, pecamos en el estremo opuesto, y bien que nos lisonjee el hablar entre amigos de lo que hemos visto, casi nunca nos determinamos á escribirlo; y hé aqui la razon por qué carecemos de descripciones originales, no digamos del imperio del Japon ni de las islas del Polo, sino aun de los países mas conocidos de Europa y aun de nuestra misma España. El miedo de no hacerlo con perfeccion, nos impide el hacerlo de ninguna manera.

De nada de esto se trata, pues convencido de mi insuficiencia, debo mas que ningun otro seguir en este punto la moda del país; y empero entre relacionar minuciosamente el viaje ó hablar solo de la vuelta, entre desenvolver el argumento del drama ó decir solo su desenlace, hay por lo menos tanta distancia como de Humbolt ó Lamartine á mi persona, como del Diccionario de Miñano á la Guía de caminos, como de un *infolio* á un folletín de diario. Y es para solo este objeto para el que reclamo hoy la benévola atención de mis lectores.

II.

La diligencia francesa que viene de Perpiñan se cambia en Figueras por la catalana, que espera allí para conducir los viajeros á Barcelona. En este momento de verdadera sensacion el de este cambio, y no es difícil leer en los semblantes los distintos afectos que promueven en los circunstantes de ambas naciones la esperanza de la patria ó el desconsuelo de perderla de vista. El cuadro no puede ser mas animado y caprichoso. Los conductores franceses y zagales españoles en sus trajes respectivos, forman un interesante contraste, y renunciando á sus respectivas lenguas se entienden en catalan, que participa de ambas.

Pero ya los pesados caballos franceses y las engalanadas mulas españolas se hallan enganchados á los carruajes respectivos; los caminantes se apresuran en torno de ellos, los mayores chasquean sus látigos, y comienzan el confuso movimiento y las rápidas interpelaciones de costumbre:

«*Conducteur, prenez garde á ma malle.*»—«*Muchacho, esa sombrerera.*»—«*A Dieu, noya, á la turnata.*»—«*Mon porte-manteau.*»—«*¿Combien d'ici á la frontiere?*»—«*Las onse horas.*»—«*Bon voyage.*»—«*Messieurs, en voiture.*»—«*Señores, á la diligencia.*»—«*¡¡¡¡¡ á Perpiñan.*»—«*A Barcelona: zagaaa-la.*»

Pocos dias recuerdo tan gratos en mi vida como los que mediaron para llegar desde la frontera á Madrid; y el placer que me resultaba de volver á ver á España despues de un año de ausencia voluntaria, grata y divertida, me hacia calcular el imponderable que debian experimentar aquellos que tras largos años de proscripción volvian á ver abiertas las puertas de su patria.

Uno de los sugetos compañeros de viaje se hallaba en este caso, y á cada sitio, á cada montaña, á cada pueblo que reconocia, asomaban las lágrimas á sus ojos, dándonos á conocer lo interesante de su situacion. Venia acompañado de una linda jóven hija suya, que aunque nacida en España, habia pasado la mayor parte de su vida en un colegio de Paris. El resto de la diligencia estaba tan armónicamente organizado que un poeta clásico hubiera necesitado muy poco esfuerzo para formar una comedia de costumbres, á la que no hubiera faltado el interes y sobre todo el *movimiento*. Teniamos allí, ademas de los ya dichos interlocutores, un fabricante de Lion, un elegante madrileño, un viajero ingles, una modista de Paris, un comerciante y un literato, españoles, y un peluquero frances. Calcúlese ahora si con tan buena compañía podian hacerse largas las horas del viaje.

Fuertes tentaciones se me pasan de estampar aquí

punto por coma muchos de los diálogos filosóficos, políticos, económicos, mercantiles, literarios, amorosos y hasta ridiculos que mediaron en tan larga travesia; pero fuerza será pasarlos en silencio, atendiendo los estrechos limites de este artículo, y el deseo de no abusar de la paciencia del auditorio. Baste decir que de todos ellos un observador filosófico podia deducir la exageracion ó la falsedad de las ideas que los vagos rumores, las estravagantes lecturas y la absoluta ignorancia de nuestras costumbres habian hecho concebir de nuestro país á los extranjeros, y aun á los españoles que faltaban de él algunos años.

Acaloradas las imaginaciones por el espectáculo que acababan de ver en otras partes, y sin tomar en cuenta las diversas circunstancias de clima, leyes, usos y costumbres, bullian sus cabezas en multitud de planes mas ó menos importantes que pensaban realizar con notable asombro de nuestros compatriotas; y tal es la fuerza de aquella manía, de aquel epidémico entusiasmo, que yo mismo, que en los meses de mi ausencia habia apenas podido saludar aquellas invenciones, creíalas todas oportunas, todas realizables, y me admiraba de que no estuviesen ya puestas en ejecucion.

El tema, pues, favorito de nuestros discursos, era el de clamar contra la inercia de los españoles, lamentarnos del abandono de sus campos, la soledad de sus caminos, la escasez de sus fábricas y talleres: el respetable anciano que regresaba á su patria, atribuíalo todo á la empleo-mania, esta funesta plaga de nuestra sociedad, que alejando de las ciencias y la industria las cabezas y brazos útiles, aumenta con ruina de los pueblos las clases improductivas, y convierte en mecánicas ruedas á los que pudieran ser agentes de la gran máquina social.

—Vea V. aquí, exclamaba el comerciante, unos campos estériles y yermos, sin duda por ignorar que á beneficio de los pozos artesanos, de las máquinas y otros adelantos agrícolas, pudieran beneficiarse en términos de doblar la produccion en pocos años. ¡Oh! si mis empresas llegan á tener ejecucion, yo cambiaré la faz de este país.

—Sin embargo, replicábale yo, no es la falta de produccion la que causa nuestra ruina, y observe V. si no al mayoral que acaba de pagar ocho reales por una fanega de cebada, seis por un cántaro de vino, y así lo demas.

—Todo eso consiste, replicaba el ingles, en la escasez de comunicaciones y el mal estado de los caminos, que impiden la rápida circulacion: nosotros hemos vivificado nuestras islas con la multiplicacion de canales y caminos de hierro, y si este modelo, que pienso presentar en Madrid, llega á tener efecto...

A este tiempo el mayoral abrió la portezuela del coche para rogarlos que nos apeásemos, á fin de pasar una de las elevadas cordilleras que dividen la Cataluña del Aragon.

—Vea V., le dije yo al ingles, algo que podria oponerse en nuestra España á la realizacion de muchos proyectos.

—Los adelantos de la industria, decia magistralmente el fabricante liones, son muy escasos en nuestro país, y solo el estímulo de los extranjeros podrá hacerlos progresar. Convencido de ello, traigo á él no solo géneros desconocidos y apreciables, sino tambien la idea de establecer una manufactura á la manera de las nuestras, que llegue á libraros en parte del crecido tributo que pagais á la industria extranjera.

—Desengañense Vds., señores, no es la absoluta ignorancia de esos grandes medios que acabamos de ver en otros países la que nos hace emplearlos tan lentamente en el nuestro; es la reunion de circunstancias que nos rodea; es la influencia del clima, que

hace impracticables en muchas de nuestras provincias esos descubrimientos; es la configuración de nuestro suelo, que opone mayores obstáculos á la realizacion de ellos; es el poder de las leyes y la influencia de las costumbres; es, en fin, la falta de numerario y la escasez de poblacion, atendido el vasto territorio que habitamos. Por fortuna estas verdades son ya triviales de puro conocidas, y los españoles sensatos (que los hay), sin detenerse de ellas, procuran marchar conformes con los adelantos materiales del siglo, de lo cual todos Vds. tendrán ocasion de convecerse, haciendo justicia á la constancia y al teson con que saben vencer muchas dificultades.

—«¡Ah! el buen español (esclamaban los extranjeros), cómo sale á la defensa de la patria.»

Otras veces sin remontan tanto el discurso, y dejando la iniciativa en él al literato, tratábamos del animado movimiento de la imprenta en los demas países; nos entusiasmábamos con él al recordar el sinnúmero de publicaciones útiles que diariamente ven la luz en ellos; recordábamos con placer los teatros de París y de Londres, y luego comparábamos con aquel brillante cuadro el mezquino que las letras y las bellas artes presentan hoy en nuestro suelo, y escitábamos á nuestro contrincante á emprender publicaciones útiles y agradables, que al paso que asegurasen su fama y su fortuna, sirviesen al país de instruccion y de recreo.

Por último, cuando cansados de estas discusiones llegábamos á ocuparnos de la accion del momento y de las pequeñas intriguillas del viaje, no nos faltaba materia con el elegante rigorista de la calle de la Montera y la linda colegialita de París; con el peluquero *Aleibiades* y madama *Tul Bobiné*.

Es cosa sabida que el amor en viaje hace siempre su camino en posta, y tal debió pensar el Narciso madrileño para entablar su conquista en esta ocasion. Por supuesto no perdía el tiempo como nosotros en discusiones áridas y encrespadas, y cuando mas terciaba en ellas siempre que se rozaban tanto cuanto con algun punto de modas ó de espectáculos. Se hablaba de industria, nos enseñaba la tela de su chaleco ó las cadenas de su reloj: se trataba de literatura, nos recitaba un trozo del *petit Courier* ó del *Almanak des dames*; pero todo con un aire de satisfaccion y de suficiencia, que no siempre causaba el mejor efecto en los circunstantes. Mas él, poco cuidadoso del resto de ellos, prestaba toda su atencion, y dirigia casi siempre su discurso á la agraciada niña, á quien por estos medios pretendia cautivar. Sin embargo, sea que ella, poseyendo el talento y la instruccion necesarios para reconocer aquella fatuidad, la apreciase en su justo valor, ó sea por otro cualquier motivo, no parecia tan interesada como el galan quisiera, y sobre todo, tuvo ocasion de observar repetidas veces que cuando este por una transicion, por desgracia hartó frecuente, se permitia con ella alguna intencion ó libertad en las palabras, la niña tomaba el aspecto mas severo, y le dirigia unas contestaciones solemnes y sentidas.

En cuanto al peluquero y la modista, su posicion era mas armónica. Exactos conocedores de los usos y las costumbres respectivos, hablando un mismo lenguaje, y colocados en igual categoría, no era difícil que muy pronto llegaran á entenderse, y lo llegaron tanto, que hubo momentos en que ya no les entendíamos los demas.

Con tan bellas disposiciones arribamos al fin á la capital. Separámonos en el patio de la diligencia tan cordialmente como nos habíamos reunido, y cada cual trató de buscar su acomodo. Los extranjeros pedian un *fiacre* que los condujese. No los había allí á mano. Los españoles se contentaban con un criado; tampoco se presentaba ninguno. Aquellos preguntaban por un *hotel*. —«Aquí no hay hoteles.» —Estos demandaban

un *cicerone* que les enseñase las calles. —Tampoco. —«Las cosas de España,» decia el comerciante. —«Esta gente no quiere moneda,» replicaba el ingles. —«*Ah le vilain pais,*» concluian en coro el peluquero y la modista.

Ocupado en saborear despues de un agitado viaje la tranquilidad y la dulzura de la vida doméstica, y en visitar mis amigos y relaciones, tardé algunos meses en volver á comunicar con los compañeros de diligencia, á quienes suponía legítimamente ocupados en desenvolver sus grandes planes y aclimatar sus utopias. Hasta un dia en que la casualidad me hizo acercarme á cierta antesala de un ministerio, y donde menos pudiera pensar acerté á encontrar al viejecito declamador contra los empleos. Confieso mi malicia; pero por mas que pretendió ocultárseme no lo pudo conseguir, y hasta tuve la indiscrecion de recordarle sus palabras del coche.

—«Qué quiere V., amigo, á mi edad ya no se puede aprender otro oficio: ¡si volviera á nacer!»

—Probablemente haria V. lo mismo: créame V., le repliqué, si nuestro compañero el ingles conociese bien nuestro país, no hablaría de caminos de hierro, ó los aplicaria solo al camino de la tesorería, que es el único frecuentado en España. —

No le hubiera yo citado tan pronto como acertó á entrar casualmente en la antesala, tan largo como un ciprés, trayendo bajo el brazo un rollo de papel aun mas largo que él mismo. Venia acompañado del fabricante liones, y ambos tenian que hablar á S. E.; aquel para recoger la primera parte de su proyecto que hacia seis meses que habia entregado, y dejar la segunda, pues cansado de esperar, hacia ánimo de recogerla al regreso de un viaje á América; el fabricante venia á solicitar el despacho de cierta causa de contrabando por géneros que yo mismo habia visto pagar derechos, y segun me dijo, de todos sus planes se daba por contento con que le dejasen libre para volverse á su país.

Ellos tambien me enteraron del resultado de los otros compañeros de viaje. El comerciante empresario, despues de tentar mil proyectos mercantiles é industriales, despues de haber querido establecer teatros, omnibus, casas de baños, divanes, hoteles y demas, se habia convencido de la innecesidad en nuestra España de muchas cosas necesarias en todas partes, acabando por poner un almacén de arroz de Valencia y garbanzos del Barco de Avila. Tambien me dijeron que el literato, habiendo verificado varios de las publicaciones que nos anunció, solo habia podido obtener veinte suscripciones, entre las que nos contábamos los compañeros de viaje. Solo el peluquero y la modista habian progresado considerablemente; el uno con su relumbrante salon, y la otra con su fantástico taller; aquel descargando las cabezas, y esta adornándolas á la moda.

Por lo que hace al elegante, tuve ocasion de verle varias veces en teatros y diversiones: al principio me aseguraba que no podia sufrir la vida de Madrid; pero insensiblemente le vi amoldarse á ella; en términos que el lunes pasado le hallé en los toros vestido de chulo, y hasta observé que desde su palco le saludaba con mucho gracejo y agitado movimiento de abanico la severa ex-colegialita parisien, ya de mantilla blanca y con su rosa á la izquierda, mientras por la derecha escuchaba con amabilidad los tiernos arrullos de un oficial de la Guardia.

Réstame solo dar cuenta de mi persona, pues segun ya creo haberlo indicado, yo tambien traia en la cabeza mucho ruido de proyectos mercantiles y literarios. Habia ademas formado mi plan de vida diámetralmente opuesto al que seguia antes de mi viaje; creía haber llegado á aprender en él lo que valen el tiempo y el trabajo, y me proponia aprovecharme de uno y otro; pero... ¡qué se yo por qué!... así que me

ví en Madrid, empecé á levantarme á las siete, luego á las ocho, despues á las nueve; empecé á salir á las doce; á sentarme en las librerías á la una, y en las tiendas de la calle de la Montera á las dos; á comer la inevitable olla á las tres; á echar la siesta á las cuatro, y levantarme á las seis; á ir al Prado á las siete, y al café ó al teatro á las ocho; á tertulia á las once; á cenar á las doce y acostarme á la una, y así un día tras otro se me ha ido el tiempo sin realizar mis proyectos.

Verdad es que los mercantiles no me ofrecian grandes ventajas, y renuncié á ellos con todo conocimiento, limitándome (siempre por espíritu imitativo de lo que habia visto en otros países) á emplear en fondos del Estado parte de mi capital, con lo que aseguraba una renta de 5 por 100 al año: por cierto que en el valor efectivo de aquel he perdido en el mismo tiempo un 17; pero el nominal es el mismo, y esto no deja de ser algun consuelo.

En cuanto á proyectos literarios me costó mas trabajo el haber de renunciar á ellos; pero me hice cargo de que si en las circunstancias en que nos hallamos escribía de historia, ó de viajes, ó de literatura, perdería mi latin y mi dinero, y es cosa fuerte esto de escribir para el impresor y los ratones. Los periódicos políticos eran un recurso socorrido; pero en primer lugar yo soy muy impolítico, quiero decir, que no tengo grandes conocimientos en esta materia; ignoro la nomenclatura corriente; y sin poder hablar de *escision* y *colisiones*, y *garantías* y *fusion*, y *oposicion legal* y *resistencia*, y comentar decretos, hacer alocuciones, y proponer medidas, y sistemas, ¿quién me hubiera entendido? Pero es el caso que yo queria escribir y... ¿qué remedio?... me decidí á escribir folletines para el Diario. Con esto por lo menos lograré ser leído antes de que un despiadado tendero me convierta en envoltorio de manteca de Flandes ó de queso de Rochefort, y si de este modo paso á la posteridad, no será por lo menos sin algo de sustancia. (Nota 12.)

(Abril de 1835.)

LA PROCESION DEL CORPUS.

I.

1623.

ERA el día 15 de junio del año de 1623, y celebraba en él la Iglesia Católica su fiesta principal al Santísimo Sacramento. Esta festividad habia sido instituida en la ciudad de Lieja, en Flandes, por los años de 1240, á consecuencia de la revelacion de unas virtuosas mujeres que la confesaron á Roberto, su obispo, y siendo arcediano de aquella iglesia Jacobo Pantaleon, despues Urbano IV, que espidió bula en 1272 para su celebracion. Desde entonces se verificó esta solemnemente en toda la cristiandad, y en particular distinguíase siempre en ella por su ostentacion la corte de los reyes católicos, que empleaban sus tesoros en tributar al Señor un culto magnífico, haciendo alarde de su religiosidad y grandeza.

Quisiéramos presentar á nuestros lectores un ligero diseño de cómo pasaban estas fiestas en lo antiguo; y puesto que nuestras fuerzas sean suficientes para trasladarles en imaginacion á aquella época, no queremos renunciar al placer de colocar aquí algunas noticias que, revolviendo archivos, hojeando cronicones y apuntando especies sueltas, hemos podido reunir sobre este y otros usos de pasadas épocas.

Fijamos particularmente para ello nuestra atencion en el dicho día 15 de junio de 1623, en que la corte de Felipe IV, ostentosa y poética, dispuso con mayor

lujo que de ordinario la solemne funcion del Señor. Concurría para ello una circunstancia muy notable. Carlos Stuard, príncipe de Gales, hijo primogénito y heredero del rey de la Gran Bretaña (despues Carlos I, que pereció desgraciadamente en un cadalso en 1649), habia llegado á Madrid el 7 de marzo de aquel año con la infanta doña María de España. El rey, los príncipes, el poderoso valido conde-duque de Olivares, y toda la corte, en fin, se esmeraban á porfía en obsequiar y halagar á tan distinguido huésped, con ceremonias y festejos que le pudieran dar idea de la grandeza del católico monarca.

Hay un ceremonial antiguo y manuscrito en el archivo de esta heroica villa que dispone el modo y forma de arreglarse la procesion en la primitiva y parroquial iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Dicho ceremonial previene que, señalada la hora por S. M., si asiste á la procesion, ó por el presidente del Consejo en caso contrario, se reunan todos en dicha iglesia, y los Consejos divididos cada uno en una capilla, y no habiendo, como no las hay, para todos, se forman con cancelos. Así, hácia la pila del bautismo estaba el Consejo de Cruzada: á los pies de la iglesia, Madrid: en la capilla del Santo Cristo del Buen Camino, el de Indias: en la capilla antigua, frente á la puerta de las gradas, el Consejo Real de Castilla: en la del Santo Cristo de la Salud, el de la Inquisicion: en la de Santa Ana, el de Hacienda: en el cuerpo de la iglesia á mano derecha, los capellanes de honor y predicadores de S. M., y á la izquierda los grandes. El sitial del rey y príncipe, junto á la baranda del altar mayor, al lado del Evangelio. Al ofertorio de la misa (que se celebra siempre de pontifical) se le sirve al rey y al príncipe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesí, en dos fuentes de plata grandes é iguales, una hacheta pintada y una vela en la misma forma, una blanca de á libra y otra de á media, y en llegando al medio de la iglesia, toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo tres reverencias las entregan al capellan de honor que está de asistencia, y este al sumiller de cortina, primero para el rey, y despues al príncipe. Despues que se empieza la misa se da principio á ordenar la procesion por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho bordones de él por antighedad.

Aquel año se verificó así, y el príncipe de Gales, desde uno de los balcones del cuarto en que se hospedó, que fue en el entresuelo de la torre primera del alcázar, la vió pasar, permaneciendo en pie durante toda ella, así como el marques de Boukingham y demas caballeros de su corte que le acompañaban, y al llegar el Santísimo se arrodillaron todos.

El órden que llevaba la procesion era el siguiente. Abrian la marcha los atabales y clarines—seguan los niños Desamparados y los de la Doctrina—luego los pendones y las cruces de las parroquias—los hermanos del Hospital General—los de Anton Martín y las comunidades religiosas por este órden—mercenarios descalzos—capuchinos—trinitarios descalzos—agustinos descalzos—carmelitas descalzos—clérigos menores—padres de la Compañía de Jesus—mínimos de la Vitoria—gerónimos—mercenarios calzados—trinitarios—carmelitas—agustinos—franciscos—dominicos—basilios—premostratenses—bernardos—y benitos.—La cruz de Santa María de la Almudena—la del Hospital General de corte—la clerecia en medio de las órdenes militares Alcántara—Calatrava y Santiago con mantos capitulares.—Al lado derecho el Consejo de Indias—el de Aragon—el de Portugal—el Supremo de Castilla.—Al izquierdo el de Hacienda—el de las Ordenes—el de la Inquisicion—el de Italia—el cabildo de la clerecia—veinte y cuatro sacerdotes revestidos,

con incensarios—la capilla real con su guion—tres caperos, el de en medio llevaba el báculo—el arzobispo de Santiago de pontifical—los pajes del rey con hachas—las andas del Santísimo—la Villa con el palio—EL REY—el príncipe al lado izquierdo—un poco detras

el cardenal Zapata al derecho—el cardenal Espinola al otro lado—el nuncio en medio de los dos—el obispo de Pamplona detras.—El inquisidor general—el embajador de Polonia—el patriarca de las Indias—el embajador de Francia—el de Venecia—el de Inglaterra



La Procesión del Corpus en el año 1625.

el de Alemania—el conde-duque de Olivares—los grandes cerca de la persona del rey—los títulos y señores á tropas en medio de la procesion—las dos guardias españolas y tudesa á los lados de la procesion—y detras toda la de archeros.

Era costumbre en aquellos tiempos, y se observó constantemente hasta 1703, que por la tarde de este día empezase la representacion pública de los *autos sacramentales*, que seguia durante toda la octava del Corpus. Levantábanse para ello en las plazas de Palacio

y de la
ocho ca
compañ
aparato
del rey
y acaba
carros
al Cons
Arago
y al vi
los dos
drid, d
del día
Consej
los de
presen
las cas
ban to
en los
hasta
consej
resulta
dese c
vedad
la repr
solvió
el vier
dando
repres
Arago
autos
de á l
que p
SS. M
viene
pe Y s
gusto
desde
los cor
Es l
tos se
y que
inter
cribió
tamen
á fin
ron es
impr
á la vi
pieda

Des
va en
festiv
de Ma
gesta
deser
muni
bien
de la
en al
guerr

(*)
la pro
rioso
mada
que es
villa d
Rodan
Santo
monst
aquei
Y con

y de la Villa sendos tablados, adonde se encaminaban ocho carros triunfales, cuatro para cada una de las dos compañías de comediantes: principiaba con notable aparato el primer auto en la plaza de Palacio delante del rey, el mismo día del Corpus á las cuatro de la tarde, y acabado aquel empezaba el segundo, y pasaban los carros del primero á la plaza de la Villa á representarle al Consejo de Castilla, y después la misma noche al de Aragón: seguía el segundo auto en la forma referida, y al viernes siguiente por la mañana se representaban los dos al Consejo de Inquisición, y por la tarde á Madrid, desde donde, por el órden que queda espresado del día antecedente, se seguían representando á los Consejos de Italia, Flandes, Ordenes; y el sábado á los de Cruzada, Indias y Hacienda; y acabadas las representaciones públicas por consejos, continuaban en las casas de los señores presidentes, en que se gastaban todos los días de la octava, dando principio luego en los corrales el viernes siguiente á ella. Así pasó hasta el año de 1676, en que por escusarse algunos consejos de este gasto se hicieron variaciones, de que resultaron algunas dudas é inconvenientes, y habiéndose consultado á S. M., resolvió que no se hiciese novedad. Despues, por lo molesto que era para los reyes la representación de los dos autos en una tarde, se resolvió el año 94 que se hiciesen uno el jueves y el otro el viernes, y este día se hiciesen los dos al Consejo, dando principio la compañía que el día antecedente representó en Palacio, y el mismo día al Consejo de Aragón, y que si el Consejo de Inquisición quisiese autos se le representasen por la mañana, y por la tarde á la Villa; lo que se ejecutó algunos años, hasta que por escusar gastos se hacían estos festejos á SS. MM., al Consejo y Madrid, en los días jueves, viernes y sábado. Por último en 1705 S. M. don Felipe V se sirvió aplicar á las urgencias de la guerra el gasto que se causaba en estas representaciones, y desde entonces no volvieron á verificarse mas que en los corrales.

Es bien sabido que en la composición de estos autos se emplearon los primeros ingenios de esta córte, y que muchos de ellos tienen cualidades que los hacen interesantes. Don Pedro Calderón de la Barca solo, escribió setenta y dos, cuyos originales legó en su testamento á la villa de Madrid, que se los había pagado, á fin de que se conservasen en su archivo; pero fueron estraidos y sustituidos por copias, y en 1716 se imprimieron por don Pedro Prado y Mier, pagando á la villa diez y seis mil quinientos reales por su propiedad.

II.

1835.

DESPUES del trascurso de los tiempos, se conserva en el día como la mas solemne entre nosotros la festividad del Corpus, y la procesion con que la villa de Madrid la celebra, sigue el mismo órden de magestad y decoro que en el siglo XVII en que la hemos descrito, si bien con menos acompañamiento de comunidades y personajes, habiéndose purgado tambien de los ridiculos emblemas que bajo los nombres de *la tarasca*, *los gigantes* y otros, se conservan aun en algunos pueblitos de España; y hasta antes de la guerra de los franceses se usaba en Madrid (*).

(*) *La tarasca* era una figura de sierpe que iba delante de la procesion, y representando místicamente el vencimiento glorioso de nuestro señor Jesucristo sobre el demonio. Es voz tomada del verbo griego *therasca*, que significa amedrentar, porque espantaba y amedrentaba á los muchachos. En *Tarascon*, villa de Francia, en la Provenza, sobre la orilla izquierda del Rodano, existe una tradicion que dice: que habiendo llegado Santa Marta á aquellos riberas, logró vencer y encadenar á un monstruo canchero llamado *la tarasca*, que afligía y desolaba aquel pais. La villa agradece el logro á la santa por su patrona, y conservó la memoria de su beneficio en un cuadro que he-

Queda ya dicho que el órden de la procesion es en el día el mismo; y si bien puede haber perdido en cantidad de personajes asistentes, no en la calidad de ellos, que es siempre la mas elevada, empezando por el mismo monarca cuando se halla en la córte, los grandes, los supremos consejos y tribunales, el clero secular y regular, el ayuntamiento, etc., que en todo forma un tan dilatado como vistoso y rico acompañamiento.

Pero en lo que sin duda alguna debe esceder el Madrid actual al antiguo, en semeiante dia, es en el suntuoso y variado aspecto de sus calles, especialmente en las que constituyen la carrera de la procesion; el bullicio y animacion del numeroso pueblo, la elegancia de las vestimentas, y la agradable armonía, en fin, de un conjunto tan vario y caprichoso.

Difícilmente una persona que no haya estado en esta córte podrá formarse una idea ni aproximada de todo ello. Si es extranjero y no conoce la pureza de nuestro cielo, la viva lumbré del sol que nos ilumina, la diaphanidad de nuestra atmósfera, ¿cómo podrá imaginarse la alegría de aquel hermoso cuadro?

Una luz templada por los toldos azules y blancos que cubren toda la carrera; un piso blando de arena que hace desaparecer la desigualdad del empedrado; dobles filas de tropas vistosamente enjaezadas, é interrumpidas de trecho en trecho por armoniosas músicas; un pueblo inmenso, bullicioso, espresivo, cubriendo absolutamente el espacio que la tropa permite; calles anchas, y tiradas á cordel, que dejan contemplar una larga série de casas, adornadas esquisita ó caprichosamente con vistosas colgaduras, y tan henchidos de gente los balcones que parecen imprimir movimiento á los edificios: tal es el bellísimo conjunto que desde las primeras horas de la mañana presentan las hermosas calles Mayor, de Carretas y de Atocha, plaza Mayor y Puerta del Sol.

Los detalles son aun mas interesantes. No bien apunta la aurora, que á la verdad es bien pronto en un hermoso día de junio, empiezan á circular las bombas que riegan la carrera; apodéranse en seguida de ella los vendedores de flores, que la llenan de un agradable perfume: los vecinos, madrugadores aquel día, disponen y cuelgan las fachadas de sus casas, y desde aquel momento empieza la concurrencia, que, como debe suponerse, se compone al principio de las sirvientas y mancebos, que si coden á la posterior concurrencia en elegancia y aderezo, pueden disputarla en alegría y gracia natural.

Siguiendo por una progresion ascendente, y mientras la tropa va formándose, llegan ostentando sus respectivos atavíos y personas, la desmenuada manola del Barquillo con su peineta elevada, cesto de trenzas, mantilla sobre los hombros, recortado guardapiés, guarnecido delantal, rica media calada y zapato de cinco puntos.—Siguela en pos el honrado artesano vestido de nuevo, reluciente sombrero de seda, frac improvisado en los portales de calle Mayor, y guantes amarillos.—El mancebo de comercio, con su corbatín de á cuarta, sus cadenas de similar y su camisa plegada;—la alegre modista con una espresiva rosa en la cabeza, su zapatito primorosamente atacado, y sus mangas huecas de pergamino:—el mercader de la calle de Postas, envuelto en su casacon Tarrasa, su corbata blanca, ancho sombrero y zapato de oreja;—el antiguo abogado, el veterano procurador, conduciendo del brazo á la respetable mitad, y llevando por delante tal cual pimpollo femenil de 15 á 16 (cosecha de 1835), que sale por primera vez al gran mundo,

mostenido ocasion de ver en su iglesia. Además, en la procesion que se hace anualmente con gran solemnidad, se pasea una imagen colosal del monstruo voraz y arrojado por una muchacha. Finalmente en el archivo de Madrid leemos en un antiguo libro de cuentas una partida que dice: «Por gastos en la tarasca para la procesion del Corpus, 1,400 reales.»

y se admira ella misma de la sorpresa y encanto que su ignorada belleza produce en los circunstantes.— Mas allá vienen los alnibarados y flexibles mozalvetes, con sus ajustadas levitas, sombrerito á los ojos, perilla romántica:—ni dejan de cruzarse con las pareadas filas de desdeñosas elegantes que ostentan sus gracias entre las blondas y rasos prendidos y recorridos por las mas hábiles manos de la calle de la Montera, ó muestran su mal disimulado enojo porque madama Tal dejó de llevarlas á tiempo el traje punzó ó el sombrerito hortensia.

Guarda descuidadamente aquel género volátil la formidada marquesa, que cree hacer olvidar su fé de bautismo entre el fino encaje, las hiperbólicas guarniciones, los ingeniosos artificios de cintas y gasas; y alza la cabeza, habla con tono solemne y satisfecho, al verse servida por dos alumnos de Marte, cuyos hombros decoran por primera vez aquel dia relucientes charreteras: uno de ellos se apresura á darla el brazo; otro á ponerla la sombrilla; cuál á hacerla observar lo mas notable de la carrera; cuál, en fin, á apartar la gente para dejarla paso; pero una dulce mirada de alguna de las niñas que van delante recompensa de tanto afán á aquellos mártires, hasta que llegando al balcon deseado, pueden dejar descansar al siglo xviii, y trasladar su atencion al de la juventud y de la hermosura.

En este armonioso y confuso laberinto, la concurrencia se agita, vuelve y revuelve una y mil veces, y ni la vista puede seguir tan variable escena, ni la pluma pintarla con fidelidad. Suena, en fin, el redoble del tambor; óyense las voces de atencion y de mando; la procesion se acerca; es preciso acomodarse entre filas, y dejar el centro despejado; ¡ qué momento de confusion y de agradable desorden! ¡ qué combinaciones tan inesperadas y estravagantes! La jóven inocente que gira asustada sobre su derecha, se encuentra sin saberlo colocada entre un grupo de oficiales que se apresuran á hacerlas sitio, en tanto que los papás, torciendo aturdidamente sobre la izquierda, la echan menos, la buscan, la ven en frente, quieren reunirse á ella, pero en vano; los batidores de la procesion se interponen é impiden el paso, y el indignado padre tiene que contentarse con hacer á la niña gestos espresivos, y jurar no volver á sacarla al público hasta el Corpus del año siguiente.

Aquí es una mujer que chilla porque la dejen colocar su chico delante de las filas; allá es un soldado que repugna y codea á una espantable vieja que se ha sabido colocar en correcta formacion: ¡ qué movimiento en los balcones! ¡ qué estrechar las distancias! ¡ qué hacerse lugar entre dos sillas! ¡ qué abrir de quitasoles! ¡ qué mover de abanicos! ¡ qué enarbolar de anteojos!

La caballería llega, en fin, despejando la carrera, y entre el son de las campanillas y de los cánticos, empieza la larga fila de niños espósitos, ancianos mendigos, comunidades, pendones y cruces, consejos, alguaciles y personajes de la corte hasta que llega el Santísimo; las músicas militares y religiosas se mezclan á este punto en sonora armonía: la atmósfera aparece cubierta del humo del incienso que quemán los sacerdotes: la tropa rinde las armas é hinca la rodilla en tierra á la presencia del Omnipotente: los espectadores todos siguen el ejemplo; y las campanas llenan los aires con sus redoblados sonidos. Este momento es verdaderamente sublime. El bullicio y la confusion han desaparecido, y un pueblo entero, silencioso y postrado, rinde á la Divinidad el homenaje de su adoracion.

No bien ha pasado la guardia de la procesion, los balcones quedan despoblados; la gente del pueblo abandona la fiesta para retirarse á sus casas; pero la concurrencia elegante prolonga aun el paseo durante una hora, en que con mas desahogo puede lucir las

gracias de su persona ó la riqueza de su vestido. Los funcionarios que asistieron á la procesion en gran uniforme, recobran sus esposas y las pasean con cortés concurrencia: los jóvenes agrupados en la Puerta del Sol y calle de Carretas ven desfilar las bellezas y suelen ir desfilando en pos de ellas; y de este modo va disminuyendo la concurrencia hasta las tres de la tarde, en que cesa del todo. Una hora despues los toldos han venido al suelo, las colgaduras han desaparecido, y cuando mas tarde atraviesa la misma concurrencia aquellas calles para dirigirse al Prado, ya no encuentra en ellas la mas mínima señal de la festividad de la mañana.

(Junio de 1855.)

EL DIARIO DE MADRID.

I.

Por real privilegio firmado en el sitio del Buen Retiro por el rey don Fernando VI en 17 de enero de 1758, se concedió permiso á don Manuel Ruiz de Urive y Compañía para publicar en esta corte un *Diario curioso, erudito, comercial y económico*. Dicho Urive dió principio á su publicacion el 1.º de febrero del mismo año, dándole la forma de medio pliego español, y componiéndole de discursos eruditos, y una segunda parte dedicada á las noticias comerciales de ventas, alquileres, etc., y hé aquí el principio del Diario de Madrid, de cuyas primeras y mezquinas bases se ha ido apartando tan lentamente, á pesar del trascurso del tiempo y de los adelantos de la perfeccion social.

Desde luego llamó mucho la atencion del público por la importancia y utilidad de su objeto, y el gobierno por su parte no dejó de sacar partido de su publicacion, haciendo insertar en él aquellas noticias y advertencias que juzgaba oportunas. Entre otras, y como muestra de la época, citaremos únicamente la disposicion del juez de imprentas, que al mes de la publicacion, y con fecha de 9 de marzo del mismo año de 1758, dispuso que la primera página del Diario la ocupase la vida del santo del dia; y así se empezó á verificar desde el siguiente 10 de marzo, con notable entretenimiento sin duda y edificacion de los lectores. Sin embargo, no debieron ser estos tan completos, cuando vemos que esta piadosa costumbre no se observó sino el resto de aquel año, dejando de poner dicho capitulo en 1.º de enero del siguiente de 1759.

Desde entonces empezó á insertar en su primera parte discursos eruditos y científicos sobre historia, viajes, geografia, astronomia y otras ciencias, que si bien no decian nada nuevo, ni eran otra cosa que copias miserables de obras conocidas, no dejaban de tener un objeto laudable. Por este tiempo fue cuando apoderándose el editor de la «Historia general de los viajes,» tuvo la entretenida ocurrencia de ir copiando en un Diario de medio pliego algunos tomos de ella, lo cual no deja de ser una prueba mas de la candidez de aquella época bienaventurada. Sin embargo, sea que el público no correspondiese con su gratitud á aquel torrente de ilustracion, sea por cualquiera otra causa, es lo cierto que el Diario por entonces no llevó una marcha tan firme que no hubiera de sufrir sus intercadencias, y así le vemos eclipsarse de vez en cuando, y dejar de salir, por ejemplo, todo el año de 1775, volviendo á aparecer en 1.º de enero de 1776, tornando á suspenderse en 1.º de julio de dicho año y durante todo el de 1777, y cesando, en fin, de todo punto en 31 de diciembre de 1781.

Apagóse por fin aquella luminosa antorcha matri-

tense; y puesto que seamos historiadores de ella, no nos atreveremos á asegurar si el público de la capital la olvidó pronto, ó si bien una vez conocida su utilidad, se condolió de su desaparicion; pero hablando con la buena fé que nos caracteriza, como que nos inclinamos á creer esto último, y sin duda hubo de pensar así el extranjero don Santiago Thewin, que considerando el partido que podía sacarse de esta publicacion, solicitó y obtuvo el permiso para continuarla, y en su consecuencia empezó á salir á luz el *Diario curioso, erudito y comercial*, en 1.º de julio de 1786. De esta época, pues, data la verdadera existencia del Diario de Madrid, y desde luego por su redaccion y por su forma empezó á tener mas analogía con el verdadero objeto de su publicacion.

Un observador que cotejase el primer Diario de Urive con el de Thewin por las materias contenidas en la primera parte, no dejaria de reconocer el progreso que los conocimientos y el gusto iban adquiriendo, así como tambien el mayor movimiento mercantil é industrial de la capital, por el número de anuncios que ya contenia. Bajo todos conceptos, pues, no se puede negar á don Santiago Thewin la gloria de verdadero fundador de esta empresa, y no queremos desaprovechar la ocasion de hacer observar al público una coincidencia singular que un poeta romántico no hubiera dudado atribuir á *la fuerza del sino*. Consiste, pues, en que habiéndose hecho la verdadera fundacion de este Diario por dicho Thewin, puso su imprenta y redaccion en 1786 en la Puerta del Sol, número 7, frente al Buen Suceso, y vemos que despues de medio siglo, por una combinacion casual de circunstancias ha vuelto á situarse en la misma *Puerta del Sol, número 7*, si bien no en la misma casa, y si tres ó cuatro puertas mas arriba; pero la nueva numeracion de Madrid ha venido á suplir esta circunstancia, dando el número 7 al actual despacho de este periódico.

Desde dicha época siguió tranquilo el Diario de Madrid en la posesion de entretener al público con anécdotas mas ó menos curiosas, secretos raros de artes y oficios, documentos históricos y observaciones sobre todas las cosas observables. El famoso don *Santiago Salanova*, que le dirigió por algun tiempo, amenizaba los mas de los números con acrósticos y ovillejos que debian ser un pasmo en aquella época: *Guerrero y Cacea*, dos famosos ingenios de entonces, cuyos nombres ha denunciado á la posteridad el gran Moratin (*), terciaban en tan agradable tarea, ya ofreciendo al público tiernas endechas y lastimeras elegias «A la muerte del perro de Filis,» ya retozando en burlescas letrillas de estrambote y pié quebrado, sobre las faltas de las mujeres ó las sobras de los maridos; y finalmente, el inagotable don *Lucas Aleman*, el Nestor de los poetas españoles, cerraba la funcion con sus relaciones y curiosos romances, que han sabido escitar la sonrisa de tres generaciones. (Nota 13.) ¡Felices tiempos en que tan fácil era entretener á un público tranquilo, y de cuyas mas fuertes sensaciones eran dueños Romero y Costillares, la Rita y García Parra! Entonces faltaban á los periodistas los asuntos de que ocuparse, y debia ser tal esta carencia, que vemos en un Diario de 1790 el ofrecimiento que hacia la redaccion de la cantidad de diez reales á todo el que le comunicase un artículo ó discurso sobre asuntos eruditos ó curiosos, lo cual no deja de depone-
en favor de la fecundidad de los redactores ya citados.

Mas en fin, con un grado de interes mayor ó menor, arribó tranquilamente nuestro Diario al famoso

siglo XIX, y aun consiguió alcanzar sin interrupcion hasta 10 de mayo de 1808, en que á consecuencia de los notorios sucesos del 2 del mismo mes fue envuelto en el trastorno general y se empezó á publicar con carácter oficial por el gobierno frances, en un pliego comun, y conteniendo noticias políticas. En estos términos siguió hasta 17 de junio del mismo año, en que se suprimió por aquel gobierno, sustituyéndose por la *Gaceta diaria*: en 8 de agosto del mismo año, libre ya la capital de franceses, volvió á publicarse el Diario en la antigua forma de medio pliego, si bien conteniendo las noticias políticas que por entonces absorbían la atencion, y habiendo perdido su carácter primitivo; mas aunque despues volvieron los franceses á ocupar la capital, no recibió el Diario nueva alteracion, antes bien siguió tranquilamente durante la época de su dominacion, y pudo en 1814 recibir en sus páginas las apasionadas coplas del elegiaco don *Diego Rabadan* (Nota 14), las de la *muja sombrerera de Abrial* y otras de varios ingenios de esta córte, de cuyos nombres no queremos acordarnos. Pasó aquella época, vino la de la Constitucion, y nuestro Diario siguió tranquilo en medio de los vaivenes políticos, que le respetaron constantemente.

Sea por prudencia, sea por falta de direccion, fue escaseando los razonamientos y aun las coplas, y limitándose mas bien á la insercion de avisos oficiales y particulares, que daban ya suficiente alimento para llenar el medio pliego, hasta que en la *Gaceta* de 29 de marzo de 1825 apareció el prospecto del *Diario de Avisos de Madrid*, y se notició al público que S. M. habia concedido el privilegio de su publicacion por diez años á don Pedro Jimenez de Haro, mediante una retribucion anual para los establecimientos de beneficencia. En dicho prospecto se anunciaba al público que el Diario en adelante no contendria ninguna especie de artículos razonados, sino simplemente los avisos del gobierno y los anuncios de los particulares; y ha sido tan fiel á este propósito, que desafiamos al mas liice á que en dicha serie de los diez años nos encuentre, no digamos un solo artículo *razonado*, pero ni una línea, una palabra sola en razon, por el notorio abandono de los anuncios particulares.

De aquí nacian aquellos chistosos despropósitos que hacian reir diariamente al público maligno de esta capital: en unas ocasiones se vendian «*sombros para niños de paja*;» en otras «*medias para clérigos de lana*;» *hábitos y cajas para difuntos completos y de medio herraje*; *zapatos para hombres rusos hechos en Madrid*; *cama de matrimonio con su cúpula correspondiente*,» y otras á este tenor, de que cada uno de los lectores tiene en su memoria suficiente acopio sin necesidad de mas citas de nuestra parte.

Cumplióse en fin aquella década, y en 1.º de abril del presente año de gracia de 1835, á virtud del nuevo permiso concedido á don Tomás Jordan, salió á relucir el *Diario*, doblando de un golpe sus dimensiones; y habrásenos de permitir el que despues de trazar la historia de esta publicacion entretengamos otro día la paciencia de nuestros lectores sobre el objeto y utilidad de ella, y las mejoras de que á nuestro corto entender ha recibido.

II.

HEMOS hecho en nuestro anterior artículo una historia del origen y progresos de este periódico: réstanos, pues, en el presente discurrir sobre su estado actual, y las utilidades que promete al vecindario de esta capital. Ellas son tales que le hacen indispensable á toda persona regular residente en Madrid; y si bien limitado al recinto de sus muros, viene á ser dentro de ellos la *orden del día* para el movimiento económico de la poblacion.

(*) El diablo dicta sus coplas, Maldecidas de Minerva, A don Alvaro Guerrero Y don Antonio Cacea. Moratin.—Romance.

¿Quién es, con efecto, el que no acude á este depósito central á adquirir las noticias respectivas que su curiosidad ó su interés le hacen desear?—La vieja devota, el hombre timorato buscan el santo del día ó las funciones religiosas;—los que desean saber á punto fijo el grado de calor ó de frío que han sentido el día anterior, no quedan persuadidos de él hasta que lo ven confirmado en el Diario;—el militar busca la orden de la plaza, y el paisano la de las autoridades civiles;—el tendero ó la viuda rica examinan los anuncios de casas, ya en pública subasta, ya á voluntad de sus dueños; todo con el objeto de encontrar una en que poder colocar su arrinconado monetario, que el corto movimiento de nuestra industria les impide emplear mas útilmente;—los acreedores se consuelan con ver el señalamiento para las juntas de concurso en que tendrán la facultad de poder nombrar un síndico que parta con el escribano el resto del caudal del deudor;—Los aficionados á la lotería tienen la satisfacción de saber que tal ó cual premio ha caído en Madrid, y aun el nombre de una patriota conexcionada con las víctimas del Dos de Mayo;—los que tuvieren alhajas que empeñar saben que hay Monte de Piedad;—el público todo conoce á cómo pagan el trigo los tahoneros, —y los que fiaron en el crédito del Estado para comprar una renta que los produjese un 5 por 100 al año, tienen la satisfacción de saber que en el mismo espacio de tiempo han perdido un 15 en el capital.

Esto en cuanto á la primera parte de *anuncios oficiales*, que si de ahí nos deslizamos en la segunda que comprende los *particulares* de comercio é industria, ¿quién es el ser tan completamente independiente que no tenga que ver con algunas de estas líneas?

Si consideramos al hombre en general, debemos suponer que este hombre ha sido niño y ha necesitado vacunación, á menos que haya transigido con las viruelas;—ha necesitado nodriza (siempre que su madre no haya pertenecido á la plebe);—ha sido mancebo, y se ha visto obligado á tener bigotes ó patillas, ó bien le ha sido preciso quitarse uno y otro, segun la aplicacion que se haya dado al género romántico ó al clásico, y en cualquiera de los dos casos ha tenido que acudir á los *cosméticos* para hacerlas crecer, ó á las navajas para rasurarlas;—ha sido dama y ha necesitado ser hermosa, y si la naturaleza ingrata la ha negado una fina tez ó un agradable color, se ha visto obligada á adoptar *el agua de madama Ma*, ó la *balsámica de la Meca que usan las damas de Borneo*;—ha sido libertino, y siente los dolores osteocopos ó sífilíticos; en este caso nadie mejor que los empíricos pueden sacarle del apuro con bálsamos y redomitas;—ha sido gastrónomo, y es probable que le hayan gustado los jamonés de Caldeas, ó las truchas del Barco de Avila;—ha sido viejo, y ha tenido pelo, ha tenido dientes, y ahora tiene callos, tiene gota, tiene.... los ungüentos, los calefactores, los bragueros vienen á su socorro;—por último, se ha muerto: no tiene que pasar cuidado, que no ha de faltarle caja y mortaja á precios cómodos y á gusto del consumidor.

Todas estas y otras mas ventajas ofrece la lectura del Diario al hombre considerado en su estado natural; mas si le concretamos al social en que vivimos, este hombre por fuerza se ha visto precisado á vestirse segun su clase, y ha debido acudir á los almacenes cuyos curiosos inventarios publica diariamente este periódico:—si ha obtenido un empleo, puede encontrar á poca costa el uniforme, tal vez de su antecesor, y con él comprar la ciencia infusa que los bordados llevan consigo;—si ha de tomar casa ó poner tienda, se le presentan alquileres y trasposos de enseres y reputacion;—si es aficionado á la literatura, verá por los copiosos anuncios el estado floreciente de la nuestra;—si necesita criados que le sirvan, podrá

escogerlos en la dilatada escala que media desde los sujetos decentes que se ofrecen á administrarle las fincas ó llevarle sus libros, hasta el mozo de paseo que se compromete á cuidárselas, si las tiene;—si necesita dinero, encontrará quien se lo preste, siempre que medie el correspondiente interes y una hipoteca bastante á juicio de usurero;—mas si por el contrario le sobrase y no supiera en qué emplearlo, podrá escoger cualquiera de las ocasiones que se presentan todos los días de casas que se reedifican hipotecándose el piso principal para la construccion del segundo.

Sobre la tercera parte del *Diario*, de cuya oportunidad le felicitamos, se ha hablado bastante, y hasta el nombre de *Agenda* que la designa dió lugar á los chistes de algun periódico. Uoos se irritaron porque estaba en *latin*,—para otros estuvo en *griego*; y hubo quien sostenia que era una palabra demasiado *francesa*.—Nosotros confesamos nuestro pecado; pero tratándose de indicar movimiento ó cosas que *han de hacerse*, encontramos algo pobre en este punto nuestro Diccionario, sin duda porque acaso sea la moda del pais el no hacer nada, y hé aqui la razon por que creemos prudente el haber acudido á nuestra madre la lengua de los romanos, entre quienes no debia ser esta palabra vacía de sentido. Esto en cuanto á la cuestion del nombre; por lo que hace á la esencia de aquel artículo diario, nos hace agradecerle el convencimiento de que en nuestra España todo el mundo es pretendiente ó litigante, pues el que quiera moverse en cualquier sentido, ha de acudir á solicitar permiso para ello; el propietario que paga sus contribuciones constantemente, tiene que dar sendos pasos para obtener las cartas de pago; el que presta su dinero, ha de sostener un pleito para cobrarle; y el que adquiere cualquier derecho, le ha de costar *derechos* el conocerle. Esto prescindiendo de las demas noticias curiosas que ofrece dicha *Agenda* sobre correos y diligencias, museos y espectáculos. Este artículo faltaba sin duda á nuestro Diario para hacerle general á toda la poblacion, y puede asegurarse que en las primeras capitales de Europa no existe ni puede existir esta comodidad de un depósito central de noticias locales, lo cual es natural, atendida la inmensa poblacion de aquellas ciudades que da suficiente alimento de anuncios á considerable número de periódicos; pero esto sin embargo no es tan cómodo para el público como poder encontrarlos reunidos en uno solo.

Concluiremos, en fin, la reseña del actual Diario de Madrid, advirtiendo que sobre todas sus ventajas ofrece la mayor en la baratura del precio. En efecto, todas aquellas se pueden obtener con poco mas de dos cuartos diarios. ¿Y quién es, repetimos, el que no saca de la lectura del Diario mayor utilidad? ¿Quién el que no pone á usura aquella módica suma? El conocimiento de un bando que liberta de una multa, el de un género mas barato, el ahorro de un pase inútil para acudir á una audiencia, y demas circunstancias que dejamos enumeradas, ¿no valen dos cuartos al día? Y si se calculan numéricamente todos estos conocimientos, ¿no habrán de tasarse mas que en ocho reales al mes?

Despues de todo lo dicho, solo nos permitiremos una observacion que prueba el adelanto de los tiempos, á saber, que este periódico, que tan limitado principio tuvo y aun en sus mezquinas bases no podia sostenerse, no solo se basta en el día á sí mismo, aun despues de sus notables mejoras, sino que puede rendir y rinde efectivamente al Estado y con aplicacion á los establecimientos de beneficencia, la crecida suma anual de *ciento veinte mil reales* (*).

(Mayo de 1855.)

(* En la subasta posterior verificada en 1.º de octubre de 1852 á favor de Don Ignacio Boix, quedo rematado el Diario en la cantidad de 21,600 rs; mensuales, ó sea 259,200 al año.

PASEO POR LAS CALLES.

I.

NADA hay mas natural en un forastero que la curiosidad de conocer el aspecto general del pueblo que por primera vez visita, y nada tambien suele ser tan frecuente como el decidir por esta primera impresion de la belleza ó mezquindez de tal pueblo.

Aventurado por cierto seria aquel juicio, aplicable á nuestro Madrid, pues que variaria absolutamente segun el lado de donde viniese el forastero, por donde pudiera observar su primera vista. El gallego y castellano, por ejemplo, mirando la poblacion por su parte mas antigua y escabrosa, atravesando su escaso rio sobre el magnifico puente á que Juan de Herrera imprimió la severidad de su escuela, y entrando por una mezquina puerta, solitaria y empinada calle, cuyos tejados forman una dilatada escalera, apenas encontraria diferencia notable con sus tetricas ciudades, si la presencia del palacio real á su izquierda no le hubiera dado de antemano á conocer la capital del reino.

Muy diferente idea formará el andaluz que viene de la parte del Mediodia, abrazando con su vista toda la poblacion por su parte mas vital y variada. Los suntuosos edificios del Seminario, cuartel de Guardias y Palacio á la izquierda; la Fábrica de tabacos, el Hospital general y el Observatorio, á su derecha; el puente, paseo y nueva puerta de Toledo al frente; intermediado todo por variados edificios, caprichosas torres, numerosos grupos de casas de distintas formas, y revelando, por decirlo así, la existencia de un pueblo grande y vivificado con la presencia del gobierno, prestan por este lado á Madrid su vista mas completa é interesante. Los catalanes, aragoneses y valencianos, arribando á la capital por la soberbia puerta de Alcalá y la de Atocha, formarán una idea aun mas risueña y magnífica, por los elegantes paseos de las Delicias y el Prado, los pintorescos jardines del Retiro y Botánico, y las suntuosas calles de Atocha y Alcalá; y finalmente, los procedentes de las provincias del Norte juzgarán á nuestra villa árida y solitaria al entrar por las puertas de San Fernando ó de Santo Domingo.

Si deseando modificar estas primeras impresiones, y conocer á un golpe de vista el conjunto del pueblo que los recibe, solicitasen subir á una altura céntrica y de la elevacion correspondiente para medir y conocer á vista de pájaro todo el plano de la capital, seria aun mas difícil el indicársela, careciendo, como carecemos, de un gran templo central, que suele ser en otros pueblos el sitio adonde los forasteros acuden para satisfacer este deseo. La torre de la parroquia de Santa Cruz es la única que puede suplir en Madrid aquella falta, aunque ni su elevacion ni su situacion son suficientes para abrazar distintamente todo el plano, y conocer á un golpe de vista las varias fisonomías de los cuarteles de esta villa. Sin embargo, colocados en aquella altura puede observarse el corte de la poblacion, uno de los mas cómodos y ventajosos que conocemos, pues que partiendo sus calles principales de un centro comun, que es la Puerta del Sol, se prolongan en forma de estrella hasta los últimos confines de la villa. Así que, conocidas una vez la direccion al E. de las calles de Alcalá y San Gerónimo; de la Montera, Hortaleza y Fuencarral al N.; de la Mayor al O.; y de las Carretas, Concepcion Gerónima y Toledo al S., llega á ser fácil evitar la confusion que un pueblo nuevo infunde. La frecuentacion de sus calles hará conocer al forastero que todas ellas le llevan como por la mano á estos puntos capitales, que en la mayor estension del radio se modifican y cruzan por otros mas subalternos y parciales, como las calles

de Atocha, ancha de S. Bernardo, Jacometrezo y otras. Por lo demas, en cuanto á la belleza del aspecto general, menguada idea podrá formar desde aquel punto, no divisando desde él sino la desigualdad, tristeza y mezquina forma de los tejados de nuestras casas.

Esta desfavorable impresion será sin embargo modificada cuando descendiendo á las calles hiera la vista del observador la espaciosidad y desahago de estas, la regularidad bastante general de su alineacion, la variada y caprichosa pintura de las fachadas de las casas, y sus distintas formas y dimensiones, que si bien puede condenarlas un ojo artístico por su falta de órden y simetria, llevan la ventaja de entretejer agradablemente la vista, alterando á cada paso la insoportable monotonía de las ciudades edificadas bajo seguro plan y severas condiciones.

Las calles de Londres y de Paris, por lo general planas y sin notables desniveles, sujetas sus casas á una perfecta alineacion, y presentando en su forma exterior un aspecto casi uniforme, son aun mas fatigantes, mas tristes y enfadosas que las de Madrid con sus cuevas y la irregularidad de sus casas. Añádase á esto las inmensas ventajas que nuestro clima nos proporciona de la sequedad constante del piso, la perfecta conservacion de los colores en las fachadas, y la animacion que produce la costumbre de los balcones; compárese todo ello á la densidad de una atmósfera nebulosa, la casi perpétua humedad del piso, el ennegrecido moho de las fachadas, la severidad de aspecto de la línea de ventanas, y la metódica uniformidad, en fin, de los edificios en aquellas capitales, y habrá muy pocos que dejen de preferir un paseo por nuestra villa (haciendo para ello abstraccion del mayor movimiento y vida de aquellas poblaciones) al cansancio y fatiga del cuerpo y del espíritu que pueden proporcionarle otras ciudades mas importantes.

No es esto decir que nuestro Madrid actual no pueda y deba recibir graves modificaciones para imprimirle mayor regularidad y agrado, y las numerosas y continuas que hace veinte años esperimenta, revelan, por decirlo así, el grado de belleza á que aun puede llegar. Cuando se haya reformado del todo el empedrado de las calles; cuando en la forma y revoque de las casas se haga general el gusto que se observa en las nuevamente edificadas, imitando á las de Cádiz; cuando se modifique la forma de los tejados y buhardillas, y desaparezcan del todo los canales; cuando, en fin, se vean generalizadas aquellas variaciones que observamos ya parcialmente, entonces será cuando Madrid llegará al punto de belleza que su situacion local y el hermoso sol meridional le proporcionan, y merecerá con mas justicia los dictados que aun los mismos extranjeros la prodigan de la villa blanca, la villa jóven del Mediodia.

Mas si prescindiendo ya del aspecto material de sus calles y casas, intentáramos dibujar, aunque ligeramente, su vitalidad y movimiento; si dejáramos las piedras por los hombres, los órdenes arquitectónicos por el órden de la sociedad, el Madrid físico, en fin, por el Madrid moral, ¿qué escena tan vária! ¿qué espectáculo tan animado no podríamos presentar á nuestros lectores!

Tosco y desaliñado es nuestro pincel para tamaño intento; pero no podemos resistir á la tentacion de emprenderlo. No nos proponemos seguir metódicamente para ello las distintas fases de tan variado teatro segun las diversas horas del dia, las estaciones y demas circunstancias que alteran y modifican los usos populares. Escogeremos cualquier dia del año; por ejemplo, el dia en que nos hallamos: procederemos libremente y como al acaso, dejaremos vagar á nuestro discurso, y pues que el moderno romanticismo nos autoriza, renunciaremos á todas las unidades conocidas; y tanto mas románticos seremos, cuanto menos pensemos en lo que vamos á escribir.

II.

Ningun momento del dia nos parece mas oportuno para sorprender á los madrileños en el espectáculo de su vida exterior, que aquellas apacibles horas que aproximando el dia á la noche, libertan del trabajo para acercarnos al descanso y al placer; aquellas horas que en la estacion ardorosa en que nos hallamos, vienen á mitigar los rigores de nuestro sol meridional, y en que la poblacion, ansiosa de disfrutar la apetecida brisa de la noche, abandona el interior de las casas, y se muestra generalmente en las calles y plazas, en las puertas y balcones. No haya miedo el cojuelo Asmodeo, ni su licenciado don Cleofas, que para tal momento solicitemos sus auxilios con el objeto de levantar los tejados de las casas, y reconocer lo que pasa en el interior: por la ocasion presente dejémosles á los ladrones y enamorados, que tambien suelen aprovecharse á tales horas de aquel abandono, y pues que todo el pueblo se halla en la calle, bueno será mezclarnos y confundirnos con todo el pueblo.

El reloj de nuestra Señora del Buen Suceso ha dado las seis; la animacion y el movimiento, interrumpidos durante la siesta, han vuelto á renacer en las calles; los vecinos de las tiendas, descorriendo las cortinas que las cubren, hacen regar el frente de sus puertas, asoman al cancel de ellas, y llaman al ligero valenciano, que con sus enagüetas blancas, su pañuelo á la cabeza y su garrufa á la espalda, cruza pregonando «*Güa é sebá fria...*» Otros escojen en el cesto de aquella desenfadada manola tres ó cuatro naranjas para remojer la palabra, dirigiéndola de paso algunas medianamente disparadas, si bien mejor recibidas; y otros, en fin, se contentaban con un vaso de agua pura que les ofrece en eco lastimero el asturiano, por cuatro maravedis.—En tanto los muchachos, que á la primer campanada de las seis ha lanzado una escuela, improvisan en medio de la calle una corrida de toros, ó atan disimuladamente á la rueda de un calesin alguna canasta de fruta, que al echar á andar el carruaje rueda por el suelo, con notable provecho de la alegre comparsa; ó bien tratan de enganar á un barquillero distrayéndole para que no mire al juego; ó ya disparan sendas carretillas de pólvora á los perros y á los que no lo son.

A semejantes horas todavia no se sienten circular mas carruajes que los del riego ó los bombés *facultativos*, y sin embargo, en todas las cocheras se disponen y preparan ya los que de allí á un rato han de conducir al Prado á la flor y nata de la aristocracia. Los cafés, oscuros aun y abiertos de par en par, no reciben todavia mas que uno ú otro provinciano que saborea el primero un gran cuartillo de leche helada, algun militar que fuma un cigarro mientras ojea la Gaceta, ó un quidam que entra mirando al reloj, espera á un amigo que viene de allí á un rato, y juntos parten á paseo.

«*De la lotería-aaaao-cha-vó-A-ochavito los fijos.—¿Una calesa, mi amo?—De la fuente la traigo, ¿quién la bebe?—Señores, á un tao, chás.—El papel que acaba de salir ahora nuevo.—Cartas de pega.—Orchateró.*»

Crece la animacion por instantes: el rápido movimiento se comunica de calle en calle; las puertas vomitan gentes; los balcones se coronan de lindas muchachas; cruzan las elegantes carretelas, los lijeros tilburis, las damas y galanes á caballo; grupos interesantes, numerosos, variados, se dirigen á los paseos ostentando sus adornos y atractivos; otros *medio hombres* y *medio esquinas* ocupan las encrucijadas de las calles, y presencian á pie firme el paso de la concurrencia.

Punto central de esta agitacion es la Puerta del Sol y principales calles que la avecinan, observándose el

reflujo de la poblacion en direccion al Prado. Las calles apartadas del centro no ofrecen tanto interés, si bien tienen el suficiente para ser consideradas. Cuando las de Alcalá, la Montera y Carretas ostentan rápidamente lo mas elegante y bullicioso de nuestra poblacion; cuando sus balcones, por lo regular abandonados, demuestran que sus vecinos se hallan en paseo; cuando el ruido y el polvo de los carruajes ofuscan los sentidos y tienden un denso velo que nos impide ver á cuatro pasos, salvémosnos de este laberinto, y trasladémosnos, por ejemplo, á la calle ancha de San Bernardo ó á la de Hortaleza, á la de San Mateo, ó á la de Leganitos.

Todo es tranquilidad en el dilatado recinto que media desde el monasterio de las Salesas hasta el seminario de Nobles. El silencio y soledad de las calles, apenas es interrumpido por el paso de los pocos transeuntes. Tal cual matrimonio del pasado siglo, precedido de algunos retoños, representantes de la futura España, y dirigiéndose pausadamente á las puertas de Santa Bárbara ó San Bernardino con el objeto de llegar al obelisco ó á la cuesta de Areneros; tal cual corro de diletantís á la puerta de una taberna, saboreando el compas de la tirolesa de Guillermo Tell, tocada por el organillo del ciego; tal cual grupo de mozos de esquina ensayando sus ociosas fuerzas colosales; tal cual cuerpo de guardia ó batallon pasando la lista al son de sinfonías y cabaletas: hé aquí los únicos episodios que alteran de vez en cuando la unidad de accion de aquel clásico espectáculo.

Los conocedores, sin embargo, encuentran en este cuadro multitud de bellezas, y el mas indiferente suele verse sorprendido al pasar por bajo de algun balcon, donde no sospechaba tales tesoros. Aquella cortinilla, que parece casualmente recogida en los hierros de aquel balcon, está mejor dirigida que lo que aparenta: jamas ningun marintero manejó con tal destreza la vela de su bajel, como la personita escondida bajo de ella hace servir á su gusto á la oficiosa cortina.

Peró vedla que la descorre de pronto, que deja el asiento, tira la labor y ostenta en pleno balcon toda la esbeltez y primor de su figura. ¡Y habrá todavia quien hable contra nuestros balcones!...

Lindo pie encerrado sin violencia en un gracioso zapatito; limpio y elegante vestido de muselina primorosamente sencillito, que deja admirar una contorneada cintura por bajo la graciosa esclavina que cubre los hombros y el pecho; elegante nudo recogido á la garganta, gracioso rodete á la parte baja de la cabeza, á semejanza de la Venus de Médicis; dos primorosos bucles tras de la oreja, otro par de rizos pegados en la sonrosada mejilla, y diestramente combinados con unos lazos azules que hubieran puesto envidia al mismo sol: tal es el espectáculo delicioso que ha asomado en aquel balcon. ¿Mas por qué no lo hizo antes? ¿por qué tan precipitadamente ahora? —El por qué, señores míos, yo me lo sé, pero no sé cómo contárselo á Vds.

—«*Mariquita.*

—*Matilde.*

—¿*Has visto?*

—¿*Qué quieres; paciencia!*

—*Yo no sé qué tendrán.*

—*Lo que es N... estaba de guardia cerca de aqui, pero el otro...*

—*El otro... apostaré que está en el Prado haciendo el galan con la de...*

—*No lo creas... puede que hayan pasado... pero mira, ¿no reparas aquellos dos que han vuelto la esquina?*

—¿*Qué! pero sí... no, no son... ¿á ver? saca el pañuelo.*

—*Sí, mira, mira cómo han sacado el suyo, mira cómo se rien.*

EL PATIO DE CORREOS.

— Sí, ellos son... ¡Ay que vergüenza, Matilde! Cerremos los balcones.

— ¿Pues qué?...

— ¡Que no son ellos!...

«Bravo, señoritas, lindamente,» gritaban en estos dos caballeros de gentil aspecto que llegaban precisamente en aquel momento por la parte opuesta de ambos balcones.

— ¿Qué te parece, Carlos? ¡hemos quedado lucidos!

— ¿Qué haremos?

— Yo sería de opinión de desafiar á aquellos dos.

— Yo de matarlas á ellas.

— Hombre, no, en tal caso matarnos nosotros es mas noble.

— Mira, lo mejor será que todos vivamos, y nos vengamos marchándonos al Prado.

— No dices mal.»

Bien diferente colorido presenta por cierto á los ojos del observador el otro trozo de pueblo comprendido desde el Palacio á la puerta de Atocha: las calles de Toledo y Embajadores, del Meson de Paredes y de Lavapiés no ceden á tales horas en movimiento á las mas animadas de Lóndres. Las enormes galeras de los ordinarios valencianos y andaluces que salen para hacer noche en la venta de Villaverde; los calesines que esperan flete para los Carabancheles; el barbero que rasguea su vihuela á la puerta de su tienda; el corro de andaluces que sentados en el banco de aquel herrador entonan la caña; los alegres muchachos, que subidos en los mostradores y sobre las sillas de las tiendas, rien de las habilidades de Juan de las Viñas ó del perro que salta al monótono son de la dulzaina de aquel ciego; la terrible cohorte de cigarrerías de la fábrica que al anoecer dejan el trabajo y se mezclan y confunden con los no pequeños grupos de mozañones que esperan su salida. ¡Qué confusion, qué bullicio por todas partes!

Tambien el amor embellece este animado cuadro.

Sigamos, por ejemplo, á alguna de esas parejas, verémosla dar fondo en cualquiera de las innumerables tabernas que ostentan al paso sus variadas provisiones de bacalao y sardinas, ensaladas y huevos duros. Mirad á aquel galan, que dejó su tienda, armado de punta en blanco, y demostrando que va de servicio de teatro ó de patrulla. ¿Mas por qué no siguió la calle de Embajadores á la de Toledo, y ha dado esa vuelta para venir á la plaza? ¿Cosa clara! ¿No habeis reparado en aquella tienda de cordonero de la calle de las Maldonadas? ¿No le habeis visto pararse delante de ella, dudar un rato mirando por las vidrieras, dejar el fusil apoyado en ellas mientras encendia un cigarro en la tienda de enfrente? ¿No habeis reparado una blanca mano que disimuladamente ha echado algo por el cañon del arma? — ¿Qué fue ello? — Nada; reparad al mancebo que la vuelve á echar al hombro con lijereza; apostaria á que la niña ha burlado las precauciones de un padre tirano: el fusil encierra el misterio del amor. Jamas parte de una victoria fue conducido con mas alegría.

Pero ya la campana de San Millán ó San Cayetano llama á los fieles al rosario; la trompeta y el tambor desde el vecino cuartel dan el toque de oracion; las tiendas y cajones de comestibles van encendiendo sus farolillos; los profundos coches del siglo xvii y los desvencijados calesines abandonan el puesto; y las tinieblas de la noche van, en fin, oscureciendo aquel animado teatro. Este espectáculo nocturno merece otro cuadro aparte, y tal vez algun dia le emprenderé: el que intentaba dibujar por hoy, concluye aqui.

(Julio de 1835.)

MADRID es la patria comun, el lugar de cita para todos los españoles; las varias necesidades de la vida, el comercio, la industria, el lujo, la miseria. el afan de figurar, el deseo de descanso; tantos motivos, en fin, diversificados segun las circunstancias de cada individuo, le conducen tarde ó temprano á la capital del reino, y se tendria por muy infeliz el que una vez por lo menos en su vida no llegase á visitar este emporio de la hispana monarquía. Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna mágica todas las notabilidades provinciales.

Si Madrid es el centro de España, y la Puerta del Sol lo es de Madrid, un escolástico sacará la consecuencia de que la Puerta del Sol es el punto central del reino. Eso indudablemente, no tanto por su situacion topográfica, como por su vitalidad y movimiento. La memoria de este sitio es el primer pensamiento del forastero al dirigirse á Madrid, y no sería ridículo el que dos españoles que se encontrasen en las elevadas cordilleras de los Andes, ó en las heladas márgenes del Newa, se despidiesen citándose «para la Puerta del Sol.» Pero aun hay dentro de ella misma otro punto central, que por esta razon, y siguiendo el argumento que arriba dejamos sentado, puede tomarse por el disco de sus rayos. Tal es el patio de Correos, y para hablar de él tomamos por hoy la venia de nuestros lectores.

Todas las cosas de este mundo son grandes ó pequeñas, sublimes ó ridículas, segun el punto de vista de donde se las mire; y tal espectáculo habrá que parezca mezquino á los ojos de un ser indiferente ó desdeñoso, al paso que logre escitar la meditacion del curioso y del observador.

Cierto que el que lea el epígrafe de este artículo no encontrará el asunto sobradamente interesante. — ¡El patio de Correos! ¿y qué hay en el patio de Correos? Un cuerpo de guardia, una prision nocturna, que mas bien puede llamarse albergue de borrachos y escarriados; una escalera póstuma; tres ó cuatro ventanillos cerrados; y esparcidos por los postes que circundan el recinto, sendos cartelones y cartelitos desde las colosales y laboreadas letras de Sancha ó Jordan, hasta las mas imperfectos garrapatos de los escribientes memorialistas. De todo esto poco ó nada se puede decir, y por muy *Parlante* que sea el señor Curioso que hoy nos enseña su linterna, harto será que no consiga escitar los bostezos del auditorio.—

— Poco á poco, señor indiferente; poco á poco; y antes de juzgar de las cosas por su superficie procure V. enterarse un tantico de su fondo. No, si no dé cuatro paseos, y aguarde un rato en esta galería, y si luego de bien enterado de su contenido pretendiese dejarla bruscamente, para mi santiguada que es un necio ó yo soy un bolo. Guarde, repito, media hora; y pues que el reloj patronal de este recinto acaba de dar las doce y media, entreléngase un rato mirando esas columnas de piedra que ostentan una variedad literaria, por lo menos tan interesante como las de nuestros periódicos matrinitenses.

No se tome por chanza: Victor Hugo es quien lo dice, que «los pueblos escriben en piedra sus invenciones y sus progresos!» Vea V. si no los nuestros en literatura. «*Direccion de cartas:*» No haga V. caso; por ahora no rige, pues por muy bien que V. las dirija, es lo regular que no logre á darlas direccion segura; deje V., que en acabando la guerra civil, y luego que tengamos buenos caminos y mejores postas, y empleados celosos, y... otra cosa será. — No se acerque V. á leer ese cartelito «*Curacion de la vista,*» no se pierda la suya con la letrilla menuda y

temblejona en que está impreso; deje á un lado el «Manual de Madrid,» que es el libro caro y puede pedirlo prestado al autor. No haga caso del «Segur,» porque segun van menudeando tomos á 24 reales, es de temer que empleando uno para cada año de los que comprende su Historia Universal, venga á ser una verdadera *segur* para nuestros bolsillos; y en cuanto á aquella otra publicacion «*Mariana y Sabau,*» por Dios no vaya á tomarla por una novela ó drama romántico, ó bien por el nombre de una tierna pareja conyugal; no repita el caso de aquella dama que leía el poema de Florian, y preguntándole cómo concluía, respondió sinceramente: «¿En qué habia de concluir? en que *Numa* se casó con *Pomplio,* y todo quedó arreglado.»

Pero veamos los anuncios manuscritos, no menos preciosos que los impresos.

—«*El. sugieto. que. forma. la. presente. tiene. buena. conduta. y horto grafia. Tiene. ademas. buena. letra. castellana. dela. lengua. Suplica. no. le. rasquen. ni. le. boren.*»

—«*Un. sujeto. de. buena. forma, de. letra. solicita. entrar. en. casa. de. un. Señor. comerciante, ó. Abogado. ó. Curial, para. tenedor. de. libros. ó. administrador. Sabe. todo. lo. necesario. como. afeitar. y. cortar. el. pelo, cuidar. los. caballos. y. demas. menesteres. Suplica. no. le. engañen.*»

—«*Un. jóven. decente. natural. de. Segovia. desea. encontrar. una. Señora. para. arreglarla. sus. asuntos. Pide. lo. de. costumbre. y. la. manutencion.*»

—«*Con. permiso. del. casero. se. le. traspasa. á. quien. le. convenga. una. tienda. sita. en. las. cuatro. calles. esquina. á. una. de. ellas. que. puede. servir. de. aceite. jabon. velas. de. sebo. y. demas. comestibles. y. géneros. ultramarinos.*»

¡Que da la una! ¡Las listas! ¡Que ponen las listas!—La concurrencia ha ido creciendo asombrosamente. Mezcla confusa de hombres y mujeres, ciudadanos y lugareños, paisanos y militares: trajes y modales; acentos y aun idiomas tan variados como nuestras variadas provincias: vascuence y catalan, andaluz y valenciano, mezclan con sus paisanos los saludos provinciales, y por un momento el patio del Correo se ha convertido en una verdadera torre de Babel. Todos se agrupan, se acosan en torno de las listas, y buscan con ánsia la inicial de su nombre, y algunos (los mas) no encontrándole en ella, le buscan por todas las letras del alfabeto.

¡Qué variedad de escenas para un pintor de caprichos! ¡qué ir y venir de la lista á la ventana y de la ventana á la lista! Quién toma rápidamente el número de su carta en la memoria, la pide en el despacho, pero encuentra que se ha equivocado en una centena: otro ha pedido ligeramente una al sobre N. Marques, sin reparar que él no es Marques sino Marquez; cuál no lleva bastantes cuartos para pagar su abultado paquete y tiene que dejarlo no sin gran remordimiento; cuál faltándole el tiempo para saber el contenido, abre la carta á la misma reja, y ocupa indebidamente un sitio que tantos desean.

Pero sigamos nuestro paseo por la galería. No hagamos caso de aquel grupo de militares en traje de paisanos, y de paisanos con bigotes, que se estrechan en torno de aquel altisecco que recostado en una columna lee en alta voz una carta. Son noticieros, y si nos entretenemos con ellos no nos dejarán tiempo para observar lo demas; dejémosles, pues, *estereolipar* en sus cabezas la tal carta para ir á recibir como propia en la calle de la Montera y en el Prado, en el café Nuevo y en el del Príncipe.

—Dígole á V. que yo no he sido.

—Yo sostengo que ha sido V. ¡Infamia! sacarle á uno las cartas del correo.

—V. es capaz de ello, y por eso lo piensa.

—Sí, que no sé yo de lo que es capaz un escribano:

¿no hizo V. lo mismo con los fólíos 86 al 97 inclusive de los autos?

—V. me insulta.

—Yo no digo mas que la verdad.

—Si no mirara...

—¿Qué?... (Aquí todos los concurrentes terciamos como pudimos para impedir una intentona.)

El caso era muy sencillo: dos litigantes de un mismo pueblo esperaban de sus respectivos correspondientes la noticia de cierta sentencia. Llegó el primero, sacó su carta, y sin duda vió el nombre de su contrario en la lista: antojósele saber lo que le decían y la sacó tambien (¡malicia humana!); llegó el segundo y le contestaron que ya su carta estaba fuera (¡cosa clara!); empieza á maliciar, duda, recela, cuando mira al salir del patio á su antagonista, y ¡aquí fue troya! empezó el diálogo arriba dicho que tuvimos dificultad en interrumpir. La cara del escribano, daba en efecto señales nada equívocas de la verdad del hecho.

No de carácter tan serio, aunque del mismo género, era otro incidente que pasaba en el extremo opuesto. Un marido habia visto en las listas de militares el nombre de su mujer. ¡Una carta del ejército á mi mujer! ¡Si será este el conducto por donde se envían los partes! La curiosidad no es vicio peculiar solamente de las mujeres; los hombres no les vamos en zaga; acércase al ventanillo, pide la carta, pero se le responde que un chichuelo acababa de sacarla. ¡Oh ligereza femenil!.. Lo demas de la escena pasaria en familia: no lo sabemos; solo sí que aquella misma tarde vimos al esposo en la calle de la Montera leyendo una carta de las provincias con graves noticias: mas los circunstancias (¡varices políticas, que no oleis!) repararon que el sobre no tenia sello, y por consecuencia la carta estaba escrita en Madrid. En vano el hombre se esforzaba en asegurar que era de un amigo íntimo que habia puesto el sobre á su mujer por precaucion, etc. Nadie lo creyó, y le tomaron por un escritor apócrifo; yo solamente que estaba en autos, conocí su inocencia y la destreza de su Penélope para tejer este inocente enredo.

¡Cuántas y cuántas escenas semejantes! ¡qué expresiones tan raras y variadas en la fisonomía! ¡cómo descubren el secreto del alma! Aquel aguador que sentado en su cuba deletrea los torcidos renglones de su correspondencia; ¡por qué va compungiendo su semblante y asoman á sus ojos gruesos lagrimones? ¡Desdichado! su familia le comunica que ha caído quinto, y que tiene que trocar la cuba por la mochila, la montera por el schakó.

¿Qué busca aquel pisaverde con su eterno lente en todas las listas atrasadas? ¿Sino tiene carta para qué cansarse?—¿Qué busca? Busca los ojos de aquella linda paisanilla, que para hallar su nombre tiene que leer toda la lista hasta que ya se cansa: mira al rededor como demandando auxilio; ve al del lente; este se adelanta á ofrecer sus servicios; no hallan la carta, pero ya ellos han entablado otra correspondencia que lleva tanta ventaja á la del ausente, cuanto va de la palabra á la escritura, de la falta de memoria á la sobra de la voluntad. ¡Es tan natural á una forastera buscar un conductor para no perderse en las calles de Madrid!

Seria nunca acabar el intentar describir uno por uno tan variados episodios. El que busca en el interior de una carta una letra de cambio, y halla en cambio muchas letras y palabras; el que se para sorprendido al ver la suya cerrada con negra oblea; el que sabe la noticia de un empleo, de una herencia, de un premio á la lotería; el que en finísimo oficio con sendo membrete grabado recibe la delicada nueva de su cesantía; el que en materia de pleitos encuentra la cuenta de su procurador, y en la de mujeres un cartel de desafío; el que...

¿Pero adónde vamos á parar con estas observaciones? Sin embargo todas pueden hacerse en este sitio... ¿Con que no es tan indiferente? ¿con que merece alguna atencion?... Mas... las dos han dado, y empieza á quedar desierto y sin movimiento. Pasó el instante de su apogeo; la ventanilla de las esperanzas se ha cerrado, los consultores de aquel oráculo abandonaron ya el templo.

(Julio de 1855)

LAS CASAS DE BAÑOS.

La costumbre del baño es tan natural, como que debe suponerse que nació con el hombre. La limpieza, que Aristóteles no duda en calificar casi de virtud, el placer y el deseo de buscar alivio en las dolencias, debieron indicarle aquel grato recurso como el único reparador de sus fuerzas fatigadas, ya por el rigor de la estación, ya por la irritacion de las enfermedades. Mas tarde, el lujo, convirtiéndose en objeto de moda lo que pudo tener en su principio el carácter medicinal, propagó insensiblemente esta costumbre, y los pueblos antiguos nos han dejado testimonios de la ostentacion y grandeza con que en ellos se sostenia.

Los orientales fueron los primeros que construyeron edificios para servir de baños públicos, y los griegos no tardaron en imitarlos. Homero, en su divina Ulissea, nos habla ya de estos baños, dando á entender que se hallaban cerca de los gimnasios ó palestras para entrar en ellos al salir de los ejercicios. Tambien Vitruvio nos ha dejado una descripcion circunstanciada de ellos, diciendo que se componian de siete piezas diferentes intermediadas de otras varias destinadas á los ejercicios.

Los romanos, habitantes de un clima meridional y grandes en todas sus cosas, adoptaron con magnificencia las costumbres de los griegos, y desde tiempo de Pompeyo, segun Plinio, empezaron á construirse baños públicos por toda la ciudad, siguiendo este movimiento en una progresion asombrosa. Agripa solo, en el año de su edilidad, hizo construir ciento sesenta. A su ejemplo Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, y casi todos los emperadores, mandaron edificar banos magníficos de preciosos mármoles y elegante arquitectura, complaciéndose en concurrir á ellos con el pueblo, viniendo á tal extremo su profusion, que se asegura haber llegado á existir ochocientas de estas casas repartidas por toda la ciudad.

Las dilatadas conquistas de aquel pueblo magnífico y guerrero, introdujeron, como era natural, sus costumbres en todos los países que dominaron, y en particular la del baño fue tan estendida por ellos, que se ha dicho que luego que conquistaban un país lo primero que hacian era edificar *thermas*, así como mas tarde los españoles construian una iglesia, los ingleses y holandeses una factoría, y los franceses un teatro. Los restos de nuestras ciudades antiguas prueban evidentemente que no fue España la menos favorecida en aquel punto.

Desalojados de nuestra Península por los godos, y estos por los árabes, debió crecer naturalmente aquella costumbre bajo la dominacion de los últimos, por la influencia que ademas del clima la daba su religion. En efecto, así sucedió, y aun pueden reconocerse pruebas positivas de ello en las ciudades del mediodia, Granada, Córdoba y otras tantas. En *Magerit* mismo (Madrid) habia baños públicos en la calle de Segovia por bajo de la parroquia de San Pedro, y hay tambien quien los supone en la plazuela de los Caños del Peral fundándose en el nombre de la puerta de *Balnadrú* que estaba allí cerca, y que se hace derivar de las dos palabras latinas *Balnea duo*, si bien otros con mayor

fundamento suponen á dicha palabra contraccion de las árabes *Bal-al-nadur*, que significa *Puerta de las Alalayes*.

Pero los árabes y los turcos, que son entre los pueblos modernos los que han conservado un uso mas habitual del baño, le verifican de un modo diferente que nosotros. Al salir de él entran por lo regular en un *sudatorium* ó estufa caliente por medio de conductos abiertos en el suelo, y desde allí vuelven á trasladarse al baño caliente, haciéndose antes frotar violentamente las articulaciones y todo el cuerpo con cepillos suaves y guantes de franela, y perfumarse con aceites y esencias esquisitas.

Parécenos que en la moderna Europa no fue tan general la costumbre del baño, y desde luego puede asegurarse que perdió el carácter de magnificencia que tuvo en lo antiguo. Sin embargo, á mediados del siglo pasado un Mr. Alvert restableció en París cerca del muelle de Orsay una casa de baños, que aunque no mas que mediana, obtuvo por la novedad una boga singular, y fue considerada como un fenómeno de industria. Su ejemplo no tardó en tener otros imitadores; multitud de establecimientos en que el lujo y el buen gusto compiten á porfía, poblaron el río, las calles y plazas de aquella capital, de tal manera que no sin razon se ha dicho que en París hay en el día tantos medios de lavarse como de volverse á ensuciar. Hoy se cuentan en aquella capital ochenta casas de baños con dos mil doscientas setenta y cuatro pilas fijas, y mil cincuenta y nueve baños portátiles. Hay ademas cinco edificios vistosísimos en forma de barcos sobre el río, que tienen trescientos treinta y cinco baños fijos, y otros setenta y dos en el hospital de San Luis. Se calculan en cinco mil personas, tres mil hombres y dos mil mujeres, las que se emplean en el servicio de estos baños, y su producto al año en diez y seis millones de francos (cerca de sesenta y tres millones de reales).

La costumbre del baño, generalizada de nuevo en toda Europa, ha tomado en aquella ciudad por las combinaciones de la ciencia y del buen gusto un carácter tal de voluptuosidad y de encanto que constituye un placer verdadero, no limitado como entre nosotros, á la estación de verano, y á una corta temporada, sino frecuentado durante todo el año, con lo cual pueden sostenerse y perfeccionarse cada día mas tan numerosos é importantes establecimientos. En todo sucede lo mismo; la civilizacion y la cultura hacen nacer necesidades nuevas, que poniendo en circulacion los capitales alimentan la industria, dan aplicacion á las ciencias y á las artes, y modifican y embellecen las costumbres públicas.

Deliciosa es sobremanera una visita á los baños de aquella encantadora capital. Los llamados *turcos* en forma de *kiosks* cerrados con vidrios de colores y coronados de medias lunas; los *griegos* al rededor de un gran circo oblongo iluminado por lo alto; los *chinos* con sus torrecillas armónicas; los numerosos establecimientos de *Vigier* y las escuelas de natacion sobre el río Sena; los de *Tivoli* elegantes y variados; las *Neothermas*, complemento de toda magnificencia en este género, dan una alta idea de la civilizacion de un pueblo que disfruta tan agradables recreaciones. Ni es solo bajo este aspecto con el que deben considerarse; las ciencias físicas y químicas, haciendo aplicacion de sus admirables investigaciones, han logrado reunir en ellos las diferentes aguas minerales, sulfurosas, aromáticas, ardientes, heladas de todos los países y de todas las especies. Barege, Baigneres, Plombieres, Aix, Spá, Bath, Neris, Saint-Amand, Baden, todos los manantiales, en fin, mas famosos de Europa, han sido copiados por los mágicos procedimientos analíticos y sintéticos de la química en los estanques del Tivoli frances. En las *Neothermas* se hallan tambien los baños *egipcios*, en donde los

bañadores, perfumados y frotados de pies á cabeza por manos ágiles, como en el gran Cairo, adquieren una gran esbeltez y sultura en sus movimientos. «Las venerables dueñas (dice una descripción un poco alegre de este establecimiento) salen de él con el rosado de la aurora, los especuladores y usureros mas comprimidos vuelven con una facilidad en sus movimientos, una movilidad en la espina dorsal capaz de dar envidia á los Hércules de teatro, y aun á los pretendientes del día.»

Añádase á todas estas circunstancias, elegantes cafés y fondas donde se sirven variados y esquisitos manjares y bebidas; jardines pintorescos, gabinetes de lectura y una sociedad numerosa y amable; todos los agrados, en fin, que puede desear el ánimo mas exigente, y se formará una idea aproximada del encanto de estos establecimientos en la capital del vecino reino. La costumbre de él, difundida generalmente por la moda en todas las provincias, ha dado lugar á la creacion de baños igualmente magníficos, y entre muchos que pudieran citarse basta decir que los construidos últimamente en Burdeos han tenido de coste mas de cinco millones de reales.

A este punto llegaba yo de mi discurso, cuando harto ya de revolver mamotretos, tomar apuntes, refrescar memorias y asentar especies sueltas, tiré la pluma, tomé el sombrero y me planté en la calle, deseoso de vivificar con el frescor de la mañana mi acalorada imaginación. Pero como ella sea tal, que una vez ocupada de un objeto, tarde ó nunca llega á desasirse de él, enderezóme la voluntad al mismo punto y caso en que de antemano se revolvía, y me hizo sospechar que si de pensar en los baños nacia mi agitación, nada como ellos podría conseguir calmarla. Y no hubo mas, sino que el alma así predispueta, y el cuerpo en ayunas, una vez resuelto á buscar en el agua el perfecto equilibrio de mis humores, me dirigí á la primera casa de baños que á la mano tenia.

II.

La calle de los Jardines estaba allí cerca; con que á la calle de los Jardines fue mi dirección. No era sola, á decir verdad, aquella razon de proximidad la que me inclinó á darla la preferencia; otro motivo aun mas poderoso tuvo no poca parte en mi determinación.

Recordando con cierto placer el establecimiento de baños, acaso primitivo de Madrid, que hace algunos años frecuentaba yo en semejante temporada, deseaba saber si aun conservaba aquella disposicion sencilla y sin disraz que tanto satisfacía á nuestros padres; pensaba con interes (¿se creará?) en los estrechos y sucios aposentos, las mezquinas pilas hundidas en el suelo, la desnudez absoluta de adornos y atavíos; y procurando desechar de mi imaginación el recuerdo de los magníficos baños extranjeros, como que intentaba rejuvenecerme en aquellas aguas, esperando hallar en ellas; qué delirio! el placer y la alegría de mi niñez. Mas ¡oh inestabilidad de las cosas humanas!... Aquella casa matriz, aquel establecimiento inmemorial y primitivo que un día hubo de bastar á las necesidades de la corte de dos mundos, ya no existe, y de toda su forma material, solo me pudo ofrecer sobre la puerta de entrada el nombre que en lo antiguo le distinguía: «Casa de baños del Cura.» *Hic Troja fuit.*

Por fortuna hallábame en calle donde me era fácil aun escoger entre dos establecimientos semejantes, el de la Cruz y el de Mena, que podrian muy bien suplir al que buscaba. Diríjeme al primero, que me pareció semejar mas á la sencillez patriarcal que la estravagancia de mi imaginación me hacia desear en aquel momento; y con efecto, no quedó engañada mi expectativa, pues en toda su disposicion, orden y me-

canismo me pareció tan idéntico al anterior, que no fuí dueño á contener la persuasión de que el alma del cura, fundador de aquel, podría muy bien haber trasnigrado á la acera de enfrente.

Sin embargo, la influencia del sétimo mes del año, haciendo frisar el Reaumur con los treinta grados, la hora cómoda de la mañana, y la centralidad de la calle, habian llamado tanta concurrencia, que no cabíamos en los varios callejones de que consta aquel edificio, ni en el estrecho y menguado patinillo; de suerte que siendo insoportable el esperar un largo rato en aquel *sudatorium*, renuncié generosamente á bañarme en esta casa, y verifiqué mi traslacion corporal á la inmediata del rincon, que me pareció algun tanto mas en el progreso del siglo; pero muy luego hubo de reconocer los mismos inconvenientes que en la anterior.

Sencillez y naturalidad en el aparato, eso sí; como podrian ser los baños en tiempo de Adán: media docena de sillas y un arcon supletorio para sentarse; una tinaja de agua, emblema del edificio; una sala interior bien caldeada, por supuesto, con los efluvios de los baños que la rodean; y hasta una docena de aposentos estrechos, conteniendo cada uno la menguada pila en que con dificultad una anguila podría revolverse.

Pero tambien, grande concurrencia, mucha boga, mucho favor del público. Todo estaba lleno; con que habia que tomar billete y esperar turno, y contar dos horas, sin otra distraccion que el Diario, ó el espectáculo del interior del edificio, como si dijéramos el esqueleto de aquella máquina, reducido á la maniobra de dos hombres sacando agua cubo á cubo de un pozo de noventa pies de hondo para bañar al numeroso público espectador y espectador...

Yo no pude resignarme á aguardar en esta monotonia, y por otro lado, como ya habia pasado mi hora, y estaba en ayunas, y *sine Cerere et Baco friget Venus*, y en aquel sitio no se sirve mas que el agua *en seco*, recordé que no lejos de allí estaba la calle del Caballero de Gracia, en donde tiene su establecimiento el famoso *Monier*, el *Vigier* de Madrid, á quien debe este pueblo los utilísimos baños portátiles, la fonda y gabinete de lectura á la parisien; y que, últimamente, en el presente año acaba de establecer en el Manzanares una escuela de natacion y sitio de recreo bajo el nombre de *Pórtici*.

Diríjeme, pues, á los baños del Caballero de Gracia, que ya conocía; entré en el patio: la concurrencia era numerosa y elegante; pero resuelto á no salir de allí sin satisfacer mi deseo, tomé mi número 72 y me dispuse á aguardar el turno desde el 49, que era el último sumergido. Y considerando por una regla proporcional que esto no podia menos de dilatarse un par de horas, traté de invertir este tiempo lo mas útilmente posible. El estómago obtuvo por entonces la preferencia sobre la cabeza; mas por fortuna pude complacerle con una taza de caldo y una copa de Jerez (circunstancia, entre paréntesis, que en vano hubiera deseado en otro de los establecimientos de esta clase en nuestra capital), con lo cual restablecidas las fuerzas físicas, pudieron las mentales recobrar su equilibrio y ocuparme en hojear algunos periódicos nacionales y extranjeros. Pero era tan vario y animado el espectáculo que el patio me presentaba, que renuncié á la política (en lo cual no tengo que hacerme gran violencia) para entregarme al *impolítico* papel de observador.

Yo no sé si será ó no fundado mi capricho; pero nunca me parece mas interesante una mujer hermosa que al salir del baño. Aquel sonrosado de las mejillas; aquel aspecto de pudor, de pulcritud y de molice; aquel andar voluptuoso y descansado; aquella satisfacción del semblante que parece gloriarse en sus perfecciones; aquella ligereza y descuido del vestido;

aquella sencillez del peinado; y sobre todo, si un largo velo encubre á medias tantas gracias, y si brillan por entre los dibujos de su bordado dos hermosos ojos españoles, ¿quién no convalidará conmigo en la exactitud de la observacion? Muchos, los mas de los concurrentes, debian ser de este modo de pensar, pues no bien sentian ruido en cualquiera de los picaportes de los baños, se agrupaban en medio, y si veian aparecer una de aquellas deidades, dejaban paso con una mezcla de admiracion, de respeto y de amor; es verdad que por desgracia no siempre sucedia aquello, y tal solia ser la aparicion, que por miedo de verla otra vez cerraban los ojos y toraban la espalda con mas rapidez que si fuesen deslumbrados por improvisto relámpago.

Como en semejantes sitios se hallan conservadas las tres unidades dramáticas de accion, tiempo y lugar, los circunstantes, identificados por la simpatia de situacion, se agrupan naturalmente, forman diálogos interesantes, y concurren á la accion principal sin perjudicarla por los numerosos episodios que de vez en cuando saltan á embellecerla. Esta escena, repetida todos los dias, hace nacer una intimidad, una franqueza, en que solo le aventaja un viaje en diligencia; y personas que segun el curso natural de los sucesos tardarian en la sociedad algunos años para hablarse con satisfaccion, suelen contraerla en cuatro dias frecuentando unos mismos baños. ¡Ya se ve! ¡Son tantas las ocasiones para entablar correspondencia!

La cesion de una silla, el caer de un abanico, el reir de una figura estraña, los diálogos de los mozos, el ruido del agua, el calor, el toldo, el... hasta el folletín del Diario, cualquiera de estos asuntos sirven de pie para entrar en relaciones con una linda mano: ademas, entre el círculo de concurrentes en Madrid á todas partes, es tan regular conocerse todos, ó de vista, ó de oido, ó de... de cualquier modo, que las mas de las veces una simple ojeada de inteligencia dice discursos enteros; luego se recuerda una *galop* bailada juntos en Santa Catalina ó en Abrantes; se habla de la ópera y del tenor nuevo; se rie del *Maniqui* (*); se cuenta con la correspondiente guarnicion alguna anecdotilla del dia; se pone en berlina á la persona que acaba de salir; ó se dicen dos palabras al oido acerca de la que acaba de entrar; todos estos *nadas* oportunamente colocados sirven de liga á voluntades inflamables, de iman á corazones sensibles; y luego al salir, una mano ofrecida para subir al coche, una sombrilla abierta, una cortesía hecha con gracia... ¿Qué mas para acabarse de abrazar?

Muy ocupado estaba yo en estas consideraciones, mientras me figuraba leer la Gaceta como si fuese cosa de interes, cuando un fuerte bastonazo sobre el papel vino á llamarme la atencion. Siguiendo rápidamente con la vista la direccion del baston, encontré que pendia de una mano pegada á un brazo de cierto amigo mio, de estos amigotes que uno tiene, que no sabe cómo se llaman, pero que acostumbra á pasear y reunirse con ellos en fondas, cafés, teatros, funciones públicas, toros y casas de baños; marques sin título, militar de paisano, elegante talla, figura expresiva, traje noble, maneras distinguidas.

Este tal me saludó con la dicha franqueza, y sin hablarme mas palabra fue á conferenciar con el mozo; es cierto que no pude entender lo que decian; pero si reparé en el recien llegado un aire de distraccion é impaciencia, intermediados por algunas miradas dirigidas á cierto baño cerrado que tenia yo á mi izquierda. Revolvíame en conjeturas para adivinar la causa de aquella distincion, cuando abriéndose de repente el baño, acertó á salir de él una elegante figura de dama semejante al bosquejo que arriba queda

trazado; hizonos una profunda inclinacion, y aun estaba yo correspondiendo á ella, cuando el mozo llamó en alta voz al número 72.—«Aquí está.»—contesté precipitado echando mano al bolsillo; pero aun no habia acabado de articularlo, y ya el amigo del bigote me tenia agarradas entrambas manos, y me conjuraba por *nuestra amistad* que le cediese el número, pues que le iba *la existencia* en entrar en aquel baño. Yo no dejo de ser complaciente, pero esto de irse sin bañar despues de dos horas de espera, era algo fuerte; sin embargo, tales fueron las instancias, tales las protestas del camarada, que me vi obligado á hacer con él un convenio, cual fue el dejarle el billete, cediéndome él su coche para trasladarme á otros baños; y sin volver atras la cabeza salí renegando de la casa y de la fatalidad de ser amigo de todo el mundo.

¡Qué necedad! (iba diciendo entre mi) ¡estraño modo de alimentar una pasion! ¡bañarse en el mismo baño que la persona amada! este es el *non plus ultra*, el necio ideal del amor! Pero entre tanto ¿será posible que esté yo condenado por todo el dia al suplicio de Tántalo, viendo el agua sin poder disfrutarla? ¿será posible?...
—¿Adónde, señor?

—A la mejor casa de baños de Madrid; y cerró la ventanilla y me dejó en paz.

Estaba yo ya cansado de establecimientos mezquinos y de baños de sol, de sudor, y de vapores, y necesitaba respirar libremente y predisponer mi piel á la impresion del agua; ignoraba adónde el cochero me llevaria; pero siéndome conocida la elegancia de su amo, supuse que estaria versado en este como en otros puntos, y con efecto no me engañé, viéndole dar cabo á nuestro viaje delante de una casa de moderno y elegante aspecto por detras de la parroquia de Santiago.—Estos (me dijo al apearme) son los baños de la Estrella.

Un poco tarde, es verdad, amanecia para mí; pero me di por satisfecho de los pasados disgustos, cuando abriendo la persiana descendí por uno de los ramales de la doble escalera al salon de descanso. Al observar la bella disposicion del edificio, su bien entendido compartimento, el sencillo y elegante adorno del salon, la frescura del patio, los modales de los encargados del servicio, me felicité de encontrar este progreso en nuestra capital; y deseoso de comunicar con alguien mis sensaciones me dirigí á un sugeto muy formal que acababa de dejar un periódico; entablamos, pues, un diálogo apologético de la casa, del cual vino á subseguirse el contarle yo mis cuitas de aquella mañana.

No lo extraño (me decia el descansado caballero): yo soy un bañador veterano que heredé esta costumbre de mi padre, que era de Valencia, y así que, conozco por menor todos los establecimientos de Madrid, y podria escribir la historia de su fundacion. Figurarian en ella en primera linea los que V. visitó esta mañana que se abrieron durante mi juventud con grande asombro de nuestra poblacion, acostumbrada hasta allí á bajar por sendos nueve dias á sumergirse en el frio y seco Manzanares, bajo las casillas de estera que hoy han quedado únicamente como patrimonio de las modistas y artesanos; diriale tambien algo del famoso *Berete*, de su célebre casa en la plazuela de Lavapiés; y de la concurrencia que supo atraer á su puerta, nunca desocupada en aquel tiempo, de calesines y simones peseteros, y hoy reducida al privilegio de refrescar por la módica suma de cinco reales las esterioridades de las abonadas de la calle de la Comadre, ó del rollizo tabernero del contorno. Todos los baños públicos de Madrid pasarian mi *revista de inspeccion*; los de la calle de la Flora, limpios, aunque mezquinos; los cesantes de la Vitoria en la Puerta del Sol: los antiguos de Santa Bárbara, que

(*) Famoso drama silbado recientemente.

pretenden curar todas las enfermedades y otras muchas mas; los vecinos de Oriente, mas abajo de estos, que fueron los primeros que dieron á conocer en Madrid el verdadero gusto y comodidad de estas casas; las suntuosas pilas romanas de la puerta del Conde-duque, para el servicio sin duda de los vecinos de Hortaleza ó Fuencarral; estos, en fin, en que estamos, que segun mi corto saber y entender son los mejores, y que han tenido la prerogativa de fijar mi *thermophila* persona.

—Todo está muy bien, replicaba yo, sin duda que revela un adelanto en la civilizacion de nuestro pueblo; pero ¿qué es ello todavía? Una docena de establecimientos entre buenos y malos, y en todos ellos como unas ciento cincuenta pilas para servicio de un pueblo de doscientas mil almas. ¿Qué comparacion tiene con lo que se ve en otros países? Y sin hablar mas le dí á leer la parte primera de este artículo.

A este tiempo llaman á mi número, y al entregar mi billete, ábrese la persiana y baja precipitado la escalera mi amigo, el marques, el de los baños de allá abajo, el del trueque, el...

—¿Cómo, qué es esto, viene V. á disputarme la vez aquí tambien?...?

—No, amigo mio, vengo á abrazar á V., vengo á darle las gracias porque me ha proporcionado la mayor felicidad.... lea V.... lea V.... y me dió á leer un pedacito de papel en que habia mal escritas con lápiz estas palabras misteriosas:

—«Esta noche... á las nueve... dos golpecitos á la puerta... fidelidad, amor y secreto.»

—¿Y qué tiene que ver con?...?

—Detras del espejo del baño: ¿qué quiere V.? ¡el amor!... este es un medio como otro cualquiera.

—Ya no me extraño de que V. tuviera tal interes...

—Sí, amigo mio, todo lo debo á su bondad. Pero vaya V., vaya V. al baño; yo le aguardaré para conducirlo en mi coche, y de paso podré contar á V. toda la historia. Advierta V. que se le recomienda el secreto.

—¡Ah! pero entre amigos íntimos...

—Tiene V. razon, señor de... ¿Cómo es su gracia de V.?

Entré en la pieza del baño, encontré en ella sillas para sentarme y colocar mi ropa, una mesa para poner el dinero y el reloj, espejo, cepillos, peines, sacabotas, una pila hermosa de alabastro: ¡yo estaba absorto!... creia no encontrarme en Madrid... por fin me metí en el agua y... callé.

(Agosto de 1855.)

EL SOMBRERITO Y LA MANTILLA.

Los autores extranjeros que han hablado tanto y tan desatinadamente acerca de nuestras costumbres, al describir el aspecto de nuestros paseos y concurrencias, han repetido que la capa oscura en los hombres, y el vestido negro y la mantilla en las mujeres, presta en España á las reuniones públicas un aspecto sombrío y monótono, insoportable á su vista, acostumbrada á mayor variedad y colorido.

Hasta cierto punto preciso será darles la razon, y acaso esta es una de las pocas observaciones exactas que acerca de nosotros han hecho. Y decimos hasta cierto punto, porque el mas preocupado con esta idea no dejaría de sorprenderse al ver la notable revolucion que de pocos años á esta parte ha verificado la moda en el atavío de damas y galanes españoles. El Prado de hoy no es ya ni por asomo el Prado de 1808, ni aun el de 1832; ¡tales y tan variados son los matices que han venido á modificar su fisonomía! Con efecto, no es ya la uniformidad el carácter distintivo de aquel

paseo; las leyes de la moda, encerradas antiguamente en ciertos límites, dejan ya mas vuelo, mas movimiento á la fantasia; y en esto como en otras cosas se observa el espíritu innovador del siglo; y ante su influencia terrible, que hace ceder las leyes y los usos mas graves apoyados en una respetable antigüedad, ¿cómo podría oponer resistencia la débil moda, variable de suyo y resbaladiza? Es sin duda por esta razon por la que convencida de su impotencia, ha abdicado su imperio, resignándolo en otra deidad menos rígida: es á saber, *el capricho*.

Desde que este último ensanchó los límites del imperio de la moda; nada hay estable, nada positivo en ella; huieron los preceptos dictados á la fantasia: cada cual pudo crearlos á su antojo, y el buen gusto y la economía ganaron notablemente en ello. De aquí nace esa variedad verdaderamente halagüeña en trajes y adornos: el vestido dejó de ser ya un hábito de ordenanza, una obligacion social; en el día es mas bien una idea animada, una espresion del buen gusto y hasta del carácter de la persona que le lleva. No es esto pretender erigir en principio la sábia aplicacion de los colores á las pasiones; hartos estamos ya de celos azulados y de verdes esperanzas; pero en la combinacion de todos ellos, en el dibujo, en el corte del vestido ¿quién no reconoce aquella espresion del alma, aquella parte animada que podremos llamar *la poesía del traje*? Y siendo este libre, como lo es en el día ¿por qué hemos de dudar que tenga cierta analogia con las inclinaciones de la persona? Así los anchos pliegues, las mangas perdidas, los ajustados ceñidores, serán adoptados con preferencia por las damas altisonantes y heroicas; la sencillez de la inocencia escogerá el color blanco, las gasas y las flores; la coquetería las plumas; el orgullo los diamantes, y la frivolidad y tontería... ¿pero qué escogerá la tontería que luego no se dé á conocer?

Semejante observacion no podia tener en lo antiguo exactitud, pues como queda dicho, la voz de la moda avasallaba todas las inclinaciones, hacia callar todas las voluntades. Arrastrados á su terrible carro, veíanse correr hombres y mujeres; jóvenes y viejos, grandes y pequeños: la figura raquítica y la colosal se doblegaban bajo las mismas formas: la morena tez se ataviaba con los mismos colores que la blanca: la esbeltez del cuerpo sufría los pliegues que plugo darle á la obesidad: el hermoso cuello gemía bajo el yugo que disimulaba el feo; y la rubia cabellera usaba los mismos lazos que tan bien decían á la del color de ébano...

¿Qué significaba entonces el vestido relativamente á la persona que le llevaba? ¿Qué quería decir una jóven fria y sin gracia vestida de andaluza? ¿qué una desenfadada malagueña cubriendo los zapatos con la guarnicion de su vestido? Nada, absolutamente nada, solo que *era moda*: que la modista ó el sastre lo querian, el traje no era mas que la espresion: el sastre la idea.

¡Qué diferencia ahora! El albedrío es libre en la eleccion; el refinamiento de la industria ofrece tan portentosa variedad en las telas y en las formas, que sería ridiculo hasta el pretender reducirlas á precepto. Sin negar las debidas aplicaciones, el color negro no tiene ya respecto al gusto preferencia alguna sobre los demas; la seda sobre el hilo; el bordado sobre el dibujo. Recórranse, si no, esos surtidos almacenes, obsérvese ese Prado, y dictense despues reglas fijas é invariables: telas de todos los colores y dibujos, trajes de todos los tiempos y naciones, han sustituido á la inveterada capa masculina, á la antigua basquina femenil, y en variedad hemos ganado, cuanto perdido en nacionalidad ó españolismo.

Una de las innovaciones mas graves de estos últimos tiempos es sin duda la sustitucion del *sombrero* extranjero en vez de la *mantilla*, que en todos tiem-

pos ha dado celebridad á nuestras damas. En varias ocasiones se ha procurado introducir esta costumbre: pero el crédito de nuestras mantillas ha ofrecido siempre una insuperable barrera. El sombrero era un adorno puramente de corte: como los uniformes y las grandes cruces *imprimia carácter*: no hace muchos meses que una señora de gorro, era equivalente á una señora de coche, y si tal vez se atrevia á pasear indiscretamente el uno sin el otro por las calles de Madrid, corría peligro de verse acompañada por la turba muchachí y chilladora. Unicamente saliendo al campo por temporada, la esposa del rico comerciante ó la

hija del propietario, osaban aspirar al adorno de la aristocracia, al sombrero; y eso para lucirlo en las eras de Carabanchel ó en los baños de Sacedon. Hoy es otra cosa; la mantilla ha cedido el terreno, y el sombrero, progresando de día en día, ha llevado las cosas al extremo que es ya miserable la modista que no logra envanecerse con él.

¿Hemos ganado ó hemos perdido en el cambio? Hay quien dice que presta gracia al semblante, y quien supone que oculta lo mejor de él; quien sostiene que las bonitas están mas bonitas, y quien asegura que las feas están mas feas; quien cree que es moda de



El Sombrero y la Mantilla.

niñas y otros que la acomodan á las viejas; los maridos la encuentran cara; las mujeres sostienen que es económica; unos piensan que es moda de invierno; las madrileñas la han adoptado en verano: cuáles están por las flores, cuáles por la paja; estas por el terciopelo aquellas por el raso. ¡Terrible alternativa! profunda y difícilísima cuestión.

Todas estas reflexiones y otras muchas mas se habian agolpado á mi imaginacion á consecuencia de un suceso que acababa de presenciar; y como el corto espacio no me permite esplayarme, limitaréme á indicar lo mas sustancial de él.

Días pasados tuve que ir á visitar la familia de mi amigo D... (pero el nombre no es del caso, pues que por ahora no ha de salir á la escena). La antigüedad

de mis relaciones de amistad con aquella familia, y la franqueza de mi carácter, me hacen ser un consultor nato de la casa, reducida al matrimonio respetable y á una hija única que frisa en los diez y nueve años, y á quien por legitimo derecho vienen á parar los 4,000 pesos de renta que posee el papá, lo cual presta á sus lindas facciones nueva perfeccion y rosicler.

La ocasion era solemne, y como consejero áulico fui llamado para conferenciar *en familia*. Un cierto jóven caballero, primo de la niña, y por consiguiente sobrino de su tío, acababa de llegar aquella mañana de vuelta de sus largos viajes, emprendidos despues que dejó el colegio de Blois y la *Escuela politécnica* de París. Este primo, pues, regresaba á su patria á los veinte y seis años, habiendo pasado fuera de ella los

quince últimos: era elegante é instruido, bella figura, considerable caudal; con que no hay que decir si el partido era ventajoso para una prima que podia ofrecerle cuando menos iguales cualidades. Asilo debió sin duda pensar el papá, y al efecto nada perdonó hasta conseguir traerle á Madrid y á su misma casa. ¡ Amor de padre!

Pocas horas hacia que el estrañerísimo viajero habia llegado, cuando yo entré en la casa; aquel se habia retirado á descansar, y las damas madre é hija se hallaban regañando á la sazón con una modista sobre el corte de ciertos vestidos y sombreros que traía á prueba: apenas hicieron alto en mí; de manera que mientras duraba aquella polémica tuve tiempo de ponerme al corriente de la sostenida por nuestros periódicos; por ahí puede calcularse lo que duraría la tal sesion; pero de toda ella solo pude venir en conocimiento de la importancia que daban al atavío con que pretendian deslumbrar al elegante viajero.

No entraré en detalles sobre los demas diálogos y escenas que mediaron con esteluego que nos sentamos á la mesa, ni sobre su cortesía y atención con las damas, atención que respecto á *Serafina* (que así se llama la criatura) tenia todo el carácter de la mas fina galantería.

— ¡ Es encantadora! me decia por lo bajo; pero lo que mas me sorprende es que me parece una de nuestras bellezas parisienses: la misma espresion, los mismos modales, el mismo metal de voz... ¡ Y temia yo tanto no encontrar una española que me gustase!

— Sin embargo, le contestaba yo, no hay que desanimarse, amiguito; acaso no será la última.

Era ya la hora del paseo, y nuestras damas nos hicieron avisar de que estaban dispuestas á salir. Dejéronse, pues, ver en todo el lleno de su atavío, y es preciso confesar que no habian tenido razon para reñir á la modista: el mayor gusto y elegancia habian dirigido su hábil tijera: rasos, lisos y floreados; blondas esquisitas, bordados y pedrerías, nada se habia economizado en aquel momento; pero sobre todo me llamó la atención el gracioso sombrerillo de la niña, que oponia la elegante sencillez de sus flores y espiquillas al complicado laberinto de plumas y cintas del de la mamá.

El amigo estaba satisfecho; las señoras tambien; yo igualmente: con que todos lo estábamos. En esta conformidad nos ibamos á dirigir al Prado, cuando acertaron á llamar á la puerta. Abrese esta, y aparece *Paquita*, la prima de *Serafina*, que con su papá y hermanos venia á saludar al recién venido (tambien su pariente), y á convidarle á la funcion de toros de aquella tarde... ¡ Ah!... se me habia olvidado que era lunes y que habia funcion de toros.

Rico y elegante zapatito de raso, encerrando sin dificultad el breve pie; delgadísima media delicadamente calada; redondo y bien cortado vestido, guarnecido por todo su vuelo de brillante y móvil fleco y cordonadura; un ajustado corpiñito abrazando una cintura esbelta y delicada, y adornado de la misma guarnicion en los hombros y bocamangas; un pañolito al cuello recogido con sendas sortijas sobre cada hombrillo, y correspondiendo por su color con la rosa de la cabeza; y una mantilla, en fin, de blonda blanca, cruzada con garboso brio sobre el pecho, dejaban contemplar desembarazadamente un cuerpo digno de las orillas del Bétis, un semblante de diez y siete á diez y ocho, unas facciones picantemente combinadas, una tez de un moreno suave, y un par de ojos árabes, en fin, que no hubieran figurado mal en el paraíso de Mahoma.

Tal era la nueva interlocutora que se presentaba en aquel momento en nuestro cuadro; y si era temible y digna de figurar en primer término, dígalo el emudecimiento general que ocasionó, y mas que todo el asombro y distraccion que se leian en el semblante del recién venido.

Cambió la escena: la cortés galantería de aquel se trocó en indecision y aturdimiento: la satisfaccion de *Serafina* y su madre en temor y aire receloso, y solamente yo ganaba en el cambio, porque amagado, como lo estaba, de haber de dar conversacion toda la tarde á la mamá, sospeché desde luego que tendria que hacer los mismos oficios con la hija. Y por cierto no me equivoqué; ni durante el camino, ni mientras la funcion, ni al tiempo del regreso, fue posible tornar en sí al preocupado caballero, ni hacerle recuperar, respecto de las damas de casa, el lugar que ocupaba por la mañana; de suerte que era preciso ser muy poco conoecedor para no anticipar el resultado de aquel negocio.

Mi curiosidad natural me llevó á la mañanita siguiente á explorar la disposicion de los ánimos, y aunque no dejé de observar alguna nubecilla, resto de la pasada escena, encontré algun tanto restablecida la armonía, y al caballero en disposicion de acompañar á las damas á su paseo matutino por las calles de la capital. No lo estrañé á la verdad, porque el aspecto de *Serafina* en tal momento, era capaz de fijar á mas de un inconstante. Su ligero y blanquísimo vestido de muselina, sin mas adorno que la sencilla esclavinita sobre los hombros, un gracioso nudo á la garganta y un sombrerillo de paja de Italia en la cabeza, la hacian parecer tal á mi vista, que si fuera Chateaubriand no dudaria en compararla á la virgen de los primeros amores.

Mas... ¡ oh fuerza del sino, ó mas bien sea dicho de las femeniles combinaciones! La segunda prima, que sin duda se creia mas adecuada para el carácter de prima que para el de segunda, vuelve á aparecer de repente.

Su traje era un sencillo hábito negro, mas fino por cierto que el que podrian usar las virgenes del Carmelo, pero con el escudo distintivo en una de las mangas: un ajustado ceñidor de charol desprendiéndose hasta el pie; una mantilla de rico tafetan, cuya elegante guarnicion servia de dosel á la cintura; el pelo recogido tras de la oreja; y una cara... la propia cara, en fin, espresiva y revolucionaria de la tarde anterior.

Queda dicho: las mismas causas producen siempre los mismos efectos: el caballero volvió á aturdirse; las damas á anublarse; yo á cuidar de la amable *Serafina*; y cuando á la vuelta del paseo pude tener mi esplicacion con el galán, llegué á conocer que el mal no tenia remedio; que la mas profunda é irresistible impresion era á favor de *Paquita*: y argumentándole como buen amigo en favor de las gracias de su prima, concluyó con decirme que las reconocia; que hubiera podido resistir á los encantos naturales de su rival; pero que le era imposible, absolutamente imposible, triunfar de su mantilla.

(Setiembre de 1855.)

A PRIMA NOCHE.

FAMA es general, y aun pudiera decirse fundada, la que atribuye á los españoles la generosidad como una de las bases distintivas de su carácter. Generosos somos en efecto, en el sentido mas lato de esta palabra, generosos y aun pródigos en los gastos necesarios y supérfluos: dígalo nuestra deuda nacional, nuestras cuevas, nuestros palacios, iglesias y monumentos. Pródigos tambien somos en las hipóboles y demas figuras retóricas, y de ello podrian dar testimonio los entusiastas historiadores, los encomiásticos poetas, y tantas allocuciones, esposiciones y manifestaciones como vemos diariamente, y que pudieran, recogidas con cuidado, servir de formulario general y completo de proclamas para todos los paises del globo.

Pero en medio de nuestra prodigalidad, de nada

somos tan pródigos como del tiempo, y nada en efecto sabemos desperdiciar con mas garbo y bizzarria.

Las naciones industriosas han considerado el tiempo como el mas precioso de los capitales. Nosotros, generalmente hablando, le consumimos como réditos de nuestra existencia. La frase española de *hacer tiempo* equivale á perderle en cualquiera lengua; y un ligero paseo por nuestra capital (adonde la corteza de nuestra vista nos limita) probaria mucho mas que todos los discursos aqui estampados.

¿Qué hace, v. gr., esa turba parásita de plantones fijos en la Puerta del Sol interrumpiendo el paso de los transeuntes, aprendiendo de memoria los carteles, mirando al reloj, ú oyendo cantar á un ciego?—Está *haciendo tiempo* para pasar á otro lado ú ocuparse en trabajos semejantes.

¿Qué espera aquel almibarado petimetre, dije habitual de una elegante tienda de la calle de la Montera, parte integrante de su aparador, emblema de su muestra, y fiel contralor de sus operaciones mercantiles? ¿Muévele algun interes en estas, ó el deseo de hacer observaciones económicas ó morales?—Nada menos que eso: está *haciendo tiempo* para que un marido vaya á la oficina, y correr á consolar á la esposa, que le espera *haciendo tiempo* al balcon ó ensayando al espejo la nueva combinacion del prendido.

El esposo entre tanto sentado en su silla burocrática, ejercitando su pulso en bravos rasgos y geroglíficos, recortando en picos el pelo de las plumas, paseando la badila al rededor del brasero para darle la forma piramidal, formando cigarrillos que ofrece á sus compañeros, y disertando á la ventana mientras los fuma, sobre la órden de la plaza ó sobre la corrida de toros, *hace tiempo* de que venga el gefe á echar reprimendas al portero, atar y desatar legajos, tirar de la campanilla, y *hacer tiempo* de que den las dos para tomar el sombrero.

¿Qué espera aquel magistrado huido en su sillón carmesí, la cabeza sobre el respaldo y los ojos elevados al cielo? ¿Medita sobre la defensa en que el abogado con fases antibiólogicas ha hecho una hora de tiempo para martirizar un pensamiento?—Pues no señor, está *haciendo tiempo* de que el portero que jugaba á los naipes con los lacayos de S. S., abra con estrépito la mampara, diciendo: «señor, la hora.»

¿Qué busca el obrero paseando sus miradas desde el caballete de un tejado con la piqueta alzada y la otra mano estendida en ademán de comunicar sus órdenes á la cuadrilla? ¿Inventa acaso un corte mas ventajoso, una operacion mas fácil que le economice tiempo y trabajo?—Nada menos que eso: su vista penetrante, salvando los tejados y chimeneas, se fija en la torre de la Trinidad, tarareando alegremente el antiguo romance;

«Medio día era por filo,
las doce daba el reloj,
comiendo está con sus grandes
el rey Alfonso en Leon.»

Siente la primera campanada, arroja simultáneamente la piqueta, y desciende por el andamio como aliviado del peso del trabajo, corriendo á reunirse con su cara consorte, que sentada al sol á la puerta de su casa calle de la Paloma, *hace tiempo* de que se salga el puchero, ó que caiga en la lumbre el chicleo revoltoso ó el gato dormilon.

En ningunos momentos es mas perceptible este vacío universal, este *dolce far niente* (que dijo el Toscano) como en los que constituyen las primeras horas de la noche: no basta á nuestra apática indiferencia el interrumpir indiscretamente el trabajo del día con la solemne operacion de la comida á las tres; no es suficiente á nuestro reposo la segunda noche, improvisada en la siesta, ni el paseo de ordenanza, hasta que la luz del día llega á extinguirse: es preciso

aun perder otro par de horas en un café, ó sentados en derredor de una mesa de billar, ó corriendo las calles sin direccion, ó á la puerta de una tienda de confianza.

Si al cabo estas horas importantísimas, ya que no las ocupáramos en asistir á las academias y liceos, ya que prescindieramos de todo trabajo mercantil ó artístico, fueran empleadas en intimar nuestra sociedad, no aquella sociedad pública y ficticia, disputadora y pedantesca que se encuentra al rededor de un bol de ponche ó con el taco en la mano, sino aquella grata franqueza que solo se halla en el interior de las familias que nos son conocidas; aquella sociedad en que podemos aparecer tal cual somos sin riesgo de comprometernos ni de ofender á los demas; aquella compañía, en fin, amable y sin pretensiones que forma la verdadera amistad, el amor y los lazos mas dulces y duraderos, aun pudiera darse por bien empleado tal solaz.

Burlámonos de nuestros antepasados porque tocando ligeramente en las botillerías ó cafés para solo el acto de refrescar, se retiraban á sus casas despues de anochecer para recibir en ellas á sus amigos verdaderos, y pasar algunas horas en sabrosas pláticas ó en juegos permitidos. Es la verdad que en la antigua botillería de *Canosa* ó en la de San Antonio de los Portugueses, no encontraban mesas de mármol, ni columnas, ni relieves, ni arañas de cristal, ni espejos, ni aparadores como en nuestros cafés del día; es la verdad que una estrecha mesa, y un banco mas estrecho aun, y un caudilon de cuatro pabilos, un vaso de campana y un cestillo de bizcochos, eran todo el aliciente que ofrecian aquellas lóbregas salas; pero á la vuelta de esto las bebidas eran excelentes, la concurrencia general, y los escasos momentos de permanencia en ellas hacian llevaderas aquellas faltas. No ballaban allí, es cierto, periódicos que leer, políticos con quien disputar, literatos á quien engreir, militares que temer, ni crónica escandalosa que comentar; pero en cambio no ensordecian con el ruido infernal de las disputas; no adquirian los modales de mal tono; no se acostumbraban á repetir frases indecorosas; no se impregnaban en el pestifero olor del tabaco, y sobre todo no perdian lastimosamente el tiempo.

—Buenas noches, señor *Curioso Parlante*.

—Buenas noches, don Pascual.

—¿Qué hace V.?

—Escribir.

—¿Y á quién?

—Al público.

—Excelente corresponsal, aunque algo sordo; ¿y se puede saber sobre qué?

—Véalo V. — Y le alargué el papel mientras *hacia tiempo* de que lo leyese, saboreando un purísimo habano. ¡Ah!... tambien me sirvió este tiempo para informar á mis lectores de que este interlocutor es aquel mismísimo don *Pascual Bailon Corredera*, de que ya tienen conocimiento, si han leído mis anteriores artículos de los *Cómicos en cuaresma* y *La capa vieja*.

—Todo esto está muy bueno, me replicó don Pascual, alargándome el papel despues de haberlo leído; pero ¿quién le mete á V. á censor moralista? ¿pues hay cosa mejor que estas costumbres de prima noche? Míreme V. aqui: son las nueve ¿no es verdad? pues si yo le contara á V. lo que me ha pasado mientras estaba *haciendo tiempo* para venir á quitarle á V. el suyo, habia de reformar su opinion.

Por de pronto luego que empezó á anochecer, y que lqs árboles del Prado atraian á su atmósfera una humedad pernicioso, reflexioné que en ninguna cosa podria emplear los momentos como en refrescar mis fauces resecadas con el polvo y la agitacion del paseo. El inmediato salon de *Solis* me ofrecia su socorro; pero era tal la concurrencia de los que calculo

laron como yo, que no me fue posible proporcionar una silla, y á la verdad no lo sentí, pues esto me ofreció la ocasión de ir á saborear cerca del famoso repostero *Amato* un esquisito *sentillé* á la rosa. ¡Píguense V. lo dulce que es un *sentillé* á la rosa, tomado en una linda sala; viendo sucederse alternativamente la elegante concurrencia de damas y caballeros que descendiendo de brillantes carretelas, llegan á rendir el tributo de su admiración á aquel amable Anfitrión. Por desgracia esta operación no puede prolongarse mas que un cuarto de hora. ¡*Sic transit gloria mundi!* y al cabo de él ¿qué remedio? abandonar aquel elegante recinto y buscar en otro sitio nuevas sensaciones.

¡La política! ¡qué campo tan inmenso para el observador! por fortuna el café *Nuevo* sale al paso. ¡Estrépito! ¡confusion! ¡qué noticias supe allí! ¡qué discursos escuché! ¡qué planes para concluir la guerra! ¡cómo diserté, y argüí, y... parecía un Bernadotte; pero me dolía la cabeza, y no tuve otro remedio que ganar las escalas de Levante; quiero decir que subí la escalera del café de aquel nombre.

—Transición, contraste romántico;—1835 y 1805.

Para descargar la cabeza no hay como sentarse á jugar una partida de ajedrez con un escribano; pero la bóveda de mirones que se formaba sobre nuestras figuras encerrándonos herméticamente, no nos dejaba respirar. El humo del cigarro, el del café (que por cierto es excelente), el monotonó ruido de los peones y damas, de las bolas y tacos, de los dados y fichas.... quédese para otro día la partida: pasemos á la sala del billar: ¡aquella sí que es tranquilidad! Circulo inamovible al rededor de la mesa, senado mudo, espresivas fisonomías, escena original iluminada por lo alto, digna del pincel de Teniers. ¿Y todo, para qué? para observar los movimientos de dos bolas redondas impelidas por discursos mas redondos aun. ¡*Oh raras hominum mentes!*

Los próximos salones de Lorencini y la Fontana me ofrecian un espectáculo demasiado clásico, compuesto de antiguos abonados que disertaban sobre el cólera del año pasado ó la contribucion de paja y utensilios del actual; pero ¡una formalidad!.. déme la broma y el ruido y... vamos, no hay otro café del *Príncipe* en el mundo: allí sí que hay que ver, que escuchar... ¿Quiere V. política? todos los correos se apean en este *Lloyd* madrileño. ¿Estima V. el derecho político? escuche V. á un centenar de abogados. ¿Diplomacia? antigua y moderna, á escoger. ¿Moral? allí sí que se saben aventuras. ¿Poesía? el *Parnassillo* moderno está allí. ¿Periodistas? las Gradadas de San Felipe hablando. ¿Romanticismo? ¡es una Venecia! ¿Goces materiales, bebidas? medio sorbete, sorbete poético por dos reales. ¿Tono rigorista? al café de enfrente ó al billar del Morenillo.

Todo cansa, sin embargo, y yo lo estaba ya á mas no poder de aquella butahola; pero el reloj *no marchaba*, y todavía no eran mas que las ocho, segun me anunciaba estrepitosamente el ruido de la retreta, partida en distintas direcciones de la Puerta del Sol, con gran séquito de desgreñadas Andrómacas que marchaban al compás de las cajas de guerra.

Huyendo como es natural de toda aquella bulla que por la calle de Alcalá se dirigia al cuartel, me detuve involuntariamente en la calle de Peligros, y allí donde en historiado retablo se ostenta á la pública veneracion el abogado de las cosas perdidas, hice alto un momento para reflexionar mi direccion. ¡Ay, señor Curioso, y cómo quisiera tener aquí su pincel para bosquejarle las sombrías escenas que presencié! Créame V.; pocas figuras de contradanza ó de mazurca salen tan bien ensayadas como las que formaban á mi vista las compaseadas manolas con su figura ondulante y campanil, y los listos aficionados al ojo, apareciendo y desapareciendo alternativamente por las boca-calles de Hita y de Gitanos, de

Peligros y San Gerónimo, del Príncipe y de la Cruz; mas como á la oscuridad de la noche y la escabrosidad del terreno permitian ocultarme sus movimientos, y como por otro lado recuerdo que ya V. nos ha descrito estas evoluciones en su romance *El paseo de Juana*, nada mas añadiré, ni me empeñaré en seguir paso á paso las sensibles parejas que tomaban puerto franco en una tienda de vinos, harto escasa en verdad de picaportes y cerrojos, gracias á la previsora susceptibilidad del dueño; ni tampoco á las filarmónicas ambulante, que paradas delante de un ciego cantante, tendian su tela como las arañas en una esquina, no sin gran concurso de moscones embozados; ni en fin, á las que al entrar con la terciada mantilla en la bulliciosa tertulia tabernaria, reanimaban aquella báquica reunion. Esta escena por sí sola, que contemplé parado delante de una de la calle de Toledo, merece un artículo aparte, y prometo contárselo á V.

—Recojo la palabra.

¿Y despues de lo dicho llamará V. perderle, esta manera de *hacer tiempo*? No; si no vénganos ahora á encarecer los círculos y sociedades, las academias y liceos extranjeros. ¿queria V., por ejemplo, que los literatos y aficionados tuviesen aquí tertulias privadas donde reunirse á tales horas para charlar sobre sus obras? ¿Propondria que el pueblo encontrase espectáculos baratos á que acudir para ver las habilidades de un físico, ó las patochadas de un arlequin? ¿Desearia que las bibliotecas estuviesen abiertas á semejanza hora, y que fuera lícito á entrambos sexos el concurrir á ellas? ¿Encomiaría, en fin, las tertulias de confianza con sus juegos de prendas y sus amores platónicos? ¡Fuego en las tales! ¿Mas dónde existen ya?

Acérquese V., si no, á casa de su amigo *don Melquiades Recesino*.—La puerta cerrada... si serán dos golpes, si serán tres... vayan dos.—¿Quién es? (pregunta una destemplada vieja desde el piso tercero.)—Un hombre.—¿A qué cuarto va V.?—Al segundo.—Y cierra el balcon y se queda V. en la calle.

—Demos que le abre de *caridad*; demos que luego se sube á su cuarto; demos que tira V. la campanilla del segundo; y que no están las señoras, y que solo le responden el falderillo que ladra, y que en fin, no hay nadie en casa... ¡Por cierto que es rato divertido el encontrarse en una escalera á oscuras y con el portal cerrado!

Pero animese V. á descolgarse *por via de recurso de apelacion* ó como mas haya lugar á casa del abogado don Pánfilo. Mire V. á toda la familia asustada con su visita estemporánea, y preguntarle—¿qué es esto, don Fulano? ¿V. por aquí? ¿qué novedad es esta? ¿hay algo de nuevo? ¿ha sucedido alguna cosa?—Nada, señores, el deseo de ver á Vds.—Vaya, no es posible; muchacha, Margarita, tira esa labor, acércate; y tú, Toribio, avisa al amo, que está en el despacho.—No le incomode V.—Quita tú ese velon y trae unas velas.—Señores, de cualquier modo.—En fin, que observa V. (y es fácil de conocerlo) que ha venido á incomodar, y por cubrir el expediente, como si dijéramos; por *hacer tiempo*, tiene que improvisar una semi-declaracion á la niña.

—Pero qué, ¿está V. ahí escribiendo geroglíficos mientras yo hablo? ¿Está V. haciendo tiempo tambien?

—Nada de eso; estoy haciendo mi artículo, ó por mejor decir, V. le es táhaciendo por mí, pues que solo escribo en taquígrafia lo que V. va hablando.

—¿De veras? ¿Y qué ha salido de ello?

—Ha salido lo que yo deseaba; un rasguño de *Mardid á prima noche*, que habrá de suplir á otro mejor.

—¿Cómo?

—Sí, amigo; yo habia bosquejado el paisaje, V. le ha dado la animacion. (Nota 20.)

(Octubre de 1835.)

SEGUNDA ÉPOCA.

(1836 Á 1842.) (Nota 19.)

EL OBSERVATORIO
DE LA PUERTA DEL SOL.

Lo mejor del mundo es la Europa (¡ cosa clara !); la mejor de las naciones de Europa es la España (¡ quién lo duda !); el pueblo mejor de España es Madrid (¿ de veras ?); el sitio mas principal de Madrid es la Puerta del Sol... ergo, la Puerta del Sol es el punto privilegiado del globo.

Este terrífico argumento tan convincente y sin réplica, no es mio; es de un doctor de Alcalá, hombre fuerte en esto del razonar, que con las armas de su lógica y el auxilio de sus buenos pulmones, metía mucho ruido años atras en las áulas celebradas de la universidad Complutense, y á cuyas ingeniosas decisiones y engalanados absurdos inclinábanse hasta el suelo las borlas y mucetas, y se encogía de hombros la estátua de la verdad.

Tenia, pues, mi doctor, una gran secuela de apasionados admiradores, que asi que él ponía en circulación una de estas sentencias garrafales, dábanse luego maña á engalanarla y pulirla, y así dispuesta, ostentábanla con énfasis á los ojos del vulgo, hasta que quedaba sancionada por el uso y por el abuso como axioma práctico y verdad especulativa.

Yo, que por entonces á los pocos años juntaba una dosis regular de presuncion, no era de los mas flojos en esto del *sed sic est*, y para mi tanto mayor era el argumentante cuanto mas temerario era el argumento; y el de mi dómine, que arriba queda estampado, lo quedó tan hondamente por entonces en mi blando calletre, que vino á ser como la clave de mi conducta futura. Y procediendo por el órden lógico de mi maestro, hice abstraccion de los demas hombres para dedicarme á estudiar los hombres que me rodeaban; prescindí de las demas partes del mundo y me contenté con asomarme á Europa; regresé á nuestra España como el suelo mas privilegiado de aquella, y torné á Madrid como córte y lugar principal de España; con lo cual y con asentar mis reales en la famosa Puerta del Sol y establecer mi atalaya dominando la cubierta del Buen-Suceso, hallé que *lógicamente*, y al decir de mi maestro, me hallaba instalado en el punto mas culminante de este mundo sub-lunar.

Dispuse, pues, mi observatorio moral en la region de las nubes, aislado, independiente y libre de toda atmósfera viciada; preparé el telescopio de la esperiencia; pedí una pluma á la verdad; abrí los ojos; cerré los libros; dejé los estudios y me metí á predicador.

« ¡ Oh que fortuna (decía poco mas ó menos un amable moralista contemporáneo) el ser libre y libre de veras, y poseedor de la mas noble libertad, que es la libertad del pensamiento! No arrastrar la cadena de partido alguno; vivir independiente del poder, y no haber hecho tampoco alianza con sus enemigos; no haber de defender las faltas del uno ni las demasías de los otros; no ser responsable de las acciones ajenas; obrar en nombre propio, dando solo cuenta á Dios de nuestras operaciones; no recibir consejos sino de la conciencia, fiándonos sin temor en este noble instinto de la verdad que el cielo ha impreso en nuestras almas, admirar sin creerse adulator, ser justo sin pasar por enemigo; buscar con preferencia el aspecto bueno de todas las cosas, como la

abeja que iba á la miel de todas las plantas; mirar con ojos serenos; escuchar con oído imparcial; viajar sin mandato y detenerse segun place, allí donde el sitio es apacible, allí donde el sol alumbra sereno; no haber de preguntar á qué reino pertenece un país para saber si hemos de alabarle; no querer saber el nombre de un autor antes de decidirnos á aplaudirle; repetir indistintamente todos los sonidos, sien ellos hallamos armonía; aspirar todos los ambientes puros; disfrutar de todas las obras del ingenio, sea cualquiera su escuela y el país que las produjo; y aplaudir, en fin, todas las grandes acciones bajo cualquiera bandera que fuesen hechas. ¡ Oh qué fortuna! no ser político, ni revolucionario, ni retrógrado; no ser poeta ni clásico, ni romántico; no tener nombre entre los ambiciosos ni entre los pedantes; no contar padrinos poderosos ni haber de serlo de nadie; no reconocer deberes de convencion; no hallarse obligado á ninguna defensa, á ninguna acusacion; ¡ ser libre, en fin! pero no libre con esta libertad intolerante, que corre las calles desenfadada y ebria, como una bacante en las fiestas de su patrono, sino como aquella otra, hija del cielo, que nos deja usar de nuestro albedrío, permitiéndonos seguir voluntariamente las inspiraciones del alma.»

Vosotros, los que sabeis apreciar el valor de esta libertad, única positiva; los que buscáis la voz de la verdad desnuda de pasiones y partidos, de encarecimientos y de encono; los que no sois optimistas ni pesimistas, sino que alcanzáis á ver en el hombre y su sociedad una mezcla armoniosa de errores y ridiculez, de grandeza y de bondad; vosotros que gustais de aplicarla la risa de Demócrito mas bien que el gemido plañidero de Heráclito ó la pena de Juvenal; subid conmigo á mi observatorio, desde donde con el auxilio de sus lentes podreis descubrir todo el ámbito de nuestra noble capital, y escuchar con confianza la voz de un hombre que por sistema y por carácter rinde solo tributo á la verdad; mas cuenta, que esta confianza que os demando ha de ser voluntaria y espontánea, y no ha de ceder en mengua de la libertad de vuestro propio pensamiento. Si este simpatiza con el mio, si acertare yo á explicar las sensaciones de vuestras almas, entonces quiero que le sigais, quiero que penseis como yo; si no fuere así, y para ello hubiérais de sacrificar alguna parte de vuestro albedrío, entonces me quedaré yo á solas con el que Dios me dió, que para esto tenéis tambien derecho á juzgar de su bondad.

Ahora bien, ya estamos en las nubes yo y mi auditorio; ya asestamos los catalejos á esta tierra noble, feraz y en otro tiempo afortunada del globo, que se denomina España; ya miramos agitarse á nuestros pies á este pueblo generoso que se llama la capital del pueblo español; las pasiones momentáneas que le agitan apenas llegan á la altura en que nos hemos colocado, apenas consiguen empuñar uno de los infinitos lados del prisma por donde le contemplamos... ¿ Qué es á la historia filosófica de un pueblo, uno, dos, tres, diez años de existencia borrascosa? ¿ Qué es al carácter general de sus habitantes, el de una centena, el de un millar de sus individuos ambiciosos y agitados? El cuadro que tenemos á la vista es mas inmenso y maguffico que todo esto; él nos pone de manifiesto el carácter, las inclinaciones, las costumbres generales de toda una sociedad; él nos hace considerar



tambien aisladamente las escepciones, y ¡cielos! ¡qué pequeñas se presentan á nuestra vista estas escepciones que allá abajo meten tanto ruido, y pretenden servir de pautas á la regla general! Ellas aparecen y desaparecen en un solo dia, y brillan á nuestros ojos como los fuegos fosfóricos en un dilatado horizonte, ó como una sombra vacilante en la inmensidad de los mares.

No esperen, pues, mis lectores, que en la segunda série de cuadros crítico-morales que les preparo, abandone mi primitivo propósito ni roce con las circunstancias históricas de esta época agitada, sino aquello puramente indispensable para averiguar la influencia que puedan tener en las costumbres patrias. El bosquejo fiel aunque incorrecto de estas, y no su historia, es lo que me propongo delinear: los caracteres que necesariamente habré de describir no son retratos, sino tipos ó figuras, asi como yo no pretendo ser retratista sino pintor.

Las pasiones, los errores y ridiculeces, asi como las brillantes cualidades del hombre, desnudas de la forma material, y puestas al descubierto por una atmósfera mas pura, suben á mi laboratorio ajenas de toda liga terrena, material y tangible, y aparecen tal cual son, grandes en su pequeñez, pequeñas en su afectada grandeza.

Por último, mi pluma renunciando al estilo metafórico y campanudo que á su pesar ha tomado en este obligado íntroito, seguirá como siempre el impulso de mi carácter, la libertad de mi pensamiento, que consiste en escribir para todos, en estilo comun, sin afectacion ni desaliño; pintar las mas veces; razonar pocas; hacer llorar nunca; reir casi siempre; criticar sin encono; aplaudir sin envidia; y aspirar, en fin, no á la gloria de grande ingenio, sino á la reputacion de verídico observador.

De esta manera, y hasta donde alcanzaren mis cortas fuerzas, recibirán mis benévulos lectores los sucesivos cuadros ó *Escenas Matritenses* trazados por mi mano y dictados por mi corazon. Si ellos contienen la verdad, no importa que sea sencillo el traje en que salga engalanada; si, por el contrario, el dibujo fuere falso, seria mayor mal el ataviarle con magnífico colorido.

(Noviembre de 1856.)

MI CALLE.

«Yo, Talia en despedirte,
y tú en que me has de querer,
¡lijeretas han de ser!»
Iglesias

CIERTO que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primer circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmovilidad impasible del original, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento; y ora rie, y charla y se envaneca haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde como para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento sorprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse entre nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa

para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier*:—«Pasajero en el navío, no pretendo gobernar al piloto.»—Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion del *Curioso* el considerarle, no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédate para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas llegan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos; ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados; ni el cartero sabe las señas de mi habitacion; ni en los cafés hago otra cosa que beber; ni pueden quejarse de mi las tiendas de la calle de la Montera ni las losas de la Puerta del Sol. Pero en medio de este aislamiento, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correton, y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso y desde el ventanillo de una diligencia, veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginacion un resultado tal de movimiento, que apenas acierto á bosquejar en ella ni aun los objetos mas notables.

Así que, procediendo por impresiones del momento y sin ningún conocimiento de causa, no es extraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto, venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airosamente en el diccionario de Pero Grullo. Por ejemplo:

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derribar edificios, supongo de buena fé que habria sobra de ellos; cuando veo construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trajes, me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinzos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles, me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calefines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapiés, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio; entonces como que prescindo de todo lo demas que vi, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado; aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo: el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos

aprendidos en el extranjero; este refinamiento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconsistencia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer, y deshacer lo hecho solo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo, y llevar el género clásico-retrógrado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse; y silbar á los unos y á los otros; y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los toros á la ópera italiana, desde la tribuna al sermón, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo, desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado; desde el año 8 al 14 y del 14 al 8, del 23 al 14 y del 33 al 20, del 36 al 12 y del 37 al... sábelo Dios! todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de Madrid, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguaje de las piedras al idioma vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva, con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofía; mezcla, en fin, de lo delicado y lo grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna exageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapies, de la Montera y del Barquillo, de San Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastara á probar *ex ungue leonem*; y por cierto ¿a que he nombrado *mi calle*, no quiero renunciar á trazar este ligero *vervigratia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente y como traído á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero, no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras, *camino real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto, ni lo permite su estrechez ni torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo, vacilante y desigual, forma la base de su sistema; algunas de sus casas, aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras, empero, por sus formas respectivas, favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aquí el que los efectos del ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas, sino tambien á las inclinaciones, usos y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el órden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de dicha calle, deteniéndonos segun conviniera en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la linea general de las casas por dos ó tres de ellas que intestan algunos pies mas retiradas que las demas, lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desahogo y de mejora de esta calle que existiria en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fuo

abandonado despues. Este ligero desnivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con rótulo y todo se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo compulsase el dicho rótulo, aunque no fuese mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen Vds. que esto seria demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á San Anton, y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: «Este es San Anton, y este otro es el cochino?»—Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señales de sus facciones, que aquel que la conozca no pueda menos de exclamar: —«Esta es.»

Volviendo á la plazoleta de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero, y á una cabrería, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber: el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores *Darrás* y *Manche*; el herrador en lo restante del dia usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero en anochecer, como es uso y costumbre en toda égloga, echando á pacer las mansas cabrillas, no ya la yerba *alfofarada*, sino los pedazos de tachuela y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos aficionado, si no fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con ella el surtido de la calle; pero cuenta que la que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra; una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal... ¡y qué portal!... *portal-passage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situacion de establecimiento!

«¡Si es ó no invencion moderna
vive Dios que no lo sé!
pero delicada fué
la invencion de esta taberna.»

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan los accesorios de dos establecimientos públicos, el uno *financiero* el otro *artístico*; aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animacion la tendencia y objeto de este *siglo del oro*. Uno y otro á decir verdad podrian haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagacion de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del frente, máxime despues que la revolucion ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones. Esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á mano la seccion central del diabólico invento de Sabatini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales abajo; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oido sus mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle;

lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiércol; y todo en cuatro pasos como quien dice, y en estos cuatro pasos, que dan Vds. todos los días, señores lectores, distraídos é indiferentes, no habrán echo alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano á la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada y una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Lóndres, ni en las otras al estilo de Leganes, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad media, ni en la compaseada manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del día, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, ni en nada en fin, de todo lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos...— ¿Su calle de V.?— Sí, señores lectores, la de Vds., la mía, cualquiera de las calles de Madrid: se entiende del Madrid de 1837. (Nota 16.)

(Enero de 1837.)

EL SALON DE ORIENTE.

Abrióse en fin el *Salon de Oriente*, este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzados, entre la falta de pagas y los debates parlamentarios, entre el Palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de Navidad y las abstinencias de Cuarema, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.

Abrióse, en fin; absorbiendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los debates parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones, las oposiciones, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvarios de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demás pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente á las gratas combinaciones de la *mazourka*...

Justo es que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso general y abandonemos tambien por un momento los modestos objetos á que ordinariamente nos dedicamos, para tratar del ídolo del día; que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno *salon oriental*.

Las fuerzas, sin embargo, me abandonan, cuando quiero penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendo traducir las páginas de un libro que á medida que la edad va clareando mis cabellos, se me hace menos inteligible y espresivo.

Colocado en medio del Salon veía indiferente y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianes, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones.—Para mí todos aquellos encuentros eran *casuales*, todas aquellas separaciones *imprevistas*.—Semejante al que mira jugar sin entender el juego, parecíame á veces que tal jugador debía triunfar cuando renunciaba, que tal otro debía pasar cuando tenía un *estuche*. Aplaudía sin oportunidad, reía fuera de tiempo, y daba la vuelta por el Salon para abrogarme el aspecto de antiguo y conocido, y el Salon me respondía con la mas profunda indiferencia. De aquí vine á sacar una gran verdad, y es que el año de 1837 no era el de 1830, que nuestra época habia pasado, que otra generacion

nos habia sucedido, y que tranquilamente y sin percibirlo nos hallábamnos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignado con la suerte íbame á retirar sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna depararme el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena; un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas; una brújula, en fin, segura, para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistia, pues, mi feliz encuentro, en una de esas muchachas chiquitas, *estereotípicas* y de *faldriquera*, que se reproducen en todas partes y á todas horas como una edición completa á mil ejemplares; que en invierno solemos hallar en el Prado tomando el sol, y en verano tomando la luna: que en febrero engañan con máscara de alegría, y en marzo con máscara de devocion; que en abril asisten á las tinieblas y en mayo á la pradera de San Isidro á ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Corpus y en julio la de la plaza de toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya están puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la Academia, y en noviembre los epitafios del campo santo; que en diciembre frecuentan los dulces de la plaza, y en enero los patines del Retiro; y que en todos los meses, en todos los días, en todas las noches, llenan todas las calles, todas las tiendas, todas las iglesias, todas las tertulias, todas las procesiones, y todos los circos, todas las romerías, todos los teatros, todas las misas de tropa, todos los entierros, todas las revistas, todas las entradas triunfales y todas las asonadas, desde la puerta de Toledo hasta el jardín de Apolo; desde la plaza de toros á la Casa de campo; muchachas, en fin, pólipos, azogadas, imánicas, verdaderos *kaleidescopos* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolución práctica del problema del movimiento continuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era, como si dijéramos, una segunda edición, corregida y aumentada, de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnavales y de sus veinte y cuatro reales de Monte Pío, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado á hacer aquí esta ligera revelacion, pues no puedo de otro modo esplicar la franqueza con que la niña atravesando el Salon vino flechada á encontrarme á uno de sus ángulos, donde á guisa de estatua de rinconera me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupacion.

—¿Qué hace V. ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oídos, como un recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde caucular).

—¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un si es ó no es mi discurso, estaba cantando las luces del Salon; pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan.

—¡Bah, bah! ¡lindo retruécano! ¡gusto clásico! por esas señas, si V. trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies*, si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta, por la parte que ridiculizaba mi concepto, pero no pude menos de confesar que tenia razon y se la di, y el brazo para conducirla hasta el otro extremo del Salon, donde á la sazón se hallaba la viuda madre, verificando, por lo que pude sospechar, la conversion de un sarraceno á su creencia.

En por ocasion no podríamos llegar á la presencia maternal. — Esta voz, *mamá*, dirigida por una mu-

chacha de quince años á una vestal, delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion exótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado mi presencia al lado de la hija venia á ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autografas* en cuatro tomos.

La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un ministro tribunizado, ó como un jugador de manos á quien hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seguridad. — «Tu mamá ha cambiado de traje conmigo; yo la he dado mi pasiega y ella me ha dado su vestal.»

Y hétenos aquí, lector carísimo, buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando á todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía, que para mí volátil pareja no fue sino un breve episodio, vino á revelarse en mí la accion principal de aquella noche. Y si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, dariales cuenta de las observaciones crítico-filosóficas que la inteligencia de aquella me proporcionaba; espondriales *d'après nature* todas las escenas, antes mudas á mis ojos, y ahora tan expresivas y significantes, auxiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reia, burlaba, preguntaba, respondia, observaba, y hacia, en fin, lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imaginacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inaccion; el Príncipe, Solís, Trastámara, San Bernardino, Abrantes, Santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos, que para mí venian á ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guías atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducíanse á mi vista con todos sus encantos y frescura: placíame en recorrer con aquel misterioso talisman el magnífico Salon, y vivificado con su fuego, veia renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil que algunas horas antes creia estinguído para siempre; ya no me parecia el baile monótono, confuso y desacordado; ya no hallaba á la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imaginacion habia recibido un nuevo sentimiento; la agitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi existencia; el ruido y el continuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera, obraban fuertemente en mis sentidos; necesitaba ya, como antiguamente correr del Salon á la fonda, de los tocadores á las piezas de descanso, de la tribuna á la sala de juego, y aquel continuo vagar por tránsitos y escaleras, y preguntar á todos y no responder ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de las salas, y evitar las banquetas donde tienen su asiento las mamás *inamovibles y sólidas*, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servir de punto de conciliacion de las nuevas intrigas en agraz.

No sé cómo explicarlo; pero aquella muchacha habia cambiado mi existencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Oriente, ni observaciones, ni 1837 — habia únicamente amor, máscaras y 1830.

A imitacion de mi cabeza mis piernas tambien se hallaban aligeradas, y luego ¿quién no vuela con el auxilio de un seratin? No hubo mas, sino que al ruido de la música, vino me á la memoria el olvidado compás, y creyéndome el genio de aquella sílfide, improvisé una *galope* instintiva, espontánea, aérea, que... Mas ¡oh dolor! mis pies entumecidos de algunos años se rehusan al movimiento... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan, y... ¡ay

de mí! ¿qué es esto?... las luces... se apagan las luces... la gente desaparece... el ruido se convierte en silencio... y... se abre una puerta... alguien me toca. — ¿Eres tú, divina criatura?... ¿qué es esto?... ¿quién me mueve?...

— Señor, las ochu en puntu...

— ¡Ah, maldito gallego!

¡Desapareció la ilusion! Todo se explica. El salon era mi alcoba; el que entraba á llamarme mi gallego; el baile un sueño; y mi amable pareja, aérea, incorporea, impalpable... era, en fin, mi imaginacion, que no quiere aun renunciar á la juventud.

(Febrero de 1837.)

COSTUMBRES LITERARIAS.

I.

LA LITERATURA.

«Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno conduce al otro,
llorando van y pidiendo.»
Lope de Vega.

DESDE que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

Y á la verdad ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? una planta exótica á quien ningun árbol presta su sombra; ave que pasa sin andar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar á los demas; astro, en fin, desprendido del cielo en una tierra ingrata que no conoce su valor.

Si confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adalacion á las dotes de su talento; si mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó á mendigar un favor del poderoso, favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones le convierte en lisonjeador de oficio ó en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez á conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del país; acaso la posteridad encomiará su genio; acaso levantará estátuas á su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiada en medio de las tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desden injusto, abreviará sus dias, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro país, que parecia presagiar á las letras mas alta fortuna, mas estimada consideracion. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto á las costumbres una tendencia bienhechora, vieron muy luego aparecer eminentes ingenios que, consignando eternamente la gloria de aquella edad recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entonces el talento literario; preciso fue tambien unir á él la intriga cortesana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político ó del discreto palaciego. Los que, como Quevedo, Mendoza y Saavedra, supieron reunir estas cualidades á las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con régios favores, y figuraron airosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que, como Cervantes, Lope y Moreto, limitaron su ambicion á la gloria literaria, fueron, es verdad, el objeto de entusiasmo de su siglo, y pudieron presagiar en vida el tributo

de admiracion que habia de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron á asegurarles una cómoda subsistencia, ni á legar á sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. Lope de Vega quedó empeñado al morir, despues de haber escrito dos mil comedias (que los cómicos solian pagarle á 500 rs.), y otras muchísimas obras sueltas. Calderon vendió todos sus Autos Sacramentales á la villa de Madrid por 16,000 rs.; y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar á luz la obra inmortal que habia de ser el primer título de la gloria literaria del pais.

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron á aparecer las letras despues de un largo período de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posicion social fueran los primeros á cultivarlas; y de este modo se ofrecieron á los ojos del público con mas brillo y consideracion. Montiano y Luyando, Luzan, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno y Amirola, los PP. Isla y Gonzalez, el duque de Híjar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Melendez, ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente á las letras, tanto para adquirirlas en el concepto público aquel respeto que por desgracia solo se prodiga á los falsos oropeles, cuanto para estimular á la juventud á emprender una carrera que no parecia ya como incompatible con los halagos de la fortuna.

Empero de un extremo vinimos á caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos: unos cultivaron las musas para explicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacronísticas con una toga ó una embajada. Y siguiendo este orden lógico se ha continuado hasta el dia, en términos que un mero literato no sirve para nada, á menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad.

De aquí las singulares anomalías que vemos diariamente; de aquí la prostitucion de las letras bajo el falso ropel de los honores cortesanos. — ¿Fulano escribió una letrilla satírica? Excelente sugeto para intendente de Rentas. — ¿Zutano compuso un drama romántico, ó un clásico epitalamio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortizacion. — Aquel que hace muy buenas novelas; á formar la estadística de una provincia. — Este que ha traducido á Byron; á poner notas oficiales en una secretaria. — El otro que escribió un folletín de teatros; á representar al gobierno español en un pais extranjero.

Entre tanto, aquellos escritores concienzudos que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única mision, y que no sabiendo ó no queriendo abandonarlas, esperan recibir de ellas la única corona á que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desden, le arrojan al pasar una mirada compasiva, ó llegan á dudar hasta de sus intenciones ó su talento. — «¡Literato!... ¿Qué quiere decir literato?...» le preguntará la autoridad al empadronarle. — «¡Poeta!...» repetirá el pueblo. — «¡valiente poeta será él cuando no ha llegado á ser ni siquiera intendente ó covachuelo!»

De esta manera, la multitud, que solo juzga por resultados, se acostumbra á ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título de elevacion, no como un patrimonio de gloria; y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja

olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradiccion, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondia una elevada posicion social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero enuelva en ellos las pasas de Málaga, ó los quesos de Rochefort. (Nota 17.)

II.

EL MANUSCRITO.

«Así se sentirán nuevos autores
á imprimir obras que vender al peso.»
Iriarte.

Y para hacer mas sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémosnos un autor que despues de haber dedicado largos años á trabajar concienzudamente una obra literaria, ve por fin concluido el trabajo, en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir...

¡Pobre autor! ¡Tú creias cuando dabas fin á la última página de tu libro que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! Pues entonces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu mas ingrata molestia. Por fortuna en el dia no tienes que temer las trabas de una arbitraria censura, ni necesitas mendigar un permiso que las leyes actuales te conceden gratuitamente... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia seria la de poner un *pedimento* en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito acudir á la escribanía de cámara del Consejo de Castilla, dejándolos allí confiados en manos de curiales entre *despojos y moratorias*... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el tierno adios (que podia muy bien ser el último) á su amada obra, y arrojaria entre profanos, que midiéndola por su escasa inteligencia, no hacian escrupulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraria como un tesoro!

El secretario formulaba su relacion, y cargando con el manuscrito entre los demas papeles del despacho, entraba al Consejo á dar cuenta de él, entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; el tribunal mandaba censurar aquel, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitía al guardian de San Francisco ó al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de historia no faltaba algun capellan de monjas; ó un abogado del colegio si se trataba de una coleccion de poesías. En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de ley sabian guardarlo, y dar así á los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla á su sabor dos ó tres años. ¿Quién pintará las angustias de aquel misero autor en este tiempo? ¿Quién sus esquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvía la obra, ó con una negativa terminante, ó toda mutilada con inmundos borrones que hacian desaparecer su mérito principal; y gracias, cuando no se metía á enmendarla de su propia autoridad y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imaginara. Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro *no contenia nada contra nuestra santa religion ni las regalías de la corona*, solia conceder el permiso, y el autor se daba por muy satisfecho cuando á vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su *Real cédula*, lograba recoger aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus hojas. (Nota 18.)

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita mas que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad han llegado las letras á la

altura que las vemos. Asombroso, á decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar á conocer sus prodigiosos adelantos y su genio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con estension; nadie les ha ido á la mano... Desde entonces las imaginaciones han tomado un vuelo gigantesco, las luces se propagan, las prensas gimen, y... ¡desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor!.. Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿dónde están las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? Sin duda que han debido abundar en estos tiempos de franquía político-literaria. Sin duda que nuestros escritores se habrán dado prisa á vengar el honor nacional, y á responder victoriosamente á los terribles cargos que de dos siglos á esta parte le dirige la Europa entera...—Si señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares ó de alocuciones civiles. El público no quiere mas historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra. (Nota 19.)

III.

LA LIBRERIA.

«En literatura, el producto del trabajo está en razon inversa de su importancia.»
Adisson.

Mas volviendo á nuestro anónimo escritor, á quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole cual otro Camoens de los embates de las olas, sigámosle paso á paso en sus diligencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto le encontraremos corriendo una á una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escogiendo papel, y reduciendo, en fin, á números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hay tan entretenidas como ver á un literato ajustar una cuenta ó formar un cálculo, con aquella pluma con que suele volar por las vagas regiones de la fantasia. La falta de práctica y su escaso conocimiento de los guarismos, le hacen equivocarse á cada paso la cuenta; y suma y multiplica, y vuelve á sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millon; y quien de 24 quita 6 deja 40, y llevo 7; dos mil ejemplares veadidos á duro, hacen 200,000 duros; rebajados 500 por el coste de su impresion, quedan 150,000 duros limpios de polvo y paja... ¿A dónde vamos á parar?

Que se ajustan, en fin, literato é impresor, y que empieza la tarea de la *composicion* y la *correccion de pruebas*, y el *ajuste*, y el *pliego de prensa*, y la *tiracion* y *retracion*, y las *capillas*, y el *alce*, y el *plegado*; y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante; y unas veces riñe con el regente de la imprenta por la tardanza, y otras con los cajistas por la precipitacion, y se desespera por una errata, porque en vez de *tu mano esquivava* le han puesto *tu mano de escriba*, ó en lugar de *memoria póstuma* han estampado *memoria postema*, ú otros *quid pro quos* tan inocentes como estos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega por fin el suspirado momento en que ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresion va á proceder á la venta, y una mañanita muy temprano sale mi diligente autor á revistar uno por uno todos los esquinazos de Madrid, donde ha hecho fijar grandes cartelones con letras tan grandes como

todo el libro; y se aflice y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuáles empezados á rasgar; cuales rasgados del todo; estos cubiertos por un anuncio de novillos; aquellos ofuscados por una funcion de cofradía. Pero se consuela con que en aquel mismo día la *Gaceta* y el *Diario* han anunciado su obra en *términos precisos*, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar á todos los periodistas de Madrid, los cuales en conciencia no podrán menos de decir que la obra es excelente y el autor un buen sugeto, con la demas música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende ó se quiere vender.

Y aquí llamo la atencion de mis lectores no madrileños, para hacerles un pasajero bosquejo de lo que es una librería en nuestra heróica capital.

Siempre que á su paso se encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalería; siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y transparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea ó por una fama trompetera, aquello, por supuesto, no es una librería, sino un almacén de objetos mas útiles, tales como guantes ó confitura.

Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos, allí, por supuesto, no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conciben otras letras que las de «*Precios fijos*» estampados en góticos caractéres en el fondo del almacén.

Empero cuando vean un menguadorécinto de cuarenta pies de superficie, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida é inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; siempre que vean este, cortado á su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan agosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas á medio plegar, varias orteras de engrudo, y el todo amenizado con las cortaduras del papel y los restos del pergamino; siempre que detras acierten á columbrar la fermentada estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un pequeño nicho en forma de altar con una estampa de San Casiano, patron de los hombres de letras; siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinazos de entrada unos misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo que en anticuadas letras dirá forzosamente «LIBRERIA.»

A decir verdad, que nada es mas á propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro pais, como el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulos de ninguna especie han visto progresar y modificarse segun los preceptos de la moda á las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterías y tabernas; y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo xviii, han permanecido estacionarias, sobreviviendo indiferentes á las revoluciones de la moda y á las convulsiones heróicas del pais.

Si prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquella. Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadernado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que hoy los hay con un

hambre del año 12). Si escucha hablar del celoso movimiento de los libreros de Londres y de Paris, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonríe desdeñoso, y sigue sin responder plegando calendarios ó dando á los cartones una mano de engrudo. Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: — «No es

cosa; no se han vendido mas que cien ejemplares.» — Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por este estilo aprecia mas que las obras de Homero, el Sarrabal de Milan; y mucho mas el Arte de cocina, que los Varones ilustres de Plutarco.

Ocupado sin cesar en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos),



que ocupan constantemente los mal seguros bancos estramuros del mostrador; los cuales literatos, cuando alguno entra á pedir algun libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y despues de juzgarle á su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto hojean un periódico, y mascan y muerden á su sabor el artículo de fondo, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una diseccion anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero, recogiendo sus chismes, les invita á comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan á la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve á abrir, y vuelve á reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo, dejamos á mi autor caminando hácia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella á la sazón que acaba el librero de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusión sobre ella.

—¿Ha leído V., señor don Hermógenes ese libro nuevo?

—¿Cómo si lo he leído! Página por página me lo ha consultado su autor.

—¿Calle! ¿conoce V. al autor?

—¿Pues no le he de conocer, si ha sido discípulo mio! y dé gracias á mis advertencias y correcciones, que si no... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo.

—Me han dicho (replica don Pedancio), que es un muchacho de mérito, y que...

—Si señor, tiene chispa, y si estuviera bien dirigido...

—¿Cómo bien dirigido? ¿pues no he dicho que lo dirijo yo?

—Tiene V. razon, y á decir la verdad, ya me parecia á mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense Vds. que le he conocido hace veinte años jugando á la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos; ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni?...

(Mientras este ligero diálogo, el jóven autor ha entablado un aparte con el librero para informarse de la venta; y luego que este le asegura que en todo el dia ha realizado tres ejemplares, hace un gesto expresivo, da un suspiro, y lanzando una mirada fulminante á los interlocutores, se sale precipitadamente de la tienda.)

—Oiga V., señor amo de casa, ¿no querrá V. decirnos quién es ese caballere que acaba de salir?

—Ese caballere (responde el librero), es un amigo de todos Vds. y protegido de mi señor don Hermógenes.

—¿De veras?

—Sí, señores, es el autor de quienes Vds. hablaban, y no sé cómo no le han conocido.

—A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado... y luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad, V., señor don Pedancio? —

Los quince primeros dias repite diariamente el jóven la visita á la librería, y ajustando mentalmente la cuenta, saca la consecuencia de que en ellos ha des-

pachado veinte y cinco ejemplares; y sin embargo todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elogian y le colocan á par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaucion de regalársela á todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la da de treinta ejemplares; al segundo mes de diez, y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente, y advierte en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente; y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia, se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

IV.

EL AUTOR.

*« Oui, j'aime mieux, n'en deplaisé á la gloire,
vivre au monde deux jours que mil ans dans l'histoire. »*
Molière.

Y con perdon de la gloria,
mucho mas estimaria
vivir en el mundo un dia
que mil años en la historia.

Entonces reconoce la ingratitud del siglo, y medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero templa su dolor con la consideracion de los inconvenientes de las riquezas y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina á pasar el resto de sus dias dedicado á la filosofia y al estudio. Mas desgraciadamente llega el dia 30 del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de la casa; el sastrero tiene la inhumanidad de presentarle la cuenta; y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve á interpellarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el ingenio es un capital pasivo que no empieza á producir hasta despues de la muerte; que la sabiduria no tiene cosecha, ó que si siembra ideas es para recoger únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee, es ponerse á fabricar rosarios en Pekin; que aquella individualidad, aquella sublime escepcion á que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situacion exótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando dando un nuevo giro á sus ideas, las materializa y dirige á un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su futura gloria en gracia de su vivir presente, y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar á clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desden. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antesalas; los profundos volúmenes por los periódicos fugitivos; las relaciones literarias por las encumbradas y políticas; entonces cuando hace la oposicion ó la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento y pasa de mano en mano altamente recomendado, hasta que da en las de un poderoso Mecenas, que en justo galardón de sus conocimientos literarios, ó de su nimen poético, le encaja una contaduría de estancadas ó una administracion de correos, con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones á un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho á desempeñar su destino y á firmar oficios y cargarémes.

Y aquí concluyó el literato, y empezó su positiva carrera el funcionario público.

(Marzo de 1857.)

EL DIA DE TOROS.

I.

CASA DE VECINDAD.

En la parte mas intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de Lavapiés, siguiendo por la calle de la Fé, como quien se dirige á la parroquia de San Lorenzo, y revolviendo despues por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejon, de cuyo nombre no me acordaria aunque quisiera.

Entre esta calle y este callejon, y formando escuadra los limites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caseron de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el órden de sus fachadas, como en el de su distribucion y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve á la calle principal, no ofrece, ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demas edificios que pueblan el casco de esta noble capital; antes bien, sujeta en un todo á las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida vestal (inocente disfraz harto comun en las casas de Madrid) deformidades y faltas de mas de un género. Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores, la combinacion casual de ventanas y agujeros, el alero prolongado, el estrecho portal, y mas que todo, la estravagante adiccion de un corredor descubiertto y económicamente repartido en sendas habitaciones ó celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construccion.



El interior de esta mansion no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal, no advertirá en la

respectiva colocacion de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado á ver en las demas casas de Madrid, y costárale trabajo persuadirse de que en esta puedan encontrar habitacion independiente sesenta y dos familias, que puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos entre sí, como son discordantes los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo punto, si guiado por la natural curiosidad, acierta á traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa, de la parte que constituye su tripulacion popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes, un nuevo estrecho ú pasillo que le conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mencion. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen el lienzo, causaróle por el pronto alguna confusion; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquellas. Por último, si limitado al objeto de mero descubridor, buscara la salida de aquel archipiélago, y su comunicacion con la calle, no será para él objeto menor de admiracion el encontrarla directamente á aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejon escusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite á varias de sus casas tan estrambótica construccion. (No. a 20.)



el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche habia hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

— Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces á ese

II.

ANTES DE LA CORRIDA.

Ex el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animacion y movimiento uno de los pasados lunes, en que segun la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *dia de toros*, y los que comocen la influencia de estas palabras mágicas para la poblacion madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba á la órden del día, y por emblema de él ostentábase á la puerta principal un almadrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles; al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballeros de sus varas, y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marselles.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan jóven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo,

señor de tantas campanillas que se ha apendo en el portal?

— Toma si le conozco; ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una visita por el monís!

— ¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene á visitar en coche á sus enquilinos!

— Yo le diré á V. seña Blasa, me explicaré; lo que es por la presente no viene á por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

— ¿Trampilla tenemos? ay, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender; apostaré á que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

— Pues... ya me entiende V. ¡ay, Jesús, y qué encapotado está el tiempo!

— No temas, muchacha, que pronto cambiará.

— ¿Diga V., madre Blasa; V. que endiña desde ahí la muestra, ¿á cuántos apunta el reloj?

— Dos en punto, si no veo mal.

— Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvajes en portillo.

— ¡Qué lengua, qué lengua, seña Paca!

— Calle, tío Mondongo, ¿V. está ahí? ¿y quién le mete á V. en la conversacion de las presonas? Mas le valiera cuidar de su tia Mondonga y de su hija, que no entrase en donde no le llaman.

— Me llaman y me importa, seña Paca, que al cabo soy hombre de ley y no puedo ver esos tiruleques.

— ¡Ay Jesus! llamar al abogado de probes para que se lo cuente á su señoría.

— Pues tengo mil razones, y mi conciencia es conciencia; y ¡digo! ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice nada, los trapos de nuestro casero don Simon Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

— El mostrenco será él y V. que le abona; vaya V. á decirselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que tanto subido está sobre el tejao.

— Dice bien el tío Mondongo, Pacorra; ¿qué tienes tú que meterte en cuidaos ajenos, y si don Simon visita á la seña Catalina, y si viene por ella para llevarla á los toros, y si la viste y la calza y la da de comer, y el cuarto de balde; y si es casao y con tres hijos que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin cada uno se gobierna como puede, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

— Que se la bendiga en buen hora, mario, y á tí te dé magín para echar sermones y á mi paciencia para oírlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre?

— Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro á las banderillas.

— No digo ese, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme á los toros.

— Ese no es mi compadre, canalla, y que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaría ir con él.

— Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos á esperar á la vuelta á la taberna de la Alfonsa.

— Bien sabe Dios que solo la necesitá...

— Tiene cara de herege, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

— ¡Eh! hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablos vas á pasar?

— Adonde quiero y puedo; y háganse toos á un lao de la calle, y dejen á mi carroza la puerta franca.

— Pues nosotros hemos llegado antes.

— Pues yo llevo siempre á tiempo, y.... hola.... muchacho, aguija la bestia, y que salte sobre esas otras.

— Huii... soo... ráa... iak... eh... atrás...

— Vaya, señores, ahora que estamos acomodados, la paz, y con uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta

el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del Chato, que era el que en tal momento se apeaba de su carroza de dos ruedas.

III.

MIENTRAS LA CORRIDA.

YA nos han dejado solos, tío Mondongo, á mí con los puntos de mi calceta, y á V. con su banquillo y su piedra; á mí echando al aire mis arrugas, y á V. asomando los cuernos al sol.

— ¡Qué quiere V., seña Blasa! la juventú es juventú, y nosotros....

— V. será el viejo, que yo á Dios gracias todavía tengo mi alma en mi almario, y mi cuerpo donde Dios me le puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir á la plaza á echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo á lo del día, ¿sabe V. que se me hacían los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

— Ello dirá, tia Blasa, ello dirá; y tras del día viene la noche, y al fin se canta la gloria.

— Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes; ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero á propósito, ¿sabe V. que la Paca iba que ni una reina de Gilo con aquel guardapiés encarnado, y delante de flores y medias negras caladas hasta la liga, y puñuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tío Juancho en tener paciencia.

— Chito, tia Blasa, que las paredes oyen.

— ¡Qué! tío Mondongo, si aquí no nos oyen mas que las golondrinas.

— Pues una vez que es así, sepa V. (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios; y la noche diz que se ha hecho para dormir y el día para descansar), sepa V., pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las culesas, y en ellas los ya dichos, y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero, Lamparilla con la mujer del herrador, y este con la hija del alguacil, y despues que nos quedamos solos yo y mi chica (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir á los toros por mas que la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechuguino de los bigotillos y la pera, y miró al balcon del principal; se acercó callundito á la rejilla de la escalera, dió dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló; con que si vuelve el percurador ¿sabe V. que es lance?

— ¡Ah, ah, ah!

— Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

— Pero dígame V., ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

— Qué quiere V. que sea, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y están jugando al toro con un gato en la guardilla del rincón.

— ¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran; mientras que su pobre padre...

— Pues no para ahí lo mejor sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha en el barbero de en frente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

— Yo no quería decirlo á V., pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero, que encaminándose á la guardilla de la Paca, engancho por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

— Ahora que dice V. Bertoldo, ¿no sabe V. que el Cacasenillo del alguacil del número 13 ha dado en requebrar á la Paca, y en quererla disputar á su

marido y al banderillero, y lo que aun es mas, al matachin del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro á los dominguillos?

—¡Ah, ah, ah!... me ha hecho V. reir con la comparacion, y á fé que es menester haber vivido años para entenderla.

—El año 89, si mal no me acuerdo.

—Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodriguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos; pero á propósito de dominguillo, ¿dice V. que el lechuguino quedaba en el principal con la criada?

—Pues; para mientras venga el ama con don Simon.

—¿Y está V. seguro de ello?

—Toma si lo estoy.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Un muchacho como de veinte y dos, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalón colorado, levita corta y sombrero ladeado, bastoncillo y espelines?

—Ese mismo, ese mismo es.

—Pues es el caso, que, si no veo mal, paréceme que le miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto, color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

—¡Qué! no, no lo crea V., tía Blasa, si no ha quedado en casa mas moza de esas señas que mi hija.

—Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de V.

—¿Mi hija? si, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy á ver.

—No se moleste V., tío Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

IV.

DESPUES DE LA CORRIDA.

PERDONE V., señor alcalde, que no fue así como lo ha contado mi marido, porque él se quedó en cá e la Alfonsa durmiendo la mona y no supo náa del sucedido.

—Pues diga V. cómo fue.

—Yo, señor, ya ve V., soy una probe mujer y no sé espricarme de corrido; pero el señor es mi marido, y su conduta es la que V. ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algun modo ha de coner una y tener cuatro trapos.

—Vamos al caso.

—Pues al caso voy: ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como tío el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba cuanto ni mas al toro; pues como iba diciendo, este tal me tenia dicho: «Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces le voy á cortar las pocas narices que le quedan.»

—¡Qué sí! decia yo, y como ya ve su señoría ó su merced, el gusto es gusto, y en dengun catecismo he visto el pecado *no mirarás*; yo, ya se ve, no le hacia caso, y...

—Adelante, fué V. con el otro á los toros.

—Pues ahí está, porque tomé su calesa y me llevó, que yo no me fui sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo...

—Al grano, al grano.

—El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mira, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponía las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre.

—Pero al cabo...

—Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿á quién dirán Vds. que encontré? pues fue naa menos que al banderillero, que diciéndome: «¡Ingrata! no, endina (me dijo), ¿es este el modo de obedecer mis preceitos?»

—Yo le dije... pero no, entonces no le dije nada, como que estaba encogida; pero solo le hice un gesto, y aun no sé si algo mas. El no me respondió mas que dos ó tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando á la Curra que venia conmigo la subió por fuerza á la calesa; en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo: «Paca, si no subes mato al Chato; y yo, ya ve su señoría, soy mujer de bien y no quiero la muerte de naide.

—¿Con que en fin, qué hizo V.?

—¿Qué habia de hacer? subí.

—¿Y despues?

—Despues fue la jarana, porque la Curra, que para servir á su señoría es, segun dicen malas lenguas, mujer de Malgesto, empezó á gruñir, y yo tambien, y él nos quiso tranquilizar y nos dió dos ó tres bofetones á cada una; pero nosotras empezamos á menudearle y á menudearnos; y ya ve usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca; pero en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya habia echado á correr, y luego la Curra, y no he vuelto á saber mas de ellos.

—¿Con que nada mas tiene V. que alegar?

—Nada mas.

—¿Y se ratifica V. en ello?

—Me ratifico en que soy mujer de bien, incapaz de dar escándalos, sino que á veces no puede una... pero ahora voy á quejarme yo á su señoría, que tambien tengo mi por qué.

—Veamos.

—En primer lugar me quejo de toda la vecindad, porque me han robado todo lo que tenia en casa y dejado por puertas.

—¿Y cómo puede V. probar?...

—Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar me quejo de la Curra por catorce arañones y diez pellizcos, amen de algunos zapatazos donde no se puede nombrar; ademas me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme á la cárcel, y todo porque le hice una mueca el día de San Anton, que quiso requebrarme; por último me quejo de usía, porque desde que es alcalde de este barrio...

—Calle V., demonio, que ya no la puedo sufrir mas, ó por el alma de mi padre que la pongo una mordaza que no se le caiga tan pronto.

—Veamos otro. ¿V., buen hombre, qué quejas tiene V. que proponer á la autoridad? Sea breve y yo le prometo justicia.

—Yo, señor, me llamo Cenon Lanteja, alias Mondongo; tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

—Adelante sin mas ribetes, seor Mondongo, que si volviera á echar otro alias, por este baston que empuño que no le baje la multa de cuarenta ducados.

—Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino á los toros, y...

—Aquí entró yo, señor alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que despues de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó á los toros, y sabe Dios...

—Señor alcalde, palabra.

—Señor don Simon y muy señor mio, ¿qué gente cita tiene V. en casa!

—Calle V. por Dios, señor, que todas son cuitas;

pues ya V. sabe que en el principal tengo una parienta jóven, á quien su tío, oidor de Filipinas, me dejó recomendada á morir.

—Si, si, ya lo sé todo, y sé tambien que la convidó V. á los toros y...

—Pues ahí voy : despues de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe V. con lo que me encuentro?

—¿Qué?

—¡ Ahí es nada! que al volver con ella á su casa me he hallado en la escalera á un galancete jóven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafia, y...

—Pues no es eso lo mejor, señor don Simon, sino que su esposa de V., segun me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa á quejarse de su infidelidad, y á ponerle, como quien no quiere la cosa, demanda de divorcio.

—¿De divorcio?

—Yo le he procurado calmar y desengañar, aconsejándole que para esto se dirija al tribunal de mostrencos, porque como V. tiene ese carácter...

—Señor alcalde, señor alcalde.

—¿Alguacil?

—Que vienen á avisar que á la puerta de la taberna de la tía Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas, y han quedado los dos muy mal heridos.

—¡ Ay, Dios mio! ¡ Ellos son!

—¡ El Chato!

—¡ Malgasto!

—¡ Ay, ay, ay!

—Orden (dijo el alcalde pegando un bastonazo en el suelo). ¿Hay aqui algun hombre bueno?... Nadie responde; pues bien; sirva V., escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia... á ver, lea V.

« En la villa de Madrid, á tantos de tal mes, etc., vistos, juzgamos, que debíamos mandar y mandáramos que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda sepultura, y el herido sea conducido al santo hospital: que á la llamada Paca la Zandunga, mujer del Juancho, se la encierre en galeras por dos años, y lo mismo á la otra moza, alias la Curra, de estado indirecto : condenamos al zapatero Mondongo á un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar á su hija, y á esta á las Arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus estravios: que á la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, obajo partida de registro; y que cada uno de los vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente, al representante de los mostrencos, don Simon Papirolario, se condena en las costas del proceso y cien ducados mas; sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo mas mínimo á la buena opinion y fama de los causantes, y hágase saber á las partes para su ejecucion y debido cumplimiento. — El señor don Crisanto de Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos luces por ante mí el infrascripto escribano de S. M., hoy lunes 17 del corriente del año del Señor de 1836. — *Gestas de Uñate.* »

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podia dar, á pesar de que la dió; pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino á ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encierro mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel día *dia de toros*; la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura algunos animales destinados á su fomento; los establecimientos públicos el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religion el olvido de los sentimientos mas nobles

y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasion de felicitarse y salir gananciosas, á saber: la tabernera Alfonsa y el escribano don Gestas. ¡ Feliz compensacion!

(Mayo de 1836.)

UNA VISITA A SAN BERNARDINO.

El puro sentimiento de la beneficencia es tan natural á la especie humana, y se halla ademas tan fortalecido por los preceptos de todas ó casi todas las religiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido á ser una ley social para todos los pueblos civilizados.

Sábias disposiciones han sido adoptadas en muchos Estados con el objeto de reducir á práctica aquel sentimiento religioso, procurando conciliar en ellas, á par que el interes del indigente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha querido, pues, que este devuelva á aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costumbres, y trabajando en adquirir medios honrados de subsistir. El antiguo sistema de *hacer bien sin mirar á quién*, es mas generoso que político; las sociedades modernas han considerado justamente que los dones indiscretos hacen florecer á la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene á ser mantenida por el trabajo ageno; y que todo el que reclame el auxilio de sus semejantes es preciso que sea á cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales principios presiden hoy los establecimientos públicos de beneficencia en los países civilizados, y la esperiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirigió.

Menguada por cierto era la idea que de la civilizacion de nuestra capital podríamos dar á un extranjero, cuando sus calles cubiertas de andrajosos y clamorantes mendigos daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separaba de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la educacion popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habian clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viajeros celosos, de vuelta á su país, presentaron por resultado de sus observaciones el cuadro animado de los establecimientos benéficos de las ciudades extranjeras; en vano la religion y la filantropia de algunos magnates y personas acaudaladas habian dispuesto en favor de la pública indigencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin, el sarcasmo y la envenenada hiel de plumas extranjeras, realizando atrevidamente el negro colorido de aquel repugnante cuadro, picaban en la parte mas sensible el honor nacional, designándonos como avezados á la estupidez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos esos lamentables resultados, eran inútiles ante la incuria y el abandono que partiendo de las leyes se reflejaba tan visiblemente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo, que por sus medios y circunstancias debia dar la señal de los adelantamientos sociales, era, por decirlo así, el ejemplo mas práctico de aquella incuria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele á veces ser causa de un gran progreso, porque los hombres en los momentos criticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios, con mas entusiasmo y fervor que cuando se hallan lisonjeados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Bretaña en 1799, y la indigencia á que dió lugar con la paralización del comercio y de la industria, fue ocasion en la populosa Barcelona de un establecimiento

filantrópico que por su importancia y régimen puede competir con los mas celebrados en el extranjero: tal es la *Casa de Caridad*, que tiene por objeto recoger no solo á los mendigos de aquella ciudad, sino á los de todo el Principado, proporcionando educacion á los jóvenes, ocupacion á los adultos, y la posible comodidad á los ancianos é impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que á pesar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado á plantearse el *Asilo de Mendicidad de San Bernardino* sin el desarrollo del funesto *cólera morbo* en nuestra capital.

La real órden de su creacion lleva la fecha de 3 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta á ejercer la beneficencia con sus infelices, y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajacion de las costumbres hicieron parar la atencion del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reuniéronse por fortuna para dar cumplimiento á sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apeteerse. Un vecindario sensato y filantrópico; una junta de caridad celosa y distinguida; una autoridad local, en fin, ilustrada, enérgica, y ante cuya firme decision y voluntad desaparecieron como por encanto los obstáculos que hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que acaso no tiene ejemplo en nuestra España, á poco mas de un mes de dada la órden, empezó á recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fue el dia en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera época, y no sabia de su estado actual mas que las ligeras indicaciones que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia, la situacion de aquel edificio (si bien ventajosa bajo otro aspecto) es tan fuera del cotidiano itinerario matritense, que solo una intencion decidida puede aproximar á él. Esta intencion es la que yo formé el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé á cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el portillo de San Bernardino y la cuesta de Areneros, y seguia lentamente la tapia de la estéril montaña del Principe Pío, sin que persona alguna viniese á interrumpir la soledad del sitio y el monótono espectáculo que me presentaba. Sin embargo; no tardé en sentir pasos á mi espalda, y volviendo á contemplar quién era el impulsado por la misma intencion que á mí me dirigia, observé que su traje y atavío me revelaban uno de los acogidos al establecimiento que yo iba á visitar. Páreceme que el estoy viendo todavia con su blusa azul, su sombrero encerado en que campeaba el número 710, su toga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros), y su cepillo al cinto para recoger las limosnas ó gratificaciones por aquel servicio.

Su aspecto era mesurado y tranquilo: su semblante expresivo y alegre; su voz ya cansada por el trascurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canciones favoritas de la guerra de la independencia.

*«Dupont, terror del Norte,
fue vencido en Bailen.»*

Al ir á pasar delante de mí, se quitó su sombrero con cortesía y dignidad, y yo, deseoso de entablar conversacion durante el camino, pedile candela, que me ofreció con voluntad y prontitud.

A muy pocas palabras que habiamos hablado, eché de ver que las habia con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez é inteligencia se hallaba en el goce de la confianza de los gefes, que

sabia todas las interioridades de la casa, y era en ella una rueda indispensable y laboriosa. Dejo pensar al pio lector la conveniencia de semejante hallazgo, para quien, como yo, no llevaba al *Asilo* mas objeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diálogo que en su consecuencia entablamos figuraria oportunamente en este lugar si su demasiada prolidad lo permitiese. Quisiera, sin embargo, poner en conocimiento de mis lectores lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concibi del establecimiento, razon por la que me veo obligado á estampar aquí las mas notables de sus indicaciones que la memoria ha logrado conservar.

Despues de contarme por menor la historia de la creacion del *Asilo* y las inmensas dificultades que hubo que vencer, vino á hablarme de su régimen interior, produciéndose poco mas ó menos en estos términos:

—El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos á quienes se encuentra pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellas que llevan siete años de residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Una vez entrado el mendigo y anotado en los registros de la casa, es destinado á una de las *brigadas* segun su sexo y condicion, y recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en *escuadras* de diez á quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio ó de ocupaciones análogas. Los gefes cabos de brigada son escogidos entre los individuos de mejor conducta.

Cada individuo recibe á su entrada una libreta ó asiento en que se anota los vestidos y prendas que lleva el establecimiento, y los ahorros que produzca con su jornal, así como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano, y las seis y media en invierno, y una hora despues se entra al trabajo hasta las doce; y luego por la tarde hasta el anochecer, recogiendo despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la religion, en revista de las ropas, en paseos y lecturas.

Los niños y niñas asisten á la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices á los talleres.

Los mendigos hábiles asisten á los talleres establecidos en la casa segun su inclinacion ó oficio anterior, ganando en ellos, ademas de la manutencion, un pequeño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en *libreta* para cuando salgan del *Asilo*. Lo mismo sucede cuando salen á trabajar ó servir fuera del establecimiento. En el dia hay operarios que tienen en depósito de 300 á 700 reales.

Los pobres, ademas de este trabajo, prestan todo el servicio interior de la casa, como el de cuarteleros, porteros, cocineros, barberos, levanderas, barrenderos y hortelanos.

El servicio exterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias y asistir á los funerales á que sean invitados, y cualquiera otro servicio que les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por faltas son: privacion de todo ó parte del jornal ó de una parte de alimento, recargo del trabajo, é imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son: mencion honorífica en la lista general, permiso de salida, destino al servicio menos penoso; ascenso á gefe de brigada y alguna recompensa pecuniaria.

El traje de la casa consiste en chaqueta y pantalón de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento, dos pantalones de lienzo, tres camisas id., un sombrero encerado, una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturón. Las mujeres un jubón y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajas, tres camisas, un apretador, dos pares de medias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un jergón, una almohada, una funda, un par de sábanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente: *Almuerzo*: un cuarterón de pan en sopa condimentado con aceite, sal, ajos y pimienta. *Comida*: Un potaje de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero ó grasas de animales, y aceite en días de vigilia, y media libra de pan. *Cena*: un potaje de menestras y patatas y un cuarterón de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones extraordinarias.

El número de pobres hoy acogidos en la casa es de 744 personas, á saber; 193 hombres, 179 mujeres, 279 niños y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talleres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería: además de los trabajos de la casa ya indicados.

Tales fueron en resumen las oportunas explicaciones del viejo *Tomás* (que así se llamaba mi interlocutor), y con ellas entretuvimos curiosamente el tiempo hasta llegar á la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su dirección, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita satisfaciendo en todas partes mi exigente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamarme atención los notables aumentos y mejoras del edificio, que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados están dispuestos con inteligencia y sencillez. Los dos hermosos comedores que se encuentran á la derecha son notables por su espaciosidad, excelentes luces y la idea de la cocina circular que las divide, dispuesta con un mecanismo ingenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barbería, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa-convento, se observa en ella la oportunidad de la distribución, á pesar de la poca analogía del edificio con su actual objeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsito, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio general de economía é inteligencia poco común en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa á un fausto y primor exagerados.

El establecimiento de San Bernardino, á pesar de su inmensa utilidad é importancia, no contó para su creación con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo, no solo se creó y sostuvo hasta el día el gasto corriente, sino que ha emprendido obras indispensables, cuyo coste pasa ya en el día de 400,000 rs. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta capital otros institutos benéficos que, á pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo, y en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fue por extremo la idea de apelar á la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas aun la de reducir esta caridad á la moderada cuota personal de una peseta al mes. Semejante regla, limitando los

efímeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y á pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscripción no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El maximum que la suscripción llegó á alcanzar fue 37,000 rs. al mes; pero en el día en razon de las escaseces generales, atrasos de pagas, etc., solo se pueden calcular en 29,000. Cuenta además el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4,000 rs. mensuales por productos de limosnas, candelas, sillas y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 33,000 reales poco mas ó menos. La manutención solo de los acogidos ascendió en el mes de junio último á 34,766 reales; además hay que atender á los demás gastos, pagos de sueldos, obras y compra de materiales, siendo por tanto considerable el déficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse mas adelante, segun se ve por el dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real y 18 maravedís por persona*; gasto sobradamente económico, atendido á que el establecimiento no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente á la intendencia de la provincia.

Véase por tanto la situación precaria de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera sería una calamidad para la capital. Además, en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del día, el crédito de la casa, y la supresión de los socorros que dispensaban las comunidades estinguidas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acogidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas, y en el actual ya queda dicho que llegan á 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho á exigirle un establecimiento semejante. Este, sin embargo, necesita mayor protección, y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita é inspección de aquella casa. El silencio y compostura de los acogidos, su buen humor y aspecto saludable, convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aquella tranquilidad y bienestar tan análoga á la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesia de los encargados, desde el administrador en jefe hasta el último dependiente, la belleza de los artefactos elaborados en el establecimiento, la inteligencia y armonía en todas sus partes, me llenaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres dirigí la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institución. Por boca del buen *Tomás*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, historia de desgracias y debilidades. El me hizo observar el obstáculo progresivo que la edad y el hábito arraigado oponían á la reforma de las costumbres. En general los niños presentaban, como es consiguiente, mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mujeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordiosos. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo, observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y mucho mas y mas jóvenes los

albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan á abandonarles.

Mi conductor Tomás, entre tanto, me había hecho saber su vida llena de desgracias no merecidas. Había sido soldado diez años, y tenía su cuerpo lleno de honrosas cicatrices. La injusticia de los gobiernos le había abandonado despues, cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos, que todos se portaron con él harto mal; y de una en otra desdicha vino á tener que pedir su auxilio á este establecimiento, donde su honrada conducta le hacia ofrecer un modelo á sus compañeros, atrayéndole cargos honoríficos y premios que le aseguraban en la caja de ahorros un resultado de 600 rs.

Varias veces su narracion me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien á conocer la lealtad de su corazón.

La desgracia vino sin embargo en aquel momento á turbar la felicidad de Tomás. Al bajar las escaleras vimos conducir al calabozo un mendigo de siniestro aspecto, cogido en una taberna de esta poblacion. Largo tiempo había burlado la vigilancia de los encargados de recogerle, y otro tanto á favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo. Su vida era un tejido de crímenes; desertor de casa de sus padres, desertor de su regimiento, insubordinado y vagamundo, unas veces abiertamente bandido, otras ratero, petardista, holgazán y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomás sin embargo corrió á abrazarle á pesar de que él lo repulsaba.

—«Ya estás aquí, Dios sea bendito; exclamó.»

Este hombre tan opuesto en ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio, aunque partidas de diverso punto. La desgracia, sin embargo, halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Despres de abandonar aquel triste espectáculo, Tomás y yo nos dirigimos á la huerta, y encaminádomos aquel por entre sus estrechas sendas, dimos vista á un templete formado de ramajes, y con una sencilla portada compuesta de utensilios rústicos de las artes y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero me señaló á un busto que se alzaba en el interior del templete, diciéndome entusiasmado:

—«Mirad ahí el protector de los infelices.»

Estedictado que le dió el honrado Tomás me recordó la idea del ilustre promovedor del establecimiento, don Joaquín Vizcaino, marques viudo de Pontejos, si antes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripcion que se leia al pie de su busto: «*Gratitud y aprecio.*»

Antes de despedirme de aquella mansion me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solian escribir sus observaciones: recorriendo estas, encontré algunas dignas de atencion y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último tropecé con una, consignada por mi amigo don Mariano Roca de Togores, que por su elegante frase y sublime sentido escitó de tal modo mi simpatia que la tomé de memoria para repetirla al final de este artículo. Dice así:

«No envidio á los que ven con indiferencia las desgracias ajenas, contentos con su propia felicidad; y agradezco al cielo el haberme dado un corazón que se identifica con las dolencias de mis semejantes; y si no puede remediarlas, al menos las llora. ¡Feliz el que puede y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno protector de este establecimiento! Su nombre será mas grato á los hombres sensibles que el de los guerreros y el de los sábios.»

EL CESANTE.

«Les hommes en place ne sont que des pantins; coupez le fil qui le faisoit mouvoir, le pantin resta immobile.»

Diderot.

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías ofrece al escritor filósofo usos tan estravagantes, caracteres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar á los hombres y las cosas en tiempos mas uniformes y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido á esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantía*, y ocasionada, no por la notoria incapacidad del sugeto, no por la necesidad de su reposo, no en fin por los delitos ó faltas cometidas en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, ó mas bien de los que mandan á la fortuna, por un vaiven político, por un *fiat* ministerial, por aquella ley, en fin, de la física que no permite á dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solia decir que el *Almanak royal* era el libro que mas verdades contenia; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podria aplicar igual dicho á nuestra *Guía de forasteros*. Esta (segun los mas modernos adelantamientos) no rige mas que el primer mes del año; en los restantes solo puede consultarse como documento histórico; como el ilustre panteon de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo, ofrecido á los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba á hacerse inscribir en tan envidiado registro, podia contar en él con la misma inamovilidad que los bien aventurados que pueblan el calendario. En aquella eternidad de existencia, en aquella unidad clásica de accion, tiempo y lugar, los destinos parecian segundos apellidos, los apellidos parecian vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba á las veces á separar los unos de los otros; trasmítanse por herencia directa ó trasversal, descendente ó ascendente; á los hijos, á los nietos, á los hermanos, á los tíos, á los sobrinos: muchas veces á las viudas, y hasta los parientes en quinto grado. De este modo existian familias, verdaderos plantales (*pepinieres* en frances) para las respectivas carreras del Estado; tal para la iglesia, cual para la toga, esta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacia, una para la militar, otra para la rentística, cuáles para la municipal, y hasta para la porterial y alguacilesca; familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecian poseer esclusivamente el secreto de la inteligencia de toda carrera, y transmitirlo y dispensarlo únicamente á los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, ó de un emplastro febrífugo, endosa y trasmite sigilosamente á su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el esclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. Hoy estos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben á las buhardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redaccion de su periódico; pero á par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisicion á todas las condiciones, á todos los indi-

viduos, así es también la inconstancia de su posesión, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes á los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del día aprenden costosamente su papel, y no bien le han ensayado cuando ya se les reparte otro ó se quedan las mas veces para *comparsas*. Hoy de magnates, mañana de plebe; ora dominantes, luego dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposición, ya de la resistencia; cuándo levantados como ídolos, cuándo arrastrados por los pies.

Esta porción agitada, esta masa flotante de individuos que forma lo que vulgarmente suele llamarse *la patria*, viene á constituir el mas entretenido juego teatral para el moderno espectador que, sentado en su luneta y sin otra obligacion que la de pagar cuando se lo mandan (obligacion no por cierto la mas lisonjera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama, y con la mayor buena fé, atento siempre á los movimientos del patio, aplaude lo que este aplaude, y silba cuando este tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos á un lado los hombres en accion; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes ó del autor del *Gil Blas*; mi débil paleta no alcanza á combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo á mi primer propósito, solo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse *pasivas*; dejaremos los hombres *en plaza* por ocuparnos de los hombres *en la calle*; los empleados *de labor*, por los empleados *de barbecho*; los que con mas ó menos aplauso ocupan las tablas; por aquellos á quienes solo toca abrir los patcos ó encender las candelillas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligacion de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que segun lo ha exigido el argumento han salido á campar en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con *Don Homobono Quinones*, empleado antiguo y ex-vecino mio, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El día 30 del mes*.

Cinco años han trascurrido desde entonces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer es ya antiguo; lo del año pasado inmemorial.

Pongo en consideracion del auditorio qué parecerá don Homobono, con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado, y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta á escribir sin haberse puesto los guardamangas, que no empieze ningun papel sin la señal de la cruz, ni concluye sin añadirle puntos y comas, podía alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina *montada* segun los nuevos adelantamientos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de estrañar que pesadas todas aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su sñejo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos á la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un jóven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas de á tercia, y su peinado á la Villamediana, su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudicion romántica, y la estension de sus viajes y correrías, no es de estrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza á su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. Verdad es que para neutralizar el

efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas á las opiniones del don Homobono; v. g., si no leia mas periódicos que el *Diario*; si rezaba ó no rezaba novenas á Santa Rita; y si paseaba ó no paseaba todas las tardes hacia Atocha con un ex-consejero del ex-consejo de la ex-hacienda.

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fue en fin, que una mañanita temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquin para trasladarse á su oficina, un cuerpo estraño á manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego á él dirigido con la S. y la N. de costumbre; el desventurado rompe el sello fatal, no sin algun sobresalto en el corazon (que no suele engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras que S. M. ha tenido á bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideracion sus servicios, etc.; y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del «*Dios guarde á V. muchos años.*»

Hay circunstancias en la vida que forman época, por decirlo así; y el tránsito de una ocupacion constante á un indefinido reposo, de una tranquila agitación á una agita tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra existencia suelen venir á aumentar el interes de la accion. Don Homobono, que por los años de 1804 habia logrado entrar de meritario en su oficina, por el poderoso influjo de una prima del cocinero del secretario del príncipe de la Paz, y no habia pensado en otra cosa que en ascender por rigurosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situacion escéntrica, despues de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, á su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alteró un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que aunque no le apuntó el aadaluз Séneca, no deja de ser de los mas indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona á la calle, donde es fama que su presencia á tales horas, y en un día de labor, ocasionó una consternacion general, y hasta los mas reflexivos de los vecinos del barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo subllunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida; quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas en que acostumbra prescindir de su imaginacion entre los extractos y los informes. ¿Oír misa? Don Homobono tenia la costumbre de asistir á la primera de la mañana, y por consecuencia ya la habia oido. ¿Sentarse en una librería? En su vida habia entrado en ninguna, mas que una vez cada año para comprar el calendario. ¿Pararse en la calle de la Montera? Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. ¿Entrar en un café? ¿Qué se diría de la formalidad de nuestro héroe? No habia, pues, mas remedio que ir á dar tormento á una silla en casa de algun amigo, y por cuánto y no este amigo en quien recayó la eleccion fue desgraciadamente un servidor de Vds.

Dejo á un lado mi natural estrañeza por semejante visita y á tales horas; prescindiré también en gracia de la brevedad, de la apasionada relacion de su cuita que me hizo el buen don Homobono; estas cosas son mejor para escuchadas que para escritas, y acaso en mi pluma parecerian pálidos y sin vida razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando, pues, á un lado estas hipóboles que cada uno de los lectores (y mas si es cesante) subrá suplir abundantemente, vendremos á lo

mas sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, á aquella parte que tenia por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien difícil, por no decir imposible del todo, es dar nueva direccion á un tronco antiguo, y cambiar la existencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condicion primera del vivir. ¿Qué podria yo aconsejar á nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado á mi auxilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrian serlo?

Semejante al pez á quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver á sumergirse en él; ideaba nuevas pretensiones: recorria la nomenclatura de sus amigos y de los míos, por si alguno podia servirle de apoyo en su demanda; traia á la memoria sus olvidados servicios á todos los gobiernos posibles; y ya se preparaba á visitar antesalas, y gustar papel sellado; pero yo, que le contemplaba con tranquilidad; yo, que miraba su casacon y su peluca, visiblemente retrógados y opuestos, como quien nada dice, á la marcha del siglo; yo, que sabia que su delito capital era el ocupar una placita que habia caido en gracia para darla por via de dote con una blanca mano al jóven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inútil de todas las diligencias, lo escusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad, ofreciendo á su imaginacion otras perspectivas mas gratas que los desaires del ministro y las groserías de los porteros.

Habléle de las dulzuras de la vida doméstica; de la independencia en que entraba de lleno al fin de sus días; hízole una pintura virgiliana de los placeres de la vida del campo, escitándole á abandonar la córte, esta colonia de los vicios (como decia el buen cortesano Argensola), y á pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, ó inspeccionando sus ganados. Pero á todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenia campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que solo contaba con una mujer altiva y exigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoistas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

—Pues escriba V. (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputacion.

—Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿V. sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿V. sabe que el día que mejor tengo el pulso, podria con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo, ¿qué me resultaria de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo mas, y esto... (prosiguió derramando una lágrima), despues de humillarme y...

—Calle V. por Dios (le interrumpí), calle V., pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir, no fue mi idea el que se metiese á escribir, nada de eso, no señor. Mi intencion fue elevarle á la altura de escritor público, á esta que ahora se llama—«alta mision de difundir las luces,» «público tribuno de la multitud,» «apostólica tarea de los hombres superiores,»—y otros dictados asi, mas ó menos modestos. Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios ó cuyos, parto de su imaginacion ó adopciones benéficas; que no seria V. el primero que en esta materia se vistiese de prenderia; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamen cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropaje que mas cuadre á su talte y apostura.

—En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado á entender (me replicó

don Homobono), que V. me aconseja que publique mis pensamientos.

—Cabalmente.

—Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia parécete á V. que me meta á escribir?

—Pregunta escusada, señor mio, sabiendo que hoy día, como no sea yo y algun otro pobre diablo, nadie se dedica á otras materias que no sean materias políticas.

—Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política.

—Pues es el caso, señor don Homobono, que yo tampoco.

—¡Medrados quedamos!

Despues de un rato de silencio contemplativo nos miramos ambos á las caras, como buscando el medio de añadir el roto hilo de nuestro diálogo, hasta que yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido:

—Haga V. la oposicion.

—¿Y á qué, señor Curioso, si V. no lo há por enojo?

—¡Buena pregunta por cierto! *Al poder.*

—Cada vez le entiendo á V. menos. Si V. me habla de oposicion pública, es bien que le diga que este destino mio (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposicion como las cátedras y prebendas.

—O V., don Homobono, no conoce una sola voz del diccionario moderno, ó yo me esplico en hebreo... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposiciones me está V. hablando? La oposicion que yo le aconsejo es la oposicion política, la oposicion ministerial, que segun los autores mas esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposicion *sistemática* y oposicion de *circunstancias*; quiero decir (porque segun los ojos y la boca que va V. abriendo, veo que no me entiende una palabra), quiero decir que V. debe de hoy mas constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto á todos los altos funcionarios (que es á lo que llamamos *el poder*); y añadir el cañon de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinion pública*).

—Y despues de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia?

—¡Qué bienes dice V. ! ¡ahí que no es nada! Despues luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena racion de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero como V. no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré como cosa mas positiva que aun podrá conseguir otros frutos mas materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará á inspirar, pueda mas que su mérito; acaso el poder se doblará á su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará á su elevacion y... ¿qué destino tenia V. ?

—Oficial de mesa de la contaduría de...

—¡Pues qué menos que intendente ó covachuelo!

—¿De veras?

—De veras.

—¡Ay, señor Curioso de mi alma! ¿por dónde y cuándo debo empezar á escribir?

—Por cualquier lado y á todas horas no le faltará motivo; pero supuesto que V. ha sido empleado durante treinta años, con solo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto, le sobra materia para mas de un tratado de política sublime, de perpétua y ejemplar aplicacion.

—V. me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelvo á mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡ah!... se me olvidaba preguntar á V. ¿qué título le parece á V. que podria poner á mi obra?

—Hombre, segun lo que salga.

« Si sale con barbas, sea San Anton, y si no, la pura y limpia Concepcion. »

Pero segun le miro á V. parece me que á su folleto, libro ó cronicón, ó lo que sea, no le cuadraría mal el titulillo de *Memorias de un cesante*.

— Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándose la mano), cosa hecha, y antes de quince dias me tiene V. aquí á leerle el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá V. de haber proporcionado á la patria un publicista mas. (Nota 21.)

(Agosto de 1857.)

EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA.

I.

EL TESTAMENTO.

« Ved de cuán poco valor son las cosas tras que andamos y corremos en este mundo traidor, que aun primero que muramos las perdemos. »

Jorge Manrique.

SOLAMENTE una vez en mi vida me he visto tan apurado... pero entonces se trataba de un padrinzago de boda que la suerte y mi genio complaciente habíamne deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasion dar suelta á la lengua y al bolsillo, y reír, y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces y echar pullas á los novios, y cantar epitalmos, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera á la vecindad. Mas ahora ¡ qué diferencia!... otros deberes mas serios eran los que exigia de mí la amistad... ¡ Funesto privilegio de los años, que blanqueando mi cabellera, han impreso en mi aquel carácter de formalidad legal que la *Novísima* exige para casos semejantes!

Dia 1.º de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la proteccion del Santo Angel de la Guarda, cuando vi aparecer en mi estudio una de esas figuras agoreras que un autor romántico no dudaria en calificar de *si-ni-estro bullo*; un poeta satírico apellidaria *espía del purgatorio*; pero yo, á fuer de escritor castizo, me limitaré á llamar simplemente *un escribano*. Venia, pues, cubierto de negras vestiduras (segun rigurosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan á todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificacion de su nombre y profesion.

— *Fulano de tal, secretario de S. M.*...

Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüia, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparicion... ¡ Un escribano en mi casa! ¿ pues en qué puedo yo ocupar á estos señores? ¿ Denuncias?... Yo no soy escritor político ni tal permita Dios. ¿ Notificacion? Con todo el mundo vivo en paz, é ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. ¿ Protesta? Un autor no conoce mas letras que las de imprenta. ¿ Pues qué puede ser?

— Voy á decirselo á V., me replicó el escribano, aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad.

Ignoro si V. es sabedor de que su amigo don Cosme del Arenal está enfermo.

— ¿ Cómo? ¿ pues cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó?

— Pues en este momento se halla muy próximo á llegar á su ocaso.

— ¿ Es posible?

— Si señor; una pulmonía, de estas picares pulmonías de Madrid, que trae aparejada la ejecucion; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio á cuatro dias fijos, y sin cortesia (con arreglo al artículo 447, título 9.º, libro 3.º del Código de comercio); ha reducido al don Cosme á tal estremidad, que en el instante en que hablamos, está, como si dijéramos, aperebido de remate; y á menos que la divina Providencia no acuda á la mejora, es de creer que quede adjudicado al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora á nuestro propósito, debo notificar á V. *pro forma*, como el susodicho don Cosme, hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in articulo mortis*, á causa de una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mi el infrascrito escribano real y de número de esta M. H. villa, segun y en los términos en él contenidos y son como sigue:

Y aquí el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In Dei nomine* hasta el signo y rúbrica acostumbrados; y por dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo don Cosme habia tenido la tentacion (que tentacion siu duda debió de ser) de acordarse de mi para nombrarme su albacean, y encargado de cumplir su disposicion final.

Héme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte; y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo á la consideracion de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente á la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir á consolar á su desventurada familia. Encontré aquella casa en la confusion y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aquí y allí con cataplasmas y vendajes; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete á llevar el último alcance á la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino á darla aun mayor interes; ya se habia traslucido el papel que me tocaba en ella, que si no era el del primer galan (porque este nadie se le podia disputar al doliente), era por lo menos el de barba característico, y conciliador del *interes* escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes, criados y demas referentes al enfermo, me debian consideraciones, que yo no comprendi por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasion de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba, el bueno de don Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos criticos entre la vida y la muerte, del que volvió por un instante á fuerza de álcalis y mártirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitian las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes periodos, creí escucharle estas palabras...

— Todos me dejan... mis hijos... mi mujer... el médico... el confesor...

— ¿ Cómo? exclamé conmovido: ¿ en qué consiste esto? ¿ Por qué causa semejante abandono?

— No haga V. caso (me dijo llamándose aparte un jóven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un pomito á las narices del enfermo), no haga V. caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza...

Vea V., aquí hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenía remedio se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificación para la parroquia... el confesor quería quedarse, es verdad, pero le hemos disuadido, porque al fin ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente?... En cuanto á la señora, ha sido preciso hacerla que se separe del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad que los nervios se resentían, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardín; por último, los niños también incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos á pasear.

— Todo eso será muy bueno, repliqué yo, pero el resultado es que el paciente se queja.

— ¡Preocupacion! ¿quién va á hacer caso de un moribundo?

— Sin embargo, caballero, la última voluntad del hombre es la mas respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa á su esposa, interesa á sus hijos, interesa á la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos.

¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! — dijo el caballero, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardín.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes, conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y solo dos criados, un practicante y yo quedamos á ser testigos de su último suspiro, que á la verdad no se nos hizo esperar largo rato.

II.

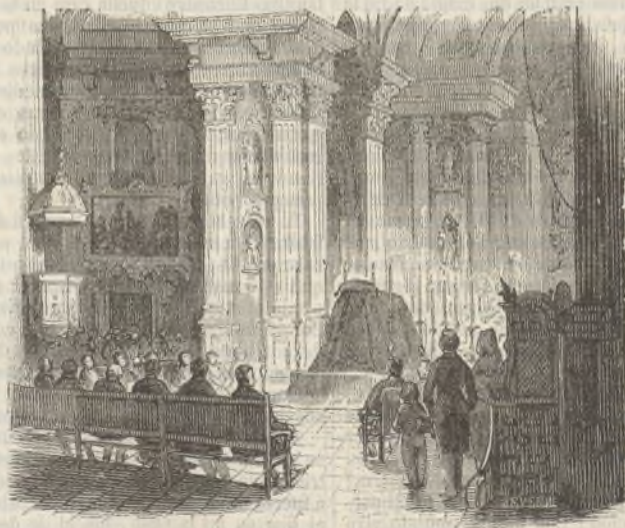
EL AJUSTE DE UN ENTIERRO.

• Pompa mortis magis terret quam mors ipsa •

El difunto don Cosme había casado en segundas nupcias á la edad de cincuenta y nueve años con una mujer jóven, hermosa y petimetra... puede calcularse por esta circunstancia la esquisita sensibilidad de la recién viuda, y cuán natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.

La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó á ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la mas interesante solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano hubo aquello de respirar agitada, y sollozar y desvanecerse, y caer redonda en el almohadon. Aquí la tribulacion de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elixires y esencias antiespasmódicas; aquí el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos!... Pero al fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció, en fin, resignarse con la voluntad del Señor, y aun nos agradeció á todos nominalmente por nuestros respectivos auxilios, como si ninguno se la hubiera escapado, en medio de la *ofuscacion de su vitalidad*, que así la llamé mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutra-



lizar la profunda afliccion de la viudita con la lectura del testamento de don Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacia en favor de su consorte todas las mejoras que le permitian nuestras leyes, rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de excitar las mas vivas simpatías en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y despues de tomar la vènia de la señora, pasé á dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando como dejaba su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servia de escena á otra trasformacion no menos

singular, cual era la que habia experimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé á aquel sitio, ya me encontré al buen don Cosme convertido en reverendo padre fray Cosme, y dispuesto al parecer y resignado á tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como que antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme á ella para negociar el precio y demas circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado á dilatarme mas que pensé, ocuparia un buen rato la atención de mis lectores para trascribir aqui el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor ó testigo durante él en el despacho parroquial.

Pero baste decir que despues de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto y la clase de entierro que segun ellos le correspondia; despues de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral; despues de arreglar lo mas económicamente posible la tarifa de *resposos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristan, acólitos, capa, clamores, ofrenda, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial*, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo de segunda clase en los términos siguientes:

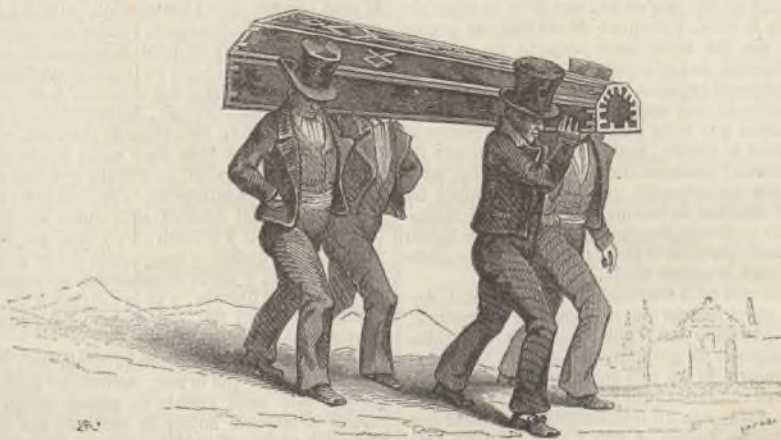
	Reales.
A la parroquia, dependientes y cera.	1712
Ofrenda para los partícipes.	630
Dos bajones y seis cantores con el facistol, á veinte y cuatro reales.	492
Dos filas de bancos.	80
Nicho para el cadáver, y capellan del cementerio.	490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, á diez rs. y veinte y cuatro mrs.	107 2
Seis hachas para el túmulo á ocho rs.	48
La cuarta parte de misas para la parroquia	250
	3509 2

Ya que estuvo arreglado convenientemente, solo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera; pues todo el empeño de los amigos y aun de la viuda, era que no pasara la noche en casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Hoffmann.

En los tiempos antiguos, cuando la civilizacion no habia hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria, uno, dos ó mas dias, con gran acompañamiento de blandones y veladores, resposos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente en su custodia, ó venian á derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religion y la filosofia encontraban en este patético espectáculo ámplio motivo á las mas sublimes meditaciones.

Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invención de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aun no habrán enfiado la cama, cuando de incógnito, sin aparato planidero, y como dicen los franceses á la *derbee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa: v. g., una tinaja, un piano, ó una estatua de yeso. Luego que le hayan entregado al sacristan de la parroquia, este le hará colocar en una cueva muy negra y muy fria, y dando el gesto á una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela: y se asomarán y harán muecas al difunto, y dirán á carcajadas: «¡Qué feo está!»... y los elegantes al pasar se tapanán las narices con el pañuelo, y las damas exclamarán: «¡Jesus qué horror! ¿por qué permitirán esta falta de policia?»

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita con la fresca, le volverán á coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente á la llanura de Chamberí, ó le bajarán á las márgenes del Manzanares, donde sin mas formalidad preliminar pasará á ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelera, con su número corriente y su rótulo que diga: «*Aquí yace don Fulano de tal*»; y sin mas dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni co-



ronas de siempre vivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murcié-

lagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le veng a despertar la trompeta del juicio.

Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, adonde todos los días al tocar de la oración vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos á dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que solo la verdadera religion puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos mas desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza á recorrerle. (Nota 22.)

III.

LA VIUDA.

*Vestida toda de luto,
cédula que dice al aire,
aquí se alquila una boda,
el que quiera que no tarda.*
Castro, comedia antigua.

A los cuatro días de muerto don Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de Holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes al Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y ademas, por advertencia de la viuda, que queria absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquila y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de

«El duelo se despidе en la iglesia.»

Llegado el momento del funeral, ocupé con el confesor y un vetusto pariente de la casa el banco travesero ó de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del anciano don Cosme, que venian á tributarle este último obsequio, y de paso á contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto á la nueva generacion, no tuvo por conveniente enviar sus representantes á esta solemnidad, y creyó mas análogo el permanecer en la casa procurando distraer á la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y despues de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunfural, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetian su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías á las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilir hacia la puerta, hasta que cumplido este ligero ceremonial pudimos disponer de nuestras personas. Y sin embargo de que ya la costumbre ha suprimido tambien la solemne recepcion del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creimos oportuno el pasar á dar cuenta de nuestra comision á la señora viuda.

Hallábase esta en la situacion mas sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un preñado tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, tambien enlutadas, que la tenian cogida entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegia al mismo Tibulo. A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado.

Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los duos *sotto voce* cesaron por un momento;

la viuda, como que hubo de llamar en su auxilio la *ofuscacion vital* del otro día; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron á distraer su atencion enseñándola las viñetas del «*No me olvides*,» y de aqui la conversacion vino á reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetia, aunque en vano, su titulo. Despues se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecia recobrase á la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mústia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor!...

Viendo en fin, mi compañero y yo, que íbamos siendo allí figuras tan exóticas como las del *Silencio* y la *Sorpresa* que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala é interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante é iba á improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan «*Que Dios*» y concluyen «*por muchos años*,» cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba á ser este apóstrofe estemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hacia la puerta diciéndole: «Hombre de Dios, ¿qué va V. á hacer? ¿no sabe V. que *El duelo se ha despedido en la iglesia!*»

(Junio de 1837.)

EL ALQUILER DE UN CUARTO.

«Las riquezas no hacen rico
mas ocupado; no hacen señor,
mas mayordomo.»

Celestina.

A los que acostumbran mirar las cosas solo por la superficie, suele parecerles que no hay vida mas descansada ni exenta de sinsabores que la de un propietario de Madrid. Envidiando su suerte, entienden que en aquel estado de bienaventuranza nada es capaz de alterar la tranquilidad de tan dichoso mortal, al cual (segun ellos) bástale solo saber las primeras reglas de la aritmética para recibir puntualmente y á plazos periódicos y seguros el inagotable manantial de su propiedad. — «¡Si yo fuera propietario (dicen estos tales), qué vida tan regalona habia de llevar! De los treinta días del mes, los veinte y nueve los pasaria alternando en toda clase de placeres, en el campo y la ciudad, y solo doce veces al año dedicaria algunas horas á recibir el tributo que mis arrendatarios llegarían á ofrecerme. Tanto de este, tanto del otro, cuánto del de mas allá; suma tanto.... bien puedo descansar y divertirme, y reir por el día, y roncar por la noche, y compadecerme de la agitacion del mercader, y de la dependencia del empleado, y del estudio del literato, y de la diligencia del médico, y del trabajo, en fin, que todas las carreras llevan consigo.»

Esto dicen los que no son propietarios: escuchemos ahora á los que lo son; pero no los escuchemos, porque esto seria cuento de nunca acabar; mirémosles so lamente hojear de continuo sus libros de caja para ajustar á cada inquilino su respectivo *debe y haber* (porque un propietario debe saber la teneduria de libros y estar enterado de la partida doble), veámosle correr á su posesion, y llamar de una en otra puerta con aire sumiso y demandante, y recibir por toda respuesta un «No está el amo en casa.»

«Vuelva V. otro día.» — «Amigo no me es posible; los tiempos... ya ve V. cómo están los tiempos.» — «Yo hace veinte días que no trabajo.» — «A mí me están debiendo ocho meses de mi viudedad.» — «Yo estoy en enero.» — «Yo en octubre de 35.» — «Pues yo, señores míos (dice el propietario), estoy en diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones, con que si Vds. no me ayudan...»

Otros la toman por diverso estilo... — «Oiga V., señor casero, en esta casa no se puede vivir de chinches; es preciso que aquí ponga cielo raso.» — «Yo quiero que me blanquee V. el cuarto.» — «Yo que me desatasque V. el comun.» — «Yo que me ensanche la cocina.» — «Yo que me baje la buhardilla.»

Mirémosle, pues, regresar á su casa tan lleno el pecho de esperanzas como vacío el bolsillo de realidades, y dedíquese luego profundamente á la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscriptor nato á ambos periódicos) para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber á punto fijo cuándo ha de revocar su fachada, cuándo ha de blanquear sus puertas, cuándo ha de arreglar el pozo, cuándo ha de limpiar el tejado; ó bien para estudiar los decretos concernientes á contribuciones ordinarias y extraordinarias, y calcular la parte de propiedad de que aun se le permite disponer. Veámosle despues consultar los libros forenses, la Novísima Recopilacion y los autos acordados (porque un propietario debe ser legista teórico y práctico), con el objeto de entablar juicios de conciliación y demandas de despojo. Escuchémosle luego defender su derecho ante la autoridad (porque el propietario debe tambien ser elocuente), para convencerla de que el medianero debe dar otra salida á las aguas, ó que el inquilino tiene que acudirle con el pago puntual de sus alquileres, cosa que de puro desusada ha llegado á ponerse en duda. Oigámosle mas adelante dirimir las discordias de los vecinos sobre el farol que se rompió, el chico que tiró piedras á la ventana de la otra buhardilla, el perro que no deja dormir á la vecindad, el zapatero que se emborracha, la mujer del sastre que recibe al cortejo, el albañil que apalea á su consorte, el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que protege á la juventud, el barbero que cortó la cuerda del pozo, y otros puntos de derecho vecinal, para resolver sobre los cuales es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, una alma grande, una capacidad electoral, una presencia majestuosa, actitudes académicas, sonora é imponente voz. Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero y el solador, y disputar sobre *panderetes*, y *bañadas*, y *crujías*, y *solarones* y *emplomados*, y *rasi-las*, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnológico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artífices el líquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interes al espectador la situacion de nuestro propietario, como en la del acto solemne en que va á proceder á el alquiler de un cuarto.

Figurémonos un hombre de cuatro pies, aunque sustentándose ordinariamente en dos, frisando en la edad de medio siglo, rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vivos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronunciadas como de un hombre que acostumbra á oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los labios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal con-

formadas para ser sensibles á los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello, toril en diámetro y tan corto de talla, que la punta de la barba viene á herirle la paletilla; con unos hombros atléticos; con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entre ambas una protuberante barriga, como la muestra de un reloj sobre dos columnas, ó como un caldero vuelto del revés, y colgado de una espetera.

Envolvamos esta fementida estampa en siete varas de tela de algodón, cortada á manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados pies con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul, bordado de pájaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. Coloquémosle así ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece identificada su persona, según la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino, animales bronceados y frutas imitadas en piedra, manojos de llaves, y padrones impresos; y ataviemos el resto del estudio con un reloj alemán de longanísima caja, un estante para libros, aunque vacío de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria, y un plano de Madrid de colosales dimensiones. Y ya imaginado todo esto, imaginémosnos tambien que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, despues de haber dado fin á sus dos onzas de chocolate, abre solemnemente su audiencia á los postulantes que van entrando en demanda de la habitación desalquilada.

—Buenos días, señor administrador.

—Dueño, para servir á V.

—Por muchos años.

—¿En qué puedo servir á V.?

—En poca cosa. Yo, señor dueño, acabo de ver una habitación perteneciente á una casa de V. en la calle de... y si fuera posible que nos arreglásemos acaso podría convenirme dicha habitación.

—Yo tendria en ello un singular honor. ¿Ha visto V. el cuarto? ¿Le han instruido á V. de las condiciones?

—Pues ahí voy, señor casero: yo soy un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez reales diarios, paréceme que no estaria de mas el ofrecer á V. seis con las garantías necesarias.

—Conócese que V. gusta de ponerse en razon; pero como cada uno tiene las suyas, á mí no me faltan para haber puesto ese precio á la habitación.

—Pero ya V. se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas...

—Entonces probablemente la hubiera puesto en quince reales.

—Luego, la sala es pequeña y con solo un gabinete; si tuviera dos...

—Valdria ciertamente dos reales mas.

—La cocina oscura y...

—Es lástima que no sea clara, porque entonces hubiera llegado al duro.

—El despacho es pequeño, y los pasillos...

—En suma, señor mio, yo por desgracia solo puedo ofrecer á V. el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba...

—Si; pero el precio...

—El precio es el último que ha rentado.

—Mas ya V. ve, las circunstancias han cambiado.

—Las casas no.

—Los sueldos se han disminuido.

—Las contribuciones se aumentan.

—Los negocios están parados.

—Los albañiles marchan.

—¿Con que es decir que no nos arreglamos?
 —Imposible.
 —Dios guarde á V.
 —Dios guarde á V... Entre V., señora.
 —Beso á V. la mano.
 —Y yo á V. los pies.
 —Yo soy una señora viuda de un capitán de fragata.

—Muy señora mía; mal hizo el capitán en dejarla á V. tan jóven y sin arrimo en este mundo pecador.

—Sí señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo, y sin duda hubo de darla por el otro, porque no ha vuelto.

—Todavía no es tarde... (¿y V., señora mía, trata de esperarle en Madrid por lo visto?)

—Sí señor; aquí tengo varios parientes de distinción, el conde del Cierzo, la marquesa de las Siete Cabrillas, el barón del Capricornio, y otros varios personajes que no podrán menos de ser conocidos de V.

—Señora, por desgracia soy muy terrestre y no me trato con esa corte celestial.

—Pues como digo á V., mi prima la marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y, lo que ella dice, para tí que eres una persona sola, sin mas que cinco criados... aunque la casa no sea gran cosa...

—¿Y el precio, señora, qué le ha parecido á mi señora la marquesa?

—El precio será el que V. guste, por eso no hemos de regañar.

—Supongo que V., señora, no llevará á mal que la entere, como forastera, de los usos de la corte.

—Nada de eso, no señor; yo me presto á todo... á todo lo que se use en la corte.

—Pues señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer á las personas con quien habla, suele exigirse una fianza y...

—¿Habla V. de veras? ¿Y yo, yo, doña Mencía Quiñones, Rivadeneira, Zúñiga de Moron, habia de ir á pedir fianzas á nadie? ¿y para qué? ¿para una fruslería como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soy, señor casero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme hecho acompañar siquiera por mi primo el freire de Alcántara, para dar á conocer á V. quién yo era.

—Pues señora, si V. á Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera, ¿qué trabajo puede costarla el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por V.?

—Ninguno, y á decir verdad no desearian mas que poder hacerme un favor; pero...

—Pues bien, señora, propóngalo V. y verá cómo no lo estrañan, y por lo demas, supuesto que V. es una señora sola...

—Sola, absolutamente; pero si V. gusta de hacer el recibo á nombre del caballero que vendrá á hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnición...

—¡Ay, señora! pues entonces me parece que la casa no la conviene, porque como no hay habitaciones independientes... luego tantos criados...

—Diré á V.; los criados pienso repartirlos entre mis parientes, y quedarme solo con una niña de doce años.

—Pues entonces ya es demasiado la casa, y aun paréceme, señora, que la conversacion tambien.

A este punto llegaban de ella, cuando entra el criado con una esquila de un amigo rogando á nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban á llegar

á Madrid: con esta salvaguardia, el propietario despacha á la viudita, pero sigue recibiendo á los que vienen despues; entre ellos un empleado, de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interes de que todavia le tuviesen en enero, le despacha con la mayor cordialidad; despues acierta á entrar un militar que con aire de campaña reclama la preferencia, y á las razones del casero responde con amenazas, de suerte que este hace la resolucion de no alquilarle el cuarto, por no tener que sostener un desafio mensual; mas adelante entra un hombre de siniestro aspecto y asendereada catadura, que dice ser agente de negocios y vivir en un cuarto cuarto (vulgo buhardilla), despues entra una vieja que quiere la habitacion para subarrendarla en detalle á cinco guardias de Corps; mas adelante entra un perfumado caballero que lo pide para una jóven huérfana y se compromete á salir por fiador de ella, y aun á poner á su nombre el recibo; mas allá se presenta otra señora acompañada de dos hermosas hijas que arrastran blondas y rasos, y cubren sus cabezas con elegantes prendidos, y tocan el piano, segun parece, y bailan que es un primor; «y tan virtuosas y trabajadoras las pobrecitas (dice la mamá), que todo esto que V. ve lo adquieren con su trabajo, y nada nos falta, bendito Dios.»

—El señor, premia la laboriosidad y protege la inocencia... mas sin embargo, siento decirles que el cuarto no puede ser para Vds.—

Estando en esto vuelve el criado á decir que el amigo que queria el cuarto ya no le quiere, porque á los señores para quien era, no les ha gustado; —que la otra señora que se convenia á todo, tampoco, porque despues ha reparado que no cabe el piano en el gabinete; —que el militar ha quitado los papeles y dice que el cuarto es suyo, quiera ó no quiera el casero; —que el llamado agente de negocios, al tiempo que lo vió, se llevó de paso ocho vidrios de una ventana, cuatro llaves, y los hierros de la hornilla; —que dos manolas que lo habian visto, habian pintado con carbon un figuron harto obsceno en el gabinete; —que unos muchachos habian roto las persianas y atascado el comun; —y por último (y era el golpe fatal para nuestro casero), que una amiga á quien nada podia negar, queria el cuarto; pero con la condicion de pintárselo todo, y abrir puertas en los tabiques, y poner tabiques en las puertas, y ensolarlo de azul y blanco, y blanquear la escalera, y poner chimenea en el gabinete... en punto á fiadores daba solo sus bellos ojos, harto abonados y conocidos de nuestro Quisimodo; y en cuanto al precio, solo quedaba sobreentendida una condicion, á saber: que fuera este el que quisiera, el casero no se lo habia de pedir, pero ella tampoco se lo habia de pagar.

Así concluyó este alquiler, sin mas ultteriores resultados que una escena de celosia entre el casero y su esposa, una multa de diez ducados por no haber dado el padron al alcalde á su debido tiempo, y un blanco de algunas páginas en su libro de caja por aquella parte que se referia á la habitacion arriba dicha.

(Agosto de 1857.)

EL ROMANTICISMO Y LOS ROMANTICOS.

«Señales son del juicio
 ver que todos lo perdemos,
 unos por carta de mas,
 y otros por carta de menos.
 Lope de Vega.»

Si fuera posible reducir á un solo eco las voces todas de la actual generacion europea, apenas cabe

ponerse en duda que la palabra *romanticismo* pareciera ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos á las personas como á las cosas, á las verdades de la ciencia como á las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definición exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuantas controversias han prodigado los sábios para resolver acertadamente esta cuestión! y en ellos; qué contradicción de opiniones! qué extravagancia singular de sistemas!... — «¿Qué cosa es romanticismo?..» — (les ha preguntado el público; y) los sábios le han contestado cada cual á su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podía ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creído ver en él á la naturaleza en toda su verdad; cuáles á la imaginación en toda su mentira; algunos han asegurado que solo era propio á describir la edad media; otros le han hallado aplicable también á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la religión y con la moral; estos le han echado á reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay por último, quien sostiene que su condición es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generación de este pretendido descubrimiento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al traves de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la literatura y las bellas artes, que por su carácter vago permiten mas libertad á la fantasía, ha adelantado su aplicación á los preceptos de la moral, á las verdades de la historia, á la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseñanza todas las extravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye á corromperla mas con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta que finge una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar á la naturaleza aun mas hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por extravíos de la razón ó debilidades de la humana especie, el siglo actual, mas adelantado y perspicuo, las ha calificado de *romanticismo puro*.

«La necesidad se pega» ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necesidad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romántico-manía se pega tambien. Y no solo se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que á medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, esta, por el contrario, adquiere en la inculcación tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridiculo; lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene á ser un ramo de locura.

Y hé aquí por qué un muchacho que por los años de 1811 vivía en nuestra corte y su calle de la Reina, y era hijo del general francés *Hugo*, y se llamaba *Victor*, encontró el romanticismo donde menos podia esperarse, esto es, en el Seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderon; y luego regresó á París, estra-

yendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó á la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invención, abrió su almacén, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venia á redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros, y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atrás su exageración y los poetas transmitieron el nuevo humor á los novelistas; estos á los historiadores; estos á los políticos; estos á todos los demas hombres; estos á todas las mujeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastante deado, y corrió toda la Europa, y vino, en fin á España, y llegó á Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino á dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado á mis lectores; y tal llegó á sus manos que ni el mismo Victor Hugo le conociera, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante, fue á su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decia él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó á revolver cuadros y libros viejos, y á estudiar los trajes del tiempo de las Cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba á encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, ó rasguñado al márgen por infantil é inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase á formular en su persona aquel trasunto de la edad media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego á ser considerado como la estampamás *romántica* de todo Madrid, y á servir de modelo á todos los jóvenes aspirantes á esta nueva, no sé si diga ciencia ó arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio solo por el lado económico, poco ó nada podia pesarme de ello: porque mi sobrino, procediendo á simplificar su traje, llegó á alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría mas que hacer á los *Utrillas* y *Rougets*. Por de pronto eliminó el frac, por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella, como mas análoga á la sensibilidad de la espresion. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes; los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfección romántica creamos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona á un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente anudado en torno de esta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un bucle convexo, se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear á dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío; una frente triangular y *fatídica*. — Tal era la *vera efigies* de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecía no sé qué de sinies-

tro é inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tóricas reflexiones, llegaba yo á dudar si era él mismo ó solo su traje colgado de una percha; y acontecióme mas de una ocasion el ir á hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho, juzgando dársele en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atencion se convirtió á romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolucion contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazon algo de volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática, ó con las fórmulas del foro; y despues de largas disertaciones vine á sacar en consecuencia que la carrera que le parecia mas análoga á sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guia derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió dia y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relacion con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo experiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Melendez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzaes, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tóricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que menos propenso estaba á la melancolia, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, ó las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudicion, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética, y concluyó algunos cuentos en verso prosáico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluianen ¡maldición!; y unos y otros estaban atestados de figuras de capuz, y de siniestros bultos, y de hmbres gigantes, y de sonrisa infernal, y de almenas altísimas, y de profundos fosos, y de buitres carnívoros, y de copas fatales, y de ensueños fatídicos, y de velos transparentes, y de aceradas mallas, y de briosos corceles, y de flores amarillas, y de sñebre cruz. Generalmente todas estas composiciones fugitivas solian llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas: v. g. ¡¡¡ Qué será!!! — ¡¡¡ No!!!... — ¡ Mas allá!... — Puede ser. — ¿ Cuándo? — ¡ Acaso!... — ¡ Oremus!

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos no sé qué decir, sino que unas veces me parecia mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecia al oírle cantar el suicidio ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras teniale por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no sé á punto fijo qué pensaba él sobre esto, pero creo que lo mas seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendia lo que queria decir.

Sin embargo, el muchacho con estos raptos consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuan-

do él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudian en aquellos rasgos mas estravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendian de memoria, y luego esforzábense á imitarlas, y solo acertaban á imitar los defectos y de ningun modo las bellezas originales que podian recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de pandilla lisonjaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hácia si la atencion y el entusiasmo de todo el pais. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, lé aquí la razon por qué reuní todas sus fuerzas intelectuales; llamó á concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló á su calenturienta musa, colocándose con ella en la region aérea donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia á una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalgo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasia, y compuso un drama.

¡ Válgame Dios! ¡ con qué placer haria á mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composicion sublime, práctica explicacion del sistema romántico, en que segun la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta á fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginacion el titulo y personajes del drama. Hélos aquí.

¡¡ ELLA!!!.. Y ¡¡ EL!!!..

DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,

emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico,

ORIGINAL, EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS
EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.

Por.....

(Aquí habia una nota que decia: *Cuando el público pida el nombre del autor*); y seguia mas abajo.

Siglos IV y V.— La escena pasa en Europa y dura cien años.

INTERLOCUTORES.

La mujer (todas las mujeres, toda la mujer).

El marido (todos los maridos).

Un hombre salvaje (el amante).

El Dux de Venecia.

El tirano de Siracusa.

El doncel.

La Archiduquesa de Austria.

Un espía.

Un favorito.

Un verdugo.

Un boticario.

La cuádruple alianza.

El sereno del barrio.

Coro de monjas carmelitas.

Coro de padres agonizantes.

Un hombre del pueblo.

Un pueblo de hombres.

Un espectro que habla.

Otro idem que agarra.

Un demandadero de la Paz y Caridad.

Un judío.

Cuatro enterradores.

Músicos y danzantes.

Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.

— Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo á manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1.^o *Un crimen*. — 2.^o *El veneno*. — 3.^o *Ya es tarde*. — 4.^o *El panteón*. — 5.^o *Ellal*. — 6.^o *El*. — y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, á saber: *Salon de baile*; *Bosque*; *La capilla*; *Un subterráneo*; *La alcoba*, y *El cementerio*.

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composición, en términos que si yo recordara una sola escena para estamparla aquí, peligrosamente el sistema nervioso de mis lectores; con que así no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar á que llegue día en que la fama nos la transmita en toda su integridad, día que él retardaba, aguardando á que las masas (las masas somos nosotros) se hallen (ó nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba un poco fuerte.

De esta manera mi sobrino caminaba á la inmortalidad por la senda de la muerte, quiero decir, que con tales fatigas cumplía lo que él llamaba su *misión sobre la tierra*. Empero la continuación de las vigiliias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíale reducido á una situación tan lastimosa de cerebro, que cada día me temía encontrarle consumido á impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mas labrados hierros de su balcón á cierta Melisendra de diez y ocho años, mas pálida que una noche de luna, y mas mortecina que lámpara sepulcral; con sus luenzos cabellos trenzados á la Veneciana, y sus mangas á lo María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á lo Estraniera, y su cinturón á la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello á lo huérfana de Underlach.

Hallábase á la sazón mediatibunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto... libro que segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones, no podia ser otro á mi entender, que el *Han de Islandia* ó el *Bug-Jargal*.

No fue menester mas para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcón de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo á inflammar súbitamente su corazón. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron; y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse á aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificación de... *romanticismo puro*.

Pero al cabo el sugeto en cuestion era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrebatamientos, una señorita, hija de un honrado vecino mio, procurador del número, y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase á la muchacha (siempre llevando por delante la mas sana intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas, no solo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisonjeábame, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado mas descompuesto y atroz corrió á encerrarse en su cuarto gritando desahoradamente: — ¡Asesino!... ¡Asesino!... ¡Fatalidad!... ¡Maldicion!...

— ¿Qué demonios es esto? — Corro al cuarto del

muchacho; pero habia cerrado por dentro y no me responde; vuelvo á casa del vecino por si alcanzo á averiguar la causa del desórden, y me encuentro en otro no menos terrible á toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

— ¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay?

— ¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de V... Lea V., lea V. qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de religion... Y me entregó unos papeles que por lo visto habia sorprendido á los amantes.

Recorrílos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado á escuchar al muchacho. En todas ellas venia á decir á su amante con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iria á derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriria tambien, y los enterrarían bajo una misma losa... Otras veces la proponia que para huir de la tiranía del hombre («este hombre soy yo», decia el pobre procurador) se escurriese con él á los bosques ó á los mares, y que se irían á una caverna á vivir con las fieras, ó se harían piratas ó bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábalas de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

— Y á todo esto (añadia el padre), nada de boda, nada de solicitar un empleo para mantenerla... vea V., vea V.; por ahí ha de estar... oiga V. cómo se explica en este punto... ahí en esas coplas, seguidillas, ó lo que sean, en la que dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud
solo puede darte mi alma
un suspiro... y una palma...
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos admiñculos para llenar una carta de dote... no, si no échelos V. en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor, continuaba el buen hombre, sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanías, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y á lo mejor nos asusta por las noches despertando desparviada y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de yo no sé qué Astolfo ó Ingolfo *el esterminador*; y nos llama tiranos á su madre y á mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella ó para nosotros; y entre tanto sus camisas no se cosen y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

— Sosiéguese V., señor don Cleto, sosiéguese V.

Y llamándole aparte, le hice una explicacion del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que si no lo convencí que podia casar á su hija con un tigre, por lo menos le determiné á casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé á mi casa para tranquilizar el espíritu del jóven amante; pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, habia salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba á todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda esta de darle á conocer por algun suspiro que un ser humano respiraba á su lado. (Se hace

preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con mas bellaquería que cuartos y mas cuartos que peseta columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito.) La ocasion la pinta calva, y la gallega tenia buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó á formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

—Señuritu... señuritu... ¿qué diablos tiene?.. Entre y dígalo; si quier una cataplasma para las muelas ó un emplasto para el hígado...

(Y cogió y le entró en su cuarto y sentóle sobre su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.)

Pero el preocupado galan no respondia, sino de cuando en cuando exhalaba hondas suspiros, que ella contestaba á vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de ceuar. De vez en cuando tirábale de las narices ó le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de carino y de tierna solicitud); pero el hombre estatua permanecia siempre en la misma inmovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse á todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo chorricero del Vierzo), é hincando una rodilla en tierra, levantó en ademán patético el otro brazo y exclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
ya el helado puñal sieuto en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que á los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes,
que reclama dos miseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

—Ave María purisima... (dijo la gallega santiguándose). Mal demonu me leve sile comprendu... ¡Habrú cermeñu!... pues si quier lechu ¿tuen mas que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar á los muertos que se acuesten con los difuntos?

Pero el amartelado galan seguia sin escucharla su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro exclamaba:

¡Maldita seas, mujer!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, mujer!

—El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! despues que todas las mañanas le entru el chucolate á la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu y á Benitu el escarolero del portal...

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo,
ángel de luz,
al campo de los difuntos;
allí te espera un amigo
y un ataúd.

—Vaya, vaya, señuritu, esto ya pasa de chanza; ó V. está locu, ó yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cementeriu ú á su cuarto, antes que empiece á ladrar para que venga el amu y le ate.—

Aquí me pareció conveniente poner un término á

tan grotesca escena, entrando á recoger á mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida á mí, y copiada de la *Galería fúnebre*, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar á temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conoció, pues, que no habia mas que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte á sus lecturas, á sus amores, á sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera, activa, peligrosa y vária; ninguna me pareció mejor que la militar, á la que él tambien mostraba alguna inclinacion; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le ví partir con alegría á reunirse á sus banderas.

Un año ha trascurrido desde entonces, y hasta hace pocos dias no le habia vuelto á ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaria al contemplarle robusto y alegre, la charretera á la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpétuamente zorricos y rondañas, y por toda biblioteca en la maleta, la ordenanza militar y la *Guía del oficial en campaña*.

Luego que ya le ví en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oírle repetir á carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente á esta resolucion, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y discretas, sacrificando aquellas y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama no fue posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino á otro poeta novel, el cual le comunicó á varios aprendices del oficio y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo ora los aplausos, ora los silbidos que á mi sobrino correspondian, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composicion.

La lectura en fin, de sus versos, trajo á la memoria del jóven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntóme por ella con interes, y aun llegué á sospechar que estaba persuadido de que se habria evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se habia conformado con su suerte; item mas, se habia pasado al género clásico, entregando su mano, y no sé si su corazón, á un honrado mercader de la calle de Postas; ¡ingratitud notable de mujeres! Bien es la verdad que él por su parte no la habia hecho, segun me confesó, sino unas catorce ó quince infidelidades en el año trascurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrian podido dar á los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

(Setiembre de 1857.) (Nota 25.)

EL COCHE SIMON.

I.

Hay en Madrid un Simon
que se alquila... no sé dónde,
y tiene mas aventuras
que Gil Blas ó don Quijote.
Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores;

no tiene muelles de Ce,
ni persianas ni faroles;

Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.

Modesto en su sencillez,
Holgado en sus dimensiones,
Tan cerca está de cajon
como distante de coche;

Y á no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
ó babilónica torre.

Artrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.

De la historia de estas mulas
podiera decir primores,
Mas dejaré esta vez
para contar la del coche.

Fue primero de un marques
que vino de no sé dónde
á pretender... ¡feliz siglo!
una ventera en la corte.

Esto prueba que las cruces
tan caras eran entonces
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.

Llegado que hubo á Madrid
quiso ostentar sus doblones,
que no hay para pretender
como pretender en coche.

Y á falta de los talleres
de Bruselas ó de Londres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;

A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recién nacido coche.

Sacóle el marques de pila,
luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorras
trepantes á un alcornoque.

Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió á lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.

¡Cielos, á cuántas envidias,
á qué ingratos sinsabores
dió lugar la tal carroza
en nuestro Prado de entonces!

¿Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores
que valieron al marques
estos cuatro tablajones?

Por ellos venció á las diosas,
por ellos mandó á los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandouses
le llevaron á enterrar,
y pasó al concurso el coche.

II.

«En virtud de providencia
del señor don Juan Quirós,
de esta coronada villa
teniente corregidor;

«En los autos del concurso
del marques de... que finó
por óbito abintestato

y han radicado ante nos

«El infrascrito escribano
que firma esta relacion,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor

«Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquel dejó,

«Se le endose y adjudique
en íntegra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.

«Mandó su señoría
en Madrid, y lo firmó
á veinte y cuatro de agosto
de mil ochocientos dos.»

Ya tenemos á mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron

Que en las campañas de Venus
altos láuros alcanzó;
azote de los maridos,
de las mujeres patron.

Dedicaba por entonces
su sexagenario amor
á una viuda de cuarenta,
doña Tecla de Albornoz,

Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.
¿Qué don pudiera ofrecerla
un apasiovado amor

Como una máquina amiga
que á influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
á volúmen tan atroz?

No sabré decir el cómo;
pero ello se celebró
cuádruple alianza entre aquella;
la señora y el señor.

Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encadenados
en íntima relacion,

Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo,
ó en su concha el caracol.

La muerte que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó

A aquella dulce pareja,
y... ¡cielos! ¡en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,

Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;
dos corazones flechados,
y riéndose el Amor.

— ¡Jesus! qué estraños emblemas;
llámeme pronto á un pintor
que borre esas herejias
y ponga el santo cordon,
el háculo y el capelo,
y la cruz del Redentor. —

Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
é hisopo y agua bendita
aplicaba al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.

Ya que fue purificado,
el muy ilustre señor
subió con sus familiares
á tomar la posesion.

¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.

Una novena á San Gil
y luego á tomar el sol
al paseo de la Ronda
ó al camino de Alcorcon;

O un viajecito hasta Atocha
á visitar al prior,
y luego volverse á casa
al toque de la oracion.

¡Qué vida! vuelvo á decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitacion.

Un ministro... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesion.

Nuevo impulso y movimiento
á sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.

De palacio al ministerio,
desde el Consejo al salon,
desde la audiencia al teatro,
desde el dominio al favor.

¡Pobre coche, que agitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos
tras un fantástico honor!

¿Qué se hiciera aquel reposo
que un dia te permitió
saborear de la existencia
el progreso bienhechor?

¿Qué, misero, has alcanzado
en premio de tu ambicion,
sino llegar mas aprisa
al término del favor?

Que mucho brillas, mas dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de Estado
reservados á los dos.

Que todos te reverencian
como á tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la voz.

¡Ay! cuidado! ¿no reparas
en el cielo del favor,
miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?

Pues mirala cual creciendo
el firmamento ocupó
y roba al astro del dia
su fúlgido resplandor.

Y mira al mortal gusano,
que á su cumbre se ensalzó,
cual vacila, tiembla, y cae
de la tormenta al furor.

¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon;

Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,
y en pago á tus demasias
y ridicula ambicion,

Riéndose á un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir

en sentida exclamacion:
*¡Aprended, coches, de mí
lo que va de ayer á hoy!*

III.

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una súcia callejuela,

En letras greco-romanas
y ortografia caldea,
dice «*Aquí se alquilan coches*»
una envejecida muestra.

Yacen en el interior,
sin guardas y á la inclemencia,
cien carrozas, que otro tiempo
ornaron la corte régia.

Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria,
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta.

Miranse en él confundidos,
sin gerarquía y sin regla,
cien románticas carrozas,
cien clásicas diligencias.

Allí el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.

Allí el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.

Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fue al hospital
sin zapatos ni calcetas.

Aquí un súcio facton,
allí una gran carretela,
que fue premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia;

Y agrupadas á un rincón
se miran cuatro calesas
que á queso y á vino puro
trascienden á media legua.

En tan súcia compañía,
y en situacion tan adversa,
un coche tambien... ¡Dios mio!
(casi no acierta la lengua),

Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marqués, del obispo
del ministro, y doña Tecla.

¡Ay quién fuera Garcilaso
para esclamar: «*Dulces Prendas,
aquí por mí mal halladas,*»
con lo demas que se deja.

¿Y habrá despues ¡oh fortuna!
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?

Mas tornemos á mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lea.

En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha transformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;

Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron há veinte años

todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timen,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.

Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.

Cantando está á media voz,
mientras que las ocho sueuan
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;

Y en tanto las pobres mulas
pensando están en que piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos pies
como el que en la proa asieata,
sube con pena á la popa
y á los tirantes se cuelga.

Con que la tripulacion
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas, cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj,
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta,

Tiran torcidas las mulas
á impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.

Por las calles de la corte,
y á riesgo de las aceras,
la maquina informe arrastra,
dando á quien la mira pena;

Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega
á la puerta del letrado
que va á charlar á la Audiencia;

Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas.

Luego que llega al Consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna,

Con que añaden á su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer mas llevadero
el trabajo de la vuelta.

Despues del pleito, á visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.

Vuelta despues al corral;
ya don Timoteo espera
para ir á misa de dos
del Buen-Suceso... á la puerta.

La misa ya se ha acabado;
mas por cuánto la marquesa
al ver á don Timoteo
se siente un poco indispueta.

El, á fuer de hombre gentil,
la ofrece su carretela,
y á fin de tomar el aire
van camino de la Venta.

En vano el pobre Simon
les grita que den la vuelta,
que hace falta en un bautizo
antes de las cuatro y media;

Suéltanle á las cinco, en fin,

toma el paso á media rienda,
y en casa de la parida
á oír maldiciones llega;

Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva;

Cien pillos de todo el barrio,
que ha vomitado una escuela,
van corriendo tras el coche;
ya suben en la trasera;

Ya trepan á los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: «Señor padrino,
¿cuándo baja la moneda?»

Ya hacen gestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.

En tal día, es de cajon,
va la gente á la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta,
y cuando dan vuelta á casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro día... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relacion,
y que en crónica se vuelva?
¿No ha de acabarse jamas?
¿ni cómo narrar pudiera
uno á uno los sucesos
que en sus páginas encierra?

Baste decir que en enero
hay un San Anton, y hay vueltas;
que hay máscaras en febrero
y en Marzo hay Pepes y Pepas.

Que abril encierra una Pascua;
mayo á San Isidro fiesta;
junio noche de San Juan
con fandango y con vihuelas;

Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.

Viene setiembre despues
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.

Y octubre empieza á mostrar
sus frios y calles puercas;
y noviembre sus difuntos,
diciembre su noche-buena.

Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas y hay audiencias;

Y hay tontas á quien se engaña
con una maquina de estas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran;

Y hay indios de San Lúcar,
y hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,
y hay que encubrir la miseria.

De todos estos primores
puede este coche dar cuenta;
mas por desgracia no sabe
porque carece de lengua.

Yo, viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme á formar

(puesto que no soy poeta)
en estos clásicos versos
esta clásica leyenda,

á riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

(Octubre de 1837.)



El Coche Simon.

LA ALMONEDA.

«Venus, la diosa de Chipre,
ya es matrona genovesa,
guorismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»
Góngora.

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mención don Policarpo de la Transfiguración Omnibus de los Santos, sujeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias sustanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo así, un verdadero mosaico de cualidades tan varias y heterogéneas que causarían la desesperación del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios, renegó del latín y se hizo poeta. Luego

vino la patria á requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abruzó de nuevo con sus antiguos Bártilos, y guerreo en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los vinjes, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores. Por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antesalas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á enviudar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo, si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligacion, mas que la de todo fiel cristiano.

Ya, en fin, que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel extremo de felicidad á que habia aspirado. Pero muy

luego empezó á fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado, como lo estaba toda su vida, á una ocupacion continua, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una parálisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su genio natural triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy día es el hombre mas ocupado que conozco; sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche; y tan pronto se le ve disputando politicamente en un corrillo de la Puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo; ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera.—No hay boda desde la calle de San Anton hasta la de Carretas, desde Aligidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario, ó presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, ó imprimirá las esquelas, ó tendrá en la pila al recién-nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y los habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante irá á la del que cayó, y consolará á la señora, y declamará con el señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que él no vaya á visitar en el calabozo; si hay

junta de acreedores, él quedará nombrado síndico; si demanda de divorcio, él será el juez árbitro entre ambos consortes; y si juicio de conciliacion, por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por *hombre bueno*. Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni mudanza de habitacion que él no dirija, ni cofradía en que él no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le encaje.—¿Se habla del fuego? sucedió casualmente en frente de su casa: ¿se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los *puyazos* y de los *volapiés*; en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo, en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente *nato* de toda comision de aplausos; en las exposiciones de pinturas habla de *formas y coloridos*; en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojos, ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex-cátedra*; ni hay reunion que no someta fácilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse; si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publi-



La Almoneda.

car una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre, si no quieren pasar incógnitos ó criticados, porque su opinion es la opinion normal de un sin número de admiradores, que si él dice: «¿Fulano, el médico?; valiente majadero! ¡ fue la causa de la muerte de un amigo mio! »—todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comida es buena, todos se pasmarán aunque no lo en-

tendan; si afirma que tal ó cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como podrian hacerlo de un lazareto.

El, en fin, se reproduce en términos que es imposible dar un paso atras ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, allí le ha de ir

á buscar, y aun saliendo de Madrid á viajar, él es el primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto, que días pasados habiendo subido á la torre de Santa Cruz, me pareció desde allí que le veía á un mismo tiempo en la calle de la Montera y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba y me perseguía como una aparición fantástica, inevitable, impasible, semejante á una obstinada pesadilla, ó al ruido sempiterno y monótono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran) proporciona esta pícaro farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operación obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboro que un catador de vinos en los diques de Londres ó en las bodegas famadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó en billetes del Tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que, segun mi opinión, ninguno puede competir en *sustancia* con aquel *sustancioso* papel, y aun si me apuran, no dudaría en asegurar que los mas de los lectores darian de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman de *fondo*, por cualquiera de los de *fondo* que amenizan el Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio; y era para servir á Vds. que aquella mañana (una mañana, la que Vds. gusten) caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar en su página tercera con el anuncio de una *almoneda*... y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir, una casa donde sin disfraz de ninguna especie se dice: «Aquí todo se reduce á maravéis.»

Verdad es que no teniendo que mudar de habitación, ni abrir tienda, ni recibir huésped, en rigor nada tenia que comprar; mas sin embargo ¿quién resiste á la tentación de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿qué no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad, así que no dejo pasar ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta, pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llamaban la atención. Y era tal mi entusiasmo, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda), no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaría nuevos en cualquiera tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo, en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo, me hice, por lo que yo creia poco dinero, con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafite*, y barriles de *Madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que me faltaban; y sin reparar que no me cubian en toda la casa, compré unos armarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojios míos tuvo la culpa un maldito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelación: —«Caballero, ¿lleva V. eso,

ú no?»—Con lo cual, temiendo vérmelo arrebatar de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvía hojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de este á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar cuerda á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera, y...

Estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro... alzo la cabeza... ¿y á quien dirán Vds. que vi?—Pues era nada menos que al mismo *don Policarpo Omnibus* en persona... ¡Si era preciso!... Allí estaba tambien él.

—¿Qué traes por aqui, señor Curioso? (porque él amigo tiene tambien esta gracia, que es de los que tutean á todo el mundo).

—No traigo, sino llevo, señor don Policarpo.

—Veamos qué.—Y me sujetó á un escrupuloso exámen de todas mis mercancias, probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad, me empezó á encajar la historia de aquella casa; y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenia al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia, á virtud del trasiego general de funcionarios tan frecuente en estos tiempos.

—Era muy amigo mio, abadió, y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aqui para averiguar una dudilla...—y al decir esto todo se le volvía entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y don Policarpo, flechándoles uno á uno sus lentos, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él.

—A tus pies, Mariquita.

—Hola, perillan ¿tú por aqui?...—¿Y tambien el condecito?... vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él.)—Mira, Curioso, tú que todo lo cuentas ¿ves aquella pareja exigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se miran á todos los espejos, y él lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y él la derecha y ella la izquierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que están poniendo casa, y... advierte con qué tierna solicitud el recién marido hace que ella se siente de vez en cuando, sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira cómo repara en sus ojos, esforzándose á leer en ellos algun antojo, para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el enves... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos, cómo hojea ese libro para que creamos que entiende el griego; pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... ese es un sastré del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Seníramis* y de *Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de plata? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novisima? pues ya hace veinte años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí...

Y sin darme lugar á responder me arrastró por las piezas interiores, hasta que llegando á un gabinetito cerrado, miró por la ventana, y apartándose un poco, me dijo al oido.—Aquí está mi dudilla... Dió dos golpecitos á la puerta...—¿Quién va?...—Señora, á los pies de V. ¿Da V. permiso para que veamos la habitación?—No hay inconveniente.

Y se abrió la puerta, y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heróica y magulífico continente.

—¡ Oh Falanita ! (esclamó al verla don Policarpo) no me engañaba el corazón : ¿ cómo ? ¿ pues no ha acompañado V. á su esposo á su nuevo destino ? — Y me apretaba el brazo , y como que se sonreía el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la señora .

— No señor ... hay tantas cosas que arreglar ... ¡ y luego los caminos están tan malos para las damas ! ...

— Y sobre todo si las damas son del talle de V. , no estrañaria yo que acudieran al reclamo todos los salteadores de quince leguas á la redonda . — V. siempre de tan buen humor . — Y V. siempre de tan bella cara ... —

A decir la verdad , yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena , y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella , tomé el partido de salirme por los corredores á silbar á los canarios ó coger flores de las macetas ; cuando de alli á pocos minutos sale mi don Policarpo á buscarme , en un estado radiante de alegría ... Aquel hombre era otro enteramente ... antes todo lo miraba con desden , ahora todo lo compraba por su precio .

— Y no te admires de esto (me decía) , me quedo con el cuarto , me quedo con los muebles , y en cuanto á la señora ... (porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo , bien sabia yo que no lo era , porque hace años que le serví de padrino cuando se casó con una viuda en Goatemala) y ...

— ¿ Con que es decir que se queda V. con la dama tambien ? ¿ y dígame V. , en esa adquisicion ha tenido V. presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda ?

— Auda , socarron , me replicó don Policarpo entre mohino y risueño ... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles , y yo me quedaré con los míos ; en cuanto á los demas , señores (añadió alzando la voz) , escusan Vds. de molestarse mas , porque todos los enseres de la casa los he comprado yo . —

Volvi en efecto al siguiente dia , y me le encontré ya instalado en su nuevo estudio , que era el mismo gabinete del dia anterior : como tiene confianza conmigo , me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso* , y aun me añadió que para que la mistificación fuese completa , tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor , cosa que no le podia negar el ministro , por ser , como era de pensar , amigo suyo ; por lo demás , en la casa nada se habia mudado , sino era un retrato en el tocador de la señora , y un original en su corazón .

(Octubre de 1837 .)

HABLEMOS DE MI PLEITO.

• Beatus ille qui procul negotiis . •

Horat.

• Dichoso el que de pleitos atejado . •

CUANDO la imaginacion se halla afectada de una idea dominante , es en vano el pretender reducirla á ocuparse en otro objeto , pues la menor coincidencia , la mas insignificante expresion , suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos , y volvemos á lanzar de nuevo en el agitado circulo de aquella misma idea de que pretendiamos huir .

Hablo por experiencia propia , y si ya de antemano no estuviera convencido de ello , el suceso presente bastaria á probármelo con rigurosa exactitud .

Despues de haber pasado una noche bien larga y agitada , soñando con lo que suele soñar un litigante , es decir con *mi pleito* , me preparaba á disipar aquellas tumultuosas ideas , borrajando un artículo critico-burlesco que ofrecer á mis benévolo lectores : pero el diablo (que no duerme) habia estravariado entre mis papeles uno que por el sello real , sus anchas márgenes , y las tres iniciales « M. P. S. » que le encabezaban , reconocí muy luego por uno de los alegatos , el alegato número 62 de mi derecho en el pleito consabido . Y no fue menester mas para que mi imaginacion rebelada de nuevo y dispuesta á no transigir con otra idea , me arrancase violentamente á mis propósitos , lanzándome sin voluntad mia desde el palacio de Momo al santuario de Themis ; desde mis libros favoritos á la Guia de Forasteros y al Febrero adicinado ; desde la festiva máscara de Talía á la indigesta faz de un escribano .

El compromiso era grande : de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres ; por otro mi pluma negándose por aquel momento á trazar otras frases que no fuesen las consabidas del *otro-sí* y del *y por qué* ; Addison y Labruyère huyendo á todo correr de mi cabeza ; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura ; mi memoria llena de trámites judiciales ; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas ; ¿ qué recurso , pues , me quedaba ? ¿ recurso de apelacion ó de injusticia notoria ? Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar si fuese posible aquellas dos ideas ; y supuesto que el público reclamaba costumbres , y que mi imaginacion se encastillaba en el foro , probar á escribir un artículo de costumbres del foro , con lo cual tranquilamente , y como por la mano , encontraba la salida de tan grave compromiso . Tomada , en fin , esta resolucion , falta saber si los lectores aceptan el partido ... ¿ Dicen Vds. que sí ? ... vaya , pues *hablemos de mi pleito* , casualmente *aquí tengo los papeles* .

Ante todas cosas conviene advertir que yo no soy de aquellos litigantes infatigables que en llegando á agarrar por su cuenta un tantonco de auditorio , no estan contentos si no le embocan la historia de su litis , tomando su principio , cuando no desde el pecado de Adán , por lo menos , y en gracia de la brevedad , desde la mismísima arca de Noé . No señor ; nada menos que eso : me hago cargo de la razon , y á decir la verdad , ¿ qué les importa á los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tio materno , el cual tio lo recibió directamente de su padre , y este se hizo cargo de él por via de dote con la blanca mano de mi bisabuela , la cual es fama que ya venia representando en el tal embrollo el derecho y accion de tres generaciones anteriores ? ¿ qué falta les hace enterarse de que el tal pleito sea sobre propiedad de unas , en otro tiempo viñas , en tierra de Jerez , ni que empezara su sustanciacion (la del pleito , no la de las viñas) en dicha ciudad , que siguiera en Granada , y que luego viniera á Madrid , y pasara por todos los Juzgados posibles (incluso el de Mostrencos) , y subdividido en incidentes como un drama romántico , ó en artículos como las *Escenas Matritenses* , abraza en fin , bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas de cuatro alcaldes mayores , dos audiencias , una chancillería y un supremo consejo ? ¿ Qué les importa , digo , saber que dicho proceso entre *interlocutorias* y *definitivas* , entre *confirmaciones* y *reformas* cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias , de las cuales cinco á favor de la contraria , y cinco al mio , amen de otras cuatro á guisa de oráculo ó logogrifo que nadie ha acertado á descifrar ? ¿ Qué adelantará , en fin , con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el secundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados ; las viñas desaparecieron hace

siglo y medio, y que hoy día la tradición se esfuerza vanamente á conjeturar hácia qué parte, legua mas ó menos, estuvieron plantadas?

Todo esto, á decir la verdad, de poco ó nada aprovecha al lector, y de lo que sí únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fé de mi abogado; el cual me lo asegura á mi bajo la fé de la Novísima Recopilación; fé sin embargo tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiar, empeñándose en favorecer á mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes de que uno y otro somos litigantes de buena fé, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinación respectiva heredada y adquirida, es tal, que ni que fuéramos partidos políticos, y antes consentiríamos en perder ambos la existencia que acercarnos al menor término de transacción y de acomodo. Nada de eso. — «Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho.» — «Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela.»

Y nuestros abogados respectivos, dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen mas y mas de nuestra justicia (todo por supuesto con su cuenta y razón), y nos esplayan y formulan nuestros derechos, á tanto la hoja; y nos ajustan un memorial cargado de razón, y nos aflojan el bolsillo, descargado por ellos de pesetas. Así que lo menos curioso del tal pleito somos las partes, quiero decir, mi contraria y yo, porque solo aparecemos en relación, y nuestro nombre solo sirve de pretexto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir á fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro formado en las áululas salmanticenses, curado en chancillerías y audiencias, cocido luego en concursos y ab-intestatos por todas las escribanías de número de esta heroica villa, y servido despues en menestra de *tanteos*, *moratorias* y *despojos*, en todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. Déjase por lo dicho inferir lo sabroso que será el manjar de su forense erudición, y si habrá causa, por menguada que sea, que no adquiera en manos de *don Simeon Pandectas* todos los colores del iris.

«El estilo (dice Montaigne) es el hombre;» y si esta observación es exacta, como yo creo muy bien, pueden echarse á discurrir qué hombrecito será el que escribe por este estilo. — «Y por cuanto los supradichos argumentos bastarian á pulverizar y reducir al silencio cualquiera erizada batería de sofísticas balmenas tras de la que pretenda encastillarse la contraria; y porque, las pruebas en que hoy nos revolcamos, combinadas y puestas en infusión en el lucífero crisol de la sabiduría de V. A., no podrán menos de hacer patente á todas luces del día y de la noche, de presentes y venituros, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulación y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez, en fin, que ven los ciento sesenta y dos años que há que acudí á mi cliente ó sus causantes al templo de la Justicia en denuncia de la detentación de que era víctima por parte del precitado N., y atendiendo á que despues del sostenido combate con que demandantes y demandados, tirios y troyanos, han venido sosteniendo el argumento respectivo en el magnífico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoy desentrañamos, aparece, en fin, satisfactoriamente dilucidada la cuestión, y disipadas las densas nieblas, refulgente penetrando el sol de la verdad en las mentes mas acoradas y obtusas. — A. V. A. suplico se sirva por méritos de lo espuesto proveer, resolver y determinar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejó impetrado, y anular y

preformar las ilegalidades (hablo con la venia) del inferior, como así es de justicia que pido, juro, costas, etc. — Otro sí, digo: que por cuanto en el alegato contrario á que contesto, se sientan espresiones á su fólío 14 vuelto, líneas 16, por manera injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole «retrógrado y añejo, y á su estilo exótico y gerundense, con otras varias demasías que ponen de manifiesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendente: — A. V. A. suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras, con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustración tenga á bien ordenar, como tambien así procede en terminos legales, etc., etc. — *Licenciado don Simeon Pandectas*. — Honorario por reconocimiento, extracto y alegato, cien ducados.»

El defensor de la contraria es en efecto un jóven de 28, recientemente laureado por la universidad de Alcalá, y tan diferente en genio y estilo del vetusto don Simeon, como se infiere de todos sus escritos, en que todavia respira el sabor declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indigestas disertaciones de mi letrado, suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente: — «¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo la contraria abusará de nuestra paciencia? ¿Hasta cuándo el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad ó la ignorancia del de la justicia y la sana razón? ¡Alma virtud! Tú que desde el cielo riges el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi defendido, y dínos que á él pertenecen las viñas en cuestión! Abranse, señor, las páginas de la historia, y desde las mas remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad, combatido por los sofísticos argumentos de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por doquier á su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos mas remotos, escuchemos únicamente al gran orador del foro, esplayar con este motivo las reflexiones, siguientes. (Aqui transcriba un buen trozo de la oración *Pro domo sua*, y continuaba): Ni se diga, señor, que para huir del caso presente me remonto á los tiempos heroicos y á las legislaciones estrañas, no; para dar la robustez necesaria á mis argumentos, la justicia patria me servirá de apoyo suficiente. Abranse esas Partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo, recórranse esos Fueros, y Recopilaciones, y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de decretos y reales órdenes, y se concluirá, etc., etc...» y por aqui iba discurriendo hasta que probaba con los discursos de *Mirabeau* y las coplas de *Juan de Mena*, que las tierras no me pertenecian, y que se me debía imponer perpétuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personajes que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos á la sombra de sus respectivas banderas dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una gerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y agentes: los escribanos de cámara, de número y diligencias; los relatores y agentes fiscales; los pajes de bolsa, alguaciles y porteros; y otra porción de aves menores de esta gran familia plumática, forma vistosa y distinguida comparsa á los dos mantenedores del torneo, ó sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galardón del vencedor. Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las platendas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, é interpre-

tan al caso particular las disposiciones generales de la ley.

¡Oh dichosa la edad, y siglos dichosos aquellos en que un sexagenario patriarca sentado en el humilde escño a la sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente expresadas de los demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo á entrambas, y sin mas código que el de la verdad y la sana razon, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban á respetarla, y á dar á cada uno lo que suyo era! Empero por desgracia aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de petulancia y de falsia, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la ley, y la estútua de la justicia se vió á veces cubierta con el velo del error, y la sofisteria ó la mala fé pugnaron por estender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entonces, cual en templo profanado y en ruinas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murallas los malignos insectos ó las silvestres plantas, víéronse hormiguear en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas que hicieron temer al hombre justo el acercarse á tan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la Discordia se ha entrado de rondón por tus puertas, y que sin parte activa tuya has sido victima de algun entuerto que en pró de tu interes ó de tu buena fama te conviene enmendar ó desfacar. Tú quisieras; ya se ve! acabar si fuese posible en un minuto con tu competidor (ó sea si te place competidora), y cuando esto no fuera dable, acudir á quien breve y sumariamente te diese la razon, si la tenias, y á tu contrario obligase á dártela tambien. Cosa es todo esto muy natural y sencilla en teoría; pero el interes (principal móvil que dirige esta máquina mundana) ha llegado á poner en la practica tales trabas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino á los contrincantes y arrebatarles en su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y á tal punto llegan las cosas, y tal ha venido á parar la señora justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, y solo á los iniciados en sus misterios (¡los misterios de la verdad!) es dado el penetrar en su oráculo y promover é interpretar sus decisiones para darlas luego á conocer á los profanos á quienes obliga su cumplimiento. Porque los abogados dividen el mundo en dos clases de gentes, á saber, abogados, y no abogados; á la primera regalan la inteligencia; en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. g. de tu pleito, lector amigo, has de saber que desde el primer momento que le entables, aparece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padrinos forenses, porque ellos te harán quedar á la entrada del palenque, y solo ellos penetrarán en el interior, y allí te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus munciones.

Y así es que para presentarte á usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar á un escribano real, notario de los reinos, para que use de él por tí, porque nada serviría que tú dijases: «Yo, fulano de tal, quiero esto, y digo lo otro, y otorgo lo de mas alla,» si un escribano no da fé de que tú eres tú, y que quieres otorgar ó decir lo que quieres decir y otorgar; que es decirte, que si quieres ser creído en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder *amplo, general y bastante, cual de derecho se requiere y es necesario* á fulano ó mengano para que te defienda en el supuesto pleito, etc., con otra multi-

tud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como estas... «*apida ejecuciones, prisiones, solturas, embargos, desembargos, ventas, trances y remates de bienes...*» «*Tache y contradiga, recuse, jure y se aparte...*» «*Oiga autos y sentencias, interlocutorios y definitivos, consienta lo favorable, y de lo adverso apele y suplique, etc., etc...*» Todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto en el papel del sello correspondiente, por que tambien desde aquel momento has renunciado á tu papel, por muy bueno que lo gastes, habiendo de trocarle por otro bastante malo; pero que no por eso dejará de costarte á razon de cuarenta maravedis por hoja; y advierte que estas tampoco serán economizadas por los amanuenses, que con sus anchas márgenes y letras gordas parecen tener convenio tácito con la Hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado la misteriosa incubacion de tu persona en la persona de tu poderado desaparecerá aquella, y únicamente quedarás bajo la forma de tu agente de negocios, ó tu *alter ego*, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos é instrucciones: pero sobre todo los fondos, porque sin ello te espones á verle convertido en autómatá descompuesto, y solo quiero recordarte lo que con este motivo dice el ingenioso don Ramon de la Cruz:

«Los agentes y relojes
son máquinas delicadas,
que si no se les da cuerda
luego al instante se paran.»

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda habia tenido un pleito) se anticipó á expresar una idea semejante en los siguientes versos:

«Cualquiera que pleitos trata
aunque sea sin razon,
deje el rio Marañon
y entrese en el de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad. Verdad»

Mas volviendo al agente, este tampoco se presentará ostensiblemente en representacion de tu derecho, sino que oculto entre telones dirigirá desde allí los movimientos de los actores, regulará su accion, y aplicando á la máquina el necesario combustible, él la hará marchar con la rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan ó entorpezcan. Por lo demas apremiamente y para *dar la cara* en la cuestion, él sustituirá tu poder en uno de los procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal á la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en *tomar y recibos* (tomando y recibiendo), y en *apremios y términos y rebeldías y avisos* te regalará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar á la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal; ya ha presentado el poder que le autoriza, y el juzgado ha dicho: «*Hásele por parte*;» ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su juicio material ni sus escasas letras; con que tienes precision de valerte de un abogado (y si no lo has por enojo te recomiendo al mio, que ya habrás conocido por el estilo, que es hombre de calibre y de brochu gorda), el cual formulará tu peticion en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador y este al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá, «*Traslado á la otra parte*,» y la otra parte no querrá acudir á responderte; y tendrás que acusarle tres *rebeldías* con otros tantos *autos*; y por último se presentará, y luego pedirá tres *términos* para contestar, y al cabo de ellos lo verifica-

rá; y vendrá de nuevo el proceso á manos de tu defensor, que volverá á reproducir lo dicho, y luego al otro, y después á tí, y mas adelante serás *recibido á prueba*, y se te concederán los ochenta días de la ley; y ambas partes buscareis testigos, hareis largas informaciones; y despues, cuando el escribano dé cuenta al tribunal, este dirá que lo haga el relator, y este hará nuevo extracto y apuntamiento y relacion, y dirá el tribunal: «*Pase al fiscal*;» y este mandará á su agente fiscal que le diga lo que ha de responder; y luego vuelta á la rueda; y á lo mejor el contrario formará un artículo de *no contestar*, el cual es un pleito aparte (como si dijéramos un episodio del drama); y despues de bien *sustanciado* se reunirá todo á la principal, y por último se llamará á *estrados*, y acudirán los abogados á esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dirá: «*Vistos*;» y os retirareis; y aquella noche no dormirás; y á la mañana siguiente vendrá el paje del relator con una providencia que no entenderás, y tu agente tampoco, y la pasarás al abogado, y este no se conformará y *apelará* á la otra sala, y vuelta á la rueda; y despues será confirmada la sentencia, y *suplicarás* de ella; digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo; y por último, tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin su riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han trasformado en *pedimentos, autos, apremios, tiras, juntas, pases, encomiendas, tomas, llevadas y traídas, firmas, notas, entregas, propinas y papel sellado*, pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesion de lo que ya no existe; y un proceso en variedad de letras por donde pueden aprender á leer tus biznietos; esto si ganas el pleito, mas si lo pierdes, te quedarás sin todo aquello, mas sin la ejecutoria, y solo podrás usar de la cuerda de los autos, si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu existencia.

Perdona, caro lector, si la agitacion de mi mente me ha conducido adonde no pensaba: tú por fortuna acaso te hallas libre de este temor; mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo... ¿Que no le tienes? (me dices) ¡tanto mejor! ¡Dichoso tú que te habrás fastidiado con la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle, repitiendo con Horacio: ¡*Beatus ille qui procul negotiis!*

(Setiembre de 1857.)

MADRID A LA LUNA.

I.

«En el silencio oscuro su belleza
descuena de afeitadas fantasías
le descubre al pintor naturalista.»
Pablo de Céspedes.

MADRID es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada día encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van trascurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí á la fuerte tentacion de leer e en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavia no encuentro agotada la materia, antes bien los límites del campo que me tracé, cada día se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral,

unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros á la brillante luz del sol del medio día, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera; cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos á límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el día (lo confieso con rubor) no habia parado la imaginacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza pródiga é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas, esto es, *Madrid iluminado por la luna*.

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaría de empezar aquí mi narracion por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el ¡*Oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella mi ma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaría de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de San Blas por ejemplo) miraría dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche, las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginacion las prestaría vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, miraríalas

«levantarse, crecer, tocar las nubes,»

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agita á sus pies, y que probablemente seguiría tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos estremos prestaría sin duda interes á mi discurso, y convertiría hácia él la atencion de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitología, y eso me dan las metamorfosis de Ovidio como los monstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy heroica, imperial, y coronada villa y córte de Madrid*.

II.

LA MEDIA NOCHE.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos y cediendo al nocturno fanal la alta mision de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta, que honra sobremedera á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion, recogian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés, entornando sus puertas, despedian políticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas, cerrando tambien sus entradas, dirigian una tácita reconvenccion á los vecinos perezosos ó distraídos. Veíase á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvian á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente, hasta que se oia acercar un ruido compaseado, semejante á los

golpes de un batan ó á las descargas lejanas de artillería; y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que en fin, abiertas estas, iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subían por la escalera.

Los amantes dichosos habían concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro había muerto ya el último interlocutor, y Norma se metía en el simon, y Antony tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; y el celoso amo de casa hacía la cotidiana requisa de su habitación, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutía con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormía en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro, creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante, bajo el balcón de su querida, esperando una palabra consoladora; velaba el malvado, probando llaves y ganchos para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo, contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete, viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta, inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela, mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el alerta á sus compañeros dormidos; velaba el alta deidad en el baile, siendo objeto de mil adoraciones y agasajos: velaba la infeliz escarbando en la basura, para buscar en ella algun resto miserable del festin.

Y sin embargo, en medio de este general desvelo, la poblacion aparecia muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpia este monótono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el aullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del vigilante, que en prolongada lamentacion esclamaba... *¡Las doce en punto! y... sereno.*

III.

EL SERENO.

No se puede negar que la persona de un sereno considerada poéticamente tiene algo de ideal y romanesco, que no es de despreciar en nuestro prosaico, material y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviniendo al sueño de la poblacion, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heroico, que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hubieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante mision; no por ser recompensado con otro mas alto, deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del pais; la del abogado, escudo de la inocencia; la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo; cuando los gobernaantes abandonan

por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca á los brazos de su esposa y de sus hijos (que tambien es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzon, cuelga á la punta el luciente farolillo y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir, rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte á quien asaltó; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavia en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener, ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impenetrable, como su imaginacion; presta el atento oido al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, esclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto! y... sereno.*

IV.

PASEO NOCTURNO.

No sé si he dicho (y si no lo diré ahora) que aquella noche, por un capricho que algunos calificarán de extravagante, me habia propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo; y que para poder hacerlo con mas libertad, habia creído conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rian mis lectores de esta trasformacion de mi esterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridiculas, vemos y contemplamos todos los días sin estrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir la inteligencia del alma; ¡y cuántas veces un magnifico uniforme suele servir de disfraz á un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: ó que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se trasformase en sereno. Lo segundo me pareció mas fácil que lo primero.

Ya habia un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oidos una grata armonia de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminacion que despedían las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compas. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares con sendas bandejas, distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso

murmulo de mil diálogos interesantes, y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risas y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta, varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando mas embelesados estábamos en esta contemplacion, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor á los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso, por una disonancia *sui generis* que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices, acostumbradas de improviso, nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salon, y prestarse mutuamente pañuelos y frascillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demas funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternacion del concurso, ni en la incongruencia de su determinacion, se preparan á ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestion.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de rigurosa etiqueta, con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena; le suplica que dilate hasta el siguiente día su operacion; otras veces le amenaza, le insulta, y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus gefes. Este diálogo aoidado se estereotipa en la imaginacion de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *sortous*; los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos; los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos; y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan melfítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fué del todo inútil en tan crítica situacion, antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, á reunir las discordes parejas que por efecto de la distraccion y aturdimiento, propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendian un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia.

Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galan mas de una vez me dió á

todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina á la demas familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo, observando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazon. — «Tranquilícese V. (le dije al oído); su esposa de V. es todavía digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los días está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mio.» — Dicho esto desaparecimos bruscamente, sin dar lugar á mayores esplicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y dar gracias á la sociedad, que por servirle se había escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas que gritaban ¡*favor!* ¡*ladrones*, *ladrones!*—Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las bocacalles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocupanse los desfiladeros, y de allí á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando; «*A ese, á ese; al ladrón, al ladrón.*»—Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardido, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hácia el que corre; y, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atras; pero ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos sufriendo su terrible interrogatorio, y los mas terribles reflejos de los faroles, asestados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbacion del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirle al cuerpo de guardia, en tanto que los demas corrian á prestar su auxilio á los vecinos de la casa asaltada; estos juraban y sostenian que algun otro malvado se habia escurrido hácia los tejados; y así era la verdad, y que sin duda lo hubiiera conseguido, gracias á la ligereza de sus piernas, en contraposicion á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

«Todas las cosas á ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos.»

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel, que vió restablecido el silencio, y que era la ocasion oportuna para volver á hacer la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano: ¡*Las dos en punto y... sereno!*

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena, que á juzgar por la obertura, no podia menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nom-

bre, formaba un estrépito original y extravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no da lugar á dudas ó interpretaciones. Así que luego que oímos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Éralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigian aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez, con una calcetera tambien viuda, tambien vieja, y tambien honrada; determinacion heroica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorchita del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendia á interrumpirle por largo rato. Consiguiólo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió desamparada la calle, no pudo resistir un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó: *¡Las dos y media! y... sereno.*

«Gracias, amigo,—dijo á este tiempo una aguar-dentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Caribena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigian en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una mujer desgreñada y freuética atravesaba la calle para rogarlos que fuésemos á la parroquia á pedir la estrema-uncion para su hijo... y por el opuesto lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometia, empuñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viniera á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnros tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaria Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirian mal aquí.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visita-do en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin escitar mi natural curiosidad. Pero en fin, instado por mí, y sin duda conociendo que ya podría ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego conocí la causa misteriosa de aque-lla reserva. Érase un apuesto galan embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraido en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcón, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose al preocupado galan: «Buenas noches, señorito.»—¿Cómo? ¿pues qué hora es?—Las tres y media acaban de dar.—Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcon, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa tambien.—

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el dios tutelador de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginacion, sin que bas-

tase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacia tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en brazos de su esposa, y dirigia sus caricias al inmediato guarda-canton; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría:—«Ya viene Colás, y el día no puede tardar tampoco.»—¿Y quién era (esclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes?—¡Ahí que no es nada!... Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignora-das bellezas, químico analizador de la materia; sus-tancia que se adhiere á los sustancias de valor; disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesiva-mente los depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojados. Y como la raza canina cuenta tambien con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley al fin hecha por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que estrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interes con que lo harian si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departian Alfonso y Colás sus mútuos sentimientos, entre tanto que yo, apoyado en una esquina, saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponia á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana estruñlla llamó rápidamente la atencion de Alfonso, que con el mayor interes interrumpe su diálogo: aplica el oido, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes: y esclama... *¡Las cuatro menos cuarto!... y ¡fuego en la parroquia de Santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los se-reenos; cuáles á avisar á los obreros, cuáles á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las bombas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hácia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refuyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magestuosa é imponente: iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numero-so de operarios que acudian á hacer trabajar las máquinas, á extraer las personas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecia un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban en verdad sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiracion por un lado, dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos ve-cicios que esmeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el bal-con; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos; ni quien derribar una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido

elogio. Los serenos, colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas dispersaban á la parte innecesaria de la concurrencia; y los vecinos prestaban sus casas á los infelices, víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el órden, hasta que ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudian á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrían ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos seguían el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo hizo alto delante de una modesta habitación, y con mayor alegría que en el resto de la noche exclamó: *¡Las cinco en punto! y...*

—*«Ya bajo,»*—le contestó desde la butarquilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituido á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado, del que toda la noche había sido sereno é indiferente espectador.

(Noviembre de 1837.)

LA BOLSA.

I.

*«Toujours triste ou fougueux, pestant contre le jeu,
ou d'avoir perdu trop, ou bien gagné trop peu.»*

Regnard.

Ora frenético y loco,
ora triste y abatido;
ya porque mucho ha perdido,
ya porque ha ganado poco.

CUANDO Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas del Potosí desagubaban en su recinto, entonces no teníamos *Bolsa*; ahora tenemos *Bolsa*, pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas, y el Potosí.

En aquellos felices tiempos todo el sistema de hacienda estaba reducido á necesitar dos y gastar cuatro (porque había estos cuatro); en el día, por el contrario, todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos... y gracias si se puede contar con estos dos.

Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones, y de este modo, si perdimos nuestra superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito*, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). Tenemos también *caja de amortización*, donde todo se amortiza, capital, intereses y acreedores; tenemos una grativariada de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones, certificaciones, transferibles, no negociables, títulos al portador, resúduos, cupones, acciones, dividendos y billetes del Tesoro*; todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, además del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpintera. Tenemos, en fin, *Bolsa de comercio*,

en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos á otros por medio de atrevidas apuestas y demás lances que constituyen el entretenido *juego de fondos públicos*.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigía desde su bufete las mas grandiosas empresas, espedia sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao ó á la Vera-Cruz; ora recibía los ingeniosos artefactos de Manila, el cacao de Caracas ó el azúcar de las Antillas; ora contentándose con mas moderada y segura ganancia limitaba sus operaciones al descuento de letras, y cambio de fondos con las diversas plazas mercantiles.

En el día tal clase de negocios solo queda para gentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesario, para lo que en lenguaje técnico llamamos *meterse en la Bolsa*; y á la verdad ¿cómo la perspectiva de un mequino interes de diez ó doce por ciento al año podría lisonjear al atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adagio vulgar, «no todo lo que reluce es oro,» y que tales suelen ser los resultados de estas gigantesca operaciones, que destruyen en breves momentos las fortunas mas sólidas y acreditadas. Pero los hombres, en sus proyectos de ambicion, acostumbran generalmente á mirarlos solo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance á conseguir un buen resultado, ofusca y hace olvidar la multitud inmensa que quedaron arruinados por levantarle. Semejantes al atrevido navegante, que fija la imaginacion en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos á quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan á la moralidad de las familias, que ponen en continuo peligro á los gobiernos y á las naciones. Los hombres del día no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinacion, la han reducido á sistema; han compuesto libros en su elogio; y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraría la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. Inútil es, pues, cuanto se declame; la esperiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interes, cerraran las suyas los de la filosofía y la razon.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de estas, y el hombre inesperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflexion. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros á que le espone la ambicion; si despues de ello gusta lanzarse en tan funesta via por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella mas que para precaver á un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

II.

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, había llegado á una edad avanzada, disfrutando por su probidad de una reputacion honrosa, y en posesion de la inmensa fortuna que le habían proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambicion de dejar á su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo á su imaginacion en los últimos años de su vida, y al efecto li-

quidó sus negocios y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas á uno de sus hijos, á quienes habia de antemano educado convenientemente para la carrera á que pensaba destinarlos.

Ambos jóvenes, por fortuna manifestaban á ella la mayor inclinacion, al paso que ayudados de los conocimientos adquiridos, prometian aplicar á su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter sin embargo de los dos disenta notablemente, y prometia imprimir á sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que así se llamaba el mayor) se distinguia por su espíritu metódico y reflexivo: pensaba mucho y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto punto un éxito seguro aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el giro de letras, las anticipaciones á un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento que combinaba en ellos con su interés y su inteligencia. La mas pequeña comision, el negocio de menor cuantía, eran por él mirados con la misma atencion, con igual celo que aquellos de primer órden. La exactitud de sus libros de caja podian servir de modelo; y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la formalidad. Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputacion se aseguraba mas y mas. Para colmo de su felicidad habia escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene á ser la lima que consume lentamente las mas sólidas fortunas.

Enrique, el otro hermano menor, estaba dotado, segun se dice en el mundo, de mas elevadas miras, de mas brillantes cualidades. Su educacion tambien habia sido distinta de la de su hermano; este jamas habia salido de su país, y acostumbrado toda su vida á aquel sistema uniforme y á aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique, por el contrario, habia viajado mucho; habia visitado las capitales extranjeras, y las mas famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y como él decia, *gran financiero*; tenia una selecta librería; gustaba de hablar y disputar largamente, y obraba en todo con precipitacion, que él apellidaba valor y energía.

Desde el instante en que á vuelta de cien consejos saludables recibió la emancipacion paternal y se vió al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándole aquel estilo que habia observado en varias extranjeras, y que él llamaba *sabor europeo*. Para ello dejó á su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, los inmemoriales corresponsales de la casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto á sus gigantescas disposiciones, se trasladó á la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugeria su exaltada imaginacion.

Desdenando, como era de esperar, los negocios comunes, vió en las operaciones bursátiles el ancho campo adonde podria lucir los grandes recursos de su fantasia. Era precisamente la época en que recién establecida la Bolsa de Madrid, se convertian á ella todos los conatos de los grandes capitalistas; y cada día servian de objeto á la conversacion general las inmensas fortunas realizadas en breves horas por especuladores atrevidos. Enrique, que habia sido testigo de iguales portentos en otras capitales, y en cuya imaginacion estaba siempre fija la idea de un *Rotchild*: que contaba con grandes conocimientos en el juego

de fondos públicos, y que ademas podia emprenderle desde luego con un buen capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios sus numerosas y osadas operaciones llamaron á su casa á todos los agentes de cambio, y su firma ó endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulacion. En vano su experimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le exhortaban continuamente en sus cartas á la prudencia, describiéndole este último con los mas vivos colores la felicidad que disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imaginacion, las dulzuras de la vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos mas.

Y era así en efecto la verdad; lisonjeado por la pérfida fortuna, que cual mujer coqueta se complace en aturdir y sujetar con sus favores á aquel amante á quien cuenta luego sacrificar, se diria que una estrella favorable presidia á todas sus operaciones, á todos sus empeños. Los sucesos públicos que tanto influyen en el alza y la baja de los fondos, parecia que se modelaban y desenvolvian á medida de su necesidad y de su deseo; si compraba al *contado*, luego inmediatamente subia el papel; si vendia á *plazo*, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo, en pocos meses llegó á realizar un capital inmenso, capital suficiente á satisfacer otra ambicion que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecian sin embargo en razon directa de su fortuna; y deseoso de asociar á ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera y brilló por un momento con todo el esplendor que él habia imaginado en sus sueños orientales.

Si va á decir la verdad; en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente de deseos superiores á la realidad; entregado dia y noche á combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban á los términos de sus contratos; pendiente de la ruina ó de la fortuna de sus connegociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular mas acertadamente los sucesos futuros; agitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades de que pendia continuamente su completa fortuna ó su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpétuo delirio, que ni el sueño podia interrumpir, ni el ruido de los festines alcanzaba á templar. ¡Miserable riqueza la que se compra á costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término á su ambicion!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo, cuando la caprichosa fortuna dando vueltas á su rueda dijo á su protegido: «Hasta aquí llegarás;» cuando todos los medios de su elevacion se convirtieron rápidamente en agentes de caida, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesí de un hombre que, medido hasta allí apaciblemente por los olas, mira estrellarse su bajel á la entrada del puerto, y caer una á una todas las ilusiones de su fantasia?

La situacion de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inexplicables, y á que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun mas rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos mas bien dirigidos le fallaron, que las operaciones mas sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano

á quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron á hacer frente á sus responsabilidades, hasta que acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazon un sentimiento de orgullo, desapareció de su casa y de su pais, corriendo á ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintieronlo

sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caída con indiferencia; sus enemigos con alegría; los demás hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso, como si tal no hubiese acontecido; y si alguna vez la imaginación les recordaba á su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla á imprudencias y ligerezas, de que to los se creían siempre dispensados.



III.

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce.... ¡hora fatal que va á decidir la suerte de cien familias, que va á lanzar á unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que



El Agente de Bolsa.

es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que median de doce á una se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos.... ¡Qué agitación, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna!... Ved al magnífico comerciante, á aquel que preside y gobierna á un centenar de de-

pendientes, dejar entregados á estos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitación, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen á saludarle. Observa al prosaico mercader, que fia la vara á su consocio, y marcha por medio de la calle registrando cuidadosamente su abultada cartera. Dejad paso al birlocho del agente de cambios, á la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del baston del elegante jugador.

Todos vienen á refluir á un mismo punto; todos dirigen el rumbo á Filipinas, á las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad si podeis en aquel angustioso recinto... allí nada se paga á la entrada; ¡lo que se paga es la salida!...

Un elegante patio cerrado de cristales, circundado por una galería, sirve de escena á aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones... Repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Londres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena, como que quieren dar á entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estatuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, están allí en buena compañía y de toda etiqueta, como gentes que apenas se tratan entresi.

En el centro del salon, y dentro de una elegante baranda circular, el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los agentes y las publica en alta y desapacible voz, y en derredor de la verja que cierra el estrado se agitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilación, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorrumpe en esta espresion:

«Se han hecho.... dos millones de reales, en certificaciones sin interés.... al cinco y tres octavos por ciento.... á sesenta dias ó voluntad del comprador...»

Y vuelve inmediatamente el murmullo, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oido, y el hacerse señas de in-

teligencia, y el rascarse la frente; y el alhuercarse el corbatín, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atrás, y el escudriñar respectivamente los semblantes para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender.

Los unos mas inespertos ó mas arriesgados andan de aquí para allí proponiendo sus negociaciones; los otros veteranos, permanecen inmóviles, escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuáles disputan sobre las probabilidades de alza y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos extranjeros; cuáles afectan desdenosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera, y de las *grisetas* de París. La mas agitada expresion brilla en la fisonomía de aquellos; en estos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiracion estúpida, y abren un palmo de boca á cada operacion que oyen pregonar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella columna, corren de un lado á otro con una prodigiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquel, llaman aparte á este, dicen dos palabras al oído del otro, ó reciben con un movimiento de cabeza una señal del de mas allá.....

— ¡Medio millon de cuatros al 20 $\frac{1}{2}$ á sesenta dias? — ¡Prima de uno? — Vaya. — ¡Dos millones del 5 al contado? — Los tomaré si hay plazo. — ¡Firma segura? — La de... — (Aquí un fruncimiento de de labios, y se separan sin hablar mas.)

— Señor agente, aquí tengo esos 200,000 reales del 5. — Pues; todos á vender.... no puede ser, nadie toma nada, no se encuentra dinero... — Eh... — Allá voy. — Palabra: ¿puede V. proporcionarme un pico de 200,000 reales al 5? — Difícil será... yo no sé en qué consiste... hoy el papel está muy buscado; aguarde V. un momento. — Eh, caballero; ¿á cómo daba V. su papel? — Al precio corriente, al 20. — Imposible. — Vaya al 19 $\frac{3}{4}$. — ¿Acomoda al medio? — Sea. —

Y la voz pública pregona: *Se han hecho un millon de reales, títulos del 5 por ciento al 20 $\frac{1}{2}$ al contado.* — ¿Lo ve V.? ¿no lo decia yo? — Ya, pero esa es una operacion hecha á primera hora, y luego lo de V. es un pico y... —

Mas volvamos la cabeza á ese otro corrillo ruidoso y agitado... Son políticos, que impoliticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar; y el mas condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar á cuchillo á los Dardanelos, y que el Czar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan á temblar como azogados y se apresuran á ofrecer su papel á menos precio, y el cambio baja, y el político se da prisa á comprar, y luego vuelve á reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternich ha improvisado un congreso en una de las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma y el precio vuelve á subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitacion va creciendo sucesivamente por minutos á medida que va acercándose la hora de conclusion, y ya en los últimos momentos es inexplicable el movimiento, la indecision, el estado febril de la mayor parte de los concurrentes.

Uno entre ellos, agitado por la ambicion, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira al reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar á las estatuas lo que debe hacer... ¡Miserable, detente; la suerte de tu esposa y de tus hijos penden

de esa tu resolusion!... El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va á sonar...

— ¿Con que toma V. ó no esos dos millones? — Hombre... — Pronto, que tengo ya comprador. — ¿Qué hora es? — Mire V., un minuto falta nada mas. — Pero... — Que va á cerrarse, que da la hora... — Venga acá. — En hora buena.

«Se han-hecho dos millones de reales, títulos del 5, al 21 por ciento al contado.»

LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue...

«Concluye la negociacion de fondos públicos, y continúan las demas operaciones comerciales.»

No bien dice estas palabras, todos los concurrentes se apresuran á recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De allí á pocos minutos todo queda en silencio, y el que por casualidad entrase despues, solo encontraria en él cinco figuras que se asombran ellas mismas de verse juntas, á saber: la España, la Paz, Neptuno, Mercurio, y el anunciador del crédito nacional.

(Noviembre de 1857.)

ANTES, AHORA Y DESPUES.

I.

«El tiempo se ve retratado con exactitud en las generaciones vivas; de suerte que los viejos representan lo pasado, los jóvenes lo presente y los niños el porvenir.»

Addison.

La filosófica observacion de un célebre moralista, que queda estampada como epigrafe del presente artículo, nos conduciria como por la mano á entrar de lleno en aquella cuestion tantas veces agitada de la mayor ó menor corrupcion de los tiempos; y despues de bien debatida, sucederian lo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabriamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente y las esperanzas futuras.

Las mujeres, segun la observacion tambien exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, así como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye principalmente en la otra, á saber: si las costumbres son únicamente la expresion de las leyes, ó si estas vienen á reproducirse como el reflejo de aquellas.

Parece, sin embargo, lo mas acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin, pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó á formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, tambien hay otros en que estos se vieron prevenidos por la atrevida mano de aquel.

De todos modos, no puede negarse que la educacion es la base principal que sustenta y modela casi á voluntad el carácter del hombre, y de aquí la importancia de las leyes que la dirijan; tambien habrá de convenirse en que las mujeres están llamadas por la naturaleza á prestar al hombre los primeros cuidados, á inspirarle sus primeras sensaciones, á desenvolver sus primeras ideas; y hé aquí explicada tambien naturalmente la otra observacion, ó sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo así, en cada pais, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no á todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus

causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben, muy pocos son los que aciertan á leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

LA MADRE.

«Mucho mas locas las viejas son en Madrid que las mozas, y es natural, porque llevan muchos mas años de locas.»
Leon de Arroyal.

Doña *Dorothea Ventosa*, de quien ya en otra ocasion tengo hablado á mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III, y si bien esta circunstancia no fuese sabida mas que de ella misma, y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoque de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortes osadía de señalar fechas á todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse á colocar la del nacimiento de nuestra heroína á los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas ó menos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del frances, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituian por entonces la felicidad de las familias; y el respeto á señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginacion con los juegos infantiles. Enseñáronla á leer, lo necesario para hojear el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida*; y en cuanto á escribir, nunca llegó á hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una mujer.

No bien cumplió doce años, y antes que la razon viniese como suele á perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió á trabajar mil primorosas fruslerías, y á pedir á Dios, en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco.

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormía y crecía en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y así que hubo llegado á los diez y ocho años de su edad, fue vuelta á la casa paterna, y desposada de allí á pocos meses con un hombre á quien ella apenas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una



brillante posicion, y añadir á sus apellidos siete ú ocho apellidos mas.

(1) Véase el artículo *Las tres tertulias*.

Pasó, pues, sin transición gradual, desde el dominio de la hermana superiora, al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por

entonces todos los maridos lo eran, y tenían mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Convencidos, no sé si con razon, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad á la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto extremo; convertian sus casas en fortalezas, sus mujeres en esclavas, y en nuestra obligacion los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras conven-drán en ello, que sistema tan descortes supone, como si dijéramos, una sociedad incivilizada, una ilustracion en mantillas; y todas las jóvenes darán en el interior de su corazon mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasion del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante; por ahora habremos de reposar la imaginacion en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: en este punto hay que alabarla la constancia, que en el día podría hacerla pasar por una Penélope; pero al fin, el primer año pasó, y vino el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano, pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el pelo; que entonces las mujeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas.

Observó que á su edad (que tenia ya treinta cumplidos) todavía no sabia bailar el bolero, ni cantar la Tirana, ni habia podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabia qué cosa era el arrojar confites á Manolito Garcia; cosas todas muy puestas en razon, y que para servirme de una espresion galo-moderna, *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa era siempre su casa, y las ventanas siempre con celosias, y el perro siempre acostado á la entrada, y el Rodrigo siempre en acecho á la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir á enredar las casas) llegó á adivinar que estranuros de la suya habia alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosias, ni sus liestos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. Supo que habia teatros, y toros, y meriendas, y Prado, y abates, y devaneos; y como la privacion es salsa del apetito, rabió por los abates y por las meriendas, y por el Prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero á todos estos estraños deseos hacia frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad madura, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia á su joven compañera, sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veia en ello un exceso de egoismo, y una implacable mania de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas halagüena su existencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente á endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aun la funesta moda que releva á las madres de este sublime deber; vivia con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron á reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

TOMO I.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebataste tambien al papá; y cuando este acontecimiento vino á cambiar la existencia de nuestra heroína, quedó esta á los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles, que revelaba á la mamá en sus lindas facciones una verdad que apenas habia tenido lugar de advertir, esto es, que ella tambien habia sido hermosa.

Las mujeres en general suelen tener dos épocas de agitacion y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad les dirige, y otra cuando vuelven á recibirlos en la persona de sus hijas. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no habia tenido ocasion de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedia aprovecharse de la segunda. Y como es una observacion generalmente constante que el que ha sido viejo cuando joven, suele querer ser joven cuando llega á viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharia la ocasion de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le habia negado un tiempo.

Escudada con el pretexto de la hija (que suele ser en madres verdés el salvo-conducto de su ridicula disipacion), halagada por la fortuna con una brillante posicion social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa á la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la córte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas; observó hasta la estravagancia los mas estraños preceptos de la moda; y como esto lo autorizaba y su posicion lo permitia tambien, supo fijar al dorado carro de su triunfo, y disputar á su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabian disimular sus postizos adornos, su incansable é insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntarios caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada dia mas hondamente en aquella agitada persona; pero ella, tenazmente sorda á sus avisos, disputaba paso á paso al viejo alado la victoria, en términos que á créerla, tenia el singular privilegio de caminar hácia su origen, porque si un año confesaba cuarenta, al otro no tenia mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable rueca de las Parcas oponia ella las tigras de la modista y la media caña del peluquero, y las preparaciones del quimico; allí donde anocheia un diente de amarillento hueso, la industria corria presurosa á colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba á amanecer la blanca cabellera, el arte sabia correr el denso velo de un elegante prendido.

... ¿Quién hay
que cuente los embelecos,
los rizos, guedejas, moños
que están diciendo: *Memento,*
calva, que ayer fuiste raso,
aunque hoy eres terciopelo? »

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidado-amente encuadrado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado, como aquel en que el inmortal Teseo marchó á libertar á los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneracion, reponiendo continuamente las piezas que se rompian, en términos que

después de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque había desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veía crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que así se llamaba la niña), y mas de una ocasión llegó á disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella había hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla á los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad, ó como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado á igual reclusión y silencio. Mas fácil era hacerla pasar por sobrina ó por hermana menor; afectar con ella la mayor familiaridad y renunciar á todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su traje; dejarla correr con sus amigos distinto rumbo y diversas sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparación.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la jóven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazón al primer pisaverde que quiso recogerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente á la terrible oposicion de la madre (que quiso entonces usar de un derecho á que ella misma había renunciado con su conducta), é impulsada por el primer movimiento de su pasión, imploró la proteccion de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galán. Y mientras esto sucedía, la mamá, libre ya absolutamente de toda traba y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta á sus caprichos y disipacion, llegando á lograrlo en términos, que solo fue capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasion de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores á las afueras de la puerta de Fuencarral.

III.

LA HIJA.

«Ya la noblez es el mas noble atributo del vicio, y nuestras Julias, mas que ser malas, quieren parecerlo.»

Jocellanos.

Dicho se está lo importante á par que difícil del acierto en la educacion de una mujer. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la excesiva suspicacia paterna y de la opresion conyugal; pero antes de decidirmos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van á ofrecernos una prueba mas de que así es de temer en la mujer el estremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustracion y una completa libertad.

Hemos dejado á Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situacion nueva, podia tomar su rumbo propio, y reducir á la práctica el resultado de su educacion y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serian estos, si traemos á la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exageraciones que no podría menos de escuchar de su boca, contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase á esto el continuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones balagüneas de los amantes, las pérdidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes, á vuelta de las Veladas de la Quinta y la Pamela Andrews, so ian leer la Presidenta de Turbel, y la Julia de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado á lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudieron llegar á corromper su corazón hasta el extremo que era de temer; sin embargo, la

adulacion continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veía celebrado con el título de amable coquetería; y la irreflexion propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo á veces ofuscarla contra su propio interes; y esta misma veleidad y esta misma irreflexion fueron las que la guiaron, cuando desdendiendo otros partidos mas convenientes, dió la preferencia al jóven que al fin llegó á llamarla su esposa.

Era este, á decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy á propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Jóven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusion de todas las mujeres, cierto que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecia llamado á conquistar entre los demas hombres una elevada posicion social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal ó en una academia; pero en cambio ¿quién podia disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiracion, ó cabalgando á la portezuela de un coche sobre un soberbio aiazan? Estas circunstancias unidas á su buen decir, sus estudiados trasportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazón infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexion.

Pudo, en fin, Margarita ostentar sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus celosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo, llamarse con su apellido, y darle de paso á conocer á él mismo la superioridad á que le habia elevado, y el respeto y el amor que le exigia en justa retribucion.

Las primeras semanas no tuvo, por cierto, motivo alguno de queja de parte de su esposo, antes bien calculando por ellas, no podia menos de prometerse una existencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibía las visitas, ella la que ofrecía la casa, ella la que reñía á los criados, ella la que disponía los bailes, ella la que presentaba al esposo á la concurrencia, ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observacion, ni la mas mínima queja vinieran á turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente á una mujer casada) pudo desde el siguiente dia de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas á larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar á sus discursos cierto colorido mas expresivo y malicioso; ningun capricho de la moda, ninguna estravagancia del lujo estaban ya vedadas á la que podia titularse señora de su casa; y cuando á vuelta de pocas semanas advirtió ó creyó advertir los primeros síntomas de su futura maternidad.... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el orden, capricho que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, después de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colegio de San Carlos era poco para semejante lance... pero en fin, la naturaleza, que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen á estorbarla, salió á luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vio saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre; — ¡Clavado al padre, bendígale Dios. »

Al siguiente día se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habían mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrían al muchacho; volviéronse á renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios, pues que el comun ya no sirve sino para gentes ajenas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustración. Bien hubiera querido el papá, á quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al jóven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipión ó Epaminondas, mas por qué tanto la mamá aborrecia de muerte á griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y los Maclovios, y otros nombres así, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo é idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir mas, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado con el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo á la sociedad el contrariarle; así que nuestra jóven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada á criar por sí misma á su hijo, y como que sentía una nueva existencia al aplicarle á su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradicción alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró á su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada: — ¿Qué vas á hacer (la dijo), jóven deidad, á quien yo me complazco en presentar por modelo á mis numerosos adoradores? ¿vas á renunciar á tu libre existencia, vas á trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupacion material y mecánica, que ofuscan tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridiculo que la sociedad te promete, ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias?.... »

— «No digas mas, » prorumpió agitada Margarita, «no digas mas; » — y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazón.

Impulsada por este movimiento, tira del cordón de la campanilla, llama á su esposo, el cual sonríe á la propuesta, y conferencia con ella sobre la elección de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen á ofrecerse para este objeto; el facultativo elige la mas sana y robusta; pero la mamá no sirve á medias á la moda, y escoge la mas linda y esbelta; al momento truécanse su grosero zagalejo en ricos manteos de alepín y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos, y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, y retozar con sus paisanos en la Virgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de Carolinas y Rugeros, Amalteas y Pharamundos, con otros nombres así, desenterrados de la edad media, que daban á la familia todo el colorido de una leyenda del siglo x. Y hasta en esto se parecia la casa á los dramas modernos, en que no habia unidad de accion; porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relacion, que seria de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñásemos en seguir al papá, le

veríamos ya desdeñando la compañía de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar día y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al extranjero, y afectar con su esposa una elegante cortesania; entrar á visitarla de ceremonia, y rara vez, ó saludarla cortesemente en el paseo, ó subir á su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas ó el color del sombrero, entregada despues en manos de su peluquero mientras hojeaba con interes el *Courier des Salons* ó el último cuento filosófico de Balzac, el resto del día le empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazón, ostentarlos á su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro; y vivir, en fin, únicamente para el mundo exterior, representando no sin trabajo el difícil papel de dama á la moda.

Fina y delicada es la observacion que nuestro buen Jovellanos consignó en el bellissimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan á muchas mujeres á aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor á la independencia suelen á veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse á los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la mujer no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el interior de su corazón, no todos llegan á distinguir la realidad de la ilusion, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la manía de estampar citas, no quiero dejar de hacerlo aquí con unos bellissimos versos de Tirso de Molina que espresan este pensamiento.

«La mujer en opinion
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana,
que se estiman por el son.»

IV.

LOS NIETOS.

Margarita tenia, como queda dicho, un corazón excelente, amaba á su marido y á sus hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañador; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulacion por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y á pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de difícil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudiéramos apellidar vaso lujé de la moda, habia apartado de su lado á los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Carolina, colocándoles en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos, cuando por acaso solian verla, la miraban con la extrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aquí su desconsuelo; el esposo, que hasta allí habia dado libre rienda á sus caprichos sin fijarse en otra mujer, y á hacer sentir á la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el extremo contrario, ó sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, ó fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor,

vió renovarse en su corazón el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades, la echó en cara su dispacion y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin, no pudiéndose resignar á esta continua reconvenccion, huyó del lado de su esposa, dejándola abandonada á su desesperacion y á sus remordimientos.

Quedóla, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocian ni la debian nada, y por consecuencia no la tenian amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil variar sus primeras inclinaciones, darles á conocer sus mas sólidas ideas.

Arturo era ya un muchacho fátuo y presumido, charlatan y pendenciero, que saludaba en frances, cantaba en italiano, y escribía á la inglesa; que hablaba de tú á su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huía de los muchachos, y los hombres huían de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad.

Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por extremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormía los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un raton, y aplaudía en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponía colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con expresion el *tenero ogetto* y el *morir per te*.

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situacion, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuacion de la imprudencia de su esposo; vió en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba á sus hijos; y no pudiendo resistir á esta terrible idea, sucumbió de allí á poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad, empero, recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado á la abuela y á la madre, modeló tambien á los nietos, y estos servirán de fiel continuacion de aquel drama, y no hay que dudarle, lo que fué antes, y lo que es ahora, eso mismo será despues.

(Diciembre de 1857.)

REQUIEBROS DE LAVAPIES.

(EN ROMANCE.)

ASOMA, estrella del barrio,
á esa ventana rasgada
y oirás cómo un manolo
sabe espresarse cuando ama.

Verás por tus propios ojos,
oirás con tus orejas,
olerás con tus narices
y tentarás con tus palmas,

Cómo mi frente se arruga,
cómo mi lengua se trava,
cómo mi pecho padece,
cómo se agita mi alma,

Cuando con aire de taco
pones los brazos en jarras,
cuando cruzas la mantilla
ó echas un voto de marca.

¡Oh, bien haya el que á su lado
te tenga un rato sentada;
Quién te cogiera una liga
ó te rascase la caspa!

¿Por qué, dime, infiel manola,
por qué, dime, fiera Paca,
te huelgas con mis suspiros
y te ries de mis ásias?

¿Es acaso por el chirlo
que me divide la cara,
por lo poco que cojeo,
ó porque un ojo me falta?

Adverte que estas señales
pruebas son de mis hazañas,
que ha cantado en estos barrios
la trompeta de la fama.

¿No soy aquel temeron
cuya historia se relata
desde el campo de Manuela
hasta la costa africana?

¿No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemlada guitarra?

¿No soy aquel que los hombres
supo humillar á sus plantas
dispensando á las mujeres
mi proteccion soberana?

¡Cuántas me hicieron favor!
¡Cuántas me dieron las gracias,
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!

Mas... ¿qué digo? tú tambien
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
en que dijistes me amabas.

Y aquel tiempo ya pasó...
¿Mas por qué ha pasado, ingrata?
¿qué causas te pude dar
para tan fiera mudanza?

Culpa de un garrote fue;
mas ¿qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?

Fantasias juveniles,
celos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.

Ya la razon me templó;
ya no soy celoso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas;

Seis años de esposa dura
le hacen desear la blanda;
hierros borraron sus yerros
y amansaron su pujanza.

Héme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel sí
que el amante pecho aguarda.

Tus gracias y mi valor
formen de hoy mas alianza
y naveguemos unidos
del mundo en la frágil barca.

Mis facultades son pocas,
mas ya te dice la fama
que serán las que quisiere
poniéndome donde lo haya.

Lo que mi mano conquiste,
lo que conquisten tus gracias,
disparase en meriendas,
toros, calesas y zambras,

Con lo cual, y mi respeto,
verás que todos te aclaman
por reina de Lavapiés
y por Diosa de las gracias.

Yo en tanto al pié de tu altar,
sin escuchar sus plegarias,
me haré cargo del tributo

que brinde amor á tus plantas.

Tú, dueña de tu albedrío,
de la noche á la mañana
modelarás tus acciones
como quieras modelarlas.

Yo llevaré la razon
de las salidas y entradas,
y jamas, te lo prometo,
querré terciar con mi baza.

Antes bien tendré por dicha
si tras de aquellas andanzas
te acuerdas que solitario
te espera tu esposo en casa,

Y vuelves á su cariño
despues de matar cien almas
desde la red de San Luis
á la plaza de Santa Ana.

O si no quieres casarte,
abre esa puerta, tirana,
y hazme tan solo un favor,
que no quedarás burlada;

Porque aquí con estos trapos
y debajo de esta capa
todavía queda un duro
para premiar tanta gracia.

Esto decia el Zurdillo
á la puerta de la Paça;
pero era hablar á los vientos,
porque ella no estaba en casa.

UNA NOCHE DE VELA.

I.

EL ENFERMO.

¡Oh variedad común, mudanza cierta!
¿quien habra que en sus males no te espere,
quien habra que en sus bienes no te tema?

Argensola.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del Carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos ó los mas de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven á juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes lleno el corazon de fuego y la cabeza de magnificas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginacion, no haya hecho alto en la esterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmon; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir á un coche, ó en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon, apenas haya reparado que el sudor del rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y mal estar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta á su casa, sienta unos amables escalofrios amenazados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienas, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asalten las primeras sospechas de que *está malo*; y que tiene que

transigir por lo menos con una fuerte constipacion; que se mete en la cama, donde le coje un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que, merced á un vaso de limonada ó un benéfico sudor, bien podrá estar á la noche en disposicion de repetir la escena anterior. Supongo por último que esta esperanza se desvanece; pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes á devolverle la perdida salud, con lo cual, y sintiéndose de mas en mas agravado, hace llamar á su médico, quien despues de echarle un razonable sermon por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brebajes purgativos, intermeditados de cataplasmas al vientre, y realizado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa; y que parecen ser la *panacéa* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; despues de supuesto todo ello, quiero que ahora supongau mis lectores, que el sugeto á quien acontecia aquel desman era el condesito del Tremedal, sugeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginacion y una cierta fama de superioridad, debida á las conquistas amorosas á que había dado fin y cabo en su magestuosa carrera social. Cualidades eran estas muy envidiables y envidiadas; pero que para el paso actual no le servian de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni mas ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba sin embargo alguna diferencia en la situacion exterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en tal momento su completa semejanza con los seres á quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido mas ó menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, jóven hermosa y elegante, de veinte y cuatro abriles, que si no recordaba á Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac.

Luego venia en la série de sus *veladores* un intimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice en las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salon, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo ingles, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofreciase á la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sábias leyes, estaba destinada á vejetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, é igual á su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase á esta injusticia de la ley, la otra injusticia con que la naturaleza la había negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posicion de esta indefinida virgen, con treinta y dos años de expectativa, y dotada ademas de un gran talento, que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundon. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavía podia alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algun dia ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. — Una tia vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cádaver embalsumado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradicion de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la

palaciega. — Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones mas allegadas á su persona. — Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería. — Un vetustó mayor domo disecado en vivo, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalon estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga á sus ideas, que venia á ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento componiente tal cual elegante doncel que aparecia de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba á tiempo de proponer un remedio milagroso, ó verter una botella de tisana, ó destapar distraida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso.

¡Ah! se me habia olvidado; allá en lo mas escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veia un hombre sério, triste y meditabundo, que apenas parecia tomar parte en la accion, y sin embargo moderaba su impulso; el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, á quien el padre del conde dejó encomendado este al morir; que le queria entrañablemente; pero que mas de una vez llegó á serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente mas inclinado á él, y no una vez sola, despues de recorrer la desaseada vista por todos los circunstantes, llegaba á fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia á su mirada con otra mirada, y ambas venian á formar un diálogo entero.

II.

JUNTA DE MÉDICOS.

Era, segun los cómputos facultativos, el sétimo dia, digo mal, la sétima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no á otra cosa, viniesen á atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso una junta para aquella noche, indicacion que fue admitida con aplauso de todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron á complacerle.

Desiguada por el mas antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer á la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury*; ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivos formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correon.

Del primero (en el órden de antigüedad) de aquellos cuatro *equipajes*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aun fuera de ella; rostro fresco y sonro-

sado, á despecho de los años y del estudio, barriga en prensa y sin embargo fiera; traje simbólico y anacronímico, representante fiel de las tradiciones del siglo xviii, baston de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grastiento peluquín.

Seguia el del *bombé*; y estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexion; ni muy calva ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado), produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos é interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, é inclinado hácia el pescuezo el lazo del corbatín. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual aguijaba al caballo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo á la casa, saltó de un brinco á la calle, y subió tres á tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudios modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al fisico viajador, culto y sensible, el médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse á ella, afectando un sí es no es de gravedad cientifica y de profunda reflexion que no decia bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado, daba luego á conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmo con la idea de un glorioso porvenir.

Despues del reconocimiento y de las preguntas de estilo, á que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de la Habana; cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural, á pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Allí era el oír asegarar á uno que á la hora presente llevaba ya arrancadas catorce victimas á las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche habia estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetia el discurso que acababa de pronunciar en una junta, cuál otro metia prisa á los demas por tener, segun decia, que contestar á cuatro consultas por el correo.

Despues de compadecerse mutuamente, entraron luego á compadecerse de sus caballos y de sus miseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aqui vino á rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morian. A propósito de esto, tomó la palabra el rostriseco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, á que contestaron los demas con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelacion.

Después de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron á disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie.

Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tónico método de Juan Brown; á lo que contestó el sério con toda una exposición del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de Broussais. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burletas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que solo empíricamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba á alguno, parecía mejor que ningún otro el de Mr. Le-Roy, por lo heróico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desden que se asomó á los labios del físico elegante, bastó para dar á conocer la superioridad en que se colocaba á sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, esponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento á que él como jóven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hannemann*.

Aquí soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de curar las enfermedades con sus semejantes, preguntándole si como decía Talleyrand, acostumbra cortar la piedad buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, según dijo, deshonran la noble ciencia de Esculapio; á lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono á la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mencion) tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir á aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habian acordado á buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolución formal de aquella cuádruple alianza.— Los doctores quedaron como embarazados á tan exótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse; porque ellos á la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacian, formaban sinceros votos por su alivio, y sentian hácia su persona las mas fuertes *simpatías*. Con lo cual el interpelante volvió á retirarse á comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarado el punto suficientemente discutido respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, á proponer la curacion, y fiel cada cual á sus respectivos métodos, indicaron, el Brownista un tónico *recípe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condicion de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se había de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar.— El alumno de Broussais sostuvo que á beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrias se cortaría el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo no había inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, ó un azucarillo.— El *homeopático* puso á discusion la apli-

cacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media del agua del Rhin, con lo cual se habian visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelembourg-Strelitz.— El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese á paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomí-toni-purgui-velocifero de *Le-Roy*.

Dejo pensar á mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera habia seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; con que, después de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purca, decidieron unánimemente que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental á aquel señor feo de cara de que queda hablado; y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de á ocho, y marcharon contentos á continuar sus graves ocupaciones.

III.

EL TESTAMENTO.

Aquella noche, como la mas decisiva é importante, se brindaron á quedarse á velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecha mencion al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *gefe de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hizose, pues, cargo del improvisado botiquin, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tia, por su parte, envió á su lacayo por la escofeta y el manton, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditacion, encuadrado por Alegria. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer á la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto á un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba á las órdenes del gefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba previsto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabia por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja rezaba sus letanias, y aplicaba reliquias y escapularios á la boca del enfermo; el mayordomo recibía de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacía tomar al paciente; uno volvía á este en su lecho, otro abuecaba las almohadas y estendía los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corría de aquí para allí para que nada faltase á punto.

Entre tanto en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras; aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenia los almohadones, y de paso,

la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso, tenía entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormían en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren á la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido é inerte; los circunstantes prorumpen en diversas exclamaciones.—«¡ El médico, llamar al médico! » —«¡ El confesor! —¡ El escribano!»

Cuál saca un pomo de éfali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude diligente con una estopa encendida para aplicársela á las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca y espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va á la cocina por vinagre, y viene diligente á rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan.—«¡ Pobrecito! —¡ Seha muerto! —Los hombres imponen silencio á voces. —La vieja reza en alto un latín que no entendiera el mismo San Jerónimo.—La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atención se dividen entonces; los unos abandonan al conde; los otros corren á la condesa; los agudos chillidos de esta despiertan, en fin, á aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y empiezan á contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla á un cadáver.

Allá en el fondo, y detras de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaución en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la señora, y hecho tres profundas cortesías á la hermana del conde.

Algun tanto despejado ya este, no sé bien si por prudencia ó por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, á escepcion del gefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

—Aquí tiene usía, señor conde, á nuestro honrado secretario el señor don *Gestas de Unate*, que viene á informarse de la salud de usía, y de paso á saber si á usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

—¡ Ay Dios! (exclamó el conde). ¡ El escribano! me muero sin remedio.

—¿ Quién dice tal cosa, señor conde? (interrumpió el escribano) yo solo vengo á ley de buen servidor de usía á ponerme á sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...—

El severo velador del conde habia guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que este se hallaba, acaso aquel paso tenia mas de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde á someterse á aquel terrible deber.

No tardó este en ceder á los consejos de la amistad y á lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignacion, dió orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaría un pliego cerrado que contenía su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaría despues.—« Pero por Dios (añadió), que nadie se

entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo (dirigiéndose al incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.»

IV.

LA SUCESION.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo á la hermana del conde, habian tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardin. Los amables interlocutores que en él se reunian, arrojados á sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban á creer de veras su posibilidad, y á calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, siu tanto aparato de desmayos, empezaba ya á manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporesos ataques habianse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla á sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hácia el nuevo peligro, hácia la nuevamente acometida; y á pesar de que los visajes de su feo rostro, fuertemente contraído en todas direcciones, pusieran espanto al hombre mas audaz y denodado, y por mas que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase esta sola, por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban á reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡ Oh leyes! ¡ oh costumbres!..

Al frente de todos aquellos célosos servidores distinguíase el mismo jóven militar favorito de la condesa, que poco antes no parecia existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba á sostener á esta, á consolarla, y yacía arrodillado á sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperacion de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda á esta súbita expresion de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis á su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inexplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro á otro suspiro, y abandonó su mano á los labios del jóven triunfador; este entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar á fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre.— El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procurando contener su conmocion, manifiesta á los circunstantes que su amigo el conde habia dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoracion vuelve á cambiar... El conde declara en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias escursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedia perdón á su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y direccion de su legítimo heredero; en cuanto á su hermana, la dejaba pasar tranquilamente á ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal, que ya empezaba á iluminar aquella estancia, vino á poner de manifiesto el desengano de aquellos desengañados semblantes;

amigos y dependientes rodearon á la condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesión, y á proponerla varios planes halagüeños; pero el severo Vellador, valiéndose de su persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que podía aconsejarla, y era que se retirase á descansar. Hízolo así, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó á un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «Una noche de vela;» y al final de él estampó esta firma,

EL CURIOSO PARLANTE.

DE TEJAS ARRIBA.

I.

MADRE CLAUDIA.

..... á tus tierras palomillas
el velo peligroso las rehuses;
que andan muchos azores por asillas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.

Bartolomé de Argensola.

Dios sea en esta casa.

— Y en la de V., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

— Nada hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

— Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazon estoy hablando con la señora Claudia, la que viene á habitar la buhardilla núm. 7.

— Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buen hora lo-cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo! hoy por tí, mañana por mí; y como dijo el otro, abájense los adarves y álzanse los muladares; que hoy nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora, bailan otros en la boda... No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pipita; sino espícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo tambien fui persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingrolada y de capuz... pero vive cien años y verás desengaños!, y tras el día viene la noche, que lo que Dios da llevarse lo há, y el caballo de regalo suele parar en rocín de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió!... Tal me vea yo á la hora de mi muerte... ¿Es rosoli ó aniseta?... gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua!... á la salud de Vds., caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu!... ¡y qué bien le parecen esos dos mantecadillos que están diciendo «comedme...» ¡Ah! si no estuviera tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaria que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja... gracias, hija mia, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio. —

— Gracias, madre Claudia. —

— Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis, y aun para quedaros despues con ellas; ¡ay! quién me tornara á mí de ese talle y esa frescu-

ra, y no me robara la esperiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar y no me veria ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero asi somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo, y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mia?... ¿qué, no me entiendes? ¡picarueta! ¿pues á qué vienen esos colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios!... ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con sus lábios esa gota de coral!...

— ¿Alguno, madre?

— Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nosotras; por fin, hija mia, mas días hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien; y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo con un palmo de cerilla....

¿Tambien ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbra por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, si no es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá bajo los unos y las otras?... Con que buenas noches, vecino; y cuidado niña, que no hay que olvidar á que bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sartén; que, gracias á Dios y á mis años, así me da el naípe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Con que, adios. —

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de perseguida, y sosteniendo con la diestra mano la vaciante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chiribitil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriguera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se espezaba sobre el fagon se quedaron á buenas noches.

II.

LAS BUHARDILLAS.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, mas que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba

ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de extrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguir las, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interes que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aeronautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.



La madre Claudia.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á dñestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habían ballado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal estremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hácia la próxima Navidad. Sabia que en la de mas allá existia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte Pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo

el mundo sabe lo que en estos tiempos vale una honrada doncella. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven, zapatero y ribeteadora; el mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico de portal, gran confectionador de agua de Colonia y rosa de Turquia, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia ademas corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro; ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. El, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en frances, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico, habia dado fondo una física criatura, que sin mas preparaciones que sus gracias naturales, era capaz de volatilizar la cabeza mas bien templada. Valencia, el jardín de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde esta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella ó que la trajeron; y que la abandonaron ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanesco libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si va á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia detras de su biombo en el portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales y seguia correspondencia con media Asturias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucediale á veces, como veia poco, á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traía la cabeza tan llena de embolismos y de bilis, que siempre venia á casa regañando, y como solteron y que no tenia mujer con quien pegarla, la solia pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenia su mansion un hombre de presa (*corchete*, que suele decir el vulgo), el cual cuando creia que nadie le miraba, solia hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinacion y natural simpatia. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intencion, antipoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oido listo á las promesas y cerrado á las plegarias, multiplicado á veces como edicion estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subia por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

III.

DRAMA DE VEJECIDAD.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente hácia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponia mas obstáculo á sus ataques...
—¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia, ó si mas bien llegaria en breves dias á ser, como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre si mismo, obligará á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.



como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí, sin buscar un apoyo en este picaro mundo que te defiende de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma, antes bien conviene esponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la esperiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La hiedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, si no hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mia, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un hábil marinero, así tú en mis manos experimentadas, podrás atravesar sin pena este piélagos del mundo, y reirte de los furiosos de los vientos desencadenados contra tí.—

Yo no sé si fue precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja, ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á tu discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirse con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposilla, formando una sociedad mercantil bajo la razon

de *Amor, Venus y Compañía*; sociedad en que una ponía la prudencia y la otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buhardilla de madre Claudia no se veia ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada extraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte es de suponer que seguia en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesania con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavia conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huía á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil; pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servia el casero para sus ejecuciones y despojos; con que venia á parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. Ahora vayan Vds. á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla,

pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviera modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fué el formar con los demas vecinos una décuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperación contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincón, y el cual no se hizo mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y protección de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber: — la gracia, la esperiencia y la ciencia — ó en otros términos; — una muchacha, una vieja, y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fuera ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sábios, pero que suele ser mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederación, merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas ó añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse allí, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á escitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflores (que buena falta les hacia á los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulación con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda dueña: ¡pero qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida del papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel habian de parar en los estantes de un Monte Pío, y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta allí habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer, no logra al cabo del día un resultado comparable con el del mas misero bañail. Y luego, que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un déficit por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias, tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas

filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aun y amigos del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir á las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo; y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion y disimular los rigores de su fortuna. — ¿Quién sabe? (decian ellas) quizás estos trapillos, colocados oportunamente, sirvan de reclamo á algun rico mayorazgo ó algun viejo capitalista, que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Seria acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid? — No, á fé mia, respondian todas; y si no ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, ó un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en los teatros están abonadas en delantera... No, si no vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aquí encerradas en este caramanchon. A fé que como decia ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre ayúdate y te ayudará, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal.

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad* y de *ataud*; mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*; las petacas de abalorio y las cadenas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta, ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos en conclusion, que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptúan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interes de su argumento.

IV.

PERIPECIA.

Una noche... ¡qué noche!. Llovía á cántaros y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de madre Claudia; rodaban las tejas y caian á la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; y por los ángulos del desvan aparecian goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofinas, los barreños, las artesas, y prometian inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venia á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluia por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entretabria cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba

la tormenta, y volvía á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oído andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, á las trémulas ondulaciones del candel.

En esto un trueno horrisono estalló, y el gato dió un brinco hácia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda oscuridad... La vieja des-pavorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaucion á un bulto negro embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

—¡Jesus mil veces! —grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir mas.

—Nada tema V., madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda V. de lo que me prometió para esta noche?..

—En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone á usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

—Vaya, buena madre, ácese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

—¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo á juntarse con la tierra... mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajueta.

—A bien que aquí traigo yo el fósforo, y...

—Alabado sea el Señor, Dios nos dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga, aquí, y endiñaré el candel... pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla tambien? Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su livida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candel, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este portaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reía; y luego sacaba aquel un bolsillo: y esta se ponía á discurrir.

—¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera á usía, y mucho, que á mis años y á mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegara á sospechar la intencion con que por usía he venido á esta casa... ¡Dios nos libre!

—Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

—Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrión; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No si no aguarda la breva en enero y verás si cae.

—¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me digiste, vieja del diablo, que esta noche?..

—No es esto decirle á usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magín, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el só, ni para otras el arre, y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.

—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bru-

ja maldita... Yo no he venido aquí á escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalon de esta escalera infernal... Vengo solo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

—Pues á eso voy, señor; ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirrubios, y que...

—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

—Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

—Pero...

—Ande V. de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando á él le convenga; deje V. su cuarto de la calle de las Huertas, que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; súbase V. á las nubes como el gavilan, y pongase desde allí en acecho de la paloma... y todo ¿para qué?..

—Tienes razon, Claudia, tienes razon; pero como tú me digiste...

—Y ya se ve que dige y no me vuelvo atras, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero...

—Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasion...

—¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerle.

—Quiera Dios que dure y que á lo mejor no me muestre las uñas.

—No temas, amiga Claudia, mi protectora; mi esperanza; ahora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate al mirarla en mi presencia.

—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo á su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atras.

—Bien, bien, como queráis, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienas á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buhardilla, donde la podria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la había de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de pasó á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la jóven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion pújvaron por un momento á la niña del uso de la voz; despues lanzó una mirada suplicante á la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energia propia de la virtud; en vano la vieja y el galán quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre descalza á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «Favor, vecinos, favor...»

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones, y mientras los mas próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acer-

car un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subía los escalones cuatro á cuatro, gritando desaforadamente.....

— «Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende?...»

— A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies. en tanto que el galán anónimo había tenido por conveniente escapar por el tejado.....

El zapatero, que subía á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar á su esposa de la bahardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenia por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten que no son los facciosos, sino sus novios, que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon.

El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner término á semejante escena, que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y á su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero con su hija; el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes; el zapatero de la viuda; la ribeteadora del químico; y el alguacil de la valenciana; gritando: «*Favor á la justicia, dejadme á esta pecorilla que es el cuerpo del delito...*»

V.

DESENLAZE.

Ocho días eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio había hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero había cerrado su almacén y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposición de esta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tul Bobiné*; el zapatero había apaleado á su mujer y estaba en la cárcel; y esta se había colocado bajo la proteccion del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de estender el recibo daba por fiador... al alguacil.

(Enero de 1858.)

LAS SILLAS DEL PRADO. (Nota 24.)

(COSTUMBRES CHARLAMENTARIAS.)

«O sabe naturaleza
mas que supo, en estos tiempos,
ó muchos que naen sabios
son porque lo dicen ellos.»

Lope de Vega.

Ex risueño ademan y galante apostura, sujetada la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado Matritense, dominando á las cuatro estaciones del año, que yacían acurrucadas á sus pies.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, había relevado al dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aun por algunas

horas de este cuidado; que no lo es corto ni discreto el haber de consumirse por alumbrar á los demas, mientras cierran los ojos á la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo, en que el dios de los membrillos cede á su hermana la *alta mision de propagar las luces*, las tenia consagradas de tiempo inmemorial á tomar las cuentas de cargo y data á las señoras Musas allá en el Parnaso, y á despachar el correo, espidiendo desde aquel comité central sendas remesas de inspiraciones á todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen principes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con tira de oro, ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado que apenas le bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solía acontecer á veces rendirse causado al sueño, olvidando su obligacion matutina, hasta que ya muy corridas las horas, se levantaba todo atortolado y corria á los pies del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesia habia de acabar por dejarle á buenas noches.

Hoy dia, bendito Dios, es otra cosa; pues, ó sea que el Numeo Délico se haya desengañado de la inutilidad de semejante trágico, ó sea (y esta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido á levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y á poca costa, v. g., en los cafés ó en los cementerios; cosas todas mas fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, á riesgo de rasgarse el corbatin ó de ensuciarse los guantes. Con esto el dios indefinido ha venido á quedar tan holgachon y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado á pasear su reluciente carro por el Olimpo, y á presidir (con superior permiso) las prosáicas aventuras de nuestro Prado Matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de agosto en que despues de haberse divertido el buen señor en tostaraos los molletes descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la *ca-ta diva*, que con mas galanteria y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba á los madrifeños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube é senza vel*.

Llegado era el momento, en que todos los heróicos ciudadanos se habian, en uso de su soberanía, retirado á acostar, y reinaba por todo el Prado el mas profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural é inusitado pareció dar vida y movimiento á aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, habia tenido la tentacion de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creeria que estos no eran mas que preludios para empezar á cantar; pero ¿qué tímarmónico ni qué poeta han visto Vds. que guste de cantar sin auditorio? S. M. délica tampoco era indiferente á una *comsion de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara por encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos á la sazón muy ocupados, cuáles buscando ideas en un bol de ponche, cuáles escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el ministerio.

Despachado, pues, de verse tan redondamente es-

caso de auditorio, ocurriósele una idea que le pareció muy feliz; y fue, que pues que los seres animados rechazaban su inspiración, debía acudir á dispensarla á los inanimados, y usando, como si dijéramos de una licencia poética, inspirar á las sillas que le estaban mirando sin decir « ésta boca es mía. »

Dicho y hecho; y apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilon de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz: — ¡Eh!... señoras sillas... há de casa... (las dijo)... Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aqui todas, y entreléngame un rato, que ya me canso de tanta holganza; y tomen y reciban ese cacho de inspiracion que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase á poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo. »

Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del dios, dejaron entender un bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, ó una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al monton, y dijo, no sin muestras de enojo mal reprimido: — ¡Ah, señoras alcorques! ¿será cosa de hablar todas á un tiempo y sin que nos lleguemos á entender? ¿ó habrán Vds. de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido á bien concederles? Pues por vida de mi padre que si me enojo, suspendo del todo esta *garantía*, y las deajo tan mudas como antes. Pero vamos á cuentas, qué deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner orden, instruyéndolas en las prácticas parlamentarias que veo que no les son familiares. Por de pronto salga aquí la mas vieja, y cuide de hacerme una relacion clara y sucinta, sin ambages ni rodeos, entre tanto que las demas pueden irse formando en comisiones; y cuidado con las intrigas y con los tíquis-miquis, que no estoy, juró á Brios, con intencion de perder el tiempo. —

Dicho esto se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose todas unas á otras como que ninguna queria ser la mas vieja, hasta que convicia y confesa de ello una, que por su traza revelaba bien su fecha antidiuviana, agarróla Apolo por las greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro, volvió á encaramarse en el pilon de la fuente, y la intimó con entereza que empezase su narracion.

— Yo, señor Apolo (dijo la silla, un tanto medrosica y mohina), soy natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 93 al 96; fui destinada en mi tierna edad á autorizar con mi presencia la porteria de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona del demandadero, que me bautizó con el nombre de *la Carraca*, á causa de cierta analogía que pretendia encontrar entre mis suspiros y el desapacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Mas entrada en años, y reconocida mi injusta colocacion, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latin en donde mi posesion era para los muchachos el último término de la felicidad; hasta que elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó, como quien nada dice, al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo, el que regia perpetuamente los destinos municipales de esta capital (todavía no heroica) quiso introducir en ella una mejora que la proximidad del siglo xx hacia ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera á la corte, para servir de modelo á la organizacion de los móviles asientos con que pensaba sorprender á los madrileños en la famosa feria de la plazuela de la Ce-

bada. Vine pues á Madrid, y todos los ingenios silleteros de la corte se apresuraron á copiar mi estampa, en términos que me vi reproducida en sus manos, ni mas ni menos que si fuera una edicion estereotípica, pasando con mis compañeras á autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar.

Entrado ya el siglo actual, y mas civilizadas las costumbres, creyóse oportuna nuestra presencia en el Prado; y ya en posesion de este mi último destino, asistí á coronaciones y entradas régias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fui una de las victimas del Dos de Mayo; escuché amores; vi aparecer y desaparecer grandezas; serví á conferencias políticas; miré narse bellezas y nacer otras nuevas; y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos que en otro tiempo me miraron como un progreso. Unicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario, cuando calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años; que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada uno contribuídole con el alquiler de 8 mrs., he venido á producirle 68,432 mrs., ó sean 2,140 rs. y 24 mrs.; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital. —

Aquí calló la silla, interrumpida por un espresivo signo de desagrado del dios bermejo, á quien no parecia complacer tan prosaica narracion. Con que despues de una breve pausa, severa encarando la faz á la preopinante:

— ¡Sicapre fue de viejos charriatanes (esclamó) el aprovechar la ocasion de un tantico de auditorio, para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las mas veces no interesan sino á ellos solos.

Y si no dígame, la máquina deslenguada, ¿qué tenemos acá con sus miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona, encomios que á nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécele, pues, que aquí venimos para escuchar relaciones de méritos y *profesiones de fé* como las que ahora se estilan? ¿O cree acaso que somos ministros ú opinion pública, y que tenemos ahí á mano una intendencia de rentas ó cuatro cargas de aura popular? ¡Ay señora vieja, señora vieja! ¡y qué porro debió de ser el primero que enseñó á hablar á las colorras, y cuánto mas lo parece aquel que tiene paciencia para escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el dios canicular, dando una patada en el suelo) alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y calleemos, que peor es meneallo. Sirva solo esta alocucion de advertencia piadosa, y ojo al margen, para que las demas post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hay nada que dar, como no sean coplas, y ya me ven á mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi madre me parió. Y ora tome la palabra la mas discreta, ya sea jóven ó vieja (supuesto que vemos que la tontuna tambien crece con los años,) y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será difícil, puesto que no hagan otra cosa que relatar sencillamente lo que cada dia oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo, que cada cual tiene su alma en su almarío para poner notas y sacar consecuencias. —

Y vuelta otra vez al clamoreo y á los dimes y diretes, como que todas querian tomar la palabra por mas discretas, hasta que en fin lo consiguiéron las mas atrevidas, y las otras tomaron á bien callar y rablar. Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber mas que orejas para escucharlas; razon por

la cual hubo de dar la palabra el señor Apolo á la mas cercana, *la Desvencijada*, sin perjuicio de que fuesen despues intercalando sus relaciones hasta donde alcanzase la paciencia de las otras oradoras *Temblosa*, *Andamios*, *La descosida*, *Tronera*, *Muletas*, *Columpio*, *Tres-pies*, *Escotillon*, *Monserrat* y otras varias, hasta unas cinco docenas, poco mas ó menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes.

—Paréceme (dijo *Desvencijada*) que la voluntad del señor Apolo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros sucesos contemporáneos, de aquellos que puedan hacerle formar una idea de alguna de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen á reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, ó los movimientos del péndulo en la muestra del reloj.

—Así es, dijo Apolo entre grave y risueño; y únicamente le advierto, hermana, que deje á un lado las comparaciones y metáforas, que sobre ser de gusto añejo, corren el evidente riesgo de hacernos dormir.

—Pues entonces, replicó la silla, procederé sin mas introito á narrar á vuesa merced, señor Apolo, una conversacion que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado á conocer una porcion no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo nuestra, porque las sillas tambien formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y señor Neptuno, cuando vinieron á ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de grande importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros al parecer de la misma clase, venían á incorporarse con ellos y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar qué gentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontáneas. Aplicábamos, pues, nuestra atencion á sacar el ovillo de su profesion por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndolos hablar de *colores y matices*; otras encarecían sus *artículos de fondo*, y al instante los calificábamos de *almacenistas de la plaza* ó *drogueros de Santa Cruz*; discurrían á veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomábamlos entonces por *empresarios del alumbrado*; ora se decían *órganos* de no sé qué coro; ora se daban el título de *opinion pública*, y de *juicio del pais*; y en medio de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni qué juicio, ni qué luces, ni qué fondo, ni qué colores, ni qué órganos, ni qué palabrotas eran aquellas; hasta que quiso Dios que acertase á pasar un quidam, el cual vino como llovido á resolver nuestras dudas, saludándonos sombrero en mano con estas palabras: —«Salud señores periodistas.»

—¡Voto á l... (esclamó Apolo saltando espeluznado como un gato sobre el borde del pilon) ¡ah hi de puerca, tú, y la madre que te parió, y qué gentes me traes á la rueda! ¡aquellos por quienes yo padezco y sufro confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del frances! Hablárase á Apolo de hereges judaizantes, ó de moriscos recién convertidos, de caribes antropófagos, ó de negros bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas políticos sobre todo, tentacion es del demonio y que no se puede sufrir. Mas pues carezco de otro medio de comunicacion con esas gentes, gustoso habré de disimular mi

encono, aprovechando la ocasion que se me presenta de informarme de su condicion y travesura; y así, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no de gusto, podrá servir á mi délica persona de interes y aprovechamiento.—

—Tuvimosle y no poco yo y mis compañeras (volvió á replicar la silla) con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel cóncave, pues siendo, como á cada paso repelian, la expresion *formulada* de la pública opinion, poníamnos en el caso de conocer á poca costa el estado de ella. ¡Pero ay, señor Apolo, y qué chasco tan estupendo nos llevamos! y como no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el lenguaje convencional en que fue sostenido aquel diálogo; lenguaje tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro el hebreo; y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarles tampoco, si no há por ahí á la mano un diccionario de esta moderna greguería.

Porque ellos, á lo que pudimos entender, se clasificaban en varios bandos (*comuniones*, como dicen ahora, y compadrazgos, como decíamos antes), apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas*; cuáles *retrógrados*, y cuáles *estacionarios*; de los unos era la divisa *la soberanía de la inteligencia*; de los otros el *instinto gubernamental*; aquellos estaban por la *aplicacion práctica*; estos por las *sublimes teorías*; los de allá se decían maestros de la *vieja escuela*; los de mas acá se proclamaban los nuncios de la *futura España*. Una vuesa merced á aquellas exóticas calificaciones con las indefinibles palabras de *oposicion y resistencia*; el *poder* y *las masas*; la *interpelacion* y el *voto de confianza*; la *orden del dia* y el *bill de indemnité*; las *colisiones* y *pronunciamientos*; *fusiones* y *pasteles*; *derechos* y *garantias*; disuelva luego todos estos furibundos vocablos en una accion mas que medianamente enérgica y apasionada; descubra á vuelta de cada frase sendas pullas mas ó menos al alma contra la opinion contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los órganos del pais; que el diablo me lleve si al pais no le sucede lo que á nosotras en cuanto á entenderlos.—

—Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan á poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él á una Direccion ó á un Ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razon de tanto desvio hácia mi persona y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya, en fin, advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las musas, y marcharme por ese mundo adelante, proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que así caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga.

Y diciendo esto el afligido dios levantóse resueltamente haciendo ademán de arrojar el instrumento en el pilon de la fuente; viendo lo cual muchas de las circunstantes se abalanzaron á contenerle, y una mas atrevida, que no sin harto trabajo había callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó:

—Alto allá, señor Apolo, no hay que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fé y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes á poblar todos los hospitales del mundo. No, si no éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante, y á poco que se revuelva, tropezará con dos ó tres centenares de vates desde los quince á los veinte de la edad; entre la palmeta y el barbero, vamos al decir; ingenios precoces y prema-

turos, que así mascan y comentan el *Fuero Juzgo*, como entonan una jaculatoria á la eternidad; ora sustentan un argumento *á priori*, ora dirigen á su querida un tratado de teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mujeres, aéreas, vaporosas, sulfúricas, y por el día corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavía no han saludado mas que al salón de Oriente, y ya escriben dramas en que aspiran á pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguense vuesa merced luego por esas oficinas, y á las pocas mesas tropezará en papelotes borrajados llenos de rengloncitos desiguales que al pronto tomará por informes ó extractos; pues tambien son coplas, mas ó menos malas, que de todo hay; y el diablo me lleve si no topase con alguno de estos expedientes en variedad de metros, en que venga á decirse poco mas ó menos, v. gr.: «Escelentísimo señor: — El escelentísimo señor secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente: — Escelentísimo señor: — Al escelentísimo señor presidente de... digo con esta fecha lo que copio: — Escelentísimo señor. —

¿Qué es el no amar? rodar en la agonía sin ensueños, sin gloria, sin temor, igualar con la noche el claro día, y dormir en fatídico estupor....

Escelentísimo señor. —

Pues si aun no está satisfecho, señor Apolo, dese luego una vuelta por los cafés, que son como si dijéramos los estanquillos del Parnaso (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo), donde á cualquiera mesa que se acerque, está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de estas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último nos ocupan á mí y á mis compañeras todas las tardes dos ó tres horas, y por la miseria de los ocho maravéis de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas á grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que mas quisiéramos sufrir la relacion de las batallas de un militar pretendiente y recién llegado del ejército, ó las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un día de revista, ó el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candelata. —

— Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado á concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me habláis de una prodigiosa abundancia, de una generacion entera de sábios y poetas; y yo, Apolo, el dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir que conozco de vista á media docena; me contáis sus triunfos, y yo no he asistido á sus triunfos, ni siquiera de política convidado. Me encomiáis sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer, por mucho que me mato á recorrer esas librerías. Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sábios, ó yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, ó yo soy hebreo?

— Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio; libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningun evangelio. Ademas, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un sí es no es desatemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar á una generacion educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, á los gritos de la plaza pública, y á la violenta agitacion de las revoluciones políticas. No sino vénganos V. ahora con sus dulces caramillos y con sus *Melámpis* y sus *Milíbeos*, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su caya-

do, cuando el que mas y el que menos anda por esas calles hecho un Bernadotte, y sabe muy bien manejar el fusil, ó sublevar un pueblo desde la tribuna, ó derribar á un ministerio desde la redaccion de su periódico. —

— Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el dios; y no hablemos mas en esto, ó si no la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es ó no de algodón cardado; Habráse visto desvergüenza mayor!; Porque me ven solo y sin córte como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subirse á las barbas! Pero ¡ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del día!

— Vaya, vaya, señor ex-númen, no hay que llorar ni sonarse tan á menudo (saltó en este momento *Temblorosa*, otra de las oradoras inscriptas); déjelo con mil diablos, que no hay mal que por bien venga; y si no inspira ya á los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del Diario: si le han mandado borrar hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra á un almacén de quincalla en la calle de la Montera; si no hace bailar á las musas en el Piudo, como de esas bordadoras bailan alegres bajo su tutela en la puerta de Bilbao, ó en los jardines de Chamberí. Con que no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda, aunque sea de mancebo de una tienda, ó de pasante del colegio nuevo; que dia vendrá en que pare la nube, y en que se causen las gentes de espectros y calaveras, volviendo á entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo marmurador*, que es cosa buena y con que no se ofende á Dios.

Entretanto, para que no vaya vuesa merced á pasar por un mal criado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político, y literario, quíerole dar yo un repaso del de la *buená sociedad*; que aquí donde nos ve, no hay nadie que tenga mas roce de gentes, ni que encuentre por lo tanto mejor ocasion de aprender el moderno vocabulario.

— Eso me toca á mí de derecho (esclamó *Columpios*), que soy la mas jóven, y como tal susceptible de la inoculacion intelectual de las novísimas doctrinas sociales.

— Yo (saltó á este punto *Monserrat*), por aseada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y...

— Nada de eso pega ya (replicó *Tronera*); que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libros, con que yo...

— ¿Y me he de estar yo callando (interrumpió *Trespies*), yo que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en solfa?

— Pido la palabra.

— Pues yo la tomo.

— Pues yo la agarro.

— Pues yo no la suelto.

— Pues yo...

— Pues tú...

— Pues sí...

— Pues no...

Y aquello se convirtió, como si dijéramos, en un verdadero parlamento en día de interpelacion. Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncás, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de traves; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado á los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas solo la memoria; y luego permitir que todas hablasen á un tiempo y sin oír á las demas; y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habian escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguatas,

respuestas, medias palabras, y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto á la sazón á poblar de paseantes: en fin, una barbaridad tan discordante é inconexa como la siguiente.

— «¡ Jesús qué calor!..... — Diez y ocho años y soltera.»

— «¿ Qué dice V. de la guerra?... — Este correo trae mas vuelo el figurín.»

— «¡ Ay, mamá! es preciso ensanchar este sombrero.»

— «El de mi marido tambien.»

— «¿ Y no le parece á V. una injusticia que..... — Dicen que era sobrino de S. E.»

— «Es excelente autor. — Discipulo de Vensano.»

— «Y aquella noche le cerró la puerta. — Por qué, porque no estaba en voz y...»

— «Hoy lo he leído en el Correo Nacional. — ¿ De qué color es esa tela?...»

— «Mira á la Fulana con sus niños y su marido... — Es el editor responsable. — Como no sabe firmar...»

— «¿ Te subes á la otra vuelta? — Despues de cenar. — Anoche estuvimos en Francia.»

— «Le han hecho intendente. — ¿ Y de qué le sirven los libros?... — Porque en tiempos de revueltas políticas.... — Pierde el pan y pierde el perro.»

— «¿ Y de cuántos meses estaba? — Era una ligera interpelacion.»

— «Con que se ha cansado de él? — Es una vida muy circular.»

— «Y el vestido es precioso. — Con prima á sesenta dias á voluntad del comprador.»

— «Dicen que el ministerio hace dimision. — ¿ Damos otra vuelta?»

— Basta, basta, canalla infernal (dijo enfurecido el dios, apresurándose á preparar á su sitio acostumbrado); basta ya con vuestra diabólica gritería; que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desear tan pronto la pesadilla. ¡ Cáscaras! y qué noche me han dado las perras, y qué amargas verdades me han encajado que quieras que no. Ea, bicia; tiempo es de callar, que ya estoy viendo á la señora Diana que me hace señas de que vaya á relevarla, porque se quiere ir á dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere la gana de echarla á perros, se les avisará á domicilio, y veremos si entonces me ponen en limpio este borrador. —

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle, y cuando el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dormido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, serias, y en correcta formacion.

(Agosto de 1838.)

EL TEATRO POR FUERA.

«Si hacen de mi humor desden
no tienen mas que gustallo,
mientras por tonto echo el fallo
á quien no le sepa bien.»

Iglesias.

La escena cómica, así como la gran escena del mundo, tiene dos aspectos. Uno interior, privado y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales; el otro público, exterior, y que dice relacion con la sociedad entera. Para entrar en aquel, es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y te-

ner una parte mas ó menos directa en su accion; para conocer este, basta solo ser espectador constante, y estar dotado de una dósis regular de observacion.

El teatro *por dentro* comprende, pues, á los autores dramáticos, á los artistas, empresarios empleados, espectáculo material, decoraciones, transformaciones, vuelos, música y acompañamiento. El teatro *por fuera* le constituye únicamente el público espectador. Puede, pues, mirarse la cuestion de ambos modos; ó bien dando la cara á la escena y fijando la vista y la imaginacion en la fingida ilusion del espectáculo, ó ya volviéndole la espalda y asustando el catelejo á la animada realidad de los espectadores. Bueno será por hoy prescindir de la primera cuestion, para ocuparnos esclusivamente de la segunda; abandonar el interes dramático por el interes social, el mundo de carton por el mundo positivo, y buscar en el espectáculo cómico lo mas cómico del espectáculo; que, si no lo ha por enojo, no es otra cosa que el público espectador.

A la verdad que, considerado el asunto bajo este aspecto, no puede ser mas animado y profundo, y manejado por diestra mano no dejaria de producir un asombroso interes. ¡ Ahí que no es nada! mil ó dos mil personajes de todos sexos y condiciones; vírgenes y matronas; viudas y reincidentes; niños y viejos; solteros y maridos; Mesalinas y Lucrecias; Marcos y Colatinos; patricios y plebeyos; sombrerillos y zagalejos; chaquetillas y gabán. Y todo esto visual y gerárquicamente ordenado; por clases, segun el blason heráldico; por familias, siguiendo el sistema de Linceo; por precios, al tenor de la balanza mercantil; por sexos, á la manera fisiológica de Russel; por trajes, segun el método de Utrilla; por genios y condiciones, conforme á la craneoscopia del doctor Gall.

Las seis y media... entremos en el teatro... Media hora falta aun para comenzar el espectáculo... ¡ qué cosa tan triste es un teatro sin gente!... Es como si dijéramos un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado... Y si el teatro es uno de los teatros de Madrid, ¡ qué cosa tan fea ademas! Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea*, parece por sus diversos compartimentos una caja de estuche ó *neccsaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la *platea* los costados del edificio, recuerda las anaquelarias de nuestras boticas, ó los simétricos nichos de nuestros cementerios.

La misma soledad, el mismo silencio que en estos, y á la escasa luz de unas mechas encendidas provisionalmente en la lámpara central, se ven allá cerca del techo los retratos de algunos de nuestros célebres autores, los cuales solo despues de muertos han adquirido el derecho de asistir gratuitamente al espectáculo; y aun esto tan limitado y en sitio tan poco conveniente, que mas parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que mas que Apolo parece un tambor mayor.

Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad; ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lucetas*, el cual mira con interes á todas partes, hace un movimiento de impaciencia, y vuelve á salir precipitado; ya son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aqui y allá, quebrando así la uniformidad de las *gradas* laterales, de los *bancos* céntricos, y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenino en los hondos abismos de la *cazuela*; ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa, rovela al observador que algun ser viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*.

El nuncio de la luz aparece, en fin, por un agujero,

y saltando por encima de los bancos con una cerilla en la mano, se acerca á la lámpara y comunica su influencia al círculo de *quinquets*, con lo cual, y concluida su tarea, avisa á los de arriba para que den vuelta á la máquina, y sube el luciente fanal con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio. Magestuosa operación que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen por precaución todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendicularmente bajo la influencia de aquel mecánico planeta.

Quedan, pues, al descubierto las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillones; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los palcos *por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminación, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la cazuela todas las diosas de nuestra mitología matritense, y detras de ellas se van agrupando las modestas bellas ó quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al género masculino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, si quier gangosas y displicentes, si quier melifluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapason, y mas de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores, ó sobre los *crecendos* de la orquesta.

Dos campos iguales en dimension, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda, el sexo que solemos llamar bello, ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha, el otro sexo feo, juega las armas que le son propias, el desenfado, la galantería y la arrogancia. Crúzase, pues, de la una á la otra las ojeadas, las ante-ojeadas, los suspiros, las sonrisas, y otros signos expresivos de inteligencia, y volando á estrellarse en el techo comun, tornan á descender convertidos en vapor simpático, eléctrico, que extendiendo su influencia por todos los rincones de la sala, impregua y embalsama á toda la concurrencia en igual amoroso sentimiento.

Suspica y meticuloso por extremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de separación de los sexos en nuestros teatros... ¿y dónde?... precisamente en un país en que se miran reunidos en los templos, en el circo, y demas espectáculos públicos, A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fue marido celoso el que tal imaginó, pues si él lo fuera, á buen seguro que conviniese en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, como todas las de este mundo, tiene su contra y tambien su pró; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mujeres la defienden por buena; y las otras dos mitades piensan en sentido contrario... Vayan Vds. á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará. De todos modos, no puede negarse que cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño que no es de desdén para el curioso observador.

Excepción de esta austera uniformidad es la triple fila de aposentos, donde á par que los sombrerillos y manteletas, vienen á colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos; lo cual hace á esta seccion la mas armoniosa del espectáculo. La luneta con sus aristocráticas pretensiones, los sillones y gradas con su público atento, inteligente y de buena fé, y el patio con su humilde modestia, sirven como si dijéramos de base á todo aquel artificio mecánico, de dentro de aquellos opuestos polos.

En esta region principal es donde tiene su asiento *el abonado*, especie de planeta teatral, mitad hombre y mitad luneta, que viene periódicamente á efectuar su conjuncion con ella todas las noches, y á formar las mas veces entrambos una sustancia homogénea de palo y de baqueta, para quien son indiferentes el compás clásico ó el romántico vuelo, y en quien suelen embotarse las magnéticas sensaciones con que pretendiera el poeta electrizar al auditorio. Este obligado adorno de las filas mas avanzadas de la luneta, es de rigor que ha de entrar con solemnidad á la segunda escena del segundo acto, y atravesar en movimiento ondulatorio por el estrecho limite que permiten las piernas de los demas espectadores, no sin desagrado de estos, que en tal momento miran interponerse aquel cuerpo extraño entre sus ojos y la escena; pero la política exige el mayor disimulo, y que se repriman las muestras de aquel enojo, para corresponder con afectada sonrisa al elegante Adónis, que reparte sendas cabezadas á todos sus compañeros de banco. Llegado despues á su término final, á su luneta, que le espera para recibirle en sus brazos, es indispensable que ha de bajar el asiento con notable estépito, y de este modo atrair hácia su persona la punteria de todos los anteojos de los palcos, á cuya interesante atencion corresponde el abonado, permaneciendo en pie largo rato con la espalda hácia la escena, componiendo simétricamente el cabello con el anteojo guante, sacando despues el pañuelo, impregnado en *paichouly* y *bálsamo de Turquía*, limpiando cuidadosamente los cristales del doble anteojo, y dirigiéndoles despues circularmente á todos los aposentos, la cazuela y la tertulia. Verificadas todas estas operaciones, el abonado se vuelve, en fin, á la escena, y si en tal momento alcanza á atraer una rápida sonrisa de alguna actriz, ó tal cual disimulada cortesía de algun cantante, es como si dijéramos el bello ideal de la fortuna, la suprema dicha teatral.

El abonado por lo demas presta poca atencion al espectáculo, y como este nunca es nuevo para él, porque si es segunda representación asistió igualmente á la primera, y si es primera vió tambien el ensayo, nada puede interesarle; antes bien mira con desden y aun con lástima la obligada atencion del auditorio, y el efecto imprevisto que sobre él suelen ejercer las distintas situaciones del drama; y cuando estas lleguen á su mayor interés, afectará volver desdenosamente la cabeza, ó hablará con los músicos, ó se dirigirá á cualquiera de sus colaterales, diciéndole:—«Ahora el tirano va á darle la copa envenenada...»—Y cuando esto sucede, y todos los espectadores revelan en sus semblantes lo angustioso de la situación, se ve reír la faz tranquila del abonado, y escúchase su voz harto perceptible que dice:—«No tengan Vds. miedo, porque ahora va á salir la dama á matar al tirano con un agudo puñal.»—

Durante el entre acto, el abonado sube á visitar los palcos, y como boh de cabitete entra y sale de una en otra casilla, y ora le vemos en un palco bajo hablando en frances y afectando la seriedad diplomática entre dos longanísimos extranjeros, ora en un principal, siendo la causa de la bulliciosa alegría de una coleccion de bellades que se disputan sus respuestas, sus miradas, y son exactamente del mismo parecer sobre el mérito de la pieza.

No menos interesante y animada otra seccion del auditorio sienta por lo regular en las filas céntricas; esta es la seccion de *los inteligentes*, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas, y tal cual actor en descanso que aquella noche no le tocó figurar. Esta seccion es bulliciosa de suyo, comunicable y expansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelacion; pronúncianse *ex-cátedra*; comision de aplausos la llaman unos;

sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atención las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan á la inteligencia silbar.

Los demas compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respectable publico*, que en el Diccionario moderno solemos llamar *las masas*: en cuya confeccion entran indistintamente los drogueros de la calle de Postas, y el honrado ropero de la calle Mayor; el empleado vetusto, y el imberbe meritorio; el inesperto provincial, y el pacífico artesano; todos los cuales vienen al teatro los domingos y fiestas de guardar á divertirse con la mejor fé del mundo, y á pillar de paso, si pueden, una leccioncita moral; y la diversion que encuentran no es nada menos que tres ajusticiados y un tormento; y la moral que suelen beber, la que se destila de un suicidio ó un par de adulterios.

Con lo cual, concluida la *diversion*, vuélvese á casa el honrado ciudadano, bien persuadido de que todas las mujeres son cortadas por el patron de *Catalina Howard* ó *Lucrecia Borgia*, y que todos los hombres son poco mas ó menos á la medida de los *Antoni* y *Ricardo Dartington*; de todo lo cual viene á deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mujeres, que toda sociedad es una picardia, todo gobierno un embrollo, toda religion una farsa, y toda existencia una pura calamidad.

Y á la verdad que la consecuencia no puede ser mas natural; porque si *el hombre ó la mujer* que se les ha representado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado á sus pueblos, y ha de reunir al fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolo; si ha sido princesa, habrálala visto dar convites envenenados, y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante, ó arrojar al río á los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza sería hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su mismo bienhechor, y se habrá levantado á fuerza de bajezas á las altas dignidades de la república; si ha sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo á su esposo para dar la mano á su rival; si ha sido madre, se habrá enamorado de su propio hijo; y si fuere hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus dias; si ha sido religioso, habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia ó para ejercer sus venganzas; si ha sido, en fin, amante, por fuerza ha sido movida por un amor vergonzoso y criminal.

Semejantes primores de la moderna escena son como si dijéramos el cotidiano alimento que se da á un pueblo incauto á quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura; se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra, en fin, á un abismo sin limites conocidos.

Por fortuna esta exageracion de colorido, esta brillantez de la mentira, lleva su correctivo en su misma demasia, y una vez disipadas las primeras impresiones, la razon va recobrando su imperio, y convirtiendo en ridiculo aquello que un momento se admiró como sublime. El observador filósofo no puede menos de reconocer esta benéfica reaccion, y mira con placer á la concurrencia, no ya agitada y entusiasta ante las formidables peripecias del drama imoral, sino distraida é indiferente, como quien no cree lo que mira, no pocas veces respondiendo con burlona sonrisa, en vez de las violentas lágrimas que la demandaba el poeta:

*aOn ne voit pas pleurer personne;
pour notre argent nous avons du plaisir;*

*et le traíque qu'en nous donne
ets bien fait per nous r. jouir.*

Pero veo con dolor que arrastrado por lo importante del argumento, me aparto insensiblemente de mi estilo y propósito, y como que parece volver la cara á la escena, abandonando mi objeto, que es pintar al público espectador. Sin embargo, tiene tal relacion el efecto con la causa, que apenas es posible tratar de aquel sin rozarse algun tanto con esta. Afortunadamente en este momento cae el telon y el drama desaparece; unas cuantas varas de lienzo se han interpuesto entre la sociedad fantástica y la sociedad positiva; los *Hernanis* y las *Tisbes* huyeron de nuestra vista, y ya solo tenemos delante las *Tommas* y los *Padros*; *el hombre y la mujer* se han convertido ya en mujeres y hombres; el castillo feudal en un menguado coliseo, y los canales misteriosos de Venecia, en los animados callejones de palcos y cuzuela.

Aquí quisiera yo tener una pequeña dosis de la imaginacion poética de nuestros autores, para bosquejar aunque de ligero esta escena final, que aunque para algunos podrá parecer insignificante, es para muchos la que forma el principal interes del drama.

Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrilenos, saben ya lo menguado y oscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquígráfico portal. Pues bien; en aquellas escaleras, en aquellos callejones, y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunion misteriosa y armónica de quinientas parejas, que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aquí para allá buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades ajenas...

De aquí puede inferirse sustancialmente el interes y fuerza cómica de semejante desenlace, la animacion y el movimiento de tal escena final.

El rápido mozalvete, que volando en alas de su amor y su deseo, atraviesa por sobre las piercas de los lacayos dormidos en la escalera, y va á situarse á la salida del palco, para tener ocasion de arreglar una manteleta ó correr á avisar al cochero; el pasuado esposo, que detenido por la gente que sale de las lunetas, se agita y desespera por llegar á recibir á su esposa, cuando esta baja ya cortesmente sostenida por una mano antecada que casualmente se encontró al paso; el amante desdichado, que al ir á ofrecer la suya al objeto de su ternura, se siente asir por una harpía de siglo y medio, que empieza ya de antemano á ejercer los rigores de suegra; los formidables lacayos asturianos cargados de almohadas y mantones que cruzan bárbaramente, abriendo un ancho surco en aquella apiñada fidalaje; los celosos papás que tratan de poner á cubierto las gracias de sus hijas, robándolas á las indiscretas miradas de los jóvenes que coronan en correcta formacion ambos limites de la escalera; las viejas, que llaman con voz nasal y angustiosa; los niños, que lloran porque los pisan, ó que dominados por el sueño van tropezando en todos los escalones; los reniegos de los que van á tomar el coche contra los que no les dejan llegar á él; las imprecaciones de los que esperan ir á pie, contra los coches que obstruyen la salida; las pérdidas improvisadas de alguna dama; los hallazgos repentizados de algun galán; los chascos de tal cual amador que esperaba por una escalera, mientras el objeto de sus esperanzas descendía por la otra; las curiosas glosas del drama, que se escuchan en boca de un mozo de Lavapiés ó de una manola del Barquillo; aquel eterno disputar sobre si la escena del veneno era mas bonita que la del tormento; ó si la comedia estaba en prosa ó en verso; aquel decir picardias del traidor, y salir poco satisfechos porque aunque se dice que le ahor

caron, no le vieron aborrecar; aquel comparar mentalmente al romántico galán ideal con el clásico marido efectivo; aquella rápida transición desde las imaginaciones poéticas á las prosáicas, desde la historia fingida á la historia verdadera; todos estos son objetos dignos de observación, y tan gustosos de ver como imposibles de describir.

El teatro, en fin, vuelve á quedar en silencio, y el alcalde cierra cuidadoso las puertas del templo de la ilusión; el poeta regresa á su modesta habitación á dormir al arrullo de los aplausos ó de los silbidos; el actor depones mantos y coronas, y toma paraguas y sombrero para dirigirse á cenar; el viento fresco de la noche disipa las quimeras en la agitada mente del espectador, y cuando este al poner el pie en la calle piensa todavía escuchar la terrible campana de San Marcos, reconoce con placer que no es nada de esto, sino que dan las doce en el reloj de la Trinidad.

(Febrero de 1858.)

LA ESPOSICION DE PINTURAS.

«Anch' io son pittore.»
Correggio.

Al estampar el título de este discurso, ya veo mentalmente á mis lectores abrirme paso y dejarme marchar delante, con la intención sin duda de recorrer conmigo las salas de la Academia, y escuchar benévolutamente las observaciones críticas que sobre cada cuadro haya de estampar en mi cartera. Veo también á los artistas y aficionados torcer el gesto, y

formar corro enfrente de mí, como demostrando desconfianza de mi pobre opinión, y aguardando que la someta á la suya inteligente. Escucho también las insinuaciones de los amigos de los enemigos; y de los enemigos de los amigos, que quieren piadosamente intercalar entre renglones de mi discurso los suyos propios, y aspiran á convencerme con el piadoso objeto de que yo convenza á los demás de lo que ellos no están convencidos... Los unos me intiman magistralmente la superioridad de tal cuadro... los otros me escitan la bilis sobre la incongruencia del otro... cuál quiere que empiece por el orden cronológico ó de antigüedad; cuál por el de títulos académicos; aquel aboga por las composiciones históricas; este por las descriptivas y pintorescas; y estotro, en fin, por las comparables, y *d'apres nature*...

Alto allá, señores míos, que no todo ha de ser para ellos. Vuesas mercedes me perdonarán por hoy, pero no puedo servirles como quisiera, porque no traigo bastante provision de elogios en el tintero. Día vendrá y no está lejos, en que componga su licor con arañesca goma y azúcar cristalizado, y entonces me tendrán al su mandar para hablar de sus producciones con aquel entusiasmo que es del caso... Lo que es por hoy no vengo á ver la esposicion, sino á tomar parte en ella; quiero decirles que *yo tambien soy pintor* (si no lo han por enojo) y en prueba de ello—zis... zas... Y abrí mi envoltorio, desarrollé mi lienzo, y se le presenté con el debido respeto á la comision revisora de profesores, permanente en el entresuelo de aquel templo de la inmortalidad.

Y como espero que la decision de aquel artístico jurado habrá sido favorable, y habrá acordado esponer al público la dicha obrilla de mi débil pincel, páreceme del caso dar aquí á mis lectores el testo ó



La Exposicion de Pinturas.

programa de ella, con las convenientes notas y ampliaciones para que los menos inteligentes puedan comprenderla.

Mi cuadro representa el interior de un noble edificio que en tiempos atras construyó un célebre arquitecto llamado Ribera, á quien estamos convenidos

en apellidar *oprobio del arte*, porque hizo cosas que no estaban escritas en Vitruvio ni en Paladio; y cuya sombra, picada contra los diarios anatemas que resuenan contra él en aquella casa, responde, no sé si digno victoriosamente, con la casa misma, y aun se ríe de los que se ríen de él, y de muchas obras modernas, escondiéndose entre los caprichosos follages de la fachada del Hospicio.

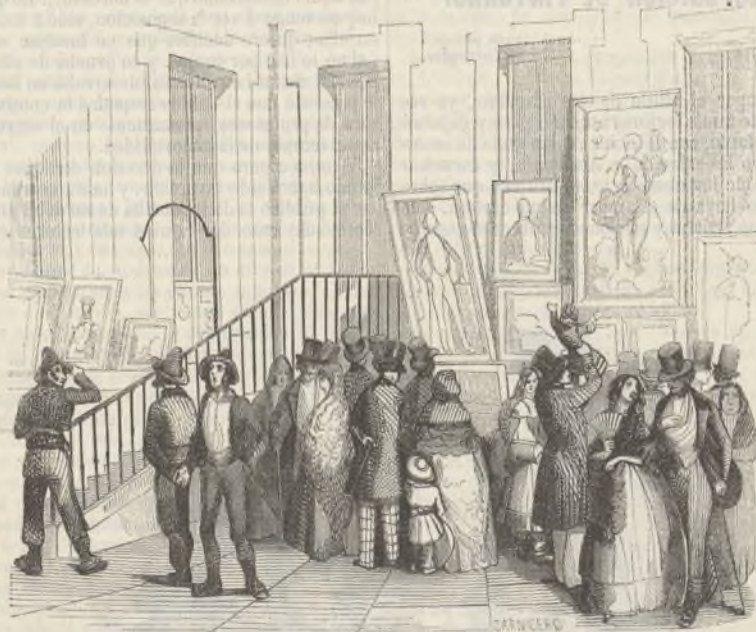
En cuanto al edificio que representa mi cuadro, fue construido con destino á *Estancodel Tabaco*: hasta que el señor don Carlos III (de gloriosa memoria) dispuso estancar en él cosa de mas interes, reuniendo para ello con la mejor intencion «*naturaleza y arte bajo un techo*» como dice la inscripcion de la puerta, con lo cual y desde entonces permanecen allí estancadas, estrechas y sin poder medrar. Pero volvamos á mi lienzo.

Un patio cuadrilátero y á cielo abierto, forma su primer término (porque es de advertir que este mi cuadro no pertenece á la escuela clásica, antes bien es un mosaico de grupos y perspectivas que de término en término le hacen interminable). Véanse en el patio colocados al aire libre, y como desafiando las

iras del cielo, diversas pinturas... pero no; las pinturas de los otros no se ven en la mia, porque de intento he procurado yo estender la sombra, allí donde aquellas deberian estar colocadas. Solo se ve, pues, el piso plano, reflejado perpendicularmente por la luz de mi paleta, y un pueblo numeroso, que viene, que va, que entra, que sale, que habla, que ríe, que bulle, que tose, que murmura, que confunde, en fin, y arrebatá la vista del espectador. Si este sigue con ella los demas puntos términos del cuadro, hallaráse alternativamente con los dobles ramales de una magnífica escalera, con pisos bajos y altos, salas estrechas y espaciosas, callejones y galerías al Norte, al Sur, al Levante y Poniente; cuáles diáfanos y transparentes: cuáles sombrías y misteriosas, segun su respectiva situacion; pero todas ellas cubiertas de pinturas sus paredes, de pueblo numeroso su pavimento.

Supongo al espectador colocado en el sitio que ocupan los cuadros... Es claro que no puede ver estos.—Pues entonces ¿qué es lo que ve?—Ya he dicho que verá el mio.

Abra los ojos y miren, y aunque al principio se



La Exposicion de Pinturas.

ofusquen con la confusion de mi brocha desaliñada, ya irán buscaado las luces, y colocándose á la distancia conveniente para abrazar el conjunto.

Ese corro que ven Vds. allí á la izquierda, de figuras llenas de vida y espresion, es el círculo inteligente; el mismo que distribuye y niega las reputaciones artísticas. Compónese de maestros jubilados del arte, y antiguos aficionados que acostumbraban á ir con Goya á los toros, y por consecuencia son muy conoedores en pintura: gente vetusta y poco pintoresca en sus personas, malos contornos, peor espresion, y rematado colorido, como que el que menos cuenta seis decenas debajo del peluquin. Si pudiéramos escuchar lo que parecen decir, verian Vds. como luego sacaban la conversacion de Roma y de Bolonia, adonde fueron, y de donde volvieron hechos unos Rafaelles (vamos al decir) y llenas las cabezas de Marco Antonios y Cleopatras, y Danaes y Mercurios, y Rómulos y Coriolanos; con aquellas caras y aposturas

de dolor artístico, y de amor ó de alegría arreglados á escala romana; aquellos pliegues cuidadosos como los de sobrepelliz cardenalicia; aquellos cielos en que no es fácil averiguar qué hora es; aquellos muslos, aquellos brazos contorneados y puestos allí de intento como diciendo «miradme»; aquel colorido arreglado á receta, y en que no se atreveria á entrar una dracma ni de menos ni de mas; aquella accion, en fin, tan única é indivisible como la república francesa.

Miren Vds. allá mas abajo reproducido el mismo grupo, que marcha en convoy, y se ha parado delante de un cuadro nuevamente espuesto, que sin duda debe pertenecer á algun artista de diversa comunion. Ahora ya no hablan de la vieja escuela; hablan sí de la nueva, y echan sus ojeadas oblicuas al lienzo, y sonríen y manotean, y señalan con el dedo, y algunos mas decididos hacen como que dibujan ó contornean con él, segun su estilo, lo que le falta ó le sobra á la pintura representada; y otros mas serios

suspiran y fruncen el gesto como lamentándose de la profanación del arte; y por último, aquellos de mas allá parecen contemporizar diciendo: — «es buen muchacho el autor... tiene chispa... promete bastante, si no estuviera viado... Y con estas y semejantes espresiones ábrense paso por en medio de la concurrencia que se apresura á admirar el cuadro, y dejan escapar sobre aquella y sobre este una mirada alternativa de compasion y de desprecio.

Pues volvamos la cabeza á ese otro círculo mas agitado que observa al primero... Repárenles Vds. bien... Sombreritos ladeados, levitines románticos, barbas y melenas... edad entre los veinte y los treinta, fruta de este siglo inquieto y mercurial... charla sempiterna, mucha espresion de ojos... mucho manoteo... mucha risotada... pues esa es la España artística del día, quiero decir, el círculo nuevo, la escuela flamante, idólatra de las almenas y puentes levadizos; de las aceradas cotas y del blanquísimo cendal; que solo acierta á ver á la pálida luz de la luna; que solo sueña escenas terroríficas, combates horribles, adulterios y asesinatos; que ilumina sus cuadros al resplandor de las llamas que consumen la ciudad, del rayo que rasga las nubes, ó á la trémula luz de la lámpara sepulcral. Ellos, esos jovencitos alegres y bulliciosos, son los que nos trasladan al lienzo los rostros patibularios, las sonrisas infernales, la abominación de la desolacion; que gozan y se recrean en colocar la sanguinosa daga en el seno de la inocente virgen, ó salpicar de sangre el desgarrado manto de la matrona; que ponen en las manos del héroe el desnudo puñal ó la fatídica pistola; al ave agorera sobre las ventanas labradas del palacio, ó las borrascosas olas batiendo las rotas murallas del castillo feudal.

Pero apartemos la vista de tan singulares escenas, y descendamos á esta sociedad práctica y positiva, prosaica y risueña, bulliciosa y amiga de sensaciones de todos géneros... Busquémosla, por ejemplo, en aquel triunvirato de bellezas que se adelanta de frente, contemplando con igual indiferencia las románticas catástrofes y la clásica beatitud... Para ellas y para el numeroso séquito de apasionados que las rodean, en vano Murillo adivinó la pureza virginal del rostro de la madre de Dios; en vano Velazquez sorprendió el secreto de la naturaleza; en vano Rivera trasladó sus dolores y su mas violento padecer.

— ¡Ay, Jesus! mamá, qué cuadro tan asqueroso... yo no sé por qué le miran tanto... no parece sino que Murillo habia sido practicante de algun hospital (y esto lo dicen tapándose las narices y apartando la vista del magnífico lienzo de Santa Isabel).

— Por cierto (esclama alguno de aquellos celosos almivarados) que estos españoles antiguos no sabian pintar mas que santos y mendigos.

— Sin duda debian de ser muy feos nuestros pasados (prorrumpe otro como creyendo decir un chiste) porque todas las caras que nos representan sus pinceles son tan inverosímiles que hacen horror.

— Si hubiera tenido delante (replica el primero) los modelos que nosotros alcanzamos la fortuna de mirar...

— ¡Ah... ah... ah!.. (interrumpen riendo las señoritas); vaya, Carlitos, que no pierde V. ocasion de hacer un agasajo.

(Y el mozo se contonea y se arregla la corbata, y pasa su anteojo guante por entre los rizos de sus melenas.)

— A propósito de bellezas (dice otro) y dejando estos santos en su paraíso, vean Vds. ese hermosísimo rostro que delante tenemos, trasladado con verdad de un mas hermoso original... ¿No la conocen Vds.? ¡Qué magestad! ¡qué nobleza! ¡qué transparencia de tez! ¡qué perfeccion de facciones!

— Cierto don Enrique (una de las bellezas inter-

rumpe picada al orador), cierto que es muy hermosa; pero lo es mas en el retrato que en el original... ya ve V., no era leon el pintor...

— Señorita...

— ¡Pues no ve V. esos lábios y ese pecho, y?.. luego, que yo no me acuerdo de haberla visto esc vestido tan elegante; y ademas, que tampoco el peinado está de moda.

— ¡Oh! pues entonces no hay mas que hablar, Enrique; Matildita tiene razon, y yo no sé cómo tu puedes alabar...

— Señoritas, no es decir que... pero yo solo hablaba de la pintura.

— Vamos, vamos de aquí, niñas (grita la vieja): ¡ay Jesus! y qué empujones, y qué mal olor.... ¿Por qué dejarán entrar á estas gentes en la Academia?

— A la verdad (replica un mancebo) que no será por falta de originales.

(Y dirialo sin duda por aquella falange de alcorconeros que allí aparece, los cuales como amigos de las artes, han venido á dar un vistazo á la Academia, mientras otros, sus compañeros, arreglan el puesto para la venta en la feria de sus obras de escultura de cocina.)

— Míala, míala, qué garrida y qué frescachona está... el dimonio me lleve si no es la virgen.

— La virgen es, que tiene una cosa á manera de rosario en el pecho y toa la mano llena de sortijas: ¡ay quién la llevara á nuestro señor cura!

— Calla, bruto, que pue que mos oiga algun alcalde, y luego coja y mos embarque los pucheros, que por menos suelen hacerlo estos señores de Madrid.

— Abute el otro qué bigotes tiene y qué uniforme tan majo y tan... apostaría que es aquel comendante que antañazo pasó por el pueblo en busca de las ficciones....

— ¡Qué é ser, si aquel corria como un gamo estotro no se le ven las piernas!

— ¿Y qué hacen ahí esos flaires, con sus capuchas?.. ¿pues no hicían que los han distinguío?...

— Calla, tonto, si estos son como aquellos que hay en la iglesia del pueblo, que se están siempre quietos y no tienen mas que sus presonas: por eso no les han quitao....»

Y por este estilo siguen sus comentarios, marchando en columna cerrada por todas las salas, cogidos de las manos, la nariz al viento, los ojos y la boca de par en par... Lo que mas suele incomodarles es que los celadores de las salas no les dejan tocar los cuadros; pero siempre que miran algun retrato de señora se persignan y dan golpes de pecho y miran en derredor como buscando la pila del agua bendita.

Imposible seria seguir este armonioso cuadro en todos sus infinitos detalles; en el patio como en la escalera, en las salas como en los callejones, la misma animacion, el mismo movimiento, iguales preguntas, respuestas semejantes.

Ya es un honrado mercader con su levita cumplida y reluciente, paño de Tarrasa tinto en lana, fruta del almacén, que se pasma y estasia delante de las miniaturas de la sala baja, y de las infinitas traducciones libres del cuadro de las lanzas y el pastor de la cabra, ordinario pasatiempo de los nuevos aficionados; y en tanto que admira el primor imitativo del pincel, no siente ni echa de ver que otro ingenio precoz le saca con mucho cuidado el pañuelo del bolsillo; item mas, la caja del tabaco, y un melocoton que le habian regalado en la feria.

O bien es un abuelo veterano, ex-individuo de no sé qué ex-cuerpo, que conducido diestramente por una nietecilla de quince abriles, linda como una esperanza, se para de pronto sorprendido y petrificado delante de una cabeza de Medusa, dibujada al lápiz, y elegantemente encuadrada en el laboreado mar-

co, por bajo del cual se ve esta patética dedicatoria:

A SU AMADO ABUELO

dedica esta cabeza de Medusa

su nieta

Fulanita.

Ya se escucha un refuerzo saliente al confuso bisbiseo de la conversacion general, y lo produce el encuentro casual dispuesto en la tertulia de la noche anterior, entre dos lindas bailadoras y sus dos parejas de cotillon; los cuales se deshacen á cumplimientos con los esposos respectivos que marchan á distancia; y les hablan con entusiasmo del claro oscuro y de los matices: y los llaman la atencion hácia un cuadro, y miran por detras de él á los originales que delante tienen; y abren paso á estos por entre la inmensa concurrencia; y se precipitan á darlas la mano y sostenerlas en la infinita combinacion de subidas y bajadas de la tal casa; y dicen pestes de sus callejones entre tanto que debieran bendecirles....

Mas allá es un grupo de futuros ciudadanos, que lloran porque los pisan ó porque los estrujan el sombrero nuevo, y dicen que no ven, y el papá les coge en los brazos y les dice:

—Ese que allí veis, es Alejandro, un rey muy poderoso que hubo en España en tiempo de los moros, que conquistó la Alemania, y por eso le llamaron el Magno, y cuyo sepulcro se encuentra en las Salesas Nuevas al lado de la Epistola.—

Luego se escuchan las risotadas de ciertos mozalvetes que han estado haciendo anatomía de un misero retrato de vieja, muy grave y circunspecto, y cuando vuelven la cabeza echan de ver que tenían por oyente al original.

Ya es un mancebo que se atusa los bigotes y se coloca en posición académica en el quicio de una ventana, procurando conservar la misma actitud que en el retrato que delante tiene, para que todos los transeuntes puedan hacer la comparacion.

Ya, en fin, es un artista que enseña los pies por entre los del caballete que sostiene su cuadro, y escucha allí á su sabor el juicio contemporáneo del pais.

—¿Han visto Vds. á Fulanita qué bien está?

—De mi cuadro hablan (dice el pintor).

—Admirable (contesta con entusiasmo un apasionado al modelo).

—¡Valiente cabeza! (esclama el artista).

—¿Lo dice V. por mal? (contesta el amante).

—No, señor mío, antes bien digo que es un rostro muy bien pintado.

—Caballero, eso parece tener un doble sentido, y es menester que V. sepa que el rostro en cuestion no se pinta y...

—¿Cómo que no se pinta!

—No señor.

—¿Pues si la he pintado yo!

Toca en esto mi cuadro á su extremo término; desaparece prontamente la luz por el sencillo medio de cerrar los balcones; mirase deslizar la concurrencia agolpándose hácia el portal; quedan desiertas las salas, el patio y escalera; suenan llaves y cerrojos, y al bullicio y movimiento sucede un silencio sepulcral... No hay que estrañarlo; el reloj de la Aduana acaba de dar las dos, y los estatutos de la Academia previenen que á aquella hora se comia en tiempo del fundador.

Él aquí mi cuadro. ¿Querrán los señores directores darle un lugarcito en la Esposicion?

(Septiembre de 1838.)

EL RECIEN-VENIDO.

I.

CAMINANGO calle arriba por la de Segovia de esta corte, y siguiendo fielmente con sus plantas la línea,

ora recta, ora curva del arroyo; encogidas las rodillas, alta la cabeza, y las manos encajadas en las aberturas del calzón, se adelantaba paso á paso un hombre cuyas miradas codiciosas, y otras señales de estúpida admiracion, daban luego á entender serie del todo nuevos los objetos que por entonces herian sus sentidos.

De contado, la rústica villanía de su traje, los groseros alpargates, su calzón corto, pardo, flojo y descosido, su faja de estambre, chaquetilla y chupetin tambien pardo, y sombrero cható del mismo color dejaban inferir su procedencia del riñon de Castilla, así bien como su enorme vara de fresno atravesada á la espalda, haria sospechar su profesion de trajinante, si ya no la demostrasen claramente tres pollinejos y un mulo que á guisa de batidores le abrian el paso, casi escondidos entre los enormes sacos que pesaban sobre sus lomos.

Esta figura cuyo aspecto semi-humano hubiera puesto espanto á quien la hubiera hallado en el interior de un bosque de América, dando mucho que pensar al viajero para clasificarle entre las diversas especies de mandriles, jimios, macacos y jockós, que describe Buffon, no era sin embargo nada de esto, sino una criatura casi racional, con sus tres potencias distintas, puesto que la del entendimiento, harto entumecida por falta de uso, casi casi hacia dudar de su existencia; era en fin, un ciudadano español con sus derechos imprescriptibles y su cacho de soberanía; el cual ciudadano, en prueba de estos derechos, acababa de pagarlos á la puerta por los garbanzos y judías que acarreaaba. Sabia tambien hablar (que no es poco), y en la misma puerta habia declarado llamarse *Juan Algarrobo* (alias *Cochura*), y ser natural de la villa de Fontiveros, provincia de Avila, sexmo de San Juan, de edad de 23 años cumplidos en la última Navidad, de oficio arriero, y de religion católico-apostólico-romano.

Como era la vez primera que pisaba los angulosos guijarros de esta noble capital, ignoraba de todo punto la direccion de sus calles, y embebido en sus pensamientos (que tambien los solia tener á veces) dejábase guiar por su mulo, fiando al instinto de este el conducirle á punto donde pudieran comer y reposarse.

Ya habia llegado al fin de la calle, y hecho la señal de la cruz delante de la de Puerta-cerrada, cuando le vino á la memoria que la consigna que traia de la tierra era á la posada del *Dragon* en la Cava baja; por lo que llamando cariñosamente á sus pollinos, los encarriló hácia la puerta de un barbero, el cual viéndolos entrar así tan sin ceremonia, arremetió á las navajas, y hubiérales señalado de mano maestra, á no haberse visto interpelado por nuestro arriero, que con sombrero en mano y el *Deo gratias* de costumbre, le preguntaba las señas de la Cava baja.

«Vaya el bárbaro (dijo el barbero) mucho de enhorramala, y átese en fila con sus burros para no incomodar á las gentes de bien.»—Y cerró de un golpe las persianillas de su tienda, con que dejó á los recién-venidos en la misma perplejidad.—El mulo, sin embargo, no debia ser lerdo y no por eso se desconcertó, antes bien dirigiendo el paso hácia una taberna, saludó con los hocicos varios platos de abadejo que á la puerta estaban, y que sin duda hubieron de parecerle bien; mas la intrépida guisandera (que por mas señas era una vizcaína gorda que se llamaba la señora *Juliana Arreyaygorreyquerrumizaeta*) saltó de su asiento cazo en mano, y arremetiendo alternativamente, ya al mulo, ya al arriero, los echó de sus posesiones con una descarga cerrada de vocablos facciosos que tan claros fueron para el amo como para los mismos pollinos.

En magestuoso cónclave reposaban tranquilos tománclo el sol sentados encima de sus cubetas hasta

cuatro docenas de mozállones gallegos y asturianos, los cuales viendo el aturdimiento del castellano y lo fuera de razon de la vizcaína, reian hasta mas no poder, hasta que uno mas caritativo indicó al forastero que la calle que buscaba se encontraba sobre su derecha. Mas fuese que el castellano no entendiese el lenguaje de Castilla, ó que el otro se lo dijese en gallego, hubo de tomar el rábano por las hojas, y comprender que habia de seguir la calle derecha y no la derecha de la calle, con que siguió magestosamente por toda la plaza arriba, Puerta del Sol, calle de la Montera y de Fuencarral, buscando la Cava baja; verdadero emblema él y su recua de la actual generacion española caminando con igual acierto al punto término de su felicidad.

Dejó á la consideracion del lector los muchos lances siquier grotescos, siquier trágicos y fatales, que el pobre recién-venido hubo de experimentar en tan larga travesia; hasta que viéndose ya cerca del cementerio, empezó á sospechar que no era por allí el camino de su posada. Por fin, despues de muchas preguntas y respuestas, dares y tomares, idas y venidas, tomó la vuelta de la Puerta del Sol, y al fin de dos horas cumplidas dió consigo y su comitiva en la Cava baja.

Luego que se vió en su posada, rodeado de racionales é irracionales compatriotas, despachado en comun mesa un razonable pienso de menudos y pimientos, amen de la cebada y la paja que con noble abnegacion cedió á sus pollinejos, hecho cuatro mimos á estos en señal de buena amistad, y cambiadas cuatro interjecciones machos con el mozo de la posada, acomodó sus alforjas y su manta en un rincón del último piso, y cedió al sueño los cansados miembros, quiero decir, que se durmió, sin dársele un ardite de la crisis ministerial ni de toda la demas batahola que por entonces traía alborotada á la córte.

II.

Aquella noche como las demas, despues de la cena, habiase dispuesto por la noble compañía que ocupaba la posada una partidilla hourada de *truquiflor* y *se-cansa*, interpolada de sendos tragos de lo tinto, y amezizada con el agradable ruido de una alegre conversacion. Admitióse tambien en la rueda con notables muestras de benevolencia al recién-venido aviles, ayudándole á fuer de franqueza y amistad á desecher el empaquo que sin duda debia imponerle aquella nueva sociedad; con que muy luego se olvidó de todo punto que estaba en Madrid, y trasladóse en imaginacion á aquel ameno establo donde sus ojos vieron la primera material luz.

Tan engolfado iba estando en la partida, y tan sin penas ni desconcierto dejaba rodar sobre la mesa las medallas segovianas, que hubo de llamar la atencion de un viejo proveclo y cari-acontecido que observaba aquella escena desde un ángulo de la mesa; el cual viejo no era nada menos que un honrado ordinario de Salamanca, el *tío Facó*, hombre de bien y chapa-do á la antigua, que solia pasar su vida en el espacio que media entre el Rollo del Tormes y la Puente Segoviana; acarreador perpétuo de trigo caudal y de garbanzos de Cuarto de Armuña, de teólogos y filósofos en embrion, grandes guitarristas y futuras notabilidades del púlpito y del foro. Con lo cual y la buena ayuda de su entendimiento, habia llegado á ser un horroroso latino, como que sabia de memoria desde el *Musa Musa* hasta el *X et Zeta*, y todos teníanle por hombre ademas prudente y sabidor; y aun hubo tiempos en que casi casi se vió espuesto á ser, como quien nada dice, sacristan de Calvarrasa.

Sea de ello lo que quiera, este tal Facó tenia, como queda dicho, á su cargo hasta un par de galeras que hacian periódicamente el viaje de Salamanca á Ma-

drid, y como saben muy bien los que tal viaje hubieren hecho, es cosa consiguiente el pasar por la villa de Fontiveros, y siéndolo era preciso que el *tío Facó* hubiese en ella conocido á nuestro Juan Algarrobo, alias *Cochura*; siendo esto tan cierto, que varias veces se cruzaron en el camino y cambiaron las botas, ó se dirigieron de comun acuerdo á casa del Juan á herrar una mula, ó á arreglar las varas de la galera; razones todas mas que poderosas para tener y sostener una razonable amistad.

Conoció, pues, el viejo Facó que era la ocasion llegada de aventurar algunos paternales consejos á aquel incauto pejaruco caido voluntariamente y por primera vez en las sutiles redes de la córte, y así llamándole aparte y llevándole á un rincón del zaquizami, escupió dos veces ó tres, hizole sentar, y le habló de esta manera.

—Amigo Juancho, ya tú sabes las obligaciones que nos debemos, como páisanos que somos y como amigos, y lo mucho que nos queremos tu madre Forosa y yo; así que no estrañarás que venga aquí á ocupar su lugar y á darte consejos que en esa tu edad y en esta villa, luego luego habrás menester. Escúchame, pues, atento, sin jugar con la faja, ni mirar á los dedos, y clava en el magin todo lo que de mí oyeres, que día vendrá, y no está lejos, en que lo recuerdes con agradecimiento, y pagues con él al viejo que te está hablando.

Has llegado, Juancho, á un lugar en que la precaucion y el consejo son necesarios para no perder un hombre el juicio escuso que Dios le dió; lugar en cuyas calles se aprende mas ciencia que la que enseñan nuestros doctores salamanquinos á los que frecuentan sus escuelas: lugar en que los chicos son bachilleres, las mujeres licenciadas, y doctores los hombres, sin mas gramática que la parda, ni otras borlas ni mucetas que un poco de garabato en los ojos y en el pico. Con esto, y un esterior amable y lisonjero, tienen en sí la ciencia suficiente para enseñar al forastero lo que ellos llaman cortesania, y hacerle conocer que es á su lado ciencia inútil toda la que contienen sus libros. Pero no creas, Juancho, que tan benéfica pasantía se dispensa aquí *gratis et amore* y sin su correspondiente por qué. Colegio es este en que mas que en los *mayores* peliga el bolsillo, y cuenta, si su apetecida beca no nos cuesta tambien la salud de cuerpo y ánima.

Quiérote decir todo esto, porque sepas á punto fijo á qué lugar te han traído tus pecados ó tu codicia, que quedará satisfecha si logras vender algunos reales mas caros esos frutos que acarreas, y no tomará en cuenta los peligros á que te esponen en semejante expedicion tu entendimiento ralo, tu memoria torpe, y lo arriesgado y simple de tu voluntad.

Esto supuesto, desconfiarás, Juancho, de tí propio y de los demas, hasta aquel grado que es hecho desconfiar, no tomándolo todo por el peor lado, ni echando juicios temerarios de que tu conciencia haya de acusarte, sino suspendiendo por lo menos el tuyo hasta cerciorarte de ser verdad lo que se te dice y aun aquello mismo que por tus ojos vieres y palpares con tus manos.

Recelarás de los amigos fáciles, y que te halláres como suele decirse por bajo del pie, que no es fruta la amistad que nace espontánea, sino á fuerza de cultivo logra estender y hacer frondosas sus ramas. Todos en la córte te harán risueño el semblante, todos llamaránse tus amigos, si te vieren inocente y no poco dádivo y desprendido; pero á vuelta de tus espaldas reiránse muy luego de tu mentecatez, y holgaránse con tus favores para mejor burlarse de tí.

A cada paso que des, hallarás gentes de tu condicion, de tu pais, y aun de tu parentela, que en este laberinto de la córte todas vienen á ser confundidas, por lo que habrás oido decir aquel dicho *«Madrid,*

patria comun, tierra de amigos.» Aquí hallarás en efecto muchos ó mas sutiles, y mas experimentados que tú, que te brindarán con sus consejos, te darán la mano en tus especulaciones y tratos, y llenarán con nuevos proyectos tu cabeza de dudas, tu pecho de codicia y de ambicion. Huye, amado Juancho, huye esas relaciones peligrosas, ó si aprecias tu tranquilidad no des oídos á consejos pérfidos de los que sobre tu ruina piensan levantar el edificio de sus medros.

Ni faltará tampoco á tentar tu flaqueza en esta cueva de los vicios aquella formidable enemiga de los humanos, la lujuria, que aquí en este lugar tiene su principal asiento y trono; y quiérola llamar por su nombre para que no vayas á confundirla, Juancho, con aquel otro amor sencillo y honrado de nuestras aldeas; no, otros son sus colores, y preciso te será aprender á distinguirlos. No fies, por de prouito, en los halagos que alguna de estas encantadoras te prodigue á tu paso; ni escuches sus ruegos; ni creas de sus palabras; pues que ni tu figura está hecha para enamorar de un tiro, ni aunque fueras el mismo Adónis (de lo que distas muy bastante) seríate lícito ni conveniente creerlo así.

No juegues juegos de azar, que no es bien arriesgar á una sota el fruto de nuestro trabajo, y si alguna vez lo hicieres, cuenta que no es el azar tu solo enemigo, sino la mayor ciencia de tus compañeros, que en esto del juego los hay grandes profetas en la córte para predecir y acertar á quién le ha de favorecer el albur.

No compres género que no conozcas, ni creas todo lo que vieres, ni te pares en todos los corrillos, ni quieras informarte de lo que nada te importa. Advierte que llevas en el semblante el sobrescrito de la villanesca simplicidad, y que de ella viven muchos de los entonados mercaderes y caballeros de la córte.

Cuando salgas á la calle procura seguir tu camino derecho y sin tropiezos ni atajos peligrosos; no disputes sobre el paso, ni armes quimeras de preferencia ó por consecuencia de tu incivildad; cuenta que es cierto aquel refran del «gallo que canta en su gallinero,» y tú eres de otro corral, y á cualquiera lance no faltarán gallinas que te desplumen.

No des tu dinero á préstamo por alto que sea el interés, á menos que no te cumpla ganarlo en el cielo: ni entres en mas negocios de los que por tí puedas manejar; y advierte que lo que en otros ves motivo de engrandecimiento y riqueza, serido en tu nimia comprension de completa ruina; que el talento, Juancho, es el capital mas positivo, aunque á las veces suele ganarle por la mano esto que llaman la fortuna.

Tú, en fin, harás y procederás con buen consejo pidiéndolo al cielo en aquellos casos en que mas te vieres apurado, que el Señor es verdadero amigo que nunca engaña, ni se hace el sordo cuando de buena fé se llega á implorar su auxilio. Y ora callo, aunque mucho mas pudiera decirte, á ley de anciano, y en fuerza del cariño que te profesó; pero veo que perdería el tiempo en esta ocasion, ó acaso acaso la daría para que tú reconciliaras mejor el sueño que preparas al arrullo de mis consejos.—

Y así era la verdad, que el buen Juancho, en quien la voluntad, como queda dicho, era lo mas, escuchó atentamente y sin pestañear la primera parte del discurso de Facó, hasta aquel punto en que remontando este un tanto su vuelo, llegó á oscurecerse del todo á la vista de aquel, por lo cual dando licencia á los párpados, aunque parecia aprobar mudamente con las inclinaciones frecuentes de cabeza, no era otra cosa en realidad sino que á la sazón dormía un sueño mas que medianamente reposado, en tanto que el consejero trashumante esforzaba sus últimas razones para pintarle los peligros de Madrid.

III.

Otro dia por la mañana salió Juancho á acompañar y despedir al tio Facó que regresaba á su tierra, y luego que le hubo dejado mas allá de Aravaca, rico de advertencias y consejos que por el camino le habia ido repitiendo, volvió á entrar en Madrid; deseoso aunque no fuera mas que por curiosidad de conocer y desafiar esos lazos y peligros que su viejo consejero le habia tanto encarecido.

Como era tan de mañana, parecióle bien entrar á misa en la primera iglesia que topara, con lo cual pensaba santificar el dia, y prepararse con nuevas armas á sufrir los combates que ya empezaba á barruntar. Pero el diablo, que no duerme, y por consecuencia madruga aun mas que un arriero, hubo de escuchar este propósito, y prometerse allá en su interior jugar una morisqueta al buen Cochura.

Dispuso, pues, para ello, que el sacristan de Santa María (que fue la iglesia adonde aquel se dirigió) se hubiese dormido alguna cosa mas aquella mañana, con que la puerta permanecia aun cerrada; visto lo cual por Juancho, se determinó á esperar hasta que abriesen para oír la primera misa. Con esta intencion habiase sentado descansadamente en la escalera de piedra que sube á la iglesia, cuando de allí á un rato acertó á pasar un hombre de equívoca catadura, que fijando sus ojos en aquel descansado villano, como quien queria conocerle, compuso y compungió su semblante, y vino á él con amabilidad, saludándole cortesmente. Tomando luego la palabra, estrañó que aun no estuviese abierto el templo, y manifestó su intencion igual á la de Juancho, de escuchar la primera misa, cosa que todas las mañanas hacia, segun dijo. Seguidamente como reparando en su traje y acento, informóse del forastero de qué lugar era, y luego que hubo dicho de Fontiveros, empezó á contar aventuras que en él le habian acontecido, y á relatar grandezas de aquella tierra, y lo mismo hubiera sido si le hubiesen nombrado la China, puesto que ni una ni otra éranle absolutamente conocidas.

El simple Juancho contestaba á todas las preguntas con gran espontaneidad, en términos que á los pocos minutos sabia ya el interpelante tanto como él mismo de su objeto en venir á la córte, su condicion, carácter y demas circunstancias. Creció con esto la franqueza y correspondencia entre los dos paisanos, que así se llaman ya, y tanto se engolfaron en su plática, y tanto por otro lado tardaba en abrirse la iglesia, que el dialogante propuso á Juancho una vuelta por detras del Consejo, con que harian un rato de ejercicio, y de paso le mostraria aquella parte mas antigua de Madrid que llaman *la Moreria*; en donde á la sazón dijo haberse hallado indicios mas que medianos de cuantiosos tesoros allí escondidos por los pícaros moros, en cuyo descubrimiento se ocupaban entonces todos los vecinos de aquel barrio, y quizas quizas pudieran ellos llegar tan á punto que les viniera á tocar una buena tarja en el reparto.

Creyóselo todo el inocente Juan al pié de la letra, con lo cual los dos compadres se dirigieron por aquellos sitios solitarios hacia el punto en donde decia hallarse el tesoro, y en llegando á lo mas apartado y escabroso — «Esta es que ahora entramos (dijo el madrileño) sepa vuesa merced que es llamada *la Cuesta de los Ciegos*; aunque mas de cuatro han visto en ella lo que no querian; y supuesto que á ella hemos llegado, y supuesto tambien que á la ocasion la pintan calva, vuesa merced, señor castellano, se servirá darme todo aquello que en su cinto le huelva á moneda, que estos son los tesoros árabes que en semejantes sitios solemos buscar los inteligentes.—

Pasmado se quedó nuestro arriero al escuchar aquella apóstrofe inaudita, cuya esplicacion dudosa al pronto, le fue luego mas clara á la vista de una

enorme navaja de cachas, desenvuelta en manos del amigo; con que no tuvo otro remedio sino acudir á las agujetas del calzon y desembarcar de él hasta unos veinte y siete reales que entre plata y cobre, migas de pan y puntas de cigarro, pudo llegar á reunir. Hecho lo cual, el burlador saludó irónicamente á su víctima, y desapareció, dejándole entregado á sus tristes reflexiones.

No era malo el aviso para primero, pero no por eso Juancho se desanimó, antes bien achacándole á la casualidad antes que á su propia simpleza, determinó en adelante no andar, sino reunido con los amigos que ya había granjeado en la posada. Dirigióse, pues, á ella, y les contó su mala andanza, de la que no poco se holgaron, prometiéndose continuar enseñándole á despabilar los sentidos. Propusieronle trasladarse á almorzar á un famoso fizon que estaba allí cerca, y el mas grave se acomodó al lado de Juancho como para aconsejarle todos sus movimientos. Comieron y bebieron como era de esperar, á la salud del recién-venido, y luego de satisfechos, fueron desapareciendo, dejándole solo con el ama de la posada, la cual con cortesías modales le intimó el pago del gasto que montaba hasta diez y ocho reales y catorce maravedises, satisfaccion á que Juancho no pudo negarse, por ser, segun le había dicho su Mentor, ordinario agasajo y deber prescrito á los forasteros recién llegados. el convidar á los que gustan de favorecerles con su compañía.

Estando otro día en el mercado con su saco de garbanzos por delante, llegó á él un caballero bien portado seguido de un mozo, el cual caballero, mirando que hubo en la mano la calidad de los garbanzos y calculado sin duda con la vista la del mozo que los vendía, entró luego en ajuste en que muy pronto se convinieron, diciéndole. — «Déselos á ese mi criado que él los conducirá acompañándole V. adonde le sean satisfechos.» — Acordóse en este instante Juan del lance del tesoro, y cosiéndose de todo punto al lado del mozo conductor, determinó no perder su pista, como así lo verificó, hasta llegar á una casa, en que subiendo uno tras otro la escalera, llegaron á un callejon en donde dijo el mozo á Juan que mientras llamaba á la puerta esperase de la parte de afuera. Siguió en esto por el callejon adelante, y pasáronse minutos y minutos, y luego horas y horas, y el mozo y el dinero no parecían; con que alarmado un si es no es el castellano, siguió por el mismo callejon, y dió consigo en otra escalera que comunicaba á distinta calle: esto le dió sospechas, llamó á todas las puertas, nadie le daba razon, antes bien le tenían por impertinente, y echábanle fuera con malos modos; hasta que tropezó con unos chicos que le dijeron que hacia ya dos horas que habian visto bajar por aquella escalera al mozo cargado con el costal, con lo cual no dudó ya de su mala ventura, y pelóse las barbas, y torcióse los puños, derramando unos hgrimonos como nube de agosto, y haciendo unos gestos que dieron no-poco que reir á todos los chicos del barrio.

Cabizbajo y meditabundo regresaba nuestro Cochara á la posada, cuando vino á herir sus ojos un objeto que alegró su corazon, hizo nacer su esperanza, y borró con húmeda esponja todos los negros colores de su tétrica imaginacion. Como llevaba fijados los ojos en el suelo, parecióle ver relucir entre las piedras una cosa que primero se le antojó cristal, luego boton, luego medalla, hasta que conoció claramente ser un escudo de á ocho que por acaso alguno debió dejar caer en el suelo.

No salta con tanta rapidez el emboscado gato á la súbita presencia del tímido ratoncillo, como el afortunado Juancho se abalanzó con todos sus sentidos á apoderarse de aquel inesperado presente; pero por mucha que fue su prisa, no pudo evitar el que otro

hombre (que sin duda estaba allí de intento) adivinando su intencion corriese simultáneamente al mismo punto y pudiese mano á la moneda en el mismo punto en que Juancho la tocaba tambien. Encontráronse, pues, ambas cabezas con un choque nada comun aunque con pérdida del desconocido, por la mayor solidez de la de Juan; encontráronse los dedos agarrando cada cual por su lado la medalla; encontráronse en fin las malas razones sobre la propiedad respectiva de ella. Cada cual alegaba las suyas, cada cual decia haberla descubierto antes, cada cual lo echaba á mala parte y parecia disponerse á defender su conquista. A las voces acuden varios curiosos, y uno de ellos, llamado de encargo, se erige en nuevo Salomon, y oidas las partes manda dividir aquel tesoro; conviéndose en ello; da Juan á su contrario cuatro pesos en plata, mitad del hallazgo, y marcha brincando á su posada con la medalla original. Quiere sin embargo cambiarla para atender á sus menesteres, entra en un estanquillo á comprar unos cigarros; el cigarrero le mira y la pesa, la prueba, la ensaya y rasguña, y echando sobre el inocente Juan una mirada de indignacion — «Pícaro labriego (le dice) ¿á mí me vienes con moneditas falsas? ahora verás lo que hago con ella, y cuenta con tu lengua no la suceda lo propio.» — Y sin mas preliminares agarra en una mano un clavo, en otra el martillo, y clava la moneda en el mostrador, á vista y no con paciencia del desesperado Juan, que hasta entonces no reconoció todo el embuste del hallazgo, de la disputa, y del juicio del reparto.

IV.

Estos y otros semejantes lances enseñaron en fin á Juan á recelar de todos los hombres, en términos que huía de su encuentro y parecíale ver en cada uno un enemigo nato de su bolsillo y seguridad. Pero al fin era un ser humano, hecho para vivir en esta que llamamos sociedad, y no podia por lo tanto pasarse sin el humano trato y comunicacion.

Una tarde entre otras, que se habia engolfado en las vueltas y revueltas del famoso cuartel de *Lacapias*, buscando en la humildad de sus casas alguna auología con la de su villa natal, vió sentadas á la puerta de una de ellas, dos figuras, aunque de igual sexo, de bien distinto aspecto y caladura.

Era la una, vieja arrugada y mezquina; con sus tocas por la cabeza, las manos en el rosario, y los ojos clavados en el suelo; parecia la otra moza como de veinte y dos, esbelta y rozagante, con su zagalejo corto, mantilla de tira echada á la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas en la cabeza. Mirando á la primera, enfermara de espanto el pecho mas valiente y denodado; considerada la segunda, temblaban las rodillas mas sólidas y robustas. Juan, como era de pensar, apartó rápidamente los ojos de la vieja, y descausólos un breve rato en la moza, y ya el aspecto de esta iba empezando á obrar una revolucion completa en su fisico interior, cuando erigió de todo punto su turbacion viéndola dejar su silla precipitada, y correr á él con los brazos abiertos, diciéndole:

— «Juancho, Juancho, el mi borrego, el mi pacheon; ¿quién diablos te ha traído por esta tierra de Madrid? Mirame bien, ¿no me conoces? ¿no te acuerdas de *Carmela*, la hija de la tia Ursula y del tio Pepon, nieta de *Traga cepillos* el sacristan? ¿Te acuerdas de cuando jugabamos juntos en el corral del tio *Purgatorio*; y aquella tarde que mutamos todas las gallinas de la ama del cura? ¿te acuerdas? ¿buen!...» —

Y dábale cariñosamente en la barba con la punta de los dedos, y Juan con una cara risueña y como burra delante del prado, nada respondia, sino estábala mirando todo embelesado y suspenso, y así acertaba á hablar como si tuviera pegada la lengua.

La buena vieja que permanecía sentada ocupada con su rosario, hubo de reparar en aquella escena, y sin levantar los ojos del suelo: — «Niña, niña (la decía), cuidado con lo que se hace, que en la calle estamos y casa hay, á Dios gracias, donde no dar que

decir: deja, deja á ese mozo, y no le encandiles, que aquí á nadie se obliga á nada, y únicamente se sirve á los que lo piden, con amor y buena voluntad como Dios manda.» —

— Déjeme V., madre Claudia, decía la muchacha,



déjeme V. que le hable, que es muy querido mio y de mi mismo pueblo, para servir á Dios y á mí, y en un tris estuvo el que hubiéramos sido matrimonio, á no ser por aquel picaro de don Luis el estudiante, que me sonsacó y me llevó consigo á Salamanca. —

A todo esto ya había vuelto Juan de su letargo y reconocido puntualmente á su antigua propincua, la que con licencia de la vieja le entró en la casa, donde á vuelta de un par de copas de aguardiente le contó toda su historia, que era por manera entretenida, desde que salió de Fontiveros á cursar á Salamanca, hasta graduarse de doctora en el Lavapies de Madrid.

Y estando en esto entró por la puerta adelante y con determinada franqueza un hombre que luego al punto reconoció Juan por aquel que le había enseñado el tesoro de la Morería. Empezó á temblar como un azogado, figurándose que ya le veía con la de las cachas en la mano; pero Carmela que conoció su turbación, mandó al otro con imperio que se saliese á la calle, y que fuese á esperarla á la taberna de enfrente. Hizo ademán de obedecerla, y ya empezaba Juan á respirar á sus anchuras, cuando en esto un «*Dios nos asista!*» pronunciado enérgicamente por la vieja que se había quedado de la parte afuera, vino á interrumpir de nuevo aquel duo, casi casi en el momento de empezar el alegre.

— ¿Qué es eso? exclamó rápidamente la moza, asomando la linda faz á la puerta de entrada.

— Nada, nada prenda (dijo un hombre vetusto y cuadrado con su baston de puño blanco en la mano, señal de autoridad); no hay que asustarse que no hay para qué; todos somos conocidos, y Vds. muy particularmente de todo el barrio: aquí no hay mas sino venir yo en busca de este pájaro que de aquí salía, y que hace ya dias buscaba por estafador y bribon de á folio: en cuanto á Vds. todo el mal será por de pronto el mudar de habitacion, y seguirme con los demas presentes á la de la Villa, en donde podrán á su sabor proseguir la plática comenzada. —

Aquí fueron los inútiles gritos de la vieja, las lágrimas poderosas de la moza, los juramentos del gitan fantasma, los berridos de Juan Cochura; pero de nada sirvieron antes bien formando un armonioso grupo de vieja hechicera, mujer falsa, espía, víctima, corchetes, guardas y acompañamiento propio de un drama romántico, fueron todos conducidos á la casa comun, de la cual á vuelta de algunos meses, sustanciada la causa y desustanciado Juancho, pudo salir al aire libre y regresar á su pueblo, donde era cosa de oírle contar sus aventuras de recién-venido en la córte, en esta que suelen llamar *la patria comun, la tierra de amigos.*

(Agosto de 1858.)

UNA JUNTA DE COFRADIA. (Nota 22-1)

Ne sutor ultra crepidam...

Al glorioso San Crispin,
protector de la *obra prima*,
consagra solemnes cultos
su devota cofradia.

Por *cédu'as ante diem*
y á la hora de *nocte prima*,
todas las capacidades
guarda-piernas de la villa,

Convocados á este fin,
ocupan bancos y sillas
en un honrado desvan
con honores de buhardilla.

De la sala en el comedio
y pendiente de una viga
campa al aire el oriflama,
del santo patrono insignia;

Y encima de una gran mesa,
alhaja de sacristia,

hacen un candel y un jarro
que alegran ojos y tripas.

Tras la mesa, en un sitial
de baqueta moscovita,
con mas clavos que una rueda
y mas años que una encina,

El cofrade mas antiguo
por derecho de conquista
se encarama y se sepulta,
diciendo: «Ya hay quien presida.»

Con esto y un avechucho
entre mico y sabandija
que ocupa el siniestro lado
y el candel y el jarro atiza,

Los restantes pies-de-banco
á sus puestos se retiran,
ya que vieron que dejaban
la mesa constituida.

«Escomienza la sesion,»
grita el presidente Blas;
y reclama la atencion
con un enorme esquilon
que le sirve de compas.

Tose y bebe el secretario,
y bebe y vuelve á toser,
y sacando del armario
un roñoso formulario
que apenas sabe leer,

Toma á todos juramento
por el jarro y el candel,
de que beberán con tiento,
mirando por el aumento
del gremio zapateril.

En relacion nominal
de todos los congregados
va llamando á cada cual;
y todos hacen señal
de saber que son llamados.

«Perico Cerote negro.» —
— «despacio, voto va Dios
que ese mote es de mi suegro,
y digo que no me alegro
de responder por los dos.» —

«Juan Lesnas.» — «presente soy
para mal de algun endino
que habrá de escucharme hoy;
y declaro que me voy
si no se escomienza el vino.»

«Diego Punzon Cabritilla.» —

«De cuerpo presente está.» —

«Domingo Cachas.» — «Cuchilla
me llamo en toda la villa,
que bien me conoço ya.» —

«Benito Chanclas.» — «Amen.»

«Dionisio Correa.» — «Soy.»

«Leonardo Mandiles.» — «Bien.»

«El hijo del Cacho.» — «¿Quién?»

«El Chacho del hijo.» — «Voy.»

Prosigue así relatando
otros nombres mas de mil,
y su blason escuchando
van respondiendo y jurando
los cofrades del mandil.

Por último, el presidente
meneando el esquilon,
grita con voz de aguardiente:
— «El que esté en pié, que se siente;
brese la discusion.»

«Al fin, ilustre asamblea,
restablecido el silencio,
improvisaré el discurso
que hace tres meses y medio

me está enseñando don Braulio,
el dómine de Toledo.

Prestadme, pues, atencion,
y no os dormais por lo menos,
que es música celestial
cuanto deciros intento.

Señores... (aquí me dijo
que hiciera pausa, el maestro)
Señores... (vuelvo á decir,
si no lo dije primero)

Señores... (y va de tres)
¡Qué espectáculo tan bello,
qué cuadro tan animado
ante mis ojos contemplo!

Todas las capacidades
de la hermandad del becerro
pendientes de mi discurso...
(ya he dicho que es del maestro)

Y yo, el último de todos
los que ilustran este gremio,
colocado á su cabeza
en el encumbrado puesto

Donde, ayudándome yo,
vuestros votos me ascendieron.
Tiempo es ya que dominando
mi modesto atrevimiento

Os haga escuchar mi voz,
y que repitan sus ecos
las tapias de este santuario
y las vigas de estos techos.

La Europa, que nos contempla
atónita, cuando menos,
espera, escucha, medita
nuestras palabras y gestos,

Y prepara á nuestras sienes
el merecido trofeo
en cien tempranas coronas
de achicorias y de berros.

Señores... ¿de qué se trata?
vengamos á mi argumento,
antes que alguno de usías
me diga que soy un necio.

Se trata pues... ¡friolera!
en esta junta modelo,
de abortar alguna cosa,
de reconstruir el gremio,

De reformar la Ordenanza
que hicieron nuestros abuelos,
y tornar su gloria antigua
al nombre de zapatero.

Largos años de desdichas
tal, señores, nos han puesto,
que lo que antes fue obra prima,
obra póstuma se ha vuelto.

Yacen por tierra olvidados
nuestros magníficos fueros,
usos, armas, regalias,
imprescriptibles derechos.

¿Quién hay que al ver este cuadro
horrisonífico, negro,
no sude ardiente betun
no se le curta el pellejo?

Nosotros, con cuyo auxilio
corren y marchan los pueblos,
y de civilizacion
somos la causa y efecto:

Nosotros, cuya prosapia
data de Adán cuando menos,
que segun varios autores
fue el que inventó andar en-cueros;

Nosotros, que por capricho
al hombre mas altanero
metiéndole en un zapato
aplicamos el tormento;

Nosotros, que á la beldad

de rodillas ofreciendo adoración y medida, qué puntos calza, sabemos; Nosotros, que de los héroes somos sólido cimiento testigo el gran Federico, y el héroe de Marengo; Nosotros, que... pero calló, porque desde aquí estoy viendo mil señales de impaciencia que espresan vuestro ardimiento.

Ello, en fin, es cosa clara que somos un noble cuerpo, y que debemos osados conquistar nuestros derechos.

Cuarenta siglos nos miran, y aunque diga mas de ciento, flechándonos el anteojo para observar lo que hacemos.

Y lo haremos, si señores, y sabrán los venideros que fuimos hombres de pró y gente de pelo en pecho.

Jurad conmigo entre tanto de este sitio no movernos hasta haber consolidado nuestra Ordenanza. »—

—«Juremos.»—

Y al pronunciar esta voz entre gritos y reniegos, todos se estrechan las manos hasta quebrarse los huesos.

—«Pido la palabra, hermano.»—
—¿Y para qué?

—«Para hablar.»

—«Juan Lesnas tiene el embudo:» dijo el presidente Blas.

Juan Lesnas estornudó; miró adelante y atrás, púsose sobre el pie izquierdo y dijo: «Voy á empezar.»

«Protesto ante todas cosas que mi discurso será de poco mas de tres horas, pues me habré de concretar.

Digo tambien que no haré la oposicion al tío Blas, pues reconozco sus prendas, talentos y probidad, y fuimos catorce meses compañeros de hospital.

Pero al fin ¿quién le ha metido en venir á predicar y echárnosla de doctor á los que sabemos mas?

Y si no, vamos á cuentas.

¿Sus señorías podrán decirme qué es lo que dijo con tanto disparatar?

Dijo que estamos en junta... dijo la pura verdad; pero despues se perdió, y olvidó lo principal.

Porque la junta solemne que hoy vamos á celebrar, está, señores, prescripta en nuestro ceremonial;

Ni tiene otros tiquis-miquis que el haber de celebrar la funcion de San Crispin, que presto se acerca ya:

Yo que he sido mayordomo, mandadero y sacristan de esta santa Cofradía

diez y siete años y mas,

Os propondré mi programa, que pienso habrá de gustar; y á fin de llevarlo á cabo me concedereis no mas

Que un voto de confianza para que pueda gastar cuanto juzgue conveniente, y no esté gastado ya.

Esto es, pues, lo mas sencillo...»

—«Pido la palabra, Blas.»—

—«Perico Cerote Negro hable, y que se sienta Juan.»—

«El señor preopinante preopina; ya se ve! que se le dé á su merced licencia de echar el guante;

Pero falta averiguar con qué títulos la pide, y al hermano que hoy preside intenta así destronar.

Porque segun yo me fundo, los notables que aquí estamos creo que representamos los zapateros del mundo.

Y por mas que un animal se oponga aquí, es cosa clara...»

—«Pido la palabra, para una alusion personal.»—

«Consigno, en fin, mi opinion contra todo gatuperio; y al que haga de menisterio yo le haré la oposicion.

De la cuestion en el fondo pudiera estenderme mas; pero pues lo dijo Blas, hagamos punto redondo.

Guerra, señores, al vicho que siempre quiere hullir; mucho pudiera decir... pero... señores, he dicho.»

—«Mi digno amigo Cerote ha dicho, si mal no oí, que yo soy un animal, yo respondo que es un ruin; y quedamos tan amigos y podemos proseguir:

Voy á hacer la descripcion de la fiesta, y podrá así la asamblea conocer si es merecimiento en mi el ser ministro perpétuo del glorioso San Crispin.

Lo primero que prevengo es, señores, un pernil asado por estas manos que la tierra ha de cubrir.

Vendrá luego de los callos la fuente geronimil, y el inevitable arroz con guindilla y con anis.

Aquestos son mis principios y los sostendré hasta el fin, con los consabidos medios del tintillo y chacoli,

Hasta que todos usias queden hartos de engullir, y puedan cantar los gozos del invicto San Crispin.»

—«Bien por Juan el mayordomo.»—

—«Brabo.»—(Aplausos)—(Sensacion.)—

—«¿Escuchad lo—«¡Oid! »—«Ya basta.»—

- «Yo pido la votación.»—
 —«Que se vote.»—«La palabra.»—
 —«No hay palabra.»—«¿Y por qué no?»—
 —«¿Para qué?»—«Para el almuerzo.»—
 —«Yo para la procesion.»—
 —«Y yo para el juramento.»—
 —«Para la Ordenanza yo.»—
 —«Que diga.»—«Que calle.»—«Fuera.»—
 —«Orden, hermano mayor.»—
 —«Su señoría es un burro.»—
 —«Su señoría un lechón.»—
 —«Que se lea el reglamento.»—
 —«Orden, señores, por Dios.»—

Y el jarro de mano en mano
 corría que era un primor,
 y el esquilon á todo esto
 sonaba *dilin, -dolón.*

«Hable el presidente.»
 —«Hablo,
 si me dejan, pues ya veo
 que aquí á fuerza de pulmones
 se hace bueno el argumento.

Por desgracia me persuado
 de que no entendió el Concejo
 la intencion de mi discurso
monumental, deletéreo;
 (Dos palabritas de moda
 que me encargó con empeño
 la *practicabilidad*
 del dómine de Toledo.)

Quise, pues, decir...

—«Tío Blas,
 lo que quiso lo sabemos,
 quiso echarla de leido
 porque es suscriptor al Eco.»—

—«Quise hablar de la Ordenanza.»—
 quise...

—«Bien está todo eso.
 pero Juan tiene razon
 lo primero es lo primero.»—

—«Entonces es otra cosa;
 señores, vamos con tiento;
 ¿se trata de San Crispin
 ó se trata del almuerzo?»—

—«Del almuerzo, si señor.»—
 —«Pues voto por los torreznos,
 y dejemos la Ordenanza
 que la masquen nuestros nietos.»—
 —«¡Viva el presidente!»—

—«¡Viva!»—
 —«¡Y viva Juan!»—
 —«Me enternezco

de ver, señores, las honras
 que me haceis sin merecerlo.»—

—«Vámonos, que son las diez.»—

—«Es preciso que acordemos.»—

—«¡Qué acordar ni qué demonios!»—

—«A mí me espera mi suegro.»—

—«Y á mí la Paca.»—

—«Pues yo

estoy de hambre que no veo.»—

—«¿Con que estamos?»—
 —«A la calle.»—

—«Cuidado con el almuerzo.»—

Juan subió á la presidencia,
 y en un programa verbal
 dió una práctica señal
 de su grande inteligencia.

Y dijo con entreciejo
 meneando el esquilon:—

«Se levanta la sesion
 que va á dormir el concejo.»

(Marzo de 1859.)

EL MARTES DE CARNAVAL

Y EL MIERCOLES DE CENIZA.

I.

NOCHE DEL MARTES.

Las locuras del Carnaval tocan á su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la capital; la población, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte, grata y sonora, que todo tiene término, que la mano severa de la razon acaba de arrancar la máscara á la locura. Esta, empero, tenaz y resistente, todavia pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas señas de tolerada adoracion, cambia mil disfraces, y hasta se atreve á profanar el de la religion misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza á los desatentados mortales.

¡Qué horas tan pródigas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del dia santo!... ¡Qué estravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la religion y de la filosofía! Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma á los sentidos, el bálsamo de la paz á los corazones agitados. Tal la voz pura y sublime del Redentor del mundo, cual rayo de viva lumbré penetró en las bacanales del pueblo rey, y á su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginacion en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salon, dorado y refulgente á la luz de mil antorchas, sonoro á la vibracion de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras estrañas, que con sus variados ropajes, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al jóven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con un sí lisonjero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño ó acaso no reparará en tí; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razon, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño sí; te volverá la espalda, ó frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «Máscara, no te conozco, déjame bailar.»

Pura y cándida Virtud, que ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente á los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y podrerías apenas acierta á divisarte por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan á sus pies... Dila entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficcion de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazón sencillo é inocente;—«*Apártate de mí, Beata (te replicará con imperio), no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal lino la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate...*

Y vosotrástambien, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea

en aquellos instantes todo su talento en seducir á una niña inocente ó en dejarse engañar por una astuta cortesana; ante el noble magistrado que trueca la severa toga de la justicia por el callado y maligno *dominó*; ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven á encontrarse á la hora convenida haciendo alarde de su mútua infidelidad. Apareced, digo, entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de imprevisto sus diálogos animados, reflejáos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Vereis truncarse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no teneis) diciendoos con indignacion:—*¿Quién sois, máscaras insolentes, ó qué venis á hacer aquí?*»

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas: por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversacion y de la danza; mil carruajes precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir á los respectivos saraos á los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretrejidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizami; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes á las bulliciosas mansiones del placer, á los innumerables templos de aquella Diosa del Carnaval.

¡Qué importa que á la mañana siguiente, el sol terrible alumbrase la desesperacion del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, ó el horrible tormento de un engañado amor!... ¡Qué importa!... Hoy han hecho una tregua los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrosa faz; y los recuerdos de lo pasado, los temores de lo futuro, han cedido á la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... *¡Se acaba el Carnaval!*... ¡Es preciso disfrutarle!... Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansion el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los dias anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene á herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; á su terrible y mágico talisman aparecen tambien las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rásgase el velo de la ilusion á los ojos del amante; hiélense las palabras en los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por mas tiempo su dominio; sus adoradores ven clara á la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropajes, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan á sus respectivas habitaciones donde á la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

II.

EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana que llama á los fieles á la ceremonia religiosa que va á empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, las elegantes carruajes, sin que apenas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginacion en el saludable aviso envuelto

en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, ó mas dichoso ó mas prudente, recoge animoso su inspiracion, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va á principiarse la sagrada ceremonia...

¡Qué apacible tranquilidad, qué solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y magestuoso, con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansion de la locura!... Los fieles concurrentes no son muchos en verdad; pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes ya la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada espresion de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atreveis á fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera pretendiendo negar hasta la existencia de la virtud... ¿La habeis buscado acaso en el sagrado recinto de la religion; en el modesto hogar del tierno padre de familias; en el taller del artesano; en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejáis solo en vuestra imaginacion y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés?... ¿Y pretendéis ser pintores de la naturaleza, cuando solo la contemplais por su aspecto repugnante?... ¿Creeis conocer al hombre, cuando solo pintais sus escepciones? ¿Os atreveis á retratar á la sociedad, cuando solo haceis vuestros retratos ó el de vuestros semejantes? Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la pureza de las aguas de un magestuoso rio, por las escorias y el lègamo que sobreuadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo mas puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algun dia han de ser convertidos. Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen á tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que solo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprenderia á aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religion.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen á la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atencion en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pie... Sus débiles esfuerzos serian insuficientes si no contase con otro auxiliar mas poderoso... Una figura angelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazón tierno é inocente, corre á sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mirala este lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas á la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella jóven era su hija, aquella moneda el pro-

mio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior... ¡Y aquella noche había sido la noche última del Carnaval!... Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él á aquella modesta beldad, se detienen un momento sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, miranse mutuamente prorumpiendo en esta exclamación: *¡Qué diablos! ¡y creíamos que habían estado en el baile todas las hermosas de Madrid!*

III.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA.

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta córte, que encierra en su breve recinto mas aventuras que un drama moderno, y mas procesos que el archivo de la Audiencia. Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas recatadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del comun.

No sabré decir á cuántos grados longitudinales se estiende el dominio é influjo de la tal calle; pero bien podremos considerarla como centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (segun la opinion de los mas acreditados geógrafos), desde las *Vistillas de San Francisco* á la iglesia de *San Lorenzo*, comprendiendo en su estenso dominio multitud de pequeños estados mas ó menos independientes ó feudatarios, en que varían tambien las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupación de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponerlos llegados al punto capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de Ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que á la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte* y *Centro-Madrid*, pero vela y pestaña en toda su actividad el *Madrid-Sur*; á la manera de aquel gigante de que nos habla Homero que mientras dormía con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, á este ojo del gigante despierto y animado, es adonde hoy dirigimos nuestro rumbo, al traves de los vientos y á bordo de un menguado y azaroso calesín.

Fuerte cosa es que la maldita política, que todo lo invade (menos mi pluma), nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, ó como decia el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar*. Si no fuera por ello, no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio, ó segun la define el diccionario de la Academia «el tema que se da para un discurso ó cuadro.»

Pudiera yo entonces á mansalva usar aquí de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan á término que sean necesarias estas continuas salvaduras en el lenguaje comun, debo decir en descargo de mi conciencia, que aquí solo trato de un anuncio, ó *vademecum* que me entregó el calesero á tiempo de darnos á la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un sí es no es inesperta y vacilante decia:

Programa de la solene junción y estupenda asonao que á celebrarse el miércoles de ceniza de esta córte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procesion den ca el tio

Chispas el taertero, crotude mayor de la sardina con el entierro de este animal y too lo demas que aquí se relata.

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo había de ser encontrarse á dos por tres *formulado* el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores esplicaciones la clave de aquella cifra. Seríalo empero todavía para muchos de mis lectores, si me contentase con estampar aquí punto por-coma (ó por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecia) el tal *programa*; pero en cumplimiento de mi propósito y para edificación del auditorio, habré de trasladarle del idioma de Germania al comun castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en accion.

Esto supuesto, y supuestos tambien los oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederemos en la descripción por el órden siguiente.

Rompan la marcha bailando hácia atrás y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas á los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de picaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguian en pos otros ciento ó doscientos mozaltones, ya mas cariacontecidos y con diversos disfraces, cuñiles de ruedos y esteras en forma de monaguillos; cuñiles con cabezas postizas de carneros (figurando ir disfrazados); cuñiles de encorizados y penitentes; cuñiles de berberiscos y soldados romanos.

Entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra á ningun diccionario, ni su música á ningun diapason; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino con que hacian un profundo asperges en la devota concurrencia, y retozaban bestialmente los de mas allá disparando al aire sendos garrotazos, manotadas y pescozones. Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro ó seis gatazos negros atados por la cola ó por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto á guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todas tamaños, movidos por robustos puños y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles puestos igualmente en palos ó en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradía de *San Marcos*, que en union con la otra de la *Sardina* celebraba igualmente tan estupenda funcion.

Descollaba despues un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarras y colorado guardapiés. Estas tales con aventadores de esparto dirigen sus expresivos saludos á una y otra fila de concurrentes; mascaban higos ó mondaban naranjas, y arrojaban las cáscaras á las narices del mas inmediato; hallaban y se pinchaban con afilleres, ó repicaban las castañuelas y cantaban el *¡ay, ay, ay!*

Seguian luego los maestros de la ceremonia; estas rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravacion; pliego de alayas de la *vida del hombre melo: fac simile* de los caprichos de *Alenza*; y original, en fin, de los sainetes de *Cruz*.

Allí, como si dijéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestion principal. Allí el *tio Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los taimados ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con mas desenfado de accion que un molino de viento, y mas sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. Allí *Juanillo* (alias *Vinagre*) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba á entrambos con ojos amenazadores, y su feroz espresion y su atezado rostro, ofre-

cian un fiel trasunto del celoso amante de Desdémóna. Otros grupos mas ó menos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentiva, hasta el último desdenoso puntapié. Allí, en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falange, y seguían apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravios, como en el camino de Abroñigal.

Sostenida en hombros de los mas autorizados, y en un grotesco ataud, se elevaba una figura bamboche formada de paja y con vestido completo, el cual pelele era una *vera esfigie* por su traje y hasta sus facciones del señor Marcos, marido y conjunta persona de la *Chusca*; á cuya ventana habia estado espuesto de cuerpo presente en los tres días de carnes-tolendas; ofrenda dirigida por sus propias manos en obsequio del faraute de la fiesta, su predilecto y osado *Chirlo*,

y emblema harto claro para él y para los circunstantes, y únicamente mudo para el cándido original de aquella ingeniosa mistificación.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una misera *sardina* iba destinada á la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras mas importantes en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedían, seguían, ó esperaban á tan régia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *Coros* ó estaciones, por lo regular delante de los puestos de licores ó de las calderas de buñuelos, en estos términos.

Coro de doncellas.

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la Red de San



El Entierro de la Sardina.

Luis á la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacían de Madre España, y de Virtudes teologales, y de Diosas del Olimpo en las funciones de la Jura.

Las que venden rábanos en verano, ó avellanas en feria, ó naranjas en primavera, ó castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo á servir á un amo, y acabó su humildad por servir á muchos, barro frágil de Alcorcon, sujeto á golpes y quebraduras.

Coro de mancebos.

Todos los que asisten al encierro del domingo; los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollos ó traegan por vino agua de naranja ó café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, ó prestaron iguales servicios al Estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta capital; comision de pañuelos; comision de relojes; comision de cuarenta horas; comision de posadas y forasteros.

Los que juegan á la barra en las tapias de Chamberí, ó cantan amores á las niñas del Manzanares, ó cobran el harato en la Virgen del Puerto, ó venden caballos en el portillo de Lavapiés.

Todos los estropeados de los ojos ó piernas, que los tienen buenos para huir de San Bernardino; ó los que rascan guitarras á las puertas del jubileo, ó sanan de sus accidentes epilépticos á la vista de un alguacil.

Coro de inocentes.

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de San Isidro, ó juegan á las aletuyas en la pradera de los Guardianes.

Los que arrojan carretillas ó garbanzos de pega á las faldas de las mujeres, ó apalean los perros, ó cogen la fruta de los puestos y echan á correr.

Los que vocean por las calles « el papel que ha salido nuevo, » ó acompañan á los héroes en sus triunfos y á los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opiaion, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases que seria harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjamezados caballos, las campanilleras calesas, los perros aulladores, máscaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desorden y con la progresion que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas á los estómagos, descendió la imponente comitiva hácia la puente toledana, siguiendo á lo largo por las frondosas orillas del Canal, y dándosele una higa, así de la elegante capital que dejaba á la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba á su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó en fin con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el mísero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turron; el pelele tío Marcos ardió ostentosamente encima de una elevada pira; y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agitóronse mas y mas los ánimos, callaron las lenguas, hablaron los garrotos, y para que nada faltase á la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes á la luz de las llamas se entregaban mutuamente á la mas encarnizada pelea...

A la mañana siguiente la gente se agrupaba á mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital... Dos cadáveres mutilados y desconocidos, espuestos hasta que algun pasajero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!...

¡ la causa de su muerte!... la Chuseca los sabia; y todo el barrio, menos el tío Marcos, los adivinó.

(Marzo de 1850.)

LA POSADA O ESPAÑA EN MADRID.

« La patria mas natural es aquella que recibe con amor al forastero, que si todos cuantos viven san de la vida correos, la posada donde asisten con mas agasajo, es patria mas digna de que se estime. »
El Maestro Tirso de Molina.

I.

No hace muchas semanas que en el DIARIO DE MADRID y su penúltima página, en aquella parte destinada á las habitaciones, nodrizas, viudas de circunstancias y demas objetos de alquiler, se leia uno, dos, y hasta tres dias consecutivos el siguiente anuncio: « Se traspasa la posada número... de la calle de » Toledo, con todos los enseres correspondientes. Es » establecimiento conocido hace mas de cien años con » el nombre del Parador de la Higuera. Su parroquia » se estiende mas allá de los puertos, y sirve de po- » sada á los ordinarios mas famosos de nuestras pro- » vincias. En cuanto á instruccion sobre precio y » condiciones, el mozo de paja y cebada dará uno y » otro á quien le convenga; teniendo entendido que



La Posada.

« el miércoles 9 del corriente á las diez de la mañana » se adjudicará al mejor postor. »

No fue menester mas que estas cuatro líneas para que todos los tragineros y especuladores provinciales, estantes y transeúntes, que de ordinario asisten en esta muy heroica villa, acudiesen al reclamo en el dia y hora señalados, como si llamados fueran á son de campana comunal.

Y el caso, á decir verdad, no era para menos. Tra-

tábase (como quien nada dice) de aprovechar la mas bella ocasion de echar los cimientos á una sólida fortuna; de arraigar en un suelo fructífero y sazonado; de continuar una historia y fama seculares; y dar á conocer á la córte y á la villa, á las provincias de aquende y allende puertos, que el famoso parador de la Higuera habia variado de dueño, y lo que el pais podía esperar de su nueva administracion.

Nacia tan importante como súbita variacion, de un

suceso de aquellos grandes, y para siempre memorables, que marcan la historia de los imperios y de las posadas; y este suceso, que iba á formar época en el establecimiento que hoy nos ocupa, era la abdicacion espontánea y espresa del tío *Cabezal II*, anciano venerable de los buenos tiempos, hijo y sucesor de *Cabezal I*, fundador que fue del parador de la Trinidad en los arranques del puerto de Guadarrama; ascendido después á uno de los centrales de la carretera de Andalucía, en el real sitio de Aranjuez; y dueño, en fin, hasta su muerte, del gran parador de la *Higuera*, cuya sucesion transmitió naturalmente á su hijo primogénito, el mismo que hoy fijaba sobre sí la atencion de la posteridad por su espontánea y magnánima resolucion.

No era esta hija de un momento de irreflexion ni de un capricho pasajero, como es de suponerse, sabiendo que nuestro tío *Cabezal* frisaba ya en los ochenta años, y podía alcanzar todo el grado de madurez de que era capaz su organizacion cerebral. Pero hay sucesos en la vida que dan origen á aquellas peripecias que marcan sus diversas fases, y hay objetos que, por separados que parezcan entre sí, mantienen con nuestro espíritu cierta oculta relacion que una grave circunstancia viene tal vez á descubrir.

Aquel suceso, pues, y aquel objeto, ligados tan estrecha é indisolublemente con el ánimo del tío *Cabezal*, era la muerte del *Endino*, soberbio macho, natural de Villatobas, que prematuramente y á los treinta y siete años de su edad, habia dejado de existir, privando de su motor agente é inteligente á la noria del parador; porque conviene á saber, que el parador tenia noria, en uno como patio, que en los tiempos atras sirvió de huerta, de que aun se conserva una higuera, por donde le vino el nombre al establecimiento.

En esta circunstancia desgraciada, en esta muerte natural, *lógica* y consiguiente, que cualquiera hubiera tomado bajo el punto de vista material, vió nuestro *Cabezal* explicado el fin de una emblemática parábola, que de largos años atras gustaba explicar á sus comensales; á saber: que la noria era su posada; el macho su persona; los arcaduces los trajneros que venian á verter en su regazo el fruto de sus acarrees, y que en el punto y hora en que el macho dejase de existir, la noria dejaría de dar vueltas, el agua de llenar los arcaduces, el pilon de recibir su manantial. Y llegaba á tal extremo su supersticiosa creencia, y de tal suerte creia identificada su existencia con la existencia del macho, que le mimaba y bendecia con mas celo que el hechizado don Claudio á su *lámpara descomunal*; y faltó poco para que realizando su profecía le ahogase su dolor á la primera nueva de la muerte de su compañero. El ánimo, empero, resistió á tan violenta comparacion, y pudo sobrevivir á aquel terrible impulso de pesar; pero agotadas por él todas las fuerzas de la resistencia, cortó las alas al albedrío, y dejó al infeliz *Cabezal* condenado á vejetar estérilmente y sin amor á la gloria, ni esperanza en el porvenir. Esta fue la razon por que desengañado del mundo, determinó poner un término á sus negocios, y dejar las riendas del gobierno á manos mas ágiles y bien templadas.

II.

A misa mayor repicaban las campanas de San Millan, cuando por la calle abajo de Toledo, entre el tráfico de carromatos y calesas, trajneros y paseantes, veianse adelantar ajitadamente y con rostros meditabundos, reveladores de una preocupacion mental mas ó menos profunda, diferentes figuras, cuyos trajes y modales daban luego á conocer su diversa procedencia. Y puesto que la relacion haya de pade-

cer algun extravío, no podemos dispensarnos de hacer tal cual ligero rasguño de las principales de aquellas figuras, siquiera no sea mas que por poner al lector en conocimiento de los personajes de la escena, dándole de paso alguna indicacion sobre las diversas inclinaciones y peculiar modo de vivir de los naturales de nuestras provincias en este emporio central de España, adonde vienen á concurrir en busca de mas pródiga fortuna.

El primero que llegó al lugar de la cita fue, si mal no recordamos, el señor *Juan de Manzanares* (álias el tío *Azumbres*), honrado propietario y traficante de la villa de Yepes, ex-cuadrillero de la ex-santa hermandad de Toledo, arrendador de diezmos del partido, y persona notable por su buen humor, por el nombre de sus hodegas, y por los catorce polinos que le servian para el acarreo.

Este tal, montado en ellos, y en las nueve leguas que dista de Madrid su villa natal, habia hecho el camino de la fortuna con mejor resultado que *Sebastian Elcano* dando la vuelta al globo, ó que *Miguel de Cervantes* encaramado sobre los lomos del Pegasus; y era porque no habia tenido la necia arrogancia de echarse como aquel á descubrir mares incógnitos, ni como este á proclamar verdades añejas; sino que dejando á un lado la region de las ideas, se habia internado en la de los hechos, limitándose á establecer una sólida comunicacion entre sus tinajas y las ochocientas y diez y seis tabernas públicas que cuenta nuestra noble capital. Por lo demas, eso le daba á él de los tratados de los economistas célebres sobre las relaciones de los productos con el consumo, como de la guerra próxima del Sultan con el virey de Egipto; y así entendia la teoría de la sociedad de templanza de Nueva-York, como el alfabeto de la China; sin que esto sea decir tampoco que en punto á alfabeto conociese siquiera el vulgar castellano, y con respecto á aritmética tuviese otra tabla pitagórica que los diez dedos que en ambas manos fue servido de darle el Señor, con los cuales y su natural perspicacia, tenia lo bastante para arreglar sus cuentas con sus infinitos comensales, y era fama en el pueblo que todavia no habia ninguno conseguido eludir ni burlar su vigilancia.

La idea de un establecimiento en Madrid, á cuyo frente pensaba colocar á su yerno *Chupa-cuartillos*, recientemente enlazado con su hija única (álias la *Moscatera*), habia hallado acogida en el bien templado cerebro de nuestro *Azumbres*, y en silencioso recogimiento meditó largo rato sobre ella, la una mano en el pecho, la otra á la espalda, sostenido en un pie sobre el suelo, y el otro casi reposando encima de uno de los pellejos, símbolo de su gloria y prosperidad; hasta que por fin se decidió á acudir al remate del parador, seguro de que sus antiguas relaciones con el poseedor dimisionario, y mas que todo, la fama de su gran responsabilidad y gallardía, le daba de antemano por vencidas todas las dificultades que pudieran oponersele.

Contraste singular y antítesis verdadera del richon de *Azumbres*, formaba el misero *Farruco Bragado*, hijo natural de la parroquia de San Martin de Figueiras, provincia de Mondoñedo, reino de Galicia. Este infeliz ser casi humano, en cuyo rostro averiado del viento y ennegrecido del sol no era fácil descubrir su fecha, hacia tres semanas que habia arribado á estas cercanias de Madrid, á bordo de sus zuecos de madera, y en compañía de una columna de compañeros de armas, que con grandes hoces y el saco al hombro suspendido de un respetable palo, venian desde cien leguas al son de la *muñeira* á brindar su indispensable ministerio agostizo á todos los señores terratenientes y arrendatarios de nuestra comarca; excepto, empero, el término del lugar de *Meco*, adonde ningun gallego honrado segaría una

espiga, siquiera le diesen por ello mas oro que arrastra el Sil en sus celebradas arenas.

Mas la señora fortuna, que á veces tiene toda la maliciosa intencion de una dama caprichosa y coqueta, quiso probar la envidiable tranquilidad de nuestro segador, y permitió que guiado de aquel instinto con que el gato busca la cocina, el raton el granero, el mosquito la cuba, y el hombre la tesorería, reparase nuestro Farruco en una puerta de cierta tienda de la calle de Hortaleza, á cuya parte exterior alumbraban dos reverberos, con sendas letras, que aunque para él eran griegas, bien pronto fueron cristianas, oyendo pregonar á un ciego, que sentado en el umbral de la dicha puerta exclamaba de vez en cuando: — «*La fortuna vengo; esta noche se cierra el juego; el ternero tengo en la mano; á real la cédula.*»

Farruco á la vista de la fortuna (porque la vió, no hay que dudarlo, la vió, fantástica, aérea y calva por detras, como la pintaban los poetas clásicos) hizo alto repentinamente como acometido de súbita aparición. Miró al ciego chillador; miró á la puerta; escuchó el interior de aquella mansion de la deidad; vió relucir el oro sobre su altar; clavó los ojos en el suelo; y sin ser dueño á contenerse, metió dos largas uñas en el bolsillo, y con heroica resolucion y no meditado movimiento sacó uno á uno hasta ocho cuartos y medio que dentro de él habia, entre diversas migajas de pan y puntas de cigarro, y los puso sobre el mostrador á cambio de una cédula incorpórea, fugaz, trasparente, al traves de la cual vió con los ojos de la fé un tesoro de veinte pesos.

Pero no fue esto lo mejor, sino que Farruco habia visto bien, y al cabo de los pocos dias llegó un lunes ¡dichoso lunes! en que la fortuna acudió á la cita; quiero decir, que los números del billete respondieron exactamente á los que proclamaban los agudos chillidos de los pilluelos de Madrid. Con que mi honrado segador por aquella atrevida operacion, se vió como quien nada dice, al frente de un capital de cuatrocientos reales, desde cuyo punto empezó para él una existencia nueva, que si no es mas feliz, era por lo menos mas interesante y animada.

Altos y gigantescos proyectos eran los que habian despertado en la imaginacion del buen Farruco aquellos veinte pesos, inverosímil tesoro, superior á sus mas dorados ensueños. Con ellos y por ellos creíase ya señor de la mas alta fortuna, y ni los elevados palacios, ni las brillantes carrozas, parecíanle ya renidas perpétuamente con su persona.

Bien, sin embargo, echó de ver que le era forzoso buscar con el auxilio de su ingenio, útil empleo y provechosa colocacion á aquella suma; y aqui de los desvelos y cavilaciones del pobre segador, que estuvieron á pique de dar con él en los Órates de Toledo. Trabajo ordinario y pension obligada de las riquezas, ni las venir acompañadas de los graves cuidados que alteran la salud y quitan el sueño!

Parecióle primero, como la cosa mas natural, el regresar á su pais natal, donde compraria algunas tierras, prados y bacorrinos; item mas, una moza garrida que sirvió tres años de doncella al cura de la parroquia, y que era la que le inquietaba el ánima y hacia darle brucos el corazon. Pero el miedo natural del largo camino y peligros consiguientes le detenia en su resolucion. Hubo, pues, de tratar de asegurar su capital por estos contornos, y como nada le parecia demasiado para aquel tesoro, todo se le volvia informarse con reserva de si estaban de venta la Casa de Campo ó los bosques del Pardo; otras veces hallábase inclinado al comercio y queria tomar por su cuenta el Peso Real, ó el nuevo mercado de San Felipe. En vano su amigo y compatriota Toribio Mogrobo, alumno de Diana en la fuente de Puerta Cerrada, haciale ver las ventajas del oficio, la solidez y seguridad de sus rendimientos, el líquido producto de la

cuba, y el sólido de la esportilla ó del carteo; y ofreciale asegurarle media plaza (1) y salir su responsable para el pago de la cubeta. Farruco sonreia desdeñoso como compadeciendo la ignorancia en que suponía á Toribio de su nueva fortuna, y proseguia sus castillos en el aire, hasta que teniendo noticia del arriendo del parador de la Higuera, parecióle que nada le iria tan bien como emplear en esto sus monedas, y para ello acudió á la cita á la hora preñada.

En pos de él se descolgó un valenciano lijero y frescachon, con sus zaragüelles y agujetas, monta al hombro izquierdo y pañuelo de colores á la cabeza. Llamábase *Vicente Rusafa*, y era natural de Algemesi, camino de Játiva. Inconstante por condicion, móvil por instinto; agitado y resuelto por necesidad; una mañana de mayo por no sé qué quimeras, de qué resultaron dos cruces mas en el camino de la Albufera, abandonó sus pintados arrozales por estos secos llanos de Castilla, dijo «adios» por un año al *Miguelito*, y se vino á colocar un puesto de orchata de chufas por bajo de la torre de Santa Cruz. Pero pasó el estio y pasaron con él la orchata de chufas, y las elecciones; y vino el otoño, y con él los frios y los muñecos de pasta; y nuestro industrial tuvo que acogerse á vender sandias por las calles, hasta que ya entrado el invierno se colocó en un portal donde estableció su depósito de estera de pleita fina, que le produjo lo bastante para abrir en la primavera comercio de loza de Alcora, y pan de higos de Villena.

Detrás de él, y por el mismo camino, se adelantó un robusto mancebo, alto de seis pies, formas atléticas, facciones ásperas y pronunciadas, voz estentórea, y desapacible acento gritador. Su nombre *Gaspar Forcall*; su patria Cambrils; su acento provenzal; su profesion trajinan e carronatero. Llevaba alpargatas de cáñamo y medias de estambre azul, calzon abierto de pana verde, y tau corto por la delanteria, que á no ser por la faja que le sujetaba, corría peligro su enorme barriga de salir al sol. La chaqueta era de la misma pana verde, y el gorro de tres cuartas que llevaba en la cabeza, de punto doble de estambre colorado; ocupando ambas manos, una con un látigo que le servia de puntal, y la otra con una pipa de tierra en que fumaba negrilla de la fábrica de Barcelona.

Este tal, mayoral en su tiempo de la diligencia de Reus á Tarragona, ordinario periódico despues, de aquella capital á Madrid, habia calculado lo bien que á sus intereses estaria el establecer en esta un depósito de mensagerias con que poder abarcar gran parte del comercio de Madrid con el Principado; y parapetado con buenos presupuestos, y con no escasa dosis de inteligencia y suspicacia, se presentaba al concurso á la hora preñada.

Del género trashumante tambien, y ocupado igualmente en el transporte interior, aunque por los caminos de herradura, el honrado *Alfonso Barrientos*, natural de Murias de Rechivaldo en la Maragatería, se presentó tambien con sus anchas bragas del siglo xv, su sombrero cónico de ala tendida, su colete de cuero, y su fardo bajo el brazo. Hábil conocedor de las necesidades mercantiles de Madrid, relacionado con sus casas de comercio principales, que no tenían reparo de liar á su honradez la conducta de sus caudales, jefe de una escuadra de parientes, amigos y convecinos, que desde los puntos de la costa cantábrica sostenian hace veinte años la comunicacion regular con la capital, hallábase el buen Alfonso en la absoluta necesidad de establecer en esta una factoría principal donde expendir sus lienzos Viveros, jamones de Caldeas, y truchas del Barco de Avila, amen de las expediciones de caudales de la hacienda pública

(1) Nombre que dan los aguadores de Madrid al derecho que compran ó transmiten de unos en otros, de llevar sus cubas en ciertas fuentes. Jerecho que muchas veces hacen subir hasta diez, doce y mas onzas de oro.

Y particulares, viveres de los ejércitos, y provisiones de las plazas; y estaba seguro de que con su presencia y antigua fama no podía largo tiempo disputarle la preferencia niugun competidor.

Alegre, vivaracho y corretón, guarnecido de realtos el chupetin, con mas colores que un prisma, y mas borlas que un pabellón, *Currillo el de Utrera*, mozo despierto y aventajado de ingenio, rico de ardidés y de esperanzas, aunque de bolsa pobre y escasa de realidades, se asomó como jugando al lugar del concurso, con la esperanza de que acaso le fuera adjudicada la posada, bajo la palabra de fianza de un sobrino del compadre de la mujer del cuñado de su mayoral, y todo con el objeto de dejar su vida, nómada y aventurera, porque se hallaba prendado de amores por una mozueta de estos contornos, que encontró un dia vendiendo rábanos en la calle del Peñón, con un *aquel*, que desde el mismo instante se le quedó atravesada en el alma su caricatura y no acertó á volver á encontrar otro camino que el del Peñón.

La nobilísima Cantabria, cuna y rincón de las alcurnias góticas, de la gravedad y de la honradez, contribuyó también á aquel concurso con uno de esos esquinazos móviles, á cuyos anchos y férreos lomos no sería imposible el trasportar á Madrid la campana toledana ó el cimborio del Escorial. Desconfiado, sin embargo, de sus posibles, mas como espectador que como actor, se colocó en la puja con ánimo tranquilo y angustiado semblante, como quien estaba diciendo en su interior—*¡Ah Virgen! Si no costara mas de dos reales, eu tamen votaba una empujadura!*

«A los ricos melocotones de Aragon, de Aragon, de Aragon.»—Venían gritando por la calle abajo *Francho el Moro y Lorenzo Moncayo*, vecinos de la Almunia, y abastecedores inmemoriales de las ferias matritenses. La rosada y rotunda faz del primero, imagen fiel de la fruta que pregonaba, su aspecto marcial, su voz grave y entera, su risa verdaderamente espontánea, y el grave aspecto y la formal arrogancia del segundo, inspiraban confianza al comprador y brindaban de autemano al paladar la seguridad de los goces mas deliciosos. Colocados muchos años á la puerta de la posada de la Encomienda, calle de Alcalá, ó caminando á duo por las calles con su banasta á medias agarrada por las asas, habian logrado establecer tan sólidamente su reputacion, que estaban ya en el caso de aspirar á mayor solidez, teniendo en esta un depósito central donde poder recibir sus variadas cosechas y hacer su periódica esposicion.

Si no dulces y regalados frutos naturales, por lo menos picantes y sabrosos artificios era lo que ofrecer podia en el nuevo establecimiento el amable *Juan Farinato*, vecino del lugar de Candelario en Estremadura, célebre villa por los esquisitos chorizos que desde la invencion de la olla castellana han vinculado á su nombre una reputacion colosal. Farinato, descendiente por línea recta del inventor de la salchicha, y vástago aprovechado de una larga série de notabilidades de la tripa y del embudo, habia traído por primera vez á Madrid á su hijo y sucesor, verdadera litografía de su padre en facciones, traje y apostura, y despues de introducirle con el sin número de amas de casa, despenseros y fondistas, de cuyos mas picantes placeres estaba encargado, pensó en fijar en esta su establecimiento, dejando al jóven Farinatillo el cuidado de ir y volver á Candelario por las reimesas sucesivas.

Por último, para que nada faltase á aquel general é improvisado cóncave provincial, no habian sonado las diez todavía, cuando espoleando su rucio, compungida la faz, la nariz al viento, y las piernas encogidas por el cansancio, llegó á entrar por la posada

adelante el buen *Juan Cochura*, el castellano viejo, aquel mozo cuitado y acontecido, de cuyas desgraciadas andanzas en su primer viaje á la córte tienen ya conocimiento mis lectores (1). Con que se completó aquel animado cuadro, y pudo empezarse la solemne operacion del *traspaso*; pero antes que pasemos á describirla, bueno será pasear la vista un rato por el lugar de la escena, si es que lo desabrido de la narracion no ha conciliado el sueño de los benévolos lectores.

III.

En el comedio del último trozo de la calle de Toledo, comprendido entre la puerta del mismo nombre y la famosa plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de los dramas mas románticos, ahora de las *musas* mas clásicas y pedestres, conforme bajamos ó subimos (que esto no está bien averiguado) á la izquierda ó derecha, entre una taberna y una barbería, álzase á duras penas el vetusto edificio que desde su primitiva fundacion fue conocido con el nombre del *Parador de la Higuera*, el mismo á que nos dejamos referidos en la narracion anterior.

Su fachada exterior, de no mas altura que la de unos treinta pies, se ve interrumpida en su estension por algunos balcones y ventanas de irregular y raquítica proporcion faltos de simetría y correspondencia, y ofrece, como es de presumir, pocos atractivos al pincel del artista ó á las investigaciones del arqueólogo. Su color primitivo, oscuro y monótono, la solidez de su construccion de argamasa de fuerte pedernal y grueso ladrillo, las mezuquinas proporciones de los arriba nombrados balconillos, el enorme alero del tejado, y la altísima puerta de entrada, cuyas jambas de sillería aparecen ya un si es no es desquiciadas, merced al continuo pasar de carromatos y galeras, dan á conocer desde el primer aspecto la fecha de aquel edificio, si ya no la rebelase espresamente una inscripcion esculpida en el dintel de la dicha puerta; la cual inscripcion alternada con la que sirve de insignia al parador, viene á formar un todo bastante heterogéneo y difícil de comentar; dice pues asi:

PARADOR.

JHS. 16. MRA. 22. JHE. DE LA

Se yerra á fuego y en frio.

Que segun los inteligentes se reduce á declarar (despues de los respetables nombres de la sacra familia y del emblemático título del parador) que aquella casa fue construida en el año de gracia de 1622; con que es cosa averiguada sus dos siglos y pico de antigüedad.

En el ancho y cuadrilongo vestibulo que sirve de ingreso, no se mira cosa que de contar sea, supuesto que á aquella hora todavía no trabajaba el herrador de la parte afuera de la calle, y los mozos ordinarios no habian colocado aun el banco temblador sobre que suelen pasar las siestas jugando al truquiflor y á la *se-cansa*.

Pásase desde el citado ingreso á un gran patio cuadrilátero cercado por su mayor parte de un cobertizo que sirve para colocar las galeras y otros carruajes, y sobre el que sustentan los pasillos y ventanas de las habitaciones interiores de la casa. A su entrada el indispensable pozo con su alto brocal y pila de barro-

(1) Véase el artículo titulado *El Recten-venido*.

queña, y en ambos lados, por bajo del cobertizo, las cuadras y pajares con la suficiente comodidad y desahogo.

La habitación alta está dividida en sendos compartimientos, adornados cada uno con su tablado de cama verde, jergon de paja, sábanas chorriceras y manta segoviana; su mesilla de pino, con un jarro y candelil y una estampa del Dos de Mayo ó del Juicio final, pegada con miga de pan en el comedio de la pared; amen de los diversos adornos que alternativamente aparecen y desaparecen, tales como albardas, colleras, esquilonos y otros, propios de los trajinantes que suelen ocupar aquellos aposentos.

Únicos habitantes permanentes de tan estenso recinto, y ruedas fijas de su complicada máquina, eran: primero, el dueño propietario *Pedro Cabezal*, anciano respetable de que queda hecha mención, cuya estampa lozana y crecida en sus años juveniles, aparecía ya un si es no es encorvada por el transcurso del tiempo y los cuidados que pesaban sobre su despojada frente; segundo, *Anselma Ordoñez*, hija putativa de Diego Ordoñez, difunto mozo de mulas, mayordomo y despensero que fue de la casa en los primeros años del siglo actual, y esposo de Dominga Lopez, también difunta, ama de llaves del Cabezal. Esta tal Anselma era una moza rolliza de veinte años poco mas ó menos, cuya fecha, no muy conforme con la muerte del padre Diego, que falleció heroicamente de hambre en el año 12, se explicaba mas naturalmente por las malas lenguas que atribuían al tío Cabezal algunas relaciones en su tiempo con la viuda Dominga, y creían descubrir entre las facciones de aquel y las de la moza, mayor relacion y concomitancia que con las del difunto mozo de mulas. Pero sea de esto lo que quiera, y la verdad no salga de su lugar, es lo cierto que el famoso dueño del parador de la Higuera la tenía por ahijada, y en los últimos años de su edad, desprovisto como estaba desgraciadamente de sucesión directa, varonil y ostensible, manifestaba cierta predilección y deferencia hacia la muchacha, y aun daba á entender claramente que aquel feliz mortal que lograra interesar su aspezo, sería dueño de su mano, ítem mas, del consabido parador con todas sus consecuencias. Razon de mas para atraer á su posada crecido número de parroquianos gallardos y merecedores.

El tercer personaje de la casa era *Faco el herrador*, poderoso atleta de medio siglo de data, cojo como Vulcano, y señalado en la frente con una U vocal, insignia de su profesion, que le fue impuesta por un macho cerril de Asturias, con quien habrá quince años sostuvo formidable y singular combate. Gesto duro y avinagrado, manos férreas y cerdosas, alto pecho, cuello corto, y cabeza bien templada. Este tal era el consejero íulico, el amigo de las confianzas del Cabezal; era el que imprimía, digámoslo así, su sello á todas las determinaciones de aquel, que no tenían, como suele decirse, fuerza de ley, hasta despues de bien claveteadas por el señor Faco, y pasadas por el yunque de su criterio.

Último miembro de aquella cuádruple alianza venía á ser *Periquillo el Chato*, jóven alcarreño hasta de diez y nueve primaveras, mozo de paja y tintero, que así enristraba la pluma como rascaba la guitarra; mas amigo del movimiento rápido y de la vida nómade, propia de su antiguo oficio de acarreador de yeso, que del quietismo y trabajo mental á que le obligaba el arcon de la cebada y el grasiendo cuaderno de la paja, de que estaba hoy encargado, gracias á su notable habilidad para trazar algunos rasgos, que segun el maestro de su pueblo podían pasar por letras y por guarismos, siempre que abajo se explicase en otros mas claros lo que aquellos querían decir.

IV.

Sentados, pues, magestuosamente en un ancho escaño, colocado á la espalda del vestíbulo de entrada, el famoso Cabezal y su adjunto el herrador; aquel á la diestra mano, y este al costado izquierdo; el primero embozado en su manta de Palencia y el segundo apoyado en su baston de fresno con remates de Vizcaya; colocados en pie en respetuoso grupo circular todos los aspirantes y mantenedores de aquella lid, y asomando, en fin, por el balconcillo que daba encima del cobertizo la rosada faz de la jóven Anselma, premio casi indudable y última perspectiva del afortunado vencedor, déjase conocer la importancia del acto, y su completa semejanza con los antiguos torneos y justas de la edad media, en que los osados caballeros venían desde luengas tierras á punto donde poder manifestar su garbosidad y arrojo ante los ojos de la hermosura.

Dió principio á la ceremonia un sentido razonamiento del buen Cabezal, en que hizo presentes las razones que le asistían para retirarse de los negocios públicos, y envolverse en la tranquilidad de la vida privada, con todos aquellos considerandos que en igualdad de circunstancias hubiera esplanado un Séneca, y que nuestras costumbres político-modernas suelen poner en boca de los magnates dimisionarios, y que quieren ser reelegidos. Con la diferencia que el honrado Cabezal, que ignoraba quién fuera Séneca, así como también el lenguaje político cortesano, procedía en ello con la mayor sinceridad, siguiendo solo los impulsos de su conciencia, y bien convencido de que desde la muerte del *Endino*, sus débiles manos no eran ya á propósito para regir debidamente las riendas de aquel estado.

Seguidamente el herrador Faco, en calidad de superintendente y juez de alzadas del establecimiento; dió cuenta á la junta de su estado *financiero*; del presupuesto eventual de sus beneficios y gastos, y del *balance* de sus almacenes, y mobiliario; no tratando, empero, de la propiedad de la finca, cuyo dominio se reservaba Cabezal, y concluyendo con animarles á presentar incontinenti sus proposiciones de traspaso, á fin de proceder en su vista á la definitiva adjudicación.

Aquí del rascar de las orejas de los concurrentes; aquí el hacer círculos en la arena con las varas; aquí el atar y desatar de las fajas y de los botones de la pretina; aquí el arquear de las cejas, tragar saliva, mirar á un lado y á otro, como tomando en cuenta hasta las mas mínimas partes de aquel conjunto; aquí el mirarse mutuamente con desconfianza y aparente deferencia, instándose los unos á los otros á romper el silencio, sin que ninguno se atreviese á ser el primero. Aquí, en fin, el balbucear algunas palabras, aventurar tal cual pregunta, rectificar varias indicaciones, y volverse á recoger en lo mas hondo de una profunda meditacion.

Por último, despues de media hora larga de escena muda, en que solo se oía el pausado compas de las campanillas de los machos que retozaban en las cuadras, y el sibido de Periquillo que servía de reclamo para atraer á la puerta del parador algunas aves traslumantes de las que tienen sus nidos hacia la calle de la Arganzuela, se oyó en fin entre los concurrentes un gruñido semejante al último *¡ay!* del infeliz marranillo cuando cede la existencia al formidable impulso de la cuchilla. Y siguiendo acústicamente la procedencia de tal sonido, volvieron todos los ojos hacia un extremo del círculo, y conocieron que aquel había sido lanzado por la agostada garganta del segador Farruco, quien alzando magestuosamente la cabeza, y como hombre seguro de sostener lo que propone, exclamó:—

— «En Dios y en mi ánima, iba á decir, que si vustedes no risuellan, yo risullaré.»—

—«¡Bravo, Farruco, bien por el segador!» esclamaron todos, como admirados de esta brusca interpelacion de parte de quien menos la esperaban.

—Silencio, señores (dijo el herrador); Farruco tiene la palabra.

—Es el caso (prosiguió Farruco), que yo no sé como icirlu; peru, si ma dan el edificiu, y toudo lu que en él se contien, ainda mais, la moza, para mí sulitu, pudiera ser que yu meta de traspasu hasta duscientos riales, pagados en cuatro plazus dende aquí hasta la virgen del outru agostu.—

—Bravo, bravo (volvió á resonar por el concurso en medio de estrepitosas careajadas), bien por Farruco el segador. ¡Doscientos reales en cuatro plazus! Vamos, señores, animarse, que si no queda el campo por Galicia. ¡Viva Santiago! ¡uff!... —Con otros alegres dichos y demostraciones que para todos eran claras menos para el honrado y paciente segador.

—*Ira de Deu* (gritó á este tiempo el catalan, blandiendo el látigo por encima de las cabezas del amotinado concurso). ¿Será ya hor que nos antandams en formalidat y prudensia? ¿Les diables carguen con este Castilla en que tot se hase riendo como les carers de Hostalrich! Poqs rasons, pues, y al negocio, que se va hasiendo tard, y á mí me aspera mis galers á les ports de la ciudad. Vean ells si les acomod trasients llibrs per tot, pagaders en Granollers, en cas de mi sosio Alberto Blanquets, de la matrícula de San Feliú de Guixols.—

—Otra, otra (dijo gravemente el aragonés); aguarda, aguarda, con lo que sale media lengua. Yo adelanto trescientos pesos mondos y redondos; con mas, toda la fruta que gaste el señor amo, y la estameña franciscana que necesite para la mortaja, y ofrezco icir tres misas á las ánimas por mor de la señá Cabezala que Dios tenga allá abajo; y endiñale un risonpo en el Pilar, que la virgen se ha é reir de gusto.—

—«¡Que viva el aragonés!» (gritó el concurso alborozado), y á los ojos del anciano Cabezal se asomó una lágrima, tributo del amor conyugal, cuyo recuerdo habia despertado Franchó *et moro*.

—A que si valen seis taullas de tierra de buen arros, orilla del Grao, y como hasta diez libras de seda en el Cañamelar para la próxima cosecha, aquí hay un valensiano que dará todo esto, y las grasiás si el señor amo quiere sederle el parador.—

—¿Qué eztan uzteez jablando ahí, compaez? Aquí hay un hombre, tío Cabelal: y detrás dezte hombre hay un compae que zale por mí, y ez primo der cuñao de la zobrina der regidor de Moron, que tiene parte con otros sinco en er macho con que traje la carga de aseite pa el compae Cabelal en la pazcua anterior; el cual zi zale (que zi zaldrá), por mi honor y juramento, esde luego pedirá á zu prima que le diga ar cuñao, que pia á la sobrina der regidor, que haga que zu tío ponga por hipoteca la parte trazera der macho, pa servir ar señor Cabelal y á toda la buena gente que moz ezcucha.

—¿Que viva Utrera! (esclamaron todos con algazara) y arriba Currillo que nos ha ganado la palmeta prontito y bien; ¡dichoso el que tiene compadres para sacarle de un ahogo! ¡que viva Curro y el cuarto trasero del macho de su compadre, que son tal para cual!

—Grasiás, señorez (repeta Curro); pero bien zabe Dío que no lo desia por tanto.—

—Basta ya de bromas, señores, si Vds. gustan, que la mañana se pasa, y todavía tengo que llegar á Valdemoro á comer. Veo por lo visto que aquí todos son dimes y diretes, y el amo, á lo que entiendo, no nos ha llamado para oirnos ladrar.—Esto dijo con importante gravedad el manchego, y adelantándose un paso en medio del corro;—Yo (continuó con valentia) voy á tomar la gaita por otro lado, y creo que

vuevas mercedes habrán de llevar el paso con el sonsonete. Aquí mismo, al contado, todo en doblones de á ocho, corrientes y pasados por estas manos que se ha de comer la tierra, aquí está mi argumento, y mi elocuencia está aquí. (Y lo decia por un taleguillo de cordellate que alzaba con la diestra mano.) A ver, á ver, si hay alguien que me le empuje, porque si no, mio queda el parador; y cuenta, herrador, á ver si me equivoco; mil pesos dobles, justos y limpios, hay dentro del taleguillo; esos doy, y pues que no hay ni puede haber competencia, señores, pueden vuevas mercedes si gustan llegarse á oír misa, que ahora poco estaban repicando en San Millan.—

Un confuso rumor de desaprobacion y algunas interjecciones espresivas dieron á conocer el enojo que semejante arrogancia habia inspirado á la asamblea; el opulento Azumbres no por eso desconcertó su continente, antes bien sacando pausadamente la vara del cinto tomola con la diestra mano, y pasando á la izquierda el taleguillo de los doblones, paseó sus insultantes miradas por toda la concurrencia, como aquel que está seguro de no encontrar enemigos dignos de combatir con él.

Sin embargo, no habia calculado con la mayor exactitud, porque adelantándose al interior del círculo el honrado maragato, hecha la señal de la cruz, como aquel antiguo paladía que se disponia á temerosa liza, tosió dos veces, escupió, miró en derredor, y quitándose modestamente el sombrero, prorumpió en estas razones.

—Con permiso del señor manchego y de toda la concurrencia; yo Alfonso Barrientos, natural y vecino de Murias de Rechivaldo, en el obispado de Astorga, parezco de cuerpo presente y digo; que aunque no vengo tan prevenido para el caso como el señor que acaba de hablar, todavía traigo, sin embargo, otro argumento que no le va en zaga á su saquillo de arpillera; y este argumento, y este tesoro, que no le cambiaria por toda la tierra llana que se encuentra comprendida entre la mesa de Ocaña y las escabrosidades de Sierra Morena, es mi palabra, nunca desmentida ni desfigurada; es mi crédito, harto conocido entre las gentes que se ocupan en el tráfico interior. Saque el señor herrero un papelillo de los que sirven para envolver su cigarro, y déjeme poner en él tan solo mi rúbrica, y ella acreditará y hará buena la palabra que Alfonso Barrientos da de entregar mil y doscientos pesos por el traspaso del parador.—

—¡Viva el reino de Leon! ¡viva la honradez de la Montaña! (esclamaron estrepitosamente todos los concurrentes); y al diablo sea dada la arrogancia de la tierra llana.—

—Que me place (replicó sonriéndose el manchego) encontrar con un competidor digno por todos títulos de habérselas con Azumbres el cosechero de Yepes; pero como no es justo darse por vencido á la primera vuelta, y como tampoco soy hombre á quien asustan todas las firmas leonesas, aquí traigo prevenidas para el caso nuevas municiones con que hacer la guerra á todos los créditos del mundo, aunque entren en corro los billetes del tesoro y las sías de la villa de Madrid.—Sepan, pues, que en este otro saquillo (y esto dijo sacando á relucir del cinto un nuevo proyectil de mediano volúmen) se encierran hasta doscientos doblones mas, los mismos que ofrezco al señor Cabezal por su traspaso, y punto concluido, y buena pro le haga al rematante.—

—Apunte vueza merced, señor herrador (dijo con calma el maragato) que Alfonso Barrientos da dos mil pesos fuertes, si no hay quien diga mas.—

Aquí la algazara y el entusiasmo de los concurrentes llegó á su colmo, viendo embestirse con aquel ahinco á los dos poderosos rivales, que mirándose recelosos á par que prevenidos, como que dudaban

ellos mismos toda la estension de sus fuerzas y el punto término á que los llevaria el combate. Pero la mayoría de los pujadores, que conocian, muy á su pesar, que solo podian servir de testigos en lucha tan formidable, iban descartándose del círculo, y abandonando con sentimiento el palenque. De este número fueron el clorifero Farinato, el gallego y el asturiano, los aragoneses y el andaluz, los cuales sin embargo se mantenian á distancia respetuosa, como para mejor observar el efecto de los golpes y los quites respectivos.

Uno solo de los concurrentes no habia dicho aun «esta boca es mía,» y parecia como extraño á aquel movimiento, sin duda midiendo en su imaginacion la pequeñez y mal temple de sus armas para tan lucido y árido empeño; y este ser infeliz y casi olvidado de los demas, no era otro que nuestro Juan Cochura, el castellano viejo, el cual con aparentes señales de distraccion, paseaba sus miradas por las alturas, como quien busca y no encuentra inspiracion ni mandato á su albedrío. Pero á decir verdad, si nuestro antejo escudriñador hubiera podido penetrar en aquel recinto, no hay duda que muy luego hubiera observado que lo que aparecía desdeñaba é indiferencia de parte del Juan, no era sino cálculo refinado, y que sus miradas, al parecer estúpidas é indecisas, no iban dirigidas nada menos que á otro traspaso que le pusiera en posesion omnimoda y absoluta del parador.

Tal vez nuestros lectores habrán olvidado en el curso de esta estéril y causada relacion; que sobre el círculo de los famosos mantenedores del torneo, y asomada en un balconcillo de madera que apenas se distinguía, ofuscada entre el humo que salía de la cocina inmediata, se hallaba presenciando aquella animada escena la robusta Anselma, la hija adoptiva del señor del castillo, la estrella polar de aquellos navegantes, y el puerto y seguro término de sus arriesgadas aventuras. Verdad es (sen dicho de paso) que casi todos ellos navegaban como Ulises, sin saber por dónde, ignorantes del faro que sobre sus cabezas relucía, y á merced de los escollos é incertidumbres de tan dudoso mar; mas por fortuna nuestro Juan Cochura tenia un amigo... ¡y qué amigo!... práctico y conocedor de aquel derrotero, playa saludable en medio de tan intrincado laberinto; el cual amigo no era otro que Facó el herrador, quien por un movimiento indefinible de simpatía hacia nuestro mozo castellano, le habia secretamente instruido sobre el rumbo cierto que tomar debía, diciéndole que si lograba interesar el amor de la jóven Anselma, él y no otro sería el dueño del parador.

La gramática de Juan, parda como su vestido, no hubo menester mas reglas para comprender aquel idioma; y así desde el principio de la refriega dirigió sus baterias al punto mas importante y descuidado del combate; hasta que viendo que este se empeñaba con la artillería gruesa, y escaso él de municiones para sostener con decoro el castellano pendon, apeló á la estratagema de la fuga; pero fuga armónica, cadenciosa y bien entendida, que ni el mismo Bellini hubiera ideado otra mejor.

Echó, pues, sus alforjas al hombro, y confiado en su buena estrella y en sus gracias naturales, de que ya tiene conocimiento el lector, subió poquito á poquito la escalera de la cocina; se llegó al balconcillo; tiró del sayal á la moza, como quien algo tenia que pelarla, y ella le siguió, como quien algo le tenia que dar.

Lo que al amor de la lumbre pasó, los coloquios y razonamientos que mediarían entre ambos en los pocos minutos que inadvertidamente desaparecieron de la vista del concurso, son cosas de que solo los pucheros que hervian y el gato que dormitaba á la lumbre pudieran darnos razon; y es lástima sin duda que no quieran hacerlo, pues acaso por este medio ven-

driamos en conocimiento de una de las escenas de mas romántico efecto que ningun dramaturgo pudiera inventar.

Ello es lo cierto, que por resultas de este desenlace de bastidores (muy conforme tambien con la escuela moderna) dió fin el drama, volviendo de allí á poco á salir la dueña y el mancebo al balconcillo, asidos de las manos, y con los ojos brilladores de alegría; y oyéndose prorumpir á la heroica Anselma en estas palabras:

—«¡adrino, padrino, que se suspenda el remate, que ya queda concluido el traspaso; Juan Algarrobo (alias Cochura) natural de Fontiveros, ha de ser mi esposo, que así lo ha querido Dios.»—

Alzaron todos la vista con estrañeza al escuchar estas razones, y el anciano Cabezal hizo un ademán violento que parecia como preludio de alguna gran catástrofe. Miró al balconcillo con ojos encendidos, y alzándose de repente, y desembozándose de la mantita: —«¡Ah perra!» (esclamó) y ya se disponia á saltar la escalera, cuando el buen Facó el herrador, el alma de sus movimientos, le detuvo fuertemente, trató de desarmar su cólera, y en pocas y bien sentidas razones le hizo ver la alcurria del mozo, y lo bien que le estaria admitirle por marido de su ahijada.

Todos los concurrentes conocieron entonces que habian sido victimas de una intriga concertada de antemano, y dieron por de todo punto perdido su viaje, con lo cual fueron desapareciendo uno en pos de otro, despues de felicitar al Cabezal por la astucia de los novios.

Estos, pues, despues de solicitar la bendicion paternal, quedaron instalados en sus funciones; y nuestro Juan Cochura, á quien en su primer viaje á Madrid vimos burlado, escarnecido y preso por su ignorancia, llegó en el segundo á ser burlador apeno, y á ponerse al frente de un establecimiento respetable.

La fortuna es loca, y gusta las mas veces de favorecer á quien menos acaso es digno de ella... ¿quién sabe?... Todavía quizas le reserva una contrata de vestuario, ó una empresa de viveres; y al que vimos entrar ayer cruzado en un pollino, preguntando los nombres de las calles, tal vez le miraremos mañana pasearlas en dorada carreta, y adornado su pecho con bandasy placas que nos deslumbrén y oculten á nuestros ojos la pequeñez del origen de su posesor. Espectáculo frecuente en el veleidoso teatro cortesano, y grato pasatiempo del observador filósofo que contempla con sonrisa tan mágico movimiento.

(Julio de 1850.)

EL ESPIRITU DE ASOCIACION.

El siglo XIX corre que vuela, y eso que ya no es ningun rapaz que digamos, sino antes bien entrado en años, como que para la próxima ventura ha de contar, si no miente el calendario, sus cuarenta navidades debajo del peluquin; pero él siempre tieso y rozagante, como aquellos señores mal criados, que empezaron á los doce años á hacer calaveradas, y que pretenden prolongar todavía su juventud, á despecho de las arrugas que vienen á sorprenderles sin haberse fijado en nada, ni sin poder llegar á decir *esto me está bien*.

Y aconteció, pues, con este señor siglo en sus primeros años, lo que de ordinario acontece con todos los muchachos traviesos y vivarachos, que no bien se les ve inclinados á jugar con el tambor, luego al punto suelen calificarios de futuros héroes; y si tal vez aciertan á aprender de memoria y á recitar con desparrajo una fábula de friarte, de contado son y quedan clasificados en el catálogo de los sábios verosímiles.

Lo mismo nuestro siglo en cuestion; en sus primeros hervores, hubo quien al verle quimerista y pendenciero profetizó de él gigantescas empresas y asombrosas hazañas; y luego vimos que todo era puro ruido y nada mas. Así que, mas grandecito, le miramos recitar coplas, y manotear fuerte, le apellidamos el siglo de las luces y de la filosofía. Aficiónóse despues á las cosas sólidas, como los caminos de hierro, y las monedas de oro, y luego le bautizamos del siglo material y amigo de la positividad. Pero en seguida le dió por aplicarse al gas y á las cerillas fosfóricas, y héteme aquí á mi siglo calificado de inflamable, volátil y fantástico; siglo de la poesia craneoscópica y de las cartas de pega.

¿Quién, pues, no se ha dado de calabazadas por comprender y fijar el verdadero espíritu de este siglo

proteo, indefinible, incomparable, tronera de niño, pausado de jóven, y mas entrado en años saltarín y brincador? Muchas y muy buenas obras se han escrito para definirle; muchos y buenos pinceles se han empeñado en dibujarle; pero él á lo mejor se ha tornado de espaldas al retratante, ó hále dejado caer el tintero encima al atareado escritor.

Váyanle Vds. con estos ejemplitos al márgen á tomar la medida al tal nene, quiero decir, á ponerle apellido que bien le cuadre, y hacer colar por exclusivamente suya cualquiera de las infinitas cualidades que adornan á este autor de *remedion*, á este cómico de la legua. No, si no llámenle negro al mancebo, y en aquel punto y hora dará una voltereta, y veréisle tornado en blanco como un armiño.

Pero nadie podrá negarme que hay siempre en to-



El espíritu de asociación.

da época alguna ó algunas cualidades mas especiales que otras; sin que al reconocerlas hayamos por eso de creerlas exclusivas ni echarlas, como quien dice, á reñir con las demas. Del mismo modo que en cada semblante humano se advierten una ó mas señas que le distinguen de los otros; como por ejemplo, una verruga en la nariz; lo cual es suficiente para poder apellidar á su dueño el hombre de la verruga, sin que esto sea decir que aquel hombre sea todo verruga, sino es va que la verruga existe en el hombre aquel.

Pues bien; entre estas cualidades fisionómicas (no la verruga) de nuestro siglo, coloco yo, y otros habian adivinado antes, la mancomunidad en las ideas y en las acciones de los hombres, ó para hablar en términos mas ocultos, el espíritu de asociación.

Con efecto, por poco que observemos, veremos luego que esta es la cualidad primordial, el humor dominante de nuestra época; y así como otras se han refundido y representado, digámoslo así, en un solo

hombre, esta se multiplica y subdivide por millonésimas partes, átomos imperceptibles, entre todos los seres contemporáneos; de suerte que no parece sino que todos nacemos faltos de alguna cosa, y que nos buscamos é incorporamos por instinto, para formar entre todos un juicio completo, ó una verdadera y sólida voluntad.

De aquí tantas asociaciones políticas, científicas y literarias; de aquí tantas discusiones y controversias; tantas obras enciclopédicas; tantas compañías de seguros mútuos; tanta gloria por acciones; tanto patrimonio á partir gastos.

«Cuatro ojos ven mas que dos» dice un refrán. —Refranes hay para todo; y tambien otro dice. «A menos bultos mas claridad.»—Si lo que han de verlos cuatro ojos es una cosa sola, y en un punto fijo, claro es que los cuatro verán la misma cosa que los dos.—Ejemplo.—Reunan Vds. muchos sábios en una junta, y sumen luego las cantidades de sabiduría... ¿Cuánto

me dan Vds. si sacan menos que la que solia tener un sábio solo?

— «Dispare V. una bala á ese buque, señor sargento.»

— «El buque no está á tiro, mi general.»

— «Pues dispare V. toda la batería.»

No es esto decir que el espíritu de asociación no tenga, y mucho, de bueno, no señores; esto lo que quiere decir es que la asociación suele á veces estar reñida con el espíritu; por lo demas, ¿quién niega que es susceptible de mil aplicaciones á cuál mas importantes? — Por ejemplo:

Llega en estos afortunados tiempos á cumplir catorce abriles un mancebo... ¿A qué se ha de aplicar? ¿Ha de ir á llenarse las manos de callos para aprender un oficio mecánico con que ganar su subsistencia?... ¿Atestará su caletre de *infelios* para adquirir una profesion honrosa? ¿O viajará, y revolverá mares y tierra en busca de investigacion de la verdad?

Nada menos que eso; reñese con otros compañeros todos de su edad, y declárase como ellos sábio y literato. (Esto es ya de cajón, y literato en el lenguaje moderno quiere decir que conoce las letras, ó sea el alfabeto; la poesia es una planta natural de suyo, que crece con las barbas.)

Reunidos en *comandita* traducen entre seis ó siete una comedia en un acto, ó disuelven sus ideas en un periódico por *tomas* semanales, ó bien cortan trozos y páginas enteras de acá y acullá, y lo zurcen y planchan de nuevo en su laboratorio, y hágote original. Y los que no están de servicio, fórmanse en comision de aplausos, y repiten en coro las glorias del compañero, y chillan y rabian, predicando su entusiasmo al pobre público, que en todo habia pensado menos en sospechar que tenia un genio mas á quien adorar; y le mira y remira, y abre tanta boca, y dice como sorprendido. — «¡Vean Vds., quién lo habia de decir! ¡y le teniamos por un fátuo!» — Hé aquí el espíritu de asociación últimamente aplicado al ingenio.

Sueña un pobre tendero que su vara se ha convertido en la de Moisés, que hacia saltar torrentes de gracia de las duras peñas; mira á su paisano y antiguo compañero manejando grandes capitales, y dando la cara á formidables empresas. Hay, sin embargo, una diferencia; y es que el tal paisano es efectivamente poderoso, mientras que nuestro hombre no tiene mas capital que su activa imaginacion... No importa... ¿Quién dijo miedo? — Asociase para explotar aquella con un tonto (que nunca faltan para bien de la humanidad), y á dos por tres da con él en tierra, y luego con otros y otros, y salta por encima de todos y se va elevando hasta que de asociacion en asociacion, para en asociarse con un magnate, y luego con un ejército; y despues con un gobierno; y alza y baja los fondos del Estado; y hace y deshace paces y guerras; y forma oposiciones; y levanta ministerios. Y... vayan Vds. á decirle al tal que el espíritu de asociacion no es cosa buena.

¡Pobre viuda! tú contabas con el dia treinta del mes, y hace muchos ya que los meses en España no tienen treinta; llamaste á la tesorera, y la tesorera te respondió en hueco; hasta el perro guardador dejó de ladrar por falta de motivo; no tienes mas remedio, pobre viuda, que arrimar tu lumbre á la de tu vecino el cesante ó truate á tu celda al esclaustrado, ó rezar con las monjas por vuestros difuntos bienes, y aplicar á la puchera el espíritu del siglo, el *espíritu de asociacion*.

Otra de las mas ingeniosas aplicaciones desta *socialidad* es la que suelen hacer los inquilinos con sus caseros, declarándose dueños *in partibus* de la linea alquilada, y usufructuarios *in integram* de su propiedad.

Las damas de gran tono suelen celebrar tambien esta especie de *contrato social* con los mercaderes de

la calle Mayor, pagándoles en sonrisa y amabilidad las blondas y rasos con que aquellos cuidan de proveerlas.

Los elegantes rigoristas tienen por *asociado* al sastre, y abierto permanentemente en su libro el registro de la sociedad; y los parásitos y aduladores de pandilla se asocian á los poderosos, poniendo en fondo comun sus loores y simpatías, mientras que por la contraria se ofrecen los padcos abonados, las doradas carretelas y las salsas del cocinero.

Pero el adelantamiento mas positivo, lo que califica de grande al espíritu de asociacion de nuestro siglo, es su aplicacion al matrimonio; á este doble contrato de nuestra Santa Madre Iglesia, y convertido en triple por la moderna filosofia.

Con efecto, desde que todos los galanes se han vuelto barbas, ya no hay drama posible; desde que los poetas modernos han renegado de la mitologia, huyeron de su imaginacion todas las deidades imaginarias, y en la mujer no miran mas que un mueble de uso comun, y en el amor nada mas que un sentimiento de orgullo ó de comodidad. En vez de pintarle niño y alado, hácenle marchar barbudo y con pies de plomo; quitáronle la venda de los ojos, y aplicaron á ellos el catelejo de la investigacion y del cálculo; arrancáronle de las manos el arco y las flechas, y pusieronle en su lugar un bo'sillo y una pistola.

Vayan Vds. con anacréonticas y cartas en vitela á estos señores *amargos*, que á los veinte años tienen ya *carcomida la existencia*; que no hallan posible el amor sin el ribetito del crimen, ó por lo menos sin peligro de muerte, que entienden, por otro lado, que los sentidos pueden marchar muy bien sin el auxilio del corazon, y que el suyo, en fin, vale mucha plata para entregarle á dos por tres.

Váyanles Vds., digo, señoras doncellas, con las indirectas que antes eran de uso comun entre vosotras de... ¿Qué malo es V.?... ¿Quién lo creyera?... ¿Lo dice V. de veras?... Dígalo V. á mamá.... A ellos, que no reconocen intimaciones ni proclamas, ni hijos ni padres posibles; ni categorias ni fórmulas; que empiezan por apagar el tratamiento á la persona á quien se digan dirigirse, y por llamarla *mujer á secas*, como en otro tiempo decian los patriarcas de la ley antigua á la primera moza garrida que encontraban espigando en el desierto. «*Mujer, vente conmigo, y partirás mi tienda y mi lecho.*» y ellas cogian el cántaro bajo el brazo y echaban á andar tras ellos á partir lo arriba dicho.

Pero ellos (los nuestros) ni siquiera hacen caso de vosotras, espigaderas virginales, que salís á espigar en el campo de la sociedad; y si os dicen por acaso que les signis, cuenta, que no es la tienda lo que quieren con vosotras repartir.

Pero no; en vano sois sus sombras; en vano os los presentais á todas horas, y bajo las formas mas fantásticas y análogas á su indefinible voluntad; en vano seguís sus gustos, sus inspiraciones, sus manías; en vano remediáis sus acciones y apostura; y si ellos dejan crecer sus cabellos hasta la espalda, vosotras los dejáis colgar hasta la cintura; y si ellos procuran *triangulizar* su frente, vosotras seguís en la vuestra la misma geométrica proporcion; en vano palideceis como ellos; en vano sonreís amargamente; en vano cantais llorando, y bostezaís en el baile; en vano quisiérais morir para parecerles mejor. Ellos ni os reparan siquiera, porque su corazon... ¡oh! su corazon está lanzado en las *etéreas é insondables ilusiones de un fatídico porvenir*, y ni han observado vuestras lágrimas, ni vuestras ardientes ojeadas, ni vuestras gracias seductoras, ni vuestro traje sentimental.

Pero al fin son hombres, y al traves de esta fantástica existencia, tienen sus horas de *positivismo*, en que la materia se rebela contra el espíritu, y lo deja como quien dice arrinconado y sin poder chistar; y

en estas horas y en estos días (ó sean noches) en que la flaca humanidad llama á la puerta, es cuando recuerdan que les falta una cosa.—¿Qué cosa está?—*La mujer*.—Y échanse por esos salones á buscar las mujeres del prójimo, con una seguridad que no parecen sino hermanos de la Mesta, que dan suelta al ganado en cualquier prado concejil.—

Porque pensar que estos señores *escépticos* han de dudar de que las doncellas no les convienen, es pensar en lo escusado; y las razones son claras: 1.^a porque las doncellas se pagan mucho de esto del corazón, y el suyo ya queda espesado que es inenajenable; 2.^a porque ellas (las muchachas) si se las da un pie, luego piden la mano, y ya queda dicho arriba que su mano está armada para estos casos de un agudo puñal; 3.^a porque una soltera es una mujer completa; y á ellos para su objeto les basta con un *fragmento*; porque aquellas, en fin, aspiran á un lazo terrible y duradero, y ellos no á otra cosa que á un desenlace pronto y feliz.

Por estas razones y otras muchas que yo me sé, igualmente materiales y tangibles, dijeron y dicen para su capote.—¿Mujer?—La del prójimo.—Uno... dos... tres... trinidad perfecta.—¡Ah del espíritu del siglo!—Y aparecióseles el *espíritu de asociación*.

Y el *marido* desde entonces tuvo un esclavo mas á quien mandar, y la mujer un dueño mas á quien servir.

Aquel dijo:—«Quiero ser ministro,» y su siervo se constituyó en adulator.—«Quiero ser diputado;» y su cliente se convirtió en candidatura ambulante.—«Quiero ser periodista;» y el amigo colaboró con él la pública opinión.—«Quiero ser poeta;» y el amante se obligó á entusiasmar al patio.—«Quiero ser tonto; y el tercero en concordia fue tanto como él.—«Quiero ser pobre;» y el protector se encargó de pagar al casero.

En cambio de todos estos servicios, por premio de tantos sinsabores el vice-marido pudo contar... ¡ahí que no es nada!... ¡con *media mujer*!...—¡Y qué mujer!... ¿Y habrá todavía quien se ría de los maridos?

No hay, pues, que extrañarse de que en el estado actual de nuestras costumbres, el matrimonio, sagrado vinculo que en tiempos atrasados confundía en uno dos corazones, se haya convertido en un triángulo equilátero, y que sean homogéneos el marido y el amante. Ambos tienen á la mujer, ambos la engañan, ambos la desprecian; el ídolo dorado se deritió, y quedó el barro tosco y material: lo que antes exigía justa adoración, es ya por su culpa objeto de burla y menosprecio.

Tal sin duda es el raciocinio de muchos maridos, y tal era tambien el que formaba respecto á su esposa el joven don...

Pero respetemos la memoria de un desgraciado; y hagamos gracia á nuestros lectores del ejemplo práctico; basta por hoy haberles impuesto en la teoría del espíritu del siglo, el *espíritu de asociación*.

(Diciembre de 1859.)

TENGO LO QUE ME BASTA.

«Le peu qu'on travaille c'est pour parvenir á ne rien faire: ne rien faire est ici le bonheur.»

Dupatí.

Todos los autores que han tratado de nuestra España han pretendido pintar á su manera el carácter nacional. Conviene casi todos, por lo regular, en nuestra poca afición al trabajo, cada cual ha motivado esta circunstancia en diferente causa. Unos, por ejem-

plo, dijeron, que era debida á la influencia de un clima ardiente y voluptuoso; otros á la falta de estímulo y gualrdon; cuál la achacó á orgulloso desden; cuál á invencible pereza.

Tambien yo he solido participar alternativamente de tan distintas opiniones; pero reflexionándolos bien y combinadas en mi imaginación aquellas causas, me inclino á creer que las que llamamos tales, no son sino efectos, y que este vicio de nuestro carácter consiste en que no participamos de otro vicio mayor, que es el de la ambición; sin cuyo poderoso estímulo todos los tratados morales ni las leyes civiles son y serán insuficientes para hacer al hombre transigir con la obligación de trabajar constantemente.

Ahora bien; ¿por qué esta falta de ambición en los españoles, cualidad escepcional que les distingue entre todos los pueblos de la moderna Europa? ¿Será acaso nacida de virtud ascética que imponga un rígido freno á los desmandados deseos del corazón? ¿Será por filosofía práctica y sincero desengaño de las ilusiones del mundo? ¿Será en fin, por hallarse todos constituidos en tan feliz situación que nada tengan que envidiar, nada que trabajar para conseguir?

Reflexionemos, pues, y echaremos de ver que hay algo de todo; de virtud, de filosofía, y de bienestar. Me explicaré.

Hay algo de virtud, porque virtud es aquella dignidad del alma, que otros llamarán arrogancia, que nos hace repugnante la idea de cometer una baja; aquel sentimiento de amor propio que nos inclina á amar la independencia, y nos traba la lengua si intentamos dirigir expresiones de lisonja y sumisión á otro ser que miramos como igual; aquel invencible tedio con que solemos mirar toda ocupación en que creamos ver rebajada la dignidad del hombre, toda sujeción que llegue á comprometer su preciada libertad.

Hay algo de filosofía, porque filosofía es la moderación de los deseos, y la tranquilidad del ánimo, la reducción de nuestras necesidades al menor término posible, el desprecio de los falsos oropeles, y la uniformidad sistemática, en fin, de nuestro páldo existir.

Hay algo de bienestar; porque bienestar es el hallarnos acostumbrados á la frugalidad y aun la miseria; comer con alegría el pan moreno; vivir contentos en una mezquina habitación; envolver nuestra descuidada persona en una parda capa, y recibir sentados largas horas el gratuito beneficio de la presencia del sol.

En sociedades mas avanzadas ó mas codiciosas, los hombres se agitan continuamente para llegar á aumentar la serie de sus gozes, que muy luego convierten en otras tantas necesidades. Cuál riega con copioso sudor una tierra ingrata, para obligarla á producir variados frutos con que haga mas regalada su existencia; cuál modifica y combina las invenciones de las artes, para cautivar la atención de un público exigente y caprichoso; hay quien mira blanquear prematuramente sus cabellos á impulsos de largas vigiliias, de constantes estudios, para producir una obra que asegure su inmortalidad; hay, en fin, quien sueña con la idea de fijar la atención del país, dominar su destino, é imponer el sello de su nombre á la época en que vive.

Ninguno allí está satisfecho con lo presente; todos aspiran á mas grande porvenir; el labrador, el artesano, el comerciante, el escritor, el político; todos se sienten aguijonear por una necesidad dominadora, por un instinto irresistible hácia un *mas allá* que estiende el círculo de sus satisfacciones, que le hagan dejar atrás á los que marchan á su nivel.

Y de esta agitación, y de este movimiento, y de estos vicios, considerados tales á los ojos de la seve-

ra filosofía, vienen á resultar sin embargo grandes adelantos, y tal vez la riqueza y la prosperidad de una nacion. A la ambicion de los individuos suele deberse la fertilidad y abundancia de los frutos de su suelo, la actividad del comercio, las ingeniosas combinaciones de la industria fabril; el lujo que arranca de la tierra los metales preciosos, hace mover las ponderosas ruedas á impulso del vapor; la vanidad que crea las distinciones y los palacios, suele dar vida y alimentar á las bellas artes, y trasforma en parques deliciosos los temerosos yermos y los incultos matorrales; y el amor propio, y el orgullo que presidieron á las tareas del sábio, son capaces de producir las obras inmortales que eternizan su memoria.

Quitad, pues, á una sociedad entera este orgullo, este amor propio, esta ambicion, este lujo, esta vanidad; inspiradla el desprecio de los placeres mundanas, la moderacion y el contento con las mas exiguas necesidades. Veréisla convertir muy luego en un cuerpo raquítico y apocado, en un silencioso yermo en que solo alcance á percibirse de vez en cuando el saludable fatal de los discipulos de San Bruno *«¿Que morir tenemos!»*

No permita el cielo que yo, español por cuatro costados, y amante de mi patria como el que mas, trate de exagerar hasta este punto su indiferencia apatia, ni desconozca los agigantados pasos con que camina ya por la senda de los útiles progresos; pero baste para mi propósito sentir que esta indiferencia existe, y existe aun bastante generalizada para que los extranjeros, interesados fiscales de nuestras acciones, continúen mirándonos con el mismo lente desdeñoso que hasta aquí: á ellos responderá la España moderna con mil acciones generosas, con mil virtudes positivas que prueban sus esfuerzos para luchar contra dos siglos de constante adversidad; responderán las orillas de nuestros mares, las escarpadas cumbres de nuestras montañas, no ya descuidadas ni exentas del peso del arado, ni de la planta del labrador; responderá nuestra industria renaciente, cerrando cada dia la puerta á un artículo de los que antes nos abastecia el extranjero; responderán en fin algunos hombres verdaderamente sábios, á par que modestos, que sin ambicion y sin estímulo trabajan con ahinco para contribuir á la pública felicidad.

Sin embargo, como las leyes y otras causas poderosas formaron las costumbres generales, y estas costumbres no son cosa que pueda variarse en solo un dia, reconozcamos como distintivo todavia bastante característico de las nuestras, aquella apatia ó pereza de que hablábamos al principio; y ya nacida de influencia del clima, ya de consecuencia de las leyes, ya de virtud filosófica, ya de refinado egoismo, combatida sea por las armas del raciocinio, por las del ridiculo, si aquellas no fueren suficientes, y persigamos con todas nuestras fuerzas esta exagerada moderacion de deseos, este *«Tengo lo que me basta»* que impide á la mayoría de los españoles trabajar constantemente en mejorar su suerte, en acrecer su fortuna, y prepararse un porvenir mas halagüeño.

«Tengo lo que me basta!» esto dice el misero labrador, que en toda su vida ha querido escuchar los consejos de la ciencia, que le dicen que variando sus frutos podría doblar su precio, podría habitar una casa mas cómoda; podría abandonar por otro nuevo el vestido que heredó de sus padres; podría entregarse el dia festivo á un halagüeño recreo; podría resistir con confianza á una mala cosecha, una tormenta, una enfermedad ú otra cualquiera desgracia.

«Tengo lo que me basta!» exclama el descuidado jornalero, que cuenta sus necesidades por el valor de su soldado; que mira en sus callosas manos la única garantía de su existencia; sin que recurra á su cabeza á buscar los medios de hacerlas valer mas; que reduce todos sus placeres á la ominosa taberna, y

mira el término de sus esperanzas en las salas de un hospital.

«Tengo lo que me basta!» prorrumpe tambien el atareado doméstico, que regalado con las sobras de la mesa de su señor, hace gustosa cesion de su albedrío, y desoye la voz de su razon que le grita que por si propio pudiera acaso proporcionarse una situacion independiente y feliz.

«Tengo lo que me basta!» replica el mezquino mercader, no bien ha dado á su comercio alguna clientela, que le asegura una existencia medianamente cómoda; por eso no cambia sus géneros por otros nuevos; por eso no da mayor vuelo á sus especulaciones; por eso en fin no contribuye como pudiera á la riqueza y civilizacion del pais.

«Tengo lo que me basta!» repite el autor á quien sus obras ó sus malos pecados proporcionaron un empleo ó una herencia regular; y por esto renuncia á la gloria de su nombre, y por esto cesa de estudiar y de instruir á sus semejantes; y deja colgada su péñola y se envuelve y ofusca en la concha de su egoismo.

«Tengo lo que me basta!» claman en coro el elocuente abogado, el famoso médico, á quienes el trabajo de algunos años ó una boda ventajosa aseguraron una módica renta, una pequeña propiedad; y fruncian por ella á su futura fama, á sus progresivos adelantos, y dejan abandonados á sus clientes, y miran á sus enfermos morir á manos de la ignorancia.

«Tengo lo que me basta!» prorrumpan el artista, el poeta, que vieron al pueblo entusiasmado aplaudir sus producciones. Y se duermen al lisonjero ruido de los aplausos, y dejan marchitar sus laureles por no acudir á renovarlos alguna vez.

«Tengo lo que me basta!» decía, en fin, D. Modesto Sobrado, antiguo compañero de mis mocedades, tipo verdadero de la moderacion y desdeñosa indolencia castellana.

Nacido y criado en una miserable aldea de tierra de Búrgos hubiera trascurrido el resto de sus dias tan unido á su pais natal como los robustos y frondosos robles que adornaban su término, sin cuidarse de saber si el mundo se extendía ó no mas allá de donde alcanzaba su vista.

Una modesta casa de labranza que contaba heredar de sus padres, y en que se habian sucedido cuatro generaciones anteriores, unas viñas y tierras de pan llevar, un caballo y cuatro perros para la caza, y los domingos y fiestas de guardar una barra para ejercitar las fuerzas, y una bandurria descordada con que llevar el compás á las mozas del pueblo cuando se juntaban á bailar. — Tales eran las circunstancias de nuestro mozo, y tan satisfechas hallábanse con ellas todas sus necesidades, que no hubiera podido comprender al que le hubiese hablado de otras mayores; tanto mas, cuanto que ya sus padres, calculando anticipadamente los primeros deseos de la naturaleza, habianle preparado objeto conveniente, y contratado de antemano su futuro matrimonio con una prima suya, de edad proporcionada, y de la misma clase y vecindad.

Quiso, empero, la mala suerte, que no bien cumplidos por Modesto los diez y ocho años, y cuando ya el señor cura de la aldea tomaba conocimiento del consanguíneo, y solicitaba del provisor la correspondiente licencia para celebrar *in facie Ecclesie* aquella pacífica union; quiso el diablo, vuelvo á decir, que la publicacion de una quinta viniese á interrumpir tan santos proyectos, y á sembrar la consternacion en aquellos corazones que se amaban necesariamente, porque no podian figurarse que pudiesen hacer nada mejor.

En vano los padres respectivos de ambos consortes emplearon su influjo con el señor alcalde para darle á conocer la próxima y sagrada obligacion en que estaban; en vano hicieron un viaje á la ciudad para con-

sultar con el abogado D. Pedancio, é interponer ante la comision de agravios la correspondiente excepcion; no hubo remedio; el abogado cobró sus derechos; la comision hizo su agravio; y su merced el alcalde satisfizo á la pública opinion de los otros tres mozos sorteables del pueblo, incluyendo en el cántaro el nombre de Modesto, quien, como era consiguientemente, y por ser el que mas falta hacia en su casa, sacó la bola negra, aunque malas lenguas contaron entonces que mas que á su signo lo debió al signo del escribano.

Ya tenemos á nuestro jóven burgalés medido y filiado; ya los físicos han reconocido su persona y declarado solemnemente que es muy á propósito para dejarse matar; ya los camaradas han colocado en su sombrero un pedazo de grana con una aleuya, retrato de la magestad reinante; ya en fin, el sargento de reclutas le arranca de sus hogares, y rie de buena fé al observar la desesperacion de los padres, el llanto de la muchacha, y el embarazo y tristura del galan.

Mirémosle, pues, cambiar repentinamente su vida apacible y tranquila por el bullicioso movimiento del cuartel; mirémosle aprender con rudos trabajos los ejercicios bélicos, y trasladarse despues á las guarniciones y campos de batalla. En todos puntos cumplió sus deberes como valiente y como honrado, y sus buenas cualidades le hicieron desde luego tan buen lugar en la opinion de sus gefes, que pasando sucesivamente por todos los grados inferiores llegó á merecer en pocos años ver premiados sus servicios con el grado de capitán.

A medida que la suerte le colocaba en mayor altura, hacianse mas y mas patentes su valor é inteligencia, y ya todos los gefes veian un digno sucesor en el capitán Sobrado, tratándole con aquella consideracion que el mérito superior sabe granjearse aunque se halle encubierto bajo las insignias de un subalterno.

Mas la estremada moderacion de su carácter vino á interrumpir tan brillantes esperanzas; inspirándole un tedio invencible por la agitacion de la carrera militar; despertando sus ideas de reposo, y subyugando su imaginacion con el vehemente deseo de regresar á su pais natal.

«Ea bien (decia contristado en sus frecuentes soliloquios), ya soy capitán; ya conozco lo que valen los agitados deseos de la gloria, el envidiado oropel de los honores militares... ¿A qué engolfarme mas y mas en este mar proceloso en busca de una felicidad que tal vez me dejo á la espalda, ó á riesgo de una bala que me atraviese el pecho, ó de una injusticia que me envenene el corazon? Alto allá, osados deseos, dejad de aguijonear mi dormida ambicion; soy jóven y honrado; he dado ya pruebas de mi valor; mi patria me agradece y cuidará de mi sosten; mi casa me espera y... *Tengo lo que me basta*; dejemos el resto á los que vienen detras.»—

Y con asombro de sus gefes y con gran sentimiento de sus subordinados, este brillante adalid en quien reposaba mas de una esperanza solicitó y obtuvo su retiro y tomó tranquilamente la vuelta de su aldea.

Ocho años eran pasados desde que habia salido de ella en servicio de la patria, y en ellos, como era de suponer, habian acaecido grandes mudanzas en el pueblo y en su familia. Sus ancianos padres habian muerto ya; sus amigos tambien habian desaparecido casi todos, su futura y ya pretérita esposa lo era de presente de un hidalguito de las cercanías; y de su escasa fortuna, en fin, apenas quedaba sombra ya.

Reflexionó entonces nuestro héroe y casi se arrepiñtó de su resolucion en haber dejado el servicio donde tan prósperamente le sonreia la fortuna. Consideró, sin embargo, que á los 26 años, con buena

salud, talento y esperiencia de mundo, no estaba en el caso de desesperar de aquella, por lo que haciendo un esfuerzo su natural repugnancia, arregló como pudo sus negocios (que muy poco tenian que arreglar), y se trasladó á la córte, donde por sus buenas relaciones y mejor suerte, pudo al fin obtener un modesto empleo en la administracion de rentas de una ciudad subalterna.

En este destino su entendimiento despejado y su esquisito celo le hicieron mostrar tal aptitud, que muy breve logró verse ascendido á mayores empleos y propuesto como modelo á los demas empleados del ramo. Pero en el punto y hora en que se halló colocado en una administracion medianamente dotada, allí hizo alto á sus progresos, y descansando apaciblemente en su tranquila posesion, repetia á los que le hablaban de futuros adelantamientos. — «¿Y por qué los he de procurar? Soy feliz, *tengo lo que me basta*, dejemos á los otros que trabajen para sí.»



Un empleo, sin embargo, ya sabe todo el mundo que no es un censo vitalicio, y que son por consecuencia harto falsos los cálculos que se pueden fundar en él; sobre todo, cuando el que calcula no es intrigante y no está siempre dispuesto á dar asalto á la plaza superior y defender la brecha que la codicia y la envidia abren en la suya. El empleado, pues, que se estaciona, esté seguro de caer, porque es cosa imposible conservar la inmovilidad en medio de la general agitacion, y en tales casos el no ganar es perder, y el permanecer tranquilo, equivale á quedarse atras.

Nuestro don Modesto lo era demasiado para seguir tan agitado sistema, y parapetado (pareciale á él)

suficientemente en la estricta observancia de su deber, no cuidaba de saber las mudanzas de gabinete, ni leía las declamaciones periodísticas, ni daba alguna vuelta por las antecámaras de la corte, ni tenía esposa bella que recibiese visitas de los amigos y protectores.

Vése por lo dicho que nuestro hombre era mas propio para los tiempos añejos y poco ilustrados en que no se había llevado tan á cabo la perfectibilidad social; y déjase inferir que á pesar de sus merecimientos, muy pronto había de ser condecorado con el título de cesante, y trasladado como otros miles al inmenso panteón.

Cuando esta calamidad llega á los cincuenta ó sesenta de la edad, no tiene cura, y acaba naturalmente con el individuo atacado; mas cuando (como acontecía en el presente caso) el accidente se manifiesta y acomete en la fuerza de la juventud, todavía la naturaleza halla medios de sacudir el ataque, y suele mostrarse mas enérgica como para desmentir la parálisis á que quiso sujetársela.

Así ni mas ni menos sucedió á nuestro jóven administrador; por lo que en vez de trabajar de nuevo con sus gefes para solicitar una reparación de aquella injusticia, ó tal vez tomar pretexto de ella para darse á luz como la victima de un partido, y órgano natural del otro, recurrió únicamente á sus propios medios; entabló un pequeño giro mercantil; hizo largos viajes por mar y por tierra para estender sus especulaciones; y llegó á conseguir por fin al cabo de algunos años una situación regular, debida á la fama de su probidad é inteligencia.

En casos tales, cuando la señora fortuna gusta de sonreír á un génio laborioso y emprendedor, es lo natural que el favorecido humano se deje arrastrar de la corriente y crezca con el suceso las alas de su ambición, sacrificando á ella su libertad, su reposo y su conciencia misma.

Esto es sin duda un estremo vituperable; nuestro protagonista, se inclinaba, como hemos ya visto, al lado opuesto. Establecido una vez con regularidad, y calculando prudencialmente cubiertas sus modestas necesidades, cesó de todo punto en sus trabajos; compró una casita de campo, y se retiró del bullicio de la ciudad; y dando las gracias á sus corresponsales, se despidió cortesmente de ellos para entregarse de buena fé á esta tranquilidad de vida, á este *dolce far niente* á que siempre había aspirado como el término posible de la humana felicidad.

Acaso parecerá increíble á mis lectores; pero este hombre, cuya existencia parecen varias diferentes, aunque sometidas á un mismo influjo, había sabido estudiar durante su larga carrera en el gran libro del mundo (libro abierto para todos, aunque muy pocos sean los que alcancen á leer en él), y luego que se vió tranquilo y reposado en el interior de su estudio, tomó la pluma, escribió sencillamente y sin reflexion sus propias ideas; y cuando á empeño de varios amigos dejó salir á luz algunas de sus producciones, el general entusiasmo saludó al que de improviso y como contra su propia voluntad se colocaba desde luego entre los primeros escritores del país. Pero en vano el público esperó algunos años á que nuevas publicaciones viniesen á justificar mas y mas su brillante aparición en el orbe literario; el descuidado autor, constante en su sistema de indiferencia, escuchó aquellos elogios, recogió aquellos laureles, y colgándolos como trofeos á la cabecera de su lecho, se volvió del otro lado, y dijo: *«Tengo lo que me basta,»* no quiero ni debo trabajar mas.

Llegó, sin embargo, un día en que nuestro hombre hubo de reconocer que ni sus riquezas, ni sus laureles, ni su egoísmo, eran bastantes á llenar un vacío que empezó á sospechar en su corazón. ¿Y dónde dirán Vds. que miró escrita esta verdad aquel filósofo

fo práctico, aquel ser aislado é indiferente? Pues fue nada mas que en unos ojos negros, en un lindo talle, en una niña, en fin, de veinte abriesca la casualidad le puso delante.

Nuestro protagonista rayaba ya en los cuarenta y cinco, y aquella enorme desproporcion de edades le inspiraba respeto. Además habíale siempre tenido á las severas condiciones del matrimonio, y seguro como estaba de bastarse á sí propio, recelaba justamente de poder bastar al capricho ajeno. Sin embargo, yo no sé qué aguijon que se le había clavado en el alma, no sé qué hastío producido nuevamente hasta de su misma saciedad, pudo mas que todas las misantrópicas reflexiones: y echando, como suele decirse, pecho á la mar, se resolvió en fin á dar su mano á aquella niña sin cuya amable sonrisa no podía ya vivir.

Ligado una vez á ella con los sagrados vínculos conyugales, todo su conato se convirtió á inspirarla sus propias inclinaciones, lo cual no le parecía imposible en una niña casi sin ideas propias, y ajena de los caprichos y de la exigencia del mundo. No obstante, pareciéndole no ser bastante amado de su esposa, quiso á fuerza de obsequios hacerla olvidar la diferencia de edades; y apresurándose á adivinar sus pensamientos para luego satisfacerlos, compró una casa en Madrid y se trasladó á vivir á ella. Las necesidades nuevas crearon otras mayores; la comodidad trajo el lujo; la casa nueva trajo muebles nuevos; la frecuencia de la sociedad ajena trajo la sociedad al hogar propio; con ella vinieron el lujo y las modas, los caprichos y la vanidad. No paró aquí, sino que el amor, que había traído á la mujer, trajo al fin del primer año á una hermosa criatura, y al año siguiente otra, y otros dos al tercero; y con ella vinieron las nodrizas pasiegas, y las enfermedades de los médicos; y luego los ayos y preceptores; y mas adelante los novios de las niñas y las calaveradas de los muchachos; con lo cual don Modesto, llegado á la edad sexagenaria, reconoció al fin que *no le bastaba lo que tenía*, ó que solo tenía lo suficiente para ofrecer á Dios en desagravio de su indolencia.

Tarde era ya para que este hombre, que con un poco mas de constancia hubiera podido llegar á ser un buen general, un gran funcionario, un poderoso comerciante, ó un distinguido literato, recuperase el tiempo perdido, cuando ya le faltaban las fuerzas y el hábito del trabajo. Reconoció la imprudencia con que había confiado en el porvenir; vió claramente que no había tomado en cuenta la larga cadena de necesidades que el hombre va eslabonando durante su vida y que no es lícito desperdiciar un día solo sin que no haya despues de lamentarle. Por último, de su misma desgracia, y de su triste y miserable fin, dedujo él entonces y reproduzo yo aquí, la consecuencia de lo imprudente que suele ser este *«Tengo lo que me basta»* que hace renunciar muchas veces á los hombres y á las naciones á su vitalidad é inteligencia, condenándolos á una voluntaria parálisis, y acaso acaso á su cierta é inevitable ruina.

(Junio de 1858.)

AL AMOR DE LA LUMBRE

6

EL BRASERO.

He aquí un objeto puramente español, y para hablar del cual de poco nos serviría tener á la mano los diccionarios de Taborda ó de Newman. Afortunadamente somos poco diestros en achaque de traducciones, y aspiramos mas bien al título de originales, aunque indignos. Verdad es que segun van las cosas

en la patria del Cid, dentro de muy poco tiempo acaso no tengamos ya objetos indígenas de qué ocuparnos, cuando leyes, administracion, ciencias, literatura, usos costumbres y monumentos que nos legaron nuestros padres acaben completamente de desaparecer, que á Dios las gracias, no falta mucho ya.

Entonces desaparecerá tambien el *brasero*, como mueble añejo, retrógrado y mal sonante; y será sustituido por la *chimenea* francesa, suiza ó de Albion; y la badila dará lugar al fuelle; y y soplaremos en vez de escarbar.

Pero mientras esto sucede (y por si acaso sucediere mañana) no nos parece fuera del caso dejar aqui consignado un uso próximo á huir con otros tantos; á la manera que el diestro escultor imprime en cera (ó sea en barro) la mascarilla del cadáver que va á desaparecer de la superficie de la tierra para ocultarse en su interior.

Si fuéramos etimologistas ó rebuscadores de alcurnias, meteríamos el montante entre Covarrubias, que quiere que *brasa* y por consecuencia *brasero* vengan del griego *Bras*, que equivale en latin á *Ebullio* y *Efervio*; y los otros autores heráldicos, que creen buenamente que la voz española *brasa* sea hija legítima y de legítimo matrimonio de la latina *Urasa*, descendiente línea recta del verbo *Urere*; pero como á Dios gracias estamos lejos de estas (como decia el buen Sancho) sofitezas, y nos inclinamos mas bien á las demostraciones materiales y tangibles, suponemos que el *brasero* reconoce por causa y origen la notoria costumbre del frio, y por consecuencia creemos y confesamos por cosa cierta, que si no hubiera invierno, regularmente no se hubieran inventado los *braseros*.

Ahora bien, — ¿quién los inventó? — se nos preguntará: y nosotros responderemos cándidamente. — El primero que tuvo frio. — Echarémosla aqui de escolásticos, y continuaremos el argumento. — Es así que Adán en cuanto hombre quedó sujeto á todas las miserias humanas, desde aquella desgraciada golosina que compartió con Eva; es así que una de estas miserias fue sin duda el frio, *eryo* nuestro padre Adán, el primero que tuvo frio, fue, sin género de duda, el inventor del *brasero*.

Este descubrimiento, como todos los demas, tuvo despues su sucesivo desarrollo; y así como vemos la hoja de parra y la piel de leon de aquel hombre primitivo, trasformada despues en la púrpura romana, ó la casaca francesa; del mismo modo el *brasero*, que empezaria por ser probablemente una piedra agujereada ó cosa tal, acabó por ser un mueble de elegante forma; y tanto, que ya en el siglo xvi hay una ley española que salia al encuentro de este abuso diciendo: «Mandamos que de aqui adelante no se pueda labrar en estos nuestros reinos *brasero* ni bufete alguno, de plata, de ninguna hechura que sea.» (Recop. lib. 7, tit. 12, l. 2.) — Esta ley por supuesto ha caido en olvido por haber cesado el motivo que la causó. — No está en el dia el alcear para zampoñas; quiero decir, que no se halla hoy la plata tan de sobra para hacer de ella *braseros*.

Andando, pues, los tiempos, esta primitiva costumbre se subdividió, y varió hasta lo infinito, segun los diversos paises, clima y leyes que disfrutaron los hombres; pero en el fondo siempre fue la misma la verdad reconocida en ella, esto es; que para no sentir el frio, nada hay tan seguro como quemar combustible de esta ó la otra manera. En esto todos estaban conformes; pero en cuanto á la aplicacion variaron infinito, quemando los unos ramas de encina, los otros los troncos; cuáles leña carbonizada, cuáles el carbon mineral; en fin, cada uno quemó lo que tenia á mano, — desde Neron que quemó á Roma para templarse al calorcito, hasta el labriego de nuestros dias, que quema estiércol y retama con un olorcillo

que déjelo V. estar; desde los Numantinos que incendiaron á su ciudad por no enfriarse, hasta el secretario del concejo ó el fiel de fechos, que, á falta de otro combustible, queman las candidaturas venidas por el correo, las alocuciones estereotípicas de los gefes políticos, ó la coleccion immaculada del Bole. Ju oficial.

Esto en cuanto á la materia; por lo que dice relacion á la forma seria cuento de nunca acabar el intentar describir las infinitas que tomaron los caloríferos; pero de ellas las mas principales pueden reducirse á cuatro, á saber; el *fogon*, la *chimenea*, la *estufa* y el *brasero*.

Si nos hubiéramos propuesto abrazar la fisiología de estos cuatro medios de calefaccion, seguramente que necesitáramos enviar por otro cuaderuillo de papel al almacén de la esquina; pero desgraciadamente no contamos mas que con las cuartillas necesarias para tratar del último de aquellos menesteres, esto es, del *brasero*. Esto no obsta para que así, como por incidencia, demos un vistazo sobre los demas, y los saquemos á colacion como por via de coro á acompañamiento de nuestro héroe principal.

El *Fogon*, — la *Chimenea*, — la *Estufa*. — Hé aqui tres voces que seguramente se avergüenzan de verse juntas, perteneciendo á tan diversas clases y gerarquias, á tan opuestos polos, á tan sucesivas *civilizaciones*, como ahora se dice.

El humilde *fogon*, propiedad del gato y de la cocinera; laboratorio estomacal de la familia; abeja obrera de la casa, arrastrando por el suelo su baja condicion en las sencillas aldeas, levantando tres palmos en la ciudad, á la altura del brazo de la criada ó del pinche. — Pero aqui no hablamos del *fogon* como oficina de las salsas alimenticias; ni tenemos nada que ver con los gorros blancos, ni con las ollas humanitarias. — Aqui solo miramos el *fogon* bajo su aspecto puramente calorífero; como el emblema patriarcal de la familia; como el *coín du feu* (diremos en frances, para que nos entiendan); como el *hogar doméstico*, que diríamos cuando éramos españoles.

¿Qué cosa mas pintoresca que un hogar ó *fogon* castellano ó andaluz, colocado en el mismo suelo, sin mas artificio que el que forman los robustos troncos de encina que arden y chisporrotean; la formidable campana de mampostería que le asombra y recoge los humos; el caldero de agua hirviendo pendiente de una cadena; el armonioso grupo de ollas y sartenes; y los dos bancos laterales, ocupados por el alcalde y el señor cura, el escribano y el barbero, la tia Perejila y el tio Verbabuena, el comandante del resguardo y el estanquero, el gitano y el contrabandista. — Pero esto se quede para cuando dé de mano á una obrilla que me anda saltando en las mientes bajo el modesto titulo de «CRÓNICAS DEL FOGON.»

Si por una transicion brusca, saltamos desde aquel humilde sitio al suntuoso salon ó primoroso gabinete, veremos la misma necesidad, la necesidad de calentarse y de reunirse; pero alli la hallaremos ataviada con ricos adornos de mármoles y bronce, relieves de estuco, y grupos de entalladura; con relojes y floreros, muebles y figuras doradas por acompañamiento; decorada con el nombre de *chimenea*, y servida y mimada por vaporosas damas y galantes caballeros.

O bien si penetramos en la callada oficina del funcionario, ó en el estudio del letrado, hallarémosla disfrazada con una forma mas ó menos monótona y sombría, en un tubo de hierro que asciende hasta el techo, y penetra las paredes, y sube á los tejados, y busca salida al humo por encima de las Luhardillas. La *estufa*, pues, es un método de calefaccion estúpido, y carece de todo género de poesia.

Dénme el *brasero* español, típico y primitivo; con su sencilla caja, ó *tarima*; su blanca ceniza, y sus encendidas áscuas, su badil escitante, y su tapa protectora; dénme su calor suave y silencioso, su cen-

tro convergente de sociedad, y su acompañamiento circular de manos y pies. Déname la franqueza y bienestar que influye con su calor moderado, la igualdad con que le distribuye: y si entre dos luces, déname el tranquilo resplandor ígneo que espelen sus áscuas, haciendo reflejar dulcemente el brillo de unos ojos árabes, la blancura de una tez oriental.

La aristocrática chimenea, es cierto, contribuye mas al adorno del magnífico salon; acaso estiendo por todo él un temple mas subido, y no hay duda tampoco en que su llama animada, inquieta, fantástica, chispeante, entretiene agradablemente, y alegra la vista del reposado espectador. Pero en cambio, ¿qué cansado reflejo en los ojos! ¿qué ardor desentouado en las mejillas! ¿qué frío desconsolador en el espalda! ¿Y cuando hace humo? (que es las mas veces) ¿y cuando baja el viento ó la lluvia por el cañon? ¿y cuando atrapa la llama las faldillas del frac, ó las guarniciones del vestido? ¿y cuando alarma y compromete á la vecindad, subiéndose por el hollin conductor á visitar las crujiás de los tabiques ó la armadura del tejado?

Ademas ¿cómo comparar á la chimenea con el brasero bajo el aspecto social, quiero decir, *sociabilitario ó comunista*, para que nos entendamos?

En primer lugar la chimenea es injusta y amante del privilegio, y brinda todos sus favores á los dos afortunados séres que la flanquean inmediatamente, al paso que solo envia un escaso saludo á los restantes acreedores; el brasero es Furrierista ó Sansimoniano, y distribuye por igual porcion su benéfico influjo á todos sus asociados. — La chimenea es semicircular y lunática; el brasero circular y eterno como todo círculo sin principio ni fin; — la chimenea abrasa, no calienta; el brasero calienta sin abrasar; — aquella necesita de todo el cortejo de los tronos modernos, con sus ministros responsables de pala y tenaza que recoja y agarre, escoba que barra, morrillos que defiendan, cañon por garantía, opinión pública que sople y atice por el órgano del fuelle, y responsabilidad que se evapore en humo; el brasero patriarcal reina y gobierna solo, ó lo mas mas con un simple badil. Al poco mas ó menos como gobernaban Licurgo y Solon.

Aunque solo fuera mirándolo bajo el aspecto de la confianza amorosa, habria que dar, no hay duda, la preferencia al brasero.

Porque figurémoslo á dos amantes en flor (quiero decir, en la primer germinacion del interes dramático), sentados el uno enfrente del otro, y ambos al lado de la reluciente chimenea; en primer lugar distan dos varas entre sí, lo cual no es lo mas cómodo para decir un secreto (y quitenle Vds. al amor el secreto, y es lo mismo que si quitaran la sal á la olla) — En segundo lugar ambos se hallarían profundamente sentados en sendas butacas ó enormes sillones inamovibles (que es como si dijéramos meterse en un simon correr liebres). — En tercer lugar sus semblantes, no pudiendo sufrir el vivo reflejo de la llama, se ocultarán probablemente en la sombra de la pantalla ó á favor de la repisa de mármol; y el quitar al amor el semblante, es quitarle la mas sólida garantía, porque el semblante es el editor responsable del amor.

Luego, si hay que hincar una rodilla en tierra, peñiga el pantalón con el contacto de la plancha de plomo; si hay que sorprender una mano descuidada, tropieza la propia con las tenazas ó el fuelle; si hay que dar un billete, ó leer unas coplas de ataud, la llama inmediata es una fuerte tentacion para el desden.

En derredor de un brasero, al contrario, no hay desdenes posibles, ni posturas académicas, ni pretensiones exageradas: allí un pie de once puntos dista de otro pie de cinco no mas que una pulgada; y es tan fácil salvar esta pulgada!... dos manos de nieve (estilo clásico) estendidas sobre la lumbre, están en

correcta formacion con otras dos de cabretilla antea-da; y es tan natural estrechar las distancias! y luego examinar la calidad de los guantes, la hechura de una sortija, una raya simbólica ¿qué sé yo! cualquier otro pretesto plausible, y... ¡adios, mano de nieve derretida al calor brasero!

El mágico influjo de este mueble que enciende y carboniza las pantorrillas y los corazones, tiene tambien de bueno cierta dosis de calidad soporífera, que obrando inmediatamente sobre las cabezas de las guardas y tutores, les fuerza ó impele á reconciliarse con el dios Morfeo; y si al dicho influjo se añade la lectura de un drama venenoso, ó de las felicitaciones de la Gaceta, entonces el efecto es seguro, y duermen desde la vieja abuela hasta el gato roucador. — En estos casos la labor de la almohadilla *no cunde*, las desdichas del drama ó las glorias de la Gaceta *no marchan*, y los que duermen son regularmente los que mas ruido suelen hacer.

Todas estas y otras excelencias posee el brasero nacional; verdad es que nos hablan los políticos de grandes tratados y protocolos ajustados á la chimenea entre dos reverendos diplomáticos; pero á fé que no son menos importantes los planes del *gelo* de oficina ó los cálculos del lonjista, arreglando en figura piramidal las áscuas del brasero, ó pasando amorosamente el badil por sobre la ceniza; y si es un tributo de atencion entre los pueblos de estranjis el añadir un trozo de leña á la chimenea á la llegada del forastero, el brasero tambien tiene su formulario de etiqueta, previniendo en igual caso *echar una firma*, ó digamos macarrónicamente, *escobar*.

Vemos, pues, que ni social, ni política, ni humanitariamente hablando, puede compararse la benéfica influencia del brasero con la de la gálica chimenea. — En cuanto á lo económico, seguramente que tambien tiene la preferencia, por mas accesible y de mas seguro efecto; y por lo que dice relacion á la forma, tampoco teme la comparacion.

Y sin embargo de todas estas razones, el *brasero se va*, como se fueron las lechuguillas y los gregüescos; y se van las capas y las mantillas, como se fué la hidalguía de nuestros abuelos, la fé de nuestros padres, y se va nuestra propia creencia nacional. — Y la chimenea estranjera, y el gorro exótico, y el paletot salvaje, y las leyes, y la literatura estrana, y los usos, y el lenguaje de otros pueblos, se apoderan ampliamente de esta sociedad que reniega de su historia, de esta hija ingrata que afecta desconocer el nombre de su progenitor. — Asistamos, pues, al último adios del brasero; pero antes de despedirle; tributémosle un ligero panegirico, como es uso y costumbre de los que llevan á enterrar.

SÉALE LA CENIZA LEVE.

(Diciembre de 1844.)

INCONVENIENTES DE MADRID.

¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!
Argensola.

El fecundo é ingenioso poeta dramático, mi amigo el señor Breton, dió al teatro en 1828 una de sus mas aplaudidas comedias, bajo el título de *«A Madrid me vuelco»*, y posteriormente, como para formar el contraste, escribió tambien otra no menos apreciable, titulándola *«Me voy de Madrid.»* En una y otra composicion desplegó el autor los recursos de su amena fantasia, y en ambas tocó ya de frente, ya por incidencia, las contrariedades y peligros de la vida matritense.

Pero la época en que escribía el señor Breton aquellas comedias, tan diversa de la actual, y la combinación especial de su plan dramático, no le permitieron sin duda tomar en cuenta muchos y graves accidentes que ofrece la corte, y que por estas ó semejantes razones tampoco pudieron preveer en sus tiempos los satíricos Juvenal, Boileau, Quevedo, Argensola, y otros infinitos que trataron magistralmente este argumento.

Hay, sin embargo, circunstancias especiales á Madrid, circunstancias propias de la época, condiciones anejas á la generacion actual, que dan nueva vida y prestan interes de actualidad á un cuadro ya trazado de antemano por tan hábiles pintores, y en este solo sentido, permitirásme que, á fuer de cronista de las costumbres contemporáneas, cruce mi débil pincel, ensaye mis pálidos colores, en el lienzo que representa la vida animada de nuestra noble capital.

De contado hago abstraccion de las circunstancias físicas de su clima, y de muchas de las generales inherentes á toda gran poblacion. El poder divino es inviolable, y no está sujeto á responsabilidad. — Por esta razon, cuando le place enviarnos un norte mortífero, que combinado con la blanca nieve de Somo Sierra hace bajar el termómetro, y subir proporcionalmente la poblacion del cementerio, no tenemos mas derecho á oponernos, que cuando tiene á bien regalarnos con una de estas semanas de enero, claras, serenas y brillantes, peculiares del hermoso cielo madrileño, y tan espléndidamente celebradas en el salon del Prado ó en los jardines del Retiro. — Por eso, cuando en el segundo término de julio tuesta y achicharra nuestras débiles cabezas, no le hemos de interpelar, sino aguardar humildemente á que pasada la canícula, y entrado el sol en signo de la balanza, mida por iguales partes el término del día, y dispense con equidad su templado ardor; estacion verdaderamente modelo, bello ideal de la atmósfera, que aprovechan y benefician las hermosas con sus galas y atractivos, los mercaderes con sus ferias, y los fanáticos políticos con sus dramas á grande espectáculo.

Respetemos, pues, la omnipotencia divina, que reina y gobierna, como en todos, en este pueblo pecador; suframos con paciencia las escarchas de enero y las tormentas de agosto; las aguas de abril y los aguilones de noviembre; y en medio de todo, demos gracias á su Providencia porque le plugo colocarnos bajo un cielo puro, en una atmósfera halagüeña, que lleva considerables ventajas á casi todas las capitales de Europa.

Mas dejando á un lado estas circunstancias, y tomando como base de partida la de habitar constantemente en este emporio de la hispana monarquía; suponiendo á un ciudadano español, honrado vecino de ella, y en el uso de todos sus derechos naturales (incluso el de pagar los de puertas y la contribucion de frutos civiles), entremos á examinar la cuestion de si es tan envidiable su existencia como debe creerlo la inmensa falange de aficionados que de todos los ángulos de España vienen á fijar sus lares en el inmediato radio de la Puerta del Sol. Cuestion eminentemente social, que nos ayudará á resolver la práctica no interrumpida de nuestro propio vivir.

Damos por sentado que el tal ciudadano, en usufructo de un empleo ó de una renta conveniente puede soportar sin estorsion el gasto mas que mediano de su alimento, habitacion, y demas necesidades humanas. — Queremos suponer que no le hace perjuicio el pagar cuatro por lo que en toda tierra de cristianos vale dos; ni el vivir reducido á los estrechos límites de un nicho poco mayorcito del que le reserva la iglesia para despues de su jornada; ni el comprar á toda costa cólicos y demas tropiezos intestinales, disfrazados con el nombre de besugos, vivitos de hoy; de aves y cuadrúpedos embalsamados y en conserva;

de deliciosos vinos legítimos de Valdepeñas; de frutas regaladas originales de Aragon.

Todos estos son pequeños incidentes que, aunque reunidos forman la segura base de la escena matritense, quedan como eclipsados y escondidos entre telones, y aun se dan por supuestos y conllevados en gracia del interes principal.

A bien, que en cambio de estas contradicciones, tenemos el derecho de privarnos de ellas; y si queremos, por ejemplo, no adquirir un entripado con salmon fresco de Laredo á 30 rs. la libra, nadie nos quita la facultad de no poder comprar el tal salmon; y esto entra por algo en el sistema de las compensaciones.

—Pero, aunque la vida material (se dirá) no ofrezca en la corte los mayores atractivos; aunque encerrados sus habitantes en los límites de sus muros hayan de renunciar á los gozes y placeres que por do quiera nos brinda la naturaleza, por lo menos, no puede negarse que la sociedad les ofrece un ancho campo de placeres intelectuales y de positivas ventajas que constituyen un segundo natural.

—¿La sociedad!.. ¿Y qué llaman Vds. sociedad, señores entusiastas? ¿Acaso lo será el vivir aislado ó incógnito en una vigésima parte de casa, que aunque formada con débiles tabiques, no establece menos incomunicacion entre sus habitantes que las inmensas masas de hielo entre las islas del polo?

—¿Estiman Vds. por sociedad el saldar en la calle á un millar ó dos de personas múltiples, que llevan todos los paseos, todos los espectáculos, todas las tertulias, ó ignorar por la mayor parte sus nombres y cualidades, ó solo tenerlas consignadas en sendas cartulinas, recíprocamente cambiadas en algunos dias del año?

Tal vez apreciarán algunos bastante comunicacion social la que proporcionan nuestros Liceos y Academias, nuestros altos círculos y periódicas diversiones, en que reunidos algunos centenares de personas (siempre las mismas, y con la única variedad del salon) ostentan ampliamente sus gracias, su talento, sus riquezas, su amabilidad.

Pero no se hacen cargo los que tal aseguran, que en semejantes públicas exposiciones, cada cuadro animado busca la luz conveniente para aparecer con el colorido que le va bien; cada actor lleva naturalmente estudiado su papel para darse al público; cada intriga ó argumento están ya preparados de antemano con todas las reglas del arte.

Vaya un ejemplo. — Pregunten Vds. á mi vecino don Protasio ¿quién vive al lado, encima ó debajo de su aposento? y se encogerá de hombros, y fruncirá el lábio como si le preguntaran dónde está el imperio del Mogol. — Lo propio nos sucede á los demas vecinos respecto á él mismo; y sin embargo, don Protasio es la flor y nata de la sociedad madrileña; y reina en los círculos elegantes; y lee versos en el Liceo; y canta en la Filarmónica; y discute en el Ateneo; y representa en el Instituto; y juega en el Casino; y tiene traducidos cincuenta dramas á cuadros para irnoslos dando por entregas semanales en ambos teatros del Principe y de la Cruz.

Don Protasio, de vuelta á casa, pasada la media noche, lleno el pecho de fuego poético, cubierta la frente de coronas inmortales de papel, abre modestamente la puerta con la llave que lleva en el bolsillo, enciende el fósforo humanitario, deposita sus laureles en una alacena, y se estiende en su no mullido y sí solitario lecho, hasta que á la mañana siguiente venga á despertarle la voz cascada y fuz angustiosa de la vieja que le sirve, ó del cuervo asturiano que le lleva la acostumbrada racion.

Pues supongamos por un momento que nuestro héroe matritense, de vuelta de alguna de aquellas ovaciones, pilló una calentura, que con el auxilio del

facultativo y de la vieja asistenta llegó á ser delicada, y le obligó á guardar el ya dicho lecho por el espacio de un mes; ó que sin cansar tanto, dió con él á los quince días en el rellano que se forma entre las puertas de Bibao y la de Fuencarral.—Pues en aquel mes, ó en estos quince días, la sociedad (que tanto le envanece) ni siquiera echó de ver su falta, y ni se tomó la molestia de preguntar por él ni de hacerle compañía; y la primera noticia que tuvo de su muerte fue por el anuncio que un pariente puso en el Diario convidando á su entierro.—Verdad es que en justa compensación de aquel olvido, quizás le condujeron al cementerio en gran aparato y al son de una marcha triunfal (letra y música de los primeros literatos y artistas); que hubo sobre su tumba discursos y endechas (en vez de respuestas y oraciones), y que aun se habló de poner su nombre en la casa que nadie sabía que habitaba mientras vivió; pero al siguiente día todo estaba olvidado, y nuestro hombre formaba ya parte de la antigüedad; con que el hablar de él era cosa de gusto añejo, clásico y mal sonante.

Pues bien; no sean Vds. ninguna de estas celebridades fosfóricas, ni hagan coplas ni traduzcan dramas (únicas habilidades que en este siglo prosaico conducen por lo visto á la inmortalidad), sino envuélvase en una de estas modestas individualidades, cantidad insignificante acumulada como simple fracción al capital social; avo incógnito, quebrado inapreciable de toda suma ó agregación de personas; carta blanca en la baraja madrileña; tres de bastos que sobra en todas las manos, y que en todas las manos se encuentra; ó simple vocal honorario de toda comisión de aplausos; sombra inevitable de todo cuadro, y comparsa figurante en toda escena teatral. Y mediante la modesta retribución de cinco reales semanales (ó sean unos seis cuartos diarios), y un frac negro ó de color indirecto, un pantalón idem, y unos guantes de estado honesto, adquieran Vds. el derecho de asistir á alguno de aquellos grandes círculos, y de disfrutar por milésimas sus gratos espectáculos y su apacible reunión.

Ahora bien; ¿qué buscáis en ellas, hombres y mujeres, no humanistas, sino amantes de la humanidad, cuando sin temor á las escarchas de enero, ni al sofocante ardor de la cañicula, dejáis vuestras templadas habitaciones, vuestras cariñosas familias, vuestro modesto espectáculo interior; y perfumados de mil esencias, cubiertos de sedas, dijes y chucherías, marcháis periódicamente á ocupar vuestros asientos en aquellos salones que os alegran y seducen con su magnífico resplandor?

¿Buscáis por ventura el entretenido interés del drama que se representa, la armonía del canto, el poético sonido de la lira, ó los prodigios del pincel?—Nada menos que eso; porque todo ello lo miráis como un simple episodio de vuestra acción; como un pretexto para reuniones; como un mal inevitable que os resignáis á tolerar.

Y no hay que extrañarlo tampoco, señores artistas y poetas; porque no á todos es dado compartir el entusiasmo por vuestras admirables producciones; porque no todos participan de vuestras magnánimas ideas; y aquellos ciudadanos y ciudadanas de que ibamos hablando, profesan otras más positivas ó materiales; y en tales sociedades solo buscan la sociedad, ó sea comunicación de los seres, prosaica y menguada si Vds. quieren, pero natural, necesaria y evangélica.—Y como en el estado actual de nuestras costumbres, la sociedad pública ha acabado con la privada, como la *soirée* ha enterrado á la tertulia, por eso van á aquella, como antes á esta; por eso piden al salón los mismos goces sencillos que antes les brindaba el modesto gabinete; esto es,—techo,—luz,—y pareja á quien hablar.

Pero ¡insensatos! que no advierten que entre am-

bas sociedades, la privada y la pública, existe una gran diferencia; no sospechan siquiera que el teatro en esta empieza desde el umbral de la puerta, y que mal grado suyo, en el momento que pisan aquel, ya se hallan constituidos en escena, ya tienen necesariamente que representar.

En estos cuadros de colosales dimensiones no hay ni puede haber unidad de interés dramático; la acción se subdivide allí en cien episodios; la individualidad desaparece en el conjunto, y la verdad de los caracteres, el tipo peculiar de cada interlocutor, queda envuelto en el misterio, ó se disfraza á la entrada por medio de una contraseña, que el amor propio cuida de repartir.

Pero basta ya de comunicación social, que, según queda explicado, entra por tan poco en los goces positivos del vecino de Madrid; la verdadera y franca amistad, el amor sólido y duradero, huyen á la luz de mil bujías, se esconden al ruido del sarao, y tienen naturalmente que ceder el puesto á los artificiosos cálculos, el sordido egoísmo y la exigente vanidad. Todo en semejante sociedad tiene que ser valor convencional: talento, amabilidad, gracia, riquezas, elegancia, hermosura; todo está realizado por el leute mágico del entusiasmo, todo fuera de aquel recinto aparece diverso; ó mas pálido si allí mas brillante, ó mas luminoso si allí se eclipsó mas.

Otro de los inconvenientes de esta sociedad negativa, otra de las ilusiones perdidas que limitan los goces de nuestra imaginación, es el roce y trato continuado que ofrece la corte con las grandes notabilidades históricas, que consideradas de lejos aparecen cual astros resplandecientes, y apenas tocadas se evaporan en fuego fatuo de dudoso y pálido lumínar.

Esta es, á no dudar, una de las contrariedades de la vida cortesana, la de reducir á *copelacion* (término de moda) los diversos metales argentíferos estraidos de los ricos mineros de nuestros círculos provinciales; la de ofrecer en su forma carnal, ostensible y palpable, tantas reputaciones más, tantos ídolos colosales, y descubrir sus pies de barro, su cabeza de viento, su cuerpo de paja ó algodón. En presencia de ellos no hay ilusión posible, y la fe y la esperanza desaparecen del pecho dotado de la mas ardiente caridad.

Como por incidencia me asalta aquí la idea de otro de los inconvenientes de Madrid, y es, que siendo la capital el gran laboratorio de la historia contemporánea, el arsenal de la política palpitante, por muy impolítico que un hombre haga profesión de ser, es imposible dejar de descuidar algunas horas sus negocios propios por ocuparse en los públicos, ya leyendo los periódicos, ya asistiendo á una tribuna, ya conversando en un café.—Y luego que, triste ha de correr su suerte (siquiera sea un memorialista de portal, ó un veedor de fósforos) si no cuenta entre sus parientes, amigos ú allegados, uno ó mas ministros ó grandes funcionarios, de estos que se remudan á cada estación; y basta con que un hombre haya saludado á alguno de ellos una sola vez en su vida, para que luego los del contrario bando le clasifiquen y apunten como enemigo... ¡Ahora vivan Vds. á no saludar á un ministro ó á un *ex* por lo menos, en un pueblo cuyos habitantes la mitad lo han sido, y la otra mitad lo serán probablemente!

Pues tocando ahora el punto de las aspiraciones, ¿y adónde me dejan Vds. el inconveniente grave de esta terrible mansión de la corte, que es la ambición fatídica, el orgullo insensato, que sin voluntad propia siente cada cual inocularse en el alma, á la vista de tantas nulidades encumbradas, de tanta fantasmagórica transformación? ¿Quién es el que permanece tranquilo observador de esta mágica linterna? ¿Quién el que se contenta con ser indiferente espectador de

esta lid, cuando ve que con un poco de audacia; un poquito no mas! puede ascender y brillar, y llamar por un momento hácia sí la atención de la corte y de la hispana monarquía?

Ni sirve encerrarse en el modesto recinto de su casa, y procurar olvidar las ascensiones improvisadas, las riquezas fingidas, las súbitas y generales transformaciones, vuelos y hundimientos de esta escena cortesana; porque por muy sordo que el tal sea, alguna vez ha de interrumpir su reposo el sonoro ruido de las carrozas del magnate; alguna vez ha de detener su marcha el elegante tilburi del especulador afortunado; alguna vez ha de suspender su vista la hermosura de la mujer á la moda; ó han de venir á su memoria los laureles del orador tribuno, ó del autor popular.

Pero supongamos que nuestro tipo madrileño no está unido á la corte mas que por los vínculos de vecindad; y que tranquilo en su casa, cuidando de sus negocios ó intereses privados; y aun saboreando las dulzuras de la paz conyugal, puede ver con faz serena el aparato teatral de la historia contemporánea; puede presenciar con indiferencia una discusión diaria, un ministerio al mes, una revolución anual.—Figurémole muerto para la política, muerto para las letras, muerto para los amores, muerto en fin para la sociedad. Supongámosle la fortuna de no conocer á ningún personaje; la dicha de no saber el nombre de ningún autor; la suprema felicidad de no hallar belleza comparable á la de su propia mujer. Concedamos, por último, que todas sus sensaciones, todos sus placeres se reconcentren en los legajos de sus procesos, si es abogado; en el libro de caja, si es negociante; en las enfermedades de sus clientes, si es médico; en el cacao y el añil, si es mercader.

Pero este hombre inalterable, este hombre modelo, no por eso dejará de pertenecer al género humano por relaciones consanguíneas ó amicales; esta planta exótica no podrá menos de haber dejado raíces en su suelo natal; este ingerto en la corte habrá pertenecido antes á otros climas, y será andaluz ó vascongado, catalán, aragonés ó castellano, extremeño, gallego ó noble astur.

Pues no necesita mas para su diversion.—Porque en el mero hecho de ser oriundo de alguna otra provincia, ó tener simplemente cualquiera relacion en ella, el habitante de Madrid es representante nato de las necesidades de sus paisanos en la corte; correspondiente obligado de todo el que necesite su favor.

En su consecuencia tendrá que visitar cada semana á un ministro nuevo, de parte de un cuarto primo que jugaba con él al escondite en las eras del pueblo; ó del marido de su primera querida, que arastraba bayetas con su esclencia, cuando no era esclentísimo, ni aun mediano siquiera.

Tendrá que alhajar el cuarto, ó contar con alguna huésped, para recibir y colocar en su habitacion á los diputados de la provincia, que vienen por la primera vez á la corte á fabricar leyes, á razon de cuatro horas diarias;—tendrá que frecuentar las antecámaras de las secretarías, para solicitar la colocacion del hijo de su antiguo convecino, ó reclamar en los tribunales el derecho del pueblo al prado concejil;—tendrá que suscribirse á las obras nuevas y estar pendiente de cuándo salen las entregas, ó reclamar los periódicos que se evaporen en el correo;—tendrá que llevar una activa correspondencia para todos estos negocios, franca de lenguaje aunque no de porte;—tendrá que acompañar al hijo de su madrina, que viene á Madrid á recibirse de literato en el café del Príncipe, ó á la familia de su compadre que conduce á las ferias á tres niñas casaderas, y de no mal parecer. Y solo esta obligacion le pondrá en el caso de visitar, por lo menos una vez dentro del año, el gabinete de Historia Natural, y la Armeria, y la

Casa de las fieras, y el Casino de la reina, y los jardines del Retiro, y el Museo de Artilleria; y solicitar esquelas para ver estos establecimientos; y pagar las propinas; y llevar luego al teatro á sus huéspedes; y tenerlos en casa un par de meses, á pretexto de no sé qué cajas de pasas, ó cantarillas de miel.

Pero aun hay en Madrid otro inconveniente todavía mayor que el de tener relaciones en provincias; y este inconveniente,—¿á que no adivinan mis lectores cuál es?—Pues es el de ser hijo de Madrid.

Hay un refrán español que dice que «cada gallo canta en su gallinero,» lo cual (perdóneme el refrán) es una solemne falsedad, aplicado á los hijos de la imperial, ó sea heroica corte Matritense.

Y si no écheuse Vds. á escuchar noche y dia, y verán quién canta aquí.

Recorran esos bancos ministeriales, esos salones legislativos, esos círculos políticos, literarios, artísticos ó financieros; escuchen la armónica algarabía de todos esos gallos humanos (*implume bipes*, que dijo Platon), y siempre que me saquen entre todos media docena de individuos indígenas, yo me encargo del gasto de la manutencion.

En su lugar verán á los naturales de las provincias ocupar exclusivamente los altos puestos de la administración y de la magistratura, el palacio, la iglesia, los empleos secundarios, la curia, el comercio, la industria, las ciencias, la literatura y las artes.

A escepcion de S. M. la reina, apenas hay en el alcázar real ningún hijo de Madrid;—en el Congreso y Senado siempre estan, con muy ligera escepcion, representados los madrileños por naturales de otras provincias.—Abogados gallegos, extremeños y montañeses; médicos catalanes; comerciantes idem; oradores andaluces; poetas de todas partes; artistas meridionales y levantinos; criados asturianos; sastres, peluqueros, modistas, guanteros, tahoneros franceses; músicos y danzantes italianos; taberneros manchegos; tenderos castellanos; criadas y libreros alcarreños; mercaderes ambulantes valencianos y aragoneses; y pretendientes de todas ciudades, villas, lugares y cascos del reino.—Tales son los diversos elementos de que se compone la poblacion de Madrid.

Ahora bien,—¿dónde se esconden los seis mil infantes, que año bueno con malo reciben el bautismo en las diversas parroquias de nuestra capital?—Difícil es responder.

Una buena parte, hijos acaso de la desgracia, recogidos por la caridad, llega rara vez á tocar en el segundo lustro.—Otros, nacidos en la miseria, educados con el ejemplo del crimen, alcanzan cuando mas á ser operarios en un oscuro taller, si antes no les enervaron las fuerzas ó alteraron su carácter los placeres y seducciones de la corte, que á tantos conducen á la casa comun; al hospital.—En las clases medias y elevadas suele tambien experimentarse el funesto influjo de una educacion viciada, y malogradas las ventajosas disposiciones de los jóvenes, que brillando un momento por su delicado ingenio, su viva sagacidad, por su nobleza de carácter y elegancia de modales, van á eclipsarse luego en los últimos bufetes de una oficina, ó en el perfumado gabinete de una beldad.

Pero el mal principal no está en los madrileños, ni en su carácter, ni en sus medios, ni tampoco (para hablar á la antigua) en el *sino* que influye á este pueblo.—Y si á *sino* fuera, feliz y privilegiado debería llamarse el de un pueblo que vió nacer en su recinto á Alonso Ercilla y á Giron; á Antonio Perez, á Zapata, Ramirez de Orena, Chumacero y Vargas; á Lope de Vega, Calderon, Montalvan, Tirso de Molina, Quevedo, Moratin y Quiñana; á Ricci, Carreño, Pantoja, Toledo, Mora y Villanueva. No, no está el inconveniente en el *sino* de cada pueblo; el mal está en la misma sociedad.

«Nadie es profeta en su patria»—dice otro adagio algo más esacto que el anterior. Y esto consiste, en que para figurar entre los demás hombres, es preciso cierto prestigio que rara vez conceden á aquel que vieron nacer. En la corte, además, es preciso dominar las inclinaciones, plegar los caracteres, hacer sacrificios de amor propio; y pocos son los hombres que se acostumbren á estos sacrificios en el mismo teatro en que han nacido.

Los hijos de Madrid, educados en el regalo de sus casas, acostumbrados á la vida halagüeña y al ambiente de los salones, no pueden luchar en perseverancia ni en intencion con los infinitos contendientes que de todas partes vienen á disputar un poder que ellos están acostumbrados á mirar sin ilusión y sin deseos; poder efímero que les ofrece tan repetidas peripecias, y que suelen contemplar con la sonrisa de la sátira, ó con la más desdeñosa indiferencia.—Por eso no es de extrañar que reluyan en general la lucha, que por otro lado les ofrecería mucha duda, como que habrían de sostenerla con los más valientes campeones de las provincias, que á su mérito individual reune la ventaja del interés que inspira el forastero.

Con que vemos que uno de los más grandes inconvenientes de Madrid es el ser madrileño.

Quedan, pues, ligeramente apuntadas algunas de las principales contradicciones de la vida de la corte; tales como la escasez de la sociedad íntima y privada;—la exagerada pretension y la falsedad de la pública;—el desencantamiento de las ilusiones;—la imposibilidad del entusiasmo y aun de la fé;—el peligro inminente de la ambicion, por el ejemplo y el roce continuado con las personas influyentes;—la turbulencia de la atmósfera política;—y la necesidad de servir de patrono á los ausentes, de solicitar favor de los poderosos, de servir de brújula al forastero que viene á surcar este proceloso océano.

Muchos y muchos más inconvenientes subalternos pudiera aquí añadir; pero me he dilatado más que de costumbre; y eso que no he hablado ni de los proyectistas, ni de los humanitaríos;—ni de los tribunos, ni de los periodistas;—ni de los contratistas de viviendas, ni de los especuladores en bolsa;—ni de los poetas barbudos, ni de los curas lampiños y galantes;—ni de los empleados cesantes, ni de los empleados para cesar;—ni de las víctimas, ni de los sacrificadores;—ni de las pulmonías, ni de los médicos;—ni de las simples coquetas, ni de las coquetas simples;—ni de los caseros que piden, ni de los inquilinos que no pagan;—ni de los pobres vergonzantes, ni de los petardistas sin vergüenza;—ni de los amigos *omnibus*, ni de los enemigos *pluribus*;—ni de las mujeres pintadas por ellas mismas, ni de los hombres que no se pueden pintar;—ni de las criadas salariales, ni de los criados fósiles;—ni de los prospectos de periódicos imparciales, ni de la parcialidad de los periódicos;—ni de los remedios públicos de las enfermedades secretas;—ni de los géneros de balde á precios convencionales;—ni de los jóvenes escépticos, ni de las mujeres comunistas;—ni de los genios no comprendidos, ni de las traducciones que nadie puede comprender.—Ni de otras mil y mil plagas, y á cuyo lado serian llevaderas las que inventó Moisés para castigar al pueblo de Faraón.

(Diciembre de 1841.)

LOS JARDINES DEL RETIRO.

La primera época del reinado de Fernando VII, á contar desde su regreso de Francia en 1814 hasta la muerte de su segunda esposa doña María Isabel de Braganza á fines de 1817, fue señalada para Madrid por una predileccion singular que tanto el rey como la reina mostraban hácia su heróica capital; complaciéndose en permanecer constantemente en ella, vi-

sitando todos los establecimientos públicos y particulares, pasando revistas lucidísimas, asistiendo á pie y sin ceremonia á los teatros, paseos y demás puntos de reunion, y poniendo, en fin, especial cuidado en reparar los deterioros que la guerra con los franceses habia originado en la villa del *Los de Mayo*. Especialmente el breve tiempo que duró el reinado de doña María Isabel, se distinguió notablemente por aquella predileccion á Madrid, datando de dicha época muchos proyectos para su embellecimiento, de los cuales el más útil fue el de la reparacion del Museo del Prado, y su destino á galería de pintura y escultura; proyecto que seguido despues con el mayor teson por Fernando, forma hoy sin duda alguna la más bella página de su reinado.

Los monarcas anteriores habian cada cual manifestado alternativamente su inclinacion y cariño á uno de los sitios reales ó residencias campestres donde suelen reírse durante la buena estacion. Carlos I de Austria dió el primer impulso al embellecimiento de Aranjuez, y renovó el palacio de los Maestres de Santiago. A la severa y poderosa voz de su sucesor Felipe II, se elevó el soberbio monumento del Escorial. El poderoso valido conde duque de Olivares supo aprisionar en su capital á Felipe IV, haciendo desplegar dentro de su recinto los magníficos jardines, las encantadas fiestas del Buen-Retiro. Felipe de Borbon, siguiendo su antipatia á su antecesora la casa de Austria, alzó sobre las ruinas del antiguo alcázar de Madrid un nuevo y magnífico palacio, y huyendo de los recuerdos de Aranjuez, el Escorial y Buen-Retiro, hizo aparecer por encanto á la falda de las escabrosas sierras carpetanas un nuevo Eden en los jardines de San Ildefonso. Su hijo y sucesor Fernando VI volvió á renovar el perdido entusiasmo por el Buen-Retiro. Carlos III generalizó á Madrid y todos los sitios reales las grandiosas muestras de su proteccion; y Carlos IV continuó embelleciéndolos, hasta que á su caída del trono vino la guerra de los franceses, y todas aquellas reales mansiones tuvieron mucho que padecer. Pero ninguna en los términos que el Buen-Retiro, que constituido por su situacion en una especie de ciudadela para tener en respeto al arrogante pueblo de Madrid, perdió de tal modo su caracter de sitio de recreo, que á la salida de los franceses, solo presentaba, donde antes sus vistosos palacios, sus jardines, bosques y paseos, una inmensa multitud de escombros, parapetos, zanjas, parque de artillería y efectos de guerra.

Fernando, á su regreso al trono, proyectó restaurar aquel hermoso recinto, y restituirle su pasado esplendor; mas desgraciadamente no se pensó en volverle su carácter de sitio real, con su animada poblacion, sus fábricas, palacio, teatro, y demás circunstancias que le dieron aquella vitalidad que disfrutó en los siglos anteriores; y guiado más bien de consejos apocados, prefirió dividirlo en dos partes, una destinada esclusivamente á paseo público, y la otra á jardines reservados para recreo de la familia real.

Los jardines reservados de S. M. se extienden desde la puerta de Alcalá, hasta la esquina de la tapia sobre la que se eleva la *montaña artificial*, y luego siguiendo por la derecha todo el espacio comprendido entre dicha tapia y el estanque grande hasta la *casa de fieras*; lo cual viene á ser casi una mitad del Retiro, hallándose dividido tan dilatado espacio en varios trozos de jardin de diversos gustos, bosques, paseos y huertas, todo bastante frondoso para la escasez de aguas que experimenta este real sitio.

Hallábase además adornado todo ello con diferentes objetos de recreo, tales como fuentes, cascadas, grutas, montañas y templetas, en lo que se han invertido cuantiosas sumas y desplegado un lujo de decoracion, á par que una puerilidad de ideas, que entretiene agradablemente, sin causar en el ánimo del observa-

dor sentimientos mas elevados; de suerte que difícilmente podría lucirse mayor empeño en sembrar el oro para dar por resultado una cosecha igual de magníficas superfluidades.

Con efecto, al ver el poderoso monarca de España é Indias (porque entonces lo era), al poseedor de los magníficos vergeles de Aranjuez y San Ildefonso, de los palacios de Madrid y el Escorial, de la Alhambra de Granada y de los alcázares de Sevilla y de Toledo, dispensando sus tesoros en manos de sus aduladores, para que estos á fuerza de diligencia improvisasen una cabaña rústica, ó una cascadilla de nacimiento; una montaña de algunas toesas de altura, ó un templete sin carácter arquitectónico; una miserable paródia de un salon oriental, ó un estanque *soi disant* chino, no sabe uno si reir irónicamente de los raquíticos esfuerzos de la adulacion, ó llorar con amargura la malversacion de tantos capitales en una nacion pobre y desgraciada.

« Los pueblos y los reyes (dice Victor Hugo) escriben en piedra la historia de su civilizacion, y consiguen los adelantos de su época. » Carlos III la dejó sin duda impresa en los magníficos caminos de Sierra Morena, en los suatuosos edificios de Madrid. La época á que ahora nos referimos quedó escrita en el Retiro, en techos de caña pintada, en torrecillas de cascabeles, en piedras y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

Los forasteros provincianos, sin embargo, no dejan de contar á los jardines reservados del Retiro entre las maravillas del mundo, y acometen con ánimo sereno y decidido las mil y una diligencias indispensables para proporcionarse una tarjeta de entrada en aquel recinto de Armida, en aquel Oasis encantador.

Empeñarán (por ejemplo) al diputado de su provincia, para que hable al ministro, á fin de que este se interese con el mayordomo mayor, el cual dará una carta para que el gentil-hombre interponga su influjo con el conserje, con el objeto de que espida una papeleta de entrada á la orden del portador.

Madrugarán luego una mañana, y prévia la convocacion de todos sus parientes, amigos y allegados, marcharán en columna cerrada hácia el Retiro, presentándose humildemente á uno de los guardas del santuario, el que (cumplidos que sean los requisitos del visto bueno y demas necesarios para tan solemne acto), empezará á conducir á aquel pasmado grupo por tan bello laberinto, dirigiendo su especial solicitud á las señoras mamás y hermanas de aquellos Anacharsis, las cuales no dejarán de corresponder con sus gritos y ademanes de sorpresa y satisfaccion, cada vez que el guarda les diga que en aquel baquillo acostumbra S. M. sentarse de vuelta de paseo; que en aquella piedra tropezó un dia el infante don Tal; ó en aquel arbolito cogió un nido de gorriones su augusto papá. Luego dará cuerda á una fuentecilla de conchas que hay á la entrada ó á la cascadilla del rincón, y retrocederán con gran algazara todos los honrados espectadores, al ver saltar el agua en direccion de sus sombreros; y los mas pequeñuelos correrán y gritarán alborozados, preguntando por dónde sale el chorro, y cómo es que se han mojado; con otras varias interpelaciones que no podrán menos de lisonjear la vanidad de los directores de aquella magnífica sorpresa. Mas adelante entrarán en las grutas silvestres; y encontrarán grandes simpatías con su rústica naturalidad; ó alargarán los juncos y bastones por entre las rejas de la pajarera, admirándose de ver cómo vuelan todos los pajaritos; ó echarán miguitas de pan á los cisnes del charco, y al escuchar su graznido, bajo la fé de los poetas, creerán oírlos cantar.

A todo esto el guarda encargado de la enseñanza, habrá ya endosado como letra de cambio á nuestro grupo provincial, poniéndolo á la orden de otro se-

gundo guarda para continuar su curso, y recibiendo á su despedida una moneda argentada por vía de quebranto; el segundo guarda les continuará la explicacion otros cuantos pasos mas, y despues la misma operacion de trasiego, el mismo endoso á un tercero; y luego este á un cuarto; y luego á otro y á otro; todo con una precision de movimientos admirable, aunque no sin grave deterioro de las bolsitas de seda ó de abalorio de los señores visitantes.

De vez en cuando se interrumpe la monotonía de los jardines por algunos edificios aislados, reducidos por la mayor parte á gabinetes de descanso; en todos los cuales se echa de ver la predileccion que el director de la obra (que sin duda debía ser romántico) tenia por los contrastes; pues todo se reduce á cabañitas rústicas de troncos y peñascos por fuera, y que en su parte interior se convierten en lindos retretes alhajados con todos los adornos y menesteres necesarios para descansar agradablemente del paseo, y... ¡oh prevision admirable!... hasta para pagar tributo (si necesario fuese) á una fácil y terminada digestion. — Recintos misteriosos y fúidicos, que reproducidos con profusion en semejantes sitios y destinados á tan elevados personajes, vienen á ser, á pesar de sus primores en espejos y argentería, un recuerdo continuo de su flaca naturaleza, un *Memento homo* muy filosófico, aunque no del mejor olor.

Preciso es hacer un grato descanso en el bello *salon oriental*, que siguiendo el mismo sistema de contraste ofrece en su esterior un toscó edificio de troncos y cañas, al paso que en su interior ostenta una elegante decoracion al gusto persa, que aunque pudiera achacarse de algo hiperbólica en sus detalles (puesto que no hayamos estado en Ispahan para saber si los salones del Sha se hallan revestidos de perlas como nueces, ó de rubies como melones). Sin embargo, produce un conjunto verdaderamente halagüeño, original y sorprendente. Tiene ademas este salon un tanto mas de comparacion con las pirámides de Egipto; y es que á pesar de las eruditas controversias, todavia no se ha podido averiguar de cierto cuál fue el objeto de su construccion.

Al menos, en la *montaña artificial* que se mira de allí á algunos pasos, ya se infiere que levantar allí á costa de espuelas de tierra y de onzas de oro una elevacion semejante, fue con el objeto (á todas luces razonable) de cubrir con una bellissima bóveda una noria (que por mas señales se hundió á poco tiempo) y elevar sobre su altiva cresta una especie de mirador de forma ambigua, desde donde se dominan los tejados de Madrid y las deliciosas tierras de pan llevar del camino de Alcalá.

Esta montaña, que por entonces hizo mucho ruido sobre cuál seria su objeto, suponiendo algunos nada menos que la edificacion de un castillo ó ciudadela inespugnable donde poder retirarse en caso de ataque toda la poblacion de Madrid y sitios reales; quedó desde entonces conocida por el nombre de la *montaña rusa*, y á la verdad que ignoramos la razon, pues que mas que de Rusia tiene cierto sabor de la Alcarria; y nadie hasta ahora que sepamos ha pretendido resbalar por ella en *treneaux*. En cuanto al edificio que la corona, la opinión general ha salido mas justa, y ya que no ha podido hallarle objeto, se ha atendido á la forma cometiendo una figura retórica que llamamos comparacion, y apellidándole por similitud *La Escribanía*.

Hay otra *casita de pescador* con su pequeña ría, bastante pintoresca; otra *del pobre*, con sus diversos compartimentos, lindamente imitados á la verdad, alhajada con rústicos utensilios, y hasta con rústicos dueños, figuras graciosas de movimiento, que consisten en una mujer que hila y mece la cuna donde duerme un chiquillo, y un pobre enfermo en su cama; los cuales saludan cortesmente al que entra á

visitarlos, no sin asombro de nuestro ya olvidado grupo recién venido, que no puede comprender que todo aquello sea arte del diablo. En otro tiempo estaba aumentada esta pobre familia con un bello granadero de realistas, hijo de la casa, el cual sin duda marcharía á batirse á las facciones, y sabe Dios cuál habría sido su suerte, si no se ha dado prisa á convertirse en patriota.

El *embarcadero* chinesco al frente del estanque grande, es de lo mas bello y digno de elógió, no solo por su linda proporcion y elegante adorno, sino porque al fin tiene su objeto; si bien no ha cumplido su *mision sobre el agua*, sino alguna que otra vez, y eso hace muchos años, y solo en la época á que nos referimos, cuando Fernando VII y su esposa doña Isabel se andaban surcando las pacíficas ondas del estanque en una bella *góndola*, que se conserva en el astillero, como testimonio de la última de nuestras glorias marítimas.

Frente por frente, ó por mejor decir, frente de las espaldas del *embarcadero*, al fin de una hermosa calle de álamos, se estiende una placeta en cuyo término medio se halla colocada sobre un mezuquino pedestal la magnífica estatua ecuestre de Felipe IV, conocida en el pueblo de Madrid un poco prosáicamente con el título de *El caballo de bronce*. Todo el mundo sabe, y por si acaso no, se lo diremos ahora, que esta hermosísima estatua, una de las primeras de su género en Europa, fue ejecutada por el célebre escultor florentino Pedro Tacca, con arreglo al dibujo que de orden del rey le envió su primer pintor de cámara don Diego Velazquez. La actitud d l caballo en situacion de hacer una corbeta, y sosteniéndose sobre sus dos piés, ofrecia una inmensa dificultad que parecia imposible de combinar con el enorme peso y volúmen de la estatua; pero el escultor supo vencerla, con asombro de los inteligentes, dando al caballo todo el brio de que es susceptible, y el ademán del rey de la mayor magestad y nobleza, y no descuidando ninguno de los detalles. Esta magnífica estatua, que tiene pocas semejantes, es colosal, pesa 18,000 libras, y está estimada en 40,000 doblones. En lo antiguo estuvo colocada en la entrada del Retiro; hasta que luego lo ha sido adonde se halla, sintiendo de lamentar que tan bella obra no se halle en un sitio mas frecuentado, ofrecida á las miradas de el público, y á la admiracion de los inteligentes (1).

Concluye la parte reservada con la *casa de fieras*, último término del visitador, y *non plus ultra* de su entusiasmo y admiracion. El edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto, y no tendrán motivo de quejarse los exóticos huéspedes de este filantrópico establecimiento, de que se haya escaseado aquella comodidad conciliable con su áspera y desabrida condicion. Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes rejas y trampas; largos y hermosos corredores; guardas diligentes y serviciales; comida abundante y grata; baños para la salud, y un salon ó enverjado de recreo (sala de compañía). Todo esto y mas tienen las señoras fieras; y ¡ojalá pudieran decir otro tanto los muchos desgraciados acogidos á los establecimientos de mendicidad en nuestra heroica capital!

Los susodichos huéspedes fueron comprados *ex profeso* para dotar esta casa, y traídos, no sin compromiso y grandes costos, de luengas tierras; y aunque eran en mayor número, ya por efecto del clima, ya por el trascurso del tiempo han desaparecido en gran parte, ó se ostentan inmóviles en los salones del gabinete de Historia natural. Quedan todavía para consuelo de los aficionados, diversos animales de distintas formas y condiciones, aunque todos comprendidos bajo el nombre un poco poético de *fieras*; por

(1) Esta estatua ha pasado posteriormente á ser el mejor ornato de la plaza del Real Palacio.

ejemplo: — Primera fiera; — un *avestruz* raquítico y cascado que huirá de un raton si le ve pasar á cien varas. — Segunda fiera; — un *dromedario* que apenas puede moverse con el peso de los años. — Tercera fiera; — un *mandril* jugueton y revoltoso que todo se le vuelve saltar y jugar con la cola. Hay ademans un *elefante*, un *leon* y una *leona*, varios *osos* extranjeros y del reino, una linda *zobra*, una *hiena*, una *pintora*, y algunas aves de rapaña, un *águila*, un *casuario*, etc., etc., etc. Véase por lo dicho que no somos tan pobres como era de suponer en fieras y estrañas alimañas; y esto siempre es un consuelo para los amantes de las glorias del país.

(Julio de 1840.)

LAS TRADUCCIONES.

LA manía de la traduccion ha llegado á su colmo. Nuestro país, en otro tiempo tan *original*, no es en el dia otra cosa que una nacion *traducida*. Los usos antiguos se olvidan, y son reemplazados por los de otras naciones; nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes, y hasta nuestras opiniones, todo es ahora *traducido*. Los literatos, en vez de escribir de su propio caudal, se contentan con traducir novelas y dramas extranjeros; los sastres nos visten á la francesa: los cocineros nos dan de comer á la parisiense; pensamos en ingles; cantamos en italiano, y nos enamoramos en griego; los médicos nos matan por el sistema de *Broussais* ó de *Hannheman*; los legisladores nos hacen felices con *bills de indemnité*: y hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los mas catábiles de *Arturos y Carolinas*.

Todo ciudadano español traducido del frances que esté al *corriente* de este *modo de ser*, de estas *maneras sociales*, debe sentir allá en sus adentros ciertos impulsos traducemanos que han de darle en qué pensar. Y yo, que para servir á Vds. pienso ahorrar mi originalidad en las aras de la moda vigente, púseme á discurrir dias atras en uno de estos *aportes* que suele tener todo escritor, sobre qué lengua escogeria como blanco de mis iras, diciendo poco mas ó menos: — a Señor, el traducir del frances, es bastante socorrido; pero son tantos ya los que lo hacen, que apenas salen á lector por barba; el italiano tan solo sirve, segun parece, para la música y entonces la gracia consiste en entenderlo mal y pronunciarlo peor: el ingles... ¡es tan polliagudo esto del ingles! ademas que los ingleses apenas escriben comedias, que es lo que importa: el alemán, el ruso... ¡vaya usted á entender estas lenguas de perros! el portugues... pero ¿qué se ha de traducir del portugues? Pues luego, ¿qué traduciré yo?...

¿Traduciré del tonto algunas traducciones de Barcelona y no pocas de Madrid que han quedado mas gabachas que antes de pasar los Pirineos? — No; porque para traducir del tonto es preciso entenderlo.

¿Traduciré al sentido comun las crispaciones políticas ó los ensueños fatídicos de los vates no comprendidos? — Tampoco; porque entonces nadie los querria comprender.

¿Traduciré de la germania política los discursos de fondo de los periódicos? — Menos: porque entonces acaso vendrian á decir lo contrario que sus autores quisieron.

Pues entonces, ¿qué traduciré? ¿El galimatías de aquel abogado, la gerga de este médico, ó las hipóboles del otro orador?

Pero en fin, en medio de este soliloquio ocurrióme una idea, y fue que la mas útil traduccion, y la menos usada, es la del lenguaje figurado al sentido



nuino, porque si como decía siguiera:—«el don de la palabra ha sido dado al hombre para disfrazar la verdad.»—era hacerle un no pequeño servicio ocuparse en un cómodo diccionario fraseológico para el uso de la sociedad.—Ejemplos:

Cuando oigo á don Pánfilo hablar mal de gobierno y sistemas; francir el labio al oír nombres y discursos, y lastimarse del estado misero del país, *traduzco* que don Pánfilo es cesante, ó pretendiente á empleos.

Cuando veo á don Próspero echarla de rancio españolismo, y ostentar los adelantamientos y el magnífico porvenir de nuestra patria, pienso *traducir* que don Próspero está traduciéndola en provecho suyo.

Muchas veces *traduzco* la opinion de los hombres por su trage y porte, porque es imposible no pertenecer á la oposicion el que no tiene coche, y aun escasamente para zapatos.

Si un amigo de estos que uno tiene, y que no sabe cómo se llaman, viene un día haciéndome cortesías, alabando mis escritos, sonriendo á mis palabras y dándome á todas la razon:—«Este hombre (*traduzco*) va á pedirme dinero.»

«Usted me confunde con elogios que no merezco (me dice don Hermógenes cuando me estoy riendo de él).—*Quiere decir*, «V. me tributa los elogios que yo le exijo.»

Un sugeto me hablaba el otro día de que había visto tantas tierras y cuantas ciudades: que había andado cincuenta y mas leguas diarias, en Francia, Inglaterra y Alemania, de noche, de día, y sin descansar. Le pregunté de costumbres, me habló de postillones; le hablé de ciencias, me contestó de posadas; le pregunté la historia del país, y me describió sus trajes... «Este hombre, *traduje*, ha viajado como un baul.»

¿Cuántas varas necesito para una levita?—Hay opiniones: tantas segun el señor tal; cuántas segun el señor cuál.—*Traducion libre*.—El señor Tal es menos traducido que el señor Cuál.

—¿Qué tonta estuvo anoche la Paquita!—(Dice doña Mencía con intencion.) Y yo *traduzco*.—La Paquita estuvo ayer mas hermosa y obsequiada que otras noches.

—«Desengáñese V., se ha perdido el gusto; el público es ignorante» dice don Eleuterio.—*Traducion literal*.—El público cree que el ignorante es el autor.

—«Disimúleme V., no tengo suelto» *quiere decir*.—No quiero soltarlo.—«¿Por qué se marcha V. tan temprano?, puede *trauírse*: Váyase V. cuanto antes.»—El hablar del tiempo frio, suele ser temporal frialdad de la conversacion.—A veces las convulsiones de Narcisa pueden traducirse por *antojos*;—las cortesías de don Sillido, por *memoriales*;—las ocupaciones de don Cornelio, por *condescendencias para con su esposa*;—la amistad de don Canon, por *impulsos de su estómago*;—y á veces escribir un artículo como el presente, lo *traduzco*, *emborronar papel*.

LA GUIA DE FORASTEROS.

Casi simultáneamente con este artículo verá la luz pública el libro oficial que lleva el mismo título, y que á la hora en que escribimos se hallará, á no dudarlo, tomando forma y consistencia en manos del encuadernador, especie de comadron literario, que faja y envuelve al infante recién-nacido.

Los habitantes de todas las Españas van, pues, á tener el indecible placer de saludar su aparicion, y saber á punto lizo, por sendos veinte reales, la larga nomenclatura de sus gobernantes en el año de gracia

de 1842; pero tate; que punto es este que, aunque consignado especialmente en la portada del tallibrato, merece muy bien alguna reserva y un si es no es de rápida discusion.

Decía Fontenelle que el *Almanak real* de Francia era el libro que mas verdades contenia; pero Fontenelle no era español ni vivía en estos tiempos: si así fuera, ya se hubiera guardado muy bien de decir semejante despropósito respecto de nuestro Almanak real, ó sea *Guía de Forasteros*.

¿Pues qué, no hay en ella verdades?—Distingo.—Si se trata de la autenticidad de los nombres y empleos respecto á la época de la impresion (1841), no hay mas que hablar y todos son hechos consumados, pero si se le juzga respecto á la época en que ha de regir (1842), perdonéme la indiscrecion, pero maldita la fé que merece.—De este modo diremos que se compone, ó todo de verdades ó todo de erratas; ó para explicarlo mejor, de una sola verdad, ó de una errata sola.—Esta errata es la portada.—Donde dice 1842, léase 1841, y está salvado el resto.

Si la república periodística fuera monarquía, no hay que dudar que el cetro correspondía de derecho á este periódico anual, que se presenta al mundo con todo el aparato de la magestad, y dictando sus leyes desde el Sinaí de la Imprenta Nacional.

Su origen se pierde en la noche del siglo pasado, cuando menos; y escelso é inviolable por sus opiniones y sus actos, ha dado en sus páginas (ó sean tablas) sucesiva acogida á todos los colores políticos en las personas de sus mas aventajados representantes: desde Felipe V hasta Isabel II; desde los empolvados pelucones de los gobernantes de antaño, hasta las rasas mulleras de los del día; desde la guerra de sucesion hasta la sucesion de las guerras; desde la monarquía fanática, hasta la fanática popularidad.

En los principios de su periódica aparicion (1737), se presentó raquítica y mezquina; y al reves que toda humana criatura, que pierde sus fuerzas y enerva su valor á impulsos de la edad, un siglo y pico de vida ha bastado á esta para su desarrollo, en términos que hoy se ostenta medrada, coqueta y esplendente, conteniendo en sus páginas cuatro tantos mas de sustancia que en el siglo anterior.—Verdad es que el coste de su encarnamiento ha crecido proporcionalmente; y en qué proporcion! Los periódicos plebeyos, por ejemplo *El Diario de Madrid*, inserta sus anuncios á razon de 12 maravedis línea. Pues cada uno de la Guía puede calcularse chica con grande en 40,000 rs., y tiene 176 páginas, y cada página 48 líneas!... Hablamos de la del año que acaba, porque la del que empieza (que aun no hemos saludado) tendrá probablemente mas. *Et sic de ceteris*.

Pero dejemos ya las cuestiones preliminares, y asistamos (si no lo ha por enojo el lector) á la magnífica aparicion de este astro luminoso, á la ostentosa esposicion de esta industria nacional.—Nosotros los profanos espectadores de tan mágico espectáculo, los asistentes paganos del patio y la cuzuela, las masas informes, vamos al decir, que, gracias á la módica retribucion de sendos 30 por 100 de nuestras fortunas ó nuestra industria, tenemos el derecho de asistir á él, y entusiasmarnos anualmente, no dejaremos por tristes 20 reales de usar de este derecho; quiero decir, de acercarnos á la reja del despacho nacional por un ejemplar del libro venerando; y cuenta que sea vestido con pobres pañales, y así como quien dice de plebeyo, no como los que en taflete estampado de oro por *Ginesta* se reparten *gratis et amore* á los nobles funcionarios en él contenidos.

Prévia esta indispensable diligencia, lo primero que nos saldrá al paso es el *Calendario Manual* con su creacion autógrafa del mundo; su diluvio universal de tal fecha; su poblacion de España pocos dias antes, y de Madrid unas semanas despues; y demas

épocas notables, todas sólidamente averiguadas por testigos de vista; sus cómputos eclesiásticos, sus fiestas móviles, témporas y estaciones, días y santos del año.—Estos nombres sagrados son los únicos que no cobran del presupuesto, y no cuestan dinero al Estado; antes bien por el derecho de ponerlos pagaba anteriormente algunos miles de reales la tal Guía; porque el postor del Calendario los compraba y los compra aun por junto, para venderlos luego á la menuda.

Después de la nota de las cuarenta horas (nota escusada para los tiempos que corren, y que sin duda se ha conservado por la forma como acompañamiento de la corte celestial), empieza el magnífico desfile ó sea evocación de las augustas sombras de nuestros felicitos monarcas, á contar desde Ataulfo, su decano, hasta el actual, que siempre (según la Guía) reina felizmente... ¡Y lo mismo decía la picaresca en la que hoy se llama ominosa década!... De aquí toma luego pretexto para hacernos una espléndida exposición de todas las familias reinantes, con el nombre, apellidos, edad, patria, estado y años de servicio de cada cual; sin hacernos gracia del mas mínimo principulo de *Anhal-Cohetem*, ni de la mas oscura y remilgada canonesa de *Schwarzbourgo-Rodolstaf*; todo para entretenimiento de los lectores, los cuales no podrian dormir seguramente, si no supieran que al Elector de Hesse le habia nacido un tercer sobrino el año pasado, ó que la viuda de *Hosluhein-Augustemburgo* habla pasado á segundas nupcias con el *Margrave de Meklembourg Strelitz*. Verdad es que no hay que tomarlo tan á pechos; pues margrave y elector hemos visto presentar con desfachatez en la Guía su fé de vida, como si fueran viudas de Monte Pio, cuando sabiamos de muy buena tinta que hacia largos años que estaban mascando tierra; y tierno infante se nos ha dado á luz en años anteriores, que ya peinaba canas ó gastaba peluca á la orillas del Don.

A continuacion de esta monárquica nomenclatura, van tomando lugar las repúblicas americanas, que en tiempos en que no estaba tan bien impresa la Guía, ocupaban un sitio mas de casa, en la parte de ella que hacia relacion á los gobiernos de Ultramar. Viene después un poquito de estadística (como quien dice, para cumplir con este siglo numérico), y como que hay que hablar de España, la Guía oficial, para evitar el compromiso de opinion propia, coge al primer nacion que encuentra al paso, y dice:—«*Poblacion de España; segun Hassel 10.373,000 almas; segun Balbi 13.500,000;*»—Vds. escojan lo que les parezca, que por tres millones mas ó menos no hemos de regañar.

Entretiéñese después en recordarnos los dias en que se viste de gala...—¿Quién?—La corte.—¿Serán los cortesanos!...—Y los dias en que la miseria se viste de luto, ¿cuántos son?—*Vide Calendario*, unas hojas mas atrás.

Aquí por el orden de procesion vienen las cruces y mangas bordadas, las mitras y capisayos, los cuerpos legislativos, los ministerios, diplomáticos nacionales y extranjeros, tribunales supremos, audiencias y jueces, los directores y gefes de administracion y de Hacienda.—Para mayor orden de esta magestuosa falange, forma en seis grandes divisiones con la denominacion y bajo el patrocinio de otros tantos ministerios, en que el de la Gobernacion del Reino es el último, y el de los Negocios Esteriores el primero;—y bajo sus respectivas enseñas despliegan su formidable aparato, estendiendo sus asombrosas alas, y muestran sus magníficos blasones, tantas juntas y asambleas, tantas direcciones é inspecciones, tantas secretarías y contadurías, tantas administraciones, conservadurías, comisiones, juzgados, gefaturas y dignidades, que seria imposible seguir las con la vista ni abarcarlas con el pensamiento.—¡Ah! se me habia olvidado.

—Tambien hay su poquito de seccion de *Beneficencia*; pero esta aparece mas modesta, sin bordados ni re-lumbrones, vestida de simple frac negro como un hermano de la Paz y Caridad; y coge la tal seccion por lo menos... una página, que no quiero decir cuál es.—Ella, y algunos grupos ó pelotones de paisanos mondos y lirondos con el modesto titulo de tal cual academia ó asociacion literaria vergonzante y gratis-data, son, como si dijéramos, la sombra, y forman el claro-oscuro de la tal Guía.—En otros tiempos terminaba la parte política de ella con varios estados demostrativos de los establecimientos de Caridad; «pero nosotros (como decia Bartolo el médico) lo hemos arreglado de otra manera» y desechado esas superfluidades.

Del estado militar que sigue después, nada hay de nuevo, puesto que ya sea antiguo el ver en él la larga lista de 617 generales y brigadieres que, suponiendo compuesto el ejército español de 150,000 hombres, tocarian á 243 hombres á cada general; sin contar la marina, en que puede calcularse á 14 generales para cada buque.

Para todo hay gusto en este picaresco mundo; los hay bastante fuertes para digerir todas las mañanas el eterno diálogo del *Eco* con el *Correo*, ó asistir por las tardes al obligado duo del *Patriota* y el *Corresponsal*.—Los hay capaces de tragarse todas las noches un drama envenenado, ó embelosearse todas las semanas con las habilidades estereotípicas de los volatines del Circo.—Cuáles están por las *élogos* que huelen á requeson, y cuáles por los *fragmentos* que apestan á pólvora y cera amarilla; los unos se inclinan á los libros en folio, los otros á las enciclopedias homeopáticas, que pueden ir en carta; y hasta hay quien goza con las novelas traducidas en 365 tomas al año, que nos suelen dar los periódicos por vía de folletín. ¿Por qué, pues, estrañar que haya tambien quien encuentre el complemento de su fruicion voluptuosa en hojear y repasar, estudiar y comentar á su modo las sustanciosas páginas de la Guía de Forasteros?

Por de pronto la parte mas sabrosa de todo escrito moderno, quiero decir, la personalidad, no ha de faltarle: porque siendo este libro todo compuesto de personalidades, es natural que escite hasta el mas alto grado el interes del lector. Añádase á esto que allí no hay articulos de fondo sin fondo, ni polémica clara como su nombre; ni principios para disfrazar fines; ni profesion de fé espontánea; ni demas tiramira de los publicistas del día.—Nada de eso; hechos, no opiniones; cosas, no palabras; resultados, no premisas; axiomas, no problemas... ahora vayan Vds. á buscar un libro que le haga pareja.

Pero no hay que creer que es solo la curiosidad lo que trata de satisfacer el lector en la meditacion y el estudio de aquella veneranda nomenclatura; motivos mas positivos le inclinan sin duda á pasar largas horas de la noche engolfado en tan suave entretenimiento.

—«Mi hijo no tiene talento para abogado» (decia una dama de buen parecer á cierto ministro).—«Vaya (replicó este) pues le haremos consejero.»

La lectura de la Guía, la magnífica perspectiva del coro gubernamental, es el objeto de la esperanza, la ráfaga luminosa de todo viandante, que no sabe por dónde caminar.—Allí están las asesorías, las protectorías, las conservadurías, las consultas; allí las togas y judicaturas para los letrados titulares; allí las embajadas, secretarías y consulados para los legos; allí las intendencias y gefaturas para los políticos; allí las fajas y entorchados para los militares; allí los báculos y mitras para los eclesiásticos; allí las bandas y cruces para todo el mundo sin distincion de sexo ni edad.

El abogadito mancebo, que no gusta de hacerse oír en la audiencia, busca una plaza de oidor en ella,

mientras su conlega el vetusto don Pedancio, el *fac simile* de una particion testamentaria, echa el ojo á una protectoría que tenga rentas que proteger. El tonto de sentidos y potencias aspira á ser director, y el miope sin anteojos, nada halla mas apetitoso que una plaza de vista. No hay cura de aldea que no rece todas las noches por verse en las páginas de la Guia que dicen relacion á los ilustrísimos; ni cadete del colegio que no se crea destinado á figurar en las primeras del Estado militar.—«¿Por qué no me han de dar unos honores?» dice á sus solas el que toda su vida estuvo reñido con el honor.—«¿Por qué no he de ser yo secretario?» esclama el que jamas pudo guardar un secreto.

Hay seis líneas en la Guia, con las que sueñan, en primer lugar todos los hombres políticos; en segundo todos los militares; en tercero todos los eclesiásticos; y en cuarto y último todos los demas que nada son.—Y estas líneas (ya lo habrán adivinado mis lectores)

son las seis que ocupan los secretarios del Despacho, ó sean gefes del gobierno de la administracion.—Hé aquí el término luminoso de las oscuras intrigas, la meta ostensible de los públicos combates en el campo de batalla, en el parlamento, en la prensa, en los círculos y hasta en las plazas y cafés. Ellas son el punto culminante de la pirámide gubernamental; punto á la verdad tan estrecho é inseguro, que ninguno de los que á él llegan puede sostener largo rato el equilibrio, y fulto de fuerzas y turbado de razon, bambolea luego, y cae entre los chibidos y algazara de la multitud agolpada á la base.—Sin embargo todo es agitarse y bullir, y trabajar para encaramarse; y sudar y adelantarse y escurrirse y retroceder; y llegar á la cúspide; y rodar estrepitosamente al panteon.

A la verdad que no hay espectáculo giunástico mas divertido que el que forman los Auriolos políticos, reuniendo sus esfuerzos en torno de la cucuña ministerial.



¡Qué triunfo! ¿no veis allá arriba pendientes de sendas cadenas, otras tantas enseñas que el viento sacude y hace saltar en derredor del mástil?—Pues son las seis bolsas de terciopelo carmesí que entreabren sus bocas: y chorrean órdenes, y circulares, y proclamas, y censuras, sobre la muchedumbre que las recibe allá abajo con algazara; y los unos la pinchan

y garrapatean con una pluma; los otros las destrozan con una espada; aquel las pisa con una prensa; este las envuelve entre los pliegues de su oratoria.—Y las bolsas á vomitar y llover papeles *de oficio*, escrito por mitad; y las prensas y aparatos de guerra de los sitiadores á dispararles otros *por oficio*, escritos por entero y en cerradas columnas; y los maniobrantes

de arriba á caer debajo; y los de abajo á subir arriba; y las bolsas siempre atadas á las cadenas; y el pueblo pagando el espectáculo, y riendo que te reirás.

Entre tanto la Guía de Forasteros (el programa de la función) circula de mano en mano; y unos hallan de menos un nombre, otros creen que hay muchos nombres de mas: cuáles animados de un buen deseo quieren saltar á la plaza, y colocarse entre los *precisos operarios*; cuáles se contentan con pagar, reír, y comprar el programa.

Con ellos me entierren.—Y dejemos aquí la pluma, que parece haberse despertado hoy un sí es no es abierta de picos, y como que pretende lanzarse á materias que por propia convicción le están vedadas.

Mas no teman mis lectores que se estravie, ni que renuncie á la tranquila senda que ella misma se trazó cuando por ahora hace diez años empezó á borrajear estos festivos cuadros de las costumbres contemporáneas.—Nada menos que eso; mi *mision sobre la tierra* es reír; pero reír blanda é inofensivamente de las faltas comunes, de las ridículas sociales.—Quédese la apetecida palma de la sátira política unida á la memoria de mi desgraciado amigo *Figaro*. Por dos distintas sendas caminamos siempre, y ni él siguió mis huellas, ni yo pretendí nunca mas que admirar y respetar las suyas.—Esto va en temperamentos y en convicciones, pues ni yo soy *Figaro*, ni veo las cosas con tan tétricos colores, ni entiendo de políticos acha-

ques, ni estoy determinado á atentar á mis días por fastidio y cansancio de la vida.—Todo lo contrario. Mi paciencia es grande; y aunque hijo de este siglo, quisiera, si es posible, arribar al próximo, aunque no fuera mas que por satisfacer mi sabida *curiosidad*.

Y siguiendo, pues, una marcha tranquila en este breve camino, cuento morir en mi cama cuando Dios fuere servido (lo mas tarde mejor); y mas que envuelva siempre en mi capa una completa nulidad; y mas que nadie eche de ver mi falta el día en que aquello suceda; y mas que no se derramen flores sobre mi tumba; y mas que no resuene cerca de ella la delicada lira de Zorrilla; y mas que mi nombre no figure en el *Plutarco Español*, ni en la *Guía de Forasteros*, quiero pasar la vida sin excitar lástima ni envidia, y que la modesta lápida que cubra mis cenizas pueda parodiar en otros términos el famoso *pas mème de Piron*, leyéndose en ella con letras bien gordas:

AQUI YACE

UN HOMBRE QUE NO FUE NADA:

ABSOLUTAMENTE NADA:

NI SIQUERA JEFE POLITICO.

EL CURIOSO PARLANTE.

(Enero de 1842.)

(Nota 26.)

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.



APÉNDICE. (Nota 27.)

CUATRO PARA UN HUESO.

Hasta los tiempos que corren se ha venido repitiendo, y no sin razón, que una de las grandes calamidades que han influido en el decaimiento de nuestra España, era el furor que á todos aquejaba de lanzarse á los empleos públicos; y para explicarnos con una palabra técnica y popular, la *empleomanía*. Que ella alejaba de los estudios útiles, de los campos y talleres á una inmensa masa de ciudadanos, los cuales hallaban mas cómodo asegurar su subsistencia, y adquirir honores á trueque de un trabajo material ó limitado, que romperse la cabeza en sólidos estudios ó en mecánicas faenas, para abrirse paso á una de las pocas carreras llamadas independientes. Y que, en fin, el halago de los oropeles cortesanos, la ambición de las altas posiciones en la escala social, sacaba de su quicio á la imaginación mas modesta, y la hacían desdenar otros caminos por este, que se apellidaba el camino real de la fortuna.

Ahora, bendito Dios, sucede todavía lo mismo; pero acontece con esto como con todas las costumbres inveteradas, que duran aun largo tiempo despues de haber desaparecido el objeto: como en aquellas romerías que el pueblo sigue por rutina, aun despues de haber dejado de existir el santuario; como aquellos paseos de viejo celibato ante los cerrados balcones de su pasada beldad.

Con efecto, la manía sigue, pero ha desaparecido el empleo; la romería progresa, pero quedó allanado el santuario; la adoración existe, pero ha huido del templo la deidad.

Y véase de qué modo indirecto, providencial y digno de todo encómio, hemos llegado, ó vamos á llegar al punto término tan ansiado de economistas y filósofos; al punto en que los empleos sean tan poco ansiados, que haya que imponerlos bajo multas y apercibimientos.

Todo esto se ha conseguido por medio de un ingenioso mecanismo, que no se sabe qué admirar en él mas; si la sencillez del procedimiento, ó el poco discurso de nuestros mayores, á quienes les fue desconocido. Este descubrimiento mágico y sublime está dicho en dos palabras:—descubrimiento contra la avaricia.—Anular el valor de la moneda.

En primer lugar ha desaparecido á fuerza de manosearle el barniz aristocrático de los cargos públicos, con la simple operación de levantar su estanco, quiero decir, con ampliar á todo el mundo el innato derecho de ciertos nombres, de ciertas familias, de ciertas condiciones. Esto es muy justo, y hoy dia, sin necesidad de pruebas de nobleza, de saber, ni aun de probidad, puede cualquier hombre, si quiera sea un vendedor de fósforos, ó un sastre remendon, echarle el ojo á aquella plaza que mas le cuadre, y embestirla de frente, que por poco que acometa, de seguro la ha de rendir.

Luego las hemos declarado todas al quitar, y no perpétuas, como antes, con lo cual cada quisque puede tener el gusto de saborear por cuatro ó seis meses una esclerancia ó señoría, y dejar luego el puesto al segundo galan. Con este ingenioso procedimiento ha desaparecido tambien la golosina del uniforme, porque necio será el que gaste en hechuras y bordados, para tres ó cuatro representaciones que le tocan en esta farsa, pudiendo alquilarlos por dias en la plazuela de santa Ana, ó en las ropeterías de la calle Mayor.

Seguidamente, hánse reducido los emolumentos á tablas de proporción, por ejemplo:—Tiempo de servicio, seis meses. Item de abono, dos.—Los cuatro restantes se inscriben en el gran libro del destino, y el destino los guarda allí.

Por último, y para complemento de este mecánico sistema, se ha subdividido cada empleo en cuatro lotes, ó sea mas bien en un premio y tres *accesit*, á saber: empleo de presente, empleo de pasado, empleo de futuro, sobresaliente á empleos; ó sea dicho de otro modo: el poseedor, el pretendiente, el jubilado y el cesante.—Los últimos viven de memorias, el segundo de esperanzas, y el primero de caridad. *Cuatro para un hueso.*

No sé yo cómo se atreven á decir nuestros dramaturgos que no encuentran en nuestra sociedad tipos originales que ofrecer en el teatro. Si ellos la estudiáran con la conciencia de filósofos, si ellos no desdeñáran sus naturales caracteres, por las inverosímiles creaciones é insustanciales peripecias de sus novelas dialogadas, á fé mia que habian de encontrar tantos y tan variados cuadros, tantos y tan nuevos colores en esta España que se deshace, como en la ya hecha supieron hallar Cervantes y Calderon, sin necesidad de acudir para ello á las consejas convencionales de Scribe, ni á los fantásticos abortos de Dumas.

Y sin salir de nuestro argumento de hoy, ¿de qué sociedad sino de la nuestra, podrian copiar un pretendiente sin mas méritos que el de serlo, y un cesante con ellos, un jubilado de por vida, y un poseedor sin posesion?

Y ¿no es tipo único el de un hombre trepando cuestras y arrojando tempestades, para llegar á una altura adonde sabe que no existe mas que un árido arenal?

¿No es grupo interesante el del colegial que envidia al funcionario y el funcionario que echa miradas ávidas á la modesta ortera del colegial?

¿No hay algo de cómico en el retirado que estira los años de su servicio, y el poseedor que tiene que acortarlos para equilibrarlos con el presupuesto de ingresos?

¿No son del género sentimental la viuda y el huérfano que elevaron un monte de esperanzas, y á dos por tres le vieron convertido en un valle de lágrimas y desengaños?

En todos los países hay, se nos dirá, pretendientes y empleados; sí, responderemos; pero en aquellos, para serlo han de preceder estudios, méritos ó servicios; y aquí de nada de esto se necesita.—Allí, una vez conseguido el empleo, basta cumplir con su obligación para conservarle, y aquí es lo suficiente para quedarse sin él:—allí los años tienen doce meses, y los meses una mesada. Y aquí hay al cabo del año cinco mesadas ó seis; allí hay una tajada mas ó menos grata para uno solo; y aquí hay por lo menos cuatro para un hueso á medio roer.

Ahora bien, señores dramáticos, ¿no hallan Vds. en estos tipos aquella originalidad, aquella *vis cómica* que tanto pregonan? Pues entonces reniego de su ojo dramático, compren un Taboada, y méntanse á traducir.

EL GABAN.

«Et traje es el sobrescrito del alma, y el fiador de la persona:» decía un sastre extranjero por encubrimiento de sus minutas de forros y entretelas; y es-

ta expresion, que no pasa de ser una necedad en la boca ó en la pluma de un sastre, llegaría á ser sentencia y apoteogma en la de un filósofo griego ó en la de un orador parlamentario.

En efecto, y por poco que se reflexione, no podrá negarse la influencia del ánimo en la exterioridad de la persona, que es la primera parte de aquella máxima. Llenas están las leyendas de estas relaciones vestí-fisiológicas;—desde Diógenes que se vestía con una tinaja, hasta Mad. Sand que gasta levita y espuelas;—desde la acerada cota de Pelayo, hasta el fino paño de Sedan de nuestros héroes modernos.

La segunda calificación hecha del traje, esto es, la de «fiador de la persona,» es todavía mas fácil de probar; y si no hagan Vds. una prueba, señores lectores: abandonen por unos dias guantes y levitas; vistan chaquetas y zaraguéllas, calcen abarcas y sandalias, y échense luego de este modo á visitar damas y magnates, espectáculos y paseos; verá entonces claramente que valen por si solos, sin el sobrescrito del traje.

Pero en fin, reasumiendo en una ambas calificaciones, no podrá negarse que el adorno de la persona, cuando no otra cosa, puede tomarse generalmente como la expresion de la sociedad, y que bajo este aspecto el estudio de los figurines de modas es uno de los mas profundos á que puede entregarse el hombre meditador.

Prescindiendo por ahora de la simple, airosa y artística camiseta griega, de la noble y grandiosa toga romana, de las severas armaduras godas, de los vistosos yelmos y capacetes de la media edad; dejando á un lado los monótonos colorines chinos, los pintorescos ropajes musulmanes, la primorosa simplicidad india, ó la ostentosa variedad pérsica; plantémonos de un salto en medio de nuestra sociedad española de los siglos xvi y xvii, cuando terminada ya la guerra interior, y depuestos por la generalidad de los habitantes el escudo y arnés, formaron por primera vez una masa comun, una misma familia, regida por una misma mano, y gobernada por la propia religion y leyes.

Prescindiendo de los matices locales, propios de las diversas provincias y reinos recién incorporados, ¿qué hallamos en los trajes de aquella sociedad que no nos revele su índole, carácter y pretensiones? ¿no advertiremos en sus variados cortes y coloridos, sus plumajes y cimaras, el reflejo aun reciente de la ostentacion oriental?—La capita en los hombres; ¿no era una consecuencia del albornoz árabe?—La mantilla de las mujeres ¿no venia directamente del velo musulman?—Emblemas ambos de amor misterioso, de cortés galantería, ¿quién no reconoce en ellos aquella sociedad arrogante y amiga de aventuras? ¿quién no ve en el primer de las plumas y bordados la altivez y encumbradas pretensiones de los dominadores de Europa, de los descubridores del Nuevo-Mundo?

El íntimo contacto con los demas pueblos prestó por entonces al traje español una estremada variedad y riqueza, tomando de todos ellos aquella presea que mas halagaba al entonces justo orgullo nacional. El sombrerillo de terciopelo alemán, el gregüesco cortado á la veneciana, el justillo florentino, la levitilla francesa, la gorguera flamenca, campeaban en vistosa mezcla con la capita corta, la larga tizona toledana, y el oro, plumas y las pedrerías de Méjico y el Perú.

Insensiblemente, y al paso que nuestra influencia y originalidad, fuimos perdiendo tambien nuestro traje y cambiándolo por la casaca francesa y los enormes pelucones de la corte de Versailles.—No parece sino que á la zaga de Felipe V vino una legion de sastres encargados de borrar en las personas de los españoles el reflejo de su nacionalidad, y calzarles la libra parisiense.

Por desgracia hallaron una sociedad dispuesta á

vestirla. Los elegantes de entonces, que ya no recordaban la arrogancia de sus abuelos, admiraron y recibieron con entusiasmo las rizadas cabelleras postizas, los enormes casacones bordados, las pomposas botas y guantes, los galonados sombreros de la comitiva de Felipe de Borbon; y luego de concluida la guerra de sucesion, trocaron tizonas por espadines, petos por chupas de seda, barbas por bucles artificiales, braceletes por encajes, y espuelas por hebillas.—Las damas por su parte siguieron el mismo movimiento, y olvidaron sus sayas, mantos y dengues, por los tontillos, arracadas y empolvados artificios del cabello, á la Montespan ó á la Pompadour.

Este reflejo de la corte de Luis XIV fue desapareciendo igualmente con su memoria; y ya en el reinado del segundo hijo de Felipe, el gran Carlos III, quiso de nuevo la sociedad española rellejárse en el traje, y surgió de improviso la capa andaluza ó árabe, aunque ya con un carácter menos risueño, sin tanto adorno ni colorin; pero manejada siempre con igual desembarazo y gentileza; acompañábala entonces el sombrero chambergo que recordaba las antiguas glorias españolas; y en las damas la basquiña y mantilla, elegante, airosa, y peculiar emblema de nuestro suelo, se elevaron por entonces al mas alto punto de esplendor.

Todavía, es verdad, andaba alternado todo esto con resabios de la moda extranjera, todavía se dejaba ver aquella indecision propia de sociedades á medio traducir; y al paso que los *currutacos* y la masa del pueblo vestían chapetin y redecilla, calzaban zapato y cubrían su cabeza con sombrerones, los *petimetres* y grandes señores guardaban todavía respeto hácia la casaca bordada de sederías, la honrada chupa y el clásico espadín.

Pero vino Napoleón (que era un buen sastre), y á toda Europa la uniformó. Nuestros soldados perdieron coleta y botines, sombreros tricorinos y arcabuces, y recibieron *dolmanes* y chaquetas francesas, *shalcos* polacos y fusiles ingleses. El paisano, siguiendo aquel movimiento de uniformidad militar, adoptó generalmente el pantalón y el *frack*, y la elegante dama ostentó sus atractivos á favor de los pliegues de la *dulleta* y el *citoyen*.

—Los *petimetres* habían destruido á los *currutacos*; los *elegantes* acabaron con los *petimetres*.—

Desde entonces, y luego que pasó la época marcial de Napoleón, se empezó á elejir en el traje la incertidumbre de las ideas, la inconstancia del siglo nuevo, la ausencia de pensamiento dominante, en las instituciones, en los libros, en la tjera.

Mientras llegaba el caso de inventar algo de nuestra propia cosecha, continuamos recibiendo todos los correos la moda parisiense, envuelta con las leyes políticas, con los gustos literarios y con las aplicaciones científicas.—Pero esta obligacion envolvía una trasformacion tan continuada, que mas parecíamos arlequines que gente formal;—por ejemplo, cuando los *lechuguinos* (que así nos llamamos los sucesores de los *petimetres*) nos hallábamos muy orondos con nuestros pantalones ajustados y botas á *la bombé*, con nuestros talles altos y peinados á *la girafe*, de pronto venia de Paris la orden de ensanchar las bragas, y aplastar las botas, de bajar el talle, ó arruinar el moño;—al siguiente dia nos intimaban los ingleses sus enormes batas con carteras, y al otro los poloneses sus elegantes levitines de cordoaduro; sus pieles los rusos y los italianos sus gros.—Y no habia mas remedio que seguirlos á la carrera; porque, desgraciado el hombre ó la mujer (entonces no se decia la mujer sino *la señora*) que al dia siguiente de promulgada la moda de los frakes *pistachos*, ó de los *spencers* junquillos, se dejaba ver en el Prado infringiendo la orden, que no necesitaba mas para perder su reputacion y ahogar, como ahora se dice, su *porvenir*.

De este modo, y como movidos al impulso de mágico talisman, vimos desaparecer en una sola tarde todas las altas peinetas de concha, todas las botas de campana, todas las levitas de cúbica, todas las basquiñas de alepiu morado. Así como impusimos á nuestros caprichos los nombres de las cosas y de las personas de la época, diciendo *carrikes* á la Wellingthon, barbas á la Bergami, peinados á la Quiroga, gorros á la Navarino, y levitas á la Montresor.

Esta época de la moda era, si se quiere, ridícula, pero en fin, era variada: carecía de idea, pero andaba á caza de todas; era traducida, pero de todas las lenguas y no de una sola.

Al través de todas estas circunstancias descubriase en los rigoristas un pensamiento, que revelaba también el de la sociedad: y este pensamiento de acuerdo con el sentimiento natural, era el deseo de parecer mejor, de embellecer la persona con afeites y atavíos. Fue pues esta la época del similor y del abalorio, así como la anterior lo había sido de los diamantes y el oro macizo.

Hasta que vinieron los Hugolatrás, y de una plumada suprimieron los peluqueros y rapistas, dejando crecer barbas y greñas á placer; por otro decreto anularon la camisa ó la eclipsaron con la corbata: hicieron inverosímil el chaleco: desdeñaron cadenas y oropeles, y solo transigieron por la decencia con una modesta y abrochada levita.—Ya desde entonces todo hombre tuvo á gala parecer de siniestra y fea cutadura, y la palidez mortecina, los largos bucles y los anchos pliegos de las damas, fueron substituidos á ajustado corpiño andaluz, al rodete chinésco, ó á la rosita simbólica de la sien.

Por último, de supresion en supresion, los hombres hemos ido suprimiendo hasta llegar al *gabán* de verano, que no es mas que un pretexto para ir en camisa; siendo de suponer que siguiendo esta progresion, llegásemos muy pronto á los mandiles indianos ó á la hoja de parra de nuestro padre Adán, que es mas fresco: únicamente conservamos seriamente los guantes amarillos, que es lo suficiente para lo que entre nosotros se llama *ir vestido*.—Las damas (ahora se dice *las mujeres*), han seguido un sistema contrario, y en lugar de suprimir han ido adicionando á sus personas, en términos que si antes necesitaban seis varas de tela para su vestido, ahora gastan diez y ocho, y tras tantas de *crinolina* (léase *mirinaque*) para el amazon, con lo cual hay que andarlas adivinando como por entre tela de cedazo; y todas tienen el aire decampanas ambulantes, ó de hormigas en dos pies.

Resumiendo.—Hemos visto á nuestro siglo de oro, representado por las gallardas armaduras y los precitados jaeces, tomando estos sus diversos matices de todos los pueblos en que España dominaba;—la bordada casaca y los empolvados bucles representaron despues fielmente á un siglo de prestada bambolla, y de postizo y extranjero artificio;—la capa y la mantilla revelaron luego la verdadera índole de la sociedad puramente española;—el frak uniforme despues la influencia militar;—la variedad interminable de los trajes, la inconstancia posterior de las ideas;—por último, hemos llegado á una época en que no hay creencia en la moda, como no la hay en política, ni en literatura, ni en nada: reina en ella la anarquía como en la sociedad; se afecta la grosería y el feo ideal como en las acciones; se encubre la vaciedad á fuerza de tela, como la falta de razon á fuerza de palabras; por último, se ha destruido toda gerarquía, se han nivelado y confundido todas las clases, como en el mecanismo social.—La sociedad del día está, pues, simbolizada en el *Gabán*.

MUSICA CELESTIAL.

«Hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros.»
Mortatin.

La perfeccion social va creciendo entre nosotros, en términos que no es fácil averiguar adónde vamos.

Cuando hayamos acabado de fijar (que ya nos falta muy poco) cuál es la mejor forma de gobierno posible.—Cuál es la sociedad mas adelantada, mas feliz, mas justa, mas inteligente.—Cuando todo hombre se resuelva en derechos y no le aqueje ningun pícaro deber.—Cuando, en fin, esté probado, como dos y dos son cinco, que no nos equivocamos, ni en materias religiosas, ni en achaques políticos, ni en cosas de ciencias, literatura y artes.—Entonces ¡oh! entonces (digo yo para mi capote) ¿qué es lo que va á pasar aqui? ¿Y qué les dejamos que saber ó que gozar á los que vendrán despues, si tanta prisa nos damos los presentes á gozar y sabérselo todo?

Por fortuna este término no está lejos, y casi casi da gana de pensar que estamos, como quien dice, tocándolo con la mano, y que no ha de mediar el feliz siglo décimo nono sin que hayamos resuelto el problema de reducir al país á un estado de beatitud diáfano, trasparente, vaporoso y fantástico, en que todos seamos sábios, ricos, justos y benéficos, y la España entera un paraíso de Adanes, menos las serpientes y los camuesos.

Por de pronto hemos descubierto que todos somos sábios ya.—Que nuestras obras prosáicas y poéticas, periódicas y fijas, sólidas y líquidas, son todas admirables, inimitables, inverosímiles, enormes y patagónicas.

Y no hay que tomarlo á pulla, señores lectores; que somos nosotros los que se lo decimos; y cuidado con lo que nosotros digamos, porque ya se sabe que somos los órganos de este coro.

No, si no acérquense á cualquiera de las honradas librerías de esta heroica capital, y á trueque de algunas monedas de vellon, y de tales cuales malas razones del librero, tómense la pena de repasar las columnas de los periódicos diarios, terciarios, hebdomadarios, quincenos, mensuales ó trimestrinos.

Verán en todos ellos consignada nuestra opinion sobre nuestras propias opiniones.—Miraránlos estasiados de inefable placer al recomendar al lector pagano nuestros propios escritos.—Observarán (si no lo han por enojo) que mirados bien todos somos hombres grandes, genios no comprendidos, colosales, piramidales y chimboráceos.—Que en comparanza nuestra, Homero y Cervantes eran dos monaguillos.—Que aqui, donde nos ven, todos somos distinguidos, y ninguno soldado raso.—Como si dijéramos, licenciados, arciprestes, doctores en letras, en artes, en invencion.

Sabrán de oficio que todos tenemos nuestra *mission*.—Cuál de revelar á España los sucesos que han pasado por ella en los términos que nosotros queremos que debieron pasarla.—Cuál de pintarla pindáricamente el grado de felicidad que alcanza, para distraerla de sus dolores, y ahogar sus gemidos con nuestra *música celestial*.—El uno, de adormecerla con el suave narcótico de sus fragmentos poéticos, que si no tienen principio, tampoco se les ve el fin.—El otro la de hacerla el *bú* con sus peripécias dramáticas, sus monstruos coronados, sus amantes sombríos y sus hidráulicas victimas.

La crítica, que en tiempos fatales, ominosos, ignorantes y nimios, andaba armada con toda una espetera de crisoles, compases, anteojos y escarpelos, ha debido tomar el portante y marchar á otros países, v. gr. Alemania, Prusia ó Inglaterra, donde todos

son pobres patates; y dejarnos á nosotros que nos midamos y pesemos á nuestro antojo y segun nuestro leal saber y entender.

Nosotros, entonces, nos hemos declarado *en junta*; hemos abreviado el ceremonial y convertido el crisol en *incensario*, pasándolo mútua y cordialmente de mano en mano, con un ejemplar de nuestros escritos, para quemar, no estos, sino en obsequio de ellos, ya el arabesco incienso ó peruana vainilla, ya la rústica juncia ó el honrado espliego.

Pero todo esto con cierta solemnidad y prosopopeya, entonando al compas del oscilatorio pebetero cánticos de *hosanna*, estrambotes y aun estrambóticos de... «*Ecce homo*» «Mirad al hombre grande, fantástico, rutilante, providencial; escuchad su voz; admiradle profanos, glorificádle, encarecédle, y sobre todo, comprad su obrilla, que no hay mas que pedir. Véndese en la librería de... Cuesta 14 reales.»

El público, el pobre público, aturrido, atorolado, asfiado con aquel humo, con aquel incienso, con aquel ruido, corre de aquí para allí, y se empina de puntillas, y enristra los anteojos para descubrir al gigante,—y acierta á distinguirle allá arriba muy arribota, en hombros de los demas, tamaño como un cañamon.—Con lo cual da al diablo su miopia y catalejos—y luego corre á buscar el camino de la librería para adorar á aquel dios en su templo.—Pero... ¡oh veleidad! No bien ha dado tres pasos, cuando ya va diciendo para sus adentros.—«¡Eh! ¡qué diablos! lo mismo decian de mi vecino y es un porro.»

Con esto, y con ver cruzar á la sazón á una pícara rapaza de diez y ocho años, con dos ojuelos brillantes como luceros, ó sentir al pasar por la plaza el olorcillo de los jamones de Caldelas ó de las truchas del Barco de Avila, luego al punto pone en olvido al pregonado autor, y corre á colocar sus monedas en manos de la niña retozona ó del honrado mercader.

Sin embargo, despues de regalarse con la carne ó el pescado en cuestion, quédale todavía un ruido sordo, un cierto rum rum de la pasada pesadilla; y va repitiendo *gratis et amore* á todo el que quiere oírle que «Fulano es un grande hombre,» que sus obras son muchas obras y...—¿Las ha leído V.?—No señor, pero...—Yo tampoco.

Entre tanto el incensario quema que te quemarás; y no bastando e ya los aromas pérsicos ni los tomillos de la Alcarria, quema ajos y cebollas fritos en aceite; con que pronueve en el concurso una tosecilla seca, que déjelo V. estar.

Y luego coje uno de los acóritos incensadores cualquier trozo de las obras incensadas, y se lo encaja al público echándole en el incensario, que es lo mismo que dar con él en las narices al autor.—Por cierto que el olorcillo que suelen dejar los tales papeles, no es de lo mas grato, que digamos, con que se arma allá arriba una nube de vapores de hombre grande, que el diablo que aguarde su resolucion.

Y sigue la rueda, y continúa el bamboleo; y entre cánticos y silbidos, castañetas y repiques, queda dormido y narcotizado sobre rosas el embalsamado autor; al tierao arrullo del *rondo* final;

Hoy por tí
mañana por mí:
solos nosotros valemos aquí.

Coro.

Incensémonos,
incensémonos,
porque es bien que nos incensémonos.

(1842.)

LA PLAZA MAYOR DE MADRID.

Origen.—Renovacion.—Fiestas reales.—Incendios.—Autos de fé.—Suplicios.—Nombres, etc.

DESDE los tiempos de Juan II, á principios del siglo xv, hacen ya mención de esta célebre plaza los analistas matritenses, y no puede dudarse de su existencia en el mismo sitio que ocupa hoy la que se construyó posteriormente.

Imediato á ella, y mirando á Oriente, como á la embocadura de la calle de Milanese, se alzaba la *puerta de Guadalajara*, cuya pomposa descripción puede verse en las obras del maestro Juan Lopez de Hoyos, y que se conservó hasta 1580, en ocasion que, haciendo fiestas la Villa por haber ganado á Portugal el rey don Felipe II, pusieron en ella tantas luminarias que se incendió del todo, acabándose de demoler posteriormente. En una de las casas inmediatas á esta puerta, nació en 25 de noviembre de 1505 el Fénix de los ingenios, *Frey Lope de Vega Carpio*, cuya fecundidad asombrosa no tiene igual en la moderna Europa.

El estado de deterioro á que habia venido la plaza á los principios del siglo xvii, movió al rey don Felipe III á disponer su completa demolicion y la construccion de una nueva digna de la corte mas poderosa del mundo. A este fin dictó las órdenes convenientes á su arquitecto Juan Gomez de Mora, uno de los mas aventajados discípulos de Juan de Herrera, el cual la dió terminada en el corto espacio de dos años en el de 1619, ascendiendo su coste total á novecientos mil ducados.

Tiene su asiento en medio de la villa, formando un espacioso cuadrilongo de 434 pies de longitud por 334 de latitud y 1,536 en la circunferencia. Tenia por toda su estension, antes de los deterioros que la padeció posteriormente, cinco pisos sin los portales y bóvedas con 75 pies de alto y 50 de cimientos, y con salidas á seis calles descubiertas y tres con arco. En sus cuatro lienzos habia 136 casas con 477 ventanas con balcon, y habitacion para 3,700 vecinos, pudiendo colocarse en ella en ocasion de fiestas reales, hasta 50,000 espectadores. Los frontispicios de las casas eran de ladrillo colorado, y estaba coronada por terrados y azoteas cubiertos de plomo y defendidos por una balaustrada de hierro; esta y las cuatro hileras de balcones de los distintos pisos estaban tocados de negro y oro, todo lo cual y su rigorosa uniformidad, la daba un aspecto verdaderamente magnifico.

En medio del lienzo que mira al sur se construyó al mismo tiempo que la plaza el elegante y suntuoso edificio con destino á servir de *Casa Real de Panadería*, en su parte baja, y magnificos salones en el principal para juntas y otros actos solemnes, y para recibir á los reyes cuando asistian á las fiestas que se celebraban en esta plaza.

En el lienzo frontero, se elevó tambien otro suntuoso edificio para *Carnicería de la Villa*, la cual era comun á vecinos y forasteros, á diferencia de las otras dos carnicerías públicas que existian, una en la plazuela de San Salvador para solo los hijos-dalgo, en que se pesaba sin sisa, y la otra en la colacion de San Ginés, para los pecheros, con sisa, y duraron hasta 1583 en que se quitaron los pechos.

La relacion de los sucesos, ya trágicos, ya festivos, que desde la época de su construccion hasta el día ha sido testigo esta plaza, daria materia á un largo volúmen; pero limitados hoy á los estrechos términos de este artículo, indicaremos solo los mas principales, para excitar la curiosidad y el interes de los investigadores de las glorias matritenses.

El primer suceso histórico á que sirvió de teatro esta plaza tuvo lugar á 15 de mayo de 1620 á pocos

meses despues de concluida la nueva. Celebrábase aquel día por la Villa la beatificación del glorioso *Isidro Labrador*, con una solemne función, para lo cual se juntaron en Madrid los pendones, cruces y cofradías, clerecías, alcaldes, regidores y alguaciles de cuarenta y siete villas y lugares; formándose una procesion en que se contaban 156 estandartes, 78 cruces, 19 danzas, y muchos ministriles, trompetas, y chirimías. El cuerpo del santo se puso en una arca de plata que hicieron y donaron los plateros de Madrid, y costó 16,000 ducados, sin la hechura: y habiendo venido el rey y su familia desde Aranjuez, hubo danzas, máscaras, fuegos y encamisadas por espacio de ocho días; en la plaza se armó un castillo con muchos artificios de fuegos, que se quemó por descuido, terminando la fiesta con un certamen poético para nueve temas que propuso la Villa, y del que fue secretario el célebre Lope de Vega, que despues le publicó.

Por auto acordado de 30 de junio del mismo año, se puso tasa en los balcones de la plaza para las fiestas reales, señalando á los primeros el precio de doce ducados, ocho á los segundos, seis á los terceros y cuatro á los cuartos; lo cual se entendía solo por las tardes, pues el disfrute de las mañanas era de los inquilinos de las mismas casas.

Habiendo fallecido Felipe III á 31 de marzo de 1621 levantó Madrid pendones por su hijo don Felipe IV en 2 de mayo siguiente, celebrándose esta ceremonia con grande aparato en la nueva plaza Mayor.

Mas trágica escena se representó en esta á 21 de octubre del propio año de 1621, alzándose en medio de ella el público cadalso en que fue decapitado el célebre valido y ministro don Rodrigo Calderon, marques de Siete Iglesias; y viendo Madrid con asombro rodar á los pies del verdugo la cabeza del mismo magnate que pocos meses antes había visto pasear aquella plaza con gallardía al frente de la guardia tedesca cuyo capitán era: catástrofe memorable que le pronosticó el tambien desgraciado conde de Villamediana, con motivo de cierta reyerta que en las fiestas anteriores tuvo don Rodrigo en la plaza con don Fernando Verdugo, capitán de la Guardia Española, en aquellos versos que decían:

«¿Pendencia con Verdugo, y en la Plaza?
Mala señal por cierto te amenaza.»

Aquel malogrado conde, y mordaz poeta satirico, fue tambien asesinado á poco tiempo en su propio coche en la calle Mayor inmediato á la Plaza, cuya muerte se atribuyó á los celos que inspiró al rey.

El domingo 19 de junio de 1622 celebró Madrid la canonización del mismo patron San Isidro Labrador al propio tiempo que la de los santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesus y Felipe Neri, con grande solemnidad de altares en la plaza y calles del tránsito, procesiones, máscaras y luminarias; cuya pomposa relacion publicó Lope de Vega, autor de las dos comedias representadas en aquella ocasion á los Consejos y Villa en la plaza Mayor, y cuyo argumento está tomado de la vida de San Isidro.

Sabida es la venida del príncipe de Gales (despues Carlos I de Inglaterra que murió en un caballo) á la Corte de España en 1623, con el objeto de ofrecer su mano á la infanta doña María, hermana de Felipe IV. Habiendo partido misteriosamente de Londres el 2 de marzo, acompañado solo del marqués de Buckingham y de algunos criados, llegó á Madrid de incógnito el jueves 26 en la noche, apeándose en la casa del conde de Bristol, embajador de S. M. B., que moraba en la calle de Alcalá, á quien sorprendió inesperadamente su arribo. Difundida la nueva el siguiente día por la capital, y avisados de ella el rey y su gobierno, pasó á visitar al príncipe el conde duque de Olivares, acordándose que aquella noche se viesen en el Prado

S. M. y A., como así se verificó, apeándose los dos simultáneamente de sus coches; y abrazándose con mucha cordialidad y cortesía, entraron en seguida ambos en el coche del rey y continuaron su paseo mas de dos horas.—El domingo siguiente hubo *rúa* ó paseo por la calle Mayor, á que asistió gran concurso de príncipes y magnates en sus carrozas, y todas las hermosuras de la corte. Encubierto en una de aquellas, recorrió tambien el paseo el príncipe de Gales, acompañado de sus embajadores y séquito, á todos los cuales saludaron desde la suya, el rey, la reina, los infantes y la princesa María. Otros varios días duraron las entrevistas confidenciales ó indirectas, en los paseos, y en las calles y desde las ventanas de los palacios respectivos; hasta que se señaló para la entrada pública el domingo 26 de marzo. Para ella, cuatro consejeros de Estado visitaron al príncipe por la mañana y le condujeron al convento de San Gerónimo, donde le asistieron durante la comida, que se le sirvió á la española; por la tarde fueron á besarle la mano todos los Consejos y la Villa de Madrid á caballo, con gran séquito y ceremonia, hasta que llegó el rey, á quien bajó á recibir el príncipe hasta el patio, subiendo ambos á caballo; y seguidos de todos los personajes de la corte, magníficamente ataviados, atravesaron las calles adornadas riquisimamente y con sendos tablados para bailes y comedias cerca de los Italianos, en la Puerta del Sol. calle Mayor, puerta de Guadalajara y Palacio. El príncipe despues de haber hecho una visita ceremoniosa á la reina é infantes, pasó á ocupar el cuarto que le estaba preparado.

Puede decirse que los seis meses que estuvo el príncipe de Gales en Madrid, hasta 9 de setiembre en que salió para Inglaterra, fueron una serie no interrumpida de festejos asombrosos, en que desplegó su carácter poético y caballeresco el rey Felipe IV, y su corte la grandeza y riqueza que encerraba en su seno; habiéndose para ello levantado espresamente la prohibicion de las pragmáticas recientes, sobre uso de alhajas de oro y piedras, sedas, telas, gualdrapas y guarniciones, lechuguillas, puños y manteos; quedando solo en su fuerza y vigor en cuanto á los cuellos y valonas.—Pero no siendo nuestro intento por ahora detenernos á describir aquella brillante época de Madrid, fijaremos solo la atencion un momento en las solemnes fiestas de toros celebradas para obsequiar al príncipe en la plaza Mayor el día primero de junio.—Para ello se puso otro balcón dorado junto al de SS. MM., y habiendo venido la reina en silla, por hallarse preñada, acompañándola á pie el conde duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazán y dos alcaldes de corte, ocupó su balcón con los infantes é infanta doña María; en el otro balcón nuevo (dividido con un cancel ó bio abo) se colocó el rey con el príncipe. En esta fiesta dicen los historiadores madrileños que fue la primera en que se introdujo sacar de la plaza los toros muertos, por medio de mulas; peregrina invencion que atribuyen al corregidor don Juan de Castro y Castilla.

Ultimamente, para celebrar el ajuste del próximo casamiento del príncipe con la infanta (que al fin no llegó á verificarse) dispuso el rey una solemne fiesta real de cañas para el lunes 21 de agosto, arreglándose diez cuadrillas que regian el corregidor de Madrid, el conde de Oropesa, el marqués de Villafraña, el almirante de Castilla, el conde de Montreuil, el marqués de Castel Rodrigo, el duque de Zen, el duque de Sesá, el marqués del Carpio y el rey en persona.—Merece verse la suntuosa descripción que hacen los historiadores de esta fiesta, como una de las mas magnificas que ha presenciado la corte de España, pasando de quinientos el número de caballos que entraron en ella, soberbiamente enjaezados, y montados por los mas bizarros personajes. La reina y

la infanta (á quien ya llamaban *princesa*) asistieron al balcón de la Panadería, y se permitió á dicha infanta usar los colores del príncipe que era el blanco: luego entró en su balcón el rey con el príncipe é infante, y por órden de S. M. se quitó el cancel que estaba puesto entre ambos balcones, quedando el príncipe de Gales al lado de la infanta su prometida, con solo la reja de hierros en el medio.—Corrióse primero algunos toros, y luego pasó el rey á vestirse á casa de la condesa de Miranda, desde donde vino á la plaza con su cuadrilla, empezando S. M. la primera carrera con el conde duque de Olivares; y así que se avistó la real persona, se levantaron la reina, el príncipe, la infanta, el infante, los consejos, tribunales, y la demás concurrencia que llenaba la plaza, y estuvieron descubiertos hasta que S. M. terminó la carrera: siguió luego las demás escaramuzas y juegos todas las demás cuadrillas, señalándose en todas ellas la del rey, cuya gallardía y juventud (tenía á la sazón diez y ocho años) dió mucho que admirar al concurso todo.

Espectáculo de muy diverso género presentó la plaza nueva el día 21 de enero de 1624, en el *auto de fé* (el primero de que se hace mención en ella) celebrado por la Inquisición para juzgar al reo Benito Ferrer, por fingirse sacerdote. A esta ceremonia asistieron los consejos y autoridades, con todo el séquito de costumbre, los familiares de la inquisición, y las comunidades religiosas; y el reo fue quemado vivo en el brasero que se formó fuera de la puerta de Alcalá. Otro *auto de fé* se menciona en 14 de julio del propio año en que fue condenado Reinaldo de Peralta, buhonero francés. Este fue sentenciado á garrote y luego quemado su cadáver.

Entre las varias *fiestas reales* celebradas en aquella época, merece mencionarse la de toros y cañas, que hubieron lugar en esta plaza á 12 de octubre de 1629 para celebrar el casamiento de la misma infanta doña María (antes prometida al príncipe de Gales) con el rey de Hungría, á cuya fiesta asistió la misma infanta, y acabada aquella, salió de Madrid para reunirse con su esposo en Alemania.

El día 7 de julio de 1631 fue bien trágico para la plaza Mayor; pues habiéndose prendido fuego en unos sótanos cerca de la carnicería, tomó tal incremento que corrió hasta el arco de Toledo, desapareciendo en breves horas todo aquel lienzo. Duró el fuego tres días; murieron doce ó trece personas y se quemaron mas de cincuenta casas, cuya pérdida se valuó en un millon y trescientos mil ducados. No bastando los socorros humanos, acudieron á los divinos, llevando á la plaza el Santísimo Sacramento de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés, y San Miguel, y levantando altares en los balcones, donde se celebraban misas. Colocáronse también las imágenes de nuestra señora de los Remedios, de la Novena y otras varias, siendo extraordinaria la agitación y pesadumbre que tan trágico suceso ocasionó en todo el vecindario.

Sin embargo, no por eso dejaron de correrse pocos días después los toros de Santa Ana, en la misma plaza, á 26 de agosto siguiente: los reyes mudaron de balcón, y asistieron á la fiesta en uno de la acera de los Pañeros, porque en la casa Panadería había enfermos de garrotillo; y sucedió que á lo mejor de la fiesta, corrió rápidamente la voz de *fuego en la plaza!* ocasionada por el humo que veían salir de los terrados, y era á causa de que unos esportilleros se habían colocado á ver la fiesta sobre los cañones de las chimeneas del portal de Mauleros y Zapatería. La confusión que esta voz produjo, por el recuerdo de la reciente catástrofe fue tal, entre los cincuenta mil y mas espectadores que ocupaban la plaza, que unos se arrojaron de los balcones, otros de los tablados; en las casas de Zapatería reventaron las escaleras,

murieron en todo y estropeándose multitud de personas; y gracias á que el rey conservó la serenidad y permaneció en su balcón, mandando continuar la fiesta para asegurar á los alucinados.

Otro *auto de fé* celebró en esta plaza la inquisición de Toledo el día 4 de julio de 1632 con asistencia de la Suprema y de los Consejos de Castilla, Aragón, Italia, Portugal, Flandes y las Indias. Juzgóse en este auto á treinta y tres reos por diversos delitos de herejía, cuya relación imprimió el arquitecto Juan Gomez de Mora. El rey y su familia asistieron á esta solemnidad en el balcón sétimo del ángulo de la Cava de San Miguel.

A consecuencia de la causa de conspiración contra el Estado, formada al duque de Híjar, don Rodrigo de Silva, al general don Carlos de Padilla, y al marqués de la Vega, fueron degollados en público cadalso los dos últimos en la plaza Mayor, el viernes 5 de noviembre de 1648.

Muchos otros acontecimientos y fiestas tuvieron lugar en la plaza durante el largo reinado de Felipe IV; pero la mas señalada sin duda fue la solemne entrada pública de su segunda esposa doña Mariana de Austria el 15 de noviembre de 1645. La pomposa descripción de los adornos de la carrera, arcos, templetes, teatros, danzas y máscaras, puede verse en el analista Pinelo que la describió con su acostumbrada prolijidad. Baste decir que en la calle de las Platerías se armaron dos grandes gradas ó mostradores donde el gremio de plateros colocó joyas y alhajas riquísimas, por valor de mas de dos millones de ducados.

El reinado de Carlos II, el *de los hechizos*, ni durante su larga minoría, ni después que tomó las riendas del gobierno, prestó ni pudo prestar á la corte de España aquel colorido brillante, poético y caballeresco que el anterior, distando tanto el carácter é inclinaciones del nuevo monarca, de las que su padre había ostentado toda su vida. La austeridad y la tristeza, ocasionados por la enfermiza constitucion de Carlos, y por su espíritu apocado, se reflejaron sensiblemente en toda la monarquía, y el público madrileño ocupado unas veces con las intrigas palaciegas del P. Nitard y de Valenzuela, otras con los regios celos de doña Mariana y don Juan de Austria, y posteriormente con las dolencias y escrúpulos del rey, sus conjuros y su impotencia, apenas tuvo ocasion de presenciar en la plaza Mayor aquellos magníficos espectáculos de que tan grata memoria conservaba.

Hubo, sin embargo, algunos paréntesis halagüeños en aquella época severa y monacal; y así fue sin duda el que ocasionó el regio enlace de Carlos con la princesa María Luisa de Orleans.

Pero antes debemos hacer mención de otro episodio desgraciado de esta plaza, y fue un segundo incendio ocurrido en la noche del 20 de agosto de 1672, que devoró muchas casas y la real de la Panadería, la cual fue levantada de nuevo en el espacio de diez y siete meses, bajo los planes y dirección del arquitecto don José Donoso, uno de los corruptores del buen gusto, de que tanto abundó aquella época; si bien en este edificio, conservándose la planta baja que era de Gomez de Mora, trató el Donoso de imitar en las demas la construcción antigua, con los mismos tres órdenes de balcones, y uno corrido en el principal, y las dos torrecillas en los extremos del edificio. La escalera es ancha y maggestuosa, y los salones tienen magníficos artesones, pintados á competencia por el mismo Donoso y Claudio Coello. Desde el reinado de Fernando el VI ocupó estas salas la Academia de San Fernando, hasta su traslación á la calle de Alcalá; y hoy están ocupadas por la de la Historia, con su rica biblioteca y escogido monetario. — Pero volvamos á María Luisa de Orleans.

La solemne entrada de esta desgraciada reina en 13 de enero de 1679 sirvió de ocasion al pueblo madrileño para desplegar su natural alegría, y á la corte de España para ostentar aun las últimas llamaradas de su antigua grandeza.

En una antigua relacion del viaje de la reina, publicada por una de las señoras francesas de su comitiva, se lee lo siguiente: «Luego que S. M. estuvo adornada con los diamantes de ambos mundos, y cuando se hubo puesto un rico sombrero adornado con plumas blancas y realzado con la famosa perla llamada *la Peregrina*, la mas gruesa y bella de las perlas célebres, montó en un brioso alazán andaluz que el marques de Villamuyña, su caballero mayor, llevaba de la brida. La riqueza del traje añadía nuevos encantos á la belleza y magestad de la reina, y toda ponderacion es poca para pintar la grandeza y el lujo de su comitiva. S. M. hizo un ligero alto al pasar por delante de la casa del conde de Oñate, para saludar al rey y á su madre que estaban en sus balcones. En seguida se dirigió á Santa Maria, donde el cardenal Portocarrero entonó un solemne *Te Deum*.»

«Al salir de la iglesia, la reina pasó por bajo de varios arcos triunfales, y entró en la plaza del Palacio en medio de las aclamaciones de un inmenso pueblo. Pomposos carros y graderías con muchos personajes alegóricos, fábulas y emblemas, la enviaban las felicitaciones mas cordiales; los magistrados y autoridades, ricamente vestidos, la arengaron en español y en frances; el ayuntamiento la ofreció las llaves de la Villa; y los grandes de España acudieron á cumplimentarla con todo su magnífico séquito. Llegada á palacio, el rey y su madre bajaron á recibirla al pie de la escalera, y despues de haberla abrazado tiernamente, la condujeron al salon real, donde toda la corte se postró á sus pies y besó respetuosamente su mano.»

Entre la multitud de festejos celebrados con este motivo, *las fiestas reales de toros*, que tuvieron lugar en la plaza Mayor, fueron acaso las mas señaladas. Otra autora francesa contemporánea da, acerca de esta fiesta, las pinceladas siguientes.

«La plaza Mayor, circundada por un estenso tablado, y decorada magníficamente con elegantes colgaduras, ofrecia un golpe de vista mágico: al ruido de las músicas, y entre la animada agitacion de la multitud, estaban ocupando los balcones que les estaban señalados, las autoridades de la Villa, los Consejos de Castilla, de Aragon, de la Inquisicion, de Flandes y de Italia; las embajadas de todas las cortes; los gefes y servidumbre de la casa real; los grandes y títulos del reino. Ricos tabaques henchidos de dulces, de guantes, de cintas, abanicos, medias, ligas y *bolstros de ámbar llenos de monedas de oro*, eran ofrecidos á las damas convidadas por S. M.; y por todas partes reinaba un movimiento, una alegría, imposibles de pintar. Al aspecto de aquella plaza que traía á la memoria los antiguos circos del pueblo rey; de aquellas ricas tapicerías; de aquellos balcones llenos de hermosuras; de aquellos caballeros gallardeándose sobre bellos caballos andaluces, y luciendo á la vez su magnificencia y su destreza, Maria Luisa pudo gloriarse un momento de ser la soberana de un pueblo tan noble y tan galán.»

«Luego que el rey y la reina hubieron tomado asiento en su balcón, la guardia de archeros y de la lancilla hizo el *despejo* de la plaza: entraron en seguida cincuenta toneles de agua que la regaron, y la guardia se retiró bajo el balcón del rey, conservando aquel peligroso puesto durante toda la corrida, sin mas accion de defensa que la de presentar al toro en espesa fila las puntas de sus alabardas, y si el animal moria á impulsos de estas, sus despejos eran para los soldados. Seis alguaciles ricamente vestidos y sobre ligeros caballos atravesaron luego la plaza para traer

á los caballeros que debían lidiar: otros recibieron de las manos del rey las llaves del toril, y fueron á desempeñar su comision, no sin señales visibles de pavura, á la vista del toro que, abierta la compuerta, se lanzaba á la plaza con toda la ferocidad de su instinto.»

«Entre los *caballeros en Plaza* se hallaban el duque de Medinasidonia, el marques de Camarasa, el conde de Rivadabia y otros grandes, y un jóven sueco, (el conde de Konismark) hermoso, valiente, y que atraía las miradas de todos por la magnificencia de su comitiva. Componíase de doce caballos soberbios conducidos por palafreneros, y seis mulas cubiertas de terciopelo bordado de oro, y que llevaban las lanzas y *rejoncillos*. Cada combatiente tenia igualmente su comitiva, y todos estaban ricamente vestidos con variados colores y plumajes, bandas y divisas. Cada caballero llevaba cuarenta lacayos vestidos de indios, ó de turcos, ó de húngaros, ó de moros. Esta comitiva pasó la plaza y se retiró despues á la barrera.»

«No bien el primer toro se presentó en la plaza, cuando una lluvia de dardos arrojados, llamados *banderillas*, cayeron sobre él escitando el furor de la fiera con sus vivas picaduras. Corria entonces á buscar al caballero, el cual le esperaba con una pequeña lanza en la mano; hincaba su punta en el toro y quebrando el mango daba airoosamente una vuelta y buraba esquivando la furia del animal: un lacayo presentaba entonces al caballero otro *rejoncillo*, y volvía á repetirse la misma suerte; el toro fuera de sí, ciego de cólera, se adelantó una vez rápidamente hácia el conde de Konismark: un grito general se oyó en toda la plaza: la reina, no pudiendo resistir este espectáculo tan nuevo, se cubrió la vista con las manos: el jóven resistió con la lanza el primer impetu del toro; pero insistiendo este sobre el caballo, cae revuelto con él, en tanto que un diestro vestido á la morisca llama la atencion del animal y le pasa la espada tan felizmente que la fiera cayó redonda á sus pies. Las músicas resonaron de nuevo, las aclamaciones frenéticas de la multitud poblaron los aires, y el rey arrojó una bolsa de oro al intrépido matador. Seis mulas adornadas de cintas y campanillas arrancaron en seguida al toro muerto fuera de la arena; los lacayos retiraron al conde de Konismark herido, y el drama volvió á empezar con un segundo toro.»

Contraste formidable con esta fiesta, presentó en el año siguiente, aquella misma plaza, con el memorable *auto de fé* de 30 de junio de 1680. La relacion de esta trágica escena, publicada por José del Olmo, es demasiado conocida y anda en manos de todos, para que nos detengamos en renovarla. Diremos solo que en ella, como en el último alarde solemne de su poderío, ostentó la suprema Inquisicion todo aquel aparato terrible, á par que magnífico, con que solía revestir las decisiones de su tribunal. Desde las siete de la mañana hasta muy cerrada la noche, duró la suntuosa ceremonia del juramento, la misa, el sermón, la lectura de las causas y sentencias. El rey y la reina (aunque esta última debe suponerse que á despecho de su voluntad tierna y apasionada) permanecieron en los balcones de la Panadería las doce horas que duró aquel terrible espectáculo; y lo mismo hicieron los Consejos, Tribunales, Grandes, Títulos y Embajadores, etc.

La descripcion minuciosa de las ceremonias, y el aspecto soberbio é imponente que presentaba la plaza, henchida de espectadores; la noticia de los nombres, cualidades, causas y sentencias de los reos, que ascendieron á mas de ochenta, de los cuales 21 fueron condenados á ser quemados vivos, todo ello puede verse en la ya citada relacion de José del Olmo, testigo de vista y funcionario en la ceremonia. Concluida esta, los 21 reos condenados al último suplicio, fueron conducidos al quemadero, fuera de la puerta de

Fuencarral, durante la ejecución de las sentencias hasta pasada la media noche.

El siglo XVIII, comenzó para la monarquía española con un cambio de dinastía, de política, y hasta de usos y costumbres; pues con la muerte de Carlos II sin sucesión directa, acaecida en 1700, entró á ocupar el sòlo español la augusta casa de Borbon representada por el duque de Anjou, solemnemente proclamado bajo el nombre de Felipe V.

La famosa guerra que tuvo que sostener catorce años con varias potencias de Europa para hacer valer su derecho, se hizo sentir harto en el pueblo de Madrid que, en medio de sus desgracias, le manifestó siempre una fidelidad á toda prueba. La plaza Mayor vió alzarse tabladros para la solemne proclamación de Felipe, y luego por los reveses sufridos por sus armas tuvo que presenciar tambien los que alzaron los austriacos para proclamar á su archiduque; y hasta miró atravesar al mismo, mas como fugitivo que como triunfador, cuando habiendo entrado en Madrid el día 29 de setiembre de 1710, se volvió al campo desde la plaza, quejándose de que *no habia gente que saliese á recibirle*.

Terminada, en fin, la contienda en favor de Felipe, y asegurado este en el trono español, dedicó sus cuidados á embellecer la capital y promovió tambien aquellos regocijos propios de un pueblo tan principal; pero como sus costumbres é inclinaciones estaban mas en analogía con las francesas que habia visto en la niñez en la espléndida corte de su abuelo Luis XIV, no fueron tan comunes en su reinado las fiestas de toros, cañas, y comedias públicas, y hasta llegó á prohibir las primeras, y mandar aplicar á las necesidades de la guerra los gastos que se hacian en la representación de los *autos sacramentales* durante la octava del Corpus.

Huyendo instintivamente de todo lo que le recordaba á la casa de Austria, su antagonista, edificó nuevo palacio real: desdeñó profundamente el Buen Retiro y Aranjuez; creó un nuevo Versalles en San Ildefonso, y hasta mandó labrar su sepulcro en él, por no ir á reposar con sus antecesores en el régio panteon del Escorial.

La plaza de Madrid, ya destituida de la importancia de aquellos actos de ostentación, se convirtió en mercado público, y cubriéndose de cajones y puestos para la venta de toda clase de comestibles, solo en alguna ocasion solemne de entrada de reyes, coronación ó desposorio, solia despejarse y volver á servir de teatro á las fiestas reales. Tal sucedió en el pasado siglo á la proclamación de Fernando el VI, á la entrada de Carlos III el 13 de julio de 1760; últimamente á la jura del príncipe de Asturias, despues Don Carlos IV, su proclamación, y en alguna otra ocasion análoga.

Pero á fines del mismo siglo, otra tercer catástrofe vino á destruir gran parte de esta hermosa plaza; tal fue el violentísimo incendio que empezó en la noche de 16 de agosto de 1790 y de que aun conservan algunos ancianos dolorosa memoria. Todo el lienzo que mira á oriente y parte del arco de Toledo desaparecieron completamente, y las desgracias y pérdidas fueron imposibles de calcular.

Pero de esta misma desgracia, nació la necesidad de reedificar bajo una forma mas elegante y sólida los dos lienzos ya dichos; los cuales han servido de modelo para la conclusión de los demas que aun continúan en la parte que mira al poniente; terminada la cual, quedará la plaza con un aspecto bello y magestuoso.

El siglo actual no carece tampoco de episodios brillantes para la plaza, y tal puede llamarse el de las funciones reales celebradas en ella el 19 de julio de 1803 con motivo del casamiento del príncipe de Asturias don Fernando (despues VII) con la infanta doña Antonia de Nápoles.

Durante la invasión francesa continuó sirviendo esta plaza de mercado general, hasta que se trasladó á la plazuela de S. Miguel, y tambien de teatro de los supplicios de los patriotas españoles condenados á muerte por el gobierno de José. — En 1812 vió levantarse arcos triunfales para recibir las tropas anglo-hispano portuguesas al mando de *lord Wellington*. A los tres dias de su entrada, el 13 del mismo agosto se publicó en ella solemnemente la Constitución política de la monarquía española, promulgada en Cádiz á 19 de marzo del mismo año, y se descubrió sobre el balcon de la Panadería la lápida con la inscripción en letras de oro «PLAZA DE LA CONSTITUCION.»—Esta lápida fue arrancada y hecha pedazos el día 11 de mayo de 1814 con gran algazara; y en aquel mismo dia alzaban los vendedores de la plaza tres arcos de verdura para recibir á Fernando VII de regreso de su cautiverio. En marzo de 1820 fue de nuevo restablecida la Constitución, y colocada una nueva lápida con toda solemnidad y una alegría frenética, y en 24 de mayo de 1823 fue vuelta á arrancar con estrépito á la entrada del duque de Angulema y del ejército frances, substituyendo en su lugar otra que decia «PLAZA REAL.»

Pero antes de esta última escena habia sido teatro la plaza de otra memorable en la noche del 7 de julio de 1822 en que se trabó una reñida acción entre la Milicia Nacional y la Guardia Real, sosteniendo aquella la Constitución, y esta al rey absoluto; de que resultó vencedora la primera en las tres calles que despues fueron conocidas por los nombres del *Siecle de Julio*, del *Triunfo*, y de la *Milicia Nacional*.

Todavía los lijos de este siglo hemos llegado á tiempo de presenciar en esta plaza una de aquellas magníficas fiestas reales de toros en que ostentaba su magestad la antigua corte de dos mundos; y las celebradas el 20 de junio de 1833 y siguientes para solemnizar la jura de la princesa de Asturias (hoy reina doña Isabel II) pudieron sin duda competir en magnificencia y deslumbrador aparato con las mas famosas de la corte de Felipe IV; su relacion será leida por los venideros con el mismo placer que hoy leemos las de aquella época (1).

Por último, habiendo muerto en 29 de setiembre de 1833 el rey Fernando el VII, fue proclamada solemnemente en esta plaza su augusta hija doña Isabel II, por reina de España y de las Indias, y publicada luego la Constitución de la monarquía, volvió á colocarse otra lápida aplicando por tercera vez á la plaza este nombre á costa de tanta sangre disputado. (Nota 28.)

(1845.)

CONTRASTES. (Nota 29.)

Ha sonado la hora de concluir nuestra tarea, y en el momento supremo de decir el último *adiós* á las *Escenas Matritenses* no le parece al autor, fuera del caso el evocar las sombras de los que fueron, al mismo tiempo que intente borrajear algunos rasgos de los que á ser empiezan; dirigir una mirada retrospectiva hácia nuestra antigua España, con su original organización y sus tipos originales, para luego tornarla dulcemente hácia la España actual con sus flamantes imitaciones; considerar lo que fuimos en la antigüedad (la antigüedad en el lenguaje corriente, no va mas allá de dos lustros) para saborearnos luego á nuestro placer en lo que hoy somos; poner frente á frente la civilización antigua con la moderna; la corte-

(1) Posteriormente á este artículo, escrito en 1845, se han celebrado en esta misma plaza otras reales fiestas en octubre de 1846 con ocasion del augusto enlace de S. M. la reina doña Isabel II y de la Serma. Sra. infanta doña Luisa Fernanda, con todo el aparato y suntuosidad acostumbrada en tales casos.

sanía con la popularidad; la aristocracia con la democracia; el siglo con la imprenta; la rutina con la manía de innovar: la hipocresía con el escepticismo, y opinión privada con la pública opinión.

Esto supuesto, y por vía de codicilo final, intentaremos presentar á nuestros lectores algunos de los tipos rezagados de la vieja sociedad, que por no existir ya no han podido tener cabida en esta obra; y oponerlos luego otros de los modernos, que por no bien caracterizados todavía, no dieron motivo á especial retrato. Baraja estrambótica, y risueña mezcla de figuras antiguas y modernas, de chocheos y niñerías, de pretéritos y futuros, en que salgan á relucir en su traje respectivo los abuelos y los nietos, los muertos y los vivos, las momias acartonadas y los fetos en embrión.

Alto allá, la hora llegó; la trompeta suena... *Surge omnes et venite ad iudicium.*

TIPOS PERDIDOS.

EL RELIGIOSO.
EL CONSEJERO DE CASTILLA.
EL LECHUGUINO.
EL COPRADE.
EL ALCALDE DE BARRIO.
EL POETA BUCÓLICO.

TIPOS HALLADOS.

EL PERIODISTA.
EL CONTRATISTA.
EL JUNTERO.
LOS ARTISTAS.
EL ELECTOR.
EL AUTOR DE BUCÓLICA.



EL RELIGIOSO.

El representante mas genuino de nuestra antigua sociedad era el Fraile. Salido de todas las clases del pueblo; elevado á una altura superior por la religion y por el estudio; constituido por los cuantiosos bienes de la Iglesia en una verdadera independencia; abiertas á su virtud, á su saber ó á su intriga todas las puertas de la grandeza humana; dominando, en fin, por su carácter religioso y por su esperiencia todos los corazones, todas las conciencias privadas, venía á ser el núcleo de nuestra vitalidad, el punto donde corrían á reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos.—Un infeliz artesano, un misero labrador á quien la Providencia habia regalado dilatada prole, destinaba al claustro una parte de ella, confiado en que desde allí el hijo ó hijos religiosos servirían de amparo á sus hermanos y parientes; un jóven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales que les brindaban el reposo y la independencia necesarios para entregarse á sus profundos estudios, ó á la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante, ó un haragan, aprovechaban esta como todas las institu-

ciones humanas, para escalar á su sombra las distinciones sociales, para engañar con una falsa virtud, ó para vejetar en la indolencia y el descuido.

De estas excepciones se aprovechó la malicia humana para socavar y combatir con sus tiros el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa comun el siglo pasado y el presente, para echar por tierra la sociedad monástica; y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España ¿qué clase, por distinguida que sea, puede contar en sus filas un Jimenez de Cisneros y un Mendoza? ¿Un Luis de Leon y un Domingo de Guzman? ¿Un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo? ¿Dónde, mas que en los claustros, supo elevarse la virtud á la altura de los ángeles, la política y el consejo á la esfera del trono, el estudio y la ciencia á un término sobrehumano?—Piadosos ancoretas separados del comercio social, habitaban muchos en los yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente á la contemplacion y á la penitencia. Colocados otros en las ciudades, y en el centro bullicioso de la sociedad, estudiaban y acogian sus necesidades, brillaban en el consejo por la prudencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales que son todavía nuestro mas preciado blason.

Ademas de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representacion en la sociedad, y que llegaba á veces á elevar á un humilde franciscano á la grandeza de España, á la púrpura cardenalicia ó á la tiara pontifical, habian sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal.—Un pobre fraile, sin mas atavios que su hábito modesto y uniforme, sin mas recomendaciones que su carácter, sin mas riquezas que su independencia, entraba en los palacios de los príncipes; era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneracion por el pueblo infeliz. Asistiendo á las glorias y á las desdichas intimas de la familia, le veía desde su cuna el recién nacido, recibian su bendicion nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo á su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibía de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejos y oracion.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solia empañar el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones á ser causa de discordias entre las familias, de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un misero interes. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, ¿no pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas ó dirigidas por la influencia monacal?

El religioso, en fin, tiempo es de repetirlo, tiempo es de hacer justicia á una clase benemérita que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad, no era, como se ha repetido, un ser egoísta é indolente, entregado á sus goces materiales y á su estúpida inaccion. Para uno que se encontraba de este temple habia por lo menos otro dedicado al estudio, á la virtud y á la penitencia. No todos pretendian los favores cortesanos; muchísimos, los mas, se hallaban contentos en su independiente medianía y prestaban desde el silencio del claustro el apoyo de sus luces á la sociedad. No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino mas generalmente para dirigir las ó moderarlas.— Creer lo demas es dar asenso á los cuentos ridiculos del siglo pasado, ó á los dramas venenosos del actual.— Si pasaron los frailes, débese á la fatalidad perecedera de todas las

cosas humanas, á las nuevas ideas políticas ó á los cálculos económicos, mas bien que á sus faltas y extravíos.



EL PERIODISTA.

La civilización moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponer por su influencia al trazado en las líneas anteriores. El actual, no presenta para su recomendación títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data solo entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada.—Y sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter, y con armas de tan dudoso temple, el periodista es una potencia social, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos á su antojo, que varía en un punto la organización social. ¿Qué enigma es este de la moderna sociedad que se deja conducir por el primer advenedizo; que tiembla y se conmueve hasta los cimientos á la simple opinión de un hombre osado; que confía sus poderes á un imberbe mancebo para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla á levantar?

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un muchacho despierto y lenguaraz, que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras y ninguna concluye; que critica todos los libros, sin abrir uno jamás.—Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre, un genio no comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico.—Su padre, que no sabe á qué dedicarle, le dice que trata de ponerle á ministro, y que luego luego parta á la corte, donde no podrá menos de hacer fortuna con su desenfado y su carácter marcial.—El muchacho, que así lo comprende, monta en la diligencia peninsular; arriba felizmente orillas del Manzanares; se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo, y en el Casino; lee cuatro coplas sombrías en el Liceo; comunica sus planes á los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un periódico. A los pocos días tiende el paño y explica allá á su modo la *teología política*: trata y decide las *cuestiones palpitantes*; anatómiza á los *hombres del poder*; conmueve *las masas*; forma *la opinión*; es representante *del pueblo*, hace su *profesión de fé*, y profesa el fin en una *intendencia* ó una *embajada*, en un *gobierno político* ó un *sillon ministerial*.—Llegado á este último término, hace lo que todos: recibe la autorización de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la secretaria; coloca en ella á sus parientes y paniaguados; espide

circulares; firma destituciones; da audiencias; asiste á la ópera con aire preocupado; toma posiciones académicas; se hace retratar de grande uniforme por Lopez ó Madrazo; y se coloca naturalmente en la galería pintoresca de los personajes célebres del siglo.—A los seis meses ó menos de representación, cae entre los silbidos del patio, y queda reducido á su antigua luneta.—Vuelve á enristrar la pluma; vuelve oponerse al poder; vuelve á hablar de la «atmósfera melfica de los palacios, de la filantropía de sus sentimientos, de sus ideas humanitarias y seráficas;» hasta que otra oleada de la tempestad política, torna á colocarle en las nubes. Trueno de nuevo allí; vuelven á silbarle, y tórnase á escribir.... ¡Oh almas grandes para quienes los silbidos son conciertos y las maldiciones cánticos de gloria!



EL CONSEJERO DE CASTILLA.

En los tiempos añejos y mal sonantes en que no se había inventado el periodista magnate ni las reputaciones fosfóricas, necesitábase largos años para sentarse un hombre en sillón aterciopelado, dilatada carrera para regir la vara de la justicia, y un pulso tembloroso para llegar á firmar con Don.—El jóven estudiante que salía pertrechado de fórmulas y argumentos de las célebres áulas complutenses ó salmantinas, tomaba el camino de la corte, modestamente atravesado en un macho, y daba fondo en una de las posadas de la Gallega ó del Dragon. Desde allí flechaba su antejo hácia la sociedad en que aspiraba á brillar: hacia uso de sus recomendaciones y de sus prendas personales; frecuentaba antesalas; asistía á conferencias; escuchaba sermones; hacia la partida de tresillo á la señora esposa del camarista, á la vieja azafata, ó al vetusto covachuelo; y á dos por tres entablaba una controversia lógica sobre los pases de Pepe-Hillo ó las entradas del Mediator.

Por premio de todos estos servicios, y en galardón de sus reconocidos méritos (impresos por Sancha en ampulosa relación) acertaba á pillar un primer lugar en la consulta para la vara de Móstoles ó de Alcorcon; y si por dicha había acertado á captarse la benevolencia de alguna sobrina pasada del camarista ó de una hermana fiambre del covachuelo, entonces la vara que le ponían era mejor.—Servía sus seis años, y con otros dos ó tres de pretension, ascendía á segundas; luego á terceras, de corregidor de Málaga ó alcalde mayor de Alcaráz.—Aquí ya tenía la edad competente para pasado por agua, y acababa de encanecer en la audiencia del Cuzco ó en el gobierno de Mechoacan.

Regresado luego á la Península, entraba por premio de sus dilatados servicios en el Consejo de las Indias ó en el de los Ordenes, y de allí ascendía por último al Supremo de Castilla, á la Cámara, y al favor real.

Esto nunca llegaba hasta bien sonados los setenta; pero como la vida entonces era mas bonancible, aunque no tan dramática, el Consejero conservaba aun en sus altos años su modesta capacidad, su semblante sonrosado, su prosopopeya y coram-vobis.—Habitaba por lo regular un antiguo casaron de las calles del Sacramento ó de Segovia, en cuyos interminables salones yacian arrumbados los sitiales de terciopelo, los armarios chinoscos, los cuadros de cacerías, los altares y relicarios de cristal. Las señoras y las niñas hacían novenas y vestían imágenes en las monjas del Sacramento; los hijos andaban de colegiales en la Escuela Pía; los pajes y las criadas se hablaban á hurtadillas hasta llegar á matrimoniar.

El anciano magistrado madrugaba al alba, y hacía llamar al paje de bolsa para estender las consultas ó extraer los apuntamientos; á las ocho recibía las esquelas y visitas de los pretendientes y litigantes; tomaba su chocolate, subía en el coche verdinegro, y á placer de sus provecas mulas se llegaba á misa á Santa María.—Entraba luego al Consejo, y escuchaba en sala de Gobierno los privilegios de feria, los permisos de caza, las emancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio, calidad y peso del pan. Pasaba despues á la de Justicia, á escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias. Asistía luego en pleno á los árdusos negocios en que se interesaba la tranquilidad del Estado; pasaba los viernes á palacio á consulta personal con S. M.; y regresaba, en fin, á la Cámara á proponer obispos y magistrados, espedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio real.

De vuelta á su casa, comía á las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajon el ir á San Felipe ó á la Merced á buscar al R. Maestro Prudencia ó al Escelesiástico P. General, para llevarlos consigo á paseo la vuelta del Retiro ó á las alturas de Chamartín.—Allí se dejaba el coche, que les seguía á distancia respetuosa, y se hacia un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de esquisito sevillano.—Hablabase allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta ó la próxima promoción; se leían recomendaciones de pretendientes; y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del camarista con el sobrino del Padre general.

Al anochechar era natural regresar al convento, donde en armonioso triunvirato se consumía el jicarón de rico chocolate de Torroba, con sendos bollos de los padres de Jesus; y vuelto á casa el magistrado, despues de otra horita de audiencia ó de despacho, se rezaba el rosario en familia y se entablaba un tresillo ó ochavo el tanto con el secretario de la cámara y la viuda del relator, hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombrero y dejaban á su Ilustrísima descansar.

EL CONTRATISTA.

—HÁGANSE Vds. á un lado y dejen pasar á ese brillante cabriolé.—¿Quién viene dentro? ¿Es agente de cambios ó médico homeopático? ¿La bolsa ó la vida?—«¡Eh!.. ¡A un lado, hombre!»—«¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un arde de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construcción, el jockey se apea y va á dar el brazo, para descender, á

un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoracion de brillantes en el pecho. Sube apresuradamente la escalera sin reparar en las varias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los numerosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el cajero, y se encierra en su gabinete á calcular á sus solas cuánto le producirá el último corte de cuentas ministerial.



El agente de bolsa entra á la sazón á proponerle la venta de algunos millones de créditos: el oficial del ministerio le viene á pedir á nombre de S. E. otros millones en metálico: contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el gobierno no le cumplirá el trato; pero él ganará un millon.

El dependiente le trae á firmar una contrata; el habilitado viene á cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos; el escribano le lee una escritura de adquisicion de una propiedad; el comisario la hipoteca que hace de ella para la contrata; el cajero le da cuenta del arqueo; y el groom le entrega un billete perfumado de la prima donna ó el cartel de los toros que le remite el primer espada.—A todos contesta y en todo está. Recibe con franqueza á los amigos que le pagaban el café antes de ser contratista; con galantería á la cómica que le pide una recomendacion para el director; y con altivez al ministro que viene á proponerle otro negocio y á comer con él.—Pasa luego á dirigir personalmente el arreglo del jardín ó las colgaduras del salon; sale al Prado á dar en ojos á la rancia nobleza con su magnífico landó: va luego al teatro á decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas, y despues al Casino á trazar nuevas combinaciones ministeriales en que suele figurar él.

Todavía no se ha decidido á abrir sus salones á la sociedad; pero ya se decidirá. Y la sociedad, ansiosa acudirá á festejar al dichoso del día; y la pluto-cracia triunfará de la aristo-cracia, y de los rancios pergaminos los talegos de arpillera.—«Dineros son calidad.»

EL LECHUGUINO.

Este era un tipo inocente del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de pisaverdes, carrutacos, petimetres, elegantes, y tónicos.—Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda, su teatro el Prado y la sociedad. Su cuerpo estaba á

las órdenes del sastre; su alma en la forma del talle ó en el lazo del corbatín.—¿Qué le importaban á él las intrigas palaciegas, los láuros populares, la gloria literaria, cuando acertaba á poner la moda de los *carriks* á la inglesa ó de las botas á la *bombé*? ¿Cuando se veía interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac ó sobre los pliegues del pantalón!



¡Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, florida, primaveril! Y no como ahora nuestros amargos é imberbes mancebos, abortos de ambición y desnudos de ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda, ó dominados por la dorada realidad! ¡Dichosos aquellos, que mas filósofos ó mas naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera; estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de una beldad, ó seguían los pasos de una modista; danzaban al compás de los de Beluci, y tomaban á pechos las glorias de la Cortesí, ó los triunfos de Montresor!

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas en que el Lechuguino bailaba la gabota de Vestris y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del vals! ¡Qué tiempos aquellos, en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba á ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!... ¿Qué te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un día nos diste que hacer) y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los escépticos, los amargos, los displicentes, á quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusión?

¡Oh Lechuguino! ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿Dónde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad á Dios que vuelva; con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus guantes de algodón. Rogad que vuelva, con sus floridas ilusiones y su escasa ilustración; con sus idilios y sus ovillos; y sin barbas, sin periódicos, y sin *instinto gubernamental*.

EL JUNTERO.

ESTE tipo es provincial, moderno, popular y socorrido. Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad proveccta, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna. Militares retirados, periodistas sin suscritores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas, y cesantes del

TOMO I.

pronunciamiento anterior: hé aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café mas desastrado de la ciudad, y allí irá á buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura: de allí los arrastrará, cual á otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curul y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El Juntero, que así lo había previsto, ó por decir mejor, que así lo había preparado, luego que llega á entrar con aquella investidura en la casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica, en que habla de los *derechos del hombre* y del *carro del despotismo*, de la *espada de la ley* y de las *cadena de la opresión*; á cuya eufónica algarabía responde el guttural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados *vivas* y el consabido entusiasmo *imposible de describir*.—Y nuestro Juntero, padre de la patria, lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnimoda, independiente, irresponsable, heroica y liberal.—Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma á los pobres, se encarcela á los ricos, se persigue á estos, se despacha á aquellos (todo con el mayor orden) se canta el *Te-Deum*, y se pasea la junta en coche simon.



A los cuatro días empiezan á venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas, subsidios voluntarios de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones espontáneas bajo pena de la vida de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteosis del nuevo gobierno en la capital.

El Juntero entonces, hombre de orden, cambia su plaza de vocal por la de intendente ó gefe político, y se resigna á ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

EL COFRADE.

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno. Reuníanse en ellas los hombres bajo los auspicios de un santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santón;—discutían allí sobre las

10

fiestas religiosas é indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablan los certámenes y se hace la oposición;—y finalmente hasta en muchas de ellas y con reglamentos sábios y filantrópicos se atendía al socorro de los cofrades necesitados, como en los mútuos auxilios trazados hoy por las sociedades aseguradoras.—El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos, no es por lo tanto una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron á la civilizaci6n, no merecen por cierto el desdén del filósofo; y si el tiempo y la relajaci6n de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica influencia para estender el espíritu de asociaci6n y el instinto de caridad.



Pero dejando á un lado (por no ser hoy de nuestro propósito) la parte filos6fica y sublime de estas asociaciones, y limitados á trazar el tipo especial del individuo cofrade (que por ampliacion abusiva se apellida generalmente el *Sacramental*), halláremosle en el cancel de la iglesia, donde se celebra la funci6n del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de ordenanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del Santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es hombre como de medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado: su traje es sério, ó como él dice, *de militar negro*; zapato de oreja, pantal6n holgado y sin trabas, y en los días de solemnidad calzon corto con charreteras, casaca de moda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo deroseton.—Su profesi6n en el siglo es la de escribano ó alguacil, comadron ó menestral.—El celo que le anima por la hermandad, le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse á la asistencia á juntas, preparativos de la fiesta, procesiones y sufragios. En aquellas el Cofrade autorizado lleva el pend6n ó el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el impetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta también y encrespa los cuatro mechones de pelo caídos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta superior. En las juntas su voz es decisiva para todos los negocios árdnos, y muy luego se ve condecorado con las sucesivas investiduras de vice-

secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe ó magnate que no sabe que existe tal cofradia.) No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos estos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas ó adornar con flores el altar, se entrega con ardor á la propaganda, y trata de catequizar, para entrar en la hermandad, á todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre. Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero, no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el Sacramental hace pr6vida cosecha.

Ni es (por desgracia) solo el ardor espiritual el que suele andar en ello; también el pícaro interés mundano acierta á veces á salir al paso, que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradia, y el instinto provincial para auxiliarse mútuamente; porque conviene á saber que muchas de aquellas son formadas esclusivamente por gallegos ó castellanos, aragoneses ó navarros, los cuales á la sombra de Santiago ó Santo Toribio, Nuestra Señora ó San Fermín, tratan de buscar entre los cofrades, litigios si son abogados; enfermos, si son médicos; y obras de su oficio si honrados menestrales.—Ademas de esto, la cofradia suele tener algunos fondillos de que disponer; algunos créditos que percibir; algunas casas que administrar; y sin perjuicio de entrar á la parte en las indulgencias, no hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por ciento de comisi6n, ó vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del Cofrade es pensar que cuando fallezca, asistirán á su entierro quince ó veinte estandartes, le vestirán diez ó doce mortajas, y rellenarán su caja con una resma de bulas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confia que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mística especulaci6n.



LOS ARTISTAS.

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo habia pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy solo hay *Artistas*; y en esta calificaci6n entran indiferentemente desde el

pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andujar; desde el compas de Vitrubio, hasta el cuezo del albañil.

El que enciende las candelijas en el teatro, *Artista*; el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distintivo Artista*; el que toca la gaita ó el que vende alerías, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el Laberinto ó el Semanario, los sócios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro al rededor de la murga, *Artistas de afición*; el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... *Artistas, Artistas de escuela*.

Entre tanto, como todo el mundo es artista, los Artistas no tienen que comer, ó se comen unos á otros. — El clero y la nobleza que antes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse. — La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento, protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quiere estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos el ruido del aurífero metal. Cuando mas, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo mas elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron. — Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista entre tanto, desdenado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital; y se sube á una buhardilla con pretexto de buscar luces; allí se encierra mano á mano con su independencia, y se declara hombre superior y géneo elevado: descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y ostentando su escentricidad y porte exótico ó inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raices de que puede disponer. Desdena la critica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estoica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el mas altivo desden. Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas mas exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenian, y sustituido las artes liberales por otras, tambien *artes, y liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

TODAVIA humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de ayuntamientos; todavia resuenan sus glorias en nuestros oídos; todavia aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aun estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabremos decir de quién) con aquella autoridad local, inmediata, tangible, que iba aneja al baston de caña con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion, para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes, y no defraudar las esperanzas del país que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; hu-

ibilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar respecto á los mancebos y oficiales una actitud de estatua ecuestre; y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad. — Recogíase en seguida en un rincón de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luego la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapiés recibidos y dados en cuenta corriente; á tal indiscreta incursion en el bolsillo del prójimo, ó á cual permuta del marido por el amante, de la mujer agena por la propia mujer.



El Alcalde severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una seria reprimenda, recordando su deber á ellos que se disculpaban con no tener con qué pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganés ó pimientos en vinagre. Ultimamente les apercibía con otra amonestacion en caso de reincidencia, amen de dos ducados de multa impuestos el alguacil que hacia de ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil que hacia de ley.

No solo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad. Por las noches y ratos desocupados, se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y enrucijadas; detenía al ratero en su rápida carrera; protegía al bello sexo contra un inhumano garrote; echaba su baston en la balanza del tocino; conducía á su manso la oveja perdida; y si era acabada la pendencia la hacia volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de *ocurrencias* amenizan la última página del Diario de Madrid.

Otro de los cuidados, y el mas importante acaso de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde habia que admirar la inteligencia y esactitud del Alcalde vidriero ó comadron aplicados á la estadística. — Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una. — «¿ Hay novedad desde el año pasado? » y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados. Los apellidos recibían en su pluma terminaciones bárbaras que harían sudar al etimologista mas perspicaz: las profesiones siem-

fra eran las mismas: v. g. «Fulano, herrador; Zutana, su mujer, idem; Mengana, su abuela, idem, » etc. Preguntaba luego en la parroquia (queriéndola echar de culto), si había habido defunciones, y el sacristán le contestaba que de funciones solo había en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba por muerto de la matrícula.—En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y á sus educandas, bajo el genérico nombre de *artistas*; para él todos los vecinos de las buhardillas, eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios, los que tenían veinte y cuatro horas diarias de que disponer.

Llegaban luego las elecciones, y aparecían en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel. Un año daba el padron del barrio tres mil almas, y al año siguiente diez y seis mil; en aquel todos eran varones, y en este llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocación de los nombres, ocurría muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista tenía que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No era menos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la expedición de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados los anteojos, el gorro de algodón ó la gorrilla de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecía ocupado en atar y desatar (muchas veces del revés) padrones y registros, mientras iban entrando los postulantes desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salía á viajar.

—«Buenos días, señor Alcalde.» (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á don Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor.

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado V. al señor don Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial.)—Ya ve V., porque... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de... tal; que deja al amo que servía, por... razón de estado, etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato, busca donde sentarse, pero el Alcalde previendo este desacato, ha suprimido las sillas. Llegale en fin su turno, y el Alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero) á mí, don Magnífico Pabon, conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas...

—Mas que sea V. (replicó el Alcalde) el mismísimo Preste Juan. Aquí no hay mas que la ley; la ley...

Por fortuna acierta á entrar á la sazón el zapatero de viejo que trabaja en el portal de don Magnífico tras de un biombo (que no puede ser casa mas abierta) y aquel, conociendo lo árduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí, pero que no sabe como él, que viene á responder de un duro tomado al fiado puede...

—No importa (replica el Alcalde); la ley es ley, y V. tiene casa abierta, con que puede V. ser fiador. Estienda V. el documento, secretario, yo dictaré. «Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte, etc. (lo impreso) á don Fulano de tal, baron de Illescas, que pasa á las islas Filipinas en la Habana; va de *ut nã nte* á negocios propios: sale en posta, via recta, y con obligación de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte... Señas personales. Cara redonda; ojos idem; boca idem; pelo idem. Va sin enmienda. Valga por un mes.

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política, ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aun á todo honrado ciudadano una porción de derechos imprescriptibles, con los cuales puede en caso necesario engalanarse y darse á luz.



En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, culto, puertas, alcabalas, etc. . . amen de las extraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir. Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal, siempre que no se propase á decirlo, y mucho menos á quererlo remediar. Puede, si gusta, hacer uso de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de órden superior. Está en el lleno de sus prerrogativas, cuando hace centinela á la puerta de un ministerio, ó acompaña á una procesion uniformado á su costa con el traje nacional. Da muestra de su aptitud legal y representa la opinion del pais, cuando abandonando su taller ó su mostrador, va á escuchar la acusación y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego. Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura, cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, este oficial de su compañía, aquel gefe de su escuadron.

Por último, el bello ideal del Elector, es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de Electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue trocar un año la vara de Búrgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal.—Entonces es cuando reconoce lo bueno de un órden de cosas en donde uno es cosa; lo escelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de golan.—Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo) trabaja día y noche con asiduidad; asiste á comisiones; registra expedientes; presenta proyectos; sostiene polémicas; dirige obras públicas y comedias patrióticas; y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas. Verdad es que llegado aquel caso se toma también la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores, responde heroicamente cual el otro ilustre romano: «Hoy hace un año que me pronuncié y salvé á la patria; y vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses.»—Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCÓLICO.

Hé aquí otra raza antidiluviana que los futuros geólogos hallarán en el estado fosil bajo las capas de

superposiciones de nuestra tierra vegetal. Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del siglo ha hecho desaparecer de la escena con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripaléticos, sus fieles Melampus, y su cayado patriarcal.



Hoy día, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, ó á un desafío á pistola entre dos filósofos, ó á una imprecacion al diablo hecha por una mujer fea y superior.—El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas por los responsos y nocturnos; y el amor cieguzuelo por el ojo anatómico del doctor Gall.

Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso

«de pacer olvidadas escuchando.»

hoy solo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alarido interrogan á la muerte sobre su fatídico porvenir. Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos, ni leche regulada; solo se ven en el campo del dolor espinas y abrojos, sepulcros entretreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos, trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrías florestas en desiertos arenales.

Yo, si va á decir la verdad (y con el permiso del auditorio), no veo esto ni aquello por mas que me echo á mirar; lo cual me convence mas y mas de mi prosáica, material y nimia inteligencia. Y hé aquí sin duda la razon por qué no he tropezado aun con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemorosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar mas me ha parecido graznido de pato que música celestial; así como tampoco veo la sociedad de maldicion que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor: ni en la mujer hermosa, me echo á adivinar su misero esqueleto; antes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió. Los arroyos ni torrentes no me murmuran ni me lamentan, antes bien me refrescan y me hacen dormir la siesta; el cementerio me parece cosa muy buena; pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos extremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un genio) escogia á no dudarlo el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entonces renunciaba á los

TOMO I.

goces de la sanguinosa daga ó del bubido puñal. Porque aquellos (los zamarrros) eran hombres de buen humor, que así entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que así disertaban en una academia como improvisaban una *bomba* en un regalado festin. Ni se tenian por hombres providenciales, enormes; ni pretendian á lo que creo ser la única espresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesia rosada, sus honrados conceptos, y su mantecosa moral.—Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intringulis; y el que tenia vena (que así se decia) ó le soplaban la musa (que así se pensaba), tenia carta blanca para salir por esas calles echando redondillas y ovillojos, epigramas y acertijos á todo trapo, viniesen ó no á pelo, los cuales, corriendo luego de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia cuando mas derecho al hospital de Toledo; pero mientras andaba suelto, era el hombre mas feliz de la tierra, viendo impresas en el Diario sus improvisaciones y ensueños; oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina; y guiando el mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España.—Una plaza en la contaduría de este, una buhardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café, bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia: el término de aquellos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que ya en edad avanzada, se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotanilla del hermano Obregon.



EL AUTOR DE BUCOLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa, Apolo y las musas se rigen por un arancel. No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de genios improvisados, desde la edad de diez á la de veinte abriles; amen de algunos genios de pecho que hacen concebir las mas lisonjeras esperanzas.—En los principios de su carrera, el ingenio espontáneo derrama á manos llenas y sin el mas mínimo interes los torrentes de su sabiduria, pero andando mas los tiempos y luego que reconoce la necesidad práctica de

10*

ganar su vida, la razón corta los vuelos al albedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiración.

Nuestro autor entonces abre tienda de talento ó pone bufete de ingenio; y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas y el abogado la de las malas. Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que mas le conviene ó de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica á vender á la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas, al sol, á la luna, á las estrellas y demas novedades, ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales; ora se emplea en trazar la historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia; los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios cuentos y traducciones para los periódicos, los otros (y son los mas) disparan al teatro su erizada batería de dramas venenosos, tragedias líricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que se decía que

«solo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesión no ha llegado en España al alto grado que alcanza en los mercados extranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle. Hé aquí la causa por que abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas: la solución del enigma está en que para las comedias hay empresarios y para los libros no; que aquellas se cotizan al contado como papel de nueva creación, y estos entran en la categoría de deuda diferida y sin interés.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada: para la gloria, porque nadie lo lee; para el bolsillo, porque nadie lo compra. — El autor dramático recibe á lo menos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros: el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad. Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó solo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demas, siempre es un consuelo tener una

puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; porque conviene á saber que para ser hoy día escritor dramático no se necesita gran dosis de invención ni de filosofía, de observación ni de estilo. — Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuega un crimen al mas pintado, y que chille el muerto; se dialoga un folletín ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y hostecen los vivos; se cuentan en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo, y hágote comedia de costumbres; se pilla un carácter á Moreto, una situación á Rojas y un enredo á Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de casa, y allá va un drama filosófico ó caballeresco. Ultimamente (y es lo mas socorrido) se traduce un drama de Buchardi, ó una piececita de Scribe, se la esquila, trastrueca y muda el nombre como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote, acomodado y arreglo á la escena española. Por lo demas, objeto ni intención moral ó política Dios los dé. — ¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro). — Yo le diré á V. (me contestó) ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *ttuti* dramático, descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles que hacen olvidar el dicho coro infernal.

PROLOGO.

No concluiríamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo. — El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma; — el *palaciego* que antes adulaba á los reyes sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno* — el *decoto* se ha convertido en *humanitario*; — el *vago* y *calavera* en *faccioso* y *patriota*; — el *historiador* en *hombre de historia*; — el *mayorazgo* en *pretendiente*; — y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano*. — Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán como los otros á ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcejadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos ¿Quién reirá el último?

EL CURIOSO PARLANTE.

POESIAS FESTIVAS. (Nota 30)

EL POETA Y SU DAMA.

AQUEL poeta inmortal
que en las alas del Pegaso,
caminando hácia el Parnaso,
se paró en el hospital;

El que con la lira de oro
tuvo que comer pepinos,
por no vender los divinos
dones del luciente coro:

El que robaba las perlas
de la aurora al despertar,
sin poder nunca lograr
ni empeñarlas ni venderlas:

El que pasó el medio día
con Horacio y con pan duro,
y en lugar de vino puro
bebió néctar y ambrosia;

A vos, del alma señora,
la ingrata, la desleal,
la que sentisteis su mal,
la que os burláis de él ahora,

Libre ya de sus dolores
llega este insigne poeta
de vuestra beldad perfecta
á mirar los resplandores.

Háganme trocar la poca
fortuna que en mí se sienta
la plata de vuestra frente
y el coral de vuestra boca.

Que si son vuestros cabellos
de oro fino cual ninguno,
cándome los uno á uno
me remediaré con ellos.

No es mi miseria tan rara
si vos me quereis querer,
que algo me puede valer
el marfil de vuestra cara.

Yo os haré á vos inmortal;
vos me dareis con que coma;
yo os haré verter aroma
por los lábios de coral.

Vos un hombre hareis de mí;
yo de vos hare una diosa,
si en ello venis gustosa
empecemos desde aquí.—

Así cantaba Liseno
con la lira destemplada
aun medio convaliente
á la puerta de su dama
ella sus voces oía;
pero ya solo escuchaba
de otro amante los suspiros
aunque eran en prosa llana;
y es que iban acompañados
de diamantes y esmeraldas,
y esto les daba una fuerza
bastante á rendir cien almas.
Ella al oír al poeta
creía que rebuznaba,
y escuchar á Ciceron
pensó cuando el otro hablaba:
porque en materia de letras
está por las que se cambian,
y cansada de ser Diosa
quiere las cosas humanas;
hasta que ya decidida
abrió por fin la ventana

y al poeta desdichado
de aquesta suerte le habla.—

No pienses en persuadirme
hombre mas duro y cansado
que el pedernal recio y firme,
si no quieres aburrirme,
vuelve el son hácia otro lado.

Escuchen otros oídos
tus sempiternas canciones,
y te escuchen complacidos,
que yo no quiero mas ruidos
que el ruido de los doblones.

Ya no busco que mi amante
me poadere su constancia
con un discurso elegante,
que como haya con-sonante
aunque falte consonancia.

Si es mi frente rica perla
y mi nariz plateada
no llegarás á obtenerla,
no sea que por venderla
me dejes desnarigada.

Déjame tu en paz á mí
pues en paz te dejo yo;
busca quien te diga si;
y no pierdas tiempo aquí,
siempre oirás que no.—

Absorto de este lenguaje
el amante desdichado
á la cerrada ventana
se ha quedado contemplando;
hasta que volviendo en sí
tornó á marchar cabizbajo
camino del hospital
como quien va hácia el Parnaso.

NO SE SI ME ESPLICO.

LETRILLA.

De tantas grandezas,
hombres, bellezas,
que rauda fortuna
eleva á la luna,
me río ó me admiro,
y cuando las miro
bullir en el suelo,
alzarse hasta el cielo,
tornar á caer,
no sé contener
la risa en los lábios,
la charla en el pico...

¿Me entienden ustedes?

No sé si me esplico.

Mirad á don Fábbo
echurla de sábio,
hablar de la guerra,
del mar, de la tierra,
de hacienda, de estado...
Pues solo ha estudiado
de Anarda á los pies;
verdad tambien es
que al darla su mano
un ministro indiano,
de cruces y honores
cargó aquel borrico.

No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.

Eu lindo carruaje,
con damas y paje
pasea en el Prado
un pobre empleado
del ramo del viento;
pero es un portento
de humana belleza,
y aquella destreza
de pies y garganta...
no hay duda que encanta
mirar á las viejas
cuando él abre el pico.

*No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.*

En calles y plazas
con hostiles trazas
blasona don Bruno
de heróico tribuno;
á todo gobierno
jura un ódio eterno,
y al pueblo alborota
con su *con su última gota*....
Pues mirale luego
quedar mudo y ciego
al verse agraciado
con un empleico....

*No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.*

La vista en el suelo,
el alma en el cielo,
mirad á Narcisa
durante la misa,
que apenas alienta
segun está atenta
al pródigo altar....
¿queréisme explicar
por qué hácia este lado
su vista ha tornado
haciendo una seña
con el abanico?

*No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.*

Autor cuya fama
el público aclama,
tu genio pregona,
aplaude, corona
y eleva á compás....
¿por qué no dirás
que de esos concetos
agudos, discretos
que llenan tus hojas
á un muerto despojas
sin ser tuyo acaso
ni un mal villancico?

*No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.*

Hermano era Elías
de cien cofradías;
en la procesion
llevaba el peñon;
Tuvo el petitorio;
y del purgatorio
fue recaudador...
¡Dichoso señor!
la gracia que hallaba
tan bien aplicaba
que sirviendo al pobre
logró hacerse rico.

*No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.*

En triple alianza
Bermudo y Constanza,
matrimonio fiel,
viven con Fidel;
y al primer infante

se ofrece al instante
á ser el padrino...
¡La fuerza del sino!
Hay quien asegura
que caricatura
es del don Fidel
el rostro del chico.

*No sé si me entienden,
ni sé si me esplico.*

Mas ¿qué me da á mí
que el mundo ande así?
¿No valiera mas
bailar al compas?
A fé que la danza
no es cosa de chanzas,
que hay gracias, honores,
damiles favores,
que á todos halagan
y á nadie empalagan;
y si alguien, señores,
retuerce el hocico
á ustedes no entienden,
ó yo no me esplico.

UNA BELDAD PARISIENSE.

En la plaza de la Bolsa,
de la tarde entre una y dos,
salon de públicas ventas
del comisario á la voz;
una de aquellas figuras
que de retórica son,
hipérboles por su adorno,
síncopes por su valor;
en banquillo de justicia
y pública esposicion,
se resigna á la sentencia
que ha publicado el prevost.—
« En la villa de Paris
» y en el año del Señor
» mil ochocientos cuarenta,
» se ha presentado ante nos
» *Mademoiselle Heloise*
» de *Sans devant et Sans-dos*,
» hija de padres anónimos,
» natural de *côte d'Or*;
» y vista la insuficiencia
» ea que el tribunal la halló,
» para pagar sus empeños
» con el concurso acreedor,
» el tribunal la declara
» insolvente y ordenó
» que reunida la junta,
» y prévia declaracion,
» se proceda al inventario
» de los restos de valor
» para entregar á sus dueños
» por via de transaccion. »

Empieza la diligencia,
á la una á las dos,
á las tres, y el martinete
á este tiempo resonó.

—Un schal dicho de las Indias
y en el hecho de Lyon,
que ha reclamado en su tiempo
Monsieur Gagelin mayor.—
Un albornoz africano
con patente de invencion,
que fulto de pagamento
reclama la *Barbe d'Or*.—
Un sombrero *fantasia*
y un vestido *satín gros*
que á madama *Alejandrina*

deben la tela y *façon*.—
 Gruesas perlas de Ceylan
 en figura y en color,
 un camafeo egipciaco
 premiado en la esposicion;
 peines de concha... de ciervo
 dijés marfil... de *mouton*,
 y otras diversas preseas
 de tan sólido valor,
 adjudicanse á su dueño
 el joyero *Bourguignon*.—
 Diez encajes de Bruselas
 tejidos en *Charenton*;
 ricas camisas de Holanda
 con la marca de *Cretonne*;
 abanicos de la China,
 obra de *Monsieur Giraud*;
 pieles de marta y armiño
 cazados en *Montfaucon*;
 indianas pañolerías
 de la fábrica de *Seaux*;
 aderezos de oro-simil,
 sederías de algodón,
 y anascotes con el nombre
 de *merinos* español,
 con otros muchos objetos
 de equívoca producción,
 que forman el mobiliario
 de *Mademoiselle Sans-dos*.—
 Entréganse y adjudican
 al respectivo acreedor.—
 Si hubiere quien mas reclame,
 que se presente ante nos.—

—Yo reclamo de madama
 (saltó á este punto una voz)
 el zapato de dos metros
brodequin de pied mignon.—
 El *forniseur* de la ópera
 reclama *les mollets faux*
 (en español pantorrillas)
 con seis libras de algodón.—
 Guantes pide *Monsieur Mayer*,
 y pellizas *Pellevrault*;
 falsas flores *Constantino*,
 rasos bordados *Chapron*.—
Mademoiselle Victorine
 pide el *corse juste-corps*
 con mas hierro en la armadura
 que la del *Cid* campeador.—
 —La *tournure* voluptuosa
 que á tanto necio embaucó,
 obra es de mi *crinolina*
 replica *Monsieur Oudinot*.—
 El director del Gimnasio,
 el coronel *Amorós*
 reclama de aquellos miembros
 la ortopédica instruccion,
 item mas; diez almohadillas
 que oportunas colocó
 para llenar diez vacíos
 que no negára *Newton*.
 —Esos dientes no son suyos,
 esclama *Desirabode*
 que se los he colocado
 con mis propias manos yo.—
 —Pido á mi vez (dijo entonces
 el perfumista *Desfaux*),
 cuatro libras semanales
 de blanquete y bermellón,
 espuma de *Vénus*, parches
 y esencias de coliflor,
 y ¡el prodigio de la química
 la pomada del *Leon*!
 Además, traigo una nota

de bucles, trenza y *bandeaux*
 que dice haberla fiado
 el segundo *Michalon* (*).—
 Llegamos á los cabellos,
 y la dama se acabó
 ¿hay quien pida mas? (pregunta
 el juez adjudicador).—

Si señor (responde al punto
 una hermafrodita voz,
 con su cigarro en la boca
 y abanico en el bolsón).
 Yo reclamo las ideas
 que esa dama prohibió,
 y son de una cierta *Lelia*
 de que soy madre y autor.
 —Vayan tambien las ideas
 y hasta el metal de la voz,
 que creo le han reclamado
 la *Dorus-Gras* ó la *Nau*.—
 Solo queda el esqueleto...
 —Ese le reclamo yo,
 dijo el español *Orfila*
 para hacer la diseccion.—
 De esta atmósfera mentida,
 en donde no es día el sol,
 donde la verdad se viste
 para parecer mejor;
 donde lo blanco no es blanco,
 donde el cuerpo es ilusion,
 donde el alma una mentira,
 y la palabra un error;
 donde el engaño preside,
 y reina tan solo el yo;
 donde el que no es instrumento
 por fuerza es contradiccion;
 donde obliga el *s'il vous plait*
 para mandaros mejor;
 donde el interés os pisa,
 y luego os dice *ardon*;
 donde el amor va sin venda
 delante del amador,
 y con billetes de banco
 hace su declaracion;
 donde la fachada es todo,
 donde nada el interior,
 donde reina la cabeza
 y obedece el corazón;
 cuántas y cuantas bellezas,
 cuántos autores de pro,
 cuántas famas prestameras,
 cuánto heroísmo ficcion,
 en la plaza de la Bolsa
 de la tarde entre una y dos,
 salón de públicas ventas
 ante el concurso acreedor,
 en misereros esqueletos
 trasformados á su voz
 para hacer la anatomía
 reclamára otro español. (Paris 1844.)

LA CARGA CONCEJIL.

ESCRITO EN EL ALBUM DE UNA SEÑORA (1846).

Romance.

A un escritor cabildero
 que hoy no puede *escritorear*
 perdona, amable señora
 que firme de prisa y mal.
 Sí, que van á dar las dos,
 y hay que vestirse y trotar,
 pues ya suena en mis oídos
 la campana comunal.

(1) Michalon II hijo y sucesor de Michalon I, etc.

La campana concejil
que me llama á *concejar*
de la coronada villa
en sala consistorial.

Allí me esperan muy sérios
cuarenta consortes mas
para hacer, juntos conmigo,
la comun felicidad.

Allí, en banco carmesí
y elevado el espaldar,
haciendo como el que piensa
(y pensando en no hacer mas)

Tengo que pasar tres horas
entre las *pedras* y el *pan*,
entre *basura* y *limpieza*,
entre el *aceite* y el *gas*.

Allí catorce abogados
que tienden el paño ya,
á propósito del riego
nos citan el Alcorán.

Allí ocho ó diez candidatos
que ensayan el *candidar*,
entonan el *quousque tandem*
porque un cuarto subió el *pan*.

Allí otros varios comparsas,
cuando hubieren de votar,
por no alzarse del asiento
reprobaran el misal.

Allí hay *interpelaciones*,
y *bills* de *indemnidad*,
y discursos sobre el *fondo*,
y para *rectificar*;

Y *alusiones personales*,
y *votacion nominal*,
y *escrutinios embolados*,
y *voto particular*;

Todo, en fin, el aparato
escénico, y algo mas,
del *sublime mecanismo*
parlo-constitucional.

Ahora bien, si este buen rato
me espera en llegando allá,
si este chaparrón de ciencia
va sobre mí á descargar,

¿Cómo pretendéis, señora
que espere un minuto mas,
sin ir á beber el chorro
de tan pródigo raudal?

Perdona, mas no es posible,
y la razon me darás
al saber que en aquel *tutti*
suelo á veces alternar.

Yo, que canté siempre solo
tengo ahora que acompañar,
y hablar con rostro feo,
que es lo que me asusta mas.

Hasta que al fin de mi empeño
entone el *rondo final*
y me vuelva á mi luneta
para reír y silbar.

Entonces... pero callemos
que ahora tocan á observar;
luego vendrá la *parlancia*
tras de la *curiosidad*.

(1847.)

CIENTOS.

Un saltador escaló,
con gran trabajo una altura,
y luego que se asegura
la escala al suelo arrojó;
ella sus quejas le dió
por el pago ingrato y fiero,
y el ladrón dijo «Grosero

instrumento; ¿qué creiste?

»para subir me serviste,
»para bajar no te quiero.»—

Lo mismo los otros son;
desde abajo; ¿qué humillados!
y en viéndose encaramados
desprecian el escalon.

Dos gatos se concertaron
para robar un capon
y en la mas perfecta union
sus deseos realizaron;
sacándole pues entero,
ni uno ni otro le soltaba,
pues cada cual intentaba
burlarse del compañoero.
Primero graves razones,
despues terribles maldos
luego hubo fieros bufidos,
por fin, sendos arañones;
hasta que entre horrendo grito
se trabó la lucha fiero,
mientras que la cocinera
cobró el cuerpo del delito.
Cansáronse de cuestion
y en repartir convinieron
mas fue despues que perdieron
su industria, sangre y capon.

No haya intriga y falsedad
mas vale un buen acomodo,
que suele perderse el todo
por no ceder la mitad.

EPIGRAMAS.

1.º

Retratábase Narcisca
y así le hablaba al pintor;
«ponedme herizoso color
blanca tez, boca de risa;
Los ojos negros... á ver
¿de veras, soy así yo?»
y el pintor la dijo, — «no
asi es como quereis ser.»

2.º

«No hay que dudar; está yerto,
ya espiró» — Dijo el doctor;
y el enfermo — «No señor
le contestó; no estoy muerto.»

El médico que lo oyó,
mirándole con desprecio
le replicó — «Calle el necio
querrá saber mas que yo?»

3.º

Rica peineta compró
á su mujer Sinforoso
y ella, que lo agradeció
la cabeza de su esposo
tambien al uso adornó.

4.º

Con cortesía y cumplido
fuera de lo regular
llegóme hoy á saludar
don Ginés, el presumido;
chocóme tanta atencion
y ya se lo iba á decir,
cuando me empezó á pedir
para comer un doblon.

5.º

¿Preguntas qué libros leo?
y yo te respondo, Blas,
que son dos, y nada mas
los que llenan mi deseo.

Tengo la Biblia divina
para salud eternal,
y en cuanto la temporal
leo el Arte de cocina.

6.º

Dijele á un ciego — ¿Qué tal
va de la vista? — «Peor;
pero me ha dicho el doctor
que ya voy viendo tal cual.»

7.º

Tu papel, caro Longino
es un maldito papel —
¿No es florete superfino?
¿qué tiene malo? — Longino
lo que has impreso tú en él.

8.º

Tomó Leroy don Liborio
y le tomó con tal celo
que se marchó limpio al cielo
pasando aquí el Purgatorio.

9.º

Lunes traduje á Moliere,
martes un drama italiano,
y el miércoles, al hispano
Tirso intenté componer.
Jueves di un sainete gringo,
viernes, *pieza original*,
sábado... venga el jornal
para comer el domingo.

LOS MISTERIOS DE MADRID.

ROMANCE.

¿Que haga yo misterios Claudio?
¿y que me beche á discurrir
Rodolfo? Flor de Maria,
Dómines y Tortilis;
Lechuzas mancas de un ojo,
Ferrantes y San Remís,
Esqueletos, Calabazas,
Rigoletas y Churris?
¿Aconsejarme que osado
los eche luego á reñir
orillas del Manzanares
á la usanza de Madrid,
con sombrero de calaña
y vestido de alepí,
de sarga rica mantilla
y sortija al corbatín?
¿O subiendo á los salones
(traducidos de París)
pinte duques, baronesas,
bandas, placas y espadín,
con intrigas, duelos, deudas,
y otros primores así
de la buena sociedad,
buena... vamos al decir?
¿Dicesme, que si no alcanzo
con mi escuálido magín,
pida luego á Eccenio Sue
que me envíe de París
una caja de colores
y una remesa de *esprit*,
con su recelita al canto
muy fácil de traducir?
¿Háblasme de veras, Claudio?
¿y me juzgas ¡ay de mí!
del *pecus imitatores*
en el inmenso redil,
que de los cisnes del Sena
repite en son baladí
los cantos y aun los graznidos,

á guisa de folletín?

¿No hice ya la penitencia
en diez años que escribí
en el habla de Cervantes,
sin su donaire gentil,
(antes con débil paleta
escasa de oro y carmín)
cien *Escenas Matritenses*
naturales de Madrid?

¿Por fuerza han de ser misterios?

¿y yo los he de fingir?

¿porque se escriben en Londres

y se imitan en Pekín?

¿porque allí nada se sabe

ó todo se ignora aquí?

¿porque hay en París *Misterios*
los ha de haber en Madrid?

Confiésome Claudio un porro

mas soso que el peregril;

digo que soy un zoquete;

y lo crearás así,

cuando te afirmé (perdona

esta franqueza infantil)

que si los hay, no los veo,

ó no lo son para mí.

¿Es misterio por ventura

que merezca discurrir,

la triple y santa alianza

de Blas, Narcisa y don Gil,

marido, mujer y amante,

círculo eterno y sin fin,

drama sin mas peripécias

que sociedad mercantil?

¿O hallarás *no comprendida*

á la viuda de Fermin,

que hoy amanece con uno

y mañana con diez mil;

y asomada á la ventana,

cual pintado colorín,

canta por todos los tonos

«si quereis flores, aquí?»

Dicesme que es un misterio

el carruaje de Crispín,

que ayer iba á la trasera

y hoy dentro del tilburí.

—Pero tú tan solo ignoras,

cuando lo dices así,

que *su* coche no es *su* coche,

sino del maestro Martin.

Admiraste de que Luisa,

la que vive enfrente á ti

gaste blondas y diamantes,

terciopelos y organdís...

—Mirala, Claudio, los ojos,

y calcularás así

que el capital de aquel censo

no es fácil de redimir.—

¿Y los ojos de don Braulio,

tienen tal encanto, di,

para fundar capitales

sobre el ageno monís?

—Es verdad, no tiene bolsa;

mas para eso la hay allí,

para los largos de ingenio,

bajada de San Martin.

De Anselmo la bizarría

con que por bien del país

le presta al gobierno ciento

para luego cobrar mil,

¿tiene algo de misteriosa?

pues yo mismo se lo oí,

y lo cuenta como gracia

muy conforme de aplaudir.

¿Y el patriotismo de Fabio

es misterio para tí?

miope será el que no vea
de sus principios el fin.
Préstale tu voto, Claudio,
y su carga concejil

verás tornaría en estribo
para subir sobre ti.
Misterio podrás creer
de Nuño el estro sutil,



infusa adivinación,
ciencia espontánea y feliz...
¡Qué lástima, Claudio amigo,
que no sepas traducir,
hallarías que su ingenio
es original de Scrib!

—¿Que de qué vive don Judas?
¿y ves tú un misterio aquí?
pregunta á sus acreedores
que te lo sabrán decir.
Vive de comer caseros,
sastres, viejas, y otros mil
en que supo bailar filones
mas ricos que el Potosí.

Esta clase de *Misterios*
tan públicos ya en Madrid,
son, Claudio, los que yo veo
y que todos ven por mí.
No conjures á mi pluma,
poco pródiga en fingir,
á que quiera hacer misterio
de lo que no lo es aquí.

LA CUARESMA (1828).

Con alegre carnaval
empezaba la semana
mas la tétrica campana
ha mudado ya de son.

Kirie eleyson Criste eleyson.

Con ayunos y abstinencias
y de bulas una resma
se presenta la cuaresma
mas larga que procesion.

Kirie eleyson Criste eleyson.

Todo calla y enmudece
y el silencio de la gente
se interrumpe solamente
de la campana al dñ don.

Kirie eleyson Criste eleyson.

Ya con sendos abadejos
para acallar su conciencia
hacen todos penitencia
y los frailes con salmon.

Kirie eleyson Criste eleyson.

Cesan ya las diversiones
públicas y toleradas
solamente las privadas.
suelen tener ocasion.

Kirie eleyson Criste eleyson.

Don Juan se va al miserere
y su esposa la Currita
con don Meliflúo solita
se queda en contemplacion.

Kirie eleyson Criste eleyson.

En la tertulia de Anselmo
callan violin y piano,
por no hacer ruido liviano
se toca solo el bordon.

Kirie eleyson Criste eleyson.

No cita ya la Pepita
á don Narciso en el Prado
que como es tiempo sagrado
se buscan en el sermon.

Kirie eleyson Criste eleyson.

Juana la del cuarto bajo
se encuentra siempre ocupada,
que en la cuaresma sagrada
es grande la devocion.

Kirie eleyson Criste eleyson.

La concurrencia en la iglesia
ofrece á la industria vuelos,
la comision de pañuelos
va detras de la rasion

Kirie eleyson Criste eleyson.

Los lechuguinos en grupo
al salir de misereres
á las devotas mujeres,
dirijen la tentacion.

Kirie eleyson Criste eleyson.

En este mes todos callau
ninguno á pecar se atreve
mas por milagro á los nueve
se aumenta la poblacion

Kirie eleyson Criste eleyson.

Hombre hay cristiano maduro
que nunca perdió una misa
que se da á pecar gran prisa
para ir por la absolucion.

Kirie eleyson Criste eleyson.

(1828)

EL INDEPENDIENTE.

Yo soy el hombre feliz
que con un tranquilo gozo,
mi independencia proclamo
á la faz del mundo todo.

No tengo, males ni penas,
ni enemigos ni patronos,
ni chicos que me déu quejas,
ni grandes que me den oro

Ni parientes que me pidan,
ni esperanza de mortuorios,
ni deuda que me desvele,
ni litigo bienes de otros.

Tengo los que á mi desco
le bastan para su colino,
y los tengo bien tenidos
por derechos patrio y propio.

No me ha obligado á escribir
la *sacra fames* del oro,
sino un tintero maldito
que no sabe criar melo.

No cuento entre mis vecinos,
ni entusiastas ni celosos;
soy conocido de muchos,
mas son mis amigos pocos.

No frecuento los salones
del maguate poderoso,
ni obligo á que en mi antesala
aguarden humildes otros.

No recibo del poder
participacion ni voto,
y de la tesoreria
hasta hoy el camino ignoro.

No me obligan compromisos
á la opinion de los otros;
tengo y sostengo la mia,
pero la sostengo solo.

De los farsantes políticos
no sé los planes recónditos
ni en los periódicos leo
sus articulos de fondo.

Doy por buena su doctrina
y argumentos hiperbólicos
pero yo guardo la mia
para mi servicio propio.

No me envenena la bilis
el mirar á mas de un tonto
gobernando una provincia,
ó en Madrid nadando en oro.

Nunca interrumpe mi sueño
de un ministro el ceño torvo,
y si le encuentro en la calle
hago que no le conozco.

Todos fueron mis amigos
y mis compañeros todos,
yo me quedé en la luneta,
ellos saltaron al foro.

No les envidio el papel
porque pienso que es mas cómodo
ser espectador con muchos,
que espectáculo de todos.

No sé por dónde se va
á los favores del trono,
ni en mi modesto vestido
brillan la plata ni el oro.

Las venteras y entorchados
de que andan cargados otros,
me parecen propias de ellos
como de mí... mis anteojos.

Soy en fin, independiente,
de hecho y tambien de propósito,
sin compromisos ajenos,
y hasta sin deseos propios.

Pero en medio de esta dicha
que me hiciera vivir horro,
no sé qué *sino* infeliz
me hace depender de todos.

No hay junta ni sociedad,
que no me honre con su voto
para trabajar de balde
en los públicos negocios.

Se instalan cuatro vecinos
honrados y filantrópicos
para fundar una escuela,
ó una caja de socorros,

Pues me nombran secretario
sin sueldo, pero con voto,
y me envian los papeles
para hacer los monitorios.

Se trata de algun proyecto
de asociacion, de periódico,
de mejora material,
de instituto filantrópico;

«Estienda V., don Ramon,
ese informito de á folio
ó forme V. el reglamento

que han de discutir los socios.»

No hay un cargo concejil
para el que no me hallen propio,
ni espediente de comun
que no venga á mi escritorio:

No hay reunion literaria
que no me cuente por socio,
no hay duro que no me pidan,
ni trabajo que no tomo.

Usufructuario de nada
soy honorario de todo,
figuro en cartas de pago
nunca en nóminas de cobro.

«Usted que está tan holgado,
me dice don Celedonio,
¿quiere usted ser mi hombre bueno
para un juicio de despojo?»

«Usted que es tan complaciente
tan servicial y tan probo
sea usted tutor albacea,
de este, de aquel ó del otro.» —

No hay autor que no me lea
sus manuscritos narcóticos,
ni periódico valdío
que no cuente con mi apoyo.

Ni *album* de otro y otro sexo

que no me demande un trovo,
ni litigante hablador
que no me emboque el negocio.

Huyendo el ser publicista
soy público de los otros,
y para no ser electo
tengo que darles mi voto.

A trueque de este derecho
imprescriptible, sonoro,
y en pago al servicio ageno
y en pena de bienes propios,

Recibo de la intendencia
los apremios amorosos
trimestrales, pagaderos
á la órden del tesoro.

Con esta vida que digo
con este afan infructuoso,
todos me tienen envidia
yo me compadezco solo.

Hay quien me cree discreto
otros me juzgan un porro;
unos dicen, «¡que buen hombre!»
otros responden «¡que tonto!»

(1849.)

EL CURIOSO PARLANTE.

FIN DEL APÉNDICE.

NOTAS.

PRIMERA ÉPOCA.

Nota 1.ª

Las costumbres de Madrid.—Este artículo y los demás que siguen hasta el de *El Campo Santo* inclusive, fueron escritos por el autor y publicados durante el año de 1852, en la única revista literaria y periódica que aparecía a la sazón, y era la titulada *Cartas Españolas*. Dirigía esta publicación el ameno y conocido literato D. José María de Carnerero, hoy difunto, el cual por su posición y relaciones en la corte, pudo obtener del celoso y suspicaz gobierno de aquella época el privilegio especial de publicar un periódico literario. —En él se encargaron de un género de escritos absolutamente nuevo en nuestro país el señor don Serafín E. Calderón (*el Solitario*) y *el Curioso Parlante*; aquel en sus bellísimos cuadros ó *Escenas de Andalucía*, y este con los que llevan por título *Escenas Matritenses*.—Ambas obras, reimprimadas después por separado, alcanzan hoy mucha popularidad, y la presente edición es la quinta de las *Matritenses*.—Pues ahora bien; como dato curiosísimo de la época á que se refieren, baste decir aquí que el periódico ó revista en que se publicaron ambas por primera vez, alternadas además con otros muchos artículos serios y festivos de ciencias, literatura y artes, por los colaboradores á dicho periódico, solo llegó á alcanzar el número de 500 suscriptores; y eso que era la única publicación literaria periódica de la época, y con el *Correo Mercantil*, propiedad del señor Jimenez Haro, tenía el privilegio esclusivo de hablar en letras de molde a los aficionados a la literatura.

A pesar de tan marcada indiferencia de parte del público, y luchando además con los inconvenientes de una censura no la mas ilustrada, los autores de las *Escenas Andaluzas* y de las *Matritenses*, jóvenes ambos, ambos estudiosos y entusiastas por las cosas patrias, no retrocedieron en la tarea que se habian voluntariamente impuesto, y con la mayor espontaneidad, sin interes alguno, y aun sin la natural satisfaccion de ser leídos, prosiguieron alternando en sus cuadros respectivos, con una constancia que no deja de ser laudable.

Desgraciadamente solos, ó casi solos, en el palenque literario, á causa de la ausencia ó silencio de los buenos escritores, consiguieron al fin con sus festivos y originales escritos, despertar algun tanto al público de entonces de su completa indiferencia, y estimular á otros jóvenes tambien, é ingenios privilegiados, á lanzarse á la palestra en que tantos laureos les esperaban. —Entre ellos descoló el malogrado *Figaro* (don Mariano J. de Larra) que animado por ambos y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió por aquel entonces la publicación de sus preciosas *Cartas de un pobrecito hablador*.—Hase dicho después por algunos criticos un tanto ligeros, y en son de alabanza de *El Curioso Parlante*, que era el mas feliz de los imitadores de *Figaro*.—Mucho honraria al autor de las *Escenas Matritenses* semejante comparación, si la verdad del hecho no fuese que precedió á aquel en la tarea, y por consecuencia mal podia imitar quien llevaba en el órden del tiempo la delantera. Asi lo confiesa el mismo *Figaro* en la primera edicion de sus artículos, escritos cuando ya se habian publicado gran parte de los del *Curioso Parlante*. Además, como cada uno dió diferente giro y tendencia á sus escritos, no parece que existen términos de comparación. El intento constante del ingenioso y discreto *Figaro* fue (con cortas escepciones) la sátira política, la censura ó retrato apasionado de los hombres de la época: el *Curioso Parlante* se proponia otra misión mas modesta y tranquila, cual era la de pintar con risueños, si bien pálidos colores, la sociedad privada, tranquila y bonancible, los ridiculos comunes, el bosquejo, en fin, del hombre en general. Tal igualmente era el objeto del filosófico autor de las *Escenas Andaluzas*, el erudito y castizo *Solitario*; y ambos miraron sin asomos de celos ni pujos de rivalidad, en las manos de su amigo y compañero *Figaro*, la merecida palma de la sátira política, en la que es preciso confesar

que ni antes ni después ha tenido entre nosotros digno rival, ni aun siquiera afortunados imitadores.

Si de alguno lo fue Larra, no fue de otro que del ingenioso é incisivo *Pablo Luis Courier*, que por los años anteriores habia hecho cruda guerra al gobierno francés de la Restauracion; pero apropiando su amarga sátira y su finísima observacion á nuestro país y á sus circunstancias políticas, muy pronto llegó á abrirse un camino propio y á volar en alas de su alto ingenio hasta una altura superior.—*El Curioso Parlante* confiesa tambien que al empezar su tarea se propuso modelos en un género en que se le ofrecian varios que imitar.—*Adisson*, en Inglaterra, habia, puede decirse, creado este género de escritos, á mediados del pasado siglo en *The Spectator*.—*Jouy*, en Francia, los habia hecho aun mas ligeros, mas dramáticos y animados á principios del actual en *L'Hermitte de la Chaussée d'Antin*.—Entre nosotros, aunque la pintura festiva de las costumbres habia sido hecha, y admirablemente hecha, en los siglos XVI y XVII por tales ingenios como Cervantes, Quevedo, Velez de Guevara y Fernando de Rojas, sin embargo, ni el Quijote y las Novelas del primero, ni la Tragicomedia del último, ni los Sueños de Quevedo, ni el Diabolo Cojuelo de Guevara, podian para este caso ser otra cosa que admirables modelos de estilo, pero no de forma, siendo estos como eran excelentes novelas, libros ingeniosos en que se despliega una complicada accion; y aquellos haber de reducirse á ligeros bosquejos, cuadros de *caballete* para encontrar colocacion en la parte amena de un periódico.—Sin embargo, el autor no puede menos de reconocer que, si algun aprecio ha merecido en sus festivos escritos, lo debe indudablemente á su estudio de aquellos grandes modelos, y que siguiéndoles encantado por la magia de su estilo y por la filosofía de su pensamiento, se olvidó muy pronto de *Adisson*, *Jouy* y demás extranjeros, y procuró buscar en los propios algunos de los ricos matices de su admirable paleta, prefiriendo ser mal imitador de Cervantes y Quevedo á triunfar sobre *Jouy*, *Etienné* y *Balzac*.—*El Solitario* en sus preciosas *Escenas Andaluzas*, pensó sin duda del mismo modo, y sin duda tambien ayudado por su gran talento, esquisita erudicion y rica fantasia, ha alcanzado puntos mas cercanos de comparación con nuestros célebres hablistas en *Pulpete* y *Balbejo*, *La Rifa*, *Eyas el escudero*, *La niña en la feria*; y otros encantadores cuadros de la vida de Andalucía; el *Curioso Parlante* se contenta con haber consignado (aunque sin alcanzarle) el mismo propósito, en *Madre Claudia*, *El Recien-venido*, *Los románticos*, *Las sillas del Prado*, *El día de Toros*, y *El entierro de la Sardinia*.

Nota 2.ª

El Retrato.—Leyendo hoy el autor este artículo, escrito hace cerca de 20 años, no puede menos de sonreír al observar el empeño que en su primera edad juvenil parece que formaba en aparecer viejo ante sus lectores, y al mismo tiempo que en los últimos artículos de esta obrita, escritos algunos años después y en su edad madura, lucha y se esfuerza por dar á sus cuadros la frescura y colorido de la juventud.—Achaque es este natural y propio de los escritores de costumbres, que anhelando siempre proceder por comparación con épocas anteriores, van á buscarlas, cuando muchachos, á las sociedades que no alcanzaron, y después cuando ya maduros, á las que formaban sus delicias en los tiempos de su risueña juventud.—Por lo demás esta historia de un retrato, no es propiamente tal, sino en cuanto está fundada en datos ciertos unos, calculados otros, y espaciados en diversos casos, aunque fundados todos en las debilidades propias de nuestra humana condicion.—En este artículo, como en otros muchos de esta obrita, quisieron entonces buscar originales determinados, pero luego los que tal pensaban, hubieron de desengañarse de que no fue ni pudo ser la intencion del autor mas que la de alcanzar en su pintura imaginada todo el grado de ve-

rosimilitud posible: y así hubo de creerlo entre otros el difunto Comisario de Cruzada señor Varela, que deseando conocerle para felicitarle por este artículo, se le hizo presentar por un amigo, y con la sonrisa en los labios le manifestó que destinaba á la Academia de San Fernando el retrato suyo pintado recientemente — « porque (añadió con mucha gracia) aunque el mérito del pincel de Lopez me asegura contra las ferias, no quisiera morirle con el escorzo que me ha producido su artículo de V. »

Nota 3.ª

La Empleomanía.—De todos los artículos que forman la serie de esta revista de costumbres, éste es el que menos ha envejecido por su argumento. Al contrario, la enfermedad endémica que en él se combate, ha crecido con las revoluciones políticas en proporciones tan asombrosas, que el autor de las Escenas encuentra hoy estrepitosamente pálidos los colores que empleó entonces para pintarla. — No lo parecieron, sin embargo, tales en aquella época al censor del periódico el Rmo. P. maestro fray Miguel Huerta, Vicario general de San Agustín y predicador afamado, de quien por otro lado no tiene el autor motivo alguno de queja, antes bien de agradecimiento por su tolerancia, ilustración y deferencia. — En este artículo, sin embargo, creyó ver demasiadas alusiones á las intrigas cortesanas, y suprimió párrafos y episodios que lo dejaron aun mas descolorido. Si el autor los hubiera conservado, procuraría colocarlos de nuevo en su lugar propio, marcándolos bien para que fueran testimonio fehaciente de la miseria de la época, de la suspicacia y meticulosidad que infundía hasta en los hombres mas ilustrados y tolerantes, como el R. P. Huerta. — En defensa personal de este respetable religioso, arrastrado despues en las revueltas políticas á los bandos militantes, y cuya existencia ó paradero ignora, debe el autor decir que, así en esta como en alguna otra ocasión en que creyó oportuna alguna corrección ó supresión, llamó al autor y procuró convencerle de la necesidad, á vueltas de cumplidos elogios de sus escritos; y este, que respetaba en él la ilustración, la autoridad y el buen deseo, no tenía el menor inconveniente en suscribir á las menores insinuaciones de tan benévola censura.

Nota 4.ª

El Prado.—Ademas de la descripción del antiguo Prado de San Hierónimo, consignada por el maestro Pedro de Medina en su obra titulada *Grandezas de España*, quedan otros muchos documentos escritos para formar idea de lo que pudo ser en los tiempos de la Casa de Austria el estendido término convertido á la voz del gran Carlos III, y por la influencia de su ilustrado ministro el conde de Aranda, en uno de los paseos mas bellos de Europa. — Pero nada hace concebir un juicio mas exacto de aquel primitivo estado, que la representación material de dicho paseo antiguo que se halla en el gran Plano de Madrid de 1656, en que está minuciosamente detallado, como todo el caserío de la Villa en perspectiva caballera. — En él se ven tres alamedas formadas por dobles filas de arboles desde la calle de Alcalá hasta la puerta de Atocha por el lado de San Fermín. El barranco que corría por toda la línea del Prado (y que aun hemos conocido sin cubrir en el trozo de Recoletos) se hallaba poco mas ó menos por donde ahora el paseo de coches; y sobre las alturas cercanas al Retiro estaba el juego de pelota, habiendo tenido la Villa que desmontar parte de dicha altura considerablemente hácia San Gerónimo para proporcionar fácil acceso al nuevo sitio del Buen-Retiro. Próximamente adonde está ahora la fuente de Neptuno había una torrecilla, y una mezquina fuente llamada de el *Caño Dorado*; y en ambos lados donde ahora están el Botánico, el Museo, el Tivoli, y la Platería de Martínez, etc., había huertas cercadas de tapias. Estas continuaban con las de los duques de Medinaceli (hoy de Medinaceli), y su palacio que es el mismo que existe; luego la casa y jardín de los duques de Maqueda (donde hoy está el Palacio de los de Villahermosa), la del conde de Monterrey (donde hoy la iglesia de San Fermín), y la de don Luis Mendez Carrión (que hoy es la del señor marques de Alcañices). — En estos tres jardines reunidos fue donde el Conde-duque de Olivares dió á los reyes la famosa fiesta que describe Pellicer la noche de San Juan de 1634, en que se representaron dos comedias una de Lope, y otra de Quevedo y de Hurtado de Mendoza; y hubo ademas bailes, músicas, cena y entamados, y luego *rua* por el paseo hasta el

amp. necer. — Representando este trozo del paseo y entrada de la calle de Alcalá posee un precioso cuadro contemporáneo el Escelentísimo señor don José de Salamanca, que parece ser de Velazquez, ó alguno de sus imitadores. Los detalles en el aspecto de dicha calle y paseo en aquella época, los grupos, trajes, coches ó carrozas y sillas, entre ellas la de los reyes, escoltada por alabarderos, y el armonioso conjunto, en fin, de este precioso cuadro, le hacen sumamente interesante ante el conocimiento de aquella época.

Por el lado izquierdo de Recoletos, seguían las huertas y palacio del célebre Almirante Enriquez de Cabrera, cedidos despues por él para ser convertidos en convento de San Pascual; la del conde de Bornos hoy de Medina de las Torres, y otra que hoy es de las Salesas; y por la derecha la del conde de Monteleagre, la de Recoletos, etc.; pero ni en este trozo ni en el que media desde la puerta al convento de Atocha habia alamedas, ni mas adorno en este último que la hermita de San Blas sobre el cerro pelado que hoy lleva su nombre.

Nota 5.ª

Las Casas por dentro.—Desde que se escribió este artículo en 1852, hasta el día, ha cambiado de tal modo el caserío de la capital á consecuencia del sinnúmero de construcciones nuevas y la reforma de las antiguas, que ya afortunadamente puede decirse que carece en general de exactitud aquella pintura que entonces tenia toda la que exige la verdad. — La reconstrucción de Madrid puede decirse que habia empezado sin embargo lentamente en 1815, despues de restablecida la paz general; y aprovechando el interes individual los beneficios de esta, y hasta los mismos destrozos y demoliciones llevadas á cabo por el gobierno intruso, empezó á dar este giro á los capitales, y á despertar en los habitantes de Madrid mayores exigencias de comodidad y de buen gusto. Por desgracia este no hacia, puede decirse, mas que germinar, y los arquitectos encargados de la dirección de las nuevas construcciones tampoco se hallaban á la altura necesaria para darle impulso y hacerle desarrollar rápidamente. Combinada, pues, esta poquedad de ideas artísticas con la mezquindad mal calculada de los dueños, dió por resultado en aquella primera época de restauración muchos edificios comunes, mal combinados y repartidos, habitaciones estrechas y desnudas de adorno y comodidad, que sin embargo parecieron entonces un prodigio de lujo á los vecinos de Madrid acostumbrados á las habitaciones del Barquillo y Maravillas, á las escaleras de la Plaza, á los inmundos portales de toda la población. — Como punto de partida para señalar el grado de comodidad y aparato con que por entonces se daban por satisfechos los madrileños, citaremos la casa de la calle del Carmen esquina á la de la Salud, que hizo construir hácia 1846 el escribano don Casimiro Antonio Gomez, y que entonces fue mirada como el *non plus ultra* de la ostentación.

Siguió en este sentido la nueva fabricación, construyéndose en 1815, 15 casas; — 57 en 1816; — 28 en 1817; — 55 en 1818; — 37 en 1819; — 42 en 1820; — 25 en 1821; — 42 en 1822 y 22 en 1825. — Entre estas las mas notables por su importancia y regularidad fueron las ocho que forman manzana conocidas por las de *Santa Catalina*, sobre el sitio donde estuvo el convento de monjas, entre la Carrera de San Gerónimo y del Prado. Estas por lo menos, cuando no lujo y elegancia de construcción, tienen cierta regularidad y desahogo.

La creación en 1822 de la importantísima Sociedad de Seguros, y la estabilidad y órden material, favorecieron singularmente la construcción, que fue creciendo proporcionalmente en estos términos: en 1824, 56 casas; — 41 en 1825; — 44 en 1826; — 51 en 1827; — 52 en 1828; — 48 en 1829; — 48 en 1830; — 87 en 1831; — 82 en 1832 y 73 hasta octubre de 1835. — En esta época fue cuando se levantaron las calles nuevas á la izquierda de la plaza de Oriente, la acera de la de Santiago y muchas otras casas en las del Leon, Fuencarral, Hortaleza, Principe, Atocha Caballero de Gracia y Plaza Mayor. Todas ellas, empero, son construcciones comunes, distribuidas en habitaciones diminutas y desnudas de adorno exterior é interior. — A todas pudo apropiarse en general la sátira del artículo que motiva esta nota.

La revolución política verificada á la muerte de Fernando VII, la desamortización y venta de los cuantiosos bienes del clero, la demolicion de la mayor parte de los conventos, la acumulación de capitales concentrados

durante la guerra civil en la capital; el desarrollo de las ideas de buen gusto; y las importantes mejoras establecidas en la policía de la villa por una autoridad activa, celosa é inteligente, todas estas causas, en fin, reunidas á las crecientes exigencias de una capital populosa, empezaron á dar nuevo y mas elevado giro á las construcciones; siendo ya notables, entre las de la otra década hasta 1844, las casas de los señores Mariátegui y Matheu, en el solar del convento de la Vitoria; la de las del señor Cordero en el de San Felipe el Real; el pasaje y mercado de San Felipe Neri, y el del Caballero de Gracia, y la elegante Casa-palacio del señor marques de Casa Irujo en la calle de Alcalá.—Pero cuando la construcción ha llegado á un punto verdaderamente sorprendente, tanto en el número de edificios, cuanto en el brillante aspecto, comodidad y lujo de su decoración, es en el sexenio que concluye en 1850, llevando trazas de continuar en lo que va del año actual.—En dicho sexenio se han construido de nueva planta mas de seiscientas casas, muchas en solares, huertas y cercados, y otras sobre los sitios en que existían casuchas ruinosas ó mezquinas, renovándose casi del todo las calles principales de la población, Alcalá, Montera, Carretas, Mayor, San Gerónimo, Fuencarral, Hortaleza, Arenal, Jacometrezo, etc.—A todas aquellas causas anteriormente enunciadas, al extraordinario progreso del buen gusto, á las exigencias del lujo, á la moda, en fin, de dedicar á esta aplicación los capitales, vino por fortuna á reunirse la circunstancia de la aparición de jóvenes arquitectos, ilustrados y entusiastas por lo bello, conocedores de las buenas construcciones en el extranjero, descosos de gloria y enemigos declarados de la antigua rutina ó manera. Preciso es tambien convenir en que los anteriores no se hallaron en circunstancias tan favorables para desplegar su fantasía; antes bien se vieron limitados por la exquidat de las miras de los dueños, á construir casas comunes en sitios reducidos, y combinadas de modo que pudieran dar en alquiler el mayor interes posible; mientras que los actuales han visto á su disposición solares inmensos y bien situados, dueños espléndidos, un gusto y una exigencia creciente en la población, é infinitos adelantos en la fabricación de los objetos de construcción.—De este modo, pues, los señores Colomer, Alvarez (don Anibal), Alvarez (don José Alejandro), Agudo (don Martín), Gomez de Lafuente, Zabaleta, Mesa y otros que no recordamos, han podido verificar una verdadera revolucion en el caserío de Madrid, y elevar los palacios de los señores duques de Riansares, Salamanca, Gavia, Sevillano, Santa Marco, Las Rivas, Soto Mayor, Perez, Murga, y otras mil elegantes casas que hoy hermoscan lo principal de la población.—Este movimiento de vitalidad y de buen gusto queda hoy en progresion ascendente; y basta decir que actualmente se hallan en construcción, y quedarán corrientes en todo el año 51, unas 120 casas, la mitad por lo menos en sitios solares en que no las había, como en la Plaza de Oriente y de los Ministerios, calles del Turco y la Greda, Magdalena, Constantinopla, Cárcel de Corte y calle del Barquillo; y ellas vendrán á aumentar en mas de 1,000 el número de habitaciones cómodas, elegantes y aun magníficas que ya cuentan los vecinos de Madrid.

Nota 6.ª

El Dia 30 del mes.—El tipo del empleado antiguo, consecuente, asiduo y rutinario, que trata de describirse en este artículo, se reproduce mas adelante en otros, bajo sus diversas fases de *Cesante* y *Pretendiente*, en que hubieron de colocarle las revueltas políticas, y los ensayos de otros hombres y de otras ruedas en la complicada máquina de nuestra administración.—Hoy, alocionado ya por la desgracia y las contradicciones, convencido plenamente de su insuficiencia para luchar con la marcha del siglo, *don Homobono Quiñones* es un personaje casi fabuloso, ó por lo menos inverosímil, y que está próximo á desaparecer de entre nosotros. Reducido pues, á pasear su asendereada persona por la Fuente Castellana ó Chamberí, á leer todas las mañanas el *Diario*, y á regalarse todas las noches con la *Esperanza*, limita sus escasas necesidades á las diez mesadas de cesantía (¡y gracias cuando estas son diez!) paga su modesta mancion en los barrios apartados de Daoiz ó de Leganitos; asiste á las cuarenta horas: reza novenas á Santa Rita y á Santa Filomena, y figura en las zarzuelas del Circo, como uno de los personajes de *La paga de Navidad*.

Nota 7.ª

El Campo Santo.—Desde que en el reinado del señor don Carlos III, y por real cédula de 3 de abril de 1787 se mandó la fabricación de cementerios extramuros de las ciudades con el objeto de sepultar los cadáveres que hasta entonces se enterraban en las iglesias, con grave detrimento de la salud pública, pasaron muchos años (todos los que formaron el reinado de Carlos IV), sin que la capital del reino tratase de dar el ejemplo de esta importantísima reforma, y de cumplir lo preceptuado por la ley. Siguióse, pues, la pernicioso costumbre inmemorial de los enterramientos en las bóvedas y templos, haciendo en ellos los cadáveres sin precaucion alguna, y siguieron tambien de tiempo en tiempo las repugnantes é indecorosas *mondas* ó extracciones de aquellos restos mortales, de que recordamos haber oido á algunos ancianos tan animados como nauseabundas descripciones, especialmente de la que se hizo en la parroquia de San Sebastian por la calle inmediata en 1805, y que segun nuestros cálculos y noticias llevó envueltos en ella los preciosos restos del gran *Lope de Vega*.—Para destruir aquella inveterada costumbre, y para reducir al silencio la terrible é obstinada oposicion que la hipocresia, las preocupaciones ó el interes egoísta presentaban á la construcción de cementerios, fue necesario que el gobierno de José Napoleon tomase á su cargo la conclusion del primero de los generales (el de la puerta de Fuencarral) y verificada esta en 1809, y poco tiempo despues el de la puerta de Toledo, prohibióse energicamente todo otro enterramiento que no fuese aquellos; y en obsequio de la verdad y de aquel ilustrado aunque intruso gobierno, debe reconocerse que no fue esta sola la mejora que logró establecer en nuestra policía administrativa.

Por desgracia la construcción de los cementerios segun los planes del arquitecto Villanueva, adoleció á nuestro entender desde el principio de una mezquindéz y prosaísmo sumos; siendo tanto mas de lamentar, cuanto que estos primeros Campos Santos, imitados despues en otros puntos de las afueras de Madrid y en las capitales y pueblos notables de España, han servido, puede decirse, de modelo ó pauta de esta clase de construcción entre nosotros, estableciéndose en consecuencia la ridicula costumbre, no de enterrar, sino de emparedar los cadáveres en los muros de cerramiento al rededor de grandes patios desnudos de todo adorno y de vejetacion.—No tuvo tal vez presente Villanueva el reciente ejemplo de la capital francesa que en los primeros años del siglo dedicó á este objeto el estendido jardín conocido por el del *P. Lachaise*; ni los demas de esta clase que se admiran en otros pueblos extranjeros; ó no pudo disponer de terreno suficientemente estenso, bien situado, y con agua abundante para la plantacion; la idea exajerada (á nuestro entender) de que habia de construirse precisamente en las alturas al N. de la capital el gusto demasiado clásico y amanerado de dicho arquitecto, y la estrechez de miras ó indiferencia del Ayuntamiento de Madrid, fueron tal vez las causas de semejante construcción; y sin duda el no querer perjudicar á los fondos de las iglesias en los derechos que percibian por la custodia de los cadáveres, dió lugar á que la Villa de Madrid no tomase, como hubiera debido, á cargo suyo el establecimiento de los cementerios con toda la amplitud y decoro que exigen la religiosidad, y la cultura del vecindario. El clero, por su parte, que nunca miró con buenos ojos su establecimiento, no cuidó de decorarlos ni engrandecerlos, á pesar del inmenso producto que obtiene del alquiler de aquellos mezuquinos corrales, producto que raya en una suma considerable, y que hubiera podido servir, no solo á la formacion de grandes y aun magníficos cementerios, sino que en otros pueblos bien administrados se aplica tambien al sostenimiento de hospitales y establecimientos de Caridad.

A tanto llegó el abandono y desidia de la visita eclesiástica y fabricas parroquiales, y era por los años de 1852 tan mezquino el aspecto de este cementerio y del otro general de la puerta Toledo, que varias cofradías ó congregaciones religiosas, pensaron en emprender por su cuenta la formacion de los otros parciales. Así lo habian hecho ya anteriormente las sacramentales de S. Pedro y S. Andres y la de S. Salvador y S. Nicolás, y fueron imitadas luego por las de S. Sebastian, S. Luis y S. Ginés, S. Miguel, S. Martin, San Justo, etc. Y mejorando algun tanto las condiciones de construcción y adorno (aunque siempre siguiendo el mezquino sistema de emparedamientos), han conseguido la preferencia de la parte mas acomoda-

da de los feligreses; y disponiendo y tolerando algún mayor adorno en los frentes de las sepulturas, en los panteones y galerías, y aun en el centro de los patios con plantaciones, aunque escasas, de arbustos y flores, han empezado á dar á los suyos (especialmente al de San Luis y San Ginés) aquel aspecto decoroso é imponente que á par que convida á la oración y al ruego por las almas de los que fueron, da una idea más noble de la cultura y de la religiosidad de la generación actual.

Nota 8.ª

Pretender por alto.— Varios de los artículos que forman la presente obra, aunque desnudos de interés y pobres en argumento, han dado pie á tal cual autor vergonzante de comedias para enjaretar algunas, tales como el *Amante corto de vista*, *Los Paletos en Madrid*, *Los Románticos*, etc.; pero en el presente artículo sucede todo lo contrario; á saber, que él es el hijo legítimo de una pieza teatral que el *Carioso Parlante* escribió en los primeros años de su juventud (1827), y que gracias á la meticolosa censura de aquellos tiempos no logró verse representada. — Titulábase, pues, dicha pieza teatral, «*La Señora de Protección, y Escuela de Pretendientes*», y fue la primera y única tentativa dramática del autor de las *Escenas*.— Como obra de un joven inexperto, y de una imaginación limitada y prosaica, adolece aquella composición de una palidez estremada, de una escasez de intriga que contrasta con lo pretencioso del argumento; á pesar de eso, el censor dramático de aquella época, don José Caballér Muñoz, en medio de su tolerancia, benignidad é ilustración, creyó descubrir en ella algunas alusiones ó retratos que no convenia presentar en la escena, y llamando al autor con una deferencia y amabilidad muy propia de su carácter, procuró convencerle de la necesidad de ciertas modificaciones; pero este tuvo el buen sentido de no convenir en ellas por el temor de dejar aun más descolorido un cuadro que ya reconocia por tal, y aun el de retirar y condenar definitivamente una obrilla que le parecia á él mismo insignificante.— Hoy, llegado á la edad madura y con algun mayor estudio literario, al leer aquella débil producción, no puede menos de reconocer y agradecer el servicio que le prestó aquel ilustrado censor, no dejando correr un trabajo pueril y que hubiera en adelante avergonzado á su autor; y este, renunciando en consecuencia al teatro, dió una prueba de prudencia y convicción de la escasez de sus medios literarios. Por lo demás para muestra de la estremada suspicacia de la censura de aquella época, véase aquí una de las escenas que indicaba el censor como *sospechosas ó atrevidas*. Hablan dos pretendientes, el uno osado y vanaglorioso, y el otro tímido y apocado.

ACTO 2.º — ESCENA 6.ª

Don Luis. — *Don Sinforiano.*

LUIS. Aquí le tenemos ya.
SINF. No hay remedio, de esta hecha (*Paseando con entusiasmo.*)
atrapo mi señora,
mi uniforme, mi venera,
y me elevo á grande altura.
¡Qué placer cuando me vea
por paseos y por calles
destumbrando de una legua,
con mi casaca bordada,
sortijada cabellera,
el sombrero bajo el brazo,
guante blanco, rica media,
y mis gafas de oro! (mueble
en tal caso de primera
necesidad) Quizás luego
de secretario me vea
de una Embajada; muy bien;
Veré á París, Londres, Viena,
volveré como hacen todos,
hablando una nueva gerga,
preguntando si en España
se vive sin chimeneas,
qué quiere decir *Caramba*,
si aun hay quien duerma la siesta,
y admirando que en París
hasta los chicos de escuela
hablen el frances... ¡Si luego
alcanzo á ser excelencia!...
¡Ah, si llego á ser ministro!
Entonces... ¡oh! ¡qué maneras

de ministro tan sublimes
tendría yo!... Con presteza
entrará en secretaria,
y con desdén y tibieza
oíría las relaciones
estudiadas y compuestas
de este y aquel pretendiente
hasta que en el medio de ellas...

Hace lo que indican los versos sin mirar á don Luis que se acerca.

LUIS. Señor mío... ¿no me oís?
SINF. «Y bien... ¿qué quereis vos?... sea pronto... ¿Traéis memorial?»
LUIS. Yo nada os pido.
SINF. «Bien, ea,
está al despacho...»; ¡Ay amigo! (*Reconociendo á Luis.*)
perdonad á mi cabeza;
no os habia conocido;
ya se ve, está descompuesta,
las malditas pretensiones...
y vos, ¿qué tal de las vuestras?
LUIS. Yo, amigo, ni bien ni mal.
Porque como las vi lentas
y sin ninguna esperanza,
procuré recoger velas
y me he retirado al puerto.
SINF. ¡Disparate! tal flaqueza
nunca un hábil marinero
debe hacer; sufrir la fiera
borrasca, vencer escollos;
medir los abismos; esta
debe ser su mayor gloria
hasta ganar la ribera.
LUIS. Ya veis, eso va en los génius,
y el mío no se violenta.
La vida del pretendiente
es una vida perversa;
siempre sufriendo antesalas:
siempre esperando respuestas:
siempre haciendo cortesias:
siempre besando correas.
Hoy dan audiencia en Estado,
mañana se da en Hacienda,
voy á ver si á la salida
logro hablar á su excelencia.» —
«Ya salió. — ¡Mala fortuna!
Mañana volver es fuerza.» —
Y torna á hacer memoriales
y vuelve á entregar esquelas,
siempre sembrando esperanzas
y siempre cogiendo penas:
sale mal la pretension
y...
SINF. ¡Pero y si sale buena!
¡Qué placer puede igualarse
al que ufano experimenta
un pretendiente aguerrido
curtido por la aspereza,
cuando mira ya en sus manos
el título por que anhela!
¡Oh fortuna! ¡cómo entonces
le lee, le deletrea,
le besa, y contra su seno
estrechamente le estrecha!...
Yo, amigo, os puedo decir
que si en tal caso me viera
no creo me contentaba
sin bailar con su excelencia.
LUIS. Si; pero eso es tan remoto...
SINF. Luego el retintín que suena
sin cesar en sus oídos
por do quier que se presenta
en paseo, en el teatro,
en misa, de «enhorabuena
enhorabuena.»
LUIS. Es verdad...
SINF. Todos vuelven la cabeza
para admirar las facciones
del ente á quien privilegia
la fortuna, y todos sienten
una emulación secreta
unida al deseo curioso
de saber quién es.
LUIS. Bien, sea
todo como lo decís;

- pero y los sustos, las penas que sufrió para llegar?..
- SINF. ¿Quién en eso entonces piensa? Todo se olvida... ¡Ay amigo! nunca el azúcar recrea el labio como después de un vaso de quina buena.
- LUIS. Y ahora ¿qué pretendes?
- SINF. Ved aquí media docena de pretensiones pendientes tomad, la última es esa.
- LUIS. No, basta, no hay tiempo, ¿a ver la súplica?
- SINF. Vedla.
- LUIS. ¿Qué tal?
- SINF. Muy bien pretendido solo falta se conceda.
- SINF. Si señor; no podrá menos, pues digo ¿acaso se encuentran pretendientes del calibre que yo presento?
- LUIS. ¿De veras?
- SINF. ¿Y el mérito acaso está solamente en correr tierras? ¿Es poco servicio el mio en llevar siempre las tierras de los propios de la villa? ¿Haber presidido á ella diez y siete procesiones del Córpus, y de Minervas? ¿Haber dado de mi propio pecunio nueve pesetas para el mozo-veredero que trajo al pueblo la nueva del casamiento del rey? ¿Picar... desde la barrera los novillos que corrimos aquel día y...
- LUIS. Todas esas son prendas de gran valor...
- SINF. Sin contar con las que quedan. (*Toca el bolsillo.*)

Nota 9.ª

La Politico-mania.—Queda dicho en una de las notas anteriores que la serie de estos artículos de costumbres, comprendida desde el primero hasta el del *Campo Santo* inclusive, fue publicada en la única revista literaria de la época (1832) y titulada *Cartas Españolas*. La grave enfermedad del rey Fernando VII en setiembre de aquel año, y la caída del ministerio de los diez años, la amnistía y la gobernación temporal de S. M. la reina, inauguraron en España la nueva era política que tomando después tan rápidas y diversas faces cambió completamente los hábitos y condiciones de nuestra sociedad. En esta época de agitación febril y de bruscas transiciones en las costumbres y usos populares, le tocaba describir estos y procurar corregir aquellas al festivo y poco profundo autor de estos cuadros; y no sabiendo ó no queriendo matizarlos con los colores fuertes de la época, y ni aun darlos á luz en periódicos que tenían ya el carácter de publicaciones políticas y de partido, se dispuso á suspender su agradable tarea, así que en 1.ª de diciembre de dicho año 32, se convirtieron en *Revista Española* las antiguas é inofensivas *Cartas*, renunciando espontáneamente no solo á la mayor publicidad de sus escritos, sino al interés material que de ellos podía prometerse.—Este sistema ha seguido el autor con tan rara constancia, que no ha querido jamás pertenecer á ninguna redacción política, prefiriendo publicar sus escritos en periódicos como el *Diario de Madrid*, el *Semanario Pintoresco* ó otros así completamente extraños á las circunstancias.—Sin embargo, no pudo separarse de la *Revista* tan pronto como deseaba, y aunque limitándose á esta sección literaria, consiguió en ella algunos artículos que son los que van comprendidos desde el de *Pretender por alto*, hasta el de la *Casa de Cervantes* inclusive, publicado en abril de 1835; y ya en ellos se nota alguna mayor libertad en sus tendencias, aunque procurando huir de las agitadoras de la época. Pálido es, sin duda, por ejemplo, el argumento del titulado la *Politico-mania*; pero á vueltas de su palidez se descubre ya en él la fisonomía que tomaban las costumbres, á par que la meticulosidad del autor, y su disgusto por hallar-

se en las columnas de una publicación política, «al abrigo del cañon de la ciudadela de Amberes, ó entre media docena de protocolos de la conferencia de Londres,» sucesos ambos que por entonces llamaban la atención de la Europa política, y llenaban por consecuencia las páginas de los periódicos. Por lo demas, ¡qué diverso aspecto ofrecia aun una sociedad donde este vicio naciente podía combatirse con paños templados y suaves emolientes como el presente artículo, y quién le había de decir al autor que en el trascurso de pocos años había de cambiar aquella hasta el punto de producir la incisiva sátira de *Figaro*, la pena de *Fr. Gerundio*, los dardos del *Jorobado*, del *Mundo* y la *Posdata*, y los rayos y centellas del *Guirigay* y del *Huracan!*

Nota 10.

Policia Urbana.—Esta sátira festiva del abandono y desaseo en que por un inconcebible, aunque arraigado descuido, yacia la capital del reino en la época á que se refiere, parece ahora demasiado blanda despues de comparar aquel estado con el que ofrece actualmente, y que honra sobremanera á la cultura de la poblacion y al celo y diligencia de las autoridades municipales. Seguramente que el mas apasionado del antiguo régimen ó de los ayuntamientos perpétuos, de los corregidores *golillas*, de los *protectores*, de las *tasas*, *abastos*, *gremios*, *ordenanzas* y *cédulas* del Consejo, no podran negar que con todo ese aparato y balumba de leyes y autoridades, y con un presupuesto de ingresos muy superior en algunos millones al que hoy cuentan las arcas de la villa de Madrid, la municipalidad perpétua, sea por las causas que fuesen, hizo poco, muy poco de lo que reclamaban las necesidades de la poblacion; y que sus calles y case-rio, su pavimento, su alumbrado, sus paseos, sus mercados, cárceles, hospicios, teatros y cementerios, ofrecian el aspecto mas repugnante, aspecto que no recuerdan hoy y que no concebirian ya posible los mismos que entonces lo toleraban y defendian.—Algo, sin embargo, empezó á mejorar en los años últimos del reinado anterior, merced á las mayores exigencias de la época, á los esfuerzos de los particulares, y al impulso que no podian menos de seguir el mismo gobierno y autoridad. El señor don Domingo María de Barrafon, corregidor en aquella época, abrió y planteó nuevos paseos esteriores; atendió con celo á la mejora del arbolado disponiendo la formación de un hermoso vivero, orillas del Manzanares; hizo construir algunas fuentes, y protegió el ensayo de alumbrado por el gas que por entonces no pasó de ensayo.—Pero la verdadera época de reforma saludable en todos los ramos de la administración municipal de esta villa, data indudablemente desde 1854 y 55 en tiempo de los nuevos ayuntamientos, y sobre todo del celoso corregidor don Joaquin Vizcaino, *marques viudo de Pontejos*.

Este distinguido funcionario (cuyo nombre no olvidará jamás la poblacion de Madrid), fue el que inició el movimiento de progreso verdadero de civilizacion y de comodidad, y sin ser hombre de grandes estudios, ni superiores conocimientos, bastóle la energia de su carácter, la penetracion de su buen instinto, y la influencia y atracción que ejercian sus modales simpáticos y caballerescos, para emprender y plantear con buen éxito mejoras radicales, no solamente en lo material de la villa, sino en sus establecimientos mas útiles y morales; mejoras que hubiera deservuelto seguramente á no haber sido tan corto el periodo de su administración (dos años escasos), pero que han servido, á no dudarlo, de base para todas las infinitas realizadas despues á su ejemplo.

Entre las primeras ó materiales, que planteó el marques, debemos consignar aquí la sustitucion de buenos reverberos á los mezuquinos farolillos del alumbrado; la nueva numeracion por aceras y números pares é impares; la de las lápidas de los nombres de las calles, y la adopcion de muchos mas apropiados y dignos, en vez de los repetidos ó ridiculos de varias de ellas; la introduccion de las nuevas aceras anchas y elevadas sobre el empedrado; la mejora del servicio de limpiezas y prohibicion de basureros en los portales; la formación de nuevas plazas y paseos, y el impulso y proteccion dado á las construcciones particulares.—En cuanto á reformas de otro género, aunque mas elevado, el asilo de mendicidad de San Bernardino, la Caja de ahorros, y la reforma del Monte de Piedad, dan al nombre de Pontejos aquel titulo de respeto y simpatia con que le pronuncia la poblacion de Madrid.

Tan benéfico movimiento inaugurado por su administración, ha seguido desarrollándose visiblemente después, y gracias á él, y á pesar de los periodos de turbulencias y discordias políticas, hoy presenta Madrid un aspecto halagüeño que parecia irrealizable hace pocos años. El empedrado de la parte central de la villa puede competir con los mejores de Lóndres y París, siguiendo su reforma por toda ella: el alumbrado del gas aplicado ya en sus calles principales, esta contratado tambien para todas en general: el servicio de barrido y limpieza se verifica diariamente y por métodos mas decentes y regulares: desaparecieron los escombros de las obras, los montones de basura, los traperos, las caballerías cargadas de paja y de reses muertas, los mendigos postulantés, casi todos los cajones de madera de las plazas y calles para la venta de comestibles, y los aguadores de las fuentes principales: se han aumentado las vecinales, se han colocado cubetas urinarias en las esquinas, se rotuló los primeros faroles de cada calle (aunque esta mejora ha ido desapareciendo por descuido), se han construido mercados cubiertos, pasages, cárcel, reformado la plaza Mayor, la de Oriente y la Cuesta de la Vega, abierto plazas y calles nuevas, ensanchado muchas antiguas y plantado otras de árboles, formado en fin, paseos hermosísimos extramuros de la población. Todas estas y otras muchas mejoras planteadas ya ó en proyecto de inmediata ejecución, han tenido lugar especialmente en los años del 44 al 50; y el autor de estas *Escenas*, se complace en consignarlo aquí con tanta mayor satisfacción cuanto que en dicho periodo ha podido tomar alguna parte activa en aquel movimiento civilizador como individuo que ha sido de la corporación municipal.

Nota 11.

La Casa de Cervantes.

La lectura de este artículo publicado por el *Curioso Parlante* en la Revista Española el día 25 de abril de 1855 (aniversario de la muerte de Cervantes), escitó de tal manera el celo patriótico del difunto comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela, que inmediatamente llamó al autor y empezó á dar vivos pasos, que produjeron á los diez días la real orden que se copia á continuación. El autor de esta obra se lisonjea en recordar aquí la parte que pudo haberle en tan patriótica resolución.

REAL ORDEN.

«Ministerio del Fomento general del reino.—Cuando llegó á noticia del rey nuestro señor que se estaba demoliendo por hallarse ruinosa la casa núm. 20 de la calle de Francos de esta corte, en que tuvo su modesta habitación el célebre Miguel de Cervantes Saavedra, que tanto honor y lustre ha dado á su patria, se sirvió S. M. prevenirme que por medio de V. S. se hiciesen proposiciones al dueño de ella, para que adquiriéndola el gobierno se reedificase y destinase á algun establecimiento literario. Pero habiendo manifestado V. S. que aquel tenia repugnancia á enajenarla, y queriendo S. M. por una parte que sea respetada la propiedad particular, y por otra que quede á lo menos en dicha casa y á la vista del público un recuerdo permanentemente de haber sido la morada de aquel grande hombre, ha tenido por conveniente resolver que en la fachada de la referida casa, y en el paraje que parezca mas á propósito, se coloque el busto de Miguel de Cervantes, de que está encargado don Esteban de Agreda, director de la real Academia de San Fernando, con una lápida de mármol y la correspondiente inscripción en letras de bronce. El comisario general de Cruzada, vicepresidente de la misma Academia, don Manuel Fernandez Varela, animado de su celo por el fomento de las artes, y por las glorias de su patria, se ha apresurado á proponer á S. M. que de los fondos que se hallan bajo su dirección, y de la parte de ellos que está destinada á auxiliar á los artistas, se haga el gasto necesario para llevar á efecto este pensamiento, lo que S. M. se ha dignado aprobar. Y de su real orden lo comunico á V. S. para que tenga su debido cumplimiento, poniéndose V. S. de acuerdo con el espresado comisario general vice-protector de la Academia, á quien lo traslado en esta fecha, y con el dueño de la casa que ha dado para ello su consentimiento. Dios guarde á V. S. muchos años.—El Conde de Oñalla.—Madrid 4 de Mayo de 1855. «Señor corregidor de esta villa.»

En consecuencia de esta real orden y verificada la reedificación de la casa, se colocó sobre la puerta principal

de ella, que dá á la antigua calle de Francos, un medallón de mármol de Carrara que representa la imagen de Cervantes en alto relieve sobre un cuadrilongo de piedra herroqueña, adornado con trofeos poéticos, militares y de cautividad, y debajo una lápida de mármol de Granada con esta inscripción en letras de oro:

Aquí vivió y murió
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
cuyo ingenio admira el mundo.
Falleció en MDCXVI.

La manifestación al público de este monumento tuvo lugar el día 15 de junio de 1854; y posteriormente en las reformas de los nombres de muchas calles de Madrid, verificada por su celoso corregidor el marques viudo de Pontejeos, se dió á la ya dicha de Francos el nombre de *calle de Cervantes*, aunque para proceder con claridad este nombre le merecía la calle del Leon, porque en ella propiamente estaba la casa, aunque con accesorias á la de Francos; y con eso pudiera haberse llamado á esta última calle de *Lope de Vega*, pues consta la casa en que vivió y murió, á aquel gran poeta. Posteriormente se ha titulado la del Niño traviesa de aquellas con el nombre de *Quevedo* que tuvo en ella su casa.

Nota 12.

La vuelta de París.—Desde el artículo anterior de *La casa de Cervantes*, publicado en abril de 1855, hasta el de *La vuelta de París*, que lo fue en igual mes de 1855, mediaron dos años cabales que el autor empleó en un viaje de recreo hecho á Francia é Inglaterra.—En este largo periodo y dilatado paseo, no solo tuvo ocasiones de ejercitar su espíritu de observación, y aumentar algun tanto la esfera de su imaginación, sino que coincidiendo con aquel periodo los graves acontecimientos acaecidos en nuestro país, la muerte del monarca, la variación del sistema político, la reunion de las Cortes y promulgación del Estatuto Real, la guerra civil, la invasion del cólera morbo, y la supresion de las comunidades religiosas, varió completamente el aspecto, carácter y costumbres del pueblo español; así como la mayor libertad en la expresion del pensamiento abria ya ancho campo á la pluma del escritor.—En una sociedad constituida ya de tan diversa manera, agitada por tan encontradas pasiones, y movida por tan nuevos resortes, para quien la lucha de las opiniones políticas era el principal alimento, la guerra y el debate los medios, la victoria y el triunfo su fin, dejase conocer que unos descoloridos é insignificantes debian parecer los cuadros sencillos é inofensivos de una sociedad apacible y normal que ya no existia, trazados por el modesto pincel del *Curioso Parlante*. Así lo reconoció él mismo, y convencido de su insuficiencia para brillar en otro terreno mas propio del día, renunció por largo periodo á su agradable y filosófica tarea, dejando á la marcha del tiempo y de los acontecimientos públicos el cuidado de marcarle la oportunidad de continuarla.

Pero la comenon del escritor es una tiranía que domina absolutamente su voluntad; y si bien supio contenerla por espacio de dos años, no pudo menos de transigir con ella algun tiempo antes del que se habia propuesto; si bien encerrándose siempre dentro de los estrechos limites que se impuso desde el principio, y limitándose á terminar con algunos cuadros mas la revista festiva de la Sociedad que desaparecía, sin darse por entendido del nuevo giro que tomaba la moderna.—Los artículos de *La vuelta de París*; *El Diario de Madrid*; *La procesion del Corpus*; *Paseo por las calles*; *El patio de Correos*; *Las casas de Baños*; *El Sombrero y la Mantilla*; y *A Prima noche*; son los que completaron por entonces aquella serie, hasta octubre de 1855; y para hacerlos mas independientes de las circunstancias presentes, para separarlos absolutamente de toda tendencia política, renunció el autor á insertarlos en ninguno de los numerosos periódicos que por entonces se disputaban el favor del público, y escogió para transmitirlos, el modesto folletín del *Diario de Madrid*.

Notas 13 y 14.

El *Diario de Madrid*; D. Lucas Aleman; D. Diego Rubadan.—Trazando el autor en el presente artículo la historia del *Diario de Madrid*, que en su humilde origen vicisitudes y progreso marcaba bastante, á su entender, la marcha económica y las necesidades de la población, y hasta el gusto literario de las épocas anteriores, hubo de tropezar con estos dos célebres escritores á quienes sus numerosas composiciones métricas, insertas en aquel

periódico, dieron el carácter y popularidad propias de lo que por entonces se llamaba un poeta; el primero en el período anterior a la guerra de independencia (que después continuó con el carácter de política que daba a sus patrióticas composiciones) y el segundo en los años trascurridos desde que se concluyó aquella, hasta 1820; y sin que sea visto ofender la memoria de aquellos dos honrados patriotas y laboriosos autores, preciso es convenir en que difícilmente se buscarían dos tipos más característicos de la insustancialidad y del mal gusto del público de entonces.

En la primera de ellas, ó sea en la que figuraban en el *Diario de Madrid*, en el *Correo de los Ciegos*, y otros periódicos, las triviales composiciones del festivo don *Lucas Aleman*, al lado de las de *Guerrero*, *Cacea*, *Salanova* y otros semejantes que merecieron la satírica recordación del gran *Moratin*, había sin embargo fuera de esta falange de pintores de brocha gorda, una escogida porción de verdaderos poetas por inspiración y por estudio, que con sus elegantes composiciones, ricas de elevación, ternura y armonía, consiguieron ir cultivando el buen gusto público, el brillo y lozanía de nuestra abandonada literatura; y basta nombrar á Melendez y Cienfuegos, Jove-llanos, Quintana, Forner, Iriarte, Cadalso, Iglesias, Gonzalez y Moratin, para mirar en la época que florecieron una de las mas gloriosas del Parnaso español. Pero á vuelta de esta porción de clásicos ingenios y de escritores de valía, pululaban entre el vulgo, y atraían hacia sí la fama poético-callejera, otra multitud de hombres de cierto temple, que creían de buena fé ser intérpretes de las musas con disparar á troche moche sus inocentes epigramas, acrósticos, décimas y ovillos, escritos en lenguaje trivial y chavacano; y otros, que mas arrogantes en sus pretensiones, y mas insoportables en su ridícula entonación, pretendían hablar el lenguaje de los dioses en sus largas elegias y enrevesados sonetos escritos en un estilo sombrío, encrepado y campanudo.—De ambos hizo justicia el filósofo Moratin en su chistosísima sátira titulada *La Derrota de los Pedantes*, y mas especialmente de los últimos, retratándoles con tan vivos colores que no parece sino que habia adivinado la existencia futura de algunos originales.

Llevaba por entonces la bandera del primero de estos dos bandos, ó sea la de los escritores triviales y copleros de buena fé, el modesto y sencillo capellán de las *Recogidas* don *Francisco Gregorio de Salas*, en quien sin embargo, y á vueltas de su pobre imaginación y apocada vena, se descubre la mas sana intención, algun estudio y chiste, y cierta espontaneidad y oportuna espresion que le hacian ser el idolo del comun del vulgo alegre y desocupado. Y con él compartía estos fáciles laureles el doctor en medicina don *Manuel Casal*, que bajo el anagrama de don *Lucas Aleman*, ha tenido la fortuna de vincular en él la sonrisa de tres generaciones, hasta su muerte ocurrida en abril de 1857.—Este amable escritor y reputado facultativo, nacido en Madrid en 20 de mayo de 1751 ademas de algunas obras serias sobre su profesion, empezó á darse á conocer bajo el pseudónimo indicado en el *Correo de los Ciegos* y en el *Correo de Madrid*, que se publicaban en 1786, y luego en el *Diario de Madrid*, con multitud de composiciones festivas, de trivial concepto, pero de espresion graciosa y popular. Y mas tarde, cuando despues de la guerra de la Independencia, pudo dársele el preciado matiz del patriotismo, se hizo dueño de las voluntades con la chistosa serie de fabulillas, cuentos y folletos que publicó bajo los títulos de *La Pajarera*, *El Mochuelo Literario*, y otros; en cuyas gratas tareas unidas á las no tan agradables de su profesion, y al estudio y lectura de su variada y copiosa biblioteca, prolongó su existencia y su amable popularidad hasta los 81 años de su edad, en los últimos de los cuales tuvimos aun el placer de tratarle.

Don *Diego Rabadan*, que floreció mas adelante y en la época que dejamos ya indicada de 1814 al 20, es otro tipo de indole diversa y representa admirablemente la

segunda serie de pseudo poetas en que dividimos antes á su muchedumbre, ó sea la de los hombres de mucho y mal digerido estudio, ofuscada imaginación y depravado gusto, que buscan en las hiperboles y conceptos mas oscuros é intrincados la sublimidad del estilo y la entonación digna de las musas. Hinchada su imaginación de esta idea, amenguada su razón con el estudio y la meditación de todas las monstruosas obras del ingenio Gougorino, era en fin, por la clase de sus estudios, por sus modales, y hasta por su figura escuálida y estravagante, el traslado material del ingenioso hidalgo-caballero, con aplicación á la poesía, la encarnación viva del vate tuerto que arenga á Apolo en la ya citada sátira de Moratin.

La época desdichada en que tocaba á Rabadan pulsar las cuerdas de su lira, ó mas bien desentonado rabel, era á decir verdad la mas propia para lucir sus primores, pues ahuyentados absolutamente de la escena literaria los buenos escritores, ausentes y perseguidos, limitado el campo literario á las mezquinas columnas del *Diario de Madrid*, y cuando mas, mas, y arrojando los inconvenientes de una rigorosa censura, á las de la *Cronica Científica* (que leía escasamente una corta porción de aficionados), aleccionado el pueblo con las coplas y retruécanos de don Domingo Abrial, don Francisco Garnier y don Isaac Diaz de Goveo, pudo creer que la poesía que faltaba á aquellos en sus triviales composiciones, se encerraba en los altisonantes conceptos en que para hablarles, por ejemplo, de la muerte del infante don Antonio, prorumpia Rabadan en este estrambótico soneto:

« Ya vencidos de Acurio los rigores
que aprisionan alíquidos cristales,
y del Aries y Tauro criminales
resultas de los cólicos furores;
Cuando Febo aproxima sus ardores
desatando á Neptuno los raudales,
y Amalthea sus galas y caudales
manifiesta con célicos primores;
Quiso el ciezro terrible y dominante
de su cruel aridez dar testimonio
arruinando á la España su almirante.
¡ Neptuno, Tetis, Céforo y Favónio
eterno mostrarán llanto abundante
pues falleció el infante don Antonio!!! »

Por este estilo y aun mucho mas estravagantes, fueron las infinitas composiciones de todos géneros y calibres del buen Rabadan en aquella época; innumerables y celeberrimas sus églogas, raptos, sueños, glosas, laberintos y acrósticos, en que no conseguia agotar su insensata fecundidad. Su prodigiosa memoria, su inmensa y estravagante lectura, y su carácter comunicable y decididor, le hacian ademas ser buscado y escuchado con bien distinta intención, de los jóvenes aficionados, de los festivos criticos y de las gentes de buen humor. Todavía recordamos haberle visto vendiendo libros en un puesto en la plazuela de las Descalzas, y siendo con su conversacion amable y su enrevesada doctrina poética el emblema de los otros muchachos que con nosotros salian del aula; todavia conservamos graciosas sátiras, ingeniosos epigramas lanzados contra el pobre Rabadan por los festivos y discretos concurrentes á cierta librería de la calle de la Montera; y entre la exagerada admiracion de las turbas, y la no menos caustica sátira de los zumbones, acabaron por rematar la razon de aquel buen hombre, en términos que llegó á imaginarse el primer ingenio de su siglo, á quien se disputaban los pueblos, á quien colmaban los monarcas de decoraciones, á quien los libreros reimpunían sus obras, á quien los follones y malandrines usurpaban otras, y á quien la posteridad preparaba un alto asiento en el templo de la fama. En estos términos de escitacion febril, y consumido por la lectura y la desdicha, falleció en 1819, llevándose consigo los últimos recuerdos del don *Hernógono*, que pintó Moratin en la *Comedia nueva*; y el tipo mas feaciente de la depravacion literaria de aquel miserable período.

SEGUNDA ÉPOCA.

Nota 15.

Introduccion.—En 1.º de abril de 1856 fundó el autor el *Semanario Pintoresco Español*, publicación popular y destinada á generalizar la afición á la lectura y el conocimiento de las cosas del país, ya en su riqueza natural como en los monumentos artísticos, así las vidas y

hechos de sus hijos ilustres, como la historia y tradiciones de las localidades, usos y costumbres del pueblo; y procurando realzar las descripciones y discursos con profusion de dibujos grabados en madera por el método nuevamente adoptado en las publicaciones de esta clase en el extranjero. En todos conceptos piensa haber hecho

un servicio á las letras y á las artes, con la importacion en nuestro pais del primer periódico pintoresco, popular y exclusivamente destinado á promover la aficion y cultivo de aquellas; y el público español, que así debió sin duda reconocerlo, hizo por su parte tanto aprecio de aquella modesta publicacion, que á pesar de sus defectos materiales y literarios, y á pesar de las circunstancias tan críticas del pais, en lo mas enconado de la guerra civil, llegó á contar hasta el crecido número de 5,000 suscritores, y hubo que reimprimir los siete primeros años ó tomos (ejemplo tambien único en España) hasta 1842 inclusive, en que cedió su empresa y direccion el autor y fundador de ella.—Después ha seguido esta varias vicisitudes, aunque continuando sin interrupcion, y hoy en manos de su actual director, el señor Fernandez de los Rios, ha recobrado su antigua popularidad, hallándose ya en el año décimo sesto de su vida, y siendo por consecuencia el decano de todos los periódicos de Madrid.

En este Semanario, pues, y en el lugar que le permitian las otras materias que exigia su combinacion, emprendió el autor de las *Escenas Madrilenas* la segunda serie de esta obra, y es la que forma los artículos desde el que lleva por título «*Mi calle*» (1856), hasta el de *La Guía de Forasteros* (1842), procurando conservar siempre la distancia conveniente de las ocurrencias políticas, de las ideas y de las circunstancias, en fin, extraordinarias del pais.—Quiso únicamente considerar y pintar á este bajo su aspecto tranquilo y normal, y aunque sabia muy bien que renunciando al interes *palpitante* del momento arriesgaba el inconveniente de no ser leído, no pudo dominar la invencible repugnancia con que por carácter y por conviccion continuaba mirando el para otros fecundo y halagüeño campo de la política; y confió solo en que agena de aquellas ambiciones, vuelta la espalda á las discordias y agitaciones del pais, hallaria siempre una porcion no escasa de lectores, un público dispuesto á apreciar su tarea moral. Y que si esta, por su remota y tal vez estemporánea intencion, no le recompensaba con aplauso sonoro, ni espresiva popularidad, acaso le brindaba en cambio con una simpatía mas sólida y duradera, una vida mas larga, tranquila y exenta de sinsabores.—Por fortuna acertó en su raciocinio: las circunstancias de aquella época pasaron ya; con ellas desaparecieron los escritos que las fueron dedicados y las palmas que produjeron á sus autores: los hombres pasaron; pero el hombre queda siempre, y el pintor de la sociedad sustituye al retratista individual.—Las cinco ediciones de la presente obrita, hechas en tan pocos años, prueba, no un mérito literario que no tiene; sino la solidez del raciocinio y la precision del cálculo del que en circunstancias escepcionales se propuso pintar la sociedad normal, procurando en sus cuadros acercarse en lo posible á aquellas condiciones que aseguran la vida de las obras literarias.—La moral en el fondo, la amenidad en la forma, y la correccion en el estilo.

Nota 16.

Mi calle.—En medio de la constante preocupacion del autor en huir absolutamente de todo roce con las circunstancias políticas de la época, déjase conocer que reflejadas estas en nuestras costumbres, le era absolutamente imposible prescindir de dar á conocer las nuevas necesidades, las diversas tendencias que diariamente se desarrollaban en las ideas, en los usos, en los modales y hasta en el lenguaje vulgar.—El presente artículo, bajo el pretexto de pintar la calle en que vivía (1), es un traslado fiel de la incertidumbre y perplejidad del escritor á causa de la indecision de las costumbres patrias, y bajo este aspecto puede servir de verdadera introduccion á esta segunda serie de las *Escenas*.—Esta (como se advertirá en los artículos sucesivos) toma por necesidad giros mas atrevidos, adopta colores mas determinados, para trazar otra sociedad diversa, producida por otras leyes, otros instintos y tendencias que las que modelaban ó influían á la anterior. Y si bien conservando restos absolutamente propios suyos, como se ve en los cuadros de *El día de toros*, *El duelo*, *El alquiler de un cuarto*, *La almoneda*, *El coche simon*, *Una noche de vela*, etc.; aparecen luego otros que por su argumento, por su forma y hasta por su estilo reflejan ya la nueva sociedad: tales son por ejemplo, *Una visita á San Bernardino*; *El Romanticismo*; *Costumbres literarias*; *El Cesante*; *La Bolsa*; *Las sillas del Prado*; *El espíritu de asociacion*; *Una junta de cofradía*; *Inconvenientes de Madrid*, y *la Guía de forasteros*.

(1) Angosta de San Bernardo, hoy de la Aduana.

Notas 17, 18 y 19.

Costumbres literarias.—Este artículo en que se pretende bosquejar las diversas fases de nuestra vida literaria segun las épocas pasada y presente, fue escrito en principios de 1857 para insertarse en el periódico ó revista quincenal que empezó á publicar el *Liceo artistico y literario* de Madrid, especie de *album* en que todos los sócios de aquella nueva y brillante corporacion, consignaban espontáneamente los frutos de su ingenio.

En todo el artículo domina el pensamiento del autor á saber: la falta de consideracion, ó de aplicacion que entre nosotros cuentan los estudios científicos y literarios por sí mismos; y la sobra de proteccion indiscreta que suele reclamarse y obtenerse del gobierno, no para los mismos escritos, sino para las personas de los autores; sacándolos de su esfera, y colocándolos en empleos elevados y brillantes que les hacen desdeñar el cultivo de las letras, y hasta renegar de sus antiguos títulos de gloria.—En este punto las opiniones del autor son contrarias, no solo á las de los gobiernos, sino á las de los mismos literatos, para quienes desearia, si, una modesta mediania y desahogo; pero no grandes títulos, honores y cargos que los arrancan á sus tareas literarias; y esta conviccion es en él tan profunda, cuanto que esta persuadido de que si *Cervantes* hubiera sido director de Rentas ó intendente, nunca escribiría el *Quijote*; *Lope* y *Calderon*, si hubiesen llegado á obispos, no habrían dado tanta gloria á la escena española; ni *Shakespeare*, ni *Moliere*, hubieran enaltecido la francesa, si de pobres y asendereados farsantes, hubieran subido de pronto á ser embajadores, ministros ó generales.

En la reaccion literaria que se verificaba por aquellos años en nuestro pais, al mismo tiempo que la revolucion política, ó mas bien como consecuencia de ella, se observaba desde luego esta tendencia fatal, esta proteccion funesta, al sentir del autor, hacia las personas de los literatos: la libertad del pensamiento, exento ya de toda traba de censura, el aumento de vitalidad y de energia propia de las épocas de revueltas políticas, de discusion y de lucha; el vigor y entusiasmo de una juventud ardiente, apasionada, y que entraba á figurar en un mundo agitado por las nuevas ideas; el brillo y esplendor con que estas se engalanaban y brindaban en su cultivo un magnifico porvenir; todas estas causas reunidas produjeron en nuestra juventud una escitacion febril hacia la gloria política, literaria, artistica, hacia toda gloria, en fin, ó mas bien hacia toda fama y popularidad.

Una parte de ella dedicada á las luchas políticas, á la marcha histórica del pais, corrió decidida á verter su sangre generosa en los campos de batalla y en defensa de encontradas opiniones y teorías, ó bien á ostentar su elocuente y apasionada voz en la tribuna, su bien cortada pluma en la prensa periódica, su energia y capacidad en los puestos eminentes del Estado.—Otra, mas inclinada al halagüeño cultivo de las letras y las artes, se reunió en círculos numerosos, fundó Liceos, Ateneos y Academias, hizo brillar en ellos su talento y su entusiasmo, y ofreció en aquellos magníficos torneos, en aquel público alarde de sus medios, un espectáculo seductor, que imprimió su fisonomía especial á aquella primera época de vitalidad y de energia.

Pero este noble y desinteresado espectáculo duró poco; porque creciendo en los escritores y poetas á par que el orgullo de la gloria, los pujos de la ambicion y del goce material en las altas posiciones, y siguiendo el gobierno la máxima de dispensarles esta mentida proteccion, ahogó su porvenir literario á fuerza de honores y empleos, pobló las embajadas y ministerios de poetas y folletistas, y lo peor del caso es que con este aliciente, con esta risueña perspectiva, dió lugar á la aparicion en el palenque literario de una plaga de pseudo-ingenios, dispuestos no á ganar laureles y palmas, sino sueldos y condecoraciones, con sus menguadas coplas, sus erizados discursos, ó sus solapados memoriales en guisa de folletín.

El objeto de la segunda nota á este artículo, es llamar la atencion de los lectores hacia la distinta condicion del escritor en la época que acababa de terminar, y mas especialmente hacia la rigidez, y mas bien tiranía de la censura con que tenía que luchar.—Como dato curioso de aquella época no puede dispensarse el autor de reseñar aquí las tribulaciones que hubo de ocasionarle á él mis-

mo la publicación en 1831 de su inofensivo y por lo menos útil libro titulado *Manual de Madrid*.

Esta obra, fruto de sus primeros años juveniles, estaba ya para darse á la estampa en fines de 1830, y presentada al efecto en la escribanía de gobierno del Consejo de Castilla, en los primeros días de enero de 1831, pasó á la censura reservada que prevenían las leyes, y á los pocos días, cuando fue el autor á saber la que había recaído, se halló sorprendido con una rotunda negativa de la licencia de impresión.

Cualquiera puede figurarse el efecto que semejante injusticia haría en un joven autor que después de haber trabajado con entusiasmo en lo que creía hacer un servicio público, y en que había algún título al aprecio de sus convecinos, se le negase ahora la publicidad para la cual tenía hechos además los gastos de láminas e imprenta, no pudiendo siquiera sospechar que ofreciese el menor inconveniente una obra tan inofensiva y agena de las materias políticas ó religiosas; y que se le negase, en fin, pura y simplemente sin decirle las razones, más ó menos fundadas de semejante crueldad.—Por los pocos días que habían trascurrido, se conocía claramente que motivos de animosidad personal, mas bien que causas suficientes en la misma obra (que no había habido si quiera tiempo de leer), ocasionaban aquella negativa. Pero por otro lado ¿qué enemistad podía tener un joven, hasta entonces no conocido en las letras ni en la política, aunque bien relacionado por su familia y su posición acomodada e independiente?—Por fortuna no se desalentó, ni detuvo mucho en cálculos y consideraciones; antes bien dando por supuesta cualquiera intriga de escalera abajo, resolvió valerse de todas sus relaciones, de toda su actividad juvenil, para descubrirla y desbaratarla.—En consecuencia de ello visitó uno por uno á todos los consejeros de Castilla, desde el señor Puz Samper, gobernador del Consejo, hasta el señor Perez Juana, fiscal; desde el juez de imprentas señor Hévía y Noriega, hasta el relator señor Fernandez Llamazares; y haciéndoles una relación verídica y enérgica del caso, y una indicación del objeto y medios de la obra reprobada, vino á saber confidencialmente de aquellos señores, que ni tal censura, ni tal repulsa, habían sido cosas del Consejo, el cual ni siquiera había visto la obra; ni dándose cuenta de ella por el escribano de Cámara y de gobierno.—En obsequio de la verdad, debe consignar aquí el autor, que mereció de todos aquellos respetables magistrados la mas benévola acogida, especialmente del ilustrado y severo gobernador señor Puz de Samper, el cual llevó su complacencia hasta el extremo de pedirle el borrador y leerle todo, y después de mil congratulaciones y expresiones lisonjeras para el autor, trazarle la marcha que debía seguir para pedir la revisión por el Consejo, suponiendo la primera negativa, para no dejar en descubierta á los subalternos que habían intervenido en ella.—Aparapetado, pues, con esta protección, se presentó al siguiente día con su alegato al escribano de Cámara, el cual afectó admirarse de la osadía de un joven que se atrevía á reclamar contra las decisiones del Supremo Consejo de Castilla, y se propuso sin duda contestar con un «Visto» á tan inaudita pretensión. Pero debió de ser grande su asombro, cuando acabado el despacho general de aquel día, el mismo presidente le preguntó — «si tenía para dar cuenta de un pedimento del autor del *Manual de Madrid*;» — á lo que hubo de responder, no sin confusión, «que lo había dejado en la escribanía.» — «Hágalo recoger y dé cuenta al Consejo inmediatamente» — dijo el gobernador; — y mientras el escribano salía á cumplir lo mandado, hizo aquel recto magistrado una breve reseña de la obra que había leído, á sus compañeros, y de la superchería de que había sido víctima el autor; con que, y en vista del pedimento, y previa una buena reprimenda al secretario, se acordó pasar la obra con tres luegos, en aquel mismo día á censura del Ayuntamiento de Madrid; el cual la dió tan cumplida, que el Consejo acordó insertarla en la real cédula de licencia de impresión con otras expresiones altamente lisonjeras para el autor.—Pero en todo esto pasaron algunos meses y la obra no pudo ver la luz pública hasta fines de 1831. Verdad es que la buena acogida que obtuvo le recompensó de los sinsabores pasados, y no solo vió agotada en tres meses toda la primera edición, sino que escuchó de boca del monarca, de los ministros y magnates de aquella época los mayores elogios y felicitaciones, recibió oficios laudatorios de las autoridades y corporaciones municipales, y tuvo el gusto de regalar personalmente un

ejemplar á los que habían hecho una guerra miserable y oculta á su publicación. No dice aquí los nombres de estas personas porque ninguno existe ya.

Sirva esta tercera nota al artículo de *Costumbres literarias*, para confesar el autor que en el párrafo á que se refiere anduvo sobradamente injusto respecto á la calificación de infructifera para las letras que el giro de su discurso le movió á hacer de aquella época gloriosa de reacción y entusiasmo literario.—Con solo citar los nombres de los señores Toreno y Martínez de la Rosa, Argüelles, Miraflores, San Miguel, Maribani, y otros no menos ilustres que se ocupaban en la historia política del país; con solo recordar los de Alcalá Galiano, Donoso Cortés, Pacheco, Borrego, Lasagra, Valle, Silveira, Oliván, cuyos escritos tenían por objeto esponer y comentar los principios del derecho político, la economía y administración; y con no mas que traer á la memoria los ya por entonces populares nombres de Breton y Gil Zárate, el duque de Rivas, Boca de Togores, Martzenbusch, García Gutiérrez y Rodríguez Rubi, gloria y honor de nuestro teatro moderno; los de Zorrilla y Espronceda, la señorita Avellaneda y Enrique Gil, altamente célebres en nuestro lirico Parnaso; de Escóbara, Villalta, Navarro Villoslada en la novela; del desgraciado Figaro, el Estudiante, Abenamar y Fr. Gerundio en la sátira moral y política; y de tantos otros ingenios, en fin, de grande y merecida nombrada como por entonces brillaban en el palenque literario, hay lo suficiente para suponer el prodigioso movimiento intelectual desarrollado repentinamente en aquellos años agitados.

La fundación del *Ateneo Científico* y la del *Liceo artístico y literario*, verificadas en 1833 y 36, fueron la señal de dar principio aquella época de regeneración, de entusiasmo y de gloria. Las cátedras y discusiones de la primera de aquellas sociedades, las sesiones de competencia, representaciones y juegos florales de la segunda, ofrecían por entonces tan halagüeño y seductor espectáculo para las letras y para las artes, que parecía inconcebible la simultanea existencia de una guerra civil enojada y asoladora; y no solo produjeron enseñanzas útiles, para las ciencias de la política, de la administración y de la literatura, no solo dieron por resultados obras estimables en todos los ramos del saber, sino que presentadas con un aparato y magnificencia sin igual, en suntuosos salones frecuentados por los monarcas, la corte, y lo mas escogido é ilustrado de la sociedad madrileña, escitaron hasta un punto indecible el entusiasmo y la atención del público, realizaron la condición del hombre estudioso, del literato, del artista, ofreciéndolos á la vista de aquel con su aureola de gloria, con su entusiasmo, sus frescos laureles, su doctrina en la boca y en la mano su libro ó su pincel.

Hoy, como ya decimos anteriormente, pasados aquellos momentos de ardiente fé y de sed entusiasta de gloria, la tendencia del siglo es á materializar los goces, á utilizar prosaicamente las inteligencias; por eso los liceos y las academias desaparecen; por eso los desamparan los autores, y corren á las redacciones de los periódicos políticos, á la tribuna ó á la plaza pública, para conquistar, no aquellos modestos é inofensivos laureles que en otro tiempo bastaban á su ambición, sino los atributos del poder, y los dones de la fortuna.—De los nombres que arriba hemos traído á la memoria, casi todos figuran como ministros, embajadores, gefes políticos, diputados y publicistas, en opuestos bandos y alternando en diversas épocas; algunos como Espronceda y Larra, Villalta y Enrique Gil, han descendido preparadamente al sepulcro, y muy pocos como Zorrilla, Rubi y García Gutiérrez, han preferido conservar su independencia, y su nombre propio y glorioso, aunque sin la adición de una triste escelsencia, ni siquiera de una raquítica señoría.

Nota 20.

Casa de vecindad.—El ingenioso don Ramon de la Cruz que abasteció nuestros teatros á los fines del siglo pasado, de una rica colección de *satinetes* que aun hoy son preciosas joyas de verdad, de gracia y de vis comica, presentó en varios de ellos el interior de una de esas casas *omnibus* que existen en Madrid, donde hallan colocación centenares de familias de diversas condiciones y semblanzas, y que suelen dar que hacer á los alguaciles y caseros, y prestar argumento de sus cuadros á pintores y poetas. Señaladamente en el que tituló *La Petra y la Juana*, y que después ha sido conocido y representado constantemente bajo el de *La casa de Toca-*

me Roque, dejó aquel célebre ingenio un modelo de animación teatral y de finísima observación que en vano ha sido imitado después. La tradición recibida aplica aquel segundo título (no sabemos con qué motivo) á la casa que aun existe en la calle del Barquillo, señalada con el número 27 nuevo, y es propia del señor conde de Polentinos; pero á nuestro entender el autor no pensó fijar la escena en ella ni en ninguna otra determinada, sino tomar de todas las semejantes, aquellas condiciones y detalles respectivos que necesitaba para su cuadro. — Esta misma idea ha dirigido al autor de las *Escenas Matritenses* al delinear la que sirve de teatro al artículo de *El día de toros*. — Conoce y tuvo presentes varias de estas casas de Madrid llamadas *Domingueras*, por las visitas dominicales que suelen hacer los caseros para percibir el alquiler; y entre otras, además de la ya citada de *Tócame Roque*, recuerda la del *Mundo nuevo*, la de la calle de la Paloma núm. 1.ª, la de la calle de Hortaleza, número 59 (que hasta hace pocos años dejaba al descubierto su cuadrado patio y corredores), la llamada del *Pastor* en la calle de Segovia, que por el desnivel del terreno ofrece la circunstancia de salir desde el piso segundo por esta calle al plano ó bajo por la del Alamillo, y otras así; y tomando de cada una lo que le pareció conveniente á su pintura, construyó mentalmente la suya y la colocó en los barrios de San Lorenzo para desorientar á los investigadores (si los hubiera) de la parte topográfica de estas *Escenas*.

Nota 21.

El Cesante. — En este artículo, á pesar de los contrarios propósitos del autor, se descubre ya la necesidad que le obligaba á tomar en cuenta las variaciones que en caracteres y costumbres había ocasionado la revolución y sus consecuencias. Para ello le pareció conveniente reproducir en la escena algunos de los personajes que en situación bien diferente había ofrecido al público; y el antiguo empleado rutinario y mecánico, tranquilo y descuidado en *El día 50 del mes*, aparece ya en la anómala condición de *cesante*, y miembro exótico de una nueva organización social. — Para diseñar á aquel en su primero y apacible período bastóronle al pintor los mas modestos y aun pálidos matices de su paleta; para pintar á este reducido á la muerte civil, en presencia de una sociedad nueva y agitada, necesitó pedir colores, buscar modelos, formas y estilo á esta misma sociedad; y el lector que se tome el trabajo de comparar el uno con el otro cuadro, no podrá menos de convenir en lo brusco de la transición y establecer mentalmente el paralelo de 1852 con 1857.

Nota 22.

El duelo se despide en la iglesia. — Mucho, es verdad, han variado las costumbres de Madrid en este punto. Al abandono y desden con que por lo general se procedía á la inhumación de los cadáveres, ha sucedido un aparato y ostentación que, si no prueba mayor grado de cariño y ternura hacia aquellos que desaparecen de entre nosotros, dicen al menos la vanidad mundana, y el orgullo de la generación que les sobrevive. Aquello, en los términos que se describe y satiriza en el artículo de *El Duelo*, era ciertamente vituperable y repugnante; esto, en los que quieren hoy la moda y el lujo de las clases acomodadas, viene á ser ya el extremo contrario de exageración y de ruina.

Cabalmente en los momentos en que se ocupaba el autor de censurar aquella antigua costumbre, se inauguraba la nueva con una ocasión tristemente célebre, la de la desgraciada muerte del malogrado escritor don Mariano José de Larra (Figaro). — Sus amigos y apasionados (en cuyo número se contaban todos los hombres políticos, los literatos y artistas), sin tomar en cuenta mas que su gran mérito literario, y no de modo alguno la exaltación criminal que le había conducido al sepulcro, improvisaron en la tarde del 17 de febrero de aquel año una fúnebre comitiva para conducirle desde su casa, calle de Santa Clara, núm. 3, al cementerio de la puerta de Fuencarral; y colocándole en un carro triunfal, adornado de palmas y laureles al rededor de sus obras sobre el féretro, siguieron á pie con religioso silencio y compostura los restos mortales de aquel que en un acto de insensato delirio acababa de apagar la autorcha de una brillante existencia. Reunidos luego en torno de su sepulcro, improvisaron discursos apasionados y bellas composiciones poéticas, despidiéndose del amigo, del escritor y del poeta; y allí mismo, sobre la tumba de aquel raro ingenio, proyectó su primera luz el astro brillante de *Zorrilla*, el primero de nuestros poetas líricos,

apareciendo por primera vez á nuestros ojos á la temprana edad de veinte y un años.

Después de aquel primer solemne y público acompañamiento fúnebre, se verificaron otros con sujetos mas ó menos notables, entre los cuales recordaremos el del inspirado poeta don José de Espronceda; el del gran orador don Agustín de Argüelles; el del presidente del Congreso, marques de Gerona; el del héroe de Zaragoza, el general Palafox; é introduciéndose esta costumbre desde los altos magnates y celebridades políticas ó literarias en todas las clases acomodadas de la sociedad, hoy es el día en que por tributo indispensable pagado mas que á la buena memoria de los que mueren, á la vanidad de los vivos, hay que añadir al coste de un magnífico funeral con grandes músicas, iluminaciones y túmulo, el que ocasiona la solemne traslación del cadáver en un elegante carro fúnebre, precedido de los pobres de San Bernardino, con hachas encendidas, y seguido del clero y los convidados, ó por lo menos un centenar de coches vacíos, mas ó menos blasonados, con los lacayos de grande librea, guante blanco y sendas hachas apagadas en las manos. — Llegados al cementerio (que tambien hemos dicho haberse decorado ya con mas lujo) es de cajón el que uno ó mas personajes de la comitiva tomen la palabra, y prorumpen en un discurso fúnebre, un epitafio hiperbólico, y hasta una alocución política mas ó menos intencionada. Hecho lo cual, los concurrentes se vuelven á sus carruajes, y se dirigen á la Belsa, al Congreso, á sus visitas, ó al Prado; los lacayos revenden al cerero las hachas y van á guardar sus libreas de lujo hasta que vuelva á lucir otro buen día «en que acompañar á algún señor al cementerio!»

Nota 23.

El Romanticismo y los Románticos. — El mérito de este artículo (si es que alguno tiene) fue sin duda el de la oportunidad, y el osado atrevimiento del autor en darle á luz en los momentos en que la nueva secta *Hugolatra* dominaba toda la línea del uno á otro extremo de la república literaria. — Ya hemos recordado el ferviente entusiasmo, la asombrosa vitalidad que por entonces ofrecían en nuestra capital las imaginaciones juveniles y la energía que prestaban á su desarrollo la revolución política, la revolución literaria, y la creación de la tribuna de los periódicos y de los Liceos. — Era un momento de vértigo y de exageración, aunque fecundo en magníficos resultados. — A las modestas y filosóficas comedias de Moratin, Gorostiza y Breton, habian sustituido en nuestra escena los apasionados dramas de *El Trovador*, *Los Amantes de Teruel*, y *La fuerza del Sino*. Espronceda y Zorrilla con su robusta entonación, elevadas imágenes y florido estilo, habian arrinconado la lira antigua de Garcilaso y de Meléndez, las anacreónticas y églogas, los madrigales éidillos, los pastores y zagalas. — Con ellos habian enterrado los preceptos de Aristóteles y de Horacio, de Boileau y de Luzán; Shakespeare, el Dante y Calderon, eran las nuevas divinidades poéticas; y Víctor Hugo su gran sacerdote y profeta. — ¿Quién podría negar justamente el tributo de entusiasmo y admiración al autor de *Nuestra Señora de París* y de *Lucrecia Borgia*, de las *Orientales*, y del *Angelo*? ¿Quién resistir al impulso de la época que agitando y commoviendo todas las imaginaciones, todos los talentos, en política, en ciencias, en literatura y artes, les presentaba nuevos y dilatados horizontes de porvenir y de gloria?

Aquella exaltación, sin embargo, rayó breves momentos en un punto ridiculo, y estos momentos oportunos fueron los que con no poca osadía escogió para castigarle el autor de las *Escenas Matritenses*, llegando su valor hasta el extremo de leer su composición en el mismo Liceo de Madrid centro de las nuevas opiniones, y magnífico palenque de sus mas ardientes adalides.

Por fortuna hizo asomar la risa á los labios de los mismos censurados, y en gracia de ella, y en prenda tambien de su buena amistad, le perdonaron sin duda aquella festiva y bien intencionada fraternidad. — Hubo, sin embargo, algunos pérdidas instigadores de mala ley, que achacando al autor intenciones gratuitas de retratar en sus líneas á algunos de nuestros mas peregrinos ingenios, procuraron indisponerle con ellos y hacerles tomar, por aplicaciones á su persona, los rasgos generales con que aparecía presentado al público el tipo del poeta romantico; pero el grande y verdadero talento de aquellos les hizo conocer no solo la inexactitud de tal supuesto, sino la buena intencion del autor y la rectitud de su juicio literario. Algo cree haber contribuido á fijar la opinión

hacia un término justo entre ambas exageraciones clásicas y románticas: por lo menos coincidió su sátira con el apogeo de la última de estas, y desde entonces fue retrocediendo sensiblemente hasta un punto racional y admisible para todos los hombres de conciencia y de estudio. Además dió la señal de otros ataques semejantes en el teatro y en la prensa, que minando sucesivamente aquel ridiculo de bandera, acabó por hacerle desaparecer y que fructificasen en el verdadero terreno de la razón y del estudio, talentos privilegiados que han llegado á adquirir en nuestro parnaso una inmortal corona.

Nota 24.

Las sillas del Prado.— Este artículo, escrito por el autor para ser publicado, como lo fue, en la *Revista de Madrid*, que dirigia la sazón el señor don Juan Donoso Cortés, tiene decididamente el sabor político que convenia á aquella publicación y se desvia bastante del propósito firme del autor de no rozarse con las costumbres que apellida *charlamentarias* de la época.— Sucedió con este artículo una cosa muy notable, pero que no pasó desapercibida para el autor. — Leído por él, como casi todos los anteriores, en el Liceo, ante su público favorito, ó mas bien favorecedor, compuesto de literatos, artistas y aficionados, de ambos sexos, fue recibido con frialdad, sin duda porque su título de las «Sillas del Prado» y los antecedentes bien conocidos del autor, prometian á la concurrencia una escena de buena sociedad, risueña, modesta y ajena de toda tendencia política; pero publicado despues en la ya dicha *Revista*, obtuvo tan favorable acogida de los hombres políticos que le leían (y á cuyos oídos llegaba sin duda por primera vez el nombre del *Curioso Parlante*), que recibió por él las mas cordiales felicitaciones de ennumbrados personajes, fue reproducido en los periódicos de toda España y de América y colocado su autor en una categoría á que no aspiraba. Esta brillante acogida recibida en el campo político militante, hubiera hecho titubear y acaso abandonar el pacífico de las costumbres privadas á cualquiera otro que no tuviera tan marcada aversión á aquellos triunfos ruidosos; pero el autor de las *Escenas* tuvo presente la lección que le habia dado su público favorito, y se apresuró á volver á su modesto estilo, aun á riesgo de pasar de incógnito ante las altas y sublimes inteligencias.

Nota 25.

Una junta de cofradía.— Pudiera tomarse por una segunda escursión ó ligero escaqueo del autor en el campo de la política el artículo ó composición que da lugar á esta nota. Pero para alejar de sus lectores aquella idea, acompañó su publicación con la siguiente muletilla. «El objeto de esta composición déjase ver que es atacar el abuso que en reuniones insignificantes y para tratar los asuntos de menor valía, suele actualmente hacerse del lenguaje y fórmulas parlamentarias. Bajo tal aspecto, entra este ridiculo en la jurisdicción del escritor, que ofensivamente y sin acrimonia pretende corregir pintando las costumbres de la sociedad contemporánea. Este, pues, su verdadero punto de vista, y por tanto, el trabajo será excusado el de aquel lector suspicaz que quiere andar buscando en este escrito alusiones mas óndas. El autor protesta de antemano contra toda maligna aplicación y repite aquí lo que en varias ocasiones ha dicho en los ocho años que hace que escribe de costumbres, á saber: que no es política su misión sobre la tierra.

A pesar de esta protesta espontánea y veraz, parte del público lector dió en el achaque de buscar el original sublime de aquella junta de maestros de obra prima ocupados en reformar su ordenanza (1857), con sus discursos hiperbólicos, sus programas, sus interpelaciones, alusiones, enmiendas, votos, y su magnifico aparato teatral. El autor modesto y limitado en su objeto, solo respondió por entonces á los que le achacaban otras tendencias. — ¿No conocen Vds. que si hubiera querido decir eso que Vds. piensan, lo hubiera dicho?

Nota 26.

La Guia de forasteros.— Con este artículo, publicado en los primeros dias de 1842, dió por terminada el autor la segunda serie de la festiva revista de nuestras costumbres contemporáneas, que durante diez años justos y al través de las agitaciones políticas continuó ofreciendo á sus benévolo lectores y recibiendo en cambio las pruebas mas sinceras de su afecto y simpatía. Plenamente satisfecho con ellas, sin ambiciones á que ceder, odios ni envidias que sustentara, procuró ante todas cosas hacer que los modestos trabajos de su pluma, cuando no por su esca-

so mérito literario, fuesen dignos del aprecio público por la rectitud de su intención, por la moralidad de su pensamiento, la verdad y el decoro de la forma y el estilo. Si consiguió ó no acercarse en lo posible á aquellas condiciones necesarias á su entender á toda obra literaria, el público y no el autor era el único juez competente; y el público con su benévola acogida parece haber sentenciado en favor. — No ambicionó el autor mayores laureos ni pomposos elogios literarios. Sabia muy bien que no los merecía, y que aun cuando llegase á merecerlos, no los obtendría su insignificante persona de manos de aquellos que por su alta posición social, literaria ó política, estaban en el caso de dispensarlos. Ocupados mas útilmente en labrar su propio pedestal, ó en tejer sus propias coronas, y absorbida ademas su atención y suprema inteligencia en las combinaciones políticas en que por lo regular jugaban un principal papel, necesariamente debia pasar desapercibida á su vista una obrilla modesta, inofensiva, y escasa de pretension y de mérito literario. — Ni tiempo siquiera podian dedicar á su lectura, engolfados como lo estaban en sus parlamentos y ministerios, en sus cátedras y periódicos, en sus academias y ateneos. Asi que á escepcion de los señores *Listá* y *Hartzenbusch* que tuvieron la bondad de dedicar á las *Escenas Matritenses* dos artículos insertos, el primero en la *Gaceta de Madrid*, y el segundo al frente de la cuarta edición de esta obra, ninguna otro análisis crítico, ninguna otra recomendación de valía viniendo de la pluma de nuestras notabilidades políticas ó literarias, pudo inspirar al autor motivos de insensato engrandecimiento, ni dar al público la razón por su espontánea y generosa simpatía. — En este punto mas favor ha merecido aquel de los críticos extranjeros, y singularmente (y aprovecha la ocasión de consignarles aqui la expresion de su agradecimiento) de los señores *Jouy*, de *Balzac*, *Th. Gautier*, *G. Deville*, *Xavier Durrieu*, *Ch. Mazade*, *Philarete de Challes*, *Fauriel*, *Chalamel* y *G. d'Aulaz*, que en diferentes artículos criticos insertos en la *Revue des deux mondes*, *Revue de Paris*, *Correo de Ultramar*, y *Recuerdos de viajes*, han consignado elogios inmerecidos á las *Escenas*, traducido y comentado varios de sus artículos; de los señores *Dickens* y *Ford*, ingleses; *Wolf*, alemán, y *Washington Irving*, anglo-americano, que por escrito ó de palabra le han manifestado su aprecio; de la prensa de Nueva-York, Lima, Caracas, Valparaíso, Méjico y la Habana, que al reproducir aquellos ya en las columnas de sus periódicos, ya en colecciones, los han acompañado con un exagerado encomio; y sobre todo al público español, que en diez años ha consumido cinco ediciones copiosas de esta obrilla desvalida.

Nota 27.

Apéndice.— Tratando de dar alguna novedad á la presente edición de las *Escenas*, me propusieron los señores Gaspar y Roig, sus editores, que aumentase por via de apéndice algunos de mis artículos de costumbres escritos en distintas ocasiones, y deseoso de complacerlos, di un vistazo por mi revuelta mesa de escribir, saucedí el polvo de diez años de sus cartapacios, recogí trozos de papeles añeños y de trabajos en embrion, y á vueltas de cien memorias y proyectos concebidos, de asociaciones literarias, ó de juntas de beneficencia, pude reunir esas cuantas obrecillas de mala prosa y peores versos, que en distintos sitios y periodos vieron la luz pública, partos de mi pobre ingenio y mal cortada péñola, y que por su objeto y argumento tienen ó pueden tener íntima relacion con las *Escenas Matritenses*, ó sea la pintura de costumbres de nuestra sociedad. Hubiera deseado tambien dar cabida entre ellas á los dos artículos que escribí para la obra titulada *Los Españoles pintados por si mismos*, y son los que llevan los títulos de *La Patrona de huéspedes*, y *El Pretendiente*; pero los editores, señores Gaspar y Roig, me hicieron presente que acababan de publicar esta obra, en su *Biblioteca ilustrada*, y que seria acaso mal tomado por los suscritores el recibir de nuevo algunas de sus páginas. Otros varios pudiera haber hallado con mas tiempo ó mas deseo de engolfarme en antiguos mamotretos, pero no crea estar en el caso de abusar por mas tiempo de la paciencia del lector, ni de exhumar para ello borrones que dió al olvido, y que yacen justamente en él.

Nota 28.

La Plaza Mayor.— Despues de escrito y publicado este artículo en 1845, volvió á ser la Plaza teatro magnifico de suntuosas fiestas reales, con motivo de las bodas de S. M. la reina y señora infanta doña Luisa Fernanda.

Presentes están en la memoria de todos los habitantes de Madrid el deslumbrador aparato, la animación y la alegría que presentó esta hermosa fiesta en las corridas de toros de los días 16, 17 y 18 de octubre de 1846. Santuosamente decorada con ricas colgaduras de grana y oro, henchidos sus balcones, gradas y tabladros de una inmensa concurrencia al frente de la cual se brillaban en primera línea los augustos novios, la reina madre y señores infantes, los duques de Montpensier y de Aumale, las régias comitivas, y todo lo que la corte encierra de mas brillante; además del inmenso número de forasteros, entre los que se contaban los célebres escritores franceses Alejandro Dumas, A. Maquet, A. Achard, Theophile Gautier, Michel y otros varios que consignaron pomposas descripciones en los periódicos extranjeros, reflejaba dignamente el antiguo poderío y grandeza de la corte de dos mundos. También la bazarria y denuedo de los lidiadores y caballeros en plaza, y en especial del héroe de la fiesta el capitán don Antonio Romero, que quebrando el rejoncillo dejó varios toros muertos á sus pies, colocaron en muy alto punto la proverbial fama del valor español, dieron á los propios y extraños un espectáculo completamente caballeresco y nacional.

Concluidas aquellas reales funciones, y habiéndose de reponer el empedrado de la Plaza, el ayuntamiento determinó disponerla en mas elegante forma, dejando en el centro una esplanada elíptica, circundada de bancos y faroles, y al derredor por una calle adoquinada, para el paso de coches y cómodas y anchas aceras del lado de los portales; y en el centro de aquella se colocó sobre un alto pedestal la estatua ecuestre en bronce del rey don Felipe III, que concluyó esta plaza en 1619.

Nota 29.

Contrastes. — Tipos perdidos, tipos hallados. — Por los años del 43 al 45, bullia en la mente del autor el continuar en una tercera serie la revista de costumbres contemporáneas, y para hacerla mas picante y sensible el contraste de las presentes con las pasadas, ideó oponer á cada uno de los tipos que ha producido la moderna organización del país, otro de los análogos en influencia que presentaba la antigua; idea que si hubiera alcanzado á desempeñarla bien, pareciale que realizaba completamente su objeto. Pero cuando empezaba á borrar el papel y á formular su pensamiento, apareció el prospecto de *Los Españoles pintados por sí mismos*, y fue invitado por su editor, el señor Boix, para tomar parte en la redacción de aquella obra notable. Tomóla en efecto, en los dos artículos titulados *La Patrona de huéspedes* y *El Pretendiente*, y al terminar dicha obra aplicó á su final el boceto de la nueva que se había propuesto escribir, y bajo el título de *Tipos perdidos, tipos hallados*, publicó el que actualmente coloca en lugar mas propio para terminar la colección de sus *Escenas*.

Nota 30.

Poesías. — De la proca de vuesa merced, señor Miguel

de Cervantes, se puede esperar mucho; de sus versos «poco.» Así decia un librero al principe de los ingenios españoles, y esto mismo (salvas las distancias) se dijo á sí propio el autor de las *Escenas Matritenses*. Y no porque en todos tiempos, y especialmente en su primera edad juvenil, le faltase una buena dosis de inclinación á cultivar el lenguaje de las musas; no porque arrastrado por ellas dejase de consignar su ardiente deseo de conferir con ellas, y de pulsar atrevidamente las cuerdas de una lira mal templada; sino porque en medio de sus numerosas tentativas, y por consecuencia de sus débiles ensayos, llegó á convencerse plenamente de que no habia recibido del cielo aquel fuego sagrado de la inspiración y el entusiasmo, que no pueden suplir jamas en las composiciones poéticas la corrección de la forma, el estudio é imitación de los buenos modelos. — Mucho tiempo, sin embargo, hubo de trascurrir para convencerse sinceramente de esta verdad y para hacerle renunciar á sus aspiraciones poéticas: muchas composiciones mas ó menos tales, salieron con esfuerzos y ahogos de su incorrecta pluma; y como la escuela de entonces, clásica y compaseada, recetaba las cualidades propias á cada género, endosaba á sus discípulos el traje apropiado á cada situación, vistió pellico y empuñó cayado para entonar sus *élogos*, *idilios*, y *madrigales*, al son del cáramo pastoril; coronó su cabeza de pampanos para prorumpir en *Anacreónticas* y *cantilenas*; de hiedra y de ciprés para salmodiar *súmbres elegías* y *endechas*; pidió á Apolo para sus *odas* el estro y el fuego celestial, al sol sus rayos, á la luna su plateado disco, y á las estrellas su trémulo fulgor; ajustó esactamente á las catorce líneas cien conceptos alambicados en estudiados *sonetos*; martirizó el pensamiento en cien *glosas*, *ovillejos*, *décimas*, *acrosticos* y coplas de *pie quebrado*. Cantó amores, lamentó ausencias, rabió celos, derramó lágrimas, y lanzó imprecaciones ó cubrió de flores los altares de *Filís* y *Corinas*, mas ó menos fantásticas, prosáicas ó materiales. Hasta que mas entrado en años, y dado lugar en su mente á la calma de la reflexion, y al estudio verdadero de sus facultades, reconoció con dolor que en todas aquellas poéticas composiciones no habia asomos de poesía, esto es, de aquella originalidad y altivez de pensamiento, de aquel levantado estilo que caracterizan al poeta creador y verdaderamente inspirado; y recogiendo y colgando en un rincón su prosáico laud que tomara hasta allí por dorada y armoniosa lira, cogió un fósforo, arrojólo á toda aquella papelería de mal pergeñados trovos, y dió con ellos ó sus cenizas en el carro de la limpieza. Por fortuna ó por desgracia salvaron de aquel despiadado *auto de fe* tales cuales composiciones vergonzantes, tales cuales romances, letrillas ó epigramas que por lo fugitivos, alegres y desnudos de poética pretension, pueden hallar acogida ante un público benévolo y fácil de contentar; y en descargo de sus culpas, y en testimonio de su reconocida nulidad, se permite el autor estamparlos aqui.

INDICE.

PRIMERA ÉPOCA.

(1832 á 1836.)

	Pag.		Pag.
Prólogo	3	El salon de Oriente.	104
Las costumbres de Madrid.	5	Costumbres literarias.	105
El retrato.	6	El dia de toros.	109
La calle de Toledo.	8	Una visita á San Bernardino.	113
La comedia casera.	10	El Cesante	116
Las visitas de dias.	13	El duelo se despide en la iglesia.	119
Los cómicos en Cuaresma.	15	El alquiler de un cuarto.	122
La romería de San Isidro.	17	El romanticismo y los románticos.	124
La empleo-manía	19	El coche simon.	128
Un viaje al sitio.	20	La almoneda.	132
El Prado.	23	Hablemos de mi pleito.	135
Las casas por dentro.	26	Madrid á la luna.	138
1802 y 1832.	28	La Bolsa.	142
Los aires del lugar.	30	Antes, ahora y despues.	145
El paseo de Juana.	32	Requiebros de Lavapiés.	150
El dia 30 del mes.	34	Una noche de vela.	151
El amante corto de vista.	35	De tejas arriba.	155
Las tiendas.	38	Las sillas del Prado.	160
El barbero de Madrid.	40	El teatro por fuera.	164
Las ferias.	41	La esposicion de pinturas.	167
Grandeza y miseria.	43	El recién venido.	170
El Campo Santo.	46	Una junta de cofradía.	174
Pretender por alto.	47	El martes de Carnaval ó el entierro de la sardina.	177
La político-manía.	50	La posada ó España en Madrid.	181
El aguinaldo.	52	El espíritu de asociacion.	187
Las tres tertulias.	53	Tengo lo que me basta.	190
El extranjero en su patria.	56	Al amor de la lumbre ó el brasero.	193
La capa vieja y el baile de candil.	58	Inconvenientes de Madrid.	195
Las niñas del día.	60	Los jardines del Retiro.	199
El dominó	62	Las traducciones.	204
La compra de la casa.	65	La Guia de forasteros.	202
Los paletos en Madrid.	66		
La filarmonía.	68	APÉNDICE.	
Policía urbana.	70	Cuatro para un hueso.	206
El día de fiesta.	72	El gaban.	id.
La casa á la antigua.	76	Música celestial.	208
La casa de Cervantes.	78	La plaza Mayor.	209
La vuelta de París.	80	Contrastes, tipos perdidos, tipos hallados.	213
La procesion del Corpus.	83		
El Diario de Madrid.	86	POESIAS FESTIVAS.	
Paseo por las calles.	89	El poeta y su dama.	223
El patio de Correos.	91	No sé si me esplico, letrilla.	id.
Las casas de baños.	93	Una beldad parisiense.	224
El sombrero y la mantilla.	96	La carga concejil.	225
A prima noche.	98	Cuentos.	226
		Epigramas	id.
SEGUNDA ÉPOCA.		Los misterios de Madrid.	227
(1836 á 1842.)		La cuaresma.	228
El observatorio de la Puerta del Sol.	101	Un hombre independiente.	229
Mi calle.	102	Notas.	231

INDICE

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL

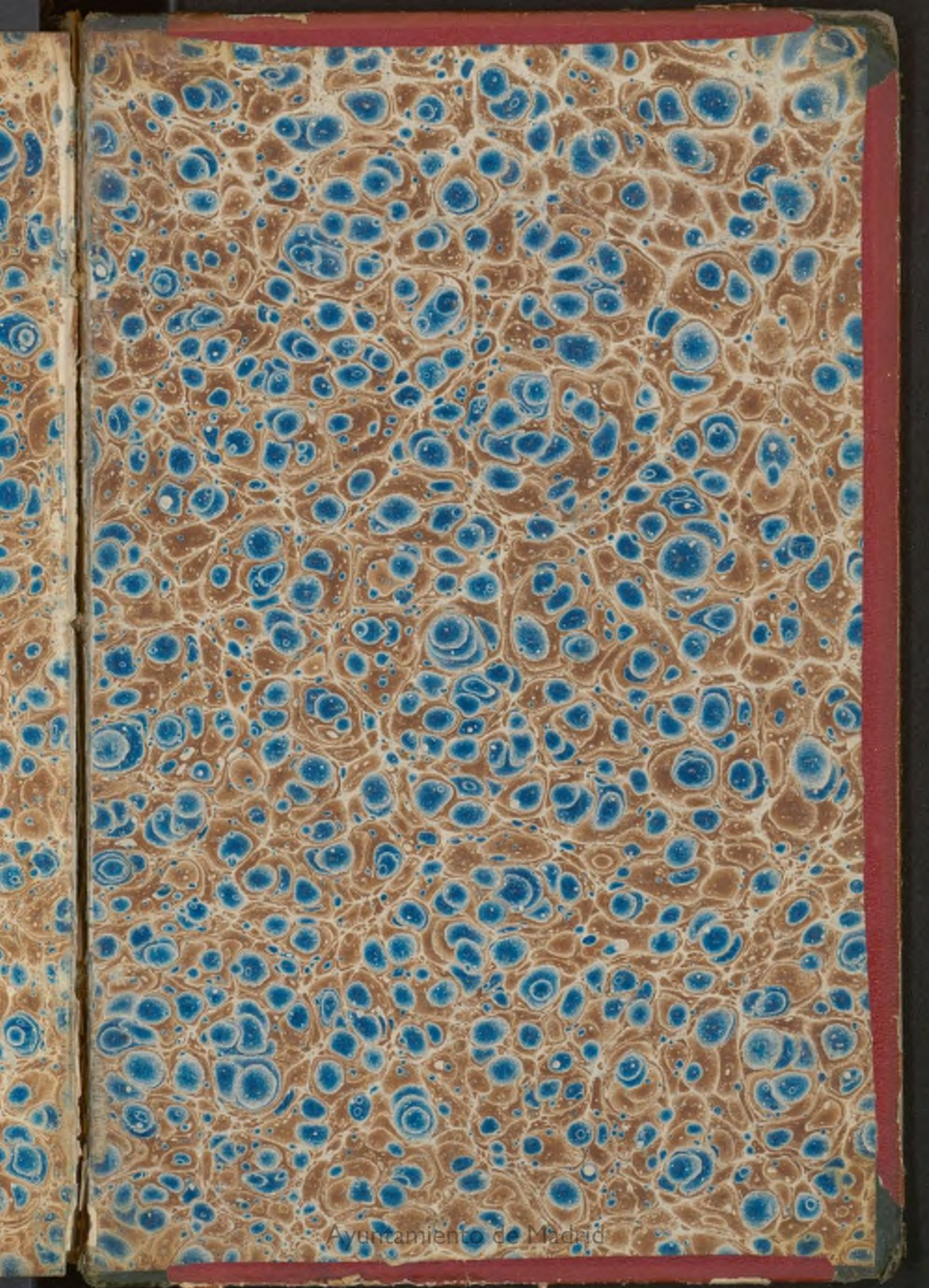


1200031102

Ayuntamiento de Madrid

The image shows a close-up of a marbled paper pattern, likely used for book covers or endpapers. The pattern consists of numerous irregular, rounded shapes in various shades of blue, ranging from light sky blue to deep, rich blue. These shapes are set against a background of warm, earthy brown tones, with some lighter tan or cream-colored areas interspersed. The overall effect is a dense, organic, and somewhat cellular texture. The pattern is consistent across the entire visible surface.

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LOS ESPAÑOLES
PINTADOS
POR SI MISMOS
—
ESCENAS
MATRITENSES

BHM

V

102